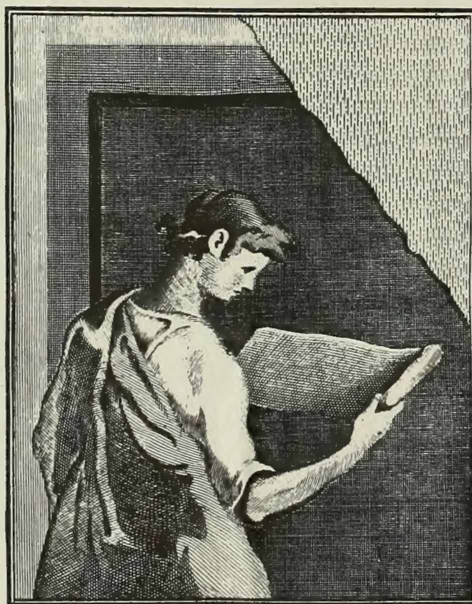
MÉXICO

A TRAVÉS DE LOS



SIGLOS

Hojs. inds. por. 926 pag. 1 Hoja y 15 Laminas
RC



MÉXICO

Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS


ESTABLECIMIENTO EDITORIAL
BARCELONA.


MEXICO
A TRAVES DE LOS SIGLOS

MÉXICO

A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

HISTORIA GENERAL Y COMPLETA DEL DESENVOLVIMIENTO SOCIAL, POLÍTICO, RELIGIOSO, MILITAR, ARTÍSTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MÉXICO DESDE LA ANTIGÜEDAD MÁS REMOTA HASTA LA ÉPOCA ACTUAL

OBRA ÚNICA EN SU GÉNERO

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DEL GENERAL

D. VICENTE RIVA PALACIO

É IMPARCIAL Y CONCIENZUDAMENTE ESCRITA EN VISTA DE CUANTO EXISTE DE NOTABLE Y EN PRESENCIA DE PRECIOSOS DATOS Y DOCUMENTOS HASTA HACE POCO DESCONOCIDOS, POR LOS REPUTADOS LITERATOS

ARIAS. . . . D. JUAN DE DIOS
CHAVERO. . . » ALFREDO
RIVA PALACIO. D. VICENTE
VIGIL. . . . » JOSÉ MARÍA
ZÁRATE, D. JULIO

TOMO PRIMERO

HISTORIA ANTIGUA Y DE LA CONQUISTA

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. Alfredo Chavero

BARCELONA

ESPASA Y COMPAÑÍA, EDITORES

221, CALLE DE LAS CORTES, 223


PRIMERA ÉPOCA · HISTORIA ANTIGUA



Introducción

SI la historia antigua de todos los pueblos tiene no sabemos qué atractivo misterioso, que sorprende la inteligencia y despierta con la curiosidad y el interés los más profundos pensamientos, mayor es aún cuando se refiere á las razas primitivas de América; acaso porque el mundo que se llama viejo ignoró por muchos siglos la existencia de la portentosa civilización que por tan dilatado espacio se le ocultó tras de mares inmensos y tras de montañas que con sus frentes de nieve tocan al firmamento. Lo cierto es que los descubrimientos de Colón y las conquistas de Cortés presentaron á la humanidad una nueva fase de su existencia, un período ignorado de su vida múltiple, que debió sorprenderla, y que habría sido pasmo del mundo, si en aquella sazón no hubiesen estado las sociedades en la lucha natural de su desenvolvimiento para sacudir la edad férrea llamada media y entrar en el renacimiento de la inteligencia, que á un mismo tiempo brotaba de las prensas de Guttemberg, de la paleta de Rafael Sanzio, del cincel de Miguel Ángel y de las prédicas de Savonarola. Tal vez pensóse más por entonces en el poder que daba la conquista que en el estudio de los misterios del espíritu humano; valió más el oro que se rescataba que el jeroglífico que se arrojaba al fuego; destruyéronse pirámides y monumentos para levantar claustros y catedrales; y lo que la guerra no pudo destruir, encargáronse de exterminarlo el hambre y la peste, siendo tanta la

desolación, que con poética y sentida frase dijo un venerando fraile y cronista, que no hubo choza á que no tocara su parte de dolor y llanto.

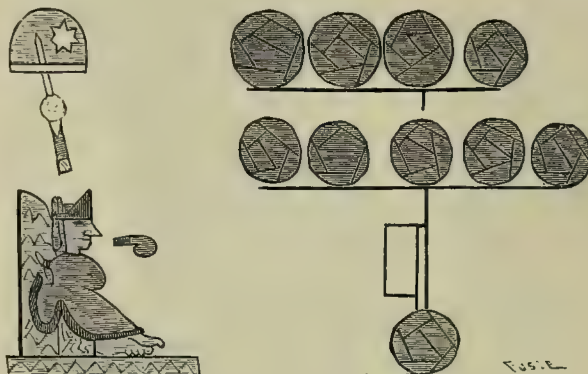
Pareció por un momento que aquella vieja civilización iba á desaparecer sin dejar rastro ni huella, pues á todas las causas de destrucción se unían las ideas de la época, que por obra del demonio tenían, ya no sólo la religión de los indios y sus ídolos, sino sus palacios y jeroglíficos históricos, sus preciosas tradiciones y sus admirables leyendas.

Salváronse, sin embargo, las razas, protegidas primero por los muros inexpugnables de las montañas, después bajo el hábito de amor y caridad de los misioneros, más tarde al amparo de las leyes protectoras de los monarcas de España; y con las razas salváronse el tipo y la lengua, esas dos cifras preciosas en la ciencia de la humanidad. Sirvieron los bosques de baluarte á los monumentos más admirables, y la tierra, como madre amorosa, ocultó con su polvo inscripciones, ídolos y jeroglíficos. Los frailes consultaron las tradiciones, aprendieron los cantares y las arengas, se dieron razón de las viejas costumbres, y todo lo trasladaron á crónicas, que en su mayor parte no han visto la luz sino hasta nuestros días. Pero nuestra historia antigua se había salvado; y lo que en el olvido pudo perecer, hoy acaso va á levantarse á nuestras manos, que si guiadas más por la audacia que por el saber, muévense también al resorte del amor de la patria, que abraza el deseo de conservar los viejos recuerdos y las añejas hazañas, como en el salón condal del castillo almenado se guardan los retratos de todos sus señores, la espada de combate del conquistador y el laud de la castellana.

Para emprender tan árdua empresa existen elementos, y á dar razón de ellos nos creemos obligados, pues la veracidad de una historia depende de las fuentes de donde se ha tomado, así como el caudal y hermosura de un río de la abundancia y claridad de sus manantiales. Bajo este aspecto, nuestra historia antigua es más digna de fe que la de la mayor parte de los pueblos primitivos del viejo mundo. En éstos la leyenda es la única guía de los primeros tiempos; y sea porque, ricos de imaginación, multiplicaron sus fábulas de manera exagerada, sea porque, buscando en su orgullo orígenes muy remotos, sustituyeron á la realidad la ficción, es lo cierto que tenemos datos más precisos de nuestros antiguos pueblos, y que no es exageración decir que en esto es superior nuestra historia á la misma historia de Grecia.

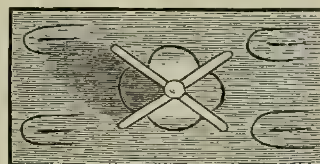
Es verdad que no se puede conservar de modo perfecto y absoluto la historia, si no se consigna por escrito; y sabido es que nuestros primeros pueblos no tuvieron escritura propiamente dicha, sino que de la jeroglífica se valían; pero si sus signos gráficos servían solamente para conservar el recuerdo y la fecha de los sucesos, los ayudaban con la tradición de los pormenores que oralmente se enseñaba, pues siempre se cuidó en las escuelas de los templos de instruir en ellos á la juventud, á fin de guardar viva la historia que de generación en generación iba pasando.

La pintura jeroglífica en lo general venía á reducirse á análisis ó efemérides. Consignaban con claridad los años y su sucesión; de modo que tenían una cronología perfecta, base muy principal para la precisión de la historia. Al lado del año correspondiente colocaban el hecho ó acontecimiento que querían consignar, uniendo así á la cronología la relación de los sucesos históricos,



Jeroglífico cronológico.—Reinado de Moteczuma

y usando en sus pinturas de caracteres figurativos, simbólicos, ideográficos y aun fonéticos, que daban idea



Jeroglífico simbólico.—Terremoto

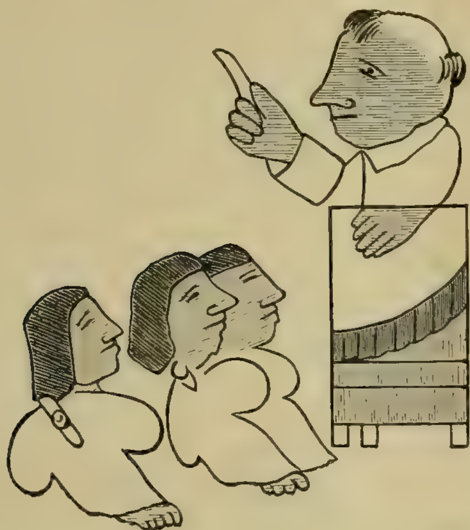
bastante completa de lo que querían expresar. Así consignaron la exaltación de sus reyes y su muerte, sus



Padre Nuestro en jeroglífico

batallas y conquistas, las pestes, terremotos, eclipses y apariciones de cometas, hambres, nieves y calamidades, todo con sus fechas precisas. Y no solamente estos datos, ya de por sí tan interesantes, pudieron

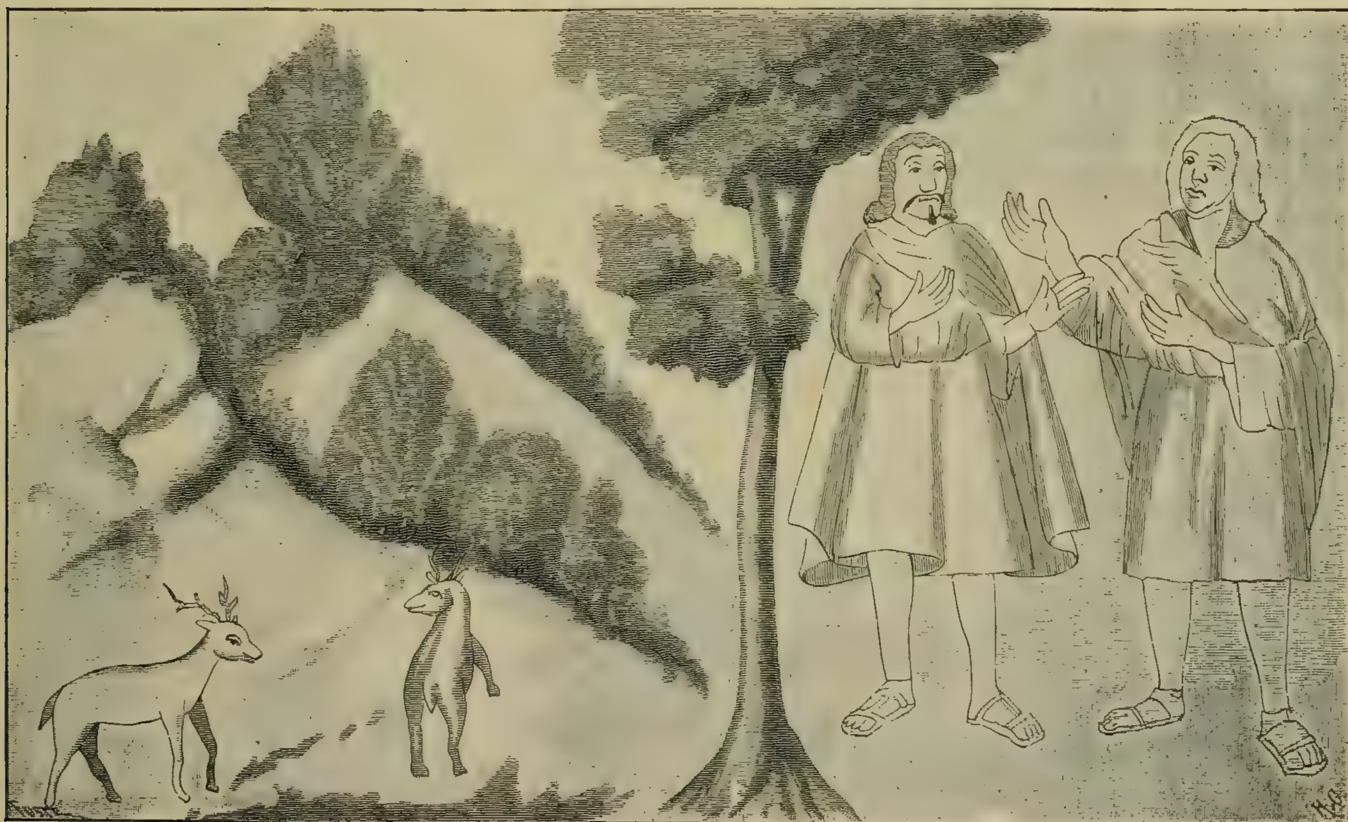
dejarnos en sus jeroglíficos. En ellos pintaron también sus peregrinaciones y teofanías; formaron con ellos cartas geográficas para expresar la extensión de los



Jeroglífico figurativo.—Predicación del Evangelio

reinos y la división de sus jurisdicciones; daban cuenta de los tributos y de los diversos pueblos que los pagaban, ya al señor ya al templo, y en qué objetos consistían en cada pueblo; pintaron sus costumbres, ya familiares, ya guerreras, ya sociales; el culto, los sacrificios y los sacerdotes; las jerarquías militares y los funcionarios públicos; la educación de la niñez, sus matrimonios y sus funerales; sus diversas artes y oficios; sus diversiones y fiestas, sus bailes y combates; las suntuosas ceremonias religiosas; sus rituales y sus diversos dioses; la cuenta del tiempo, tan admirable entre ellos; conservando así sus estudios astronómicos y cronológicos, que tanto sorprenden el ánimo, y representando también de maravillosa manera su maravillosa cosmogonía.

Llegaron los mexicanos á habituarse tanto con la escritura jeroglífica y á expresar tan bien con ella todos sus sucesos y todas sus ideas, que aun después de la Conquista, y cuando ya podían valerse de la escritura alfabética, siguieron utilizando aquélla. Así con signos figurativos ó usando de semejanzas fonéticas, escribieron las oraciones que los primeros frailes les enseñaron, buscando de esta manera un medio mnemónico de conservarlas. Continuaron en sus mismos jeroglíficos la historia de sus pueblos y de sus señores hasta mucho después de la Conquista. Pintaron esta misma Conquista



Fragmento de los títulos del pueblo de Mazatepec

según su método gráfico, siendo la pintura más famosa la conocida con el nombre de lienzo de Tlaxcalla. Fué de nuestra propiedad otro gran lienzo en que consignaron las diversas conquistas espirituales de los frailes franciscos, como en aquél lo habían hecho con las hazañas de los guerreros. Ya durante la época colonial consignaron en pinturas, ya el nombramiento de autoridades, como el gobernador, alcaldes y regidores, ya los tributos que entonces se pagaban, ya el proceso de las visitas de los delegados españoles. Siguieron conservando en jeroglíficos la genealogía de las familias; y hemos poseído uno que traía la descendencia de un cacique hasta cerca del fin del siglo pasado. No se contentaron los pueblos de indios con que sus títulos

se escribiesen con letras, ya en español, ya en mexicano; sino que siempre los hicieron constar con sus pinturas jeroglíficas: y muchas veces estas pinturas han servido de piezas decisivas de proceso en los tribunales.

Pudieron, pues, nuestros antiguos pueblos dejarnos en sus jeroglíficos, no solamente la historia de sus hechos, sino la de sus costumbres públicas y privadas, sus ideas religiosas, sus conocimientos astronómicos, su cronología y sus supersticiones, su organización política, y, en una palabra, el conjunto de su civilización. Por lo mismo, la primera fuente de nuestra historia antigua son los jeroglíficos como obra de aquellos mismos pueblos.

Mas desde luego se presentan dos dificultades: ¿existe número suficiente de jeroglíficos para formar la historia? ¿pueden interpretarse debidamente esos jeroglíficos? Contestaremos primeramente á la segunda pregunta.

En la misma época de los indios no todos sabían leer las pinturas; hacíase en los templos la enseñanza especial de esta ciencia, y de algunos símbolos solamente tenían conocimiento los sacerdotes. Fué cosa natural, por lo mismo, que al perecer en las guerras de la Conquista esos sacerdotes, los grandes guerreros y los magistrados, cayese en olvido el conocimiento de esa lectura; y ya desde los primeros años de la colonia, vemos que los cronistas tenían dificultad para encontrar intérpretes que les explicasen los jeroglíficos. El nuevo orden de ideas y la nueva educación fueron haciendo que más y más se olvidase esa ciencia. Llegó á tenerse por perdida la lectura de las pinturas indias, por más que algunas veces no faltó quien la emprendiese fingiendo claves inútiles, como la imaginaria de Borunda. Al fin, un estudio asíduo, una comparación incesante y profundas meditaciones, hicieron que el señor don José Fernando Ramírez, fundador de la manera de historiar que hoy seguimos, encontrase el primero el modo de leer los jeroglíficos fonéticos y figurativos. Consultando cuantas pinturas pudo haber á las manos, ya en México ya en los diversos museos de Europa, llegó á formar una gran colección de pequeñas tarjetas, cada una con un jeroglífico y su interpretación, que constituía en realidad un precioso diccionario. Su orden, división y clasificación venían á dar además algunas reglas generales para interpretarlos. El señor don Manuel Orozco, utilizando esos materiales, fijó varias de esas reglas, explicó muchas figuras é hizo un ensayo de diccionario explicativo de los principales signos figurativos, fonéticos é ideográficos. Nosotros nos atrevimos á dar una regla general para interpretar los fonéticos, diciendo que los jeroglíficos se leen de la misma manera que se forman las palabras compuestas en mexicano. Y llevamos nuestra audacia hasta estudiar la lectura de mucho mayor número de signos figurativos é ideográficos, emprendiendo la de los simbólicos. Acaso el estudio de muchos años, puede darnos la esperanza de no habernos equivocado.

La primera pregunta que vamos ahora á contestar, sobre si existen jeroglíficos suficientes para escribir la historia, es muy natural é importante, pues bien sabido es que perecieron los grandes archivos de pinturas que tenían los indios, y aun há poco se ha suscitado una calurosa polémica sobre si el principal culpable de esa destrucción fué el obispo Zumárraga, á quien se ha llamado el Omar de Occidente. Para poder resolver la contienda debemos tomar en cuenta diversas clases de destrucción. Primeramente las que hubo antes de la Conquista, porque era costumbre en las guerras, al tomar un pueblo por la fuerza, incendiar su templo, con el cual perecían naturalmente los archivos de pinturas; y ya se comprenderá cuántas perecerían en las incesantes luchas que tenían los pueblos unos con otros. En segundo lugar debemos tomar en consideración las guerras y los incendios de templos durante la Conquista; y no solamente por los mismos conquistadores, sino por los numerosos indios que los acompañaban, los cuales, siguiendo sus inveteradas costumbres, quemaban naturalmente los archivos y templos de los vencidos. Poco quedó sin duda después de tan grandes destrucciones, y entonces se presentó como causa lógica para continuarlas, el celo religioso de los misioneros, que tenían esas pinturas como obra del demonio. Y sin embargo, salvaron no pocas, al mismo tiempo que en sus crónicas conservaban la historia antigua de los indios. Pues todavía tenemos que agregar otra causa de destrucción: nuestro propio abandono. Existieron en tiempos atrás varios jeroglíficos en las bibliotecas de los conventos, especialmente en los de San Pedro y San Pablo y San Francisco, y no ha quedado ni rastro de ellos. La magnífica colección que logró reunir Boturini, y de la cual fué desposeído, pasó á la Secretaría del Vireinato, y no existe. Aun de los pocos jeroglíficos del Museo, algunos se han extraviado: se ignora el paradero del lienzo de Tlaxcalla y del cuadro de la peregrinación azteca. Pero á pesar de tantas pérdidas, la suerte ha querido que se conservasen los suficientes para guardar la historia, debiéndose en este sentido un señaladísimo servicio á lord Kingsborough, que en lujosísima edición publicó la mayor parte de los existentes en los museos de Europa, y aun algunos poseídos por particulares. Vamos á dar razón de los que principalmente pueden ser útiles para escribir la historia. Y debemos advertir que en cuanto á la relación de los hechos, no existen jeroglíficos que se refieran á épocas anteriores á la peregrinación de los aztecas; sin que podamos afirmarlo respecto de los mayas, pues sus pinturas nos son hasta ahora ininteligibles. Ixtlilxóchitl dice que tuvo á la vista jeroglíficos de la historia tolteca; Boturini cataloga uno en su Museo, y M. Aubin pretende tenerlo; pero no lo conocemos. Veamos aquellos de que podemos disponer.

Peregrinación azteca. Tenemos sobre esta peregrinación principalmente dos itinerarios jeroglíficos. Es el primero un cuadrado de papel de maguey, de una vara menos tres pulgadas de largo por dos tercias menos pulgada y media de ancho, en que están pintados con colores las tribus peregrinas y los jeroglíficos de los lugares en que hicieron estancia; por medio de una línea azul se marca la dirección del viaje, y esta línea, para aprovechar el espacio, va haciendo diversas curvas en varios sentidos. Están pintados los sucesos más importantes acaecidos durante la peregrinación, y algunas veces los años de cada estancia, aunque generalmente la cronología está marcada sólo de ciclo en ciclo de 52 años. Este jeroglífico, por lo primitivo de su pintura y el desigual orden en ella seguido, así como por la sencillez conque marca la cronología, acusa una gran antigüedad, y está considerado con razón como indiscutiblemente auténtico. Es muy famoso porque de él se sirvieron los cronistas que querían probar la conformidad de las tradiciones indígenas con el relato bíblico, pues pretendieron ver consignados en él el diluvio universal, el arca de Noé, la torre de Babel, la confusión de las lenguas y la dispersión de los pueblos en la llanura de Seenar. Por fin el señor Ramírez demostró que no es otra cosa que el viaje de los aztecas por nuestro valle, desde su primera estancia en el señorío de Culhuacán hasta la fundación de la ciudad de México. De la historia de este jeroglífico sabemos únicamente que perteneció al sabio jesuita Sigüenza y Góngora; lo facilitó á Gemelli Carreri, y éste lo publicó por primera vez en su *Giro dil Mondo*, á fines del siglo xvii. Como Sigüenza heredó las pinturas del célebre don Fernando Alva Ixtlilxóchitl, es de suponer que el jeroglífico perteneció á este historiador. A la muerte de Sigüenza, quedó con sus demás papeles en la biblioteca del colegio de jesuitas, en donde Clavigero da razón de que se conservaba hasta el año 1759. Clavigero, en el tomo II de su Historia, publicó en 1780 un fragmento, dando opuesta dirección á las figuras, y refiriéndolo al diluvio y á la confusión de las lenguas. Cuando Humboldt estuvo en México, buscó en vano esa pintura; aun cuando la publicó en su obra grande *Vue des Cordillères,* bajo el número 32 de sus láminas. Es de suponerse que á la expulsión de los jesuitas, quedó la pintura en la Biblioteca de la Profesa, ya porque ahí se encontraron varios papeles de Sigüenza, ya por la circunstancia de haberse hallado después en poder del padre Pichardo. Esto podía hacer creer también que hubiese pertenecido al famoso Gama, pues los papeles de éste paraban en poder del padre Pichardo. Hay además que considerar que, según el señor Gondra, el padre Pichardo de la Profesa fué albacea de don Antonio León y Gama, y éste heredero de don Carlos Sigüenza y Góngora. De la testamentaría del padre Pichardo lo compró don J. Vicente Sánchez, y lo donó al Museo. Ya no está en él; pero tengamos la esperanza de que algún día lo restituyan. Muchas veces y en diversas obras se ha publicado esta pintura; pero su edición más importante fué la que, en tamaño reducido y con colores, hizo el señor don José Fernando Ramírez en el Atlas del señor García Cubas: la acompañó de una explicación é interpretación marginales, que aun cuando no fueron completas han sido importantísimas, no solamente por ser las primeras dignas de fe, sino porque dieron ocasión para desvanecer las patrañas de los que han querido ver en los jeroglíficos de los indios el diluvio bíblico, la torre de Babel y la confusión de las lenguas. Después se han publicado dos interpretaciones más extensas: una en la *Historia de México* del señor Orozco y la otra en el *Apéndice* á la *Historia de las Indias* del padre Durán. Para distinguir esta importantísima pintura la llamaremos jeroglífico de Sigüenza.

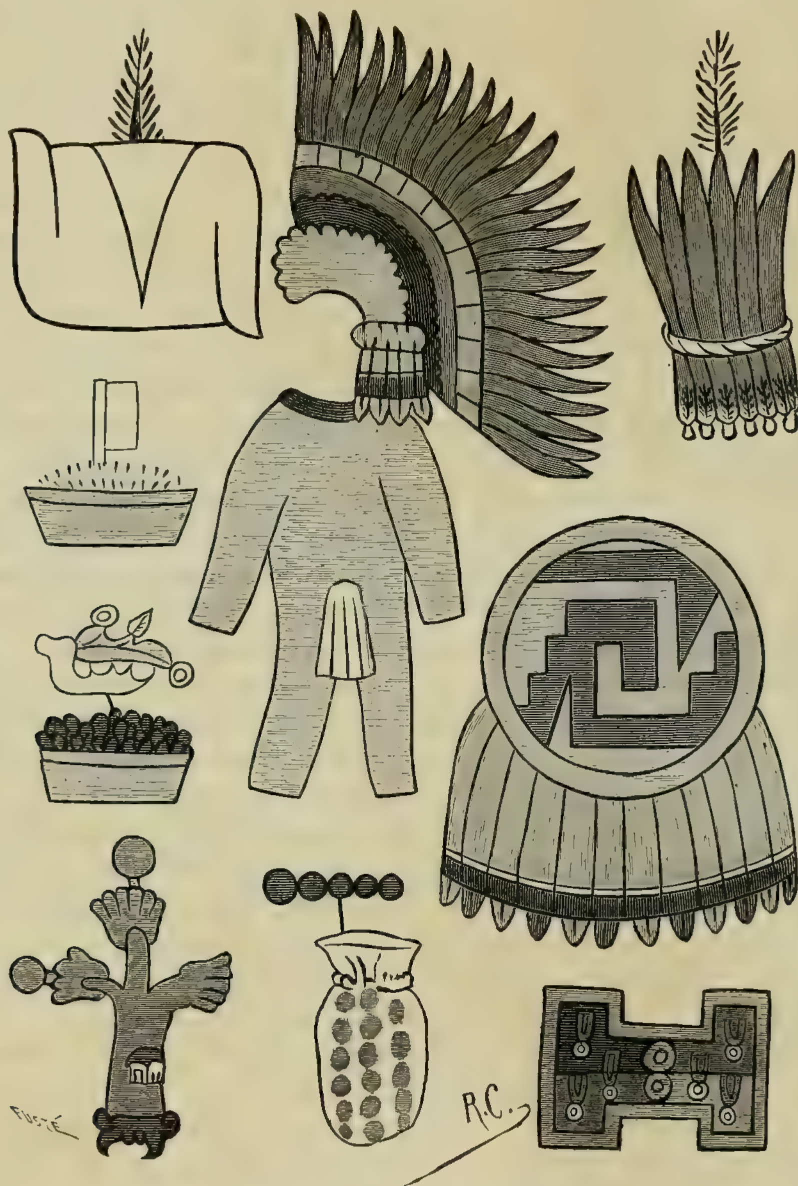
La segunda pintura, existente todavía en el Museo, es una gran tira de papel de maguey perfectamente preparado; tiene seis varas diez y siete pulgadas de largo, y ocho pulgadas tres líneas de ancho. Abraza la peregrinación de los mexicanos desde su salida de Aztlán hasta poco antes de la fundación de México, pues le falta un pequeño pedazo al fin. Tiene la cronología año por año y marca las estancias de la tribu viajera y los principales sucesos que durante la peregrinación le acaecieron. No está pintada con colores, sino con negro; pero la línea que va uniendo los años es roja. Torquemada conoció esta pintura, y se refiere á ella en su *Monarquía Indiana.* Después perteneció á Boturini, y está en el catálogo de su Museo bajo el número uno del párrafo VII. Se conservó en la Secretaría del Vireinato, y después pasó al Museo. Parece que el de Londres la pidió para publicarlo, y se entregó á M. Beuloch el año 1823. Éste, además de publicar el jeroglífico en su obra que dió en París á la estampa el año siguiente, hizo edición aparte de él con sus dimensiones exactas. Lord Kingsborough lo publicó también en su tamaño, aunque dividiéndolo para conformarse á la paginación de su obra (1829). Reclamado por México, el Museo de Londres devolvió el jeroglífico, y hoy se encuentra en nuestro Museo. Se han hecho diversas publicaciones de él en tamaño reducido; pero la más importante, en tamaño reducido también, y tomando la forma renglonaria para que quedase como un cuadro, fué la publicada por el señor Ramírez en el Atlas del señor García Cubas. Le acompañó también de una explicación marginal, y también se han publicado explicaciones de él en la Historia del señor Orozco y en el Apéndice al padre Durán. A este jeroglífico lo llamamos la tira del Museo.

Estos dos jeroglíficos, sumamente auténticos y perfectamente interpretados, son base suficiente para escribir la Peregrinación azteca; pero tenemos además pinturas que abrazan mayor período de la historia y

que nos suministran también muy buenos datos del referido viaje.

Historia de México. Al tratar este punto, debemos manifestar que las principales pinturas jeroglíficas que existían en Europa fueron publicadas en lujosísima edición por lord Kingsborough en Londres, en 1831, bajo el título de *Antiquities of Mexico:* formó su colección de siete volúmenes en gran folio, á los que más tarde se agregaron otros dos. Contiene su colección crónicas y escritos muy importantes; pero la parte más interesante de ella es la reproducción con colores que de interesantísimos jeroglíficos hace en los tres tomos primeros. Seguiremos el orden de la obra para hablar de ellos.

Códice Mendocino. Deriva su nombre de don Antonio de Mendoza, primer virey de México, que lo mandó hacer para enviarlo á Carlos V. Hecho poco después de la Conquista, está pintado en papel europeo;



Códice Mendocino. —Tributos

pero sus autores eran peritos en su arte, pues las figuras tienen todo el carácter de los jeroglíficos antiguos. No sabemos acertivamente si es obra original de los indios instruídos, que al efecto comisionó Mendoza, ó copia de diversas pinturas antiguas que se coligieron en este códice. Esta parece ser la opinión del señor Ramírez, porque el autor le llama copiante. En la publicación de Purchas se da á entender que son pinturas originales, pues se dice que no sin gran trabajo sacó el Virey de manos de los indígenas la Historia con su interpretación en lengua mexicana, la que hizo traducir al español. El señor Orozco, al decir que la colección fué formada por indígenas entendidos, parece inclinado á creer, que si bien no son las pinturas anteriores á la Conquista, fueron hechas por historiógrafos del antiguo imperio mexicano y son originales de ellos. Nosotros creemos que son copia perfecta de varios jeroglíficos antiguos, que se unieron en colección para formar un cuerpo completo de la historia de los mexicanos. Esto fué lo que quiso enviar á Carlos V el virey Mendoza y esto lo que encargó á algunos indios de los más inteligentes que habían sobrevivido al

derrumbamiento del señorío de Moteczuma. Hay un dato importantísimo para creerlo: la segunda parte del códice es una copia con ligeras variantes del libro de tributos que original existe en el Museo. De todas maneras debemos considerar estas pinturas como copia auténtica, y pudiéramos decir oficial, y por lo tanto como un documento importantísimo para nuestra Historia.

Formada la colección y escrita la interpretación de ella, fué desde luego mandada por el virey al Emperador, probablemente en el año de 1549, en la flota que zarpó de la Veracruz. Pero el navío que la llevaba fué apresado por un corsario francés y las pinturas fueron á parar á poder de Andrés Thevet, geógrafo del rey de Francia. Debió adquirirlas en 1553, fecha que agrega á su nombre al fin de la interpretación, habiendo puesto antes en la primera pintura: *A. Thevet Cosmographe du Roy*. A la muerte de Thevet, sus herederos vendieron el códice á Ricardo Hakhuyt, capellán de la embajada inglesa en París en 1584. Más tarde, 1625-26, se publicó en Londres en la obra de Samuel Purchas, intitulada *Pilgrimes*. Tomando las estampas de esta obra, hizo también edición, aunque defectuosa, Thevenot en 1696, poniendo en francés la interpretación. En 1652 había publicado en Roma algunas láminas el padre Kircher, en su obra *Œdipus*. El códice pasó á la Biblioteca Bodleiana, y lo insertó íntegro y con colores en su colección lord Kingsborough. Con colores también está haciendo una edición reducida el Museo en sus anales.

Hemos dicho ya que el Museo posee un original en papel de maguey de la Matrícula de tributos, semejante á la segunda parte del códice Mendocino, conteniendo además la pintura de las dos últimas láminas de la primera parte, lo que confirma que el códice es una copia de originales mexicanos. Esta matrícula perteneció á Boturini, y pasó en 1743 á la Secretaría del Vireinato. En 1770 la publicó en México el arzobispo Lorenzana, acompañándola á las Cartas de Cortés: la edición es de treinta y una láminas, que corresponden á las diez y seis hojas del original que están pintadas por ambos lados.

Según Clavigero, las pinturas del códice son sesenta y tres, pero en la cuenta que de ellas hace salen cincuenta y tres solamente. En la edición de Thevenot faltan las pinturas XXI y XXII, y la mayor parte de las ciudades tributarias. En Kingsborough son setenta y tres. Entre éstas y las de Purchas hay diferencias, no solamente en el dibujo, sino también en el orden.

Describiremos el códice tal como está en Kingsborough, y creemos que lo dicho basta para comprender su importancia, y podemos agregar su autenticidad, como colección de pinturas mandada formar por el primer virey para enviarla al emperador Carlos V.

El códice se compone de tres partes: la primera contiene los anales del señorío de México, desde la fundación de la ciudad, llevando la cuenta de años, año por año, marcados en una faja azul que corre de arriba abajo por la izquierda, y que cuando es necesario sigue por debajo y sube por la derecha. Esta primera parte se compone de diez y ocho láminas: arriba de la primera dice en letra de la época: *número de años;* y al fin de la última, se lee de la misma letra: *fin de la partida primera de esta ystoria*. No se pueden llamar completos estos anales, porque se reducen á marcar el período de cada reinado y los pueblos que durante él conquistaron los mexicanos, sin entrar en otras particularidades ú otros hechos notables de la historia; pero son importantísimos, ya por lo bien determinado de su cronología, ya porque nos dan á conocer con precisión las guerras y el creciente progreso del señorío de México. Es de advertir que concluyen con el reinado de Moteczuma, pero no abrazan la Conquista.

La segunda parte es el libro de tributos y tiene treinta y nueve láminas. Ésta es muy interesante, no sólo porque nos presenta la gran extensión del poderío de México y la multitud de pueblos lejanísimos adonde llevó sus armas victoriosas y á los cuales sujetó al pago de tributos, sino que expresados éstos claramente en su cantidad y calidad, forman una estadística completa de los productos é industria de aquellos pueblos y aquellos tiempos, poniendo de manifiesto el riquísimo contingente que traían las ciudades tributarias, ya en maíz, frijoles y bledos, ya en lujosas mantas, vestimentas y armas de guerra, en águilas vivas y plumas de quetzal, en turquesas y oro en barras ó en polvo, y en cuanto el trabajo del hombre ó la prodigalidad de la Naturaleza producían en estas vastas regiones.

La tercera parte tiene quince láminas, advirtiendo que en la última se comprenden las pinturas números setenta y dos y setenta y tres. Esta parte es la más importante, porque nos presenta minuciosamente las costumbres de los antiguos mexicanos. Comienza por el nacimiento de un niño y las ceremonias que entonces se hacían; sigue en varias láminas la educación de los niños desde la edad de tres hasta la de quince años, y se ocupa después de los matrimonios y sus ritos. A continuación está representada la educación de los mancebos en los colegios de los templos, y su instrucción en el ejército. Siguen los guerreros, sus armas, sus triunfos, grados y premios; los oficiales civiles, embajadores y mercaderes; los tribunales y manera de hacer justicia. Están después los diversos oficios é industrias, como los de carpintero, lapidario, pintor, guarnecedor de plumas y platero, y las fiestas y juegos que usaban. Al fin vienen los grandes delitos y las terribles penas conque se castigaban. Y de esta manera en diez y seis pinturas únicamente tenemos toda la vida social y doméstica de aquella gran nación. Con justicia se considera este códice como una de las fuentes principales de nuestra historia.

Códice Telleriano-Remense. Éste es el segundo publicado en la colección de Kingsborough. Formó su

nombre de Le Tellier, arzobispo de Reims, á quien perteneció. Hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional de París. Humboldt fué el primero que lo dió á conocer, y manifestó que era copia y que se ignoraba su procedencia. Nosotros lo hemos tenido en nuestras manos, y es en efecto copia pintada en papel europeo. La ejecución de las figuras y el carácter que conserva la pintura dan á conocer que la copia se hizo por mano inteligente en México, poco después de la Conquista. Según el señor Ramírez, se notan algunos descuidos é interpolaciones europeas, como la representación de las estrellas en el eclipse de 1496, cuya figura, semejante á la que hoy se les da, es diferente de la que usaban los mexicanos. Pero estas pequeñeces en nada quitan su autenticidad é importancia al códice. Confrontando las fechas que se citan en su interpretación, puede fijarse á la copia el año de 1562, que es además el marcado en el último cuadrete de la pintura.

Los caracteres crónicos de este códice son semejantes al del Mendocino, pero los cuadretes tienen fondo rosado con orla azul y los signos son amarillos. La cronología sigue año por año, y la mayor parte de las veces en fajas horizontales unidas; otras los signos están separados, y algunas tienen dirección vertical como en el Mendocino: los últimos cuadretes no contienen signos ni están pintados de colores, sino que únicamente se ve en ellos la fecha europea puesta por el intérprete.

El códice se compone de dos partes distintas, una cronológica y otra histórica. La primera comienza con tres láminas que contienen los símbolos de los doce últimos meses del año; faltan por lo mismo los de los seis primeros, que debían estar sin duda en dos hojas perdidas. Sigue el calendario del año religioso ó *tonalámatl* en otras treinta y tres láminas, y también está trunco en el principio, pues le faltan siete. Mas la disposición especial de este calendario, los símbolos, fiestas y dioses que comprende, jeroglíficos cuya inteligencia é interpretación nos causó larguísimas labores, lo hacen sumamente importante en cuanto se relaciona á la cronología, teogonía y ritos de los mexicanos.

La parte histórica principia por la peregrinación azteca, faltándole el principio, y nos proporciona datos muy interesantes que no se hallan en las dos pinturas citadas sobre dicho viaje, ya respecto de las estancias y contiendas de la tribu peregrina, ya sobre los diversos sucesos que en aquel tiempo acaecieron. Viene esta pintura á ser complemento importantísimo de las otras dos. Abraza este período ocho láminas y no está completo, pues le falta el fin de la peregrinación. Sigue la historia del señorío de México, pero faltándole la pintura relativa á la fundación de la ciudad. La historia de los señores de México se contiene en diez y nueve láminas, de las cuales están invertidas las tres primeras. Es esta parte complemento perfecto de la del Mendocino; no tiene, como ella, la numeración exacta de los pueblos conquistados, pero consigna las principales guerras, y otras particularidades como dedicación de templos, hambres, inundaciones, pestes, terremotos, eclipses y aparición de cometas. Concluye con seis láminas, que abrazan desde la Conquista hasta 1549, siendo el último suceso en ellas señalado la muerte del primer obispo de México, don fray Juan de Zumárraga. Hay todavía una lámina con seis caracteres de años, y siete cuadretes sin caracteres.

Basta la simple enunciación de lo que comprende este códice para persuadirse de que, aun trunco como está, es importantísima fuente de nuestra historia.

Códice Vaticano. Se conserva en la Biblioteca del Vaticano bajo el número 3738. Es copia en papel europeo é igual al códice Telleriano-Remense; pero tiene la ventaja de estar completo. La ejecución artística es más incorrecta, precisamente porque es más fiel al original. Se encuentran algunas variantes entre ambos códices, lo que acusa mayor cuidado en el copista del Vaticano; pero no puede desconocerse que ambos son copias de un mismo original. Esta copia fué hecha por el dominicano fray Pedro de los Ríos hacia el año de 1562; y sin duda desde entonces estuvo en la Biblioteca del Vaticano, pues Acosta da razón de haberla visto ahí á fines del siglo XVI.

Tiene una primera parte que falta al Telleriano, y que podemos llamar cosmogónica. Abraza la creación de los cielos, de la mansión y dioses infernales y el viaje de los muertos; el árbol que mana leche para alimentar á los niños que han de volver á la vida; la creación de la luna; los cuatro soles ó épocas; y los períodos astronómicos y fábulas de *Quetzalcoatl*, ya como lucero del alba, ya como estrella de la tarde: todo esto en nueve láminas que comprenden diez y seis pinturas. Esta parte nos ha servido mucho para estudiar las ideas religiosas primitivas y las cosmogónicas de los pueblos nahoas; su adoración á los astros y admirable combinación de sus cursos; sus ideas filosóficas sobre la creación y la inmortalidad del alma, para poder explicar los fenómenos celestes que se velaban en el misterio de sus portentosas leyendas y para comprender sus grandes edades ó soles, los cataclismos en que aquellas razas perecieron, siendo al mismo tiempo datos suficientes estos para fijar la antigüedad del pueblo nahoa.

La parte cronológica se compone del calendario que está primero en cuarenta láminas y de los símbolos de los meses que aquí están después; están completos y varía su disposición algo respecto del Telleriano. Los meses están en cinco láminas que abrazan diez y ocho pinturas; y hay que agregar otra lámina que representa al sol en figura varonil, rodeado de los veinte símbolos de los días.

Siguen nueve láminas, que faltan también en el códice Telleriano, y que se refieren á los sacrificios, fiestas y

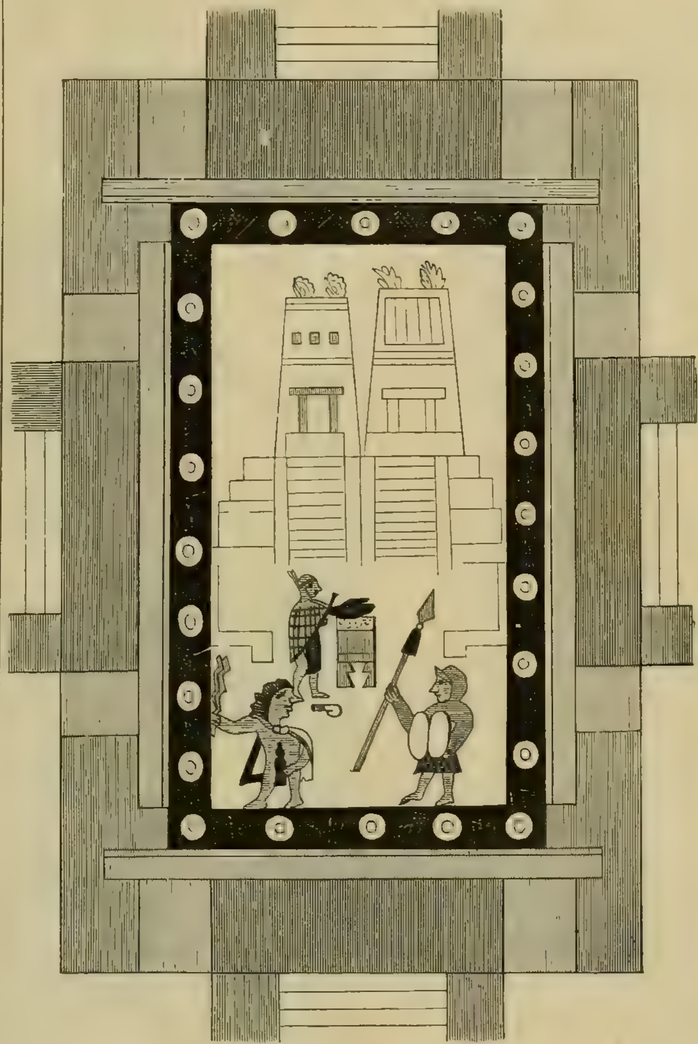
ceremonias de los sacerdotes; dándonos á conocer además los verdaderos y vistosos trajes de los guerreros y jefes, de los hombres del pueblo y magistrados, y aun nos presentan dos tipos de muy bellos colores de trajes de mujeres, de diferentes y vistosos tejidos.

La parte histórica principia con la peregrinación desde Aztlán y la salida de las tribus de Chicomoztoc: ésta tiene doce láminas con quince pinturas y es curiosa en episodios, sobre todo en lo relativo á la guerra de Chapultepec y á la servidumbre de los mexica en Culhuacán, siendo minuciosa respecto á la fundación de la ciudad. Las tres primeras láminas de los reyes están invertidas como en el códice Telleriano, y la historia del señorío de México, semejante, pero más perfecta que la de aquel códice, comprende diez y siete láminas con treinta pinturas. Concluye el códice con nueve láminas, desde la Conquista hasta la muerte del obispo Zumárraga. Al fin tiene una faja de años, que terminan con el de 1562. Sólo hay que advertir que los signos crónicos son iguales y tienen la misma disposición que en el Telleriano; son también amarillos, pero los cuadretes tienen fondo azul con orla roja.

Si hemos considerado tan interesante el códice Telleriano, su semejante de la Biblioteca Vaticana es sin duda de mayor valer, siquiera sea porque está completo: de manera que puede llamársele fuente preciosísima de nuestra historia.

Libro de tributos al templo. Hemos hablado ya de los tributos que al señorío de México daban los pueblos conquistados, y de los dos libros que existen, la copia del códice Mendocino y el original del Museo. Está reproducido en la colección de Kingsborough un jeroglífico que nadie ha explicado ni dado cuenta de su significación: es la estadística de los tributos que en épocas determinadas del año y en fiestas señaladas daban al templo mayor varios señoríos, comenzando por el de México. Perteneció esta pintura al barón de Humboldt, quien la depositó en la Biblioteca de Berlín. En el original es una tira larga, que debe leerse de abajo arriba y de derecha á izquierda; pero en el de Kingsborough está dividida en diez y ocho láminas, debiendo comenzarse la lectura por la última. Los tributos consisten principalmente en mantas para los sacerdotes, copal ó incienso y espinas para el culto y maderas para el templo, no faltando turquesas y esmeraldas. Estas son las pinturas históricas que encontramos en la colección de lord Kingsborough: existen separadamente otras de que vamos á ocuparnos.

Códice Aubin. M. Aubin, que há más de cuarenta años tenía en México un colegio, formó una preciosa colección de manuscritos y jeroglíficos que ahora conserva en París. Sumamente avaro de su riqueza arqueológica, jamás la había querido dar á conocer, habiéndose contentado con escribir y publicar en París, en 1851, una Memoria sobre la pintura didáctica y la escritura figurativa de los antiguos mexicanos. En ella da razón de sus conocimientos en la lectura jeroglífica, y son ya importantes, aunque no muy adelantados. Da además cuenta de los manuscritos y pinturas de su colección: da en primer lugar noticia de la historia tolteca, anales pintados y manuscritos en *náhuatl*, en cincuenta hojas, papel europeo, con figuras que representan sus altos hechos, sus expediciones, sus batallas y los personajes de esa nación, con los símbolos de los días y de los años en que pasaron los sucesos. Se comprenderá inmediatamente la importancia de ese documento; pero por desgracia, como ya hemos dicho, permanece desconocido y ni el señor Ramírez pudo verlo nunca. Pero sí pudo convencer á M. Aubin para que se publicasen otras de sus pinturas, y entre ellas el códice de 1576, al que hemos impuesto el nombre de su poseedor, por el gran servicio que ha hecho dándolo á la estampa. Fué de Boturini y lo catalogó en el número 14 del párrafo VIII. Es una historia de los mexicanos, parte en figuras y caracteres y parte en prosa *náhuatl*, escrita por un anónimo en 1576, y continuada por otros autores indios hasta 1608. El texto mexicano es la explicación de las figuras.



Códice Aubin —Ataque del Templo

El códice, que en el original tiene setenta y nueve fojas, en la reproducción está en ciento cincuenta y ocho páginas: la parte jeroglífica se ha litografiado con sus colores, y el texto está intercalado en la pintura en mexicano y con el mismo carácter de letra del autógrafo. Los signos crónicos son azules, y están en cuadretes rojos con orlas azules. Los años generalmente van en fajas de arriba abajo, como en el códice Mendocino, y algunas veces horizontalmente, de izquierda á derecha. Comienza con el ciclo de cincuenta y dos años en las dos primeras páginas. Sigue en cuarenta y tres páginas la peregrinación, desde Aztlán hasta la fundación de la ciudad de México. Este viaje es casi igual al de la tira del Museo, y la completa en la parte que le falta desde la servidumbre de Culhuacán hasta el fin de la peregrinación. En treinta y dos páginas sigue la historia de los señores de México, marcando los años de cada reinado, y algunos sucesos como dedicación de templos, plagas de langosta, nevadas y peste, feracidad, algunas guerras, terremotos y eclipses, señalando con un buque adornado de cruces el desembarco de los españoles. Las cincuenta y seis páginas siguientes hasta el fin abrazan desde la



Atlas de Durán.—Fundación de México

Conquista el año 1606 y están llenas de importantísimos sucesos.

Con este códice publicó M. Aubin otro de diez y nueve páginas, también con colores. Dedica cada página á uno de los señores de México, anotando únicamente la duración de su reinado: para esto se vale de pequeñas ruedas azules que semejan turquesas, usando del signo del número 20 cuando es necesario. Después de los señores de México, continúa la cronología y algunos hechos notables, hasta el año de 1607. Le llamaremos, pues, el códice de 1607.

Atlas del padre Durán. — Códice Ramírez. A la *Historia de las Indias de Nueva España* del cronista dominicano, acompaña un copioso atlas jeroglífico, que se ha publicado con los colores de las pinturas del original. En éste esas pinturas están á la cabeza de los capítulos. En el atlas se dividen en tres partes ó tratados. Después de una portada que representa á los mexicanos en su primitiva patria, sigue el tratado primero con treinta y dos láminas que comprenden sesenta y dos pinturas; la primera es relativa al viaje de los azteca, las veinticinco siguientes se refieren á los

señores de México y á los principales sucesos que en su tiempo acaecieron; después hay cinco que se ocupan de la Conquista, y la última del tratado representa la fundación de la ciudad de México. El tratado segundo tiene once láminas, y en ellas treinta y cuatro pinturas relativas á los dioses, templos, ceremonias del culto, sacrificios y fiestas religiosas, danzas y juegos públicos. El tratado tercero se ocupa del calendario, y tiene seis láminas con veintidos pinturas. En todo tiene el atlas ciento diez y ocho pinturas muy interesantes.

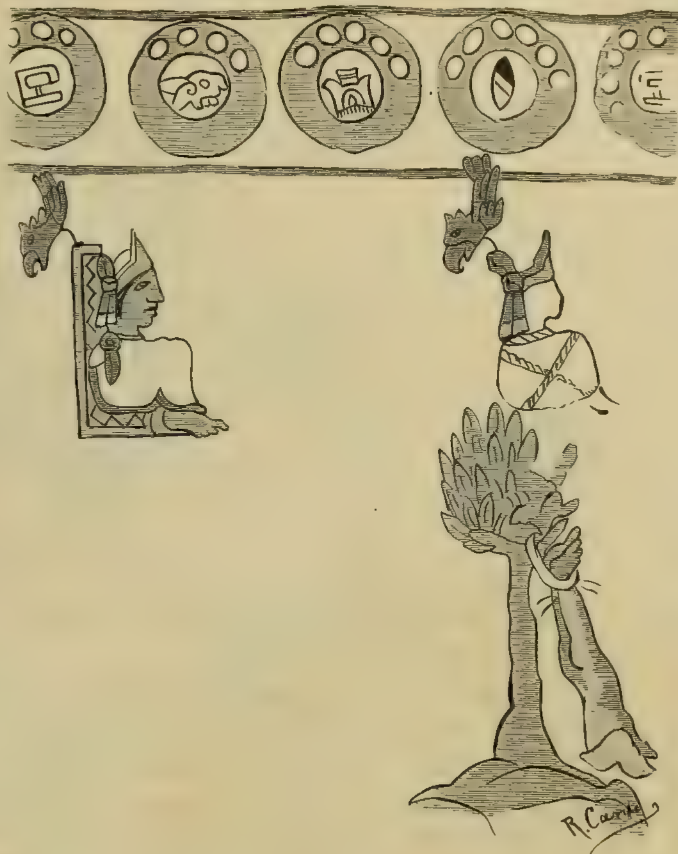
Creemos que estas pinturas son copia de algún códice indio, porque son semejantes á las de su congénere el códice Ramírez. Pero si el copista en éste, en donde están simplemente á tinta, imitó exactamente las figuras del original, el de las pinturas de Durán quiso adornarlas y corregir su mala forma, y naturalmente las adulteró. Por lo tanto, estas pinturas, en el fondo de lo que representan, son auténticas y deben tomarse como buena fuente, pero debe desconfiarse de lo que se refiere á forma.

Las estampas del códice Ramírez son treinta y dos: cuatro tratan de la peregrinación, doce de los señores de México, doce de los dioses, ritos, sacrificios y fiestas, dos del calendario y dos de la Conquista.

Debemos agregar que como apéndice al atlas de Durán, hay un códice cuyo original existe en poder de M. Aubin, y que con sus colores se ha reproducido fielmente. Tiene diez y seis láminas con veintitres pinturas que se refieren á los dioses, meses y sus fiestas religiosas. Es muy notable este códice, y él nos ha dado la verdadera forma, tanto tiempo discutida, del templo mayor de México.

Tira de Tepéchpan. Tiene seis metros cuarenta y nueve centímetros de largo por veinte centímetros de ancho. También ha sido publicada con colores por M. Aubin. Perteneció también á Boturini, que la cataloga en el número 4 del párrafo III, diciendo: «Otro Mapa grande en papel Indiano, extendido como una faxa. Parte las Figuras de arriba, y de abaxo con los Caracteres de los años, que van corriendo por el medio. Representa la sucesión de varios Señores Chichimecas y Mexicanos, y cosas acaecidas á las dos Monarquías.» Aubin agrega con razón, que es propiamente la historia sincrónica de Tepéchpan y de México. Además del original, dice que tiene la copia hecha por el padre Pichardo y una calca de la que habla Boturini, conservada en el Museo.

En efecto, la litografía tiene en colores la reproducción del original; pero como tanto la copia del padre Pichardo como la que fué del Museo, donde ya no existe, eran algo más grandes, se indica su mayor extensión con líneas y caracteres negros. Comienza el jeroglífico desde el año *ce tochtli* 1298; indica la peregrinación de los mexicanos y su estancia en Culhuacán; pone la fundación de la ciudad, y sigue con la cronología de los reyes, indicando algunos sucesos, como la destrucción del señorío tepaneca; llega después á la Conquista y continúa hasta el año 1589. Desde el año 1533 faltan ya los colores. Interesante es esta tira



Mapa de Tepéchpan. — Ejecución de Cuauhtemoc

de Tepéchpan; pero acaso su principal curiosidad consista en habernos dado la representación del verdadero suplicio y muerte de Cuauhtemoc.

Estos son los datos jeroglíficos que en forma de códices tenemos sobre la historia de los mexicanos, y no faltan otras pinturas aisladas que vienen á contribuir al mismo objeto. Por lo que hace á los otros señoríos ó pueblos, no existen pinturas con su historia, y solamente conocemos dos relativas á la famosa corte de Texcuco.

Historia del señorío de Aculhuacán. También estos dos jeroglíficos pertenecen á la colección Aubin, y han sido publicados en negro. Ambos fueron del famoso Museo de Boturini, y los cataloga en el párrafo III, números 1 y 3. Dice de ellos: «1. Un Mapa de exquisito primor en papel Indiano, como de marca mayor, donde se ven, con Figuras y Caracteres, historiados los principios del Imperio Chichimeco, desde *Xólotl* hasta *Netzahualcóyotl*, después que recuperó el Imperio del poder del Tirano *Maxtlatón*. Tiene 6 fojas y 10 páginas útiles en un todo pintadas, cuyas dos primeras llevan insertos unos renglones en lengua *Náhuatl*, casi borrados de la antigüedad. Tuvo este Mapa en su Librería el mencionado don Fernando *Ixtlilxóchitl*, y le sirvió para escribir la Historia del mismo Imperio, como consta

de Testimonio.» — «3. Otro Mapa en una Piel curada, donde se pinta la Descendencia, y varios parentescos de los Emperadores Chichimecos, desde *Tlótzin* hasta el último Rey Don Fernando Cortés *Ixtlilxóchitzin*. Lleva varios renglones en lengua *Náhuatl*.» En la impresión se puso cada una de estas pinturas en una tira ancha, dándoles respectivamente los nombres de mapa *Quinátzin* y mapa *Tlótzin*. Ambos mapas, además de los datos



Mapa Quinátzin. — Chichimecas trogloditas

que en sí encierran, sirven para confrontar y confirmar los relatos del historiador Ixtlilxóchitl.

Hay otra materia importantísima, relativa á la historia antigua, sobre la cual hay pinturas en número suficiente: la cronología. Y esto es tanto más importante, cuanto que su estudio nos da á conocer, no solamente los portentosos adelantos de aquellos pueblos en la medida del tiempo y sus conocimientos astronómicos, sino que nos revela por completo su teogonía, el verdadero carácter de sus creencias, nos descubre sus ideas filosóficas y morales, nos enseña sus fiestas, ritos y ceremonias, y por las costumbres religiosas nos hace entrar en su verdadera vida civil; y por último, al darnos el verdadero sentido de las leyendas históricas, nos pone de manifiesto la causa de la grandeza y decadencia de aquellas razas, en cuya alma al fin podemos decir que penetramos. Los estudios de esta parte jeroglífica eran desconocidos. Gama los había emprendido, pero su manuscrito se perdió. Fábrega escribió un libro; mas no se publicó. Veamos las pinturas que hay y cuáles hemos estudiado. Ya hemos visto que los códices Telleriano y Vaticano, sobre todo este último, abrazan una parte importantísima de ese estudio. En la colección de lord Kingsborough hay además los siguientes códices dedicados especialmente á dicha materia.

En el primer tomo dos códices que el señor Orozco y yo hemos creído mixtecos, y que nunca se han estudiado. Los originales se encuentran en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Allí mismo existe otra pintura muy interesante, que Kingsborough publica al fin de su primer tomo, y que nosotros hemos explicado: es una completa exposición de la cosmogonía mexicana y de las bases y orígenes del calendario.

En el tomo segundo del Kingsborough hay las siguientes pinturas sobre la materia. El códice que hemos llamado Laudense, de cuarenta y seis páginas, y que es un calendario ritual y astronómico. Se encuentra también el original en la Biblioteca Bodleiana. El códice de la Biblioteca de Bolonia, calendario astronómico de veinticuatro páginas. El Clementino, que llamamos así por haber pertenecido á Clemente VII, á quien lo donó el rey Manuel de Portugal; calendario ritual mixteco de sesenta y cinco páginas, notable por la belleza de los colores de la pintura: se conserva el original en la Biblioteca de Viena.

En el tomo tercero del Kingsborough están los códices más importantes y que más hemos estudiado. El Borgiano, que se tiene por la más hermosa y más interesante pintura que nos haya quedado de la antigua México, y que está reproducido en setenta y seis páginas. Es un admirable calendario civil, ritual y astronómico, portento de la ciencia de aquellos pueblos. De este códice solamente pudimos saber en Roma, que una vez jugaba con él y lo estaba quemando, un niño hijo del conserje del palacio del príncipe Justiniani, sin que se haya podido saber de dónde lo había tomado. El príncipe lo recogió, y hacia fines del siglo anterior pasó á poder del cardenal Borgia y formó parte de su museo de Velletri, en donde lo vió Humboldt. Más tarde pasó á la *Propaganda Fide* de Roma; allí se conserva, y allí lo examinamos. Es una banda larga de piel gruesa, preparada con arcilla blanca, de 25 ½ centímetros de ancho, doblada en forma de libro y pintada por ambos lados. Abierto presenta dos ó más páginas para verse donde se necesita, y extendido aparecen treinta y ocho páginas por lado, en todo setenta y seis. La dificultad principal para leer este códice, consiste en acertar con el extremo que deba servir de principio: por eso en el Kingsborough

está trastornado el orden de las pinturas. Pero como es la única edición que del códice existe, acostumbramos usar la numeración de las páginas que ahí tiene. Diremos para concluir que el original plegado forma un libro cuadrado de catorce pulgadas y media por tres de altura.

El segundo códice del tomo III de la colección de Kingsborough es el de Fejervary de Hungría, que tiene cuarenta y cuatro láminas: no se ha estudiado, pero es de grande importancia, pues es un tratado cronológico completo y perfectamente ordenado.



Códice Borgiano. — La estrella vespertina y matutina

Al fin del tomo está el ritual Vaticano con noventa y seis páginas, y es muy semejante al códice Borgiano: aquél nos ha servido en nuestros estudios para completar la inteligencia de éste. El ritual Vaticano es también de piel de ciervo preparada: es una faja de nueve trozos unidos, que hacen treinta y un palmos y medio de largo. Tiene cuarenta y ocho páginas pintadas en parte; las últimas están pegadas á unas pequeñas tablas, de manera que plegándolo forma un librito de ocho pulgadas de largo, siete de ancho y tres de alto. Como las cuarenta y ocho páginas están pintadas por ambos lados, resultan noventa y seis láminas en el Kingsborough.

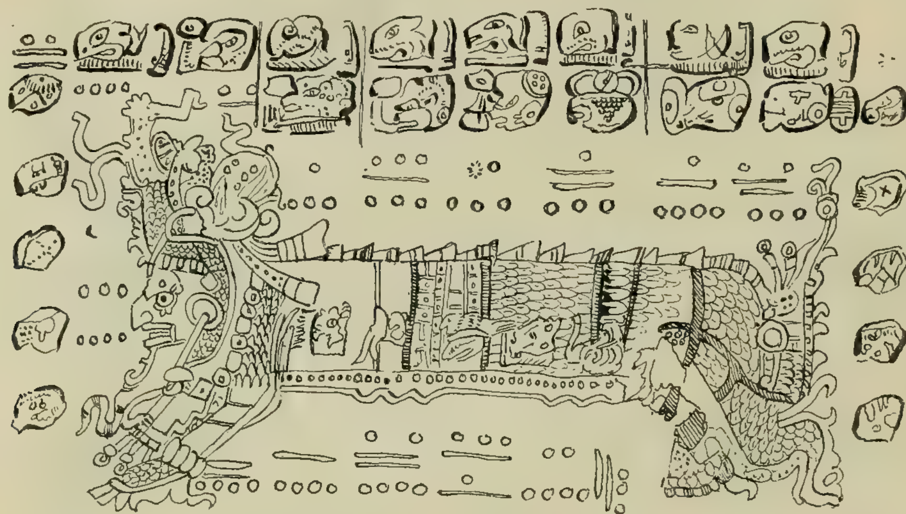
Otros varios jeroglíficos, aunque aislados, tenemos sobre tan importante materia, como son la rueda de

que habla Mendieta y que pertenece al calendario del padre Olmos, las del códice Ramírez y la historia del padre Durán, etc. Tenemos además los jeroglíficos de los meses en el atlas de Durán, y en el apéndice diez y seis láminas de símbolos de meses y fiestas que en ellos se celebraban, figuras de los dioses y la del Templo mayor. Se ha publicado también con colores un calendario en el método del de Bolonia.

El calendario de doscientos sesenta días, llamado *Tonalámatl* ó cuenta de los días, que contenía el cómputo civil y religioso del tiempo, las fiestas y ritos, los agüeros y supersticiones, y que por lo mismo era ya el más usado en la antigua civilización, existe por fortuna, aun cuando se tuvo por perdido. Se encontró en la antigua biblioteca del convento de San Francisco de México, y los frailes se lo cambiaron á M. Aubin ¡por un ejemplar del *Genio del cristianismo!* El nuevo poseedor lo publicó en París en veinte láminas con colores. En la Biblioteca de París existe otro *Tonalámatl*, del que guardamos una copia: tiene algunas variantes respecto del de M. Aubin.

Podríamos agregar otros diversos jeroglíficos sobre diferentes materias, de los cuales algunos existen originales, ya en el Museo, ya en nuestro poder, y otros se han publicado en diversas obras. Pero basta lo expuesto para comprender que, á pesar del descuido y la destrucción, existen todavía materiales suficientes de los antiguos indios, para reconstruir con ellos su antigua historia.

En cuanto á los jeroglíficos mayas, ó más bien



Códice de Dresde. — Jeroglífico maya

dicho, de la civilización maya-quiché, nos son enteramente ininteligibles. Existen muchas inscripciones en los monumentos, y conocemos tres códices: el de Dresde, publicado en el tomo III de la colección de Kingsborough, que parece ser un calendario maya, y al cual equivocadamente le llaman allí manuscrito mexicano; el Troano, que dió á la estampa el abate Brasseur, y que á pesar de su interpretación fantástica y novelesca no es otra cosa, en nuestro concepto, que un calendario rural maya, perfectamente claro, que se conserva en la Cámara de diputados de París, y ha sido publicado en fotografía.

Para concluir esta breve reseña sobre los códices jeroglíficos y á fin de no extendernos más de lo necesario, hablaremos de la pintura más importante que existe sobre la Conquista, y que se conoce con el nombre de Lienzo de Tlaxcalla. Pintado á la manera jeroglífica figurativa para conmemorar las campañas en que los tlaxcaltecas acompañaron como aliados á los españoles, se guardaba como rico tesoro en el Ayuntamiento de la ciudad de Tlaxcalla. De él se había sacado años há una copia, que dividida en grandes cuadros existe en el Museo: no es enteramente fiel. En la época del imperio de Maximiliano se trajo el original á México para que la comisión francesa sacase otra copia, la que sacó con algunas inexactitudes. Nosotros tenemos una exactísima

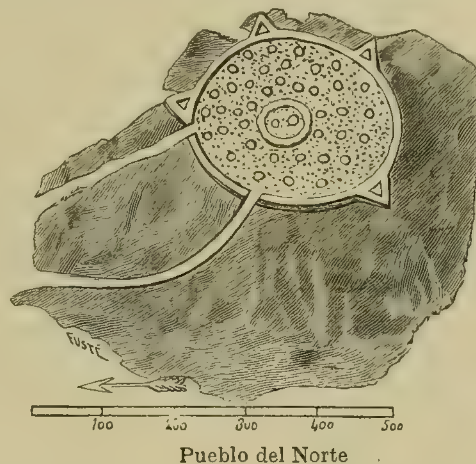


Lienzo de Tlaxcalla. — Cortés introduciendo el cristianismo

reducida á forma de códice, y como no se ha publicado nunca esta pintura y parece que el original se ha extraviado, vamos á describir la copia que poseemos. El

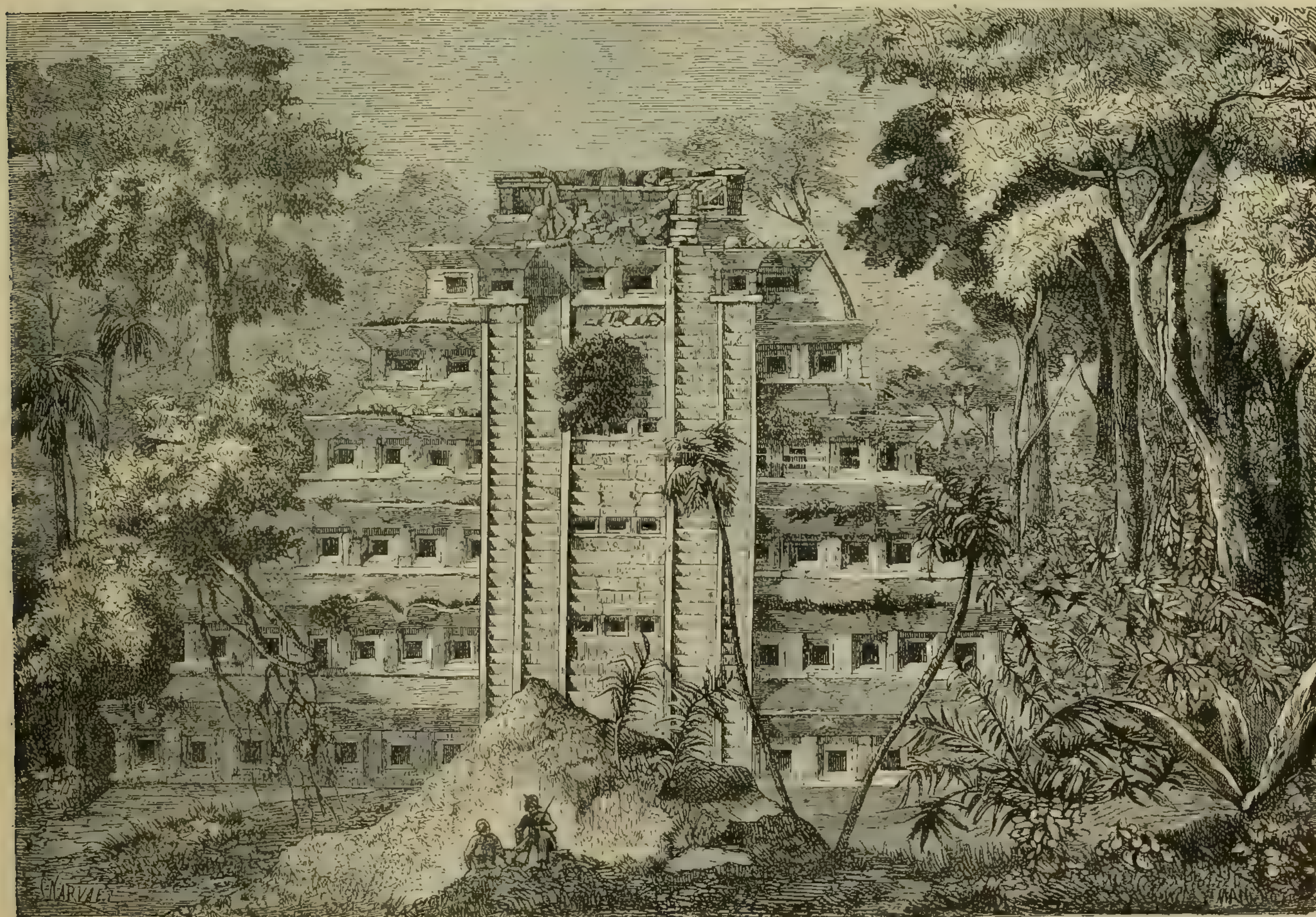
original se compone de una serie de cuadros: cada uno corresponde á una población ocupada por conquistadores y aliados; el nombre de la población se marca con su antiguo signo jeroglífico. Como los cuadros son de igual tamaño, ha podido hacerse en la copia un códice de forma regular, poniendo un cuadro en cada hoja. Esto tiene como excepción la batalla de la Noche Triste, en que la pintura abraza el espacio de dos cuadros. El lienzo tiene como cabeza una alegoría, que en la copia sirve de portada. La copia se hizo por medio de calcos muy exactos y se cuidó de reproducir los colores con completa igualdad á los del original. El códice, pues, se compone de la portada y ochenta cuadros. Sigue una página con siete cuadros blancos con orla negra, y en ellos, nombres de pueblos: en dos se comenzaron á dibujar figuras. Después hay cuatro pinturas sin concluir con escudos, macanas y otras alegorías. Se puede decir que este códice tiene tres partes, que comprenden: la primera, desde la alianza de Tlaxcalla con Cortés hasta la toma de México; la segunda, las expediciones con Nuño de Guzmán hasta Sinaloa, y la tercera, la conquista de Guatemala. Fácil es percibir la grande importancia de este códice, pintado por los mismos indios aliados de los españoles; en él se encuentran datos desconocidos y que tienen, además, la garantía de su verdad. De nosotros, sabemos decir, que nos ha servido alguna vez para resolver puntos importantísimos. Y ya que de los jeroglíficos, fuente primera de nuestra historia, bastante nos hemos ocupado, tratemos ahora de otra fuente no menos preciosa, los monumentos y sus inscripciones.

MONUMENTOS. Esas cifras gigantescas que las



Pueblo del Norte

viejas razas dejan, al desaparecer, esparcidas en el suelo que ocuparon, han sido, en todos los países, elementos de primer orden para reconstruir su historia. Sirven



Pirámide de Papantla

para este objeto los monumentos, primeramente por su carácter, distinguiéndose su carácter propio y su carácter progresivo. El primero, que se forma de los elementos arquitectónicos especiales, como son materiales, manera de construcción y forma, no solamente determina las razas en un país, sino que es marca

segura del camino de las emigraciones; y la comparación de monumentos ha llegado á ser uno de los principales datos en los estudios etnográficos. El segundo, el carácter progresivo, señala las etapas de una civilización y es signo seguro del desarrollo sucesivo de un pueblo ó raza. El interés de los monumentos crece cuando tienen inscripciones, que naturalmente en nuestras antigüedades son inscripciones jeroglíficas. Son entonces los monumentos grandiosas páginas de la historia, teniendo la ventaja de que no es discutible su autenticidad. Y esta preciosa fuente histórica es muy abundante entre nosotros.



Nueva cruz del Palenque

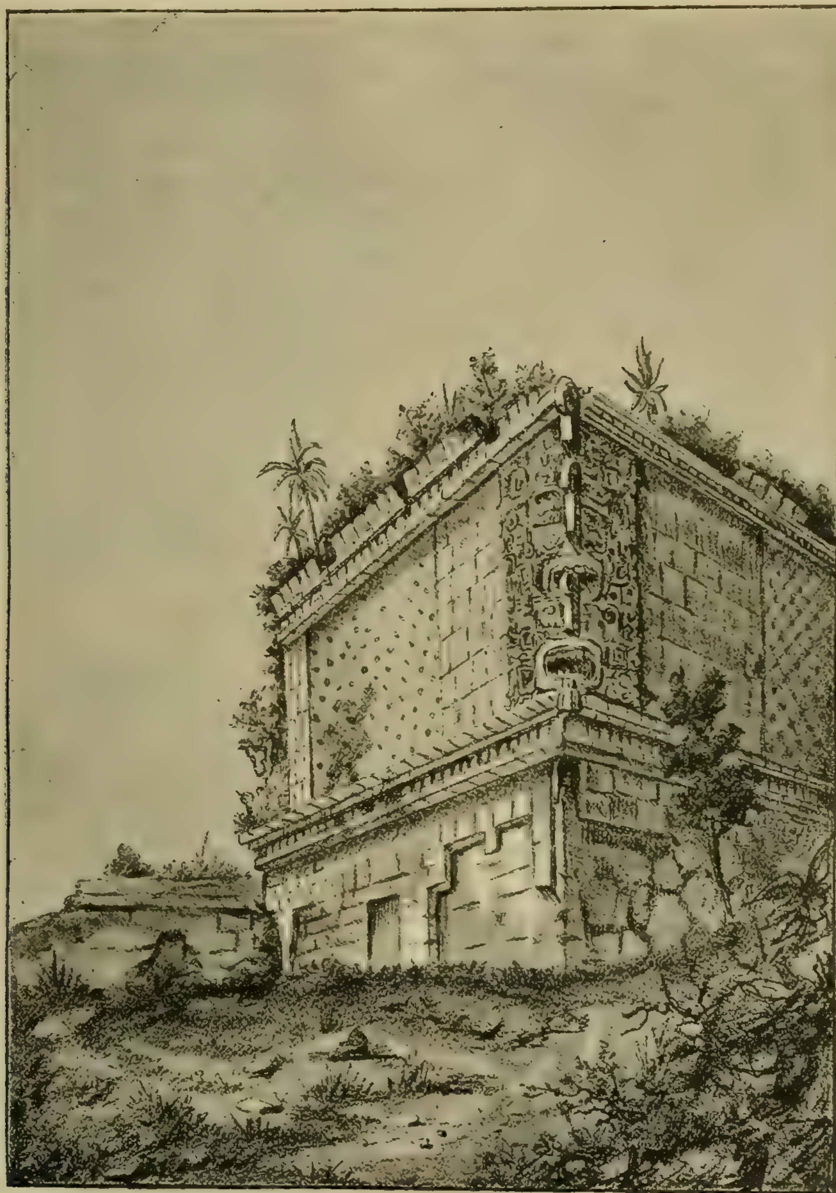
Comenzamos por las grandes rocas naturales grabadas con jeroglíficos ó figuras, desde las peñas de Sinaloa hasta las de Chapultepec, en que se esculpieron la meridiana y los señores de México, esculturas hoy destruídas, como lo está también el relieve del cerro de Magoni cerca de Tula. Las rocas nos proporcionan también obras arquitectónicas gigantescas, hechas en el pórfido y el granito. Basta citar el baño del rey-poeta Netzahualcóyotl, labrado en un peñón de pórfido del cerro de Texcutzinco. Se llega á él por numerosos peldaños tallados en la misma roca, y en la roca también se abre la anchurosa cavidad circular del baño, que es taza de pórfido rojo levantada á los cielos en la cúspide de la montaña.

Los monumentos se presentan más importantes en dos grandes regiones, la del Norte y la del Sur; habiendo sido centro la primera de la antigua y poderosa raza nahoa y la segunda de la raza maya-quiché, que nos admira todavía por los portentosos edificios que como muestra de civilización dejó desparramados en la zona que ocupaba.

Los monumentos del Norte se extienden en nuestra frontera, desde las ruinas de los ríos Gila y Colorado hasta las Casas Grandes de Chihuahua, bajando hacia el Sur á la Quemada y Pabellón. Pero no se limitaban en lo que es hoy nuestro territorio: existen en gran número en la frontera de los Estados Unidos. Su construcción especial, la disposición de las habitaciones, su forma

y la que tomaban algunas ciudades con el agrupamiento de las casas, nos dan á conocer muchas circunstancias especiales de la vida ignorada de sus habitantes, algunas de sus costumbres y de sus prácticas sociales; y sobre todo, nos patentizan la base principal de su religión, el culto al sol.

La región del Sur es más rica en monumentos, como que pertenecen á una civilización que alcanzó su apogeo en época posterior y más cercana á nosotros. Extiéndense palacios y templos en línea desde Palenque hasta Comalcalco en el Golfo; llenan la península yucateca, sobresaliendo en Izamal, Chichén-Itzá y Uxmal; penetran hasta Mitla, en tierra de zapotecas, y adelantan como centinelas avanzadas al mismo centro del territorio las pirámides de Papantla, Cholóllan, Teotihuacán y Xochicalco. La forma de estas construcciones, como la piramidal; el estilo, rico, suntuoso, excesivamente labrado y especial, que le dan carácter único é imposible



Casa de las Monjas, en Uxmal

de confundirse; sus estucos, grecas y monolitos por columnas; la bóveda ojival encontrada por superposición de grandes piedras de menor á mayor; todo da un aspecto de grandiosidad portentosa á esas ruinas, que hace meditar profundamente contemplando un salón de Mitla, las pinturas de Chichén ó la casa de las Monjas de Uxmal.

Pero si estas ruinas en sí son ya bastante lección de aquella vieja historia, aumenta su interés con las inscripciones jeroglíficas, ya formadas de estuco como en Palenque, ya pintadas como en Chichén, ya esculturadas en la piedra como en Xochicalco. Estas son verdaderas páginas históricas, más importantes y menos deleznables que los mismos códices jeroglíficos. Así encontramos la leyenda de Totec en las paredes de Chichén y en los pórfidos de Tóllan; los grandes períodos cronológicos en los templos de Palenque, y la reforma del calendario en los relieves de Xochicalco. Y si algún día llegase á ser posible el leer las inscripciones silábicas de las ruinas del Sur, se correría al fin el velo que hoy cubre una historia que nos asombraría, cuando ya sus restos ruinosos asombro son bastante para nosotros.

La última civilización fijó su residencia en el centro; y, á pesar de ser la última, es la que menos nos ha dejado en monumentos. Ya no se encuentra el templo tolteca de que nos habla Sahagún, y que tenía por columnas culebras de pórfido rojo: apenas se hallan en Tóllan trozos de columnas admirablemente labradas y la mitad baja de una gigantesca cariátide. Del gran templo de México solamente han podido encontrarse en excavaciones últimas unas cabezas de culebra del *Coapantli.* Construyéndose las ciudades modernas en donde estaban las antiguas ciudades, éstas fueron destruídas y con sus materiales se formaron las modernas. Todavía hoy, al penetrar en la catedral de México, se pisa sobre baldosas que en otro tiempo fueron de las graderías del templo de *Huitzilopochtli.* Y sin embargo se han salvado algunos restos, y se han vuelto á encontrar piedras con inscripciones jeroglíficas muy interesantes, como el gran *Cuauhxicalli* de Tizoc, la lápida conmemorativa de la dedicación del gran templo, la de la sequía en la época de Moteczuma Ilhuicamina, y sobre todo la Piedra del Sol, el monumento más importante de nuestra antigüedad.

Por lo expuesto se ve cuántos elementos traen al concurso de los que á historiar se dedican, esos colosos mudos que, en la soledad de los bosques, conservan el recuerdo de viejas edades y vienen á ser cifras de alto precio para reconstruir la vida de las épocas más lejanas. Pero aun hay otros elementos de no menor valía, que forman un grupo semejante al de los monumentos, y que generalmente en ellos se encuentran: los utensilios, instrumentos, armas é ídolos. Aun cuando el transcurso de los siglos y el cambio de costumbres han debido hacerlos escasos, hállanse todavía utensilios, instrumentos y armas en número bastante para darnos á conocer varias costumbres de aquellos pueblos. En el Museo Nacional y en algunos particulares se encuentran, ya la colección de malacates, husos con que las mujeres hilaban el algodón; ya la de puntas de flecha de obsidiana ó de cuchillos de pedernal para los sacrificios; acá el *huéhuetl* ó gran tambor y el sonoro *teponaxtli* ó el pito de barro de figuras caprichosas; allá los cinceles de cobre ó de piedra durísima, la taza que conserva todavía la pintura ó la pequeña mufla del platero, ó bien la labrada boquilla para fumar las hojas de tabaco, ó la pipa de época anterior; concurriendo todos estos objetos á hacernos ridivivos los hábitos de aquellas sociedades que parecían perdidos entre el polvo del olvido.

Materia muy importante es el estudio de los ídolos ó dioses de los pueblos que aquí habitaban, no solamente porque las ideas religiosas nos dan á conocer el grado de adelanto y las tendencias sociales de un país, sino también por la circunstancia especial de que, siendo la teogonía nahoa esencialmente astronómica, las diversas representaciones de sus deidades nos enseñan muchos de sus conocimientos cosmogónicos y cronológicos, y nos descubren al fin el armonioso conjunto de sus creencias y de su filosofía, explicándonos sus ritos, varias de sus costumbres, y aun nos dan razón de las causas de sus grandes sucesos históricos y los motivos de su grandeza y de su decadencia. Y no es este estudio parte poco interesante para la etnografía, pues las conquistas de los pueblos eran conquistas también de la religión, y la huella de los mismos ídolos era huella también del triunfo de las razas. En materia de ídolos somos bastante ricos, á pesar de las muchas causas que concurrieron á destruirlos: por una parte el fanatismo religioso de los vencedores y el abandono natural de los vencidos al abrazar nuevas creencias; después la necesidad de utilizar la piedra en que estaban labrados para las nuevas construcciones; así hemos visto há poco, cuando se descubrieron las columnas de la primera catedral de México, que todavía en su base conservaban huellas labradas de los ídolos á que pertenecieron; y finalmente, millares se emplearon para cimientos de iglesias, queriendo así que lo que había sido instrumento de idolatrías, sirviese de base á los templos cristianos: aún está debajo de la pila bautismal del Sagrario de la Catedral la famosa piedra del sacrificio gladiatorio. Y sin embargo, como hemos dicho, se conserva gran cantidad de ídolos: podemos decir que tenemos todos los dioses



Totec.—Cabeza colosal de diorita

en sus diversas manifestaciones; y se encuentran como escalonados en todo el territorio, sirviendo así de la huella etnográfica de que ya hemos hablado. Ha llegado nuestra fortuna hasta haberse encontrado en diversas excavaciones algunos de los principales ídolos del Templo mayor, entre los cuales sobresalen, en el Museo, la cabeza gigantesca de diorita de *Totec*, que se acerca, en su perfección y belleza, á las esculturas griegas, y la

colosal y simbólica estatua de *Coatlicue*, madre de *Huitzilopochtli*.

No son menos importantes, y por fortuna abundan, los vasos sagrados que de diversas materias, desde el barro hasta la serpentina, contienen en sus grabados, pinturas ó adornos, datos importantes teogónicos ó



Fondo de un vaso sagrado de serpentina

cronológicos. Otros presentan perfiles y tipos interesantísimos para el estudio. En cuanto á tipos, por donde quiera se encuentran cabezas ó máscaras, algunas de materias preciosas como la obsidiana, que nos manifiestan la figura de la raza que las ejecutó; y en esto son admirables las cabecitas de barro que se sacan de los túmulos de Teotihuacán, y que el señor Orozco, con razón, considera que son verdaderos retratos, que nos reproducen diferentes tipos y razas, diversos peinados y tocados variadísimos. Si á esto agregamos el estudio de la craneología, el de las sepulturas y las costumbres funerarias que nos revelan, tendremos nuevas y abundantes fuentes etnográficas. Y estos trabajos alcanzan mayor fruto por la comparación, pues todavía existen en nuestro territorio cuatro millones de indios que conservan el tipo de su raza, su carácter propio, varias de sus costumbres y sobre todo, el principal elemento etnográfico, su lengua propia.

Lingüística. Supuesto que la lengua es la expresión de los objetos materiales y de las ideas de un pueblo, conocer el idioma, no solamente nos hace saber las costumbres, sino que nos ayuda á penetrar en el alma de una nación. Además, las relaciones de lengua á lengua, nos muestran el parentesco de los pueblos, son marcas que deja la conquista y rastro de las victorias. Por fortuna, no sólo conocemos las antiguas lenguas de México, de las que muchas se hablan todavía, sino que desde un principio se formaron de ellas por los primeros frailes, gramáticas y vocabularios; obra meritoria, más que para la religión, para las letras y la historia. Y á imitación de los primeros continuaron otros ese trabajo, y publicáronse también en aquellas lenguas doctrinas y confesionarios, sermones y aun piezas literarias, pues tenemos vertidos al nahoa algunas comedias de Lope de Vega y varios autos sacramentales. Después, con tan preciosos elementos, ha podido hacerse la comparación y clasificación de esas lenguas; se han agrupado las de la misma familia, y si tales estudios no han llegado á su fin y todavía tienen que revelarnos hechos desconocidos hasta hoy, son, sin embargo, ya gran elemento para resolver muchas dificultades etnográficas y prehistóricas.

Todas las fuentes antes citadas traen su origen de los mismos pueblos conquistados, son su obra y como legado de ellos para nuestra historia: por lo mismo son elementos de gran precio é indiscutibles. Tan numerosos son y sobre materias tan diversas, según se ha visto,



Guerrero tolteca esculpido en una concha nácar

que nos atreveríamos á decir que bastarían por sí solos para escribir verídica y casi completa nuestra historia antigua. Pero á más tenemos abundantes y de grandísimo mérito los elementos escritos posteriores á la Conquista: intérpretes, cronistas é historiadores.

Intérpretes. Éstos casi todos pertenecen al

siglo XVI y escribieron poco después de la Conquista; ya indios antiguos que vertían al idioma vulgar sus pinturas, ya valiéndose de ellos cronistas ó escritores que quisieron explicar el significado de los códices jeroglíficos. Parece á primera vista que debería darse entero crédito á tales interpretaciones; pero hay que recibirlas con cautela en todo lo que á la religión tenga referencia, pues desde un principio los escritores españoles, y naturalmente los indios neófitos que los seguían, manifestaron la tendencia de concordar las tradiciones aborígenes con el relato bíblico, y desde entonces buscaron en las pinturas jeroglíficas el diluvio, la torre de Babel, la confusión de las lenguas, etc. Procuraron también desde aquella época ocultar todo lo que juzgaban que pudiese ser aliciente para conservar la destronada idolatría, lo que hizo que sus explicaciones fueran incompletas. Además, por el trastorno natural que les producía la combinación de dos sistemas distintos de computar el tiempo, cometieron errores muy graves de cronología que hay que corregir con las mismas pinturas, hoy que perfectamente conocemos esas complicadas relaciones, y que ayudados de las tablas ya formadas, con facilidad fijamos las fechas correspondientes.

Intérpretes del códice Mendocino. — Como la intención del primer virey al mandar formarlo, fué dar á conocer la historia de México al emperador Carlos V, no hubieran bastado á su intento solas las pinturas, sino que mandó que se hiciese de ellas una traducción por indígenas entendidos, la que se vertió al español por un perito en ambas lenguas. Atendida la forma especial de ese códice, de la que ya hemos dado razón, puede decirse que los intérpretes redujeron su trabajo á dar los nombres de los muchos pueblos conquistados, cuyos jeroglíficos están en la primera parte y en el libro de tributos; á consignar los nombres de los reyes y de los objetos que se tributaban; y únicamente en la parte relativa á las costumbres hicieron una verdadera explicación. Debe, pues, considerarse su trabajo más bien como un diccionario jeroglífico; pero es de suma importancia, porque nos fija los nombres de casi todos los lugares ó pueblos de aquellos tiempos. Se advierten varias equivocaciones, según la publicación que hizo lord Kingsborough; y lo atribuimos á que los indios intérpretes no sabían escribir, y los que escribían por su dictado no conocían la lengua de los mexicanos. Urgente era por lo mismo una rectificación de esas equivocaciones: el señor Ramírez había preparado ese trabajo, nosotros lo habíamos emprendido, y el señor Orozco lo llevó á cabo, casi completamente, en los *Anales del Museo*.

Intérpretes del códice Telleriano-Remense.— Publica también lord Kingsborough la interpretación de este códice, como si fuera obra de una sola mano. Examinando el original se ve que hay tres letras diferentes y tres distintos intérpretes. Como Kingsborough publicó seguida la interpretación cual si fuese obra de un solo autor, resultó confusa y en algunos puntos ininteligible. Pero aun así es muy útil, porque los intérpretes no se limitan á decir el simple significado de cada figura, sino que explican las pinturas, agregando, aunque someramente, la parte relativa de la tradición, lo que hace que esta interpretación pueda ya considerarse como trabajo histórico.

Se divide en tres partes: la primera da noticia de los meses y de las fiestas que en ellos se celebraban; la segunda habla del *Tonalámatl*, de los dioses respectivos, y cuenta varias leyendas cosmogónicas y algunas creencias muy interesantes de su teogonía; y la tercera se ocupa, con pormenores interesantes, de la parte histórica, desde la peregrinación azteca hasta el año de 1557.

El padre Ríos. — Este fraile dominicano fué el intérprete del códice Vaticano. Su obra está escrita en italiano y fué publicada también en la colección de Kingsborough. Está sin duda incompleta y es muy de sentirse porque revela profundo conocimiento de las cosas mexicanas; á pesar de que incurre en el defecto, ya indicado, de querer explicar aquellas antigüedades por las ideas bíblicas. Se ocupa extensamente de las partes cosmogónica y teogónica y algo de la cronológica: es de altísimo mérito en ese trabajo. Al comenzar la parte histórica concluye la interpretación, lo que la deja trunca.

El padre Lino Fábrega.—Tenemos de él una extensa y notabilísima interpretación del códice Borgiano. Escribió su obra en italiano y permanece inédita. Nosotros tenemos una versión al castellano, manuscrita y único ejemplar, hecha por el sabio jurisconsulto don Teodosio Lares. Como el códice es un completísimo calendario astronómico, civil y ritual, en que se abrazan todas las creencias cosmogónicas, teogónicas y filosóficas de los nahoas, se comprenderá fácilmente que la obra de Fábrega es una de las más importantes que tenemos sobre las antigüedades mexicanas. Se ocupa de materias antes no tocadas por ningún cronista; descorre velos que parecían impenetrables, y puede decirse que el asunto principal que toca, la cronología nahoa, no se había tratado sino superficialmente antes de él, y podemos agregar hasta ahora. Verdad es que incurre en el defecto común de querer sujetar las creencias de los mexicanos á las tradiciones é ideas cristianas; pero aun así no conocemos obra más profunda sobre nuestras antigüedades.

Fábrega nació en Tegusijalpa el 22 de setiembre de 1746, y entró á los veinte años de edad en el colegio de jesuitas de Tepotzotlán. Le alcanzó la expulsión siendo novicio y se embarcó en Veracruz el 29 de noviembre de 1767 en la fragata nombrada *San Miguel* alias *El Bizarro*. Profesó en Italia á 3 de noviembre de 1771, y murió en Italia también el 20 de mayo

le 1797. Él mismo nos cuenta que desde México había comenzado á dedicarse á las antigüedades y había empezado á estudiar la lengua nahoa ó mexicana, cuyo estudio continuó en Roma ayudado nada más que de una gramática y un vocabulario. Allí alcanzó el favor del cardenal Borgia, prefecto de la Propaganda, y como el códice en cuestión estaba en el museo de este cardenal, se dedicó nuestro Fábrega á interpretarlo, y escribió, dedicándosela á su protector, la admirable obra de que nos vamos ocupando. El manuscrito permanecía aún á principios del siglo en la casa del cardenal Borgia, en Velletri, pues allí lo vió Humboldt; pero después se trajo á México. Esto debió de ser antes del año de 1831 en que Kingsborough publicó su colección, pues de otra manera lo habría incluído en ella, como lo hizo con las explicaciones de los códices Mendocino, Telleriano-Remense y Vaticano. En vano lo hemos buscado en la Biblioteca Nacional: parece que se ha extraviado.

La versión española que poseemos es un volumen en cuarto mayor de seiscientas trece páginas; después de una introducción del traductor, sigue la dedicatoria de Fábrega; á continuación va un estudio sobre los códices originales y copias existentes en Europa, que conocía el autor; en seguida un tratado que intitula: *Nuevo sistema de los mexicanos en el cómputo de sus tiempos*, y del cual no sabríamos hacer un elogio bastante; viene inmediatamente otro tratado sobre las *Tradiciones históricas de los mexicanos* y un estudio *Sobre el origen, pasaje á América, y arte de escribir de los mexicanos*, y finalmente la extensa explicación é interpretación del códice. Debemos advertir que se agregan al manuscrito algunas notas, un índice y la correspondencia de las pinturas del jeroglífico original, en el orden que lo estudia Fábrega, con la numeración de las láminas de Kingsborough, porque éste las publicó trastornando su verdadero orden.

Codex Çumárraga.—Llamamos así á un manuscrito que forma parte de un códice intitulado *Libro de Oro y Thesoro Índico*, propiedad del señor don Joaquín Icazbalceta. Este sabio historiador y bibliógrafo lo dió á la estampa en los *Anales del Museo*. Tiene el título de *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, y fué llevado á España por don Sebastián Ramírez de Fuenleal. Su solo título indica bastante que es la interpretación de un códice jeroglífico; pero á más al principio de la relación se dice que fué formada según lo que refirieron los viejos y papas del tiempo de la infidelidad, y en vista de sus libros y figuras antiguas, muchas de ellas untadas de sangre humana. Creemos que el códice publicado al fin del tomo primero de la colección de Kingsborough fué una de esas pinturas. Dedica la obra los primeros ocho capítulos á la cosmogonía y cronología, siendo muy notable en lo que á la primera se refiere. Lo demás se ocupa de la peregrinación é historia de los mexicanos, refiriendo hechos curiosos y tradiciones muy interesantes.

Intérprete del códice Aubin.—Este códice, de que ya nos hemos ocupado, tiene en las mismas pinturas un relato escrito en lengua nahoa, que no se limita á darnos la traducción de las figuras jeroglíficas, sino que es una explicación de los sucesos respectivos, ampliados con curiosísimos datos. Ignoramos el nombre del intérprete, y en otro códice manuscrito, que contiene diferentes piezas, hemos encontrado una versión castellana de esa interpretación. Es notable principalmente en lo que se refiere á la peregrinación azteca; y como en este punto hemos visto que el códice de M. Aubin va de acuerdo con la tira del Museo, sirve también para ésta la interpretación de que nos ocupamos.

Anales de Cuauhtitlán.—Que este manuscrito es la obra de un intérprete y la explicación de una pintura jeroglífica, no puede dudarse al ver su método especial, que consiste en ir poniendo en riguroso orden la sucesión de años y consignando en los relativos los hechos históricos, que es el mismo sistema usado en los jeroglíficos, en los cuales se ponían las tiras de cuadretes de los años, y frente al cuadro correspondiente las figuras que consignaban el suceso que querían recordar. La interpretación debió hacerse poco después de la Conquista y por un indio inteligente, pues el original se escribió en mexicano y con letra de la época. Tenemos una traducción hecha por don Faustino Galicia Chimalpopoca, que fué muy versado en estos achaques, y una copia de ella sirvió al abate Brasseur de Bourbourg, que la llamó códice Chimalpopoca del nombre del traductor, y creyó ver en ella con su exaltada imaginación no sabemos qué historia fantástica de la formación de la tierra, de sus cataclismos y de las razas primitivas. El abate se disponía á publicar el manuscrito en París, cuando la muerte lo sorprendió. Comenzó después á publicarse en México en los *Anales del Museo*, y esperemos que la publicación se continúe y al fin se dé á la estampa uno de los trabajos de mayor mérito que sobre nuestras antigüedades tenemos. Si no se conoce el autor del manuscrito, tampoco se sabe la procedencia de éste: únicamente tenemos noticia de que estuvo en la biblioteca de San Gregorio y después en la de los jesuitas.

Hasta ahora hemos visto que los intérpretes, como notaremos después que hicieron muchos cronistas, no se ocupan de la historia sino desde la peregrinación azteca y solamente de ésta en ese tiempo; se reducen en realidad á escribir los hechos de los mexicanos; y puede decirse que la parte verdaderamente histórica que relatan comienza solamente con la fundación de la ciudad á principios del siglo xiv de nuestra era. Mientras que este manuscrito comienza su relato desde la peregrinación chichimeca en el año de 583 y aun se ocupa de la de las tribus cazadoras en el de 271, es decir, á fines del siglo iii, de manera que cuando los otros relatos de que nos hemos ocupado abrazan nada más que el período de dos siglos de nuestra historia antigua, éste se extiende

acerca de trece siglos, es decir, más de diez siglos que las otras relaciones. Por lo menos, en siete siglos más que éstas, es extenso y á veces minucioso. Bastaría esto sólo para considerar el manuscrito como una de las fuentes históricas más importantes.

Como desde el principio se ocupa con bastante cuidado de los chichimeca de Cuauhtitlán, se le impuso el nombre que hoy lleva. Pero trata también de la leyenda cosmogónica de los soles, y puede tenerse por una historia completa de los tolteca. En este punto es para nosotros el único documento auténtico, y en él únicamente hemos podido darnos razón de la parte real del misterioso personaje Quetzalcoatl y de la verdadera inteligencia de las leyendas en que figura. Se ocupa el manuscrito de varios pueblos, y es el único que trata del importantísimo reino de Culhuacán, que conservó la civilización nahoa en el período intermedio de la destrucción de Tóllan al engrandecimiento de los mexicanos. De la peregrinación de éstos da noticias de mucho interés. Da cuenta de muchos pueblos sincrónicos del señorío de México, y concluye el año de 1519, en que desembarcaron los conquistadores.

Cuanto dijéramos de este trabajo, que es hasta ahora casi desconocido, sería poco con relación á su mérito é importancia; y debemos tenerlo como uno de los mejores manuscritos que puedan consultarse para escribir nuestra historia en el largo período que hay del año de 583 al de 1519, ó sea en más de nueve siglos. Debemos, sin embargo, advertir que el manuscrito sin duda se compaginó mal en el principio, lo que hace que el orden de algunos sucesos esté trastornado, de manera que se debe cuidar mucho de no confundirlos y de buscar la relación exacta de la cronología.

Anónimo número 1.—Anales toltecas.—También manuscrito, tenemos este códice, que se conoce igualmente que es obra de un intérprete y explicación de una antigua pintura. Se ocupa de la historia de *Tóllan,* da pormenores estadísticos sobre la extensión de su señorío, y se extiende á sucesos posteriores, llegando hasta la época del primer virey. El señor Ramírez creía este manuscrito un extracto moderno de uno antiguo más extenso. De su mismo texto se desprende que el primitivo se escribió en mexicano por un indio poco después de la Conquista.

Anónimo número 2.—Anales tolteca-chichimecas.—El original pertenece á M. Aubin, y es una colección de pinturas históricas, al estilo mexicano, acompañadas de noticias intercaladas, escritas en mexicano. M. Aubin litografió en *fac-simile* este monumento histórico, y el señor Galicia tradujo la parte de interpretación. Se ignora también el nombre del intérprete, que debe haber sido de Coatlinchán, cerca de México, porque escribió en mexicano, y dice en su final que es la historia de los pobladores de ese señorío. Como ésta llega hasta el año de 1526, es de suponerse que en él se hizo el manuscrito. Se ocupa de los tolteca y de los chichimeca, y además de los nonoalca, nacionalidad anterior, narrando cómo se incorporaron á ella los primeros. Además de las noticias interesantes que contiene, como abraza pueblos anteriores á los tolteca, extiende nuestros conocimientos á un período mayor de tiempo en la antigüedad.

Anónimo número 3.—Lista de los pueblos que pertenecían á Texcoco.—Este manuscrito es la traducción de un jeroglífico que comprendía los tributos que se pagaban á los señores de México, Texcoco y Tlacópan. Es un trabajo importante, porque nos da cuenta de la partición que entre ellos se hacía en virtud de su pacto federativo. También es curioso el modo conque dividían los diez y ocho meses del año mexicano para el pago de tributos, pues por este documento se ve que cada medio año lo partían en cinco y cuatro meses. El jeroglífico se pintó entre los años de 1502 y 1515, y el intérprete, cuyo nombre ignoramos, debió hacer su trabajo poco después de la Conquista. El original está escrito en mexicano, y la traducción de él fué cuidadosamente hecha por el ya citado don Faustino Galicia Chimalpopoca.

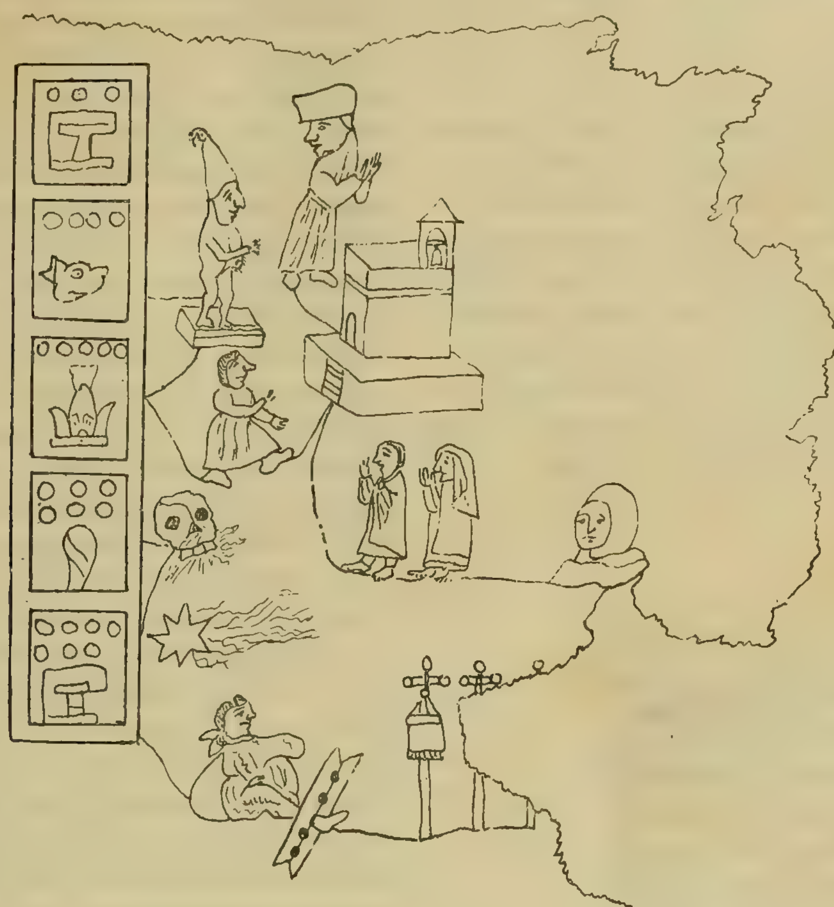
Anónimo número 4.—Anales tepanecas.—Este manuscrito en mexicano y sin nombre de autor, si bien parece por su método interpretación de un jeroglífico, debe considerarse de preferencia como crónica por la extensión de su relato, sobre todo en lo que se refiere al importante señorío de Atzcaputzalco, y en esto es el mejor trabajo que conocemos. Parece que le falta el principio, pues comienza en el año de 1426 con la muerte de Tezozomoc; relata tradiciones de mucho interés y concluye en 1589, ya avanzada la época de la dominación española.

Anónimo número 5.—Anales mexicanos.—Este manuscrito contiene diversos hechos relativos á la historia de México y las fechas en que acaecieron. Está escrito en mexicano y se ignora el nombre del intérprete. Perteneció al Museo de Boturini, y es el número 16, Inv.° 5.° Comienza en el año 1168 durante la peregrinación azteca y concluye en el de 1546.

Anónimo número 6.—Anales mexicanos.—Este manuscrito, también sin autor conocido, abraza un período completo de doscientos años, desde el de 1196 en que llegan los azteca á Tóllan durante su peregrinación, hasta la elección de su segundo señor ó rey en 1396. Llama la atención la exactitud de la correspondencia entre los años mexicanos y los nuestros, cosa muy rara en esta clase de narraciones. Se conoce que es la interpretación de un jeroglífico; pero agrega además algunas tradiciones importantes. Es de suponerse que le falta el principio y el fin.

Anónimo número 7.—Anales de México y Tlatelulco.—Explicación en mexicano, de autor desconocido, de una pintura que abraza la historia de estos dos

señorío, desde el año de 1473 hasta los últimos sucesos de la toma de México por los conquistadores. Es de creerse que le falta el principio; pero en la parte que abraza es interesantísimo, como relato de uno de los vencidos.



Anales mexicanos

Sin duda se escribió poco después de la Conquista. Perteneció este manuscrito al Museo de Boturini, y está marcado: 2.^{no} 14-N.° 11-Inv.° 5-N.° 15.

Anónimo número 8.—Anales de Puebla y Tlaxcalla.—Además de los ya citados, conocemos otros varios trabajos de intérpretes sobre jeroglíficos que se



Anales de México y Tlatelolco

refieren á Teotihuacán, México, Tlatelulco, Tlaxcalla y otros pueblos; pero algunos comienzan su relato después de la Conquista y otros no tienen importancia en la parte que vamos tratando. Todos ellos escribieron en mexicano, y en vista de las pinturas que trataban de explicar. El manuscrito de que ahora nos ocupamos existía en la catedral de Puebla: comprende desde la fundación del señorío ó monarquía de México hasta el

año de 1739. Aun cuando bajo cierto aspecto puede tener gran interés, ya puede considerarse como obra de segunda mano, como escrita en el siglo XVIII. Las mismas pinturas deben ser muy posteriores á la época antigua, é inspiran igual desconfianza que la que produce naturalmente el relato.

Tenemos aún trabajos semejantes sobre Quecholac, Tepeaca y Cholóllan y documentos de carácter parecido sobre Tláhuac, Huexotzinco y otros pueblos, todos en mexicano; y también otras pinturas con interpretación, que aun no se ha traducido, siendo el más notable uno que abraza buena parte de la historia antigua de México: éste tiene pintadas las figuras con colores vivísimos, y al lado de cada una la leyenda en mexicano del intérprete. Habiendo encontrado en él una nota, por la cual parece que perteneció al convento de San Francisco Izhuatepec, le llamamos códice de Izhuatepec.



Códice de Izhuatepec

Creemos que no es necesario ponderar la utilidad del gran material manuscrito que poseemos de los intérpretes: tiene un interés doble, el de las pinturas y el de su explicación. Aun cuando ésta es posterior á la Conquista y algunas de aquéllas lo son, obras entendidas en la materia, escritas cuando aun se conservaban frescas las tradiciones, y, á ocasiones, por indios que fueron instruídos en ellas antes de la venida de los españoles, no pueden menos de ser datos importantísimos para escribir nuestra historia antigua.

Cronistas é historiadores.—Todavía en los primeros escritores de la época colonial vamos á encontrar elementos auténticos de los antiguos indios: algunos cronistas guiaron su relato por jeroglíficos, que no se limitaban á interpretar, sino que les servían solamente de base de sus narraciones; pero, contemporáneos de la Conquista, habían oído de viva voz á los vencidos las tradiciones de su historia. Otros, sin valerse del auxilio de las pinturas, trasladaron simplemente en sus escritos aquellas tradiciones: y recordemos, que por la insuficiencia de la escritura jeroglífica, acostumbraron siempre los mexicanos conservar en la memoria los hechos gloriosos de su raza, que en relaciones y cantares enseñaban á sus hijos para que no cayesen en olvido. Sin duda las primeras obras de los cronistas adolecieron de la vaguedad natural que se siente al exponer ideas nuevas y poco antes desconocidas. No eran ni podían ser trabajos completos, porque cada uno escribía lo que lograba saber. Muertos, peleando por la patria, los importantes personajes del pueblo vencido, pocos quedaban que supiesen los secretos de su historia, y de éstos la mayor parte no se prestaba á revelarlos. Los mismos cronistas ocultaban algo de lo que llegaron á conocer, especialmente si tenía relación con los dioses y el calendario, por temor de despertar la mal dormida idolatría. Y fué parte también para la confusión de sus escritos, el querer desde un principio concordar las creencias de los indios y sus tradiciones con el relato bíblico: idea muy natural en la época, y que debe tenerse en cuenta al leer las crónicas, para descartar las falsas apreciaciones de ella nacidas. Pero cualesquiera que sean sus defectos, no puede negarse que constituyen un material preciosísimo, en el cual, escogiendo con discreción y lógica, se encuentran abundantes tesoros históricos. Demos, pues, cuenta de las principales crónicas y de su importancia, examinando imparcialmente la obra de nuestros historiadores.

Cartas-relaciones de Cortés.—Cábele también al Conquistador la honra de haber sido el primer historiógrafo de nuestras antigüedades. Al dar razón á Carlos V de sus hazañas, diósela también de la ciudad conquistada y de todas las particularidades que llamaron su atención. Testigo ocular, tienen extraordinaria autoridad sus dichos; y debemos tenerla como principal en lo que á la Conquista se relaciona. Sin embargo, por el carácter mismo de sus relaciones, era preciso que éstas fuesen, más que una historia, un conjunto de datos inestimables. No hablemos de las diversas ediciones que de estas cartas se hicieron, comenzando por la gótica; pero sí diremos que, con el título de *Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés,* las publicó en México el arzobispo Lorenzana en el año de 1770. Esta publicación es incompleta; y para dar cuenta de las cartas de Cortés, nos valdremos de la edición hecha por don Pascual Gayangos y del códice manuscrito que está en nuestro poder.

De este códice da las siguientes noticias el señor Gayangos en la Introducción á la referida publicación de las cartas: «La primera en orden cronológico, es decir, la que Cortés debió escribir por junio ó julio de 1519, no ha sido aún hallada. Hasta el mismo González de Barcia, que tanta diligencia puso en buscar éste y otros documentos relativos al descubrimiento y conquista de la Nueva España, desesperó de hallarla, sospechando fuese la misma que el Consejo de Indias mandó recoger á instancias de Pánfilo de Narváez ó la que Juan de Flores quitó á Alonso de Ávila. El inglés Robertson fué el primero que con su acostumbrada perspicacia indicó la idea de que la carta perdida se encontraría quizá en algún archivo de Viena, donde, por residir en ella Carlos V, se despachaban á la sazón muchos negocios importantes de la gobernación de España é Indias. Buscóse allí en efecto, y aunque no fué hallada, pareció una escrita en 10 de julio de 1519 y dirigida al Emperador por la Justicia y Regimiento de la Villa Rica de la Veracruz, ciudad recién fundada por Cortés. De presumir es que el que la redactó tuviese á la vista la que el mismo Conquistador había poco antes dirigido al Emperador, y así es que, á falta de la primitiva, ha pasado y pasa por la primera de sus Cartas-relaciones...» «La quinta, ó sea aquella en que Cortés da larga y minuciosa cuenta de su expedición al golfo de Hibueras, ha sido hallada en el mismo códice de la biblioteca imperial de Viena, que, según ya dijimos, contenía la primera, *códice precioso para la historia de la Nueva España*, y acerca del cual nos cumple dar algunas más noticias, como quiera que hasta ahora nadie, que sepamos [1], se haya ocupado de su contenido. Es un folio menor, de seiscientas cuarenta hojas útiles, y está señalado con el N.º CXX. Además de las cinco Cartas-relaciones de Cortés, hállanse en él los siguientes documentos relativos todos al mismo asunto, exceptuando uno solo que se refiere al Perú:

»1.º Relación de Pedro de Alvarado á Hernán Cortés escrita en Villatan á 11 de abril (de 1523), en la que refiere todo lo sucedido hasta aquel punto.

»2.º Relación del mismo Pedro de Alvarado á Hernán Cortés, dándole cuenta de la tierra que había andado, conquistas que había hecho y demás sucesos [2]. Escrita en la ciudad de Santiago á 28 de julio de 1523.

»3.º Relación de Diego de Godoy [3] á Hernán Cortés, refiriéndole los hechos ocurridos desde su salida de Canacautlán.

»4.º Extracto de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hecho por Juan de Sámano, para remitir á algún príncipe ó personaje cuyo nombre no se expresa.

»5.º Despacho, instrucción y cartas de Hernán Cortés á Antonio Guiral para entregar á Álvaro de Saavedra Ceron [1] el año de 1527, cuando éste fué por capitán de la armada enviada á las islas de Maluco y otras tierras comarcanas.

»Tal es el contenido del códice de Viena, que debió pertenecer á algún español de los que por aquel tiempo volvían del Nuevo Mundo, como parecen indicarlo los epígrafes ó encabezamientos que el compilador puso á algunas de las relaciones de Cortés; á no ser que la colección la formase el mismo Juan de Sámano, autor del extracto señalado con el número 4. El haber éste ejercido por aquellos tiempos el cargo de Secretario del Real Consejo de Indias, y la circunstancia de ser *traslado auténtico, y debidamente legalizado por escribano público*, la copia de la relación primera enviada por la Justicia y Regimiento de la Veracruz en 1519, esfuerzan algún tanto la conjetura.»

Poco tendremos que agregar á la descripción del señor Gayangos; pero hay algo que añadir.

El códice tiene una cubierta de pergamino en forma de cartera, que sin duda ninguna es primitiva. En el lomo lleva dos títulos borrados é ilegibles; sobre el inferior se ha escrito posteriormente N. CXX. En la hoja superior de la pasta hay varias leyendas. La primera está completamente borrada, y se ven huellas de una antigua é historiada rúbrica. Después dice: *periit fuga a me et non est qui consolet animam meā*. En la parte inferior hay las dos siguientes inscripciones griegas: 1.ª (Τῶν μὲν γὰρ ἀγαθῶν τῆς κακῶν πληθυφορή.—2.ª ζῶ μέγας ἤματ' ὅσ' ἀπλεῖστος ζώων ἐγ ξεν ορλθο go .λυ εἰδωολα αει δορφην σκηάν.)

En la otra hoja de la pasta, dice en la parte superior: N.º 123 Hernando Cortés. La letra es de fines del siglo XVI. Inmediatamente debajo hay un letrero borrado que, por los astros que han quedado, parece que decía lo mismo, aunque la letra era algo más antigua. Después hay la siguiente inscripción en letra de la misma época de la Conquista: Cortés.

En la hoja del manuscrito que puede llamarse portada, se lee primeramente y en la parte superior: 5606 × ϒ. Esto está escrito con lápiz y después

[1] «El mismo Navarrete que en 1842 dió á luz la primera, hasta entonces inédita, por una copia que en 1778 mandó sacar en Viena el conde de Floridablanca, á la sazón ministro de Estado, omitió toda descripción del códice que le sirvió de original.»

[2] «Tratan una y otra de la expedición que Alvarado hizo á la provincia de Guatemala por orden de Cortés.»

[3] «Algunas veces se le llama *Pedro* en lugar de *Diego;* pero como la carta sea original y esté firmada, no queda duda de que su verdadero nombre fué Diego. Era paisano y aun deudo de Cortés, quien le envió á Chiapa á reducir ciertos indios que se habían rebelado. Insertóla Barcia en el tomo I de su colección, así como las dos anteriores de Pedro de Alvarado, aunque debió imprimirlas por mala copia, según están desfiguradas y plagadas de errores.»

[1] «Este Álvaro de Saavedra Ceron es distinto de otro Álvaro de Saavedra, que también figura en las expediciones que Cortés envió al descubrimiento del mar del Sur. Aquél era capitán general de la armada; éste veedor. Algunos de los documentos comprendidos bajo este número 5 fueron ya publicados por don Martín Fernández de Navarrete, en el V tomo de su *Colección de los viajes y descubrimientos*, etc. Madrid, 1837.»

encima con tinta. Inmediatamente debajo dice: «prymera Relaçion.» Más abajo, con lápiz: XIII B 29. En la parte inferior de la hoja, con lápiz: 522. Y debajo, también con lápiz: 128 N CXX Ol. S. N.

En la parte superior de la primera foja dice: «prymera Relaçion.» En la inferior, con letra diferente pero también del siglo XVI, se lee: «Ex Augustissimâ Bibliothecâ Cæsareâ Vindobonensi.»

No comienza desde luego la primera relación, pues la precede una noticia histórica que ocupa foja y media. Síguese la relación hasta el principio de la foja diez y nueve, y sin nuevo título continúa la lista de joyas y otros objetos enviados al Emperador, la cual ocupa hasta el fin de la foja veintiuna y tiene la fecha del año 1520. Todo esto escrito con letra muy pulida de la época de la Conquista.

Esta primera Relación no se había comprendido en la publicación del arzobispo Lorenzana ni en ninguna otra antigua, pues, como ya hemos visto, la dió á la estampa por primera vez el señor Navarrete en el año de 1842; valiéndose, no del códice de Viena, sino de una antigua copia sacada de él. Agrególe algunas notas, y con ellas se han hecho las publicaciones posteriores. Llama la atención que el señor Gayangos reprodujera el mismo texto, limitándose á corregirlo por las notas de Navarrete, con lo que quedó más adulterado. Hemos tenido la paciencia de confrontar las dos publicaciones con el códice, y resultan aquéllas con errores graves.

Resulta, pues, que hasta hoy no se ha publicado de un modo escrupuloso la primera Relación, y que sólo podemos tener por auténtica la primera del códice.

Verdadera firma de Hernán Cortés

Respecto de ella dice el señor Gayangos lo siguiente: «El original de esta carta, primera de las atribuídas á Cortés y conocidas con el nombre de *Relaciones*, no se ha podido hallar en ninguno de nuestros archivos nacionales; pero en la Biblioteca Imperial de Viena se conserva un traslado auténtico, legalizado por escribano público, así de éstas como de otras escritas por aquel conquistador, reunidas en un tomo en folio. El colector, que debió ser español, las puso á todas, y en especial á ésta, una especie de prefacio ó introducción, ya explicando las causas que á recogerlas le movieron, ya refiriendo sucesos anteriores á los allí narrados. Así sucede con esta primera, la cual se halla precedida de una extensa relación de cómo los españoles descubrieron la costa del Yucatán en 1518; cómo Juan de Grijalva fué allá en tres naos por orden del adelantado de Cuba, Diego Velázquez, y rescató con los naturales de la tierra oro y esclavos; cómo éste, no satisfecho del resultado mercantil de la expedición, recibió mal á Grijalva y determinó dar á Cortés el mando de otra mayor armada, etc.»

La segunda Relación, que es la primera de las cartas de Cortés que existen, comienza en el códice á la foja veintidos. Antes debo decir, que la paginación es posterior á la escritura de las Relaciones, y de la misma mano que la marca *número* 123 de la pasta; lo que con fundamento hace suponer que sea obra del bibliotecario de Viena de fines del siglo XVI. No es de la misma mano, ni tampoco de la del que escribió las Relaciones, la escritura de los títulos de éstas, sino de pluma más imperfecta, si bien de la misma época. El título es sencillamente: «Segunda Relaçion.» Por el carácter de letra, no puede haber duda de que este antiguo título se le puso en Viena. No tiene introducción y se extiende de la foja veintidos hasta el fin de la foja noventa y siete. Le falta el primer párrafo, que se encuentra en las cartas impresas; pero en la foja doscientos veintinueve del códice está escrito de la misma letra del informe de Juan de Sámano, y á la vuelta está el título y sumario conque corre generalmente.

El texto que ha servido de base para las diferentes publicaciones de esta segunda Relación, ha sido la impresión hecha en Sevilla por Jacobo Cromberger, á 8 de noviembre de 1522. El título en esa edición *princeps* es el siguiente: «Carta de relacion embiada a su magestad el Imperador por el capitan general de la

Nueva España llamado Fernan Cortes, en la cual hace relacion de las provincias y tierras sin cuento que se han nuevamente descubierto en el Yucatan del año de XIX a esta parte.» Por colofón dice: «La presente carta de relacion fué impresa en la muy noble y muy leal ciudad de SEVILLA: por *Jacobo Cromberger*, aleman. A. VIII. dias de Noviembre. Año de M.DXXII.» La impresión está hecha en caracteres góticos, en folio y en veintiocho hojas sin paginación. Esta carta es la primera publicada en la colección del arzobispo Lorenzana. Comparando con ésta y con la de la edición del señor Gayangos la lectura del códice, se notan variantes que hacen suponer que ésta se tomó directamente del original, mientras que aquéllas han seguido reproduciendo los errores de la primera impresión.

A fojas noventa y ocho del códice de Viena se halla como un solo título, el que como tal y sumario se pone generalmente á la tercera Relación. El señor Gayangos lo suprime. A la foja siguiente comienza la carta, teniendo por cabeza: «Tercera Relacion,» siempre de la misma letra. Concluye en la foja ciento ochenta y tres. Al fin de la carta hay una como postdata, que suprime el señor Gayangos. Hay además en el manuscrito las siguientes líneas finales: «Esta (carta) de relacion fue impresa en la muy noble y leal cibdad de Sevilla por. Jacobo Cromberger aleman. Acabose a 30 dias de Março de 1523 años.» El título de la impresión dice: «CARTA TERCERA de relacion: embiada por Fernando Cortes, capitan y justicia mayor del Yucatan llamado la Nueva España del mar Oceano; al muy alto Señor D. Carlos emperador... de las cosas sucedidas y muy dignas de admiracion en la conquista y recuperacion de la muy grande y maravillosa ciudad de Temixtitlan y de las otras provincias a ellas subjetas que se rebelaron, etc. SEVILLA. *Jacobo Cromberger*, 1523.» Esta edición es también gótica y en folio, con treinta hojas sin paginación.

De esta edición gótica es copia el códice en la tercera carta, y parece que el señor Gayangos se sirvió de ella también. La edición de la Iberia se sacó de la publicación del señor Lorenzana, y la de la Biblioteca de autores españoles de la compilación de Barcia. Se puede decir, pues, que el común origen es la impresión de Cromberger.

La cuarta Relación principia en el códice á fojas ciento ochenta y una y concluye á fojas doscientas doce. Está fechada á 15 de octubre de 1524. Se imprimió con la siguiente portada: «LA CUARTA RELACION que Fernando Cortes, governador y capitan por Su Majestad en la Nueva España del Mar Oceano, embio al muy alto y muy potentissimo invictissmo señor D. Carlos emperador semper augusto y rey de España nuestro señor, en la qual estan otras cartas y relaciones que los capitanes Pedro de Alvarado y Diego de Godoy embiaron al dicho capitan Fernando Cortes. TOLEDO. *Gaspar de Avila* 1525.» Edición gótica en folio, de veintiuna hojas sin paginación. En la publicación del señor Lorenzana tiene también una portada que dice: «Carta de Relacion que D. Fernando Cortés Gobernador y Capitan General por su Majestad en la Nueva España del Mar Océano embió al muy alto, y muy potentíssimo, invictíssimo Señor Don Carlos, Emperador por siempre augusto, y Rey de España Nuestro Señor.» La semejanza de títulos acredita que el señor Lorenzana siguió la edición gótica. Se conoce que el códice la siguió también, porque tiene las relaciones de Pedro de Alvarado y de Diego Godoy comprendidas en aquélla. En el códice falta la dirección al Emperador; pero sí se encuentra en la edición del señor Gayangos y en la de la Iberia; la primera tomada de Barcia ó de la colección de Muñoz y la segunda de Lorenzana.

Se ve, pues, que en esta Relación como en la anterior ha servido constantemente de original la edición gótica.

Con la misma fecha de esta cuarta Relación, 15 de octubre de 1524, escribió Cortés otra al Emperador, la cual hasta hace pocos años era completamente desconocida. Según dice el señor Gayangos, el original se conservaba en Simancas, en un legajo intitulado *Papeles tocantes á perpetuidad;* y además había dos copias en la colección Muñoz, poco diferentes en cuanto al contexto, llevando una la fecha del XIV y la otra del XV de octubre. El señor García Icazbalceta la publicó por primera vez en México, en 1855, en preciosa edición gótica de sesenta ejemplares; la reprodujo en 1859 en su Colección de Documentos para la historia de México, é hizo de ella nueva edición gótica de setenta ejemplares en 1865. Lleva ésta la siguiente portada: «¶ Esta es vna carta que el muy ilustre señor Don Hernando Cortes marques que luego fue d̄l Valle | escriuio á la S. C. C. M. d̄l Emperador, dandole quēta d̄ lo q̄ ꝯuenia puees ē aquellas ptes: y de algunas cossas en ellas acaescidas. ¶ Fecha ē la gran cibdad de Temistitan Mexico d̄ la nueua España: a xv dias del mes d̄ octubre d M.D.XXIV Años. ¶ Agora nueuamēte impssa por su original.» A la usanza antigua lleva el siguiente colofón: «¶ A honrra y gloria de nuestro señor Jesu xpo: aqui se acaba la p̃sente carta: la qual fue impressa en la gran cibdad de Temestitā Mexico: ē casa de Joaquin Garcia Icazbalceta. Acabose a. XXV. dias d̄l mes d̄ agosto del año de M.DCCC.LXV. ✠» Esta preciosidad bibliográfica se imprimió á dos tintas, con el escudo de Carlos V, en papel de Holanda, en octavo menor y en catorce fojas.

El señor Gayangos la incluye también en su edición de las cartas de Cortés, publicada en París en 1866. Tiene algunas variantes de redacción, aunque de poca importancia. Pero debe preferirse el texto publicado por el señor Icazbalceta, porque está sacado directamente de la carta original, que es de su propiedad.

La quinta Relación fué hallada en el códice de Viena y es de 3 de setiembre de 1526: en ella da Cortés cuenta pormenorizada de su expedición á las Hibueras. Por las citas que hace el señor Gayangos se viene en conocimiento de que hay en Madrid una copia en la Academia y otra en la Biblioteca Nacional.

Esta carta está publicada en la colección de la Iberia con el siguiente título: «Carta quinta dirigida á la sacra católica cesarea magestad del invictísimo emperador don Carlos V, desde la ciudad de Tenuxtitan, á 3 de Setiembre de 1526 años.» El señor Gayangos le da solamente el siguiente sencillo título: «Carta de Hernán Cortés al Emperador. Méjico 3 de Setiembre de 1526.» No tiene ya el número de relación ni título alguno en el códice. Comienza en la foja doscientas treinta y acaba en la doscientas ochenta y siete. El señor Gayangos dice que concluye con el siguiente párrafo: «Potentissimo Señor, de V. Ces. Maj. muy humilde siervo y vasallo que los muy reales pies y manos de V. M. besa.—*Hernando Cortes.*» Esto es un error; la que concluye así es la cuarta, y no ésta, que no tiene fecha ni firma en el códice. En éste concluye con las siguientes palabras: «son notorios mis servicios y lealtad con que los hago y no quiero otro mayorazgo sino este.» Y en la publicación del señor Gayangos varía diciendo: «y no quiero otro mayorazgo para mis hijos sino este.»

Al fin de esta quinta carta y en la parte baja de la página, está la certificación del escribano público de que ya hemos hablado. Esta certificación en nuestro concepto aclara el origen del códice. Dice así, según hemos podido leer: «y ba cõcertada esta escriptura cõ el oryginal—Diego de Sant Martin Escribano (Una rúbrica).»

Facsímile de la certificación del Códice de Viena
(Cartas de Cortés)

Veamos nuevamente la opinión del señor Gayangos en este punto, para dar la nuestra. Dice que debió pertenecer á algún español de los que por aquel tiempo volvían del Nuevo Mundo, á no ser que formase la colección Juan de Sámano, autor del extracto número 4 y Secretario del Real Consejo de Indias. Lo primero no puede ser, tanto porque el escribano da fe de haberse sacado la copia del original, cuanto porque no hubo en México, en el siglo XVI, ningún escribano que se llamase Diego de Sant Martín, como puede verse en la lista de escribanos habidos en México, que se publicó en el Apéndice á la Memoria de Hacienda de 1874. Lo segundo es cierto en parte. No fué Sámano quien mandó hacer y certificar la copia; pero, como Secretario del Consejo de Indias, con ella y otros documentos formó este precioso volumen. Lo comprueba el ser letra igual á la de su extracto la foja doscientas veintinueve, en que agregó el sumario y principio que faltaba á la segunda Relación. Creemos que puede deducirse que este códice se mandó formar para el Consejo de Indias. De aquí se infieren varias consecuencias importantes.

En efecto, ocurre desde luego que la primera carta de Cortés, si la escribió, no llegó á España. De lo contrario, no se explicaría su ausencia en el traslado del códice. No es razón en contra la enumeración de las cartas; no se fijó hasta la tercera, y pudo muy bien tomarse como primera la del Ayuntamiento de Veracruz. No es tampoco razón la referencia de Gomara, pues se puede aplicar perfectamente á la del Ayuntamiento. Pudo Cortés muy bien escribir con la misma fecha una carta de menor importancia, pues ya hemos observado que así lo hacía, y varias de estas cartas pueden verse en las ediciones de la Iberia y del señor Gayangos. Pero como Cartas-relaciones sólo se admiten las cinco de que hemos hablado. Y hasta fué natural que la primera no la escribiese Cortés. Él había venido á nuestras costas, no con cargo real, sino como oficial de Diego Velázquez y con una armada suya, á rescatar oro y plata. Al llegar á las playas á que da frente el islote de Ulúa, comprendió que, por las leyes providenciales de la historia, su misión era más grande que el rescate de metales preciosos; que un gran pueblo se presentaba ante su espada para conquistarlo á sus reyes y á su fe; pero su autoridad se derivaba de Velázquez, y era necesario que del Emperador se derivase, para convertirlo de soldado en capitán y de mercader en conquistador. Entonces fundó la Villa Rica de la Veracruz y formó ayuntamiento, y éste, en nombre del Emperador, le hizo capitán de la expedición y de la conquista; rasgo de genio y audacia, acaso el mayor del atrevido extremeño. Por eso era lógico que diese cuenta de todo lo acontecido

hasta entonces, no el mismo Cortés, sino el Ayuntamiento. Que él fuese el redactor de la Relación, sí es muy posible; que lo mismo con la pluma que con el acero sobresalía de cien codos sobre todos los que le rodeaban aunque se llamasen Cristóbal de Olid ó Bernal Díaz del Castillo.

Además, como de esta primera carta no se conoce original, ni más traslado auténtico que el del códice, y ninguna impresión está enteramente conforme con él, se hace indispensable una publicación esmerada. Y aun para la segunda, tercera y cuarta deberá seguirse su lectura por la mayor fe que da un traslado con legalización de escribano. Mayor razón hay para seguirlo en la quinta que de él toma su origen. De todas maneras, perdidos como están los originales, debe tenerse como original este códice y ser él la base única de las publicaciones posteriores.

¿Pero cómo pasó el códice del Consejo de Indias á Viena? Fácil es resolverlo. Muchos negocios de Indias se despachaban en aquella corte, residencia de Carlos V. Quedó, pues, desde entonces ahí, pasando más tarde á la Biblioteca. Y prueba es de esto la paginación y los títulos de las Relaciones, que son claramente de letra alemana del siglo XVI.

Para concluir diremos que este códice será nuestro libro de consulta en lo que á las dichas relaciones se refiera; y que se conserva en un perfecto estado, sin que el papel de Génova en que está escrito, tenga ninguna rotura ó picadura de polilla; como si el mismo tiempo hubiese querido respetar este monumento de nuestra historia, y monumento preciosísimo, que al fin está en México, cabiéndonos la fortuna de utilizarlo para esta obra.

Primeros cronistas. A la conquista de la espada siguió la conquista de la fe; tras el duro soldado que con muerte y exterminio venía á arrebatar á los indios la tierra de sus mayores, llegaron los primeros frailes á darles con dulzura y caridad un cielo desconocido para ellos, un cielo todo amor y todo ternura: sin los doce gigantes del corazón que vinieron después de los titanes de la espada, la obra de Cortés se habría perdido. Este había ganado la tierra para sus reyes; aquéllos venían á ganar un pueblo para la humanidad. Por eso nosotros, al hablar de la patente conque el general de la Orden mandó á los doce primeros frailes franciscos, patente que original tenemos y como rico tesoro guardamos, hemos dicho que fué la credencial conque la civilización vino de embajada al Nuevo Mundo.

Los conquistadores saben hacerse entender de todos los pueblos con la voz de trueno del cañón y el silbo de acero de la espada; pero aquellos heróicos frailes, que llegaban á predicar á hombres que no entendían su lengua, tuvieron que comenzar por aprender la suya; y no una, sino las diversas de los diferentes pueblos que doctrinaban. No contentos con labor tan ímproba, que hoy no osaríamos emprender, escudriñaron esas nuevas lenguas, y formaron de ellas vocabularios y gramáticas; trabajo inapreciable y extraordinario, que en los tiempos de ahora habría merecido calurosos aplausos de la prensa de todo el mundo, medallas de las academias y elogios y diplomas de las sociedades científicas; pero que en aquella sazón pasó desapercibido como todas las buenas obras de sus autores, sin más galardón que la gratitud de los que amamos nuestra historia, y sin más triunfo para ellos que los vítores de su conciencia.

Motolinía. Tal es el nombre que adoptó y conque se conoce á fray Toribio de Benavente, uno de los doce primeros frailes. Su solo sobrenombre pinta su carácter y su alma. Habiendo llegado á la plaza de Tlaxcalla, primera ciudad importante en que tocaba la pléyade peregrina, y siendo día de mercado en donde se juntaba la mayor parte de la población, ya que no les podían predicar por falta de su lengua, señalábanles á los indios el cielo, queriendo así darles á entender su santa misión. Los indios andaban tras de los frailes, causándoles lástima por desarrapados y verlos en traje tan diferente del gallardo y brillante de los soldados españoles, y menudeaban al contemplarlos la palabra *motolinia*. Indagóse de su significado con un español nuestro fray Toribio: Respondióle el español: «Padre, *motolinia* quiere decir pobre ó pobres.» A lo que contestó el fraile: «Pues ese será mi nombre para toda la vida.» Y desde entonces se firmó y llamó Motolinía; y la palabra que los indios le dirigían por escarnio y que él para nombre tomó por humildad, hoy resuena gloriosa recordando á uno de nuestros primeros historiadores y á uno de los protectores y padres más cariñosos de los vencidos.

Facsímile de la firma de Motolinía

Dejando á un lado las cuestiones bibliográficas referentes á nuestro cronista, que han sido ya tratadas por mano maestra, nos ocuparemos solamente de su *Historia de los Indios de Nueva España*. Por su dedicatoria al conde de Benavente en Tehuacán, día del glorioso apóstol san Matías (el 24 de febrero), año de 1541, puede conjeturarse que en esa fecha acabó su Historia. Aunque utilizada por la mayor parte de los historiadores de segunda mano, no vió la luz pública hasta el año de 1848 en la colección de Kingsborough, pero quedó truncada en el volumen póstumo de esa publicación. En 1858 salió más completa la Historia en el primer tomo de *Documentos para la Historia de México*, que dió á luz el señor Icazbalceta. Después se

publicó en Madrid sin nombre de autor: hay en ésta algunas diferencias con las otras publicaciones, no solamente en la ortografía, sino en la numeración de los capítulos del segundo tratado, faltando unos párrafos al fin de la obra. En la edición del señor Icazbalceta lleva el título citado; en la de Kingsborough el siguiente: *Ritos antiguos, sacrificios é idolatrias de los Indios de la Nueva España, y de su conversion á la fé, y quienes fueron los que primero la predicaron.* La edición de Madrid agrega: *Va dividido el libro en tres tratados.*

La obra, en efecto, consta de tres tratados; pero el autor habla explícitamente de un cuarto, que no escribió ó se ha perdido. En el *Libro de Oro* tiene el señor Icazbalceta un manuscrito más completo de esta crónica, y según nos ha comunicado está preparando su impresión. En el mismo códice hay otro escrito importantísimo de Motolinía sobre el planeta Venus. Ese trabajo, por tantos años desconocido, nos ha servido de clave para comprender al fin el verdadero mecanismo del calendario mexicano. Consideramos á Motolinía como primera y muy principal fuente de nuestra historia escrita; y cuantos elogios pudiéramos hacer de su obra serían pequeños para sus merecimientos.

Olmos. Fué uno de los primeros frailes que vinieron, pues llegó cuatro años después de los doce que habían desembarcado á 13 de mayo de 1524, y fué también el primero que escribió una gramática de la lengua mexicana; y aun creemos que de la otomí, por alguna hoja que estaba agregada á nuestro manuscrito de aquélla. El primero fué, igualmente, en escribir un vocabulario mexicano, una gramática y vocabulario de la lengua huasteca ó *cuexteca* y gramática y vocabulario de la lengua totonaca, á más de sermones, confesionarios y doctrinas en huasteco y mexicano.

No sabemos que se hubiesen publicado estas obras y acaso estén perdidas, aunque creemos tener copia manuscrita de la gramática huasteca. En cuanto á la mexicana, que concluída tenía desde 1547, es decir, veinticuatro años antes de que se imprimiese la de Molina, fracasó su impresión en 1562, por muerte de Francisco Bustamante, protector de Olmos, y que en viaje que hizo á España se había encargado de solicitar el real privilegio. Había manuscrito de ella en la Biblioteca de París; y por fin, después de más de tres siglos de permanecer inédita, dióse á la estampa en esa ciudad el año de 1875.

Pero además de sus trabajos lingüísticos, debemos considerar como historiador al compañero de Zumárraga. Perdidos están sus manuscritos, aun cuando no debemos desesperar de que parezcan, como parecieron los de Mendieta. Éste nos cuenta que por ser Olmos la mejor lengua mexicana que entonces había en esta tierra y hombre docto y discreto, le encargaron don Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la Real Audiencia de México, y fray Martín de Valencia, que de prelado vino con los doce primeros frailes, que sacase en un libro las antigüedades de los indios, en especial de México, Texcuco y Tlaxcalla. En obediencia nuestro Olmos, habiendo visto todas las pinturas que los caciques y principales de estos lugares de sus antiguallas conservaban, hizo un libro muy copioso y de él se sacaron tres ó cuatro trasuntos que se enviaron á España, llevándose después el original un religioso que se fué á Castilla, de suerte que no quedó en México copia ninguna de la obra. Pero por lo que conservaba en la memoria, más tarde escribió Olmos un compendio de su

Facsímile de la firma de Olmos

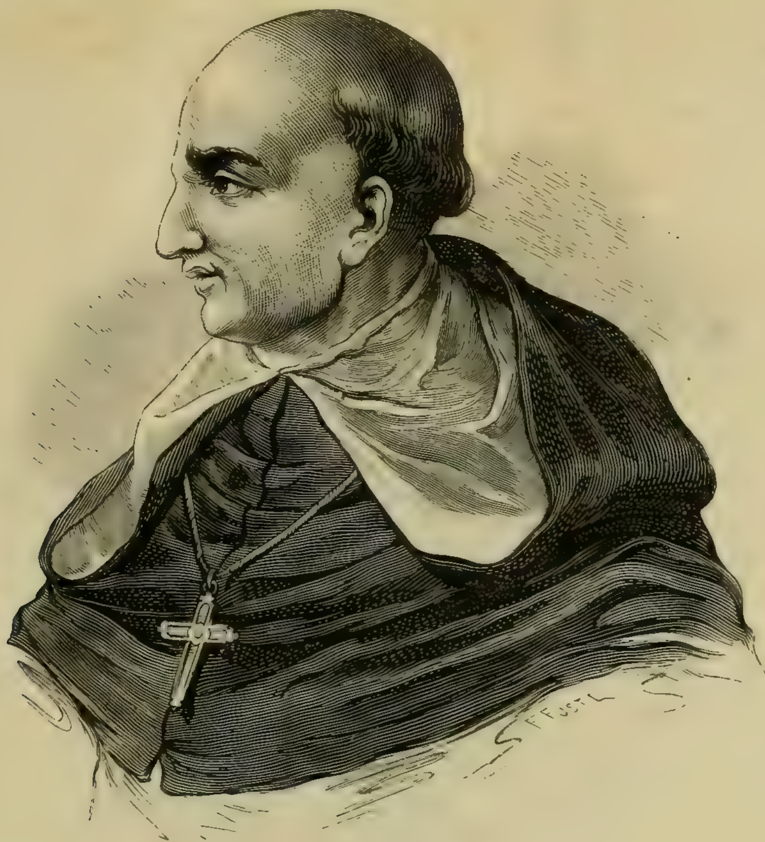
Historia; y éste quedó sin duda en México, pues Mendieta dice haberse valido de él, y sin duda también se valió Torquemada, aunque no lo dice.

Ya se comprenderá lo que importaría el hallazgo de tal manuscrito, por ser una de las fuentes primitivas y principales. Pero creemos haber encontrado otro trabajo de Olmos: su calendario. Cuenta Mendieta que se sacó el calendario de los indios en rueda con mucha curiosidad y sutileza, conformándolo con la cuenta del europeo; pero que como era peligroso que entre los indios anduviese, de temor que les trajese á la memoria sus antiguos ritos y ceremonias, fué mandado destruir. Por fortuna se conservó un ejemplar de la rueda y de su explicación, que se han encontrado en el ya citado *Libro de Oro*. Por la colocación que tiene en ese códice, creería cualquiera que es de Motolinía; pero hay las siguientes razones para afirmar que es el célebre de rueda ó caracol de Olmos. En primer lugar, no forma parte del texto de la crónica de fray Toribio, sino que está aislado de él por fojas blancas y es de letra diversa; en segundo lugar, porque Motolinía, como hicieron todos los cronistas, busca la relación del principio del año mexicano con el europeo y lo coloca en marzo, mientras que en este manuscrito se sigue un sistema único: tomar por base el calendario europeo, y referir al 1.° de enero el principio del año mexicano para explicar así sus relaciones. En tercer lugar, porque Motolinía afirma que los indios no usaban el bisiesto, y el manuscrito asegura lo contrario. Y en fin, porque Motolinía, cuando en su crónica trata del calendario, no hace referencia ninguna á este trabajo.

Este escrito del padre Olmos es muy importante y debe tenerse siempre en cuenta para el estudio de la cronología mexicana.

Las Casas. No vamos á hablar de la vida y carácter del famoso obispo de Chiapa, fray Bartolomé de Las Casas: insignes talentos se han ocupado de ello.

Ni siquiera vamos á tratar de sus obras de polémica, demasiado conocidas y poco útiles para el intento de esta empresa. Vamos á hablar solamente de sus dos trabajos históricos. Y nótese que los escritos de este cronista, como los de Olmos y Motolinía, parecieron también condenados al olvido. Apenas hace ocho años, en el de 1875, que se comenzó en Madrid la publicación de su *Historia de las Indias*. Ocúpase la mayor parte de esa historia de los viajes de Colón; mas ya al fin del tomo IV trata con buenos datos de las expediciones de Grijalva y de Cortés. Desgraciadamente la historia no alcanza sino hasta el año de 1519, y en lo que á



Fray Bartolomé de Las Casas

nosotros se relaciona, concluye con la fundación de la Veracruz, formación del Ayuntamiento y nombramiento de gobernador en la persona de Cortés.

Teníamos gran esperanza de que se imprimiese la

Facsímile de la firma de Las Casas

Apologética Historia, por ver si en ella Las Casas había escrito algo más importante sobre nuestra historia antigua; pero sólo se dieron á luz algunos capítulos; y éstos engañaron más nuestras esperanzas, pues tan sólo tres ó cuatro pueden aprovecharse para nuestra historia antigua, y aun esos, poco nos enseñan que ya no supiéramos.

Admiremos, sin embargo, al valeroso defensor de los indios; y curioso es que yendo al mismo fin que Motolinía,—ser el amparo de los vencidos y el conservador de su historia,—se tornase en enemigo de él y separase á ambos un desvío profundo. Tal vez únicamente porque el carácter del primero era agitado y vigoroso como la mar, y el del fraile francisco apacible y tranquilo como nuestros lagos.

Sahagún.—Nació Bernardino Ribeira en el pueblo de Sahagún, del reino de Leon, en los primeros años del siglo xvi. Comenzó sus estudios en la Universidad de Salamanca, y estudiante y joven aun, metióse fraile francisco en el convento salmantino. Bello era de semblante como de alma, y en ingenio no cedía á su afición por las letras.

Las naciones indias, subyugadas en la Nueva España, incitaban entonces á los conquistadores de almas; y nuestro fray Bernardino, soldado del cristianismo, embarcóse para las costas del Nuevo Mundo y llegó á nuestras playas con otros diez y nueve frailes, que en su compañía trajo fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Tuvo esto lugar en el año de 1529, según consta de un volumen MS. en folio, que tiene por título: «Bezerro General ‖ Menologico y Chronologico de todos los ‖ Religiosos que de las tres parcialidades conviene á saber ‖ Padres de España, Hijos de Provincia, y Criollos ha ‖ avido en esta Sta. Prov.a del Sto. Evang.o

desde su fundacion || hasta el pres^{te} año de 1764. y de todos los Prelados assí || nros M. R^{dos} P. P. Comisar.^{s} como R^{dos} P. P. Provinciales que || la han governado || Dispuesto, y elaborado || con la possible fidelidad y claridad por Fr. Fran^{co} Antonio || de la Rosa Figueroa Pred^{r} Notario App^{co} Nott.^{o} y Revisor. || por el S^{to} Off. Archivero de esta S^{ta} Prov.^{a} y Bibliothecario || en este Convento de México.»—En este documento auténtico, en el catálogo de los *Padres de España que componen la Parcialidad de los Gachupines,* á fojas noventa y cuatro, se lee: «43. V. P. Fr. Bernardino de Sahagun. S^{n}tiago (sic) 1529.»

Sabemos, pues, el año de su arribo, y que fué anotado el cuadragésimo tercero de los franciscanos que vinieron á México, como indica el numeral que precede á su nombre. Los religiosos de su Orden, dedicados principalmente á doctrinar á los indios, necesitaban ante todo aprender el idioma de los vencidos; y se dió para



Fray Bernardino de Sahagún

ello tales trazas nuestro Sahagún, que cuenta el padre Mendieta, que «llegado á esta tierra, aprendió en breve la lengua mexicana, y súpola tan bien, que ningun otro hasta hoy se le ha igualado en alcanzar los secretos de ella y ninguno tanto se ha ocupado en escribir en ella.» Esta opinión era general en sus contemporáneos, pues en los informes que en 1570 rindieron los franciscanos al rey, se dice que fray Bernardino y fray Alonso de Molina eran las mejores *lenguas* de la provincia.

Esto y los estudios que había hecho en la famosa Salamanca, disponíanlo especialmente al profesorado de los indios, misión sublime que desempeñó hasta el fin de su existencia.

Antes de que se fundara el Colegio de Santa Cruz en Santiago Tlatelolco para instruir á los hijos de indios principales, habíales comenzado á leerles la gramática en la capilla de San José del convento de San Francisco de México, siendo el primer maestro fray Arnaldo Bassacio. Debe creerse que Sahagún, cuya vida se dedicó á la enseñanza de los naturales, tan luego como aprendió la lengua mexicana, comenzó á ejercer su benéfico profesorado. No tenemos noticia de que á su venida saliera á las doctrinas; sabemos que se dedicaba á cultivar el idioma mexicano, en que mucho sobresalió y mucho escribió, como más adelante se verá, y fácil es comprender que su espíritu activo, que tanto hizo por la instrucción de los indios, á ella se dedicara desde luego, como se dedicó después, cuando se fundó el colegio de Santa Cruz.

Quién fuera el primer Rector del colegio, cosa es que ignoramos; pero nos persuadimos á creer que no lo fué Sahagún, pues, aun como lector, no ocupó al principio puesto importante.

En el tiempo que medió de la fundación del colegio á la partida del virey Mendoza, piérdese el hilo de los sucesos y nada sabemos de Sahagún. Suponémoslo leyendo su latín.

Si durante este tiempo se nos pierde Sahagún, digámoslo así, rastro nos dan de él, sin embargo, sus obras; y debemos á más suponerlo en sus primeros años

variando de monasterios y dedicándose á doctrinar, pues Mendieta dice que «en su juventud fué guardian de principales conventos; mas después, por espacio de cuasi cuarenta años, se excusó de este cargo, aunque en veces fué difinidor de esta Provincia del Santo Evangelio y visitador de la de Michuacan, siendo custodia.»

Esta época debió ocupar precisamente los veinticinco años que habían transcurrido desde la llegada de Sahagún á los tiempos en que Pablo Nazareo era rector del colegio. Siendo de doctrinar por entonces los trabajos de Sahagún, lógico era que sus obras de ese tiempo exclusivamente se refirieran á ese objeto. Aun no llegamos á la época de su vida, en que cambiara la pluma del teólogo por la del historiador; y nos encontramos desde luego en frente de tres obras puramente religiosas.

La primera es un MS. en cuarto menor, todo de letra de Sahagún, aunque sin nombre de autor. Está escrito en mexicano y comprende los Evangelios y Epístolas de las dominicas: tiene setenta y cuatro fojas y una de índice, de letra diferente y de época posterior: los títulos y capitales están escritos con tinta roja y de éstas algunas con oro y colores semejando pájaros ó monstruos, como era usanza en los manuscritos. La letra es todavía firme y clara, señal de que la traducción fué hecha y redactada no mucho después del año de la llegada de nuestro buen Padre, y con seguridad antes del de 1563, en el cual, según algunos renglones que conservamos, la letra estaba ya muy cansada. Este MS. no solamente está inédito, sino que era desconocido. Sin duda fué el primer trabajo de Sahagún, preparatorio del *Evangeliarium, Epistolarium y Lectionarium*, de que trataremos después.

La segunda obra es un sermonario que nuestro autor compuso en 1540 y corrigió después en 1563: está copiado por mano de escribiente en hojas de gran folio de papel de maguey, que forman un volumen grueso. Ya el señor don Joaquín García Icazbalceta, el más erudito de nuestros escritores, había dado razón de este MS. Tiene el siguiente título en la primera foja, cuya mitad inferior falta:

«✠ Siguense vnos Sermones de dominicas y de Sanctos en lengua mexicana: no traduzidos de sermonario alguno sino cõpuestos nuevamente ala medida de la capacidad de los indios: breves en materia y enlenguaje congruo venusto y llano facil de entender para todos los que le oyerẽ altos y baxos principales y macegales hombres y mugeres. Compusierõse el año de 1540. anse comẽçado acorregir y añadir este año de 1563. enestemes dejulio infraoctava Visitationis. El avtor los somete alacorrectiõ de la madre sancta yglesia romana cõtodas las otras obras q̃ enesta lengua mexicana acõpuesto.—una cruz—fray bnardio de sahagun—una rúbrica—otra cruz lateral á la firma.» Toda esta portada es de puño y letra de Sahagún, firmada y rubricada por él.

A continuación de la portada faltan algunas hojas y se hallan dos sueltas, ya de letra del escribiente. En la cabeza de la que viene después se encuentra, de letra de Sahagún, esta nota:

«Siguense unos sermones breves enla lengua mexicana el autor dellos los somete ala correptiõ de la madre sancta yglesia cõtodas las demas obras suyas son para todo el año de domynycas y sãctos no estan corregidos. (La misma firma de la portada).»

Tiene el MS., tal cual se conserva hoy, noventa y cinco hojas á grandes márgenes, en los cuales escribió el autor, de propia mano, muchas correcciones y apostillas. Conserva su pasta primitiva de cuero ordinario, que forra una especie de cartón formado con hojas escritas de papel de maguey, cuyo contenido ignoramos, porque para saberlo hubiera sido preciso deshacer la pasta primitiva, á lo que no nos atrevimos.

Esta obra ha permanecido inédita.

Sin duda que hacia la misma época se escribió el MS., que en lujosa impresión dió Biondelli á la luz en Milán, con el siguiente título: «Evangeliarium Epistolarium et Lectionarium Aztecum sive Mexicanorum ex Antiguo Codice Mexicano nuper reperto depromptum cum præfatione interpretatione adnotationibus glossario edidit Bernardinus Biondelli Mediolani Typis Jos. Bernardini 2.ᵐ Joannis MDCCCLVIII.»

Tiene el libro después: una foja de dedicatoria; *Præfatio,* XXI páginas; *De lingua azteca,* XXI-XLIX; *Evangeliarium Epistolarium et Lectionarium Aztecum*, cuatrocientas veinticinco páginas á dos columnas, latín y mexicano, con una hoja facsímile del códice original; *Glossarium Azteco-Latinum*, páginas 427-553; *Index totius voluminis*, páginas 555-574; *Errata-Corrige*, una foja.—Hermosa edición de lujo en folio.

Hablando de esta obra dice el señor Orozco y Berra: «Este libro es el mencionado por el autor bajo el nombre de *Postilla.*» Torquemada cuenta entre las obras del autor «una muy elegante Postilla, sobre las Epístolas y Evangelios dominicales y el modo y pláticas que los doce primeros padres tuvieron en la conversión de los señores y principales de esta tierra.»—Vetancourt asegura á este propósito: «una Postilla de los Evangelios y Epístolas de lenguaje muy propio y elegante, donde he aprendido muy elegantes períodos; está en este tomo la noticia de la venida de los primeros Padres, respuestas que tuvieron con los sátrapas y sacerdotes fingidos de los ídolos acerca de los misterios de la Fee, en castellano y mexicano, en dos libros, que el uno tiene treinta capítulos y el otro veinte y uno, doctrina de materias católicas.»—Lo impreso sólo alcanza á los Evangelios y Epístolas, y no contiene las demás materias encerradas en el ejemplar de Vetancourt.» Basta ver un ejemplar de la edición de Biondelli para

conocer que no es la Postilla de que habla Vetancourt, no solamente porque de muy diversas materias se ocupa, sino porque ésta se hallaba escrita en mexicano y español y aquélla lo está en mexicano y latín. Creemos que es uno de tantos ejemplares que de diversa manera hizo Sahagún de su Postilla, y semejante, aunque más amplio, al que sólo en mexicano tenemos citado. Sin duda lo amplió y corrigió, como el Sermonario, al hacerlo sacar en limpio; pues según la descripción que del manuscrito original hace el editor, es semejante al Sermonario, aun en el modo conque estaba formada su pasta; y lo comprueba el facsímile publicado, que en tamaño y forma de letra también concuerda con él. Este facsímile ha producido un error muy natural: se ha creído que representa la letra de Sahagún, así como el editor creyó que había escrito de su mano el códice; pero es letra del escribiente, enteramente igual á la del Sermonario, muy diferente de la del autor, como se ve con toda claridad en las apostillas de dicho Sermonario.

Precede al *Evangeliarium* un estudio sobre la lengua mexicana, en que equivocadamente se la quiere comparar con las indo-europeas; y al fin se encuentra un glosario de las voces mexicanas del códice: no sabemos si está arreglado por Biondelli, pero tememos que lo haya tomado de alguna otra parte, según lo que se asemeja á cierto vocabulario de que en seguida pasamos á ocuparnos.

Vocabulario trilingüe.—Dice Torquemada: «Escribió tambien otro vocabulario, que llamó *Trilingüe,* en lengua mexicana, castellana y latina, de grandísima erudicion, en este exercicio de la lengua castellana.» Vetancourt agrega: «Hizo un Vocabulario Trilingüe, en latin, castellano, y mexicano, que destrozado tengo en mi poder.»

Túvose por perdido el vocabulario en cuestión, pues después de Vetancourt nadie lo había vuelto á ver; y aun hubo quien negase su existencia. Así, el autor de la bibliografía publicada en los *Ocios de Españoles emigrados,* dice en una nota: «Nicolás Antonio habla de este escritor (Sahagún); mas de su obra con inexactitud, porque no la vió; aunque dice haberla enviado á España un virrey de Méjico. Fiado en el testimonio de Lucas Wadingo, dice que escribió *Dictionarium copiosissimum trilingue, mexicanum, hispanicum et latinum.* Equivocación nacida de haber ordenado el autor su historia á tres columnas, como él lo dice; mas no hizo diccionario ninguno en tres lenguas.»

Pero la equivocación fué del español emigrado, pues además de los testimonios, irrecusables en esta materia, de Torquemada y Vetancourt, hay una prueba palmaria y es que todavía existe: formaba parte de nuestra biblioteca.

Es un volumen grueso en cuarto menor español, escrito con magnífica letra de forma medio gótica, en papel genovés. En cada renglón la primera palabra está en español y la sigue su traducción latina, colocándose encima del renglón, con tinta roja, la voz mexicana, aunque en algunos falta esta última. El diccionario es á dos columnas. Tiene al principio dos fojas independientes del vocabulario, y en ellas y en la última página hay de letras diferentes varios nombres con su traducción mexicana: una de estas letras, en la primera página, es de Sahagún. Esto, que aparece como corrección ó adición de la copia, y el no tenerse noticia de que otro escritor haya hecho otro vocabulario trilingüe, son para nosotros pruebas bastantes de que el presente es el tan buscado de fray Bernardino. De su discípulo Martín Jacobita, hay varias firmas en el códice de Santiago, y comparándolas con la letra del vocabulario, se conoce desde luego que el discípulo fué el escribiente de la magnífica obra del maestro.

Entremos ahora en la segunda parte de la vida de Sahagún, la más interesante, porque el maestro de indios se va á convertir en historiador, de sus mismos discípulos ayudado. Sin duda que antes del año 1540 ya había comenzado sus estudios, y por eso rehusaba todo cargo ó primacía en su Orden. Sábese que ya en 1547 tenía redactadas las materias que forman el libro VI de su historia. Y antes de pasar adelante veamos las noticias ajenas que de tan importante obra han llegado á nuestro conocimiento.

Publicóse en México con la siguiente portada: «Historia general ‖ de ‖ las cosas de Nueva España, ‖ que en doce libros y dos volúmenes ‖ escribió, ‖ el R. P. Fr. Bernardino de Sahagun, ‖ de la observancia de San Francisco, ‖ y uno de los primeros predicadores del Santo Evangelio ‖ en aquellas regiones. ‖ Dala á luz con notas y suplementos ‖ Carlos María de Bustamante, ‖ diputado por el Estado de Oaxaca ‖ en el Congreso general de la Federacion mexicana: ‖ y la dedica ‖ á nuestro santísimo padre ‖ Pio VIII.

»Mexico: ‖ Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés, calle de Santo Domingo ‖ y esquina de Tacuba. ‖ 1829=30=3 volúmenes en 4to. menor.»

El señor Bustamante solamente publicó entonces once libros, y no hay que decir que, como edición suya, no es completamente fidedigna y está llena de errores y de notas absurdas é impertinentes.

La obra de Sahagún permaneció inédita cerca de tres siglos; y hubo la coincidencia de que al mismo tiempo se publicase en México y en Londres y en la famosa colección de lord Kingsborough.

Habían dado razón de esta obra varios escritores. Nicolás Antonio habla de la *Historia de las cosas antiguas de los indios,* aunque no la vió; y dice que está dividida en once libros, sin hacer mérito del duodécimo que, aunque trata de la Conquista, forma parte de la obra. Leon Pinelo cita también esta obra de Sahagún y otras. Con Torquemada, otros escritores dan también noticia de Sahagún, pero no hacen su bibliografía.

Por primera vez se publicó un análisis de la Historia de las cosas de Nueva España, en un periódico mensual, que con el título de *Ocios de españoles emigrados* se daba á luz en Londres en el año de 1824, y puede el curioso lector ver tan importante noticia en las páginas trescientas sesenta y nueve á trescientas ochenta del primer tomo de esa colección.

Quien nos da una bibliografía extensa, aunque incompleta, es don José Mariano Beristain y Souza, en su Biblioteca Hispano-Americana.

Veamos ahora lo que de la historia de tan importante libro hemos podido alcanzar y procuremos desenredar la maraña de datos confusos que han llegado hasta nosotros.

Hemos visto que en 1547 estaba ya Sahagún dedicado á los estudios históricos. Debió llamar la atención de los superiores de su Orden, pues él mismo nos cuenta que su provincial fray Francisco Toral le mandó que escribiese su obra. Como el padre Toral fué provincial en el año de 1557, debemos señalar éste como el del principio de su historia. Para llevar á cabo su empresa, pasó nuestro autor al pueblo de Tepeopulco, de la jurisdicción de Texcoco. Allí, valiéndose del señor principal don Diego de Mendoza, reunió á diez ó doce de los más entendidos en antigüedades, siendo algunos ancianos contemporáneos del imperio azteca, y cuatro de ellos, latinos, discípulos del mismo Sahagún. Entonces siguió un sistema curioso y peculiar que ningún otro historiador puso en práctica. Comprendiendo que la escritura jeroglífica era la fuente más genuina de nuestras antigüedades, como esta fuente había sido destruída, empezó por reconstruirla. Al efecto hizo en castellano *una minuta* ó *memoria* de las cosas que quería tratar, y los indios le escribieron esas materias «por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban.» A su vez, los gramáticos «las declararon en su lengua escribiendo la declaración al pié de la pintura.»

Este fué, pues, el primer ensayo de su obra y puede datarse poco más ó menos en 1559. Sahagún lo conservaba, según nos cuenta: veremos después su paradero. Esta primera obra, más que de Sahagún, fuélo de los indios: ellos hicieron las pinturas y la paráfrasis mexicana para contestar á las dudas y preguntas del maestro.

Al siguiente año de 1560 terminó el padre Toral su oficio, y nombrado provincial fray Francisco Bustamante, volvió nuestro fray Bernardino á Tlatelolco. Siguió allí sus trabajos bajo el mismo método empleado en Tepeopulco, pues por intermediación del gobernador y de los alcaldes de la parcialidad, reunió como unos diez indios instruídos y tres ó cuatro colegiales trilingües, ayudándose principalmente de Martín Jacobita, Antonio Valeriano, Alonso Vexarano y Pedro de San Buenaventura, todos expertos en tres lenguas, latina, española é indiana. «Por espacio de un año y algo más encerrados en el colegio, se enmendó de claro y añadió todo lo que de Tepeopulco traje escrito, y todo se tornó á escribir de nuevo de ruín letra, porque se escribió con mucha prisa.»

Tenemos ya un tercer trabajo, considerando como primero la Memoria del autor, al cual se puede fijar la fecha de 1561. Todavía no es propiamente la obra de Sahagún, sinó un estudio hecho en compañía de los colegiales é indios instruídos; pero ya en él aparece la personalidad del autor de una manera más importante que en el manuscrito de Tepeopulco.

Ya acopiados así los materiales para la obra, retiróse Sahagún á la tranquilidad del claustro del convento grande de San Francisco de México, y él nos dice: «con todas mis escrituras, en donde por espacio de tres años las pasé y repasé á mis solas y las torné á enmendar, y divididas por libros en doce libros, y cada libro por capítulos y párrafos.» En la introducción al primer libro explica la división de las materias.

Ya ésta es la obra de Sahagún, y aun cuando es el cuarto manuscrito sobre la materia, podemos llamarlo el primero de la Historia, advirtiendo que en México también consultó gramáticos colegiales.

El manuscrito estaba en mexicano y se concluyó el año de 1566. Así aparece con toda claridad en la página trescientas cuarenta y siete del tomo I de la edición de Bustamante, en donde, hablando del calendario, dice el autor: «de manera que este año de 1566 anda en quince años la gavilla que corre.»

Al siguiente año de 1567, siendo provincial fray Miguel Navarro y general fray Diego de Mendoza, «con su favor se sacaron en blanco en buena letra todos los doce libros... y los *mexicanos* añadieron y enmendaron muchas cosas á los doce libros cuando se iban sacando en blanco.» Fueron los copiantes Diego de Grado, vecino del barrio de San Martín, y Mateo Severino, vecino de Xochimilco.

Este es el quinto manuscrito, segundo de la obra.

Escribióse esta copia en 1569, lo que se deduce de que el autor dice en el prólogo, que una vez concluída, se pasó á revisión al padre Rivera, comisario nombrado en ese año de 1569. Y no pudo ser después, porque el padre Navarro hizo viaje á España el siguiente de 1570, y ya llevó el sumario de la Historia, de que nos ocuparemos más adelante.

Hasta aquí el historiador había sido protegido como se protegía entonces á todos los que á estos estudios se dedicaban; pero va á empezar para él la época de prueba, y al acompañarlo en ella, investiguemos las causas de tal cambio.

En efecto, á petición de Sahagún, había nombrado el comisario fray Francisco de Rivera tres religiosos para que diesen su opinión sobre la Historia, y reunido el capítulo provincial de 1570, fueron de parecer «que

las escrituras eran buenas y debían ser terminadas;» pero algunos definidores opinaron que tales gastos eran contrarios á la pobreza que profesaba la Orden, «y así mandaron al autor que despidiere á los escribanos, y que él solo escribiese de su mano lo que quisiese en ellas» (las escrituras).

No nos podemos explicar este acto verdaderamente deshonroso sino por las rivalidades que habían surgido entre los franciscos, y que motivaron el viaje á España de fray Miguel Navarro y de fray Jerónimo de Mendieta. Protegido había sido del primero nuestro Sahagún, y al triunfar en el capítulo el nuevo provincial fray Alonso de Escalona, satisfacía su orgullo, íbamos á decir su venganza, de triunfador, retirando la pequeña protección que al historiador se impartía, y obligando á un anciano de setenta años á escribir de su temblorosa mano sus páginas inmortales.

No debió callarse Sahagún; debió reclamar, aun cuando con la dulce humildad de su carácter. Hizo más; para conquistarse el favor de la metrópoli, formó un sumario de todos los libros con sus prólogos y lo entregó á su antiguo protector para que á España lo llevase.

El sumario es el sexto manuscrito sobre la materia, y debió escribirse en castellano, pues gustó mucho á don Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, que sin duda no era conocedor del mexicano.

Este hecho, que el orgullo frailesco debía considerar como un acto punible de rebelión, hizo que el provincial quitase á Sahagún todos sus libros y los repartiese por los conventos de la provincia. Suspendióse, pues, todo trabajo, hasta que, habiendo vuelto fray Miguel Navarro en 1573 nombrado comisario general, mandó recoger, poniendo censuras, los libros esparcidos que en el año siguiente de 1574 fueron entregados al autor, quien cuenta que «en este tiempo ninguna cosa se hizo en ellos ni hubo quien favoreciese para acabarse de traducir en romance.»

El manuscrito, pues, interrumpido por el padre Escalona, era el séptimo, traducción de la obra mexicana al castellano.

Pero por fortuna el sumario había dado el resultado apetecido; había llamado en España la atención del Consejo de Indias, y fray Rodrigo de Sequera, nombrado nuevo comisario general, trajo en 1576 orden de enviar los doce libros, para lo cual «mandó al dicho autor que los tradujese en romance y proveyó de todo lo necesario para que se escribiesen de nuevo, la lengua mexicana en una columna y el romance en la otra.»

Concluyóse en el mismo año de 1576 el traslado de los cinco primeros libros, en 1577 la traducción del libro sexto y en 1578 los seis restantes, encuadernándose los doce en cuatro volúmenes. Este fué el octavo manuscrito, y sin duda el que sirvió al cronista Herrera, aunque no lo cita, para escribir sus *Décadas*.

Parece que en 1582, dando cumplimiento á una sobrecarta del Consejo, se enviaron otros originales, entre ellos el manuscrito de Tlatelolco.

Vale la pena de que nos ocupemos separadamente del libro doce, que trata de la Conquista.

Ya dijimos que don Carlos M. Bustamante publicó trunca la obra de Sahagún, pues su edición solamente contiene los once primeros libros: por separado dió á luz el duodécimo con el siguiente título:

«—*Historia de la conquista de México*, por el padre Sahagún.—México, 1829.—4to. menor, setenta y ocho páginas.»

No se tenía entonces noticia de otra obra sobre la Conquista, de que el mismo autor nos da cuenta. «Cuando escribí en este pueblo de Tlatilulco, dice en el prólogo de su nueva relación, los doce libros de la historia de esta Nueva España (por los cuales envió nuestro señor el rey don Felipe, que los tiene allá), el nono libro fué de la conquista desta tierra. Cuando esta escriptura se escribió (que hay ya mas de treinta años), toda se escribió en lengua mexicana y despues se romanció toda. Los que me ayudaron en esta escriptura fueron viejos principales y muy entendidos en todas las cosas, así de la idolatria como de la república, y oficios della, y tambien que *se hallaron presentes en la guerra cuando se conquistó esta ciudad.*» «En el libro nono, donde se trata de la conquista, se hicieron varios defectos, y fué *que algunas cosas se pusieron en la narracion de esta conquista que fueron mal puestas,* y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa, este año de mil quinientos ochenta y cinco, enmendé este libro, y por eso va escripto en tres columnas. La primera es el lenguaje indiano ansí como ellos lo pronunciaron, y se escribió entre los otros libros. La segunda columna es enmienda de la primera ansí en vocablos como en sentencias. La tercera está en romance, sacado según las enmiendas de la segunda. Los que tienen este tractado en la lengua mexicana tan solamente, sepan que están enmendadas muchas cosas en este que va en tres columnas en cada plana.»

Este fué el noveno manuscrito del padre Sahagún sobre nuestra historia. Nadie se ha fijado en que él fué la última prueba de sufrimiento para nuestro autor. En un espacio de cerca de treinta años había conservado sin reforma la relación de la Conquista, porque era el relato de los indios contemporáneos y sabía que era la verdad. Pero convenía al vencedor que se ocultasen algunas cosas, *que fueron mal puestas,* y como del mismo relato de Sahagún aparece que andaban varias copias, se le hizo cambiar la narración de los sucesos. Él, sin embargo, protestó silencioso contra la violencia, dejando en la primera columna su vieja narración, aunque sólo en mexicano.

Herrera y Torquemada tuvieron á la vista la Conquista de Sahagún; pero como uno se sirvió de la original y otro de la retocada, se contradicen, con apoyo

del mismo autor, ambos escritores. Torquemada no tuvo á la vista los otros once libros, sino las notas y apuntes y algunos fragmentos.

Esta nueva conquista la llevó á España don Juan Francisco de Montemayor, presidente de la Real Audiencia. Y con tal motivo dice Torquemada: «y del (manuscrito de la Conquista) tengo en mi poder un traslado donde dice, que el Señor Don Martin de Villamanrique le quitó los doce libros y los remitió á su Magestad.» Como don Martín de Villamanrique, séptimo virey de la Nueva España, gobernó de 17 de octubre de 1585 á febrero de 1590, claro es que éste no fué el manuscrito que se remitió en 1578, sino que nuestro fray Bernardino se había dejado un ejemplar, décimo de sus trabajos, y aun de él fué cruelmente despojado. Consolémonos con hacer constar que no pudieron despojarlo de la inmortalidad que gozará mientras haya quien de nuestra historia antigua se ocupe.

El manuscrito de la Conquista reformado fué á parar á la biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid: en 1808, durante la invasión francesa, fué extraído, y en 1828 nuestro compatriota don José Gómez de la Cortina lo compró en España á don Lorenzo Ruiz de Artieda. Don Carlos M. Bustamante tuvo la fortuna de que se lo facilitara el conde de la Cortina, y lo publicó en 1840, precediéndolo de una disertación inconducente y agregando al fin de cada capítulo de la obra otro con el nombre de *nota,* que bien pudiera haber suprimido.

La portada del manuscrito dice:

«Relacion de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes. Convertida en lengua española, llana é inteligible, y bien enmendada en este año de 1585.»

Bustamante puso la siguiente portada, parto de su ingenio.

«La ‖ aparicion ‖ de ‖ N^tra^ Señora de Guadalupe ‖ de México, ‖ Comprobada con la refutacion del argumento negativo que presenta ‖ D. Juan Bautista Muñoz, fundándose en el testimonio del P. Fr. Ber ‖ nardino Sahagun; ‖ ó sea: ‖ Historia original ‖ de este escritor, ‖ que altera la publicada en 1829 ‖ en el equivocado concepto ‖ de ser la única y original de dicho autor. ‖ Publícala, ‖ precediendo una disertacion sobre la ‖ Aparicion Guadalupana, y con notas sobre la conquista de México, ‖ Cárlos Ma. de Bustamante, ‖ individuo del supremo poder conservador. ‖ México. Ympreso por Ignacio Cumplido. 1840. ‖ Calle de los rebeldes N.° 2.—Un volúmen en cuarto español, con una litografía de la Vírgen de Guadalupe.—Páginas I-XXII—una foja sin paginacion—y 1-247—dos fojas de índice.»

Después del anterior relato, veamos qué noticias hay del paradero de esos manuscritos. Hemos visto que son diez:

1.° La Memoria que hizo Sahagún para interrogar á los indios de Tepeopulco.—Como solamente fué un trabajo preparatorio, es de suponer que no lo conservó el autor ó que lo dejó entre los borradores que tuvo Torquemada y que se han perdido.

2.° El manuscrito de Tepeopulco, que se reducía á jeroglíficos con su traducción en mexicano.—También se ha perdido y su hallazgo sería precioso.

3.° El manuscrito de Tlatelolco que, aunque se forma también de los jeroglíficos, ya su explicación más extensa constituye una verdadera historia.—Sahagún nos dice que fué enviado á España; y en efecto, este códice mexicano existe en fragmentos muy importantes en la biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid.

4.° El manuscrito en mexicano, ya dividido en doce libros, y que quedó como borrador.—Ignórase su paradero.

5.° La copia en limpio, con adiciones, que se concluyó en 1569.—Hay también fragmentos muy importantes en la biblioteca de la Academia.

6.° El sumario que llevó fray Rodrigo Navarro.—Sábese que fué á parar al Consejo de Indias y debe encontrarse en su archivo.

7.° La Historia con su traducción al castellano, cuya continuación se interrumpió por el padre Escalona.—Fueron sin duda los fragmentos que tuvo Torquemada y que se han perdido.

8.° El manuscrito en mexicano y castellano, en cuatro volúmenes, que se mandó al rey, y que es propiamente la Historia.—Se sabe que después de haber estado en poder de don Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, pasó á los franciscos de Tolosa.—Cuando á éstos se mandó de orden real que entregaran la Historia al cronista don Juan Bautista Muñoz, le dieron solamente una copia, en dos volúmenes, de la parte española. ¡Quién sabe qué habrá sucedido con el original en las vicisitudes políticas de España!—La copia de Muñoz se conserva en la Academia, y debe estar trunca, según aparece comparándola con los fragmentos mexicanos.

De esta copia se sacó la que sirvió para la obra de lord Kingsborough.

En tiempo de Muñoz, y con su permiso, sacó también copia el coronel don Diego García Panes y la trajo á México. Don José Miguel Ballido la compró en cien pesos, y por la misma cantidad la cedió al señor Bustamante que la publicó. Ignoramos dónde paran los once primeros libros; el último está en nuestro poder.

No siendo completo el ejemplar de Muñoz, puede decirse que la obra de Sahagún no ha sido debidamente publicada ni en Londres ni en México.

9.° El manuscrito de la Conquista.—Hemos visto su historia hasta su publicación el año de 1840. Ignoramos quién lo posee actualmente.

10.° El manuscrito que quitó á Sahagún el virey Villamanrique y cuyo paradero se ignora.

En vida de Sahagún deben haberse sacado copias de su obra, á lo menos sabemos que se sacaron del libro de la Conquista, pero se han perdido.

Debemos agregar que, desde 1762, Llaguno Amirola encontró parte de la obra de Sahagún; que conocemos una noticia bibliográfica de los doce libros por el señor Gayangos, dos descripciones del señor Goycochea, bibliotecario de la Academia de la Historia, una del códice castellano del señor Buckingham Smith y los apuntes del señor Ramírez: todo inédito.

Algún día, con todos estos datos y mayores investigaciones, podrá hacerse una edición de la historia de Sahagún, digna de su ilustre memoria.

Hemos perdido de vista la vida de fray Bernardino; dijimos que en sus estudios históricos, de Tepeopulco pasó á Tlatelolco, y de allí al Convento grande donde se ocupaba en que se pusiera *en blanco* su historia, hasta que en 1569 sufrió las iras del padre Escalona. Sabemos que en 1574 volvió su amigo fray Miguel Navarro. Había vivido sin duda esos cinco años despreciado y en el olvido de su celda. No tenemos noticia de obras suyas de esa época. El corazón lacerado no está dispuesto á consentir los goces de la inteligencia. Pero la vuelta del padre Navarro lo restituyó á su antigua vida, y en 10 de junio de 1574, lo encontramos tomando, en compañía del padre Molina, la cuenta de Tomé López, mayordomo de Santiago y viviendo otra vez en Tlatelolco. En efecto, Sahagún era entonces rector del Colegio de Santa Cruz, y fray Alonso Molina guardián del convento.

En el códice de Santiago encontramos algunas constancias de esa fecha muy curiosas. En la cuenta del 13 de junio hay al fin la siguiente nota: «En este estado q̃daron en este dho Dia las dhas Ctas y firmaros los dhos Juez y el padre fray berno de Sahagun-po de

mag.co señor

Esta es para Rogar a V. m. d. q ay van los dos maestros de los niños de la escuela. mande dar acada vno quatro pesos y dos tomines por su trabajo que han hecho quatro meses. ffha. a dezi ocho dias del mes de setiembre de setenta y quatro años.

fray bernardino de sahagun

Para el señor Gaspar de banares. En su casa

Facsímile de la firma de Sahagún. — Códice de Tlatelolco

Requena (una rúbrica)—fray bna†rdio de Sahagun † (una rúbrica).» Se vuelven á encontrar tres veces las firmas de Molina y Sahagún, la segunda vez en el inventario de objetos y libros, hecho el 13 de diciembre de 1574. Después hay varios recibos de Sahagún, todos de 1574, que dan curiosa luz sobre los gastos del colegio.

Un recibo de veinte pesos de oro para gastos, el viernes 23 de julio de 1574; y por él se ve que no había mucha holgura, porque nuestro padre, por no haber para el gasto, manda pedir *los veynte pesos en que se vendio el macho*. En la foja ochenta y cuatro dice otro recibo: «Recibio el collegio Vn tocino que costo dos pesos y medio. Oy Miercoles á Veinte y ocho dias del mes de Julio de 1574 años.» Sigue una orden que nos da la medida de lo que entonces se pagaba á los maestros, pues á Alonso Vexarano, lector (catedrático), se le manda dar *peso y medio* por las cuatro lecciones de la semana. Este Alonso Vexarano fué uno de los que ayudaron á Sahagún en su historia.

El códice de Santiago nos hace creer que la letra de la Doctrina, de que después nos ocuparemos, es de Alonso Vexarano, y también nos ha hecho conocer que la letra del vocabulario trilingüe es de Martín Jacobita, otro de los auxiliares de Sahagún, cuya firma allí se encuentra, viniéndose á saber además que después de fray Bernardino fué rector del colegio en 1577.

A fojas ochenta y siete hay un documento por el cual sabemos que era procurador del colegio *Bernabe Velazqz.* El siguiente nos da el precio que entonces tenía el maíz, pues las *hanegas* fueron pagadas á peso en Xuchimilco.

A la foja noventa y dos se lee la siguiente razón:

«Esta es para Rogar á V. m. d. q̃ ay van *los dos maestros* de los njños de la Escuela. mande dar a cada vno *quatro pesos y dos tomjnes* por su trabajo que hâ hecho *quatro meses.*»

Nos hemos detenido en estos documentos por dos razones: la primera porque nos presentan á fray Bernardino bajo su más hermoso aspecto, cuidando de la instrucción y sustento de los niños indios y ejerciendo su ministerio en el santo templo de la escuela: la segunda, porque nos dan datos de la pobreza á que había llegado el colegio y algunos precios curiosos. No creemos, sin embargo, que el colegio haya dejado de existir en 1578, como generalmente se ha dicho, pues hemos visto que todavía en 1577 era rector Martín Jacobita.

Sin duda que las tareas del rectorado ocuparon la vida de Sahagún hasta 1576, pero las abandonó, por haber venido orden de copiar su Historia, lo que se hizo desde ese año hasta el de 1578. Animóse, sin duda, y lo vamos á ver en un nuevo período de trabajo activo, y dando por primera vez á la estampa algunos de sus libros.

En 1579 encontramos ya á nuestro autor preparando para la prensa su Postilla. Fué nuestro el manuscrito, del cual ha dado el señor Icazbalceta la siguiente noticia:

«Sahagún.—Doctrina cristiana en mexicano.

»MS. original en f.° Empieza así:

»Nican vnpeoa yn nemachtiliz tlatolli..... oquichiuh fray Bernardino de Sahagun.

»Tiene 27 fojas y falta el fin.

»Siguense veynte y seis addiciones desta Postilla: las quales hizo el auctor della, después de muchos años que la auia hecho, *ante que se imprimiese.* Es lo mismo que está al principio debaxo de titulo de declaració breue de las tres virtudes theologales.»

A la vuelta un prólogo en castellano. Encarece la utilidad de la obra y concluye así:

«¶ Este mismo año de 1579 se puso por apendiz de esta Postilla, en lo vltimo vn tratado que contiene siete Collationes en lengua mexicana: en las quales se contienen muchos secretos, de las costumbres destos naturales: y tambien muchos secretos y primores desta lengua mexicana: y pues que este volumen no a de andar sino entre los sacerdotes, y predicadores, no ay porque tener recelo de las antiguallas, que en el se contienen, antes daran mucha lumbre y contento á los predicadores del sancto Euangelio.

»No se halla este tratado en el MS., sino solamente 24 adiciones en 16 fojas, mal encuadernadas, porque las 7 últimas están antes de las 9 primeras.»

Este precioso volumen, que fué de nuestra propiedad, es un fragmento. Fáltale la parte que hubiera sido más importante conservar: las adiciones sobre las antiguallas y costumbres de los naturales. El mismo cuidado religioso que hizo decir á Sahagún, que no debían causar recelo porque sólo andarían en manos de los sacerdotes, hizo sin duda que, exagerado más tarde, se arrancase del manuscrito la parte más importante de la obra. Nos parece que en esto anduvo la mano del padre Figueroa, quien á pesar de su ilustración sabía, como Revisor por el Santo Oficio, destruir obras importantes, de lo que alguna prueba tenemos.

Tal vez por este mismo celo y por andar sólo en manos de sacerdotes, se perdió la impresión, porque no hay duda de que se dió á la estampa, pues lo dice la portada de 1579. Es una de las más preciosas ediciones del siglo XVI que se han perdido y la primera de una obra de Sahagún.

El manuscrito es de letra de Vexarano y á la foja 16 se halla firmado por el autor.

No sería remoto que en esa doctrina ó Postilla, nombre que parece se dió á diversas obras de fray Bernardino, se contuvieran varios opúsculos que sabemos escribió.

Estos son:

—Declaración Parafrástica y el Símbolo de Quicumque vult.

—Declaración del mismo Símbolo, por manera de Diálogo.

—Plática para después del Bautismo de los niños.

—La vida y canonización de San Bernardino.

—Lumbre espiritual.

—Leche espiritual.

—Bordón espiritual.

—Espejo espiritual.

—Espiritual, y manjar sólido.

—Escalera espiritual.

—Regla de los casados.

—Fruta espiritual.

—Impedimento del matrimonio.

—Los mandamientos de los casados.

—Doctrina para los médicos.

Como hemos dicho, si no todos, algunos de estos opúsculos se contenían en la Postilla. Sí sabemos que de ella formaba parte el *Tratado de siete Colaciones, muy Doctrinales y Morales.*

Estos opúsculos se perdieron, como se perdió el Arte mexicana de Sahagún.

Apenas concluída la impresión de la Doctrina, dedicóse nuestro autor á dar á luz una segunda obra, de la que únicamente se ha encontrado un ejemplar trunco, que también fué nuestro. El señor Ramírez escribió de él la siguiente noticia, que le sirve de prólogo:

«Psalmodia Christiana ‖ Y ‖ Sermonario ‖ de los santos del año, compuesto por el ‖ P. Fr. Bernardino de Sahagun ‖ de la Orden de San Francisco: ordenada ‖ en cantares ú psalmos para que canten los ‖ yndios en los areitos que hazen en las iglesias. ‖ En Mexico, en casa de Pedro Ocharte. ‖ Año de 1583.

«Este volumen, aunque mui incompleto, es probablemente una de las producciones más raras de la antigua topografía mexicana; quizá es único, según puede colegirse de las noticias que dejó el infatigable fray Francisco de la Rosa Figueroa en el catálogo que formó de la Biblioteca de su convento con el siguiente título:

»*Diccionario bibliografico alphabetico é Yndice silabo repertorial de quantos libros sencillos existen en este libreria de este convento de N. S. P. S. Francisco de Mexico*, etc., etc.,» un volumen en folio de más de mil páginas, escrito enteramente de su mano y con pormenores que revelan una inmensa lectura y laboriosidad. ¡Y no es más que uno de sus muchos escritos!»

«El padre Figueroa, bibliotecario de su convento, era también, por desgracia de nuestros bibliófilos, *Notario y Revisor de libros por el Santo Oficio*, encargo que desempeñó con un celo verdaderamente abrasador. El mismo nos va á dar la prueba en los siguientes párrafos que copiamos á la letra de las páginas 972 á 974, en las cuales hallaremos también la noticia del libro que nos ocupa.

«Decía así:—«Denuncié (á la Inquisición) y presenté un libro manuscripto en idioma mexicano en que estaban traducidas todas las epistolas y evangelios del Misal, contra la regla 5 del Expurgatorio que expresamente prohibe las traducciones de la Sagrada Biblia en lengua vulgar, especialmente las epistolas y evangelios. Y por esta razon *quantos he encontrado tantos he consumido en carbon*» (con expresa licencia del Sr. Inquisidor). Y esta prohibición está repetida en varios edictos en conformidad de dicha regla.

«Item, por la misma razon denuncié y presenté doce libros impresos en idioma mexicano intitulados—*Psalmodia Xptiana y Sermonario de los Santos del año, compuesta por el P. Fr. Bernardino de Sahagun, de la Orden de San Francisco, ordenada en Cantares ó Psalmos para que canten los indios en los Areitos que hazen en las Iglesias. Impreso en Mexico en casa de Pedro Ocharte. Año de 1583.*— La denuncia y presentacion de estos libros fue debajo de las reflexiones siguientes, etc.»—Sigue un mui largo párrafo en que el buen religioso procura justificar su conducta con raciocinios que sólo son eficaces para conocer hasta qué punto puede extraviarse el entendimiento humano preocupado por una idea fija. Las tareas literarias, infinitamente penosas, que los primeros misioneros acometieron, como necesarias, para propagar la civilización cristiana, sus sucesores en la propia empresa, sus hermanos mismos, las condenaban al fuego como adversas á su intento!... Así podemos comprender la desaparición de numerosas obras del más infatigable de los antiguos catequistas y escritores, del padre Sahagún, pues la mayor parte de ellas eran del género de la denunciada á la Inquisición.

«El título de la que menciona en segundo lugar el padre Figueroa, cuadra singularmente con el asunto del volumen que nos ocupa, que del principio al fin es una salmodia en lengua mexicana, compuesta en su mayor parte sobre pasajes del Nuevo Testamento. Por esta congruencia he juzgado ser la obra del padre Sahagún á que se refiere el padre Figueroa.—Vienen en apoyo de esta conjetura otras indicaciones tomadas de la impresión.—Exprésase ser producción de las prensas de Pedro Ocharte, bastante notables en su época por la calidad de sus tipos. Encuentro, pues, que los de este volumen son semejantes en sus formas y tamaños á los que el mismo impresor empleó en la reimpresión que hizo el año 1585 de los *Estatutos generales de Barcelona*, y que la estampa de san Francisco colocada á la vuelta de la portada es idéntica á la que aquí ocupa el dorso de la f.ª 184.

«La propia forma, aunque en menor tamaño, presentan los tipos de la *Doctrina christiana en lengua mexicana*, de fray Alonso de Molina, impresa también por Ocharte en 1578, advirtiéndose una perfecta identidad en las estampas que representan á san Jerónimo, colocadas allí la una á la vuelta de la f.ª 80 y aquí á la de la 181; sin otra diferencia que la de parecer ésta más gastada y mal tratada, efecto necesario del uso en los años que median entre ambas impresiones.—Una conjetura semejante ministra la comparación de la V capital y bordada tan repetida en los *Dialogos militares* del D. Diego García del Palacio, tambien impresos por Ocharte en 1583, pues su forma y adornos son idénticos á los que se veen en la Capital de la f.ª 172 v., no obstante el tamaño de los tipos del texto ser pequeños.

«Tales son los datos que me inclinan á juzgar que este volumen es la obra del padre Sahagún, que el padre Figueroa persiguió con tanto zelo que en la Biblioteca de San Francisco no encontré una hoja siquiera con que llenar alguna de las numerosas lagunas que se lamentan en este libro, hoi sin principio ni fin.»

El libro fué nuestro: comienza con la portada y noticia del señor Ramírez manuscritas. Principia á la foja 10 de la obra, y hasta la 15 tiene á la cabeza el título *Doctrina christiana;* todo escrito en lengua mexicana. En la foja 10 v. tiene un grabado que representa á los santos Simón y Tadeo apóstoles; en la 13, otro pequeño, el evangelista san Marcos, y en la 14, una mujer arrodillada ante un fraile en un patio ó huerto. Al fin de la página 15 tiene en grandes letras el rubro *Psalmodia en lengua mexicana.* Síguese la salmodia por meses, y el nombre del correspondiente ocupa la parte superior de las páginas. En la 16 v., por error de imprenta se puso *Doctrina* en vez de *Enero.*—En los salmos de este mes hay dos grabados; el uno á la foja 15 v. representa un niño con la cruz; el otro á la 19 una Natividad.—Falta la foja 26, en donde sin duda acababa enero y principiaba febrero, pues ya la 72

tiene á la cabeza *Hebrero.*—Ocupa este mes hasta el principio de la foja 41, y solamente falta la 31. Tiene á la 29 un grabado que representa al apóstol Matías.—De la foja 41 á la 58 se extiende marzo, que en la impresión está escrito del modo siguiente: *Marc,o.* Tiene al principio un grabado de santo Tomás de Aquino y en la foja 44 el de san Gregorio papa. Falta la foja 54.—Abril se extiende hasta la foja 78, pero le falta la 59, y tiene errada la numeración de las 67, 69 y 77, que equivocadamente fueron marcadas 57, 59 y 72. No tiene éste mes grabados.—Mayo principia á la foja 78 v. con un grabado de Santiago y acaba en la 101. En la foja 82 v. tiene una pequeña Crucifixión; en la 85 v. una Ascensión muy curiosa en que sólo se ven los piés del Salvador; en la 89 un san Bernardino grande, que ocupa toda la página y manifiesta la predilección del autor por el santo de su nombre, y en la 92 v. la Pentecostés. Sólo falta en este mes la foja 99.—Junio comienza á la foja 101 v. con un grabado de san Bernabé apóstol y llega hasta la 112. Le faltan las fojas 102 y las finales, pues de la 112 salta á la 122 en julio. Tiene los siguientes grabados: la Natividad de san Juan á la foja 107 y un san Pedro á la 110 v.—Falta el principio de julio que, como se ha visto, empieza en la foja 122 y acaba en la 128. Tiene un grabado de una Santa Familia en la foja 122 v.—Falta la foja 129, que era el principio de agosto ó avgosto, como reza la impresión. Se extiende hasta la foja 169, faltando en el intermedio únicamente la 151. Es rico este mes en grabados, pues tiene un san Lorenzo en la foja 140, un san Hipólito arrastrado por los caballos en la 148, en que se conmemora la toma de México, un san Luis rey en la 155 v., un san Bartolomé que llena la 158 v. y en la 163 v. un san Agustín que es el mismo san Gregorio de la foja 44.—Fáltale á setiembre la primera foja 170, la 175 y la 179. Sólo tiene un grabado, á la foja 181 v., que representa á san Jerónimo en el desierto.—Octubre tiene al principio, foja 184 v., un san Francisco. Se extiende hasta la 200 y sólo le falta la 194. Tiene además los apóstoles san Simón y san Tadeo en la foja 197, grabado igual al de la foja 10 v.—Noviembre se extiende de la foja 200 v. á la 218. Le faltan las fojas 210, 215 y 218. La 203 dice equivocadamente *103* y la 212 dice *217*. Tiene los siguientes grabados: *Todos los santos* al principio, san Martín en la foja 204 y san Andrés en la 213 v.—Falta la 218, como se ha visto, principio de diciembre, del que sólo existen las fojas 219, 222, 224 y 225; la primera con el grabado de san Ambrosio.—Todo este libro está en mexicano, menos los rubros que están en castellano y las apostillas marginales que son latinas.—Su estado de conservación es detestable; muchas hojas están rotas y muchas picadas por la polilla. Algunos de los grabados no son malos; pero la mayor parte son de una imperfección que podemos llamar candorosa.

El señor Icazbalceta ha visto un ejemplar completo con la siguiente portada: «Psalmodia Christiana y Sermonario de los sanctos del año, en lengua Mexicana, cõpuesta por el muy R. P. Fray Bernardino de Sahagun. Ordenada en cantares ó Psalmos para que canten los indios en los areytos que hazen en las Iglesias.

«En México, con licencia, en casa de Pedro Ocharte. MDLXXXIII.»

Es el único libro de Sahagún impreso en su vida. Así á lo menos se dice, y tal es también la respetable opinión de los señores Ramírez y Orozco. Veamos si es cierto.

En primer lugar, no se debe echar en olvido que en la *Doctrina christiana* hay un apéndice, cuyo título dice: «Siguense veynte y seis adiciones desta Postilla: las quales hizo el auctor della, despues de muchos años que la auja hecho, *ante que se imprimiese.*» Luego tenemos entonces que también la Postilla se imprimió, siendo ésta una de las muchas ediciones del siglo XVI que se han perdido.

Pero hay más; entre los fragmentos de MSS. en mexicano, que más por mera curiosidad que por otra causa conservamos, existen cuatro fojas, en 8.°, de letra de Sahagún, ó por lo menos igual á la de los *Evangelios, Doctrina, apostillas del Sermonario y primera foja del Trilingüe.* Tiene por encabezamiento el título siguiente: «Izcalquj ynjunemjliz yntenjutica omonamjtique.»—«Injece Cap.° vncan mjtoa etc.»—Síguese el capítulo por dos fojas, y al fin de la segunda comienza otro con este rubro: «Inje. 6. Cap.° etc.» A la foja inmediata, al fin, dice: «Inje 7 Cap.° etc.» Finalmente, la última foja tiene el siguiente párrafo sin principio, que es el importante para nuestra cuestión: «para que libremente pueda hazer ymprimjr el dho MANUAL DEL CHRISTIANO, aqualqujera ympresor aqujen enseñalara y fuere su voluntad lo haga por tpo de diez años primeros sigujentes ymprimjendolo todo en vn cuerpo, conforme al original QUEARECIBIDO, o por partes y tratados como el dho autor qujsiere ydentro de dho tpo otro njnguno ympresor nj persona particular lo ymprima, nj haga ymprimir sin permjssion DE DHO FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN, sopena de qujnjentos pesos de oro, para la camara y fisco de su magestad y de perder los moldes yaparejos de la emprenta y perdidos los libros que se hallaren auer ymprimjdo sin la dicha licencia y cumpliendo esto mando que en ello por nyngunas Justicias yotras personas no se le põga Embargo ny ympedimento alguno: fecho en Mex.° a deziseijs de Hebrero, de mjll y qujnjentos y setenta y ocho años.—Don Martin Enriquez.»

No hay duda ninguna de que éste fué un borrador destinado á la imprenta; y tenemos entonces, no solamente una tercera obra de Sahagún impresa, sino una totalmente desconocida y hasta hoy no citada, el *Manual del christiano.* No puede este Manual ser la Psalmo-

dia, tanto porque de su comparación hemos visto que son diferentes, cuanto porque la segunda se imprimió en 1583, y el primero debe haberlo sido en 1578. No es tampoco este *Manual* la *Doctrina christiana* antes citada, pues comparando los capítulos de aquél con los que tienen la misma numeración en ésta, se ve que no solamente tienen diferentes los rubros, sino el texto.

Resulta, pues, de esta disquisición, que tres son las obras de Sahagún que sepamos fueron dadas á la estampa en su vida: 1.ª la Postilla, que debió imprimirse antes del año 1579; 2.ª el *Manual del christiano* en 1578, y 3.ª la *Psalmodia christiana* en 1583, única obra de que existe ejemplar.

En 1585 concluyeron los días felices de Sahagún. Después de tantas contrariedades, habíase visto al fin protegido: su grande obra estaba terminada y tenía la satisfacción de haber dado á la estampa tres de sus trabajos. Pero las iras de los poderosos debían volver á cebarse sobre un octogenario, que no tenía más delito que ser muy humilde y muy sabio. Obligósele á mudar la relación verídica de la Conquista; despojósele de su Historia; las prensas primeras que á América habían venido, inútiles quedaron para sus escritos, y el historiador permaneció olvidado en Tlatilolco, como un cañón roto abandonado en el desierto campo de batalla. El mismo colegio de Santa Cruz llegaba á su decadencia.

El señor Orozco, siguiendo las noticias que sobre el colegio se tenían, señala el año de 1578 como el de su conclusión; pero hemos visto que en 1577 era Rector nuestro Sahagún, lo que hace suponer fundadamente que no es cierta la noticia aceptada por el señor Orozco. Parece, sin embargo, que algo sufrió el edificio hacia aquella época, pues en los *Anales de Tlaltelolco* marcados «Quad.º 12 fs. 4.,» encontramos la siguiente razón: «1561—Se lebantó el colegio de Tlaltelolco.»

Debióse sin duda á Sahagún este nuevo beneficio para el colegio, según lo acreditan las siguientes palabras de Torquemada, que á su vez prueban que en vida de fray Bernardino no concluyó tan noble institución: «... ha cesado el enseñar Latin á los Indios, por estar los del tiempo de aora, por vna parte mui sobre sí, y por otra tan cargados de trabajos, y ocupaciones temporales, que no les queda tiempo, para pensar, en aprovechamiento de Ciencias, ni de cosas del Espíritu. Y tambien los Ministros de la Iglesia desmaiados, y el fervor, y calor muerto: y así se ha ido todo caiendo: no digo las Paredes del Colegio (que buenas, y recias están, y mui buenas Aulas, y Pieças, aumentadas por el P. Fr. Bernardino de Sahagun, que hasta la muerte lo fué sustentando, y ampliando, quanto pudo, y Yo seis Años, que lo he tenido á cargo) sino el cuidado, y calor, y favor, que arriba dige averle hecho los Governadores pasados. Enseñóseles á los Indios, tambien la Medicina, que ellos vsan, en conocimiento de Yervas, y Raíces, y otras cosas, que aplican en sus Enfermedades: mas esto todo se acabó, y aora solo sirve el Colegio de enseñar á los Indios Niños que aquí se juntan (que son deste mismo Pueblo de Tlatelulco, con algunos otros de otros Barrios) á Leer, y Escribir, y buenas Costumbres.»

¡Cuánto cambio después de la muerte de Sahagún! «No su descanso, mas el de su proximo procurando,» según la instrucción del general de los franciscos, fray Francisco de los Angeles, todavía dedicó los últimos cinco años de su vida á sus amados indios, y consolóse con la caridad que hacía, de las ofensas conque amargaron sus postrimeros días.

Por fin, el año de 1590 corrió en México la enfermedad del catarro, y murió de ella el insigne fray Bernardino de Sahagún. Tuvo lugar su muerte, según Torquemada y Vetancourt, en la enfermería del convento de San Francisco de México; pero esto no es cierto: Sahagún, ni en sus últimos instantes podía abandonar á sus queridos indios. Del mismo relato de Torquemada se ve, que llevado á la enfermería, se hizo trasladar otra vez á Santiago, en donde espiró, como consta en unos Anales de México, letra de la época, marcados en el Museo de Boturini:—«2.º 10. n.º 7. N.º 13. Invent.º 5.,» y que, como escritos por un contemporáneo, merecen toda fe, tanto más cuanto que es el único documento que nos da la fecha exacta de la defunción.

«El día 5 del mes de Febrero de 1590, dicen, murió nuestro querido y venerado P. Fr. Bernardino de Sahagun, que se hallaba en Tlatilolco. Fué sepultado tambien dentro de la iglesia de San Francisco, á cuyo acto asistieron todos los principales y señores de Tlatilolco.» Torquemada agrega: «á cuio Entierro concurrió mucha Gente, y los Colegiales de su Colegio, con Opas, y Becas, haciendo sentimiento de su Muerte.»

Así terminó la existencia de Sahagún. Jamás vida más bella se empleó más noblemente. No fué el fraile fanático que quiso convertir á los indios con la espada y la hoguera. No; fué el padre amoroso de los vencidos; el civilizador de los hijos del Anáhuac. Él guardó, como rico tesoro, su lengua y su historia; y sin descuidar el pasado, él, más grande que todo lo que le rodeaba, presentía el porvenir y ejercía su sacerdocio en la escuela. A su vieja patria apenas pertenecieron cerca de treinta años estériles de su vida. A México le dedicó sesenta y uno de infatigables trabajos.

Códice Ramírez.—Impusimos este nombre á un precioso manuscrito, desconocido hasta hace pocos años, y que fué encontrado en San Francisco y conservado para nuestra historia por el señor don Fernando Ramírez. El original, que forma parte de nuestra colección, es un volumen en 4.º común de doscientas sesenta y nueve fojas y letra del siglo xvi. Distribuído en dos columnas, solamente está escrita la de la derecha: lo que hace comprender que es una traducción y que se reservaba la otra para el texto mexicano. Debe creerse

que el autor fué un indio del estado secular y contemporáneo de la Conquista. Primero, por las etimologías y traducciones que tiene de los nombres mexicanos; segundo, por la preferencia que da á los tenochca sobre los otros pueblos; tercero, por el laconismo conque trata, sin disculparlas, la matanza de Cholóllan y la que ejecutó Alvarado en la nobleza mexicana y por el desvío conque habla de Moteczuma, atribuyendo su muerte á los españoles; cuarto, por la severidad conque se refiere á los eclesiásticos, llamándoles indolentes en la instrucción cristiana y llegando á decir que no se administró el bautismo á Moteczuma porque el clérigo que venía con los españoles más se ocupó de buscar riqueza que de catequizar al pobre rey; y finalmente, se conoce su antigüedad, que es sin duda de la mitad del siglo XVI, pues se refiere á haber oído los hechos de testigos presenciales y habla de las ruinas del Templo Mayor como todavía existentes entonces. Dos cartas, una del padre Acosta y otra del padre Tobar, encontradas y publicadas últimamente, han hecho creer que la crónica es del segundo; pero el padre Tobar ha sido solamente el traductor, y aun este manuscrito no es más que un compendio de otro mayor que se perdió. Esto se desprende de las mismas palabras de la carta del padre Tobar, y del primer fragmento que se ve á continuación del relato principal, el cual refiere sucesos relativos á la historia de Moteczuma I, y su narración indica que pertenecía á una obra más extensa, aunque escrita sobre las propias tradiciones. Hay un segundo fragmento original y de letra enteramente diversa: se relatan en él compendiosamente lo sucesos de la Conquista desde la llegada de Cortés á Texcuco hasta los inmediatos á la toma de México. El relato principal es una historia completa de los mexicanos, y sin duda el mejor compendio que de ella conocemos. Le falta la parte del calendario.

Por el estudio que hemos hecho de las diversas crónicas del siglo XVI, hemos observado que en lo general han seguido las tradiciones acolhuas ó han mezclado éstas con las mexicanas; pero ninguna de ellas es una relación genuina de las ideas históricas de la antigua México. Sí lo es esta obra, y bajo ese aspecto es de un inmenso mérito y la mejor fuente, acaso la única verdaderamente autorizada, para conocer los hechos pasados en Tenochtitlán. La obra se compone de varias estampas jeroglíficas, de que ya hemos hablado, que aunque copiadas imperfectamente con pluma, conservan su primitivo carácter; y estas estampas sirven de base al relato que, por decirlo así, agrupa á su derredor las tradiciones históricas. Esto hace comprender que tal trabajo es una interpretación extensa de algún códice jeroglífico de los antiguos mexicanos. La interpretación se ha hecho siguiendo la tradición puramente mexicana.

Esta crónica es muy importante, no sólo en lo que se refiere á la historia antigua, importantísima es también en lo relativo á la Conquista, pues destruye por su base varios hechos generalmente admitidos, conformándose con el relato de Sahagún y otros auténticos. Debió la obra gozar de gran popularidad, pues sabemos que existían desde mediados del siglo XVI tres copias por lo menos: la que sirvió al padre Tobar para hacer esta traducción; la que perteneció á Durán y estuvo sin duda en Santo Domingo, la cual debió ser más extensa y más cuidadosa, pues las láminas de Durán tienen colores y son mayores en número, y la que utilizó Tezozomoc. La nuestra perteneció á San Francisco y sirvió á Torquemada. Hace cinco años se dió por fin á la estampa esta crónica. Ella es la historia típica del imperio mexicano. Leyéndola, parece que como contemporáneos asistimos á contemplar aquella sociedad y aquellas hazañas y oimos hablar á los mismos tenochca en su lenguaje brillante y expresivo. Y por eso consideramos este códice la fuente más pura y más importante de las tradiciones genuinas de México Tenochtitlán.

CRONISTAS FRANCISCOS. — A ruego de don Juan Cano, marido de doña Isabel, hija de Moteczuma, y con objeto de referir la grandeza de este monarca y los servicios que prestó, á fin de que el rey de España devolviese á la dicha doña Isabel y sus hermanos su patrimonio, de que estaban desposeídos, se escribieron dos crónicas importantes de historia antigua, que aun permanecen inéditas. Acompañan en el códice manuscrito á la ya citada con el nombre de códice Zumárraga. Esta primera era obra del primer obispo de México en opinión del señor Ramírez. El señor Orozco, por título y final de la segunda, cree esta obra de Zumárraga, y la primera escrito de Sahagún. El título dice: *Relacion y genealogia de los señores de la nueva españa por el señor obispo de mexico Don Fr. Juan Zumarraga*, y en el final se pone: *D. Fr. Juan Zumarraga y otros religiosos y la otra es de fr. Bernardino de Sahagun de la orden de Sn. Francisco.* Haciendo poco caso de don Manuel Lastres, dueño del códice, que fué quien hizo estas calificaciones, al parecer en el siglo XVIII, y no entrando en discusión sobre la idea del señor Orozco de atribuir otra obra á Sahagún, diremos que en nuestra opinión esta crónica es de fray Bernardino de México, así anotado en el catálogo de la época de Sahagún pero distinto de él.

La relación, como lo indica su título, es una genealogía de los reyes de México, traída desde los señores de Tóllan, proseguida con los de Culhuacán y terminada en Moteczuma. Contiene, pues, una serie casi completa de los reyes colhuas y noticias curiosas sobre la familia de Moteczuma.

Gomara y Torquemada siguieron esta relación; pero el segundo aplicó equivocadamente á los tolteca los reyes de Culhuacán. La relación es importante, sobre todo, por las noticias sobre los colhuas, de los que general-

mente no se ocupan los otros cronistas, y que, sin embargo, tienen un lugar interesante en la historia.

El tiempo en que se escribió la relación está marcado en ella en las siguientes palabras de su texto: «anda en trece años desde abril acá que vinieron los españoles.» Como éstos llegaron en 1519, es claro que la relación se escribió en 1532.

La otra relación es igual en el fondo, aunque más extensa y más completa. Como aquélla fué escrita por los franciscanos á ruego de Juan Cano y con el mismo objeto, y corresponde también al año de 1532. Su título es: *Origen de los mexicanos*. Lastres se la atribuye también á Zumárraga, en nuestro concepto equivocadamente; sí se hace referencia en ella de que fray Juan Zumárraga debía llevarla á la corte.

Acompañan á estas relaciones un escrito sobre tributos y otro más extenso sobre tan antiguas leyes. Éste lleva la fecha de 1543 y ambos son importantes.

Chimalpain.—Mucho se habla de este cronista mexicano y como gran autoridad se le cita en las cosas antiguas. Beristain en su *Biblioteca Hispano-Americana septentrional*, habla de varias obras manuscritas de este autor, de quien dice que era indio mexicano descendiente de los antiguos caciques. Agrega que sus obras estuvieron en poder de don Carlos Sigüenza y Góngora, que las facilitó á Vetancourt; que á la muerte de Sigüenza pasaron los manuscritos á la Biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo de los jesuitas de México, y que él vió algunos cuadernos en la de San Gregorio. Boturini cita en el catálogo de su Museo, párrafo VIII, n.º 1: «Una *Historia Mexicana* escrita por los años 1626, supongo ser el Autor de ella Don Domingo de San Anton Muñon *Chimalpain*.» La obra de Gomara sobre la Conquista corría manuscrita por de Chimalpain; y tenemos la que sirvió á don Carlos Bustamante. En cuanto á la crónica que fué de Boturini, existe inédita con el siguiente título: «Historia ó Chronica Mexicana, y con su calendario de los meses que tenian en contar los años los Mexicanos en su infidelidad: en lo cual se contiene sus antigüedades, grandesas, y cosas memorables en ella acontecidas desde su fundacion, y los SS. que reinaron en México, hasta que los reyes de España comensaron á reinar en ella, hasta nuestros tiempos, con mas el discurso de su estado en este progreso de tiempo, asi en lo eclesiastico, como en lo secular.»

Tiene esta crónica todo el carácter de obra inmediata á la Conquista y continuada después: es un manuscrito importante; pero dudamos de que sea de Chimalpain, y casi dudamos también de la existencia de tal autor.

Muñoz Camargo.—Este cronista indio es el escritor original de las cosas del señorío de Tlaxcalla. Su obra, conocida con el nombre de *Pedazo de Historia*, está trunca en el principio; parece que le falta lo relativo á los tolteca, de cuya destrucción se ocupa en los primeros párrafos que existen. Aunque habla de los mexicanos y otras tribus y da sobre ellos buenas noticias, el objeto principal de su obra fué la *Historia de Tlaxcalla*. En esto es completa y preciosísima fuente; siendo también muy interesante, como era natural, en lo relativo á la Conquista por la parte activa que como aliados de Cortés tomaron los tlaxcalteca. La obra se escribió en un relato continuado sin división ninguna, lo que la hace difícil de aprovechar y de cansada lectura. La mal tradujo y publicó en francés Ternaux-Compans. Nosotros comenzamos su publicación en español. En Tlaxcalla se hizo pésima edición de ella. Se necesitaba, pues, darla á la estampa en orden propio y con las debidas aclaraciones. El señor don José Fernando Ramírez llevó á cabo el arreglo del manuscrito; pero desgraciadamente no se ha publicado su trabajo. Púsole por título *Historia de Tlaxcalla* y la dividió en dos libros: el primero abraza lo referente á la historia antigua y el segundo lo relativo á la Conquista. Dividió el primer libro en veinte capítulos y el segundo en diez y seis; á cada capítulo le puso un claro y extenso sumario é ilustró la obra con notas de gran mérito. La publicación en esta forma sería utilísima, pues repetimos que el trabajo de Muñoz Camargo es la fuente principal de la historia tlaxcalteca. Acaso no es imparcial cuando trata de los enemigos, especialmente de los mexicanos, y esto le hace modificar algunos sucesos históricos; pero es éste achaque muy común á todos los cronistas indígenas.

Ixtlilxóchitl.—Es el cronista original de los texcucanos y por eso lo ponemos en este lugar. Pocos de nuestros escritores gozarán de la fama y reputación que el historiador texcucano. Y sin embargo, sus numerosas obras son casi desconocidas. Ternaux-Compans publicó en francés su *Historia chichimeca* y la *Relación de las noticias de pobladores* que trata de la Conquista. Kingsborough las publicó todas; pero la dificultad de poseer su colección hace que se consideren casi como inéditas. Acaso ha contribuído mucho á la fama de Ixtlilxóchitl la circunstancia de haber sido descendiente de los reyes acolhua, trasnieto del último rey ó señor de Texcuco, y procedía del matrimonio de éste con doña Beatriz Papantzin, hija de Cuitlahuac, penúltimo emperador de México. Nació hacia 1568, fué alumno del colegio de Santa Cruz en Tlaltelolco, en sus últimos años intérprete del Juzgado de indios, y murió por el año de 1648 á los ochenta de edad. Por la clase de sus obras parece que comenzó á escribir por estudio siguiendo la interpretación de antiguas pinturas, y dió después forma más perfecta á sus escritos procurando la restitución de su pequeño señorío. Hay catálogos diferentes de las obras de Ixtlilxóchitl. Boturini, que dice que las copió de su letra, y en efecto, hemos tenido la copia de las Relaciones, da uno semejante casi en

todo á como aparecen en la publicación de Kingsborough. Beristain, que no conoció todas las obras, da otro diferente. Nos valdremos, para fijar el nuestro, de los estudios que hizo el señor Ramírez de los escritos del historiador texcucano, pues nos presta toda la confianza que inspiraban su gran instrucción y su reconocido criterio crítico.

Su primera obra, que parece escrita por los años de 1600, fué la titulada *Relaciones históricas de la nacion tulteca* ó *Sumaria Relacion de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España, y de muchas cosas que los tultecas alcanzaron.* La segunda fué la *Historia de los Señores Chichimecas,* á la cual hay que agrupar los opúsculos que á veces corren separados con los títulos de *Continuacion de la Historia de México* y *Pintura de México, Orden y ceremonias para hacer un Señor, La Venida de los Españoles, Entrada de los Españoles en Texcuco* y *Noticia de los Pobladores,* etc. Esta segunda obra, ó colección de obras, estaba escrita ya en 1608, según la fecha del testimonio de los censores.

Hacia la misma fecha estaban terminadas las *Ordenanzas del gran Netzahualcóyotl* y un opúsculo intitulado *Los Padrones y Tributos Reales,* etc., que se ha perdido. El opúsculo antes citado con el título de *La Venida de los Españoles,* es el único escrito de Ixtlilxóchitl publicado en México por don Carlos M. Bustamante, que le puso la siguiente portada de su invención: *Horribles crueldades de los conquistadores de México y de los indios que los auxiliaron para subyugarlo á la corona de Castilla* ó sea *Memoria escrita por don* Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Y no solamente varió Bustamante el título verdadero, sino que publicó el opúsculo sustituyéndolo al libro doce de la Historia de Sahagún. Estas cosas solamente á él se le podían ocurrir. A las anteriores obras debemos agregar la *Relacion sucinta* y la *Sumaria Relacion.*

Debemos antes de pasar adelante decir que Boturini habla de otra obra que llama *Fragmentos de cronologia mexicana,* obra que cita Gama; pero por las citas de éste, se viene en cuenta de que la tal obra no era de Ixtlilxóchitl, sino un fragmento de la de Sahagún. También se menciona una *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe*, que jamás ha existido.

La misma certificación de 1608, ya citada, habla de una Historia Larga. Debemos advertir que esta certificación la da el Cabildo de San Salvador Quatlacinco, y la legaliza *el escribano nombrado por el E. S. Virey.* En ella se dice que la dicha Historia no tiene ninguna falta ni defecto y es muy cierta y verdadera, porque así lo tenían de memoria heredada de sus padres y abuelos, y se halla pintado y escrito en antiguas historias y crónicas. Esta *Historia Larga* es la *Historia Chichimeca*, la obra más importante de nuestro autor. Está distribuída en noventa y cinco capítulos y puede dividirse en dos partes: la primera relativa á la historia antigua, que comprende setenta y seís capítulos y abraza el período comprendido desde los tolteca hasta la venida de los españoles, y la segunda en los diez y nueve capítulos restantes que tratan de la Conquista, hasta poco antes de la toma de México, pues parece que falta el capítulo final. A esta obra acompañan una dedicatoria y un prólogo que no le pertenecen y que parecen ser de la *Relación Sumaria.*

Tenemos finalmente otros dos opúsculos: *Cantares de Netzahualcóyotl* y *Fragmentos de la vida del mismo.* Tal es la obra de Ixtlilxóchitl: examinémosla, que nuestra opinión es tal vez muy diversa de las emitidas hasta hoy. No le negamos un gran mérito de laboriosidad; sin duda que nos conservó noticias de sumo interés; como historiador de los texcucanos es de notoria importancia; pero creemos exagerado el aplauso general que á sus escritos se tributa.

Ixtlilxóchitl, aun cuando se ocupa de los mexicanos y de otros pueblos, se dedica principalmente en sus diversas obras á la historia de los tolteca y de los texcucanos. Respecto de la primera se contradice con frecuencia en sus diversas Relaciones. Esto no sería censurable y podría explicarse por la diferente época de sus escritos: materia es ésta muy difícil y natural que el autor vaya corrigiendo sus errores según adelanta en conocimientos. Pero sí es verdad, que materia que está ya bien estudiada, como es la de los soles ó edades, se vuelve un caos en manos de Ixtlilxóchitl, aumentando la oscuridad por la confusión y errores de su cronología. Sin embargo, sus escritos son la base sobre que se ha seguido escribiendo desde su época la historia de los tolteca. Pero cuando vemos que la genealogía de sus reyes y los hechos que narra no corresponden á la situación social conocida de aquel pueblo, y que su relato no concuerda con el de los *Anales de Cuauhtitlán,* códice contemporáneo de la Conquista, explicación de un jeroglífico auténtico, y que nos muestra claramente el estado lógico y natural de los tolteca, debemos dar de mano las tradiciones de Ixtlilxóchitl en lo que se opongan á las del códice, pues sospechamos que confundió pinturas y mezcló tradiciones de diferentes pueblos. Dos historiadores, el abate Brasseur y el señor Orozco, quisieron combinar y adunar esos dos opuestos relatos; y sólo consiguieron aumentar el embrollo y la confusión. Podría hacer fuerza el argumento de que el Cabildo de Quatlacinco certifica que la historia es verdadera, conforme con las tradiciones y con las pinturas y escritos antiguos; pero no nos inspiran fe los individuos de aquel Cabildo, y sabemos que ya antes de 1608 andaban trastornadas las tradiciones, y los indios no sabían leer las antiguas pinturas. Necesitábamos tener éstas á la vista; y por las que conocemos con los nombres de Mapa Tlótzin y Mapa Quinátzin, que á Ixtlilxóchitl

sirvieron, vemos que pocos datos le pudieron suministrar.

Más importante es la parte relativa á la historia de Texcuco, como descendiente de los señores de aquel reino y conservador de sus tradiciones; y naturalmente su principal obra es la *Historia Chichimeca*. Pero por sus mismas circunstancias incurrió en exageraciones que adulteran los hechos históricos. Quiso pintar siempre vencedores á sus antepasados y trastornó la historia de México; pretendió presentárnoslos en tal grado de adelanto y civilización, que inventó una cultura imposible, atendida la época y el medio social en que vivía aquel pueblo. Hasta nos dió á conocer cantares de Netzahualcóyotl evidentemente falsos; y fué el primer calumniador de Zumárraga, hablándonos de montes imaginarios de jeroglíficos incendiados.

Y no obstante esto, mucha importancia tienen sus obras y mucho provecho puede de ellas sacarse; pero hay que escoger con cautela y no olvidar que lo dominó el amor de su raza y de sus antepasados.

Crónica de Michuacán.—Por lo que hace á la historia del importante pueblo tarasco, hay varias noticias esparcidas en los diversos cronistas, y se habían impreso tres crónicas, ya muy raras, de Basalenque, Puente y La Rea; pero el primero no se ocupa de la parte antigua, el segundo sólo habla someramente de la Conquista, y el último trae pocas noticias tomadas de los autores de segunda mano. Por fortuna hace pocos años se publicó en Madrid una crónica con el siguiente título: «Relacion de las ceremonias y ritos, poblacion y gobierno de los indios de la provincia de Mechuacan. Hecha al Ilmo. S. D. Antonio de Mendoza, Virey y Gobernador de Nueva España. Sacada del códice original C. IV.—5, existente en la Biblioteca del Escorial.» Aunque esta Relación no abraza toda la historia de los tarascos y no tiene la extensión que desearíamos, y aun creemos que está trunca en el original, tiene noticias interesantísimas, especialmente en lo relativo á ritos y leyendas de aquel pueblo, y no carecen de interés las referentes á su conquista. En la impresión tiene la crónica doscientas noventa y tres páginas. Há pocos años se imprimió en México la notable crónica de Michuacán, de Beaumont, en cuatro tomos en octavo.

Nueva Galicia.—Sobre la conquista de esta gran región escribió fray Antonio Tello una historia hacia los años de 1650. Un gran fragmento, desde el capítulo VIII hasta el XXXIX, se publicó en el segundo tomo de la *Colección de documentos* formada por el señor Icazbalceta. La falta de los primeros capítulos nos ha privado sin duda de las noticias del autor sobre los antiguos pobladores de aquellas regiones. Esto era de suponerse, porque en el principio de su *Historia de Nueva Galicia* las dió al siguiente siglo el Lic. Mota Padilla. Esta obra, interesante en extremo, y que en varios lugares nos da noticia de los pobladores de otras regiones, como Zacatecas, Durango, Nuevo Leon, etc., permaneció inédita muchos años, hasta que la publicamos en 1870, valiéndonos de los manuscritos del señor Icazbalceta y nuestros. Su portada dice: «Historia de la Conquista de la Provincia de la Nueva-Galicia, escrita por el Lic. D. Matías de la Mota Padilla en 1742.» Forma un volumen en 4.° mayor de cerca de quinientas cincuenta páginas á dos columnas. Existe otra obra sobre el mismo asunto, escrita ya en este siglo por el padre Frejes; y aunque tenemos que considerarla como de segunda mano, trae muy buenas é importantes noticias sobre los antiguos pueblos de aquellas regiones.

Yucatán.—Fray Diego de Landa.—Códice Pío Pérez.—En un volumen que en 1864 publicó en París el abate Brasseur, dió á luz un manuscrito intitulado: «Relacion de las cosas de Yucatan,» escrito por fray Diego de Landa en 1616. Es la crónica más auténtica que tenemos sobre tan importante región. Da razón minuciosa de sus tradiciones, historia, religión, ritos y costumbres; nos da cuenta de sus grandes ciudades y edificios, de sus trajes y fiestas, de su calendario y sus sacrificios. Llamó mucho la atención esta obra, especialmente por contener un abecedario maya y los signos gráficos de los días del año, de lo que en su oportunidad nos ocuparemos.

En el mismo tomo se publicó un códice que tradujo don Pío Pérez y que lleva por título: «Serie de las épocas de la historia maya.» Ya lo había dado á conocer Stephenson, y después lo ha reproducido Valentini. Son unos anales, sin duda interpretación de un antiguo jeroglífico, muy importantes, porque abrazan un largo período histórico, desde el siglo II de nuestra era, comprendiendo noticias muy interesantes que no podrían encontrarse en otra parte.

El abate Brasseur agregó á su publicación dos preciosos documentos: el uno se intitula: «Del principio y fundación destos cuyos omules deste sitio y pueblo de Itzmal sacada de la parte primera de la obra del Padre Lizana titulada Historia de Nuestra señora de Yzamal,» y el otro es: «La cronologia antigua de Yucatan,» de don Pío Pérez. Con la edición de este solo tomo prestó el abate un gran servicio á nuestra historia.

Molina.—Bien merecían un lugar aquí los respetables frailes que se dedicaron á construir las gramáticas y vocabularios de las lenguas indígenas, supuesto que el lenguaje es un gran elemento etnográfico; pero ese estudio nos distraería demasiado, y debemos limitarnos á citar los trabajos que en esta materia se hicieron en el siglo XVI. De los de Olmos y Sahagún ya hemos hablado. Ya el señor Zumárraga desde 1539 hacía imprimir en México una doctrina en mexicano. El padre Gante publicó también su doctrina mexicana, y las suyas fray Domingo y fray Juan de la Anuncia-

ción. De éste hay una extensa colección de sermones mexicanos. El padre Gama escribió sus *Coloquios de la paz y tranquilidad del Alma*, y fray Juan Bautista su *Camino del Cielo*, en que hay preciosos datos sobre el calendario nahoa y otras varias publicaciones mexicanas.

Del idioma otomí publicó fray Melchor de Vargas una doctrina en esa lengua, mexicano y castellano. El padre fray Maturino Gilberti escribió en tarasco una *Cartilla*, una *Gramática*, un *Vocabulario* doble, un extenso *Diálogo de Doctrina* y dos *Tesoros espirituales*. Fray Juan Bautista Lagunas publicó un *Arte* y un *Diccionario breve* de la lengua tarasca. Fray Juan de Medina escribió en el mismo idioma su *Doctrinalis Fedei*.

En mixteco tenemos dos *Doctrinas* en dos dialectos de fray Benito Fernández, la *Gramática* del padre Reyes y el *Vocabulario* de fray Francisco de Alvarado, y en el dialecto chuchón una *Doctrina* de fray Bartolomé Roldán. En zapoteco se dieron á luz la *Doctrina* del señor Feria, obispo de Oaxaca, y el *Arte* y *Vocabulario* del padre Córdoba. En huaxteco existen las *Doctrinas* de los padres Guevara y Cruz. En México se publicó la *Doctrina Utlateca* del señor Marroquín, obispo de Guatemala; las gramáticas de varias lenguas de aquella región, compiladas por fray Francisco Zepeda, y el *Arte* y *Vocabulario* mayas de fray Luis de Villalpando. «Así es que antes de terminar el siglo, dice el señor Icazbalceta, había ya impresos libros en ocho ó diez lenguas indígenas y corrían los cinco vocabularios de mexicano, tarasco, misteco, zapoteco y maya.» El mismo distinguido bibliógrafo agrega: «Y en los libros de que tratamos no siempre se reduce el fruto á los conocimientos lingüísticos; algunos ayudan aún de otra manera al estudio de la historia. Hallamos, por ejemplo, en el prólogo del *Arte Misteca* del padre Reyes varias noticias acerca de las antiguallas de aquella gente; en el *Arte Zapoteca* del padre Córdoba, lo único que sabemos del calendario de la nación, y en el *Sermonario Mexicano* de fray Juan Bautista (1606), curiosos datos para nuestra primitiva historia literaria.»

Pero para nosotros y para la utilidad de nuestros estudios, creemos que el autor más importante es fray Alonso de Molina, franciscano. Niño aun, vino á México y aquí recibió educación. Había aprendido el mexicano en el trato con los indios y se dedicó á perfeccionar con el estudio sus conocimientos. Fué el principal maestro é intérprete de los franciscanos, y en el informe de 1570, le citan éstos como una de las mejores lenguas de la provincia. El señor Zumárraga imprimió á su costa en 1546 una *Doctrina* de Molina. En 1555 se imprimió su primer *Vocabulario*, que es ya libro muy raro. Este vocabulario es solamente castellano-mexicano. Está publicado en la primera imprenta que hubo en México y en América á cargo de Juan Pablos; tiene doscientas cuarenta y nueve fojas, y en el colofón trae la noticia de que fué examinado por Sahagún. El segundo vocabulario es doble: español-mexicano y mexicano-español. Salió á luz en 1571 de las prensas de Antonio Espinosa. Tiene cerca de trescientas fojas en folio, y no puede menos de ser causa de admiración, sobre todo si se considera la época en que fué escrito. Se ha reimpreso en Leipzig en 1880. Escribió Molina también una gramática mexicana, que fué la primera que en México se publicó, en 1571, reimprimiéndose en 1576. No fué una sola la *Doctrina* que publicó, sino dos ó tres y dos *Confesonarios* reimpresos. En el manuscrito de los franciscanos de 1570, hay una doctrina en mexicano del padre Molina. Hay dudas de que se haya publicado: creemos que puede ser el original de la primera, pues en la impresa que conocemos se dice claramente que es una reimpresión.

Facsímile de la firma de Bernal Díaz del Castillo

Aquí nos encontramos por primera vez con los confesonarios: estos libros son utilísimos para conocer el verdadero carácter y las ideas é inclinaciones de los indios, y por consecuencia los hábitos y tendencias de los antiguos pueblos; porque en ellos se marcan los *pecados* ó vicios dominantes de la raza, y son, por lo mismo, elementos de precio para la historia.

Bernal Díaz del Castillo.—Este soldado historiador, compañero de Cortés y que asistió á la Conquista, es testigo presencial de los hechos que refiere: cuenta lo que por sus propios ojos vió ó lo que oyó de los mismos indios. Es además un narrador honrado y verídico; su ingenuidad se revela en todas sus páginas,

y su relato puede tomarse por la verdad misma. El manuscrito del valeroso soldado, que se gloriaba de haberse encontrado en ciento diez y nueve batallas y reencuentros de guerra, permaneció inédito hasta el año 1632 en que lo publicó el padre Remon; pero desgraciadamente parece que lo adulteró en algunos puntos. El original se conserva en el archivo del Ayuntamiento de Guatemala, y han sido inútiles los esfuerzos hechos para conseguir una copia y publicar pura la *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España.*

Oviedo.—La Academia de la Historia publicó en Madrid, en 1851, en cuatro gruesos volúmenes en folio y en lujosa edición, la *Historia general y natural de las Indias,* que escribió el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo. Tres circunstancias dan gran mérito á esa obra: el ser copiosa, el tratar de la historia natural y el que su autor residió muchos años en América, fué testigo presencial de la mayor parte de las cosas que refiere, y son conocidas su buena fe y veracidad. Dividió el cronista su Historia en cincuenta libros, de los que en 1535 publicó los diez y nueve primeros. Se reimprimieron en 1547 con la conquista del Perú, y se trasladaron á otros idiomas. Barcia los incluyó en el tomo segundo de los *Historiadores primitivos de Indias,* y con igual carácter se reprodujeron en la *Biblioteca de Autores Españoles.*

Sin duda que Oviedo es uno de los cronistas importantes, y que lo que no vió por sí mismo lo tomó de testigos presenciales y de fuentes verídicas; pero en lo que respecta á nuestra historia, viene á ser su relato en parte de segunda mano. En realidad lo importante para nosotros se comprende en los libros XXXIII y XXXIV, y éstos fueron escritos tomando por base y fundamento los relatos de Cano, uno de los maridos de la hija de Moteczuma, las relaciones del primer virey y del padre Loayza y algunas de las cartas de Cortés y otros documentos con ellas publicados. En esto se asemeja á Pedro Martyr, que en sus famosas décadas repite lo que Cortés había dicho en sus Relaciones.

El conquistador anónimo. —Ramusio hizo una colección con el título de *Navigationi et Viaggi,* cuyo tercer tomo está exclusivamente destinado á la América. Publicóse por Tomás de Junta, célebre impresor de Venecia, en el año de 1606. En este tomo se comprende la *Relacion de un gentiluomo de Cortés,* que es nuestro Conquistador anónimo. Haciendo la traducción castellana, la publicó el señor Icazbalceta en el primer tomo de su *Colección de Documentos.*

Grandes discusiones ha habido para aclarar quién era este gentilhombre de Cortés, autor de la obra en cuestión; y por lo que sobre el punto se ha escrito, nos persuadimos á creer que fué Francisco Terrazas, mayordomo de don Hernando y padre de nuestro poeta, de quien después hablaremos.

La obra, aunque corta, es importante; pues refiere como testigo presencial las costumbres de los mexicanos, sus ritos, habitaciones, templos, plazas y mercados, etc. La acompañan dos láminas, una del templo Mayor y otra de la ciudad: no deben ser del autor, pues de la primera podemos decir que la figura que atribuye al gran *teocalli* es enteramente falsa.

Tapia.—Escribió una Relación de la Conquista, que dió á luz el señor Icazbalceta en el tomo segundo de su *Colección de Documentos.* Por haber sido Andrés de Tapia uno de los capitanes más notables del ejército de Cortés, se encontró como testigo presencial en todas las guerras y expediciones, y por lo mismo su dicho debe tomarse mucho en cuenta. Parte su relato de la salida de Cortés del puerto de la Habana; pero desgraciadamente no pasa de la prisión de Narváez.

Suárez de Peralta.—Aquí tenemos otro autor en parte original y en parte de segunda mano. Su manuscrito, desconocido hasta há poco, fué encontrado por don Marcos Jiménez de la Espada en la Biblioteca provincial de Toledo. Tomólo por su cuenta don Justo Zaragoza y lo publicó en Madrid en lujosa edición el año de 1878, poniéndole por título: *Noticias históricas de la Nueva España.* Fué terminada esta obra en 1589; y respecto de su mérito, no haremos más que copiar las siguientes palabras del editor: «en la cita de nombres propios y de sucesos, ya históricos, ya de su tiempo, se ve cierta la afición á leer historias más que el estudio meditado de ellas y el trabajo de comprobación en las relativas á un mismo asunto producidas por distintos autores. Con todo, si en lo que refiere de oídas ó por haberlo leído falta con frecuencia á la exactitud, como por ejemplo al señalar el punto dónde murió Hernán Cortés, es de subidísimo precio cuando escribe acerca de lo ocurrido en aquellas partes á su vista, siendo tan verídico en tales casos que, aun en medio de su sobriedad y desaliñado estilo, aunque sin pretensiones, aventaja, rectificando, á otros reputados historiadores.»

Dorantes. —Entre los manuscritos de nuestra colección existe la importantísima obra de Dorantes de Carranza, hijo del Dorantes que acompañó en sus novelescas y desgraciadas expediciones á Alvar Núñez Cabeza de Baca, la cual lleva por título *Sumaria Relación de las cosas de Nueva España.* Esta relación, hasta ahora desconocida y que lleva el título de sumaria, tiene nada menos de seiscientas veintinueve fojas. En poco orden, debido tal vez á la encuadernación desarreglada del manuscrito, se ocupa de diversas materias de historia antigua y trae importantísimas noticias sobre la Conquista. Pero lo que hacía que con más empeño se buscase este manuscrito, era la noticia

de que en él debían encontrarse noticias de Francisco de Terrazas, hijo del conquistador del mismo nombre; y acaso algún fragmento de su poema, pues era sabido que cantó en octavas la conquista de México. Nuestras esperanzas han sido satisfechas, pues en el manuscrito de Dorantes se encuentran minuciosas noticias sobre nuestro poeta mexicano y su familia y buena parte de sus octavas. Bástenos para su elogio los siguientes versos del *Canto de Caliope* del inmortal Cervantes:

«De la region antártica podria
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cria,
Tambien entendimientos sobrehumanos:
Mostrarlo puedo en muchos este dia,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
»*Francisco* el uno *de Terrazas* tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al *patrio* venturoso nido:
La mesma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que este es Diego Martinez de Ribera.»

Baste esto para elogio del *poeta toscano, latino* y *castellano* y de su poema *Nuevo Mundo y Conquista*.

Saavedra Guzmán.—Criollo como Terrazas, dióse como él á la poesía á mediados del siglo XVI, y como él también emprendió cantar las glorias de la Conquista. Escribió, pues, un poema en octavas reales, con el título de *Peregrino Indiano*, y lo dividió en veinte cantos, que abrazan desde la salida de Cortés de Cuba hasta la toma de México. No pocas noticias muy importantes se encuentran en esta historia rimada. Publicóse en Madrid en 1599; pero de tal manera se agotó la obra, que no sabemos que exista más ejemplar que el nuestro. Por ser rarísima la obra y de un poeta mexicano que escribió poco después de la Conquista, se creyó oportuna su reimpresión; y al efecto facilitamos el ejemplar al señor Orozco, haciéndose aquélla al fin bajo la dirección del señor Hernández Dávalo.

Sabemos del autor que se llamaba don Antonio de Saavedra Guzmán, que era natural de México, hijo de uno de los primeros pobladores y biznieto del primer conde de Castelar, don Juan Arias de Saavedra. Casó con una nieta de Jorge de Alvarado, hermano del famoso Pedro de Alvarado. Poeta y retórico, supo á perfección el mexicano. Pasó por negocios particulares á España, y durante los setenta días de la navegación compuso su *Peregrino*, para lo que había gastado siete años en acopiar materiales. Tratan mal á nuestro poeta los que de él se han ocupado. Clavigero dice que su poema debe contarse entre las historias de México, porque no tiene de poesía más que el metro. Prescott le llama *poeta-cronista*, y agrega que era más cronista que poeta. Y el señor Icazbalceta dice que más le hubiera valido al autor escribir su obra en prosa. Dejemos que critiquen al poeta; pero en más de un punto importante el cronista nos ha sacado de apuros.

Aderezó su obra Saavedra Guzmán, como entonces era costumbre, con varios sonetos, entre ellos dos de Espinel y uno de Lope de Vega. Y aunque no sea sino por gratitud, ya que no al poeta al cronista, copiaremos el del Fénix de los ingenios, que dice así:

«De Lope De Vega Carpio, secretario del Marques de Sarria.

SONETO

Vn gran Cortes, y un grãde cortesano
Autores son desta famosa historia,
Si Cortes con la espada alcãça gloria,
Vos con la pluma, ingenio soberano.
Si el vence al Indio, deue a vuestra mano
Que no vença el oluido su memoria,
Y assi fue de los dos esta vitoria,
Que si es Cesar Cortes, vos soys Lucano.
Corteses soys los dos, que al Christianismo
Days vos su frente de laurel cercada,
Y el vuestra Musa Bellica Española:
Y aũ mas Cortes sois vos si hazeis lo mismo
Que Cortes, con el corte de la espada,
Siendolo tanto con la pluma sola »

Mendieta.—Si no es un autor primitivo, no debe confundirse con los de segunda mano, aunque él mismo cuenta que se valió de los escritos de Olmos y de Motolinía. Une en su obra la relación de las antiguas costumbres de los indios y la historia de la predicación de la fe. El libro segundo lo dedica á la parte antigua y tiene tanto más valor cuanto que en él solamente podemos encontrar las ideas de Olmos. Aunque menos original que Motolinía, es más extenso y tiene mejor orden y método más preciso. A cada paso descubre su carácter vehemente, que se manifiesta todavía más en su correspondencia.

Solamente dos de sus cartas se conocían: una que dirigió al general Gonzaga y publica Torquemada, y otra dirigida al padre comisario general fray Francisco de Bustamante, que el señor Icazbalceta dió á luz en el tomo segundo de su *Colección de Documentos*. Pero en el códice franciscano hemos encontrado otras ocho cartas: 1.ª, dirigida al rey don Felipe II en 20 de enero de 1560; 2.ª, 3.ª y 4.ª, dirigidas al licenciado don Juan de Ovando, visitador del Real Consejo de Indias, en 1570; 5.ª, dirigida al mismo, ya presidente del Consejo de Indias, fechada en 6 de marzo de 1571, en San Francisco de Vitoria, España; 6.ª y 7.ª, otras dos, una enviada con Cristóbal de Serón y otra con fray Diego Valadez, fechada en el mismo San Francisco de Vitoria á 25 de marzo de 1572, y 8.ª, dirigida á fray Francisco de Guzmán, recién nombrado Comisario general de todas las Indias, fechada en Castro de Urdiales á 26 de noviembre de 1572.

Fray Diego Durán.—Éste sí puede llamarse ya

escritor de segunda mano, pues siguió el manuscrito que hemos designado con el nombre de Códice Ramírez, ampliándolo con nuevas noticias. Sigue Durán dicho manuscrito al pié de la letra; pero amplifica la narración y la aumenta con numerosos detalles y otras muchas tradiciones que recogió también de los contemporáneos. De esta manera la acreció hasta formar un volumen cinco ó seis tantos mayor que el original. Pero no hay derecho, sin embargo, para tildarlo de plagiario: primero, porque á menudo se refiere á la historia de donde toma sus noticias, y segundo, porque las aumenta tanto, que no dudamos en decir que su *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra firme* es la mejor y más completa crónica que tenemos de la historia antigua de los mexicanos. Sabemos de Durán que nació en México pocos años después de la Conquista, que profesó en el convento de Santo Domingo de esta ciudad entre los años de 1578 y 1579, y que concluyó su Historia en 1581. Dividió su obra en tres Tratados, que abrazan desde la peregrinación de los aztecas hasta la Conquista, trayendo noticias muy importantes sobre ésta; y comprende además un relato extenso de los dioses, ritos, fiestas y costumbres de los mexicanos, con minuciosas y ordenadas noticias sobre su calendario y los meses de su año.

Lo más notable de esta historia es que nos presenta redivivo al pueblo mexicano: le vemos mover, le oimos discurrir, sentimos lo que siente, y nos parece que en medio de él nos encontramos. Cita y reproduce frecuentemente las arengas que se pronunciaban en las solemnidades y nos dice que son traducciones suyas de textos mexicanos. Los elementos extraños al códice Ramírez de que usó Durán, fueron también mexicanos, tomados de las antiguas pinturas históricas de los indios, de las relaciones que escribieron tan luego como supieron escribir, y de la tradición oral de personas, tanto mexicanos como españoles contemporáneos de la Conquista. Así es que la obra de Durán nos merece entera fe.

Publicóse al fin en México, después de haber permanecido el manuscrito en España inédito por tres siglos, en dos tomos, el primero en 1867 y el segundo en 1880. Las acompaña, como ya se ha dicho, un atlas de pinturas jeroglíficas.

Tezozomoc.—Escribió su *Crónica Mexicana* con los mismos materiales que Durán su historia. Era Tezozomoc hijo de Cuitlahuac, penúltimo emperador de los mexicanos. Tomó el nombre de don Hernando Alvarado Tezozomoctzín, acaso por haber intervenido en su bautizo los dos conquistadores Alvarado y Cortés. Escribió su *Crónica* á fines del siglo xvi, y sin duda en edad de más de ochenta años.

Esta obra, aunque semejante á la de Durán, no se confunde con ella; ambas se completan y son igualmente importantes. La *Crónica* debió constar de dos partes: la primera existe y es relativa á la historia antigua; la segunda, referente á la Conquista, ó no se escribió ó se ha perdido. Kingsborough publicó la obra de Tezozomoc en el tomo nono de su colección; Ternaux-Compans la dió á la estampa vertida al francés, y al fin correcta y cuidadosamente se imprimió en México el año de 1878.

Acosta.—La primera obra del jesuita Acosta, publicada en latín, tuvo el siguiente título: «De Natvra -Novi-Orbis-Libri duo,-et promulgatione-Evangelio, apud-Barbaros-sive-de procuranda-Indorum salute-Libri sex-Avtore Josepho Acosta-presbytero societatis-Jesv Salmantinæ: — Apud Gillelmum Foquel — mdlxxxix.»—La segunda parte: «De procvranda salvte -Indorum;» tiene portada propia con fecha de un año anterior, es decir, mdlxxxviii.

Tradujo el autor su obra al castellano, y agregándole otros cinco libros sobre la historia de las Indias, la publicó el año siguiente, intitulándola: «Historia Natural y Moral de las Indias, En que se tratan las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas y animales de ellas: y los ritos, y ceremonias, leyes, y gobierno y guerra de los Indios. Compuesta por el Padre Joseph de Acosta Religioso de la Compañía de Jesus. Dirigido á la Serenisima Infanta Doña Isabella Clara Eugenia de Austria. Con Privilegio. Imprenta en Sevilla en casa de Juan Leon. 1590.»

Brunnet cita seis ediciones de la obra de Acosta y cuatro traducción al francés: además dice, que el texto latino, sin nombre de autor, se insertó en 1602 en la parte novena de la colección de Grandes Viajes publicada por De Bry, con láminas que no están en las ediciones originales. Se conoce también una traducción al alemán, de 1598, acompañada de veinte cartas grabadas. La última edición española es la más popular y conocida: conserva el mismo título de la primera, y fué sacada á luz en dos tomos en cuarto menor, en Madrid, por Pantaleón Aznar, en el año de 1792.

Si se compara el texto de Acosta con el del códice Ramírez, se observa desde luego que lo ha copiado al pié de la letra, con muy ligeras variantes. Solamente por no haber conocido el anónimo manuscrito, pudo el maestro Feyjóo hacer un elogio tan exagerado de Acosta. En vano, apoyándose en opinión tan respetable, trató el editor de 1794 de defender á Acosta de la nota de plagiario que ya le había imputado Antonio de Leon en el apéndice de la Biblioteca Indiana; hoy ya no es posible tal defensa. La obra que gozó fama universal, no tiene más que fama prestada; y el autor, que era incluído por Feyjóo entre las glorias nacionales de España, no es más que un plagiario de un escritor indio. Basta para acabar con el renombre de tres siglos, un polvoso manuscrito que yacía perdido en el mar de

telarañas de la biblioteca, casi nunca abierta, de los franciscanos de México. Decididamente el cielo cuida también de las letras.

Escritores de segunda mano.—Todavía podríamos citar escritos, documentos y crónicas de suma valía. Enrico Martínez nos da noticias importantes en su *Repertorio de los tiempos,* aun cuando se debe corregir su cronología en diez años. El padre Valadez en su *Doctrina,* se ocupa del calendario. Innumerables informes, de los que algunos se han publicado, suministran datos preciosísimos, sobresaliendo entre ellos el del texcucano Pomar. Hay colecciones de documentos de sumo interés. Muy conocidas son las que corren impresas, desde las más antiguas hasta la de *Documentos Inéditos del Archivo de Indias,* de don Luis Torres de Mendoza. Pero la de más fama, es la manuscrita mandada formar para el historiógrafo don Juan Bautista Muñoz. Dispuso su formación el virey Revillagigedo; y fray Francisco García Figueroa, franciscano, coligió los manuscritos más notables que en aquella sazón existían en esta ciudad de México. Hiciéronse dos copias; una quedó en la Secretaría del Vireinato, y hoy existe en el Archivo general, la otra se envió á España, y ahora está en la Biblioteca de la Academia de la Historia, según nuestras noticias. Formóse la colección en el año de 1792 en el convento de San Francisco, y se compuso de treinta y dos volúmenes en folio. Por equivocación se mandaron á España los dos ejemplares del primer tomo, y éste falta en México.

Tampoco entraremos en pormenores de las crónicas de conventos, en las cuales se hallan buenas noticias históricas: basta citar la ya muy rara de Remesal, los *Triunfos de la Fe,* del padre Ribas, y la obra de Burgoa, principal fuente histórica para la región de los antiguos zapotecas.

Refiriéndonos, pues, á los historiadores que comienzan con el siglo XVII, diremos que tienen ya más método que los primeros escritores; pero solamente en lo que en éstos se apoyan tiene fe su dicho. Verdad es que alimentaron sus obras con copias de viejos manuscritos. Tal pasó con Gomara en su *Conquista,* con Herrera en su *Historia de las Indias Occidentales,* y con Torquemada en su *Monarquía Indiana.* Éste principalmente tomó á manos llenas cuanto encontraba: Motolinía, Olmos, Sahagún, Mendieta, todo lo copiaba á la letra, sin cuidarse de la contradicción que nacía de opiniones diferentes, ni de las referencias contenidas en esos escritos ajenos. Y sin embargo, su obra es importantísima, porque en ella acaparó cuanto se había dicho antes. Falta todavía la crítica, pero ya existen en ella los materiales.

Vetancourt.—Aun cuando tomando siempre del cercado ajeno, el primero que da forma de historia á sus escritos, y procura abrazar con cierto orden el período de nuestras antigüedades, es fray Agustín de Vetancourt, de la Orden de San Francisco. Nació en la ciudad de México por el año de 1620; vistió el hábito franciscano en el convento de Puebla el 25 de febrero de 1641. Enseñó en su convento filosofía y teología, y fué maestro público de lengua mexicana. Pasó á ser cura de San José, cuyo puesto desempeñó más de cuarenta años, muriendo en él el año de 1708. Fué además cronista de su provincia.

Ha habido una gran disputa bibliográfica sobre el mérito de Vetancourt. Él había tachado de plagiario á Torquemada: los defensores de éste lo han tratado á él mal á su vez. Clavigero lo ataca, Beristain lo defiende. Vetancourt tomó las noticias que encontró en Torquemada, lo que no oculta, pues lo cita en el catálogo de libros impresos de que compuso su historia, y cita otras muchas obras dadas á la prensa ó manuscritas que también le sirvieron. La obra de Vetancourt no será de gran mérito; pero no puede llamarse plagiario al autor del *Teatro Mexicano.*

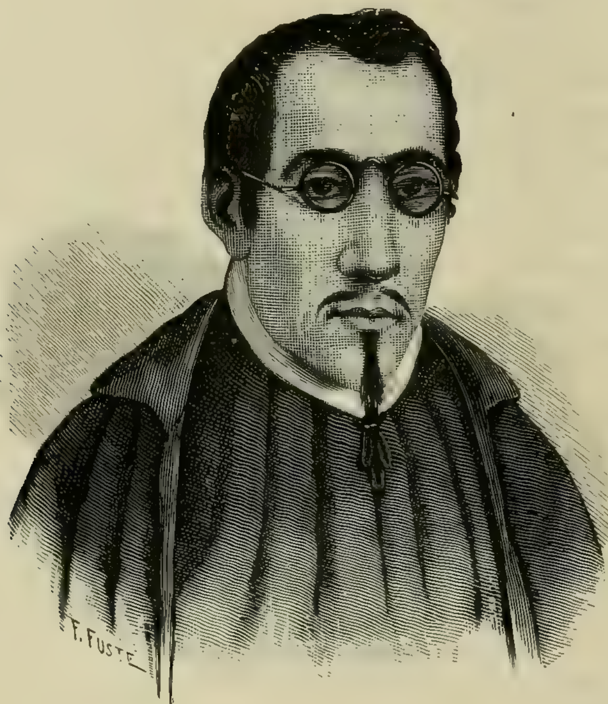
Publicóse el *Teatro Mexicano* en México, el año de 1698. Un año antes se había publicado la cuarta parte de la obra, con el título de *Chronica de la Provincia del Santo Evangelio.* Generalmente acompañan á esta obra dos opúsculos: 1.° Tratado de la ciudad de México, y las grandezas que la ilustran después que la fundaron Españoles. 2.° Tratado de la ciudad de la Puebla de los Angeles, y grandezas que la ilustran. Corre también con la obra otro importante escrito de Vetancourt, intitulado *Menologio Franciscano,* que abraza las vidas de los franciscanos notables de México; escrito muy curioso é importante, á pesar de que el padre Rosa Figueroa se queja de los repetidos yerros que hay en él.

Escribió además Vetancourt varias obras, de las que unas corren impresas y otras se extraviaron: entre las primeras hay un *Arte de Lengua Mexicana,* bastante notable, que se publicó en México el año 1673.

Sigüenza.—No vamos á hablar de la importantísima vida literaria de Sigüenza: ya lo hemos hecho extensamente en otra parte, haciendo conocer sus verdaderas biografía y bibliografía. Basta para nuestro intento citar de sus obras el *Teatro de Virtudes Políticas,* que tiene noticias de los antiguos reyes de México, el *Mercurio Volante,* que trata de la recuperación del Nuevo México, la *Ciclografía Mexicana,* que se ha perdido, la *Historia del Imperio de los Chichimecas,* que corrió igual suerte, y el famoso *Fénix de Occidente,* al fin encontrado y en nuestro poder, pero que no es obra suya, sino más bien colección de materiales que reunió el padre Duarte para probar que santo Tomás había predicado el evangelio en México.

Sigüenza no fué historiador; fué un erudito y gran conocedor de nuestra historia antigua. En él se acentuó el empeño de los viejos cronistas, de encontrar entre los

mexicanos las tradiciones bíblicas y conocimientos del cristianismo. Lo que sabía, lo comunicó á Gemelli Carreri, y éste lo publicó en su *Giro dil Mondo.* Ahí están las ideas de Sigüenza, que pretende encontrar en el jeroglífico de la peregrinación azteca el diluvio de Noé, la confusión de las lenguas en la torre de Babel y la dispersión en la llanura de Seenar. Desde ese momento la historia estaba adulterada; por decirlo así, se *desnacionalizaba.* Es verdad que ya había desde el siglo anterior referencias bíblicas, no faltando el pecado original ni el paraíso. Hubo obras escritas expresamente con ese objeto, como el *Origen de los Indios* de García. Pero desde Sigüenza esa tendencia es más pronunciada. Fábrega ve en las pinturas indias referencias á la caída de Adán y Eva; y Boturini, Veytia y el mismo Gama hablaban de los conocimientos que los nahoas habían tenido de la detención del sol por Josué, y del eclipse acaecido en la muerte de Jesús; sin preocuparse de que cuando era de día en el hemisferio en que se suponían pasados esos hechos, era de noche en éste, y no podía saberse lo que al sol le estaba pasando. Sin duda que, bajo este aspecto,



Don Carlos de Sigüenza y Góngora

fué perjudicial la influencia del sabio jesuita; pero produjo en cambio un gran bien, pues introdujo la crítica de la historia, apoyada en documentos auténticos.

Creyóse en un tiempo haber dado con una obra histórica de Sigüenza, intitulada *Cronología de los reyes mexicanos;* pero en esto hubo un error. En el tomo tercero de los manuscritos del Archivo General, intitulado: *Varias piezas de órden de Su Magestad,* existe el *Cómputo Cronológico de los indios Mexicanos, Por D. Manuel de los Santos y Salazar,* al cual están agregadas unas tablas, que comienzan el año 1186, y en ellas, marcadas por Sigüenza, las épocas históricas. Como éstas se refieren principalmente á los reyes mexicanos, son sin duda la pretendida Genealogía.

El sapientísimo don Carlos de Sigüenza y Góngora nació en México en 1645, fué jesuita, y murió en 1700. No murió jesuita, pero murió sabio.

Cogolludo. — Fraile descalzo del convento de San Diego en Alcalá de Henares, de donde era nativo, pasó á Yucatán, en donde fué muchos años lector de teología, guardián y después provincial. Usando de cuantos documentos pudo haber á las manos, y recogiendo viejas tradiciones, compuso su *Historia de Yucatán,* que se imprimió en Madrid en 1688. Como hay tan poco sobre la civilización maya, esta obra, en sí muy importante, aumenta de valor.

Acerca de la misma región existen otras dos antiguas: el *Popol-Vuh*, relato histórico quiché, y la conquista del Peten de Villa Gutierre. Rica en monumentos esa zona, ha merecido que sus ruinas se reproduzcan varias veces, acompañadas de descripciones de viajeros, desde los estudios de Del Río hasta los viajes de Stephens. El fotógrafo M. Charnay las ha publicado de manera perfecta. Pero estos trabajos solamente pueden considerarse como auxiliares de la historia. Estudios históricos serios é importantes, han publicado en estos tiempos el señor Carrillo, y el señor Ancona, autor de una historia de Yucatán.

Boturini. — Gran colector de jeroglíficos y manuscritos, al grado de haber formado el archivo más

importante que ha existido sobre nuestras antigüedades, no puede llamársele propiamente historiador. No narraremos aquí sus afanes para formar su valioso Museo, ni las injustas persecuciones que sufrió, ni la infamia conque se le desposeyó de sus tesoros; pues largamente lo hemos hecho en otra ocasión más oportuna. Nos limitaremos á hablar de su única obra, que tituló: *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional*, y que después de sus desgracias publicó en Madrid el año de 1746. Es, como lo muestra su título, el proyecto, la indicación de cómo en su concepto debía escribirse nuestra historia, apoyándola en los jeroglíficos de los indios y en las verdaderas tradiciones conservadas en los antiguos manuscritos. La obra revela grandes conocimientos en el autor: en su división se percibe ya un buen sentido crítico, si bien le quiere



Don Lorenzo Boturini

sujetar á las ideas mitológicas é históricas del Viejo Mundo. Pequeño es el tratado, y con serlo, hay en él muchas noticias que aprovechar. Acompáñalo el catálogo de su Museo; y allí sorprende el ver cuántas riquezas históricas logró reunir Boturini, y cuán culpables fueron los que lo desposeyeron y no supieron conservarlas. Nosotros consideramos siempre como un benemérito de nuestra historia, al caballero Lorenzo Boturini Benaduci, señor de la Torre y de Hono.

Clavigero.—Jesuita de los expulsos bajo el reinado de Carlos III, pasó á Italia, y teniendo grandes conocimientos de nuestras antigüedades, se dedicó á escribir su historia, como Cavo lo hacía con la época colonial. Publicó, en efecto, en 1780, en Cesena, en cuatro tomos en 4.°, su *Storia Antica del Messico.*

Clavigero es el único de nuestros antiguos historiadores que haya emprendido un verdadero estudio para fijar la cronología de los principales sucesos. Dos trabajos de esta clase se encuentran en su historia: el uno casi al fin del tomo primero, con el título de *Años Mexicanos desde la fundación hasta la conquista de México, con la correspondencia de los de nuestro calendario;* el otro se encuentra en las *Disertaciones* que acompañan á la obra, y se intitula *Principales épocas de la Historia de México.*

Así es que la obra de Clavigero es ya un trabajo crítico importante; pero hay que confesar, que ni es completa, ni se libró de los errores comunes á los

historiadores que lo habían precedido. Su Historia, sin embargo, encierra tanto mérito, que ha bastado para darle lugar muy principal entre nuestros historiadores.



Don Francisco Javier Clavigero

Después de su muerte se publicó en Venecia, en 1789, su *Storia della California*.

Fray Juan Agustín Morfi.—Dice Beristain de él, que era natural del reino de Galicia, del Orden de San Francisco en la provincia del Santo Evangelio y lector jubilado después de haber enseñado teología en el convento de Tlaltelolco; y que fué no sólo orador insigne, sino insigne maestro de oratoria.

Beristain nos da razón de las siguientes obras de Morfi: *Tractatus de Fide, Spe et Charitate*, inédito; *Noticias históricas de Nuevo México*, manuscrito en folio, inédito; *Diario del viaje á la Provincia de Tejas*, impreso posteriormente; *La seguridad del Patrocinio de María Santísima de Guadalupe*, impresa en México en 1772; *La nobleza y piedad de los Montañeses*, etc., impresa en México en 1776; y *Diálogo sobre la elocuencia*, impreso en Madrid en 1795.

Otras obras escribió Morfi, aunque no conocidas de los bibliógrafos. La más importante, sin duda, de todas las que salieron de su bien cortada pluma, se intitula: *Memorias para la Historia de la Provincia de Texas*, manuscrito en folio, original de letra del autor, con cuatrocientas veintiocho fojas. Al fin tiene la siguiente noticia: «Hasta aquí el R. P. Morfi, quien antes de concluir esta obra murió de una maligna fiebre, siendo Guardian de este Convento grande de México, á 20 de Octubre de 1783.» Esta noticia nos da la fecha de la muerte del autor, ignorada por Beristain. Escribió también unas *Noticias sobre el Parral*, y un *Informe sobre el viaje de los Padres Domínguez y Escalante hacia Monterey y California*.

Si como uno de nuestros historiadores ocupa Morfi un lugar distinguido, notable fué también como colector. Formó varios volúmenes manuscritos, en los que entre otras obras estaban las Relaciones de Ixtlilxóchitl y la *Historia política de Nueva España* por el oidor Zurita; siendo esta última un informe muy importante para nuestra historia, del cual tenemos el original, que puede ser de gran utilidad por haberse publicado con errores el trabajo del oidor. De varios documentos importantes que reunió Morfi, formamos tres gruesos volúmenes en folio, que intitulamos *Misiones y Viajes*.

Veytia.—Se publicó su *Historia Antigua de México* en 1836, en tres volúmenes en 4.° menor; pero como el autor no dejó concluída su obra, se agregó al fin del tomo tercero un apéndice del señor don F. Ortega, que la termina hasta la toma de México

por Cortés. En el mismo tomo se publicaron unos fragmentos sueltos del autor. En la famosa Colección de Kingsborough, tomo octavo, se publicaron en el año de 1848, los veintitres primeros capítulos de la obra, y además un *Discurso preliminar* que falta en la edición mexicana.

La *Historia* de Veytia es una de las que han alcanzado más elogios de propios y extraños. En ella debemos distinguir tres partes diferentes: la histórica, el calendario y su estudio sobre la venida de santo Tomás.

Comenzando por ésta, diremos que iniciada la idea por Sigüenza, había encontrado desde luego apoyo en la corriente religiosa de su tiempo. Vetancourt aceptó el viaje del apóstol; Boturini buscaba con ansiedad el manuscrito del Fénix de Occidente, y Veytia tampoco pudo encontrarlo. Pero Boturini tenía en su Museo un fragmento del manuscrito de Duarte; Veytia lo copió; y en esta parte de su historia, capítulo XV á XX del libro primero, no hizo más que reproducir lo que en el manuscrito había encontrado.

Respecto á la parte del Calendario, como se ha aceptado el sistema de Gama, el de Veytia, que de él difiere, ha sido generalmente condenado. Además de este estudio, que forma parte de la obra impresa, escribió Veytia un tratado especial que contiene variantes de importancia y otro método de redacción, el cual conservamos original. En esta parte creemos de gran interés los trabajos de Veytia.

En cuanto á la parte histórica hay que decir la verdad. Escrita en claro y elegante estilo no es más que el trasunto de los manuscritos de Ixtlilxóchitl, sin que el autor haya puesto de su parte otra cosa que la corrección, no siempre oportuna, de los nombres mexicanos y la rectificación de la cronología; pues como don Fernando Alva no hizo tablas incurrió en muchos errores, que pudo enmendar en algo Veytia siguiendo las que hizo y acompañan á la edición impresa. La obra no se concluyó por la muerte de su autor, y llega solamente hasta el advenimiento de Netzahualcóyotl. Para que escribiese su obra, se mandó entregar á Veytia el riquísimo Museo de Boturini; pero no supo sacar partido de los grandes tesoros históricos que encerraba.

Escribió otras obras Veytia, sin importancia para la historia, con excepción de la de Puebla, que manuscrita en dos volúmenes existe en el Museo.

Es preciso decirlo para concluir: ninguno de nuestros historiadores tuvo á su disposición mayor copia de preciosos monumentos de nuestra historia que Veytia; perdió el tiempo en escritos sin importancia y desperdició las riquezas históricas que le vinieron á las manos. Su obra, sin carecer de interés, es inferior, no sólo á las crónicas antiguas, sino también á la Historia de Clavigero.

Veytia nació en la ciudad de Puebla el año de 1718 y murió en el de 1779.

Gama.—Publicó la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que, con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790.* México, 1792, en cuarto menor; reimpresa con una parte segunda en 1832.

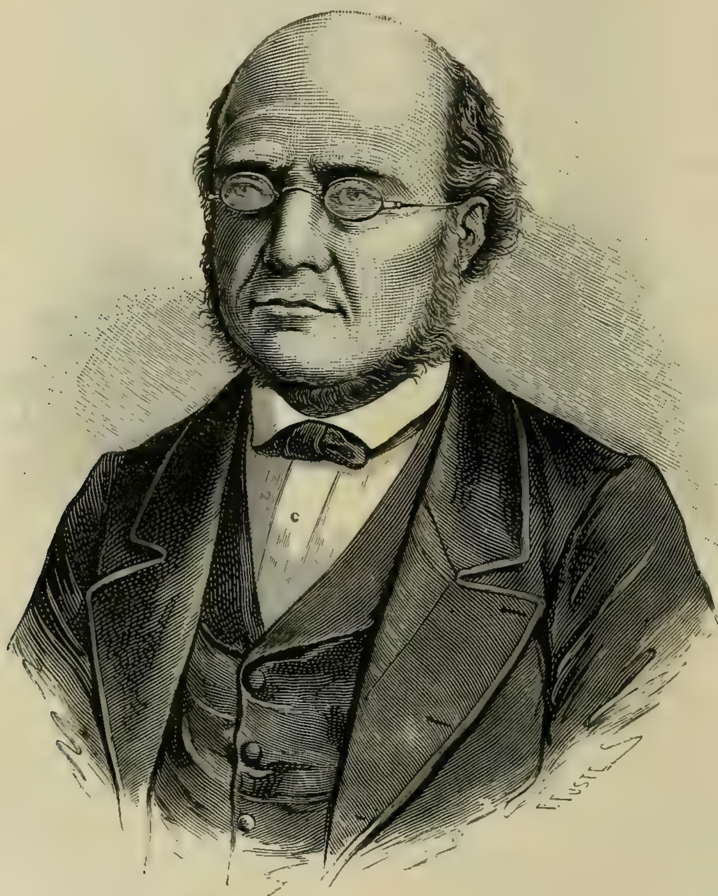
Obra de profunda y extraordinaria instrucción, sobre todo en la parte cronológica, de que hizo Gama un estudio especial, abrió un campo enteramente nuevo á las investigaciones arqueológicas. Poseedor además de gran parte de los ricos tesoros históricos de Ixtlilxóchitl, Sigüenza, Boturini y de otros más que él reunió, es su obra un depósito de tradiciones que sólo allí se encuentran. Sin embargo, como Gama no estudió algunos de los monumentos históricos y arqueológicos que en los últimos tiempos se han conocido, la parte propiamente científica y la más preciosa de su obra, la formación del Calendario mexicano y su concordancia con el europeo, aun requiere una escrupulosa revisión.

Humboldt.—Entramos en el siglo xix en el cual ha venido á desarrollarse de manera poderosa el espíritu de crítica. En los cronistas del siglo xvi hemos visto hombres sencillos y verídicos que reproducían fielmente lo que de boca de los mismos indios supieron ó lo que en sus jeroglíficos constaba: sus dichos son por lo mismo preciosos; pero esos escritores carecieron de crítica, y en ellos empezó á apuntar la tendencia á relacionar nuestras antigüedades con las tradiciones bíblicas. Sus obras, sin embargo, son el relato nacional, digámoslo así, y verdaderamente característico de los antiguos pueblos. En el siglo xvii el espíritu crítico se despierta; pero siguiendo las ideas religiosas y exageradas de la época, extravía nuestra historia y principia á quitarle su carácter propio y nacional. En el siglo xviii, si bien siguen las mismas tendencias porque continúa la misma época social, sienten ya los escritores la necesidad de ordenar nuestra historia y darle forma; y aunque todavía se reducen á copiar lo que otros habían escrito antes, ya aparece la crítica, siquiera sea buscando el arreglo de la cronología y la sucesión lógica de los hechos. Pero como si fuera providencial, al terminar ese siglo y casi en vísperas de terminar también la época colonial, se descubren frente al palacio de los vireyes varias de las notables antigüedades del gran *Teocalli*, y entre ellas la admirable piedra del Sol, como si fuera augurio de la próxima independencia y aviso á los historiadores de que solamente en el estudio de los antiguos monumentos habían de encontrar la verdad. Estudiando los entonces descubiertos, inauguró don Antonio de León y Gama una nueva era para nuestra historia.

Nadie más á propósito que Humboldt para trazar con mano firme la nueva vía: estudía los jeroglíficos que

encuentra en los museos de Europa, viene y examina nuestros monumentos, y su poderoso genio abarca, ya no los relatos de los cronistas, sino la comparación y la historia de las civilizaciones, enseñándonos que nuestras antigüedades deben escribirse con nuestras fuentes primitivas. Fué desgracia que estuviese poco tiempo entre nosotros y que no pudiera dedicarse á nuestra historia. Esto hizo que admitiese algunas ideas vulgares y que no profundizase el verdadero espíritu de los antiguos mexicanos. Pero con esa intuición que sólo poseen los inmensos talentos, nos dió grandes enseñanzas y abrió nuevos caminos á nuestros estudios. Los que él hizo, se contienen en la obra que publicó en París, en 1813, con el título de *Vues des Cordillères et Monuments des peuples indigènes de l'Amérique.*

En esta obra inició con prudencia buscar la relación de nuestras antiguas civilizaciones con las de los pueblos asiáticos. Esto podía dar origen á exageraciones y á quitar, en sentido distinto de los cronistas anteriores, la nacionalidad de nuestra historia. Y esto ha sucedido desgraciadamente. Notables escritores, verdaderos sabios de otros países, sin estudiar á fondo nuestras cosas, han



Don José Fernando Ramírez

extraviado nuestras tradiciones históricas; otros, llevados del prurito de ser originales, como el abate Brasseur de Bourbourg, han inventado una historia suya propia; Prescott, después de mucho estudiar y de escribir tan admirablemente como Solís, comete notables errores respecto de la Conquista y no comprende el carácter de las épocas anteriores; y no faltan otros escritores que se reducen á seguir copiando lo que habían dicho ya las obras de segunda mano.

Verdad es que distinguidas asociaciones, como la Sociedad de Geografía en México, el Instituto Smithsoniano en Washington y otras, han reunido documentos y publicado estudios interesantísimos, y sabios escritores han tratado magistralmente algunos puntos de nuestra historia; pero se necesitaba hacer una verdadera reforma en nuestra manera de historiar, desechando todo elemento expúreo y acudiendo á las verdaderas fuentes; y la gloria de iniciarlo y conseguirlo tocó á los señores don José Fernando Ramírez y don Manuel Orozco y Berra.

Ramírez.—Parecía natural que descubierta la senda se siguiera sin vacilación: dejar las hojas de papel sujetas á la mentira y á las preocupaciones de un escritor sin importancia y leer el libro de la antigüedad en las páginas imperecederas del granito de los monumentos. Nuevos descubrimientos, expediciones á las ruinas de Yucatán, Palenque y Mitla, la publicación de la obra de lord Kingsborough, la impresión de importantísimos manuscritos de los primeros cronistas, todo impulsaba á la formación de un nuevo sistema de historiar.

Dedicóse desde luego el señor Ramírez á acopiar

cuanto libro se refiriese á nuestra historia, á juntar cuanto manuscrito importante hubiese sobre ella y á estudiarlos todos; al grado que, á pesar de las graves ocupaciones que lo agobiaban en los altos puestos que constantemente desempeñó, en su biblioteca, que después fué nuestra, no encontramos un libro interesante que no estuviese anotado de su mano, y muchos manuscritos estaban copiados de su puño y letra. Comprendiendo la importancia de los monumentos, nos dió la explicación de algunos de los que existen en el Museo, al fin de la edición de la *Conquista de México*, por Prescott, que dió á luz el señor Cumplido. Rectificó en luminosas disquisiciones, que se publicaron en el *Diccionario de Geografía é Historia*, varios hechos importantes, rompiendo con las tradiciones absurdas y con las preocupaciones de raza y de religión. Y no solamente nos mostró de esta manera el verdadero camino para escribir la historia, sino que, siendo su mejor fuente los jeroglíficos, se dedicó con empeño á encontrar las reglas para leerlos. El señor Ramírez hizo copiar en tarjetas más de dos mil figuras con su significado, y de su comparación encontró el modo de leerlas, habiendo conseguido así fijar las primeras reglas de la lectura jeroglífica.

No tuvo tiempo el señor Ramírez para escribir lo



Don Manuel Orozco y Berra

mucho que sabía: sin duda que preparaba estudios importantes, como se ve por los apuntes que dejó, aunque muchos de ellos no pueden entenderse. Creemos que disponía una nueva publicación de la *Historia* de Sahagún y una impresión de la *Crónica de Tlaxcalla* de Muñoz Camargo; pues en el ejemplar de la primera había hecho muchas correcciones como si lo destinara á la prensa, y el manuscrito de la segunda lo había arreglado por capítulos ilustrándolo con notas de suma importancia.

Pero no se contentó el señor Ramírez con acaparar todo lo que sobre nuestra historia podia encontrarse en México; no le bastaba haber publicado en el Atlas del señor García Cubas los dos jeroglíficos de la peregrinación de los aztecas con su interpretación, sino que, en los diversos viajes que hizo á Europa, registró bibliotecas públicas y privadas en que hay jeroglíficos y manuscritos muy importantes, aumentando así el caudal de sus conocimientos.

Habiendo sabido la existencia del manuscrito del padre Durán, el señor Ramírez solicitó su copia desde mucho antes que se imprimiese y dirigió la impresión del primer tomo en México y de las láminas en París. No pudo hacer más, como dice en la introducción, pues

tuvo que marchar al extranjero, aunque siempre con la esperanza de concluir el trabajo comenzado. Desgraciadamente la muerte lo arrebató á las letras mexicanas, dejando un vacío entre nuestros historiadores que nadie podrá llenar.

El señor Ramírez quiso utilizar todos los tesoros relativos á nuestra historia que pudo encontrar en el extranjero. Él, que nos había dado á conocer sus grandes estudios bibliográficos en su *Vida de Motolinia* y en su trabajo sobre Ixtlilxóchitl, su oportunidad para interpretar jeroglíficos en su Apéndice al proceso de Alvarado, y su ciencia de nuestros monumentos en su explicación de las antigüedades del Museo, era el más á propósiso para utilizar tesoros estériles en otras manos. Así consiguió que se publicaran los notables documentos de Mr. Aubin, de que ya hemos hablado.

El señor Ramírez no escribió una historia de México, y sin embargo es el primero de nuestros historiadores.

Orozco y Berra.—Amigo, discípulo podemos decir del señor Ramírez, se inspiró en sus ideas y en sus enseñanzas, y aprovechando la rica biblioteca de aquél cuando pasó á nuestra propiedad, realizó al fin el deseado proyecto de escribir la verdadera historia antigua de México. Fruto de estudios de toda la vida y de más de quince años de incesantes trabajos, su obra es un verdadero monumento. No hubo crónica que no estudiase el señor Orozco, ni manuscrito que no conociese, ni jeroglífico ni monumento que no interpretase. Escritor de conciencia ante todo, tenía temor á las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el monumento, pintura ó escritor citados. Así su obra vino á ser, como ha dicho el señor Icazbalceta, la crónica de las crónicas. Nada se sabe que en ella no exista, y todo tiene ahí su verdadero carácter nacional, despojado de preocupaciones y de prevenciones de sistema.

Ante obra tan magna no podía quedar indiferente la República, y el Congreso, por proposición que tuvimos la honra de hacer, decretó que se imprimiese por cuenta de la nación. Tuvo el señor Orozco el placer de mirar comenzada la publicación de su Historia; pero antes de que se concluyese murió muy pobre de fortuna, pero muy rico de gloria.

Tiene la Historia cuatro tomos de más de quinientas páginas cada uno y un atlas, y abraza desde los tiempos primitivos hasta la reedificación de México por Cortés.

Tales son las fuentes de nuestra historia; éstos los elementos conque contamos para emprender nuestro trabajo: de todos ellos tomamos lo que escribimos, y si algún mérito hubiera por ocasión en lo nuestro, á ellos les pertenece. Si hemos omitido citar á otros escritores es porque no todos pueden caber en una ligera reseña. Emprendemos, pues, la labor, sin duda con más audacia que propio valer; pero siempre inspirados por el amor á la verdad y por el culto á la patria.

Alfredo Chavero.

MÉXICO

Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

LIBRO PRIMERO

TIEMPOS PREHISTÓRICOS

CAPÍTULO PRIMERO

Las primeras razas — Su antigüedad. — Unión de los continentes. — La raza autóctona — Raza negra. — Sus huellas. — Otomíes. — Maya-quichés.— Relaciones con otras tribus del continente. — Las lenguas.— Costumbres. — Habitaciones. — Caza. — Ídolos de animales — Inscripciones en rocas — Pipas — Tipos. — Relaciones con los chinos. — Inscripciones monosilábicas — La Atlántida. — La raza nahoa — Colocación geográfica primera de las tres grande razas. — Época de la piedra sin pulir, de la piedra pulida y edad del cobre. — Establecimiento de las tres civilizaciones.

Acusan los cálculos astronómicos, que los mismos jeroglíficos nos suministran, una antigüedad, para la raza nahoa, de más de tres mil años antes de la era vulgar: es decir, una antigüedad semejante á la de los pueblos de la India, de China y del Egipto. Y sin embargo, los nahoas no fueron el pueblo autóctono, aun cuando su civilización sí fué autóctona, pues á su llegada existían ya en nuestro territorio pueblos antiquísimos, tan antiguos que ellos mismos ignoraban su origen y se tenían por hijos de la tierra que habitaban.

No es posible aplicar á nuestras razas la división bíblica generalmente admitida, y que se formó en vista de las que en la antigüedad existían en el Viejo Mundo; y no teniendo más guía determinada para establecer nuestra clasificación que la diversidad de lenguas y su carácter especial y distintivo, hemos hecho una general de razas en monosilábicas, polisilábicas y de flexión, según la clase de lenguas que hablaban, sin tomar en cuenta que algunas de éstas parecen de forma paulisilábica, y tienen otras carácter de subfexión, pues sería largo entrar en las consideraciones de influencias extrañas, para explicar cómo ese cuasi-monosilabismo ó esa pequeña variante de juxtaposición no cambían su esencia fundamental. Agreguemos que en la antigüedad no había aquí lenguas de flexión.

Ahora bien, si consideramos por una parte la persistencia del idioma y por la otra los grandes centros de civilización que en nuestro territorio se establecieron, tendremos que reconocer en la antigüedad remota, como razas autóctonas, en el centro á la otomí y en el sur á la maya-quiché, y como inmigrante en el norte á la nahoa. Esta disposición geográfica de las razas remonta á la época citada de más de tres mil años antes de nuestra era.

Hay que advertir que, en edad anterior, nuestro continente no estaba aislado de los otros. Conocidas son las tradiciones clásicas sobre su unión por el oriente, y hoy la ciencia la determina también por el occidente. A esto tendremos que agregar otro hecho importantísimo: la existencia del hombre en América desde la misma época en que se encuentran sus huellas en Europa.

Mucho importa la unión de las tierras, pues así acabaremos de una vez con las absurdas hipótesis de inmigraciones por lo que hoy es estrecho de Behring, de viajes de cartagineses, de barcos extraviados é

impelidos por las tempestades, de tribus judías peregrinantes, y hasta de expediciones al país de Fou-Sang. Dejando la unión oriental para cuando hablemos de la raza nahoa, pero admitiendo desde luego la existencia de la Atlántida, encontramos un lado de la unión de los continentes. Por el opuesto, parece ya indudable que la tierra se extendía del país de Gales á la Cafrería, á la Australia y á la Nueva Zelanda. Se cree que la Nueva Zelanda fué la primera tierra que se separó, y por eso ha quedado con su forma triásica y con su hombre triásico; pero que por algún tiempo continuó aún unida á nuestro continente, desde la Patagonia hasta el Perú. Por otra parte, las tierras debieron estar unidas hacia el norte, de la Nueva Guinea á la Nueva Caledonia, á las islas Marquesas, á California y á las praderas de Nebrasca. Solamente así se explica la existencia de hombres de determinada raza en esos diferentes lugares.

Pero hemos dicho que el hombre es antiquísimo en nuestro continente, y que en esto no le cede al hombre del Viejo Mundo. No hablaremos del hombre terciario de California, ni de las muchas disquisiciones que sobre esta materia se han escrito; nos basta una prueba que á las manos tenemos. El hombre posterciario, de la época de la marga y contemporáneo de la fauna colosal en el Valle de México, tiene como



Hueso fósil del Tajo de Tequixquiac

prueba evidente el hueso labrado que se encontró en los trabajos del desagüe.

En nuestro territorio existió en tiempos muy anteriores una fauna que pereció sin duda en los grandes cataclismos que sufrió esta parte del mundo. Nada más común que encontrar fósiles de mastodonte, elefante, buey, cebra, caballo y aun asno. Sin duda que estos hallazgos produjeron en la antigüedad la invención de las fábulas sobre los gigantes, y las perpetuaron en la época colonial. Pues bien, en los trabajos del Tajo de Tequixquiac, en las capas fosilíferas, se encontró en 4 de febrero de 1870, un hueso que llama notablemente la atención por las entalladuras ó cortes que tiene, y que indiscutiblemente son obra de la mano del hombre. Este hueso es un sacro, al parecer, de llama, y aprovechando parte de su misma forma se ha completado la figura de la cabeza de un cochino ó coyote, practicando las cortaduras sin duda alguna con un instrumento afilado, pues se ve algo todavía el lustre en el labio de la herida, notándose que ésta fué hecha por golpes sucesivos y de corta amplitud. El tejido esponjoso y las mallas del hueso están impregnados de bol y de toba; el canal medular está igualmente lleno de toba adherida, y quedan restos visibles de ella en las cavidades que figuran los ojos y las narices.

Como no puede dudarse de que la parte escultural del hueso es obra de la mano del hombre, se deduce lógicamente que éste existía ya en nuestro Valle en la época á que corresponde el yacimiento en que se encontró, supuesto que dicho yacimiento apareció intacto, sin que hubiera sufrido ningún trastorno geológico, y en él á doce metros de profundidad el fósil en cuestión.

Veamos ahora las circunstancias de ese yacimiento. El terreno es neozoico ó posterciario. Los fósiles encontrados ahí son de elefante, glyptodón, buey, caballo y cochino. El hueso que nos ocupa pudiera semejar la cabeza de este último animal. Las capas del yacimiento consisten en tierra vegetal, barro, toba pomosa, toba caliza, toba arcillosa, arena de pómez, arena cuarzosa y arena feldespática, conglomerados, calizas compactas, arcillas ferruginosas y margas. El hueso se encontró ahí, cerca del carpacho de un glyptodón.

Esto nos demuestra á su vez que el hombre existía aquí en la época posterciaria y que fué contemporáneo de la fauna colosal, perdida después. Y debemos suponer que ya entonces alcanzaba una antigüedad relativa, pues se necesita el transcurso de muchos años para que el hombre, y sobre todo el hombre primitivo, de por sí torpe y rudo, llegue á poseer una arte suntuaria, como es la escultura, por imperfecta que se considere, y á usar de instrumentos cortantes al efecto; y acaso á haber formado ya una religión, pues bien pudiera ser este hueso un ídolo animal. De todas maneras la prueba existe: el hombre en nuestro territorio es tan antiguo como en el Viejo Mundo.

¿Pero cuál es ese hombre autóctono, habitador del Valle de México desde época tan remota? No dudamos en contestar que fué el otomí.

Sin embargo, materia nos da para dudar, la existencia del hombre negro en nuestro territorio. ¿Vino antes de que existiera en él el otomí ó fué el primer invasor? En el continente, que se unía al nuestro por el occidente, el hombre era negro, y después de la separación este hombre negro quedó en la Nueva Zelanda, lo mismo que en la Australia y en el África meridional. En Asia existía también el hombre negro: invadida la India por pueblos posteriores, los restos de la raza negra se refugiaron en las montañas, en la región central llamada Vindhya. Todavía existen de esos hombres negros, los glondos, los kolas, los bhilas, los meras del monte Aravali, los chitasy, los minas y los paharias, cuyo tradicional vencimiento ha engendrado el nombre de *parias*.

En cuanto á nuestro continente, apenas quedan huellas del hombre negro, lo que prueba que su existencia en él fué en época muy lejana. ¿Fué la primera en el mundo la raza negra y se esparció por todo él á virtud de la unión de los continentes, ó cuando llegó al nuestro ya existían aquí los otomíes? Su desaparición nos la presenta como raza expulsada y por consecuencia anterior; pero son indicios en contra los caracteres autóctonos de la raza otomí y un hecho tradicional que en nuestro concepto importa mucho: hasta los últimos tiempos pintábanse los sacerdotes de negro, como si fuera recuerdo de los introductores del primer culto.

Como huella clara de la raza negra, tenemos algunas cabecitas de Teotihuacán, y hemos visto una máscara de serpentina de tipo clarísimo. Respecto de esas cabecitas, diremos que en los innumerables túmulos de las ruinas de aquella gran ciudad se encuentran entre diversos objetos: son de barro y terminan en un cuello ó apéndice. Según el señor Orozco, se ponían en los túmulos *para conmemorar la raza de cada quien*. Y en efecto, examinándolas con atención se observa que no están formadas *ad libitum;* y comparándolas se advierte, que los artífices *copiaban de personas determinadas*. Entre ellas se encuentran algunas con la *nariz abultada y chata y los labios salientes*, que no podrían aplicarse sino á individuos de raza negra. Se advierte también en el examen de esas cabecitas que unas pertenecen á tipos conocidos, mientras otras se refieren á figuras y tocados completamente extraños y diferentes de los registrados en los tiempos históricos. Esto acredita que anteriormente hubo pueblos con trajes desconocidos y *razas diversas de las de los tiempos posteriores*.

Creo que bastaría para aventurar la afirmación de la antigua existencia de la raza negra, el hallazgo hecho de cabecitas de su tipo. Pero á mayor abundamiento tenemos como otra prueba la cabeza colosal



. Cabeza gigantesca de Hueyápan

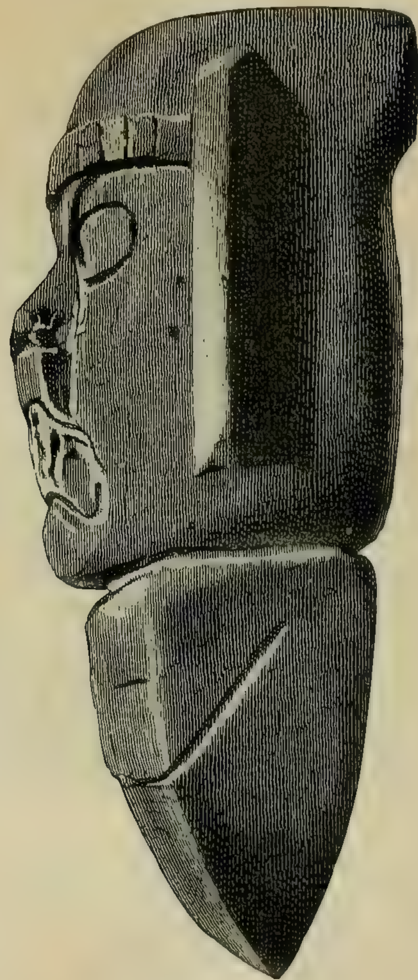
de Hueyápan. Se descubrió por los años de 1860, en la hacienda de ese nombre, sita cerca de San Andrés Tuxtla, es decir, en uno de los lugares más calientes próximo á nuestras costas del Golfo. Se encontró casualmente en las labores del campo, y la curiosidad se limitó á excavar la tierra para descubrirla, dejándola en el hoyo que se había formado. La cabeza es de granito, de dos varas de altura y con las proporciones correspondientes. Su tipo es claramente etiópico, y llaman la atención su tocado especial y la incisión cuneiforme que tiene en la frente y que recuerda algún signo sagrado del Asia.

Como un solo dato, por preciso que sea, es siempre sospechoso, debemos congratularnos del segundo hallazgo, que es una grandísima hacha de granito, encontrada también en la costa de Veracruz. Viendo su tamaño y su peso, se comprende difícilmente cómo podían utilizarla. La parte superior del hacha es una cabeza de hombre parecida á la de Hueyápan; el tocado es semejante; en la parte posterior tiene la incisión cuneiforme; pero el tipo negro es más marcado, más

claro lo chato de la nariz y más pronunciados los salientes belfos.

Pero la prueba perentoria de la antigua existencia de la raza negra en nuestro continente es que todavía se encuentran sus restos en él, y de otros nos hablan los cronistas primitivos. Tales son: los *caracoles* de Haiti, los *califurnams* de las islas Caribes, los *arguahos* de Cutara, los *aroras* ó *yaruras* del Orinoco, los *chaymas* de la Guayana, los *maujipas*, *porcigis* y *matayas* del Brasil, los *nigritas*, *chuanas* ó *gaunas* del istmo de Darien, los *manabis* de Popáyan, los *guavas* y *jaras* ó *zambos* de Honduras, los *esteros* de la Nueva California, los indios negros encontrados por los españoles en la Luisiana y los *ojos de luna* y albinos, descubiertos unos en Panamá, y destruídos otros por los iroqueses.





Hacha gigantesca de granito. (Escala á 1/8 del natural)

Todo esto viene demostrando que en época muy lejana, ó antes de la existencia de los otomíes, ó más bien invadiéndolos, la raza negra ocupó nuestro territorio cuando aun estaban unidos los continentes. Esta raza trajo ideas religiosas y culto propio. Más tarde fueron desalojados é impelidos á las costas por los otomíes; ó acaso se vieron obligados á buscar esos lugares calurosos, propios para su naturaleza especial, obligados por el enfriamiento que sufrió este continente con su separación y con los cataclismos de que fué teatro.

Examinemos ahora los caracteres especiales de la raza otomí, para convencernos de que es la primitiva y más antigua.

En efecto, aun cuando la raza negra sea la primera que se extiende en la tierra, aun cuando la admitiéramos como primitiva habitadora de nuestro continente, es, sin embargo, en él un ave de paso, y debemos buscar otra raza para llamarla autóctona. Hablando Motolinía de los otomíes, los presenta como generación bárbara y de bajo metal; dice expresamente que de ellos descienden los chichimeca; y los coloca en gran parte del centro de nuestro territorio y en todo lo alto de las montañas que á México rodean. Estas pocas indicaciones nos suministran datos importantes sobre esa raza. Todas las tribus emigrantes que fundaron los últimos y más grandes centros de civilización, como México, Texcuco y Tlaxcalla, pretendían descender de los chichimeca, y éstos proceden de los otomíes, según Motolinía, que les da así el primer lugar en antigüedad. Por ser la primitiva, es bárbara y de bajo metal; una de las mayores generaciones muy repartida en lo bueno del territorio; con lo que se indica claramente una raza dueña del país, desgarrada por diversas

invasiones. Además, las diferentes razas que aquí había conservaban recuerdo de su origen; pero contando Mendieta que los primeros habitantes del país fueron los otomíes, dice que es una nación de otra lengua y de menos policía, y que de éstos no se sabe de dónde tuvieron origen, porque no se tiene noticia que viniesen de otra parte. Bastante se determina con esto lo autóctono de la raza; y por haberlos señoreado en nuestro Valle los capitanes de que Mendieta nos habla, se refugiaron en las montañas que lo rodean como cuenta Motolinía, montañas en que aun habitan sus restos.

Todos los pueblos buscan una genealogía para sus razas, y encontrándolas varias y diferentes, las agrupan fingiéndoles un origen común. Tal fué el procedimiento bíblico y semejante el de nuestros antiguos pobladores. Las razas, según esa combinación, procedían de seis hermanos, hijos del viejo *Iztacmixcóhuatl* y de su mujer *Ilancuey*. *Iztacmixcóhuatl* quiere decir culebra de nube blanca, ó nube blanca en forma de culebra; es la vía láctea: *Ilancuey* significa rana vieja; la rana es la tierra; así la madre es la vieja tierra. Pues bien, uno de esos hijos del cielo y de la tierra fingían que fué *Otómitl*, personificación y primer ascendiente de la raza.

Ahora bien, si nos figuramos por un momento extendida en nuestro territorio á la raza otomí, allá en los tiempos primitivos, nos podemos explicar después fácilmente cómo fué desgarrada por las diversas inmigraciones y la razón del territorio que ocupaba al tiempo de la Conquista. Pero esto no nos explicaría la antiquísima existencia de la raza maya-quiché al sur de los otomíes.

No se puede dudar de la remotísima antigüedad de esa raza: hay quien cree que la época en que estaban unidos los continentes emigró hacia el oriente, y que los pueblos occidentales del Viejo Mundo traen de ella su origen. Cuando se ven sus afinidades con los pueblos de las islas que están á su lado oriental y ciertas semejanzas con el mismo Egipto, dan ganas de relacionar con ella á este pueblo. Basta ver cualquiera escultura de la región del Sur, como la lápida de Orizaba, para conocer la diferencia esencial de tipos y disposición de figuras con los del resto de las otras razas, y encontrar semejanza lejana con los de otros pueblos que existieron separados por los océanos de esa raza maya-quiché, entre ellos el egipcio. Y sin embargo, no tenemos razones suficientes para sostenerlo ni como hipótesis: muchos siglos transcurrieron después de la separación de las tierras, y precisamente esos dos pueblos son los que en ambos mundos recibieron más influencias extrañas. Pero de todas maneras queda este hecho: los maya-quichés son pueblo antiquísimo y no hay razón para considerarlo emigrante ni para negarle el carácter de autóctono y primitivo. Si nos referimos á los mayas exclusivamente, para no complicarnos, encontramos en ellos un tipo original y persistente, y un idioma persistente también, tan persistente que todavía lo imponen á los descendientes de los españoles.

Pues bien, si examinamos con cuidado su idioma,



Lápida maya de Orizaba

encontraremos en él dos elementos diversos: uno extraño, en su mayor parte nahoa, debido á las invasiones é influencias extranjeras de largos siglos, y el otro completamente original. Este elemento original da un carácter monosilábico á la lengua. El señor Ancona hace notar que el monosilabismo y la onomatopeya dominan en el maya; tanto, que si se hicieran todas las combinaciones monosilábicas posibles con las veintitres letras de su alfabeto, por lo menos las dos terceras partes de las voces resultantes serían otras tantas palabras que tuviesen algún significado.

Nos encontramos, pues, con dos centros de origen monosilábico: los otomíes en la parte media de nuestro territorio y los mayas al Sur. Acaso en un principio fueron un solo pueblo; pero á los segundos no los podemos estudiar en su estado primitivo, porque se nos presentan ya con una lengua y una civilización muy avanzadas, en las cuales hay influencias extrañas de larguísimo período de tiempo, que por siglos tiene que contarse. Y no obstante esto, se descubren grandes conexiones entre los otomíes y los mayas con otros pueblos de nuestro territorio y aun de nuestro continente.

La lengua es elemento de gran valor para explicar las relaciones etnográficas. El otomí es lengua de un carácter esencialmente primitivo. Le llamaban *otómitl* los mexicanos; pero su verdadero nombre es *hiá-hiú*. Todas las circunstancias de esta lengua manifiestan la pobreza de expresión de un pueblo contemporáneo de la infancia de la humanidad. Así, una misma voz tiene muchos significados, y muchas veces el nombre se toma

como verbo con sólo la variación del acento. Las categorías gramaticales se hallan poco determinadas; el nombre no tiene declinación ni género y el verbo no conoce más modo que el activo. Las voces son objetivas; y si algunas parecen metafísicas, se relacionan siempre con objetos materiales. Como es lengua sin bases determinadas, se divide en muchos dialectos, ó más bien, en cada pueblo se habla un dialecto de otomí, que por lo mismo no podemos considerar como lengua propiamente dicha. Y la confusión aumenta, porque obligando la pobreza de palabras á mudar los acentos, esto produce un gran número de letras distintas que son nada menos, según nuestra cuenta, que catorce vocales y veinticuatro consonantes. Cuando se piensa en los muchos siglos que han estado los otomíes en contacto con pueblos de civilización más avanzada se comprende la verdad histórica de la persistencia de la raza y de la lengua. Hoy mismo muchos pueblos de otomíes, no muy lejanos de los centros de población, no conocen el castellano y persisten en su lengua como en ellos persiste invariable el tipo de su raza.

Se extiende hoy el otomí por los Estados de San Luis, Guanajuato, Michuacán, México, Hidalgo, Morelos, Tlaxcalla, Puebla y Veracruz y se habla en todo el de Querétaro. Esto acredita que los otomíes ocuparon todo el centro del territorio. Pero además sus relaciones lingüísticas con otros pueblos vienen á explicar relaciones de raza. Encontramos estas relaciones con lenguas de otros pueblos del país, como son el serrano, el mazahua, el pame con sus dialectos y el jonaz ó meco, acaso restos del antiguo chichimeco; pero las hay también, aunque ya aparecen lejanas por el transcurso de los siglos, con la familia apache. Y tomemos en cuenta que el apache es una rama del athapasco, el idioma más septentrional del Nuevo Mundo, con excepción del esquimal. Mayores estudios acaso conducirán á una unión continental monosilábica ó cuasi monosilábica de raza.

Las relaciones del maya son también muy extensas. Abrazan las lenguas del Sur del territorio, penetran en la América Central y aun más allá, se extienden á las islas, y siguiendo por la costa del Golfo llegaban hasta el natches del valle del Mississipí, en el corazón de los Estados Unidos.

¿Bastará esto para decidir la cuestión? No: vamos en un camino oscuro en que poco podemos conocer, y en que mucho se nos tiene que corregir.

Veamos lo que nos dicen las costumbres, y primitivas solamente podemos encontrarlas en los otomíes. Sahagún nos cuenta que eran de su condición torpes é inhábiles. Eran codiciosos de dijes y gustaban de usar toda suerte de adornos, aun cuando los llevasen desairadamente. Las mujeres no sabían ponerse bien ni las enaguas ni el huipil, traje que recibieron de la raza nahoa y que es el que ahora usan. Las mozas se emplumaban con plumas de color los piés, piernas y brazos, se afeitaban el rostro con betún amarillo, sobre el cual se ponían dibujos de diversos colores y se pintaban los dientes de negro: traían los cabellos largos y sueltos y nunca los peinaban hasta que eran madres. Los hombres se rapaban la cabeza, dejando sólo un mechón; y los hombres ya de edad se atusaban la mitad



Tipo otomí

posterior de la cabeza, dejando crecer por delante el cabello. Se pintaban los otomíes los pechos y los brazos con una labor que quedaba de azul muy fino, dibujada en la misma carne que cortaban con una navajuela de *iztli*.

Este modo salvaje de vestir y adornarse, que ni los mismos otomíes han usado después, son enteramente extraños á los pueblos civilizados que encontraron los españoles, y liga á aquellos con las tribus bárbaras de nuestra frontera y del Norte que todavía se *tatúan* y se empluman; lo que nos conduciría tal vez á encontrar conexiones entre el otomí y el piel roja y podría llevarnos hasta el hombre rojo y el maorí, que habrían quedado aislados á la ruptura de las tierras.

Hay en las razas siempre dos manifestaciones muy genéricas: la habitación y la ocupación habitual. Los otomíes más adelantados llegaron á formar ciudades, y aunque hay autores que opinan que no lo alcanzaron hasta el siglo XV bajo el dominio de los señores de Texcoco, sabemos que antes del siglo VII habían fundado á Man-he-mí, que después fué Tóllan, y debemos creer que la primera ciudad anterior á la de los nonoalca, que después fué la Teotihuacán de los tolteca, la fundaron también ellos; lo que nos haría remontar á los primeros siglos de nuestra era. Pero esas ciudades debieron tener un carácter muy primitivo, pues Sahagún refiere que vivían en jacales ó chozas de paja no muy pulida, y que aun el templo de sus dioses era de paja.

Pero esto sucedió en tiempos ya muy avanzados y en localidades muy determinadas; pero por costumbre el otomí fué troglodita. No solamente en los jeroglíficos vemos á los otomíes y á los chichimeca como habitadores de cuevas, sino que por donde quiera, en nuestro mismo Valle, se encuentran en las cavernas señales inequívocas de su antigua habitación. Se descubren en ellas á veces trastos y restos de armas, ídolos en otras; y no há mucho halláronse en una gruta de Monte Alto varias momias de señores ó jefes otomíes.

En esto también se relacionan los otomíes con los

habitadores del Sur de nuestro territorio y con los del Norte de América, pues en ambas partes se hallan grutas como antiguas habitaciones y en ellas idénticos trastos, restos semejantes de armas y utensilios muy parecidos. Tenemos á la vista una pequeña hacha de diorita encontrada en Ohio, y nada puede ser más parecido á las hachas que comunmente se descubren en nuestro territorio.

Pero si la habitación aproxima á esas razas también lo hace su antigua ocupación habitual. El otomí y el chichimeca fueron pueblos cazadores y dados al merodeo. De esto hay manifestaciones clarísimas en varias pinturas, en las que se pone al principio al indio con su arco y su flecha, apuntando ya á un conejo, ya á una liebre. Chichimecas vinieron al centro que por excelencia se llamaban cazadores. Los tlaxcalteca, antiguos teochichimeca, á pesar de haber entrado en la civilización nahoa, tenían por deidad principal á *Camaxtli,* dios de la caza. Los tepaneca celebraban con suntuosos ritos la época de las cacerías. Y todo recordaba el estado primitivo de una raza cazadora. Y en esto también hallamos semejanzas con las tribus bárbaras del Norte. En vano se las obliga á vivir en reservaciones y se las quiere sujetar al suelo por la agricultura; escápanse á menudo, y siguiendo su instinto de raza tórnanse cazadoras y se lanzan al pillaje y al merodeo.

La teogonía es un dato muy útil en estas comparaciones; pero aquí nos hace falta, pues aun con el contacto de pueblos civilizados alcanzaron poco los otomíes en esta materia y no creían en la inmortalidad del alma, sino que pensaban que acababa con la vida del cuerpo. Estudiando la fábula de la muerte de los viejos dioses de Teotihuacán, nos llamó la atención que sus nombres, como *xólotl* y *citli,* eran de animales. En el libro sagrado de los quichés son animales también los personajes providenciales y los dioses. En las cavernas del Sur se encuentran en gran cantidad idolillos con



Ídolo animal

figuras de animales. El idolillo de carácter más primitivo que se ha encontrado en Teotihuacán representa un *çoyolt,* (coyote), ú otro animal semejante. Pero en esta cuestión el dato más importante es el hueso fósil de Tequixquiac, que, como hemos visto, semeja la cabeza de un cochino. No es posible creer que en aquel estado primero y atrasado labrara huesos el otomí para que le sirviesen de ornato. El ornato de la habitación es el lujo, el refinamiento, la civilización avanzada. El otomí labraba un cochino para adorarlo como dios. Así es que la religión del pueblo autóctono fué el culto de los animales, que persistió todavía en época muy avanzada, hasta que los nahoas fueron imponiendo con sus conquistas sus dioses astronómicos.

¿Pero alcanzaron alguna cultura aquellos primeros pueblos? No nos extraña el encontrarlos ya en el período histórico degradados y casi embrutecidos. Las invasiones los desgarraron sin comunicarles su savia nueva, y los pueblos inferiores van bajando y pereciendo al contacto de razas más adelantadas. Mal haríamos en juzgar por nuestros actuales indios el estado que guardaba el señorío de México antes de la Conquista. Y sin embargo, nada más han pasado tres siglos, y las circunstancias desfavorables no han podido compararse á lo que debieron sufrir aquellos primeros pueblos, destrozados de siglo en siglo, empujados de valle en valle y lanzados de montaña en montaña.

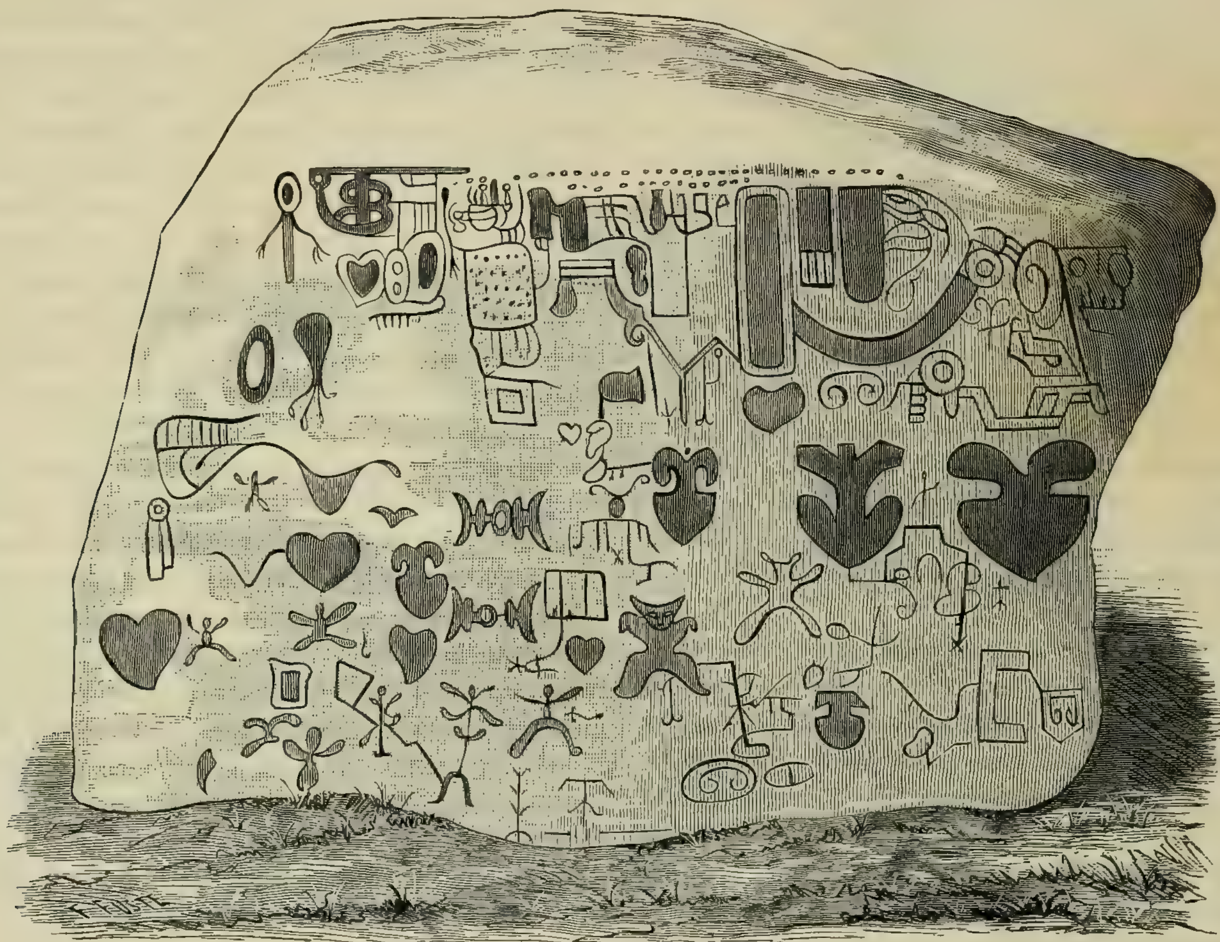
Juzgamos que alcanzaron alguna cultura porque nos han dejado inscripciones en rocas. El jeroglífico primero no pudo ser ideográfico, tuvo que ser meramente figurativo; y en él no podemos encontrar signos convencionales, sino para expresar ideas muy vulgares y necesarias, que no podían representarse materialmente. Tal es el carácter de las inscripciones en rocas. La humanidad, como el hombre, tiene tendencia instintiva á querer perpetuar su memoria; primero quiere dominar en toda la tierra, después quiere conquistar todo el tiempo. Para esto levanta monumentos que en su soberbia cree imperecederos; pero cuando no ha llegado á esa cultura aprovecha los monumentos de la Naturaleza y graba en las montañas sus recuerdos.

Y en esto también se relacionan los diversos pueblos primitivos del continente. Encontramos esas inscripciones en altísimas montañas del Perú, y no pertenecen á los pueblos civilizados porque los incas no usaron jeroglíficos. Humboldt refiere que en la América meridional, entre el 2° y 4° grado de latitud norte, se encuentran rocas de granito y de syenita cubiertas de representaciones simbólicas, figuras colosales de cocodrilos, de tigres, de utensilios y de signos del sol y de la luna, en un paraje enteramente despoblado que tiene una extensión de más de quinientas millas cuadradas. Esta llanura está rodeada por cuatro ríos, el Orinoco, el Atabasco, el Río Negro y el Casiquiare, y Humboldt afirma que las inscripciones no pueden ser obra de los pueblos circunvecinos existentes, de manera que deben pertenecer á la raza primitiva. Hagamos notar de paso y como incidencia la igualdad del nombre del río Atabasco con el de las tribus athapascas ó atabascas de la parte más septentrional del Nuevo Mundo.

En nuestro territorio, en que dominó al fin la civilización nahoa, no podían encontrarse inscripciones de ese carácter; y sin embargo, hay como un recuerdo de ellas en diversas esculturas hechas en los cerros, y hacia la parte Norte se encuentran semejantes como la notable de Tequila. Tenemos además dibujos de piedras colosales grabadas que existen en el Estado de Durango.

Pero en el territorio de los Estados Unidos se han encontrado varias de esas inscripciones, y siguieron su sistema las tribus bárbaras hasta tiempos muy avanzados, como lo demuestra la famosa roca llamada *Dighton Writing Rock.*

No nos atrevemos á sacar consecuencias de todos estos hechos, pues son de por sí aislados y no queremos entrar en cuestiones inútiles sobre si esa raza primitiva nació en esta tierra ó en tiempo lejanísimo vino á ella. Nos basta encontrar pueblos monosilábicos, pueblos con



Piedra labrada de Aype

conexiones que no pueden ser casuales, extendidos por todo el continente, para cometer la audacia de decir: la primera raza que existió aquí, y por eso la llamamos autóctona, fué la raza monosilábica.

No necesitamos de esfuerzos de imaginación para figurárnosla en aquellos tiempos primeros. Mayor calor en la temperatura y mayor extensión en las tierras producían extensísimos bosques de árboles gigantescos. Sin duda que ya desde entonces sacudían al viento sus canas cabelleras los colosales ahuehuetes de Chapultepec, ya se extendían por todo el lomerío los tupidos arbolados de altísimos cedros, y ya los pinares bordaban las crestas de las elevadas montañas que rodean nuestro Valle, entre las cuales descollaban ya desde entonces el Axochco, semejante á titánico leon dormido, que aun no despertaba para rugir su primera erupción, y el Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, que ya cubrían sus frentes de eternas nieves. En un cielo de brillante azul reverberaba un sol de oro. En la inmensa cuenca se adormecía inmenso y tranquilo lago. Poblaban los aires el águila caudal y aves extrañas de tamaño extraordinario; mientras por las laderas caminaba el pesado elefante, saltaba el feroz tigre y pastaban tranquilos el buey, el caballo y el cochino al lado del glyptodón que arrastraba pesado su carpacho, que semejaba escudo de gigante. Era la habitación del hombre, desnudo y apenas ornado de plumas y de labores de diversos tonos en su cuerpo y rostro feroz, la caverna abierta en la montaña, y en tanto que en ella se resguardaba la familia desnuda también, que quedaba adorando á sus ídolos–animales, el hombre buscaba en la caza el alimento con su flecha, teniendo á veces que sostener en defensa de su persona y de su guarida, combates terribles con la fauna colosal. En aquellas circunstancias aparecieron sin duda los primeros hombres negros. La vida no pudo ser en esa época sino la lucha por el sustento. La familia se

formaba solamente por el instinto animal. La inteligencia se limitaba dentro de los cráneos comprimidos de aquellos salvajes. No pudiendo levantar su alma, la sentían pesada como la materia, y con la muerte del cuerpo creíanla muerta. La sociedad era imposible: no podía existir más que el agrupamiento por necesidad. La única ley era la fuerza y el único ingenio la astucia. Se alimentaban con los frutos silvestres que tomaban de los árboles y con la caza que perseguían en el bosque, y por lo mismo no era posible la propiedad y era desconocido ese derecho. Así como nada los ligaba al cielo y á un Dios eterno, nada tampoco los ligaba al suelo y no había para ellos patria. Expresábanse en lengua salvaje y en todo revelaban su primitivo estado de barbarie.

Pero entre esa época y la que se distingue por las primeras introducciones de la civilización nahoa, hubo otra de que no quedaron ni recuerdos, pero que nos la revelan algunos vestigios. En el mismo tajo en que se encontró el hueso labrado, se hallaron también otros ejemplares de industria humana, como husos ó malacates, barros con grecas, jarras, una concha de ostra comenzada á labrar y pipas. No son tan antiguos estos objetos como el hueso fósil, ni pertenecen á la misma época, porque no se encuentran en la capa fosilífera, sino entre la tierra vegetal y la toba. Suponen un estado de mayor adelanto la existencia del hogar y la consolidación de la familia: el malacate para hilar algodón nos presenta una raza vestida; la concha labrada y los útiles con grecas acusan cierto refinamiento: todo esto podría referirse á los primeros nahoas, pero las pipas encontradas nos alejan de ese pensamiento. Ninguno de los pueblos conocidos fumaron en pipa. Estas pipas son de forma muy caracterizada, de barro y con un esmalte ó betún rojo muy brillante. Debieron pertenecer á una civilización intermedia á la cual pueden referirse igualmente las inscripciones en rocas.

Viene confirmando esto la variedad de tipos encon-



Idolito de tipo chino

trados en Teotihuacán y algunos de sus tocados que no pertenecen á las civilizaciones conocidas. Ya el ídolo de tipo chino encontrado en 1867 en un sepulcro de Ichcaquixtla, Estado de Puebla, había hecho pensar en antiguas inmigraciones por el occidente. Pero no podemos saber la época á que pertenece y ésta tiene que ser relativamente moderna, pues el ídolo es de diorita y por lo mismo ya de la edad de la piedra pulida. Iguales observaciones ocurren sobre otro de igual materia y tipo, aunque más importante, que hemos tenido en nuestras manos. Las cabecitas de Teotihuacán, cuya antigüedad es notoria, nos dan, según las épocas, tipos muy diferentes: entre ellos algunos induda-



Pequeña figura de Teotihuacan

blemente primitivos, acusados por la clase del barro, por el dibujo y la ejecución. Se hallan tipos que se distinguen por la falta de pelo, como si aquellos individuos acostumbraran á raparse la cabeza. Con la cabeza también lisa, aunque con la frente ancha, ofrecen otros una forma redonda y bien proporcionada. Los hay con la nariz abultada y chata y los labios salientes, como ya hemos dicho. Se encuentran varios rapados, pero llevando tres adornos ó mechones al medio y á los lados de la frente. Unos llevan el pelo con una especie de bandas en forma piramidal, recogido en la parte superior por un lazo que cuelga al lado izquierdo. Del mismo género hay otros en que se exagera más el tocado. Obsérvase á veces el pelo dispuesto en forma de tejado, con un adorno sobrepuesto alrededor, y tiene de muy singular el adorno sobre los ojos, que dice el señor Orozco, que si de tiempos modernos fuera, lo compararía á grandes



Cabecita de Teotihuacán

gafas; pero que no puede ser otra cosa que distintivo de dignidad ó de raza. Tipo egipcio parece el de otros que tienen una banda sobre la frente y dos especies de alas laterales: en ellos están bien marcadas las orejas redondas comunes á varias de estas figuras. Distingue á no pocos, y acaso es lo que llama más la atención, la especie de turbante que les ciñe la cabeza y los lienzos que bajando por las mejillas cierran debajo de la barba, recordando á algunas naciones asiáticas. Y se ven también cabecitas con una gran gorra, cuyo labrado indica pieles y que tiene una pluma ó borla en la parte

superior, lo que hace pensar en los tártaros. A poco reflexionar se hace patente que de los modelos examinados pertenecen unos á tipos conocidos, mientras los otros son completamente extraños y se apartan totalmente de lo registrado en los tiempos históricos.

Invasiones extrañas en la remota antigüedad, diferentes de la histórica de los nahoas, parecen indudables. La más natural que á los historiadores ha ocurrido es la de los chinos; y tuvo gran apoyo la idea cuando el padre Nágera sostuvo que el otomí era lengua de estrecho parentesco con el chino. Contradicha esta idea por el señor Pimentel, vale la pena de considerarla.

Morton, Maury, cuantos sabios de la materia se ocupan, encuentran conexiones indiscutibles entre los diversos pueblos primitivos de América y parentesco íntimo en su gramática y sus lenguas, y señalan como tipo el athapasco. Pero éste ha recibido muchas influencias extrañas: así es que nosotros escogemos mejor tipo, el otomí, que se conserva más puro y más original y que corresponde á una raza primera indiscutible. Los mismos escritores ya no dudan de las relaciones entre las lenguas del Nuevo Mundo y las chinas é indochinas. Vamos solamente á precisar la cuestión entre el chino y el otomí, porque esto para nosotros trae consecuencias nuevas y más interesantes de lo que se ha creído. Y no olvidemos que la separación de muchos siglos no permite que queden sino huellas aun entre lenguas que hayan sido antes una sola. Por lo tanto, si estas huellas existen y si también hay relaciones de tipo y de escritura, entonces una afirmación no sería aventurada. La comparación entre estas dos lenguas es tanto más oportuna cuanto que son los únicos verdaderos representantes que quedan del monosilabismo en ambos mundos; si bien en su estado actual se encuentran ya con modificaciones extrañas, lo que hace decir á los tratadistas especiales que el chino tiende á la aglutinación, y ha sido causa de que el señor Pimentel llame cuasi monosilábico al otomí. La primera circunstancia de ambas lenguas es la gran cantidad de letras en sus alfabetos: hemos hablado de las del otomí; diremos ahora que el chino tiene treinta y seis consonantes. Hemos dicho que en el otomí el monosílabo adquiere distinta significación y á veces representa diferente parte de la oración, según el lugar en que se acentúa. En chino el acento se manifiesta por una especie de entonación cantante, que puede darse de cuatro maneras diferentes, lo que hace que cada monosílabo forme cuatro palabras distintas. La pronunciación china es esencialmente nasal como la otomí. Cuando se quiso escribir el otomí fué preciso inventar letras agregadas á las sílabas, como *h, ng, nn, mm*, para expresar el signo musical de la voz. De aquí se sigue que cuantos sistemas se han empleado para escribir el otomí han sido todos insuficientes. Por lo que el padre Nágera ha dicho, que esta lengua necesita de un género de escritura en el que hubiera signos conque fijar el significado de las palabras que con las mismas letras y tono pueden tenerlo diverso; lo que él pensaba que acaso podría conseguirse con la escritura china. Por la misma razón los chinos no han podido usar de la escritura fonética, es decir, de signos que representen sonidos y articulaciones, pues eso los hubiera expuesto á innumerables confusiones, porque muchas palabras muy diversas tendrían que escribirse de la misma manera y harían creer que tenían la misma significación. Por eso entre los chinos la escritura no ha salido del período ideográfico, durante el cual las ideas se representaban por imágenes ó por signos de su forma abreviada. Hoy la escritura china comprende cerca de cincuenta mil signos, formas alteradas ó abreviadas de las figuras de los objetos representados, pero que antiguamente manifestaban los mismos objetos. Basta la similitud de los elementos citados para poder decir que esas dos lenguas tuvieron parentesco muy próximo en tiempos lejanos.

Y el parentesco de los dos pueblos se acusa todavía por la semejanza de tipo: en el otomí se trasluce el color amarillo de la raza, y los ojos no son horizontales, sino que se desvían hacia arriba por su lado exterior. Estas circunstancias son comunes á muchos pueblos del Norte y del Sur del Nuevo Mundo. También sorprende la semejanza de las figuras de las rocas esculpidas, que se encuentran regadas en nuestro continente, con las figuras de los primeros caracteres chinos. Todo confirma que ha habido parentesco inmediato entre los chinos y la raza monosilábica que ocupó toda la extensión del Nuevo Mundo. De ahí deducen ya que esta raza primitiva desciende de los chinos. Y á nosotros se nos ocurre preguntar: ¿no sería lo contrario, que los chinos desciendan de ella, y sean pueblo emigrante de aquí?

Esto merece que entremos en algunas consideraciones. Probada entre nosotros la existencia del hombre posterciario, aparece más moderno el chino, y por lo mismo es más lógico decir que éste salió de aquí. El pueblo monosilábico ocupa en la antigüedad todo nuestro continente; los chinos ocupan primitivamente una pequeñísima parte del Viejo Mundo, y es natural deducir que lo menor salió de lo mayor. Las tradiciones de los chinos nos los presentan, en un principio, como una colonia que se establece en medio de pueblos extraños, lo que acredita que llegaba de otros lugares; y como el monosilabismo no pertenecía á los pueblos entonces existentes en el mundo á que llegaban, hay que creer que lo llevaban del mundo en que era la lengua natural. Los chinos pugnaron por extenderse y se extendieron á su occidente; luego iban de un lugar que estaba al oriente de ellos, es decir, de nuestro continente.

Las comparaciones de las lenguas china y otomí con el maya confirman las anteriores ideas. A pesar de que el maya alcanzó gran adelanto, todavía hoy para escribirlo han tenido que inventarse letras especiales, y

ni aun así se puede obtener la verdadera pronunciación de las palabras. El padre Landa da un abecedario que atribuye á los antiguos mayas; pero la verdad es que con él no pueden leerse ni los jeroglíficos escritos como el códice de Dresde ni las inscripciones de los monumentos. Se ha dado á esta escritura el nombre de calculiforme, por estar distribuída en cuadrados, en líneas simétricas verticales y horizontales. Si se examinan atentamente las diversas inscripciones de un mismo lugar, se observa que varias de ellas están repetidas muchas veces; y un examen más atento de



Inscripción del Palemke

cada una, especialmente de las del Palemke, convence de que son signos ideográficos, es decir, antiguas figuras simplificadas á semejanza de los caracteres chinos. Esto nos permite atrevernos á decir, los primeros, que los signos calculiformes son monosilábicos y que por lo mismo las inscripciones mayas y palencanas son relatos compuestos de cifras monosilábicas.

Acercaría también á la raza china con las de este continente el uso de los quipos, ó sea unas cuerdas compuestas de otras pequeñas de distintos colores, que anudadas de diferentes maneras servían para perpetuar los sucesos, llevar las cuentas administrativas, etc., supliendo los oficios de la escritura. Muy en uso en el Perú, de donde toman el nombre de quipos, se introdujeron entre los chinos por Soui-jin, y con ellos llevaban, no solamente las cuentas comerciales, sino que les sirvieron para entender y conocer las leyes de la nación y los primeros principios morales. Se pretende que en su origen japoneses y tibetanos usaron un procedimiento análogo. Según Boturini, que dice haber visto en Tlaxcalla muestras de ellos carcomidos por el tiempo, se usaron aquí con el nombre de *nepohualtzitzin*, cordón de cuenta y número y cuenta de los sucesos.

De todas maneras, cualesquiera que sean las relaciones que con otros hayan tenido nuestros pueblos primitivos, se nos presentan éstos completamente diferentes de los nahoas, raza polisilábica aglutinante, que conservaba el recuerdo de haber venido de otra parte, de haber sido en un principio extranjera, por más que después ella y su civilización se impusieran de tal modo que todo lo dominaron, y sus recuerdos, sus ideas y sus creencias es lo único que verdaderamente sabemos. La llegada de la raza nahoa fué antes de 3000 años de nuestra era. Y desde luego se nos presentan dos cuestiones: ¿quiénes eran? ¿de dónde y por dónde vinieron? Es increible la cantidad de suposiciones que desde el siglo XVI se encuentran en los cronistas, para explicar su procedencia; los unos procurando concordar siempre las cuestiones con sus ideas religiosas, los otros dejándose llevar de los sistemas más extravagantes. Hoy creemos poder contestar á la pregunta, apoyados en los descubrimientos y progresos de la ciencia, que los nahoas vinieron por la Atlántida.

Lo que fué en un principio, según se creía, sueño de Platón, va tornándose en realidad: la Atlántida, que se dibujaba apenas al nacer en el cerebro del poeta, toma ya forma en el dominio de las investigaciones humanas: todo parece probar que el genio, como Dios, sabe crear mundos. Si eran verdaderos recuerdos cosmogónicos, conservados por los hierofantes de Egipto en el simbolismo de sus ritos y en el misterio de sus templos, cierto es que el filósofo griego, de siglos atrás planteó la cuestión á la humanidad, y que por fin la ciencia se ha decidido á estudiarla.

Platón no solamente reveló la anterior existencia de la Atlántida, sino que puso de manifiesto además algunas de sus leyes y costumbres, y hasta llegó á describirla en parte; y esto en dos hermosos diálogos, que con los títulos de *Timeo* y *Crisias* dan cabo y remate á sus llamados *dogmáticos*. En el primer diálogo cuenta Crisias á Sócrates, Timeo y Hermócrato, que al viejo Crisias refirió Solón el siguiente relato que en el Egipto le hizo un antiguo sacerdote de Sais: «Entre la multitud de hazañas que honran á vuestra ciudad, que están consignadas en nuestros libros y que admiramos, hay una mayor que todas las otras, testimonio de una virtud extraordinaria. Nuestros libros cuentan cómo Atenas destruyó un poderoso ejército que, salido del Océano Atlántico, invadió insolentemente la Europa y el Asia, porque entonces se podía atravesar este Océano. Se encontraba en él, en efecto, una isla situada frente al estrecho que llamáis en vuestra lengua las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que la Libia y el Asia reunidas: los navegantes pasaban de allí á las otras islas, y de éstas al continente que rodea ese mar verdaderamente digno de tal nombre.»

Véase en este relato una tradición egipcia, véase la vanidad ateniense refiriendo hazañas que no recuerda la historia, lo cierto es que los pueblos más viejos del Viejo Mundo recordaban una época más antigua que hacían coincidir con la existencia de la Atlántida.

Curioso sería hacer una bibliografía de todos los escritores que de la Atlántida se han ocupado; no es ese nuestro ánimo: basta consignar el hecho de que los historiadores que sobre México han escrito, siempre que

han buscado el origen de su población han ocurrido, como único medio de solución posible, á la existencia de la Atlántida.

Veamos lo que nos dice la ciencia. Parece que las primeras pruebas materiales, digámoslo así, de la referida Atlántida, fueron el descubrimiento hecho por marinos ingleses de enormes fucos que crecen entre el África occidental y el golfo de México, y que embargan á menudo la marcha de los buques; advirtiéndose también que alrededor de este espacio, que llaman el mar de *zargazo*, existe una formidable corriente, que es la misma denominada *Gulf-Stream.* Sin duda que esto podía ser un dato, y si se agrega la existencia de las Antillas y de las diversas islas que en ese espacio del Atlántico están como escalonadas de distancia en distancia, ya la prueba adquiere mayor fuerza, supuesto que tales islas no son otra cosa que picos de montañas y cordilleras submarinas. En apoyo de estas conjeturas el descubrimiento continuo de huesos de grandes paquidermos en América hizo pensar con razón á los sabios que solamente la unión de los continentes pudo dar paso á esos gigantes de la fauna. Levantóse á mayor altura la ciencia, y un genio tan poderoso como Edgar Quinet, buscó nueva solución á este problema y á otras cuestiones de no menos importancia que le son anexas. Según su opinión los grandes animales necesitaban para vivir un continente extenso y proporcionado á su desarrollo vital, y cuando por el hundimiento de la Atlántida dejó de tener esa condición la tierra en que vivían, fueron pereciendo los paquidermos hasta perderse enteramente. La comunicación de los continentes daba la solución de la transmigración de los animales, y su desaparición viene también á confirmar la antigua unión. Desde que los dos hechos, la existencia anterior y la no existencia posterior, demuestran en su aparente contradicción la unión continental, ya existe una gran probabilidad científica.

Pero la ciencia, que nunca se detiene en el camino de sus investigaciones, ha pretendido fijar la época de esa Atlántida. Nuestro sabio amigo M. Hamy, estudiando la cuestión sostiene que los trabajos más recientes de los paleontologistas y de los geólogos revelan una Atlántida terciaria. Las conchas terciarias de los Estados Unidos, venus, isocardas, petonelas, volutas, fasciolares, etc., son idénticas á las conchas de las capas francesas correspondientes. El examen comparativo de los insectos ha probado que gran número de especies viven todavía hoy sobre las dos riberas del Atlántico, y presentan apenas ligeras variaciones de Inglaterra á Alabama. Sorprendente es también la analogía de la fauna terciaria de ambos continentes, analogía que se extiende también á la flora de la misma época. Pero la más notable prueba ha sido el estudio de los tres inmensos depósitos terciarios lacustres de la península ibérica: el uno se extiende sobre una gran parte de Castilla la Nueva; el segundo ocupa al norte una superficie considerable de Cataluña, Aragón y Castilla la Vieja; y el tercero, intermediario y menor que los otros, corresponde á las provincias de Teruel y Calatayud: todos juntos dan la imponente cifra de 145.500,000 metros cuadrados, á lo que debemos agregar que el espesor de este vasto depósito es de trescientos piés, y aun mayor en ciertos lugares. Una masa tan considerable de sedimentos de agua dulce manifiesta la antigua existencia de ríos inmensos que han vaciado su caudal durante un larguísimo espacio de tiempo en esos extensos depósitos. Tales ríos suponen á su vez grandes continentes que en esta reconstitución del pasado de nuestro hemisferio no se pueden colocar más que al noroeste de la Iberia, pues al norte son obstáculo las rocas antiguas de los Pirineos, al sur los granitos de los montes Carpetanos y los macizos silurianos de Sierra Morena, y al este los depósitos terciarios marinos de Andalucía y de Murcia, de Valencia y Cataluña; de manera que la Atlántida partía de la península ibérica hacia nuestro continente.

Ahora la cuestión se reduce á indagar si los nahoas se relacionan de alguna manera con la Atlántida. Según el relato de Platón, la ciudad principal de aquel continente sumergido estaba construída sobre un lago; era paludeana y es notable que los nahoas buscaban de preferencia los lagos para establecerse: conocemos por lo menos las siguientes ciudades lacustres: Aztlán, Mexcalla, Pátzcuaro, Texcoco, Chalco, Tzompanco, Chapultepec, Atzcapotzalco y México, grandes centros ó estancias importantes de la civilización nahoa. El idioma poco nos puede decir á este propósito, y sin embargo, llama la atención la última Thule del trágico latino, que parece que Islandia fué otra Tula, y que no faltan nombres de ciudades con la misma raíz como Toulon y Toulouse en Francia y Tolosa y Toledo en España. El mismo Platón nos conserva el nombre de una ciudad de la Atlántida, y una sola voz del idioma atlante que tiene gran relación con la palabra *chalchihuitl*, que en nahoa quiere decir piedra preciosa, y que puede acaso ser clave preciosa de la cuestión. Tenemos en las tradiciones teogónicas del África, que Hermes, el dios del comercio, es hijo de Atlas y de Maya: Atlas, montaña que está en África, es representante de la raza de esa región y Maya es la raza de Yucatán, la raza americana. El vascuence no tiene relación ninguna con las lenguas europeas, y sí tiene muchas con las americanas y especialmente con el nahoa; y es de notarse que los vascongados sostienen que son el pueblo más viejo de la Iberia. En la aritmética la combinación nahoa del 4 y el 20 se encuentra en los vascos, y como recuerdo en la edad de 4 veintes de los irlandeses y en el 80 de los franceses, que sin duda lo recibieron de los Celtas y éstos de pueblos más antiguos.

Las relaciones entre vascos y nahoas son probables; parece que son los atlantes que se extendieron al occidente en lo que es hoy el Nuevo Mundo, y ocuparon el oriente de la Atlántida con el nombre de iberos. Llegaron allí sin duda hasta lo que hoy es la Rusia, pues en ella se encuentra una Tula, y fueron detenidos por los etruscos, que es el hecho recordado por Platón: son los hiperbóreos de Theopompo, la población que, según las tradiciones célticas, fué obligada por la mar á abandonar sus islas lejanas y establecerse en lo que después fué Galia. En nuestro continente avanzaron hasta encontrar las grandes llanuras del Pacífico entre los grados 35 y 45. Extendiéronse todavía al Norte empujando á la raza monosilábica; pero la época glacial los obligó á buscar el rumbo del Sur, y es probable que, siguiendo siempre la costa del Pacífico, llegaron hasta el Perú, en cuya raza inca encontramos parentesco con los nahoas.

Sin embargo, esas emigraciones deben ser muy primitivas, pues la raza nahoa aparece en los tiempos primeros cortada en el Norte de nuestro territorio y extendiéndose solamente desde Sonora y Sinaloa hasta Chihuahua y Zacatecas, es decir, entre los grados 22 y 32 de latitud norte. Ocupaba el centro la raza otomí, y de la línea de Chiapas á Yucatán hacia el Sur se extendía por toda la América central, penetrando en la meridional la raza maya-quiché, que ocupaba también las islas del Golfo. Tal es la primera situación geográfica de las tres razas, de que podemos darnos cuenta después de la separación de los continentes.

La existencia de esas razas en la edad de la piedra sin pulir está demostrada con multitud de útiles de esa época que á cada paso se encuentran, y de los que algunos se continuaron usando después como las puntas de flechas, las lanzas de obsidiana y los cuchillos de sílex. Unidos estaban sin duda los continentes todavía en la época de la piedra pulida; y en esto alcanzaron nuestras razas tal adelanto, que sorprende como han podido labrar tan admirablemente sin ayuda del acero las materias más duras, el cristal de roca y las piedras preciosas. Pero la separación tuvo lugar antes de la edad del hierro, pues aquí no se conoció este utilísimo metal, no obstante que abunda por todas partes, y que en el mismo centro de la región nahoa, en lo que hoy es Durango, se levanta un cerro, el del Mercado, se puede decir de hierro puro, y bastante á abastecer él solo á todo el mundo.

A la edad del hierro se sustituye en nuestro territorio la edad del cobre, última muestra del adelanto de estas civilizaciones, con el laboreo de las minas de oro y plata y la explotación de rocas finísimas y de piedras preciosas. Acaso la abundancia de minas de cobre en Chihuahua, región muy principal de los nahoas, determinó esta nueva edad.

Respecto de la primera edad, ó sea la de la piedra sin pulir, tenemos como características las hachas, los cuchillos y las flechas. Aun cuando todos estos instrumentos se siguieron usando hasta la Conquista, se distinguen las más antiguas por la *patina* que las cubre y á veces por las *dentritas* que en ellas se notan. Estas primeras hachas son de sílex y labradas á golpe;



Cuchillo de sílex

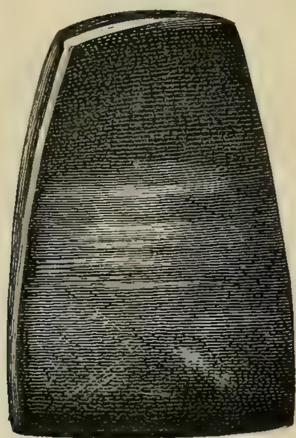
presentan generalmente una punta aguda por un lado y por el otro un filo más ó menos curvo. Se comprende que servían, según sus formas y tamaño, ya para la caza y la guerra, ya para el corte de madera y otros usos industriales. Son semejantes á las que se han encontrado en diversos lugares de Europa y Ásia.

Los cuchillos ó puntas de lanza son láminas de sílex, unas terminadas en punta y curvas por el lado opuesto y otras de doble punta, que agregándolas un mango sirven de cuchillos: las hay, aunque son raras, de forma triangular con un apéndice para fijarlas en el asta de la lanza. En estas armas la figura se ha dado al sílex por percusión. Su tamaño y forma varían y se encuentran en las diferentes regiones del país. Hemos tenido una doble punta encontrada en la Baja California á once metros de profundidad.

Las flechas tienen siempre forma triangular más ó menos prolongada y con un apéndice para fijarlas en el astil. Se encuentran de sílex, pero la mayor parte son de obsidiana: estas flechas y las navajas de la misma roca negra y vítrea, *itztli,* constituyen una especialidad de nuestro territorio. Tenían una manera particular nuestros antiguos pobladores para labrar la obsidiana: tomaban un trozo ó núcleo, y oprimiéndolo entre dos maderos iban desprendiéndose delgadas láminas curvas que les servían de cuchillos ó navajas, y continuando la operación daban al trozo la figura de lanza ó flecha. Las pequeñas flechas las formaban por percusión. Por un sistema semejante de presión, trabajan aún los esquimales sus trozos de sílex. La obsidiana de Pénjamo

parece que fué la más estimada, pues á largas distancias se encuentran objetos labrados de ella. Este trabajo esencialmente primitivo debe corresponder, aun cuando después haya persistido, á la época de la raza monosilábica. Parece que desde los primeros tiempos constituyó esta industria un verdadero comercio de armas, y más tarde fué objeto mercantil la misma obsidiana sin labrar, pues en Yucatán se encuentran flechas de obsidiana, y en Casas Grandes del Gila, en la frontera del Norte, no solamente se han hallado esas armas, sino los trozos que saltan al formarlas.

No conocemos hachas de este material, sin duda por ser vítreo y quebradizo; pero como se le daba un filo muy cortante, se empleaba en las navajas de la espada nahoa ó macana, *macuáhuitl.*



Pieza de macana. (Tamaño natural)

La piedra pulida corresponde, en nuestro concepto, á la raza nahoa, y aun tenían la tradición de que Quetzalcoatl, uno de los personajes representantes más caracterizados de esa raza, había introducido y enseñado el arte de labrar las rocas duras y las piedras preciosas. Las materias más usadas en esta época fueron el jade, el pórfido, el granito, la serpentina, la diorita, la piedra lidia y el jaspe; el sílex y la obsidiana de la época anterior los trabajaron también por pulimentación, y admiran verdaderamente las piezas de obsidiana que llegaron á pulir tan asombrosamente que de espejos les sirvieron; y no son menos notables los trabajos de nefrita y cristal de roca.

A esta época pertenece el gran número de hachas de piedra pulida que en nuestro territorio se encuentran: varía mucho el material de que están formadas, su tamaño y figura, notándose que unas son instrumentos de caza ó guerra, más pequeñas y aguzadas, y otras servían para los usos domésticos, como el corte de madera, pues son muy grandes y pesadas con filo de un lado y planas del otro para dar fuertes golpes. El hacha se usaba con un mango de madera algo curvo, que se ataba en la ranura que generalmente tenía aquel instrumento. En los jeroglíficos, es decir, en la época moderna, las hachas ya no aparecen como instrumento de guerra ó de caza, sino como utensilios para la industria, habiendo algunas pequeñas que se empleaban como cinceles para labrar las piedras duras.

Si la piedra pulida sirvió mucho para hachas, no se empleó para lanzas, cuchillos y flechas; pero sí se usaba, dándole mucho filo, en las navajas de las macanas.

La piedra pulida vino á constituir un gran adelanto en la arquitectura y sus relieves, en las estatuas de los dioses, en los amuletos y aun en el adorno de las personas. Parece que los primeros adornos fueron cuentas lisas de barro cocido: en el tajo de Tequixquiac se han encontrado conchas perforadas que sirvieron en aquella época primitiva para formar collares y pulseras. Esto y las plumas fueron el principal ornato de los primeros pueblos. Además de las conchas usaron caracoles perforados, que debían producirles un sonido semejante al de los cascabeles. En época posterior ya usaron las cuentas de barro labradas y pintadas de colores vivos, y comenzaron á usar cuentas de piedras sin más pulimento que el natural que tienen los pequeños cantos rodados de diorita, espato calizo, cuarzo, etc. Los taladros de estas piedras son imperfectos, y unidas por hilos vegetales ó por tendones, les servían de gargantillas, pulseras y pendientes. Más tarde comenzaron á labrar las piedras más finas y más duras, dándolas diversas formas y un pulimento admirable: las unas tenían forma de almendra y el taladro se les hacía en la parte superior para colgarlas en los collares; las otras tomaban la figura redonda ó algo alargada de cuentas, su taladro es cilíndrico; y se hacían principalmente de rocas verdes muy finas, que llamaban *chalchíhuitl,* y aun de piedras preciosas. Poco há hemos visto una cuenta de esmeralda perfectamente perforada.

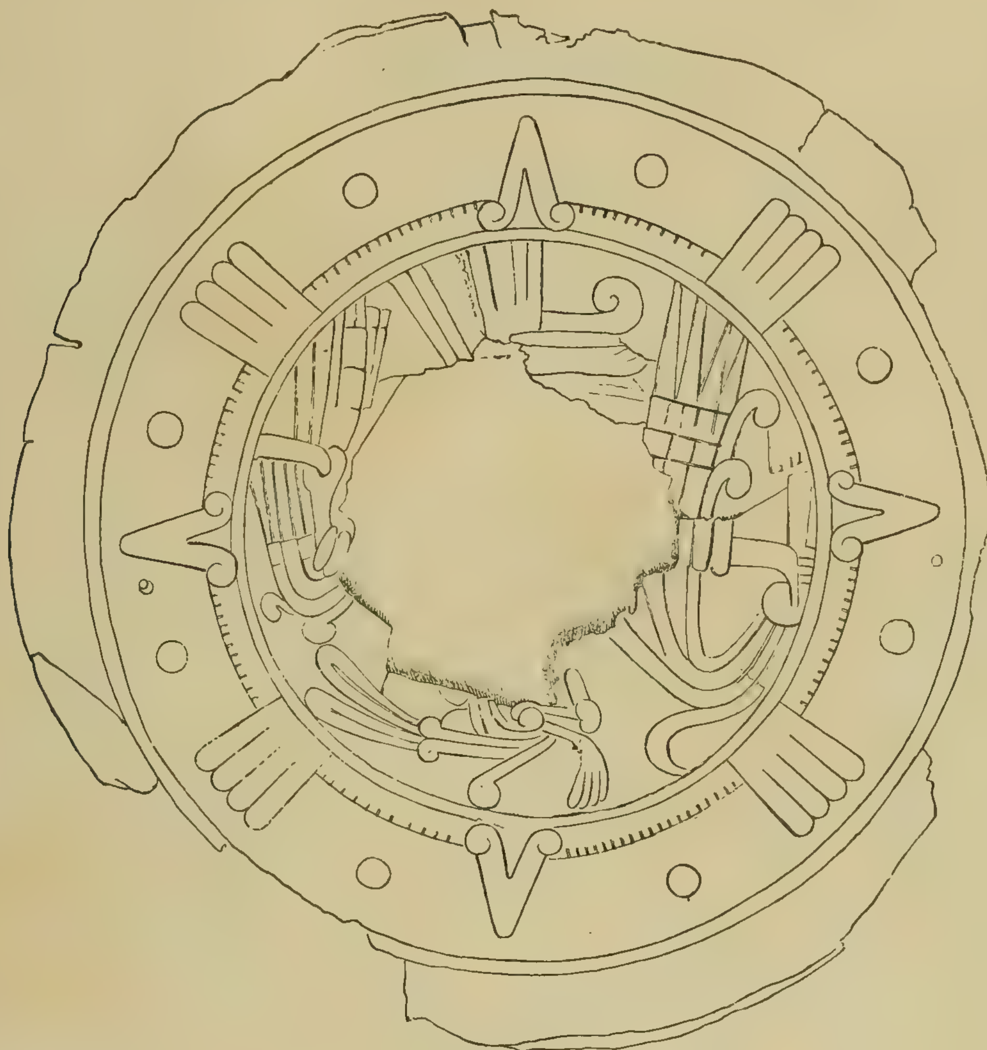
En cuanto á los amuletos é idolillos que usaban también colgados en los collares, encontramos en la época primera trozos muy incorrectos de barro cocido con pequeños pedazos sobrepuestos para figurar los ojos, la nariz y la boca, que muestran un estado rudimentario y acusan el atraso de una edad primitiva. Muestra de esto son los barros de Tuyahualco, ciudad muy antigua que se cree fué sepultada en las cenizas que produjo en tiempo inmemorial la erupción del Axochco. Después encontramos estos idolillos y amuletos con un trabajo verdaderamente precioso, formados de las rocas más finas, de obsidiana y de oro.

Pero, como ya hemos observado, nuestras razas no pasaron de esta edad de la piedra pulida á la del hierro, pues jamás usaron de este metal. Hemos dicho que en nuestro territorio se sustituyó esta edad por la del cobre. Es de presumir que el oro que se encuentra en forma de pepitas en la región nahoa (á ella pertenecía California), y el cobre que se halla á menudo en estado nativo y en trozos considerables, llamaron la atención de aquellos pueblos por su brillo y apariencia exterior. Más útil el cobre para ciertos usos, empleáronlo para hachas,

cinceles y otros instrumentos, y después que aprendieron á fundirlo lo usaron para objetos de ornato, idolillos y relieves. Llaman la atención unas agujas de cobre que hay en el Museo y un disco con el sol grabado que fué traído del rumbo de Zapotlán.

El hallazgo del cobre y el principio de su uso se revelan en el nombre que le impusieron los nahoas: llamáronle *tepuztli*, palabra compuesta de *tetl*, piedra, y de *puztectli*, cosa que se quiebra como palo.

De todo esto se deduce que á la raza primitiva corresponde la época de la piedra sin pulimentar; que los nahoas introdujeron la piedra pulida; pero como no conocieron el hierro, que usaron los aryas y que fué propagado en el Viejo Mundo por sus emigraciones,



Sol de cobre



Radio del círculo exterior del original



Radio del círculo mayor del dibujo

claro es que nahoas y aryas no tuvieron ninguna relación y que la separación de los continentes tuvo lugar en la época de la piedra pulida, formándose después en nuestro territorio una edad especial, la edad del cobre.

Bajo estos auspicios se fundaron las tres civilizaciones. La más primitiva, la otomí del centro, antigua ocupadora del territorio, ni siquiera puede llamarse propiamente civilización. Agrupaciones de una familia á lo más que habitaban en una caverna sin Dios y sin patria. En un clima benigno no necesitaban vestirse, y solamente adornaban su cuerpo de plumas y figuras fantásticas. Vivían de los frutos naturales y de la caza, que era abundante, y acaso emplearon por único placer el uso en pipas del tabaco silvestre. Si llegaron por la necesidad del alma á formar seres superiores, inventáronlos animales. Si tuvieron ritos, sólo fueron los funerarios que tiene que crear la pena del corazón. No teniendo ciudades ni ganados y desconociendo la agricultura, no podían comprender la propiedad; y sin

patria y sin ciudad debe haberles sido desconocida la guerra, y solamente podrían tener riñas por enemistades de familia ó en defensa de su hogar. Para éste tuvieron que inventar el fuego, y existe la tradición y se conmemoraba en ceremonias solemnes, de que lo encontraron frotando de punta un palo seco sobre el hueco de otro horizontal.

La segunda raza se estableció ya con la civilización que traía, ocupando en un principio el territorio del uno al otro Océano y escogiendo después de preferencia el lado del Pacífico más propio para la agricultura. Generalmente los pueblos han pasado del estado cazador al pastoril; no habiendo aquí rebaños, la transición fué inmediatamente al agricultor. Hay motivos para presumir que la parte oriental de este continente, que era la más baja, permaneció algún tiempo bajo las aguas, y huellas hay de que en la occidental abundaron las lagunas. Así es que aquella civilización debió ser lacustre; pero no ha de entenderse que los nahoas formaron sus habitaciones en los lagos sobre pilotes, sino que se establecieron en las islas que en ellos había. Veremos más adelante el progreso y desarrollo de esta civilización.

La del Sur nos es conocida ya con influencias extrañas que tenemos que estudiar después; y reduciéndonos sólo á la península maya, podemos decir que su terreno ha salido de las aguas y por lo mismo es posterior. El mismo nombre maya lo indica, pues es voz esa que quiere decir: la huella del agua ó el sedimento de la tierra que el agua deja al escurrirse. Naturalmente llegaron después sus habitantes, y por esto y por lo llano de la región no pudieron tener la época de las cavernas, á pesar de ser pueblo monosilábico primitivo, y debieron comenzar con la vida lacustre.

Así se establecieron los gérmenes de las tres civilizaciones que debían irse desarrollando en el transcurso de los siglos, hasta que la nahoa, más perfecta y más poderosa, se extendiera y dominara en todo el territorio.

CAPÍTULO II

Las cuatro épocas ó soles. — El Atonatiuh ó sol de agua. — Fábula de los gigantes. — Su muerte. — Desaparición de los grandes paquidermos. — El Ehecatonatiuh ó sol de aire. — Recuerdos de la época glacial. — Edad de las cavernas — El Tletonatiuh ó sol de fuego. — Las erupciones. — Recuerdos de otros pueblos. — Tradiciones bíblicas. — Tlatonatiuh ó sol de tierra. — Su época probable. — Verdadera cronología de los soles. — Edad de la raza nahoa. — Referencia de los cuatro signos cronográficos á los cuatro soles. — Los cuatro vientos. — Los cuatro elementos. — Variación del orden de los soles. — El monolito de Tenanco — La figura central de la piedra del Sol. — El quinto sol.

Contaban los nahoas cuatro épocas ó edades desde su existencia como raza, ó sea desde su establecimiento en nuestro continente. Según sus tradiciones, en cada una de ellas había perecido la humanidad salvándose solamente una pareja, que en cada caso había servido para perpetuar la raza. Al fin del cuarto sol la destrucción no había sido tan grande como en las tres primeras. Si recurriéramos á los cronistas para explicar las cuatro épocas ó soles, nos encontraríamos con una gran diferencia en todos ellos, no solamente sobre su número y orden, sino principalmente en lo que á la cronología se refiere. El mismo Humboldt, que fué el primero que dió á conocer los jeroglíficos relativos del códice Vaticano, confundió su sucesión. Nosotros nos valdremos de esas pinturas como la fuente más auténtica para explicar los cataclismos que sufrió la raza humana y de los cuales conservaban perfecto recuerdo los nahoas.

Representa la primera pintura el *Atonatiuh* ó sol de agua: es la primera catástrofe; la destrucción de la especie humana por las aguas que inundaron la tierra habitada. La escena, digámoslo así, está pasando dentro de un gran símbolo del agua, terminado en diversas direcciones en puntas con gotas. En el original este fondo es azul como el Océano.

De la parte superior de la pintura baja la diosa del agua, *Chalchiuhtlicue* ó *Chalchicueye*, la de las enaguas azules, la de la cauda azul, como con inspiración poética la llamaban los nahoas. Al mirar un extenso lago ó la mar tranquila, se comprende la belleza de la figura conque la teogonía nahoa decía á la diosa del agua, *la de la falda azul*. Adorna la cabeza de la diosa el símbolo *ácatl*, caña, que le forma pintoresco y elegante tocado. Nada más natural que el que adornasen los aztecas á la diosa del agua con la caña que en tupidos grupos crece en las lagunas de nuestro Valle, los cuales cimbrados por el viento al caer la tarde, forman no sabemos qué misterioso concierto que remeda el gemido de nuestros bosques de ahuehuetes y el arrullo de las tórtolas del Anáhuac. El adorno de la espalda semeja en las dos fajas que caen y que se ven sembradas de puntos, el símbolo del *milli*, campo ó *milpa;* y en la parte superior parece que brota una mazorca de maíz. Simbolismo también muy propio, pues que el agua, fecundizando los campos, hace nacer en ellos los frutos bendecidos. Por oposición la diosa tiene en las manos un estandarte compuesto de los símbolos de la lluvia, los rayos y los relámpagos, ya para significar esta frase del agua, opuesta á la que acabamos de describir, ya para darnos á entender que el cataclismo que la pintura representa tuvo por origen el agua. El color de sus enaguas, *cuéyetl*, y de las sandalias, *cactli*, así como el collar de hojas y flores que la adornan, simbolizan también los benéficos efectos de la diosa.

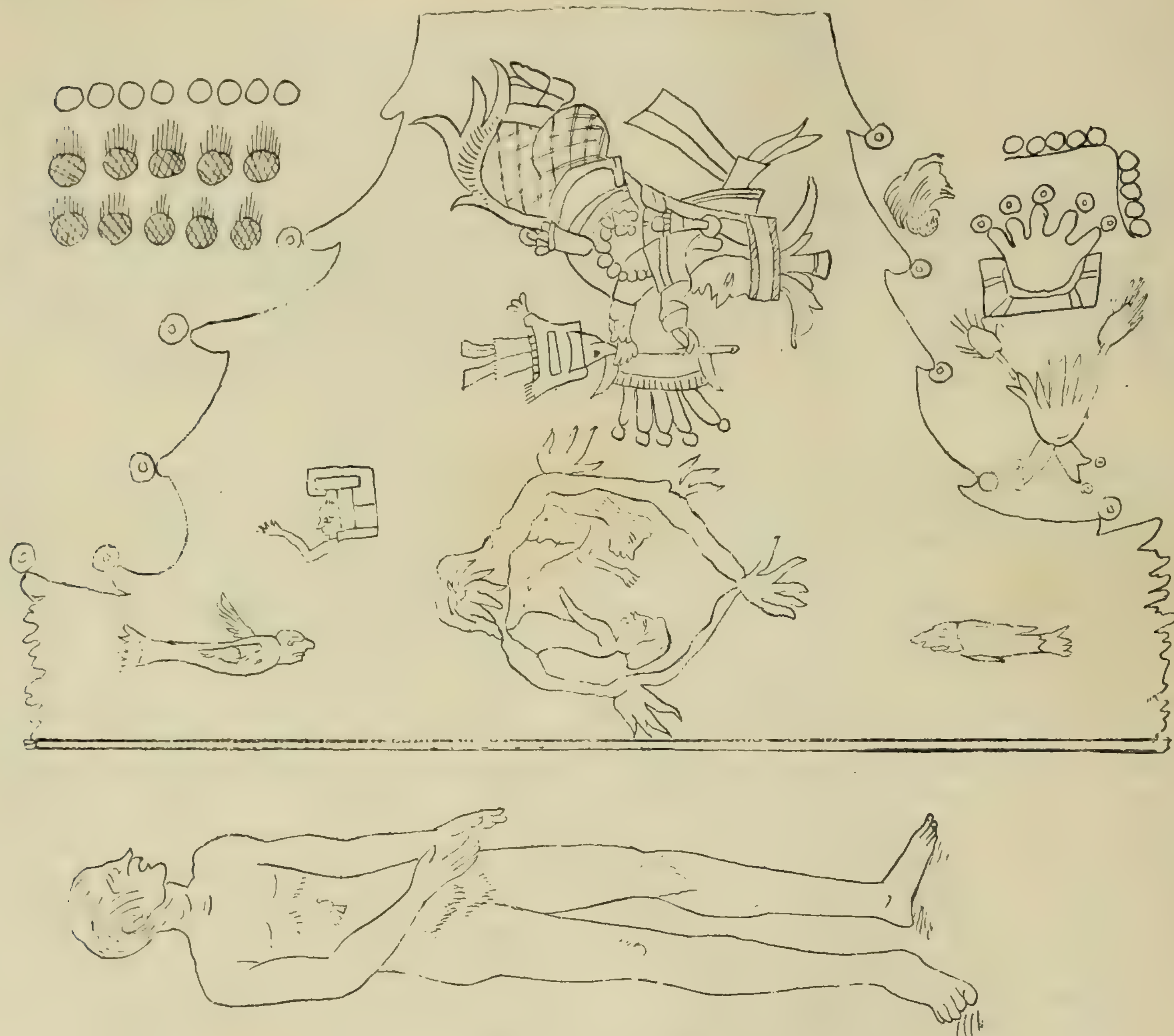
Inmediatamente debajo de ella se ve á un hombre y una mujer desnudos en la actitud de estarse hablando, los cuales se salvan de la inundación en el tronco hueco de un *ahuéhuetl*, que conserva todavía sus verdes ramas y que sobrenada en medio de las caudalosas aguas que lo rodean.

A derecha é izquierda de este grupo está la imagen de un pescado, significando que todo lo cubrió el agua, y que solamente los peces quedaron viviendo en la tierra en un océano convertida. Y para dar mayor fuerza á esta idea, sobre el pescado de la izquierda se ve el símbolo casa, *calli*, del cual sale la cabeza de un hombre y un brazo extendido, como en actitud de nadar, para representarnos que los hombres se ahogaron, que las casas y ciudades fueron cubiertas por el agua y

que solamente se salvó el par que en empeñada conversación se ve en el ahuehuete.

No puede pintarse de una manera más concisa, pero más enérgica y expresiva, la catástrofe del *Atonatiuh:* podemos decir sin exageraciones que los más hermosos cuadros, la misma pintura de Poussin, inmortal en los fastos del arte, no nos dan una idea tan completa de aquel espantoso suceso como este sencillo jeroglífico de nuestros antiguos indios.

Al fin de la pintura y fuera del cuadro simbólico del agua está un hombre muerto de un tamaño proporcionalmente colosal.



Sol de agua.—Atonatiuh

Naturalmente sobre este hecho, consignado en los viejos jeroglíficos, é inspirados en la misma pintura, formáronse relatos de leyendas que varían según los cronistas que nos los conservaron. Llámase á esta edad *Conizutal* ó cabeza blanca, para significar que es la más antigua. Cuéntase que los hombres quedaron convertidos en *Tlacamichin,* personas pescados; que los náufragos fueron adorados por dioses, y que uno de ellos fué *Quetzalcoatl.* Otros dicen que no se salvó únicamente un par en un ahuehuete, sino que escaparon siete en unas cuevas. Refiere alguna crónica que llovió tanta agua y en tanta abundancia, que se cayeron los cielos y las aguas se llevaron á todos los indios maceguales, y de ellos se hicieron todos los géneros de pescado que hay. Los historiadores que tratan de encontrar en nuestras antigüedades conformidad con el relato bíblico, dicen que éste fué el diluvio, y agregan de su cosecha algunas tradiciones conformes con la de Noé, como que la destrucción se verificó por rayos y aguaceros, que las aguas subieron quince codos sobre los más altos montes, que se salvaron unos pocos en un *toptlipetlacalli* ó arca cerrada, y de ellos se multiplicó la especie, y que para escapar á otro diluvio, *Xelhua* construyó una torre altísima, que es la pirámide de *Cholóllan,* y durante su construcción sobrevino la confusión de lenguas y la dispersión.

Si examinamos la pintura, único dato auténtico que de los mismos indios tenemos, se verá desde luego

que no hay tal arca cerrada, ni torre de Babel, ni confusión de lenguas. Ni representa siquiera una catástrofe en que cayeran los cielos convertidos en lluvias abundantes: entonces el dios que preside el cataclismo habría sido *Tlaloc*, dios de las tempestades, y no *Chalchiuhtlicue*, diosa de las corrientes de agua. La pintura no representa el diluvio, sino una desgracia acaecida particularmente á la raza nahoa: es una invasión del agua que hunde las tierras, y con ellas ciudades, casas y habitantes; es, en nuestro concepto, el recuerdo indeleble de la desaparición de la Atlántida. Y creemos que es confirmación, el hombre muerto que al pié se ve, y que expresa la muerte de los gigantes y la destrucción de la primera raza.

En todos los pueblos primitivos encontramos fábulas de gigantes: no podían faltar, pues, á nuestros antiguos indios. De ellos estuvo poblado nuestro territorio, según creían y acreditaban con los grandes huesos de paquidermos que encontraban fósiles: pero estos gigantes, llamados *quinamétzin* ó *hueytlacame*, perecieron en el *Atonatiuh*, y esto representa el pié de la pintura. Escaparon, sin embargo, algunos, que daban muchas molestias á las tribus que después llegaron, obligándolas á que les tributaran grandes comidas; por lo que dichas tribus se reunieron en consulta y acordaron acabar con ellos; para lo cual les dieron un banquete en que los embriagaron con pulque, matando á todos cuando en ese estado se encontraron. El héroe de esta aventura es también *Xelhua*, el constructor de la pirámide de *Cholóllan*, el jefe de los ulmecas, que ya hemos mencionado.

En la historia geológica de nuestro territorio tiene la muerte de los gigantes significación distinta de la que la fábula le atribuye. Los grandes yacimientos de huesos fósiles, que en muchísimos lugares se encuentran, acreditan que hubo un tiempo en que abundaron aquí los cuadrúpedos conocidos en el Viejo Mundo y entre ellos los grandes paquidermos. Cuando llegaron los españoles, los indios ni siquiera conservaban recuerdo, ya no solamente de los elefantes, ni aun de las vacas, caballos y demás cuadrúpedos domésticos; pues únicamente conocían un perro especial, *itzcuintli*, que no ladraba ni tenía pelo. Pues bien, los nahoas habían colocado la destrucción de esos cuadrúpedos, y especialmente la de los gigantescos *quinamétzin*, en la catástrofe del *Atonatiuh*. Nada más lógico que el que los mares inundando las tierras los hubieran hecho perecer; y no ha faltado sabio que haya hecho la profunda observación de que la separación de los continentes dejó el nuestro tan angosto que no correspondía ya á las necesidades vitales de los grandes paquidermos, que por esta circunstancia perecieron. Esto concuerda con nuestra pintura: el *Atonatiuh* es el hundimiento de la Atlántida y en él perecen los gigantescos *quinamétzin*.

Volviendo á nuestra pintura, agregaremos que, fuera de lo que puede llamarse el cuadro de la catástrofe, hay á la izquierda varios signos numéricos y á la derecha signos numéricos y diferentes símbolos. Los números de la izquierda dan en opinión general, y con ella la de Humboldt, 4008 años desde la época en que los nahoas ponían la creación de la humanidad hasta este primer cataclismo ó sol de agua. Los signos de la derecha, teniendo como tenemos ya el año del suceso en los de la izquierda, nos dan el día en los puntos numéricos y el símbolo del agua que rodean, el cual es el *matlactli atl*, y el mes *Atemoztli* en la figura inferior. Nos queda á la izquierda de los numerales un símbolo que parece una atadura de hierbas y que representa el solsticio de invierno.

La segunda edad ó catástrofe fué el *Ehecatonatiuh* ó sol de aire. Examinemos la pintura correspondiente del códice Vaticano. Como en la primera, baja también en ésta un dios de la parte superior: el dios es *Quetzalcoatl*, fácil de reconocer en su cauda de culebra adornada de plumas, en el báculo que sostiene en la diestra y el plumero de *quetzalli* que empuña en la siniestra. Como *Quetzalcoatl* era el dios del viento, se comprende que la catástrofe aquí pintada tuvo por motivo grandes y espantosos huracanes. Así lo significan claramente las cuatro figuras que rodean la caverna que se ve en la parte inferior del cuadro; esa figura es el símbolo muy conocido de *ehécatl*, el viento; está á las cuatro extremidades de la gruta, y de sus bocas salen cuatro grandes cuadrados como para mostrar que el viento sopló con furia en todas direcciones.

Se resiste uno á creer que solamente huracanes hayan causado tan gran catástrofe, que hubiesen concluído con la raza humana. Si, como pensamos, estas pinturas están tomadas del *Teoamoxtli*, es decir, de la religión que los tolteca trajeron de los pueblos del Norte que fueron su cuna, si esto forma parte de la teogonía tlapalteca, en aquellos pueblos y en sus condiciones geográficas debemos buscar la verdad de esta época.

Desde que por primera vez vimos esta pintura, nos llamó la atención algo que no nos pudimos explicar satisfactoriamente. De las bocas de los *ehécatl* salen los cuadrados formados por líneas paralelas que representan sin duda alguna las corrientes de aire: estos cuadrados siguen, como hemos dicho, la dirección de los cuatro lados de la pintura, en lo que fácilmente se comprende la idea de que el viento sopló por todos rumbos y que fué un huracán deshecho. Pero hay además diversas líneas curvas de puntos, que también en todas direcciones figuran caer sobre la tierra. Estas no pueden ser la manifestación de las corrientes de aire, pues los *ehécatl* y los cuadrados que, por decirlo así, soplan, son bastantes á dar la significación del huracán. La escritura jeroglífica es y tiene que ser demasiado sencilla; no puede admitir lo que llamaríamos pleonasmos de la figura. Por lo mismo, dichas curvas de puntos

tienen que significar algo diferente. Se observa también que la parte superior de la caverna en que se salva el par representante de la humanidad, muestra unas peñas cubiertas de algo blanco, como si quisiera ser la representación de la nieve; la entrada, que aparece como la boca de una serpiente, manera jeroglífica muy usada de representarla, se ve blanca. Los hombres salvados se ven también blancos, á diferencia de los de la pintura del *Atonatiuh*, que tienen su color natural. Si agregamos á esto que las curvas amarillas de puntos significan jeroglíficamente las nevadas, creemos que no es aventurado decir que la pintura es un recuerdo de la época glacial. Se conservaba la tradición de que en ese segundo sol ó época la humanidad había sido devorada por los tigres, lo que nos trae á la mente el recuerdo sincrónico de la edad de las cavernas. Llama la aten-



Sol de aire.—Ehecatonatiuh

ción que mientras los *ehécatl* están en las cuatro extremidades de la caverna y en la parte inferior de la pintura, como pretendiendo explicar que el huracán soplaba en la tierra, salgan de la parte superior, del mismo dios, del cielo, las curvas de puntos que bajan á rodear la cueva en que se salvan un hombre y una mujer que hablan expresivamente frente el uno del otro.

Tenemos, pues, que siguiendo de manera exactísima la historia de nuestro planeta tal como nos la enseñan los últimos descubrimientos de la ciencia, los nahoas conservaban como recuerdo de la segunda calamidad que sufrió su raza, la memoria del *Ehecatonatiuh,* es decir, de la edad de las cavernas y de la época glacial, en que la humanidad se destruyó en gran parte en lucha terrible con las fieras y con los elementos.

Así como en el *Atonatiuh* se ven pintados unos peces, ya para dar á entender que la tierra toda se cubrió de agua, ya para significar su creación, de la misma manera en el *Ehecatonatiuh* se observan tres monas, *ozomatli,* una caminando sobre la caverna, y las otras dos saltando una á derecha y otra á izquierda.

También la fábula debía sacar provecho de esta

pintura; y de la misma manera que decían que los hombres de la primera edad se habían convertido en *michi*, pescados, inventaron que en la segunda se tornaron en monas, *ozomatli*. Otra leyenda dice que de los grandes huracanes habían escapado algunos hombres refugiados en cuevas, y que cuando salieron á ver lo que había pasado, hallaron la tierra poblada de monos que había traído el viento. En la tradición mexicana esta catástrofe no había destruído á la humanidad, sino que el viento fué tan impetuoso que derribó los árboles, arruinó los edificios y destrozó las montañas, y á las gentes las transformó en *ozomatli*.

¿Qué quisieron significar las nahoas con las monas? ¿La aparición entonces de los cuadrumanos, ó que los hombres, como ellos, anduvieron por las montañas, y fueron á buscar refugio á las cavernas? No lo sabemos: pero nos llama la atención que *óztotl*, caverna, y *ozomatli*, mona, tengan la misma raíz *oz*.

Sí debemos notar, que así como la destrucción de los gigantes en el primer sol, no puede significar más que la desaparición de los grandes paquidermos que habitaban estas regiones, y cuyos huesos se encuentran en gran abundancia en nuestro país, así la huída de las monas confirma la época glacial, pues animal es éste que busca y habita los países cálidos, y que naturalmente abandonó la tierra en que hizo estragos el *Ehecatonatiuh*.

El señor Orozco creía que las monas podrían relacionarse con la aparición de la raza negra en nuestro territorio: más bien la tendrían con su alejamiento, y esto explicaría cómo, huyendo de los lugares fríos, se encontraron sus restos en los pantanos cálidos de las costas de nuestro continente.

En esta pintura tenemos también signos numéricos que nos marcan la época del acontecimiento: los de la derecha, según opinión general, expresan que el *Ehecatonatiuh* tuvo lugar 4810 años después del *Atonatiuh*, y los símbolos de la izquierda significan que el hecho aconteció el día *ce océlotl* del mes *Pachtlt*. Encontramos junto el manojo de hierbas; pero sus puntas se dirigen hacia abajo: expresa el equinoccio de primavera.

La tercera época ó edad fué el *Tletonatiuh* ó sol de fuego, llamada también *Tlequiáhuitl* ó lluvia de fuego. Poniendo atención á la pintura en que se representa, se ve que semeja la forma de una olla ó *cómitl*. Sus dos lados son dos fajas curvas que en sus cuadros de colores alternados, terroso y amarillo, simbolizan los campos; y en los puntos de estos cuadrados y en las hojas que de ellos brotan, significan que la tierra estaba cultivada y producía frutos. El estar pintada la tierra en figura de olla y de color rojo, da la idea de que se llenó de fuego.

Al lado de la gruta en que se salva el par representante de la humanidad, se ve á derecha é izquierda el símbolo *calli*, casa, unido á la representación figurativa de la hierba ó sembrado. Como los dos lados de la figura principal son dos fajas de campos sembrados, se ha querido significar, que cuando sucedió esta catástrofe, la tierra producía frutos en abundancia; y en las casas y las hierbas de la parte interior se expresa que el fuego destruyó las ciudades y los campos.

Aquí también un dios baja de la parte superior de la pintura: es el dios de los fuegos volcánicos. El círculo de que sale es rojo, y parece figurar un cráter formado por dos circunferencias concéntricas de piedras negras y amarillas. El rostro del dios es terrible y amenazador. En las manos tiene, como lanzándolo sobre la tierra, una especie de estandarte á semejanza del de la *Chalchiuhtlicue*, pero éste se compone de dos hileras de *técpatl*, piedras volcánicas, y una lluvia amarilla de lava y fuego. A la espalda trae un gran *técpatl* rojo, color conque en ninguna otra parte se ve pintado, como expresión del fuego ardiente. Tiene el dios una gran cauda amarilla de fuego en la que se ven los símbolos de los relámpagos y de los truenos, de la misma figura en que están representados en el mango ó asta del estandarte de *Chalchiuhtlicue* en el *Atonatiuh*.

El dios es de color amarillo, y la pareja que se salva en la gruta y que, como de costumbre, está en empeñada conversación, es del mismo color. Al dios del fuego *Xiuhtecuhtlitletl*, le llamaban también el dios amarillo. Representando esta catástrofe la época en que se produjeron la multitud de erupciones cuyos rastros se contemplan por todo nuestro país, la atmósfera estaba cargada de vapores sulfurosos, y el sol y todos los objetos debían verse amarillentos. Por eso la pareja que se salva en la gruta está pintada de color amarillo. En este lugar de salvación, como en los de las pinturas anteriores, el fondo es rojo, expresando siempre que allí se conservó el fuego del hogar; pero aquí el borde de la gruta es verde y parece manifestar, con ese color fresco de los bosques, que no llegó allí el incendio de la tierra; y como no tiene el signo de la salida que, según vimos, es la boca de una serpiente, de suponer es que se haya querido representar una gruta subterránea.

Así como en la primera pintura se observan dos peces, y en la segunda tres monas, en ésta se ven tres aves alrededor de la gruta; de donde vino también la tradición de que los hombres se habían convertido en pájaros. ¿Será que quisieron significar la aparición de las aves? Examinándolas con cuidado, vemos que la que se halla á la derecha de la gruta y la superior de la izquierda vuelan hacia arriba, abriendo los picos como si gritaran, y manifestando en su actitud que huyen espantadas del fuego que cae del cielo é inunda la tierra. Esta idea se confirma con la figura de la tercera ave, que baja muerta, con las alas sin movimiento, con la cabeza hacia el suelo y salida la lengua. Llama verdaderamente la atención la manera clara conque los

antiguos indios sabían describir una gran catástrofe, aun en sus detalles, usando apenas de líneas sencillísimas, de muy corto número de figuras y de unos cuantos colores.

En una de las tradiciones se llama á esta época *Quiatonatiuh* (debe ser *Quiauhtonatiuh),* que quiere decir solamente sol de lluvia, aun cuando se refiere á lluvia de fuego. Agrega esa tradición que tomó este sol el nombre del día *nahui quiáhuitl* en que cayó una lluvia de fuego, y se propagó el incendio con una lluvia de ceniza; que llovió fuego y arena, por cuya causa se quemó é hirvió la piedra, se formaron peñascos y las rocas coloradas llamadas *tezontli.* Esta tradición del códice tolteca confirma de manera grandiosa la interpretación de la pintura del códice Vaticano: la catástrofe fué producida por las innumerables erupciones volcánicas



Sol de fuego.—Tletonatiuh

que tuvieron lugar en nuestro territorio, y cuyas huellas se encuentran por todas partes donde quiera que se dirija el paso, desde la espléndida cuenca de nuestro Valle de México hasta las grietas inmensas de Atenquique, y desde allí hasta el antiguo hervidero de montañas de Guatemala. ¡Magnífica imagen de las erupciones! la lluvia de fuego, de arena y de cenizas; la piedra que hervía; las corrientes de lava, que, endurecidas por el frío de los siglos, forman por todas partes, y á las puertas de la misma capital, nuestros extensos pedregales; las rocas rojas formadas por el *tezontli,* que es una lava; todo, todo es una manifestación clara y expresiva de la época de las erupciones; todo confirma como argumento irresistible que los soles de los nahoas eran edades cosmogónicas, verdaderas catástrofes para su raza, cuyo recuerdo conservaban grabado de un modo indeleble en la gran biblioteca de la memoria de los pueblos.

En la pintura del *sol de fuego,* como en las anteriores, tenemos también los numerales de los años que duró la tercera edad, que son 4804, según opinión general; habiendo tenido lugar el suceso en el día

chicumani ollin del mes *Xilomaniliztli*. También vemos la atadura de hierbas en distinto sentido de las anteriores; y aquí expresa el solsticio de verano, época del fuego, de los grandes calores.

Estos soles ó edades, recuerdos de las catástrofes que pesaron sobre la raza nahoa, no fueron tradición que recibieron de otros pueblos, sino memoria de propios sucesos; si bien otras razas, que iguales ó semejantes calamidades habían sufrido, consignaban cataclismos parecidos. Si esas épocas fueron grandes trastornos de la Naturaleza que en peligro pusieron la existencia de la humanidad, deben corresponder precisamente á las condiciones geográficas de los pueblos que lo recuerdan, pues catástrofe que tuvo lugar en cierta localidad, bien pudo no sólo no verificarse sino ser imposible en otra. Si, como parecen demostrarlo los adelantos de la ciencia paleontológica, el hombre vivía ya en ambos continentes en la época posterciaria; si es cierto también que aquella fué la época de los grandes paquidermos, y si ya parece indiscutible que en aquellos tiempos se separaron los continentes y las aguas del mar hundieron para siempre una gran porción de tierra, llámesele Atlántida ó como se quiera, lo cierto es que fué lógicamente natural el recuerdo de este suceso, así en nuestro continente como en los pueblos sincrónicos del Viejo Mundo.

La primera catástrofe, dicen las antiguas poesías del país de Gales, fué el desbordamiento de *Llyn llion* ó lago de las olas, y la inundación general *Cawdd*, de cuyas resultas todos los hombres se ahogaron á excepción de Dwyfan y Dwyfach, los cuales salváronse en un barco sin aparejos, siendo ellos los pobladores de la isla de Bretaña. Siendo esta isla colindante, digámoslo así, del lugar de la catástrofe, vemos también á un grupo de atlantes salvándose en ella, cuando las olas del Océano hundieron la tierra y separaron las islas británicas del continente.

En las Eddas se cuanta que los hijos de Borr, nieto del primer hombre, dieron muerte á Ymir, padre de los gigantes del hielo, cuyo cuerpo les sirvió para construir la tierra. La sangre que de sus heridas corrió fué tanta, que en ella se ahogó toda la raza de los gigantes, excepto Bergelmir que se salvó en un bajel con su esposa. Así en Escandinavia encontramos el recuerdo de la catástrofe por inundación, y de la época glacial que corresponde á su latitud.

Pero las tradiciones bíblicas, de origen puramente asiático y nacidas en lugares muy lejanos del hundimiento, son diferentes y corresponden á otro suceso: no es el Océano lanzándose con furia sobre la tierra; es un diluvio que cae de las nubes del cielo. Tenemos dos narraciones que no dejan duda sobre el carácter del cataclismo. Dice la primera que siendo Noé de seiscientos años, el diluvio fué sobre la tierra; que entraron Noé, Sem, Jam y Yafet, y la mujer de Noé y las tres mujeres de sus hijos con él en el arca; que aquel día fueron rotas todas las fuentes del gran abismo y abriéronse las cataratas de los cielos; que prevalecieron las aguas y crecieron grandemente sobre la tierra, y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas; que cubrieron todos los altos montes que hay debajo de todos los cielos; y que subieron las aguas sobre la tierra ciento cincuenta días. La segunda dice que Jahvé dijo á Noé: Yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches y raeré toda sustancia que hice de sobre la tierra. É hizo Noé lo que le mandó Jahvé. Y entraron Noé y sus hijos y su mujer y las mujeres de sus hijos en el arca, por causa de las aguas del diluvio. Y Jahvé cerró la puerta del arca. Y sucedió que el séptimo día las aguas del diluvio fueron sobre la tierra. Y hubo lluvias cuarenta días y cuarenta noches. Y fué el diluvio cuarenta días sobre la tierra.

En el antiguo imperio babilónico encontramos la misma tradición. El dios Bel reveló al rey Xisuthros, durante el sueño, que el 15 del mes Baesios sobrevendrían grandes lluvias, y todos los hombres perecerían ahogados. Ordenóle retirar todos los manuscritos, así antiguos como modernos, á la ciudad del sol Sippara, y construir una nave para refugiarse en ella con sus parientes y amigos particulares; debiendo además embarcar víveres y agua, así como también aves y cuadrúpedos. Xisuthros se conformó con esta orden y construyó un buque de nueve mil piés de largo y mil doscientos de ancho, en el que hizo entrar á su mujer y á su hijo, á sus parientes y amigos. Sobrevino el diluvio. Cuando la lluvia cesó, Xisuthros dejó ir algunas aves; pero volvieron á la nave porque no hallaron comida ni sitio donde pararse. A los pocos días dejó ir otras aves que también volvieron á la nave, pero con las patas llenas de barro. Xisuthros dejó ir por tercera vez otras aves. Estas últimas no volvieron; de donde dedujo que la tierra había reaparecido.

Como se ve la tradición es la misma; solamente que aquí el Noé se llama Xisuthros.

En la doctrina de Zoroastres, que vivió siglos antes que Moisés, dice el Bundehex, que para castigar los crímenes de la raza abominable de los Jarfesters, Taxter y los Yzeds, hicieron llover tanto sobre la tierra, que las aguas la cubrieron hasta la altura de un hombre, pereciendo en consecuencia todos los Jarfesters.

El Zatapatha Bráhmana, poema sanscrito, dice que una mañana llevaron á Manú agua para lavarse, y que del agua se le quedó un pez entre las manos que le dijo: «Sálvame y yo te salvaré.» Pronto llegó á ser un pez enorme, y entonces dijo á Manú: «En el mismo año de mi completo desarrollo vendrá el diluvio; construye luego un barco y adórame; cuando las aguas inunden la tierra métete en el barco y te salvaré.» Manú arrojó el pez al Océano. En el año que había indicado, Manú construyó un barco y adoró al pez; y cuando el diluvio sobrevino se refugió en el barco. Entonces el pez se

acercó nadando á Manú, el cual amarró el cable del barco á las agallas del pez, y por esto logró pasar debajo de la montaña del norte. El pez le dijo: «Te he salvado; ata el barco á un árbol para que el agua no lo arrastre mientras estás en la montaña; y á medida que las aguas desciendan bajarás.» Manú descendió con las aguas; y á esto llaman la bajada de Manú. El diluvio arrastró consigo á todas las criaturas, y solamente sobrevivió Manú.

Los lithuanos de raza jafética contaban que el dios Pramzimas, al ver la maldad de los hombres, envió á dos gigantes, Wandu y Wejas, el agua y el viento, para destruirlos. Aquí hay por la latitud también un recuerdo de la época glacial.

Los griegos, que derivaban su teogonía del Asia, tenían dos leyendas sobre el diluvio. La primera se refiere á Ogyges, el rey más antiguo del Ática, cuyo nombre se deriva de la voz sanscrita *augha*, que primitivamente significó diluvio. Todo el país fué invadido por las aguas que se elevaron hasta el cielo, salvándose Ogyges en un barco con algunos compañeros. La segunda leyenda es la de Deucalión. Habiendo resuelto Zeus acabar con los hombres de la edad de bronce para castigar sus crímenes, Deucalión, por consejo de su padre Prometeo, construyó una arca en la cual se refugió con su mujer Pirrha. Cuando llegó el diluvio, sobrenadó el arca á merced de las olas durante nueve días y nueve noches, arrojándola luego las aguas á la cumbre del Parnaso.

Como se ve, todas las tradiciones de origen asiático hablan de un diluvio, de una gran catástrofe provenida de lluvias torrenciales; mientras que la edad cosmogónica del agua en nuestro continente se produce por la invasión de los mares sobre la tierra, por el lago de las olas de los atlantes, por el *Atonatiuh* de los nahoas; y es por lo mismo un acontecimiento diferente del diluvio.

La Teogonía de Hesiodo conserva también el recuerdo de grandes catástrofes. «Antes que todas las cosas, dice el poeta griego, fué Khaos, y después Gaia de ancho seno, mansión siempre sólida de todos los inmortales que habitan las cumbres del nevado Olympos, y el Tartaros sombrío en las profundidades de la tierra espaciosa, y después Eros, el más bello entre los dioses inmortales que rompe las fuerzas, y que de todos los dioses y todos los hombres doma la inteligencia y la sabiduría en su pecho. Y de Khaos nacieron Erebos y la negra Nyx. Y de Nyx nacieron Ether y Hemere, porque ella los concibió habiéndose unido con amor á Erebos. Y entonces Gaia creó su igual en tamaño, el Uranos estrellado, á fin de que la cubriese toda entera y que fuese una mansión segura para los dioses felices. Después produjo las altas montañas, frescos retretes de las divinas ninfas que habitan los montes, y después la mar estéril, Pontos, que salta furiosa, por lo que no se han unido con amor. Y después unida á Uranos produjo á Okeanos. Y creó también á los Kyklopes de corazón violento, que dieron á Zeus el trueno y forjaron el rayo. Y en todo eran semejantes á los otros dioses; pero tenían un ojo único en medio de la frente. Se llamaban Kyklopes, porque sobre su frente se abría un ojo único y circular. Y el vigor, la fuerza y el poder brillaban en sus obras.»

El anterior relato de Hesiodo nos pone de manifiesto el antropomorfismo de los elementos de la Naturaleza; y es evidente que á través de estas fábulas, se descubre el recuerdo de un cataclismo causado por las aguas, y en la creación de los cíclopes la edad del fuego. Esos vigorosos trabajadores que forjan el rayo para Zeus son los volcanes; su corazón violento es el fuego que hierve en sus entrañas; su ojo único y circular el luminoso cráter por donde lanzaban miradas de llamas, Supongámonos por un momento en la época de las grandes erupciones, y finjámonos en una de sus noches oscuras levantados sobre la tierra y contemplándola á nuestros piés: ¿no es verdad que aquellos cráteres desbordando lava, nos parecerían á distancia los rojizos ojos de no sabemos qué monstruos felinos que nos contemplaban por todas partes? Los tlapalteca, sobre el mismo suceso, crearon su *Tletonatiuh*, la lluvia de fuego que del cielo caía sobre la tierra.

Observaremos que Hesiodo no hace referencia á la edad del aire: el clima benigno de la Grecia no permitía recuerdos de la época glacial. Iguales consideraciones nos dan la consecuencia de que los pueblos que en nuestro continente habitaban latitudes elevadas, debían conservar la memoria de la edad del aire; y así los nahoas que vivieron en el noroeste, región excesivamente fría, no podían olvidar los grandes sufrimientos de la época glacial, y tuvieron tres soles cosmogónicos; mientras que los tarascos del Michoacán, país en su mayor parte cálido, no conocieron más que dos soles, el de agua y el de fuego.

La leyenda tarasca cuenta que hizo Dios un hombre y una mujer de barro, y que yéndose á bañar se deshicieron en el agua; y nos habla de un indio dicho Tespi, que era sacerdote, que se salvó de las aguas en un madero. Deshechos los primeros hombres, Dios volvió á hacerlos de ceniza y de ciertos metales; y volviendo á bañarse descendió el mundo de ellos.

Percíbese perfectamente el *Atonatiuh* en los hombres de barro que se deshacen con el agua. Sin duda en aquella época las aguas que invadieron nuestro continente formaron los extensos lagos de nuestro territorio, y son varios y grandes los del Michoacán, y algunos de sus dilatados llanos muestran ser antiguas lagunas disecadas. La edad del fuego se comprende también en los hombres de ceniza y de metales, de que descendían las generaciones existentes; y es de advertir que son muy notables en aquella región las huellas de la

época del fuego y de las erupciones volcánicas, pues á cada paso se encuentran corrientes de lava endurecidas por los siglos y viejos cráteres ya convertidos en albercas, ojos de cíclopes cegados por la vejez.

Cada uno de estos tres soles significa una gran catástrofe que puso en inmenso peligro la existencia de la humanidad; y naturalmente bajo las mismas ideas se ha explicado la cuarta pintura del códice Vaticano, que representa *Tlaltonatiuh* ó sol de tierra. Pero si se examina con cuidado dicha pintura, no se ven en ella señales de ninguna catástrofe, sino que, por el contrario, todos sus símbolos y figuras expresan una época de placer, de abundancia y de prosperidad. En el original el fondo es color de rosa; la diosa que baja en el centro no es ni la del agua, que produjo las inundaciones, ni el dios del viento, que barrió el mundo con los huracanes, ni el del fuego, que quemó la tierra con las erupciones volcánicas, sino la diosa *Xochiquetzalli*,



Sol de tierra. — Tlaltonatiuh

madre de las alegrías, que es la misma diosa *Centeotl*, la productora del maíz, la Ceres de los nahoas. Baja la diosa tomando con sus manos dos grandes flores, que forman las extremidades de dos ramas entretejidas cubiertas de rosas, y que recuerdan los arcos de ramas, de hierbas y flores que usan todavía nuestros indios en sus fiestas. La diosa tiene vistoso *cuéyetl* mujeril, adornos de flores al cuello y en la cabeza, de la cual brota una mazorca de maíz. En el fondo del triángulo rosado que forman las ramas entretejidas se ven brotar en ambos lados hierbas, flores y frutos. En la parte inferior y fuera del triángulo está pintado, á la izquierda, un hombre con una bandera en la mano derecha, símbolo de festividad, y con un ramo de flores en la izquierda: adorna su cuerpo con ramas de flores. Del otro lado se ve á un hombre con iguales atributos, ofreciendo un ramo de flores á una mujer que tiene también una bandera en la mano derecha, y sobre el vestido una banda de ramas. En ninguna parte de la pintura se ve señal de desgracias; no se contempla el par representante de la humanidad que se salva de la catástrofe: pudiera decirse que es la imagen de la edad de oro de aquellos pueblos, la pintura de la Arcadia de este continente.

Y sin embargo, como los cronistas tenían la idea de que todo sol significaba una destrucción, así considera la pintura el intérprete del códice Vaticano. Llama á esta época *Etá delli capelli negri*, edad de los cabellos negros, para dar á entender que era la más joven la última; así como llama al sol de agua *Conizutal*, debe ser *Tzoniztac*, cabeza blanca, para significar que era la más vieja la primera. Dice que la destrucción tué por una lluvia de sangre, lo que supuso sin duda por el color de rosa que tiene el fondo de la pintura;

que murieron muchos de terror, pero que escaparon muchos; que en esta edad comenzó la fundación de Tula, y que el hambre y corrupción causaron su ruina, y que este sol duró 5042 años. En la misma pintura están los números que expresan los años transcurridos desde la última calamidad; pero el cronista se equivocó, pues son 5206.

Notemos, además, que si en las otras tres pinturas está marcado el día preciso de cada catástrofe, en ésta sólo lo están los años transcurridos; pero no día determinado precisamente porque no había tenido lugar la catástrofe en esa época.

Podemos, pues, decir, que los nahoas tuvieron tres soles ó edades que habían terminado por un grave acontecimiento que estuvo á punto de destruir su raza; y que cuando hicieron estas pinturas vivían en su cuarto sol ó edad, en medio de la mayor prosperidad y grandeza.

¿Puede fijarse la época probable de esta pintura, y por lo tanto la edad más feliz de los nahoas? Creemos que sí.

Perteneciendo estas pinturas al *Teoamoxtli,* la última corresponde á la fecha en que se hizo el libro sagrado. Éste se formó en la ciudad de Huehuetlapállan cuando se hizo la corrección del calendario, lo que tuvo lugar según Boturini ciento y tantos años antes de la era vulgar, y ochenta y dos según Veytia. Pero tenemos afortunadamente un monumento astronómico que no nos deja duda sobre esa fecha, y según nuestros cálculos resulta el año 249 antes de nuestra era.

Teniendo ya este dato, para conocer la edad de la raza nahoa basta fijar la verdadera cronología de los soles. En este punto encontramos una completa contradicción en los cronistas. Nos la explicamos por la siguiente razón: los unos no tuvieron á la vista los jeroglíficos y se guiaron por tradiciones más ó menos fidedignas, y los otros siguieron las diversas cronologías convencionales.

Desde ahora debemos advertir que los mexica trastornaron mucho la verdadera cronología de los sucesos, sujetándolos á períodos cronológicos fijos y determinados, lo que creemos que tomaron de los acolhua ó texcucanos á quienes tenemos motivo para achacar esta infeliz innovación. El no haberse fijado hasta hoy los historiadores en esta particularidad, ha sido causa de contradicciones y oscuridades inexplicables. Así Ixtlilxóchitl hace sus períodos de 1716 años.

La confusión aumentó porque ya en la época de los mexicanos había cinco soles, y los que consultaban las pinturas que hemos estudiado, como Ixtlilxóchitl, se encontraban en ellas con un sol menos. Convencidos estamos de que el cronista de Texcuco, al escribir su Historia y Relaciones tuvo á la vista pinturas iguales ó muy semejantes á las del códice Vaticano, y en todo caso de origen tolteca, como lo demuestra haber sido cronista especial del reino de Tóllan. Encontró, pues, en sus datos jeroglíficos tan sólo tres soles pasados y el cuarto como época actual de aquellas generaciones; pero él sabía que en la historia mexicana había cinco soles; se halló conque le faltaba uno, y no pudiéndose explicar esta diferencia, se conformó con dividir el sol de fuego en dos, dejando una parte al mismo fuego y la otra á los terremotos, sin considerar que éstos y las erupciones debieron concurrir en un mismo tiempo. Confundió á su vez esta época con la del sol de aire, que unas veces hacía segundo y al de tierra tercero, y otras veces los presentaba invertidos. Con tal procedimiento, para hacer cuatro soles, de los tres que encontraba en las pinturas, los dividió en *Atonatiuh, Ehecatonatiuh, Tlalchitonatiuh* y *Tletonatiuh.*

Fué parte también á confundir esta materia la idea de los cronistas religiosos de conformar las tradiciones indias con el relato bíblico, para lo cual pusieron como último y más moderno el sol de agua, trastornando completamente el orden de las pinturas.

Para que se comprendan bien estas diferencias, formamos las siguientes tablas:

I. EDAD DEL AGUA

Autor.	Nombre de la edad.	N.º de orden.	Duración.
Códice Vaticano. . .	Atonatiuh.	1er sol.	4008 años.
Intérprete.	Conizutal.	1er sol.	4008 años.
Códex Chimalpopoca ó Anales de Cuauhtitlán	Atonatiuh..	1er sol.	
Motolinía.	Nahui atl.	1er sol.	
El mismo.	Id.	5.º sol.	
Códex Çumárraga. .	Chalchiuhtlicue.	4.º sol.	312 años.
Gomara.	(Sin nombre)..	1er sol.	
Herrera.	(Diluvio y tempestades) .	1er sol.	
Ixtlilxóchitl.	Atonatiuh.	1er sol.	1716 años.
Fábrega	Atonatiuh.	2.º sol.	
Boturini.	Atonatiuh.	1er sol.	
Clavigero.	Atonatiuh.	1er sol.	
Veytia.	Atonatiuh.	1er sol.	1716 años.
Gama (anónimo).. .	Nahui atl..	4.º sol	
Humboldt.	Atonatiuh.	4.º sol.	4008 años.

II. EDAD DEL AIRE

Autor.	Nombre de la edad.	N.º de orden.	Duración.
Códice Vaticano. . .	Ehecatonatiuh.	2.º sol.	4010 años.
Intérprete.	Ecatocoe y Concuztuque.	2.º sol.	4010 años.
Ixtlilxóchitl.	Ehecatonatiuh.	2.º y 3.er sol	1715 años.
Veytia.	Ehecatonatiuh	2.º sol.	1716 años.
Códex Chimalpopoca ó Anales de Cuauhtitlán . . .	Nahuiehécatl..	4.º sol.	
Códex Çumárraga. .	Quetzalcoatl.	2.º sol.	676 años.
Motolinía.	Nahuiehécatl.	4.º sol.	El año 694.
Gomara.	(Sin nombre).	4.º sol.	
Fábrega.	Ehecatonatiuh.	3er sol.	
Boturini.	Ecatonatiuh.	3er sol.	
Su suplemento . . .	Ehecatonatiuh	2.º sol.	
Anónimo de Gama..	Nahuiehécatl..	2.º sol.	364 años.
Clavigero.	Ehecatonatiuh.	3er sol.	
Humboldt.	Ehecatonatiuh.	3er sol.	4010 años.

III. EDAD DEL FUEGO

Autor.	Nombre de la edad.	N.º de orden.	Duración.
Códice Vaticano	Tletonatiuh	3er sol.	4804 años.
Intérprete	Tlequiyahuilli y Tzonchichiltuque	3er sol.	4801 años.
Ixtlilxóchitl	Tletonatiuh	4.º sol.	Ep.ª actual.
Veytia	Tletonatiuh	4.º sol.	Ep.ª actual.
Códex Chimalpococa ó Anales de Cuauhtitlán	Quiatonatiuh	3er sol.	
Códex Çumárraga	Tlalocatecuhtli	3er sol.	364 años.
Motolinía	Nahuiquiáhuitl	3er sol.	
Gomara	(Sin nombre)	3er sol.	
Fábrega	Tletonatiuh	4.º sol.	
Boturini y suplemento	Tletonatiuh	4.º sol.	Ep.ª actual.
Clavigero	Tletonatiuh	4.º sol.	Ep.ª actual.
Anónimo de Gama	Nahuiquiáhuitl	3er sol.	312 años.
Humboldt	Tletonatiuh	2.º sol.	4804 años.

IV. EDAD DE LA TIERRA

Autor.	Nombre de la edad.	N.º de orden.	Duración.
Códice Vaticano	Época actual	4.º sol.	5206 años.
Intérprete	Età delli capelli negri	4.º sol	5042 años
Ixtlilxóchitl	Tlalchitonatiuh	2.º y 3er sol.	158 años
Veytia	Tlalchitonatiuh, Tlaltonatiuh	3er sol.	633 años
Cuauhtitlán y Chimalpopoca	Nahuiocélotl	2.º sol.	
Códex Çumárraga	Tezcatlipoca	1er sol.	
Motolinía	Nahuiocélotl	2.º sol.	
Gomara	(Sin nombre)	2.º sol.	
Fábrega	Tlalchitonatiuh	1er sol	
Boturini	Tlalchitonatiuh	2.º sol.	
Su suplemento	Id. y Tlaltonatiuh	3er sol.	
Clavigero	Tlaltonatiuh	2.º sol.	
Gama	Nahui Océlotl	1er sol.	676 años.
Su anónimo	Nahui Océlotl	1er sol.	676 años.
Humboldt	Tlaltonatiuh	1er sol.	5206 años

V. EDAD ACTUAL

Autor.	Nombre.	Número.
Anales de Cuauhtitlán	Nahuióllin	5.º sol.
Motolinía	Nahui Ácatl	5.º sol.
Gomara	(Sin nombre)	5.º sol.
Gama	Nahui Óllin	5.º sol.

Si tomamos el documento auténtico, que es el códice Vaticano, y seguimos la lectura que á los numerales de las pinturas han dado Humboldt y los señores Ramírez y Orozco, nos resultarán para los cuatro soles 18,028 años. Creemos que la lectura de los numerales no es exacta, porque deben entenderse, no con relación á los períodos cíclicos que usaban los mexicanos, sino tomando en cuenta los primitivos nahoas de las mismas épocas que se representan. Esto produce el siguiente resultado:

Sol de agua	808 años.
Sol de aire	810 años.
Sol de fuego	964 años.
Sol de tierra	1046 años.
Los cuatro soles	3628 años

Si consideramos que la fecha del último sol corresponde al año 249 antes de nuestra era, resulta de antigüedad á la raza nahoa 3877 años antes de Jesucristo y 5760 hasta hoy.

Llama la atención cómo se aproxima este período con los verdaderos bíblico, hindú, chino y egipcio. Para nosotros las edades que cada pueblo asigna al mundo son las edades de cada raza; y así resultará que los nahoas son uno de los pueblos más antiguos de la tierra.

A los cuatro soles se referían también los cuatro signos cronográficos de los nahoas:

I.—*Acatl.* II.—*Técpatl.* III.—*Calli.* IV.—*Tochtli.*

Significan respectivamente: caña, pedernal, casa y conejo.

Acatl, caña que se da en el agua, se refiere al *Atonatiuh*, y es en la pintura correspondiente el adorno principal de la diosa. *Técpatl*, cuchillo de pedernal, se relaciona con el *Ehecatonatiuh*, y en los jeroglíficos simbolizaban los nahoas los grandes vientos con pedernáles, *técpatl*, para significar que el aire cortaba como navaja. *Calli*, casa, representa el *Tletonatiuh*, porque en la casa está el hogar y en él se conserva el fuego. Finalmente *Tochtli*, conejo, es símbolo de la tierra y naturalmente del *Tlaltonatiuh*.

Nos dan también estos cuatro signos en su relación con los cuatro soles, las cuatro estaciones, los cuatro puntos cardinales y los cuatro elementos. En los cronistas encontraremos variedad sobre estos puntos; pero esto depende de que en realidad la hubo en las tres grandes épocas, nahoa, tolteca y mexicana.

Así, respecto á las estaciones, nos dan el siguiente resultado nuestras pinturas: *Acatl* representa el Invierno, época de las lluvias en la región del Norte en que vivían los nahoas; *Técpatl* la Primavera, estación de los grandes vientos; *Calli* el Verano, en que los calores, no mitigados allí por las lluvias, parecen fuego que cae del cielo, y *Tochtli* el Otoño, tiempo de las cosechas, en que la madre tierra premia los afanes del hombre.

Aplicaron también estos signos á los cuatro puntos cardinales de la siguiente manera:

Acatl.	Oriente, *tlapcopcopa.*
Técpatl.	Norte, *mictlampa.*
Calli.	Poniente, *cihuatlampa.*
Tochtli.	Sur, *huitztlampa.*

Siguiendo las mismas ideas, relacionaron estos signos con los cuatro elementos, tomando siempre por base la significación de los cuatro soles, y aplicaron el *Acatl* al agua, el *Técpatl* al aire, el *Calli* al fuego y el *Tochtli* á la tierra.

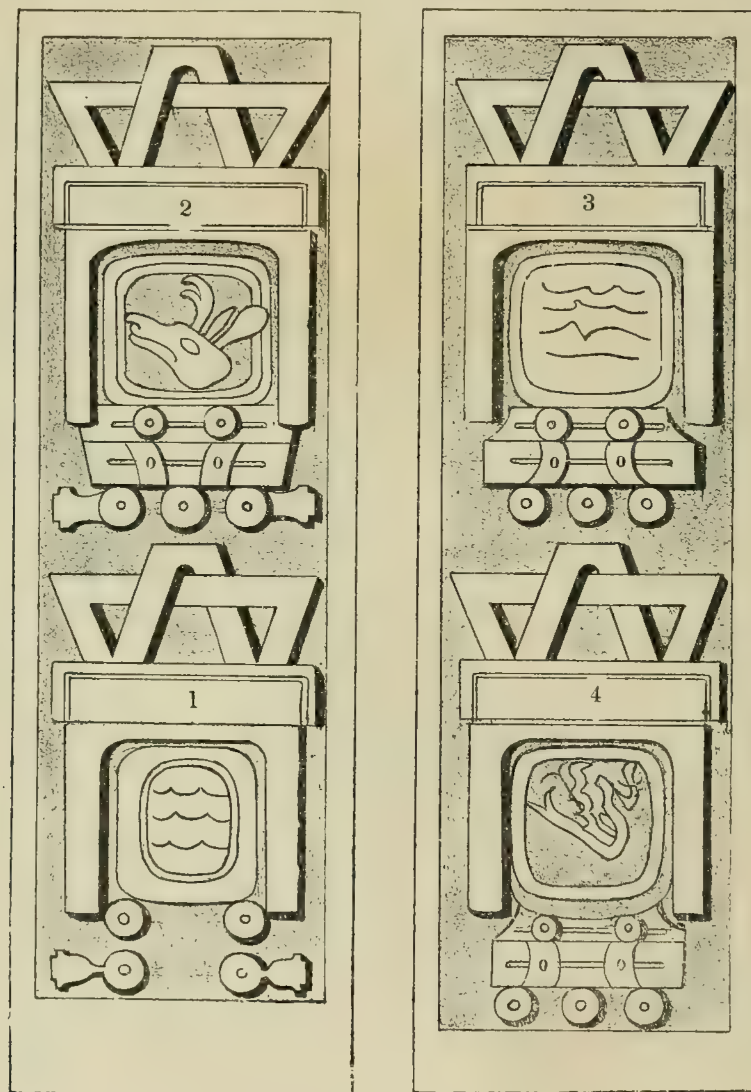
Pero llama la atención, como ya se ha indicado, que varía en algunos cronistas el orden de los soles, y naturalmente la diversa aplicación de los cuatro signos. Y no solamente sucede esto en las crónicas, sino que

hay monumentos en que esa variación se manifiesta claramente. Tenemos ya conocido el siguiente orden de los

SOLES NAHOAS

1.º — *Atonatiuh* ó edad del agua.
2.º — *Ehecatonatiuh* ó edad del aire.
3.º — *Tletonatiuh* ó edad del fuego.
4.º — *Tlaltonatiuh* ó edad de la tierra.

Sistema diferente es el esculpido en un monumento que llamamos Monolito de Tenanco, por hallarse en el cerro del Calvario de ese pueblo. Está la piedra labrada por sus dos caras, la que da al sur y la que mira al norte, y en cada cara tiene dos cuadrados. El monolito mide como dos metros de altura, cincuenta centímetros de ancho y veinte de grueso. Labrado solamente por sus dos caras opuestas, se levanta sobre la tierra á manera de obelisco quedando los dos cuadros inferiores junto al suelo y formando la cúspide los dos superiores. Los adornos, el mayor número de puntos, las dos flores y el estar abierta la parte inferior y no



Monolito de Tenanco

cerrada en líneas como en los otros tres símbolos, dan indicios de que esta piedra debe comenzarse á leer por el cuadrete que se marca con el número 1. Este cuadrado está dentro de un símbolo formado por líneas combinadas maestramente y que semejan un templo: los otros tres cuadretes están colocados de la misma manera. Las líneas cruzadas de la parte superior de cada uno de los símbolos, son una de las expresiones de los rayos del sol y del sol mismo; de manera que su repetición en los cuatro cuadros pudiera leerse *los cuatro soles*.

El símbolo grabado en el primer cuadrete consiste en tres líneas ondulantes que expresan el agua; y por lo tanto toda la figura representa el *Atonatiuh*. Debe leerse después, naturalmente, el símbolo superior de la misma cara, marcado con el número 2: en el cuadrete está esculpido un venado, *mázatl*, animal terrestre, y por lo mismo representación de la tierra: así es que esta segunda figura representa el *Tlaltonatiuh*. Ahora bien, ¿cuál figura de la cara opuesta debe leerse á continuación? Como la número 4 forma la base del monolito y esta base está pegada á la tierra sobre que se levanta, dicha base y dicha tierra rompen la solución de continuidad del monumento y no permiten seguir por

allí la lectura; mientras que la cúspide, que queda al aire y sin obstáculo que se le interponga, abre camino, digámoslo así, para que por ella se continúe leyendo. Seguimos, pues, por la figura superior de la otra cara, la que en sus líneas irregulares y en zigzag, que semejan los relámpagos, representa el sol de fuego, el *Tletonatiuh.* Finalmente, tenemos el cuadro número 4: el símbolo *ehécatl* en ella grabado manifiesta claramente que es el *Ehecatonatiuh* ó sol de aire. Esta piedra nos da, pues, el siguiente sistema:

MONOLITO DE TENANCO

1.er sol —*Atonatiuh* ó edad del agua.
2.º sol.—*Tlaltonatiuh* ó edad de la tierra.
3.er sol.—*Tletonatiuh* ó edad del fuego.
4.º sol.—*Ehecatonatiuh* ó edad del aire.

Para explicar la variación del orden de los soles, tenemos que llamar la atención sobre la mudanza que en el de los cuatro signos hicieron los tolteca, lo que en su oportunidad explicaremos. El orden tolteca es el siguiente:

I.—*Técpatl.* II —*Calli.* III.—*Tochtli.* IV.—*Acalt.*

Pues bien, por lo que hace á nuestro intento y para explicar el cambio de sistema en el orden de los soles en el monolito de Tenanco, nos basta la relación de los cuatro signos cronográficos con los mismos soles y con los cuatro puntos cardinales. Al principio debió ser el orden de los soles cosa sagrada, como recuerdo de las épocas cosmogónicas; pero mientras más se fueron alejando éstas, fué disminuyendo su importancia; y al relacionarlos con los cuatro signos cronográficos, cosa presente y de sumo interés para aquellas generaciones, debió dominar el orden de éstos trastornando naturalmente el de los antiguos soles.

Esto pasó al esculpir el monolito de Tenanco. Leámoslo dando á cada sol el nombre del signo cronográfico que con él se relaciona y comencemos en sentido inverso. Tenemos en primer lugar, en el número 4, la edad de aire ó *Técpatl;* sigue el número 3, edad de fuego ó *Calli;* después, pasando por la parte superior de la piedra, el número 2, edad de tierra ó *Tochtli;* y finalmente el número 1, edad de agua ó *Acatl.* Leído así el monumento, nos da en su orden los signos cronográficos toltecas: *técpatl, calli, tochtli* y *ácatl;* y leído de la manera inversa que seguimos antes, nos da el nuevo sistema de soles: *Atonatiuh, Tlalchitonatiuh, Tletonatiuh* y *Ehecatonatiuh.*

Como se ve, la base de esta explicación consiste en que los signos cronográficos se leen en sentido inverso de los soles; y como nadie haya hecho mención de este método, tendremos que comprobarlo y confirmarlo con la Piedra del Sol.

Este monumento pertenece ya á la época mexicana,

y los mexica á su vez habían mudado el orden de los signos cronográficos: los nahoas los comenzaban por *ácatl,* los tolteca por el segundo ó *técpatl;* y los mexica por el último ó *tochtli;* es decir, que el orden mexica era el siguiente:

I.—*Tochtli.* II.—*Acatl.* III —*Técpatl.* IV.—*Calli.*

Pero debemos advertir que el cambio de los efectos de las estaciones en México, respecto de los países del norte en que vivían los nahoas, produjo una aplicación diferente de los signos cronográficos. El invierno, época de los fuertes nortes, quedó representado por *Técpatl;* la primavera, en que aquí son los grandes calores, por *Calli;* el verano ó tiempo de aguas, por *Acatl,* y el otoño por *Tochtli.* Tenemos, pues, que leer la Piedra del Sol bajo este nuevo sistema.

Tiene la figura central de la Piedra cuatro cuadretes que le forman dos aspas, y en ellos están esculpidos los cuatro soles. La lectura de esta Piedra comienza por la izquierda: así es que el primer sol está en el cuadrete superior A, el segundo en el inferior B, el tercero, pasando al otro lado, en el superior D, y el cuarto en el inferior C. Pues bien, en el cuadrete A se ve el signo de *Ehécatl* rodeado de cuatro puntos, lo que nos da el sol mexica *Nahui ehécatl,* correspondiente al *Ehecatonatiuh.* En el cuadrete B hay un símbolo de la lluvia, *quiáhuitl,* y cuatro puntos, ó sea el sol *Nahui-quiáhuitl,* que corresponde al *Tletonatiuh.* En el cuadrete D tenemos un tigre, *océlotl,* y los cuatro puntos, es decir, el sol *Nahui océlotl*, que es el *Tlaltonatiuh;* y en el cuadrete C vemos el signo *atl,* agua, que con los dichos puntos nos da el sol *Nahui atl* ó *Atonatiuh.*

Pues bien, si leemos primero los cuadretes de la derecha dándoles los nombres correspondientes de los signos cronográficos, nos resulta el sistema mexica: *tochtli, ácatl, técpatl, calli,* y leyendo primero los de la izquierda, tenemos el orden de las estaciones en México y el nuevo sistema de soles. Resultan, pues, los tres siguientes diferentes sistemas de soles:

SOLES NAHOAS

1.er sol.—*Atonatiuh.* 2.º sol.—*Ehecatonatiuh*
3.er sol.—*Tletonatiuh.* 4.º sol.—*Tlaltonatiuh.*

SOLES TOLTECAS

1.er sol.—*Atonatiuh.* 2.º sol.—*Tlaltonatiuh.*
3.er sol.—*Tletonatiuh.* 4.º sol.—*Ehecatonatiuh.*

SOLES MEXICANOS

1.er sol.—*Nahui ehécatl* ó *Ehecatonatiuh.*
2.º sol.—*Nahui quiáhuitl* ó *Tletonatiuh.*
3.er sol.—*Nahui océlotl* ó *Tlaltonatiuh.*
4.º sol.—*Nahui atl* ó *Atonatiuh.*

Ya se comprenderá que habiendo tres diversos sistemas varían los cronistas según el que adoptaban;

confundiéndose no pocas veces al encontrarse con contradicciones que no se explicaban y formando entonces sistemas suyos. Examinando las principales obras encontramos que siguen el sistema nahoa el padre Ríos, Ixtlilxóchitl, Veytia, Boturini y Clavigero. Fábrega lo adopta; nada más que traspuso el sol de tierra, colocándolo como primero. Humboldt sigue á Fábrega. Siguen el sistema tolteca el códice de Cuauhtitlán y Motolinía. El códex Çumárraga, Gama y su Anónimo presentan el nuevo orden siguiente: 1.° sol de tierra; 2.° sol de aire; 3.° sol de fuego, y 4.° sol de agua. Se observa desde luego que siguen el sistema mexicano; nada más que comenzaron á leer los cuadretes de la Piedra del sol por el superior de la derecha, en nuestro concepto equivocadamente.

Con los tres primeros soles habían concluído las grandes catástrofes que en peligro de perecer pusieron á la raza, y bajo ese aspecto no era ya posible la conclusión del cuarto sol; pero los mexicanos en su orgullo tenían que inventarlo para poner un quinto nuevo que sólo á ellos les perteneciese. Ellos, que querían tener un dios solo suyo, un pueblo suyo, un lugar señalado por los dioses nada más para ellos, quisieron también un sol propio; y el día en que por primera vez pisaron la isleta del lago en que se asienta México, el día en que encontraron el águila posada sobre el nopal entre dos corrientes de agua azul y transparente, sobre las cabezas de ese grupo de héroes derramaba de lo alto de los cielos su lluvia de luz y de oro el quinto sol.

CAPITULO III

Ometecuhtli. — Dualismo — Creación de los cielos. — El camino de los muertos. — El sol. — Tonacatecuhtli. — Tonatiuh. — Tzontemoc. — Mictlantecuhtli — El fuego. — Ixcozauhtli. — Cipactli. — Oxomoco. — Xiuhtecuhtlitletl. — Tlaloc. — Chalchiuhtlicue. — Quetzalzoatl. — La estrella de la tarde. — Tezcatlipoca. — La luna. — Lucha mitológica de los dos astros. — Los soles explicados por esta lucha. — La representación de los tres astros. — Totec. — La tierra. — Tonacacihuatl. — Coatlicue. — Chimalma. — Xochiquetzal. — Centeotl. — Dioses infernales. — Significación astronómica de los cuatro signos cronográficos. — Mixcoatl. — La vía-láctea. — Creación del hombre.

Una de las labores más difíciles al escribir nuestra historia antigua, y acaso por tal motivo hasta ahora no se ha emprendido, es deslindar lo que corresponde á cada época y á cada civilización. Primero hay que separar de las tradiciones indias lo que á ellas mezclaron de las ideas que los españoles les trajeron, pues casi todos los antiguos relatos han llegado á nosotros con esa adulteración, y después hay que ir separando lo que á cada pueblo corresponde, de lo que había recibido de los anteriores. Los primeros cronistas nos refirieron lo que sabían de la civilización mexicana, que no era más que el producto de las que le antecedieron. Y hay que observar desde ahora que en la época mexicana la vieja cultura nahoa había degenerado. Pudiera decirse que conocemos únicamente la historia de los mexicanos y de los pueblos sincrónicos, y muy difícil es aventurar la reconstitución de las primeras sociedades.

Sin embargo, estudiando los datos verdaderos de que podemos disponer, nos hacemos cargo de que los nahoas fueron una raza inteligente que llegó á gran adelanto. No debe pretenderse que los pueblos primitivos alcanzaran las ideas absolutas que hemos llegado á conocer con el transcurso y el estudio de muchos siglos; y no obstante, los nahoas creían en un creador de todas las cosas. Nombrábanle *Ometecuhtli* y lo colocaban en la región más alta de los cielos, en un lugar llamado *Omeyócan*. Pintábanlo sentado en un *icpalli* real, adornado de riquísimas plumas y de los símbolos de la luna y de la estrella de la tarde, teniendo sobre la frente, en su tocado, el signo de la luz. Poníanle detrás, para representar su nombre jeroglífico, según era costumbre, un *copilli* ó corona real, queriendo así expresar que era el dios principal, el rey de los dioses.

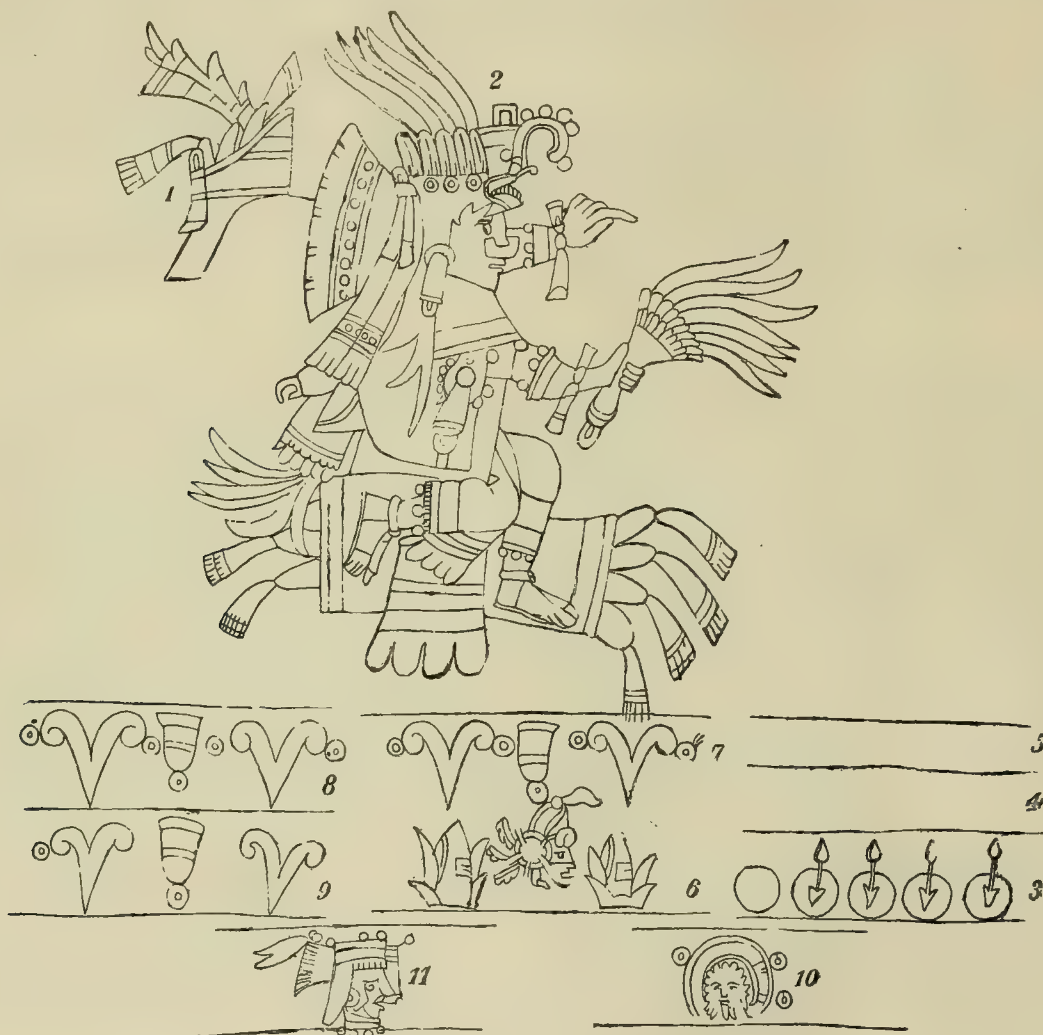
Mas los nahoas no pudieron alcanzar la idea de la unidad en su dios creador. Viendo que todo en la Naturaleza se reproduce por un par, creyeron lógico hacer par á su primera divinidad, y por eso la llamaron *Ometecuhtli*, que quiere decir *dos señores* ó *señor dos;* es decir, que el creador nahoa era uno y dos á un mismo tiempo: uno, como la primera divinidad; dos, para producir todo lo creado; y como para insistir en la idea lo colocaban en lo más alto de los cielos, en el *Omeyócan*, que quiere decir *dos lugares* ó *lugar dos*. Nació así, como principio de aquella teogonía, un dualismo especial; no el dualismo asiático de los dos elementos contrarios del bien y del mal; sino que un solo sér era al mismo tiempo dos, lo que no se puede explicar de mejor manera que comparándolo con la idea de la trinidad cristiana. Este dualismo nahoa se extiende á dar á cada dios casi siempre una diosa para formar el par. De manera que aquella religión toma desde su origen un carácter suyo y especial que la distingue de las de los otros pueblos antiguos.

La primera obra del *Ometecuhtli* fué la creación de los cielos, que está representada en la primera pintura del códice Vaticano.

Está el *Ometecuhtli* en la parte superior adornado de la manera que hemos dicho, con el rostro de su color natural y las manos amarillas, para expresar su dualidad y sus dos sexos, pues en los jeroglíficos se usa el color natural al representar á los hombres y el amarillo para las mujeres. El primer cielo creado es el que está inmediatamente debajo del dios y en el lado derecho de la pintura: se llama *Teotlatlauhco,* que significa la *mansión roja de los dioses* ó *el dios rojo*. En el original está este cielo pintado de rojo y hay en él los signos de los rayos de luz. También expresa que la primera creación fué el fuego rojo. Inmediatamente

debajo de él está el segundo cielo creado, que se llama *Teocozauhco* ó *mansión amarilla de los dioses* ó *dios amarillo*. Es, en efecto, de ese color, también con rayos, y expresa la creación del dios amarillo, que es el sol. El tercer cielo creado es blanco, con rayos, y sigue á la izquierda en la parte superior; se llama *Teoixtac*, *mansión blanca de los dioses* ó *dios blanco*, y expresa la creación de la estrella de la tarde. Estos tres cielos, según la leyenda del códex Çumárraga, se cayeron en las tres grandes catástrofes ó soles; perecieron en ellas para los hombres de la tierra y quedaron reservados para mansión de los dioses.

Preciso era poner un espacio que dividiese esos cielos de los dioses, de aquellos que podían estar á la vista de los hombres, y entonces formó el *Ometecuhtli* el *Itzapannanatzcáyan*, que quiere decir literalmente: *lugar en que crujen las piedras que están sobre el agua* ó *en donde truenan los granizos* ó *piedras de agua*. Este cielo está en la pintura inmediatamente debajo del anterior y se ven en él á *Mictlantecuhtli*,



Creación de los cielos

dios de los muertos, y dos *tzompanxóchitl* ó flores amarillas de las tumbas.

Ocultos estaban los cielos superiores ó divinos y se procedió á formar los inferiores, los que están á la vista del hombre. Siguen en la pintura, á la izquierda. Primero se formó el superior, que es azul y se llama *Ilhuicatl Xoxouhco*, el *cielo azul*, el cielo que se ve de día. Ya aquí se usa de la palabra *ilhuicatl*, que es el firmamento. Se formó después y sigue debajo del anterior el *Ilhuicatl Yayauhco*, que quiere decir *cielo oscuro*, y es el cielo de la noche. En la pintura es de color verdinegro. Formados los cielos del día y de la noche se pasó á los de los astros. Debajo del precedente está el *Ilhiucatl Mamaloaco*, *el cielo que se hiende ó taladra*. Se ven en él unos círculos con unas flechas que representan á los cometas, llamados por los nahoas *citlalintamina*, que quiere decir *la estrella tira saeta*. Es el cielo de los cometas, que como se pierden á la vista hacen suponer que están en el lugar más lejano del firmamento.

En la parte inferior de la pintura, á la derecha, sigue un cielo llamado *Ilhuicatl Huitztlán*, que quiere decir *el cielo del sur*. El dios blanco que se ve en él con un plumero verde de *quetzalli* es *Quetzalcoatl*, la estrella de la tarde. El color del cielo es de un verde menos oscuro que el de la noche, un cielo de que no se han apoderado completamente las tinieblas, el cielo del crepúsculo en que aparece la estrella. A su

lado está el cielo del sol, el *Ilhuicatl Tonatiuh:* es amarillo porque es la mansión del dios amarillo, el de los rayos de oro.

Los dos últimos cielos están en la pintura siguiente, y se ven de tal manera juntos que parecen uno solo: el superior es el *Ilhuicatl Tetlaliloc,* el cielo del vacío, el de las estrellas que están en él pintadas y de las lluvias, manifestadas por gotas de agua que se unen al otro cielo, que es el *Ilhuícatl Tlalócan Metztli,* el cielo de la luna. Es azul y en él se ve claramente al astro junto al símbolo del viento, *ehécatl*, manifestando que la luna está en el cielo de las nubes y en el aire de nuestra atmósfera, como lo creían los nahoas.

Según estas creaciones, primero fué formado el fuego en el *Teotlatlauhco,* después el sol en el *Teococozauhco,* luego la estrella de la tarde en el *Teoixtac* y al fin la luna en el *Itzápan.*

Resultan trece los cielos de los nahoas, de acuerdo con uno de sus principales números simbólicos.

1.° y 2.°—*Omeyócan,* cielo doble del dios dos.

3.°—*Teotlatlauhco*, mansión roja del dios del fuego.

4.°—*Teocozauhco*, mansión amarilla del sol.

5.°—*Teoixtac*, mansión blanca de la estrella de la tarde.

6.°—*Itzápan Nanatzcáyan*, mansión del dios de los muertos y cielo de las tempestades en que vive la luna.

7.°—*Ilhuícatl Xoxouhco*, el cielo azul que se ve de día.

8.°—*Ilhuicatl Yayauhco*, el cielo oscuro de la noche.

9.°—*Ilhuícatl Mamaloaco*, el cielo en que se ven los cometas.

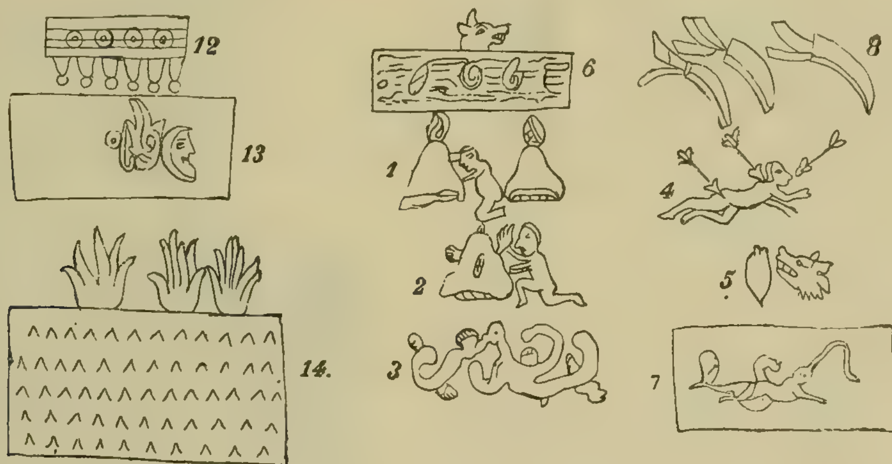
10.—*Ilhuícatl Huitztlán*, el cielo en que se ve la estrella de la tarde.

11.—*Ilhuícatl Tonatiuh*, el cielo en que se ve el sol.

12.—*Ilhuícatl Tetlaliloc*, el espacio, ó *Citlalco,* el cielo en que se ven las estrellas.

13.—*Ilhuícatl Tlalocatipan Metztli,* el cielo en que se ve la luna y en el cual están las nubes y el aire.

Después de los cielos creó el *Ometecuhtli,* la tierra, que está en la segunda pintura del códice Vaticano en forma de un cuadrado con su color propio y brotando de ella las plantas que produce. Se ve en seguida el camino de los muertos, como si el creador nahoa no hubiera creído completa su obra hasta haber formado la última mansión de sus criaturas. Pero reservamos la explicación de ese camino para lugar más á propósito.



Camino de los muertos

Ahora bien, ¿el creador nahoa era un sér espiritual? Sería mucho exigir de un pueblo que vivía en los primeros años de la humanidad. El creador *Ometecuhtli* era el sol: la religión nahoa era esencialmente astronómica.

En efecto, si se compara la figura de *Ometecuhtli* con la que tiene el sol *Tonacatecuhtli* en varias pinturas se observará que es la misma. Así se ve en el códice Borgiano, en el cuadro que representa la creación del *Cipactli.* Es el mismo dios con el mismo *copilli* detrás, significando que es el señor de los otros dioses, con los mismos atributos y con igual forma; pero allí es, según Fábrega, el *Tonacatecuhtli,* el señor de nuestra carne, la primera criatura convertida en creador, ó más bien, el creador siendo la primera criatura de sí mismo. Las dos figuras son iguales porque los nahoas creían que todo lo había formado el sol; pero no comprendían que la unidad pudiese crear, y entonces, haciendo del mismo sol una idea abstracta, se forjaron un creador de él, que tenía al mismo tiempo los dos sexos, que era uno y dos y que no dejaba de ser el mismo sol. Por eso cuando querían representar al *Tonacatecuhtli* no le ponían las manos amarillas para que expresase un solo sexo; y, por el contrario, lo pintaban con ellas cuando había de significar el poder creador de ambos sexos, el dios dos, el *Ometecuhtli.*

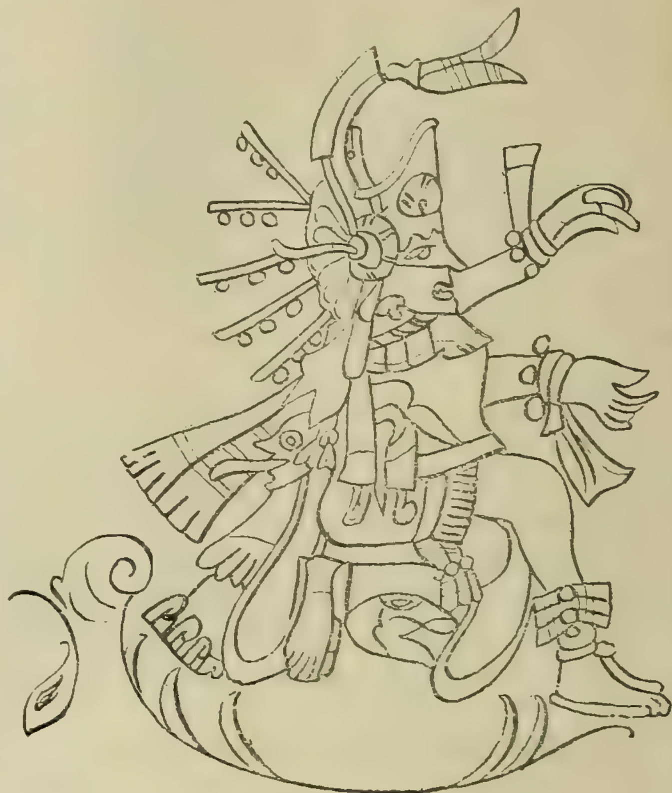
Tonacatecuhtli, que es el nombre del sol cuando á su vez es creador de las otras criaturas, significa *el señor de nuestra carne* ó *el señor que nos alimenta.* Los nahoas comprendían los efectos benéficos del sol sobre las sementeras y sobre todos los seres de la tierra y le atribuían con razón la virtud vivificadora que expresaban con su nombre.

Para significar el sol como astro, de su nombre de *Tonacatecuhtli* formaron *Tonatiuh.* Lo representaban entonces por un círculo, porque el astro se manifiesta redondo á la vista, y hacia la circunferencia repartían simétricamente y alternados unos signos en figura de A y otros en forma de aspas. Tenemos ya al sol como creador con el nombre de *Ometecuhtli,* como vivificador con el de *Tonacatecuhtli* y como astro con el de *Tonatiuh.* La figura de éste se ve en la Piedra del Sol.

Mas el astro, al terminar su carrera diurna, se oculta detrás de la tierra y entonces lo llamaban los nahoas *Tzontemoc,* que quiere decir *el que cayó de cabeza.* De ninguna manera podemos formarnos mejor idea de esta nueva fase teogónica del astro que refiriéndonos á la Piedra de Túxpan que lo representa.

Este ídolo es uno de los relieves más notables que nos dejaron los antiguos moradores del país. La figura, sin perder el tipo religioso que no podía variarse, es verdaderamente artística. La cara tiene el aspecto feroz del dios, con la máscara sagrada; las pupilas son grandes y redondas; un bezote le atraviesa la nariz; de en medio del labio superior le salen cuatro dientes cuadrados y parejos, y de cada lado un colmillo largo y puntiagudo; en la parte inferior tiene también cuatro dientes y dos colmillos. En el centro de la Piedra del Sol está éste representado de una manera semejante con una cara ornada de la máscara sagrada, con las dos orejeras redondas, una gargantilla parecida y á más los dientes: y en una y otra piedra se observa que de entre los labios del sol sale una larga lengua significando la luz del astro. Pero si se observa el dios de la Piedra del Sol con sus dos garras de águila, se ve que está en el zenit como cerniéndose en la mitad del firmamento, mientras que en la de Túxpan, el dios, que tiene las mismas garras en los piés y las manos, está en actitud de bajar: aquél es *Tonatiuh,* éste es el sol que va á desaparecer, es *Tzontemoc.* Esta idea está expresada también y de manera admirable, en la unión de la lengua del astro á otra bífida que se ve debajo de ella. Así como la lengua significa la luz del sol, la bífida era representación de la luz de la estrella de la tarde, y la unión de ambas lenguas ó luces manifiesta la hora del crepúsculo, en que la estrella brilla con sus primeros rayos en el Poniente, mientras el astro del día lanza los últimos al hundirse detrás del horizonte.

Continuando con la figura de la Piedra de Túxpan, observamos en ella, alrededor de su frente y en vistoso adorno, un abanico de veintidos rayos, de figura semejante al que tienen las divinidades infernales en el códice Vaticano; y como este adorno no lo usan los demás



Mictlantecuhtli

dioses, se comprende que el sol tiene aquí también la representación de *Mictlantecuhtli,* el señor de los muertos ó dios de la mansión de los muertos. El motivo



Tzontemoc

de esta transformación es muy fácil de explicar; pues creían los nahoas que cuando el sol se hundía en el

Occidente iba á alumbrar á los muertos, á ser el señor de la mansión de los muertos, el *Mictlantecuhtli*. Los nahoas, como los egipcios, al contemplar que el sol desaparecía en las tardes detrás del horizonte, juzgaron que se iba al mundo subterráneo, y como allí se figuraban que estaba el *Mictlán* ó mansión de los muertos, decían que el sol en la noche los iba á alumbrar. Así el dios astro, *Tonatiuh*, se convierte en *Tzontemoc* al caer la tarde y por la noche en *Mictlantecuhtli*.

Pero, además, el sol es el fuego que da calor á la tierra y entonces se confunde con el dios de ese



Ixcozauhtli

elemento, del cual después hablaremos. Toma en las pinturas su color rojo y por nombre *Ixcozauhqui*, que Sahagún interpreta *cariamarillo*, traducción generalmente admitida; pero otro es el verdadero significado de la palabra y por cierto muy interesante. Compónese de *ixtli* y de *cozauhqui*: *ixtli* significa entre otras cosas la luz y se escribe también *iztli*: en cuanto á *cozauhqui* no solamente quiere decir amarillo, sino también rubio: «*coçauhqui*, cosa amarilla ó ruuia.» Así toda la palabra significa: luz amarilla, rubia, de oro; la luz del sol, el sol mismo. El señor Orozco, como Torquemada, le llama el dios rojo ó bermejo. Confúndense, pues, en uno solo el fuego y el sol, y son en este caso el *Ixcozauhqui*, el fuego del sol. Existe en el Museo una hermosa estatua de piedra roja sentada en un pedestal de la misma piedra: confúndense en ella los atributos del sol y del dios del fuego; se ven sobre ella la conocida aureola de ondas de este dios y varios signos cronográficos referentes á aquel astro; en el pedestal están los símbolos del firmamento: la estatua representa á *Ixcozauhqui*.

Tenemos ya al sol representado por su fuego y por su luz, y desde este momento se nos va á manifestar á su vez como creador. Siguiendo siempre la idea de la dualidad y de que solamente un par podía producir creaciones, al sol, *Tonacatecuhtli*, le dieron por mujer á la tierra, *Tonacacihuatl;* y cuenta la leyenda que tuvieron por hijos á *Quetzalcoatl*, la estrella de la tarde, y á la luna, *Tezcatlipoca;* que pasaron seiscientos años después de la creación de los dioses, y estaba el mundo sumergido en un océano de tinieblas; y que de acuerdo *Tonacatecuhtli*, *Tonacacihuatl, Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca* hicieron el fuego y de él un medio sol. Este medio sol es la misma estrella de la tarde. Cuando crearon á este medio sol ó estrella de la tarde hicieron á un hombre y una mujer, *Cipactli* y *Oxomoco*, y luego formaron los días. Después fueron creados los cielos y los dioses de los muertos, *Mictlantecuhtli* y su mujer *Mictlancihuatl*, y al fin los hombres maceguales; y no colocaron á éstos en un paraíso de ociosidad sino en el sublime edén del trabajo, mandando que el hombre labrase la tierra y la mujer hilase y tejiese. Tal es el génesis nahoa.

¿Pués quién es ese *Cipactli*, creado antes que los cielos, antes que *Mictlantecuhtli*, es decir, antes que el sol se ocultase detrás de la tierra y antes que los hombres maceguales, que en ella habían de vivir y trabajar? Los cronistas nos dicen que es una figura á manera de *espadarte*, y nada nos explican; pero los jeroglíficos nos revelan el misterio.

El jeroglífico del códice Borgiano es un cuadrete en que se ve en primer término al *Tonacatecuhtli* ú *Ometecuhtli*, al sol como creador. El dios está sentado en un *teoicpalli* ó silla de los dioses; está representado por el carácter figurativo hombre, es decir, por una figura humana; se le contempla lujosamente ataviado y se distingue por un atributo que le es particular y que no tiene ningún otro dios, por su tocado, que lo forma la misma figura del *Cipactli*. En esta parte del códice Borgiano se trata de las diversas creaciones, pues más adelante se ven la de la estrella de la tarde, la de la luna, etc. La primera creación fué *Cipactli*, y *Cipactli* era el atributo del creador: ¿qué es, pues, ese sublime mito que distingue al hacedor nahoa y que es lo primero que sale de la nada? Es la luz, el sol considerado como luz; es el primer día de la creación, los primeros rayos que atravesando las espesas nubes que rodeaban la tierra naciente, cayeron sobre los mares que empezaban á extender en calma sus azuladas ondas mientras la

vigorosa vegetación primitiva brotaba en los islotes como rica esmeralda en un lecho de turquesas. Entonces en el cielo se desplegó el manto azul del infinito; lo que antes era noche fué vida; y por eso los nahoas hicieron de la luz la primera creación; inventaron también su *fiat lux*, y con ella coronaron á su dios creador. ¡Qué himno! La luz formando el tul del cielo, dejando ver por vez primera las aguas de los mares y los bosques de la tierra y en sus sublimes vibraciones haciendo sonar el nombre del Creador, luz; mientras el primer sol, saliendo



Creación de Cipactli y formación del calendario

de la primera aurora, daba el primer instante de vida á nuestra pobre tierra! Ese poema es *Cipactli.*

¿Qué es entonces esa figura de *Cipactli* que por extraña ya la llamaban una culebra retorcida, ya una cabellera, ya la mandíbula de un *espadarte?* Es un rayo de luz desplegándose y vibrando en el infinito.

Veamos la etimología de esta palabra sagrada que nos abre el templo de los misterios de la religión nahoa.

Cipactli. La letra *i* es la raíz de la luz en la lengua *náhuatl.* Así *i-xi* son los ojos, é *i-ztli* es la obsidiana cuya punta semeja los rayos del sol, por lo que significa también la misma luz. *Pac* es una preposición que quiere decir encima, arriba. Así *ipac* es la luz de lo alto, y este nombre se da á la luz de la luna. Si le interponemos el numeral *Ce,* uno, nos dará *Ce-ipac* y por contracción *Cipac,* que es la primera luz de arriba, la primera luz creada. Agregando el sufijo *tli* para significar un sér viviente, personificaremos la luz en el Dios *Cipactli,* y si en lugar de ese sufijo agregamos la voz *tonal,* día, tendremos *Cipactónal,* el día en que alumbró la primera luz, el primer día de la creación. Y como el sol es el astro que da la idea perfecta de la luz, el sol fué *Cipactli,* y bajo otro aspecto *Cipactónal* fué el día.

Pero en este mito debió venir también la idea de la dualidad, y *Cipactónal* tuvo por mujer á *Oxomoco.* Si *Cipactónal* es el día, *Oxomoco* es la noche: si *Cipactli* es el sol, *Oxomoco* es la tierra. En efecto, *xom-itl* es pié, *o-tli,* camino, y *co* preposición de lugar; de donde viene *Xomoco,* y cuando se quiere dar más fuerza á la expresión *Oxomoco*, repitiendo el lugar, el camino. Así encontramos en los cronistas escrito, ya *Xomoco,* ya *Oxomoco,* y á ocasiones *Xomico.* Quiere, pues, decir el nombre: *el lugar que sirve de camino á los piés,* la tierra.

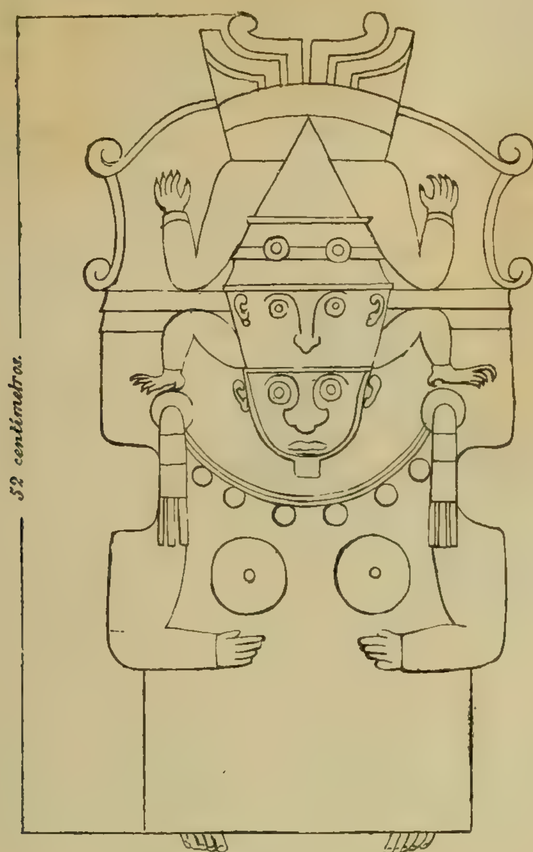
En el jeroglífico del códice Borgiano, á la derecha de la creación del *Cipactli*, se ve á un hombre y una mujer envueltos en una manta: manifiestan estar procreando; son los mismos *Cipactli* y *Oxomoco,* y el asta que de en medio de ellos sale es la flecha del tiempo que se encuentra en todos los monumentos cronológicos del sol; y aquí manifiesta que de la unión y combinación del día y de la noche se formó el tiempo. Por eso se decía que *Cipactli* y *Oxomoco* formaron el calendario.

Los nahoas, queriendo personificar sus ideas como todos los pueblos antiguos, hicieron un hombre real de *Cipactli* y una mujer de *Oxomoco,* y decían que eran grandes agoreros y astrólogos, por lo cual en el *Tonalámatl* los pintaban en figura de buhos.

Hemos visto que el sol al caer la tarde se convierte en *Tzontemoc,* y que éste tiene el rostro semejante á *Mictlantecuhtli.* Esto se confirma comparándolo con el relieve que existe en el Museo. Bien conocida es esta antigüedad, y de ella hizo la descripción el sabio Gama. En ella se ve el mismo rostro con la misma máscara sagrada; las dos grandes orejeras redondas á manera de discos de oro; los cuatro dientes; las piernas y los brazos, notándose en éstos todavía restos de las garras. Pero se observa la ausencia de la lengua, y esta circunstancia se liga con el matrimonio simbólico de *Cipactli* y *Oxomoco:* sublime concepción de los nahoas, en la cual el sol hundido en la tierra durante la noche para volver á salir al nuevo día por el deslumbrador Oriente, en un estrecho abrazo con la tierra y bajo una misma manta producen la flecha del tiempo, significando esta verdad científica: la cronología se ha formado de las relaciones que hay entre las diversas posiciones del sol y la tierra. No han aprendido más los sabios modernos. Los poetas antiguos no cantaron nada más grandioso que esta unión íntima del sol y de la tierra, que este matrimonio de *Cipactli* y *Oxomoco*, que estos amores de la luz y de las tinieblas, del día y de la noche, que tuvieron por hijo al tiempo.

Pues bien, tenemos también en Túxpan un precioso monumento que representa la puesta del sol y que nos explica cómo en este admirable matrimonio, al convertirse el *Tzontemoc* en *Mictlantecuhtli,* pierde la lengua, símbolo de la luz. *Tzontemoc* es el sol que se hunde; pero que está todavía sobre el horizonte despi-

diendo sus últimos rayos de oro, cnando la estrella de la tarde empieza á brillar con sus primeras temblorosas luces. Por eso se le ve todavía la lengua. Pero se



La puesta del sol

hunde y se apagan sus rayos: es *Mictlantecuhtli*, y ya no tiene la lengua de la luz.

El monumento de que venimos hablando es un monolito de figura convexa: el sol, el *Cipactli*, de la misma figura que el *Tzontemoc*, baja á confundirse y confunde su rostro con el *Oxomoco*, la tierra: ya no hay más que una boca; pero de ella ya no sale la lengua, símbolo de la luz, que con la noche ha desaparecido. Si se examina bien el dibujo se verá que hay tres partes distintas en la piedra. La inferior, que es la más grande, representa á la mujer *Oxomoco*, la tierra: se ven sus dos piés, se distinguen los cinco dedos de cada uno, y lo mismo sucede con las manos; aparece cubierta con una gran camisa, aunque se distinguen sus grandes y redondos pechos; dos grandes orejeras con colgajos, la gargantilla con las seis cuentas y uno como bezote en la barba son sus adornos; su rostro parece cubierto con la máscara sagrada. La segunda parte la forma el sol con sus brazos con garras de águila, confundiéndose de tal manera el *Cipactli* con la figura de la *Oxomoco*, que en ella hunde y pierde su boca. La parte superior, de labrados artísticos, figura una como atmósfera de llamas, y en el centro está la punta de la flecha, el *itztli* de la luz, con dos ojos y con dos brazos con las garras del *Cipactli*. Y unidas las tres partes tenemos completa la flecha del tiempo. Se ve, pues, que esta piedra es la representación del matrimonio de los dos astros, que los nahoas llamaban *omeycualiztli*. En Túxpan creen que el monolito representa el Génesis: sí, representa el Génesis; pero no el de la mísera humanidad sino otro más grandioso, el génesis de la luz, la creación del tiempo: ¡ese monumento es la primera piedra miliaria del sagrado camino que se llama eternidad!

Para concluir con este punto de la luz y su creación, haremos observar que en la verdadera Piedra del sacrificio gladiatorio, que aun permanece enterrada frente al Palacio Nacional, en el centro de sus relieves pintados está el *Ometecuhtli* creando al *Cipactli*. El sol tiene su tocado distintivo y alza la cabeza al cielo en donde brota la luz primera.

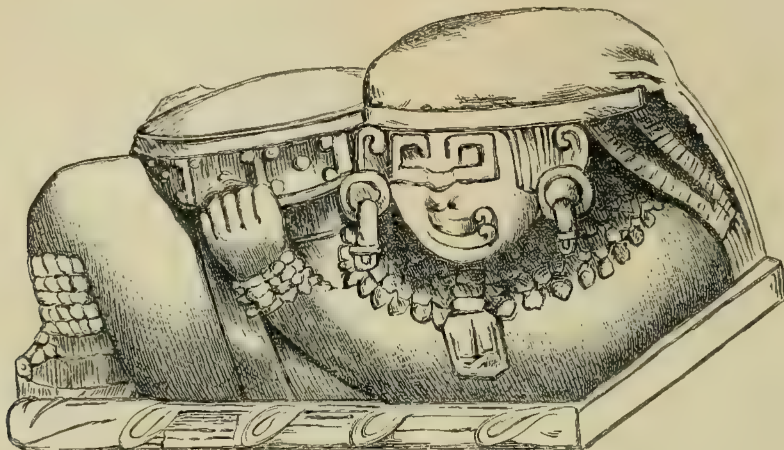
Esta primera creación, como ya hemos dicho, fué confundida en la religión nahoa con la del primer hombre. Generalmente se dice que este primer hombre fué *Tonacatecuhtli* ó *Cipactli*, y que la primera mujer fué *Tonacacihuatl* ú *Oxomoco*. Observamos en esto un hecho interesante: los nahoas en sus ideas primitivas y puras de toda influencia posterior eran monogenistas; para ellos la raza humana descendía de un primer par.

Para terminar con el sol diremos que si *Tonacatecuhtli* es el *Izpactli* ó *Cipactli*, pues la idea del sol y de la luz debía ser una misma para los pueblos primitivos, y por eso se llama también al sol *Tlatizpaque*, el que envía la luz á la tierra, como astro vino especialmente á ser el señor del día, y así como de *Tonacatecuhtli*, el dios que nos alimenta, se hizo *Tonatiuh*, nombre del astro, de éste se formó *Tonalli* para designar el día.

Pasemos ahora á hablar del fuego, y tenemos que considerarlo en la teogonía nahoa de dos maneras, como elemento y como lumbre del hogar.

Era *Xiuhtecuhtlitletl* el dios del fuego, deidad del año y señor del tiempo. Sin embargo, no se habla de él en las crónicas tanto como de *Tezcatlipoca* y *Huitzilopochtli;* y no es de extrañarse, pues en las evoluciones de la religión nahoa quedaron preponderando ciertos dioses en virtud de las luchas históricas, y el pueblo dió casi al olvido sus deidades primeras. Así Sahagún no considera al sol como dios, y Herrera cuenta que no le daban tanta adoración como á *Huitzilopochtli*. Cronistas hay que aseguran erróneamente que el sol no tenía ídolos ni templos. Apenas si se habla de *Tonacatecuhtli*, y menos del *Ometecuhtli:* todo lo que constituía la religión primitiva estaba relegado á los santuarios y era casi desconocido de la multitud. Por esta razón en varias historias ni se menciona á *Xiuhtecuhtlitletl*, y Sahagún lo coloca entre los dioses menores: no obstante, Motolinía dice que al fuego «tenían y adoraban por dios, y no de los menores, que era general por todas partes.» Era, en efecto,

uno de los dioses primitivos de la religión nahoa, y hemos dicho que antes de que fuesen creados los cielos, lo fué el fuego: por lo que se llamaba también *Huehueteotl*, que literalmente significa *el dios viejo* ó *antiguo*. Hemos visto cómo el sol, por su calor, se confunde con este dios, y ambos se llaman *Ixcozauhqui;* y por ser anterior á las creaciones, se confunde también con el *Ometecuhtli* ó creador. Por lo mismo lo representaban con corona de labores diversas y vistosos colores, ornada de penachos de plumas á manera de llamas de fuego, borlas de plumas, orejeras de turquesas, á la espalda un dragón de plumas amarillas con caracoles del mar, por rodela un gran disco de oro con cinco piedras *chalchihuitl* puestas á manera de cruz, y en la diestra un cetro formado de otro disco de oro con dos globos encima, estando el disco agujereado en el centro para que por él viese el dios. Esta es la manera expresiva de significar que por el sol reparte el dios su fuego al universo.



Xiuhtecuhtlitletl

En el códice de Oxford, en la undécima pintura, hay un hombre con dos rostros en actitud de ir por los aires, de atravesar el espacio; y en la pintura anterior, debajo del universo que el sol alumbra, en cuyo centro está la tierra y por el cual hacen su trayecto la estrella de la tarde y la luna, está como base de todo ese edificio celeste el dios bermejo con dos caras rojas que salen del símbolo del agua. Suficiente parece esto para afirmar que los nahoas creían que el fuego era el agente creador cosmogónico, el *Ometecuhtli*.

Pero encontramos al fuego sobre el agua, y esto exige una nueva explicación. Solamente podemos hallarla en Sahagún, y no en el relato del venerable historiador, sino en uno de los elocuentes razonamientos que reproduce, y que el *tecuhtli* ó señor hacía á sus hijos cuando habían llegado á la edad de la discreción. «Pone, dice hablando de los gobernantes, en sus manos el cargo de regir y gobernar la gente con justicia y rectitud, y los coloca al lado del dios del fuego, que *es el padre de todos los dioses,* que reside en el albergue de *la agua,* y entre las flores, que son las paredes almenadas, envuelto entre unas nubes de agua. Este es el antiguo dios que se llama *Ayamictlán* y *Xiuhtecuhtli.*» Estas pocas líneas nos van á dar mucha luz.

Los nahoas concebían la idea de un sér creador, el primero de los dioses, el padre de ellos, y por eso le llamaban *Huehueteotl*, el dios viejo; pero no alcanzaron á espiritualizar á este sér creador, sino que lo formaron del elemento fuego. El fuego es, pues, el creador nahoa. Como el sol es la más espléndida manifestación del fuego y los nahoas habitadores de las costas del Pacífico lo veían hundirse todas las tardes entre las ondas del Océano, le dieron por mansión el agua. Él creó al sol, á la tierra, á la estrella de la tarde y á la luna; y así es el *Ometecuhtli*. Mas aquí le encontramos un nuevo nombre, el de *Ayamictlán,* y tiene también el de *Cuecáltzin:* del primero nadie da explicación y sólo Sahagún lo menciona; y éste y el señor Orozco traducen el segundo por *llama de fuego*.

Este segundo nombre está mal escrito, es *Tlecuecáltzin,* que quiere decir: el señor de la casa de las llamas de fuego ó que echa de sí llamas de fuego. Por eso lo pintaban, según dice Sahagún, con un disco agujereado en el centro para que por ahí pasase el fuego: este disco era el sol, astro por el cual se comunica el calor, el fuego á la tierra; y el poniente *calli,* casa, el mar del Pacífico, era para los nahoas la casa del sol, y el dios bermejo estaba sobre el agua. Del dios del fuego bajo su aspecto de *Tlecuecáltzin,* hay tres hermosas estatuas y existe en el Museo una figura de oro. En todas ellas el dios tiene en las manos el disco agujereado que representa al sol. Refiriéndonos únicamente ahora á la que existe en el jardín de la casa de Barrón, en Tacubaya, diremos que se ve al dios como en actitud de estar metido en un baño, lo que se confirma con la parte inferior de la piedra en que están labrados los signos del agua y algunos animales acuáticos, como conchas, caracoles

y ranas. El dios tiene en sus manos el disco, y éste se ve adornado de varios puntos cronográficos que no dejan duda de su referencia al sol.

Volviendo al primer nombre citado, *Ayamictlán,* le encontramos una hermosa etimología. *Mictlán* es el lugar de los muertos, que los viejos cronistas llamaban el infierno: es la idea más completa y más perfecta de la destrucción, de la muerte, de la nada. *Ayac* es una partícula que expresa la negación absoluta. Así es que *Ayamictlán* tanto quiere decir, como el que nunca destruye, el creador; el que nunca muere, el eterno. Puede, por lo mismo, decirse que la base de la cosmogonía nahoa era la eternidad de la materia.

Pero hemos visto que los cuatro dioses *Tonacatecuhtli*, *Tonacacíhuatl*, *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca,* crearon el fuego: este es el fuego de la tierra, el fuego del hogar. Nos manifiesta la manera conque lo hicieron, la pintura ya citada del códice de Oxford: allí se ve á tres sacerdotes encendiendo el fuego por la frotación de dos maderos, y un cuarto llega á recibirlo. Llamábanse estos maderos *mamalhuaztli,* y Sahagún cuenta que de ellos hicieron la constelación de los *mastelejos.* Más adelante veremos como siempre los pueblos de civilización nahoa conservaron en sus ritos el recuerdo de la creación del fuego y cuánta importancia daban á este elemento creador.

Entre los nahoas fué también de los primeros el dios *Tlaloc.* Esta divinidad representa el elemento agua. Su nombre viene de *tlalli,* tierra, y de *octli,* vino de maguey, llamado hoy pulque, porque las lluvias son el vino que vivifica y refresca la tierra. *Tlaloc* era el dios de las lluvias y las tempestades; y ahora que ya conocemos al dios de los muertos, *Mictlantecuhtli,* se comprenderá que el cielo, *Itzápan Nanáxcayan,* en que truenan las piedras sobre el agua, es la mansión de *Tlaloc,* el lugar mortuorio *Tlalócan,* que los cronistas llaman paraíso por oposición al *Mictlán.* Así como en éste se esconde el sol, en aquél la luna, y así como el fuego crea al sol, *Tlaloc* ó el agua es padre de la luna.

Pintaban á *Tlaloc* en figura de un hombre bien formado, con diadema de plumas blancas y verdes y adorno de plumas blancas y rojas; el pelo largo caído sobre la espalda; gargantilla verde; túnica azul adornada de una red con flores en los extremos de las mayas; los brazos desnudos con pulseras de *chalchíhuitl* y desnudas también las piernas con abrazaderas de oro en las pantorrillas y *cactli* azules; en la mano siniestra el *chimalli* azul, profusamente adornado de plumas rojas, azules, verdes y amarillas, y en la diestra una lámina de oro y rojo aguda y ondulante, que representa el rayo; el cuerpo untado con el negro *ulli* sacramental, y toda la figura levantándose entre las almenas de un templo. Se ve siempre el rostro de este dios cubierto con una máscara sagrada que le es especial: tiene los ojos redondos y por cejas unas curvas azules, que bajan en su extremidad y después se encorvan hacia arriba, y de su labio salen los dientes largos y agudos. Los ojos simbolizan las nubes y los dientes expresan las lluvias y los rayos.

Tenemos, entre otras, una pintura del códice Borgiano, en que se ve al dios *Tlaloc* en la casa ó *calli* de la luna; tiene delante dos vasos sagrados con piés



Tlaloc

azules, el azul es el color jeroglífico del agua y de la luna; el dios está sentado en la silla señorial y en su tocado y en su ojo se ve el signo de la luna. Ya hemos visto que ésta andaba, según las creencias nahoas, en el cielo de las nubes, de donde se desprendían las lluvias. Es, pues, íntima la relación entre este astro y *Tlaloc.*

Los nahoas buscáronle mujer al dios de las lluvias y por tal le dieron á *Chalchiuhtlicue.* Es ésta la diosa de los mares y de los lagos, de los torrentes y de los ríos; es *la de la falda azul.* En las pinturas se la representa con un tocado azul con gotas de agua, de cuyo centro sale vistosamente una caña, *ácatl;* el rostro y las manos son amarillos como de mujer; el traje es azul, color del agua; los piés amarillos tienen *cactli* blancos; en la siniestra mano empuña un huso, *malácatl,* para hilar el algodón y lleva en la diestra el *chote* ó *chochopaxtli,* instrumento para tejer. Sale de su cuerpo y se extiende por sus piés en forma de larguísima cauda azul el símbolo del agua, cuya corriente

arrastra el *itácatl* de un mercader, á un guerrero y á una mujer: manera conceptuosa de significar que el tiempo, como el agua, todo lo arrastra y destruye, riqueza, poder y hermosura.

Contaba la leyenda que *Tlaloc* tenía en el patio de



Chalchiuhtlicue

su aposento cuatro grandes barreños de agua, uno de las lluvias buenas, otro de las nieves y dos de lluvias malas, y que para llover creó á los *tlaloques,* que son las nubes, los cuales tomaban el agua de los barreños con unos cántaros y empuñaban unos grandes palos: cuando les mandaban llover vaciaban el agua de los cántaros; cuando pegaban á éstos con los palos, tronaba, y si caía algún trozo del cántaro roto, era un rayo.

Creados el sol por el fuego y la luna por el agua, tenemos al viento, personificado en *Quetzalcoatl.* Ya hemos visto que en la leyenda nahoa, *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl,* el sol y la tierra, tuvieron por hijos á *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca. Quetzalcoatl* es la



Estrella de la tarde

estrella de la tarde. Como á los helenos llamó la atención el lucero de la mañana, que brotaba de las ondas del mar que al oriente tenían, así les llamó á los nahoas habitadores del Pacífico el astro vespertino que flotaba en las olas del horizonte. Su luz, reflejando en el movedizo oleaje, debió hacerlo aparecer como brillante culebra, y al deificarlo le llamaron *Quetzalcoatl.* Compónese esta voz de *coatl,* culebra, y *quetzalli,* pluma del hermoso pájaro *quetzal,* que también se toma en la acepción de bello. De manera que el nombre significa *culebra preciosa,* y para escribirlo jeroglíficamente se pintaba una culebra con plumas.

Encontramos en los jeroglíficos diversas maneras de representar á este dios; pero las creemos de épocas posteriores á la nahoa. Las primeras debieron ser la fonética, de que acabamos de hablar, y la simbólico-figurativa, que consiste en un círculo adornado del cual sale la luz de la estrella. En el Museo existe una piedra á manera de mitra en que el símbolo está repetido cuatro veces, lo que se relaciona con lo que Sahagún nos cuenta de ese astro; pues decían los indios que al salir hace cuatro arremetidas, á las tres luce poco y se vuelve á esconder, y á la cuarta sale con toda su claridad y sigue su curso.

A propósito de esta estrella dice la tradición que primero hicieron los dioses un medio sol que es *Quetzalcoatl:* manera expresiva de significar que su brillo es menor que el del astro del día. Así muchas veces vemos á *Quetzalcoatl* con un medio sol, como en la pintura



Quetzalcoatl. (Culebra con plumas)

del *Ehecatonatiuh,* y otras nada más ponían el medio sol para significarlo.

Tezcatlipoca es la luna. Cuando por primera vez y sin precedente en los autores lo dijimos, púsose en duda; mas después se aceptó aún por el mismo señor Orozco. Que es la luna lo manifiesta el significado de su nombre: *espejo negro que humea,* y lo expresa su jeroglífico en la primera trecena del *Tonalámatl.* Allí se ve el círculo del astro, rodeado de unas lengüetas amarillas, que son la representación jeroglífica del humo. Era, pues, idea de los nahoas que la luna humeaba, acaso por la vaguedad que á ocasiones tiene su luz ó porque humo negro parece á veces la parte no alumbrada del astro que se percibe al reflejo.

En su representación como dios fué variando mucho *Tezcatlipoca* en épocas posteriores. Se le ponía el rostro rojo para expresar que alumbraba; se le coronaba de plumas verdes adornadas con los símbolos del humo; su cuerpo era azul y tenía por ornato una media luna, y ponían á sus piés una cabeza de culebra saliendo de un símbolo del agua que brota de una luna llena. Esto último explica la tradición de Sahagún de que la estrella de la tarde recibía su luz de la luna.

Mucho tendremos que extendernos después sobre

este dios; pero en la época nahoa no representaba más que á la luna, como *Quetzacoatl* era entonces solamente la estrella de la tarde. Para los nahoas el dios-astro principal era el sol, que se confundía con el fuego y se tornaba en el Creador *Ometecuhtli:* la luna y la estrella eran todavía astros secundarios; pero desde aquella época comenzaron á formarse la leyenda astronómica de su lucha, que tanto influyó después en los destinos de la raza.

Cuenta la leyenda que hecho medio sol *Quetzalcoatl,* como quiera que no alumbrase lo bastante,



Tezcatlipoca

Tezcatlipoca, la luna, se convirtió en sol. Dice textualmente la tradición: «Los cuatro dioses vieron como el medio sol que estaba criado alumbraba poco y dijeron que se hiciese otro medio para que pudiese alumbrar bien toda la tierra. Y viendo esto *Tezcatlipoca* se hizo sol, *al cual pintan como nosotros.*» En efecto, el sol y la estrella de la tarde tienen como astros forma convencional; pero si la luna lo tiene como dios, cuando como astro se la considera, se le pinta de *espejo humeante,* tal como está en el *Tonalámatl.* Se ve el círculo que representa el espejo encuadrado en dos circunferencias concéntricas, la primera roja, para expresar que es un astro que da luz, y la segunda amarilla y adornada con las lengüetas simbólicas del humo; entonces es la luna llena. El jeroglífico del *Tonalámatl* es muy expresivo, pues una mancha curva forma en el círculo lunar la semejanza del creciente, y una faja parecida corta la cara del dios y atraviesa su ojo, que es de figura de estrella, es decir, un pequeño círculo mitad rojo y mitad blanco, manera siempre usada en la escritura nahoa para significar un astro. En diversas pinturas se ve claramente representado el cuarto creciente, y solamente en las puramente astronómicas se usan las figuras simbólicas.

Pues bien, desde que *Tezcatlipoca* se hizo sol, comienza la lucha astronómica de la luna y la estrella de la tarde. Ya es entonces *Tezcatlipoca* la luna llena dominando en el cielo toda la noche, pues sabido es que en esa época de su evolución sale á las seis de la tarde y se pone á las seis de la mañana. Así, esta primera victoria de *Tezcatlipoca* sobre *Quetzalcoatl,* se refiere á la época en que los nahoas, habitadores de las costas del Pacífico, veían á la estrella de la tarde hundirse en el mar por el poniente, mientras la luna llena se levantaba en el oriente y dominaba el cielo toda la noche.

Pasado el tiempo y hecha la revolución de la estrella, de manera que desapareciendo en la noche se veía en la mañana, casi en la aurora, debía observarse el fenómeno opuesto: la luna llena, que durante la noche había dominado el firmamento, desaparecía en el poniente al comenzar el día, mientras se levantaba en el oriente la estrella: á su vez *Quetzalcoatl* vencía á *Tezcatlipoca.* Tal es, en efecto, la segunda explicación astronómica de la tradición cosmogónica que dice que *Quetzalcoatl* fué sol y dejólo de ser *Tezcatlipoca,* porque le dió con un gran palo y lo derribó en el agua.

Pues, además, por esta lucha se explican en la misma tradición los soles cosmogónicos. Dice, en efecto, que primero había un medio sol, *Quetzalcoatl,* que apenas alumbraba; pero que *Tezcatlipoca* se hizo sol y fueron creados los gigantes. Es la primera edad la de los grandes paquidermos. Pero pasado cierto tiempo, *Quetzalcoatl* dió un palo á *Tezcatlipoca* y lo derribó en el agua: allí éste se hizo tigre y salió á devorar á los *quinamétzin.* Aquí tenemos, al fin de la primera época, el *Atonatiuh* simbolizado en la caída de *Tezcatlipoca* en el agua. La destrucción de los paquidermos y la edad de las cavernas ó *Ehecatonatiuh,* se representan con la metamorfosis de *Tezcatlipoca* en el tigre que sale á devorar á los *quinamétzin.* Entonces *Tezcatlipoca* dió una coz á *Quetzalcoatl* y lo derribó y quitó de ser sol. Tercera época, el *Tletonatiuh;* y es el significado de la lucha astronómica, fin del período matutino de la estrella y principio de su nueva revolución doble. Así los nahoas, siempre dados al simbolismo, adunaban sus tradiciones y leyendas.

Tres son los astros que sirvieron á los nahoas para la formación de su cronología, los tres de que hemos hablado; y bajo este aspecto, de la unión de los tres formaron un nuevo dios llamado *Totec.* Su nombre quiere decir literalmente *nuestro señor,* como si pretendieran expresar que era el principal de los dioses. No es oportuno el que tratemos extensamente de él ahora: nos basta en este momento consignar su existencia y su significación astronómica. Siendo el sol el astro nahoa por excelencia, á veces se personifica en él; pero si

quisiéramos dar de pronto una idea aproximada de esta nueva concepción teogónica, diríamos que *Totec* era el tiempo.

Pasemos al cuarto astro nahoa y al cuarto elemento, la tierra. Si el sol era el *Tonacatecuhtli*, el señor de nuestra carne, el que nos alimenta, la tierra, para formar con él el *Ometecuhtli,* era *Tonacacihuatl,* la mujer de nuestra carne, la alimentadora de la humanidad: el sol da vida con su fuego á la tierra y ésta produce los frutos y las cosechas. La tierra, como esposa de *Tonacatecuhtli*, es la madre de *Cipactli*, el día, y de *Oxomoco,* la noche. Como *Oxomoco,* unida á *Cipactli* en el *omeycualiztli,* produce con él la flecha del tiempo.

Ahora se nos va á presentar con otros dos nombres: *Coatlicue* y *Chimalma.* La diosa *Coatlicue* es, según significa su nombre, la de la enagua de culebras. Así como los nahoas, al contemplar el mar en las playas del Pacífico, llamaron con tan poética propiedad á la diosa del agua, la de la falda azul ó *Chalchiuhtlicue,* natural fué que en aquellas costas, pobladas de innumerables culebras, llamasen á la tierra la de la falda de culebras ó *Coatlicue.*

El otro nombre, *Chimalma,* necesita para ser bien entendido, el que conozcamos su etimología. *Chimalli* significa escudo, que era redondo entre los nahoas, y *maitl* quiere decir mano: así es que, si siguiéramos las reglas comunes de la traducción de las palabras compuestas, interpretaríamos *Chimalma* por escudo de la mano ó mano del escudo. Pero jeroglíficamente la mano expresa muchas veces la acción de esta parte de nuestro cuerpo. El dios del fuego, como puede verse en el brasero que está en el Museo, se representa con varias manos, y entonces éstas significan su poder creador: confirma esto el relieve de la Piedra del sacrificio gladiatorio, pues ahí está *Xiuhtletl* mostrando varias manos en el adorno de su traje. Por lo tanto, podemos decir que la mano del jeroglífico de *Chimalma* manifiesta el poder creador ó productor de la tierra.

Pero si la mano explica la acción de crear, ¿qué significa el escudo redondo? Hemos visto que en la pintura de la creación de los cielos se representa á la tierra con el cuadrado *tlalli;* es de esa manera el terreno que se siembra y en él se ven los surcos y las plantas; pero como astro pintábanlo circular, y no está así solamente en la Piedra del sacrificio gladiatorio; circular también y en forma de escudo con uno de sus símbolos, se ve empuñada por el dios del fuego en el códice Borgiano. Esto hace pensar que los nahoas habían comprendido que el astro tierra es redondo. Veían así al sol, á la luna y á las estrellas, y de esa manera pintaban á los astros. Siempre para representar una estrella ponían un círculo mitad rojo y mitad blanco. En la pintura citada del códice Borgiano, la luna con su símbolo *calli* es redonda y lo es la estrella de la tarde con su signo *técpatl.* Natural fué que teniendo á la tierra por astro, como á los otros astros la pintaran redonda. Por eso la llamaron *Chimalma,* nombre muy significativo y del cual pudiera hacerse la paráfrasis, diciendo que la tierra es el astro redondo que crea y produce, el que alimenta á los hombres.

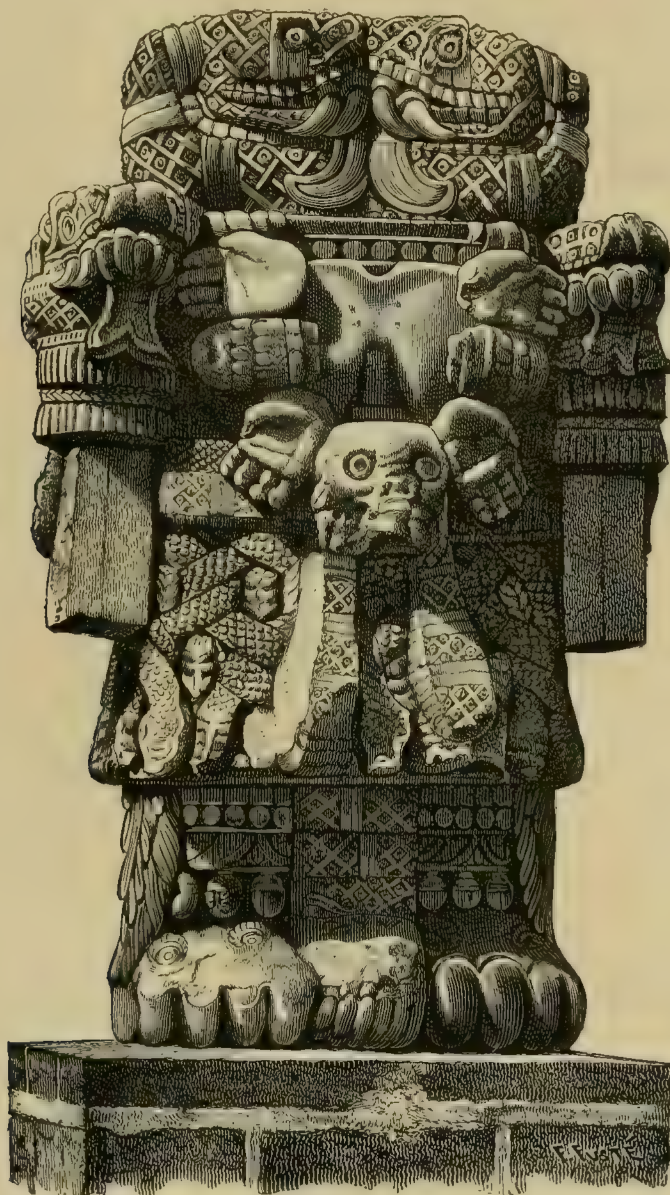
Chimalma, en la leyenda, es la madre de *Quetzalcoatl.* Torquemada da cuenta de esta tradición: en ella se dice que *Quetzalcoatl* era hijo del ídolo *Camaxtli,* que tuvo por mujer á *Chimalma* y de ella cinco hijos. Otros decían que andando barriendo la dicha *Chimalma*, halló una piedra verde de *chalchihuitl* y se la tragó; de lo que resultó en cinta y que tuviese por hijo á *Quetzalcoatl.* Como veremos más adelante, *Camaxtli* entre los teochichimeca ó tlaxcalteca es el sol, el fuego creador. La madre es *Chimalma,* la tierra. Y en efecto, al hundirse el sol en el poniente, reposando sobre la tierra como en cariñoso abrazo, brota entre el crepúsculo la estrella de la tarde cual si naciera de esos amores de sol y tierra.

Como *Coatlicue* y *Chimalma* son la misma deidad, el mismo astro tierra, en otras leyendas se sustituye el primer nombre al segundo. *Coatlicue*, la madre de *Quetzalcoatl,* la de la enagua de culebras, la diosa tierra, está representada en el más hermoso ídolo que tiene el Museo Nacional, en el que se ostenta magnífico y grandioso en el centro de su patio. Como la Piedra del Sol, estaba enterrado en la Plaza Mayor, y ambos monolitos fueron descubiertos en la misma época. ¡Extraña coincidencia! Los dos dioses creadores de los nahoas, el sol y la tierra, aparecían otra vez juntos, saliendo de los escombros enterrados del que antes fué templo mayor de los mexica.

Este ídolo representa á la diosa tierra: esa deidad es *Cihuacoatl,* la mujer culebra, progenitora del primer par de donde desciende la humanidad; es *Coatlicue,* la de la enagua de culebras; es *Cihuateotl,* el dios mujer. En efecto, representa el ídolo á una mujer, como se manifiesta por sus pechos, y así es el dios mujer, *Cihuateotl.* La parte superior es la cara de una culebra, cuyo cuerpo se enreda en el de la mujer, terminando su cola en la parte inferior. La culebra enroscada en la mujer nos da el otro nombre de la diosa tierra, *Cihuacoatl.* La enagua está elegantemente adornada de borlas y plumas, y puede decirse que es un tejido de culebras: lo que nos expresa el otro nombre, *Coatlicue*, la de la falda de culebras. Las bolsas de copal que se ven en esta estatua significan el sacrificio y la adoración: se encuentran también en el dios *Quetzalcoatl,* pero nunca en los dioses que representan al sol en sus diversas manifestaciones. Parece que se ha querido expresar con esto que la tierra y la estrella de la tarde son los sacerdotes del astro padre, del creador *Ometecuhtli.* Las muchas manos que tiene la figura son símbolo del poder productor de la tierra,

Chimalma. La tierra es además, como *Oxomoco,* representación de la noche, y como *Mictlancihuatl* lo es de la muerte; es el seno amoroso de una madre en que van á dormir el sueño eterno sus criaturas; de aquí los adornos de calaveras que tiene la estatua.

Ya hemos visto que en la noche, el sol al hundirse en la tierra, se convierte en *Mictlantecuhtli,* señor de los muertos; queda debajo de ella; y esto se expresa en el relieve que está debajo de la diosa. Así, pues, *Coatlicue* es la tierra en la noche, cuando el sol está hundido, y aparece *Quetzalcoatl* en el horizonte, ya como estrella de la tarde, ya como lucero de la mañana: lo que se manifiesta con las dos cabezas de culebra que se ven una á cada lado sobre un *técpatl,* símbolo de aquel dios. De esta manera *Coatlicue* se confunde con *Mictlancihuatl,* diosa de la mansión de la muerte, y esto se expresa más claramente en otras dos estatuas de aquella diosa que hay en el Museo. La más notable



Coatlicue

tiene por cabeza una calavera adornada de grandes turquesas; las manos están en actitud de hacer presa y las tiene encallecidas de tomar hombres para la muerte. Su enagua de culebras patentiza que es *Coatlicue.*

Todavía encontramos en la teogonía nahoa otras dos deidades que son representación de la tierra. Considerado nuestro planeta como productor de las flores y de los arbolados, es la diosa *Xochiquetzal,* nombre que significa *flor hermosa,* y viendo en ella á la divinidad de la agricultura, llámase *Centeotl* ó diosa del maíz.

Del mismo modo que de los cuatro astros formaron los nahoas sus cuatro grandes deidades celestes, de ellos también hicieron sus cuatro grandes dioses de la muerte. Ya hemos visto que el sol, tornado en *Tzontemoc,* se vuelve *Mictlantecuhtli,* señor de la mansión de la muerte, y que es su esposa la tierra *Mictlancihuatl.* Además de éstos nos muestran otros las pinturas del códice Vaticano. Vemos ahí á *Ixpuxteque,* de quien el Intérprete dice candorosamente que es el mismo Satanás, y tiene por compañera á *Nexoxocho.* Examinando los símbolos del dios infernal se observa que son los mismos de la luna *Tezcatlipoca.* Se pinta

á *Ixpuxtec* con piés de águila, y de él se decía que andaba en las noches por las calles y los caminos. La tercera deidad es *Nextepehua*, que tiene por mujer á *Micapetlacoli*. En ese dios se ven los símbolos de la estrella de la tarde, y por repetirse en el cuarto, creemos que se refiere al lucero de la mañana. El Intérprete lo llama equivocadamente *Contemoque* y *Chalmecacihuatl* á su compañera, aunque por sus signos, como la anterior mujer, parece ser la luna.

Así vemos en todo á los cuatro astros, y á ellos también se refieren los cuatro signos cronográficos: *Ácatl* significa el sol, *Técpatl*, la estrella, *Calli*, la luna, y *Tochtli* la tierra. De esta manera en un solo sistema unieron los nahoas su cosmogonía, su teogonía y su cronología, pasmando verdaderamente sus admirables combinaciones.

Réstanos sólo hablar de la diosa *Mixcoatl*, cuyo nombre quiere decir *nube en forma de culebra*. En una de las pinturas del códice Borgiano se ve á la diosa *Tonacacíhuatl* representando la tierra en la noche; en su diestra empuña una nube en forma de culebra y sembrada de estrellas: es la vía láctea llamada *Mixcoatl* ó *Citlalcueye*, la de la falda de astros. En una leyenda, *Mixcoatl* es la madre de las estrellas, como si creyeran los nahoas que la nebulosa las había producido. En otra se confunden *Tezcatlipoca* y *Mixcoatl*, y tiénela una tercera por camino de la luna y de la estrella de la tarde y lugar en que residen esos dos astros.

Concluídas las creaciones astronómicas, perfecta la teogonía, vino la creación del hombre. Hemos visto que en una de las tradiciones los dioses crean á los macehuales, mandándoles que vivan del trabajo; y esta formación se precisa más en la otra leyenda, en la cual la tierra, *Cihuacoatl*, produce el primer par por la acción del dios del fuego. El fuego, creador general por su influencia sobre la tierra, hizo que ésta produjera á los hombres. Y así quedaron creados los cielos y los dioses, y en la tierra el hombre, rey de la creación.

CAPITULO IV

Filosofía nahoa.— Materialismo.—Sabeismo de la religión.— Las cuatro mansiones de los muertos.— El Chichihuacuauhco. — El Mictlán. —Viaje de los difuntos.— Fatalismo. — El Tlalócan.— La mansión del sol. — Falta de premios y penas. — Mortalidad del alma — Situación definitiva de la raza nahoa.— Falta de anales.— El Chicomoztoc — Su posición geográfica. — Huehuetlapállan.— Culhuacán. — Ruinas.— Arquitectura.— Las casas circulares.— La estufa.— El culto del fuego y del sol.— El comunismo — La poligamia.— Las casas largas. — La autoridad y el sacerdocio del padre. — Las casas grandes. — La tribu. —Costumbres.— Alianza entre las casas grandes.— Estado de guerra — Las casas de las rocas.— La ciudad.— Las castas — La teocracia.— Ruinas del Gila.— El culto.— El laberinto — Población. — La fortaleza. — El palacio. — Siba. — Duración de la época tlapalteca — El hombre nahoa — Los indios barbados.—Las danzas sagradas.—La región tolteca. - Sacerdotes hechiceros y curanderos.—Predicadores. - Sacrificios.

La filosofía de los pueblos primitivos se encierra en su religión: al tratar de la una hay que hablar de la otra, pues son dos materias tan íntimamente ligadas, que puede decirse que son una sola. Comprenderlas es conocer el espíritu de la raza, lo que explica entonces lógicamente su desenvolvimiento histórico.

Bastante nos indica la teogonía nahoa á este respecto; y sin embargo, escritores de mucha nota se han extraviado por querer atribuir á la raza *náhuatl* todas las posibles perfecciones. Así no dudan en afirmar que las primeras tribus, los mismos tolteca, fueron deistas. Pero su cosmogonía nos dice lo contrario. Comprendieron un sér creador, el *Ometecuhtli;* pero ese creador era el elemento material fuego, y la creación se producía por el hecho material del *omeycualiztli.* El sér creador era el eterno, el *Ayamictlán;* pero lo imperecedero continuaba siendo la materia fuego. Los dioses son los cuatro seres materiales, los cuatro astros, *Tonacatecuhtli, Tonacacihuatl, Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca.* Deificaron las lluvias en *Tlaloc* y los mares en *Chalchiuhtlicue;* pero esas deidades eran también dos seres materiales. Para explicarse la aparición del hombre, recurrieron á la acción material del fuego sobre la tierra, al matrimonio simbólico de *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl.* Jamás se percibe siquiera la idea de un sér espiritual. Los nahoas no fueron deistas, ni puede decirse que su filosofía fué el panteismo asiático; fué tan sólo el materialismo basado en la eternidad de la materia. Su religión fué el sabeismo de cuatro astros; y, como su filosofía, era también materialista.

Pero debemos penetrar más en la cuestión y estudiar sus ideas respecto de la unidad hombre. En esto igualmente encontramos extraviados á los escritores, como en todo lo que á nuestras antigüedades se relaciona: los unos niegan todo estado de progreso, á pesar de los datos fehacientes que lo testifican; los otros suponen que los nahoas alcanzaron un adelanto incompatible con el medio social en que vivieron.

Es fortuna que tengamos un dato precioso é indiscutible para resolver la cuestión: las mansiones de los muertos. Estas mansiones eran cuatro: el *Chichihuacuauhco*, el *Mictlán*, el *Tlalócan* y el *Ilhuicatl-Tonatiuh.*



El árbol de leche de los niños muertos

La primera mansión era el *Chichihuacuauhco.* Allí iban los niños muertos; y en ese lugar, como lo significa su nombre, había un árbol de cuyas ramas goteaba leche conque los niños se alimentaban. Decían que esos niños volverían al mundo para poblarlo cuando se destruyese la raza que habitaba la tierra. La idea es poética y más que poética tierna; pero no es espiritualista. En el espiritismo moderno las almas son las que vuelven; mas en las creencias nahoas los niños estaban materialmente en el *Chichihuacuauhco,* vivían y se alimentaban materialmente, y materialmente tenían que tornar á la tierra para repoblarla.

Para llegar á la segunda mansión llamada *Mictlán,* en que reinaban *Mictlantecuhtli* y *Mictlancihuatl,* tenían que hacer los muertos un largo viaje. Lo explicaremos siguiendo el orden de la pintura jeroglífica. El muerto había de pasar primeramente el río llamado *Apanohuaya.* Necesitaba, para atravesarlo, del auxilio de un perrillo, *techichi.* Para esto hacían llevar al difunto un perrito de pelo bermejo al que ponían al pescuezo un hilo flojo de algodón. Contaban que cuando el difunto llegaba á la orilla del *Apanohuaya,* si el perro lo conocía por su amo lo pasaba á cuestas nadando, y que por eso los naturales criaban á este efecto dichos perrillos; lo que hacían con los de color bermejo, pues los de pelo blanco ó negro no pasaban el río, porque el de pelo blanco decía: *yo me lavé,* y el de pelo negro: *estoy manchado.* Esta leyenda popular acredita su origen nahoa, pues en México había sólo el perro *itzcuintli,* y el *techichi* es el precioso perrillo con pelo de nuestra frontera, conocido por de Chihuahua. Después del *Apanohuaya,* el difunto, despojado ya de toda vestidura, cruzaba por entre dos montañas que constantemente estaban chocando la una con la otra, y que se llamaban *Tépetl Monamictia.* De ahí seguía por un cerro erizado de pedernales, *Itztépetl.* A continuación atravesaba los ocho collados en que siempre está cayendo nieve, *Cehuecáyan,* y los ocho páramos en que los vientos cortan como navajas, *Itzehecáyan.* Tomaba luego un sendero en que lo asaeteaban, por lo que se nombraba *Temiminalóyan.* Encontrábase después con un tigre que le comía el corazón, *Teocoyleualóyan,* y ya sin él, caía en el *Apanuiayo,* en cuya agua negra estaba la lagartija *Xochitónal.* Entonces había terminado su viaje el muerto, y se presentaba á *Mictlantecuhtli* en el lugar llamado *Izmictlanapochcalocca,* ó según dice Sahagún, *Chicunahuimictla,* en donde se acababan y fenecían los difuntos. En algunas tradiciones, para llegar á este último lugar, había que atravesar aún los nueve ríos llamados *Chicunahuápan.*

Basta poner atención en el relato de este viaje para percibir que no se trata del alma sino de una ficción en que el mismo cuerpo difunto hacía el camino misterioso, para lo cual se salía de su sepulcro á los cuatro años de estar enterrado. Nótese que la última estación del viaje es el *Izmictlanapochcalocca* en que estaba la lagartija *Xochitónal.* La lagartija es símbolo de la tierra, y *Xochitónal* el último día del año, lo que unido al significado del nombre de la mansión, manifiesta expresivamente que el cadáver, al cabo de tal plazo, llegaba al último día de esa vida ficticia y se convertía en polvo de la tierra. Por esto dice Sahagún que en el *Mictlán* se acababan y fenecían los difuntos, pereciendo para siempre en la casa de las tinieblas y oscuridad.

Por más que queramos idealizar á la raza nahoa, tenemos que convenir en que el camino de los muertos y su fenecimiento en el *Mictlán* revelan un claro materialismo.

Al *Mictlán* iban los que morían de enfermedad natural, fueran señores ó maceguales, sin distinción de rangos ni riquezas. Los nahoas no reservaban premio ni castigo á las almas; y esto, y tomar en cuenta para lugar de destino en la otra vida la clase de muerte, provenía de que para ellos no era libre el albedrío, pues tantas influencias y agüeros ejercían su poder sobre el hombre, que verdaderamente quedaba irresponsable. Por eso el sacerdote, disculpando al pecador, dice en una de las oraciones que hasta nosotros han llegado: *no pecó con libertad entera del libre albedrío, porque fué ayudado é inclinado de la condición natural del signo en que nació.*

No habiendo, pues, otro origen para el destino después de la vida que la clase de muerte, escogieron otro lugar distinto del *Mictlán* para los que morían de rayos, ahogados en agua, los leprosos y bubosos, sarnosos, gotosos é hidrópicos: este lugar era el *Tlalócan,* la mansión de la luna. A los que de tales enfermedades morían no los quemaban, sino los enterraban. Figurábanse los nahoas el *Tlalócan* un lugar de regalo y de contento, fresco y ameno, en el que siempre reverdecían las ramas ostentando copiosos frutos; idea muy propia del lugar en que residía el dios de las aguas: y como los muertos de las enfermedades ó accidentes citados eran víctimas propicias á *Tlaloc,* por eso iban á residir al *Tlalócan.* Si el *Mictlán* aparece como un lugar de aniquilamiento y destrucción, en esta nueva mansión se percibe una segunda vida, aunque material, sin que se asegure que era eterna.

La tercera mansión adonde iban los difuntos era el cielo donde vive el sol. Allí no se tenía cuenta con noche ni con día, ni con años, ni con tiempos; el gozo no tenía fin y las flores nunca se marchitaban. A este lugar iban los que morían en la guerra y los cautivos que morían en poder de sus enemigos. Decían que estaban en una hermosa llanura, y que todas las veces que salía el sol daban muchas voces golpeando en sus escudos; y el que tenía el escudo pasado de saetas, veía el sol por los agujeros de él. Ya parece que se vislumbra la inmortalidad en esta mansión; pero

agrega la leyenda que á los cuatro años se convertían las almas en diversos géneros de aves de pluma rica y de color, y andaban chupando todas las flores, así en el cielo como en este mundo. Vuelve el materialismo y desaparece la inmortalidad.

Por más que quisiéramos sostener que los nahoas habían alcanzado una gran filosofía, que eran deistas y que profesaban la inmortalidad del alma, lo que también creíamos antes, tenemos sin embargo que confesar que su civilización, consecuente con el medio social en que se desarrollaba, no alcanzó á tales alturas. Sus dioses eran materiales; el fuego eterno era la materia eterna; los hombres eran hijos y habían sido creados por su padre el sol y por su madre la tierra; el fatalismo era la filosofía de la vida; y sin premios ni penas para una segunda existencia, reducíase ésta á un período de cuatro años, que no podía ser la inmortalidad del alma.

Y ya que hemos penetrado, digámoslo así, en el espíritu de la raza, examinemos, por los muy pocos datos históricos que de ella nos quedan, su desenvolvimiento y el progreso de su civilización. Desde luego tenemos que manifestar que no existen anales de aquellas épocas: tan sólo conocemos la región en que los nahoas desarrollaron su cultura, y vamos á tratar de inquirir cuál fué y hasta dónde llegó.

Ya hemos dicho como los nahoas, á pesar de proceder de la región oriental, se vieron obligados á ocupar la cordillera que de norte á sur atraviesa nuestro continente inclinándose á la parte occidental, de manera que mientras por el lado oriental quedan grandes y extensas llanuras, en el del Pacífico es verdaderamente una lengua de tierra que se extiende desde la parte más septentrional hasta Perú y Chile. Siendo esta zona, entre la cordillera y el Pacífico, la de la raza nahoa, digámoslo así, comprenderemos como en los primeros tiempos se extendió por ella hasta el Perú; pero cortada en diferentes lugares por sucesos posteriores, la encontramos ya localizada en la parte noroeste entre los grados 23 y 38, extendiéndose, según algunas opiniones, hasta el 42. Ningún territorio podía ser más á propósito



Chicomoztoc. (Códice Vaticano)

para el desenvolvimiento de la raza, pues de dicho grado 42 hasta nuestra frontera se ensancha la zona, abrazando las magníficas llanuras que forman hoy la Nevada, Utah, Nuevo México y Arizona, comprendiendo además el riquísimo país de California. Este país era más importante en aquellos tiempos y más propicio á las costumbres agrícolas de los nahoas; pues por los estudios que del terreno se han hecho, se ha conocido que antes había en él caudalosos ríos y depósitos de agua que debieron fertilizarlo grandemente; pero la parte más importante de aquella región, fué sin duda la que pertenece á nuestro actual territorio y comprende Sonora y Sinaloa. Toda la región era el *Chicomoztoc*.

En lo más septentrional de la región se encuentran ruinas hasta el grado 38, y generalmente están en las cañadas. Más al sur, y próximo á nuestra frontera, el terreno era muy propicio para la vida agrícola de los nahoas: encajónase entre el río Colorado y el Gila en un ángulo que tiene por vértice el mar Bermejo ó golfo de California; y ahí, con las montañas Rocallosas ó Sierra Mojada por defensa al oriente, y con todos los recursos naturales que esos dos grandes ríos y la vecindad del mar proporcionaba, debió desarrollarse á mayor grado aquella antigua civilización. En ese lugar precisamente, en la confluencia de ambos ríos, y entre ella y el mar colocamos la ciudad que más fama alcanzó entonces, *Huehuetlapállan*.

En todas las crónicas se repite la tradición de que los nahoas habían venido del *Chicomoztoc*, que nuestros escritores traducen literalmente *las siete cuevas*. En la escritura jeroglífica, por virtud de su carácter fonético, para expresar *Chicomoztoc* se pintan las referidas siete cuevas. Las tradiciones están contestes en que el *Chicomoztoc* estaba en el noroeste. A ese rumbo fueron las expediciones de los conquistadores en busca de las *siete cibdades*. Fueron siete grandes centros que constituyeron siete distintas nacionalidades, y fué el más importante *Huehuetlapállan;* y es de presumirse que ahí tomó más desarrollo la civilización nahoa, que también llamamos tlapalteca, pues recuerdos quedan de haber sido un gran centro á propósito de la corrección del calendario.

Colocamos á *Huehuetlapállan* en el lugar antes designado, que es el más importante del *Chicomoztoc,* no sólo porque en él se encuentran extensas ruinas, sino porque á ello nos autoriza el significado de su nombre.

Los nahoas tuvieron generalmente la costumbre de dar nombre á sus ciudades de acuerdo con las circunstancias especiales del terreno en que las construían. *Tlapállan* significa lugar de tierra colorada ó bermeja, y por ser así la de aquel terreno y la que ahí arrastran las aguas, llámase su río principal río Colorado, y el golfo vecino mar Bermejo. Fué sin duda este gran centro uno de los primeros y más antiguos, pues vemos que á su nombre *Tlapállan* se le agrega el adjetivo *huéhuetl,* que significa viejo: así los nahoas designaban esa importantísima ciudad llamándola *la vieja Tlapállan, Huehuetlapállan.*

Hemos dicho que en nuestro actual territorio debía encontrar la raza nahoa el terreno más propicio para su desarrollo. En efecto, la extensa faja que ocupan Sonora y Sinaloa respondía prodigiosamente á las necesidades de aquel pueblo agricultor. Tiene esa tierra, al poniente, el mar Bermejo que contribuía con sus riquísimos productos; la bañan caudalosos ríos que, como el Yaqui, se desborda haciendo de los terrenos de labor verdaderos asombros de producción, y se levanta al oriente, como gigantesca muralla para su defensa, la Sierra Madre, riquísima en maderas, desde el pino colosal hasta el capomo que deja caer sus ramas que enraízan formando gigantescas arcadas, y desde la sangre de drago hasta el ébano que sirve ahí de leña para los usos domésticos. Innumerables son las aves de brillantísimos colores, é incontable la cacería desde el tigre y el jaguar hasta el venado de los bosques y la tortuga de las playas. Hay en esas montañas toda clase de mármoles y rocas, y en ellas circulan, como arterias, vetas fabulosas de oro y plata. Encuéntranse en esa sierra todos los climas y los productos naturales de ellos, desde los altísimos picos en que falta ya la vegetación hasta las



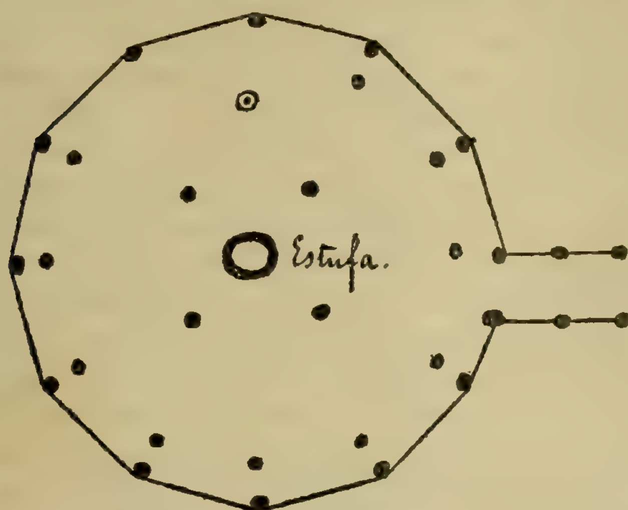
Casa redonda

cañadas en que mecen al viento sus abanicos las cimbradoras palmas. La faja de tierra tiene una temperatura cálida y sana; y se comprende que en medio de aquella naturaleza lujuriosa se desarrollara inmensamente la imaginación de la raza nahoa, entre la muralla titánica de color de zafiro de la cordillera y el manto de espumas de la mar, que parece salpicado de chispas de oro; bajo un cielo que de día semeja pabellón de fuego, y en el cual se ven por la noche más grandes y más brillantes las estrellas. Así se comprende como la ardiente imaginación nahoa creó el admirable simbolismo de su religión y las poéticas leyendas de su historia, y como partió el dominio de sus cielos entre el sol *Tonacatecuhtli,* que la inundaba de luz; la poética estrella *Quetzalcoatl,* que se hundía rielando en las aguas al confín del horizonte; la luna *Tezcatlipoca,* que se envolvía entre las nubes de las montañas; el dios *Tlaloc,* que desde éstas enviaba las benéficas lluvias á sus campos, y la mar, la diosa *Chalchiuhtlicue,* que extendía ante sus ojos pasmados su cauda azul y brillante llena de olas y de misterios.

En tan prodigiosa región debió existir un centro muy adelantado, y la tradición nos ha conservado el nombre de *Culhuacán,* hoy el Culiacán de Sinaloa. Creemos que la civilización nahoa, tal como en ese lugar se desarrolló, es la que conocemos y la que fué importada por las diversas inmigraciones.

Como hemos dicho, aquellos pueblos nahoas no nos dejaron anales, de manera que ignoramos por completo su historia. Y como cuando llegaron á esas regiones los españoles hacía más de diez siglos que la civilización habia desaparecido, y los lugares estaban habitados por nuevas tribus ó por descendientes degenerados de las primeras, tan sólo de indicio pueden servirnos las costumbres que en esos sitios encontraron. Hallaron, sin embargo, en ellos, páginas mudas de ruinas ya antiquísimas en aquellos tiempos; pero que hoy nos hablan elocuentemente para revelarnos la manera de vida de esos pueblos, su organización y tal vez hasta las causas de su desarrollo y de su decadencia y destrucción. Las habitaciones van á ser nuestra primera guía en tan difícil camino; y ha sido fortuna que la moderna civilización haya encontrado á algunos pueblos usándolas bajo las mismas condiciones que nos presentan

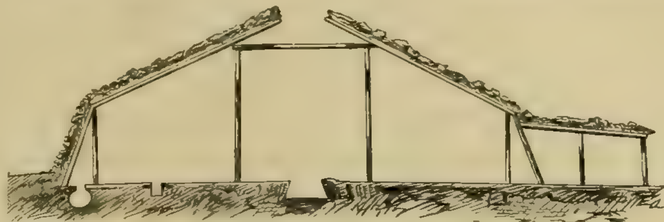
en las ruinas seculares. Ya entonces estos datos, unidos



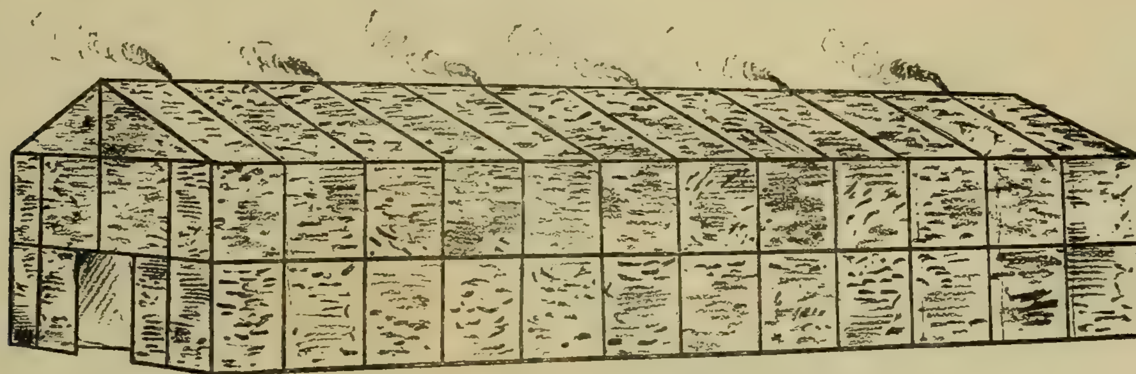
Plano de una casa redonda

á las costumbres tradicionales, afirman más nuestro paso en tan osada senda.

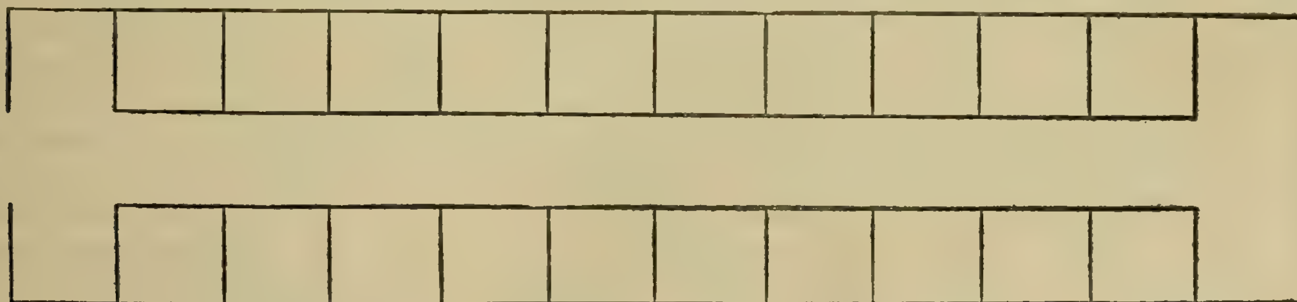
La clase más primitiva de edificios que se nos presenta es la habitación circular, cuyas paredes inclinadas le dan una forma cónica, teniendo en el vértice del cono una abertura por donde sale el humo del hogar ó estufa. M. Bandelier, que ha recorrido aquellas


Corte de la casa redonda

regiones, nos ha contado que, mientras que las mujeres duermen en las habitaciones, los hombres lo hacen alrededor de la estufa con los piés próximos á ella. Percibimos en esto el antiguo culto del fuego: la casa redonda con su abertura en el centro, por donde pasa el humo del hogar, nos recuerda el disco agujereado de


Casa larga

Xiuhtletl. Y encontramos también el recuerdo del culto del sol en la misma ciudad de las casas redondas, que en sus murallas semeja la forma convencional del *Tonatiuh.* Podemos, pues, decir que aquel pueblo profesaba la religión nahoa. Si examinamos la casa redonda en su plano y corte vertical, encontraremos en el medio un hogar común, la estufa, y alrededor varias piezas separadas unas de otras. La forma y diversas habitaciones de estas casas, con un diámetro de más de doce metros y con un solo hogar, revelan el comunismo


Plano de una casa larga

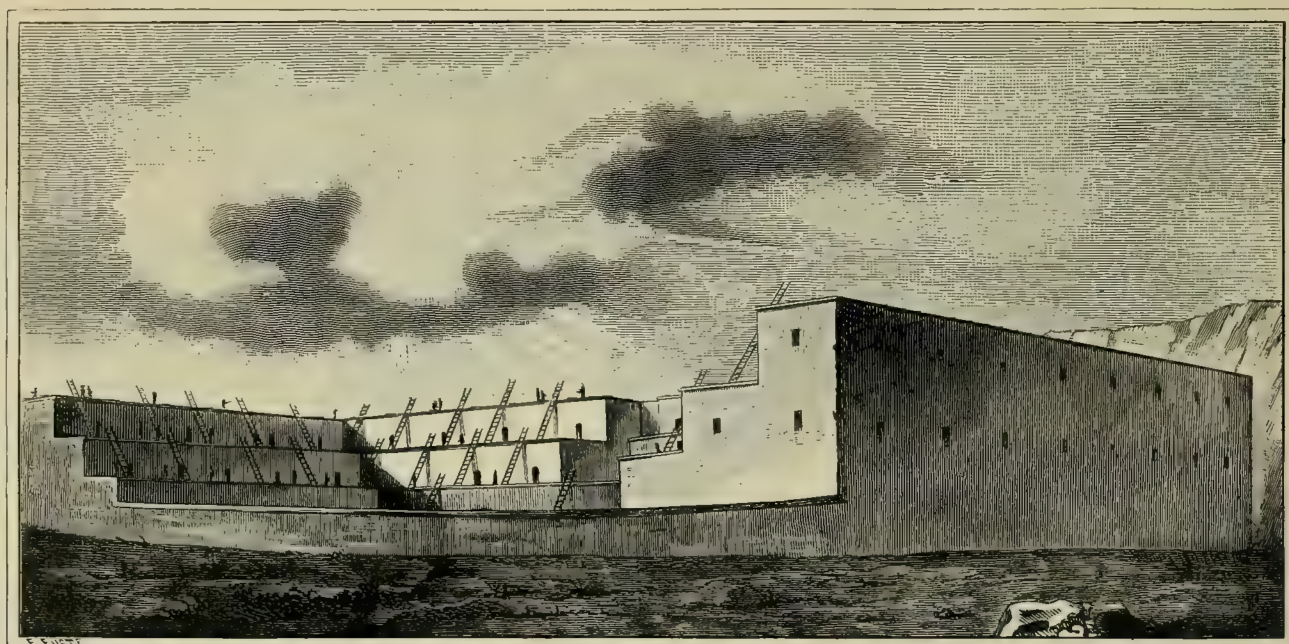
establecido en varias familias de la misma rama ó *gens.* Los hombres trabajan en común el campo, las mujeres hilan y tejen. La poligamia es natural en esa clase de vida. Ahí vive el padre con los hijos y nueras y con las nietas. Cuando ya la familia no cabe en la casa, los hijos se separan á formar un nuevo hogar en que se siguen las mismas costumbres. Un agrupamiento de casas forma una población, sin más espacio que el necesario entre ellas y la plaza para las fiestas y actos religiosos.

Como la casa redonda, encontraremos también la casa larga, construída para las mismas necesidades de igual vida. Una sola entrada que da á un corredor que va hasta el fondo; á derecha é izquierda del corredor

las habitaciones aisladas, y en ese corredor una ó más estufas, según que la alimentación se haga en común por toda la familia ó que ésta se divida en fracciones. Esto revela un pueblo agricultor y pacífico: entre casa y casa están los terrenos de labor de cada familia; la casa y el terreno constituyen su derecho de propiedad; no existe más autoridad que la paterna, limitada á cada casa; la emancipación de hecho construyendo una nueva casa, constituye una nueva familia y una nueva autoridad; la única ley para hacer respetar el derecho es la fuerza, y como no existe aún un verdadero estado social, el padre resume el cargo de sacerdote y el culto se reduce al hogar.

Estas casas, desparramadas en la llanura, en la cual según las necesidades se iban extendiendo, pudieron en un principio ser defensa bastante contra los ataques de las tribus merodeadoras; pero cuando éstas se hicieron más peligrosas y hubo además que luchar con un enemigo organizado, fué preciso sustituir las antiguas construcciones con las casas grandes.

Á las primeras construcciones de adobe con techos de paja se sustituyen casas en que ya se emplea la piedra con techos de vigas. La piedra se usa en pequeños trozos que muestran su fractura natural. Las casas grandes son de tres, cuatro y hasta de cinco ó seis pisos: el primero es completamente cerrado y sirve de muralla; en su azotea se levanta el segundo piso, dejando en el primero un terrado de dos ó tres piés para que sirva de entrada; ésta se hace por puertas disimuladas y por medio de escaleras de mano que se



Vista de una casa grande

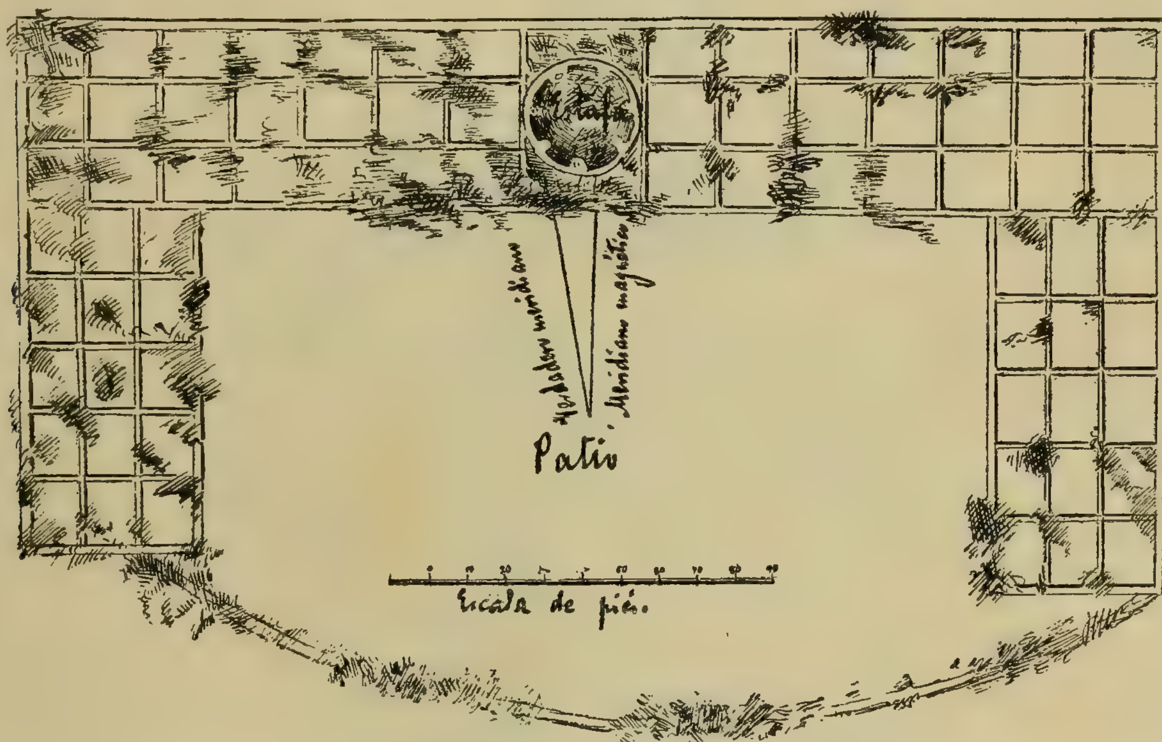
retiran á voluntad: igual procedimiento se sigue en la construción de cada piso superior. Retiradas las escaleras, cada casa grande era una fortaleza inexpugnable. Las alas de los edificios se unían y presentaban como muralla que guardaba su patio la construcción cerrada de su primer piso. En estas casas grandes encontramos la misma disposición de habitaciones aisladas y la estufa común ó varias para los diversos grupos de habitantes. Se calcula que por término medio éstos eran quinientos en cada casa grande. Y esta nueva manera de construcción nos revela un nuevo estado social que vamos á examinar.

La primera idea que se presenta ante una construcción de tanta importancia, es que por sí mismos no han podido labrarla sus habitantes: supone ya un estado social en que hay súbditos y señores. Los primeros trabajan en la construcción de los edificios y en las labores de los campos, y los segundos constituyen la casta guerrera que presenta todavía un carácter puramente defensivo. Es difícil sostener en tal estado de cosas que la casta sacerdotal se ha separado de la guerrera: el jefe de la *gente* continúa siendo el gran sacerdote. Siendo el sol su dios principal y partiendo su culto con el de la estrella de la tarde y la luna, no eran necesarias imágenes teogónicas; los mismos dioses se presentaban á la vista de los nahoas, y de lo alto del último terrado de la casa grande podían contemplar su curso y dirigirles sus preces. El patio servía para hacer los ejercicios guerreros y celebrar las fiestas.

La casa grande ya no contiene una sola familia como la casa larga, es ya una tribu: esto supone una primera organización social y un jefe determinado. La vida se reglamenta entonces: los unos cultivan el campo, otros cortan madera y acarrean materiales, algunos se dedican á la alfarería, y los señores ó guerreros, únicos poseedores de las armas, construyen éstas y practican la caza, mientras que de las mujeres, las de la clase de inferior llenan los quehaceres domésticos y las de la

casta superior hilan el algodón y tejen las telas. A la hora de la comida se reunen por clases en un banquete común. A la hora de la batalla todos ocupan su puesto para defender su fortaleza. Si alguno muere, la tribu celebra sus exequias quemando el cadáver. Y esto nos obligaría á entrar desde luego en todos esos pormenores; pero antes queremos examinar el mayor estado de progreso á que llegó esa organización social.

Hemos visto que estas construcciones se encuentran hasta la altura del grado 38, y podemos agregar que cubren los grandes valles bañados por el San Juan y sus tributarios, por el río Grande, el Colorado y el Gila, comprendiendo una extensión de cerca de doscientas mil millas cuadradas. Es lógico decir que, cuando la tribu aumentaba, tenía que construirse otra casa grande, para lo cual se seguía la dirección del curso de los ríos; y ya por este motivo, ya por alianza de tribus diferentes, se iban formando entidades más importantes que no constituían todavía una nacionalidad: las ligaba el interés de una mútua defensa, pero en su gobierno interior cada una era independiente. Esta nueva organización supone un estado permanente de guerra con tribus invasoras y con agrupaciones dedicadas al merodeo en gran escala. Dos testimonios nos quedan de ese estado de guerra: el primero, el número inmenso de puntas de flecha y de restos de otras armas que se encuentran en la vecindad de esas ruinas; el segundo, una nueva construcción que servía de centinela avanzada á las casas grandes y que se levantaba sobre rocas escarpadas. Desde ellas se dominaba la llanura á larguísima distancia y se veía venir al enemigo, sirviendo en este caso de vigías; eran también habitaciones de la casta guerrera, y bajo este aspecto debemos considerarlas como ciudadelas, y finalmente servían de almacenes y depósitos de víveres.

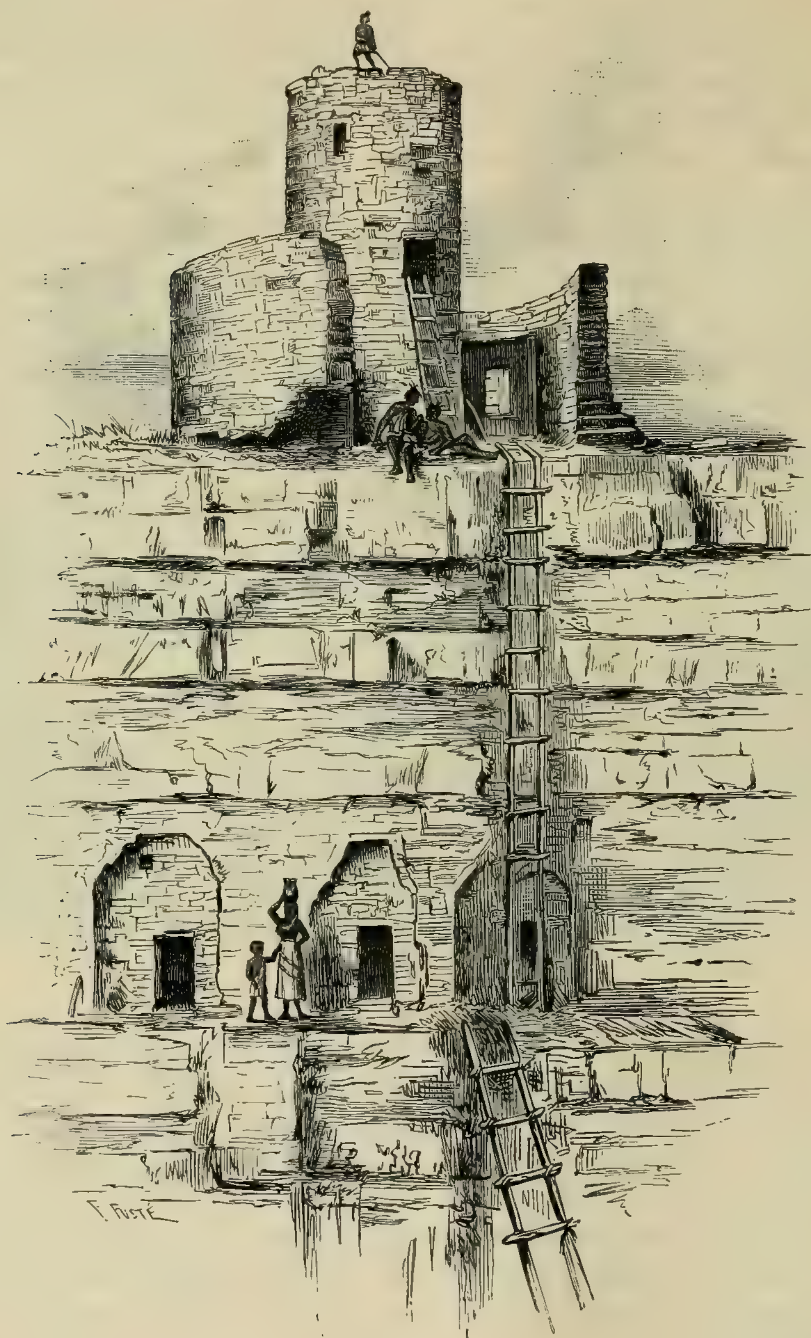


Plano de una casa grande

Estas casas estaban siempre construídas sobre rocas cortadas á pico en planicies de cuarcito siliceoso. Desde la base de una muralla natural y casi vertical, algunas veces de más de mil piés de altura, hasta el vértice de la planicie, se construían las casas en cualquier recodo ó roca inaccesible y aparecían como suspendidas á centenares de piés. Ponen espanto en el ánimo esas ruinas adonde no puede llegar el explorador moderno, y cuyos muros, construídos en los salientes horizontales ó en las cavidades naturales de la pared de la montaña, forman la fachada principal de gigantesco palacio construído en combinacion por los titanes de la Naturaleza y por los hombres titanes. Debemos advertir que por el destino mismo de estas construcciones se procuraba hacerlas poco visibles, de manera que se cuidaba de reproducir en su arquitectura exterior el aspecto general de las rocas vecinas. Para llegar á ellas se empleaban veredas tortuosas ó escaleras movibles como en las casas grandes.

Un paso más y el interés común formará la ciudad y tendremos una verdadera organización social. Para encontrar ese estado de adelanto tenemos que buscarlo en las ruinas de la llanura y ya en la región de *Huehuetlapállan*. En el ángulo que forma el extremo sudoeste del Colorado se encuentran ruinas que manifiestan que ahí hubo un centro populoso. Los restos de esta ciudad cubren aún una superficie de quinientos mil piés cuadrados. El lugar estaba amurallado. Los muros, por la parte que mira al campo, están tan destruídos

que en algunos lugares solamente se revelan por la mayor elevación del suelo. Las casas son indiferentemente cuadradas ó circulares y por lo común de una sola pieza. Pero en el extremo norte del pueblo se ven trozos de paredes de dos inmensos edificios de forma paralelógrama, que parece que se construyeron para asegurar una protección mútua á gran número de habitantes y permitirles sostener una defensa prolongada. Estos dos grandes edificios están colocados á cien piés el uno del otro en una línea que hace frente casi exacto al norte. Los muros de este lado, por donde sin duda era más posible el ataque, estaban formados con trozos de piedra tallados simétricamente en forma de rectángulos, de un pié de largo, medio de ancho y cinco pulgadas de espesor. Se conservan todavía á una altura de once piés, mientras que por el lado opuesto las paredes son un montón de ruinas porque estaban construídas con adobes. El mortero usado para unir las piedras es simple barro, aunque naturalmente tiene polvo calcáreo.



Reconstrucción de casas de las rocas

Otro pueblo de la misma región presenta una particularidad en su arquitectura. Los ángulos exteriores de las casas se han redondeado cuidadosamente; pero los útiles de albañilería han de haber sido pocos y muy primitivos porque una vez preparadas las piedras todo lo demás se hacía con las manos, pues en la mezcla exterior han quedado impresos los dedos y á veces se ven las huellas de la piel.

En la misma región, y sin duda como centinela avanzada y ciudadela de un pueblo, se ha encontrado

una casa en la roca muy curiosa. Es de dos pisos y está construída en la pared casi perpendicular de la montaña á ochocientos piés de altura sobre el nivel del río. Tiene la casa como doce piés de alto y cada piso tiene tres cuartos de seis piés cuadrados aproximadamente. Cerca de ahí se elevan otras ruinas sobre una roca redonda de diez ó doce piés de altura. El lugar de esta torre había sido escogido admirablemente, pues desde ella se observa el campo á muchas millas de distancia, y por medio de señales podía anunciarse el peligro á estaciones muy lejanas. Este pequeño castillo desaparecía á las miradas oculto entre los fragmentos de roca que lo rodeaban.

Nos encontramos ya con una región en que la ciudad está organizada y las ruinas nos dan indicios bastantes de cómo se habían organizado esos nuevos centros. Teníamos ya desde antes bien definida la división de la sociedad en dos castas, la del pueblo y la guerrera: aquí se marca más esta separación; el pueblo vive en las casas pequeñas dentro del recinto amurallado de la ciudad; la casta guerrera habita las casas grandes que sirven de fortalezas á la misma ciudad; y como se necesita un lazo de unión social aparece la casta sacerdotal, y aun podríamos decir, por lo que nos enseña en tiempos posteriores la historia, que el gobierno de aquella época fué la teocracia. Como el pueblo era agricultor, la ciudad era el centro de defensa de los campos y la casa en la roca servía de atalaya. Esto hace suponer que la alianza defensiva de varias ciudades contra el enemigo común como antes la había entre varias casas grandes; pero no da idea de la existencia de una nacionalidad. El sentimiento de la patria no


Casa de roca en el Colorado.

podía existir. En cambio, con la formación de la ciudad, la religión debió tomar mayor imperio y formarse un culto.

Las ruinas de las casas grandes del Gila parecen darnos alguna indicación á este respecto. De las descripciones que en sus manuscritos nos dejaron los misioneros jesuitas, acompañándolas de dibujos muy sencillos, tomaremos los datos para dar una idea de la ciudad. Hacia la confluencia de los dos ríos, el Colorado y el Gila ó Xila, se extienden amenas vegas por espacio de más de diez leguas, convidando el sitio á pueblos agricultores como fueron los nahoas. Desbórdase el Xila periódicamente en más de una legua á cada lado, cubriendo las tierras con sus lamas y haciéndolas fertilísimas. Para aprovechar estas tierras y huir del peligro de las inundaciones, construyóse la ciudad fuera de esa distancia; pero á fin de aprovechar las aguas del río, ya en la misma población, ya para riego de otros campos, se formó para llevarlas una acequia muy grande á dos leguas río arriba, la cual pasaba frente á la ciudad, dividiéndose ahí en varios acueductos que cruzaban por ella. Había, además, media legua al oeste de la población, una profunda laguna, aunque no muy extensa, que desaguaba en el río. De las casas grandes que en ese lugar había, mansiones de las castas principales, se dice que la llamada de *Montezuma* tenía cuatro pisos con techo de vigas de *tazótil* y las paredes de materiales muy sólidos con finísima argamasa. Estaba dividida en cuartos y viviendas de bastante capacidad para alojar á gran número de los primeros señores y sus familias. A distancia de tres leguas de esta casa se encontró otra que por la extensión de sus ruinas daba á conocer que había sido mucho mayor. Por donde quiera se hallan en aquellos terrenos tiestos de loza muy finos y de diversos colores. Más arriba, sobre dicho río, se ve otro edificio en figura como de laberinto, que no pudo ser habitación y que nos revela ya el templo y el culto. Otras grandísimas casas de tres y de cuatro pisos hay en aquella región; y si nos atreviéramos á hacer un cálculo por el número de casas grandes

de que tenemos noticia y por el número de personas que podían habitarlas, tomando también en cuenta la casta del pueblo que en *xacalli* habitaba, creo que no exage-



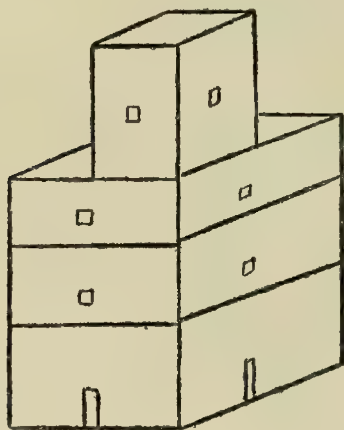
Laberinto de Huehuetlapállan

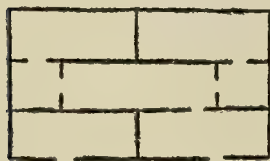
raríamos diciendo que *Huehuetlapállan* tenía más de cien mil habitantes.

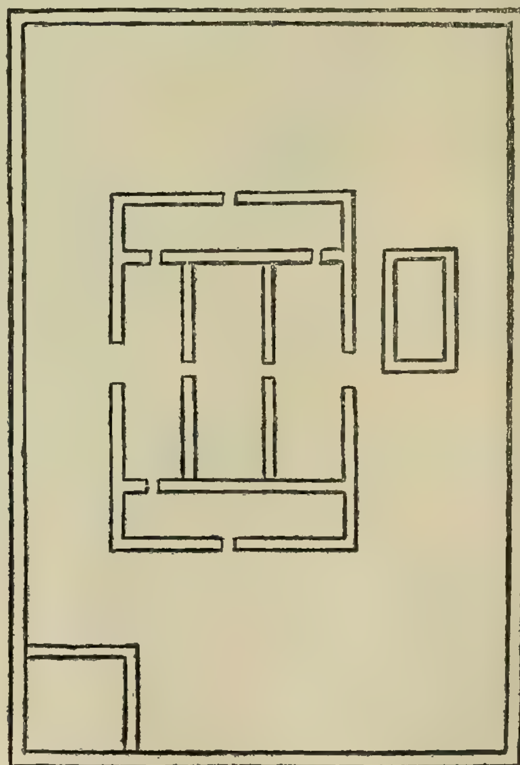
En una de las casas grandes y en uno de sus ángulos había una fábrica de mayor mole de cinco á seis pisos á manera de castillo, lo que acusa la estancia principal de la casta guerrera y cierta jerarquía civil del poder militar.

En relación más minuciosa de la casa llamada de *Montezuma* por los cronistas, se dice que era muy grande, de cuatro pisos, cuadradas las paredes y muy gruesas, como de dos varas de ancho, cubiertas de un barro liso y blanco y por dentro de una especie de estuco algo colorado y las puertas muy parejas. A las inmediaciones de ésta había otras doce casas algo menores, pero de la misma clase y fábrica. Del acueducto se dice que era de diez varas de ancho y cuatro de alto con un bordo muy grueso; todo lo que supone una gran población y una sociedad organizada.

Llama la atención el encontrar en estas ruinas el elemento del modo de construir la bóveda, pues las ventanas, á pesar de que eran perfectamente rectangulares, no tenían quicios ni travesaños, lo que supone el uso de la cintra, y lo mismo eran sus puertas, aun cuando más angostas. Parece que un edificio de menor extensión, y que por lo mismo no era apto para servicio de habitación á toda una tribu, era un palacio. De él nos quedan dos planos que tienen entre sí algunas







Palacio de Huehuetlapállan

variantes y un dibujo de su forma. Medía treinta y seis pasos de largo por veintiuno de ancho. Esto presupone un poder civil establecido. Es curioso saber también cómo formaban los techos, pues sobre vigas de cedro ó sabino, redondas ó cuadradas, extendían otates muy parejos y sobre ellos una costra muy pulida de argamasa y barro duro. Las casas del pueblo eran *xacalli* formados de adobes.

En otra relación más pormenorizada del referido palacio, se dice que sus cuatro paredes maestras están perfectamente orientadas y que lo cercan unas ruinas que indican que estaba rodeado de una muralla para su defensa, pues en una de las esquinas había otro edificio de un piso como castillo ó atalaya. La cerca exterior ó muralla era de cuatrocientos veinte piés de norte á sur y de doscientos sesenta de este á oeste. El palacio

se componía de cinco salas, tres iguales y paralelas en el centro y dos más largas en los extremos. Las tres salas tienen de norte á sur veintiseis piés y diez de este á oeste, y las otras dos doce piés en la primera dirección y treinta y ocho en la segunda; todas tienen once piés de altura. Las puertas de comunicación tienen cinco piés de alto y dos de ancho, excepto las de las cuatro entradas que eran dobles; las paredes interiores tienen cuatro piés de grueso y seis las exteriores; la casa tiene por el exterior setenta piés de norte á sur y cincuenta de este á oeste. Delante de la puerta del oriente y separada de la casa hay otra pieza que tiene de norte á sur veintiseis piés y de este á oeste diez y ocho sin el grueso de las paredes. Se conoce que el edificio tenía tres altos.

Hemos querido poner esta descripción, ya por lo minuciosa, ya porque ella y la diferencia de los planos acreditan que no se trata de un solo edificio, sino de dos palacios diferentes; aunque le dan el mismo nombre de *Montezuma* los manuscritos. De paso advertiremos que este nombre fué impuesto por los españoles.

El acueducto de que hemos hablado circundaba la ciudad en una extensión de tres leguas y le servía de defensa; y era tan capaz, que un cronista dice que por él se vaciaba la mitad del caudal del río Xila. Había también á seis leguas del río, hacia el sur, un aljibe cuadrado y hecho á mano, de sesenta varas de largo por cuarenta de ancho, con pretiles de piedra y argamasa fuertes como paredes y con puertas en sus cuatro ángulos para recoger el agua llovediza.

Tenían aquellos pueblos la tradición de que la ciudad había sido construída por sus ascendientes, que llegaron huyendo de la guerra que les hacían los apaches y otras veinte naciones con ellos confederadas, conducidos por *Siba*, cuyo nombre significa el hombre amargo. Esta tradición nos explica la extensión hacia el Sur de la raza nahoa.

Considerando una época de civilización bastante adelantada aquella en que se reformó el calendario, es decir, en el siglo tercero antes de nuestra era, y tomando en cuenta los datos históricos que acreditan que aquella sociedad se destruyó en el siglo sexto, podemos atribuir á la edad tlapalteca diez siglos de duración. Se comprende cuánto debieron desarrollarse aquellos pueblos en tan largo período de prosperidad; y así lo acredita la lengua nahoa, perfectísima entre las de su clase, y que necesitó el transcurso de varias centurias para llegar á tal estado de perfección.

¿Y qué queda hoy en esas regiones de aquellos pueblos y de raza tan poderosa? Los pimas en las vegas del Xila; los opatas y los eudeves y los tobas de la misma familia; los yaquis y los mayos más al sur, y otras tribus que hoy viven casi en estado salvaje. Las lenguas de todos ellos pertenecen á la familia nahoa; verdad que ha demostrado la filología moderna, pero que ya habían conocido y dicho los primeros misioneros. Se distinguen entre ellos, principalmente como pueblos agricultores y laboriosos, los yaquis y los mayos, que viven respectivamente á lo largo de los ríos Yaqui y Mayo en el Estado de Sonora.

Este parentesco con el mexicano de las lenguas aun existentes en el Norte, y no sólo de las citadas sino de otras muchas, confirma que todas las tribus nahoas bajaron de ese rumbo y destruye los sistemas fantásticos, hoy tan en boga, de escritores que quieren sustituir los partos, íbamos á decir abortos, de su ingenio á la tradición y á la verdad histórica.

Procuremos ahora reconstruir aquella civilización con las costumbres que como huella indeleble encontraron los misioneros en las tribus descendientes de los tlapalteca, combinándolas, como ya hemos indicado, con lo que nos dicen todavía las páginas mudas de sus ruinas.

Comencemos por el hombre nahoa. Así como haríamos mal en juzgar de los antiguos mexica por los indios que existen en nuestro Valle, así no debemos figurarnos al hombre nahoa igual al de las tribus existentes en nuestra frontera. Son, sin embargo, los hombres de esas tribus todavía hoy fuertes y bien desarrollados, inteligentes y de buen aspecto: son sin duda superiores en sus cualidades físicas á los indios del centro del país. Y sin embargo, los cronistas al hablar de los tolteca dicen que eran de mejor aspecto, blancos y barbados. Entre las momias de antiguos señores encontradas en Durango una vimos con cabello rubio. De *Quetzalcoatl* se decía que era barbado y así lo pintan en los jeroglíficos. No hay duda de que la raza nahoa, al mezclarse con otros pueblos inferiores y en época posterior á su primera grandeza, degeneró, especialmente en sus cualidades físicas. El misionero fray Silvestre V. y Escalante da cuenta, por relaciones de indios, de que en la otra parte del Colorado había una raza parecida á la española que usaba barba larga; pero el padre fray Francisco Vélez es más preciso, pues refiere que á treinta leguas al sudoeste de la laguna de Tinpamogotzis, á los 40° 49^{m} de latitud norte, encontró una nación de indios que usaban muy poblada y cerrada la barba, y algunos ancianos bastante larga, que parecían europeos. Usaban en la ternilla agujereada de la nariz un adorno que la atravesaba, el cual se observa en las pinturas que representan á los dioses nahoas; agrega que no sólo en la barba, sino que también en la fisonomía se parecen á los españoles y concluye diciendo que el nombre de estos indios en su lengua es *Tiranggapui*, y que el valle que habitaban cuando los vió el misionero está á los 39° 35^{m} de latitud. De todas maneras no puede dudarse de que los nahoas eran de una raza superior á las que históricamente conocemos, como lo manifiestan sus descendientes los opatas, los yaquis y los mayos, razas hermosas que ocupan el norte, el centro y el sur de Sonora.

Ya hemos hablado de la religión, gobierno y familia de los nahoas: solamente agregaremos, por lo que á la religión hace, que el culto debió ser muy sencillo, pues no se encuentra en las tribus que quedaron ocupando su territorio. El culto familiar debió practicarse en la estufa, ante el fuego, su dios creador, pues de ellas se dice que eran *seminario de idolatrías é invocación del demonio*, y en ellas se encontraron gran número de máscaras que para sus bailes sagrados les servían y también polvos de hierbas, plumas, simientes y otros objetos de ofrenda. Cuando en el siglo XVII



Jarra primitiva

se levantaron los pueblos del Nuevo México, lo primero que hicieron fué reconstruir las estufas y bailar en todo el país el baile de la *Cachina*, para lo cual hicieron muchas máscaras con la figura de sus dioses.

Aquí se nos presenta otra manifestación del culto, los bailes sagrados, y por esto creemos comprender que el culto y los ritos habían tenido mayor desarrollo en otra parte de aquella región, en lo que hoy es la California. Se encuentra en los manuscritos de las expediciones hechas á aquel rumbo un lugar que está del lado opuesto del Colorado, y que unas veces llaman Mescaltitlán y otras Mestititlán. Este nombre de Mexcaltitlán, sobre el cual desde ahora llamamos la atención, nos indica que en ese rumbo se hablaba el nahoa mismo que después tomó el nombre de lengua mexicana. Los misioneros cuentan que en aquella misma región y hacia el grado 36, encontraron un gran lago de agua dulce cubierto de tulares que se extendían por setenta y ocho leguas. Tenemos para nosotros que aquella era la región primitiva de los tolteca, en donde llevaban la vida lacustre de que hemos hecho mención. Ahí se encontraron grandes montones de conchas, semejantes á los *Kjoekken-moeddings*, que acusan pueblos que viven de la pesca; y de esta manera y con una existencia semilacustre, encontraremos más tarde á las principales tribus de la última civilización. Antiquísimos son esos depósitos, pues se han encontrado jarras de barro á las cuales el tiempo ha adherido sólidamente las conchas. Acaso no es dato perdido en esta cuestión el jeroglífico de la famosa ciudad de Tula, Tóllan. Se levantaba ésta en un lomerío, y sin embargo, era su jeroglífico un tular en una laguna, como si fuera más bien el recuerdo de la primitiva mansión.

Pues bien, en la región de la California, que nos atrevemos ya á llamar tolteca, el culto tuvo sin duda mayor desarrollo. Tenían ídolos, y el padre Linck refería que cuando se bautizaron los indios se los llevaron, y que eran estatuas muy bien labradas, y que de ellas una tenía una arma en la mano y otra una culebra doble. Tenían también pinturas de sus dioses, y parece que de los signos cronográficos, y el mismo misionero las califica de muy decentes. En las peñas había pinturas de hombres, pescados, armas y flechas, y diversas rayas á modo de caracteres. Los colores de esas pinturas eran amarillo, colorado, verde y negro; los mismos que dominan en las pinturas mexicanas.

Demuestran también mayor desarrollo en el culto las danzas sagradas, pues el famoso padre Salvatierra dice que llegó á contar en aquella región hasta treinta bailes diversos, destinados cada uno á imitar las operaciones y esfuerzos, ya de la caza, de la pesca, de la guerra, de la cosecha de sus raíces y frutos, ó de los otros ejercicios en que se ocupaban. Sabemos que una de las danzas se llamaba *Nimbe*. Los instrumentos músicos que servían para estas danzas eran unos grandes tambores, semejantes sin duda al *huéhuetl* de los mexica. Más al norte, en el pueblo de Hualpe, encontraron los misioneros una danza en que cada uno de los bailadores mantenía una víbora en la boca, siendo más de trescientos los danzantes.

Bastante poder debió tener la casta sacerdotal tan sólo con la influencia religiosa; pero encontramos la tradición de dos empleos á que ella se dedicaba únicamente, y que debieron aumentar mucho esa influencia.

Dicen los padres de las misiones que aquellos sacerdotes eran *hechiceros* y *curanderos*. Predecían la suerte de los hombres según el signo cronológico en que nacían, y marcaban el favorable ó adverso para los diversos negocios de la vida. El pueblo los temía por la creencia de que podían matar con sus hechizos. Curaban con diversas hierbas y usaban de ciertas ceremonias para imponer á la multitud. Unas veces soplaban la parte dolorida del cuerpo con fuerza tal que se oía á distancia; otras chupaban el lugar enfermo, especialmente la herida de la flecha para extraer la ponzoña; á los enfermos les daban á entender que les sacaban del cuerpo palos, espinas y pedrezuelas, que eran las causas del dolor y de la enfermedad, y para engañarlos mejor escondían esos objetos en su boca ó en las manos, y después de haber curado se los enseñaban para convencerlos, y acostumbraban hacer sartas de los objetos que decían haber extraído de las partes enfermas, mostrándolos como prueba de su ciencia. Así aquellos sacerdotes, después de haberse apoderado del espíritu por la superstición, se hacían dueños del cuerpo por el ejercicio de curar las enfermedades.

Acostumbraban también hacer grandes pláticas al pueblo, especialmente cuando se trataba de emprender una guerra ó de hacer las paces. En tales ocasiones se reunían los sacerdotes y caciques alrededor de una gran lumbrada, y comenzaban por fumar sus cañas de tabaco, que era en ellos como ceremonia preliminar de estas juntas. Levantábase luego en pié el de más autoridad ó más anciano, y daba principio á su predicación; y la seguía dando á paso lento vuelta á la plaza, y levantando la voz de suerte que lo oyese el pueblo que á distancia le escuchaba. Concluída la plática, volvía á su asiento á recibir las felicitaciones de sus compañeros, que le manifestaban que su corazón sentía lo mismo que él había dicho. Seguía de intermedio el fumar otra caña de tabaco, y después nueva plática de otro cacique ó sacerdote, y en esto pasaban lo más de la noche. En su decir eran conceptuosos: ya citaban los grandes hechos de sus abuelos nombrando á los guerreros más esforzados; ya ponderaban el valor de sus arcos y flechas; ya la gloria y obligación de defender á sus mujeres é hijos; ó bien enaltecían las conveniencias de la paz y las ventajas de gozar tranquilos de sus tierras y propiedades, concluyendo siempre por exhortar á todos á tener un mismo corazón y un mismo parecer.

Grande era la influencia de estos oradores, y así se decidía de los destinos públicos en estas juntas, que formaban las clases sacerdotal y guerrera, con exclusión del pueblo que oía para obedecer. Y nótese que en ellas se trataba solamente de la defensa y amparo de la familia ó del goce tranquilo de las tierras: no había más interés que el de la colonia agrícola ó el de la ciudad centro de la región agricultora: lo repetimos, no existía el interés de patria ó nacionalidad; y es importante fijarnos en esto, porque después nos explicará grandes acontecimientos históricos que solamente se comprenden por esta falta de cohesión nacional de la raza nahoa.

Concluyamos la materia religiosa, examinando si los nahoas usaban los sacrificios humanos. El sacrificio, más que de la religión, es el fanatismo del culto, y siendo éste tan sencillo entre los nahoas, no debieron conocer los sacrificios humanos. En efecto, no hay ninguna tradición de ellos, ni se encuentran huellas en las ruinas y objetos que encierran. El pueblo nahoa era agricultor, sencillo y de carácter bondadoso; profesaba la religión de los cuatro astros que más directamente influían en su vida, á su vista y en su imaginación; rendíales adoración por culto, y jamás manchó con sangre humana las aras de deidades feroces y despiadadas.

CAPÍTULO V

La familia. — Respeto filial. — Matrimonio — Ley sobre la poligamia. — Repudio. — Pureza de costumbres. — Ritos funerarios. — Incineración. — Vasos cinerarios. — La mujer. — Hilados — Tejidos. — Esteras. — Trajes y tocados. — Educación del hombre. — Entrega de las armas. — Juegos. — El patoli. — El palo. — La pelota — Cacerías. — Alimentación en los montes. — Armas. — El arco y la flecha. — La lanza. — La macana. — El chimalli ó escudo — Traje guerrero. — Táctica. — Lucha defensiva. — Asaltos — Albazos. — Emboscadas. — Marcha organizada. — Formación en batalla. — Guerra de exterminio. — Cabelleras y calaveras. — Danza de la victoria. — Agricultura. — Frutos. — El maguey. — Alimentos. — Bebidas. — Embriaguez. — Tabaco. — Industria. — Alfarería. — Trabajos en piedra — Falta de trabajos en cobre — Carpintería. — Minería — Comercio. — Cargas. — Pueblos marítimos — Pesquerías. — Salinas — Navegación.

Ya hemos visto cómo estaba constituída la familia nahoa, y cómo el hogar común de las casas grandes establecía en ellas para el jefe una especie de patriarcado. Notable fué entre los nahoas el pudor de las doncellas y su respeto filial. Andaban con el cuerpo cubierto, y en algunas partes usaban pendiente del cuello una concha, como señal de su estado. No se la quitaban nunca, hasta el día de su matrimonio que se la entregaban al marido. Los padres concertaban el enlace, y habría causado un gran escándalo una hija desobediente en esta materia. No había ceremonias especiales para la celebración del matrimonio: los padres disponían un baile, y en esa fiesta entregaban su hija al marido, y con sólo el hecho de tomarse ahí las manos quedaban casados, permaneciendo en la misma casa grande, si á ella pertenecían, ó yéndose á aquella de que era el marido. También conocían el matrimonio de futuro, ajustado aún en muy tierna edad, y durante la espera no se trataban los prometidos. La intervención sacerdotal se reducía á fijar el día cuyo signo fuera favorable para la celebración del enlace. Entre los habitadores de la región del Xila se encontró una costumbre especial para la celebración del matrimonio. Tenía lugar siempre en el baile; pero se colocaba á los que se iban á casar, los hombres de un lado y las mujeres del otro, y á una señal corrían éstas y aquéllos las habían de alcanzar tomando cada uno á la suya por la tetilla izquierda, con lo que el matrimonio quedaba hecho.

Los nahoas, como ya se ha dicho, practicaban la poligamia; pero por una ley sabia, el matrimonio estaba obligado á cultivar un nuevo campo por cada nueva mujer que tomase. De este modo se limitaba prudentemente el abuso, y daba el resultado de que solamente los señores principales podían ser polígamos. La generalidad de los hombres quedaban así obligados á no tener más de una mujer; no les era permitido echarse un peso superior á sus fuerzas, y limitada la familia, no estaba expuesta á la miseria, porque el trabajo y la riqueza del padre estaban en proporción de las necesidades de aquélla. Así se comprende el que los misioneros hayan encontrado la poligamia en la región tlapalteca; pero adviertan que la practicaban sólo los principales.

La mujer que no llegaba pura al matrimonio era repudiada con ignominia, y por regla general era admitido el repudio libre por parte del marido, sin que sepamos las circunstancias que acaso se necesitaban para separar á la mujer del hogar común.

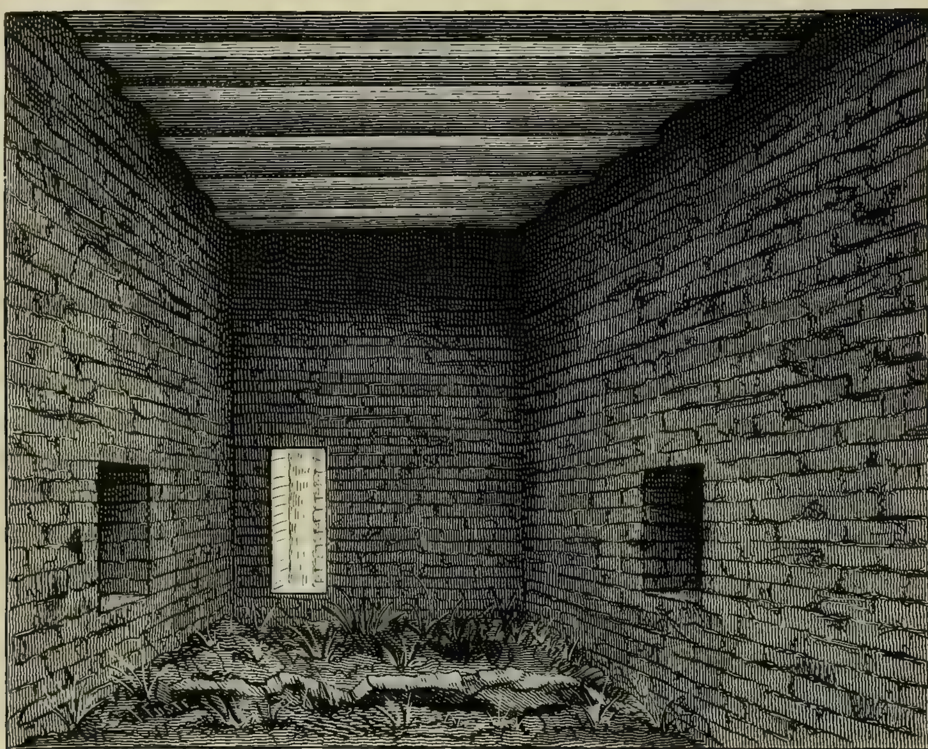
En este caso los hijos escogían á quien querían seguir, si al padre ó á la madre.

Encontramos en los nahoas el respeto á la mujer, pues cuenta un misionero que era de ver con qué seguridad caminaban mujeres solas y doncellas por el campo y por los caminos sin que nadie las ofendiese; y agrega candorosamente que acaso no lo pudieran hacer con tanta seguridad en algunas tierras de cristianos.

Esta pureza de costumbres se conocía también en que en el hablar eran moderados y no se les oían juramentos ni blasfemias; en que jamás andaban en riñas ni celebraban tratos ilícitos ni injustos; ni había entre ellos fraudes ó engaños; ni hurtos y latrocinios. Tales hábitos sorprenden y parecerían increibles si no los atestiguaran los misioneros jesuitas, cuya veracidad y perspicacia podemos sostener. Píntanlos dedicado principalmente á hacer sus sementeras y ayudar en las de

los señores, en lo cual se descubre cierto derecho tributario nacido sin duda del régimen patriarcal.

Más que á la religión, á la familia también pertenecían los ritos funerarios, y podemos decir que la raza nahoa practicaba por regla general la incineración. Veamos lo que á este respecto nos dicen las costumbres encontradas en las diversas tribus. Los indios del Xila quemaban sus cadáveres, y el modo de celebrar el funeral era dar tres gemidos y tocar el hombro de los convidados. En la región de California se quemaban también los cadáveres, pero no los cráneos. Si la cremación era la costumbre general, ya se ha dicho que las víctimas propicias á *Tlaloc* eran enterradas. Aun cuando manifestaban un loco placer con las tempestades, al herido de rayo no le permitían volver á la casa, sino que le llevaban los alimentos al lugar en que había caído. Si moría, dejaban el cadáver en el mismo sitio por tres días, pues creían que su espírtu andaba espantado y revoloteando alrededor del cuerpo. Pasados los tres días lo enterraban cerca de un árbol con sus armas y trajes más ricos, y con él sus perros, poniéndole en el sepulcro agua y alimentos. Una de las costumbres funerarias que encontraron los misioneros, y que con justo motivo por singular llamó su atención, consistía en que cuando moría el marido ó la mujer cogían al viudo ó á la viuda y cubriéndole el rostro con una manta, luego que celebraban los funerales del difunto, lo llevaban con gran prisa al río y allí lo zambullían tres veces con el



Interior de una habitación nahoa

rostro hacia el oriente, repitiendo tres días la ceremonia. Después lo ponían en una casa cerrada por todas partes durante ocho días, y no había de comer carne ni pescado, sino *pinole* ó *izquitle,* y no le había de ver ninguno de sus parientes. Se ha creído por respetables escritores, que según el adelanto de la civilización hubo modificaciones en las costumbres funerarias: nosotros pensamos que la diversidad de prácticas depende de la diversidad de razas. Todavía en las exploraciones modernas se ha encontrado la cremación en uso entre las tribus que habitan las vertientes occidentales de las montañas Rocallosas, es decir, parte de la región del antiguo Chicomoztoc. Los indios de California, ó sea del país tolteca, tenían una curiosa tradición: la luna y el coyote crearon todo lo que existe; la luna era buena y el coyote malo: la luna quería que al morir los hombres volvieran á la tierra, como ella lo hace por dos ó tres días cuando muere; pero el coyote se opuso, y mandó que quemaran los cadáveres, y prevaleció esta costumbre. La leyenda es aquí también un recuerdo de la invasión de la raza nahoa que impuso sus ritos. La cremación se usaba igualmente entre los tolkotius del Oregón: verificábanla colocando el cadáver sobre una pira de maderas á que se prendía fuego; invitaban en los nueve días siguientes á la muerte á sus parientes y amigos para que presenciasen la ceremonia, y durante ese tiempo la esposa debía permanecer al lado del cuerpo de su marido, no llorosa y afligida, sino con la sonrisa en los labios. Quemábanse con el cuerpo las armas y trajes del difunto, y después se recogían sus cenizas para guardarlas en la urna cineraria. Los indios senels de California queman también los cadáveres; creen en el viaje de los muertos, por lo que les ponen pinole, que es una harina de maíz, y dicen que los hombres malos se

convierten en coyotes, animal semejante á la zorra. Durante la cremación bailan alrededor entonando un canto cuyo refrán dice:

Hel-lel-li-ly,
Hel-lel-lo.
Hel-lel-lu.

Largo sería citar las demás tribus de la región nahoa: transcurridos catorce siglos desde que desapareció la civilización de aquellas regiones, se ha encontrado, sin embargo, persistente la costumbre de quemar los cadáveres en la mayor parte de las tribus; y así podemos decir que la raza nahoa usaba como rito propio la incineración.

No nos parece oportuno considerar las modificaciones de esta costumbre por la invasión y mezcla de razas diferentes. Y solamente agregaremos que las cenizas se depositaban en urnas cinerarias de la forma de *comitl,* olla. Parece que estas urnas se enterraban después. En los Estados Unidos se han encontrado cementerios de ollas con huesos: esto ha hecho suponer que algunas tribus dividían los cadáveres; es más fácil creer que son

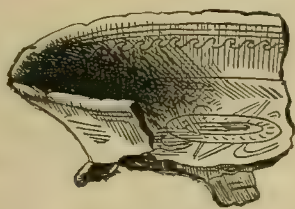


Urnas cinerarias

restos de una cremación imperfecta. En la región tolteca, donde no se quemaban los cráneos, se hallaron éstos en ollas de boca estrecha que hace suponer que fueron hechas sobre las mismas cabezas. Generalmente las ollas cinerarias son de barro, sin asas, y á veces con una ornamentación sobrepuesta, especialmente en la boca.

En algunas tribus el luto consistía en cortarse el cabello.

Continuando en nuestro estudio sobre la familia, veamos la educación y la vida de la mujer. Establecido



Molcajete

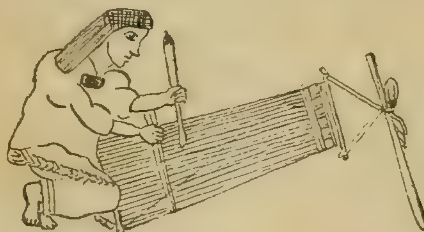
el principio de la poligamia, la mujer nahoa no tenía más misión que procrear hijos y atender á las necesidades domésticas. Encerrada en su pieza aislada de la casa grande, y reuniéndose solamente en la estufa para comer ó practicar sus ritos, y raras veces en el patio para las danzas y fiestas, se le enseñaba desde niña á preparar el alimento, á hilar el algodón y á tejer lienzos para los trajes y esteras para las habitaciones. Recordemos que en el mito de la creación se mandó á la mujer que tejiese é hilase. En las ruinas se han encontrado algunos aparatos para tejer.

Usaban para preparar los alimentos y moler el maíz,



Mujer hilando

á fin de hacer la harina, de un mortero, *molcáxitl,* molcajete, instrumento cóncavo, de piedra dura ó barro cocido, apoyado en tres piés. De esta harina hacían el



Mujer tejiendo

pinole, polvo que les servía de pan. Hilaban el algodón y lo tejían así como el *iztli* ó fibra del maguey. No se ha encontrado en aquella región el *malácatl;* así

es que no sabemos qué clase de huso tenían; pero usaban un telar semejante al que todavía tienen en algunos pueblos de indios, y consiste en tender los hilos de dos palos cruzados é ir formando la trama con el *chochopaxtli* por medio de golpecitos. Hacían también esteras de juncos, dándoles primorosas labores de grecas, que embellecían con colores vivos y bien combinados.

Estos trabajos de la mujer nahoa nos traen naturalmente á indagar los trajes y tocados que usaban. En las tribus que encontraron los españoles, ya muy degeneradas, generalmente los hombres no usaban vestido, pero las mujeres siempre recataban su cuerpo, aun cuando fuese de la cintura abajo. Sin embargo, encontraron tribus vestidas, que nos dan á conocer los antiguos trajes. Los pimas ú *ootoma*, que es su verdadero nombre en su lengua, andaban decentemente vestidos de pieles muy bien curtidas y excelentes mantas de algodón, pintadas de encarnado y amarillo. Aquí encontramos una nueva industria: la curtiduría de pieles. Vestíanse, pues, los hombres con túnicas hasta la rodilla, de pieles ó algodón, y usaban mantas. Las mujeres usaban la camisa ó *huipil* de algodón, y lo mismo la enagua ó *cuéyetl* que les bajaba hasta el tobillo. Hacían sus tejidos y trajes de labores diversas y de diferentes colores, usando las grecas y otros adornos muy vistosos. También se han encontrado mantas, bandas y vestidos de un *ixtli* finísimo, que difiere del hilo que dan el maguey común y la lechuguilla.

Hombres y mujeres usaban el cabello largo; los primeros adornaban su cabeza con plumas de colores, y las segundas se trenzaban el pelo haciendo con las trenzas diferentes combinaciones de tocado; siendo el más común la *malácatl*, que consiste en rodear la cabeza con las trenzas, atándolas en la parte superior de la frente. Por adorno ya se ha dicho que los hombres usaban canutillos en el taladro de la nariz. Las mujeres usaban collares, ya de las bellísimas conchas azules de abulón, ya de caracoles, piedrecillas y turquesas. Aquí es ocasión de manifestar que el verdadero *chalchihuitl*, nombre que después se extendió á todas las piedras finas, era la turquesa. Extraían las turquesas de unos montes del Nuevo México, llamados ahora *Los Berrillos*, y también se encontraban en las inmediaciones del Colorado. En las ruinas se han hallado también pendientes, cuentas de collar y un amuleto de piedra blanca. Igualmente se han encontrado turquesas y muchos ejemplares de la concha *Olivella biplicata*, á las que quitaban las agujas para hacer collares. Se ha hallado también un anillo de piedra. Podemos, pues, decir que los nahoas alcanzaron cierto adelanto en el traje y en el adorno de su persona; pero observemos que no se encuentran en ellos huellas del *maxtli*, que era la faja ó cinta que les caía de la cintura por delante hasta la altura de las rodillas.





Dibujos de esteras

Los nahoas no conocieron la educación pública: adiestrábase el niño del pobre en las labores del campo ó en los trabajos de la industria de su padre; el del guerrero aprendía el uso del arco y de la macana. Encontramos, sin embargo, una ceremonia que los misioneros llaman prohijación, y que semeja las costumbres de la caballería. Para armar á un joven le daban un arco, y el que lo recibía debía salir luego á estrenarlo con algún hecho particular, ordinariamente el de matar un tigre ó cualquiera otra de las fieras que en aquella región abundan. Los ópatas, además, dirigían ceremoniosas exhortaciones al neófito y lo sujetaban á una prueba dolorosa. El padrino le pasaba por el cuerpo desnudo una garra de águila con tal fuerza que las uñas le hacían sangre. La menor muestra del dolor del ahijado era bastante para que no se le recibiese guerrero. El último recibido tenía que velar el campo en la noche sin que se le permitiese acercarse á la lumbre ni en el rigor de los fríos. Para que pudiese tomar parte en los juegos se introducía al joven un palo hasta la garganta y con esta ceremonia adquiría el derecho de jugar al *patoli*, en el cual pasaban los días enteros de sol á sol. Corresponde este juego al de los naipes ó dados, y en lugar de ellos usan cuatro cañitas cortas rayadas, menores de un geme, y en ellas tienen unas figurillas ó puntos que dan la ganancia ó pérdida. El modo de jugarlas es, porque todavía lo usan algunas tribus, arrojarlas sobre una piedra para que salten y caigan los puntos á la ventura, y cada uno va rayando en la tierra los puntos que saca, hasta que se llega al número de la apuesta, ganando el que los ha alcanzado primero. Las apuestas generalmente eran de sartas de cuentas ó de conchas, y entre los de la casta guerrera de arcos y de flechas.

Tenían otro juego llamado del *palo*, y que les servía de ejercicio para la guerra. Juntábanse para él doscientos indios ó más, y para él se desafiaban pueblos enteros. Dividíanse los contendientes en dos bandos; cada uno llevaba su palillo redondo y grueso, de madera pesada, de un geme de largo y cavado en medio, de suerte que caído en tierra pueda entrar debajo de él

la punta del pié descalzo, como lo tenían para botarlo. Los dos bandos arrojaban á un tiempo su palillo en tierra, y desde el punto en que salían los empezaban á botar con el pié, pues es ley del juego que no se ha de tocar el palo con la mano. Se podían ayudar de una varilla para colocárselo sobre el empeine, y mientras uno lo cogía para arrojarlo, los otros compañeros se adelantaban adonde debía caer para proseguir con los botes al término señalado. De ahí volvían botando el palo al lugar de donde salieron, y la cuadrilla que tornaba primero al punto de partida ganaba la apuesta. Recorrían en este juego largas distancias de tres ó más leguas, con lo que se hacían muy ligeros para las guerras. Al terminarlo estaban los contendientes sudando mucho, y para refrescarse acostumbraban arrojarse al río.

Usaron también el juego de la pelota: era ésta de hule, muy grande y fuerte. Jugaban en una plaza limpia, barrida y llana, llamada *batei*. Colocábanse en dos cuadrillas, de ocho á diez hombres cada una, á los dos extremos de la plaza y se estaban arrojando la pelota de cuadrilla á cuadrilla. Era ley del juego no tocar la pelota con la mano, y el que lo hacía perdía raya, pues sólo se botaba con el hombro ó con el cuadril desnudo. La aventaban así con tal fuerza que muchas veces no la podían alcanzar los contrarios; otras, cuando la pelota iba saltando por el suelo, se tendían y arrastraban con gran ligereza para botarla con el cuadril. Cuando lograban arrojarla fuera del término de la cuadrilla contraria, de modo que ésta ya no podía devolverla, el juego estaba ganado. Entonces los contendientes, acalorados y sudando, se arrojaban al río.

De esta manera los nahoas unían á sus juegos la higiene, el desarrollo del cuerpo por ejercicios gimnásticos, y los convertían en instrucción de la juventud para prepararse á los trabajos de la guerra. A igual fin encaminaban una de sus distracciones favoritas: las cacerías.

Debemos distinguir las cacerías particulares, en que iba un indio por entretenimiento ó para buscar carne conque alimentarse ó pieles, pues los nahoas no tenían ganados domésticos. Los muchachos se ejercitaban particularmente en la caza de tórtolas y codornices. Los hombres preferían la de venados, jabalíes, liebres y conejos, pues si á veces mataban tigres, leopardos, lobos y zorras, era más bien por el interés de sus pieles. Hacían la caza con flecha. Tenían la costumbre, cuando cazaban un venado, de cocerlo entero, lo que era motivo de invitaciones á los amigos y de banquetes. Lo cocían por un procedimiento que todavía se usa y que llaman barbacoa. Consiste en hacer un grande hoyo en la tierra, en el cual se pone un fondo de piedras sueltas y lumbre, hasta que las piedras se ven rojas; entonces se coloca sobre ellas una capa de pencas de maguey y encima el venado que va á cocinarse; éste se cubre con otra capa de pencas y después se cierra el hoyo con tierra y se deja así toda la noche. La carne toma de esta manera un cocimiento delicadísimo.

Servíales también la caza para adiestrarse en el manejo del arco y aligerarlos para la guerra; pero para este objeto emprendían especialmente las cacerías generales, á las que convocaban á un pueblo entero ó á varios. Hacían esa caza general rodeando un bosque espeso, y si era tiempo en que la maleza está seca, le pegaban fuego por todas partes, cercándola con sus arcos y flechas en las manos. El fuego obligaba á salir del monte toda la caza terrestre y volátil, y hasta las serpientes y culebras, no escapándose nada de sus flechas. Si algún animal se escapaba herido, como no tenían perros para rastrearlo, esperaban al día siguiente y observaban á lo alto por donde revoloteaban los zopilotes, que son aves como auras que se alimentan de carnes muertas, y eso les servía de guía para encontrar la caza.

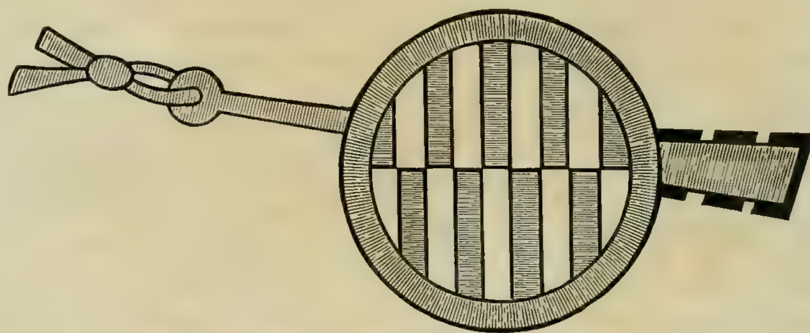
Buscaban también en los bosques para alimentarse un lagarto pequeño que llaman iguana y que se cría en las concavidades de los árboles y en el agua. Las cazaban con mucho tiento con la mano para evitar sus mordeduras, y al efecto, al cogerlas, les rompían luego la quijada. Tomaban también en los bosques colmenas silvestres de unas abejas pequeñas que no hacen cera, pero sí sabrosísima miel. Estos panales, redondos y de dos tercias de alto, los arman las abejas en una rama de árbol de donde quedan colgando. Buscábanlos los indios en la primavera, que es cuando se hallan, y para ello se ponían á esperar cerca de un charco de agua la llegada de las abejitas, y al punto en que se iban las seguían á la carrera y con la vista al vuelo hasta encontrar la colmena. Esto nos da idea de cómo ejercitaban su agilidad y su vista. Tenían además aquellos pueblos otro alimento en el monte en cierta época del año, cuando se producen las tunas: todavía hoy, pueblos enteros, especialmente en el rumbo de San Luis Potosí, dejan en esa época sus casas y quehaceres y se van á *tunear* toda la temporada.

Nos traen las cacerías á tratar de las armas que usaron los nahoas. Por todas las relaciones se viene en conocimiento de que sus armas principales y más usadas fueron el arco y la flecha. Llamaban al arco *tlahuitolli*, y se hacía de madera elástica, con la cuerda de nervios de animales ó de hilo de pelo de ciervo: generalmente tenían de altura cinco piés. La flecha se llamaba *mitl*, el ástil era de madera, principalmente de otate, y en la punta tenía un pedernal, hueso ó espina fuerte de pescado. Llevaban grandes manojos de flechas en su carcaj al hombro, y para no lastimarse la muñeca del brazo izquierdo con la violencia del golpe de la cuerda, se ponían en ella una pulsera de piel, siendo lujo usarla de marta blanca. Eran diestrísimos en el manejo de

esta arma ofensiva, pues desde muy niños les ponían en la mano un arquito pequeño y les enseñaban á tirar pajas por flechas, y cuando eran mayorcitos á flechar lagartijas. De los yaquis se cuenta que puestos en círculo algunos flecheros, arrojaban al aire una mazorca de maíz y no la dejaban caer hasta haberle quitado los granos á flechazos.

Como los mexica no envenenaban sus flechas, se ha creído que tampoco lo usaban los nahoas; pero en todas las relaciones auténticas encontramos lo contrario. Tenían flechas de espina del pez *libiza,* que son enconadas, y generalmente untaban las puntas de todas sus flechas con una hierba tan ponzoñosa que por poco que entrase en el cuerpo, ni había contrahierba que la curase ni remedio para escapar con vida. Componían el veneno para las flechas de varias ponzoñas y del zumo de la hierba llamada *usap* en lengua pima.

Los yutas usaban dos arcos y dos carcajes: con el arco grande disparaban flechas de dos varas y media, mitad carrizo y mitad vara tostada de una madera muy dura que se llama *guecheij,* y con el pequeño lanzaban unas saetas de una tercia de largo, armadas las puntas con espinas de pescado y que eran muy peligrosas, pues antes de que se sintiesen ya tenía el herido clavadas seis ú ocho en la cara ó en la garganta. Tenían además una arma especial, que era un palo, con una costilla de cibolo muy afilada en una punta y en la otra un gancho de asta de venado; aquélla para herir y ésta para apresar al contrario y matarlo con la macana. Los aixes, que trabajaban el oro, no conociendo otro metal hacían de él las puntas de sus flechas y lanzas.



Macana y chimal

La lanza se llamó en mexica *tepuztopilli;* tenía el asta ocho y diez piés de largo, era de madera fuerte y se armaba en la punta con un pedernal ó un hueso: hemos visto una punta formada del colmillo de una foca. En las flechas y lanzas la punta se afianzaba al palo con nervios ó resinas apropiadas.

Contestes están los documentos en que se usaba en la región del Norte la macana: su nombre nahoa es *macuáhuitl,* que significa palo de la mano. Consistía esta arma en un palo fuerte y grueso, como de una vara de largo y cuatro dedos de ancho, que en el extremo tenía una correa para asegurarlo á la muñeca del combatiente. A unas, ya rectas, ya algo curvas, les sacaban filo por ambos lados, endureciéndolos al fuego, pero generalmente en los dos lomos se les ponía á trechos, y de manera que fuesen alternando en ambos lados, trozos de pedernal fijados con goma laca en unas ranuras hechas á propósito. Al pedernal se le daba filo como de navaja y se usaba la macana á manera de espada. Usaron también como macana algunos espinazos de pescado y defensas de peje espada, cuyas puntas laterales parecen haber inspirado la forma de esta arma. Los nahoas usaron la macana con preferencia á la lanza.

No sabemos que los nahoas usaran la maza, *cuauhololli,* la fisga, *topilli,* ni el dardo, *tlacochtli,* pero seguros estamos de que debieron usar la honda, *temátlatl,* por lo primitivo del arma y por haber sido su uso general en los pueblos primitivos.

La principal de las armas defensivas era el escudo ó *chimalli.* Entre los nahoas era pequeño y de cuero de caimán ó cocodrilo, animales que abundan en los ríos de aquella región. Eran tan duros que no los atravesaban las flechas sino cuando el tiro era muy fuerte y muy de cerca. Usaban una especie de armadura que consistía en un sayo de algodón acolchado como de dos dedos de grueso, llamado *ichcahuipilli,* y sobre el cual se ponían pieles para mayor defensa. Para salir á la guerra se embijaban, pues por regla general no usaban pintarse los nahoas; y hacían el embije con un aceite de gusanos revuelto con bermellón ú ollín; se adornaban las cabezas con vistosas plumas, y los jefes llevaban mantas de algodón azules y sembradas de conchas nácar. Llevaban, además, ricos collares, *cozcapétlatl,* grevas, *cozéhuatl,* brazaletes, *matemécatl,* el *yacatetl* de la nariz y orejeras, *nacochtli.* Sus instrumentos militares para dar las señales del combate eran caracoles marinos.

Para comprender la táctica de los nahoas debemos tomar en cuenta su vida agricultora y la forma de sus casas grandes, lo que nos revela que principalmente hacían la guerra defensiva contra las hordas bárbaras y merodeadoras que los atacaban. La casa en la roca era el vigía que anunciaba á grandes distancias la aproximación del enemigo, y era el almacén de víveres y el

último baluarte de defensa. La ciudad tenía el foso y la muralla; cada casa grande, retiradas las escalas, era una fortaleza casi inexpugnable; la casa avanzada en la esquina de algún gran edificio era como castillo. Acostumbraban también, como medio de defensa en tiempo de guerra, sembrar los caminos de púas de madera durísima envenenadas, enterrándolas entre la hierba hasta la punta para herir los piés de los enemigos, que generalmente andaban descalzos.

Dada la señal de la aproximación del enemigo, se guardaban los agricultores en los muros de la ciudad y las castas privilegiadas acudían á la defensa de las casas grandes. La marcha del enemigo, para ocultarse, era por la noche; el ataque era la sorpresa á la madrugada, los albazos, tan usados aún por nuestros guerrilleros. Por los vestigios de las mismas ruinas se ve que el último medio para alcanzar la rendición era el incendio. La lucha en el asalto, atendidas las armas, era cuerpo á cuerpo y sin cuartel; comenzada en los muros de la ciudad, sostenida en las pequeñas casas del pueblo, contenida en el piso-muralla de la casa grande, seguía de piso en piso hasta el último, y por su naturaleza tenía que ser de exterminio.

Pero una sociedad organizada no podía contentarse con la guerra puramente defensiva, que dejaba sus campos á merced del enemigo. Naturalmente, el primer recurso de esos pueblos primitivos fué la emboscada, pero una vez entablado el combate se reducía á la lucha cuerpo á cuerpo. De esos guerreros, dice un cronista que cuando peleaban era tal el movimiento de su cuerpo ya levantándolo, ya encorvándolo, ya mudando de lugar, que no lo daban á que se les hiciera puntería.

Llegaron después á la batalla campal, y aunque casi nada sabemos de aquellos tiempos, se encontró, sin embargo, en una de las tribus la marcha militar organizada. Ésta era en columna cerrada, á cuyo frente y costados iban en hileras las mujeres llevando cada una un *chimalli* de tres haces de cuero, que no había arma que lo atravesase. Arrimados á ellas, en hileras, iban los hombres con sus armas á punto de guerra, y en el centro los viejos y los niños. Encontróse también en esa tribu la formación en batalla, pues si en su marcha descubrían al enemigo, se tendían en media luna para avanzar por el frente y los costados á fin de coger en medio al contrario, y sin detenerse avanzaban disparando sus arcos, mientras las mujeres los iban cubriendo con los *chimalli* hasta envolver al enemigo y acabar con él.

En la guerra procedían los nahoas con un motivo y bajo una idea diferentes de los mexica: éstos, como más adelante veremos, buscaban de preferencia el hacer cautivos que sacrificar á sus dioses; pero los nahoas no tenían costumbre de ofrecer víctimas humanas á deidades sangrientas; para ellos la guerra era el medio de gozar tranquilamente de sus campos y conservarlos, y dada la época esto no podía conseguirse sino destruyendo al enemigo: los nahoas mataban á todos los contrarios que podían.

En la confusión de las costumbres de diversos pueblos y razas á través de tantos siglos, es difícil discernir cuáles fueron las primitivas de cada uno; y, sin embargo, están contestes los misioneros en haber encontrado en la región nahoa la guerra de exterminio y las costumbres horrorosas, hoy sólo propias de las hordas bárbaras de apaches y comanches. En sus albazos, dice un cronista que no perdonaban edad ni sexo, y antes bien á veces hacían blasón y tomaban por nombre en su lengua el que mató mujeres ó niños, el que mató en el monte ó en la sementera, y las celebraban como si fueran grandes esas tales victorias ó fierezas.

De los indios *huites*, que quiere decir flecheros, escribía el padre Villalta que era tenido por más valiente el que á la entrada de su caverna ostentaba más calaveras de sus enemigos. El padre Juan Castini cuenta que los *chinipas*, en testimonio de su conversión, le llevaron sus ídolos, cabelleras, calaveras y huesos de los enemigos que ellos habían muerto y guardaban en sus casas según su usanza. En la formación de batalla en media luna, de que hemos hablado, el principal objeto era que no se escapase ningún enemigo y dejar á todos sin vida. Entre los ópatas, alcanzada la victoria, se celebraba el baile de las cabelleras arrancadas á los enemigos muertos por ellos, en el que forzosamente debían tomar parte los prisioneros, sin permitírseles ningún descanso, aun cuando fueran de tierna edad, y algunas veces las viejas les hacían quemaduras con tizones encendidos. Otras tribus más salvajes, además de las cabelleras, solían llevar una mano de sus enemigos, y con ella batían el pinole que se repartía á los danzantes en el baile de la victoria. El sentimiento de la venganza ahogaba la sensación del asco.

Por mucho que las antiguas costumbres hubiesen degenerado, siempre se descubre que los nahoas, en defensa de sus vidas y propiedades, hacían una guerra sin cuartel á sus enemigos.

Examinemos ahora la vida pacífica y laboriosa de esa raza y comencemos por lo que formaba su carácter distintivo, la agricultura. No conocemos los procedimientos agrícolas de los nahoas: no usando los metales ni teniendo animales de labranza, debieron ser muy sencillos. A ello se prestaban los magníficos terrenos de su región, en donde puede decirse que la producción es casi espontánea y en donde se levantan dos y tres cosechas de productos fabulosos al año. El beneficio de sus tierras lo hacía el desbordamiento periódico de los ríos. Reducíase, pues, su trabajo á limpiar el campo, enterrar el grano y esperar tranquilos la cosecha para cortarla.

Un misionero jesuita nos dice que los frutos que

recogían los indios de la región nahoa en su antigüedad no eran más que maíz, calabazas y frijoles ó judías. Pero á eso debemos agregar otros productos agrícolas y comenzaremos por los que les servían para sus tejidos, el algodón y el *ixtli*. Desde los tiempos más remotos se encuentra el cultivo del algodón *íchcatl* en nuestro territorio; hállanse tejidos de él en los túmulos y en las cavernas, y ya hemos visto que los nahoas usaban para sus trajes pieles curtidas y telas de algodón. Podemos, pues, decir, que desde la más remota antigüedad se cultivó aquí, y como no se encuentra en la parte



Maguey

occidental del viejo continente ni huellas de que allí lo haya usado ninguna de las antiguas razas, tenemos que admitir que los nahoas lo encontraron silvestre en el nuestro y que ellos perfeccionaron su producción. En efecto, el algodón se encuentra silvestre en varios lugares de nuestro país. El algodón *íchcatl* es, pues, producción natural de nuestro territorio y uno de los productos agrícolas que desde la mayor antigüedad cultivaron los nahoas. Cosechado el algodón, debieron despepitarlo á mano y cardarlo con púas de maguey ú otros instrumentos muy primitivos, y después lo hilaban sin duda con el *malácatl*, que encontraremos en razas posteriores; y advirtamos que no solamente hilaban el algodón, sino también el pelo de conejo.

La otra planta de que sacaban hilo los nahoas es el maguey *metl*. El nombre maguey no es nahoa; trajéronlo los españoles de las islas en donde se daba á un aloe parecido en la forma al *metl*. Linneo llamó al maguey *agave*, que quiere decir *admirable*. El maguey se compone de hojas gruesas y pulposas que terminan en una espina dura y aguda, las que salen de un tronco central pegadas á tierra á manera de hojas de alcachofa: del medio brota un tallo cuando la planta ha llegado á su madurez, es decir, entre los siete y diez años de vida; este tallo ó asta tiene la figura de un espárrago y alcanza la altura de seis ú ocho varas; en su extremidad produce un manojo de flores amarillas y blancas. A este tallo le llamaban los nahoas *xitli*, que quiere decir ombligo, y hoy se le dice vulgarmente jiote. Al año de su completa sazón perece la planta. Los períodos de duración, el tamaño y los productos del maguey varían según las regiones, y es de notar que llevado el maguey del centro al sur degenera y se produce semejante al de la localidad. El maguey, pues, es de diversas clases y lo encontramos originariamente en todo nuestro territorio, desde la región maya, en que se produce el famoso *hennequen*, hasta la tolteca primitiva, en la actual California, en donde hemos hallado el nombre del pueblo Mexcaltitlán, que quiere decir lugar de *mexcalli*, que es una de las especies del maguey. El maguey de la región nahoa es algo más pequeño que el de la central y sus clases principales son el *mexcálmetl*, el *tepemexcalli*, el *quetzalichtli* y el *metómetl*. El *mexcálmetl* es una especie muy pequeña, espinosa y teñida de un verde oscuro, cuyas hojas se comen asadas y son muy agradables al gusto; el *tepemexcalli* se da en lugares pedregosos y tiene delgadas espinillas por de fuera; el *quetzalichtli*, como lo indica su nombre, produce una fibra ó hilo fino que se teje, crece bastante y sus hojas tienen espinas; el *metómetl* ó lechuguilla raras veces pasa de una vara de alto, produce un líquido blanquecino acre y desabrido y sus fibras son propias para hacer cuerdas. El cultivo del maguey es el más sencillo que pueda imaginarse y el más apropiado para un pueblo primitivo, pues consiste solamente en poner los retoños en almácigos, trasplantarlos cuando han crecido y después removerles periódicamente la tierra, sin que necesiten nada más, ni riego.

Veamos ahora los productos que del maguey sacaban los nahoas y de cuántas maneras lo utilizaban. Debemos advertir que al bajar del Norte encontraron los nahoas el maguey en la parte meridional del Chicomoztoc, de manera que lo explotaron en el último período de su civilización.

El uso más importante del maguey era el de las fibras que extraían de las pencas, lo que les producía el *ixtli* ó *pita*. Para obtener ese filamento recogían las pencas ya secas y las echaban en agua á fin de que

se destruyese la parte carnosa y recogían entonces las fibras. Según las clases de maguey, empleaban el filamento grueso, llamado *lechuguilla*, en hacer cordajes, sogas, *cactli*, que eran una especie de sandalias que usaban los indios, *chimalli* ó escudos, hondas é *ixhuipilli* ó sayos de defensa para los guerreros: de la clase fina de filamento tejían mantas y telas para vestirse; de estos filamentos había algunos más finos, y los misioneros mencionan como tales los usados en las telas de la región tolteca.

Cuando acababan de florecer los *xiotli* del maguey, les servían de vigas para sus *xacalli* y las pencas ú hojas las empleaban como tejas. Estos techos tenían la ventaja de ser de muy difícil combustión y no estaban expuestos á incendios; pero los desperdicios de las hojas pequeñas sí son perfectamente combustibles y les servían como leña. Las cenizas de las pencas las empleaban de dos maneras: para abonar la tierra y para hacer una excelente lejía, y además una cierta parte de las raíces servía de jabón para lavar la ropa. Como las hojas son acanaladas, las utilizaban en varios usos domésticos, guardando en ellas el maíz molido ú otras sustancias. Más tarde, pues no nos consta que lo hicieran en la época nahoa, de la epidermis de las hojas sacaban un papel blanco, compacto, sedoso y duradero en que pintaban sus jeroglíficos. Igualmente hicieron después sobre estas pencas sus mosaicos de pluma los artífices llamados *amanteca;* finalmente, las púas terminales de las pencas les servían de alfileres y agujas para coser.

Empleaban también los diversos zumos de los magueyes para curar las enfermedades, y el doctor Hernández, enviado por Felipe II á México hacia el año de 1570 con el objeto de que estudiase nuestra historia natural, nos da cuenta de que con el *tepemexcalli* se curaba la falta de movimiento de los miembros; con el *tlacámetl* se volvía la fuerza á las mujeres débiles, y con el *xolómetl* se quitaban los dolores del cuerpo, especialmente los de las articulaciones.

Los nahoas no sacaban del maguey el conocidísimo licor llamado pulque; pero era, sin embargo, entre ellos un elemento precioso como alimento y bebida. Las pencas del *mexcal* les servían de sustento y regalo, y aun hoy es alimento muy agradable en aquella región. Cuando están de tiempo las cortan con el tronco y las meten en un hoyo hecho en la tierra, en donde han puesto fuego, las cubren con ramas y encima tierra, y así ablandadas las pencas á fuego lento son sabrosísimo y muy dulce manjar.

De esta misma planta sacaban el vino, hoy muy estimado, llamado *mexcal*. Entonces el procedimiento era sencillísimo, pues se reducía á machacar las pencas y echarlas en vasijas de agua hasta que se producía la fermentación y se formaba el licor.

Si á todo esto agregamos que los magueyes les servían para cercas de sus casas y para cercados de sus sementeras, comprenderemos toda la utilidad de esa planta y con cuánta razón Linneo la llamó *agave* ó *admirable*.

Siguiendo en el estudio de los productos alimenticios de la agricultura encontramos como principal el maíz. Generalmente se dice que el maíz fué importado del Ásia; pero si se reflexiona que en la llanura central de ésta se cultivó el trigo desde época muy remota, y que, sin embargo, no fué conocido en nuestro continente, y que, por el contrario, el maíz no era cultivado en Europa, á pesar de las contínuas inmigraciones asiáticas que recibía, hay que suponer que los nahoas encontraron aquí el maíz como producto natural de este suelo. Llamaban al maíz en mazorca *centli,* al grano *tlayolli,* al maíz blanco *iztactlaolli*, al negro *yáhuitl*, al amarillo *cuztictlaulli,* al colorado *xiuhtoctlulli,* al pintado *xuchicentlaulli,* al leonado *cuappachcentlaulli*, y al que se producía en cincuenta días *tépitl.* En la región nahoa el producto del *centli* era violento y muy abundante, por lo que constituía uno de los principales alimentos. Ya hemos dicho que molido y en polvo formaba el *pinolli:* para esto se mezclaba con la miel sacada de la misma caña del maíz. Preparado así dura mucho y era utilísimo para las expediciones guerreras, ya como alimento, ya como refrescante mezclado con agua. No sabemos si los nahoas hacían pan de maíz; pero es posible, pues se han encontrado hornos en las ruinas.

Además del maíz sembraban calabazas de varios géneros, y de algunas de ellas hacían tasajos que, secos al sol, les duraban largo tiempo. Sembraban también diversas clases de frijoles que servían de muy principal sustento para la raza.

Dos frutos silvestres eran para ellos alimentos y regalo, las vainas de los mezquites y las pitahayas. Comían las semillas de los primeros y molidas las bebían en agua. La pitahaya es uno de los árboles más bellos y de forma más artística que puedan verse; crece derecho el tronco y de su alto salen horizontales sus ramas de forma semejante al acanto; son de un verde pronunciado y de ellas brota el fruto, que tiene una corteza con espinas como la tuna. Su médula es muy delicada, se asemeja mucho á la del higo y es blanca, colorada ó amarilla; se da en tal abundancia, que la mayor parte del año se sustentan muchas gentes con pitahayas.

En cuanto á sus bebidas, ya hemos visto que los nahoas hacían vino del *mexcal*, y lo sacaban también de estas pitahayas, de las tunas ó *nochtli*, de las semillas del mesquite y del maíz; pero la más fuerte se hacía de sauco y duraba varios días. Todos los pueblos indígenas eran dados á la embriaguez, y sin duda por eso encontramos desde la región nahoa la prohibición para los jóvenes y las mujeres de tomar parte en las

que pudiéramos llamar fiestas del vino. Celebrábanse éstas cuando se hacía el licor, especialmente en la

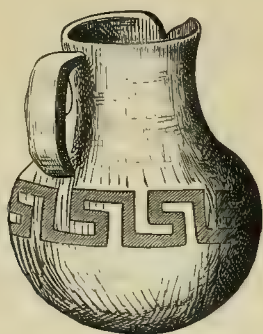


Pipa ó boquilla

cosecha de la pitahaya, convidando á todos los del pueblo y aun de los pueblos vecinos, y en ella gastaban noches y días. Era costumbre en ellas que los ancianos tomasen la palabra para recitar las hazañas de sus mayores, y mezclaban estas fiestas con danzas y con cantos muy tristes y melancólicos.

Sobre lo que no sabemos nada es sobre el cultivo del tabaco. No hay duda de que los nahoas lo usaban, como ya hemos visto: todavía se cosecha de clase muy fina en las costas de Tepic, y en las ruinas se ha encontrado una como pipa de barro que creemos más bien boquilla; pues los pueblos de raza nahoa usaban el tabaco arrollando una hoja seca y metiéndola en un tubo de caña conque lo fumaban.

Uníanse el licor y el tabaco en las grandes fiestas que los nahoas celebraban, cuando se preparaban para la guerra ó cuando habían alcanzado alguna victoria; juntándose á la embriaguez baile general á son de grandes tambores que sonaban y se oían á una legua, en el cual tomaban parte las mujeres. En estas fiestas se hacían también los célebres brindis de tabaco, y cuando











Alfarería nahoa

algún pueblo invitaba á otro á hacer liga para alguna guerra, le enviaba cierta cantidad de cañas embutidas de tabaco, y el admitir el presente era darse por coligado para la guerra.

Pasando ahora á la industria diremos que los nahoas sobresalieron en la alfarería. Por donde quiera, en grande espació de las ruinas, se encuentran tiestos de primorosos trastos, y en ellas se hallan también restos de los hornos que les servían para cocerlos. Distingue á la alfarería nahoa la elegancia y sencillez de la forma, ya de jarras ú ollas, con una ó dos asas, así como lo fino del barro y del esmalte y la viveza de los colores, que eran generalmente rojo, azul, negro y amarillo; pero en lo que sobresale y lo que es muy característico de la alfarería nahoa, son sus dibujos de grecas sumamente originales y con todas las combinaciones posibles. Llama la atención que en muy raros vasos se han encontrado dibujos de animales; apenas una rana en el cuello de uno y un pájaro en otro.

Los trabajos en piedra son generalmente de piedra sin pulir, y hemos visto que aun en la arquitectura se usó poco ese material; solamente en la región tolteca había ídolos y vasos de piedra pulida. Si á esto agregamos que los nahoas no usaron el cobre en la región del Chicomoztoc, tendremos que sacar como consecuencia precisa que su inmigración fué muy antigua, de la edad de la piedra sin pulir, y por lo mismo muy anterior á la del bronce.

Fueron los nahoas atrasados en la carpintería: no hicieron dinteles, puertas ni muebles de madera; sus

flechas eran de otates que simplemente cortaban; y se reducía su ciencia á tallar sus arcos, cortar leña, cuadrar las vigas de sus techos y labrar vasijas de madera dura de las que las más finas las hacían las mujeres; para esto les bastaban sus hachas y cuchillos de pedernal sin pulir.

Puede decirse que no conocieron la minería; desde luego no usaron ni extrajeron la plata, pues los misioneros dicen que no la estimaban, y no tenían en su idioma vocablo propio para nombrarla, pues la llamaban *iztateocuitla* ó sea oro blanco; sí sabemos que conocían y usaban el oro que en aquella región se encuentra en abundantes placeres. Conocían también el azogue, pero no lo explotaban; no así con el bermellón que les servía para embijarse.

En cuanto al comercio, como no tenían moneda ni objeto determinado que sirviera de unidad de cambio, debió reducirse á permutas de los objetos que necesitaban los permutantes. El comercio se hacía principalmente con los pueblos pescadores de la costa. Tenían los nahoas también como alimento los peces, ánades y patos de sus ríos; pero á más las tribus marítimas iban á comerciar á sus ciudades con las variadas y ricas clases de pescado que hay en el Pacífico, así como con las almejas, ostiones y diversos mariscos que en aquellas costas se cogen.


Pescador

Es curioso saber la manera conque cargaban los objetos para transportarlos, por ser muy distinta de la usada por los otros indios. No teniendo nuestros pueblos antiguos bestias de carga de ninguna clase, los mismos hombres tenían que hacer este penoso trabajo, lo que sin duda fué parte muy principal para que en la clase baja no se desarrollase la inteligencia. Tan sólo en un pueblo al norte del Chicomoztoc, los yutas, encontramos perros de carga, y es de comprender que no aliviarían mucho el trabajo de los hombres. Los nahoas hacían la carga al hombro desnudo, atravesando en él un palo de madera lisa y muy fuerte, y cargando á la punta dos redes largas á modo de balanzas, donde llevaban dos hanegas de maíz, y si era menester, dos hijuelos como si fuera en jaula; carga á veces tan pesada que hace blandear el palo por fuerte que sea. Con esa carga caminaba el indio tres y cuatro leguas, y el peso hacía que el palo en que cargaba le formase en el hombro un gruesísimo callo.

Los pueblos marítimos vivían, como es natural, de la pesca, y de ella hacían su comercio habitual con las ciudades, así como de conchas y caracoles para collares y adornos, especialmente de las famosas conchas azules de abulón del mar Bermejo. Pescábase ahí la concha nácar, y sabemos que la usaban; es la concha de la perla, y todavía aquel golfo rinde riquísimos productos; sin embargo, no sabemos que los nahoas usaran ni apreciaran las perlas.

Hacían la pesca con redes, unas veces en alta mar y otras en esteros, y formaban sus redes de *ixtli* de maguey. A veces mataban el pescado, en los lugares de poca agua, con fisgas ó á flechazos. En aquellas costas abundan las salinas, y los pueblos marítimos explotaban la sal. Unas veces tomaban la que el agua deposita en las crecientes ó en las mareas; y cuando ésta faltaba, extraían de las marismas una sal piedra que en ellas se cría. Como ésta es tan dura, necesitaban bucearla arrancando los trozos á golpe de hacha. De la sal hacían grandes panes, y los iban á cambiar en las ciudades por mantas y otros objetos de que carecían.

Los pueblos marítimos vivían pobremente en cabañas de ramas ó petates, y no ejercían la agricultura ni la industria. Rendían culto al mar, pues le llevaban algún presente que dejaban colgado de un árbol siempre que iban á sacar pescado ó sal.

Estos pueblos conocían la navegación: no solamente la usaban costeando ó para hacer sus pesquerías, sino que los *tepoca,* tocando en las islas intermedias, atravesaban el mar Bermejo de una á otra costa. Fabricaban lanchas ó canoas y las cosas necesarias para ellas: las hacían de dos proas, de treinta y seis á cuarenta palmos de largo y lo correspondiente de ancho: todas de más de doce piezas, pero tan perfectamente unidas y embreadas que no les entraba el agua: las hacían tan livianas que entre dos hombres las cargaban con poco trabajo.


Canoa

CAPÍTULO VI

Escritura jeroglífica. — Diversas clases de jeroglíficos. — Jeroglíficos primitivos de los nahoas. — Aritmética. — Sistema decimal hindú. — Su origen. — Sistema romano. — Sistema griego. — Sistema duodecimal. — Sistema chino. — Sistema nahoa. — Explicación de Gama y Orozco y Berra. — Nuestro sistema. — Formación de los cuatro números simples. — Primera serie de cinco. — Segunda serie. — Tercera serie. — Serie perfecta ó *Cempohualli*. — Comparación de los sistemas hindú y nahoa. — Ultimo término nahoa. — Números simbólicos. — Series progresivas y números intermedios. — Mayor cantidad á que podía llegar su cuenta. — Representación jeroglífica de los números.

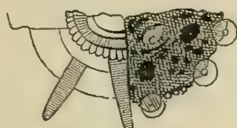
Si los nahoas propiamente no tuvieron escritura jeroglífica y á eso atribuyen con razón los cronistas su falta de anales, debemos, sin embargo, buscar en sus pinturas el origen de la que después formó su raza; pues ya hemos visto que en el Nuevo México tenían figuras de deidades en las estufas y que en la región tolteca se encontraron además otros signos al parecer cronológicos y copias de armas y hombres guerreando. Como quiera que la escritura de esa raza, aun cuando llegó á su mayor desarrollo, tuvo siempre un carácter muy propio y que la distingue claramente de los otros jeroglíficos que usaron los diversos pueblos de la tierra, vale la pena de que fijemos desde ahora sus principios esenciales.

No empezaron los pueblos desde luego por tener un alfabeto, es decir, una cierta cantidad de signos fonéticos con que expresar el sonido de todas las palabras: llegar á esto fué alcanzar uno de los mayores adelantos del progreso humano. Lo primero que debió ocurrir al hombre, y en efecto así pasó, fué pintar tal como lo veía el mismo objeto que quería representar. Supongamos que quería significar un conejo, pintaba la figura de un conejo: cualquiera otro que lo veía decía inmediatamente conejo; y así se alcanzaba el fijar el sonido de esta palabra conejo. Esta escritura tuvo que ser la primera y se llama *figurativa:* consiste en representar el nombre con la figura del objeto mismo. Desde luego se comprende que tal sistema era muy imperfecto: primero, porque hay palabras que corresponden á objetos que no tienen figura material, como la voz, el canto, el aire, etc.; segundo, porque hay muchas que significan objetos con figura material, pero que ésta es imposible de pintarse exactamente tal cual es, como el cielo, el mar, una batalla, una peste, etc.; tercero, porque otras corresponden á ideas y no á objetos, y por último, porque aun aquellas que pueden materialmente figurarse, daban en ocasiones un trabajo muy grande y que exigía simplificarse. Para fijar la nomenclatura de las diversas maneras de escribir que de tales consideraciones nacieron, solamente tendremos en cuenta el desarrollo que alcanzaron los jeroglíficos de la raza nahoa.

Ya tenemos la representación exacta del objeto, que es el *jeroglífico figurativo*. En las figuras complicadas principalmente, natural fué que el pintor, para ahorrarse trabajo, procurase fijarlas con sus líneas principales solamente, lo que simplificándose poco á poco daba lugar á nuevas figuras fáciles y sencillas que ya no eran las primitivas, pero que daban idea de ellas y expresaban de la misma manera las palabras correspondientes á los objetos que aquéllas materialmente copiaban. A estos nuevos signos, como no representan la figura sino que solamente nos dan idea de ella, se les llama *jeroglíficos ideográficos*. Tales son los caracteres chinos y los mayas: en la pintura nahoa puede decirse que no se usaron. Lo que sí fué costumbre para simplificar la escritura, fué presentar el todo por la parte ó por algún accidente: así, para significar un tigre, se ponía solamente la cabeza; para expresar una batalla se pintaban únicamente á dos hombres luchando, y si de la victoria se trataba, ó el vencedor tenía del cabello al vencido ó se figuraba el incendio del *teocalli* cuando se anotaba la toma de un pueblo. Ciertamente que esta clase de pinturas tienen más de figurativas que de ideográficas; son, á lo más, simplificaciones figuradas del asunto que representan; por lo que las llamaremos *jeroglíficos figurativo-ideográficos*.

Hay objetos que materialmente no se pueden pintar

aun cuando tengan forma material, como el firmamento, la noche, el día, el crepúsculo; entonces se usaba de figuras materiales que con ellos tenían relación: así, para significar el crepúsculo, se pintaba un cielo mitad azul y mitad estrellado. Estos jeroglíficos tienen algo



Representación jeroglífica del crepúsculo

de figurativos y más de ideográficos, por lo que los designaremos con el nombre de *ideográfico-figurativos*. Vienen luego los objetos inmateriales y las ideas que solamente por símbolos se pueden expresar, como el aire, el movimiento, la luz, la grandeza, la belleza, y esto da origen al *jeroglífico simbólico*. Pero generalmente el simbolismo se une á un objeto material como la representación de los dioses, y nace entonces el *jeroglífico figurativo-simbólico*. Del *fonético*, último adelanto de la civilización nahoa, trataremos á su tiempo.

Haremos, pues, la siguiente clasificación de los jeroglíficos: 1.° *figurativos;* 2.° *figurativo-ideográficos;* 3.° *ideográfico-figurativos;* 4.° *simbólicos*, y 5.° *figurativo-simbólicos*.

¿A cuáles de estas clases pertenecieron las pinturas de los primitivos nahoas? Las pinturas de sus dioses, aunque seres imaginarios, eran de personas humanas con atributos especiales que no pueden llamarse símbolos: constituían, pues, verdaderos jeroglíficos figurativos. Es de notarse que estas figuras tuvieron que ser muy imperfectas en un principio como obra de un pueblo primitivo; y sin embargo de que los posteriores de la misma civilización adelantaron mucho en las artes, se conservó siempre respetuosamente el tipo primordial. En cuanto á los signos cronográficos de los nahoas representaban objetos materiales; de manera que también eran figurativos, pues sólo hay dos simbólicos y dos ideográficos. Podemos, pues, decir que la escritura nahoa era figurativa, y que solamente dejaba de serlo en aquellas cosas de necesaria representación que no tenían figura propia, como los numerales.

Esto nos trae á la aritmética, una de las primeras necesidades de un pueblo anterior á la misma escritura. Materia es ésta que compararemos, al estudiarla, con la de los sistemas principales del Viejo Mundo para que se vea cuán original y autóctona fué la civilización nahoa.

Si estudiamos la numeración de los pueblos antiguos unidos á los hindús por genealogía reconocida ó que de ellos la recibieron, encontramos más próximamente á nosotros el sistema arábigo de las diez cifras:

0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9

El 0 no tiene en sí ningún valor; pero puesto una vez á la derecha de los otros números da las decenas; puesto dos veces, las centenas, y así sucesivamente todos los números posibles, expresando cuantas cantidades se quiera y puedan imaginarse. Este es el sistema que usa la civilización actual, y aunque se llama arábigo, porque los árabes encontraron la numeración escrita que hoy tenemos, lo aprendieron de la India. Max Müller afirma que los aryas tenían ya el sistema decimal de numeración hasta cien, pero que no conocían el mil.

Este sistema trae su origen de los cinco dedos de la mano; mas tomando siempre en cuenta las dos manos que dan el número 10. Repitiendo esta cifra, según el número de dedos de las dos manos, se van formando las decenas hasta 100; haciendo igual operación con esta cifra, tendremos las centenas, y así sucesivamente todas las cantidades; pero obsérvese que siempre se necesita de todos los dedos de las dos manos.



Numeración digital

Los romanos usaron de siete letras para sus números:

I, uno; V, cinco; X, diez; L, cincuenta; C, cien; D, quinientos; M, mil. El sistema de los diez dedos de las dos manos existía en Roma; pero dividido en cinco unidades por cada mano, V es cinco y X diez; L es cincuenta y C es cien; D es quinientos y M es mil. Primero entra una mano en la formación numérica y después la otra; pero en definitiva entran las dos y resulta un sistema decimal.

Los griegos tenían en el principio un sistema muy sencillo, basado en seis letras:

I, uno; Π, cinco; Δ, diez; H, ciento; X, mil; M, diez mil. Después introdujeron cifras para los números 50, 500, 5.000 y 50.000.

Es el mismo sistema de los romanos: los cinco dedos de una mano primero y después los cinco dedos de la otra; pero siempre los diez dedos de las dos manos como base definitiva del sistema.

Podemos, pues, decir que los hindús, los pueblos de su genealogía y los que de ellos aprendieron, han usado el sistema decimal:

1, 10, 100, 1.000, 10.000, 100.000, 1.000.000; etc.

Tenemos otro sistema, el duodecimal: éste tiene por base la operación de contar que con el dedo pulgar hacemos en los otros cuatro dedos, repitiéndola en las tres falanges de cada uno de ellos.

Nos da el resultado siguiente:

Primera falange superior de los cuatro dedos: 1, 2, 3, 4.

Segunda falange media de los cuatro dedos: 5, 6, 7, 8.

Tercera falange inferior de los cuatro dedos: 9, 10, 11, 12.

No tiene este sistema numeración propia; pero su división exacta por 2, 3 y 4, hace más fáciles los cálculos, por lo que ha sido adoptado en el uso de los pueblos: la línea tiene doce puntos, la pulgada doce líneas, el pié doce pulgadas.

I II IIIII II
1. 2. 7.

Numeración lineal

El sistema binario del *Je-Kin* de los chinos consiste en la combinación de seis líneas: unas divididas que expresan 0 y otras completas que representan 1. Así se forman sesenta y tres figuras, con las cuales dice Leibnitz que se pueden obtener todos los números enteros posibles. Pero los chinos y thibetanos, como los hindús, han usado de tiempo inmemorial el sencillo método de las diez unidades, y después lo han conservado los pueblos que lo recibieron de la India, como los árabes y los indo-europeos.

Veamos cuál era el sistema numeral de los nahoas; notando que la formación de los números es una de las primeras manifestaciones externas de un pueblo, anterior á la escritura, y una de sus primeras imperiosas necesidades para el trato de la vida, y por lo mismo una prueba segura de origen.

El señor Orozco y Berra al tratar de esta numeración dice, siguiendo á Gama, que la formación de los números comenzó entre los nahoas por los cinco dedos de una mano: computados los otros cinco, se tuvo el número diez, y contando los de los piés y las manos el número veinte.

Parece comprobarlo el hecho de que los cuatro primeros números tienen nombres simples que les son propios:

Ce ó *cem*, 1; *ome*, 2; *yei* ó *ei*, 3; *nahui*, 4.

El número 5 tiene ya nombre compuesto: *macuilli*. Según Gama, este nombre viene del verbo *macueloa*, formado de *maitl*, que es la mano, y del verbo simple *cueloa*, que significa doblegar; lo que parece demostrar que en su origen distinguían cada unidad doblando un dedo hasta completar los cinco cerrando una mano. El señor Orozco, considerando los nombres referentes á la mano, encuentra *mapilli*, dedo de la mano, palabra compuesta de *maitl*, mano, y de *pilli*, niño ó hijo: así figuradamente *mapilli* quiere decir niños, hijos, apéndices de la mano. Encuentra también que *xopilli*, dedos del pié, tiene el mismo sentido; así como *macpalli*, palma de la mano. *Macuilli* se formaría entonces de *maitl*, del verbo *cui*, tomar, y de *pilli* ó simplemente *lli*, por los apéndices ó dedos; haciendo el compuesto *ma-cui-lli*, los dedos tomados con la mano, el puño cerrado. Opina, pues, el señor Orozco que la cuenta de las primeras unidades se fué practicando *por medio de doblar los dedos de la mano hasta que al llegar á cinco se formó el puño*.

Del 6 al 9 las palabras son compuestas. En sentir de Gama, *chicoace* ó *chicuace* se deriva del adverbio *chico*, que significa *á mi lado*, y la preposición *huan*, que es *junto de otro;* y así todo el vocablo *chicohuance* ó *chicoace* por síncopa, querría decir uno al lado, junto de los otros. Mas el señor Orozco dice que *chico* tiene á veces la significación de *mitad*, como en las palabras *chicocua*, *chicocaiacua*, *chicocuatic*, medio comido; que la partícula *a* cuenta entre sus significados el de *así como;* de manera que *chico-a* da á entender la mitad de las manos, una mano. Los compuestos *chicuace, chicome, chicuei* y *chiconahui* significarían entonces una mano más uno, más dos, más tres y más cuatro, ó sea 6, 7, 8 y 9.

Matlactli, 10, no está formado por aglomeración: según el señor Orozco, sus radicales no ofrecen duda, pues *maitl* y *tlactli* dan el cuerpo del hombre desde la cinta arriba, es decir, las manos de la parte superior del hombre. Si *macuilli* era una mano cerrada, *mactlactli* será las dos manos cerradas. Del 11 al 14 sigue la aglomeración añadiendo á *matlactli* los cuatro dígitos fundamentales por medio de la partícula *on*, ya sea en el sentido de más, ya, como quiere Molina, por vía ó manera de ornato y buen sentido. Así tendremos: *matlactlionce* 11, *matlactliomome* 12, *matlactliomei* 13 y *matlactlionnahui* 14.

Caxtolli, caxtulli, 15, dice el señor Orozco que aparece como radical y que no atina cómo pueda ser desatado ni encuentra explicación en los autores. Con este nombre, la ligatura *on* y los digitales, se forman los números del 16 al 19 de la manera siguiente: *caxtollionce* 16, *caxtolliomome* 17, *caxtolliomei* 18 y *caxtollionnahui* 19. El 20 es *cempohualli*, que quiere decir *una cuenta*, y que pudo componerse, según el señor Orozco, de *cem*, una; del verbo *poa*, contar, y de *pilli* ó *lli* por los dedos: *cem-poa-lli*, una cuenta de los dedos. Veinte, agrega el señor Orozco, es por excelencia el número mexicano; es el yo, el individuo, compuesto de cuatro partes, *los piés* y *las manos*, cada uno con sus cinco apéndices ó dedos.

Hemos querido citar las respetables opiniones de Gama y Orozco para que se conozcan, precisamente por qué es diverso nuestro sistema y como nuevo atrevido.

No hay duda de que el 20 es el número nahoa por excelencia; pero no se formó como han creído Gama y el señor Orozco.

5 dedos de una mano.
5 dedos de la otra mano.
5 dedos de un pié.
5 dedos del otro pié.

$20 = 5 \times 4$

Entre los apuntes manuscritos del señor Ramírez, recordamos uno en que decía que los nahoas formaron el número 5 con los cuatro dedos unidos de la mano sumados con el pulgar, así: 4+1=5. No decía más el apunte ni daba otra explicación; pero como para nosotros el señor Ramírez es la primera autoridad en estos asuntos y vemos con respeto aun una simple nota de su mano puesta al margen de cualquier libro, tuvimos desde luego por cierto lo que decía y nos dimos á buscar la explicación. Veamos cuál fué el resultado.

En el sistema hindú el número principal es el 10, que se forma de 5+5: allí el número 5 es esencial; pero en el sistema nahoa el número esencial es el 4, pues el 20 se forma de 5×4, como el 5 se formó de 4+1. Si se observan los nombres de los números, encontraremos que sólo los cuatro primeros son simples, *ce, ome, yei* y *nahui;* ya el quinto tiene un nombre compuesto, *macuilli:* los cuatro números siguientes, 6, 7, 8 y 9, toman por base de sus nombres los simples de los cuatro primeros, *chicuace, chicome, chicuei* y *chiconahui;* pero el segundo quinto, el 10, tiene nombre compuesto diferentemente, *matlactli:* los cuatro que siguen, 11, 12, 13 y 14, reciben también como base de su composición los cuatro simples primeros, *matlactlionce, matlactliomome, matlactliomei* y *matlactlionnahui;* y volvemos á encontrar nombre especial para el tercer quinto, el 15, que se llama *caxtolli:* repítese la combinación de los nombres simples en los cuatro números siguientes, 16, 17, 18 y 19, *caxtollionce, caxtolliomome, caxtolliomei* y *caxtollionnahui;* y finalmente para el último quinto, el 20, vuelve á encontrarse un nombre formado de elementos propios, *cempohualli.* Se ve, pues, que los nahoas quisieron distinguir los cuatro primeros números del quinto; no han tomado el número 5 por base, sino como resultado de 4+1.

Si esto es verdad, y para nosotros todos los datos aducidos lo demuestran, la consecuencia lógica es que la primera serie de veinte números debía formarse con sólo esos dos elementos, y por lo mismo con una sola mano. Siempre habíamos rechazado la idea de que se tomasen en cuenta los dedos de los piés, pues si el origen de la numeración fué la costumbre primitiva de hacer las cuentas con los dedos de las manos, costumbre que tienen todavía los niños y los indoctos, claro es que no debían tomarse en consideración los dedos de los piés, pues á nadie le ha ocurrido írselos tentando para hacer una cuenta. Ahora bien, valiéndose nada más de las manos, como es natural, no puede haber más que dos métodos de hacer las cuentas: el primero, contar con una mano los dedos de la otra, lo que da el número 5; y después contar los dedos de ésta con la otra mano, lo que también produce un 5, y los dos cincos unidos el número 10: este fué el procedimiento del sistema decimal. El segundo método, origen del sistema duodecimal como hemos visto, consiste en no servirse más que de una mano, valiéndose del pulgar para contar sobre los otros cuatro dedos; pero haciendo la cuenta por falanges. El procedimiento nahoa tuvo que ser semejante, pues si se hubiera valido de las dos manos habría tenido por resultado el 10; mas se debió usar una combinación distinta de la cuenta por falanges que da el 12. La simple cuenta de los dedos produce nada más el 4, y los nahoas tenían por número principal el 20. Y sin embargo, formaron su numeración con una sola mano, sirviendo el pulgar de persona que cuenta. ¿Cómo? Nos va á dar la contestación la etimología de sus números.

Nombres simples: 1 *ce*, 2 *ome*, 3 *yei*, 4 *nahui.* Dice el señor Orozco que nadie ha dado razón del origen de estos nombres.

Los hombres debieron poner nombre primeramente á las cosas más esenciales para la vida, y sin duda que las principales de estas cosas fueron sus alimentos: éstos, antes de que inventaran los instrumentos de caza y que se dedicaran á hacer producir la tierra por la agricultura, debieron ser los frutos naturales de los árboles. Más tarde, cuando sus necesidades y las primeras operaciones de comercio les obligaron á inventar la numeración, al mismo tiempo que la formaban con la cuenta de los dedos, fueron poniendo nombre á los cuatro dedos que iba designando el pulgar, y debieron sacar estos nombres de las pocas palabras que entonces tenían, dándoles las formas más simples, como cosa que debían usar y repetir mucho. Pues bien: refiriéndonos á las frutas, primer alimento de los hombres, encontramos que los nahoas llamaban *ceceltic* á la cosa fresca y verde, *omacic* á la cosa madura, *yectli* á la cosa buena, y *nahuatile* á la persona ó cosa regular. Los nombres de los dedos entre nosotros vienen de su tamaño ú objeto: el primero ó más pequeño se llama meñique; el segundo anular, en el que se pone el anillo; el tercero, mayor, porque es el más grande; y el cuarto, índice, porque nos sirve para señalar. Así los nahoas, al primer número que se relacionaba con el primer dedo, el más pequeño, le pusieron *ce*, de *ceceltic,* cosa verde, porque la fruta verde es la más pequeña, y es la primera fase, digámoslo así, de su vida. Cuando la fruta madura y está en su segunda época, se llama *omacic*, y es más grande de tamaño: por eso, refiriéndose al segundo dedo, que es más grande que el primero, llamóse *ome* al número 2. El dedo de en medio es el mayor y le corresponde el número 3: así la fruta ya buena ha alcanzado su mayor tamaño, y está en el tercero y último período de su desarrollo, y por esto el número 3 es *yei,* de *yectli*, cosa buena. El cuarto dedo no es tan grande como el tercero, es de tamaño regular; y por lo mismo el número 4 que á él se refiere se llama *nahui,* de la voz *nahuatile,* cosa regular. Podemos, pues, decir que los nombres simples de los cuatro

primeros números vienen del tamaño respectivo de los cuatro dedos juntos de la mano, y que el pulgar formó con ellos la primera cuenta, comenzando por el más pequeño.

Si los dedos se hubieran ido cerrando sobre la mano para formar el puño, y significara esto *macuilli* ó 5, éste se representaría en los jeroglíficos con una mano cerrada, y por el contrario, se expresa con una mano abierta. Observando los nombres de los números 5, 10, 15 y 20, veremos que todos terminan en *tli*, desinencia que significaba persona y que puede traducirse: el que ó quien. Refiriéndonos al número 5, el *tli* es el pulgar, el que ha hecho la cuenta de los otros cuatro dedos. *Maitl* significa mano; *cuilia* tomar algo á otro; *tli*, el que; *ma-cuil-li*, el que toma á otro la mano. Dé el lector la mano á cualquier persona, y observará que con el pulgar le toma y oprime la suya. Podemos, pues, decir definitivamente que los cinco primeros números de los nahoas se formaron de los cinco dedos de la mano en dos partes; la primera de los cuatro dedos juntos, y la segunda del pulgar.

PRIMERA PARTE

Ce, número 1, el dedo más chico.
Ome, número 2, el dedo mayor que el primero.
Yei, número 3, el dedo mayor de todos.
Nahui, número 4, el dedo regular.

SEGUNDA PARTE

Macuilli, número 5, el dedo que toma la mano de otro.

Estas dos partes dan con la mano abierta la fórmula primera de la numeración nahoa: 4+1. El pulgar cuenta los números 1, 2, 3 y 4, tocando los otros dedos, y separándose después de ellos, forma él mismo el número 5.

Para los números 6, 7, 8 y 9, el pulgar vuelve á funcionar como persona agente, doblando uno á uno los otros cuatro dedos de la mano. En efecto, el número 6, *chicuace*, es palabra compuesta de *chico*, aviesamente, *val*, hacia acá, y el número 1 *ce:* es decir, traer hacia sí el número 1, ó el dedo pequeño al revés, ó doblar sobre la mano el dedo pequeño. Bien indica el movimiento el adverbio aviesamente que viene del latín *adversus*, en sentido opuesto, cerrando el dedo pequeño que estaba abierto. Doblando los otros tres dedos se forman *chicome*, 7, *chicuei*, 8 y *chiconahui*, 9. Cerrando los cuatro dedos y poniendo encima el pulgar para hacer el puño, queda la mano reducida á la mitad de su altura, y entonces el número 10 se llama la mitad de la mano, *matlactli*, de *ma-itl*, mano, *tlac-ol*, la *mitad*, y *tli*, el que: el que hace la mitad de la mano doblando los otros dedos.

Si después de haber bajado los dedos, el pulgar los va levantando uno á uno, nos da los nombres de los números 11, 12, 13 y 14: *matlactlionce*, *matlactliomome*, *matlactliomei* y *matlactlionnahui*. Aquí las voces se componen del puño ó media mano, *matlactli*, de los números de los dedos y de la partícula *on*, que significa alejar, separar del lugar. Así *matlactlionce* quiere decir uno separado de la media mano ó puño; *matlactliomome*, dos separados del puño; *matlactliomei*, tres separados del puño; y *matlactlionnahui*, los cuatro dedos separados del puño: lo que nos da los números 11, 12, 13 y 14. El número 15 es el pulgar que los ha separado, y esto quiere decir *caxtolli*, cuyo significado, según el señor Orozco, no atinan ni explican los autores. Se forma la palabra del verbo *cax-aua*, aflojar, *tol-oa*, abajar ó inclinar, y el sufijo *tli*, el que: el que aflojó los dedos abajados ó doblados.

Tenemos ya tres posiciones de la mano: para los primeros cinco números en su posición natural enteramente abierta; para los segundos cinco números formando puño, enteramente cerrada; y para los terceros cinco números con los dedos aflojados á medio abrir, podríamos decir la mano en forma de garra. El pulgar hace los números 16, 17, 18 y 19, separando los dedos de la garra y trayéndolos hacia sí, juntándolos; y por eso al separarlos de la situación que tenían, se llaman los números *caxtollionce*, *caxtolliomome*, *caxtolliomei* y *caxtollionnahui*. Ya juntos los dedos por sus yemas, nos da el pulgar el número 20, que se llama *cempohualli* ó una cuenta de la unidad *cem*, el verbo *po-a*, contar, *hual*, hacia acá, y el sufijo *tli:* el que hizo una cuenta juntando los dedos. Así con una sola mano, en las cuatro posiciones que puede tener, se formaron los 20 números de la serie perfecta de los nahoas.

1, 2, 3, 4 y 5.—La mano abierta.
6, 7, 8, 9 y 10.—La mano cerrada.
11, 12, 13, 14 y 15.—La garra abierta.
16, 17, 18, 19 y 20.—La garra cerrada.

Si para convencernos de lo original y autóctono de la numeración nahoa, la comparamos con la hindú, base de las numeraciones asiáticas y europeas, obtendremos las siguientes diferencias:

1.ª Que los hindús formaron su numeración valiéndose de los dedos de las dos manos, y los nahoas usando nada más de los dedos de una mano.

2.ª Que los hindús tuvieron como elemento de su numeración la fórmula 5+5, y los nahoas la fórmula 4+1.

3.ª Que la serie perfecta de los hindús era de 1 á 10, y la de los nahoas de 1 á 20.

4.ª Que en su desarrollo posterior, el primer término de la serie progresiva de los hindús fué el 10, sirviendo constantemente de multiplicador, mientras que entre los nahoas fué el 20.

Pero así como entre los aryas no tuvo su completo

desarrollo la serie progresiva y el último término fué el 100, los nahoas tuvieron por último término suyo el 80, según datos jeroglíficos muy precisos que hemos examinado, por más que los pueblos que de ellos descendieron, desarrollaran ampliamente la serie progresiva tomando por multiplicador el número 20. Los nahoas tuvieron por primer número de su serie el 4: hemos visto que del 4+1 hicieron el 5; que del 5×4 formaron el 20; y finalmente del 20×4 tuvieron el 80.

El mismo 4 con el 1 les sirvió para formar sus números simbólicos, cuya aplicación veremos al tratar del calendario. Nos limitaremos aquí á enunciar cuáles fueron los hindús y los nahoas. Los números simbólicos, como unidos á las ideas religiosas y á las preocupaciones de los pueblos, dan idea segura de la personalidad de una raza, y por esto encontramos los mismos en la India, Grecia y Roma. Son cinco: el 3, *triade,* el número perfecto; el 5; el 7, siete son los planetas, los días de la semana, las hiadas, etc.; el 9, emblema de la muerte ó sucesión de la vida; y el 10 *década,* fundamento de las ciencias. Según nuestras observaciones creemos que se formaron sumando los primeros números sucesivamente de dos en dos: 1+2=3; 2+3=5; 3+4=7; 4+5=9. El número 10 se formó de las cuatro primeras unidades: 1+2+3+4=10.

Los nahoas formaron sus números misteriosos y simbólicos con la sola combinación del 1 y el 4.

1+1=2.—El *Ometecuhtli,* el *Omeyócan,* etc.

4.—Los cuatro astros, los cuatro soles, los cuatro signos iniciales, etc.

1+4=5.—Los cinco días del *tianquiztli,* los cinco soles mexica, el período de cinco ciclos, etc.

1+4+4=9.—Los acompañados, los nueve meses que hacen el medio año, etc.

1+4+4+4=13.—Los días de la triadecatéride, los años del *tlalpilli,* etc.

1+4=5×4=20.—Los números de la serie perfecta, el número inicial de la serie progresiva, los días del mes, etc.

Resulta, pues, la siguiente tabla:

NÚMEROS SIMBÓLICOS

Hindús.—3, 5, 7, 9, 10.

Nahoas.—2, 4, 9, 13, 20.

Hemos dicho que el último término de los nahoas fué el número 80; veamos cómo se formaban las cifras intermedias. Escribamos continuadamente, para mayor claridad, la primera serie de 20.

1.—*Ce.*
2.—*Ome.*
3.—*Yei*
4.—*Nahui.*
5.—*Macuilli.*
6.—*Chicuace.*
7.—*Chicome.*
8.—*Chicuei.*
9.—*Chiconahui.*
10.—*Matlactli.*
11.—*Matlactlionce.*
12.—*Matlactliomome.*
13.—*Matlactliomei.*
14.—*Matlactlionnahui.*
15.—*Caxtolli.*
16.—*Caxtollionce.*
17.—*Caxtolliomome.*
18.—*Caxtolliomei.*
19.—*Caxtollionnahui.*
20.—*Cempohualli.*

Del 20 al 80, para formar las series progresivas y los números intermedios, se sigue una regla sencilla: anteponiendo un numeral simple á *pohualli,* le sirve de multiplicador y hace serie, y posponiendo á una serie los numerales de la primera y uniéndolos con la partícula *on,* se suman con ella. Así tendremos las cuatro series:

20.—*Cempohualli.*
40.—*Ompohualli,* dos veintes.
60.—*Yeipohualli,* tres veintes.
80.—*Nauhpohualli*, cuatro veintes.

Formando ahora todos los números de la segunda, tercera y cuarta serie, pues ya tenemos los de la primera, nos darán:

SEGUNDA SERIE

21. *Cempohuallionce*, veinte más uno.
22. *Cempohualliomome*, veinte más dos.
23. *Cempohualliomei*, veinte más tres.
24. *Cempohuallionnahui*, veinte más cuatro.
25. *Cempohuallionmacuilli,* veinte más cinco.
26. *Cempohuallionchicuace,* veinte más seis.
27. *Cempohuallionchicome,* veinte más siete.
28. *Cempohuallionchicuei,* veinte más ocho.
29. *Cempohuallionchiconahui,* veinte más nueve.
30. *Cempohuallionmatlactli,* veinte más diez.
31. *Cempohuallionmatlactlionce,* veinte más once.
32. *Cempohuallionmatlactliomome*, veinte más doce.
33. *Cempohuallionmatlactliomei*, veinte más trece.
34. *Cempohuallionmatlactlionnahui,* veinte más catorce.
35. *Cempohuallioncaxtolli,* veinte más quince.
36. *Cempohuallioncaxtollionce,* veinte más diez y seis.
37. *Cempohuallioncaxtolliomome,* veinte más diez y siete.
38. *Cempohuallioncaxtolliomei,* veinte más diez y ocho.

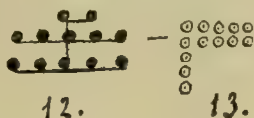
39. *Cempohuallioncaxtollionnahui*, veinte más diez y nueve.

40. *Ompohualli*, dos veces veinte.

Haciendo á *ompohualli* las mismas adiciones hechas á *cempohualli*, obtendremos los números hasta el 59. El 60 es *yeipohualli* ó tres veces 20. *Yeipohualli*, con las adiciones sucesivas usadas en las dos series anteriores, forma hasta el 79. El 80 es *nauhpohualli* ó cuatro veces veinte. Tal es el nombre que tiene en la numeración mexica, en que la serie progresiva alcanzó mayor extensión; de modo que en ella quedó como número secundario. Pero entre los nahoas fué el número principal y fin de la serie y es evidente que debió tener nombre propio. Aun cuando de esta cifra, como principal y última de la serie nahoa, no hablan los autores ni nos dan su nombre especial, por datos jeroglíficos irrecusables podemos decir que se llamaba *xihuitl*, voz que tiene los significados de año, hierba y turquesa.

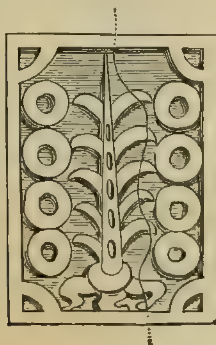
Ya ahora podemos comprender hasta dónde llegaba la mayor cuenta de los nahoas. Anteponiendo sucesivamente todos los números de las cuatro series al *xihuitl*, producían la multiplicación del número antepuesto por 80 y podían llegar hasta $80 \times 80 = 6400$; cifra suficiente para las necesidades de un pueblo primitivo.

Fijada ya la numeración aritmética, estudiemos la representación jeroglífica de los números. Fué natural que la división numeral determinara la representación



Numeración con puntos

escrita. Encontramos primero la unidad significada por un punto, una raya ó un dedo. Se expresaba cualquiera cantidad con el número de puntos ó rayas correspondientes, ya pintándolos, labrándolos en los monumentos de piedra ó haciéndolos con un taladro. Por este método hemos visto en una piedra hasta el número 104, repre-

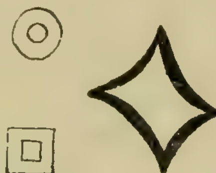

Numeración simétrica. — 8 ácatl

sentado por ciento cuatro circulillos hechos con taladro. En el códice Mendocino hay hasta el número 8 expresado con ocho dedos; pero generalmente no se usaba de los puntos ó líneas sino para los números del 1 al 19; entonces, siguiendo la división numeral de cinco en cinco, se marcaba la separación de los puntos en fracciones de á cinco. Esa regla era general, pero no absoluta, pues varias veces los puntos se dividían simétricamente por el buen parecer del dibujo.

Pero el número 5, como primer período de la serie


Representación jeroglífica del número 5

de 20, debía tener representación propia; y ésta era una mano abierta. Usóse poco, sin embargo, porque era más fácil poner los cinco puntos. Lo mismo sucedía con el número 10, sin embargo de que tenía figura

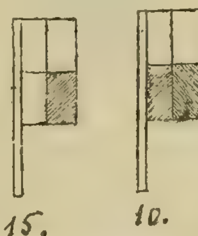

Signos jeroglíficos del número 10

especial. Era ésta un cuadrado grande con un pequeño dentro ó dos círculos concéntricos, ó más comunmente un cuadrado puesto con uno de los ángulos hacia arriba y con los lados rectilíneos ó curvilíneos.


Signo jeroglífico del número 20

El número 20 sí tenía representación propia y muy usada: era una especie de pequeña bandera. Con ésta y los puntos se usaba escribir todos los números hasta 80, repitiendo una bandera por cada 20 y un punto por cada unidad. Así para representar 72 ponían tres banderas y doce puntos.

Pero como el número 20 lo habían formado con cuatro períodos menores de á 5, dividieron la bandera

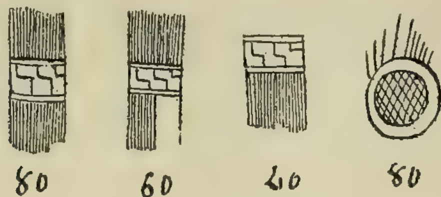


Fracciones del *cempohualli*

en cuatro partes que cada una representaba 5 también. Si la bandera no tenía división significaba 20 siempre; si la dejaban con tres partes blancas y una de color ó

señalada como si estuviese separada del resto, expresaba el número 15, y si esta división era por mitad, daba el número 10. Esto simplificaba mucho la numeración escrita. Así el 72 se podía representar con tres banderas, una bandera dividida por mitad y dos puntos.

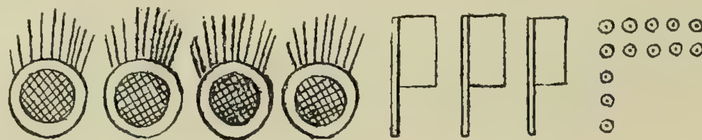
El número 80 tenía dos representaciones, que



El número 80 y sus fracciones

Humboldt y el señor Orozco confundieron con las del número 400, serie de época posterior que no conocieron ni usaron los nahoas. Es la primera una atadura de hierbas, *xíhuitl*, que nos daría la voz *xiuhmolpilli*, que, como veremos más adelante, correspondía también entre los nahoas al número 80. La cinta con grecas que tiene este signo recuerda la ornamentación nahoa. Marcadas las tres cuartas partes de él, como en la bandera, se forma el número 60, y marcada solamente la mitad el 40. La otra representación del 80 es una turquesa adornada de hierbas en la parte superior, dando ambos objetos la voz *xíhuitl:* así se ve en las pinturas de los soles. En ellas bastan este signo y los puntos numerales para anotar claramente, como ya hemos visto, períodos que sumados dan más de tres mil años.

Fueron suficientes sin duda estos signos para las necesidades de los nahoas; y como un pueblo primitivo debió usar los elementos más sencillos, podemos establecer como regla que los nahoas, para expresar una cantidad cualquiera que no pasase de 6.400, que fué la cifra mayor á que llegaron, la dividían primero en fracciones de á 80, poniendo tantos manojos ó turquesas como fracciones resultaban; después dividían la fracción restante en nuevas fracciones de á 20, pintando tantas banderas como eran las nuevas fracciones, y el resto de fracción de á 20 lo marcaban con tantos puntos como unidades quedaban. Pondremos un ejemplo: 393 da


Representación jeroglífica de la cifra 393

primeramente cuatro fracciones de á 80, después tres de á 20 y un resíduo de trece unidades; por lo tanto se escribía con cuatro turquesas, tres banderas y trece puntos.

La aritmética adelantó después, pero debemos reservar lo demás que á ella se relaciona para tratarlo en su debido lugar cuando nos ocupemos de épocas posteriores.

CAPÍTULO VII

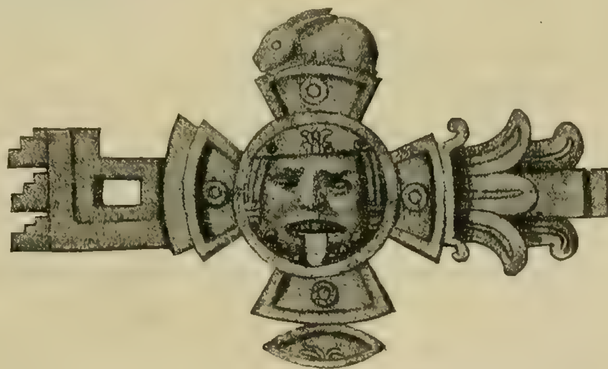
Cronología nahoa. — El sol. — El astro del día ó Tonatiuh. — Divisiones del día. — Marcha del sol. — El Nahui Ollin. — El año solar. — Diferentes clases de años entre los nahoas. — El año civil y el año astronómico. — El año ritual ó Tonalámatl. — Antigüedad de estos años. — Los cuatro signos iniciales. — Los días. — Combinación aritmética. — Origen del mes. — Primer sistema. — Nuevos signos y segundo sistema. — Su referencia á los cuatro astros. — Representación de los veinte signos. — La Piedra del sol. — Pintura de Xiubtecuhtli con los veinte días en el códice Borgiano. — Veintena ó mes nahoa. — División del año en veintenas ó meses. — Días complementarios ó nemontemi — Año civil nahoa.

Si la aritmética nahoa es perfectamente característica de la raza, no lo es menos su cronología, que en sus fundamentos, combinaciones y desarrollo es completamente original y distinta de todas las otras inventadas por los pueblos de la antigüedad. Y es fortuna que en materia de tanto interés nos sobren materiales para tratarla, pues no sólo tenemos los preciosos datos recogidos por los primeros cronistas y buen número de jeroglíficos y códices cronológicos auténticos, sino que en gran parte de los principales monumentos y en no pocas estatuas de dioses encontramos relaciones con la cronología, y á veces la consignación de sus diferentes reformas ó de sus bases más esenciales.

Tropezamos, sin embargo, con dos inconvenientes: el uno, que no se ha tratado la cronología con la debida extensión y que únicamente se ha dado á conocer una parte y bosquejo de ella; el otro, que comparando los sistemas conservados por los diversos cronistas se encuentran en desacuerdo y á veces en oposición. Al primer mal puede ponerse remedio con el estudio de los jeroglíficos, pues tenemos códices que son tratados completos de cronología, como el Borgiano, el de Fejervary y el ritual Vaticano. El segundo inconveniente tiene más de apariencia que de realidad: los cronistas no profundizaron la materia, limitáronse á reproducir lo que les comunicaban los indios; y éstos, según la región de donde eran, usaban diversos sistemas de calendario. De manera que los distintos cronistas, si á primera vista aparecen opuestos entre sí, todos, no obstante, escriben la verdad; y el trabajo consiste en distinguir las épocas y las civilizaciones. Así es que en éste, más que en cualquier otro punto, conviene separar lo que á cada pueblo corresponde. Comencemos, pues, por su principio en la región nahoa y veamos qué desarrollo alcanzó.

En las viejas civilizaciones del Asia parece que para fijar la cuenta del tiempo se tuvo primeramente en consideración el período lunar; y desde Gama nuestros escritores han querido ver en el calendario nahoa un procedimiento semejante. Pero la verdad es que la misma construcción de este calendario nos patentiza que no hay en él ninguna relación á la marcha del astro de la noche. Tómase en consideración éste solamente como astro; pero no entra como factor en las combinaciones cronológicas, las que se formaron, como ya hemos dicho, de las posiciones relativas del sol y de la tierra. Por eso se dice que *Cipactli* y *Oxomoco* fueron los autores del calendario, y por eso se les pone en el *omeycualiztli* produciendo la flecha del tiempo.

El astro principal era el sol y fué el origen y fundamento de la cronología nahoa. Ya hemos visto



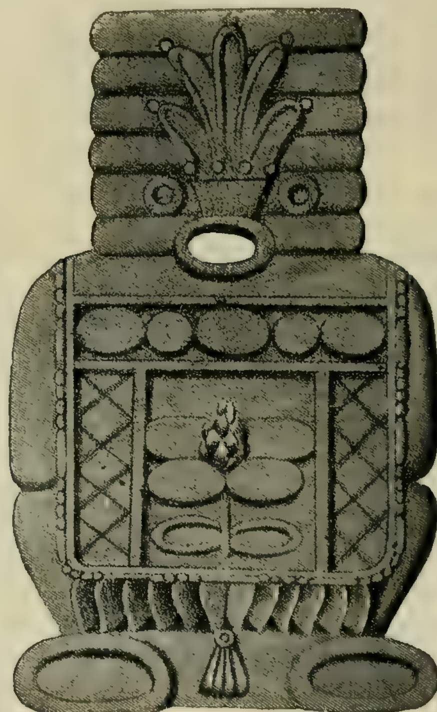
El sol

que el sol como creador es el *Ometecuhtli* y como fuego que da vida á la tierra es *Tonacatecuhtli*. El sol es el astro que da luz y calor á la tierra, y para expresar esa luz pintábasele con la lengua fuera, como rayo que de él salía. Si examinamos la figura central de la Piedra del sol, veremos que el astro está representado en el zenit, ya porque sigue la dirección

de la flecha meridiana, ya porque está colocado exactamente en medio de los cuatro puntos cardinales, ya, en fin, porque la lengua que de entre sus labios saca, bien expresa la luz que sobre la tierra reparte por igual de lo alto de los cielos. No ha faltado quien diga que no es lengua sino adorno, *tentetl*, porque la piedra en esa parte se ha deteriorado; pero á más de que se conoce que es lengua, á pesar de su deterioro, tenemos un barro en que la misma cara con la misma lengua está entre los puntos cardinales, á lo que podemos agregar el *Tzontemoc* de Túxpan. Y como comprobación existe en Papantla una estatua de más de un metro de altura, de piedra verde muy dura, acaso pórfido, y que representa también al sol. En lugar de lengua tiene la boca agujereada para significar los rayos de luz, y el agujero atraviesa el ídolo dejando materialmente salir la luz por sus labios; lo que convence de que en los otros casos la lengua es la significación de la luz del astro.

Éste, como señor del día, se llama *Tonatiuh*, de donde se formó *tonalli*, día. Se representa con un círculo en el que á distancias simétricas hay unos rayos en forma de puntas de flecha y unas aspas. Bajo esta figura el sol es siempre el astro y el dios, y por eso en





Sol de Papantla

la composición jeroglífica entra con el nombre *teotl*, dios, y con el valor fonético *teo*, como repetidas veces puede verse en el códice Mendocino. Pero especialmente es el astro del día, el *Tonatiuh*, y esos rayos y esas aspas marcan las divisiones que podríamos llamar horas. Puede verse claramente esta división tanto en la Piedra del sol como en la parte superior del *cuauhxicalli* de Tizoc.

La primera división natural del tiempo, á todos perceptible, es el período que transcurre desde la salida del sol en el oriente hasta la nueva salida inmediata: este período se divide también naturalmente en dos partes: la primera mientras el sol alumbra desde que aparece en el horizonte hasta que desaparece en el poniente, la segunda durante el tiempo que el sol no se ve. Llamamos á la primera día, y los nahoas la llamaron *tonalli;* á la segunda le decimos noche, y los nahoas le decían *yohualli.* Y así como nosotros para el arreglo de la vida diaria subdividimos el día en espacios de sesenta minutos, que son las horas, ellos también hicieron su división. Este debió ser el primer trabajo del pueblo primitivo: en el origen de los pueblos su vida es el día en que viven. Respecto de los períodos del día, dice Gama que lo dividían en cuatro partes principales, que eran: desde el nacimiento del sol hasta el medio día, desde el medio día hasta el ocaso del sol, desde éste hasta la media noche y desde ella hasta el orto siguiente del sol. Llamaban al principio del día *Iquiza Tonatiuh*, al medio día *Nepantla Tonatiuh*, al ocaso *Onaqui Tonatiuh* y á la media noche *Yohualnepantla.* Subdividían cada intervalo de estos en dos partes iguales, que correspondían próximamente á las nueve de la mañana, tres de la tarde, nueve de la noche y tres de la mañana, cuando suponían que estaba el sol en su media distancia entre los puntos de su orto y medio día, del medio día y del ocaso, de éste y la media noche y de ésta y el orto del siguiente día. Estos medios intervalos no tenían nombre particular ni los demás períodos del día, y sólo señalaban el lugar del cielo en que se hallaba el

sol para expresar la hora, diciendo *iz teotl*, aquí el dios ó el sol. Los períodos de la noche se regulaban por las estrellas. El señor Orozco acepta esta división de Gama y la encontramos en el *Tonatiuh* del fondo superior de un vaso sagrado de serpentina de nuestra colección. En él rodean al círculo del astro cuatro rayos, que expresan las cuatro divisiones del día, y cuatro aspas que significan las de la noche.

Pero la Piedra del sol y la de Tizoc nos dan una mayor división del día. En ambas, si se observan los rayos que como hemos dicho tienen la figura de puntas de flecha, se notará que no son cuatro sino ocho, que de éstos los cuatro principales están completos y esculpidos como en primer término, lo que nos da una primera división del día en cuatro partes iguales; pero también vemos las puntas de otros cuatro rayos como en segundo término, y cada uno en el espacio medio que hay entre los primeros; por donde se ve que los nahoas dividían el día, desde el orto del sol hasta el ocaso en ocho partes iguales. En las mismas piedras encontramos, en tercer término, ocho aspas que son las ocho divisiones de la noche, y que por la oscuridad natural de ésta no tienen la forma de rayos de luz, *iztli*.



Sol del *cuauhxicalli* de Tizoc

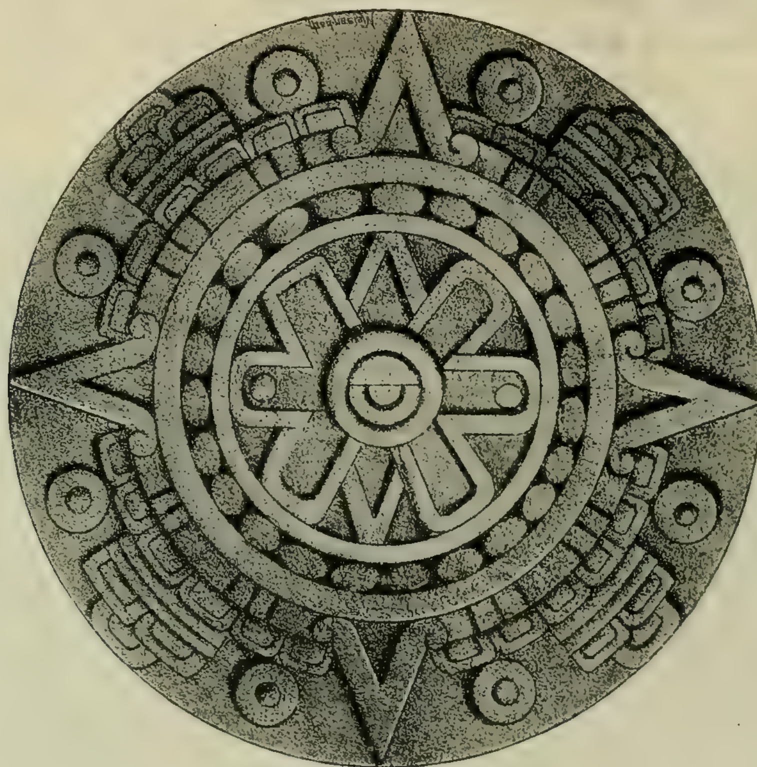
La misma división se ve en un sol esculpido en una jarra de barro, en el que igualmente van alternando los ocho rayos de las ocho partes del día con las ocho aspas de las ocho fracciones de la noche. Se nota que en la división del día dominaba el número radical 4: 4 divisiones principales; $4 \times 4 = 16$ divisiones del día natural.

Pues todavía observamos otra subdivisión, que debió ser astronómica y que no se usaba en la vida civil. Existe en el códice Borgiano una pintura del *Tonatiuh;* le rodean diez y seis círculos como estrellas, que son los diez y seis períodos del día ya explicados, y salen del globo que representa al sol treinta y dos rayos rojos y treinta y dos negros, siendo de notar que de los primeros diez y seis tienen estrellas y diez y seis no. Esto significa que los ocho períodos del día se dividían en diez y seis y éstos en treinta y dos menores, lo mismo que los ocho períodos de la noche.

Encontramos, pues, las siguientes divisiones del día natural: *tonalli* y *yohualli*, día y noche; el día solar repartido en mañana y tarde, *yohuatzinco* y *teotlac*, llamándose el medio día *nepantlatonatiuh* y la media noche *yohualnepantla:* la mañana se dividía en dos períodos, en otros dos la tarde, en otros dos desde la puesta del sol hasta la media noche y en otros dos desde la media noche hasta la salida del sol; subdividiéndose estos nuevos períodos por mitad, en ocho horas, llamémoslas así, de noventa de nuestros minutos aproximadamente, para el día y en otras ocho

para la noche, siendo ésta la división civil y de que usaba el pueblo; finalmente, había la subdivisión astronómica en medias horas y cuartos de hora, quedando diez y seis de las primeras para el día y otras diez y seis para la noche y de la misma manera treinta y dos de los segundos.

Siendo diez y seis los períodos completos ú horas, ocho para el día y ocho para la noche, los hacían presidir por diez y seis dioses que tenían influencia especial en ellos. Estas deidades están en la tercera faja del *Tonalámatl*, de que después hablaremos, y son: *Xiuhtletl*, que dominaba en la primera hora del día, en que se sacrificaban codornices y se incensaba al sol, pues ese dios, que era el del fuego, venía á ser una de las manifestaciones del dios sol; la segunda hora estaba dedicada á *Miquizyaotl*, enemigo mortal,



Fondo superior de un vaso sagrado de serpentina

símbolo de *Tezcatlipoca;* la tercera á la diosa del agua *Chalchicueye;* la cuarta, que terminaba al medio día,



Sol esculpido en una jarra de barro

al *Nahui Ollin*, el sol; la quinta á *Tlazolteotl*, la Venus impúdica; la sexta, que concluía hacia nuestras tres de la tarde, en que el sol comienza visiblemente á declinar, á *Mictlantecuhtli*, el dios de los muertos, en que el mismo sol va á convertirse; la séptima á la tierra, *Chicomecóhuatl*, y la octava, cuando la noche se aproxima, á *Tlaloc*, en cuyo cielo aparece la luna. En la noche, la primera hora, que caía hacia nuestras seis de la tarde, se dedicaba á *Quetzalcoatl*, la estrella vespertina, que entonces brilla en el horizonte; la segunda á *Citlalcueye*, la vía láctea; la tercera á *Oxomoco*, representación de la noche; la cuarta á *Yohualtecuhtli*, dios que presidía la noche, que era la estrella roja que conocemos con el nombre de Aldebarán; la quinta á *Tonacatecuhtli*, el dios creador, porque comenzaba á acercarse el nuevo día; la sexta á *Tonatiuh*, como anuncio de la vuelta del sol; la séptima á *Cipactli*, la luz que iba á volver, y la octava á *Tlahuitzpancaltecuhtli*, la estrella de la mañana que á la aurora brilla sobre la tierra. No era de poca importancia la divinidad que á cada hora presidía, pues creían en la buena ó mala ventura que auguraban los *tonalpouhque*, tomando en cuenta el signo del día, su

acompañado, y el signo de la hora. De éstos tenían por de buen agüero al tercero y al séptimo, por malos al cuarto, quinto, sexto, octavo y noveno, y por indiferentes á los demás, pues según su correspondencia con los días, variaba su influjo.

No sabemos á ciencia cierta de qué manera conocían y fijaban sus horas y períodos. Verdad es que todavía hoy nuestras gentes del campo con sólo ver la altura del sol, según las estaciones, ó la de ciertas estrellas, conocen con bastante proximidad la hora; pero esto no podía ser exacto y únicamente se referiría á las grandes divisiones del día. Más adelante, la hora civil se anunciaba de lo alto de los templos por medio de bocinas hechas de caracoles.

Durante estas horas ó períodos el sol hacía su curso diario de oriente á poniente, y fué natural que los nahoas lo describieran en su mitología. Sabido es que la marcha del astro del día dió origen en las antiguas religiones á bellísimas fábulas. Los griegos cantaron su paso por las doce constelaciones del zodíaco en los doce trabajos de Hércules, y desde el nacimiento de Herakles, despedazando, niño en su cuna, á las serpientes que querían ahogarlo y á los dragones que lo espantaban, símbolo del sol que desgarra las tinieblas para surgir brillante en el horizonte, todo era grandioso en esa vida diurna, hasta su muerte en la hoguera que fingen al caer la tarde las nubes del fuego del poniente.



Sol del Códice Borgiano

Ya antes los egipcios habían descrito también poéticamente la marcha del sol. Representábanlo luchando contra los espíritus de las tinieblas. En las tumbas de los reyes de Tebas se ve el combate del dios contra la mala serpiente Apep (Apophis), es decir, contra la oscuridad y la noche. El cielo es la diosa de la noche, Nut, que es una mujer azul cuyo cuerpo salpicado de estrellas se extiende á lo lejos: el sol aparece en él á primera hora bajo la forma de un niño con un dedo en la boca. Su disco atraviesa después en una barca las aguas del cielo de oriente á occidente. Una entrada especial conduce á cada una de las doce horas del día. En la primera hora recibe el sol las adoraciones de los espíritus del oriente, que lo acompañan por toda la orilla hasta llegar á la segunda hora. En las siguientes, durante las cuales cambia constantemente su cortejo (compónese éste de los espíritus que presiden á cada hora), llega el sol á la morada de las almas justas que están en el cielo. En las de la tarde prepáranse los buenos espíritus á ayudarle contra su enemigo, la mala serpiente, contra la oscuridad que quiere devorarle. Arrojan cuerdas al monstruo, y bajo la dirección del cielo, Seb, doce espíritus sujetan á la serpiente. La diosa del cielo, Nut, recibe en la hora duodécima la barca del sol. En frente de este cuadro están representadas las doce horas de la noche. El dios del sol está negro y atraviesa el mundo subterráneo en donde son castigados los malos. La barca del sol es transportada á cuerda de occidente á oriente por el río del mundo subterráneo. El dios del sol está encerrado en su santuario sobre su barca y los espíritus que tiran de ella cambian, como durante el día, en cada una de las horas, cuyas puertas vigilan cocodrilos.

En la raza nahoa encontramos dos leyendas sobre

la marcha del sol. Según una, el sol, al terminar su curso diurno, se hundía en la tierra é iba á alumbrar á los muertos. Según la otra, el sol caminaba del oriente al zenit y sólo su resplandor seguía hasta el poniente, volviéndose él al oriente para salir de nuevo en la siguiente mañana á alumbrar la tierra. La explicación de ambos mitos es clara y sencilla. Los nahoas, como los egipcios, al contemplar que el sol se hundía en las tardes detrás del horizonte, creyeron que se iba al mundo subterráneo, y como allí figuraban que estaba el *mictlán*, decían que en las noches iba á alumbrar á los muertos. Pero los nahoas, como no conocieron la esfericidad de la tierra y mucho menos el movimiento de ésta al rededor del sol, y no acertaron á fingirse un río subterráneo como los egipcios, no se podían explicar cómo, desapareciendo en la tarde por el poniente, salía el sol á la siguiente mañana por el oriente, y entonces inventaron que el astro se volvía del zenit para poder explicar su nueva salida en el día inmediato. Se conoce que ésta fué la segunda versión; la primera era la más adecuada á las creencias y de la que nos dan testimonio los mismos monumentos.

Imaginaban el curso diurno del sol de la siguiente manera: fingían que los hombres muertos en la guerra



Mujeres que cantando acompañan al sol al poniente

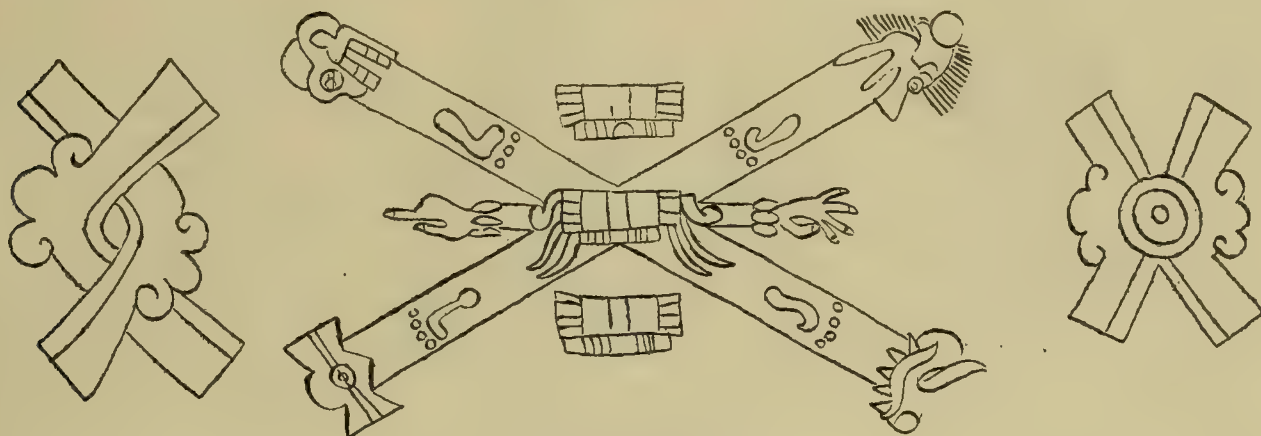
iban al cielo del sol, y que también iban á él las mujeres muertas en el primer parto. De estos habitantes de esa mansión celeste, los hombres, luego que por el oriente asomaba el sol, lo salían á recibir con grande alegría con un muy rico palio y con muy regocijados cantares y lo llevaban hasta la mitad del cielo; allí estaban las mujeres para acompañarlo hasta el poniente con un palio igual y con regocijos y cantares semejantes.

Mas no debían detenerse los nahoas en la observación del curso diurno del sol; le siguió naturalmente la de su curso anual. Esta observación pudo ser muy fácil. Sabemos que de lo alto de las casas grandes el jefe sacerdote adoraba todas las mañanas al astro naciente; así los nahoas tuvieron que notar por precisión que el sol no salía por el mismo punto del horizonte en las diversas épocas del año. De ahí tuvo que venir una segunda observación: encontrar y marcar en el horizonte los dos extremos de los solsticios y el punto común de los equinoccios. De esta manera se habían encontrado los *cuatro movimientos* del sol que los nahoas llamaron *Nahui Ollin*, que literalmente los significan. El uno desde un punto extremo al medio, es decir, de un solsticio, supongamos el de invierno, al equinoccio de primavera; el segundo del punto medio al otro extremo, del equinoccio de primavera al solsticio de verano; el tercero, la vuelta de este extremo al punto medio, ó el período del solsticio de verano al equinoccio de otoño; y finalmente, volviendo del punto medio al primer extremo, tendríamos el último período, del equinoccio de otoño al solsticio de invierno.

Que lo pudieron hacer los nahoas lo acredita el que lo hicieron los incas en el Perú. Tenían éstos en la ciudad de Cuzco para marcar los solsticios ocho torres

al oriente y otras ocho al poniente, puestas de cuatro en cuatro, dos pequeñas de á tres estados poco más ó menos de alto en medio de otras dos grandes. Las pequeñas estaban diez y ocho á veinte piés una de la otra, y á los lados, á igual espacio, estaban las otras dos grandes: las grandes servían para observar desde ellas las pequeñas, y por el espacio que entre éstas había, pasaba el sol al salir y al ponerse en la época de los solsticios, pues las torres del oriente correspondían á las del poniente. Para verificar los equinoccios tenían los incas columnas colocadas convenientemente en el cerco ó patio de los templos, y por medio del cerco echaban por hilo de oriente á poniente una raya, cuya exacta dirección habían fijado por larga experiencia. Por la sombra que la columna hacía sobre la raya, veían que el equinoccio se iba acercando, y cuando la sombra tomaba la raya de medio á medio desde la salida del sol hasta su puesta y su luz bañaba á medio día toda la columna sin dar ninguna sombra, entonces aquel día era el equinoccial. Así vemos cómo pudo fijar materialmente los solsticios y los equinoccios un pueblo menos adelantado que el nahoa en estos estudios, según confiesan sus más notables escritores.

Comprueba estas ideas un monumento mexica que existía en Chapultepec y que Gama alcanzó á ver. Era éste una de aquellas grandes peñas de que se compone el cerro, y en ella estaba formado un plano horizontal que tenía grabadas de relieve tres flechas, unas sobre otras, las cuales hacían en el medio ángulos iguales; las puntas de las tres miraban al oriente, donde señalaban las de los lados los dos puntos solsticiales y la de en medio el equinoccial. En el común concurso de las tres estaba grabada una cinta á semejanza de atadura, y ésta formaba en el centro una pequeña línea. Á los lados del plano había otras dos peñas cada una con un taladro, para fijar un hilo que les servía de *meridiana,*



Símbolos del Nahui Ollin

porque venía á quedar sobre la línea de en medio de la cinta que ataba las flechas, de manera que en esta línea debía concurrir la sombra del hilo al instante del medio día.

Repetidas veces en los jeroglíficos cronológicos se ven pintadas estas tres flechas, como en el *ácatl* del códice Borgiano: y en un relieve que existe en el museo de Berlín, y que es un *Tonatiuh,* se ve en el centro al *Tonacatecuhtli,* ornado con el *cipactli,* empuñando las dos flechas que marcan los solsticios.

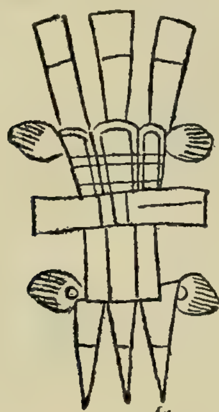
Pues bien, si fijados en los dos horizontes los extremos de los puntos solsticiales, se tiran de ellos dos líneas que se corten en el centro, resultará una cruz de san Andrés, que era el símbolo de los cuatro movimientos del sol, el *Nahui Ollin.* Esta figura se explica fácilmente tomando en cuenta la posición de las torres del Cuzco y combinándola con la columna equinoccial. En efecto, tenemos como centro dicha columna, y al norte dos torrecillas en el oriente y dos en el poniente; de modo que tirando á ellas dos líneas desde la columna, nos resultan los dos brazos superiores de la cruz de san Andrés del *Nahui Ollin,* y tirando otras dos líneas semejantes á las torrecillas que corresponden en el sur á oriente y poniente, obtendremos los otros dos brazos y toda la figura. Vemos por esto que el *Nahui Ollin* no comprende la línea equinoccial como las flechas de Chapultepec, sino el punto céntrico que corresponde á los equinoccios, y que en sus dos extremos superiores marca los puntos solsticiales de la salida y puesta del sol en el verano, y los del invierno en los extremos inferiores. Y como el sol, para venir de los solsticios marcados en los puntos extremos á los equinoccios, que representa el centro, hace los cuatro movimientos que producen las cuatro estaciones, llamóse, como ya hemos dicho, *Nahui Ollin* á este símbolo.

La mayor parte de las figuras del *Nahui Ollin* que conocemos carecen de la línea equinoccial, aunque en muchas de ellas se encuentra la meridiana representada por una flecha. Ejemplo de esto es la figura central de la Piedra del sol, que tiene las cuatro aspas y la flecha de la meridiana; pero sería muy forzado referir á la equinoccial las garras laterales. Sin embargo, en una de las pinturas del códice Fejervary

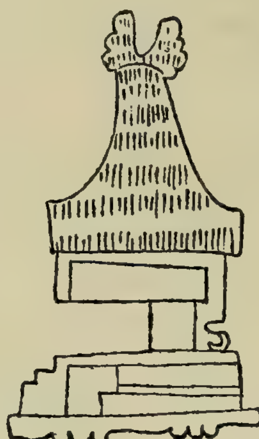
tiene el *Nahui Ollin* dos brazos en la línea equinoccial; la mano del uno se dirige al oriente y parece marcar con el índice la salida del sol, mientras que en la mano opuesta el índice se esconde debajo de los otros dedos como para indicar la ocultación del astro. En el fondo superior del vaso de serpentina de nuestra colección, que creemos que era un brasero del templo del sol, el *Nahui Ollin*, á más de la flecha de la meridiana, tiene claramente trazada la línea equinoccial. Pero esto es por excepción, pues bastaban á los nahoas los cuatro puntos solsticiales de los extremos y el equinoccial del centro para darles completa idea de los cuatro movimientos del sol. Agreguemos, para concluir, que generalmente se pone el *Nahui Ollin* en el centro del *Tonatiuh*.

Encontrados los puntos solsticiales, habían encontrado también los nahoas el año solar, es decir, el período de tiempo que empleaba el astro para volver al punto del primer solsticio; lo que hace suponer que los nahoas comenzaban su año por el solsticio de invierno. En este sentido es exacto el sistema del señor Orozco. Por tal procedimiento, los nahoas no necesitaron para llegar al año solar, como otros pueblos, tomar antes en consideración los períodos de la luna.

El año solar nahoa fué al principio de 365 días completos, y éste era entonces el año civil y el año astronómico. Boturini dice que nuestros antiguos pueblos tuvieron cuatro calendarios: el del año natural, que fué el más antiguo; después se formaron el astronómico y el cronológico, que tuvieron por objeto dirigir la agricultura y arreglar los días del año, y que finalmente se formó el calendario ritual. Nos


Ácatl


Técpatl


Calli


Tochtli

Los cuatro signos iniciales

parece confusa la división de Boturini, y creemos alcanzar mayor claridad reduciendo los calendarios á tres, ó más bien los años de los nahoas. Los primeros fueron los años astronómico y civil, ambos de 365 días, y naturalmente confundidos al principio; pero diferenciábase patentemente de ambos el año ritual, compuesto por los sacerdotes y que solamente constaba de 260 días. A la pintura jeroglífica en que se consignaba este ritual, se la llamaba entre los mexica *Tonalámatl* ó *papel de los días;* y por extensión se dice también *Tonalámatl* al año de 260 días.

Algunos escritores, y entre ellos el señor Orozco, creen que éste fué el año primitivo nahoa, y que de él se pasó al solar. No encontramos ninguna razón en que apoyar esa aseveración: al contrario, la falta de culto entre los nahoas y el reducirse éste á la adoración del sol, debió darles desde muy temprano, por la observación necesaria de este astro, el conocimiento de su curso anual. Además, pueblo agricultor el nahoa, su primer interés estaba en observar las estaciones del año solar. El ritual supone gran desarrollo en el culto y por lo tanto es posterior: aun nos atreveríamos á suponer que fué formado en la región tolteca en que el sacerdocio tomó mayor incremento. Pero sucedió que más tarde se combinaron el año de 260 y el de 365 días, y prevalecieron los elementos del primero: de aquí vino la confusión y que no conozcamos las divisiones primitivas del año solar.

Formáronse los días con los cuatro signos iniciales *ácatl*, *técpatl*, *calli* y *tochtli*, que ya hemos visto que significaban los cuatro vientos, los cuatro elementos, las cuatro estaciones, y que por excelencia representaban respectivamente á los cuatro astros sol, estrella de la tarde, luna y tierra.

Siguiendo los nahoas el sistema de su aritmética, estos cuatro signos eran los simples y principales, como lo eran sus cuatro primeros números. Pero así como éstos se combinaban para hacer el número perfecto 20 en cuatro períodos de á 5 ó 4+1, tomaron los signos referidos por símbolos de sus días, y los arreglaron primitivamente de la siguiente manera:

Ácatl, técpatl, calli, tochtli, ácatl.
Técpatl, calli, tochtli, ácatl, técpatl.
Calli, tochtli, ácatl, técpatl, calli.
Tochtli, ácatl, técpatl, calli, tochtli.

Quedó así formado un período perfecto de veinte



EL DIOS DEL AÑO

días con estas curiosas circunstancias: cada período menor de cinco comienza por uno de los cuatro signos en su orden y acaba por el mismo signo conque comienza; de modo, que siendo el quinto día de descanso ó fiesta, en él se celebraba el mismo signo inicial del período menor, y lo iban siendo sucesivamente y por su orden los cuatro astros. Esta primera división en quintíduos tuvo un objeto civil y les servía para su comercio, pues en cada quinto día se celebraba el mercado ó *tianquiztli*.

Demasiado sencilla esta combinación, para distinguir claramente los días del período perfecto dejaron en cada período menor el signo inicial, agregando símbolos nuevos para los otros días. Así es que el período perfecto quedó modificado de la siguiente manera:

Ácatl, *océlotl*, *cuauhtli*, *cozcacuauhtli*, *ollin*.
Técpatl, *quiáhuitl*, *xóchitl*, *cipactli*, *ehécatl*.
Calli, *cuetzpállin*, *cóhuatl*, *miquiztli*, *mázatl*.
Tochtli, *atl*, *itzcuintli*, *ozomatli*, *malinalli*.

Del primer sistema no habla ningún cronista, y solamente conocemos las indicaciones anteriores de Fábrega. Acepta el segundo sistema Olmos en su calendario manuscrito y en su rueda de veinte días.

De esta manera se formaron veinte días distintos que son los siguientes:

Ácatl, caña ó flecha.
Océlotl, tigre.
Cuauhtli, águila.
Cozcacuauhtli, aura.
Ollin, movimiento (los cuatro del sol).
Técpatl, pedernal.
Quiáhuitl, lluvia.
Xóchitl, flor.
Cipactli, la primera luz.
Ehécatl, viento.
Calli, casa.
Cuetzpállin, lagartija.
Cóhuatl, culebra.
Miquiztli, muerte.
Mázatl, venado.
Tochtli, conejo.
Atl, agua.
Itzcuintli, perro ordinario.
Ozomatli, mona.
Malinalli, hierba retorcida.

Los autores sostienen que estos signos corresponden á veinte astros, y Humboldt cree que formaban el zodíaco; pero los nahoas no tuvieron zodíaco, y los signos no se refieren á veinte estrellas, aunque sí tenían una significación astronómica. Para explicarla repitamos que los cuatro signos iniciales fueron dedicados á los cuatro astros:

Acatl, el sol.—*Técpatl*, la estrella de la tarde.—*Calli*, la luna.—*Tochtli*, la tierra.

En el primer sistema se repetían estos signos, y por lo tanto los veinte días quedaban destinados alternativamente á los cuatro astros. Al sustituirlos con nuevos símbolos, es lógico suponer que éstos se referían á dichos astros y no á estrellas ó constelaciones. Buscaron nuevos signos, pero que representaran á los mismos astros, ya en los fenómenos de la naturaleza que presidían, ya por los animales y plantas que les estaban dedicados, como hemos demostrado en estudio muy extenso. Haciendo la división del día según los astros, tendremos:

Sol.—*Acatl*, *óllin*, *cipactli*, *cóhuatl* y *atl*.

Estrella.—*Técpatl*, *ehécatl*, *miquiztli*, *itzcuintli* y *océlotl*.

Luna.—*Calli*, *mázatl*, *ozomatli*, *cuauhtli* y *quiáhuitl*.

Tierra.—*Tochtli*, *malinalli*, *cozcacuauhtli*, *xóchitl* y *cuetzpállin*.

En cuanto á los signos figurativos de los días, debemos suponer que los inventados por los nahoas fueron poco más ó menos semejantes á los que usaron los pueblos posteriores: entre éstos es más perfecta la forma en los códices pintados con cuidado. Los signos *ácatl*, *cóhuatl*, *técpatl*, *miquiztli*, *itzcuintli*, *océlotl*, *mázatl*, *ozomatli*, *cuauhtli*, *cozcacuauhtli*, *tochtli*, *malinalli*, *cuetzpállin* y *xóchitl* son figurativos; pero generalmente los ocho de animales se representan sólo con sus cabezas, y la *miquiztli* nada más con una calavera. Los signos *ollin*, *cipactli*, *ehécatl* y *quiáhuitl* son simbólicos, y los signos *atl* y *calli* son ideográfico-figurativos.

Los veinte signos de los días rodean la figura central de la Piedra del sol y se leen comenzando por la parte superior y siguiendo de izquierda á derecha.

Sobre esto hay en el códice Borgiano una hermosísima pintura. Representa á *Xiuhtecuhtli*, dios del año: su cuerpo es negro y su rostro amarillo tiene las líneas de la máscara sagrada; su traje riquísimo de plumas y mantas de preciosas labores es de guerrero; empuña arma poderosa y reluciente escudo; adorna su cuello y pecho con ricas joyas, y tiene en la cabeza y á la espalda penachos bellísimos. Le rodean y tiene en su cuerpo los veinte signos de los días en el siguiente orden:

1. *Cipactli*, bajo su pié derecho.
2. *Ehécatl*, en la extremidad posterior de la faja.
3. *Calli*, sobre el último nudo de la misma faja.
4. *Cuetzpállin*, pendiendo del adorno de la mano.
5. *Cóhuatl*, en la extremidad anterior de la faja.
6. *Miquiztli*, en las plumas de las flechas que lleva en la mano izquierda.
7. *Mázatl*, delante del tocado.
8. *Tochtli*, sobre la bandera que lleva en la mano izquierda.
9. *Atl*, sobre el globo que tiene tras el penacho.

10. *Itzcuintli*, en las puntas de las flechas.
11. *Ozomatli*, en la trenza.
12. *Malinalli*, en la frente.
13. *Acatl*, en la sien derecha.
14. *Océlotl*, debajo del globo que cubre su pié izquierdo.
15. *Cuauhtli*, sobre la sien izquierda.
16. *Cozcacuauhtli*, en el escudo.
17. *Ollin*, en el rostro.
18. *Técpatl*, en el disco que le cae sobre el pecho.
19. *Quiáhuitl*, sobre el arma que tiene en la mano derecha.
20. *Xóchitl*, le pende de la boca.

Hay que notar dos cosas en tan interesante figura: primera, que en el pié derecho tiene al *Cipactli*, al sol; en la mano derecha la culebra con plumas, *Quetzalcoalt*, la estrella de la tarde; en el pié izquierdo el espejo que humea, *Tezcatlipoca*, la luna, y en la mano izquierda, en el escudo, el *Cozcacuauhtli*, la tierra; es decir, los cuatro astros base de la cronología, y segunda, que está representada cuatro veces la lucha de *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca;* y notemos que los signos *Ehécatl* (la estrella) y *Calli* (la luna) están separados por el *Tlalli* (la tierra), y que *Ehécatl* (la estrella) se hunde en la tierra oscura que está marcada con negro en esa extremidad, mientras que en la otra se levanta *Calli* (la luna) entre la luz señalada con rojo.

A esta veintena de días generalmente los autores la llaman mes, por no encontrar otro nombre que darle. Le dicen también *metztli*, que quiere decir luna, pero bien claro indica Molina que *metztli* fué aplicado nada más al mes europeo. Sí aparece claro desde luego que siendo veinte los nombres distintos de los días, la primera división que se hizo del año en períodos de determinado número de días fué ésta. Así es que el año solar quedó dividido en diez y ocho veintenas ó meses que daban sólo 360 días, por lo que fué preciso agregar cinco días complementarios y fuera de la cuenta de las veintenas para completar los 365 días del curso anual del sol; á éstos los llamaron *nemontemi* ó inútiles.

Como los nombres de los días eran iguales y conservaban el mismo orden en los diez y ocho meses ó veintenas, debieron tener éstos nombre que los distinguiera desde un principio; pero si acaso algunos eran de los mismos usados en la época mexica, con seguridad otros no lo fueron, pues corresponden en su significado á ritos posteriores á los nahoas.

Resumiendo lo relativo al año civil, podemos decir que desde remota antigüedad usaron los nahoas el solar de 365 días, que marcaban por la vuelta del sol al punto solsticial de invierno; que partían el año en cuatro períodos ó estaciones, correspondientes á los cuatro movimientos que hace el astro entre los puntos solsticiales y equinocciales; que para la vida civil lo dividieron en diez y ocho meses ó períodos de á veinte días cada uno, agregándole al fin cinco días inútiles para completarlo; y que, en fin, subdividieron cada veintena en cuatro períodos de á cinco días, señalando el último de cada quintíduo para feria ó mercado que llamaban *tianquiztli*.

CAPÍTULO VIII

Año ritual ó Tonalámatl. — División en veinte trecenas. — Pintura relativa del códice Fejervary. — Ejemplo de las trecenas. — Relaciones con el período lunar. — El Ollinemeztli — El desvelo y el sueño de la luna. — Las nueve lunaciones. — Combinación de los números simbólicos en el año ritual. — Otros nombres atribuídos á este año. — Período de la estrella de la tarde. — Mito de Quetzalcoalt como autor del calendario. — Distribución de los signos de los veinte días en las trecenas. — Distribución de las fiestas á los cuatro astros en el año ritual. — Período de la estrella de la mañana — El Opanóllin — La cruz nahoa. — Ciclo de cuatro años. — Ciclo mayor de veinte años. — Corrección del calendario en Huehuetlapállan — Introducción del bisiesto y manera de computarlo. — Siglo de ochenta años. — Su división y subdivisión — Aplicación de sus ciclos y años á los cuatro astros. — Xiuhmolpilli. — Mayor cómputo cronológico de los nahoas. — Resumen de la civilización nahoa

Formados los veinte días, base del año civil, los sacerdotes nahoas inventaron un año religioso combinando sus números simbólicos 20 y 13, los que multiplicados les dieron un período de 260 días. Este período, que llamamos *Tonalámatl*, no se dividió en veintenas, porque entonces se habría confundido con las del año civil, sino que se compuso de veinte trecenas, en las cuales corrían trece veces los veinte días, poniendo en cada una á los días un número progresivo de orden. En el año civil no había que numerar los días, pero se tenía necesidad de distinguir cada una de las veintenas con nombre diferente; mientras que en el ritual, como por la numeración el mismo signo no se repetía con el mismo número en todo el año, no era preciso poner nombres á las trecenas. Así es que se han equivocado los autores al decir que el *Tonalámatl* se compone de trece meses de á veinte días, pues no se tomaban en él en cuenta las veintenas; su verdadera composición era de veinte trecenas.

Hay en el códice Fejervary, que como ya hemos indicado es un calendario completo ritual y astronómico, una pintura que lo encabeza y representa á *Totec*, dios del tiempo, rodeado de los veinte signos de los días; y en ella, después de cada signo, hay doce puntos ó numerales, que unidos al signo correspondiente, lo repiten trece veces, haciendo con todos ellos el período de veinte trecenas ó doscientos sesenta días.

Ahora bien, para que se comprenda claramente esta ingeniosa combinación, vamos á poner en seguida las dos primeras trecenas y la última del *Tonalámatl* nahoa.

PRIMERA TRECENA

1. *Ácatl.*
2. *Océlotl.*
3. *Cuauhtli.*
4. *Cozcacuauhtli.*
5. *Ollin.*
6. *Técpatl.*
7. *Quiáhuitl.*
8. *Xóxitl.*
9. *Cipactli.*
10. *Ehécatl.*
11. *Calli.*
12. *Cuetzpállin.*
13. *Cóhuatl.*

Aquí tenemos que hacer dos observaciones: primera, que para referirse á cualquier día se cita con su numeral, pues así se sabe á qué trecena corresponde, y no se confunde con los otros doce días del mismo signo del año ritual, y segunda, que como la numeración sólo llega á trece y los días son veinte, hay que comenzar la segunda trecena aplicando el número 1 al décimocuarto día hasta llegar al vigésimo, al que le corresponde el número 7, y volver á contar los días poniendo al primero el número 8, y así sucesivamente repitiendo trece veces los veinte días y aplicándoles veinte veces la serie de trece numerales.

SEGUNDA TRECENA

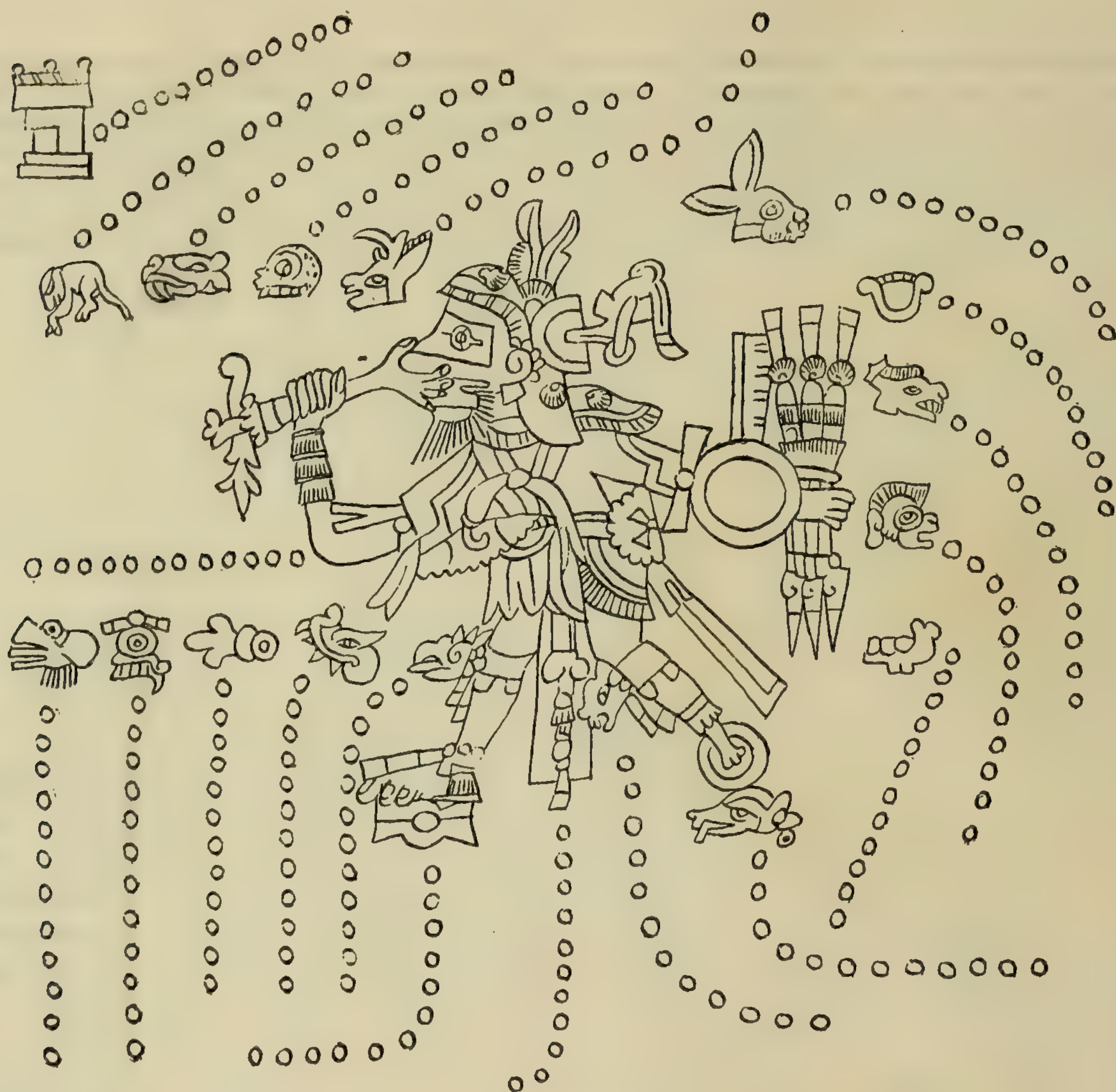
1. *Miquiztli.*
2. *Mázatl.*
3. *Tochtli.*
4. *Atl.*
5. *Itzcuintli.*
6. *Ozomatli.*
7. *Malinalli.*
8. *Ácatl.*
9. *Océlotl.*
10. *Cuauhtli.*

11. *Cozcacuauhtli.*
12. *Ollin.*
13. *Técpatl.*

Siguiendo así el orden sucesivo de días y de numerales, tendremos la

ÚLTIMA TRECENA

1. *Xóchitl.*
2. *Cipactli.*
3. *Ehécatl.*
4. *Calli.*
5. *Cuetzpállin.*
6. *Cóhuatl.*
7. *Miquiztli.*
8. *Mázatl.*
9. *Tochtli.*
10. *Atl.*
11. *Itzcuintli.*



División del año ritual

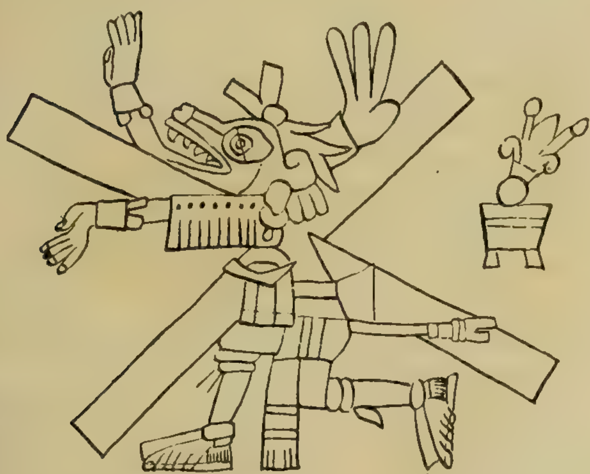
12. *Ozomatli.*
13. *Malinalli.*

Creo que con esto se comprenderá la combinación de las trecenas y de los días que les corresponden. Y veamos ahora cuál ha podido ser el origen de este año de 260 días, único y no parecido á otro en ningún pueblo ni edad, y cuál la causa de su división en trecenas, período también completamente original.

Boturini dice que esta división en trecenas viene de que los indios dividían los movimientos de la luna en dos tiempos: el primero, á que llamaron *desvelo*, desde la salida del sol hasta la oposición, y el segundo, llamado *sueño*, hasta que en su entender se acostaba la luna por la mañana, y agrega que cada uno de estos períodos era de trece días. Gama lo confirma diciendo que las trecenas representaban los movimientos diarios de la luna, desde que aparecía después de la conjunción hasta poco después del plenilunio; á cuyo intervalo, en que se ve de noche sobre el horizonte, llamaban *ixtozoliztli*, y desde que comenzaba á desaparecer de noche hasta cerca de la conjunción, en que se veía de día en el cielo, le decían *cochiliztli*, por suponer que entonces dormía de noche. El señor Orozco acepta el sistema y lo

explica diciendo que trece es la mitad de los días que la luna es visible á la vista desnuda, hecha abstracción de los días en que desaparece poco antes y poco después de la conjunción.

Para fijar punto tan importante, comencemos por ver si los nahoas tomaban en consideración los movimientos de la luna, es decir, si había un *Ollin* lunar. No nos dejan duda varias pinturas jeroglíficas. Desde que vimos el códice del *Tonalámatl*, observamos que había en él repetidas varias veces las figuras de dos buhos que semejaban en su posición la cruz del *Nahui Ollin*. No teníamos duda de que á este símbolo se refería uno de los buhos; pero el otro de color oscuro que junto á él estaba, no podía tener la misma significación, y nos ocurrió que así como había un *Ollin* del sol, era posible que hubiese otro de la luna. Nos confirmó en esta opinión el natural pensamiento de que, si los nahoas observaron el curso anual del sol, con más razón debieron observar el de la luna, que tiene



El Ollinemeztli

menor duración, que se repite varias veces en un año y que abraza mayor extensión en el horizonte. Esto era tan lógico que desde luego lo admitimos y dimos por cierta la existencia de un *Ollin* lunar. El estudio del códice Borgiano confirmó nuestra idea: en él se ve repetido varias veces el símbolo del *Ollinemeztli*, de forma siempre igual y determinada. Se compone el símbolo de una cruz de san Andrés, siempre blanca en las pinturas, cuyos brazos están separados por un ángulo menor que el del *Nahui Ollin:* debajo del cruzamiento de las aspas hay un semicírculo ó figura semejante, que parece representación de la misma luna, y á ocasiones se le agregan las vírgulas del humo propias de este astro.

Llama la atención que á pesar de ser mayor el ángulo efectivo del curso de la luna que el del sol, el del *Ollinemeztli* es menor que el del *Nahui Ollin*, lo que prueba que son signos convencionales de los movimientos de ambos astros y no la expresión gráfica de la zona celeste que recorren. Esto salta á la vista con la figura del *Nahui Ollin:* solamente parece tener otro intento la que se le da generalmente en el códice Borgiano. No es allí la conocida cruz de san Andrés: son dos curvas que se entrelazan por sus extremidades: dijérase la proyección de la eclíptica sobre un plano, dividida en dos partes, de las cuales una correspondería al trayecto desde el trópico austral al trópico boreal y la otra á la vuelta del segundo al primero. Se cuida, sin embargo, en la figura, de que se perciban distintamente las cuatro extremidades del *Nahui Ollin*, que corresponden á los cuatro puntos extremos del horizonte. En el ritual Vaticano las aspas de cada lado están unidas y solamente se indica su separación por una línea: esto es bastante para significar la idea del movimiento, y confirma que no hay necesidad de un ángulo fijo que marque una zona determinada del firmamento.

No obstante esto, en el códice Fejervary, el *Ollinemeztli* está representado con una cruz de ángulos mayores que el *Nahui Ollin*. En su centro se ve un *mázatl*, signo de la luna, y para mayor confirmación está á la derecha el vaso azul, símbolo del mismo astro. Si á esto agregamos que en el mismo códice encontramos más adelante al *mázatl* frente á un *ollin* y después se ve en otro *ollin* á un *cuauhtli*, signo también de la luna, no podrá ya cabernos duda de la existencia del *Ollinemeztli*.

Réstanos indagar si el *Ollinemeztli* se computó según las ideas de Boturini, Gama y el señor Orozco. Desde luego es inadmisible sacar la trecena del período lunar. Verdad es que los nahoas dividían el curso de la luna en desvelo y sueño; pero no de la manera que quiere Gama. Sobre esto tenemos dos hermosos vasos de barro en el gran salón del Museo. Tienen $0^{m}84$ de altura, y fueron encontrados cerca de Tehuantepec en un cerro llamado «El Encantado,» en una isla que los huanes nombran *Manopostiac* y que está en la laguna Divenamer. Ambos vasos representan á *Tlaloc*, que ya hemos dicho que se tenía por padre de la luna y era uno de sus símbolos; pero hay que advertir las más notables diferencias que entre uno y otro vaso se observan desde luego. En el primero, el *Tlaloc* tiene los ojos abiertos y marcadas las pupilas; mientras que en el segundo los tiene sin pupilas y semejando que están cerrados. Esto hace pensar desde luego que el primero se refiere al *desvelo* y el segundo al *sueño* de la luna; pero al mismo tiempo el primer vaso indica el período en que la luna alumbra y el segundo el tiempo en que no se ve. Lo manifiesta, que el *Tlaloc* del primero tiene sobre la frente por adornos las vírgulas, símbolo del humo y de la luz de la luna, las cuales faltan en la frente del *Tlaloc* del segundo: además, en el *yacátetl* del primero hay una serie de círculos ó puntos que faltan en el del segundo. Pero

la más notable diferencia es que el primero, debajo de los dientes, tiene el símbolo del *Ollinemeztli:* la figura de éste se compone de una faja de dos brazos cortada



El desvelo de la luna

á la mitad en semicírculo ó media luna: debajo de esta faja hay otra semejante y de su centro sale una especie de disco alargado con dos símbolos del humo. Varios



El sueño de la luna

rayos adornan la figura; pero no tienen la forma de glyfos ó tejas de los rayos del sol, sino la de aspas semejantes á las que significan las horas de la noche. Representa, pues, el primer vaso á la luna viva alumbrando el cielo en la noche, á la luna en su desvelo ó *ixtozoliztli.* En el segundo vaso, en el que el *Tlaloc* cierra los ojos como dormido y no ostenta en su frente los signos de la luz, debajo de los dientes del dios se ve el disco del sol y los adornos son glyfos ó rayos solares; porque cuando alumbra el astro del día palidece y muere á la vista el humeante espejo de la noche. Este vaso representa el *cochiliztli* ó sueño de la luna.

De esto no se desprende, ni mucho menos, el período de trece días; sino solamente que así como creían los nahoas que el sol en la noche iba á alumbrar á los muertos, pensaban que la luna, que en la noche se desvelaba brillando en el cielo, iba á dormir durante el día.

El período lunar computado por los nahoas era de veintinueve días, pues los pueblos primitivos no podían apreciar las fracciones. El período de veintinueve días les daba, con sólo la diferencia de un día, nueve lunaciones para cada año ritual. Más adelante veremos que pueblos más adelantados de la misma raza llegaron á corregir estos errores.

Con estas nueve lunaciones entraban en la formación del año ritual todos los números simbólicos, método predilecto y constante de los sacerdotes. Veamos cómo:

$4+1=5$ días del período para el *tianquiztli.*

$4+4+1=9$ lunaciones.

$4+4+4+1=13$ días de la trecena y 13 períodos de los veinte días.

$4+1=5\times4=20$ días diferentes y veinte trecenas del año ritual.

Algunos, á más de *Tonalámatl,* en consideración á los períodos de la luna, llaman al año ritual *Metztlapohualli,* cuenta de la luna, y le dicen también *Cemilhuitlapohuallitztli,* cuenta de las fiestas ó días rituales. Este segundo nombre da idea exacta del objeto del año de 260 días, pero en el primero andan equivocados los autores. En el mexicano hay que distinguir los neologismos inventados después de la Conquista para expresar los objetos ó ideas nuevas. No había nombre en *náhuatl* para decir mes, y se usó entonces del de la luna, y por eso dice Molina que mes, *parte docena del año,* y no el período de veinte días se dice *meztli* ó *metztlapohualiztli.* Por lo tanto, y para evitar equivocaciones, seguiremos llamando veintena al período de veinte días y *Tonalámatl* al año ritual.

Si las revoluciones de la luna no influyeron en la formación de este calendario, como no habían influído en la del año solar, no sucedió lo mismo con el período de la estrella de la tarde, que fué su verdadera base, según relato de Motolinía. Dice éste que el tiempo en que se ve brillar á esta estrella en el poniente, después del ocaso del sol, es de doscientos sesenta días y que de ahí se formó este año especial. No creemos, como

algunos autores, que este período fuese el resultado de cálculos astronómicos: fué efecto por una parte de la observación de los días en que la estrella brillaba con toda claridad, y por la otra, de la combinación de sus números simbólicos, pues repetidas veces observamos que los sacerdotes sujetaban los mismos hechos históricos á cifras cronológicas fijas y pudiéramos decir cabalísticas.



Signos iniciales de las veinte trecenas

Esta es una de las particularidades que más distingue á la cronología nahoa, pues es la única fundada en el período de la estrella de la tarde. Se comprende, desde luego, que los sacerdotes de *Quetzalcoatl* inventaron este calendario ritual y es de suponer que tuvo su origen en la región tolteca en que se desarrolló más y en donde dominó el culto de ese dios, como lo demostrarán hechos posteriores. De aquí nació un nuevo mito: *Quetzalcoatl* aparece ahora como autor del calendario, cuando antes hemos visto que lo eran *Cipactli* y *Oxomoco*. Pero atendido el diverso origen de ambos mitos, podemos explicar su contradic-

ción aparente. *Cipactli* y *Oxomoco* son origen de la cronología y por consiguiente del año solar, y *Quetzalcoatl* lo fué del ritual.

En la época nahoa este año de 260 días no se



Quetzalcoatl

combinó con el de 365, ni tuvo más objeto que fijar la celebración de las fiestas religiosas: ambos corrían separadamente llenando cada uno su fin especial.

Como sobre los veinte signos de los días se sucedían invariablemente las trecenas, según hemos visto en las dos primeras y última antes insertas, el primer resultado de la combinación del *Tonalámatl* era que cada trecena comenzaba por día distinto y que cada día al repetirse llevaba número diferente. Para hacer más claras estas combinaciones, formamos la siguiente tabla:

PRINCIPIO DE LAS TRECENAS

1.ª *Ácatl;* 2.ª *Miquiztli;* 3.ª *Quiáhuitl;* 4.ª *Malinalli.*

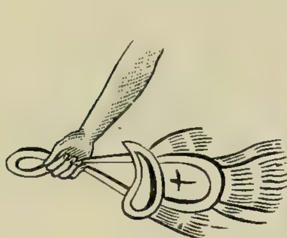
5.ª *Cóhuatl;* 6.ª *Técpatl;* 7.ª *Ozomatli;* 8.ª *Cuetzpállin.*

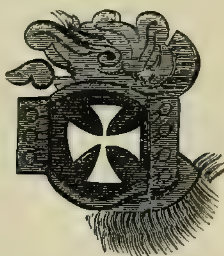
9.ª *Ollin;* 10.ª *Itzcuintli;* 11.ª *Calli;* 12.ª *Cozcacuauhtli.*

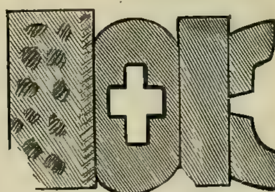
13.ª *Atl;* 14.ª *Ehécatl;* 15.ª *Cuauhtli;* 16.ª *Tochtli.*

17.ª *Cipactli;* 18.ª *Océlotl;* 19.ª *Mázatl;* 20.ª *Xóchitl.*

En la primera trecena, como hemos visto, los trece primeros símbolos de los veinte días llevan la numeración del 1 al 13, y los siete restantes la del 1 al 7 en la segunda trecena. Esto produce que, aunque por repetirse cada signo trece veces en los 260 días, se le









Cruces nahoas

aplican en ellos los numerales del 1 al 13, no en su orden natural sino en la siguiente serie:

1, 8, 2, 9, 3, 10, 4, 11, 5, 12, 6, 13, 7.

Esta serie se forma alternando los numerales del 1 al 7 con los siguientes del 8 al 13. Para saber el orden de los numerales que corresponden á cualquier día, bastaba partir del número que tiene en los primeros veinte días del *Tonalámatl* y formar la serie. Por ejemplo: *Técpatl* le corresponde el número 6, pues se comienza la serie por él y nos dá:

6, 13, 7, 1, 8, 2, 9, 3, 10, 4, 11, 5, 12.

La serie produce dos efectos prácticos; dado cualquier signo con su numeral se completa desde luego hasta formar los trece términos, y por el lugar que ocupa se sabe inmediatamente á qué trecena corresponde. Así, se nos da el día 10, *técpatl*, cuya serie hemos formado; como en ella este numeral es el noveno, el día dado estará precisamente en la novena trecena. Se ve, pues, que la combinación no podía ser más sencilla ni más ingeniosa.

Pero esta combinación tenía también, y era el principal, un resultado religioso, la organización del culto. Se celebraba fiesta al signo conque empezaba cada trecena, y si observamos el orden de esos signos en la tabla que hemos formado, se verá que, comenzando por el sol, las fiestas van correspondiendo sucesivamente y por su orden á los cuatro astros. Cada renglón horizontal de la tabla nos da una serie de signos de los cuatro astros, y cada renglón vertical los cinco signos de uno de ellos.

Reducida la teogonía á la adoración de los cuatro astros, sol, estrella de la tarde, luna y tierra, á ellos se redujo también la cronología y puede decirse que la astronomía misma.

Pero una vez formado el año de 260 días como período convencional de la estrella de la tarde, ocurre notar que los nahoas no pudieron menos de llegar á comprender, como todos los pueblos, que la estrella

matutina era la misma que en el período anterior había brillado como vespertina. Se encontraron, pues, con un astro que tenía dos períodos.

Motolinía se da cuenta de esto, y dice que el período matutino se computaba también en 260 días, aunque otros dicen que en trece días más ó sean 273. No hemos encontrado en ningún jeroglífico ni escritor este exceso de trece días, y carece de fundamento. Los dos períodos, pues, eran convencionales y de igual duración, y quedó subsistente el ritual de 260 días; pero el movimiento de la estrella era doble, y se llama *Opanóllin*. Por lo mismo, para significar sus dos períodos, necesitaban un signo doble, y éste consiste en dos cruces, que son de forma griega, para distinguirlas de las más ó menos abiertas de San Andrés de los otros dos astros. Así vemos siempre á *Quetzalcoatl* adornado con dos cruces: es la estrella con sus dos movimientos, con sus dos períodos.

Involuntariamente viene la observación de que el período cronológico de un astro se representaba por una cruz de tal ó cual forma, y esto nos dará la explicación de la cruz nahoa, que ha sido origen de tantas y tan encontradas opiniones. Humboldt, con la perspicacia de su genio, dijo que la cruz expresaba los cuatro puntos cardinales. La múltiple significación de los signos iniciales hace que esto sea cierto á veces: así hemos hablado ya de un sol que está entre los cuatro signos que forman una cruz de brazos iguales y ángulos rectos. Este *Nahui Ollin*, al mismo tiempo, da á la cruz la significación de las cuatro estaciones. Los nahoas, por extensión, hicieron del *ollin* un símbolo del movimiento; y de esta manera, para expresar un terremoto, ponían dicho signo sobre el del terreno, *tlalli*. Fué, pues, el *ollin* representación del movimiento de un astro, del período de su evolución, y en general de un período cronológico. Como habían estudiado el movimiento de los tres astros, sol, estrella de la tarde y luna, para distinguirlos dieron diferentes formas á las cruces del *ollin* respectivo. Y variando y adornando esas formas, encontramos en los jeroglíficos diversas cruces: cruces de San Andrés, cruces griegas de ángulos rectos, cruces teutónicas, etc.; y sin embargo, no son más que cruces nahoas, que desde la más remota antigüedad significaban el movimiento de los astros y los períodos cronológicos.

Pero si las diferentes cruces representaban esos períodos cronológicos, es la verdad que aisladamente y sin combinación ninguna todavía en la época nahoa, el año civil y el astronómico seguían su curso independientemente del ritual. Estos dos eran enteramente iguales en un principio, compuestos de diez y ocho veintenas y de cinco días inútiles que no entraban en cuenta; mas luego en el astronómico se computaron los *nemontemi*, y se formó un ciclo de cuatro años. Vamos á explicarlo.

En el primer año todas las veintenas empezaban por *ácatl* y concluían por *malinalli;* si después contamos los cinco días *nemontemi*, estos serían:

1.° *ácatl*, 2.° *océlotl*, 3.° *cuauhtli*, 4.° *cozcacuauhtli* y 5.° *ollin*.

Así, el año siguiente tendría que comenzar por *técpatl*, lo mismo que todas sus veintenas, las que concluirían siempre en *ollin*. Pues bien, los *nemontemi* de este segundo año serían:

1.° *técpatl*, 2.° *quiáhuitl*, 3.° *xóchitl*, 4.° *cipactli* y 5.° *ehécatl*.

El tercer año empezaría entonces por *calli*, y todas sus veintenas, las que concluían en *ehécatl;* y los *nemontemi* serían:

1.° *calli*, 2.° *cuetzpállin*, 3.° *cóhuatl*, 4.° *miquiztli* y 5.° *mázatl*.

De este modo el cuarto año comenzaba por *tochtli*, cada veintena por el mismo signo, finalizando en *mázatl*, y los *nemontemi* serían:

1.° *tochtli*, 2.° *atl*, 3.° *itzcuintli*, 4.° *ozomatli* y 5.° *malinalli*.

Así es que el quinto año volvía á comenzar por *ácatl*, y seguía esta sucesión de cuatro en cuatro años, formándose un ciclo de este período, y designando á los años, para distinguirlos, con los cuatro signos iniciales: *ácatl*, *técpatl*, *calli* y *tochtli*.

Los resultados de esta combinación son los siguientes: cada año del ciclo tiene el nombre de uno de los cuatro astros en su orden, y en el mismo orden y con el mismo signo comienzan las veintenas; y en cada año cambia la aplicación de los iniciales á las estaciones, debiendo empezarse el orden de aquellos por el dominante en el año.

Tomando en consideración que esto quedó subsistente en algunos pueblos de descendencia nahoa, es cierta la teoría de Boturini sobre las estaciones y el día inicial del año y exacta la tabla tercera de Veytia.

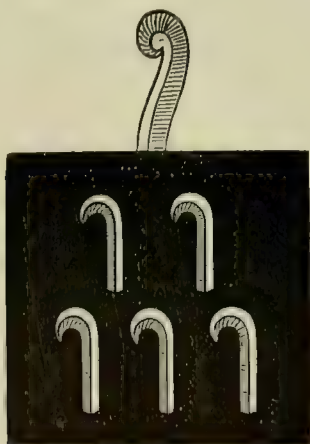
Pero el ciclo de cuatro años, si bien suficiente para la vida civil, era demasiado corto para los cómputos históricos, y se formó un ciclo mayor astronómico de veinte años, distinguiéndolos con los signos de los días, cuyos nombres tomaban desde *ácatl* hasta *malinalli*. Dentro de este ciclo mayor cabían cinco ciclos civiles de á cuatro años; pero se dividía astronómicamente en cuatro ciclos de á cinco años, señalando cada uno de ellos con uno de los signos iniciales, lo que daba por resultado que el signo del ciclo era el mismo del año civil conque comenzaba.

Bastante ingeniosa esta combinación, que permitía á los nahoas fijar períodos cronológicos hasta de cuatrocientos años, llegó á no ser bastante para las exigencias de su progreso: á lo que se agregó que sus astrónomos notaron que el año verdadero era mayor en un cuarto de un día que los 365 días que en él contaban, lo que hacía necesaria una corrección en el cómputo cronológico.

Los primeros cronistas nada nos dicen sobre esta corrección; pero los posteriores nos aseguran que en un año *técpatl* se reunieron en Huehuetlapállan los astrónomos de la ciudad y de otras inmediatas, que corrigieron los antiguos errores cronológicos, fijaron la duración que habían tenido los soles ó edades, é introdujeron la reforma del bisiesto. Ponen esta corrección al fin del siglo segundo antes de nuestra era; pero ya hemos dicho que tuvo lugar el año 249, es decir, doscientos cinco años antes de que se hiciese en Roma la semejante que se conoce con el nombre de *juliana.* Como los nahoas siempre tuvieron por principio de su ciclo el *ácatl,* debemos fijar el suceso en un año *ácatl:* el empezar por *técpatl* fué reforma tolteca.

En nada están más desacordes los cronistas que en el método de intercalación del día complementario ó bisiesto: escritor hay, como Motolinía, que lo niega; y Torquemada, según á quien copia, ya dice que no se usaba, ya á pocas páginas explica la manera de computarlo; y es que la variedad de sistemas que sucesivamente fueron usándose, produjo la confusión en quienes no estudiaron el calendario nahoa en sus diversas épocas y con sus diferentes reformas.

Por fortuna, entre tan encontradas opiniones, tenemos un jeroglífico en el códice Telleriano-Remense que nos indica cuándo y cómo se hacía la intercalación. Después de los símbolos de las diez y ocho veintenas ó meses, hay un cuadrado con cinco vírgulas dentro, que



Intercalación del día complementario

significan los *nemontemi,* y encima, por la parte exterior, otra que corresponde al día bisiesto ó complementario. Esto nos da á entender con bastante claridad que la intercalación se hacía después de los *nemontemi* y de un solo día; lo cual corresponde á verificarla cada cuatro años, puesto que el atraso era de un cuarto de día por año. Algunos escritores, como Durán y Boturini, dicen que para no interrumpir la sucesión regular de los días se doblaba en el intercalar el signo del anterior. Esto se acostumbró, en efecto, desde la época nahoa para el año civil, pero no para el astronómico, pues en éste se daba al día intercalar el signo correspondiente, lo que produjo una nueva combinación cíclica.

En efecto, empezando el primer año por *ácatl*, ya no podía comenzar por él el quinto, supuesto que ese signo correspondía al día bisiesto, sino que á dicho quinto año le tocaba por inicial el segundo símbolo *océlotl.* Siguiendo el cómputo, el noveno año empezaba por *cuauhtli,* el décimotercero por *cozcacuauhtli*, el décimoséptimo por *ollin*, y concluyéndose un primer período de veinte años, el inmediato principiaba por el segundo signo inicial *técpatl.* El tercer período comenzaba por *calli*, habiendo corrido los cinco signos intermedios en los cinco ciclos menores de cuatro años. Corrían después otros cinco signos en el tercer período de veinte años, y el cuarto comenzaba por *tochtli;* en él se aplicaban los últimos cinco signos á sus cinco cuadrienios, y al cabo de ochenta años volvía á empezarse por *ácatl.* Esto dió nacimiento á un siglo de dichos ochenta años, dividido en cuatro ciclos de á veinte que tomaban el nombre de su signo inicial. Para hacer más patente este método, que no se encontrará en ningún autor, formaremos una tabla, poniendo á cada año el día conque comienza.

CICLO *ácatl.*	CICLO *técpatl.*	CICLO *calli.*	CICLO *tochtli.*
1. ácatl.	21. técpatl.	41. calli.	61. tochtli.
2. técpatl.	22. calli.	42. tochtli.	62. ácatl.
3. calli.	23. tochtli.	43. ácatl.	63. técpatl.
4. tochtli.	24. ácatl.	44. técpatl.	64. calli.
5. océlotl.	25. quiáhuitl.	45. cuetzpállin.	65. atl.
6. quiáhuitl.	26. cuetzpállin.	46. atl.	66. océlotl.
7. cuetzpállin.	27. atl.	47. océlotl.	67. quiáhuitl.
8. atl.	28. océlotl.	48. quiáhuitl.	68. cuetzpállin.
9. cuauhtli.	29. xóchitl.	49. cóhuatl.	69. itzcuintli.
10. xóchitl.	30. cóhuatl.	50. itzcuintli.	70. cuauhtli.
11. cóhuatl.	31. itzcuintli.	51. cuauhtli.	71. xóchitl.
12. itzcuintli.	32. cuauhtli.	52. xóchitl.	72. cóhuatl.
13. cozcacuauhtli.	33. cipactli.	53. miquiztli.	73. ozomatli.
14. cipactli.	34. miquiztli.	54. ozomatli.	74. cozcacuauhtli.
15. miquiztli.	35. ozomatli.	55. cozcacuauhtli.	75. cipactli
16. ozomatli.	36. cozcacuauhtli.	56. cipactli.	76. micuiztli.
17. ollin.	37. ehécatl.	57. mázatl.	77. malinalli.
18. ehécatl.	38. mázatl.	58. malinalli.	78. ollin.
19. mázatl.	39. malinalli.	59. ollin.	79. ehécatl.
20. malinalli.	40. ollin.	C0. ehécatl.	80. mázalt.

Si ahora formamos otra tabla solamente de los ciclos de veinte años y su división en ciclos menores ó cuadrienios, tendremos:

CICLO *ácatl*

1. ácatl. — 2. océlotl — 3. cuauhtli. — 4. cozcacuauhtli. — 5 ollin.

CICLO *técpatl*

1. técpatl. — 2. quiáhuitl. — 3. xóchitl. — 4. cipactli. — 5. ehécatl.

CICLO *calli*

1. calli. — 2. cuetzpállin. — 3. cóhuatl. — 4. miquiztli. — 5. mázatl.

CICLO *tochtli*

1. tochtli. — 2. atl. — 3. itzcuintli — 4. ozomatli. — 5. malinalli.

Veamos ahora el resultado de todas estas combinaciones.

Cada ciclo de veinte años comienza por uno de los signos iniciales en su orden, de manera que cada cual está dedicado á uno de los cuatro astros.

Los veinte signos de los días, también en su orden, principian los ciclos menores de á cuatro años: así es

que cada uno de éstos aparece dedicado sucesivamente á los cuatro astros.

Los cuatro ciclos mayores comienzan por los cuatro signos iniciales en sus cuatro combinaciones posibles.

En el principio de los años de cada ciclo mayor entran todos los veinte días, variando su combinación en los cuatro. El orden de los días conque comienzan los ochenta años del siglo es siempre el de los cuatro astros.

De modo que aparecen dedicados en su orden á los cuatro astros, sol, estrella, luna y tierra:

1.° los cuatro ciclos mayores.

2.° los veinte ciclos menores.

3.° los ochenta años del siglo.

No podían ser más ingeniosas, más sencillas, y podemos decir más lógicas las antecedentes combinaciones.

Marcóse este siglo de ochenta años con una atadura de hierbas ó una turquesa, que se llamó *xiuhmolpilli*, que lo mismo significa atadura de años que de hierbas. Conocemos ya este signo que es el del número 80.

Atábanse, pues, los años cada 80, lo que hacía que los nahoas pudieran contar hasta 6400 años, período más que suficiente para la cronología de cualquier pueblo.

Esto, y todo lo que antes hemos expuesto, nos da cumplida idea del progreso á que llegó la civilización nahoa. Acaso se juzgará que nos hemos extendido demasiado sobre una época que no tratan los historiadores de México; pero si la empresa era difícil, la hemos creído necesaria.

La dificultad de reconstruir una civilización prehistórica que había desaparecido diez siglos antes de la Conquista, consistía no solamente en la falta de anales,



Rocas esculpidas del Xila

sino en la mezcla de elementos diversos que había hecho el transcurso del tiempo en las mismas localidades. Intrusa la raza nahoa, al extenderse de oriente á poniente y de norte á sur, invadió terrenos ocupados por la raza autóctona monosilábica, y hay peligro en confundir las huellas de ésta con las de aquélla. Invadida á su vez más tarde por la misma raza monosilábica que hacia el norte había empujado, fácil es confundir con las de aquélla ciertas costumbres de ésta halladas en el territorio nahoa. Así, tratando del levantamiento del Nuevo México, encontramos en nuestros manuscritos que se comunicó el día de la rebelión por medio de cordeles con nudos, es decir, por quipos; y se dice que fijaron éste y otros acontecimientos por medio de figuras pintadas en tiras de piel. El suceso es cierto y pasó en la región nahoa; pero en época que estaba invadida por pueblos que tenían ya otra civilización. Así también, entre las rocas esculpidas de la región del Xila se encuentran unas que por su carácter manifiestan pertenecer á los pueblos invadidos por los nahoas, otras de estructura reciente y obra de las tribus posteriores que en aquel territorio penetraron después, y alguna, por sus numerales bien marcados, nos parece claramente nahoa.

Pero á pesar de estas dificultades, y del riesgo en que nos hemos puesto de incurrir en graves errores, hemos intentado la reconstrucción de la época nahoa por dos graves razones. La primera, porque siendo aquella civilización el origen de las civilizaciones históricas más importantes que después se desarrollaron en nuestro territorio, la tolteca y la mexica, mal podríamos comprender éstas sin conocer su punto de partida, y no nos podríamos explicar sus evoluciones lógicas y naturales. Esto es muy importante, porque para nosotros la historia de un pueblo no es precisamente la de sus reyes ni la relación de sus batallas, sino la de su desarrollo social, el estudio de las causas que lo han motivado, y cómo por él dominan determinadas ideas en un pueblo y constituyen su carácter especial. Cuando pasamos á este terreno del de los simples anales y relatos de sucesos sin importancia, parece que del cuerpo de un pueblo penetramos en su alma y vamos á ver lo que piensa, lo que quiere, lo que alcanza. Hasta entonces podemos decir que lo conocemos como conocemos á un hombre, no cuando lo hemos visto pasar y contemplado sus facciones, sino cuando hemos estudiado las fuerzas de su cerebro y de su corazón.

La segunda razón de la necesidad de este estudio,

es atacar á tiempo un error que se va convirtiendo en escuela y que trastorna por completo el lugar de origen y la marcha y desarrollo de las civilizaciones de nuestro territorio. El abate Brasseur, escritor muy instruído pero que quiso alcanzar fama de innovador, inventó por propia autoridad que los nahoas eran originarios de la región meridional de nuestro país, trastornó los itinerarios y confundió las civilizaciones. Los amigos de novedades lo siguieron: se había repetido la verdad histórica durante tres siglos y era ya vieja y cansada, mientras que la ficción moderna tenía todo el atractivo de lo inesperado. Además, el abate sostenía que el origen del género humano estuvo en la parte sur de nuestro territorio; de ahí habían partido los hombres á poblar toda la tierra, y esto por lo menos halagaba nuestro amor propio. Como por entonces comenzó el interés por nuestras antigüedades y las obras del abate estaban escritas en francés, idioma mucho más conocido en Europa que el español, su nuevo sistema hizo fortuna; y vimos con sorpresa que lo seguían, no solamente los escritores de Francia, sino algunos sabios de Alemania y aun de los Estados Unidos. El señor Orozco, como elocuente protesta contra ese error, escribió su *Historia* siguiendo las buenas tradiciones.

Demuestran lo absurdo del sistema los caracteres especiales de la civilización del sur, de que ya vamos á ocuparnos, que son contrarios y por lo mismo no pueden confundirse con los de la civilización septentrional. Pero basta la tradición constante y no contradicha por siglos, de que los nahoas vinieron del norte; los cronistas que recibieron sus relatos de boca de los mismos indios, así lo aseguran; los itinerarios de sus peregrinaciones son conocidos y existen todavía en ese rumbo los mismos lugares á que se refieren; el hombre en sus dos manifestaciones de tipo y de lengua lo confirma claramente, y mientras el mexica ó *náhuatl* es idioma extraño al maya, es pariente inmediato de todos los del Chicomoztoc; todavía al norte de éste encontramos lugares con nombre nahoa como la laguna de Copala, y en fin, todas las costumbres, todas las ideas del pueblo en que nos hemos ocupado, se nos presentan como principio y germen de las dos grandes civilizaciones históricas, la tolteca y la mexica. Demos, pues, de mano á errores de sistema y sigamos nuestro trabajo con las buenas fuentes de nuestra historia.

Cuando en conjunto se contempla la civilización nahoa se observa como el esfuerzo de una raza primitiva pudo alcanzar el mayor grado de progreso compatible con el medio social en que vivía. En sus manifestaciones externas forma una lengua perfecta en su carácter y comienza una escritura propia, inventa una aritmética original y de sencillas y sorprendentes combinaciones; mientras que por la necesidad que siente el hombre de adorar algo superior crea una religión poética yendo á buscar sus dioses entre los astros del firmamento, en ese sublime templo de luz y de misterios, y en su contemplación funda su culto.

Pueblo agrícola por instinto, va luchando sin auxilio extraño y ganando siglo á siglo en su aislamiento, la casa en común, la casa grande y al fin la ciudad. Su vida es el comunismo y el trabajo, y de ahí nacen la fraternidad y la virtud. Alcanza la comodidad y un lujo relativo, y para defender los campos regados con su sudor se vuelve guerrero, y el desarrollo natural del culto en los grandes centros da origen al sacerdocio. Nacen las castas por la ley inflexible de la historia, y por ella si disminuyen las libertades aumenta



Mortero de granito

el poder. Se revelan las artes y en ellas un exquisito gusto estético; brota la ciencia y nos sorprende su calendario. Y toda esta serie de progresos en un pueblo, compréndese bien que pertenece á la edad de la piedra sin pulir, pues casi no usaron de la pulida en sus construcciones y acaso hasta en los últimos tiempos, y sólo en una parte de la región la emplearon para utensilios toscos como morteros y hachas. Y sin embargo, la agricultura progresa y al desbordamiento de los ríos se sustituyen canales de irrigación; la industria se desarrolla y se tejen vistosas telas; de la caza se pasa á la curtiduría y se adoban riquísimas pieles; á los primeros alimentos siguen grandes banquetes con sabrosas bebidas que sazona el placer del tabaco; se hace el comercio, se alcanza la navegación y al fin el poder guerrero, y son las ciudades fortalezas y los pueblos ejércitos. Así llegaron los nahoas á las dos expresiones de la grandeza humana: el poder por la fuerza y la riqueza, y la felicidad por el trabajo y la virtud.

CAPÍTULO IX

Civilización del sur. — Su antigüedad. — Edad del cobre. — Extensión del cobre. — Caracteres propios de la civilización del sur. — Orígenes. — Los celtas. — Relaciones con Asia y Africa. — Época de los terramares. — Región del Usumacinta. — Tradiciones. — Votan. — Zamná. — Establecimiento de la raza. — Teocracia. — Sacerdotes negros. — Ixtlilton. — Buddha. — Deificación de Votan y Zamná. — Extensión de la raza. — Terraplenes. — Túmulos. — Extensión del uso del túmulo y su época. — Nueva posición del cadáver. — Tesoro de Votan. — Ocupación de la zona. — Expansión hacia el norte. — Coatzacoalco. — Costa de Veracruz. — La priapea. — Vasos de tecali de la isla de Sacrificios. — Pirámide del puente Nacional. — Fortín de Calcahualco. — Fortaleza de Centla. — Fuerte de Tlacotepec. — Castillo de Huatusco. — Inscripciones de Atliaca. — Misantla. — Túmulos de cantería. — Papantla. — El Tajín. — Tusápan. — Túxpan. — Metlatoyúcan. — Túmulos. — Pánuco. — Bordos de las lagunas hasta la frontera.

Sorprendente á la verdad fué la civilización que se desarrolló en el sur de nuestro territorio, comprendiendo como centro el lugar que hoy ocupan nuestros Estados de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas, y extendiéndose á la que es ahora Centro América. Se ha disputado si esta civilización fué la misma del norte, y si siendo diferente fué anterior ó posterior á ella. Á pesar de la confusión que más tarde hubo entre ambas civilizaciones, persistieron siempre ciertos caracteres especiales en la del sur, y nos bastará por el momento llamar la atención sobre el lenguaje monosilábico y con estrecho parentesco en toda esa parte del territorio y sin ninguna afinidad con las lenguas nahoas aglutinantes y formando familia separada. La posterioridad de la civilización del sur se conoce por la época á que corresponde, mientras la del norte pertenece á la de la piedra sin pulir, y apenas ya á su fin comienza á usar de la pulida; aquélla se nos presenta desde luego con sus construcciones de piedra labrada y usando el cobre.

Hemos podido fijar la antigüedad de la raza nahoa porque quedó consignada en jeroglíficos cuya inteligencia está á nuestro alcance; pero no podemos decir lo mismo respecto de la maya-quiché, porque no conocemos sus anales, y si están consignados en sus jeroglíficos, éstos son hasta ahora ininteligibles para nosotros. Debemos creer que la inmigración que mezclada al pueblo autóctono produjo esta raza, fué muy posterior á la nahoa, y tuvo lugar cuando ya estaban separados los continentes, pues todas las tradiciones están contestes en que los hombres del sur llegaron en barcas. Esto supone un gran número de islas escalonadas en aquella época entre la Libia y nuestro continente, y no una inmigración en masa sino una colonia civilizadora. Parece confirmarlo el hecho de que los mayas llamaban al oriente *la pequeña bajada*, y que las lenguas de las islas eran afines de las del grupo maya-quiché.

Como hemos dicho, esto tuvo lugar en la época de la piedra pulida á la que siguió en nuestro continente una época especial del cobre. Como si aquí debieran pasar siempre las cosas de distinta manera que en el Viejo Mundo, por lo cual jamás nos son exactamente aplicables las deducciones históricas sacadas del otro lado del Atlántico, formóse esta edad peculiar, y á la piedra pulida no siguió el bronce de la época lacustre europea.

Hemos visto ya el oro usado en la edad nahoa de la piedra sin pulir: este metal fué el primero usado por el hombre, ya porque su brillo y belleza llamaron muy pronto la atención, ya porque se le encuentra en estado natural en los ríos y arenales; en Sonora todavía hoy lo separan de la tierra, ya sacudiéndola en bateas ya por medio del agua. El cobre no se presenta con abundancia en semejante estado; sin embargo no falta nativo y abunda en piritas, que después del oro debieron sorprender la vista de los pueblos primitivos. Pero en Europa la dificultad de su extracción hizo que la precediera la formación del bronce, que consiguieron fundiendo juntos minerales de cobre y estaño con un poco de carbón.

En nuestro continente no llegaron hasta el bronce, de manera que la inmigración de que tratamos debió tener lugar en la época de la piedra pulida: aquí encontraron el cobre, y como ya hemos visto, lo consideraron como una piedra maleable; quebrando las piedras extraían las partículas de metal ó bien sujetándolas al fuego, y después por percusión formaban hachas y otros instrumentos, usando la fundición más tarde. Los pocos conocimientos mineralógicos de nuestros antiguos habitantes impidieron el que se utilizase en gran escala

el uso de este metal, y acaso contribuyó también el que no llegaran á darle una dureza igual á la piedra pulida que tanto aprovecharon, ni le encontraran para sus armas las ventajas que tenía la obsidiana. Así es que, á



Cincel de cobre

pesar del conocimiento del cobre, persistieron hasta sus últimos tiempos en el uso de las flechas, cuchillos, lanzas y macanas de piedra. Podemos, pues, decir con más propiedad, que estos pueblos llegaron á la edad de



Hacha de cobre

la piedra pulida, y en ella conocieron el uso del cobre; pero no que tuvieron una edad de cobre, porque jamás dominó el uso de este metal.

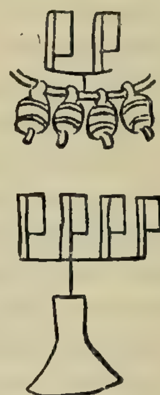
Y sin embargo, se extendió, y mucho, la aplicación del cobre en nuestro continente; ya hablaremos de su explotación en los lagos de los Estados Unidos. En nuestro territorio podemos citar una tortuga de cobre encontrada en las ruinas de casas grandes de Chihuahua, otra de alambre de cobre de la Huasteca que regalamos al Museo, un cincel de cobre de nuestra colección, una hacha de cobre de San Luis Potosí, cierta moneda usada en Tlachco, hoy Tasco, de donde vino el nombre de tlaco que nuestro pueblo daba á los octavos de real, un cincel de Tabasco, una especie de azadón de Teotitlán, una hacha de Oaxaca, el disco del sol de



Jeroglíficos con la voz *tepuztli*, cobre

Zapotlán, y agujas y varios utensilios que hay en el Museo Nacional. Además, en el códice Mendocino hay varios jeroglíficos de pueblos en cuya formación entra la palabra *tepuztli*, cobre, como Tepoztla, Tepoztitla, Tepozcolula, y en ellos dicho metal está representado por una hacha, lo mismo que cuando significa la acción ejecutada con ese instrumento, como en Cuauhximalpa y Tlaximalóyan. En el *Libro de tributos* aparecen varios pueblos entregando ciertas cantidades de instrumentos y cascabeles de cobre, y conocemos también dibujos de hachas de Yucatán.

Siguiendo hacia el sur, Oviedo nos da el dibujo de



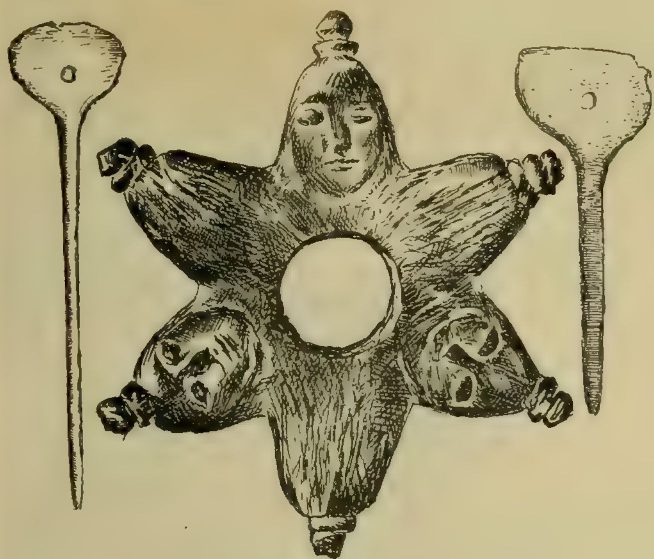
Tributos de cascabeles y hachuelas de cobre

una hacha de Nicaragua; en las huacas del Perú se han encontrado diversos instrumentos y adornos; conocemos unos prendedores de Bolivia, llamados *tupu;* y en una sepultura de Chile, en Chellepín, se encontraron varios objetos de cobre. Así es que podemos decir que el uso del cobre se extendió á todo el continente, formando el empleo de este metal uno de los caracteres distintivos de estas civilizaciones, respecto á las del Viejo Mundo, que pasaron desde luego de la piedra pulida al bronce.

En nuestro continente no se conocieron ni el bronce ni el hierro.

¿De dónde, pues, pudo venir esa civilización, que solamente por el uso del cobre manifiesta ya una superioridad sobre la anterior nahoa? Para resolverlo necesitamos examinar sus caracteres propios, y fácil es distinguirlos sólo con fijarnos en aquellos que no hemos encontrado en la región del Norte.

Comencemos por el hombre y tomemos como ejemplar el maya. Su tipo persistente hasta hoy es braquicéfalo, de frente ancha y mirada audaz, de pómulos salientes, erguido y altivo, y conserva é impone



Objetos de cobre de la América del Sur.

todavía su lengua, cuyo elemento principal es el monosilabismo. La mujer maya usa aún su traje antiguo, su *cuéyetl* adornado de vistosas labores, su *huipilli* blanco y su tocado primitivo. No se parece el indio de raza maya á los otros de nuestro territorio; se le distingue y se le conoce inmediatamente al verlo, y conserva siempre su personalidad etnográfica.

El maya-quiché introdujo en su traje ciertas reformas y ciertas piezas desconocidas á los nahoas: la mitra para el sacerdote, el calzón y el *maxtli*, y adornos especiales que manifiestan mayor gusto, mayor cultura, más adelanto. Basta para comprender esto comparar los relieves del Palemke con las estatuas de los dioses de los pueblos de procedencia nahoa. Inferiores, y mucho, á éstos en los trabajos de alfarería, se distinguen los mayas por el uso de la piedra pulida que labraban á perfección, por sus artefactos en oro y cobre, y porque los primeros aprovechan las piedras preciosas duras como la esmeralda y el cristal de roca. En la arquitectura no usan el barro ó adobe como los nahoas, sino piedras admirablemente esculpidas, y al techo de vigas y terrado sustituyen la bóveda triangular. Y en vez de constituir su defensa en las construcciones cerradas de las casas grandes, la hacen levantando sus edificios sobre terraplenes, y llegan á formar de ellos altas pirámides. Esta es una de las circunstancias más características de la raza del Sur: el terraplén, el *kú*, palabra monosilábica de esa región.

El maya-quiché primitivo se distingue además por su religión y por su culto; la primera fué la adoración de los animales, una verdadera zoolatría: el segundo era fastuoso, y combinado con su arquitectura, produjo los palacios con relieves é inscripciones. De aquí nació una escritura especial, la calculeiforme, en un todo distinta de la jeroglífica nahoa. En fin, sus ritos funerarios caracterizan á la raza: en vez de la incineración usa el túmulo y la piedra mortuoria y practica la momificación de los cadáveres.

Son tan esenciales las diferencias entre las razas nahoa y maya-quiché que no puede aplicárseles un origen común: es preciso buscar para la segunda una nueva procedencia en el Viejo Mundo. Después del sistema bíblico, mucho se habló de un origen egipcio, y hoy parece que entra en moda buscar una ascendencia celta, por cierta semejanza de culto y algún parecido en diversos utensilios. Nosotros creemos que más valdría á los escritores que tal tarea han emprendido el estudiar lo que los celtas recibieron de los iberos que en Europa los habían precedido, y examinar qué parte tomaron para su civilización de las edades de piedra sin pulir y de la piedra pulida, anteriores á su establecimiento. Así se explicarían mucho de lo que hasta ahora les es incomprensible, y sabrían al fin quién era la misteriosa divinidad *Theut*. Para nuestro intento basta decir que los celtas trajeron al occidente del Viejo Mundo el uso del bronce y del hierro, y que su idioma es de flexión y de descendencia arya; pues esto es suficiente para comprender que su civilización no llegó á nuestro continente.

Pero no puede dudarse de que aquí encontramos semejanzas notables con el Asia, costumbres que parecen escitas, la mitra y el calzón, otras que se relacionan con las egipcias, y de ellas iremos dando cuenta en su oportunidad: pero al mismo tiempo se observa que las semejanzas son lejanas; entre la pirámide egipcia y la maya hay diferencias esenciales: de modo que hay parecidos, pero no igualdad; esto acusa un germen común, mas no una descendencia.

Nosotros nos explicamos el fenómeno etnográfico de la siguiente manera: con anterioridad á la época en que bajaron los aryas al Asia central, ó acaso empujada por ellos, emigró una raza anterior al occidente, y al pasar por el África dejó en las riberas del Nilo los mismos gérmenes que trajo á las del Usumacinta: extendióse después por Europa, dejando como marca de su camino innumerables túmulos y piedras votivas. En Europa las muchas inmigraciones posteriores borraron casi sus huellas; en el Egipto persistieron algunas de sus costumbres, á pesar de los elementos extraños que recibió después, y en la región meridional de nuestro territorio

tuvo su completo desarrollo. Así en el Egipto el túmulo llegó á ser colosal pirámide, y en su religión persistió el culto de los animales: sabido es que no há mucho se ha encontrado la caverna de las momias de los cocodrilos sagrados, y César Cantú cuenta que hay en la Líbica largas galerías de muchas leguas de extensión, llenas de momias de perros, gatos, monos, carneros, ibis, gavilanes y chacales. Así también vemos gran semejanza entre los ídolos egipcios y los quichés, pero no son los mismos; como la pirámide egipcia no es igual á la maya ni en su construcción, ni en su forma, ni en su objeto. Los palacios con inscripciones dan idea de los asiáticos, como los trajes; pero son, sin embargo, diferentes. Lo mismo observamos en los ritos y en las costumbres. Es el mismo germen, desarrollándose de distinta manera en medios diferentes.

La época de la inmigración del Sur fué la lacustre en su forma llamada de *terramares*. Es notable que en la costa del Brasil y en la de África, que está en frente, se han encontrado en un todo iguales estos *terramares* ó construcciones en los pantanos; lo que haría pensar que la unión de los continentes por el África había



El Usumacinta

continuado por mayor tiempo. Lo cierto es que estas construcciones semilacustres dominan en el origen de la civilización maya, y que por lo mismo debemos buscar ese origen en una localidad á propósito: las tradiciones están conformes en señalarnos la región del Usumacinta.

Hemos dicho que este río fué para nuestra civilización del Sur lo que el Nilo para los egipcios, pues en la extensión de sus riberas debía desarrollarse, haciendo de ellas un verdadero prodigio de producción, el desbordamiento periódico de sus aguas. Nace el Usumacinta en los montes del Peten, en Centro América, formándose de los derrames de la laguna de Panaxachel y de las filtraciones del lago de los Islotes, se le unen varios ríos, y entra caudaloso en nuestro territorio. A su derecha están los lacandones, y á su izquierda todo Chiapas. Pasa cerca de las famosas ruinas del Palemke, entra en Tabasco, dejando á su derecha la península yucateca, y desagua en el golfo de México formando tres brazos. En toda su extensión conocida es navegable, á lo menos por canoas.

Hermosísima esta región, de temperatura cálida, tiene una gran exuberancia de árboles de las más finas maderas, de aves de riquísimos plumajes, de plantas variadísimas con flores exquisitas: se produce el *caimito* de Xoconochco, el azafrán, las mimosas que dan el *huixáchitl;* la raíz de anoda conque se tiñe de negro; el *ulli,* el palo amarillo, la sangre de drago, el liquidámbar, el algodón, el cacao, la patata de árbol, el tabaco, la vainilla, el zentule, el guaco, la zarzaparrilla,

el copalchi, el cedro, la caoba, el bálsamo, el zapotillo, el granadillo, el tepeguaje, etc., etc.; todo en bosques inmensos, y á orillas de ríos de abundantes corrientes. En el valle de Custepeques había oro y cobre; se recogía el primero en pepitas á inmediaciones de Chicomuselo; se conocen fuentes de betún llamado *chapópotl,* y abundan las salinas. Propicia, pues, era la región del Usumacinta para que en ella se desarrollase una gran civilización.

Las tradiciones nos presentan desde luego el nombre de Votan, como el de Zamná en Yucatán. Debemos ver en Votan más que un sér real, una personificación de la raza. Los cronistas, siguiendo su costumbre de ajustar nuestras antigüedades á los relatos bíblicos, han querido hacer diversos personajes hebreos de los nombres de los días del calendario chiapaneco, y suponen que fueron los primeros caudillos de la raza. Según ellos, el primer poblador fué Mox ó Imos, y se le representaba con el árbol gigantesco de la seiba; el segundo fué Igh, y el tercero Votan, llamado también, según el obispo Núñez de la Vega, *Tepanaguaste*, que quiere decir *señor del palo hueco;* á éste se le adoraba como á corazón del pueblo. Es lógico suponer que los nombres del calendario, que fué impuesto por los nahoas, se referían á los cuatro astros; así es que solamente nos ocuparemos de Votan como el civilizador de la región de Usumacinta, y de Zamná como primer jefe de los mayas.

En Mox estaba representado el pueblo autóctono; era la seiba árbol gigantesco y sagrado; lo tenían en sus plazas y debajo de él se reunían los consejos; después de la Conquista, á su sombra hacían las elecciones de alcaldes; rendíanle adoración; en la antigüedad lo zahumaban con gomas olorosas; decían que de las raíces de la seiba venía su linaje. Conviene fijarnos en dos puntos interesantes respecto á la raza autóctona: que se creía nacida de los árboles y que les rendía culto.

Votan, por el contrario, aparece en los manuscritos, no sólo inéditos sino alguno desconocido, como un civilizador extranjero que llega por el mar: toca primero en la península del Yucatán, lo que indica que allí, en las marismas, fué el primer establecimiento de los inmigrantes; sin duda por ser tierra seca y sin agua van buscando mejor terreno, y para ello siguen la costa, pero dejan á una parte en su primera mansión, siendo su representante Zamná; llegan á la laguna de Términos y allí se establecen en la boca del Usumacinta. Votan, luchando con las corrientes de este río, representa á la nueva raza extendiéndose poco á poco por sus riberas y poco á poco sobreponiéndose y dominando al pueblo autóctono. Sube Votan el río hasta Catasasá, y ahí se establece: es la raza que toma asiento y para ello construye su ciudad. Por estar la ribera de Catasasá á poca distancia de las ruinas del Palemke, creeríase y se cree, que ésta fué la ciudad fundada por Votan; pero no podía tener tal magnificencia el primer pueblo fundado por la nueva raza, y la lejanía de cuatro á seis leguas en que del río Usumacinta están las ruinas, indica una construcción posterior para huir del desbordamiento periódico de las aguas. Votan era el jefe de una raza que á sí misma se daba el nombre de culebras; Votan era un *chan*, una culebra, y el pueblo que fundó llamóse Na-chan, ciudad de las culebras.

Votan era un sacerdote, y por consiguiente el primer gobierno de los chanes fué la teocracia. El pueblo de la descendencia de los Votanes se llamaba Thiopisca, corrupción de Teopixca, que quiere decir lugar de los sacerdotes. Si quisiéramos, pues, suponernos por un momento á Votan ó á Zamná, diríamos que eran dos sacerdotes negros que habían traído de la Libia la nueva civilización y el nuevo culto. Esto nos explicaría esos dioses de semblante etiópico con el singular signo cuneiforme, como la cabeza de Hueyápan y el hacha gigantesca. Nos daría también razón de por qué á los dioses se les untaba de *ulli* y los sacerdotes se pintaban de negro; particularidad que tuvo su origen de la civilización del Sur, pues á Quetzalcoatl, que representa el sacerdocio nahoa, se le pintaba blanco y barbado. Esto explica igualmente la arquitectura de la región, en la que Violet-le-Duc encontró mezclados elementos de raza amarilla y de raza negra. Los mexica como recuerdo tenían un dios negro, Ixtlilton, que quiere decir *negro de rostro.*

El templo de este dios era de tablas pintadas y había en él muchas tinajas de agua tapadas con comales; esta agua se llamaba *tlilatl,* que quiere decir *agua negra,* y cuando algún niño enfermaba lo llevaban á beber del *tlilatl.* Tenía de particular la imagen de este dios, que no era pintada ó esculpida como la de los otros, sino que era un sacerdote que se vestía con el traje especial de la divinidad que representaba. Parece que querían con esta imagen viva significar de manera expresiva al sacerdote negro que había introducido el culto y en dios había sido convertido.

Antes de pasar adelante diremos que Humboldt indicó la idea de que este Votan pudiera ser uno de los buddhas que salieron á países lejanos á propagar su religión. Nosotros le seguimos apoyados en que uno de los nombres de Odin era Vuotan y en la creencia de que en el Palemke había huellas búdicas, tales como la cruz y unos barros que representaban una trinidad y un santón. El señor Orozco adoptó la idea y la desarrolló extensamente; pero mayores estudios nos han convencido de que habíamos incurrido en error; la cruz no es búdica; hemos encontrado los barros que se creían perdidos, y no representan á tal santón ni menos á la trinidad búdica, y no hallamos ninguna huella del budismo en la religión del Palemke. Para nosotros hay una razón que convence: la peregrinación de los

buddhas tuvo lugar quinientos años antes de nuestra era según unos y mil según otros, y la misma religión búdica no es mucho más antigua; de todos modos es muy posterior á las edades del bronce y del hierro: así es que si hubiese venido un buddha habría introducido el uso utilísimo de esos metales, la numeración decimal y el calendario asiático, y de nada de eso hay siquiera señales. La inmigración votánida es anterior en muchos siglos al budismo.

Continuando con las tradiciones relativas á Votan, encontramos que, habiéndose unido los chanes ó culebras por medio de casamientos con los hijos del país y formado así un nuevo pueblo, el sacerdote procedió á la división de las tierras estableciendo el derecho de propiedad. Esto distingue mucho á las dos civilizaciones, pues hemos visto que en la del Norte dominaba el comunismo, mientras que ahora nos presenta la del Sur la idea enteramente opuesta de la propiedad individual. Y otra diferencia notable entre ambas resulta de la primitiva fundación de la ciudad Na-chan. En el Norte el comunismo se unía á la vida patriarcal y á la habitación en casas grandes; en el Sur se necesitó otro lazo para unir la comunidad de intereses, la ciudad. En el Norte, por la misma clase de habitaciones, consistía el culto principalmente en la contemplación de los astros, el sacerdocio no podía tener gran desarrollo, el jefe de la casa grande tenía el poder patriarcal y éste por necesidad tuvo que convertirse en poder guerrero; pero en el Sur la ciudad exigía un culto, la religión tenía que unir los intereses aislados y el poder tenía que ser teocrático.

Votan fué deificado: fuera un hombre ó la representación de una raza, de él hicieron una divinidad. Así se explica la existencia de los votanes de Teopixca, pues era costumbre que los sacerdotes de un dios llevaran su nombre. También los mayas deificaron á Zamná, cuyo nombre significa *rocío del cielo,* á quien tenían como el primer rey sacerdote y civilizador; levantáronle suntuosas pirámides en la ciudad de Izamal y en una de ellas se ve un rostro gigantesco imagen del dios.

Lo especial de esta civilización del Sur hace que antes de ocuparnos en sus particularidades veamos adónde se extendió. La hemos visto extendiéndose por las costas de la península maya hasta la desembocadura del Usumacinta, y subiendo por las riberas de éste hasta Na-chan. No debió ser ésta la única ciudad y así lo demuestran las ruinas que á lo largo del río se encuentran; de tal manera, que podemos decir que desde las ruinas del Palemke hasta el mar había una serie de ciudades; pero éstas en su principio debieron ser muy modestas, y en las condiciones locales de la región del Usumacinta y en las costumbres que corresponden á aquella época semilacustre, debemos buscar la manera de construcción que aquellos pueblos usaron. El desbordamiento periódico del río los obligó á construir sus habitaciones sobre terraplenes superiores al nivel de las inundaciones, y de ahí nació la costumbre en esa raza de construir lo que llamaban *kú* y los mexica *tlatelli.* El *kú* les servía además de fortificación ó defensa contra las tribus incultas que los hostilizaban, y agregándole pisos por suntuosidad y para mayor defensa llegaron á la pirámide, *zacualli*, ciudadela y templo á la vez. Dejando para después el tratar extensamente de esto, tomémoslo ahora sólo como elemento etnográfico.

A él se nos une inmediatamente el túmulo y la piedra mortuoria ó *menhir.* Esta nueva raza no



Momia de un túmulo

quemaba á los muertos como los nahoas, los enterraba en túmulos. Esta manera de entierro se caracterizaba por la posición del cadáver, puesto en cuclillas ó doblado sobre sí mismo; por la forma del sepulcro piramidal en el exterior y levantado sobre la tierra y hueco por dentro de manera que se pudiesen colocar en él algunos objetos á más del cadáver que pertenecían ó se referían al difunto.

En la época de la piedra pulida extendióse una raza que usaba el túmulo de Ásia á África y Europa. Los túmulos se encuentran á millares desde las islas británicas hasta Dinamarca y de las costas del Atlántico á las montañas del Ural; cubren las grandes estepas del Asia, de las fronteras de Rusia al Pacífico y de las llanuras de Siberia á las del Indostán, y siguen en el Africa donde las pirámides representan el desarrollo gigantesco del túmulo. Lubbock dice que el mundo entero está sembrado de estas tumbas.

En nuestro territorio son abundantísimas, y, como vemos, corresponden á la época de la piedra pulida, en la cual llegaron los inmigrantes que después constituyeron la civilización maya-quiché. La forma, la postura del cadáver, el enterramiento de utensilios, todo es igual. Encontramos á veces una variante en la postura, la que se representa en algunos barros. El cadáver está acostado en una especie de cama y atado á ella; pero siempre con las piernas dobladas, conservando así la dea de la posición en el túmulo.

Al túmulo se une el menhir ó sea la piedra monolítica mortuoria. Un serie de estas piedras constituye lo que en Europa se llama *cromlech* y también se



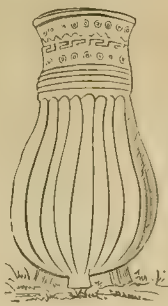
Barro representando un cadáver

encuentra en nuestras ruinas. Como de éstas tenemos que ocuparnos separadamente, nos bastará por ahora consignar los hechos. Encontramos, pues, como elementos etnográficos, la habitación sobre terraplenes, la construcción de éstos y su uso como fortalezas, el túmulo y la piedra monolítica mortuoria. Busquemos, pues, hacia dónde dirigió la raza del Sur sus pasos, obedeciendo á la ley de expansión y de progreso.

Dice la leyenda de Votan que hizo varios viajes y que á su vuelta encontró nuevos colonos de su misma raza, lo que indica que la inmigración fué constante por cierto espacio de tiempo. Esto traía por consecuencia un desarrollo rápido, aumento en la población y necesidad de extenderse á mayor territorio. La civilización cundía, no sólo por las alianzas con las familias de raza autóctona, sino porque ésta la aceptaba por virtud de la ley de asimilación. La extensión debió ser primeramente en la misma zona. Cubrióse de ciudades la península maya, que fueron el principio de las suntuosas que más tarde encontraremos, y por eso se dice que Zamná fué hijo de Votan. Hallamos la civilización maya hasta Copan en Centro América. La quiché ocupa toda Chiapas y sigue al sur el curso del Usumacinta, y va hasta el Pacífico por Xoconochco; pues la misma leyenda de Votan cuenta que estuvo en Huehuetá, que es el pueblo de Soconusco, y que allí puso dantas y un tesoro en una casa lóbrega que construyó á soplo y nombró Señora con tapianes que la guardasen. Llaman tapianes los indios de Xoconochco á los muchachos de que se sirven para los mandados caseros, y sólo los tienen las personas de autoridad. El tesoro consistía en unas tinajas de barro tapadas de una sola pieza, en las cuales estaban grabadas en piedra las figuras de los indios antiguos con chalchihuites. Huehuetá significa el pueblo de los abuelos, y dijérase que había querido conservar ahí el recuerdo de la religión primitiva, pues así lo indican esas piedras labradas y las dantas ó tapires que revelan el primer culto de los animales.

Que una vez ocupada la zona entre los dos mares, penetró más al sur en la parte del continente, en la América meridional, no nos cabe duda y nos lo muestran las huellas del cobre; pero no es nuestro propósito ir hasta el Perú ni traería utilidad para nuestro intento. En su expansión hacia al norte, la raza encontraba tres caminos naturales; el uno entre la costa del Pacífico y la Sierra Madre, el otro por la Mesa Central y el tercero en la costa del Golfo. Éste fué sin duda el primero que siguió, porque era el más adecuado á su manera de vivir y el más semejante en clima, y nos lo muestra como principal otro elemento etnográfico, la afinidad del lenguaje, pues ya hemos dicho que el huasteco la tiene con las lenguas maya-quiché. Vamos, pues, á seguir esta emigración al norte y tomaremos la ruta del mar ó más bien de la costa, en donde encontramos desde luego en el istmo, y como punto de partida, el nombre de Coatzacoalco, que significa la *pirámide de la culebra* y que inicia las construcciones en terraplenes del camino que vamos á recorrer.

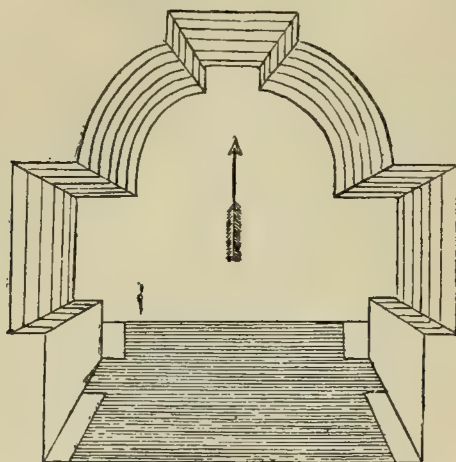
Entrando por la costa de lo que hoy es Estado de Veracruz encontramos, no obstante que jamás se han hecho exploraciones formales, huellas ciertas de la raza, pues en el rumbo de Tuxtla se descubrieron la cabeza colosal de Hueyápan y el hacha gigantesca de que ya hemos hablado, y que son ambas representación clara de sacerdotes negros. Sobre la misma costa y á inmediaciones del río de Alvarado, se nos presenta un nuevo elemento para nuestras investigaciones, el culto de la priapea, el *phallus* perfectamente determinado como significación del creador. Tenemos en nuestra colección uno labrado en piedra que podemos llamar perfecto, y noticia de que se han hallado frecuentemente en los túmulos de esa región. Se descubren también en aquel rumbo grandes cantidades de idolillos con forma de animales.



Vaso de la isla de Sacrificios

Siguiendo la costa y frente á Veracruz está la isla de Sacrificios, en la que se han descubierto antigüedades importantes, como son restos de una pirámide,

túmulos con esqueletos, vasos pintados, ídolos, brazaletes, dientes de animales salvajes y jarras de tecali, bellísima y especial clase de alabastro ú ónix. En el Museo Nacional hay varios de estos vasos de tecali muy notables, entre ellos uno que recuerda la forma de tetera del Thibet y otro labrado en gajos y ornado de grecas de figura oriental y completamente distinta de la de los vasos nahoas.

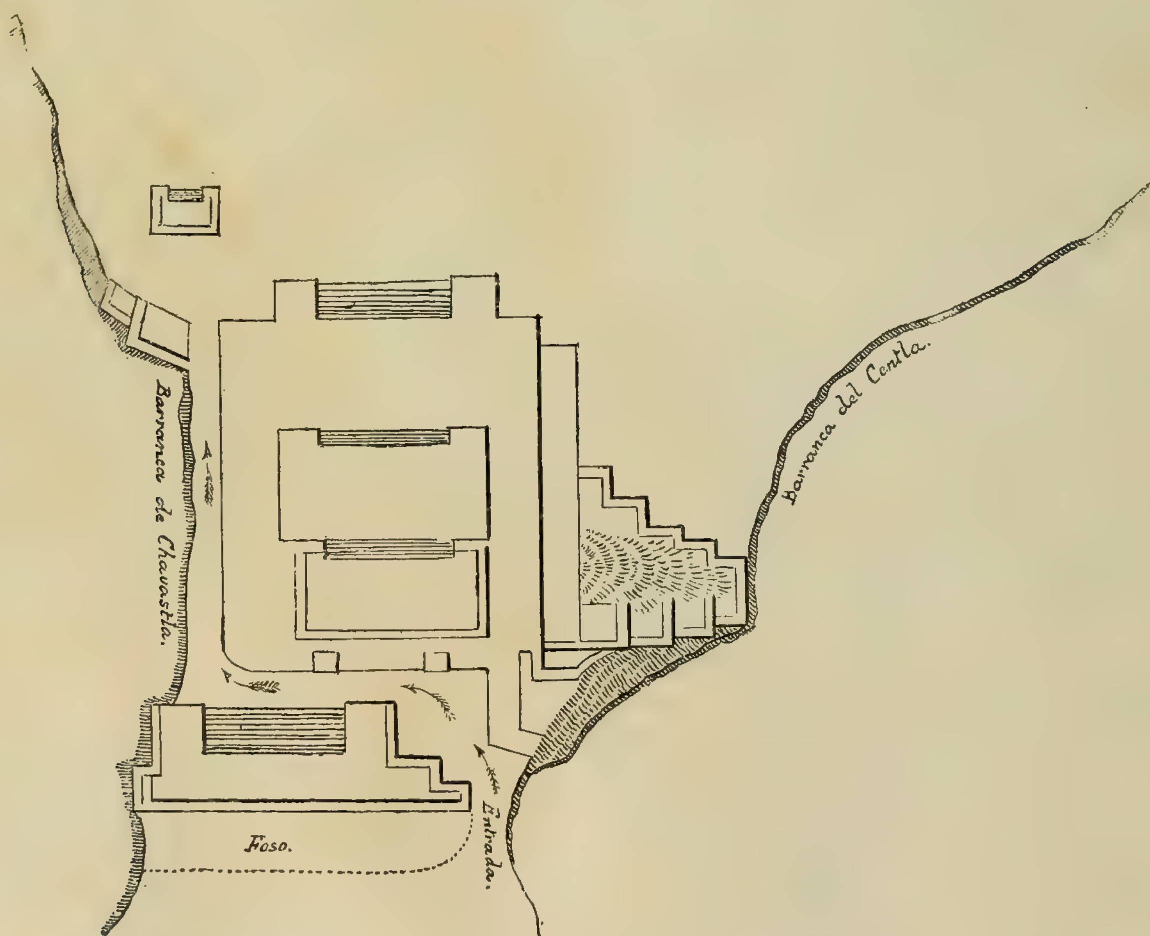


Pirámide cerca del puente Nacional



Fortín de Calcahualco

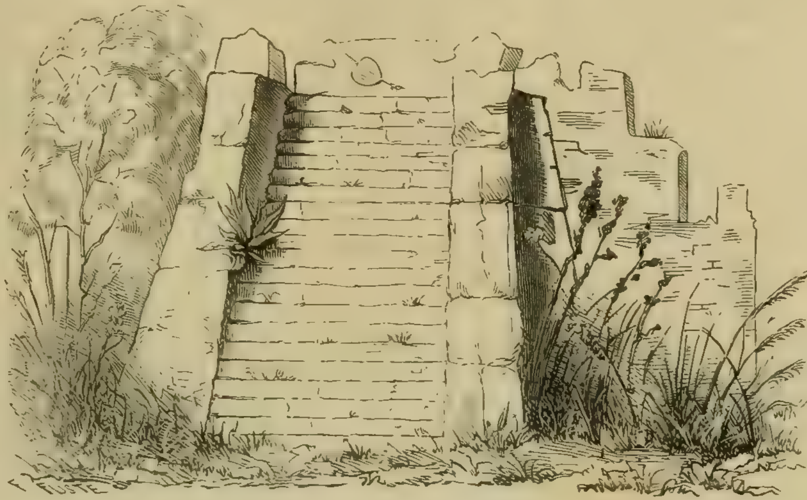
Entre Veracruz y la Mesa Central, cuyo espacio se limita á la vista por las magníficas alturas del Cofre de Perote y del Pico de Orizaba, se encuentran en gran cantidad terraplenes cerrados por muros de piedra, tanques de piedra, pirámides y túmulos. De estos terraplenes los hay de cincuenta piés de altura y otros no tienen más de doce. Estos son túmulos y en ellos se encuentran esqueletos, hachas, jarros de barro, puntas de flecha de obsidiana y diferentes utensilios. Todo prueba que esta región estuvo muy poblada y que su población pertenecía á la raza del Sur. Llama la atención en ella cómo los antiguos aprovecharon las sinuosidades del terreno para hacer fortificaciones inex-



Plano de Centla

pugnables, á cuyo abrigo se levantaban templos y ciudades.

Entre las innumerables ruinas que se extienden de Veracruz á las alturas citadas del Cofre de Perote y del Pico de Orizaba, citaremos la pirámide del puente Nacional que es tan notable por su forma. Está como á dos leguas del puente é inmediata al río; su construcción es de piedra y mezcla; su altura varía por las sinuosidades del terreno de veintidos á treinta y tres piés, y tiene una circunferencia de trescientos piés, siendo de cincuenta y cinco la de la plataforma superior. Se compone de seis pisos que dan á sus lados la forma de escaleras, resultando cada escalón de un pié de ancho y siete de altura; pero del lado del oriente tiene una verdadera escalera con treinta y cuatro gradas, cada una de sesenta y tres piés de ancho. Por la parte occidental de la base se penetra en una galería que tiene varias piezas. A alguna distancia de la pirámide quedan restos de una antigua muralla.



Pirámide de Centla

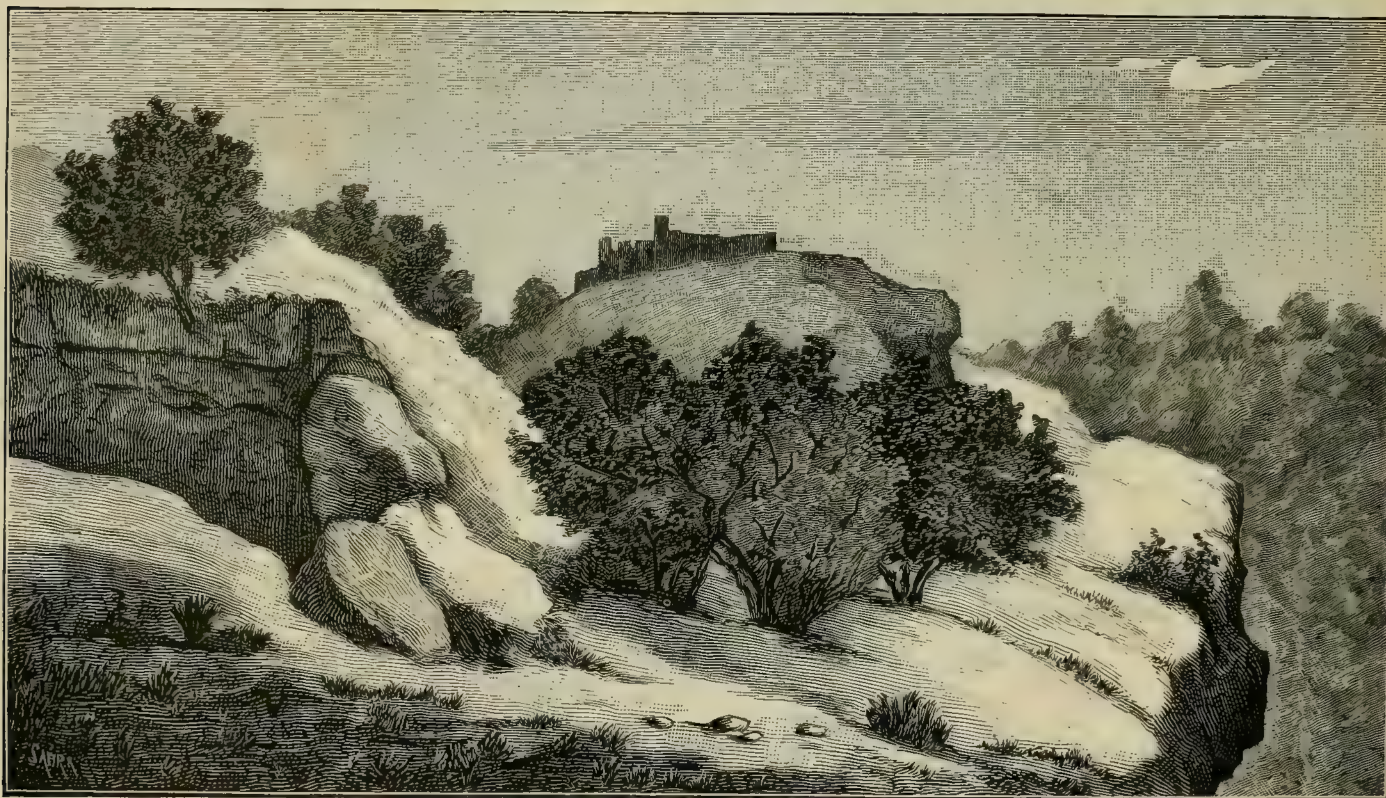


Fortaleza en escalones de Centla

En la parte alta de la zona, á una elevación entre dos y dos mil quinientos piés, se encuentran varias de las fortalezas indígenas, en los hoy cantones de Córdoba,

Huatusco y Coatepec y en la sierra de Matlaquiáhuitl. En la falda oriental del volcán de Orizaba, en los espinazos que bajan hacia los pueblos de Calcahualco y Atpatlahua, hay fortificaciones, varias pirámides é innumerables túmulos. El fortín de Calcahualco pudiera compararse, por la grandiosidad de sus muros, á las obras ciclópeas de que nos hablan los poetas griegos. Las construcciones en terraplenes, los túmulos, todo nos indica una población de la raza del Sur muy numerosa, dedicada á la agricultura, pues por todas partes estaba cultivado el terreno en el cual abunda el agua. La historia nada nos dice, pero los monumentos son cifras gigantescas en que leemos el pasado de aquellos pueblos que se cree fueron destruídos desde muchos años antes de la Conquista.

Más importantes todavía son los terraplenes de Centla, que constituyen una verdadera fortaleza y son obras admirables de fortificación. Servían para defender la entrada del terreno que abrazan las profundas barrancas de Centla y de Chaostla. Es esa entrada una angostura de diez varas de cantil á cantil, y todo el circunvalado de las barrancas es peñasco vertical que no facilita paso alguno. Esta angostura se fortificó con dos pirámides truncadas, la exterior ajustada á la orilla de la barranca y retirándose de la otra por un corto espacio que servía de entrada. Se entraba



Fuerte de Tlacotepec

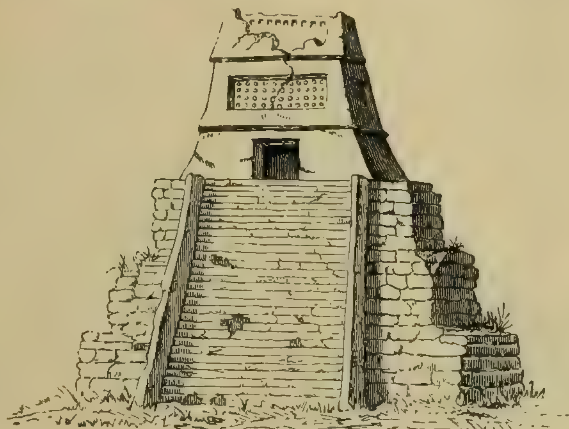
después en una plaza protegida por pirámides menores. Las dos grandes pirámides son obras fuertes de piedras y mezcla con escaleras al oriente; en la parte superior tienen parapetos y troneras. La interior, arrimada á la barranca del sur, está flanqueada por una muralla en escalones, para defender sus obras en las peñas, accesibles tal vez á agresores diestros y audaces. En el resto del terreno había muchos edificios, otras pirámides, túmulos de donde se sacaron varios objetos curiosos, piedras de sacrificio é ídolos, siendo entre éstos notable una cabeza de guerrero formada de piedra artificial, hueca y elaborada sin duda en un molde.

Al norte de la fortaleza de Centla en la mayor parte de las angosturas se encuentran pirámides y túmulos; mas la fortificación de mayor importancia es la de Tlacotepec. Está en un triángulo formado por tres barrancas profundas. La fortaleza está rodeada de un foso y se levanta sobre una peña revestida de una muralla que sube en escalones por los lados. Al frente principal hay un muro grueso de cal y canto, con escalones que conducen á una gran mesa parapetada. Como segunda línea de defensa hay varias pirámides, y después se extiende un gran plano que permitía la evolución de muchos guerreros. Este plano se encierra en una angostura con un foso minado en la peña, defendiéndose ese lado con una muralla semicircular y un grupo de pirámides altas y escarpadas. Un ojo de agua abastecía un gran estanque artificial. Por donde quiera se encuentran trastos, restos de flechas y macanas de obsidiana, ruinas de templos y palacios, entre ellas las de un edificio de más de doscientas varas de largo, túmulos y piedras de sacrificio.

Nos bastará citar otras fortificaciones, como la de Palmillas, Tenampa, Tlapala, Poxtla, Comoquitla, y

dejamos de referirnos á varias. Todo indica que esa raza perdida en la historia, poderosa y guerrera, perteneció á la gran civilización del Sur.

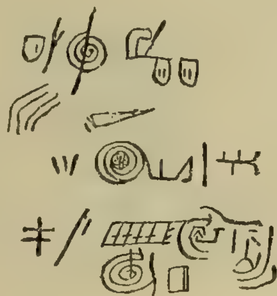
Creemos conveniente citar un monumento que dió á conocer Dupaix y al que llaman castillo de Huatusco.



Castillo de Huatusco

Es una pirámide de tres pisos ó terraplenes, con una base de ochenta varas en cuadro y sesenta y seis piés de altura; al frente tiene una escalera con balaustradas y en la parte superior un edificio de tres pisos. Es un verdadero templo ó *teocalli*, pero al mismo tiempo es una fortaleza; y desde ahora podemos establecer que, si los *teocalli* eran los lugares en que se veneraba á los dioses, eran también las fortalezas de las ciudades; por eso en el códice Mendocino se expresa la toma y conquista de un pueblo con el incendio de su templo, es decir, con la ocupación de su punto principal de defensa.

Otro dato etnográfico encontramos á pocas leguas en las ruinas de Zacuápan. Se hallan, como en las citadas, murallas de tierra, parapetos con troneras, una gran plaza con su *zacualli* ó pirámide y los acostumbrados trastos y utensilios. Pero lo más notable



Inscripciones de Atliaca.

cerca de allí, en Atliaca, es una roca con inscripciones, cuyo carácter servirá para explicarnos relaciones de raza, comparándola con otras que más adelante encontraremos.

Separándonos ya de esa región y siguiendo el rumbo norte de la costa están las ruinas de Misantla. Ocupan una meseta muy angosta á la falda del cerro del Astillero, de cerca de legua y media de largo y aislada por barrancos profundos y acantilados y por despeñaderos inaccesibles. La única parte por donde puede llegarse á las ruinas está en la citada falda del Astillero. Cierra la entrada una gruesa muralla y detrás hay una gran plaza en que se eleva la acostumbrada pirámide. Ésta es, como siempre, truncada, y siguiendo el uso general, cuadrilonga y de tres pisos, teniendo la base diez y siete varas de frente por quince de costado; pero la escalera para subir á ella tiene una forma especial que acusa el intento de hacer más segura su defensa. Está en el centro en el primer cuerpo, á los lados en el segundo y á la espalda en el último.

La plaza es casi circular y desde ella comienzan los restos de la población por una línea de cerca de una legua al norte y nordeste. Grandes cuadros de cantería de ciento á ciento diez varas por lado indican las antiguas casas que estaban colocadas en tres líneas y en una parte en cuatro, paralelas y tiradas á cordel con la más admirable regularidad. Al fin de la ciudad se levantaba para cerrarla una gruesa muralla, cuyos restos se ven todavía.

Son muy notables en estas ruinas los túmulos, que son circulares, de dos varas y media de diámetro por igual altura, con las paredes de cantería: los esqueletos encontrados en ellos están, como de costumbre, en cuclillas.

Siguiendo nuestro camino al norte llegamos á las ruinas de Papantla. A dos leguas y media de la actual población se encuentran los restos de antiguas casas y de calles tiradas con simetría, lo que revela que allí hubo una gran ciudad. A poca distancia se ven unas sobre otras grandes piedras labradas en forma de tazas, perfectamente pulidas y adornadas de relieves. Conocemos un fragmento de las esculturas de Papantla, que es un buho ó tecolote con diversos adornos esculpido en pórfido y de una belleza notable. Si todos los monumentos que hemos descrito manifiestan claramente que aquellos pueblos habían llegado al mayor grado de progreso de la civilización del Sur á que pertenecían, y revelan estrecho parentesco en los planos de las ciudades y en la construcción de los edificios con las prodigiosas ruinas de Palemke y de la península maya, la verdad es que en Papantla se encuentra la manifestación más poderosa del genio arquitectónico de la raza. Tal es la pirámide que los totonaca llamaban *Tajín* ó rayo, nombre que se extendió á la ciudad. Pertenece el monumento á la época en que ya había penetrado al sur la civilización nahoa, pues su mismo nombre indica que estaba dedicado al dios de las lluvias. Por su forma especial se ve que éste era sólo un templo y que no servía de fortificación como las pirámides.

Se compone el *Tajín* de siete cuerpos, que van disminuyendo de anchura para dar la forma piramidal.

Tiene el primer piso treinta varas por cada frente, ó sean ciento veinte varas de circunferencia. Es todo el monumento de piedra de sillería cortada á regla ó escuadra, siendo la piedra de roca porfirítica; lo que pasma el ánimo al pensar cómo pudieron labrarlo los antiguos nada más con cinceles de piedra dura ó de cobre menos duros todavía. Por la cara que mira al oriente sube una escalera, también de sillería, la cual se divide en su anchura por pasamanos en cinco partes; las dos medias suben hasta el sexto piso y tienen cincuenta y siete escalones descubiertos; la del centro está cortada por los nichos que adornan todo el edificio y que son aquí cuatro hileras de á tres, más pequeños que los otros, colocadas á distancias simétricas. Estos nichos tendrán poco más de media vara de ancho cada uno, una tercia de alto y otra de profundidad, saliendo el cielo de cada orden de ellos al aire en forma de repisa algo más de dos varas de largo y media de ancho sin contar lo empotrado en la escalera y con el grueso de una tercia. Las dos escaleras de los extremos llegan solamente á los nichos del sexto cuerpo: éstos tienen poco más de una vara de ancho, otro tanto de altura y tres cuartas de profundidad, como el resto de los nichos que rodean el edificio en todos sus cuerpos. Pero en los nichos en que rematan las dos escaleras extremas hay la particularidad de que tienen por cielo una piedra de extraña magnitud cortada á escuadra en disminución hacia abajo, siendo su largo de dos y media varas por dos de ancho y tres cuartas de grueso. La pirámide tiene diez y ocho varas de altura, aunque según otros es de noventa y tres piés. La piedra de la pirámide, que según algunos es de arenisca, está cubierta de un cimento ó estuco de tres pulgadas de grueso, que conserva restos de pintura. En su cúspide hay una gran taza cuadrada de piedra, que generalmente está llena de agua llovediza, lo que parece confirmar que era un templo dedicado al dios de las aguas.

Ha preocupado á los anticuarios el objeto que pudieran tener los nichos, y la verdad es que no hay conformidad ni en su número, porque no se ha hecho una exploración cuidadosa al monumento. El padre Márquez cuenta trescientos sesenta y seis sin los dos en que concluyen las escaleras extremas, y doce entre la escalera media, y supone que en ellos estaban los días del año, los *nemontemi*, y los intercalares, representando un gran ciclo los dos nichos altos. Humboldt siguió esa opinión. Agreguemos que en todo ese rumbo hay una gran cantidad de túmulos.

A doce ó catorce leguas de Papantla se encuentran todavía unas ruinas interesantes de una gran ciudad con restos de edificios, etc.; pertenecen á la antigua Tusápan. Fué población tan importante, que pudo armar diez y ocho mil hombres para batir á los tlaxcalteca por orden de Moteczuma. Permanece en pié y es notable por su forma su *zacualli* ó pirámide. En su base tiene doce varas por lado, y aunque se compone de cinco cuerpos sobrepuestos, no forman terrados aparte como en los otros monumentos, sino que dan la figura perfecta de una pirámide truncada. Está formada de cal y canto y cubierta con una capa de estuco ó



Pirámide de Tusápan

mezcla fina. Tiene en su frente una amplia escalera con pretiles, y en la parte superior una pieza que servía de templo, de cuatro varas de lado, con una puerta que va á la escalera. El techo es puntiagudo, y en el centro de la pieza hay un pedestal. La construcción del monumento recuerda mucho la de los edificios mayas. Es notable también en Tusápan la estatua de una mujer,



Tusápan
Fuente esculpida en la roca

la diosa del agua, labrada en la roca, y que forma una fuente natural.

Continuando al norte por la costa del Golfo, llegamos á Túxpan, Tóchpan, cuyas antigüedades son muy notables según se conoce de las dos importantísimas piedras sobre la marcha del sol, de que ya hemos hablado.

Sabemos que hay allí dos pirámides, que también llaman castillos, pero no hemos podido conseguir un dibujo de ellos.

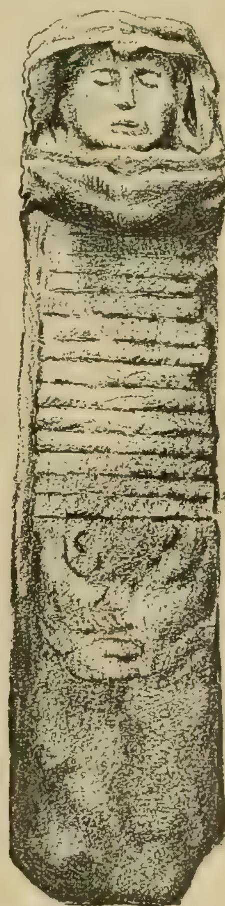
Sobre el mismo río de Túxpan, á doce leguas del puerto, se encuentra la mesa de Metlatoyúcan y las famosas ruinas de su ciudad. Pertenecía la ciudad á los cuexteca, y delante de ella, desde la mesa que hoy se llama de Coroneles, habían formado varias obras de tierra que eran unos verdaderos malecones escalonados. Por haberse encontrado un recinto con fortificaciones



Plano de Metlatoyúcan

como los que ya hemos descrito, quiso traducirse su nombre por *lugar fortificado con piedras macizas;* pero sólo significa *lugar de piedras de metate.* Cierra la ciudad, por la parte del norte, una muralla ó terraplén de cuatrocientos metros de largo, y al noroeste hay un edificio con paredes fuertes y derechas para defender el único punto por donde se podía temer una invasión. De éste salen vestigios de paredes de circunvalación que rodean la pirámide mayor, lo que las constituye en un verdadero baluarte: en su interior se ven restos de algunas salas, escalones destruídos y algunos estanques. Hay en el recinto varias pirámides truncadas de diferentes alturas: la principal tiene once metros de alto, y la base es perfectamente cuadrada con cuarenta metros por lado; está formada de seis cuerpos ó escalones de á dos metros cada uno, aun cuando sólo se descubre la mitad del primero; en su cima se descubren vestigios de un *teocalli.* Hay además otras varias pirámides de menor altura, repartidas en el recinto á propósito para su defensa. El modo conque están formadas, y que da el tipo de muchas de las construcciones del Sur, es de paralelipípedos de piedra arenisca de las dimensiones que se usan hoy para hacer los adobes de tierra, sobrepuestas en hileras derechas y bien niveladas alternando las junturas, asentadas con lodo, y cubierta toda la construcción con una capa de mezcla de tres centímetros de grueso; llenan el recinto, además, innumerables túmulos.

En la parte noroeste de estas fortificaciones, y á una distancia de tres á cuatro mil metros, se halla un terreno estrecho entre precipicios muy hondos que forman una defensa natural. Los indios para cerrar esa lengua de tierra, que tendrá de tres á cuatrocientos metros de ancho, habían formado como obra avanzada en



Piedra representando una momia

toda su extensión, una muralla de cuatro metros de altura y quince de base, siendo su sección transversal un trapecio: por la parte interior de esta muralla se

halla otra más pequeña, y como á la tercera parte de la sección de la grande, dejando entre ambas un camino cubierto; el mismo sistema de defensa se encuentra del otro lado de la mesa.

Son muy interesantes en estas ruinas los túmulos, que, como hemos dicho, caracterizan la civilización del Sur. En ellos se ha creído encontrar el elemento de la bóveda elíptica; pero como el monumento á que se refiere ese hallazgo estaba lleno de tierra en su parte interior y la curva carece de clave creemos que sería aventurado el sostenerlo. Sí es importante el decir que en el mismo lugar se han encontrado ídolos de piedra arenisca que representan claramente momias atadas con ligaduras en todo su cuerpo.

Desde Túxpan hasta el Pánuco se encuentran diversas ruinas y antigüedades curiosas, de las que algunas pertenecen por su forma á los objetos del Sur: tal es una jarra con figura de tetera que poseemos. Se hallan otros muchos objetos de barro, ídolos de arenisca y gran cantidad de puntas de flechas de obsidiana. Poseemos, traído de allá, el ejemplar más hermoso que se conoce de punta de lanza; es de obsidiana verdosa y mide cuarenta y tres centímetros de largo.

Como la laguna de Tamiahua era propicia para la construcción de *terramares*, comienzan á encontrarse ahí, y se desarrollan al Norte, desde Soto la Marina hasta Jesús María en nuestra frontera, en la laguna Madre, conociéndose con el nombre de bordos.

Hasta aquí hemos examinado ciudades de la civilización del Sur que alcanzaron su mayor grado de progreso; pero desde ahora nos vamos á encontrar con la raza del Sur extendiéndose en su primer estado, sin influencias extrañas y con las costumbres de la época semilacustre. Así es que para conocer cuál fué la civilización del Sur en sus primeros tiempos, siguiendo los terraplenes de las lagunas hasta llegar á Galveston, vamos á penetrar en la región de los *mounds*, en los Estados Unidos.

CAPÍTULO X

Los mounds. — Su relación con nuestras construcciones en terraplenes. — Región de los mounds. — Los mound-builders. — Epoca de los mounds. — Su antigüedad. — Los túmulos. — Construcción de los mounds. — Su clasificación. — Mounds con forma de animales. — Su importancia etnográfica. — Región de los túmulos. — Su correspondencia etnográfica — Ocupación del territorio por los mound-builders — Organización social semejante al feudalismo. — Preponderancia del poder teocrático en el Norte — Habitaciones. — Desarrollo de la organización social. — Región del Ohio. — Organización nacional. — Culto de los animales vivos. — Campos con palizadas — Ciudades. — Fortalezas en las montañas. — Monarquía. — Terraplenes. — Recintos amurallados. — Fortificación de Butler-Hill. — Fort-Hill. — Gran extensión de los fuertes ó ciudades amuralladas. — Unidad métrica. — Caminos cubiertos. — Pirámides. — Palacios. — Interrupción de comunicaciones. — Diversos grados de civilización. — Aplicaciones á nuestra región del Sur. — Vida agrícola. — La ciudad sagrada. — Regiones teocráticas y cacicazgos. — La nacionalidad. — Las tres grandes naciones del Sur.

Mucho se han ocupado los escritores de los Estados Unidos de los *mounds* ó terraplenes que ocupan una parte importante de su territorio y que son construcciones de los pueblos antiguos que allí vivieron en los tiempos prehistóricos. La palabra inglesa *mound* significa: terraplén, baluarte, dique, atrincheramiento. Todas estas cualidades tenían las construcciones del Usumacinta: formáronse de terraplenes, sirvieron primero de diques para evitar las inundaciones producidas por el desbordamiento del río ó por la marea alta en las costas, y fueron después atrincheramientos y baluartes, hasta llegar á ser fortalezas formidables. Pero en su principio fueron sólo masas elevadas de tierra en que el hombre del Sur construía su habitación, de manera que le sirviesen de defensa contra las corrientes que podían arrebatarla y contra las tribus salvajes que podían destruirla.



Región de los mounds

Pues bien, ya hemos seguido el desarrollo de estas construcciones por nuestra costa del Golfo, desde el Usumacinta hasta los bordos de las lagunas que llegan á Galveston. Ahí precisamente comienza la importantísima región de los *mounds*, que abraza principalmente el valle del Mississipí y del Ohio hasta los lagos. Hay fuera del valle del Mississipí y de sus tributarios trazas de emigraciones de los *mound-builders*, pero son de poca importancia respecto de los innumerables *mounds* del valle y respecto de los despojos de la edad de la piedra pulida que se encuentran á cada paso. No queda, pues, duda de que la región habitada por los *mound-builders* fué la cuenca del Mississipí y de sus tributarios.

La región no podia ser más á propósito para que en ella se desarrollase una raza populosa. El valle del Mississipí comprende una área de 2.455,000 millas cuadradas, y de esta área 214,000 están regadas por el Ohio, cuyo valle es el más extenso de los tributarios de aquél, con excepción del Missouri. Nace el Ohio en los montes Alleghanys, en la región vecina del lago Erie, y hasta encontrar el *Padre de las aguas* atraviesa un país encantador sembrado de montañas y valles, de llanuras y bosques. Se encuentran en este valle terrenos de todas clases; así fué natural que los antiguos indios lo escogiesen para centro de una gran actividad rural, al grado de que toda su extensión está sembrada de ruinas.

Igualmente abundantes son estas ruinas á lo largo del Mississipí, en donde se ven, ya aislados ya por grupos, un sin número de *mounds,* de los que algunos tienen gran altura y son enormes, mientras que otros apenas se elevan algunos piés del suelo. Pero todos llevan en sí la marca de haber sido construídos por la misma raza; están formados sobre un plan general idéntico, y cuando se hacen exploraciones en ellos se encuentran los mismos idolillos, los mismos trastos, las mismas armas y los mismos adornos, atestiguando que una sola raza llenó antiguamente esos extensos valles. Podemos, pues, decir, que la región de los *mounds* abraza los grandes valles del Mississipí y del Ohio, desde el Golfo hasta los lagos.

En cuanto á los *mound-builders,* ó los constructores de terraplenes, raza que había desaparecido en los tiempos históricos, un notable escritor americano dice que se perdieron sin que se sepa cuándo ni cómo, sin dejar más historia que algunas piedras grabadas, más datos para conocerlos que sus obras de tierra ó sus utensilios de piedra, ignorándose cómo se llamaban á sí mismos ni cómo los llamaron los otros pueblos que los conocieron. M. Robertson, más audaz ó con mayor perspicacia, encuentra relaciones entre esas obras de tierra y las de piedra de nuestra región del Sur. Nosotros, en vista de los datos que ya hemos expuesto y de los que iremos presentando, podemos decir con seguridad que la raza de los *mound-builders* es la nuestra del Sur que se extendió por nuestra costa del Golfo y penetró en el valle del Mississipí.

No sería fácil fijar la época: muchos siglos debieron pasar para que la raza del Sur llenase su territorio propio, se desbordara por la costa y llegara al fin hasta el Ohio y los lagos, ocupando la gran extensión del valle del Mississipí y sus afluentes, cultivándola toda y cubriéndola literalmente con sus innumerables construcciones. La raza del Sur había llegado en la época de la piedra pulida y había encontrado el cobre; podemos, pues, decir que la raza de los *mound-builders* pertenece á esa edad del cobre, propia sólo de los pueblos de nuestro continente.

Por otra parte, tenemos testimonios irrecusables de la antigüedad de sus obras. En efecto, un gran número de esos *mounds* y de esos terraplenes están hoy cubiertos de árboles enormes que forman verdaderos bosques, así como de troncos de árboles más antiguos aún que acreditan que en su superficie han crecido durante centenares de años y han desaparecido colosales selvas, con posterioridad á la raza constructora de esos monumentos; y nótese que ahí no puede alegarse la prodigiosa exuberancia de la vegetación de nuestro territorio del Sur.

Razón es también que los pieles rojas ni recordaban esa raza perdida ni caso han hecho de esas ruinas como cosa extraña. Ellos, que respetan tanto las tumbas de sus antepasados, ven con desprecio los sepulcros de los *mound-builders.* Además, los esqueletos encontrados en ellos están patentizando su gran antigüedad. Tan pronto como se les saca al aire caen en polvo, y apenas se pueden conservar algunos fragmentos.

Debemos, pues, remontar la construcción de los *mounds* á la primera emigración hacia el norte de la raza del Sur, cuando estaba aún en el primer período de su civilización, que sus construcciones se reducían á los terraplenes hechos en los bordes del Usumacinta y á los *terramares* de la costa de la península maya, y cuando sus utensilios eran de piedra pulida, comenzando apenas á usar el cobre nativo y á hacer de él algunos instrumentos á golpe. Sin duda que esta época fué posterior al principio de la nahoa; pero creemos no exagerar diciendo que la antigüedad probable de los *mound-builders* no baja de dos mil quinientos años antes de nuestra era.

Pero si la construcción de terraplenes los liga sin disputa con nuestra civilización del Sur, el mismo resultado nos da el elemento etnográfico de los túmulos. Es increible el número de túmulos que se encuentran en los valles del Mississipí y del Ohio: en ellos están los cadáveres sentados ó en cuclillas, y en ellos hay objetos de barro, piedra pulida, cobre nativo, etc.

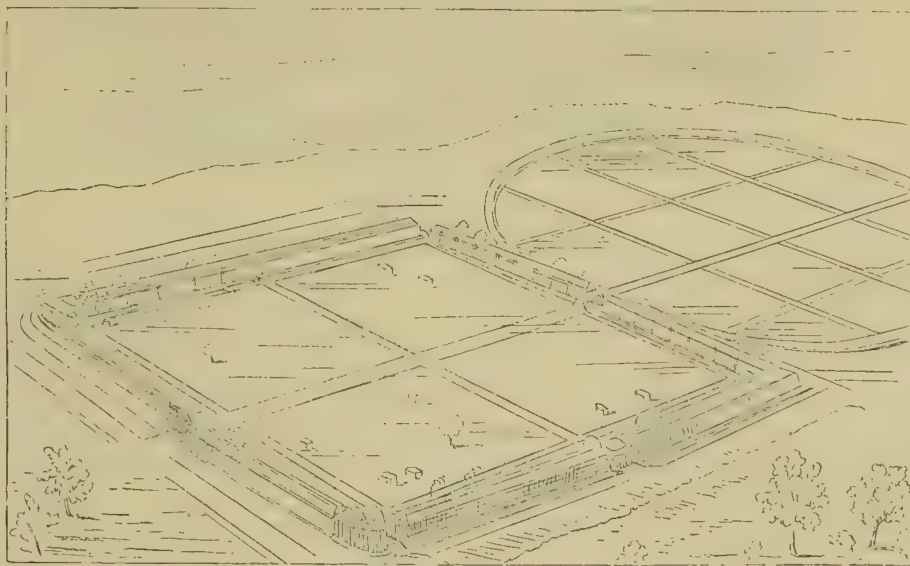
Pero examinemos la construcción de los *mounds,* para que teniendo una idea perfecta de ellos podamos estudiar la raza que los formó y la civilización que alcanzó ésta. Tomemos por modelo los terraplenes de High-Bank. La obra principal consiste en un octógono y un círculo, teniendo éste trescientos y aquél cuatrocientos metros de diámetro aproximadamente. Los muros del octógono están muy destruídos, y en su parte algo conservada tiene tres metros en lo alto por quince en la base. El muro del círculo mide sólo dos metros de altura. Vienen esos *mounds* á formar un terreno artificial de más de dos kilómetros cuadrados. Pero esta extensión no es siempre la misma, ni lo es su forma, lo que hace comprender que tenían distintos objetos. Unos son claramente fortificaciones, otros estaciones de señales; los truncados, que á veces tienen gran altura, eran subconstrucciones de sus templos ó de los palacios de sus jefes, y los más pequeños son túmulos. Debemos agregar los grandes *mounds* cónicos, que por las exploraciones del doctor Wilson se ha sabido que están generalmente formados de varias capas de tierra y de carbón que contienen restos de animales. Estos últimos nos dan un nuevo dato etnográfico que los liga á la civilización del Sur: el culto de los animales. No se comprenderían de otra manera esos sepulcros piramidales con sus restos, que recuerdan las tumbas de animales de la Líbica y las grutas de momias de cocodrilos del Egipto.

Algunos de los *mounds* son tan grandes que

contienen en su recinto de veinte á cuarenta hectáreas, y el volumen de uno de ellos fué apreciado en 550,000 metros cúbicos, de manera que cuatro de iguales dimensiones compondrían un volumen mayor que el de la más grande pirámide de Egipto, que tiene sólo 2.000,000 de metros cúbicos.

Tales diferencias de estas construcciones obligan á hacer una clasificación de ellas. Si se abraza el conjunto del vasto territorio de los *mounds*, se encuentran cinco sistemas diferentes de construcción, de los cuales cada uno es particular á una región.

El primer sistema es el de las obras descubiertas en la parte norte del valle del Mississipí, principalmente en el Estado de Wisconsin, y casi exclusivamente en el corto terreno que se extiende entre el río y el lago Michigan, aunque en Ohio se encuentran algunos ejemplares excelentes: se le ha dado el nombre de sistema de *mounds* emblemáticos ó *animal-mounds*. La razón es porque representan en su forma gigantesca algunos animales de la región. Verdad es que, acaso por las injurias del tiempo, las nueve décimas partes de los descubiertos hasta hoy son simples plataformas curvas, alargadas ó de formas irregulares, que no dan distintamente la forma animal. Pero hay otros que sí representan claramente pájaros, tortugas, serpientes y aun formas humanas. Su altura es de pocos piés sobre el suelo, aun cuando debemos tomar en consideración lo que éste se ha elevado con el transcurso de los años;



Mounds de High-Bank

pero sus dimensiones son considerables. Efigies toscas de forma humana hay de cien piés de largo, cuadrúpedos con cuerpos de cincuenta á doscientos piés, pájaros con alas de cien piés, lagartos de dos y de cuatrocientos piés de longitud, y serpientes de mayor extensión. Ese territorio está lleno de esos *animal-mounds*, los que se combinan á veces con pirámides cónicas, terraplenes y cercados ó murallas. A veces la forma del animal se hace por medio de una excavación en el lugar de un *mound*, sirviendo la tierra extraída para levantar los terraplenes inmediatos. Citaremos el *animal-mound* del condado de Adamas en Ohio: representa una monstruosa serpiente con el cuerpo curvo y la cola recogida, de cinco piés de altura, treinta de ancho y más de mil de largo. Estas construcciones son de tierra, rara vez se mezcla alguna piedra, y pocas veces se encuentran en ellas cenizas ú otras señales de fuego.

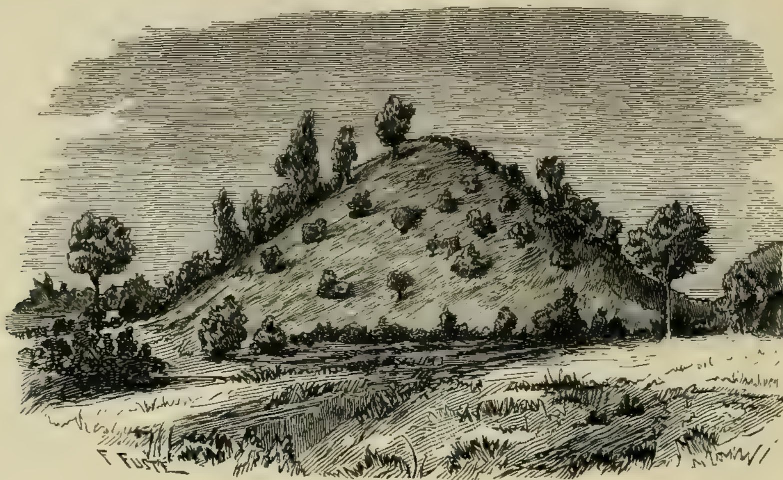
Los escritores que en estas construcciones se han ocupado, han comprendido que su forma de animales tenía conexión con las ideas religiosas de los constructores. A este propósito dice poéticamente Peet, que cuando en la cima de las colinas que dominan hermosos ríos y fértiles valles se contemplan esas figuras misteriosas y mudas, se diría que los animales adorados en otro tiempo por un pueblo grosero, ya á título de antepasados ya al de dioses, estaban dormidos pero prontos á levantarse para protestar contra los intrusos que van á visitarlos.

Para nosotros los *animal-mounds* son un elemento etnográfico de mucho valor. Y no se extrañe nuestra insistencia respecto del viejo culto de los animales: hablamos de él los primeros, y el señor Orozco lo aceptó como algunas otras de nuestras ideas; nadie nos había contradicho, y sin embargo, atacaron por esto al señor Orozco: así es que estamos obligados á probar una idea nuestra que desgraciadamente él ya no puede defender.

Pues bien, si examinamos la posición geográfica de la región especial de los *animal-mounds*, veremos que es la más aislada y la más lejana de los nahoas; de manera que sus constructores conservaron el culto conque llegaron á ese territorio sin que se mezclase á él ninguna influencia extraña. Esos *mounds* son por lo tanto templos-efigies de sus dioses, y el pueblo que los

formó tenía el culto de los animales, y por lo mismo era una rama que se había desprendido del gran centro de civilización del Usumacinta. Como más lejana esa región de los *animal-mounds,* debemos suponer que fué la menos civilizada.

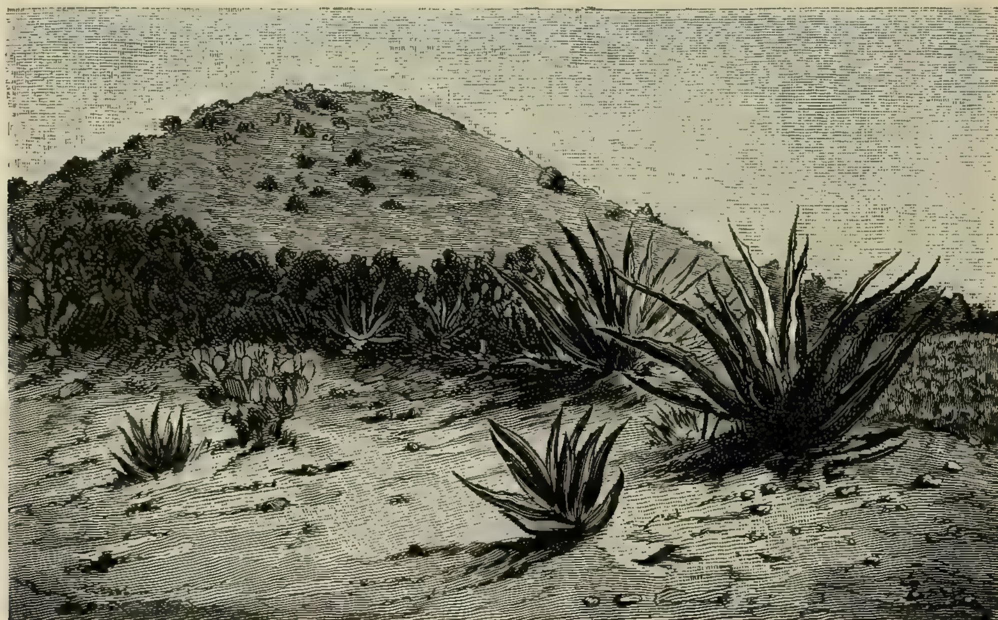
Sigue al sur, en el terreno que se extiende entre Wisconsin y el Ohio, un sistema completo de túmulos, encontrándose solamente algunas pirámides macizas, como las de Kaokia y Miamisburg. Se han querido hacer subdivisiones de los túmulos en *altav-mounds, buriel-mounds,* etc.; pero nosotros, como elemento etnográfico, no podemos considerarlos sino como sepulcros,



Mound de Miamisburg

que por su forma, por los objetos que encierran y por la posición del cadáver, pertenecen á la civilización del Sur.

En la región anterior observamos que los *mounds* son gigantescos ídolos de animales, verdaderas deidades zoolátricas, y que no se encuentran restos de las habitaciones ó ciudades de los antiguos habitantes, sino raras plataformas y cercados. Esto revela un estado muy primitivo, y no existía ya su relativo en nuestro territorio. Pero no sucede lo mismo con la región de los túmulos: éstos se encuentran, ya agrupados, ya formando calles, ya colocados simétricamente alrededor de uno más grande, ya en combinación con las pirámides de tierra ó con los cercados, frente á cuya entrada casi nunca falta un *mound.* Tampoco aquí se hallan restos



Pirámide del Sol (Teotihuacán)

de las habitaciones; pero ya encontramos más adelante que en la región anterior, y semejante con una de las de nuestro territorio, la de Teotihuacán. Basta referirnos á la gran cantidad de túmulos de esta ciudad que rodea sus dos pirámides, y comparar la ya citada de Miamisburg con la del Sol en Teotihuacán. Esto supone en la región de los túmulos una serie de ciudades correspondiendo á determinado adelanto de civilización. Para podernos explicar esos diversos grados de cultura, así como las costumbres de los *mound-builders,* es preciso examinar de qué manera penetraron y se extendieron en ese territorio.

En otra obra años há publicada llamamos la atención sobre el fenómeno hasta entonces no observado de que las civilizaciones del Sur y del Norte se extendieron en líneas paralelas á gran distancia la una de la otra, y ocupando ambas su terreno propio del Atlántico al Pacífico. Cuando por la ley natural de expansión buscaron mayor territorio, fueron sus emigraciones también paralelas; la del Norte emigró al Sur por la costa del Pacífico, y la del Sur al Norte por la del Golfo. Esto hizo que desde sus principios entraran en la lucha que había de ser constante entre ellas.

Al llegar la raza del Sur al valle del Mississipí lo encontró ocupado de muy atrás por la raza nahoa que á esa latitud estaba establecida de océano á océano. Necesitó, pues, invadirlo por la guerra y la conquista, empujando á los nahoas del otro lado de las montañas Rocallosas; lo que nos explica cómo éstos, que habían venido por el oriente, se encontraron en el poniente en la región de Chicomoztoc. Esta ocupación por la conquista traía como consecuencia lógica una organización social guerrera. Nada nos puede dar mejor idea de ella que el feudalismo de la Edad Media en Europa, que fué una constitución militar debida á causas semejantes. Sustituyamos al señor feudal la tribu guerrera y al castillo el *mound* fortificado, dejemos á los vencidos como siervos que cultivan la tierra para los vencedores, y tendremos una idea exacta de la organización social de los *mound-builders*. Pueblo fanático por su culto, era una sociedad guerrera sometida á la autoridad teocrática: levantaba pirámides para altares de sus dioses, y pirámides también para defenderse del pueblo vencido que podía sacudir su yugo. Lógicamente tenía que haber en esa sociedad las tres clases ó castas: la sacerdotal, la guerrera y la del pueblo vencido. Nacionalidad propiamente dicha no podía existir; las agrupaciones de las tribus guerreras podían constituirla, como la unión de los señores feudales que reconocían un jefe ó rey.

Las tribus que llegaron más al norte traspasando el territorio ocupado por los nahoas, se encontraron sin enemigos importantes y sólo con hordas salvajes fáciles de dominar; ahí el poder guerrero no era tan necesario y tuvo que ceder el puesto al poder teocrático. Por eso vemos en el Wisconsin dominar los *animal-mounds,* admirables obras religiosas levantadas por las hordas vencidas en honra de los dioses animales de los vencedores, y por eso se contemplan ahí tan pocos terraplenes y cercados, fortalezas de la clase guerrera.

Pero cualquiera que hubiera sido su organización, nos preguntamos qué se hicieron las ciudades y las habitaciones de esas tribus, pues no se encuentran rastros de ellas en la región de los *mounds,* como si al desaparecer aquella raza misteriosa se las hubiese llevado consigo. Mr. Lewis H. Morgan pretende que eran casas grandes levantadas sobre los terraplenes que sustituían al primer piso cerrado de las de los nahoas, y aun nos da la reconstrucción de una de esas habitaciones. La idea es ingeniosa; pero no tiene nada que la apoye. La casa grande corresponde á un pueblo que vivía en el comunismo y que carecía de un culto organizado; circunstancias enteramente distintas de las de la raza de los *mound-builders*. ¿Cómo explicar entonces los pocos terraplenes del Wisconsin y cómo entonces, con tan reducido número de familias, se habría podido dominar la región y obligar á los vencidos á levantar los colosales *animal-mounds?* Allí, al contrario que entre las familias nahoas de las casas grandes, había un culto muy desarrollado.

Si nos fijamos en que en la mayor parte de los terraplenes se han encontrado grandes depósitos de cenizas, podemos deducir que sobre ellos había construcciones de madera. Basta, para convencerse, ver las actuales construcciones de nuestros pueblos de indios, especialmente los de la costa en que existió la civilización del Sur: son chozas de madera y lodo con techos de paja. Cuando en nuestras contiendas civiles han incendiado alguno de esos pueblos no han quedado más que montones de tierra y cenizas. En la región del Sur hay una parte en que la civilización moderna no ha penetrado y que, sustraída á todo contacto extraño, conserva sus primitivas costumbres, apenas modificadas por la vecindad lejana de pueblos más adelantados: es la tierra de los lacandones, entre la península yucateca y Guatemala. El tipo de sus habitantes nos recuerda el de los primitivos de la raza, y sus chozas, que el menor fuego haría desaparecer por completo, nos dan idea de las primeras habitaciones de la raza del Sur. Ya con estos datos puede decrse que en la región del Wisconsin vivían en agrupamientos de esas chozas los habitantes, teniendo las suyas en los terraplenes y cercados las castas guerrera y sacerdotal que desde ahí dominaban el país.

Más al sur, la mayor proximidad del enemigo hizo que esos pequeños agrupamientos de chozas que estaban diseminados en las praderas se concentraran alrededor de las pirámides, que eran grandes obras de defensa. Formábanse así verdaderas ciudades de chozas, lo que explica también la gran cantidad de túmulos ó sepulcros. En la época histórica nos da una idea de semejante organización la antigua ciudad de Teotihuacán con sus pirámides, sus túmulos y los restos de sus habitaciones, que aquí se encuentran porque emplearon la piedra y llegaron á mayor adelanto, pues semejantes debieron ser las ciudades levantadas alrededor de las pirámides de Kaokia y Miamisburg. El poder guerrero tuvo que desarrollarse y por eso se ven grandes cercados y á su entrada pirámides para su mayor defensa. Pero la constitución de la ciudad debía organizar un poder teocrático que ó tenía á sus órdenes á la casta guerrera ó la dominaba por completo. Desde entonces nace el

gobierno más general en nuestro territorio, que podemos llamar teocracia guerrera. Todavía no se puede decir que hay nacionalidad, pero ya hay patria, es decir, una ciudad y un territorio que defender, una familia que proteger y dioses que venerar y hacer que sean respetados por los extraños.

Si pasamos ahora á la región propia del Ohio, observaremos un gran desarrollo de las obras de tierra, que acusan que allí hubo un centro poderoso de esa civilización y que la clase guerrera fué numerosa. La gran serie de terraplenes y recintos amurallados que en combinación con muchas pirámides truncadas llenan ese fértil valle, supone una defensa perfectamente estudiada del terreno, y por consiguiente una nacionalidad; y no dudaríamos decir que ahí, siempre al amparo y bajo la influencia de la clase sacerdotal, se sobrepuso la casta guerrera, y que probablemente su gobierno tuvo la forma monárquica, pues así lo indican las mismas construcciones encontradas. Y aquí creemos necesario extendernos un poco sobre ellas.

En el Ohio son ya muy raros los *animal-mounds* y más al sur no se han encontrado hasta ahora: combinado esto con los cadáveres de animales que se han descubierto en túmulos da la idea de que se les veneraba vivos, pues no se han hallado ídolos que representen á sus dioses. Recuérdese que Votan guardaba tapires vivos en la casa lóbrega, que los egipcios adoraban vivo al buey Apis, y agréguese que un misionero jesuita cuenta que vió en nuestra frontera que unos indios que cogieron á un tigre lo enterraron en una palizada y lo adoraban como á dios. Debemos, pues, creer que existía el culto de los animales vivos.

En cuanto á las obras del Ohio hay que dividirlas en tres clases: recintos amurallados, cuadrados y círculos y pirámides truncadas. Se encuentran, en primer lugar, verdaderos campos fortificados, rodeados de hileras de agujeros, que dan á conocer que servían para poner palizadas, y en algunas partes hay restos de éstas. Tales fortificaciones, formadas de terraplenes y de poca altura, eran obras avanzadas, ya de fortalezas poderosas puestas en los pasos de los ríos, ya á inmediaciones de las ciudades, cuya antigua existencia se descubre por materias descompuestas y carbónicas, piedras quemadas, caracoles, cenizas, trastos y restos de útiles.

La existencia de las ciudades se descubre también por los lugares en que se encuentran las obras de los *mound-builders*, que son siempre valles fértiles capaces de sostener una gran población. Además se notan huellas de dos ó tres series de terrazas sucesivas levantadas en el transcurso de los siglos, buscando el punto de unión de las corrientes de agua caudalosas, que es el sitio más á propósito para la construcción de ciudades. En estas planicies y en las alturas que las rodean se encuentran los antiguos monumentos, generalmente en grupos que incluyen una ó varias de las citadas clases. Se nota desde luego la semejanza que hay entre esas ciudades fortificadas y sus obras avanzadas, verbigracia, con Metlatoyúcan y los malecones de la mesa de Coroneles.

Las construcciones de tierra en las montañas, principalmente en el Tennessee, son verdaderas fortalezas con puntos avanzados, bastiones, ángulos, muros, paralelas y fortines interiores. Establecidas para defender la entrada de fértiles valles y proteger al pueblo agricultor, recuerdan á Huatusco y á Centla, y revelan la preponderancia del poder guerrero y naturalmente cierta decadencia del poder teocrático. Todas esas fortalezas combinadas y formando una extensa línea de defensa no podían ser obra de esfuerzos aislados, sino que manifiestan la existencia de una nacionalidad poderosa y casi seguramente un gobierno monárquico. Aquel pueblo guerrero tenía un rey y una patria y una nacionalidad que defender.

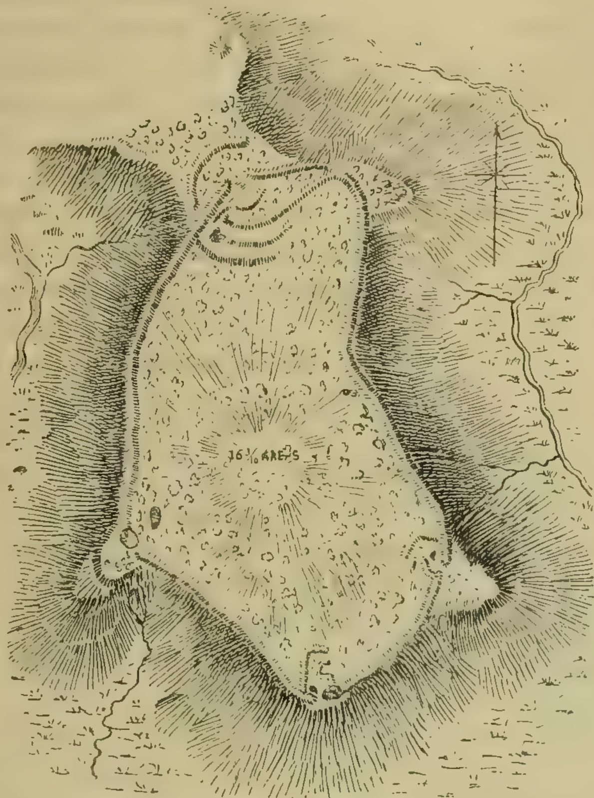
Examinemos ahora las diversas clases de estas obras de tierra para formarnos cabal idea de ellas. Los recintos varían en extensión de tres á cuatro acres. Los terraplenes están generalmente rodeados de fosos y tienen de tres á siete piés de altura. Su número solamente en Nueva York se calcula en doscientos cincuenta. Créese que en el Ohio los recintos fortificados no bajan de mil quinientos y que los *mounds* de diversas clases pasan ahí de diez mil. Comencemos el examen por los terraplenes y recintos.

Los terraplenes son casi siempre de tierra y solamente en los lugares en que abunda la piedra se ha mezclado ésta con aquélla. La tierra se sacaba del mismo foso que había de rodear el terraplén, sin formar adobes y mucho menos usando piedras labradas ó mezcla. En esta clase general de terraplenes ó embanquetados parece que no daban importancia á su forma regular, aunque es posible que el tiempo los haya descompuesto. Se encuentran casi siempre en los collados de cierta altura; de manera que debieron ser puntos avanzados ó de observación; pues muchas veces varios *mounds* van teniendo conexión hasta llegar á los centros fortificados.

En cuanto á los recintos amurallados, algunos escritores quieren que sean lugares en que se reunían los senados ó consejos de los pueblos y otros que fueran plazas para las ceremonias religiosas. Nosotros no dudamos de que aquellos en cuya área no se hubieran levantado edificios, hayan podido servir ya para las reuniones en que los sacerdotes y los jefes decidían las grandes cuestiones del Estado, ya para las danzas sagradas conque aquellos pueblos celebraban sus fiestas; pero no debemos echar en olvido que el verdadero templo era la pirámide truncada, en cuya cima se adoraba al dios. El principal objeto de los recintos

amurallados era para que sirviesen de obras de defensa en que el pueblo se recogía cuando era atacado por un enemigo poderoso.

De los recintos fortificados debemos examinar primero los de forma irregular adaptada á la naturaleza del terreno. Como muestra tenemos el de Butler-Hill, cerca de Hamilton, en Ohio. Está situado en una loma á doscientos cincuenta piés sobre el nivel del río. La muralla es de piedra y tierra mezcladas, de cinco piés de altura y treinta y cinco de grueso en la base: está rodeado de un foso y de varios pozos, de donde se sacaron los materiales. La altura de la muralla está indicando su objeto, que era resguardar el cuerpo de los guerreros, que lanzaban sus flechas detrás de ella. Hay dos *mounds* de piedras toscas dentro, cubriendo dos de las entradas, y uno fuera como punto de avanzada. En ellos han quedado huellas de fuego, lo que indica que servían también para poner señales en la noche. Las entradas se cierran con murallas paralelas, y son muy notables las cuatro que defienden la entrada principal y la media luna exterior que la protege. Verdaderamente sorprenden los adelantos que esos pueblos habían hecho en la fortificación y no se comprenderían sin una raza inteligente y muy adelantada y una perfecta organización social.

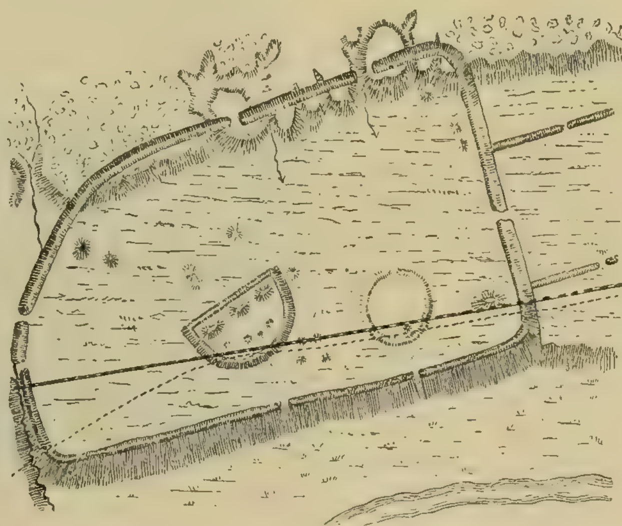


Fortificación de Butler-Hill

En Fort-Hill, también en el Ohio, hay otra fortificación notable sobre una colina. Mide dos mil ochocientos piés de largo por ochocientos de ancho. La muralla del lado de la caleta es de piedras y barro mezclados y del otro lado tiene seis piés de altura por treinta y cinco de ancho con un foso exterior. Los muros del cercado del lado son de barro y no tienen foso. El área es de ciento once acres y tiene dentro dos cercados, uno en medio círculo y otro circular. Esto y las huellas del fuego dan á conocer que fué un gran campo militar ocupado por una tribu guerrera, una verdadera ciudad amurallada.

Cerca de Bourneville hay otro campo amurallado de ciento cuarenta acres. En Fort-Ancient hay una mesa que está á doscientos treinta piés sobre el río Miami, y en ella el terraplén tiene cuatro millas de largo y en algunas partes diez y ocho y veinte piés de altura. En el norte del Ohio hay otros varios terraplenes en conexión con recintos amurallados y pirámides. Se calcula que solamente en aquella región hay trescientas seis millas de terraplenes fortificados. Esto basta para dar idea de que allí hubo una poderosa nacionalidad y gran número de ciudades amuralladas.

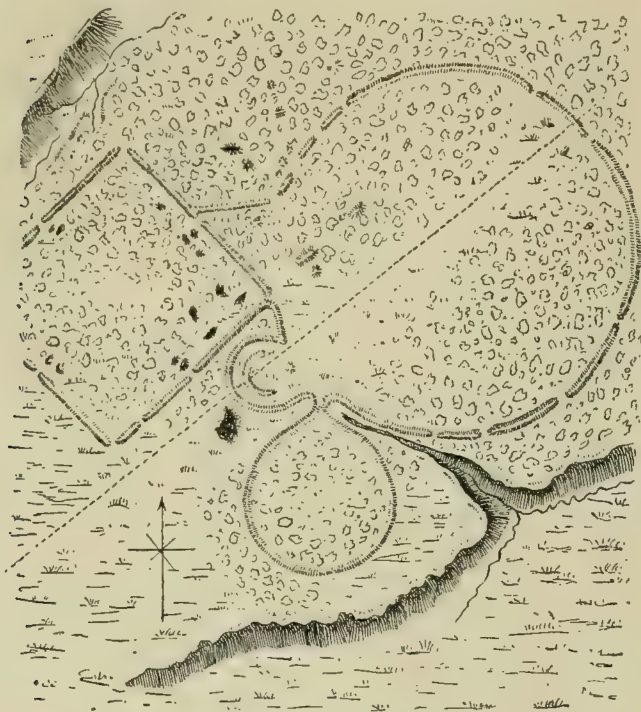
En cuanto á los círculos y cuadrados, hemos dado ya idea de ellos al hablar de los High-Bank. Estos son los que especialmente quieren los escritores que sean recintos sagrados, y no los creen fortificaciones, ya por su forma regular, ya por su sitio invariable en los lugares nivelados. Parece confirmarlo que, verbigracia en Fort-Hill, están dentro de la fortificación. Pero no olvidemos que esos círculos y esos cuadrados tienen también murallas semejantes que no podían tener objeto para las ceremonias religiosas.



Fort-Hill

En estos recintos domina la forma de círculos ó cuadrados, pero se encuentran también la elipse, el rectángulo, la media luna y otras formas: á veces se combinan varias de ellas. Lo más general es encontrar un cuadrado con uno ó más círculos. Sus áreas son comunmente de uno á cincuenta acres y hay

grupos que cubren una gran extensión: uno de ellos, en Newmark (Ohio), tiene una área de cerca de cuatro millas cuadradas. Esa gran extensión bastaría para demostrar que tales obras eran fortificaciones, ciudades

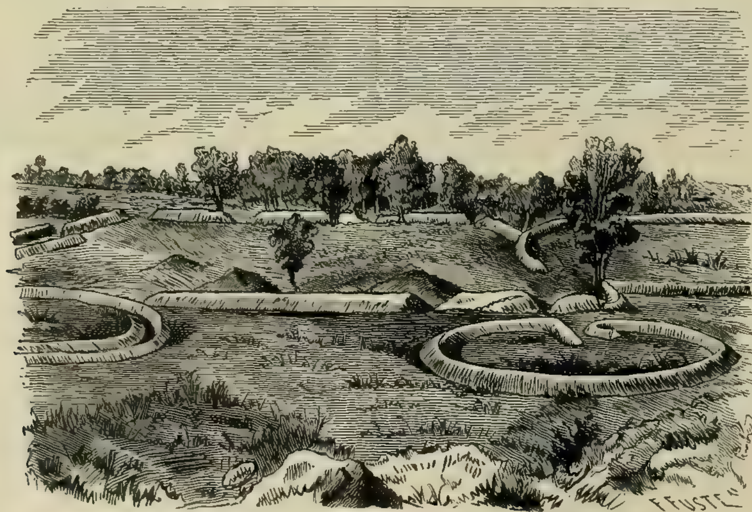


Recintos amurallados de Liberty

amuralladas, si se quiere, pero no recintos sagrados; pues no comprendemos que se necesitara tanto terreno para una ceremonia religiosa. El círculo que hemos visto dentro de Fort-Hill parece indicar el lugar amurallado en que vivía el jefe guerrero: es como el palacio ó ciudadela de la plaza. Una muestra de esas obras son los recintos de Liberty (Ohio), que comprenden además algunas pirámides.

Casi siempre los círculos y los cuadrados no tienen fosos, sino que se ha tomado de pozos la tierra para construirlos. Generalmente los cuadrados tienen mil ochenta piés por lado y los círculos de diámetro de doscientos á doscientos cincuenta piés; lo que combinado con la altura de los muros, que es de cinco piés, y su grueso de treinta y cinco, podría servir acaso para encontrar la unidad de medida de aquellos pueblos. Como una simple hipótesis podríamos señalar por unidades métricas probables de la raza las correspondientes á cinco y veinte piés.

Los círculos tienen en muchos casos un foso interior, y á veces, como en Circleville y Salem, hay dos terraplenes circulares, el uno dentro del otro, separados por un foso. Los grandes círculos tienen una sola entrada, por lo común del lado del oriente. Hay muchos círculos pequeños, de treinta á cuarenta piés de diámetro, en conexión con los grandes recintos con ligeros terraplenes y sin entradas. Los grandes círculos están invariablemente en conexión con cuadrados ó rectángulos con terraplenes y sin fosos, que tienen una entrada en cada ángulo y una en medio de cada lado; pero los muy grandes tienen más entradas. La vista de estas obras es verdaderamente pintoresca con las murallas circulares de sus recintos, sus terraplenes y sus *mounds*, como sucede en Hopeton.



Vista de los monumentos de Hopeton

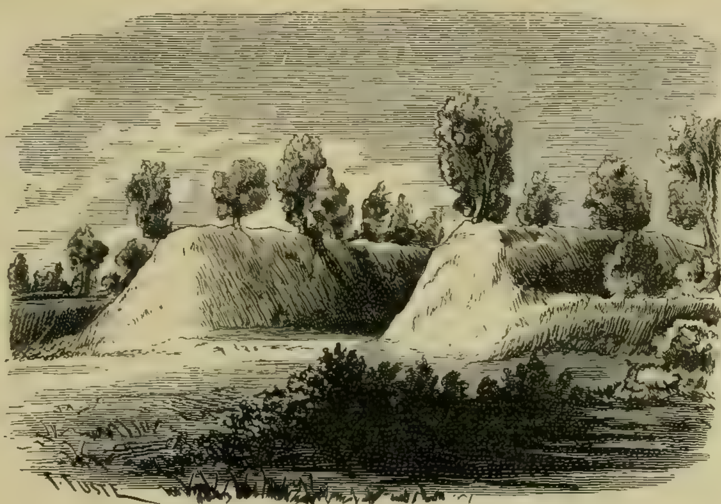
Los terraplenes se empleaban también con otro objeto estratégico, pues servían para formar caminos cubiertos que iban de los centros fortificados á los ríos, para lo cual se hacían terraplenes paralelos que encubrían esos caminos. Podemos citar los del río Miami, que parten de dos *mounds* y tienen un cuarto de milla de extensión, y los de Piketon, que tienen de cinco á once piés de altura y veintidos por la parte exterior, doscientos tres piés de separación en un extremo y doscientos quince en el otro, y doscientos ochenta de largo. En el norte sólo se encuentran fosos rodeando los terraplenes, pero en el sur los fosos sirven de caminos cubiertos, como sucede en Carterville, en que comunican de los *mounds* al río.

Las pirámides truncadas eran fortalezas y templos á la vez, y ya hemos visto que estaban en conexión con

las otras obras. Eran de tierra mezclada rara vez con piedra y se componían de varias plataformas. Una en Tennessee, de cuatrocientos cincuenta piés de diámetro y cincuenta de altura, tiene bien distintos diez terrados. Algunas son muy grandes, como la de Kaokia, que tiene setecientos por quinientos piés de base y noventa de altura: la base cubre ocho acres y la plataforma superior tiene dos de extensión. En Lovedale (Kentucky), hay una pirámide con base octogonal. En Seltzerton (Mississipí), hay otra de cuarenta piés de altura que cubre seis acres y cuya plataforma superior tiene un área de cuatro acres; en ella hay dos *mounds* cónicos que tienen cuarenta piés de altura y treinta de diámetro en la base. La rodea un foso de diez piés de ancho. Esta pirámide y otras más al sur se dice que están formadas con adobes.

En el norte dominan los terraplenes y en el sur las pirámides, y aun se encuentran de piedra como en Plunkett Creek (Georgia). Las pirámides conservan huellas de escaleras á veces, habiéndose borrado en muchos casos por el transcurso del tiempo y por su construcción de tierra. A ocasiones se encuentran, como en el condado de Washington (Mississipí), varias pirámides en conexión que recuerdan las ciudades fortificadas de nuestra región del Sur y que acreditan que esa región, como era natural, siguió recibiendo la influencia del lugar de su origen, influencia que debía irse perdiendo más y más en los pueblos que se iban alejando al norte.

Peet cree que más al sur la arquitectura tuvo mayor desarrollo, pues da fe al dicho de Garcilaso de la Vega, de que los caciques de esa región vivían en palacios. Las pirámides truncadas servirían, pues, de base á esos edificios y esa rama de la raza se llamaría los *constructores de palacios*. Que nos perdonen el cronista español y el antropólogo americano, pero no se encuentran ni las ruinas de una sola pared de uno de esos palacios, y no son esos monumentos de los que se tornan en polvo que el viento arrastra.



Terraplenes paralelos de Piketon

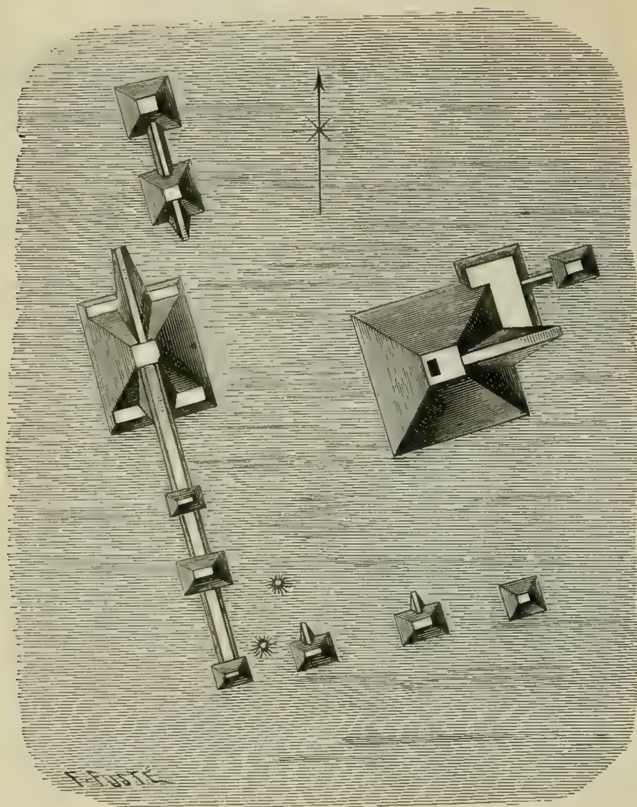
Hay señales claras de que llegó un tiempo en que se cortaron las comunicaciones entre nuestra región del Sur y la de los *mound-builders*. En nuestra frontera del Golfo se nota un vacío de ruinas, de nombres de ciudades y de objetos antiguos, que manifiesta una irrupción de tribus bárbaras que de tiempo atrás merodeaban por ese territorio: acaso el mismo pueblo autóctono que empujado del centro fué á establecerse ahí. Esto dió por resultado que los *mound-builders* se detuvieran en uno de los grados de la civilización del Sur y que no llegaran á las grandes construcciones de piedra, como el *Tajín* de Papantla y los palacios de Uxmal.

Y hé ahí precisamente el interés que tiene para nosotros el territorio de los *mound-builders;* que mientras en nuestra región del Sur no podemos estudiar su civilización en los diversos grados en que se fué desarrollando, pues en sus monumentos y en su historia se nos presenta ya hasta con el gran progreso que le dió su enlace y mezcla con la nahoa, en el Norte, por el contrario, la hallamos en distintas localidades en sus diversas formas de adelantamiento.

Podemos, pues, decir que la raza maya-quiché fué en su origen agricultora y religiosa, que tenía el culto de los animales, que estaba gobernada por sacerdotes y que vivía en chozas en las praderas y en terraplenes en las márgenes de los ríos, teniendo un principio de organización militar y un bosquejo de fortificaciones de tierra para su defensa; pues tales son los datos que nos suministra el lejano territorio de Wisconsin. Semejante estado supone que había fanatismo religioso y propiedad de la tierra, lo que está conforme con las tradiciones de Votan é indica un pueblo laborioso, tranquilo y honrado.

El segundo grado de civilización, según lo que nos manifiesta la región vecina del Illinois, fué la formación de la pirámide, templo y fortaleza al mismo tiempo, y el

agrupamiento de habitaciones y túmulos alrededor, es decir, la ciudad sagrada ó teocrática establecida para defender el territorio agrícola de las invasiones del enemigo ó para sostener las conquistas hechas sobre él. A este estado social corresponden la fundación de la ciudad de Nachán en el Usumacinta y la de Izamal en la península maya. Mal haríamos en figurárnoslas en su principio con los suntuosos templos y palacios que después las adornaron: debieron ser, al empezar, agrupamientos de chozas alrededor de sus kús, gobernada la una por los sacerdotes que llevaban el nombre de Votan y la otra por los que conservaban el de Zamná.



Pirámides del Mississipí.

Entonces debió nacer una organización social y teocrática y una división de clases y trabajos: la casta sacerdotal dedicada al culto y gobernando la ciudad y la región que le pertenecía; la casta guerrera participando en el gobierno, defendiendo el territorio y aumentándolo con sus conquistas, y el pueblo cultivando los campos y dedicándose á la industria. Agreguemos la clase de los vencidos, de los hombres que quedaban en servidumbre, cuya existencia nos patentizan las colosales obras de piedra, pues sabido es que los grandes monumentos de la antigüedad son la expresión del trabajo de un pueblo esclavo.

Ya sobre las riberas de la región central del Mississipí la ciudad toma un carácter más grandioso y se percibe mayor culto y un gran sistema militar, pues se encuentran varias pirámides en conexión. Esto indica también un dominio más extenso de territorio, ya bajo el mismo mando de los sacerdotes, ya bajo el de caciques guerreros que se iban sobreponiendo al poder teocrático. Esta debió ser la segunda época de desarrollo de Nachán é Izamal, mejorada por el uso de las construcciones de piedra; entonces se formaron las diversas ciudades que se ven en ruinas en aquellas regiones, y que fueron centros de diversos territorios teocráticos ó guerreros, aun cuando debemos considerarlas en menos adelanto del que después tuvieron. Corresponde tal estado á Metlatoyúcan, el primer Teotihuacán y Cholóllan.

Tenemos por fin la región del Ohio. Ya hemos dado las razones que acreditan que allí existió una gran nacionalidad: sus ciudades amuralladas, sus fortalezas en los pasos de los montes, todo está manifestando un poder guerrero en gran auge, y que sobreponiéndose á la teocracia fundó la monarquía. Esa región recuerda las obras de la costa de Veracruz, aunque éstas son de período más adelantado por haberse empleado en ellas piedras perfectamente trabajadas. Esto indica también que ahí hubo una nacionalidad importante, así como que se formaron dos grandes nacionalidades á derecha é izquierda del Usumacinta.

Llamaron los nahoas Onohualco, como término general, á la región del Sur: ese nombre significa *lugar de mucha gente* ó *población*, lo que acredita que de tiempos atrasados había tenido gran desarrollo y notable civilización. A los hombres de esta civilización les daban el nombre genérico de nonoalca; y así los encontraremos nombrados más adelante en documentos importantísimos. Por no haberse fijado los primeros cronistas en la geografía antigua del país, generalmente se da el nombre de Onohualco solamente á la región de Tabasco; pero, lo repetimos, los nonoalca son los pueblos de la civilización del Sur que encontraron los tolteca.

Pues bien, entre esos nonoalca aparecen como principales desde los tiempos más remotos tres nacionalidades: los olmeca, xicalanca, los mayas y los quichés. Y antes de pasar adelante debemos fijar la geografía de esa región del Sur, á fin de explicarnos la formación y progreso de las naciones que allí existieron, y que podamos llegar al conocimiento de sus costumbres primitivas, aprovechando también los datos que nos suministra la región de los *mounds*.

CAPÍTULO XI

Península maya. — Teocracia de los Zamná. — Desarrollo de la civilización. — Izamal. — Pirámide de Yzamat-ul. — Templo de Kab-ul. — Templo de Kinich Kakmó. — Palacio de Ppapp-Holl-Chac. — Ciudadela de Hunpictok. — Tihóo. — El palacio. — Progresos arquitectónicos. — El estuco. — La pilastra y la columna. — Ruinas de Aké. — Galería de pilares ciclópeos. — Pilastras esculpidas de Chichén. — Casa de las tinieblas. — Columnatas de Chichén. — Columnas de Kewick. — Ruinas de Tolóom. — Gran palacio de Zayi. — Pedestal y fuste de Chichén. — La bóveda. — El arco. — Salones abovedados de Uxmal y de Kabáh. — Arco triunfal. — Comparaciones con otros pueblos. — El principio de la bóveda en el Ohio. — Pórtico de Labnáh. — Conocimiento de la arquitectura y de las ciencias y artes, sus auxiliares. — Estado de civilización que manifiesta. — Comparación con los nahoas. — La torre. — El caracol de Chichén. — Ornamentación. — Los palacios de Kabáh. — Extensión de la civilización maya. — Monolito de Quirigua. — La escultura. — Copán. — La fortaleza. — Resumen de los datos adquiridos sobre la civilización maya. — Escultura ornamental. — Tipo escultural de la raza. — Estatuaria. — Monolitos de alto relieve. — Los trajes. — El calzado. — Vestido sacerdotal. — Altares. — Resumen.

La unidad de idioma en la península maya es un dato de mucho valor para comprender que allí se constituyó una nacionalidad. Su posición geográfica está perfectamente determinada, supuesto que es una península rodeada por el mar, y que fija su límite, al sudoeste, el Usumacinta. Estos límites precisos y naturales debieron favorecer un desarrollo propio y característico. Este aislamiento relativo hubo necesariamente de producir la concentración de ideas é intereses de sus pobladores, y muy pronto para ellos tuvo que ser esa tierra la patria, resultando por consecuencia precisa la rápida formación de una nacionalidad propia.

La civilización de los mayas comenzó por los *terramares,* de que quedan huellas claras en las ruinas de sus marismas y sus costas. Avanzando en el interior de las tierras, fueron ocupándolas y constituyéndose en un pueblo agricultor. A poco debieron levantar sus pirámides, templos y fortalezas á la vez; agrupar sus chozas cerca de ellas, y constituir su primera ciudad bajo el poder teocrático, no lejos de la costa en que habían vivido. Este modo de proceder está indicado por las lecciones de desarrollo social de la raza que nos ha dado la región de los *mounds.* Y esto fué lo que sucedió: llamóse la ciudad Izamal, y el jefe sacerdote Zamná. Ocupado sucesivamente el territorio, fueron levantándose más y más ciudades, siempre bajo el mismo principio religioso, hasta constituir una nación; pues las tradiciones no nos conservan más que un gobierno, el de Zamná, nombre genérico de los sacerdotes que se sucedían en el poder. Aquí, como en la región de los *mounds,* el poder guerrero fué tomando incremento, según lo manifiestan las ruinas de sus poderosas fortificaciones; pero en la dilatada época del gobierno de los Zamná siempre se sujetó al mando del poder teocrático. Aquí también debió haber un pueblo siervo que levantase los prodigiosos monumentos mayas. La organización social primitiva se percibe distintamente: los sacerdotes gobernando; la casta guerrera sosteniendo su gobierno, defendiendo la nacionalidad y extendiéndola por la conquista, y el pueblo siervo trabajando como agricultor y como industrial; sirviendo de lazos de unión el fanatismo por sus dioses y un culto suntuoso que llenaba la imaginación de aquella raza tropical.

Bajo dos puntos de vista hemos estudiado hasta ahora la raza; por sus construcciones y por el poder social y guerrero que revelan. Pero aquí vamos á encontrar ya un gran progreso: las construcciones de piedra sustituyéndose á las de tierra, y los palacios admirablemente labrados ocupando el lugar de las antiguas habitaciones de arcilla y madera. Nace naturalmente entonces la escultura en piedra; el ídolo toma forma y se le adora como dios. Al mismo tiempo las ciudades se fortifican con más perfección y se las hace inexpugnables.

Mas este adelanto no podía alcanzarse de una sola vez, sino por progresos sucesivos: así nos lo indican las ruinas que quedan de la vieja ciudad de Izamal. Y fué, sin embargo, una gran metrópoli, que muestra hasta dónde se desarrolló el poder teocrático de los mayas. Eran, según el obispo Landa, de once á doce las pirámides de la ciudad, de piedra, cubiertas de argamasa y con grandes estatuas hechas de la misma manera. Servíanles para base de los templos de sus dioses y de los palacios de sus señores, pues ellos dice el obispo que usaban casas de madera cubiertas de paja. No quedan restos de los palacios, pero sí de cinco de las pirámides,

y en una de ellas la cara gigantesca de Zamná, que ya hemos mencionado. Allí se ve que la construcción está hecha con grandes piedras; pero que no están labradas á escuadra, sino que necesitaban de la argamasa para formar una superficie pulida. De argamasa eran también las estatuas que había en los bastiones de las pirámides, de hombres desnudos, cubiertos únicamente con el *ex* ó *maxtli* y adornados con las insignias de su raza. Vemos en esto ya un adelanto en el uso de la piedra; pero todavía necesita de la argamasa y no alcanza aún la perfección del labrado.

Esta pirámide estaba dedicada á Zamná, el primer jefe sacerdote de la raza, á quien habían deificado. Llamábanle también *Ytzamat-ul*, que quiere decir: el que



Izamal. — Cara de Zamná

recibe y posee la gracia ó rocío del cielo. Cuenta la tradición que cuando se le preguntaba su nombre sólo contestaba estas palabras: *Ytzeen caan, ytzeen muyal*, esto es: «Yo soy el rocío ó sustancia del cielo y nubes.» Se decía de él que en vida era un oráculo y que de los pueblos más remotos venían á consultarle, pues gozaba del don de profecía. Asimismo curaba á los enfermos que de muy lejos le llevaban, y resucitaba á los muertos. Al hacer de él un dios los sacerdotes, verdaderamente habían deificado al sacerdocio, y se comprende entonces la larguísima duración de ese imperio teocrático y su extensión por toda la península. El sacerdote rey que llevaba siempre, como de costumbre, el nombre del dios Zamná, era su representación viva y sagrado como él. Así es que decían de Zamná que era hijo de dioses y que él había puesto nombres á todas las costas, puertos, montes y lugares.

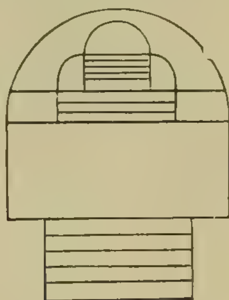
Esta primera pirámide de que vamos tratando, está ya muy arruinada, y tiene aproximadamente doscientos piés de largo por treinta de altura. Se descu-

bren todavía en algunas partes sus grandes adornos de argamasa ó estuco, entre los cuales está la cabeza gigantesca: ésta tiene siete piés y ocho pulgadas de alto por siete piés de ancho.

No falta quien crea que estas pirámides eran grandes sepulcros, y que en ellas estaban repartidos y enterrados los restos del Zamná. Sin tener en cuenta la parte de leyenda sobre su existencia, ó el que sea una representación mítica de la raza, basta decir que esas grandes construcciones servían para defensa y de base á templos y palacios.

Otra gran pirámide sostenía un templo dedicado á *Kab-ul*, que es el mismo dios Zamná, según los cronistas. Había en él una gran mano que les servía de memoria; y contaban que allí le llevaban los muertos y enfermos, para que tocándolos con la mano resucitasen ó sanasen; y por eso se llamaba al dios *Kab-ul*, que significa *mano obradora*. Era templo tan venerado en toda la región del Sur, que hacían á él romerías de todas partes para llevarle grandes presentes al dios; y tanto concurso de gente iba, que formaron para llegar á él cuatro grandes calzadas á los cuatro vientos, las cuales pasaban las fronteras y entraban en los países vecinos.

El obispo Landa vió todavía en pié y entero este gran monumento, é hizo un dibujo de su planta. Decía



Plano de la pirámide de Kabul

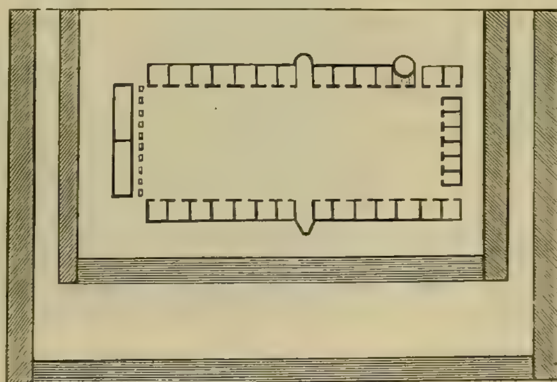
Landa que era de tanta altura, que sólo el verlo ponía espanto en el ánimo. Tenía una escalera con veinte gradas, de más de cien piés de ancho y de más de dos buenos palmos de alto cada una. Las gradas eran de grandes piedras labradas. La pared del monumento á la redonda era también de cantería perfectamente labrada, á la cual salía como á estado y medio de alto una hermosa cornisa de piedras muy pulidas. Este primer cuerpo formaba en su parte superior la primera plataforma de la pirámide; había un segundo cuerpo y una segunda plataforma bastante menor que la primera; después un tercer cuerpo bien alto con su escalera al sur, donde caían las escaleras grandes; y al fin un hermoso templo de cantería bien labrada. Era tan grande el edificio, que cuenta Landa que subió á lo más alto del templo, y desde allí vió á maravilla toda la tierra hasta donde la vista alcanzaba, y el mar que está á ocho leguas.

En este monumento observamos ya un nuevo y gran progreso en la construcción: el uso de piedras labradas. Y no se extrañe que esas hermosas piedras hayan desaparecido, pues fué costumbre construir las nuevas ciudades españolas con los materiales de los viejos templos indios. Todavía hoy no es raro en la misma ciudad de México encontrar por dintel de una puerta ó en los bordes de los embanquetados de las calles alguna antigua piedra con jeroglíficos.

La primera pirámide estaba al oriente de la ciudad, la segunda al poniente, y había al norte una tercera dedicada al dios *Kinich-Kakmó*, deidad que pertenece ya á la invasión nahoa. Este ídolo estaba en un templo sobre la pirámide, que era la más alta que se conservaba en tiempo del padre Lizana. Stephens dice que es la mayor de la región de Sur, y que tal como hoy se encuentra tiene setecientos piés de largo por sesenta de altura.

Había una cuarta y muy grande pirámide, llamada *Ppapp-Hol-Chac*, que significa *casa de los jefes y señores*, donde vivían los sacerdotes de los dioses; y eran tan venerados, que ellos eran los señores, y los que castigaban y premiaban y á quienes obedecían con gran extremo; y lo que ellos decían ó mandaban lo creía y obedecía el pueblo como si hubiera sido dicho ó mandado por el dios mismo. Se puede calcular de su tamaño y gran espacio por lo que de ella resta: dos hileras de escalones de piedra conducen á su plataforma, que no tiene menos de doscientos piés por lado. Basta decir que en ella se levantó la iglesia y convento de San Francisco.

Había otra gran pirámide entre el sur y el poniente llamada *Hunpictok*, que quiere decir *jefe guerrero que tiene un ejército de ocho mil pedernales*. El oficio de éste era muy principal, y servía para sujetar y obligar al pueblo á sustentar el culto de los dioses y á los



Plano del palacio de Tihóo

sacerdotes, y para defensa de la nación y guarda de sus templos. Era en realidad el *Hunpictok* el jefe de la casta guerrera, y se ve que ésta estaba sujeta al poder teocrático. Sobre esa pirámide se levantaba el palacio del jefe guerrero y la fortaleza que constituía la ciuda-

dela de Izamal. Pues todavía sabemos de otra pirámide llamada *Habuc,* cuya extensión se comprenderá con sólo decir que en ella se fundó un barrio llamado Santa María.

Desgraciadamente no quedan restos de los palacios, pero á trece leguas de Izamal, y como ella también á ocho del mar, estaba la ciudad de Tihóo, que se le unía por una gran calzada, y se conserva la descripción de uno de sus edificios principales. Era ciudad tan antigua como Izamal, tanto que no se conservaba la memoria de sus fundadores; y tan notables sus palacios, que los españoles la poblaron y llamaron Mérida, hoy capital del Yucatán.

Componíase el edificio, primero de un terraplén cuadrado de unas ochocientas varas de largo, con una escalera de siete escalones por el lado del oriente. Los otros tres lados eran de una fuerte pared muy ancha, y todo el macizo era de piedra seca. Dejando á oriente, sur y norte un espacio como de seis varas de ancho, levantábase el segundo piso de la pirámide, también cuadrado y formado de piedra seca, y teniendo también al oriente una amplia escalera de siete escalones de cantería labrada. En esta segunda plataforma estaban los edificios del palacio. Había primero alrededor un espacio como de dos varas de ancho, y frente á la escalera se extendía de un extremo al otro una ala de piedra perfectamente trabajada, con siete celdas á cada lado de doce piés de largo por ocho de ancho: en el centro del ala había una gran puerta ó paso para un extenso patio interior, al cual daban las puertas de los cuartos ó celdas. Las puertas de cada una de estas celdas estaban en medio, sin señal de batientes ni manera de quicios para cerrarse, formadas de piedras muy labradas y perfectamente unidas, cerrando su parte alta una gran piedra de una sola pieza. La gran puerta ó paso de en medio del ala, tenía la forma especial de las bóvedas mayas de que luego hablaremos. De encima de las puertas salía una cornisa á lo largo de toda la ala: sobre ella se levantaban unos pilares, la mitad redondos y la otra mitad enclavados en la pared; estos pilares sostenían otra cornisa á la altura de la bóveda de los cuartos. Lo alto era de terrado encalado y muy fuerte que se hacía con cierta agua de corteza de un árbol. Este encalado es el antiguo estuco del país, del cual se ven considerables restos en gran número de ruinas, que se empleaba también para cubrir las paredes y el suelo y para modelar el ornato de los edificios.

A la parte del norte seguía otra ala aislada haciendo escuadra con la anterior. Se componía de seis cuartos, de la mitad del tamaño de los del ala del oriente. Igual á la entrada que había en medio de ésta, había enfrente otra en el ala del poniente, y cuartos del mismo tamaño. Siete había á la derecha, cuatro á la izquierda y una torre redonda más alta, y aislados de ellos otros dos cuartos después. El ala del sur, también aislada, se componía de dos grandes salones de bóveda como las demás piezas, comunicados por dos puertas, y tenía sobre el patio un corredor de diez gruesos pilares cerrados con hermosos monolitos labrados. Encima tenían una pared sobre la cual recargaban las bóvedas, y el techo era un terrado de estuco. El centro de las cuatro alas formaba un gran patio, y detrás del edificio quedaba otro espacio que hacía un segundo patio.

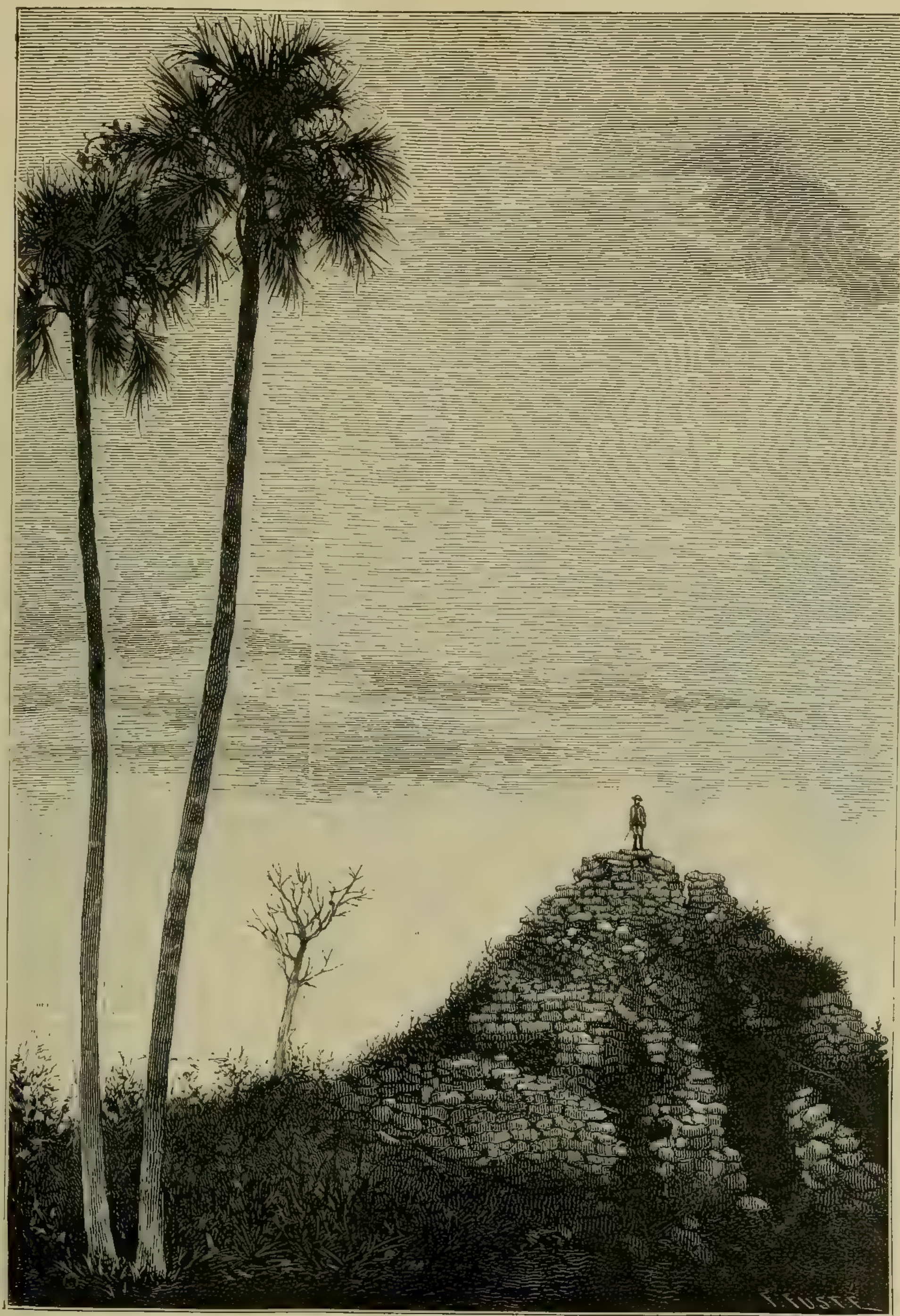
Lástima es que no se conservara palacio tan hermoso; pero diólo á los franciscos el adelantado Montejo, y de su piedra hicieron un monasterio y una iglesia llamada Madre de Dios, y dieron mucha parte de ella á los españoles para construir sus casas.

En este palacio encontramos adelantos arquitectónicos muy importantes: ya no es sólo el uso de la piedra labrada y del estuco, sino la columna, la bóveda, la torre y la ornamentación escultural. Cortadas las comunicaciones con el norte, no pudieron llegar allá esos progresos; y la península maya, constituída en una gran nacionalidad, siguió desarrollándose sin cesar bajo el imperio teocrático de los Zamná.

Comenzando por las columnas y los pilares, nos referiremos indiferentemente á varias de las muchas ciudades arruinadas que materialmente llenan la península. La primera idea de la columna ó pilastra en las construcciones mayas, se encuentra en Aké, ciudad también inmediata al litoral y no lejana de Tihóo. El carácter especial de rudeza y primitiva sencillez de sus restos, que recuerdan las construcciones ciclópeas, la hacen muy interesante, y dan la idea inmediata de que es una de las más antiguas de la región, sin que hubiera perdido su primer estilo por innovaciones posteriores. Desde luego allí se nos presenta el tipo perfecto de la pirámide truncada, que por su misma forma está indicando que fué base de un templo. Así es que desde los tiempos más remotos de la historia de los mayas, tenemos el templo levantado sobre una gran plataforma, como para que se viera á larga distancia y el pueblo agricultor primitivo pudiese adorar al dios desde sus campos, ya implorando su protección cuando hacía la siembra, ya postrándose ante él en acción de gracias cuando levantaba la cosecha.

Encuéntranse ahí algunas pirámides muy grandes; pero la más notable es la que llaman el Palacio. Se sube á ella por una inmensa escalera de ciento treinta y siete piés de ancho, lo que le da una grandeza que acaso no tiene igual en otras ruinas de la península. Cada escalón tiene de fondo cuatro piés cinco pulgadas, y un pié cinco pulgadas de altura. La plataforma de arriba tiene doscientos veinticinco piés de largo por cincuenta de anchura. En este gran plano hay treinta y seis pilastras en tres hileras de á doce, separadas diez piés de norte á sur y quince de oriente á poniente.

Estos pilares ciclópeos tienen de quince á diez y seis piés de altura y cuatro piés por lado: están compuestos de grandes piedras separadas de uno á dos piés de grueso, colocadas las unas sobre las otras. Los siglos han pasado sobre ellos dejando en pié y completos á la mayor parte. No habiendo ninguna señal de que los cubriese una construcción de piedra, seguro es que las galerías tenían techo de madera. No puede dudarse de que aquello era un gran templo, uno de los santuarios primeros de la raza. Estando en el Norte de la península, su escalera del lado del sur, como la de la gran pirámide de Izamal, indicaba la orgullosa pretensión de esa primera teocracia, de sujetar toda la región á sus dioses y á su sacerdocio. Grandioso nos representamos el espectáculo de aquellos pontífices negros sobre la inmensa pirámide, alzando entre esa salvaje columnata sus cantos al sol, que brotaba á su vista de las olas de turquesa del Golfo, ó fijando sus miradas pensativas hasta perderse en el horizonte de la llanura opuesta, de la que al fin habían de hacer un grande y solo imperio para ellos.



Pirámide de Aké

Siglos de progreso debieron transcurrir para pasar de esos pilares informes á las pilastras de Chichén. Consérvanse en un salón que tiene noventa piés ocho pulgadas de largo por doce piés nueve pulgadas de ancho y diez y siete piés de altura. Hay en él dos

pilares cuadrados de nueve piés cuatro pulgadas de alto y un pié diez pulgadas por lado, con figuras esculpidas en todos sus lados, los cuales soportan macizas vigas de zapote también esculpidas con curiosos é intrincados dibujos. Tiene este notable salón de particular, que sólo recibe luz por la puerta, de manera que domina siempre en él una triste oscuridad que hace pensar en los misterios religiosos de aquel pueblo. Y ese salón recuerda una construcción por demás curiosa de Aké. En una de las grandes pirámides hay en la parte superior de la escalera una entrada, por la cual se baja á una sala oscura, de quince piés de largo por diez de ancho, de tosca construcción de piedras, de las que algunas tienen siete piés de largo. La llaman Akabná, casa oscura ó de las tinieblas.

De las columnas y de su gran uso por los mayas, buena muestra nos dan las ruinas de Chichén. Delante de la pirámide que llaman el Castillo, hay un gran

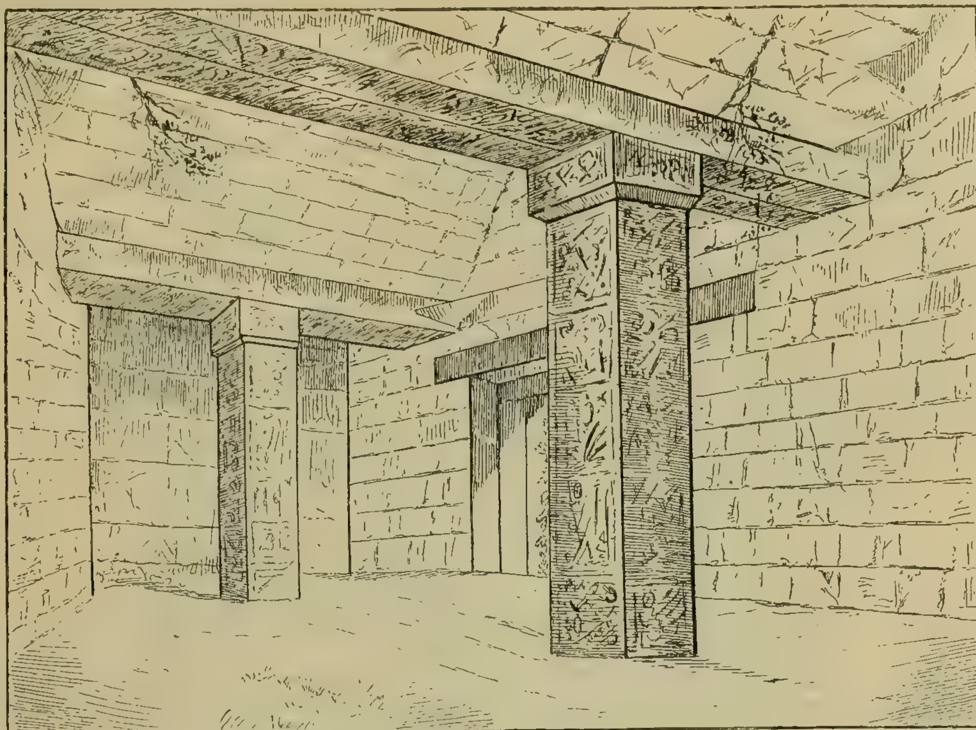


Galería de pilares de Aké

plano cuadrado que cierran las columnatas. Las columnas están en hileras de tres, cuatro y cinco de fondo. Quedan de ellas trozos pequeños de tres á seis piés de altura, y algunas están completamente destruídas. Se extienden hasta unos terraplenes espaciosos en que hay ruinas de edificios y fragmentos colosales de escultura. Permanecen en pié más de cuatrocientas; pero hay señales de que había muchas más. Finjámonos por un momento reconstruídas esas ruinas, veamos en medio de las pirámides con suntuosos palacios esa inmensa plaza rodeada de sus cinco hileras de columnas y bajo su techo á los magistrados haciendo justicia ó en su dilatado patio á un pueblo alborozado bailando las danzas sagradas ó entonando los cantos de la victoria, y no encontraremos mayor grandiosidad en las antiguas ciudades de Asiria ó de Egipto. Esas construcciones representan el trabajo material de muchos millares de hombres y una cifra muy elevada de civilización en el pueblo que las ideó y llevó á cabo.

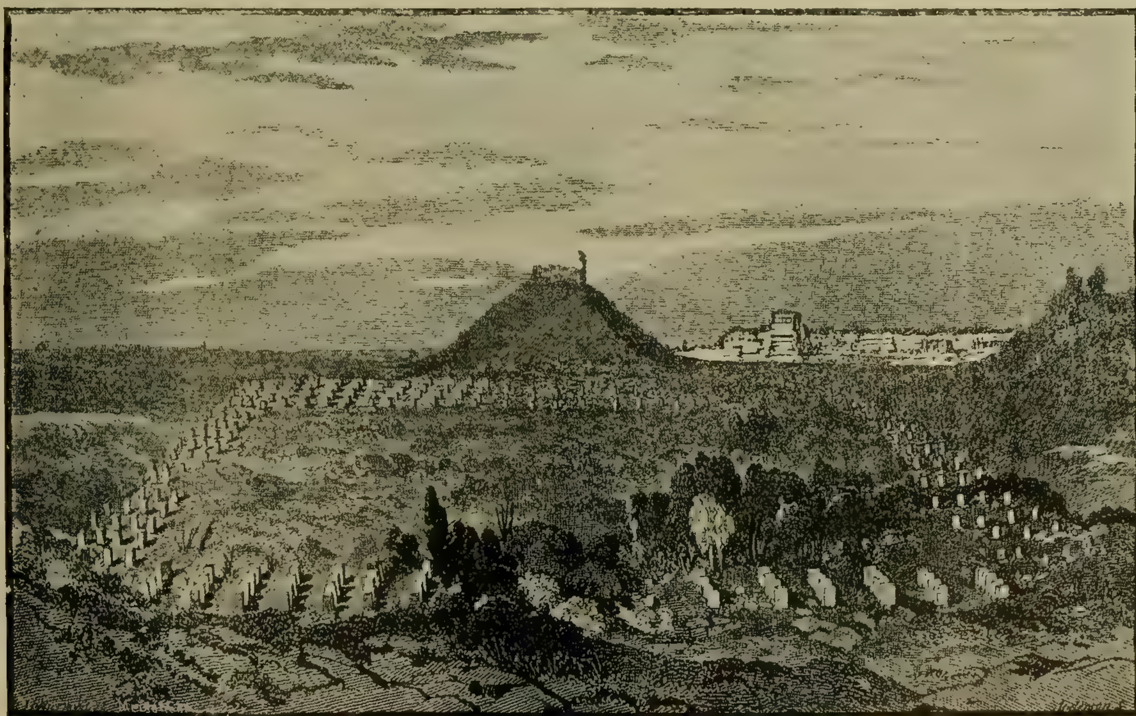
Pero volvamos á las columnas, pues al ver la poca altura de sus restos no ha faltado quien dude de que lo fueran en realidad, no pudiendo por lo mismo expli-

carse su objeto. La diferencia de su misma altura bien manifiesta que han sido destruídas, y lo explica la manera especial conque estaban formadas, por medio de trozos sobrepuestos que Stephens compara á piedras de molino. Desde que escribimos el *Apéndice* á la *Historia de las Indias de la Nueva España* de fray



Salón con pilastras labradas, de Chichén

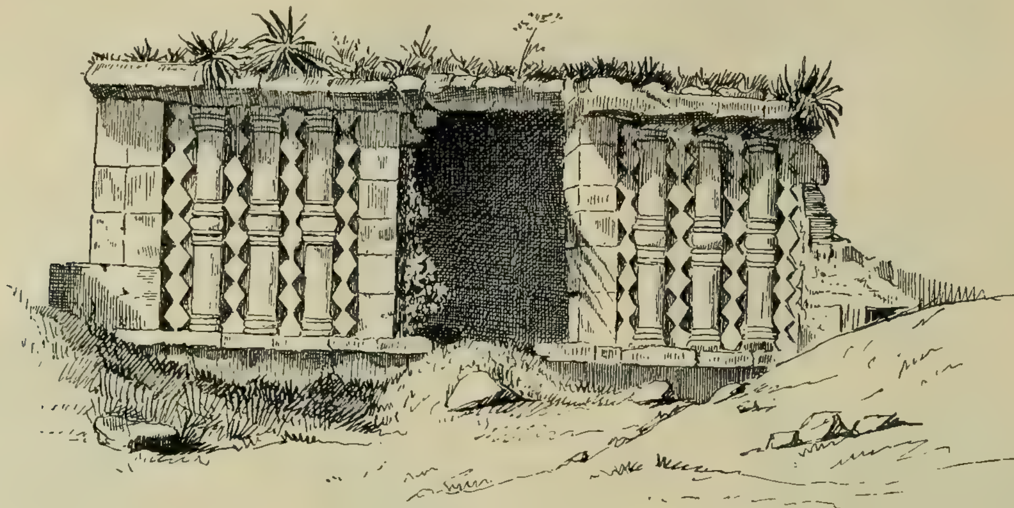
Diego Durán, llamamos la atención sobre el modo particular cónque estaban construídas las columnas labradas de la antigua Tóllan, con trozos cilíndricos que encajaban los unos en los otros. Así es que la existencia de trozos semejantes, que según quedan más ó menos en cada columna de Chichén le dan diversa altura, explican



Columnatas de Chichén

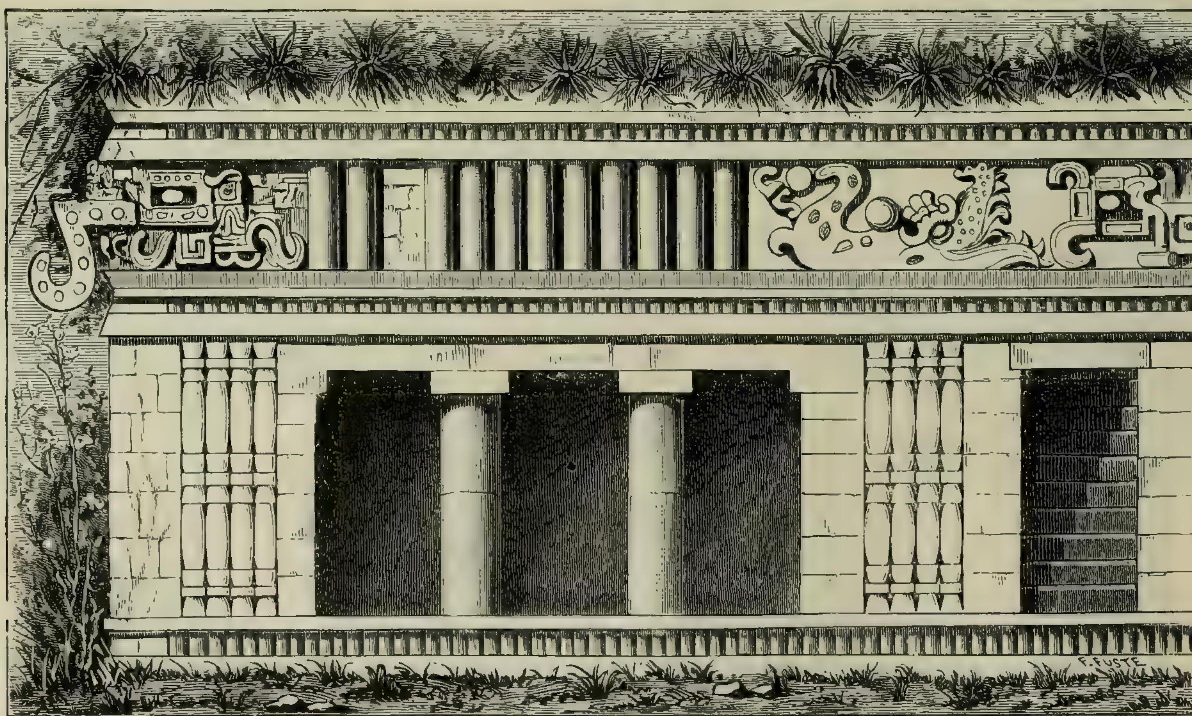
que los restos de ese monumento pertenecen á las columnatas que hemos descrito. Los cilindros de piedra de que se componían, fáciles de desprender, eran lo más á propósito para las nuevas construcciones de los españoles, y esto hace comprender la destrucción de tan hermosas galerías.

La columna se usaba en las fachadas de los palacios como sostén ó empotrada y sirviendo de adorno. Daba esto un ornato grandioso y verdaderamente estético á aquellos suntuosos edificios y en esas mismas columnas empotradas se perciben claramente los trozos cilíndricos de que se formaban. Encontramos bellos ejemplares en las ruinas de Labnáh, Chunhuhú y Kewick. En nuestro concepto la mejor muestra de estas construcciones es la gran puerta de uno de los edificios de la última ciudad, que es lo único que de su frente queda. Se hace muy notable por su sencillez, su estilo y la grandeza de sus proporciones. Son tres columnas por lado entre dos pilastras, separadas aquéllas por hileras de rombos que dan una notable y original gracia al ornato. Cada columna tiene dos cintas de relieve en el centro, una en el capitel y otra abajo, que con la piedra inferior de la fachada forma la base. Hoy que se buscan nuevos estilos podría tener un gran desarrollo la arquitectura si se estudiasen nuestras ruinas.



Puerta de Kewick

Aisladas también se encuentran en las fachadas columnas y pilastras, unas y otras con chapiteles cuadrados y sencillos y sin base propia. De ambas nos dan muestra las ruinas de Tulóom. Uno de los edificios, compuesto de dos pisos, mide veintisiete piés de largo y diez y nueve de altura. Su parte superior estaba ricamente decorada y conserva aún sobre la cornisa hermosos adornos de estuco. El piso inferior tiene cuatro columnas que forman cinco entradas. En otro de los edificios, que está sobre un terrado de seis piés de altura, que tiene en el centro su correspon-



Palacio de Zayi

diente escalera, hay dos pilares en la fachada que hacen tres entradas. En uno de los palacios de Kabáh, á los lados de las tres puertas centrales hay otra mayor dividida por una columna.

Pero juzgamos que el mejor ejemplar de esta materia es el gran palacio de Zayi. La fachada de su segundo piso está formada de macizos con columnas delgadas embutidas y entre los macizos un espacio en dos columnas al aire. Las columnillas empotradas son de un gusto exquisito y las columnas aisladas formadas de dos piedras y un chapitel cuadrado son severas; las cornisas y el arquitrabe semejan en sus labrados trozos de columna y por la corrección de las líneas, lo bien repartido de los espacios y el gusto sencillo y grave que reina en toda la fachada, no dudamos en compararla con las obras arquitectónicas de los griegos. La parte de decorado es de extraño y exquisito gusto, siguiendo siempre el estilo maya, que en esto es á veces recargado; pero que en cambio da un gran carácter á sus construcciones, carácter que responde á una región tropical, á su cielo y á su mar, ambos de turquesa, y á la imaginación tropical de sus habitantes.

Aun cuando de época posterior, debemos, sin embargo, ocuparnos, para completar la materia, de una



Chichén.— Pedestal y fuste de columna

muy notable columna de Chichén-Itzá. Hasta ahora hemos visto que el carácter de la columna maya consiste en un fuste sencillo y jamás estriado, un chapitel cuadrado y sin adorno y la ausencia de pedestal, pues de él le sirve la misma base de la puerta, fachada ó edificio. Solamente varía la forma y se hace más complicada cuando la columna está empotrada y entra como adorno en la construcción; y entonces son muy delgadas y airosas, de cortes elegantes y se combinan en grupos simétricos. Pero en Chichén se han encontrado últimamente un pedestal y un fuste de los que á la vista tenemos la fotografía y que dan un nuevo estilo á la columna. El pedestal es una cabeza de culebra con la boca abierta mostrando sus dientes, y de ella sale el fuste como si fuese el cuerpo de aquélla. Sería causa de gran sorpresa tal hallazgo si Sahagún no nos hablase de un antiguo templo de Tollantzinco, que vió en ruinas, en el cual había unas columnas en forma de culebras con las cabezas hacia abajo. No sabemos que quede de ese estilo, enteramente típico, más que el pedestal y el fuste de que hemos hablado.

Pero si la columna constituye un gran progreso en la arquitectura, mayor lo es la formación de la bóveda maya. Comencemos por examinar su construcción. Parece que antes que los romanos usaran el arco semicircular, los pueblos antiguos buscaron la manera de cerrar con piedras sus construcciones y que alcanzaron, lo mismo los griegos que los egipcios, á formarlo semejante al que después se llamó gótico. Era que á todos les dictaba su instinto natural que, colocando una piedra sobre otra en dos paredes opuestas, de manera que cada piedra superior se acercase más á la que enfrente le correspondía, era preciso que las dos paredes opuestas llegaran á unirse en la parte superior. Enton-

ces quedaba formado el arco, y si esto se repetía á todo lo largo de dos paredes, resultaba la bóveda. Esto fué lo que hicieron los mayas cuidando de poner sobre las dos piedras superiores, antes de que completamente se unieran, una piedra mayor que las cerrara y que les servía como de clave. Las piedras que formaban la bóveda eran grandes y labradas convenientemente. En Uxmal se observa que las piedras no están colocadas horizontalmente, sino que están aproximadamente en ángulos rectos con la línea del arco; de manera que los mayas llegaron á conocer el principio en que reposa la construcción del arco. En algunos casos la bóveda se cerraba sin la piedra que de clave le servía. Generalmente el arco ó la bóveda tenían una anchura de seis á



Kabáh.—Salón abovedado

diez piés y á veces llegaba á veinte. Los mayas cortaban las piedras de modo que formase el arco ó bóveda una superficie lisa; pero los palemcanos no tenían ese cuidado.

Uxmal nos presenta un ejemplar magnífico de un salón abovedado. Las paredes están formadas de grandes piedras labradas á escuadra y colocadas en hileras, cuidando que las junturas de las superiores no correspondan á las de las inferiores, sino á su centro. Siguen las hileras hasta lo alto ó más de las puertas y encima hay una cornisa que rodea la habitación: de esa cornisa parte la bóveda en las dos paredes opuestas, formándose con hileras de piedras labradas, y las cubre una gran línea de piedras mayores que le forman la clave. Las paredes laterales se cubren continuándolas de modo que cierren la bóveda. Kabáh nos da también una muestra de bóveda semejante; pero sobre todo un ejemplar magnífico de un arco aislado. La bóveda se encuentra en uno de los palacios y es semejante á la de Uxmal; está en un departamento compuesto de dos salas, la

segunda más alta que la primera; así es que en la puerta de comunicación hay una grada, curiosa por su forma artística como por la ornamentación de sus lados, que puede decirse que continúa en el muro debajo de la puerta. Otras dos puertas más pequeñas conducen á otros departamentos, también de dos piezas cada uno; pero estas puertas no tienen escalones, y su único adorno por la parte interior es una hilera de pequeños pilares de dos piés de altura, que debajo de ellas corre por todo lo largo de la pieza.

Más notable es el arco referido. Levántase sobre una pirámide arruinada, sin conexión con otra obra. Tiene catorce piés de luz y se compone de dos pilastras de piedras cortadas á escuadra; tienen encima sus cornisas y de ellas parte el arco destruído ya en su centro. Impone en el ánimo esa solitaria grandeza. Tal monumento no es ni fortaleza ni templo. Stephens la compara con el arco de Tito. Fué sin duda levantado en conmemoración de una gran victoria. El pueblo maya llegaba á la grandeza de los grandes imperios militares y quería eternizar su gloria en un arco de triunfo.

La bóveda es punto en que insisten los que sostienen que la civilización maya es derivada de la egipcia. Citan á propósito la entrada de la gran pirámide de Gizeh, formada bajo el mismo principio, aunque sin la



Arco triunfal

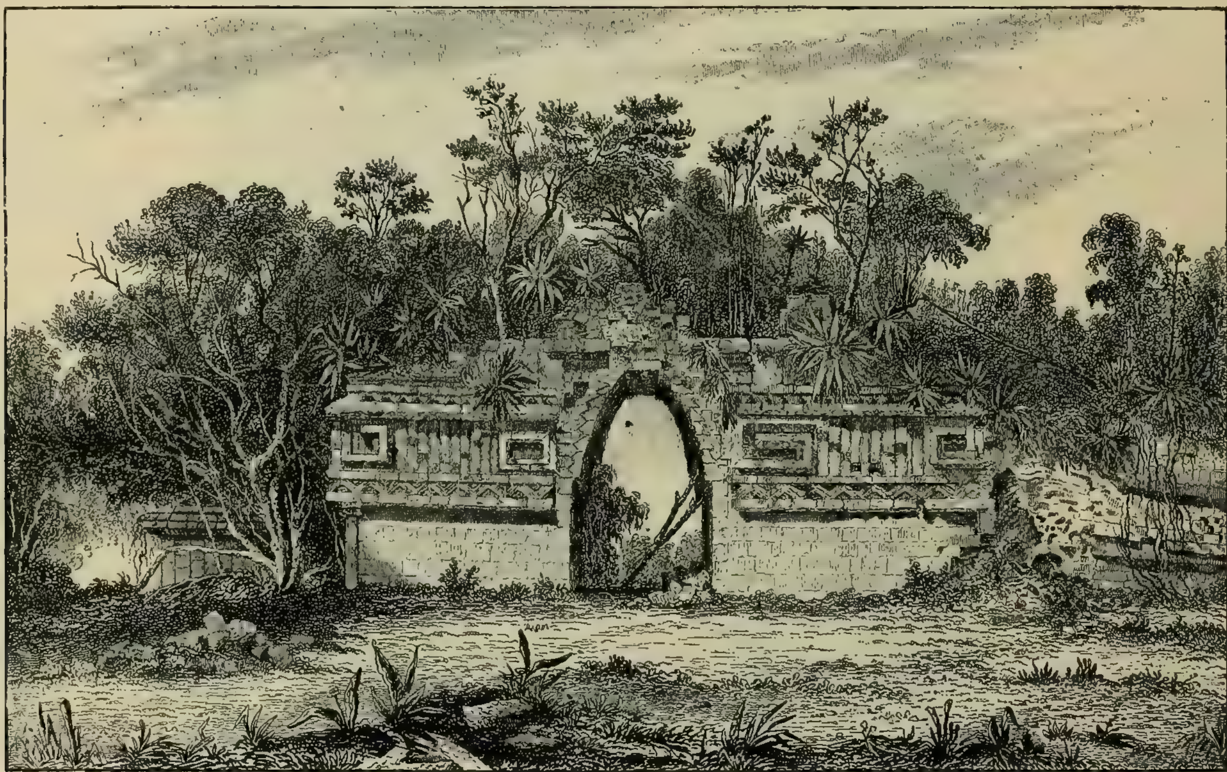
piedra que sirve de clave. Se habla del arco de Sakkara levantado en tiempo del segundo Psamético, seiscientos años antes de nuestra era. Se cree que estaba abovedado el pabellón de Ramsés III en Medinet Habu, y se usó la bóveda en las tumbas desde el año de 1540, también antes de nuestra era. Pero estas son semejanzas como las de las pirámides, no identidad ni prueba de descendencia; pues las egipcias, con una sola excepción, no se componen de varios cuerpos, son de lados iguales y sus líneas rectas; mientras que las nuestras toman todas las formas y en ningún caso terminan en punta. Las semejanzas podrán dar idea de un germen común; las diferencias esenciales acreditan desarrollos aislados. Además, las fechas citadas pertenecen á épocas en que no pudo haber comunicación y en que habría quedado alguna tradición en caso contrario.

Sí se han encontrado en un *mound* del Ohio dos piezas circulares con las paredes formadas de trozos de madera y el techo con piedras sobrepuestas hasta unirse en un punto. Esto es no sólo un nuevo dato del origen de aquellos pueblos, sino que nos muestra el principio de la bóveda maya.

Pero al tratar del palacio de Tihóo, hemos hablado de dos puertas paralelas y abovedadas que en él había. Tenemos un ejemplar notable de esas construcciones en Labnáh. Es la puerta ó pórtico de un edificio de piedra ricamente adornado de hermosas grecas y cubierto ya por un bosque secular. La entrada tiene diez piés de ancho y da á un gran patio á que caen las puertas del edificio menos dos que dan á los dos lados interiores del pórtico; cada una de éstas tiene doce piés de altura. La construcción del arco ó bóveda es igual á las que se han descrito; solamente que las piedras de en medio ó claves son más anchas de lo común, de modo que el arco queda más abierto de arriba.

Con lo que hasta aquí hemos dicho, podemos for-

marnos ya una idea de los conocimientos arquitectónicos de los mayas. ¿Era entre ellos la arquitectura una ciencia ó sólo un conjunto de conocimientos prácticos que corresponden aún en los pueblos bárbaros á la necesidad que sienten de cubrirse y abrigarse de la intemperie? Sin necesidad de agregar nada á lo que hemos dicho, aunque todo lo iremos confirmando ampliamente más adelante, podemos afirmar que para los mayas era la arquitectura ciencia y una ciencia muy adelantada. Concebían grandiosos edificios y sujetaban su construcción á un plan determinado y que de antemano formaban, como lo indica el del palacio de Tihóo y otros muchos que en lo sucesivo tendremos ocasión de examinar. En esos planos se ve un mismo sistema, no hay nada dejado al acaso: se nota siempre armonía en el plan, notable simetría en toda la construcción, una regla constante en las relaciones de longitud y altura y bases comunes de gusto estético. El ángulo recto y la línea recta dominan, y la rica ornamentación destruye la monotonía. Todo demuestra no sólo el conocimiento de la arquitectura, sino el de las ciencias y artes, sus auxiliares, como la geometría, la resistencia de los materiales, la mecánica, el dibujo lineal, etc. Sin ellas ¿cómo labrar de antemano las piedras que han de formar la bóveda? ¿cómo trazar ésta con tal perfección y belleza? ¿cómo darle la fuerza para que haya podido



Pórtico de Labnáh

despreciar el transcurso de los siglos que sobre ella han azotado sus alas destructoras?

No hay duda, los mayas conocían esas ciencias, y esto es dato preciosísimo del adelanto de su civilización. Los pueblos pobres y poco adelantados no levantan monumentos; según van avanzando en riqueza y en poder, sus construcciones son más duraderas; llegan á altísimo lugar en la historia, y cuando desaparecen dejan las ruinas de sus grandes ciudades como única muestra de su grandeza. Nínive y Babilonia nos recuerdan su gran cultura con sus hermosos restos; sabemos que el Egipto fué un gran imperio con sólo ver sus pirámides, y atestiguan la grandeza de Roma el foro destrozado, la columna trajana y el admirable Panteón. En las naciones modernas, cuando por los azares de la fortuna ó por el desarrollo de sus propios elementos van aumentando en poderío, lo primero que buscan es hacer de sus metrópolis un conjunto de admirables edificios: de tal suerte, que viendo los monumentos de una ciudad puede calcularse inmediatamente la grandeza del país á que pertenece. París revela á la poderosa Francia, como Londres á la suntuosa Inglaterra y Nueva York á los riquísimos Estados Unidos. Así es que cuando contemplamos los innumerables monumentos de la península maya, no sólo templos debidos al fanatismo religioso, sino lujosísimos palacios, columnatas y pórticos, no podemos menos de comprender que allí vivió un gran pueblo, tan grande como los grandes pueblos sincrónicos del Viejo Mundo, tan rico y poderoso como ellos, con una civilización tan adelantada como la suya y correspondiendo como la de aquellos al medio y á la época en que se desarrollaba. Esto es evidente, pese á ciertos escritores, entre ellos algunos mexicanos ignorantes, que niegan que hubo civilización porque no lo saben.

Bastaría para comprenderlo contemplar la pirámide de Silan y ver cómo los mayas pudieron luchar con la naturaleza y como ella hacer montañas.

Desde luego é involuntariamente viene la comparación entre la civilización del Sur y la del Norte, entre los mayas y los nahoas. Pueblos agricultores ambos, organizáronse de diferente manera, porque el lazo de los nahoas era la familia y el de los mayas la religión, y más que ésta el sacerdocio. Como las creencias nahoas se reducían á la adoración y contemplación de los astros, principalmente del sol y de la estrella de la tarde, al falta de culto hacía innecesario al sacerdote, y bastaba para desempeñar este puesto el padre de la familia. Esto traía como consecuencia natural la vida en común, la casa grande, y el laborío también en común de los campos. La necesidad de rechazar el peligro que á todos alcanzaba pudo producir la alianza de varias casas grandes, liga que se ataba ó deshacía según que aquel peligro tomaba mayores ó menores proporciones. Necesitóse el transcurso de centenares de años, un desarrollo relativo del culto en la región tolteca y que apremiase el peligro común, para la fundación de ciudades como Huehuetlapállan, en donde parece descubrirse el resorte religioso y cierta organización civil. Como la de las casas grandes pudo existir la alianza pasajera de las ciudades, pero



Interior del pórtico de Labnáh

nada de esto hubo de constituir una verdadera nacionalidad.

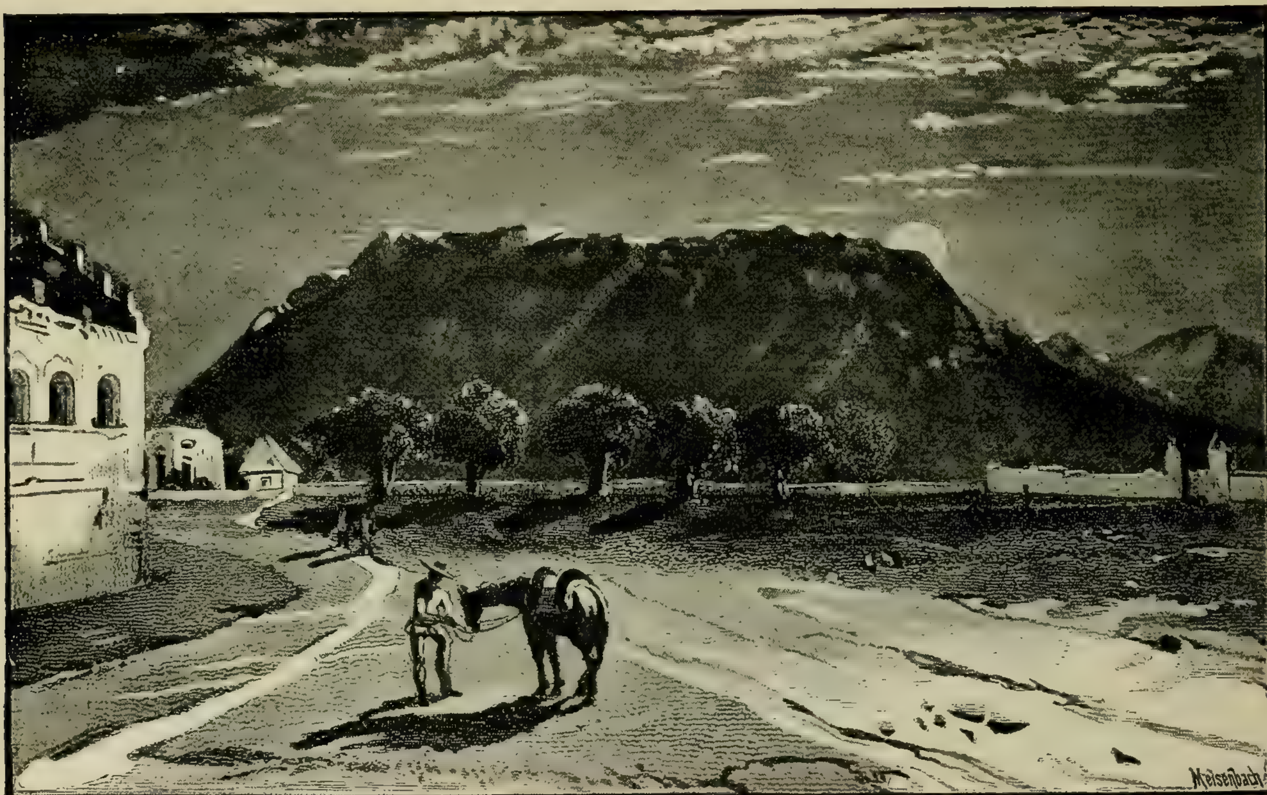
Por el contrario, los mayas llegaron ya con una religión y un culto, tenían un jefe natural, el sacerdote; un lazo de unión, el templo. Al extenderse en el territorio no variaban sus circunstancias sociales: tenían mayor espacio para que se adorasen sus dioses, y naturalmente los sacerdotes que los representaban adquirían mayor dominio. Esto tenía que producir dos resultados desde el principio: la organización civil dimanando de la teocrática y confundiéndose con ella, y la idea inmediata de formar una nacionalidad.

Por eso observamos que, á pesar del transcurso de treinta siglos, los nahoas fueron una raza pero no una nación: miéntras que los mayas en mucho menor tiempo constituyeron una teocracia que abrazaba su península. Bajo este aspecto los mayas eran más adelantados que los nahoas, y tenían más aptitudes sociales que éstos. Siempre será superior la ciudad á la vida en tribu, la propiedad al comunismo y la organización civil al patriarcado.

La organización civil traía consigo mayor bienestar material, más desarrollo de las ciencias y las artes, el poder y la civilización. Compárense las construcciones nahoas con las mayas y la diferencia es sorprendente. En las primeras no se usa más que tierra, y rara vez la piedra para ventanas; los techos son de vigas, y no hay en ellas fachadas ni ornamentos de ninguna especie; acusan un pueblo de costumbres primitivas, que en sus edificios sólo atiende á sus necesidades materiales, y que desconoce el gusto y con más razón el lujo. En contraposición, los mayas levantan pirámides, templos magníficos, palacios suntuosos de piedra ricamente labrada, su ornamentación es espléndida, usan la bóveda y las

columnatas y en todo revelan gran poder material, riqueza pública, desarrollo de cultura, gusto notable y característico y refinamiento en sus costumbres.

Pero toda medalla tiene su reverso, y esos mismos monumentos nos están indicando un pueblo esclavo y desgraciado, en oposición á los nahoas, laboriosos, honrados y felices por el trabajo y la libertad. El maya estaba enervado en el lujo y las comodidades; el nahoa fortalecía su cuerpo en las cacerías y en los ejercicios guerreros, y era, por consiguiente, superior en su desarrollo físico. Otro mal enervaba á los mayas, su religión y su fanatismo. Adoradores de los animales y después de hombres deificados, no podían levantar su espíritu, y de aquí que redujeran su religión á las suntuosidades del culto. Desde que el culto triunfa de la creencia, el sacerdote se sobrepone al dios, y nacen los extravíos del alma, el fanatismo y las supersticiones. Ya no hay más comunicación entre el hombre y la divinidad que por mediación del sacerdote, y este mismo se entrega á cábalas y supercherías. Indican el fanatismo y la perturbación de ideas religiosas el nombre que se daba á los sacerdotes: los llamaban *ahkin*, palabra que se deriva del verbo *kinyah*, que significa sortear ó echar suertes, porque los sacerdotes las echaban en sus sacrificios cuando querían saber ó declarar cosas que se les preguntaba.



Ruinas de la pirámide de Silán

Así habían llegado los mayas en materia religiosa al último grado de estupidez moral; á sustituir el acaso y el capricho de la suerte, combinado con los embaucamientos de sus sacerdotes, á las leyes sabias de la Naturaleza, que son la manifestación más espléndida de la voluntad divina. Los nahoas, por el contrario, tenían el templo en el hogar; el padre de la familia era el sacerdote y su culto la plegaria, y así estaban libres de engaños y supersticiones. Aun después, cuando la religión fué tomando forma propia, como consistía en la adoración de los principales astros, la contemplación de éstos era la oración del pueblo; su estudio el primer empleo de los sacerdotes, que de esa manera se hicieron astrónomos notables, crearon la cronología, base de la historia, y formaron las sorprendentes combinaciones de su admirable calendario. Mientras los pueblos no llegan á la creencia de la idea, la más hermosa de las religiones es el culto de los astros. En esto, como en todo, la ley del progreso marca á cada época su tipo de perfección, y en los pueblos antiguos el sabeismo fué ese tipo. Lo que más podía aproximarse á la adoración de la divinidad era la admiración de sus obras más esplendentes. ¿Y qué había de asombrar más el ánimo de aquellos pueblos sencillos, que el globo de fuego del astro del día hundiéndose en las nubes de púrpura del poniente, la blanca luna acariciando con su poética luz á la noche silenciosa, y la misteriosa estrella, que unas veces parece chispa de oro que el sol dejó olvidada en el crepúsculo de la tarde, y otras diamante regio engarzado en la diadema de nácar de la aurora?

La superioridad de la religión de los nahoas sobre el culto de los mayas se comprende con una sola

consideración: éstos tenían sus dioses en la tierra; las deidades de aquéllos estaban en el firmamento. Sin duda que los mayas poseían más aptitudes sociales y alcanzaron mayor grado de civilización; pero los nahoas eran más sanos de cuerpo y espíritu. El porvenir pertenecía á la raza nahoa. Mas no precipitemos los acontecimientos, y dando de mano á esta digresión, que nos pareció oportuna, continuemos nuestro estudio sobre los monumentos.

Después de la columna y de la bóveda, ocupémonos de la torre. Recordemos que Landa da cuenta de una torre redonda que había en el palacio de Tihóo. Existe aún en regular estado una de estas construcciones en Chichén. Se le conoce con el nombre de Caracol, y está sobre una pirámide de dos terrados ó pisos. El primero mide de norte á sur doscientos veintitres piés por frente, y de oriente á poniente ciento cincuenta por lado. Se sube á su plataforma por una escalera de veinte escalones y cuarenta y cinco piés de anchura, la que tiene á ambos lados una especie de balaustre formado por los cuerpos gigantescos de dos culebras entrelazadas, de tres piés de ancho. La plataforma del segundo cuerpo mide ochenta piés de frente y cincuenta y cinco de lado, y se llega á ella por otra escalera de diez y seis escalones de cuarenta y dos piés de ancho. En la plataforma, á quince piés del último escalón, está



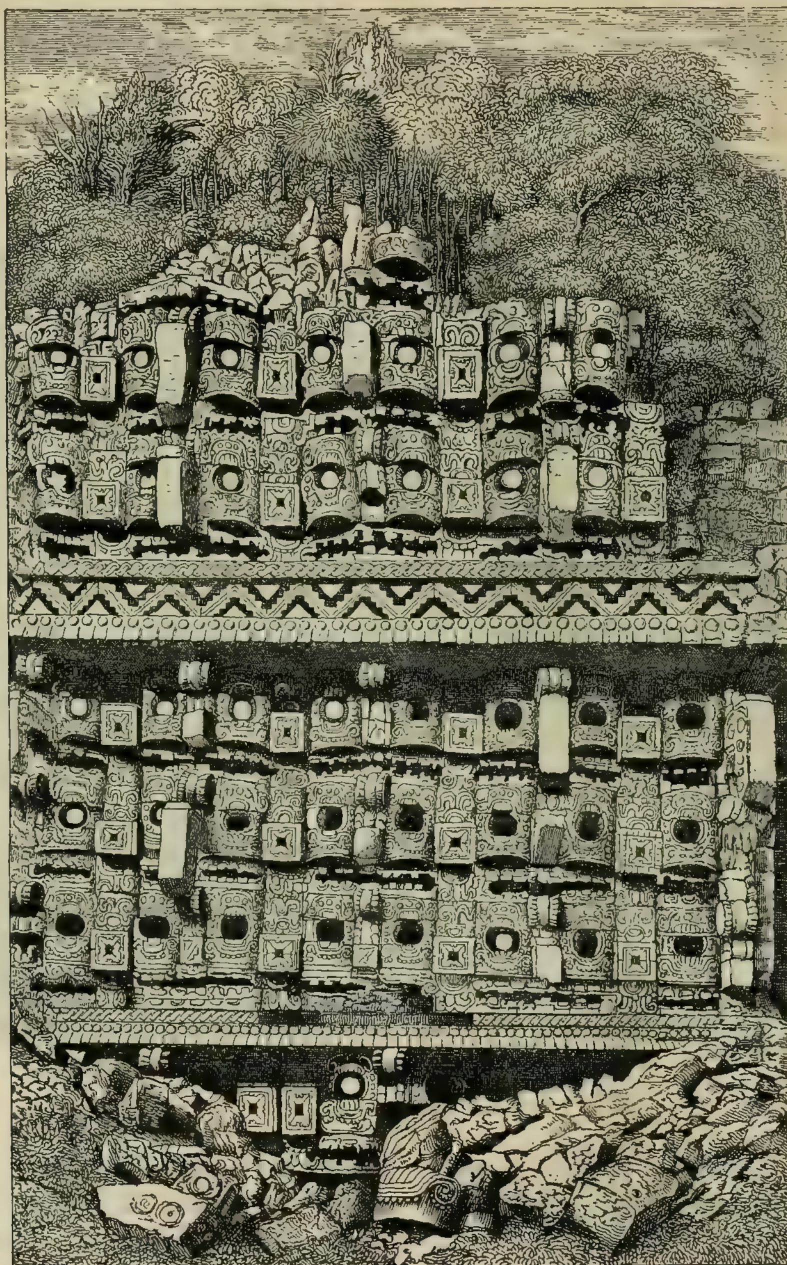
Chichén—El Caracol

la torre. Tiene veintidos piés de diámetro, y cuatro puertas en dirección de los cuatro puntos cardinales. Sobre la cornisa se eleva el techo formando una especie de cono. Su altura, incluyendo la pirámide, es de sesenta piés. Las puertas dan entrada á un corredor circular de cinco piés de anchura. El muro interior tiene también cuatro puertas, más pequeñas que las otras, en dirección del noreste, noroeste, sudeste y sudoeste. Estas dan paso á un segundo corredor circular de cuatro piés de ancho, y en el centro hay una masa de piedra, también circular, de siete piés seis pulgadas de diámetro. Las paredes de ambos corredores estaban aplanadas y cubiertas de pinturas, y los dos tenían bóvedas triangulares.

Complemento de las construcciones es la ornamentación, y ya hemos indicado que en esto progresaron mucho los mayas. Consistía ya en pinturas, ya en ornatos de estuco, ya en el labrado de las piedras. Reservamos el ocuparnos extensamente de este punto en la parte histórica, con la que cuadra más, y solamente diremos que la ornamentación maya tiene un estilo bizarro y especial que jamás puede confundirse; las líneas más caprichosas, las figuras más fantásticas, las combinaciones más inesperadas, todo forma un carácter determinado, todo descubre una imaginación tropical y un gusto refinado. Cada piedra de algunos monumentos era un trabajo escultural, y las paredes formadas de esas piedras eran como un gran mosaico que presenta un aspecto fantástico y sorprendente, como sucede con los muros de los palacios de Kabáh.

Es lógico que los mayas de ahí pasaran á la estatuaria, á la verdadera escultura, pues ya no hay más

que un paso. Así nos lo muestra alguna estatua sacada de entre las ruinas; pero en lo general no se encuentran porque las destruyó el celo religioso de los primeros misioneros. Para hallar las obras esculturales hay que ir hasta los confines de la región maya, adonde no alcanzó con toda su fuerza la nueva propaganda religiosa y con ella la destrucción; hay que llegar al fin de la península, á las ruinas de Quirigua y de Copán. Esto nos demuestra que por toda ella se extendió la civilización maya, y no podemos dudarlo, por el mismo carácter de esas ruinas y por la terminación de Copán; pues *pan* es voz maya que significa bandera, y como



Kabáh.—Muro esculpido

terminación de un nombre de ciudad expresa un centro militar ó de gobierno. De ese monosílabo hicieron los nahoas su *pantli;* pero se nota que los nombres de sus primitivas ciudades no tenían la terminación *pan,* mientras que abunda en los de los pueblos de la región del Sur.

Quirigua nos da un monolito importantísimo. Encuéntranse en esas ruinas diversas piedras grabadas ó esculpidas en bajo-relieve, fragmentos de estatuas y pirámides. Una pirámide tiene veinticinco piés de altura, se sube á ella por una escalera cuyos peldaños están en regular estado, y se baja por otra escalera del lado opuesto. Cerca de ella hay una cabeza colosal de unos seis piés de diámetro. Pero lo más notable son los monolitos labrados, semejantes á los obeliscos, aunque no terminan en punta. Su altura es de ocho á diez metros. Tienen figuras humanas en los lados principales y jeroglíficos en los otros dos. Uno se conserva en perfecto estado, aunque inclinado ligeramente. Mide veintitres piés la parte que está fuera de la tierra,

cinco en los lados principales y dos en los otros, y está rodeado por una base á distancia de quince piés. En el frente y en la espalda tienen figuras humanas de bajo-relieve. Su dibujo, sus proporciones y adornos y su



Monolito de Quirigua

disposición hacen que digamos que no son inferiores á las más bellas de los egipcios.

¿Pero solamente en esa lejana localidad pudo llegar la escultura á tal perfección? ¿solamente ahí habían de levantar los mayas obeliscos á sus dioses ó á sus héroes? ¿no era natural que principalmente existiesen en el centro de su territorio, en el núcleo de su civilización? Así debemos creerlo, explicando su desaparición por el huracán de devastaciones de un celo religioso mal empleado.

Podemos, pues, decir, que si los mayas fueron grandes arquitectos, también fueron notables escultores; y como la escultura expresa ya el refinamiento de las bellas artes, y acaso es la más difícil de ellas, tenemos otro dato para apreciar la gran cultura de los mayas. Agreguemos todos los conocimientos accesorios que revela el monolito: los esfuerzos para cortar una piedra tan grande y arrancarla del seno de la montaña, la suma de trabajo necesaria para conducirla al lugar en que había de levantarse el monumento, la ciencia indispensable para labrarlo con tanta belleza y con instrumentos de piedra, pues no se conocía el uso del hierro, y después los aparatos mecánicos de gran perfección que hubieron de usar para ponerlo en pié, y no sabemos qué sorprende más, si el conjunto de esfuerzos que representa ó la manifestación que hay en él de lo que alcanza el poder humano.

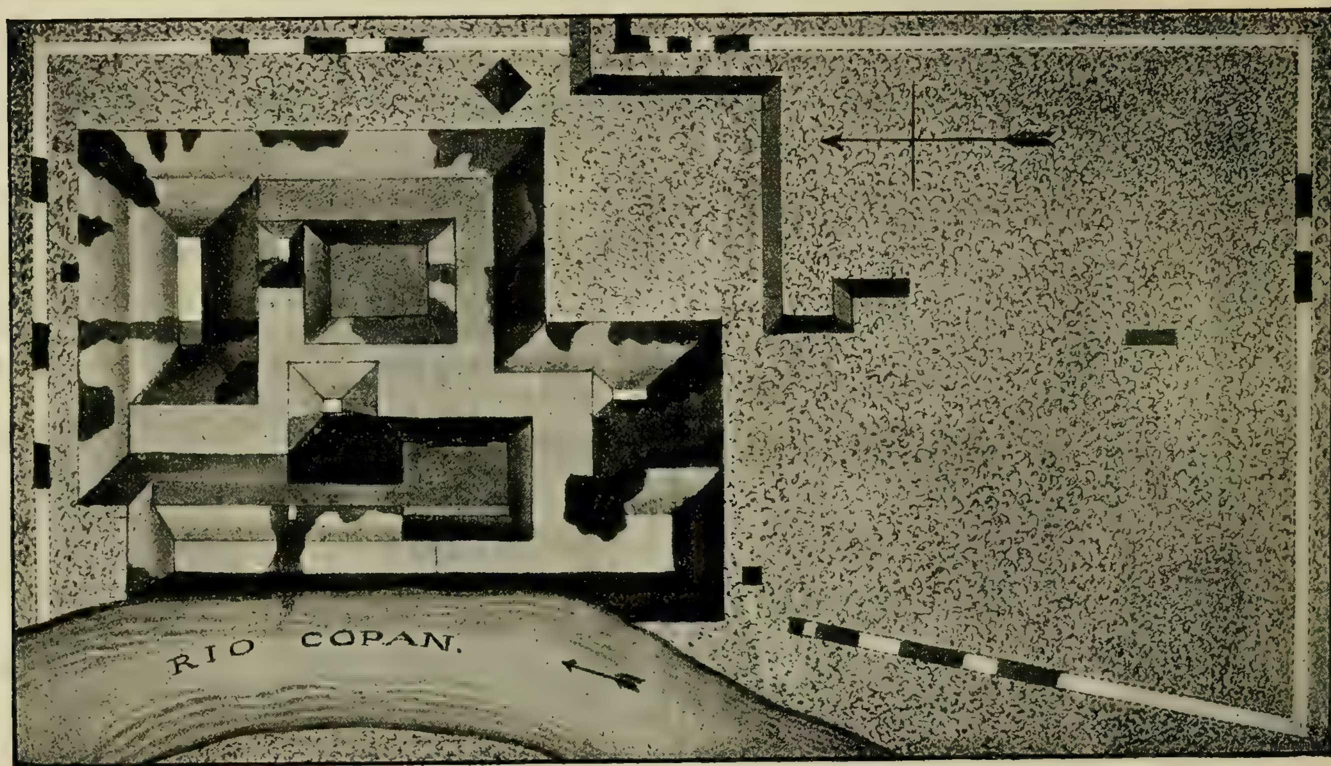
En Copán, más al sur de Quirigua y límite en ese rumbo del gobierno maya, la escultura alcanza más perfección, y nos pone de manifiesto el alto relieve en sus admirables monolitos. De menos altura que los de Quirigua, no tomando nunca la forma del obelisco, son grandes piedras, tan preciosamente esculpidas, que casi osamos decir que superan á las más bellas de todos los pueblos anteriores á los helenos.

Merece esa ciudad que demos, aun cuando ligeramente, una idea de ella. Estando en la frontera del territorio maya, era una verdadera fortaleza que lo guardaba por el sur y que servía para contener las irrupciones que por ese rumbo pudieran hacer tribus salvajes ó naciones enemigas. Apóyase esta plaza fuerte en el río, que también se llama Copán, en una extensión de más de dos millas. Por la ribera opuesta y á distancia de una milla, se eleva una fortaleza sobre una montaña que tiene dos mil piés de altura, y que era á no dudar el punto avanzado de la ciudad fortificada. Existen restos de la muralla que á ésta cubría, la cual era de piedras cortadas, de tres á seis piés de largo y de uno y medio de espesor: muro poderoso, si se tienen en cuenta las armas ofensivas de entonces. Verdaderamente la fortificación es un recinto cerrado de forma oblonga. La muralla del frente sigue el río en línea recta de norte á sur en una extensión de seiscientos vinticuatro piés, y tiene de sesenta á noventa de altura. En varios lugares le ha abierto brechas el tiempo, por lo que los naturales las llaman las ventanas. Los otros tres lados consisten en hileras de escalones y pirámides de treinta á ciento cuarenta piés de altura. Toda la línea de circunvalación es de dos mil ochocientos sesenta y seis piés. La gran cantidad de pirámides y otras obras defensivas reunidas en este recinto prueban que Copán era una de aquellas ciudades-fortalezas que los pueblos guerreros y poderosos levantan en sus fronteras ó pasos para detener la marcha de cualquiera invasión, como el Sebastopol de los rusos en la Crimea y el cordón de fuertes del oriente de Francia. La sola existencia de Copán acusa no sólo un gran poder guerrero sino su organización perfecta, lo que es otra muestra de que un pueblo ha conseguido una cultura superior, fuerza y riqueza.

En el recinto fortificado no hay ruinas de templos

ni de palacios; pero hay buena cantidad de monolitos labrados, como si hubiesen querido los mayas confiar la defensa de su gran ciudadela, á más de su valor, á la protección de sus dioses.

A veces tememos ser supérfluos, otras sentimos no extendernos bastante en la descripción de monumentos tan prodigiosos: nos parece que no tomamos en cuenta todas las cifras que nos han de revelar los arcanos de aquel oscuro pasado. Copán tiene para nosotros un interés especial; libre por su alejamiento de las devastaciones en masa, nos conserva tipos que no hallamos en otra parte, cifras preciosas para nuestros cálculos. Hasta ahora las ruinas que hemos estudiado nos han aclarado varios puntos de que no se hace mención en las historias. Sabemos ya que en una época muy remota, tal vez dos mil quinientos años antes de nuestra era, se establecieron los mayas en terramares á lo largo de la costa superior de la península, trayendo ya una organización teocrática bajo el mando de sus sacerdotes. Su religión era el culto de los animales. Al extenderse en el territorio por sus aptitudes sociales construyeron ciudades, y desde entonces formaron pirámides por base de sus templos y fortalezas y más tarde de sus palacios; primero de tierra, luego de piedras amontonadas unidas con tierra y cubiertas de estuco, y al fin de cantera labrada escuadra. Naturalmente, las primeras ciudades se construyeron no lejos de la costa, en la línea formada por Izamal, Aké y Tihóo. La ciudad trajo la organización civil, el sacerdote se tornó gobernante y nació la teocracia. Siendo su dios principal Zamná, el supremo sacerdote y jefe del Estado tomaba siempre su nombre. Esto supone la creación de una jerarquía que no conocemos, pero que ha debido existir. La extensión en el territorio y la necesidad de conservar el ya adquirido, dieron nacimiento al poder guerrero que quedó al servicio de la teocracia. El pueblo vencido era el pueblo siervo y tenía que sostener á los sacerdotes y el culto de los templos, al poder guerrero y todas las cargas del Estado, prestando además los millares de sus brazos á la construcción de los colosales monumentos. Para tener sujeto al pueblo en el cumplimiento de tales deberes, que era el resorte vital de aquella sociedad, se formó una organización militar, cuyo jefe era el Hunpictok; de las pirámides se hicieron fortalezas y se levantaron plazas fuertes que servían al mismo tiempo de respeto á los enemigos extraños. Ligaba también al pueblo en esa servidumbre el fanatismo religioso significado principalmente por las suntuosidades de un gran culto.



Plano de las fortificaciones de Copán

No creemos exagerar si á aquellas primeras ciudades les damos una antigüedad de mil años antes de nuestra era. La conquista fué extendiendo el imperio teocrático de los mayas y el progreso natural fué desarrollando en él las artes y las ciencias, aumentando las comodidades hasta llegar al lujo, el bienestar hasta la riqueza y la grandeza hasta levantar esos monumentos dignos de admiración. Comenzando por las pilastras ciclópeas de Aké, llegamos hasta las columnatas de Chichén, y nos sorprenden la bóveda de Uxmal, el arco de triunfo de Kabáh, las torres y los palacios, la

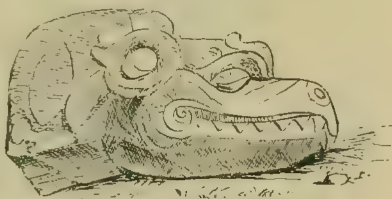
gran ciencia arquitectónica de los mayas, su conoci-

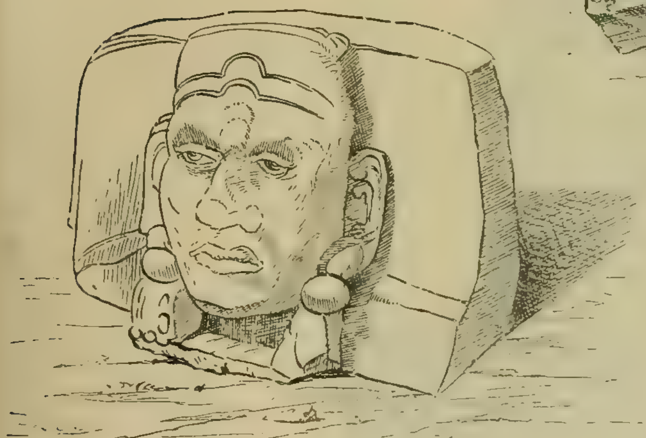


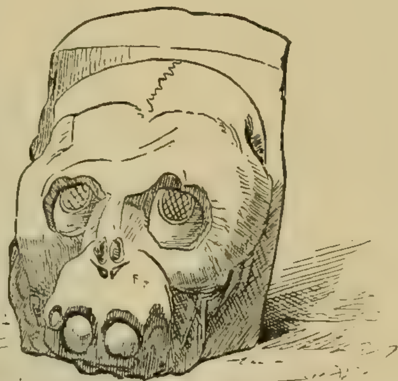
Copán.— Escultura ornamental

miento profundo de la geometría y la mecánica, de la resistencia de los materiales y del labrado de las piedras, su fortaleza de Copán y su ornamentación y esculturas.

Éstas, ya lo hemos dicho, alcanzan su mayor perfección en Copán. Muestras de ellas nos sobran; escogeremos las principales ya en su carácter de ornamentación, ya en el propio de esculturas. En una de las colosales pirámides ya en ruina, como á la mitad de su altura, hay una hilera de calaveras de proporciones gigantescas. Stephens las cree de mono y no de hombre; nosotros dudamos por las formas fantásticas que los mayas daban á sus figuras. Posible es que fuesen de algún otro animal, y así parecen indicarlo sus grandes dientes, y corresponderían entonces á su religión zoolátrica. Hay que agregar que entre las ruinas encontró Stephens un cuerpo sin cabeza, de seis piés de altura, que tenía la apariencia de un mono, semejante á los cuatro monstruosos animales que estaban unidos á la base del obelisco de Luqsor, y que bajo el nombre de cinocéfalos eran adorados en Tebas. De todas maneras, lo que debe llamarnos la atención son



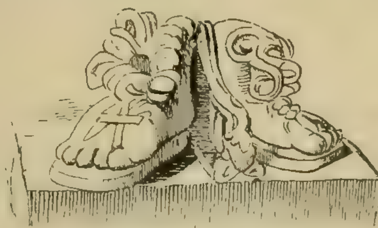




Esculturas de Copán

las cualidades esculturales de esas enormes calaveras. Lo primero que notamos es el dibujo: no hay líneas rectas formando extremidades angulosas; son curvas perfectamente determinadas y planos amplios y bien comprendidos que dan una figura precisa. Bien marcadas están las junturas del cráneo y revelan conocimientos anatómicos. Sorprende que las calaveras tengan ojos; las bolas están bien hechas y las pupilas marcadas; pero hay en ellos una expresión que podríamos llamar de mirada muerta.

Pertenece también á la escultura ornamental una cabeza que parece salir de la boca de una serpiente ú otro animal fantástico. Creyóla el descubridor retrato de algún rey ó personaje histórico; hay en ella gran perfección de líneas y conocimiento de los planos del rostro humano; pero lo que más admira es su expresión de tristeza y melancolía, buscada muy bien por el artista con los ojos á medio cerrar y por la disposición



Copán.— Piés con sandalias

de la boca: esto da á esa cabeza verdadero carácter, que es la suma perfección y la mayor dificultad de la escultura.

Como esta cabeza, se encuentra en las ruinas otra también de ojos pequeños, labios gruesos y nariz abultada; la vida que revela en su fisonomía de aspecto severo es sorprendente. En dos cosas nos hace pensar esa figura: en su semejanza con las caras de las esfinges del Egipto y en que es la muestra del tipo de la raza. Clara se ve la mezcla de sangre negra; la frente espaciosa es señal de inteligencia; la mirada profunda expresa juicio y sabiduría; la nariz ancha pasiones vehementes, y la boca energía y tenacidad. Se percibe una raza con todas las cualidades necesarias para imponerse.



Monolito de Copán

No pasaremos en silencio una soberbia cabeza de cocodrilo que recuerda el culto de los dioses-animales, y que aun cuando tiene algunas líneas fantásticas, siempre de buen gusto estético, reproduce perfectamente la cara y la expresión de ferocidad del anfibio con su gran mandíbula de dientes triangulares.

Aunque las obras descritas son de ornamentación, puede decirse que pertenecen ya á la estatuaria. Bastaría, para conocer la perfección que en ésta alcanzaron los mayas, un sólo fragmento de los piés de una figura y sus sandalias. Están tan bien comprendidos, dibujados y ejecutados de tal manera, que podemos decir que fueron los mayas escultores notabilísimos.

Mas donde van á pasmarnos es en sus monolitos esculpidos en alto relieve. Por su ornamentación verdaderamente extraordinaria damos la preferencia á una gran piedra labrada de unos cuatro metros de altura, metro y medio de frente y uno de fondo. Debajo de

adornos complicados y de primorosa combinación, se ve una cara bien esculpida y de bellas proporciones, que tiene por tocado una cabeza de culebra; cuelga de su cuello preciosa gargantilla y tiene las manos vueltas hacia arriba sobre el pecho; á la cintura ostenta una faja lujosa con tres cabezas perfectamente dibujadas, de la cual pende el *maxtli* ó *ex*. Este monolito, como los otros, tiene otra figura al lado opuesto y en las caras de los lados jeroglíficos calculeiformes. Estas grandes piedras, así como todas las construcciones de Copán, estaban pintadas de rojo, lo que debía dar un aspecto fantástico á la ciudad.

Sírvenos esta escultura, no sólo para apreciar el gran adelanto que en ese bellísimo arte alcanzaron los mayas, pues lo perfecto del alto relieve, el dibujo, la seguridad de las líneas y el gusto del ornato complicadísimo así

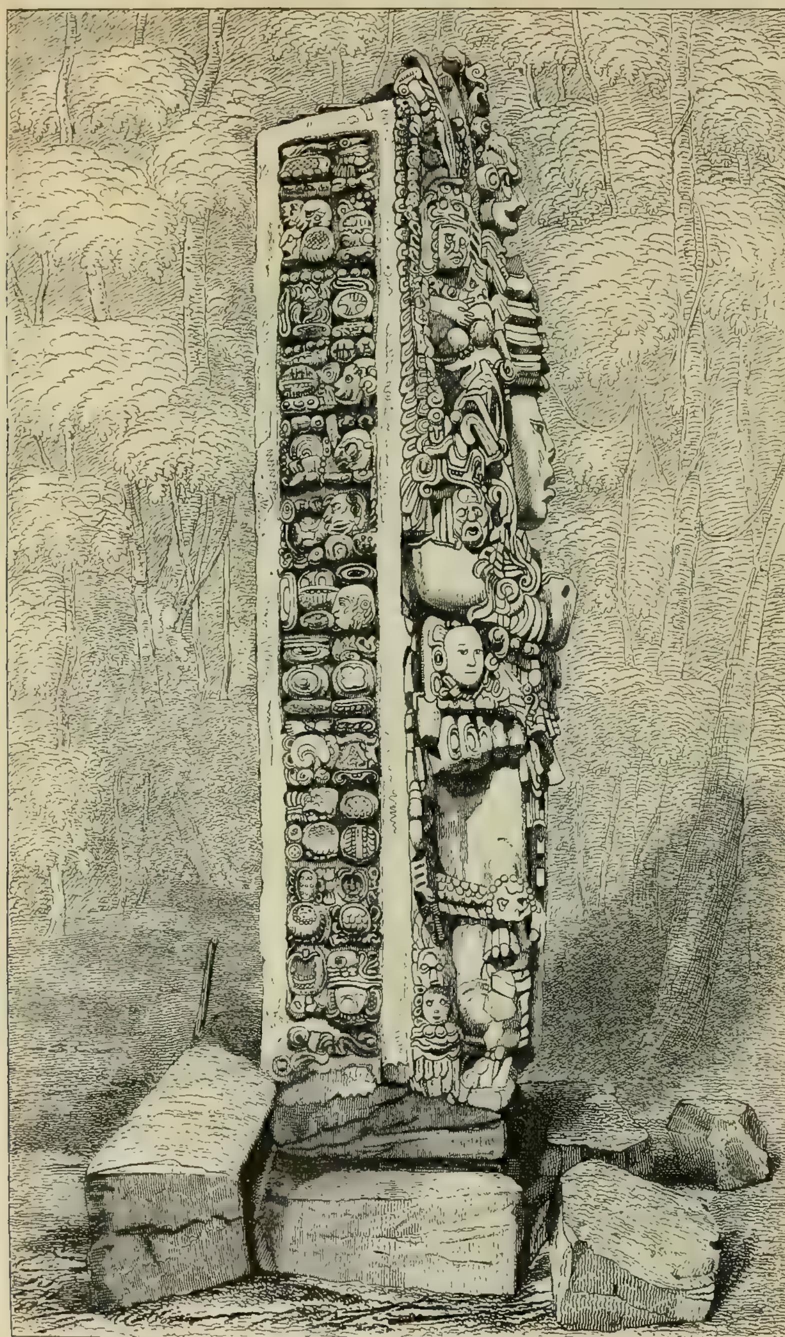


Copán.—Escultura de mujer

lo atestiguan, sino que también nos proporciona datos sobre su manera de vestir. No era creible que un pueblo que tanta esplendidez desplegaba en sus construcciones no la tuviese igual en sus trajes, y estas estatuas nos lo manifiestan, así como la profusión de dijes y adornos usados por los mayas. Nos presentan ricos tocados, pendientes, collares de gruesas cuentas con medallones, brazaletes exquisitos, grandes cintas de variadas labores para el cinto y el *ex* característico que de ellas caía vistosamente por el frente del cuerpo y que no llevaban los nahoas.

Pero vemos el traje femenil más distintamente en otro monolito que tiene delante un altar: poco más ó menos de las mismas proporciones que el anterior, tiene en la parte de atrás únicamente una máscara de aspecto feroz en un cuadro ornamentado, jeroglíficos en la inferior y alrededor una gran orla de borlas, lo que nos manifiesta un nuevo adorno de los trajes. La figura

principal del monolito es una mujer. Su cara ancha, pero bien proporcionada, tiene gran expresión, lo que llamamos vida en una estatua. Esa forma del rostro, que se aleja del óvalo para acercarse al círculo, corresponde bien á la raza braquicéfala de los mayas, tipo que persiste en los naturales de la península. El tocado es complicadísimo y en él se advierten, entre otros muchos adornos, grandes plumas; caen de él sobre las orejas unas cintas que forman el cuadro de la cara, con lo que reveló el escultor buen gusto artístico; el collar de cuentas de que pende un medallón baja sobre una camisa con mangas que llegan hasta los codos de



Monolito visto de costado

la figura; los antebrazos están casi todos cubiertos de sartas y brazaletes, y tanto ellos como las manos bien dibujados y mejor esculpidos; lleva un cinto del que penden el *maxtli* bordado y dos cintas laterales más angostas y más cortas y que figuran estar adornadas con piedras y borlas; la enagua es magnífica y termina en un gracioso olán; sobre él hay una orla de cuentas y toda ella parece bordada con cuadros de cinta con cuentas también en los extremos. Pero lo más notable y que no sabemos que se haya observado antes, es el calzado. El general de los indios, el descrito hasta hoy, era la sandalia ó *cactli* en mexicano: componíase de una ó más suelas que se sujetaban á la planta del pié por correas que, atravesando entre los dedos, se ataban en la pierna. Eran más ó menos sencillas y en ellas había también lujo: veremos que las

usaban de oro los señores de México. Pero aquí encontramos una especie de borceguí que cubre todo el pié. Podemos, pues, asentar que las damas de las altas clases de los mayas vestían y calzaban con gran lujo.

El aspecto de los monolitos vistos de costado nos presenta la estatua de completo bulto como si estuviese recargada en la piedra y nos pone de manifiesto los jeroglíficos. Así de perfil se distinguen otras de las particularidades del traje. Tomemos para esto un tercer monolito, que en nuestro concepto es la estatua de un sacerdote hablando ó predicando. Lo primero que notamos es que tiene en la cabeza una gran mitra, de la cual le bajan bandas y cintas con medallones á ambos lados de la cara. Cubre su busto una camisa con diversos adornos, medallones y borlas. En los brazos desnudos lleva ricos brazaletes. La pierna está cubierta hasta la mitad con un calzón y el escultor ha cuidado mucho de su dibujo. En las rodillas tiene elegantes abrazaderas con medallones y también calzado que le cubre todo el pié, sin que falte el suntuoso cinto y el correspondiente *maxtli*.

Ya nos vamos explicando los curiosos tocados de las figuritas de Teotihuacán, que tanto llamaron la atención del señor Orozco, al grado de atribuirlas



Copán. — Altar

á razas extrañas que en tiempos remotos debieron ocupar nuestro territorio. Nos lo confirma la semejanza de tocado de las figuras de un altar, sin duda el más notable de las ruinas. Hay en ellas varios altares; puede decirse que cada ídolo tiene el suyo, y como éstos son también monolíticos, siempre de un solo trozo de piedra. Generalmente no están muy labrados y varían de forma, acaso por las diferentes deidades á que están dedicados. El que ahora nos ocupa está cortado á escuadra y mide seis piés de lado por cuatro de altura. En la cara superior tiene una inscripción jeroglífica y en las cuatro laterales grupos de cuatro figuras cada uno en bajo-relieve; siendo de notar que todas las otras esculturas de Copán son de alto relieve. La figuras están con las piernas cruzadas al estilo oriental; tienen el *maxtli* y la profusión de adornos, de que ya hemos hablado, como collares, brazaletes y abrazaderas en las piernas y además curiosos tocados que semejan turbantes.

Creo que hay bastantes datos para poder decir, por vía de resumen, que los mayas tuvieron una gran civilización en su época prehistórica, bajo la dilatada teocracia de los Zamná. Sin duda que algo de lo que hemos examinado pertenece á tiempos posteriores; pero como todo revela conocimientos extraños á los nahoas, claro es que no los recibieron de ellos los mayas de la época histórica, sino de sus mismos antepasados. La teocracia, apoyada en la casta guerrera que estaba á su servicio, hizo de la península un poderoso imperio que se levantó á la mayor cultura que alcanzaron los pueblos asiáticos de la antigüedad.

CAPÍTULO XII

Región quiché —Lenguas.—Restitución de sus nombres geográficos.—Extensión y límites.—Pueblos con nombres de animales.—Una escultura de Papantla.—Paxil.—Leyenda del maíz.—Ciudades desconocidas.—Teocracia de los Votan.—Creación de la casta guerrera.—El Popol-Vuh.—Los primeros dioses.—Evolución al culto de la Naturaleza.—Hurakán.—Los dioses de la tormenta.—Cabrakán.—Chirikán.—Situación de Nachán —Regiones de Potonchán y Chanpotón.—Arquitectura.—La pirámide.—Monumentos de Quingola.—Pirámide de gradas.—Templo de los tableros —Construcciones quichés.—Techos en declive.—Origen de la bóveda triangular.—Templo en la ribera del Usumacinta.—Bóveda de Comalcalco.—Corredores del palacio de Nachán.—La pilastra y el arco.—Los corredores del palacio.—El arco de trébol.—El estuco.—La torre y el puente.—Puente de bóveda de Chilmitlán.—Ingeniería.—Fortificación.—Ornamentación y escultura.—Bajo-relieves en estuco.—Templo del Hermoso relieve.—Trajes.—Adorno en la nariz ó *nessem*.—Suntuosidad de la vida pública y privada.—Esculturas en piedra.—Resumen.

Si de la península maya pasamos al otro lado del río Usumacinta, nos hallamos en la región que antes hemos descrito y que de dicho río se extiende hasta el Xoconocho ó Soconusco, en la costa del Pacífico, abrazando los actuales Estados de Chiapas y Tabasco. Esta era la región quiché. Así como la maya tomó su nombre de la misma calidad del terreno, por haber salido éste de las aguas ó ser escaso de ellas como otros quieren, por razón semejante al territorio que ahora nos ocupa, estando todo cubierto de inmensos bosques, llamóse *quiché,* que quiere decir muchos árboles.

Para la geografía de esta región hay dos dificultades. La primera, que al descubrimiento y conquista de los españoles, había en ella varias lenguas, como el *tzendal,* el *tzotzil,* el *mame,* el *quiché,* el *cakchiquel* y otros dialectos; dominando en Chiapas el tzotzil y el quiché en Guatemala. La segunda, que en las diversas invasiones nahoas, y especialmente en la mexica, se habían cambiado los nombres de lugares, unas veces traduciéndolos al mexicano y otras mudándolos por completo, lo que no sucedió á los mayas, porque los mexica jamás extendieron á ellos su dominio.

La primera dificultad es más aparente que grave, pues el *tzendal* y el *tzotzil,* que puede decirse son una misma lengua, el *quiché,* el *cakchiquel,* el *tzutuhil,* el *pokonchi,* el *chontal* y el *mame* ó *zakloh-pakab,* resultan miembros de una misma familia, de los cuales el último es el que tiene la forma más arcaica y primitiva, y el quiché el que alcanzó la más perfecta. Ya entonces nos explicamos que la lengua pasó, con el transcurso de los años y con la influencia de la civilización, desde su primer tipo *zakloh-pakab* hasta el más perfecto quiché, ó kiché acaso con más propiedad ortográfica. El quiché conservó siempre su estrecho parentesco con el maya, y de aquí viene que al conjunto de lenguas y pueblos afines se les llame grupo maya-quiché, y á la cultura del Sur civilización maya-quiché. Notemos desde ahora que la lengua maya alcanzó más perfección que la quiché.

También se explica fácilmente por qué encontramos al quiché, en los últimos tiempos históricos, confinado hasta Guatemala. Por virtud de las diversas invasiones nahoas, y especialmente de la mexica, el núcleo quiché fué retirándose hacia el sur, y los pueblos invadidos, al mezclarse con otros, fueron formando los diversos dialectos de que hemos hablado antes.

La segunda dificultad, es decir, la modificación de nombres geográficos se resuelve restituyendo á las localidades los que primitivamente tuvieron y conservaron en su lengua propia, y sustituyéndolos á los nahoas impuestos por la conquista. Por fortuna puede hacerse respecto de los principales lugares y ciudades más notables. Procediendo, pues, así, diremos que la región quiché estaba al poniente de la maya y dividida de ella por el río Usumacinta, tenía por límite, al norte, las aguas del Golfo, al sur el Océano, y al poniente el istmo llamado *Dani-Gui-Bedji* ó montes de tigres, que los mexica tradujeron Tecuantepec, hoy Tehuantepec. En esa dirección penetraba en el país de Didjazá, cuya capital era Zaachila; el cual fué llamado Tzapotecápan por los mexica, y es hoy la parte principal del Estado de Oaxaca. Llegaba por lo menos hasta el lugar que ocupan las ruinas de Mitla, llamadas Mictlán por los mexica y Xibalba por los quichés; palabras ambas que significan *lugar de los muertos.* En el límite del Océano estaba el territorio de Zaklohpakab, del cual hicieron los mexica Xoconochco y nosotros Soconusco:

su principal ciudad era Mam, que quiere decir *antepasados;* y ya hemos visto que los nahoas hicieron de ella Huehuetlán ó lugar de los abuelos, en donde estaba la mujer con tapines cuidando el tesoro de Votan. Esta circunstancia, el conservarse allí los tapires sagrados como recuerdo de la religión primitiva, la forma arcaica de la lengua, y el significar en ésta padres ó antepasados tanto el nombre Mam de aquel pueblo como el de su ciudad principal, bien nos explican que huyendo de invasiones extrañas, se refugió un grupo de la raza primitiva en aquel rincón, defendido de una parte por las montañas y de la otra por la inmensidad del mar.

Ocupaba el centro de la región quiché la ciudad de Nachán; en él estaba la gran fortaleza llamada Chapa-Nanduimé, de que los mexica hicieron Chiapa y los españoles Chiapas, que dió nombre á aquel territorio, y á cuatro leguas de ella la ciudad de Amoxtón, nombrada Acala después. Eran también importantes ahí las ciudades de Zotzlem y Chamhó, designada la primera por los mexica con el nombre de Tzinacatlán y la segunda con el de Chamula. Agreguemos *Balum-Canan* ó las nueve estrellas, más tarde Comitán, también ciudad importante; Alanchen, Zakulen ó Huehuetenanco;



Buho de Papantla

y sobre todo Yaxbité ó bosque verde, la principal después de Nachán, que hoy se conoce por Ocotzinco. Hay que advertir, que para Palemke encontramos los dos nombres antiguos Na-Chan y Gho-Chan, pero preferimos el primero.

Extendíase, además, la región quiché al sur de la península maya, penetrando en el actual territorio de Guatemala, la que se llamaba Iximché, siendo de grandísima importancia la ciudad de Gumarcaah, nombrada después Utatlán por los mexica. La frontera era Tumbalá, y separaba la región quiché de la maya y de los lacandones, el país de los *tucurub* ó buhos.

Advirtamos que estos pueblos se daban nombres de animales, sin duda por relación á su teogonía. Ya hemos hablado de los chanes ó culebras; ahora se nos presentan los buhos, *tucurub,* los que ocuparon primero la ciudad de Cancoh, hoy San Cristóbal, capital del Estado de Chiapas, y se retiraron después á las montañas de Xucaneb; los cakchiqueles se llamaban el pueblo del *zoq* ó murciélagos, y tenemos además los *quelenes* ó papagayos, los *balam* ó tigres, y los *geh* ó venados. Ya comprenderemos así ciertas esculturas que tienen el cuerpo de hombre y la cara de animal. Unicamente citaremos una muy notable de Papantla. Es una piedra de arenisca perfectamente esculpida y primorosamente ornamentada, que representa á un hombre-buho, lo que sería dato para creer que la ciudad fué fundada por una colonia de *tucurub.*

Inútil y ajeno á nuestro intento sería entrar en pormenores geográficos de ríos y montañas; nos bastará citar los montes de Paxil y de Cayalá, de los cuales hicieron los quichés su *Tlalócan* cuando recibieron la religión nahoa. Hay respecto de ellos una leyenda, que así se liga á sus antiguas ideas teogónicas como á los primeros tiempos de su raza. El zorro, *yac;* el chacal, *utiú;* el papagayo, *kel,* y el cuervo *hoh,* guardaban los jardines de Pan-Paxil y Pan-Cayalá; y como en ellos brotaran el maíz amarillo y el maíz blanco, fueron á contarlo á los primeros habitantes de la región y les enseñaron el camino. Percibimos en esta leyenda relación á cuatro ideas: á la zoolatría primitiva, á los cuatro primeros pueblos que ocuparon el territorio, entre los cuales estaban los quelenes; á la inauguración, digámoslo así, de la agricultura, y al hecho histórico de cuando la raza inmigrante encontró el maíz silvestre ó aprendió del pueblo autóctono á cultivarlo. Esto pasó en la región de Paxil y Cayalá, y por eso con razón conservaron en su leyenda el hallazgo precioso del grano que de principal alimento debía servirles.

En esta región, como en la maya, hay ruinas de gran número de ciudades; en algunas se han hecho cuidadosas exploraciones como en Palemke, y otras permanecen desconocidas y ocultas en los bosques. Puede decirse que los restos de algunas de ellas ocupan todo lo largo del Usumacinta. En una se han encontrado tres edificios que caracterizan bien la arquitectura quiché. Siguiendo nuestro estudio de relacionar la civilización con las construcciones, vamos á examinarlos. Pero antes séanos permitido entrar en consideraciones generales sobre la organización de aquel territorio, y tomar en cuenta datos importantes que la leyenda nos suministra.

En historia es también una verdad que las mismas causas producen los mismos efectos; y así como las cualidades de la raza y sus circunstancias especiales produjeron en la península maya la teocracia de los Zamná, en el quiché dieron por resultado la de los Votan. Los sumos sacerdotes y supremos gobernantes de la región iban heredando también el nombre del dios; y esto explica que refugiada la raza primitiva en la costa de Zaklohpakab, allí se encontrara en los tiempos históricos la familia de los Votanes. Así es que cuanto hemos dicho sobre la organización social, establecimiento

y desarrollo de la teocracia maya, es aplicable á la región quiché; en ésta también un poderoso gobierno sacerdotal dominó por varias centurias sobre el territorio que hemos descrito. Aquí igualmente la casta guerrera, representada por *Chay-Abah*, era el sostén del sacerdocio, de la misma manera que el pueblo siervo trabajaba los campos para sostener el culto, y levantaba con su sudor los grandes monumentos.

En la tradición cakchiquel, se dice que *Chay-Abah*, nombre que significa pedernal negro ú obsidiana, es la obra de su formador, y él es quien sostiene á su creador. No puede darse idea más clara del objeto y misión de la casta guerrera; y se percibe en seguida la semejanza completa que hay entre el *Hunpictok* maya y el *Chay-Abah* quiché. La tradición agrega que se crearon trece hombres y catorce mujeres; que cada hombre tenía dos mujeres, y así tuvieron hijos; y que así se hizo la raza, y fué formado *Chay-Abah*. Este relato nos conserva la formación de la casta guerrera.

Si se han perdido las tradiciones primitivas de los mayas, en cambio se salvaron algunas de los quichés en el *Popol-Vuh*. Libro es éste que desde su publicación por el abate Brasseur ha llamado notablemente la atención, y ocupa ahora mismo á distinguidos sabios europeos y americanos. Escrito por un natural en el siglo XVI, conserva los recuerdos de la raza quiché, y está redactado en el lenguaje propio de ella; la primera ventaja que nos presenta es su carácter. Diólo á luz el abate con el texto original y una versión suya al francés. Verdad es que Brasseur era hombre estudioso y de muy buenos conocimientos históricos; pero desgraciadamente tenía excesiva imaginación y todo lo quería sujetar á un sistema preconcebido. De ahí vinieron los errores sin cuento que deslucen sus bien redactadas obras. La versión del *Popol-Vuh* fué, pues, arbitraria, sobre todo en algunos puntos radicales; lo que no solamente decimos nosotros, sino que tiene su apoyo en la respetable opinión de Mr. Brinton, buen conocedor de la lengua del original. Por suerte el padre Ximénez había hecho desde el siglo pasado una versión castellana, que con los escolios importantísimos del traductor publicó en Viena el doctor Seherzer el año de 1857. La verdadera interpretación de *Popol-Vuh* es *libro del pueblo*. Para sacar provecho de él necesitamos distinguir los tres elementos que lo forman. Tiene una parte perfectamente histórica relativa al reino quiché, y otra alegórica en que hay que separar las tradiciones primitivas de la raza de las ideas nuevas que recibió con las invasiones nahoas. Hay, además, que dar la mano á lo que de sus creencias cristianas deslizó el autor. El abate acusa al padre Ximénez de que hizo su traducción bajo la influencia de estas ideas; pero para los que estamos acostumbrados á manejar crónicas y á comprender el verdadero sentido de ciertas palabras tomadas del cristianismo no es ese gran defecto.

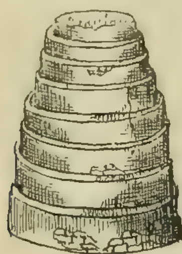
Comencemos, pues, por separar las ideas primitivas de la raza, y veamos lo que el *Popol-Vuh* nos dice, sirviéndonos del texto original y de ambas versiones. Aparecen como los primeros dioses y creadores, por lo que se les llama padres y madres, *Hun-Ahpú-Vuch*, *Hun-Ahpú-Utiú*, *Zaky-Nima-Tzyz*, *Tepeu*, *Gucumatz*, *Vgux-Chó*, *Vgux-Paló*, *Ah-Raxa-Lak* y *Ah-Raxa-Sel*. *Hun-Ahpú-Vuch* significa *el poderoso señor ó dios zorra; Hun-Ahpú-Utiú, el poderoso dios coyote; Zaky-Nima-Tzyz, el gran jabalí blanco; Tepeu* y *Gucumatz* son dioses pertenecientes á las invasiones naohas; *Vgux-Chó* quiere decir *corazón* ó *espíritu del lago*, pues los quichés creían que el alma estaba en el corazón; *Vgux-Paló, espíritu del mar;* á los que hay que agregar *Vgux-kah, espíritu del cielo*, y *Vgux-Ulen, espíritu de la tierra*, también divinidades del *Popol-Vuh; Ah-Raxa-Lak* significa *el potente disco azul*, y *Ah-Raxa-Sel, el poderoso cajete* ó *copa verde*, es decir, el firmamento y la tierra.

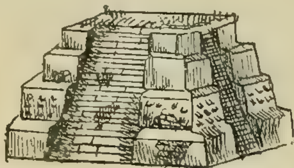
Si examinamos estas deidades, encontramos desde luego tres dioses animales, la zorra, el coyote y el jabalí, y el culto de las fuerzas de la Naturaleza representadas por el firmamento, la tierra, el lago y el mar. Vemos, pues, cómo se confirma constantemente la zoolatría de aquella raza. Pero era también natural que á sus dioses primitivos agregasen divinidades de la espléndida naturaleza en que vivían. ¿Cómo no había de sorprenderles y admirarlos el purísimo cielo tropical, el cajete azul como traduce Ximénez? Observemos que cajete es un vaso de barro hemisférico que da cabal idea de la bóveda del firmamento. Y para completar la esfera hacían de la tierra una jícara verde, pues la jícara ó *xicalli*, hecha de un fruto natural, tiene la misma figura hemisférica. Numen supremo debió ser para los quichés ese suelo sembrado de bosques seculares que pródigo les proporcionaba el sustento y que tenía no sabemos qué misteriosa majestad con sus montañas de zafiro y sus ríos de cintas de plata. Pueblo tropical y por lo mismo poeta, debió hacer dioses también del tranquilo lago, espejo de sus magníficos arbolados, y del violento y majestuoso Océano. Así el desarrollo de la cultura producía una evolución religiosa, pasando en la nueva teofanía del estúpido culto de los animales á la hermosa contemplación de la Naturaleza.

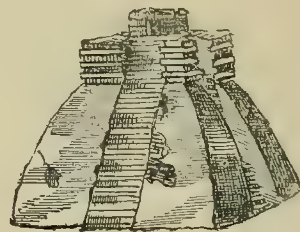
En esta contemplación el espíritu del cielo *Vgux-Chó* dió nacimiento y origen á otras deidades secundarias representantes de la tormenta, la manifestación más esplendente de ese espíritu. Estas deidades secundarias se llamaban colectivamente *Hurakán* y eran *Cakulha-Hurakán*, *Chipa-Cakulha* y *Raxa-Cakulha*. *Hurakán* significa *el más grande de los dioses*, y su nombre ha pasado á los idiomas modernos de Europa para expresar el más fuerte de los vientos. *Cakulha-Hurakán* es la voz de ese dios, es decir, *el trueno;*

Chipi ó *Chipa-Cakulha* es su luz ó *el relámpago*, y *Raxa-Cakulha* es *el verde rayo*. Agreguemos, en fin, otra deidad, *Cabrakán*, el dios del terremoto, que sacude la tierra y vuelca las montañas. Y tenemos todavía á *Chirakán*, la diosa tierra, cuyo nombre significa boca grande ó cráter largo, ya por referencia á la idea de que todo lo consume y lo traga, ya á las montañas del Kiché, cordillera extensa llena de innumerables cráteres. Fué en esa región tal la cantidad de erupciones y tantos los terremotos que las acompañaron, que de ahí nacieron estos dos dioses: *Cabrakán*, el del terremoto, y *Chirakán*, el de la erupción. No podemos sustraernos al sentimiento de cierta grandiosidad en este nuevo culto.

Bajo estas hermosas ideas se desarrollaba y recibía gran incremento la primera civilización de los quichés, teniendo por centro la ciudad sagrada de Nachán. Ningún sitio podía encontrarse mejor para una metrópoli suntuosa. Desde sus alturas coronadas de templos y palacios de asombrosa magnificencia, abrazaba la vista una extensa llanura, perdiéndose en una serie no interrumpida de bosques y lomeríos hasta la ribera de Castajá. El rey sacerdote, de lo alto de su torre, dominaba la ciudad y descubría ese vasto horizonte y podía vigilar los movimientos de cualquier enemigo y los progresos de la prosperidad pública que á su alrededor se desarrollaba. La gran metrópoli y los campos que la rodeaban se veían llenos de vida; en ellos resonaba ese gran murmullo de los pueblos que es el aliento poderoso de la humanidad. Oíanse entusiastas cantares que acompañaban las tumultuosas danzas en los palacios. Aquellas escalinatas se cubrían de guerreros adornados de oro y hermosísimas plumas, al par que de matronas lujosamente ataviadas con collares riquísimos, tocados fantásticos y sartas de perlas y esmeraldas. Y el pueblo asistía solemnemente á contemplar la pompa del sacrificio que celebraba en lo alto del templo el sumo sacerdote, al sonido estridente







Pirámides de Quingola

de caracoles y bocinas, que llenaban de estrépito el aire acompañados de las cántigas de toda esa ciudad.

Y de ahí se extendía la vida y la civilización al sur hasta Iximché, hasta Zaklohpakab, en las orillas del Océano, y hasta el Golfo en mil ciudades que se levantaban á lo largo de los ríos, en los cabos y al borde de las lagunas de Pochutla, Chaltuná, Yaxhá, etc., llegando hasta el Istmo por la tierra de Potonchán y hasta la parte sudoeste de la península maya en la región regada por el Chanpotón. No es por demás decir que generalmente se confunden Potonchán y Chanpotón: *chan* es culebra, el primer habitante civilizado de la región quiché; *pot* es el crepúsculo, y su diversa colocación en los precedentes nombres está indicando que significan el uno los chan del crepúsculo vespertino ó del poniente, el otro los chan del alba ó del oriente.

Y puesto que debemos estudiar la civilización en los monumentos, dejemos en cuanto sea posible las ciudades conocidas para la época histórica y sirvámonos de otras ruinas, siempre grandiosas, que están perdidas en la espesura de los bosques. Seguiremos el orden que tuvimos respecto de la península maya: la pirámide, el palacio, el templo, el pilar y la columna, la torre y la fortaleza, la escultura y la ornamentación, agregando aquí el puente.

La pirámide quiché tiene el mismo principio de construcción que la maya: varios cuerpos sobrepuestos disminuyendo en extensión y en su parte superior una plataforma más ó menos amplia. Pero aquí encontraremos en muchos casos que cada escalón constituye un cuerpo, es decir, que la escalinata rodea toda la pirámide. En cuanto á su material, unas veces están formadas de adobes cuadrados, otras de piedra y tierra revestidas de estuco, y en las grandes ciudades son en el centro de tierra revestidas de grandes losas de hermosa cantería cortadas perfectamente á escuadra. Se conoce que, según abundaba más la piedra, el artífice era más hábil y el pueblo, más rico, mejoraba la construcción.

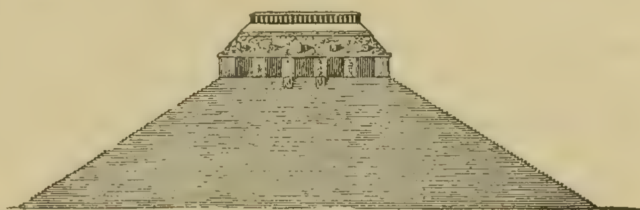
Los primeros monumentos de que vamos á ocuparnos están en el Istmo en un pueblo llamado Quingola. Comenzaremos por una pirámide que llama notablemente la atención por su forma excepcional, pues más bien es un cono truncado de ocho pisos. Tiene la base veintidos varas de proyectura y cuatro de eje y el todo forma una gradería circular. Este sólido está construído con mucha regularidad con tierra y piedras mezcladas y revestido de un estuco de cal y arena pintado con rojo almagre. Hasta ahora hemos visto que todas las pirámides toman la forma cuadrangular: ésta de forma rarísima en nuestras antigüedades, atendidas sus dimensiones no pudo

servir sino de pedestal á la estatua de un dios. Tenemos después en las mismas ruinas una de la forma común compuesta de cuatro pisos. Esta pirámide, perfectamente orientada, es de cal y canto revestida de grandes lajas y después de una capa de estuco pintada de rojo. Su escalera principal mira al poniente y las laterales al norte y al sur, llegando las tres hasta la plataforma superior. Se notan en las paredes del segundo piso unas hileras de losas embutidas longitudinalmente y de plano, dejando su extremidad algo fuera para colocar las calaveras de los sacrificados según creemos. Esta pirámide tiene diez y ocho varas por lado en la base y algo más de seis de altura. La escalera principal se compone de cuarenta gradas. Sin duda que pudo servir de templo y fortaleza, y en su construcción se nota cierto adelanto sobre la anterior. La tercera es también notable por su forma especial. El primer piso, construído como la anterior, es curvilíneo y ocupa más de las tres cuartas partes de la altura total del monumento; el segundo tiene tres frisos paralelos con molduras cuadradas y salientes que encierran losas de mármol esculpidas, y en la plataforma hay un cuarto con paredes de sillería. La escalera principal mira al oriente. De las tres ésta es la que manifiesta mayor progreso por su forma y por el uso del mármol esculpido.

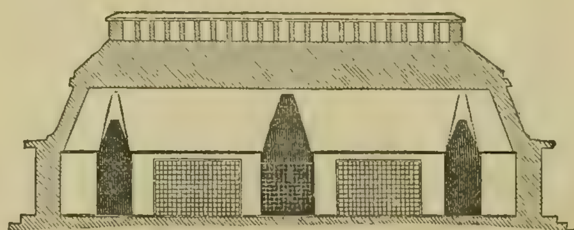
La pirámide con escaleras en todos sus lados, en la que cada escalón forma un cuerpo, por lo que la llamaremos *de gradas,* se encuentra en Nachán. Su centro es de tierra y el revestimiento formado por las gradas es de piedras de cantería labradas á escuadra. Escogeremos el llamado Templo de los Tableros. La serie de gradas forma una pirámide de ciento cinco piés de altura: el edificio tiene setenta y seis piés de frente y veinticinco de fondo. La fachada del edificio se compone de los muros extremos y de cuatro estribos ó pilastras que con aquellos forman cinco entradas. Inmediatamente de sobre las puertas parte en declive la pared siguiendo la forma de la bóveda triangular y remata en una balaustrada. Las pilastras tienen bajo-relieves en estuco y rica ornamentación el techo en declive. Las cinco entradas dan á un amplio corredor, el cual tiene en el centro una puerta que conduce al salón de los Tableros y dos laterales que dan á cuartos más pequeños.

Si comparamos la pirámide quiché con la maya, veremos que no le cede en magnificencia, especialmente la de gradas; pero acaso le es inferior en grandiosidad. Percibimos los mismos elementos de construcción desarrollándose con alguna diferencia como obra de dos pueblos del mismo origen, pero que tomaban rumbo distinto.

Esta diferencia se nota en la forma de las construcciones: las quichés conservaron el techo primitivo en declive, mientras que las mayas llegaron al muro vertical en sus fachadas. Es curioso examinar este punto, que nos dará además el origen de la bóveda triangular. Y para ello tomaremos como base una de las casas que usan todavía los indígenas mayas. El frente se compone de muros angostos como pilastras sin base ni chapitel, y las puertas se forman de los claros que dejan, partiendo inmediatamente sobre ellas



El templo con su pirámide de gradas



Sección longitudinal



Templo de los Tableros

el techo de paja ó palma, muy alto y de forma necesariamente triangular por la materia de que se compone. Estas pequeñas casas nos sugieren tres ideas. Fueron las habitaciones del pueblo entre mayas y quichés; y por sus materiales de construcción, tierra, madera y paja ó palma, tuvieron que desaparecer á la destrucción de las ciudades: de manera que las diferentes ruinas son solamente los templos y palacios de grandes centros de población, que se extendían á su alrededor en pequeñas habitaciones de materiales deleznables, que el incendio de la conquista y la mano destructora del tiempo convirtieron en polvo. Esas pequeñas habitaciones presuponen un hombre con su familia inmediata; y por consiguiente la vida maya-quiché era muy diferente de la en común y de gran cantidad de personas de las casas grandes de los nahoas. Además, el interior triangular de aquellos techos de paja debió dar la idea de sustituirlos en la misma forma con piedras labradas. Así nació la bóveda maya-quiché por la

imitación que hizo la arquitectura científica de la época de cultura avanzada, de las construcciones primitivas de la raza.

Y en toda la región conservaron esa primera forma los edificios quichés. Entre las muchas ruinas que se encontraron en las riberas del Usumancinta, ocultas por los bosques seculares, existe aún en buen estado un templo semejante al que hemos descrito. Cuatro trozos de muro forman la parte baja de la fachada y sus tres puertas ó entradas. Estas se cierran en su parte superior con una gran piedra de una pieza; pues es otra particularidad de las construcciones maya-quichés que el cerramiento superior de las puertas sea una sola losa ó viga, generalmente de zapote. De encima de las puertas parte el techo inclinado y sobre él se eleva un precioso muro calado. Desde ahora notaremos más sencillez en los edificios quichés que en los mayas, pero más gusto.

En el edificio que primero hemos descrito hemos hablado de muros como pilastras y de bóveda: debemos, pues, ver lo que en estas materias nos presenta la región quiché. En el Potonchán, en unas ruinas que se llaman Comalcalco, existe clara la bóveda triangular como en la península. Pero Nachán nos da á la vez



Mérida. — Habitación actual de los mayas

la pilastra, la bóveda y el arco, y por cierto un arco de forma y belleza particulares.

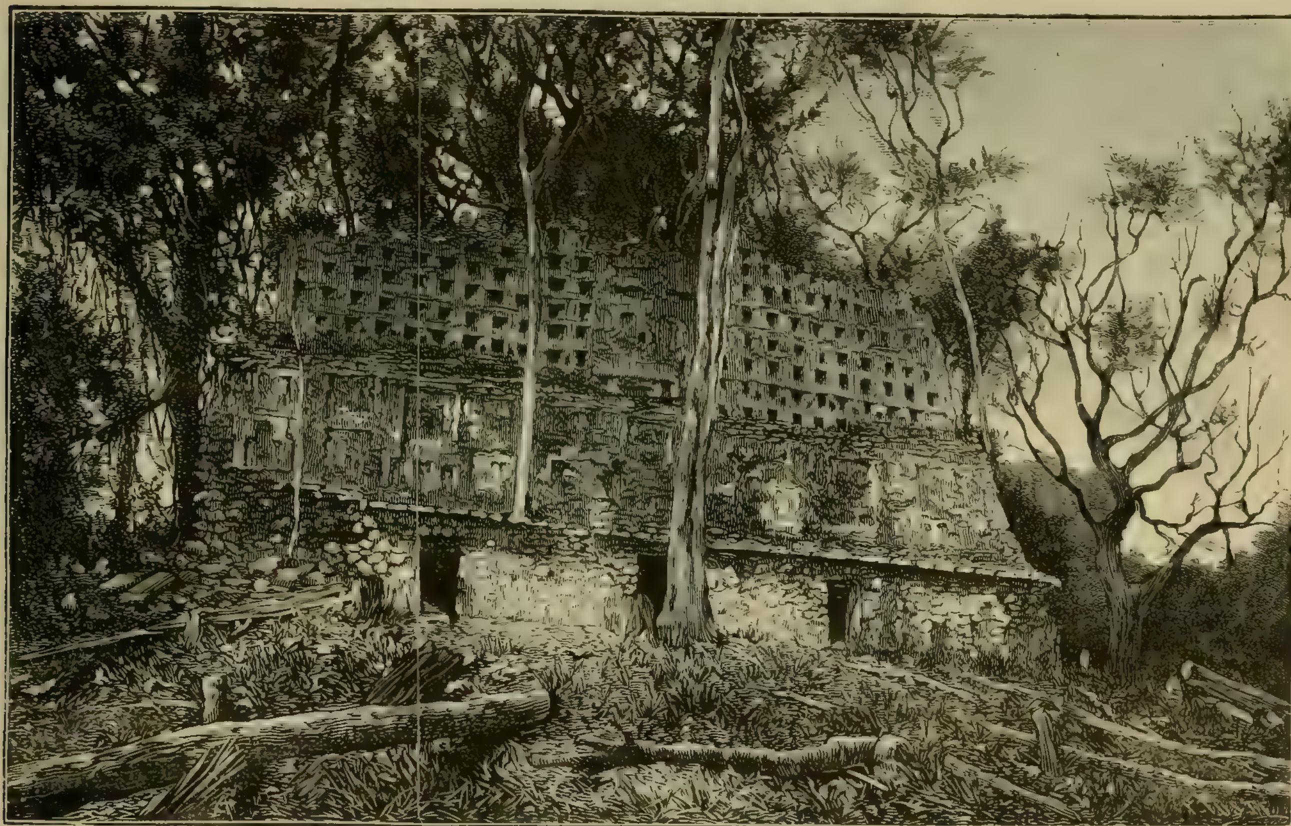
Corren alrededor del palacio dos corredores paralelos de nueve piés de ancho y veinte de altura; la pared perpendicular tiene diez piés y de esa altura parte en inclinación la bóveda triangular. Encontramos en esos corredores arcos formados de pilastras con inclinación en su parte superior á uno y otro lado para hacer las bóvedas. Pero lo más particular es la figura de los arcos que sostienen esos pilares. No es triangular, sino que comienza con la ojiva y antes de cerrarse se abre de nuevo y al fin se cierra ojivalmente. El arco tiene la forma de trébol y recuerda las construcciones árabes. De la misma figura hay en el palacio una gran puerta ó arco de entrada, varias ventanas y nichos al parecer dispuestos para estatuar.

Hay que hacer dos observaciones: las paredes de los corredores son de piedras labradas y de dos á tres piés de ancho; el suelo, los muros y las bóvedas están cubiertos de estuco y con éste se completa la forma del arco y de la bóveda y no por el corte mismo de las piedras como entre los mayas. Esto bastaría para que considerásemos inferiores en la arquitectura á los quichés, así como la ausencia de la columna que no encontramos en su región propia; pero en cambio vemos mayor amplitud y conocimiento en el plan de las construcciones y un gusto más sencillo y elegante en la ornamentación. Podemos decir que los mayas tuvieron una imaginación más volcánica y que los quichés se refinaron más y eran más pensadores.

Nos limitaremos á agregar que los quichés conocieron y usaron la torre y el puente, y á decir algo

sobre sus relieves en estuco, así como sobre los tipos, trajes y adornos que en ellos observamos.

Respecto de la torre, bastará citar la magnífica del palacio de Nachán; y en cuanto al puente, en el Istmo tenemos aún un soberbio ejemplar con el ojo formado por la bóveda triangular y existen otros dos inmediatos á aquella ciudad. Uno de éstos es de cincuenta y seis piés de largo, cuarenta y dos de ancho y once de altura, construído de grandes piedras labradas á escuadra, sin usar mezcla ú otra materia análoga. Llama la atención el perfecto labrado de las piedras y su colección de modo que las junturas de una hilera correspondan al centro de las de la otra hilera. Si atendemos á que nuestras antiguas razas no conocieron el uso del hierro y mucho menos el del acero, no pueden menos de sorprendernos sus admirables trabajos de cantería y escultura, cuando sólo tenían para ejecutarlos instrumentos de piedra, hueso ó madera endurecida por el fuego ó á lo más de cobre que no es muy fuerte. Pero no hay duda de que los indios usaban el jugo de ciertas hierbas que atacaba y reblandecía algunas piedras, especialmente las calizas, y sobre todo en las cortadas á escuadra las pulían por frotación, y bien frotadas y pulidas las caras que debían estar unidas no necesitaban



Templo en la ribera del Usumacinta

ya de mezcla para quedar adheridas. Un procedimiento semejante debieron usar en sus esculturas, utilizando la piedra pómez que tanto abunda aquí.

Volviendo á nuestro puente diremos que tiene de luz nueve piés, que se va estrechando naturalmente en la parte superior y que se cierra con losas anchas. El otro puente está sobre el río Tulija. En cuanto al Istmo, en un pueblo llamado ahora Chilmitlán, hay sobre el río un puente de mampostería con sus antepechos y vanos de desagüe de cuatro varas de largo, tres de ancho y otras tres de altura, y la bóveda está formada por dos grandes piedras curvilíneas que forman una ojiva ó luz de otras tres varas de ancho. Si reflexionamos en que cada una de esas piedras que forman la bóveda es de cuatro varas poco más ó menos y está admirablemente pulida, en que obra tan notable está todavía hoy en perfecto estado, á pesar del transcurso de los siglos, y pensamos en los extensos y bien construídos caminos que aquellos pueblos hacían para comunicarse á muy largas distancias, tenemos que convenir en que á más de arquitectos eran inteligentes ingenieros, sin que nos podamos explicar cómo llevaban á cabo trabajos de esa naturaleza si no hubieran tenido conocimiento de los principios esenciales de las ciencias matemáticas. Como los mayas, aplicaron los quichés sus conocimientos á la guerra defensiva, y de sus pirámides hicieron fortalezas, aunque en esta región no parecen tener siempre ese objeto, y todo revela que era un pueblo más pacífico.

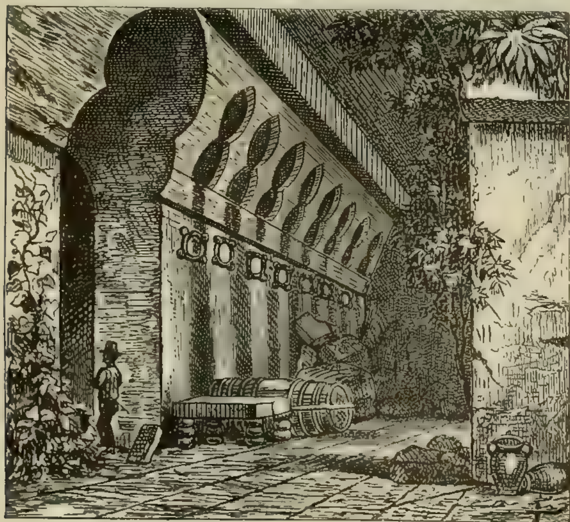
Si pasamos ahora, según el orden que vamos siguiendo, á las obras de ornamentación y esculturales, nos ratificaremos en la idea del exquisito gusto quiché.

Mucha materia nos darían para esto las portentosas ruinas de Xibalba, Mactlán ó Mitla; pero de propósito las dejamos para la época histórica, pues tal como las conocemos á ella pertenecen, según lo acusa la greca nahoa, que ya hemos visto en algunas construcciones mayas, revelando la invasión de pueblos del Norte. Nos valdremos para tratar de la ornamentación y de la escultura de algunos tableros de estuco trabajados en bajo-relieve.

Como las pilastras ó muros de las fachadas eran de dimensiones proporcionadas y siempre iguales en un mismo frente, y además eran siempre pares para que la entrada principal del edificio quedase en el centro, esto proporcionaba que dichos muros se cubriesen con tableros de estuco del mismo tamaño, que se correspondían por pares formando un todo armónico. En estos tableros estaban las figuras de bajo-relieve. Después en los arquitrabes y en el declive de los techos se colocaban también adornos de estuco, de figuras más ó menos fantásticas, pero de buen gusto y arregladas con simetría, y era el remate una balaustrada sencilla ó un cuerpo semejando barras entrelazadas en ángulos rectos ó en otras formas regulares. La ornamentación maya se distingue por su lujosa complicación y por la extravagancia caprichosa de su forma y la quiché por su sencillez y regularidad.



Comalcalco (Potonchán). — Arco de bóveda triangular



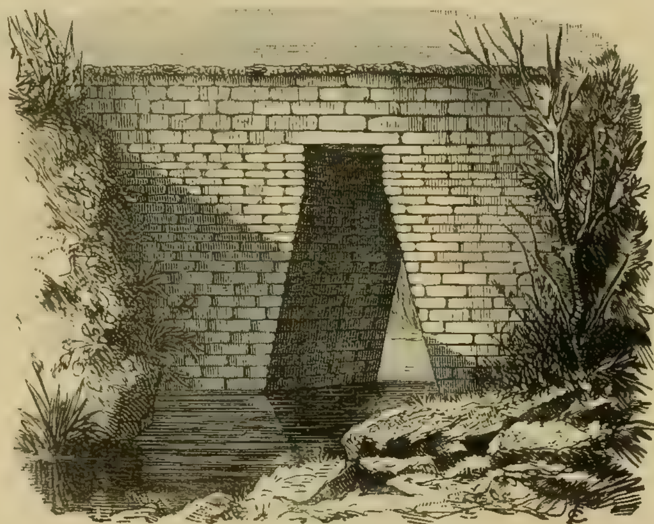
Palemke. — Corredores del palacio de Nachán

Se ha suscitado la cuestión de si se colocaba primero el estuco en los edificios y ahí se labraba formándose en él los relieves ó si éstos se hacían en moldes y después se empotraban en los muros. Hay que advertir que ese estuco adquiriría tal dureza, que muchas veces nuestros soldados, al atravesar por las ruinas, han querido desprender trozos con sus bayonetas, y generalmente se rompen éstas antes de conseguirlo. La primera opinión en nuestro concepto no es sostenible y sólo podría apoyarla el considerar que era difícil amoldar tableros tan grandes, pues no se descubren las junturas de sus diversos trozos; pero pensamos que por partes se amoldaban y éstas se unían perfectamente con el mismo estuco, de manera que parecían después de una sola pieza.



Palemke.—Estado actual de la torre del palacio de Nachán

No puede negarse que entre la escultura de bajo-relieve en estuco y los altos relieves en piedra de Copán éstos manifiestan mayores dificultades vencidas por los escultores; pero es tal la belleza de proporciones y de dibujo de los estucos quichés, que es preciso confesar que son obra de insignes artistas. Citaremos uno que ha sido no sólo el más bello de la región quiché, sino el más hermoso de todo el continente. Se encontraba en una pirámide de Nachán, ya hoy arruinada, de diez



Palemke.—Puente de Nachán

y ocho por veinte piés de base y de veinticinco de altura, que parecía tener su lado principal al oriente. Este templo tenía la particularidad de contener un piso interior que comunicaba con el superior por una escalera. El templo se componía de una primera pieza con su entrada y después de una segunda en cuyo fondo estaba el estuco. Cuando Castañeda y Waldeck lo dibujaron á principios de este siglo, se conservaba en buen estado. Entre ambos dibujos hay algunas diferen-



Istmo.—Puente de Chilmitlán

cias, y preferimos el primero porque tuvimos ocasión de conocer al conde Waldeck en París y hablar con él de nuestras antigüedades, y nos convencimos de que era tan fantástico y tan iluso como Brasseur, lo que hemos confirmado comparando sus dibujos con fotografías sacadas directamente de los monumentos. En la época de Stephens estaba ya muy deteriorado, y Charnay lo encontró completamente destruído. En las diversas exploraciones se han quitado los abrigos que la Naturaleza había formado á las ruinas, y además cada viajero cree

preciso arrancar algún trozo y conservarlo como recuerdo, de tal manera que pronto, lo que no pudo el tiempo, lo podrán esos destrozadores y nuestra culpable incuria.

Waldeck y Bancroft ponen por tocado á la figura de este relieve un verdadero gorro frigio ornado de una especie de cuerno de carnero en la sien y sobre el pecho un hermoso mascarón pendiente de un collar. Cualquiera al contemplar esos adornos diría que era una figura griega. Pero no es así, pues tales adornos fueron imaginarios. El estuco representa á un joven bello y de hermosas proporciones, con el rostro de



Nachán (Palemke) —El Hermoso bajo-relieve en estuco

perfil, el cuerpo de frente, el brazo derecho algo tendido y con la mano abierta y el izquierdo levantado en ángulo recto hacia atrás de la cabeza con los dedos de la mano recogidos, precisamente de la manera académica de un tirador de espada en guardia; la figura aparece sentada en un alto cojín sobre el cual recoge la pierna derecha, apoyando elegantemente la izquierda en el suelo. Su verdadero tocado son plumas que le cubren la cabeza y encima de ella se levantan en vistoso adorno cayendo por atrás con dos sartas de cuentas. Una de perlas es el único ornato de su cuello; y su pecho y brazo, en que se descubre una hermosa musculatura, están cubiertos con una camisa estrecha que tiene ataduras de cinta cerca de los hombros y puños de pluma. En su cintura enrédase una banda ancha, que después le cae del centro y le forma el *maxtli*. Síguese después una vistosa enagüilla de gajos, al parecer de plumas, y un calzón hasta la garganta de los piés, atado con cintas cerca de la rodilla, y al cual se une un adorno posterior de plumas en que rematan las correas de las sandalias. Inmediatamente se conoce que la figura representa á un sér superior en la actitud imponente de hablar á un pueblo que domina y que con veneración lo está escuchando. El cojín en que está sentado tiene lujosos adornos y reposa sobre una losa cuadrada y muy bien pulida, que forma un trono con dos piés de garras de águila, teniendo por adorno superior á ambos lados dos cabezas de tigre ornadas de penachos. Es tan extraordinario el dibujo de esta figura, tan admirables sus líneas, sus proporciones y la composición toda del tablero, que tenemos que decir que los quichés llegaron á la suprema perfección del arte.

Respecto á trajes, este relieve nos manifiesta que los quichés cubrían su cuerpo como los mayas, y que como ellos se adornaban ricamente de cintas, plumas, perlas y piedras preciosas; mas no usaron otro calzado que la sandalia, á no ser que los artistas no lo quisieran poner á sus estatuas por poco estético, pues notamos que generalmente tienen los piés desnudos para mayor belleza. Usaban tocados á manera de gorros con cintas, cuentas y plumas; pendientes en las orejas; collares más ó menos anchos y sartales de cuentas con medallones; pulseras en los brazos; en la cintura, hasta el muslo, un faldellín atado con la faja de puntas colgantes, con flecos, cuentas y bordados; abrazaderas en las piernas, y sandalias con lazos y labrados de pluma. Pero tienen estas estatuas á más un adorno que Waldeck llama *nessem*, y consiste en una curva que parte de lo alto de la frente hasta el fin de la nariz, lo que hace á ésta desmesurada y da un aspecto extraño al rostro. Explica esto el señor Orozco diciendo, que cuando el ministerio de Fomento compró el Museo Yucateco de los padres Camachos, tuvo ocasión de estudiar los objetos extraídos de Palemke; que observadas las figuras humanas, sólo algunas ostentan la curva notada en los relieves, presentando las demás un órgano natural; y que en aquéllas al primer examen se advierte que la parte saliente está sobrepuesta, expresándolo intencionalmente las líneas, desde la frente hasta cerca del extremo de la nariz, no dejando la menor duda respecto de su objeto; lo que prueba que no se trata de cosa natural, sino de un distintivo de raza ó autoridad. Nosotros podemos decir que lo sobrepuesto de tal adorno se nota perfectamente en los dibujos originales de Dupaix, y aun en la reproducción que de ellos hizo Kingsborough. Creemos que tal adorno era distintivo propio de los dioses. Y si nos atreviéramos, diríamos que el Hermoso relieve representa á Votan, pues los chanes, á pesar de sus diversas evoluciones religiosas, conservaron el culto de sus dioses negros, lo que acaso explicaría los labios gruesos que el señor Orozco nota en las figuras de los relieves. Así sabemos que los indígenas de Occhuc veneraban á *Yalahau*, que quiere decir *negro principal*. Que adoraban en sus progenitores no queda duda; se creían nacidos de los árboles y habían deificado á la seiba *Mox*. Tenían igualmente

por dios á *Been*, que según la tradición había viajado por todo el país, dejando diferentes señales por donde pasaba. La más notable es una piedra parada, en figura de lengua ó de lanza de dos y media á tres varas de largo y dos tercias de ancho, y existe otra en el campo de Kixté. Y nuestro relieve podría acaso representar á *Kox-ta-hun-tox*, pues los chanes desde tiempo inmemorial adoraban á sus progenitores, á sus grandes gobernantes, sumos sacerdotes y notables guerreros, entre los cuales estaba *Koxtahuntox*, al que pintaban sentado en un trono rodeado de trece guerreros, porque hubo un negro entre sus antepasados que fué famosísimo conquistador y cruelísimo tirano.

El relieve nos sirve también para calcular las comodidades de la vida quiché, y conocer los muebles que usaban y el ornato de sus habitaciones. Ni entre éstos ni entre los mayas se podría comprender la existencia sin comodidad ninguna, que generalmente nos figuramos que llevaban nuestros indios. Los mismos trajes vistosamente tejidos revelan ricos tapices y cortinajes; los cojines de caprichosos adornos suponen mullidos lechos; los adornos de bellísimas plumas acusan pabellones, plumeros y abanicos, tan necesarios en aquellas cálidas tierras; ese sillón de grandiosos piés y brazos suntuosos manifiesta la existencia de muebles lujosos, de sillerías de forma caprichosa, de camas grandiosas, y extensas mesas para los festines; y en éstos, entre danzas y cantos, mujeres ornadas de flores de colores brillantes, guerreros ataviados de oro y pedrerías y todo el lujo y todo el sensualismo de los antiguos reinos del Asia. Y también como allá, en los templos ritos suntuosos, sacerdotes con trajes deslumbradores, fastuosas procesiones acompañadas de sonoros instrumentos músicos y de bailes fantásticos. Y también como allá, un pueblo alborozado llenando las anchas vías, mientras los guerreros con vistosos trajes y relucientes penachos cubrían las gradas de las pirámides alzando al cielo sus vencedores arcos. Y ese cuadro no es una ficción, es el resultado preciso que en nuestros cálculos nos dan cifras conocidas é indiscutibles, los monumentos que aun están en pié para atestiguarlo.

Las esculturas nos revelan también trajes elegantes y vistosos para las mujeres. A más de los adornos comunes, sobre la camisa se ostentan ricos bordados ó tejidos vistosos que cubren el seno, y enaguas angostas ornadas con redes de malla con cuentas como en Copán, que caen sobre las pantorrillas terminando en ruedos de cuentas y anchos flecos. El pueblo usaba traje más sencillo; pero siempre tocados, collares y pulseras y el paño de puntas colgantes enredado á la cintura.

Para terminar este punto diremos que, aunque el estuco domina en la escultura quiché, en el mismo Nachán se encuentran relieves en piedra, y Waldeck asegura que vió dos grandes cariátides de piedra también. Pero sólo de una estatua de piedra podemos asegurar la existencia ahí: en cambio es muy importante por sus buenas proporciones y perfecto labrado, y por su carácter que recuerda el egipcio. La estatua es del tamaño natural ó poco más, y tiene un gran tocado de rarísima figura, á manera de mitra con alas ó brazos que le cae por detrás de la cabeza encuadrándole el



Nachán (Palenque).—Estatua de piedra

rostro: éste es de buenas proporciones. En la garganta se le ve un ancho collar, y tiene sobre el pecho con la mano derecha un objeto, que lo mismo puede tomarse por instrumento músico que por la representación de una muralla, mientras coloca la izquierda en un medallón que forma la parte superior de un *maxtli* ornado de signos simbólicos. La figura tiene indiscutiblemente camisa y calzón, y parece que borceguíes en los piés. Se sustenta sobre un pedestal en que está esculpida en relieve un jeroglífico, sin duda el nombre de la deidad. Los lados de la estatua están bien labrados, pero no así la parte posterior, lo que hace creer que estaba empotrada en un muro.

Resumiendo cuanto hemos dicho, encontramos que la civilización primitiva de los quichés en nada cedió á la de los mayas. Fué su organización social también una teocracia apoyada por la casta guerrera, la cual igualmente duró larguísimo período de tiempo, llegando á gran prosperidad y grandeza.

CAPITULO XIII

Tamoanchán. — Pantlán. — Totonacápan. — Xicalanco. — Tradiciones. — Cuexteca. — Determinación de la geografía primitiva del territorio ocupado por la raza del sur. — Costumbres. — Elementos para estudiarlas. — Región media entre los mayas y los quichés. — Pueblos que la ocupaban. — Ideas cosmogónicas de la raza del sur. — Materialismo. — El dios Tziminchac. — Leyenda sobre el caballo de Cortés. — Adoración del trueno. — Culto de los fenómenos meteorológicos de la lluvia. — Sacrificios humanos. — Piedras de sacrificio en Tayassal y Copán. — Sacrificio de niños. — Estucos alegóricos de Nachán. — El dios Chac inventor de la agricultura. — Alarde de la victoria en los sacrificios. — Danzas sagradas. — Sacrificio del fuego al dios Hobó. — Antropófagos. — Politeismo. — Idolos. — Materias de que estaban formados. — Barros de Chanpotón — Barros de Nachán. — Tipos primitivos. — Guerrero quiché. — Idolos alegóricos. — La diosa de la concepción. — Materialismo religioso.

Hemos visto cómo se estableció la civilización del sur con las dos grandes teocracias de Votan y Zamná, en la región quiché y en la península maya, y también hemos hablado de cómo se extendió desde sus principios entre la Mesa central y la costa del Golfo, partiendo de la actual costa de Veracruz á nuestra frontera y penetrando en el que hoy es territorio de los Estados Unidos. La faja de tierra entre la Mesa central y el Golfo llamábase primitivamente Tamoanchán. Conservaban la tradición de la raza, los habitantes de esa región, de haber venido en barcas por el oriente, y como esa tierra sirviese de paso al interior llamáronla los mexica Panoaia, Pantlán ó Pánuco, de *Pantli,* puente. A la parte inferior de la zona ó faja pusiéronle Xicalanco, como ya se ha dicho. Hay que advertir que generalmente se cree que esta palabra viene de *xicalli,* jícara ó vaso de calabaza, etimología que nada nos manifiesta ni nos explica. Al penetrar los mexica hasta la costa, iban imponiendo nombres á las localidades que ocupaban, y esos nombres son los que encontramos en sus jeroglíficos y en los relatos de los cronistas, y siempre buscaban alguna razón para determinar el nombre de cada lugar. Ya hemos explicado por qué llamaron Pantlán al centro de la región de la costa. A la inmediata le pusieron Totonacápan, que significa *lugar de alimentos,* por sus grandes productos agrícolas que á veces sirvieron para sustentar á los mexica en sus calamidades. Y como en la parte meridional de esas tierras encontraran los grandes edificios, templos y pirámides de que ya hemos hablado, llamáronla *lugar de hermosas casas,* de *xihuitl,* bello, y *calli,* casa, haciendo el nombre Xicalanco, ó bien de *xicaltetl,* que significa estuco ó piedra bruñida.

Mas como quiera que ni ellos ni otros nahoas penetraron por la parte norte de la costa, allí no se mudaron á los lugares sus nombres primitivos; y desde luego se nota que los que se conservan empiezan con *tam,* como toda la región que se llama Tamaulipas, el puerto de Tampico, los ríos Tamcaxnequi y Tamesí y la laguna de Tamiahua; raíz, *tam,* que lo es también de Tamoanchán. No falta quien encuentre relación entre *tam* y Zamná; pero nosotros nos contentaremos con llamar la atención sobre que la palabra termina en *chan* y que *tamoan* debe ser voz que califique á esos *chan,* como *poton* en Potonchán. Es la misma raza chan extendiéndose por la costa hacia el norte.

La misma configuración del terreno está demostrando que no pudo haber en la región una sola nacionalidad. Dos se distinguen sin dificultad: la una de Papantla al norte, que los nahoas llamaron Cuexteca, y la otra al sur, que es el Xicalanco; pero primitivamente toda la costa se llamó Tamoanchán. Las tradiciones que sobre esto nos confirmó Sahagún son preciosas y confirman cuanto antes hemos dicho. Sabemos por ellas que los de Tamoanchán se extendieron hasta Teotihuacán, en la Mesa central, y que después se volvieron al Pánuco de donde habían salido; que se llamaban *tooctome* y que eran los *cuexteca.* Decían también que habían venido sus antepasados en barcas, que habían ido hasta Guatemala y que poblaron en Tamoanchán. Esta anfibología del relato de Sahagún ha sido causa de que algunos quieran poner Tamoanchán en Guatemala. Pero basta ver que en otro lugar los coloca en la costa del Golfo para comprender que á lo largo de esta costa estaba el Tamoanchán, si bien la raza se había extendido á la región quiché como lo hizo en la península maya.

Que *cuexteca* y *totonaca* eran los mismos en un

principio se conoce por el relato de Sahagún, que ocupándose de la región de Cuextlán ó Pantlán, dice que la llamaban también Tonacatlápan ó *lugar de bastimentos.*

Podemos, pues, fijar la geografía primitiva de la raza del sur de la siguiente manera: teocracia de los Zamná, que ocupaba la península maya; teocracia de los Votan, en el territorio quiché; los *xicalanca,* en la parte inferior del Tamoanchán; los *cuexteca,* en la parte superior, y finalmente los pueblos de los *mounds.*

Podremos ya con más facilidad fijar las costumbres primitivas de la raza, aunque ya mucho hemos dicho sobre esta materia; pues tenemos para ello como elementos preciosos lo que nos revela la región de los *mounds,* lo que sabemos de los cuexteca que no fueron dominados por la raza nahoa, y por lo mismo no recibieron la civilización de ésta, y lo que nos conservaron algunos cronistas, como Villa Gutierre, acerca de las tribus que no habían sido conquistadas por los españoles, y que mucho después de la Conquista conservaban sus viejas costumbres, en el territorio que está entre la península maya y los antiguos quichés. Todavía hoy viven casi de la misma manera los lacandones, y su vida nos suministra datos importantísimos. Es de notarse que cuando un pueblo recibe alguna influencia de una civilización extraña, si no llega á tomar ésta por suya propia, va después desapareciendo poco á poco y sobreponiéndose la primitiva del pueblo ó raza por la ley de las persistencias, que tan característica es de los mayas. Así es que podemos considerar muy aproximadas las costumbres de los *itzaes* del Peten, cuando se sujetaron á los españoles, á las que tuvieron durante la teocracia de los Zamná. Y como dichos itzaes por el alejamiento en que vivían no pudieron desarrollar en gran escala su cultura ni menos construir las hermosas ciudades y suntuosos edificios que tanto hemos admirado en la península maya, podemos creer que su situación correspondía á la de la teocracia en sus primeros tiempos. Y así, estudiando las del Peten, nos figuraremos las poblaciones mayas más antiguas, su organización, sus costumbres de entonces, su culto religioso, sus habitaciones y vida doméstica, sus diversiones, guerras y armas, sus cacerías y comercio, y en una palabra, ayudados de los otros elementos á que nos hemos referido, reconstruiremos hasta donde sea posible una existencia social perdida entre las sombras de un pasado todo lobreguez y todo misterio.

Los diversos pueblos que había entre la península y el territorio quiché eran los *itzaes, petenes, lacandones, chaaques, mopanes, choles, chianamitas, caboxes, uchines, ojoyes, tirampies* y otras tribus; pero los principales y que constituían una nación de cierta importancia eran los *itzaes* que habitaban la laguna del gran Peten. Peten significa isla; y en esa laguna había una mayor y principal y otros *petenes* menores. La primera vez que hubo ocasión de conocer á esos pueblos fué cuando Hernán Cortés hizo su expedición á las Hibueras. Entre ellos, y esto es dato importante, dió con el pueblo que se llamaba de los *venados.* Muchos eran á la verdad los venados que en esa tierra había y corrían tan poco y tan sin espantarse de la gente, que los soldados españoles los alcanzaban á caballo y los lanceaban á su placer. Preguntando á sus guías por qué encontraban tantos venados y tan mansos, les dieron por respuesta que en aquellos pueblos tenían por sus dioses á los venados, porque su ídolo mayor se les había aparecido en aquella figura, mandándoles que no matasen á los venados ni los espantasen. Era esto en la región de Amoxtón, que después se llamó Acala, y confinaba con los quichés.

La cosmogonía maya-quiché se descubre en estas creencias de pueblos que tomaban nombres de animales, y que por su pensamiento de proceder de ellos, con ellos se confundían. La idea estaba bien expresada por Votan cuando decía: «Yo soy culebra.» Hemos visto también á esos pueblos creerse hijos de la seiba, *Mox.* Los dioses creadores, padres y madres, son la zorra, el coyote, el jabalí, el corazón del lago y el del mar, la jícara azul y la verde. Expresemos esto en nuestro lenguaje y nos resultará una cosmogonía esencialmente materialista.

El cielo y la tierra forman una esfera, dentro de la cual va á producirse la creación: la jícara azul, el espléndido firmamento tropical color de turquesa, y el cajete verde, la tierra con sus bosques y la mar con sus olas de esmeralda. De esta esfera, del zorro, el coyote y el jabalí nacen los hombres, y del corazón del cielo y de la tierra, del lago y del mar; pero notemos que *vgux* ó *qux,* que por espíritu se toma, quiere decir corazón, y que, según las creencias quichés, en él residía la vida: no había espíritu, sólo vida. De manera que esa cosgomonía se reduce á la siguiente proposición: las fuerzas vitales de la esfera formada por la tierra y el firmamento, hicieron nacer de los árboles y de los animales á los hombres. Sistema no muy apartado de la selección, hoy tan en boga.

Como se ve, esa cosmogonía era enteramente materialista, como lo era aquella filosofía, supuesto que tenía por única base el que la vida residía en el corazón, sin que hubiese noción del alma ó espíritu. Naturalmente la raza que tenía por padres y madres á los animales los hizo sus dioses, y dato muy importante nos dan también en esta materia los itzaes.

Cuando los padres Orbita y Fuensalida entraron en el Peten hacia el año 1618, casi un siglo después de la conquista de México, época en que no se había podido hacer la de los itzaes conservando aún éstos sus primeras costumbres, entraron en uno de los kúes ó templos

piramidales y vieron que estaba en medio de él un gran ídolo de figura semejante á la del caballo, hecho con mucha perfección de cal y canto. Estaba como sentado en el suelo del templo sobre las ancas, encorvados los piés y levantado sobre las manos. Adorábanle por dios de los truenos y rayos y le llamaban *Tziminchac.*

Como quiera que noventa años antes, cuando pasó Cortés por la orilla de la laguna del Peten, se le había despiado en la sierra del Alabastro un caballo morcillo, y se lo dejó á los indios para que lo curasen, se inventó la leyenda, al ver aquel ídolo de figura parecida al caballo que en tanta veneración tenían, de que habían deificado al caballo de Cortés. Se refería por los españoles que los indios pretendieron curarle, que le presentaban á comer pavos silvestres y otras carnes, que le ofrecían ramilletes de olorosas flores como acostumbraban hacer con las personas principales cuando estaban enfermas, y que todo este regalo y honra redundó en acarrearle la muerte al pobre caballo que murió de hambre. Y que viéndolo muerto, mandaron hacer una estatua de piedra de él y la colocaron en el templo en lugar preeminente á las de sus otros dioses, y le pusieron el nombre de *caballo del trueno* ó *rayo,* por haber visto que algunos de los soldados de Cortés disparaban las escopetas encima de los caballos, con lo que entendieron que estos animales eran causa del estruendo que hacían que les parecía trueno, y tenían por rayo la luz del fogonazo y humo de la pólvora.

Si esta relación fuera cierta, sólo confirmaría la zoolatría de la raza; pero el mismo Villa Gutierre la tiene por leyenda. En cambio sabemos por ella que el ídolo principal de los itzaes era el *Tziminchac.* Ahora bien: *chac* significa trueno, y *tzimin,* tapir; de modo que el ídolo era un *tapir dios del trueno.* Recordemos que en el tesoro de Votan había una mujer que guardaba tapires. Vemos, pues, que el tapir era deidad muy princicial de la raza; y se comprende, porque adorando á los animales debían tener preferencia por el cuadrúpedo más grande que les era conocido. No sabemos qué relación pudiera tener el tapir con el trueno; pero resulta que era el dios que lo significaba. Llama la atención que la pirámide de Papantla se llamase *tajin* ó trueno. Sobre ella había una gran taza para recibir las lluvias: de modo que el trueno era para aquellos pueblos, esencialmente agricultores, el anuncio del rocío del cielo tan benéfico para sus campos, y por eso le adoraban como á dios. Pero notemos también que si el tapir era el cuadrúpedo más grande, *Hurakán* significa el dios largo, y era el creador ó padre del trueno. Agrueguemos que *Zamná* era el rocío del cielo, la lluvia. De manera que encontramos en *Zamná, Tajin, Hurakán* y *Tziminchac* una misma idea, el culto de los fenómenos meteorológicos de la lluvia, culto natural y preciso en pueblos que vivían de la agricultura, y el cual, por razón de la zoolatría dominante de la raza, se representó por el tapir, *tzimin,* que quedó por dios muy principal.

Tráennos estas cuestiones religiosas á las del culto, y para nosotros la principal es la relativa á los sacrificios humanos. Creemos que en esto se ha incurrido en muchos errores, por el de no haber distinguido las razas, las civilizaciones y las épocas. No hay huella ni prueba ninguna de que la raza autóctona practicara los sacrificios humanos. Lo más que se dice es que cuando cazaban algún animal lo alzaban como mostrándolo al sol en acción de gracias. Tribus salvajes, puede decirse que no tenían religión y mucho menos culto. Mataban á sus enemigos en la guerra, pero no los sacrificaban. El sacrificio supone una religión organizada y un culto perfectamente establecido: el sacrificio es el refinamiento del culto, es la ceremonia más grandiosa de los pueblos que han sustituído á las creencias las solemnidades de la liturgia, y al amor de sus dioses el temor á sus sacerdotes. Por eso tampoco encontramos los sacrificios humanos en el Chicomoztoc. Los nahoas profesaban una religión muy sencilla y casi no tenían culto: por lo mismo no conocieron esas cruentas prácticas. Pero sí era lógico que en la religión primitiva, fantástica y supersticiosa de los maya-quichés hubieran tenido origen los sacrificios. Que esta costumbre bárbara se exageró después en los tiempos de decadencia, no puede ponerse en duda; pero nació y fué costumbre desde los primeros.

Desde que un pueblo cree que el ídolo es el dios, comienza por llevar ante esa estatua su ofrenda y luego consistirá en animales sacrificados, y al fin, cuando llegue el fanatismo á todo su desarrollo, se hará la ofrenda de víctimas humanas. Cuando llegó á Nohbecán la expedición que iba al Peten, encontró delante de los ídolos ofrendas recientes de cacao y copal y una canoa pequeña. En cuanto á los sacrificios, en el gran Peten ó isla principal de la laguna, en la cual se había levantado la metrópoli de aquella nación palustre, metrópoli llamada Tayassal, el padre comisario Avendaño, que fué de embajada á fines del siglo XVII, fué recibido en un gran templo, y al entrar en él se encontró á la primera vista con la mesa de los sacrificios, que era una piedra muy grande, de más de dos varas y media de largo por vara y media de ancho, con doce asientos que la rodeaban para los doce sacerdotes que ejecutaban el sacrificio.

Ya hemos referido antes como en Copán había delante de los monolitos grandes altares. Entre ellos podemos citar uno muy notable, que tiene siete piés por lado y cuatro de altura, el cual está ricamente esculpido por sus cuatro lados. Los frentes representan calaveras de forma fantástica, y la parte superior está también esculpida, y tiene cavidades que servían sin duda para recoger la sangre de las víctimas.

Son de tan diferente forma estas piedras de sacri-

ficio y las que los conquistadores encontraron en México, que se creería que era distinta la manera de matar á las víctimas. Y sin embargo, era la misma, pues el sacrificio consistía en abrirles el pecho, arrancarles el corazón y ofrecerlo á los dioses. El sacerdote Ahkinppól abría con un cuchillo el pecho de la víctima, formando una boca capaz para meter la mano y arrancar el corazón. Y era que para ellos, ofreciendo el corazón ofrecían toda la vida del sacrificado y todo su sér, pues pensaban que en él residía el origen de todos los sentimientos, de la inteligencia y las pasiones. Por eso los otomíes de la misma manera llaman al alma y al corazón,



Piedra de sacrificios de Copán

muy; es decir, no tienen palabra para expresar la primera, porque para ellos no había espíritu sino únicamente corazón y vida, y por eso también, para expresar su amistad y cariñosos sentimientos, los itzaes decían que su corazón estaba bueno.

Cuando en 1696 el general Ursúa conquistó el Peten, se eligió para primer templo cristiano, entre los veintiuno que había en Tayassal, precisamente aquel en que el sumo sacerdote Kincanek y los otros sacerdotes idólatras se juntaban, cuando había sacrificios que ejecutar, para sacar los corazones á los hombres y ofrecérselos á sus dioses. La costumbre era sacrificar á los cautivos hechos en la guerra, pero á veces sacrificaban niños que ofrecían á sus deidades. Creemos ver una de estas ofrendas en el famoso relieve de la cruz del Palemke, y en el templo de los Tableros, los cuatro

pilares tienen cada uno una figura de estuco, y aunque están bastante deterioradas, dos de ellas muestran la ofrenda de los niños. La del primer pilar es una mujer, según por el vestido se conoce, y tiene en los brazos al niño destinado al sacrificio.

Los sacrificios de niños, de dos únicamente, según parece, tenían lugar una vez al año y en honor del dios *Chac*, para pedirle las lluvias. *Chac*, como ya hemos dicho, era el trueno, y como éste precede á la lluvia, y la lluvia fertiliza los campos, decían alegóricamente los mayas que el dios *Chac* fué el inventor de la agricultura. Los otros sacrificios eran solamente de cautivos en la guerra, si se trataba de gente principal tomada en ella. No había en esto una crueldad de oficio y de costumbre, como veremos que se estableció más tarde entre los mexica; era, por el contrario, señal de triunfo y causa de regocijo. Encontramos, tanto en las tradiciones de la península maya como en el Tamoanchán, que después de sacrificar á los cautivos era costumbre poner sus cabezas en altísimas picas sobre los kúes ó pirámides, como alarde de la victoria.

Había, además, por virtud del fanatismo, la creencia de que el sacrificio era causa de felicidad para la víctima y sus parientes, y así acompañaban la ceremonia con estruendosos bailes y algazara y ruido de tuncules, tortugones, flautas, cañuelas y voces de cantores, que para aquellas funciones tenían señalados. Y para que sintiesen menos á la víctima, llevaban á los padres y parientes y los hacían entrar con los demás en el baile, persuadidos de que eran dichosos con tal sacrificio, y de que su dios *Hobó* lo quería para darles cuanto le pidiesen, y quedaban desde entonces por gente principal é ilustradas sus casas y familias.



Estuco de Nachán.—Ofrenda de un niño

La antigüedad de los sacrificios humanos entre los mayas, creemos que tiene buena prueba en el dedicado al dios *Hobó*, pues éste fué una de sus deidades primitivas, y ya no se encuentra en la lista de dioses que dan Cogolludo y el señor Orozco. *Ho* es el nombre de una de las primeras capitales de los mayas, que se llamó también Tihóo, como hemos visto; sabemos, además, que fué ciudad muy antigua, tanto que se le llamó por excelencia *capital* ó *ho*. *Hobó* viene á significar *ciudad redonda*, simbolismo acaso de la tierra. Y era por cierto cruelísimo el sacrificio que se hacía, pues consistía en meter á la víctima en un ídolo hueco de forma de hombre, abierto por la espalda y con los brazos tendidos, y allí le daban fuego hasta convertirlo en ceniza. Y mientras se quemaba, los sacerdotes bailaban haciendo tal ruido y estruendo con voces é instrumentos, que el miserable sacrificado de ningún modo

podía ser oído, aunque muy lastimosa y altamente se quejase.

Por regla general se comían la carne del sacrificado; y á este propósito se ha suscitado entre los escritores la cuestión de si nuestros indios eran antropófagos; y generalmente también han querido nuestros historiadores



Barros de Chanpotón

defenderlos de ese cargo, queriendo que fueran mejores de lo que correspondía á su tiempo y á su cultura. Ale-



Barro de Nachán. (Palenque)

gan á veces que casi todos los pueblos primitivos tuvieron esa costumbre, y otras que sólo lo hacían por accidente y con los cuerpos de los sacrificados. Pero la verdad es que se llaman antropófagos los hombres que comen carne de sus semejantes y que aquellos indios, aunque fuese por accidente y por religión, la comían.

Tampoco han faltado escritores que pretendan sostener que los mayas habían sido monoteistas en su principio y que tuvieron idea de la trinidad y no sabemos que otras creencias ajenas enteramente á la época de politeismo necesario en que aquella raza se desarrollaba. Hallamos, por el contrario, que tuvieron muchos dioses é infinidad de ídolos que los representaban.

Entre los dioses de los mayas, citan los cronistas á *Kinchalau*, que tenía por esposa á *Ixazalvoh*, que inventó la manera de tejer el algodón; á *Ixchebelyax*, que les enseñó la pintura y á hacer labores en las telas; á *Citboluntun* y su compañera *Ixchel*, dioses de la medicina; á *Xocbitun*, que era como musa del canto, y á *Ahkinxooc*, que lo era de la poesía; á *Kacupanac*, mirada de fuego, que era su dios de la guerra, y á *Ahchuycac*, que cuatro capitanes conducían en hombros á las batallas. Como se ve, la guerra y las artes, en que tanto sobresalieron en la teocracia de los Zamná, eran sus principales deidades.

Creían que el cielo estaba sostenido en los cuatro puntos cardinales por los dioses *Zacal-Bacab*, *Canal-Bacab*, *Chacal-Bacab* y *Ekel-Bacab*. Tenían también por dios á un palo que llamaban *Mam* ó antepasado, por la creencia que tenían de que habían nacido de los árboles, y otros muchos dioses que sería inútil enumerar, pero que iban correspondiendo á todas las necesidades de la vida, aun las más sencillas y domésticas. Mas sí citaremos á la diosa *Zuhuykac*, fuego virgen,

deidad á quien se dedicaban las niñas, y que presidía á un cuerpo de doncellas semejante al de las vestales.

Natural era que los mayas tuviesen gran número de ídolos. Dice Cogolludo que pocos eran de piedra, algunos de madera y los más de barro, y que tanto apreciaban los de madera, que se heredaban como cosas de valor. Pero era tanta la cantidad de ídolos que tenían, que cuando fué tomada la gran laguna del Peten, que llamaban Chaltuna, y asaltada la ciudad de Tayassal



Ídolo quiché

ó Taitzá, no se pudieron reducir á cuenta los que ahí se encontraron; pues á más de estar llenos de ellos veintiun templos grandes que tenía la población en lo alto de sus *homul* ó pirámides, eran innumerables los que se hallaron en las casas particulares, tanto que hasta en los banquillos que de asiento servían, se encontraban en cada uno dos ó tres idolillos de raras y diversas figuras. Para ponderar su número, bastará decir, que habiéndose mandado destruir por el general Ursúa, se emplearon en ello todos sus soldados; y en quebrar, desbaratar y quemar ídolos estuvieron desde las ocho de la mañana hasta las cinco y media de la tarde. Ya se comprende ahora por qué en muchas partes no se encuentran ídolos antiguos, pues acababan con ellos en estas destrucciones en masa.

Se encontraron en Taitzá ídolos de diversas materias, algunas preciosas. Eran los unos de alabastro, de las ricas canteras de la sierra inmediata. Y hay que advertir que las pirámides y templos de la isla estaban formados en su mayor parte de grandes y bien pulidos trozos de ese mismo alabastro. Se encontraron ahí también ídolos de preciosísimo jaspe verde, morado, rubio y de otros colores, y algunos de metales que los españoles no conocieron. El gran ídolo *Hobó* era de



Guerrero quiché

cobre, y había otros de madera, de yeso y de varias y diferentes piedras; de suponer es que la mayor cantidad eran de barro.

A la vista tenemos algunos ejemplares auténticos de Chanpotón y de Nachán, así como dibujos fieles de otros que nos envió nuestro buen amigo el doctor don Simón Sarlat, cuando fué gobernador de Tabasco. El más notable de los barros de Chanpotón parece ser *Pizlimtec*, deidad de la música, pues tiene en las manos unas sonajas. Cubre su cuerpo con el traje conocido y lleva el indispensable *ex* y gargantilla de cuentas; en la cabeza un tocado como turbante, y en el rostro una máscara en que se nota claramente la nariz postiza; á la espalda tiene uno como gran cuello que le sube hasta lo

alto de la cabeza. Otro hay también semejante, que el señor Gondra creía fuese una matrona.

Entre los de Nachán ó Palenque hay algunos muy notables, y son tan completamente desconocidos, que vale la pena de que nos ocupemos de ellos. Lo primero que llama la atención es una cara con una especie de sombrero rarísimo; pero lo más notable para nosotros es su tocado como capelina de rayas; tiene grandes orejeras y un jeroglífico sobre la frente. Sin deducir nada, encontramos ese tocado semejante al que se ve en algunas esfinges egipcias. Más marcado se observa en otro ídolo de forma oval, que figura los piés en su parte inferior, y tiene las manos en la misma posición que los relieves de Copán. Pues aun hay una tercera figura en que el tocado es más claro y característico, bajando en bandas sobre el cuello. Se le distinguen perfectamente la camisa que le cubre el busto, el calzón, y una cintura de plumas de la que cae el *ex*. Tiene los piés desnudos y se presenta en actitud de estar atado en una especie de cama como de suplicio, con los brazos tendidos en



Suplicio quiché

cruz y al parecer afianzados con abrazaderas. De este ídolo sólo existe el molde en que se hacían las figuras, por lo que suponemos que era un dios cuya efigie se reproducía y reverenciaba mucho. Los que lo conocen han creído ver en él el suplicio de la cruz; pero nosotros vemos cosa distinta y un aparato muy diferente, aunque también lo creemos de suplicio. Hay en la región del Palenque la creencia de que estos barros representan la primera raza y sus trajes de entonces, y nos parece que no van del todo descaminados.

También merece nuestra atención otro barro que representa á un guerrero quiché. Tiene adornos de plumas en la cabeza, el canuto ó piedra que le atraviesa la nariz, collar con una especie de medallón, carcaj á la espalda, en la mano algo como una pipa, la camisa y calzón y el calzado de forma como de borceguíes con puntos que figuran piel de tigre, y el *ex* de costumbre colgando sobre la enagüilla, de donde se llamó á los que las usaban *tzequiles* ú *hombres con enaguas cortas;* que son como ésta y otras que ya hemos visto, y no los trajes talares que algunos escritores pretenden. Dice la leyenda que cuando llegaron los *tzequiles* ú hombres de las enagüillas, aceptaron los tzendales sus trajes y costumbres y les dieron sus hijas en matrimonio, y Ordóñez agrega que esto fué mil años antes de nuestra era y que los tzequiles eran nahoas. No creemos que lo

fueran, aunque sí representan una reforma en el traje respecto del que anteriormente hemos descrito, que acusa sin duda la introducción de algún elemento extraño.

Pero de estos barros los más notables son otros dos que se refieren á la reproducción humana el uno y á



Idolo alegórico

la cuenta del tiempo el otro. Éste la da en sus rayos, puntos redondos y líneas, y aquél tiene tantas rayas como días pasan desde la concepción hasta el nacimiento, lo que revela notables conocimientos médicos en los quichés. Esta diosa correspondía sin duda á la *Ixchel* de los mayas. Agreguemos que en otros ídolos mayas que nos son conocidos se ve que en la península tenían el culto de la priapea.

En todas estas deidades, aun en la que acabamos de citar y que á la reproducción se refiere, notaremos



Diosa de la generación

que son representaciones de objetos materiales, sin que se relacionen nunca á ideas espirituales, con lo que confirmamos que la religión de la raza maya-quiché era esencialmente materialista.

CAPÍTULO XIV

Organización política. — La ciudad. — Costumbres domésticas. — Bigamia. — Matrimonios. — Repudio. — Deformación del cráneo. — Pretendido bautismo. — Relación de la ceremonia. — Relieve alegórico de Nachán — Explicación de la ceremonia *caputzihil* y de la fiesta *emkú*. — Purificación por el agua. — Comparación de una ceremonia egipcia con una pintura del códice Borgiano. — Agricultura. — Vida agrícola de los *mound-builders*. — Instrumentos de labranza. — Manera de hacer la siembra y cortar la cosecha. — Utensilios encontrados. — Labores del campo en el Xicalanco y la península maya. — Pozos. — Sartenejas. — Aguadas. — Cenotes. — La caverna de Xcoh. — Bolonchén. — La gruta de Xtucumbi-Xunan. — La leyenda del agua. — Productos agrícolas. — El maíz. — El frijol. — Ká ó metate. — Caza. — Pesca. — Bebidas. — Algodón. — Henequen — Tejidos. — Tintes — Hamacas. — Tabaco. — Pipas. — Diversas clases. — Las de barro. — Pipa del Palenque esculpida en pizarra. — Pipas de los *mounds*. — Época de la pipa. — Conclusión.

Sírvenos también y mucho la laguna del Peten para conocer la organización política de los mayas. Formaban en ella los itzaes una nación independiente cuyo rey se llamaba Canek, nombre que significa *serpiente negra*. Acostumbraban los mayas formar sus nombres uniendo el del padre y el de la madre, pero poniendo éste primero; así es que Canek era hijo de la madre Can y del padre Ek. Diremos de paso, que escritores respetables sostienen que no es propio el nombre de *rey* para expresar la dignidad que ejercían los indios; en mexicano se les decía *tecuhtli* y en maya *ahau* (que se pronuncia ajáu). Usaremos de preferencia los mismos nombres indios, pero en nuestro concepto se traducen con propiedad por *rey* y por *cacique* cuando de señores de menos importancia se trata. Llama de pronto la atención que el *ahau* que encontró Cortés en el Peten se llamaba Canek; que igual nombre tenía el que encontraron los misioneros al principio del siglo siguiente y lo mismo el que venció el general Ursúa á los últimos años de ese siglo.

Casos semejantes han hecho que los cronistas den á los reyes de varias naciones indias doscientos, trescientos y más años de edad; pero el presente nos aclara cómo era costumbre en ellos conservar por largo tiempo y de padres á hijos el mismo nombre.

Canek partía el poder real con el sumo sacerdote Kincanek, sin el cual no podía mandar ni resolver nada. En los tiempos de la teocracia era el *ahau* el sumo sacerdote, y sabemos que cada nuevo jefe teocrático tomaba el nombre de Zamná, y por eso aparece en la historia maya todo el primer período gobernado por él. Mas no fué uno solo quien gobernara en tantas centurias, sino que hubo una sucesión de muchos grandes sacerdotes llamados Zamná, como en el Peten hubo diversos reyes con el nombre de Canek. El Zamná tenía á sus órdenes al poder guerrero, al Hunpictok; pero cuando por la evolución necesaria de los sucesos hubo el poder guerrero de tomar en sus manos el gobierno, el elemento sacerdotal quedó á su misma altura y dominando en sus determinaciones, y así vemos al Kincanek al lado del Canek, sin que éste pueda hacer nada por sí solo.

El Canek dominaba directa y absolutamente en su isla, en su ciudad, y era el rey de toda la nación establecida en el lago de Chaltuna y sus islas. De éstas eran las principales, Tayassal, Tayza ó Taizá y Motzkal. Cada isla tenía un señor ó cacique que en ella mandaba; cada cacique dependía del Canek, pero éste tenía que resolver los negocios de importancia en junta con los *ahau* menores; si el asunto era muy grave, comunicábanlo á los indios principales y éstos al pueblo, y prevalecía la voluntad del común. Venía á constituirse una especie de federación en que el poder del pueblo, combinado con su fanatismo religioso, hacía omnipotente á la casta sacerdotal. En tiempo del último Canek los cuatro reyes de las otras islas con quienes consultaba, llamábanse Citcán, Ahamatán, Ahkín y Ahitcán, y lo hacía también con Ahatsí, uno de los personajes principales de su reino.

En tiempo de la teocracia debemos figurarnos cada ciudad mandada por un gran sacerdote y todos los grandes sacerdotes dependiendo del sumo Zamná. Y como los lazos religiosos son mucho más fuertes que los comunes y civiles, se comprenderá fácilmente el por qué de la larguísima duración de aquellos imperios teocráticos.

Hemos hablado de la ciudad y ya hemos dicho que en ella había veintiuna pirámides con los templos y los

palacios del Canek y el Kincanek, pues estaba además toda ella poblada de casas, algunas con paredes de piedra de algo más de una vara de alto, y de allí arriba madera y los techos inclinados de paja ó palma, y otras sólo de madera y guano. No había en la ciudad forma de calles, y en cada casa vivía una familia, de donde dependía el haber tanto número de habitantes en la isla. En toda la laguna y reino, según los mismos conquistadores que los vieron y con ellos lucharon, había más de veinticinco mil.

Hemos querido fijar este punto porque nuestra historia se va alterando poco á poco por escritores



Jefe lacandón y sus dos mujeres

extranjeros, más ó menos ingeniosos, muchas veces sabios, pero que no conociendo las localidades ni teniendo los antecedentes necesarios, incurren involuntariamente en errores de trascendencia. Ultimamente un anticuario distinguido de los Estados Unidos ha sostenido con empeño que no hubo ciudades en la península maya, que las ruinas existentes son de casas grandes semejantes á las de los nahoas, y que los conquistadores no encontraron en este continente más ciudades verdaderas que Cuzco y México. Hay absurdos que no necesitamos contestar los que estamos acostumbrados á ver todavía hoy innumerables ciudades antiguas de los indios. Al contrario, esa ciudad de Tayza ó Taitzá, nos da la razón en lo que ya hemos dicho; que alrededor de los recintos fortificados, de las pirámides y de los templos, se levantaban las casas del pueblo, formando centros ricos y poderosos.

Al tratar de las casas nos trae la materia á

ocuparnos de la vida doméstica de los primeros mayas, existencia que debió ser muy semejante á la que encontraron los españoles, porque el pueblo cambia poco en su manera de vivir.

Fórmase la familia por el matrimonio, pero los pueblos de la raza del Sur no practicaban la poligamia como los nahoas; tenían una costumbre más rara, la bigamia; cada hombre podía tener dos mujeres. Se recordará que en la creación de *Chay-Abah*, se dice expresamente que se dieron dos mujeres á cada hombre. Esta leyenda revela la costumbre, y sólo deja la duda de si se extendía al pueblo ó era exclusiva de la clase guerrera: de todos modos, todavía en el Lacandón existe. Ultimamente ha podido sacarse la fotografía de uno de los jefes con sus dos mujeres; los tres llevan un traje medio talar y burdo, con mangas cortas y anchas, y en el cuello sartales de cierta semilla olorosa que hay en la península. El hombre parece ya de edad y cubre su cabeza con un paño blanco que le cae á la espalda, formando todo el conjunto cierto parecido con los árabes.

Sin embargo, Landa y los escritores que le siguen, dicen que los mayas casaban con una sola mujer; suponemos que esto pasaba entre el pueblo. Casábanse á los veinte años de edad y los padres buscaban esposas á sus hijos, pero era vergonzoso que procuraran maridos á sus hijas; concertada la unión se daban por dones á la novia vestidos y dijes, y reunidos los parientes el día señalado, el sacerdote decía una plática á los contrayentes en presencia de los suegros, sahumaba la casa recitando ciertas oraciones y quedaba perfecto el matrimonio. Había de particular que el yerno tenía que servir al suegro durante cuatro ó cinco años, y si no cumplía se le arrojaba de la casa y quedaba nulificado el matrimonio. Los viudos se casaban sin ceremonia ninguna y únicamente por su unión voluntaria.

Evitaban los mayas el casarse con persona del mismo nombre, pues, como ya se ha dicho, formaban el suyo uniendo los del padre y de la madre, con lo que se distinguían los de una familia; pero Landa dice que se limitaba esta prohibición á las mujeres que llevaran el mismo nombre del padre del novio y á la madrastra, cuñadas y tías por parte de madre, y que con las demás parientes podían casarse aun cuando fuesen sus primas hermanas.

La infidelidad de la mujer era causa de repudio. Si al tiempo del repudio los hijos eran pequeños, los llevaba la mujer; si eran grandes, las hembras pertenecían á la esposa y los varones al esposo. La mujer repudiada podía unirse con otro hombre y aun volver con el primero; había la mayor facilidad para tomarse ó dejarse. El luto de la viudedad duraba un año, dentro del cual era mal visto que los viudos se casasen otra vez.

Continuando con lo relativo á la familia, diremos que era costumbre, cuando un niño nacía, tenderlo á los cuatro ó cinco días en un lecho de varas, y allí le ponían la cabeza entre dos tablas apretadas á fin de aplastarla y amoldarla á la forma que ellos usaban. Por supuesto, que muchos niños morían en la operación; ésta y otras semejantes se practicaban por diversas tribus de indios; de aquí que no puede ser un elemento seguro la craneología en las cuestiones etnográficas de nuestro continente.

Sostienen algunos escritores que los mayas practicaban varias ceremonias semejantes á las cristianas, lo que les hace sospechar que no les fué desconocida esa religión y que hubo algún tiempo en que se les predicó; entre dichas ceremonias ponen como muy principal un pretendido bautismo de que vamos á ocuparnos. Desde que el niño nacía acostumbraban ponerle una cuenta blanca pegada á los cabellos de la coronilla de la cabeza y le colgaban de la cintura con un hilo delgado una pequeña concha que descansaba sobre la parte honesta. No podían quitarse ni cuenta ni concha hasta pasada la ceremonia en cuestión; uno de los padres acordaba con el sacerdote el día de ésta, y tres días antes ayunaban los que debían llevar sus hijos á ella; llegado el momento se colocaba á los niños de un lado y á las niñas de otro; el sacerdote se sentaba en el centro sobre un trono, y en unos banquillos, á las cuatro esquinas, cuatro ancianos oficiantes llamados *chac*, los cuales cerraban el espacio con unos cordeles que en la mano tenían. Este espacio estaba regado con hojas de *cihom*.

Comenzábase por la purificación del lugar. Al efecto, los niños iban echando en un braserillo unos granos de maíz y un poco de *cib* (copal ó incienso) que el sacerdote les daba, y entregaban después el brasero, los cordeles y un vaso de pozol, bebida que hacían de maíz, á un quinto oficiante, que, sin volver la cara ni probar el pozol, iba á arrojar todas esas cosas fuera de la ciudad. Se recogían las hojas de *cihom* y se regaban otras de un árbol llamado *copo;* con esto quedaba el lugar purificado.

El sacerdote vestía una tunicela de plumas rojas labrada con plumas de diversos colores, de las que algunas más largas le colgaban á los extremos, y debajo tenía muchos listones de algodón que como colas le llegaban hasta el suelo. Cubría su cabeza con una mitra de las mismas plumas, y empuñaba un palo pequeño y primorosamente labrado que á la punta tenía varias colas de culebras de cascabel. Cada niña estaba acompañada de una anciana y cada niño de un hombre. Los *chac* colocaban sobre las cabezas de los neófitos unos paños blancos preparados por las madres, y el sacerdote, después de recitar las oraciones del caso, mojaba las colas de culebra del palo que empuñaba y rociaba á los niños con una agua mezclada con ciertas flores y

granos de cacao. Sentábase luego el sacerdote y entregaba un hueso al promovedor de la fiesta; éste tocaba con él nueve veces sobre la frente á cada niño y mojándolo después en el agua les untaba el rostro y los dedos de las manos y los piés. Levantado el sacerdote, quitaba á los niños los paños blancos que tenían en la cabeza y otros que á la espalda llevaban con hermosas plumas y cacaos, y les cortaba con un cuchillo de piedra la cuenta que al nacer les habían atado del cabello. Los *chac* los amenazaban con un manojo de flores y otro de tabaco, y daban las flores á las niñas para que las oliesen y el tabaco á los niños para que lo fumasen. Seguía la ofrenda de comida y bebida; de la primera convidaban á los neófitos y ofrecían la segunda á los dioses; un sacerdote llamado *Cayom* tenía que apurarla toda. Concluída la ceremonia se retiraban primero las



Ceremonia del caputzihil

niñas, y las madres les cortaban el hilo que retenía la concha á la cintura, con lo que les daban á entender que ya podían casarse. Seguían los regalos á los circunstantes y terminaba la fiesta con regocijos y banquetes. Llamábase la ceremonia *caputzihil,* que significa *nacer de nuevo*, y la fiesta *emkú*, que quiere decir *bajada del dios*. En uno de los tableros de estuco del Palenque ó Nachán encontramos figurada esta ceremonia.

Por muy buena voluntad que tengamos no podemos encontrar en el *caputzihil* nada del bautismo cristiano, pero en cambio vemos en esa ceremonia un hermosísimo sentido alegórico. Es el advenimiento á la pubertad, llamado con razón *nueva vida;* es el nacimiento á otra existencia de amor y de ilusiones, de fuerza y de placeres; la virilidad en el hombre, el encanto, las gracias y la pasión en la mujer. Por eso á los niños les dan á fumar las hojas de tabaco como señal de que ya son hombres, y por eso también cae la concha de las niñas y les dan á oler las flores, símbolo de la juventud que comienzan á aspirar con todas las ambiciones de su alma y con todos los anhelos de su corazón. Como los mayas tenían á la lluvia por la generadora de los alimentos y de la vida, los cuatro oficiantes se llaman *chac*, trueno y lluvia, divinidad protectriz de las aguas y de las cosechas. Los cuatro *chac* en las cuatro esquinas con los cuatro cordeles rodeando á los niños en el recinto purificado, expresa que los encierran, que los transportan á esa vida de vigor y lozanía que se llama juventud y se nos presentan como sostenedores de ese cielo á que entran los niños de un momento antes, pues *kaan*, cordel, también quiere decir cielo. Por eso se les adorna con plumas y cacao y se les rocía la frente con agua de rosas y de granos de cacao, granos de que hacían el espumoso *zaca*, licor de la fuerza y de las pasiones. En ese supremo instante la poderosa juventud desciende del firmamento sobre la cabeza de los neófitos, há poco cubierta con el blanco paño de la inocencia, y con razón á la fiesta se le llama *emkú,* la bajada del dios, y todo son regocijos y algazara. Y se riega con nuevas hojas verdes el recinto sagrado, como nuevas hojas verdes recrean la Naturaleza en la primera mañana de la primavera, y todo es alegría y algazara, como algazara y alegría son los primeros pensamientos de una mente inflamada de pasión y los primeros latidos de un corazón que palpita de amor! Se nos dirá que en todo esto había mucho materialismo; es verdad, pero era muy hermoso.

Acaso se nos objete que el agua entraba en esta ceremonia como elemento de purificación. No lo negaremos, porque el agua ha servido para ese objeto en los pueblos de la antigüedad; conocidas son de todos las virtudes del agua lustral; pero si buscáramos comparaciones, más que con el bautismo cristiano, las hallaríamos con una ceremonia egipcia, pues podría llamarnos la atención la notable semejanza que hay entre una de las pinturas del antiguo imperio de los Faraones y la que se registra en la página octava del códice Borgiano, en Kingsborough.

No podemos dudar de que estas costumbres pertenecían á la época prehistórica, pues no corresponden en manera alguna á las ideas que dominaban entre los nahoas, y por lo mismo no pudieron ser fruto de las invasiones. Y encontramos aquí algunas noticias, que no debemos dejar desapercibidas, sobre alimentos primitivos de los mayas, con los que tenían conexión ciertos hábitos. Nos parece tiempo á propósito para ocuparnos de la materia.

Comencemos por decir que la raza era esencialmente agrícola. En la región de los *mounds* se observa que era la cultura del campo la principal ocupación de

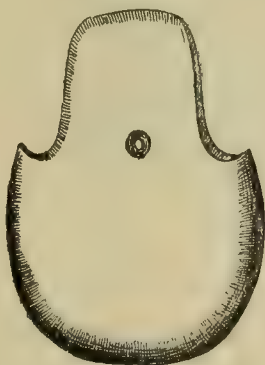
sus habitantes; así se deduce de sus construcciones y de los objetos que encierran. Llama la atención en todo su territorio que escogían los lugares más favorables para establecer sus habitaciones y que sus principales ruinas se encuentran en los centros de las zonas agrícolas más fértiles. Parece que buscando tierras propicias á la agricultura se alejaron de las orillas del mar, y de preferencia se establecieron en el gran valle del Mississipí, y precisamente en su parte más rica. Sus poblaciones se elevaban sobre el borde de los rios. Sus obras atestiguan que llevaban una vida agrícola y pacífica. Si tenían fortificaciones y en sus escombros se encuentran puntas de flecha y de lanzas, se conoce que les sirvieron, más que para andar en son de conquista, para defender sus campos de la irrupción de tribus bárbaras. Hállanse en cambio en ellos muchos útiles industriales y agrícolas, tales como azadas, palas y picos, raspadores y gubias. Precisamente algunos de los utensilios de cobre más notables son instrumentos de labranza, como azuelas y cuchillas de arados.

Que existen las cuchillas de arado lo dicen escritores americanos muy respetables, y sin embargo, nosotros desconfiamos, pues en la región quiché solamente se hendía la tierra para depositar el grano. No debieron hacer más los *mound-builders*, y para eso hubieron de servirse de las azadas y azuelas, ya de



Ceremonia egipcia — Códice Borgiano, l. 8.ª

piedra ó de cobre que en su territorio se han encontrado. Con instrumentos semejantes hacían todas las labores del campo hasta cortar la cosecha; y en efecto, se han hallado varios utensilios cortantes muy propios para el objeto.



Instrumento de labranza de los *mound-builders*

En el Xicalanco no se encuentra un pié de terreno que no haya sido cultivado antiguamente. Los campos son, por lo general, de corta extensión, lo que indica que la labranza estaba muy repartida y por lo mismo la propiedad. No eran menos dados los mayas á las labores del campo; y eso que tenían que luchar con un gran inconveniente, la falta de ríos en sus tierras. Carece la península de corrientes de agua; casi no hay en ella arroyos, fuentes y manantiales; su aspecto general es de una gran llanura; y aunque su tierra vegetal es de asombrosa fecundidad, la escasez de agua hace inciertas las cosechas, que dependen de la influencia irregular y necesaria de las lluvias. Ya comprenderemos ahora por qué era dios tan principal entre ellos *Zamná*, el rocío del cielo, la lluvia, y por qué se tenía por inventora de la agricultura á la deidad *Chac*, el rayo que desgaja las nubes y hace caer sobre la tierra su precioso líquido. Sacaban agua los mayas de pozos hasta de ochenta varas de profundidad, pero son muy raros, de modo que muchas poblaciones se proveían de agua de las sartenejas. Son éstas unas cavidades naturales formadas en las peñas, en las que se deposita el agua llovediza. Son innumerables porque á ello se presta el terreno pedregoso; pero en la estación de secas se agotan. Para suplir á ese inconveniente emprendieron los mayas obras colosales como todas las suyas. Llámanse agudas, las hay en gran número, y son extensas cavidades formadas sin duda por las

mismas aguas, pero con sus fondos revestidos de piedra por la mano inteligente del hombre. Algunas merecen el nombre de obras monumentales. Depósitos de las aguas que podían agotarse por la evaporación y el consumo, los mayas hicieron de ellas receptáculos inagotables, para lo cual las empedraban de una manera especial y en forma de enrejado, á fin de que pudiera comunicarse á otros depósitos subterráneos que les servían de providente reserva. La de Hopelchén tiene en el centro cuatro aljibes, y como cuatrocientos de más pequeñas dimensiones á lo largo de sus márgenes.

Pero en esta materia, los cenotes son sin duda lo más interesante y curioso que se encuentra en la península; siendo unas veces cavernas con manantiales ó caudalosos ríos subterráneos y abriéndose otras á la vista del hombre, que á ellos desciende perpendicularmente hasta sus frescas é inextinguibles corrientes. En



Cenote

la parte occidental se encuentran los primeros y en la oriental los segundos. Naturalmente fueron los cenotes entre los mayas objetos de cultos supersticiosos. Sucede con el de Xcoh, que lo hacen maravilloso tradiciones populares, que suponen en su estructura subterránea, ya figuras esculpidas, ya plazas con columnatas, una gran losa labrada, y en fin, un camino subterráneo de ocho leguas, que llega hasta Maní, residencia del último Tutul-Xiú; y sin embargo, no es otra cosa que una gran caverna con gigantescas estalactitas, que en su caprichosa combinación semejan estatuas y columnas, palacios y galerías.

Pero el más notable de estos prodigios de la Naturaleza se encuentra cercano á Bolonchén. Bolonchén significa nueve pozos, y viene su nombre de nueve fuentes naturales que hay en el centro ó plaza del pueblo. En realidad no son más que perforaciones en la roca, depósitos circulares que tienen entre sí comunicación interior y que reciben su caudal, no de fuentes ú ojos de agua, sino de la misma llovediza, que infiltrándose hasta alguna desconocida caverna se va comunicando luego paulatinamente á los referidos depósitos, cuya provisión sólo dura de siete á ocho meses.

Cuando el agua faltaba en los pozos, el pueblo iba á sacarla al más extraordinario, profundo y difícil de los cenotes, llamado *Xtucumbi-Xunan* ó la señora escondida, por una leyenda popular que refería los amores desgraciados de dos jóvenes perseguidos por la madre de la amada, que la ocultó en ese abismo sin luz. Nada más agreste y hermoso que su boca abierta en las duras peñas. Penétrase en ella por un sendero estrecho y pendiente, tanto que á poco se pierde la luz de la boca. Entonces el que ha entrado se encuentra sobre el precipicio, rodeado de inmensas rocas y de estalactitas que brillan fantásticamente al resplandor de la antorcha del viajero. Para bajar ha formado el hombre una tosca y colosal escalera hecha de troncos de árbol unidos que sirven de gradas y que desciende casi perpendicularmente hasta el fondo. Muy ancha es la escala, tan ancha como lo largo de los árboles colocados en ella horizontalmente, y está dividida en la mitad, lo que hace suponer que quiso dejarse un lado para bajar y otro para subir, á fin de evitar tropiezos y desgracias inevitables cuando había mucha concurrencia de gente á extraer agua. Mil cuatrocientos piés de descenso hay desde la boca hasta el lugar en que aquélla se encuentra; pero su profundidad perpendicular es sólo de quinientos. En el fondo hay siete estanques de agua potable. Llámase el primero *Chacka* ó *agua roja;* el segundo *Pucuelhá* ó *reflujo,* y dicen los indios que tiene olas como el mar, que baja con el viento sur y crece con el noroeste, y que es preciso acercarse á él en silencio porque al menor ruido el agua desaparece; el tercero es *Sallab,* que significa *salto del agua;* el cuarto *Akahbá* ú oscuridad; el quinto *Chocohá* ó *agua caliente,* por su elevada temperatura; el sexto *Ocihá,* por el color lácteo del agua, y el séptimo *Chimaishá,* á causa de ciertos insectos llamados *chimais* que en él circulan. Al hablar de este prodigioso cenote no sabemos qué admirar más, si la esplendidez caprichosa de la Naturaleza ó el inmenso poder de la voluntad humana. El hombre baja á las profundidades de la tierra á robar de su seno el agua que le ha escondido, y para ello, nuevo titán, arranca de su superficie los árboles, y con una suma de trabajo

que apenas puede calcularse, va colgando sobre el precipicio una inmensa escala, no para asaltar el cielo, sino para ir á robar el licor de la vida de las entrañas de la tierra. Ya ahora se explica la leyenda de la *Xtucumbi-Xunan:* la madre celosa y que esconde á su hija al amante es la tierra, la bella hija es el agua; pero el hombre enamorado de ella bajará á arrebatársela del fondo de la cárcel oscura del cenote.

Pero á pesar de la escasez de corrientes de agua, y sólo fiados en las lluvias y en la protección de su dios Zamná, dedicáronse los mayas á la agricultura. Su principal producto era el maíz. Planta indígena de esta



Bolonchén. — Gruta de Xtucumbi-Xunan

tierra, se aprovechó desde la más remota antigüedad. Recordamos la fábula de Paxil. Su grano ha constituído desde entonces el alimento principal del pueblo. Da grandes cosechas, y hay el blanco y el amarillo que rinde más y se conserva mejor. El frijol, judía, se siembra junto con el maíz en cuya caña se enreda. En la península no es tan abundante como en la costa inmediata: así es que era de mayor consumo y también de mejor clase en la región quiché y en el Tamoanchán.

El maíz nos trae á tratar algo de la vida doméstica. La mujer era la que en el hogar lo molía, haciendo pan de su masa. No se reducía á polvo como entre los nahoas, y la masa húmeda se formaba en un utensilio llamado *ká, métatl,* por los mexica, y hoy metate, pues sigue siendo de uso constante.

El metate es una piedra dura de cuatro lados; la cara superior es más ó menos cóncava y descansa en tres piés, uno en la parte posterior y dos más bajos

en la anterior, que hacen que quede inclinado hacia adelante. Por medio de un rodillo, de piedra dura también, se tritura el grano y se forma la masa que por delante va cayendo. Este útil se encuentra por donde



Metates primitivos

quiera que estuvo la raza del Sur. Se ha hallado en la región de los *mounds* y su forma es más primitiva que la actual: no tiene piés, lleva á los lados unos bordes para que no caiga por ahí la masa, y la piedra de moler es más pequeña y más burda. En el Tamoanchán se encuentran muy cóncavos en Metlatoyúcan y de ellos toma la ciudad este nombre nahoa. En otras partes tiene la forma de un cajón sin uno de los lados menores. Consta la antigüedad del metate porque en una excavación hecha en las lomas de Tacubaya, entre otros varios trastos se encontró á cuatro metros de profundidad una piedra oblonga un tanto curva, sostenida por tres piés rudimentarios.

El metate ó ká parece que relaciona también á los mayas con los pueblos del África, pues Livingstone encontró entre las tribus de los mangajas y los makalolos un molino compuesto de una piedra de granito ó sienita, de quince á diez y ocho pulgadas en cuadro por cinco ó seis de grueso y de un pedazo de cuarzo ú otra roca dura del tamaño de medio ladrillo con uno de sus lados convexos para que se adapte al hueco practicado



Molendera

en la piedra inmóvil. Cuando la mujer tiene que moler se arrodilla, coge con las dos manos la piedra convexa, la introduce en el hueco y hace un movimiento análogo al del tahonero que amasa. La piedra está inclinada por un lado para que por él vaya cayendo la molienda. La analogía es notable, pues esa es precisamente la postura de nuestras molenderas: mueven la piedra de arriba abajo para del maíz mojado formar la masa, que va cayendo por delante del metate en una estera. Después, golpeando hábilmente y con prontitud en las palmas de las manos trozos de esta masa, forman unos panes á manera de discos, que ponen á cocer sobre un trasto de barro circular y tendido; y ese es el pan de maíz que nosotros llamamos tortillas y *cauhimich* los mayas, siendo *yokem* la masa. Hay que añadir que de esa masa y carne de pavo hacían unos á manera de pasteles ó tamales, llamados *kool*.

No hay para qué seguirlos en todos sus cultivos, ya sea de numerosas frutas ó de raíces nutritivas como la yuca, el camote, el ñame, el macal y el chac. Basta saber que tenían añil y vainilla, el *pom* ó goma copal preciosa para la medicina y útil para las artes, pues sirve para hacer barniz, el *kick*, resina elástica que es el mismo *cautchouc*, brea, alquitrán y trementina, aceite de sapoyol, de coco y de nuez, cacao, algodón, tabaco y henequen.

A los alimentos que la agricultura producía se agregaban los abundantes de la caza y la pesca. La primera les proporcionaba en gran cantidad liebres, venados y jabalíes, y en la región quiché innumerables tórtolas, faisanes y otras aves. La pesca se hacía con anzuelo, con red y con fisga, y producía ricos pescados, de río y de mar, mariscos y hermosas tortugas carey. Hay que agregar todavía los animales domésticos, como pavos. Así es que si el pueblo pobre se alimentaba sólo de las raíces harinosas y tortillas, las clases privilegiadas podían tener una copiosa y suculenta mesa.

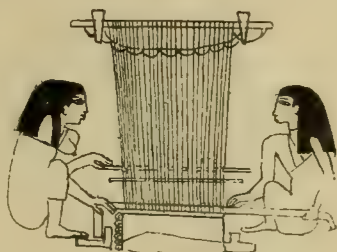
De bebidas hemos ya mencionado el pozol, y agregaremos que sacaban también tuba del tronco de las palmas. Pero la más delicada y que en más estima tenían era la *zaca*, formada de cacao y maíz. Cuando recibían algún huésped ó les llegaba un amigo, mostrábanle su cariño al saludarle echándole el brazo derecho sobre el hombro y dándole una jícara de espumosa *zaca*.

Dos plantas les daban á los mayas hilo para sus tejidos, el algodón y el maguey ó *ci*, siendo el *henequen* el que produce la fibra que tanto sirve para cordajes. Era también el tejer trabajo de las mujeres y generalmente doméstico, empezando en el algodón por hacer el hilo con el malacate; huso, como ya se ha dicho, formado de una pieza circular de barro y atravesada por una vara que se movía sobre otra pieza que tenía una pequeña cavidad en el centro.



Útiles para hilar

Los jeroglíficos nos han conservado el modelo de los telares, y son mujeres las que en estos trabajos se empleaban. La mujer del Sur como la del Norte era

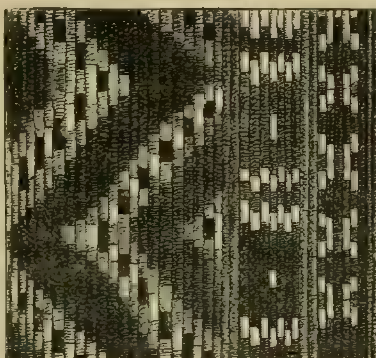


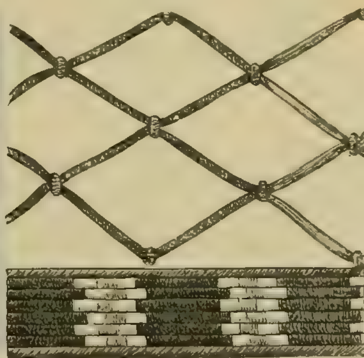
Telar

un instrumento para las labores domésticas. Después de la servidumbre en la casa del padre, pasaba á nueva servidumbre á la casa de su marido. Antes de hacer las telas tenía la mujer que teñir el hilo, para lo cual había varios palos de tinte; todavía hoy es famoso el de campeche, grana, añil y otras sustancias. Hacían en los telares tejidos muy finos y de primorosas labores, mezclándolos á veces con vistosísima pluma de los más brillantes y variados colores. Con la aguja de maya, que de la raza tomó su nombre, hacían tejidos como red, y de *henequen* formaban las telas más duras, cordeles, redes de pescar y hamacas.

Esto nos trae otra vez al interior de las habitaciones. Tres clases de lechos usaron esos indios: pieles que los cronistas llaman barbacoas, camas formadas de cañas delgadas y flexibles, y en la península generalmente hamacas, que es lo que todavía se usa.

Llámase la hamaca *kan*, y es una red colgada de dos extremos del techo, dentro de la cual se duerme contrariando algo el exagerado calor del país. La hamaca explica la forma de las habitaciones, la poca

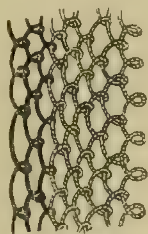


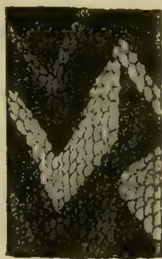


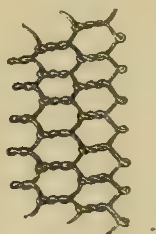
Tejidos de algodón

altura de las paredes junto á las cuales no hay lecho que colocar, y la elevación de los techos de que pende el *kan* y en el cual se recoge durante el día.

Resta que nos ocupemos de un uso que proviene de un producto agrícola, del tabaco. La raza del Sur lo fumaba en pipas desde los tiempos más primitivos.







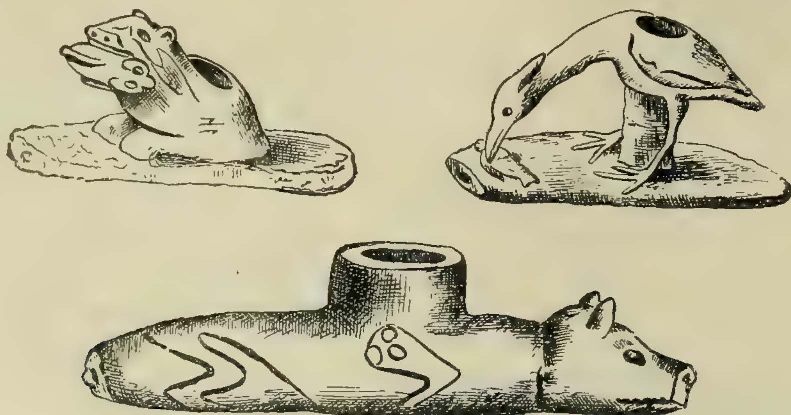
Tejidos de henequen

Vimos que los nahoas usaron el tabaco: lo encontraron sin duda en las costas de Xalixco y Culhuacán; pero no usaron la pipa, sino tubos ó cañas en que introducían la hoja arrollada de la planta. La raza del Sur usó la pipa en la época prehistórica, y decimos que entonces, porque ya después no la acostumbraba, sino que adoptó la caña nahoa. Hubo de ser muy general el uso del tabaco en la región del Sur, porque ahí era muy abundante, y se conoce el cuidado que en su cultura se tenía, porque el manuscrito Troano, que tan fantásticamente interpretó Brasseur y que no es otra cosa que un calendario rural, se ocupa con cierta predilección del tabaco hasta poner á dos individuos columpiándose en sus hamacas despidiendo el sabroso humo.

La antigüedad del uso de la pipa nos consta, porque hemos tenido dos de barro sacadas del Desagüe: son de una pieza y de la figura común de las de ahora, y el barro tiene un notable lustre ó barniz rojo perfectamente conservado. Procedente de Oaxaca hemos tenido otra de barro amarillo oscuro con chimenea muy grande. En el Museo Nacional hay dos sacadas de túmulos de Atzcapotzalco y otra de uno de Teotihuacán. Otras encontradas en nuestro Valle tienen la chimenea casi esférica. En general presentan pocos adornos, aunque en algunas se notan fragmentos de barro blanco y fino, con decoraciones de rostros y dibujos de buen gusto. La diferencia de tamaño en las chimeneas nos hace suponer que las pipas referidas pertenecen á dos épocas: á la primera las de la chimenea grande, en que se usaba el tabaco picado, y á la segunda las de pequeña, en que ya empezaba la influencia de las costumbres nahoas, colocándose las hojas arrolladas en un extremo como en el *acayetl* y fumándose por el otro. Lo comprueba una

muy hermosa que tenemos traída del Palemke. Es de pizarra, perfectamente trabajada, formando grupos caprichosos de pájaros y cabezas de hombres: la chimenea es estrecha, pero creemos que lo misma podía recibir el tabaco en hoja que picado: la parte del tubo termina en una cara plana y demasiado grande para que pudiera meterse en la boca; así es que debemos suponer que se fumaba poniendo los labios en el agujero de la parte plana y aspirando con fuerza el humo.

Las pipas encontradas en la región de los *mounds* forman verdaderamente una colección preciosa: las hay de barro y de piedra, y de éstas algunas tan primorosamente trabajadas que hoy mismo un artista con los instrumentos modernos tendría dificultad para copiarlas.



Pipas de los *mounds*

Hay unas á las que evidentemente se les agregaba un tubo para fumar, y otras cuyo agujero es tan estrecho que no podría adaptársele el tubo, y que por lo mismo debieron fumarse como la del Palemke. Generalmente en la mitad del tubo está el receptáculo para el tabaco. Podemos citar como muy curiosas una que parece ser un lobo con la chimenea sobre la espalda, una garza perfectamente trabajada y un manatí que tiene un pez en la boca. En ésta hay además la particularidad de que representa un animal que no se encuentra en el Ohio, sino á muchas leguas de allí en la costa del Golfo. Podemos, pues, decir que la edad prehistórica de la raza del Sur fué la época de la pipa.

Difícil sería penetrar más en los tiempos primitivos sin exponerse á incurrir en anacronismos. El camino es oscuro y no se ha andado antes y la tarea árdua y atrevida. Pasemos, pues, á la parte histórica, y la llamamos así, no porque desde luego vaya á hacerse la luz en nuestra senda, sino porque ya vamos á ocuparnos de pueblos con cuyo estudio comienzan las historias hasta ahora escritas; porque principian á deslindarse las razas y á determinarse la geografía; porque ya hay series de hechos que á naciones determinadas ó á personalidades conocidas se relacionan, y sobre todo, porque empezamos á tener una cronología que muy pronto formará una cadena no interrumpida hasta dar fin á nuestra Historia Antigua.

LIBRO SEGUNDO

LOS MECA

CAPÍTULO PRIMERO

Los ulmeca. — Leyenda vulgar — Su explicación. — Primera noticia del pulque. — Relato de Sahagún. — Los *vixtoti.* — Primera leyenda de la invención del pulque. — Procedencia de los ulmeca. — Raza á que pertenecían. — Los meca. — Región de Xalixco. — Diversas tribus meca. — Los chichimeca — Los nonoalca. — Xelhua. — Época en que llegaron los ulmeca — Pirámide de Cholula. — Teocracia. — Trajes. — Fortaleza ulmeca. — Sistema de defensa. — Combinación de los *mounds* de señales. — Las pirámides de Veitioacán. — Mamemhí — Ottumwa. — Origen de la palabra otomí. — Armas de los pueblos del Sur. — Flechas de madera petrificada. — Obsidiana. — Talleres de armas. — Lanzas — Hermosa respuesta de Coboxh. — Dardos, cuchillos y dagas. — Hachas. — Porras — Corte de madera. — Semejanza con las pinturas egipcias. — Embijamiento. — Banderas. — Táctica. — Su carácter defensivo. — Defensa en los escalones de las murallas y en las pirámides. — Batalla. — Huída.

Comienzan, en lo general, nuestras historias antiguas por decir que la primera raza que llegó al país fué la de los ulmeca. Los cronistas ponen en la genealogía de *Iztacmixcóhuatl* y de *Ilancuey,* por primer hijo á *Xelhua* y por tercero y cuarto á *Ulmécatl* y *Xicaláncatl,* y dicen que aquél pobló de Izócan á Tehuacán y Teotitlán, y éstos en Huicilapa y Cuetlaxcoapa, que es donde ahora está la ciudad de Puebla; pero que *Xicaláncatl* se fué poblando hacia Coatzacoalco en la orilla del mar.

Veytia nos ha conservado la tradición más común. Según ella, en compañía de *Ulmécatl* y *Xicaláncatl* vinieron los tzapoteca, probablemente por mar, y desembarcando en el Pánuco, extendiéronse y ocuparon el territorio que fué después de Tlaxcalla y Huexotzinco, en el que se comprendían Chołóllan y el sitio que hoy ocupa Puebla. Dícese que lo escogieron por lo apacible y suave del clima; por ser buena y fértil la tierra para sus siembras de maíz, frijol y chile; por tener agua abundante de muchos arroyos, á más de los ríos caudalosos Atoyac y Zahuápan, y finalmente, por su monte lleno de maderas y cacería. Agrégase que en las riberas del Atoyac encontraron gigantes que como brutos vivían desnudos y suelto y desgreñado el cabello; comiendo carne cruda de aves y fieras y frutas y hierbas silvestres; cazando las aves con flechas y las fieras con gruesas porras de ramas que desgajaban de los árboles. Eran crueles y soberbios y muy dados á la embriaguez, pues sabían sacar de la planta del maguey el jugo del pulque. Y se cuenta que á pesar de ser tan bárbaros los gigantes, *quinamétzin,* recibieron de paz á los forasteros y les permitieron poblar en sus tierras, mas sujetándolos al pago de cuantiosos tributos y á vejaciones tales, que llegó el momento de no poder sufrirlos más y de acabar de una vez con ellos. Para conseguirlo les prepararon el banquete de que en otro lugar hemos hablado ya, y cuando los vieron ébrios y tirados por el suelo acabaron con todos en un día, quedando libres de la esclavitud y señores de la tierra. Agrega Veytia que su primitiva y principal ciudad fué Chołóllan, siendo su territorio el de esa ciudad, el de Puebla y el de Tlaxcalla, y según sus cálculos acaeció esto hacia el año 107 de nuestra era.

Esta es la leyenda vulgar y la más aceptada por nuestros cronistas. Su explicación es sencilla. Los gigantes, *quiname,* son el pueblo autóctono, los otomíes, que indiscutiblemente ocupaban esa región desde los primeros tiempos y que vivían en estado salvaje, mientras

que los olmeca pertenecían á una raza civilizada, y eran de costumbres bárbaras y dados á la embriaguez porque ya sabían extraer del maguey el *octli* ó pulque.

Es curioso encontrar la primera noticia del licor embriagante de nuestro pueblo, que también lo fué de los antiguos mexica. Desde los tiempos más remotos usáronlo los otomíes, y precisamente en su territorio, en la faja que se extiende entre el de Tlaxcalla y el de la antigua Cuexteca, es donde se da con más abundancia y de mejor clase el *metl* del pulque, pues no toda clase de maguey lo produce. Esto nos hace comprender que es el maguey planta originaria de esa región; y hay que advertir que es más fino que el del rumbo de Xalixco, que produce pulque de clase inferior, y mucho más que el henequen de la península maya que no lo produce. Cuentan los campesinos que hay un animalito, á manera de rata ó tuza, que por instinto natural raspa el tronco del maguey con su trompa, que tiene cierta forma como de cuchara; en el lugar raspado va brotando y depositándose el jugo ó agua miel de la planta, y entonces vuelve el animalito á beberse el licor. Dicen que los indios de ese animal aprendieron á hacer el pulque. La verdad es que de la misma manera producen el agua miel, que después extraen absorbiéndola con unos calabazos largos que llaman acocotes y fermentándola en unas tinas de cuero.

Continuando en la explicación de la leyenda, diremos que por el rumbo de su venida debieron llegar del Tamoanchán. Fortuna es que Sahagún nos haya conservado la leyenda primitiva. Él, en efecto, nos dice que los olmeca salieron de Tamoanchán y que se llamaban *vixtoti*, pues, como veremos, aquel primer nombre les fué impuesto por los nahoas. Sahagún les atribuye á ellos la invención del pulque. La inventora fué una mujer, *Mainoel;* ella comenzó, y supo primero raspar los magueyes y sacar el agua miel, y *Pantécatl* fué el que halló las raíces que en ella se echan para fermentarla. Llegaron después á hacer el pulque á perfección *Tepuztécatl*, *Quatlapanqui*, *Tliloa* y *Papatztactzocaca:* éstos hicieron la invención en el monte llamado Chichinauhia, y como el pulque hace espuma, también lo llamaron *Popoconaltépetl*, que quiere decir *monte espumoso*.

Aunque diverso el relato, siempre resulta que la invención del pulque fué en la misma región; en ella está Teotihuacán, y Sahagún dice expresamente que llegaron á él los emigrantes de Tamoanchán. Le da como primer nombre *Veitioacán*, diciendo que significa *lugar donde hacían señales*.

Pues bien, si los ulmeca vinieron de Tamoanchán, era la raza del Sur que de ahí se desbordaba sobre nuestra Mesa Central. Esto lo comprenderemos más con la descripción que Sahagún hace del país primitivo de los ulmeca. Dice que eran del oriente, esto es, de la costa del Golfo, y que los llamaban *tenime*, porque hablaban lengua diferente de la nahoa; que sus tierras eran muy ricas, fértiles y abundosas de todos frutos, y que en ellas se daba el cacao y las especias aromáticas llamadas *teunacaztli*, la vainilla; que allí había aves de plumas riquísimas, papagayos de vistosos colores y el pájaro quetzal de cola primorosa; que de allí traían las esmeraldas y las turquesas y mucho oro y plata, y que era región tan hermosa que la comparaban los antiguos con el *Tlalócan* y le daban su nombre. De sus trajes, dice que los unos usaban mantas y otros jaquetillas y *maxtli*, y que las mujeres eran grandes tejedoras y muy pulidas en hacer labores en las telas; que se ponían ajorcas muy grandes de oro, sartales de piedras finas en los brazos y joyeles de éstas y de aquél al cuello, y que hombres y mujeres llevaban cotaras muy pulidas, siendo algunas de *ulli*.

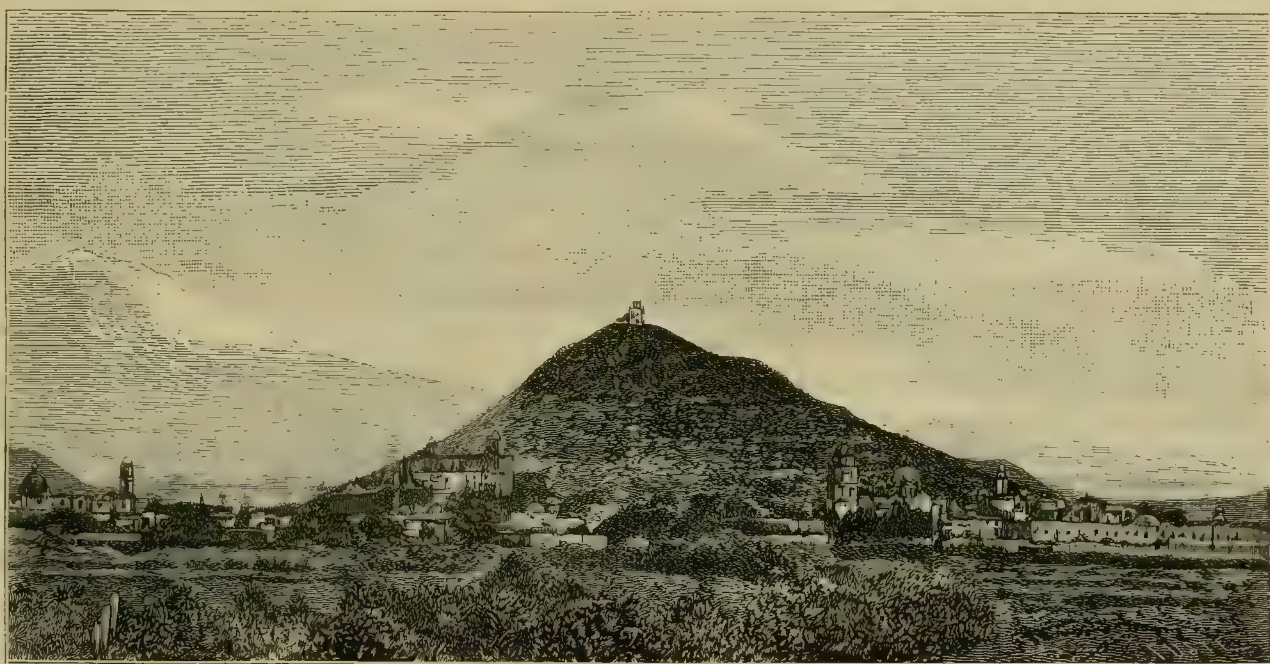
No puede hacerse una descripción más exacta de la región del Sur, de la costa del Tamoanchán. Y no se extrañe que Sahagún diga que son tolteca, como dice en otra parte que los de Tamoanchán eran chichimeca, porque los antiguos cronistas no tuvieron idea ni conocimientos de la etnografía de las razas. Fueron, pues, los vixtoti, la raza del Sur que penetró en nuestra Mesa Central y que ocupó el terreno comprendido entre Teotihuacán y Cholóllan, en donde al principio de la época histórica se nos han presentado los xicalanca y los ulmeca.

Merece este nombre mayores explicaciones. Al ir bajando al Sur los nahoas encontraron una gran región en que dominaba una planta especial y para ellos desconocida, el maguey, *metl*, y de ahí dieron á sus habitantes, conforme á sus reglas gramaticales, el nombre patronímico de *meca*. Para ellos eran meca todos los habitantes de la extensa región en que el maguey se producía, es decir, desde nuestra actual frontera del norte hasta Yucatán. Eran, sin embargo, más ricos en su producción el territorio de Xalixco y el que ocuparon los ulmeca, y allí debemos buscarlos de preferencia. Había al sur de los pueblos puramente nahoas una vasta extensión de terreno fértil y hermoso, que hoy se llama Estado de Jalisco, en el cual vivían tribus menos civilizadas; las unas habitando en cuevas, verdaderos trogloditas, y otras viviendo en las islas ó á orillas de los lagos, que entonces eran numerosos, pues señales inequívocas de su anterior existencia han dejado en aquellas regiones. Nadie ha fijado atención especial en aquella raza ni nos ha revelado su nombre genérico: eran los meca. Todavía hoy, para designar á los indios de la frontera, les dicen los mecos, y en parte del Estado de Guanajuato se habla aún el jonaz ó meco. Los meca ni por sus costumbres ni por sus tradiciones eran nahoas; el jonaz, el pame y todos los dialectos que les pertenecen, tienen estrecho parentesco con el otomí. Eran, pues, de la raza autóctona; pero por su vecindad con los nahoas ó por haber sido con-

quistados por ellos, recibieron algo de su civilización y de su lengua. Sin duda que varias de las tribus no la hablaban, y muy pocas lo harían con propiedad; y por eso hay cronistas que dicen que tenían idioma propio. Eran tribus y no nación, aunque en la genealogía convencional se les ponga bajo el mando de un solo jefe llamado *Chichimécatl*. Sabemos los nombres de algunas de esas tribus, como los ameca ó meca del agua, próximos á la costa del Pacífico: hasta ahora existe allí la ciudad de Ameca. Agreguemos los chalmeca ó meca pulidos, los mexcalteca, los mexica y los teochichimeca, que fueron después los tlaxcalteca. El nombre genérico que abraza á todos en la historia es el de chichimeca.

En lo general se tienen por salvajes á todas esas tribus y se dice que su nombre viene de *chichi*, perros, para expresar que eran del todo bárbaros. A su tiempo examinaremos esta cuestión: bástenos por ahora decir que todas las naciones de la época mexica los tenían por antepasados y se preciaban de descender de ellos. Esto nos explica el nombre *chichimeca: chichi*, como verbo significa mar y como nombre lo mismo es la teta que la nodriza. Así es que chichimeca tanto venía á expresar como la raza meca, madre de todos aquellos pueblos ó naciones.

También llamaron meca á los que ocuparon la región del maguey al sur de nuestro Valle, y por haber venido de una región en que se da el hule ó *ulli*, dijéronles ulmeca. En cuanto á la palabra *vixtoti*, ó es nahoa, aunque corrompida, y significaría pájaros ó gente



Estado actual de la pirámide de Cholula.

del sur ó tuvo su origen del maya y querría decir montañeses, á causa de haber llegado por las serranías de la Cuexteca.

Pero encontramos todavía un tercer nombre á esa rama de los pueblos del sur: el de nonoalca. Poseemos tres códices manuscritos que de los nonoalca se ocupan, al mismo tiempo que de los tolteca, con los cuales unieron más tarde sus destinos. Estos documentos inéditos y desconocidos, pues apenas se comenzó á publicar uno de ellos, de altísima importancia y escritos en el idioma de los naturales á poco tiempo de la Conquista, aunque en el estilo semibárbaro de los primeros manuscritos mexicanos, nos hacen saber que los nonoalca, antes de unirse á los chichimeca y después á los tolteca, se habían confundido con los ulmeca.

Es de notar que en uno de esos códices ponen los nonoalca á Xelhua entre sus fundadores y dan razón de sus expediciones y su muerte. Xelhua es un personaje raro: unas veces aparece como el jefe de los ulmeca y otras como el representante de una raza anterior: en la genealogía de *Iztacmixcóhuatl* es el primer hijo, mientras que Ulmécatl es el tercero; pero en otras partes se dice que él levantó la pirámide de Cholóllan, con lo que se le hace claramente de la raza del sur, y aun á ocasiones se nos presenta como el jefe de los quiname, es decir, otomí.

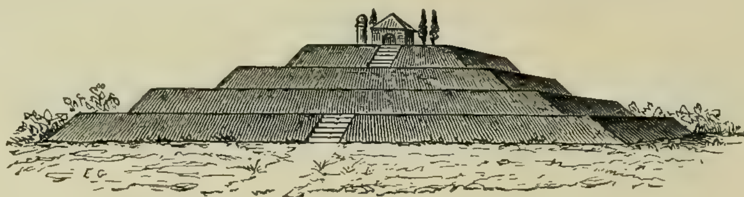
Mas dejemos á un lado cuestiones inútiles: el pueblo que levantó las pirámides era venido necesariamente del sur. Veytia pone su llegada en el segundo siglo de nuestra era; ya nos ocuparemos más adelante de estas diferencias cronológicas: otras autoridades la colocan en el año 955 antes de nuestra era. Esto es más probable, supuesto que los vixtoti fueron los que levantaron las pirámides de Teotihuacán y de Cholóllan, y éstas por su construcción pertenecen á la misma época de las del valle del Mississipí. Poderosas ya y muy

pobladas las teocracias maya y quiché y extendida la raza al Tamoanchán, desbordóse por el norte á la región de los *mounds* y por el poniente al territorio ulmeca. Allí alzaron las famosas pirámides de Veitioacán ó lugar de señales y de Cholóllan, cuyo nombre nos parece corrupción nahoa de otro de lengua extraña, probablemente maya: en el sur de la península encontramos un Chulul. Según un manuscrito de nuestra colección el primer nombre de Teotihuacán fué *Quitemaqui*.

Pero no fueron éstas las únicas pirámides por ellos levantadas y que atestiguaran la raza y su origen: puede decirse que desde que comienza la Mesa Central hasta esas dos antiguas ciudades, hay una serie no interrumpida de construcciones de tierra, que ya apenas se notan como ligeras elevaciones del terreno.

Dijimos que estas pirámides corresponden á las del Mississipí, y vamos á ocuparnos de la construcción de la de Cholula. Cualquiera que hoy sin antecedente ninguno la contemplase, cubierta toda de vegetación, perdida la forma primitiva y con un templo católico en su cima, no podría sospechar que fué el portentoso *homul* que construyó Xelhua, el jefe de los vixtoti.

No es de piedra labrada sino de adobes de tierra; corresponde por lo mismo á las primeras construcciones de Aké y de Izamal. Veytia refiere que la reconoció por varias partes, y que una capa de poco más de media vara de grueso es de piedra menuda y tierra y otra de adobes de cuarenta centímetros de largo por ocho de altura, las que sucesivamente se van alternando. Parece que esta pirámide estaba exactamente orientada, lo que no es fácil reconocer hoy por la destrucción de sus ángulos. Tiene cuatro cuerpos de igual altura. Su base es la mayor de todas las pirámides conocidas, pues tiene por lado cuatrocientos treinta y nueve



Antigua forma de la pirámide de Cholula

metros, de manera que es dos veces más extensa que la de Cheops; pero en altura apenas excede á la de Mycerina, pues mide sólo cincuenta y cuatro metros de elevación perpendicular. En elevación es igual á la mayor de Teotihuacán; pero en la base están en relación de dos á uno. La relación de la base á la altura en la de Cholóllan es de uno á siete. Una gran escalera con ciento veinte gradas conducía á la plataforma superior. Ésta, que de observatorio astronómico sirvió al célebre barón de Humboldt, tiene cuatro mil doscientos metros cuadrados, y sobre ella recorre la vista un espacio de grande extensión, desde el Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, siempre cubiertos de nieve, hasta el *Citlaltepetl* ó Pico de Orizaba, llamado Cerro de la Estrella, porque al reverberar al sol el hielo de su cima brilla como astro, y vense además el Matlacuéyetl ó Malinche, á quien presta sus nieves el invierno, y muy á lo lejos el Xinantécatl ó montaña quebrada de Toluca, que la ostenta siempre. Atraviesan la pirámide galerías interiores: en 1798, con motivo de alinear un camino, se cortó parte del primer cuerpo y se descubrió una pieza cuadrada construída de piedra y sostenida con puntales de ahuehuete que encerraba dos cadáveres, ídolos de basalto, y gran número de vasos barnizados y pintados con arte. Parece que la pieza no tenía salida. Humboldt reconoció los restos de este subterráneo y observó una disposición particular de las piedras, que tendía á disminuir la presión de la gran mole. No podemos menos de reconocer en esto la bóveda triangular de los mayas, así como las pilastras de madera en los puntales de ahuehuete.

Bastante es todo esto para que veamos la civilización del sur en los vixtoti y para que comprendamos que por su origen y su época constituyeron una teocracia, la teocracia de Xelhua, semejante á las teocracias de Zamná y de Votan. Xelhua es el jefe-sacerdote de la raza del sur que construyó las pirámides.

Ya ahora nos explicamos los tipos y tocados de las cabecitas de Teotihuacán que tanto sorprendieron al señor Orozco, aquellas caras que de negros se creyeran, aquellos turbantes como los de Copán, y los tocados con bandas como los de Nachán, y se explica igualmente el traje de que nos habla Sahagún, de mantas y jaquetillas, *maxtli* y cotaros, así como los adornos de ajorcas anchas de oro, joyeles de turquesas y sartales de piedras finas, que nos recuerdan los hermosos estucos del Palenque. Se han encontrado ahí diversas jarras representando caras humanas con un tocado como mitra asiria, de la que caen dos bandas á los lados. Por lo común tienen las mitras trozos de obsidiana incrustados, y casi todas esas jarras son de barro negro, tal vez para imitar el color de los sacerdotes.

De propósito no entraremos ahora en pormenores de las ciudades de Teotihuacán y Cholóllan, que mucho debemos tratar de ellas en lo de adelante, y sólo haremos referencia á una notable fortaleza de que nos habla Muñoz Camargo, á quien han copiado cuantos de ella se ocuparon después, situada entre el cerro Xochitécatl

y Tenayacac, y que fué uno de los principales asientos de los ulmeca. Dice que el cerro tendrá un circuito como de dos leguas, y en torno de él, por las entradas y subidas y antes de llegar á lo alto, tiene cinco albarradas y otros tantos fosos de más de veinte pasos de ancho; la tierra sacada de ellos formaba el terraplén de la muralla, y eran tan profundos que vió Camargo que un hombre á caballo y con una lanza no alcanzaba á lo alto en muchas partes.

Si nos fijamos, observaremos un admirable sistema de defensa en el territorio ulmeca. Venidos del sur tenían que cuidar los vixtoti su frontera norte, que era el rumbo por el cual podían temer guerras é invasiones. Tres caminos naturales daban entrada á su territorio: uno entre el Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, que cubrieron con la fortaleza de que acabamos de hablar; otro por el monte en que iba el antiguo camino y allí pusieron la ciudad de Cholóllan y su inmensa pirámide; y el tercero, que ahora sigue el ferrocarril, por los llanos de Apán, y lo cerraron con las pirámides de Veitioacán, constituyendo un punto muy avanzado de defensa.

La explicación de esto y del nombre de Veitioacán ó lugar de señales la encontramos en la región de los *mounds*. Refiere Mr. Peet, que en éstos le ha llamado la atención que en algunas localidades se relacionan unos á otros formando un sistema. Así la línea del gran Miami está defendida por tres obras, situada la primera en su embocadura, la segunda en Colerain y la tercera en Hamilton; de ésta parten las obras auxiliares y se extienden á seis millas á lo largo del río; además, diversas obras avanzadas protegen al norte y oeste de Hamilton, los cursos de los afluentes del gran Miami,



Cabecitas de Teotihuacán

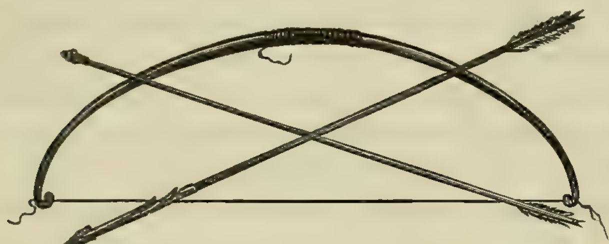
mientras que otras de la misma naturaleza se escalonan hasta Daytón y Piqua. Todas estas obras se comunican por *mounds* de señales levantados en puntos muy visibles. Así un *mound* situado en Norwood, detrás de Cincinnati, comunica al este con otro situado en el valle del pequeño Miami, al norte con las obras de Hamilton, y al oeste, por medio de una serie de terraplenes, con el fuerte construído en la embocadura del gran Miami. De esta manera podía transmitirse cualquiera señal de alarma desde la pequeña obra que se eleva al norte de Washington hasta las construcciones de Portsmouth, sobre una línea de más de cien millas de longitud.

A semejanza, los vixtoti podían desde las pirámides de Veitioacán hacer una señal convenida para avisar la proximidad del enemigo. Precisamente en aquel rumbo y desde ese punto se extendía el territorio de los otomíes, que debemos considerar ya organizados entonces, pues habían construído ciudades, y entre ellas como muy principal ocupaban Mamemhí, que más tarde fué la famosa Tóllan. Una señal, pues, de alarma hecha en Veitioacán que indicara la aproximación de estos terribles enemigos transmitíase rápidamente hasta Chulul ó Cholóllan, y el rey-sacerdote, que ahí moraba, podía disponer cuanto necesario fuese para la defensa de los dioses y de la patria. La misma metrópoli otomí había sido antes ciudad de los vixtoti y les había sido arrebatada, lo que les obligaba á mayor defensa y cuidado. Parece que Mamemhí fué el lugar por dónde llegaron de Tamoanchán los vixtoti, pues su nombre significa *adónde bajaron los abuelos ó antepasados*.

Y es curioso que los otomíes tomaran este su nombre conque los conocemos de una de las ciudades para cuya defensa servían contra ellos mismos, muy principalmente, las pirámides y las señales de Veitioacán. Hablamos de la ciudad cercana de Ottumwa y usamos de esta ortografía porque con ella encontramos otra población en Iowa. Pues bien, más tarde, cuando los nombres de todas estas ciudades tomaron forma nahoa, tornóse en Otompán, y como en aquella sazón llegase á ser el centro de la raza, por entonces maltrecha y

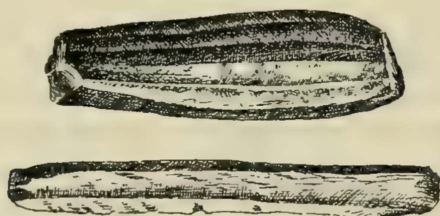
lanzada de su capital, de este nombre hicieron los tolteca el patronímico *otómitl,* que á su vez por otomí tradujeron los españoles.

Repetidas ocasiones hemos tenido ya la oportunidad de tratar acerca de las armas y manera de batallar que desde sus primeros tiempos tuvieron los pueblos de la raza del sur. Debemos hacerlo así como lo hicimos respecto de los del norte; comencemos por las armas. La primera y más propia de todas las razas primitivas



Arco y flechas

es el arco y la flecha. Sabemos que los lacandones hacían sus flechas de varas de guapaque, árbol cuyo fruto es semejante al tamarindo; ponían las varas ya labradas y puntiagudas, en arroyos de agua petrificante que hay en su territorio, y después de cuatro días de estar en ella les servían más que las de pedernal. Pero la materia más usada en el sur para las puntas de flecha y de lanza fué la obsidiana. Por eso los quichés hicieron de ella, de la piedra negra *Chay-Abah,* á su casta guerrera. En el Peten, á causa de su aspecto vítreo, creían los españoles que las puntas de flecha eran de cristal. En extraordinaria cantidad se encuentran en el país de los vixtoti, é inmediato á Puebla hay un cerro llamado de *las navajas,* en donde se recogen



Núcleo y cuchillo de obsidiana

muchas de éstas, así como los núcleos de que se sacaban y de que antes ya hemos dado cuenta. Por los grandes depósitos de armas de obsidiana que se observan en los lugares en que ésta abunda se viene en conocimiento de que en aquella remota antigüedad había fábricas ó talleres de armas que servían para surtir aún á pueblos lejanos, pues en las ruinas de Chihuahua se han descubierto armas de obsidiana de Pénjamo, que está á grandísima distancia. En la región de los *mounds* solamente se encuentran pequeños fragmentos de obsidiana originarios de las Montañas Rocallosas y de Nuevo México. Sus armas eran de sílex y las puntas de flecha de la misma forma y tamaño que las de obsidiana, aunque la figura de unas y otras variaba á gusto del constructor.

La lanza de larga punta de obsidiana parece haber sido el arma más noble y distinguida de la raza del sur.



Puntas de flecha

El jefe de la casta guerrera era el Hunpictok, el que mandaba diez mil lanzas de pedernal. La lanza debió ser el arma de los jefes y los reyes, pues así se deduce de una hermosa respuesta que uno de ellos dió y que no debe perderse para la historia. Cuando le dijeron á Coboxh que se sujetara á los españoles porque había llegado la época señalada en las profecías, contestó elevándose á la altura de los héroes más grandes de Homero: «¿Y qué importa que el tiempo se haya cumplido si no se le ha gastado á mi lanza de pedernal esta delgada punta?»[1]



Punta de lanza

Había también puntas de lanza de sílex, y de las dos piedras dardos y cuchillos á que se agregaba un mango de madera, aunque á veces se les hacía de la misma piedra á manera de daga.

Hay que advertir que los pueblos del sur jamás emponzoñaban sus armas como los del norte; y observaremos también que llevaban sus flechas bien dispuestas

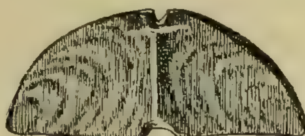
en carcajes, pero que no usaban escudos. El señor Orozco dice que tenían algunos de varas de carrizo, pero debemos creer que en época posterior se introdujeron,



Daga

porque en ninguna de las figuras de los monumentos los hemos encontrado.

Agreguemos, finalmente, como armas el hacha de



'Arma de ceremonia

piedra pulida ó de cobre y la porra de madera fortísima. Los pueblos del sur no usaron la macana. Las hachas eran generalmente de piedras durísimas y admirablemente pulidas. Las del Itzá eran de una roca verde que suponemos era serpentina, pues hemos visto una de esa materia sacada de Pabellón, ruinas que corresponden á la época de los vixtoti. Las había también de cobre, y Oviedo nos da el dibujo de una de la península maya. Las porras eran de madera durísima y de gran peso, por lo común del árbol llamado *tepehuáxitl.*

Las hachas servían indiferentemente para la guerra



Hombres cortando madera

y para el corte de madera, y á este propósito no podemos dejar desapercibida la extraordinaria semejanza que hay entre alguna de nuestras pinturas y otra egipcia que representa á un hombre cortando madera con una hacha.

Recordaremos que los guerreros del norte se embijaban para ir á la guerra, usando generalmente del



Chino Mexica

Abanderados

color rojo para pintarse. En el sur la costumbre era untarse el rostro y todo el cuerpo de negro. Si agregamos á esto la costumbre igual que los sacerdotes tenían, ¿no es verdad que parece un recuerdo de la raza conquistadora y como una persistencia en creer que sólo con el color de ella los sacerdotes podían ser sagrados y los guerreros invencibles?

Otra particularidad vamos á encontrar en el sur, el uso de la bandera. Y esto es importante, porque las tribus desordenadas no la usan; el estandarte es el centro común de un cuerpo organizado, es la enseña á cuyo derredor hay que triunfar ó morir. Y en efecto, relata el cronista que á la aproximación al Peten de los soldados españoles, los itzaes se les presentaban como llamándolos á batalla, ya formados en escuadrones, ya en el lago en escuadras bien organizadas de canoas. Tenemos pinturas, aunque ya de soldados mexica, que representan al abanderado. Lleva en la mano su lanza, por su traje y tocado se ve que es guerrero aguerrido y de graduación y tiene la bandera á la espalda. Este guerrero ejercía en campaña las funciones de general y lo llamaban *Huitznáhuatl*, que significa nahoa del sur, tal vez por recuerdo al origen de la bandera. La forma de ésta era cuadrada, angosta y larga, y estaba formada

de bandas paralelas de rojo y blanco cortadas por dos plumeros de quetzal que remataban en la parte superior. La bandera estaba sujeta á una asta que el guerrero se aseguraba tan fuertemente á la espalda que no era posible arrancársela sin matarlo. El señor don José Fernando Ramírez ha llamado la atención sobre el hecho curioso de que la forma de esta bandera y la manera de llevarla sean absolutamente las mismas que usan ciertos jefes del ejército chino. Tanta significación tenía en los pueblos del sur la bandera, que, verbigracia, cuando fué su capital Mayapán, quería decir el nombre de su ciudad *la bandera de los mayas.*

Sobre la táctica de aquellos pueblos bastante pudo conocerse en la batalla que les dió el general Ursúa en la laguna del Peten. Era naturalmente defensiva, como de pueblo agrícola que no hace la guerra con más objeto que el de cuidar sus campos de invasiones extrañas; así lo indican sus recintos amurallados y con fosos, que son obras fuertes de defensa, lo mismo que sus pirámides y sus murallas con escalones. En éstas parece que la táctica consistía en formar un frente extenso con gran cantidad de combatientes que arrojase inmenso número de flechas y dardos sobre el enemigo que se presentaba. El pensamiento de esa táctica era muy sencillo; en una gradería era fácil colocar mayor número de combatientes de frente que en una simple línea de batalla; mayor número de combatientes tenían que arrojar mayor número de flechas en un determinado espacio de tiempo, y mayor número de flechas tenían que causar mayor daño al enemigo asaltante. A más, después se defendería la pirámide, grada á grada y cuerpo á cuerpo, con los cuchillos de sílex y con lanzas de obsidiana.

Por supuesto, usaban de la emboscada; presentaban batalla apoyados en sus obras fuertes y procuraban atraer al enemigo irritando su cólera con gritos, silbos, contorsiones y brincos que con estruendosa música acompañaban, y era después su táctica rodear al enemigo y acabar con él. Igual sistema procuraban seguir en sus batallas navales, y eso quisieron hacer con la galeota y la piragua del general Ursúa cuando avanzó á tomar el Peten grande.

Describe el cronista la batalla diciendo que al adelantar las naves españolas presentáronseles formadas en ala las canoas indias, mientras que innumerables itzaes cubrían las trincheras de piedra que estaban en lo bajo de la isla y coronaban los muchos kues, adoratorios ó pirámides que en ella había y sus gradas y pretiles de cal y canto; y cuanto más se iba acercando á tierra la flotilla española más levantaban la gritería y era mayor la algazara, visajes y movimiento de todos, correspondiendo á los guerreros de las trincheras los de las innumerables canoas que de una y otra banda se iban acercando para unir sus fuerzas y cerrar en medio á la galeota. Cuando la hubieron cerrado fué tal la cantidad de flechas que de agua y tierra sobre ella dispararon que poblaron el aire como espesa lluvia.

Pero ganada la ciudad por los españoles, sólo dos indios prisioneros pudieron hacer, pues toda la inmensa multitud que en tierra y agua les hacía frente se puso en fuga al ver perdida la batalla, prefiriendo morir al rigor de las armas ó al de las aguas de la profunda y dilatada laguna, que rendirse y entregarse á los vencedores, tal vez parte por miedo ó por orgullo, ó parte por la costumbre que tenían de sacrificar á los vencidos, por lo cual para no serlo ellos adquirieron el hábito de no entregarse nunca.

Creemos que esto da ya idea bastante de cómo se hacía la guerra por la raza del sur. Y puesto que con los vixtoti hemos tratado de sus avances en nuestra Mesa Central, veamos qué otras huellas de aquellos tiempos remotísimos en ella nos dejaron.

CAPÍTULO II

Los xicalanca. — Los tzapoteca y los mixteca. — Pueblos afines. — La primera raza. — Su extensión. — Es invadida por la raza del sur. — Su organización histórica. — Zoolatría. — Orígenes. — Nuñuma. — Monte Alván. — Los grandes túmulos. — Esculturas. — Bóveda. — Tocados. — Piedra esculpida de estilo palencano. — Objetos de cobre. — Espejo de pirita. — Minas de cobre. — Manera de trabajarlas. — División del trabajo. — Leyenda sobre las minas. — Comercio. — Objetos hechos con conchas. — Anzuelos. — Viajes. — Cargas. — Navegación. — Comercio marítimo. — Fortificaciones de Monte Alván. — Záachillatóô. — Teocracia de Petela. — Monumentos. — Ladrillos cocidos. — Huella gigantesca. — Lápida esculpida. — Escultura ornamental. — Postura especial de los ídolos. — Barros con figuras de animales. — Cabezas de Cuilapa. — Costumbres funerarias. — Sepultura de calaveras. — Túmulos de Tlacolula. — Pirámide y cámara sepulcral de Chila. — Pirámides de San Juan de Gracia, Teopantepec y Chalchicomula. — Murallas piramidales de Tepexi el Viejo. — Cerro de las Juntas. — Columnatas. — Palacio y templo. — Xochicalco. — La ciudad. — El cuartel. — El camino. — El monumento. — El templo. — Las esculturas. — El subterráneo.

Hemos visto que, según la tradición, llegaron en una misma época los ulmeca, los xicalanca y los tzapoteca; además, se observa en los cronistas que siempre hablan á un tiempo de los ulmeca y xicalanca, y que para distinguirlos dicen que éstos construyeron ó fundaron los pueblos que están al poniente de Cholula y Huexotzinco, y que se extendieron hasta Coatzacoalco en el Istmo; y en efecto, había un pueblo de Xicalanco, ahora destruído, cerca del lugar que ocupa Veracruz, y construyeron otro, que existe todavía, hacia la laguna de Términos. Los manuscritos nonoalca que hemos citado confunden á ulmeca y xicalanca, todo lo cual confirma la idea, ya emitida por nosotros, de que los primeros eran la raza del sur que ocupaba la llanura, y los segundos la misma raza en la costa. Después veremos como más tarde se sustituyó otra raza que se llamó también de xicalanca, acaso imponiendo entonces este nombre.

Sea de ello lo que fuere, quedaba más allá de los xicalanca otra faja de tierra que hasta el mar se extendía, ocupada por los tzapoteca; llamósele en lengua nahoa Tzapotecápan, aunque ya sabemos que su nombre propio era Didjazá. Sahagún dice que de los que salieron de Tamoanchán se fueron algunos hasta la costa y allí poblaron, y que de ellos descendían los que después se llamaron anahuamixteca. Esto nos indica dos cosas: que tzapoteca y mixteca eran de la raza del sur, y que en aquellos primeros tiempos fueron un mismo pueblo.

Después de las muchas centurias de guerras é invasiones, encontraron los españoles separados á tzapoteca y mixteca, y en su región á los chinanteca y otros pueblos; pero por fortuna tenemos un auxiliar poderoso que nos ayudará á inquirir punto tan oscuro. Es un hecho que los pueblos de esa región y aun más al norte hablan lenguas ó dialectos que tienen indiscutible parentesco. Comenzamos por la relación clara que hay entre el mixteco y el tzapoteco. En seguida tenemos también en relación con ellos el *chuchón* en el Estado de Oaxaca, que se llama *popoloco* en el de Puebla, *tlapaneco* en el de Guerrero, *teco* en el de Michuacán, é igualmente *popoloco* en Guatemala. Pues añadamos el *cuicateco* ó *cuitlateco*, el *chatino* y el *papabuco* de Oaxaca, el *amusgo* ó *amuchco* de Guerrero, el *mazateco* y el *solteco* también de Oaxaca, y el *chinanteco*, que se hablaba en la región inmediata á la costa del Golfo.

Veamos qué deducciones podemos sacar de estos hechos. Primera, que antes de que las invasiones dividieran el territorio en diversos pueblos y la lengua en diferentes dialectos, hubo una gran nacionalidad que se extendió desde el Istmo, por la costa del Pacífico, hasta llegar al Michuacán y colindar con los chichimeca; segunda, que aquella raza bajaba en esos primeros tiempos más al sur, acaso hasta llegar al Perú, pero que fué cortada por la quiché, como lo comprueban los popolocos que quedaron aislados por la parte de Guatemala, y tercera, que aquellos pueblos se habían formado de las primeras emigraciones nahoas hacia el sur, pues que sus lenguas, á pesar de las muchas modificaciones que sufrieron en el transcurso de no pocos siglos, conservaron su carácter polisilábico y cierta analogía con el nahoa, siendo bastante notable en el tarasco de Michuacán. Pero desde tiempos también muy remotos

fué invadida esa raza por la del sur, que la había cortado, la cual le impuso su civilización, le modificó su lengua y sus costumbres comunicándole sus tradiciones y sus ideas. Sucedió lo de siempre; la primera raza quedó formando el pueblo, y la nueva constituyó las castas sacerdotal y guerrera. ¿En qué época fué esa invasión? Naturalmente debió ser en la misma que la de los ulmeca, pues era la expansión de la raza del sur en las dos fajas de terreno que el camino del Istmo le presentaba, y esto expresa la tradición que dice que los ulmeca y los tzapoteca llegaron juntos, y lo mismo significa la otra de que los vixtoti se extendieron hasta la Anahuamixteca.

Sin embargo, de esos primeros tiempos no quedan



Túmulo de Monte Alván

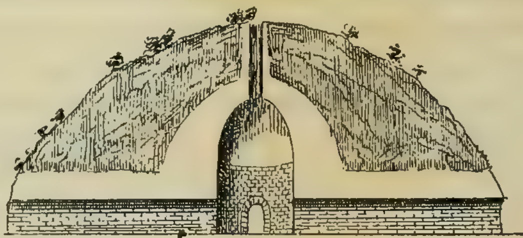
en la historia más que débiles recuerdos. No se halla noticia del origen de aquel pueblo ni del tiempo en que ocupó el territorio. Los tzapoteca se hacían hijos de tigres y otras fieras, ó de árboles descollados y corpulentos; también atribuían su principio á grandes peñascos. Los de Tehutitlán, lugar que significa *al pié de la montaña,* y una de las primeras ciudades que fundaron los tzapoteca, por razón de esa montaña, decían que su primer padre bajó del cielo sobre ella en figura de una ave hermosísima. Notemos la persistencia de la zoolatría en la raza del sur por donde quiera que se extendía. Aquí, como en la región quiché, creíanse hijos de los árboles. También los mixteca contaban que sus primeros señores habían sido desgajados de los que salían del río *Yuta-tnohó;* pero agregaban que los primeros habitantes, que eran los *taynuhú* y los *ñanuhú*, habían salido del centro de la tierra *anuhú* y no de aquel río. A la cordillera que habitaban la llamaron *Ñuñuma* ó *lugar de nieblas,* de donde los

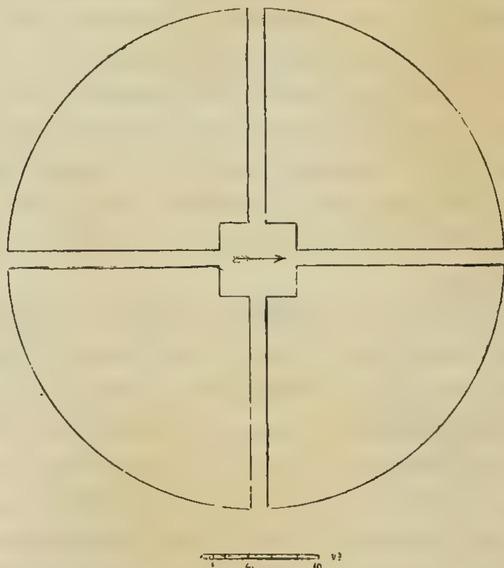




Esculturas de Monte Alván

pueblos de raza nahoa hicieron Mixteca, que significa lo mismo. Se nota perceptiblemente que hubo una raza primera, la que nació de la tierra y de las montañas, la





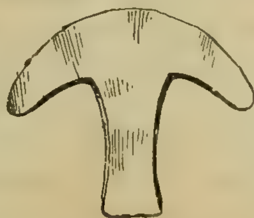
Corte y plano del tercer túmulo de Monte Alván

que era de allí y no había ido de ninguna parte, y que la invadió la quiché, que es la que nació de los árboles y que por su zoolatría tenía por antepasados á los tigres y otras fieras.

Pero como nos encontramos conque hacen falta documentos que dén luz acerca de esos primeros tiempos, vamos á recurrir á lo que los monumentos puedan decirnos. Las primeras ruinas que se nos presentan cerca de la ciudad de Oaxaca, á dos leguas al poniente, son las fortificaciones de Monte Alván. En el punto más dominante se alza un túmulo de figura cónica y de veinte varas de altura, el cual está atravesado por una galería recta de veintiseis varas de largo, dos de ancho y dos y media de elevación, cerrada en su parte superior por una bóveda semielíptica. Hay en ésta unas losas esculpidas en relieve que presentan unos personajes desnudos, ya sentados, ya de pié, con la boca abierta como en actitud de hablar. En dos cosas debemos fijarnos desde luego. Primero en la bóveda, advirtiendo que en otro túmulo inmediato con su galería también ésta está revestida de piedras artísticamente labradas y cerrada por losas en ángulo á manera de las bóvedas de Nachán ó el Palenque. Podemos agregar otros dos monumentos semejantes, pero principalmente el que está asentado sobre una plazoleta cuadrada de piedra; en su centro tiene una cámara de seis varas en cuadro, de la cual parten en dirección de los puntos cardinales cuatro galerías de diez varas de largo, vara y media de ancho y dos y media de altura. Están revestidas la cámara y las galerías de piedras labradas á escuadra y tienen sus bóvedas. La altura del monumento es de diez varas.

La segunda observación á que nos hemos referido es el tocado de las figuras del primer túmulo. En cuatro es enteramente igual al de los barros de Nachán y en la quinta al de una de las cabecitas de Quitemaqui ó Teotihuacán. Pues bien, tocado y bóveda están patentizando que aquéllas son obras de la raza quiché que se extendió al norte. Y añadamos á esto un detalle; el piso de los túmulos está hecho del estuco que nos es ya tan conocido.

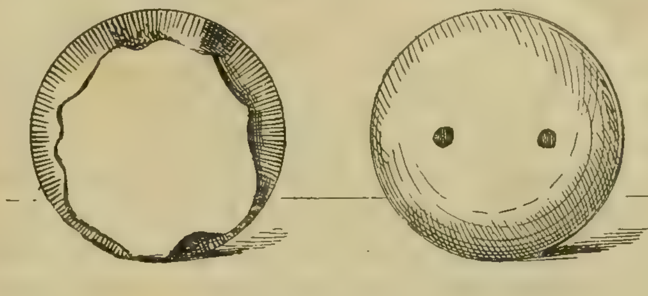
Viene confirmando todo lo dicho, una gran piedra labrada que está en la falda del último túmulo descrito.



Hacha de cobre

Conocemos el dibujo de una de sus caras en que hay una figura y un jeroglífico del estilo de los de Nachán, que quitan toda duda, y aun podemos tomar en consideración varios cinceles de cobre rojo encontrados en ese rumbo, una hacha del mismo metal y un espejo de pirita. Este adorno, que se llevaba en el pecho, ya aislado ya en el centro de una gargantilla de cuentas, tiene forma semiesférica; la parte plana se pulía y tomaba la brillantez de un espejo, y en la parte curva se hacía un taladro para colgarlo.

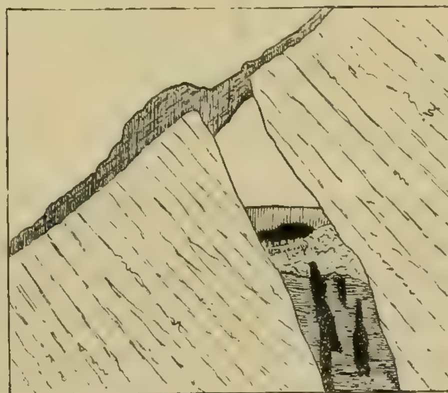
En fin, por cuanto acabamos de referir, se conoce, sin que pueda discutirse, que ahí estaba la civilización del Sur. Y siguiendo nuestra costumbre de tocar los



Espejo de pirita

diversos puntos á la historia y á las costumbres referentes, según se van presentando en nuestro relato, creemos que el hallazgo de instrumentos de cobre y el hecho de que se encuentren en lugares donde no hay minas de ese metal, nos trae á tratar de esas minas y del comercio y cómo lo ejerció la raza del Sur.

Comencemos por decir que en los tiempos remotos de que aun vamos tratando, se buscaban minas de cobre nativo; en la región de los *mounds* había de estas minas en el Lago Superior y ahí iban de largas distancias á trabajarlas en el verano, pues los hielos lo hacían imposible en el invierno. Existen de estas minas algunas, tales como las dejaron los indios, y se han levantado los planos de ellas. En una, que como ejemplo pondremos, se ha hecho el corte siguiendo la



Mina de cobre

veta del cobre nativo, pero dejando unida la superficie del terreno en su parte superior para evitar un derrumbe. En esa mina hay una masa de cobre que pesa seis toneladas. Otras veces se arrancaba nada más el metal de la superficie haciendo grandes hoquedades que ahora aparecen como depresiones del terreno. Se encuentran también, proviniendo de estos trabajos, grandes trozos hasta del peso de cinco toneladas. En nuestro territorio, en la región que ocupó la raza

del Sur, próximos á la costa del Pacífico, se encuentran depósitos naturales de cobre.

Curiosidad da saber cómo trabajaron esas minas; pero en ellas mismas se han encontrado para satisfacerla los instrumentos empleados. Esta curiosidad es tanto más de satisfacerse, cuanto que verdaderamente asombra la suma de trabajo empleada en ese laborío. Solamente en una isla de diez y ocho millas cuadradas extrajeron los indios, con sus procedimientos toscos é imperfectos, más metal que el que ha producido la mina más rica del Lago Superior en veinte años y empleando la maquinaria moderna. El modo de explotación era rudimentario y primitivo; consistía en calentar las rocas en la parte en que corrían las vetas, encendiendo sobre ellas grandes lumbradas y en separar parcialmente esas rocas por la contracción determinada con una proyección de agua fría sobre ellas. Después, por medio de cuñas y barras de madera, se iban desagregando los trozos producidos por la reventazón de la piedra y se separaba de ella el cobre rompiéndola con grandes martillos. Este procedimiento, además de que se conoce por tradición, especialmente en lo que se relaciona á las antiguas minas de nuestro territorio, se revela por la presencia de muchos pozos, grandes cantidades de carbón, é innumerables cuñas, barras y martillos



Martillo de piedra

de piedra, así como instrumentos y utensilios de cobre.

La circunstancia de que el cobre nativo se encontraba en trozos de peso diferente permitía á los antiguos mineros separar fácilmente el metal de la roca á que estaba adherido. La división en fragmentos daba facilidades para forjar los útiles, á lo que también contribuía lo dúctil del metal, debido á su pureza. Esto producía una perfección de trabajo que verdaderamente sorprende, sobre todo si se considera el procedimiento, supuesto que aquellos trabajadores no conocían la fundición. También admiran las formas de los útiles de cobre, enteramente iguales á las de los usados hoy. Tanto mangos de lanza y puntas de flecha, como tijeras y cuchillos, todas las piezas están trabajadas con notable simetría.

M. Force, á propósito de estas minas, llama la atención sobre el hecho importante de que aquellos antiguos pueblos conocían la división del trabajo. Cree que evidentemente había mineros, acarreadores de agua, carboneros ó cortadores de leña, fabricantes de útiles y cargadores de todos esos objetos y de los alimentos, así como de los trozos de diorita y de pórfido de que se servían á guisa de martillos.

Cuando los europeos llegaron hasta aquella región, de tiempo muy atrás ya no se trabajaban las minas, existiendo sobre esto una leyenda supersticiosa. Decían los indios que unos espíritus estaban encargados de cuidar el cobre de los bordes del lago, y que cualquiera que se atrevía á quererlo tomar era herido de muerte. Esa leyenda revela la desaparición de la raza de los *mounds-builders* que trabajaban esas minas. Parece que en los primeros tiempos y antes de que se trabajasen las de nuestro territorio, de aquéllas se traían los utensilios ó la materia prima que se empleaba en la región del Sur. Esto nos conduce á tratar del comercio de entonces.

Que existía no puede negarse desde el momento que en una región encontramos productos naturales ú objetos de la industria de otros lugares. En la parte más septentrional de la región de los *mounds*, se han encontrado, ya adornos, ya útiles, formados de conchas del Golfo. Son muy curiosos estos objetos hechos con conchas ó caracoles, entre los que hemos visto un anzuelo. Referimos ya que algunas pipas representaban pájaros que sólo se hallan en nuestra región del Sur. En nuestro territorio hay en diversos lugares objetos de serpentina y de otras rocas que en ellos no se encuentran. Sabemos que aquellos pueblos hacían trueque de los objetos que producían por otros que necesitaban. Un escritor que hemos consultado mucho en estas materias, hace la observación de que la distancia y el tiempo no eran para esos hombres lo que son ahora para nosotros. Como sus necesidades eran pocas y fáciles de satisfacer, podían emprender un viaje de muchas leguas sin grandes fatigas ni dificultades, y así transportaban de una región á otra y á grandes distancias los objetos que en ellas no había. Nosotros nos podemos dar perfecta cuenta, porque todavía nuestros indios van de esa manera á ciudades distantes de sus pueblos á hacer sus ventas y compras habituales.

Hay que advertir que como no había aquí animales de carga, los mismos indios transportaban sus mercaderías y algunos lo acostumbran aún; pero en la región del Sur no lo hacían de la misma manera que los nahoas, sino á la espalda y deteniendo de su cabeza la carga con una á modo de cinta tejida de *ixtli* ó *henequen*, que prevaleció en los pueblos históricos con el nombre de *mecapal*. Existe en Mérida (Yucatán) un ídolo bastante curioso que representa á un maya cargando así un gran cántaro.

Siendo ésta la manera común de cargar, llevaban también á la espalda á sus hijos pequeños deteniéndolos

con la manta. Existe todavía esa costumbre en nuestras indias. Pero es digno de notar que la encontramos



Idolo cargando

representada en el códice maya llamado de Dresde, y que enteramente igual se ha observado en las tribus indígenas de los Estados Unidos, entre los antiguos egipcios y los chinos.

Volviendo al comercio observaremos que no sólo por tierra se hacía sino que se empleaba también la navegación. Para ir á sacar el cobre del Lago Superior, tenían que atravesar en barcas ó costearlo por sus extensas y peligrosas riberas. Aprovechaban los quichés sus ríos para comunicarse por ellos en canoas y hacer el comercio. Podemos figurarnos el Usumacinta en aquellos tiempos cruzado por multitud de barcas que llevaban productos de diferentes regiones y por extensas balsas exportadoras de sus preciosas maderas. Estas navegaciones se extendían al comercio marítimo de las costas del Golfo. Los mayas debían hacerlo principalmente por carecer de ríos; y sin duda que sus barcas se extendían al Chanpotón, al Potonchán, y muy probablemente á las principales barras y radas del Tamoanchán, y decimos que muy probablemente, porque tenían como un gran elemento para sus navegaciones el uso de la vela. No podemos ponerlo en duda porque hay dos hechos bien comprobados que lo acreditan. Los itzaes, según Villa Gutierre, se retiraron á la laguna del Peten por mar, como lo da á conocer el que una parte de la orilla



Egipcios Tártaro Chino Maya Estados Unidos

Hombres cargando niños

de aquélla se llamaba Zinibacán, que significa *sitio donde se tendieron las velas.* El otro hecho se encuentra en las *Décadas* de Herrera. Refiere este cronista que cuando Cristóbal Colón llegó á la isla de Pinos, doce leguas distante de la costa y cabo de Honduras, mandó á su hermano Bartolomé que saltase á tierra, y que habiéndolo verificado arribó en ese punto una canoa de indios mayas tan grande como una galera y de ocho piés de ancho. Llevaba mercaderías de la península, que está á más de treinta leguas de distancia; tenía la canoa en medio un toldo de esteras ó petates, é iban debajo de él las mujeres, los niños y los fardos, sin que las aguas del mar ni las del cielo pudiesen mojarlos. Las mercaderías eran principalmente mantas de algodón de diversos colores y tejidos, hachuelas y cascabeles de cobre y tercios de cacao. Tenemos, pues, perfectamente comprobada la existencia del comercio marítimo entre nuestros antiguos indios.

Pero volvamos á Monte Alván, y para conclui ocupémonos de sus fortificaciones. Existen aún en parte sobre una meseta que se levanta en una serie de



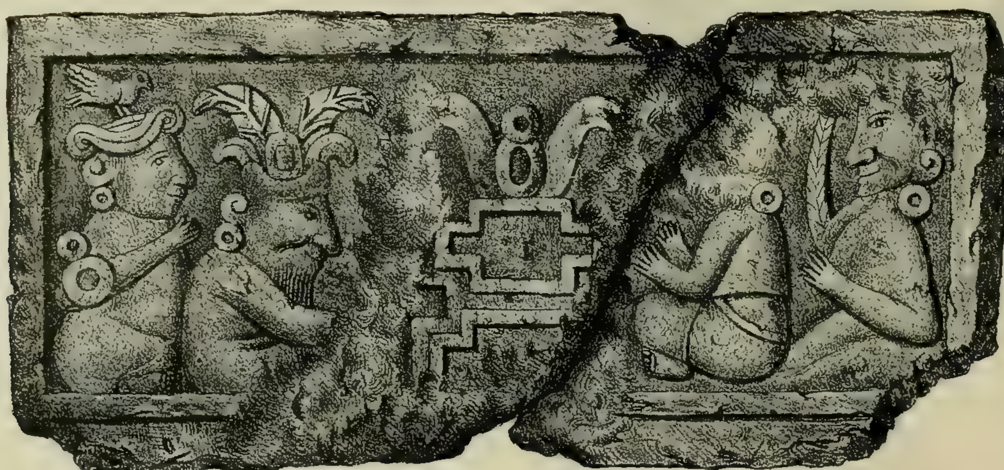
Plano de Monte Alván

collados inaccesibles que parten del río Xoxo. La meseta mide novecientas yardas de largo por trescientas de ancho. En sus tres entradas tiene obras avanzadas que consisten en terrados cubiertos con murallas y en

terraplenes que se combinan en ángulos rectos ó paralelamente. La obra principal está en el centro y es una pirámide de cincuenta piés de elevación y doscientas cincuenta varas en escuadra en la base; en su parte superior está uno de los túmulos. Siguen después unos terraplenes paralelos de treinta piés de altura, y hay finalmente, otro terraplén cuadrado de cincuenta piés de altura, sobre el cual hay dos pirámides, una el túmulo de las cuatro entradas y otra maciza. Así combinaban siempre los pueblos del Sur su culto y su seguridad haciendo de sus recintos sagrados fortalezas respetables.

Záachillattóô era el verdadero nombre de la corte de los señores de Didjazá, aunque comunmente se la llama Zaachila ó Zachila, ó bien Teotzapotlán, como los mexica le pusieron. No puede cabernos duda, por la organización social que á la época correspondía, de que en un principio fué teocrático el gobierno de Didjazá. Recuerdo tenían de Petela, á quien llamaban padre, y que los gobernó hacia fines del siglo segundo antes de nuestra era. Nos parece que en él vemos á un rey-sacerdote, mas no podríamos asegurar que la primera corte fuese Zaachila; pero de todos modos veamos qué nos dicen sus monumentos.

Hay en ella varias construcciones piramidales y gran cantidad de túmulos; éstos contienen osamentas humanas, ídolos y restos de cerámica. Es muy de notar que se encuentran ladrillos cocidos de grandes dimensiones. Hemos visto que en las pirámides llegó á usarse de la piedra labrada, y que las construcciones que no alcanzaron tanto progreso, ó eran de tierra mezclada con piedras, como lo son precisamente las de Zaachila, ó á lo más de adobes sin cocer. Por primera vez encontramos el ladrillo cocido, que es un buen elemento en la arquitectura. Es también importante un pié enorme, grabado en hueco, en un peñasco que está á la falda de uno de los monumentos. La planta sigue la línea meridional y está en dirección de sur á norte. La huella del pié expresa en la escritura jeroglífica la idea de camino, indicándose el rumbo de éste con la dirección de aquélla, y presumimos que esa planta gigantesca indica que la raza llegó ahí del sur caminando hacia el norte.



Bajo-relieve encontrado en Zaachila

Para nosotros lo más importante en Zaachila son sus esculturas, y creemos que pertenecen á dos épocas distintas. Corresponde sin duda á la primera y á los tiempos de que vamos tratando, una losa grande y cuadrilonga, esculpida en bajo-relieve y de piedra dura y pesada, que existe en el oratorio grande. Se ven en ella dentro de una orla en cuadro, cuatro figuras sentadas y perfiladas, dos á cada lado de un altar que hay en el centro. De las dos figuras de la derecha, la primera empuña una palma y la segunda alza sus dos manos como en contemplación. De las de la izquierda, la primera tiene sobre su tocado una águila y la segunda, que está haciendo una ofrenda ante el altar, lleva sobre su turbante unas grandes hojas. La deidad del ara se forma de un círculo con dos hojas. Las cuatro figuras contemplan el altar; pero la que hace la ofrenda tiene como particularidad una barba larga y poblada, mientras que las otras tres sólo muestran ligeras huellas de bigote. Basta comparar estas figuras y la manera conque están sentadas con los estucos de Nachán, para convencerse de su semejanza. Todavía más; por la deidad y el culto que en la losa se representan podemos decir que son de la misma época. Agreguemos que la barba del sacerdote que hace la ofrenda es absolutamente de la misma forma especial de la de una cara que se ve en un magnífico jarro de nuestra colección que nos fué traído de las ruinas del Palenque. Hay que advertir que el tocado adornado de hojas que lleva el sacerdote, es muy semejante al que usaban los egipcios en la temporada de las cosechas, y advierte también el señor Gondra, el parecido que hay entre ese tocado y la forma de la deidad que está en el ara, haciendo notar que en Egipto se veían figurar á un mismo

tiempo sobre el altar de Osiris y sobre la mitra del sacerdote celebrante, las hojas del plátano (¿loto?) y los frutos que le estaban consagrados.

El señor Orozco creía que en una de las losas labradas en relieve que existen en la parroquia de Zaachila y que tienen un carácter puramente ornamental, está esculpida la especie de adormidera conque los pueblos orientales representaban el loto sagrado. La verdad es que la ornamentación de las tres piedras es semejante á la de Nachán ó Palenque.

La postura general de los ídolos de Zaachila es la de sentados con las piernas cruzadas al estilo oriental,



Idolo de Zaachila

muy diferente de la de los pueblos de procedencia nahoa, siempre en cuclillas. Nos bastará citar una estatuita bastante perfecta, hallada en un sepulcro, que tiene además cruzados los brazos como en actitud de orar y un tocado semejante á los egipcios y á los de Nachán, detenido sobre la frente por una diadema que figura estar adornada de piedras preciosas.

Mucho nos detendríamos, y no es éste nuestro propósito, si fuésemos á examinar los diversos barros ahí descubiertos. Bástenos decir como confirmación de la zoolatría, que varios de ellos representan animales como tejones y cacomiscles. Y así se explica el relato de Burgoa que cuenta cómo uno de los dominicos que fueron por esos parajes á predicar el Evangelio, encontró escondido en un bosque á un indio que adoraba una guacamaya viva.

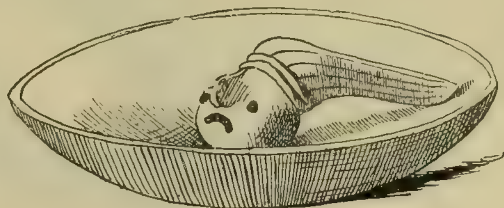
Pero no estará por demás citar dos preciosos barros de Cuilapa, llamada antes Salfanco, y que no lejos de Zaachila está también más allá del Monte Alván, en donde se ve mejor el horizonte, el *sahandevui* ó pié del cielo, como decían los ñuñuma ó mixteca. Tienen de particular esas dos cabezas, que confirman el tipo de las de Zaachila. La una ostenta un primoroso tocado de bandas enteramente de estilo oriental, y la otra á la belleza varonil de sus facciones, une la particularidad de tener perfectamente marcada una espesa barba.

Otra particularidad encontramos en Zaachila respecto de las costumbres funerarias. Por regla general, como en toda la región del Sur, los enterramientos se hacían en túmulos en que se depositaba el cadáver doblado sobre sí mismo y bien liado. Pero Dupaix refiere que en uno de los sepulcros ó subterráneos



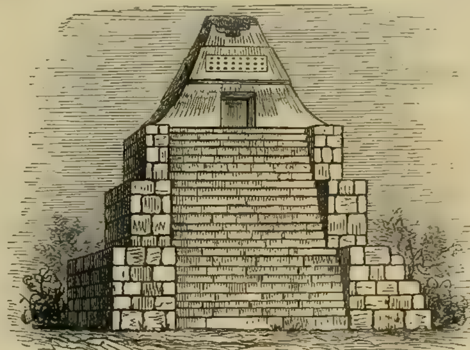
Cabezas de Cuilapa

encontró á poca profundidad una hilera de calaveras puestas en platos de tamaño regular, teniendo cada uno otra cabecita artificial, sin adornos ni orejas, que hace cuerpo con él y con el cabello suelto y tendido horizontalmente hacia atrás.



Plato con calavera

Esta costumbre de conservar el cráneo, que ya hemos dicho que existía en la laguna de Chapala, se observa también en Teotihuacán, en donde además se encuentran en las tumbas las cabecitas de barro. Que ésta era costumbre excepcional, se nota por la general de enterramiento en túmulos; para nosotros no es difícil su explicación. Recordemos que en la región del Sur se sacrificaba á los prisioneros de guerra,



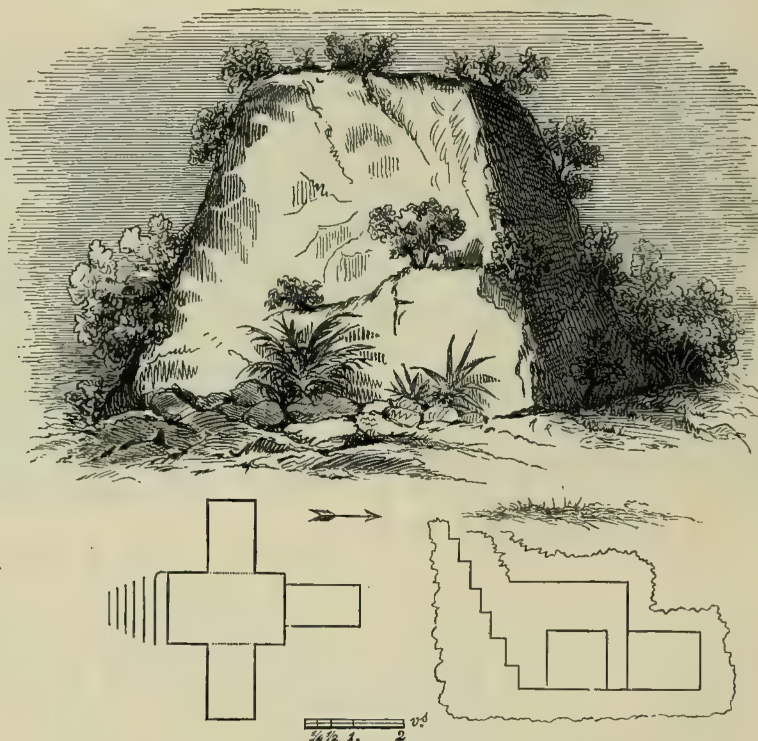
Pirámide de Tlacolula

y que se les cortaba la cabeza para ponerla en la punta de una lanza sobre lo alto del *homul* como alarde de la victoria. Por lo mismo no nos cabe duda de que las calaveras de Zaachila son de notables enemigos sacrificados, cuyo recuerdo quisieron conservar en las cabe-

citas de barro á semejanza de la costumbre de Veitioacán.

Esto nos trae á tratar de otras construcciones sepulcrales que en nuestro concepto pertenecen á la misma raza del Sur. Comencemos por los sepulcros de Tlacolula. Están en un cerro cónico en un plano de bastante amplitud, son de cal y canto y muy numerosos. El mayor por su volumen y elevación mira al poniente, y desde su base sube una gradería ancha. Es notable su semejanza con el de Huatusco, aunque los pisos son más elevados y la escalera no tiene pasamanos. La forma de los otros sepulcros era también piramidal y con tres ó cuatro cuerpos en disminución, vacíos por dentro y construídos de cal y canto, y con las paredes cubiertas con una capa de estuco. En lo interior hay un espacio cóncavo capaz de contener un cadáver, al cual colocaban sentado y de frente á una ventanita cuadrada que daba al poniente, y al lado opuesto ó del oriente había un agujero redondo como de un dedo, que servía para sostenerlo, deteniéndolo por el cuello ó por debajo de los brazos. Estos túmulos tienen una escalera de piedra por donde los parientes y amigos bajaban á la ventana para hacer ofrendas al muerto. Estaban todos dispuestos en medio círculo alrededor del principal y con vista al poniente como para simbolizar con el ocaso del sol el término de la vida. Los túmulos son de dos varas ó poco más de altura por otro tanto de base, pero el principal, ó más bien dicho la pirámide, es por supuesto mucho más alta.

Como monumentos sepulcrales podríamos citar también los túmulos de Xiquipilco, pero en nuestro concepto merece más la atención la construcción piramidal de Chila en la Mixteca baja y sus cámaras sepulcrales. Es notable esta construcción porque no tiene cuerpos, sino que es una verdadera pirámide truncada á las dos terceras partes de su altura; tiene en la parte superior una extensa plataforma á la cual se llega por una amplia escalera formada en el costado occidental; sus cuatro lados están perfectamente orientados; mide veinte varas de elevación, y está construída de piedras labradas. En su ángulo noreste, y suponemos que también en sus diversas direcciones, hay una cámara sepulcral subterránea en forma de cruz, revestida de piedras labradas unidas con cal y enlucidas con mezcla blanca. La entrada está á la superficie del terreno y se baja por seis escalones de vara y media de ancho, á una cámara de dos varas de largo por vara y media de ancho y otras dos de altura. La cámara tiene en uno de los lados la escalera, y en los otros tres unas cámaras más pequeñas de vara y media de profundidad horizontal por una vara en cuadro de cavidad. Todavía se encontraron ahí algunas osamentas. El techo está formado con una capa gruesa de cal y arena. Los brazos de la cruz que forma el plano de esta cámara sepulcral, siguen exactamente la dirección de los puntos cardinales.

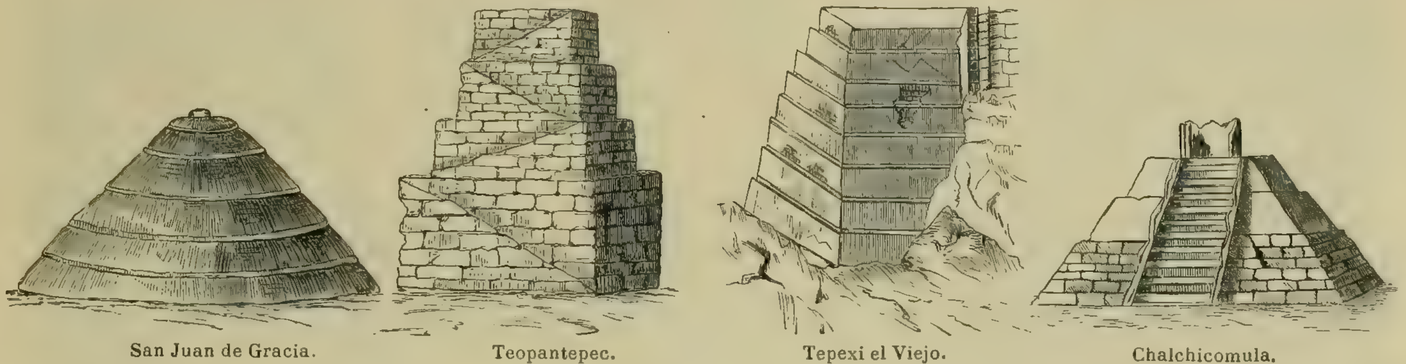


Pirámide y cámara sepulcral de Chila

Ya no nos queda de que ocuparnos en esa región sino de algunas obras piramidales muy notables, como es la de forma cónica encontrada en San Juan de Gracia, camino de la Mixteca baja por Tecalli, las de Teopantepec y Chalchicomula, y las de Tepexi el Viejo y Cerro de las Juntas en la Mixteca. Las cuatro primeras en realidad corresponden al territorio que se asigna á los xicalanca cuando se les coloca al lado de los ulmeca, es decir, en la parte central y no en la costa en que definitivamente se establecieron.

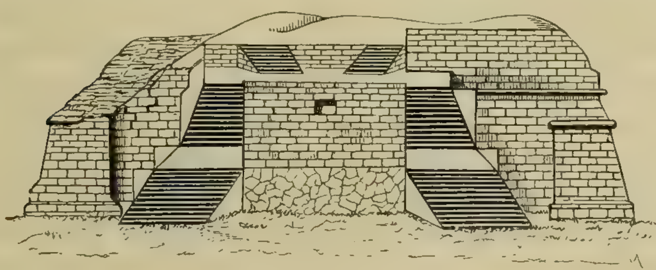
La primera llama la atención por su forma, y la de

Teopantepec por la manera en que sus escaleras están colocadas. Ésta es de cal y canto revestida de piedras cortadas á escuadra de cuatro pisos y cuatro lados en dirección de los puntos cardinales; pero lo más curioso que tiene es que la escalera, que mira al poniente, da paso de un piso á otro siguiendo la línea diagonal de aquél por el cual sube, lo que forma un verdadero zig-zag de escalones. Semejante es la pretendida forma que el Conquistador anónimo dió al *teocalli* de México, la cual en sus ilustraciones han seguido otros escritores, entre ellos Clavigero. La de Chalchicomula es también cuadrangular y orientada; se compone de tres pisos revestidos con piedras volcánicas cortadas á escuadra y cubiertos de estuco los dos superiores; su escalera, que da al poniente, conducía á un templo ó torre cuyas ruinas se ven en la plataforma superior del monumento. En cuanto á las construcciones piramidales de Tepexi el Viejo, servían de murallas á una gran plaza fortificada, teniendo de notable que formaban ocho gradas de cuerpos ó pisos, que es la mayor cantidad que conocemos en obras de esta clase. Dupaix llamó la atención sobre estas fortificaciones piramidales, en las que, tomado un piso por los asaltantes, quedaban éstos dominados por el terraplén superior ocupado por los defensores. Así es que presentaban mejor defensa estas construcciones según era mayor el número de pisos, por lo que debemos considerar como fortísimas las murallas piramidales de Tepexi el Viejo.


San Juan de Gracia. Teopantepec. Tepexi el Viejo. Chalchicomula.

Pirámides de la región central de los xicalanca

Réstanos hablar del Cerro de las Juntas. Es éste un collado de una milla de largo por un cuarto de milla de ancho en su base y de unos mil piés de altura que se levanta en la unión de los ríos Quiotepec y Salado. Por el lado oriental lo resguarda el precipicio, y los otros tres estaban cubiertos con construcciones cuyas ruinas existen todavía. Las escarpas están formadas por plataformas planas con paredes perpendiculares de piedra, cuya altura y grueso varían de conformidad con el mismo terreno. En la escarpa occidental hay treinta y cinco de estos muros-terrados, en la del sur cincuenta y siete y ochenta y ocho en la del norte. Una de las murallas tiene en la parte superior como ciento diez y siete varas de largo, veintidos de altura y dos de grueso. En la parte superior del cerro se encuentran ruinas de varios edificios, muchos túmulos y cuatro estanques para agua; todo lo cual acredita que aquello era una gran plaza fuerte.


Templo-pirámide de Las Juntas

Entre las ruinas se distinguen varias construcciones piramidales, pero lo más notable es una planicie en el lomo del cerro, de noventa varas de largo por cuarenta y cuatro de ancho en la que se levantan un palacio y un templo. Están el uno frente al otro á distancia de sesenta varas, y entre ellos se notan los restos de varias columnas de catorce pulgadas de diámetro, colocadas á cinco varas unas de otras, indicando que entre ambos edificios hubo columnatas semejantes á las de Chichén. El templo tiene veinte varas de frente por diez y ocho de fondo, y para subir á su plano dos escaleras de tres tramos cada una. Miden dos y media varas de ancho, los primeros tramos constan de diez escalones, los segundos de ocho y los terceros de seis. La pirámide del palacio tiene una escalera de diez varas de ancho con veinte escalones, y la plataforma superior mide catorce varas de frente por doce de fondo. Se notan los cimientos de tres piezas.

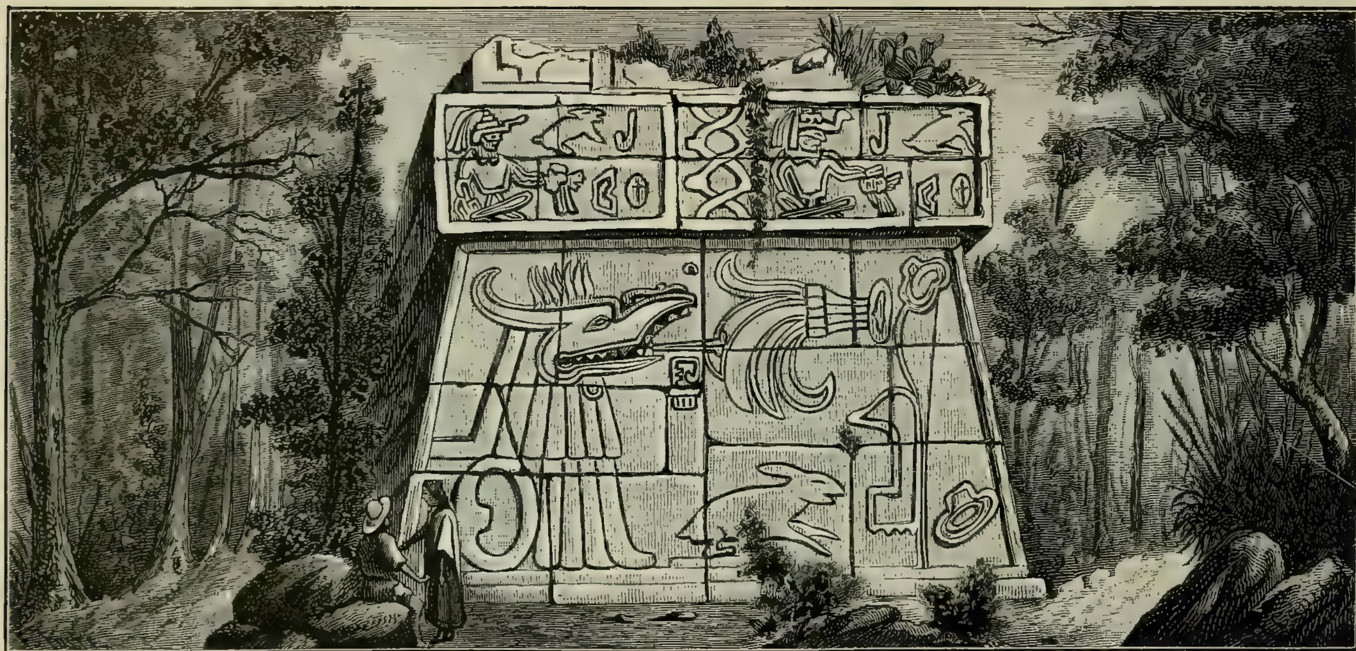
Todas estas obras verdaderamente titánicas revelan una gran fuerza social y la unidad del gran pueblo que las construyó. No podían alcanzar tanto los esfuerzos aislados de pueblos divididos, y tenemos que admitir la teocracia de Petela en Didjazá, sincrónica de la de Zamná en la península maya, de la de Votan en la región quiché y de la de Xelhua en el país de los vixtoti y acaso en todo el Tamoanchán.

Las obras fuertes que hemos descrito cerraban las tierras de Didjazá por el norte, como las de Quingola por el lado del Istmo; al sur estaba el mar, y preciso es

que encontremos las construcciones que las guardaban por el lado restante.

Y en efecto, en ese rumbo estaba la fortaleza de Xochicalco, que es en nuestra creencia la obra más notable de nuestras antigüedades. El nombre mencionado no fué el suyo primitivo; se lo impusieron los mexica. Como vieran primorosamente esculpidos sus muros de piedra, llamáronla *casa de flores*, pues eso quiere decir Xochicalco. Guardaba la fortaleza la frontera, y al mismo tiempo una gran ciudad que á su amparo se levantaba y de la cual quedan vestigios. Era la llave de la serie de montañas del actual Estado de Guerrero, murallas inexpugnables formadas por la Naturaleza.

Para hacernos cargo de la magnificencia de esa obra, vamos á suponerla restaurada y á considerarla como estaba en sus primeros tiempos. En la ciudad inmediata se agrupaban multitud de casas que habitaba una población numerosa. Eran las casas de construcción semejante á las del territorio maya-quiché; muros bajos de tierra ó madera y grandes techos inclinados cubiertos de palma, á lo que hay que agregar en este nuevo rumbo un portal delante de cada casa sostenido por horcones de madera. Como el clima es muy cálido las habitaciones no necesitaban estar bien cerradas; bastaba que resguardaran de la lluvia á sus moradores. Aun cuando aquel pueblo debió ser agrícola, pues los terrenos son de los más ricos y productivos del país, tenemos que considerarlo más bien como una colonia militar avanzada en la frontera para defensa del suelo patrio. En la ciudad, pues, hubo de existir la pirámide, sostén del cuartel de las armas. Esto merece una explicación.



Pirámide de Xochicalco.—Lado del poniente

Cuando Cortés iba de camino á las Hibueras, después que hubo dado muerte á Cuauhtemoc en la ciudad de Izancanac, del señorío de Acálan ó Amoxtón, dió al siguiente día con un pueblo grande y nuevo, acabadas de fabricar las casas y fortalecido con albarradas de maderos muy gruesos y tablones muy recios, hechas cavas hondísimas antes de la entrada, alrededor del pueblo, y ciñéndole dos cercas muy altas, siendo una como barbacana con sus cubos y troneras para flechar. Fuera del pueblo había en unas peñas muy altas, pirámides de piedras labradas á mano con grandes mampuestos, y por la otra parte una profunda ciénega, que todo servía de fortaleza y defensa de la población. Como se ve, era una verdadera plaza fuerte. Hallóla Cortés sola y abandonada, y como se dieran sus soldados á registrarla quedaron sorprendidos de hallar en medio de ella una casa grande llena de lanzas, arcos, flechas y otras armas. Dependía esto de que era costumbre en aquellos pueblos que se depositasen las armas en un cuartel situado en el centro de la ciudad, de donde iban á tomarlas los guerreros en caso de combate.

Figurémonos, pues, el cuartel en el centro de la ciudad de Xochicalco, y á poca distancia de él el palacio y el templo como en el Cerro de las Juntas. Algunas piedras y otras huellas en dirección de Miahuatlán, parecen indicar el rumbo de la ciudad. Calculamos que su centro era un cerro inmediato al monumento de que nos estamos ocupando, pues en él se han descubierto terraplenes de mampostería y una calzada de grandes losas de mármol que conducen á la cumbre, donde se hallan todavía algunas ruinas, y entre ellas los restos de una pirámide de respetables dimensiones. Alzate da cuenta de una losa esculpida que, según él, representaba un Prometeo americano. Contentémonos con creer que eran simplemente un guerrero y una águila. Dicha losa cerraba una cavidad ó entrada de un

subterráneo. Algunos dicen que hay huellas de varios caminos en dirección del monumento, pero sólo sabemos que se haya autenticado un camino real, amplio y empedrado. Esto bastaría á darnos á conocer la existencia de una gran ciudad, bastante populosa para levantar pirámides de cantería, construir en la montaña escaleras de mármol y hacer un espacioso y empedrado camino, por donde llegaban en romería los creyentes á adorar una deidad superior ó numerosos ejércitos, á defender la frontera y á luchar por los dioses y por la patria. En las grandes teocracias, solamente un numeroso pueblo esclavo, alentado por el fanatismo, puede levantar monumentos como la pirámide de Xochicalco, monumento que, siguiendo la lógica de nuestro relato, venía á ser á la par veneradísimo santuario y ciudadela inexpugnable.

Para levantarla hiciéronle un pedestal de una montaña. Tiene ésta ciento cuatro varas de altura. Rodeáronla en su base de un ancho y profundo foso. Ahí tendrá una legua de circunferencia. Diéronle la forma de *homul,* haciéndole artificialmente cinco pisos que van de mayor á menor. Los pisos ó terraplenes están sostenidos por paredes de mampostería de diferentes gruesos y elevaciones, y se ven un poco inclinados y no del todo horizontales. No tienen dimensiones iguales y se nota que siguieron la misma pendiente del cerro, de figura algo cónica, para darles más ó menos altura y más ó menos ancho. De tal manera la superficie del cerro de Xochicalco se halla toda ó la mayor parte fabricada á mano.

Para comprender el grado de fuerza, de poder y civilización á que había llegado la teocracia de los Petela, nos basta considerar la suma de trabajo emprendido, la cantidad de brazos empleados, el número de vidas gastado en obra tan colosal y en un clima cálido y mortífero. Todo está revelando una gran potencia nacional y una gran esclavitud en las masas; una casta guerrera poderosísima imponiéndose á la multitud, y una casta sacerdotal muy inteligente subyugándola con las concepciones fantásticas de su religión y deslumbrándola con el fastuoso esplendor de su culto.

Pero lleguemos al templo. La plataforma superior de esa pirámide, que en unión y como dos titanes gemelos levantaron el hombre y la Naturaleza, se extiende en figura cuadrangular, midiendo ochenta y nueve varas de norte á sur y ciento dos de oriente á poniente. La cerca un muro de dos varas de alto y una de espesor, de grandes piedras labradas á escuadra. En el centro de ese espacio se levanta el primer cuerpo del templo. Alzate refiere que cuando visitó las ruinas, en 1777, le contaron que pocos años antes todo el monumento estaba en pié, y que había sido destruído por los dueños ó administradores de las haciendas inmediatas, que tomaron las piedras para las hornillas de la maquinaria en que elaboraban el azúcar.

Falta, pues, el templo, y existe solamente su base. Alzate hizo un dibujo de él, restaurándolo con los únicos datos de su imaginación y fantasía. Se han intentado en el papel otras varias restauraciones igualmente desgraciadas. Se cree que la más aceptable es la de Nebel, aunque no tiene más fundamento que el dicho de antiguos vecinos del lugar, que es muy probable que no hubiesen visto el monumento íntegro, y algunos trozos de piedra que acaso pertenecían al piso superior. No debemos olvidar que en 1867 y durante la Exposición internacional de París, se levantó y se exhibía en el Campo de Marte una pretendida copia del monumento que, según los que lo vieron, en vez de reproducción exacta era lastimosísima caricatura. Ya que no podemos hacer otra cosa, contentémonos con describir lo que existe.

El edificio no se distingue desde fuera, sólo es visible de la última muralla que lo rodea, esto es, desde el último giro de la espira que forman los terraplenes. Como ya dijimos, no queda de él más que la base, que está sobre un zócalo de poca elevación. Dicha base no es perfectamente cuadrada, pues el lienzo que mira al norte tiene veintitres varas y media y solamente veintiuna y tres pulgadas el que da al oriente. Sorprende mucho que un pueblo que no conocía la brújula, hubiese podido calcular los diez grados de declinación dados al edificio hacia los cuatro puntos cardinales. La base de que hemos hablado está en declive, tiene encima un piso vertical y termina con una cornisa saliente, todo construído de piedras paralelipípedas, bastante grandes y de diversos tamaños, cortadas á escuadra y tan finamente pulidas que en muchas partes no ha sido menester argamasa para unirlas. La altura total es de cinco metros diez y seis centímetros. Las piedras de que está formado el monumento son porfiríticas, siendo de notar que en muchas leguas á la redonda no se halla semejante calidad de piedra. Todavía se conoce que todo el edificio estaba pintado de rojo. Diversos túmulos de piedra y tierra se observan á su derredor.

Dupaix reconoció en el cerro una calzada ancha y suave al subir, colocada á la parte oriental. Desembocaba al frente del templo que tenía la escalera en ese lado; hoy no quedan restos de ésta, y según una pintura que últimamente han hecho para nosotros, también ha desaparecido la cornisa cuyos dibujos representaban en opinión de quienes los vieron *oalmetas* y *meandros* á la griega y estaban esculpidos de bajo-relieve como las demás figuras. El color de las piedras es, en la pintura á que nos referimos, el gris amarillento que tienen las de amolar.

Algunas piedras que han quedado en su lugar revelan la antigua existencia de otro cuerpo que era verdaderamente el templo, levantado sobre el primero que de base le servía. Un entrante de dos piés y medio

señala en tres lados el nacimiento de este segundo cuerpo, pero por el lado occidental dicho espacio es de cinco piés, lo que hace sospechar que en ese lado la plataforma tenía un destino especial; acaso ahí estaba el ara de los sacrificios. En las dos extremidades del mismo lado, las piedras cuyas esculturas daban vuelta hacia el interior, indican una abertura que debía tener cinco varas de ancho. No puede dudarse de que era la puerta del templo y que ésta tenía esculpidas sus paredes por dentro y por fuera. Sobre la esplanada que forma este piso se encontró un recinto cuadrado hecho con hermosas piedras bien labradas, que servían para rodear una excavación de ocho varas de diámetro.

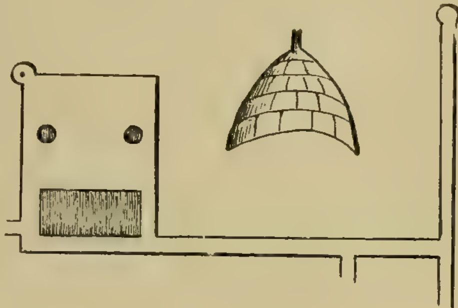
Hemos dicho que el lado oriental del primer cuerpo ó base estaba ocupado por la escalera; ésta tenía de cinco á seis varas de ancho, siendo como de trece su declive; los otros tres están profusa y primorosamente esculpidos en bajo-relieve y lo mismo las piedras que quedan del segundo piso ó templo; y por cierto que tales esculturas son acaso lo más interesante de tan notable monumento. Cuantos lo conocen están conformes en que la parte escultural fué hecha cuando las paredes estaban ya levantadas y que se concluyó primero para esculpirlo después. Nosotros podemos asegurar que el lado occidental no estuvo labrado en un principio como correspondiente al que ocupaba la escalera, ó que, si lo estuvo, fué relabrado y esculpido de nuevo en tiempo de los mexica; no nos ocuparemos de él por ahora, y sí de los otros dos que pertenecen á la misma época en que se levantó todo el monumento.

Kingsborough, reproduciendo los dibujos de la colección de Dupaix, nos ha conservado con bastante perfección las figuras esculpidas de una parte del lado sur del monumento. También aquí falta ya la cornisa, pero por un trozo que se ha conservado se advierte que por ahí era lisa y saliente en declive hacia arriba, cortadas y labradas las piedras á manera de las de la bóveda triangular maya. Dupaix describe las figuras diciendo simplemente que las hay humanas, las más asentadas sobre las piernas, con sus morriones ó adornos en la cabeza y con sus penachos muy abultados, y que algunas tienen traje militar y ramilletes en las manos; que hay muchas cabezas de hombres y de animales monstruosos y que de éstos algunos arrojan agua por la boca; que hay varios dibujos extraños que le parecieron á la griega y ciertas figuras como de danzantes. A la verdad es poco decir, delante de un monumento de tan grande importancia y que tanto estudió aquel explorador. El señor Orozco se contenta con decirnos que hay en el monumento proporciones calculadas, formas correctas y conjunto grandioso; que las figuras humanas están sentadas cruzando las piernas á la manera oriental; que las dos inferiores, por el tocado, la posición y los signos simbólicos que las acompañan, parecen ser dioses; que los dos cocodrilos de los extremos pudieran muy bien ser dragones fantásticos; y que allí se ve también el terrible símbolo de la serpiente, común á los pueblos americanos y á los asiáticos. Agrega que los relieves del friso parecen referirse á una dinastía ó serie de reyes ó señores con sus nombres jeroglíficos; que los signos que los acompañan parecen revelar una escritura diferente de las conocidas, y que si alguna relación existe, es con las esculturas de Monte Alván y de Zaachila, con las cuales forma tipo particular.

Más extensos y mejores informes, nos dicen que en cada ángulo y sobre cada lado se ve una cabeza colosal de dragón cuya grande boca, armada de enormes dientes, deja salir una lengua dividida, pero en unos la lengua es horizontal y en otros cae verticalmente. Agrega el mismo escritor que da las anteriores noticias, que sobre los dos lados existentes hay dos figuras de hombre más grandes que el tamaño natural, sentadas de frente con las piernas cruzadas, llevando collares de enormes perlas, ricos adornos y un peinado muy alto con largas plumas flotantes; que tienen una mano sobre el pecho y en la otra llevan una especie de cetro, y que un jeroglífico de gran tamaño, colocado en la mitad de cada lado, separa las figuras, advirtiendo que las del lado oriental una ve al norte y otra al sur y las dos del lado norte ven al oriente. Dice también que en el friso hay una serie de pequeñas figuras humanas, sentadas igualmente á la oriental, con la mano derecha cruzada sobre el pecho y la izquierda apoyada en un objeto curvo, que por puño de espada toma el escritor, y que el peinado de estas figuras, muy parecido al de las grandes, es también desmedido, lo que entre los egipcios era considerado como emblema del poder ó de la divinidad. Finalmente nos da razón de que entre las piedras del piso superior, en una se ve un guerrero que tiene un haz de tres flechas con las que señala un jeroglífico de grandes dimensiones; que en la entrada se distingue una figura arrodillada á los piés de un personaje de cuyo cuerpo se conserva sólo la parte inferior, suponiendo por la riqueza de los collares y adornos de la primera que es una mujer que implora á un guerrero; que en el otro lado de la entrada está otro personaje sentado, también con un haz de tres flechas que dirige á una liebre; y que en una piedra suelta observó á un hombre ricamente vestido que con una especie de hacha ataca á otro que huye, siendo éste muy notable por su vestido, los penachos de su peinado y el calzado cuyos listones están anudados artísticamente y trabajados con delicadeza. Diremos, por fin, que Nebel encuentra alguna semejanza entre estas figuras y los estucos del Palenque, y que Bancroft dice que las halla parecidas con algunas esculturas mayas. Pero concluyamos la descripción de la pirámide, dejando para después la explicación de las esculturas.

En la parte de la colina que mira al norte y debajo

del primer terrado está la entrada á un subterráneo cavado en la roca viva, con los pisos de estuco pintados de rojo, las paredes reforzadas con mampostería y encaladas y los cielos sostenidos por bóvedas. Parte del subterráneo se ha asolvado con la caída de la bóveda y las murallas. Los pasillos tienen la altura de un hombre y una anchura proporcionada. La entrada da á un pasadizo recto en dirección norte sur, terminando en un espacio cilíndrico que servía de respiradero.



Subterráneo de Xochicalco

A cuatro metros de la entrada, de oriente á poniente, hay otra galería que da á dos salones, cuyos cielos están sostenidos por dos muy grandes pilares labrados en la misma piedra del cerro. En el último salón, que tiene de trece á catorce varas de ancho y casi en cuadro, se halla otro respiradero construído en la roca, de figura cónica, y revestido de piedras cortadas á escuadra y bien unidas por filas circulares, el cual tiene en el centro un tubo principal de una tercia de diámetro, siendo de dos varas el del respiradero. Se calcula que este salón está á cincuenta varas de profundidad respecto á la base del edificio superior. No se ha podido penetrar más por los derrumbes; pero para nosotros no hay duda de que el subterráneo comunicaba con el templo y que continuaba hacia la ciudad, sirviendo de camino cubierto. Es una obra que parece imposible para un pueblo que no conocía el hierro.

Estas ruinas nos dan desde luego un importantísimo dato etnográfico: por su construcción, por la posición y traje de sus figuras esculpidas y por los diversos símbolos y jeroglíficos se relacionan indudablemente con las de Zaachila, Palenque y Copán. Tenemos, pues, la cadena no interrumpida de las emigraciones de la raza del Sur, manifestándose y sorprendiéndonos con sus titánicos y colosales monumentos.

CAPÍTULO III

Emigración hacia el Norte. — Los tlahuica. — Los tecos. — Tzintzuntzán. — Las ruinas. — Tarascos ó quaochpanme. — Paso por el sur de Jalisco. — Zacatecas. — Ruinas de la Quemada. — Las fortificaciones. — Murallas. — Materiales de construcción. — El templo. — La columnata. — Las pirámides. — Objetos encontrados. — Clasificación de estas ruinas. — Tuitlán. — Antigüedades de Tamaulipas. — Topile. — Piedras esculpidas. — Los laguneros. — Caza de patos. — Casas Grandes de Chihuahua. — Las construcciones. — Túmulos. — Objetos encontrados en ellos. — Vasijas. — Ornamentación. — Minas de plomo. — Mezcla de las dos civilizaciones. — La pirámide. — El templo. — La ciudad. — Ruinas del Zape. — Chalchihuites. — El Teul. — Pueblos trogloditas. — La Breña de Durango. — Los tepehuanes. — Los tarahumares. — Costumbres funerarias. — La raza. — Sierra de Querétaro. — Fortificaciones del cerro de las Canoas. — Pirámide del valle de Ranas. — Túmulos. — Escultura en un yugo.

Un núcleo de población tan poderoso como el de la raza del Sur no podía quedar estacionario, y era natural que procurase extenderse más y más, hasta donde encontrara obstáculos insuperables. Ya lo era en el centro del país la gran familia autóctona, los otomíes, que empujados del norte y del sur y después de ambas costas, formaban un agrupamiento en lo que constituye nuestro Valle y los Estados de México, Querétaro, Guanajuato y San Luis, y alguna parte de los circunvecinos. No pudo, pues, extenderse la emigración por el centro, y como ya ocupaba de antemano la costa del Golfo, tomó entonces la del Océano que cae al occidente. Así vemos extendida, por el que es ahora Estado de Guerrero, una nueva raza que no es de procedencia nahoa, los *tlahuica*, y por eso encontramos tan semejantes á los de Zaachila y Cuilapa los ídolos hallados cerca de Acapulco y los túmulos descubiertos en esa región. Hemos visto que el tlapaneca, lengua de ese territorio, es afin de las de Didjazá, y Sahagún mismo, á pesar de sus errores etnográficos, pone á los tlahuica semejantes á los totonaca y á los cuexteca, es decir, á los de Tamoanchán, y dice de ellos que eran muy tímidos, que se ataviaban demasiado y siempre andaban con rosas en las manos.

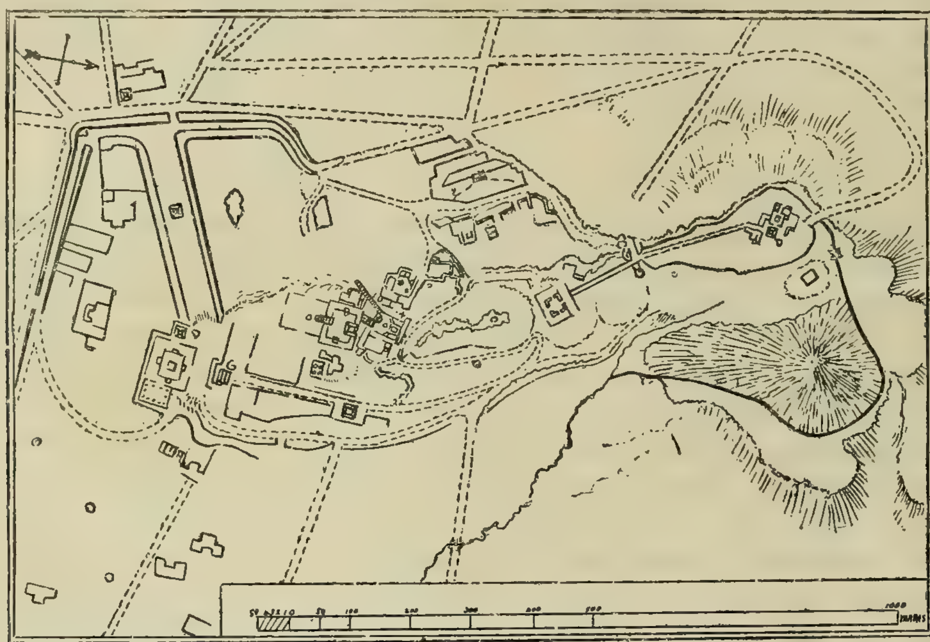
En su camino debían los emigrantes pasar al país de los tarascos, al actual Michuacán; y así fué, pues aparecen como sus más antiguos habitantes los tecos, de los que hemos dicho ya que eran de la misma familia que los habitantes de Didjazá. Pero sea porque estaban rodeados de tribus poderosas, ó sea porque la fuerza de expansión disminuye según se va alejando del centro, no encontramos que en aquellos remotos tiempos formaran los tecos una nacionalidad tan respetable como las que hemos descrito. Redujéronse á agrupamientos, siempre superiores á la forma de tribu, estableciéndose de preferencia en las playas é islas de las lagunas, ya porque su estado social correspondía á la época semilacustre, ya porque los pueblos débiles buscan en medio del agua una defensa natural contra los hombres y las fieras. Así los tecos se establecieron en el lago de Pátzcuaro y fundaron á su orilla la ciudad de Tzintzuntzán ó del colibrí. Comencemos por observar en esto una muestra clara de la zoolatría de la raza inspirada por la belleza y encanto especial de este pequeño pájaro, y los variados y primorosos colores de sus plumas que tanto utilizaban en sus adornos y tejidos. Está Tzintzuntzán en la ribera sudeste del lago y es asombrosa la cantidad de colibríes que hay ahí. De la antigua ciudad todavía se ve una muralla derruída, con escalones, de diez y seis piés de ancho por diez y ocho de altura, que cerraba una plaza de cuatrocientos catorce por novecientos treinta piés. En el centro hay restos de una pirámide que llama torre algún escritor; es notable que allí se encontrara un ídolo en forma de lagarto ó cocodrilo. Las ruinas de un palacio y algunos otros túmulos se ven á poca distancia sobre una loma llamada Yaguarato. Villaseñor da razón de ciertas construcciones en Teremendo, con muros y bóvedas de piedras talladas, unidas por medio del fuego y sin necesidad de mezcla; y en Irumbo se han descubierto también túmulos. Estas pocas noticias que tenemos, porque la verdad es que el Michuacán no ha sido explorado debidamente, demuestran que ahí llegó la civilización del Sur.

Sahagún dice que se llamaban tarascos del nombre de su dios *Taras*, y también *quaochpanme*, que quiere decir *hombre de cabeza rapada*, porque antiguamente no usaban cabellos largos, sino rapadas las cabezas,

tanto los hombres como las mujeres. Vestían pieles de gato montés, de tigre, de leon ó de venado, y encima un *huipil* sin mangas, y por atavío ó aderezo traían unos plumajes redondos de pluma encarnada y en forma de abanico, metidos en la cinta de pellejo de ardilla conque rodeaban sus cabezas. Sus armas eran flechas, arcos y carcajes. Los hombres eran buenos industriales y las mujeres buenas tejedoras. Usaban mantas muy galanas y de labores exquisitas; y no podemos dejar pasar desapercibido que en el Michuacán y en algunas partes de Jalisco están demostrando los ídolos ahí encontrados que también había llegado allá el culto del *phalus*.

Algunos restos hacen creer que la raza del Sur llegó hasta Colima, y poco antes de las profundas barrancas de Beltrán y Atenquique hay un pueblo llamado Tonila, que en tzendal ó quiché significa *casas de piedra*. En el rumbo de la laguna de Chapala hay un pueblo que se llama Zacualco, nombre que quiere decir *donde está la pirámide*, y esta dirección nos hace comprender que, habiéndose encontrado la emigración con el núcleo de los meca, se desvió tomando la dirección de aquella laguna. Y siguiéndola ¿adónde tenían que salir los emigrantes? A Zacatecas, y precisamente allí encontramos las famosas ruinas de la Quemada, de las cuales C. de Berghes levantó el plano en 1833, dándoles el nombre de Coatlicamac, y no son más que la antigua ciudad de Zacatlán, de donde tomaron su nombre los zacateca.

Existen las ruinas en una eminencia llamada *Cerro de Los Edificios*. En su cumbre se ven grandes construcciones, con patios espaciosos, habitaciones de diferentes clases, amplios pasadizos y diversas pirámides, formando todo un conjunto armonioso. Parece el palacio del jefe de la ciudad, con un templo y varias pirámides para la defensa, y á fin de aumentar ésta, una parte de la falda del cerro está revestida de mampostería y lo demás defendido por una gruesa muralla con su ciudadela. La altura del cerro en que están Los Edificios es de novecientos piés, y la planicie que forma en su cumbre tiene como media milla de norte á sur, con un ancho desde trescientos hasta mil quinientos piés. Se habla de varios caminos que se descubren en las ruinas; uno da vuelta en ángulo recto en la escarpa sudoeste y tiene trazas de haber sido defendido por murallas, y desde allí parte otro de noventa y tres piés de ancho, que se extiende por la escarpa noreste hasta el pié del cerro. Tres caminos salen de él por el lado sudoeste; uno llega hasta una pirámide que está de la otra ribera del río como punto avanzado; el segundo se extiende cuatro millas, y el tercero llega hasta una montaña á seis leguas de distancia. Estos caminos tienen de trece á catorce piés de ancho. Otros dos semejantes se extienden por el oriente, de los que uno termina á dos millas en una pirámide, punto avanzado por ese rumbo.


Plano de las ruinas de la Quemada

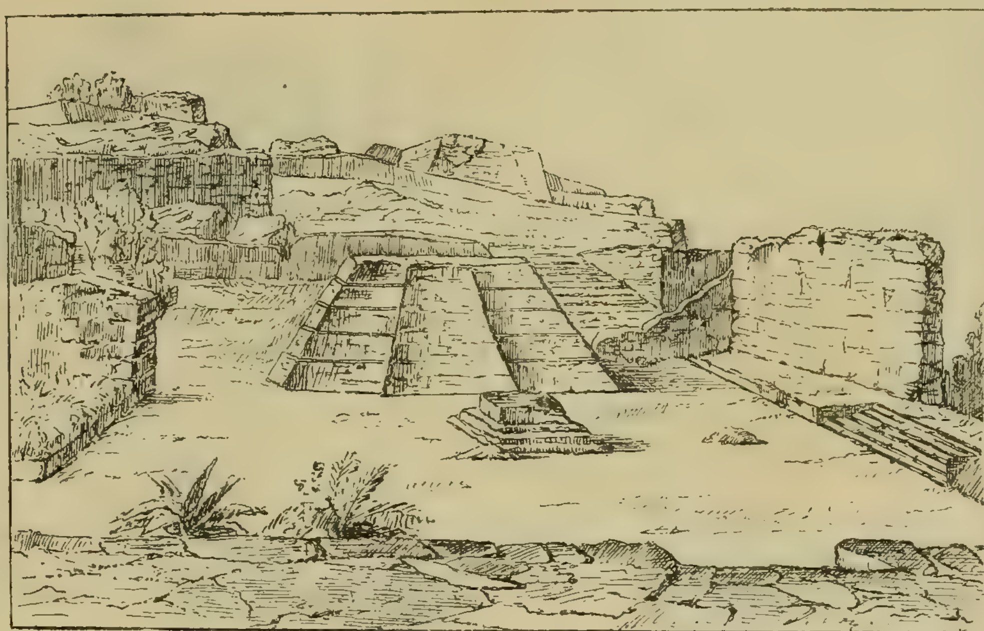
Como no todos los puntos eran igualmente inaccesibles, los más débiles se reforzaron con muros, especialmente en la parte norte. Estos muros tenían de nueve á doce piés de ancho y de altura, y cerraban una área de más de mil quinientos piés, la que se dividía por otra muralla en dos partes desiguales. Los restos más numerosos y más extensos se ven al sur, en donde la superficie se forma de plataformas ó terraplenes por medio de muros de sólida masonería. Uno de estos muros de soporte es doble, es decir, se compone de dos paredes unidas. Bastante es esto para que se vea el sistema completo de defensa de los pueblos de la civilización del Sur.

Los materiales de construcción consisten en lajas

cortadas en superficie plana por el frente, colocadas en hiladas regulares y unidas con barro rojo. Las losas están sacadas de la misma localidad, y los muros revocados de estuco, del cual apenas quedan señales.

Lo más notable de las ruinas, en nuestro concepto, es el templo; está en la parte sur de la planicie. Es un recinto rectangular cerrado al sur y al oeste por muros de sesenta metros de largo en un lado y por setenta y cuatro en el otro. Los muros son de piedras secas y construídos en talud. Se bajaba al recinto por tres escalones prolongados en todo el lado norte, y por el este había un peristilo de un monumento macizo. Tenía el templo una columnata exterior; hay todavía una columna en pié por el lado norte, y otras dos ó tres derribadas. El recinto mide en su interior treinta y nueve metros de largo por treinta de ancho, y dentro de él once columnas formaban otro cuadrilongo de veintiseis metros por quince. Las columnas son cilíndricas, de un metro ochenta centímetros de diámetro, sin bases ni capiteles, y de una altura de cinco metros treinta centímetros. Los muros tienen la misma altura y un espesor de dos metros setenta centímetros. Solamente presentan una entrada de diez metros de ancho.

Cierra la entrada de la fortaleza una pirámide de que parten diversos caminos en dirección á otros terraplenes que llenan el valle en toda su amplitud de doce kilómetros. No se encuentran ahí pinturas, jeroglíficos ni esculturas, á no ser cinco culebras grabadas en hueco sobre una roca. Se descubre poca cerámica,



Interior de Los Edificios

pero se han extraído hachas de diorita y puntas de flecha de sílex.

Si se quieren clasificar estas ruinas, desde luego la pirámide nos indica la raza del Sur, y la columna viene á precisarnos la rama de los mayas. Pero por otra parte la disposición de los terraplenes combinándose en todo el valle, y la forma de recinto que toma el templo, recuerdan los pueblos del Ohio. Todos estos caracteres de pronto aparecen contradictorios, porque cada uno es típico de diversa región; pero la contradicción cesa desde el momento en que se reflexiona que todos pertenecen á la misma raza. Ésta, según el medio en que vivía, hubo de desarrollar naturalmente más ó menos sus aptitudes propias. Por la extensión de las diversas obras, de las que algunos terraplenes llegan á quince kilómetros de distancia, se conoce que aquel era un centro populoso, y todo indica que estaba organizado de la misma manera que las otras sociedades de la raza del Sur.

No son éstas las únicas ruinas en ese rumbo. Fray Antonio Tello habla de una gran ciudad abandonada que se conocía que había tenido suntuosísimos edificios, con grandes calles y plazas bien ordenadas, y en la distancia de un cuarto de legua cuatro torres con calzadas de piedra de la una á la otra, y dice que era la gran Tuitlán. Generalmente se cree que estas ruinas son las mismas de la Quemada; pero á más de que parece que la región estaba muy poblada, y que por lo mismo debió haber diferentes ciudades, es notable la diferencia que hay entre estas ruinas y la descripción que hace fray Antonio.

Pues todavía son muy notables en el rumbo las ruinas de Pabellón; Trejo habla de otras cerca de Teul, y Arlegui da cuenta de que los misioneros encontraban antigüedades por donde quiera en aquella región.

Veamos si por el lado del oriente se unen estas ciudades con las de Tamoanchán, ya que en el occidente

las aisla el país de los meca. Desde luego en la vecindad de Tampico se encontró un ídolo, que por su tipo y su maxtli, que finge ser bordado, pertenece á la



Ídolo de Tamaulipas

raza del Sur. Más al norte, y cerca de Santa Bárbara, se descubrieron las ruinas de una pirámide de tierra de dos pisos. Sobre el río Tamessí se han descubierto restos de ciudades, y en una de ellas diez y siete grandes terraplenes. En Topila tenemos veinte construcciones piramidales, unas circulares y otras cuadradas, que en nuestro concepto son túmulos, aunque también se ve un terraplén que cubre dos acres. Se dice que hay murallas y paredes de piedra. Sí son importantes algunas esculturas encontradas ahí, como una cabeza gigantesca labrada en una piedra redonda, y una cara también esculpida en piedra, notable por sus



Esculturas de Topila

proporciones y por la perfección de sus líneas. Podemos decir que estas ruinas eran el guión, el punto de unión de la raza del Sur, por una parte con la región de los *mounds*, y por la otra con el país de los zacateca.

En el terreno intermedio se encontraron algunas tribus que vivían en la laguna de Patos, con la existencia semilacustre de que ya hemos hablado. Considéralas el padre Ribas un tanto civilizadas, y cuenta que vivían, más que de la agricultura, de la caza de los muchos animales que hay en la región y en especial de la de patos, que es tan abundante que dió nombre á la laguna. A este propósito refiere la manera curiosa empleada por los laguneros para cazarlos. Metíase el cazador en el agua cubriéndose la cabeza con un gran calabazo agujereado para poder ver, y se colocaba de manera que sólo apareciese fuera del agua el calabazo, que los patos tomaban por uno de tantos como ahí sobrenadaban. Acercábase, pues, á ellos el cazador, y cogiendo á los patos uno á uno por los piés, los iba sumergiendo y cazando sin alarma de los demás.

Las últimas ruinas de nuestro territorio son las conocidas con el nombre de Casas Grandes de Chihuahua. En un valle que tendrá de doce á quince kilómetros y que baña un río que lleva el mismo nombre que las ruinas, se levantan éstas, quedando las construcciones principales sobre la ribera izquierda. Consisten en un edificio de tres pisos, semejante á todas las casas grandes del territorio nahoa, de que ya extensamente nos hemos ocupado. Esto nos indica que sus antiguos habitantes eran nahoas. Pasaron la sierra y llegaron del valle de Pecos, en donde las construcciones son semejantes.



Ruinas de Casas Grandes de Chihuahua

Sólo quedan hoy de las Casas Grandes de Chihuahua unas cuantas paredes despedazadas. La construcción es uniforme; los muros tienen una vara de grueso y están formados con grandes adobes regulares unidos con mezcla, y tanto interior como exteriormente están revocados de estuco fino y bien pulido.

Se encuentran, además, en esas ruinas muchos túmulos, lo que referiría sus habitaciones á la raza del Sur. Los túmulos están principalmente en las orillas del río, y su forma es de cubas de piedra y de corte elíptico, con el diámetro mayor de metro y medio, y con un metro tanto de diámetro menor como de altura. Los cadáveres se encuentran en ellos sentados en cuclillas, y envueltos en lienzos tejidos apretadamente con fibras de un vegetal que recuerda el maguey. Alrededor de los despojos se hallan vasos, collares,



Alfarería de Casas Grandes

brazaletes, alfarería, etc. Se observan estos túmulos en una extensión de más de veinte leguas de largo por diez de ancho.

Si el túmulo y la posición del cadáver nos revelan la raza del Sur, las ofrendas indican á la del Norte. Las recogidas son: hachas de piedra pulida, metales, lienzo, idolillos de barro, vasijas con grecas, collares de conchas, brazaletes de hueso y la tortuga y la lagartija de cobre. Por lo que ya hemos visto, de estos objetos unos pertenecen á la civilización del Sur y otros á la del Norte, y algunos son comunes á las dos. Podemos llamar comunes los idolillos, los collares, los brazaletes y aun las hachas. Son indiscutibles de la raza del Norte los lienzos de *ixtli* y las vasijas con grecas; y las hay también, revelando el mismo origen en su forma, ya sencillas y sólo barnizadas, ya con culebras entrelazadas ú otros adornos. La alfarería es muy fina y con dibujos de líneas bien combinadas. Los colores son rojo, gris y negro sobre fondo blanco ó rojizo. En muchas millas á la redonda se encuentran estos trastos. Tienen también de notable el barniz, que según algunas opiniones se daba con plomo. Se encuentran en aquellos rumbos tajos abiertos sobre vetas de plata. La antigüedad de estos tajos se conoce por los mismos trastos que en ellos hay, pero la baja ley de la plata da á entender que no se buscaba su extracción sino la gran cantidad de plomo que la acompaña y que servía para barnizar la alfarería. Revelan la civilización del Sur, en oposición á estos trastos, el metate y los objetos de cobre. El metate encontrado en uno de los



Metate de Casas Grandes

túmulos tiene cuatro piés, siendo en lo demás semejante á la forma ya descrita. La tortuga de cobre, y hemos tenido un ejemplar precioso que regalamos al Museo, se encuentra también en la Cuexteca, es decir, en el Tamoanchán. Además, las minas de cobre abundan en Chihuahua, y se halla nativo ese metal.

Como se ve, hay en esa localidad un conjunto extraño que revela la mezcla de las dos civilizaciones, hecho que se confirma plenamente, porque al lado de la casa grande propia de la del Norte se levanta la pirámide exclusiva de la del Sur, juntándose únicamente en ese sitio los dos sistemas de defensa. Dice el señor Orozco que se da á la pirámide el nombre de Vigía, que es de tres pisos, de un metro veinticinco centímetros de espesor cada uno, y con una escalera para subir á la plataforma superior; la pirámide es de piedra seca. No lejos está el templo, edificio cuadrado de cien metros, flanqueado al lado oriental por otros dos cuadrados de sesenta metros. En el interior del primero forman las paredes un laberinto que recuerda el de las ruinas del Xila. Agreguemos los restos de una muralla y una zanja ó acueducto, y es cuanto queda de una ciudad de la cual hasta el antiguo nombre ignoramos.

Percibimos, sin embargo, con claridad, que fué el centro de una gran región agrícola; que la fundó desde tiempo muy remoto la raza nahoa; que allí se estableció siguiendo sus costumbres propias; pero que más tarde llegó la última oleada de la raza del Sur, y á aquellas costumbres unió las suyas, resultando un conjunto común á las dos, desde los edificios hasta los utensilios.

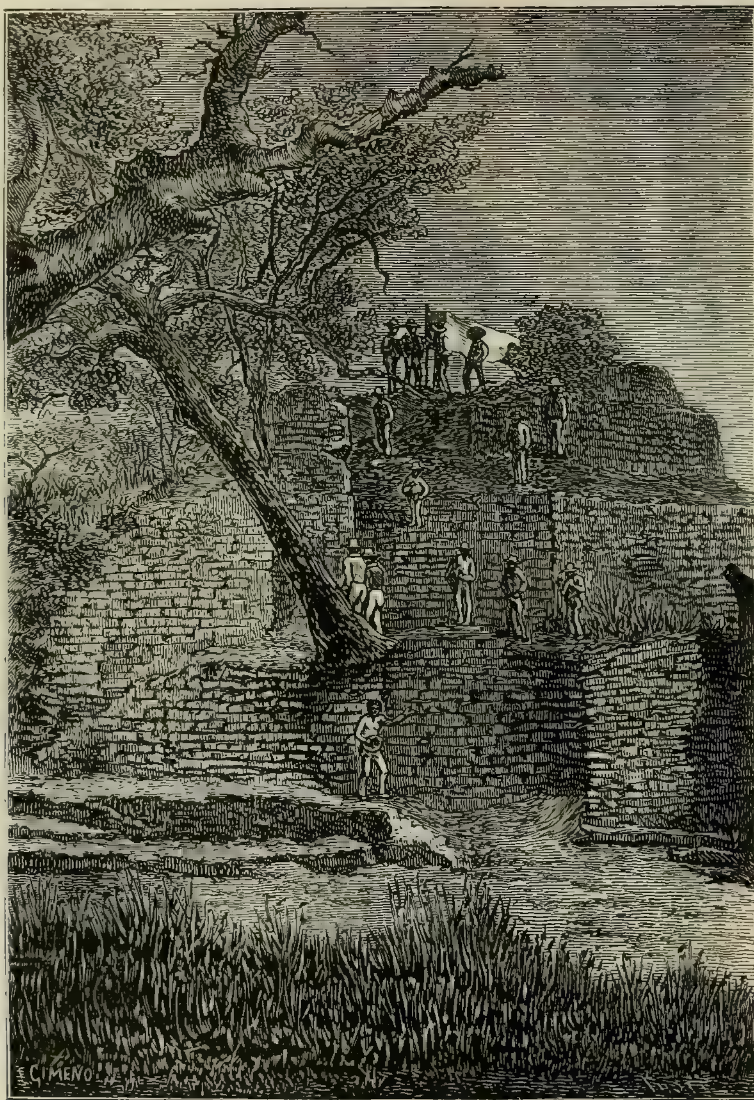
Pero entre estas ruinas y las de los zacateca, hay una región en que los misioneros encontraron á los tepehuanes y á los indios del Zape, y no debemos pasarla por alto. El Zape pertenece á Durango, y sus ruinas se relacionan con el carácter de las de la Quemada. Son el punto de unión entre éstas y las de Chihuahua. En el valle de Zape están los restos de una extensa ciudad, que ocupan toda la parte descubierta del terreno. Hay ahí una serie de colinas, y sobre ellas otra serie de terraplenes relacionados, orientados exactamente y con los bordes cubiertos con piedras fijas al suelo. Cuatro de estos terrados cierran un espacio ó patio cuadrangular, en medio del cual varias piedras cortadas á escuadra revelan un antiguo altar. Siguen al oriente dos terraplenes que debieron sustentar las casas de madera de los habitantes. En las otras colinas hay construcciones semejantes, y de todas ellas se baja por pendientes suaves á la llanura en que aquel pueblo agricultor hacía su siembra. El padre Alegre refiere que los misioneros encontraron en esa región restos de columnas y varios ídolos con figuras de animales, todo lo cual relaciona esas ruinas con la raza del Sur. Semejantes son las ruinas que desde las montañas de Chalchihuites corren hasta el valle de Súchil. El señor Orozco cree que el pueblo que allí vivió fué el descubridor de la veta de gemona llamada en mexicano *chalchihuitl*. Agreguemos las ruinas de Teul; quedan vestigios de una antigua ciudad, en la que hubo un templo famoso.

Pero al lado de estos restos, todos del mismo carácter, se encuentran las huellas de pueblos trogloditas, que también alcanzaron cierto grado de cultura. En el terreno llamado la Breña, que está entre Zacatecas y Durango, se observan muchas grutas subterráneas debidas á las ampolladuras de aquella antigua formación volcánica. El señor Ramírez extrajo de ellas algunos objetos arqueológicos, entre ellos una pequeña tortuga de piedra dura, de media pulgada de diámetro y perfectamente labrada, y algunos vasos de barro bien barnizados y con un color rojizo.

Dos pueblos ó razas aparecen desde la más remota antigüedad ocupando esa región, que media entre las ciudades que hemos descrito; dos pueblos casi siempre en lucha, que parecen diferentes por algunas de sus costumbres, y que creyéranse de una misma familia

porque son afines sus lenguas. Hablamos de los tepehuanes y tarahumares. Extendíanse los tepehuanes á Durango, Jalisco, Sinaloa, Chihuahua y Coahuila. Su lengua pertenece á la familia *ópata-pima* y al grupo mexicano-ópata; es decir, que trae su origen del nahoa. Era pueblo muy valeroso, y usaba por armas arco y flechas, macanas y chuzos hechos de maderas duras. Sembraban maíz y acostumbraban á cazar. Hacían hilo de algodón y de fibras de maguey, y con él sus mantas y vestidos y los faldellines de sus mujeres. Vivían en casas de madera ó de piedra y barro. Tenían muchos ídolos. Conocían el matrimonio y el repudio por causa de la infidelidad de la mujer. Celebraban con danzas sus fiestas religiosas. En todo vemos á un pueblo de descendencia nahoa ó que mucho tiempo ha estado en contacto con esa raza.

Los tarahumares, que también se extendían por Durango y Chihuahua y llegaban hasta Sonora, tienen las mismas circunstancias que los tepehuanes, por lo que hace á la lengua, al traje y á las armas; pero se



Ruinas del cerro de Las Canoas

diferenciaban en su habitación, porque habitaban en cuevas, algunas tan capaces, que en una sola vivía toda una parentela, haciendo sus divisiones de cuartos dentro. Distinguíanse también en sus costumbres funerarias, pues colocaban sentados en una gruta á los muertos. Se han descubierto cuevas con más de mil momias. Nosotros hemos visto unas de éstas con el cabello claro y con sandalias y manta primorosamente tejidas de pita ó fibras de maguey, á las que se habían dado colores tan vivos, que se conservaban relucientes después de los siglos transcurridos. Se sabe de los tarahumares que á la muerte del padre ó marido se desamparaba su habitación y los dolientes por luto se cortaban el cabello.

Todos estos pueblos eran dados á la superstición y á la embriaguez, pues sacaban cierto licor del mezquite ó se trastornaban comiendo la hierba que llaman *péyotl*. De los laguneros se sabe que tenían por principal superstición creer en los espantos que les hacía el diablo, *Cachinipa*, echando fuego por los ojos ó tornándose en fiera. Y era tal la influencia que el tal genio del mal tenía sobre ellos, que habían caído en el más exagerado fatalismo; pues excusaban la peor de sus acciones diciendo que les había engañado Cachi-

nipa. Por supuesto, que aun entre estos mismos indios había diversos grados de cultura; pues los laguneros no alcanzaron el arte de hilar, por lo que las mujeres se vestían de pieles de animales, aunque su natural inclinación al adorno las hacía engalanarlas con flecos y rapacejos de la misma piel teñidos de colores vivos, y ellas lo hacían con sus personas trenzándose con gracia los cabellos y poniéndose al cuello sartas de conchas y caracoles.

Si se reflexiona en todo lo que hemos dicho sobre esa región y se observan los elementos tan diversos ahí unidos, se comprende que varias razas, sin el poder suficiente para predominar, se encontraron en ese terreno prestando al conjunto cada una de ellas alguno de sus caracteres dominantes; pero en el fondo de esa población vemos á la raza autóctona recibiendo diferentes influencias y quedando siempre como la inmensa agrupación á que la leyenda impuso el jefe llamado *Chichimécatl*.

Pues todavía tenemos que ocuparnos de las ruinas que en la sierra de Querétaro se encuentran. En el cerro de Las Canoas, elevación de difícil acceso terminada por una meseta espaciosa, se ven las ruinas de una serie de baluartes colocados admirablemente, y que revelan los conocimientos guerreros de sus autores. Por el lado nordeste del cerro las fortificaciones van colocadas á diversas alturas, de modo que producen el efecto de la pirámide, y terminan en la dirección del baluarte principal, que todavía tiene unos doce metros de altura. Por el lado opuesto se llega á una gran plataforma rectangular de quinientos metros cuadrados de superficie. Parece que se cuidaba mucho de defenderla, porque además de estar resguardada por dos grandes fortines de tres metros de altura, tenía en los flancos una serie de terraplenes paralelos. Después de la plataforma siguen diversas obras á diferentes alturas, situadas de modo que lo mismo protegieran los baluartes del centro que los bordes de la meseta. Por una rampa se llega á la esplanada del cerro, en el cual se levanta un gran fortín que domina todo el camino. Se cuentan cuarenta y cinco fortificaciones, siendo la más notable un baluarte compuesto de un zócalo de dos metros y medio de altura, que sostiene un muro en talud coronado por una saliente en la cual se apoya un torreón ya arruinado. Todas estas fortificaciones son de lajas calizas cortadas á escuadra unidas por cimientos calcáreos y arcillosos.

En el valle de Ranas, que está á tres leguas, sobre una eminencia se ven los restos de una pirámide cuadrada, cuya base mide veinte metros por lado, y que tenía cuatro escaleras perfectamente orientadas para subir á la plataforma superior. Cerca de ella existen vestigios de un gran túmulo que encerraba un solo cadáver y algunos objetos como cuentas de espato, conchas marinas y utensilios de barro.

Agreguemos á esto una gran cantidad de túmulos, en donde es curioso el hallazgo frecuente de conchas marinas: llámanlos *cuesillos* y ocupan una gran extensión. Bajan por el sur hasta San Juan del Río, abundando principalmente en las ruinas de San Sebastián: en éstos se han hallado algunos objetos curiosos, como idolillos de esmarydita. Por el norte penetran en Guanajuato: en los llanos del Bajío suelen encontrarse algunos, en que los esqueletos tienen cubierto el cráneo con un cajete de barro.

En un cerro inmediato á Ranas se encontró un yugo, que acredita que en aquel ignorado pueblo el culto había llegado hasta los sacrificios. Esta circunstancia, la pirámide y los túmulos, bien demuestran que por ahí pasó la civilización del Sur. Si fué avanzada de Teotihuacán y Mamemhí ó un descenso directo del Tamoanchán no lo sabemos; pero sí podemos decir, con muchas probabilidades de acertar, que los habitantes de esas ciudades fueron los vixtoti, y sin duda ninguna, pueblos de la raza del Sur. Y viene á confirmarlo un rostro de deidad esculpido en el yugo de que hemos hecho mención. Es un bajo-relieve en basalto; el tipo es severo y sin barba: figura tener un pendiente redondo en el taladro de la nariz; su tocado es de plumas caídas y lleva una como cimera con un rostro ya poco perceptible; una banda de cuentas adorna su peinado y le baja por el rostro como barboquejo, y completan el ornato grandes y redondas orejeras y una gargantilla de gruesas cuentas. La escultura, pues, indica la civilización del Sur, como el yugo en que está hecha y las ruinas en que se ha encontrado.


Escultura de Ranas

CAPITULO IV

División geográfica al principio de la era vulgar. — Las cuatro teocracias del Sur. — Explicaciones sobre la de Xelva. — Territorio de los otomíes. — Región de los meca. — Razas mixtas. — Colocación geográfica de los teuchichimeca, tzapoteca, chichimeca-ameca y xicalanca. — Situación relativa de los mound-builders, los nahoas, los apaches y los comanches. — Causas que determinaron el movimiento de emigración de norte á sur al principio de nuestra era. — Bajan los ulmeca, los xicalanca y los tzapoteca. — Situación en que quedan los ulmeca y los xicalanca. — Los tzapoteca introducen la teogonía y cronología nahoas en la teocracia de los Petela. — Explicación de los relieves de la lápida de Zaachila y de la pirámide de Xochicalco. — La culebra con plumas. — Representación de los meses del año solar y de los del Tonalámatl. — El Tonacatecuhtli. — Las figuras del friso. — Los símbolos de los cuatro astros. — Los signos de la veintena. — Calendario tzapoteca — Sol de Oaxaca — Emigraciones que llegaron al territorio quiché y á la península maya. — Camino de las emigraciones. — Códice Pío Pérez. — Verdadera cronología de la emigración. — Entradas á Chacnovitán de Holon-Chan-Tepeuh y de Ahmekat-Tutul-Xiu. — Llegada de los emigrantes á Palemke. — Etimología de este nombre.

Si ahora resumimos todo lo dicho respecto á las emigraciones de las razas y nos suponemos viviendo, no en el año 955 antes de la era vulgar, época de la bajada de los vixtoti, sino á principios de ésta, á fin de que lleguemos al tiempo en que las diversas emigraciones debieron alcanzar su completo desarrollo, nos encontramos con la siguiente división geográfica. En la península maya la teocracia de los Zamná, en el territorio quiché la de los Votan y en el de Didjazá la de los Petela. Extendida la raza del Sur por el Tamoanchán, y acaso unida en aquellos remotos tiempos con los vixtoti, hallamos en Chulul y Quitemaquí á la otra teocracia de los Xelva *. Estas cuatro teocracias forman un conjunto compacto en el Sur.

La de Xelva merece mayores explicaciones, pues se habrá notado la oscuridad de la tradición en este punto y las noticias contradictorias, á lo menos en apariencia, que nos proporcionan las diversas crónicas. Unas veces son los vixtoti los primeros llegados, otras los ulmeca y los xicalanca, y á ocasiones acompañan á éstos los tzapoteca. Se ignora quiénes fuesen los gigantes *quiname*, y se duda si de ellos ó de los ulmeca fué jefe Xelva, aumentando la confusión porque en la genealogía de las razas ese Xelva aparece distinto de Ulmécatl y Xicaláncatl y hay además un nuevo personaje, Mixtécatl. Vamos á explicar esto según lo alcanzamos, y apoyándonos en la misma división geográfica, que en nuestro concepto da mucha claridad.

Los *quiname* fueron la raza autóctona, es decir, los otomíes. Allá por el siglo décimo antes de nuestra era, la raza del Sur bajó del Tamoanchán y los empujó hacia el norte. Los que bajaron fueron los vixtoti, y como entonces los quichés se extendieron por la costa occidental, dice Sahagún que llegaron también los anahuamixteca. Ya se explica el nuevo personaje Mixtécatl, que en la genealogía ocupa el lugar de la raza tzapoteca, y no olvidemos que mixteca y tzapoteca están en la misma región; son los ñuñuma primitivos; por lo tanto Xelva es el jefe de los vixtoti y éstos los que levantaron las pirámides de Teotihuacán y Cholula. A su vez se organizaron los de la región de Didjazá bajo el mando de Petela, llamado el padre de los tzapoteca, y por todos estos datos hemos dicho que en el principio de nuestra era las cuatro teocracias se dividían el dominio de la región del Sur; y al norte de ellas, en el territorio actual de los Estados de México, Querétaro, Guanajuato y parte de San Luis Potosí, quedaban encerrados los otomíes, pues los limitaba, por la costa de occidente, la raza de los tecos que establecía la civilización del Sur en Tzintzuntzán, y por el oriente, la serie de ciudades que más acá del Tamoanchán se extendían desde la sierra de Querétaro, por la Huasteca, hasta llegar á la Quemada ó sea la antigua metrópoli de los zacateca.

En el norte de los otomíes y hasta llegar á los pueblos nahoas, estaban los meca ó chichimeca. Aunque ya hablamos de ellos, daremos idea más completa de la raza, tomando en cuenta su situación geográfica. Los meca eran la raza autóctona que había recibido influencias extrañas. Como era natural, según que estas tribus estaban más ó menos cerca del pueblo de su origen, conservaban mayores ó menores afinidades con él. Así los jonaz, que vivían en la sierra de Guanajuato, hablaban un dialecto otomí; mientras que los tarahumares de Chihuahua tenían lengua de familia nahoa. Esto era lógico, y concluye con la cuestión de si los

* Antes se escribió Xelhua; pero depende de que se escribe con la ortografía propia de cada región.

chichimeca hablaban el mexicano ó un idioma suyo propio.

Ahora bien, lo que produjeron las influencias extrañas sobre la lengua, hiciéronlo también con las costumbres y las creencias. Las tribus más alejadas de los nahoas permanecieron bárbaras y cazadoras; otras más cercanas, aunque trogloditas, organizaron sus centros sociales en cuevas y se dedicaron á la agricultura; las más próximas formaron ciudades y recibieron mayor parte de la civilización nahoa; y sin duda la recibieron toda los pueblos que, por estar inmediatos, se cruzaron con los mismos nahoas y produjeron una raza mixta; y no debemos olvidar á los meca que estaban más próximos á la civilización del Sur y que recibieron sus influencias.

En la época á que nos estamos refiriendo, á principios de nuestra era, el centro de los nahoas era la ciudad de Huehuetlapállan. Al sur, es decir, por el terreno que ocupan los actuales Estados de Sonora y Sinaloa, seguían los pueblos mixtos, raza mezclada que caracterizan los yaquis. Esta corriente y esta unión de nahoas y meca, siguió en el camino que traía, ocupando



Habitaciones de los pueblos de la costa

las llanuras de Jalisco, y empujando á derecha é izquierda al pueblo que encontró á su paso, esto es, á los chichimeca, de los que unos quedaron en el rumbo de los zacateca y son conocidos por teuchichimeca, y los otros fueron á ocupar las montañas y costas inmediatas, y guardando el nombre de chichimeca por excelencia, tomaron también, por su inmediación al mar, el de ameca ó meca del agua, y dieron ese mismo nombre á su principal ciudad ó centro.

Para saber cómo se llamaba la raza mixta que ocupó la llanura, basta que nos fijemos en los nombres de las ciudades que le pertenecían. En las principales vemos la palabra *tzápotl,* desde Tzapópan, que debió ser su primera población, hasta Tzapotlán, Tzapotlantzinco y Tzapotiltic, ya al borde de las profundas barrancas que limitan á Jalisco. Eran por lo mismo los tzapoteca, pueblo que había recibido toda la civilización nahoa. En cuanto á los chichimeca, en parte la habían aceptado, pues sabemos que por dios principal tenían al del fuego, á quien llamaban *Camaxtli;* y en el códice de Cuauhtitlán se dice que hacían la cuenta del tiempo de veinte en veinte años.

Del otro lado de las barrancas ó sea al sur de los tzapoteca y los ameca, desde Amatlán hasta la costa de Coalcomán, tomando parte del Michuacán, hay espesos bosques de árboles de hule, *ulli*, y de allí eran los ulmeca. Esa región es muy semejante á la del Sur: hay el cacao en abundancia, altísimas palmas á cuyo pié se levantan los caseríos de la costa, algodón y el *bombax pochotl* ó árbol del pochote, y minas de cobre y de oro.

Si quisiéramos seguir la etimología común de los xicalanca, por la razón de que en la historia aparecen juntos con los ulmeca, diríamos que fueron los vecinos de éstos en la región que acabamos de mencionar, porque en ese rumbo no sólo hay infinidad de calabazos, de que se hacen las jícaras, sino que fabrican éstas con barnices de tan rara perfección y de notable belleza, que los creemos superiores á las lacas chinas. Tendríamos entonces unidos á los ulmeca y los xicalanca, pero no podríamos precisar la suma de influencia nahoa que habían recibido, pues, aunque los nombres de lugar de aquella costa son todos de lengua mexicana, hay que considerar el constante paso de emigraciones de la misma raza, ya que todas siguieron ese mismo rumbo.

Como quiera que sea, al fin hemos encontrado á nuestros ulmeca, xicalanca y tzapoteca, y veamos si nos es posible averiguar cómo y por qué emigraron.

Cuando llegaron los nahoas á nuestro continente, siguieron la dirección de este á oeste, ocuparon el valle del Mississipí y se extendieron hasta las costas del Océano Pacífico. De esta manera cortaron á la raza autóctona de mar á mar y la empujaron hacia el norte, en donde hallamos, como una de sus fracciones, la más inmediata á los nahoas, á las tribus paulisilábicas de los apaches, rama de los athapascos. Subieron más tarde los pueblos de la civilización del Sur á ocupar los valles del Mississipí y sus afluentes, y á su vez empujaron á los nahoas, primero al norte y luego al oeste, con lo que quedaron más arriba de los apaches; y, en efecto, allí encontramos á los comanches de lengua polisilábica y de la familia de los shushones. Por una reacción natural, los comanches quisieron bajar, y lo hicieron hasta Texas, cortando á los *mound-builders* de la vieja región del Tamoanchán; pero del lado de los nahoas se encontraron con los apaches, y desde entonces comenzó la lucha en que á éstos los empujaban los comanches y ellos á su vez tenían que empujar á los nahoas. Muchos años hubo de durar tal empeño con empresas constantes de guerras y asaltos, según se conoce por las huellas del incendio y por las innumerables flechas descubiertas alrededor de las ruinas.

Los nahoas debieron naturalmente comunicar el impulso á los pueblos mixtos y éstos á los meca, produciéndose un movimiento de norte á sur, en que los primeros emigrantes tenían que ser los más lejanos del centro del Chicomoztoc. Por eso en la genealogía etnográfica Xelva aparece como primer hijo, para significar que ya la raza del Sur vivía en la región cuando llegaron las tribus viajeras, y éstas ocupan después lugares inmediatos bajo los nombres de *Ulmécatl*, *Xicaláncatl* y *Tzapotécatl*. De los xicalanca se dice que siguieron á la costa del Golfo; de los ulmeca que, con consentimiento de los vixtoti, que aquí se confunden con los quiname, habitaron en su territorio, y en cuanto á los tzapoteca, se sabe que penetraron en la teocracia de Petela.

¿Qué influencia pudieron tener los ulmeca en la organización social de los vixtoti? En la tradición no se perciben señales de ella. Debió ser muy pequeña, pues quedaron en la condición de esclavos, y hasta que hubieron de cansarse de su servidumbre no se alzaron para enseñorearse de la región. En los años, y no pocos, de su esclavitud, más que dar, hubieron de recibir



Antiguo ídolo de Teotihuacán

influencia, pues es propio de los vencidos siempre sujetarse á la civilización de los vencedores. Así es que prevaleció sin duda alguna la del Sur en el territorio nonoalca, que así se llamó la raza mezclada de vixtoti



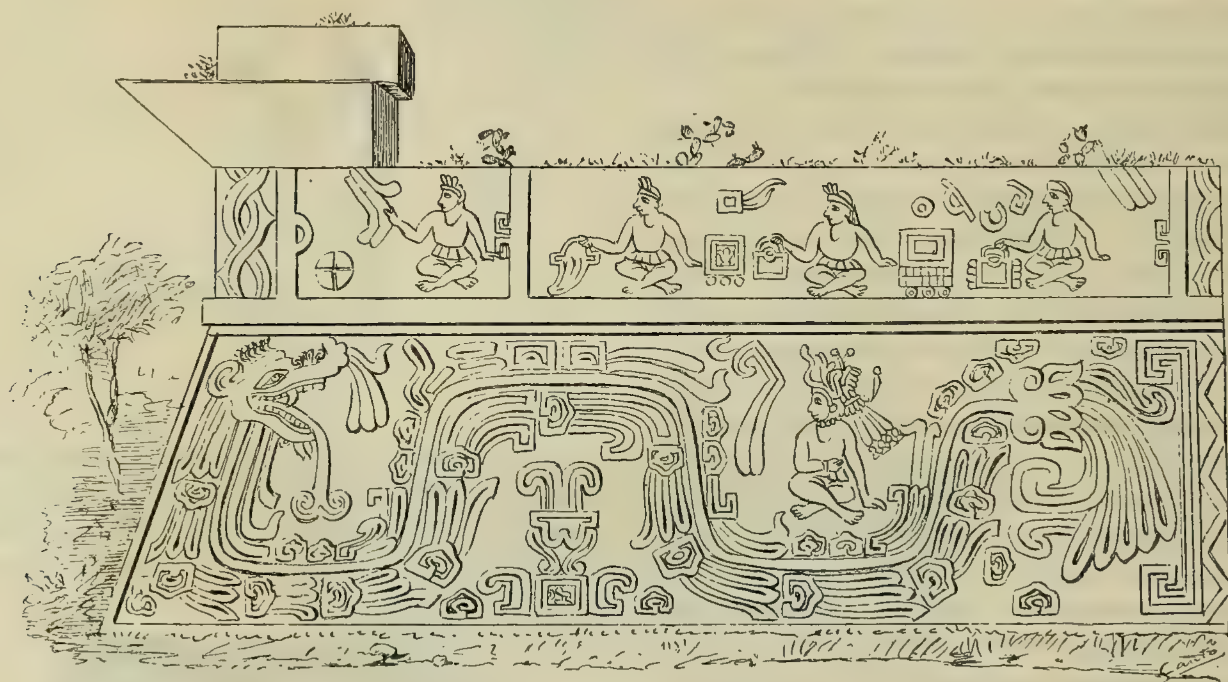
Jarra de Teotihuacán

y ulmeca. Indícanlo algunos ídolos de aquella primera época, de semejanza notable con los mayas, y con la particularidad de tener las dos manos sobre los pechos

al igual de las esculturas de Copán y las jarras de que ya hicimos mención, qne figuran rostros de sacerdotes con mitras y bandas á la oriental.

Dijimos que Veytia pone la llegada de los ulmeca en el año 107 de nuestra era, mientras que otros la refieren al 955 antes de ella. La confusión desaparece ahora que ya podemos distinguirlos de los vixtoti. En el siglo décimo antes de la era vulgar llegaron los primeros, como los tzequiles, al territorio quiché, según Ordóñez: tal llegada corresponde á un movimiento verificado en el Sur por aquella época lejana. Los segundos, los ulmeca, son los que aparecen en el año 107, es decir, once siglos después, obedeciendo á otro movimiento iniciado en el Norte.

Lo siguieron también los xicalanca y los tzapoteca, que en la misma época bajaron. Ya hemos dicho que los xicalanca y los ulmeca á veces se confunden; otras, los primeros siguen hasta la costa del Golfo, mientras que en algunas crónicas se les pone como habitantes y fundadores de Itzócan y Atlixco, es decir, de la región que mediaba entre los segundos y los tzapoteca. Estos penetran en el territorio de Didjazá, y sea porque lo hicieron en son de guerra y por la conquista, ó que siendo su civilización más avanzada se impuso por sí misma, el caso es que desde el siglo II de nuestra era llevaron la religión nahoa y la cronología que le es inseparable á la ya extensa y poderosa teocracia de los Petela. Lo acreditan así sus esculturas de aquella



Relieves cronológicos de Xochicalco

época, que se reconocen en que conservan un carácter semejante á las de Palenque ó Nachán. De esta clase son la lápida de Zaachila y los principales relieves de Xochicalco.

¿Qué es lo que vemos claramente en aquélla? Por símbolo de la deidad que están adorando los cuatro personajes misteriosos, en el centro, la cruz del *nahui óllin,* y sobre ella el signo *ácatl,* caña, con el numeral uno, ó lo que es lo mismo, el día y año *ce ácatl,* principio del *xiuhtlalpilli* de ochenta años. Este mismo signo lleva por tocado el personaje de la barba, que es el sol; el que está detrás de él con un pájaro quetzal sobre la cabeza, es la estrella de la tarde ó *Quetzalcoatl,* y los del frente son los otros dos astros. En los relieves de Xochicalco tenemos al dios con las tres flechas, símbolo ya conocido de la marcha del sol. En la parte meridional del monumento se ve con toda claridad una serpiente con su lengua bífida y adornado el cuerpo de plumas, atributos propios y exclusivos de *Quetzalcoatl.* La figura sentada, que está esculpida en el hueco superior que deja la culebra, lleva en su tocado el signo de *cipactli,* y es, por lo tanto, el *Tonacatecuhtli,* el sol mismo. Nos va pareciendo que este monumento tiene un carácter esencialmente cronológico: en las piedras que existen del piso superior hemos encontrado las tres flechas que marcan los puntos solsticiales y el equinoccial, y ahora nos hallamos en la base con la estrella de la tarde y con el astro del día. Para mayor abundamiento, si observamos los signos pentagonales, adheridos á los penachos de pluma que adornan á la culebra, contaremos trece por una parte y diez y ocho por la otra, correspondiendo los primeros á las veintenas del *Tonalámatl* ó año de la estrella de á doscientos sesenta días, y los segundos á las del año solar. Agreguemos que el símbolo que está en el hueco que queda en la parte inferior de la culebra es el signo *ácatl,* primer día y primer año del *xiuhtlalpilli,* y por lo mismo principio del período cronológico.

Ya se comprenderá que los relieves de los otros lados y las figuras del friso no son, como se ha creído, dragones ni danzantes, sino símbolos relacionados con el pensamiento general de la escultura. En nuestra creencia la primera figura que de las demás aparece separada es la estrella de la tarde con su símbolo de *óllin*, ó lo que es igual, el astro considerado como uno de los cuatro elementos cronológicos. Dos cosas parecen acreditarlo: que toma con la mano unas plumas semejantes á las de la gran culebra del cuerpo inferior del monumento, y que tiene á su lado un círculo dividido por dos diámetros que se cortan en ángulo recto formando una cruz, lo que es manifestación del *óllin* de *Quetzalcoatl.* Entre las otras tres figuras hay dos cuadretes; el primero encierra un *ácatl,* símbolo del sol, y el segundo, en sus cuadrados y en las cintas divididas que expresan el *tlalli,* representa la tierra; y además hay otros signos superiores que creemos se relacionan á la luna.

No podría tenerse esto por achaque de nuestra fantasía, ya porque están bastante claros los símbolos y nos son bien conocidos, ya porque, en efecto, fué introducido en el país de Didjazá el calendario nahoa, cuyos signos de los días han de haber estado representados en el friso.

Y no tenemos duda de la introducción del sistema cronológico de los nahoas en el territorio de los Petela, pues el padre Córdoba nos conservó el calendario tzapoteca en el *Arte* de su lengua, que publicó en el mismo siglo de la Conquista. Es aquél el nahoa religioso de doscientos sesenta días, dividido en veinte trecenas que se llaman *cocij* ó *tobicocij.* Dividían estas veinte trecenas en cuatro partes, aplicando cinco á cada uno de los astros; de manera que resultaban cuatro grandes *cocijos* ó *pitāos* de á sesenta y cinco días cada uno, llamado el primero *quîachilla*, el segundo *quîalana,* el tercero *quîagôloo* y el cuarto *quîaguillo.* A todo el año se llamaba *pije* ó *piyê.* Mientras corrían los sesenta y cinco días de un astro, á él le estaban dedicados todos. Esto se comprende si se observa que estando los cuatro astros repartidos de cinco en cinco días y siendo éstos veinte, en cada gran *cocijo* se repetían tres veces y una cuarta los cinco primeros días; de modo que el segundo gran *cocijo* empezaba por el sexto día ó segundo inicial y signo del otro astro. Para mayor claridad reproduciremos el calendario.

Síguense los días del Cocijo Quîachilla que son sesenta y cinco días.

Quîachilla,	châga [1]	1
Pillâa,	câto	2
Pelaala,	câyo	3
Neláchi,	tâa	4
Peciguij,	caayo. l. gaayo.	5
Quelâna,	xôpa	6
Pillachîna,	caache	7
Nelâba,	xōno	8
Pêlaqueça,	caa	9
Pillatêla,	chij	10
Nelôo,	chijbitōbi	11
Piñopija,	chijbicâto	12
Piciguij,	chijño	13

[1] Esta columna es de *nombres numerales*, de 1 á 13.

El 2.° Cocij

Quîaguêche [1]	1
Palannaa	2
Pesloo	3
Calaxōo	4
Pellôpa	5
Qualâppe	6
Pillalâo	7
Nichijlla	8
Peolâa	9
Pillaala	10
Lâchi	11
Piñzê	12
Pecelâna	13

El 3.° Cocij

Quīachîna	1
Pelâpa	2
Peôlaquēça	3
Calatēlla	4
Pellōo	5
Qualapija	6
Pillâa	7
Lâche	8
Pelannaa	9
Neloo	10
Nixōo	11
Piñopa	12
Pizāape	13

El 4.° Cocij

Quîalāo	1
Pichijlla	2
Peolâo	3
Laala	4
Peoláche	5
Qualazé	6
Pillalaana	7
Nichína	8
Peolâpa	9
Pillaniça	10
Netella	11
Peñeloo	12
Pizopija	13

[1] Aquí entran en el original los *nombres numerales*.

El 5.° Cocij

Quíaguij	1
Pelăche	2
Pelaana	3
Călaloo	4
Peseôo	5
Qualôpa	6
Pillâpe	7
Neloo	8
Pichijlla	9
Pillaa	10
Laala	11
Pinijchi	12
Picîci	13

Síguense los sesenta y cinco días del 2.° Cocijo quîai ăna.

Quelâna	1
Pechîna	2
Pelăpa	3
Călequêça	4
Petĕlla	5
Qualoo	6
Pillapija	7
Nelâa	8
Pillăche	9
Pillannâa	10
Nelloo	11
Piñaxŏo	12
Pizŏpa	13

El 2.° Cocij

Quegăppe	1
Peolŏo	2
Peochijlla	3
Calăa	4
Pelaala	5
Qualăache	6
Pillazî	7
Nelâana	8
Pichîna	9
Qualăpa	10
Pillanîça	11
Piñatĕla	12
Pecelŏo	13

El 3.° Cocij

Quicuija	1
Pelâa	2
Pellăche	3
Calannaa	4
Pellŏo	5
Qualaxŏo	6
Pilŏpa	7
Lăpe	8
Pelloo	9
Pillachîlla	10
Laa	11
Piñêla	12
Piciquîchi	13

El 4.° Cocij

Quiacĕe	1
Pâlalannaa	2
Peochîna	3
Câlalăpa	4
Pelaquĕça	5
Coatĕlla	6
Pillaloo	7
Calapija	8
Qualăa	9
Pillaache	10
Piñannăa	11
Piñaloo	12
Picixŏo	13

El 5.° Cocij

Quîegoppa	1
Peolape	2
Calŏo	3
Calachilla	4
Pĕllaa	5
Qualaala	6
Pillăchi	7
Calacij	8
Pillalăna	9
Pillachîna	10
Cálalăpa	11
Piñaquĕça	12
Picitĕlla	13

Síguense los sesenta y cinco días del Cocijo quĭagolôo.

Quîagoloo	1
Peolapija	2
Peolaa	3
Lâche	4
Qualannă	5
Pillalaô	6
Nixoo	7
Nelôppa	8
Pelăpe	9
Pillalŏo	10
Nichîlla	11
Pinnij	12
Pizeela	13

El 2.° Cocij

Quîaguêche	1

Pazee	2
Peolâna	3
Calachîna	4
Pelâpa	5
Qualanîça	6
Pîllatêla	7
Nelōo	8
Pelapija	9
Pillaa	10
Pillaache	11
Piñonâ	12
Peceloo	13

El 3.° Cocij

Quîaxôo	1
Pelōpa	2
Peolâpe	3
Calôo	4
Pechijlla	5
Piliâa	6
Pillaala	7
Nalaché	8
Pecêe	9
Pillalâna	10
Pillachîna	11
Calalába	12
Piniquêça	13

El 4.° Cocij

Quîatel	1
Peolâa	2
Peolapija	3
Calâa	4
Peláache	5
Qualannaa	6
Pillalôo	7
Nixôo	8
Pelôppa	9
Lâppe	10
Piñolôo	11
Piñochijlla	12
Quîciguij	13

El 5.° Cocij

Quiaguêla	1
Pelachî	2
Peocij	3
Calalâna	4
Pechîna	5
Qualâpa	6
Pîniquêça	7
Netêlla	8
Pelloo	9
Pîllapija	10
Nellâa	11
Peceeche	12
Pecennaa	13

Síguese el 4.° Cocijo principal s. quiaguillôo.

Quiaguillôo	1
Pescôo	2
Pelôpa	3
Lâppe	4
Pélloo	5
Quachijlla	6
Pillāa	7
Nelāla	8
Qualachi	9
Pillazēe	10
Nalaana	11
Piñochijña	12
Pecelâba	13

El 2.° Cocij

Quianiça	1
Petélla	2
Peoloo	3
Calapija	4
Pellâa	5
Qualāche	6
Pillanaa	7
Neloo	8
Pêlaxōo	9
Pillôpa	10
Lāppe	11
Piñoloo	12
Pecechijlla	13

El 3.° Cocij

Quîaguij	1
Pelaala	2
Pillāche	3
Câlacij	4
Pelâna	5
Qualachîna	6
Pillalâpa	7
Câlequêça	8
Coatêla	9
Pillaláo	10
Calapija	11
Piníj	12
Píniêche	13

El 4.° Cocij

Quiquiñaa	1
Peolōo	2
Peolaxoo	3
Calōpa	4
Pelāppe	5
Pillalāo	6

Nichílla	7
Lăa	8
Peoláala	9
Pilláchi	10
Calacije	11
Piñolana	12
Pecehijna	13

El 5.° Cocij

Quîelăpa	1
Pelaquêça	2
Calatêlla	3
Pelloo	4
Pelapija	5
Pillâa	6
Pillaache	7
Piñonaa	8
Peloo	9
Pillaxŏo	10
Lŏppa	11
Piñăppe	12
Quîcilŏo	13

Se notará que aunque son sólo veinte los signos de los días, se les mudan algunas letras según el cocijo á que corresponden. Pero se advierte con claridad que los cuatro signos inciales son:

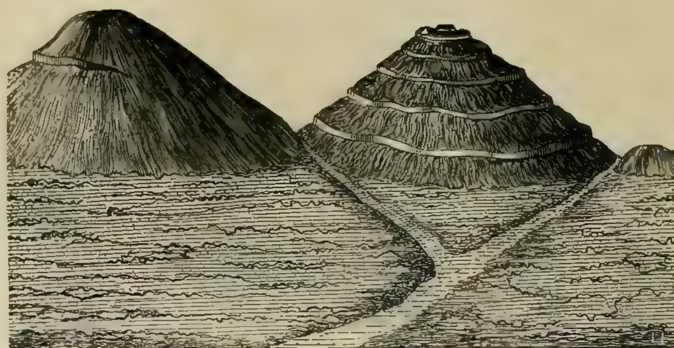
Chilla.—Lăna.—Golŏo.—Guillŏo.

El no habernos conservado el padre Córdoba más que el calendario ritual de doscientos sesenta días, hizo que el señor Orozco creyera que éste fué el primitivo, que en su origen se formó por raza distinta de la nahoa, y que los tzapoteca no usaron el año solar de trescientos sesenta y cinco días. Prueba en contrario son los relieves de Xochicalco, en donde hemos observado las



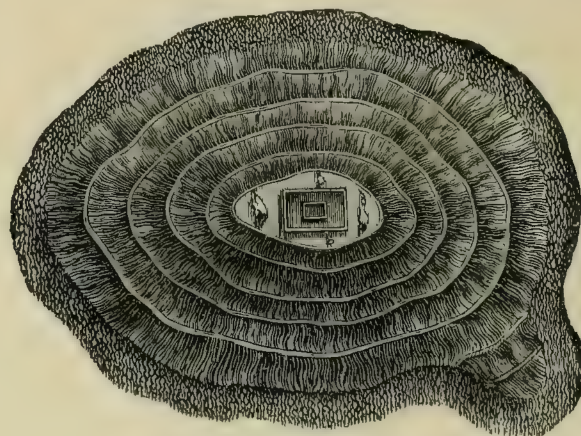
Lado mayor del monumento de Xochicalco

diez y ocho veintenas de este año. A más, el padre Burgoa, la autoridad más competente en lo que á los tzapoteca se refiere, dice expresamente en su *Historia Geográfica,* libro tan raro como importante, que tenían año de trescientos sesenta y cinco días, dividido en diez y ocho veintenas, que hacen trescientos sesenta días, á los que agregaban un período menor de cinco, dándole cada cuatro años, como á nuestro bisiesto, otro día más que lo hacía de seis, y que empezaban su año á 12 de marzo en que computaban su equinoccio. Y no solamente recibieron el año nahoa, sino que veremos después cómo consignaron en uno de los muros de Xochicalco la reforma mexica.



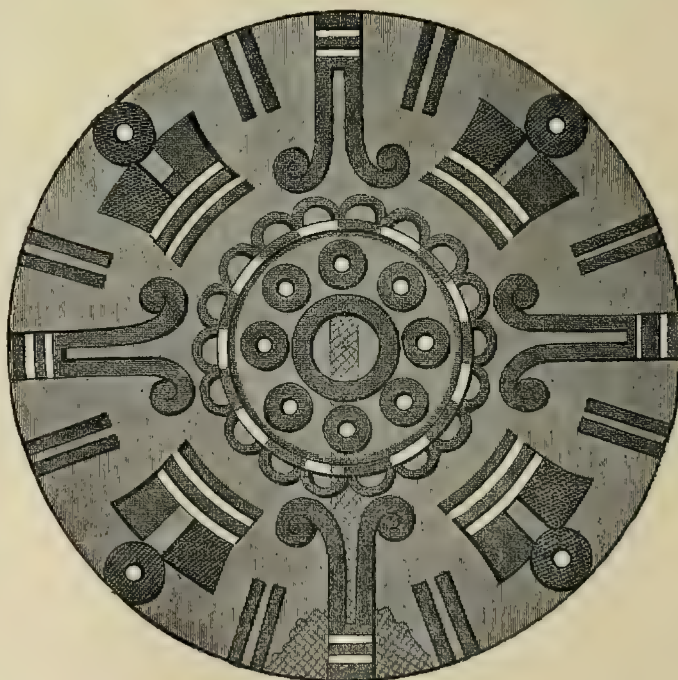
Cerro fortificado de Xochicalco

Hay otro monumento curioso que confirma todo lo que llevamos dicho; es una piedra del Sol, que se



Plano de la fortificación de Xochicalco

conserva en la Alameda de Oaxaca, y que fué llevada allí de las ruinas de una antigua fortaleza mixteca.



Sol de Oaxaca

Tenemos en esta piedra las cuatro aspas que representan el *nahui-óllin* y las cuatro divisiones de la noche;

los cuatro rayos referentes á las cuatro divisiones del día; diez y seis rayas de dos en dos, que con los cuatro rayos forman los veinte días y los veinte *cocijos*, y que también significan la subdivisión del día natural en diez y seis partes; nueve círculos en el centro referentes á las nueve lunaciones y á los nueve acompañados de que después se hablará, y finalmente diez y ocho ondas alrededor del círculo central que expresan las diez y ocho veintenas, es decir, el año solar.

Podemos, pues, decir, sin temor de equivocarnos, y sin avanzar más por no incurrir en errores ni en anacronismos, que los tzapoteca trajeron á la región de Didjazá la civilización nahoa, que se mezcló á la del Sur ahí existente, el culto de los astros, y su ya admirable calendario, que se impuso y quedó por único en la teocracia de los Petela.

Pero si en la genealogía histórica no encontramos simbolizadas otras emigraciones de aquella época, no es porque no las hubiera, sino porque los pueblos del Anáhuac quisieron reducir la historia antigua á su propia historia. Los mexica tenían tal vanidad que pretendieron que sólo sus hazañas se supiesen; por eso Itzcoatl mandó destruir las antiguas pinturas. Apenas si se conservaron noticias de los tolteca y de los pueblos inmediatos á su región; pero omitiendo por completo lo que se refiriera á la del Sur, pues se contentaban con citarla, llamándola genéricamente *Onohualco*, lugar en que hay mucha gente.

Mas las tradiciones quiché y maya nos conservaron el recuerdo de que en aquellos tiempos también penetraron en su territorio razas extrañas. El *Popol-Vuh* los llama yaquis, y el códice Pío Pérez, que así nombraremos, supuesto que él lo conservó y dió á conocer y el cual corre impreso con el título de *Lelo lai u tzolan katunil ti mayab*, trata de las conquistas de Ahmekat-Tutul-Xiu, jefe de los ameca-chichimeca. Tenemos, pues, otras dos emigraciones, la de los yaquis y la de los chichimeca. No debemos dudar de que llegaron después de los ulmeca y de los tzapoteca, porque en su territorio primitivo estaban al norte de éstos y el movimiento se hizo hacia el sur. Las emigraciones siguieron el sur de los actuales Estados de Michuacán, México y Puebla; pasaron primero los ulmeca y los xicalanca, siguieron los tzapoteca, y después, hallando el camino expedito, bajaron los ameca-chichimeca de la costa y los yaquis del Chicomoztoc. En las llanuras de la actual Puebla se encontraron conque los ulmeca ocupaban la teocracia de Xelva y los tzapoteca la de Petela, y continuaron al Istmo, de donde los yaquis tomaron para la teocracia de Votan y los ameca para la de Zamná. Los primeros, como raza mixta, llevaban toda la civilización nahoa; los segundos la parte que habían aceptado los chichimeca. Al recibir las nuevas ideas los pueblos del Sur las mezclaron con las suyas propias, que prevalecieron por la energía de la raza y por la superioridad de la cultura.

No hay más que un documento para fijar la época de esta emigración y es el códice Pío Pérez; y sin embargo, con fundamento de él están desacordes los que de la materia han tratado. El texto dice:

«Hé aquí la serie de katunes corridos desde que se separaron de la tierra y casa de Nonoual, en que estaban los cuatro Tutul-Xiu, al occidente de Zuina.

»I. El país de donde vinieron fué Tulapan.

»Cuatro katunes emplearon en andar, hasta que llegaron aquí con Holon-Chan-Tepeuh y sus parciales. Cuando salieron para esta isla (península), se contaba el 8.° ahaú, el 6.°, el 4.° y el 2.° ahaú, esto es, que emplearon 81 años en caminar, porque en el primer año del 13.° ahaú llegaron á esta isla (península), y son por junto 81 años los que anduvieron desde que salieron de su país y vinieron á esta isla (península) de Chacnovitan. Estos son los años, 81.

»II. El 8.° ahaú, el 6.° ahaú, el 2.° ahaú, llegó Ahmekat-Tutul-Xiu: un año menos de ciento estuvieron en este país de Chacnovitan. Los años son éstos: 99 años.»

Pues bien, con este solo texto por guía nos dan los diversos escritores tres diferentes cronologías. El señor Carrillo, á quien sigue el señor Orozco, dice que el 8.° ahaú conque comienza la relación, corresponde al año 793 antes de la era vulgar, y que los emigrantes al mando de Holon-Chan-Tepeuh, llegaron á Chacnovitán el año 697, después de haber caminado noventa y seis años. Pone después la llegada de Ahmekat-Tutul-Xiu en el año 384; de modo, que de la primera emigración á la segunda pasan más de trescientos años. El señor Pío Pérez dice que los emigrantes salieron en el año 144 de nuestra era y llegaron á Chacnovitán en el 217, y que los Tutul-Xiu permanecieron ahí del año 218 al 360. Brasseur sustituye las anteriores fechas de la manera siguiente: la primera es 401 de nuestra era, la segunda 482 y la tercera 581. Examinemos el texto para ver si encontramos la verdad.

Las palabras *tútul* y *xiu* son corrupciones de las voces nahoas *tótotl* y *xihuitl;* la primera significa *pájaro* y la segunda *hermoso* ó *azul;* así *Totoxihuitl* ó *Xiuhtótotl*, y por corrupción Tutul-Xiu, quieren decir *pájaro azul*. Basta este nombre para comprender que se trata de pueblos de procedencia nahoa. Pero ¿dónde estaban estos pueblos? El códice nos dice que al occidente de Zuina, en la tierra y casa de Nonohual, y que el país de donde vinieron fué Tulápan. Aquí se distingue perfectamente el país de donde vinieron del lugar en donde estaban. Vinieron de Tulápan, forma maya que se da al nombre de la región tolteca ó nahoa del Norte. El país en que estaban se encontraba al occidente de Zuina, en la región de Nonohual; no sabemos dónde estaba Zuina; pero sí conocemos la situación

de Nonohual, que era en la orilla izquierda del Usumacinta. Allí llegaron los emigrantes á los ochenta y un años de su salida. Se explican perfectamente esos largos períodos de viaje que observaremos en todas las peregrinaciones, porque aquellos pueblos emigraban en masa y por lo mismo tenían que caminar con lentitud. Preferimos la cronología de Brasseur porque completando los ahaús que faltan en el relato da un resultado perfecto, y porque los cuenta de á veinte años, lo que encontramos de acuerdo con el mismo relato, que á cuatro transcurridos y á un año del 5.°, 8.°, 6.°, 4.°, 2.° y un año del 13.°, asigna ochenta y un años. Entonces la salida y principio de la emigración fué en el año 401 y llegaron el 482. No vemos, sin embargo, que pasen entonces á Chacnovitán los Tutul-Xiu, sino otros emigrantes mandados por Holon-Chan-Tepeuh, cuyo nombre no es nahoa sino quiché puro. Y sin embargo, esto se explica; al llegar los emigrantes á la costa nonoalca empujaron á los quichés que allí había y éstos penetraron en la península maya, á la que ahora encontramos el nuevo nombre de Chacnovitán. De esta entrada de los chanes quedaron muchas huellas en la península, pues á pesar de los siglos transcurridos, Villa Gutierre da cuenta en su *Conquista del Peten*, de varias tribus que conservaban ese nombre. No abrazaba el Chacnovitán toda la región maya; Brasseur opina que comprendía el país que del reino de Acállan, Amoxtón, al sudeste de la laguna de Términos, iba hasta el país vecino de Bacalar, al sudeste de la península. Nosotros así lo creemos porque era la dirección lógica de la emigración y por ser aquellos terrenos montañosos, pues en el nombre de Chacnovitán vemos como componentes la palabra *vitz*, montañés, y *chac*, rayo. Noventa y nueve años después, es decir, el 581, llegaron á Chacnovitán los chichimeca al mando de su jefe Ahmekat-Tutul-Xiu.

Nos parece que se distinguen claramente las dos emigraciones que penetraron en los territorios quiché y maya, y comenzaremos á ocuparnos de la primera para seguir el orden cronológico, fijando aproximadamente por referencia á los datos citados, el fin del siglo v de nuestra era á la época en que mezcladas las civilizaciones nahoa y quiché produjeron los portentosos monumentos de Nachán, que acaso entonces tomó el nombre de Palemke que se ha confundido con el castellano Palenque. Nosotros traduciríamos Palemke por el lugar adonde van los niños á que los apadrinen, ó donde están los sacerdotes que hacen las ceremonias á los niños, ó con más extensión, la ciudad de los sacerdotes.

CAPÍTULO V

Organización social de la teocracia. — Introducción de las ideas nahoas en la región quiché. — Calendario. — Nombres de la veintena. — Signos iniciales. — Noticias que de ellos se dan. — La teogonía. — Tepeu. — Gucumatz. — Las máscaras sagradas. — El dios creador. — Tohil. — La duodeidad. — Creación del hombre. — Fábula de la generación de Hunhunahpú Xpiyacoc y Xmucane. — Etimología de sus nombres. — Su relación con Cipactli y Oxomoco. — El língam. — La cruz — El ácatl. — Explicación de la pintura relativa del códice Borgiano. — La lápida solar de Cuauhtitlán. — Pintura del ritual Vaticano. — Confusión del ácatl con el língam. — Esculturas de la casa de las Monjas en Uxmal. — La cruz. — Priapo. — El árbol de la vida. — Mayahuil. — El Tonacaquáhuitl. — Confusión del árbol con el óllin. — Pinturas del códice de Viena. — La cruz como dios de las lluvias. — Diversas clases de cruces. — Suplicio en forma de cruz. — La cruz de Cozumel. — La del Palemke. — El templo de la cruz. — El altar. — Los dos relieves exteriores. — Los tableros de la cruz — Explicación del relieve. — Las cariátides. — El subterráneo. — Misterios. — La voz de los dioses. — Profecías.

Era Palemke la ciudad sagrada, la metrópoli de la región quiché, residencia de su rey sacerdote y cabeza de la teocracia, como lo era Izamal en la península maya, y como lo eran Quitemaquí ó Kitemaki y Chulul en el país de los vixtoti, aunque ahí sólo ésta se tenía por capital. El carácter propio de la teocracia producía una organización social de especie determinada que vamos á fijar, porque sirvió de norma en lo sucesivo, y ella basta á explicar la grandeza y decadencia súbitas que tenían los imperios más poderosos. Un rey sacerdote no puede gobernar una gran región; la organización que tuvo el dominio temporal del papado bien nos lo demuestra. No basta que Zamná disponga de las diez mil lanzas de pedernal de Hunpictok, ni que Votan tenga á sus órdenes á Chay-Abah, el jefe de los guerreros de armas de obsidiana; por la naturaleza misma de la teocracia, reconcentra ésta su fuerza, su poder y su dominio en la ciudad sagrada. En ella levanta los más prodigiosos monumentos, en ella acumula las mayores riquezas, de predilección provee á su defensa y lo mismo la llena de templos que de murallas. Los demás pueblos adonde extiende su dominio sólo le sirven de tributarios; le son útiles en cuanto aumentan la riqueza y la pompa de la ciudad sagrada y en tanto que la dan brazos para defenderla de invasiones extrañas. Pero el gobierno propio de aquellos pueblos no le importa, y de aquí el que se constituyeran varios cacicazgos y aun reinos independientes en su gobierno interior, como hoy decimos, pero sujetos á la metrópoli, para contribuir con sus hombres y sus tributos. A lo más si el rey sacerdote nombraba á los señores de esos pueblos ó en su elección intervenía ó les ponía, para asegurarlos, guarnición de sus guerreros.

Así, pues, en la ciudad sagrada es donde encontraremos reconcentrada la nueva civilización. Desde luego se conoce la introducción de las ideas nahoas en el calendario y en las tradiciones religiosas del *Popol-Vuh;* después las hallaremos claras en los monumentos.

Primeramente nos encontramos con el período ó mes de veinte días. Éstos son los siguientes, según el señor Núñez de la Vega, obispo de Chiapas:

1.—*Mox.*
2.—*Igh.*
3.—*Votan.*
4.—*Ghanan.*
5.—*Abagh.*
6.—*Fox.*
7.—*Moxic.*
8.—*Lambat.*
9.—*Molo* ó *Mulu.*
10.—*Elab.*
11.—*Batz.*
12.—*Enob.*
13.—*Been.*
14.—*Hix.*
15.—*Tziquin.*
16.—*Chabin.*
17.—*Chic.*
18.—*Chinax.*
19.—*Cabogh.*
20.—*Aghual.*

Procediendo por analogía y considerando que ya en el tiempo de la Conquista los días de este calendario debieron tener el mismo orden que los del mexica, resultará que los cuatro signos iniciales son: *Lambat, Been, Chinax* y *Votan.*

Boturini y Veytia ponen á *Votan* por primero de los signos iniciales, y éste comienza por él la lista

de los días. En los diversos autores están escritos los cuatro signos con letras mayores como para expresar que son los principales y cronográficos. Nosotros creemos que al introducirse el calendario nahoa entre los quichés pusieron éstos por primer día inicial y principio del año á su dios *Votan*. Era lógico; pero no quedó representando al astro sol sino á la estrella de la tarde, y de aquí fué el que en la nueva teogonía se dieran á *Votan* muchos de los atributos de *Quetzalcoatl*, particularidad que ya habían notado algunos escritores.

El sol es *chin*, y *chinax* su símbolo ritual, como es *kin* en maya. *Lambat* representará entonces á la luna, pero ese nombre no lo significa; tiene más bien relación con la lluvia, con el *Tlaloc* quiché; es algo como el *Zamná* maya, con cuyo nombre tiene semejanza, y por eso se refiere al astro de la noche; *Been* queda para la tierra. Es notable que este nombre *(bin)* signifique en tzapoteco lazo, cuerda, mecate, lo mismo que *mécatl* ó *meca*, nombre de la raza invasora.

De estos cuatro signos, dice el obispo Núñez que en héroes los convierte, que *Votan* es el tercer gentil que está puesto en el calendario y en el cuadernillo histórico escrito en idioma de indios, que ahí se van nombrando todos los parajes y pueblos en que estuvo y que todavía en sus tiempos había en Teopixca generación de Votanes; de *Been* cuenta que dejó escrito su nombre en la piedra parada que está en el pueblo de Comitán; de *Chinax*, que fué gran guerrero, y lo pintan con bandera y dicen que murió quemado; y de *Lambat* sólo cuenta que también hacían memoria de él.

Que al sol *Chinax* lo tuviesen por un gran guerrero y lo adornasen con banderas, es idea común á varios pueblos antiguos, y por hundirse el astro en las nubes de púrpura del ocaso, finge la fábula que murió quemado, lo mismo con el dios quiché que con el Heracles griego. De *Been* se agrega que viajó por todo el país, dejando señales diferentes en los puntos principales por donde pasaba. Estas señales son las piedras en figura de lengua ó lanza, de dos y media á tres varas de altura, como la del campo de Kixté. Los indígenas las tributan adoración y las adornan con plantas y flores olorosas. Creemos que esas piedras eran símbolo del poder creador y fecundador de la tierra.

Mas debemos advertir que encontramos á *Chinax*, *Votan*, *Lambat* y *Been*, como signos iniciales del calendario chapaneco; de manera que es probable que estuvieran ya corrompidos, lo mismo que los nombres de los otros días, y que no sean exactamente los primitivos quichés. De todos modos resulta que los emigrantes introdujeron el calendario nahoa en la teocracia de los Votan.

Las reformas hechas en la teogonía se perciben desde luego, con la introducción de los dos dioses *Tepeu* y *Gucumatz* y de los dos progenitores del género humano *Xpiyacoc* y *Xmucane*. *Tepeu* es el sol en su manifestación de gran poder creador: viene á ser el *Tonacatecuhtli* quiché. En lenguaje vulgar significa señor, jefe ó rey. Pero aquí tiene un sentido figurado, pues Ximénez dice en sus *Escolios de Popol Vuh*, que también como á Dios se le dan muchos epítetos de grande, de sabio y otras cosas; le dan el nombre de Tepeu, que significa buboso, pues en su gentilidad era grandeza de los señores el serlo, como señal de poder viril y de haber tenido muchas mujeres. Ya veremos que de la misma manera al sol de Teotihuacán le llaman *Nanahnátzin*, que también traducen por buboso.

En cuanto á *Gucumatz*, su nombre se forma de *gug*, pluma, y de *cumatz*, culebra: así es que significa *culebra con plumas*, lo mismo que *Quetzalcoatl*, y es la deidad quiché que representa á la estrella de la tarde. Varias veces tomaron su nombre los señores quichés, ya por deber, cuando eran sacerdotes de esa deidad, ó ya porque, persistentes en su antigua zoolatría, usaban frecuentemente nombres de animales y aun pretendían que en ellos podían transformarse. Así se cuenta de Gucumatz Cotuha, quinto rey de los quichés, que se convertía ó en águila ó en tigre ó en serpiente. Sin duda por eso los quichés, en sus danzas y ceremonias sagradas, se ponían espantosas máscaras que representaban cabezas de águila, de tigre ó de otros animales. Se llamaban *goh*, como en maya *koh*, y en el códice Troano se distinguen claramente á varias personas con esas máscaras.

La voz *gug* se aplicaba especialmente á las largas plumas verdes del quetzal, que también fueron de mucha estima entre los quichés, pues las ponían como rico adorno en sus trajes é ídolos, siendo para ellos de gran gusto y de no menos precio y llegaron á constituir un tributo que daban los jefes menores ó caciques á los reyes ó señores principales. Tenemos, pues, que *Gucumatz* lo mismo puede traducirse *Quetzalcoatl* que *culebra preciosa*, como interpretan algunos escritores.

Debemos examinar la idea que de sus dioses se formaban los quichés. A más del nombre de *Tepeu*, de que ya hablamos, le decían *Tzacol-bitol*, que significa el que hace ó fabrica algo, y *Alomga-holom*, el que tiene hijos; todo para expresar su poder creador. Llamábanle también *Cac* ó fuego, que les había sido dado por mano de *Tohil:* así es que éste en realidad era el *Xiuhtletl*, y todos eran el sol en sus diversas atribuciones nahoas, introducidas por los emigrantes yaquis y ameca.

Y sin embargo de que era el dios creador, conservando su zoolatría, dejaron la creación del hombre á las deidades animales; pero los nahoas introdujeron la idea de la dualidad ó *duodeidad*, como dice con bastante fortuna el P. Ximénez: y así *Vuch*, la zorra, y *Vhú*, el lobo, fueron los padres de la humanidad. El *señor poderoso Hunhunahpú* concibió en *Xquic*, sangre, hija de *Cuchumaquic*, sangre junta, á *Hunahpú;* y éste fué

dos, *Hunahpú-Vuch* y *Hunahpú-Vhú*, que ya vimos que fueron los padres de los hombres.

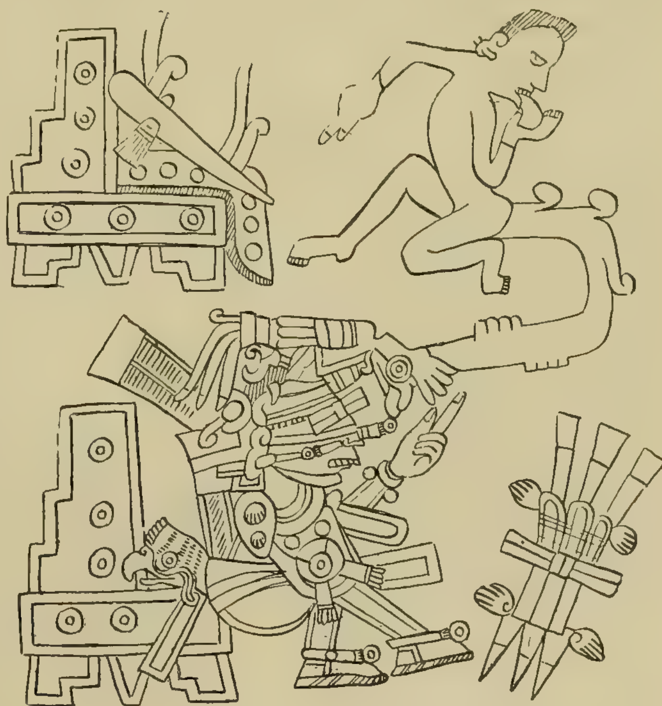
Otra dualidad que aparece como los padres y ascendientes de los hombres, es la de los viejos *Xpiyacoc* y *Xmucane*. El *Popol Vuh* los llama dos veces abuelo y dos veces abuela, con lo que se quiere dar á entender que son los progenitores de los hombres. Sus nombres vienen de *iyom*, *antepasada*, y *mamam*, *antepasado*. Fueron, pues, entre los quichés los representantes de los poderes paternal y maternal de la vida orgánica; en el *Popol Vuh* se les llama abuelos del sol y de la luna, y se les invoca para la creación de la humanidad y para la germinación de las semillas. El viejo *Xpiyacoc* es el maestro de la adivinación, para lo cual se servía de los *tzite* ó frijoles sagrados; y *Xmucane* preveía los días buenos y las estaciones favorables: ambos eran grandes mágicos, y se les consultaba sobre los buenos ó malos agüeros, si nacía un niño ó había de celebrarse un matrimonio.

Buscando la importante etimología de estos nombres, Ximénez dice que *Xmucane* viene de *muk*, entierro ó fosa. El señor Brinton refiere que *mucaan significa cosa que está encubierta ó enterrada*, siendo buenos ambos sentidos por la costumbre que tenían los pueblos del Sur de hacer sus enterramientos en túmulos, cubriendo con tierra los cadáveres. Pues si á esa palabra se le agrega el prefijo femenino *x* y la terminal eufónica *e*, resulta *X-mucaan-e*. Y sin embargo, el mismo que da esta etimología no la acepta, y prefiere la siguiente: *x*, prefijo de mujer, y *mucanel*, fortaleza, poder: la fortaleza de la mujer. En cuanto á *Xpiyacoc* lo deriva de *xipbil*, el falos, y de *ococ*, el acto de la generación.

Sea de ello lo que fuere, tomando en consideración todos los atributos de estos dos personajes, creemos que son simplemente el *Cipactli* y la *Oxomoco* nahoas, cuyos nombres se corrompieron ó reformaron, como era natural, al pasar á otro idioma. De todos modos, vemos que en la civilización del Sur juega gran papel el poder generador, y que era importantísimo el culto del falos. Por lo demás, la etimología de *Xmucane*, que expresa *la que entierra*, viene bien con una de las representaciones nahoas de la tierra, con *Coatlicue*, que ha encallecido sus manos de tomar cadáveres que ocultar en su seno, y como la tierra tiene dos cualidades, la de destructora y la de creadora, le viene igualmente bien la otra etimología que da *la fortaleza* ó *poder generador de la mujer*, que corresponde á la *Chimalma* nahoa; pero notemos desde ahora que en la civilización del Norte el símbolo del poder creador era la mano, y en la del Sur el *língam* ó falos.

Vamos á emitir una teoría audaz, pero que hemos pensado mucho tiempo, y que en nuestros monumentos vemos confirmada. Mientras más estudiamos más creemos que allá en los remotísimos tiempos en que comienza la historia del hombre, una raza anterior á la arya y al descubrimiento del hierro, se desprendió del Ásia, atravesó el África dejando la simiente de la civilización egipcia, y llegó hasta nuestro territorio. Esa raza, nómbrese dravidiana ó semítica ó como se quiera, tenía un dios anterior á los aryas, que se llamaba *In-dra*, según afirma Duncker. Era el poder generador que más tarde se representó con la cruz del *l-in-gam* ✝. Fué el sol por su mismo poder. Fué en el Perú *In-ta*, en nuestra región del sol *K-in* ó *Ch-in;* siempre la raíz *in*. Estas ideas vinieron completándose con la introducción de la teogonía nahoa, en que el sol era el creador, el fundador, el alimentador, el *Tonacatecuhtli*, el señor de nuestra carne. El *língam* fué el sol, y adornado con hojas, fué la caña, el *ácatl*, y el árbol cruciforme: la primera representó los rayos fecundantes del sol y el segundo la vida que en sus movimientos aparentes da á la tierra, formando las estaciones que producen las cosechas. Fué la cruz del *nahui-óllin*, comprendiendo siempre los cuatro signos iniciales y extendiendo su significación á todo lo que se extendía la de éstos. Así significaba los cuatro puntos cardinales, las cuatro estaciones, los cuatro días principales, los cuatro años, todos los demás períodos cronológicos que á los signos se referían y el sol mismo como causa de la vida.

Expliquemos primero la caña, *ácatl*, que creemos



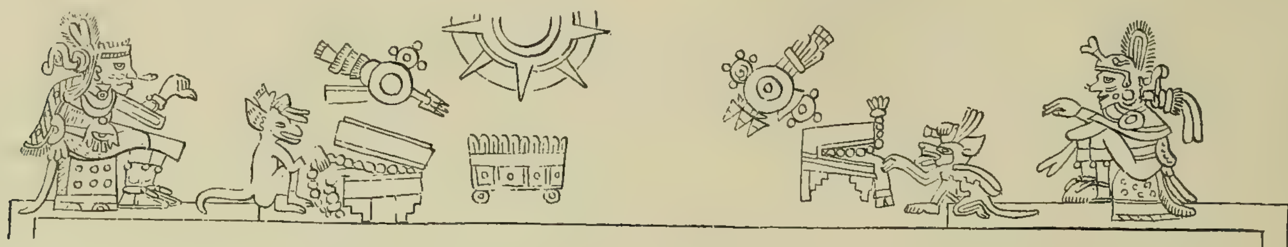
Cuadro *ácatl* del códice Borgiano

que era el *ch-in-ax* quiché. Sobre su significación tenemos una interesante pintura en el códice Borgiano. Por ser punto de tal importancia debemos tratarlo con mayor cuidado aunque nos extendamos.

Fábrega, el intérprete del códice Borgiano, explica la pintura diciendo que la figura que está sentada hacia

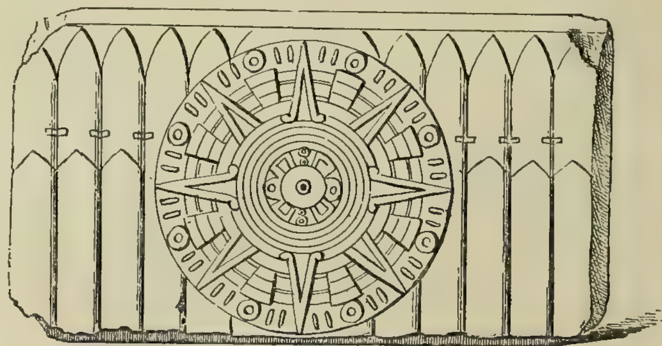
la izquierda debe ser el *Tlancxquimilli* de que habla Boturini, traduciéndolo *cara de oscuridad* ó *ceguera*. Agrega que *quimilli* es lo envuelto y *tlaneztia* hacerse claro. Y explica que la figura es de cara amarilla; rayada horizontalmente de negro la frente, nariz y barba; que tiene los ojos vendados, y que una águila, símbolo de *Itlacalhuiughi* ó dañador, reposa sobre su cabeza en acto de sugerirle alguna cosa, y que sobre la figura está otra roja volviendo atrás el rostro, que lleva en la siniestra un *cuitlatl* ó excremento, y con la mano derecha señala el trono que abandona ó deja disiparse en humo y llamas, no obstante el castigo que se le indica por una hacha que lo amenaza de arriba por satisfacer sus más viles placeres, mal aconsejado por aquel espíritu envidioso y maligno. En esta interpretación del jesuita Fábrega, que sigue al dominicano Ríos, se observa claramente lo que ya hemos notado, el empeño de referir los jeroglíficos á las ideas y tradiciones cristianas, cuando no á los sucesos bíblicos. Y sin embargo, hay tanta sublimidad en lo que significa esa pintura, que habría valido la pena de que hubiese profundizado su sentido un escritor tan docto como el comentador del códice Borgiano.

Comencemos por explicar la significación del símbolo *ácatl*, uno de los iniciales y el primero entre ellos. Ya hemos dicho que de los puntos cardinales representa el oriente, como estación el verano y como elemento el agua, expresando también la primera época ó edad del agua, *Atonatiuh*. Todas estas significaciones tienen completa conexión con el sol: representa el *ácatl* el oriente, porque por ese punto nace el sol; expresa el verano, época de los calores, porque el sol es el astro que da calor á la tierra y cuya influencia se siente más en esa estación, y es signo del elemento agua y del *Atonatiuh* porque el dios del fuego reside en el agua.


Ritual Vaticano.—Creación de los cuatro astros

Ahora vemos que el simbolismo astronómico del *ácatl* es el sol y debemos explicarlo. *Acatl* significa caña; pero no precisamente la del maíz, como dice Fábrega: es la caña que se da en nuestros lagos, y á los cañaverales les llamaban *acatla*. Esto nos podía dar la siguiente explicación: como el sol reside en el agua, según la teogonía nahoa, era buen símbolo para representarlo la caña de los lagos, el *ácatl*. Tenemos, no obstante, que buscarle nueva interpretación, porque en la pintura que nos ocupa, dicho *ácatl* está representado por tres flechas. Pero la explicación no nos parece difícil: las flechas son los rayos del sol. En el lenguaje vulgar de todos los pueblos se dice que los rayos del sol hieren y traspasan. En el ritual Vaticano, en la pintura de la creación de los cuatro astros, el sol está representado por el haz de flechas, y puntas de flecha son en la piedra del sol los rayos del astro.

Tenemos además un monumento que comprueba esta idea. Es una piedra que se encontró debajo del altar mayor de la parroquia de Cuauhtitlán. Está labrada solamente por una de sus caras y mide sesenta y ocho centímetros de largo por treinta y cuatro de ancho. No debe sorprender que tal lápida jeroglífica se hubiese encontrado debajo de un altar cristiano, pues para ello pudo haber dos razones. Ya por utilizar los materiales, ya para hacer gala del triunfo del cristianismo, empleáronse en los primeros tiempos las piedras de la idolatría indiana en los cimientos y en la construcción de los templos. Así se han encontrado por base de las columnas de la primera catedral de México las culebras del *coapantli* del templo de *Huitzilopochtli*. La otra razón que hubo para la existencia de los ídolos dentro de las iglesias cristianas, fué que los indios, no convertidos todos por su gusto á la fe del conquistador y temerosos de seguir á las claras su culto antiguo, enterraban sus piedras idolátricas debajo de los altares; y así, fingiendo adorar á la nueva deidad, seguían orando ante los dioses de sus padres. Y de esto nos da razón extensa Motolinía. El mismo cronista cuenta que después de la destrucción de monumentos, que se hizo en


Piedra de Cuauhtitlán

Texcuco el primer día del año 1525, se dió también batalla al demonio en México y Cuauhtitlán. Es seguro que desde entonces se ocultó debajo del altar mayor de la iglesia de este pueblo la piedra de que tratamos, la cual representa al sol, el primero y principal de los dioses nahoas como creador y sustentador de la vida. Ocupa, en efecto, el centro de la lápida un *Tonatiuh*, apareciendo sobre un fondo de flechas, que unidas llenan toda la cara del monumento. Son doce y están perfectamente trabajadas, y se distinguen con claridad las cañas y las puntas conque terminan, iguales en forma á las comunes de obsidiana. Se diría que para representar con más magnificencia al sol, el escultor había querido ponerlo sobre un cielo de sus rayos ó *ácatl*. Podemos, pues, decir que así como el *cipactli* es la primera luz que bajó del astro rey á alumbrar la tierra, el *ácatl* es la representación de la lluvia de rayos de fuego conque el sol da calor y vida á nuestro mundo.



Océlotl



Cuauhtli



Cozcacuauhtli

Códice Bodleiano

Podemos traer en apoyo de que el *ácatl* es la expresión de los rayos solares, algunas figuras del códice Bodleiano, tanto más adecuado cuanto que es una pintura tzapoteca, y por lo mismo expresa la fusión de las dos teogonías. Recordemos que los cuatro primeros días son *ácatl, océlotl, cuauhtli* y *cozcacuauhtli;* pues para significar que estrella, luna y tierra reciben los rayos vivificantes del sol, pero que al mismo tiempo muere su luz ante el resplandor de este magnífico astro, nos muestra el códice las figuras del *océlotl, cuauhtli* y *cozcacuauhtli* atravesados por la



Códice Bodleiano.—El sol y la estrella de la mañana

flecha *ácatl*. Así en el códice Borgiano, para dar á entender que á la salida del sol muere la luz de la estrella de la mañana, está la culebra *Quetzalcoatl* herida por una flecha, *ácatl*. Y la misma idea se representa en el códice Bodleiano, en donde vemos al sol dividiendo con su lanza á la culebra.

Ya con estas ideas examinemos el cuadro jeroglífico del códice Borgiano de que nos venimos ocupando. Aparece como primera figura en la parte superior el dios bermejo: se alimenta de *cuítlatl*, y de su vientre sale una corriente también de *cuítlatl*, que cae sobre la figura inferior. Ya hemos explicado en nuestro último estudio sobre la piedra del Sol, que en los *Anales del Museo* estamos publicando, que esa deidad roja es el *Ixcozauhqui*, el dios del fuego, el dios rubio, y que esa corriente de inmundicia no es más que luz de oro; pues en nahoa á este metal se le llamaba excremento del dios ó del sol, *teocuítlatl*.

La figura que está debajo y recibe la corriente de luz, no está bien aplicada por Fábrega. Si la observamos de pronto desprendiéndonos de sus accesorios, contemplamos á un hombre con el cuerpo, brazos, piernas y piés negros, que levanta la mano en actitud de crear el *ácatl;* con la cara cubierta con la sagrada máscara amarilla rayada de negro, y la cabeza adornada con el *tlalpollini* de plumas verdes. Pues bien, llámanos la atención y mucho, que dios tan conocido y tan bien descrito por el mismo Fábrega en otro lugar, aquí se le presente extraño, y confundiéndose con las confusiones de Boturini, vea bultos cenicientos y no dé con la explicación de lo que él mismo tan perfectamente ha explicado. La figura representa á *Xiuhtecuhtlitletl*, el dios del fuego. Es la misma deidad rodeada de los veinte signos de los días, de que ya hemos hablado, solamente que aquí está sentada en *teoicpalli* rojo, y tiene otros adornos que merecen explicación especial.

Mas aquí nos encontramos con una nueva dificultad; el dios rojo es el del fuego y el que está debajo de él resulta ser también *Xiuhtletl*. Lo primero que ocurre es que alguno de ellos no lo sea; y sin embargo, por sus diferentes atributos ambos son el mismo dios. No podríamos explicarlo si no conociésemos la dualidad de los dioses nahoas. Por lo tanto no debe causarnos admiración si ahora nos encontramos conque el dios del fuego es un dios dos. El mismo Fábrega nos da la solución, pues al tratar de esta figura en otro lugar la considera como *carácter nocturno*. Así, de la misma manera que el dios alimentador es de día *Tonacatecuhtli* y de noche *Mictlantecuhtli*, y que el tiempo como día es *Cipactli* y como noche *Oxomoco*, tenemos al dios del fuego, al elemento creador con dos caracteres; como símbolo diurno es el *Ixcozauhqui*, el sol de rayos de oro, y además lo hallamos ahora como signo nocturno. Intentemos comprenderlo y explicarlo según los atributos que tiene en el cuadro jeroglífico de que vamos tratando.

Si examinamos la figura del *Xiuhtletl* como carácter nocturno veremos que representa el cielo de la noche. Negro es el dios como en esas horas negro el firmamento; de su cuello penden como adornos la media luna y la estrella *Quetzalcoatl;* el canuto que le atraviesa la nariz termina en dos estrellas, y en estrellas terminan también las correas de sus *cactli;* tiene hacia atrás el *cuauhtli*, símbolo de la luna, y sobre la frente el *cozcacuauhtli*, que lo es de la tierra, y en su cabeza se ve la espina roja, signo representativo de la estrella señora de la noche, *Yacahuiztli*. Debemos, pues, decir que el dios del fuego como carácter nocturno da vida á los astros de la noche; y por eso vemos á la figura roja vertiendo su corriente de luz sobre la figura negra adornada de astros. Pero de la noche brotan al



Ritual Vaticano—Acatl

fin los rayos del sol y amanece el día, y por eso el *Xiuhtletl* nocturno crea á su vez el *ácatl*, mientras que la deidad superior señala como que van desapareciendo, una piel de *Océlotl*, que es la estrella de la mañana, y una hacha con humo que corresponde á la luna. Así, pues, el cuadro representa la creación de los rayos del astro, la creación del mismo sol. El día *ácatl* era el primero del año entre los nahoas y en el calendario primitivo, y fué natural que se dedicase al nacimiento del astro rey.

Confirma lo dicho, y de una manera más expresiva, el cuadro correspondiente del ritual Vaticano. En la parte superior se ve al dios rojo del fuego, á la vieja deidad, al creador; de él bajan dos corrientes de luz, la una amarilla, que enciende al sol, rey del día, y la otra azul, que da luz á los astros de la noche, á la pálida luna. Ambas corrientes llegan á la figura negra que tiene debajo el haz de *ácatl;* pero del dios negro, de la oscura noche, sale la lengua roja del sol.

Si nos fuese permitido hacer una paráfrasis de esta pintura la interpretaríamos de la siguiente manera: *En el principio el universo era un caos negro; pero el dios creador, el fuego, alumbró los astros, y de la negra noche brotó por primera vez el sol de rayos de oro, el* ÁCATL. Ya ahora comprenderemos el nombre dado por Fábrega á la deidad misteriosa: *Tlanexquimilli,* voz compuesta del verbo *tlanextía,* que significa resplandecer, lucir ó relumbrar, y del nombre *quimilli,* envoltorio, compuesto que expresa lo envuelto que luce, el negro caos que al fin resplandece.

Réstanos ver cómo el *ácatl* se confundió con el *língam* en la civilización del Sur, y para esto nos bastan unos ídolos mayas ó esculturas que están á la espalda del ala tercera de la casa de las monjas en Uxmal, pues tienen el fálos de la misma forma que la figura convencional del *ácatl;* pero en el mismo Palemke ó Nachán tenemos una prueba concluyente en el famoso relieve de la cruz, pues dentro de éste se ve esculpida la flecha símbolo del *ácatl.*

Nos encontramos al fin con esa cruz que tanto ha dado en que pensar á nuestros anticuarios y que ha sido motivo de escritos contradictorios. No entraremos nosotros en discusiones inútiles á nuestro intento. La cruz en sus diversas manifestaciones, y en la especial del *língam,* que tiene la misma forma de la latina, no es más que la hierática representación de la virtud fecundante de los rayos solares. Parece que la nueva cruz del Palemke se ha encontrado últimamente á propósito para enseñarnos cómo del priapo ó fálos puede



Figuras cruciformes

formarse la cruz. Distinta y claramente se percibe la figura del priapo, cuya forma hace comprender el significado del dios quiché *Tohil,* que quiere decir derechura, y que es el autor del fuego *cac,* es decir, el generador de la vida. El priapo, como se ve en el relieve, por causa de su virtud fecundante produce ramas y se convierte en el árbol de la vida, árbol cruciforme que representa la priapea.

Sin necesidad de recurrir á citas de las teogonías orientales, en nuestros mismos jeroglíficos encontraremos bien expresada esa idea. Tenemos en el códice Vaticano y en la pintura 39.ª una representación cruciforme muy expresiva: es, según el padre Ríos, la diosa *Mayahuil,* que tenía cuatrocientas cabezas y que fué convertida en maguey, porque era esta planta muy productiva y elemento de vida para nuestros antiguos pueblos. Dos cosas queremos notar: que la figura coronada por una flor conserva la forma del priapo, y que su nombre tiene la raíz *maya* como recuerdo de que la deidad tuvo su origen en la región del Sur. Podemos citar figuras semejantes en las pinturas 41.ª y 65.ª del ritual Vaticano; la primera es la misma diosa *Mayahuil,* de cuya cabeza sale el árbol-cruz, y en la segunda éste brota del dios rojo del fuego, que está sobre el signo *cipactli,* manifestando en todo la estrecha relación que hay entre la cruz y el sol.

Mucho ha llamado la atención y mucho se ha discurrido sobre los árboles cruciformes del códice de Viena, por la particularidad de que de su raíz destilan sangre. Desde luego el que está en la pintura 37.ª es el árbol de la vida por el que circula la sangre, y que manifiesta también esa vitalidad con las flechas *ácatl* ó rayos de sol que en ella se ven y con el dios creador *Xiuhtletl* que ostenta en su parte superior. Es un símbolo-pleonasmo, digámoslo así, de la vida, de la generación, de la producción y del alimento; lo que explica por qué los tolteca llamaban á la cruz, según Ixtlilxóchitl, *Tonacaquáhuitl,* que quiere decir *árbol del sustento ó de la vida.*

La otra pintura, que es la 50.ª del códice, tiene mucha mayor importancia; es también el árbol cruciforme, pero sus raíces son la sangre que sube por su

tronco á vivificarlo; bajo este aspecto es el *língam* el *Tonacaquáhuitl;* por eso á un lado se ve el signo *ácatl*, caña. Mas al opuesto está el *nahui-óllin,* y entonces nos encontramos conque á la significación generadora de la cruz quiché se une la nahoa de los cuatro movimientos anuales del sol, de manera que el árbol de la vida viene á ser también un signo cronológico. Otros detalles de la pintura lo confirman. Bajan sobre el árbol dos deidades en actitud de adoración, pues ambas llevan ramas en la mano izquierda y braseros con incienso ó copal en la derecha: la primera es el *Tonacatecuhtli,* como se ve por el *cipactli* de su tocado; la segunda es el *Tonatiuh* en su carácter de año, como se comprende por el *óllin* que lo adorna. Ambas completan con la figura principal la forma de la cruz ó *língam.* Se observan, además, en la parte inferior y á los lados del árbol lo mismo que en la otra pintura de que antes nos ocupamos, dos círculos con ciertos adornos como cuernos, que se dirían globos alados, pero tales adornos no son más que una reducción gráfica del símbolo de la



Arboles cruciformes del códice de Viena

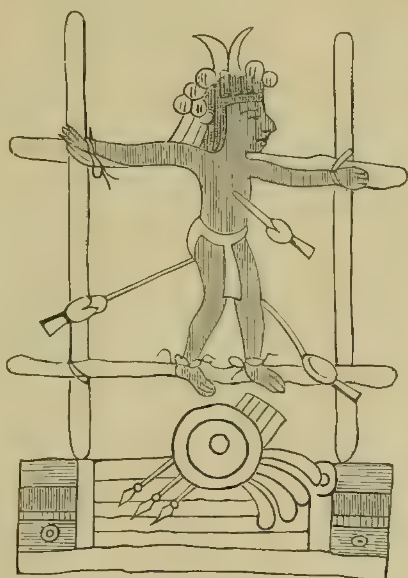
luz ó del *cipactli*, y agregados á los círculos significan astros. Estos dos astros iguales son la estrella de la tarde y la de la mañana, que son una misma, y confirman el carácter cronológico del árbol cruciforme. Sobre los globos hay un signo cronológico de que hasta ahora no habíamos hablado; es un rayo de sol que atraviesa un círculo que era la manera jeroglífica con que los tzapoteca expresaban la palabra *año.*

Pero al convertirse el árbol de la vida en el *óllin*, ó más bien al confundirse con él, adquirió todas sus significaciones, representó entre otras las cuatro estaciones, y como la sucesión ordenada de éstas trae las aguas y es agente importantísimo de la producción de los campos, quedó también la cruz de dios de las lluvias y fué llamada por los tolteca *Quiahuitlteotlchicahualizteotl*, según Ixtlilxóchitl, lo que significa *dios de las lluvias y de la salud.*

Esto bastaría para explicar la existencia de las cruces de diversa clase que se hallan entre nuestras antigüedades, tales como las cruces de aspas, signos de *nahui-óllin* ó curso del sol; las de brazos iguales, que son símbolo de los períodos cronológicos de la estrella *Quetzalcoatl* y la de forma latina, que es el *língam,* muestra del poder fecundante del sol y cifra de los grandes períodos cronológicos. Agreguemos el suplicio en que al hombre se le ponía en forma de cruz, y advirtamos que no tenían ésta por suplicio sino que la víctima era la que con los brazos tendidos producía

la figura. Esto se ve claramente en el barro relativo de Nachán, y además en la pintura de un suplicio que usaron los tlaxcaltelca, que consistía en flechar á la víctima; á ésta la ataban de manera que tuviese los brazos tendidos, pero el instrumento del suplicio no era una cruz sino un cuadro formado de maderos.

Y sin embargo de esto, muchos escritores se han empeñado y se empeñan todavía sin necesidad, en referir esas cruces, ó al apóstol santo Tomás ó á un obispo islandés ó irlandés, con quien confunden á *Quetzalcoatl*, para sostener que se predicó á los indios el Evangelio desde antes de la Conquista, y ya citan al efecto la de Huatulco, ya la de Tepic ó la de Cozumel. Nos ocuparemos solamente de ésta. Basta ver su dibujo para conocer que no es ni pudo ser cruz de los indios; pero á mayor abundamiento lo confirma un libro que es tan

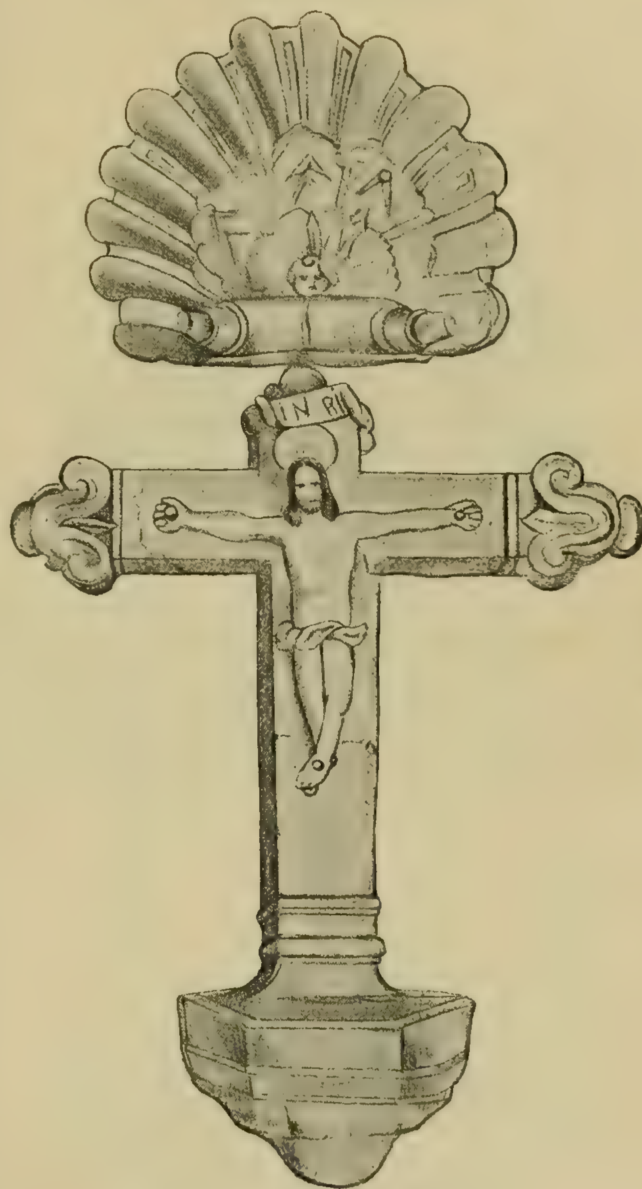


Suplicio tlaxcalteca

raro como importante, el *Informe contra Idolorum cultores del Obispado de Ivcatán*, escrito por el deán de la catedral de esa ciudad, el doctor don Pedro Sánchez de Aguilar, publicado en Madrid en 1639, y del cual es ya casi imposible el encontrar un ejemplar. Cuenta el canónigo, hablando de Jerónimo de Aguilar, que fué el que halló Cortés en la isla de Cozumel, *en donde puso una cruz* y la mandó adorar cuando pasó á México con su armada. Y añade que la quitó el gobernador don Diego Fernández de Velazco, el año 1604. Advierte el deán que de esa cruz tomó motivo un sacerdote de ídolos llamado Chilán Cambal, para hacer una poesía en su lengua, refiriéndose á la venida de los conquistadores, y que como el adelantado Montejo, que conquistó la península, tardó más de diez años en volver á ella, pensaron los españoles que los indios habían hecho la cruz en la antigüedad, y tuvieron por profecía la poesía de Chilán Cambal.

El relato del deán no sólo es útil para nuestro intento, sino que nos revela un hecho muy importante y que hay que considerar siempre que nos ocupemos de las tradiciones; y es, que en los primeros días de la Conquista mezclaron los indios á sus recuerdos mucho de lo que recibieron de los españoles; así es que se hace preciso depurar cuanto se escribió en aquellos primeros tiempos. Esta idea nuestra es también del señor García Icazbalceta.

Lleguemos, en fin, á la famosísima cruz de



Cruz de Cozumel

Palemke. Por las consideraciones expuestas se comprende que no corresponde á la primitiva ciudad de Nachán, sino á la civilización mixta producida por las innovaciones de los emigrantes, época en que creemos que la metrópoli sagrada mudó su antiguo nombre por el de Palemke. No tendría objeto entrar en minuciosas investigaciones sobre las ruinas, pero sí es necesario que nos formemos idea del templo en que estaba la cruz. Frente al palacio, y como á ciento cuarenta metros de él, y en el otro lado del pequeño río Otolum que atraviesa la ciudad muerta, se levanta el templo de la

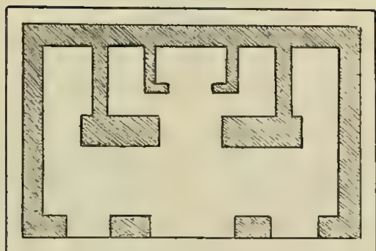
Cruz sobre una pirámide de gradas construída de mampostería, de ciento treinta y cuatro piés de altura en el sentido de la pendiente. El templo tiene en su base cincuenta piés por treinta y uno, según las medidas de



Templo de la Cruz

Stephens. El frente se compone de cuatro pilastras de que parte el techo en declive. Éste estaba adornado todo con relieves de estuco, plantas y flores ya casi arruinadas: entre ellas estaban los fragmentos de una hermosa cabeza y dos cuerpos que se acercaban á los





Plano y perfil del templo de la Cruz

modelos griegos en la exactitud de sus proporciones. En la cima del techo hay una plataforma angosta que sostiene otra construcción extraña de dos pisos. La plataforma no tiene más que dos piés y diez pulgadas de ancho; el primer piso es de siete piés y cinco pulgadas de altura, y el segundo de ocho piés cinco pulgadas, siendo ambos del mismo ancho. El ascenso del uno al otro se hace por medio de canes y la cubierta del piso superior es de losas transversales salientes. Los lados mayores de esta estrecha construcción son de calados de estuco, que forman dibujos caprichosos de figuras humanas con los brazos y las piernas abiertas; conociéndose que todo estuvo en otro tiempo cubierto de ricos y elegantes ornamentos en relieve. En una noche de luna y á cierta distancia debe haber parecido esa construcción algo como una fantástica celosía. Cree Stephens que servía de observatorio, y dice que desde la galería alta y á través de los huecos de los árboles que á su rededor crecen, vió á lo lejos la laguna de Términos y el Golfo de México. En el dibujo de Waldeck, vista lateral, parece que los pisos superiores son más anchos que la medida que da Stephens y conservan la forma piramidal. A más, las paredes de los lados del cuerpo principal tienen dos ventanas en figura de T. Aunque generalmente desconfiamos de Waldeck, nos parece más racional la forma de su dibujo que la descripción de Stephens.

Las cuatro pilastras del frente del templo estaban también adornadas de estuco: las dos de los extremos tienen jeroglíficos; de las de en medio una está destruída y la otra tiene una figura en bajo-relieve, pero completamente deteriorada. El interior del edificio está dividido en dos galerías que corren longitudinalmente. A la primera dan las tres entradas del frente que miran al sur; la segunda es interior y está dividida en tres piezas, la de en medio, que ocupa la mitad de todo el espacio de esa galería, es un departamento rectangular con una entrada amplia frente á la principal del edificio. Rodeaba la pieza una gran moldura de estuco, y encima de la puerta había rica ornamentación, ya hoy muy maltratada. A cada lado de la puerta había un tablero esculpido de mármol, caliza ó carbonato de cal, los cuales han sido extraídos.

Estos tableros son notabilísimos y han sido reproducidos muy bien y con diferencias insignificantes por Dupaix, Waldeck y Stephens. Este último los atribuye al templo del Sol, en lo que ha sido contradicho por el profesor Rau del Instituto Smithsoniano. Que vinieran bien en el altar del Sol, no lo negamos, y que pudiera haber habido en él otros iguales, posible es y aun lo creemos; pero la verdad es que Dupaix los refiere al templo de la Cruz y que en su exploración todavía los vió en él. Hoy existen en una casa del pueblo de Santo Domingo de Palenque, el más inmediato á las ruinas.

Los tableros tienen cada uno una figura de pié, y en el lugar en que estaban se daban la cara. La primera estaba á la izquierda del espectador. Las líneas del rostro están bien marcadas y el tipo es el conocido palencano. El tocado es curioso y complicado:

forma una especie de mitra con plumas hermosas y tiene el símbolo del *cipactli* sobre la frente de la deidad, lo que nos da á conocer que ésta es bellísima figura del sol, y no, como quiere el profesor Holden, del dios mexica *Huitzilopochtli*, pues todavía no se inventaba éste cuando se construyeron los templos de Palemke. Lleva estrellas por orejeras, riquísimo adorno sobre el pecho y las espaldas y gargantilla de cuentas con un medallón en que está esculpido el sol; hermosos brazaletes y *maxtli* con adornos referentes á la cronología; calzón, sandalias y polainas; á la espalda tiene la culebra con plumas, el *Quetzalcoatl*, el *Gucumatz*, y debajo de éste una figura semejante al otro relieve; levanta la mano izquierda en actitud de adoración y en la derecha tiene una ofrenda. En la parte superior se ve una escuadra de jeroglíficos y más arriba otros cuatro signos en línea. La segunda figura no es menos curiosa é interesante. Tiene el perfil conocido, pero con el rostro cubierto con la máscara sagrada, lo que le da cierto aspecto de ferocidad. El tocado es una mitra formada de hojas con un pájaro con dientes. Esta ave

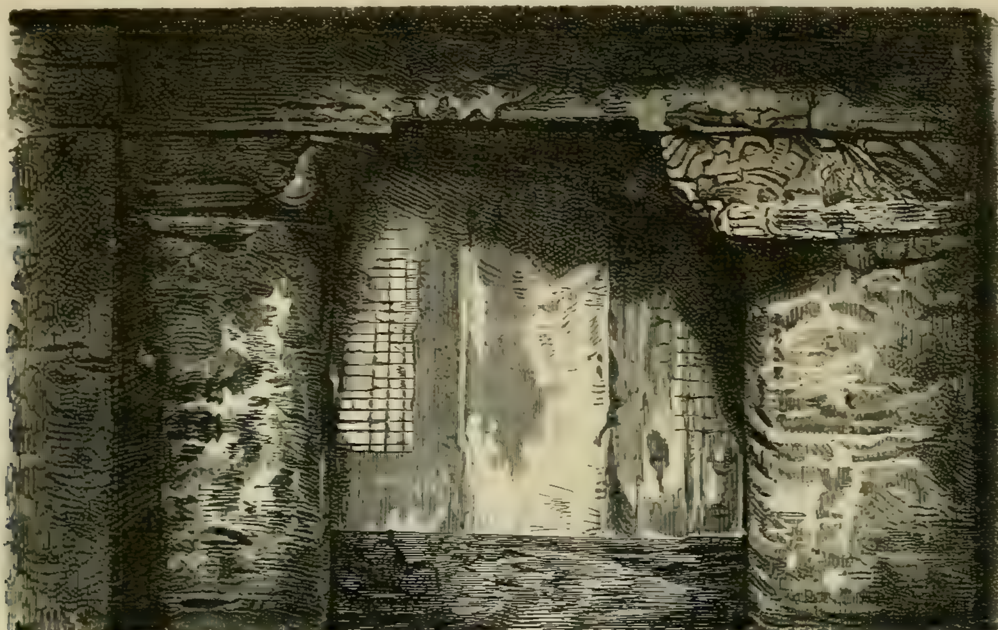

Primer bajo-relieve de la puerta del altar

extraña es símbolo de *Quetzalcoatl;* de manera que podemos decir desde luego que la deidad es *Gucumatz* ó *Votan*. Stephens nos habla de una tortuga, que á la verdad no vemos, sobre todo comparando la figura con el dibujo de Dupaix. Tiene el dios por orejera el símbolo de la estrella de la tarde. Su cuerpo parece desnudo: sólo cubre su espalda con una piel de *océlotl*, y lleva vuelos de pluma en las muñecas y tobillos y el indispensable *ex* ó *maxtli* á la cintura. Por entre las piernas y subiendo por ambos lados hasta la mitad de su cuerpo, se ve una culebra de cascabel adornada en su cuello y cola con plumas, lo que confirma que la figura es *Gucumatz* y no *Tlaloc*, como quiere el profesor Holden. Empuña con ambas manos un canuto que sopla y del cual sale el símbolo del viento, pues *Quetzalcoatl* era el dios del aire. Solamente tiene cuatro jeroglíficos en la parte superior, y nos confirman en la clasificación de la deidad, pues entre ellos hemos reconocido al tigre, *océlotl*, y á la muerte, *miquiztli*, días que pertenecen á la estrella de la tarde, como extensamente explicamos en nuestro último estudio sobre la piedra del Sol.


Segundo bajo-relieve de la puerta del altar

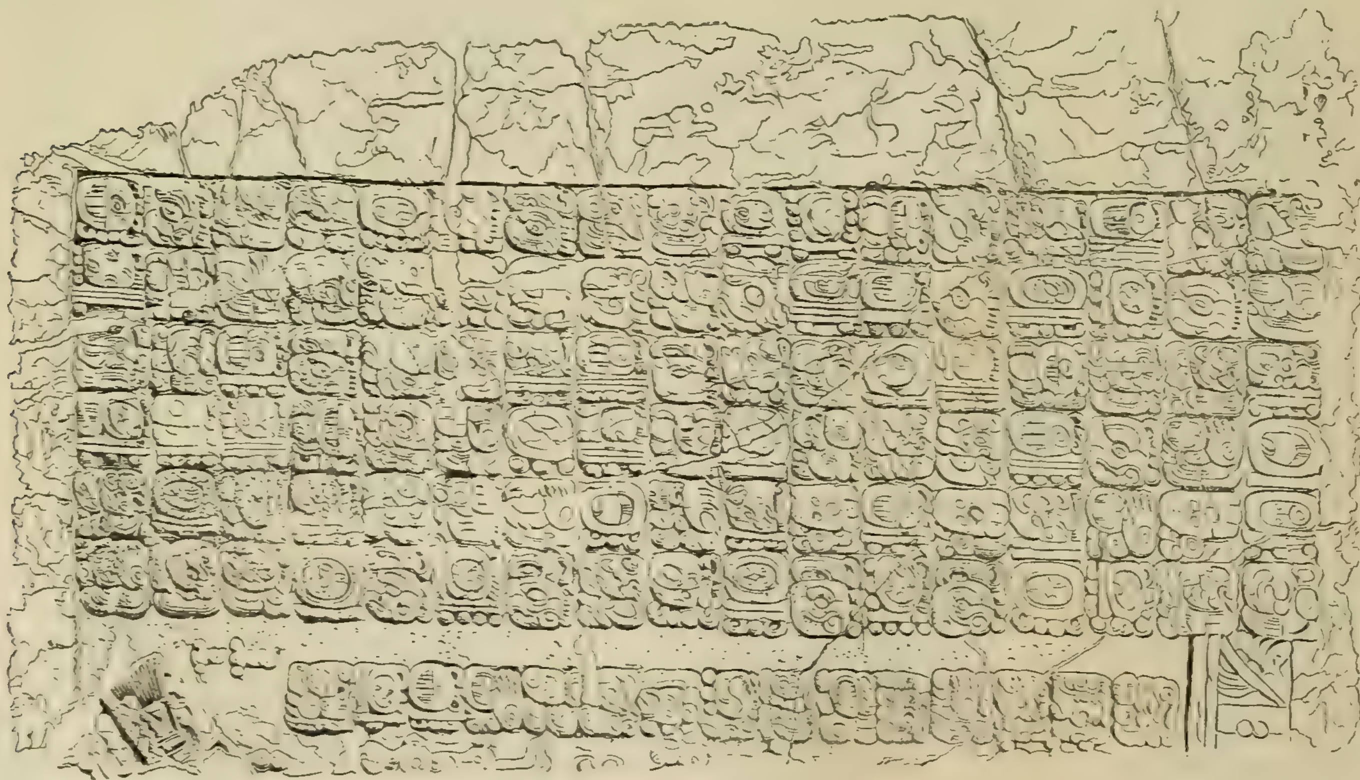
Pero hoy esos relieves ya no están en su lugar ni la cruz que ocupaba el fondo del altar; del rico ornato apenas quedan insignificantes fragmentos, y esa pieza, vacía y apenas alumbrada por la débil luz que le llega de la entrada principal del edificio, abre todavía su ancha puerta como desmesurada boca muda que nada responde á la insaciable curiosidad de la ciencia.

La pieza del santuario tenía un techo plano y en



Estado actual del altar de la Cruz

el fondo estaba el altar: mide trece piés de largo por siete de fondo. En éste, y cubriéndolo casi enteramente, estaban los tres tableros de la Cruz. Charnay, describiendo el altar, dice que es una especie de arca cubierta que tiene por ornamento un pequeño friso con molduras; que en los dos extremos del friso están desplegadas dos



Tercer tablero de la Cruz, que está en Washington

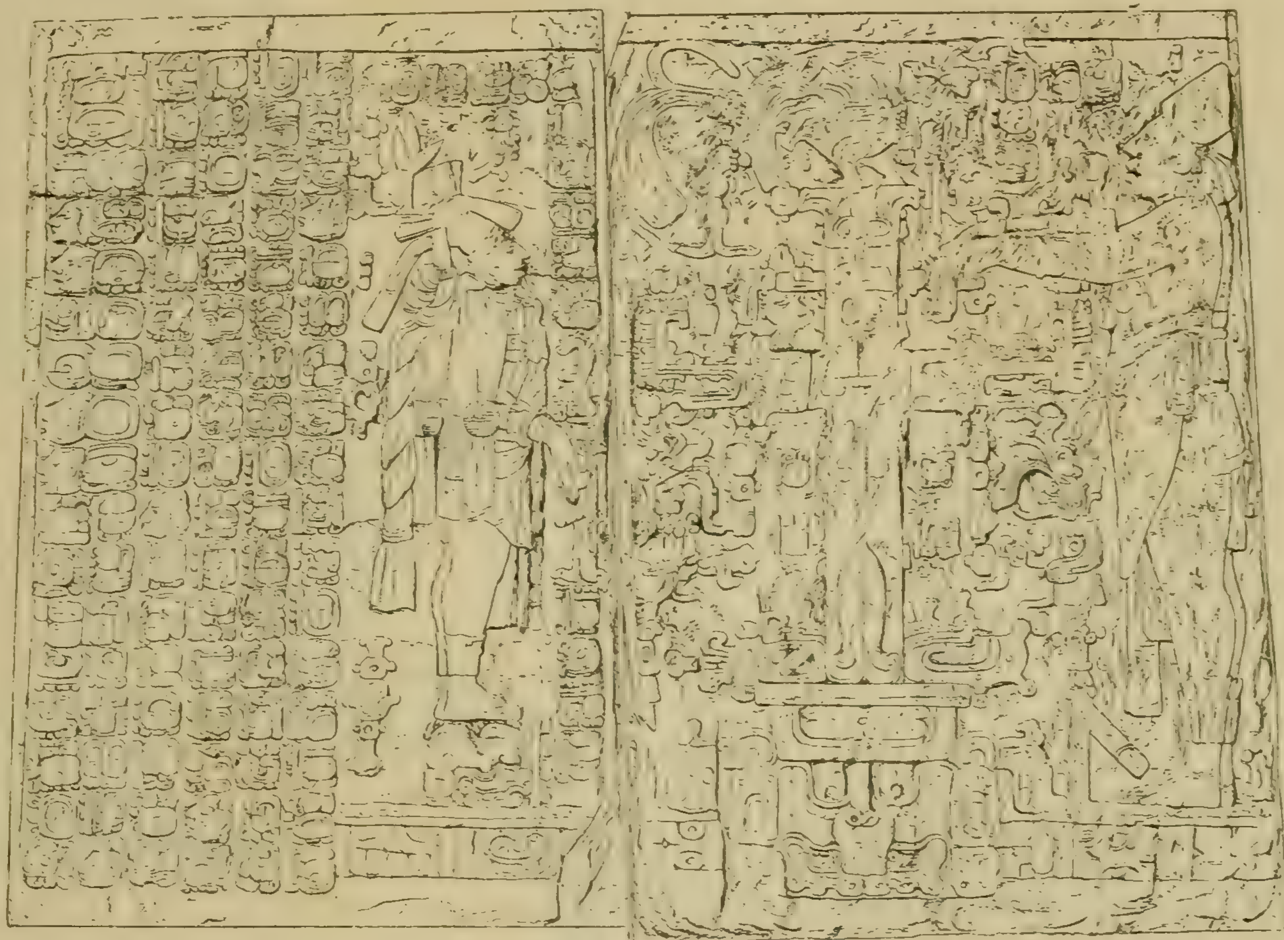
alas hacia arriba, que recuerdan un ornamento que se ve con frecuencia en los monumentos egipcios, y que á cada lado de la entrada hay adornos sobrepuestos y algunas veces tallados, representando diferentes personajes. Hoy todo esto está muy deteriorado; pero veremos después esas curiosas alas en el templo del Sol.

Pasemos ya á ocuparnos de los tableros de la Cruz. Éstos eran tres unidos entre sí y formando un todo

completo. El de la derecha del espectador fué transportado á Washington, y existe en el Instituto Smithsoniano, donde nos lo enseñó el sabio profesor Henry en diciembre de 1873, y desde entonces le dijimos que era en nuestro concepto uno de los tres de la Cruz, que faltaba en Palemke; estudios posteriores publicados por el Instituto en 1882 lo confirman plenamente. Este tablero comprende una serie de jeroglíficos y la parte posterior de la mitra y adornos de la figura que está á la izquierda de la cruz. Es una losa del mismo mármol ó caliza que hemos mencionado.

La piedra del centro, que es la que contiene la cruz, tampoco está en su lugar. Fué removida y llevada hacia abajo á un lado de la construcción, y está ahora á orillas del río que corre entre las ruinas. Charnay sacó de ella una fotografía bastante confusa, pues la han deslavado y cubierto de musgo los arroyuelos que forman las lluvias, pero se ha grabado con bastante exactitud. La piedra de la derecha se conserva en su lugar y comprende una de las figuras y otra serie de jeroglíficos. Últimamente Charnay sacó una buena fotografía de los dos tableros que existen en Palemke, para lo cual suponemos que las unió.

Stephens da á las losas seis piés cuatro pulgadas de alto, y esta es exactamente la altura del tablero del Instituto, que tiene, sin embargo, arriba y abajo de la parte esculpida y á su derecha algunas partes lisas; rebordes que cubría sin duda el estuco que sujetaba los relieves á la pared. En el Instituto han clasificado esta losa de arenisca dura: los fragmentos que tenemos en el Museo han sido considerados como de caliza. La losa tiene tres pulgadas y cuarto de grueso, es de grano fino y de color gris amarillento.


Los dos bajo-relieves del templo de la Cruz, que están en Palemke

Consideremos reconstruído todo el relieve con sus tres losas unidas, y expliquémoslo según las ideas que ya hemos emitido, dando de mano las muchas opiniones extrañas que sobre la materia se han publicado.

No puede ponerse en duda que cada uno de los adornos, signos ó símbolos que hay en este complicadísimo relieve, tiene un significado especial, lo mismo que los diversos jeroglíficos calculciformes, de los que unos pocos están en el centro y la mayor parte en seis hileras de arriba abajo por ambos lados, los cuales deben ser la leyenda del monumento. Pero ya que hasta hoy ha sido imposible su inteligencia, contentémonos con investigar qué son las figuras principales y algunos de los accesorios más notables.

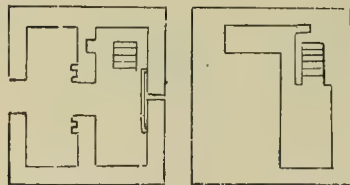
Si comparamos los dos hombres que están á los lados de la cruz con los dos relieves exteriores de que ya hemos hablado, veremos que son iguales y están en la misma disposición. El de la izquierda del espectador es el sol con su gran mitra, y así como el otro tenía

atrás la *culebra con plumas,* éste lleva por adornos de sus colgajos los dos círculos con cruces de brazos iguales, que expresan los dos primeros períodos cronológicos de *Quetzalcoatl;* como aquél, éste presenta también una ofrenda en la mano, y tiene dos signos astronómicos detrás, uno con una U á la espalda, que tomamos por el *olline-meztli,* y otro abajo, que nos es muy conocido, y representa el *xiuhtlalpilli* ó gran período del sol. La figura de la derecha es también semejante al exterior, aunque no tiene la máscara sagrada ni la piel de *océlotl,* y en lugar de soplar como el otro, éste ofrece un niño ante la cruz. Ambas figuras abren los labios para expresar que hablan ú oran á la deidad principal. Ésta es la cruz, perfectamente confundida aquí con *ácatl,* que en forma de flecha atraviesa toda su longitud formando otra cruz más delgada. A la derecha del pié de la cruz se ve la aspa del *nahui-ollin.* El pájaro que está encima es el quetzal ó estrella de la mañana, y la figura extraña que está debajo es una calavera que claramente se distingue y que recuerda las de Copán; es *miquiztli,* la estrella de la tarde. Excusamos por inoportuno el explicar aquí estos símbolos, y nos referimos á lo que extensamente hemos dicho en nuestro estudio sobre la piedra del Sol. Los cuatro jeroglíficos que hay, dos á cada lado de la cruz, son los cuatro signos iniciales y cronográficos. Como la cronología nahoa reposaba en los movimientos del sol y de la estrella de la tarde, estos dos astros se combinan en sus diversas representaciones y en sus diferentes períodos en el relieve, resultando así la cruz como signo figurativo del gran período cronológico, que creemos llegaba á ocho mil años, por la multiplicación de los veinte años del *tlalpilli* por veinte, que da cuatrocientos de un *tlalpilli* mayor, y tomando veinte de éstos ó sea cuatrocientos multiplicados por veinte, resulta el *tlalpilli* máximo de ocho mil años.

Tal es en nuestro concepto la explicación que, tras mucho tiempo de estudio, hemos creído encontrar á tan admirable monumento.

Todavía nos ocuparemos de otros detalles del templo de la Cruz. Recordemos que ya hemos hablado de una estatua de piedra de extraño y grandísimo tocado que se encontró en la vertiente de la pirámide. No hay duda de que con ese rarísimo tocado se quiso que toda la figura semejase una cruz, y por cierto que esto y su *maxtli,* de forma especialísima, dan buena idea del *lingam.* Pero lo que no habíamos dicho es que Waldeck encontró dos estatuas perfectamente iguales, de las que una estaba rota. Ambas servían de cariátides y sostenían en la parte austral del *homul* una plataforma que se extendía delante de la puerta central del templo. Las cariátides tenían la colosal altura de diez piés seis pulgadas, y como daban á la pirámide la espalda, ésta no estaba bien esculpida, por lo que antes indicamos la idea de Stephens de que la estatua pudiera haber estado puesta contra una pared.

Otra particularidad del templo de la Cruz y de mucha importancia, es que del cuarto de la izquierda desciende una escalera á un pasadizo subterráneo que termina exactamente debajo del altar. Dice Charnay que es probable que los sacerdotes, ocultos en esa bóveda, de la cual los fieles no tenían conocimiento, pronunciasen oráculos en alta voz, que los consultantes tomaban por la de sus dioses; pues desde los tiempos más remotos se han empleado los mismos medios. Algunos escritores lo han negado diciendo que el tal subterráneo no es más que la excavación que hizo Del Río. Pero nosotros hemos hablado á este propósito con Charnay, que ha hecho á Palemke un reciente y provechoso viaje y nos ha confirmado la existencia de ese pasadizo interior. No olvidemos que ya hemos tratado de construcciones semejantes en otras pirámides y en otros templos, desde la cámara de las tinieblas del *homul* primitivo de Aké hasta las salas labradas en la roca del cerro de Xochicalco, que como recordaremos tienen un conducto ó respiradero que parece coincidir con la abertura ó pozo observado en la construcción superior. Además, en el mismo Palemke, en el templo del Hermoso Relieve,



Plano del templo del Hermoso Relieve

hemos dicho que había un departamento en la pirámide debajo de la construcción superior.

El señor Orozco, al hablar de los subterráneos de Xochicalco, se figura ver en ellos los lugares tenebrosos en que celebraban los sacerdotes sus misterios. Y no habría razón para negarlo, pues en las viejas civilizaciones, especialmente en aquellas en que encontramos afinidades con la palemkana, se acostumbraron los ritos ocultos. Vemos en su origen dos ideas. La primera, que habiendo llegado los sacerdotes por el estudio y la contemplación á conocer los secretos de la cosmogonía y algunas verdades filosóficas, no creyeron oportuno en esos tiempos el comunicarlos á la multitud ignorante y preocupada y reserváronlos en sus santuarios donde tan sólo los enseñaban á los iniciados y á los electos. Daban á su comunicación gran pompa é importancia y sujetaban á los neófitos á pruebas que eran la significación de las mismas verdades que les revelaban. Bajo este aspecto fueron los misterios un gran elemento de progreso y el origen de la filosofía. Que existieron en nuestros antiguos pueblos lo creemos, porque de otra manera no se habrían conservado tan perfectamente las tradiciones cosmogónicas que hemos visto cuán acordes

están con las enseñanzas de la ciencia, y se habría perdido el sentido verdadero de las leyendas, que eran para el pueblo verdades históricas, y que por tales las han tomado nuestros historiadores. Pero los sacerdotes cuidaron de explicarlo todo en sus jeroglíficos, si bien no enseñaban su interpretación á la multitud, y la reservaban dentro de los muros de sus santuarios. La segunda idea que llevó el sacerdocio al establecer los misterios fué ligar á su religión todos los poderosos de la inteligencia ó de la fuerza. Acaso entonces nacieron las instituciones militares, tan semejantes á las órdenes de caballería de que hablaremos en su lugar oportuno, y este fué un gran elemento de su poder y su tiranía.

Pero no podemos dudar de que el mayor apoyo de la fuerza de su gobierno estaba en el fanatismo, lo mismo de las masas que de las clases privilegiadas. Hacer creer que su voz era la expresión de la voluntad divina, era conquistar la omnipotencia; y de ningún modo podían conseguirlo mejor que con la invención de los dioses que hablaban, cuyo secreto nos revelan los subterráneos de los templos. La idea de que sus ídolos tenían voz humana para expresar sus mandatos era general en aquellos pueblos. Los tzapoteca tenían en su territorio, inmediata á Tehutitlán, una montaña, cuya cima era muy respetable para toda la nación, por un gran peñasco que tiene asiento en esa eminencia como su remate, en el que se les presentaba su mayor deidad y hablaba á sus sacerdotes mandándoles sacrificios y previniéndoles leyes y ceremonias para su culto, y cuando los otros ídolos que se veneraban por aquellos pueblos y naciones no querían hablar los llevaban á ese peñasco para que dieran en él respuesta á lo que se les consultaba.

Pero la prueba más patente de estas supercherías se encontró en la laguna del Peten. Los dos dioses de las batallas, *Pakoc* y *Hexchunchán,* que los itzaes llevaban siempre á la guerra, les daban respuesta á sus consultas, y en los mitotes ó danzas solían hablarles y bailar con ellos. En la gran plaza de la ciudad de Tayza había un templo que cuidaba el sacerdote Tut, que era su principal profeta, y en él estaba un ídolo de forma horrorosa con quien consultaba ese sacerdote. El día anterior al en que entraron los españoles le había dicho el ídolo que se previniesen y tuvieran ánimo que él les ayudaría con tal de que le sacrificasen á los cautivos; pero habiendo llegado el día de la batalla y viendo el sacerdote que los suyos iban de vencida, increpaba al ídolo y le pegó con el arco y las flechas, y diciéndole muchos oprobios echó á huir con los demás de la isla. Y que creían de buena fe en todos estos embaucamientos lo prueba que don Martín Can, indio converso y amigo de los españoles, les contó que los ídolos hablaban, que él muchas veces les había hablado y le habían respondido. Todavía há pocos años los indios mayas de Chan Santa Cruz, que viven en Yucatán independientes, recibían respuestas de su deidad, y se averiguó que su gran sacerdote era un diestro ventrílocuo que hacía salir la voz de la misma cruz de piedra.

Ya se comprenderá ahora en qué consistían las revelaciones proféticas de los sacerdotes. De agoreros habían pasado á profetas, bien revelando lo porvenir que, según decían, les comunicaban sus dioses, ya formando cantares de son profético sobre sus hechos históricos más culminantes ó sobre sus leyendas religiosas. Ejemplificaremos esas predicciones citando la ya mencionada de Chilán-Canbal, que otras veces se llama Chilán-Balám. Era éste gran sacerdote de Tixcacayón Cabich, en Maní, y escribió su poesía profética después de la venida de los españoles, según hemos visto que lo afirma el deán Aguilar. Dice la profecía:

«En el fin de la decimatercia edad, estando en su pujanza Itzá y la ciudad nombrada Tancah, que está entre Yacmán y Tichaquillo, vendrá la señal de un Dios que está en las alturas, y la Cruz se manifestará ya al mundo, con la cual fué alumbrado el orbe. Habrá division entre las voluntades, cuando esta señal sea traida en tiempo venidero. Los hombres sacerdotes, antes de llegar una legua y aún un cuarto de legua no más, vereis la cruz, que se os aparecerá y os amenazará de Norte á Sur. Entonces cesará el culto de los dioses vanos. Ya nuestro Padre viene, itzaes. Ya viene nuestro hermano, tantunites. Recibid á vuestros huéspedes barbados del Oriente, que vienen á traer la Señal de Dios.»

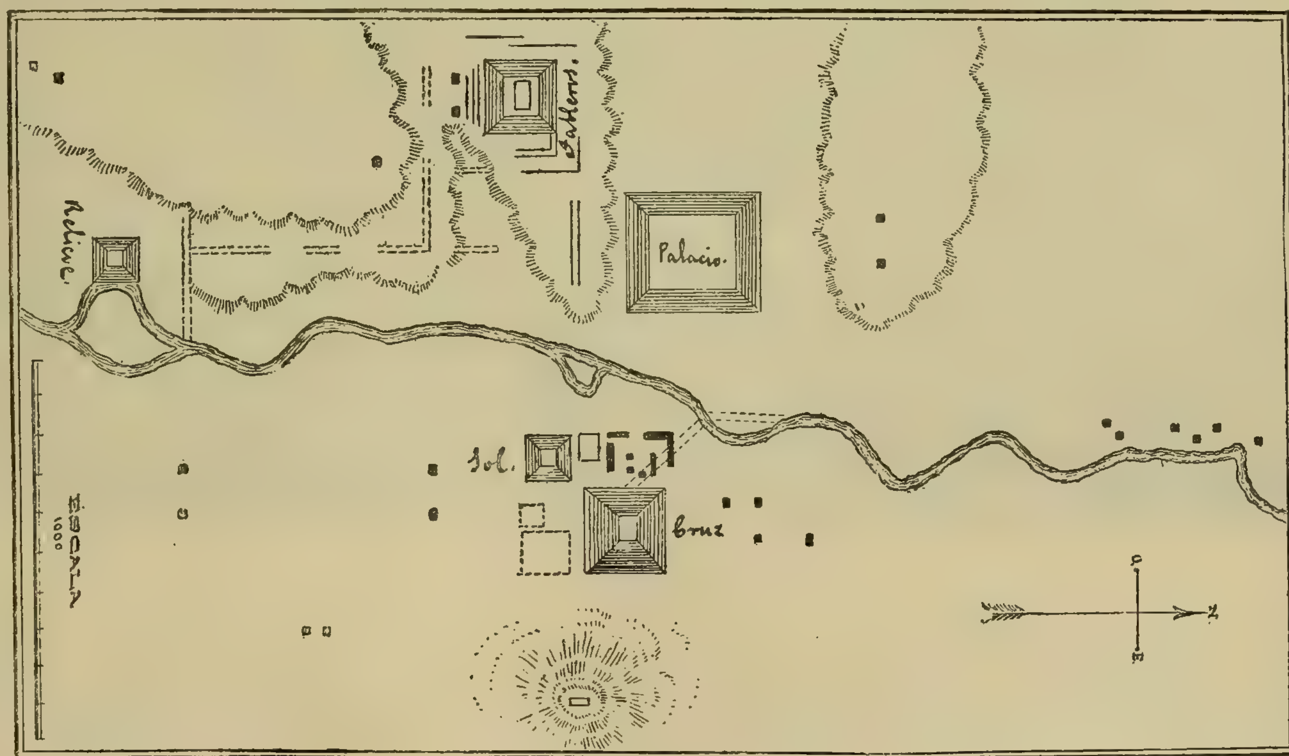
Así el sacerdocio, apoderado de las clases privilegiadas por los misterios, del vulgo por el culto y los oráculos, y del sentimiento nacional por sus relatos proféticos, era dueño absoluto de todas las almas y de todas las vidas, y al inclinarse el supremo Votan ante los tableros de la Cruz, inclinaba consigo ante ese signo misterioso de la generación y del tiempo á un gran pueblo, poderoso por la fuerza, por la riqueza y por la fe.

CAPÍTULO VI

Los cinco monumentos principales de Palemke. — Las inscripciones. — Objeto probable del edificio de los Tableros. — Descripción del templo del Hermoso Relieve. — El santuario del Sol. — Su disposición. — Forma de los corredores. — El altar. — El tablero del Sol. — El palacio. — La pirámide. — El plan del edificio. — Los corredores. — El techo. — Los estucos de los pilares. — Las galerías. — El patio principal. — Figuras colosales de piedra. — Escalera con jeroglíficos. — El segundo patio. — La fachada occidental y sus estucos. — La torre. — El santuario. — Relieve en piedra. — El subterráneo. — Sus objetos. — Los ritos misteriosos y los sacrificios. — Piedra de Tonila. — Cantos y danzas. — El culto privado. — Los sacrificios. — Carácter de la invasión meca. — Su recuerdo en el *Popol Vuh*. — Creación de las razas. — Recuerdo de los soles nahoas. — Referencias á los xicalanca y á los meca. — La leyenda astronómica. — El camino de los muertos. — Relato de fray Bartolomé de Las Casas. — Los cuchillos del sacrificio. — Época á que pertenece Palemke.

Sólo misterios nos presenta la vieja ciudad de Nachán, y únicamente nos muestra ya las ruinas, cada vez más deterioradas, de cinco ó seis monumentos esparcidos á las orillas del Otolúm, que después de haber formado á la mitad de su camino la laguna de Saquilá, entra por la boca de Chacamás en el Usumacinta, pues se conoce que los quichés no quisieron construir su ciudad sagrada á orillas de éste, por no exponerla á inundaciones, pero que procuraron gozar de todas las ventajas de comunicarse con él por uno de sus afluentes.

De tres monumentos nos hemos ocupado: el templo



Plano de Palemke

de los Tableros y el del Hermoso Relieve, que están á izquierda del río, y el de la Cruz que se levanta á la derecha. Agregaremos el del Sol, que está inmediato á éste, y el gran Palacio, del otro lado. Existen ruinas esparcidas de otros edificios que están casi desbaratados por completo ó enteramente sepultados en la maleza, y M. Charnay nos comunicó que sería importante hacer en ellos una exploración cuidadosa; pero hasta ahora no encontramos verdadero interés más que en los cinco citados.

Nada tenemos que agregar sobre el de la Cruz, que acabamos de describir, sino que está á unos cient

cincuenta metros al oriente del Palacio, aunque un poco más al sur. Respecto del templo de los Tableros ó de las Inscripciones, como le llama Charnay, añadiremos que éste logró reproducir por la fotografía sus jeroglíficos, en el último viaje que hizo á la ruinas, y que el tablero del fondo tiene diez metros cuadrados, según su medida, y de la copia fotográfica aparece que se forma de tres lajas ó piedras unidas. Este templo está al suroeste del Palacio y como á unos ochenta metros. Acaso archivo de los recuerdos históricos de aquel pueblo ó libro misterioso con páginas de piedra en que estaban escritas las leyes ó las creencias religiosas, en ese templo se sustituyen las inscripciones á las deidades, y por su inmediación al Palacio sospecharíamos que fué como areópago ó tribunal y pudiera ser el templo en que iba á consultarse el horóscopo de los niños, pues en los relieves exteriores de los pilares las figuras de los estucos, á más de estar las cuatro en dirección de la entrada central, lleva cada una su ofrenda y á un niño en los brazos. De la parte exterior quedan no más los pilares con los estucos destruídos, el todo oculto casi en la maleza.



Vista del estado actual del templo de los Tableros
(De fotografía directa)

Por lo que toca al templo del Hermoso Relieve, está al sur del Palacio como á unos cien metros y á la orilla del río que á su planta hace un recodo de dos pequeños brazos. El templo del Hermoso Relieve es el más arruinado de los cinco monumentos: está sobre una estructura piramidal de cien piés de altura y tiene veinte de frente por diez y ocho de fondo. La pared de la fachada se ha caído, dejando descubierto el corredor. Los corredores, ó más bien los dos departamentos de este templo, están cubiertos por bóvedas triangulares que forman techos en declive. Ya hemos dicho que la parte principal del Hermoso Relieve ha desaparecido.

Inmediata á la pirámide del templo de la Cruz hay al suroeste otra de base más pequeña, pero casi de igual altura: en ella se levanta el templo del Sol, uno de los edificios más bien conservados de Palemke, el más notable por su ornamentación y muy parecido á su vecino de la Cruz, sobre todo en los pilares estucados y en el techo. Mide treinta y ocho piés de frente por veintiocho de fondo y tiene tres puertas ó entradas. Los pilares extremos llevan por adorno medallones de estuco y los de en medio figuras parecidas á las ya mencionadas. También el techo es una superestructura semejante á las que ya hemos descrito, compuesta de

trozos de piedra con grandes ornatos de estuco, muchos de los cuales representan figuras humanas viendo por las aberturas que forma la misma construcción.

El plano del templo es casi igual al de la Cruz: tres puertas dan entrada á un corredor ó primera pieza larga, de nueve piés de ancho, con piso de piedra, que por dos puertas laterales conduce á dos pequeños cuartos y por la del centro al altar. Aquí hay la diferencia de que la pieza del altar comunica con la pequeña de su derecha y que el edificio tiene dos ventanas en forma de *tau* por cada lado.

Los corredores están cubiertos con bóvedas triangulares, lo que produce la inclinación exterior del techo; pero como una sola pared divide á los dos, ésta se abre en declive á ambos lados para formar las dos bóvedas; de modo que desde la altura en que ellas comienzan va engruesando hasta tener en la parte superior casi el mismo ancho de la planicie del techo. En estos corredores, como en los de los otros edificios, se encuentran hoyos que, según Stephens, sirvieron para afianzar las vigas de los andamios empleados en la construcción; pero no se comprende cómo se dejaron sin tapar y en



Estado actual del templo del Sol
(De fotografía directa)

todos los templos. Creemos que servían de ventilas á las cámaras subterráneas, y por esta razón debemos suponer que también las había en el templo del Sol. La particularidad de este templo, de tener ventanas en los tres lados en que no había puertas, nos la explicamos; pues sin duda quisieron los constructores que mientras el sol estuviese en el horizonte, cualquiera que fuese su posición, entraran sus rayos en el santuario que le estaba dedicado.

La puerta del altar está frente á la principal de la entrada. Su parte superior tiene ricos adornos de estuco, y entre ellos quedan en los extremos unos que nos parecen de plumas, y que otros juzgan semejantes á las alas de los globos egipcios. En los pilares había dos figuras en bajo-relieve iguales á las del altar de la Cruz. La cámara mide cuatro piés siete pulgadas de fondo por nueve piés de largo: no hay en ella pinturas ni adornos de estuco, pero en el fondo tiene un tablero de piedra, que lo cubre todo, de nueve piés de ancho por ocho de altura. El tablero se compone de tres lajas unidas: la escultura es perfecta, y se distinguen muy bien las figuras y caracteres. A ambos lados hay hileras de jeroglíficos. En el centro está la cara del sol, que bien lo muestra con la lengua de luz que sale de sus labios y con los rayos que la rodean. Dos estandartes que detrás de él se cruzan forman las

aspas y la figura del *nahui-óllin*. Debajo del rostro solar hay una ara con el símbolo del dios del fuego, con cuatro divisiones referentes á los años y demás períodos cronológicos y con nueve puntos que son signos también de la cronología. Sostienen el ara con una mano y la espalda dos figuras sentadas á la oriental que se apoyan



Restauración del templo del Sol. (Según Stephens)

en el suelo con la otra mano; ambas llevan máscaras sagradas y pieles de *océlotl* á la espalda. Representan al *Ometecuhtli*, como las dos caras que están en nuestra piedra del Sol y las dos figuras de la pintura respectiva del códice Bodleiano. Á los lados del sol están los mismos personajes del relieve de la Cruz, solamente que aquí los dos hacen ofrendas y ambos están sobre las espaldas de dos figuras extrañas. El ser el de la derecha del astro, aunque igual al que se ve en el relieve



Corredores del templo del Sol

de la Cruz, menor de tamaño que el de la izquierda, y el llevar el signo cruciforme de *Quetzalcoatl* y



Altar del templo del Sol. (Según Stephens)

tenerlo además en el jeroglífico que está frente á él, nos hace pensar que ese personaje bien puede ser representación de la estrella de la mañana, que aquí se pone acompañando á la de la tarde, y ambas al sol,



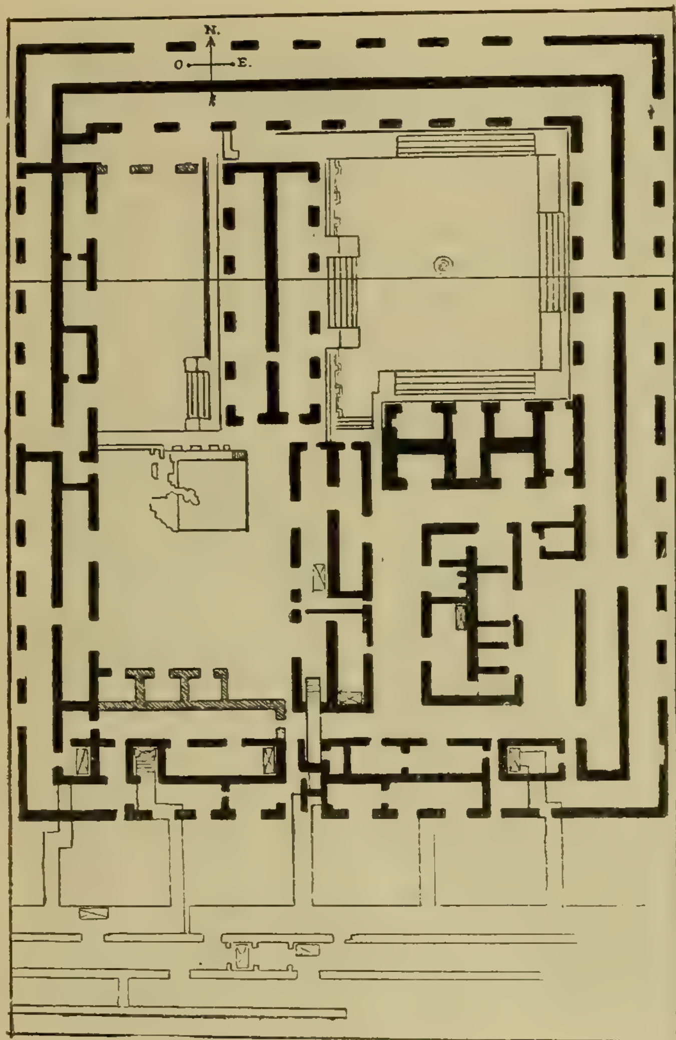
Tip. litª de Espasa y Cª

RECONSTRUCCIÓN DEL PALACIO DE PALEMKE

para significar toda la combinación cronológica de los nahoas.

Bastaría este solo relieve para conocer que la religión nahoa fué introducida en la región quiché y con ella el culto del sol.

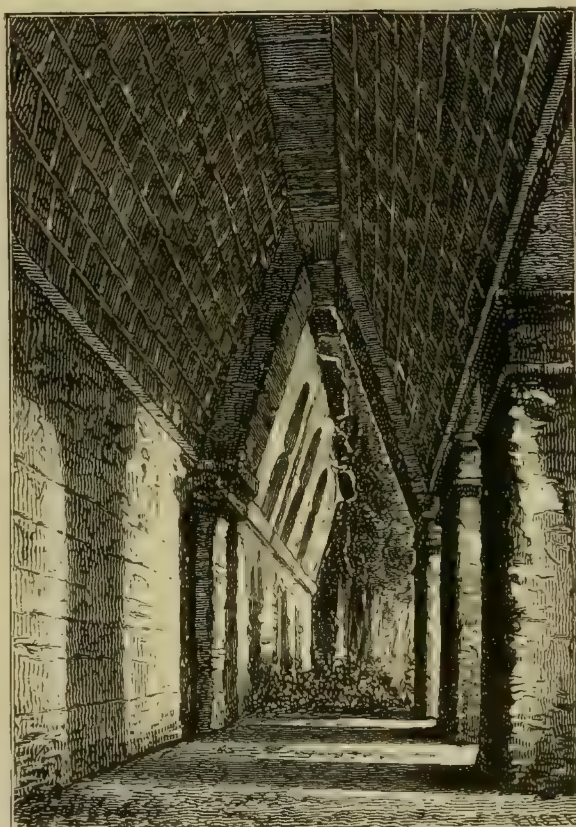
Pero si los cuatro monumentos de Palemke, de que ya nos hemos ocupado, son importantísimos, creemos que el principal y tal vez la más notable de todas las antigüedades americanas, es el Palacio, morada del rey-sacerdote, residencia del supremo Votan. Levántase en



Plano del palacio de Palemke

una pirámide de base cuadrangular de doscientos sesenta piés de ancho por trescientos diez de largo, y como cuarenta de altura: esta construcción era de gradas y hay además en ella señales de dos amplias escaleras al oriente y al norte. La oriental, que es la única cuya existencia está bien comprobada, conserva huellas de haber estado dividida en dos por un muro perpendicular. La pirámide es de tierra revestida de piedras cortadas á escuadra; pero los muros principales suben desde el fondo de ella formados de estas piedras.

Sobre la plataforma y dejando un espacio de dos varas por lado se eleva el Palacio en un perímetro de trescientas veinticuatro varas y treinta de altura: sus muros maestros, formados de piedra, cal, arena y yeso, tienen vara y media de grueso; las puertas de cuatro á cuatro y media varas de ancho y de cinco á cinco y media de altura. Sobre los muros se elevan bóvedas triangulares que forman techos inclinados por dentro y por fuera del edificio y corredores dobles como los que ya hemos descrito. Los arcos son arábigos ó de hoja de trébol, y la fachada, de la cual se ha caído gran parte, se componía de una serie de pilares anchos que formaba como unas cuarenta puertas; de modo que bien puede decirse que el edificio estaba rodeado de pórticos. Bancroft da á las entradas solamente nueve piés de ancho por ocho y medio de altura; así como señala por medidas del edificio ciento ochenta piés de ancho por



Interior de la galería del Palacio
(De fotografía)

doscientos veintiocho de largo y treinta de altura, las que preferimos á las de Dupaix, antes mencionadas, y se aproximan más á las de Stephens. Lo alto de las puertas era plano; pero los dinteles, que acaso eran de madera, han desaparecido. Del Río encontró uno formado con una sola piedra de cinco á seis piés puesta sobre dos pilares. El canónigo Ordóñez dice expresamente que eran de cedro y que donde se conservaban se sostenían bastante bien los edificios. La pared exterior estaba cubierta de estuco y pintada de vermellón, y todavía quedan señales de una cornisa volada que encima de las entradas ó puertas rodeaba el palacio: se observan en ella á intervalos agujeros, que algunos suponen servían para colocar maderos y en ellos toldos; pero creemos quê no tenían más objeto que ventilar mejor las habitaciones. Naturalmente, en el patio interior

patio interior la construcción presenta la misma forma que en el exterior: pilastras de que parte un techo inclinado. Lo han confirmado las fotografías que últimamente han podido sacarse.

La fachada principal daba al oriente, y es la peor conservada. De los pilares apenas quedarán unos quince en pié; y no hay duda de que todos estaban cubiertos con figuras de estuco en bajo-relieve. Dupaix y Waldeck nos han conservado los dibujos de algunas; pero por las fotografías que no há mucho se sacaron de las fachadas, se ve que han desaparecido y que sólo quedan algunas pilastras más ó menos maltratadas y trozos del techo en que crecen ya parásitas y arbustos. Los estucos tenían grupos de figuras humanas, siempre de perfil, en diferentes actitudes y con diversos vestidos, adornos é insignias, viéndose sobre cada tablero tres signos jeroglíficos, que sin duda les servían de leyenda. Aquí, más que en las otras figuras, llama la atención el exagerado ángulo facial y lo aplastado del cráneo en su parte posterior; pero recordemos



Fachada del palacio de Palemke

(De fotografía)

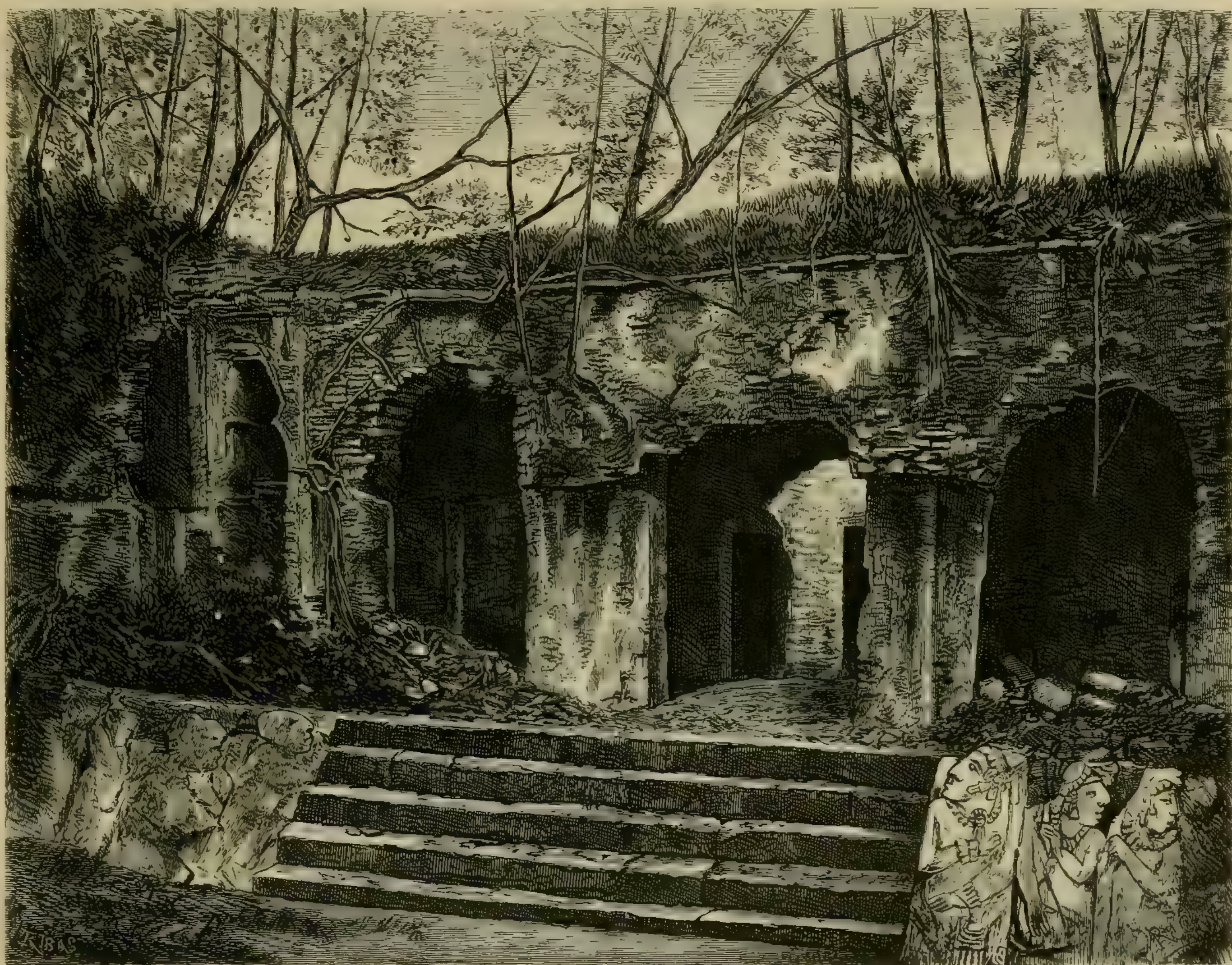
la costumbre maya, hábito de la raza, de comprimir contra una tabla la cabeza de los niños recién nacidos.

De los estucos, cuyos dibujos se sacaron, el más notable está dentro de un cuadro con ricos adornos, de los que se conserva una parte. El principal personaje está de pié en el centro. Tiene una hermosa mitra de plumas y en la mano izquierda lleva un cetro ó báculo con un rico penacho adornado con el símbolo del aire, lo que es bastante para que conozcamos á *Gucumatz*, cubierto con capelina el pecho y la cintura con una á manera de enagüilla de piel de *océlotl*. Dos personajes están á sus piés y como en adoración, sentados á la oriental. Stephens advierte que el estuco es de una admirable consistencia y duro como piedra, y que los tableros estuvieron pintados, pues en éste descubrió restos de rojo, azul, amarillo, negro y blanco.

La entrada del palacio está por el lado de oriente, pero no en el centro sino algo á la izquierda de la fachada y no se distingue por su tamaño ni por un adorno superior, sino por una hilera de escalones que llegan á ella. Las entradas no tienen puertas ni se encuentran restos de ellas; pero hay que suponer que eran de madera y desaparecieron como los umbrales, pues en el grueso de las paredes hay de cada lado tres agujeros de ocho á diez pulgadas cuadradas con una piedra

cilíndrica como de dos pulgadas de diámetro, en la cual debieron asegurarse aquéllas.

Penetremos en el interior. Hemos hablado ya de los dos corredores abovedados que rodean el edificio: el primero es todo corrido y forma un verdadero pórtico; lo separa del segundo una pared corrida con una puerta frente á la entrada principal y otra en el lado opuesto. Los corredores tienen nueve piés de ancho y su piso es de un cimiento tan duro, que Stephens lo compara al mejor de los baños y cisternas de Roma. Los muros son de unos diez piés de altura, estucados y adornados en las entradas con medallones, de los que apenas quedan los bordes. En la pared de separación hay aberturas para la ventilación como de una tercia, unas en forma de cruz griega y otras de *tau* egipcio. Según el manuscrito de Ordóñez, en línea recta de la clave de cada una de las bóvedas que cubren el edificio y en los umbrales de sus galerías, se conservaban todavía en su tiempo varias argollas para colgar lámparas que alumbrasen los departamentos. El corredor



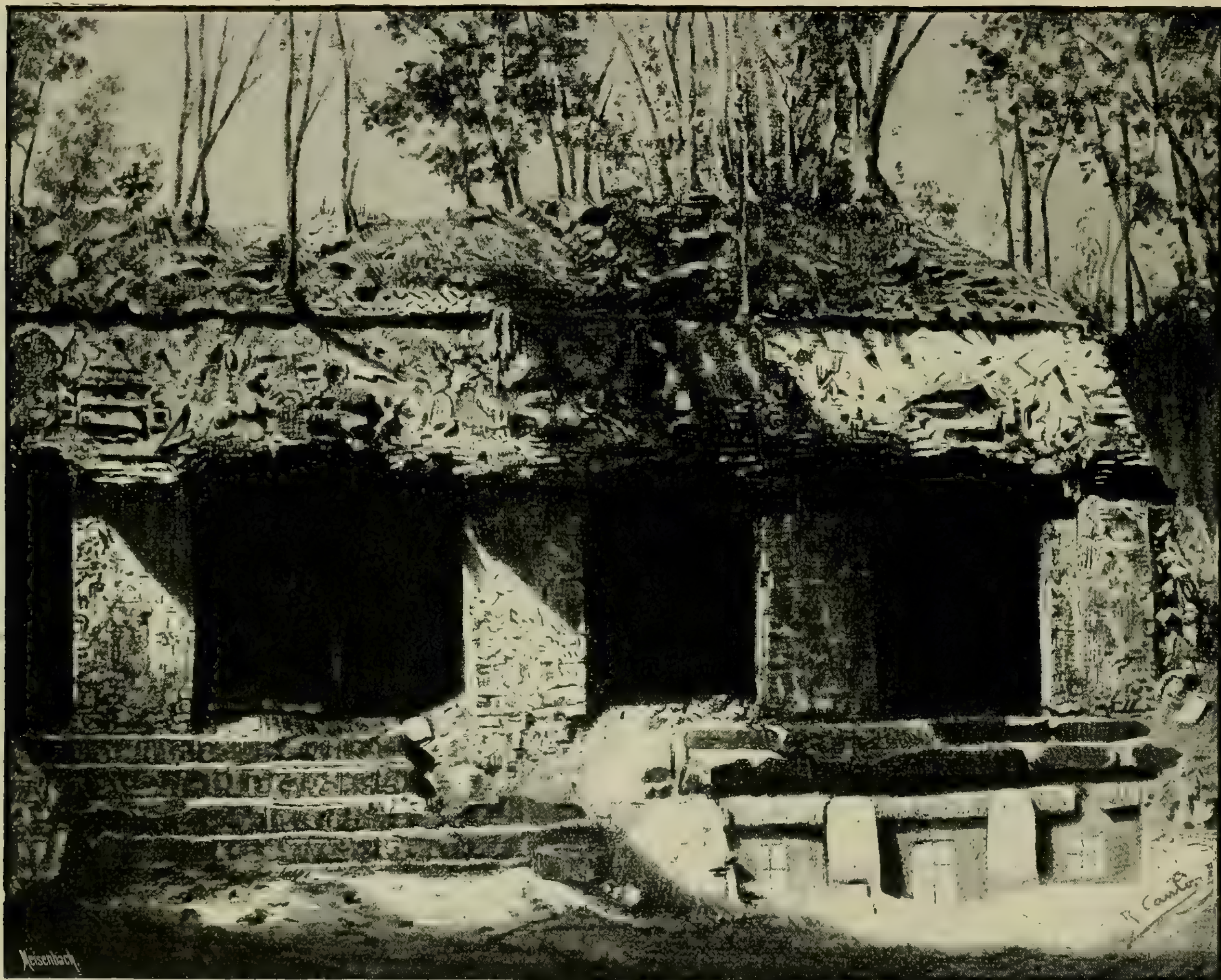
Fachada oriental del patio de las esculturas colosales
(De fotografía)

interior está dividido en piezas, y por lo mismo no presenta pilares en toda su extensión; pero sí en la parte que corresponde á la entrada principal. De la puerta del centro baja una hilera de cinco escalones de piedras labradas, cada uno de treinta piés de largo, que dan á un patio rectangular de setenta piés de ancho por ochenta de fondo. Esa fachada interior muestra la particularidad de tener una ventana de la misma forma de trébol de los arcos, y á los lados de la escalera, dándole la espalda, unas figuras gigantescas esculpidas en bajo-relieve en piedra, de tres metros de altura; y aunque no bien dibujadas como las otras figuras de que nos hemos ocupado, tienen expresión y los labios abiertos como semejando hablar.

El patio parece que estaba rodeado de habitaciones destinadas á dormir, según Stephens. Están ya muy destruídas las galerías que daban á él; pero á más de los pilares y escalera de que acabamos de hablar están en pié aún tres pilastras del lado sur y las del ala occidental con su escalera respectiva. Al lado de ésta hay también figuras esculpidas, pero no están unidas como las del frente, sino separadas simétricamente por cuadrados con jeroglíficos. Las piedras de esta escalera en parte tienen labrados jeroglíficos.

La escalera conduce á un cuerpo interior compuesto de dos galerías con pilares á uno y otro lado y divididos por un muro que los comunica por una sola puerta. El ala posterior da á otro patio que llega á los corredores que circunvalan el palacio en su esquina noroeste. El segundo patio mide ochenta piés de largo por treinta de fondo. El piso del ala es diez piés más alto que el del patio, y en la pared que media entre ellos hay piedras cortadas á escuadra y labradas con jeroglíficos. En los pilares hay restos de figuras de estuco.

Las galerías exteriores quedan, como se ha indicado, del otro lado de este patio: la primera está dividida en tres piezas, con puertas en sus extremidades que dan al corredor exterior. Todos los pilares de éste existen, con excepción del de la esquina. Stephens dice que tienen ornatos de estuco y jeroglíficos, y reproduce tres tableros con figuras. Por la fotografía de ese lado, sacada há poco, se observa que la fachada occidental es la mejor conservada, pero que sus estucos están casi destruídos. Ya lo estaban bastante cuando los vió



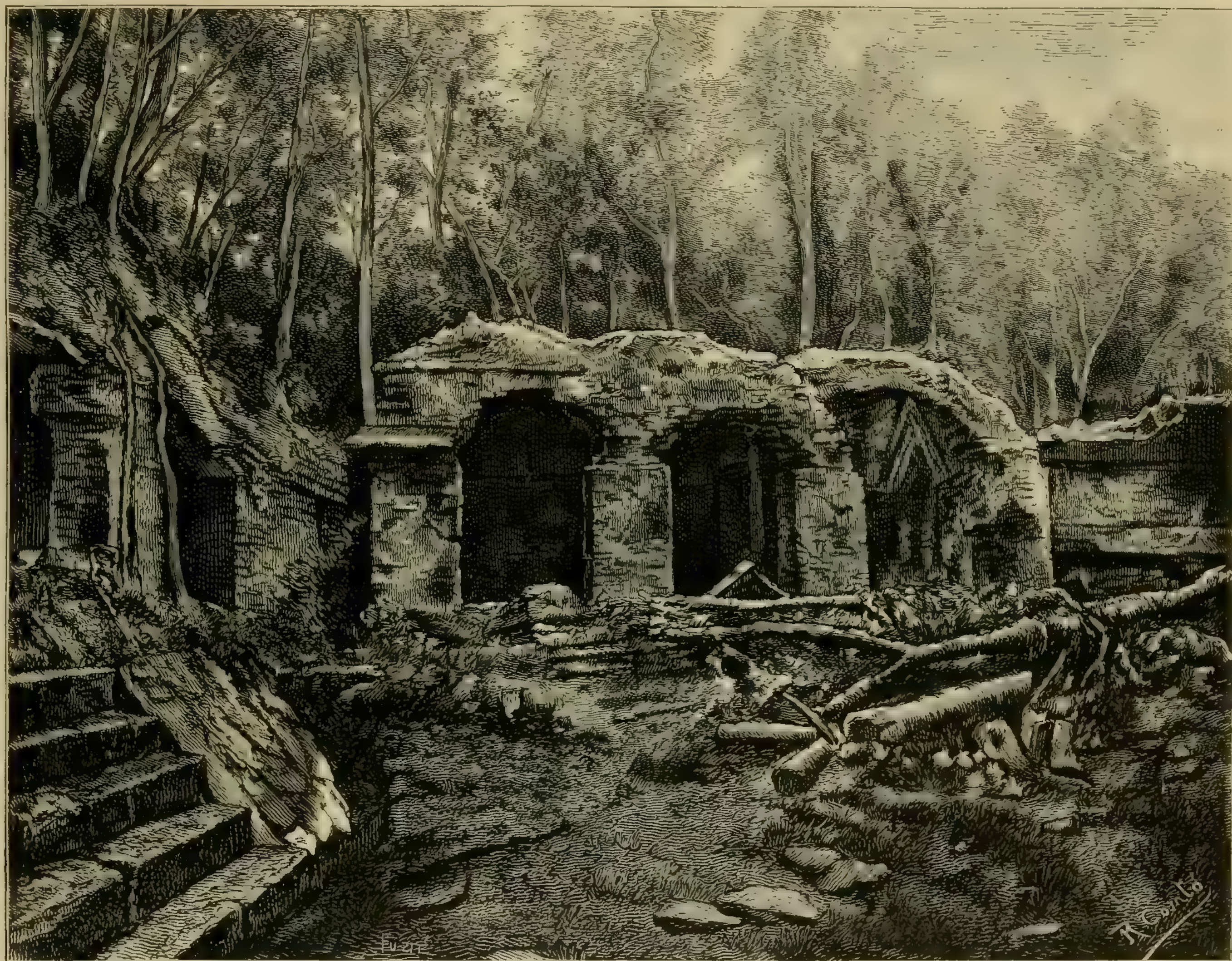
Fachada occidental, de los jeroglíficos

(De otografía)

Stephens allá por el año de 1840, y nos valdremos del dibujo de Waldeck, que todavía lo alcanzó íntegro, para describir el que en nuestro concepto es más importante. Representa un grupo de un hombre y una mujer que tienen una culebra, la primera con ambas manos y el segundo con la izquierda. La mujer lleva por tocado una gran mitra con adornos de malla, y un plumero atrás, que le baja hasta la parte posterior del cuello; en éste luce una gargantilla de perlas y pendientes en las orejas. Cubre el cuerpo con una camisa con puños, tan estrecha que deja ver las formas perfectamente; y en el dibujo de Dupaix muestra un paño también de mallas sobre el pecho, que Waldeck suprimió no sabemos por qué motivo. La enagua llega á la rodilla y está también adornada con mallas y perlas ó piedras en los extremos de los cuadros, y tiene abajo un fleco que bien pudiera ser de plumas. Tiene el indispensable *maxtli* y la pierna y pié desnudos. El hombre, de aspecto juvenil y hermoso, ostenta un gran tocado de plumas, gargantilla de gruesas piedras con medallón, camisa con puños y calzón estrechamente ajustados al cuerpo, sandalias con elegantes correas, y enagüilla de mallas y flecos con lujosísimo *maxtli*. ¿Qué puede representar tan admirable grupo? Nada osaríamos afirmar; pero llama la atención que esté en el lado occidental, cuando en ese rumbo brilla la estrella de la tarde, lo mismo que la

culebra de lengua bífida y penacho de plumas, y el tocado y la figura del hermoso joven, que recuerdan las representaciones de *Gucumatz* ó *Cu-chul-chan* como quiere Ordóñez. Más adelante encontraremos una fábula de amores de la estrella de la tarde y de la tierra, y no olvidemos que ésta tenía también el nombre de *Coatlicue,* referente á la culebra.

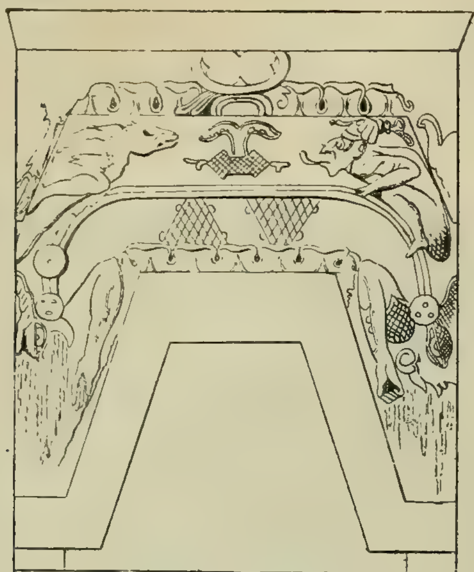
Inútil sería ocuparnos de las otras partes del edificio en que se suceden corredores con bóvedas á patios y salones con estucos ó pinturas, todo en verdadero estado de ruina, y así sólo hablaremos de la torre y del templo interior y sus subterráneos. La torre, que hoy es solamente de dos cuerpos, tuvo cuatro pisos: su base mide unos treinta piés por lado, y la altura de la parte que existe tendrá cincuenta. Los cuerpos van de mayor á menor siguiendo la misma idea y forma de la pirámide de pisos. Del Río le da diez y seis varas de elevación y cuatro cuerpos, y supone que tendría un quinto con su bóveda. Las escaleras de la torre corren inmediatas á las paredes,



Fachada del Sur
(De fotografía)

pues el centro es macizo, por lo que Waldeck la llama *obra maestra de combinación estratégica,* en que un solo vigía podía defenderla del asalto de cien hombres; y la compara, por los arbustos que en su parte superior han crecido, con un navío de alto porte que con velas desplegadas desafiase las lluvias y las tempestades. El templo queda frente á la torre hacia el oriente y se compone de dos salas, una ricamente decorada con pinturas en estuco, y en el centro un tablero elíptico muy notable. Este bajo-relieve está labrado en piedra, es de tres piés de ancho por cuatro de alto, y tiene dos figuras. La principal es la misma del Hermoso Relieve, y como ella está en un trono de dos *océlotl;* pero aquí tiene sentada enfrente á la misma mujer del tablero antes descrito, que le presenta un tocado formado de una calavera, un morrión de plumas y otros adornos extraños. Según el dibujo de Dupaix, tenía alrededor un marco con ornamentación de estuco, y debajo una orla con dos cruces de aspas y tres jeroglíficos, y una mesa de altar con el borde labrado, que se apoyaba en dos piés con figuras esculpidas. Continuamos creyendo que es la representación de *Gucumatz,* al cual la tierra le da la calavera, símbolo de la estrella de la tarde, para que la mude por su rostro joven, que lo es de la de la mañana, pues tornado en aquélla se hunde en esa tierra como en amante y ternísimo abrazo. Nos auto-

rizan á esta interpretación, tradiciones y jeroglíficos de que más tarde nos hemos de ocupar. Ordóñez afirma que esa figura, repetida en los dos medallones era la de *Votan*. Ya hemos dicho que éste se confundió con *Quetzalcoatl*.



Puerta del subterráneo

Da razón Dupaix de que en el mismo departamento en que está el relieve se encuentra una entrada para varias galerías subterráneas. La entrada está en el suelo y se baja por una estrecha escalera de dos tramos que tiene una puerta en el descanso; sobre esta puerta estaba un curioso relieve en estuco, y aunque Dupaix nos habla de dos puertas y de dos relieves, el que nos ocupa nos dará idea suficiente del objeto del subterráneo. Éste se compone de tres corredores paralelos que se comunican, y que, según Dupaix, conducían á otras galerías que no pudo visitar por los derrumbes. Stephens dice que no son tales subterráneos, pues tienen ventanas que dan al patio, y no son más que un primer piso debajo de los corredores, aunque en algunas partes son tan oscuros que se necesita luz para andar por ellos. No tienen bajo-relieves ni adornos de estuco, y solamente unas camas de piedra. Waldeck habla de algunos de estos lechos en las piezas superiores, con la particularidad de que á los piés de dos de ellos hay trampas para bajar al subterráneo; dice que en éste sólo encontró tres camas de piedra, de las que una estaba ricamente esculpida, y que por sus exploraciones se convenció de que hay galerías por debajo de todo el palacio. Stephens opina que eran piezas para dormir. Es lo que menos podemos figurarnos, pues la piedra no nos parece á propósito para camas. Waldeck dice que sacó de ahí algunas lápidas pequeñas con jeroglíficos, y Dupaix trajo dos, que están ahora en el Museo.

Tres objetos podemos suponer á los subterráneos: ó que sirvieran de cámaras sepulcrales, ó de conductos secretos para hacer hablar á los dioses, ó de lugares ocultos para sus misterios y acaso para sus sacrificios. Su empleo para fingir á los creyentes la voz de su dios, no puede dudarse en nuestro concepto, siquiera sea por lo que en los otros templos hemos observado, y porque las galerías caen debajo del relieve de su deidad. A más, en el patio principal hay un departamento que ve al norte, compuesto de cinco piezas, una en medio que ocupa hasta el fondo, y dos á cada lado de ésta: en aquélla había una rica ornamentación de estuco, hoy destruída, y debajo de los adornos estaban ocultos unos conductos acústicos de barro, de que también da cuenta Waldeck; de manera, que no podemos dudar de este primer objeto.

En cuanto á que sirvieran de cámaras sepulcrales, lo autoriza lo que en otras pirámides hemos observado. Además, Del Río y Ordóñez dan noticia del subterráneo, y el primero encontró un esqueleto en una olla de barro. Este hallazgo, sobre probar otro de los objetos de las galerías, acredita que los invasores introdujeron con la religión nahoa sus ritos funerarios, y esta manera de enterramiento de los huesos en ollas. Pero esto significa más, así como otros objetos allí encontrados, tales como lanzas de pedernal, cuchillos y navajas de *chaya* ú obsidiana, y vasos de barro con tapa que contenían piedrecillas y bolas de vermellón. Advirtamos que el vermellón era tan raro, tan exquisito, tan precioso, y por lo mismo tan codiciado, que sólo usaban de él para pintar á sus dioses y para decorar sus templos, ó para embijarse en sus ritos ó al ir á la guerra.

Ya comprendemos que en los subterráneos se



Piedra de Tonila

celebraban los ritos de los misterios, pero agreguemos que ahí se hacían sacrificios. Al primer culto de los animales y al antiguo rito sangriento, se había sustituído la religión de los astros. Algo de paz y de

serenidad en las creencias palemkanas se desprende de sus mismos templos y de sus mismas deidades. Son éstas bellas de rostro y proporcionadas de cuerpo; lujosa y elegantemente ataviadas, se nos presentan en posturas agradables, sin que revelen en nada la sangre derramada en el sacrificio ó la penitencia; y era que los nahoas no conocían esos ritos bárbaros. Muy ligeras señales de ellos encontramos en el templo de la Cruz. Además de la ofrenda de un niño que se hace en el relieve á la deidad, la plataforma sostenida por cariátides indica que ahí se practicaba una solemnidad pública. Lo pequeño de los santuarios está revelando que en Palemke había dos cultos: el del pueblo y el de los iniciados. El primero se celebraba en plazas que estaban abajo de los santuarios; frente al Palacio había una muy extensa: el segundo dentro de los mismos templos. La costumbre de sacrificar niños al dios de las aguas persistió hasta los últimos tiempos de los mexica. En el principio acaso fué tan sólo un niño al comenzar la estación de las lluvias. Era una condescendencia de la nueva religión con el antiguo rito, que debió practicarse en aquella plataforma, en presencia del pueblo agricultor que venía á la ciudad sagrada á pedir las aguas del cielo para sus campos. La otra huella de sacrificios se encuentra en el mismo templo, y consiste en unos canes de piedra que hay en los pilares y que



Baile oriental

algún escritor supone que servían para sentar y atar á la víctima destinada al suplicio. En Tonila, ciudad que está en la misma región, se ha encontrado una escultura que parece confirmarlo. Es una figura labrada de relieve en una piedra compacta de color gris oscuro; representa tener las manos atadas por la espalda, y se ve claramente el lazo que lía sus brazos. Su postura es incómoda; tiene su cuerpo desnudo, salvo el *maxtli;* lleva un tocado que recuerda el de las calaveras de Didjazá, y aparece con los párpados cerrados, manera jeroglífica de significar la muerte.

Tendremos entonces, como resultado de lo dicho, que el culto público exigía uno que otro sacrificio; pero lejos de ser sangriento, consistía más bien en cantos y danzas sagradas, á las que convidaban las extensas plazas que había al pié de las pirámides. En sus cantos guardaban la historia de sus pueblos y de sus héroes, ó repetían las leyendas astronómicas que velaban los mitos de su religión. En cuanto á los bailes, celebrábanse en esas grandes plazas formando los danzantes un círculo, dentro del cual estaban los que tocaban los instrumentos músicos. Más tarde daremos razón de sus pormenores; ahora nos limitaremos á decir que se formaba el círculo de bailadores, de hombres y mujeres con sonajas en las manos; lo que es bastante para que afirmemos que esas danzas circulares tuvieron su origen en la región del Sur, por su estrecha semejanza con las asiáticas, en que los danzantes también bailan alrededor de dos músicos, haciendo ruido con unos palitos que llevan en las manos. Compárese con esa danza la que está representada en la pintura 76 del códice Borgiano y se notará la gran semejanza; hombres

y mujeres bailando en círculo y golpeándose unos á los otros en las palmas de las manos, mientras en el centro tocan dos músicos sus instrumentos.

Entre los bailes había uno muy curioso, que se encontró en uso en los pueblos mayas. Se plantaba un madero de quince ó veinte piés, y de su punta se ataban treinta ó más cordeles, según el número de danzantes, todos de colores diferentes. Cada uno tomaba la extremidad del suyo, y comenzaban á bailar al son de los instrumentos y de los cantos, cruzándose con tal destreza, que hacían sobre el madero un hermoso tejido con los cordeles, en el cual formaban preciosas labores, combinando los colores perfectamente. Encontramos un baile en los quichés que no há muchos años vimos todavía: llamábase *vugh*, y consistía en dar vueltas á un palo con los piés. Con el mismo nombre hallamos á una de las deidades creadoras, al supremo dios zorra.

En cuanto al culto privado, ó era el de los creyentes que iban á consultar á los dioses ó el de los iniciados que con los sacerdotes celebraban sus misterios. Que éstos hubieron de consistir en la persistencia en el rito antiguo, lo acreditan las constantes luchas religiosas de que tendremos que ocuparnos á cada paso, y de ese rito formaban parte muy principal los sacrificios. Principian á mostrarlo los relieves de la puerta que conduce al subterráneo. Están aproximándose á un signo extraño, que por nuevo símbolo de la priapea podría tomarse, de un lado un hombre de desagradable fisonomía, cuyo cuerpo más bien parece de animal, y del otro un coyote ó lobo con piernas humanas; en esto bien se ve la continuación de la zoolatría, pues debajo de cada una de esas figuras hay un brazo con un trozo de cuerpo despedazado y sangrando, señal bastante clara de los sacrificios.



Pintura 76 del códice Borgiano

Ya percibimos ahora que los huesos que en la olla se encontraron eran de una víctima cuya carne se habían comido los creyentes. Y no nos espantemos de esto: los pueblos no han comenzado por la perfección moral, y en el Egipto y en las antiguas naciones del Asia existieron los sacrificios. Que se acostumbraron en nuestras viejas civilizaciones no puede negarse; pretenderlo sería adulterar la historia sin provecho, pues nos desmentirían á cada paso las pinturas y los monumentos. Pruébanos que se practicaba ese culto sangriento en los subterráneos, el hallar en ellos esas pretendidas camas, que no son otra cosa que las mesas de piedra que servían para los sacrificios en la región del Sur, y que encontraron en uso los españoles en la laguna del Peten. Por eso hay en los subterráneos cuchillos de pedernal, para abrir el pecho á las víctimas y arrancarles el corazón y bolas de vermellón para embijarse, ya que en la vida común no lo usaban los palemkanos, según se ve de sus mismos estucos.

Pero si en el misterio persistían algunos ritos del antiguo culto, la invasión había introducido el culto nahoa. Esa invasión fué de efectos benéficos en la región del Sur y la comparamos á la de los bárbaros en Europa, que por aquellos mismos años tenía lugar. Acaso los meca traían más barbarie que cultura, pero en cambio eran raza más vigorosa que venía á infiltrar nueva vida en la maya-quiché, gastada ya por el lujo y la molicie, y embrutecida por la superstición y el fanatismo. Debió ser la conquista fácil, casi sin combate; y á poco vencidos y vencedores, contribuyendo éstos con su nuevo impulso y aquéllos con su vieja cultura, formaron un nuevo pueblo, el que mayor adelanto alcanzó en nuestra historia antigua, y el cual en sus diversas manifestaciones nos sorprende, desde Palemke hasta Tóllan. Después, ya no habrá razas nuevas que cruzar con las viejas, y empezará la decadencia.

La introducción de las nuevas ideas y el recuerdo de la invasión, se encuentran en el *Popol Vuh*, aunque velados con las acostumbradas leyendas. Dice Burgoa que los habitantes de Didjazá eran muy dados á la metáfora, y en general todas las relaciones que hacían referencia á la religión y á la cronología, convertíanse en manos de los sacerdotes en relatos extraños y alegóricos, cuyo sentido no era dable conocer á la multitud. En el libro sagrado de los quichés enciérrase la tradición en la leyenda de las creaciones. Hechos primeramente los animales, como no pudiesen hablar, no dejaron á los dioses satisfechos de su obra; y así fueron comidos y muertos todos los animales de la tierra. Después se hizo un hombre de tierra, pero estaba



Estuco del palacio de Palemke
(Dibujo de Waldeck)

blando y se desbarataba; hablaba, pero no tenía entendimiento, y no contentos los creadores, lo desbarataron; entonces *Hurakán*, *Tepeu*, *Gucumatz* y *Chirakan-xmucane* se juntaron y echaron suertes con maíces y *tzités*, y preguntaron si debían hacer al hombre de palo: el maíz y el *tzité* respondieron que lo hicieran y que en labrándolo hablaría el palo; y fué hecha la imagen del hombre de palo y habló como hombre. Se multiplicaron y fueron muchos; pero aunque hablaban, tenían seca la cara y pesados los piés y las manos y no adoraban á sus creadores; por lo que fueron acabados y destruídos y muertos todos esos hombres de palo.

Aquí vemos ya la creación de los primeros hombres con inteligencia, es decir, la primera raza histórica: los llama de palo la leyenda porque los quichés se decían hijos de los árboles. Los animales y los hombres

de tierra corresponden á los pueblos anteriores, que encontró la raza maya-quiché al llegar á aquellas regiones. El *Popol Vuh* une al vencimiento de esta raza las tradiciones cosmogónicas de los nahoas introducidas por los vencedores. Refiere que cayó un gran diluvio sobre los hombres de palo y que era de corcho la carne de los hombres y el corazón de las mujeres de espadaña. Esta catástrofe corresponde al *Atonatiuh*. Después cayó gran resina y pez del cielo, y un pájaro llamado *Xecobtovuch* vino y les sacó los ojos, y vino otro que se llamaba *Camulotz* y les cortó las cabezas, y luego *Cotzbalam* les comió las carnes. Esto corresponde al *Tletonatiuh*. En seguida se oscureció la tierra, y todo género de animales y piedras les daban en el rostro á los hombres; y andaban corriendo desatinados y querían subirse sobre las casas y se les caían las casas; y querían subirse sobre las árboles y se les caían los árboles; y fueron destruídos; y quedaron como señal de esas gentes los monos que andan por los montes; y *el mono por eso se parece al hombre porque es señal de otro género de hombres hechos de palo*. La presencia de estos monos en esa edad nos revela su relación con el *Ehecatonatiuh*.

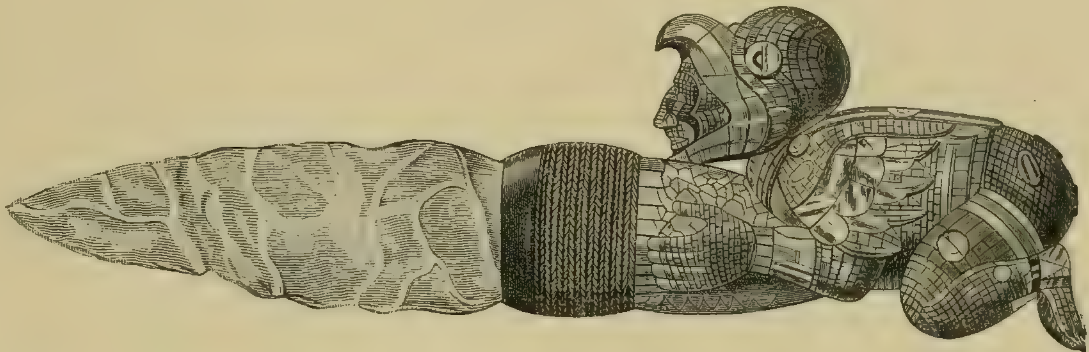
Como en esa sazón aun no se introducía la religión de los astros en la región quiché, dice el *Popol Vuh* que no había sol y que se ensoberbecía *Vukub-caquix* ó siete guacamayas, personaje que representa la vieja zoolatría. A este propósito entran varios escritores en larguísimas discusiones sobre *Xibalba* y sobre los personajes *Hun-hapú* y *Xbalamke*. Hay quien cree ver en todo esto una historia de conquistas de la misma ciudad de Palemke; pero la verdad es que nosotros no vemos más que una leyenda religiosa, aunque mezclada con algunos recuerdos históricos, y que el misterioso *Xibalba* no es más que el *Mictlán* nahoa, el lugar de los muertos. Parece que la fábula hace relación á los xicalanca cuando pusieron la cabeza de Hunhunahpú en un horcón y allí fructificó *xicalli*, y parece que la doncella *Xquic*, sangre, representa á la raza primitiva que se mezcla con la invasora. Acerca de esto, dice la leyenda, que curiosa aquélla de ver un árbol de frutos tan hermosos, fué á conocerlo, lo que dió ocasión á la calavera, que estaba ahí clavada, para preguntarle si deseaba un *xicalli*, y habiendo contestado la doncella que sí, le dijo que extendiera su mano derecha y sobre ella echó saliva, con lo que *Xquic* resultó madre. Bien claro se ve al través de esta fábula el cruzamiento de las dos razas. De la llegada de los meca se da noticia en otro lugar, donde se cuenta que los animales, la raza primitiva, se presentaron delante de *Hun-Ahpú* y *Xbalamke*, la raza invasora, y al verlos les decían todos aquellos animales: *Yachisché Yachiscaam*, que significa *párense palos y mecates*, haciendo referencia á quichés y meca, y la hacen después más especial á los ulmeca al dar cuenta del hallazgo del hule.

Toda la leyenda del *Popol Vuh* puede reducirse á pocas palabras. *Xpiyacoc* y *Xmucane*, la luz y las tinieblas de los nahoas, tuvieron por hijos á *Hunhunahpú* y *Vukub-Hun-Ahpú*, un sér sobrenatural y siete veces un sér sobrenatural. El primer hijo, *Hunhunahpú*, fué el sol, que en la noche se hundió en el lugar de los muertos, *Xibalba*. Los señores de este lugar tenebroso, llamados *Hun-Came* y *Vukub-Came*, un muerto y siete muertos, dieron muerte á *Hunhunahpú*; pero ya vimos que de la saliva de su calavera tuvo la doncella *Xquic*, que es la tierra, dos hijos llamados *Hun-hapú, el sobrenatural*, que es el día, y *Xbalamke, la tigre*, que es la noche. Estos dos vencieron á los señores del lugar de los muertos, como representantes que son de la cronología y del tiempo: *Xbalamke* se fué entonces al firmamento y se convirtió en innumerables astros; pues es la estrella de la mañana seguida de todas las de la noche, cuando el cielo negro tachonado de astros semeja inmensa piel de tigre, según la figura del códice de Cuauhtitlán. *Hunhunahpú* fué á habitar al sol y *Vukub-Hun-Ahpú* á la luna.

Ya se verá que *Xibalba* no es una ciudad ni una nación y que es inútil andar buscando sus analogías con Palemke. La fábula anterior no es otra cosa que la leyenda de las ideas astronómicas y cronológicas de los nahoas, que los invasores habían introducido en la región quiché, y *Xibalba* es solamente el *Mictlán*. Bien lo confirma la bajada que á él hicieron los dos hermanos *Hun-Ahpú* y *Xbalamke*. Pasaron primero un río en una barranca y un río de materia y otro de sangre que correponden al *Chicunahuápan* del camino de los muertos, ayudados de unos pájaros llamados *molay*, que sustituyen al perro de los nahoas en el paso del *Apanahuayo*. Luego llegaron á una encrucijada de cuatro caminos: uno negro que daba al norte, uno amarillo al oriente, uno blanco al poniente y uno rojo al sur. De allí mandaron al animal *Xan*, que recuerda al techichí, á morder á *Hun-Came*, *Vukub-Came*, *Xiquiripat*, *Cuchumaquic*, *Ahalpuh*, *Ahalcana*, *Chamiabac*, *Chamiaholom*, *Patan*, *Quicxiq*, *Quicrixcac* y *Came*, que eran los doce señores de los muertos. Después entraron en la casa oscura y de ahí pasaron á la de las navajas, *chay*, ó de obsidiana, en donde querían que fuesen cortados por ellas, que era el segundo castigo de *Xibalba*, según el *Popol Vuh*, y es uno de los pasos del camino nahoa de los muertos, el *Iztépetl*. Pasaron luego á la casa del frío, que son los páramos *Cehuecáyan* é *Itzehecáyan*, y de ahí á la casa de los tigres para que se los comiesen, que es el *Teocoycualóyan*, y finalmente á la casa del fuego y de los murciélagos, que aquí sustituyen al *Izmictlanapochcalocca*. También aparecen los tres lugares nahoas de los muertos, el *Mictlán* ó *Xibalba*, que es la tierra, el sol adonde fué á habitar, *Hunhunahpú*, y la luna á que subió, *Vukub-Hun-Ahpú*.

Hé ahí cómo caen por tierra todas las invenciones de batallas y conquistas, y nos encontramos solamente con la introducción de las ideas nahoas en el territorio quiché, que se nos presentan con bastante claridad á pesar de las modificaciones que necesariamente debían sufrir al pasar á otro pueblo.

También fray Bartolomé de Las Casas nos da noticia de la leyenda quiché, relacionándola á la ciudad de Utlatlán en Guatemala. Cuenta que allí nació un dios llamado *Exbalanquen*, que fué á hacer la guerra al infierno y peleó con toda la gente de allá y los venció; y prendió al rey del infierno y á muchos de su ejército; y vuelto al mundo con su victoria y la presa, rogóle al rey del infierno que no lo sacase porque estaba ya á tres ó cuatro grados de la luz; y el vencedor Exbalanquen con mucha ira le dió una coz y le volvió á su mansión. En este relato percibimos un recuerdo de las luchas de *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca.* Agrega fray Bartolomé que de este vencedor del infierno dicen que comenzó el sacrificar hombres; que donde quiera que se ofrecían sacrificios, tenían unos cuchillos de piedra muy agudos, los cuales dicen que cayeron del cielo, y los llamaban manos del dios, y que en tanto los reverenciaban, que les rendían gran adoración y les



Cuchillo con mosaico de turquesas para los sacrificios

hacían muy ricos cabos con figuras, según podían, de oro y de plata, y de esmeraldas, si las podían haber, ó al menos de turquesas, como de obra que llamamos mosaico, y los colocaban en los altares de sus dioses. Y como les servía la obsidiana para matar á los hombres destinados al sacrificio, relataba la leyenda que *Chay-Abah* salió de *Xibalba*, del rico y poderoso *Xibalba*, pues el hombre es obra de su creador y formador, y quien sostiene al creador es *Chay-Abah,* y por eso formó al hombre y lo perfeccionó en el dolor.

Podemos, pues, decir, acordando la leyenda histórica con la astronómica, que *Hun-Ahpú* y *Xbalamke* representan á la nueva raza que llevó al Sur la civilización nahoa. Veremos después que todavía consideraron ésta como insuficiente y que no la creyeron perfecta hasta que la recibieron de manos de los tolteca. Esto nos haría suponer que la cultura palemkana alcanzó su mayor auge con la invasión de los tolteca; pero por ver que ahí dominan los mitos cronológicos nahoas sin que percibamos en ellos las reformas hechas en Tóllan, debemos creer, hasta mejor prueba, que el gran desarrollo de Palemke, si no fué tan antiguo como algunos quieren, no fué tampoco tan moderno como pretenden otros. Tomando en consideración los datos ó indicios que sobre punto tan oscuro tenemos, nos atreveríamos á asignar los siglos VI y VII de nuestra era como la época de mayor prosperidad y grandeza de la ciudad sagrada.

CAPITULO VII

Invasión de la península maya por los meca. — Ocupan el Chacnovitán al mando de Ahmekat-Tutulxín. — Fundan Ziyan-caan y se extienden á la región de Bacalar. — Cronología de estos hechos. — Conquista de la teocracia y fundación de Chichén-Itzá. — Introducción de la religión nahoa. — Kinich-kakmó. — Modificaciones de la cosmogonía y la teogonía nahoas. — Cambio en la edad de la raza — Mixcoalt. — Introducción de los sacrificios. — Creación del sol y de la luna. — Formación de la raza meca — Adoptan por dios principal á Camaxtli. — Caracteres del dios del fuego. — La estatua maya. — La de Tlaxcalla. — La pintura de M. Aubin. — Estatua de Texcuco. — La pila votiva del Usumacinta. — La primitiva Chichén. — Calendario maya. — División del día — Períodos mensuales. — Días. — Signos iniciales — Las veintenas ó *uinal*. — Los años. — Los ciclos. — Serie progresiva de la aritmetica maya. — El período máximo cronológico y su representación con la cruz. — Fiesta al dios Mam para empezar el año nuevo. — Los cuatro puntos cardinales. — Relación de los signos iniciales mayas con los quichés y los nahoas.

Ya dijimos que no sólo en el territorio quiché penetraron los emigrantes y llevaron su civilización, sino que continuaron á la península maya: y también hemos hablado de un precioso códice que nos conservó la cronología de estos hechos. Sin entrar en discusiones ajenas á nuestra manera de escribir, y contentándonos con haber dado en un capítulo anterior las fechas que á los primeros acontecimientos de la emigración asigna Brasseur, seguiremos aquí nuestra propia opinión como de costumbre, siendo siempre los únicos responsables de lo que escribimos, supuesto que á nadie lo damos á conocer siquiera.

Los chichimeca se desprendieron de la región del Norte después de los xicalanca, ulmeca y tzapoteca, y bajando de la costa del territorio ameca, llegaron al de Nonoal y en él se establecieron. Los emigrantes fueron ocupándolo y empujando á sus antiguos habitantes, que al mando de Holom-Chan-Tepeuh, cuyo nombre significa *jefe de los hijos de los chanes* ó *culebras*, penetraron en la meridional de la península maya, que se llamaba Chacnovitán. A estos primeros hechos no les podemos señalar fechas precisas, porque el códice nos presenta datos contradictorios; y sólo podemos referirnos al año 271 que en otro manuscrito encontramos como principio de la peregrinación chichimeca, agregando que el códice Pío Pérez dice que duraron en el viaje ochenta y un años hasta llegar á Chacnovitán, por lo que debemos poner en el de 320 la salida de los que á la península se dirigieron. Sí podemos precisar su llegada al Chacnovitán, la que tuvo lugar el VIII *ahau* ó sea el año 401, al mando de Ahmekat-Tutulxín. Habiendo penetrado por el territorio quiché, fué natural que se extendiesen en la misma línea hasta la costa oriental de la península, á la región de Bakhalal, hoy Bacalar, y allí se establecieron en Ziyan-caan el año de 441, IV *ahau*, empujando nuevamente á los chanes al Sur y á la costa oriental, donde después se encontraron. Los chichimeca permanecieron en la región hasta el año de 500, al fin del XIII *ahau;* de manera que estuvieron noventa y nueve años en el Chacnovitán, y de ellos sesenta en Bakhalal.

En todo este tiempo los invasores fueron extendiéndose al Norte y ocupando la península por la fuerza de las armas, y enseñoreáronse de la vieja y prostituída teocracia, que no pudo oponer resistencia á la virilidad de la nueva raza. Convirtióse el gobierno en monarquía, para cuyo asiento se fundó el año de 501, II *ahau*, la ciudad de Chichén-Itzá. Su nombre significa expresivamente la unión de las dos razas, chichimeca é itzaes.

La conquista á más del cambio de gobierno llevó el de la religión; y bien lo demuestra el templo levantado al dios *Kinich-kakmó* en la vieja ciudad sagrada de Zamná. Y no sólo en ella, sino que en la nueva de Chichén también se le levantó templo; y en sus ruinas encontró M. Plongeón en 1874 la estatua que hoy se encuentra en el Museo Nacional. Tiene una base cuadrilonga de nueve pulgadas de grueso, veintisiete y media de longitud y treinta y cuatro de latitud: en ella descansa á medio acostar la figura de un dios que toma entre sus manos un disco agujereado; vuelve majestuoso su cabeza mayor que el natural, adornada con una especie de corona de puntos y dos orejeras con jeroglíficos; sobre el pecho tiene un adorno pendiente de una cinta; lleva pulseras figurando plumas, adornos en las pantorrillas y *cactli* labrados; su actitud es imponente y severa.

A este propósito debemos hablar de las modifica-

ciones que la cosmogonía y teogonía nahoas sufrieron al ser adoptadas por los chichimeca; el códex Zumárraga nos conserva esta nueva forma de las creencias, tal como la tenían los mexica y se recogió de los labios de sus últimos sacerdotes. Quedaron siempre de creadores en el décimotercero cielo *Tonacatecuhtli* y *Tonacacíhuatl,* por otro nombre, *Xochiquetzal.* Esta pareja creadora tuvo cuatro hijos: el primero se llamó *Tlatlauhquitezcatlipoca* ó el *Tezcatlipoca* rojo, adorado por los de Tlaxcalla y Huexotzinco bajo el nombre de *Camaxtli;* el segundo, negro de color y el más malo de los hermanos, apellidábase *Yayautezcatlipoca;* el tercero, de rostro blanco, *Quetzalcoatl* ó *Yahualiccatl,* y el cuarto, de rostro cobrizo, *Omiteotl, Inaquizcoatl,* que fué después el *Huitzilopochtli* de los mexica. *Tezcatlipoca,* el rojo, en el cual descubrimos desde luego al dios bermejo ó del fuego; sabía todos los pensamientos, adivinaba los corazones y estaba en todo lugar, y por eso le llamaban *Moyocoya,* el poderoso, el formador de las cosas sin contradicción. En cuanto al más pequeño, *Inaquizcoatl,* nació sin carnes y era un esqueleto.

Estos dioses hicieron el fuego, el día y la noche, y ordenaron la cronología, crearon la mansión de los muertos, pusieron en ella á *Mictlantecuhtli* y *Mictlancíhuatl,* y formaron á los primeros hombres,



Kinich-kakmó

Cipactli y *Oxomoco,* dando á la mujer ciertos granos de maíz para las adivinanzas y hechicerías, los *tzites* quichés, y para curar las enfermedades. Además completaron los cielos. En el primer cielo estaba la estrella hembra, *Citlalmina,* con otra estrella macho, y eran guardianes de él. En el segundo moraban las mujeres llamadas *Tetzauhcíhuatl* ó *Tzitzinime,* puros esqueletos, destinados á bajar y comerse á los hombres en el fin del mundo, lo que tendría lugar cuando *Tezcatlipoca* derribase al sol y se acabasen los dioses. En el tercero, aquél había creado cuatrocientos hombres para guardarlo, y eran de cinco colores diferentes: amarillos, negros, blancos, azules y rojos. En el cuarto estaban las aves y de ahí bajaban á la tierra. En el quinto se escondían unas culebras de fuego creadas por el dios de este elemento, de donde provenían los cometas y señales ígneas. El sexto era la región del aire y el séptimo la del polvo. En el octavo se reunían los dioses y nadie subía más arriba, ignorándose los que había en los intermedios hasta el treceno.

En esta nueva teogonía, después que los cuatro dioses crearon por deidades de las aguas á *Tlaloc* y *Chalchiuhtlicue,* en el conjunto de ellas formaron un gran pez llamado *Cipactli,* y de él hicieron á la tierra, que fué también dios con el nombre de *Tlaltecuhtli,* y lo pintan por eso tendido sobre un pescado.

Nació un hijo al primer par de hombres, y le pusieron *Pilcintecuhtli;* y los dioses le formaron una compañera de los cabellos de *Xochiquetzal.* Entonces fué cuando *Tezcatlipoca* se volvió sol. Y decían que el sol y la luna andan en el aire sin tocar los cielos, y que aquél sale del oriente, llega á la mitad del cielo y se vuelve, y lo que se mira de ahí al poniente es sólo su reflejo. En aquella época los dioses crearon á los gigantes, que arrancaban los árboles con las manos, y se mantenían solamente de bellotas de encino; á *Huitzilopochtli* le salieron las carnes.

Después fué cuando *Quetzalcoatl* se hizo sol, y *Tezcatlipoca* se convirtió en tigre y se hundió en el agua, y es la constelación de la Osa mayor, que sube á lo alto de los cielos para descender en seguida al mar. En esa época los macehuales ó hijos de los hombres sólo

se mantenían con piñones, y fué cuando los tigres acabaron con los gigantes.

Siguióse luego la edad de aire y la transformación de los macehuales en monos, y *Tlaloc* quedó de sol. Los hombres se alimentaban con la semilla *aciciuhtli,* que nace en el agua. Después fué sol *Chalchiuhtlicue.* Hasta entonces habían pasado dos mil seiscientos veintiocho años. Vino entonces el *Atonatiuh;* los macehuales perecieron, y desequilibrados los cielos se derrumbaron sobre el *Cipactli.* Para remediar el daño, los cuatro dioses se reunieron en el año *ce tochtli,* inmediato á la catástrofe, y crearon cuatro hombres llamados *Atemoc, Itzcoatl, Itzmaliyat* y *Tenoch,* los cuales, penetrando por debajo de la tierra, hicieron cuatro horadaciones para salir á la superficie. *Tezcatlipoca* se convirtió en el árbol *tezcaquáhuitl, Quetzalcoatl* en otro árbol *quetzalhuexoch;* y hombres, árboles y dioses levantaron y sustentan los cielos. El *Tonacatecuhtli* premió á los dioses haciéndoles señores de cielos y estrellas; y el camino que recorren *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl* es la vía láctea. Los dioses dieron nueva vida á la tierra muerta.

Como se ve, en todas estas tradiciones hay recuerdos claros de las ideas nahoas; pero sea que no fueran comprendidas en su simbolismo por los meca, ó que con el transcurso del tiempo se mudaran, es lo cierto que aquéllas reposaban en la observación de la Naturaleza, y que éstas se tornaron en fábulas caprichosas. Así los cielos, de trece que correspondían á los diversos astros y á los diferentes colores del firmamento, quedaron sólo nueve cuyos habitantes no corresponden en realidad á ningún sistema teogónico, sino que parecen más bien hijos del capricho. En vez de la hermosa marcha del sol y de su reposo nocturno en la mansión de los muertos, inventóse el absurdo de su vuelta al llegar á la mitad del cielo, y el mayor todavía de fingir que era únicamente su resplandor el disco de oro que se sepultaba en el poniente. Además, como el culto de *Tezcatlipoca* llegó á predominar, por darle la mayor grandeza y agregarle el poder creador, hicieron de él dos dioses y convirtieron al dios del fuego en un *Tezcatlipoca* rojo, que recibió también el nombre de *Camaxtli,* y asimismo los períodos cronológicos se mudaron, pues computándolos á partir del año 674, época de la fundación de Tóllan, tendremos para la antigüedad de la raza solamente unos dos mil años antes de nuestra era.

Continúa la leyenda refiriendo que en el año siguiente, *ome ácatl, Tezcatlipoca* mudó su nombre por el de *Mixcoatl,* sacó lumbre frotando dos palos é instituyó la fiesta del fuego. *Mixcoatl,* pues, es el mismo dios que *Camaxtli,* ambos dioses del fuego y de la caza; y siendo los chichimeca cazadores, por eso lo tenían como dios principal. Según dice el señor Orozco, representaba el fenómeno meteorológico de las trombas,

pues su nombre significa *culebra de nube,* y á aquellas todavía les dice el vulgo *culebras de agua.* Le estaban dedicados los arcos y las flechas, por ser dios de la caza, y sus santuarios en el templo mayor de México eran el *teocalli,* llamado *Mixcohuápan,* y el nombrado *Teotlálpan.* En éste había en cierta época del año una gran fiesta y procesión; y terminadas, el rey y los señores salían al cerro Zacatepec, cuatro leguas al sur de la ciudad, lo rodeaban, y ojeando en seguida, hacían reunir la caza en el lugar en que de antemano tenían puestos los lazos, y á los animales que tomaban los sacrificaban al dios.

Mixcoatl era también el dios principal de los otomíes y lo adoraban con el nombre de *Yoxippa.* Ya dijimos que era el *Camaxtli* de los tlaxcalteca. Los matlatzinca tenían dos dioses que parecían confundirse con él: *Coltzin,* al que le sacrificaban los hombres dentro de redes, estrujándolos tanto, que por las mallas salían los huesos de los brazos y los piés, y *Tlamatzincatl,* que tenía santuario en el templo de México. Junto al gran *teocalli* estaba el edificio llamado *Cuauhxicalco,* al cual, durante los sacrificios que los matlatzinca hacían á *Mixcoatl,* bajaban los niños sacrificados á los tlaloques, los que, según sus creencias, tomaban el nombre de *teteuhpoalti,* y vivían con grandes regocijos en unión de los dioses de las aguas, siendo asistidos y cuidados por la gran serpiente *Xiuhcoatl,* pintada de varios y diversos colores. A la misma divinidad estaba destinado el santuario *Mixcoatliteópan,* al cual subían las víctimas de dos en dos, atadas de piés y manos.

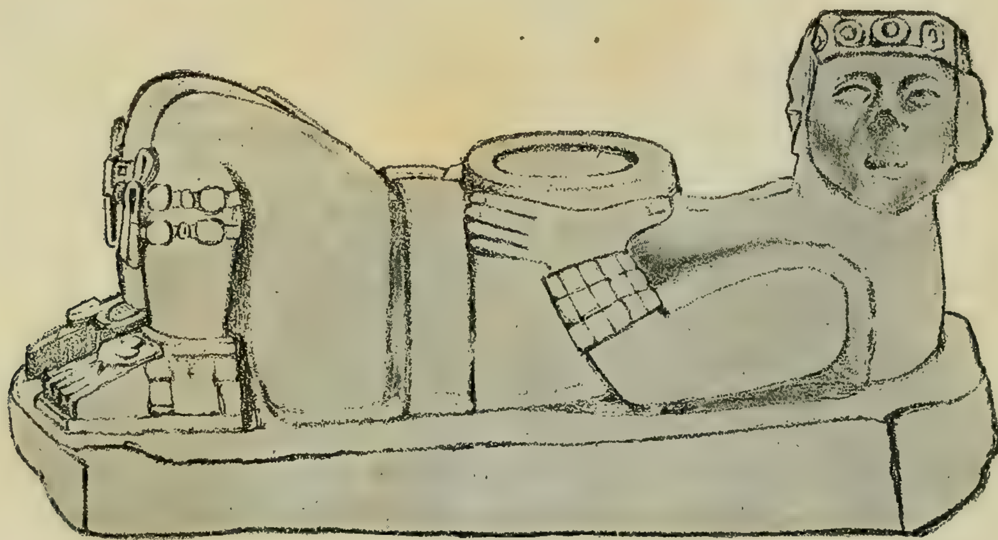
El dios *Táras* del Michuacán era el mismo *Mixcoatl,* y le sacrificaban culebras, aves y conejos; de manera que podemos decir, que en su doble advocación de dios del fuego y de la caza, y bajo diferentes nombres, *Mixcoatl* era el dios principal de las diferentes tribus meca.

Continúa la leyenda refiriendo que el 6 *ácatl* nació *Centcotl,* teniendo por padre á *Pilcintecuhtli;* que el 8 *calli* los dioses dieron nueva vida á los macehuales; y que el 1 *ácatl* determinaron formar un sol, que á más de alumbrar comiese corazones y bebiese sangre. Esta es una manera alegórica de referirse á la institución de los sacrificios, porque en ellos se arrancaban los corazones á las víctimas para ofrecerlos á su dios. Para tener víctimas, y desde entonces vemos el origen de las guerras sagradas, *Tezcatlipoca* formó cuatrocientos hombres y cinco mujeres para que se pusiesen á guerrear, á fin de que tomasen prisioneros que sacrificar. En el término de cuatro años murieron todos los hombres, quedando vivas las mujeres, hasta el 10 *técpatl* que *Xochiquizatl,* mujer de *Pilcintecuhtli,* murió la primera de su sexo en la guerra.

No solamente quiso explicarse con esto la inaugu-

ración de los ritos sangrientos, sino que también se refiere á los orígenes de la raza chichimeca, la cual se hace descender del primer par, *Pilcintecuhtli* y su mujer, mostrando así la idea que tenían de descender de la raza autóctona; y en efecto, ya hemos dicho que descendían de los otomíes.

Después, el 13 *ácatl, Quetzalcoatl* arrojó á su hijo, que sin concurso de mujer había tenido, en una gran hoguera de donde salió hecho sol; y *Tlaloc* tiró al suyo y de *Chalchiuthlicue* en el rescoldo, haciéndose luna, que por eso parece cenicienta y oscura. Ambos astros comenzaron á caminar uno tras otro sin que se puedan alcanzar, y andan por el aire sin tocar el cielo. Esta leyenda tiene dos significados: el uno histórico y hace relación á las pirámides de Teotihuacán, como veremos más adelante, y el otro astronómico. Antes hemos visto que el sol, *Tonacatecuhtli,* era creador de la estrella de la tarde, *Quetzalcoatl,* y ahora nos encontramos conque éste es padre de aquél. La explicación es sencilla. Antes de amanecer aparece la estrella de la mañana en el horizonte; á poco la aurora semeja un incendio en el cielo y de su fuego brota el sol esplendoroso. Por eso metafóricamente decían que *Quetzalcoatl* arrojó á su hijo en la hoguera y que de ella salió hecho sol. Respecto de la luna, ya hemos referido cómo creían que andaba en el cielo de las nubes y que por tal motivo la hacían hija de *Tlaloc,* y por ser pálida y parecer cenicienta y oscura, fingían que su padre la había echado tan sólo en el rescoldo de la hoguera ya apagada.



Camaxtli

En seguida de la creación del sol y de la luna, en el año 1 *técpatl* subió al cielo *Camaxtli* y creó cuatro hombres y una mujer para dar de comer al sol; mas apenas formados cayeron al agua, se volvieron al cielo y no hubo guerra. Pero el año siguiente, 2 *calli,* dió con un palo sobre una peña y brotaron al golpe cuatrocientos chichimeca otomíes, que poblaron la tierra. Así recordaban el origen y formación de su raza. Entonces *Camaxtli* se puso á hacer penitencia en la montaña sacándose sangre con puas de maguey de la lengua y de las orejas, y orando á los dioses para que los cuatro hombres y la mujer creados en el octavo cielo bajasen á matar á los bárbaros para dar de comer al sol. Hasta aquí hemos visto que se buscaban víctimas para hacer los sacrificios; pero en lo de adelante encontraremos además, y á cada paso, el sacrificio personal, al creyente haciendo víctima de su propio cuerpo y llegando hasta la barbarie en su fanatismo.

Escuchados los ruegos del penitente, el 10 *calli* bajaron las criaturas del octavo cielo y se posaron en los árboles donde les daban de comer las águilas. Entretanto los bárbaros vivían entretenidos y entregados á la embriaguez con el jugo del maguey, pero habiendo visto á aquellos seres extraños, se acercaron á ellos, y bajaron éstos y dieron muerte á los chichimeca, á excepción de Ximuel, Mimich y el mismo *Camaxtli,* que se había hecho chichimeca. Con esto significaban que los chichimeca habían tomado por su dios al nahoa del fuego y que le habían impuesto el nuevo nombre de *Camaxtli.*

El 4 *técpatl* se oyó un gran ruido en el cielo y cayó un venado de dos cabezas; lo tomó *Camaxtli* y lo dió por dios á los de *Cuitlahuac,* los que le daban de comer conejos, culebras y mariposas. El 8 *técpatl Camaxtli* tuvo guerra con los comarcanos y los venció, porque llevaba á la batalla el venado á cuestas; pero en el año 1 *ácatl* fué vencido perdiendo el animal con cuyo favor triunfaba, y esto fué porque habiendo encontrado á una de las cinco mujeres creadas por *Tezcatlipoca,* tuvo en ella á *Ceácatl,* de lo que se ofendió el dios y le retiró su apoyo. Siendo mancebo *Ceácatl* hizo penitencia siete años, andando por los montes, sacándose sangre y rogando á los dioses que

le hiciesen gran guerrero. Fué oída su súplica al grado de que por valiente le tomaron por señor los habitantes de Tóllan.

Hasta aquí acaba la fábula de *Camaxtli*, y en ella percibimos las luchas de los chichimeca con enemigos poderosos, á los cuales vencieron al fin; la adopción de otra cultura y de otra religión y su triunfo al grado de llegar á grandeza tal, que daban por señor de los tolteca á un hijo de su dios y de una mujer de la raza nahoa, expresando así también la mezcla de los pueblos. Pero basta á nuestro intento el que fijemos el siguiente hecho: los meca tomaron por su dios principal al nahoa del fuego y lo llamaron *Mixcoatl* ó *Camaxtli*.

El dios nahoa *Xiuhtletl*, además de señor del fuego era la deidad hogar, el padre de la familia, el sér supremo que daba vida al sol para que éste la diese á la tierra. Por ser padre de los dioses era el único de éstos á quien pintaban con *copilli* ó corona. Como á señor del hogar, en cada casa á la hora de comer, que se sentaban siempre cerca de la lumbre, echaban en ella las primicias de los alimentos y lo mismo hacían con la bebida, á lo que llamaban *tlatlaza*. También le ponían flores junto al hogar y echaban copal en las brasas á ciertas horas del día y de la noche, levantándose á menudo á hacer esta ceremonia. Como á dios de la familia, en la gran fiesta que se le hacía cada cuatro años, al amanecer comenzaban á agujerear las orejas á los niños y los bezos de la boca y les echaban en la cabeza un casco de plumas de papagayo, pegado con resina de ocote, y entonces se les daba una especie de padrinos para que los instruyesen en las ceremonias y servicio de éste y de todos los dioses. Por ser quien daba vida al sol, al año, al tiempo, se le hacía la solemnidad anual, la mayor de cada cuatro años cuando transcurría la serie menor de *ácatl*, *técpatl*, *calli* y *tochtli* y la grandiosa fiesta del *xiuhtlalpilli* que era de tanta importancia entre los mexica. Sobre esto vamos á hablar de un monumento, que es nada menos que el brasero que para esa fiesta servía y que después de haber sido de nuestra propiedad pertenece ahora al Museo. Es una pieza de tierra cocida de más de un metro de altura, teniendo como sesenta centímetros de diámetro en la parte superior en que se encendía el fuego y se colocaba el cautivo que había de sacrificarse al dios; en la parte inferior tiene una hornilla y en la exterior está la imagen del dios; su rostro es expresivo y sus ojos abultados. Un cilindro le atraviesa la nariz, adórnale la cabeza un *tocado de ondas*, sobre el pecho lleva *un disco agujereado en medio* y tiene *varias manos* en diferentes direcciones. Esta multiplicidad de manos significa expresivamente que es el dios que todo lo forma y que constantemente está creando. El disco es el mismo de que en otra parte hemos hablado, y por agujero envía sus miradas de luz: el disco es el sol: y este disco sobre el pecho nos va á dar la demostración perfecta de que el ídolo maya es el dios del fuego.

Cuando M. Plongeon lo descubrió, dijo que era la efigie de Chac-Mool, el rey tigre, antiguo señor de aquellas regiones, la cual había sido colocada en algún mausoleo que le levantó su esposa, y que el monumento sin duda fué destruído cuando las primeras invasiones nahoas; según M. Plongeon también se llamaba el rey Balam y era hermano de Huuncay y Aac. El señor Herrera y Pérez, comparando esta estatua con la semejante de Tlaxcalla, que está en el Museo, convirtió el nombre en *Chan-Mololo*, que según él significa en mexicano *la mujer que nos cobija*, de lo cual dedujo que este ídolo representa *á la Providencia que nos protege y auxilia*. En cuanto al ídolo de Tlaxcalla, lo declaró efigie del jefe olmeca *Cuapitzintli*. El señor Sánchez, del Museo, encontró que las dos estatuas representaban al mismo personaje de la del jardín de la casa de Barrón, de que ya nos hemos ocupado. M. Plongeon ha insistido en su idea, diciendo que la esposa del rey Chac-Mool se llamaba Kinick-Kakmó; que ésta fué pretendida por Aac, hermano del rey, el cual, viéndose despreciado por la reina, mató á su hermano; agrega además que esta historia consta en las paredes de Chichén-Itzá. El señor Orozco califica estas ideas de simples ilusiones: nosotros nos limitaremos á inquirir qué significan las tres estatuas semejantes.

Las tres están medio acostadas y apoyadas en los codos, las rodillas altas y los piés recogidos, exactamente en la postura en que está una persona en el baño: las tres vuelven la cabeza de lado; las tres están desnudas; las tres tienen pulseras, adornos en las pantorrillas y *cactli* en los piés, y las tres tienen un disco en su mano. El disco de la estatua de Yucatán representa estar agujereado en el centro como el del dios del fuego del brasero y el del cetro de *Xiuhtecuhtlitletl:* semejante es el ídolo de Tlaxcalla, y el de Tacubaya tiene además marcados en él los cinco puntos de los períodos menores de los días; de modo que no puede caber duda de que los discos representan al sol y los tres ídolos al dios del fuego. Es el dios *Xiuhtletl* que reposa en el agua, el *Tlecuecáltzin*, llama de fuego, el *Ayamictlán*, que nunca perece, y el *Huehueteotl*, el dios más viejo, el padre de los dioses.

Veamos ahora cuál era la deidad correspondiente en la teogonía maya. Entre sus principales dioses y templos, dice Cogolludo que tenían en Izamal un cerro á la parte del norte, del que ya hemos hablado, al cual llamaban *Kinich-Kakmó*, por ser éste el nombre del ídolo que allí adoraban, que significa *sol con rostro*. Nótese que éste es el nombre que quiere dar á su supuesta reina M. Plongeon y que no es nombre de

reina sino de un dios. El señor Ancona dice que *Kinich-Kakmó* era un dios cuyo rostro, imagen del sol, como indica su nombre, despedía rayos en torno de sí. Pero el verdadero significado es *llama de fuego* ó *llama de sol,* pues *kak* quiere decir llama, y así *Ix-Zuhuy-Kak* significa *la que es llama virgen. Tlecuecáltzin* ó *Cuecáltzin* es uno de los nombres nahoas del dios del fuego, y ese nombre significa *llama de fuego,* y por lo mismo el ídolo maya es *Kinich-Kakmó,* el mismo *Xiuhtletl,* el *Camaxtli* ó *Mixcoatl* de los meca.

Lo confirma una pintura de *Xiuhtecuhtli* que está en París en poder de M. Aubin. Tiene el dios la culebra azul con plumas en la mano derecha, y por su lengua bífida roja y su ojo en forma de estrella se conoce que representa á *Quetzalcoatl;* en la izquierda lleva el escudo, símbolo de la luna, y el cuadrado, que significa la tierra; en el pecho muestra el disco ó sol sobre un adorno enteramente igual al que también sobre su pecho se ve en la estatua de Yucatán. La pintura representa al creador de los cuatro astros, al padre de los dioses, á *Xiuhtecuhtlitletl.* El adorno especial del pecho es



El dios del fuego.—Mixcoatl

símbolo únicamente de este dios, y en Texcoco hay una estatua con él, que expresa ser el dios creador del fuego, porque tiene dos manos en cada brazo, y ya vimos que en el brasero del Museo son varias las manos características de la deidad. Y también confirma que la pintura de París representa el *Mixcoatl* ó dios del fuego, otra del códice Landense, en que al mismo tiempo que la deidad es igual y tiene todos los atributos que el *Xiuhtecuhtli* del códice Borgiano, empuña además en su diestra una culebra; hay que agregar que está entre dos fajas que representan el agua en que reposa el dios, y que éste aquí tiene á su vez el color azul del agua.

Nos hemos extendido en este punto con dos objetos importantes: precisar la identidad del dios maya *Kinich-Kakmó* con el *Camaxtli* ó *Mixcoatl* chichimeca y demostrar que están representados en las estatuas de Yucatán y Tlaxcalla, ambas existentes ahora en el Museo, y hacer patente de esta manera, por no haberse dicho antes en crónicas ni historias, que la primera invasión de la región del Sur fué por los meca. Lo que hicieron patente, ya con el ídolo maya, ya con el culto del *Tohil* quiché, ó ya levantando en el agua pilas votivas al dios que reside en el agua, como la del Usumacinta.

Acredita igualmente la invasión meca el nombre de Chichén dado á la nueva ciudad. Nos proporciona un dato importante sobre esto Ixtlilxóchitl en sus *Relaciones,* pues en una nota dice que los chichimeca tomaron ese nombre por descender de *un señor llamado Zichén*

y en otra afirma que eran de una ciudad nombrada *Chichén*. De tal manera el nombre de Chichén se une inseparablemente á la raza meca, y ya se comprende por qué le impusieron á la nueva metrópoli el nombre de Chichén-Itzá, para expresar la unión de la vieja raza y del pueblo invasor.

Otra muestra de esa invasión es el cómputo cronológico de los mayas, por el que cuentan el tiempo de veinte en veinte años, que fué el sistema primitivo nahoa adoptado por los meca y diferente de la reforma posterior de los tolteca en que los períodos cronológicos varían enteramente. Veamos cómo quedó organizado el calendario maya.



Xiuhtletl de Texcuco

Llamaban al día *kin*, que quiere decir sol, y lo dividían desde la salida del astro al medio día y de éste á la puesta, y en la noche conocían la hora por el lucero de la mañana, las cabrillas y los astilejos. La parte que antecede al nacimiento del sol se llamaba *hach hatzcab*, muy de mañana, ó *malih-okoc-kin;* antes que salga el sol, ó *pot akab*, el alba, la rotura de la noche. *Hatzcab* era el tiempo que transcurre de la salida del sol al medio día; á éste le llamaban *chunkin, tzelep-kin*, á la hora en que el sol comienza á declinar, la que corresponde más ó menos á nuestras tres de la tarde, y *oc-na-kin* á la puesta del sol. La noche era *akab* y la media noche *chumuk-akab*. Era, pues, la división del día entre los mayas semejante á la nahoa.

Los meses eran de dos maneras: ó de á treinta días y se llamaban *u* ó luna, la que contaban desde que salía nueva hasta que no aparecía, ó de á veinte días, y éstos se nombraban *uinal-hun-ekeh*. De los primeros no nos queda más noticia que su antigua existencia y creemos que pertenecieron á la primitiva cronología maya, la cual se modificó completamente cuando fué introducida la nahoa. Tomaremos solamente en consideración el período de veinte días. Éstos eran:

kan,	*chicchan,*	*cimij,*	*manik,*	*lamat,*
muluc,	*oc,*	*chuen,*	*eb,*	*been,*
hix,	*men,*	*cib,*	*caban,*	*ezanab,*
cauac,	*ahau,*	*yunix,*	*ik,*	*akmal.*

De modo que los cuatro signos iniciales son:

kan, muluc, hix, cauac.

La división de cinco en cinco días, lo mismo que entre los nahoas, arreglaba entre los mayas el día de mercado, que se llamaba *Kinic*.



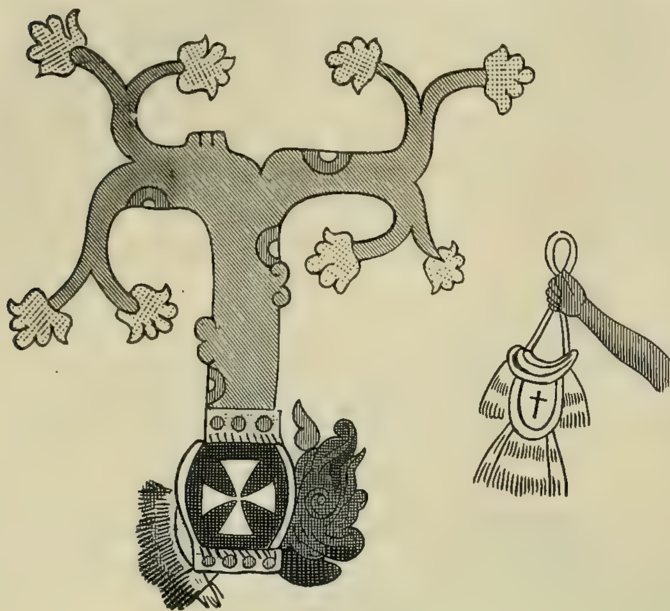
Signos de los días del calendario maya

En cuanto al significado de los nombres de los días, y en especial de los iniciales, es inútil buscar etimologías convencionales; la mayor parte no pertenecen á la lengua maya, y como varios de ellos son muy semejantes á los del calendario chapaneco, se conoce que ambos tienen el mismo origen extraño. Landa nos da los jeroglíficos de los veinte días, y comparándolos con los signos de los códices Troano y de Dresde se encuentran semejanzas.

Pasemos á las veintenas ó meses, como los cronistas las llaman. Como el año se componía de diez y ocho y cada una de éstas de los veinte días, es claro que todas comenzaban por el día inicial del año; pero tenían también la división en trecenas, y entonces los veinte signos se iban repitiendo con diferente numeración en el período de doscientos sesenta días, exactamente como en el calendario nahoa. Al día inicial del año y por lo mismo de todos los meses de él, se le llamaba *cuchhaab*, cargador del año. A las veintenas de días se les decía *uinal*, que se deriva de *uinak*, hombre en quiché, y también veinte, porque se era

hombre á los veinte años; *uinal* significa, pues, una veintena.

Por virtud de la numeración sucesiva de los días



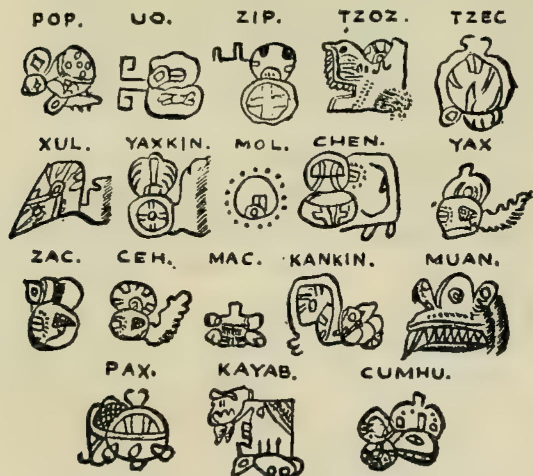
Signos del xiquipilli

de uno á trece, sus *uinal* comenzaban con los siguientes números, naturalmente en el mismo orden nahoa:

1, 8; 2, 9; 3, 10; 4, 11; 5, 12; 6, 13; 7.

Es decir, los números del 1 al 7, alternándose con los del 8 al 13. Llamaban á esta regla *bucxoc*.

Los *uinal* eran diez y ocho y correspondían á los siguientes de nuestro calendario:



Signos de los meses del calendario maya

1. *Pop*, comenzaba el 16 de julio.
2. *Uo*, » 5 de agosto.
3. *Zip*, » 25 de agosto.
4. *Zodz*, » 14 de setiembre.
5. *Zeec*, » 4 de octubre.
6. *Xul*, » 24 de octubre.
7. *Dzc-yaxkin*, » 13 de noviembre.
8. *Mol*, » 3 de diciembre.
9. *Chen*, » 23 de diciembre.
10. *Yaax*, » 12 de enero.
11. *Zac*, comenzaba el 1 de febrero.
12. *Ceh*, » 21 de febrero.
13. *Mac*, » 13 de marzo.
14. *Kankin*, » 2 de abril.
15. *Moan*, » 22 de abril.
16. *Pax*, » 12 de mayo.
17. *Kayab*, » 1 de junio.
18. *Cumkú*, » 21 de junio.

El significado de los nombres de estas veintenas es dudoso como el de los días, y se conoce que algunos son de lengua extraña, revelando que fueron introducción de una raza invasora.

Como los diez y ocho *uinal* sólo daban trescientos sesenta días, para completar los 365 del año agregaban también cinco días complementarios, que los escritores llaman caniculares por la época á que correspondían, y que el dean Aguilar designa con los nombres de *Vayeab*, *Vtuz-Kin* ó *Vlobol-Kin*. Dice Veytia que en la corrección que hicieron en *Huehuetlapállan* los nahoas ajustaron el principio de su año al solsticio de verano, y ya no al de invierno, como estaba anteriormente: á esta corrección vigente, digámoslo así, cuando la invasión de los meca, corresponde el primer *uinal* del año maya; únicamente que quisieron combinar ese sistema con el paso del sol por el zenit de la península maya. Y llama la atención el señor Pérez sobre que, no teniendo instrumentos astronómicos, sólo se equivocaron en cuarenta y ocho horas de adelanto, lo que en su concepto prueba que conocían el uso y resultados del gnomón. En nuestro concepto ese adelanto de cuarenta y ocho horas prueba que el cálculo se hizo en una región más al norte, y que de allí lo recibieron los mayas con el calendario.

Llamaban al año *haab*. Constaba de diez y ocho *uinal* de á veinte días y de los cinco caniculares, que nombraban *xma kaba kin* ó sin nombre, y también *nayab* ó *nayeb haab* ó descanso del año, y *u yail kin* ó *u yail haab*, lo doloroso de los días ó del año, porque los tenían por aciagos como los nahoas á sus *nemontemi;* pero no es cierto que no se pusieran sus nombres á estos caniculares, como algunos escritores han mal entendido, pues precisamente el darles los correspondientes hacía que comenzando el primer año *kan* por el día *kan*, el siguiente *muluc* empezase por *muluc*, y lo mismo sucediera con los dos años inmediatos. En efecto, los signos iniciales se aplicaban también á los años, lo que producía el ciclo menor de cuatro.

Que se formaban como entre los nahoas los ciclos mayores de veinte años no podemos dudarlo, supuesto que el período de veinte años tenía el nombre especial de *katun*. De algún texto podría deducirse que aunque computaron el bisiesto no le daban el nombre correspondiente, sino que repetían el anterior y siempre en el día *Imix* y con el numeral *hun*, uno.

Los veinte años de este ciclo se distinguían por

los nombres de los días, y de ellos se formaban cuatro períodos menores de á cinco años, que cada uno empezaba por uno de los signos iniciales. El señor Pérez y los señores Orozco y Carrillo, que lo han seguido, sostienen que el *katun* era de veinticuatro años. Pero á más de que no vemos fundamento ninguno para esto, encontramos tres argumentos poderosos en contra: el primero, que tomado el sistema de los nahoas el período debía ser de veinte años; el segundo, que el códice histórico que llamamos Pío Pérez, cuenta los *ahaus* con ese número de años, y el tercero, que el dean Aguilar dice expresamente que contaban sus eras y las asentaban en sus libros de veinte en veinte años y por lustros de cuatro en cuatro, y agrega que fijaban el primer año en el oriente llamándolo *cuch-haab,* el segundo en el poniente, el tercero en el sur y el cuarto en el norte; que llegando estos lustros á cinco, que hacen veinte años, le llamaban *katun* y ponían una piedra labrada sobre otra piedra también labrada y fijada con cal y arena en las paredes de sus templos ó casas de los sacerdotes, lo cual todavía en su tiempo se veía en las paredes del convento de Mérida, y en un pueblo llamado Tixualahtun, que quiere decir, lugar en que se pone una piedra labrada sobre otra, teníanse especialmente esos datos cronológicos; por lo que el dean lo compara al archivo de Simancas. Dice además que el común lenguaje de los mayas para decir, verbigracia, sesenta años, era *oxppeluabil,* tengo tres eras de años, tres piedras, sesenta años, y para expresar setenta decían *tancochtu campel*, esto es, tres eras y media ó cuatro menos media.

Pero no encontramos el *xiutlalpilli* nahoa de ochenta años, aunque nos atreveríamos á sostener que tuvieron el *siquipilli* de ocho mil. El *xiutlalpilli* de ochenta años pertenecía al calendario astronómico y no al civil, y acaso por estar reservado en los templos no fué usado de los meca ni transmitido por éstos á los maya; pero el ser insuficiente el período cíclico de veinte años, debió sugerirles la idea de contar veinte piedras ó *katunes,* de donde resultó un siglo de cuatrocientos años, que llamaron *ahau katun* ó rey de los *katunes;* y repetida la misma necesidad se repitió la misma cuenta, resultando un período máximo de veinte *ahau* ú ocho mil años que se expresaba con una cruz semejante á la teutónica. Es indicio de esto la bolsa con una cruz, manera gráfica de expresar ocho mil, pues generalmente se dice que significa esa cantidad porque en esas bolsas se contenían ocho mil granos de cacao. Lo primero que ocurre es que no hay bolsa capaz de contener tan gran cantidad; lo segundo es que los indios no usaban bolsas y sólo se ven éstas en las pinturas empleadas en un objeto sagrado como para guardar el copal ó incienso. Además, el nombre nahoa que se les da, por su terminación *pilli,* se refiere á un numeral y por su raíz *xi* á un período de años.

Los mayas recibieron también de los nahoas su numeración; pero la extendieron mucho, aumentando los múltiples de 20. La serie progresiva maya es:

Kal,	20
Bac,	400
Pic,	8,000
Calab,	160,000
Kinchil,	3.200,000

Advirtamos que este último nombre no puede tener más interpretación que la de *gran sol* ó *el mayor sol,* y se comprenderá cómo los mayas, habiendo recibido de los meca el ciclo nahoa de veinte años, por la necesidad de ampliar su cronología, y más aún su aritmética, formaron diversos múltiplos progresivos de 20. Y como el número 8.000 era bastante para el cómputo de sus tiempos, fué éste el último y mayor tiempo cronológico, y por ser el supremo se le dió como signo por excelencia la cruz. Así es que el templo de Palemke y el famoso tablero estaban dedicados al sol como gran poder creador, al año como productor de las lluvias, y al período máximo de la cronología.

Los mayas no celebraban la fiesta del fuego nuevo, de donde debemos deducir que tampoco la tuvieron los nahoas; pero cada año, en los días caniculares, le hacían fiesta al dios viejo *Mam.* El primer día lo festejaban con gran pompa, el segundo era menor la solemnidad, el tercero lo bajaban del altar y lo ponían en medio del templo, el cuarto lo colocaban en la puerta y el quinto hacían la ceremonia de echarle y despedirle para que se fuera y pudiese principiar el año nuevo.

Volviendo á los signos iniciales, diremos que lo mismo que entre los nahoas representaban las cuatro estaciones y los cuatro vientos, y cuenta Landa que entre sus muchos dioses adoraban los mayas á los cuatro *Bacab,* de los cuales contaban que eran cuatro hermanos que estaban en los puntos cardinales sosteniendo el cielo para que no se cayese. Relaciona con estos *Bacab* los cuatro signos iniciales, y da cuenta extensa de las fiestas que se hacían cuando dominaba cada uno de ellos. A *Kan* le señalaban el sur, á *Muluc* el oriente, á *Ix* el norte, y á *Cauac* el poniente. No seguiremos á Landa en esas fiestas, ni en todas las religiosas de que va dando cuenta en cada veintena, y sólo advertiremos que da los jeroglíficos de éstas.

Agregaremos para concluir, que el calendario maya á más de civil, era rural y religioso; daba los tiempos para siembras y cosechas; señalaba las fiestas y sacrificios del culto, y era también adivinatorio y astrológico. Veremos más adelante las modificaciones que sufrió después.

Según las comparaciones hechas por el señor Orozco, los signos iniciales mayas corresponden de la siguiente manera á los nahoas:

Kan á *calli; Muluc* á *tochtli; Hix* á *ácatl; Cauac* á *tecpatl.*

De modo que poniéndolos en relación con los cuatro astros, quedarían:

Hix, *Cauac*, *Muluc*, *Kan*.

Corresponderían á su vez con los signos quichés en la relación siguiente:

Ix,	*Chinax*.
Cauac,	*Votan*.
Lambat,	*Muluc*.
Kan,	*Been*.

Notemos solamente que *kan* y *been* tienen la misma significación de cuerda ó *mécatl*, y que *Chinax* é *Ix* conservan la raíz *i* de sol.

Y pues hemos visto cómo los meca introdujeron el culto del dios del año, y con él su calendario en la península maya, veamos ahora cómo se organizaron los invasores en la nueva ciudad de Chichén-Itzá.

CAPÍTULO VIII

Modificaciones sociales en la península. — Introducción del culto de los astros. — Establecimiento de la monarquía. — Organización de la casta sacerdotal. — El poder civil. — El pueblo. — La agricultura. — Las ruinas. — El Akabdziib. — El relieve misterioso. — Representa á Kukulcán. — Verdadero significado del nombre del dios Quetzalcoatl. — Personificaciones que han querido hacer de él. — Los dioses correspondientes de los quichés y de los mayas. — Significado de la piedra esculpida. — Escritura maya-quiché. — Los anahtés. — El palacio de las Monjas. — Su descripción. — Su objeto. — Las Monjas. — La diosa Ix-Zuhuy-Kak. — La casa grande de Zayi. — El Caracol. — El Chichanchob. — La pirámide de gradas. — Los teatros. — El cenote. — Examen de cuál es de los monumentos generalmente descritos. — Es un templo distinto que existía en el centro de la ciudad. — Grandes restos y ruinas en ese lugar. — Época probable de la destrucción del templo. — Su importancia da origen á profundas consideraciones.

Examinemos cuáles fueron las modificaciones sociales producidas en la península por la invasión. Si en la lengua maya y en el tipo no fueron notables, por la perfección de la primera y por corresponder ésta á las condiciones locales de la región y á más por las persistencias de idioma y de raza; en cambio mudóse en gran parte la religión y se introdujo el culto de los cuatro astros, adorándose éstos bajo los nombres de *Kinich-kakmó*, *Kukulcán*, *Zamná* y *Hobo*. Por ser más perfecta la religión nahoa, el pueblo itzá, en virtud de la facultad de asimilación, confundióla con la suya propia y con sus suntuosos ritos, dando la preferencia á *Kinich-kakmó* en los primeros tiempos por corresponder al *Mixcoatl*, dios principal de los meca, y también lo consideraron bajo su aspecto nahoa de dios creador, haciendo la deidad *Kab-ul*.

En la organización social prodújose el cambio radical de convertir la teocracia en una monarquía. Sustituyóse la raza invasora á la vieja casta guerrera, y tomó el mando de la nación. El antiguo pueblo fué el nuevo esclavo; y el sacerdocio, mudando de religión, procuró no abdicar de su poder. Bien lo demuestra el Kincanek del Peten-Itzá, de que ya hemos hablado; y además cada *batab*, es decir, príncipe ó cacique, recibía consejos y respuestas del jefe supremo del cuerpo de sacerdotes, al cual llamaban *Ahkin-Mai* ó *Ahau-Can-Mai*. No tenía éste bienes; vivía de las ofrendas de los fieles y de los presentes de los *batab* y los otros sacerdotes; oficiaba sólo en los casos solemnes y nombraba ministros para todos los pueblos sucediéndole en la dignidad sus hijos ó más cercanos parientes. La clase sacerdotal se componía de los hijos de los sacerdotes y generalmente de los segundos de los *batab*.

En la clase sacerdotal estaba depositado el saber, pues ella escribía los libros y se encargaba de la enseñanza; formaba la cuenta cronológica y del calendario, el ritual para sus ceremonias, oficiando en ellas; practicaba el arte adivinatorio y decía los horóscopos y profecías; profesaba la medicina para aliviar las dolencias, y conocía y guardaba la historia, las antigüedades, la lectura, la escritura y la aritmética.

Los sacerdotes se dividían en cuatro clases. Los profetas, que los escritores han personalizado en Chilan



Hechicero barbado de Chichén

Balam, conocedores de la voluntad de los dioses, cuyas respuestas comunicaban al pueblo; y que escribían en lenguaje rítmico y simbólico los sucesos históricos y las leyendas de su religión: se les tenía en gran estima, por lo que en ciertas solemnidades se les llevaba en hombros. Los *chaces*, que eran los cuatro ancianos que ayudaban en las ritualidades del culto, y de los que ya

hemos hablado. Los *nacon*, de los que había dos clases, el perpétuo, que abría el pecho á las víctimas humanas y del cual no se hacía gran aprecio, y el trienal, capitán en la guerra y destinado á las fiestas solemnes, al que en gran honra se tenía. Finalmente los *kin*, hechiceros y médicos, que con plantas, suertes y adivinaciones curaban las enfermedades. Cogolludo refiere que los sacerdotes usaban ropas de algodón largas y blancas, los cabellos muy crecidos y revueltos, pues nunca los peinaban ni cortaban, y untados siempre de sangre de las víctimas.

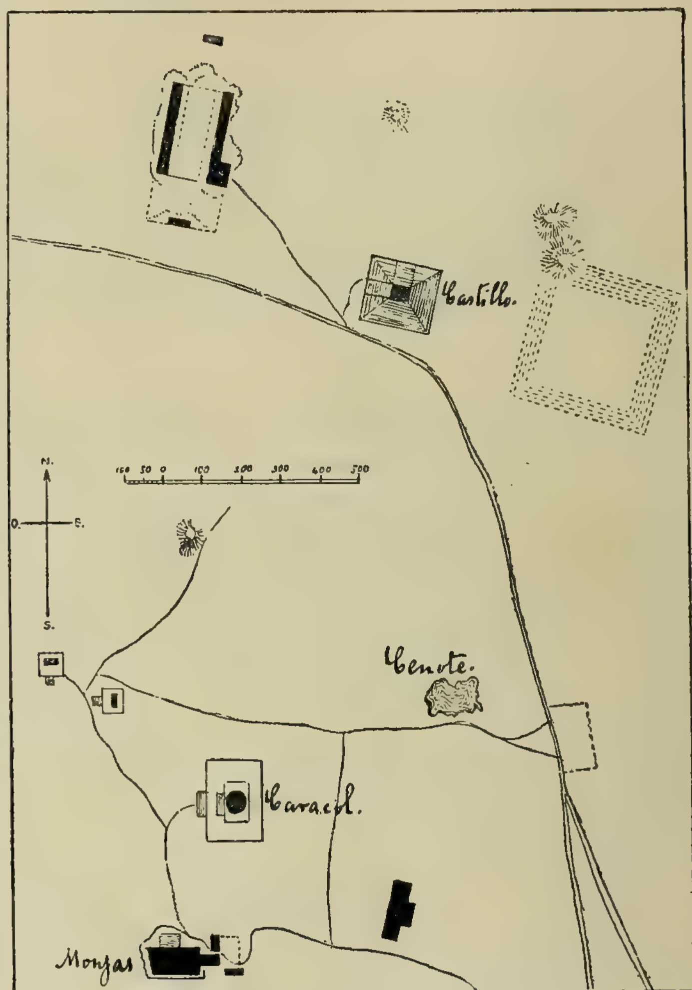
En cuanto á la organización civil de la nueva monarquía, era natural que en mucho correspondiese á la antigua de la teocracia. Era el jefe supremo el *ahau* ó rey, el cual tomaba el nombre de Tutulxiu: lo muestra así el que no se conservaron otros nombres de monarcas de aquella época, y que ya hemos visto que en *Taitzá,* por más de doscientos años, conservaron los señores el nombre de Canek. Cada ciudad ó provincia que de la metrópoli dependía estaba gobernada por un cacique que se llamaba *batab*. Esto formaba una especie de sistema feudal, que traía su origen, por una parte, de la misma forma de la teocracia, y por otra de la seguridad que con él alcanzaba la raza guerrera conquistadora para conservar su dominio.

Ya dijimos que el antiguo pueblo fué el nuevo siervo, dedicado á la industria, á levantar los monumentos de sus señores, y sobre todo á la agricultura. Comenzaba la servidumbre del pueblo por sus servicios á los templos. Román refiere cómo eran en alto grado temidos y respetados los sacerdotes, hasta el punto de que los indios labraban las tierras de sus templos antes que las suyas. Cultivaban además los campos de los *batab* y señores. Sus siembras eran maíz, chile, frijoles de muchos géneros y colores, jícamas, camotes, yucas, plátanos, ciruelas, mameyes, chicos zapotes, anonas y árboles de jícaras, de cuyo fruto las hacían y pintaban con mucho primor. Sembraban calabazas, cuyas pepitas tostaban y molían con chile ó *axi;* cazaban venados, jabalíes, tejones, tigres, conejos, armadillos é iguanas; y con flecha, pavos, faisanes, perdices y otras aves. Según Aguilar también hacían el pulque y se embriagaban con él: lo llamaban *balche*.

Tan sólo esta pequeña idea podemos dar de aquella organización, pues las noticias históricas son muy limitadas. El obispo Landa refiere que los invasores entraron pacíficamente en la península, y que los mayas les permitieron que labrasen las tierras, y fueron emparentando con ellos. Que al principio y en la región poco poblada de Chacnovitán así pasase, lo comprendemos; pero pacíficamente no pudieron ocupar toda la península, derrocar el poder teocrático y sustituirlo por la monarquía de los Tutulxiu.

Lo cierto es que la invasión trajo vida nueva y savia vigorosa á la vieja raza, y que el poder y mayor grandeza de la monarquía se revelan en la superioridad de los monumentos de Chichén sobre los de la teocrática Izamal. El señor Carrillo considera que éstos son muy inferiores, y dice que sus ruinas son informes cerros, mientras que las de Chichén-Itzá son magníficas; componiéndose de templos y palacios suntuosísimos que llenan de pasmo y admiración á cuantos las miran. Examinemos esas ruinas y veamos qué nos revelan.

El espacio que ocupa el conjunto de los edificios es



Plano de las ruinas de Chichén-Itzá

como de dos millas, sin contar las ruinas poco importantes que abarcan una gran extensión en el contorno, y que demuestran la grande extensión que tuvo la ciudad. El primer edificio que se presenta es el llamado *Akabdziib* ó escritura misteriosa, nombre evidentemente moderno. La parte exterior no tiene adorno de ninguna especie, y en su centro se eleva hasta el techo una escalera destruída, de unos cuarenta y cinco piés. No está levantado sobre un *homul* artificial, sino que se excavó la tierra á su alrededor para darle una elevación aparente. La fachada de que hemos hablado mira al oriente, mide ciento cuarenta y nueve piés y tiene dos puertas á cada lado de la escalera. El edificio es de cuarenta y ocho piés de fondo, y en el norte sólo hay una entrada, mientras que en el oeste tiene siete. Se divide interiormente en diez y ocho departamentos. El frente

occidental da á una superficie cóncava, al parecer artificial; y en su centro hay una masa de cal y canto, de cuarenta y cuatro sobre treinta y cuatro piés, que se une á la pared hasta el techo, y que es otra escalera tan completamente arruinada que ha perdido su forma.

En la parte del sur hay una puerta que da á un salón en que reina el más grande misterio, y que tiene diez y nueve piés de ancho por algo más de ocho de altura. En su pared posterior una puerta baja y estrecha comunica con otra pieza de las mismas dimensiones, con la sola diferencia de tener el piso un pié más elevado que la otra. El dintel de la puerta es de piedra, y tiene esculpido á un hombre sentado á la oriental en un cojín, muy semejante en todo al ídolo del Hermoso Relieve de Palemke, que parece señalar un vaso que tiene delante. Hay á sus lados líneas de jeroglíficos, y sobre la puerta también dos hileras; lo que dió evidentemente al edificio el nombre que tiene, y que literalmente significa *escribir en la oscuridad ó en las tinieblas*, porque como la cámara recibe escasa luz por su única puerta, permanece siempre en cierta misteriosa lobreguez. La piedra labrada tiene tres piés de altura y dos piés ocho pulgadas de ancho, y la línea de jeroglíficos que está sobre la puerta tres piés y seis y media pulgadas.

No puede cabernos duda, por su figura, posición,



Chichén. — El Akabdzib.

traje y atributos, de que es el mismo dios que está representado en el Hermoso Relieve; cruza sobre el cojín la pierna izquierda y deja caer la derecha; tiene el rostro de perfil y tiende la diestra con el índice abierto; lleva gran tocado de plumas y al cuello una especie de ancho collar de mallas. La piedra estuvo pintada de encarnado, azul y amarillo, de que quedan huellas, lo mismo que los estucos de Nachán, de donde deducimos que Chichén fué ciudad contemporánea de Palemke, lo cual confirma lo que llevamos dicho; y que representando el Hermoso Relieve á *Votan*, el que nos ocupa debe ser figura de la deidad maya correspondiente, es decir, de *Kukulcán*. Digamos de una vez que el vaso que tiene delante es un signo del sol muy repetido en el códice Borgiano y agreguemos que la escritura de este monumento es igual á las de Copán y de Palemke.

Lugar oportuno es éste para ocuparnos de la escritura maya; pero antes tratemos de *Kukulcán*. Este nombre no es más que la traducción literal de *Quetzalcoatl*, pues *kukul* significa emplumado y *can* culebra; y aunque Ordóñez, convirtiéndolo en *Cu-chulchan*, trata de buscarle otra etimología en la lengua tzendal, lo cierto es que en quiché se llama la misma deidad *Gucumatz*, que también es traducción literal de *Quetzalcoatl:* todo lo cual prueba que fué una deidad extraña introducida en la civilización del Sur, que tradujo su nombre á diversas lenguas.

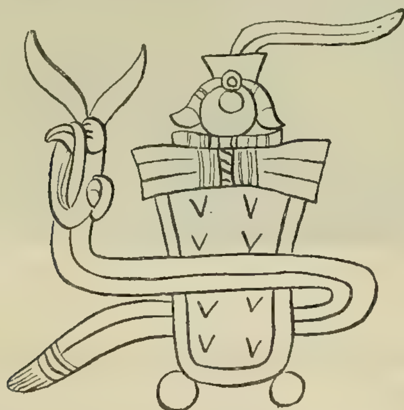
Este dios nahoa es el de más reputación en nuestra antigua teogonía; acaso porque sus sacerdotes, que

llevaban su mismo nombre, fueron los más bien organizados de su clase; lo que les daba cierta superioridad, y aun les proporcionó el triunfo varias veces en sus grandes luchas religiosas. Llamó también la atención de nuestros cronistas ese mito, por la circunstancia



Relieve del Akabdziib

extraña de que lo vieron pintado con dos cruces, el *opanóllin,* para ellos desconocido, y de aquí el que Sigüenza inventase el primero, que fué el apostol Tomás que pasó á este continente. Desde entonces se escribió sobre la materia el famoso manuscrito intitulado: *Pluma rica—El Fénix de Occidente,* el cual tenemos en



Vaso simbólico del sol. — (Códice Borgiano)

nuestro poder; y después otros muchos estudios semejantes, á cual más infundado.

Pero el tal dios no es más que la estrella de la tarde, el véspero de los poetas, la Aphrodite de los helenos; que es una y dos, porque unas veces brilla en el occidente al comenzar la noche, y otra época en el oriente poco antes de que el sol aparezca. Y esta dualidad fué precisamente el origen de su nombre, pues aparecía no como una, sino como dos estrellas gemelas; por lo que se la llamó *coatl,* que quiere decir gemelo, lo mismo que culebra, de donde hemos hecho nuestra palabra coate; y se le calificó con el adjetivo *quetzalli,* pájaro hermoso que simboliza la belleza. Así *Quetzalcoatl* significa propiamente *el gemelo hermoso;* pero también quiere decir *culebra con plumas,* y éste era el único modo posible de representarla jeroglíficamente. Por esto, siguiendo el jeroglífico, tradujeron el nombre al adoptar á la deidad, los quichés por *Gucumatz,* y los mayas por *Kukulcán.*

Dijimos que el vaso que la deidad misteriosa tiene delante simboliza al sol, y que ese signo se encuentra varias veces en el códice Borgiano. Ya podremos

Signos que representan una sola letra

1	a	10	i	19	p
2	a	11	ca	20	pp
3	a	12	k	21	cu
4	b	13	l	22	ku
5	b	14	l	23	ch
6	c	15	m	24	x
7	t	16	n	25	u
8	e	17	o	26	u
9	h	18	o	27	z

Signos monosilábicos.

má, no.	tí	ah, signo de aspiracion.	há, agua.

Alfabeto maya — (Según Landa)

entonces comprender lo que expresa esa piedra esculpida, de la cual dijo Stephens que el poder del hombre no sería parte jamás para desentrañar los misterios que ella encierra; pues nos bastará recordar que en la cosmogonía meca es la estrella *Quetzalcoatl* el padre y el creador del sol.

Pero pasemos á punto de más importancia, á la escritura maya-quiché. La del Akabdziib es semejante á la de Copán y á la de Palemke, de modo que podemos decir que es la de la raza. No se parece á ninguna otra escritura conocida, y por estar cada signo labrado en un pequeño cuadro, se le llama calculiforme. Creemos que por su relación á las piedras cronológicas llamadas

katunes, debería más bien decirse á esta escritura katuniforme, y á los signos katunes, lo que ya se acostumbra. Muchos sistemas se han inventado sobre esta escritura, y acerca de su posible lectura é inteligencia; y esto con tanto más empeño, cuanto que se conservan varios códices jeroglíficos de los mayas, y que las leyendas que hay en muchos monumentos nos darían á conocer no pocos hechos históricos y nos explicarían algunos misterios de aquella religión.

Habían sido infructuosos todos los esfuerzos, cuando se publicó la obra del obispo Landa, que á más de los signos jeroglíficos de los días y los meses del calendario maya nos presenta, según él, los de su alfabeto. Con empeño diéronse, los que á estas materias se dedican, á aplicarlos á la lectura de los códices conocidos; pero no se obtuvo ningún resultado favorable. Los estudios de Clarency y Rau son notables y se ha llegado á creer que el tal alfabeto de Landa no es más que una falsificación ingeniosa de los misioneros españoles, que querían de esa manera ayudar á los indios á aprender las sentencias del catecismo por medio de una escritura pictórica, como la habían tenido en tiempos anteriores. Verdad es que especialmente algunos signos de días y de meses tienen semejanza con ciertos jeroglíficos; pero en nuestro concepto el principal error ha consistido en buscar en ellos una forma fonética.

El profesor Holden procedió en esta cuestión con un método verdaderamente oportuno: copiar cada signo jeroglífico en una tarjeta, distinguiendo las cifras simples de las que llama compuestas. Esto le produjo mil quinientos jeroglíficos diferentes.

De aquí sacamos nosotros varias consecuencias. No tenían los maya-quichés alfabeto, pues no puede haber mil quinientas letras: y como sus jeroglíficos no son ni fonéticos ni figurativos, tienen que ser ideográficos. Esto se explica naturalmente por el carácter monosilábico de la lengua, y por los diversos sonidos que tenía cada monosílabo y que de diferente manera habían de expresarse para evitar confusiones. Esto sucedió con el chino, y era lógico que pasara con el maya. Por eso hemos dicho desde antes que los jeroglíficos mayas eran signos silábicos. Siendo, pues, ideográfica esa escritura, pueden irse entendiendo los símbolos uno á uno, y posible será que lleguen á leerse las hasta hoy misteriosas inscripciones.

Hagamos un ensayo, advirtiendo que por las observaciones del profesor Holden sabemos que se leen los signos en línea horizontal y de izquierda á derecha: tomemos el primer renglón del tablero derecho del espectador del famoso relieve de la cruz de Palemke, cruz que afortunadamente tenemos ya en el Museo Nacional.

Se compone el renglón de seis signos y por lo tanto de seis palabras según nuestro sistema. El primero representa una mano con un disco; pues bien comprendemos que es una abreviatura, una significación ideográfica del dios del fuego, de *Kinich-kakmó*, único dios á quien se pone con un disco en la mano. El segundo jeroglífico es un rostro que saca la lengua, y solamente al sol *kin* se le representaba así. Tenemos ya dos nombres: *Kinich-kakmó* y *Kin*, y como se han encontrado estos dos, pueden seguirse explicando todos con un estudio atento. El último de la línea, el sexto, es el símbolo del mes *Pax*. La inscripción concluye en el último renglón, con los dos mismos signos conque principia; y si no podemos todavía leerla, ya percibimos que es la explicación del significado astronómico y cronológico del relieve.

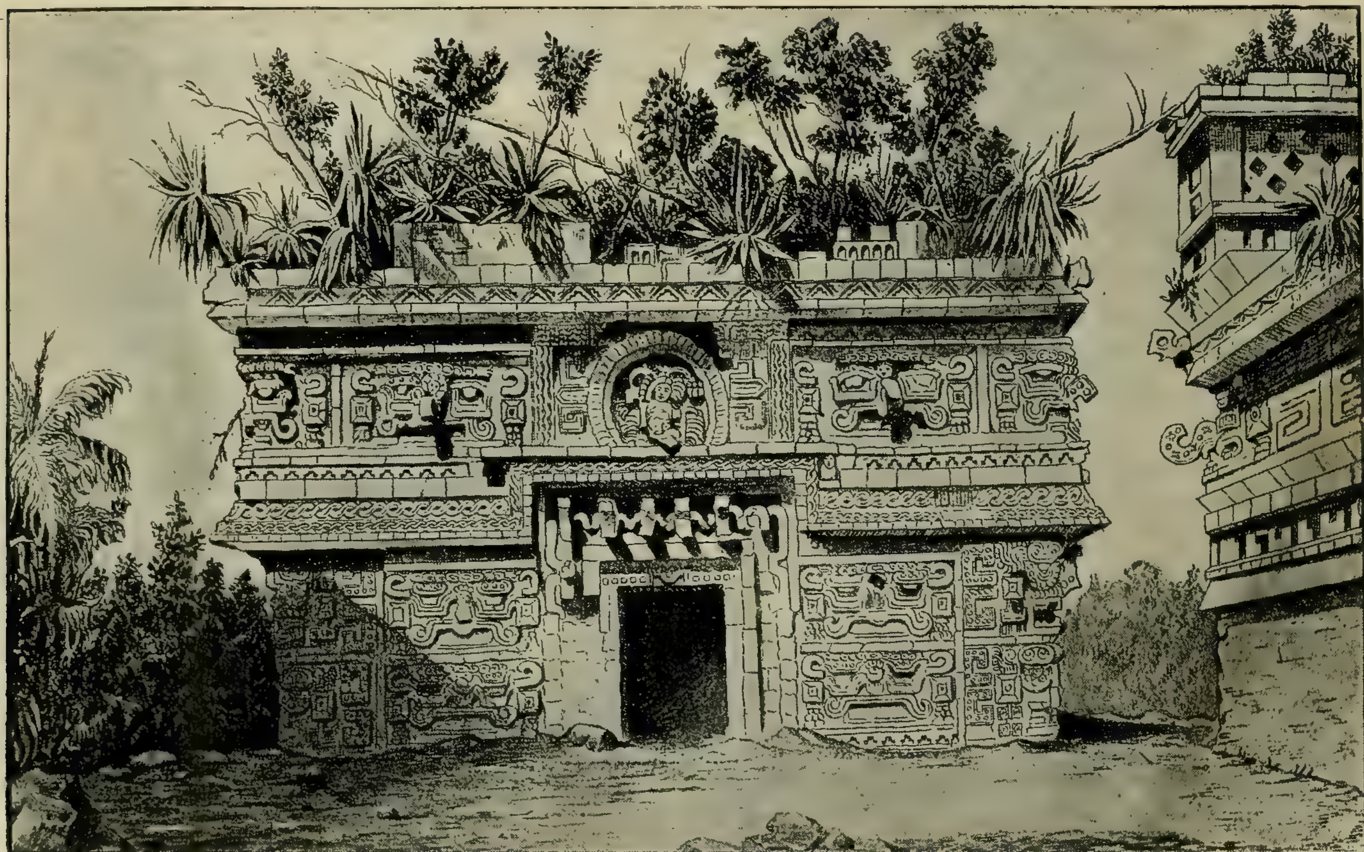
Que esta escritura especialísima fué obra del sacerdocio maya, lo demuestra el atribuirse su invención á Zamná; que de la península se extendió á la región quiché, lo acredita, digámoslo así, la sinonimia de los signos de Copán y Palemke. Pues todavía podemos citar un monumento muy significativo en esta materia. En la frontera de Honduras se encontró una piedra maya esculpida por sus dos caras: en la una tiene jeroglíficos de forma semejante á los palemkanos y en la otra muestra labrada la figura de un dios que vamos á reconocer como el principal de la raza invasora. Su mitra, profusamente adornada, el levantarse sobre el cuerpo de otro hombre, las cruces de aspas que adornan su cintura, su *ex*, sus sandalias y el cetro con llamas que tiene en una mano, todo expresa claramente que la figura simboliza al sol: pero aquí está en su representación de dios creador ó del fuego, porque la figura


Piedra maya

tiene cuatro manos, para expresar, como en la escultura de Texcuco, el poder productor de la deidad.

Mas no solamente esculpidos y en piedra usaron los mayas de sus jeroglíficos, pues también hicieron libros de ellos. Llamábanse estos libros *anahtés:* eran tiras largas de piel bien curtida y adobada con tizar ó barniz, en las cuales por ambos lados pintaban sus historias, ó la cuenta de su cronología, ó las fiestas de su culto ó los tributos; doblábanlas á manera de biombo, como dicen los cronistas, y poniéndoles á modo de pasta dos tablillas en los extremos, les daban forma de libros. De estos *anahtés* tomaron su figura los códices pintados de pueblos posteriores, que siguieron el mismo sistema, aun cuando tenían diferente escritura jeroglífica.

Pero no sólo de pieles, generalmente de venado, usaron los mayas para sus libros manuscritos, sino también de una especie de papel que se hacía de henequén ó de ciertas raíces de árboles. Del primero dice Bernal Díaz que era muy suave; y del segundo cuenta Landa que le daban un lustre blanco para poder escribir en él. Sobre esta corteza abatanada, *battuc,* se escribía en columnas: aunque no falta quien sostenga que deben leerse al revés de nuestros libros, esto es, de derecha á izquierda y de abajo á arriba; pero



Chichén-Itzá. — Las Monjas

no es exacto; precisamente se leen de izquierda á derecha y de arriba á abajo. Estos libros ó *anahtés* se componen de figuras de color mezcladas con caracteres negros, que los mayas llamaban *uooh* por contraposición á las figuras nombradas *cib*.

Los sacerdotes tenían gran cuidado de los *anahtés*, los llevaban á sus peregrinaciones y los enterraban con ellos; únicamente para practicar la adivinación y en las grandes fiestas se mostraban en público. En el mes *Uo* se celebraba una solemnidad religiosa referente á los *anahtés*. La fiesta estaba dedicada á *Zamná* como inventor de la escritura; y los sacerdotes, después de las ceremonias de la purificación del templo, sacaban sus libros y los extendían, untándolos con agua traída del monte, adonde no llegase mujer, agua en que habían desleído cardenillo. El cardenillo salvaba á los libros de que se perdiesen en aquel clima cálido y húmedo; y así servía aquella ceremonia para conservar anales preciosos: porque, como dice el señor Ancona, el *anahté* era el depositario de las glorias de la nación, del culto y del arte adivinatorio. En él se consignaban el origen de las razas y de los pueblos, sus emigraciones, la fundación de sus ciudades, sus guerras y victorias, sus hambres, inundaciones y pestes, y todo hecho digno de conservarse en la historia; así como sus dioses, su rito, su cronología, sus oráculos y sus supersticiones.

A todas estas ideas nos condujo la figura misteriosa del *Akabdziib*. Siguiendo nuestra exploración, y yendo del monumento que lo encierra, nos encontramos cercano á él con el edificio más notable de Chichén, llamado *Las Monjas*, admirable edificio que se conserva

en regular estado, nos muestra una nueva escuela arquitectónica, producto sin duda de la invasión, y que sorprende por la riqueza y hermosura de su ornamentación. Comencemos por la fachada principal: tiene veinticinco piés de alto por treinta y cinco de ancho, con dos cornisas de labrado finísimo y de exquisito gusto. En la superior se descubre ya la introducción de la greca nahoa, llevada por los invasores. Sobre la puerta hay veinte medallones con jeroglíficos, en cuatro hileras de á cinco cada una, que acertadamente cree el señor Carrillo que deben relacionarse con los veinte signos de los días. En la parte superior hay un gran medallón con una figura esculpida, adornada profusamente de plumas á la manera de las deidades mayas y palemkanas de que ya nos hemos ocupado. Llamemos desde ahora la atención sobre que las diversas líneas y grecas de las piedras esculpidas de la fachada, semejan rostros humanos, cuyo aspecto se torna más fantástico en las esquinas. En la fotografía de Charnay esta fachada tiene un segundo cuerpo más pequeño, notable por el labrado de sus piedras, que semejan cuadrados unidos por los ángulos. En el ala derecha esos cuadrados están huecos y dan la idea de varas cruzadas ó de un tejido semejante al del bejuco.



Chichén. — Casa de las Monjas

El frente de todo el edificio se compone de dos extructuras diversas, de las cuales una forma como pabellón. Todo el largo es de doscientos veintiocho piés y el fondo de la parte principal es de ciento doce. El pabellón, que queda en uno de los extremos del monumento, tiene dos puertas de entrada que conducen á dos salones de veinte y seis piés de largo por ocho de fondo, detrás de los cuales hay otros dos de las mismas dimensiones: el número total de las salas del pabellón es nueve y todas están en el piso inferior.

La parte principal del edificio se compone de una gran escalinata de cincuenta y seis piés de ancho, acaso la mayor de la península, de treinta y dos piés de altura y con treinta y nueve escalones. Conduce á una línea de edificios con una plataforma que tiene en el frente catorce piés y que los rodea en torno. La escalera continúa con el mismo ancho y con quince escalones más por la parte posterior de la plataforma, formando otra en su parte superior que estaba también cubierta de piezas hoy en ruina. Advierten Stephens y el señor Carrillo que los antiguos arquitectos mayas no colocaban un edificio superior sobre el techo del inferior, sino siempre en la parte posterior, haciéndolo descansar sobre una extructura ó henchimiento sólido, de manera que el techo del edificio de abajo sirviese de plataforma ó patio al de arriba. Nosotros vemos todavía más en esto: algo semejante al sistema defensivo de las casas grandes. Natural parece que lo introdujeran pueblos de cultura nahoa, combinándolo con la defensa piramidal y de escalones de los mayas. Volveremos á ocuparnos de esto.

La circunferencia total del monumento es de seis-

cientos treinta y ocho piés, y su mayor elevación de sesenta y cinco. Los edificios principales son los de la segunda hilera: tienen ciento cuarenta piés de largo por treinta de ancho, con una amplia plataforma alrededor que domina toda la comarca. De las cinco puertas que caen á la escalera, las tres de en medio son las que comunmente se llaman falsas, que al parecer no son más que escondites practicados en la pared. La ornamentación labrada que entre ellas hay es verdaderamente admirable, y las dos extremas dan á unas salas que en las paredes de su fondo tienen tres aberturas prolongadas del piso al techo, en que quedan aún visibles adornos de pintura. En los extremos del edificio había otras salas con tres nichos cada una, y en el sur las tres puertas centrales, que corresponden á las tres falsas del norte, daban entrada á un salón de cuarenta y siete piés de largo por nueve de ancho, con nueve nichos en la pared posterior. Las paredes, desde el piso hasta el ángulo de las bóvedas, estaban pintadas con colores vivos, representando figuras humanas bien dibujadas con plumeros en las cabezas y escudos y lanzas en las manos. Hoy están muy destruídas; pero muestran á las claras el gran adelanto á que habían llegado las artes suntuarias en Chichén-Itzá,



Zayi

combinando con los elementos antiguos los nuevos traídos por los meca.

A la extremidad del edificio principal y en el piso inferior, se ve otro que vulgarmente se llama *La Iglesia* y que es un salón de veintisiete piés de largo, catorce de ancho y treinta y uno de altura: su elevación produce un gran efecto. Tiene tres cornisas de grecas, y la parte de la fachada que está sobre la segunda es una pared adornada á semejanza de las de Zayi y Labná. El edificio se conserva bien y el interior consiste en una sola pieza que estuvo estucada; á lo largo de la pared y debajo de la bóveda se ven los vestigios de una hilera de medallones de estuco que tenían jeroglíficos. Notemos que en las construcciones mayas la bóveda no produce la inclinación exterior del techo como en las quichés, sino que se cubre con una pared vertical, en la cual se muestra el mayor lujo de esculturas y ornato.

¿Cuál era el objeto de tan notable monumento? Su nombre nos dice su destino religioso, y, como todos ellos, servía también de fortaleza, teniendo ciertas particularidades de las casas grandes, como ya indicamos. Examinémoslo bajo los dos aspectos.

Las Monjas no es un nombre arbitrario, como no lo son los otros que llevan las diversas ruinas: son recuerdos ya inconscientes del destino de cada uno de los edificios. Respecto del que nos ocupa, dice Cogolludo que junto á los templos solía haber en algunas partes otro edificio donde vivían unas doncellas que eran como monjas, al modo de las vírgenes vestales de los

romanos; que tenían su superiora como abadesa, á la que llamaban *Ixuacan Katun*, que significa *la que está subida en guerra*, por la guarda de su virginidad y de las que estaban á su cargo. Si alguna violaba la castidad, se le flechaba; pero podía salir para casarse con licencia del gran sacerdote. Agrega el cronista que tenían portera para guarda de su recogimiento, y que cuidaban de conservar constantemente el fuego de los templos, siendo condenada á muerte la que lo dejaba apagar. A las que perseveraban en este recogimiento y morían vírgenes, les levantaban estatuas y las adoraban por diosas. Una de éstas fué hija de un rey y se llamaba *Ix-Zuhuy-Kak*, que significa *la que es llama virgen*. La tenían por diosa de las niñas y á ella se las ofrecían y encomendaban.

Pero á más de este objeto religioso, de ser vivienda y templo de las vírgenes sagradas de los mayas, tenía también el monumento el destino especial de servir de defensa, y hemos notado que en su construcción hay algo de la arquitectura de las casas grandes, lo que confirmaría la invasión meca. Pero de esto tenemos mejor muestra en el gran palacio de Zayi. Los indios le llaman *la casa grande* y se compone de tres pisos. En el centro tiene una gran escalera de veintidos piés de ancho que llega hasta la plataforma del terrado más alto. La escalera está en ruinas lo mismo que el resto de la pirámide, y solamente se conserva la mitad del edificio que está al lado izquierdo. El primer piso tiene doscientos sesenta y cinco piés de frente por ciento veinte de fondo, con diez y seis puertas que dan entrada á habitaciones de dos piezas cada una. En los extremos de esta ala hay seis puertas y detrás diez que dan á cuartos semejantes: todo en estado de ruina.

La hilera de construcciones del segundo terrado mide doscientos veinte piés de largo por sesenta de fondo y tiene cuatro puertas á cada lado de la gran escalera. En cada puerta hay dos columnas y cada columna es de seis piés y seis pulgadas de alto con capiteles cuadrados. En los espacios intermedios de las puertas hay en cada uno cuatro columnas más pequeñas, curiosamente ornamentadas, juntas y embutidas en la pared. Este es otro de los adornos especiales de los monumentos mayas.

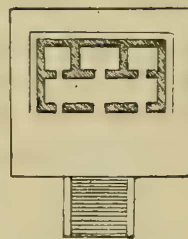
Entre la primera, segunda, tercera y cuarta puertas una escalera más corta conduce al terrado del tercer piso. Esta plataforma es de treinta piés en el frente y veinticinco en la parte de atrás. El edificio tiene ciento cincuenta piés de largo por diez y ocho de fondo, con siete puertas que dan á otras tantas habitaciones. Los dinteles sobre las puertas son de piedra.

El exterior del tercero y último piso era plano, mientras que los otros dos estaban cuidadosamente labrados.

Si á esto agregamos algunas otras construcciones de Zayi, entre ellas una cuyos restos consisten en una alta pared con cuatro hileras de ventanas angostas que se levanta sobre un terrado, percibiremos una idea arquitectónica diferente del *homul* maya con su templo en la cúspide; algo que nos recuerda las construcciones del Xila, ó más bien, la combinación de ambos sistemas, acreditando que los hombres del Norte invadieron la región del Sur. No creemos supérfluo el insistir en estos pormenores, ya porque esta materia fué descuidada por los primeros cronistas, ya porque hoy varios escritores extraños han inventado los más descabellados sistemas y con ellos desnaturalizan nuestra historia.

Cerca del palacio de *Las Monjas*, á unos cuatrocientos piés al norte, está el *Caracol*, de que ya nos hemos ocupado, y en el cual encontramos semejanza con el *Laberinto* de Huehuetlapállan. Al noreste y á cuatrocientos veinte piés de distancia hay otro edificio





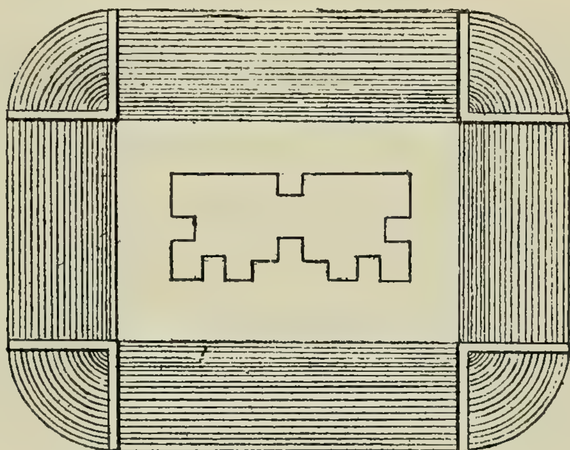
Chicbanchob

llamado *Chichanchob* ó *casa colorada*. Se levanta sobre un terrado de sesenta y dos piés de largo y cincuenta y cinco de ancho. La escalera que conduce á la plataforma tiene veinte piés de ancho. El edificio mide cuarenta y tres piés de frente por veintitres de fondo, y está aún bien conservado; la parte superior de la cornisa está profusamente labrada, y tiene tres puertas que dan á un corredor, y á lo largo de la parte superior de la pared del fondo hay una hilera de jeroglíficos. De este primer corredor se entra á un segundo dividido en tres piezas, de las que es mayor la del centro: en sus paredes quedan huellas de pinturas.

Tres cosas nos llaman la atención en esta casa colorada. La hilera de inscripciones jeroglíficas une al *Chichanchob* con el templo de los Tres Tableros de Palemke, y su disposición lo asemeja también al del Sol y al de la Cruz; pero parece que aquí las pinturas se sustituyen á los relieves, que la figura de los jeroglíficos

se simplifica, y que al mismo tiempo que en consonancia con el *Akabdziib* se revela que la cultura de Chichén trajo camino por la región quiché, se nota menos arte en el dibujo y en la escultura, si bien grandiosidad mayor en las obras arquitectónicas.

Landa nos da razón de otro edificio, en el cual también encontramos relaciones con los de Palemke, pues consistía en una pirámide de gradas sobre cuya ancha plataforma se elevaba un gran edificio con vista al norte. Las cuatro escaleras miraban á los cuatro vientos, y tenía cada una treinta y tres piés de ancho y noventa y un escalones de la misma altura y anchura



Plano de un templo de Chichén. (Según Landa)

que damos á los nuestros. Tenía cada escalera dos pasamanos bajos de dos piés de ancho y de buena cantería como todo el edificio. Éste no era esquinado, pues entre los pasamanos iban subiendo unos cubos redondos y disminuyendo en tamaño de acuerdo con la forma de la pirámide. Al pié de cada pasamano, dice Landa que había, cuando lo vió, una fiera boca de sierpe de una pieza, bien curiosamente labrada.

En la plataforma de la pirámide se alzaba un edificio con cuatro piezas de bóveda, de las que tres se comunicaban por puertas que tenían en medio, y la del norte estaba aislada y tenía un corredor de pilares gruesos: ésta se comunicaba por una puerta con otra pieza encerrada en el centro de las cuatro, la cual estaba cubierta de madera y servía para quemar los sahumerios. Sobre esta puerta estaba una piedra labrada.

Delante de la escalera del norte y algo separados había dos teatros de cantería pequeños de á cuatro escaleras y enlosados por arriba, en donde representaban farsas y comedias para solaz del pueblo.

Desde la plaza que había en frente de estos teatros partía una ancha y hermosa calzada hasta un gran cenote, en el cual en tiempo de seca arrojaban hombres vivos en sacrificio, piedras y objetos de valor, para pedir las lluvias á sus dioses. El cenote es descubierto, sus paredes tajadas en la peña tienen de sesenta á setenta piés de profundidad, midiendo la cavidad unos trescientos cincuenta de diámetro. Se le hizo una bajada artificial, y su agua se ve muy verde, sin duda porque refleja los árboles que le rodean. Todavía Landa alcanzó, junto á su boca, un pequeño edificio en donde había ídolos de todos los dioses del país, y que compara al Panteón de Roma. Encontró también allí leones labrados de bulto, jarros y otros objetos notablemente trabajados, y vió igualmente dos estatuas gigantescas de hombres, de piedra y á manera de cariátides, desnudas y sólo cubiertas con el *ex*. El cuerpo era monolítico y en él encajaba por medio de una espiga la cabeza, que no tenía más adorno que zarcillos.

El abate Brasseur confunde el edificio descrito por Landa con el llamado *Castillo*, de que después nos



Gran cenote de Chichén-Itzá

ocuparemos. Que hay algunas semejanzas entre ambos es claro, como en Palemke las hay entre los templos de la Cruz y del Sol; pero para nosotros los distingue su ubicación. El grupo de edificios que antes describimos está en el sur de la ciudad, mientras que el Castillo y los otros monumentos, de que nos ocuparemos, se encuentran al norte, dejando un gran espacio vacío en el centro, en donde se ve el cenote mencionado. Natural era que ese espacio estuviese también ocupado por edificios, pues no se comprendería una ciudad que no tuviese construcciones en su medio, en su corazón, digámoslo así. Este tenía que ser el lugar del cenote, precisamente porque no había en la península corrientes de agua ó ríos desde su extremidad hasta el Chanpotón.

Por lo mismo, alrededor de los grandes cenotes se formaban las grandes poblaciones, y el que nos ocupa tuvo que ser el centro de Chichén y estar rodeado de edificios. En efecto, Stephens, después de haberse ocupado de las ruinas que están al sudoeste, dice de ellas que son las que todavía quedan en pié; pero que adelante existen grandes vestigios de pirámides con restos de construcciones sobre ellas, con piedras colosales y fragmentos de esculturas á sus piés, y en tal cantidad que hubiera sido imposible detallarlas.

Ahora bien, el *Castillo* está muy al norte del cenote principal, y el monumento de Landa tenía que estar casi inmediato al sur, es decir, en opuesta dirección. En efecto, se dice que al norte de él estaban los teatros y al norte de los teatros el cenote. Era, pues, otro templo diferente y muy principal, cuya destrucción acaso podríamos achacar á los mismos indios cuando sitiaron en las ruinas á Montejo.

De todas maneras, este edificio nos da motivo para que penetremos en la vida y en las ideas de aquel pueblo.

CAPÍTULO IX

El Castillo. — La pirámide. — El templo. — El relieve de Kukulcán. — El pórtico. — El eenote. — Los sacrificios. — Supersticiones. — Ofrendas. — Víctimas humanas. — Flechamiento. — Sacrificio común. — Desarrollamiento. — Poesía lírica. — Poesía dramática. — Instrumentos músicos. — El tunkul. — Las danzas. — El colomche. — La fiesta de Kan-u-Uayeyab. — El sacrificio á Izamná. — Kauil. — Los bailes de las viejas. — La danza en zancos. — Los bailes guerreros. — La embriaguez sagrada. — La danza llamada el llanto del lugar de los muertos. — El baile del fuego. — Consideraciones sobre estos ritos. — Los tres períodos de la arquitectura del Sur. — El juego de pelota.

Examinemos el edificio llamado *el Castillo*, que tantas semejanzas tiene con el descrito por Landa, para ocuparnos del objeto de ambos. Es el primero que de la antigua ciudad se descubre, pues es el más culminante de todos. El *homul* sobre el cual está construído mide en su base, por los lados del sur y del norte, ciento noventa y seis piés y diez pulgadas y doscientos dos por los del oriente y del poniente. No



Chichén-Itzá.—Castillo

corresponde con exactitud, como otras construcciones, á los cuatro puntos cardinales, y Stephens observa que en todos estos edificios, por algún motivo que no tiene aún explicación, mientras que unos tienen una inclinación de diez grados, los inmediatos la varían de doce á trece.

La pirámide es sólida, y por las fotografías sacadas últimamente, que han podido limpiarse algo las ruinas,

se ve que es de nueve pisos: mide setenta y cinco piés de altura. En el lado occidental tiene una escalera de treinta y siete piés de ancho y en el norte de la otra cuarenta y cinco con noventa escalones. Al pié de ésta hay á los lados dos cabezas colosales de serpiente con la boca abierta y la lengua fuera. En la misma fotografía se observa que sus esquinas tienen la forma de ángulos rectos y no son curvas como las del monumento descrito por Landa. Nos parece que perfectamente limpia la pirámide del *Castillo* tendría gran semejanza en la forma con la de Papantla.



Escalera del Castillo

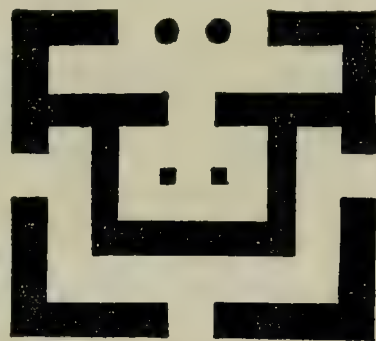
La plataforma de la pirámide mide sesenta y un piés de norte á sur y sesenta y cuatro de oriente á poniente, y el edificio tiene, en las mismas direcciones, cuarenta y tres y cuarenta y nueve piés. En los lados del sur, oriente y poniente tiene una puerta el edificio con macizos dinteles de madera de zapote cubiertos de esculturas lo mismo que las jambas. En una de éstas hay un notabilísimo relieve en piedra, que representa á un personaje bien vestido y adornado con riquísimo tocado de plumas, al cual rodea una culebra de cascabel igualmente con plumas, expresando así que la deidad es Kukulcán. Las otras jambas están adornadas con esculturas y dan entrada á un corredor abovedado de seis piés de ancho que corre por los dichos tres lados del edificio.

La entrada del norte es verdaderamente magnífica y tiene un gran carácter, bajo este aspecto, lo más



Relieve de Kukulcán

hermoso que de aquellas ruinas conocemos. Es de veintidos piés de ancho dividida por dos columnas macizas de ocho piés ocho pulgadas de elevación, que representan serpientes cuyas cabezas se proyectan en



Plano del Castillo

la base y que suben hasta unos capiteles cuadrados á estilo egipcio. Sobre ellas se levanta la pared con dos hermosas cornisas, y por tan magnífica entrada se penetra en un pórtico ó corredor de cuarenta y seis piés de largo, seis de ancho y diez de elevación, con

su correspondiente bóveda triangular. De ahí se pasa, por una puerta con jamba ricamente esculpida y sobre la cual hay una viga de zapote admirablemente labrada, á la misteriosa pieza de que nos hemos ocupado antes, y que bajo el punto de vista arquitectónico tiene la particularidad de que no está cubierta por una sola bóveda triangular sino por dos, que se apoyan en inmensas vigas de zapote labradas, y éstas á su vez en dos grandes pilastras esculpidas.

Delante del *Castillo* se extendían las columnatas de que ya hemos hablado y que tanto llamaron nuestra atención. Y también á cierta distancia de él hay otro



Portada del Castillo

cenote, al que se llega por un camino artificial. Junto á él existen los restos de una extructura de piedra, probablemente el lugar desde donde se arrojaban las víctimas.

Creemos por esto que, lejos de confundirse el *Castillo* y el monumento de Landa, nos explica que para cada uno de los dos cenotes y para los sacrificios que en ellos se acostumbraban, se hicieron dos templos semejantes. Frente al uno se pusieron los teatros, frente al otro las columnatas.

Lo más importante del objeto de esos edificios son los sacrificios en los cenotes, en donde se arrojaba á las víctimas que eran arrastradas por la corriente subterránea y que pensaban que á los tres dias habían de

tornar á la vida. Volvemos á encontrarnos con sacrificios á las deidades del agua, en Chichén lo mismo que en Palemke. Varios escritores pretenden que los mayas no conocían esos ritos crueles y que los recibieron después con las diversas invasiones que sufrieron; pero la verdad es que la antigüedad de Chichén acredita lo contrario, si bien solamente encontramos en aquellos tiempos lejanos los sacrificios que se hacían á las deidades del agua, entre las cuales estaban los de niños. El dean Aguilar se lamenta de que los mayas sacrificaban á sus tiernos hijos, y hablando de los de la isla de Cozumel, refiere que usaban como sacrificio un baile, en el cual flechaban á un perro, y que cuando pasaban á tierra firme, al pueblo de Ppole, practicaban muchos ritos supersticiosos antes de embarcarse. Que eran muy supersticiosos lo demuestra que creían en sueños, tomaban por mal agüero el graznido del pájaro llamado *Kipxosi*, y si el que caminaba encontraba una piedra grande, la reverenciaba poniéndole encima una rama y sacudiendo con otra sus rodillas para no cansarse. Cuando alguno caminaba por la tarde y temía que se pusiese el sol, encajaba una piedra en el primer árbol que veía para que el sol no se ocultase, ó se arrancaba las pestañas y las soplaba hacia él. En los eclipses de luna hacían por tradición supersticiosa que aullasen los perros, para lo cual les pellizcaban el cuerpo y las orejas, y además daban, para hacer ruido, golpes en las tablas, bancos y puertas y decían que se comían á la luna las hormigas *xubab*.

Hacían á sus dioses, para tenerlos propicios, oraciones y ofrendas: éstas consistían en comida, frutas y flores, y de sus ofrendas y tortas repartían á sus enfermos, consortes y amigos y llevaban pavos á sus sacerdotes. Ayunaban rigurosamente conforme á su ritual y sacrificaban el propio cuerpo sangrándose en la lengua y orejas y ofreciendo en tablillas su sangre y la de sus hijos.

Las mujeres no hacían sacrificio de sus personas, aunque eran muy devotas de los dioses; pero llevaban para sacrificar cuanto podían de animales de la tierra, aves y peces, untando con su sangre á los ídolos; hacían ofrendas de ellos y llevaban otros para el consumo de los sacerdotes, é imitando el sacrificio de los hombres, sacaban el corazón de algunos de ellos y lo ofrecían al dios. Y para todo esto había en los patios de los templos maderos altos y labrados, y peanas de piedra al pié y en lo alto de las escaleras.

Mas en las grandes tribulaciones no parecía bastante ese sacrificio, y entonces los *chilanes* mandaban al pueblo que lo hiciese de hombres, y entre todos compraban esclavos que sacrificar y algunos fanáticos daban á sus mismos hijos. Preparaban la solemnidad con ayuno de los sacerdotes y llevando á la víctima con bailes y regocijos de pueblo en pueblo. Alimentábanla y cuidábanla con esmero, guardando su persona para que no huyese ni se ensuciase con algún carnal pecado. Llegado el día del sacrificio, juntábase el pueblo en el patio del respectivo templo, y desnudando al hombre que debían flechar le pintaban el cuerpo de azul, distinguiendo el corazón con una señal blanca; después de lo cual, y bailando á su derredor con los arcos y flechas en las manos, lo subían á un madero y lo ataban en él siempre bailando, con lo que practicadas ciertas ceremonias por el sacerdote, sin duda en recuerdo del culto del língam, le comenzaban á tirar al corazón, bailando en cierto orden, y en un momento le llenaban el pecho de flechas.

Usaron también el flechamiento los teochichimeca de Tlaxcalla, y en postura semejante á la que acostumbraban á poner á sus víctimas hemos visto una figura entre los barros de Palemke, y ahora encontramos igual ceremonia en la península maya: de lo que creemos puede deducirse que tal manera de sacrificio fué propia de las tribus meca y por ellas introducida.

Pero usaron los mayas, además, aun cuando acaso fué introducido más tarde, el sacrificio común que en Taytzá hemos visto que se hacía en mesas de piedra, y del que dice Landa que se llevaba á la víctima pintada de azul y con corona de plumas en la cabeza al patio en que estaba la piedra redonda del sacrificadero, conduciéndolo con gran aparato y compañía de gente, y después de untar también el ara de azul y de purificar el templo, los cuatro *chaces* lo colocaban sobre ellas teniéndolo cada cual de una mano ó un pié, y el *nacon* con su cuchillo de pedernal le abría el pecho y le arrancaba el corazón. Puesto éste en un plato lo llevaba otro sacerdote adonde estaban los ídolos, cuyos rostros untaba con aquella sangre fresca.

También encontramos introducido entre los mayas el sacrificio que los mexica llamaban *tlacaxipehualiztli* ó desollamiento, sin que podamos decir qué raza ó pueblo lo inventó, aun cuando sospechamos que fué parto de las luchas religiosas de los tolteca. Verificado el sacrificio en lo alto de la pirámide, echábase el cuerpo ya muerto á rodar por las gradas y abajo lo recibían otros sacerdotes; desollábanlo entonces, y desnudándose el gran sacerdote se forraba el cuerpo con aquella piel y bailaba con los demás con gran solemnidad. A estos sacrificados comunmente los enterraban en el patio del templo; pero otras veces comían su carne repartiéndola entre los señores, tocando la cabeza, piés y manos á los sacerdotes. Si eran esclavos cautivados en la guerra, el señor de ellos tomaba los huesos para sacarlos en los bailes por divisa en señal de victoria.

La plaza de las columnatas y los teatros servían para las danzas y diversiones. De las representaciones que se daban en la región del Sur nos ha quedado un modelo en el baile-drama llamado *Xahot-tun*. Los mayas cultivaron la poesía lírica y es de suponerse que

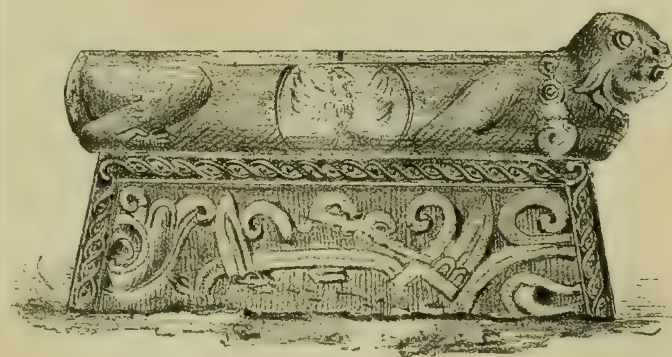
sus cantos tuvieron un metro que se amoldase á la música salvaje conque se mezclaban, como discretamente dice el señor Ancona; pero la verdad es que dichos cantos no han llegado hasta nosotros. De la misma manera fueron dados á la poesía dramática, para lo cual servían en Chichén los teatros á que se refiere Landa. Sin duda que era un arte en su principio y que no alcanzó la perfección que en Grecia y Roma; pero los historiadores del siglo XVI nos refieren que en su época ciertos actores llamados *balzames* cultivaban el antiguo drama histórico, dando representaciones en que vestían con propiedad el traje que usaron los príncipes y los sacerdotes, y en la comedia remedaban con tal gracia á sus *batabs*, que el público prorumpía en aplausos y carcajadas. Estas farsas se hacían de preferencia en las grandes solemnidades religiosas, y su argumento era alguna leyenda de su culto ó alguna hazaña de la raza, y tenían la particularidad de que en lo general eran improvisaciones hechas sobre el mismo escenario, de modo que el *balzam* era actor y poeta al mismo tiempo; si bien algunas obras dramáticas tuvieron vida más larga que la efímera de su representación y se conservaron como la citada del baile *Xahot-tun*.

Naturalmente estos bailes, dramas y cantares, iban acompañados con la música propia de la región, y ya hemos indicado que usaban de caracoles, de conchas de tortuga, las que tocaban con astas de ciervo, las trompetas largas y delgadas de palos huecos y al cabo unas tuertas calabazas, los silbatos y flautas de cañas y huesos de venado, y podemos agregar el tambor cubierto con piel de venado, las sonajas, y sobre todo el *tunkul*, que los mexica llamaban *teponaxtli*. Los caracoles marinos y el *tunkul* servían especialmente para llamar al pueblo á los templos. Es el *tunkul* un instrumento que no tiene semejante en ninguna otra parte del mundo antiguo; compónese de un cilindro hueco de madera durísima, cuya longitud varía de dos á seis piés y de medio á uno de diámetro, completamente abierto en su parte inferior, y que en la superior tiene dos aberturas longitudinales paralelas entre sí, cruzadas en la mitad del instrumento por otra á lo ancho, lo que produce dos lenguas de madera, digámoslo así, que al ser tocadas forman vibraciones y sonidos. Se les toca con palos ó baquetas con bolas de hule en los extremos, y cada lengua produce sonidos distintos, agudos y monótonos que se oyen á grandes distancias, según se dice á seis y ocho millas.

Algunas veces labraban los *tunkul* de manera primorosa, con relieves que comunmente tenían relación con sus ritos, y otras les daban formas caprichosas de animales. El Museo Nacional tiene una rica colección de estos instrumentos; pero todos han sido traídos de lugares que pertenecieron á la raza nahoa, que adoptó este instrumento maya. Podemos, sin embargo, citar uno del Tamoanchán, de palo de hierro pulido, que se halla en el pueblo de Xicotepec, el cual tiene la figura de un tigre ó jaguar, semejante á los animales del asiento del Hermoso Relieve de Palemke. Tiene el monstruo gargantilla y grandes orejeras y está echado sobre una base con ornamentación, evidentemente de estilo maya.

Por lo que hace á las danzas, tenían un cantor y director principal llamado *Hol-pop*, á cuyo cargo esta-





Teponaxtli de palo de hierro pulido, que se halla en el pueblo de Xicotepec, distrito de Huauchinango

ban los *tunkul*, flautas y demás instrumentos, y celebraban con ellas sus fiestas religiosas, sirviéndose más para esto de los bailes que para su propio regocijo. Se reunían al efecto en la plaza del templo ochocientos ó más individuos con pequeñas banderas y comenzaban un baile monótono y cadencioso que duraba todo el día y en el que andaban con son y paso de guerra, sin que ninguno perdiese el compás. En éste no bailaban las mujeres.

Otro baile llamado *colomche*, que significa juego de cañas, consistía en que los bailadores salían de dos en dos de la rueda, y uno de ellos, al compás de la música, le iba tirando las varas de un manojo que tenía á otro que bailando en cuclillas se las iba quitando con gran destreza con un palo pequeño. Cuando concluían tornaban á la rueda y salía otro par, siguiendo sucesivamente todos.

No podemos pasar desapercibidas por típicas las ceremonias que con bailes hacían los mayas en los principios de sus años. Una era tener dos montones de piedra á las entradas de los pueblos y á los cuatro vientos, unos frente de los otros, para la celebración de las dos fiestas de los días complementarios.

En el año que comenzaba por el signo *kan*, dominaban éste y *hobnil* en el lado del Sur. Hacían los mayas en el tal año una figura hueca de barro que llamaban *Kan-u-Uayeyab*, y la llevaban á los montones del Sur. Elegían, además, la casa de un *batab* para hacer en ella la fiesta, y en un lugar adonde todos pudiesen entrar ponían en un altar á un ídolo llamado *Bolón-Zacab*. De la casa á los montones de piedra aderezaban el camino con enramadas y arcos de flores; y reunidos los sacerdotes, los señores y el pueblo, iban por la primera estatua para traerla á la casa en que estaba la segunda. Hacíanlo colocando al dios sobre un madero ó peana llamado *kanté*, después que el sacerdote lo había sahumado con cuarenta y nueve granos de maíz molidos con copal, y le habían sacrificado una pava silvestre. Por el camino iban bailando con grande regocijo, y de la casa del *batab* que recibía la fiesta les sacaban una bebida hecha de cuatrocientos quince granos de maíz tostado, que llamaban *Picula Kakla*. Ponían juntas las dos estatuas, les hacían ofrendas, algunos se sangraban delante del dios *Kanal-Acantun;* otros le ofrecían al *Kan-u-Uayeyab* un corazón de pan de maíz y pan de pepitas de calabaza; y durante los días aciagos ó complementarios estaban sahumando á esas deidades. Pasados esos días, llevaban al dios *Bolón-Zacab* al templo, y al otro á los montones del oriente, para ir por él ahí al año siguiente y terminaban las fiestas con otro baile y sacrificio al dios *Izamná-Kauil*. Poníanlo en su templo, y le quemaban tres pelotas de una resina que llamaban *kik*, y le sacrificaban un perro generalmente, para lo que hacían en el patio un gran montón de piedras, y lanzando sobre él á la víctima de lo alto, precipitadamente le sacaban el corazón y puesto entre dos platos se lo iban á ofrecer al dios. En esta fiesta bailaban ciertas viejas escogidas vestidas con trajes especiales.

Esto recuerda la danza de los *huehuenches*, que todavía se usa en ciertas fiestas en nuestros pueblos y haciendas; y, según sabemos, M. Brington acaba de publicar uno de estos bailes-comedias encontrado en Nicaragua, lo que confirma que tales farsas tuvieron su origen en la región del Sur.

En el año siguiente, que comenzaba con el signo *muluc* y con el agüero *canzienal*, se hacía fiesta semejante, con la diferencia de que el ídolo de la casa se llamaba *Kinch-Ahau*, y el de los montones de piedra, que entonces eran los del oriente, tenía por nombre *Chac-u-Uayeyab*. En esta fiesta bailaban las danzas guerreras *holcan-okot* y *batel-okot*, y hacían ofrendas á la deidad *Chac-Acantun;* y asimismo bailaban dos danzas al dios *Yax-Coc-Ahmut*, una en que los bailadores se colocaban en zancos muy altos, y otra por unas viejas que iban cargando perros de barro, y que habían de sacrificar uno que tuviese las espaldas negras y fuese virgen.

Al año siguiente, que empezaba por el signo *yx* y el agüero *zacciui*, llevaban el ídolo de los montones del Norte, y lo llamaban *Zac-u-Uayeyab;* y el dios que tenían en la casa en que había de recibirse la fiesta era *Izamná*. Fiestas semejantes á las anteriores, con sus ofrendas y bailes, terminaban con sacrificios y embriaguez general, embriaguez que podemos llamar sagrada y que era muy grata á los dioses.

Finalmente, en el año que comenzaba con el signo *cauac* y el agüero *hozanek*, la deidad que se llevaba de los montones del poniente era *Ek-u-Uayeyab*, y la que estaba en la casa de recibimiento se llamaba *Uacmitun-Ahau*. Se hacía á la primera el acostumbrado sacrificio de la pava silvestre, llevándola en procesión en andas de una madera diferente que á las demás de los años anteriores; pero en éste se le agregaba una calavera, un hombre muerto y un pájaro llamado *Kuch*, semejante al que conocemos por zopilote y que se alimenta de restos de animales muertos. Y era que tenían ese año por fatal, y esperaban en él muchas muertes y desgracias. Por eso en su acostumbrada procesión iban bailando la danza llamada *Xibalba-Okot;* creemos que debe ser *okol*, que significa *llanto del lugar de los muertos*, pues ya hemos dicho que *xibalba* entre los maya-quichés era lo mismo que *mictlán* entre los nahoas; y por supuesto que hacían también las correspondientes ofrendas, sahumerios y oraciones.

Era este año *cauac* de tan mal agüero, que creían que el mucho calor del sol y la falta de lluvias habían de perder sus siembras, y que las pocas que se lograsen serían destruídas por las hormigas y por los pájaros. Para conjurar tamaños males, hacían gran fiesta y ponían en el templo á sus cuatro deidades *Chichac-chob*, *Ek-Balam-Chac*, *Ahcan-Uolcab* y *Ahbuluc-Balam*. Debe llamarnos la atención que, según era la fiesta, llevaban diferentes dioses á los templos mayas, de manera que en éstos, á no ser acaso las muy principales, no había deidades fijas. Por supuesto que á estas cuatro les hacían todas las ceremonias acostumbradas; pero además había una especial, que era la danza del fuego. Para ella formaban en el patio una gran bóveda de madera, y la henchían de leña por lo alto y por los lados, dejándole en ellos puertas para poder entrar y salir. Después, en lo alto de la leña, un cantor cantaba acompañándose con un tambor, y los danzantes empuñando manojos de varas secas, bailaban abajo con mucho concierto y devoción, entrando y saliendo por las puertas de aquella bóveda de madera: ya caída la tarde se retiraban los danzantes, dejando ahí sus manojos de varas. En la noche volvían y con ellos mucha gente porque era aquella ceremonia muy solemne; cada uno llevaba una raja de ocote ardiendo, y pegaban fuego al montón de leña. Después que éste se hacía brasas, las tendían, y los danzantes pasaban sobre ellas con los piés desnudos, y si alguno se quemaba, tomábalo como

remedio de sus miserias y de los malos agüeros. Hecho esto, por pedirlo el calor del fuego y la costumbre de la fiesta, se iban á beber, acabando por embriagarse. Si no tuvieron ni mayas ni nahoas la fiesta del fuego nuevo, nos parece á lo menos que de ésta tuvo su origen, por la circunstancia de que se celebraba al fin de cada ciclo de cuatro años.

Hemos querido referir todas estas ceremonias, y relatar estas fiestas y danzas, porque son características del pueblo y de la raza, y pudiéramos decir que también del clima y la localidad. Se ve á una nación fanática y supersticiosa, y por lo mismo sujeta siempre al sacerdocio, cualesquiera que fueran sus evoluciones políticas; pero como al mismo tiempo tenía una ardiente y vigorosa imaginación, hubo esto de producir un culto suntuoso y complicado, y para él la erección de grandiosos monumentos que todavía pasman el ánimo con sus ruinas. Que ese culto era originario de la región del Sur, lo tenemos ya dicho, puesto que el de los nahoas fué sencillísimo; así es que muchos de esos templos debieron ser anteriores á la invasión meca. En efecto, todos los escritores están conformes en que los edificios de las ruinas corresponden á épocas diferentes; y aun algunos creen que á edificios viejos se les agregaron después superestructuras. Nosotros dividimos en tres períodos la arquitectura del Sur: el primero que abraza



Chichén-Itzá —Juego de pelota

desde las construcciones ciclópeas hasta las pirámides de piedra y tierra, al cual pertenecen las ruinas de Aké é Izamal; el segundo, que comprende las pirámides hechas con piedras labradas á escuadra, la bóveda y la ornamentación, hasta llegar al *homul* de gradas, á las columnatas y los relieves, y á éste pertenecen Palemke y el *Castillo* de Chichén; y el tercero, en que domina por completo la estructura nahoa, en que comienzan á usarse las grecas, hasta que éstas dominan en la ornamentación, como en Mitla, y forman el estilo de mascarones como en las *Monjas,* y llegan á sustituir en algunas partes las viguerías á la bóveda. Por supuesto que en una misma ciudad se encuentran edificios de las distintas épocas, si fueron en ellas habitadas; en Aké sólo hay de la primera, en Izamal de la primera y la segunda, y en Chichén de las tres.

Esto acredita que la ciudad existía desde tiempos anteriores á la invasión, y no solamente los viejos monumentos se dedicaron al culto, sino que se hicieron otros adaptados á las costumbres que llevaban los invasores. Muéstralo con toda claridad el que va á ocuparnos, cuyos restos se ven á unos quinientos piés al noroeste del *Castillo.* Normán lo llama el templo, Stephens el gimnasio y Charnay el circo: nosotros le daremos su verdadero nombre, el Juego de pelota. Quedan de él dos inmensos muros paralelos de doscientos setenta y cuatro piés de largo, de treinta de espesor, y separados entre sí por una distancia de ciento veinte. A cien piés de la extremidad del norte y frente al espacio abierto entre ambos muros, está en una elevación otro edificio de treinta y cinco piés de largo con un solo salón cuyo frente está derruído, y entre

cuyos escombros se ven dos columnas con primorosos ornatos en relieve. La pared interior queda descubierta, y se la ve desde el piso hasta el arranque de la bóveda, cubierta de figuras esculpidas en bajo-relieve, ya casi borradas por la acción del tiempo. A la otra extremidad de las dos murallas y dominando el espacio que media



Anillo de piedra del Juego de pelota

entre ambas, hay un edificio muy destruído, de ochenta y un piés de largo, con los restos de otras dos columnas esculpidas con figuras de bajo-relieve. A la mitad de los dos grandes muros, y á unos cuarenta piés de elevación, había dos anillos de piedra maciza; ya Charnay sólo encontró uno de cuatro piés de diámetro y de algo más de uno de espesor, con un hueco circular de un pié y siete pulgadas de diámetro y que tenían labradas en el borde dos serpientes enlazadas.



Templo en el Juego de pelota

Y vale la pena el que nos ocupemos cuidadosamente de estas serpientes y del Juego de pelota á que estaba destinado el edificio.

CAPÍTULO X

El culto de la culebra. — Su significación astronómica. — La pintura relativa del códice Borgiano. — Explicaciones de Fábrega y del señor Ramírez. — Nuestra interpretación. — El jarro cronológico de Quauhnáhuac. — El vaso solar de Cholóllan. — Ruedas de calendario. — Grupo del ritual Vaticano. — El juego de pelota. — El tlachtli. — El Teotlacheo. — El Tezcatlacheo. — El Citlaltachtli. — El Palacio de los tigres. — El relieve interior. — Historia supuesta de Aac y Chac — Mool. — Explicación del relieve. — Tradición del *Popol Vuh.* — El cambio de religión — Los sacerdotes del sol. — Edificios dedicados á su culto. — El piso superior del Palacio de los tigres. — Los dinteles de zapote esculpidos. — Las pinturas murales. — Policromia de los monumentos y los ídolos. — Explicación de las figuras pintadas. — Los cantores. — Encantos y hechicerías. — Los Xbalamob. — Los dioses barbados — Organización del poder guerrero. — Armas posteriores á la invasión — El ejército. — Los holcanes. — Manera de batallar. — El Nacón. — La esclavitud. — Embajadas. — El derecho de guerra. — La costumbre de labrarse el cuerpo. — Trajes de los hombres — Trajes de las mujeres. — Afeites. — Costumbre de hacer los dientes puntiagudos. — Escasez de ídolos de Yucatán. — La isla de Mujeres. — El templo. — El ídolo. — Gigantes y pigmeos. — Leyes sobre el estado de las personas. — Poligamia. — Fiestas del matrimonio. — Herencias. — Familias nobles. — Contratos. — Jueces. — Derecho penal. — Costumbres mortuorias. — Conclusión.

En el edificio de Chichén destinado al juego de pelota deben llamarnos la atención dos circunstancias, la introducción del juego, que según hemos visto era propio de los nahoas, y el culto de la culebra perfectamente determinado, no sólo en esas ruinas, sino en otros monumentos de la misma ciudad; pues en juego y culebra vamos á encontrar significaciones astronómicas referentes á la religión nahoa introducida por los invasores en la península maya.

Hemos visto que dos deidades se representan con las culebras, la estrella de la tarde con la culebra con plumas ó *Quetzalcoatl,* y la tierra con el faldellín de culebras ó *Coatlicue;* pero si examinamos en los veinte signos de los días los correspondientes al sol, encontramos entre ellos á *coatl,* y lo qué signifique éste únicamente podremos saberlo examinando la pintura respectiva del códice Borgiano, que ocupa en la edición de Kingsborough la lámina 28, cuadro inferior de la derecha.

Fábrega la explica diciendo que es el carácter del quinto día, señalado por el signo *cóhuatl,* sierpe, símbolo de la severidad, según Torquemada; que la figura que está sentada hacia la derecha en *tlatocaicpalli,* ó silla señoril, es de *Tonacacíhuatl* ó mujer de nuestra carne, compañera de *Tonacatecuhtli,* la cual tiene otros muchos nombres alegóricos, entre ellos *xóchitl* ó flor, nombre del vigésimo día; que por adorno en la nariz lleva un anillo abierto hacia arriba, formado de una aufesibena ó sierpe de dos cabezas; que sobre ella se observa un pájaro extraño con alas de murciélago, piernas, brazos y manos de hombre y piés con uñas; que empuña en su mano izquierda una hoja seca tripartita, viéndose otra hoja semejante por el aire y un vaso con el símbolo de la noche, y que esa ave es *Tezcatlipoca,* por otro nombre *Tlahuitztocatecuhtli,* que finge ser el señor de la luz ó aurora. Agrega que,



Creación de Coalt.—(Códice Borgiano)

según Ríos, este *Tezcatlipoca* fué quien engañó á la primera mujer que pecó, sin decir su engaño ni la especie de pecado.

El señor Ramírez se limita á decir que es una deidad femenina con un adorno en la nariz en forma de

culebra, y que en la parte superior hay una águila con dos manos humanas y ofrendas, y con tal motivo pregunta: ¿será *Cihuacoatl?*

Examinemos con atención la pintura para deducir de este examen su explicación precisa.

Es, en efecto, una mujer la figura principal del grupo. Se conoce con su vestido mujeril, *huepilli* y *cuéyetl,* y también en el color amarillo de sus carnes, que es el usado en la pintura jeroglífica para representar á las mujeres. No puede haber duda en la divinidad que es, pues su rostro está dentro de la boca de una culebra, la cual se ve en los adornos de su tocado: es por lo mismo *Cihuacoatl* la diosa de la tierra, como sospechaba el señor Ramírez. Las figuras de la parte superior del cuadro son símbolos á ella relativos: el *tlacatecólotl* con el haz seco, el haz de hierbas verdes; el altar formado de piedras que significan las montañas; la olla ó *cómitl* en él puesta, que en su disco azul con un punto rojo en medio, manifiesta á la luna, y la hoja verde que de ella sale, todo forma el jeroglífico de la noche, como repetidas veces se observa en el mismo códice. Ahora, si atendemos á la actitud de la *Cihuacoatl,* la veremos semejante á la del *Tonacatecuhtli* cuando crea al *cipactli,* al sol cuando dejó caer el primer rayo de luz de arriba. Está, en efecto, la *Cihuacoatl* también en silla señoril y extiende la mano en la misma actitud de crear una culebra, *coatl;* y desde luego se comprende que esta culebra debe ser representación del sol por sus relaciones con la culebra mujer *Cihuacoatl,* la tierra. Hemos visto que el sol, *Tonacatecuhtli,* tiene por mujer á la tierra, *Tonacacíhuatl;* que el mismo sol en la noche es *Mictlantecuhtli,* y que entonces la tierra es *Mictlancíhuatl:* de



Sol de un jarro de Cuernavaca

manera que sol y tierra son una pareja, hombre y mujer; y esa pareja es la de nuestro grupo jeroglífico, *Coatl,* el sol, y *Cihuacoatl,* la tierra.

Pero ¿qué manifestación del sol es ésta, que aparece creada por la tierra, trastornando así toda nuestra anterior cosmogonía? Hasta ahora hemos visto que el sol es el creador, siendo la tierra su *creatura;* y ahora nos encontramos trocados los papeles. Mas como de esto no hablan ni antiguas crónicas ni viejos manuscritos, ni intérpretes suspicaces, ni historiadores modernos, no hubiéramos venido nunca al cabo de la deseada explicación si no hubiese llegado á nuestras manos un hermoso jarro antiguo á punto para aclararnos dudas y desvanecer cavilaciones. Fué encontrado el jarro á orillas de la ciudad de *Quauhnáhuac,* hoy Cuernavaca, es de barro muy fino y esmaltado con colores vivísimos, rojo, amarillo, blanco y negro. Tiene pintadas y como principales tres figuras idénticas que representan al sol en su movimiento anual: son círculos de fondo blanco con circunferencia negra, á cuyo derredor se extienden seis ondas iguales amarillas como las del tocado del dios del fuego; en el centro de cada círculo hay una figura roja enroscada á manera de culebra, y como en cada una de las seis ondas hay tres puntos negros, lo que



Sol de un vaso de Cholóllan

nos da las diez y ocho veintenas del año solar, claro es que cada uno de los círculos representa al sol en su movimiento aparente anual y que el sol-*Coatl* es el solaño. El mismo jarro lo confirma, porque además de los tres círculos, cada uno con diez y ocho puntos ó veintenas, tiene otras dos figuras medias, una con nueve y otra con diez puntos, lo que da otras diez y ocho veintenas del cuarto año y una más formada de los *nemontemi* de los cuatro años del ciclo menor, que queda de este modo perfecto y completo.

Pero á mayor abundamiento encontráronse haciendo una excavación en la pirámide de Cholóllan tres vasos semejantes en barro, colores y figuras. Uno de estos vasos expresa las diferentes posiciones del sol en su curso anual, y ahí el astro está representado por un círculo con las cuatro puntas del *Nahui-óllin* y en su interior se enrosca también una culebra, nuestro *Coatl.*

Si examinamos las diversas ruedas de calendarios nahoas que corren en autores que á la mano de todos se encuentran, las veremos no pocas veces circuídas por una culebra. Tomaremos, por ejemplo, dos muy fáciles de consultar: *Il Secolo Messicano,* de Clavigero, que nos pone de manifiesto al sol en el centro de un círculo, rodeado de los cincuenta y dos años del ciclo mexica, y ese círculo rodeado á su vez de una culebra. El jesuita historiador dice que solían pintar una sierpe enroscada alrededor de la rueda, indicando en cuatro plegaduras de su cuerpo los cuatro vientos cardinales y los principios de los cuatro *tlalpilli.*

Semejante es otra rueda que perteneció á Sigüenza y después á Boturini, y que se publicó por primera vez en el *Giro del Mondo*, de Gemelli Carreri.

Bástenos esto para comprender que la culebra *Coatl* ya expresara el año como en los vasos referidos, ya el ciclo como en las ruedas citadas, significa siempre un período mayor ó menor de los movimientos aparentes del sol: podemos decir que la culebra *Coatl* representaba al sol-tiempo, como el *Cipactli* al sol-luz. A éste únicamente lo podía formar el creador de todas las cosas, sólo el mismo sol podía producir la luz, y por eso se ve á *Cipactli* irguiéndose, vibrando en el espacio al mandato de *Tonacatecuhtli*. Pero el sol no era bastante para crear el tiempo; el sol era la luz constante; solamente la tierra en sus relaciones con él podía formar el tiempo; únicamente por ella y para ella podía haber días y noches, meses, años y ciclos, y por eso al representar el sol-templo por *Coatl* pintaban con lógica sublime creándolo á la tierra, á la *Cihuacoatl*. Y por eso también se ve en la parte superior del cuadro jeroglífico al símbolo de la noche alumbrada por la luna alternando con las hojas verdes del día, y á éstas con las secas de las tinieblas que empuña el buho nocturno *Tlacatecólotl*. Tenemos un nuevo par de aquella religión dualista: la culebra-sol y la mujer culebra-tierra; par que en sus relaciones mútuas forma la eterna é inquebrantable cadena de los años.

Confirmamos estas importantísimas ideas exami-



Ciclo mexica

nando el grupo correspondiente del ritual Vaticano. En el cuadro superior hay un águila, de cuyo vientre sale una corriente de excremento amarillo, que baja sobre *Tonacacihuatl*, la cual está en el cuadro de en medio, y vemos á ésta en la actitud de crear á la *Coatl* del cuadro inferior. Ya la lectura de este grupo nos es fácil: el sol envía su luz sobre la tierra y la tierra forma el tiempo.

Esta significación astronómica de la culebra y el verla en los discos de piedra del Juego de pelota de Chichén, bastaría para que sospecháramos que tal juego tenía relación con los mitos simbólicos del sol, creados por los nahoas é introducidos por los meca. Y así era en efecto. Hemos visto que generalmente en los signos del *Nahui-óllin* están marcados los puntos solsticiales, pero no siempre la meridiana y casi nunca la línea equinoccial. Es que el *óllin* expresa los movimientos del astro más bien que los puntos solsticiales y equinocciales. Para esto, que era de suma importancia, sabemos ya que servían las tres flechas de Chapultepec; pero á más inventóse una figura compuesta de dos líneas que correspondían á las dos que en el horizonte van de uno á otro de los puntos solsticiales, tirando entre ellas y á su mitad una tercera que daba los equinocciales. Tal figura nos da perfectamente la idea de la marcha del sol, y precisamente era la que tenía el plano de los juegos de pelota, que los nahoas llamaban *tlachtli*. Bastará ver el representado en el *Atlas* del padre Durán.

El cronista Durán nos da buena relación de este Juego de pelota. Era el local largo de á cien y de á doscientos piés y á los cabos tenía rincones cuadrados.

Se edificaban en todas las ciudades y pueblos de algún lustre. Los muros tenían de estado y medio á dos de altura y eran galanas cercas y bien labradas, con las paredes interiores lisas y encaladas, y pintadas en ellas efigies de ídolos y de los dioses á quienes el juego estaba dedicado. Según los pueblos, eran estos juegos mayores ó mejor labrados, pero siempre de la misma figura, con un espacio más largo y más angosto en medio, y á los extremos otros más pequeños y más anchos en donde estaban las jugadores para impedir que la pelota cayese allí y el juego se perdiese. Por superstición plantaban por fuera del *tlachtli* palmas silvestres y ciertos árboles que dan unos colorines, y todas las paredes á la redonda tenían almenas ó ídolos de piedra puestos á trechos, y lo alto de ellas se henchía de gente para ver el juego. En medio de estas paredes se ponían dos discos de piedra agujereados, el uno frente al otro, y servía uno de ellos para los jugadores de una banda y el otro para los de la opuesta, pues los que primero metían la pelota por su disco ganaban el juego. En el suelo y debajo de las dos piedras había una raya negra ó verde hecha con cierta hierba, y de esta raya había de pasar siempre la pelota.



Coatl del ritual Vaticano

Eran las pelotas tan grandes como una pequeña bola de jugar á los bolos, y las formaban de hule que por elástico las hacía saltar constantemente. Jugaban aquellos antiguos indios con tanta destreza y maña, que acontecía que en una hora no paraba la pelota de un extremo á otro sin dejarla caer, y advierte Durán que esto era más difícil porque sólo podían tocarla con las asentaderas ó rodillas, sin que pudiesen usar de las manos ó los piés ú otra parte del cuerpo. Dudamos de esta aseveración de Durán, porque había unos guantes sin dedos para el juego, llamados *chacualli*, lo que acredita que en él se empleaban las manos, y á más están esculpidas éstas, alternadas con pelotas, en un disco de *tlachtli* de Texcoco, hermosa piedra de granito verde y blanco que se conserva en la alameda de dicho



Disco del Juego de pelota, de Texcoco



EL JUEGO DE LA PELOTA ENTRE LOS ANTIGUOS MEXICANOS

Estudio histórico presentado á la Academia Nacional de San Cárlos, por el señor Ibarrarán

lugar. Sería tal vez más galano el no usar de las manos ni de los piés, y desde luego comprendemos que Durán elogie la maña y gentileza de tal juego.



Tlachtli del códice Fejervary

Al que metía la pelota por el agujero de la piedra le cercaban todos y le honraban, le cantaban cantares de alabanza y bailaban con él un rato, dándole por premio plumas, mantas y *maxtli*.

Los jugadores se ponían desnudos, cubiertos sólo con sus *maxtli* y con unos pañetes de cuero de venado que se ataban en los muslos, que siempre los traían raspando por el suelo. Jugaban todo el día, remudándose para descansar, y como era juego de gentes principales, apostaban joyas, mantas, plumas, armas, esclavos y aun mujeres, si bien el vulgo no hacía tantas apuestas, y había también gente enviciada que podemos comparar á nuestros tahures.

A veces sacaban muertos á los jugadores, ya por fatiga del mismo juego ó porque recibían con la pelota golpes tan fuertes que les quitaban la vida, y las más veces quedaban tan lastimados con los golpes, que tenían que sajarse las contusiones.

Los jugadores de oficio tenían varias supersticiones: llegada la noche ponían en un trasto la pelota, el braguero y los guantes, y puestos de cuclillas ante ellos orábanles y los conjuraban para que les diesen el



Chichén. — Palacio de los tigres

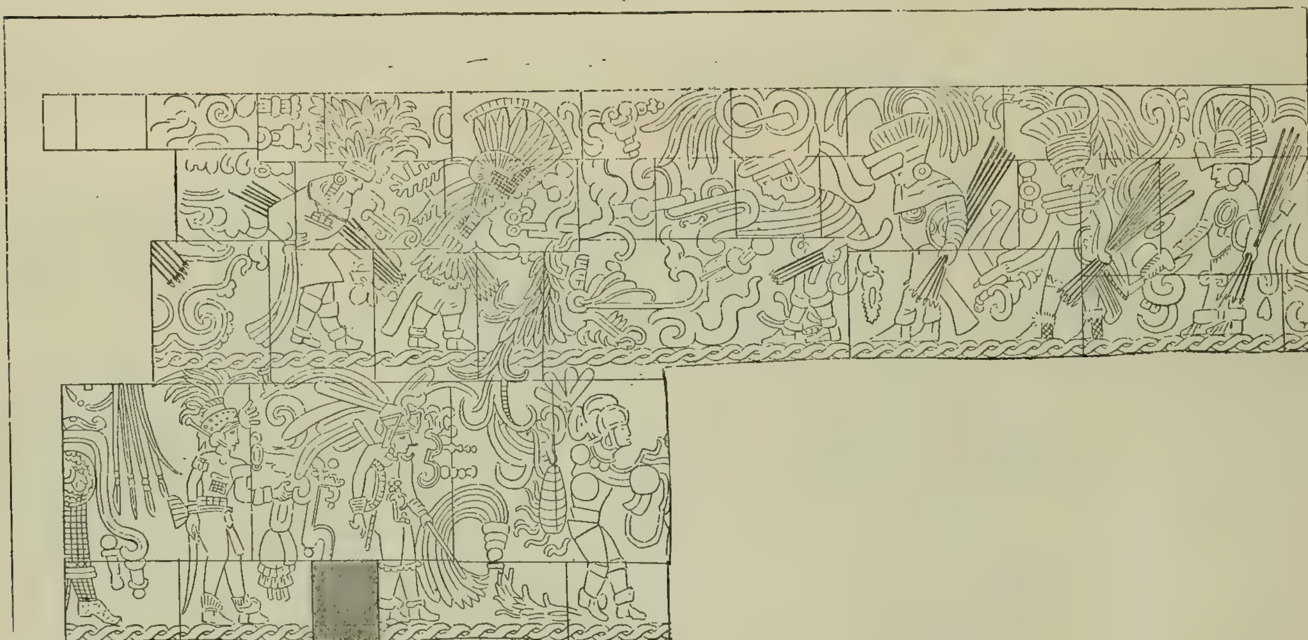
triunfo, recitando á ese propósito las más extravagantes oraciones. Hacíanles después sahumerios y ofrendas de alguna cosa de comer, y en tomando esto, á la mañana siguiente, ya se iban al juego completamente seguros de su triunfo.

La importancia extraordinaria que á este juego se daba y su forma, hacen comprender que era una representación de los movimientos aparentes del sol, que los nahoas con su vigorosa imaginación se figuraban como pelota lanzada constantemente en el firmamento, y que no podía detenerse ó *hacer falla*, como decían en dicho juego, sino en los extremos que á los solsticios corresponden. Esto está claramente significado en el *tlachtli* de la pintura décimasexta del códice Fejervary, pues se le ve atravesado por la flecha de la meridiana, quedando los brazos de las extremidades como los

espacios horizontales que recorre el sol en su carrera anual. Confirma la idea un pasaje de la *Crónica Mexicana* de don Fernando de Alvarado Tezozomoc, en que dice que los mexica llamaban *citlaltachtli* ó juego de pelota de las estrellas *al norte y su rueda,* aunque el señor Troncoso agrega acertadamente que ese nombre debió corresponder á todo el firmamento nocturno. Veían efectivamente los nahoas que en las diversas épocas del año ocupaban lugares muy diferentes las estrellas, y fué grandioso figurárselas como pelotas de luz lanzadas en diversas direcciones por el inmenso *tlachtli* de los cielos. Los mexica, herederos de las ideas de los nahoas, tenían en su templo mayor un juego de pelota llamado *Teotlachco,* para representar el curso del sol, y para el de la luna otro al cual decían *Tezcatlachco:* nombres que literalmente quieren decir, juego de pelota del sol y juego de pelota de la luna; quedando así el *Citlaltachtli* para la zona que al norte sigue y con referencia á las estrellas que en ella se observan.

Y hé aquí cómo, hasta el juego de pelota, todo viene comprobando que los Tutulxiu y los emigrantes que con ellos penetraron en la península maya, introdujeron en ella la cultura nahoa, cuya significación principal era el sabeismo.

Pero continuemos describiendo los edificios anexos al Juego de pelota. A la extremidad sur del muro oriental y por la parte exterior, hay un edificio de dos cuerpos, uno al nivel del piso y el otro á unos veinticinco piés sobre él. El superior se encuentra bien conservado, es sencillo, de buen gusto en su ornamentación, y representa una procesión de tigres. El inferior



Fragmento del relieve mural del Palacio de los tigres

está muy destruído, casi todo su frente está en ruinas, dejando ver los restos de dos figuras esculpidas. Al caer la pared, ha dejado á la vista el muro interior, que está cubierto de figuras de bajo-relieve laboriosamente esculpidas y pintadas de colores. Las figuras están en líneas separadas por cintas de ornamentación. Los indios llaman á esta pieza *Xtol,* por suponerse que representa el baile de los antiguos así llamado.

Stephens comprendió que este monumento encerraba grandísimo interés para el estudio de las antigüedades mayas; M. Plongeon encuentra en los relieves pintados la historia de dos reyes hermanos, *Chac-Mool* y *Aac,* el primero casado con la hermosa *Kinich-Kakmó,* y el segundo prendado de ella. Según Plongeon consta esto en las pinturas del segundo piso del palacio, que ha restaurado según afirma. No le seguiremos en la resistencia de la honestísima reina, ni en la venganza de *Aac* que mató á su hermano, porque creemos de buena fe que son fantasías de su imaginación; y no conocemos más que dos figuras que él atribuye á *Aac* y *Kinich-Kakmó,* siendo de notar que á ésta la supone en actitud de consultar á un *U-Men* ó adivino, y á la verdad ni nos parece mujer por su traje, ni adivino el hombre que duerme, sino que en el tal grupo vemos algo parecido al *Akabdziib,* y por lo mismo alguna representación astronómica semejante. Indiquemos nuestra opinión sobre las figuras del muro de Chichén.

Stephens observa solamente que cada figura tiene por adorno en la cabeza un plumero, y que lleva un haz de flechas y un carcaj. Éstas eran las armas de la raza, como el tocado de plumas era común á los pueblos del Sur: así hemos visto ese adorno lo mismo en las esculturas de Xochicalco y Zaachila que en los estucos de Palemke, en los relieves de Chichén y en los ídolos de Tamoanchán. No se puede dar una descripción exacta con la fotografía, grabado y litografía que del

relieve conocemos; la primera, sacada por M. Charnay, es bastante confusa, y solamente percibimos en ella tres hileras de personajes armados que parece acatan y se humillan ante una deidad; en la primera hilera el dios es una culebra, es decir, el sol, y el personaje principal lleva en la cabeza una mitra, de cuya forma se conoce que más tarde se derivó el *copilli* real; el tocado primitivo del sumo sacerdote tornóse después en corona del rey. El grabado pertenece á la obra de Stephens, comprende únicamente la segunda hilera y parte de la inferior, y en él se ve á los guerreros con sus armas, trajes y penachos de pluma, llevando uno de ellos el *copilli*. La litografía, que ha querido ser reproducción de la plancha fotográfica, es enteramente inexacta, como se ve desde luego en un traje talar y con manto que supone á la figura de la mitra, que es la que mejor se percibe en la fotografía y que por cierto no está vestida de esa manera.

Una tradición conservada en el *Popol Vuh* nos da la explicación del significado del relieve mural de



Pintura mural del Palacio de los tigres

Chichén. Según ella, estaban las tribus quichés sobre el monte Gagawitz esperando que saliese la estrella de la mañana que anuncia al sol. Balam-Quitzé, Balam-Agab, Mahucutah é Igi-Balam, estaban reunidos y oraban, se sacrificaban y derramaban lágrimas para que volviese el astro del día. Invocaban para ello á sus dioses *Tohil, Awilix* y *Gagawitz*. Después de una larga espera llena de angustia, apareció al fin brillante la estrella de la mañana: entonces quemaron en su honra el copal que habían llevado; pero después se pusieron á derramar nuevas lágrimas, porque no veían la salida del sol. Mas cuando el astro del día apareció, todos los animales, pequeños y grandes, se llenaron de alegría; salieron todos de los ríos y de las cañadas subiendo á las cúspides de las montañas, y volvían la cabeza al lado donde el sol se mostraba. Al verlo, todos lanzaron sus cantos y sus gritos, el león y el tigre; y el primero que cantó fué el pájaro quetzal. Era una alegría universal de animales: los pájaros extendían sus alas, lo mismo el águila y el milano que las aves pequeñas. Postráronse los sacrificadores, y los de Tamub, y los de Ilocab, y los yaquis de Tepeu, y todos los pueblos que estaban presentes. No se podría contar el número de los que vieron resplandecer la aurora. Entonces los viejos dioses y las deidades del Tigre, de la Víbora, de la Serpiente y del Zakigosol

se mudaron en piedras abrazándose á los árboles: todos quedaron petrificados en el momento que salieron el sol, la luna y las estrellas.

Este relato del libro sagrado de los quichés es bastante expresivo, y bien claro manifiesta un cambio de religión, el abandono del viejo culto de los animales por la adoración de los astros; pues esa misma teofanía representa el relieve mural de Chichén. Los cuatro hombres inclinados ante la culebra, humillándole sus armas y ofreciéndole copal, siendo el primero de los cuatro el sumo sacerdote ornado de su mitra, son el viejo pueblo itzá que adopta el nuevo culto. Por eso los personajes de la segunda hilera, unos llevan el *tlemaitl* con el copal ardiente, y otros por ofrenda plumas y ramas, inclinándose todos ante la bien conocida deidad *cipactli,* en adoración á la luz del astro-rey.

Luego se comprende que en aquellos palacios donde vivían los sacerdotes del sol, habitaba el *H' Kin.* Y así como el Castillo era edificio destinado al culto de *Kukulcán,* éstos lo estaban á *Kinich-Kakmó.* Allí descubrió su estatua M. Plongeon, los relieves y pinturas se refieren al culto del sol y el mismo juego de pelota simboliza su curso.

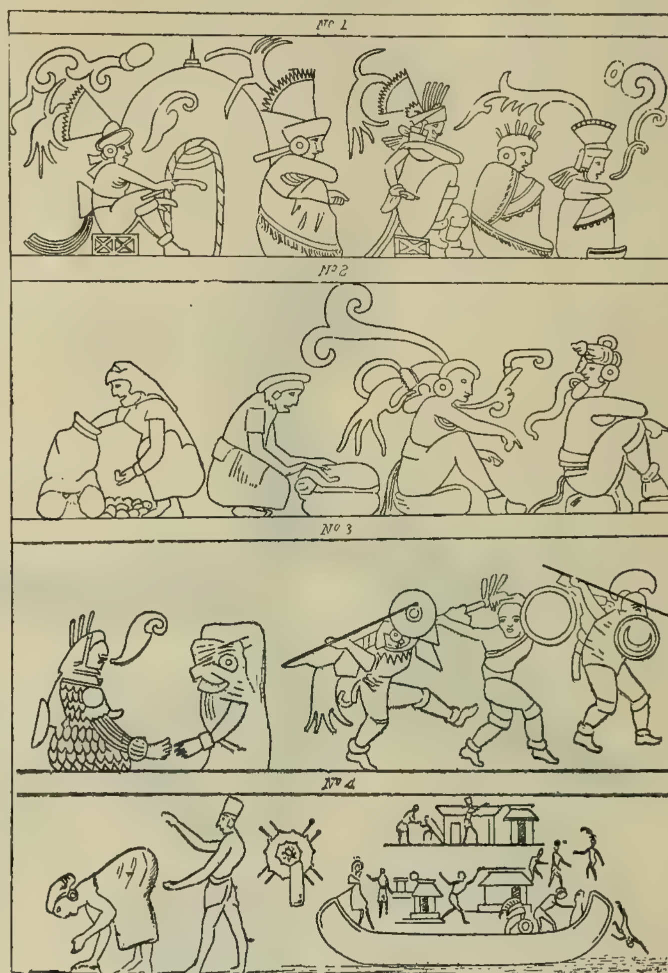
Pero continuemos en la descripción del edificio que hemos llamado Palacio de los tigres. No hay escalera ni



Relieve en un dintel de madera de zapote

otra manera de subir al piso superior, y su puerta da sobre la plataforma del muro del Juego de pelota. Ya hemos dicho que desde estos muros veían el juego los curiosos. El corredor del frente de ese piso superior está sostenido por macizos pilares, de los que todavía existen algunos restos cubiertos de minuciosos adornos esculpidos. El dintel de la puerta es de madera de zapote riquísimamente labrada: en ese labrado ha creído ver M. Plongeon la figura de *Aac.* Parte de las jambas están sepultadas en los escombros, pero en ellas se observan figuras esculpidas con grandes adornos en la cabeza. Por dicha puerta se penetra á una pieza interior, cuyas paredes y techumbre están cubiertas de figuras pintadas con vivísimos colores, representando hombres, batallas, escenas de vida doméstica y una gran canoa, aunque todo bastante destruído.

El existir en este piso superior una caja preciosa-



Diversas figuras pintadas en los muros del Palacio de los tigres

mente esculpida hizo que M. Plongeon creyese ver allí una cámara funeraria levantada al supuesto Chal-Mool por la reina su esposa.

Dos advertencias relativas al edificio debemos hacer. Encontramos los dinteles ricamente esculpidos de palo rojo de zapote, sustituyéndose á los de piedra. Charnay dice que ha observado en las ruinas, que éstos se usan en las puertas pequeñas y aquéllos en las anchas, y hallamos que en este edificio domina la pintura, por lo que Stephens creía que los constructores del monumento fueron más adelantados en la pintura que en la escultura.

Pero la verdad es que fué propio de la raza maya-quiché, y de ella se extendió á las otras, la policromia de los monumentos, ídolos y demás objetos. Así hemos visto que los monumentos de Copán estaban pintados con vermellón; en los estucos de Palemke se notan aún varios colores; el *Kinich-Kakmó,* uno de los *Totec* y otros varios ídolos del Museo conservan huellas claras

de pintura, y la misma Piedra del Sol y otros monumentos estaban pintados.

Stephens dice que las figuras murales del palacio están pintadas con verde, amarillo, rojo, azul y un color oscuro rojizo para las carnes. Plongeon en sus copias agrega el violado, y da significación á los colores: el azul es santidad, el violado es dicha, el verde sabiduría, y el amarillo expresión de las malas pasiones.

Stephens reprodujo en grabado algunas de las pinturas murales: una copia exacta de todas y un estudio concienzudo de ellas nos darían mucha luz sobre las antiguas costumbres de los mayas. Hagamos un ligero ensayo con las que conocemos.

Llaman desde luego la atención cinco que están sentadas en línea, de las cuales la primera está cantando y la última tocando un instrumento músico. Ya el carácter jeroglífico en estas pinturas se va separando del antiguo maya-quiché, y pasa al figurativo de los nahoas. El canto entre éstos se simbolizaba con la misma vírgula que la palabra, pero más adornada; y así está la primera figura, y en la última que canta y toca al mismo tiempo. Además, las cinco están sentadas, tres en cuclillas y dos en banquillos; pero ya ninguna con las piernas cruzadas á estilo oriental, pues hasta en esto se ve la prueba de la invasión y la mudanza de las costumbres.

Desde luego se comprende que tales pinturas representan un acto religioso, pues que celebraban sus cultos con cantos y músicas, y bien lo indica el deán Aguilar cuando aconseja que el cristiano se haga con timbales y flautas y melodía de diversas voces.

En otra pintura se ve á un guerrero hablando á un ídolo y como en conversación con él, como si lo interrogase sobre el éxito de la campaña que va á emprender, pues después se ve contentos y corriendo á otros guerreros que van en son de campaña. Esto recuerda los embustes, agüeros, hechicerías y encantos en que creían los mayas.

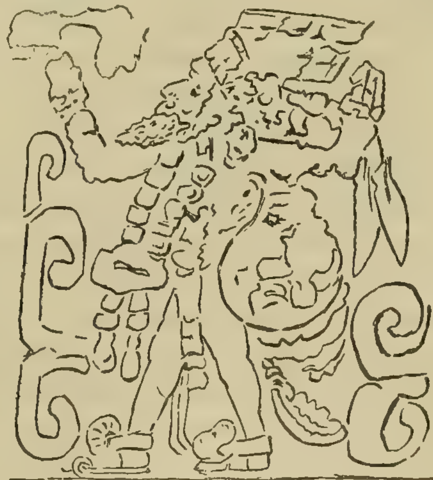
Que para ellos y los quichés había encantadores, bien lo muestran las diversas transformaciones de *Xbalamke* en *Xibalba*, según el relato del *Popol Vuh*. Y el deán Aguilar refiere que tuvo preso á un natural del pueblo de Tezoc, gran idólatra encantador, que cogía con la mano una víbora ó culebra de cascabel, diciéndole ciertas palabras simbólicas.

Entre las fábulas relativas á estos hechiceros hay una muy interesante que se refiere á los *balám* ó *hbalamob*, como se dice en plural; pues hay que advertir que si esa palabra significa tigre, quiere decir también hechicero. En esa leyenda se cuenta que son los *balám* ciertos viejos que cuidan las ciudades. Constantemente las están vigilando cuatro de ellos, uno á cada viento. Durante el día son invisibles, y si alguno por acaso los ve, seguro puede estar de que le sucederá alguna desgracia. En la noche son más vigilantes, y tampoco se les ve, pero se oyen los silbos conque se comunican, y aunque no tienen alas vuelan. Defendían á la ciudad de las tormentas, huracanes y cualquiera otra desgracia; y los indios creían que las exhalaciones eran los trozos de tabaco encendido que cansados de fumar arrojaban los *hbalamob*.

Es curioso que dos de las figuras de Chichén, dibujadas por M. Plongeon, se tengan por él y algún otro escritor, por magos ó encantadores, con la particularidad de ser ambas barbadas. Trataremos primero de las hechicerías, para luego ocuparnos de este punto, que no carece de interés.

El deán refiere que había entre los mayas ciertos indios viejos hechiceros que ensalmaban con palabras misteriosas á las mujeres de parto y curaban á los mordidos de víboras. Cuenta que cuando fabricaban casas nuevas, que era cada diez ó doce años, iban por el viejo hechicero á una, dos y tres leguas para que las bendijese. Estos hechiceros eran los que confesaban, punto que más tarde trataremos, y echaban suertes con maíces, usando diversas ceremonias y teniendo por base el que los maíces resultaran en sus diversas combinaciones nones ó pares, *huylán* ó *caylán*, y agrega, en fin, el buen deán, que en Mérida era público que había indias hechiceras que con ciertas palabras abrían una rosa antes de que estuviese sazonada, y con ella se conquistaba el amor de las personas más desdeñosas, y así nos habla de otros hechizos: verdad es que nuestro Aguilar creía en el duende de Valladolid y se figuraba haberlo exorcizado.

En las pinturas copiadas por M. Plongeon, repetimos que los que llama hechiceros aparecen con larga barba, uno haciendo una ofrenda y otro hablando ú orando. No queremos negar que sean figuras de mágicos



Kukulcán. — (Dios barbado de Chichén)

ni que estén representados tal vez haciendo hechizos; pero en ese caso expresan los que hacían los sacerdotes del dios *Kukulcán*. Que ambas son su imagen se conoce precisamente en que están barbadas y además

en sus atributos: la una tiene en la cabeza las dos hojas que se ven á *Quetzalcoatl* en el *Ehecatonatiuh* y la otra está rodeada de la culebra como el *Gucumatz* del relieve de Palemke. Y es que en las religiones de origen nahoa hay varios dioses barbados, los que primitivamente representaron al sol como se ve en la piedra de Zaachila, *Quetzalcoatl*, ó la estrella vespertina, y más tarde *Huitzilopochtli*. Si esto es porque la primera raza del Norte era barbada en contraposición á la del Sur, que siempre fué lampiña, no lo sabemos; pero esos sacerdotes barbados acreditan la invasión, como hemos visto que lo prueban la manera conque están sentadas las figuras, y podemos añadir las mantas conque se cubren; de manera que esas pinturas son de esa época posterior.

Pasando á los guerreros en las pinturas representados, debemos manifestar que la mudanza de teocracia á monarquía hubo de producir cambios importantes en la organización de los ejércitos, supuesto que el poder guerrero se sobrepuso y quedó por primero. Dándonos Landa cuenta de ella, dice de sus armas que eran las ya referidas, arcos y flechas, hachas y lanzas, y para defensa jacos de dos lienzos de algodón rellenos de sal y rodelas que hacían de cañas hendidas y muy tejidas, redondas y guarnecidas de cueros de venados. Habíamos dicho que en los monumentos anteriores á la invasión no se encontraban guerreros con escudos; pero en estas pinturas posteriores los llevan y una de las figuras tiene en vez de lanza una especie de porra. En los últimos tiempos usaron también la macana, á pesar de lo que dice Landa, pues armas de esa clase llevaban los mercaderes de la barca que encontró Bartolomé Colón. Agrega el cronista que algunos señores y capitanes usaban morriones de palo, y con estas armas iban á la guerra y con plumajes y pellejos de tigres y leones.

Los mayas tenían siempre dos capitanes, uno perpétuo cuyo cargo se heredaba y otro electo por tres años, que era al mismo tiempo sacerdote en la fiesta del mes *Pax*. Llamaban á éste *Nacón*, y durante el ejercicio de su cargo no había de conocer mujer, ni á la suya propia; ni comer carne, sino que de pescados se alimentaba; tenía aparte sus vasijas y muebles, sin que mujer alguna pudiera servirlo; rara vez se presentaba al público y era muy reverenciado.

Formaban el ejército como soldados principales cierta gente escogida que había en cada pueblo, la cual no estaba siempre sobre las armas sino que se reunía cuando era menester. Llamábanse *holcanes*, que quiere decir *cabezas de serpiente*, sin duda por la de víbora que de tocado llevaban. Si estos soldados escogidos no bastaban, tomábase más gente de los pueblos. No tenían soldada los *holcanes* sino en tiempo de guerra, que se la daba el capitán, y sus pueblos les acudían con los alimentos.

Salían á batalla guiados por una bandera, y en silencio para atacar siempre por sorpresa al enemigo; pero en cayendo sobre él, destrozábanlo con grandes gritos y crueldades. Después de la victoria quitaban á los muertos la quijada, y limpia de carne se la ponían por trofeo en el brazo. Si apresaban á algún capitán ó guerrero notable lo sacrificaban; los otros soldados prisioneros eran esclavos del que los tomaba.

Todo lo relativo á la guerra se acordaba y concertaba por el jefe de la casta guerrera y el *Nacón*. En esto vemos otro medio ingenioso que emplearon los sacerdotes para conservar su poder después de la invasión. Antes de ella, el *Hunpictok* era el servidor humilde del sacerdocio; pero apoderados del mando los invasores, quedaba el Tutul-Xiu dueño de los ejércitos, y para no perder su dominio en ellos inventaron los sacerdotes el nuevo cargo de *Nacón*, que era uno de ellos mismos electo cada tres años, por lo que les era completamente devoto. Sin el *Nacón* no se arreglaba nada para la guerra y así el rey nada podía hacer sin el concurso del sacerdocio.

Sin duda que en la península, como en todas las sociedades antiguas, de la guerra nació la esclavitud. El esclavo no era el hombre del pueblo ó el siervo, era la cosa propia que se compraba y se vendía, que se utilizaba para todo trabajo y que servía cuando se necesitaba para víctima en los sacrificios: su dueño tenía sobre él derecho de vida y muerte. El número de esclavos debía ser muy grande, porque no sólo lo eran los guerreros vencidos y los extranjeros, sino que también en algunos delitos se imponía la esclavitud por pena.

Las guerras habían formado entre los mayas una especie de derecho internacional. Los *ahau* y los *batab* nombraban embajadas de sacerdotes y guerreros, cuyas personas eran sagradas, cualquiera que fuese el objeto de su misión; pero si estallaba la guerra, era permitido cualquier ardid para alcanzar la victoria. El éxito de una batalla decidía la contienda, pues no llevaban los guerreros más provisiones que las que podían cargar á la espalda. El vencedor era implacable: sacrificaba á los capitanes enemigos, esclavizaba á los prisioneros, que sólo rescatándose podían recobrar su libertad, é incendiaba generalmente la ciudad enemiga. Tal era el derecho de guerra entre los mayas.

Los que salían á campaña teñíanse la piel, y en esta costumbre vemos también la influencia de la invasión, que igualmente modificó los trajes y adornos. En efecto, los mayas, siguiendo una costumbre que pertenecía á la raza autóctona, según hemos visto, y que por lo mismo entre ellos debieron introducirla los meca, se labraban los cuerpos y cuanto más por de mayor bravura se tenían. Era el labrarse gran tormento, pues pintaban primero con tinta las labores y después las sajaban, de manera que quedaban indelebles mezcladas la sangre y tinta. Como era tan grande el dolor de la

operación, hacíanla poco á poco, y aun así se ponían malos porque se les enconaban y supuraban las incisiones; á pesar de lo cual tenían en desprecio á los que no se labraban. Aguilar refiere que en su niñez vió todavía á los Cupules de Valladolid, (Yucatán), labrados con figuras de sierpes y águilas.

Para hablar de los trajes que usaban debemos advertir que eran los mayas fuertes y recios y que tenían por gala ser bizcos, para lo cual las madres cuando niños les colgaban del pelo una cinta que les caía en medio de las cejas, con lo cual conseguían lo que ellos pensaban que era un nuevo detalle de su hermosura. Ya hemos dicho cómo les aplastaban la cabeza, y agregaremos que les agujereaban las orejas en las cuales usaban zarcillos, y que, según en varios ídolos se observa, colgábanles anillos de la nariz.

No criaban barbas y decían que para conseguirlo siendo niños les quemaban las madres los rostros con paños calientes. Usaban el cabello largo como las mujeres; pero hacia la coronilla lo quemaban también para que les creciese más corto. Trenzábanse el cabello haciendo con las trenzas una guirnalda alrededor de la cabeza y dejando caer atrás las colillas como borlas. Se bañaban á menudo, y para aromatizarse llevaban ramos de flores en las manos. Por gala se pintaban de rojo el rostro y el cuerpo, y Landa dice que era su vestido el *ex* ó *maxtli*, listón de una mano de ancho que se envolvían en la cintura, de modo que una punta cayese por delante y por detrás la otra, las cuales bordaban sus mujeres con curiosidad y con labores de plumas, y que además llevaban mantas largas y cuadradas atadas en los hombros, sandalias de henequen ó cuero de venado y que no usaban más vestido. Esta fué también reforma de los invasores, ese es su traje y así se ven en las pinturas murales de Chichén; mientras que hemos visto que en tiempos más antiguos nos revelan los monumentos otra manera de vestir y otro lujo después perdidos.

También la invasión influyó en los trajes y adornos de las mujeres. Landa dice que se preciaban de hermosas, aunque no eran blancas, sino de color moreno y pálido, lo que atribuye al sol y al contínuo bañarse. Se horadaban la ternilla de la nariz, y ahí se engarzaban unos pequeños discos de ámbar que se recogía en las costas de la península. En las orejas se ponían zarcillos y también se labraban de la cintura arriba, menos los pechos, con labores más delicadas que los hombres. Se pintaban como éstos de rojo, y si podían agregaban al color una goma pegajosa y de buen olor llamada *iztah-te*, y con esta mezcla untaban uno como ladrillo bien labrado, y aplicándoselo quedaban labradas, galanas y olorosas por varios días. Es muy común encontrar estos barros cocidos con labores y grecas á veces complicadas y bellas, á los que generalmente se llaman sellos por no saber que estaban destinados al afeite de las indias. Trenzábanse los cabellos con galanura haciéndose curiosos tocados. Landa dice que sólo se cubrían de la cintura abajo con una enagua á no ser con la manta, y que las de Campeche se cubrían á más los pechos con un paño que se ataban debajo de los brazos. Pero Aguilar dice con razón que usaban enaguas como fustanes de colorado, y fustanes las llaman todavía, y camisas de algodón blanquísimo que él designa con el nombre de guaipiles y que hoy les dicen ipiles. Inmediatamente se conoce el nombre nahoa *huipilli*, que acredita que también el traje



Idolo de Tiayo. — (Túxpan)

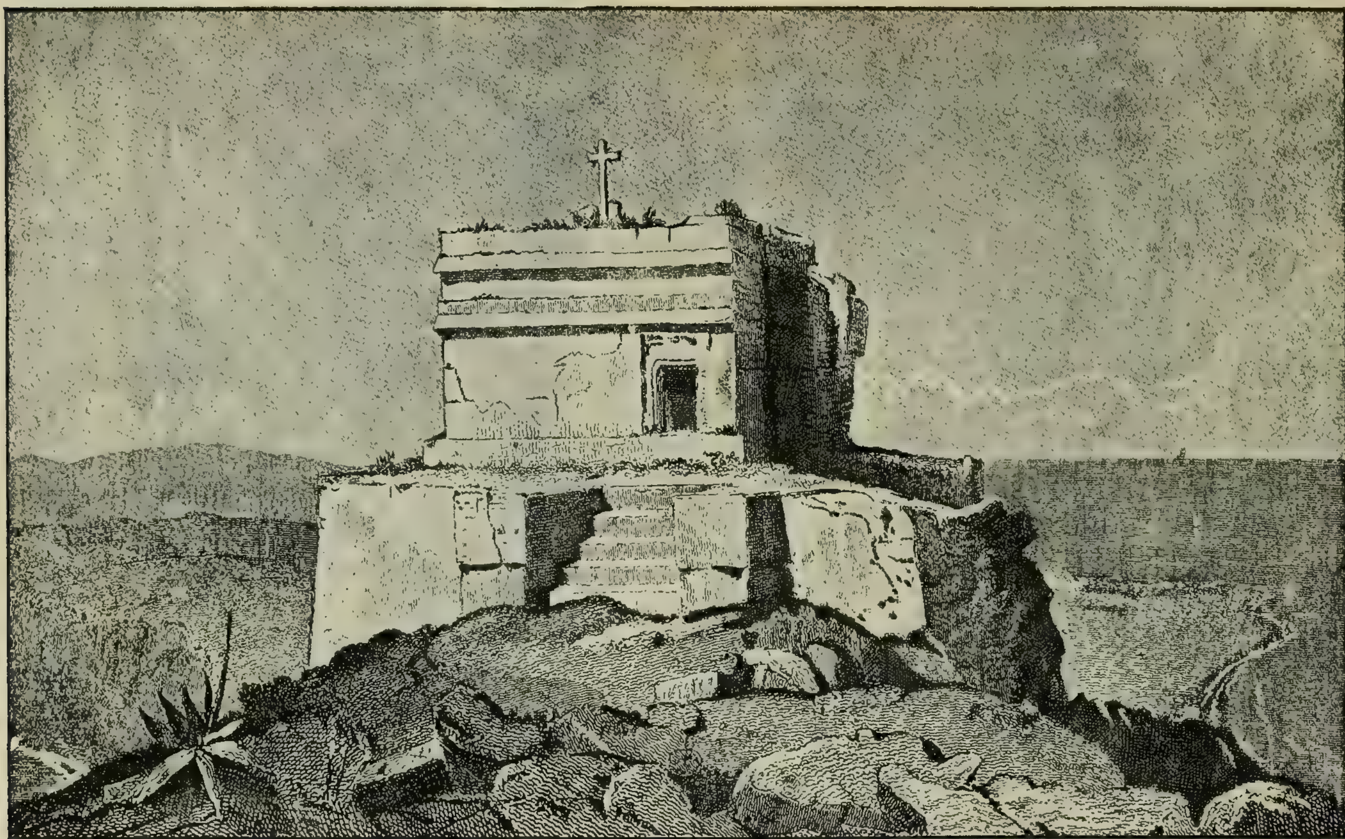
mujeril fué introducido por los invasores, sustituyéndolo al suntuoso de tiempos anteriores.

Pero lo más notable en materia de adorno de las mujeres, era que tenían por costumbre aserrarse los dientes dejándoles como sierra, y hacían este oficio viejas limándolos con ciertas piedras y agua. Hasta hace poco no teníamos más prueba de tan extraña costumbre que el dicho del cronista y acaso de algún otro escritor, y es que son raros los ídolos de Yucatán. Que los hubo y muchos, bien se vió en la conquista del Petén, y sin embargo, Bancroft llama la atención sobre el hecho de que no se conocen más esculturas mayas que el animal de dos cabezas y la vieja en Uxmal; la tosca figura y la pequeña estatua en Nohpat; el ídolo que en Zayi sirve de fuente; los monolitos toscos de Sijoh; los ídolos vagamente mencionados de Mayapan

y las figuras de barro de Campeche. Podemos agregar algunos más de que ya hemos hablado y otros de que tenemos conocimiento; pero siempre resultará que son relativamente muy pocos los ídolos mayas que conocemos. Afortunadamente encontró el de una mujer M. Plongeon, en la isla llamada de Mujeres.

Sabido es que esta isla tomó su nombre precisamente de los muchos ídolos femeninos que en ella observaron los españoles cuando la descubrieron. Torquemada refiere que le dieron ese nombre porque en ella se encontraron torres de piedra con gradas y capillas cubiertas de madera y paja, en las cuales estaban puestos, por muy artificioso orden, ídolos que parecían mujeres. Herrera dice que eran tres templos labrados de cal y canto, con muchos ídolos con caras de demonios, de mujeres y de otras malas figuras, y que algunos eran de barro ó de madera con adornos y diademas de oro. En efecto, Francisco Fernández de Córdoba, que llevó por piloto á Alaminos, la descubrió en el año 1517, y le puso el nombre de *Mujeres* porque allí, en un templo de piedra, encontró los ídolos de las diosas de aquella tierra, como *Aixchel, Ixchebeliax, Ixbunié* é *Ixbunieta*.

El ídolo femenil fué encontrado por M. Plongeon en el templo que está en la punta sur de la isla. Está construído este edificio sobre una plataforma de dos metros de altura, por nueve de norte á sur y ocho y medio de oriente á poniente. Su frente da al sur, y mide como seis metros de ancho por cinco y poco más de largo y tres de altura. La figura exterior del templo y su división interior son semejantes á los de la península que ya hemos descrito.



Templo de la isla de Mujeres

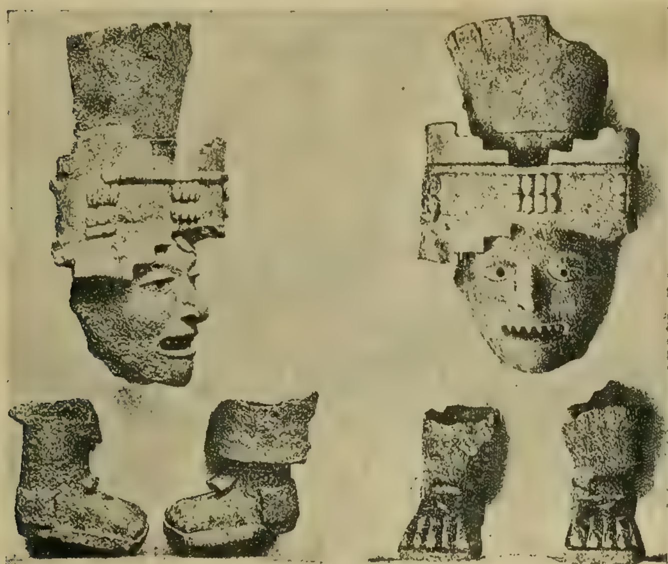
Pues bien, en la isla se encontró una figura de barro, que se cree brasero para quemar copal, y la cual tiene perfectamente marcada su dentadura en forma de sierra. El aspecto de su rostro es severo, y lleva un raro y muy alto tocado que servía de brasero.

No queremos á este propósito olvidar que lo poco elevado de los monumentos de la isla ha hecho pensar á algún escritor, que no iba descaminada la tradición maya de una existencia primitiva de gigantes y de enanos, pues dice que así como los edificios de Aké hacen creer que fueron levantados por los primeros, los de la isla de Mujeres diríase que fueron obra de los *Aluxob* ó pigmeos; y cree buenamente M. Plongeon que esa raza diminuta tenía unos dos piés de estatura.

Y ya que de las costumbres de los mayas después de la invasión vamos tratando, bueno será que digamos algo de sus leyes. El señor Ancona precisa perfectamente que tenían disposiciones concernientes al estado civil de las personas, á las herencias y á los contratos. Dice que el matrimonio sólo podía celebrarse con una mujer, y que si los misioneros creyeron encontrar huellas de poligamia, fué porque el divorcio era permitido y no era remoto dar con dos ó tres mujeres que

pretendiesen serlo de un mismo marido. Pero Aguilar afirma terminantemente que tenían muchas mujeres, y que en su conversión las dejaron quedándose con la primera, y es que los invasores introdujeron esa costumbre nahoa, sustituyéndola á la bigamia primitiva. Hacían sus bodas con suntuosas fiestas y banquetes, y tomaban con esa ocasión grandes jícaras de pozol cubierto con espuma de cacao. La ceremonia principal del matrimonio consistía en que la esposa diera de comer y beber á su esposo en presencia de todos los concurrentes.

Las leyes sobre las herencias eran tan precisas que no había necesidad de testar. Heredaban primero los hijos y en su defecto los parientes más cercanos,



Barro representando á una diosa maya

pero no las hijas; y se daban por muy contentas las mujeres si algo les donaban los herederos varones. Nombraban una especie de tutor á los menores para que administrase sus bienes, y de ellos tomaba los frutos en pago de tal servicio.

Parece que las mismas leyes hereditarias regían para el mando de la nación, y que el hijo heredaba el poder real del padre; pues sabemos que así sucedía con los *batabs* ó caciques, y los conquistadores encontraron las familias nobles de los Xius de Maní, de los Cocomes de Zotuta, de los Peches de Concal, de los Cheles de Cicontum, de los Cupules que después fueron de Valladolid, de los Cochuahes de Ichomul, de los Conohes Pabolón, Chanes, Canules y otros.

En los contratos bastaba para confirmarlos el que los contratantes bebiesen ante testigos; y si un deudor no podía pagar lo que debía, pero lo confesaba ante su mujer y sus hijos, á su muerte éstos quedaban obligados á hacer el pago.

Hacían justicia los *batabs* ú otros delegados especiales del *ahau*. También imponían las penas, que eran muy severas. Castigaban con la muerte al adúltero, para lo cual atado á un madero lo entregaban al marido ultrajado; si éste lo perdonaba quedaba libre, y si no, lo mataba dejando caer sobre su cabeza una gran piedra: á la mujer le daban por único castigo la infamia y el desprecio público. Al homicida lo estacaban para que muriese; al ladrón, aunque fuese de poco, lo hacían esclavo; y si era señor ó principal se juntaba el pueblo y le labraban el rostro por los lados desde la barba hasta la frente, lo que por gran infamia se tenía. Pena de muerte tenían también el traidor á su señor, el incendiario, el que corrompía alguna doncella, acometía á casada ó forzaba á cualquiera mujer.

Pero si el homicida era menor, no se le mataba sino que se le hacía esclavo; y si la muerte era casual, tenía que pagar un esclavo por el muerto. Al sospechoso de adulterio, aunque no se le probase, le ataban las manos por detrás varias horas ó varios días, según el caso, ó lo desnudaban ó le cortaban los cabellos, que era grave afrenta.

No usaban del juramento, pero maldecían al mentiroso y se creía que no mentían por temor á las maldiciones. De las sentencias no había apelación, y no usaron por pena los azotes ni la prisión; pero á los condenados á muerte, á los prisioneros de guerra y á los esclavos fugitivos, les ataban atrás las manos, les ponían á la garganta una collera hecha de palos y cordeles, y los llevaban á unas jaulas de madera que servían de cárcel. Una de estas jaulas, pintada de varios colores, servía para guardar á los niños y á los hombres que habían de ser sacrificados.

La pena de la esclavitud era hereditaria. Los hijos de los esclavos eran esclavos hasta que se redimían ó se hacían tributarios. El que se casaba ó tenía hijos con esclava quedaba esclavo del dueño de ésta, y lo mismo sucedía con la mujer que se casaba con esclavo. Si poco después de la venta moría el esclavo ó huía y no lo encontraban, el vendedor estaba obligado á devolver parte del precio al comprador.

Sería entrar en muchos pormenores seguir minuciosamente á los mayas hasta en sus últimas costumbres, tanto más que variaban según los lugares, cambiando hasta sus dioses; así era en Campeche la deidad principal *Kinchachau Haban*, dios de las crueldades, en cuyas aras se sacrificaban á menudo víctimas humanas, y cuyo templo estaba construído dentro del mar, de forma cuadrada y con escaleras en todos sus costados; mientras los ídolos de Tihóo eran *Ahchun caan* y *Vaclom chaan*, y el de Cozumel *Ahhulaneb*, que tenía una flecha en la mano.

Pero sin entrar en mayores detalles, que sólo traerían confusión, no debemos dar de mano á las costumbres mortuorias, que son siempre expresión del carácter de un pueblo. Primitivamente los sepultaban en túmulos, y este modo se siguió generalmente, pues amortajaban á sus cadáveres hinchándoles la boca con maíz molido que

era su comida y bebida llamada *koyem,* y á más algunas piedrecillas de las que tenían por moneda. Hacían el enterramiento en sus mismas casas ó á las espaldas de ellas, echando en la sepultura algunos de sus ídolos, y si era sacerdote algunos de sus libros, y si hechicero algunas de sus piedras de hechizo. Si podían abandonaban la habitación que quedaba sirviendo de casa mortuoria.

Mas junto á la vieja costumbre maya encontramos la incineración nahoa introducida por los invasores. A los señores y gentes de mucha valía, que eran ellos mismos, les quemaban los cuerpos, y ponían las cenizas en vasijas grandes que depositaban en sus templos ó pirámides, ó las echaban en estatuas de barro cuando eran de los más principales. A los que no eran tan distinguidos les hacían estatuas de madera á las cuales dejaban hueco el colodrillo, y quemando sólo una parte del cuerpo del difunto, ponían allí sus cenizas. Naturalmente con la invasión recibieron el *Mictlán* que se convirtió en *Mitnal,* teniendo por dios á *Hunhau.* Creían que los ahorcados iban á la mansión de descanso que presidía la diosa *Ixtab,* y por eso muchos se ahorcaban. Lloraban mucho á los muertos, en silencio de día, y de noche á grandes gritos.

Vemos, pues, mezcladas las costumbres y las ideas por la invasión; pero todavía grande y poderosa bajo los Tutulxiu la nación de los Zamná, como nos lo demuestran sobre todo los admirables monumentos de su corte. Así sorprende que un nuevo escritor, el diplomático francés M. Dabry de Thiersant, diga con desenfado que en el siglo VII no había en nuestro continente más que un pequeño número de tribus salvajes, que se cubrían con pieles, vivían de la caza y la pesca, y habitaban en grutas subterráneas!

LIBRO TERCERO

LOS TOLTECA

CAPÍTULO PRIMERO

Preámbulo — Peregrinación chichimeca. — Los nonoalca de Cuauhtitlán. — Peregrinación tolteca. — Fuentes de la historia tolteca. — Causa de la emigración. — Itinerario. — Ciudades fundadas en el camino. — Dirección de la marcha. — Períodos cronológicos convencionales. — Fundación de Tóllan. — Descendencia real. — Cronología de Ixtlilxóchitl. — Cronología y variantes del códice Cuauhtitlán. — Religión tolteca. — Cultura. — Guerra con los de Cuauhtitlán. — Cronología de los reyes de Cuauhtitlán. — Confusión de las dos cronologías — Gobierno teocrático. — Primera teocracia. — Teotihuacán y Cholóllan. — Dedicación de las pirámides á los tres astros nahoas. — Leyenda de Mendieta. — Versión de Sahagún. — La muerte de los viejos dioses. — Nanahuátzin tornado sol. — Tecuciztécatl vuelto luna. — El conejo de la luna. — Muerte de Xólotl. — Relato del codice Zumárraga. — Explicación de las fábulas. — Lenguaje mitológico. — Los tolteca imponen su religión de los astros en Teotihuacán. — Intervención de la casta guerrera. — La raza conquistadora y la raza vencida. — Nanahuátzin y Tecuciztécatl. — El quinto sol.

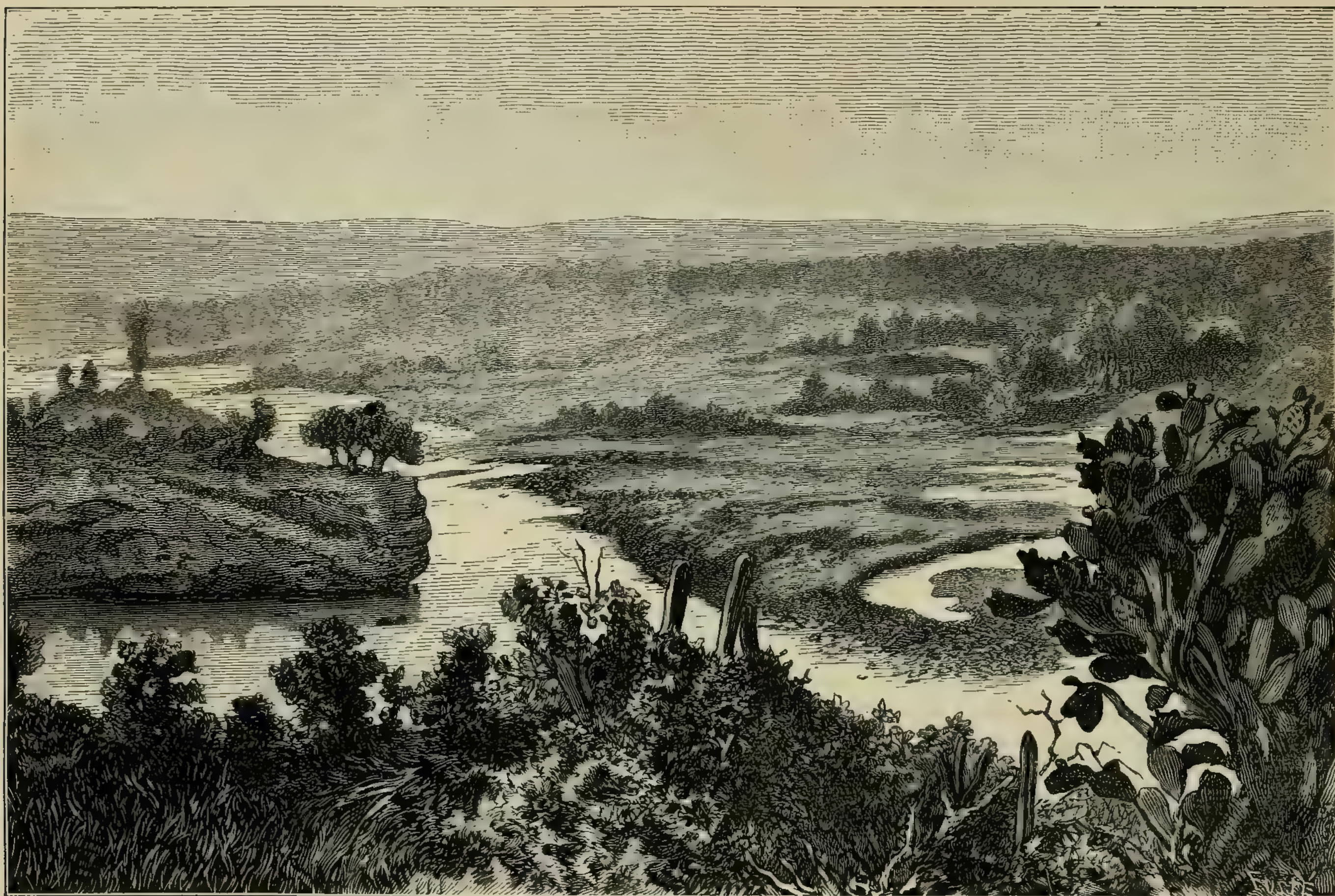
Penetramos ya en la parte que pudiéramos llamar completamente histórica, y cualquiera creería que nuestras dificultades habían terminado, tanto más que ya algunas crónicas se ocupan de esa época y la tratan los modernos historiadores; pero todavía encontramos varios tropiezos en nuestro camino. Ya tenemos cronología, mas los diversos escritores no están conformes en punto tan importante, y muchas veces un mismo historiador se contradice. Ya los lugares y las personas aparecen con nombres determinados; pero no son los mismos en todas las historias, y en repetidas ocasiones se escriben de manera tan distinta, que no hay más remedio que usarlos con su diferente ortografía, mientras un estudio profundo y dilatado no llegue á fijarla definitivamente. Añadamos la contradicción en no pocos puntos de importancia, y que unos cronistas callan sucesos que otros refieren; y para completar el embrollo tomemos en cuenta el gran número de detalles que nada significan y de nombres innecesarios que encontramos en crónicas y manuscritos. No es que nos falten datos, sino que es muy difícil y muy grave el escoger entre ellos. Acumularlos todos es hacer la confusión; tomar los convenientes es formar la historia; pero á pesar de los escollos continuemos en nuestra empresa.

Hacia el año *ce ácatl*, 583, principio del ciclo tlapalteca, hubo en los reinos del Norte alguna gran conmoción que concluyó con aquel vasto imperio, pues en esa época vemos emigrar á sus tribus. Los *Anales de Cuauhtitlán* refieren á ese año el viaje de los chichimeca.

Como habían recibido de los tlapalteca, aunque imperfectamente, su lengua, recibieron igualmente sus conocimientos más rudimentales, como es uno de ellos la cuenta de los años. Así es que anotaron el año de su salida, que fué *ce ácatl*. Los chichimeca cazadores comenzaron su peregrinación el año 271 de nuestra era, y se reunieron en nuestro Valle con los chichimeca de Cuauhtitlán, que llegaron empujados por las convulsiones del imperio tlapalteca, el año *ce ácatl*, 635, habiendo comenzado su viaje en el año también *ce ácatl*, 583. Nada nos dicen los Anales del rumbo de su peregrinación; pero la idea común de que atravesaron por el Michuacán y Guanajuato no puede ser aceptada. Ninguna huella etnográfica queda de tal paso; y no es verosímil que los tarascos diesen voluntariamente paso á la tribu salvaje. La corriente de lengua nahoa que sale de Xalixco, y siguiendo la costa atraviesa al sur de tarascos y otomíes por los Estados de Guerrero, Morelos y México, para derramarse en nuestro Valle, manifiesta la resistencia que hallaron los emi-

grantes en los tarascos, y nos indica el camino que siguieron.

Tenemos otra prueba importante de haber sido éste el rumbo de las peregrinaciones. Las tribus que aseguraban haber venido con los chichimeca y los tolteca, están situadas en ese camino. En el sur de la Tierra caliente se hallan los tlahuica, que según Torquemada fueron de los emigrantes. Después encontramos en el Estado de México á los malinalca y matlatzinca, anotados en los antiguos jeroglíficos de la peregrinación. Al traspasar ese Estado, vemos á los tepaneca ocupando las lomas que bajan hasta la laguna y en los bordes de ésta están los chalca y los xochimilca. Los chichimeca marchan hasta el pié del Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, lugar propicio á sus costumbres, y todavía otras tribus se extienden por el valle, y llegan hasta Cuauhtitlán y Huehuetoca. Aun más; si los emigrantes hubiesen pasado por el Michuacán para llegar al valle de Tolócan, no habrían dejado otomíes en la frontera tarasca, pues los matlatzinca los habrían barrido en su camino; pero viniendo por Guerrero y penetrando en Tolócan por el sur, nada más natural que el que dividieran á los otomíes, arrojando unos á su derecha, que son los que ocupan las montañas de nuestro Valle, y á la izquierda á



Valle de Tóllan

los otros, que son los mazahua, vecinos de los tarascos, los que aislados desde entonces modificaron naturalmente su lengua que se convirtió en dialecto.

Los chichimeca salieron el mismo año que comenzó la guerra tlapalteca. Mientras que los tolteca quedaban guerreando, ellos siguieron la senda que hemos trazado, y llegaron á Cuauhtitlán á los cincuenta y dos años, es decir, el 635. También otra tribu importante de los chichimeca, la que se estableció en Amecameca, hizo su viaje en la misma época, pues Torquemada dice que se establecieron en el año 647. Cuenta el cronista sólo tres reyes desde esta época hasta la destrucción de Tóllan, reinando el primero Icuáuhtzin hasta 827, el segundo Moceloquichtli hasta 983, y el tercero Achacáutzin hasta 1116. Esta duración del reinado de un solo hombre por más de cien años es absurda, y debe entenderse duración del imperio de una familia ó dinastía. Los chichimeca extendieron su dominio adonde quiera que se asentaron las tribus peregrinas; pero debe entenderse que este imperio no era absoluto; consistía como siempre en el cobro de tributos, y en el reconocimiento honorífico de su rey.

Tenemos la historia de los nonoalca de Cuauhtitlán en los Anales de este pueblo. En la época en que llegaron los chichimeca tenían aquéllos su corte en Quetzaltepec, y de allí fueron arrojados por éstos, pues dice la crónica que á la llegada de la nueva tribu pasó su corte el rey Chicontonatiuh á Cuauhtitlán, ciudad que debió estar fundada desde antes, pues se le llama á veces Huehuequauhtitlán. Estos chichimeca no eran los

cazadores: los cazadores llegaron cuatro años después, en 639, y ocuparon Ocotlipán, pueblo situado al oriente de Cuauhtitlán y que hoy se llama Santa Bárbara. Parece que ésta fué por entonces la única invasión de los *tlamintinomia*. Los chichimeca nahoas ocuparon el mismo año á Huehuetoca Mamaxhuacán. Desde entonces parecen confundirse conquistadores y conquistados, y para evitar equivocaciones los seguiremos llamando nonoalca. Sus dominios se extendían por el norte hasta Mamenhí, que fué después Tóllan; y por el sur hasta el Valle de México, en donde penetraron fundando el 9 *calli*, 669, la histórica ciudad de Culhuacán. Esto prueba que la raza nahoa había predominado en esa mezcla de tribus. En el año 13 *calli*, 673, pasó su corte á Huehuetoca el rey Chicontonatiuh, que murió allí después de sesenta y cinco años de reinado, en el *ce técpatl*, 700. Le sucedió Xiuhuéltzin: ya habían llegado los tolteca, y la llegada de éstos debía variar por completo el destino de aquella región. Ocupémonos de la peregrinación de esa tribu prodigiosa.

La primera crónica que se dió á la estampa sobre la peregrinación tolteca y genealogía de sus reyes, fué la *Monarquía Indiana* de Torquemada, en el capítulo XIV del libro I. La relación de Torquemada es diminuta, y no habla de las estancias de los emigrantes. Sahagún solamente nos dice el rumbo de su viaje, equivocándolos con los nonoalca, de donde nació el lamentable error del abate Brasseur. Ixtlilxóchitl se refiere á una pintura acolhua, lo mismo que Torquemada. Nosotros opinamos que éste no vió tal pintura: acostumbraba copiar á la letra los manuscritos de otros, como hizo con Mendieta, y es de suponerse que otro vió la pintura y que de él copió la relación, acaso del padre Olmos, que trató á los pueblos acolhua uno de los primeros y vivió entre ellos. Ixtlilxóchitl da pormenores del viaje tolteca y de la historia de Tóllan, y en esto podemos llamarlo original, aunque en otros muchos puntos de historia antigua sigue á Torquemada y en la Conquista á Gomara. Clavigero sigue á Torquemada y á Ixtlilxóchitl. Vetancourt no hizo más que extractar á Torquemada. Veytia puso en mejor estilo los manuscritos de Ixtlilxóchitl, que siguió servilmente en su obra. De todas maneras resulta que el origen de estos relatos es una pintura acolhua. Si es la que marcó Boturini en su Museo con el número 1, párrafo 1.°, y que hoy posee Mr. Aubin en París, no lo sabemos; pero es probable. Nos llama, sin embargo, la atención que el señor Ramírez, que conoció los manuscritos y pinturas de Mr. Aubin, y que copiaba todo lo interesante, ni siquiera dejase un apunte de esos Anales.

En el reino de Huehuetlapállan había un señorío llamado Tlachicátzin. Sus señores, Chacáltzin y Tlacamihtzin se rebelaron contra el monarca tlapalteca; pero habiendo tenido mal éxito tuvieron que emigrar con sus pueblos. Los acompañaron otras cinco tribus, cuyos jefes eran: Chécatl, Cohuatzón, Mazacóhuatl, Tlapalhuitz y Huitz. Las relaciones nos presentan á estos jefes con distintos nombres, á saber: Ceacátzin (y no Cecátzin como está en el manuscrito sin duda por error de los copistas), Cohuátzin, Xiuhcóhuatl, Mezátzin (tal vez Mazátzin), Chalcátzin y Tlapalmétzin. Nos inclinamos á creer éstos los verdaderos nombres con las correcciones hechas entre paréntesis. Con ellos, y como supremo sacerdote, iba Huemac.

No podemos creer que fuese una simple rebelión la causa del viaje. No solamente estas siete tribus, que suponemos muy numerosas, sino otras muchas, como ya se ha visto, se derramaron hacia el Sur en la misma época. Esto acusa sin duda un gran desastre, que por su magnitud produjo la emigración de numerosos pueblos de lengua nahoa ó sus dialectos, y la destrucción y ruina del antiguo imperio. De cualquiera manera que sea, parece que la guerra comenzada en el año *ce ácatl*, 583, y que desde entonces hizo emigrar á las otras tribus, se prolongó por un *tlalpilli* ó trece años, al cabo de los cuales comenzaron su peregrinación los tolteca en el *ce técpatl*, 596. Contando sus Anales desde el año de su salida, tomaron los tolteca por principio de su ciclo ó *xiuhmolpilli* el *ce técpatl*. Su retirada fué en son de guerra. Lo demuestran el voto que hicieron y cumplieron de no tener hijos durante veintitres años, y el constar en los Anales que hasta el año 8 *ácatl* ó 603, continuaron combatiendo. En ese año, por fin, pudieron, ya tranquilos, asentarse en un sitio que escogió Ceacátzin, y al cual pusieron por nombre Tlapallanconco, ó la pequeña Tlapállan, en recuerdo de la patria abandonada. Nótese que de su salida á la fundación de su primera ciudad, cuentan dos veces el curso de sus cuatro años. La segunda ciudad la fundan á los cuatro años siguientes, el 11 *tochtli* ó 606. A los otros cuatro, el *ome tochtli* ó 610, fundaron Hueyxállan por elección de Cohuátzin. Las anteriores ciudades no quedaron abandonadas; dejaban allí á los que no podían seguirles: éstos, dedicándose al cultivo de la tierra, porque eran pueblos esencialmente agricultores, formaron señoríos que quedaron como las piedras miliarias del camino de los tolteca.

Otros ocho años después, dos veces cuatro, siguiendo su viaje hacia el Sur, fundaron Xalixco el año 10 *tochtli* ó 618. Como conocemos la ubicación de esta ciudad, ya podemos formarnos idea de la dirección de la marcha. Está Xalixco hacia la costa en el cantón de Tepic; de manera que iban siguiéndola de norte á sur: lo que concuerda con lo que antes hemos dicho del rumbo de las emigraciones, con la senda etnográfica de la lengua nahoa, y con las tradiciones religiosas de los tolteca. El dios les había mandado, por boca de su sacerdote Huemac, que caminasen al oriente; y en efecto, la costa que seguían se dirige de

una manera muy pronunciada de poniente á oriente. Fundaron después, en la misma dirección, Chimalhuacán Atenco el *ce tochtli*, 622, es decir á los cuatro años que su anterior estancia. De allí pasaron á Tóchpan, que está al oriente de Colima, el 6 *ácatl*, 627, siendo su descubridor Mazátzin. Continuaron á Quiyahuiztlán-Anáhuac el 12 *calli*, 633, por elección de Acamapichtli. Dicen que aquí pasaron unas islas y brazos de mar: lo



Plano de una casa tolteca

que confirma la dirección indicada, lo mismo que los nombres de Atenco y Anáhuac, que significan junto al agua.

A los dos años en *ce ácatl*, 635, pararon en Zacatlán, lugar designado por Chalcátzin, y ataron el *xiuhmolpilli*. Aquí tenemos que hacer varias observaciones. Primera: los tlapalteca comenzaban su ciclo en *ce ácatl;* así es que los emigrantes al llegar de nuevo este año, ataron el *xiuhmolpilli;* lo que prueba también que todavía entonces no habían hecho la corrección del principio de su ciclo, que consistió en pasarlo de *ce ácatl* á *ce técpatl*, por haber sido éste el año en que comenzaron su peregrinación. Segunda: los períodos de detención no son naturales; son convencionales y marcados por la división cíclica que usaban. En efecto, del principio de la guerra á su salida, cuentan trece años ó un *tlalpilli*. Después sus estancias son de cuatro ó de ocho años hasta Tóchpan, y cuatro son sus diferentes años. Pero como entonces faltaban trece años para cerrar su ciclo, y la división por cuatro no daba la cifra, cambiaron la duración de sus estancias de manera que en las tres siguientes reunieron el *tlalpilli;* por eso aparece fundado Zacatlán en el nuevo *ce ácatl*. Nótese, además, que el fundador es el jefe principal, Chalcátzin, y que la ciudad tomó su nombre de la fiesta origen de su fundación: Ceacatlán, después Zacatlán ó Zacatóllan, hoy Zacatula, en la costa de Guerrero. Tendremos que llamar varias veces la atención sobre estos períodos convencionales.

Hasta aquí los tolteca habían atravesado lentamente la costa; pero una vez en las montañas del Sur, cuyo clima y conformación geográfica eran ajenos á sus habitudes, su marcha fué más rápida. El año 7 *calli*, 641, fundaron Tutzápan; el 13 *ácatl*, 647, se asentaron en Tepetla, descubierta por Cohuátzin; y el 7 *tochtli*, 654, llegaron á las llanuras de Cuernavaca, y fundaron Mazatepec por elección de Xiuhcóhuatl. Después, pasando al sur de Tolócan y sin atravesar nuestro Valle, llegaron á Iztachhuexuca el 11 *ácatl*, 671, habiendo estado antes ocho años en Xiuhcóhuatl. Esto nos hace comprender que tomando el rumbo del oriente se dirigieron al territorio de los cuexteca, la Huasteca, pues parece que su última estancia es la actual Huejutla. Allí residieron veintiseis años, hasta el 10 *técpatl*, 696. En esa estancia, el año *ce ácatl*, ataron la cuenta de sus años. Hasta Tóllan, pues, no comenzaron la cuenta de su ciclo por *ce técpatl*. Rechazados por los cuexteca, ó por no haberse acostumbrado á la vida de las montañas, retrocedieron á Tollantzinco, y después de diez y seis años mudaron su capital á Tóllan, el año *ce calli*, 713. Según los *Anales de Cuauhtitlán* fué el año *ce tochtli*, 674, eligiendo su primer rey el *ce técpatl*, 700.

Debió ser muy grande y poderosa la hueste tolteca, y á ella estaba reservada fundar la última civilización de estas regiones. Demos ligera idea de sus señores, bastante para nuestro objeto, y para comprender el desarrollo de su cultura y sus transformaciones religiosas.

Veytia tomó su cronología tolteca de Ixtlilxóchitl, y es la siguiente: Después de la fundación de la ciudad se gobernaron sin rey seis años, hasta que por consejo de Huemac pidieron para monarca á un hijo del emperador chichimeca Icuáuhtzin, con el objeto de tenerlo así por amigo. El hijo de Icuáuhtzin fué su primer rey, y lo llamaron Chalchiuhtlanétzin. Establecieron, según los mismos cronistas, por ley general que nadie reinase más de cincuenta y dos años; debiendo el rey, pasado ese tiempo, entregar el reino á su sucesor. El primer rey gobernó del año 719 al 771, cincuenta y dos años, y cuentan que entonces murió. El segundo fué Ixtlecuechahuac que reinó sus cincuenta y dos años, y en el año de 823 le sucedió su hijo Huetzín, que reinó también cincuenta y dos años hasta el 875. El cuarto rey fué Totepeuh que reinó también cincuenta y dos años hasta el 927. Su hijo Nacaxoc reinó el

mismo tiempo, hasta el año de 979; pero el hijo de éste, Mitl, fué tan notable en el gobierno, que quisieron que reinase hasta su muerte, por lo que duró en el poder cincuenta y seis años, hasta el 1035. Su viuda, la reina Xiuhtlátzin, le siguió y reinó cuatro años, hasta el 1039. Muerta la reina, su hijo Tecpancáltzin reinó sus cincuenta y dos años, hasta el 1091 en que fué proclamado rey su bastardo Topíltzin, con quien concluyó la monarquía tolteca en el año *ce técpatl,* 1116.

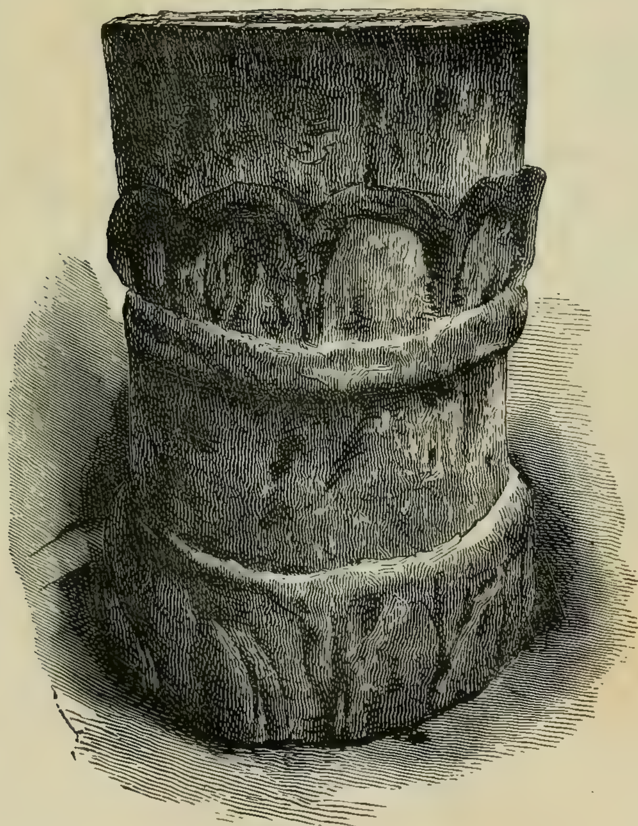
Torquemada pone como un solo rey á Tecpancáltzin Topíltzin, tal vez porque no era muy clara la pintura acolhua, y algo nos persuade de ello, que el mismo Ixtlilxóchitl nombra de diversa manera á los reyes en sus diferentes relaciones. A Chalchiuhtlanétzin le llama también Quechaocatlahinótzin. A Ixtlicuechahuec lo cita con otros cinco nombres distintos: Izacatécatl, Tlaltócatl, Tlilquecháhuac, Tlachinótzin y Tlilquechaocatlahinótzin. A Mitl lo llama también Tlacomihua. A la reina Xiuhtlátzin, unas veces Xiuhquéntzin y otras Xiuhcáltzin. Torquemada la tomó por rey. Tecpancáltzin es á veces Iztaccáltzin. Y finalmente, Topíltzin lleva la denominación alegórica de Meconétzin. Además, en la *Sucinta Relación* hace un solo reinado de los de Huetzín y Totepeuh.

Estas variantes nos convencen de que la cronología de Ixtlilxóchitl es falsa. Procede de pinturas y tradiciones texcucanas, y á más de ser este pueblo de fundación posterior á los tolteca, era muy afecto á consignar simbólicamente los hechos y á sujetar á los períodos cíclicos la cronología, como veremos aún en la misma peregrinación mexica. Tuvieron, además, los acolhua mucha vanidad nacional, y varias veces le sacrificaron la verdad histórica. Nada, en efecto, más absurdo que el pueblo tolteca vencedor y enseñoreándose de todo, y al mismo tiempo pidiendo humilde un hijo á Icuáuhtzin para hacerlo su rey. Nada más inverosímil que sus períodos de cincuenta y dos años para la duración de los reinados, que obligan al historiador á hacer morir al primer rey precisamente al fin de ellos, y que no permiten que los otros monarcas mueran antes de terminar su período. Desde luego se ve que todo esto es convencional; y sin embargo, nos seguiríamos sujetando á tales datos, que antes eran los únicos, si los *Anales de Cuauhtitlán* no nos hubiesen conservado los hechos en toda su sencillez y verosimilitud. Estos Anales son auténticos y de altísima importancia. El original se escribió en mexicano en los años de 1563 y 1569, según Aubin, que tiene una copia, y en el de 1570, según el señor Ramírez. En la biblioteca de San Gregorio, de los jesuitas, había una copia que, según Boturini, era de letra de Ixtlilxóchitl; lo que no parece probable, pues este autor la habría aprovechado en sus escritos. Del ejemplar de San Gregorio sacó una copia Boturini, y ésta es la que tiene Mr. Aubin. Quedó la primera copia en México y en poder de los jesuitas, y el señor Ramírez la hizo traducir por el licenciado don Faustino Galicia Chimalpopoca. El abate Brasseur, que se hallaba entonces aquí, consiguió del mismo señor Ramírez una copia de la versión; y del ejemplar de Mr. Aubin tomó el texto mexicano en París. A este manuscrito, que arregló á su modo, le impuso el nombre de *Códex Chimalpopoca,* del nombre del traductor. Antes de morir había anunciado su publicación con una versión francesa. Suponemos que su versión la haría del texto español, pues por sus mismas obras se ve que no poseía lo bastante el mexicano. Hay que advertir que el señor Ramírez no creyó perfecta la traducción del señor Chimalpopoca y la corrigió en parte, como se ve en su manuscrito, hoy de nuestra propiedad. El visionario abate creyó ver en estos Anales no sabemos qué misterios de la antigüedad, y una cronología de 20.000 años. Desgraciadamente no hay en ellos nada de eso; son unos Anales escritos en Cuauhtitlán, y que tienen por principal objeto la historia de ese pueblo; pero que se ocupan de las demás tribus viajeras, desde el año de 583, fecha de su salida, hasta el de 1519 en que vinieron los españoles, teniendo su cronología muy bien marcada, y año por año. Les falta la primera foja y alguna intermedia, pues hay huecos que no se pueden llenar, no obstante que el señor Ramírez arregló su orden lo mejor posible. No tienen la peregrinación tolteca; pero en la historia de Tóllan son de mucha importancia. Por la disposición del texto y la manera conque están colocadas las series de años que hay de unos á otros sucesos, se comprende que estos Anales son la explicación de una pintura jeroglífica. El señor Ramírez, por su origen, los llamó de Cuauhtitlán; y con este nombre se están publicando en los *Anales del Museo.* Tiene la impresión el texto mexicano del ejemplar de San Gregorio, que el señor Mendoza adquirió para el Museo de la familia del señor Chimalpopoca á su muerte; y lleva la traducción de nuestro ejemplar, y otra que en parte hicieron el mismo señor Mendoza y el señor Sánchez Solís.

La cronología tolteca de los *Anales de Cuauhtitlán* es la siguiente. La fundación de Tóllan, ó más bien su ocupación por las nuevas tribus, tuvo lugar el año *ce tochtli,* 674. Su primer rey fué Mixcoamazátzin, que gobernó desde el año 700 hasta 765. Aunque el manuscrito tiene una laguna después del primer reinado, se comprende que los dos reyes siguientes fueron Huetzín y Totepeuh, cuyo gobierno abarcó hasta el año de 887. El cuarto fué Ilhuitimaitl, que reinó hasta 925; el quinto Topíltzin Quetzalcoatl hasta 947. Después Matlacxóchitl hasta 982; Nauhyótzin hasta 997; Matlacoátzin hasta 1025; Tlicoátzin hasta 1046; Huemac hasta 1048; y el segundo Quetzalcoatl hasta 1116, año de la destrucción de Tóllan. Las principales diferencias entre la cronología de Ixtlilxóchitl y ésta son: que en aquélla los períodos son cíclicos y por lo mismo conven-

cionales, mientras que en ésta son naturales; que en aquélla son nueve los reinados por tener que sujetarse al período de cincuenta y dos años, y en ésta son once, siendo comunes á ambas nada más los nombres de Huetzín, Totepeuh y Topíltzin, y el de la reina Xóchitl que tiene diferente radical atributiva y en los Anales es rey.

Veamos ahora qué ideas religiosas trajeron los tolteca, y con cuáles debían encontrarse frente á frente, y cómo influyendo unas en otras debían modificarse y producir el origen de los bárbaros ritos mexicanos. Los tolteca eran puramente nahoas, dueños de toda su civilización y de todas sus creencias; las razas inferiores que encontraron en su camino y que barrieron á su paso, no pudieron en su inferioridad influir en ellas: de manera que podemos decir que llegaron á Tóllan después de una de sus grandes edades, ciento cuatro años, con las mismas ideas conque habían partido. Su gobierno durante la peregrinación fué teocrático. Llevaban consigo á los jefes militares de sus tribus, y sin duda á los de las agrupaciones inferiores que iban arrastrando en su viaje; pero peregrinaban por mandato del dios, y bajo la obediencia del sumo sacerdote



Chapitel tolteca

Huemac, nombre bajo el cual personalizan al sacerdocio de la vieja creencia. Los pueblos antiguos no se sujetaban á largas peregrinaciones, sino bajo la influencia de ideas religiosas y sujetos al mando sacerdotal. Los israelitas no habrían encontrado la tierra de promisión si Moisés hubiese sido un guerrero y no un hierofante. Las leyes de la historia son invariables. Naturalmente los tolteca iban dejando á su paso su lengua, su religión y su calendario, que son las tres particularidades características de la raza nahoa. A su llegada encontraron ya establecido el gran imperio chichimeca, extendiéndose desde el pié de los volcanes hasta la



Cariátide tolteca.— Parte inferior

orilla de nuestros lagos. A su frente estaban los nonoalca, escalonados en las pirámides de Teotihuacán, Chołóllan y Papantla. Estos habían sufrido en parte la influencia de la cultura nahoa, cuando en época anterior los invadieron los ulmeca; pero su antigua civilización había prevalecido, y más, mientras más cerca estaban de la línea del Sur. Los pueblos de esta línea habían conservado la suya, con cortas modificaciones, á pesar de la invasión de los ameca, porque ni su idioma habían perdido. Quedaban, pues, frente á frente las dos religiones: la de los astros, de los tolteca; y la de los animales, de los nonoalca.

La religión tolteca, como la nahoa primitiva, debió tener naturalmente como principales dioses á *Tonacatecuhtli*, el sol, á *Tezcatlipoca*, la luna, y á *Quetzalcoatl*, la estrella de la tarde. Eran sus dioses

también la lluvia, *Tlaloc,* el agua, *Chalchiuhtlicue,* el fuego, *Xiutecuhtlitletl,* la tierra, *Centeotl,* y tenían por diosa de los amores á *Xochiquetzalli.* Pero que no fueron extraños á la influencia de la religión vecina nos lo demuestra el suntuoso templo de que hablan los cronistas, y que estaba dedicado á la diosa Rana. Sin duda de los nonoalca tomaron también parte de su civilización, pues construyeron magníficos palacios de admirables columnatas, de las que algunas prodigiosas columnas se conservan. Que llegaron en las artes á altísimo grado, nadie lo pone en duda, pues tolteca llegó á ser sinónimo de excelente artífice. Pueblo privilegiado en todo, llegó al sumo poderío y á la más envidiable grandeza. No se crea, sin embargo, por esto que extendió su dominio á larguísima distancia, como parece lo han juzgado cronistas de nota: preciosos datos nos dan sobre esto los *Anales de Cuauhtitlán.*

A la llegada de los tolteca, y después de haber subyugado tribus dispersas de los cuexteca y de los otomíes ú otonca, su primera guerra la emprendieron contra sus más próximos vecinos, los chichimeca de Cuauhtitlán. Vencido el rey de éstos, Xiuhnéltzin, después de mucho tiempo de peregrinar, se sujetó á los tolteca, y quedó como uno de tantos caciques del reino en el territorio que le señaló Mixcoamazátzin. Gran parte de sus súbditos fueron confinados, unos á Ahuacán, y otros á Tepehuacán. Si atendemos á la significación de estos nombres, fueron los unos enviados á los límites del lago y los otros á los de la montaña; pero no todos los cuauhtiteca se sujetaron al nuevo poder, pues cuenta la crónica que su dios *Ixpapálotl,* (nótese que significa mariposa de obsidiana), les aconsejó que nombrasen rey á Huactli. Se retiraron á Nequemeyócan, en donde hicieron sus chozas con hojas de palma, y para vivir se dedicaron á la caza. Se extendieron hasta Tlapco y Mictlanpa en el Teotlallitic, hacia Huitztlán y Xochitlalpa. Se conservan los nombres de los principales jefes, que fueron Mixcoatl, Xiuhnel, Mimich y Quauhnicol, y las mujeres Cóhuatl, Miáhuatl, Coacueye, Yaocíhuatl, Chichimecacíhuatl y Tlacochcue. Por pendón tomaron una bandera blanca *aztapámitl.* Esta guerra de independencia no tuvo éxito, y los rebeldes se dispersaron después de mucho tiempo, yéndose á Michuacán-Cohuixco, Yopitzinco, Tolotlán, Tepeyacac, Cuauhquecholla, Huexotzinco, Tlaxcállan, Tliliuhquitepec, Zacatlantonco y Tototepec, mientras otros se refugiaron en Acolhuacán y en la Cuexteca. Los jefes de los que se retiraron á Huexotzinco, fueron Tepolnextli, Xiuhtochtli y Tlanquaxoxouhqui. Estos datos son preciosos, porque nos señalan nominalmente los pueblos adonde no alcanzó el imperio tolteca y naturalmente sus fronteras, y confirma lo que hemos dicho de la extensión del reino de Tóllan.

Fácilmente se ve que si la anterior guerra tuvo por objeto la conquista, también tuvo el hacer prevalecer la religión de los astros sobre la de los animales, á *Tonacatecuhtli* sobre *Ixpapálotl,* el sol sobre la mariposa. Pero continuemos la cronología de los reyes de Cuauhtitlán, que es importante para resolver la contradicción de las crónicas toltecas. El año *ce técpatl,* 752, concluyó el reino de Xiuhnéltzin, quien residía en Quaxoxáuhcan. Parece que falta en el manuscrito alguna hoja que comprendía un período de ciento cuatro años, ó faltaba acaso en la pintura que sirvió de fundamento á este códice. Lo autoriza no sólo la necesidad de intercalar este período para completar la cronología, sino que habiéndose hablado de la exaltación de Huetzín como rey de Tóllan, no se habla de su muerte y del reinado de Totepeuh, sino que se pasa inmediatamente á la muerte de éste. Nada dice tampoco

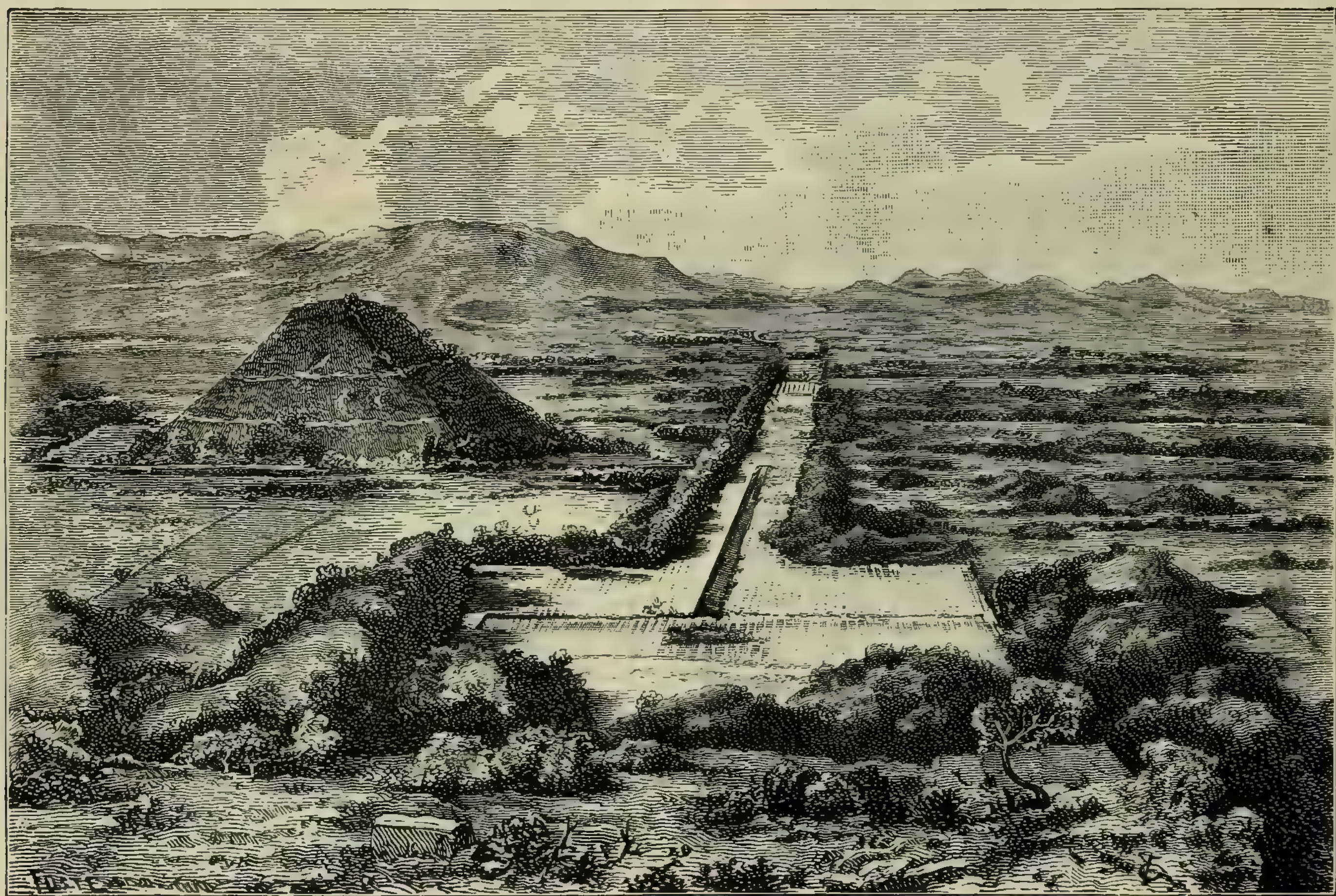


Plano de un palacio de Tóllan

de la sucesión de Xiuhnéltzin; y hasta el año de 917 habla de la muerte de Huactli, señor de Cuauhtitlán, que no puede ser el mismo de que antes hablamos. A este Huactli, que vivía con su pueblo en un estado salvaje, le sucedió su mujer Xiuhtlacuilolxóchitl en el año 11 *tochtli,* 918, y gobernó con gran sabiduría hasta el año 7 *ácatl,* 927. Le siguió Ayauhcoyótzin que puso su corte en Tecpancuauhtla, y reinó cincuenta y cinco años hasta el 10 *tochtli,* 982. Fué su sucesor Necuamexochítzin. Se estableció en Miqcalco, y se sabe que era de Tepozotlán. El año 13 *tochtli,* 998, entró al señorío de Cuauhtitlán Meceltótzin, viviendo en Tianquizcolco, al poniente de aquella ciudad: después de treinta y seis años murió, y entró en su lugar Tzihuacpapalótzin, estableciendo su residencia en Cuauhtlaápan. En el año 13 *técpatl,* 1076, murió después de cuarenta y dos años de reinado; y fué llamada á gobernar la señora Iztacxilótzin, la cual vivía en Tlalilco cuidada por varios señores, por ser de la raza fundadora de

Cuauhtitlán. Residió en esta ciudad, y fué notable su gobierno que duró once años. En el año 11 *ácatl,* 1087, fué nombrado señor Eztlaquencáltzin, quien se estableció en Techichco. Pocos años después se destruyó el reino tolteca.

Pensamos que Ixtlilxóchitl equivocó varios de estos nombres, creyéndolos de reyes toltecas. Así el primero de su cronología, Chalchiuhtlanétzin, puede haber sido una lectura falsa del jeroglífico de Xiuhtlanétzin ó Xiuhuétzin, pues la raíz *xíhuitl* significa cosa preciosa, y *chalchíhuitl* piedra preciosa. Tomó tal vez por reina de Tóllan á Iztacxilótzin; y como su jeroglífico debió ser una blanca flor, ya lo interpretaba Xiuhcáltzin, ya Xiuhtláltzin, bello campo. Lo mismo parece haber sucedido con Eztlaquencáltzin, cuyo jeroglífico debió ser la casa ó templo de penitencia *Eztlaquencalli,* y que Ixtlilxóchitl, confundiéndolo con un palacio, tradujo para el nombre del rey: Tecpancáltzin. Esto es muy probable, porque había pinturas como la de Tepéchpan, que conocemos, en las cuales estaban las genealogías reales de dos ó más pueblos; y nada era más fácil que confundir á unos monarcas con otros. Si no supiéramos exactamente quiénes fueron los reyes de México, habría lugar á muchas confusiones en el mapa de Tepéchpan.



Pirámide de la luna. — Teotihuacán

Así pudieron confundirse Olmos y Torquemada respecto de los tolteca, y seguir su error Ixtlilxóchitl. Para nosotros es preferible el códice de Cuauhtitlán, porque es un documento auténtico, y escrito poco después de la Conquista, cuando había aún quienes entendieran los jeroglíficos, y vivían todavía viejos que conservaban las tradiciones históricas que, como es sabido, tenían por único archivo la memoria de los pueblos. Él, además, nos da la clave de los gobiernos teocráticos, y la explicación clara de las guerras sagradas que produjeron la ruina de los tolteca. Brasseur quiso hacer de las dos genealogías una sola, y resultó un mónstruo híbrido.

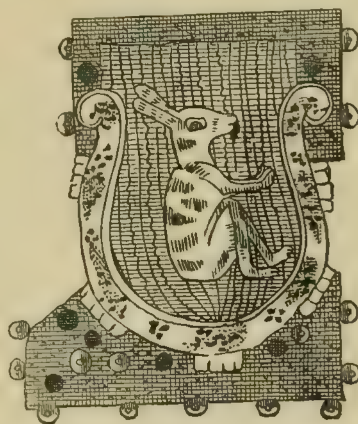
Pero antes de ocuparnos de la transformación religiosa que se operó en los tolteca, tratemos el interesantísimo punto de cómo se introdujo la teogonía tlapalteca en Teotihuacán y en Cholóllan, y cómo llegaron á ser las tres pirámides de esos pueblos altares de los tres grandes dioses nahoas, *Tonacatecuhtli, Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl.*

Hemos visto cómo la tribu tolteca durante su peregrinación había caminado bajo el gobierno del sacerdocio, personificado con el nombre de Huemac. Según Ixtlilxóchitl, después de la fundación de Tóllan, se gobernó la tribu recién venida seis años sin tener rey. Según los *Anales de Cuauhtitlán,* desde el año 674 hasta el 700: es decir, que durante veintiseis años ó dos *tlalpilli,* continuó el gobierno teocrático. Esto fué natural, pues bajo ese gobierno venía la tribu que peregrinaba. Pero su establecimiento en Tóllan no fué la fundación de una nueva ciudad, lo que acaso no habría

cambiado tan pronto su modo de gobierno. Los tolteca durante varios años habían estado sólidamente establecidos en Tollantzinco, preparándose á hacer conquistas más importantes. Por un lado tenían á los cuexteca, y es de presumir, pues se alejaron de ellos en su peregrinación, ó que de su territorio habían sido rechazados, ó que aquel país montuoso no había convenido á sus habitudes. Además, en los cuexteca dominaba la civilización y la lengua del Sur, y tenían menos puntos de contacto con ellos. No así por la otra parte en donde estaban las ciudades de Teotihuacán y Cholóllan. La civilización del Sur, al partir de las costas del Golfo hacia la Mesa Central, había establecido tres grandes centros: estos dos y Papantla. Papantla había conservado su carácter primitivo, como más distante de la influencia nahoa, y más próxima á la línea del Sur. Teotihuacán y Cholóllan habían sufrido la antigua invasión de los ulmeca, al grado que las tradiciones señalan á Xelhua como el constructor de la pirámide de esta última ciudad. No sabemos qué influencia tuvo esta invasión en la lengua y en la religión de esas ciudades: pero creemos que no fué muy importante, aunque encontramos que la nueva raza, producto de la mezcla de invasores é invadidos, tomó el nombre de nonoalca. Sí tenemos datos para decir que en Teotihuacán siguió el culto de los animales, y que la pirámide de Cholóllan estaba dedicada á una especie de ave monstruosa con dientes, símbolo del aire. Entre los fósiles del desagüe se ha encontrado la cabeza de una ave semejante á la figura extraña de los jeroglíficos; y puede sospecharse que de ella se tomó el símbolo del *ehécatl*. Los nonoalca, al extenderse desde Cholóllan hasta Teotihuacán, habían empujado á los otomíes hacia el Norte; y éstos se establecieron en la ciudad de Mamemhí, después Tóllan. Los chichimeca, al llegar y mezclarse con algunas tribus nonoalca, habían formado la nueva entidad chichimeca nonoalca, que se extendía entre Mamemhí y Teotihuacán. Esta fué la línea que debieron invadir los tolteca.

Hemos visto ya, que en efecto, invadieron y sojuzgaron á los chichimeca de Cuauhtitlán, y que ocuparon á la antigua Mamemhí, convirtiéndola en la nueva Tóllan, el año de 674. En el mismo año extendieron su conquista á Teotihuacán y Cholóllan; y encontrando en ellas tres pirámides, al imponer su religión á los vencidos, por ser dos las de Teotihuacán, las dedicaron al sol y á la luna que siempre andan juntos, siguiendo la luna al sol sin poder alcanzarlo nunca, según la tradición nahoa; y la tercera, la de Cholóllan, la consagraron á la estrella de la tarde. Así los tolteca, en el país que conquistaban para establecerse finalmente, encontraron tres gigantescos altares para sus tres grandes deidades: *Tonacatecuhtli*, el sol, *Tezcatlipoca*, la luna, y *Quetzalcoatl*, el lucero de la tarde.

Por varios datos creíamos antes que este suceso se había verificado en el año 1035. No era, sin embargo, natural que hubiesen tardado tanto los tolteca en imponer sus principales creencias á Teotihuacán, cuando se sabe que era su ciudad sagrada, la ciudad de sus dioses. Más lógico era que, al conquistarla y bajo su primera teocracia, hubiese tenido lugar tan notable acontecimiento religioso. Y así sucedió en efecto. Gomara, que escribía en 1552, dice que de este suceso habían pasado hasta entonces ochocientos cincuenta y ocho años; y el señor Orozco, guiado por ese dato, fija para la dedicación de las pirámides el año 694; pero no notó que el mismo Gomara dice que en *ce tochtli* comenzó el sol de Teotihuacán, es decir, en 674: sin duda el copista ó en la primera impresión pusieron por errata 858 en lugar de 878. Esto se confirma con el dato que tenemos de que los tolteca llegaron en 674, y entonces ocuparon la Mamemhí de los otonca, y la Teotihuacán y la Cholóllan de los nonoalca; entonces consagraron las pirámides á los astros, de lo que nos queda una hermosa leyenda que á través de su simbolismo confirma las ideas históricas que van expuestas.



Símbolo de la luna. (Códice Borgiano)

Dos versiones hay sobre este hecho, tan importante para comprender la historia de la teogonía y de la civilización de los nahoas: la de Olmos que recogió Mendieta, y la de Sahagún. Y aun hay otra que tiene gran diferencia por no referirse á las pirámides, pero que explica aquellas: la del Códex Çumárraga.

Dice la de Mendieta: «Y como por algunos años no hubo sol, ayuntándose los dioses en un pueblo que llaman Teutiuacan, que está seis leguas de México, hicieron un gran fuego, y puestos los dichos dioses á cuatro partes de él, dijeron á sus devotos que el que más presto se lanzase de ellos en el fuego, llevaria la honra de haberse criado el sol, porque el primero que se echase en el fuego luego saldria sol; y que uno de ellos, como más animoso, se abalanzó y arrojó en el fuego, y bajó al infierno; y estando esperando por donde habia de salir el sol, en el tanto, dicen, apostaron con las *codornices, langostas, mariposas* y *culebras*, que no acertaban por donde salia; y los unos que por aquí,

los otros que por allí; en fin, no acertando, fueron condenados *á ser sacrificados;* lo cual despues tenian muy en costumbre de hacer ante sus ídolos; y finalmente salió el sol por donde habia de salir, y detúvose, que no pasaba adelante. Y viendo los dichos dioses que no hacia su curso, acordaron de enviar á *Tlotli* por su mensajero, que de su parte le dijese y mandase hiciese su curso; y él respondió que no se movia del lugar donde estaba hasta haberlos muerto y destruido á ellos; de la cual respuesta, por una parte temerosos, y por otra enojados, uno de ellos, que se llamaba *Citli,* tomó un arco y tres flechas, y tiró al sol para clavarle la frente: el sol se abajó y así no le dió: tiróle otra flecha la segunda vez y hurtóle el cuerpo, y lo mismo hizo á la tercera: y enojado el sol tomó una de aquellas flechas y tiróla al *Citli,* y enclavóle la frente, de que luego murió. Viendo esto los otros dioses desmayaron, pareciéndoles que no podian prevalecer contra el sol: y como desesperados, acordaron de matarse y sacrificarse todos por el pecho; y el ministro de este sacrificio fué *Xolotl,* que abriéndolos por el pecho con un navajon, los mató, y despues se mató á sí mismo, y dejaron cada uno de ellos la ropa que traia (que era una manta) á los devotos que tenia, en memoria de su devocion y amistad. Y así aplacado el sol hizo su curso.»

Sahagún nos da la versión siguiente: «decian que antes que hubiese dia en el mundo, que se juntaron los dioses en aquel lugar que se llama *Teutioacan* (que es el pueblo de S. Juan entre *Chiconauhtla* y *Otumba)* dijeron los unos á los otros:—Dioses, ¿quién tendrá el cargo de alumbrar al mundo?—Luego á estas palabras respondió un dios que se llamaba *Tecuciztécatl* y dijo:—Yo tomo á cargo de alumbrar el mundo.—Luego otra vez hablaron los dioses y dijeron:—¿Quién será otro más?—Al instante se miraron los unos á los otros, y conferian quién seria el otro, y ninguno de ellos osaba ofrecerse á aquel oficio; todos temian, y se escusaban. Uno de los dioses de que no se hacia cuenta y era buboso, no hablaba, sino que oia lo que los otros dioses decian: los otros habláronle y dijéronle:—Sé tú el que alumbres, bubosito,—y él de buena voluntad obedeció á lo que le mandaron y respondió:—En merced recibo lo que me habéis mandado, sea así.—Y luego los dos comenzaron á hacer penitencia cuatro dias. Despues encendieron fuego en el hogar, el cual era hecho en una peña que ahora llaman *teutezcalli.* El dios llamado *Tecuciztécatl* todo lo que ofrecia era precioso, pues en lugar de ramos ofrecia plumas ricas que se llaman *manquetzalli;* en lugar de pelotas de heno, ofrecia pelotas de oro; en lugar de espinas de maguey, ofrecia espinas hechas de piedras preciosas; en lugar de espinas ensangrentadas, ofrecia espinas hechas de coral colorado, y el copal que ofrecia era muy bueno. El buboso que se llamaba *Nanaoatzin,* en lugar de ramos ofrecia cañas verdes atadas de tres en tres, todas ellas llegaban á nueve: ofrecia bolas de heno y espinas de maguey, y ensangrentábalas con su misma sangre, y en lugar de copal, ofrecia las postillas de las bubas. A cada uno de estos se les edificó una torre como monte; en los mismos montes hicieron penitencia cuatro noches y ahora se llaman estos montes *tzaqualli,* están ambos cerca el pueblo de S. Juan que se llama *Teuhtioacan.* De que se acabaron las cuatro noches de su penitencia, esto se hizo al fin ó al remate de ella, cuando la noche siguiente á la media noche habían de comenzar á hacer sus oficios, antes un poco de la mediania de ella, diéronle sus aderezos al que se llamaba *Tecuciztécatl,* á saber: un plůmaje llamado *aztacomitl,* y una jaqueta de lienzo, y al buboso que se llamaba *Nanaoatzin* tocáronle la cabeza con papel que se llama *amatzontli,* y pusiéronle una estola de papel, y un *maxtli* de lo mismo. Llegada la media noche, todos los dioses se pusieron en derredor del lugar que se llama *teutexcalli.* En este ardió el fuego cuatro dias: ordenáronse los dichos dioses en dos rencles, unos de la una parte del fuego, y otros de la otra, y luego los dos sobre dichos se pusieron delante del fuego y las caras ácia él, en medio de las dos rencles de los dioses, los cuales todos estaban levantados, y luego hablaron y dijeron á *Tecuciztécatl:*—¡Ea, pues, *Tecuciztécatl!* entra tú en el fuego.—Y él luego acometió para echarse en él; y como el fuego era grande y estaba muy encendido, sintió la gran calor; hubo miedo, y no osó echarse en él y volvióse atrás. Otra vez tornó para echarse en la hoguera haciéndose fuerza, y llegándose, se detuvo, no osó arrojarse en la hoguera, cuatro veces probó, pero nunca se osó echar. Estaba puesto mandamiento que ninguno probase más de cuatro veces. De que hubo probado cuatro veces, los dioses luego hablaron á *Nanaoatzin,* y dijéronle : : : :—¡Ea, pues, *Nanaoatzin,* prueba tú!—Y como le hubieron mandado los dioses, esforzóse, y cerrando los ojos, arremetió, y echóse en el fuego, y luego comenzó á rechinar y respendar en el fuego, como quien se asa. Como vió *Tecuciztécatl,* que se habia echado en el fuego y ardia, arremetió, y echóse en la hoguera, y diz que una águila entró en ella y tambien se quemó, y por eso tiene las plumas hoscas ó negrestinas. A la postre entró un tigre, y no se quemó, sino chamuscóse, y por eso quedó manchado de negro y blanco: de este lugar se tomó la costumbre de llamar á los hombres diestros en la guerra *Quauhtlocelotl,* y dicen primero *Quauhtli,* porque el águila primero entró en el fuego, y dícese á la postre *ocelotl,* porque el tigre *(ocelotl)* entró en el fuego á la postre del águila. Despues que ambos se hubieron arrojado en el fuego, y que se habian quemado, luego los dioses se sentaron á esperar á que prontamente vendria á salir el *Nanaoatzin.* Haviendo estado gran rato esperando comenzóse á parar colorado el cielo, y en todas partes apareció la luz del alba. Dicen que

despues de esto los dioses se hincaron de rodillas para esperar por donde saldría *Nanaoatzin* hecho sol: miraron á todas partes, volviéndose en derredor, mas nunca acertaron á pensar ni á decir á qué parte saldria, en ninguna cosa se determinaron: algunos pensaron que saldria de la parte del norte y paráronse á mirar ácia él: otros ácia medio dia, á todas partes sospecharon que habia de salir, porque por todas partes habia resplandor del alba; otros se pusieron á mirar ácia el oriente, y dijeron:—Aquí de esta parte ha de salir el sol.—El dicho de estos fué verdadero: dicen que los que miraron ácia el oriente fueron *Quetzalcoatl,* que tambien se llama *Ecatl,* y otro que se llama *Totec,* y por otro nombre *Anaoatlytecu,* y por otro nombre *Tlatlavic-tezcatlipuca,* y otros que se llaman *Minizcoa,* que son innumerables, y cuatro mujeres, la primera se llama *Tiacapan,* la segunda *Teicu,* la tercera *Tlacocoa,* la cuarta *Xocoyotl;* y cuando vino á salir el sol, pareció muy colorado, y que se contoneaba de una parte á otra, y nadie lo podia mirar, porque quitaba la vista de los ojos, resplandecia, y echaba rayos de sí en gran manera, y sus rayos se derramaron por todas partes; y despues salió la luna en la misma parte del oriente al par del sol: primero salió el sol, y tras él la luna; por la órden que entraron en el fuego por la misma salieron hechos sol y luna. Y dicen los que cuentan fábulas, ó hablillas, que tenian igual luz con que alumbraban, y de que vinieron los dioses que igualmente resplandecian, habláronse otra vez y dijeron: —¡Oh dioses! ¿cómo será esto? ¿será bien que vayan á la par? ¿será bien que igualmente alumbren?—Y los dioses dieron sentencia y dijeron:—Sea de esta manera.— Y luego uno de ellos fué corriendo y dió con un conejo en la cara á *Tecuciztécatl,* y escurecióle la cara, ofuscóle el resplandor, y quedó como ahora está su cara. Despues que huvieron salido ambos sobre la tierra estuvieron quedos sin moverse de un lugar el sol, y la luna; y los dioses otra vez se hablaron y dijeron: —¿Cómo podemos vivir? no se menea el sol, ¿hemos de vivir entre los villanos? muramos todos y hagámosle que resucite por nuestra muerte.—Y luego el aire se encargó de matar á todos los dioses y matólos, y dícese que uno llamado *Xolotl,* reusaba la muerte, y dijo á los dioses:—¡Oh dioses! no muera yo.—Y lloraba en gran manera, de suerte que se le hincharon los ojos de llorar, y cuando llegó á él el que mataba, echó á huir, y escondióse entre los maizales, y convirtióse en pié de maíz, que tiene dos cañas, y los labradores le llaman *Xolotl,* y fué visto y hallado entre los piés del maíz: otra vez echó á huir y se escondió entre los magueyes, y convirtióse en maguey, que tiene dos cuerpos, que se llama *mexólotl:* otra vez fué visto, y echó á huir, y metióse en el agua, y hízose pez, que se llama *Axolotl;* y de allí le tomaron y le mataron; y dicen que aunque fueron muertos los dioses, no por eso se movió el sol; y luego el viento comenzó á sumbar, y ventear reciamente, y él le hizo moverse para que anduviese su camino, y despues que el sol comenzó á caminar, la luna se estuvo queda en el lugar donde estaba. Despues del sol comenzó la luna á andar; de esta manera se desviaron el uno del otro y así salen en diversos tiempos, el sol dura un dia, y la luna trabaja en la noche, ó alumbra en ella: de aquí parece lo que se dice, que el *Tecuciztécatl* habria de ser sol, si primero se hubiera echado en el fuego, porque el primero fué nombrado y ofreció cosas preciosas en su penitencia. Cuando la luna se eclipsa, parece casi obscura, ennegrécese, párase hosca, luego se obscurese la tierra....»

El Códex Çumárraga, bajo el título de *Cómo fué fecho el sol,* dice: «En el trezeno año deste segundo cuento de treze, que es el año de veynte y seis despues del dilubio, visto que estava acordado por los dioses de hazer sol, y avia fecho la guerra para dalle de comer, quiso quiqalcoatl (debe ser *Quetzalcoatl)* que su hijo fuese sol, el qual tenia á él por padre y no tenia madre: y tambien quizo que tlalocatetli *(Tlaloc)* dios del agua, hiziese á su hijo del y de chachuitli *(Chalchiuhtlicue)* que es su mujer, luna, y para los hazer no comieron fasta..., y sacáronse sangre de las orejas y del cuerpo en sus oraciones y sacrificios, y esto fecho, el quiçalcoatl tomó á su hijo y lo arrojó en una grande lumbre, y allí salió fecho sol para alumbrar la tierra, y despues de muerta la lumbre vino talaçatctli y echó á su hijo en la çeniza y salió fecho luna, y por esto parece zenicienta y escura; y en este postrero año desde treze començó á alumbrar el sol, porque fasta entónces fabia sido noche, y la luna començó andar tras él, y nunca le alcança, y andan por el ayre sin que lleguen á los cielos.»

Todos los pueblos primitivos, al contemplar los grandes espectáculos de la Naturaleza, han inventado hermosísimas fábulas que sorprenden la imaginación, y que tienen no sabemos qué sencillez encantadora que subyuga el ánimo. Nos presentan á los astros, al día y á la noche, á los ríos y á las montañas, al fuego y á la lluvia, como seres reales que viven, y se aman ó se odian, pero teniendo siempre personalidad propia. En toda religión antigua hay algo de antropomorfismo. Max Müller atribuye esto á la primitiva pobreza de los idiomas: sin tener aún palabras suficientes para expresar las ideas abstractas, sino únicamente los objetos materiales y las necesidades y costumbres primeras de la vida, todo lo materializan para poder explicarlo. De aquí debemos deducir, que todo mito que de tal manera se expresa, pertenece á las ideas primeras de un pueblo. Así se ve que la tradición del Códex Çumárraga sobre el nacimiento del sol y de la luna, es la vieja que de los nahoas se derivaba. En esta tradición el sol es hijo de *Quetzalcoatl,* y no tiene madre. *Quetzalcoatl* es la estrella Venus, el lucero que sale de las tinieblas

al concluir la noche, y alumbra en el oriente poco antes que el sol brote esplendoroso. Es como su guía, como el astro anunciador de su radiante aparición. Todas estas ideas tenían que expresarse en la lengua rudimentaria de los nahoas, de esta sencilla manera: el sol es hijo de *Quetzalcoatl.* Pero como el sol nace en medio de nubes de roja púrpura que semejan un incendio en el cielo, y en las tardes se pone entre las llamas aparentes de otro incendio deslumbrador, de aquí vino el expresar la magnificencia del nacimiento del sol, diciendo que *Quetzalcoatl tomó á su hijo, y lo arrojó en una grande lumbre, y allí salió fecho sol para alumbrar la tierra.* Nada más natural, nada más primitivo en la teogonía nahoa. A su vez la luna es hija de *Tlaloc,* el dios de las lluvias, y de *Chalchicueye,* la diosa de las aguas. Los nahoas dividían el firmamento en trece cielos, y colocaban en el de las nubes, en el *Tlalócan,* á la luna, ya por su color pálido, ya porque en sus movimientos trae las aguas sobre la tierra, ya porque á la vista está tan próxima como las nubes, entre las cuales aparece cuando con rayos de plata las desgarra. Y como su color es blanco y ceniciento, habiéndole dado por cuna al sol una hoguera resplandeciente, diéronsela á la luna en las apagadas cenizas de esa hoguera. Todo



Ídolo de Teotihuacán

esto se ve lógico, natural y sencillo, y fueron estas las ideas sobre el nacimiento de los dos astros, muchos siglos antes del suceso de Teotihuacán.

Esta fábula vino á confundirse con el acontecimiento histórico de la conquista de Teotihuacán, y á dar origen á la nueva fábula que nos relatan Sahagún y Mendieta. Conquistada la ciudad bajo la primera teocracia de Tóllan, y en el mismo año de la fundación en ésta del poder tolteca, debió ser el primer cuidado de los sacerdotes imponer su religión á los vencidos, levantando sus deidades, el sol y la luna, sobre las grandiosas pirámides de la ciudad conquistada. Hemos dicho que en la religión de los nonoalca tenían culto y adoración los animales. Si no bastara el relato del *Popol Vuh* en que los dioses tienen nombres de animales, los dibujos del palacio de Chichén-Itzá, los mil idolillos de figuras de animales que en las cavernas de aquellas regiones se encuentran, nos bastaría para comprender la relación de Mendieta. Dice que los dioses se pusieron á contemplar por dónde saldría el sol, y que apostaron las *codornices, langostas, mariposas* y *culebras.* El dios que mandan por mensajero al sol para que se mueva, es *Tlotli,* el gavilán y el dios que le arroja las flechas es *Citli,* la liebre. El sol aquí nace también de una hoguera, siguiendo la tradición primitiva; pero al nacer se mueren los dioses. Es la religión nueva manifestada por la consagración de las pirámides, que destruye la vieja idolatría; pero no la destruye desde

luego; el sol no anda, y mata primero á *Citli* con una de las flechas que le había arrojado; y cuando ya se mueve el sol triunfante, *Xólotl* mata á los demás dioses y se da la muerte. Se transparenta la terrible lucha religiosa entre la teocracia vencedora que imponía su religión y los vencidos que defendían á sus antiguos dioses. Han luchado desesperadamente contra el dios nuevo; tres veces *Citli* le ha arrojado sus flechas y los dioses van muriendo uno en pos de otro, y quedando *Xólotl*, hasta que se da la muerte. Esto hace suponer que *Xólotl* era su principal dios, y que á abandonar su culto se resistieron más los nonoalca. El relato de Sahagún lo confirma plenamente. El aire, *Ehécatl*, *Quetzalcoatl*, la estrella de la mañana anunciadora del sol, de la nueva era, de la nueva ley, mata á los dioses; pero *Xólotl* huye y se convierte en pié de maíz, que tiene dos cañas; encontrado, huye de nuevo, y se torna en maguey, que tiene dos cuerpos, *Mexólotl;* y al fin vuélvese *Axólotl*, animal del agua, y entonces perece. Se ve la lucha religiosa tremenda y dilatada: no fué la obra de un día; la nueva religión se impuso tras largos combates. Por eso, para que anduviese el sol, para que triunfara definitivamente la nueva creencia, tuvieron que morir los dioses viejos; y ya el viento empujó al sol para que anduviese, ya las flechas de *Citli*, ya el mosquito en la fábula de Veytia y Boturini.

Y el dios *Xólotl* nos da la confirmación en sus metamorfosis de lo que hemos dicho de las dos primeras



Quetzalcoatl.—Dios adorado en la pirámide de Chololllan

religiones de la raza primitiva, la de las plantas y la de los animales. La raza monosilábica adora el maizal *Xólotl;* los meca, mezcla de esa raza y de la nahoa, lo convierten en el doble maguey, en el dios *Mexólotl*, al unirse á la raza del Sur; la nueva, los nonoalca, tórnanlo en animal, *Axólotl;* y viene al fin la raza pura nahoa, y concluyendo con lo que para ella eran idolatrías, coloca en la mayor de las pirámides al sol, á su gran dios *Tonacatecuhtli*.

En el relato de Sahagún se aplica por completo la fábula nahoa antigua á la dedicación de las pirámides significada por el nacimiento del sol y de la luna. Dos personajes se arrojan á la hoguera, *Nanahuátzin* y *Tecuciztécatl;* pero para dar la explicación de las manchas de la luna, aquí los dos se arrojan en la hoguera ardiente, y los dos astros salen con igual luz: es preciso que los dioses le lancen á la luna un conejo al rostro, y entonces palidece, y queda con las manchas que la vemos. Espléndida es en esta fábula la magnificencia conque el firmamento espera la salida del sol: espéranla *Quetzalcoatl*, que es la estrella de la mañana; *Totec*, que aquí se confunde con *Tezcatlipoca*, y en este caso la misma luna; *Mimixcoa*, las culebras de nubes, *que son innumerables*, y son las estrellas de las nebulosas; y cuatro mujeres que guardan el cielo de las constelaciones. Todo el firmamento, resplandeciente de luz y de hermosura, está esperando un solo instante: la salida del sol. Parece que los astros, como en deslumbradora comitiva, que preside por más bello el lucero del alba, se dirigen al oriente, puerta del palacio

del día, á recibir al monarca de los cielos para palidecer ante él y apagar sus fuegos en el océano de llamas del sol.

Hasta aquí la parte astronómica, que es la misma primitiva de los nahoas, más adornada de imágenes, si se quiere, pero conservando aquella sencillez de los primeros pueblos, que ni los mayores poetas han podido igualar. El resto del relato es la parte histórica. Hemos visto que la dedicación de las pirámides hace nacer en Teotihuacán el culto del sol y de la luna; que hubo que emprenderse dilatada lucha para vencer á la religión vieja, y que sus dioses fueron muriendo poco á poco, siendo el culto del dios *Xólotl* el más resistente. Pero aun más nos dice la leyenda, pues además de los dos personajes que en astros debían convertirse, arrojáronse á la hoguera el águila *cuauhtli* y el tigre *océlotl:* sin ellos no se hace la transformación. En el manuscrito de Boturini, el águila baja del cielo, y de entre las llamas de la hoguera saca con sus garras el globo rojo del sol. Sahagún nos lo dice: los *cuauhtli* y los *océlotl,* las águilas y los tigres, son los guerreros; y así encontramos la manifestación de que el nuevo culto se impuso por la conquista y por la fuerza de las armas: todo es lógico en la leyenda, todo conforme con lo que pudo y debió suceder. Y también es muy importante hacer el estudio de los dos personajes que en astros se convirtieron. *Tecuciztécatl* representa, según el señor Orozco, la casta sacerdotal, rica y poderosa; *Nanahuátzin,* el pueblo pobre que ansiaba la nueva civilización. Fijémonos en el significado de las palabras: *Náhuatl,* el nahoa, el de la raza á que los tolteca pertenecían, hace su plural *Nanahua,* los nahoas, y agregando la terminación reverencial *tzin,* natural en los vencedores, tenemos *Nanahuátzin,* los señores nahoas, los tolteca, la raza conquistadora. Estos, que vienen de peregrinar, maltratados y pobres, como llegan las razas conquistadoras, como llegaron los bárbaros del Norte al corazón de Europa, se representan por el buboso, y ofrecen espinas de maguey. Como es la raza que impone el nuevo culto, es la que se arroja decidida á la hoguera, y hecha sol, recibe por altar la más alta pirámide, el *Tonatiuh Itzácual.* El otro personaje es *Tecuciztécatl,* la personificación de la raza vencida. *Tecume* quiere decir abuelos; *cicitin* significa abuelas; *técatl* es el nombre del habitante de un pueblo. No se usa la partícula reverencial *tzin,* pues jamás los honores y las glorias son para los vencidos. El nombre todo significa: el habitante de la tierra de nuestros abuelos, es decir, los nonoalca de Teotihuacán. Están en su ciudad poderosa y rica y suntuosas son sus ofrendas; pero no aceptan la nueva religión. *Tecuciztécatl* cuatro veces se dirige á la hoguera y otras tantas retrocede: solamente cuando ve á *Nanahuátzin* arrojarse en ella, cuando los nahoas ya han impuesto la nueva religión, es cuando él se arroja, cuando acepta la ley nueva: y eso mediante la intervención de la conquista armada. Estas vacilaciones de *Tecuciztécatl* concuerdan con la muerte de los viejos dioses para que camine el culto nuevo, con la triple resistencia de *Xólotl.* Pero los adeptos que no tuvieron la primera fe no merecen tantos honores como el pueblo que impuso el culto; y así *Tecuciztécatl* no es sol, sino que en luna se convierte, y por altar le toca la pirámide más baja, el *Meztli Itzácual.*

No se encuentra, ni en los Vedas ni en Hesiodo, leyenda más hermosa, astronómica é histórica á la vez, como el nacimiento del sol y de la luna cuando la muerte de los viejos dioses de Teotihuacán.

Gomara y Gama, y con ellos el señor Orozco y Berra, cuentan el quinto sol desde la dedicación de las pirámides, que hemos visto que fué en la misma fecha de la fundación de Tóllan, en el año 674; de manera que á la toma de México por los españoles, en 1521, este sol habría tenido de antigüedad ochocientos cuarenta y siete años. Este es uno de los pocos puntos históricos en que no estamos de acuerdo con el señor Orozco y Berra. Semejantes disidencias son raras, aun cuando cada individuo vea de diferente manera y bajo diverso aspecto los hechos históricos, porque no solamente nos hemos comunicado siempre nuestras ideas, sino que hemos usado para escribir absolutamente de los mismos materiales: los libros comunes y de todos conocidos, y las crónicas raras, obras importantísimas y manuscritos inestimables de la biblioteca del señor Fernando Ramírez, que á su muerte pasó á nuestra propiedad.

Ya hemos visto que los nahoas, en sus tradiciones cosmogónicas, contaban que el mundo había terminado en tres épocas que llaman soles, el *Atonatiuh,* en que la humanidad pereció por agua, el *Ehecatonatiuh,* en que acabó por nieves y huracanes, y el *Tletonatiuh,* en que desapareció por el fuego. El quinto sol, que era el en que vivían los mexicanos, debía terminar según sus creencias, cuando al fin de uno de sus ciclos de cincuenta y dos años, ya no se pudiera encender el fuego nuevo, el sol no volviera á salir por el horizonte, y las *tzitzimine* bajasen del cielo á devorar á los hombres. De manera que la idea constante en la conclusión de cada sol, era que una gran catástrofe había puesto en gran peligro á la humanidad, ó más bien á la raza nahoa. Y se sabe también que después de haber sido los agentes destructores de las tres primeras épocas, el agua, el aire y el fuego, se llamó el cuarto *Tlaltonatiuh,* sol de tierra, porque algo que en ella pasó ajeno á esos tres elementos, decidió la cuarta catástrofe. El códice Vaticano fija en tres pinturas jeroglíficas las tres primeras épocas y su duración, y nos marca claramente en cada una de ellas la manera conque pereció la humanidad. Así en el *Atonatiuh,* la diosa del agua, *Chalchiuhtlicue,* empuñando el estan-

darte de la lluvia y de la tempestad, baja sobre la tierra que está inundada de agua, en la cual se ve nadar á los peces, y en un ahuehuete que flota, al solo par que de la calamidad se salvó. En el *Ehecatonatiuh*, cuatro cabezas de *Ehécatl*, el dios de los vientos, soplan huracanes en todas direcciones, y *Quetzalcoatl* deja caer de los cielos lluvia de nieve que concluye con la humanidad, salvándose tan sólo otro par en una gruta. En el *Tletonatiuh* sale del cráter de un volcán el dios amarillo, y vomita fuego sobre la tierra, en donde hasta las aves perecieron, salvándose únicamente un tercer par en una caverna subterránea. Si la cuarta pintura representase la conclusión de la cuarta época ó el fin del cuarto sol, se vería en ella á la humanidad pereciendo de nuevo, puesto que era tan fija en los nahoas la idea de que cada sol tenía que concluir con una gran catástrofe, que aun los mexicanos creían que su quinto sol debía terminar por completo con la vida de la humanidad. Pues bien, lo contrario se observa en la cuarta pintura citada. La diosa que baja del cielo no es ninguna divinidad destructora; es *Xochiquetzalli*, la diosa de las alegrías y de los amores castos, cuyo nombre significa *flor preciosa*. La tierra está pintada de color rosado, como si de rosas estuviese tapizada; brotan por donde quiera flores y frutos, y la diosa misma al bajar se columpia en ramas verdes ornadas de rosas. En lugar del par desnudo que se salva en las otras catástrofes, vense aquí hombres y mujeres, vistosamente vestidos con adornos de ramas, que alegres hablan, llevando en las manos flores y banderas como en señal de fiesta. No es, no podía ser la representación del fin del cuarto sol, que debía terminar precisamente por una catástrofe. Ninguna explicación lógica podría darse de que todos los soles, hasta el quinto, encerraban necesariamente la idea de una calamidad, y que sólo el cuarto había sido indultado de tan terrible destino.

Hay que buscarle, pues, su verdadera conclusión al cuarto sol: y nótese que se llamó *sol de tierra*, porque lo terminó una calamidad histórica: lo que ha hecho suponer inocentemente á algunos cronistas que pudo concluir la cuarta edad por terremotos. Si buscamos sucesos históricos, encontramos al fin del siglo VI la destrucción del imperio tlapalteca; pero los tolteca no podían considerar este acontecimiento como una catástrofe; fué, por el contrario, el origen de su nacionalidad. Además, lo habrían señalado en sus jeroglíficos.

Pero nace el sol en Teotihuacán, y parece que hay razón para contar desde él el quinto sol. Mas nótese que no fué una calamidad sino un triunfo, y que sería raro que como tal quinto sol no se hubiese puesto en los anales jeroglíficos. Debemos, pues, buscar una nueva causa á este nuevo sol, y la vamos á encontrar en el orgullo de los mexicanos.

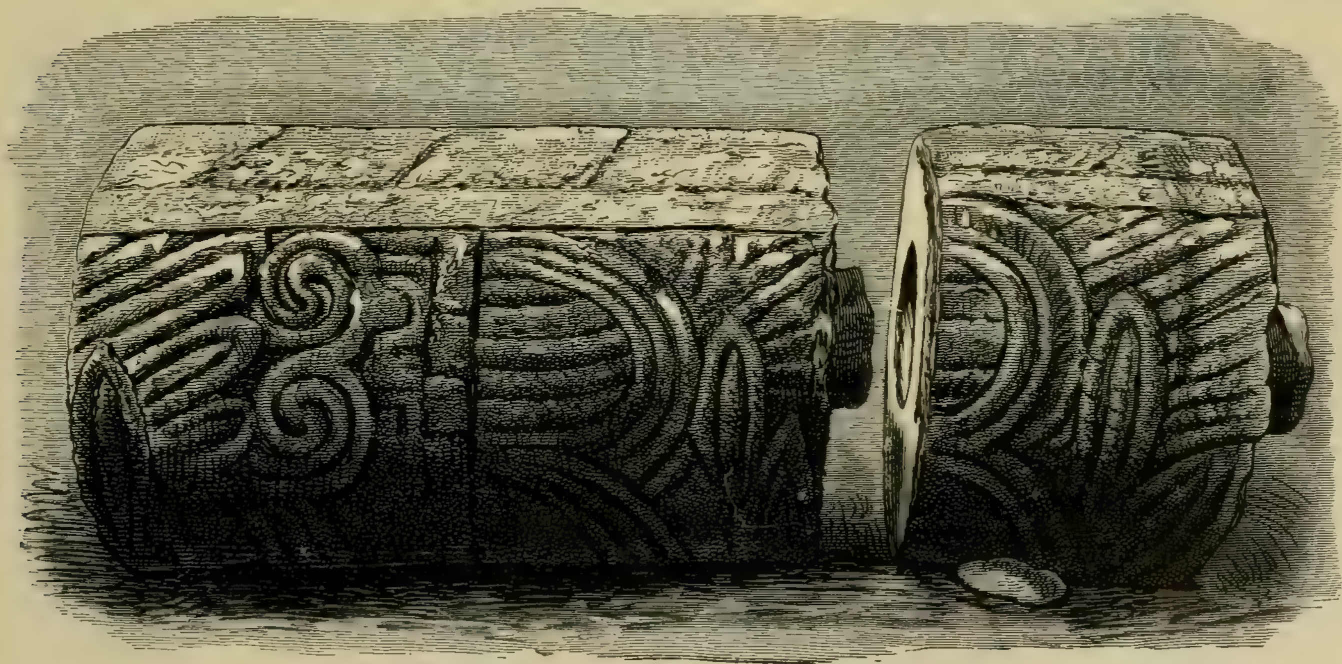
En el año 1116 se desmoronó el imperio tolteca, representante entonces de la antigua raza nahoa: los reinos del Norte habían desaparecido, y de aquella bizarra y poderosa civilización no quedaba más muestra que Tóllan. La destrucción de la ciudad puso en peligro la existencia de toda la raza: fué para ella calamidad tan grande como sus anteriores destrucciones por el agua, el aire y el fuego. Ya no fueron los elementos los agentes de la desgracia, fueron las pasiones humanas, desatadas furias que hacen más daño que los desatados elementos. Ya no bajó del cielo la causa de las catástrofes: engendróse en la tierra, en el corazón de los mismos hombres; y por eso se llamó á este sol el sol de tierra, *Tlaltonatiuh*. Los mexicanos, pueblo esencialmente orgulloso, habían querido tener su dios propio, y haciendo un dios de su jefe *Huitzilopochtli*, lo pusieron sobre los demás dioses de la raza. Habían querido tener una ciudad propia, y la levantaron sobre las aguas del lago, y la hicieron señora de su imperio y de sus conquistas. Como la raza tolteca era la representante de la más grande y más antigua civilización, quisieron aparecer sus herederos, y modificando su cronología, como veremos más adelante, dieron por principio á su viaje el año de la destrucción de Tóllan. Quisieron en su orgullo que ésta fuera una nueva era para toda la raza, é inventaron un quinto sol. La calamidad del cuarto era la destrucción de Tóllan, la nueva era, su peregrinación; el día en que concluyera el quinto sol, el sol mexica, debía acabarse definitivamente el mundo. No negamos que los texcucanos, pueblo orgulloso también y rival de México, quisieran á su vez tener un quinto sol; que les pareciera humillante aceptar el mexica, y que ya formada la fábula de Teotihuacán, tomaran este suceso como principio de la nueva era. Así se explica el texto de Gomara, quien lo tomó de Motolinía aún con el error de cálculo. Y así es cómo verdaderamente se vienen á concordar las opiniones encontradas del señor Orozco y la nuestra.

De todas maneras, la dedicación de las pirámides de Teotihuacán y Cholóllan fué un gran suceso en la historia de la raza nahoa; fué el triunfo de sus ideas religiosas, la perfección, digámoslo así, de su conquista. La vieja civilización del Norte se planteaba en el centro de manera enérgica y segura. La primera teocracia de Tóllan, el primer Huemac, había cumplido su gran misión en el centro mismo, en el corazón del país. La civilización del Sur, dos veces vencida por los ameca y los ulmeca, lo estaba ya definitivamente y para siempre. La raza del Sur, como todas las demás, olvidando sus viejos orígenes, pretendería en lo de adelante y como un gran honor el descender de los tolteca. El sol que se levantó sobre el *tzacualli* de Teotihuacán inundó con sus rayos de oro todos los pueblos de las viejas civilizaciones.

CAPÍTULO II

El territorio. — Su extensión. — Los templos. — La lengua. — El reino. — Las creencias. — El gobierno. — Organización social. — Ce-ácatl Quetzalcoatl. — La leyenda. — Las casas de oración. — Vida austera del pontífice. — Engaños y tentaciones — Su embriaguez, su fuga y su muerte. — La leyenda completa la escritura jeroglífica. — Leyenda astronómica de las luchas de Quetzalcoatl y Tezcatlipoca. — Su explicación. — Personalidad de Quetzalcoatl. — Opiniones que lo creen un predicador cristiano. — Semejanza de ritos. — Profecías. — Refutación de esas pruebas. — Significación de las cruces. — Personificación de las dos deidades — El sacrificio gladiatorio. — Resolución definitiva de que Quetzalcoatl no fué un extranjero. — La reforma. — La segunda teocracia — Desarrollo de la cultura tolteca. — Luchas religiosas. — Guerra civil. — Restauración de la monarquía — Tercera teocracia — Guerra religiosa. — Sacrificios. — La destrucción de Tóllan. — El último Huemac.

La primera teocracia debió dedicarse de toda preferencia á consolidar sus conquistas y á imponer de una manera definitiva su religión. Aun cuando los cronistas de cada raza quieren dar á sus respectivos imperios muchos cientos de leguas de extensión, la verdad es que tales pretensiones son absurdas, ya por la manera conque se constituían aquellos imperios, ya porque otros sincrónicos les servían naturalmente de límites. Los tolteca tenían por un lado al imperio chichimeca que dominaba en nuestro Valle, y por el otro á los indomables cuexteca. Eran valladar para ellos, en el norte, las tribus otomíes y las tarascas y por el lado opuesto conocemos las ciudades libres de su dominio en que se refugiaron los chichimeca-nonoalca, por ellos perseguidos.



Columna tolteca

Así es que el gran reino tolteca se reducía á la faja de tierra que desde Tóllan, y pasando por Teotihuacán, se extiende hasta Chołóllan. Con la conquista hemos visto que impusieron su religión; de los conquistados vinieron á tomar la monumental forma de sus templos. El *teocalli* es la reducción de la gran pirámide, pero no pierde su forma. Esto no impidió que conservaran el templo y los palacios de grandes columnatas: nos lo prueba el de la diosa Rana, que según los cronistas, tenía esa forma, y las bellísimas columnas encontradas en Tula, que pueden competir con las más hermosas de las ruinas del Viejo Mundo. Sin duda que ya la lengua nahoa había sido introducida en parte por la ulmeca y después por la chichimeca: los tolteca la impusieron definitivamente.

Los intereses militares de la conquista y los sociales

nacidos de la estabilidad de la raza conquistadora, debieron como siempre sustituir á la teocracia con un gobierno humano, digámoslo así. Fundóse el reino; pero como derivado de las antiguas ideas teocráticas, el rey no fué sino el representante de la divinidad. Jamás se ha hecho una manifestación más clara del principio del derecho divino. Según los tolteca, los reyes eran inmortales, pues renacían ó despertaban de un sueño. Deificábanlos difuntos diciendo que en dioses se convertían, y otras veces los transformaban en astros. Así eran los reyes temibles y respetados.

Naturalmente en los primeros tiempos se conservaron puras las creencias nahoas. El *Tloquenahuaque* ó *Teotloquenahuaque,* el creador, es adorado por ellos. El *Tonacatecuhtli* tenía suntuoso templo y numerosas estatuas cuyos restos todavía vieron los cronistas. Hicieron á *Tlaloc* rey de los gigantes y levantáronle templos en las montañas. Al sol le sacrificaban en su fiesta, en la época de la cosecha, á un criminal, que más que sacrificio era ejecución de justicia. Los sacerdotes encendían anualmente el fuego nuevo; pero no como señal de que el mundo no se acabaría, sino como muestra de que es el principio de la vida que cada

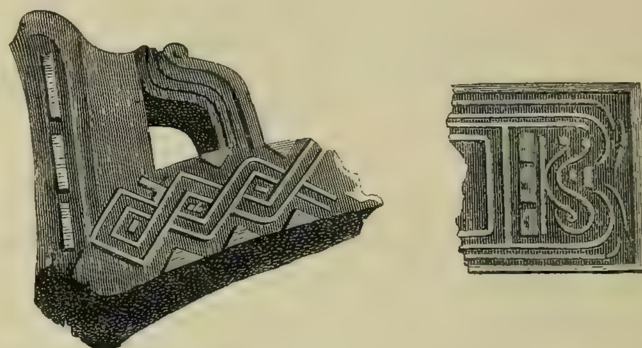


Fragmento tolteca de una piedra del Sol

año renace como renacen las plantas y las hojas de los árboles. El culto era severo: los sacerdotes usaban vestiduras talares negras, y se descalzaban para entrar en el templo. La poligamia se castigaba severamente. Es de suponer que la religión de los vencidos se mezcló en parte con la de los vencedores, pues se levantó suntuosísimo templo á la diosa Rana.

El gobierno del rey era absoluto; aunque se sabe que Cholóllan era una especie de feudo con un gobierno sacerdotal propio, y es de creerse, supuesta la organización de aquellos pueblos, que semejante debía ser el gobierno de Teotihuacán. El poder real era hereditario, y los cronistas que sostienen que la duración de cada reinado tenía que ser de cincuenta y dos años, aseguran que la ley prevenía que si antes moría el rey, hasta cumplirse el plazo gobernara una junta de nobles.

Usaban los soldados flechas, macanas, hondas y porras claveteadas; se defendían con rodelas de cuero, y con morriones, de los cuales había de oro y de plata, y tenían armaduras de tejidos de algodón. De algodón usaba el pueblo sus trajes, y sandalias del *iztle* del maguey; pero los reyes y los nobles se vestían lujosamente, pues una de las artes más celebrada era la fabricación de telas de vistosas plumas, de pelo de conejo y de liebre, y de hermosos tejidos de algodón. Sobresalían también los tolteca en la pintura, en la platería y la lapidaria, al grado que tolteca vino á ser sinónimo de excelente artífice, dedicándose asimismo á la agricultura y á la minería, y las columnas encontradas en Tula bastan á darnos conocimiento de cuanto alcanzaron en la arquitectura. Su prodigioso calendario es muestra de su supremacía en las ciencias. Cuanto sabían las dos civilizaciones al encontrarse se reunió en los tolteca, y por esto son ellos la más genuina



Rocas basálticas labradas.—Modelos de ornamentación tolteca

expresión de la asombrosa civilización antigua. Así creciendo en poder, en artes y ciencias, en fausto y riquezas, se desarrolló la gran Tóllan bajo sus reyes. Templos y palacios, pirámides y columnatas, jardines y fortalezas, un severo sacerdocio y un poderoso ejército; todo contribuía á hacerla por entonces la nueva metrópoli de la raza nahoa. Un suceso imprevisto iba á cambiar su modo de ser. Veamos la leyenda para comprender después la verdad histórica:

«*Ce ácatl*—895—Se refiere y se dice que en este mismo año una caña, nació Quetzalcoatl: fué llamado *el pontífice Topiltzin,* nuestro hijo, *ce ácatl.* Su madre fué *Chimalma,* que se tragó una piedra preciosa, *chalchihuitl,* y de ahí tuvo á Quetzalcoatl. Se dice que Quetzalcoatl buscó á su padre, cuando ya era más prudente, pues había cumplido nueve años. Dicen que preguntó:—¿En dónde está mi padre? quiero conocerlo, quiero verle el rostro.—Y le respondieron:—Ha muerto; ya no existe; ahí está sepultado.—Entonces Quetzalcoatl se dirigió á su sepulcro y se puso á llorar. Después comenzó á cavar y á buscar los huesos, y cuando los halló, los sacó y los llevó á enterrar á su propio palacio, en un panteón perfectamente bruñido.

»En el año *ome tochtli,* 922, llegó Quetzalcoatl á Tollantzinco. Allí permaneció cuatro años, y de tablas y hierbas construyó una casa de penitencia para orar y ayunar. Vino á salir por Cuextlán, pasando el agua sobre un madero.

»5 *calli*—925—En este año los tolteca, muerto

Ilhuitimaitl, fueron á traer á Quetzalcoatl y lo nombraron por su jefe en el gobierno de Tóllan, nombrándolo igualmente su gran sacerdote.

»*Ome ácatl*—935—*Topiltzin ce ácatl Quetzalcoatl* murió en este año en Tóllan Coluacán. Se cuenta que había formado sus casas de oración, penitencia y ayuno. Eran cuatro: la primera era de madera pintada de verde; la segunda era de coral; la tercera de caracoles, y la cuarta de plumas preciosas. En ellas oraba, ayunaba y hacía penitencia. A la media noche descendía á las aguas en el lugar llamado *Atécpan amochco,* aguas reales, y dirigía sus súplicas al cielo, sentándose en un rosal espinoso y deteniéndose en él. Imploraba á *Citlalcueye,* la de la cauda de estrellas, la



El dios Quetzalcoatl, adorado en Tóllan

vía láctea; á *Tonacatecuhtli,* el sol, y á su mujer *Tonacacihuatl;* á *Yeztlaquenqui,* la estrella roja, y á *Tlallamanac* y *Tlallixcatl* que brillan sobre la tierra



Penitencia de Quetzalcoatl y sus cuatro casas de oración

y en ella se hunden, las cuales eran deidades que, según sabía, habitaban en nuevos cielos, *Chiuchnauchnopaniúchcan.* Luego se iba á una montaña á fabricar piedras verdes, azules, preciosas y escogidas, y recibía en cambio turquesas, las piedras verdes *chalchihuitl* muy apreciadas, y coral; y cazaba en el valle culebras, aves y mariposas. Se dice que él fué también quien descubrió la verdadera riqueza, *necuiltonoliztli,* las esmeraldas, *chalchiuhtli,* las turquesas, *teoxiuhtli,* el coral, *tapachtli,* el oro, *teocuitla coztic,* la plata, *teocuitla iztac,* las preciosas plumas, *quetzalli,* y las azules, *xiuhtótotl,* y las rojas, *tlauhquechol,* y las amarillas, *zacuan,* y las tornasoladas, *tzinitzcan,* y las conchas y los hermosos tejidos. Era un gran tolteca que hizo en la tierra y en el agua cosas prodigiosas.

»Y también se sabía que en su tiempo, él mismo descubrió el licor que causa un éxtasis de placer, y la sabrosa bebida del cacao.

»Y en el tiempo en que vivía Quetzalcoatl, fundó y comenzó un templo que está en Coatlquetzalli; y no lo concluyó para manifestar su grandeza. Cuando vivía, no se presentaba públicamente, pues casi siempre se hallaba en silencio y retiro, bien guardado en las sombras del templo, en donde había puesto, para que evitaran el que se le distrajera, á los pregoneros *tecpoúhtin,* quienes tenían especial cuidado de abrir y cerrar las habitaciones y salas de oficios. Tenía en varios lugares palacios oscuros ó nebulosos en que se

encerraba, excusándose de todos. Había el *Chalchiuhpétlatl* de tapices de piedras preciosas, el *Quetzalpétlatl* de tapices de plumas preciosas, el *Teocuitlapétlatl* de tapices de oro, y el *Inezahualcal*, casa de ayuno y penitencia.

»Se dice también y se refiere, que cuando Quetzalcoatl vivía, muchas veces los demonios quisieron engañarlo, porque jamás quiso matar en sacrificio á los tolteca, pues amaba á los vasallos como á hijos, y sólo sacrificaba víboras, aves y mariposas que había cazado en el valle. Y se dice y se refiere que los demonios, enfadados de esto, comenzaron á escarnecerlo y á burlarse de él; y que entonces prometieron mortificarlo; que él quiso escaparse y que así lo hizo.

»*Ce ácatl*—947—En este año murió Quetzalcoatl; y se dice que se fué á Tlíllan Tlapállan, y allí murió.

»Luego se dice de qué modo se fué Quetzalcoatl cuando no quiso obedecer á los demonios, ni matar y sacrificar á los hombres. Cuentan que los mismos demonios acordaron llamar á uno nombrado *Tezcatlipoca*, á *Ihuimécatl*, el dios que protegía las relaciones entre los pueblos, y á *Toltécatl*, y les dijeron:—Es necesario que tengáis aquí lugar como ciudadanos y viváis aquí mismo.—Entonces *Tezcatlipoca* é *Ihuimécatl* dijeron:—Parece que el pueblo observa el modo conque vivimos; hagamos vino de maguey, se lo daremos á beber, y embriagado con él se perderá.—Y luego dijo *Tezcatlipoca*:—Marchemos con alimento y demás auxilios á visitar á Quetzalcoatl y llevémosle su imagen.—Inmediatamente se encaminó *Tezcatlipoca*, llevando envuelto un espejo con un conejo de uno y otro lado, y luego que llegó adonde estaban los guardas de Quetzalcoatl, les dijo:—Avisad al Sacerdote que ha venido un joven á enseñarle su imagen.—Los guardas del palacio entraron á participárselo á Quetzalcoatl. Entonces el Sacerdote preguntó:—¿Cuál es esa imagen mía?—El joven se resistió á enseñar cosa alguna á los guardas, diciéndoles:—Yo no vine á veros á vosotros; entraré y la enseñaré á Quetzalcoatl.—Los guardas entraron y dijeron:—Señor nuestro, el joven no nos quiere enseñar nada, y sólo dice que él mismo entrará y con el mayor respeto os dirá y manifestará su objeto.—Entonces dijo el Sacerdote:—Dejadlo entrar.

»*Tezcatlipoca* entró, saludó y dijo:—Señor y gran Sacerdote, te vengo á enseñar á Quetzalcoatl que lleva una caña, es tu cuerpo, tu propia carne.—Quetzalcoatl contestó:—¿De dónde vienes? ¿estarás muy cansado? bien venido seas; ¿cuál es mi imagen? muéstramela para que yo la vea.—El joven dijo:—Señor y Sacerdote mío, vengo del cerro de Nonoalco, y soy vuestro servidor y súbdito. Mira, pues, tu imagen.—Luego le dió el espejo y le dijo:—Reconócete, señor, que así saldrás de tu propia carne, como tu imagen sale del espejo.—Luego que se vió Quetzalcoatl, se arrojó espantado y dijo:—¿Cómo es posible que mis súbditos y pueblos me vean y contemplen con calma? ¿no deberán con razón huir de mí? ¿cómo podrá permanecer entre ellos un hombre cuyo cuerpo está lleno de pudrición, su cara de arrugas y toda su figura espantosa? No me verán ya más mis vasallos. Aquí permaneceré para siempre.

»Salió *Tezcatlipoca* y dijo á los tolteca:—No es tan grande vuestra desventura, que iréis por todas partes.—Y volvió á ver á Quetzalcoatl y le dijo:—Sal y que te vean tus súbditos: te arreglaré y asearé para que te vean.—Él contestó:—Prepara y haz todo lo que dices.—Luego los artistas le hicieron unos agujeros y le pusieron la barba. Lo llevaron á la fuente *Apanecayauhtli*, lo asearon; tomó pinturas y con la roja se pintó los labios; tomó color amarillo y con él se hizo curvas en la frente; se pintó la cara de color verde y se adornó con plumas de quetzal. Concluído todo le presentaron el espejo, y se alegró mucho, y decidió mostrarse á sus súbditos.

»Entonces los artistas dijeron á *Ihuimécatl*:—Ya hemos ido á sacar á Quetzalcoatl.—*Ihuimécatl* se unió con *Toltécatl* y se fueron á Xonacapayócan, y se les juntaron los vecinos de Maxtlatón y los tolteca, y allí se pusieron á hervir hierbas *quelites, tomate, chile, ejotes* y *elotes*. Hecha la comida, hicieron una horadación á los magueyes que estaban cerca de ellos, de donde resultó un líquido que á los cuatro días de conservado hizo espuma y se fermentó. Se dirigieron después á Tóllan, donde residía Quetzalcoatl, llevando el *quílitl*, la comida que tenían preparada, y el *octli*, el pulque. Llegados allí suplicaron que les permitiesen ver y hablar á Quetzalcoatl; pero los guardas no consintieron. Suplicaron dos y tres veces y otras tantas fueron rechazados. Al fin los guardas del palacio les preguntaron de dónde iban y de qué pueblos eran; y ellos respondieron que eran de Tlamacazcatepec y de Toltecatepec. Luego que oyó esto Quetzalcoatl, mandó que entraran. Habiendo entrado lo saludaron y le entregaron la comida que llevaban preparada. Después de que comió le rogaron que bebiese, persuadiéndolo de que no se moriría con esa bebida. Quetzalcoatl les dijo:—No la puedo tomar porque estoy enfermo, porque es una bebida que hace perder el juicio, y acaso me haga morir.—Ellos le suplicaron que, ya que no podía tomarla, á lo menos la probase con el dedo, y así sabría lo deliciosa y penetrante que era, y vería cuánto vigor daba al ánimo. Probó, en efecto, con el dedo Quetzalcoatl, y quedó muy persuadido de que era cierto lo que le habían dicho; y como le gustó, dijo á sus guardas que bebiesen también. El demonio entonces le dijo:—Con las cuatro tomas no se muere.—Así es que le sirvieron por quinta vez en honor de su autoridad; y habiéndole gustado bebió una gran cantidad. Luego se desvaneció y se puso como muerto; se ensimismó y sintió placeres raros y dulcísimos goces. Se deleitaba en indecible bienestar, y quiso que todos bebiesen.

Y estando todos ebrios le dijeron á Quetzalcoatl:—Sacerdote nuestro, canta; este es tu canto; levanta tu canto.—Y luego levantó Quetzalcoatl la voz, y cantó de esta manera:—Mi palacio de plumas ricas, mi templo de caracoles; dicen que los voy á dejar. ¡Ay, ay, ay!

»Contento ya por el licor, Quetzalcoatl dijo:—Id á traer á la señora Quetzapétlatl, que anima mi vida, para que ambos nos embriaguemos.—Inmediatamente partieron los guardas del palacio á Tlamacchuáyan en tierra de los nonoalca, y dijeron á Quetzapétlatl:—Nuestra grande y noble señora, venimos por tí; el gran Sacerdote Quetzalcoatl nos manda que te llevemos, pues ha determinado que lo acompañes.—Ella respondió:—Está bien, marchemos.—Luego que llegó se sentó junto á Quetzalcoatl, y le dieron á beber el licor por cuatro veces, y la quinta fué por su autoridad. Embriagada ya, *Ihuimécatl* y *Toltécatl* se pusieron á cantar. Y tembloroso levantó su voz Quetzalcoatl, cantando:—Querida esposa mía, Quetzalpetlátzin, gocemos tomando este licor. ¡Ay, ay, ay!

»Por haberse embriagado, ya nada hablaron con sentido y razón. Quetzalcoatl ya no fué á hacer las abluciones; ya no hizo penitencia ni se recogió en su oratorio. Con la embriaguez se quedaron dormidos. Mas al amanecer despertaron, se pusieron tristes, y se comprimió su corazón. Quetzalcoatl dijo:—Me he embriagado, he delinquido; nada podrá quitar la mancha que ha oscurecido mi nombre.—Y se puso á entonar un canto de profunda tristeza, acompañado de sus guardadores. Quetzalcoatl dijo al acompañamiento que en las antesalas estaba, y á los demás circunstantes:—Dejad que me alivie un poco;—y se sentó en un trono elevado. Mortificado con crueles remordimientos de lo que había pasado, la angustia de su tristeza y su vergüenza no tenían medida. Nadie se atrevió á consolarlo ni á alentarlo: él se acogió al dios, y ante él lloró.

»Después les dijo:—Es preciso que yo abandone la ciudad: id pronto y decid que construyan mi habitación sepulcral, *tepetlacalli*.—Labraron luego una losa para tal objeto; y cuando estuvo labrada y concluída tendieron en ella á Quetzalcoatl. Habiendo pasado cuatro días de enterrado en el sepulcro, se levantó y dijo á los guardas del palacio:—Ocultad los regocijos que hemos tenido; esconded todas nuestras riquezas, y manifestad contento y alegría.—Obedecieron los guardas y ocultaron las riquezas en el baño del palacio de Quetzalcoatl, *Atecpanamochco*. Al irse Quetzalcoatl, se paró y llamó á todos sus servidores, lloró con ellos, y se fueron á Tlíllan Tlapállan Tlatláyan, y allí volvió á llorar Quetzalcoatl y á entristecerse mucho. Y ninguno se acercó á él para consolarlo, ni lo detuvo en su marcha.

»En el mismo año *ce ácatl* llegó Quetzalcoatl al mar, al agua que está junto al firmamento, *teoapan-ilhuicaatenco*, y vió en el agua su imagen, su hermoso rostro. Y se adornó con todas sus riquezas y se arrojó en la hoguera. Luego se escondió en el lugar llamado Tlatláyan. Se dice que cuando comenzó á arder se levantaron sus cenizas y aparecieron á presenciar el sacrificio las aves más hermosas, como el *tlauhquechol* rojo, el *xiuhtótotl* azul, el *tzinitzcan* tornasolado, el *ayouan*, el *tozneneme*, el *allomecochome* y otros muchísimos pájaros preciosos. Luego que se consumió en la hoguera, salió de las cenizas de su corazón su espíritu en forma de estrella y subió al cielo; y dicen los viejos que esa estrella es el lucero de la mañana, y por eso llaman á Quetzalcoatl *tlahuitzcalpantecuhtli*, el señor que brilla en los campos sobre las casas. Y dicen que cuando murió, no pareció luego en el cielo porque fué á visitar el infierno, y á los siete días salió el lucero grande y Quetzalcoatl fué divinizado.

»También sabían que esta estrella, en ciertos días, influía mucho sobre las gentes. Si se presentaba en día *ce cipactli*, era de mal agüero para los ancianos; si en *ce océlotl*, *ce mázatl*, ó *ce xóchitl*, lo era para los niños; si en *ce ácatl*, para los señores; si en *ce quiáhuitl*, impedía que lloviese; si en *ce óllin*, era mal signo para los solteros; y si en *ce atl*, era de buen agüero para todos. Y de esta manera hiere á las estrellas antiguas, y todas caminan juntas á la manera de tigre manchado, *océlotl*.

»Así refieren minuciosamente los ancianos lo que pasó en el año *ce ácatl*, y como en él murió Quetzalcoatl después de sesenta y dos años. Y aquí termina la historia de Quetzalcoatl.»

Hé aquí la leyenda, una de las más hermosas que nos ha legado la antigüedad, y en la que los tolteca mezclaron sus ideas astronómicas, religiosas é históricas.

Todos los pueblos antiguos que carecieron de escritura para dejar relatos minuciosos de su historia tuvieron que recurrir á pinturas alegóricas para fijar sus anales; y para conservar los hechos más culminantes inventaron leyendas cortas que pudieran guardarse en la memoria, y así pasar de generación en generación. Éstas tenían un sentido simbólico que con el tiempo fué perdiéndose para el pueblo, y que solamente los sacerdotes en esto aleccionados lo penetraban. Así nos lo enseña la historia de todos los pueblos: lo mismo en el Egipto que en la Grecia, lo mismo en la India que entre las razas nahoas. Éstas alcanzaron la manera de fijar sus anales, porque tuvieron modo de señalar determinadamente la cuenta de sus años. Y no solamente lograron pintar los objetos visibles, y hacer figuras convencionales para los dioses y los astros, y para significar la lluvia, el aire, el fuego, la nieve, la peste, el movimiento y casi todo aquello que materialmente no se podía figurar, sino que tomando el sonido de las palabras que representaban los objetos,

combinaban éstos para encontrar los nombres que querían; y así formaron una escritura fonética. Con el tiempo se fueron simplificando los signos figurativos, simbólicos y trópicos, y aun los signos fonéticos, que al principio daban el sonido de toda la palabra, iban reduciéndose á la representación monosilábica y llegaron á dar el sonido de las vocales. Sin embargo, no consiguieron la escritura alfabética, y sólo pudieron expresar los nombres de personas y de lugares, y algunos acontecimientos notables de la Naturaleza, como una inundación, un temblor ó la aparición de un cometa. Su simbolismo religioso era convencional y escapaba al conocimiento del mismo pueblo. Con tal escritura sólo podía saberse que en tal año tal rey había subido al trono y que había hecho tales conquistas. Esta no es la historia de la humanidad: hoy quiere saberse su desarrollo progresivo, la marcha incesante de sus ideas, las causas morales de su grandeza ó de su aniquilamiento, importando poco toda esa série de minuciosidades que los eruditos sustituyen á la verdadera historia. La leyenda llena el importante hueco que dejan esos anales incompletos; nos muestra como en relieve el aspecto moral de los pueblos, y nos explica en su prodigioso simbolismo los motivos que nos calla la pintura, que sólo nos dice que se destruyó un pueblo ó que se alzó un rey sin que sepamos por qué así aconteció. Naturalmente, parto de la imaginación la leyenda, la mayor ó menor poesía de los pueblos la cambia y modifica: un mismo hecho se relata con diferentes episodios más ó menos complicados: y el que no ve una sola verdad en el fondo, se confunde y cree ver hechos diversos donde no hay más que uno solo. Sucedió así con la leyenda de Quetzalcoatl, pues hay otra en que figura un nigromante *Titlacahuán*, que no es otro que el mismo *Tezcatlipoca*. Sucede también con la leyenda, que si es comprensible para la generación que presenció los hechos á que se refiere y en ella no ve más que un simbolismo, cuando transcurren muchos años, las nuevas generaciones creen este simbolismo como verdad histórica, y se persuaden á que los hechos pasaron como dice la leyenda, y que han de pasar como ella los predice. No había un griego que no creyese realmente que Aphrodite había nacido de las espumas del mar y que Heracles había muerto incendiado en una hoguera. Tales creencias tuvieron, como más adelante se verá, consecuencias trascendentales.

El simbolismo astronómico de la leyenda de Quetzalcoatl viene á confirmar por completo ideas que antes manifestamos y que fuimos los primeros que á hacerlo nos atrevimos. Los nahoas fueron naturalmente afectos al simbolismo. Hemos visto cómo de la primera luz del cielo hicieron á *Cipactli*, y de la tierra á *Oxomoco*, é hicieron nacer de su unión el *Náhui-Ollin* y el *Tonalámatl*, la flecha del tiempo y el calendario. De *Cipactli* hicieron su primer día del año, porque era la primera luz; y por ser *Xochitónal* el último día del año, como imagen del fin de la vida, hicieron de él el mónstruo que devoraba á los muertos cuando al fin llegaban al *Mictlán*. Comenzaron á contar sus años religiosos por los movimientos de la estrella de la tarde, y por eso hicieron de *Quetzalcoatl* un medio sol, y con medio sol á la espalda lo representan en el jeroglífico del códice Vaticano. Tomaron en cuenta después los movimientos de la luna, y como ésta alumbra más, hicieron un sol entero de *Tezcatlipoca*. Y al fin, al combinar el religioso con el año solar, hicieron su verdadero sol, el *Tonatiuh*. Hemos visto también, siguiendo la leyenda del Códex Çumárraga, que las diversas posiciones de la luna y de la estrella de la tarde dieron origen á las fingidas luchas de *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca*, y esta misma fábula expresada de manera más brillante, se encierra en la leyenda de la muerte de Quetzalcoatl.

Vemos, en efecto, á *Quetzalcoatl* rey y señor viviendo en su palacio, como parece la estrella de la tarde reina y señora en el palacio de los cielos. *Tezcatlipoca*, que quiere vencer su poderío, va á verlo llevando un espejo redondo que tiene un conejo. *Tezcatlipoca* es la luna, y también es la luna el espejo redondo al cual los dioses aventaron un conejo, causa de las manchas del astro de la noche. Espántase al verlo, porque comienza la lucha de la estrella en el poniente y de la luna en el oriente. Pero *Quetzalcoatl* se adorna de plumas y colores y la estrella de la tarde no queda aún vencida. Es preciso que *Tezcatlipoca* vuelva con la bebida embriagante; y entonces *Quetzalcoatl* hace llamar á su esposa *Quetzalpétlatl*, se embriagan y ambos se duermen. *Quetzalpétlatl* es la estera preciosa: los nahoas figuraban la tierra en forma de un cuadrilátero dividido en pequeños cuadros, lo que semejaba una estera, *pétlatl*. Cuando los nahoas moraban á orillas del Pacífico, la estrella de la tarde se hundía en las ondas del mar: cuando vivían en Tóllan, el mar próximo á ellos quedaba por el oriente, y la estrella de la tarde al desaparecer, como que temblaba y se hundía en la tierra y ambas se dormían en el sueño de la noche. *Quetzal* es una pluma verde, *Quetzalpétlatl* es la verde tierra. Por eso en otras variantes de la leyenda, la amante de *Quetzalcoatl* es *Xóchitl*, flor, la tierra florida. Por eso en uno de los cuadretes de la Piedra del Sol se ve junto al *pétlatl*, símbolo de la tierra, el medio sol *Quetzalcoatl*, unidos como los dos amantes de la fábula de Tóllan.

Quetzalcoatl permanece en el sepulcro dentro de la tierra cuatro días, y después aparece en la orilla del mar. Simboliza esto el tiempo que transcurre entre la época en que brilla como estrella de la tarde y el día en que aparece como lucero de la mañana, sin que se le vea en ese espacio porque se oculta en los fuegos del sol. *Quetzalcoatl* llega al *teoapan-ilhuicaatenco*, al

mar que se junta con el firmamento, y en el agua ve su imagen, su hermoso rostro. Es ya la estrella de la mañana que parece salir del mar en el oriente, que sobre él brilla reflejando en sus aguas su plácida luz; pero el sol se aproxima, la aurora convierte las nubes en una roja hoguera, y *Quetzalcoatl* se arroja en ella: es la estrella de la mañana que desaparece en las llamas del sol esplendoroso; y salen de la hoguera los pájaros más hermosos: son las aves de los bosques que con trinos y gorjeos saludan el nuevo día. *Quetzalcoatl* muere, deja de ser la estrella de la mañana; pero de las cenizas de su corazón brota el lucero; mas este lucero no brilla en el firmamento sino siete días después: el espacio en que está en los fuegos del sol y que tarda en pasar de estrella de la mañana á estrella de la tarde. Confesemos que los nahoas no cedieron en poesía y en imaginación, y en su exacta observancia de los misterios de la Naturaleza, ni á los mismos pueblos helenos.

Veamos qué se desprende de la leyenda respecto á la personalidad de Quetzalcoatl. La primera cuestión que ha traído á maltraer á cronistas é historiógrafos, es indagar quién era Quetzalcoatl. Un autor alemán ha negado su existencia: es el medio más sencillo de resolver las cuestiones. Brasseur creyó ver en él nada más que un simbolismo de la formación de la tierra: este otro medio no es tan sencillo, pero es tan inútil como el anterior para resolver la dificultad. Quetzalcoatl fué un personaje que existió realmente en el siglo X, y que gobernó Tóllan en la época de su mayor prosperidad. Lo demuestran la tradición constante y unánime de aquellos pueblos, los jeroglíficos y los anales que fijan hasta los años precisos de su reinado: todas éstas son pruebas que determinan una personalidad que no puede tener un sér imaginario. El padre Durán supone que uno de los apóstoles predicó el Evangelio en estas regiones; García habla de santo Tomás; Becerra Tanco encuentra que Quetzalcoatl y Tomás significan lo mismo; Sigüenza y Góngora afirmó ya que Quetzalcoatl fué el apóstol santo Tomás, que predicó el Evangelio á los indios. Poseemos un volumen manuscrito de quinientas diez y siete páginas en que, ya trabajos del mismo Sigüenza, ya informes que le dió el jesuita Duarte, se trata la cuestión con gran copia de datos. En una de las páginas hay el siguiente título: *Pluma rica nuevo Fénix de la América.* Si es nada más el borrador de la obra, la reunión de sus elementos, no importa; por lo menos las apostillas y adiciones son de letra de Sigüenza: éste es el decantado Fénix de Occidente, que por tantos años se tuvo por perdido. Él nos guiará en todo lo que digamos sobre esta cuestión. Muchos han sostenido después la opinión de Sigüenza.

Fúndase tal opinión primeramente en haber encontrado los españoles el culto de la cruz en diversas partes del continente. El padre Vasconcelos habla de las huellas del Santo en el Brasil. Fray Joaquín Bruho, en su *Historia del Perú*, al hablar de la cruz de Huatulco, dice que fué entregada por santo Tomás. El mismo Vasconcelos habla de la cruz de Cozumel, y dice que la tenían por dios de la lluvia, y que no había pueblo vecino que no tuviese su cruz. Torquemada dice que bajo el tercer reinado de Tóllan llegaron por el lado del Pánuco unos hombres blancos y barbados, que usaban trajes largos á manera de sotanas, y que debieron ser irlandeses, y que Quetzalcoatl era su caudillo. Burgoa habla de la cruz de la Mixteca, y tenemos además las de Tepic y Querétaro. Muy conocido es el relieve del Palemke, y se encuentra la cruz en varios ídolos de Nicaragua. En nuestros jeroglíficos se encuentra la cruz en la bolsa en que los sacerdotes llevaban el *copalli*, en los adornos de *Quetzalcoatl;* y nosotros hallamos un dibujo de un barro del Palemke que representa á un hombre fijado en la cruz. En algunas fiestas de Cholóllan y Tlaxcalla se crucificaba á la víctima y se le asaeteaba. Tenemos en los jeroglíficos el árbol á manera de cruz, que se quiebra y chorrea sangre. Los nahoas llamaban á la cruz *Tonacacuáhuitl* ó madero de nuestra carne, y *Quiahuitziteotl* ó dios de las lluvias. Ésta es en resumen la primera prueba de que Quetzalcoatl fué un cristiano que vino á predicar el Evangelio. Unos lo creen santo Tomás, el doctor Mier piensa que es el santo Tomás de Meliapor, el señor Orozco opina que fué simplemente un obispo cristiano que llegó con las primeras expediciones á América.

Veamos la segunda prueba: la semejanza del rito con algunas ceremonias cristianas. Tenían el recuerdo del diluvio, pues según los cronistas éste era el *Atonatiuh;* igualmente el de Eva, pues á ella referían la *Cihuacoatl.* Presentaban al templo á los recién nacidos, los bautizaban por inmersión, y entre los totonaca los circuncidaban. Hacían la famosa comunión con el cuerpo de *Huitzilopochtli*, y comían la carne de los sacrificados teniéndola por carne del dios. Se confesaban de sus pecados al dios *Tezcatlipoca.* Tenían en sus fiestas solemnes procesiones. Creían en el infierno, *Mictlán*, y en el limbo de los niños, lo mismo que en el paraíso, *Tlalócan.* Tenían su diablo, *Tlacatecólotl*, y sus diablas, *cihuapipiltzin*, que aparecían por las sierras. Tenían sus dioses abogados del agua y de las enfermedades; sus nigrománticos, hechiceros y brujas, y sus días nefastos. Celebraban la conmemoración de los difuntos. Usaban ayunos, abstinencias y sacrificios de sus cuerpos, y extremada devoción sacrificándole el trabajo y aun la persona. Tenían organizado su sacerdocio por jerarquías y recibían las primicias para sus dioses. Creían en la destrucción del mundo por genios maléficos, los *tzitzime.* En fin, decían que Quetzalcoatl era blanco, rubio y barbado, y que usaba traje talar

sembrado de cruces, rojas ó negras, y le pintaban con una manera de mitra y con una especie de báculo en la mano.

Constituyen la tercera prueba las profecías que el mismo Quetzalcoatl hizo de que vendrían por el oriente hombres blancos y barbados, y que él volvería con ellos; profecías que se confirman en la civilización del Sur por los grandes sacerdotes Na hau Pec y Chilán Balam.

Perdónennos los antiguos cronistas; pero ni Quetzalcoatl fué santo Tomás, ni un obispo cristiano del siglo x, ni se predicó el Evangelio á los pueblos de raza nahoa. Vamos á demostrarlo.

Comencemos por las profecías. Todos los pueblos de la antigüedad han tenido taumaturgos, que viendo las miserias de la humanidad, la inmoralidad de las costumbres y las desgracias de los pueblos, han augurado la venida de dioses mejores; y las naciones que sufren, acogen esas profecías como esperanzas de mejorar su triste condición. Todos los pueblos han tenido su Mesías y han esperado su venida. Además, no se ha comprendido la leyenda de la vuelta de Quetzalcoatl: es todavía un simbolismo astronómico. Cuando se embriaga con *Quetzalpétlatl;* cuando en amoroso abrazo, estrella de la tarde y tierra se duermen en el sueño de la noche, dice la leyenda que *Quetzalcoatl* se fué á Tlíllan Tlapállan Tlatláyan. Mucho ha hecho discurrir este lugar á los historiadores; y ha sido parte para que no haya faltado quien con este motivo nos mudase el imperio tlapalteca del Norte al Sur. Tlíllan quiere decir *lugar negro* y Tlatláyan ó Tlalláyan *debajo de la tierra;* y los tolteca creían que la estrella de la tarde al desaparecer se hundía en *el lugar negro debajo de la tierra,* como creían que el sol durante la noche estaba debajo de la misma tierra en la mansión de los muertos. Y como el occidente, por donde desaparecía la estrella de la tarde, era el rumbo en que estaba la antigua Tlapállan, agregaban este nombre para distinguirlo del lugar en que desaparecía la estrella de la mañana. A éste le llamaban solamente Tlatláyan, *debajo de la tierra.* Causa de pena era la desaparición de la estrella de la tarde para los nahoas, y por eso aseguraban siempre que *Quetzalcoatl* debía volver á aparecer por el oriente. Este mito, como todos los demás referidos, fué tomando una consistencia real ayudado por las luchas religiosas de que vamos á hablar, y convirtióse en profecía y creencia y fué después del transcurso de los años tenido por indudable verdad.

Más grave parece la razón de la semejanza de los ritos, pero negamos esa semejanza si no es en aquello en que por su naturaleza misma de ser religiones se parecen todas. Los cronistas, empeñados en que el Evangelio se había predicado por toda la tierra, por su espíritu cristiano, amontonaron los mayores absurdos en sus crónicas. Sigüenza se empeñaba en encontrar la confusión de las lenguas en el jeroglífico de la peregrinación de los azteca, de que después nos ocuparemos, cuando allí no se trata sino de la salida de los emigrantes de un pueblo que está á las orillas del lago muy cerca de la ciudad de México. El padre Durán afirma que la pirámide de Cholóllan se fabricó después del diluvio para salvarse en ella en caso de que la calamidad se repitiese: ¡y la pirámide como escalón enano está al pié del gigantesco Popocatepetl, que parece tocar el cielo con su frente de nieve! Veytia quiere que la fábula del mosquito sea el milagro de Josué. Así el espíritu cristiano de los historiadores rebuscaba en las tradiciones de los nahoas recuerdos del relato bíblico, y quiso encontrar las prácticas del catolicismo ¡en el culto del feroz y sanguinario *Huitzilopochtli!* Examinemos las ceremonias origen del error; el bautismo. La dedicación de los recién nacidos á los dioses es propia de todas las religiones: al niño se le constituía guerrero del dios *Huitzilopochtli,* y para que pelease por él, se le armaba de una rodela y cuatro flechas. ¿Es éste el espíritu del sacramento del bautismo? Al niño no se le bautizaba por el sacerdote sino que se le bañaba por la partera. ¿Es ésta la forma del sacramento? En algunas partes se le circuncidaba, y no á la manera de los judíos. ¿Un apóstol ó un obispo cristiano habrían predicado la circuncisión? Pasemos al matrimonio. No hay siquiera ceremonia religiosa: se ata el *áyatl* del hombre al *huipilli* de la mujer. En muchas partes existía la poligamia. ¿Ésta es la unión cristiana y éste el modo de llevar á cabo el sacramento? El enterramiento cristiano ¿es esa serie de papeles que se ponían al muerto para que atravesase peligros imaginarios? ¿Acaso el ponerle alimento para que no tuviese hambre en la otra vida? ¿El enterrarlo con sus mantas y joyas para que en otro mundo se vistiese y adornase? ¿El sacrificar á sus criados para que allá le sirviesen? ¿Son las preces cristianas esos sacrificios repetidos de tiempo en tiempo por cuatro años? ¿Es la inmortalidad cristiana del alma el ir los soldados al sol, otros hombres felices á los jardines del *Tlalócan,* y la multitud á perecer sin más pena y más premio en el *Mictlán?* ¿Es el limbo de los niños no bautizados ese delicioso lugar á que iban todos los niños muertos, y en donde se mantenían del árbol que goteaba leche, hasta que volvían á la vida? ¿Y el purgatorio tan esencial en el cristianismo, y el juicio final y la resurrección de la carne? Si algún cristiano predicó el cristianismo á los indios fué un cristiano que no creía en el Credo.

Jesús dijo: «Confesaos los unos á los otros;» y el sacerdocio cristiano estableció la confesión auricular con el sacerdote, y de esta confesión resultaba la remisión de los pecados. Los nahoas no conocían esta remisión y decían sus faltas solamente al ídolo de *Tezcatlipoca,* porque creían que todo lo oía y todo lo

sabía. ¿Es éste el sacramento? Comían el cuerpo de *Huitzilopochtli* hecho de bledos, pero ni idea tenían de la transmutación. Como el cautivo sacrificado representaba al dios con cuyos arreos se le adornaba, decían que comían el cuerpo del dios cuando comían la carne de la víctima. ¿Sería acaso este canibalismo el sacramento cristiano? Tenían procesiones como todos los pueblos, y procesiones que terminaban en danzas. Había como conventos de monjas, pero no había la reclusión y la castidad perpetuas. De allí salían las doncellas á casarse. Había jerarquía sacerdotal porque en todas las religiones la hay; pero el sacerdote no tenía que ser célibe, pues conocemos aún el nombre de la esposa de Tenoch; y el orden no imprimía carácter, pues sabemos que Moteczuma dejó de ser gran sacerdote para pasar á emperador.

Los sacerdotes intervenían en todo, porque era su interés: cobraban primicias, rentas y tributos, y sacaban provecho de todas las ceremonias, porque los sacerdotes de todos los cultos han sido siempre grandes financieros; pero nada trae su origen del cristianismo. Los que han dicho que la bárbara religión de los mexica se derivó de ese origen han ofendido al Evangelio.

Más importante parece á primera vista el argumento de la cruz, á cuyo culto se une la llegada en el siglo x de un hombre blanco, barbado y que usaba un traje asaz extraño.

Comencemos por hacer constar que la cruz ha sido motivo de culto especial en los pueblos más antiguos anteriores al cristianismo. En el Egipto, en China, en Rusia, entre los hebreos, entre los druidas, en los misterios de Mitra, entre los germanos y pueblos del Norte: luego el culto de la cruz no es una consecuencia precisa de la predicación del Evangelio. En el Nuevo Mundo se encontró la cruz en el Canadá, en el Perú, en Cozumel, en Huatulco, en Salinas, en Chuquiavo, en Nueva Granada, en el Palemke, en Meztitlán y en otros muchos lugares: y como todos estos lugares corresponden á países muy apartados unos de otros, con civilizaciones y religiones muy diferentes, sería absurdo decir que un Quetzalcoatl cristiano las introdujo. Además, sabemos el significado de la cruz del Palemke y sus congéneres: por lo mismo no han podido ser introducidas por el Quetzalcoatl cristiano. El personaje blanco y barbado que introduce un nuevo culto aparece en muy diferentes partes, lo que prueba que no es un sér real, ó que fueron diferentes reformadores de las antiguas religiones, pero no un Quetzalcoatl cristiano. En el Brasil había la tradición de hombres blancos y barbados, uno de ellos llamado Sumé, que predicó la nueva doctrina. Ovalle dice que en Chile había una tradición semejante. En Cumané tenían el culto de la cruz, y Calancha habla de una en forma de aspa dentro de un cuadrado. Los jesuitas encontraron el culto de la cruz en el Paraguay, introducido por Sumé ó Zumé: desde el Paraguay hasta Tarifa le llamaban Pay Tumé. En el Perú tenemos la predicación de Tumé y de otro llamado Tuapac y su maestro Tunapa. Tuapac les dejó la cruz de Carabuco y dicen que la labró en el Brasil y que la llevó cargando mil doscientas leguas. Este Tuapac, Ticiviracocha y Viracocha son tres personajes misteriosos, sin duda tres reformadores. Adoraban á un dios que se llamaba Pachacamac: no tenía efigie y le construyeron un famoso templo. Nadie podrá creer que todos estos personajes son el Quetzalcoatl de Tóllan. Para nosotros no están oscuras dos invasiones religiosas en los pueblos de la América del Sur: una de la civilización maya-quiché por los zama ó zumé, y otra posterior de los nahoas, como lo significan los mismos nombres de origen nahoa muy claro, y algunos de ciudades de esas regiones. Creemos importante hacer constar que, según los cronistas, el rey Atahualpa no tenía idea del cristianismo.

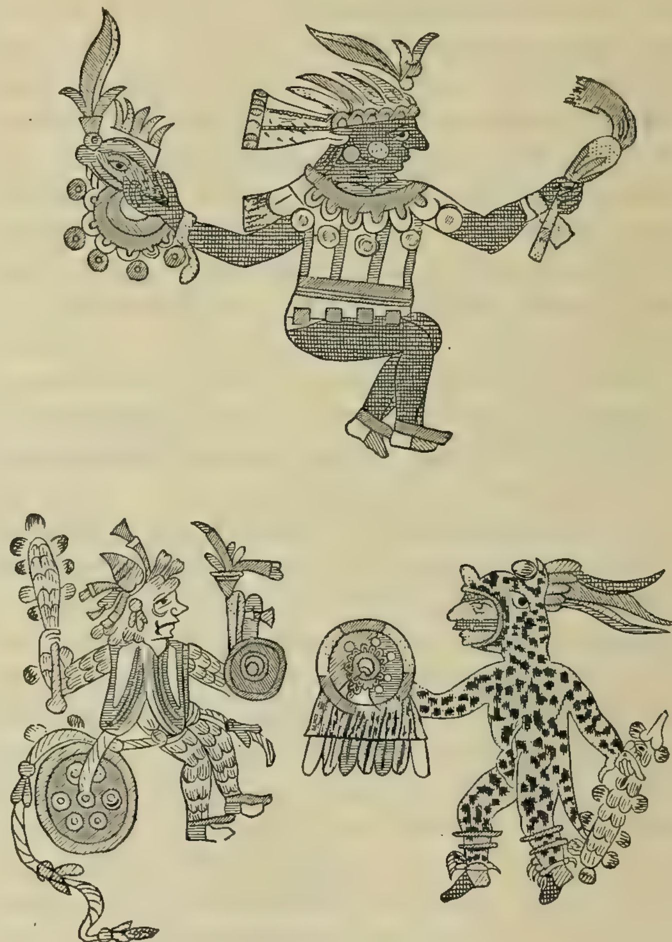
Respecto de las cruces de México ya hemos explicado lo que expresan. La cruz se encuentra en los jeroglíficos, en el códice Vaticano, en las láminas 11, 16, 50, 136, 137, 138, 140 y 143, y en forma de aspa en la lámina 3.ª; en el códice Borgiano, en la lámina 1.ª; en forma de aspa en las láminas 13, 14 y 73; y en forma recta con brazos de igual tamaño, en las láminas 17, 23, 42, 43, 65 y 66; en el códice Teferiano, en forma de aspa, en las láminas 1.ª, 7.ª, 41 y 43, y de forma teutónica en la 43. Tenemos, además, árboles que semejan cruces: en el códice Borgiano, en las láminas 9.ª, 63, 64, 65 y 66; en el de Dresde, en la lámina 3.ª; en el Teferiano, en la 44; y en el Vaticano, en las láminas 65 y 66. Pero notemos desde luego que ninguna de tantas cruces tiene la forma latina: en todas ellas los cuatro brazos son de igual tamaño.

¿Qué era la cruz, y qué referencia tenía á los árboles cruciformes? El señor Orozco lo ha dicho: era el árbol de la inteligencia. Humboldt lo comprendió: era el *Nahui-ollin*. Los mayas lo decían: era el dios de la lluvia. Y nosotros hemos dicho más: era una de las manifestaciones del sol y de sus benéficos efectos en las lluvias; por eso llamaban á la cruz *Tonacacuáhuitl*, árbol de *Tonacatecuhtli*, árbol del sol. En la cruz del Palemke se ve la flecha del sol. En la magnífica cabeza de serpentina que hay en el Museo hay dos cruces muy bien marcadas con cuatro puntos dentro de unos círculos. La cruz era el árbol del sol, la deidad de las lluvias. Fijémonos en esta sola idea: la religión cristiana se distingue de las muchas religiones que han tenido el culto de la cruz, en que éstas adoraban la cruz sola, y aquélla tiene el Crucifijo, y en ella es la cruz símbolo de redención. Pues bien, los nahoas ni tuvieron el Crucifijo, ni para ellos fué la cruz símbolo de redención, sino simplemente deidad de las

aguas, y símbolo de los grandes períodos cronológicos. Se ve que ni la cruz prueba el cristianismo entre los indios.

¿Quién era entonces Quetzalcoatl? Antes de resolverlo, veamos el estado religioso de Tóllan cuando él apareció. Ya hemos dicho que sucede con los pueblos cuando la religión que profesan es muy antigua, que no ven ya en el simbolismo su primitiva significación, sino que los hechos que refiere se tornan hechos reales y positivos, y los dioses se personalizan, digámoslo así, en los ídolos. A esta ley, que no ha podido eludir ningún pueblo, tuvieron necesariamente que ceder los tolteca. *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl,* á fuerza de ser dioses con figuras reales que los representaban, dejaron de ser astros para la multitud. La lucha astronómica, para el pueblo que no podía comprenderla, se convirtió en verdadera lucha religiosa. Cada dios tenía su sacerdocio; y ya se sabe hasta dónde llega la rivalidad sacerdotal, aun en nuestros días. Además, comenzaron los sacrificios humanos; y todo hace presumir que de preferencia en el culto de *Tezcatlipoca.* Sabemos ya que se sacrificaba en la nueva siembra un criminal á *Tonacatecuhtli.* Acaso la proximidad de los tarascos, los otonca y otras tribus bárbaras, fué parte para la introducción de los sacrificios. El ídolo *Tezcatlipoca* era de piedra negra y de aspecto feroz; todo era terrible en su culto, y sin duda en él comenzaron los sacrificios. Que éstos existían antes de Quetzalcoatl lo prueba el elogio que de él hace la crónica, diciendo que nunca quiso sacrificar á sus súbditos los tolteca, sino mariposas, aves y culebras que cogía en los montes.

Creemos que á esa época debe referirse el sacrificio gladiatorio que representa una de las pinturas de M. Aubin, porque era el sacrificio más natural y más conforme con las creencias nahoas, como que es representación de la lucha de *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl,* de la luna y de la estrella de la tarde. Y no nos llame la atención que esté en la parte superior la figura de *Tonacatecuhtli,* el sol, porque sólo en honor del sol se hacía el sacrificio gladiatorio. Si se observan con atención las dos figuras que en la pintura representan el sacrificio gladiatorio, se verá que la que está atada á la piedra *cuauhxicalli* es imagen de *Tezcatlipoca,* la luna. Rostro y vestido son de color blanco como los rayos del astro de la noche; debajo del rostro se le ve dibujada claramente una media luna; tiene por tocado el *iztli* y las navajas del sacrificio; y mientras en una mano empuña la *macuáhuitl* para la lucha, en la otra sostiene el estandarte y el espejo de *Tezcatlipoca.* La otra figura representa á *Quetzalcoatl,* que lleva la máscara sagrada. La parte descubierta de su rostro, sus manos y sus piés, están untados con el negro *ulli* de los sacerdotes y de los dioses y lleva en la cabeza el *tlapollini* de plumas de quetzal. Cubre toda su figura con una piel de tigre, porque, como hemos visto en la crónica, decían los nahoas con su gran imaginación poética, que la estrella de la mañana arrastraba en pos de sí á todas las estrellas, y el cielo sembrado de éstas como de manchas de luz, les parecía como una piel de tigre, por lo que á *Quetzalcoatl* le pintaban con figura de *océlotl.* Tiene éste en una mano su *macuáhuitl* para la lucha, y en la otra un *chimalli,* en el cual se ve el símbolo de la estrella de la mañana, idéntico á como se representa en un monumento de piedra del Museo. Podemos, pues, decir, que el sacrificio gladiatorio se estableció en representación de la lucha astronómica de *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl,* y que por lo mismo debió ser uno de los primeros sacrificios introdu-



Simbolismo astronómico del sacrificio gladiatorio

cidos en la religión nahoa. Como éste es un estudio completamente nuevo, y nada se halla sobre la materia en cronistas é historiadores, lo exponemos con temor, aunque nos figuramos que no vamos descaminados.

Tenemos, pues, que antes de Quetzalcoatl, la religión nahoa, y especialmente el culto de *Tezcatlipoca,* había tomado un carácter bárbaro y sanguinario.

Según los Anales, Quetzalcoatl nació en el año 895. En el año 922, á los veintisiete de edad, llegó á Tollantzinco, y permaneció haciendo vida austera cuatro años. En el año 925, á los treinta de edad, fué nombrado monarca y gran sacerdote de Tóllan. El año 935, á los cuarenta de edad y diez de reinado, murió

Quetzalcoatl. Se dice que vino á salir por Cuextlán, pasando el agua sobre un madero, ó, según otra traducción, por un puente. Se dice también que era blanco y barbado, y que usaba una túnica sembrada de cruces rojas ó negras. ¿Pudo Quetzalcoatl ser algún europeo, algún cristiano irlandés de los que primero descubrieron la costa de nuestro continente? Examinemos la cuestión. Rafn se ocupa de esos descubrimientos, y después de él Beauvois, con mayores datos en nuestro concepto. Las noticias de Rafn no lo prueban. Hasta 982 no se descubrió la Groenlandia. En 986 Heriulfson aportó casualmente al continente americano muy al norte. El año 1000, Leif descubrió Litla Helluland que es Terranova, y bajó hasta Markland, hoy Nueva Escocia. Thorvald, el año 1002 bajó hasta el Vinland, región en que se encuentra el lugar que ocupa Nueva York y los viajes posteriores no pasan del Vinland. Estas noticias nos dan dos consecuencias precisas: primera, los descubrimientos no pasaron de la región que hay entre Nueva York y Washington; era imposible que uno de esos descubridores fuera Quetzalcoatl que aparece en nuestras regiones: segunda, siendo el primer descubrimiento en 982, era más imposible aún, pues Quetzalcoatl murió en 935. Si recurrimos á otros datos que los de Rafn, las *sagas* nos los proporcionan. Are Marsson llega á la Gran Irlanda ó Irland it Mikla, hoy el Canadá, y allí le bautizan; pero este suceso no puede ser anterior al año 999. La desaparición de Bjœern no puede ser antes de 988. El viaje de Gudhleif fué en 1030. Ninguno de estos hechos puede referirse á Quetzalcoatl que es anterior.

Parece que no hay duda de que Hvitramaanland estaba habitada por los papas, cristianos irlandeses; pero éstos no se habían comunicado con el Sur, que ocupaban los trogloditas skroelings, todavía cuando la excursión de Gudhleif en el siglo XI. Finalmente, y esto es decisivo, el cristianismo no fué predicado en la misma Islanda sino hasta 981 por el obispo Federico y Thorvald Kodrasson. Por lo tanto, el Quetzalcoatl que murió en 935 no pudo ser cristiano y menos un obispo.

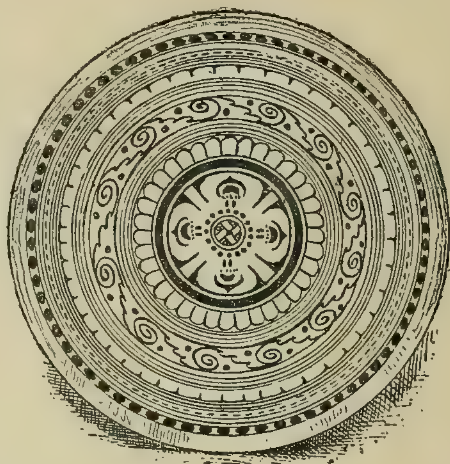
Quedan dos puntos por resolver: Quetzalcoatl llega por Cuextlán que da al lado del mar, y es blanco, barbado y usa un traje extraño, talar y sembrado de cruces rojas ó negras.

La aparición por Cuextlán ó por el Pánuco, como quieren otros cronistas, no es una objeción, y se explica fácilmente. Absurdo sería creer, como parece indicarlo Torquemada, que los papas irlandeses que tan sólo buscaban un lugar de retiro, emprendiesen navegaciones para predicar su fe; más natural hubiera sido que tratasen de convertir á sus vecinos los skrœlings, á la raza primitiva monosilábica, acaso los esquimales; y se ve por las tradiciones que no se ocuparon de eso. Además el argumento de comparación de fechas no puede contestarse. En esto se confunde también el personaje histórico con el mito astronómico. Hemos visto que como desaparecía la estrella de la tarde por el occidente, en cuyo rumbo estaba Tlapállan, decían que Quetzalcoatl á su muerte se había ido para allá: pues de la misma manera, como Cuextlán estaba al oriente de Tóllan, y en ese rumbo nacía la estrella de la mañana, decían que por allí había venido Quetzalcoatl. En cuanto al hombre blanco y barbado, debemos decir que también de los tolteca se dice que eran blancos y barbados. Las razas inferiores conque se encontraron, ellos, pueblos del Norte y por lo mismo más desarrollados y más hermosos, debieron tomar como tipo de belleza su color más claro y su mayor abundancia de barba, y atribuir estas particularidades á todos los personajes para ellos superiores. Nadie sostendrá que *Huitzilopochtli* era un europeo; y sin embargo lo figuraban también con barba. Se ve, pues, que el color y la barba no son una prueba. En cuanto al traje talar sembrado de cruces, no pudo ser el de los papas que era blanco pero sin cruces. La historia no nos cuenta que algún pueblo ó sacerdocio cristiano usara ese traje. Además, desconfiamos del relato de Torquemada: no encontramos á Quetzalcoatl con ese traje en los jeroglíficos. En el códice Vaticano está en medio de las nubes rosadas de la aurora como estrella de la mañana; está desnudo, llevando solamente un *maxtli* ó ceñidor, y á la espalda un lienzo angosto con dos cruces, cuyos cuatro brazos son de igual tamaño: en otro jeroglífico está enteramente desnudo, y las dos cruces están en su tocado. Algunas veces se le representa con una especie de mitra; pero la mitra era muy antigua en la civilización del Sur, como puede verse en el relieve de la cruz del Palemke.

Si se observa la leyenda genuina y primitiva se verá que en ella nada se dice respecto á que Quetzalcoatl introdujese el culto de la cruz: en las mismas profecías se habla de que Quetzalcoatl volvería por el oriente, pero sin hacer ninguna referencia á la cruz. Los autores de segunda mano, sin duda por haber visto las dos cruces en el jeroglífico de *Quetzalcoatl* y para explicar el culto de la cruz entre los antiguos indios, fueron los que introdujeron la idea de que él fué el que trajo dicha adoración, sacando de aquí un argumento en favor de la pretendida predicación del Evangelio. La verdad es que era difícil la explicación de las dos cruces de *Quetzalcoatl,* y no habríamos dado en ella si no nos hubiésemos fijado últimamente en uno de los más preciosos ídolos que tiene el Museo de México. Es una cabeza colosal de serpentina, admirablemente pulida y labrada. Que se refiere al calendario no cabe duda, pues los glifos y cintas que tiene en el tocado lo demuestran, así como las conchas con sus divisiones en un todo semejantes á otras que tiene un monumento de la cuenta del tiempo, también de serpentina, que es

de nuestra propiedad. Tiene la cabeza las orejeras en forma de disco que se ven siempre en la cara del sol, y de ellas salen dos rayos de las dos distintas figuras que tienen los de la Piedra del Sol. El bezote que le cuelga de la nariz es en un todo semejante á las orejeras y forma la lengua de luz del astro. En los carrillos tiene también dos adornos triples que en su parte superior consisten en dos discos, dentro de los cuales hay dos cruces de brazos iguales, las que no cabe duda de que representan el *Nahui-óllin*, pues tienen entre sus aspas cuatro puntos. Como el *Nahui-óllin* significa las cuatro posiciones del sol en el año, es decir, el curso solar completo, ya se viene claramente en conocimiento de lo que representan las dos cruces del jeroglífico de *Quetzalcoatl* y aun las de la cabeza del Museo. Una cruz es un curso del astro; pero *Quetzalcoatl,* como estrella de la tarde, tiene un curso de doscientos sesenta días ó un año religioso de los nahoas, y como estrella de la mañana tiene otro curso de doscientos sesenta días ú otro año del *Tonalámatl,* y por eso es el ponerle dos cruces. Se ve, pues, que Quetzalcoatl no introdujo el culto de la cruz cristiana. Las cruces que se encontraron sabemos ya que eran *el dios de las lluvias* ó *el árbol del sol;* mas nunca un símbolo de redención ni la cruz del Cristo. El Quetzalcoatl cristiano, como leyenda, es un tipo admirable; pero la historia no puede admitirlo.

Quetzalcoatl no era más que un sacerdote nahoa reformador de la religión y fundador de una secta numerosa. Fué un gran pontífice y un gran rey. Si una religión se exagera, y más si en ella comienzan los sacrificios bárbaros á que el pueblo no está aún acostumbrado, viene naturalmente la reforma. Frente al terrible culto de *Tezcatlipoca* debió parecer dulcísimo el de *Quetzalcoatl,* que conservaba su candor primitivo. La estrella de la tarde, desapareciendo amorosa tras el sol, y el lucero de la mañana, perdiéndose entre las nubes de oro de la aurora, cuando todo es regocijo y alegría en la Naturaleza, no podían inspirar pensamientos lúgubres. La reforma quiso naturalmente traer al poder al sacerdocio de *Quetzalcoatl* para oponerlo al terrible culto de sangre de *Tezcatlipoca.* Contribuyó felizmente que el gran sacerdote de *Quetzalcoatl* era en aquella sazón un joven hermoso, pues, según los Anales, tenía treinta años, y el cual vivía en castidad y en austera penitencia en Tollantzico. Se llamaba *Ceácatl Topiltzin,* teniendo el primer nombre sin duda del año en que nació, pues el día ó el año del nacimiento daban generalmente el nombre. Como sacerdote del dios *Quetzalcoatl* tenía este otro nombre, como también era costumbre en aquellos pueblos. Fué su gobierno benéfico, y en él se introdujo la reforma religiosa, haciendo prevalecer el inocente culto antiguo, pues de él se dice que jamás quiso sacrificar hombres, sino mariposas y culebras que cogía en el campo. Era el verdadero padre de sus súbditos, pues se cuenta que como á hijos los quería. Fué su reino la época de mayor prosperidad de los tolteca, y por eso á él se refieren metafóricamente las invenciones de todas las artes, el conocimiento de la agricultura y de la minería, y aun el descubrimiento del jugo del maguey. Por eso metafóricamente se ha dicho que el extranjero Quetzalcoatl introdujo esos adelantos desconocidos de los nahoas. No: los nahoas, ya de muy atrás, desde el antiguo y poderoso imperio tlapalteca, sobresalían en las artes y en las ciencias. Muéstranlo su admirable calendario, superior al Juliano, y aun al Gregoriano que lo tomó en cuenta; las ruinas de su portentosa arquitectura; los preciosos objetos de cerámica que en ellas



Ornamentación cronológica de un plato de barro de Tóllan

se encuentran, y aun sus mismos mitos religiosos, producto de su observación y de su poesía. Absurdo sería sostener que los tolteca no conocieron la agricultura hasta que se la enseñó Quetzalcoatl, cuando los nahoas habían sido un pueblo esencialmente agrícola; que de él aprendieron la minería, cuando las tribus más antiguas ya trabajaban el cobre, y cuando precisamente en la región tolteca no había minerales. ¿Cómo pudo el supuesto extranjero inventar el licor del maguey, planta abundantísima en el territorio de los meca que de él traía su nombre, y cuando el viejo dios *Tlaloc* derivaba el suyo precisamente del de ese licor, *octli?* ¿Cómo pudo enseñarles el arte de la platería, superior entre los nahoas á la del Viejo Mundo? ¿Cómo á tejer el algodón y la pluma, si esos tejidos ni se conocían del otro lado del Atlántico? ¿Cómo la arquitectura, si ni los papas de Irlanda, ni escandinavos, ni islandeses podían presentar monumentos como los todavía hoy admirados de esas regiones? Pero esta civilización había llegado á su mayor grado en Tóllan bajo el reino de Quetzalcoatl; se habían confundido ya los prodigios de las dos grandes civilizaciones, y por eso la leyenda, siguiendo el lenguaje que siempre usa, lo llama su inventor.

Es asombrosa la precisión conque la leyenda, en pocas palabras, nos pinta aquel estado de adelanto.

Los palacios de Quetzalcoatl estaban tapizados, ya de riquísimas plumas, ya de concha y corales, ya de oro. Inventaba ya el licor del maguey, ya el sabroso jugo del cacao, manifestando así los prodigios de la agricultura. Los de la minería se expresaban diciendo que iba á la montaña á fabricar piedras verdes y azules, y recibía turquesas y esmeraldas de otras regiones, expresión del desarrollo del comercio. Así, ciencias, artes, industria, agricultura, minería y comercio, todo contribuía bajo el gobierno de Quetzalcoatl á hacer de Tóllan el emporio de la civilización nahoa.

Pero su obra más grande no fué llenar de palacios y templos su ciudad, no fué el hacerla la más rica y poderosa de su época, no fué el inundarla de ciencia y bienestar, sino que estando ya convertida por sus ritos bárbaros en una sociedad de fieras, volvió á hacer de ella una nación de hombres. Más hermoso que como estrella de la mañana, es Quetzalcoatl como reformador.

Nadie debió atreverse á varón tan superior, y por eso la crónica nos dice que á los diez años de reinado murió en el poder.

Motivo de dudas nos presenta la crónica, puesto que después nos vuelve á hablar de otra muerte trágica de Quetzalcoatl á los doce años, en el *ce ácatl* 947. Fácil es la explicación. Subió Quetzalcoatl al trono por un irresistible movimiento popular, nacido de la admiración de sus virtudes y del odio al culto bárbaro entonces entronizado. Se le nombró rey y gran sacerdote de Tóllan y se sustituyó la monarquía con la teocracia. A la muerte de un rey hubiera recibido el poder el hijo del rey; á la del sumo sacerdote debía recibirlo otro sumo sacerdote, otro Quetzalcoatl que debiera sostener la reforma de su antecesor. La teocracia continuó doce años más.

Pero toda reforma produce una reacción, que si no se atrevió á levantarse en vida del gran reformador, porque los grandes caracteres siempre se imponen, se alzó en armas inmediatamente después de su muerte; esto está probado con una admirable concordancia de fechas.

Hemos visto antes como los meca invadieron la península maya. Parece que los reyes de raza mixta ó nahoa adoptaron el nombre de *Totoxihuitl*, pájaro precioso, ó, según la corrupción maya, Tutul Xiu. Pues bien, más tarde vuelve á aparecer el dominio de los Tutul Xiu de los nahoas, y es el rey Ajehuitok, Ahuizotl, y fundan á Uxmal, y allí, ya no conquistadores absolutos, sino aliados á los reyes de Chichén-Itzá y de Mayapan, gobiernan doscientos años. Pío Pérez fija la nueva época de la llegada de los nahoas en el año de 936; Brasseur quiere que sea el de 981. Poco importa esa diferencia. Ella nos da un precioso dato, que bien podría retardarse algunos años con la otra fecha. En 981 empieza la nueva invasión nahoa en la península maya; esto acusa que á la muerte de Quetzalcoatl había comenzado en el reino de Tóllan la guerra civil religiosa y que habían principiado las emigraciones de aquellos pueblos, huyendo de los desastres de la guerra. En 935 muere Quetzalcoatl, y en 981 encontramos á los fugitivos tolteca haciendo con su ciencia, de Uxmal, ciudad tan prodigiosa, que sus ruinas son hoy nuestro asombro. Según los datos de Cogolludo, los señores de Mayapan son los cocomes, los creyentes de Cuculcán ó Quetzalcoatl. En la lucha con los partidarios del dios *Tezcatlipoca*, para conservar su culto huyen los del dios *Quetzalcoatl*. Así, la lucha simbólica de los dos astros se había convertido en realidad: la religión nahoa pasó desde ese día á ser histórica, cuando hasta entonces no había sido sino astronómica.

De esa primera lucha civil hay claros vestigios en la leyenda. *Tezcatlipoca*, para destruir á *Quetzalcoatl*, se une con *Toltécatl* é *Ihuimécatl*. *Tezcatlipoca* dice que sus súbditos van de *Nonoaltepec*. Los emisarios que envía son *Cóyotl*, *Ináhuatl* é *Inamantécatl*. Llegan en su marcha á *Xonacapayócan* y los recibe *Maxtlatón* y cuando son preguntados dicen que van de *Tlamacazcatepec* y *Tollantepec*. ¿Quién no ve aquí á los partidarios de la vieja religión buscando alianzas contra la reforma? Ellos dicen que son de Tollantepec, la ciudad de los tolteca, y de Tlamacazcatepec, la ciudad de los sacerdotes. Son el viejo sacerdocio y el pueblo fanático que se levantan, llaman en su auxilio á los nonoalca y á los ihuimeca ó meca de plumas, que habían conservado la vieja religión en el país de los meca, y por eso sin duda habla Veytia de régulos de Xalixco; llegan á Xonacapayócan y encuentran un aliado en Maxtla. Mandan los emisarios, cuyo nombre nos da la leyenda, y comienza la guerra. A los doce años la segunda teocracia estaba vencida; pero el viejo sacerdocio no se había hecho del poder: los tolteca habían elegido rey. La lucha entre la reacción y la reforma no se había decidido: estaba aplazada.

La monarquía continuó, desde el año 947 al 1046, por un siglo: entonces volvió á emprenderse la lucha, que ya no podía ser sino de completa destrucción ó de entera victoria. Veamos lo que dice la crónica. La crónica está de tal manera complicada en esta parte, que creíamos que la teocracia de Huemac había sido anterior á la nueva de Quetzalcoatl, y que con ésta había terminado el reino de Tóllan. Pero concordando los diversos datos resulta que al parecer la religión vieja se había sobrepuesto durante los últimos años de la monarquía, y que entonces hubo un nuevo levantamiento en favor de la reforma, en favor de *Quetzalcoatl*. La lucha volvía á comenzar. Tuvo esto lugar en el año 9 *tochtli*, 1046: á la muerte del rey Tlilcoátzin, y parece que ayudados por los chalca de Xicco, los tolteca trajeron al gran sacerdote de *Quetzalcoatl* al trono y al sumo poder sacerdotal.

Entonces comenzó la tercera teocracia de Tóllan y la segunda de *Quetzalcoatl*. Seguiremos llamando, como la crónica, Quetzalcoatl al jefe supremo, nombre que recibía del dios de cuyo culto era sumo sacerdote. La guerra civil se ensangrentó: dedicados los hombres á la guerra, los campos fueron abandonados, y en el año 7 *tochtli*, 1070, comenzó la espantosa hambre de siete años, que fué parte tan principal para la destrucción del reino y emigración de los tolteca á otras regiones. En el año 1080 pone Cogolludo la llegada á Mayapan de los cocomes llevando el culto de *Cuculcán* ó *Quetzalcoatl*. Los sacrificios sangrientos tuvieron grandes creces. Como represalia tomábase á los hijos de los caudillos para sacrificarlos. La guerra civil y religiosa había durado, desolándolo todo, hasta el año 8 *tochtli*, 1110.

Parece, por las noticias vagas y confusas de la crónica, que en este año de 1110 fué al fin vencida la reforma, expulsados los *quetzalcoatl*, y que triunfando la religión vieja fué electo rey y sumo sacerdote Huemac, nombre que, como hemos visto, se daba al jefe del culto antiguo, cuya principal deidad era *Tezcatlipoca*. En ese año llegan á Tóllan los bárbaros, aliados de Huemac para el triunfo. La crónica les da los nombres del demonio: *Tlacatecólotl* é *Ixcuiname*, y dice que salieron por Cuextlán, lo que hace presumir la alianza de los cuexteca. Entronizóse el culto bárbaro con la cuarta teocracia y segunda del culto viejo. Comenzaron á asolar los pueblos vecinos para tomar cautivos que sacrificar á su dios. A los partidarios del culto de *Quetzalcoatl* los persiguieron sin descanso. Arrojados de Tóllan se refugiaron en Teotihuacán; perseguidos allí buscaron asilo en Cholóllan: de allí también fueron lanzados. Los hemos visto llegar á fundar ciudades en la península maya: en otras partes se iban estableciendo, y ellos son los fundadores del Xicalanco, preciosa y riquísima región que se extendía desde Tabasco hasta Xáltipan.

El reino de Tóllan se debilitaba día á día: el hambre, la peste, las numerosas y continuas emigraciones, todo acababa con él. Mil funestos presagios anunciaban su ruina y por fin el año 13 *ácatl*, 1115, los antiguos aliados, los bárbaros, viendo que el reino estaba de sazón para hacer de él su presa, se precipitaron á su conquista y destrucción. La guerra comenzó en Nextálpan, al norte de Tóllan. Se ensangrentó horriblemente la lucha: los prisioneros que de una y otra parte se cogían eran inmediatamente sacrificados. La batalla continuó hasta Texcalápan: allí fué hecho prisionero un otomí, que se hallaba preparando armas en Atoyac y fué desollado. Dice el cronista que de entonces data el feroz sacrificio llamado *Tlacaxipehualiztli*. En el año *ce técpatl*, 1116, quedó destruída la nación tolteca.

Vimos á los emigrantes bajar de la región tlapalteca á fines del siglo VI, fundar bajo la teocracia que los había guiado en su viaje, el reino poderoso de Tóllan, conquistando los señoríos de Teotihuacán y Cholóllan; los hemos visto entonces, practicando su religión primitiva, hacer de las pirámides de Teotihuacán altares al sol y á la luna, sus dioses *Tonacatecuhtli* y *Tezcatlipoca*, y de la de Cholóllan templo de *Quetzalcoatl*, la estrella de la tarde; hemos visto como la lucha simbólica y astronómica de *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl* se convirtió en contienda de cultos; cómo *Ce ácatl* Quetzalcoatl emprendió la reforma religiosa contra el rito de *Tezcatlipoca*, que en bárbaro se había convertido, y cómo la reacción trajo la guerra civil entre los tolteca, mudando la antigua lucha astronómica en lucha histórica; hemos visto á los partidarios de *Quetzalcoátl* huyendo á regiones remotas, y triunfante al fin el culto sanguinario de *Tezcatlipoca;* pero al alcanzar éste la victoria, los bárbaros destruyen la ciudad, saquean y reducen á escombros templos riquísimos y lujosos palacios, roban las esmeraldas, las turquesas, el oro y las plumas de quetzal de los magnates; y con la gran ciudad desaparece la religión primitiva; la religión se torna histórica; *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca* son las grandes deidades de toda lucha posterior; los partidarios de ésta han perdido la gran ciudad, pero han triunfado en la contienda del culto, y sus ideas dominarán en el culto sucesivo; los de aquél, al ser expulsados, convierten en histórica la profecía astronómica, y ofrecen que volverán por el oriente: así se planteaba la cuestión de lo porvenir.

El gran sacerdote Huemac, al salir de Tóllan con sus últimos partidarios, se dirigió á Xaltócan. Parece que su retirada fué en son de guerra, porque la hizo en línea recta de norte á sur, por Coatliyápan, Mepocatlápan, Tepetlayacac y Huehuecuauhtitlán. De allí, él y su séquito, siguieron de oriente á poniente por el norte de nuestro Valle y pasaron por Nepopoalco, Temacpalco, Acatitlán, Tenamitliyacac, Atzcapotzalco, Tetlilincán, en donde gobernaba Cihuatlatonac á quien dejaron el cuidado de los viejos Xochiolótzin y Coyótzin-Teotlicuacomalli, y torciendo por el sur y tomando el rumbo del oriente, después de atravesar por Chapultepec, llegaron á Culhuacán, y allí los emigrantes, dejando el gobierno teocrático, eligieron rey á Nauhyotl. En el año *chicome tochtli*, 1122, viéndose Huemac abandonado de todos los tolteca se ahorcó de una cuerda en Chapultepec, en el lugar llamado Cincalco.

Así terminó la era tolteca: en lo de adelante, la historia y la religión pertenecen á los azteca.



XOCHITL.—DESCUBRIMIENTO DEL PULQUE

Copia del cuadro del pintor mexicano José Obregón

CAPÍTULO III

Versión de Ixtlilxóchitl sobre la destrucción de Tóllan. — El rey Tecpancáltzin. — La invención del pulque. — Amores del rey y de Xóchitl. — Nacimiento de su hijo Meconétzin Topíltzin. — Es proclamado rey. — Prostitución de los tolteca. — Presagios de ruina. — Calamidades. — Peste. — Sacrificio de los niños albinos. — Guerra. — El tlachtli de oro y piedras preciosas. — Derrota de Huehuetunéxcatl. — Batalla de Tultitlán. — Muerte de Tecpancáltzin y Xóchitl. — Fuga y término de Topíltzin. — La versión del códice Vaticano. — Calendario tolteca. — Combinación del año civil y el tonalámalt. — Principio del ciclo por el signo técpatl. — El xiuhmolpilli de 52 años. — Los cuatro tlalpilli. — Resultados de la combinación. — Los nueve señores acompañados de la noche. — Reforma en la intercalación.— Diversas teorías. — Verdadero sistema del códice Borgiano. — Los grandes períodos de 260 años y los árboles cruciformes que los representan. — Los 13 siglos de á 80 años. — El período máximo de 1040 años. — El dios Totec. — El ídolo del Museo. — Las cuatro casas de oración. — Leyenda jeroglífica de Totec y Quetzalcoatl — Su explicación. — Aritmética tolteca. — Segunda série progresiva. —Tzotli.—Tercera série. — Xiquipilli. — Cifras de estas series.

Por más que prefiramos las noticias que sobre los tolteca nos da el códice de Cuauhtitlán, no debemos dar al olvido la versión de Ixtlilxóchitl sobre la destrucción de Tóllan, no solamente porque es la más conocida, sino porque se relaciona con la popular leyenda de la reina Xóchitl. Nos da cuenta de ella nuestro autor en la quinta Relación de las que están bajo el nombre de Sumaria Relación, y puede leerla el curioso en las páginas 33 á 49 del tomo primero de las obras de Ixtlixóchitl, que anotadas por nosotros y bajo nuestra dirección está publicando el ministerio de Fomento. Daremos, pues, solamente un ligero extracto del tal relato.

Habiendo heredado Tecpancáltzin el señorío de los tolteca, á los diez años de su reinado fué á su palacio una doncella muy hermosa llamada Xóchitl con su padre Papántzin, á presentarle la *miel de maguey* que habían descubierto. Prendóse el rey de la doncella, y tras los episodios en esos casos naturales, acabó por seducirla, ocultándola en una fortaleza que había sobre el cerro Pálpan, donde tuvo un hijo á quien pusieron Meconétzin, que quiere decir *hijo del maguey*, por recuerdo al origen de los amores de sus padres, y el cual nació el año *ce ácatl*. Tenía el niño las señales que dijo el astrónomo Huemán de que había de tener el rey en cuyo tiempo y gobierno se hubiera de perder y destruir Tóllan.

Habiendo gobernado cincuenta y dos años Tecpancáltzin, y teniendo que dejar el poder según la ley que supone Ixtlilxóchitl, acordó pasarlo á su hijo Meconétzin por otro nombre Topíltzin, que era ya hombre de más de cuarenta años y muy virtuoso y muy sabio. Pero temía á tres señores, sus parientes cercanos, que estaban por el rumbo de Xalixco, los cuales podían alegar mejores derechos al trono que su hijo natural; por lo cual juntó á los principales y más poderosos de su reino, entre ellos á los señores Cuauhtli y Maxtlátzin, y decidieron que estos dos y Topíltzin gobernaran la nación tolteca; pero siendo el primero y principal el hijo de Xóchitl, de manera que lo juraron rey de reyes.

Llevaba Topíltzin cuarenta años de reinado, cuando comenzaron las señales que había pronosticado el astrólogo Huemán. El rey en los últimos años se había prostituído, y con su mal ejemplo sus vasallos los tolteca; tanto que las más principales hembras iban á los santuarios á celebrar bacanales con los sacerdotes. Se cuenta, entre otras, de una dama que tuvo amores con Texpólcatl, uno de los sacerdotes; el otro era Ezcolotli, del templo del dios *Ceacatl*, en Chotóllan. Los sacerdotes tolteca profesaban castidad, á pesar de lo cual el dicho Texpólcatl tuvo en esa dama un hijo llamado Izcax, que heredó de su padre, y después sus descendientes, la dignidad de gran sacerdote.

Yendo un día el rey á sus jardines halló un conejo con cuernos de venado y á un *huitzitzillin*, colibrí, con un largo espolón; y como hubiese visto en el *Teoamoxtli* ó libro divino, que formó Huemán, que éstas eran las señales de destrucción que había pronosticado, mandó hacer grandes fiestas y sacrificios para aplacar á los dioses. Mas, no obstante esto, al año

siguiente comenzaron las calamidades: cayeron grandísimos aguaceros con sapos y hubo fortísimos huracanes, y como esto duró casi cien días sin cesar, les destruyó los campos y la mayor parte de sus edificios: al segundo año no llovió, fué terrible el calor y se secaron las plantas y los árboles; al tercero cayeron muchas heladas, que abrasaron la tierra sin quedar cosa alguna, y al cuarto fueron tantos los rayos y tan contínuo el granizo, que destruyeron hasta los magueyes y árboles grandes que habían escapado y los mismos edificios y murallas fuertes.

Cuando las plantas comenzaban á producir de nuevo, gran cantidad de aves, langostas, gusanos y sabandijas destruyéronlo todo, agregándose á estas calamidades la guerra que contra los tolteca comenzaron aquellos tres parientes régulos de Xalixco, todo por la hermosa Xóchitl, porque su hijo había heredado el reino y mandaba ella toda la tierra. Y aumentáronse los males, porque los gorgojos se comiéron las cosechas guardadas en los graneros.

Habiendo pasado veinte años de la primera calamidad, se encontró tirado en un cerro un niño muy blanco, rubio y hermoso, y lo llevaron á la ciudad á mostrárselo al rey. Parecióle á éste mala señal, y mandó que lo volviesen al lugar de donde lo habían llevado: pudriósele la cabeza ahí, y el mal olor produjo tan gran peste que de las mil partes de los tolteca se murieron las novecientas. Desde este tiempo quedó por ley que en naciendo un niño albino lo sacrificaban luego que cumplía cinco años. Tezozomoc habla varias ocasiones en su *Crónica* de los sacrificios de niños albinos que hacían los mexica en la vorágine de la laguna de Texcoco llama Pantitlán.

Entre tanto los régulos de Xalixco habían avanzado apoderándose de varias ciudades, y Topíltzin, para calmar su enojo, resolvió mandarles un gran presente de oro, mantas, joyas y piedras preciosas, con dos embajadores tolteca, muy valerosos y principales, y á más un juego de pelota, como una sala mediana, de esmeraldas y otras piedras preciosas. No contentó esto á los enemigos, y tras diversos episodios vinieron sobre Tóllan con un gran ejército. Topíltzin por su parte había colocado dos grandes cuerpos de fuerzas en lugares avanzados, el uno en tierra de los tlahuica bajo el mando de Huehuetunéxcatl, y el otro á sus órdenes en Tultitlán. Dió el primer cuerpo la primera batalla, peleando todos valerosamente, aun algunas matronas tolteca; pero fué vencido Huehuetunéxcatl, que apenas pudo escapar con algunos soldados y refugiarse en el campo de Tultitlán.

Apercibióse Topíltzin á la batalla, y antes mandó llevar á sus hijos y sucesores del reino, llamado el mayor Póchotl y el menor Xilótzin, á los muy altos montes de Tolócan para que allí se salvasen. Combatieron los ejércitos cuarenta días, luchó Topíltzin en persona, y el viejo su padre y muchas matronas y mujeres y la misma Xóchitl causa de todas las desgracias, y fueron vencidos los tolteca, y murieron viejos y mozos, mujeres y niños, en el año *ce técpatl*. Huía Topíltzin para Tôllan, pero en Chiuhnauhtlán les dieron alcance á él y á los suyos, y luego en Xaltócan, y en Teotihuacán y en Totolápan, y antes de llegar á Tultecaxochitlálpan los alcanzaron nuevamente, y Xiuhtenancátzin mató al viejo rey Tecpancáltzin, y Cohuanacóxtzin á la reina Xóchitl, que murió defendiéndose con heroismo.

Siguieron los vencedores persiguiendo á los vencidos, en Totolápan alcanzaron á Cuauhtli y Maxtla, los dos señores que con Topíltzin gobernaban en Tóllan, y el rey Huehuétzin los derrotó y allí murieron. Topíltzin se escondió en una cueva de Xico junto á Tlalmanalco, y algo adelante dieron los enemigos nueva batalla á Huehuetunéxcatl, y en ella murió éste y quedó completamente destrozado su ejército, y á más cogieron á Xilótzin, hijo menor de Topíltzin, habiendo salvado al mayor Póchotl su nodriza Tochcueye en los desiertos de Nonoalco. Topíltzin se fué de Xico á Tlapállan; pero los indios muchos años después decían que no se había ido y que estaba todavía ahí con Netzahualcóyotl, Netzahualpilli y Moquihuitz, que fueron los reyes más valerosos y de mayores hazañas.

Así concluyó, según Ixtlilxóchitl, la monarquía tolteca, y aun hay otra versión en los jeroglíficos del códice Vaticano; mas por tener estrecho parentesco con el calendario y por haberse modificado éste en Tóllan, merece la materia que de ella nos ocupemos; pues ya habrá notado el lector que en vez de los antiguos *xiuhtlalpilli* nahoas de ochenta años, se ha

Ciclo de 52 años. — (Atlas del P. Diego Durán)

hablado ya en varias ocasiones de nuevos períodos de á cincuenta y dos años.

Recordemos que los nahoas llegaron á fundar ciudades, la principal de ellas Huehuetlapállan, que con su nueva organización social el culto tomó incremento y nació el sacerdocio; que el Laberinto es templo que nos muestra la existencia de ceremonias religiosas, y que la junta de astrónomos para la corrección del calendario manifiesta la existencia de cuerpos sacerdotales, pues eran los sacerdotes astrónomos y cosmógrafos en aquellos tiempos. Entre los cuerpos sacerdotales se distingue desde aquella lejana época el de los ministros de *Quetzalcoatl,* cuyo sumo pontífice tomaba naturalmente el nombre del dios. En toda religión hay un agrupamiento que sobresale por la mayor inteligencia de sus miembros y por sus costumbres más puras, y porque el espíritu en ella dominante sea de mayor progreso. Así pasó siempre con el sacerdocio de *Quetzalcoatl,* y por eso se nos presenta siempre como símbolo de la reforma religiosa en aquellas sociedades.

Este sacerdocio inventó el año *Tonalámatl,* ritual de doscientos sesenta días, que expresaba el curso de la estrella *Quetzalcoatl,* y dividiéndolo en veinte trecenas, como ya se ha visto, formó el ritual de las ceremonias religiosas de los nahoas. Caminaron en un principio separados este año y el civil, pues ninguna relación había entre el número de sus días ni los doscientos sesenta del *Tonalámatl* formaban período en los ciclos civiles de cuatro, veinte y ochenta años; pero cuando en Tóllan se sobrepuso el sacerdocio reformista, en honra á su dios introdujo dos modificaciones importantes en el calendario: la primera, comenzar el ciclo por el año *técpatl,* por corresponder este signo á la estrella de la tarde; la segunda, ligar los períodos cíclicos civiles con el año de doscientos sesenta días. Entonces resultó el calendario que trae Veytia que es el tolteca. Comenzáronse los días de la veintena por *ce técpatl,* y también por *ce técpatl* la serie del período cíclico. Pero para formar éste se necesitaba que fuera múltiple de los trescientos sesenta y cinco días del año civil y de los doscientos sesenta del ritual, y que se dividiese en cuatro períodos que comenzasen respectivamente por cada uno de los signos iniciales. Esto se consiguió con el nuevo período de cincuenta y dos años, dividido en cuatro de á trece, en los que se iban alternando los signos iniciales con numeración sucesiva. A cada período de cincuenta y dos años llamáronle *xiuhmolpilli* ó manojo de años y á los menores de á trece les decían *tlalpilli,* nudo ó atadura. Llamaban también al mayor *toxiuhmolpia, xiuhmolpia* y *xiutlalpilli.* Dos ciclos de á cincuenta y dos años componían una edad ó vejez de á ciento cuatro, llamada *cehuehuetiliztli.* Formemos los cuatro *tlalpilli* de un ciclo de cincuenta y dos años.

1.^er TLALPILLI

1. *Técpatl.*
2. *Calli.*
3. *Tochtli.*
4. *Acatl.*
5. *Técpatl.*
6. *Calli.*
7. *Tochtli.*
8. *Acatl.*
9. *Técpatl.*
10. *Calli.*
11. *Tochtli.*
12. *Acatl.*
13. *Técpatl.*

2.° TLALPILLI

1. *Calli.*
2. *Tochtli.*
3. *Acatl.*
4. *Técpatl.*
5. *Calli.*
6. *Tochtli.*
7. *Acatl.*
8. *Técpatl.*
9. *Calli.*
10. *Tochtli.*
11. *Acatl.*
12. *Técpatl.*
13. *Calli.*

3.^er TLALPILLI

1. *Tochtli.*
2. *Acatl.*
3. *Técpatl.*
4. *Calli.*
5. *Tochtli.*
6. *Acatl.*
7. *Técpatl.*
8. *Calli.*
9. *Tochtli.*
10. *Acatl.*
11. *Técpatl.*
12. *Calli.*
13. *Tochtli.*

4.° TLALPILLI

1. *Acatl.*
2. *Técpatl.*
3. *Calli.*
4. *Tochtli.*
5. *Acatl.*
6. *Técpatl.*
7. *Calli.*
8. *Tochtli.*

9. *Acatl.*
10. *Técpatl.*
11. *Calli.*
12. *Tochtli.*
13. *Acatl.*

Esta combinación da los siguientes resultados:

1.° Los signos forman series del 4 al 1 sumando 4 al número anterior, de los *tlalpilli* segundo á primero, así:

2.°	4	8		12
3.°	3	7		9
4.°	2	6		10
1.°	1	5	9	13

2.° Cada *tlalpilli* concluye por el mismo signo que comienza.

3.° En ningún signo se repite el número trecenal durante el ciclo de cincuenta y dos años.

4.° Por lo mismo, dado cualquier año con su numeral, se conoce en seguida su lugar de orden en el ciclo y á qué *tlalpilli* pertenece.



Los nueve señores acompañados de la noche. — (Códice Borgiano)

Hecha la combinación del período cíclico se necesitaba formar la del año, pues corriendo por todos los cincuenta y dos el de doscientos sesenta días, cabía más de uno y menos de dos de éstos en un solar de trescientos sesenta y cinco días. Resultaba que desde la décimacuarta veintena de las diez y ocho del año solar, tenían que repetirse los símbolos de los días con los mismos numerales que les correspondieron antes en el principio del año, lo que producía la confusión que habían querido evitar combinando la cronología ritual con la civil. Para no equivocarse habrían tenido necesidad de agregar al signo del día el del mes respectivo, lo que les hubiera hecho perder la ventaja que tenían en el *Tonalámatl*, de señalar cualquiera fecha con sólo el símbolo del día. Introdujeron entonces su número sagrado 9 para ciertos signos nuevos que llamaron señores *acompañados de la noche*. Éstos corrían con los días desde el primero del año: al llegar al nuevo período de doscientos sesenta tenían que repetirse éstos con sus mismos numerales; pero sobraba un

acompañado, de modo que se evitaba la confusión, porque éste correspondía á distinto signo de día en la primera y segunda parte del año. Los acompañados son:

Xiuhtletl, dios del fuego.
Técpatl, pedernal, uno de los signos iniciales.
Xóchitl, flor.
Centeotl, diosa del maíz.
Miquiztli, muerte.
Atl, agua, representada por *Chalchiuhtlicue.*
Tlazolteotl, la diosa de los amores deshonestos.
Tepeyolotli, corazón del monte.
Quiáhuitl, la lluvia, representada por *Tlaloc.*

Esta nueva combinación sólo exigía que los acompañados corriesen en los trescientos sesenta días del año y no en los *nemontemi.* De manera que en el ciclo de cincuenta y dos años solares había cuatro *tlalpilli* de trece años solares, setenta y tres de á doscientos sesenta días, entraban novecientos cuarenta y nueve veces los signos de los días y dos mil ochenta los de los acompañados.

Por haberse tomado por base de esta reforma el año de la estrella de la tarde y haberla hecho el sacerdocio de *Quetzalcoatl,* se dijo que éste inventó el calendario; lo que explicaba también que fuese padre del sol y que éste á su nacimiento necesitase que lo empujara el aire de que aquél era dios.

El año religioso y el civil continuaron corriendo durante el ciclo de cincuenta y dos años lo mismo que antes; pero el período astronómico tuvo que modificarse, y fué preciso buscar una nueva manera de computar el bisiesto, puesto que la antigua producía el *xiuhtlalpilli* de ochenta años abandonado ya por el de cincuenta y dos. Entonces se introdujo la intercalación de trece días al fin de cada *xiuhmolpilli.* Este es el sistema comunicado por Sigüenza á Gemelli, y que siguen Vetancourt, Clavigero, Carli y el dominico Ríos, intérprete del códice Vaticano. Pudo extenderse este sistema al año civil y al religioso, no poniendo signo ninguno á estos trece días complementarios, y así parece inferirse de lo que dice Gama, el cual refiere que en ellos hacían grandes fiestas á sus dioses seculares y sólo les servían para corregir el tiempo y arreglar el año civil con el trópico.

Esto lo alcanzó bien Boturini, muy perspicaz en estas materias y que había entendido que en un principio se hacía la intercalación cada cuatro años, tanto que dice que ese día daba denominación al año bisextil y se hacían en él fiestas muy solemnes al dios del año *Xiuhtecuhtli,* con gran aparato de comida y suntuosas danzas en que sólo cantaban y bailaban los señores, y que asimismo entonces únicamente se hacía la ceremonia de agujerear las orejas á las doncellas y mancebos, lo que era jurisdicción reservada al sumo sacerdote *Achcautlitlenamacani* y función que se hacía con padrinos y madrinas. Llamaban á esta fiesta *Pillahuanaliztli,* pero agrega más adelante que para no turbar el orden perpetuo de las fiestas fijas y el de las diez y seis movibles, tuvieron por mejor reservar la intercalación de los trece días para el fin del ciclo, los que no pertenecían á mes ni año ni tenían signos propios. Dice expresivamente Boturini que se pasaba por ellos como si no hubiese tales días ni se aplicaban á dios alguno, y en ellos se ayunaba y estaba apagado el fuego. De esta manera el año civil y el ritual corrían sin interrupción, y pasados los días intercalares volvían á concurrir con el año trópico; pero en éste no podía hacerse así la intercalación porque se hubieran trastornado las fechas del calendario correspondientes á los solsticios y equinoccios. Así es que en el calendario cronológico siguió la intercalación de un día cada cuatro años, en el civil y el ritual ya no se hizo sino que al fin de los cincuenta y dos años se dejaban pasar sin cuenta trece días; mas en el astronómico sí se consideraban éstos, lo cual produjo nuevos períodos mayores y nuevas combinaciones siempre sorprendentes; pero adviértase que no todas estas reformas las tuvieron nuestros antiguos pueblos, sino solamente los que alcanzaron la cultura tolteca, aunque algunos sólo en parte las aceptaron.

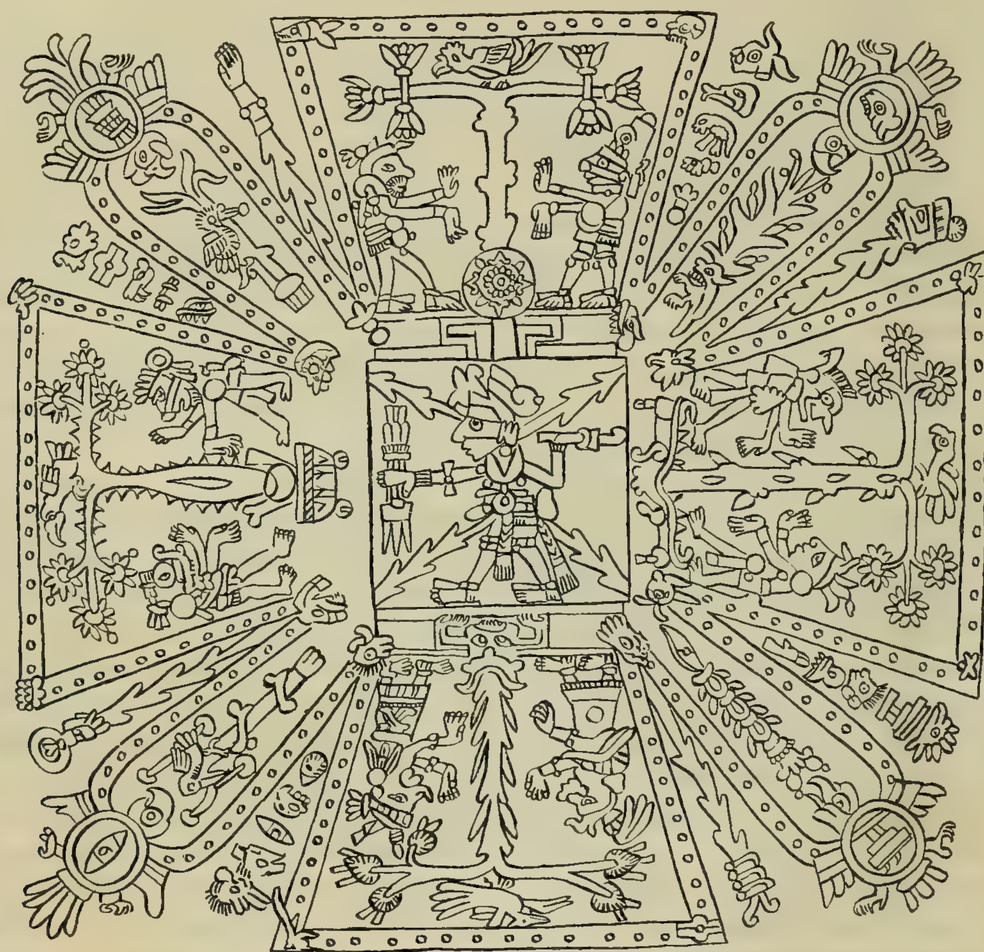
Como quiera que no se entiende el método propuesto por el intérprete del Vaticano, tendremos que admitir, como origen de la intercalación de trece días, la opinión de Sigüenza. Dos autoridades importantísimas la han apoyado. Primeramente Fábrega, al interpretar el códice Borgiano; después Humboldt, que lo sigue, y que compara este método con el de los antiguos persas. Agreguemos que, aunque refiriéndose ya á otra corrección posterior, adoptan el sistema Gama y el señor Orozco; pero la verdad es que no lo encontramos en los jeroglíficos, ni hay razón lógica para él.

Comencemos por asentar una diferencia esencial de aplicación entre los calendarios. Ya dijimos que en el año trópico no podía retardarse la intercalación porque se trastornaban las estaciones; este año servía para el calendario cronológico y para el civil; en ambos, por su mismo objeto y naturaleza, era necesario que el tiempo fuese fijo y que los años no fueran vagos: por lo tanto en estos dos calendarios hubo de subsistir la intercalación cuadrienal, que es la que hemos visto marcada en el códice Telleriano-Remense, y lo está con más extensión y de manera más precisa en el de Bolonia.

Por el contrario, el calendario ritual de doscientos sesenta días, que no tenía que hacer nada con el curso del sol ni con las correcciones de su cómputo, seguía su curso sin interrupción y sin intercalaciones, hasta que naturalmente se encontrara con los grandes períodos de los otros. Esto era tanto más preciso cuanto que por gran desacato se tenía el trastornar el orden de las

fiestas religiosas. Boturini refiere á este propósito que en los antiguos tiempos del reino de Culhuacán, habiendo concurrido la fiesta movible de *Huitzilopochtli* con la fija de *Tezcatlipoca*, prefirieron aquélla y olvidaron celebrar ésta, por lo que *Tezcatlipoca* se indignó de tal manera contra los culhuas, que les profetizó su destrucción; por lo cual los señores de México ordenaron que siempre que concurriesen fiesta movible y fija, terminando aquélla siguiese inmediatamente ésta. Con tales ideas se ve que era imposible en el ritual la trastornadora intercalación y á más innecesaria en él.

El calendario astronómico corría sin conocimiento del vulgo y reservado en los santuarios; en sus relaciones con el ritual servía únicamente para determinar las fiestas movibles; así es que la intercalación se podía hacer de cualquier manera, sin que esto causase trastorno ó interrupción en la vida de aquella sociedad. Pero la intercalación de trece días produce un trastorno completo en los iniciales, defecto que tenía el antiguo siglo de ochenta años, y la tendencia ordenadora era que todos comenzasen con uno de los cuatro signos cronográficos, *técpatl, calli, tochtli* ó *ácatl,* lo que



El gran período cíclico. — (Códice Fejervary)

con mucha claridad expresa el intérprete del códice Vaticano, á más de que en los jeroglíficos no encontramos dicha intercalación.

La verdad es que Fábrega no se explicó completamente las pinturas relativas del códice Borgiano. Son cuatro fajas que cada una representa cinco ciclos de á cincuenta y dos años, y esto lo entendió bien nuestro jesuita, y cada siglo está expresado por uno de los cinco signos de la faja; pero entre uno y otro no está significada ninguna intercalación. Hay que advertir que en el calendario astronómico los años no tienen por símbolo los cuatro iniciales solamente, sino todos los veinte signos que se van sucediendo en el mismo orden de los días, como se ve en el códice Borgiano, páginas 31 á 38, en Kingsboroug y en el de Bolonia; pues bien, los signos de los ciclos de cada faja son los correspondientes sin intercalación ninguna; pero de faja á faja hay la diferencia de sesenta y cinco días. Ésta era la verdadera intercalación: no se agregaban en el calendario astronómico trece días cada cincuenta y dos años, sino sesenta y cinco cada doscientos sesenta, y hé aquí el significado verdadero de los cócijos tzapotecas: el resultado es el mismo; pero con esta intercalación no se trastornan los días iniciales y se va sucediendo su orden en los grandes períodos de á doscientos sesenta años.

En el primer período comienzan los cinco ciclos por *ácatl* y concluyen por *malinalli;* pero como al

último intercalado se agregan sesenta y cinco días, el primer año, y por lo mismo los cinco ciclos del segundo gran período de doscientos sesenta años, comienzan por *técpatl* y concluyen por *óllin;* siguiendo el mismo procedimiento, los años del tercer gran período empiezan por *calli* y terminan en *ehécatl,* y los del último todos empiezan por *tochtli.*

Tenemos que hacer varias observaciones: primera, en el calendario astronómico siguió siempre como primer inicial el signo *ácatl;* segundo, tenemos ya nuevos períodos cíclicos que son los cuatro grandes de á doscientos sesenta años; tercera, la perfecta conformidad de los cuatro calendarios venía á tener lugar á la unión de los cuatro grandes períodos de á doscientos sesenta años, en el máximo de mil cuarenta; siendo de advertir que concurrían también en él los antiguos siglos de á ochenta años, pues trece veces ochenta hace mil cuarenta.

Este período de mil cuarenta años formado de trece de á ochenta, está representado en el códice Borgiano, y lo mismo los cuatro de á doscientos sesenta. Signifícanse éstos por árboles cruciformes, y en el códice de Viena se ven los cuatro árboles con los signos iniciales correspondientes, confirmando el sistema que hemos expuesto. Los cuatro árboles formando cruz en el códice Fejervary expresan el período máximo de mil cuarenta años. Ya se verá que no fuimos tan descaminados al suponer que la cruz de Palemke es la



Totec. — Cabeza colosal de diorita. (Vista de frente)



Totec. — Cabeza colosal de diorita. (Vista por detrás)

representación de un período de ocho mil años, el máximo que corresponde al sistema veintenal primitivo: $20 \times 20 = 400 \times 20 = 8,000$.

Como en los pormenores de días y meses lo que nos muestran los jeroglíficos es la combinación mexica y sólo de ella tratan los autores, dejaremos para su oportunidad el completar nuestro sistema cronológico y nos ocuparemos de la leyenda astronómica de la destrucción de Tóllan, en la cual hace principal papel la nueva deidad *Totec.*

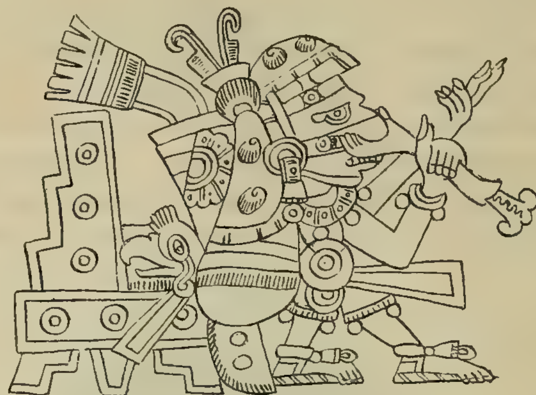
Por primera vez nos encontramos con el dios *Totec* ó *Toteuh,* como otros le llaman. Dice Sahagún que la imagen de este numen es á manera de un hombre desnudo que tiene un lado teñido de amarillo y el otro de leonado, que tiene la cara labrada de ambas partes en una tira angosta que cae de la frente á la quijada, y lleva en la cabeza una especie de *capillo* de diversos colores, con unas borlas que le cuelgan hacia las espaldas; que por vestido lleva un cuero de hombre; que usa los cabellos trenzados en dos partes y orejeras de oro; que está ceñido con unas faldetas verdes que le llegan á la rodilla, con unos caracolillos pendientes; con cotaras ó sandalias, rodela amarilla con un remate de rojo todo alrededor y un cetro que sostiene con ambas manos. El padre Durán dice que este ídolo, con ser uno, era adorado debajo de tres nombres que eran *Totec, Xipe* y *Tlatlauhquitézcatl.* Agrega que *Totec* quiere decir *señor espantoso y terrible que pone temor; Xipe* es *hombre desollado y maltratado,* y *Tlatlauhquitézcatl* significa *espexo de resplandor encendido.* Observa el cronista, y esto es importante, que no era ésta deidad particular que celebraban únicamente en algunas partes, sino que se le hacía fiesta universal en toda la tierra y todos la solem-

nizaban como á dios universal; y así le tenían templo especial y muy suntuoso y era al que hacían mayor número de sacrificios de hombres. Refiere Durán que la figura de este ídolo era de piedra, del alto de un hombre, con la boca abierta como quien estaba hablando y que mostraba tener vestido un cuero de hombre sacrificado colgando las manos del cuero á las muñecas. En la mano derecha llevaba un báculo con unas sonajas, y en la izquierda una rodela de plumas amarillas y rojas, de la cual salía una bandereta encarnada con plumas en el extremo: cubría su cabeza con una tiara roja también ceñida con una cinta del mismo color, y á las espaldas tenía colgada otra tiara con tres banderetas de las que colgaban tres cintas todas rojas, á honor de los tres nombres de este ídolo. Llevaba puesto siempre un gran *maxtli* que salía del cuero que lo cubría. Y así está en efecto en las pinturas del Atlas de Durán.

¿Qué dios era éste que se llamaba nuestro señor, amo ó rey? *Totec* es compuesto de *to,* nuestro, y *tecuhtli,* señor ó rey. El otro nombre, *Xipe* ó desollado, nada nos explica de pronto; pero así como á la procreación precede el desollamiento del *xipintli,* se simbolizó el poder creador del dios con el *tlacaxipehualiztli,* y se significó con su nombre *Xipe.* El tercer nombre, *Tlatlauhquitézcatl,* quiere decir espejo rojo, y si observamos que á la luna se le llama *Tezcatlipoca,* espejo negro que humea, por el color y vaguedad de su disco, comprenderemos sin dificultad que el espejo rojo es el disco del sol. Tenemos, pues, la explicación de los tres nombres de la deidad: como dios que preside en el firmamento, es nuestro señor *Totec;* como astro su disco rojo es *Tlatlauhquitézcatl,* y como poder creador es *Xipe.*

No puede caber duda de que *Totec* principalmente representa al sol; pero así como *cipactli* significa su primera luz alumbrando la tierra que salía del caos, *coatl,* el tiempo, *atl,* el fuego y la cronología, y *ácatl,* los rayos del astro, ahora *Totec* viene á expresar el período cronológico del sol, pero en combinación con los de la luna y la estrella de la tarde. Para explicarnos más claramente diremos que el sol entra en los signos diurnos de la siguiente manera: por su luz es *cipactli,* por su calor es *ácatl,* por su movimiento absoluto con el cual crea el tiempo, es *coatl,* y por su período cronológico es *atl,* tomando el nombre de *Totec* cuando relaciona este período al de los otros astros.

Tenemos sobre este punto la escultura más preciosa que posee nuestro Museo Nacional: y para explicarlo, refirámonos á la figura de este dios en uno de los cuadros jeroglíficos del códice Borgiano. El dios está sentado en *teoicpalli;* su cuerpo es rojo como su rostro que apenas cubre la máscara sagrada, porque es el dios bermejo, *Tlatlauhquitézcatl;* lo adornan astros, el *cuauhtli,* símbolo de la luna, y los de *Quetzalcoatl* y la tierra; tiene por *tlalpollini* el signo del *xiuhmolpilli;* en vez de mitra lleva el capillo de que habla el cronista, todo adornado de conchas, y en la mano izquierda empuña una pierna de águila. Esta misma deidad se ve en varias pinturas jeroglíficas con algunas modificaciones. En el *tonalámatl* del códice Vaticano



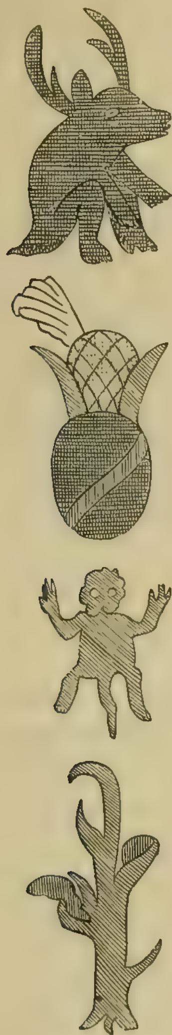
Totec. — (Códice Borgiano)

tiene el mismo color rojo del cuerpo, empuña en la diestra la pierna de águila y una *xóchitl* en la siniestra; lleva el mismo tocado, y por adornos el *ollinemeztli* y la cruz de *Quetzalcoatl.* Se le ve además en las pinturas 53, 60 y 66 del códice Borgiano. Algunas veces, para expresar el curso ó camino del astro en la formación del período cronológico, se pone á *Totec* con un báculo y un *quimilli,* ó carga de la espalda, á la manera que para caminar usan aún nuestros indios.

Los mismos atributos que en estos jeroglíficos se ven en la hermosa cabeza colosal de diorita del Museo Nacional. La parte frontal de su *capillo* está formada de cintas que se figuran con rayas labradas, y sobre esas cintas hay trece conchas con nueve rayas cada una; de la misma manera está formada la parte posterior del tocado que cae hasta el cuello, y en ella hay veinte conchas: el adorno de la parte superior de la cabeza se compone de tres ruedas concéntricas de glifos, ocho en la primera, catorce en la segunda y veinticuatro en la tercera; de ésta sale, cayendo hacia la izquierda, un hermoso colgajo que termina en seis glifos. Sumados éstos nos dan los cincuenta y dos años del ciclo, como las conchas los períodos de trece y veinte días y los nueve acompañados. Hay otros dos colgajos pequeños con un glifo cada uno, que terminan en cuatro glifos, y el capillo tiene varias rayas cronológicas en el colgajo que se combinan con las de la cinta que va de derecha á izquierda bajo los glifos. En las mejillas tiene dos círculos con las dos cruces de *Quetzalcoatl;* de su nariz penden tres rayos de diferente forma representando la luz de los tres astros, y tiene en cada orejera un círculo con dos rayos. La cinta que se entrelaza en la cabeza es el cuerpo de una culebra cuya cabeza se ve en la parte inferior unida al signo del agua, *atl,* símbolo del período

cronológico. Representa, pues, esa escultura, la combinación de los períodos cronológicos de los tres astros, y por lo mismo es el dios *Totec*.

Pero veamos cómo se relacionó esta deidad con la destrucción de los tolteca. Hemos hablado de las cuatro



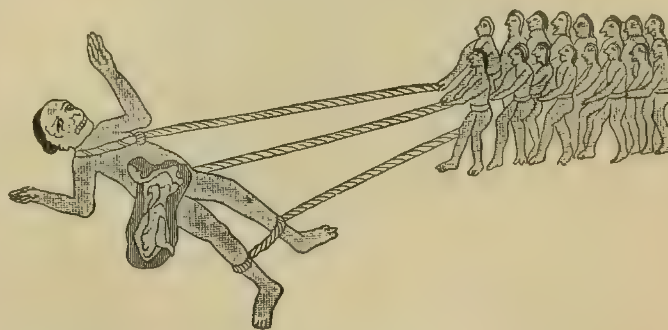
Los signos de las cuatro casas de oración de Quetzalcoatl

casas de oración de *Quetzalcoatl* y de las penitencias que hacía, lo cual está representado en una pintura del códice Vaticano. Se ve, en efecto, á *Quetzalcoatl* sobre un *teocalli* cuyas gradas están manchadas de sangre, atravesadas sus piernas con espinas de maguey en señal de penitencia, y delante del cual se han puesto como ofrendas las púas y un *tlemaitl* en que se le quema copal. Detrás de él están las cuatro casas de oración ó templos: en el primero ayunaban los sacerdotes; estaba adornado de puntos y flores, cornisa y columnas de color rojo, y se llamaba *Caquancalli*. El segundo servía para el ayuno común; tenía cuatro almenas, y se llamaba *Xecahualcalco*. El tercero era templo del temor y la serpiente, y se entraba en él con los ojos inclinados al suelo: era el *Coacalco*. El cuarto era el templo del pesar y del arrepentimiento, y á él mandaban á los hombres delincuentes y de mala vida, inmorales y de hablar obsceno: le nombraban *Tlaxapocalco*.

Busquemos el sentido astronómico de la pintura. La deidad que está sobre el *teocalli*, á la cual se ofrecen sacrificios y se quema copal en el *tlemaitl*, es *Quetzalcoatl*, es la estrella de la tarde que nace. Se conoce al dios en su mitra, en su báculo, en las cruces y en el símbolo del viento. Tiene cuatro radios rojos, porque ya hemos visto que le tenían por un medio sol, pues á éste lo pintaban con ocho rayos. Detrás de las cuatro casas ó templos hay cuatro signos, que son *ácatl* ó caña, *cuetzpállin* ó lagartija, *técpatl* ó pedernal, y *mázatl* ó venado: los cuales ya sabemos que respectivamente corresponden á los astros, sol, tierra, estrella de la tarde y luna. Los cuatro templos que están á su frente, tienen igual correspondencia: el templo con las tres flechas corresponde al sol, el de las dos flores á la tierra, el de las almenas rojas á la estrella, y el de los círculos blancos á la luna.

A la pintura inmediata del códice nos encontramos con *Totec*. Dice el intérprete que este *Totec* fué gran pecador, que estuvo en la casa del dolor llamada *Tlaxipeuhcalco*, en donde había completado su penitencia. Subióse á continuarla sobre las espinas de maguey de la montaña que hablaba, *Catcitepetl*, y allí clamaba reprobando fuertemente á su pueblo de Tóllan, llamándolos á la penitencia porque habían cometido grandes crímenes y olvidado el servicio de sus dioses y los sacrificios, entregándose á toda clase de placeres.

Lleva el dios una lanza roja y está vestido con una piel amarilla de hombre, con signos como *yugos*; tiene *maxtli* rojo con puntas blancas, mitra roja, escudo rojo y amarillo y bandera amarilla con plumas rojas. Sencilla es la expresión de esta pintura. Después de la estrella *Quetzalcoatl* y del año ritual que le corresponde, aparece el sol *Totec* y se forma el calendario combinado con los períodos cronológicos de los tres astros. Históricamente significa la lucha del sacerdocio del antiguo



Simbolismo de la destrucción de Tóllan. (Códice Vaticano)

culto de los sacrificios contra la reforma de *Quetzalcoatl*.

A la pintura siguiente se ve el jeroglífico de Tóllan, y debajo á un hombre colosal tendido y con los intestinos de fuera, del cual tira con cordeles un grupo de hombres. Decían que era figura del pecado *macaxoquemiqui*, que lo veía en sueños *Totec*, y que incitaba

al pueblo para que lo llevase lejos de la ciudad; que quisieron llevarlo con cuerdas, pero que los que tiraban cayeron en una gran profundidad porque aquéllas se rompieron, y ahí quedaron muertos. Es un símbolo de la peste y en general de las calamidades todas que se contaba habían precedido á la destrucción de Tóllan.

En la pintura siguiente se ve á *Quetzalcoatl* siguiendo á *Totec:* va tras ellos un grupo de gente. Dice el intérprete que los dos maestros de la penitencia con los tolteca inocentes se pusieron en camino y fueron á poblar otros países; que encontraron dos montañas unidas, y según unos las atravesaron, y según otros allí murieron. La significación astronómica de este jeroglífico se relaciona con los movimientos de la estrella de la tarde en relación con el sol. Aparece la estrella



Viaje de Totec y Quetzalcoatl. Destrucción de Tóllan. — (Códice Vaticano)

Quetzalcoatl y aparece el sol *Totec:* ambos caminan juntos, como se ve en la pintura, porque juntos empiezan y siguen el calendario ritual y el astronómico; pero el período de la estrella de la tarde es más corto que el anual del sol, concluye antes que éste el *Tonalámatl;* y por eso *Quetzalcoatl* y los que le siguen



Quetzalcoatl en el cielo de la aurora

aparecen muriendo entre las dos montañas invertidas, pues se recordará que en el camino del *Mictlán* había dos cerros que se chocaban entre sí y por donde pasaban los muertos. Así es que, muerta la estrella de la tarde, encontramos á *Quetzalcoatl* en la pintura siguiente, en el cielo azul y rosado de la aurora, que renace como estrella de la mañana; y como de la combinación del movimiento del sol y de los dos de la estrella nació el admirable calendario tolteca, se sigue en el códice el *Tonalámatl.*

Refiere el intérprete la última pintura á la fábula del viaje de *Quetzalcoatl* á Tlapállan, su desaparición y la profecía de su vuelta. La significación histórica es la destrucción de Tóllan y la peregrinación de los satélites y partidarios del culto de *Quetzalcoatl,* que huyendo de la guerra civil ó arrojados por el partido vencedor del culto enemigo, y más tarde, alejándose los que aún quedaban en Tóllan por la destrucción de ésta, se fueron á la región del Sur llevando su civilización, su culto y su dios.

La aritmética hubo de ampliarse al par que la cronología entre los tolteca. El signo superior de los nahoas vimos que fué el *nauhpohualli,* cuatro veintes,



Signos numéricos del 100 al 400

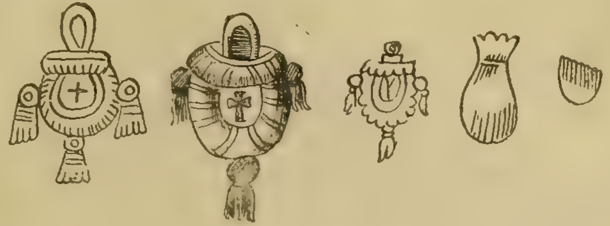
ochenta. Mas después, continuando la serie progresiva de veinte, hicieron el *cetzontli* ó cuatrocientos. Desde veinte hasta trescientos ochenta se dice *cempohualli, ompohualli,* etc., una cuenta, dos cuentas, etc.; mas el número final de la serie toma nombre propio. *Tzontli* significa cabeza, cabello ó pelo, es como número principal, y metafóricamente expresa multitud, abundancia. Si á *tzontli* se le siguen anteponiendo los veinte numerales de la primera serie que lo multiplican nos resulta una tercera que llega á ocho mil. *Cetzontli, omtzontli,* etc., hasta *caxtollionnauhtzontli* y *xiquipilli,* que es el nombre que se da al numeral ocho mil. Así como los

números intermedios de la segunda serie se forman agregándoles los veinte numerales primeros ligados por la partícula *on*, los de la tercera se componen añadiéndoles los de las dos anteriores, usando de la voz *ipan* para las cifras de la segunda serie. Aquí terminaban la numeración tolteca y la mexica, y ya no encontramos nuevo nombre para el número perfecto de otra serie; pero con la anteposición de los otros numerales, podían llegar á números tan avanzados que no habían de necesitarse mayores, tales son:

Cetzonxiquipilli, 400×8,000=3.200,000.

Cexiquipilxiquipilli, 8,000×8,000=64.000,000.

Las nuevas series necesitaron nuevas cifras jeroglíficas para expresarlas. Para significar el *tzontli* ó cuatrocientos, usóse la parte barbada de una pluma, que da buena idea de la cabellera, y así como habían dividido el *pantli* del veinte en cuatro partes, pintaban sólo tres cuartas de la pluma para denotar el número trescientos, la mitad para el doscientos y una cuarta



Signos del xiquipilli

parte para el ciento. El *xiquipilli* se significaba con una bolsa así llamada; muy rara vez es de cuero con la boca amarrada y conocemos un signo que representa media bolsa ó cuatro mil.

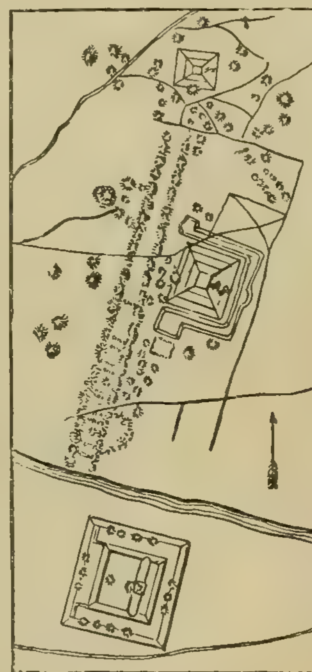
CAPITULO IV

Escasez de noticias sobre la época tolteca. — Período de transición. — Teotihuacán. — Las pirámides. — Sus medidas. — Su construcción. El subterráneo y la plataforma. — La orientación. — Unidad lineal. — La ciudadela. — Los tlateles. — El camino de los muertos. — Las graderías laterales. — Los pórticos. — Columnas y ornatos. — Cruz de Teotihuacán. — Su significado. — Cruz de serpientes — Anillos de oro y de cobre. — El cobre fundido. — Relaciones de las pirámides de Teotihuacán con las de Egipto. — Objeto de los monumentos de Teotihuacán. — Su sistema de defensa. — Pirámide y muralla de Zacoápan. — Gran importancia de la ciudad de Teotihuacán. — La civilización tolteca. — Principio de la decadencia. — La influencia tolteca en la región tzapoteca. — La Mixteca. — Primeros pobladores. — Invasiones meca y tolteca. — Los reyes. — El sacerdocio. — El dios de Achiutla. — El templo de Yanhuitlán — Trajes y adornos. — Jeroglíficos. — Calendario. — Los ídolos de grecas. — Urnas cinerarias. — Ruinas de Mitla. — Lyobáá. — Necrópolis de los reyes tzapoteca. — El gran palacio. — Disposición de sus edificios. — Sus muros. — Mosaicos de grecas. — Columnas monolíticas. — Techos. — Pintura mural. — Objeto de las cuatro salas — El gran sacerdote. — Ceremonias. — Objetos de oro. — Mudanza de trajes. — Fundición del oro. — El zeetobá. — La fortaleza. — Las pirámides. — Principio de la decadencia.

Raro es que podamos dar razón de pueblos prehistóricos y cuenta de sus costumbres é ideas como lo hemos hecho con los nahoas del Norte; que hayamos entrevisto al menos la civilización primitiva del Sur cuando levantaba construcciones ciclópeas como las pilastras de Aké, llevaba su cronología por lunas *u* y usaba una aritmética decimal, de la que resta como recuerdo más notable el *pic*, y que de los tolteca, raza superior que vivió cuatro siglos en el centro de nuestro territorio, que fué sin duda la que ejerció más influencias históricas y tan importantes que las naciones más adelantadas pretendían descender de los antiguos habitantes de Tóllan, casi nada sabemos si no son los relatos, á veces inverosímiles, de Ixtlilxóchitl, lo que recogió Torquemada, las noticias completamente contrarias del códice de Cuauhtitlán y alguna que otra aislada que corre en crónicas é historias manuscritas. Y es que los mexica absorbieron y se apropiaron de tal manera aquella civilización que le quitaron su personalidad; y á mayor abundamiento destruyéronse sus fuentes jeroglíficas por la quema que hizo Itzcoatl; y Tóllan, ciudad destruída varias veces y cuyas piedras han servido para muchas construcciones, no nos muestra las estatuas de sus antiguos dioses, ni sus templos ni sus palacios, si no son algunos muros derruídos sin significación, trozos de columnas, las piernas de una cariátide, un relieve de *Totec* y un anillo del *tlachtli* muy maltratados y un gran ídolo animal que acaso pudiera ser figura monstruosa de la diosa Rana.

Querer reconstruir con esta falta de elementos sería exponerse á inventar, y no queda más remedio que seguir á la civilización tolteca en sus invasiones, siquiera sea para darnos cuenta del período de transición, de dos siglos nada menos, que medió entre la destrucción de Tóllan y la fundación de México, período que los autores llenan apenas con la peregrinación azteca.

Sin duda que la ciudad más importante del señorío de Tóllan y la primera adonde se retiraron los *quet-*



Plano de Teotihuacán

zalcoatl, según las tradiciones, fué Teotihuacán. En un manuscrito que fué de Boturini y después de Kingsborough, se dice que era la gran Teotihuacán, que antiguamente se llamó *Tolteca* y la nombraban *Espe-*

ranza en los dioses, lugar sagrado en que adoraban y convocaban á sus dioses los tolteca, como los cristianos tienen á Roma, y que cuando los señores de Tóllan gobernaban en ella se perdió la nación con guerras, pestes y hambres, y á los cinco años que los tolteca se habían ido estaban ya demolidos y desbaratados sus cercados y casas. No sufrió destrucción tan completa ni tuvo suerte tan adversa Teotihuacán; continuó en pié al mando de nuevos señores, y todavía hoy sus ruinas nos dan idea de su antigua grandeza, de que son cifras colosales sus dos pirámides del sol y de la luna.

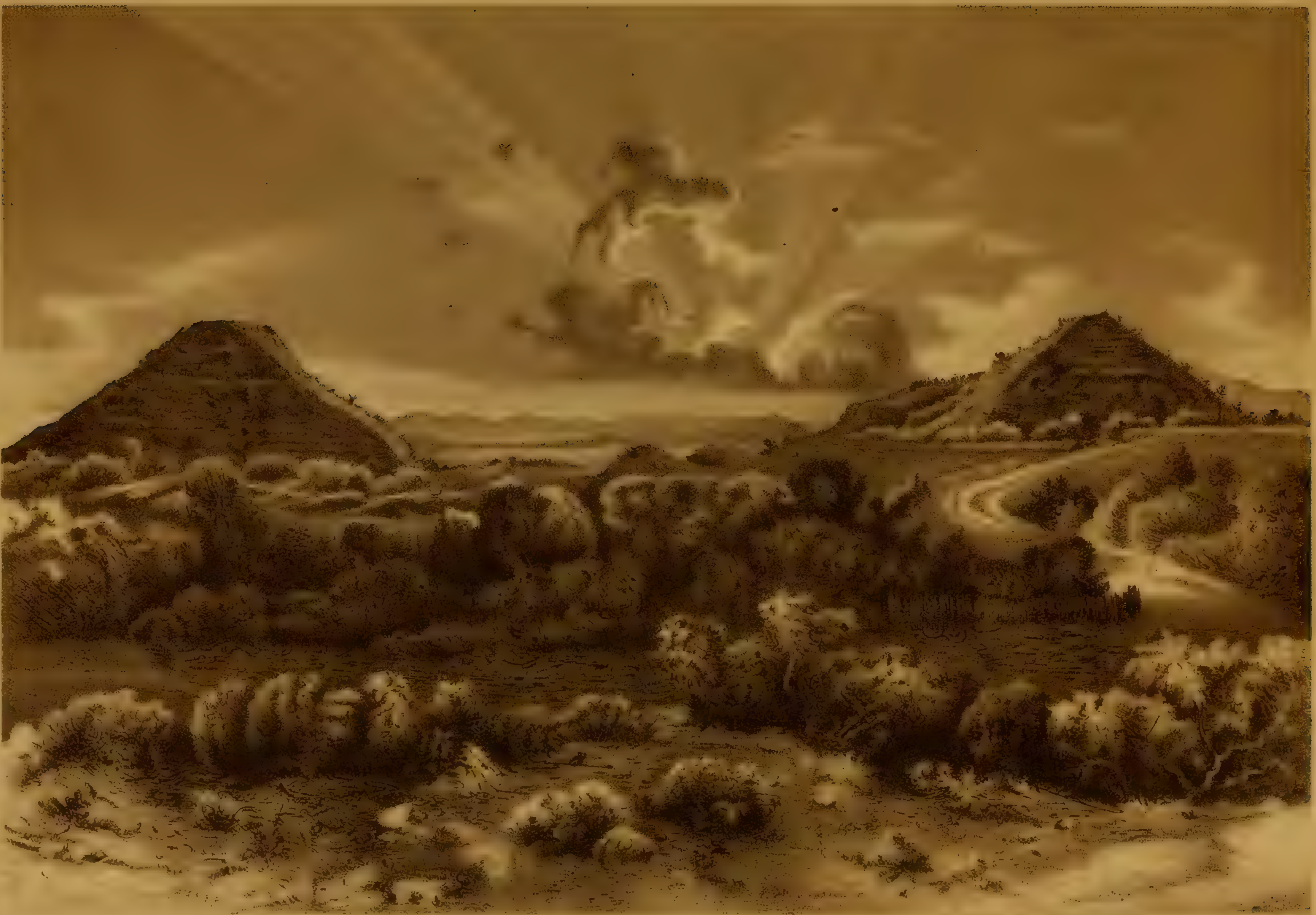
Las exploraciones hechas en la vieja ciudad por la comisión científica de Pachuca y por los señores Mendoza y García Cubas, nos dan los datos necesarios para conocer lo que de las ruinas resta, datos que en algo se completan por las fotografías que sacó ahí M. Charnay en su reciente viaje.

A cincuenta kilómetros al noroeste de la ciudad de México y en la falda de una pequeña colina levántanse aún las pirámides. De esa misma colina extrajeron los antiguos pobladores el tetzontli conque construyeron la ciudad. Son los monumentos principales de las ruinas las dos pirámides, el *Tonatiuhzacualli,* que estaba dedicada al sol, y el *Meztlizacualli,* á la luna. Ésta queda al lado norte, y la otra al sur. Si se examinan de cerca las pirámides, aun cuando de lejos parecen ser de un solo cuerpo como la generalidad de las de Egipto, se observa que están formadas de cuatro con una meseta superior, figura usada pocas ocasiones en el país del Nilo, pero que hemos visto repetidas veces era la general en nuestro territorio. Las dos pirámides tienen la base cuadrangular. Las separa una distancia de ochocientos metros. La de la luna mide en su base ciento cincuenta y seis metros de oriente á poniente, por ciento treinta de norte á sur, y tiene cuarenta y dos de altura, ó cuarenta y seis, según el señor García Cubas. En la cara oriental no se prolongan los pisos, sino que hay en ella una rampa en zig-zag, que partiendo del medio de la cara decrece proporcionalmente y termina en la mitad de la plataforma superior. Aunque ésta es la común descripción, como no se han explorado debidamente las pirámides, creemos que no pudo faltar en ellas la general escalera, tapada sin duda por hallarse los monumentos cubiertos de vegetación y en parte destruída por los derrumbes. La meseta superior es de seis metros por lado. La pirámide del sol mide en su base doscientos treinta y dos metros de norte á sur, doscientos veinticuatro de oriente á poniente, y tiene una altura de sesenta y dos, según la comisión de Pachuca, aunque por las medidas del señor García Cubas son doscientos treinta y dos, doscientos veinte y sesenta y seis. La meseta superior tiene de norte á sur diez y ocho metros y treinta y dos de oriente á poniente. En ésta se distinguen bien los tres pisos, mientras que en la de la luna sólo se nota uno á distancia de veintiún metros de la base; el ascenso actual de la del sol da además mayor número de vueltas, y á más ambas tienen un *tlatelli;* pero en ésta en la cara occidental y en la de la luna en la austral. Agreguemos que como prueba de que era el punto principal de defensa de la ciudad, la rodea una muralla por tres de sus caras, exceptuando la occidental, notable fortificación construída en talud, de seis metros de altura por cuarenta de espesor. La construcción de los dos *zacualli* es de capas sobrepuestas; sus dimensiones y el tamaño de las piedras de basalto escorioso que las llenan, van disminuyendo sucesivamente por un sistema semejante al de Mac-Adam. La primera capa es de ocho decímetros de espesor y de piedra y lodo, las piedras son como de tres decímetros cúbicos; la segunda es de tepetate en trozos como el puño de un hombre mezclados con lodo, con un espesor de cuatro decímetros; la tercera es de arena de tezontle también mezclada con lodo, los granos de la arena son como garbanzos, y el grueso de la capa es de siete centímetros, y la última, de un milímetro, es del antiguo estuco que ya conocemos. Así continúan sobreponiéndose las capas.

Hemos hablado de los tlateles que hay sobre las dos pirámides y debemos agregar la existencia en la de la luna de un pozo cuadrangular, cuyas paredes están formadas de sillares de toba volcánica unidas con lodo, de ocho centímetros de espesor: el pozo es cuadrado, de un metro seis centímetros por lado, con paredes verticales. Pozo y tlateles han sido motivo de discusión, se les han dado diferentes objetos y ha surgido sobre todo la cuestión de si las pirámides tienen galerías interiores y sirvieron éstas de cámaras funerarias.

La cuestión del pozo se reduciría á saber si había galerías en el interior de las pirámides, y si servían de cámaras funerarias como acabamos de decir. Pues bien, desde el momento que en otros monumentos semejantes, como el *zacualli* de Cholóllan y la pirámide del Puente Nacional hay tales subterráneos y en otros encontramos salas mortuorias, como en Chila, la discusión carece de gran interés, aunque sí sería conveniente hacer una exploración y estudios verdaderamente serios. Diremos solamente, sin responder de su exactitud, que alguna persona nos ha contado que se atrevió á descolgarse por el pozo y que encontró hasta tres galerías de forma circular á diferentes alturas. El tlatel adherido á la pirámide de la luna coincide con la entrada de la galería que va al pozo, y si recordamos la plataforma sostenida por cariátides del templo de la cruz en Palemke, creemos comprender que eran lugares destinados para hacer sacrificios á la vista del pueblo reunido en las extensas plazas.

También se ha disputado la orientación de estas pirámides. De las diversas observaciones practicadas se ha deducido que las dos pirámides no están igualmente



PIRÁMIDE DE TEOTIHUACÁN

orientadas, coincidiendo la de la luna aproximadamente con el meridiano magnético, pero con la circunstancia muy notable de encontrarse la línea de los centros de las dos pirámides en la dirección del meridiano astronómico. La pequeña diferencia que hay parece que proviene de que los constructores tuvieron en cuenta el movimiento de la bóveda celeste, y se fijaron en la estrella polar creyendo que estaba exactamente en el eje del mundo. Agregaremos que la pirámide del sol es casi igual en la extensión de su base á la de Cheops y más alta que la de Miserynus.

La diversidad de medidas que dan ambas pirámides sugirió el estudio para indagar la unidad métrica probable de nuestros antiguos pueblos. Según el señor Almaraz, suponiendo esa unidad lineal de ocho decímetros, las diversas medidas resultan, con pocas excepciones, múltiples perfectos. Algunas observaciones hechas en los monumentos del Sur por Charnay, le han dado siempre medidas exactas por centímetros. Años há que en nuestro estudio acerca de la Piedra del hambre llamamos la atención sobre esta circunstancia. Diversas razones nos han hecho pensar como simple hipótesis, que la unidad lineal nahoa era de dos metros exactos, divididos en cuarenta fracciones de á cinco centímetros.

A ochocientos metros de la pirámide del sol se ve al sur un monumento de construcción particular, conocido con el nombre de la Ciudadela. Cuatro muros que se cortan en ángulos rectos cierran un cuadrado casi perfecto. Su espesor es de ochenta metros y su altura media de diez, con excepción del occidental que tiene cinco solamente. Sobre las murallas hay cuatro tlateles en el lado sur, otros cuatro en el norte y tres en cada uno de los otros dos. *Tlatelli* significa montón de tierra, y expresa cualesquiera construcción cónica ó piramidal; pero especialmente se da ese nombre á los túmulos. En el centro del cuadrilátero hay una pequeña pirámide de base cuadrangular que domina todo el edificio, y que, aunque muy deteriorada, parece que tuvo dos pisos y una subida por la cara oriental.

Líganse á las pirámides otras construcciones menores, túmulos ó tlateles. Los que rodean á la pirámide del sol tienen unos nueve metros de altura y servían, según la tradición, de sepulcros de sus jefes y señores. Los tlateles son de diferentes dimensiones y en ellos se han encontrado objetos de oro, de piedras pulidas, y en uno el gran ídolo, que tiene nada menos que tres metros de altura. Si muchos de ellos sirvieron para sepulcros, cree el señor Mendoza que otros fueron cimientos de templos de dioses menores, y muchos de las casas aisladas en que vivían los habitantes de la ciudad, las cuales, por lo que de sus restos se ve, estaban estucadas en el piso y las paredes, lo mismo que los espacios entre las casas, y el estuco pintado por regla general de rojo como el de las pirámides, y otras veces con diversos colores. Pero advirtamos que Charnay ha encontrado ruinas de habitaciones más extensas y nos ha dado la fotografía de unas que llama palacio.

La cantidad de tlateles es innumerable, se les mira á gran distancia en todas direcciones; se ha calculado que tomando por centro la pirámide del sol se extienden en un radio de legua y media. Esto acredita que á más de ser la ciudad de los dioses era Teotihuacán la necrópolis tolteca. Los túmulos á su vez manifiestan que ahí llegó la civilización del Sur, y hacen patente la invasión nahoa, el que á ocasiones se encuentran en esos mismos túmulos cajas mortuorias con cenizas, y en algunas de esas cajas había un cráneo, varias cuentas y objetos curiosos de berilo, heliotropo y serpentina. La comisión de Pachuca excavó uno de los tlateles más pequeños, y encontró cuatro paredes cortándose en ángulos rectos y formando un cuadrado; están inclinadas y dentro tienen unos escalones paralelos á ellas; sobre éstos se levantan otras cuatro paredes igualmente inclinadas, formando un pequeño cuarto en que cabe el cadáver de un hombre.

Pero hay, además, formando calle, una serie de tlateles perfectamente ordenados: llámase *el valle ó camino de los muertos*. Rodea la pirámide de la luna y de su cara austral parte en línea recta, pasando frente á la occidental del *zacualli* del sol, y continuando hasta la Ciudadela; según el señor Mendoza sigue hasta la base del cerro Matlatzinca. Comencemos por notar que los lados de las dos pirámides en donde están las plataformas, caen sobre esta *calle de los muertos,* lo que confirma su objeto religioso. Sí debemos agregar, que la construcción de las plataformas es diferente de la del resto de las pirámides, pues están formadas de piedras labradas á escuadra, lo mismo que dos líneas que cortan la del sol cerca de sus ángulos noroeste y sudoeste, y que en nuestro concepto son restos de escaleras.

Los lados de la *calle de los muertos* están formados por una serie de tlateles que corren paralelamente, con la particularidad de que poco antes de llegar á la pirámide del sol se amplía aquélla á ambos lados como para formarle una plaza á ese monumento. Los tlateles tienen la figura de pequeñas pirámides, y hacen por el lado de la calle una escalinata ó gradería continuada.

En el centro de la amplísima calle mortuoria levántanse también á trechos pequeñas pirámides. En una de éstas se encontró un nicho vacío á manera de caja y con las paredes bruñidas, precisamente del tamaño de un hombre.

A la mitad de la distancia que hay entre ambas pirámides, cinco grandes plataformas de piedra forman una plaza triangular. Se cree que sirvieron de base á los palacios de los sacerdotes. Llaman los campesinos plazuela de las columnas á ese lugar, y en efecto, se

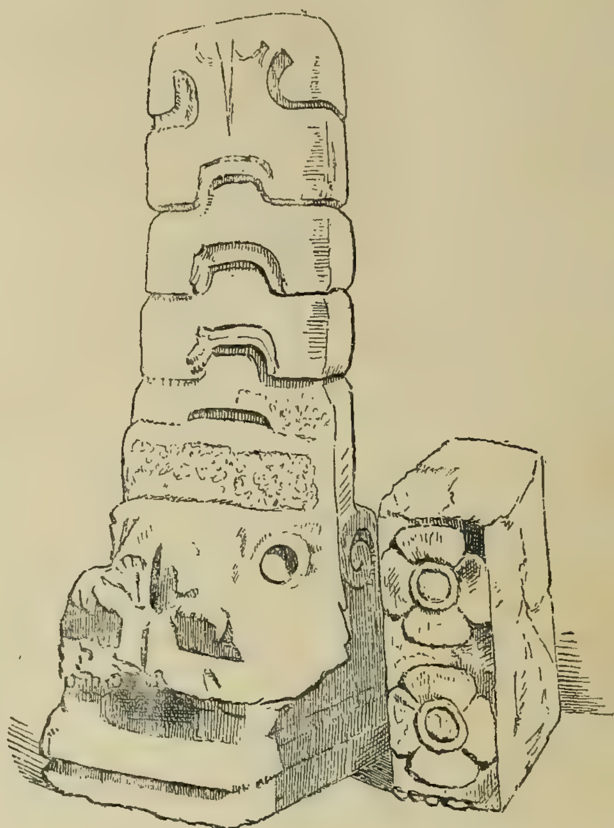
conoce todavía que ahí hubo dos grandes pórticos. Queda de ellos en pié una pilastra de forma muy especial, pero que es la característica en Teotihuacán. Es la nueva arquitectura que tiende en sus líneas á figurar el rostro humano, idea que produjo los mascarones de Chichén y Uxmal y que dió forma geométrica á las facciones de los ídolos tzapotecas de ese tiempo. Fórmase la pilastra de cuatro figuras semejantes cuyos dibujos encajan los unos con los otros, terminando el superior en un remate análogo. El remate de la pilastra es algo curvo, lo que prueba que no sostenía vigas ni



Teotihuacán. — Pilastra de los pórticos

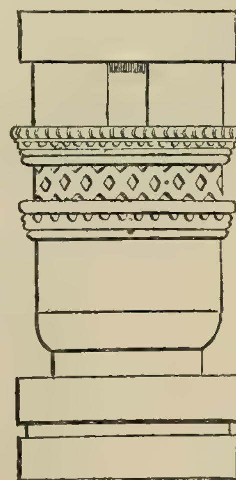
otra construcción. Fueron entonces aquellos pórticos series de columnas simbólicas sin techos, y acaso tenían el mismo objeto las pilastras ciclópeas de Aké y las columnatas de Chichén. Todo revela en Teotihuacán un culto suntuosísimo, y esa *calle de los muertos,* con sus inmensas graderías, con sus innumerables tlateles, con sus palacios y sus pórticos, está manifestando que ahí millares de hombres venidos de todas direcciones iban á contemplar asombrados las ceremonias sorprendentes de una religión toda misterio y toda grandeza.

Es lástima grande que no nos queden muestras de aquella suntuosa arquitectura y que no podamos con datos ciertos referir el lujo y suntuosidad de aquella corte teocrática. Apenas si hay algunas pilastras semejantes á la descrita que tienen por base figuras parecidas al gran ídolo de que hemos hablado, y una que otra muestra de ornamentación, ya con grecas sencillísimas, ya de flores de cuatro hojas que se abren



Teotihuacán. — Pilar y piedra con ornatos

á manera de cruz, ornamentación que va de acuerdo con la arquitectura y con el objeto de la metrópoli y que está revelando un gusto clásico y severo. También es muy notable como estilo, que recuerda el de Uxmal, un



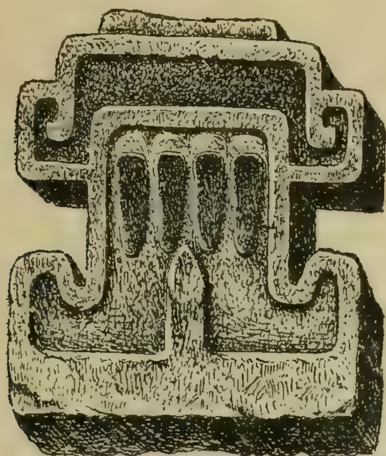
Teotihuacán. — Altar

monumento encontrado por Mayer, de diez piés y medio de altura por cinco de ancho y que está perfectamente orientado en el centro de un grupo de pequeños tlateles. Se ha discutido mucho su objeto y no comprendemos como no han conocido desde luego que es un altar.

En el lado occidental de la *calle de los muertos* y en el interior de las construcciones que M. Charnay llama *palacio,* encontró dos losas de gran importancia, una de las cuales cerraba completamente la entrada de un subterráneo. Estaban enterradas á dos metros y medio de profundidad, y en ambas está grabada una cruz. Una de ellas existe en nuestro Museo Nacional.

De algo menos de metro y medio de altura por algo más de un metro de ancho, representa una cruz que reposa en un zócalo, y muestra huellas del antiguo rojo de que estuvo pintada.

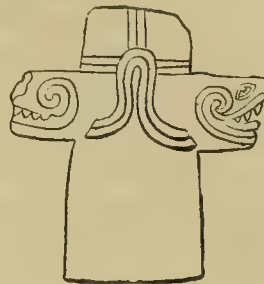
Una cinta de doce centímetros de altura, que se repliega á ambos lados á manera de greca, forma los brazos, y de ella caen esculpidos en bajo-relieve cuatro dientes. En el centro de la base, y también en relieve,



Cruz de Teotihuacán

se levanta una flecha que penetra algo entre los dos dientes del centro.

Desde que nuestro amigo el señor Charnay trajo esa cruz, le manifestamos que en nuestra opinión los dientes simbolizaban al viejo dios *Tlaloc* de los nahoas, y aun sacamos de esto argumento para decir en el Apéndice á la obra del padre Durán que en 1880 publicamos, que esta cruz, era otra prueba de que las civilizaciones del Sur y del Norte se habían confundido en Teotihuacán, puesto que en la cruz, dios de las lluvias de los maya-quichés, se encontraban grabados los dientes de *Tlaloc,* dios de la lluvia de los nahoas. Hemos visto después con suma satisfacción que nuestro sabio y muy estimado colega M. Ernesto Hamy, conservador del Museo de Etnografía de París, es de la misma opinión en un opúsculo que en 1882 publicó. Pero á más en nuestro estudio sobre la Piedra del Sol, que en los *Anales del Museo* estamos publicando, hemos llamado la atención sobre el parecido que la cruz de Teotihuacán tiene con el *tlachtli* ó juego de pelota, por lo que hemos dicho que, además de su significación como deidad de las aguas, si se estudia su forma, se ve que se compone de una faja vertical en cuyos extremos hay otras dos fajas horizontales y paralelas. Que la vertical corresponde á la meridiana se comprende por la flecha en ella esculpida, muy semejante en su contorno á la de la cruz de Palemke; así es que las fajas horizontales expresan las líneas solsticiales de oriente y poniente. Encontramos, pues, que la cruz de Teotihuacán tiene tres importantes significados: es deidad de las lluvias,



Cruz de serpientes

símbolo del *tlachco* del sol y de su movimiento y signo del gran período cronológico de los tolteca. Este significado se confirma con la cruz de serpientes del Museo Nacional, pues ya hemos visto que el *coatl* es símbolo de los períodos cíclicos del sol.

Entre los objetos que se cuenta que han sido extraídos de los tlateles de Teotihuacán, á más de varios de oro y de obsidiana, hemos conocido un precioso anillo de oro también, que ya pertenece al Museo Nacional, y otro de cobre que vimos en poder del señor Orozco. El admirable labrado del primero atestigua el adelanto de los tolteca en el trabajo de los metales, y el segundo da á conocer que ya se había alcanzado la fundición del cobre. Lo confirma un bezote ó *tentetl* de cobre que hay en el Museo. Estos adornos se encuentran en gran cantidad y son generalmente de



Anillo de oro

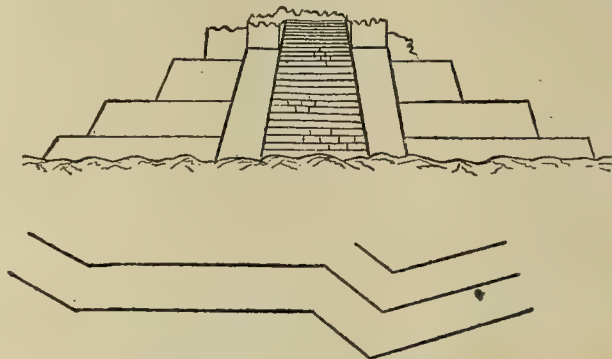
obsidiana ó cristal de roca; el vulgo les llama *sombreritos* por su forma. En el Museo hay un bezote de plata que representa una cabeza de águila muy bien dibujada; esta preciosa joya fué traída de Atotonilco.

Las pirámides de Teotihuacán han suscitado la cuestión de si son ó no semejantes á las de Egipto,

y si acusan parentesco de las razas de ambas localidades. No nos debe preocupar su forma; que las hay de pisos como las de nuestro territorio bien lo demuestran las de Medum y Sakhara; que aun la de Cheops fué escalonada se percibe perfectamente, y no hay duda de que la mayor parte fué en su principio de pirámides truncadas. Las gradas eran necesarias para la construcción misma, pero se cubrían para alisar sus paredes; la plataforma superior existía en principio, mas se completaba con una cúspide cuando de sepulcros de reyes se trataba; pero lo que es cierto es que el objeto era distinto en Egipto. Por la relación de origen, acaso por comunicaciones muy antiguas, la idea de la pirámide fué común á egipcios y maya-quichés; fué natural que se comenzara por la de pisos, que rellenados los escalones de ésta se llegara á la truncada y que al fin se le pusiera cúspide y lo han comprendido así los egiptólogos. En nuestro territorio sólo hubo un progreso: de la pirámide de cuerpos se pasó á las gradas.

Manifestadas las semejanzas veamos las diferencias. En el Egipto la pirámide fué un monumento sepulcral solamente, y concluída aquélla el edificio estaba terminado. Aquí la pirámide sirvió á veces de sepulcro, pero no siempre, y fué en todas ocasiones pedestal de un edificio, templo ó ciudadela, sobre ella levantada. La pirámide era altar, observatorio, base de palacio á ocasiones, y siempre fortificación.

Veamos bajo este último aspecto los *zacualli* de Teotihuacán. Si fueron templos, si acaso sirvieron de inmensos túmulos, si la *calle de los muertos* fué vía de procesiones suntuosas y la plaza de los pórticos se destinó á las danzas sagradas, al mismo tiempo formaba todo un sistema combinado de fortificación. La pirámide de la luna era el fuerte avanzado que defendía la necrópolis por el norte, haciendo frente á las invasiones de los cuexteca; la *vía de los muertos,* con sus escalinatas laterales, y á trechos otras cortándola, por donde supone el señor Mendoza que subían y descendían majestuosamente los sacerdotes en las ceremonias de su culto, eran obras militares para cerrar el paso al enemigo é impedir que llegase á los palacios de los pontífices y á la pirámide del sol, centro del sistema de defensa; éste era el último atrincheramiento y por eso mientras cubría su lado occidental la misma *calle de los muertos* guardaban sus otros tres muy gruesas y elevadas murallas; y en fin la Ciudadela cerraba el paso al sur, y levantando sus tlateles sobre anchas murallas á semejanza de las fortificaciones de Monte Albán, que por su perfección se llamaron *Huijazóo,* que tanto quiere decir como defensa, hacía verdaderamente inexpugnable la ciudad sagrada y aseguraba el supremo poder á sus sacerdotes y á sus dioses. Todos los elementos de fortificación conocidos entonces los vemos juntos aquí, y encontramos como un exceso de defensa, murallas rodeando el *zacualli* del sol. El mismo método está empleado en una fortaleza que por excelencia se llama *Zacualpan.* A quinientos metros del río de Tecolutla y unas cinco y media leguas



Fortaleza y murallas de Zacoápan

de Papantla, elévanse las ruinas de una antigua ciudad llamada *Zacoápan* en totonaco, nombre que es sin duda corrupción del nahoa citado sobre el cerro del Cuyusquihui. Oculta está la muerta ciudad entre un espeso bosque y apenas pocos años há fué descubierta. Su edificio principal es una pirámide cuyo frente da al oriente. Su obra es de piedra unida con mezcla de arena, cal y calzos también de piedra, bien encalada y pulida en su exterior. Es la pirámide de cuatro pisos y tiene en su frente una escalera compuesta de treinta y dos escalones de piedra dura entallados con mezcla de cal y arena, siendo cada uno de seis varas de largo por una tercia de alto. Sube la escalera entre dos planos inclinados cubiertos de mezcla pulida y blanqueada con cal, los cuales se levantan perpendicularmente sobre el tercer cuerpo de la pirámide. La meseta superior tiene trece varas de largo por seis de ancho.

A poca distancia de la pirámide se extiende un muro de piedra, formando en la falda de la montaña una línea quebrada. Esta muralla forma un plano inclinado de unas cuatro varas de altura, y su longitud es tal, que un lado del muro tiene como veinte varas, la línea que sigue mide unas cincuenta, y los lados inmediatos á éstos son de doscientas cada uno: de manera que toda la muralla medirá unas quinientas varas. Hasta aquí vemos el sistema de Teotihuacán, pero como la fortaleza está sobre un cerro adopta también el estilo usado en Xochicalco. Así es que á unas ocho varas de distancia del primer muro se levanta arriba de la montaña otro de la misma forma; tras de ese y casi á la misma distancia otro, y más allá otros que no se descubren fácilmente entre la maleza. El espacio que media entre cada muro está relleno de piedras formando una muralla como de ocho varas y siendo el conjunto de ellos una serie de líneas fortificadas quebradas, á veces paralelas, escalonadas á cortas distancias en la falda de la montaña.

En vista de esta fortaleza, que como tal podemos

calificar de superior á Xochicalco, y considerando que su sistema de defensa está aplicado en la pirámide del sol de Teotihuacán, que el de las escalinatas de Centla y Copán está empleado en la *calle de los muertos,* y en la Ciudadela el de los túmulos sobrepuestos á las murallas usado en Huijazóo; al ver ahí unidos todos los



Estatua tzapoteca de mármol. — Tercera época

métodos de defensa tenemos que admitir que la ciudad sagrada de los dioses fué no sólo un inmenso santuario y una extensa necrópolis, sino plaza fortísima y centro poderoso de la civilización tolteca.

Que ésta adelantó mucho lo acredita el que por modelo la presentan los cronistas, y sin embargo, contra la opinión común tenemos que decir que con los tolteca comenzó la decadencia, y que de ellos se originaron las grandes luchas religiosas que habían al fin de acabar con los más poderosos señoríos y reducir las razas á la servidumbre y la degradación. Al introducir por la conquista su religión impusieron el fanatismo, y la negación de la libertad del alma es la renuncia á lo porvenir. Por eso la destrucción de Tóllan fué aniquilamiento completo de la nacionalidad y señal de dispersión en todos rumbos del antes poderoso y altivo pueblo. Y no sigamos tampoco la común opinión que hace de los tolteca los maestros supremos de las artes. Que en ellas estaban á buena altura manifiéstanlo las ruinas que de su antiguo territorio hemos podido estudiar; pero entre los muros del palacio de Tóllan y las paredes labradas de Xochicalco hay tan enorme distancia como entre la pirámide del sol y la de gradas del Castillo de Chichén, entre el ídolo del tlatel y los monolitos de Copán, y entre el mezquino relieve de la cruz de Teotihuacán y el asombroso de la de Palemke. Y notemos que en la región tolteca el lodo mezclado con piedra y el adobe prevalecen en las construcciones, y que en lugar de la bóveda triangular se usa la viguería nahoa. Podríamos agregar, aunque se nos tache de exagerados, que si los tolteca contribuyeron á la arquitectura con el ornato precioso de la greca y con los primorosos mosaicos que con ella formaron, dieron en cambio origen al churriguerismo, digámoslo así, de ese adorno, al tornar los relieves de los palacios en mascarones y el rostro de las deidades en figuras geométricas de combinaciones extrañas.

Muestra de ambas cosas nos da el segundo estilo de la región tzapoteca, ya en sus ídolos, ya en sus palacios siempre admirables de Mitla. Bien acredita ese nuevo estilo la llegada ahí de los tolteca. Ya la historia nos conserva entre los reyes mixteca á Dzanhuindanda, señor de Achiutla, que se tiene por tolteca, y acaso á Casandóo, rey de Tutepec, en cuyo territorio se ha encontrado una escultura que al carácter primitivo une un *ollinemeztli* por adorno de su pecho. Se nota que el transcurso del tiempo ha ido separando la lengua mixteca de la tzapoteca y formando diferentes nacionalidades.

La organización, digámoslo así, de la nacionalidad mixteca trae su origen de las invasiones. Bien lo comprendió el padre Burgoa que, rechazando la fábula de que los primeros hombre y mujer, señores de la tierra y padres comunes de toda la nación, habían nacido de dos frondosos árboles de Apoala, admite la genealogía convencional y da principio á aquel pueblo de la llegada de *Mixtécatl,* hijo de *Iztac Mixcoatl,* con lo que lo hace de descendencia meca. Dice el mismo cronista que no se sabe acertivamente el lugar en que primero poblaran, pero que de preferencia ocuparon montañas cerradas que fortificaban en sus pasos admirablemente, lo que las hacía inexpugnables, y temible al pueblo que era destrísimo en ejercicios militares y en el manejo de dardos, escudos y saetas. Hay opiniones de que el primer pueblo estuvo entre Achiutla y Tillantonco, y que en este segundo estaba la corte del rey mixteco.

Pero si le damos á Tillantonco la corte del rey no le podemos quitar á Achiutla ni el templo de la mayor de las deidades mixteca, ni que fuese morada de su respetable cuerpo sacerdotal. Sobre la organización de éste quedaron algunas noticias curiosas. El sumo sacerdocio era hereditario y respetado profundamente el que lo ejercía, tanto por el pueblo como por los señores y los reyes. Sólo entraban al sacerdocio hombres enteramente puros y que no hubiesen conocido á mujer alguna, y después de sufrir un año de laborioso noviciado, que empleaban en ayunos, en barrer y cuidar del templo, en continuo recogimiento, velando por las noches para conservar el fuego perpetuo y asistiendo en los sacrificios al gran sacerdote. Había en ese templo de Achiutla un ídolo que hablaba, de extraordinaria reputación, y aunque se ignora su nombre, nos

persuadimos á creer que era *Mixcóhuatl,* dios del fuego y la caza y deidad principal de los meca.

Del otro lado de Tillantonco y opuesto á Achiutla, había en una espaciosa cueva de Yanhuitlán, al parecer otra imagen del mismo dios, pues se dice que ese templo estaba destinado para que hiciesen oración y presentaban sus dones los que llegaban de tierras remotas, y los ancianos y mujeres que por debilidad no pudiesen encumbrar los escarpados montes de Achiutla. El sumo sacerdote de Yanhuitlán se consideraba superior al de Achiutla. El santuario en una cueva acusa tradiciones trogloditas de los meca.

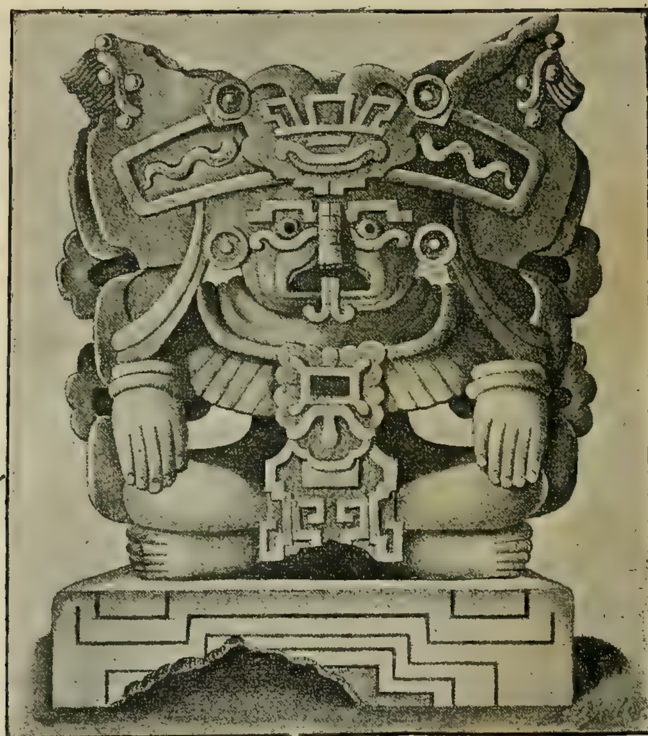
Confirma la invasión meca el vestido que usaban los mixteca, pues en los varones se reducía á cubrirse con pieles de animales y las hembras con pequeños paños asperísimos tejidos con fibras de maguey, que era horror verlos venir con aquel traje, según cuenta Burgoa. Pero si la gente baja andaba de tal manera, los señores en sus ciudades se adornaban con ricas joyas de plata y oro, y de estos metales se ponían cadenas, collares, medallones y animales vaciados para sus fiestas y bailes.

Ya en esto se ve la influencia tolteca y se confirma en su calendario y jeroglíficos. De éstos cuenta el citado cronista que eran historias pintadas en papel de cortezas de árboles ó pieles curtidas de que hacían unas tiras muy largas de una tercia de ancho, y en ellas pintaban los caractéres conque los indios doctos les explicaban sus linajes y descendencias, los trofeos de sus hazañas y victorias, y en los cuales escribían también sus calendarios y sus ritos y supersticiones. Dice al efecto Burgoa que había astrónomos con gran conocimiento del cómputo de sus años. Tenían, en efecto, la cronología tolteca y el ciclo de cincuenta y dos años, y agrega el cronista que los repartían por trece á las cuatro partes del mundo; que los años que caían al oriente los tenían por fértiles y saludables; á los del norte por varios; á los del poniente por buenos para la generación y remisos para los frutos, y á los del sur por muy secos y origen de calamidades, por lo que los pintaban como la boca de un dragón echando llamas: á lo que hay que añadir que comenzaban su año á 12 de marzo, que se componía de diez y ocho veintenas de días más cinco adicionales, y que computaban al intercalar cada cuatro años, y por la división del año sabían arreglar sus siembras, pues eran buenos agricultores.

Hemos conocido un jeroglífico histórico: la mayor parte son cronológicos, y se distinguen por su abundante ornamentación de grecas y sus colores muy vivos.

Hay muchos motivos para conjeturar que la influencia tolteca no cambió la organización social de los tzapoteca, y que continuó la teocracia apoyada por los señoríos de la región: así lo acusan los mismos palacios de Mitla, y que conozcamos una descendencia no interrumpida de señores de dos pueblos desde el año 801 hasta la Conquista, y son Meneyadela y veinte descendientes caciques de Coatlán y Cochicahuala y veinticuatro descendientes caciques de Amatlán.

En cuanto á los ídolos de grecas, que así los llamaremos, abundan en el antiguo Tzapotecápan; pero especialmente en *Etla,* nombre nahoa que significa abundancia de frijoles ó judías, como su nombre tzapoteca Loohvanna, que quería decir lugar de mantenimientos, expresando ambos la riqueza de sus tierras; y en efecto, cuenta la tradición que así se hacían las provisiones de víveres para los ejércitos tzapoteca cuando salían á campaña. Uno de estos ídolos, acaso el más



Candelabros funerarios de Mitla

notable, evidentemente representaba á *Quetzalcoatl,* según lo manifiesta la lengua bífida que sale de su boca. Notemos desde luego que la escultura en barro va sustituyendo á la piedra, lo cual es señal de decadencia; si bien aquélla alcanza gran perfección y el barro es durísimo y muy fino, como nos consta por la colosal cabeza de tigre que fué extraída de las ruinas de Mitla, y que hoy nos pertenece, en la cual se revelan profundos conocimientos de los planos de la figura y sentimiento estético de lo grandioso en estatuaria.

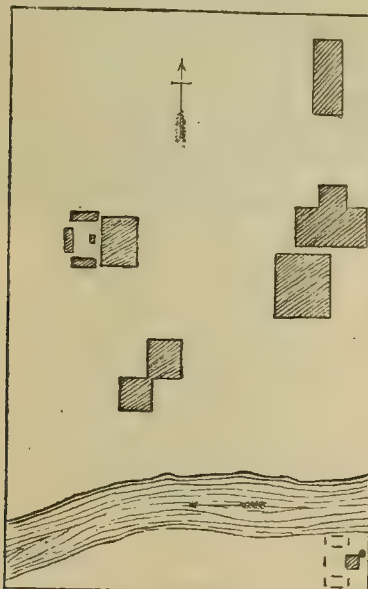
Por ser el ídolo en cuestión hueco y tener un tubo cilíndrico que de respaldo le sirve, creyéronlo Dupaix y Gondra candelabro para encender el *ócotl* ó arca para guardar alhajas en lo interior del pedestal que sostiene al medio cuerpo arriba de la figura y que le sirve de tapa. Bella es la ornamentación del ídolo, y sentado como está al estilo oriental, sin duda que pertenece á

la época de transición de que estamos tratando, época en la cual debió ir dominando la incineración; por lo cual más bien creemos que estas esculturas de barro servían de urnas cinerarias. Dos hechos lo apoyan.



Urna cineraria de Tlatelolco con la figura de Centeotl

El tigre que tenemos muestra todavía que formaba parte de la boca de una de esas urnas, y en el Museo existen dos muy bellas y características, también de barro, y con la diosa *Centeotl*, en relieve y pintada de colores, las cuales fueron encontradas en una excavación hecha en la plaza de Santiago Tlatelolco; y según

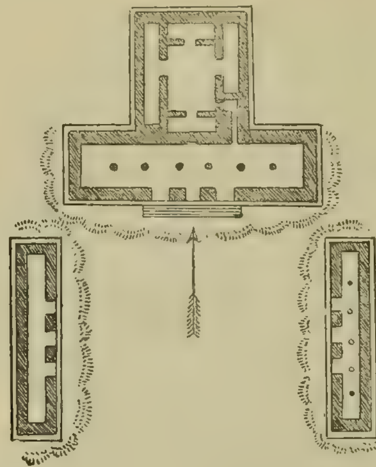


Plano de Mitla

el señor Gondra, estaban divididas en su interior por una tapa circular de barro que separaba el cráneo colocado en la parte superior del resto del esqueleto que lo estaba en la inferior. Pero pasemos ya á examinar las ruinas de Mitla.

El nombre de Mitla viene del *mictlán* nahoa ó lugar de los muertos; pero los tzapoteca le llamaban en su lengua Lyobáá, que quiere decir *el centro del descanso*. Dice Munguia que tomó el nombre de ser una gran oquedad de tierra ó nivel más bajo que el suelo que la rodea, y que por esto también fué destinado el lugar para sepulcro de los reyes tzapoteca y mansión del sumo sacerdote.

Le da el cronista influencia al demonio para hacer que los tzapoteca poblaran el lugar, como les infundió adoración al peñasco de Xaquisa ó Teutitlán con su nombre nahoa, é indujo á los mixteca á destinar la cueva de Chalcacatonco para sepulcro de sus señores. Puede decirse que las ruinas se reducen á cuatro palacios y dos pirámides. Hablando del gran palacio, dice Burgoa que vió los edificios hace más de dos siglos cuando aun no estaban en el estado de destrucción que



Plano del gran palacio de Mitla

hoy se encuentran, que edificaron en cuadro esa opulenta casa ó panteón, altos y subterráneos; éstos en aquel hueco ó concavidad de que ya hicimos referencia, igualando con maña las cuadras en proporción que cerraban, dejando un patio muy espacioso. Hay que advertir que el palacio conocido como primero se compone de tres terraplenes oblongos, de piedra mezclada con tierra, de unas dos varas de altura, de los cuales el mayor queda al norte y otros dos iguales á oriente y poniente, formando ángulos rectos con el primero y dejando vacío el lado del sur. Sobre estos terraplenes hay tres edificios que á su vez forman un patio abierto de ciento veinte por ciento treinta piés. Por los dibujos de Dupaix parece que había restos en su tiempo de un cuarto terraplén y de su edificio al sur. La verdad es que Burgoa dice que los edificios cerraban los cuatro lados. Los dos edificios laterales tienen diez y nueve piés de ancho por noventa y seis de largo. En el del norte, la parte más ancha tiene ciento treinta piés por treinta y seis de fondo, y la del centro sesenta y uno por lado, teniendo las paredes diez y ocho piés de altura y nueve de grueso. Cada uno de los tres edificios, ó más bien,

cada una de las tres alas, tiene tres puertas que dan al patio, á las que se llegaba por escalinatas de pocas gradas, de que quedan huellas en la parte norte.

La construcción de este palacio manifiesta la invasión tolteca, y por lo mismo una nueva faz social en la región de Didjazá. Los muros son de tierra mezclada con piedras, y M. Bandelier, que no há mucho visitó las ruinas, nos decía que eran paredes de lodo. Burgoa dice que el centro de las paredes es de una argamasa tan fuerte que no se sabe de qué licor la amasaron. Dupaix refiere que el macizo ó grueso de las paredes se compone de una tierra mezclada y beneficiada con arena y cal. Como se ve, la construcción se aleja de las de la península maya y de Palemke; y, por el contrario, es semejante á la de los muros de Tóllan y las pirámides de Teotihuacán.

La superficie de estas paredes está cubierta en su parte inferior con hileras, como de una vara de altura, formadas de losas labradas con un bordo para sustentar la inmensidad de piedras pequeñas que combinándose cubren los muros: son estas piedras de una sesma de largo, la mitad de ancho y la cuarta parte de grueso, labradas y tan alijadas y parejas como si hubiesen salido todas de un molde. Encerradas en tableros por piedras



Ruinas de Mitla. — Salón de la columnas monolíticas

lisas y mayores ó formando hileras sobrepuestas, fueron haciendo con ellas diversas formas de grecas, encajando las piedras labradas unas en otras, y lo que más llama la atención es que hicieran el ajuste de ellas sin un puño de mezcla.

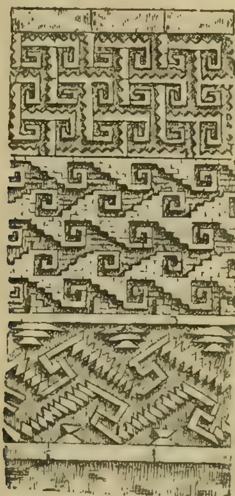
Otra de las particularidades de la construcción son las columnas monolíticas, de las que están aún en pié las de la sala del pabellón del norte. Miden más de cinco varas de altura por una de diámetro; no tienen bases ni chapiteles, y son de granito en opinión de unos y de pórfido en la de otros.

El estar las columnas en el centro del salón indica claramente que servían para sostener el techo. Desaparece también la bóveda maya-quiché, y se sustituye por viguería nahoa. Las vigas estaban unidas con argamasa cubierta de estuco con tal perfección que Burgoa creyó que los techos eran de grandes losas. Con ese mismo estuco se cubrían las azoteas y los pisos. Los dinteles sí estaban formados de grandes piedras de una sola pieza.

Inútil sería describir los otros tres palacios semejantes en todo, y sólo diremos que en el cuarto se ha descubierto sobre una puerta una pintura mural, que por su carácter, lo mismo que los otros datos que hemos citado, confirma el origen tolteca.

Veamos lo que del edificio principal dice Burgoa. Éste lo vió todavía en regular estado: las salas eran cuatro altas y cuatro bajas, divididas éstas: el salón de

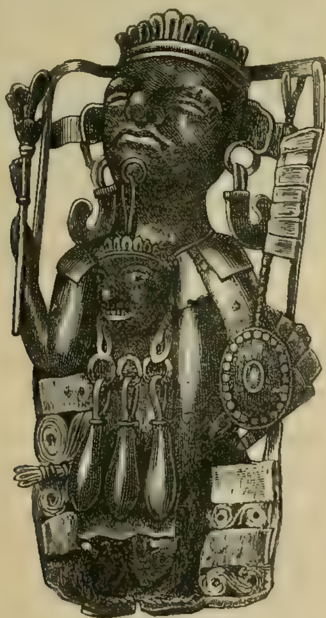
enfrente servía de santuario para los ídolos, que estaban sobre una piedra grandísima que servía de altar, y en las grandes solemnidades que con sacrificios se celebraban ó en el entierro de algún rey ó señor el gran sacerdote ordenaba á sus ministros inferiores que dispusieran el templo, los sahumerios y las vestiduras, y



Mitla — Mosaicos de grecas

bajaba á él con numerosa comitiva, sin que los hombres del pueblo se atreviesen á verle al rostro por estar persuadidos de que habían de caerse muertos si á tanto osaban.

Ya en el santuario, le vestían una ropa blanca de algodón, larga hasta debajo de las rodillas, y sobre



Ídolo de oro. — Un rey muerto

ella otra á manera de dalmática labrada con figuras simbólicas, y le ponían una mitra en la cabeza, calzándole los piés con sandalias tejidas de oro de colores. Ahí hablaba con los dioses y comunicaba sus órdenes á los creyentes, ó hacía los terribles sacrificios, tendiendo á la víctima sobre una losa al efecto preparada, rasgándole el pecho y arrancándole el corazón para ofrecerlo á sus deidades.

El segundo salón servía de cámara sepulcral de los grandes sacerdotes y el tercero de panteón de los reyes. Aderezaban los cadáveres de sus reyes de las mejores ropas, plumas, joyas y collares de oro y piedras, armándolos con un escudo á la mano izquierda y en la derecha un venablo del que en sus guerras usaban. Descubriéronse en un sepulcro de Tehuantepec varios de estos objetos de oro, calculándose sólo el precio del metal en dos mil pesos. Como estaban en esqueletos humanos, trastos, útiles diversos, adornos de piedra, barro, cobre y conchas, se ha creído que era el túmulo de un rey tzapoteca y su familia. No es posible, supuesto que á estos reyes se les enterraba en Lyobáá;

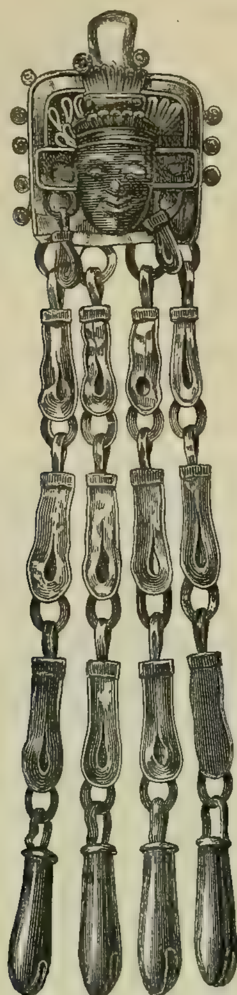


Colgajo de oro. — Cuauhtli

pero tumba de un rey ó cacique del Istmo, como eran de la misma raza y de las mismas costumbres sus habitantes, vecinos de los tzapoteca y más tarde á ellos sujetos, bien nos revelan sus hábitos funerarios.

El más notable de los objetos de oro es un rey muerto y embalsamado, con una corona de plumas en la cabeza, escudo en la mano izquierda y cetro en la derecha: tiene colgajos en las orejas y en el labio inferior bezote de que pende una cabeza coronada con tres colgajos. Mide este idolillo 8 $^1/_4$ centímetros. Más importante de lo que á primera vista pareciera, esta preciosidad del arte tzapoteca nos revela la manera de enterramiento de los grandes, que conservaban la antigua costumbre de las razas del Sur, y como en realidad es símbolo del día *miquiztli*, acusa la introducción del calendario tolteca. Confírmase esto con otra de las figuras que el vulgo llamó la reina: mide 12 $^1/_2$ centí-

metros de largo y se compone de un rostro de mujer



Pendiente de oro. — Atl

rodeado de gotas de agua, de que penden cuatro colgajos que terminan en cascabeles de oro: es el signo del



Fragmento de un collar de oro

día *atl.* La tercera es una cabeza de águila sobre una rueda de filigrana, de la que cuelga una pequeña placa de oro con cuatro colgajos: es el signo del día *cuauhtli,* y tiene diez centímetros de largo. El cuarto, algo más pequeño, es una lagartija y signo del día *cuetzpállin.* Estos cuatro signos, *atl, miquiztli, cuauhtli* y *cuetzpállin,* son sucesivamente representantes de los cuatro astros; lo que confirma la introducción del calendario tolteca.

Las pinturas del códice Vaticano nos muestran también que los tzapoteca adoptaron los trajes nahoas, olvidando los antiguos que se ven en los relieves de Zaachila; pero continuaron siempre afectos al lujo, como



Mujer tzapoteca. (Códice Vaticano)

se ve por las joyas citadas, con las cuales se encontraron también orejeras de oro, una placa del mismo metal de tres centímetros de diámetro, con jeroglíficos, argollas en forma de culebras y más de treinta tortugas con colgajos, todas de oro que hacían un collar regio, siendo mayores las del centro y disminuyendo de tamaño las de los lados.

La modificación de las costumbres por la influencia tolteca, llegó hasta la manera conque figuraban sentados á sus ídolos, á los que pusieron en cuclillas según la usanza nahoa. Últimamente se ha hallado uno de mármol en esa postura en San Miguel Peras, región de los tzapoteca en que han abundado las minas de oro.

Nos encontramos ya con la fundición del oro, y

verdaderamente había entre los tzapoteca artífices admirables, si se atiende á las obras que conocemos. La fundición de los metales fué sabida por los españoles desde el principio de sus expediciones, pues en la barca maya que el hermano de Colón encontró, llevaban los mercaderes crisoles para fundir cobre. Persona que vió los adornos citados, dice que estaban trabajados en parte muy bien, aunque algo toscos en cuanto á sus diseños; pero que lo que ningún platero de hoy podría hacer, es el modo conque esas piezas se fundieron, pues todas lo están en hueco, teniendo el grueso de un papel y sin que se vea ninguna soldadura.

Y ya que hablamos de los sepulcros de los señores, diremos que las ceremonias que usaron los tzapoteca para celebrar la festividad de los difuntos son semejantes á la que describiremos al hablar de los mexica, y que ahora se encuentran tapiados los subterráneos del palacio de Mitla, sin que se haya hecho en ellos la debida exploración; lo que ha tenido tal vez por origen las preocupaciones del pueblo. Hay en éste la creencia de que los subterráneos abren paso á un camino cubierto que va á una fortaleza que sobre un peñón se levanta



Fortaleza de Mitla

y en la cual no hay agua: esta circunstancia lo hace inverosímil.

Mas antes de ocuparnos de la fortificación y para dar cabo á lo relativo sobre enterramientos de los tzapoteca, diremos que tenían otro lugar de descanso llamado *Zeetobá*, que eso significa la palabra que servía para enterrar á los grandes señores que no eran reyes. Estaba en un lugar llamado Keuékijezáá, que quiere decir *palacio de piedra*, porque, según el cronista, se edificó sobre una grandísima losa. Los reyes tzapoteca pusieron ahí sacerdotes de gran inteligencia en sus ritos, tanto para la celebración de las solemnidades del culto como para asistir á los señores que llegasen á los sepulcros con los difuntos y persuadirles las esperanzas supersticiosas de su vida ó tránsito por otras mansiones que los tzapoteca copiaron ó imitaron del *Tlalócan* nahoa.

En cuanto á la fortificación, enseñoréase á tres cuartos de legua sobre la cima extensa de un peñasco escarpado y de aspecto dominante, levantándose despegado de la serranía que corre á una legua á la altura perpendicular de doscientas varas. La fortaleza construída en esa cima tendrá una proyección de media legua, y forma varios ángulos salientes y entrantes con interpolación de diversas cortinas. En su frente, que es el lado accesible, tiene por defensa una doble muralla: la primera es una curva elíptica terraplenada de bastante anchura, en la cual se encontraron todavía pilas de pelotas pequeñas para ser lanzadas por los honderos en caso de asalto: en el centro de esta primera obra está la entrada, cortada oblícuamente para evitar el que la enfilasen los proyectiles enemigos. La segunda que se reune por sus extremos con el recinto de la plaza, es de más elevación y forma su trazo una especie de tenaza: también tiene su puerta apartada de la primera por un terraplén amplio, y además su parapeto en que se encontraron otras pilas de pelotas de piedra.

Los ángulos de la tenaza, que á ambos lados se abre, forman en su centro una plaza de armas bastante espaciosa para juntar cierto número de guerreros que defendiesen la entrada ó pudiesen hacer salidas sobre el sitiador; y además en ese frente tenían colocados unos peñascos sueltos, como de una vara de diámetro, puestos en equilibrio á la orilla superior del talud, de manera que pudiesen fácilmente lanzarlos sobre los asaltantes. En lo interior de la muralla elíptica existen aun las ruinas de edificios que debieron servir para alojar á las tropas, y en la parte opuesta á la entrada del frente hay una salida falsa que tuvo por objeto probablemente facilitar una retirada ó proveer la plaza, en caso necesario, de hombres, víveres y agua.

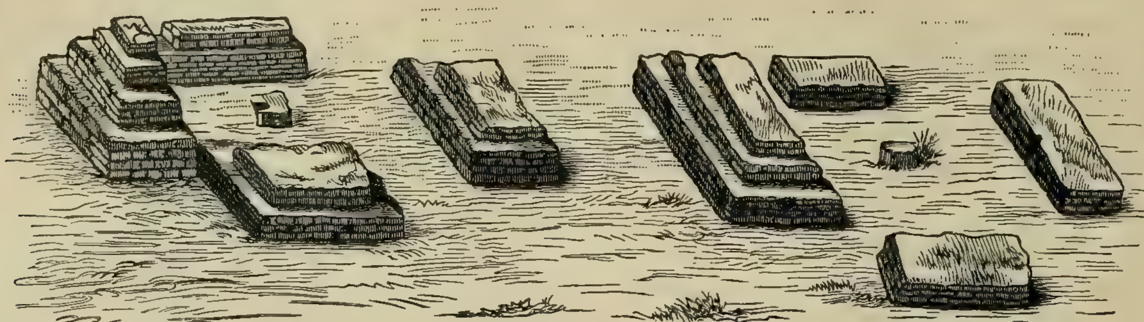
Creemos no exagerar diciendo que la fortaleza tzapoteca, á la cual podemos señalar aproximadamente por época de su construcción el siglo XII de nuestra era, no era inferior á las europeas de los mismos tiempos.

En cuanto á las construcciones piramidales de Mitla, Dupaix dibujó y trata de sus recintos abiertos rodeado de terraplenes que él creyó bases de templos ó zócalos de palacios de los sacerdotes. Son en realidad recintos fortificados: el uno cierra tres lados con pirámides de dos cuerpos y el otro con una de cuatro pisos; la gradería de ésta corresponde al poniente; se conoce que todo el edificio estaba revestido de piedras cortadas á escuadra, aunque las del centro son sueltas y mezcladas con adobes, y en los pisos se observa todavía que estaban revestidos de estuco y pintados de rojo almagre. A la plaza del centro daban las gradas de todas las pirámides, y en el medio de ella se levanta una gran

ara de mampostería con su escalera frente á la de la pirámide principal.

Semejante es el otro recinto con la sóla diferencia de que los terraplenes de tres lados son de un solo piso y el cuarto de dos, y que están construídos de adobes.

Si á esto agregamos que á legua y media al oriente hay sobre un cerro elevado, que da á la entrada de la sierra de los mixes, otra fortaleza en ruinas, compren-



Pirámides de Mitla

deremos que los tzapoteca habían querido poner á salvo de cualquiera invasión á su ciudad sagrada, mansión del sumo sacerdote y más tarde necrópolis de sus reyes.

Las construcciones de que hemos hablado significan fuerza, poder y riqueza, y eran, sin embargo, de la época en que principió la decadencia, mostrada no sólo en los trajes, en la arquitectura y en las mismas costumbres, sino en la división del antiguo territorio de Didjazá, que ya desde entonces se partió entre dos pueblos rivales, los tzapoteca y los mixteca.

CAPÍTULO V

Monapastiac. — Wixepecocha. — La gruta de Xustlahuaca. — Deidades de los tzapoteca. — Deificación de Petela. — La princesa Pinopiaa. — Costumbres de los mixteca. — Trajes. — Respeto á sus reyes. — Matrimonio. — Poligamia. — Penas del adulterio — Herencias. — Ceremonias en los nacimientos. — Educación. — Costumbres funerarias. — Trajes de los sacerdotes. — Vida sacerdotal — Vestidos y costumbres de los guerreros — Los tzapoteca. — Nahualismo. — Brujas de Chapa — La ciudad del Usumacinta. — Relieve de la penitencia de Kukulcán. — Yaxbité. — El estuco alado. — La esfinge. — Extensión al Sur de la invasión tolteca — El nuevo reino Kiché ó Yximché. — Los primeros señores — Epoca del primer reinado. — Tradiciones de la venida de Tóllan. — La ciudad de Gumarcaah. — El sacrificadero. — Epoca probable de la destrucción de la antigua civilización quiché. — Abandono de Palemke, Copan y Quirigua. — Invasión de los nicaraguas. — Fundación de Chapa. — Nanduimé. — Los huaves. — El nagradán. — El manque. — Los chontales. — Modificaciones en la geografía quiché. — Los meca y los nahoas en Nicaragua — Chorotega, ticomega y maguateca. — Identidad de costumbres.

La invasión tolteca y la influencia del culto de *Quetzalcoatl* se manifiestan más y más claramente y siguen la dirección del Sur. Siempre la misma misteriosa venida del sér mítico, siempre la misma misteriosa desaparición. El *Quetzalcoatl* tzapoteca se pierde en el Istmo, en la laguna de Monapastiac. Llámase el dios ó sér sobrenatural en Didjazá, *Wixepecocha;* apareció en Huatulco, adonde llegó por el mar; predicador, profeta y reformista, vivía en la oración y la penitencia, pasando en meditación y sentado en cuclillas la mayor parte de la noche; después desapareció dejando como recuerdo una cruz. En otros relatos Wixepecocha aparece en Mitla y predica contra las vanidades del mundo, invitando á los tzapoteca á la penitencia; mas perseguido por el viejo sacerdocio, es lanzado como *Quetzalcoatl* de lugar en lugar, hasta el cerro de Cempoaltepec, en que se desvaneció como una sombra. Es la misma tradición histórica y es el mismo mito astronómico: la estrella de la tarde apareciendo en Huatulco sobre las ondas del Océano; la estrella desapareciendo después en la laguna de Monapastiac y tras el cerro de Cempoaltepec. Naturalmente el profeta es barbado como todos los *Quetzalcoatl.* Burgoa, al dar razón de la notable cueva de Xustlahuaca, dice que entrando luego se descubre una bóveda tan alta que excede mucho á la puerta, y á mano izquierda de ésta se hallaba una peana de mármol de más de cuatro varas de alto y sobre ella una figura grande con vestiduras de profeta, con el manto sobre la cabeza, descubierto el rostro grave y las manos dispuestas en proporción y todo de una pieza. Admirábase Burgoa de las figuras fantásticas que rodeaban á la deidad y que no eran más que las estalactitas de la gruta.

Otras deidades de los tzapoteca manifiestan la mezcla de la nueva religión con el antiguo culto. Así *Bezalao* viene á ser el *Mictlantecuhtli* de Didjazá; *Cociyo* es el *Tlaloc; Cozaana* es el *Mixcoatl;* mientras que *Pitao-Cocobi* y *Pitao-Xoo,* dioses de las cosechas y de los terremotos, más bien tienen referencia con el viejo *Cabrakán* quiché.

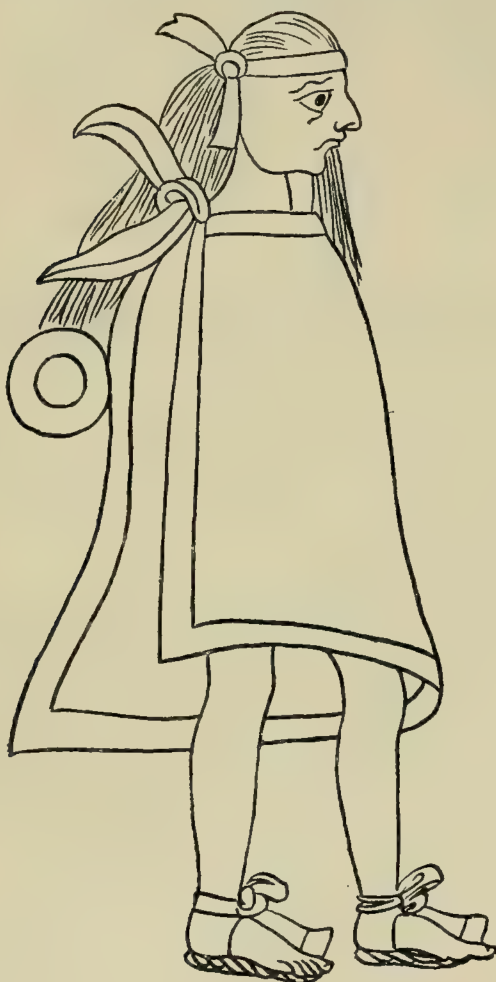
Habían deificado también á Petela, y le tenían enterrado seco y embalsamado en un pueblo llamado Coatlán, que significa *lugar de culebras;* lo que acaso sería dato para decir que el civilizador de Didjazá fué uno de los chanes y discípulos de Votan. Herrera cuenta que su momia fué quemada públicamente por el vicario Bartolomé de Pisa. También Burgoa refiere que Pinopiaa, doncella hija del rey de Didjazá, era adorada como diosa en forma de una piedra sin labrar.

Ya con la influencia de las invasiones meca y tolteca han llegado á nosotros las costumbres de los dos pueblos, mixteca y tzapoteca. Tenían los mixteca palacios esterados para los señores y sus mujeres con cojines de cueros de leones, tigres y otros animales; vestían los hombres mantas blancas de algodón tejidas, pintadas y matizadas con flores y aves de diferentes colores, y no se cubrían el cuerpo sino con el maxtli; usaban sandalias ó *cactli,* anillos de oro pendientes en las orejas, bezotes de oro ó de cristal de roca en el labio inferior, los cabellos largos atados con cintas de cuero, empinados hacia arriba como plumajes y siempre lampiños, pues se arrancaban con tenacillas de oro las barbas que les salían. Advertiremos que en el Museo hay unas tenacillas de cobre.

Los mixteca se preciaban de ser limpios, para lo que se bañaban á tarde y á mañana y tenían jardines con estanques; eran religiosos y tenían sacerdotes que

al mismo tiempo eran agoreros y médicos. El rey no se dejaba ver, ni nadie osaba entrar adonde estaba; por lo que se valía de dos ministros para comunicarse con el pueblo, y si alguno alcanzaba licencia de llegar hasta él, entraba descalzo y sin levantar los ojos, no tosía ni escupía, ni ponía los piés en la estera en que estaba sentado su señor. Éste, para resolver los negocios graves del Estado, tenía sus consejeros, que eran hombres ancianos y sabios que ya habían sido grandes sacerdotes.

En cuanto á las costumbres privadas, comenzaremos por los casamientos. Eran los sacerdotes los únicos que de los impedimentos decidían, y solamente sabemos



Códice Vaticano. — Mixteca

que era defecto esencial que no fuese mayor el número del signo en que nació el hombre ó que los esposos no fuesen parientes; pues sólo se casaban los extraños cuando el matrimonio se hacía para celebrar ó afianzar la paz pública. No había entre ellos grado prohibido, ni se daban dotes á las hijas; pero el pretendiente tenía que regalar á la novia según su estado. Pedíase á ésta por una embajada de ancianos, y una vez arreglado el matrimonio los sacerdotes echaban suertes para señalar el día de su celebración. Llegado éste, iban varios sacerdotes y guerreros en busca de la desposada, llevándole presentes de oro y otras joyas, y era costumbre que en el camino saliese gente armada á pretender quitarla, por lo cual sus conductores peleaban para defenderla. Entregábanla después al esposo, y sin más ceremonia que entrar ambos en un aposento esterado y enramado se consumaba el matrimonio.

Practicaban la poligamia aun cuando sólo á la primera mujer tenían por esposa y á las otras por mancebas. Castigaban el adulterio con la muerte de ambos criminales, y el marido ejecutaba la sentencia, aunque á veces se contentaba con cortar al adúltero las narices, orejas ó labios. Los reyes y caciques para la sucesión del señorío se casaban con mujer de su propia casta, y eran herederos los hijos que de ella tenían, y únicamente á falta de varones entraban las hembras; pero nunca los hijos que habían tenido de manceba. De



El sacrificio de la lengua. — Relieve en piedra

estas mancebas, generalmente hijas de señores principales que á gran honra lo tenían, eran muchas las de los reyes y no pocas las de los caciques, y en realidad venían á ser siervas de su amo y de su principal esposa. Luego que los señores tenían hijos en ellas, las casaban con algunos de sus servidores ó mercaderes. Si la mujer principal del rey ó cacique se hallaba en estado de tener un hijo, oraban los sacerdotes por el feliz éxito é iban por leña al monte para preparar el baño, y en naciendo la criatura, si era varón, le ponían una flecha en la mano, y un huso si era hembra; y durante los veinte días en que era necesario que se bañase la madre, se hacían fiestas á la diosa de los baños, y había grandes comidas y cantos y bailes. Cuando el niño cumplía siete años lo llevaban al templo para que el sacerdote le horadase las orejas y le

pusiese nombre á más del que ya tenía por el signo en que había nacido.

La educación de los hijos de los señores consistía principalmente en llevarlos á pasar un año en el colegio de los sacerdotes. Recibíanlo, y en procesión lo llevaban al gran sacerdote y sus ministros con acompañamiento de músicas de atambores sordos, flautas de cañas, caracoles y tortugones, y llegado al templo vestía el hábito sacerdotal, le daban lancetas para que hiciese el sacrificio de la lengua y le untaban cuerpo y rostro de negro *ulli*. Pasado el año iba su familia á sacarlo del templo con gran alegría y pompa y lo llevaban al baño donde cuatro doncellas hijas de señores principales lo lavaban y aderezaban, vistiéndolo con el traje que á su dignidad correspondía.

Si enfermaba el señor hacían los sacerdotes grandes sacrificios, romerías y ofrendas; si sanaba, se celebraba su alivio con suntuosas fiestas y bailes; pero si se moría se disponían sus funerales con gran magnificencia, siendo en esos casos la costumbre más curiosa, que vestían á un esclavo con el traje del muerto y fingían que era él, y con este esclavo ponían otros dos y tres mujeres, á quienes embriagaban y ahogaban después para que fuesen á hacer compañía á su amo en el viaje de los difuntos. Enterraban á los señores en túmulos, para lo cual los amortajaban con muchas mantas de algodón, les cubrían el rostro con una máscara y les ponían zarzillos de oro en las orejas, joyas al cuello, anillos en las manos y una mitra en la cabeza, cubriéndolos con riquísima manta bordada.

La gente del pueblo no podía usar de tantas ceremonias ni tener varias mujeres; pero sí los ricos mercaderes: mantenían las mujeres que podían y repudiaban fácilmente las que tenían por mancebas.

En punto á religión eran muy devotos de sus dioses y tenían muchos, ya en los templos ya en sus habitaciones. Existía la jerarquía del sacerdocio y en ella una costumbre original. Los que á esa carrera se consagraban eran puestos de edad de siete años en el colegio del templo, y según sus merecimientos iban ascendiendo en los oficios y dignidades; pero en cada uno de esos puestos habían de durar cuatro años y no más; de modo que el que llegaba á sumo sacerdote, luego que cumplía cuatro años en ese elevado cargo, como no había ya otro mayor que sirviera, se salía del templo y pasaba al Consejo del rey, y si quería le era permitido el casarse.

El traje común de los sacerdotes era una manta burda; pero en las fiestas vestíanse con lienzos de diversos colores en los que tenían pintadas imágenes de sus dioses; poníanse unas como camisas sin mangas que llegaban á la rodilla, en las piernas unas como polainas, en el brazo una tira de manta con borla y encima de todo una gran capa con una borla colgando á la espalda y sobre la cabeza una grandísima mitra de plumas verdes y en ella pintadas sus principales deidades.

Hacían sus danzas sagradas en los patios de los templos, y entonces se vestían de ropa blanca pintada. Vivían en ayunos y abstinencia, y si alguno quebrantaba la castidad era muerto á palos. Enterraban á los sacerdotes en los patios de sus templos, y vivían en éstos en reclusión, no saliendo sino á las fiestas religiosas á jugar á la pelota á la casa real ó á la guerra al frente de las fuerzas del sacerdocio.

Los guerreros peleaban con macanas y chimales, cubríanse el cuerpo con ichcaipiles, y dice Herrera que se pintaban las caras para espantar á los enemigos. Formaban por barrios sus ejércitos, y los guiaban los capitanes de los mismos barrios. Y Herrera también cuenta que cuando eran atacados se refugiaban en las fortalezas con las mujeres y los niños, y que era costumbre que salían de siete en siete á pelear capitanes con capitanes y soldados con soldados, y muerto uno entraba otro en su lugar, hasta que alguna de las partes quedaba vencida.

Tales eran las costumbres de los mixteca, mezcla sin duda de las que llevaron las diversas invasiones.

Igualmente bravos que los mixteca peleaban los tzapoteca con macanas y rodelas, arcos, flechas y hondas; llevaban á la guerra banderas con mucha plumería de colores; poníanse cascos de madera ó de cabezas de animales, los que adornaban á veces con turquesas; se pintaban la cara y las piernas; llevaban los cabellos largos y trenzados y muchas plumas en la cabeza, y se ponían zarcillos y bezotes de oro. En la guerra arremetían á pelear con gran gritería.

En las costumbres religiosas de los tzapoteca había la particularidad de que sacrificaban los hombres á los dioses y las mujeres á las diosas; y para ello les abrían el pecho á lo ancho, les sacaban el corazón y se comían los cuerpos. Usaban también el sangrarse, así como los ayunos y penitencias, pues cada vez, uniéndose más las costumbres por las invasiones, se iban más y más unificando, aunque, por desgracia, en el sentido de la decadencia que por todo el territorio se iba extendiendo.

Debemos, sin embargo, mencionar una de las supersticiones que tuvo su nacimiento en la región del Sur, según parece, que mucho se extendió, y que tal vez no ha desaparecido del todo; queremos hablar del nahualismo. Consiste esta brujería en tener un animal cuyo destino va unido al del hombre y que toma el nombre de nahual. Dice Burgoa que los agoreros enseñaban sus errores á los muchachos que les entregaban para su educación, y que al efecto los llevaban al campo á hacer sus ofrendas, y á cada uno se le aparecía la bestia que había de ser su nahual, y quedaban convencidos de que esa era la suerte conque nacieron, y que su vida era ya inseparable del animal que les tocaba.

Supersticiones semejantes unen á la región de Didjazá con la quiché, así como también á ésta pasó la invasión tolteca y con ella el culto de *Quetzalcoatl,* que ya hemos visto iniciado en *Gucumatz.* De lo primero nos dan testimonio el brujo *Costahuntox,* á quien representan con cuernos, *Canumlum* y *Yahalán,* que era negro. De lo segundo, si no bastaran los relieves de Palemke, sería suficiente el que encontró Charnay en una ciudad muy parecida en sus edificios á aquélla, por lo que debemos juzgarla de igual antigüedad; pero sin que éstos alcanzaran la grandiosidad y perfección de los de la metrópoli sagrada, por lo que hay que suponer que fué de menor importancia. Túvola, sin embargo, grande, pues así lo manifiestan sus templos y palacios. Basta ver el palacio y su plano, que Charnay nos ha conservado, para comprender que aquella arquitectura es igual á la de Palemke; los jeroglíficos encontrados son semejantes; el templo pudiera confundirse con el del Sol; todo acusa que la ciudad quiché y la de los lacandones pertenecen á una misma época, nacieron juntas y se destruyeron por la misma causa: son dos ciudades hermanas, que lo que en una pasó debió pasar en la otra. Pues bien, un hermosísimo relieve de la ciudad desconocida nos patentiza el culto de *Quetzalcoatl.* Así lo ha explicado con mucha discreción el mismo Charnay.



Restos de un palacio en la ciudad del Usumacinta

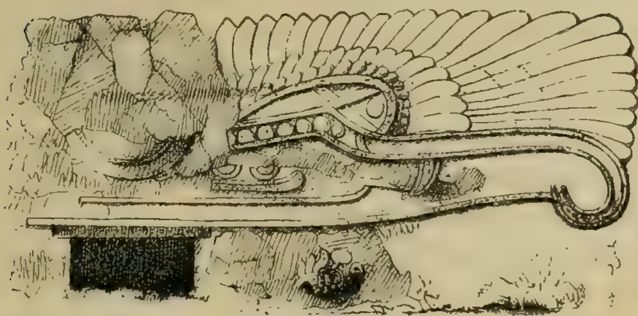
Es la piedra en cuestión un dintel esculpido de piedra calcárea, en que se ven en relieve muy pronunciado dos personajes, uno de pié y otro arrodillado, y á más una inscripción jeroglífica. Los tipos de las figuras son los mismos de Palemke y es notable la buena disposición y dibujo de ambos personajes. Está el uno de pié con gran tocado de plumas, manta bordada á la espalda, con fleco y larga borla que cae por atrás, orejeras y collar, *ex* riquísimo, adornos en la pantorrilla y sandalias de piel de tigre, que se elevan por la parte posterior del pié y se atan con cintas. Empuña una gran palma y parece que manda algo á la figura arrodillada.

La figura arrodillada viste uno de los trajes más ricos que hemos encontrado en los monumentos. Lleva magnífico tocado compuesto del signo *cipactli,* ó sea la luz, y de dos símbolos iguales de la estrella, que son sus dos períodos, vespertino y matutino: complétalo con ramos de plumas que suben con penachos y le caen á la espalda. Cubre su cuello y pecho con grande y amplísimo collar de sartales de cuentas, y del mismo estilo son sus pulseras, exactamente como los adornos del *Kuculkán* del castillo de Chichén. Sus orejeras son complicadísimas; pero lo más interesante es una especie de casulla ó dalmática, que le cae por el frente y la espalda, abierta á ambos lados, y que al parecer debía llegar hasta cerca de los piés: su ornamentación es primorosa y de gusto exquisito, pues consiste simplemente en cuadros con otros menores dentro que figuran estar bordados ó labrados, y los cuales tienen á su vez una cruz de brazos iguales y ángulos rectos, es decir, la cruz de *Quetzalcoatl,* terminando en una orla de

cruces mayores. El traje tiene alrededor un fleco de plumas y una cenefa en que se perciben algunas cruces pequeñas. El personaje arrodillado se pasa una cuerda á través de la lengua, cuerda que está guarnecida de espinas para no poder retirarla antes de concluir el sacrificio. Se ve, pues, que el relieve representa no al *Quetzalcoatl* nahoa primitivo, símbolo de la estrella de la tarde, sino al tolteca, signo del fanatismo religioso y de la maceración y del despedazamiento del cuerpo.

El señor Charnay, descubridor del relieve, encontró perfecta explicación de él en Sahagún y Torquemada. Ambos tratan de cómo, después de haberse agujereado la lengua los sacerdotes, pasaban por la herida cañas y pajas de mimbre; el primero dice que el que se sacrificaba podía reducir las pajas á una sola uniendo varias de ellas, lo que formaba una especie de cuerda, y el segundo agrega que el *Achcautli* ó jefe de los sacerdotes de *Quetzalcoatl* en Chollóllan, andaba de ciudad en ciudad exhortando á las gentes al sacrificio, y llevaba en la mano *una gran rama verde*. Diríase que ambos escritores habían querido describir el relieve de que nos ocupamos.

Pero si la influencia tolteca se extendió indiscutiblemente por las riberas del Usumacinta, hízolo también por el resto de la región quiché, en donde era principal ciudad Yaxbité, conocida generalmente por Ocotzinco, que significa *detrás del verde bosque* ó del *ocotal*. Las construcciones de Ocotzinco son de tal manera semejantes á las de Palemke, aunque más arruinadas, que sería repetirnos el que tratásemos de describirlas; y aun hay la tradición entre sus actuales habitantes de que ambas ciudades se comunicaban por un subterráneo. En Yaxbité se encuentran las mismas pirámides de



Estuco de Ocotzinco

gradas, los templos de igual disposición, con techos inclinados, bóvedas triangulares y altar á manera de arca; con sus cámaras subterráneas para el culto misterioso ó para la superchería y siempre todo adornado de estuco. Precisamente un ornamento de estuco que se encontró en el templo más bien conservado de aquella ciudad ha dado motivo á graves discusiones. Stephens dice que al ver ese fragmento le sorprendió su extraña semejanza con los globos alados que hay sobre las puertas de los templos egipcios, aunque advierte que si el ornamento circular pudiera tomarse por globo, no está rodeado de serpientes y las alas quedarían en sentido inverso del usado en aquellos edificios. Por supuesto que Waldeck lo reconstruyó y resultó un completo globo alado. Creemos que ha sido más discreto



Relieve en un chalchíhuitl

el señor Orozco al decir que es una especie de trofeo compuesto de un escudo central, de un arco con su cuerda y alguno de los adornos de plumas para la cabeza. Algunas diferencias respecto de Palemke marcan los escritores; Dupaix dice que ahí existen las dos



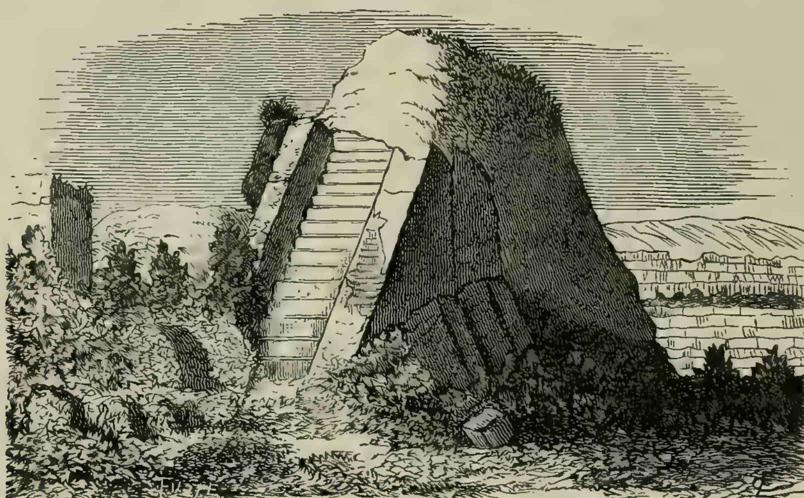
Esfinge de barro

únicas pirámides acabadas en punta. Waldeck agrega que los aleros son cónicos y de ángulos salientes, y el señor Orozco que las ruinas de Ocotzingo son imitación inferior de las de Palemke y posteriores al modelo. Pero hay que observar que no se han hecho explora-

ciones completas, que los jeroglíficos hallados son muy semejantes y que en una piedra *chalchihuitl* se encontró grabada la misma deidad y sentada de la misma manera que estaba en el templo del Hermoso Relieve y en el Palacio, solamente que no extiende la mano sino que la recoge sobre el pecho. Para nosotros el más importante de los hallazgos es una tierra cocida en forma de esfinge, que recuerda esculturas muy conocidas de antiguas ciudades del Asia.

Y no se limitó la invasión de la cultura tolteca al territorio primitivo de los quichés, sino que avanzó al que ocuparon en la época histórica, á la región de Iximché y á la ciudad de Gumarcaah, conocidas después por Cuauhtemállan ó Guatemala y por Utlatlán. Aun cuando el nuevo quiché no pertenece ya á nuestro territorio, cúmplenos decir que, según la tradición, Nimaquiché, de la familia real tolteca, obedeciendo al expreso mandato de sus dioses, abandonó Tóllan y peregrinó hasta descubrir el lago de Atitlán, cerca del cual se estableció el nuevo reino quiché. Nima llegó con tres hermanos y con ellos dividió el nuevo país. Su hijo Axopil fué el jefe de los quichés, kachiqueles y zutuhiles, gobernaba á su pueblo cuando se establecieron en la región de Iximché y fué el primer monarca que reinó en Gumarcaah.

Sin necesidad de seguir estas tradiciones desde luego se descubren dos hechos históricos: la invasión tolteca y la mudanza de territorio. En el *Popol Vuh* vienen también de Tulantzú, que estaba al oriente, por lo que nos admira que algunos escritores hayan querido trastornar la tradición y la geografía. Tóllan quedaba al oriente respecto de la región quiché, y de ahí pere-



El sacrificadero

grinaron los sectarios de *Quetzalcoatl,* y por eso dice el libro sagrado que *Gucumatz* fué el principio de la grandeza del reino y así fué el origen de ser engrandecido el quiché. Por eso también dice el *Popol Vuh* que cuando amaneció el sol, luna y estrellas, es decir, cuando se introdujeron la religión y la cultura tolteca, fueron las generaciones de los primeros padres Balam-quitzé, Balam-acab, Mahucutah é Iquibalam. Según Ximénez fué Balam-quitzé el primer rey, y esto pasó hacia los años de 1054; de manera que fechas y hechos todo concuerda para confirmar nuestras ideas.

Sólo hablaremos á propósito de los quichés modernos del templo que en su ciudad tenían destinado á los sacrificios y que Stephens llama *El Sacrificatorio,* sin duda por *Sacrificadero.* Es una estructura cuadrangular de piedra, de sesenta y seis piés por lado en la base y que se eleva en forma piramidal á la altura de treinta y seis piés. En tres de sus lados tiene en medio una hilera de escalones, cada uno de diez y siete pulgadas de alto y ocho solamente de fondo. En las esquinas hay cuatro estribos de piedra cortada, que se pusieron tal vez para sostener la construcción. En el lado que mira al poniente no hay escalones sino que está listo y cubierto de estuco, que se ha puesto gris con la intemperie. El estuco estaba pintado con diversas figuras, tigres, etc. En la parte superior del monumento estaba la piedra de los sacrificios, que el pueblo contemplaba desde su base.

Por todas partes se ve, pues, la invasión del fanatismo y del culto sangriento, y acusa además la decadencia, la división de las regiones de la antigua teocracia. Ya habíamos llamado la atención sobre que algún motivo poderoso obligó á los quichés á dejar su primer territorio, y ya sabemos que su emigración tuvo lugar en el siglo XI; esto nos da un dato probable de que desde entonces quedaron abandonados Palemke y las ciudades semejantes; pudiera creerse que esa ruina se extendió en aquella misma época hasta Copán y Quirígua, pero nos falta saber la causa.

Hemos creído encontrarla en algún párrafo de la crónica de Remesal, que hasta ahora se había aplicado al origen de aquellos indios. Dice el historiador domi-

nicano de la provincia de Chiapa y Guatemala, que vinieron antiguamente de Nicaragua unas gentes que se quedaron en el lugar que ocupó Chapa-Nanduimé, y poblaron en un peñol áspero á orillas de un río grande. Este solo hecho bastaba para probar la invasión y para que buscásemos siquiera algunos datos en la lingüística comparada, aun cuando fuese en tradiciones aisladas.

La lingüística comparada nos presenta en el Istmo, punto avanzado de una invasión que hubiese sido detenida por los tzapoteca, á los huabes, que algunos han llamado tambien huazontecos. La tradición conservaba perfectamente el recuerdo de que los huabes eran extraños, que llegaron al Istmo de la parte del Sur, por guerras que de su primitivo país los arrojaron. Encontraron en Dani-Gui-Bedjé á los mixes y los arrojaron á las montañas. Los mixes y los zéques, que se extendieron á derecha é izquierda del Istmo y que por lo tanto eran los restos del pueblo arrollado por los huabes, son de familia mixteco-tzapoteca. Los huabes permanecieron independientes por muy largos años, hasta que los mexica conquistaron Tehuantepec en tiempo de Moteczuma, y quedaron sujetos á éste; aunque poco después ocuparon la región los reyes mixteca y tzapoteca unidos.

Pues bien, el huabe tiene gran analogía con el nagradán de Nicaragua, y lo mismo sucede con el chapaneco; á su vez, por los estudios de Mr. Brinton, sabemos con certeza que el chapaneco ó mangue de Chiapas es hermano del mangue de Nicaragua y éste lo es del aymara del Perú. Ya ahora nos explicamos perfectamente la tradición conservada por Remesal y la emigración de los quichés. Por guerras y conmociones que hubo hacia el Perú y que alcanzaron á Nicaragua, los habitantes de esta región, siguiendo al parecer la costa oriental, penetraron en los valles del Usumacinta y continuaron hasta el Istmo en donde fueron detenidos por los tzapoteca; de donde resultó que fuese destruída la vieja civilización palemkana, que el pueblo antiguo se refugiase en la costa de Zakloh-pakab y que los quichés bajaran á Iximché á fundar un nuevo reino. Viene á ser confirmación de esto que lo mismo se encuentran chontales al sur de Nicaragua que en las costas del Potonchán y el Xicalanco, lugares en que chontal significa extranjero. Ya hemos dicho que probablemente tuvo lugar esta invasión en el siglo XI.

Pero si los nicaraguas en su invasión por la costa oriental habían barrido la vieja cultura de Quirigua, Copán y Palemke, que en su camino encontraron, á su vez sufrieron después las invasiones meca y nahoa. Ellos no pudieron hacer la suya de una vez sino en el transcurso de muchos años, y de la misma manera hubieron de tardar largo tiempo los meca y los nahoa para llegar hasta allá. Vamos á ver si damos pruebas de lo que nos atrevemos á decir.

Desde luego encontramos el nahoa en Nicaragua y un nahoa no tan corrompido como debería creerse por el transcurso de los siglos y la enorme distancia á que había sido llevado; y además parece que hay alguna analogía entre el chorotega y el tarasco que acaso introdujeron las emigraciones meca. Alguna luz podrán darnos los nombres de las familias chorotega, ticomega y maguateca, habitadoras de la región.

Los mangues son los antiguos habitantes, y bien lo muestra la etimología de su nombre: *mánkeme*, jefes, señores. En cuanto á los chorotegas, supone Brinton que la invasión nahoa ó azteca, como la llama impropiamente, dividió al antiguo pueblo en dos fracciones, la una que quedó al norte cerca del lago de Monagua y la otra al sur hacia el golfo de Nicoya: á una parte de los primeros, por habitar en un lomerío, les llamaron *dirianes*, de la palabra mangue *diri*, collado. Supone Brinton, y con él otros, que chorotega viene del verbo nahoa *choloítia* y de la terminación gentilicia *técatl*, y que la separación que hemos referido fué el origen del nombre *chololteca*, los arrojados, de donde los españoles hicieron chorotegas. Pero esto es inadmisible porque el chorotega no tiene ninguna relación con el mangue ó chapaneco, y sí la tiene en el tarasco, aunque muy lejana y borrada por el transcurso de mucho tiempo. Sin duda con los meca bajaron hasta Nicaragua sus vecinos los tecos, ó una de sus fracciones llamada chorotecos, pues el recuerdo de los primeros está claro en los ticomega, corrupción de ticomeca ó tecumeca, los meca de los tecomates, que recuerdan á los xicalanca. Después llegaron los maguateca ó nahuateca, los nahoas, los emigrantes tolteca, y por eso encontramos á los habitantes de Nicaragua relacionados con ellos por identidad de lenguaje, mitología, ritos religiosos, calendario, trajes y costumbres, habiendo conservado sus tradiciones, ya en sus cantares y danzas, ya en sus libros-jeroglíficos semejantes á los mexica. Y no olvidemos, como importantísimo detalle, la costumbre de la cremación y las urnas cinerarias introducidas por la invasión, siendo notable la semejanza de las de Huehuetenanco en el nuevo territorio quiché y las de la isla de Ometepec en el lago de Nicaragua.


Nicaragua Huehuetenanco
Urnas cinerarias

CAPÍTULO VI

Los Tutul Xiu en Chichén-Itzá. — Fin de su gobierno y destrucción de la monarquía. — Kukulcán. — Su simbolismo astronómico. — Explicación histórica de su reinado. — La nueva teocracia. — Fundación de Mayapan. — Mayas é itzaes. — Nombres de la península. — Noticias sobre la organización de Mayapan. — El Ahaucán. — El recinto del Tancah. — El gobierno de los kukulcán. — Su duración. — Ruinas de Mayapan. — Las pirámides. — Piedras esculpidas. — El templo circular. — Las columnatas. — La cruz. — La piedra esculpida. — Otras ruinas. — La monarquía de los Cocom. — Los itzaes en Uxmal. — Alianzas y guerras. — Los restos de la ciudad. — El nombre. — Descripción de las ruinas. — La Casa del Gobernador. — Relato del señor Ramírez. — Datos de Stephens. — La pirámide. — El atrio con columnatas. — La piedra de sacrificios. — La escultura del océlotl de dos cabezas. — Las escaleras. — Las aguadas. — Las dos construcciones. — Instrumentos antiguos. — De piedra sin pulir. — Piedra pulida. — Conchas, cobre, hueso y madera.

Dejamos á los Tutul Xiu en los principios del siglo VI, apoderados de la península maya y engrandeciendo su corte de Chichén-Itzá. Sangre nueva y vigorosa mezclada á la vieja de la poderosa raza de los itzaes, había producido una generación privilegiada que correspondió á la época de la mayor grandeza y del más grande poder de los mayas. Pero este mismo poder y esta misma grandeza debían producir la corrupción en las costumbres de siervos y señores, y á más el sacerdocio estaba siempre acechando ocasión propicia para recuperar su antigua presa.

Noticias oscuras, pocas y á veces contradictorias y siempre vagas, no permiten fijar clara y seguramente los hechos históricos de este período; creemos, sin embargo, que datos hay para llevar camino cierto, si tenemos en cuenta las tendencias sociales de aquellos tiempos, los contrarios elementos que luchaban por sobreponerse, y sobre todo el medio en que debían desarrollarse los sucesos.

Cuentan las crónicas que á los últimos años del reinado de los Tutul Xiu, tres de éstos, hermanos y y unidos con gran cariño, gobernaban simultáneamente, siendo tan admirable y benéfico su gobierno como austera y ejemplar su vida; pero murió uno de ellos ó se ausentó por Bak-halal, y los otros dos entraron en tales discordias, y con ellos sus parciales, que el pueblo se alzó, arrojó de allí á la casta guerrera que lo tiranizaba, y dió muerte á los dos malos príncipes. Mas la historia hace coincidir con este hecho la llegada de Kukulcán; lo pone de señor en Chichén, lo hace fundador de Mayapan, y dice de él el señor Orozco que cuando se presentó en la península ardía ésta en guerras civiles y que concilió los ánimos y restableció la concordia.

Fácil sería la explicación de estos sucesos si Kukulcán hubiese sido un personaje histórico, y para hacerlo lo suponen el mismo *Quetzalcoatl* de Tóllan, que de ahí arrojado vino á la península á predicar sus doctrinas; pero ya hemos visto que ese *Quetzalcoatl* arrojado es el *Quetzalcoatl* mítico, que es la estrella que desaparece: el *Kukulcán* maya es bajo el mismo aspecto el mismo mito; es el sér superior que después de constituir perfectamente el imperio maya, se vuelve al occidente de donde había venido, y sale de la península por la parte de Chanpotón, y ahí, para memoria suya y de su partida, hizo dentro de la mar un buen edificio al modo del de Chichén-Itzá, un gran tiro de piedra de la ribera, con lo que dejó perpetua memoria. El *Kukulcán* que aparece por el poniente y de la península se enseñorea, es la estrella de la tarde que al fin se hunde por el rumbo de Chanpotón entre las encrespadas olas del Golfo.

Que no pudo este *Kukulcán* de principios del siglo VII ser el *Quetzalcoatl* de Tóllan de fines del siglo XI, no hay para qué decirlo; que aquél gobernó en Chichén, lo afirma Landa, y contestes están las autoridades en que fundó Mayapan en un asiento muy bueno, ocho leguas más adentro de la tierra que Tihóo; que cercaron de una pared muy ancha de piedra seca como cuarto y media de legua, dejando solas dos puertas angostas y la pared no muy alta; y agrega Landa que en medio de esa cerca hicieron sus templos, y al mayor, que era como el de Chichén-Itzá, le llamaron Kukulcán, y que hicieron otro redondo con cuatro puertas, diferente de cuantos hay en aquella tierra, y levantaron á la redonda otros muchos, juntos los unos á los otros, y que dentro del mismo cercado hicieron casas para los señores solos, entre los cuales repartieron toda la tierra, dando pueblos á cada uno conforme

á la antigüedad de su linaje y sér de su persona, y que puso por nombre á la ciudad Mayapan, que quiere decir el *Pendón de la maya,* á la cual los indios le dicen Ichpa, que significa dentro de las cercas.

Pues todo esto se explica de acuerdo con el códice Pío Pérez. Gobernaron los Tutul Xiu en Chichén ciento veinte años; en el sacerdocio, que había adoptado la nueva religión, había tenido mayor desarrollo y con él mayor poder la secta de *Kukulcán,* sin que nos extrañe que lo mismo en la península que en Tóllan y en el Quiché, adquirieran cierta supremacía los sacerdotes de ese dios, pues en todos los cultos hay un grupo del sacerdocio que siempre se sobrepone, ya por su mayor inteligencia ó ya por su mejor organización, y como muestra puede tomarse á los jesuitas en el catolicismo. Desarrollado el poder teocrático de los Kukulcán y aprovechando las disensiones de los Tutul Xiu, arrojaron de la ciudad á éstos y á sus parciales en el año de 621, y continuaron con ellos la guerra hasta el de 681, en que los vencidos tuvieron que irse á refugiar á Chanpotón. El sacerdocio de *Kukulcán,* la parte de la clase guerrera que á la lucha le había ayudado y el pueblo siempre siervo, ya vencido ya triunfador, formaron la nueva sociedad. Organizóse ésta en una teocracia gobernada por el sumo sacerdote de *Kukulcán,* que como costumbre tomaba el nombre del dios; pero desconfiando el sacerdocio del poder material de la clase guerrera, ideó el separarlo de la metrópoli y construirle una ciudad amurallada, dentro de la cual y alejados del pueblo quedaban como presos é impotentes los guerreros: en compensación se les repartieron los pueblos como en feudo, quedando á su vez ellos como feudatarios del sacerdocio.

Pudiera creerse por varios datos que mayas é itzaes eran dos antiguos partidos contendientes de la península; que los primeros, más apegados á sus viejas ideas no vieron nunca con buenos ojos á los invasores, y apoyaron el restablecimiento de la teocracia, mientras que los segundos habían hecho causa común con los extranjeros y se confundían ya con ellos. Se ve, pues, la razón por qué á la nueva ciudad se puso el nombre de Mayapan.

Esto nos trae, antes de pasar adelante, á tratar sobre el verdadero nombre de la península. Nadie le ha negado el de Maya; es el tradicional que se encuentra aun en recuerdos de otros países y el que por su significado corresponde á su historia geológica. Landa y Lizana dicen que la llamaban *Ulimil-Cuz* ó *U luumil cutz* y *Etel-Ceh* ó *U luumil ceb,* que significan tierra de pavos y venados; mas para nosotros tenemos que tales nombres eran expresivos de la abundancia de esos animales, y no sirvieron como designación geográfica, según su misma forma lo indica. Refiérese que le decían *Peten*, que es tanto como *isla;* pero esto se refiere á la forma del terreno, y tampoco á una distinción geográfica. El nombre de Chacnovitán, empleado en el códice Pío Pérez, ya hemos visto que no es aplicable sino á la parte meridional de la península. Se encuentra el de Zipaltán en un manuscrito de tiempos posteriores á la conquista española, redactado por dos individuos de la familia Pech, que en época antigua dominó en el noroeste, región á que sin duda se refiere el nombre. *Onohualco* es la designación nahoa. Queda el nombre de Yucatán, que actualmente lleva la península. Quiere el señor Carrillo hacerlo indígena, porque en el códice que llama *Chumayel* encuentra el nombre de *Yucalpeten,* que hace derivar de *yu,* que según él aquí significa *perla, cal,* que expresa *garganta,* y *peten,* que en este caso querría decir *tierra;* de donde todo el nombre se traduciría por *la perla de la garganta del continente.* Perdónenos nuestro estimado colega el señor Carrillo, pero no podemos admitir por fantástica é inexacta su interpretación. El códice *Chumayel* se escribió después de la Conquista, como era natural, y su autor designó la península con el nombre nuevo, que ya entonces tenía, con el de Yucatán; y por tenerla entonces por isla, la nombra también *Yucalpeten.* Yucatán era nombre puesto por los españoles, y así lo afirma terminantemente *Chilán Balám,* autor del códice Pío Pérez, cuyo pasaje, según la traducción del mismo señor Carrillo, dice: «En el año 2.º ajau pasaron por primera vez los españoles, *que le pusieron el nombre de Yucatán á este país.*» Y aun se sabe con qué ocasión le fué impuesto tal nombre. Refiérelo Landa, contando que cuando Francisco Hernández de Córdoba llegó á esta tierra, saltando en la punta que llamó cabo de Cotoch, hoy Catoche, halló á ciertos pescadores indios y les preguntó qué tierra era aquélla, y que le respondieron *co t' och,* que quiere decir *nuestras casas,* por lo que se puso este nombre á aquella punta, y que preguntándoles por señas si era suya aquella tierra, respondieron *ci u tan,* que significa *dícenlo,* y que los españoles la llamaron Yucatán, porque así lo entendió uno de los conquistadores viejos, llamado Blas Hernández, que iba con el adelantado.

Podemos, pues, decir que Maya era el nombre genuino del país, y por eso se llamaba la lengua *mayathan.* Resulta de todo esto que los mayas constituían el partido nacional, que desde ahora encontramos unido al rito de *Kukulcán;* mientras que los itzaes están ya ligados á los invasores Tutul Xiu.

Nos quedan por fortuna buenas noticias de esa segunda teocracia, pues conocemos algo de la constitución especial de Mayapan. Aun allí predominaba el sacerdocio, pues residían en la ciudad doce, á manera de pontífices, que dependían del sumo sacerdote *May,* cuya supremacía se significaba con darle el nombre de la raza, y designábanlo también con el de *Ahaucán* ó *culebra real,* que expresaba su grandísima importancia, así pudiera referirse á la vieja y primitiva raza de los

culebras ó al nuevo culto de *Kukulcán*. De todas maneras ese sumo sacerdote tenía poderosa influencia sobre todas las clases de la sociedad, pues todas ellas le consultaban sus más árduos negocios y le hacían numerosas ofrendas.

La nueva sociedad se dividía, según el señor Ancona, en clase sacerdotal, familia real, nobleza y plebe: nosotros insistimos en nuestra casta teocrática, la casta guerrera y el pueblo. Éste se hallaba separado de los negocios públicos, no podía asociarse á los señores en sus negocios particulares, ni siquiera participar de sus espectáculos, danzas y diversiones. Ya hemos visto que no podía vivir en el *Tancah* ó recinto amurallado de la ciudad. Dentro de él únicamente había templos y palacios para los dioses, los sacerdotes y los guerreros. Fuera de los muros fueron construyéndose después casas más humildes para los mayordomos de los señores ó *batabs:* se distinguían esos mayordomos por una vara larga y gruesa llamada *caluac,* y ellos eran los que cobraban el tributo de los pueblos sujetos á su señor, y tenían, además, el cuidado de la caridad pública, para lo cual recogían y sustentaban á los mancos y ciegos. Los *batabs* nombraban gobernadores para sus pueblos, que entendían en su vida civil, mientras que á los *caluac* les estaba reservada la económica y el cuidado de abastecer constantemente á sus señores.

La vida del *Tancah* se pasaba en ceremonias religiosas, banquetes y fiestas, y están contestes las tradiciones en que el gobierno de *Kukulcán,* ó más bien la teocracia de los kukulcán, fué la época de mayor prosperidad en la península maya. En ella sin duda se levantaron los más hermosos edificios de Chichén, especialmente los *castillos* dedicados á aquel dios, y debiéronse hacer muchos de los monumentos de Uxmal y de otras ciudades, de que luego hablaremos. Los datos que poseemos dan tres centurias de duración á ese feliz gobierno.

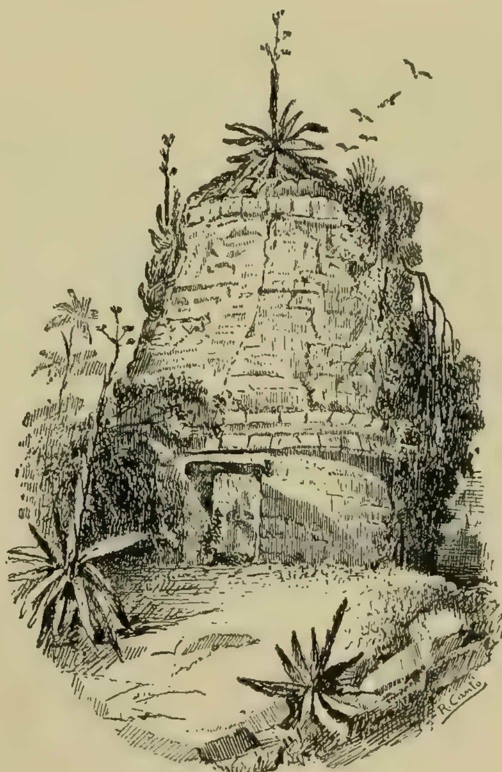
Réstanos hablar de los monumentos que se conservan en las ruinas de Mayapan. Es una de las ciudades más destruídas, y apenas quedan de ella algunos edificios arruinados, paredes despedazadas y entre ellos numerosas é informes pirámides. La mejor conservada tiene cien piés en cuadro en la base y sesenta de altura, con cuatro amplias escaleras de veinticinco piés de ancho que conducen á una plataforma hoy vacía. Esta esplanada tiene un borde de seis piés, y por cada lado sube una escalera más pequeña hasta la parte superior, la cual tiene quince piés por lado y acaso fué el gran *homul* de los sacrificios, como cree Stephens. Se conoce también otra pirámide de gradas, cubierta por la tierra y la vegetación. En cuanto á los edificios se encontró en uno de ellos restos de bóvedas triangulares, y se advierten esparcidas algunas piedras labradas, generalmente cortadas á escuadra y con un pié en su parte posterior para fijarlas en los muros. Se han descubierto también algunas figuras que no son por cierto de un trabajo exquisito; entre ellas un guerrero en pié y una especie de dios-animal sentado.

Pero en medio de los muchos restos de pirámides,



Pirámide de Mayapan

lo más notable es uno de ellos que tendrá treinta piés de altura, un edificio circular. El exterior es de piedra plana, mide diez piés de altura hasta la primera cornisa, y de ahí hasta la segunda va inclinándose el techo por otros catorce piés. La puerta mira al poniente y tiene un dintel de piedra. La pared tiene cinco piés de grueso. La puerta da á un corredor circular de tres



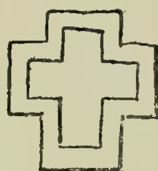
Templo circular de Mayapan

piés de ancho y en el centro hay una masa sólida de piedra sin señal ninguna de entrada. El diámetro total de la construcción es de veinticinco piés, de manera que el del sólido central es de nueve. Las paredes estaban cubiertas de estuco y en él quedan huellas de pinturas, en las que se perciben el rojo, el blanco, el amarillo y el azul.

La forma del monumento, por compararlo con el circular que había en el Templo Mayor de México, nos convence de que estaba dedicado á *Kukulcán.* La masa sólida del templo, como otras semejantes halladas en diversas ruinas, así como los edificios tapiados en todo ó en parte, que llaman *casas cerradas,* nos hacen pensar que acaso era signo de la victoria no destruirlos sino inutilizar sus altares. La verdad es que nadie se ha podido explicar esa rara particularidad.

Al sudeste del templo circular y en un terrado que al lado de la pirámide se proyecta, hay una doble hilera de columnas separadas por una distancia de algo más de dos varas y media, y de las cuales se han descubierto ocho en pié. Tienen dos piés y medio de diámetro y están formadas de cinco trozos de ocho á diez pulgadas de grueso, colocados unos sobre otros y sin que tengan capiteles. Esta columnata es semejante á la que estaba al pié del *castillo* de Chichén y debió tener el mismo objeto.

También ha llamado mucho la atención la cruz de



Cruz de Mayapan

Mayapan; pero á nosotros, que ya conocemos su verdadero significado, no nos puede sorprender una ciudad dedicada al dios *Kukulcán.*

Últimamente M. Plongeon, bajo el nombre de *Estela de Mayapan* ha designado una piedra de cerca de dos metros de altura, que encaja en el suelo y que se levanta redondeándose en la parte superior como si respondiera á la misma idea que guió la construcción de los monolitos de Copán y de las pilastras de los pórticos de Teotihuacán. Los bajo-relieves de su parte inferior, del mismo carácter que los de Palemke, representan á un sacerdote que habla á un individuo que tiene enfrente al parecer en actitud de sacrificarse con una larga espina: de todas maneras es una ceremonia religiosa. Y esta ceremonia, en nuestro concepto, pertenecía á las fiestas rituales, porque la orla que está sobre las figuras contiene evidentemente signos cronológicos dibujados ya á la manera nahoa. Mucho ha llamado la atención la serie de cuadrados del remate y las líneas que en ellos se perciben y que algunos han tomado por signos; pero no son sino señales de otras piedras que estaban ahí adheridas y que probablemente encerraban alguna cuenta cronológica. Esto sería más aceptable, en nuestro concepto, que otra hipótesis emitida por M. Plongeon, considerando los cilindros de las columnas mayas como katunes y las columnatas como archivos cronológicos.

Bajando al Sur y probablemente levantadas en la misma época de la segunda teocracia, encontramos escalonadas las viejas ciudades en ruinas, Ticul, Nohcacab, Kabah, y podemos agregar Nohpat, Xoch y Sanacté,



Piedra de Mayapan
Altura: 1 metro 95 cents.— Ancho: 0,65 cents.— Espesor: 0,30 cents.

y acaso también por aquellos tiempos se echaron los cimientos de Uxmal, si bien su grandeza corresponde á nuevos hechos históricos de que vamos á ocuparnos, ya que las citadas ruinas, sin enseñarnos nada que ya no sepamos, nos distraerían del camino recto que vamos siguiendo.

Refiere la tradición que los itzaes, tras sesenta años de lucha en que vivieron sin asiento fijo, al fin se



Templo de Ticul

establecieron cerca de la misma costa por donde habían penetrado los Tutul Xiu y permanecieron en Chanpotón desde el año 681 hasta el 941, en que de nuevo emprendieron su marcha hacia el Norte por la costa occidental de la península, y al cabo de cuarenta años, es decir, en el 981 fundaron, ó más bien, ocuparon á Uxmal.

En todo este transcurso de tiempo había concluído la teocracia de los Kukulcán sustituyéndose en Mayapan por la monarquía de los Cocom. La leyenda cuenta que se ausentó voluntariamente *Kukulcán* después de haber engrandecido al país, y que ausente el gran sacerdote eligieron para gobernar en Mayapan un jefe de la casa de Cocom que era la más noble y poderosa. No se necesita esfuerzo de imaginación para comprender que por evoluciones naturales aquel pueblo había pasado de la teocracia á la monarquía. Esta fué hereditaria desde el primer Cocom, nombre que según la costumbre maya fué transmitiéndose. Sucedía al Cocom en el gobierno su hijo primogénito. Si no tenía hijos heredaba el hermano mayor y también ejercía éste el poder por su vida si el primogénito era menor, el cual sólo recibía el gobierno á la muerte de aquél. Solamente cuando no había hijos ni hermanos se elegía Cocom por los sacerdotes y los guerreros.

Pero ya entonces también tenía señor propio Chichén-Itzá, pues dice el códice Pío Pérez que cuando

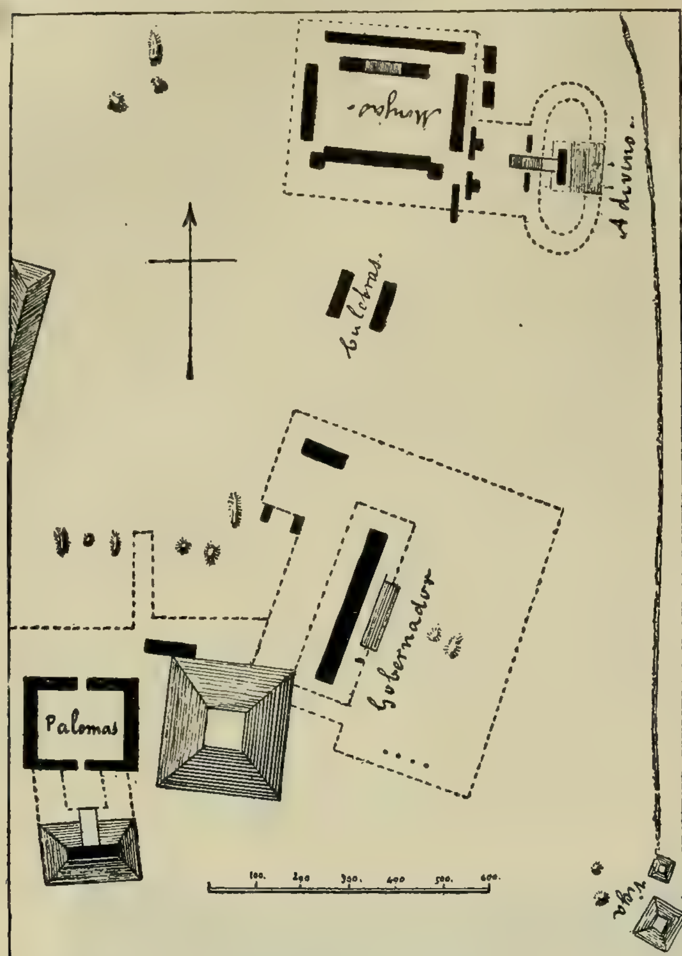


Kubah

Ahcuitoc Tutulxiu pobló en Uxmal, gobernaron los itzaes allí doscientos años en alianza con los señores de Chichén-Itzá y de Mayapan. La península estaba al fin desmembrada en varios gobiernos siguiendo así la ley de decadencia que según hemos visto fué común á las otras teocracias.

En este período, que abrazó de los años 981 á 1181, ¿llegaron acaso los tolteca y dando fuerza á los Tutulxiu fueron ellos los pobladores de Uxmal? Tal es nuestra creencia y juzgamos que influyeron también con su cultura en Chichén y Mayapan. Lo cierto es que en aquella época hubo guerras notables, que Hunac-cel,

señor de Mayapan, batió á Chacxib-chaac, señor de



Plano de las ruinas de Uxmal

Chichén, porque era su enemigo. Se recuerdan los nombres de los principales guerreros de Mayapan que fueron Ahzinteyut-chan, Tezuntecum, Taxcal, Pante-Mit, Xuch-Vecus, Itztecuat y Kakalte-cal, y en varios de ellos se revelan antiguos nombres nahoas corrompidos. El mismo Hunac-cel atacó al rey Ulmil porque le hacía la guerra á Ulil, señor de Izamal, y lo batió con trece divisiones de combatientes que tenía; pero Ulmil y los itzaes se vengaron y triunfaron después en el año de 1201. Esta fué sin duda la época de la mayor prosperidad de los itzaes en Uxmal.

Quédanos de esa grandeza un nombre y unas ruinas. Oscuro aquél en su etimología no ha podido darse con su significado cierto; solamente se sabe que *ux* significa *bajar los frutos de las plantas* y *mal ver* ó *pasar*. Las ruinas son un grupo de edificios sobre terrados, estructuras espaciosas, pirámides en buen estado y construcciones ricamente adornadas, todo lo cual ocupa un campo vasto que acusa lo espacioso de la antigua ciudad. Generalmente al describir estas portentosas ruinas copian los historiadores la descripción magnífica de Stephens; nosotros, más afortunados, la sustituiremos con la inédita de don José Fernando Ramírez, de la cual conseguimos una copia, y lo hacemos, no por excusar trabajo, sino por dar á conocer uno de nuestro más notable anticuario, resultado de la visita que hizo á Uxmal en 1865. Comienza su descripción por la Casa del Gobernador que ocupa el centro de las ruinas.

«Espalda de la Casa del Gobernador. Vista al poniente.—La esquina la forman cinco mascarones.

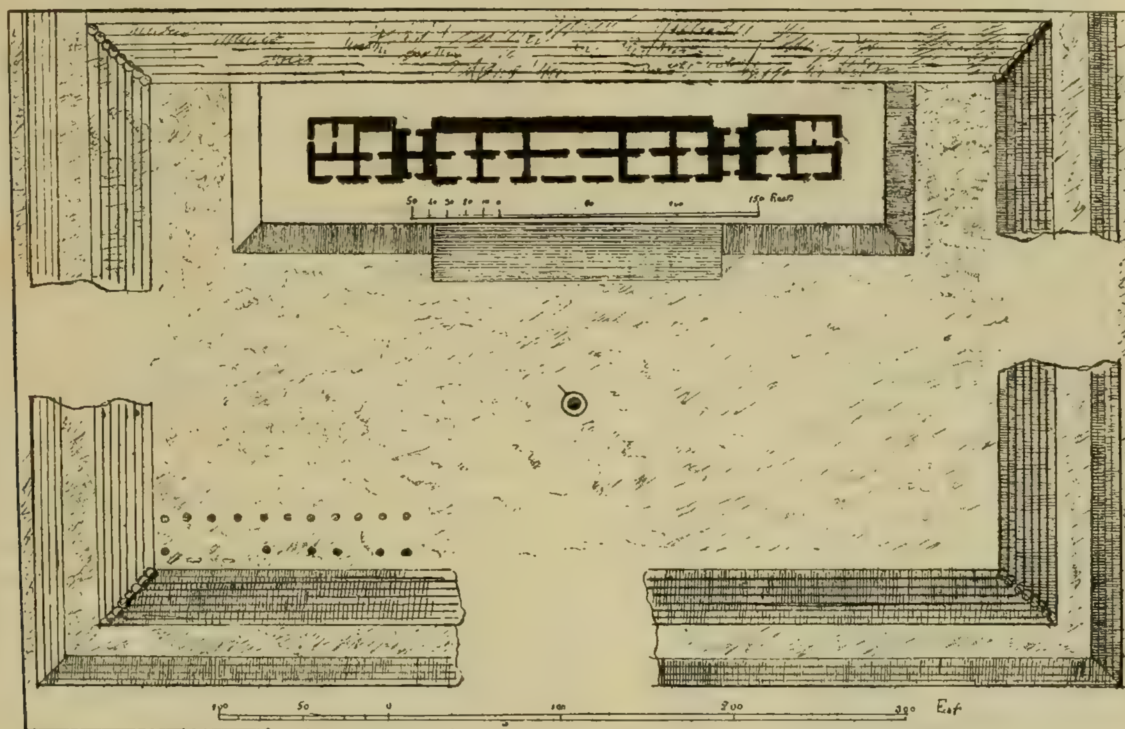


Uxmal —Vista desde el Gobernador, las Monjas y las Ruinas de anillos

La nariz corva está destruída. Tiene dos compartimientos separándolos la línea de los cinco mascarones.

El primer compartimiento es de grecas y cuadrados. Los cuadrados son siete por hilada. Los mascarones quedan entre dos hileras de figuras que parecen ser caracteres gráficos: cada hilada es de diez caracteres ocupando cada uno una piedra de 0,24 de largo y 0,21 de ancho. Cada línea de mascarones se compone de cinco sobrepuestos.

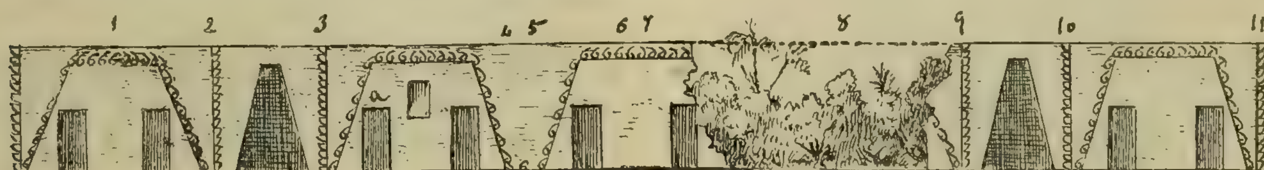
»Separa el primer compartimiento un arco y á los lados de su vértice hay dos mascarones. El resto de abajo son grecas, lo mismo que los costados. Aquí se ve una construcción posterior para hacer en el interior un cuarto pequeño de piedras sillares, que tiene 2,75 de fondo y 2,55 de ancho. Conserva el color verde de que estaba pintado.



Plano de la Casa del Gobernador.—Ruinas de Uxmal

»En las dos esquinas de la cornisa que forman los ángulos salientes, proyectan una cabeza que parece de serpiente y que tiene mucha semejanza con el *Cipactli* de los antiguos códices mexicanos.

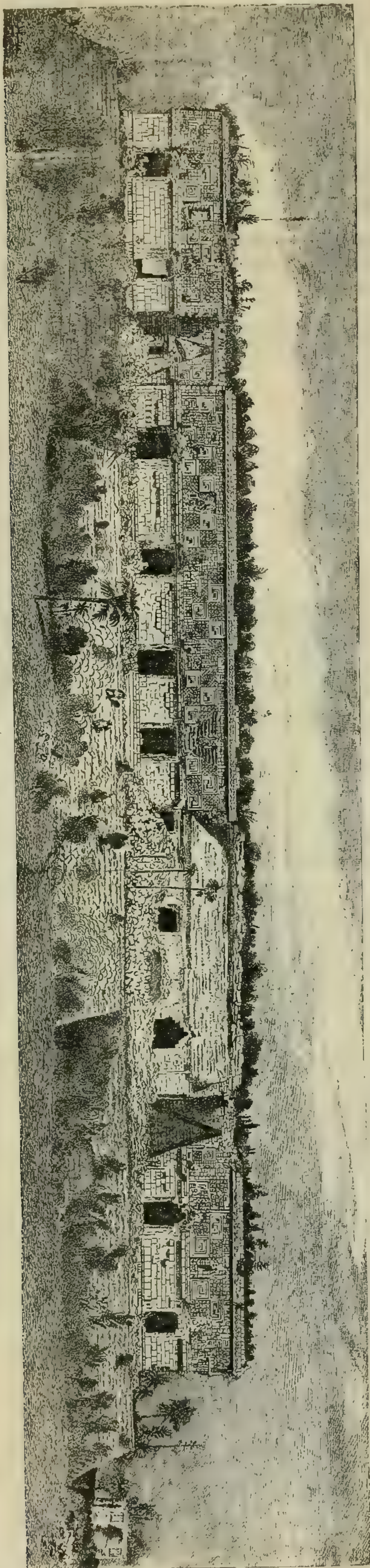
»La parte baja del edificio está de sillería muy bien labrada é incrustada en el edificio, adherida con una argamasa poco consistente, la cual sirvió para construir la pared. Esta es de un revoque ordinario. Sírvenle como de zócalo una ó más hileras de piedras sillares, siguiendo á ellas otra compuesta de cilindros de 0,25 de alto alternando con sillares. Los cilindros son cuatro por sección y los sillares tres.



»Este primer cuerpo remata en una cornisa que proyecta más de medio metro. El cuerpo segundo está cubierto con los mascarones, grecas y demás adornos arquitectónicos. Este segundo cuerpo (la parte que sigue del arco) es semejante al anterior, diferenciándose solamente en algunos de los adornos de los cuarteles que acompañan las grecas. Toda esta parte del edificio (lo que sigue de la fachada), casi igual en su construcción á la anterior, está arruinada. Ella manifiesta patentemente que el cuerpo superior ornamentado se agregó después sobreponiéndolo; mas como no se le dieron amarres con el antiguo, se deslizó. La misma suerte aguarda al resto sin que parezca haya probabilidad de evitarlo. De aquí resulta que el edificio primitivo era muy rústico y tenía la adjunta forma visto de perfil.



La parte señalada con puntos se rellenó y adornó. El exterior que hoy presenta es el de una pared de mampostería. A ella se le agregaron por dentro y fuera los sillares, á la manera que se hacen los revestimientos arquitectónicos con mármol. Todo lo arruinado se encuentra reunido formando una masa.


Fachada de la Casa del Gobernador

»La parte que sigue del edificio es igual á la anterior. En los mascarones quedan tres trompas íntegras con diez círculos de forma idéntica á los que los mexicanos usaban para la anotación de los días. De éstas hay varios fragmentos caídos, y en ellas, así como en otras, se ve una parte saliente ó espiga, que servía para fijarlas en el muro. Hay luego otra pieza pintada de verde como la ya descrita, y sigue el extremo sur, semejante al opuesto, variando sólo la disposición de los cuarteles. Por toda la parte superior del edificio se ve una cornisa que no está bien figurada en Catherwood.

»Fachada principal.—Da vista al oriente y está distribuída en las mismas secciones que su espalda, tomando como líneas ó puntos divisorios los dos arcos, que en esta parte tienen la misma construcción interior que los otros; esto es, la formación de una pequeña cámara cuadrangular.—Su zócalo sigue la misma idea así como las cornisas.

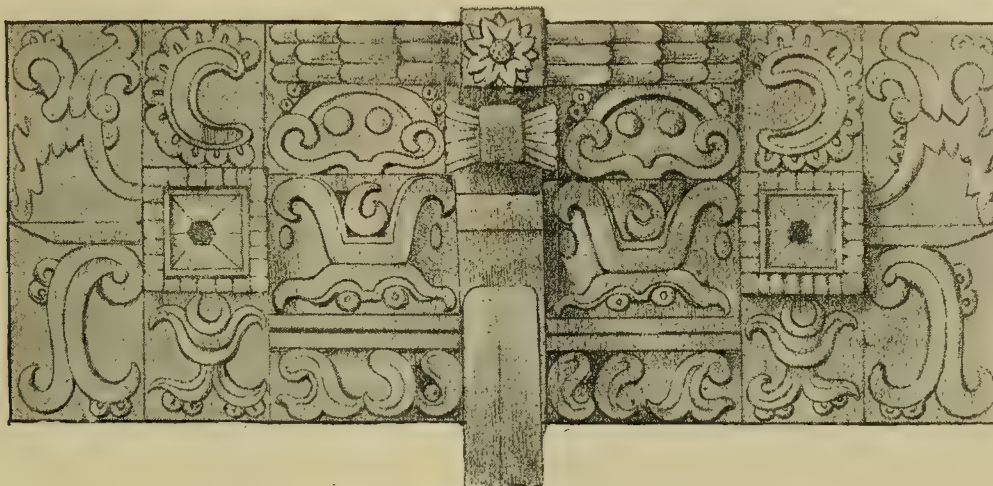
»Hacia este lado quedan las entradas del edificio compuesto de dos crujías y de varias cámaras que se comunican por una puerta. Las de la espalda no tienen otra luz que la refleja que reciben por la puerta exterior. La cámara del centro es la mayor y tiene tres puertas: las otras son de una sola.

»Secciones de la fachada. N. 1.—El mascarón típico se presenta aquí bajo la disposición que presenta la figura 6, formando una diagonal cuyo punto de partida comienza en la esquina, junto al mascarón que forma su base, rematando en la cornisa superior en línea recta con el centro de la primera puerta. Esta diagonal contiene cinco mascarones. Continúan éstos paralelos á la cornisa en número de cuatro, y el quinto es el extremo de la diagonal de mascarones, que corresponde también al centro de la segunda puerta, corriendo como la opuesta hasta terminar con el mascarón que forma esquina. A cada mascarón acompañan ocho piedras labradas con los caracteres que parecen gráficos, completando un paralelógramo. Los mascarones mismos están compuestos de piedras sueltas formando una especie de mosaico. En la composición de estos grupos se advierte un sistema uniforme.

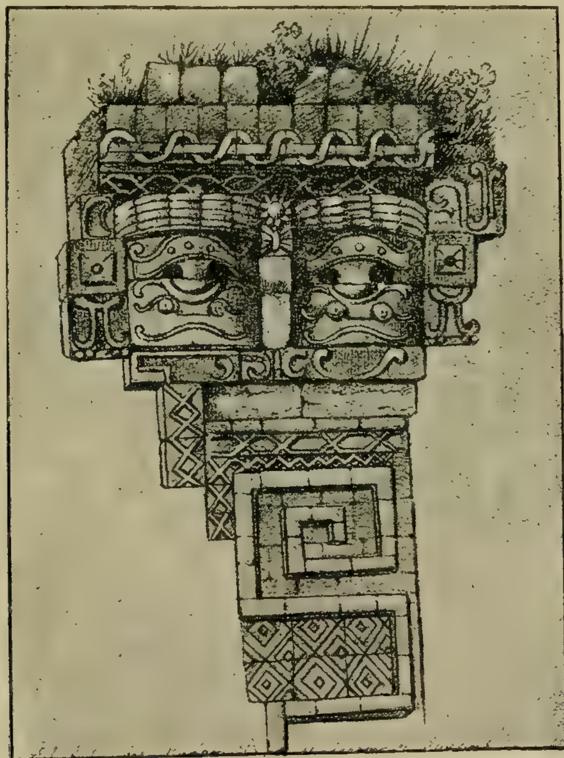
»Hé aquí su composición comenzando por la parte superior: Ésta contiene siete piedras de varias dimensiones: las tres de enmedio pertenecen al mascarón y le forman una especie de guirnalda, teniendo la del centro una flor de alto relieve. Las otras dos que quedan á cada lado son también de diferentes dimensiones, y pertenecen á los caracteres que reputo gráficos. Siguen perpendicularmente tres piedras correspondientes á las de la guirnalda, que sus dimensiones se ajustan y alínean con las inmediatas de caracteres, y aquéllas forman los párpados y cejas del mascarón. Tienen en relieve tres circulillos, y no dos, según se ve en la estampa de Stephens.

»Siguen perpendicularmente cinco piedras: las dos de los extremos son un cuadrado con un agujero circular en el centro, presentando algunas la particularidad de estar cerrado con un cilindro de piedra del mismo diámetro. Éstas corresponden á la segunda y sexta de caracteres. Las tres del centro representan los ojos y nariz ó trompa del mascarón.

»Siguen perpendicularmente siete piedras. Las de los extremos é inmediatas son de caracteres. Las tres del centro con las inmediatas superiores forman la boca, presentando figuras fantásticas que no tienen la de dientes, y más se asemejan á la que en algunas pinturas mexicanas representan nubes ó el aliento. Este mosaico compone el grupo y se reproduce en la línea diagonal de los mascarones antes descrita. Resta solamente examinar si los mascarones son los mismos en todos los grupos.

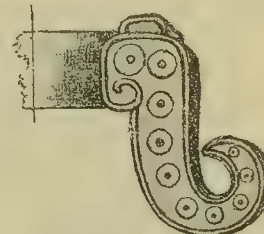


Casa del Gobernador.—Mascarón con su nariz



Espalda del Gobernador.—Mascarón y grecas

»Encima de cada puerta y en el intermedio había figuras talladas que han desaparecido. Sólo queda en la puerta primera la cabeza y mandíbula superior de una serpiente con penacho, cayéndole á los lados unos colgantes de plumas. De la del medio sólo resta una especie de festón ó sarta de flores, sirviéndole de fondo un colgante de plumas. De la segunda nada queda.

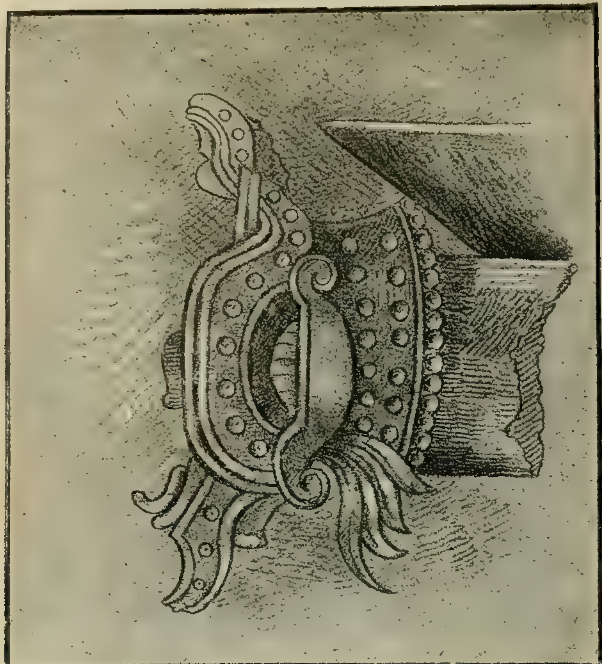


Nariz de los mascarones del Gobernador



Espalda del Gobernador.—Ornamentación

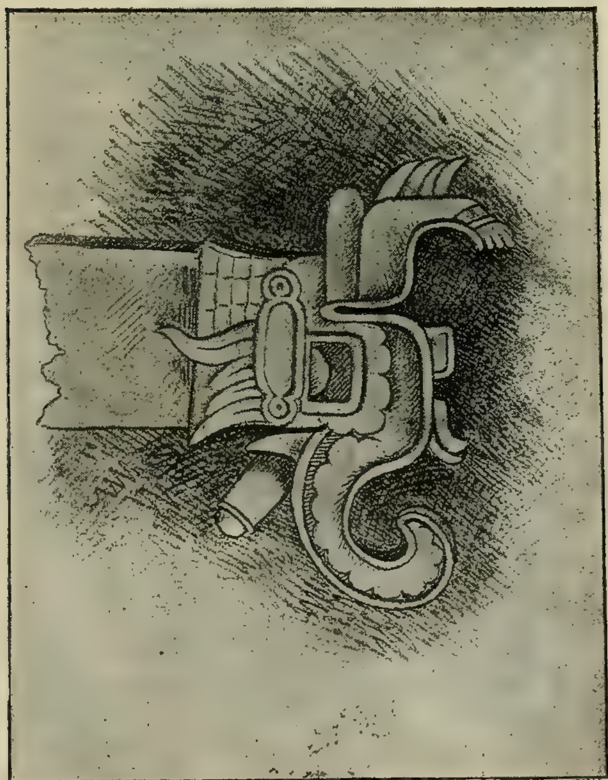
»El arco con sus líneas perpendiculares es de cinco mascarones, en todo correspondiente al arco de la



Espalda del Gobernador.—Escultura ornamental

espalda del edificio. También se construyó en él la pequeña cámara.

»En el número 3 comienza el cuerpo principal del



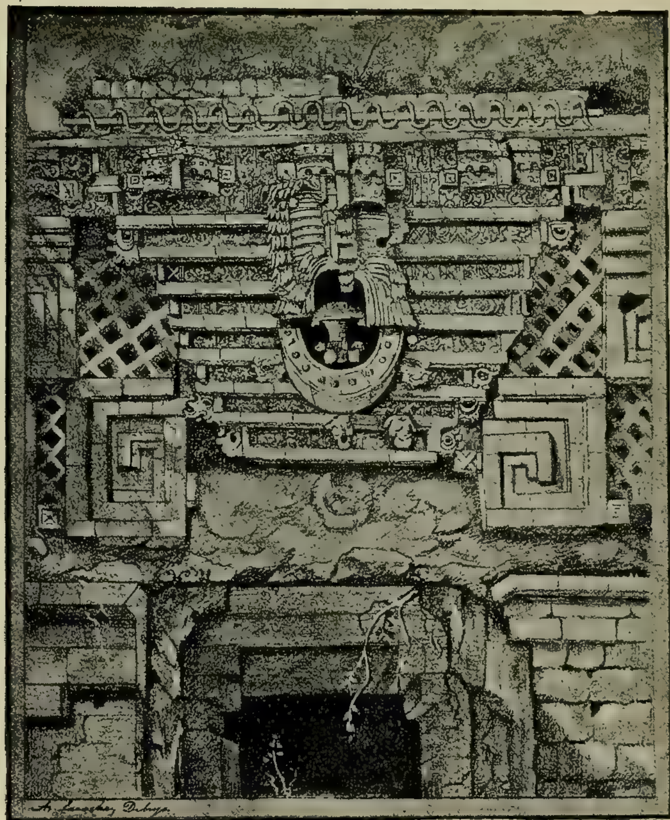
Espalda del Gobernador.—Cabeza de serpiente

edificio, y entre éste y el número 4 se encuentran dos puertas que dan entrada á dos cámaras dobles, abarcándolas también las líneas diagonales de mascarones en la misma forma que á las dos puertas antes descritas. Así como en éstas había figuras grabadas; mas de ellas sólo queda en la puerta *a* un resto de penacho colgante con plumas: entre las dos puertas una cabeza de ave fantástica, semejante á la conque los mexicanos pintaban á *Ehécatl* y á *Quetzalcoatl*. Esta figura lleva un gran



Espalda del Gobernador.—Boca de serpiente

penacho, y descansa sobre otra cabeza que no puede discernirse á la clase que pertenezca por estar mutilada, y tiene también grandes penachos que sirven de fondo á la otra.—Debajo de ésta hay una figura humana asentada; mas le falta la cabeza y el resto del cuerpo está



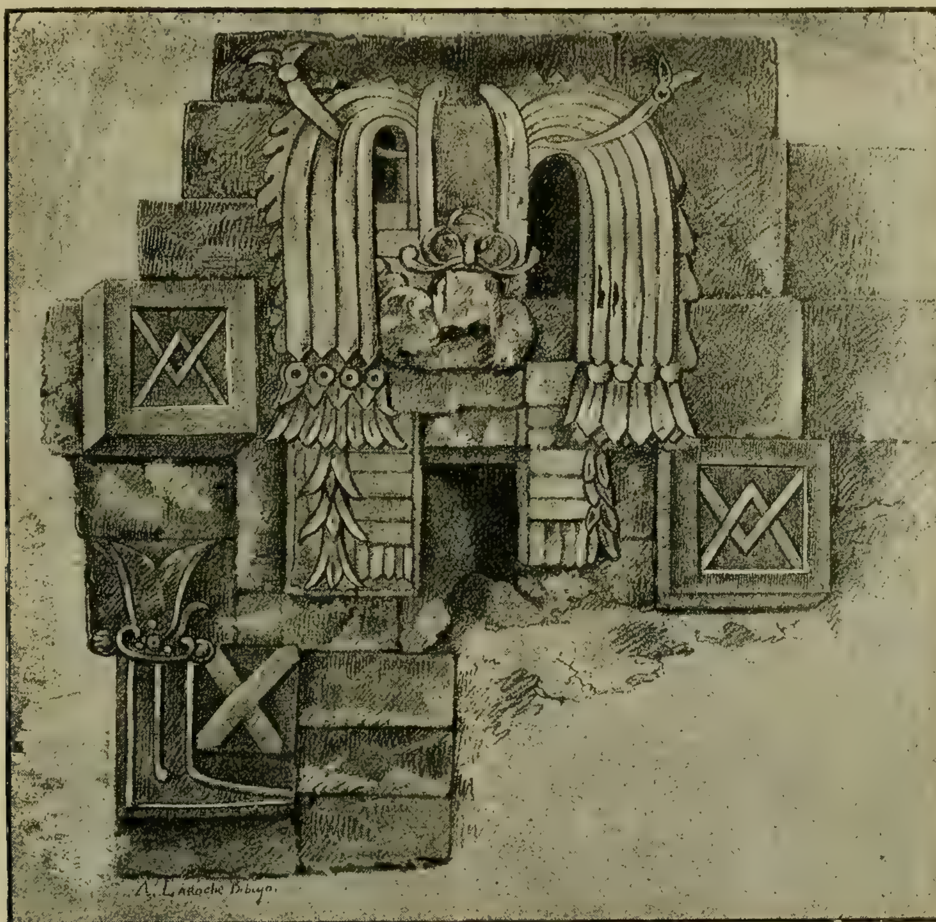
Casa del Gobernador. Uxmal.—Puerta central

tan mutilado que no se puede reconocer con perfecta seguridad la postura que guardara.

»Después de la línea oblícua de mascarones que termina en el número 4, sigue inmediatamente á él en línea un mascarón marcado con el número 5.—Sigue de la misma manera otro que forma la base de una nueva

línea oblícua ascendente, como las precedentes, también de cinco; pero el quinto no termina como aquéllos, en el centro de la cuarta puerta, sino perpendicular á la mocheta derecha de la quinta puerta. Ésta pertenece al gran salón del edificio. Los mascarones continúan en línea y paralelos á la cornisa superior en número de cuatro, correspondiendo el tercero á la puerta central del edificio, siéndolo igualmente del salón mayor, ó mejor dicho, único que existe en Uxmal, pues mide veinte varas diez y seis pulgadas.—Éste tiene tres puertas, siendo la número 7 la del centro.—El resto del edificio, esto es, su parte superior ornamentada, ha caído completamente, notándose en ella, lo mismo que se observó hablándose de su espalda, que fué una obra agregada.—Es probable que el tercer mascarón, que dije pertenecía á la puerta central del edificio, perteneciera á una serie de 5, y que lo arruinado fuera una repetición de la otra parte, pues corresponde exactamente á la mitad de la sección central del edificio.

»8. Parte arruinada.—9, 10. El arco. Idéntico al lado opuesto del edificio.—10, 11. Cuerpo opuesto al norte del edificio y con el cual termina. En su sistema



Casa del Gobernador.—Puerta lateral

es idéntico al otro. Las figuras que ocupaban lo alto de las puertas y el intermedio están destruídas, quedando en dos solamente fragmentos de penachos y el de una cabeza que no se puede clasificar.

»El edificio se compone de dos crujías y las cámaras del frente se comunican con otras interiores. Sus dimensiones se pondrán adelante.—Todas son de la bóveda común. En el umbral se ven restos que indican había anillos de piedra que podían servir para poner cortinas.—Las cámaras son de dimensiones varias, y en todas hay agujeros que parecen destinados para colocar hamacas.

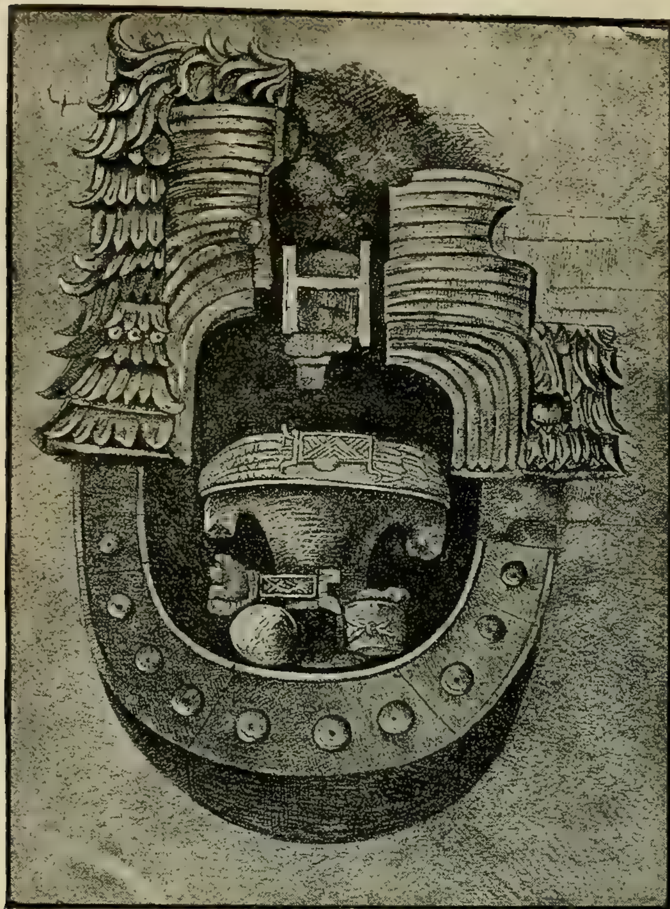
»La Casa del Gobernador está sobre una pirámide de cuatro relejes. El primero poco ancho; el segundo mucho, en el cual está la piedra llamada *picota:* sobre el tercero, bastante ancho, se levanta el cuarto cuerpo con una escalera y en él está el edificio. Poco más ó menos son las plataformas de la espalda del edificio.

»Cabecera norte.—Tiene dos secciones: en las esquinas y centro mascarones. La esquina del oriente está destruída. Los cuarteles de cuadretes son iguales á los antes descritos. Tiene una puerta que corresponde á la crujía interior y da entrada á una cámara que tiene seis varas seis y media pulgadas de largo por tres, trece de ancho. Comunica con otra de igual dimensión.—Continúa el zócalo de sillares y cilindros.

»Cabecera sur.—Semejante en su disposición á la del norte.»

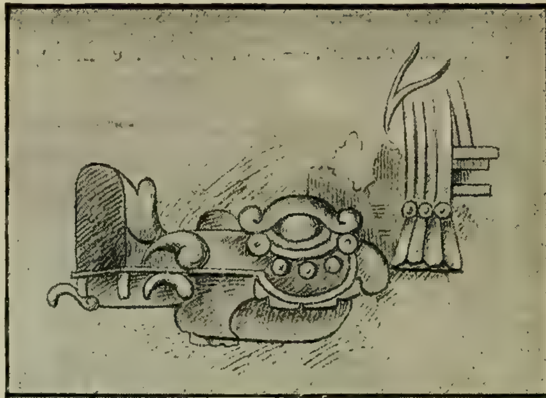
Hasta aquí la importante descripción de la Casa del Gobernador, hecha por el señor Ramírez. Agreguemos

algunos datos interesantes de la de Stephens, y otros particulares que tenemos.



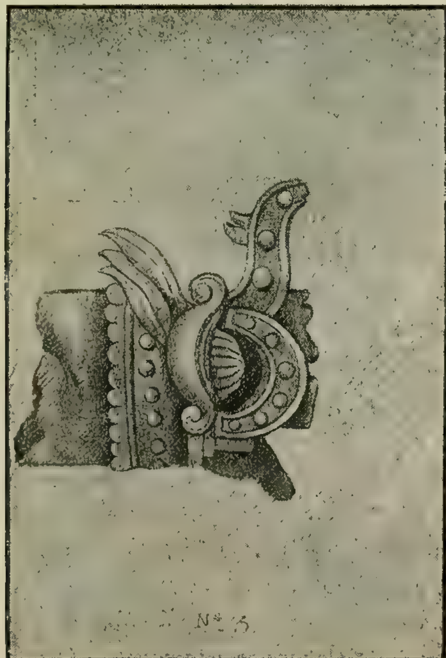
Ornamentación de la puerta central del Gobernador

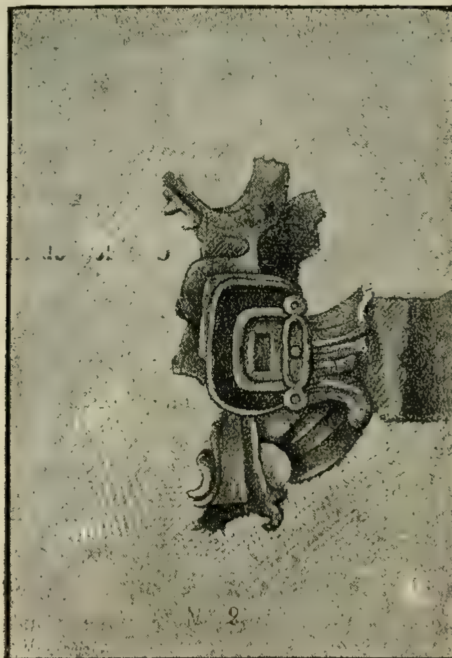
La Casa del Gobernador mide trescientos veinte piés de largo, y los costados son de treinta y nueve cada uno. Tiene once puertas en el frente y una, como se ha dicho, en cada costado. Los dinteles eran de recia madera de zapote y están completamente destruídos. A su destrucción, causada sin duda por el mucho peso que sostenían, se debe la de los muros derrumbados, que sin esta circunstancia se conservarían en muy regular estado. Debemos agregar que es gala hacer chucherías para obsequio, de los pocos dinteles que han quedado: sobre nuestra mesa tenemos una regla y una plegadera de ese origen.



Casa del Gobernador.—Puerta número 1

De las tres puertas del centro que quedan frente á la escalinata, la del medio tiene ocho piés, seis pulgadas de ancho, sobre ocho piés y diez pulgadas de elevación: las demás son de la misma altura, pero de dos piés menos de ancho. El salón central está dividido en dos corredores por una pared de tres piés y medio de grueso, con una puerta de comunicación entre ambos de las mismas dimensiones que la de entrada. El plan es el mismo que el del corredor de Palemke; pero aquí ni recorre toda la extensión del edificio, ni el corredor posterior tiene puerta de salida. Los pisos son de piedra cuadrada

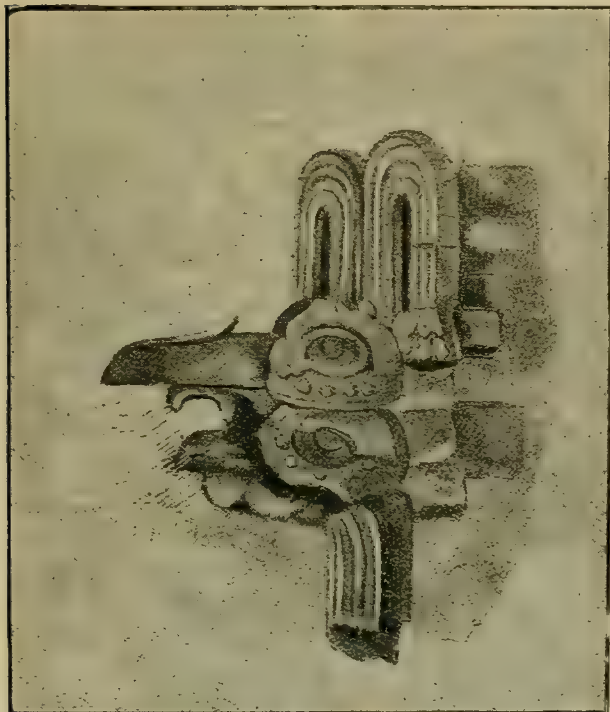




Casa del Gobernador frente al oriente.—Fachada principal 2 y 3

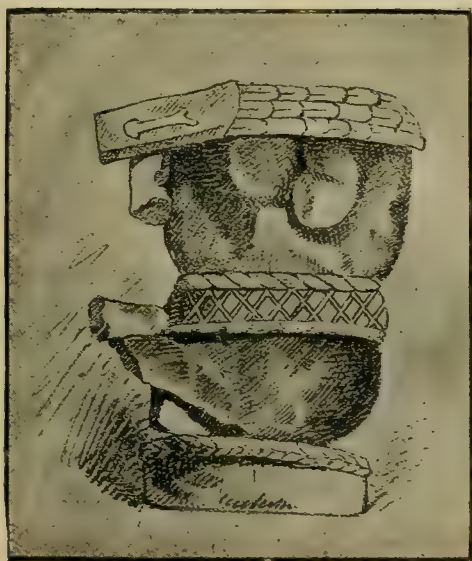
y lisa, y el centro de las paredes de grandes piedras unidas con mezcla. El techo es de bóveda triangular sin clave como en Palemke.

Las cámaras de ambas alas corresponden exacta-



Casa del Gobernador.—Entre las puertas 3 y 4; cabeza de serpiente

mente en tamaño y dirección, y conservaban en los adornos la misma uniformidad. Algunas paredes estaban bruñidas de estucos brillantes; las demás son de piedra labrada lisa. Stephens habla de uno de los dinteles de



Casa del Gobernador.—Entre las puertas ? y 4

madera derribados, en el cual había esculpidos jeroglíficos. Agreguemos que las narices ó trompas de los mascarones miden un pié siete pulgadas, desde la espiga conque están fijados hasta el fin de la curva.

Mas lo que mayor grandeza da á la Casa del Gobernador es la estructura piramidal sobre que está levantada, sin duda una de las más grandiosas que conocemos. El primer terrado es de unos seiscientos piés de largo y de cinco de altura, deja alrededor un espacio ó escalón de veinte piés de ancho y se eleva encima un segundo cuerpo de cincuenta y cinco piés de altura por quinientos cuarenta y cinco de largo. Estos terrados son de piedras cortadas, y el segundo, al cual da Brasseur doscientos cincuenta piés de ancho, forma una magnífica esplanada al oriente del palacio: en su esquina sudeste hay una hilera de columnas de diez y ocho pulgadas de diámetro y tres ó cuatro piés de altura, que se extiende como cien piés á lo largo de la plataforma; lo que parece indicar que todo alrededor había una gran columnata como la de Chichén. En el centro existe un pilar redondo y roto: Brasseur lo supone Falos colosal; nosotros nos contentamos con creerlo

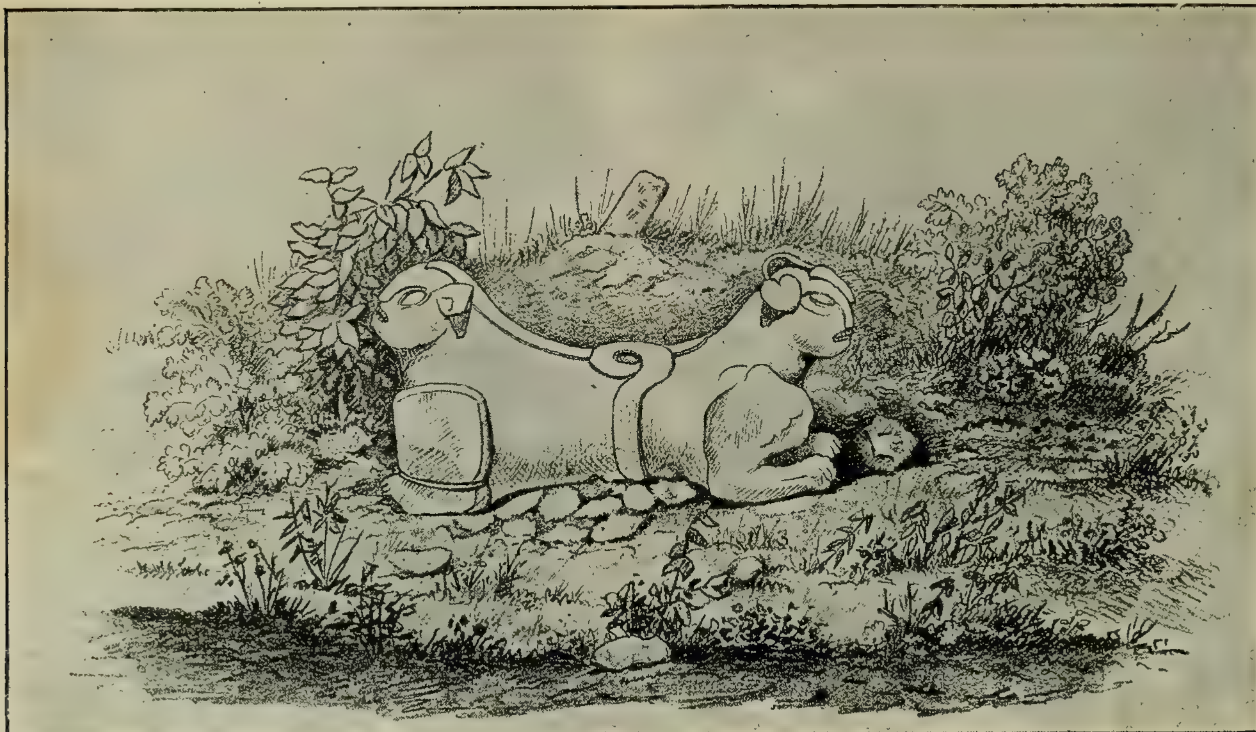


Costado sur de la Casa del Gobernador

piedra de sacrificios, pues ya sin duda se había introducido ahí por los tolteca la forma de tajón que veremos usada por los mexica. Ya ahora nos explicamos perfectamente el objeto de esa gran esplanada. Celebrábase en el centro el sacrificio, alrededor se bailaba la danza sagrada, el pueblo contemplaba la festividad en las columnatas y el ahau Tutul Xiu presidía á pueblo y ceremonia desde su elevado y magnífico palacio. Es muy notable que en un montón de tierra de forma cónica que había en la esplanada encontrase Stephens un lince ú *océlotl* de dos cabezas, semejante al que servía de asiento al Hermoso Relieve de Palemke. Cree Stephens que fué enterrado de propósito por los habitantes de Uxmal: nosotros creemos ver más, el cambio de religión. Esta escultura es monolítica y mide tres piés dos pulgadas de largo por dos de anchura. La escultura es tosca y se halla bien conservada, con excepción de uno de los piés que está algo roto.

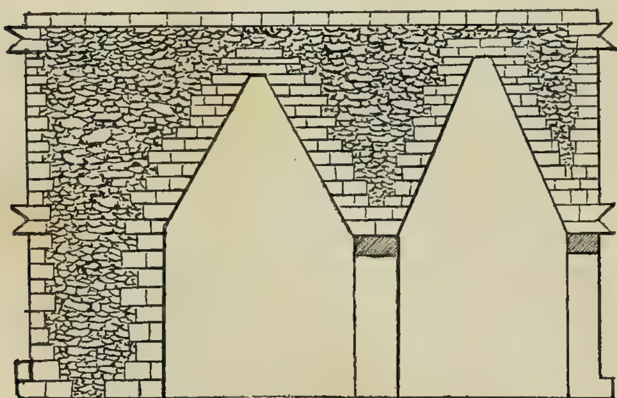
Aunque el señor Ramírez habla de un tercer

terrado anterior al del edificio, los demás viajeros dicen que de la *picota* hay una banqueta de losas que lleva á una escalera que sube por el tercer terrado en que está el palacio, terrado que mide diez y nueve piés de altura, treinta de ancho y trescientos sesenta de largo. Brasseur cree que han existido otros edificios á los dos lados de este terrado, formando como dos alas pegadas al cuerpo principal, de las que apenas hay visibles algunos restos. Las columnatas y el objeto lógico de la esplanada excluyen esta idea. El que sean tres ó cuatro



Escultura de un doble océlotl

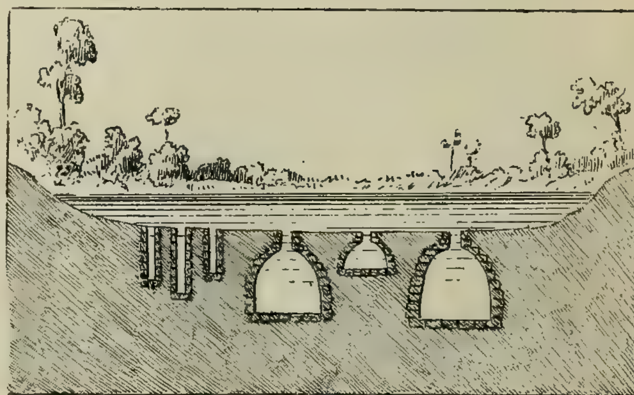
los terrados ó relejes, como dice el señor Ramírez, depende, en nuestro concepto, de que esta pirámide, como las de Palemke y Teotihuacán, está construída en una colina; de manera que la diferencia de nivel puede hacer que por el lado en que el suelo está más bajo,



Sección de la Casa del Gobernador

haya un releje más para que todo el edificio quede nivelado.

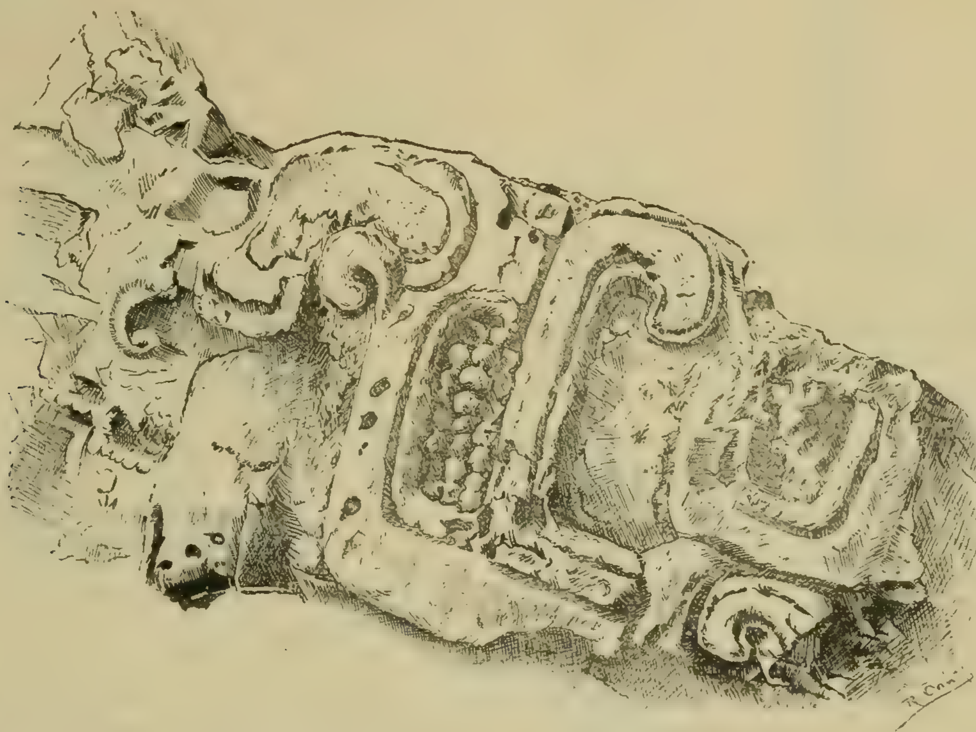
Según nuestra opinión, subían por el primer terrado á oriente, norte y sur, y después por el segundo hasta la esplanada, escaleras hoy destruídas; la que llega al frente del palacio, subiendo por el último terrado, es de treinta y cinco escalones de ciento treinta piés de ancho. Según Brasseur, en el lado oriental de la pirámide hay varias cisternas, y en el occidental aposentos abovedados, de que no tenemos más dato que su dicho, y de los que ninguna mención hace el señor Ramírez, que estuvo habitando en el mismo palacio.



Aguada

Pero mucho nos deben llamar la atención las cisternas, cuya existencia había ya sospechado Stephens; pues sabemos que desde la punta de la península hasta Chanpotón no hay ríos, y que por lo mismo buscaron sus antiguos habitantes poblar á inmediaciones de los cenotes; pero no habiéndolos en Uxmal, fué preciso surtir de agua á la ciudad con *aguadas*. Brasseur nota

que la disposición particular de aquel suelo, dió lugar á hacer un gran número de éstas; lo que unido á la gran extensión de terreno que ocupan las ruinas diseminadas alrededor de las principales que estamos describiendo, acreditan una gran población para la ciudad. Nómbranse á estas aguadas *acal* en lengua maya, nombre introducido sin duda por los tolteca, pues es voz nahoa que significa *casa de agua* y que expresa perfectamente su destino. Brasseur juzga que tales aguadas, por ser en gran número, se combinaban con las obras de defensa de la plaza. En los patios y sobre los diferentes terrados de los monumentos se encuentran numerosas cisternas análogas á las aguadas: son generalmente de forma redonda y bastante parecida á la de los garrafones, variando de cinco á seis metros de diámetro por una altura igual: están cubiertas en lo interior de un estuco ó argamasa de bastante dureza, el cuello es como de una botella grande y varía de setenta á noventa centímetros de ancho: las cisternas se tapaban con una piedra redonda como de molino. Sus aberturas ó bocas se encuentran á la superficie del suelo de los terrados ó patios en que están formadas, y tenían además conductos de piedra de doce á quince centímetros de ancho con una altura análoga, que servían para llevar el agua llovediza de los techos de los edificios, por el interior de los muros y bajo la superficie del patio, al medio del cuello de los botellones, por donde caía á las cisternas. A veces había



Ornamentación de la torre sur de Comalcalco (Potonchán)

en los patios conductos más extensos y descubiertos, á manera de estanques, adonde se juntaba el agua que rebosaba de las cisternas, la cual por nuevos conductos descendía á otros patios ó edificios de más bajo nivel. Une Brasseur á la idea que de las lluvias fecundantes daban las aguadas, los falos, símbolos de fertilidad, que en diversas partes de la ciudad arruinada se encuentran, y llama la atención sobre los que parecen haber servido de canales en la fachada septentrional de *Las monjas*, y sobre todo del que se elevaba en el centro del patio del mismo edificio, esculpido groseramente, de tres metros de circunferencia y de siete á ocho de altura, siendo de notar que estaba precisamente encima del cuello de una de las más grandes cisternas.

Réstanos, antes de tratar de los otros edificios, esclarecer el punto importante de las dos construcciones de la ciudad, pues ya hemos indicado que hay superestructuras posteriores á las primeras obras.

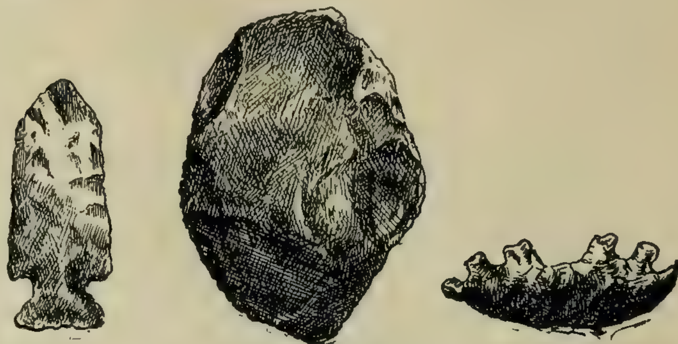
Comencemos por decir que las construcciones primeras fueron semejantes á las de Palemke y hechas por una raza hermana, y que las reformas hechas en ellas fueron obra de los tolteca; de donde inferiríamos que éstos ó no estuvieron en Palemke ó su influencia fué menor que en la península. Para explicarnos fijemos los caracteres de las dos arquitecturas: palemkana, muros de piedra y mezcla revocados de estuco, bóvedas triangulares, techos inclinados y ornamentación también de estuco; tolteca, revestimiento de los muros con piedras labradas á manera de mosaico, como se ve en Mitla, ó figurando mascarones como los ídolos tzapoteca y como lo indican las pilastras de Teotihuacán, y techos planos formados de vigas sobre paredes verticales ricamente ornamentadas. Una y otra cosa encontramos en Uxmal; si quitamos sus revestimientos á los edificios, quedan de forma palemkana, y entonces nos explicamos el *océlotl* de dos cabezas enterrado al llegar una nueva

raza con una nueva religión; pero esta misma nueva raza, siguiendo sus ideas propias en arquitectura para tener techos planos y paredes verticales, rellena los inclinados; y después reviste de piedra bóvedas y muros, y adorna lo exterior de éstos con admirables mosaicos en que dominan los mascarones con trompas; ornamentación que trae su origen de la de Teotihuacán, que se muestra reformada en Comalcalco y que alcanza su última expresión en las grecas de Mitla y rostros geométricos de los ídolos tzapoteca de la segunda época y en



Cuchillo de pedernal con mango de madera

las ruinas mayas de que nos estamos ocupando. Brasseur cree que los primeros constructores eran más inteligentes: nosotros opinamos lo contrario; el uso de la piedra labrada revela superioridad, y tanta, que muchas veces se han preguntado con asombro los escritores de qué instrumentos pudieron valerse aquellos indios para construir tan admirables monumentos. Algo hemos dicho ya sobre esta materia: sabemos que se servían de hachas durísimas de serpentina y diorita para labrar las piedras, hachas que apenas hace dos años ha encontrado en uso M. Charnay entre los lacandones; hablamos ya de los cinceles de cobre; pero como es esta materia tan curiosa añadiremos algo sobre otros instrumentos que en los museos se han recogido y de que tenemos algunas noticias.



Instrumentos cortantes

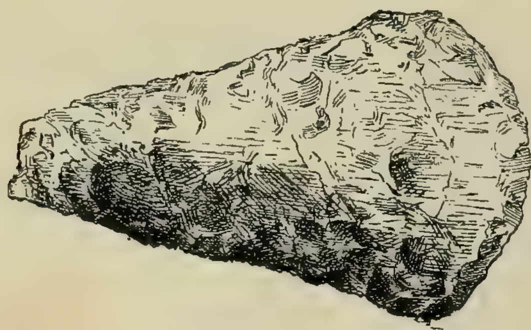
Entre los de piedra sin pulir llámanos la atención un cuchillo de pedernal con mango de madera, instru-





Instrumentos en forma de hoja

mento que evidentemente servía para hacer los bajo-relieves que en zapote, tepeguaje y otros palos muy duros hemos visto, siendo muy notables en este estilo





Instrumentos para cavar

dos pequeños *teponaxtli* del Museo. Podemos citar como un dato oportuno que dichos cuchillos se han encontrado todavía en uso entre los *pai-utes*.

Objetos parecidos han debido tener varios instrumentos cortantes, también de piedra sin pulir, que se han encontrado en diversas localidades, siendo entre ellos muy curiosos algunos que tienen forma de hojas de árboles. Otros toman diversa hechura, ya la natural que quedaba á la piedra al quebrarse, ya la de cuchillo ó plegadera, ya la de tajadera, como si el instrumento hubiera de completarse con un mango á propósito.

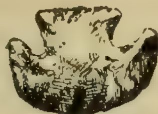
Hay entre estos instrumentos algunos que se ve claramente que estaban destinados para cavar, y que debieron emplearse con gran provecho en las construcciones piramidales de tierra, en los terraplenes ó *mounds* y en todas las obras semejantes. Unos indican por su

figura que tenían un mango que seguía la misma línea del instrumento, y por lo tanto éste se empleaba cargándose en él el trabajador; mientras que otros indican que el mango se adhería en ángulo recto y se usaba de ellos á golpe.

Todavía tenemos de piedra sin pulir otros dos ins-



Perforador



Rascador

trumentos que se encuentran fácilmente, y que tanto han podido servir para labrar las pequeñas piedras de los edificios, como especialmente los objetos que servían para gargantillas y otros adornos. Queremos hablar del perforador que termina en una punta aguda, como es natural, y del raspador que tiene un filo de media luna:



Azuela



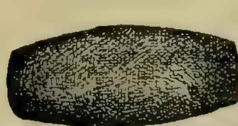
Cincel

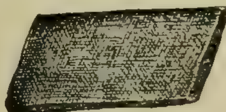


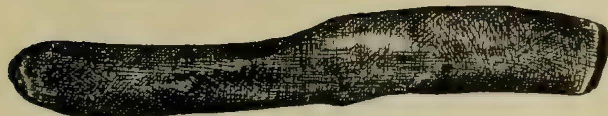
Gubia

todavía hoy usan éstos los esquimales con mangos de hueso ó de madera.

Entre los instrumentos que han sido pulidos á su vez, podemos citar algunas azuelas, cuya punta se ha labrado cuidadosamente y que se adhieren á un mango de madera; cinceles pequeños de forma perfecta, empleados sin duda en obras finas, y gubias con su cavidad







Pulidores

bastante bien hecha, que según opiniones servían principalmente para hacer canoas, pero que han debido servir igualmente para otras obras de madera y aun para algunas de éstas que en las construcciones se empleaban.

No menos importantes eran para la conclusión y belleza de sus fachadas de piedra y de sus ídolos los pulidores; y ya hemos visto cómo por el frotamiento hacían de tal manera parejas las caras de las piedras, que bastaba esto para unirlas sin necesidad de mezcla:



Cedal



Tallador



Plomada

procedimiento usado indudablemente en los mosaicos de grecas de Mitla.

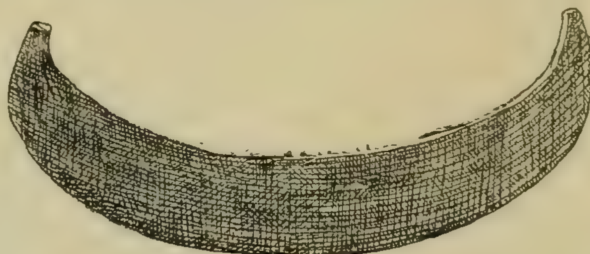
Parece que igual objeto tienen unas piedras pulidas y á veces labradas, con una canal alrededor, que han sido clasificados como talladores en el Instituto Smithsoniano.





Moledores

En el Museo de México hay muchos y variados ejemplares; y más bien hubiéramos creído que servían de plomadas para las construcciones, tanto más cuanto que otros utensilios han sido reconocidos como tales por

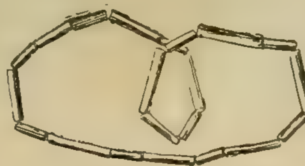


Adorno de cobre

el mismo Instituto, si bien á uno lo califica de cedal para pescar.

Podemos agregar unos moledores de piedra pulida que han servido para hacer pinturas y estucos, comple-







Adornos de conchas

mento de los morteros, y de los que se han encontrado ejemplares muy finos en Alaska.

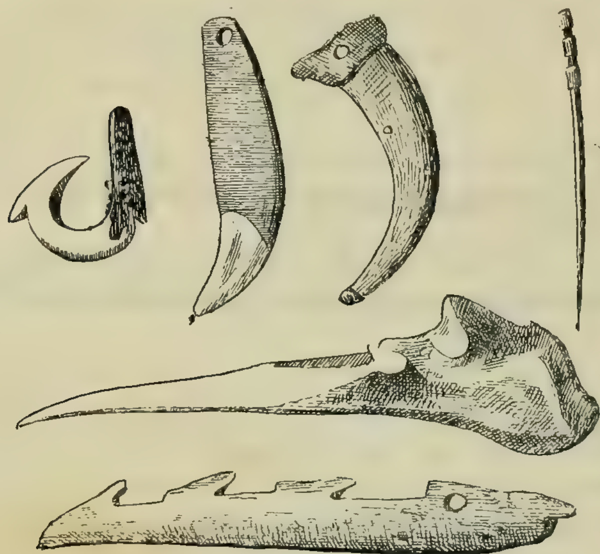
A más de los instrumentos de cobre de que ya

hemos hablado, se encontró una especie de gran tajadera; pero mayor estudio convenció de que era un adorno para



Vasija hecha de un caracol

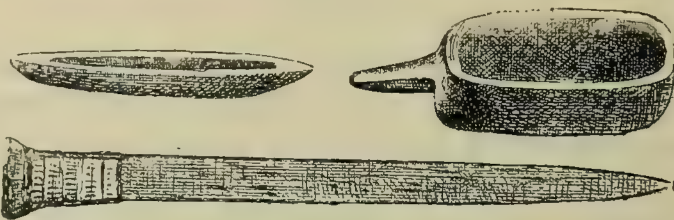
poner en el pecho. No debemos olvidar que los indios usaban para adornarse de todo lo que les llamaba la



Objetos de hueso

atención, y así es fácil tomar por utensilios lo que no eran sino adornos de sus personas. Podemos decir esto muy especialmente de los mayas, que lo mismo se servían de objetos de cobre que de semillas ó conchas perforadas, aunque algunas de éstas sí se empleaban como utensilios, y sabemos de un caracol que está clasificado de vasija.

De hueso se han hallado también algunos utensilios importantes. Podemos citar un anzuelo, una aguja, unos dientes de oro perforados que de colgajos se han clasificado, pero que nos parece que han debido emplearse en algún objeto práctico; y agreguemos además un punzón ó cuchillo y harpones en forma de sierra, que juzgamos que pudieron muy bien emplearse con este objeto.



Objetos de madera

Tenemos, en fin, utensilios de madera, entre ellos uno á manera de espada.

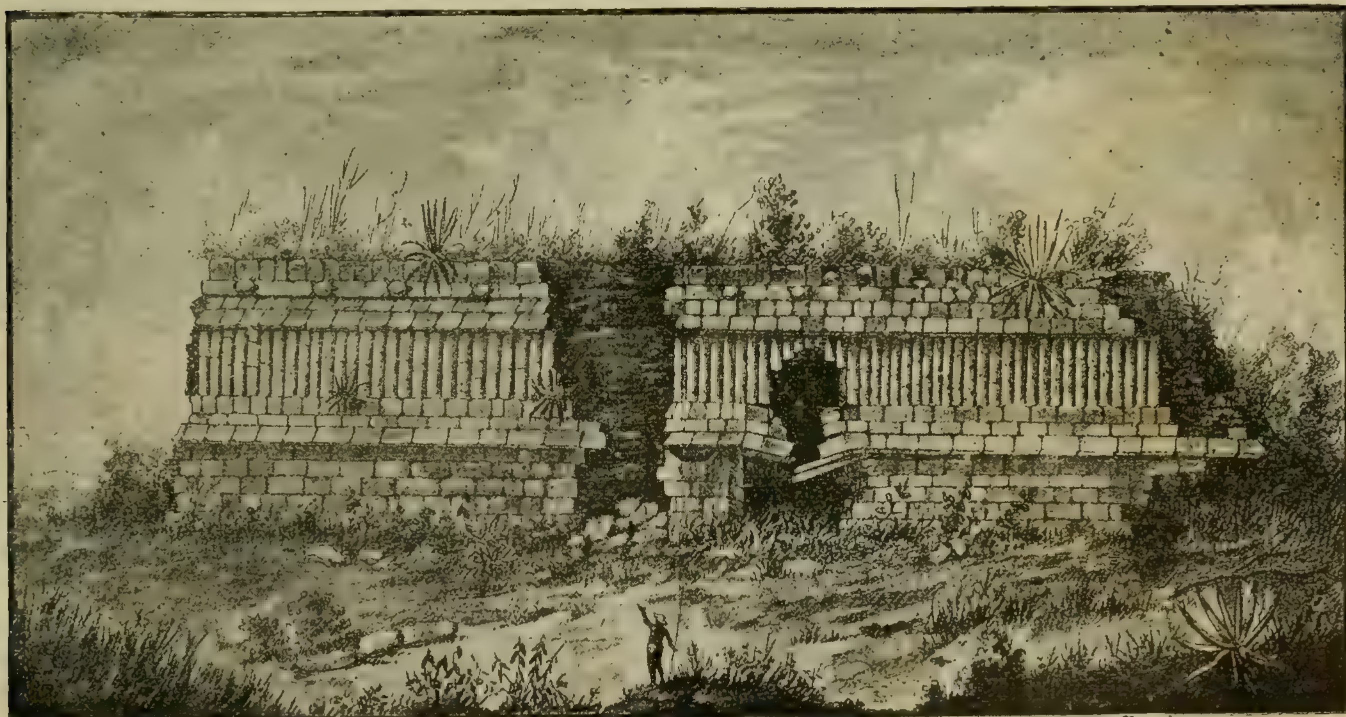
La verdad es que no hay datos seguros para precisar el empleo de cada uno de esos instrumentos: cada cual les encuentra su objeto según que les ve la forma más apropiada para el destino que les da. Creemos que es ya mucho adelanto haberlos conocido y coleccionado; y que cualesquiera que sean los errores de su clasificación, por lo menos patentizan que nuestros antiguos indios supieron hacer toda clase de instrumentos de los materiales que á mano tenían y que lograron emplearlos ventajosamente, lo mismo en las necesidades más comunes de la vida que en la construcción de sus prodigiosos monumentos.

CAPÍTULO VII

La Casa de las Tortugas. — El Juego de Pelota. — Reformas introducidas en la cronología. — Opiniones diversas sobre los períodos mayores. — La rueda de Landa. — Las del Cuch-Hab y del Buk-Xoc. — Nuestro sistema. — Los trece períodos de á veinte años. — Su combinación con los Bacab. — El período máximo de 1040 años. — Confirmación del significado cronológico de la cruz. — Perfección del sistema maya. — La Casa de las Monjas. — Fachada del sur. — Los nichos. — Ala segunda. — Ala tercera. — Figura de rodillas, en relieve. — Ala cuarta. — Trompas invertidas. — Acueductos — El eco. — Ruinas de construcciones inmediatas. — Ruinas del patio. — Ala posterior. — Reforma del arco. — Variedad de mascarones del ala tercera. — Pirámide del Adivino. — El edificio. — La ornamentación. — La cámara inferior. — La escalera. — Destino de este templo para los sacrificios humanos. — Pormenores de la pirámide del Gobernador.— El gran atrio intermedio. — Casa de los Pájaros. — El gran mascarón de la puerta del Adivino. — Detalle de la Casa de las Monjas. — Cámaras. — Muros del Tlachtli. — Casa de las Palomas. — Pirámides laterales. — Fundición de la soga. — La casa de la Vieja. — Leyenda del Enano. — Guerras. — Destrucción de Uxmal. — Ruina de Mayápan. — Mami. — Ultimos sucesos de la península.

Sobre la extremidad noroeste del segundo terrado del Palacio de los Reyes ó Casa del Gobernador, se eleva un edificio menor llamado *Palacio de la Reina* ó *Casa de las Tortugas*. Dice el señor Ramírez:

«Casa de las Tortugas—Presenta el mismo sistema de construcción (que el Palacio descrito); pero es notable la forma de sus piedras. (Entran en ángulos unas dentro de otras). Este edificio contenía tres crujías, siendo su comunicación por el centro. La cornisa tiene siete tortugas de piedra, algunas completas. Faltan las de la parte arruinada.—No hay el enlosado de que habla Waldeck.



Casa de las Tortugas

»La cabecera que mira al oriente, enteramente arruinada, manifiesta que formaba una sola cámara doble, siendo su longitud la latitud de las crujías. El interior presenta los mismos agujeros que se supone servían para las hamacas. En la pieza doble interior hay, y en la cabecera que mira al sur el piso está

elevado, 40 en una extensión de 1,70, ocupando toda

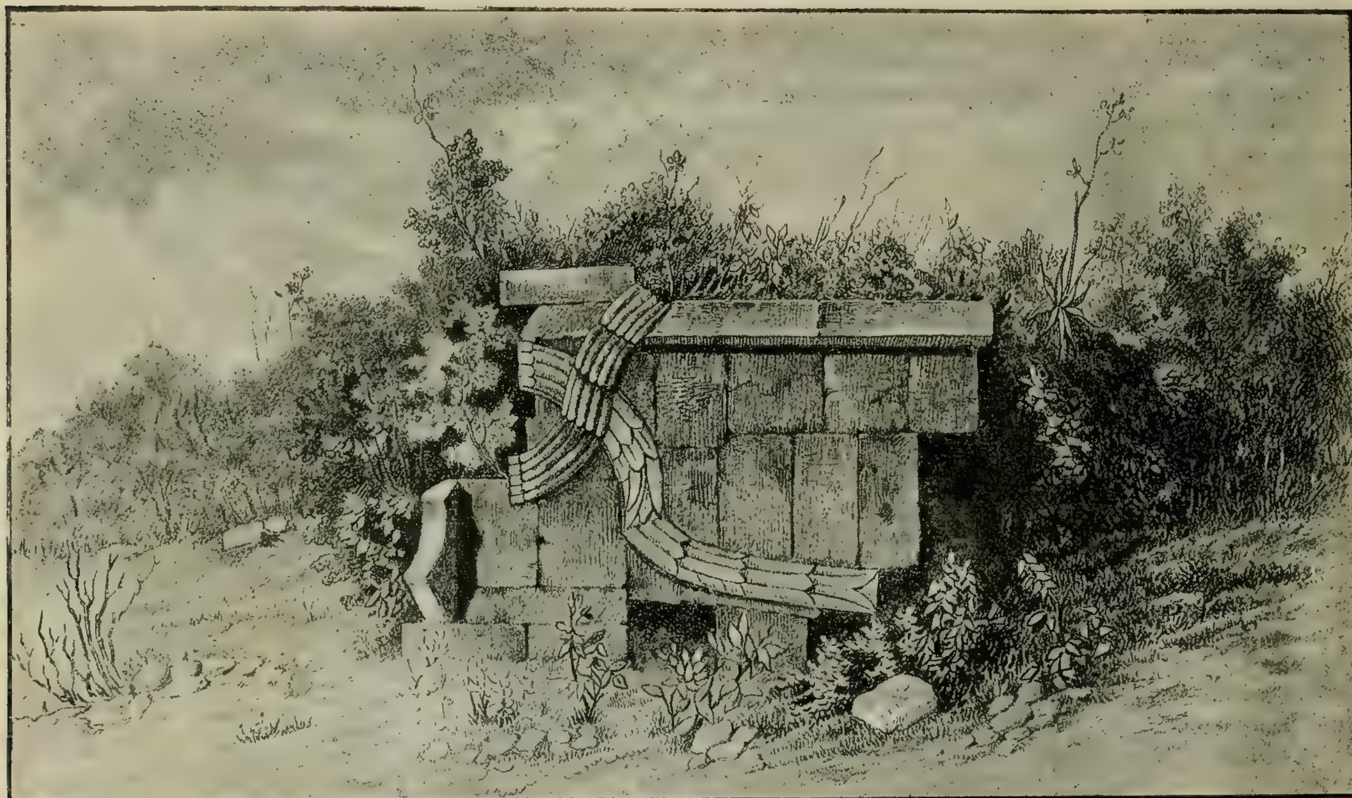


Plano de la Casa de las Tortugas

la cabecera. La opuesta del poniente presenta las mismas cámaras.

»La Casa de las Tortugas representa la idea primitiva de los jacales formados de cañas.

»Entre la pirámide que forma la Casa del Gobernador y la de las Monjas corre una vía de la cual sólo quedan fragmentos de sus muros laterales. En el de la derecha se conservan restos de la víbora emplumada que enredada con otras corría por toda su extensión. En el centro hay fragmentos de un gran anillo de piedra incrustado en cada muro, correspondiendo el uno al frente del otro.—Parece que era un *Tlachtli*.—A la extremidad y sobre una construcción artificial elevada, se encuentra la Casa de las Monjas. —Subíase á ella por una escalinata.»



Ruinas de los Anillos.—Juego de pelota

Agreguemos que todo el adorno de la parte superior de la fachada de la Casa de las Tortugas consiste en un orden de columnas unidas, que semejan carrizos; y que la cornisa está decorada con tortugas esculpidas de diferente especie, que alternan con conchas.

Aunque el edificio es pequeño, y pudiera decirse que era un apéndice de la Casa del Gobernador, es, sin embargo, notable por la regularidad de sus proporciones y por la sencillez estética de su arquitectura. Ya hemos dicho cuánto domina la vista desde la triple entrada de la Casa del Gobernador; de ahí, abarcando hasta la de las Monjas, se veía perfectamente el Juego de Pelota. Y puesto que éste tiene, como ya sabemos, relación con la cronología, veamos qué modificaciones introdujo en la península la inmigración tolteca.

Conocemos los signos mayas de los veinte días, los de las diez y ocho veintenas ó meses y los cuatro iniciales de los años, con todo lo cual hacían las mismas combinaciones que nahoas y tolteca; pero hasta ahora sólo hemos visto que tuviesen el período cíclico de veinte años, que llamaban *katun* por la piedra con que lo marcaban. Hemos supuesto que debieron tener también el siglo de ochenta años; y hasta hemos avanzado á creer que para sus cuentas astronómicas solamente, formaron períodos mayores de á cuatrocientos años y máximus de á ocho mil. Pero por más lógicas que sean estas nuestras ideas, y así lo juzgamos, lo cierto es que no pasan de suposiciones é hipótesis; mientras que de la época en que ya hemos entrado, sabemos con certeza cuáles fueron los períodos cíclicos, y cómo en ellos se combinaron el antiguo

sistema maya y el nuevo tolteca. Como creemos que tal combinación no se ha explicado bien hasta ahora, nos vamos á detener en ella. No tenemos más fuentes que la cronología de don Pío Pérez que sigue el señor Orozco, la de Landa que acepta Brasseur, alguna noticia del dean Aguilar, un capítulo de Cogolludo, otro del señor Ancona y vestigios importantes en el códice de Chilán Balám y en la conquista del Petén, pues otros datos de otros escritores no son más que repetición de lo que difieren los primeros citados.

Pues bien, supuesto que los mayas tenían formados



Juego de pelota.—Piedra de las Ruinas de las Culebras. Anillo

los años á entera semejanza de los tolteca, para nosotros la cuestión más importante es saber si adoptaron también el ciclo de cincuenta y dos años dividido en los cuatro *tlalpilli* de á trece.

Si estudiamos las autoridades, hallaremos que Aguilar no habla de tales períodos trecenales ni del ciclo de cincuenta y dos años, y que dice terminantemente que contaban sus eras de veinte en veinte años y por lustros de cuatro en cuatro, que al período de veinte llamaban *katún,* y que lo marcaban poniendo una piedra labrada sobre otra fijada en las paredes de sus templos: y agrega que estos períodos de veinte años les servían para contar sus edades. Cogolludo sigue literalmente á Aguilar.

Landa viene á decir lo mismo, pues cuenta los períodos de veinte en veinte años y á ellos refiere los *katunes;* pero agrega que contaban trece veintes con uno de los nombres de los días que llamaban *ahau.* Comencemos por observar que no hay, como se ha querido, ningún período *ahau-katún: ahau* es el de veinte años y *katún* la *piedra atravesada* conque se marcaba. Pero si Landa no nos da el *tlalpilli* de trece años, sí nos presenta una trecena de *ahau* que produce un período mayor de doscientos sesenta años. No se explica más; pero la rueda que trae nos pone de manifiesto que los *ahau* tenían diferentes nombres y cómo estaban *sin orden sino retruecanados.*

El sistema de Pío Pérez es más completo. Dice que los mayas pintaban una rueda pequeña en la cual ponían los cuatro signos iniciales, *Kan* al oriente, *Muluc* al norte, *Hix* al poniente y *Cauac* al sur: agrega que algunos suponen que cuando terminaba el cuarto año, habiendo vuelto otra vez al carácter *Kan,* se completaba un *katún* ó lustro de cuatro años; que otros lo formaban con tres revoluciones de la rueda y un signo más, haciendo trece años; y que otros opinaban que cuatro semanas de años completas ó sean cincuenta y dos, enteraban el *katún,* lo que en su opinión era más probable. El señor Carrillo, que al parecer sigue este sistema, nos ha conservado una de esas ruedas: dice que se llama *Cuch-Hab* y que señala los cuatro puntos cardinales con los nombres *Xamín, Nohol, Lakín* y *Chikán;* y que pintaban este círculo bajo otro mayor que presentaba el siglo *katún,* cuya rueda también ha conservado. A ésta se refiere don Pío Pérez cuando dice que hacían otra grande llamada *Buk-Xoc,* en que ponían tres revoluciones de los cuatro jeroglíficos de la pequeña, haciendo un total de doce signos, principiando la cuenta con el primero *Kan* y siguiendo hasta nombrar al mismo otras cuatro veces, lo que formaba la primera indicción de trece años; comenzando la segunda cuenta con *Muluc,* se hacía la otra indicción, y con *Hix* la tercera y con *Cauac* la cuarta; y que las cuatro eran un *katún.* Como se ve, resulta que el señor Pío Pérez opina porque el *katún* era de cincuenta y dos años, y dice que al cabo de ellos se ponía la piedra de su nombre; y siguiendo en todo el sistema tolteca, forma las cuatro indicciones de á trece años, en lo que le sigue el señor Orozco. Pero ya hemos visto por las autoridades primitivas que el *katún* representaba el período de veinte años; así es que no podemos admitir el ciclo maya de cincuenta y dos años, si no es que se formara sólo para referirlo al nahoa. Quedaría, sin embargo, la dificultad de las ruedas del señor Carrillo; pero el mismo señor Pérez se apresura á decir que tenían los mayas períodos de trece *ahau;* y nosotros decimos que la rueda pequeña forma el período de veinte años del *ahau,* y la grande el de trece *ahau,* que el señor Pérez calcula de trescientos doce años, porque según él se componía de trece períodos de á veinticuatro años llamados *ahau-katún.*

Aquí tenemos otra innovación injustificada del señor Pérez. Dice que cada *ahau-katún* se dividió en dos

partes: una de veinte años que quedaba incluída en la rueda, por lo que la llamaban *amaytún, lamaitún* y



Rueda cíclica maya

lamaité, y la otra de cuatro años que significaban como pedestal de la anterior y la titulaban *chek-ve-katún* ó *lath-ve-katún,* que quiere decir pedestal.



Calendario maya

El abate Brasseur atacó esta novedad arbitraria y sin precedente: el señor Ancona la defiende fundándose en la combinación de los trece días de la triadecatérida con los años y en la numeración inversa y alternada de los *ahau*. En nuestro concepto se han olvidado en esta cuestión varios datos. Primero, que el día *ahau* nada tiene que ver, supuesto que el año tenía que comenzar siempre por uno de los cuatro signos iniciales. Segundo, que el nombre *ahau,* aplicado al año, expresa la dignidad del dios correspondiente de los trece que contiene la rueda de Landa. Tercero, que no era ninguno de los caractéres de los días el signo que distinguía un año de otro; sino, como dice el mismo señor Ancona, los *Bacab,* esto es, los cuatro gigantes que suponían los mayas que estaban sosteniendo los cuatro ángulos del cielo, pues los años que comenzaban con *Kan* estaban bajo la protección del gigante amarillo, los de *Muluc* bajo la del rojo, los de *Hix* bajo la del blanco y los de *Cauac* bajo el negro; y por eso dice Landa que servían de letras dominicales. Cuarto, que Chilán Balám cuenta los *ahau* de á veinte años. Quinto, que así se deduce de la explicación clara que hace Landa de su rueda. Dice, en efecto, que tenían en el templo dos ídolos destinados á dos de estos caracteres, que al primero hacían servicio para remedio de las plagas de sus veinte años y á los diez años que faltaban de sus veinte ya no hacían más que quemarle copal y reverenciarlo, y así los iban mudando sucesivamente.

Ya con estas ideas, vamos á formar nuestro sistema.

Los mayas recibieron de los meca el calendario nahoa, y conforme á la combinación de éste, formaron sus años y sus períodos de á veinte que llamaron *ahau.* Al llegar los tolteca no mudaron su sistema, sino que lo pusieron de acuerdo con el de aquellos. La cosa fué fácil porque el período mayor de doscientos sesenta años de los tolteca se consiguió con trece *ahau* de á veinte; pero los maya, para no confundir los diferentes *ahau,* les pusieron distintos nombres; y creemos que igual objeto tuvo la numeración alternada, la que, según indicios, iba variándose en cada período mayor; y á más se agregaba á cada *ahau* un *bacab* en orden riguroso. Para explicarnos los resultados pongamos la tabla correspondiente:

PRIMER PERÍODO MAYOR

XIII	*Oxlahun.* .	*Bacab*	*Kan-Xibchac.* .	20 años.
XI	*Buluc.* . .	»	*Chac-Xibchac.*	20 »
IX	*Bolon.* . .	»	*Zac-Xibchac.* .	20 »
VII	*Vuc.* . . .	»	*Ek-Xibchac.* .	20 »
V	*Ho.* . . .	»	*Kan.*	20 »
III	*Ox.*	»	*Chac.*	20 »
I	*Hun.* . . .	»	*Zac.*	20 »
XII	*Lahca.* . .	»	*Ek.*	20 »
X	*Lahun.* . .	»	*Kan.*	20 »
VIII	*Vaxac.* . .	»	*Chac.*	20 »
VI	*Vac.* . . .	»	*Zac.*	20 »
IV	*Can.* . . .	»	*Ek.*	20 »
II	*Ca.*	»	*Kan.*	20 »
				260 años.

Pero sucedía entonces que Huxlahun no comenzaba en el *ahau* siguiente con *kan* sino con *chac,* lo que hacía un

SEGUNDO PERÍODO MAYOR

XIII	*Huxlahun.* . . .	*Chac.*	
XI	*Buluc.*	*Zac.*	
IX	*Bolon.*	*Ek.*	
VII	*Vuc.*	*Kan.*	
V	*Ho.*	*Chac.*	
III	*Ox.*	*Zac.*	
I	*Hun..*	*Ek.*	
XII	*Lahca.*	*Kan.*	
X	*Lahun.*	*Chac.*	
VIII	*Vaxac.*	*Zac.*	
VI	*Vac.*	*Ek.*	
IV	*Can.*	*Kan.*	
II	*Ca.*	*Chac.*	260 años.

Esto producía á su vez, comenzando con *Zac,* un

TERCER PERÍODO MAYOR

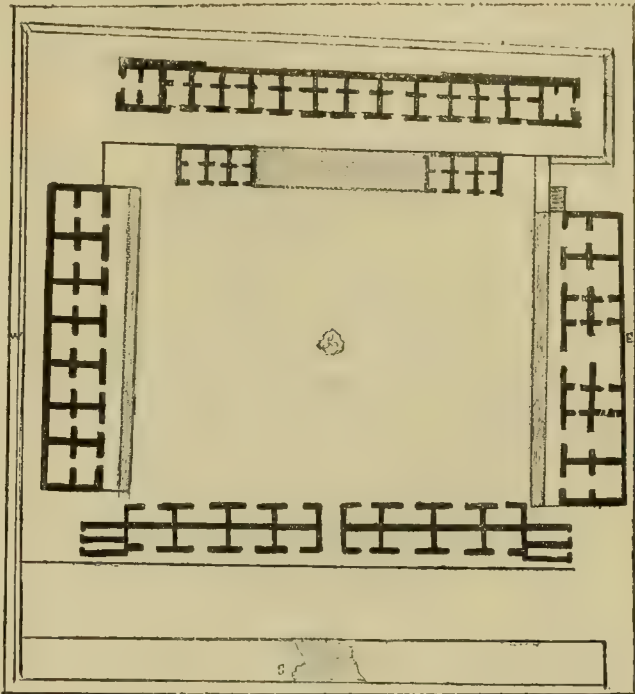
XIII	*Huxlahun.*	*Zac.*	Etc., etc., hasta
II	*Ca.*	*Zac.*	260 años.

A lo que se seguía, comenzando por *Ek,* un

CUARTO PERÍODO MAYOR

XIII	*Huxlahun.*	*Ek.*	Etc., etc., hasta
II	*Ca.*	*Ek.*	260 años.

Ya con estos cuatro períodos quedaba perfecta la revolución de todos los signos que volvía á comenzar de la misma manera, y cada una de estas evoluciones daba



Plano de la Casa de las Monjas. — Ruinas de Uxmal

el período cronológico máximo de 1040 años. De modo que éste se formaba

entre los nahoas por la fórmula	13 × 80 = 1040	
entre los toltecas por la »	4 × 260 = 1040	
y entre los mayas por la »	52 × 20 = 1040.	



Fachada principal de la Casa de las Monjas

Si notamos que sobre la rueda de Landa hay una cruz como signo que expresara toda la cuenta cronoló-

gica, confirmaremos nuestra explicación semejante de la cruz del códice Fejervary, y podremos decir que si la de Palemke no expresa el período cronológico que hemos supuesto, por lo menos es símbolo del máximo de 1040 años.

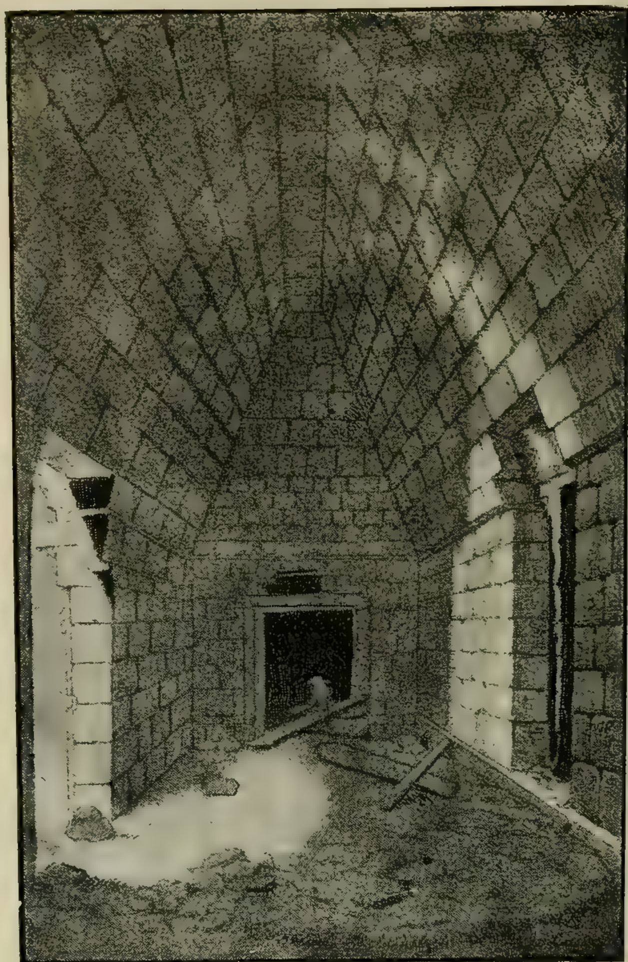
Advirtamos que con la combinación maya no puede



Nicho de la fachada de la Casa de las Monjas

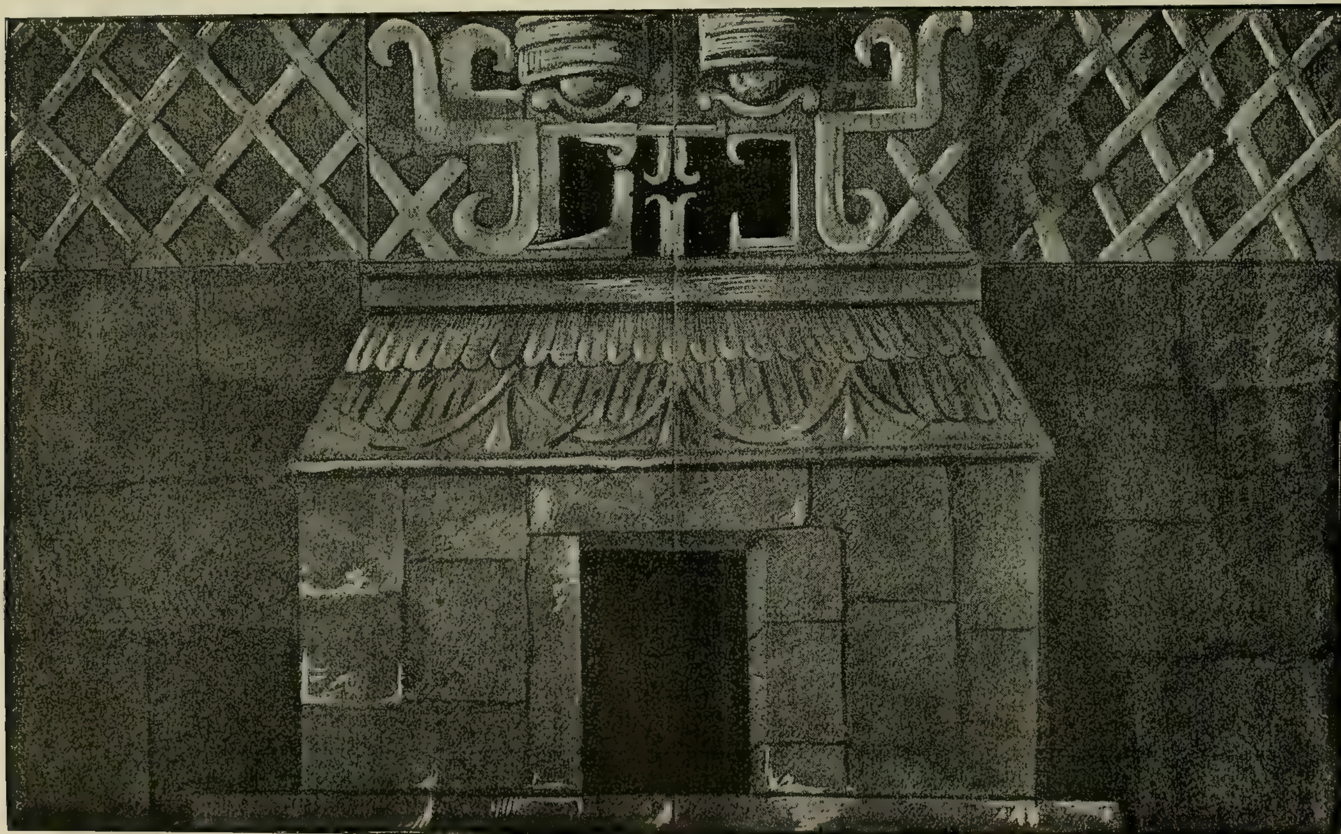
equivocarse un año en el largo período de 1040, en lo que es superior al calendario tolteca y al mismo mexica: y tal vez nuevo arreglo en el orden de los *ahau* daba el mismo resultado para mayor espacio de tiempo.

Concluyamos con esta digresión, que era necesaria, y continuemos la descripción de las ruinas de Uxmal, y como al fin del Juego de Pelota está la Casa de las Monjas,



Bóveda de la Casa de las Monjas

veamos la descripción que de ella hace el señor Ramírez:



Interior de la Casa de las Monjas—Ala que mira al norte

«Casa de las Monjas, ala primera.—La pared que mira al sur y hace frente á la Casa del Gobernador,

tiene el arco en el centro, que forma la entrada, y á cada lado cuatro puertas con una cornisa corrida que le sirve de cerramiento. En ésta, y sobre cada puerta, se ve un



Interior de las Monjas.— Ala que mira al norte, en el ángulo de la cabecera que mira al oriente. Cabeza de serpiente

nicho saliente que en su conjunto figura la forma que los mexicanos daban á las casas. En el extremo que mira al oriente se ve una construcción sólida y cerrada formando su esquina, bastante arruinada. La esquina opuesta es ruina. Las puertas dan entrada á pequeñas habitaciones construídas con la bóveda típica. En una de ellas se conserva entero el anillo de piedra hacia el umbral, destruído en la Casa del Gobernador.

»Penetrando en el gran arco que forma la entrada, se perciben sobre el costado izquierdo de la bóveda y á bastante altura tres impresiones de la mano roja y en el costado derecho cinco. Algunos fragmentos del estuco que la cubría manifiestan que había pinturas. Lo que resta es rojo.

»La espalda de estas habitaciones forma el ala del gran patio y da vista al norte. Allí hay á cada lado las mismas cuatro cámaras; mas una puerta ha conservado íntegro el adorno de su cerramiento. El nicho en forma de casa tiene por remate un mascarón semejante al de la Casa del Gobernador, pero no idéntico, ni tampoco tiene trompa en lugar de nariz, sino una figura en forma de lo que se llama *flor de lis*. El dibujo de Waldeck es inexacto y fantástico.

»Lado que mira al oriente en el patio.—Ala segunda.—Representa las serpientes enlazadas que corren por toda la pared.—Están bien dibujadas en Stephens. Hay cinco caras en su mayor parte destruídas. Sobre la última puerta quedan visibles tres mascarones de una forma

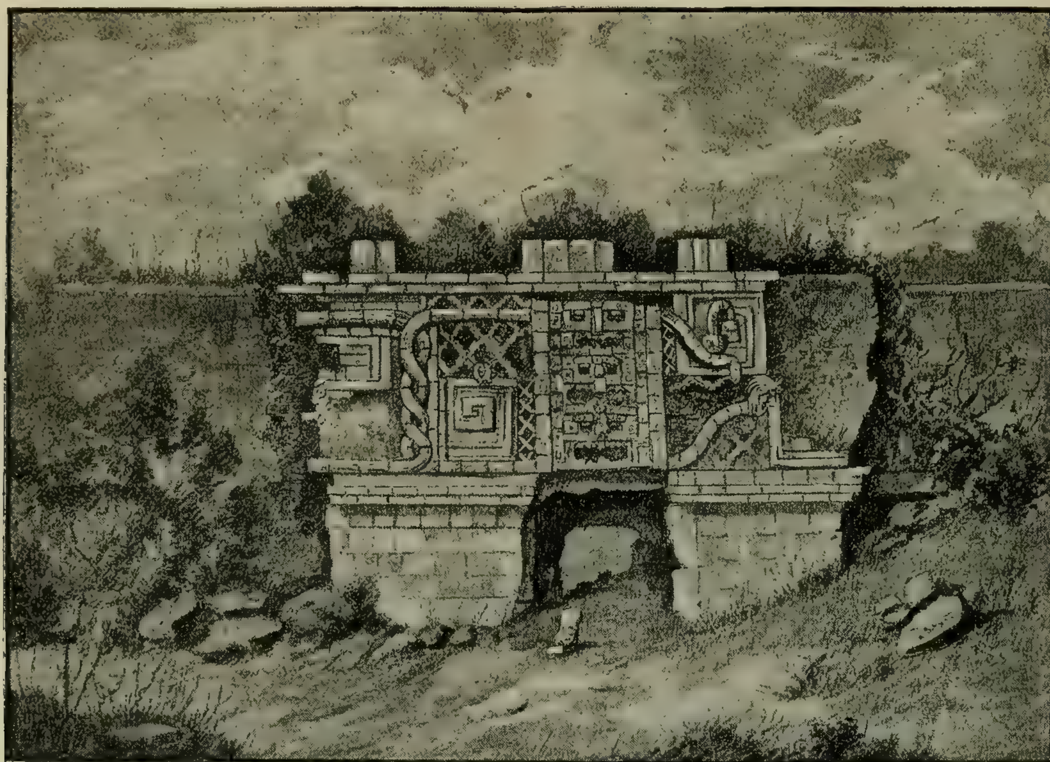


Interior de las Monjas.— Ala que da vista al norte

algo diferente á los anteriores, pero conservando el mismo tipo y especialmente la nariz de trompa. En las ruinas hay muchos fragmentos de estatuas.—Este edificio era doble, pero la crujía exterior que daba vista al poniente está enteramente arruinada.

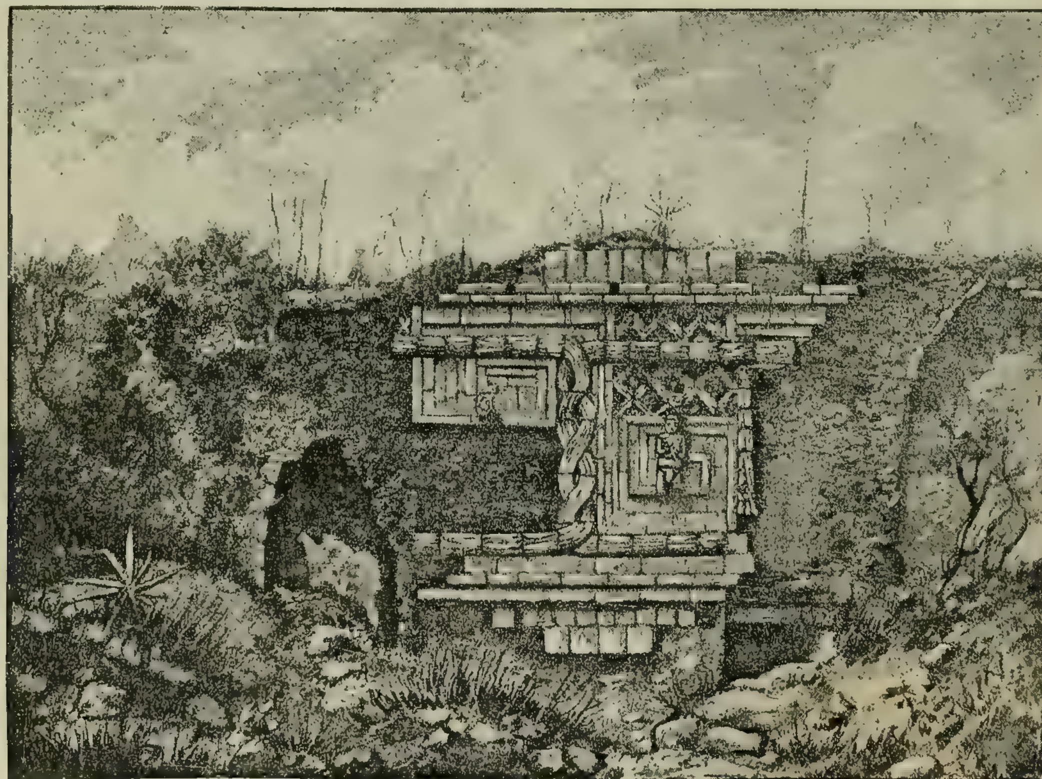
»Lado que mira al sur en el patio.—Ala tercera.—Tiene una ornamentación de grecas como el anterior y el del Adivino con once puertas visibles. Hay otras sepultadas en las ruinas. La segunda, por el lado de poniente, tiene los tres mascarones semejantes á las de la anterior de las serpientes, con trompas. Encima de éstas hay una piedra cilíndrica saliente, que sin razón se ha supuesto un Phalus. La puerta tercera tiene un nicho en forma de casa como el edificio frontero, mas

diferente el mascarón sobrepuesto.—Siguen las otras puertas, alternando los adornos superiores con mascarones y nichos. Entre ambas puertas se ve con el muro una estatua asentada, con las manos en cruz, amarradas



Fachada de las Culebras en Uxmal

colgando una parte del cordel. Este edificio tenía una crujía detrás y conserva las puertas de comunicación con las cámaras interiores; aun tiene sus umbrales de madera, mas se advierte que están no sólo cerradas sino aun

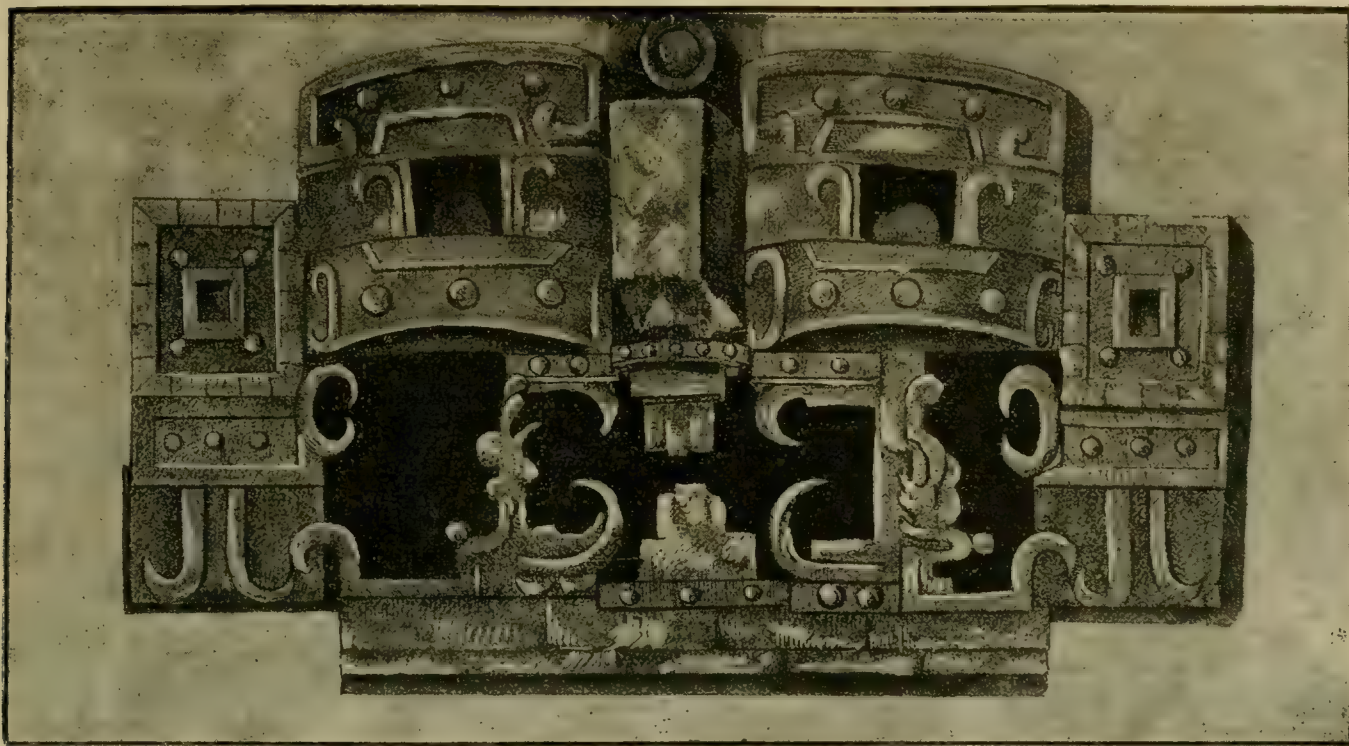


Fachada de las Culebras en Uxmal

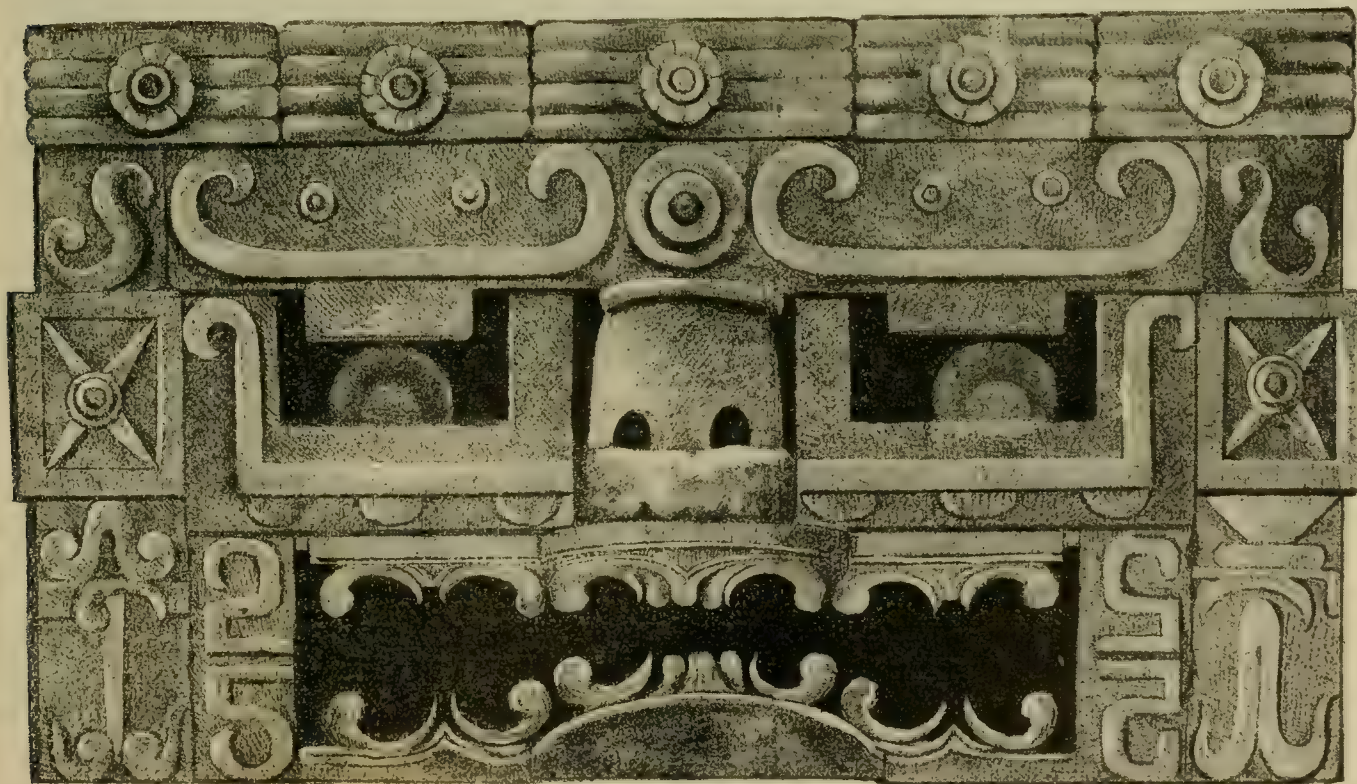
rellenadas con piedra y mezcla.—En todas hay los agujeros para las hamacas.

»La extremidad de este edificio se conserva en parte, y el sobrepuesto de las puertas tiene cuatro mascarones con trompas rotas. En esa parte se ve un relieve que representa una figura *hincada la pierna* izquierda y

levantada la derecha, presentando con la mano un objeto, que no puede discernirse por estar trunco, pues á la figura falta la cabeza. Lo que se ve es un objeto cuadrilongo.—Sigue una puerta y falta el objeto que estaba sobre ella.—A continuación está en relieve una figura mutilada que parece águila.—La esquina es de mascarones con trompas, de los cuales sólo quedan tres. En la cornisa proyecta una cabeza de serpiente ó caimán.—La plataforma de este edificio es una construcción abovedada como las anteriores.



Puerta interior de las Monjas.—Ala que mira al sur



Interior de las Monjas.—Ala que mira al oriente. Mascarón

»El espíritu de destrucción y barbarie se encuentra entre estas gentes del pueblo. La comitiva numerosa de curiosos que hoy (diciembre 8 de 1865) vino acompañando á la emperatriz (la infortunada esposa de Maximiliano) ha destruído, durante nuestro almuerzo, varios objetos que habíamos dejado enteros.

»En una parte de este edificio, que sirve de plataforma, se ven pilares cuadrados que indican podían

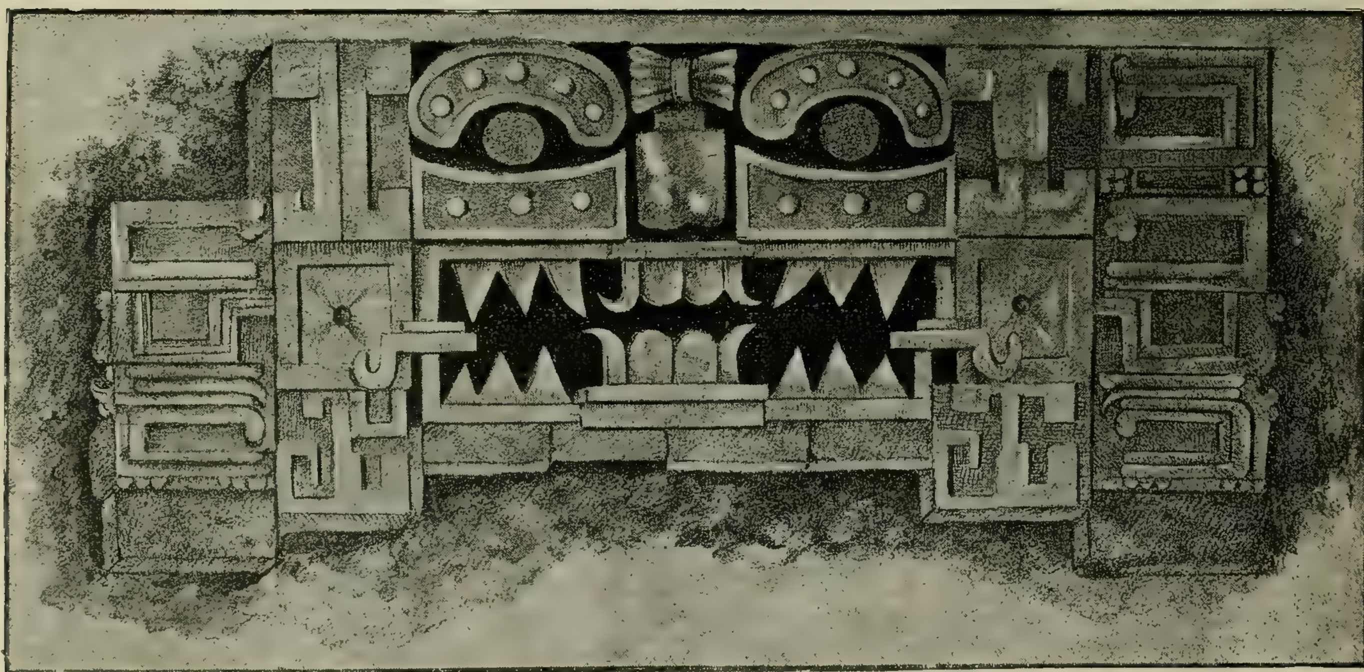


Monjas. — Interior n.º 2. Cabeza de estatua bien figurada en Stephens

servir para formar un corredor con la bóveda destruída.

»La espalda de este lado, que da vista al norte, está destruída en gran parte. Lo que queda en pié presenta tres figuras: la primera, mutilada de los brazos, es notable por estar descubierta; la segunda es una cabeza de serpiente; la tercera una figura humana con un objeto indefinido, una especie de bastón cuadrado sostenido por ambas manos, también desnudo. No hay motivo para suponer un Phalus. (En nuestro concepto sí, pues, como ya antes habíamos dicho, tiene la figura de *ácatl).* Probablemente representaban prisioneros desnudos, siendo el principio del recuerdo histórico que se conserva en el otro lado del edificio. Así se ven pintados prisioneros en las pinturas mexicanas.—La esquina que da vista al oriente representa los cinco mascarones con trompas del estilo de este edificio.—La cabecera opuesta y la mayor del edificio está destruída.—La ornamentación es del estilo del Adivino.

»Lado del patio que mira al poniente.—Ala cuarta. —Tiene cinco puertas con cámaras que se comunican



Monjas.—Ala interior n.º 3.—Cerco de puerta. Mascarón

con las interiores de la construcción común. Las dos de ambos extremos representan ocho líneas (paralelas y de mayor á menor formando casi un triángulo), terminadas por ambos lados con cabezas de dragones ó serpientes. La puerta central está coronada por una línea de tres mascarones con trompas. Las mismas se ven en los ángulos, advirtiéndose por éstos que su posición (la de la trompa) es inversa. Entre la primera y tercera línea superiores de las puertas se ve la figura de una cabeza fantástica. La espalda no tiene puertas ni figuras, sino es la de cuadritos en tramos alternados con sillería.—Las esquinas son líneas de mascarones con trompas levantadas.—Súbese á este edificio por una escalinata.

»En la dirección de la Casa de las Monjas á la del Gobernador, se advierten ciertas construcciones que parecen acueductos, bien que están muy destruídas. Quizá conducían á aljibes, pues hay algunas oquedades artísticas que podían tener este destino.

»Colocándose en el arco que da entrada al edificio de las Monjas, se advierte un eco que desde la Casa del Gobernador repite todas las palabras que se pronuncian en voz alta.

»En la cabecera del ala primera (la de los nichos), que mira al oriente, hay un edificio agregado compuesto de dos crujías, de las cuales sólo quedan dos pequeñas

bóvedas y que parece se enlazaban con otras construcciones que quedan á la espalda de la misma Casa de las Monjas, encaminándose en dirección de la pirámide del Adivino; mas están tan arruinadas que nada se puede conjeturar sobre su destino. Adviértese en la ruina que está al lado del sur, una construcción como la de la Casa de las Tortugas, con la diferencia de que el centro de los cilindros tiene la forma de carrete. Éstos, distribuídos en grupos de tres, se ven en el ala primera.

»En el centro del gran patio de las Monjas se ve un monolito colosal, quebrado y caído, semejante al de la plataforma del Gobernador.—Vese también, en su línea y á distancia proporcional, un agujero circular que da entrada á un aljibe ó silo, hoy relleno de escombros. Actualmente tiene 2,50.

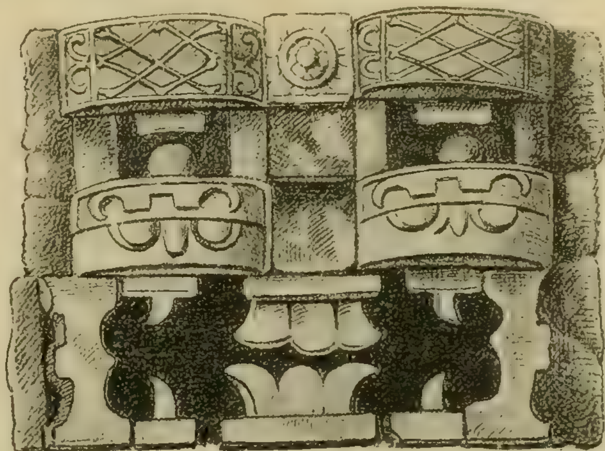
»En el ala tercera hay varias piedras salientes que parecen destinadas á sostener estatuas ú otros objetos adheridos á la pared, que no existen.



Monjas.—Ala n.º 3, por el frente. Mascarón

»El edificio que está exactamente á la espalda del ala cuarta es notable por varios capítulos: primero, es el más ancho y más largo de todos, estando ya enteramente derrumbada una gran parte de él; segundo, en su construcción se nota que fué levantado uniformemente y de una pieza, á diferencia del del Gobernador que tiene sobrepuesta la parte ornamentada; esto indicaría que es de época posterior y que fué una mejora enseñada por la experiencia; tercero, confírmalo un arco exterior que formaba un tránsito y separación del edificio en dos departamentos, por la manera conque están labradas las piedras que lo forman y la dirección algo curva que presenta en su ápice. Habiendo reconocido que la forma dada á las piedras, según se ve en la Casa de las Tortugas y en la de las Monjas, era falsa, porque quedaban sin suficiente apoyo y más expuestas al efecto de la gravedad, discurrieron darles otros cortes para amarrarlas con el resto del muro. Está cerrado con piedra y argamasa. La oquedad que presenta se hizo por excavación. Este edificio tenía dos crujías, mas la que mira al oriente está arruinada.

»Suplemento. Ala tercera.—Los mascarones que alternan con los nichos y están sobrepuestos á las puertas están en línea perpendicular y en número de cuatro.—Todos son diferentes por sus formas fantásticas, pues unos tienen los ojos redondos con accidentes y aun diferencia en la misma forma circular; otros los tienen cuadrados; mas en todos se nota un carácter de uniformidad



Monjas.—Ala n.º 3, por el frente

típica.—Las trompas de los mascarones que forman la esquina están hacia abajo como en el Gobernador.—Probablemente así estaban las otras actualmente rotas. La esquina paralela á ésta en la cabecera que mira al oriente, tiene los propios mascarones.

»Pirámide del Adivino.—Súbese á ella por una escalera que mira al oriente, de peldaños muy angostos. La cúspide es una plataforma que en parte conserva los sillares y sobre ella se levanta un edificio compuesto de tres cámaras incomunicadas. Estando arruinadas las laterales, no se puede reconocer si tenían puertas al oriente: adviértense vestigios de la que daba vista al poniente y comunicaba con la pieza central. En las cámaras laterales se notan como singularidad unas cavi-



Ala interior de las Monjas.—Puerta que mira al sur

dades circulares de cerca de tres pulgadas de diámetro y una de profundidad, abiertas en la bóveda y alternándose. No se comprende su objeto, pues ni como adornos pueden estimarse, atendida la riqueza de ornato arquitectónico del edificio. Algunas de aquellas oquedades apenas están indicadas y profundizarán tres líneas: las mismas se ven en la pared que forma cabecera, siendo notable en ésta la curvatura.

»Por la parte exterior que mira al poniente, se encuentran al lado de la puerta unas piedras salientes,

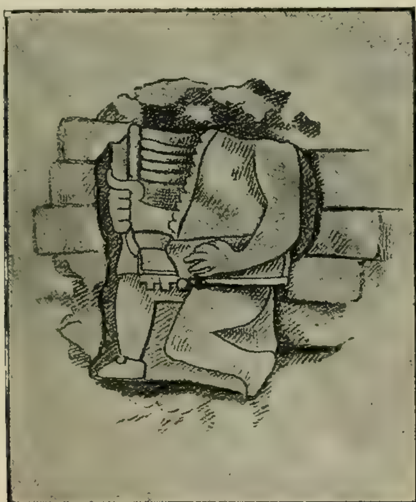
de las cuales unas parecen pedestales y las otras mantenientes de objetos. Una conserva el fragmento de la parte correspondiente á la cintura. Los dos pedestales de la derecha representan dos canillas humanas en aspa, y la única que se conserva de la izquierda es cuádruple.—La ornamentación presenta una grande variedad de grecas. A las estatuas servía de fondo la gran



Monjas.—Ala interior n.º 3, por el frente

greca típica del Gobernador y las Monjas, coronada por una figura cuyos restos indican el mascarón fantástico.

»En frente de la puerta que da vista al poniente, hay una pequeña plataforma formada por el techo de una cámara de la más rica ornamentación. Éntrase á esta cámara por una puerta de riquísima arquitectura que aun conserva sus macizos umbrales de zapote. Los fragmentos de su pared manifiestan que estaba adornada de estatuas ú otros objetos. Queda el tronco de una en postura asentada y lo que resta de los brazos indica que los tenía en alto.—Esta cámara era doble y comunicaba



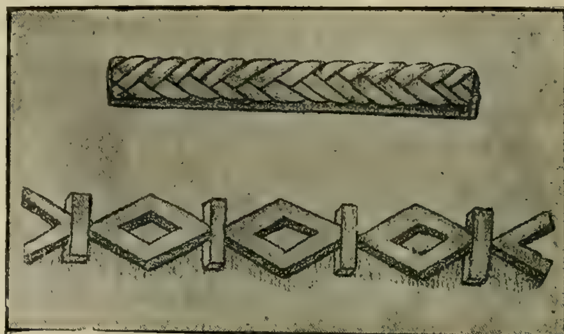
Monjas.—Ala interior n.º 2 y 3

por una puerta abierta en el centro; mas en la cámara interior se hace reparable que está cortada por una pared construída en el sentido de su longitud, esto es, levantada á plomo de la que en estos edificios forma la clave.—Esta interceptación es singular.—En la parte superior de la puerta, donde comienza la bóveda, se ven intactos los dos anillos de piedra que sirvieron para cubrirla con cortina. Su diámetro es de pulgada y media.

»La escalera principal conserva actualmente noventa y cinco escalones más ó menos completos. Los que faltan pueden calcularse aproximadamente, por la altura, en cosa de cincuenta ó sesenta.—Esto daba una altura total de treinta y ocho á cuarenta varas.

»La puerta principal de la cámara baja tenía encima una gran estatua; mas de ella quedan solamente unos fragmentos de penacho.

»No se advierte si hubo comunicación entre las cámaras superiores.



Adornos de las Culebras en las de las Monjas. Uxmal

»La cúspide de la pirámide domina todo el terreno, y como es su ángulo tan agudo causa vértigo, sobre todo para bajar la gran escalera, por los escalones que se han perdido, quedando tan sólo un deslizadero.

»Los huesos humanos grabados en este edificio, las estatuas de prisioneros en las Monjas y la rápida pendiente de la escala, autorizan á creer que se trataba de un edificio en que los sacrificios humanos formaban una parte integrante del culto.



De las Monjas.—Ala interior n.º 3

»Pirámide del Gobernador.—Es de amplísima base, pareciendo por esto de poca elevación. La primera esplanada está destruída y sólo es reconocible por los escombros del plano inclinado que forma. La segunda, bastante elevada, es perfectamente reconocible, advirtiéndose que tenía una ligera inclinación. El ángulo que mira al sur conserva parte de las grandes piedras que lo

formaban, estando talladas en arco y no en ángulo recto. Una cosa semejante se ve en la Casa de las Monjas.

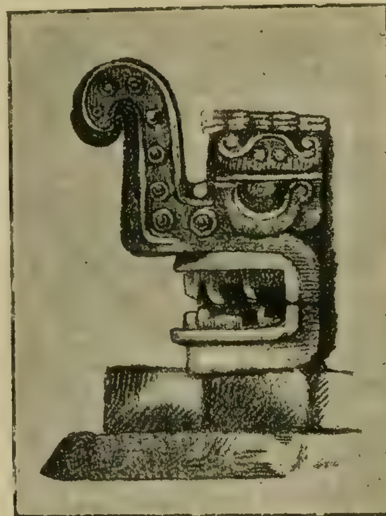
»A la espalda y mirando á poniente, se encuentra



Ala tercera.—Ornamentación por la espalda

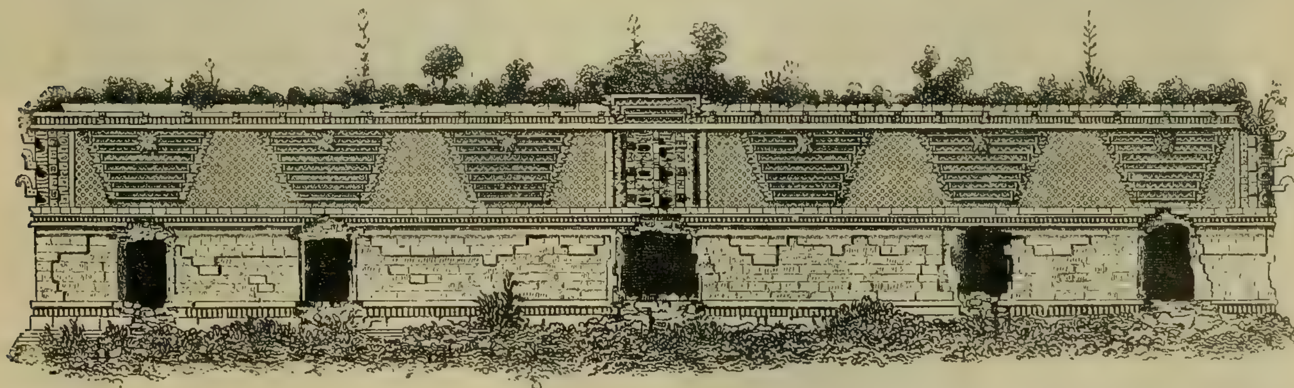
una igual esplanada, ó mejor dicho, continúa la misma segunda, presentando en su lado norte y en el ángulo las ruinas del edificio llamado Casa de las Tortugas.—En este lado mismo se percibe la huella de una escalinata que bajaba en línea recta al gran arco que forma la entrada de la Casa de las Monjas. La vía intermedia, bastante ancha, formaba el *Tlachtli*.

»Nótanse bastantes montones de escombros, especialmente en la parte oriental de la esplanada, mas no son reconocibles.



Mascarón con su nariz del Palacio de las Monjas.—Trompa inversa

»En medio de la segunda esplanada se levanta la tercera, respectivamente pequeña, pudiéndose decir que es la verdadera pirámide, pues por el costado del poniente se perciben con toda claridad los cuatro cuerpos que la formaban, conservándose en tres de ellos los sillares que la revestían. Sus esplanadas son angostas. Sobre esta pirámide se levanta el grandioso edificio del Gobernador; y como en éste se percibe que tenían un zócalo bastante elevado, con escalinata al frente, puede decirse



Monjas. Uxmal. — Ala cuarta

con toda exactitud que es un cuarto cuerpo ó esplanada. Así la gran pirámide aplastada que le sirve de base tiene cuatro cuerpos, y cuatro son también los de la esplanada tercera sobre que se levanta.

»Suplemento.—Las ruinas que quedan en la extremidad norte del *Tlachtli*, manifiestan que allí se elevaba una ancha esplanada, subiéndose de ella á la otra en que está levantada la Casa de las Monjas. En la dirección de la primera esplanada, y hacia el oriente, corre una línea de ruinas que se va á unir con la base sur del Adivino, dejando á éste adentro. El intermedio entre él y las Monjas es bajo, indicando un gran patio, aunque siempre queda algo alto respecto del terreno, según pude observarlo por la parte que da al norte.

»En el centro de este gran patio, y al pié de la escalinata que baja del edificio occidental del Adivino,

hay también un monolito circular, derribado y roto, como en las Monjas.—Este patio ó átrio está formado así:

»Al oriente, el Adivino; al norte, el terrado en ruina; al poniente, las bóvedas dobles que quedan á la



Puerta de las Monjas.—Interior n.º 4

espalda del ala cuarta de las Monjas; al sur, terrado arruinado como el que le hace frente, y en su ángulo suroeste el edificio de cilindros arruinado.

»En éste se advierte adherido un resto de construc-



De las Monjas.—Arco que mira al oriente

ción singular por su grande proyección y forma. La pared superior es inclinada hacia atrás y sus piedras figuran hojas ó palmas, proyectando casi una vara fuera de la pared que la sostiene. Sírvele como de friso una faja de figuras redondas representando anillos ensartados. El conjunto representa la forma que las pinturas mexicanas dan á la casa y capillas.—Stephens denominó á esta ruina Casa de los Pájaros, por los relieves de pájaros que dice vió en ella. Yo no los he encontrado.»

A estas noticias agrega todavía el señor Ramírez las siguientes suplementarias:



De las Monjas.—Ala interior n.º 4

«Adivino.—Pirámide.—La escalera de la pirámide que mira al oriente es muy ancha y se distingue por su proyección saliente revestida de sillería. Esto y algún retiro que se nota en el centro de la pirámide, forma una canal ó zanja algo profunda á ambos lados.

»No cabe la menor duda de que á la cámara inferior del Adivino conducía por el poniente una escalera tan pendiente como la opuesta del oriente. Consérvanse grandes fragmentos de sus esquinas, y en éstas, piedras que representan canillas en aspa. La escalera está soportada en la parte inferior por un arco que permitía



½ Máscara

el paso por debajo. Hay casi todo su material en la ruina.

»Frente á frente á la cámara baja del Adivino están las bóvedas gemelas de que antes hablé, y dije se habían agregado á la cabecera del ala primera.—La comunicación debía hacerse por una escalera que pasase entre los edificios traseros del ala cuarta; mas hoy sólo hay ruinas y desbarrancaderos de muy incómodo tránsito.

»La fachada de la cámara baja del Adivino reproduce en su conjunto, de la manera más fantástica y

graciosa, el rostro del mascarón típico de estas ruinas. Sírvenle de ojos unos cuadrados hundidos y relabrados colocados sobre la puerta. Los párpados están distribuídos en seis cuadretes irregulares con relieves de canillas en aspa y otra figura. En la frente se repiten las figuras de canillas. Sírvele de boca la gran puerta. ¡Cuán significativa es esta tremenda alegoría!

»Arriba de la puerta, y en lugar correspondiente á la nariz de la máscara fantástica que representa su fachada, se ve la señal que debió ocupar una estatua, de la cual sólo quedan un plumaje ó follaje colgante que descendía de la cabeza y el pedestal ó repisa. Ésta descansa sobre las espaldas de dos figuras humanas puestas á gatas tocándose por las nalgas.

»Los ángulos exteriores de la cámara manifiestan haber estado formados por mascarones fantásticos, iguales ó semejantes á los del ala tercera de las Monjas.

»Es probable que el edificio tuviera dos puertas laterales, pues existe la mocheta de una en la cabecera norte.

»Casa de las Monjas.—Patio.—El aspecto que presentan los edificios que lo forman manifiesta con toda claridad que el ala cuarta estaba enteramente separada de las otras. Los muchísimos escombros que cubren los ángulos de las otras, no permiten reconocerlo con igual certidumbre, aunque así parece serlo.

»El ala primera se encuentra al nivel del patio. La altura de los sardineles de las puertas de las alas segunda y cuarta, manifiesta que estaban elevadas y que su terraplén indica la escalera. El ala tercera presenta dos construcciones: una al nivel del patio como la primera, y menos elevada, compuesta de dos crujías; la exterior está enteramente arruinada, y con sus escombros ha obstruído la entrada de la otra interior.—Su techo formaba parte de la ámplia plataforma superior, siendo por consiguiente la más elevada de todas.



Palacio de Gobernador.—Vista al poniente

»En las ruinas del edificio bajo se ven en pié dos pilastras graciosamente labradas, indicando por su posición que servían de corredor. Claramente figuran la pilastra y su capitel. Tienen de ancho al frente 0,66, y de fondo 0,69. Corren alineadas con la pared de la bóveda inferior, y el capitel tiene en la parte superior dos entradas que parecen destinadas á recibir el batiente. Así, aunque con la forma de puertas comunes, eran indudablemente soportantes de la pared superior y bóveda, siendo en consecuencia pilastras y formando un portal, aunque rudo. Débense estimar como la idea primera de la columna.

»Ala segunda.—En el ángulo de la cabecera norte se conservan restos de la faja de mascarones con la trompa para abajo. Todos los otros ángulos están destruídos.

»Ala cuarta.—La cámara central es la de mayor dimensión, y se distingue de todas las del edificio por ser la única que se comunica á cada cabecera con otra. Lo mismo se observa en el interior de la segunda crujía.

»Cámaras.—En las de todos los edificios se ven los agujeros que se conjeturan destinados para hamacas. La suposición no tiene más fundamento que la ignorancia de su verdadero destino y la posibilidad del caso. Yo mismo los aproveché para aquel intento. En favor de un destino diferente obra la consideración de que si algunos de esos edificios estaban consagrados al culto, no es probable que se convirtieran en dormitorios.



Casa de las palmas ó de los pájaros

Nótase, además, que estos agujeros son dobles y cerca de los ángulos, distando entre sí unas cuantas pulgadas.

»En todas las cámaras se ven también agujeros circulares en la parte elevada de la bóveda, y dije en otra parte que eran para la ventilación, juzgándolo así por haber oído un ruido que parecía de viento en un día que apuntó norte. Dudo enteramente de esa suposición, porque estos agujeros no se ven en el exterior, y aun los hay en las Monjas en una bóveda que correspondía á un terraplén, notándose que no eran muy profundos.



Uxmal.—Cerro del Adivino, visto de frente y de costado

Ignórase su destino. No se advierten los mencionados agujeros en las cámaras de la Casa de las Palomas.

»Tlachtli.—Los fragmentos de anillos se encuentran en las ruinas de dos medianos edificios laterales sumamente arruinados y aislados. No se prolongaban hasta unirse con las esplanadas del Gobernador y Monjas, pero marcaban el paralelógramo del Tlachtli.»

«Casa de las Palomas.—Vasto edificio formado así:

al norte una doble crujía de bóvedas, dando entrada por un arco central que presenta bastante curvatura. Las cámaras exteriores están enteramente arruinadas, y de las interiores quedan bastantes restos. La pared medianera de éstas se prolonga por la parte alta levantándose en formas piramidales con agujeros cuadrados, de lo cual tomó el nombre vulgar de Casa de las Palomas, por la semejanza que tiene con un palomar. Estas pirámides son nueve con seis cuerpos.

»El interior es un vastísimo patio enteramente arruinado, pudiéndose sólo reconocer que estaba formado por cámaras á las cuales se subía por escaleras.



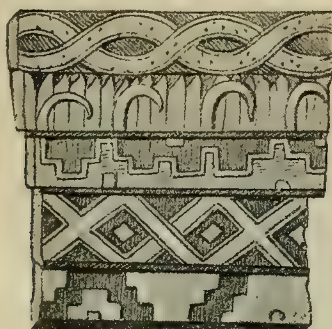
Puerta del Adivino

Parece que al lado del poniente se comunicaba con otro de iguales dimensiones, y aun me dicen que son cuatro semejantes; mas no pude reconocerlos porque es un bosque impenetrable.—Con mil trabajos pude explorar el primero, no obstante estar desmontado, por haberse dejado caída en él toda la vegetación cortada. Esto me expuso á caer en una concavidad que hay hacia el oriente, oculta entonces por los ramajes.

»Detrás del ala de ruinas que mira al sur, se levanta una gran pirámide cubierta con ruinas, y otra menor forma el fondo del ala del oriente. Allí también se ven fragmentos de pared, con las grandes grecas que dominan en los otros edificios. En la cabecera sur de esta ala hay una cámara arruinada excesivamente estrecha. Es cuanto se puede ver.

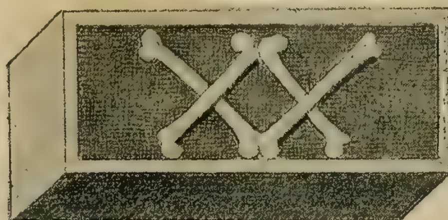
»Las paredes del ala norte, donde está la entrada,

presentan al pié de cada pirámide ó palomar piedras salientes que manifiestan servían para sostener estatuas, tres en correspondencia con cada una. Nótase esto en la parte exterior é interior. — Todas han desaparecido, quedando sólo la pierna izquierda de una. — En las cámaras de este edificio (como ya se dijo) no se advierten los agujeros que se suponían para hamacas ó ventiladores.



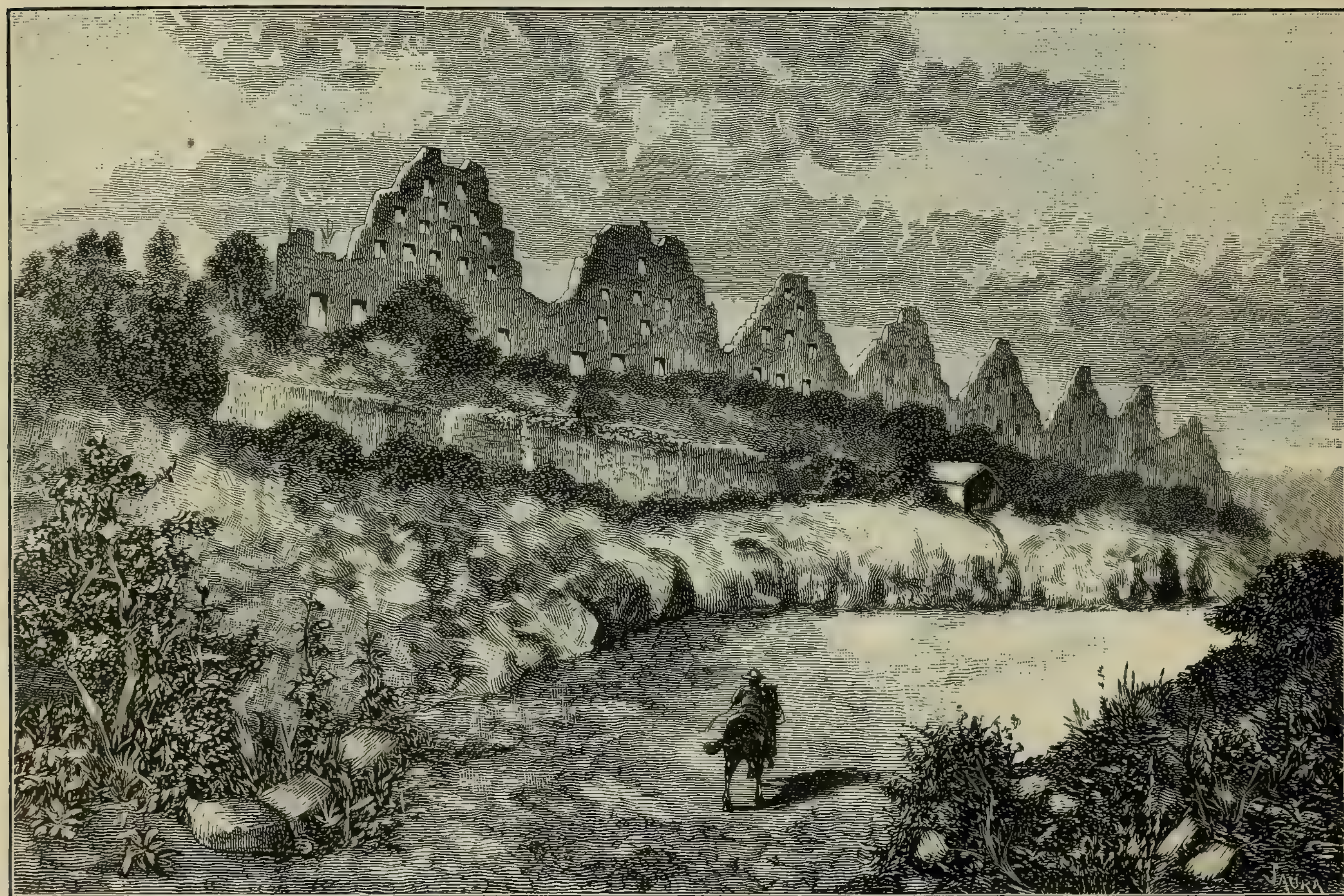
Grecas del Adivino

»Difícil, si no imposible, es acertar con el objeto de este edificio; mas si en el vasto campo de la conjetura se puede aventurar alguna, quizá no sería tan arbitrario presumir que la parte alta del edificio fuera un *tzompantli*.—Análogo á éste se ve otro arruinado





Adivino.—Canillas en pedestales



Uxmal.—Casa de las Palomas

en una pirámide frontera al Gobernador, inclinada hácia el sur. — Conserva en su cúspide un fragmento de construcción á manera de palomar.

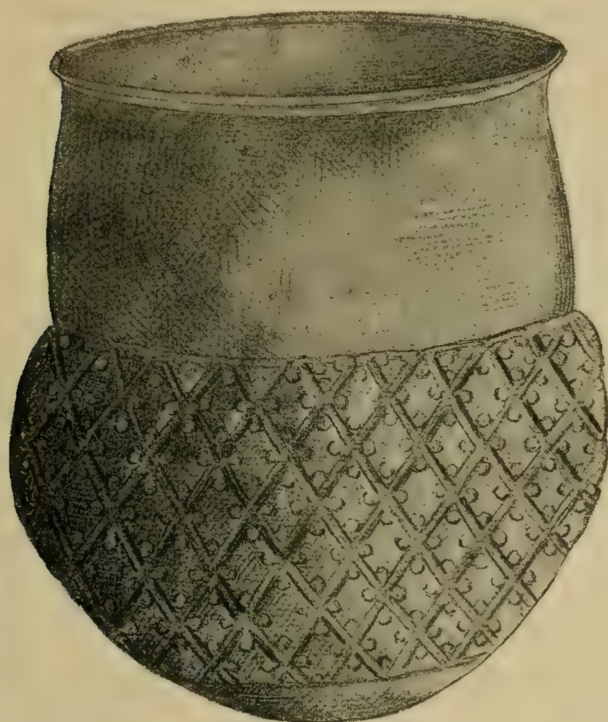
»Tradición popular relativa á las ruinas.—En la pirámide del Adivino hay encerrada una caja que contiene una soga, la cual llegado cierto día se ha de tender de un extremo á otro de la península, de oriente á poniente. — Por ella han de pasar todos los habitantes, con la calidad de que el que cayere será devorado por la serpiente que se ve esculpida de relieve en la Casa de las Monjas.»

Hasta aquí el señor Ramírez; agreguemos que Stephens llama Casa de la Vieja á otro edificio en completa ruina, cuyo nombre, según él, le vino de la

estatua mutilada de una vieja que estaba colocada allí.

Esta vieja y el enano de la pirámide del Adivino son protagonistas de una leyenda curiosísima.

Había una vieja que vivía en una cabaña que ocupaba el mismo lugar que hoy la pirámide del Adivino ó del Enano, y que se lamentaba de no haber tenido hijos. Un día la bruja tomó un huevo de gallina, lo envolvió en un paño y lo puso en un rincón; y de ahí á poco nació de él un niño, que al cabo de un año andaba y hablaba como un hombre, pero que desde entonces ya no creció más. No tardó en observar que la vieja nunca se separaba del fogón sino para ir por agua, por lo que sospechó que ahí tendría algún



Ruinas de Uxmal.—Vasija de barro encontrada en un sepulcro

tesoro oculto; por lo cual, á fin de darse tiempo de buscarlo, agujereó el cántaro de su abuela. Fuése ésta por agua, y como el cántaro no podía llenarse, mientras tardaba, sacó el enano un *tunkul* de oro y una sonaja llamada *zoot* usada en las danzas. Sonó los instrumentos que se oyeron por toda la ciudad. Sobrecogióse el *ahau* de Uxmal, porque, según una antigua profecía, luego que sonase ese *tunkul*, el músico se apoderaría del trono de la ciudad. Mandólo buscar el *ahau*, y una vez en su presencia, lo sujetó á pruebas terribles de que salió vencedor, previniéndole al fin, que si en una noche no fabricaba una casa más alta que cualquiera otra del lugar, le daría la muerte. Fuése llorando el muchacho á ver á la abuela; pero ésta lo consoló y durmió; con lo que á la mañana siguiente despertó éste ya en lo alto de la pirámide, que durante su sueño había levantado la bruja por arte de encantamiento.

Asombróse el *ahau*, y desafiólo á una lucha original y fantástica. Cada uno de los contendientes debía sufrir que con un mazo de piedra se le quebrasen cuatro canastas de *cocoyoles* en la cabeza; y habían además de sufrir cien azotes, atados á una columna. El enano aceptó el reto; pero exigió que se construyese una calzada de Kabah á Uxmal, pasando por Nohpat, y se levantase la columna en medio de una gran construcción. En tres días se concluyeron las obras, y entonces se sujetó el primero y sonriendo nuestro enano, á que le rompiesen los *cocoyoles* en la cabeza, porque la vieja le había cubierto el cráneo con un pedernal. Salió vencedor de la prueba, y exigió que el rey se sujetase á ella: hízolo éste y quedó muerto bajo el mazo de piedra. El enano fué proclamado vencedor y *ahau* de Uxmal, y agradecido construyó para su abuela el palacio llamado de la Vieja.



Ruinas de Uxmal.—Vasija de barro encontrada en un sepulcro

Concluyamos lo relativo á las ruinas, dando cuenta de que en algunos sepulcros se han encontrado vasijas de barro verdaderamente preciosas por su ornamentación, que en nada cede á la de los monumentos, cuyo carácter especial conserva.

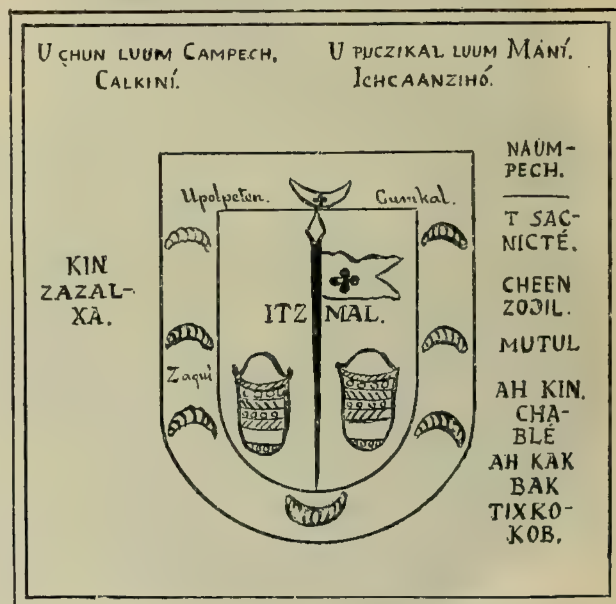
Bastante extreman monumentos y tradiciones cuánta fué la grandeza de Uxmal. Comiénzase á contar ésta del año 980, á que refieren el principio de la corrección de su gran era; de modo, que siendo de 1040 años, y no pudiendo equivocarse uno solo de ellos, habrían llegado hasta nosotros con cronología tan perfecta, y todavía les sobrarían 136 años hasta el de 2020. En el códice Chumayel se pone *el arreglo de Pop*, lo que da á entender el del calendario en la opinión del señor Brinton y la nuestra, en el trece *ahau*; pero en el anterior á la fundación de Uxmal ó su ocupación por los Xiu, lo que nos parece inadmisible, supuesto que entonces no podía introducirse aún la cronología nahoa. Creemos que la anotación de *Pop*, por estar en el primer trece *ahau* del códice, expresa

únicamente que por ese año se comienza el período. Desde el principio de la ocupación de la ciudad por los Tutulxiu comenzaron sus rivalidades con los Cocom de Mayápan, las cuales pasaron después á guerras desastrosas para ambos contendientes.

No entraremos en pormenores de batallas, ni procuraremos buscar camino en el laberinto de noticias contradictorias que nos proporcionan los cronistas; nos bastará decir que hacia el año de 1300, vencedores los Tutulxiu, se apoderaron de Mayápan. Cuenta la crónica á este propósito, que el *Ahau Can* maya había casado á su hija con el guerrero *Ah Chel*, y que le reveló la futura ruina de Mayápan, aconsejándole que si sobrevivía á esa desgracia se retirase con sus vasallos á la costa septentrional de la península. El anciano sacerdote grabó á su yerno ciertos signos en el brazo izquierdo para que fuese reconocido, y lo instruyó en las ciencias del sacerdocio. Llegado el momento del desastre obedeció *Ah Chel*, y retirándose fundó en Izamal la poderosa dinastía de los Cheles. A su vez el hijo del Cocom, que andaba de viaje, volvió, y con los restos de su antiguo pueblo fundó la ciudad de Tibulón en Sotuta. Debemos creer que antes de la dinastía de los Cheles la teocracia había continuado en Izamal, pues encontramos en un códice llamado *Maya Katún*, diferente de los citados, que en el quinto *ahau* fué destruído Chichén por Kinich Kakmó, señor de Izamal, lo que indica un gran sacerdote que llevaba el nombre del dios principal de la ciudad.

El mismo interés y la misma venganza unía á Cheles y á Cocomes, y por realizar ésta, como ya al principio del siglo xv parece que había guarnición





Mapas del códex Chumayel

mexica en el Xicalanco, aliáronse con ella, según los cronistas, para destruir á los Tutulxiu, consiguiendo con el auxilio extranjero acabar con Mayápan y Uxmal en el año de 1420.

Los Tutulxiu retiráronse á Maní, y los Canek de Chichén á Taya Itzá, de que tanto hemos hablado. Del Canek cuenta la leyenda que con los suyos se fué hasta la laguna del Petén, huyendo de la venganza de un señor más poderoso, á quien por sorpresa y ciego de un desatentado amor, había robado á su desposada en el mismo día de la boda.

Quedó, pues, por un siglo, hasta la venida de los españoles, dividida la península en varios pequeños señoríos, que todo se ponía de sazón para la Conquista. Fueron éstos, siguiendo la división dada por el señor Ancona: al sudoeste Chanpotón, que en 1519 se hallaba gobernada por Moch Couoh; al norte de ella Can Pech, que se corrompió en Campeche, de que era señor Na; seguíase Acanul, gobernada por los chanes, los aliados extranjeros, que por esto se ve que no eran mexica como dicen desde Landa hasta el señor Ancona, sino los descendientes de los quichés que vivían en las montañas, *vitzes;* más al norte quedaba Cehpech y la ciudad Tihóo; de ahí á la costa, Zipatán, gobernada por Pech, que tenía su corte en Conkal; continuaba al oriente Ah-Kin-Chel, comprendiendo á Izamal y mandada por los Cheles; al sur, Maní, último refugio de los Tutulxiu, y Zotuta, residencia de los Cocom; hacia la costa oriental estaban los señoríos de Choaca y Cupul, comprendiéndose en éste el pueblo de Zaci, en donde después se fundó Valladolid; y seguían al sur por la costa, Cochvá, cuyo señor Cochuah tenía su corte en Jehmul; Bakhalal y Chetemal, y más allá de la península los itzaes en el Petén.

De la división de la península nos ha dado á conocer el señor Carrillo dos preciosos dibujos geográ–

ficos, del manuscrito que llama *códex Chumayel.* En el primero está representada la península por un círculo dividido en cuatro partes iguales que llevan los nombres de—Campech, Maní, Tiho—Calkiní, Cumkal—Itzmal—Zaci. Al pié tiene una leyenda maya que significa: *Aquí Maní: el principio de la tierra ó su entrada (puerto) es Campech: el extremo del ala de la tierra es Calkiní: el nacimiento del ala es Itzmal: la mitad del ala es Zaci: el extremo del ala es Cumkal: la cabeza de la tierra es la Ciudad capital Hó.* Bajo la forma de blasón presenta el mismo manuscrito la división en siete reinos, poniendo en el centro por principal á Itzmal.

LIBRO CUARTO

LOS MEXICA

CAPÍTULO PRIMERO

Los azteca. — Situación de Aztlán. — Datos del lienzo de Tlaxcalla. — Jeroglíficos de la peregrinación. — Época en que comenzó. — Estancia en Michuácan. — Opiniones sobre el punto de partida. — Tradición del pájaro que mandó viajar á los azteca. — Separación de las tribus. — Mudan su nombre por el de mexica. — Fábula de Quilaztli. — Viajes convencionales. — Destrucción de Tóllan. — Diversas estancias. — Cambio en el sistema cíclico. — El quinto sol. — Corrección cronológica al *ome ácalt*. — Estancias de períodos cíclicos. — Estancia en Chapultepec. — Elección del primer rey Huitzilíhuitl. — Guerra de Xaltócan. — Derrota de Chapultepec. — Leyenda de Xochipapálotl. — Diversas tradiciones. — Servidumbre en Culhuacán. — Tenoch. — Guerra de Xochimilco. — Batalla de Ocolco. — Hazaña de los mexica. — Fin de la tira del Museo. — Libertad de los mexica. — Teofanía de la diosa Toci. — Persecución de los mexica. — Últimas mansiones. — Fundación de México. — Jeroglífico de la ciudad. — Año de su fundación — Diferentes pinturas y autoridades. — Verdadera fecha. — Importantísima significación de la nueva ciudad.

Al derrumbamiento del reino tolteca, conmoviéronse profundamente las demás tribus que con ellos habían emigrado y que como los chichimeca habían tomado ya asiento. Hubo un trastorno general, semejante al del imperio tlapalteca en el siglo VI. La organización especial de aquellos pueblos hacía que nunca pudiera desarrollarse en ellos el espíritu de nacionalidad. Los tributarios, en una catástrofe, no teniendo más liga que la servidumbre común, recobraban aisladamente su libertad; y las tribus, ya libres, peregrinaban en busca de nueva y mejor fortuna. Así desaparecían en un instante los viejos imperios, y así sucedió siempre, precisa y lógicamente, desde la primera conmoción del Norte hasta la conquista de los españoles. Pero dejemos á los unos mezclándose con la civilización maya-quiché, y al resto estableciéndose en nuestro Valle y á orillas de los lagos.

En tanto que los colhua desarrollaban su reino, que los chalca bajaban de Xicco al lago dulce, y en él se establecían los xochimilca y cuitlahuaca, y en las orillas del lago salado los acolhua y los tepaneca, una tribu desconocida, pobre y valerosa, peregrinaba buscando el lugar prometido por su dios: eran los azteca. En ellos iba á personalizarse la nueva marcha de la civilización y de la religión nahoas. Llamábanse azteca porque eran originarios de Aztlán: uno de los modos de formar los nombres de los habitantes de un pueblo, era suprimir la última sílaba del nombre de éste y agregar *técatl*, que quiere decir persona. Así

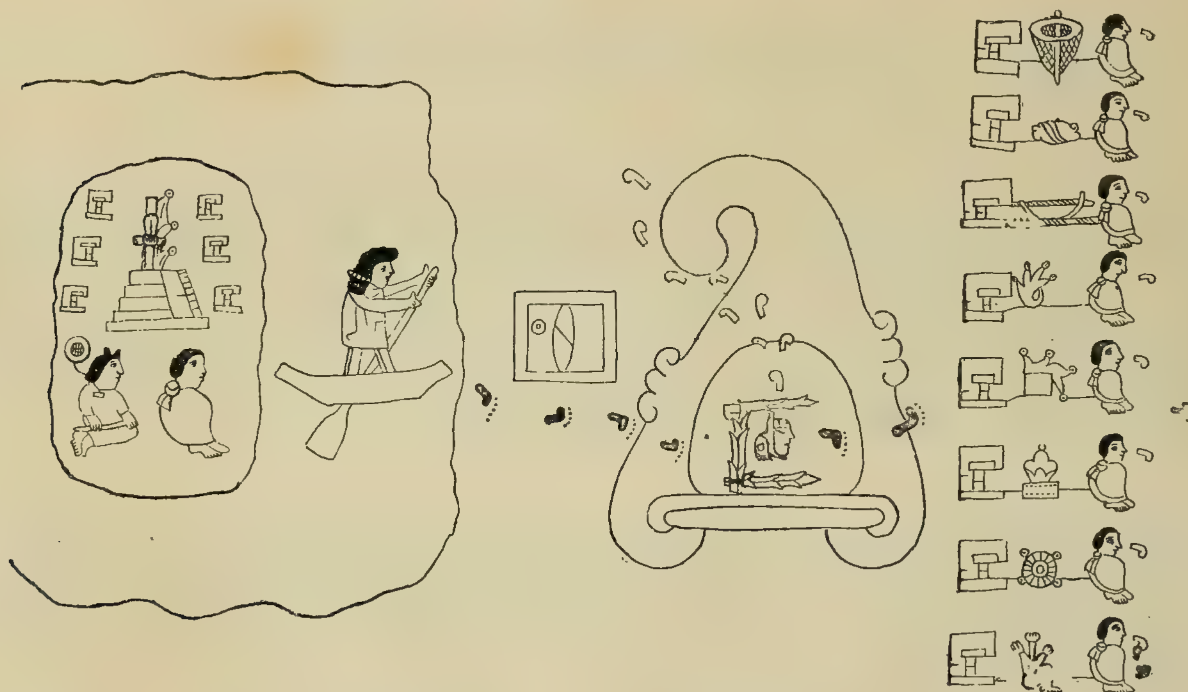


Aztlán.—Códice Aubin

de Tlaxcállan se forma *tlaxcaltécatl*, de Cholóllan *chololtécatl* y de Aztlán *aztécatl* y en plural *azteca*. Hay gran divergencia sobre la etimología de la palabra Aztlán, por lo que estas discusiones nos parecen inútiles.

Diremos, sin embargo, que unos pretenden que quiere decir *lugar de blancura* y otros que *lugar de garzas.* Esto nos parece más probable, porque Aztlán estaba en medio de un lago, y además en los *Anales nonoalca,* manuscrito auténtico é importantísimo, se llama á sus habitantes *aztateca.*

Más grave es la famosa cuestión del lugar en que estaba Aztlán. Comencemos por decir que en el códice mexica de Mr. Aubin se le representa como una isla rodeada de agua, sobre la isla se levanta un cerro, *tépetl,* y en él el carácter figurativo hombre, de pié. El carácter *calli,* casa, está dos veces á cada uno de los dos costados del cerro: el intérprete ha puesto sobre cada una de los cuatro *calli,* la palabra *azteca,* y debajo del *tépetl* y en una orla, Aztlán. Veamos las diferentes opiniones. Humboldt presume que debió estar hacia el 42° de latitud norte. Laphan lo coloca en Wisconsin, en la parte norte de los Estados-Unidos. Vetancourt, Clavigero y Bourbourg creen que estaba al norte de California. En la península de California lo ponen Boturini, Aubin y Bancroft. Más al norte de Sonora, Veytia, Acosta y el códice Ramírez. Al noroeste de México, el Códex Çumárraga y Tezozomoc. En el norte de Xalixco, Mendieta y el mismo Tezozomoc. El señor Orozco llama á esta cuestión *inextricable.* Veamos la opinión que formamos el señor Orozco y tambien nosotros, y que él conserva todavía. Antes debemos decir que el señor Ramírez pensaba que Aztlán debía buscarse en el lago de Chalco. No hay duda de que estaba en un lago, pues demasiado lo significa la pintura jeroglífica.



Principio del viaje de los azteca.—Tira del Museo n.° 1

Además, en la tira del Museo se ve al azteca que pasa remando en una canoa de la isla á Culhuacán. Presumimos con el señor Orozco que, según lo indican los lugares de la peregrinación, Aztlán debía estar en Xalixco, y escogimos la isla de Mexcalla que se encuentra en medio del lago de Chapalla [1]. El señor Orozco conservó esta opinión y hemos confirmado su ubicación en el territorio que hoy forma el Estado de Jalisco, porque, como hemos visto, era la región de los meca, y allí necesariamente debían estar los mexica, una de esas tribus, como lo manifiesta su nombre. Pero vamos á fijar su lugar preciso, y esto de una manera clara y sencilla, y apoyándonos en una pintura de autenticidad indiscutible.

Es el lienzo de Tlaxcalla, pintado por los mismos indios para conmemorar las conquistas en que acompañaron á los españoles, no solamente á Cortés, sino á Nuño de Guzmán después de la toma de México. Este lienzo es uno de los documentos jeroglíficos más preciosos para nuestra historia. Está dividido en cuadros, y en cada uno de ellos se representa, ya la recepción de un pueblo hecha á los conquistadores, ya una batalla, y el nombre del lugar del acontecimiento se anota con su signo jeroglífico. Comienza con la expedición de Cortés desde Tlaxcalla hasta la toma de México, y continúa con la expedición de Guzmán por Michuacán y Xalixco hasta el territorio del Norte. Hay en este derrotero una circunstancia verdaderamente curiosa, sobre la cual no se ha llamado la atención. Cortés trajo el mismo camino, pero en sentido inverso, que llevó la raza nahoa cuando invadió á la raza nonoalca. La raza nahoa invade á Teotihuacán, Cholóllan, Cempuállan y se establece en el Xicalanco hasta Tabasco: Cortés sigue el

[1] *Hombres ilustres mexicanos.* — Vida de Tenoch.



OBJETOS ANTIGUOS MEXICANOS.—Copia del natural de R. Cantó

1. Lápida de la consagración del gran Teocalli de México (Serpentina).—2. Sol, de Cuauhtitlan (Basalto).—3. Ocelotl, de las ruinas de Mitla (Barro cocido).—4. Rica manta de algodon y plumas de colores.—5. Xiuhmolpilli (Basalto).—6. Tenatitecuhtli, guerrero del sol: de Tabasco (Barro rojo).—7. Jarra acromada, de la Huasteca (Barro pintado).—8. Totec, de Peña Pobre, Tlalpan (Granito).—9. Pipa, de Teotihuacan (Pizarra verdinegra).—10. Jarro, de Palenque (Barro esmaltado).—11. Máscara, de Michuacan (Madera).—12. Cuchilla para sacrificios, de Texcoco (Pedernal).—18. Jarra, de Cuernavaca (Barro pintado de colores).—14. Jarra, de Casas Grandes, Chihuahua (Barro pintado de colores).—15, 16 y 17. Vasos sagrados, de Cholula (Barro pintado de diversos colores).—18. Plato de Nahui-Ollin, de Tula (Barro pintado).—19. Quetzalcóatl, de Tlaxcalla (Pórfido verde)

Estos objetos, con excepción del número 1, que está en el Museo, son de la colección del señor Chavero

mismo camino en dirección opuesta. Los azteca salen de Aztlán, penetran en Michuacán y llegan á nuestro Valle: Nuño de Guzmán atraviesa Michuacán y llega como conquistador á Aztlán. Después continúa la conquista por la costa del Pacífico; ocupa el antiguo Culuacán de Sinaloa y se extiende al antiguo territorio tlapalteca. Es curioso: la conquista española siguió el mismo camino de las peregrinaciones nahoas, pero en sentido inverso; comenzó donde aquéllas concluyeron, terminando en donde habían empezado.

Para fijar los lugares, principiaremos por el último punto marcado en la gran expedición de la Conquista. El lugar se llama Piaztlán, y el jeroglífico es un acocote. El nombre se compone de *piaztli*, acocote, y de la preposición del lugar *tlan*. En ninguna de las cartas geográficas impresas se encuentra este lugar; pero tenemos una manuscrita muy antigua, y en ella, en Sinaloa y cerca de la costa, está Piasta, que es el antiguo Piaztlán. La estancia anterior de los conquistadores es Xayacatlán; su jeroglífico es una cara: el



Aztlán. — Lienzo de Tlaxcalla

nombre se compone de *xayácatl*, cara, y de la preposición *tlan*. El lugar anterior es Tonatiuhyhuetziyan: su jeroglífico, un sol hundiéndose detrás de una montaña, y se compone el nombre de *tonatiuh*, el sol, la ligadura *i*, *huetzini*, caer, y la preposición *yan*. La etimología del nombre nos muestra claramente que era un lugar cerca de la costa del Pacífico. El lugar anterior es Tlaxichco, y su jeroglífico tres flechas: viene el nombre de *tlaxichtli*, pasador que se tira con ballesta, y de la preposición *co*. El lugar anterior es Colhuacán, cerro torcido, como se presenta en su jeroglífico, y su situación es bien conocida en Sinaloa. No puede dudarse que los lugares citados entre Piaztlán y Colhuacán están en Sinaloa también, pues estos dos sabemos que lo están.

Las estancias de los conquistadores que preceden á las ya enumeradas, son: Colotlán, que quiere decir lugar del alacrán; de *cólotl*, alacrán, conque se le representa en el jeroglífico, y la terminación *tlan;* Colihpán, cuyo jeroglífico es un muro torcido; se compone el nombre del verbo *colihui*, torcerse la pared, y de la terminación *pan*, y significa sobre la pared

torcida; y Quetzállan, su jeroglífico son tres plumas de *quetzalli*. El lugar anterior es Chiamétlan, puerto conocido en la costa sur de Sinaloa: su jeroglífico es el maguey ó arbusto de la chia, *chiametl*. Inmediatamente antes está al fin Aztlán: su jeroglífico es una garza, lo que resuelve la debatida cuestión de etimología. Estos datos son suficientes para demostrar que Aztlán estaba en una laguna al sur de Chiametla, y la única laguna que hay allí es la de San Pedro ó de Mexticácan. Veamos los lugares que recorrieron los conquistadores para llegar á Aztlán. Primero Xalixco, en el que es hoy cantón de Tepic; después Tototlán y Tonallan, bien conocidos; luego Achtlán, hoy el Autlán de Tepic, y en fin, después de Tlacotla, Xochipilla y Apcolco, y por último Xonacatlán, que está en el mismo cantón, en dirección de la laguna de San Pedro y á muy pocas

Peregrinación azteca

leguas de distancia de ella. Para mayor abundamiento, San Pedro se llama Aztlán, y una hacienda que hay allí y un pueblecillo llevan el nombre de San Pedro Aztlán. A esta laguna la llama el señor García Cubas, de Mescaltitlán, y dice que es muy extensa y se comunica con el mar: está á los 22° grados de latitud norte y hay en ella una isla y pueblo llamados Mexticácan. Es la primera vez que se encuentra el jeroglífico de Aztlán [1], y creo que se ha fijado tan claramente su ubicación, que en lo de adelante ya terminarán las

[1] Siempre hemos preferido, como prueba de lo que escribimos, las pinturas de los jeroglíficos que nos dejaron los indios; pero no desconocemos la importancia de las relaciones de los mismos conquistadores, y en el interesante punto que tratamos, ellas vienen á ser comprobación exactísima de nuestra opinión. En la Relación de la entrada de Nuño de Guzmán que dió García del Pilar, su intérprete, y que en el segundo tomo de la *Colección de documentos para la Historia de México* publicó nuestro amigo el sabio y erudito don Joaquín García Icazbalceta, se refiere que la expedición llegó á Xalixco, después fué al Río Grande, luego á Umitlán, en la provincia del Teul, que se llama Temoaque, y de allí, «á cabo de siete dias, poco más ó menos, á la provincia de Astatlán, que es cerca de la Mar del Sur.» De Aztatlán, dice que Nuño de Guzmán se fué á Chiametla. Tenemos, pues, que Aztlán, en esta relación como en el lienzo de Tlaxcalla, está entre Xalixco y Chiametla, sobre la costa del Pacífico, es decir, en la laguna de Mescaltitlán ó Mexticácan: cualquiera de estos nombres que aceptemos tiene por raíz *Mexi*, el

disputas que ha habido durante tantos años sobre el lugar en que se encontraba la patria primitiva de los mexicanos [1].

Los azteca, pues, pertenecían á la gran región de los meca, y eran de los más próximos al antiguo imperio tlapalteca: sin duda por eso ellos ponían su punto de salida en Chicomoztoc, que, como hemos dicho, era el nombre conque se conocían los siete grandes reinos tlapaltecas. A este propósito, tenemos que separarnos de la opinión del señor Orozco. Empéñase en que este Chicomoztoc es un pueblecillo que está en las montañas de nuestro Valle; pero no se puede admitir tal opinión, porque las tradiciones todas colocan el punto de partida en una región distante, hacia el norte. Los viajes que por él comienzan, lo ponen antes de Michuacán; y en fin, en las diversas expediciones que se hicieron á Sinaloa y Sonora, como la de Coronado, buscaban siempre en ese rumbo las Siete Cibdades [2]. Ya lo hemos dicho: como estos pueblos vivieron primitivamente en grutas, quedó el nombre de *oztoc* como genérico de ciudad; y por tener la región tlapalteca siete grandes centros de imperio y civilización, se llamó Chicomoztoc.

¿Cuándo comenzaron los azteca su peregrinación? Aquí volvemos á encontrarnos en contra del señor Orozco, quien quiere que los dos jeroglíficos del Museo sean continuación el uno del otro. Tenemos sobre esta peregrinación itinerarios jeroglíficos é itinerarios de cronistas. Los jeroglíficos son: el de Sigüenza, publicado bajo el número 1 en el *Atlas* del señor García Cubas; la tira del Museo, publicada bajo el número 2 en el mismo *Atlas;* la parte relativa del códice mexicano de Mr. Aubin y la del códice Vaticano. En cuanto á los cronistas, varios han tratado de este viaje, y de los principales nos ocuparemos. Merecen principalmente nuestra atención los dos jeroglíficos del Museo, que se publicaron en el *Atlas* del señor García Cubas. El primero es un cuadrado de papel de maguey, en que las figuras están pintadas con colores, y por el modo conque está marcada su cronología, se ve que es un documento de los primeros tiempos de México, cuando todavía no alcanzaba gran perfección la pintura jeroglífica. Hemos dicho que originariamente perteneció al sabio Sigüenza y Góngora, y hoy es del Museo, aun cuando no se encuentra en él. El otro jeroglífico, también de papel de maguey, tiene la forma de tira, forma posterior que se adoptó para que se doblara el jeroglífico y se formase con él una especie de libro. El dibujo de las figuras es mucho más perfecto que el de las del otro jeroglífico, lo que acusa también que es más moderno. La cronología está marcada año por año con cuadrados, dentro de los cuales está el símbolo del año respectivo, y en el otro jeroglífico solamente se señalan los principios de ciclo ó *xiuhmolpilli,* y el número de años de cada estancia por medio de puntos y sin expresar qué años eran: prueba también de que éste es más antiguo que aquél. En el segundo jeroglífico no se usó de pinturas, sino de tinta negra. Hemos observado que varios jeroglíficos acolhuas están así, lo que hace presumir que esta tira se haya pintado en Texcoco. No está completa, pues le falta una pequeña parte al final. El señor Orozco afirma que estos dos jeroglíficos son el uno continuación del otro; que la tira es el primero y el de Sigüenza el segundo.

Desde luego ocurre que no puede ser el primer jeroglífico la tira, pues es pintura más moderna que el de Sigüenza. Se podrá objetar que siendo dos partes de un viaje, bien pudo pintarse la primera después de la segunda, tanto más que aquélla acaba en Culhuacán, y ésta empieza en el mismo lugar. De aquí precisamente ha provenido el error del señor Orozco. Los dos jeroglíficos comienzan en una isla junto á Culhuacán, y en los dos sigue la peregrinación hasta volver casi al fin, á Culhuacán: luego no son continuación el uno del otro, sino que refieren el mismo viaje. Pero sucede que la tira del Museo no está completa, que le falta una pequeña parte al fin, y concluye con la segunda estancia en Culhuacán, anterior en pocos años á la fundación de México. Se prueba esto, comparando la tira con la peregrinación azteca del códice de Mr. Aubin: ambas comienzan en una isla cercana al Culhuacán de nuestro lago, y en el mismo año *ce técpatl,* 1116; ambas siguen con muy cortas diferencias en el principio, el mismo itinerario y la misma cronología, hasta llegar á Culhuacán, pintar la guerra de los mexica en la fiesta del fuego nuevo en Chapultepec y dejarlos reducidos á la servidumbre de los colhua el año *ome ácatl,* 1299. El jeroglífico de Sigüenza pone también, ya casi al fin y en el nuevo ciclo ó *xiuhmolpilli,* este suceso, y marca como estancia anterior á Culhuacán y también á Chapultepec. Así es que el último Culhuacán de la tira no es el primero del jeroglífico de Sigüenza, sino el segundo, precedido en ambos documentos de Chapultepec, y se refieren ambos á la segunda estancia de los mexica, poco antes de la fundación de México. Esto se ve muy claro en el códice de Mr. Aubin, pues de la estancia de Culhuacán, que siguió á la de Chapultepec, apenas transcurren doce años para la fundación de México. Además, por los mismos dibujos de la tira, se ve que

dios de los azteca. Y no nos detengamos porque en esta relación se dice Astatlán y no Aztlán, pues en el manuscrito nonoalca se llama aztateca á los azteca: el primer nombre era el verdadero, pero se usaba del segundo por eufonía, así como el nombre del rey Motecuhzoma se convirtió por más brevedad en Moteczuma.

[1] Véase el mapa de los Estados de Jalisco, Colima, Aguascalientes y la mayor parte del de Zacatecas, 1872.

[2] En la primera Relación anónima de la jornada de Nuño de Guzmán á la Nueva Galicia, se dice expresamente que de Culiacán, en Sinaloa, quiso salir en busca de «las Siete Cibdades, de que tenia noticia al principio que de México salió.» *Colección Icazbalceta,* tomo II. En la segunda Relación anónima, ibid., se dice que de Culiacán fueron hasta un río en que estaban los indios yaquimi, y agrega: «la demanda que llevábamos cuando salimos á descubrir este rio, era las Siete Cibdades.» Se ve, pues, que no puede dudarse de la antigua ubicación del Chicomoztoc.

ésta no concluye, y los sucesos que están pintados á su fin son muy conocidos y fueron causa de que el rey colhua diera libertad á los azteca, los que á poco tiempo, según testimonio conteste de todos los cronistas, fundaron la ciudad de México.

Sin embargo, dice el señor Orozco que el jeroglífico



de Sigüenza no comienza por Aztlán, y que por lo mismo tiene que ser el segundo; pero tampoco comienza por Aztlán la tira, sino por una isla junto á Culhuacán del lago, cuyo nombre no señala el jeroglífico. Verdad es que el intérprete del códice de Mr. Aubin pone á la isla, principio de la peregrinación, el nombre de Aztlán;

pero esto es sin autoridad ninguna. Ya conocemos el jeroglífico de Aztlán en el lienzo de Tlaxcalla, y no está, por cierto, en las tres pinturas citadas. Esto hace comprender que en ellas no refirieron los mexica todo su viaje, sino únicamente la peregrinación que hicieron desde su primera salida de Culhuacán del lago. Esto dió margen á un error del señor don Fernando Ramírez, quien dijo que debía buscarse á Aztlán en el lago de Chalco. Afortunadamente ya conocemos su antigua ubicación en la laguna de Mexticácan, cerca del mar, á los 22° de latitud norte. Está en el rumbo que refieren uniformes las tradiciones, aunque 20° más al sur de lo



Chicomoztoc.—Atlas de Durán

que suponía Humboldt. Y las razones que hemos expuesto, nos hicieron abandonar nuestra antigua idea de que Aztlán fuera la isla de Mexcalla en el lago de Chapalla. Sí creemos que los azteca habitaron esta isla, como lo demuestra su mismo nombre.

Y puesto que los tres jeroglíficos citados no tratan del principio de la peregrinación mexica desde la salida de Aztlán, tenemos que recurrir á otra pintura, al códice Vaticano. Éste trae como punto de partida de la tribu á Chicomoztoc, lo mismo que los jeroglíficos del padre Durán y del códice Ramírez, y con ellos están conformes los cronistas. Conocida ya la ubicación de Aztlán,



Partida de los mexica

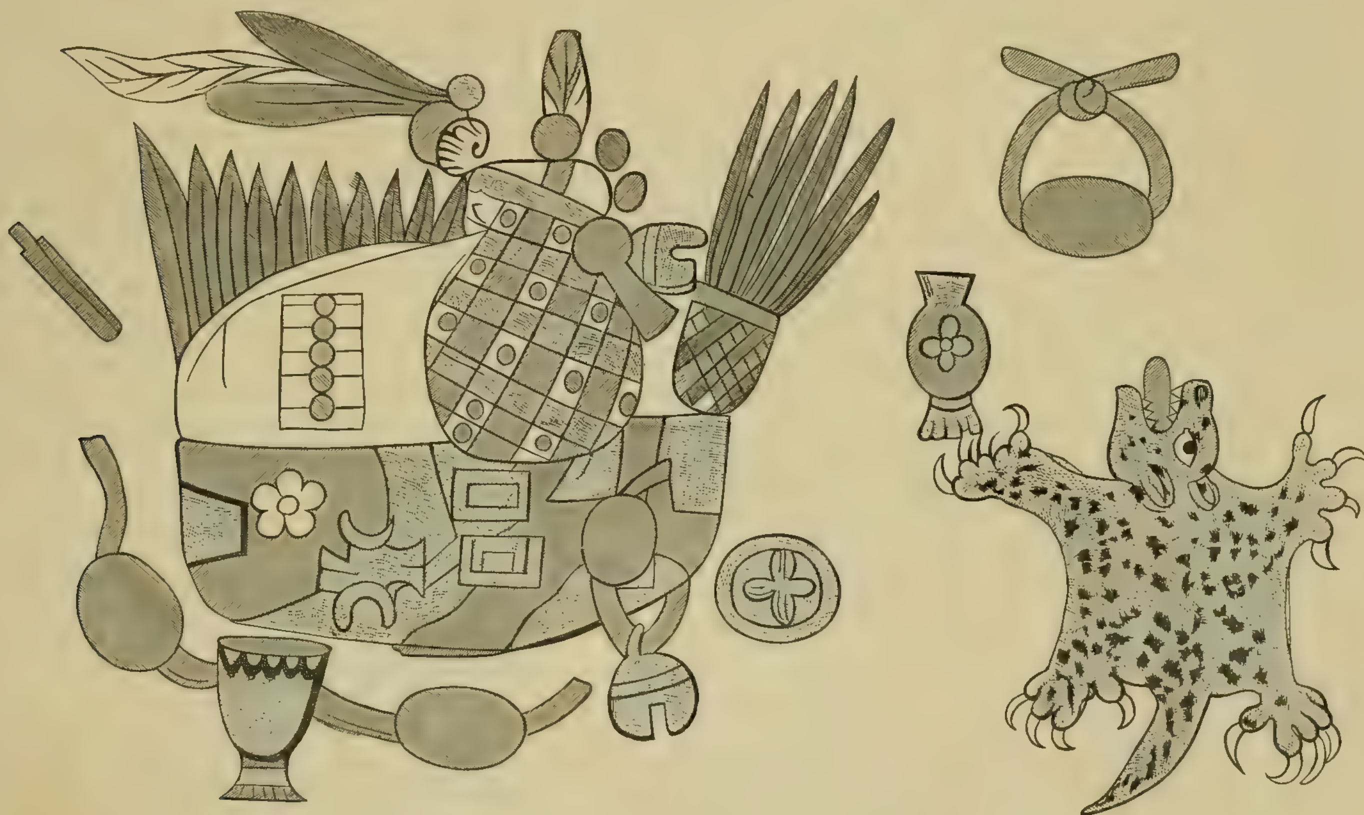
todo se explica naturalmente. Aztlán estaba en la región tlapalteca, en el territorio de las siete grandes ciudades, que fueron la magnífica representación de la cultura nahoa; y por eso los mexica reclamaban con justicia el haber salido de Chicomoztoc. Según el mismo códice Vaticano, los guiaba su caudillo *Huitzilopochtli.* ¿Cuándo salieron de Aztlán y qué rumbo tomaron? Que no salieron con los tolteca y demás tribus emigrantes nos parece cierto, aun cuando, reclamando igual origen, aparezcan las otras en su compañía en los jeroglíficos de la peregrinación. Vemos que tomaron diverso rumbo, pues, más audaces, penetraron en Michuacán. No hay

razón para creer que su peregrinación tuviese otro motivo que el derrumbamiento del imperio tlapalteca el año *ce ácatl,* 583. Podríamos, pues, fijar para su partida esa fecha; mas el códice Ramírez dice terminantemente que fué en el año *ochocientos y veinte.* Debemos notar que Aztlán se hallaba en el lago de Mexticácan: así es que estaban acostumbrados á vivir en medio de las aguas, causa determinante de sus estancias posteriores diferentes de las de las otras tribus. Por eso es que, atravesando Xalixco hacia el sur, se detuvieron en el lago de Chapalla, en la isla Mexcalla, que de ellos tomó su nombre. Su camino natural era hacia el Michuacán. Cualquiera que lo haya recorrido, habrá visto que era una larga sucesión de lagunas, de las cuales unas existen todavía, como la de Pátzcuaro, la de Cuitzeo y la de Yuriria, y otras se han secado convirtiéndose en inmensos llanos, como el del Cuatro. Era el territorio propio para la manera de vivir de los azteca. Raza diferente en valor y en audacia de las otras peregrinantes, no debía torcer camino por los obstáculos que encontrara é invadió la región de los lagos. Dominaba además en ella el espíritu religioso como no dominaba en ningún otro pueblo: arrojados de la isla en que les hablaba su dios *Mexticácan, en donde se oye á Mexi,* penetraron en el lago de Chapalla para buscar un lugar propicio á su divinidad, y empujados por el turbión que se desbordaba del Norte, llegaron á otra laguna, la de Pátzcuaro en el Michuacán.

Conforme está el códice Ramírez en que los azteca no peregrinaron con las otras tribus. Según él, salieron primero los xochimilca, quienes llegaron á nuestros lagos y sin oposición poblaron la laguna hacia el Sur. Poco después llegaron los chalca, se unieron á ellos y se establecieron á orillas de la laguna, dándole su nombre. Según los *Anales de Cuauhtitlán,* en el año 1103, *ce ácatl,* bajaron de Xicco las chalca á fundar su ciudad, bajo el mando de Acapol, mujer de Tetzcátzin, hijo de Chalcátzin. Después de éstos llegaron los tepaneca y poblaron en paz la parte occidental de la laguna, fundando la ciudad de Atzcapotzalco. En seguida los acolhua ocuparon el resto de los lagos extendiéndose por la parte oriental, y fundaron á Texcoco. Ocupado el resto del valle por los chichimeca, otras tribus pasaron por entre las montañas nevadas del Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, y fueron á establecerse en Tlaxcalla, Cholóllan y Huexotzinco. Culhuacán estaba fundado de antemano por los nonoalca-chichimeca. Todo esto acredita que los azteca fueron los últimos en llegar y que caminaron separados y en distinto rumbo que las otras tribus, pues ya no hallaron lugar en que asentarse y tuvieron que seguir peregrinando muchos años. Según el mismo códice, los azteca tardaron trescientos dos años en llegar al valle. Esto concuerda con el jeroglífico de Sigüenza, pues en él encontramos á los azteca ya en el valle el año 908; si salieron de Aztlán hacia el año de 583 y peregrinaron trescientos dos años, llegaron en 885, y veintitres años después comenzó la nueva peregrinación del jeroglífico. En su viaje desde Aztlán, iban deteniéndose y establecían ciudades y sementeras, y cuando las abandonaban dejaban á los enfermos, viejos y gente cansada. Según la crónica, salieron de Aztlán con su dios *Huitzilopochtli* ó *Mexi,* y éste, por boca de los sacerdotes, les mandaba seguir adelante. Se ve que su organización era teocrática y que el sacerdote disponía la marcha suponiéndola mandato del dios. Éste no pudo ser en un principio *Huitzilopochtli,* pues contestes están los testimonios en que fué un caudillo que deificaron después. El dios era *Mexi,* el *xiote* del maguey, dios de la religión primitiva de las plantas. No sabemos cuáles fueron las primeras estancias de la tribu peregrina, sino solamente que estuvieron en el lago de Chapalla, y que penetrando en el Michuacán llegaron á la laguna de Pátzcuaro. En este hecho están también contestes las crónicas. El códice Ramírez es terminante. Dice: «prosiguiendo de esta suerte su viaje, vinieron á salir á la provincia que se llama de Michuácan, que significa tierra de los que poseen el pescado, por lo mucho que hay allí, donde hallaron muy hermosas lagunas y frescura.» Y no solamente lo dicen las tradiciones mexica, las mismas michuaca lo confirman. Larrea, en su *Crónica de Michuacán,* libro ya sumamente raro, dice que los tarascos conservaban un lienzo jeroglífico de su viaje en el pueblo de Cucutacato, en el cual constaba que habían caminado con los mexicanos, y les da por primera patria á Chicomoztoc. No se le ocultan las diferencias de idioma y de antigüedad, la tradición de que los tecos fueron más antiguos pobladores, y concluye que los azteca no fueron los primeros sino los últimos pobladores del Michuacán. Estas ideas no van del todo descaminadas, y no se contradicen con la tradición si saben explicarse. Ya sea la fábula de Muñoz Camargo relativa al baño, ya la de Larrea referente á la separación de las tribus por mandato del dios, y por el prodigio del árbol que se derrumbó con grande estruendo, es lo cierto que los tarascos reconocían el origen común; pero, como ya lo hemos dicho, debió ser la separación de muchos siglos atrás, según lo manifestaba ya la gran variación del lenguaje. Los mismos tarascos, antes de los azteca, recordaban otra invasión de los chichimeca. Es de suponer, pues, con gran verosimilitud, que el territorio tarasco estuvo en su principio poblado por la raza monosilábica, que en época muy remota fué invadido por las tribus meca, que tenían ya la civilización nahoa, y que de esta fusión resultó la civilización tarasca. Como el pueblo tarasco era varonil, guerrero y poderoso, resistió invasiones posteriores, y por eso los tolteca y demás tribus rodearon su territorio en sus

peregrinaciones. No así los azteca, tribu más valerosa, que penetró hasta el centro del Michuacán y llegó á Pátzcuaro. Otra crónica tarasca, sin duda la más importante, y que hasta hace poco se encontraba inédita en la Biblioteca del Escorial, dice que antes de los antecesores del cazonci vivían en el Michuacán los mexicanos; y más adelante, hablando del rapto de Curicaberi, señala el lugar de su morada, que fué Tarimichúndiro, barrio de Pátzcuaro. No puede caber duda de la estancia de los azteca en el Michuacán, estancia que tuvo importantes consecuencias en el desarrollo de la religión y de la civilización de los mexica.

El reino tarasco era poderoso y sumamente poblado, y se extendía desde el Pacífico hasta el territorio en que hoy se encuentran los Estados de Guanajuato y Querétaro. Era una gran faja de terreno que separaba las dos civilizaciones del Norte y del Sur. Los tarascos eran bravos y sanguinarios, y su culto era una sucesión de sacrificios humanos; y naturalmente debieron los mexica, como los más débiles, recibir la influencia tarasca. Y que esto sucedió, se demuestra con el hecho de que en el culto mexica encontramos los ritos tarascos, tan diferentes de la pura religión astronómica de los nahoas, sin que pueda decirse nunca que los michuaca los recibieron de los mexica, pues es notorio que éstos nunca pudieron vencerlos, y menos conquistarlos, único medio en aquellos tiempos de imponer la religión. Ya en el manuscrito del Fénix de Occidente se llamaba la atención sobre la semejanza de ambos cultos; pero esto es más notable en ciertas especialidades de los azteca. Así los sacerdotes tarascos cargaban á sus dioses envueltos y á la espalda; generalmente eran cinco los sacerdotes llamados *tinimecha*. Pues bien, en la tira del Museo se ve á los cuatro sacerdotes aztecas cargando de la misma manera á sus dioses, llevando el primero á cuestas al dios *Huitzilopochtli*. Una de las especialidades más importantes del culto mexicano, consistía en hacer la guerra cuando se acercaba la fiesta del fuego nuevo, á fin de tener víctimas que ofrecer á su dios. La fiesta tarasca llamada *Ancinasquaro* era semejante, y por cierto revestida de grandes solemnidades. Las ceremonias funerales de los que morían en la guerra y de los caciques eran muy semejantes. Esto se hace más palpable en las ceremonias del cazonci ó rey. Dice la crónica: «poníanle al cuello unos huesos de pescados blancos muy preciados entrellos, y cascabeles de oro en las piernas, y en las muñecas piedras de turquesas, y un tranzado de plumas, y unos collares de turquesas al cuello, y unas orejeras grandes de oro en las orejas, y dos brazaletes de oro en los brazos, y un bezote grande de turquesas, y hacíanle una cama de muchas mantas de colores muy alta, y ponían aquellas mantas en unas tablas anchas, y á él poníanle encima y atábanle con unas trenzas y cobríanle con muchas mantas encima, como que estuviese en su cama, y atravesaban por debajo unos palos, y hacian otro bulto encima dél de mantas con su cabeza, y ponian en aquel bulto un gran plumaje de muchas plumas muy largas, verdes, muy ricas, y unas orejeras de oro y sus collares de turquesas y su brazalete de oro, y su



Costumbres funerarias

tranzado muy bueno, y poníanle sus cotaras de cuero, y su arco y flechas, y su carcax de cuero de tigre.»

Los ritos bárbaros de los funerales, que no pudieron venir de la sana religión de los nahoas, eran también semejantes entre los michuaca. La misma crónica dice: «Componian asimismo toda la gente de hombres y mujeres que habia de llevar consigo (el cazonci), los cuales su hijo habia señalado para que matasen con él; llevaba siete señoras: una llevaba todos sus bezotes de oro y de turquesas atados en un paño, y puestos al pescuezo, otra su camarera, otra que guardara sus collares de turquesas, otra que era su cocinera, otra que le servia del vino, otra que le daba el agua á manos y le tenia la taza mientras bebia, y otra que le daba el orinal, con otras mujeres que servian destos oficios; de los varones llevaba uno que llevaba sus mantas á cuestas, otro que tenia cargo de hacelle guirnaldas de trebol, otro que le entranzaba, y otro que llevaba su silla, otro que llevaba á cuestas sus mantas delgadas, otro llevaba sus hachas de cobre para hacer leña, otro que llevaba el aventadero grande para sombra, otro que llevaba su calzado y cotaras, otro que llevaba sus canutos de olores; un remero, un barrendero de su casa, y otro que bruñia sus aposentos, un portero de las mujeres, un plumajero de los que le hacian sus plumajes, un platero de los que le hacian sus bezotes, uno de los que le hacian sus flechas, otro de los que le hacian sus arcos, dos ó tres monteros, algunos de aquellos médicos que le curaban y no le pudieron sanar, uno de aquellos que le decian novelas, un chocarrero, un tabernero, que entre todos serian más de cuarenta, y ataviábanlos y componíanlos á todos y dábanles mantas blancas, y llevaban todos estos consigo todo aquello de sus oficios de que servian al cazonci muerto; y llevaba asimismo un bailador y un tañedor de sus atabales, y un carpintero de sus atambores, y querian ir otros sus criados y no les dejaban ir, decian que habian comido su pan, y que quizá no los trataria como él el señor que habia de ser. Poníanse todos guirnaldas en la cabeza de trebol, y amarillábanse las caras y iban tañendo delante unos huesos de caimanes, otros unas tortugas, y tomábanle en los hombros solo los señores y sus hijos, y venian todos sus parciales del apellido de *hencani* y *zacapuhiris* y *banacea*.... Iban delante toda aquella gente que llevaba consigo para matar.... y ansi le llevaban hasta el patio de los ques grandes, donde ya habian puesto una gran hacina de leña seca, concertada una sobre otra, de rajas de pino, y dábanle cuatro vueltas alrededor de aquel lugar donde le habian de quemar, tañendo sus trompetas, y despues poníanle encima de aquella leña, así como le traian y tornaban aquellos de sus parientes á cantar su cantar, y ponian fuego alrededor, y ardia toda aquella leña, y luego achozaban con porras toda aquella gente que los habían emborrachado primero....» Tales ceremonias, tan ajenas del espíritu de la religión nahoa, son enteramente semejantes á las mexicanas y acusan que éstas se derivaron de aquéllas.

Si siguiéramos examinando las costumbres religiosas de los tarascos, encontraríamos en ellas el origen de muchas de los mexica: bástenos notar que así como el cazonci no se creía rey sino teniente del dios *Curicaberi*, los emperadores de México siempre se llamaron tenientes de *Quetzalcoatl*. En fin, no solamente sus sacrificios de hombres fueron iguales á los tarascos, sino que de ellos tomaron la famosa comunión, que algunos cronistas han querido derivar del cristianismo, como se ve cuando mataron á Nacan y lo dieron á comer, pues dice expresamente la crónica: «Tiene esta gente costumbre, cuando sacrifican alguno, de partille por las casas de los papas, y allí hacian la salva á los dioses y comian aquella carne los sacerdotes.»

Quedaba en los tarascos algún recuerdo de la primitiva religión nahoa, y así uno de sus dioses era *Uredecuavecara*, dios del lucero; pero las creencias, el culto y los mismos dioses habían cambiado de una manera absoluta, no faltando la adoración de los animales. Tenían por dios, entre otros, al colibrí, y de su nombre habían hecho el de la ciudad Tzintzuntzan, notable metrópoli tarasca. El dios se llamaba *Tzintzuni*, y Larrea dice que es el mismo *Huitzilopochtli*, cuyo culto impusieron los azteca en el Michuacán. A nosotros se nos antoja que debió ser al revés, pues difícil sería que



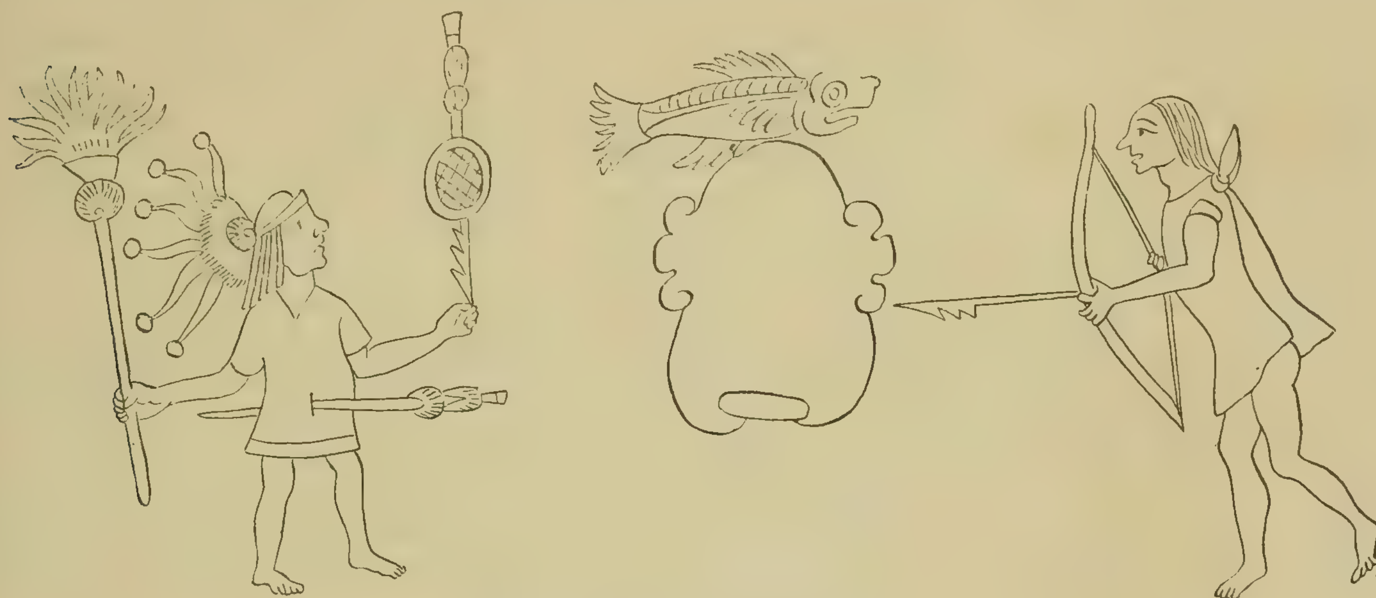
Huitzilopchtli

los pocos y peregrinos, impusieran su dios al vasto imperio en que por algún tiempo moraron. El dios de los azteca era *Mexi*, tenían un dios planta, y al llegar á Michuacán se encontraron con *Tzintzuni*, dios pájaro, que tenía un culto sangriento y era el señor de la guerra, pues se tenía la creencia de que los guerreros se convertían en colibríes en la región del sol; los valerosos azteca aceptaron al nuevo dios é hicieron uno de él y de *Mexi;* de la palabra *tzitzuni* hicieron la azteca *huitzizilin*, y tomando por guía al nuevo dios, decían que los había

conducido en su viaje *Huitzilopochtli*. La etimología de esta palabra ha dado mucho que hacer á los cronistas: dejando aparte las diversas opiniones, le encontramos una traducción sencilla y clara; *huitzizilin* es el colibrí, el dios tarasco; *opochtli*, quiere decir siniestro, y siniestro es como terrible y lúgubre, sobre todo, tratándose de un culto guerrero y sanguinario; así, *Huitzilopochtli* significa colibrí siniestro.

Naturalmente, la leyenda formó una historia para el nuevo dios, historia que se fué modificando, según veremos. Como la imagen del dios tarasco se hacía de plumas de colibrí, y en la formación de tales mosaicos de pluma es aún muy diestra la gente de Michuacán, inventaron que la madre de *Huitzilopoctli*, barriendo un día el templo, vió que iba rodando un ovillo de plumas, lo cogió y se lo puso debajo del ceñidor sobre el vientre, de lo que resultó en cinta, dando á luz á los nueve meses al dios, quien nació con una rodela en la mano izquierda y en la derecha un dardo ó vara azul, con el rostro espantoso y rayado como su cuerpo, y en la frente un penacho de plumas verdes. La madre se llamaba *Coatlicue* ó enagua de culebras, y es la diosa cuyo magnífico ídolo se ve en el medio del patio del Museo; y el templo en que servía estaba en la sierra de Coatepec, cerro de la culebra. Estos nombres, lo mismo que el del dios *Tzintzuni*, nos manifiestan una religión de animales entre los tarascos.

Podemos, pues, decir, que los azteca, después de su estancia en el Michuacán, habían mezclado á la religión nahoa el culto bárbaro de los tarascos, y que llevaban ya al sanguinario dios *Huitzilopochtli*. Para él iban á peregrinar; para él iban á buscar asiento de una ciudad poderosa; sólo para él debía vivir en lo de adelante la nacionalidad azteca. Así cuenta la crónica



Paso de los mexica por el Michuacán

que su dios, no satisfecho del lugar que habitaban en la laguna de Pátzcuaro, les mandó seguir su viaje. Comprendían los azteca el destino que tenían reservado en lo porvenir, y por eso, siempre que vivían en la servidumbre ó en la dependencia, su dios disponía que fuesen á buscar un sitio más propicio. Emprendieron nuevamente su peregrinación: el rumbo lo marca otra fábula: atravesando el Michuacán, penetraron en el territorio que hoy forma el Estado de México, y se asentaron á no muchas leguas de Tolócan. Para recordar su estancia en Pátzcuaro y su separación de los michuaca, decían, como ya hemos manifestado anteriormente, que contentándoles mucho la laguna, «consultaron los sacerdotes al dios *Huitzilopochtli*, que si no era aquella la tierra que les habia prometido, que fuese servido quedasse á lo menos poblada dellos: el ídolo dellos les respondió en sueños que le plazía lo que le rogaban, que el modo seria que todos los que entrasen á bañarse en una laguna grande que está en un lugar de allí que se dice Pázcuaro, assí hombres como mujeres, despues de entrados se diesse aviso á los que fuera quedassen, les hurtassen la ropa, y sin que lo sintiessen alzassen el Real, y assí se hizo; los otros que no advirtieron el engaño con el gusto de bañarse, quando salieron y se hallaron despojados de sus ropas, y assí burlados y desamparados de los otros, quedando muy agraviados, por negarlos en todo mudaron el vestido y el lenguaje, y assí se diferenciaron de la gente ó tribu Mexicana.» Pues de la misma manera que con la anterior fábula, quisieron fijar su estancia en Malinalco con la siguiente: «Los demas prosiguiendo con su Real, iba con ellos una mujer que se llamaba hermana de su dios *Huitzilopochtli*, la qual era tan grande hechicera y mala, que era muy perjudicial su compañía, haziéndose temer con muchos agravios y pesadumbres que daba con mil malas mañas que usaba para despues hacerse adorar por Dios. Sufríanla todos en su congregacion por ser hermana de su ídolo, pero no pudiendo tolerar mas su desemboltura,

los sacerdotes quejáronse á su Dios, el qual respondió á uno de ellos en sueños que dijesse al pueblo como estaba muy enojado con aquella su hermana por ser tan perjudicial á su gente, que no le habia dado él aquel poder sobre los animales bravos para que se vengase y matasse á los que la enojan, mandando á la víbora, al alacran, al ciento piés y á la araña mortífera que piquen. Por tanto, que para librarlos de esta afliccion, por el grande amor que les tenia mandaba que aquella noche al primer sueño, estando ella durmiendo, con todos sus ayos y señores la dejassen allí y se fuessen secretamente sin quedar quien le pudiesse dar razon de su Real y caudillo, y que esta era su voluntad porque su venida no fué á enhechizar y encantar las naciones trayéndolas á su servicio por esa vía, sino por ánima y valentia de corazon y brazos, por el qual modo pensaba engrandecer su nombre, y levantar la nacion mexicana hasta las nubes haziéndoles señores del oro y de la plata, y de todo género de metales y de las plumas ricas de diversos colores, y de las piedras de mucho precio y valor, y edificar para sí y en su nombre casas, y templos de esmeraldas y rubíes como señores de las piedras preciosas, y cacao que en esa tierra se cria, y de las mantas de ricas labores con que se pensaba cubrir, y que á esto había sido su dichosa venida, tomando el trabajo de traerlos á estas partes para darles el descanso y premio de los trabajos que hasta allí habian pasado, y restaban. Propuso el sacerdote la plática al pueblo, y quedando muy agradecidos y consolados hizieron lo que el ídolo les mandaba, dejando allí á la hechicera..... La hechicera hermana de su Dios, quando amaneció y vió la burla que le habian hecho comenzó á lamentar y quejarse á su hermano *Huitzilopochtli*, y al fin no sabiendo á que parte habia encaminado su Real, determinó quedarse por allí, y pobló un pueblo que se dice Malinalco; pusiéronle este nombre porque lo pobló esta hechicera que se dezia *Malinalxochi*.....» Hemos querido citar el texto de la crónica, porque nos da luz sobre diversos puntos importantes. Nos fija el itinerario de los azteca, y nos muestra su estancia en Malinalco. Nos expresa que no pudieron establecerse allí como señores, y por eso inventaron la fábula de la hechicera, y siguieron peregrinando. Nos manifiesta el gobierno exageradamente teocrático que tenían, pues obedecían ciegamente al sacerdote, que se contentaba con decirles que el dios le hablaba en sueños. Nos llama la atención sobre el fanatismo de aquella tribu, que viajaba sin descanso para buscar un lugar propicio á su divinidad; pues mientras las otras tribus caminaron el tiempo necesario para establecerse, la azteca, en obediencia á su dios, peregrinó desde el siglo VI hasta principios del XIV, ¡más de siete siglos! Vemos á esa raza valerosa y altiva no encontrar abrigo en ninguna parte, porque no podían vivir sino como señores y amos, soñando siempre con el mayor poder, con la mayor riqueza, con la mayor gloria, para llegar á realizar un día su sueño como el imperio más poderoso de las viejas razas del Mundo Nuevo. Hay, además, en esta leyenda, una coincidencia rara: los azteca abandonan á Malinalli, y ésta jura vengarse de ellos. Ya veremos su venganza en Chapultepec. Y pensamos, también, que al lado de Cortés, é instrumento poderoso de la ruina del imperio mexicano, venía otra mujer llamada Malinalli, ó con la terminación reverencial, Malíntzin.

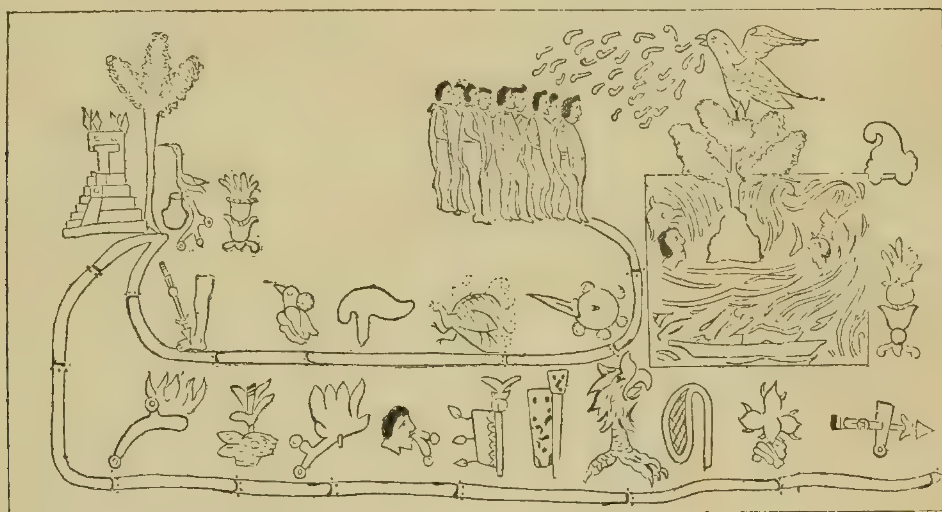
Penetraron, al fin, los azteca en el valle de México, y los encontramos el año 908 en una isleta cerca de Culhuacán, en el lago de Chalco, es decir, á tres leguas del lugar que ocupa hoy la ciudad de México. Así nos lo manifiesta el jeroglífico de Sigüenza; y se consigue la fecha, tomando la de la fundación de México, y retrocediendo cincuenta y dos años por cada *xiuhmolpilli;* y esto, con la modificación que veremos después, nos da el citado año 908. El cuadrete de este jeroglífico, que constituye su principio, es un cuadro que representa el agua azul, el lago; tiene al lado el símbolo del *xiuhmolpilli*, un manojo de hierbas atadas, que significa el principio de un ciclo de cincuenta y dos años, y nos da la fecha citada, año 908; sobre el *xiuhmolpilli,* y en el extremo superior del cuadro de agua, se ve un cerro torcido, jeroglífico de Culhuacán que todos conocemos, lo que manifiesta que la primera estancia de los azteca en nuestro Valle, fué próxima á dicho Culhuacán; dentro del cuadro de agua, se ve el carácter figurativo *tépetl,* cerro, y sobre él hay un árbol con un pájaro; del pico de éste sale en gran número el carácter convencional de la voz ó la palabra, y figura que está hablando á un grupo de azteca que lo escuchan fuera del cuadrado de agua; á los lados del *tépetl* central se ven una cabeza de hombre, cuyo jeroglífico es un faisán, *coxolli*, y otra de mujer, cuyo jeroglífico se compone de una mano y de unas plumas verdes, que nos dan el nombre de *quetzalma;* en fin, en la parte inferior del cuadro de agua, se ve una canoa que se hunde y á un hombre desnudo tendido en ella, que alza las manos al cielo en ademan de súplica ó desesperación.

Los cronistas primitivos, en su celo religioso, quisieron encontrar pruebas de la verdad de sus creencias en todo lo que de los indios les venía á las manos, ó por tradición se había conservado. Naturalmente debieron buscar un argumento poderoso en el origen de los azteca y en su peregrinación. El primero de los escritores españoles que da razón del origen de los mexica, es su conquistador Hernán Cortés; pero lo hace con demasiado laconismo, pues se limita á decir en su segunda Carta-relación al emperador Carlos V, enviada de Segura de la Frontera con fecha 30 de octubre de 1520, que en su primera entrevista con Moteczuma, éste le contó que los mexicanos no eran naturales de la tierra, *sino extranjeros y venidos á ella de partes muy extrañas;* y más adelante repite que le dijo

Moteczuma, que no eran naturales de la tierra, *y que habían muchos tiempos que sus predecesores habían venido á ella*. Como se ve, las noticias de Cortés se reducen á consignar que los mexica sabían que mucho tiempo antes salieron de su patria primitiva, y que ésta se hallaba en tierras muy extrañas, es decir, muy lejos.

Con la misma generalidad se expresa fray Toribio Motolinía en su *Historia de los Indios de la Nueva España*. En su carta proemial, fechada en 1541, se limita á decir que por sus memorias, caracteres y figuras, y por lo que le contó un indio antiguo de buena memoria, supo que los naturales habían venido de un lugar llamado Chicomoztoc. Sahagún dió la última mano á su *Historia general de las cosas de Nueva España* por los años de 1576: su obra tiene por principal objeto las idolatrías y costumbres de los indios; y poco cuidadoso en la parte histórica, apenas habla de las peregrinaciones, y eso de una manera confusa, pues en su relato parecen mezclarse las emigraciones nonoalca con las tolteca-chichimeca, lo que dió lugar, como ya hemos dicho, á las equivocaciones de Brasseur y á alguna del señor Orozco. Sin embargo, dice claramente que los mexica vinieron de *Tlaotlalpan Tlacochcalco Mictlanpa,* que quiere decir: *campos llanos y espaciosos que están hacia el norte*. De manera, que á pesar de la oscuridad del texto, no puede dudarse de que Sahagún tuvo la común opinión de que los nahoas bajaron del Norte.

Fray Jerónimo Mendieta, que en 1596 dió cima á su *Historia Eclesiástica Indiana,* dedicó á la importante cuestión que vamos tratando, los capítulos XXII y XXIII del libro II de su obra. El capítulo XXIII no es más que un extracto con muchos párrafos copiados á la letra, de la carta proemial de Motolinía ya citada. El capítulo XXII dice que los mexica vinieron del



Jeroglífico de Sigüenza —Los mexica parten de Culhuacán

rumbo de Xalixco, de una cueva llamada Chicomoztoc, y cita después los escritos perdidos del padre Olmos, en que éste manifestaba la opinión de que los indios eran descendientes de los judíos. Así comenzaban los cronistas á buscar apoyo al relato bíblico. Curioso es observar que Motolinía, en su carta citada, habla de emigraciones de los cartagineses en barcas hacia el Occidente, de donde más tarde debía nacer una opinión que tuvo mucha boga. Ya hemos visto que el códice Ramírez y Tezozomoc, Durán y Acosta, que le siguen, hacen salir á los viajeros de Aztlán, en Teoculhuacán, en la región del Chicomoztoc. Tezozomoc, que es más extenso, agrega que en Aztlán, el templo de *Huitzilopochlti* estaba en medio de un pantano, y que el ídolo tenía en la mano una flor blanca, *aztaxóchitl*. Creemos por esto, y por el itinerario que de la peregrinación trae Tezozomoc, que tuvo á la vista el jeroglífico que fué después de Sigüenza. El descubrimiento de este jeroglífico vino á introducir la idea de que los azteca habían atravesado el mar para venir á este continente, opinión que se conformaba más con las ideas bíblicas, y que, sin embargo, no se encuentra en los historiadores más inmediatos á la Conquista. Desde entonces hizo esta opinión principal papel en todas las relaciones. No obstante, Gomara no se preocupó de ella, y en *La Conquista de México,* siguiendo la *Epístola* de Motolonía, dice que salieron las tribus de Chicomuztotlh. *(Sic* en la edición de Anvers. 1554). No así el cronista Herrera, quien en el capítulo X del libro II de la *Década* III, si bien copió lo dicho por Acosta, agregó las siguientes palabras: «i decian que para llegar al lugar de las siete Cuevas, atravesaron un Braço de mar en troncos de Arboles, que debian ser Canoas mal labradas.» En cuanto á Oviedo, en su *Historia natural de Indias,* bastará decir que en un todo sigue las Cartas-relaciones de Cortés.

En 1613 sacaba á luz Torquemada su *Monarquía Indiana;* y aunque se le puede tachar de haber copiado á la letra al padre Mendieta, á Herrera en la Conquista, y en muchos pasajes á Motolinía, á Sahagún, y sin duda

á Olmos, su obra es, sin embargo, una recopilación de las mejores y más abundantes noticias de nuestra historia antigua. Era natural que la nueva idea de que los azteca atravesaron el mar para venir á estas tierras, fuese acogida por el religioso cronista franciscano; tanto más, cuanto que dice que tuvo en su poder una pintura por la que parece que *pasaron algun gran Rio, ó pequeño Estrecho, y Braço de Mar, cuia Pintura, parece hacer media Isleta, en medio de los Braços, que divide estas Aguas.* Esto, y el itinerario de Torquemada, nos convencen de que tuvo á la vista la tira del Museo. Se ve que ya las ideas religiosas habían hecho surgir una nueva opinión: los azteca habían venido de Chicomoztoc, pero no era éste su punto de partida, sino que á él habían llegado atravesando el mar. Si se reflexiona, caeremos en la cuenta de que Sahagún vió también la tira jeroglífica, y él fué el iniciador de la nueva idea; pero como su texto es oscuro, dió origen á los errores ya referidos.

Las preocupaciones religiosas iban así cambiando la verdadera tradición histórica. Ya se aceptaba que los azteca habían venido del otro lado del mar, y era buscarles un origen acorde con el relato bíblico. Se ha visto cómo el padre Olmos buscaba este origen en la Judea. Durán sostuvo la opinión de que los indios descendían de las tribus de que habla el libro de Esdras. Ya fray Jerónimo García, que publicó en 1607 su *Origen de los indios en el Nuevo Mundo,* trató en forma la cuestión, y á la página 180 dice: «La mayor dificultad que yo hallo en esta opinión es, como pudieron yr aquellas Tribus de la tierra que cuenta Esdras, a las Indias Occidentales, auiendo de por medio tanta inmesidad de agua, é infinidad de tierra. A lo qual me parece que se puede responder, que pudieron yr poco a poco por tierra a la gran Tartarea, por donde parece auer passado, y que tomaron algunas costumbres y ritos, que en este Reyno y Prouincias se guardan.» Como más posible que un largo viaje por mar, se acogió esta otra idea, y se fijó para el paso de uno á otro continente el estrecho de Anián; aunque Henrico Martínez, en el *Repertorio de los Tiempos,* que imprimió en México en 1606, creía más bien que hacia el Norte estuviesen unidos los continentes. Las ideas bíblicas quedaban ya salvadas: la raza humana había perecido por el diluvio; pero los descendientes de Noé, no solamente poblaron el Viejo Mundo, sino que pasaron al Nuevo por el Norte y llegaron hasta México.

Ya de sazón la moda de las ideas bíblicas, vino á poder de Sigüenza el jeroglífico de la peregrinación azteca de que nos estamos ocupando, y en el cuadro de agua ya descrito creyó ver un argumento incontestable; y comunicó su explicación á Gemelli Carreri, quien la publicó en su *Giro dil Mondo,* acompañándola del grabado de la citada pintura, aunque no copiado con toda fidelidad. Según Sigüenza, el cuadro representa el diluvio; las dos cabezas que en él se ven y la barca que está debajo con un hombre, significan que en una *acalli* ó canoa se salvaron un hombre y una mujer cuyos nombres eran *Coxcox* y *Chichiquetzal,* según traduce los jeroglíficos de dichas cabezas. Esta pareja salvada, llegó al pié de la montaña de Culhuacán, cuyo signo jeroglífico se ve á la izquierda superior del cuadro; pero ella y su descendencia estaban mudos, hasta que un día vino una paloma, y les enseñó diferentes lenguas; lo que fué motivo para que se separasen en quince grupos ó familias. El pájaro que está sobre el árbol del cuadro, es esa paloma; las vírgulas que salen de su pico son los diferentes idiomas; y los hombres que lo escuchan y que después emprenden su camino, son las quince familias que se separaron por no entenderse. En su peregrinación llegaron á los 104 años á Aztlán, de donde, siguiendo su camino, vinieron á México. Esta interpretación de Sigüenza era ingeniosa; pero no se apoyaba, ni en la lectura del jeroglífico, ni en las tradiciones, ni en las antiguas crónicas. Fué, sin embargo, generalmente aceptada, porque comprendía el diluvio, había un Noé mexicano, *Coxcox,* un Ararat en Culhuacán, y á mayor abundamiento, confusión de lenguas y separación de razas. Y no se extrañe que sacerdotes como Clavigero la aceptasen, pues sabios tan insignes como Humboldt, incurrieron también en ese error.

Clavigero no publicó todo el jeroglífico. En su *Historia de México,* que dió á luz en italiano, en Cesena, el año de 1780, reprodujo solamente el cuadrado referido y los hombres que oyen á la ave; pero aun cuando se conoce que se valió de la estampa de Gemelli, la varió á su gusto, no solamente cambiando la dirección de las figuras, sino aumentando mucho el número de los oyentes. La lámina se copió á poco más ó menos en la edición inglesa, traducción de Cullen, publicada en Londres en 1787, y en la versión española que se dió á la estampa en la misma ciudad. En cuanto al relato de Clavigero, es una mezcla de lo que dicen Acosta, Torquemada y Gemelli.

Ixtlilxóchitl en una parte dice que los mexicanos son los aztlanecas venidos de Culhuacán, adelante de Xalixco, y descendientes de los toltecas, y en otra, contradiciéndose, dice que tenían lengua propia y que después tomaron la nahoa. Divide á las tribus en dos clases: una de nahuatlacas ó de la lengua nahoa, y otra de chichimecas, y pone entre éstos á los mexica.

En cuanto á Humboldt, en la magnífica edición en gran folio, de las *Vistas de las Cordilleras,* París 1813, reprodujo la estampa de Gemelli; pero no solamente está en opuesta dirección, sino que hay diferencia en los espacios. No tiene la traducción junto á los símbolos como la de Gemelli, y lleva por título: *Historia jeroglífica de los aztecas desde el diluvio hasta la fundación de la ciudad de México.* En esta obra entra Humboldt en explicaciones semejantes á las de Sigüenza,

é incurre en lamentables errores. Como el nombre de Humboldt es de tan gran respetabilidad, no nos contentaremos, como el señor Ramírez, con hacer notar sus equívocos; sino que, siguiendo una á una sus proposiciones, las estudiaremos y discutiremos. Comienza por sostener la autenticidad del jeroglífico de Sigüenza, contra Robertson y otros que la ponían en duda, creyéndolo obra de algún fraile fanático, que lo había forjado para poner de acuerdo las tradiciones hebreas con las mexicanas. Los que hemos tenido á la vista el jeroglífico, no podemos dudar de su originalidad; y nosotros lo creemos uno de los más antiguos que se conservan. Dice después Humboldt, que el hombre que está en la canoa acostado y levantando las manos, significa el par que se salvó en el diluvio, y en comprobación asienta que de la misma manera están pintados en el códice Vaticano el hombre y la mujer que se salvaron de la calamidad del agua ó *Atonatiuh*. Esto no es exacto. Aquí hay un hombre solo que se está ahogando, y que en su angustia, acostado levanta sus manos al cielo en señal de pedir socorro. En el códice Vaticano es un par, hombre y mujer, que van sentados, semejando hablar, en el tronco de un ahuehuete que sobrenada en el agua que cubre toda la tierra. Desde el momento que los datos son falsos, las consecuencias lo son; y por lo mismo la barca del cuadrado no significa el diluvio. En la pintura del códice Vaticano, baja sobre la tierra la *Chalchiutlicue* trayendo en la mano el símbolo de las lluvias, de los relámpagos y de los truenos: aquí no hay sobre la canoa que se hunde en un resumidero, más que una ave que canta sin cesar. Se ve que hay tanta diferencia, que aun difícil se hace la equivocación de Humboldt. Siguiendo éste la interpretación de Sigüenza, no tiene otra novedad sino decir que Aztlán, Huehuetlapállan y Amaquemécan son un mismo lugar que estaba más al norte del 42°. ¡Error inconcebible! ¡Aztlán, patria de los mexica, confundida con Tlapállan, origen de los tolteca, y Amaquemécan, corte de los chichimeca! Sabemos ya que Tlapállan, estaba, en efecto, en el norte, aunque en una latitud muy inferior á la que le daba Humboldt, que Amaquemécan está al pié del Popocatepetl y del Ixtacíhuatl en nuestro Valle; y en cuanto á Aztlán, hemos al fin determinado su ubicación. Respetando al sabio, no podemos admitir, ni por un momento, la interpretación que hace del jeroglífico de Sigüenza.

El señor don José Fernando Ramírez, como ya se ha dicho, publicó este jeroglífico y la tira del Museo en el *Atlas* del señor García Cubas. Ambos se habían publicado antes en la colección de lord Kingsboroug. La publicación del jeroglífico de Sigüenza hecha en el *Atlas* del señor García Cubas, ha sido la única con colores. La tira, como ya hemos dicho, no tiene colores, y únicamente las líneas que únen los años son rojas. Ambos jeroglíficos fueron publicados en el *Atlas* del señor García Cubas en proporciones reducidas, y la tira en cinco fajas paralelas. Kingsborough publicó ésta dividida en hojas y sin reducción. Se ha publicado, además, muy reducida en dos láminas, de tres fajas paralelas cada lámina, en la magnífica obra que sobre las tribus americanas dió á luz, en cinco tomos en folio y con todo lujo, el gobierno americano, y escribió Shoolcraft. El señor Ramírez hizo también una edición pequeña, aunque no la puso en circulación, agregándole al principio el primer grupo del códice de M. Aubin. Tenemos un ejemplar en una tira larga y en magnífico papel antiguo, igual en dimensiones al original, é ignoramos á qué edición pueda corresponder; aun cuando creemos que fué la impresa en Londres por M. Beuloch, á quien se facilitó al efecto el original por el gobierno mexicano. Réstanos agregar que los dos jeroglíficos se publicaron muy reducidos en el tomo III de la edición que en 1846 hizo el señor Cumplido de la *Conquista* de Prescott, acompañándolos de una explicación del señor don Isidro R. Gondra, conservador entonces del Museo Nacional. El jeroglífico de Sigüenza se publicó en una sola página, y la tira en cuatro. En la explicación hay los siguientes datos de su origen. El jeroglífico, que fué de Sigüenza, y que comunicó al célebre Gemelli Carreri, pasó después á don Antonio Leon y Gama, heredero de Sigüenza, y luego al albacea de éste, que lo fué el padre Pichardo: de su testamentaría lo adquirió don J. Vicente Sánchez y lo donó al Museo. Otros dicen que quedó con los papeles de Sigüenza en el colegio de jesuitas hasta 1795 en que fueron expulsados. Sin duda entonces pasó al sabio Leon y Gama. La tira perteneció á Boturini, y con su museo pasó á la Secretaría del Vireinato, y de allí al Museo Nacional. Como hemos indicado, fué enviada á Londres, y de allí volvió al Museo en donde se conserva. Guardada con otros manuscritos preciosos, á la caída del imperio de Maximiliano, en una bodega húmeda de Minería, la sacamos y restituimos con otros monumentos que se creían perdidos, en marzo de 1871. El jeroglífico de Sigüenza no está en el Museo, y acaso no vuelva á él: por fortuna tenemos una copia en papel de calco, exactísima en figuras, colores y tamaños, que perteneció al señor Ramírez. Éste describe ambos jeroglíficos de la siguiente manera: «El manuscrito histórico que tenemos á la vista, dice hablando del de Sigüenza, uno de los más auténticos é interesantes de la antigüedad mexicana, es quizá uno de los más célebres de los conocidos..... tiene setenta y siete centímetros de longitud por cincuenta y cuatro y medio de latitud, presentando rastros de cercenación en sus márgenes probablemente al enlenzarlo, bien que sin daño de sus figuras. Está escrito en *papel de maguey* de la clase más fina; circunstancia que unida al descuido y desprecio conque antiguamente se veían esa clase de objetos, produjo el lastimoso estado de deterioración en que se

encuentra. Partido por los cuatro dobleces en que se le conservaba, perdió además dos ó tres figuras, de que sólo quedaron algunos rasgos: han completádose con el auxilio de una antigua y fiel copia que yo poseo, de las mismas dimensiones que el original.» Respecto de la tira, dice el señor Ramírez: «Su original se conserva en el Museo Nacional, presentando todos los caracteres de una antigüedad anterior á la Conquista. Está escrito en papel de maguey, y tiene 5'443 metros de largo y 0'196 de ancho, formando una sola faja ó tira.»

Veamos ahora la opinión del señor Ramírez, sobre el cuadro que forma el principio del jeroglífico de Sigüenza, y la cual tomamos de la explicación que publicó en el *Atlas* del señor García Cubas: «El cuadrete azul, con sus fajas ó líneas oscuras del mismo color, no puede representar el globo terrestre cubierto con las aguas del diluvio, porque sería preciso suponer la repetición de igual cataclismo en la figura del número 40, donde se reproduce con algunos de sus principales accidentes. Tampoco, y por la misma razón, las cabezas humanas y de ave que allí aparecen flotar, dan á entender el sumergimiento de los hombres y de los animales, porque sería preciso dar igual explicación á las que se ven en el grupo número 39. Aun podría disputarse que el grupo de la izquierda, compuesto de una cabeza humana de varón y de otra ave sobrepuesta, diera *fonéticamente* el nombre de *Coxcox* y representara al *Noé azteca;* pero el de la derecha, formado de una cabeza de mujer con otro grupo simbólico sobrepuesto, evidentemente no expresa el nombre de *Xochiquetzal,* que se dice ser el de su esposa. (Nótese que el señor Ramírez refuta en estos párrafos la opinión de Sigüenza con las modificaciones de Clavigero). Examinémoslo ligeramente, pues su perfecta determinación es decisiva para la inteligencia del cuadro.

»El grupo de que se trata se compone de una mano (en mexicano *Maitl),* cuya verdadera posición no se puede distinguir claramente por la deterioración en el dibujo: á ella está adherido otro símbolo expresado por un plumero ó manojo de plumas que los mexica denominaban *Quetzalli.* Por consiguiente, si se le considera compuesto de caracteres *figurativos* destinados á formar una escritura *silábico-ideográfica,* su valor *fonético* no podría dar otras lecturas propias y genuinas que las de *Quetzal-ma* ó *Quetzal-mapic,* compuestos de *Quetzali* y de *Ma-itl* (mano) ó de *Mapictli* (puñado). Así, la palabra *Aca-mapic,* nombre del primer rey de México, se representa en la escritura jeroglífica con una mano en la acción de empuñar *(Mapiqui)* un haz de carrizos *(Acatl),* según puede verse en la estampa de Clavigero, donde se figuran los nombres de los reyes mexicanos, y en la que encabeza la biografía de aquel monarca que inserté en el *Diccionario universal de historia y geografía,* de la edición mexicana. En la lámina 30 del códice Mendocino, publicado por lord Kingsborough, se ve este mismo grupo bajo el número 3, con el valor fonético del nombre *Quetzalmaca.*

»Este carácter *Ma* ó *Mapic,* suele confundirse con otros análogos por la impericia ó descuido de los dibujantes, que no representaban con la debida propiedad la acción que ejecutaba la *mano,* y de la cual dependía esencialmente la determinación de su valor fonético. En la numerosa colección que he formado de grupos jeroglíficos, sacados de los antiguos códices mexicanos y de las mejores fuentes que se encuentran en México y en París, hay muchas muestras que no cito por la dificultad de analizarlas en pocas palabras. Así, y tomando solamente para ejemplo los grupos en que el carácter radical es una *flor (Xochitl),* tenemos los nombres fonéticos *Xochi-mana,* cuando la mano representa la acción de arreglar, disponer simétricamente ó hacer una ofrenda de flores: *Xochi-pepena,* cuando la de recoger, ó como vulgarmente se dice *pepenar: Xochi-cuicui,* cuando la de tomar: *Xochi-tequi,* cuando la de cortar, etc., etc., en los cuales, como se ve, uno de los caracteres forma necesariamente la *radical,* y el otro da su complemento. Por consiguiente, para que el grupo que nos ocupa diera fonéticamente el nombre *Xochi-quetzal,* debería comprender necesariamente, en vez de la mano ó puño que allí se figura, una *flor (Xochitl)* combinada con el carácter *Quetzalli.* Así se encuentra casualmente en el número 1764 de mi citada coleccion de jeroglíficos copiado por mí mismo de su original, que se conserva en la Biblioteca imperial de París.

»Desembarazados del pretendido Noé americano y de su esposa, pasemos á la paloma que reparte el don de lenguas á los primitivos hombres, nacidos mudos. Las virgulillas que parecen salir del pico del pájaro allí figurado, es uno de los símbolos más complexos y de los más variados por su valor fonético, que se encuentran en nuestra escritura jeroglífica. En su relación con los seres animados designa genéricamente la emisión de la voz, ó sea la facultad de hablar, cantar, silbar, gruñir, etc., etc., según la calidad del objeto á que se adhiere, y también indica la palabra y la voz. Por consiguiente, en el grupo que nos ocupa significa pura y simplemente que el pájaro cantaba ó hablaba: ¿á quién?—al grupo de personas que tiene frente á frente, y que en la dirección de sus rostros y cuerpos manifiestan clara y distintamente la atención conque lo escuchan. Por consiguiente, el dibujante de la mencionada estampa de Clavigero, alteró con su lápiz la verdad histórica, dando á aquellas figuras encontradas direcciones, preocupado por la idea de significar con ella la pretendida confusión de las lenguas. Examinando con atención la inexactitud y los errores de buril y de lápiz deslizados en todos los grabados históricos de México, se ve que no son menos numerosos ni graves que los de pluma.

»Las interpretaciones que de las antiguas pinturas

mexicanas han dado imaginaciones ardientes, arrastradas por el amor á la novedad ó por el espíritu de sistema, justifican hasta cierto punto la desconfianza y disfavor conque el último y más distinguido historiador de la conquista de México (el Sr. W. H. Prescott) ha tratado esta interesante y preciosa clase de monumentos históricos. Sólo puede ser legítima su interpretación cuando se funde en el análisis genuino y natural de sus caracteres ó se haga con el auxilio de antiguas y bien asentadas tradiciones. El grupo que nos ocupa parece íntimamente relacionado con una que nos ha transmitido el diligente y sincero investigador Fr. Juan de Torquemada, que trasladaré en lo conducente con sus propias palabras.

»Narrando este historiador la peregrinación de las tribus mexicanas desde el misterioso punto de su partida, dice que *según las pinturas que el autor tenía á la vista,* parece habían pasado—«por algún grande río ó pequeño estrecho y brazo de mar, cuya pintura parece hacer media isleta en medio de los brazos que dividen las aguas.» Explicando en seguida los motivos de esa emigración, añade—«que el fundamento que tuvieron para hacer esta jornada y ponerse en ocasión de tan largo camino, fué que dicen fabulosamente que un *pájaro se les apareció sobre un árbol* muchas veces, el cual *cantando repetía un chillido* que ellos se quisieron persuadir á que decía TIHUÎ, que quiere decir YA VAMOS; y como esta *repetición* fué por muchos días y muchas veces, uno de los más sabios de aquel linaje y familia llamada *Huitziton,* reparó en ello..... y parecióle propicio para su intento..... dió parte de ello á otro llamado *Tecpatzin*..... diciéndole: *lo que el pájaro nos manda es que nos vayamos con él y así conviene que le obedezcamos y sigamos..... Tecpatzin* vino en el mismo parecer, y los dos juntos lo dieron á entender al pueblo, los cuales, persuadidos á la ventura grande que los llamaba..... movieron las casas y dejaron el lugar y siguieron la fortuna que en lo porvenir les estaba guardada, etc.»

»Esta antigua tradición me parece tan congruente con los grupos números 1 y 2 de nuestra estampa, que el lector puede hacer por sí solo su aplicación. Yo solamente le advertiré, que existe una avecilla á que los mexicanos dan hoy el nombre de *Tihuitochán,* porque dicen que en su canto pronuncia claramente estas palabras, que traducidas literalmente quieren decir: *Vamos á nuestra casa.* Ella seguramente dió motivo á la tradición misma. El gran número de comillas, ó sea caracteres trópicos de la *palabra* que parecen salir del pico del pájaro, es también un signo simbólico-ideográfico del verbo *frecuentativo* allí figurado *(hablar, cantar, etc.)* y que da á entender que el pájaro hablaba mucho ó repetidas veces, como dice la propia tradición. El carácter figurativo de montaña, de la cual nace el árbol sobre que posa el pájaro, designa el terreno habitado por los emigrantes, formado por una isleta en medio del lago, y las dos cabezas humanas que se ven flotar, indican que aun después de la emigración continuó habitado por algunos de la misma tribu, representados por aquellos caracteres, probablemente significativos del nombre de su jefe y de su esposa. El grupo que se ve al pié compuesto de una figura humana tendida sobre una barca mexicana, y que se supone ser *Coxcox,* salvado del diluvio, no es, en mi concepto, más que el nombre jeroglífico del lugar ó asiento abandonado por los emigrantes, cuyo valor fonético no me determino á expresar porque tampoco puedo descender á su análisis.

»La generalidad de los escritores han dado á este lugar el nombre de *Aztlán,* y con él se encuentra indicado en la copia de Gemelli Carreri..... yo creo que el lugar de que se trata en nuestro derrotero, apenas distará *nueve millas* de las goteras de México; que el pretendido *Aztlán* debe buscarse en el lago de Chalco y las distancias que se supone han corrido los emigrantes, no exceden los límites del territorio del valle de México.....»

En los anteriores párrafos vino el señor Ramírez á destruir ya arraigadas preocupaciones. En efecto, el cuadro jeroglífico en cuestión es un lugar del lago de Chalco, cercano á Culhuacán, como lo manifiesta su proximidad al signo simbólico de esta ciudad, que es un cerro torcido. Es cierto que el carácter *tépetl* que se ve en el centro del cuadro de agua, significa la isla en que moraban entonces los azteca. Es verdad que el árbol que sobre el *tépetl* se levanta y en cuya cúspide está un pájaro frente á un grupo de hombres, se refiere á la tradición citada por el señor Ramírez, pues las vírgulas que salen de la boca de un sér animado significan jeroglíficamente la palabra, y cuando son en gran cantidad manifiestan el canto, según se ve varias veces en las pinturas de la colección de lord Kingsborough. En cuanto á las dos cabezas que hay en el centro y á sus signos jeroglíficos, no es exacto que sean de los jefes de los azteca que allí quedaron, son de los reyes de Culhuacán, para significar que estaban bajo su dominio. Si se observa en el mismo jeroglífico el mismo lugar después de cien años de peregrinación, se encuentra el cerro torcido de Culhuacán y junto á él al rey con el símbolo mismo de una cabeza verde de ave; y en la tira el rey de Culhuacán se ve en esa misma última época teniendo por jeroglífico una cabeza de faisán. Esto se explica, ó porque los dos reyes de Culhuacán en las dos estancias de los azteca tenían el mismo nombre, ó lo que es más probable, que sólo sabían y recordaban el del rey de Culhuacán en su última estancia y lo usaron para expresar en la primera su propia servidumbre y el dominio de los culhua. En cuanto á los nombres, no hay duda que el de la mujer ó reina es *Quetzalma.* El del rey es, según la tradición, *Coxcox:* el señor Ramírez lo muda en la explicación de la tira,

en *Coxoc*. Lo cierto es que el faisán se dice *coxoli*. El grupo inferior que representa á un hombre acostado en una canoa que se hunde, es ciertamente el jeroglífico de aquella mansión de los azteca; y es Atocolco, que quiere decir lugar en que se hunden las canoas. No es, pues, Aztlán, como tantos han querido; pero tampoco, como dice el señor Ramírez, hay que buscar el lugar de Aztlán en el lago de Chalco, porque ya conocemos su ubicación en el lago de Mexticácan sobre la costa á los 22°. Hay además, en contra de esta nueva opinión del señor Ramírez, una prueba indiscutible que no debemos callar: tenemos la pintura jeroglífica original en papel de maguey, de los antiguos pueblos del lago de Chalco, desde el mismo Chalco hasta Coatlinchán, y de Culhuacán hasta Mexicaltzinco, y no se encuentra allí á Aztlán, el cual, siquiera por su importancia histórica, no habría sido posible que se suprimiera.

Es de creerse que largo tiempo moraron los azteca en Atocolco, pues de este lugar comienzan de nuevo su viaje y lo ponen como principio de su peregrinación. Parece por las indicaciones cronológicas de la pintura, que estuvieron en él por lo menos desde el año 908 á 960. Vivían sujetos á Culhuacán, y su espíritu independiente debía fingir un nuevo prodigio del cielo para salir de la servidumbre. Ya no habló el dios en sueños al sacerdote, como en Tzintzuntzan y en Malinalco; fué una ave que les decía *tihui*, vámonos. La oyó Huitziton, el sacerdote que llevaba el nombre del dios, y se lo comunicó á Tecpátzin, que quiere decir *el señor del palacio*, el jefe de la tribu: lo que hace suponer que los azteca habían dejado el poder teocrático y tenían un jefe civil, y hace sospechar que el sacerdocio inventó esta fábula para recobrar el poder con la nueva emigración. El pueblo fué llevado á oir el pájaro, y oyéndole cantar *tihui*, vámonos, emprendió de nuevo su peregrinación.

Están en la pintura las tribus peregrinas, representada cada una por la figura de un hombre con el jeroglífico respectivo en la cabeza. Y aquí es la oportunidad de explicar estas peregrinaciones que aparecen simultáneas en las pinturas, y que por la historia sabemos que no lo fueron. Esta simultaneidad de peregrinaciones se observa en los diversos jeroglíficos. Así en el códice de M. Aubin, se ponen ocho símbolos de *calli*, casa, para significar que fueron ocho las tribus emigrantes, cuyos nombres, según el intérprete mexicano del jeroglífico, eran: huexotzinca, chalca, xochimilca, cuitlahuaca, malinalca, chichimeca, tepaneca y matlatzinca. En el mismo jeroglífico, los jefes peregrinos que llevan al dios, son: *Cuauhcóhuatl*, *Apanécatl*, *Tezcacoatl*, y *Chimalma*. La separación de las tribus se representa en él, con la fábula del árbol que se quebró, la que el intérprete mexicano explica de la siguiente manera: «Aquí se halla escrita la relación de cómo vinieron los mexicanos del lugar llamado Aztlán. Salieron de en medio del agua *(anepantla)* cuatro barrios ó familias. Para verificar esto se valieron de canoas *(acaltica)*, en donde metieron todo lo necesario, y llegaron al paraje llamado *Quinchuaya oztoc* (cueva ó lugar de la primera partida, alzamiento ó emigración). Salieron ya ocho barrios. El primero, el de los huexotzincas; el segundo, el de los chalcas; el tercero, el de los xochimilcas; el cuarto, el de los de Cuitlahuac; el quinto, el de los de Malinalco; el sexto, el de los chichimecas; el sétimo, el de los tepanecas y el octavo, el de los matlatzincas. Habiendo llegado á Colhuacán, y permanecido algún tiempo en él, comenzaron á prepararse para seguir su viaje. Visto esto por los habitantes de allí, se dirigieron á los que acababan de pasar de Aztlán, y dijeron:—Señores y caballeros nuestros, ¿adónde os dirigís? nosotros estamos dispuestos á acompañaros.—Los aztecas contestaron:—¿Adónde os podremos llevar?—Los ocho barrios dijeron:—Nada importa: os acompañaremos; iréis con nosotros.—Vamos pues, dijeron entonces los aztecas. Salieron de Colhuacán, y desde allí llevaron cargando al diablo á quien adoraban en *Huitzilopoctli*. Entre todos venia una mujer llamada Chimalma, que la traían de Aztlán: y pasando por cuatro partes, continuaron su marcha. En *un pedernal*, salieron de Culhuacán cuatro jefes cargando al diablo *(Huitzilopochtli)*. El primero se llama Quauhcouatl, el segundo Apanécatl, el tercero Tezcacouacatl y el cuarto una mujer nombrada Chimalman.

»Luego que llegaron al pié de un árbol, se sentaron allí, y como era muy grueso dicho árbol, erigieron junto á él un altar en donde colocaron al diablo *(Huitzilopochtli)*. Hecho esto, tomaron su provisión. Mas al ir á comer, repentinamente se quebró sobre ellos *(ni mipan)* el árbol. Asustados de este acontecimiento, dejaron la comida y por mucho tiempo estuvieron cabizbajos *(totoloticatco)*. Después los llamó el diablo *(Huitzilopochtti)*, y les dijo:—Prevenid á los ocho barrios que os acompañan, que no pasen adelante, pues de aquí se han de regresar.—Al oir esta prevención, se pusieron muy tristes los ocho barrios, y dijeron:—Señores nuestros, ¿adónde nos dirigiremos, pues nosotros os acompañamos?—Luego les volvieron á decir:—Debéis regresar.—Entónces se marcharon los ocho barrios, dejándolos al pié del árbol, en donde permanecieron mucho tiempo. Después éstos se pusieron en marcha, y llegaron á un paraje en que estaban tiradas grandes ollas, y algunas personas tendidas debajo de un mezquite. Estas personas son de las que se llaman mixcoas; de las cuales, la primera se llama *Xiuhnétzin*, la segunda *Mimítzin*, y la tercera es su hermana mayor. Allí otra vez los llamó el diablo *Huitzilopochtli*, y les dijo:—Tomad la olla más grande que está con los primeros trabajadores.—Luego trató de cambiarles el nombre de azteca, diciéndoles:—Desde hoy en adelante, ya no os llamaréis aztecas, sino mexicanos.—Allí les puso un parche de trementina y plumas

en las orejas; y por esto recibieron el nombre de mexicanos: y les entregó flechas, arcos, rodelas, y todo lo que es necesario al mexicano para la guerra [1].»

Encontramos la misma teofanía en la tira jeroglífica del Museo; pero más extensa y con más detallados pormenores. Figura en el principio una isleta rodeada de agua. En medio de la isleta se levanta un *teocalli* con tres casas, *calli*, á cada lado; en el *teocalli* hay un símbolo compuesto de una caña, *ácatl*, y del jeroglífico del agua, *atl*. Éste era el nombre de la divinidad á quien estaba dedicado el templo. Hemos traducido el símbolo por *Aácatl*, caña del agua [2]: más adelante explicaremos las nuevas ideas que sobre esto tenemos ahora. Debajo del templo se ven sentadas las figuras de un hombre y de una mujer: el hombre no tiene signo jeroglífico, el de la mujer es *Chimalma*. Un hombre en una canoa parte de la isla y atraviesa el lago, significando la emigración de la tribu. En la orilla opuesta se ven huellas de un pié, símbolo de la marcha, en dirección del cerro torcido, jeroglífico de Culhuacán. En éste, y como dentro de una cueva, está el jeroglífico del dios *Huitzilopochtli*, que se compone de un rostro humano y de la cabeza de un colibrí, *huitzintzílin*; de él salen las vírgulas, símbolo de la palabra, expresando que mandó á la tribu que emprendiese el viaje. Las huellas de pié atraviesan el cerro, lo que significa que pasaron por Culhuacán adelante. Del otro lado del cerro están asentadas las ocho tribus, representada cada una por el carácter figurativo hombre, sentado, teniendo en los labios la vírgula, símbolo de la palabra: cada figura tiene detrás el jeroglífico *calli*, casa, y el respectivo del nombre de la tribu. Hay algunas variantes en éstas, respecto de las que refiere el intérprete del códice de Mr. Aubin. La primera figura tiene por jeroglífico una red, *mátlatl*, y representa á los matlatzinca; la segunda una piedra, *tetl*, y representa á los tepaneca; la tercera una flecha, símbolo de los chichimeca; la cuarta la hierba torcida, *malinalli*, significando á los malinalca; la quinta el símbolo del agua despeñándose, y son los chololteca, del verbo *chololoa*, despeñarse el agua; la sexta una flor, *xóchitl*, sobre un campo, *milli*, representa á los xochimilca, la séptima tiene el jeroglífico muy conocido de los chalca; y la octava el árbol *huéxotl*, con la parte inferior del cuerpo humano, *tzinco*, significa á los *huexotzinca*. Delante van los cuatro personajes que conducían á los dioses en las espaldas: *Chimalma*, *Apanécatl*, *Cuauhcóhuatl* y *Tezcacoatl*: este último lleva á cuestas al dios *Huitzilopochtli*. Siguen las huellas hasta el árbol, á cuyo pié se ha levantado un *teocalli* á *Huitzilopochtli*: frente á él los emigrantes comen al parecer contentos. Sin duda su estancia allí fué de cinco días, una de sus semanas, como lo expresan los cinco puntos que ahí se ven. Al cabo de este tiempo, el árbol se quebró por la mitad; se ve su parte inferior fija en la tierra, con la particularidad de que tiene en el tronco dos brazos con sus manos; la parte superior se está derrumbando. Los emigrantes se alejaron de allí á otro lugar, como lo significan las huellas del pié. Adelante se les ve llorando é implorando á su dios: éste les habla. Esto está expresado claramente, pues los emigrantes rodean á la imagen de *Huitzilopochtli*; de sus ojos se ven caer lágrimas, y en sus labios el símbolo de la palabra, símbolo que también sale de la boca del dios. Se comprende que entonces fué cuando *Huitzilopochtli* les previno que se separasen de las otras tribus. En la parte superior del grupo citado, se ven en una línea las casas de las ocho tribus con sus símbolos; sobre ellas está el medio cielo estrellado, que expresa la media noche, *yohualnepantla*, significando que la escena pasa á esa hora; y debajo se ve al sacerdote azteca, que se distingue porque va acompañado del jeroglífico del dios de la isleta, comunicando la orden de *Huitzilopochtli* á otro hombre que llora al oirla, y que representa á las ocho tribus, lo que se manifiesta por una serie de puntos que lo unen á la línea que forman las ocho casas.

Sobre estos hechos tenemos dos relatos diferentes en las crónicas. El uno es el del códice Ramírez, y va más de acuerdo con los jeroglíficos del códice mexica de Mr. Aubin. Dice así: «Estando los Mexicanos en este lugar tan deleitoso olvidados de que les habia dicho el ídolo que era aquel sitio solamente muestra y dechado de la tierra que les pensaba dar, comenzaron á estar muy de propósito, diciendo algunos que alli se habian de quedar para siempre y que aquel era el lugar electo de su Dios *Huitzilopochtli*, que desde allí habian de conseguir todos sus intentos siendo señor de las cuatro partes del mundo, etc. Mostró tanto enojo desto el ídolo que dixo á los sacerdotes: «¿quién son éstos que assi quieren traspasar y poner objecion á mis determinaciones y mandamientos? ¿Son ellos por ventura mayores que yo? decidles que yo tomaré venganza dellos antes de mañana porque no se atrevan á dar parecer en lo que yo tengo determinado, y sepan todos que á mí solo han de obedecer.» Dicho esto afirman que vieron el rostro del ídolo tan feo y espantoso que á todos puso gran terror y espanto. Cuentan que aquella noche estando todos en sosiego oyeron á una parte de su Real gran ruido, y acudiendo allá por la mañana, hallaron á todos los que habian movido la plática de quedarse en aquel lugar, muertos y abiertos por los pechos, sacados

[1] *In axcan aocmo amotoca in Amazteca, ye an Mexica. Oncan oquin nacazpotonique inic cqui cuique ini toca in Mexica.* Desde hoy en adelante no os llamaréis aztecas, sino mexicanos; los embizmó (es decir, poniéndoles plumas sobre la trementina, y se las puso hasta sobre las orejas, *oquin nacazpotonique*, porque este verbo se compone de *nacaztli* oreja, y de *potonia*, poner á otro bizma con pluma menuda sobre la trementina, ó emplumar á otro, ó también pegar la pluma con trementina sobre las orejas) por haber adoptado el nombre de Mexica. Metafóricamente: distinguir á uno con corona de plumas.—Nota del señor don J. Fernando Ramírez, en la traducción del manuscrito.

[2] *Hombres ilustres mexicanos.*—Vida de Tenoch.

solamente los corazones, y entonces les enseñó aquel crudelísimo sacrificio que siempre usaron, abriendo á los hombres por los pechos, y sacándoles el corazon lo ofrecian á los ídolos diciendo que su dios no comia sino corazones.»

Torquemada trae esta misma tradición, pero la refiere á un hecho posterior. La que relata á propósito



Primeros sacrificios en la peregrinación

de la separación de las ocho tribus, va más de acuerdo con las figuras de la tira del Museo. Dice así: «En este Lugar y Sitio, dicen se les apareció el Demonio en la representacion de vn Idolo, y diciendoles, que él era, el que los avia sacado de la Tierra de Aztlan, y que le llevasen consigo, que queria ser su Dios, y favorecerles en todas las cosas, y que supiesen que su Nombre era Huitzilopuchtli (que como en otra parte decimos, es el que los Gentiles llamaban Marte, Dios de las Batallas) pidioles, que le hiciesen Silla, y Sitial, en que le



Los cuatro conductores de la tribu

llevasen; la qual, hicieron luego de Juncos, y ordenó, que quatro de ellos, fuesen sus Ministros, para lo qual, fueron Nombrados Quauhcohuatl, Apanecatl, Tezcacohuatl, Chimalman, y los Sumos Supremos, que regian este Coro, eran Huitziton, y Tecpatcin, como Caudillos de estas Familias; lo qual, todo se hiço con grande agradecimiento de los Aztecas, viendo que yá no seguian su Jornada á ciegas, sino que llevaban Dios, que los guiaba, á cuios Ministros, llamaron Theotlamacaztin, y á la Silla en que iba Teoycpalli, y al acto de llevarlo á cuestas, pusieron Theomama.

»Con este principio, que el Demonio tuvo en este Pueblo, marchó de aquel Lugar, para otro donde cuentan, avia vn Arbol mui grande, y mui grueso, donde les hiço parar; al Tronco del qual, hicieron vn pequeño Altar, donde pusieron el Idolo, porque asi se lo mandó el Demonio, y á su Sombra se sentaron, á comer. Estando comiendo, hiço vn grande ruido el Arbol, y quebró por medio. Espantados los Aztecas del subito acaecimiento, tuvieron por mal Aguero, y començaronse á entristecer, y dejaron de comer; y suspensos con el caso, los Caudillos, de las Familias, consultaron á su Dios, el qual apartando, á los que aora se llaman Mexicanos, les dijo: Despedid á las ocho Familias, y decidles que se vaian siguiendo su Viage, que vosotros os quereis quedar aqui, y no pasar adelante por aora. Hicieronlo asi los Mexicas; y, aunque con dolor de dejarlos los otros, por ser todos Hermanos, y Familiares, y no valerles sus ruegos, pidiendoles, que se fuesen juntos, dejaronlos, y fueronse siguiendo su camino.

»Apartados yá, los vnos, de los otros, los Mexicanos, con quien se havia quedado el Idolo, y Dios Huitzilopuchtli, fueronse á él, y dijeronle: Que qué determinaba hacer de ellos? Entonces el Demonio (que dicen, hablaba por boca del Idolo), les dijo: Yá estais apartados, y segregados de los demás, y asi quiero, que como escogidos mios, ya no os llameis Aztecas, sino Mexicas... El lugar donde sucedió el caso referido... se llamaba Chicomoztoc...»

Por los párrafos citados, se ve cuánta congruencia hay entre este relato y las figuras de la tira del Museo. En ésta hay, además, unidos á los anteriores, los siguientes sucesos, representados también con signos jeroglíficos. El dios que está en el *teocalli* del punto de partida está sacrificando á tres personas que se miran muertas ya, dos sobre unas grandes biznagas, y una sobre un arbusto. Éste es el mismo suceso de los que no queriendo emigrar, amanecieron sacrificados. Uno de los personajes era de la tribu, pues no tiene jeroglífico especial; otro era michuaca, y el jeroglífico del tercero parece que significa *nahuitézcatl.* Sobre este grupo se ve otro que representa á un hombre con el arco y una flecha en la mano, que le ha arrojado otra á una águila: el águila ha tomado en su garra la flecha, y abre su pico como si hablara con el cazador; éste tiene el símbolo de la palabra en la boca; debajo del águila y á un lado del cazador, está un envoltorio ó *quimilli.* Relata este grupo dos fábulas de la peregrinación, que, aunque no tienen en sí importancia, son preciosas para conocer el carácter y las supersticiones de aquel pueblo, que todo lo refería á la intervención del dios y á sucesos sobrenaturales, y tienen además tal encanto en su sencillez, que creemos oportuno reproducir el relato de Torquemada que á ellas se refiere.

«En este lugar, cuenta el fraile francisco, dicen, que vsó con ellos el Demonio de vn caso, que aunque en

sí mismo, no era nada, fue de grande contienda para todos, y fue, que en medio del Real, y Alojamiento, parecieron, dos Quimiles, que son dos pequeños emboltorios; y deseosos de saber lo que dentro tenian cubierto, llegaron á desembolver el vno, dentro del qual, vieron una mui rica, y preciosa Piedra, que resplandecia con mui claros visos de Esmeralda; y como la vieron tan rica, embaçaron todos en miralla; y codicioso cada qual de averla, se dividieron todos en dos Vandos. Viendo Huitziton (que se halló presente, y era el que los Capitaneaba) que contendian, sobre qual de los Vandos, avia de llevar la Piedra, les dijo: Admirado estoi, Mexicanos, de que por cosa tan poca, leve, os hagais tanta, y tan grande contradicion, sin saber el fin, que en esto se pretende. Y pues está delante de vosotros otro emboltorio, desembolvedlo, y descubridlo, y vereis lo que contiene, y será posible, que sea alguna cosa mas preciosa, para que estimandola, en mas, tengais en menos esa. Parecioles bien la raçon de Huitziton, á todos los Opositores, desataron el Quimilli, y en él hallaron, dos solos Palos; pero como no les relució, como la Piedra les avia relucido, no los estimaron, y bolvieron á su primera contienda. Pero Huitziton (que era el que hacia los embustes, y los

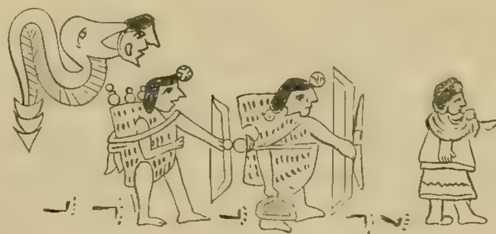


Separación de los mexica

declaraba), viendo que los vnos de ellos (que despues se llamaron Tlatelulcas) hacian tanta instancia, por llevarse la Piedra, dijoles á los otros (que despues se quedaron con el Nombre de Mexicanos), que partiesen la diferencia, y dejasen la Piedra, á los Tlatelulcas, y ellos se llevasen los dos Palos; porque eran mucho mas necesarios, y de mucho maior estima, para el progreso de su Jornada, como luego verian. Ellos, que creieron las Palabras de Huitziton, tomaron sus Palos, y dieron la Piedra, á los otros, y con esto, se conformaron. Y deseosos los Mexicanos de saber el secreto de estos palillos, pidieronle á Huitziton, que se lo descubriese. Él deseoso de quietarlos, los tomó, y puesto vno, en otro, sacó Fuego de ellos, de que quedaron grandemente admirados todos los presentes (porque jamás avian visto cosa semejante), y de aqui quedó conocida esta invencion del Fuego, por este modo.»

Esta fábula de los *quimilli* tuvo varios objetos: explicar y conmemorar la invención del fuego; dar una razón de la división que tuvo después lugar entre tlatilulca y mexica, cuidando éstos de aparecer los más sabios y prudentes, y relacionar estos hechos con la peregrinación, pues como ya vamos notando en varios puntos, los mexica cometían toda clase de anacronismos en sus tradiciones y pinturas, por la sola vanidad de referirlo todo en su historia.

Veamos la otra leyenda. Dice así: «Aqui tambien sucedió, que vna Muger, llamada Quilaztli, que venia con ellos, y era grande Hechicera, la qual por Arte del Demonio, dicen, que se trasformaba en la forma que queria, quiso burlar á dos Capitanes, y Caudillos, llamados, el vno, Mixcohuatl; y el otro, Xiuhnel; los quales, andaban por el Campo caçando, y se les apareció en forma de Aguila mui hermosa, y grande, puesta sobre vn Hueynochtli, que llamamos nosotros, los Castellanos, Cimborio; y como los Capitanes la viesen,



Episodio de Quilaztli

quisieronle tirar sus flechas, pensando, que en realidad de verdad, era Aguila natural, y verdadera; y al tiempo de desembraçar las flechas, y conociendo la Hechicera su peligro, y riesgo, les habló, diciendo: Para burlaros (Capitanes) basta lo hecho, no me tireis, que yo soi Quilaztli, vuestra Hermana, y de vuestro Pueblo. Enojaronse los Capitanes, de que los huviese burlado, y dijeronla, que era digna de Muerte, por la burla que los avia hecho. Ella les respondió, que si

querian matarla, que hiciesen su poder, mas que algun dia se lo pagarian; ellos no la respondieron, y fueronse, y ella se quedó en su Arbol, y cada qual con su desabrimiento.

»Hecho ya tiempo de partir de este Lugar, por orden de su Oraculo, llegaron á otro, llamado Chimalco, donde estuvieron seis Años; y al quarto de su llegada á él, acordándose la Hechicera Quilaztli, de la pesadumbre que huvo entre ella, y los dos Capitanes yá dichos en la mansion pasada, hiço memoria del agravio recibido, en el Tunal, donde quisieron matarla; y vistiendose de la usança de Guerra, se fue á ellos, y pensando amedrentarlos, les dijo: Yá me conoceis, que soi Quilaztli, y debeis de pensar, que la contienda, que conmigo teneis, es semejante á la que pudierais tener, con alguna otra Mugercilla, vil, y de poco animo; y si asi lo pensais, vivis engañados, porque yo soi Esforçada, y Varonil, y en mis Nombres echareis de ver, quien soi, y mi grande esfuerço; porque si vosotros me conoceis por Quilaztli (que es el Nombre comun, con que me nombrais) yo tengo otros cuatro nombres con que me conozco; el vno de los quales es Cohuacihuatl, que quiere decir Muger Culebra; el otro, Quauhcihuatl, Muger Aguila; el otro, Yaocihuatl, Muger Guerrera; el quarto, Tzitzimicihuatl, que quiere decir, Muger Infernal; y segun las propiedades que se incluien en estos quatro Nombres, vereis quien soi, y el poder que tengo, y el mal que puedo haceros; y si quereis poner á prueba de las manos esta verdad, aqui salgo al desafio. Los dos esforçados Capitanes, no temiendo las arrogantes palabras, con que Quilaztli, quiso atemoriçarlos, respondieron: Si tu eres tan Valerosa como te has pintado, nosotros no lo somos menos; pero eres Muger, y no es raçon, que se diga de nosotros, que tomamos Armas contra Mugeres; y sin hablarla mas, se apartaron de ella, afrentados de ver, que vna Muger los desafiaba, y callaron el caso, porque no se supiese en el Pueblo.»

Que esta leyenda se refería á un suceso importante en la vida de los azteca, no puede dudarse; pues la conservaba, no solamente la tradición, sino también la pintura jeroglífica: y nótese que en la tira del Museo está unida, y como simultánea, á la otra leyenda de los sacrificios. Creemos que encierra el recuerdo de una lucha religiosa; y para explicarla, tenemos que volver á ocuparnos del dios que está en el *teocalli* del punto de partida, y que es el mismo que hace los sacrificios; llamando desde ahora la atención sobre que en las tradiciones citadas se dice que este dios era *Huitzilopochtli*. Hemos visto ya cómo los azteca tenían en su patria primitiva por dios á *Mexi*, un dios planta propio de la primera civilización de los meca, y que á su paso por el Michuacán, tomaron por nuevo dios á *Huitzilopochtli*, hijo de *Coatlicue*, un dios pájaro, propio de la segunda civilización; y que no queriendo prescindir de su primer dios, hicieron uno solo de ambos, quedando desde entonces por dios de la guerra y principal deidad, *Mexi* y *Huitzilopochtli*. En el siglo x, cuando llegaron en nuestro Valle al reino culhua, se encontraron dominando en él la religión astronómica de los nahoas, y allí necesariamente sufrieron la influencia de la reforma de Quetzalcoatl, pues vemos por el jeroglífico de Sigüenza, que estuvieron en aquella mansión, de los años 908 á 960. Aun más: parece que el culto de *Quetzalcoatl* tomó firme asiento en los pueblos del lago dulce, porque más tarde fué apoyado en su nuevo triunfo por los chalca de Xicco. Sin duda que los azteca, al aceptar este nuevo dios, quisieron confundirlo con su dios primitivo; y por eso, si en la tradición el dios sacrificador es *Huitzilopochtli*, en la pintura es una deidad que tiene por símbolo una caña del agua, es decir, *Ce-ácatl Quetzalcoatl*. Que los azteca fueron partidarios de *Quetzalcoatl*, se ve en que los reyes mexicanos se titulaban sus tenientes. No pudieron hacer de una manera absoluta la confusión de los dioses, porque ya, tanto *Quetzalcoatl* como *Huitzilopochtli*, tenían una personalidad muy determinada; pero la llevaron á cabo en cuanto fué posible. Que el dios del *teocalli* de la tira del Museo es *Ce-ácatl Quetzalcoatl*, se comprende, porque debajo de él está *Chimalma*, la madre de *Quetzalcoatl*. Pues bien, en el jeroglífico de Mr. Aubin, *Chimalma* es quien lleva á cuestas á *Huitzilopochtli*. Todavía más; se observa en las crónicas, que si en un principio la madre de *Huitzilopochtli* fué *Coatlicue*, se la mudaron después por *Chimalma*, madre de *Quetzalcoatl*. Así se ven en un grupo juntos, á hijo y madre, á *Huitzilopochtli* y *Chimalma*, en uno de los relieves de la piedra del sacrificio gladiatorio, que está enterrada en la Plaza Mayor. Hay un hecho que siempre nos ha llamado la atención, y que solamente se explica por la confusión de estas deidades. En la época del imperio mexicano, el dios dominante en la religión era *Tezcatlipoca;* y sin embargo, en el gran *teocalli*, el dios que estaba al lado de *Huitzilopochtli* era *Tlaloc*. La confusión parcial, digámoslo así, de *Huitzilopochtli* y *Quetzalcoatl*, nos da la explicación. Recuérdese que los nahoas decían que la luna era hija de *Tlaloc* y el sol de *Quetzalcoatl;* y así como los tolteca dedicaron las dos pirámides de Teotihuacán al sol y á la luna, los mexica pusieron por deidades de su gran *teocalli* á *Tlaloc*, padre de ésta, y por padre del primero á *Huitzilopochtli*, en cuanto que lo habían confundido con *Quetzalcoatl*. El gran *teocalli* era todavía el triunfo de la religión astronómica de los nahoas.

Supuesto todo lo que va explicado, se comprende que la fábula de Quilaztli y los sacrificios, se refieren á la rebelión de los que no quisieron aceptar la innovación religiosa, y que al parecer querían conservar la de los animales, que habían traído del Michuacán. Así se desprende del nombre mismo de Quilaztli, que significa

garza verde, y de los otros nombres que ella misma se daba, de mujer culebra y mujer águila; mientras que los nombres de los cazadores representan la religión astronómica, significando uno el de *cometa claro* y el otro el de *vía láctea*. Se comprende que los michuaca fueron de esta rebelión, y por eso están representados en el segundo sacrificado; el primero, cuyo jeroglífico parece decir *Nahui tézcatl* ó *Nauhtezcatli*, debió ser el personaje más importante del levantamiento, y el tercero representa á los azteca que los siguieron, aunque sólo lo hace presumir la falta del jeroglífico propio.

Pero volvamos al punto más importante: á explicar como en las pinturas aparecen peregrinando juntas con los azteca otras tribus que sabemos que hicieron viaje separado, y así nos daremos cuenta también de la fábula del árbol y de la separación. Todas las razas buscaban por instinto un origen común, y para explicarlo fingían la peregrinación simultánea y la separación por orden del dios; y el orgullo de los mexica hizo que ellos refirieran en sus pinturas todos esos sucesos á su propio viaje. Exageraron tanto esta idea de amor propio, que en el jeroglífico de Sigüenza, entre las quince tribus peregrinas que allí se ponen, está como décimatercera la tolteca, que se reconoce en la rama de tule que tiene por jeroglífico, y que es de la misma forma que las del jeroglífico de Tóllan en la tira del Museo. Este mismo amor propio, y el deseo de aparecer como los herederos de la civilización nahoa, hizo que los mexicanos cambiaran la cronología de su viaje, dándole principio, como se ve en la tira del Museo y en el códice de Mr. Aubin, en el año de 1116, fecha de la destrucción de Tóllan, como para decir que donde acaban los tolteca comenzaron los mexica, y que la civilización pasó de aquéllos á éstos. Naturalmente, reduciendo la cronología, fué preciso reducir y escoger las estancias del viaje; y siguiendo el sistema convencional, se adoptaron períodos cíclicos para las mismas estancias: esto se ve claramente en la tira del Museo y en el códice de Mr. Aubin. Estos viajes son, pues, convencionales, y podemos asegurar que fueron pintados al finalizar el imperio mexicano: no así el jeroglífico de Sigüenza, que es la relación exacta y genuina de la peregrinación. Volvamos á éste.

Al escapar de la servidumbre de Culhuacán, se fueron los azteca á un punto que está marcado con un *teocalli* y un árbol, lo que significa que allí se asentó la tribu y levantó un templo á su dios, que tiene por jeroglífico un grupo compuesto de una garza, del símbolo del agua y de una olla, el cual acertadamente traduce el señor Orozco por Azacoalco, nombre de un pueblo que existe todavía á orillas del lago salado ó de Texcoco, un poco más allá de la villa de Guadalupe. Este grupo nos explica algunos puntos interesantes de la escritura jeroglífica. Vemos por él, que un *teocalli*

y un árbol manifiestan el establecimiento de una población, significando la población misma. Vemos también, que la figura garza y la palabra *áztatl* conque se la nombra en mexicano, dan en la composición únicamente la raíz *az:* lo que resuelve la tan debatida cuestión del nombre de Aztlán; y ahora se comprenderá que significa lugar de garzas. El símbolo del agua, *alt*, da siempre, con raras excepciones, el sonido de la vocal *a*. La olla, *cómitl*, da unas veces el sonido *comi*, y otras *co* con el final *alco*, *coalco*. Esto se demuestra con dos jeroglíficos que hay en el mapa original de las poblaciones del lago de Chalco: Cicoalco y Tecoalco. Hemos visto componer Azacoalco de la siguiente manera; garza, *azta;* olla, *co;* agua, *a;* y el final *lco:* Aztacoalco. Nosotros seguimos el siguiente orden: garza, *az;* agua, *a;* olla, *co* con el final *alco:* Azacoalco, hoy Zacualco.

Se ve por la ubicación de Zacualco, que los azteca, para libertarse de la servidumbre en que los colhua los tenían, atravesaron el lago dulce y todo el salado, yendo á establecerse en la orilla más lejana de su anterior residencia. Al cumplirse un nuevo ciclo de cincuenta y dos años, partieron de allí, y en el año 1012 se establecieron en Oztocoalco, penetrando en el terreno firme del valle con dirección al norte. Fuéronse después á Cincoalco, que el señor Ramírez llama Cincotlán, y permanecieron allí diez años. Al cumplirse otro ciclo de cincuenta y dos años, se trasladaron, en 1064, á un punto marcado con un hombre inclinado sobre un cerro: llámalo Tocolco la interpre-



Cuextecatlichocáyan

tación de Gemelli, que el señor Ramírez califica de dudosa; para nosotros es Cuextecatlichocáyan, el mismo que más claramente se ve en la tira del Museo. A este punto refiere el señor Ramírez los sacrificios en ella marcados, y no falta quien por el tocado y manchas de la cara de la tercera víctima, la tenga por un cuexteca. De todas maneras, el nombre mismo del lugar hace comprender que los azteca habían penetrado en el territorio de Tóllan, puesto que la faja que formaba éste, separaba Cuextlán de las anteriores mansiones de la tribu peregrina. Así se comprende por qué en los Anales tolteca-chichimeca, se pone á los azteca entre los habitantes de Tóllan. Fuéronlo del reino, en sus últimos años, y

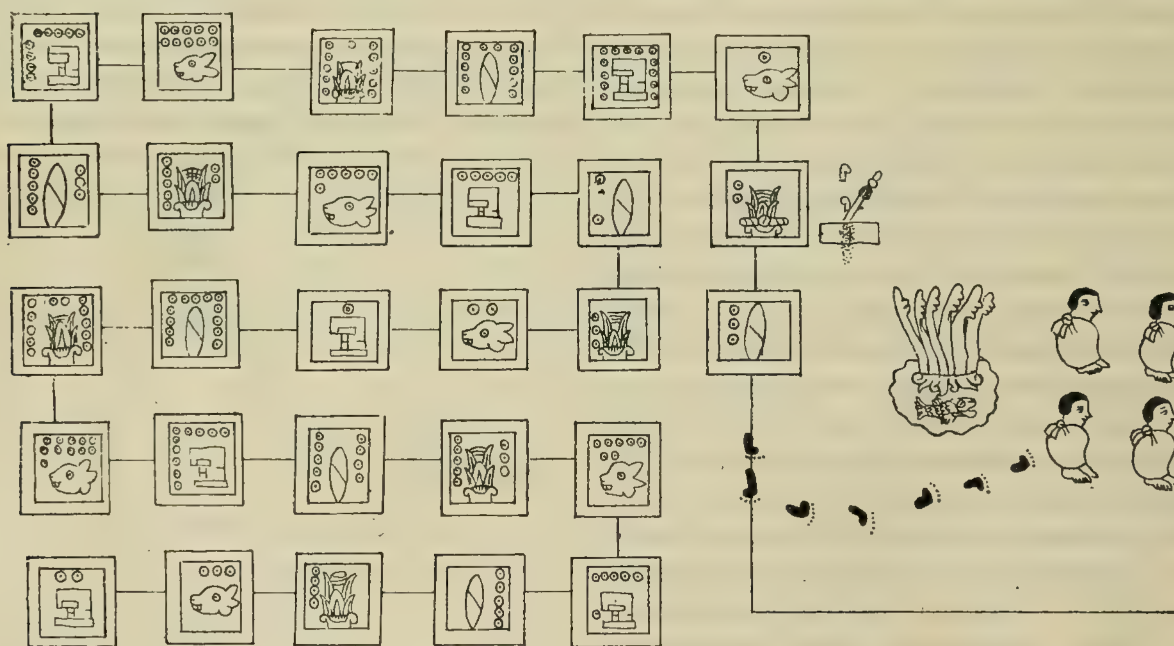
testigos y partícipes de su destrucción; y por eso fué el llamarse herederos de los tolteca y enorgullecerse con ser los continuadores de su civilización y de los misteriosos destinos de la raza nahoa. Por eso también los



Coatlicamac

cronistas hablan de la estancia de los azteca en Tóllan, y algunos refieren á ella la fábula de los sacrificios. Por eso la tira del Museo y el códice de M. Aubin, después de otra estancia en Coatepec ó Coatlicamac, hacen vivir á los azteca en la misma Tóllan. Así les parecía que tenían más derechos á heredar los privilegios de la antigua raza. La verdad es que vivían en el reino de los tolteca, si no en su capital, cuando la destrucción de esa nacionalidad: el lugar de su estancia, marcado en el jeroglífico de Sigüenza, se llamaba Oztotlán, y á los cinco años de morar en él tuvo lugar la gran catástrofe, que á la par que á los súbditos de Huemac, los arrastró á ellos también. De grande influencia para lo porvenir fué aquella estancia. Dominó en ellos, como en el resto del reino, la bárbara religión de *Tezcatlipoca*, que tan bien cuadraba con los ritos que habían traído del Michuacán; y así fué más tarde Tenochtitlán, la ciudad de los sacrificios y el emporio del culto de sangre. Estaba fijado ya para siempre el destino de la raza.

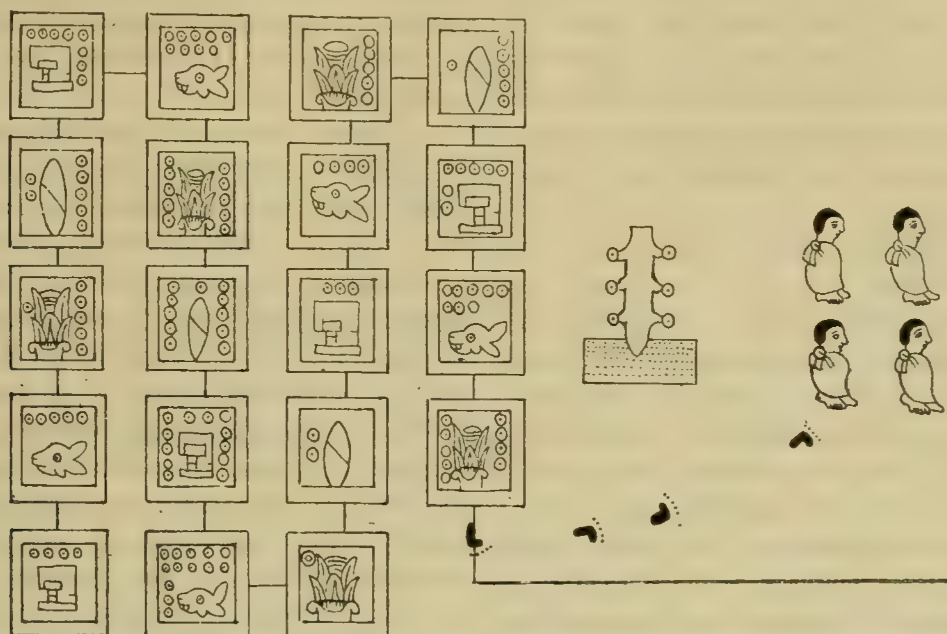
Se observará que todos los documentos de que hacemos mérito, van confirmando los hechos antes referidos. Importantísimo es, á este respecto, el grupo que sigue en el jeroglífico de Sigüenza. Veamos primero la interpretación que equivocadamente le dió el señor Ramírez, y que después de él se ha seguido sin vacilar generalmente. «MIZQUIAHUALA. En esta mansión se



Tóllan

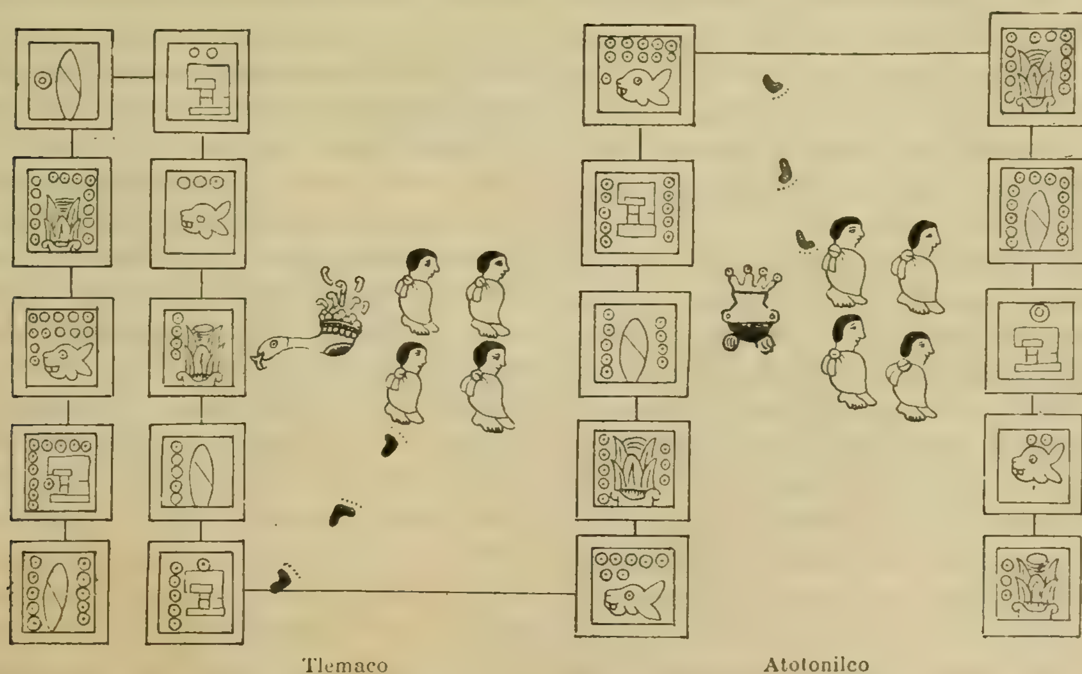
notan tres sucesos: la construcción de un *Teqcalli* y el complemento de un ciclo. Entre los dos signos que los representan se ve otro que figura un cadáver amortajado á la usanza mexicana, y que por su nombre jeroglífico se reconoce ser el jefe de la tribu, designado en el grupo núm. 2 con la letra *m*. Como este suceso acaeció más de doscientos años después de la partida, podemos conjeturar que con él se extinguió la tribu, puesto que tampoco se le vuelve á ver figurar en la peregrinación.» La primera equivocación consiste en llamar Mizquiahuala á ese lugar. Nace el error de que se ve un árbol llamado *mízquitl*, y unas como lengüetas amarillas que se tomaron por el símbolo de la lluvia, *quiáhuitl*. Esto sólo basta para desvanecer la equivocación, pues el signo de la lluvia es completamente diverso, y siempre se la figura, sin excepción, con pequeñas fajas azules que terminan en gotas redondas también azules. Si se observa todo el grupo, se ve que está compuesto principalmente de un *teocalli* y de un árbol, que, como ya hemos marcado, significa una población: ésta debió estar en la región que hoy todavía se llama Mezquital, por la abundancia de esos árboles, pues el del jeroglífico es un

mizquitl. El árbol se ve sacudido y como destruyéndose por la furia de los elementos y del cielo; del *teocalli* sale el símbolo del fuego, lo que da á entender la conquista y destrucción de la ciudad, según invariablemente se nota en el códice Mendocino, porque era costumbre del vencedor incendiar el *teocalli* del pueblo conquistado, como la señal más patente de su victoria. Que no fué este lugar mansión de los azteca, se conoce porque en él no se marcan los años de su estancia. Conmemora sin duda el jeroglífico el acaecimiento de



Atlicalaquia

un suceso muy importante: lo completan el *xiuhmolpilli* que marca el año en que aconteció, y un hombre amortajado representante de la raza destruída; el cual, por el símbolo que lo distingue, y que es el mismo de la figura décimatercera de los emigrantes, no puede ser otro que el carácter figurativo de la raza tolteca. El *xiuhmolpilli* señala el año *ce técpatl,* 1116. Así, uniendo á este grupo el anterior, resulta la siguiente



Tlemaco

Atotonilco

lectura: á los cinco años de morar los azteca en Oztotlán, fué conquistado y destruído el reino de Tóllan, en el año 1116. No se puede dar comprobación más completa de los hechos históricos.

Los azteca fueron arrastrados en esa destrucción, y los vemos en el jeroglífico, ir á habitar á Xálpan, pueblo al sur de Tóllan y cercano á Huehuetoca. Poco importante nos parece seguirlos pueblo á pueblo en su peregrinación; ni tras utilidad el comparar el exacto itinerario del jeroglífico de Sigüenza con los conven-

cionales de la tira del Museo y del códice de Mr. Aubin; y menos estudiar las contradicciones de los cronistas, nacidas de las diversas pinturas que á mano tuvieron, ó de que se confundieran unas con otras ó de que se valieron únicamente de noticias verbales é incompletas. Bástenos notar que, caminando de norte á sur, llegó la tribu viajera en el año de 1155 á un lugar en que se verificó suceso tan notable, que merece que nos detengamos para ocuparnos cuidadosamente de él. Refiriéndose el señor Orozco y Berra al grupo jeroglífico que marca este lugar, y al importante acontecimiento en él acaecido, dice [1]:

«El ciclo máximo de 104 años se compone de dos períodos simétricos de 52.

»La fiesta secular del fuego nuevo se verificaba al terminar el ciclo menor, á la media noche del último nemontemi del año *matlactliomei Acatl.* Esto fué en el estilo antiguo; pero en tiempos posteriores la atadura de los años se hacía al fin de Ce Tochtli, con lo cual, propiamente la cuenta del ciclo empezaba por el Ome Acatl, quedando por año postrero el Ce Tochtli. Esta es la razón de que en las pinturas, según son antiguas ó modernas, se encuentre el símbolo de la fiesta cíclica unas veces junto al Ce Tochtli, otras ocasiones junto al Ome Acatl.

»¿En cuál época fué trasladado el principio del ciclo del uno al otro signo?—El intérprete del Códice Telleriano Remense dice: «En este año (Ce Tochtli 1506) asaeteó Mountezuma á un hombre de esta manera: dicen los viejos que fué por aplacar á los dioses, porque habia docientos años que siempre tenian hambre en el año de un conejo. En este año se solian atar los años, segun se cuenta, y porque les era año trabajoso, *lo mudó Mountezuma á dos cañas* [2].» Sigue esta opinión el señor don José Fernando Ramírez, describiendo el monumento cíclico y cronológico que existe en el Museo Nacional [3].

»No nos conformamos con la opinión del intérprete. Ocurre de luego á luego, si fuera cierta, que supuesto que Motecuhzoma II ordenó la corrección, haciendo trasladar la fiesta secular del Ce Tochtli, 1506, al Ome Acatl, 1507, única y exclusivamente se observaría el signo cíclico junto al Ome Acatl, 1507, acompañando en todos los casos al Ce Tochtli. Mas ello no ocurre así: en la pintura del Códice Telleriano Remense, en el Códex Vaticano, en la *Historia sincrónica de Tepéchpan,* en la pintura Aubin, etc., el signo crónico de la fiesta secular se observa acompañando al Ome Acatl, prueba irrefragable de que la corrección tuvo lugar en tiempo anterior al asignado por el intérprete.

[1] *Anales del Museo Nacional,* tomo I, págs. 300, 301 y 302.

[2] Explicación del Códex Telleriano Remensis, lám. XXXV, Lord Kingsboroug, vol. V, pág. 153.

[3] Descripción de cuatro láminas monumentales, en la *Historia de la Conquista de México,* por Prescott, edic. de Cumplido, tom. II, págs. 106-115, al fin del vol.

Desde la primera lámina del Códice Mendocino se ve unido el Mamalhuastli al signo Ome Acatl. Confrontando los Códices Telleriano Remense y Vaticano, vemos que el xiuhtlalpilli acompaña al Ce Tochtli 1246; falta en el Ce Tochtli 1298, apareciendo por primera vez junto al Ome Acatl 1299. La autoridad de la pintura es por cierto respetable; contradice los dichos del intérprete y establece que la corrección se verificó el Ome Acatl 1299.

»Tenemos esta otra opinión de Gama:—«Aunque los mexicanos comenzaban su ciclo por el símbolo Ce Tochtli, no lo ataban en él, sino hasta el siguiente año Ome Acatl, en el cual hacían la gran fiesta del fuego, que celebraban en honor de los dioses seculares, y duraban 13 días, como se dirá adelante. En todas sus pinturas se ve el jeroglífico de la atadura del ciclo sobre el símbolo Ome Acatl; y en todos sus anales y relaciones manuscritas expresamente refieren que este año lo ataban y sacaban el fuego nuevo. Mucho tiempo pasó sin que yo pudiera encontrar la razón de esta mutación, hasta que llegó á mis manos la *Crónica mexicana,* escrita por don Hernando Alvarado Tezozomoc: por ella se viene en conocimiento de la causa que tuvieron para variar el orden de la cuenta que aprendieron de sus mayores los tultecas (quienes comenzaban el ciclo por el símbolo Ce Técpatl), y de haber transferido la celebración de la fiesta secular al año Ome Acatl. La época de los mexicanos fué la salida que hicieron de Aztlán, su patria, para venir á poblar las tierras de Anáhuac; y ésta fué el año Ce Técpatl, correspondiente al 1064 de la era cristiana; mas como había corrido ya la mayor parte de este año, y los subsecuentes gastaron en su peregrinación sin hacer asiento hasta el año 11 Acatl 1087, que llegaron á Tlalixco, por otro nombre Acahualtzinco, donde estuvieron nueve años, en los cuales se incluyó el Ce Tochtli, que era principio de indicción, corrigieron el tiempo y comenzaron á contar desde él su ciclo, por orden de Chalchiuhtlatonac, que era entónces su conductor; pero por respeto á su principal caudillo Huitzilopochtli, que después adoraron por dios de la guerra, transfirieron la fiesta del fuego y la atadura de los años ó xiuhmolpia, al siguiente Ome Acatl, que era en el que había nacido Huitzilopochtli, en el dia Ce Técpatl de él, como asienta el referido autor [1]. Y en este lugar de Tlalixco ó Acahualtzinco, fué donde ataron de nuevo y por la primera vez la cuenta de sus años, como lo expresan también Chimalpain y otros [2]: y en los subsecuentes ciclos y lugares donde los completaron, se

[1] *In oncan Cohuatepec oncan quilpique inin Xiuhtlalpohual ome Acatl; anch ce Tecpatl in tonalli, ipan tlacatl in Huitzilopoctli.* Cronica mexicana, citada por Boturini en el párrafo VIII, núm. 2, de su Museo, que atribuye equivocadamente á Chimalpain.

[2] *Ome Acatl xihuitl,* 1091 *años ipan in yancuican iccepa oncan quilpillico inin xiuhtlalpohual huehuetque Mexica, Azteca, Teochichimeca oncan in Tlalixco.* Citados por Boturini en los núms. 6 y 12 del párrafo VIII.

figura en sus pinturas el jeroglífico de la atadura de ellos, que es un manojo de hierbas atado, con los caracteres numéricos que demuestran los que habían corrido, ó las fiestas del fuego nuevo que habían celebrado desde la que hicieron en Acahualtzinco ó Tlalixco, el año Ome Acatl, correspondiente al 1091 de la Era cristiana: de la misma manera lo asientan los autores indios en sus manuscritos [1].»

»Si á nuestro turno no nos engañamos, la resolución del problema se encuentra en una pintura mexicana bien conocida. (El jeroglífico de Sigüenza.) El nombre puesto al núm. 13 es Ilhuicatepec: interpretación, á nuestro entender, equivocada. El grupo jeroglífico está compuesto... del símbolo de la noche, *yoalli* ó *yohualli,* que puede también tomarse en la acepción de *citlallin,* estrella ó estrellas, y de *citlallo,* estrellado; mas no se debe leer *ilhuicatl,* cielo, porque no es su símbolo. Con el mímico *tepetl* que allí se advierte, la lectura propia es Citlaltepec. Examinado el dibujo sobre el nombre Citlaltepec se alza un cuerpo redondo, abultado hacia el medio, ahusado en la parte superior, simétrico y rematando en un copudo manojo de hierbas; es el símbolo del cehuehuetiliztli ó período máximo de ciento cuatro años, compuesto de dos xiuhmolpilli ó ciclos menores de cincuenta y dos años. Se le ve atravesado con una flecha por el medio, con objeto de dividirle en sus dos componentes iguales. Al un extremo de la flecha se ve una hierba, *xihuitl,* símbolo del año, mientras en el extremo opuesto se observa el símbolo *ácatl,* caña. Todo ello quiere decir, que estando en Citlaltepec, la noche en que se cumplió un cehuehueliztli, el principio del primer año de la xiuhmolpia fué trasladado al símbolo Acatl, que desde entónces quedó por inicial del ciclo. Del cómputo cronológico que la estampa arroja... resulta que el cambio tuvo lugar el Ome Acatl 1143.

»Entre la época adoptada por Gama, 1091, y la encontrada por nosotros, 1143, existe la diferencia de un solo ciclo. Aquel respetable autor y nosotros deberíamos salir acordes, supuesto que ambos nos referimos á la misma pintura; la discordancia no puede provenir sino de la manera de concordar los signos cronográficos y juzgar en definitiva lo dejamos al estudio de los lectores. Con la autoridad de la pintura, á nuestro parecer irrecusable, fijamos el principio de la corrección en el año Ome Acatl 1143.»

Tal es la opinión del señor Orozco respecto al suceso que acaeció durante el viaje de los azteca, en el lugar referido. Seguimos su opinión en nuestro estudio sobre la Piedra del Sol. Escribíamos á este propósito: «Los sistemas de Gama y del señor Orozco no se diferencían más que en un período de cincuenta y dos años, en un ciclo mexicano; tienen sin duda la misma base, pero hay un ligero error de cálculo: ¿quién incurrió en él? Para resolverlo, nos valdremos del mismo jeroglífico que consigna el suceso, que es el cuadro de la peregrinación de los aztecas, uno de los anales más auténticos de nuestra historia antigua, y de originalidad indisputable. En él los ciclos están representados por un manojo de hierbas atado por el medio; es una manifestación gráfica del *xiuhmolpilli.* Si vemos cuántas veces está repetido el símbolo desde el punto de su salida hasta llegar á Citlaltepec, lugar en que se hizo la corrección, tendremos el número de años transcurridos durante su peregrinación hasta aquel punto; y como encontramos seis veces el *xiuhmolpilli* antes del símbolo de la corrección, es claro que habían pasado trescientos doce años desde el día de su salida. Pero este jeroglífico no nos da ningún dato para fijar directamente el año de la salida, y por lo mismo el método indicado no puede resolver nuestras dudas. Es preciso seguir el método contrario; partir de una fecha conocida, y retroceder hasta el símbolo. La fecha conocida es el año en que los mexicanos encendieron el fuego nuevo en su estancia en Chapultepec; la pintura de Mr. Aubin nos la da de una manera fija y clara: fué el año 1247. Si contamos los *xiuhmolpilli* que hay entre Chapultepec y Citlaltepec, los multiplicamos por 52, y restamos el producto de la cifra 1247, tendremos el año de la corrección. Como hay dos *xiuhmolpilli,* tendremos que restar 104, lo que nos dará por resultado 1143: esto fué lo que hizo el señor Orozco, y esto lo que de una manera matemática nos da la fecha buscada.»

Veamos ahora en qué consiste la opinión contraria del señor Ramírez, para que después expongamos la nueva idea que tenemos sobre una materia tan importante. La opinión del señor Ramírez, siguiendo al intérprete del códice Telleriano y explicándolo, es, que viendo Moteczuma las calamidades que en el año *ce tochtli* sufrían los mexica, como sucedió con el hambre de 1454, mudó el principio del ciclo al *ome ácatl,* teniendo esto lugar el año 1506. Según él, los mexica comenzaban antes su ciclo por *ce tochtli;* y se apoya en Gama, y en el mismo códice Telleriano, en el cual la atadura está unida al símbolo del conejo ó *tochtli* que corresponde al año 1246.

En materia de cronología no debe llamar la atención tanta divergencia de opiniones, porque los primeros cronistas cuidaron muy poco de ella, y la trataron de manera diminuta y confusa, aun Motolinía y Sahagún. Nos dicen únicamente que el ciclo mexicano comenzaba en *ce tochtli,* pero que la fiesta del fuego nuevo se celebraba en el año siguiente *ome ácatl.* Motolinía se refiere á su calendario de rueda, y á él también hace referencia Torquemada. Las ruedas del códice Ramírez y del padre Durán comienzan por *ce ácatl.* Pero hay un monumento que no nos puede dejar duda respecto á la costumbre mexica: el *cuauhxicalli* del sacrificio gladiatorio que está enterrado en la Plaza Mayor. El grupo

[1] Gama, las dos piedras, primera parte, pág. 19.

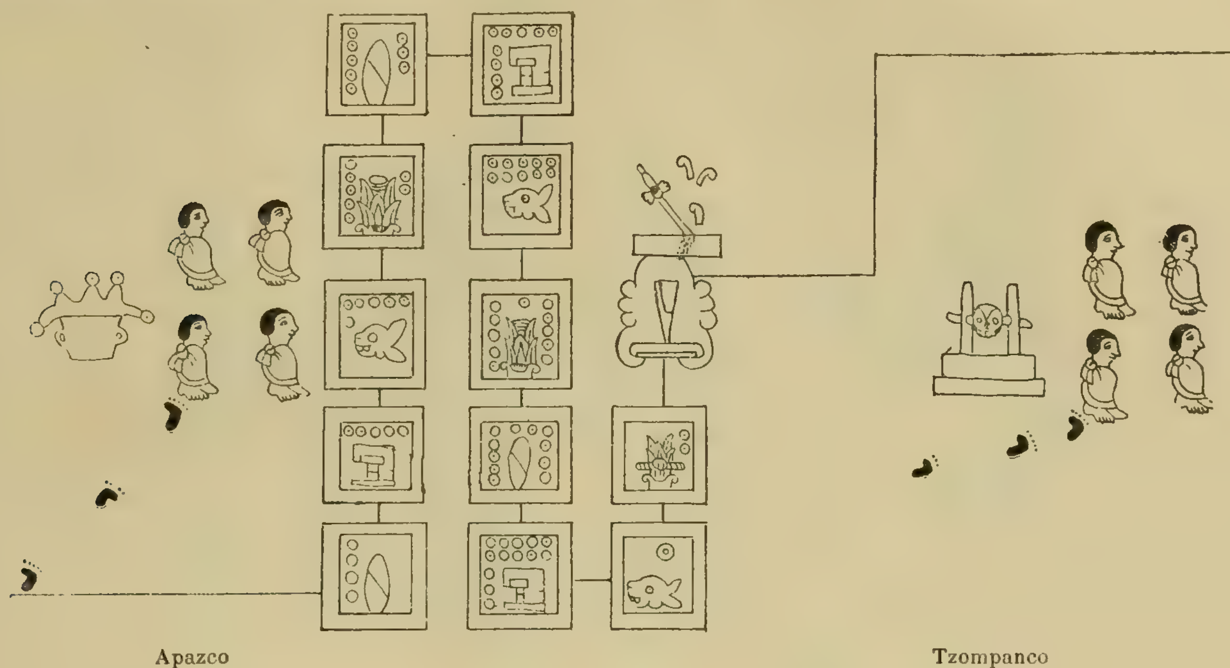
central está rodeado de los cincuenta y dos años del ciclo, y todos están representados simplemente por puntos, y únicamente con su figura el *tochtli*, principio del ciclo. Respecto de la celebración de la fiesta del fuego nuevo y atadura de los años en el siguiente *ome ácatl*, á más de la uniformidad de los cronistas y de varias pinturas jeroglíficas, tenemos el monumento del Museo, que explicó el señor Ramírez. Pero nada de esto, ni la opinión de Gama, que no comprueba por más que haga una cita, en nuestro concepto insuficiente, nos explican la manera y época de la corrección. El señor Orozco fué quien primero dió una explicación razonable; pero creemos que él y nosotros estábamos equivocados. Vamos á exponer nuestro nuevo sistema, apoyándonos principalmente en el jeroglífico de Sigüenza.

Sabemos que los nahoas comenzaban su ciclo por el año *ce ácatl*, y que los tolteca lo pasaron al *ce técpatl* en conmemoración del principio de su viaje, y para expresar su personalidad histórica. Ahora bien: los azteca recibieron necesariamente toda la influencia de la civilización de Tóllan desde que llegaron á nuestro Valle, y adoptaron por principio de su ciclo el año *ce técpatl*, como se ve en la pintura de Sigüenza. En esto no hay duda, porque la destrucción de Tóllan, que sabemos que fué el año *ce técpatl* 1116, está marcada con el *xiuhmolpilli*. Dice el señor Orozco, como hemos visto, y dice con razón, que según las pinturas son antiguas ó modernas, tienen ó no el *xiuhmolpilli* en el año *ome ácatl*. Esta es una razón más, de que la tira del Museo, que así lo tiene, es más moderna que el jeroglífico de Sigüenza; y por esta razón también, no son argumento, en la presente cuestión, las pinturas que cita, y que siguieron el sistema último que encontraron establecido. En efecto, el códice de Mr. Aubin fué pintado después de la Conquista, en el año 1576; lo mismo la tira de Tepéchpan, que se extiende hasta 1596, el códice Mendocino se mandó pintar por el primer virey de México; y los códices Telleriano Remense y Vaticano están en papel europeo, y son, por lo tanto, posteriores á la Conquista. En todas estas pinturas se siguió naturalmente el último sistema, sin preocuparse de más; y por eso hemos dicho que no se pueden traer á nuestro debate. Debemos buscar la solución de la dificultad en el jeroglífico de Sigüenza, apoyándonos en otros monumentos auténticos. El grupo á que se refiere el señor Orozco, nos expresa el cambio cronológico; y los puntos que lo acompañan manifiestan que los azteca residieron cuatro años en ese lugar, sin que nos importe gran cosa el que se llame Ilhuicatepec ó Citlaltepec, como quiere el señor Orozco, pues el jeroglífico da las dos lecturas. La misma figura del cielo estrellado, al cual rodean los cinco símbolos de astros que acompañan siempre á *Tonacatecuhtli* ó el sol, expresan también el cambio del principio del ciclo. La razón de la mudanza es lógica: comenzaban su ciclo en *ce técpatl;* pero en el último habían sufrido la tremenda catástrofe de la destrucción de Tóllan, y quisieron abandonar la cuenta que habían adoptado, y aun contaron de entonces nuevo sol y comenzaron el quinto, lo que expresaron con los cinco astros que en el grupo rodean al cielo. Pero el grupo no manifiesta que pasaron el *xiuhmolpilli* al *ome ácatl;* una sola caña hay en él, sin los dos puntos necesarios para expresar el *ome;* volvieron al año *ce ácatl*, precisamente porque en la confusión que habían hecho entre *Huitzilopochtli* y *Quetzalcoatl*, lo tenían por el del nacimiento de su dios. Bastaría la lectura del grupo jeroglífico para darnos la razón; pero hay otra prueba en la misma pintura: inmediatamente antes de la fundación de México, está el *xiuhmolpilli;* por lo tanto, el año anterior á dicha fundación debe ser *ce ácatl*, y, como veremos adelante y consta en el códice de Mr. Aubin, la verdadera fecha de ese suceso fué el año siguiente *ome técpatl*. Significa, pues, el grupo, el cambio cronográfico, el año *ce ácatl*, 1155, y desde él deben volverse á contar los períodos de cincuenta y dos años, y finalmente un nuevo sol, el quinto, que comenzó á la destrucción de Tóllan.

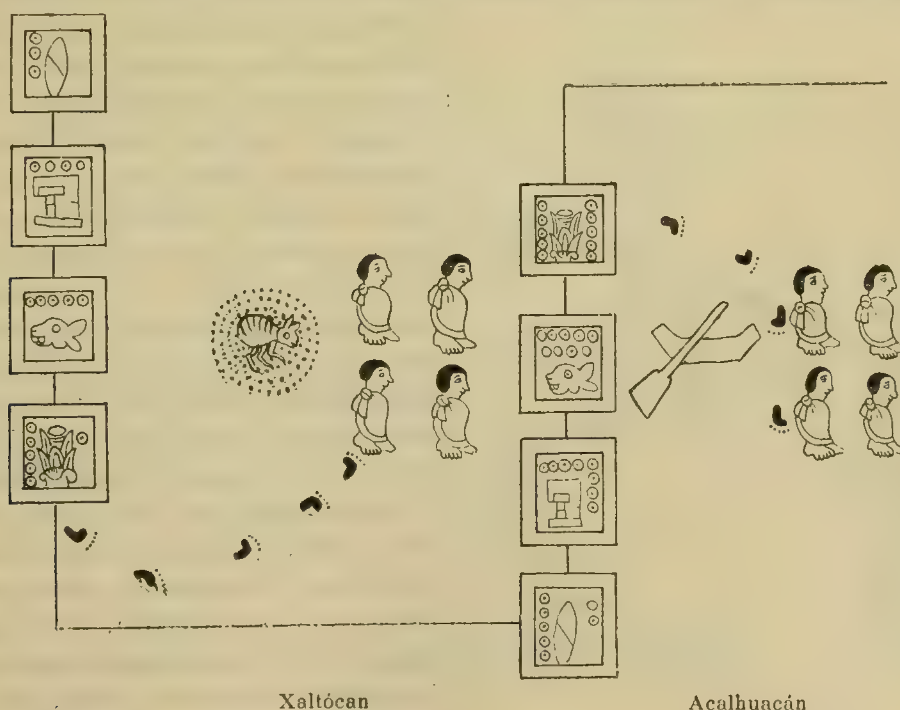
Importante es saber cuándo se hizo la corrección al *ome ácatl*, y cuál fué la causa que la decidió. Vemos ya que el sistema de Tezozomoc, Gama y el señor Orozco están contradichos por el mismo jeroglífico en que se apoyan. La opinión del intérprete del códice Telleriano y del señor Ramírez fija el año 1506 para el cambio. Creemos que la solución está en un monumento que há tiempo describimos, sin comprender que á esto pudiera referirse. Es una piedra que existía en la pared del convento de la Concepción, y cuya descripción é interpretación hicimos hace años, reproduciendo lo principal de ella en la vida de Motecuhzoma Ilhuicamina [1]. Por lo que importa á la materia que vamos tratando, bastará decir que se refiere á la grande hambre que tuvo lugar bajo el reinado del citado monarca; que una de las caras tiene esculpido el símbolo 12 *técpatl* que corresponde al año 1452, en que comenzó la calamidad; después, en la cara inmediata, está el símbolo *ce tochtli*, correspondiente al año 1454, en el cual llegó el hambre á su mayor grado; y en la cara siguiente está el *xiuhmolpilli*, acompañado del símbolo del agua que sale del *Tonatiuh* ó sol de la cara central ó superior. La traducción que hicimos de la piedra, apoyándonos en el significado de sus jeroglíficos y en los datos que nos proporcionan las crónicas, es la siguiente: «Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (cara 5.ª) comenzó la calamidad del hambre en el año 12 *técpatl*, ó sea 1452 (cara 4.ª), la que llegó á su mayor grado en el año *ce tochtli* ó sea 1454, en que el conejo, símbolo del año, se dibujó figurando un gusanillo ó hierbecilla, porque de eso sólo se alimentaron entónces los mexicanos (cara 3.ª); pero al siguiente año, que fué el secular,

[1] *Hombres ilustres mexicanos.*

que se señala con el *xiuhmolpilli* (cara 2.ª, letra *z*), y fué el de 1455, cayeron en abundancia extraordinaria las aguas (cara 2.ª, letra *x*, y cara 1.ª, letra *x*), las cuales fueron un gran don del cielo (cara 1.ª).» Mayores estudios sobre esta piedra, nos han hecho conocer que significa aún más sucesos importantes; pero por lo que hace á nuestra cuestión, hemos observado, que la hierbecilla que acompaña al *ce tochtli*, el *xihuitl*, expresa el principio del ciclo, y que en el *xiuhmolpilli*, hay en el centro el circulillo que significa el numeral uno. Esto

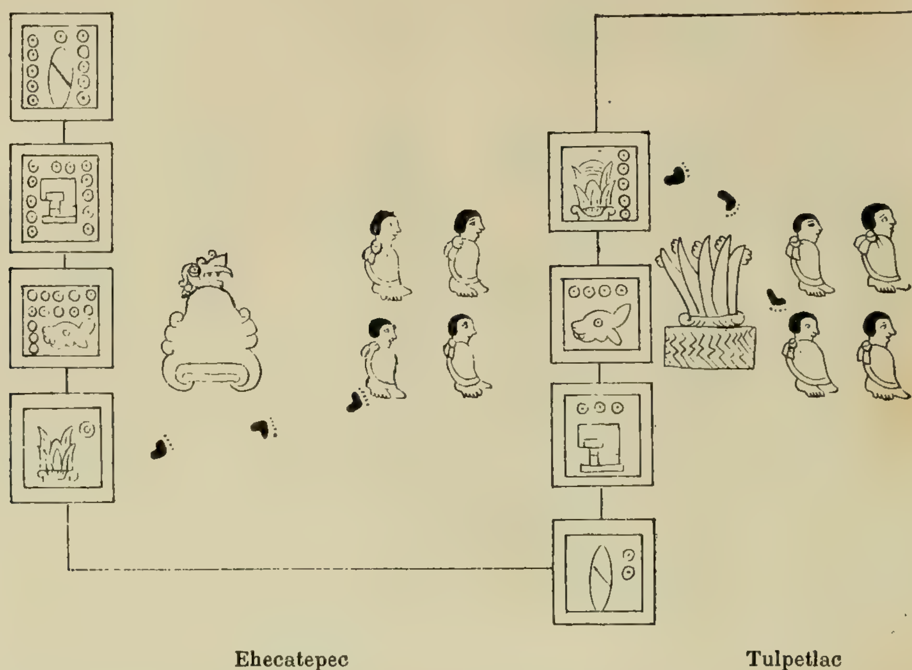


quiere decir que entonces se hizo la corrección: como era irregular comenzar el ciclo por el segundo año de una indicción, tuvo que dejarse, como se dejó, en el *ce tochtli;* pero ya porque éste era siempre abundante en calamidades, ya porque el año feliz en que llovió y cesó el hambre, fué el *ome ácatl*, á él se pasó el *xiuhmolpilli* y la fiesta del fuego nuevo; y por eso en la Piedra del Sol, labrada algunos años después, se ve en la



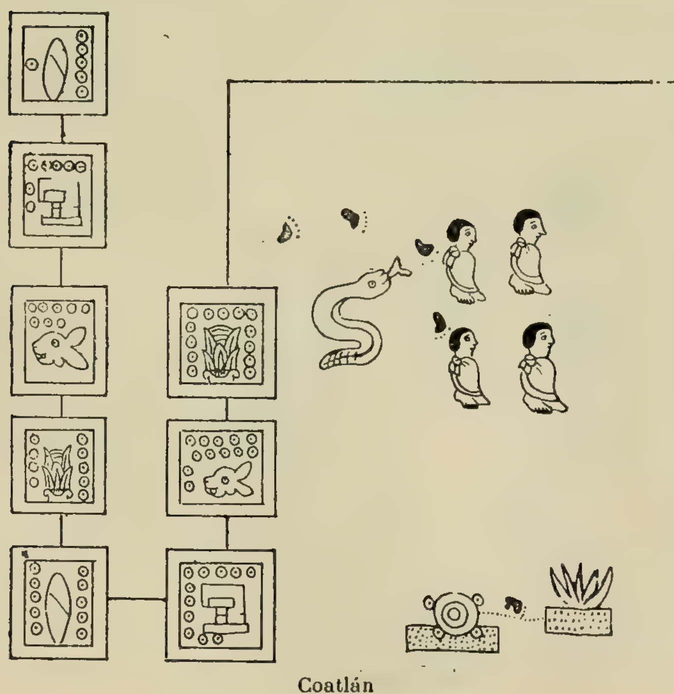
diadema del *Tonatiuh* el símbolo *ome ácatl.* Queda, pues, reducido nuestro nuevo sistema á las proposiciones siguientes: al comenzar su peregrinación en nuestro lago los azteca, en el año 908, ataban su ciclo en el año *ce técpatl*, siguiendo la costumbre tolteca; después de la destrucción de Tóllan y antes de que se completara un nuevo ciclo, pasaron la atadura al año *ce ácatl*, y contaron un nuevo y quinto sol desde la ruina del imperio tolteca; y finalmente, cuando fundaron la ciudad de México, aun comenzaban su ciclo por *ce ácatl:*

hechos todos que están comprobados con el jeroglífico de Sigüenza, documento auténtico y muy antiguo. La Piedra de la Concepción, la del Sol y la *cuauhxicalli* del sacrificio gladiatorio, nos dan, combinadas, conocimiento de que en el año 1455 se pasó la fiesta del fuego nuevo al *ome ácatl,* quedando de principio de ciclo para la cuenta regular de los años el *ce tochtli.* Estos monumentos son importantísimos. Naturalmente, en las pinturas que se hicieron después, se siguió el nuevo sistema, como ya hemos visto, y por eso se observa en ellas junto al *ome ácatl,* no solamente la atadura, sino el símbolo de la guerra, que hacían los azteca en tal



Ehecatepec — Tulpetlac

solemnidad para tener cautivos que sacrificar á su dios, según la costumbre que habían traído del Michuacán. Y por el códice de Mr. Aubin se ve que no hicieron la guerra en el primer *xiuhmolpilli* después de la des-

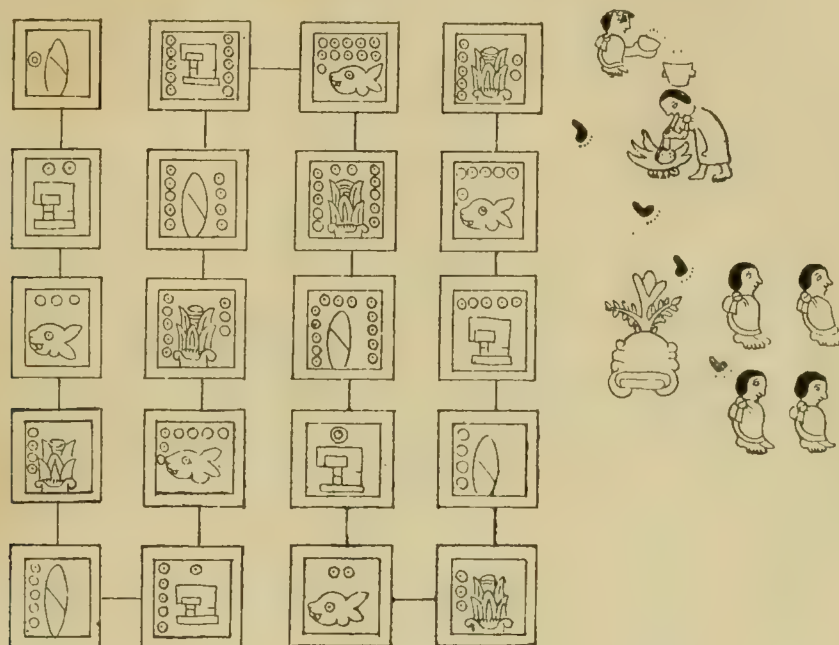


Coatlán

trucción de Tóllan, acaso porque sus costumbres se habían dulcificado pasajeramente al contacto de una civilización superior, ó tal vez porque fué la época de la corrección al *ce ácatl,* y hasta que estuvo establecida en el ciclo siguiente volvieron á los sacrificios.

Los azteca siguieron su peregrinación rumbo al sur, y estuvieron sucesivamente en Tzompanco y Apazco, lugares que se encuentran en los tres jeroglíficos. Como ya hemos explicado, para reducir el viaje al tiempo que medió entre la destrucción de Tóllan y la fundación de México, se escogieron los lugares más notables; y para seguir en todo el sistema convencional, las estancias se hicieron de períodos cíclicos de cuatro ú ocho años, como también hemos visto que se hizo respecto del viaje de los tolteca. Continuaron los azteca por diversos puntos alrededor del lago su peregrinación, hasta llegar por fin á asentarse en Chapultepec. Ya porque no encontraban á propósito los lugares en que hacían estancia, ya porque sus costumbres guerreras y salvajes no cuadraban á los de los anteriores habitantes de aquellas comarcas, ó porque se les exigía una servidumbre que repugnaba á su ambición de independencia y de grandeza, es lo cierto que su viaje se prolongaba años y años. Según el jeroglífico de Sigüenza, llegaron los azteca á Chapultepec en el año 1255, un siglo después de la corrección. Pocos sucesos notables se consignan en las pinturas durante ese período. En el jeroglífico de Sigüenza consta, que durante su estancia en Cuauhtitlán, una de las tribus, la huitzilteca, se separó para establecerse en Cuahmatla. La tira del Museo nos hace saber, que en las fiestas del fuego nuevo, hicieron guerra en Apazco, y después en Tecpayócan: en este lugar murieron los guerreros Tlaltécatl, Chimaltécatl y Tecpátzin. Consta también que

en su estancia en Coatitlán, llevaron magueyes de Chalco, y que en Huixachtitlán sacaban ya el aguamiel y fabricaban el pulque. Marca en el año 6 *ácatl* 1251, el nacimiento de Huitzilíhuitl; pues cuenta la crónica que cuando los azteca llegaron á Tzompanco, el señor, llamado Tochpanécatl, los recibió muy bien, al grado que casó á su hijo Ilhuícatl con una mujer de los viajeros llamada Tiacapántzin; pero como el dios les mandara



Huixachtitlán

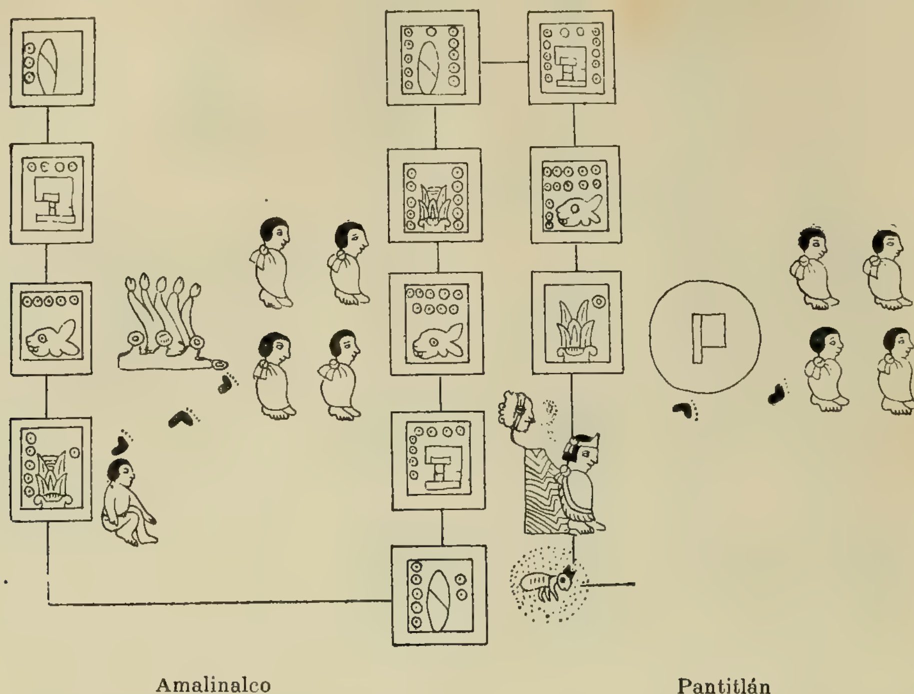
que prosiguiesen su viaje, lleváronse á Ilhuícatl. Casaron también con el señor de Cuauhtitlán á una doncella azteca llamada Axochiátzin. Marca, en fin, la tira del Museo, que cuando la tribu peregrina llegó á Pantitlán el año *ce ácatl* 1259, reinaba ya en Atzcaputzalco el *tecuhtli* Tezozomoc, cuyo nombre significa *piedra que zumba;* por lo cual su jeroglífico, en notable combinación figurativa y trópica, se compone del signo de la



Tecpayúcan Pantitlán

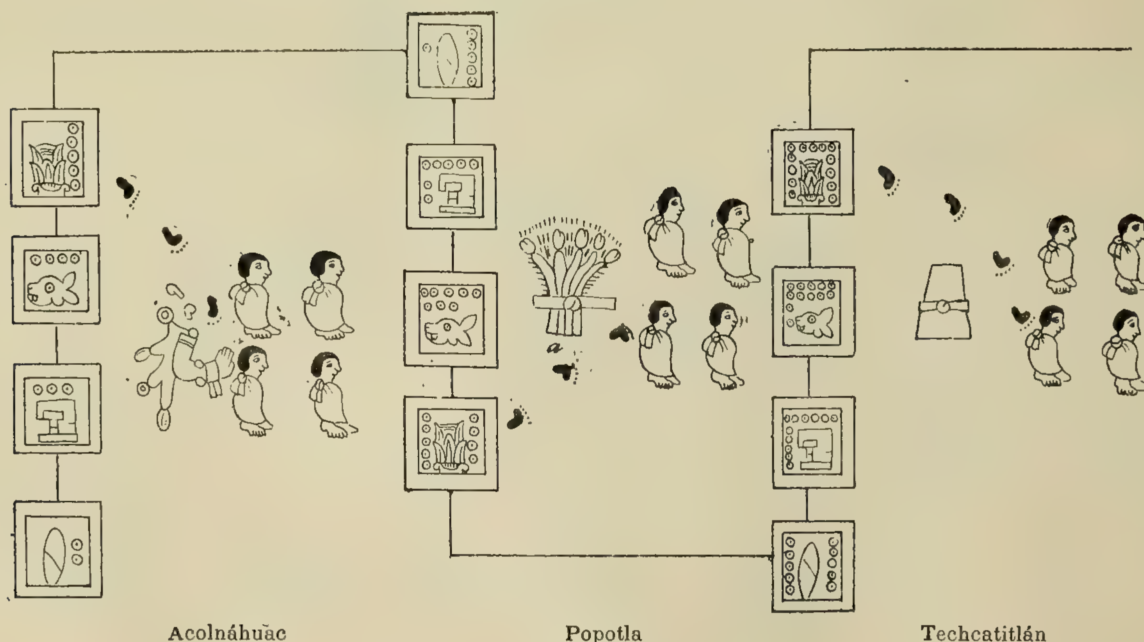
piedra, que tiene por un lado la figura de una cara, y de la boca de ésta sale el símbolo, formado de puntos, del viento fuerte. Nos parece que es la primera vez que se encuentra y explica el jeroglífico de Tezozomoc y la significación de su nombre. El códice Aubin, durante el mismo tiempo, anota también algunos sucesos notables. El intérprete relata cómo fueron los viajeros por los magueyes á Chalco, y cómo empezaron

á rasparlos en Huixactitlán y á beber pulque; y en el jeroglífico está pintado el maguey. Relata también la guerra de Tecpayócan, diciendo que los azteca fueron sitiados, y que perdieron á sus guerreros Tecpátzin, Huitzilihuítzin y Tetepántzin, nombres que deben corresponder á los jeroglíficos citados de la tira del Museo, y que, excepto el primero, hemos traducido de diversa manera, porque acaso los símbolos por su pequeñez están mal dibujados y se confunden. Dice el intérprete, que estando en Pantitlán, sufrieron la peste



Amalinalco Pantitlán

del *cocoliztli*. También dice que cuando estuvieron en Pantitlán y en Amalinálpan, reinaba en Atzcaputzalco el *tecuhtli* Tezozomoc. Sin duda que estuvieron en su dependencia; pero en el códice de Mr. Aubin el jeroglífico de Tezozomoctli es diferente, pues se compone de un pájaro rojo sobre una rama ó manojo de hierbas: tal vez alguna ave llamada así por ser color de sangre. Otro suceso muy importante marca el jeroglífico: cuando llegaron los azteca á Techcatitlán, que quiere decir *lugar de la piedra de sacrificios*, se encargó del

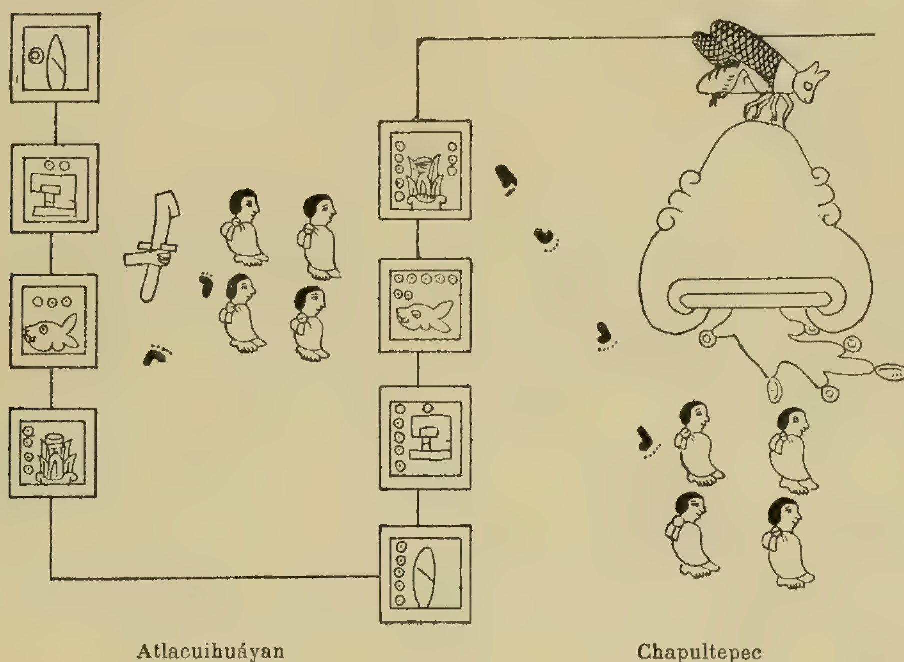


Acolnáhuac Popotla Techcatitlán

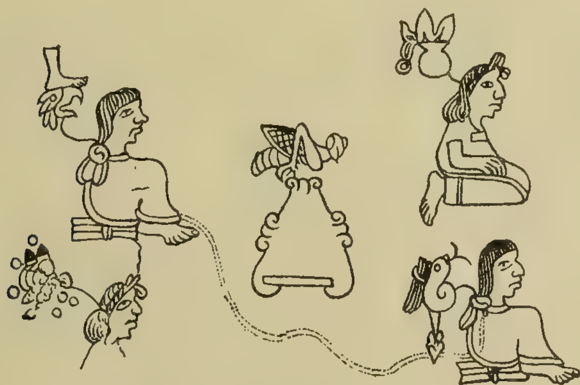
gobierno teocrático el gran sacerdote Tenoch. Finalmente, en Atlacuihuáyan inventaron el arma, á manera de ballesta, llamada *átlatl*.

Pasemos ya á la estancia de Chapultepec, tan abundante en acontecimientos importantes. Sorprende de pronto, el que tratándose de hechos históricos tan inmediatos á la fundación de México, haya diferencias de fechas en los jeroglíficos; pero las encontramos aún respecto á la fundación de la ciudad y á los períodos de los primeros reyes. Esto es natural y ha sucedido

con todos los pueblos: no tienen en un principio la cultura suficiente para fijar sus anales; confúndense sus primeros hechos con las fábulas que inventan para recordarlos, y cuando se encuentran en estado de formar su historia, se hallan faltos de datos precisos. Estas dificultades aumentaron en la peregrinación azteca, con el sistema convencional de las pinturas. Así el jeroglífico de Sigüenza da á la estancia de Chapultepec nada más cuatro años, del 1255 al 1259. La tira del Museo se extiende nada menos que á veinte, del 1279 al 1299. El códice de Mr. Aubin, del 1280 al mismo 1299. La tira de Tepéchpan pone la llegada á Chapultepec, en el año *ce técpalt*, 1272; pero está conforme con los dos anteriores en fijar el último año de la estancia en el *ome ácatl* 1299.


Atlacuihuáyan Chapultepec

Explicaremos después esta diferencia. En cuanto á su llegada, Torquemada dice: «se pasaron al Lugar, de Chapultepec, donde estuvieron diez y siete Años, y no con poco temor, y sobresalto, por ser en los Terminos y Tierras de los Tepanecas, Gente Ilustre, y Valerosa, cuia Cabeça, y Ciudad, era la de Tenayucan.—Puestos los


Establecimiento en Chapultepec

Mexicanos en este Lugar, hicieron sus Choças, para ampararse, lo mejor, que pudieron, y consultaron á su Dios, de lo que debian hacer; el qual, les respondió, que esperasen el suceso; porque él sabia, lo que avia de hacer, y á su tiempo, les avisaria; pero que estuviesen advertidos, que no era aquel el Lugar, que él avia elegido para su Morada, aunque les certificaba, que estaba cerca de allí; mas que se aparejasen, porque primero tendrian grandes contradicciones de las Naciones Comarcanas. Los Mexicanos, temerosos de esta respuesta de su Idolo, fortalecieron lo más que pudieron aquel Lugar, y pusieron sus centinelas, para que de Dia, y de Noche velasen; y con este reparo aguardaron el suceso, y fin de las cosas.—Los hombres más Famosos, y de más cuenta, que vinieron entre estos Mexicanos, que por su Vejez, y estimacion se cuentan, por más señalados, fueron veinte, cuios Nombres son estos, que se siguen: Axolohua, Nanacatzin, Quentzin, Tlalala, Tzontliyayauh, Tuzpan, Tetepan, Cozca, Xiuhcac, Acohuatl, Ocelopan, Tenoca, Ahatl, Achitomecatl, Ahuexotl, Xomimitl, Acacitli, Teçacatetl, Mimich, y Tezca.» En la tira de Tepéchpan están marcados como señores de Chapultepec, Xocuauhtli y su mujer Chicomexóchitl, y Xiucóhuatl y su mujer Axochicómitl. Los otros jeroglíficos no traen indicación ninguna á este respecto.

Una vez establecidos en Chapultepec, dice el códice Ramírez, que los azteca, «temerosos de esta respuesta de su ídolo, eligieron un capitan y caudillo de los más ilustres que en su compaña venia; tenia por nombre *Huitzilíhuitl*, que significa la pluma del pájaro que ya se ha dicho, y se dice *Huitzitzili*. Eligiéronle porque todos le conoscian por hombre industrioso y de valeroso corazon, y que les haria mucho al caso para su defensa.» La elección de Chapultepec para estancia y de *Huitzilíhuitl* para rey, fueron dos hechos lógicos. El viaje

azteca se había convertido en una peregrinación religiosa que tenía un objeto sagrado. Salieron de Aztlán empujados por el desbordamiento del imperio tlapalteca, y no encontraron en el Michuácan ni libertad para su vida social, ni apoyo á sus ambiciones de grandeza; huyendo de ahí, arrojados tal vez, tampoco pudieron vivir entre los malinalca; siervos después de los culhua, fuéronlo más tarde de los tolteca, y con ellos envueltos en su desolación y su ruina. Obligados á peregrinar otra vez, encontraron el Valle, lleno todo de otras tribus que desde antes se habían establecido en él; y, ó tenían que sujetarse á ellas, ó luchar, ó seguir su camino. No eran bien queridos, porque á su altivez y audacia, unían el culto bárbaro de sangre que habían traído del Michuácan y que habían exagerado en las últimas luchas de Tóllan; y á mayor abundamiento, por sus ritos debían hacer guerra al acercarse el *xiuhmolpilli,* para tener víctimas que ofrecer á su dios. Rechazados y perseguidos por donde quiera en el Valle, que por sus lagunas tanto se avenía con sus costumbres lacustres, y viéndose abandonados en la tierra, por un instinto natural del alma, pusieron su esperanza en el cielo, á lo que se prestaba además su institución teocrática: creyéronse los predestinados de la divinidad; vieron en su viaje de siete siglos una gran prueba de ser los elegidos, y una muestra de celeste fortaleza; ya no pensaron sino en encontrar un sitio conveniente, no para ellos, sino para levantar una ciudad á su dios; desde ese instante vivieron tan sólo para alcanzarlo; y los pueblos que viven para una idea, son invencibles. Siempre en esos momentos surge un hombre en quien se personaliza la idea y que se levanta en medio de la tribu, como gigantesco volcán en la ondulante llanura: en Egipto se llama Moisés, en México se llamó Tenoch. Siempre es en los pueblos primitivos un sacerdote; porque en ellos domina la idea teocrática, y porque sólo con el sacerdote habla el dios, lo mismo entre los relámpagos y truenos del Sinaí, que entre los tenebrosos ruidos del descuajado



Guerra de Xaltócan y Atzcaputzalco

árbol de la peregrinación azteca. Tenoch era ya el jefe de la tribu: espíritu indomable y valeroso, escogió para levantar su ciudad y su templo á Chapultepec, á pesar de que estaba en terrenos del temido rey tepaneca. Ningún lugar más á propósito: un cerro rodeado de las aguas del lago y que tenía á sus piés una corona de ahuehuetes viejos como el mundo, y en el bosque, entre alfombras de flores, refrescadoras albercas de aguas cristalinas. Pero sucedió también lógicamente, que al establecerse la tribu y al organizarse en pié de guerra, necesitara más de un capitán que de un sacerdote; y entonces, dejando el gobierno teocrático, eligió rey á Huitzilíhuitl. Igualmente lógica fué esta elección: Huitzilíhuitl era el único de familia real, nieto del *tecuhtli* de Tzompanco; esto lo hacía superior, daba derecho á que se le respetase por los pueblos vecinos, y era esperanza de apoyo y alianzas, por lo menos con los tzompanteca. Electo rey Huitzilíhuitl, «y habiéndole dado todos la obediencia, mandó fortalecer las fronteras de aquel cerro con unas terraplenas que acá llaman *albarradas,* haziendo en la cumbre un espacioso patio donde todos se recogieron y fortalecieron, teniendo su centinela y guarda de día y de noche con mucha diligencia y cuidado, poniendo las mujeres y niños en medio del ejército, aderezando flechas, varas arrojadizas y hondas, con otras cosas necesarias á la guerra,» como dice el códice Ramírez.

Estando los azteca en situación tan precaria, mal vistos por todos y en territorio ajeno, no podía dudarse de que tendrían que sufrir aún graves contratiempos y serios desastres. Torquemada dice: «Puestos los Mexicanos, en este lugar de Chapultepec, aunque es verdad, que venian cansados, destroçados, y afligidos, con el largo camino, que trageron, no por eso dejaban de multiplicarse, y crecer en número, como los Hijos de Israel, en Egipto, del Rei Faraón. Y como los Comarcanos, viesen la multiplicacion, y crecimiento en que iban, començaron á ofenderse, y hacerles Guerra, con intencion de destruirlos, y acabarlos, para que su Nombre, no se supiese, sobre la haz de la Tierra, ni estableciesen en ella, su Generacion.—Los primeros, que despues de situados en aquel Lugar, les hicieron Guerra, y persiguieron, fueron los de Xaltocan, cuio Capitan, y Señor, era Xaltocamecatl Huixton; el qual, no cesaba de continuo de inquietarlos, y todos quantos podia, cautivaba.» Esta guerra con los de Xaltócan está consignada en los jeroglíficos de la *Historia sincrónica de Tepécpan.* Se ve primeramente el símbolo de Xaltócan, que es un

círculo de arena, *xalli,* en medio del cual está una tuza, *tózan;* después hay un grupo compuesto de un guerrero armado que trae de la mano á un hombre ya sin armas; las huellas de pié que van de Xaltócan en dirección de Chapultepec, indican que salieron de aquel punto sus habitantes á hacer guerra á los azteca que moraban en éste. En la misma historia de Tepéchpan, se ve en seguida el jeroglífico de Atzcaputzalco que, como quiere decir su nombre, es un hormiguero, y se repite el grupo del soldado armado que lleva un prisionero, que aquí es mujer. A continuación está la batalla dada en Chapultepec, la derrota de los azteca expresada con el incendio de su templo; la servidumbre de la tribu, pues se ve á Tenoch llevando el *quimilli* del tributo á Coxcox rey de Culhuacán; el confinamiento de los vencidos á Acocolco, cuyo jeroglífico ahí está pintado, y la muerte en la refriega del rey Huitzilíhuitl y de la reina Xochípan, de la cual no hablan las crónicas. El estar juntos estos hechos en el jeroglífico, hace comprender que fué una sola guerra en que varios pueblos aliados vencieron á los azteca. La estancia de éstos en Chapultepec, supuestos los antecedentes, tenía que ser muy



Guerra de Chapultepec.—Jeroglífico de Durán

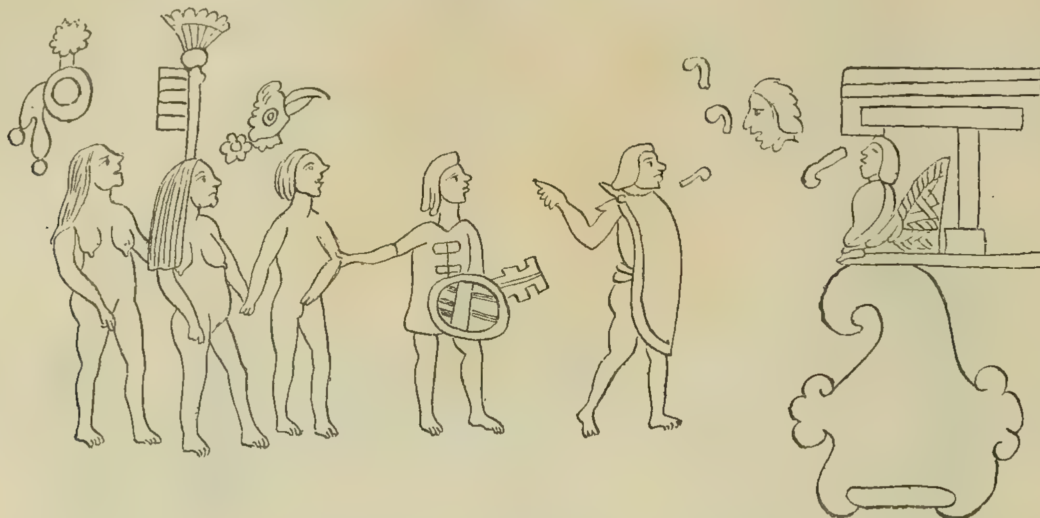
corta en paz, y en efecto, sólo fué de cuatro años, según expresa el mapa de Sigüenza. Si en las otras pinturas la estancia aparece mayor, depende de que sabían que tan infausto suceso acaeció el año que comenzaban un nuevo ciclo; y como la cronología moderna ponía el *xiuhmolpilli* en el año *ome ácatl*, tuvieron que extender la estancia en Chapultepec hasta esa época. Esto nos aclara también la verdadera causa del desastre. Ya hemos visto que en la fiesta del fuego nuevo, hacían guerra los azteca para apresar víctimas que ofrecer á su dios: tanto en la tira del Museo como en el códice de Mr. Aubin, se observa al principio de cada ciclo el símbolo de la guerra. Llegó el nuevo ciclo en la estancia de Chapultepec; los azteca habían permanecido en él cuatro años, si no amados, temidos por su valor y porque habían convertido el cerro en terrible fortaleza; pero en la fiesta del fuego nuevo salieron á apresar víctimas que sacrificar á su dios, y los pueblos comarcanos indignados y temerosos por el porvenir, hicieron alianza y dieron sobre ellos destruyéndolos y reduciéndolos á la servidumbre. Los reinos aliados fueron Culhuacán, Atzcaputzalco y Xaltócan: cada uno hizo sus cautivos, y sin duda los tepaneca tomaron de preferencia á las mujeres: el botin principal tocó á los de Culhuacán, pues en la tira del Museo le presentan al rey Coxcox, como prisioneros, al rey Huitzilíhuitl y á la reina, que allí se llama Chimalaxóchitl, lo que prueba que fueron muertos después de presos, y que la mayor parte de la tribu quedó en la servidumbre de los culhua, se comprende porque en la historia de Tepéchpan está Tenoch presentando el tributo, pues á la muerte del rey Huitzilíhuitl recobró el supremo poder sacerdotal. Veamos lo



Derrota de los mexica en Chapultepec

que el jeroglífico de Sigüenza consigna respecto á esa guerra. Si se observan las quince figuras de las primeras tribus emigrantes, habremos observado que los tolteca habían perecido y que los huitzilteca se habían separado para establecerse en Cuauhmatla. De los otros

jefes vemos heridos, pero vivos, á Ahuéxotl y á Axayácatl. Divide la pintura en tres partes diferentes la batalla. Algunos azteca huyeron hacia Tlatelulco, pero fueron destruídos; lo que se expresa por un cuerpo de hombre destrozado, junto al cual está un venado destrozado también, símbolo del lugar de la refriega, según el señor Ramírez, y que por lo tanto debe haberse llamado Mazatlán ó Mazatlactli. Otra parte fué conducida á Culhuacán, y en esa dirección van los heridos citados. Fueron muertos allí, el rey Huitzilíhuitl y Xochípan, y



Prisión del rey Huitzilíhuitl y su familia

además los jefes de las primeras familias emigrantes Tetótotl y Mátlatl: hay entre los muertos un nuevo personaje, cuyo jeroglífico parece significar Tepuztécatl. La última parte se refugió entre las cañas de la laguna, siendo sus jefes Acacitli, Cuaúhpan y Atézcatl; pero reconocieron el dominio de Culhuacán como los otros prisioneros, pues se ve á Acacitli y Cuaúhpan llevando ofrendas ó tributos al rey Coxcox. En la tira del Museo se ve á los vencidos, hombres y mujeres, entre el agua y rodeados de cañas, cubiertos los cuerpos con miserables capas de tules, llorando su desgracia en Acocolco. De ahí, la dirección de la huella del pié, marca que á los



Los mexica después de la batalla de Chapultepec

dos años fueron llevados á Contitlán, que se representa por una olla con agua.

Los mexica, en su excesivo orgullo, debían comentar de diversa manera un suceso tan desastroso para ellos, y aun atribuirlo á fábulas y á la intervención de deidades enemigas. Así, relata Torquemada, que viéndose los azteca tan perseguidos de los de Xaltócan, «determinaron de buscar lugar, que él mismo, con poco trabajo de ellos, los defendiese, el qual, hallaron dentro de la Laguna, en Carriçales, y Espadañas, y así lo eligieron;

porque con las continuas Guerras, que los Enemigos les hacian, no solamente los iban consumiendo; pero los que quedaban, se hallaron tan Pobres, y desarrapados, que yá no solo no hallaban Mantas de Nequen, que ponerse; pero ni cuero de Venado, con que cubrirse; por cuia causa vestian de hojas, y raices de vna Yerva, que se cria en la Laguna, llamada Amoxtli. Metidos en este Lugar tan estrecho, y chico, consideraban su afliccion, y mala ventura, y lloraban su apretada y estrecha suerte. Y en esta vida pasaron cinquenta y dos Años, sin otros diez y siete, que havian estado en el Sitio de Chapultepec.—A cabo de este tiempo (segun dicen algunos) vino á ellos vn Capitan Culhua, de la Ciudad de Culhuacan, Legua y media, ó dos Leguas de este mismo sitio de Acocolco, y hablando con palabras dulces, y amorosas, les dijo: Que se fuesen á su Pueblo, que allí les daria Sitio, en que morasen, y Tierras donde se estendiesen, y viviesen contentos. Era este ofrecimiento con grande cautela, y fraude, que no pretendia mas de verlos fuera de aquel fortalecido Lugar, para consumirlos, y acabarlos, con la traicion que tenia armada. Los miserables de los Mexicanos, que vieron el reclamo del ofrecimiento, y sabian por experiencia, el grande mal, que pasaban, no sospechando el fraude, con que el Capitan venia, todos lo agradecieron, y muchos de ellos lo acetaron (porque el triste y afligido, quando se vé, en la afliccion, no repara en palabras falsas, sí imagina, y cree, que en la pronunciacion de ellas, está su remedio). Finalmente, todos los que creieron, al traidor, se fueron con él, sin recelo de traicion ordenada. Pero luego, que llegaron, á la Ciudad de Culhuacan, en vez de recibir regalo, y Sitio, en que morar, fueron presos y cautivos todos, y muchos de ellos, ofrecidos, en sacrificio, al Demonio.» Así, no á su propia derrota sino á la traición, atribuía la vanidad mexica el desastre de Chapultepec.

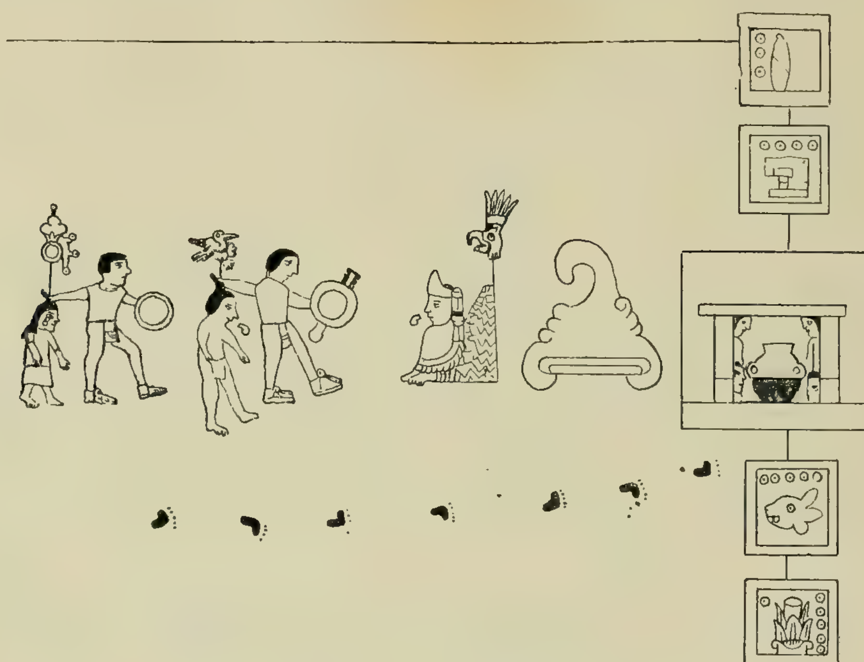
La leyenda señala otras causas, dando, como parto de la poesía, lugar muy principal á los amores. Se encuentra en el manuscrito de los *Anales de Cuauhtitlán*, y dice así: «llegaron los mexicanos á Chapultepec á la vez que se hallaba reinando el caballero Mazátzin, señor de la nacion chichimeca. Se dice que teniendo este soberano una hija doncella llamada Xochipapálotl, los mexicanos con su sacerdote Tzippántzin se burlaron de ella, faltando gravemente á la raza chichimeca. Noticioso de esto Mazátzin se indignó muchísimo, y mandó inmediatamente despedir á los mexicanos..... *Chicuey técpatl.* En este año pusieron un gran sitio de guerra á los mexicanos, los colhuas, los tepanecas y los xochimilcas, á la vez que estaba gobernando en Culhuacan el señor Chalchiuhtlatónac, y en Xaltócan Iztactecuhtli. Contribuyeron tambien á esta guerra los de Coyohuácan; y fué cuando el señor de Cuauhtitlan se negó á tomar parte contra los mexicanos, no obstante la solicitud que le hizo Quinántzin. Al contrario, se determinó á darles satisfaccion, y consolarlos mandándoles *zóllin*, *totoltetl*, etc., conduciendo todo esto el caballero Cimatecatzintli, quien con toda armonía y verdadera amistad, ofreció todo género de auxilio y servicios de parte de su señor y vasallos. Los mexicanos, que por tres y más veces habian experimentado la lealtad y buena fe de los chichimecas, celebraron de nuevo más estrechas alianzas, no sólo con los de Cuauhtitlan, sino con los de Tóllan, Atlitlaláquian, Tequixquiac, Apazco, Citlaltepec, Tzompanco, etc., viviendo casi con ellos los mexicanos, pues para todo se juntaban. Mas luego que supo todo esto el señor Quinántzin, y que los mexicanos se habian destruido y repartido entre todos aquellos pueblos, mandó al señor de Xaltócan de que vigilase con todos sus súbditos, y cuidasen de coger como cautivos á todos los extranjeros que anduviesen por sus territorios, y amarrarlos, como lo hizo el mismo Quinántzin con los mexicanos en Chapoltepec, donde fué el sitio de guerra, atando á una doncella llamada Chimalaxóchitl, hija del señor de los mexicanos llamado Huitzilihuítzin [1]. Este príncipe tuvo la desgracia de caer cautivo en manos de los colhuas. Se dice por unos, que este fué hijo de Tlahuizpotoncátzin natural y señor de Xaltócan; y por otros se asegura que descendia de la sangre de Tzompanco, pues fué hijo del señor de allí, llamado Nezahualtemocátzin en la ciudad de Techichco, repartió órdenes Quinántzin para que fuesen amarrados los prisioneros, y fuesen perseguidos los demás. Las órdenes entusiasmaron tanto á los vencedores, que á cada momento y en cualquier lugar, querian hacer morir á flechazos á los desventurados prisioneros, haciendo lo mismo con la infeliz princesa Chimalaxoch. Sin embargo, se abstuvieron de cometer tales atentados, y lo que hicieron fué entregar á todos los cautivos á Quinántzin en Tepetlápan. Como la desventurada prisionera fuese bastante hermosa y de cualidades físicas y morales de mucha consideracion, luego que la vió Quinántzin la quiso, mandó que se le atendiera en todo cuanto ella quisiese, y mandó que se la llevaran repetidas veces. Estando ella con el infame y solicitándola, sin turbacion ninguna le dice:—Abstente, señor, de tocar mi virginidad; no insultes á la miseria, ni manches tu dignidad: no puedo permitir que hagas conmigo lo que pretendes, pues has de saber que estoy destinada á aderezar y servir el templo de mi dios, *No Teuh.* El tiempo del exercicio de mi voto, *no nétotl,* es de dos años; y hasta que no se cumpla, no he de hacer otra cosa. Y así, señor, manda ó destina el lugar, para que en él haga mi ofrenda al dios por quien debo ayunar y abstenerme de todo.—Sorprendido Quinántzin por tan fuerte razonamiento, y sobre todo por el valor y constancia de una desgraciada y débil jóven, que se hallaba á la presencia de todas las seducciones del capricho del vencedor, destinó el lugar del cumplimiento del voto ó de la penitencia, al sur de

[1] Torquemada la supone hermana y no hija del rey.

Tequizquináhuac Huitznáhuac. Concluídos todos los preparativos, encerraron en la casa á la penitente jóven. Pasados los dos años de ayuno y demás sacrificios, determinó Quinántzin casarse, como lo verificó con la jóven cautiva.» De la intervención de este rey acolhua, existe constancia en un jeroglífico auténtico que Mr. Aubin llama Mapa Tlótzin, y que consigna sus victorias: en él se ve el jeroglífico de los mexicanos y al rey Huitzilíhuitl.

De esta leyenda y relación se desprenden consideraciones importantes sobre el estado de los azteca ó mexica. Sin duda que mucho habían adelantado en número y en fuerza, pues vemos que tenían alianzas importantes; pudieron atreverse á tomar asiento en Chapultepec, en el centro de sus mismos enemigos; se fortificaron desafiando su poder, y cuando fueron destruídos, encontraron abrigo en los pueblos amigos, y odio de sus contrarios que es señal de grandeza. Así es que los azteca que vivieron en servidumbre y fundaron después á México, fueron solamente los prisioneros del rey Coxcox, y los que huyeron á la laguna y reconocieron después su señorío. Para vencer á los azteca en Chapultepec, se necesitó nada menos que de la alianza de todos los antiguos reinos de los lagos. Debió causar espanto á aquellos pueblos, especialmente á los que los rodeaban, el establecimiento tan cercano de una raza feroz y guerrera, que llevaba por religión el culto de sangre, y por idea hacer dominar á su dios sobre todos los pueblos.

Compréndese más esta situación, en otro relato que



Presentación de los reyes mexica á Coxcox

sobre el mismo suceso traen los *Anales* citados. Dice así: «Cuando los mexicanos llevaban cuarenta y siete años de habitar Chapoltepec, y cuando comenzaban á hacer progresos en las artes y la industria, empezaron á robar las mujeres ajenas y á seducir á las doncellas de los pueblos cercanos y aun distantes, porque se consideraban en estado de rechazar cualquiera persecucion. Entonces se llenaron de envidia y de furor los tepanecas, los de Tlacópan, Atzcapotzalco, Coyohuácan, Culhuacan y sus pueblos adyacentes [1]. Manifestaban su odio bajo todos aspectos, y coligados en todo y por todo, alarmaron á sus conciudadanos para arrancar de raíz y echar á un enemigo que ya infundia temor, y daba indicios de su grande autoridad y poder. Así es que, citados á una gran junta y despues de largas y detenidas discusiones, convinieron en cogerlos en medio. Sin embargo, algunos dias despues, determinaron los tepanecas sonsacar á algunos jefes de los de Chapoltepec, y de esta manera irlos debilitando. Sabedores de esto los de Culhuacan, dijeron:—Es preciso que la guerra se haga con todo órden, y éste exige que se les avise primero, que siendo gente extranjera de estos países, salga cuanto antes de Chapoltepec; y en caso de no hacerlo así, ya se peleará con ellos.—Se comprometieron los de Colhuacan á ser ellos los primeros que romperian ó comenzarian las hostilidades. Así se hizo; y habiendo oido y escuchado con bastante calma los mexicanos la intimacion que les hacian los colhuas, contestaron que jamás cumplirian lo que se les prevenia, que ellos se pondrian al frente de todos los peligros y desgracias, y que sólo esperaban que principiasen. Los colhuas pensaron, que cuando hubiesen sacado fuera de Chapoltepec á los hombres para pelear con ellos, los tepanecas se echarian sobre las mujeres [1], niños y ancianos, para que muy pronto se verificase la destruccion de los mexicanos. Así lo ejecutaron todos, cumpliendo á un mismo tiempo sus

[1] Éstos eran los pueblos vecinos á Chapultepec.

[1] Esto está significado en el jeroglífico de Tepéchpan.

respectivas comisiones, y dispersando á todas las mujeres. Cuando los de Chapoltepec volvieron en sí, no encontrando á sus mujeres ni á sus hijos, se rindieron unos, y corrieron para los montes otros; y de esta manera se destruyeron.» Así buscaban los mexica siempre razones diferentes á su propia derrota, para explicar su ruina y vencimiento.

Hasta aquí hemos visto la parte de la leyenda que pudiéramos llamar histórica; pero naturalmente tenían aquellos pueblos otra leyenda religiosa, que en el códice Ramírez es la siguiente: «Estando desta manera los Mexicanos, rodeados de innumerables gentes, donde nadie les mostraba buena voluntad, aguardando su infortunio; en este tiempo la hechicera que dejaron desamparada, que se llamaba hermana de su dios, tenia ya un hijo llamado *Copil,* de edad madura, á quien la madre habia contado el agravio que *Huitzilopochtli* le habia hecho, de lo qual rescibió gran pena y enojo *Copil,* y prometió á la madre vengar en quanto pudiese el mal término que con ella se habia usado, y assí teniendo noticia *Copil* que el ejército *Mexicano* estaba en el *cerro de Chapultepec,* comenzó á discurrir por todas aquellas naciones á que destruyessen y matassen aquella generacion Mexicana publicándolos por hombres perniciosos, belicosos, tiranos, y de malas y perversas costumbres, que él los conocia muy bien. Con esta relacion toda aquella gente estaba muy temerosa, é indignada contra los Mexicanos, por lo cual se determinaron de matarlos y destruirlos á todos. Teniendo ya establecido *Copil* su intento subióse á un cerrillo que está junto á la laguna de México donde están unas fuentes de agua caliente que hoy en el dia llaman los Españoles el Peñol, estando allí *Copil* atalayando el succeso de su venganza y pretencion, *Huitzilopuchtli,* muy enojado del caso, llamó á sus sacerdotes y dijo que fuessen todos á aquel Peñol, donde hallarian al traidor de *Copil,* puesto por centinela de su destruccion, y que lo matassen y trajessen el corazon: ellos lo pusieron por obra y hallándolo descuidado le mataron y sacaron el corazon, y presentándolo á su Dios, mandó que uno de sus ayos entrasse por la laguna, y lo arrojassen en medio de un cañaveral que allí estaba. Y assí fué hecho, del qual corazon fingen que nació el tunal donde despues se edificó la ciudad de México. Tambien dicen que luego que fué muerto *Copil* en aquel Peñol, en el mismo lugar nascieron aquellas fuentes de agua caliente que allí manan, y assí las llaman *Acopilco,* que quiere decir *lugar de las aguas de Copil.*—Muerto *Copil* movedor de las dissenciones, no por esso se asseguraron los *Mexicanos,* por estar ya infamados y muy odiosos, y no se engañaron porque luego vinieron ejércitos de los comarcanos con mano armada á ellos, corriendo allí hasta los Chalcas combatiéndolos por todas partes con ánimo de destruir y matar la nacion Mexicana. Las mujeres y niños viendo tantos enemigos comenzaron á dar gritos, y hazer gran llanto, pero no por esso desmayaron los Mexicanos, antes tomando nuevo esfuerzo hizieron rostro á todos aquellos que los tenian cercados, y á la primera refriega perdieron á *Huitzilihuitl* capitan general de todos los Mexicanos, mas no por esso desmayaron, mas apellidando á su Dios *Huitzilopuchlti,* rompieron por el ejército de los *Chalcas,* y llevando en medio todas las mujeres y niños y viejos, salieron huyendo entre ellos hasta meterse en una villa que se llama *Atlacuihuayan,* donde hallándola desierta se hizieron fuertes; los *Chalcas* y los demás viéndose desbaratados de tan poca gente no curaron de seguirlos cassi como avergonzados, contentándose con llevar preso al caudillo de los Mexicanos al qual mataron en un pueblo de los *Culhuas* llamado *Culhuacan:* los Mexicanos se repararon, y refrescaron de armas en esta villa, y allí inventaron un arma á manera de fisga que ellos llamaron *atlatl,* y por esto llamaron á aquel lugar *Atlacuihuayan,* que quiere decir *lugar donde tomaron la arma atlatl.* Habiéndose reparado destas cosas fuéronse marchando por la orilla de la laguna, hasta llegar á Culhuacan donde el ídolo *Huitzilopuchtli* habló á sus sacerdotes diziéndoles:—Padres y ayos mios, bien he visto vuestro trabajo y afliccion, pero consolaos, que para poner el pecho y la cabeza contra vuestros enemigos sois venidos, aquí lo que hareis que envieis vuestros mensajeros al Señor de *Culhuacan* y sin más ruegos ni cumplimientos le pedid que os señale sitio y lugar donde podais estar y descansar, y no temais de entrar á él con osadía, que yo sé lo que os digo y ablandaré su corazon para que os reciba; tomad el sitio que os diere bueno ó malo, y asentad en él vuestro Real hasta que se cumpla el término y plazo determinado de vuestro consuelo y quietud.—Con la confianza del ídolo enviaron luego sus mensajeros al Señor de *Culhuacan,* al qual propusieron su embajada, diziendo que acudian á él como á más benigno, con la esperanza que no sólo les daria sitio para su ciudad, mas aun tierras para sembrar y coger para el sustento de sus mujeres y hijos. El Rey de *Culhuacan* recibió muy bien los mensajeros de los Mexicanos, y los mandó aposentar tratándolos muy bien mientras consultaba el negocio con sus principales y consejeros, los quales estaban tan contrarios y adversos que si el Rey no estuviera con deseo de favorescer á los Mexicanos, en ninguna manera los admitieran; pero al fin dando y tomando con el consejo despues de muchas contradicciones, demandas y respuestas, les vinieron á dar un sitio, que se dice Tizapan [1].....»

[1] El códex Çumárraga trae también la fábula de Copil, pero varía menos la verdad histórica. Hace llegar á los azteca á *chapultepeque* con tres jefes *clautiqueçi* (acaso el Cuahutlíxitl ó Cuauhxómitl de la tira de Tepéchpan), *acipa* y *çipayavichilihuitl* (ó Huitzilíhuitl) á quien nombraron rey. A éste le da dos hijas: *tuzcasuch* y *chimalasuch* (Tezcaxóchitl y Chimalaxóchitl). Dicê que los pobladores de la tierra, que eran todos chichimeca, «dieron en los mexicanos, los quales fueron muertos, sino muy pocos que escaparon huyendo... los mexicanos se escondieron entre las yerbas y cañaverales, con la mucha hambre que tenían salieron y fueron á

Así variaban los mexica la historia, por no confesar su derrota y humillación: no eran los pueblos coligados contra ellos por extranjeros, por sus desmanes, y por el ataque que dieron á sus vecinos al llegar la fiesta del fuego nuevo para cautivar víctimas que sacrificar á su dios, los que los batieron y destruyeron; fué la misma hermana del dios y su hijo que provocaron la contienda; fué el mismo dios que les mandó que fuesen á vivir en Culhuacán. Lo cierto es que, el reino de Chapultepec se derrumbó, que Huitzilíhuitl fué muerto, y que los restos de los azteca apresados quedaron en servidumbre de los culhua. Pero cuando parecía que las esperanzas y los trabajos de seis siglos se habían perdido para siempre, brotó entre ellos un hombre extraordinario que fué su jefe religioso, Tenoch: todavía les quedaba á los azteca en su miseria, los dos grandes elementos de su grandeza, su dios y su sacerdote. De su servidumbre en Culhuacán, nada nos dice el jeroglífico de Sigüenza ni la *Historia sincrónica de Tepéchpan;* pero nos dan en cambio datos abundantes, la tira del Museo y el códice de Mr. Aubin. Los hemos visto en el jeroglífico de Sigüenza, vivir en los pantanos y salir á rendir homenaje y tributos á Coxcox; lo mismo en la tira de Tepéchpan, en donde pasan después á vivir al mismo Culhuacán. En la tira del Museo, de Acocolco se mudan á Contitlán. El intérprete del códice de Mr. Aubin dice: «3 *técpatl.* En este año se mudaron á Colhuacan en el paraje llamado Contitlan los mexicanos, y se situaron en Tizaapan de Culhuacan.—6 *ácatl.* Ajustaron cuatro años los mexicanos en Contitlan de Culhuacan. Aunque estuvieron de paso en Contitlan, sin embargo, allí tuvieron hijos.» Este hecho está expresado en la tira del Museo, en la parte inferior de los últimos grupos: se ve debajo del jeroglífico del Culhuacán, el símbolo *calli,* casa, y en él un hombre y una mujer en la actitud de procrear. Por supuesto que no podían faltar fábulas



Sumisión de Tenoch y muerte de los reyes mexica

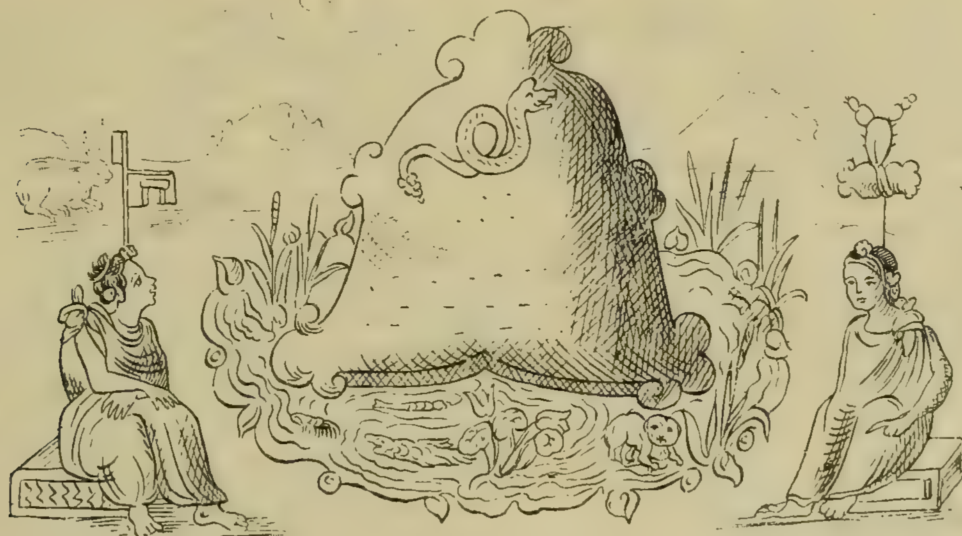
relativas á esta mansión, ni podía en ella dejar de intervenir el dios. Así contaban, que el rey de Culhuacán les señaló maliciosamente el lugar de Tizapán para que viviesen, porque estaba al pié de un cerro en que se criaban muchas culebras y sabandijas, las cuales descendían constantemente á aquel lugar, por lo que estaba deshabitado. Al principio tuvieron gran temor los azteca; pero *Huitzilopochtli* les enseñó la manera de cazarlas y domesticarlas, de manera que comenzaron á alimentarse de ellas, y á poco tiempo las habían agotado. En el lugar hicieron una buena población con casas bien labradas y su templo, cultivaron los campos inmediatos; y así, en la paz y en el trabajo, volvieron á aumentar en número. Cuando por muertos y acabados los tenía el rey de Culhuacán, envióles mensajeros para que si algunos hubiesen quedado, les preguntaran de su parte qué tal les iba en el sitio que les había dado. Llegados los mensajeros, encontraron muy contentos á los azteca, levantados su templo y casas, labradas sus sementeras, y los asadores y ollas llenos de culebras que de alimento les servían. Cumplieron su embajada, y los azteca contestaron, que estaban agradecidos á las mercedes del rey, y que esperaban que concediera el que entrasen á comerciar á su ciudad y emparentasen con sus súbditos por matrimonio. Cuentan que atemorizados los culhua con las nuevas de los mensajeros, consintieron en lo que los azteca pedían, y de entonces se trataron como hermanos y parientes.

Era Tenoch uno de aquellos espíritus grandes, que tienen confianza en lo porvenir porque la tienen en sí mismos, y que sin arredrarse por los contratiempos, marchan á través de ellos como entre senda pedregosa, hasta llegar al punto de su destino. Estos hombres son los padres de una nacionalidad, y su nombre alcanza á ser el de la ciudad que fundan y el emblema de un pueblo. Si atendemos á los datos del códice de Mr. Aubin, Tenoch subió al supremo poder sacerdotal y á ser *tecuhtli* de los azteca cuatro años antes de que llegaran á Chapultepec, es decir, desde el año 1251, siguiendo la cronología del jeroglífico de Sigüenza. Electo rey Huit-

buscar de comer á Culuacan, á los cuales dixeron que ellos venian á los seruir e que no los matassen.....» Esta es la verdad histórica.

zilíhuitl, dejó el poder, hasta que después del desastre de Chapultepec y muerte de ese monarca, lo recobró durante la servidumbre en que estuvo la tribu emigrante, como se ve en el mapa de Tepéchpan. Sabemos por los jeroglíficos del códice Ramírez y de la crónica del padre Durán, que tuvo por mujer á Tochcálpan. Fundador de la ciudad de México Tenochtitlán, gobernó en ella hasta su muerte, que acaeció en 1363, según Chimalpain, y en 1372 por los datos del códice Mendocino. Dice el mismo Chimalpain, en su crónica inédita, que no se sabe que tuviera hijos. Según esto, Tenoch habría alcanzado la edad de ciento cincuenta años, y por lo menos la de ciento veinticinco, si tomamos exactamente la fecha de *nahui ácatl* que da el códice de Mr. Aubin á su exaltación al poder, es decir, 1275. De todas maneras, ni es imposible que su vida se haya alargado más de un siglo, ni importa la fecha cierta en que comenzó á ejercer el poder y el año en que murió; basta saber que fué el jefe de los azteca en su servidumbre y el fundador de su ciudad. Entonces desplegó las más raras dotes de hábil político é hizo conocer cómo, cuando todo se ha perdido, todo se puede recobrar por la constancia y por la fe.

Durante la servidumbre de los azteca, tuvieron los culhua guerra con sus vecinos los xochimilca. Culhuacán y Xochimilco son dos poblaciones que existen todavía en el lago de Chalco. Dice con este motivo el intérprete mexica del códice de Mr. Aubin: «En este año (6 *ácatl*, que corresponde exactamente á la fecha de la tira del Museo, 1303), se pusieron en guerra los de Culhuacán, provocada por xochimilcas. Cuando se hizo saber esta guerra, dijo el señor Coxcoxtli: —¿Y los mexicanos, dónde se hallan? que vengan al momento.—



Gobierno de Tenoch

Llamados éstos, se presentaron ante el Rey, quien les dijo: —Venid pronto, y sabed que los xochimilcas nos han puesto guerra, y quiero y os concedo que á cuantos enemigos prendáis sean vuestros cautivos. — Entonces los mexicanos contestaron: — Está muy bien, señor nuestro; pero prestadnos ó regaladnos vuestras rodelas y vuestras lanzas. — El rey respondió: — No puede ser eso: así como estáis, caminaréis.» En el códice de Mr. Aubin solamente se pinta una rodela y una macana; pero en la tira del Museo la pintura es minuciosa. Relata los sucesos de la guerra de Xochimilco el último cuadro de la tira: este cuadro se compone de siete grupos dibujados en escuadra, que deben leerse de abajo arriba y después de derecha á izquierda. El primer grupo, de que ya hemos hablado, representa la mansión de Contitlán, y la reproducción y crecimiento de los azteca. Encima de éste se halla el segundo grupo, compuesto del jeroglífico de Culhuacán, de una rodela y una macana, símbolo de la guerra, y del jeroglífico de Xochimilco; todo lo cual significa que hubo guerra entre los pueblos de Culhuacán y de Xochimilco. El grupo superior ó tercero, se compone también de tres figuras: la primera representa al rey Coxcox, como se ve por su jeroglífico, la cabeza de un faisán; está sentado en su real *icpalli*, y tiene en la frente la corona de los *tecuhtli;* de sus labios sale el símbolo de la palabra, pues manda venir á los azteca; la segunda figura es el mensajero del rey que habla con los azteca, y la tercera es la casa que habita el azteca que se inclina en señal de obediencia.

Continuemos con el intérprete del códice de Mr. Aubin: «Los mexicanos inmediatamente comenzaron á prevenirse diciendo: — ¡Qué es lo que se nos ha encargado! lo que podemos hacer es cortarles las narices á nuestros cautivos, porque si les disminuimos las orejas, se dirá que mútuamente se las cortaron: para lo cual nos pondremos nuestras alforjas, á fin de guardar y contar á cuánto monta el número. — En seguida se cubrieron de alforjas, y marchando unos por tierra y otros por agua en *chalupas,* fueron á situar su ejército

para la batalla en Coapán. Esto sucedió en el reinado del señor Tetzitzilin Tlahuiztli, quien dijo á los mexicanos:—Mexicanos, dadme la vida, pues ya nos hacen cautivos.—Luego, dirigiendo hacia tres partes su vista, volvió á decir:—Mexicanos, dadme la vida.—Inmediatamente se precipitaron, llegando hasta las puertas de las casas de los xochimilcas. Concluído el ataque y vueltos los mexicanos, se pusieron á contar el número de sus cautivos delante del señor Cocoxtli, diciendo:—Señor nuestro, son muchos nuestros cautivos, pues llegan á cuatro *xiquipilli* los que hemos cautivado.—El rey llamó á sus señores, y les dijo:—En verdad no son gentes los mexicanos, pues al prevenirles yo, sólo quise observarlos.»—Más conforme con los dibujos de la tira del Museo es el relato de Torquemada: según él, se trabó la batalla entre los culhua y los xochimilca en un lugar llamado Ocolco, y viéndose los primeros casi vencidos, llamaron en su ayuda á los mexica.

«Los Mexicanos, antes de entrar á la Batalla, dice Torquemada, se hicieron de concierto, que vno llevase vna nabaja, y que al que Prendiesen, ó Cautivasen, no le matasen, sino que le dejasen señalado, la qual señal, determinaron entre ellos que fuese cortarle la Oreja derecha, y asi fué, que todos los que iban venciendo, y dejando atrás, les iban cortando las orejas, como tenian concertado, y echandolas en unos Canastillos de Palma, que para esto llevaban. Era costumbre que todos los soldados, despues de aver hecho el alcance, y salido con Victoria, daban cuenta de sus Haçañas, y Proeças, á los Capitanes, y Caudillos, y en su presencia contaban la presa, y presentaban los cautivos que avian prendido. Llegaron los Culhuas, á esta presentacion, y cada qual, con el que avia cautivado de los Contrarios, y Enemigos. Y aviendo pasado todos, y recibido las gracias de sus Valerosos hechos, fueron llamados los Mexicanos, y como los viesen venir sin Cautivos, pensaron, que de gente cobarde, y pusilanime, no se avian atrevido á prender ninguno, y por baldonarlos, y hacer escarnio de ellos, començaron con risa á preguntarles por la presa. Los Mexicanos, que (como antes hemos dicho) se avian concertado de cortarles las Orejas, y guardarlas, sacó cada qual de su Tanate, ó Cestillo, vna sarta de Orejas segun las muchas, ó pocas, que avia cortado, y haciendo presentacion de ellas, digeron: Estos Presos, que están aqui presentes, casi todos son Cautivos nuestros, y si no mirad sus Orejas, que se las cortamos; y asi como tuvimos poder para cortarselas, lo tuvimos tambien para maniatarlos, pero por no ocuparnos en esto, y seguir mas libremente el alcance, los dejamos para que vosotros los maniateis, y prendais: y pues primero vinieron á nuestras manos, que á las vuestras, mas es gloria nuestra, esta presa, que vuestra. No supieron responder á esta raçon los Culhuas, mas espantados de la astucia Mexicana, comenzaron á temerlos mas, y á guardarse de ellos, y dijeron: Esta es Gente taimada, y belicosa, posible será, que nos dén algun desabrimiento, siendo tan Vecinos nuestros, como son, mejor será que se vaian, aunque por entonces, no les dieron esta licencia.»




Servidumbre de los mexica y victoria sobre los xochimilca

En la tira del Museo, el cuarto grupo, primero á la izquierda de la línea superior, representa al rey Coxcox hablando con los mexica, y mandándoles que vayan á la guerra de Xochimilco, lo que también está significado con el jeroglífico de este pueblo y con el *chimalli* y la *macuáhuitl* cruzados; uno de los mexica le pide armas, lo que se expresa con el símbolo de la palabra y una serie de puntos que une su boca á una rodela y á una macana. En el tercer grupo de la línea superior, conciertan los azteca cortar las orejas de los contrarios, y en el cuarto marchan empuñando sus negras navajas de *iztli* para cumplir su propósito. El tercer grupo tiene una doble significación, pues se ven en él las orejas ya cortadas, la cabeza de un jefe muerto y una corona de *tecuhtli* vencido por los azteca. De la misma manera, el primer grupo tiene una segunda significación, porque también en él se ve al mexica presentando al rey el saco lleno de orejas de los prisioneros; y el rey Coxcox, en el segundo grupo, se vuelve

espantado ante tanta barbarie, y hace ademán de arrojar al mexica, que se va volviendo la espalda.

Aquí concluye la tira del Museo: le falta un pedazo muy corto para su conclusión, pues sin duda llegaba hasta la fundación de México. A la simple vista se observa que está trunca, pues sus últimas figuras, que representan á los mexica yendo á la batalla de Xochimilco, hacen patente que continuaba el dibujo sin duda con la misma batalla. Si se comparan los últimos sucesos á que se refiere la tira con las relaciones que de los mismos hacen todos los cronistas, se ve que éstos, sin excepción, ponen pocos años después la fundación de México. Si la comparación se hace con el jeroglífico de Sigüenza, se observa que unos mismos son los sucesos relativos á Chapultepec, la muerte del rey Huitzilíhuitl, la sujeción al rey culhua Coxcox, y su habitación en los pantanos de la laguna; y de ahí á la fundación de México pasan pocos años. Igual observación resulta si se hace la comparación con el mapa de Tepéchpan, puesto que en él de la victoria de Coxcox sobre Huitzilíhuitl hasta la fundación de México sólo transcurren catorce años. El mismo resultado nos da el códice Vaticano. Si se ha puesto en duda el que este códice sea mexica, se ha cometido un error. Tanto él como el Telleriano son copias de un mismo original pintado para conservar la historia de los mexicanos. Así lo dan á conocer, primeramente, el carácter mismo de la pintura tan diferente del de los jeroglíficos acolhuas, como á primera vista puede observarse comparando estos códices y el de Mr. Aubin y Mendocino, que son del mismo estilo, con los mapas Tlótzin y Quinántzin que son texcucanos; en segundo lugar, porque el símbolo de la fiesta del fuego nuevo está en estos códices en los años *ome ácatl,* especialidad particular de los mexica y enteramente ajena á los acolhua, y finalmente, porque se ocupan desde su principio hasta su fin de la historia de México, y solamente por accidente de alguna parte de la de otros pueblos: así trata de Culhuacán desde la batalla de Chapultepec hasta los primeros reyes de Tenochtitlán; de Tlatelulco en lo referente á la guerra con los tenochca, y de Netzahualcóyotl y Netzahualpilli, reyes de Texcoco, en aquello en que tuvieron parte activa como aliados y amigos de los mexica. De éstos se ocupa desde su salida de Chicomoztoc hasta la fundación de México, sin que se refiera á la fundación de otra ciudad. La peregrinación que le da principio es la de los azteca y conocidas sus estancias, salen de Chicomoztoc, llegan á Michuacán, están en Ehecatepec, Tzompanco, Pantitlán, todos lugares conocidos y comunes á los otros jeroglíficos de la peregrinación azteca, y finalmente, el desastre de Chapultepec también se consigna, lo que hace palpable que del viaje mexica se trata solamente. En efecto, en la página 101 del tomo II de la colección de lord Kingsborough, en el año *ome ácatl* en que encendieron el fuego nuevo, se ve derrotados á los azteca y llevados prisioneros por los culhua, y en la parte superior de la misma lámina se contempla á los vencedores conduciendo á la presencia del rey de Culhuacán, cautivos y desnudos, al rey Huitzilíhuitl, á Xochípan y á Chimalaxóchitl. Este solo dato, tan preciso y tan conforme con todo lo que de la peregrinación azteca hemos referido, basta para demostrar que de ella y nada más de ella se ocupa el códice Vaticano. Pues bien, las estancias que siguen á este suceso en dicho códice, son Tlachco, Amoxtitlán, Ixtacalco y Temazcaltitlán, las mismas que preceden en el jeroglífico de Sigüenza á la fundación de México y á las que sigue en el códice Vaticano la pintura de Tenochtitlán en medio del lago, ya gobernada por su primer rey, y enviando su tributo á los tepaneca, cuyo dominio reconocieron al establecerse. Todo esto demuestra también que á la tira del Museo le falta únicamente una pequeña parte y que concluía con la fundación de México. Pero en donde encontramos la prueba incontestable de esto es en el códice de Mr. Aubin: en él la peregrinación azteca es igual á la de la tira del Museo; comienzan ambas en el mismo año *ce técpatl,* 1116, consignan los mismos sucesos, y solamente en el principio hay la diferencia de una estancia, y únicamente en las primeras estancias varía algo el número de años de ellas; pero desde la tercera estancia, en Tóllan, los lugares de detención son absolutamente los mismos, y se puede decir que la cronología, desde Tzompanco hasta Chapultepec y Culhuacán. Pues bien, si estos dos jeroglíficos son en todo iguales, es lógico suponer que á la tira del Museo le falta únicamente lo que tiene el códice de Mr. Aubin desde los sucesos de Culhuacán hasta la fundación de México, es decir, una estancia de un año en Mexicaltzinco, una de cuatro en Nextícpac, una de dos en Ixtacalco y otra de uno en Temazcaltitlán: por lo que podemos afirmar que á la tira del Museo solamente le faltan unas pulgadas que comprendían el corto período de ocho años, después del cual terminaba con la fundación de México.

Volviendo á la tradición y á la guerra de Xochimilco, dejamos á los mexica victoriosos presentando al rey Coxcox las orejas de sus prisioneros. Continuemos con la relación que en mexicano escribió el intérprete del códice de Mr. Aubin, la cual tiene además el interés de ser aún inédita. Dice así: «Los Mexicanos se maravillaron de esto, y no quisieron presentar al Rey los cuatro cautivos que llevaron vivos. (En el códice están pintados los cuatro cautivos atados por un cordel entre el *macuáhuitl* y el *chimalli,* símbolos de la guerra). En seguida construyeron su altar de tierra allá en Tizapan. Luego que lo construyeron fueron á decir al Rey:—Señor nuestro, hoy es preciso que deis valor ú honréis nuestro altar con alguna cosa apreciable.—Contestó el Rey diciendo:—Muy bien; habéis merecido mucho; vayan los sacerdotes á honrar vuestros altares.

—Luego avisaron á los sacerdotes diciéndoles:—Id á decorar el altar con inmundicias, marañas de cabellos y cañas maguyadas y rotas;—lo que verificaron á la media noche. Los Mexicanos dijeron:—Observemos con qué honran nuestro altar.—Mas luego que vieron que lo habían inaugurado con inmundicia se entristecieron mucho, y tanto más cuanto que con ella honraron el altar. (Aquí está pintado en el códice el *teocalli).* Por lo que se determinaron á desbaratarlo los mismos Mexicanos, honrándolo con espinas y verdes hierbas de *acxóyatl.*» Éste es, sin duda, uno de los momentos más hermosos y más decisivos de la historia de los mexica, y en el que se prevé su futura grandeza. Humillados y siervos después del desastre de Chapultepec, recuperaban sus perdidas fuerzas y esperaban en silencio. La guerra de Xochimilco, á la que marcharon sin armas ni escudos, les hizo comprender que habían recobrado el poder antiguo; su primer pensamiento fué para su dios, quisieron que lo honrase el mismo rey de quien eran siervos, pero éste, sin comprender lo que ya valían otra vez, les hizo la mayor de las injurias, afrentó á su dios ensuciando su altar con inmundicia;



Vista de Ixtacalco

los mexica la arrojaron, y en su lugar pusieron las espinas del sacrificio y las ramas del triunfo: ya sabían ellos que los pueblos que se sacrifican por una idea, tarde ó temprano alcanzan la victoria. «Luego, continúa el intérprete, que concluyeron, fueron á convidar al Rey. Habiendo llegado éste, se puso á ver sacrificar á los cautivos, empleando en ellos el *quetzaltlapanecáyotl* (parece ser el rajador), el *xiuhchimalli* (rodela hermosa) y el *quetzalpámitl* (bandera de plumas) [1]. Abismado con esto, se admiró más al ver que les echaron encima el *tecuáhuitl* (palo para sacar fuego)..... Visto esto, se enojó en gran manera Coxcox y dijo:—¿Quiénes son estos inhumanos? parece que no son gentes; echadlos de aquí.—Inmediatamente les hicieron correr.» El códice trae aquí una pintura, á la cual equivocadamente puso el señor Ramírez la nota de *Chinampas:* se ve á los mexica, hombres y mujeres, atravesando el lago sobre balsas de carrizos y remando; las mujeres van en el centro y los hombres cubriéndolas en las extremidades; sobre ellos caen las flechas que les arrojan los enemigos. Es una significación expresiva de cómo los arrojó el rey Coxcox; mandólos perseguir por sus soldados, y tuvieron, para salvarse, que penetrar en el lago en débiles balsas de carrizos.

Así llegaron á Acatzintitlán Mexicaltzinco. Sabemos por el intérprete del códice de Mr. Aubin que este lugar tenía los dos nombres; el códice sólo trae el jeroglífico

[1] Por esto parece que fué un sacrificio gladiatorio.

del segundo, la pintura de Sigüenza únicamente el del primero. Tememos que los intérpretes hayan andado equivocados y que uno y otro jeroglífico signifiquen solamente Mexicaltzinco, pues muy semejante al de la pintura de Sigüenza es el jeroglífico de ese lugar que se encuentra en el original de los pueblos del lago, que poseemos. En el jeroglífico de Sigüenza, la estancia anterior á Mexicaltzinco, es decir, el lugar en que Coxcox puso á los mexica, tiene por símbolo un hombre que nada ó á quien se lleva la corriente con una olla encima: es notable que cerca de él se repite el cuadrete del principio de la pintura, lugar que hemos visto que se llamaba Atocolco. Pues bien, el nuevo grupo nos da el mismo nombre: echar algo en el río para que lo lleve la corriente, es *atoctia*, que en la composición nos da *atoc*, y unido con *colco* que da la olla, resulta Atocolco. Podemos, pues, afirmar que la mansión de los mexica no fué Acocolco, como generalmente se dice, sino Atocolco. El señor Ramírez no explica este jeroglífico. Después de este lugar se ve el símbolo de la guerra, un *teocalli* y un cuerpo despedazado: se refiere esto á lo que antes hemos relatado, la guerra de Xochimilco, el levantamiento del *teocalli* al dios, los sacrificios y la expulsión de los mexica. La leyenda religiosa debía aprovecharse de este suceso, y así lo hizo: oigámosla. «Estando en paz y sosiego, *Huitzilopuchtli*, Dios de los Mexicanos, viéndo el poco provecho que se le seguia de sus intentos con tanta paz, dijo á sus viejos y ayos:—Necesidad tenemos de buscar una mujer, la qual se ha de llamar *la mujer de la discordia*, y esta se ha de llamar *mi agüela* en el lugar donde hemos de ir á morar, porque no es este el sitio donde hemos de hazer nuestra habitacion, mas atras queda el asiento que os tengo prometido y es necesario que la ocasion de dejar este que agora habitamos sea con guerra y muerte y que empecemos á levantar nuestras armas, arcos, flechas, rodelas y espadas y demos á entender al mundo el valor de nuestras personas. Comenzad, pues, á apercibiros de las cosas necesarias para vuestra defensa y ofensa de nuestros enemigos, y búsquese luego medio para que salgamos deste lugar; y sea este que, luego vais al Rey de *Culhuacan*, y le pidais su hija para mi servicio, el qual luego os la dará, y esta ha de ser la mujer de la discordia como adelante vereis.—Los Mexicanos, que siempre fueron obedientísimos á su Dios, fueron luego al Rey de *Culhuacan*, y proponiendo su embajada viendo que le pedian la hija para Reina de los Mexicanos y abuela de su Dios, como cobdicia desto diósela sin dificultad, á la qual los Mexicanos llevaron con toda la honra posible con mucho contento y regocijo de ambas partes assí de los Mexicanos como los de *Culhuacan*, y puesta en su trono luego aquella noche habló el ídolo á sus ayos y sacerdotes diziéndoles:—Ya os avisé que esta mujer habia de ser la de la discordia entre vosotros y los de *Culhuacan*, y para lo que yo tengo determinado se cumpla, matad á esa moza y sacrificadla á mi nombre á la qual desde hoy tomo por mi madre: despues de muerta desollarla heis toda y el cuero vestírselo á uno de los principales mancebos y encima vestirse de los demas vestidos mujeriles de la moza, y convidareis al Rey su padre que venga á hacer adoracion á la diosa su hija y á ofrecerle sacrificio.—Todo lo qual se puso por obra (y esta es la que después los mexicanos tuvieron por diosa que en el libro de los sacrificios se llama *Toci*, que quiere decir *nuestra agüela*). Llamaron luego al Rey su padre para que la viniese á adorar segun el ídolo lo habia mandado, aceptó el Rey el convite, y juntando sus principales y Señores les dijo que juntassen muchas ofrendas y presentes para ir á ofrecer á su hija que era ya Diosa de los Mexicanos; ellos teniéndolo por cosa muy justa, juntaron muchas y diversas cosas acostumbradas en sus offrendas y sacrificios, y saliendo con todo este aparato con su Rey, vinieron al lugar de los Mexicanos, los quales los rescibieron y aposentaron lo mejor que pudieron, dándoles el parabien de su venida: despues que hubieron descansado, metieron los mexicanos el indio que estaba vestido con el cuero de la hija del Rey al aposento del ídolo *Huitzilopuchtli*, y poniéndolo á su lado, salieron á llamar al Rey de *Culhuacan* y padre de la moza, diziéndole:—Señor, si eres servido bien puedes entrar á ver á nuestro Dios y á la Diosa tu hija, y hazerles reverencia offreciéndoles tus offrendas.—El Rey teniéndolo por bien se levantó y entrando en el aposento del ídolo, comenzó á hazer grandes ceremonias, y á cortar las cabezas de muchas codornices y otras aves que habia llevado haziendo su sacrificio dellas, poniendo delante de los dioses muchos manjares, incienso y flores y otras cosas tocantes á sus sacrificios, y por estar la pieza obscura no via á quien ni delante de quien hazian aquellos sacrificios, hasta que tomando un brasero de lumbre en la mano, segun la industria que le dieron, echó encienso en él y comenzando á encensar se encendió de modo que la llama aclaró el lugar donde el ídolo y el cuero de su hija estaba, y reconociendo la crueldad tan grande, cobrando grandísimo horror y espanto soltó de la mano el encensario y salió dando grandes voces diziendo:—Aquí, aquí mis vasallos los de *Culhuacan*, contra una maldad tan grande como estos Mexicanos han cometido, que han muerto mi hija y desollándola vistieron el cuero á un mancebo á quien me han hecho adorar: mueran y sean destruidos los hombres tan malos y de tan crueles costumbres; que no quede rastro ni memoria dellos; demos fin dellos, vasallos mios.—Los Mexicanos viendo las razones que el Rey de *Culhuacan* daba y el alboroto en que á sus vasallos ponia, los quales echaban ya mano á las armas, los Mexicanos como gente que estaba ya sobre aviso, se retiraron metiéndose con sus hijos y

mujeres por la laguna adentro, tomando el agua por reparo contra los enemigos, pero los de *Culhuacan* dando aviso en su ciudad salió toda la gente con mano armada y combatiendo á los Mexicanos los metieron tan adentro de la laguna, que casi perdian pié, por cuya causa las mujeres y niños levantaron gran llanto, mas no por eso los Mexicanos perdieron el ánimo, antes esforzándose mas comenzaron á arrojar contra sus enemigos muchas varas arrojadizas como fisgas, con las quales los de *Culhuacan* recibieron mucho detrimento, de suerte que se comenzaron á retirar, y assí los Mexicanos comenzaron á salir de la laguna y á tornar á ganar tierra, yéndose á reparar á un lugar á la orilla de la laguna que se dice *Iztapalapan,* y de allí pasaron á otro lugar llamado *Acatzintitlan* por donde entraba un gran rio á la laguna tan hondo que no lo podian vadear, y assí hicieron balsas con las mismas fisgas y rodelas y yerbas que por allí hallaron, y con ellas passaron las mujeres y niños de la otra parte del rio, y habiendo passado se metieron por un lado de la laguna entre unos cañaverales, espadañas y carrizales donde pasaron aquella noche con mucha angustia, trabajo y afliccion y llanto de las mujeres y niños, pidiendo que les dejasen morir allí, que ya no querian mas trabajos. El Dios *Huitzilopuchtli,* viendo la angustia del pueblo, habló aquella noche á sus ayos y díjoles que consolassen á su gente y la animassen, pues todo aquello era para tener despues mas bien y contento; que descansassen agora en aquel lugar. Los sacerdotes consolaron al pueblo lo mejor que pudieron, y assí algo aliviados con la exortacion, todo aquel dia gastaron en enjugar sus ropas y rodelas, edificando un baño que ellos llaman *temazcalli*..... Hicieron este baño en un lugar que está junto á esta ciudad llamado *Mexicaltzinco* donde se bañaron y recrearon algun tanto; de allí pasaron á otro lugar llamado *Iztacalco* que está más cerca de la ciudad de México, donde estuvieron algunos dias; despues pasaron á otro lugar á la entrada de esta ciudad donde agora está una hermita de San Antonio (hoy calzada de San Antonio Abad al sur de la ciudad); de aquí entraron en un barrio que agora es de la ciudad llamado San Pablo (al sureste de la ciudad), donde parió una de las señoras mas principales de su compaña, por cuya causa hasta hoy se llama este sitio *Mixiuhtlan* (Mixiúhcan), que significa *lugar del parto.* Desta suerte y con este estilo se fué metiendo poco á poco su ídolo al sitio en que pretendia se edificasse su gran ciudad que ya deste lugar estaba muy cerca.»

Tal es la leyenda del códex Ramírez. La verdad histórica es el relato del intérprete del códice de Mr. Aubin; pero no nos cansaremos de repetir que los mexica, por orgullo y por ocultar siempre todo lo que pudiera humillarlos, habían hecho una historia convencional sustituyendo á los hechos verdaderas fábulas religiosas, y atribuyendo sus desgracias á disposiciones providenciales de su dios. Hubo, además, otra razón para esta nueva teofanía. Hemos dicho que la religión nahoa había tomado el carácter de histórica, y este carácter vino á completarse, digámoslo así, entre los mexica. *Quetzalcoatl* ya no fué la estrella de la mañana, sino un hombre real, blanco y barbado, cuya vuelta se esperaba por el Oriente; *Huitzilopochtli* dejó de ser el dios traído del Michuacán, para convertirse en el jefe guerrero que había conducido á los azteca; y de la diosa *Toci* se hizo la hija del rey Coxcox y el instrumento de venganza de los mexica. Por eso se cambió también la madre á *Huitzilopochtli;* ya no fué la *Coatlicue* de la religión anterior; tampoco la *Chimalma* de cuando se le confundió con *Quetzalcoatl;* tenía que ser *Toci,* para que el dios de la guerra fuese hijo de la diosa de la venganza: era todo un programa para lo porvenir, vencer ó morir, ser el más grande de los pueblos ó desaparecer para siempre. Bajo estas esperanzas y con resolución semejante, dieron su último paso: llegamos ya á la fundación de México.

El gran sacerdote Tenoch, el alma de la tribu, encontró al fin una isleta en el lago y fundó la ciudad: del nombre de su dios *Mexi* se llamó México, en donde está *Mexitli;* del nombre de su fundador se llamó Tenochtitlán, la ciudad de Tenoch. Como el jeroglífico de Tenoch era un tunal, *nochtli,* sobre una piedra, *tetl,* lo fué también de la nueva ciudad, poniéndole encima una águila como signo de grandeza. De este jeroglífico debieron sacar también una fábula y una leyenda religiosa los mexica. Dice así el intérprete: «Un Axolohua llamado Coauhcoalt, y otros dos, se fueron á examinar los lugares. Fueron á salir al paraje Acatitla, en cuyo centro se halla un Tenochtli sobre cuyo vértice estaba parada una Aguila. Al pié de este tunal estaba el nido del Cuauhtli, fabricado de diferentes y hermosas plumas del Tlauquechol, Xiuhtototl y otros distintos pájaros. De allí volvió el llamado Cuauhcoatl, y se puso á hacerles esta relacion:—Hemos ido á reconocer el camino y el cieno; pero allí ahogaron á Axoloa: ha muerto Axoloa, segun vi, por haberse sumergido en el carrizal donde se halla el tunal, en cuyo vértice está parada una águila y su nido al pié, formando un colchon de diferentes y hermosas plumas, y está donde se halla el agua. De este modo se formó el cieno donde se hundió Axoloa.—Tambien contó Cuauhcoatl que al otro dia se apareció Axoloa y le dijo:—He ido á ver á Tlaloc que me llamó para decirme: ha llegado mi hijo querido Huitzilopochtli, y este lugar será su asiento y domicilio; el será el protector de vuestra vida en la tierra.—Despues de esta relacion se fueron todos á ver el Tenochtli y allí construyeron su altar, hortaliza y flechas, y luego se fueron á divertir donde encontraron á un caballero de Culhuacan. Habiéndolo cogido y traido vivo, lo colocaron dentro de su altar, y segun enten-

dieron se llamaba Chichilcuauhtli, señor de Culhuacan.» Esta leyenda tiene variantes en los otros cronistas: así, en el códice Ramírez y el padre Durán, vieron los me-



Fundación de México.—Jeroglífico de Tepéchpan

xica, discurriendo por la isla adonde habían llegado, una fuente maravillosa rodeada de sauces de hojas blancas, y el dios les habló y les dijo que ese era el lugar prometido; que al caer sobre una piedra el corazón de Copil se había tornado tunal, y que sobre él habitaba una águila que de los más hermosos pájaros se mantenía. Al día siguiente todo el pueblo se dirigió con los sacerdotes á ese lugar, y encontraron la fuente de agua que se dividía en dos arroyos, el uno rojo y sangriento y el otro azul; y en medio estaba el tunal sobre la piedra, levantándose encima una hermosa águila con las alas extendidas al sol, y teniendo en su garra un pájaro de plumas resplandecientes. A tales fábulas dió origen el jeroglífico de la ciudad, el nombre de Tenoch, que todavía hoy por fortuna constituye las armas de nuestra hermosa bandera.

El tunal sobre la piedra es el verdadero símbolo, pero se encuentra de distinta manera en los diferentes jeroglíficos. En el jeroglífico de Sigüenza, en el mapa Tlótzin y en los códices Telleriano-Remense y Vaticano, el tunal no tiene águila; en la tira de Tepéchpan, tiene águila, pero ésta se ve sola sin desgarrar pájaro ni culebra, lo mismo que en la primera lámina del códice Mendocino; en la estampa del códice Ramírez, el águila tiene un pájaro en la garra; en la del padre Durán, el águila destroza el pájaro con el pico, y solamente en otra estampa de Durán y en el códice de Mr. Aubin el águila destroza una culebra, como en nuestras armas de México.

¿En qué año se fundó la ciudad de México y quiénes



Fundación de México Códice Ramírez

fueron sus fundadores? Ni el códice Ramírez ni Tezozomoc, que lo sigue, se ocupan de este punto: Torquemada trae la misma relación sobre Axolohua, refiriéndose á cantares antiguos; y solamente agrega, que cuatro fueron los fundadores, Aátzin, Ahuéyotl (debe ser Ahuéxotl), Tenuch y Ocelópan. En la estampa del códice Ramírez están pintados los cuatro fundadores sin sus nombres. En la del padre Durán, solamente están Tenoch y su mujer Tochpancáltzin. Tiene la estampa el expresivo agregado de que sobre el grupo del águila

y el nopal está el símbolo de la guerra. En el texto fija el padre Durán, por fecha de la fundación el año de 1518. En el códice de Mr. Aubin sólo aparecen Cuauhcoatl y los dos Axoloa que se hunden en el agua. La fecha relativa, que es la verdadera, está marcada con el año *ome técpatl* 1512. El códex Çumárraga no da fecha precisa, y solamente dice, que «vchilobos (*Huitzilopochtli*) se apareció á vno que se dezia tinuche (Tenoch), y le dixo que en este lugar avia de ser su casa, y que ya no avian de andar los mexicanos, y que les dixese que por la mañana fuesen á buscar alguno de culuacan, porque los avia maltratado lo tomasen y sacrificasen y diesen de comer al sol, y salió xomemitleut (Xomímitl), y tomó á vno de culuacan, que se dezia chichilquautli (Chichilcuáhuitl), y en saliendo el sol lo sacrificaron, y llamaron á esta poblacion quanmixtlitlan (Cuauhmixtitlán), y despues fué llamada tenustitan (Tenochtitlán), porque hallaron vna tuna nascida en vna piedra y las rayzes



Fundación de México.—Jeroglífico de Durán

della salian de la parte do fué enterrado el coraçon de copil.» El códice de Cuauhtitlán dice: «En el año de 8 tochtli comenzaron los Mexicanos á formar una que otra habitación de piedra y de adove en Tenochtitlán.» Así este códice como el padre Durán, fijan el año de 1518 para la fundación. El códice Telleriano-Remense está trunco en esa parte, y le falta precisamente la lámina de la fundación de la ciudad. El Vaticano representa los carrizales ó cañaverales en medio de la laguna y á los mexica viviendo entre ellos, simboliza la ciudad con el tunal sobre la piedra, y pone la chinampa en que llevan el tributo al rey tepaneca. Los años en este códice están pintados en cuadros azules con una faja roja, y aquí para llamar la atención, el cuadro del 8 *tochtli* no tiene la faja. El códice Vaticano fija también el año 1518. El mapa de Tepéchpan fija el año 7 *calli*, 1517, y pone cinco fundadores, que están en una línea, teniendo en otra línea atrás á sus esposas; son Aátzin, Acacitli, Tetlachco, Tenoch y Xiuhcac; la línea negra que atraviesa los rostros de Tetlachcátzin y Tenoch, manifiesta que eran sacerdotes. La diferencia de un año es poco importante, y por lo mismo podemos fijar el año 1518 con apoyo de dos crónicas tan respetables como los *Anales de Cuauhtitlán* y el padre Durán y de dos pinturas como el códice Vaticano y el mapa de Tepéchpan. Sin embargo, el códice Mendocino fija el año *ome calli* 1325; pero no olvidemos que ese códice es una historia muy convencional, que fué mandado pintar por el virey Mendoza á los mexicanos que de eso sabían, y que por lo menos carece de originalidad, y su autenticidad es secundaria respecto á otras pinturas. Pone por fundadores de la ciudad, al sacerdote Tenoch, y á los guerreros Mexítzin, Acacitli, Cuápan, Ocelópan, Ahuéxotl, Xomímitl, Xocóyotl, Xiuhcac y Atótotl: la terminación



Fundación de México (Tenochtitlán y Tlatelolco)
Jeroglífico de Sigüenza

reverencial de Mexítzin da á conocer que era el jefe militar [1]. Tenemos que los datos más apreciables nos dan para la fundación de México el año 1518, y esta era

[1] Véase la explicación minuciosa de esta lámina y la interpretación de sus jeroglíficos en nuestra *Vida de Tenoch.* — *Hombres ilustres mexicanos*, tomo I, México, 187 .

la opinión muy respetable del señor don José Fernando Ramírez; pero también hemos visto que para tal hecho señala el año 1512 el códice de Mr. Aubin, y sin duda era la fecha de la tira del Museo, puesto que en todo van de acuerdo: y como estos dos jeroglíficos son documentos de tanta importancia, tenemos que buscar un nuevo dato para resolver la cuestión, y este dato es el jeroglífico de Sigüenza, la pintura, en nuestro concepto, más auténtica y más verídica. La fundación de México está representada por dos grandes fajas azules paralelas que manifiestan el agua de la laguna; el espacio comprendido entre estas fajas está sembrado de tules y cañas del agua, y en su centro se ve el tunal sobre la piedra, del cual parten en cruz dos fajas azules de agua, que son los dos arroyos de la leyenda, y sirvieron para dividir la ciudad en sus cuatro barrios, Moyotla, Cuepópan, Azacualco y Teópan. En cuanto á los fundadores, debemos advertir que de los quince personajes ó representantes de tribus ó familias que aparecen al principio de la pintura, como ya hemos dicho, el tolteca pereció, el huitzilteca se quedó en Cuahmatla, y en el desastre de Chapultepec perecieron Tetótotl y Mátlatli: tenemos á los representantes de las tribus de Atzcaputzalco y Cuauhtitlán que quedaron en sus respectivos pueblos, y encontramos como fundadores á Tenoch, Ocelópan, Axayácatl, Xomímitl, Acacitli, Atézcatl y Ahuéxotl, no diciéndonos nada el jeroglífico sobre los dos personajes restantes, de los cuales uno es Cuapan, que sabemos que fué fundador, y otro Quiauhmímitl, que nos es desconocido. En cuanto al año de la fundación, está puesta inmediatamente después del *xiuhmolpilli ce âcal* 1511, es decir, en el año 1512, de acuerdo con el códice de Mr. Aubin. Sin duda que ésta es la verdadera fecha; pero no debe preocuparnos la diferencia de 1512 á 1518, en primer lugar, porque es muy corta, y en segundo lugar, porque se explica por las mismas crónicas: el único dato que hay que rechazar es el del códice Mendocino. Refiriéndose á la primera fecha, dice el intérprete del códice de Mr. Aubin: «los Mexicanos se establecieron alrededor del Tenuchtli, aunque en casitas de tule y paja;» mientras que en los *Anales de Cuauhtitlán,* hablando de la segunda fecha, se dice: «en el año de 8 *tochtli* comenzaron los Mexicanos á formar una que otra casa de piedra y de adove en Tenochtitlán.» Así, pues, la fundación de la ciudad con pequeñas chozas de tule y paja, fué en 1512, y en 1518 se comenzó su construcción con habitaciones fuertes y fijas.

Los mexica, al levantar su ciudad, alzaron inmediatamente su *teocalli,* como se ve en el códice de Mr. Aubin, la inauguraron con sacrificios, según las crónicas, y construyeron inmediatamente el *tzompantli* para las calaveras de los sacrificados, como se puede observar en el códice Mendocino. La ciudad y la raza se destinaban al dios, el culto de sangre llegaba á su apogeo, y el dios *Tezcatlipoca* era el dios supremo; se habían olvidado los orígenes astronómicos y *Quetzalcoatl* era un hombre que había de volver; pero el gran dios civil, digámoslo así, era *Huitzilopoctli,* el señor de la guerra, de la muerte y de la victoria. Por él alentaba aquel pueblo fanático, por él había de hacer prodigios de valor, por él había de llevar sus *pantli* triunfadores más allá de Cuauhtemalla y de uno al otro Océano. El problema de lo porvenir estaba ya planteado definitivamente: había una tregua entre *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl* que debía decidirse, y para siempre, sobre el *teocalli* del dios *Huitzilopochtli.* Se había preparado ya la arena del último combate; la gran ciudad de México Tenochtitlán estaba fundada.

CAPÍTULO II

Pueblos que encontraron los mexica en el Valle. — Los chichimeca. — Amaquemécan. — Los cementerios de Tenenepanco y Nahualac. — Vida troglodita. — Costumbres. — La roca esculpida. — Genealogía real — Los chalca. — Los tlahua. — Los xochimilca — Los colhua. — Nacimiento de Tezozomoc — El barro de Quetzalcoatl. — Los tepaneca. — Genealogía de los señores chichimeca — Comparación con los de los culhua. — Diferencia entre los primeros y los segundos chichimeca. — Las dos emigraciones. — Los chichimeca que encontraron los españoles. — Su sitio y sus costumbres. — Xólotl y sus huestes. — Son probablemente los destructores de Tóllan — Xólotl ocupa Teotihuacán y es su primer rey. — Deja de segundo rey á Tochintecuhtli. — Penetra en el Valle y funda á Xoloc. — Organización social. — El Chichimecatlalli — Tenayócan. — Llegada de otras tribus chichimeca — Guerra en Culhuacán. — Llegada de los acolhua. — Nuevas fundaciones trogloditas. — El mapa Tlótzin. — Diferentes señoríos. — La chichimecayáoyotl. — Señorío de Huexotla. — Muerte de Xólotl. — Señores de Teotihuacán. — Nopáltzin — Progresos sociales de su reinado. — Gobierno de Tlótzin. — Coronación de los reyes chichimeca. — Tecpoyo. — Introducción de la vida agrícola. — Quinátzin. — Establecimiento de la corte chichimeca en Texcoco. — Señores de Atzcaputzalco. — Señores de Cuauhtitlán. — Guerra de Xaltócan — Llegada de los teochichimeca. — Su estancia en Poyautlán. — Emigran de ahí. — Su establecimiento sucesivo en Huexotzinco, Quauhquechóllan, Atlixto, Cholóllan y Tepectipac. — Tlaxcalla. — Fundación y señores de Tepéchpan. — Estado social de la época de transición.

Natural es que estudiemos qué razas y qué pueblos hubieron de encontrar los mexica en nuestro Valle, ya que en su cuenca tienen que desarrollarse los sucesos históricos posteriores, sin más relación con los viejos pueblos que la guerra y el pago de tributos. De los cronistas, unos los hacen á todos de una misma familia, y ya hemos visto que aun en las pinturas aparecen

Atzcapotzalco es de Tepanecas y coyohuaca



Las siete tribus

peregrinando juntos; el códice Ramírez pone en las *siete cuevas* á xochimilcas, chalcas, tepanecas, culhuas, tlahuicas, tlaxcaltecas y mexicanos; otros cronistas descienden hasta la historia del pueblo más pequeño, nos refieren los nombres de sus caciques y de todos los individuos de su familia y pormenores que no son datos de ninguna importancia para la historia; y es que en los últimos tiempos las más pequeñas poblaciones, como ya tenían la escritura jeroglífica, pintaron sus anales.

Fácil nos sería el aparecer eruditos con sólo tomar las obras de Ixtlilxóchitl, que casualmente estamos publicando con notas nuestras, y extractar de ellas las largas listas de nombres propios que contienen; mas juzgamos eso, que es propio de la crónica, ajeno á la historia, la cual debe tomar en conjunto el desenvolvimiento de la humanidad en una extensión determinada de tiempo y de espacio.

Ya hemos visto que los otomíes, primeros habitadores de nuestro Valle, se habían alzado á los montes occidentales de él; lo que claramente manifestaba una invasión por los orientales. Y en efecto, encontramos á los chichimeca estableciendo su corte troglodita en Amaquemécan, al pié de las montañas cubiertas de eterna nieve, el Popocatepetl y el Ixtacíhuatl. Últimos descubrimientos del Arizona han sorprendido, por haberse hallado series extensas de habitaciones en grutas, que formaban verdaderamente ciudades trogloditas; pero ya nosotros hemos hablado de ellas, y encontramos lógico que los chichimeca, que en los lugares de su origen llevaban tal vida, buscaran para seguirla los sitios más á propósito de nuestro Valle. Dos hechos vienen acreditándolo: las pinturas indias, como son los mapas Tlótzin y Quinátzin, que representan las cuevas en donde vivían, y los cementerios que en su reciente exploración descubrió M. Charnay en Tenenepanco en la falda del Popocatepetl y á 12,500 piés de elevación, y en Nahualac en la del Ixtacíhuatl. Además los cronistas vienen diciéndolo y confirmándolo con las costumbres que de los chichimeca nos refieren. Así Ixtlilxóchitl cuenta que habitaban en cuevas ó casas cubiertas de paja. Sus armas eran arco y flecha y

vivían de la caza; para ella usaban también los señores de cerbatanas que ellos inventaron; vestían de pieles adobadas, con mantas de cueros de tigres ó lobos, sandalias de pellejos de animales y usaban el cabello largo hasta la espalda y cortado por delante. De esta



Vida cazadora de los chichimeca

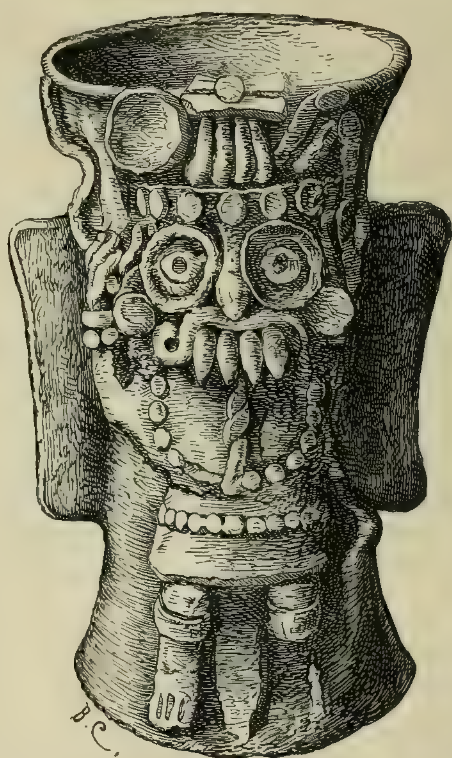
manera los encontramos en los citados mapas Quinátzin y Tlótzin, cazando venados y conejos, asando víboras á la lumbre para comerlas, y alimentándose de tunas y mezquites y bebiendo pulque, según lo indican



Costumbres chichimeca

las plantas que se ven en esa parte del primero de dichos mapas. Agrega Ixtlilxóchitl que las mujeres tenían su *huipilli* y *cuéyetl* de martas y también se calzaban con *cactli,* y que los señores se coronaban, según el tiempo, si estaban en guerra, con una guirnalda de roble con plumas de águila puestas á la parte posterior de la cabeza; si era época de paz y lluvias, con laurel y plumas de quetzal, y si de secas, con ramas que se crían en las peñas y la *teoxóchitl,* usando los guerreros y principales las llamadas *amusgas.* Usaban collares y brazaletes, y en las guerras bocinas y unos como tambores. Se casaban con una sola mujer, que no fuese parienta cercana, y no tenían ídolos, sino que adoraban al sol-padre y á la tierra-madre; y al sol le ofrecían la primera caza, cortándole la cabeza y labrando la tierra en que caía su sangre. Cuando morían los señores los enterraban en sus palacios y á los demás en sus casas.

Algo modifica el anterior relato de Ixtlilxóchitl el



Vaso de barro que representa á Tlaloc, encontrado en el cementerio de Nahualac

descubrimiento de los cementerios citados. Pueblo troglodita y cazador el chichimeca, viviendo y vistiendo como queda dicho, traía, sin embargo, la civilización nahoa; usaba su calendario, pues contaba de veinte en veinte años, según los *Anales de Cuauhtitlán;* profesaba su religión, pues entre los objetos de barro sacados de aquellos sepulcros se han encontrado muchas representaciones del dios *Tlaloc*, y practicaban la incineración del cuerpo y el enterramiento de la cabeza, con la particularidad de haberse hallado en algunos casos todavía la masa cerebral en un plato de barro. Debemos creer que estos chichimeca venían hablando el *náhuatl,* pues todos los nombres de lugar pertenecen á esa lengua, sin que haya recuerdo de que tuviesen otros anteriores, como sucedió, y ya hemos visto, en los casos de que conquistas posteriores impusiesen los nombres

nahoas. Nos parece además encontrar la cronología nahoa en una roca esculpida de Amaquemécan, á la que se le dió artificialmente una forma piramidal, de doce piés de altura por veinticinco de circunferencia, en la cual Dupaix ha creído ver á un hombre haciendo una observación astronómica, y que nosotros juzgamos simplemente un monumento histórico-cronológico.

Estos chichimeca se extendieron por las montañas



Roca esculpida de Amaquemécan

del Sur hasta encontrarse con los otomíes, y ya vimos cómo se cuenta que fué su rey Icoátzin ó Icáuhtzin, que subió al trono el año trece *ácatl*, ó 647, y que dió á los tolteca á su hijo Chalchiuhtlanétzin para que le coronaran rey. Contentémonos con creer que los chichimeca, que obedeciendo á la misma convulsión social que los tolteca bajaron del noreste, se establecieron en Amaquemécan y que ese Icoátzin fué su primer rey. Le dan las crónicas ciento ochenta años de vida, cosa inverosímil y que hace suponer que se sucedieron varios señores del mismo nombre, hasta que otro, en diez *tochtli*, ú 826, tomó el Moceloquíxtzin: los monarcas que llevaron éste, duran ciento cincuenta y seis años, y en otro diez *tochtli*, ó 982, entran al poder los Tamacátzin, quienes permanecen en él hasta el trece *ácatl*, 1115, un año antes de la destrucción de los tolteca, en que fué coronado emperador *chichimécatl* el príncipe Achcáuhtzin, según las palabras de los cronistas.

Sin duda que desde entonces, por haberse aumentado y extendido los nuevos habitantes del Valle, se fueron fundando las diversas ciudades del Anáhuac; pero crónicas y pinturas antiguas, siguiendo la cronología convencional, comienzan tales fundaciones desde el año de la destrucción de Tóllan.

Nos quedan, sin embargo, algunas noticias anteriores. Así sabemos que en el año *ce ácatl*, 999, los trogloditas de Xicco bajaron á fundar la ciudad de Chalco á la orilla oriental del lago dulce, siendo los jefes del pueblo naciente Acapol y su marido Texcótzin, hijo de Chalcátzin. En el año de nueve *tochtli*, 1046, vimos á los chalca ayudar á los tolteca á la restauración de la teocracia de Quetzalcoatl. Después los encontramos gobernados en 1142 por Tozquehuatecuhtli, luego por Tozquina, que muere en 1183, sucediéndole Acatl, y á los dos años, éste, al frente de los chalca, sorprende á los chichimeca en Huitznáhuac. Parece que su poder y fuerza aumentaban, pues en 1190 ocupan Tlahuacán, en nuestro concepto Cuitlahuac ó Tlahua, mandados por Nahualquáhuitl y Mixcoatl. En 1207 muere Acatl y le sucede Aalli. Éste siguió la conducta guerrera de su antecesor, pues vemos á los chalca en el año de 1220 batiendo á los de Tlacochcalco; mas no tuvo la misma fortuna que él, porque en 1233 fué derrotado, yéndose la mayor parte de la población de Chalco á Ticic Cuitlahuac. Volvemos á encontrar á los chalca derrotados en 1257, bajo el gobierno de Xayacama, por el ejército aliado de los huexotzinca, tlaxcalteca y los de Tepeyacac, señorío que se había establecido en 1220. Aparecen en paz hacia 1259, y sabemos los nombres de sus reyes Tlalli y Tochquihuateuh; y después, en medio de noticias muy confusas, nos parece ver que conquistaron Cuitlahuac, y que de ambos pueblos hicieron una nacionalidad en 1271, bajo el mando de Totepeuh.

Ya vimos que desde 1190 los chalca habían ocupado Cuitlahuac; sin embargo, se pone su fundación en 1222, por Cuauhtlótzin, Huítzin, Tlilcoátzin, Chalchíuhtzin, Chahuaquétzin, y Ticic, que quedó por rey. Murió éste en 1236, y le sucedió en el poder Coatomátzin; luego fué rey Ahuetamáltzin, que murió en 1248, heredando el trono Azayóltzin; muerto éste en 1256, siguióle Atzatzalmôtzin. En 1271 reina el chalca Totepeuh, como ya dijimos, y siguen por sucesores, Epeoátzin en 1291 y Quetzalmichin en 1302. En 1313 es rey Cuauhtlalli, en 1317 Mamátzin; en 1325 Tezozomoc, y en 1337 Pichátzin. Esto nos hace comprender que en 1325 había sido conquistado Cuitlahuac por los tepaneca y lanzados los señores chalca.

En 1339 encontramos á los chalca metidos en una guerra de treinta y siete años con Tezozomoc, el de Atzcaputzalco, y teniendo por rey, después de Toquihua, á Xipemetztli. También hallamos á los aliados que habían destruído á los chalca, batiendo en 1259 á Quecholla y en 1287 á Huehuetoca, unidos con los de Cuauhtitlán y con los de Cholóllan, en donde se había establecido el poder real desde 1220.

De los xochimilca sólo sabemos que salieron de un lugar llamado Ahuilazco, guiados por Huetzálin, que murió al llegar á Tóllan y que fueron los primeros que ocuparon el lago, y así los pone el códice Ramírez como los que primeramente llegaron de Chicomoztoc. Empujados por los otros pueblos que en él se iban estableciendo, encontramos que los acolhua los derrotaron en 1181, y los fijaron en Tuyahualco; y que después, en 1194, los culhua los lanzaron de ahí, y desde entonces se establecieron en donde hoy es Xochimilco. Ya hemos visto cómo más tarde esos mismos culhua unidos con los mexica los volvieron á destrozar en Coápan. Según Ixtlilxóchitl, Tlótzin, rey chichimeca que

gobernó de 1263 á 1298, les dió el lugar en que habitaban. Fueron de entonces sus señores: Acatonalli, que reinó veintitres años; Tlahuitl, siete; Tlahuícatl, nueve; Tecuhtonalli, once; Tlahuícatl II, siete; Tzaltecuhtli, diez; Cuauhtiquetza, doce; Tlaxochihuapilli, doce; Caxtótzin, treinta y dos; Xaopántzin, diez y ocho; Oztotl, catorce; Océlotl, cuatro; Tzalpoyótzin, veintidos; Tlilhuátzin, cinco; Xihuitemoc, diez y siete; Ilhuicatlaminátzin, catorce; Xihuitemoc II, diez y seis; Tlacoyohuátzin, diez y siete, y Apochquiyáuhtzin, que reinaba cuando llegaron los españoles. El señor Orozco dice con razón que estos reyes son de la segunda dinastía, y á ella debe referirse la tal fundación en tiempo de Tlótzin.

Los culhua y su ciudad Coloacán ó Culhuacán,



Quetzalcoatl, dios del viento

existían ya antes de la destrucción de los tolteca. De su primera dinastía recuerda el señor Orozco á Coxcoxtli y Achitómetl. Los tolteca que huyeron con Nauhyotl se refugiaron en Culhuacán; pero según el códice de Cuauhtitlán aquél no reinó allí, por haber muerto antes de llegar, en el sitio llamado Coatolco-Ayahualolco-Tlapechhuacán-Cuauhtenco por el rumbo de Texcoco. Según otra versión, en 1129 murió Xiuhtemoc de Culhuacán, heredándolo su hijo Nauhyotl, que fué el primero que se llamó *tecuhtli* de los culhua. Éste había casado con Ixtapántzin, hija de Pixahua, señor de Chólóllan, y tenía una hija llamada Texochipántzin. Sabiendo que vivía aún Póchotl, hijo de Topíltzin, lo mandó traer de Cuauhtitemoc, donde vivía, y lo casó con su hija á fin de que los reyes culhua fuesen descendientes de los señores de Tóllan.

Prefiriendo la otra versión, diremos que el hijo de Nauhyotl no se estableció desde luego en Culhuacán, pues se dice que en el año *ce tochtli* 1142, encendió el fuego nuevo en Xochiquilazco, hecho de que dudamos completamente; pero ya en 1133 se proclamó rey de los culhua. Muerto Cuauhtexpetlátzin en 1181, fué tercer rey Huetzin que desterró á Acxocuauhtli. En 1202 murió Huetzin y le sucedió Nonohualcátzin; en 1223 murió éste y le siguió Achitómetl. Encontramos luego los nombres de los reyes Queltzátzin y Chalchiuhtlatónac, y en 1237 á Quahuitónal; en 1252 á Cuauhtlix; en 1259 á Iohuallatónac, llamado también Tlatónac; muerto éste en 1269, le sucede Xiuhtecátzin, á quien hereda en 1282 Xihuitltemóchtzin. Bajo el reinado de éste nació en el mismo año de 1282 Tezozomoc el viejo, padre del Tezozomoc llamado el tirano, en cuyas manos había de estar indecisa por varios años la suerte del Anáhuac. En 1300 heredó Coxcox el señorío de Culhuacán, le sucedió en 1324 Acamapich, y en 1336 Achitómetl mató á éste y se hizo dueño del poder. Debemos advertir que los culhua conservaron preferentemente el culto de *Quetzalcoatl,* y es notable el barro que lo representa como *dios del aire,* y que de Culhuacán se trajo á nuestro Museo Nacional.

Mientras estos pueblos ocupaban el lago dulce, se extendían los tepaneca por el lomerío del sur y del poniente, hasta Atzcaputzalco en el lago salado. Esta ciudad había sido fundada desde tiempos remotos por Ixputzal, de donde tomó el nombre de Ixputzalco, que más tarde se convirtió en Atzcaputzalco; pero la verdad es, que á pesar de los mil quinientos sesenta y un años de la cronología de Torquemada, sólo sabemos los reyes que tuvo á la destrucción de los tolteca, comenzando por Acolhua Huetzintecuhtli. Pero como Acolhua era un extraño á quien puso en el señorío Xólotl, nos cumple hablar de éste antes de tratar de la descendencia de aquél.

Después de la destrucción de los tolteca vinieron á ocupar la tierra otros nuevos chichimeca. Según la tradición su primer caudillo se llamó Chichimécatl, y en un período de dos mil quinientos quince años habían tenido sucesivamente por señores, á Necuametl, Namacuix, Mixcóhuatl, Huitzilopochtli, Huemac, Nauhyotl, Cuauhtepetla, Nonohualca, Huetzin, Cuauhtónal, Mazátzin, Quetzal é Icoatzin. Desde luego no puede admitirse una cronología en que hay que dar á cada rey más de cien años de gobierno; y además, como ya observó el señor Orozco, parece distinguirse más bien una nómina de los reyes de Culhuacán.

Esto es cierto si se toma la genealogía culhua de las crónicas manuscritas de los franciscanos. Una nos da la siguiente lista: Nauhyotl, que muere en Coatolco en 1124; Cuatexpetlátzin, rey de Culhuacán, en 1133; en 1146 Achitómetl; en 1160 Cuauhtónal; en 1183 Nizace (¿Mazátzin?); en 1197 Cuezan (¿Quetzal?); en 1203 Chalchiuhtlatónac; en 1212 Cuauhtlix; en 1222 Iohuallatónac; en 1236 Xiuhtecazi; en 1254 Xihuitltemoc; en 1270 Coxcox; en 1282 Acamapich, y en 1302

Achitómetl II. Como algunos de estos nombres cambian en la otra relación por diferencias en la interpretación jeroglífica, como sucede con Coxcox, si el pájaro que lo representa se toma por faisán, mientras que se hace Quetzal si por esta otra ave se tiene, pondremos en tabla los seis primeros, comparándolos con la lista de Ixtlilxóchitl.

CRÓNICAS FRANCISCANAS		IXTLILXÓCHITL
—		—
Señores de Culhuacán		*Reyes chichimeca*
Nauhyotl.	Nauhyotl.	Náuhyotl.
Cuauhtexpetlátzin.	Cuautexpetlátzin.	Cuauhtepetla.
Achitómetl.	Achitómetl.	Nonohualca.
		Huetzin.
Cuauhtónal.	Yahuitónal.	Cuauhtónal.
	Nizaac.	Mazátzin.
Quetzal.	Coxcox.	Quetzal.

Así se ve de bulto que las tres genealogías son una misma, pues aun los nombres de Nonohualca y Huetzin, que faltan en las dos primeras, se encuentran en la otra nómina culhua que ya hemos citado, en la que están por tercero y cuarto reyes de Culhuacán, Huetzin y Nonohualcátzin. Hay, pues, que desechar la tal ascendencia real de los nuevos chichimeca, y contentarnos con comenzar á contar por Xólotl.

Lo mismo debemos decir del parentesco de éste con el rey Achcáuhtzin de Amaquemécan: encontró el cronista á dos reyes chichimeca diferentes, y no discurrió cosa mejor que hacer al primero hermano menor del segundo. Verdad es que la materia está confusa é intrincada, y que sólo pudimos dar con la verdad de ella, por una referencia oportuna que trae Frejes en su *Historia breve de la conquista de los Estados independientes del Imperio Mexicano.* «Con respecto á la población de estos Estados independientes del Imperio, refiere Frejes, hay una noticia auténtica y que dió un cacique ó señor del pueblo de Pzaptsingo, á quien bautizó el padre fray Juan Padilla, sirviendo de padrino Nuño de Guzmán. Decía el cacique haber oído decir varias veces á su padre que era señor de Acaponeta, llamado Xacanaltayorit, hombre de mucho nombre y crédito en todo el Estado, que sabía de sus ascendientes, que de lo más interior del Norte de una provincia llamada Aztlán, salieron *varias familias en diversos tiempos* y entraron poblando las provincias de Sonora, Sinaloa, Acaponeta, Santispac, Jalisco, Ahuacatlán, Tonalan y Colima, y que pasando la sierra de Michoacán, fueron á poner su asiento y capital de su gobierno á *Tezcoco:* que por *segunda vez* salieron *otras gentes* con muchas familias que entraron invadiendo la sierra madre, y saliendo por Guadiana, Zacatecas, Comanja y Querétaro, poblaron *la laguna de México:* que unos y otros hacían mansiones de diez, veinte y treinta años, y daban guerra á las demás naciones que les impedían el paso...»

Quisimos citar textualmente la tradición del cacique de Acaponeta, porque ella quita toda dificultad, y desvanece contradiciones y oscuridades de que están llenas en este punto historias y crónicas. Dos distintas emigraciones y en diversa época llegaron á la laguna de México ó Texcoco, ó más bien á la laguna en que están México y Texcoco; la primera vino del rumbo de occidente, por lo tanto fueron los chichimeca de Amaquemécan los que primitivamente se situaron en nuestro Valle, en el siglo VII, á la falda del Popocatepetl y el Ixtacíhuatl; la segunda llegó cinco siglos después, en el XII, bajando por la Mesa Central y penetrando en el Valle por el norte. Con posterioridad á las convulsiones que destrozaron á los nahoas y empujaron á los tolteca y á los chichimeca de la región de Xalixco, hubo en el territorio oriental otra, que en nuestro concepto corresponde á la destrucción de los *mound-builders,* que también precipitó hacia el sur á los teochichimeca de Chihuahua y á los zacateca, y con ellos á los tepehua y meca (mezcas), citados por Ixtlilxóchitl en compañía de los cuexteca, entre los pueblos que trajo Xólotl.

Nos explicamos entonces con cierta claridad lo que pasó en esta segunda emigración chichimeca. Empujados los pueblos del norte, extendiéronse al sur y oriente, y por eso los españoles encontraron á los chichimeca en la sierra de Querétaro, y los destructores de Tóllan llegaron por Cuextlán. De estos chichimeca hallados por los conquistadores, da razón el padre Ribas en sus *Triunfos de la Fe*, y dice que estaban á cuarenta leguas de México á la banda del norte. En donde ellos habitaban se fundó San Luis de la Paz. Cuenta el cronista, que era su tierra el paso y camino real para la tierra adentro á las provincias de Nueva Vizcaya y Galicia, y para pasar á los principales reales de minas que labraban los españoles en varios puestos; y que así fueron muchos los carros que entrando cargados de mercaderías y sacando grande riqueza de plata, los asaltaron quitando la vida á muchos españoles seglares y religiosos. De sus costumbres refiere, que andaban en cuadrillas, sin tener puesto fijo, ni casa, ni labrar tierras ni sementeras: mudaban sus estancias á los tiempos que mudaban los frutos silvestres de que se sustentaban, que eran generalmente tunas, mezquites y mexcal, y de estos mismos frutos hacían bebidas fermentadas, pues eran muy dados á la embriaguez. Estos son los que quedaron al paso de las huestes de Xólotl, y eran tan bravos que el mismo cronista dice, que ni los mexica ni su emperador Moteczuma pudieron sujetarlos; y que cuando alguna vez lograban vencerlos, lo tenían por hazaña tan señalada y digna de memoria, que la celebraban con los cantares más solemnes y célebres que cantaban los mexica en sus mitotes ó bailes públicos. Que estos teochichimeca se extendieron y mezclaron con

otomíes y cuexteca, se comprende claramente por el relato de Sahagún, que después de describir sus costumbres, los divide en nahuachichimeca, otonchichimeca y cuextecachichimeca. Agreguemos que Xólotl estaba casado con la reina Tomiyauh, (debe ser Tamiyauh), señora de Tampico y Tamiahua.

Como Xólotl llegó el mismo año en que se destruyeron los tolteca, y los destructores de éstos bajaron por Cuextlán, podemos suponer, que despedazados ya los habitantes de Tóllan por sus guerras civiles, bajaron los teochichimeca á lanzar de la ciudad á los restos que con Nauhyotl huyeron. Debieron ser muchos los emigrantes, pues pasaban arrasando todo; pero no hay que tenerlos por millones como Ixtlilxóchitl, que dice que para contarlos, cada uno iba tirando una piedrecilla en un montón que se llamó *Nepohualco,* y que contuvo nada menos que *cezonxiquipilli* ó sea 3.200,000.

El ejército de Xólotl compuesto de chichimeca, cuexteca y otomíes, no se asentó en Tóllan; pero habiendo seguido adelante ocupó Teotihuacán, según consta de un códice manuscrito que lo pone por primer rey, y refiere que hizo donación del señorío á su hermana Tomiyáuhtzin á quien casó con Tochintecuhtli. Según otro códice manuscrito, Tomeyáuhtzin era parienta mas no hermana de Xólotl, pues dice que era hija de Opantecuhtli, señor de Xaltócan. El mismo manuscrito dice, que habiendo ocupado el país Xólotl, luego fué poniendo y dándoles tierras á sus vasallos los chichimeca para que le diesen y *pagasen tributo,* y nombró por gobernadores á sus dos hermanos y demás parientes y señores



Tzinacanoztoc

que con él habían llegado, y á los *mixhuaques,* grandes señores que después vinieron á dar con él.

El espíritu de nacionalidad no existía, pues, como ya lo hemos dicho, en esas tribus del Norte; fundaban su ciudad y extendían su poder por el tributo. Este es un hecho importantísimo en nuestra historia y clave de todos los sucesos posteriores.

De Teotihuacán se dirigió Xólotl á nuestro Valle, y penetrando en él tomó asiento en un lugar de muchas cuevas, inmediato á Xaltócan, al que puso Xoloc. Esto pasaba cuatro años después de la destrucción de Tóllan, en el cinco *técpalt* ó 1120. El señor Orozco hace dos observaciones importantes: que las nuevas tribus abandonaban las ciudades y buscaban lugares abundantes en grutas, cosa natural en un pueblo troglodita; y que los autores, al tratar de los primeros establecimientos de los chichimeca, hablan de ciudades y capitales, pero que las pinturas los desmienten, dando idea exacta de que estos monarcas vivían en grutas como verdaderos trogloditas.

No debemos creer tampoco á Ixtlilxóchitl en la gran extensión que da al imperio de Xólotl, pues nos habla de un territorio que abrazaba desde Cempoállan hasta el Xinantécatl: tenemos mejores datos en el jeroglífico de Tlótzin. Según el cronista, para tomar posesión de la tierra, mandó Xólotl á su hijo Nopáltzin y á sus principales guerreros. El acto solemne consistía en subir á las montañas más altas: ahí un guerrero disparaba una flecha á cada uno de los cuatro puntos cardinales; se formaba una rueda de hierba, *malinalli,* y se encendía con ciertas ceremonias una hoguera encima. El primero que hizo la ceremonia fué el mismo Xólotl. Llamóse el terreno ocupado Chichimecatlalli, y comprendió desde el Xinantécatl ó Nevado de Toluca, en el actual Estado de México, á Malinalco en el mismo; á Itzócan y Atlixco en el de Puebla, al Poyauhtécatl ó Cofre de Perote en

el de Veracruz; volviendo á Cuauhchinanco en el de Puebla, extendiéndose hasta Atotonilco en el de Hidalgo, y terminando en Cahuacán al volver al de México. Se ve que no era tan extenso el Chichimecatlalli como algunos cronistas quieren: ocupaba el territorio de nuestro Valle, casi todo el de Puebla, tocaba apenas el de Veracruz, y abrazaba parte de los de Hidalgo y México. Y sin embargo, ni todo ese terreno pertenecía á una sola nación ó reino: era el ocupado sucesivamente por la raza; pero el llamado imperio de Xólotl, se ve en sus cortos límites en la referida pintura de Tlótzin.

No satisfecho Xólotl de su primera habitación, avanzó hasta las orillas del lago salado, y en el cerro de Tenayo, en la que hoy se llama sierra de Guadalupe, fundó la nueva ciudad, siempre troglodita, de Tenayócan Oztopolco.



Llegada de los chichimeca

En el año *ce calli* 1129 llegaron nuevas gentes chichimeca capitaneadas por Xicotecua, y sucesivamente en los cinco años siguientes Xiotzonecua, Zacatitexcótzin, Huitzihuátzin, Tepozotecua é Itzcuintécatl; y dice la crónica, que como eran salvajes y ya Xólotl había repartido el Chichimecatlalli, les dió tierras en que no pudieran hacer daño, reduciéndolos á Tepetlaoztoc, Oztocticpac y Tecayócan.

En el año de 1141 ó trece *calli*, se registra la guerra que hizo Xólotl al rey Cuauhtexpetlátzin de Culhuacán, porque no quería darle el tributo, por lo cual lo fué á atacar y venció Nopáltzin con numerosas huestes

de chichimeca. Como en estos pueblos el aumento de poder no consistía en dar mayor extensión á su propio territorio, sino en sujetar á tributo al más grande número, se ve que Xólotl, que había penetrado en nuestro Valle por el norte, extendía ya su poder hasta el sur en el lago dulce. Habiendo llegado en el año *ce técpalt* 1168, tres nuevos pueblos, uno de otomíes, que bajaron de la montaña al mando de Chiconcuauh, otro que fué propiamente la tribu acolhua al de Tzontecoma, y un tercero mandado por Aculhua; casó á éste con su hija Cuetlaxóchitl, y le dió el señorío tepaneca y con él la ciudad de Atzcaputzalco; á Tzontecoma lo casó con



Cuauhyacac

Cihuatétzin, hija de Chalchiuhtlatónac, señor principal de Chalco, y le dió el señorío de Coatlinchán; y á Chiconcuauh lo casó con su hija menor Cihuaxóchitl, y le dió el señorío de Xaltócan. De las dos primeras tribus, que para nosotros ambas eran de acolhua, debemos decir que se tenían por de la familia nahoa cuya lengua hablaban; que tras cuarenta y nueve años de peregrinación y pasando por el Michuacán, como los mexica, llegaron al Valle, y que vestían túnicas largas de pellejos curtidos, hasta los carcañales, abiertas por delante y cerradas con ahujetas, con mangas que cubrían el brazo y cotaras de cuero grueso de tigre ó de leon, y las mujeres *huipilli* y *cuéyetl;* sus armas eran arcos, flechas y lanzas; traían un ídolo que llamaban *Cocópitl,* y usaban templos y ceremonias religiosas.

A más de esas donaciones de señoríos hizo en ese tiempo Xólotl las siguientes: á Cohuatlapal y Cozcacuauh les dió tierras hacia el sur, señalándoles por cabecera á Mamalhuazco; y hacia el norte puso á Acatemetl en Tepeyacac, y en Mazahuacán á Tecpa é Iztaccuauhtli.

En *ce ácatl* 1207, aparece fundado el señorío de Tepetlaoztoc, inmediato á Texcoco, que dió Xólotl á Huetzin, hijo de Tzontecoma, señor de Coatlinchán, y en *ce técpalt* 1220, Nopáltzin se establece en Tzinacanoztoc, lugar en que dice Ixtlilxóchit que vivieron él y sus descendientes muchos años, y que en su tiempo



Tlatzállan Tlallanoztoc

todavía estaban las cuevas muy curiosamente labradas y encaladas; su heredero Tlótzin habita en Tlazala-



PLANO TOPOGRÁFICO DEL SEÑORÍO DE COATLINCHÁN

1. Coatlinchán. — 2. Chalco. — 3. Culhuacán. — 4. Mexicápan. — 5. Mexicaltzinco. — 6. Tepantitlán. — 7. Ahuehuetitlán. — 8. Ocotitlán. — 9. Tepuzahuetlaco. — 10. Tenanco. — 11. Tlalíxpan. — 12. Texalco. — 13. Oztolitiqui. — 14. Chimalpa. — 15. Tepalcápan. — 16. Cuauhtlálpan. — 17. Mototepec. — 18. Tepaneca. — 19. Tlalnáhuac. — 20. Tlilhuacán. — 21. Mihuacán. — 22. Tepepanayapanco. — 23. Teocálpan. — 24. Cihuatécpan. — 25. Tlamapoc. — 26. Tototla. — 27. Maclaltepec. — 28. Miquitepec. — 29. Tlecuauhtitlán. — 30. Tlalicaya. — 31. Tepuchcalco. — 32. Omequiauhco. — 33. Tlacatonco.

noztoc, y sus hijos menores, Toxtequihuátzin en Zacatlán y Apotzóctzin en Tenamitic.

El mapa Tlótzin nos da buena razón de lo que llevamos dicho. Allí se ve en Tzicanoztoc ó gruta del murciélago, á Nopáltzin con su esposa Azcaxóchitl: entre ellos está una cuna con un niño, manifestando que aquella era su habitación. En la misma pintura se ve abajo de la gruta y en medio del campo, llegando al lugar, á Xólotl con su esposa Tamiyauh, á Nopáltzin con su esposa Azcaxóchitl y á Tlótzin con su mujer Pachxochítzin. Después de la gruta de Tzicanoztoc, se ve á la familia en la de Cuauhyacac. Como estas grutas están inmediatas á Texcoco, se comprende que los chichimeca habían extendido su dominio á esos lugares. En el mismo mapa se ve al fin á Tlótzin en la gruta de Tlatzállan Tlallanoztoc con su esposa Pachxochítzin. Suponemos que Cuauhyacac estaba inmediata á los jardines que Xólotl, ó Amacui, como se le dice en la pintura jeroglífica, construyó cerca del cerro de Texcutzinco, en donde cuenta la crónica que sus enemigos trataron de matarlo inundando esos jardines cuando en ellos estaba durmiendo.

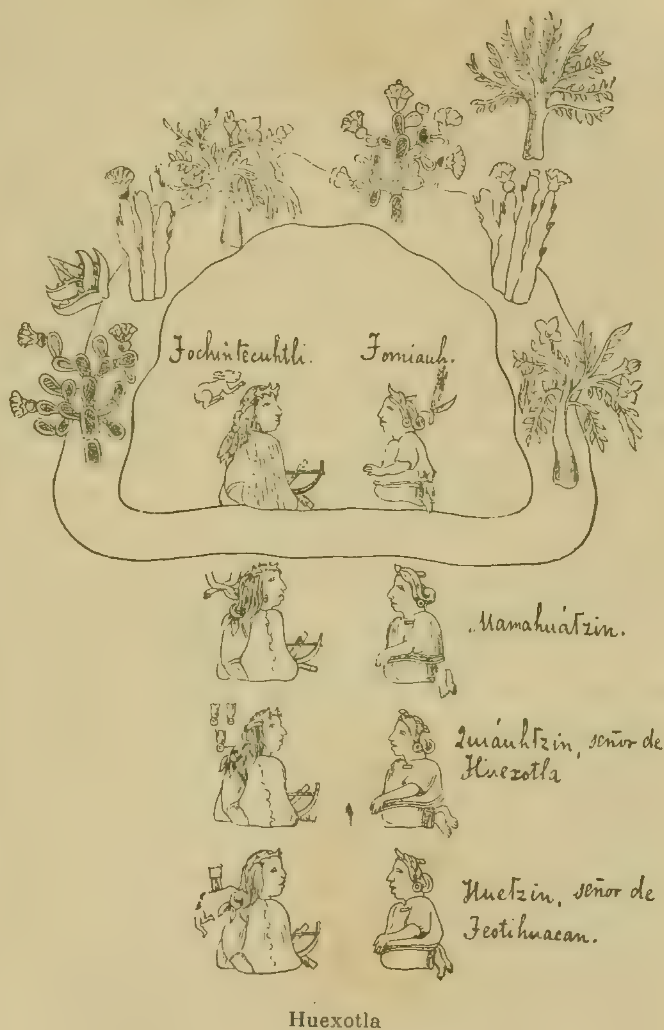
De lo referido nos resultan algunas dificultades.



Coatlinchán

La primera es la larga vida de Xólotl, que pasa en mucho de cien años, y que aparece viviendo en diversas partes, lo que nos hace sospechar que no fué un solo personaje. La segunda es que vemos independientes de él á Nopáltzin y Tlótzin, lo que nos hace creer que fundaron señoríos diferentes. Así nos explicaremos uno de los pocos sucesos que de aquel tiempo se pueden relatar.

Tzontecómatl, primer señor de Coatlinchán, tuvo un hijo llamado Tlacóxin que casó con Malinalxóchitl, hija mayor de Tlótzin. En el mapa de éste se ve la gruta de Coatlinchán, y en ella á Malinalxóchitl y á su marido Tlacóxin. De este matrimonio nació Huetzin, que se ve en la parte inferior de la misma gruta, al cual había hecho Xólotl señor de Tepetlaoztoc. En el año doce *ácatl* 1231, dispuso Nopáltzin que Huetzin casara con Atotótzin, hija mayor de Achitómetl, señor de Culhuacán, y que su hermana Ilancueitl lo hiciera con Acamapichtli, hijo de Aculhua, señor de Atzcaputzalco. Pero Iacanex, uno de los señores de la corte de Huetzin, estaba apasionado de Atotótzin; así es que al saber la noticia, marchó en son de guerra con sus parciales á Culhuacán, y pidió la mano de la doncella á Achitómetl. No sólo se la rehusó éste, sino que por excusar una



Huexotla

violencia envió su hija á Coatlinchán. Siguióse de esto una cruda guerra que se llamó *chichimecayáoyotl*, en que ambos bandos contendientes buscaron importantes alianzas, y en la cual, tras de mucho derramamiento de sangre, triunfaron los chichimeca; dando por resultado los casamientos proyectados, y que Tochintecuhtli y Tamiyauh quedaran señores de Huexotla cerca de Texcoco. En el mapa Tlótzin se ve la gruta de Huexotla, y en ella á esos señores, y se sigue debajo su descendencia principiando por Manahuátzin.

Xólotl murió en el año trece *técpatl* 1232 en Tenayócan, en donde fué enterrado en una de las grutas, y fué reconocido por rey chichimeca su hijo Nopáltzin.

Hay un hecho importante respecto del señorío de

Huexotla, de que acabamos de hablar, y es que le estaba unido el de Teotihuacán. En los anales manuscritos de esta ciudad encontramos que en el año doce *ácatl* 1231, estando Xólotl en Tenayócan Aztopolco, se le entregó el gobierno de Teotihuacán á Tochintecuhtli que casó con Tamiyauh, de la cual tuvo los siguientes hijos: Quiáuhtzin, Tochintecuhtli, Manahuátzin, Icoatzin, y dos mujeres, Quiauhcíhuatl, que casó con Quinátzin, y Nenétzin, que fué esposa de Acolmistli, señor de Coatlinchán. En otro códice manuscrito, y por la generalidad de los autores, se llama Cuauhcíhuatl á la mujer de Quinátzin. Muerto Tecochintecuhtli, heredó á éste su hijo Quiáuhtzin, y á éste siguió su hijo Huetzin, á quien puso por rey de Teotihuacán Techotlalla.

Nopáltzin comenzó la organización del reino y constituyó cinco leyes que fueron: que nadie quemase los campos y montañas, bajo pena de muerte; que nadie tomase la caza que hubiese caído en redes ajenas, so pena de no poder cazar en lo de adelante y perder su arco y sus flechas; que nadie tomase la caza herida por otro, aunque la encontrase muerta en el campo; que nadie cazase en terrenos ajenos, ni quitase las mohoneras que los deslindaban, y que los adúlteros fuesen muertos á flechazos, así hombres como mujeres.

Estos sencillos datos nos revelan ya la modificación importante que iba produciéndose en la nueva sociedad. La invasión de tribus salvajes y la destrucción de los tolteca concluyeron con la antigua cultura; grupos de gentes desparramadas por las montañas y viviendo de la cacería, no conocían más ley que la fuerza; pero Nopáltzin establecía ya el derecho de propiedad en la caza, y el respeto de la familia con el castigo del adulterio.

Nopáltzin siguió residiendo en Tenayócan; Tlótzin quedó de pronto en el cercado de Texcutzinco, que había hecho Xólotl, pero por dar gusto á Azcaxóchitl se volvió á Tlazállan; su hijo Quinátzin fundó Texcoco, con lo que comenzaba la vida civil. Ya en los últimos años de su vida habitaba Nopáltzin en Texcoco, que entonces se llamaba Xolotécpan; pero murió en Tenayócan el año cinco *ácalt* 1263, después de gobernar cerca de treinta y dos años, en los cuales su reino aumentó en extensión, poder y prosperidad. Fué sepultado en la misma cueva en que se enterró á Xólotl, con gran concurrencia de señores y honras suntuosas.

Coronaron por rey los chichimeca á Tlótzin, hijo de Quinátzin; y el modo que tenían para hacer esta ceremonia, era ponerles una corona de *pacxóchitl* con un penacho de plumas de águila encajadas en unas ruedecillas de oro y piedras que llamaban *cocoyahualol,* juntamente con otros dos penachos de plumas verdes llamados *yecpitotl,* atándolos con unas correas coloradas de cuero de venado; y después de que los ancianos habían hecho esa coronación, iban á celebrar la fausta nueva con cacerías en los bosques, y luego con comidas en sus cuevas.

Refiérese en la *Historia Chichimeca* de Ixtlilxóchitl, que fué Tlótzin Póchotl el rey que mandó que sus súbditos se dedicasen á la agricultura, porque en sus mocedades había vivido en Chalco y la había aprendido de su ayo Tecpoyo Achcauhtli, que habitaba en el peñol de Xicco. Este sacerdote nahoa instruyó á Tlótzin, y en el mapa jeroglífico del rey se le ve constantemente á su lado, siendo notable el grupo en que Tlótzin pronuncia el nombre de su hijo Quinátzin, frente á Tecpoyo que se lo había aconsejado.


Tlótzin y Tecpoyo

Las leyes de Tlótzin para que los chichimeca se dedicasen á la agricultura, no fueron del agrado de todos porque contrariaban sus antiguas costumbres, y buena parte se alzó en las sierras de Mextitlán y Totepec.

A los ocho años de su reinado, en el de *ce técpatl* 1272, dió Tlótzin la ciudad de Texcoco á su hijo Quinátzin para que la gobernara en unión de su hermano Nopáltzin, y Tlazállan á su hijo Tlacateótzin. Habiendo reinado treinta y seis años, murió el año *ce tochtli* 1298, y lo enterraron junto á Xólotl y Nopáltzin.

Heredólo su hijo Quinátzin. Ya vimos que éste había casado con Quiauhcíhuatl ó Cuauhcíhuatl, hija de Tochintecuhtli, y de ella tuvo cinco hijos: Chiconmacátzin, Memoxóltzin, Macihuátzin, Tochíntzin y Techotlalla, que aunque el menor, fué su heredero.

El primer acto del nuevo monarca fué establecer su capital en Texcoco, habiendo dejado el gobierno de Tenayócan á su tío Tenancacáltzin. Según Ixtlilxóchitl, Texcoco había sido fundada en tiempo de los tolteca, se llamaba Cattenihco (así en el manuscrito), y había sido destruída con ellos; pero fué después reedificada, especialmente por Quinátzin, y le pusieron Tetzcoco, que significa *lugar de detención.* De lo primero dudamos; lo segundo no es cierto, porque el jeroglífico nos da el nombre de Texcoco, que significa *jarillas en el pedregal.* Se había avanzado ya un gran paso en la cultura chichimeca fundando, sino la ciudad, la vida social de ella. Los mexica fundaron la suya bajo el reinado de Quinátzin.

Y como dejamos pendiente, y gran importancia tiene, el hablar de los señores de Atzcaputzalco, que hemos visto en lo que antecede citados bajo el nombre genérico de Acolhua, diremos que á éste sucedió su hijo Cuecuex, sin que de ambos se sepa el tiempo que gobernaron; siguiéronle su hijo Quáuhtzin y su nieto Ilhuicamina, ignorándose también la duración de su gobierno; lo mismo sucede con los reyes Matlaccóhuatl, Tezcapuctli y Teotlehuac; pero se sabe que á éste heredó Tzihuatlatónac que gobernó sesenta años, y que cuando murió dejó un hijo recién nacido llamado Tezozomoc. Ya vimos que nació en 1282, y mientras su menor edad, aunque Torquemada sólo habla de cuatro años, reinó su madre Cihuaxóchitl. Según esta cronología, tenía treinta años el señor de Atzcaputzalco, cuando los peregrinos azteca fundaron la ciudad de México.

Respecto de los chichimeca de Cuauhtitlán, tenemos algunas noticias de aquella época de transición en que todo es interesante. En el año siete *tochtli* 1226 murió Teiztlacahuátzin, que comenzó á gobernar en 1169, es decir, después de cincuenta y siete años de reinado. Al siguiente año, 1227, ocupó su lugar su hijo Quinátzin, que pasó su residencia á Tepetlápan de Tequixquináhuac. Murió éste en 1247, y le sucedió Tézcalt, que gobernó treinta y nueve años hasta el dos *tochtli* 1286 y en tres *ácatl* 1287 subió al trono de Cuauhtitlán Váctzin, fijando su corte en Techichco. Ya dijimos cómo en ese mismo año fueron destruídos los Huehuetoca por los de Cuauhtitlán y sus aliados.

Entre los de Cuauhtitlán y Xaltócan había pendientes viejas rencillas. Vactli había prohibido toda relación con los xaltoca, y por su parte, cuando moría algún anciano de Xaltócan, aconsejaba á los jóvenes que tuviesen siempre odio á los extranjeros. Estos rencores venían desde los reinados de Quinátzin y Tézcatl, y al fin produjeron la gran guerra que emprendió Vactli. No era pequeño el señorío de Xaltócan: la capital era una isla que existe todavía en el lago del mismo nombre ó de San Cristóbal en el Valle de México, y frente á la cual y no muy distante queda Cuauhtitlán; pero su dominio se extendía hasta Ecatepec y Tzompanco.

La guerra comenzó en Tlacózpan y concluyó en un lugar llamado Acpaxapócan. Tomó este lugar nombre del dios *Xaltocameca* porque se aparecía dentro del agua; tenía semblante de mujer y cabello muy largo, y alentaba siempre á los de Xaltócan. Pero sucedió que llegaron los de Culhuacán, aliados al parecer de los de Cuauhtitlán, y en el año once *ácalt* 1295, destruyeron á los xaltoca, y por primera vez cogieron tres prisioneros para sacrificarlos á su dios. Esta guerra, desde su principio, duró nueve años.

El año 1297 murió Vactli, y le sucedió en el señorío de Cuauhtitlán el anciano Xaltemóctzin, el cual, á los dos años, en 1299, dió batalla tan general contra los de Xaltócan, que se destruyeron completamente y emigraron los que habían quedado. Entonces Xaltemóctzin repartió entre los suyos lo conquistado, y fijó los límites del reino de Cuauhtitlán, que fueron conservados hasta que llegó Cortés, pues dice el códice, que sus habitantes se hicieron terribles y no cedieron á nadie.

Varias veces hemos citado á los tlaxcalteca y á los huexotzinca, que en lo de adelante deben hacer interesantísimo papel; así es que creemos oportuno tratar de cómo fueron pobladas sus ciudades en los tiempos de que vamos tratando. Se cuenta que tras de los primeros chichimeca ó teochichimeca de Xólotl, llegaron otros, siempre por el rumbo de Cuextlán, que pasaron por Xilotepec, Hueypuchtlán, Tepotzotlán, y Cuauhtitlán, en donde hicieron mansión por algún tiempo. Siguieron después al rumbo de Texcoco, y los habitantes de la región les dieron lugar entre la misma ciudad y Chimalhuacán á orillas del lago. Los recién venidos se arrimaron á las faldas de la sierra en un lugar llamado Poyauhtlán, inmediato á Coatlinchán. Estuvieron allí de paz algún tiempo; pero sea porque comenzaron á desmandarse ó porque los tepaneca querían extender sus dominios, les hicieron la guerra; guerra en que se derramó tanta sangre, que en su memoria comieron desde entonces los indios un marisco llamado *izcahuitli*, que se cría en la laguna de Texcoco y tiene el color de sangre. Aun cuando los teochichimeca salieron vencedores, su dios *Camaxtli* les mandó que abandonasen el lugar para evitar nuevas persecuciones. En obediencia á ese mandato, partieron dividiéndose en dos fracciones: la una tomó el rumbo de Chalco hacia Amaquemécan, y la otra, que llevaba por jefe á Chimalquixintecuhtli, tomó por el norte y llegó á Tollantzinco y Cuauhchinanco, en donde habitaban ya otros chichimeca mandados por Macuilacatltecuhtli. Muñoz Camargo, el cronista tlaxcalteca, nos da una confusa cronología india de estos sucesos, que procuraremos aclarar. Llegaron los teochichimeca y poblaron en Poyauhtlán en el año *ome técpatl* 1208, y permanecieron allí hasta el año *ome calli* 1325, en que dejando aquellos llanos llegaron á Chalco Amaquemécan. Los caudillos que habían traído á los teochichimeca, fueron Mixcóhuatl, Hueytlapatli, Pántzin y Cocótzin. En 1324 salieron de Poyauhtlán, y los que ahí quedaron y fueron después á Cuauhchinanco, se extendieron á Tuzápan, Papantla, Tontiuhco, Mextitlán, Achchalintlán y Náuhtlan. Llegaron aquellos á Amaquemécan, como ya se ha dicho, en el año 1325, y rodeando por las faldas del volcán, y pasando por Tetela, Tochimilco, Atlixco, Coatepec y Tepapanyócan, llegaron á Huexotzinco, Cuauhquechóllan, Cholóllan y Tlaxcállan.

Éstos no pudieron ser los mismos huexotzinca y tlaxcalteca de que hemos hablado refiriéndonos á años muy anteriores; y no podríamos afirmar si eran restos de los antiguos tolteca, ó chichimeca que habían llegado

antes, pues de Cholóllan se refiere que desde el año *ce ácatl* 1311, había sido ocupado por los chichimeca, que llegaron guiados por Tololohuítzitl, Ixicóhuatl, Quetzaltecuyac, Cohuatlinichcuani y Ayapantli, y que este Tololohuítzitl salió á recibir á los emigrantes hasta Chalco Amaquemécan, que parece ya entonces se había hecho un solo reino sujeto á los chalca, en donde gobernaba Petlacatl.

El año de tres *tochtli* 1326, llegaron los emigrantes á Tetliyacac, junto á Huexotzinco, y de este lugar se esparcieron los ejércitos para ir á poblar las tierras. En el mismo año poblaron Ahuayópan, que estaba habitada por los zacateca que bajaron con Xólotl, y de allí se apartó Xopanhuatecuhtli á ocupar su capital Zacatlán. Se posesionaron de Huexotzinco Cozcuauhhuéhuetl y otros caudillos, de Atlixco Cimatecuhtli, de Tepeyacac (Tepeaca), Cuauhtzontecuhtli, dê Cuauhquechóllan Quetzalxiuhtli, y llegaron hasta el Poyauhtécatl ó cerro de Perote.

Tras varias batallas, que bien se revelan en el contexto de las crónicas, llegaron por fin en el año cinco *técpatl* 1328, al cerro de Tepectipac, y arrojaron de Tlaxcalla y Xocoyúcan á los ulmeca y zacateca que las tenían, matando á su famoso jefe Colopchti. Estableciéronse por fin al mando de Cohuatecuhtli en Tepectipac, que convirtieron sucesivamente en Texcalticpac, Texcalla y Tlaxcalla. Advertiremos que se usan indiferentemente los nombres Tlaxcalla y Tlaxcállan, aunque el primero tiene en su favor ser el usado por Muñoz Camargo.



Icxicuauhtli, primer señor de Tepéchpan



Coronación de Icxicuauhtli, primer señor de Tepéchpan

Concluiremos con la fundación de un señorío no lejano de Texcoco, el de Tepéchpan: en su jeroglífico, en que por cierto está equivocada la correspondencia de los años y algún nombre de lugar muy importante, aparece que en el año *ce técpatl* 1272, salió de Culhuacán Icxicuauhtli, y que en el once *tochtli* 1282, estableció su trono en Tepéchpan. En trece *tochtli* 1310 murió y le sucedió Cáltzin.

Este período de transición de que nos hemos ocupado, duró dos siglos, en los cuales tribus salvajes y nuevas, digámoslo así, vinieron á sustituir á tolteca y nonoalca en sus antiguos territorios, tomando como centro de su desenvolvimiento social el Anáhuac, es decir, las tierras inmediatas á los lagos de nuestro Valle de México, que Anáhuac tanto quiere decir como *junto al agua*. En estas tribus el único derecho que las

ligaba era el de la fuerza ó las alianzas de familia. Como la ciudad era troglodita no hubo por entonces una verdadera vida civil: los pueblos lacustres y las poblaciones fundadas después con *xacalli* por casas, dieron principio á una nueva organización; pero en ella sería inútil buscar todavía, ya no el lujo, ni siquiera las comodidades. Apenas si en los últimos tiempos empezaron á desarrollarse la alfarería y la agricultura, y comenzó á sembrarse el algodón, que debía sustituirse á los trajes de pieles de feroces bestias. Pero esas tribus bárbaras traían, sin embargo, ideas sanas, como la monogamía y un culto sin sangre: sin duda que su poca cultura era herencia ó préstamo de la nahoa; pero al contacto con los viejos pueblos del Valle, comenzó á recibir ésta ya en su evolución de mayor decadencia; lo que unido al hecho lógico de que con el establecimiento de la ciudad nacía el templo, con el templo el sacerdocio y con el sacerdocio los sacrificios, debía producir una vida nueva enferma desde su principio, y propicia para cualquiera invasión extraña de un pueblo de mayor cultura. Agreguemos la división de un pequeño territorio en multitud de señoríos, cada uno naturalmente de corta población; insistamos en que no existía el espíritu de nacionalidad, sino el de localidad, pues las conquistas tenían por única mira el aumento de tributos, y así podremos decir que al fundarse la ciudad de México, los mexica entraban á la vida social en una época de completa decadencia.

CAPÍTULO III

La teocracia de Tenoch. — La separación de los tlatelolca. — Los cuatro calpulli. — Sujeción al señorío tepaneca. — Guerra de Culhuacán y Tenayócan. — Emigración de los culhua á Cuauhtitlán. — Llegada á Texcoco de los tlailotlaca y chimalpaneca. — Restauración de la teocracia de Cholóllan. — Muerte de Acolhua Tezozomoc y de Quinátzin — Guerras de los tlaxcalteca. — Organización oligárquica del señorío de Huexotzinco. — Gobierno de Tlaxcala. — Techotlala ocupa el trono de Texcoco. — Monarquía de Tenochtitlán. — Elección de Acamapichtli. — La reina Ilancueitl — Tributos impuestos por Tezozomoc. — Guerras emprendidas por los mexica. — La Xochiyáoyotl. — Muerte de Ilancueitl y de Acamapich — Gobierno de Techotlala. — División del territorio. — Guerra de Xaltócan. — Elección de Huitzilíhuitl, segundo tecuhtli de los tenochca. — Principios de la organización social de México. — Casamiento é hijos de Huitzilíhuitl. — Tezozomoc y Techotlala extienden sus dominios. — Guerra de Cuauhtitlán — Nombramiento de Náuhyotl II para señor de Culhuacán. — Matrimonio de Ixtlilxóchitl y nacimiento de Netzahualcóyotl. — Guerra de Cuauhximálpan. — Extiende Tezozomoc sus conquistas hasta Xaltócan y Otómpan. — Muerte de Techotlala. — Coronación de Ixtlilxóchitl y jura de Netzahualcóyotl. — Campañas de Tezozomoc é Ixtlilxóchitl. — Toma de Texcoco. — Muerte de Huitzilíhuitl. — División del Anáhuac entre los hijos de Tezozomoc. — Campañas de Chimalpopoca. — Protección á Netzahualcóyotl — Muerte de Tezozomoc. — Usurpa Maxtla el señorío de Atzcaputzalco. — Muerte de Tayátzin, Chimalpopoca y Tlacateotl.

Fundada la ciudad de México Tenochtitlán, y construído el primer humildísimo templo de lodo y carrizos en el mismo lugar en que según la fábula se había aparecido el águila sobre el nopal, dividióse la gente en cuatro barrios por mandato de su dios. La intervención de *Huitzilopochtli* es constante en la crónica, como que trata de un pueblo esencialmente fanático, y que había arribado ahí guiado por un sacerdote. Así fué natural que conservase á éste por jefe, y que el primer gobierno del pueblo naciente fuese una teocracia. Dando de mano á las muchas contradicciones que sobre aquellos tiempos existen entre los escritores, llamaremos la atención sobre la primera pintura del códice Mendocino, en donde se ve á los fundadores de la ciudad sentados sobre tules, y solamente á Tenoch en estera y lugar preeminente como jefe y señor de ella. Advertiremos también, que inmediatamente detrás de él está Mexítzin, significando que era el jefe militar más importante, y acaso en este ramo su compañero en el gobierno.

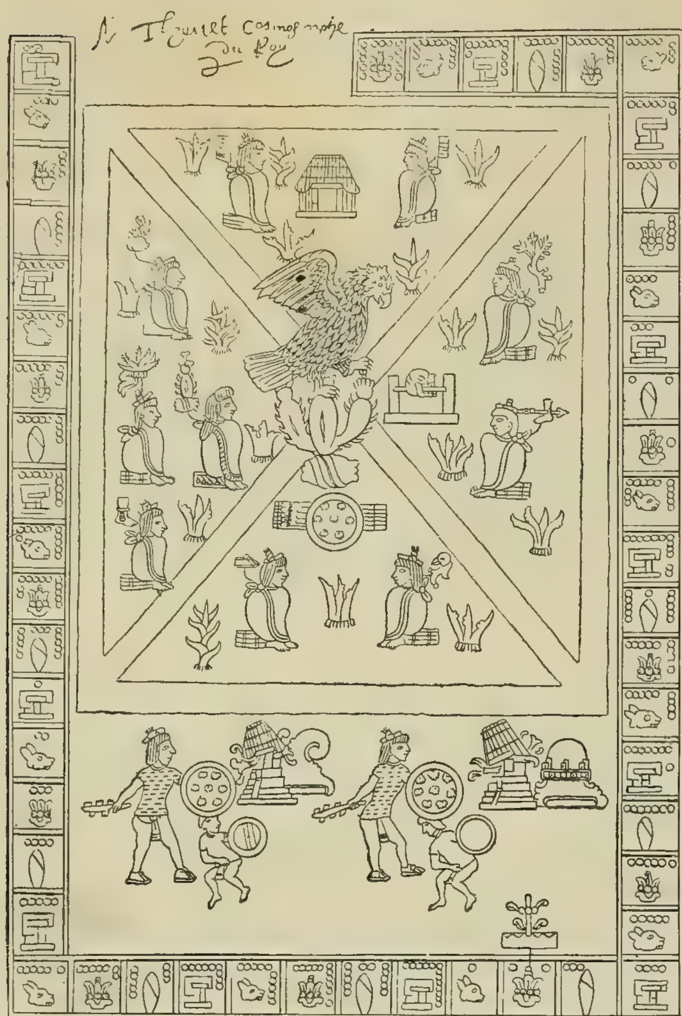
De entre los fundadores de México, algunos descontentos, á los trece años se separaron de los tenochca, ya herederos de viejos agravios, por la disputa de los dos envoltorios que encerraban la piedra preciosa y los palos para sacar lumbre, ya disgustados porque no los distinguieron en la división de la isleta; y capitaneados por Atlacuáhuitl, Huicto, Opochtli y Atlacol, fueron á vivir á otra isla, al norte de la de Tenochtitlán, é inmediata aunque de ella separada. Según el jeroglífico de la peregrinación, ya desde el desastre de Chapultepec algunos mexica habían ocupado esta isla, que por ser como montón de tierra llamóse Tlatelolco. Quedaron, pues, divididos los mexica en dos ciudades diferentes y desde entonces rivales, México-Tenochtitlán y México-Tlatelolco.

Hemos dicho que este disgusto entre tenochca y tlatelolca, provino entre otras causas, de desagrado por la división de la isleta. Según la leyenda, el mismo dios mandó á los mexica que se dividiesen en los cuatro barrios que naturalmente formaban las dos corrientes de agua transparente y azul. Llamáronse estos barrios ó *calpulli*, el que correspondió al cuadrante sudoeste Moyotla y hoy barrio de San Juan; el del cuadrante sudeste Téopan Zoquípan, hoy barrio de San Pablo; el del noroeste Cuepópan, hoy barrio de Santa María, y el del noreste Atzacualco, hoy barrio de San Sebastián: en los cuales mandó el dios que edificasen sus casas y levantasen sus templos, y que los dividiesen en otros barrios más pequeños, entre los que repartieran los dioses *calpultetc* que les había señalado.

Aunque algunas crónicas se refieren á tiempos posteriores, no nos puede caber duda de que los mexica reconocieron como tributarios desde un principio al señor tepaneca, en cuyo territorio se habían establecido. Si bien pintan á los tenochca alimentándose de hierbas, pececillos y ramas de la laguna, en cuyos cañaverales se ocultaban, también refieren que iban á los pueblos circunvecinos á cambiar su pesca y los patos que cazaban por madera y piedra, con la cual fueron aumentando el templo de su dios y el terreno de su isla, y construyendo nuevas habitaciones. Así es que no podían haber

permanecido ocultos á la vista vigilante de Tezozomoc, señor de Atzcaputzalco.

Esto está perfectamente acreditado en la primera pintura del códice Mendocino en donde se ve á los mexica comprometidos en dos batallas, una contra Culhuacán y otra contra Tenayócan; pues no estaban



Códice Mendocino. — Teocracia de Tenoch

por cierto los tenochca en situación de batallar por su cuenta.

Era ya entonces Tezozomoc, varón de más de treinta años, que ambicionaba extender los dominios de su señorío tepaneca. Abrazaba éste desde Atzcaputzalco, en la ribera del lago salado, hasta los lomeríos de Coyohuacán ó Coyoacán á orillas del lago dulce. Primero invadió los pueblos de éste, y así lo hemos visto ya señor de Cuitlahuac desde 1325; más tarde quiso extenderse por los pueblos del lago salado; pero antes penetraron en Culhuacán los mexica en son de guerra, pues en el año trece *técpatl* 1336, Achitómetl mató á Acamapich y se apoderó del mando, habiendo hecho para ello alianza secreta con los tenochca.

En cuanto á la batalla de Tenayócan tiene otra explicación. Vimos que Quinátzin, al pasar su corte á Texcoco, había dejado aquel señorío á Tenancacáltzin: ambicionólo entonces Tezozomoc, y en medio de la oscuridad de los relatos se descubre, que le hizo la guerra llevando á los tenochca, pues aparece como resultado la fuga del antiguo señor, y haberse hecho proclamar Tezozomoc por gran *Chichimecatecuhtli*. Esto pasó en el año *ome ácatl* 1351.

Confunden algunos escritores esta guerra con la que hicieron varios aliados al rey Quinátzin de Texcoco. Por descontento de la nueva vida social que éste les imponía, rebeláronse y con ellos cuatro hijos del rey; hízose independiente Tenancacáltzin, y aún el señor tepaneca se puso del lado de la revuelta. Llegó ésta á tomar tales proporciones, que el rey fué sitiado en Texcoco, levantándose también los teochichimeca de Poyauhtlán. Fué resultado de la guerra el triunfo de Quinátzin, el alejamiento de los vencidos y la emigración de los teochichimeca; aunque el cronista quiere que éstos hayan sido mandados con los cuatro hijos rebeldes del rey á Tlaxcalla y Huexotzinco.

Ixtlilxóchitl, partidario ciego de la grandeza de los señores de Texcoco, quiere que Quinátzin fuera jurado rey en Atzcaputzalco. Pero en medio de las noticias contradictorias, aclaramos que Tezozomoc se apoderó del señorío de Tenayócan con auxilio de los mexica, y Achitómetl del de Culhuacán; que esto significan las dos victorias de esos lugares alcanzadas por los tenochca, y que se registran en el códice Mendocino. Sí creemos, que no vencedores, como dicen los cronistas de Tlaxcalla, sino vencidos, emigraron los teochichimeca de Poyauhtlán.

En aquellos tiempos dos emigraciones diferentes debían llevar la cultura nahoa á Cuauhtitlán y Texcoco. A la primera ciudad llevánronla los culhua. En el año once *ácatl* 1347, comenzaron á dispersarse, pues todo lo había desmoralizado la usurpación de Achitómelt. Muerto éste el siguiente, doce *técpatl* 1348, sus partidarios y súbditos alarmados huyeron, yéndose buena parte á Cuauhtitlán. Diéronles los señores de esta ciudad tierras para que poblasen, aunque no dentro de ella; y los culhua inmediatamente levantaron templo para sus dioses y les sacrificaron víctimas humanas. Los chichimeca no tenían entonces templos.

Los culhua comenzaron por variar el curso del río Atoyac, que había destruído más de cien casas en Tultitlán. Construyeron después murallas alrededor de la habitación del rey Iztactótotl. Comenzaron á construir, y á enseñar en ella á los de Cuauhtitlán, obras de alfarería, en que todavía tienen gran reputación, esteras y tejidos de algodón. Fijóse entonces la propiedad de las tierras, se comenzó á sembrar maíz, chile y frijoles; se construyeron casas de piedra y murallas para su ciudad, y en fin, los chichimecas adoraron á los dioses *Toci*, *Nauhozomatli* y *Xochiquetzal* que habían llevado los culhua, y que en sus templos habían colocado Cuauhmochtli, Atenpanécatl, Xilloxóchcatl, Mexícatl y otros sacerdotes.

Respecto de las tribus tlailotlaca y chimalpaneca, desde el año cinco *técpatl* 1328 habían llegado á Texcoco. Eran nahoas que á la destrucción de Tóllan habían emigrado hasta tierras de los mixteca, de donde volvieron residiendo algún tiempo con los chalca. Los tlailoteca traían un jefe llamado Aztatlitéxcan, y los chimalpaneca dos, que eran Xiloquétzin y Tlacatéotzin. Eran consumados los emigrantes en pintar y hacer historias, y tenían por su dios principal á *Tezcatlipoca*, con lo



Establecimiento de los tlailotlaca y los chimalpaneca

que bien se explica que eran descendientes de los últimos tolteca emigrados. Señalóles Quinátzin lugar en el mismo Texcoco para la gente más granada, y de ahí vienen los nombres de los barrios Tlailotlácan y Chimalpanécan; repartió el resto en los pueblos inmediatos, y casó á Xiloquétzin con su nieta Chicomeácatl y á Tlacatéotzin con Texcocacíhuatl.

En el mapa Quinátzin se ve á éste hablando con los personajes que representan á esas dos tribus ó pueblos.

También refiere el cronista, que en el año *ome ácatl* 1325, Iztamátzin, gran sacerdote de Chohóllan, pidió auxilio contra los chichimeca al rey de Culhuacán, con quien le ligaba el ser de la misma raza y tener los mismos dioses ambos pueblos; el rey culhua le dió un ejército y dividiéndolo Iztamátzin en dos partes, de las cuales una quedó á su mando y otra al del sacerdote Nacazpipilolxóchitl, destrozó á los chichimeca de Tlanchquechóllan, Ayotzinco y Cuetlaxcohuápan, pueblo que estaba en el lugar que hoy ocupa Puebla, y libertó la metrópoli sagrada, restituyendo la teocracia que temporalmente, como ya hemos visto, se había sustituído por la monarquía.

En el año siete *ácatl* 1343 murió Tezozomoc, á quien los cronistas dan el nombre genérico de Aculhua, y le sucedió su hijo del mismo nombre, señor de Tenayoácan. A su vez Quinátzin, que tomó el dictado de *Tlatecátzin*, murió en Texcutzinco en el año ocho *calli* 1357, y se le enterró con las mismas ceremonias que á su padre.

Entre tanto habían pasado varios quebrantos á los teochichimeca de Tlaxcalla, cuya fundación pone el señor Orozco como más probable en el año cuatro *técpatl* 1340. Al mando de su jefe Colhuatecuhtli quisieron ensanchar su señorío de Tepeticpac, con lo que se metieron en guerras contínuas con sus vecinos, atrayéndose su enemistad, y sobre todo la de Xiuhtlehuitecuhtli, señor de Huexotzinco. Tlótzin, había concedido este señorío á su hijo Tochíntzin, dándole por compañeros en el gobierno á Chicomaccátzin, Tlacatlanétzin y Cuauhtliténtzin: de donde, según la tradición, quedó establecido el gobierno oligárjico de cuatro jefes en la ciudad libre de Huexotzinco.

En el año nueve *técpatl* 1384 llegó Xiuhtlehuitecuhtli á cercar á los tlaxcalteca, y reducirlos á los muros de su ciudad; pero por su valor y por medio de encantamientos de su dios, según la leyenda, salieron victoriosos, ajustaron paces con los pueblos vecinos y fueron engrandeciéndose. Al principio Culhuatecuhtli dividió el señorío con su hermano Teyohualmiqui; pero después, á imitación de Huexotzinco, partióse Tlaxcalla en cuatro parcialidades llamadas Tepeticpac, Ocotelolco, Cuauhiztlán y Tizatlán, y á su vez tuvieron cuatro señores de ellas. Estos cuatro señores se reunían para nombrar á los jefes del ejército, imponer tributos y decidir de la paz ó la guerra; en lo demás cada uno era señor absoluto en los pueblos que le pertenecían.

Estos dos señoríos modifican la forma de gobierno general en los chichimeca, que, según hemos visto, era la monarquía hereditaria. Otra nueva modificación debía verificarse á la muerte de Quinátzin, pues eligió para



Techotlala.

que le sucediese al menor de sus hijos, á Techotlala, porque era el mejor y más entendido de ellos. Sus súbditos respetaron su voluntad.

Sea por la muerte de Tenoc, que según la crónica manuscrita de nuestra colección, atribuída á Chimalpain, tuvo lugar en el año *ce ácatl* 1363, sea porque los mexica miraban á su derredor dominando el principio monárquico, ó por ambas causas á la vez, lo cierto es que pensaron darse un rey y convertir su teocracia en monarquía; pero como no tenían una familia real que la hiciese hereditaria á semejanza de las de los pueblos circunvecinos, estableciéronla electiva. Según el citado

manuscrito, entre la muerte de Tenoch y la elección del primer rey medió el gobierno militar de Mexítzin. Según el códice Ramírez eligióse rey en el mismo año de la fundación de la ciudad. Aceptando en tan intrincado laberinto la cronología de códice Mendocino, pondremos la elección del primer rey en el año *ce técpatl* 1376.

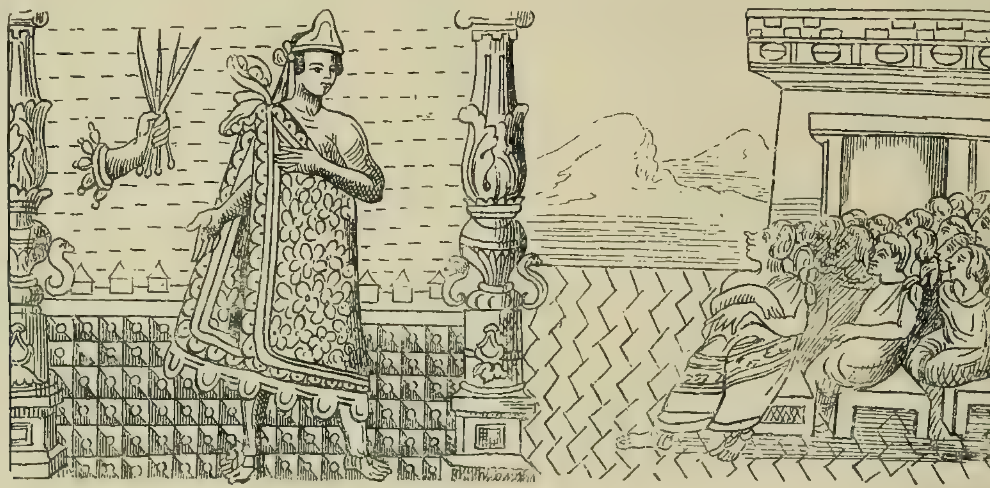
Advirtamos que traducimos por rey *tecuthli*, nombre que se daba aún á los jefes de menores señoríos, ya porque es el comunmente usado, ya porque es el que mejor idea da de la principal dignidad entre los mexica.

Esta primera elección parece que fué enteramente popular, pues según las mismas palabras del códice Ramírez, así los principales como los demás, determinaron de elegir por rey á un mancebo llamado Acamapichtli. No entraremos en la discusión de su genealogía, ni analizaremos las encontradas opiniones de los cronistas, que según sus aficiones querían ligarle á tal ó cual familia reinante, contentándonos con observar que los que lo emparentaban con la de Culhuacán, buscaban el hacer descender de los tolteca á los señores de México, y presentarlos como herederos de su monarquía y su cultura.

El nombre de Acamapichtli significa puñado de cañas, y en efecto, su jeroglífico representa una mano empuñándolas.

Los tlatelolca siguieron apartados, no lo reconocieron por rey, y mandaron pedir á Tezozomoc uno de sus hijos para que los gobernara. El señor de Atzcaputzalco dióles á Teotlehuac, que sólo vivió cuarenta días, y después á Cuauhcuauhpitzáhuac, que fué proclamado primer rey de Tlatelolco el *ome calli* 1377, año siguiente á la elección de Acamapichtli.

Creemos ver algo notable respecto al nombramiento de éste en su jeroglífico del códice Mendocino. Es una particularidad que hasta hoy no se ha explicado, y consiste en que á más de su signo jeroglífico propio lleva



Acamapichtli, primer rey de México

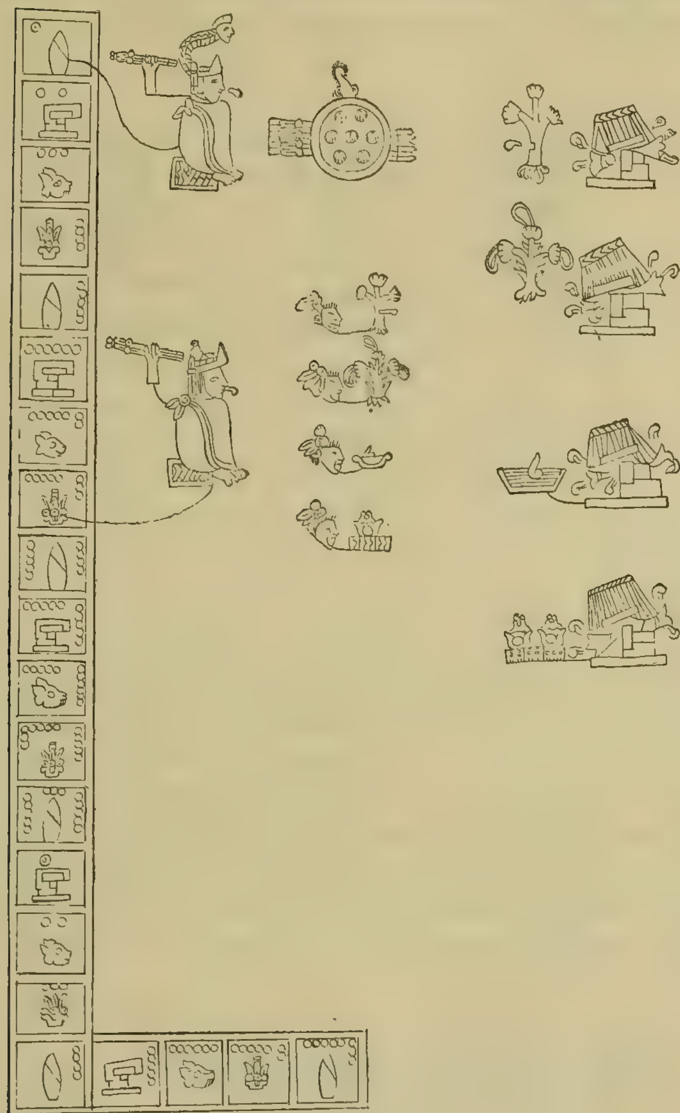
el de *Cihuacoatl*, que es una culebra que tiene en la boca la cabeza de una mujer. Como todavía entonces no se había establecido la dignidad de ese nombre de que después hablaremos, hay que buscar otra explicación de por qué Acamapich era *Chihuacoatl*.

Si recordamos los jeroglíficos de la peregrinación azteca, observaremos que sólo dos dioses mexica aparecen en ellos, *Huitzilopochtli* y *Cihuacoatl* ó *Quilaztli*. *Cihuacoatl*, *Coatlicue*, era la madre de la humanidad, la mujer que había tenido á los gemelos, la madre de *Quetzalcoatl* y *Huitzilopochtli*, cuya gran veneración entre los mexica se comprende con sólo ver su admirable y colosal ídolo, el más grandioso del Templo Mayor, y hoy ornamento inapreciable de nuestro Museo Nacional. Además, el cuerpo de sacerdotes, que residía dentro de ese Templo Mayor, estaba destinado al servicio de la diosa *Cihuacoatl*, y según costumbre tomaba su mismo nombre el que desempeñaba el sumo sacerdocio de la deidad. Era, pues, Acamapichtli ese sumo sacerdote; y al tener que abandonar la teocracia, conseguía aún el sacerdocio tenochca que uno de los suyos fuese el rey. Los sacerdotes eran guerreros á la vez: esto explica más aquella elección.

Tomó Acamapichtli por mujer á Ilancueitl, hija de Acolmixtli, señor de Culhuacán, y además á Ayancíhuatl, hija del señor de Coatlinchán. Ilancueitl era estéril, tanto que refiere la crónica que avergonzada por esta causa, cuando el rey tenía algún hijo de otra de sus mujeres, fingía ella tenerlo y por suyo lo hacía pasar. Y era que los nobles de México, vista la esterilidad de la reina, le habían dado á sus hijas para que tuviese herederos, por lo que se le cuentan hasta veinte mujeres. Tecatlamiyahuátzin, hija de Acautli, fué madre de Huitzilíhuitl. La de Itzcoalt fué una esclava de Atzcaputzalco, del barrio de Cuauhacalco: habiendo venido á México á vender legumbres, vióla Acamapichtli y se prendó de ella. Acaso el haber sido estéril la reina Ilancueitl, fué parte muy principal para que no se estableciese en Tenochtitlán la monarquía hereditaria.

Los tenochca habían progresado en el transcurso

del tiempo, aumentando su isla y sus habitaciones, formando algunos canales y dedicándose á la navegación de los lagos: esto y la elección de rey, alarmaron á Tezozomoc, de quien eran tributarios, por lo que decidió aumentarles exageradamente los tributos. A este propósito cuenta la leyenda, que mandó que le llevaran una *chinampa*, (campo flotante), sembrada de maíz, huautli, chile, frijoles y calabazas; y habiéndolo hecho con



Códice Mendocino. — Reinado de Acamapichtli

intervención de su dios, les previno, como cosa imposible, que en el nuevo tributo llevasen además en la chinampa un pato y una garza empollando, de manera que al llegar adonde él estaba picaran los polluelos el cascarón y salieran de él. El dios intervino de nuevo, y se dió el tributo exigido. Pidióseles después un venado vivo, que no podía haber en la laguna; pero *Huitzilopochtli* púsoles uno cerca de Huitzilopochco, en un lugar llamado Tetecpilco, que de entonces mudó su nombre por Mazatla.

La pintura del códice Mendocino nos pone de manifiesto cuatro campañas emprendidas por Acamapichtli: contra Cuauhnáhuac; contra Xochimilco, lo que tuvo lugar en el año cuatro *ácatl* 1379; contra Mizquic en el siete *tochtli* 1382, y contra Cuitlahuac en el cinco *calli* 1393. Los templos de los cuatro pueblos fueron incendiados, y sus señores hechos prisioneros y sacrificados.

El señor Orozco cree que los tenochca no pudieron emprender por cuenta propia estas guerras, sino como aliados y al servicio de Tezozomoc. No podría dudarse de Cuauhnáhuac, pues no era posible que los tenochca llevasen hasta allá la guerra. De la de Cuitlahuac tenemos datos más precisos: recordemos que el viejo Tozozomoc se había apoderado de esa ciudad en 1325; pero debió sustraerse después á su dominio, porque en 1337 aparece como su rey Pichátzin. Pues bien, ahora encontramos que en cuatro *técpatl* 1392, mataron á Pichátzin los tepaneca del mismo Cuitlahuac por mandato de Tezozomoc, y que el cinco *calli* 1393 éste nombró rey á Tepolozmáyotl. De manera que se confor-



Tributos de Tenochtitlán

man con los datos antes citados, los que nos da el códice de Cuauhtitlán. Encontramos en el mismo manuscrito á los tenochca comprometidos con los chalca en una guerra que se llamó de las flores ó *Xochiyaóyotl*, por la poca sangre que en ella se derramó, y sucedía esto en el año *ce técpatl* 1376, que corresponde perfectamente á la guerra de treinta y siete años que con Chalco tuvo Tezozomoc desde 1339. En 1385 se repitió la guerra, que fué cruda, y murió en ella su rey Ieécalt, sucediéndole *Xapantli;* pero los chalca perdieron su ciudad, que quedó sin duda en el dominio de Tezozomoc, y no la recobraron hasta el tiempo de Moteczuma el viejo.

En el año de ocho *ácatl* 1383 murió la reina Ilancueitl, y en el ocho *técpatl* 1396 su esposo Acamapich, primer rey de los tenochca.

Mientras Tezozomoc extendía sus dominios en el lago dulce, y llegaba por el de Texcoco hasta Tenayócan, Techotlala gobernaba y hacía prosperar su reino, introduciendo la cultura nahoa, pues no sólo las costumbres tolteca, sino la misma lengua, le había enseñado su nodriza Papaloxóchitl. Se le había coronado con gran pompa, y se le había casado con Tozquéntzin, hija de

Acolmitztli, señor de Coatlinchán. Fué su primer cuidado organizar la corte, y al efecto mandó que en ella habitasen los señores del reino, y estableció los grandes empleos, de *Tetlachto,* jefe militar que presidía á los acolhua, *Iolqui,* embajador principal que presidía á los culhua, *Tlami,* como mayordomo mayor que presidía á los chichimeca y otomíes, y *Amechichi,* especie de aposentador y jefe de los tepaneca. Esto acredita que de todas esas diversas razas se componía ya la monarquía texcucana.

Cuenta Ixtlilxóchitl que Techotlala hablaba el nahoa, y que era tan afecto á él y á los pueblos de esa lengua, que mandó que se hablase en su corte, y en ella dió lugar á varias familias de aquella raza tolteca que de Culhuacán llegaron á Texcoco, y pobló cuatro barrios, con la familia de los Mexítin, que gobernaba Ayóquan; con la de los Colhuaqui, que mandaba Náuhyotl; con la de los Huitznahuaqui, que presidía Tlacomihua y la de los Tepaneca, que dirigía Achitómetl. Este hecho está consignado en el mapa Quinátzin. Techotlala despachó



Llegan á Texcoco las cuatro tribus nahuatlaca

además otras familias á otros pueblos. Los nuevos habitadores de Texcoco traían á sus dioses, y entre ellos á *Huitzilopoctli* y á *Tlaloc;* y no sólo permitió Techotlala que les levantasen templos, sino que consintió en que les hicieran sacrificios: con lo que fué introduciendo en su reino el culto mexica.

Dividió Techotlala su reino en veintiocho señoríos, y éstos en cuarenta y siete menores que reconocían su dominio y le pagaban tributo, y eran: 1 Tlacapalácan, 2 Tolócan, 3 Acapichtlán, 4 Itztapalápan, 5 Huitzilopochco, 6 Mexicatzinco, 7 Culhuacán, 8 Cuauhnáhuac, 9 Mazatepec, 10 Xochitepec, 11 Zacatepec, 12 Xiuhtepec, 13 Contlán, 14 Tlalatlauhco, 15 Texocoac, 16 Chichimecatzacoalco, 17 Chichicahuazco, 18 Tepetla, 19 Petlacco, 20 Tetlanexco, 21 Toxmilco, 22 Tlacuacuitlapilco, 23 Ayotzinco, 24 Itzócan, 25 Cihuahuaxtepec, 26 Atlixco, 27 Quiyahuiztlán, 28 Xaltepetlápan, 29 Xalatzinco, 30 Totomihuacán, 31 Tecalco, 32 Techatópan, 33 Topoyanco, 34 Xaltocanteapaxco, 35 Hueymóllan, 36 Xicotepec, 37 Teotihuacán, 38 Nauhtla, 39 Otómpan, 40 Tepéchpan, 41 Tizayócan, 42 Metztítlan, 43 Tototepec, 44 Tóllan, 45 Chiauhtla, 46 Papatotla y 47 Tetlaoztoc.

No debemos creer que todas estas ciudades estuvieron sujetas desde aquellos tiempos al señorío de Texcoco, tales conquistas pertenecieron á época de mayor grandeza; no podía sin duda Techotlala, cuando comenzaba á agrandar y civilizar su imperio, llevar la conquista más allá de la corona de montañas del Valle, por una parte hasta Cuauhnáhuac y por otra hasta Itzócan y Atlixco; ni nos podemos convencer de que conservase su dominio en tierras relativamente tan lejanas como Tóllan y Metztitlán. Al contrario, encontramos en la crónica, que habiéndose rebelado los otonca de Xaltócan, y fuertes con la alianza de los de Metztitlán y Xilotepec, y de los señores de Cuauhtitlán y Tepot-



Huitzilíhuitl, segundo rey de México

zotlán, tuvo necesidad Techotlala de aliarse á su vez con Tezozomoc para batirlos. Derrotado el jefe rebelde Tzompántzin y tomada Xaltóncan, fueron reducidos los otomíes á la ciudad y territorio de Otómpan.

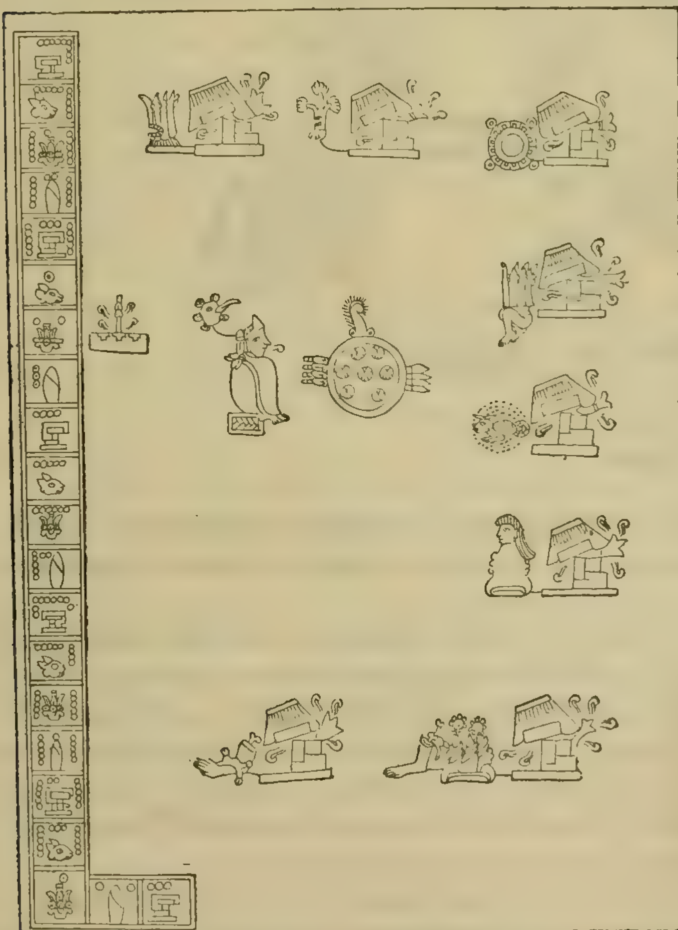
En el mapa Quinátzin parece que hay un recuerdo de esta campaña, que tuvo lugar en el año cinco *técpalt* 1380, porque al lado de la figura de Techotlala se pone el jeroglífico de Xaltócan, lo que ha dado lugar á algún error de interpretación.

Muerto Acamapichtli eligieron los tenochca á Huitzilíhuitl por *tecuhtli*. Con este nombramiento quedaba confirmada la monarquía electiva en la ciudad de Tenochtitlán; y ¡cosa extraña! no están conformes los autores en el modo de hacer la elección.

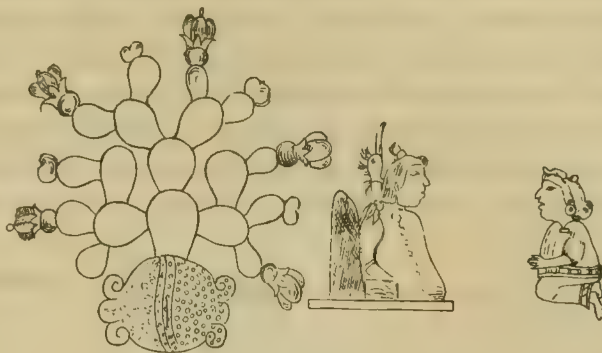
La del primer rey había sido hecha en una junta popular; pero en la del segundo, si bien se reunió todo el pueblo, según Tezozomoc, la elección la hicieron los más principales, viejos y sacerdotes de los cuatro barrios de Moyotla, Téopan, Atzacualco y Cuepópan, por estar congregados esos cuatro barrios de México Tenochtitlán.

Tales frases del cronista mexica nos descubren mucho de la organización social de la nueva ciudad, y cómo en este punto han andado descuidados los escritores antiguos y se advierten en ellos contradicciones notorias, y por su parte los modernos por dados á novedades han querido introducir sistemas que más tienen de hijos de su imaginación que de la verdad histórica, nos parece oportuno detenernos para dilucidarlo.

Desde luego debemos admitir que desde su fundación se organizó la nueva ciudad, porque las teocracias por su naturaleza son afectas á la organización jerárquica,


Códice Mendocino.—Reinado de Huitzilíhuitl

y por eso se ve en la leyenda, que la obra de Tenoch fué confirmada por el dios, quien dispuso la división en los cuatro barrios ó *calpulli*. Esta división, pues, es radical en aquella sociedad. En cada barrio había un templo, y debió ser natural que en tiempo de Tenoch el sacerdote fuese su jefe. Además, en cada uno de esos *calpulli* había cierto número de guerreros y personas principales, que constituía lo que los cronistas llaman nobleza. La junta de éstos y de los sacerdotes, es la


Matrimonio de Huitzilíhuitl

que aparece en Tezozomoc eligiendo al nuevo rey. Pero el padre Durán, que escribió con las mismas fuentes, afirma que si bien la elección se hizo de la manera que relata aquel cronista, uno de los ancianos salió á sujetarla á la aprobación del pueblo, que estaba afuera esperando, diciéndole:—Mirad lo que os parece, porque sin vuestro parecer no habrá nada hecho.—Pero el códice Ramírez, que es la principal autoridad, solamente dice que el pueblo de afuera vitoreó la elección. Quedó, pues, por segundo rey de los tenochca Huitzilíhuitl, cuyo nombre significa *pluma de colibrí*.

Era joven todavía el nuevo rey y soltero, por lo que los tenochca, á fin de atraerse la buena voluntad de Tezozomoc y aliviarse algo del pago de tributos, decidieron enviar una embajada al señor de Atzcaputzalco para pedirle una hija que fuese su reina casándola con Huitzilíhuitl. Dió por resultado la embajada, el que Tezozomoc le entregase á su hija Ayauhchihuatl, la que con gran acompañamiento de tenochca y tenapeca fué traída á México, en donde desde luego casó con el rey.

De esta unión nació á su tiempo un niño á quien se puso Chimalpopoca por el mismo Tezozomoc, quien recibió tan gran placer, que no sólo hizo numerosos obsequios á su hija, sino que á ruego de ésta quitó el tributo á los tenochca, y solamente les dejó en prueba de su sumisión, el deber de entregarle dos patos y algunos animales del lago. De la misma Ayauhcíhuatl tuvo Huitzilíhuitl otro hijo llamado Acolnahuácatl: y resulta de diferentes datos de diversos manuscritos y crónicas, que casó también, pues la poligamia era permitida, con Miauaxóchitl, hija de Tezcacoatl, señor de Cuauhnáhuac; y de esta unión tuvo en el año diez *tochtli* 1398 á Ilhuicamina que más tarde tomó el nombre de Moteczuma, y después á Tlacaelel, de quien mucho tendremos que ocuparnos. Según Ixtlilxóchitl tuvo hasta ocho hijos.

Ya por aquellos años, tanto Techotlala como Tezozomoc, procuraban extender sus dominios. El primero

ocupaba la parte oriental del Valle, y hemos visto que se extendía á Xaltócan y Teotihuacán, pretendiendo por lo menos ejercer su señorío en las ciudades de Atlixco, Tlaxcalla y otras que quedaban al otro lado de la montaña. Tezozomoc, como ya dijimos, después de dominar en la parte occidental, ocupaba la del sur con el señorío de Coyohuacán, y el lago con los de Cuitlahuac y Chalco, mientras que tenía como punto avanzado en el norte el cerro fortificado de Tenayócan, la misma ciudad que había fundado Xólotl. Bastaba esto para comprender que eran necesariamente rivales Tezozomoc y Techotlala, y que pronto tendrían que verse envueltas en cruda guerra las dos ciudades de Texcoco y Atzcaputzalco.

Mientras llegaba ese día, Tezozomoc procuraba aumentar su territorio y su poder. El gobierno de Cuitlahuac, en donde desde el año cinco *calli* 1393, había puesto á Tepolozmáyotl, le daba completa seguridad á Tezozomoc por ese rumbo; para asegurarse por el opuesto, es decir, por el norte, llevó la guerra á Cuauhtitlán. Como en todas estas campañas le acompañaban los mexica, se ven en el reinado de Huitzilíhuitl, en la pintura respectiva del códice Mendocino, las batallas de Tultitlán y Cuauhtitlán. Gobernaba en esta



Oztoticpac. Texcoco

ciudad Teutlacozáuhqui, cuando se perdió por la guerra de los tenochca y los tlatelulca en el año diez *tochtli* 1398. La política de Tezozomoc se marca también con otro hecho: por el abandono de Culhuacán se creyó con derecho el *tecuhtli* de México para poner en aquel señorío á su hermano Náuhyotl, por su parentesco con los reyes culhua, y así dominaba Tezozomoc en todo el lago de Chalco, é iba encerrando á Techotlala en un cerco inquebrantable.

Este comprendió las ventajas que en tales momentos tenía la buena amistad de los tenochca, ya por su valor y por su arrojo bien conocidos y que los hacía aliados inapreciables, ya por la posición de su ciudad en el lago salado, precisamente entre Texcoco y Atzcaputzalco, aunque más inmediata á ésta. Así es que Techotlala pidió á Huitzilihuitl una de sus hermanas para casarla con su hijo Ixtlilxóchitl: dióle el *tecuhtli* tenochca á su hermana Matlacíhuatl, y se verificó el matrimonio en el año *ce tochtli* 1402, y en el mismo, en el día *ce mázatl*, nació de esa unión en Texcoco el famoso Netzahualcóyotl.

En la relación franciscana de fray Bernardino, manuscrito de nuestra colección, se registra en el año tres *técpatl* 1404, una victoria de los mexica sobre los otonca de Cuauhximálpan. Como esta población estaba en las montañas del poniente y adelante de los terrenos de los tepaneca, es claro que los tenochca fueron como aliados de éstos á esa conquista.

Al siguiente año, cuatro *calli* 1405, murió Cuauhcuauhpitzáhuac, señor de Tlatelolco, y le sucedió su hijo Tlacateotl. Refieren algunos escritores al cinco *tochtli* 1406, la muerte de Acolnahuácatl, hijo de Huitzilíhuitl, atribuyéndola á Maxtla, quien en esa versión habría procurado la muerte del padre y del hijo, convidándolos á Atzcaputzalco é insultando ahí al señor de México. Si no es Acolnahuácatl un título del mismo

Chimalpopoca, y si no es esta leyenda confusión de una de las versiones sobre la muerte de éste, debemos creer únicamente que Maxtla, hijo de Tezozomoc, creyó conveniente á sus intereses matar al señor de Tenochtitlán y á sus hijos, y que sólo logró quitar la vida á Acolnahuácatl; pero esto sin conocimiento del señor de Atzcaputzalco, pues en el mismo año lo vemos de nuevo interviniendo en Cuauhtitlán, y mandando matar al *tecuhtli* Xaltemótzin, hasta que por fin, en el año cuatro *tochtli* 1418, puso por señor de aquella ciudad á su hijo Cuauhtlatohuátzin. Igual reflexión debemos hacer sobre la guerra de los mexica á los chalca, que se registra en la pintura del códice Mendocino, y de la cual dicen las *Relaciones franciscanas*, que en el año siete *técpatl* 1408, ganaron los mexica á Acapixtla y Cuauhximilco en territorio de Chalco, y que duró todo el año siguiente de ocho *calli* 1409. Era Tezozomoc que por todas partes extendía sus fronteras.

Todavía encontramos en el códice Mendocino otras tres campañas de los mexica, que nos revelan la profunda política de Tezozomoc. Antes de emprender ninguna tentativa sobre el mismo Texcoco, trataba de apoderarse de las poblaciones del norte que reconocían la soberanía de Techotlala; de ahí el ataque y ocupación de Tollantzinco, Xaltócan y Otómpan, con lo cual cortaba á los texcucanos todo auxilio del antiguo país de los nonoalca. La *Historia Chichimeca* de Ixtlilxóchitl nos da razón de que los mexica marcharon sobre Tzompantecuhtli, que á la sazón era rey de los otomíes y tenía su corte en Xaltócan; y de tal manera le hicieron la guerra, que se apoderaron de su reino, y él tuvo que huir á Metztitlán. Contentóse Techotlala con ponerse en observación con sus fuerzas en un lugar llamado Chiconauhtla, y la noche que tepaneca y mexica dieron la batalla á Tzompantecuhtli y le ganaron la ciudad de Xaltócan, redújose á recoger y amparar á los fugitivos.

Techotlala fué un buen rey: cuidó mucho de la cultura de su pueblo; lo sujetó á la vida social de la corte; comenzó á engrandecer ésta, dando entrada en ella á las artes nahoas que parecían olvidadas, y preparando así la futura grandeza de Texcoco. Los jeroglíficos pintan de manera expresiva esta evolución, obra principal de aquel monarca. En el mapa Tlótzin, para significar los diversos grados de civilización que el país iba alcanzando, se pone primero en Oztoticpac Texcoco, á Tlótzin y á Quinátzin en una cueva y con trajes de pieles, para recordar las costumbres chichimeca y la vida troglodita. Después se coloca fuera de la cueva á Techotlala y á Ixtlilxóchitl; pero todavía con sus vestidos de piel: manifestando así ya la vida de la ciudad, mas no la completa cultura, y luego se ve á Netzahualcóyotl y á Netzahualpilli, sentados ya en el *tlacaicpalli* ó trono, adornadas las cabezas y con trajes de algodón, expresando que alcanzaron el supremo desarrollo social de aquellos tiempos.

Pero si Techotlala fué un buen rey, tenemos que considerarlo como un malísimo político. Tezozomoc cuidó con astucia de no atacarlo directamente é irse engrandeciendo hasta que pudiera con certeza triunfar de los texcocanos. Techotlala lo dejó hacer, y al morir, en el año *calli* 1409, dejaba á su hijo Ixtlilxóchitl una herencia de desgracias. Bien lo comprendió en esos momentos, pues al sentirse con la enfermedad de la muerte, llamó á su hijo, le hizo presente su poca edad y le advirtió los peligros á que estaba expuesto, teniendo por enemigo á Tezozomoc, que con astucia y audacia se



Cultura progresiva de los reyes de Texcoco

había hecho fuerte y había ligado á su causa á los más poderosos señores.

No salieron fallidas sus previsiones; murió, y á sus exequias únicamente concurrieron algunos señores sin importancia, y un solo pariente, Tochíntzin, señor de Coatlinchán.

Creyó entonces Tezozomoc llegado el momento oportuno para colmar sus deseos, y reunió á los señores de Tenochtitlán y Tlatelulco, á fin de acordar con ellos el llevar la guerra á Texcoco. Decidióse en el consejo esperar, y confiando en la inexperiencia y debilidad de Ixtlilxóchitl, hacer que indirectamente reconociese el tributo, señal de sujeción en aquellos pueblos. Al efecto, al año siguiente, nueve *tochtli* 1410, le envió Tezozomoc

una embajada con gran cantidad de algodón, rogándole que le fabricasen mantas los mejores obreros de Texcoco. Disimuló Ixtlilxóchitl su ira y obedeció. Repitió Tezozomoc su demanda en el siguiente año, diez *ácatl* 1411, enviando mayor cantidad de algodón y exigiendo que se le hiciesen pronto las mantas. Volvió Ixtlilxóchitl á callar y á obedecer. Por tercera vez, el once *técpatl* 1412, envió su remesa de algodón el monarca tepaneca; apuróse entonces la paciencia del texcocano, y respondió que tomaba el algodón para sí, porque necesitaba hacer *ichcaipilli* para sus guerreros, á fin de castigar la audacia de Tezozomoc.

Con esto daba motivo á la guerra, pues según las costumbres de aquellos pueblos había reconocido el tributo. La guerra estalló. No la seguiremos en todos sus pormenores, de que da extensas noticias más ó menos parciales, el cronista Ixtlilxóchitl. Pasóse en batallas sin gran importancia el año doce *calli* 1413. En él, sin duda por poco afecto á la causa de Tezozomoc, mandó éste matar al rey Náuhyotl de Culhuacán, y puso en su lugar á Acóltzin.

Al siguiente año, trece *tochtli* 1414, decidió Ixtlilxóchitl tomar la ofensiva y emprender en regla la campaña; pero antes quiso que se jurara heredero de su trono á su hijo Netzahualcóyotl, que apenas tenía doce años. Verificada la ceremonia, comenzóse la guerra. Coacuecuenótzin marchó por tierra con el ejército sobre Atzcaputzalco, y Tzocuauhuacótzin con una flota de canoas por el lago, sobre la isla de México. El primero fué rechazado por los tepaneca, y el segundo derrotado en la mitad del lago por los mexica al mando de Tlacateotl, señor de Tlatelolco, los que persiguieron á sus contrarios hasta la ribera del lago cerca de Texcoco; pero ahí, tras de sangrienta batalla, fueron rechazados á su vez.

Habiendo quedado la ventaja por los aliados, tomaron ellos la ofensiva en el año siguiente, *ce ácatl* 1415. Al efecto, emprendieron la campaña por el lago de Chalco, cayendo de improviso sobre Aztahuacán, para atacar Texcoco por un flanco; pero Ixtlilxóchitl estaba apercibido, y llegó con poderoso socorro; por lo que tuvieron que retirarse los aliados, llevando numeroso botín y prisioneros que sacrificaron á sus dioses. También por el lado del norte habían hecho irrupción los tepaneca en las tierras de Texcoco; pero fueron derrotados.

Viendo Ixtlilxóchitl que por él había quedado la victoria, se hizo proclamar *Acolhuatecuhtli*, y desde entonces al nombre de Texcoco se agregó el de Acolhuacán, que quedó como distintivo de aquel señorío, llamándose acolhua sus habitantes. Como era costumbre, mandó á los aliados por embajador á Cihuanahuacátzin para exigirles su reconocimiento. Cumplió éste su embajada en Atzcaputzalco, ante Tezozomoc, Huitzilíhuitl y Tlacateotl, y habiéndose rehusado éstos á reconocer á Ixtlilxóchitl, armó el embajador á Tlacateotl, según ceremonia usada en esos casos, con *ichcahuipilli*, arco, flechas y macana, y declaró la guerra citando á los aliados para los campos de Chiconauhtla.

Al otro año, *ome técpatl* 1416, acudió Tezozomoc á la batalla, mientras que mandaba por el lago á los mexica, que cayeron á Huexotla y ocuparon á Texcoco. Pero sucedió otra vez que estaba apercibido Ixtlilxóchitl y tras varios días de batalla rechazó las fuerzas que atacaron á Huexotla, y derrotando á los tepaneca en Chiconauhtla, llegó con sus huestes á Temacpalco y puso sitio á Atzcaputzalco.

Refiere el cronista texcocano, que Tezozomoc, para salir del apuro, reconoció la supremacía de Ixtlilxóchitl, con lo que éste levantó el cerco y licenció á sus ejércitos. Y agrega que al año siguiente, tres *calli* 1417, fingiendo ir al reconocimiento, preparó Tezozomoc gran fiesta en Temamatlac, no lejos de Texcoco, para en ella sorprender y matar á Ixtlilxóchitl. Éste, que comprendió tarde el engaño, se excusó; pero entonces los aliados marcharon inopinadamente sobre Texcoco. Defendió su rey la ciudad por cincuenta días; pero el traidor Toxpilli, privado de Ixtlilxóchitl, entregó el barrio de Chimálpan, y la ciudad fué tomada, saqueada é incendiada. Por eso en el códice Mendocino se ven como últimas victorias de Huitzilíhuitl, Texcoco y Acolma.

En efecto, en ese mismo año, tres *calli* 1417,



Códice Ramírez. — Chimalpopoca, tercer rey de México

murió Huitzilíhuitl, y fué proclamado señor de Tenochtitlán su hijo Chimalpopoca, mancebo de veinte años. Su dignidad de gran sacerdote, *Cihuacoatl*, que de su padre Acamapichtli había heredado, pasó á su hijo Tlacaelel.

Huitzilíhuitl había engrandecido á Tenochtitlán, material y moralmente, probando á su pueblo que estaba su porvenir en la fuerza de las armas, y especialmente en la supremacía que alcanzaran en las aguas de los lagos con sus flotas de canoas, guerra en que los dejaba

muy ejercitados. Así es que al coronar á Chimalpopoca, después de sentarlo en el *tlacaicpalli* y de ungirlo con el *ulli* sagrado, vistiéronlo con *ichcahuipilli* de guerrero y lo armaron de *chimalli* y *maquáhuitl.* Contaba Chimalpopoca con el cariño y apoyo de su abuelo Tezozomoc, y así consiguió en todo su protección, y que le concediese el agua de Chapultepec y materiales para conducirla á su ciudad; para ello se construyó la calzada de Tlacópan, que unió desde entonces á Tenochtitlán con Atzcaputzalco.

Pero mientras se coronaba en la isla al nuevo rey, Tezozomoc seguía la persecución de Ixtlilxóchitl. Refiere la crónica un hecho de tanta lealtad y de tan grande nobleza, que no se debe dejar al olvido. Tezozomoc, durante la época de la tregua que á la guerra se dió después del cerco de Atzcaputzalco, había ido ganando á su causa á los señores de los diversos pueblos aliados á Ixtlilxóchitl, y entre ellos al de Otómpan. Ixtlilxóchitl, viéndose perdido y confiando todavía en la lealtad de éste, le mandó de embajador á uno de sus más notables guerreros, á Coacuecuenótzin, para pedirle socorro. Ixtlilxóchitl, á la pérdida de Texcoco, se había ocultado con su hijo y algunos parciales en las grutas de Cuauhyacac, y después en las de Tzinacanoztoc, antiguas mansiones de sus antepasados. En esta última mandó á su fiel guerrero que fuese con la embajada. Comprendió Coacuecuenótzin, que no iba más que á perder la vida, y partió diciéndole á su rey:—Sé que no he de volver, no olvides á mi esposa y á mis hijos; y si Netzahualcóyotl sube al trono, en ellos tendrá constantes defensores.—Partió y llegó al fin ante Quetzalcuixtli, señor de Otómpan, y le dió su embajada; pero el rey otómitl le contestó que no reconocía más autoridad que la de Tezozomoc, y que fuese al *tianquiztli* á decir su encargo. Penetró tranquilo Coacuecuenótzin en medio del gentío, y ahí reclamó á los otonca la fidelidad que á su soberano debían. Interrumpiólo Xochpoyo vitoreando á Tezozomoc, y la multitud se arrojó sobre el embajador hasta hacerlo morir á pedradas, despedazando después horriblemente su cuerpo.

Al saberlo Ixtlilxóchitl, comprendió que no tenía más salvación que la fuga, y fué á esconderse á la profunda barranca de Cueztlachac. Al amanecer del día *matlactli cozcacuauhtli* del mes *ochpaniztli* del año cuatro *tochtli* 1418, llegó el guerrero Tezcacoatl á avisarle que se acercaban los enemigos por tres caminos diferentes. Siendo imposible la huída, se despidió de su hijo encargándole la venganza. Netzahualcóyotl se escondió en una altura vecina entre las ramas de un capulín, é Ixtlilxóchitl salió al encuentro de sus contrarios y peleó hasta morir. Quedó desnudo y abandonado el cuerpo del rey de Texcoco, y al oscurecer bajaron á recogerlo sus dos súbditos leales Totocahuán y Chichiquíltzin; vistiéronlo y veláronlo toda la noche, y cuando el sol se levantaba entre nubes de sangre, quemaron su cuerpo y guardaron sus cenizas. Netzahualcóyotl marchó al destierro á esperar el día de la venganza.

Los otonca, según el códice de Cuauhtitlán, vengaron la muerte de Ixtlilxóchitl, lapidando á Quequenótzin, hija de Tezozomoc; lo que está en completa contradicción con el relato de Ixtlilxóchitl que antes hemos transcrito.

Tezozomoc había alcanzado cuanto ambicionaba; se hizo proclamar señor del Anáhuac é impuso tributos á Texcoco y Coatlinchán. Y entonces, cuando pudo hacer del Anáhuac un solo y poderoso imperio, lo dividió entre sus hijos, cediendo á la predestinación de ruina que una centuria después debía alcanzar á todos aquellos pueblos. En Coatlinchán puso á Quetzalmaquiztli; en Huexotla á Cuappiyo; en Acólman á Teyococolhua; en Tultitlán á Epcoatl; en Mexicaltzinco á Quetzalcuixin; en Atzcaputzalco á Quetzalayátzin; en Tlacópan á Acolnahuácatl, y en Coyohuacán á Maxtla, reservándose él el supremo señorío.

De los diez años del reinado de Chimalpopoca no tenemos mucho que decir; á más de la protección que le prestó su abuelo Tezozomoc, con la que fué ampliando los términos de su ciudad, solamente podemos agregar que en el códice Mendocino se registran dos batallas bajo su reinado; una en Tequizquiac, sin duda de poca importancia, y otra en Chalco, en donde los mexica fueron derrotados, perdiendo cinco hombres, una canoa grande y tres pequeñas.

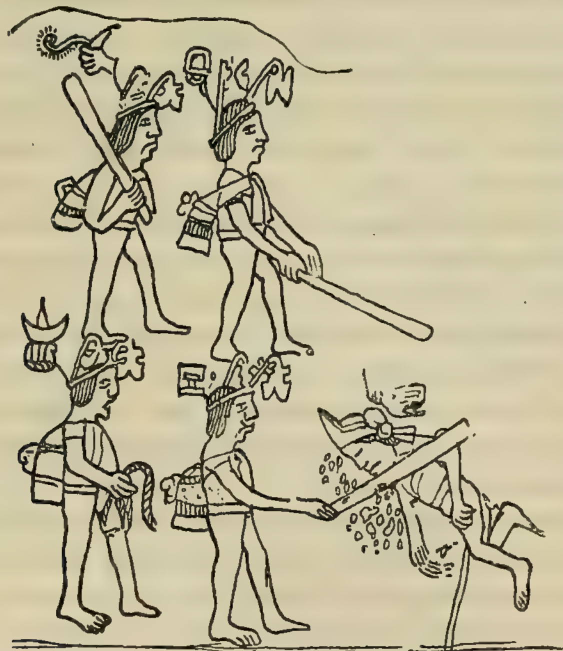
También sucedió en el año ocho *tochtli* 1422, que varias señoras mexica, parientes de Chimalpopoca y de Netzahualcóyotl, pidieron á Tezozomoc que dejase de perseguir á éste: accedió el monarca tepaneca y le permitió residir en México. Alentadas con esto, volvieron á pedirle en el año diez *técpatl* 1424, que le señalase algún señorío, y como el Anáhuac estaba en completa paz y Tezozomoc seguro de su poder, dió al acolhua el palacio de Cilán en Texcoco, con cuatro lugarejos de servicios, mandándole que no pasase de aquella ciudad, de Tenochtitlán y Tlatelolco. Todo esto indica la buena situación de los mexica y la protección que les dispensaba el señor de Atzcaputzalco, y nos hace comprender cómo gozando de paz y sosiego debieron progresar en esos pocos años.

Pero sucedió que al fin hubo de alcanzar la muerte al poderoso Tezozomoc, que dejó de existir en su ciudad de Atzcaputzalco, según Ixtlilxóchitl, á los cuatro días primeros del año *matlactliomei ácatl*, y otros tantos de su primer mes *Tlacaxipehualiztli*, en el llamado *nahui cozcacuauhtli*, que correspondía al 24 de marzo de 1427, porque los texcucanos seguían el cómputo nahoa. Como los tepaneca practicaban ya los ritos antiguos de Tóllan, durante la enfermedad de su rey cubrieron con una máscara el rostro del dios Tezcatlipoca; y á su muerte, con presencia de los tributarios, entre ellos Chimalpopoca y Tlacateotl, lo vistieron rica-

mente con sus insignias reales y el traje de aquel dios; le cubrieron el rostro con una máscara de turquesas, y tras cuatro días de solemnidades y sacrificios, quemaron su cuerpo en el *teocalli* y guardaron en suntuosa caja las cenizas, matando á cuatro de sus sirvientes para que le acompañasen en el camino de los muertos.

La historia, escrita por los enemigos ó por las víctimas de Tezozomoc, ha calumniado á este gran rey, pintándolo como un tirano atroz, como un aliado infiel, como un rey asesino que murió presa de los más atroces remordimientos. Cuéntase á este propósito, que enfermó porque en una madrugada, al mismo tiempo que salía la estrella de la mañana, soñó que Netzahualcóyotl se tornaba águila real y le arrancaba y comía el corazón. Al día siguiente soñóle transformado en tigre, que con uñas y dientes le despedazaba los piés, y huía á esconderse en el corazón de las montañas. Preguntó á los adivinos el significado de sus sueños, y respondiéronle que el águila real expresaba que Netzahualcóyotl destruiría su linaje, y el tigre, que asolaría la ciudad de Atzcaputzalco y el reino tepaneca. Despreciemos las fábulas de la historia.

Lo cierto es que Tezozomoc recibió con el *copilli* un reino de poca importancia, que apenas dominaba las islas de Tenochtitlán y Tlatelolco; que quiso aumentar sus dominios conquistando el territorio de los texcucanos y el de los otonca, y extendió sus fronteras hasta los límites de la república de Tlaxcalla y la nación de los cuexteca; que sujetó á su mando las montañas que como



Muerte de Tayátzin

un grandioso anfiteatro rodean Atzcaputzalco, y extendió su poderío más allá del valle de México. No puede el siglo XIX reprochar al rey tepaneca el uso del derecho de conquista en este continente aislado y en los principios del siglo XV. No valía tan poco el rey, que más por la política que por la fuerza de las armas, conquistó los pueblos del Anáhuac. Si persiguió á Netzahualcóyotl que podía arrebatarle la corona, natural era; y todavía fué bastante grande para olvidarlo y restituirle sus riquezas y palacios. Así es que, á pesar de crónicas apasionadas, tenemos que repetir en justicia que Tezozomoc fué un gran rey.

Terminadas las ceremonias fúnebres, Chimalpopoca y Tlacateotl aclamaron señor de Atzcaputzalco á Quetzalayátzin ó Tayátzin, como generalmente le llaman los cronistas; pero Maxtla, alegando que era el hijo mayor de Tezozomoc, alzóse en ese momento con el reino, apoyado por numerosos parciales que en la ciudad había introducido. Retiráronse Chimalpopoca y Tlacateotl á sus islas, y Tayátzin se refugió en Tenochtitlán. Netzahualcóyotl había asistido como simple espectador; pero Tayátzin y Chimalpopoca no se resignaron á sufrir la usurpación de Maxtla, y convinieron en que el primero construiría unas casas y para celebrar su estreno convidaría á su hermano y ahí le daría muerte. Descubrió Maxtla el proyecto, disimuló, y preparándolo todo al efecto, concurrió á la invitación é hizo matar á Tayátzin.

Desde entonces quedaba decidida también la muerte de Chimalpopoca. Hay en las crónicas diversas versiones sobre ella; y como no podríamos preferir alguna con motivo justificado, vamos á dar á conocer al lector la que trae el único códice tepaneca que conocemos, escrito en mexicano, y que forma parte de nuestra colección. (*Documentos inéditos y códices manuscritos y jeroglíficos* colegidos por Alfredo Chavero, tomo LIII, número 311.) Así es que pondremos aquí su traducción, siquiera sea porque el relato es nuevo y de un códice manuscrito inédito. Dice así:

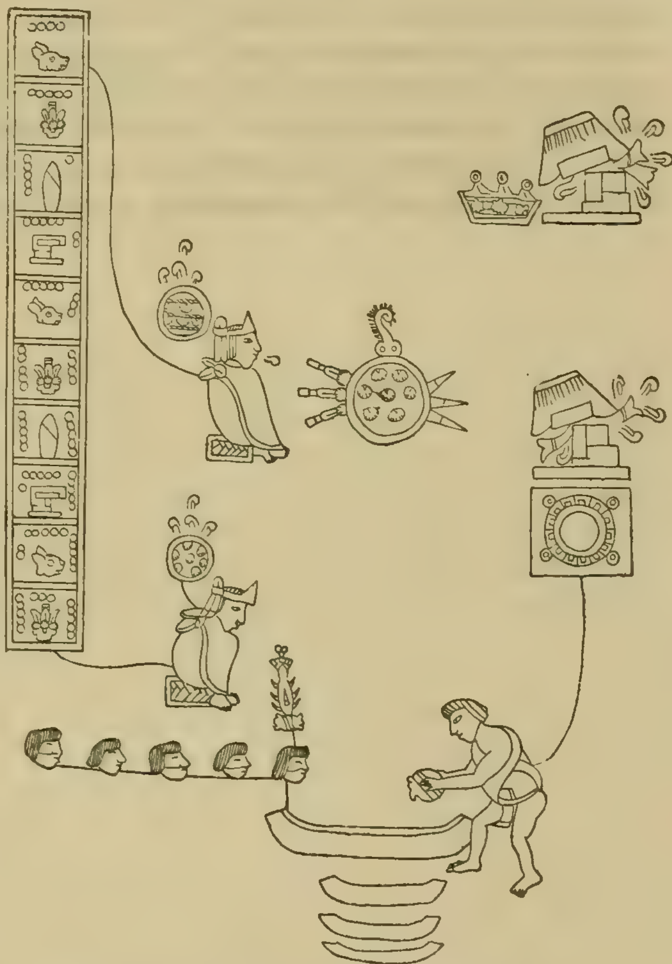
«Gobernando Maxtlatón, y andando por sus terrenos las mujeres de Chimalpopoca, repentinamente mandó recogerlas, y estando reunidas las maltrató diciéndolas: —Vuestros hombres, los mexica, se andan escondiendo en nuestros sembrados, yo los escarmentaré y acabaré con su raza.—De esta amenaza dieron cuenta á Chimalpopoca las mujeres, diciendo:—Hemos ido á Atzcaputzalco y oído allá que se va á derramar la sangre de los mexica y que la raza será exterminada; que las aves serán cazadas en su nido, y que nuestras chinampas andarán en pedazos sobre el lago.—Escuchado esto por Chimalpopoca, púsose á conferenciar con Tecuhtlahuac, uno de los sabios consejeros del señorío de México.—Vén, vigilante consejero, le dijo Chimalpopoca, é inspírame lo que he de hacer, pues Maxtlatón ha burlado á mis mujeres y se ha declarado enemigo nuestro. Creí en un tiempo, que hallándose en gran enojo los tepaneca, podía refugiarme en México, y que si el enojo hubiera sido de los mexica, habría encontrado asilo en Atzcaputzalco; pero todo se ha perdido, y no hay más remedio que morir. Marcha en seguida á

hablar al pueblo, y díle tan funesta noticia.—Entonces abrió el pecho de su siervo y de sus mujeres *(níman queltec imi xolouh.)* Luego que murieron, dijo Chimalpopoca:—Se ha ido mi raza *(cavonya inach)*, que no entre nadie en mi señorío: esto es lo que ha merecido México, por haberle yo servido como esclavo. Venid, prendas queridas, os llevaré porque *Huitzilopochtli* protege á Chimalpopoca.

»Las mujeres que llevó fueron Xiuhtoma y Tezcatomiyauh, la una con *cuéyetl* negro, y la otra de color de grana. Cuando los mexica supieron que Tecuhtlahuac Tlacochcálcatl había muerto en la noche, dijeron:—¿Qué hará ahora Chimalpopoca? ¿dizque va á morir en la noche?—Entonces se juntaron los guerreros á instancias de Itzcoátzin, y éste les dijo:—Venid y decidme, Moteczuma y Tlacaelel, ¿qué es lo que ha hecho Chimalpopoca? ¿por ventura ha de estar á nuestro cargo el regir á la ciudad? Vé, Tlacaelel, y dí á mis hijos y al señor de Tlacópan Acolnáhuatl y á Tzacuálcatl, que vengan á untarnos con su *tízatl* y á arrojarnos sus flechas: porque ¿qué es lo que ha hecho Chimalpopoca? ¿Dizque va á morir en la noche, después de haber muerto en igual tiempo Tecuhtlahuac?

»Inmediatamente contestaron Acolnáhuatl, señor de Tlacópan, Tzacuálcatl y el señor de Cuitlahuac, abuelo de Chimalpopoca, *(tiliuhcan icóltzin in* Chimalpopoca), diciendo:—Está muy bien, es muy digno vuestro señor; le enviaremos inmediatamente el *tízatl* y el *íhuitl.*—El de Tlacópan mandó á México á Tlacotzíncatl y Zaxáncatl, y les previno que saludaran á Chimalpopoca. Dióles *cuauhquetzalli,* el *tízatl* y el *íhuitl;* y en seguida se pusieron en camino para México, dirigiéndose desde luego al *Calmecac,* que entonces aun era casa de tules. Llegados ahí, preguntaron á los sacerdotes:—¿Dónde está el *tecuhtli?*—Les respondieron: no está aquí.—¿Cuál es el sacerdote?—dijeron. Como no consiguieron respuesta, subieron corriendo á Tlatlacápan, en donde alcanzaron á Chimalpopoca que caminaba por delante de sus mujeres, é interceptándole el paso el sacerdote que lo iba á matar, le dijo:—¿Qué haces, rey y señor, tú vienes aquí?—Inmediatamente lo condujeron al *Calmecac,* despojándole de sus riquezas, y los sacerdotes lo bañaron en medio de la oscuridad de la noche. Salido del baño, dijéronle:—Pues lo mereces, aquí tienes el *tízatl* y la flecha de tus amigos y compañeros Acolnahuácatl y Tzacuálcatl.—Y emplumándolo en seguida, le presentaron el *cuauhquetzalli* diciéndole: —Tiéndete en él.—Luego le metieron dentro de una tilma pendiente de una soga. Estando por detrás de la víctima, Tlacotzíncatl comenzó á apretar la cuerda, mientras Zaxáncatl detuvo en sus brazos á Chimalpopoca hasta que espiró. Hecho esto, le hablaron los sacerdotes y dijeron:—*Tecuhtli,* ¿tienes todavía mucho valor? Parece que un profundo sueño se ha apoderado del hombre.

»Cuando observaron que se acercaba gente, encendieron luz los sacerdotes, y fingiendo que les había sorprendido la muerte del rey, comenzaron á dar gritos diciendo:—Mexica, mexica, han muerto á nuestro rey. —Y corrieron á dar parte á Itzcoátzin, diciéndole: —Valiente señor, los de Tlacópan han venido á dar muerte al *tecuhtli,* y dicen que van de escape: nosotros hemos venido á avisarte que les vamos á dar alcance.—Está bien, contestó Itzcoátzin, ¿adónde os llevarán vuestros piés?—Y entonces aquellos fueron á hacer bulla ó rumor de gente. Se dice que estos mismos



Códice Mendocino.—Reinado y muerte de Chimalpopoca

de Tlacópan mataron á las mujeres de Chimalpopoca, haciendo lo mismo que con él.»

Chimalpopoca murió en el año trece *ácatl* 1427.

El relato que hemos transcrito, es de aquellos que escribieron los mismos sacerdotes que escaparon á los horrores de la Conquista. Tales relatos se iban transmitiendo verbalmente de generación en generación, y muchas veces, en forma de cantares, conservaban los secretos de la historia en el misterio de los templos. El presente nos viene á dar sobre la muerte de Chimalpopoca una explicación de que nunca se ha hablado, y que nos parece vislumbrar entre el estilo metafórico, tan usado por los mexica, de esta tradición hoy sacada á luz por primera vez.

El espíritu de los tenochca era esencialmente audaz

y atrevido, y el valor su principal virtud, sobre todo entre guerreros y sacerdotes. Chimalpopoca no había correspondido á las esperanzas que en él se tenían. Sólo en una batalla había triunfado, en Tequixquiac; únicamente otra campaña había emprendido, la de Chalco, que fué un desastre. No supo oponerse á la usurpación de Maxtla; dejó que dieran muerte á Tayátzin; tembló sumiso ante los tepaneca, sufrió en silencio que ultrajaran á sus mujeres, y acobardado el rey acobardóse el pueblo también. Los guerreros y los sacerdotes, no contando con ese pueblo lleno de temor, decidieron la muerte del rey apocado, y pidieron para ello auxilio al señor de Tlacópan. En la noche, y cuando huía ya Chimalpopoca por Tlatlacápan con sus riquezas y sus mujeres, le dieron alcance los de Tlacópan, y lo vinieron á ahorcar al templo de México. Después se inventaron las dos fábulas: una que lo había mandado matar el señor de Atzcaputzalco, la otra que él mismo se había ahorcado, preso en esa ciudad; pero aparece ya como verdad, que los tenochca dieron muerte á su rey. Y era que en la ciudad del dios de la guerra, *Huitzilopoctli*, ningún cobarde podía conservar sobre su frente el *copilli* del *tecuhtli*.

Los cronistas que atribuyen la muerte de Chimalpopoca á Maxtla, colocan hacia la misma época la de Tlacateotl. Dicen que muerto aquél, mandó Maxtla una partida de guerreros tepaneca á Tlatelolco para que matasen á Tlacateotl; pero que, sabido por éste, se embarcó en un *acalli*, llevándose sus riquezas y tomando la dirección de Texcoco. Persiguiéronlo los tepaneca á fuerza de remos, y habiéndole dado alcance, lo mataron á lanzadas. Los tlatelolca eligieron por sucesor á su hijo Cuauhtlatoa.

Se pone también la muerte de Tlacateotl en el año 1427, año de sangre y de desdichas.

CAPÍTULO IV

Elección de Itzcoatl. — Fecha de su elección. — Situación de Tenochtitlán. — Rivalidad con los tepaneca. — Hostilidad de Maxtla. — Persecución de Netzahualcóyotl. — Los mexica declaran la guerra á Maxtla. — Alianza de Netzahualcóyotl. — Topografía del terreno en que tuvo lugar esta guerra. — Batalla de Atzcaputzalco — Muerte de Maxtla. — Sujeción de los tepaneca y reparto de sus tierras. — Sujeción del pueblo tenochca al pacto que celebró con los guerreros. — Institución de los grandes empleos militares y civiles. — Ceremonias fúnebres. — Recobra Netzahualcóyotl su reino con el auxilio de Itzcoatl. — Guerra de Xochimilco y Coyoacán. — Conquista de Cuitlahuac — La triple alianza de los señores de México, Texcoco y Tlacópan. — Sus bases. — Los nuevos dictados de Colhuatecutli, Acolhuatecuhtli y Tepanecatecuhtli. — Reforma en la elección de los reyes de México. — Guerra de Cuauhnáhuac. — Otras conquistas de Itzcoatl. — Conjuración de Tlatelolco — Los tenochca toman la ofensiva. — Se apoderan de Tlatelolco — Muerte de Cuauhtlatoa. — Le sucede Moquihuix. — Itzcoatl impone tributo á Tlatelolco. — Muerte de Itzcoatl.

Comienzan las crónicas por narrar con encantadora sencillez todas las circunstancias de la elección de Itzcoatl. Cuentan que á la muerte del rey Chimalpopoca, reuniéronse los tenochca, y tomando la palabra el más anciano, dirigióles la siguiente oración: «Os falta la lumbre de vuestros ojos, pero no la del corazón, porque aunque ha muerto Chimalpopoca, guía y luz de esta nación, os queda corazón, y no falta quien pueda ocupar su puesto: no ha muerto toda la nobleza tenochca, ni se aniquiló toda la sangre real. Volved los ojos, aquí están todos los nobles guerreros puestos en orden, y no uno ni dos, sino muchos y muy excelentes príncipes; aquí están los hijos de Acamapichtli, nuestro verdadero rey y señor: escoged, decid á quién queréis por nuevo rey. Si perdisteis padre, aquí hallaréis padre y madre. Haced cuenta de que por breve tiempo se eclipsó el sol y se oscureció la tierra, y que luego á la tierra tornó la luz. Si se oscureció Tenochtitlán con la muerte de vuestro rey, elegid otro rey, y salga con él el nuevo sol. Mirad á quién echáis los ojos, y en quién piensa vuestro corazón y á quién apetece, que ese es el que elige vuestro dios Huitzilopochtli.»

De común consentimiento eligieron por rey á Itzcoatl, hijo natural de Acamapichtli y de la esclava tepaneca. Asentáronlo en el humilde trono de *petatl* que á tanto lustre debía levantar, y uno de los oradores *le hizo esta plática*, como dice la crónica: «Hijo nuestro y señor y rey, ten ánimo valeroso, y está con fortaleza y firmeza; no desmaye tu corazón, ni pierda el brío necesario para el cargo que te es encomendado: ¿quién piensas, si tú desmayas, que ha de venir á animarte, ni á ponerte fuerzas y brío en lo que conviene al gobierno y defensa de tu reino y nación? ¿Piensas por ventura que han de resucitar los valerosos de tus antepasados, padres y abuelos? Ya, poderoso rey, esos pasaron, y no quedó sino la sombra de su memoria, y la de sus valerosos corazones, y la de la fuerza de sus brazos y pecho conque hicieron rostro á las aflicciones y trabajos. Ya á esos los escondió el poderoso señor de la noche y el día. ¿Has, por ventura, de dejar perder á tu Tenochtitlán? ¿Has de dejar deslizar de tus hombros la carga que te es puesta encima de ellos? ¿Has de dejar perecer al viejo y á la vieja, al huérfano y á la viuda? ¿Háslos, por ventura, de dejar perecer? Animo, ánimo, valeroso príncipe, no pierdas el aliento. Mira que nos observan los otros pueblos, y nos menosprecian y hacen escarnio de nosotros. Ten lástima de los niños que andan todavía arrastrándose por el suelo, sin poder levantarse como hombres, y que perecerán si nuestros enemigos prevalecen contra nosotros. Empieza á escoger la manta para tomar á cuestas á tus hijos, que son tu pobre pueblo que confía en la sombra de tu manto y en el frescor de tu benignidad. Está la ciudad de México Tenochtitlán muy alegre y ufana con tu amparo. Hizo cuenta que estaba viuda; pero ya resucitó su esposo y marido: que vuelva por ella y le dé el sustento necesario. Hijo mío, no temas el trabajo, ni te apesadumbre la carga, que el dios cuya figura y semejanza representas, será en tu favor y ayuda.»

No es para este lugar entrar en las consideraciones que tan elocuentes arengas, usadas en todas las solemnes ocasiones por los tenochca, sugieren al ánimo: ellas fotografían á la nación, y haga el lector para sí las reflexiones que no puede menos de producir ese lenguaje que está á la altura del de los héroes de Homero.

Llaman las crónicas á Itzcoatl, primer emperador

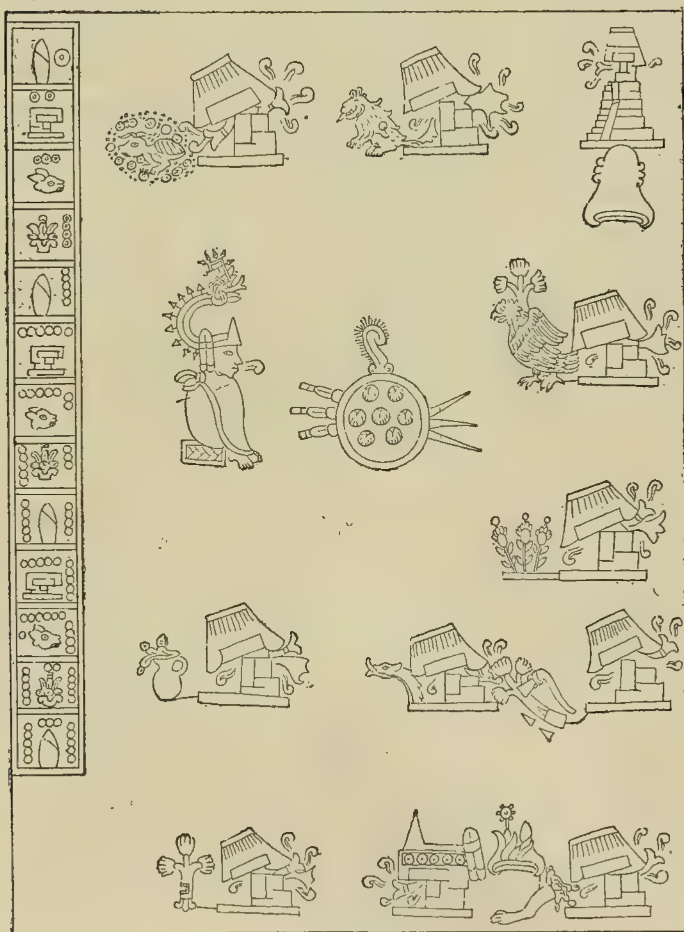
de México, y con justicia, que fueron reyes de nombre sus antecesores, y él fué el primero que no solamente hizo de la ciudad tenochca una ciudad libre, sino que la



Itzcoatl

levantó como señora de los lagos y reina poderosa del Anáhuac.

No carece de dificultades el fijar el año en que comenzó á reinar Itzcoatl, pues ya sea porque la cronología de los sucesos de la época primitiva de una nación



Códice Mendocino. — Reinado de Itzcoatl

es siempre poco precisa, ya sea porque los copistas de los jeroglíficos padecieron descuidos, ya, en fin, porque los cronistas ó equivocaron la correspondencia de los años mexicanos con los nuestros, ó siguieron diversos sistemas; lo cierto es que no encontramos acordes las fechas señaladas al principio de este reinado. Pero ya que queremos escribir la historia, hagamos por lo menos cuanto esfuerzo podamos para fijar la verdad de los hechos.

Clavigero pone el advenimiento de Itzcoatl en el año nueve *ácatl* ó 1423. El padre Durán le señala el 1424. Henrico Martínez el 1437. Ixtlilxóchitl, Veytia, Chimalpain, en su crónica inédita, y Sigüenza en sus épocas históricas agregadas á la tabla ó calendario comparado del manuscrito de Santos y Salazar, también inédito, y que formó parte del museo de Boturini bajo el párrafo XXVIII, número 5, determinan el año 1427. A estas respetables autoridades se une el códice Mendocino, que designa como principio del reinado de Itzcoatl el año trece *ácatl*. Fray Jerónimo Mendieta, que en los capítulos XXXIV y XXXV del libro II de su *Historia Eclesiástica Indiana* hace una paráfrasis de este códice, señala también el año 1427. El códice Aubin señala al principio del reinado el año once *calli* 1425, pues aun cuando siguiendo la línea de años, á contar desde la fundación de Tenochtitlán, nos daría el año 1373, la anotación que en dicho códice hay de los años 1391, 92 y 93, nos da á conocer que falta un período completo de cincuenta y dos años, ó en el jeroglífico original ó en la copia. Los códices Vaticano y Telleriano-Remense dan la fecha doce *tochtli,* que el intérprete de este último determina como el año 1426 de nuestra era. De los jeroglíficos del Museo uno fija el año 1425 y otro el 1428. En fin, la *Historia sincrónica de Tepéchpan y México*, trae unido por una serie de puntos al año *ce técpatl* ó 1428 la figura y jeroglífico de Itzcoatl.

Querer acordar estas diferencias es cosa imposible, y además, se ve que no son de grande importancia, pues Clavigero pone el año 1423, el padre Durán el 1424, el códice Aubin y uno de los del Museo el 1425, los códices Vaticano y Telleriano-Remense el 1426; el otro del Museo y el de Tepéchpan el 1428, y el códice Mendocino y las irrecusables opiniones de Ixtlilxóchitl, Chimalpain, Mendieta, Sigüenza y Veytia fijan el 1427. Es verdad que Henrico Martínez se separa hasta el 1437; pero como en todos sus cómputos se equivocó en diez años, haciendo la debida corrección se conforma con el 1427. De manera, que siguiendo la opinión más lógica, diremos con Sigüenza que fué proclamado Itzcoatl rey de Tenochtitlán el 3 de abril de 1427, después de un interregno de cuatro días.

Se representa á Itzcoatl en la escritura jeroglífica, con el carácter figurativo hombre, generalmente coronado con el *copilli* real, y hacia la parte superior de la figura una culebra con el cuerpo armado de puntas de obsidiana, siendo éstas, en el códice Mendocino, puntas de flecha clara y determinadamente dibujadas. *Itztli* significa obsidiana, *cohuatl* ó *coatl* culebra, palabras que compuestas dan la voz Itzcohuatl ó Itzcoatl. Ha sido esto causa para que se haya dicho

siempre que el nombre de Itzcoatl significa culebra de obsidiana. Pero los tenochca buscaban por la combinación jeroglífica el modo de escribir y leer los nombres, sin expresar, sin embargo, su significación, ni mucho menos su etimología, á no ser en los nombres de lugar, pues éstos casi siempre correspondían á algún accidente topográfico ó especial de la localidad designada. Hablamos de esto, porque es tiempo ya de que se vayan desvaneciendo antiguos errores, y prueba de lo que decimos es el mismo nombre de Itzcoatl.

En efecto, los tenochca fueron naturalmente progresando en su escritura, según iban en civilización progresando: fueron separándose más y más de los símbolos figurativos y aun de los ideográficos, para preferir, siempre que era posible, los fonéticos: primeramente siguieron la misma combinación gramatical de las palabras compuestas, y tomaban el sonido completo de los objetos representados, únicamente con la supresión de las desinencias y el aumento de las preposiciones que la gramática establecía para el lenguaje hablado: ya esto les dió dos vocales y muchas sílabas simples; pero más adelante, y acercándose ya al abecedario, comenzaban á tomar del sonido que daba cada figura tan sólo la primera sílaba, y así llegaron á tener en su escritura las cinco vocales é innumerables sílabas simples.

De esta manera, ya en uno de los códices que perteneció á Boturini y que catalogó bajo el número 12 del párrafo III, se escribió el nombre de Itzcoatl con una olla con agua y debajo una flecha de obsidiana, dando la primera sílaba de *Itzli*, obsidiana, *izt*, la primera de *cómitl* olla, *co*, y el agua su sonido monosilábico *atl*, lo que forma Itz-co-atl.

Se ve, pues, que es tan fuera de camino traducir el nombre de Itzcoatl por culebra de obsidiana, como por flecha de la olla de agua.

Examinemos ahora la situación política de Tenochtitlán al advenimiento de Itzcoatl. Ya vimos que las diversas tribus emigrantes se fueron asentando alrededor de la laguna, y dieron á la región el nombre de Anáhuac, de *atl*, agua, y *náhuac*, preposición que significa junto: Anáhuac, junto al agua. No se aventuraron, sin embargo, á internarse al lago. Este en la antigüedad era uno solo, muy extenso y muy profundo: llegaba por un lado hasta el Tepeyacac y Atzcaputzalco, y por el otro hasta el pié de Chapultepec y Atlacuihuayan. No se habían formado las diversas calzadas y diques que ahora existen, y recibía en su seno un río permanente y torrentes caudalosos que en la actualidad desfogan por el canal de Huehuetoca. Llamábanlo antiguas relaciones, mar. Hoy está dividido en seis lagos, desviadas varias corrientes, y sin embargo, todavía miden sus aguas 23,745 leguas cuadradas. Puede por esto figurarse fácilmente el lector, cómo siendo el lugar actual de la ciudad de México el fondo de la cuenca formada por las montañas del Valle, la isla de Tenochtitlán sólo pudo ser abordada por nuestros antepasados en un momento de angustia y de inmensa desesperación. Sirvió esto, sin embargo, para preparar su grandeza futura. Dábales seguridad el temor de los otros pueblos de lanzarse al lago. Ocultaban su isla grandes cañaverales, que los sustraían de envidias y asechanzas. Mientras, poco á poco, iban formando sobre las aguas su ciudad, se dedicaban á la pesca, y la necesidad los hacía comerciantes. Comenzaron entonces á introducir en la ciudad madera y piedra, y ya bajo el reinado de Huitzilíhuitl, empezaron á usar trajes de algodón. Constituyéronse, por decirlo así, en la potencia marítima del Anáhuac; y natural era que al dominar el comercio del lago, adquirieran el poder militar de sus aguas. Organizó también Huitzilíhuitl la táctica de las tropas por tierra y agua; y es de creerse que al querer emprender la obra de traer á través del lago el agua de Chapultepec para surtir la ciudad, se formara la calzada de Tlacópan. De lo que no puede haber duda es de que Tenochtitlán, en el siglo transcurrido, había aumentado en extensión y en habitantes, que se había organizado bajo leyes sabias, que tenía un ejército disciplinado y valeroso, y que la industria y el comercio habían tomado gran desarrollo.

¿Esto, sin embargo, podía inquietar á los reyes comarcanos como narran las crónicas? Así se ha creído, al ver el aumento exagerado de impuestos que el rey tepaneca cargaba sobre los tenochca; y la conducta de Maxtla, señor de Atzcaputzalco, lo hace también suponer. Permítasenos, no obstante, separarnos de estas opiniones, y explicar esta nueva situación política, siguiendo la lógica de la historia.

El imperio tepaneca veía como humildes tributarios á los tenochca: cuanto al capricho real se había ocurrido, tanto habían hecho los tributarios. Antojósele un día al monarca que le llevaran una chinampa con flores y semillas nacidas, y entre las legumbres un pato y una garza empollando, de manera que al llegar á Atzcaputzalco sacaran en el mismo momento su cría; y quedó cumplido su antojo. La humildad de los tributarios buscó el unir su familia real con la del monarca tepaneca, procurando así mayores libertades y un bienestar más tranquilo. Al mismo tiempo, el poder de los reyes de Atzcaputzalco se extendía más y más, pues con la conquista de los acolhua dominaban todo el Anáhuac, desde Texcoco por el oriente hasta Coyohuacán por el poniente. ¿Cómo podían temer á la tribu tenochca, perdida en una pequeña isla de la laguna, tributaria sumisa, y que buscaba con ahinco la alianza real?

Y sin embargo, las crónicas, que tuvieron por base, no relaciones tepanecas, sino mexicanas, nos pintan á los reyes de Atzcaputzalco temerosos siempre del poder de Tenochtitlán. Esto se explica fácilmente por el orgullo nacional. Cuando los tenochca llegaron á gran poderío, pusieron en sus jeroglíficos y en sus narraciones históricas, hechos de sus antepasados que más recor-

daran glorias y poder, que la antigua humillación y servidumbre. Esta circunstancia, sobre la que tenemos que volver repetidas veces, hace que desde la primera estampa del códice Mendocino, aparezcan los tenochca como conquistadores, y que las crónicas del padre Durán y Tezozomoc, ambas tomadas de la misma fuente, nos relaten ese odio de los tepaneca, y ese temor que los impulsaba á buscar la destrucción de Tenochtitlán.

Razón tuvieron, sin embargo, para su saña; pero hay que buscarla en otra parte. Recibieron de Tenoch los mexica por herencia una venganza que debían cumplir sujetando á los culhua, tepaneca y tlaltilulca; no se había borrado tampoco en ellos la idea religiosa de hacer resplandecer victorioso por do quiera á su dios: así es que, siguiendo la política de su fundador, esperaban sufridos, espiando un momento oportuno para realizar sus esperanzas, y entre tanto se fortalecían con ejercicios guerreros. La ambición tepaneca, y sobre todo la insaciable de Maxtla, debía presentarles la oportunidad ansiada. El rey de Atzcaputzalco tenía en sujeción al imperio chichimeca, y Netzahualcóyotl, desheredado y pariente de la familia real tenochca, era un buen aliado para preparar la venganza. La historia no deja duda de estas relaciones políticas hostiles á Maxtla, y si á esto se agrega la alianza de Chimalpopoca con Tayátzin, se verá de bulto el motivo de la persecución tepaneca.

Natural fué que Maxtla, á la muerte de Chimalpopoca, preparara inmediatamente sus ejércitos para invadir y avasallar la isla de México. Bajo tales auspicios iba á comenzar su reinado Itzcoatl.

Grave debía ser entonces la situación de ánimo de los tenochca: debieron creer perdidos en un momento los sacrificios y las penalidades de un siglo, dedicados á realizar sus ensueños de grandeza. Con el ejército más poderoso del Anáhuac en frente, debieron desmayar. En situaciones más difíciles tuvieron más ánimo en su peregrinación; pero entonces obedecían á su dios que les hablaba por boca de su jefe sacerdote; y para un pueblo esencialmente fanático, no era discutible el sacrificio y la obediencia ciega á esa voluntad divina. Resorte tan poderoso se había debilitado con la elección real, y en tan grave conflicto no esperaron la palabra del dios: la guerra estaba á las puertas de la ciudad; buscaron para rey á un guerrero, á Itzcoatl, *tlacatécatl* de las tropas del reino. Cuatro días pasaron entre la muerte de Chimalpopoca y la nueva elección: dedicáronlos los tenochca á hacer las exequias de su rey.

Maxtla, en el momento en que supo la elección de Itzcoatl, pensó en atacar á Tenochtitlán, y si no lo hizo desde luego, fué porque no se cimenta en un día un tirano, y porque tenía que vigilar, no solamente á los tepaneca, sino á los texcocanos, pues Netzahualcóyotl vivía aún para recobrar su reino. Contentóse con quitar á los tenochca el feudo de Texcoco que les había dado su padre Tezozomoc, y dió el señorío de la corte acolhua á Yancuíltin, su sobrino; y mientras podía hacer la guerra á los tenochca, asediólés por tierra su ciudad, poniendo gente de guerra en Nonohualco, Xoconochpayalcac, Mazatzintamalco y Popotla, que eran los lugares de comunicación que tenían con Atzcaputzalco. Dirigió Maxtla principalmente sus iras contra Netzahualcóyotl, que le presentaba un peligro inminente. Púsole varias celadas para darle muerte; pero á todas escapó. Volvió á encontrar refugio y hospitalidad en el reino de Itzcoatl, y de allí salió á ponerse á la cabeza de las tropas tlaxcalteca, huexotzinca y chalca, cuya alianza había conseguido. Partió, en efecto, de Calpolálpan con su ejército: cayeron los tlaxcalteca y huexotzinca sobre la izquierda de las huestes tepaneca, los chalca sobre la derecha, y él entre tanto con sus acolhua fieles y los aliados de Zacatlán, Tototepec y Cholóllan, desbarató el centro y ocupó Texcoco. Quedó la victoria por Netzahualcóyotl, que recobró su reino el día *ce óllin* del mes *Micailhuitzintli* del año trece *ácatl*, es decir, el 11 de agosto de 1427, según la cuenta que saca el cronista Ixtlilxóchitl.

En los pocos meses que hasta entonces habían transcurrido desde la elevación de Itzcoatl al trono, sucesos importantes habían pasado en Tenochtitlán. Los tenochca, al ver las hostilidades de Maxtla, volvieron á perder el ánimo apenas recobrado con la elección del nuevo rey, y desconfiando del éxito que pudiera traer la guerra, pedían la paz, *mostrando mucha cobardía y flaqueza, lágrimas y temor*. Cundió de tal manera el miedo, que ya no dominaba otro pensamiento en la ciudad que irse á entregar á los de Atzcaputzalco, para lo cual dispusiéronse los sacerdotes á llevar á su dios *Huitzilopochtli*. Iba á perderse en un momento el trabajo de tres siglos de esperanzas y sacrificios. Los sacerdotes, los herederos de Tenoch, iban á entregar su ciudad y su dios!

Era entonces *tlacatécatl* de las tropas el joven Motecuhzoma, hijo del rey Huitzilíhuitl y sobrino de Itzcoatl. Presentóse al pueblo acobardado, y con el antiguo ardimiento de los mexica, lo apostrofó diciendo: —¿Qué es esto, tenochca? ¿Qué vais á hacer? Habéis perdido el conocimiento; aguardad, deteneos; esperad que tomemos consejo sobre este negocio. ¿Tanta cobardía ha de haber, que hemos de irnos á entregar á los de Atzcaputzalco antes de pelear?—El rey, valeroso, pero abandonado por su pueblo, propuso que antes de entregarse se mandara una embajada á Maxtla. Gran peligro había en tal misión, y solamente Motecuhzoma tuvo ánimo para aceptarla. Aderezóse con su traje de guerra, y partió. Manifestóle á Maxtla su embajada, quien le contestó que hasta el día siguiente, que hubiese tomado consejo de los suyos, no podría dar su respuesta. Levantóse el nuevo sol, y entonces Itzcoatl, sintiendo su indómita energía, y olvidando la cobardía de su pueblo y la debilidad de sus tropas, le dijo á su sobrino:

—Vé á ver á Maxtla y dile que manifieste claramente si nos recibe en su amistad; pero si en lugar de la paz te amenaza con la guerra, toma este negro *ulli* conque ungimos á los muertos, y úngele con él la cabeza como á cadáver; y dale de mi parte este rico *chimalli* y esta fuerte *maquáhuitl;* y dile que se los mando para que se defienda y defienda su *copilli*, porque hemos de ir por su vida y por su reino.

Declaró Maxtla su voluntad de hacer la guerra: aceptóla el embajador en nombre de su rey, ungió la cabeza al monarca tepaneca, y armándolo como se le había mandado, volvió á la ciudad. A la noticia de la guerra, dispuso inmediatamente Itzcoatl el nombramiento de los jefes, y lo aparejó todo para la batalla. Los nobles y valerosos guerreros, cobrando valor y entusiasmo, no oían ya las quejas del pueblo, que les recordaba el gran número de tepaneca y los cerros y bosques que les presentaban fortalezas naturales, mientras que ellos, pocos y en una isla sin salida, no tenían más remedio que vencer ó morir. Cuentan los cronistas que entonces pasó un hecho curioso, que vino á constituir un verdadero pacto social de sujeción y casi de servidumbre del pueblo al rey y á los señores nobles y guerreros. Prometiéronles los tenochca que si vencían á los tepaneca y á ellos los salvaban, les llevarían sus armas en cacaxtles; les darían sus hijas por mujeres, para que tuvieran tres ó cuatro, ó cuantas pudieran sostener; les darían tributo de tortillas, frijol y pinole; y se sujetarían á servirles en sus casas y mesas y mandados.

Los dos cronistas mexicanos, Tezozomoc y el padre Durán, no hablan de la intervención que tuviera Netzahualcóyotl en la defensa de Tenochtitlán; por el contrario, Ixtlilxóchitl, cronista texcocano, refiere extensamente el auxilio prestado por el príncipe acolhua. Cuestión es esta de espíritu de nacionalidad; pero como Itzcoatl y Netzahualcóyotl nos pertenecen igualmente, veamos si del laberinto de crónicas contradictorias puede salir la clara verdad. Atribuyen los unos á Netzahualcóyotl la libertad de Tenochtitlán, y los otros hacen á Itzcoatl el conquistador de Texcoco, y aun el códice Mendocino coloca esta ciudad entre las conquistas del emperador tenochca. Creemos que ambos hechos son ciertos, y así resulta de lo que en la historia chichimeca cuenta ya el citado Ixtlilxóchitl.

Itzcoatl había mandado á Netzahualcóyotl una embajada para pedirle auxilio contra los tepaneca: formaron la embajada Motecuhzoma, Totopilátzin y Telpoch. Aunque el principio de la relación de Ixtlilxóchitl hace suponer que pasó esto antes de que recobrara su reino Netzahualcóyotl, evidentemente fué después, tanto porque la misma crónica refiere estos sucesos al año 1428, cuanto porque dice que para auxiliar á los tenochca pidió el monarca texcocano auxilio á los chalca que tanto le ayudaron á recobrar su reino, auxilio que fué negado por antiguos odios á los mexica. Además, declarada la guerra, la premura de las circunstancias supone la solicitud violenta y el eficaz é inmediato auxilio, lo que no podía tener lugar sino estando ya Netzahualcóyotl en posesión de Texcoco.

Respondió noblemente Netzahualcóyotl, recordando la antigua hospitalidad y los beneficios que de Itzcoatl había recibido, y partió con tropas de tierras y con canoas armadas, en ayuda de su pariente real. Desembarcó con su ejército en Tlaltilulco, en donde el rey Quauhtlatoa é Itzcoatl salieron á recibirlo; y organizóse, según lo determinado por los tres, el ejército aliado de tenochca, acolhua y tlaltilulca.

Estaba Tenochtitlán rodeada completamente de agua por sur y oriente, sin que hubiese entonces por ahí ninguna calzada; por el norte la separaba de Tlatelolco un canal ó zanja, y más allá de Tlatelolco se extendía el lago hasta Tepeyacac. Sólo por el poniente se unían los dos reinos de México á la tierra, y ambos á Aztcaputzalco, el uno por la calzada de Tlacópan, hoy Tacuba, y el otro directamente por la de Nonohualco ó Nonoalco. Que esta última estaba ya construída en la época de que nos ocupamos, se deduce de haber puesto Maxtla avanzadas en el citado lugar de Nonohualco. A la izquierda de la calzada de Tlacópan, se extendía el lago de Tenochtitlán á Popotla, ocupando el lugar que hay entre dicha calzada, Chapultepech y las lomas de Atlacuihuáyan, hoy Tacubaya. A la derecha de la calzada de Nonohualco se extendían también las aguas hasta los cerros del Tepeyacac. Uníanse ambas calzadas ya en Atzcaputzalco, y bañaba esa ciudad el lago en todo el rumbo, todavía hoy pantanoso, de San Bernabé, Cuauhchilco, etc., siendo sin duda la orilla ó límite el punto llamado Acalotenco, que significa junto al canal. Del lado opuesto al lago y hacia el sur, teniendo de por medio gran parte de la población, estaba el *técpan* ó palacio, en el lugar que ocupa hoy la estación del ferrocarril. En la misma línea estaba el *teocalli*, frente al punto conocido por la Salitrería; pueden verse aún sus ruinas, aunque no están tan claras y distintas como las del templo de Tlacópan, que se levantan en forma de pequeño cerro, frente á la entrada principal de la parroquia, dejando ver su construcción de adobes, y manifestando todavía con bastante claridad sus diversos pisos. A poca distancia de Atzcaputzalco, y atravesando grandes bosques de ahuehuetes y pinos, de que apenas quedan restos, extendíase el lomerío que lo unía con Coyohuacán, levantándose en último término la cordillera de montañas que como una corona ciñe el Anáhuac. Tal era el campo en que se desarrollaron los sucesos que pasamos á narrar, y que debían dar gloria inmortal á Itzcoatl, y preparar á los tenochca la supremacía y el imperio sobre la mayoría de los pueblos que habitaban la parte civilizada de lo que hoy forma nuestra República.

Tan luego como desembarcó Netzahualcóyotl reuniéronse en junta de guerra los tres reyes y los *tlacatécatl* ó generales del ejército aliado, y dispuesto el plan de campaña, se dieron los mandos principales á los primos y sobrinos de Itzcoatl. Formadas las tropas, dirigióles la palabra el rey tenochca, esforzándolas á vencer ó morir, recordándoles la gloria antigua del nombre de México, y exhortándolas á que no tuvieran en cuenta el número de los tepaneca, sino su propio ánimo, para que nadie desmayase en ese primer encuentro que debía hacerlas temibles á los demás pueblos. Presentó batalla el ejército de Maxtla, parapetado detrás de unas albarradas que habían levantado en el lugar llamado Xoconochnopaltitlán, nombre hoy enteramente perdido, pero que debió estar en el espacio que hay entre la Tlaxpana y la calzada de Nonohualco. Cuenta Torquemada que este primer encuentro comenzó de una manera fatal para los tenochca, pues envueltos y arrollados por los tepaneca, fueron rechazados hasta más acá de la cortadura de Petlacalco, hoy Puente de Alvarado; lo que causó tanto pavor en la ciudad, que comenzaron los soldados á pedir rendirse, y todo se habría perdido si, no buscando ya sino la muerte, no se hubieran lanzado contra los soldados de Maxtla, Itzcoatl, Netzahualcóyotl y Motecuhzoma en persona; haciendo tanta mortandad, y causando tanto temor á los enemigos la intrepidez del rey tenochca, que á sus propias manos había matado á su jefe, que comenzaron á retirarse, y los tenochca á perseguirlos hasta que los hicieron pasar por la cortadura llamada Mazatzintamalco. Recobrado el ánimo de los aliados, batiéronse tres días contra las fuerzas de Maxtla, hasta lograr desalojarlas de los terrenos de México, es decir, hasta más allá de la Tlaxpana. Hasta aquí puede decirse que se había empleado el tiempo en escaramuzas, pues los reyes aliados se habían limitado á lanzar á los tepaneca del territorio tenochca, y á entretenerlos mientras les llegaban los refuerzos que esperaban.

Llegaron por fin los huexotzinca y tlaxcalteca. Maxtla con sus tropas extendía su línea de batalla desde Popotla hasta la calzada de Nonoalco, casi ya en las orillas de Atzcaputzalco: era una masa compacta de soldados, cubiertos por la espalda de numerosas tropas de reserva. Ciento quince días duraron los encuentros entre los ejércitos contendientes, antes que se diese la acción decisiva. Llegó por fin el día de la victoria. Dividieron los aliados su ejército en tres cuerpos: Itzcoatl con gran número de tenochca y la mitad de los huexotzinca, mandados por su caudillo Temayahuátzin, marchó sobre Tlacópan; Motecuhzoma y Quauhtlatoa, rey de Tlaltilulco, con los tlaltilulca y el resto de tenochca, marcharon por la calzada de Nonohualco, paralelamente á Itzcoatl: como nuestros antepasados no conocieron la caballería, no la tenían para cubrir sus alas, como cubrían los romanos las de sus legiones: formáronlas, sin embargo, los aliados con gran número de canoas montadas por diestros honderos y por expertos flecheros, que iban por el lago á la izquierda de la calzada de Tlacópan, y á la derecha de la de Nonoalco. Netzahualcóyolt, el *tlacatécatl* huexotzinca Xayacamachán y el *tlacatécatl* de los tlaxcalteca, con ellos, los acolhua y la otra mitad de huexotzinca, atravesaron el lago, y se fueron á situar al cerro Cuauhtepetl de la pequeña cordillera del Tepeyacac, para caer por el flanco sobre Atzcaputzalco. Dejáronse de reserva en la ciudad á los más mozos y menos expertos, pues los habitantes del Anáhuac seguían en esto la táctica contraria á la de los romanos; éstos ponían al frente de sus legiones á los más bisoños, para que si fuesen desbaratados, se encontraran los enemigos con los *tertiarii*, que era lo más escogido de sus tropas; los tenochca, por el contrario, fiaban la victoria al ímpetu de sus veteranos, y cuando el enemigo retrocedía, dejaban caer sobre él las reservas de bisoños, que acababan de destruirlo.

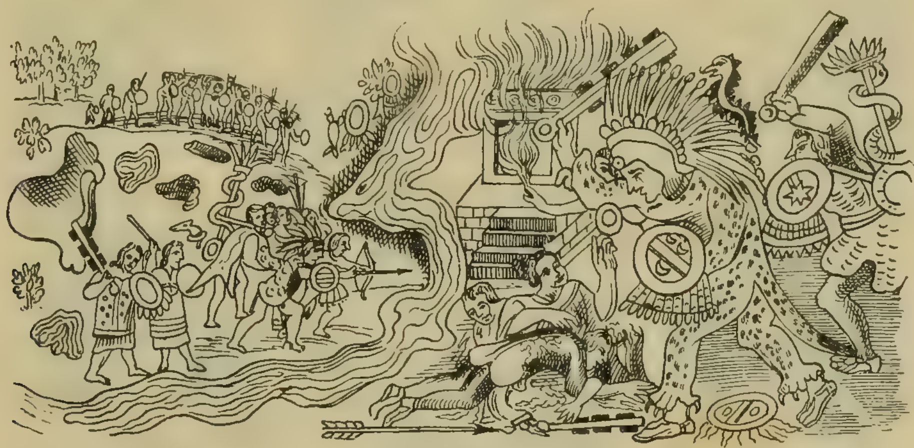
Dióse al ejército aliado la orden de no atacar antes de que el rey acolhua sonara el *huéhuetl* que á la espalda llevaba, como era costumbre entre los monarcas de su nación. Al despuntar la aurora oyóse á lo lejos el *huéhuetl* de Netzahualcóyotl: hízole eco con el suyo el rey Itzcoatl, y respondió el ejército con un inmenso alarido, y con una vocería espantosa mezclada al lúgubre sonido de los teponaxtles, que se oyen á muy larga distancia, y al silbo de los caracoles. Cubrió el cielo una nube de flechas, y cayó sobre los tepaneca una granizada de piedras. Lanzáronse contra ellos los *Quachic,* los *Otómitl,* los *Quauhtli* y los *Océlotl,* armados de la poderosa *maquáhuitl,* mientras que los menos intrépidos les arrojaban la mortífera *átlatl.* Comenzaron á desmayar los tepaneca; en vano Maxtla les mandaba soldados de refresco: Itzcoalt batía sus tropas ya en Tlacópan, Motecuhzoma atacaba ya las orillas de Atzcaputzalco: Maxtla confiaba en sus numerosas huestes, y esperaba el éxito en su *técpan.* Pero repentinamente oyóse inmenso vocerío por el lado del norte; era Netzahualcóyotl con los suyos, que tomando el flanco de la ciudad, entraba por Tecompa y se lanzaba á incendiar el templo, señal que aquellos pueblos tenían de la victoria. Al levantarse del *teocalli* de Atzcaputzalco el penacho de llamas que devoraba al dios de los tepaneca, huyeron despavoridos hacia las lomas de Atlacuihuáyan y hacia el Mazahuacán los restos del ejército de Maxtla, y penetraron al grito de guerra *¡Mexi! ¡Mexi! ¡Tenochtitlán!* Motecuhzoma y Cuautlatoa con sus tropas, y el rey Itzcoatl con sus desde entonces invencibles tenochca. Desbordóse por la ciudad el torrente de la conquista. Cuanto tepaneca era encontrado perecía á manos de los vencedores, sin atender á sexos ni edades. Los soldados recorrían la ciudad con el *ocotl* ardiendo é incendiaban cuanto á su paso encontraban. Maxtla, en su pavor, se

había refugiado en un *temazcalli*. Descubierto, Netzahualcóyotl, el rey poeta de los jardines de Texcotzinco, en un terrible acceso de venganza, empuñando el *itztli* de obsidiana, le abrió el pecho, y arrancándole el corazón, lo ofreció, no en aras del dios, sino á la sombra de su desgraciado padre Ixtlilxóchitl.

Cuando la negra noche se extendió por el firmamento todo era algazara y danzas en Tenochtitlán, que reflejaba como diamantes de su corona, en sus cien canales, los millares de luces de *ócotl* conque alumbraba su fiesta y su victoria. Reflejaba también el lago las llamas del incendio de Atzcaputzalco, que semejaban en el agua manchas colosales de sangre. De los bosques del lomerío salía el quejido casi mudo de los vencidos que allí se habían refugiado para salvar la vida. El rey Netzahualcóyotl se paseaba pensativo en el *técpan* de Tenochtitlán con la mano manchada por la sangre de Maxtla. La corte tepaneca se miraba desierta: junto al *teocalli* estaba tendido el cadáver sin corazón de su *tecuhtli*. A lo lejos en el oriente se veia una masa gigantesca y confusa que sacudía sobre su frente un blanco penacho de humo, alumbrado por el fuego interior de sus entrañas, que de cuando en cuando se desbordaba hasta el cráter, semejando un ojo titánico que abría su pupila para contemplar tanta gloria y tanta ruina, tanta alegría y tanta desolación.

El rey de Tenochtitlán, hijo de una esclava tepaneca, condenó la ciudad de Atzcaputzalco á que sirviera de mercado de esclavos. ¡Misterios del destino!

No podemos alargarnos en pormenores, y nos limitamos á decir que Itzcoatl siguió la conquista del reino tepaneca, y que el códice Mendocino trae los siguientes jeroglíficos de los pueblos incendiados en esa guerra: Tlacópan, Atzcaputzalco, Teocalhuayac, Cuauhquauhcán, Técpan, Cuauhtitlán, Atlacuihuáyan, Mixcoac, Coyohuacán y Cuauhximalla; de manera que Itzcoatl llevó



Toma de Atzcaputzalco

sus huestes victoriosas hasta las crestas de las montañas del sur de nuestro Valle. Los tenochca volvieron de sus victorias cargados de rico botín, y después para premiarlos mandó el rey que les repartieran las tierras conquistadas. Señaláronlas primero á la corona real; y dice la crónica que á Motecuhzoma, por haber sido quien más se distinguió en la guerra, le tocaron diez *suertes* en Atzcaputzalco. Diéronles dos *suertes* á los demás jefes, y una á cada barrio para el culto de su templo, las cuales del nombre *calpulli*, barrio, tomaron el de *calpullalli*.

Al volver los nobles guerreros, recordaron al pueblo el juramento que hizo de servirlos y de llevar á cuestas sus armas, cargas y bastimentos, cuando fuesen á la guerra; y que habían rendido y sujetado para siempre á su servicio sus personas y bienes. Así se cumplió el famoso pacto social que entregó el pueblo al mando y supremacía de los nobles.

Sujetáronse los tepaneca, obligáronse á reconocer como señores á los tenochca, y á servirles y rendirles tributos, y volvieron á habitar en la servidumbre sus antiguas ciudades y sus casas incendiadas. Así concluyó el poderoso reino tepaneca.

Según el padre Durán, Itzcoatl estableció entonces, para premiar á los más valerosos y más dignos, los grandes empleos militares, y otros varios empleos civiles. Fueron los principales conquistadores de los tepaneca, los hijos del rey Huitzilíhuitl: Motecuhzoma, Huehuezacán, Zitlalcoatl, Aztecoatl, Axicyótzin, Cuauhtzitzimítzin y Xiconoc; y los señores Cuauhtlecoatl, Tlacahuépan, Tlatolzaca, Mecántzin, Epenatl y Tzompántzin. Nombró á Motecuhzoma *Tlacochcálcatl*, á Huehuezacán *Tezcacoácatl*, á Mecántzin *Tecoyahuácatl*, y *Tozatlácatl* á Aztecoatl. Repartió entre los demás los dictados de *Ezhuahuácatl*, *Tillancalqui*, *Cuauhnochtli* y *Atenpanécatl*, que en jeroglíficos trae el códice Mendocino, y los de *Acolnahuácatl*, *Hueytecuhtli*, *Temillótzin*, *Tecpanécatl*, *Calmimelólcatl*, *Mexicaltecuhtli*, *Huitznáhuatl*, *Tepanecatecuhtli*, *Quetzaltócatl*, *Tecuhtlacamazqui*, *Tlapaltécatl*, *Cuauhnahuácatl*, *Coatécatl*, *Pantécatl*, *Ictotécatl*, *Cuauhquiahuácatl* y *Huecamecatl*, títulos que no se hallan

en el códice, pero que traen las crónicas. No creemos que todos estos dictados fueran dados entonces á los conquistadores de los tepaneca, pues si se observa su significado, se verá que varios expresan el señor de tal ó cual lugar, de los que algunos fueron conquistados después.

No olvidaron los tenochca recibir los cuerpos de los muertos en batalla, con las ceremonias religiosas que acostumbraban. Estaban encargados de las exequias los *Cuauhuehuetques*, que iban á las casas de las viudas, y les hacían la siguiente plática: «Hija mía, no te consuma la tristeza, y te acabe los días de la vida: aquí te traemos, y pasan por tu puerta, las lágrimas y suspiros de aquel que era tu padre y tu madre y todo tu amparo: llora y muestra sentimiento por los muertos, que no perecieron cavando ni arando, ni comerciando por los caminos, sino que se fueron por la honra de la patria; y asidos de las manos con el dios *Huitzilopochtli*, viven en el sol, y andan en su compañía ataviados de luz. De ellos habrá eterna memoria. Lloradlos, mujeres de Tenochtitlán, y llorad vuestra desgracia y aflicción.»

Después seguía la ceremonia fúnebre dedicada á *Tonatiuh*, el sol. Colocábanse en la plaza los cantores fúnebres, adornadas las cabezas con cintas de cuero negro, y comenzaban á lanzar gemidos y cantos lastimeros al son de tristes teponaxtles. Salían entonces de sus casas las viudas, cubiertas con el *áyatl* de sus maridos y los *maxtli* atados al cuello, y puestas en hilera lloraban al son de los instrumentos, y dando grandes palmadas bailaban inclinándose á tierra y andando para atrás. Los niños, hijos de los muertos, llevaban sus bezotes y daban palmadas y lloraban como las madres, y los que ya eran hombres estaban quietos, de pié, llorando, y llevaban los *chimalli* y *maquáhuitl* de sus padres. Venían después los dolientes: los recibían los



Ritos funerarios de los mexica

cantores con grandes sonidos de sus instrumentos y con lamentos y aullidos, *que ponían gran lástima y temor;* después de lo cual aquellos iban saludando á las viudas y á los viejos presentes. Estaba esta ceremonia dedicada al sol, pues creían los tenochca que eran hijos de *Tonatiuh* los soldados muertos en la guerra.

Pasados cuatro días, formaban de palos bultos que semejasen á los muertos, figurándoles ojos y boca; les hacían de papel el *áyatl* y el *maxtli;* y les ponían alas de gavilán, para que anduviesen volando delante del sol. Adornábanles la cabeza con plumas y les ponían bezotes y orejeras. Ponían todas las estatuas en un salón llamado *Tlacochcalco,* adonde iban las viudas á ofrecer, cada una á la suya, un guiso que se llamaba *tlacatlacuali* ó comida humana, unas tortillas á que daban el nombre de *papalotlaxcalli*, tortilla de mariposas, y en vasijas para bebida, harina de maíz desleída en agua. Volvían entonces los cantores á comenzar sus lúgubres salmodías al son del *huéhuetl;* y como desde el principio de las ceremonias, á ninguno de los que en ellas tomaban parte le era permitido lavarse ni mudar ropa, con tantas lágrimas y luto estaban muy sucios, y por eso al canto de esta última ceremonia le decían *tzocuícatl* ó canto de mugre. Luego se untaban la cabeza con polvos de cortezas de árbol, que los ponían más sucios, y presentaban las viudas, como última ofrenda, un *tecómatl* de *neuhtli*, pulque, que llamaban *teotecómatl,* y regaban el suelo delante de las estatuas con rosas, y en braseros les encendían *copalli.* Entonces los cantores tomaban los tecomates, y después de levantarlos por tres veces como en señal de ofrenda, derramaban el *neuhtli* á los cuatro lados de las estatuas. Al ponerse el sol, regalaban las viudas á los sacerdotes cantores con el acostumbrado obsequio de *áyatl, maxtli* y *coatl,* que era instrumento de música. Concluía esta ceremonia con prender todos los figurines de palo en una gran hoguera; y mientras ardían, las viudas estaban llorando á su derredor. Acabados de quemar, los viejos sacer-

dotes dirigían á las viudas la siguiente consolación: «Hermanas é hijas nuestras, esforzaos y haced ancho el corazón: ya hemos dejado á nuestros hijos los *océlotl* y los *quauhtli*, y no penséis en volverlos á ver, que no es como cuando salían de la casa enojados, y tardaban en volver tres ó cuatro días: porque ahora ya se fueron para siempre. Ocupaos en tejer y barrer, y estaos en vuestras casas esperando solamente en *Teotl*, el señor del día y de la noche, del fuego y del aire.»

Volvían las lágrimas y el duelo, y así duraban en el luto ochenta días sin peinarse, lavarse ni vestirse. El último día del luto iban unos sacerdotes á rasparles la suciedad del rostro, la cual llevaban al templo para arrojarla en el *yahualiúcan*. A éstos también les daban las viudas *maxtli* y *áyatl*.

Así los sacerdotes tenochca, como los de todos los cultos, entretenían esas costumbres, al fin de las cuales veían siempre el tributo de ropas de las infelices viudas.

Cuando hubo pasado todo lo que hemos referido, tuvo que ocuparse Itzcoatl otra vez de los graves asuntos de la guerra, y sus soldados volvieron á alistarse para una nueva campaña. Había sucedido que mientras Netzahualcóyotl vino á prestar auxilio á los tenochca, el rey de Huexotla, llamado Iztlacántzin, se había rebelado contra el monarca acolhua, y había ocupado militarmente la corte de Texcoco. No abandonó Netzahualcóyotl la causa de Itzcoatl para volver á recuperar su reino: comprendió que lo más urgente era vencer á los tepaneca; sin que le cupiera temor de que los de Huexotla lo viniesen á atacar á México, pues como hombres de la montaña no se aventurarían en el lago. Concluyó, pues, primero con los de Atzcaputzalco, y volviendo el ejército aliado victorioso, reconquistó Texcoco. Pronto pudo pagarle Itzcoatl la noble deuda que con él había contraído.



Batalla de Xochimilco

Pone por esta causa el códice Mendocino entre los pueblos conquistados por Itzcoatl el de Texcoco Acolhuacán; pero no porque lo conquistara para sí, sino en unión de Netzahualcóyotl, y para éste, su legítimo *tecuhtli*.

Según Ixtlilxóchitl, volvió Netzahualcóyotl á Tenochtitlán con su tío Itzcoatl, con el fin de ayudarle á sojuzgar á los pueblos tepaneca del otro lado de Coyohuacán, que contra él habían hecho alianza con los de Xochimilco, Cuitlahuac, Mezquic, Chalco y Culhuacán. En esta parte las crónicas llenas están de confusión y contradicciones: las de Tezozomoc y Durán cometen un error imperdonable, pues suponen aún vivo á Maxtla, y como centro de la conjuración Coyohuacán, que estaba ya conquistado. Y nos fundamos para decir esto, en que el códice Mendocino, que es el más exacto y más autorizado de los anales mexicanos, pone la conquista de todas las provincias del Coyohuacán, antes de la reocupación de Texcoco. Debemos, pues, tener como centro de la conjuración y refugio de los tepaneca, el territorio que se extiende entre el lago de Chalco y el Axochco ó Ajuzco. Lo cierto es que los tepaneca comenzaron á mandar embajadas á diversos pueblos para levantarlos contra los tenochca. Mandaron la primera á la montaña, á Xalatlauhco y Atlapulco, pero estos pueblos se negaron á la alianza. No así los de Chalco, Culhuacán, Xochimilco, Cuitlahuac y Mizquic, que aceptaron la alianza, pues aun cuando respecto de este último dice el padre Durán que no entró en la conjuración, prueba lo contrario el hecho de estar en el códice de Mendoza como el primero de los pueblos conquistados en esta segunda campaña. En esta guerra, que duró hasta el año de 1430, conquistó Itzcoatl, primeramente á

Mizquic, y después á Cuitlahuac, habiendo antes lanzado á los tepaneca hasta el Axochco. De manera que comenzó su campaña por el lado de la tierra, y vino después atacando como en escala los pueblos del lago. Tocóle en seguida á Xochimilco el ser conquistado, y después á Chalco. Los xochimilca fueron obligados á construir la calzada del sur, por mandato del rey Itzcoatl, y sus tierras fueron repartidas, como lo habían sido las de los tepaneca.

No está en el códice Mendocino la conquista de Culhuacán, sin duda porque allí se reputa conquistado desde el tiempo de Tenoch, pero sí se encuentra en los códices Vaticano y Telleriano-Remense y en las estampas del reinado de Itzcoatl; y hay también en el códice



Reparto de las tierras conquistadas de Atzcaputzalco, Coyoacán y Xochimilco

Mendocino la sujeción de varios pueblos que se extienden más allá del Axochco. Pero antes de ocuparnos de esta última campaña de Itzcoatl, que hizo ya al fin de su vida, volvamos á Tenochtitlán, en donde el año de 1430 debía fundarse el imperio por Itzcoatl y Netzahualcóyotl. Habían llevado á cabo ya su gran proyecto, dominar enteramente el Anáhuac. Recobrado el reino de Texcoco, estaba sojuzgada toda la parte del lago salado hasta los límites de los tepaneca: con la conquista de éstos quedó en poder de los reyes todo el lago, y ya sólo faltaba para realizar su empresa, que se apoderasen del de agua dulce, ocupado por los chalca, xochimilca, culhua y los de Mizquic y Cuitlahuac. Consiguiéronlo con esta segunda campaña, y dueños ya del Anáhuac,



Conquista de Cuitlahuac

no volvieron á conocer rivales en su dominio. Desde entonces sus guerras y sus victorias debían tener por campo los reinos colocados tierra adentro.

De esa época data la famosa alianza de los acolhua y tenochca, en la cual se dió entrada al *tecuhtli* de Tlacópan, buscando Netzahualcóyotl con esto el equilibrio del Anáhuac, y haciendo así contrapeso al rey de México, que de otra manera le habría sobrepujado en poderío sobre las aguas del lago. Itzcoatl se resistió á dar parte á Totoquihuátzin, que era el rey de Tlacópan; pero habiendo cedido á las exigencias de Netzahualcóyotl, quedó definitivamente dividido el imperio, siendo los dos principales señores el emperador acolhua y el mexicano, y después de ellos el de Tlacópan, á quien se dió parte del reino tepaneca. Convinieron también que en las guerras que hiciesen en común, dividirían el

botín y los tributos, dando una quinta parte al *Tepanecatecuhtli,* que así se llamó desde entonces el señor de Tlacópan, y tomando por mitad el resto los dos emperadores, de los cuales el acolhua tomó el título de *Acolhuatecuhtli* ó *Chichimecatecuhtli*, é Itzcoatl el de *Colhuatecuhtli,* por ser su pueblo descendiente de los culhua tolteca. Duró este pacto hasta la venida de los españoles. Torquemada y los demás cronistas que siguen las tradiciones mexicas, dicen que en el reparto tocaba doble porción al rey de México que al de Texcoco: ya hemos visto que tales diferencias nacen del espíritu nacional; pero establece la igualdad el cronista texcocano, y sobre todo una autoridad respetable é imparcial como es Zurita, quien en su *Relación de los señores de la Nueva España*, en la página quinta del manuscrito original, de puño y letra del autor, que poseemos, dice: «Al señor de México habian dado la obediencia los señores de Tlexcuco y Tlacuba en las cosas de guerra, y en lo demas eran iguales, porque no tenia el uno que hazer en el señorío del otro; aunque algunos pueblos tenian comunes y repartian entre sí los tributos dellos, los de unos igualmente, y los de otros se hacian cinco partes, dos llevaba el señor de Mexico y dos el de tlezcuco, y una el de tlacuba.»

Modificóse también por este célebre pacto la manera de elegir los señores de estos tres reinos.

Clavigero dice que la elección del *tecuhtli* mexicano se hacía por cuatro nobles nombrados expresamente para cada elección, y que después de este pacto fueron constituídos electores honorarios los otros dos reyes, cuya única misión consistía en aprobar el nombramiento hecho en México. Advierte Clavigero que siempre el electo fué de la familia real. Por esta circunstancia Zurita establece como regla fija la sucesión por parentesco; pero no habla de los cuatro nobles electores, pues expresamente dice: «Si faltaba subcesor al señor de México, elexian los señores y principales de su señorío, y la confirmacion era de los señores Supremos de tlezcuco y tlacuba, y si a estos les faltaba sucesor, elegian los principales y señores de su tierra, y la confirmacion era del señor de México, y ya ellos estaban informados si la eleccion se abia hecho en la forma dicha, y si no mandaban tornar y elexir de nuebo.»

Ante tan contrarias autoridades, aunque la de Zurita es más respetable, debemos examinar cuál era el verdadero modo de la elección, y cómo pudo tener lugar su establecimiento y variaciones.

No debemos olvidar que durante su peregrinación, la tribu tenochca estaba sujeta á un gobierno enteramente teocrático, y que creía obedecer solamente á su mismo dios, que le hablaba por boca de los sacerdotes. Es evidente que el jefe sacerdote se nombraba entonces por los mismos sacerdotes, ó según creía la tribu, por el dios. De aquí nacía la completa sumisión de los mexica á su jefe. Durante su estancia en Chapultepec nombraron rey á Huitzilíhuitl: difícil es decir qué causa les movió á mudar de forma de gobierno, pues no es posible que fuera solamente el deseo de imitar á los otros pueblos del Anáhuac: tan sólo la preponderancia del partido guerrero puede explicarlo, sobre todo si esto tuvo lugar, no á la muerte del jefe sacerdote, sino cuando ya algunos años antes estaba elegido Tenoch, pues hay datos para creer que así pasó. Entonces tendremos una verdadera revolución, en que en la lucha del elemento sacerdotal y del elemento guerrero, triunfó éste, y destituyendo al jefe sacerdote, nombró rey. Mal les fué á los mexica en este reinado que concluyó con su servidumbre y sujeción á los culhua. Debieron atribuir sus desgracias, entre otras causas, al abandono del gobierno teocrático, y volvieron á él, siguiendo en la obediencia de Tenoch hasta que murió. Fundada ya entonces la ciudad, establecida ya la tribu, la idea de pasar del gobierno teocrático al monárquico, que era un progreso y que como todo progreso no podía sofocarse, volvió á ser causa de división entre los tenochca. Por eso fué sin duda el largo interregno que hubo entre la muerte de Tenoch y la elección de Acamapichtli. Prevaleció el elemento guerrero, y la primera elección de rey, debió y no pudo menos de hacerse, que por los nobles guerreros con aprobación del pueblo. El sacerdocio, no queriendo quedar sin intervención en un acto político tan importante, estableció la consagración, y la idea de que por ella el monarca se identificaba con el dios. De aquí, pues, nació el contar siempre con el sacerdocio, que era quien podía deificar al hombre rey. Con la ficción teo-política vinieron á ser los hijos y descendientes de Acamapichtli, hijos y descendientes de *Huitzilopochtli:* idea que trajo consigo la precisa consecuencia de que entre ellos se eligiese siempre al *tecuhtli.* Cuando murió Acamapictli no nombró sucesor, ni lo hicieron jamás los otros reyes tenochca: lo que produjo esa extraña combinación de la elección y de la dinastía.

Después de Acamapichtli, no hay rastro de que haya intervenido el pueblo en la elección, y así debió suceder sin duda alguna después de Itzcoatl, en virtud de la sujeción absoluta y vasallaje que el pueblo pactó. Pero tampoco hay en las buenas fuentes la prueba de que la nobleza guerrera encomendara la elección á cuatro diputados. Por el contrario, en los cuadros llenos de vida de la elección de los reyes que nos presentan Tezozomoc y Durán, nos pintan á toda la nobleza reunida, escuchando las arengas de los ancianos, y nombrando entre todos al monarca. En la elección de Itzcoatl dice expresamente el orador, que allí está reunida toda la nobleza, y que allí están todos los hijos y nietos de Acamapichtli, é invita á todos los presentes á que nombren rey: y el cronista agrega, que todos de común acuerdo nombraron á Itzcoatl.

Fué, pues, esta la verdadera manera de elección entre los mexica. No sucedió así con los otros pueblos

del Anáhuac, en donde acostumbraron los reyes, á lo menos generalmente, nombrar sus sucesores entre sus hijos ó nietos. Nombró Tezozomoc sucesor á Táyatl, y el rey Ixtlilxóchitl, antes de emprender la campaña contra los tepaneca, hizo reconocer á Netzahualcóyotl como heredero del imperio chichimeca.

No sufrió, pues, con la triple alianza más modificación la costumbre electoral, que el quedar sujeto el nombramiento del rey tenochca á la aprobación de los *tecuhtli* de Texcoco y de Tlacópan.

Quedó así con gran poderío establecido el imperio de Itzcoatl; pero todavía antes de morir, debía aumentar



Códice Mendocino. — Muerte de Cuauhtlatoa y conquistas de Itzcoatl

su gloria con nuevas conquistas. Había sucedido que el *tecuhtli* del pueblo de Xiuhtepec, vecino del de Cuauhnáhuac, le mandó pedir á éste para esposa á una hija suya; y á pesar de habérsela dado, la dió también en matrimonio al *tecuhtli* de Tlaltéxcal. Para vengarse consiguió la alianza de Itzcoatl, quien con las tropas de los tres reinos aliados marchó sobre Cuauhnáhuac, y venció y redujo á tributarios á los siguientes pueblos, que se extienden más allá de Axochco, y cuya nómina consta en los jeroglíficos del códice Mendocino: Huitzilápan, hoy Huichilaque; Cuauhnáhuac, hoy Cuernavaca; Quetzállan, Tzacuálpan, Itztepec, Xiuhtepec, Yohuállan y Tepecoacuilco.

Estos pueblos, Culhuacán, Xochimilco, Cuitlahuac y Mizquic quedaron tributarios de Tenochtitlán, y como territorio propio aumentóse á la ciudad, Atzcaputzalco, Mixcoac, Coyohuacán y Cuauhtitlán. Los pueblos de Chalco, ó no fueron enteramente conquistados, ó se alzaron desde luego, pues los veremos en el siguiente reinado hacer nuevamente armas para ser vencidos otra vez.

Pueden verse las diversas conquistas de Itzcoatl en las pinturas 5.ª y 6.ª del códice Mendocino. Entre ellas llama la atención la de Tlatelolco, á la cual está unida la de su rey Cuauhtlatoa. Créese que sintiéndose éste desairado por verse excluído de la triple alianza, y humillado por quedar sometido á Tenochtitlán, quiso sacudir el yugo. Con este motivo, desde el año cinco *técpatl* 1432, puso á Tlatelolco en son de guerra; pero como nada pudiera alcanzar por ese medio, fingió someterse el ocho *ácatl* 1435, y recurrir á conspiraciones para hacerse aliados, por lo cual mandó en secreto embajadores á diversos pueblos. Parece que algo había alcanzado ya, cuando lo descubrió Itzcoatl: por lo que éste se apoderó de Tlatelolco é hizo ahorcar á Cuauhtlatoa. Según otra versión, después de haberse alzado la primera vez en 1432, y haberse sujetado en 1435, volvióse á alzar Cuauhtlatoa contra Tenochtitlán el siguiente año 1436; pero una noche se le apareció en sueños uno de sus dioses y le dijo que había hecho mal, por lo que se entregó á Itzcoatl, quien lo entregó á los tlatelolca para que lo matasen. De todas maneras, en el jeroglífico se le representa ahorcado.

Quedó así Tlatelolco por tributario de Tenochtitlán, aun cuando con gobierno propio, pues á la muerte de Cuauhtlatoa se permitió á los tlatelolca elegir por rey á Moquihuix.

En la matrícula de tributos constan los que Tlatelolco pagaba á Tenochtitlán.

Al mismo año citado de ocho *ácatl,* refiere el códice de Cuauhtitlán el deslinde de las tierras de Tenochtitlán y Tlatelolco, y señala los lugares llamados Toltepec, Tepeyacac, Cuauhchilco, Tlalcuichcalco y Tozqueníltlatl. Según esto, le quedaron á Tlatelolco algunos lugares al norte de la isla y hasta las riberas de Atzcaputzalco. No puede, pues, decirse que fué entonces completa la sujeción de Tlatelolco.

En esta grandeza dejó Itzcoatl el imperio mexicano, al morir en los postreros días del año *matlactliome técpatl,* 1440, después de haber reinado trece años. Subió al trono Itzcoatl, según Torquemada, á los cuarenta y seis ó cuarenta y siete años de edad. Según Chimalpain, dejó tres hijos y una hija. Fueron aquellos: Cuitlahuátzin, que fué *tecuhtli* de Itztapalapan; Chalchiuhtlatonac, que lo fué de Xilotepec, y Huehuetezozomótzin; y fué la hija, señora de Atotonilco, sin que el cronista sepa su nombre.

No debe olvidarse que Itzcoatl levantó un templo á *Cihuacoatl* y otro á *Huitzilopochtli.*

Aquí acaba la vida de Itzcoatl, de quien en elogio repetiremos solamente las palabras de Chimalpain: *fué varón tan excelente, que no hay bastante lengua para sus alabanzas.*

CAPÍTULO V

Motecuhzoma Ilhuicamina.— Ortografía de su nombre. — Su elección — Su coronación. — Consagración real. — Construcción del teocalli de Huitzilopochtli. — Guerra de Chalco — Sacrificio de Ezuauácatl. — Inundación de México — Construcción del dique. — La Piedra del hambre. — Socorros de Motecuhzoma á su pueblo — Fin de la calamidad. — Institución de la guerra sagrada. — Conquistas de Motecuhzoma. — Organización administrativa — Educación de la niñez. — Sacrificios. — Introducción en México del Tlacaxipehualiztli — El Tonalácatl — Su estreno — Ceremonias del sacrificio. — Hace esculpir Motecuhzoma su imagen en el cerro de Chapultepec. — Muerte de Motecuhzoma Ilhuicamina. — Su descendencia. — Gloria de su reinado y males que causó su fanatismo.

El nombre del emperador Motecuhzoma se ha escrito de tan diversas maneras, que es preciso entrar en un examen minucioso de las diferentes opiniones que hay sobre su ortografía, para decidir cuál es la mejor.

Reinaba el segundo Motecuhzoma cuando los españoles llegaron á Tenochtitlán, y como les era difícil pronunciar los nombres mexicanos, corrompieron el del monarca, así como corrompieron el de muchos que dejaron inconocibles, tales como *Huitzilopochtli,* que hicieron Huichilobos, Cuauhnáhuac Cuernavaca, etc. A esta circunstancia se agregó otra también muy importante para la dificultad de conservar en su pureza el nombre de ese rey, y fué que los tenochca no encontraron en sus combinaciones jeroglíficas el modo de escribirlo fonéticamente. Desde luego, cualquiera que sea la ortografía que se prefiera, encontramos en el nombre del rey la partícula *mo,* vuestro, y la voz *zomalli,* el enojado, el sañudo; y ninguna de las dos pudieron ser representadas por medio de los jeroglíficos. La representación del rey se hizo con un *copilli,* que viene á ser la figura simbólica del rey, del señor, del *tecuhtli.* No tendremos, pues, más que esta pequeña base para resolver la dificultad.

El conquistador Hernando Cortés, en sus Cartas relaciones al emperador Carlos V, citó muchas veces el nombre en cuestión. Publicáronse estas cartas en el año 1749, en la preciosa colección intitulada *Varios historiadores de Indias,* que en Madrid sacó á luz don Andrés González Barcia. No tomamos en cuenta la edición gótica del siglo XVI, pues se puede decir por su suma escasez que está perdida, y no hay en México un solo ejemplar que poder consultar. En aquella edición el nombre se escribe Muteççuma. En la nueva edición que de dichas cartas hizo el arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana, en México, el año de 1770, imprimióse Muteczuma. Reprodújose esta edición en Nueva-York el año de 1828, y en ella se reprodujo también la ortografía Muteczuma. El año de 1858 se publicaron otra vez las cartas de Cortés en la *Biblioteca de Autores españoles,* de Rivadeneyra, y siguió la escritura Muteczuma. El año de 1855 publicó el señor don Joaquín García Icazbalceta, el bibliógrafo más notable que tenemos, una preciosa edición gótica de una carta inédita de Cortés; la reimprimió en 1859 en el tomo I de su *Colección de documentos para la historia de México,* é hizo todavía una tercera edición, de sólo sesenta ejemplares, en riquísimo papel de Holanda, con caracteres góticos del siglo XVI, con tinta roja y negra; siendo de notar que esta exquisita impresión, que es la mejor que de las prensas mexicanas ha salido, fué formada por manos del mismo señor Icazbalceta en su imprenta particular, lo que aumenta mucho su mérito á los ojos de las personas que saben agradecer los muchos servicios que el sabio y laborioso escritor ha prestado á la historia de México. Como la referida carta fué escrita en 1524, no se hace ya en ella mención del emperador Motecuhzoma. En la edición del periódico *La Iberia,* México 1870, se pone también Muteczuma. En la edición de don Pascual de Gayangos, París 1866, escríbese igualmente Muteczuma. Publicó también lord Kingsborough algunas cartas de Cortés que no hacen relación al tantas veces citado emperador de México. Lo mismo sucede con otras cartas publicadas en el primer libro de *Actas del Ayuntamiento de México,* en la *Colección de Navarrete, Mosaico Mexicano, Documentos para la historia de España, Documentos del Archivo de Indias,* Prescott, é *Iberia,* tomo II. Hay otro documento de Cortés en que se cita este nombre, y es la *Merced á los caciques de Axapusco,* que por primera vez publicó el señor García

Icazbalceta en su tomo II de la *Colección de documentos para la historia de México*, y confrontó escrupulosamente con la del Archivo general, en donde se pone Montezuma; pero no hay duda de que en la copia del Archivo está adulterada la ortografía, pues allí se lee también Tenochtitlán, y es bien sabido que jamás lo escribió así Cortés, que generalmente le decía Temixtitán. Al reproducir parte de esta carta el señor Zerecero en sus *Memorias para la historia de las revoluciones de México,* usó del nombre de Moctezuma, sin que sepamos el motivo que tuvo para variar la escritura del manuscrito que imprimía. Finalmente, en la edición italiana de las cartas de Cortés, que se halla en el tomo III de la *Colección de Ramuzio*, publicada en Venecia en 1565, se dice Montezuma.

Se ve, pues, que todas las buenas ediciones citadas le atribuyen á Cortés la ortografía Muteczuma. Creemos, sin embargo, que todas no han hecho más que reproducir el primer error del primer copista ó impresor, pues Cortés escribía generalmente Muteçuma. Hay entre nuestros manuscritos un códice que contiene las Cartas de Cortés, mandado hacer por Carlos V y certificado de su orden por el escribano Diego de San Martín, el cual códice quedó en la Biblioteca imperial de Viena, bajo el número 5,606. Este códice, de una autenticidad que tienen pocos manuscritos, da casi siempre la ortografía antes dicha. Para no hablar sino de dos pasajes, citaremos las páginas 64 vuelta y 97, debiendo advertir que la paginación es moderna. Dice en la primera: «quando salia fuera el dhó *muteçuma* que hera pocas



Motecuhzoma Ilhuicamina

bezes todos los que yban con el y los que topava por las calles ce bolbian el rrostro y en ninguna manera le myrában.» En la segunda usa absolutamente la misma ortografía, aunque en otros pasajes del manuscrito parece que está escrito Mutecçuma. Pedro Martyr, que recibía de primera mano las relaciones de Cortés, usaba la ortografía Muteczuma: así está en la edición gótica de sus *Décadas*, hermosa impresión de MDXXX, y en la rarísima edición de París de 1587, hecha por R. Haklvyiti; pero se lee Multoxuma en la impresión de Colonia de 1574.

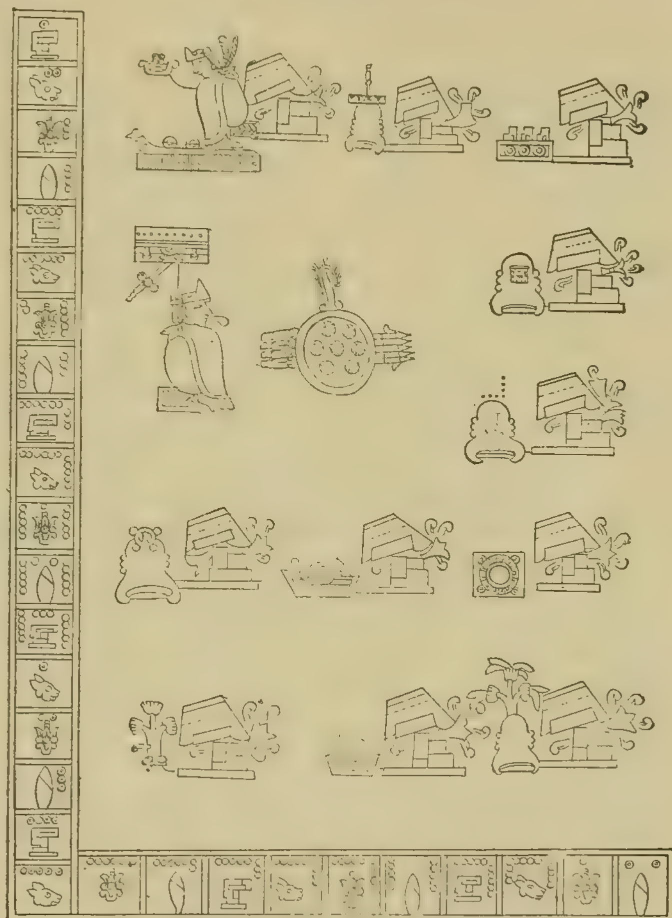
El conquistador Bernal Díaz del Castillo, en la primera edición que de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, hizo fray Alonso Remón en Madrid el año de 1632, usa la ortografía Monteçuma. El conquistador anónimo, cuya relación se encuentra en el tomo citado de Ramuzio, lo llama también Montezuma, ortografía que conserva en la traducción del señor García Icazbalceta, inserta en su colección.

De los historiadores primitivos, el padre Motolinía lo llama Moteuczoma en su *Historia de los indios de Nueva España*, publicada primeramente por Kingsborough, y después con una versión mejor, por el señor Icazbalceta, en la citada colección. El padre Sahagún llámalo Moctlecuzoma, y así está en las dos ediciones que casi al mismo tiempo hacían de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, Kingsborough en Londres y don Carlos María de Bustamante en México. Fray Bartolomé de Las Casas usa del nombre Monteçuma en sus *Viajes de los españoles á las Indias*, edición francesa de París, 1697. En *La conquista de México*, del clérigo Francisco López de Gomara, edición de Amberes, en casa de Juan Steelcio, 1554, se escribe el nombre Motecçuma. Fray Jerónimo Mendieta en su *Historia eclesiástica indiana*, dada á luz cuando ya se creía perdido tan precioso monumento por el infatigable señor Icazbalceta, en México, en 1870, en una espléndida edición de sólo cuatrocientos cuarenta y seis ejemplares, usa la voz Moteczuma. Fray Juan de

Torquemada llámalo Motecuhçuma en la *Monarquía Indiana.* Tezozomoc le dice Moctezuma tanto en el manuscrito como en la edición de Kingsborough y en la traducción francesa de Ternaux Compans. El padre Durán usa la palabra Monteçuma en su *Historia de las Indias de Nueva España,* de la cual se publicó el primer tomo por don José Fernando Ramírez, en México, el año 1867. Acosta le llama Motezuma en su *Historia natural y moral de las Indias,* edición española de Madrid de 1792, y la misma escritura se usa en la edición latina. Ixtlilxóchitl siempre lo llama Motecuhzoma ó con la partícula reverencial Motecuhzomátzin. Chimalpain, en su crónica inédita, le dice Moteczuma. Sigüenza, en las tablas citadas de Santos Salazar, dice Motecutzoma, aunque creemos que es error del copista, pues en el *Teatro de virtudes políticas* lo llama Motecohzuma. Oviedo usa la voz Monteçuma en su *Historia de Indias,* publicada el año de 1853 por la Real Academia de la Historia en lujosa edición de cuatro tomos. Herrera le da en sus *Décadas* el nombre de Moteçuma. Veytia le dice Moteuhzuma. Llámasele Moctezuma en la traducción francesa del Zurita, publicada por Ternaux Compans; pero en el manuscrito original se pone Motençuma. Clavigero le dice Motezuma ó Moteuczoma. Solís, en su *Conquista de México,* primera edición en Madrid, año de 1732, le llama también Motezuma. El abate Brasseur prefiere la voz Montezuma. El intérprete del códice Mendocino dice una vez Huehuemoteccuma y otra Moteççuma: creemos que hay error de imprenta y que lo escribía Motecçuma. El intérprete del códice Telleriano-Remense lo llama Mouteuhccoma ó Motecoma: creemos que olvidaron la cedilla en la impresión. En el códice de Aubin se dice Moteuhcçoma, y en el segundo anónimo, primero Motecçoma y luego Motecuhzoma. El intérprete del jeroglífico de Tepéchpan le dice Moteuhzoma. El señor don José Fernando Ramírez, en el *Diccionario de Geografía é Historia,* lo llama Moteczuma ó Motecuhzuma. En fin, en un manuscrito que tenemos con los jeroglíficos de los reyes de México y sus nombres, se pone Motezoma ó Moteuczoma, y sin duda este documento está escrito en los últimos años, por comprenderse á Maximiliano, cuya escritura jeroglífica en él se figura.

Podrían aumentarse mucho más estas citaciones; pero son las principales, y más que suficientes para dilucidar la cuestión.

Si se observan con atención las variantes del nombre que nos ocupa, se verá que con pocas excepciones, entre las que se encuentran las impresiones de países extranjeros á España y México, conforme está la escritura de la primera sílaba *mo* ó *mu* y de las dos últimas *zoma* ó *zuma.* Debemos advertir que es indiferente el uso de la *o* ó la *u,* y que generalmente preferían la *o* los mexica y la *u* los acolhua, ó usaban de ambas en una misma palabra, buscando la eufonía. Como Cortés venía con los texcocanos, decía Mutezuma, prefiriendo siempre la *u.* Hecha esta ligera explicación, tendremos que toda la dificultad se reduce á saber si las sílabas restantes del nombre son *te, tec, teuh* ó *tecuh.* Viene en nuestra ayuda el símbolo del rey, que precisamente corresponde á esas sílabas. El símbolo es el *copilli* real, que representa al *tecuhtli;* de manera que él sólo puede darnos el sonido *tecuh,* y por lo tanto, como enteramente pura y castiza, la voz Motecuhzoma, prefiriendo por el buen sonido la combinación alternada de la *o* y la *u.* Que el nombre puro es *tecuhtli,* se saca de las buenas fuentes del idioma mexicano. Hay cuatro vocabularios mexicanos, y no



Códice Mendocino. — Reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina

sabemos que exista otro. Tomando de los dos de Molina, el grande impreso en México en casa de Antonio Spinosa, en 1571, nos da la voz *tecuhtli, cauallero* ó *principal.* El mexicano-latino de Sahagún, autoridad respetabilísima, que con sus Evangelios y Epístolas se publicó en lujosa edición el año 1858, en Milán, por Bernardino Biondelli, dice: *tecutli, n. eques, princeps.* Ni duda puede quedar con estas dos indiscutibles autoridades, que poseyeron en toda su pureza el idioma *náhuatl,* de que solamente la voz *tecuhtli* es pura y genuina. Notará acaso el lector la falta de la *h* después de la *u;* pero esto depende de que en el siglo XVI usaron los escritores de ortografía distinta, y muy pocas veces de la *h:* así decían *Vitzilopochtli* en vez de *Huitzilopochtli.* Pero cuando escribió Ixtlilxóchitl,

que ya estaba fijada la ortografía, dijo en su *Historia chichimeca: tecuhtli, que es como el César de los romanos.* Más tarde comenzó á corromperse el lenguaje, y por eso en el tercer vocabulario, de los cuatro á que nos hemos referido, compuesto por el bachiller don Jeronymo Thomás de Aquino Cortés y Sedeno, y publicado en Puebla en 1765, se dice: *Señor de casa, tecti;* y se dice *teuhtli, señor*, en el *Vocabulario manual* de Arenas, publicado sin fecha en México por la viuda de Bernardo Calderón, reimpreso en Puebla en los años de 1793 y 1831, y del cual hace pocos años se hizo nueva edición con correspondencia española y francesa. Entonces comenzaron á usarse Moteczuma y Moteuhzoma. Debemos, sin embargo, advertir que Moteczuma se usó desde el siglo XVI por escritores distinguidos, y que es también palabra pura, pues *tecuhtli* en la composición hace á veces por elisión *tec,* como en *técpan,* palacio, compuesto de *tecuhtli*, señor, y *pantli,* bandera, en donde está la bandera, el estandarte del señor ó rey. Creemos aún más, que si el nombre castizo era Motecuhzoma, el nombre usual y vulgar entre los tenochca era Moteczuma.

Este primer Motecuhzoma llamábase también Ilhuicamina. El jeroglífico de este otro nombre se compone del símbolo del cielo, *ilhuicatl,* y de una flecha que lo atraviesa, lo que nos da el sonido *mina,* flechar, asaetear, y la figura toda la voz Ilhuicamina.

Subió al trono Motecuhzoma el año trece, *técpatl,* siendo, según el cómputo de Sigüenza, el 19 de agosto de 1440. A la muerte de Itzcoatl, no podían los tenochca elegir mejor rey que aquel que mayor gloria había alcanzado en las campañas que dieron poderío y fama al imperio mexicano. Podía decirse que la mitad de la obra correspondía á Motecuhzoma, y justa y natural fué su elección, que de buen grado confirmaron sus antiguos compañeros de armas, el *tecuhtli* de Texcoco y el de Tlacópan.

No quiso el nuevo emperador que se le consagrara desde luego. La idea religiosa y su amor por las batallas lo impulsaron á querer ofrecer antes á *Huitzilopochtli,* el dios de la guerra, el sacrificio de prisioneros hechos por su mano. Esta idea religiosa era bárbara; con el tiempo había de contribuir, más de lo que se ha creído, para allanar el camino á la conquista española; pero entonces tenía que ser un gran elemento para la preponderancia de Tenochtitlán y para constituir á la nación en el primer poder militar. ¿Fué cálculo? ¿fué superstición? lo cierto es que el rey nombrado quiso untar con la sangre de sus caútivos el cuerpo del dios antes que ungieran el suyo con el bálsamo de *Huitzilopochtli.*

No habían quedado del todo sujetos los chalca, y volvieron á levantarse á la muerte de Itzcoatl: escogió, pues, ese campo el rey tenochca para tomar la ofrenda de su dios. No podía, además, olvidar los antiguos agravios que su rey Toteótzin le infirió cuando mandado por Netzahualcóyotl fué á buscar su auxilio contra los tepaneca: recordaba sin duda su prisión, y el empeño de aquel *tecuhtli* de entregarlo al tirano Maxtla; y partió con sus huestes sobre Chalco, que tomó por segunda vez. Contentóse con hacer gran número de prisioneros, y dejó por entonces pendiente la conquista definitiva de ese reino.

Habían pasado entre tanto los ochenta días dedicados á las exequias de su antecesor, y preparóse todo para la solemne consagración.

Las crónicas mexicanas cuentan que vino á Tenochtitlán Netzahualcóyotl á rendir pleitesía á Motecuhzoma, y que para que este vasallaje constase de una manera patente, hízose un simulacro de batalla en que los tenochca ocuparon la corte de Texcoco é incendiaron su templo. Por el contrario, el cronista acolhua cuenta que en los últimos años del reinado de Itzcoatl, habiendo sabido Netzahualcóyotl que el emperador de México quería romper la fe jurada, invadió y tomó por asalto Tenochtitlán. Pretensiones de orgullo nacional y tratándose de la época más gloriosa y en la cual cada cronista quería la supremacía para su nación, no deben tomarse en gran consideración. El padre Durán relata extensamente esta parte falsa de la historia, y en uno de sus jeroglíficos presenta á Netzahualcóyotl recibiendo el *copilli* de manos de Motecuhzoma. Lo cierto es que Netzahualcóyotl asistió á la consagración y que se distinguió por sus riquezas y numerosos presentes. En ella fueron sacrificados los prisioneros chalca, y asistieron con sus ofrendas los reyes tributarios.

La ceremonia de la consagración se hacía conduciendo al electo al templo de *Huitzilopochtli.* Iba la comitiva de sacerdotes, guerreros y pueblo en profundo silencio y sin acompañarse con sus acostumbrados instrumentos. Llegados al *teocalli,* subían por delante los reyes de Texcoco y Tlacópan y detrás el nuevo rey de Tenochtitlán, sin insignias, apoyado en dos nobles guerreros ricamente aderezados. Llegados á la plataforma hacía el electo su acatamiento al ídolo, y después de tocar la tierra con la mano, llevaba ésta á su frente. Teñíale entonces el cuerpo el gran sacerdote con negro *ulli,* y se lo rociaba de agua con ramas de cedro y sauce y con hojas de *ácatl.* Cubríanlo después con un *áyatl* adornado de fúnebres *miquiztli,* y le ponían sobre la cabeza una manta negra y otra azul con igual adorno. Al cuello le ceñían unas correas rojas de que pendían amuletos de oro y ricas piedras, y á la espalda el calabazo sagrado para que lo librara de las enfermedades. Tomaba el rey electo el *xiquipilli* lleno de *copalli,* y echando estos polvos aromáticos en un brasero, los iba á ofrecer al dios. Tomábale entonces el gran sacerdote el juramento de mirar á sus súbditos como á hijos, de reinar con justicia y de ver con empeño las cosas de la guerra y el servicio de los dioses, y

después de que lo prestaba solemnemente, le vestían las insignias reales.

Bajaba el rey del *teocalli* á recibir la pleitesía y los tributos de sus feudos y súbditos, y después de cuatro días de ayuno y recogimiento, iba á tomar posesión de su trono.

Pasadas todas estas ceremonias, proclamado y reconocido Motecuhzoma como emperador de México, volvió á continuar la campaña de Chalco. Hay que advertir que los tenochca tuvieron cuidado de no aparecer jamás como promovedores de guerras, y que aparentaban no ser hostiles á ningún pueblo; pero sí aprovechaban las ocasiones que los otros reinos les daban, y que ellos tomaban como afrentas hechas á su honra para declararles la guerra y sujetarlos. Llegaron á organizar tan bien esta política, que establecieron una especie de embajadores que á título de comerciantes se introducían en los otros reinos, y buscando querellas se hacían encarcelar ó maltratar, lo que daba motivo para vengarse á los *inofensivos* señores de México y principio á una campaña que concluía con la sumisión de aquellos reinos.

Parece que durante algún tiempo no dieron motivo ni pretexto los chalca que autorizara á Motecuhzoma á consumar su conquista y á convertirlos de tributarios en súbditos directos de Tenochtitlán, pues las crónicas nos presentan tranquilos los primeros años de este reinado y al nuevo emperador dedicado á la construcción de un suntuoso templo para *Huitzilopochtli;* y en efecto, se comenzó la obra, para la cual llevaron abundantes materiales los súbditos de Xochimilco, Culhuacán, Cuitlahuac, Mezquic, Coyohuacán y Atzcaputzalco.

La construcción de este templo fué, según las crónicas más acreditadas, el motivo de la nueva guerra con Chalco. Mandó Motecuhzoma á los chalca una embajada, pidiéndoles su auxilio para la construcción del *teocalli.* Los embajadores se dirigieron á los dos señores de Chalco, Cuauhteotl y Toteótzin, y les dijeron: — El *tecuhtli* de Tenochtitlán nos envía á saludaros y á manifestaros sus deseos de que aumentéis vuestro poderío en este vuestro reino, y os suplicamos humildemente que nos socorráis con alguna piedra grande pesada y con una piedra liviana, pues la tenéis sobrada en estos cerros, para el edificio del *teocalli* de nuestra ciudad que hemos determinado levantar á *Huitzilopochtli.*—Rehusáronse los chalca á esta pretensión. ¿Qué motivo más justo para hacerles la guerra que el desprecio al dios? Dispusiéronse, pues, los ejércitos por ambas partes, y dieron batalla en el lugar llamado Techichco. Seis días se batieron sin éxito y sin que los tenochca pudieran desalojar á los chalca de su campo. El séptimo día púsose á la cabeza de las tropas de México el *Ezhuahuácatl,* y con tal ímpetu cayeron sobre los chalca que los hicieron retroceder, primero hasta Acaquílpan y después á Tlapitzahuáyan.

En esta situación pidieron los chalca una tregua, que manifiesta hasta dónde dominaba la idea religiosa á aquellos pueblos. Cuenta el cronista que al ser lanzados los chalca á Tlapitzahuáyan, dijeron á los tenochca: — Hermanos nuestros, habéis de saber que de aquí á cinco días es la fiesta de nuestro dios *Camaxtli* y queremos celebrarla con gran solemnidad y untar su *teocalli* con sangre tenochca para que sea más servido y honrado. Por tanto, os pedimos hasta entonces una tregua y que ese mismo día salgáis al campo, porque queremos celebrar esa fiesta con vuestras carnes. — Accedieron los tenochca, y se prepararon para el día señalado.

Usó entonces Motecuhzoma de una estratagema. Mandó avanzar todo su ejército y aprestó á todos los muchachos de la ciudad con trajes militares; de manera que cuando los chalca estaban en lo más reñido de la acción, presentóles á lo lejos su fingido ejército, lo que les causó gran pavor, y comenzaron á retirarse á Nexticpac, y después al cerro de Tlapechhuacán, en donde fatigados pidieron tregua y descanso. Pero sucedió que los muchachos se lanzaron también contra ellos, y desalojándolos de este último lugar los derrotaron y desbandaron en Cocotitlán. Los veteranos y los muchachos hicieron quinientos prisioneros, de los que doscientos eran soldados distinguidos de los chalca.

Cuando éstos pidieron la tregua para hacer el día de la fiesta de *Camaxtli* prisioneros tenochca que asaetear, que era su manera de sacrificar y ofrecer á su dios, hizo voto Motecuhzoma á *Huitzilopochtli* de que si los tenochca salían victoriosos le ofrecería en holocausto todos los prisioneros. Así lo cumplió, y los quinientos chalca fueron arrojados á una hoguera, y antes de que acabasen de espirar les arrancaron el corazón y lo ofrecieron los vencedores al dios de la guerra.

Volvieron los tenochca á continuar la campaña hasta que ocuparon la capital del reino, que era Amecaméca, y sojuzgaron á los chalca. Cuando concluyó, Motecuhzoma mandó que á los que más se habían distinguido les agujereasen la ternilla de la nariz y les atravesasen adornos de oro ó piedras finas, *á manera de bigotes.* Y esto mismo hicieron con los chalca que más valientemente habían peleado.

Atribuye Clavigero á otra causa esta guerra, y da parte muy principal en ella á los acolhua; pero creemos que anduvo equivocado, pues no hace relación alguna de esto Ixtlilxóchitl, que no lo hubiera omitido á ser cierto, y además pasó todo el reino de Chalco á los tenochca, sin que se hiciese la división de tributos que correspondía en el caso en que hubiera cooperado el *Acolhuatecuhtli.*

Aunque los cronistas ponen como primera campaña de Motecuhzoma la de Chalco, en el códice Mendocino están conquistados antes los pueblos de Coatlixtlahua-

cán, en donde mataron á su *tecuhtli* Atonal, de Mamalhuaztepec, Tenanco, Xiuhmolpiltepec, Chiconquiauhco, Xiuhtepec y Totolápan, que fueron sujetados á tributos y que manifiestan que las conquistas de los mexica habían traspasado el valle por el rumbo del sur.

Hay en la guerra de Chalco un episodio interesante. Entre los prisioneros que habían hecho los chalca estaba el jefe tenochca Ezuauácatl. Cuando celebraron la fiesta de que ya hemos hecho mención, mataron á los prisioneros; pero entre ellos estaba Ezuauácatl, primo de Moteczuma y uno de los principales guerreros de México, y á éste, en vez de darle muerte, le ofrecieron hacerlo rey de Chalco. Manifestóles á los tenochca, prisioneros como él, que no podía aceptar ni corona ni vida si ellos tenían que perecer. Así es que contestó á los chalca que antes de coronarse quería despedirse de sus compañeros los mexica con fiestas y alegría; para lo cual pedía que le trajesen un madero de veinte brazas y pusieran sobre él un tablón adornado para que bailase. Hiciéronlo los chalca. Salió entonces Ezuauácatl con los prisioneros; mandóles poner un *huéhuetl* en medio, y á su música bailaron todos alrededor. Recomendóles después que muriesen como valientes, y subió al madero, en donde volvió á bailar y á cantar. En seguida se arrojó desde lo alto, encontrando la muerte al caer. Los chalca flecharon á los otros prisioneros. Había preferido morir con sus hermanos á reinar en un pueblo enemigo de su patria.

Abundante y próspero hasta el año siete, *ácatl,* el reinado de Motecuhzoma, debía estar sujeto, sin embargo, á la volubilidad de la fortuna; y á la gloria y la grandeza debían suceder crueles calamidades, que en el códice Telleriano-Remense dejaron los tenochca escritas en jeroglíficos. En el citado año siete, *ácatl,*



Sacrificio de Ezuauácatl

ó 1447, cayeron grandes lluvias y nieves: las gotas azules en un campo lleno de puntos, significan esto en el simbolismo jeroglífico. Como se ve en el códice, el agua subió hasta el ramaje de los árboles, y las dos figuras de muertos que en ella hay manifiestan la gran mortandad que hubo en la ciudad. Vése en medio del agua á una de las aves de la laguna, como para manifestar que ciudad y lago se unieron. Junto al *teocalli* está el símbolo del mes *Panquetzaliztli,* y por él podría sacarse la fecha exacta de la inundación, haciendo el cálculo de á qué mes de los nuestros correspondió aquel mes mexica.

Dice Clavigero que muy afligido Motecuhzoma recurrió á pedir consejo á Netzahualcóyotl, y acaso esto es lo que quiso significar la presencia del *tecuhtli* acolhua en este jeroglífico. Netzahualcóyotl es la figura unida por una línea al año *ce tochtli.* Su jeroglífico se compone de un instrumento de pedernal que se usaba para el sacrificio y para extraerse la sangre, y del carácter figurativo coyote. El instrumento sangrador se llamaba *netzahualiztli,* que es lo mismo que sacrificio, ayuno, penitencia; y esta voz compuesta con la palabra *cóyotl,* nos da el nombre Netzahualcóyotl.

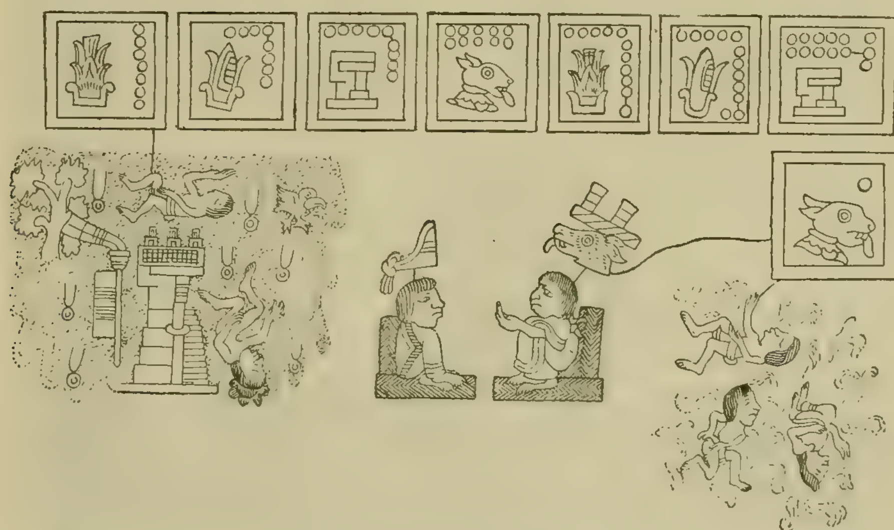
Dió este rey por consejo á Motecuhzoma, que formara una calzada en el lago de Texcoco, para que sirviera de dique á la ciudad. Aceptada la idea, púsose en ejecución; á cuyo efecto contribuyeron con materiales ó con su trabajo los pueblos de Atzcaputzalco, Coyohuacán, Tlacópan, Xochimilco, Itztapalápan, Colhuacán y Tenayócan. Los principales nobles de Tenochtitlán dieron el ejemplo de ponerse á trabajar; y tanta cantidad de hombres se empleó y se trabajó con tal asiduidad, que en poco tiempo y sobre un lago profundo se concluyó el dique, que medía nueve millas de largo por once brazas de ancho. Existe todavía éste, ya bajo de tierra, en los potreros de la hacienda de Aragón, y una de las especulaciones de los dueños de esta finca ha sido destruirlo para vender la inmensa

cantidad de piedra que contiene. Obra tan grandiosa como los caminos romanos y de más mérito por haber sido hecha con menos elementos y en circunstancias bien difíciles, irá desapareciendo poco á poco y vendiéndose en carretadas.

De ese dique se extrajo, y pertenece á nuestro Museo, una efigie del dios *Huitzilopochtli*, que allí cuidaba á la ciudad para que no pasaran las aguas del lago. Es el ídolo de piedra arenisca rojiza, y mide un metro de longitud. Con el trabajo de las aguas ha sido borrada casi toda la figura del cuerpo, pero se conserva muy bien la cabeza. Tiene una mitra con orejeras muy semejante á las asirias, su máscara y bezote, y una barba poblada. Esto último llamará mucho la atención, pues jamás se ha atribuído tal particularidad á ese ídolo; pero hay que advertir que los españoles tuvieron empeño especial en destruir las estatuas del sanguinario dios de la guerra.

Unido al año *ce tochtli* está en el jeroglífico del códice Telleriano un grupo de muertos acompañados de vírgulas de puntos. Encontramos la explicación de este suceso en una piedra labrada que estaba embutida en la esquina del convento de la Concepción, y la cual interpretamos quince años há en un estudio que en *El Renacimiento* publicamos y que aquí reproducimos.

Acostumbraban los antiguos mexicanos perpetuar la memoria de los sucesos más notables de su historia, y no teniendo una escritura como la nuestra y no creyendo bastante duraderos para la fama los jeroglíficos que pintaban en su papel de maguey que llamaban *ámatl*, recurrieron, como todos los pueblos de la tierra, á grabar esos acontecimientos en duras piedras, que resistiendo la poderosa destrucción del tiempo, los llevaran indelebles á la posteridad. Ya Motecuhzoma I, quinto rey de Tenochtitlán, según refiere el padre Durán en el capítulo XXIX de su



Inundación de México

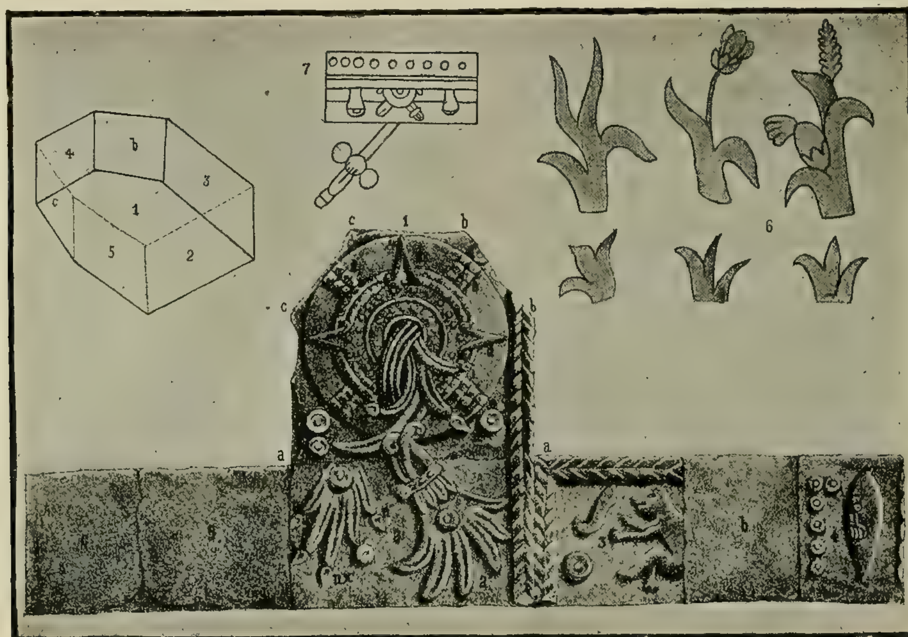
Historia de las Indias de Nueva España, mandó á Tlacaelel que hiciese grabar en la piedra de los sacrificios gladiatorios las diversas batallas y conquistas conseguidas sobre los tiranos tepaneca. Las piedras encontradas el año de 1790 en la plaza Mayor de la ciudad de México, vinieron á ser un nuevo testimonio de esa costumbre de nuestros antepasados. Existía en el patio de la antigua Universidad, y es conocida de todos los habitantes de esta ciudad, la pretendida piedra de los sacrificios, que no es otra cosa, según los estudios del señor licenciado don Manuel Orozco y Berra, que la relación de las victorias de Tizoc, séptimo rey de México, piedra por lo mismo de igual género á la que motiva esta descripción; es decir, conmemorativa de sucesos notables del imperio azteca. El señor don José Fernando Ramírez, con vasta instrucción y profunda crítica describió las lápidas que guarda nuestro Museo, haciendo al efecto un bellísimo apéndice á la *Conquista de México*, por Prescott.

Estos hechos son suficientes para demostrar la verdad de que los acontecimientos más notables de la antigua historia de los mexica fueron grabados en lápidas conmemorativas. Se comprenderá por lo mismo cuánto interés tiene el estudio de esos monumentos que eran públicos, y podemos decir oficiales, por lo que constituyen la parte más auténtica y respetable de nuestros primeros anales, lo que hace de suma importancia el monumento que vamos á describir.

Es éste una piedra de durísimo basalto, recortada como se ve en el dibujo, en dos de sus cuatro esquinas, lo que sin duda se hizo por los ignorantes albañiles que la acomodaron en las paredes del convento de la Concepción, lugar en donde debió estar desde el año de 1644, que se construyó ese edificio, y acaso ya lo estuvo en el primero, que debió comenzarse por los años de 1550. Sabido es el empeño que los primeros frailes tuvieron en formar con los ídolos de los azteca las iglesias y monasterios. La piedra, antes de su dete-

rioro, debió ser un paralelipípedo, y muy probablemente un cubo perfecto. El único lado ó arista que se encuentra en buen estado, y es el marcado en la lámina con la línea *a–a,* tiene cuarenta y cinco centímetros de longitud; pero se notará que en la parte izquierda le falta la cenefa que rodea la piedra, y de la cual en ese punto quedan solamente vestigios; agregando á los cuarenta y cinco centímetros ya dichos los cinco centímetros que de ancho tiene la cenefa, se tendrá que el lado de la piedra es de cincuenta centímetros. Esto acaso podrá ser un nuevo apoyo á la opinión, que cada día va comprobándose más, de que los indios usaban de una medida igual al metro. De los seis lados del cubo debió estar colocado hacia arriba el marcado con el número 1, y la piedra apoyada en el opuesto, que no debió tener ningún dibujo, quedando los otros cuatro á la vista, y todos ellos con inscripciones jeroglíficas. Como ya dijimos, la cenefa parece que circundaba todas las caras, como claramente se ve en el dibujo, en la intersección de las caras números 2 y 3. Esta cenefa tiene la forma del tejido del petate, lo que la hace un adorno esencialmente mexicano.

La lectura de esta piedra se ha de comenzar de derecha á izquierda, como la mayor parte de los jeroglíficos azteca. Así está escrito el *Tonalámatl,* y así están grabados los símbolos de los días en la piedra que se conoce con el nombre de Calendario, y se encuentra en el costado de la torre de la Catedral. En ese supuesto, lo primero que debía interpretarse sería la cara marcada con el número 5; pero desgraciadamente está completamente destruída, y no queda vestigio alguno que nos pueda dar á conocer el jeroglífico que



La piedra del hambre

tenía esculpido. Diremos, sin embargo, cuál suponemos que era.

Debe en seguida leerse la cara número 4. En ella se ve el símbolo *técpatl,* que era uno de los cuatro que representaban los años de los azteca; los que repetidos sucesivamente tres veces, formaban el ciclo de cincuenta y dos años. La figura *técpatl* se encuentra diversamente adornada. Así es que en el códice Mendocino (lord Kingsborough, tomo I) tiene hacia la mitad, y generalmente en la orilla derecha, una especie de dientes semejantes al símbolo fonético conque los mexicanos representaban la preposición *tlan.* Otras veces, como se ve en las láminas de la tercera parte de la obra ya citada del padre Durán, simplemente se divide el pedernal en dos partes de distintos colores. En el *Tonalámatl* igualmente tiene una parte blanca y otra roja; pero además, hacia la mitad del lado izquierdo, una curva amarilla que forma una sección separada con un ligero adorno de rayas negras. En la lámina tercera del proceso de Alvarado se encuentra el *técpatl* dorado y atravesado diagonalmente por una faja roja. En donde se halla el *técpatl* adornado de la misma manera que el que nos ocupa, es decir, con una especie de borla en la mitad de la orilla izquierda, es en la piedra del sol. Acaso esto nos podría hacer inferir que ambas piedras fueron labradas en la misma época.

El *técpatl* tiene á la izquierda seis circulillos ó números, de los cuales cinco ocupan una línea vertical, y el sexto queda á la derecha del superior. A la derecha del *técpatl* se ven las señales de otra línea vertical de cinco circulillos ó números, y puede creerse que también había un sexto circulillo á la derecha del superior. Esto que se confirma con la misma explicación de la piedra, tiene en su apoyo la costumbre de colocar los números en simetría para dar mayor belleza á lo esculpido; sin que se pueda decir en contrario que

había una regla fija para colocar los numerillos, pues en esto tenían entera libertad los dibujantes y escultores, los cuales en lo general los colocaban de cinco en cinco, como están aquí.

Supuesto esto, la cuarta cara de la piedra representa el símbolo doce *técpatl*, es decir, la fecha de un año.

Consultando para saber cuál puede ser éste, el año mexicano que correspondió al 1501 de nuestra era, fecha de la conquista de México por los españoles, que fué el tres *calli*, y retrogradando hasta llegar al doce *técpatl*, resulta que este año, después del de la fecha de la fundación de México, y antes del de 1521, año de su conquista por los españoles, pudo ser ó el de 1348, ó el de 1400, ó el de 1452, ó el de 1504.

Pero ningún hecho histórico notable, ni que se relacione con el grabado en el resto de la piedra, sucedió, ni en las dos primeras fechas ni en la última; así es que se debe señalar á este doce *técpatl*, como correspondiente, el año 1452 de nuestra era.

Entre la cuarta y tercera cara se ve en el dibujo una parte blanca *b*, que es la rotura correspondiente á la línea *b-b* de la primera cara, igual á la rotura que se observa del lado opuesto en la línea *c-c* de la misma. La cara número 3 tiene en dos de sus lados perfectamente dibujada la cenefa; pero ha desaparecido en los opuestos con el deterioro de la piedra; deterioro que se extendió al lomo del conejo que en ella está esculpido. Este conejo está en la actitud de un animal hambriento, que va á devorar á un gusanillo que se retuerce á poca distancia de su boca y está acompañado de un circulillo que representa el número 1. Por lo tanto, es la figura del año un conejo ó *ce tochtli*. Este año corresponde al 1454 de nuestra era, siguiendo el sistema adoptado en la explicación de la cara anterior. No se debe olvidar que el símbolo del año está en la actitud de devorar un gusanillo.

Antes de descifrar la cara número 2, es preciso explicar la cara número 1, porque aquélla no es más que la continuación de ésta. La figura del sol llena completamente la cara. El símbolo del sol, aunque siempre parecido, tenía algunas variaciones en su representación. Cuando se quería expresar el sol en sí, el símbolo *nahui óllin*, se le daba la figura de cuatro aspas. Este signo era siempre una reminiscencia de los cuatro grandes cataclismos que según la tradición había sufrido el continente americano. Pero otras veces el sol representaba, ó el día ó el dios: entonces no se le acompañaba de las aspas del *nahui óllin*, sino que se figuraba con un círculo más ó menos adornado y rodeado simétricamente de los rayos en forma de A, que están marcados en la figura con la letra *d*, y de los rayos rectos que concluyen con un circulillo, y son los señalados con la letra *e*. Como ejemplo de lo que acabamos de decir, se puede citar el jeroglífico de la once trecena del *Tonalámatl;* en el cuadrete que se halla en la parte superior de la izquierda están colocados los dioses que dominaban en ese período. Gama, en su explicación del Calendario mexicano, dice hablando de esta trecena: «En esta undécima trecena dominaba el planeta sol, nombrado *Tonatiuh*, en compañía de *Tlatocaocélotl* y *Tlatocaxólotl*. Estos constan en el *Tonalámatl*, aunque Castillo pone por compañero de *Tonatiuh* á *Tepoztécatl*.» Pues bien, allí la figura del sol es igual á la que nos ocupa, y como se ve, representa á *Tonatiuh*, es decir, al sol, no en su representación histórica de *nahui óllin*, sino en su representación del día. Esto se comprende claramente en la figura del *Tonalámatl*, porque el *Tonatiuh* está acompañado del símbolo de la noche que lo completa, así como completa el día. De la misma manera está la figura del sol en el jeroglífico del pueblo *Tonatiuhco*, como se puede ver en la figura cuarta de la orla inferior de la lámina trece del libro de los tributos, que en unión de las Cartas de Cortés publicó Lorenzana, y el cual libro está en las manos de todos. Igual figura se da al sol cuando se quiere representar el cielo, la divinidad, el dios, *teotl;* y así entra por la sílaba *teo* en la formación de los jeroglíficos como en *Teochiápan* y *Teotenanco*, cuyos símbolos se encuentran en las láminas del códice Mendocino (lord Kingsborough, tomo I); el primero en las figuras once y quince de la parte primera en la pintura de los pueblos sujetos bajo el reinado de Motecuhzoma II, y el segundo en la figura trece de la lámina nueve de la misma parte primera, en la pintura de los pueblos conquistados por Axayácatl. En estos casos solamente se dibuja la mitad del símbolo del sol.

Estos antecedentes nos demuestran que el sol grabado en la primera cara de la piedra es la representación ó del día ó de la divinidad, del *teotl*. Pero no queda duda en que representa lo segundo y no lo primero, porque está acompañado del símbolo del fuego nuevo que abraza todo el segundo año de la primera indicción del ciclo.

Del centro del sol sale el símbolo del agua, como siempre con la figura de un chorro que concluye en unas gotas, las que unas veces son redondas, como la marcada en la cara primera con la letra *i*, y otras alargadas, como la señalada con la letra *n*, lo que parece más bien representación de los frutos acuáticos. El símbolo del agua es siempre azul en las pinturas, y puede verse en el jeroglífico número 1 del *Atlas geográfico* del señor García Cubas, en las figuras diez y seis, veintiocho y treinta y cuatro: no faltan, sin embargo, ejemplos de verde. Si se comparan esas figuras con el símbolo del agua de esta piedra, se verá que aquí el símbolo no es sencillo como en las pinturas, sino repetido, por decirlo así, abundante, pues el agua sale del sol en diferentes direcciones, y después de

llenar la parte baja de la cara número 1 se desparrama en la figura x de la cara número 2. Quiere decir que el símbolo manifiesta una cantidad extraordinaria de agua. Para comprender esto mejor, creemos oportuno decir que el símbolo del pueblo de Atotonilco es una olla tiznada en su parte inferior por el fuego, y de cuya boca se derrama el símbolo del agua; manera expresiva conque los mexica figuraban el agua que hierve, pues Atotonilco significa: donde el agua hierve. (*Atotonilli*, agua caliente.—MOLINA. *Vocabulario mexicano*. México, 1571).—Pues bien, el agua al hervir se desparrama en gran cantidad, y sin embargo, el símbolo del agua es sin comparación más abundante en la piedra que en el jeroglífico del pueblo de Atotonilco. (Puede verse este jeroglífico en la lámina nueve del libro de los tributos publicado en la colección de las Cartas de Cortés, de Lorenzana, y en la colección de lord Kingsborough, figuras doce y diez y siete de la lámina octava, parte primera del códice Mendocino, correspondiente al reinado de Motecuhzoma I, y en otros lugares).

Como llevamos dicho, el símbolo del agua sale en grande abundancia del centro del sol en la cara número 1, y se desparrama en la parte izquierda de la cara número 2. En la parte derecha de esta cara hay otro símbolo que claramente se ve que es un manojo de hierbas atado en su medio. Este es el *Xiumolpilli* ó sea atadura de los años, que significa literalmente *nuestra atadura de hierbas*. Con este símbolo figuraban el año correspondiente al ciclo nuevo, en el cual se encendía el fuego, y que caía cada cincuenta y dos años. De tres maneras hemos visto pintado el *Xiuhmolpilli*; ó bien como está en la piedra, y así está también en el citado jeroglífico número 1 del *Atlas* del señor García Cubas, ó expresando materialmente la



Moteczuma socorre á su pueblo durante la gran hambre

salida del fuego, lo cual pintan con dos maderos que se frotan y producen el fuego, y así está en los jeroglíficos bien pintados, tales como el códice Mendocino, el códice Telleriano Remense y el cuadro número 2 publicado en el *Atlas* del señor García Cubas, y se encuentra así también en los jeroglíficos del Palemke; y en fin, lo figuran con una especie de cinta formando un lazo ó atadura, y así lo hemos visto solamente en la pintura sinográfica de la *Historia de México y Tepéchpan*, la cual no se encuentra aún en ninguna colección.

Resumiendo lo expuesto, tendremos que en esta piedra se encuentran sucesivamente tres fechas: primeramente el año doce *técpatl;* después el año *ce tochtli*, y finalmente el *xiumolpilli*, que era el año dos *ácatl*.

Veamos qué suceso de la historia corresponde á estas fechas, y puede explicarse por ellas y por los demás símbolos esculpidos de la piedra. El suceso á que ésta se refiere es la grande hambre que bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina asoló el imperio mexicano, y cuyos principales incidentes tuvieron lugar en los años citados de 1452, 1454 y 1455 de nuestra era.

Clavigero, hablando de este acontecimiento, dice: «A la calamidad de la inundación sobrevino á poco la del hambre, pues en los años de 1448 y 1449 fué muy escasa la cosecha del maíz por haber escarchado cuando todavía estaban tiernas las mazorcas. En el año de 1450 también se perdió la cosecha por falta de agua. En el de 1451, á más de haber sido el tiempo contrario, apenas había grano que sembrar por haberse consumido casi todo por la escasez de las cosechas anteriores; por lo que en 1452 fué *tan grande* la necesidad de los pueblos, que no bastando á socorrerlos la liberalidad del rey y de los señores, los cuales abrieron sus graneros á beneficio de sus vasallos, se vieron precisados á comprar lo necesario con su propia libertad. La mayor parte del vulgo mexica se mantuvo como sus antepasados con aves acuátiles, hierbas palustres, insectos y pececillos de la misma laguna. El año siguiente no fué tan malo, y finalmente, el de 1454, que fué año secular, hubo una cosecha abundantísima, no sólo de maíz, sino también de legumbres y de toda suerte de frutos.»

Se ve en el párrafo citado que en el año 1452, que es el doce *técpatl*, fué *muy grande* la necesidad de los

mexica, y que ésta no concluyó hasta el año secular, que fué en 1455 y no en 1454 como equivocadamente dice Clavigero. (Véanse las Tablas de Veytia). Entonces tendremos que esta relación concuerda perfectamente con los jeroglíficos de la piedra que estamos describiendo, pues ella trae como primera fecha el doce *técpatl,* año en que ya la escasez fué muy grande, de manera que puede tomarse como el primero de la verdadera calamidad; nos muestra después el año *ce tochtli,* año anterior al que llovió, y que por lo mismo debió ser muy duro en el hambre, como elocuentemente expresa el conejo abalanzándose sobre un gusanillo ó hierbecilla, significando lo que Clavigero dice de haberse alimentado los mexica con hierbecillas, insectos y peces de la laguna; y finalmente tenemos el símbolo del agua saliendo en abundancia del *teotl* ó del cielo en el año secular ó *xiuhmolpilli.* Pero para poder explicar este suceso no nos basta lo que dice Clavigero, es preciso ver la relación de otras crónicas. Torquemada, en la página 158 del tomo I de la *Monarquía Indiana* (segunda edición), dice: «Dos años despues de pasada esta inundacion dicha, hubo hambre casi universal en toda la tierra fria; porque cuando los panes estaban ya en xilote (que es como decir estar la espiga en leche), caieron grandes Yelos unos Dias tras otros, y los abrasaron todos; de manera, que este Año no se cogió grano de Maíz; pero valíanse del que tenían recogido del Año antes, y con este reparo no sintieron estas gentes mucha hambre. Pero el siguiente (1451) luego sucedió lo mismo que el pasado, que estando en leche la Mazorca, sobrevinieron Yelos que todo lo abrasaron. Tambien el Año que se siguió á este fué de mucha seca, y no cogieron nada. Aviendo ya tres Años que no tenian cosecha, y se sustentaban del poco Maíz, que quedaba del atrasado, llegó el quarto Año (1454), en el cual, como no tenian Semilla, no sembraron, y el Año tambien, que no aiudó, por ser muy avieso: de aquí resultó una grandísima hambre, y tanto que llegaron estos Pobres Mexicanos á comer Raíces de Tulin (que es la que llamamos nosotros Enea ó Espadaña) y otras raíces de yerbas silvestres, por no tener cosas que comer. El año siguiente (1455), fué el del fuego nuevo de estas Gentes, que llamaban *Toxiuhmolpia* (como en otra parte hemos dicho) que venia á caer de cincuenta y dos en cincuenta y dos Años. Este Año tenian por particular y prodigioso, y así lo fué que aviendo pasado la hambre dicha, y no aviendo sembrado ninguna Semilla fueron *muchas las Aguas*, y el Año tan próspero, que las mismas Tierras dieron Maíz, Huaulli, Chian, y Frisoles, y otras muchas Legumbres, con que quedaron todos los de la Tierra mui hartos, y prosperados. Esto afirman así las Historias y Pinturas de aquel tiempo.»

La autoridad de Torquemada es de las más respetables, y lo es más, porque la funda, como él dice, en las pinturas antiguas. Según él, el año que concluyó la calamidad fué el secular, que como ya se ha visto, corresponde al nuestro de 1455. El anterior fué, según Torquemada, el de mayor escasez aquel en que fué preciso á los mexica alimentarse con raíces y hierbas, y este año fué el de 1454 ó un conejo; el cual año fué el cuarto que no tenían cosecha; y como el primero en que no tuvieron cosecha no puede decirse que comenzó el hambre, pues como dice el mismo Torquemada, se valieron de lo recogido el año anterior, podemos decir que el hambre comenzó dos años antes del de 1454, esto es, en 1452, que es el doce *técpatl.*

Se ve que Torquemada difiere de Clavigero en el año que comenzó la calamidad; pero está conforme en que concluyó el año secular. Torquemada está, sin embargo, de acuerdo con el monumento que describimos, y esto sólo basta para convencer de que el error está de parte de Clavigero. Por lo demás, los pueblos podían ser negligentes en sus recuerdos de los años de poca escasez, pero jamás podían olvidar el año de mayor hambre, que fué el *ce tochtli*, ni aquel en que concluyó la calamidad, que fué el del fuego nuevo, es decir, el *ome ácatl.*

Esto se nota claramente en la tradición del padre Durán, que dice en el capítulo XXX de su citada obra, que «en el año de 1454, quando los indios por la cuenta de sus años contavan *Cetochtli,* que quiere decir, un conejo; y los dos años siguientes fué tanta la esterilidad del agua que uvo en esta tierra, que cerradas las nubes, casi como en tiempo de Elías, no llovió poco ni mucho.» Narra luego el hambre y los diversos sucesos que hubo en esta calamidad, y concluye al fin del capítulo diciendo: «Pasados los tres años del hambre con que dios castigó á esta nación, por sus grandes abominaciones, se empezaron á abrir las nubes y el cielo á echar su rocío, con tanta abundancia, que vino el año tan abundoso, que empezó la gente, etc.» Se ve aquí el recuerdo conservado de tres años de calamidad, la fecha *ce tochtli,* inolvidable como la de la mayor desgracia, y que el cuarto año volvió la abundancia: espacio de tiempo, ó sea cuatro años comprendidos entre los de 1452 ó doce *técpatl,* 1454 ó *ce tochtli* y el año secular ó sea 1455.

Se ve, sin embargo, en esta relación un error del manuscrito, que no ha podido ser del autor sino de alguno de los copistas que sucesivamente han trasladado la historia del padre Durán, de los años de 1580 á acá, y es que se pone el hambre en los años de 1454 y *dos siguientes,* pues debe leerse: y *dos anteriores.*

Creemos que con estos datos será suficiente para comprobar la explicación de esta piedra; pero á mayor abundamiento tenemos un documento auténtico y precioso, como es el códice Telleriano Remense, publicado por lord Kingsborough en su tomo I, pues en él, en la lámina octava de la parte cuarta, en el año del fuego

nuevo correspondiente al de 1455, está pintado cómo brotaron las plantas, las cañas y las flores por sí solas.

En las tradiciones orales era natural que los sucesos sufriesen alguna variación, y aunque hubiera algunas equivocaciones en las fechas en que pasaban: así es que un jeroglífico auténtico que las confirme ó aclare, es un documento de indisputable mérito, y mayor será el mérito de una escultura conmemorativa que ponga fin á todas las dudas. Por eso es que grande, muy grande es el mérito de la piedra que describimos. Ella se refiere á un acontecimiento notabilísimo; y como respecto de él no estaban enteramente de acuerdo los cronistas, que por lo general han sido poco cuidadosos de la cronología, viene á resolver todas las dudas. ¡Ojalá que sobre todos los sucesos de la historia antigua se encontrasen monumentos semejantes!

Para concluir haremos, fundados en todo lo expuesto, una traducción continuada de la leyenda que está dibujada en esta piedra, advirtiendo antes que la cara número 5 debió tener el símbolo del emperador Motecuhzoma, pues como los símbolos de los años correspondían á todos los que había de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, para fijar el ciclo muchas veces se acompañaba el jeroglífico del príncipe reinante. Entonces, pues, la piedra diría: «Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (cara quinta) comenzó la calamidad del hambre en el año doce *técpatl,* ó sea 1452 (cara cuarta), la que llegó á su mayor grado en el año *ce tochtli* ó sea 1454, en que el conejo, símbolo del año, se dibujó devorando un gusanillo ó hierbecilla, porque de eso sólo se alimentaron entonces los mexica (cara tercera); pero al siguiente año, que fué el secular que se señala con el *xiuhmolpilli* (cara segunda, letra *z*) y fué el de 1455, cayeron en abundancia extraordinaria las aguas (cara segunda, letra *x* y cara primera, letra *x*), las cuales fueron un gran don del cielo (cara primera).»

Esto último se figura haciendo salir el agua del centro del sol ó del *teotl,* y á él, al dios, al cielo que manda los beneficios y el remedio de los males á los pueblos desgraciados, dedicaron este monumento los mexica, y él es después de cuatrocientos años la página indeleble del puro incienso que el que sufre eleva al Sér desconocido que alivía sus pesares. Acaso el destino no es caprichoso al destruir los pueblos y las naciones, conservando, sin embargo, estos testimonios de la historia humana, que son como el hilo que une la tierra con lo que hay más allá.

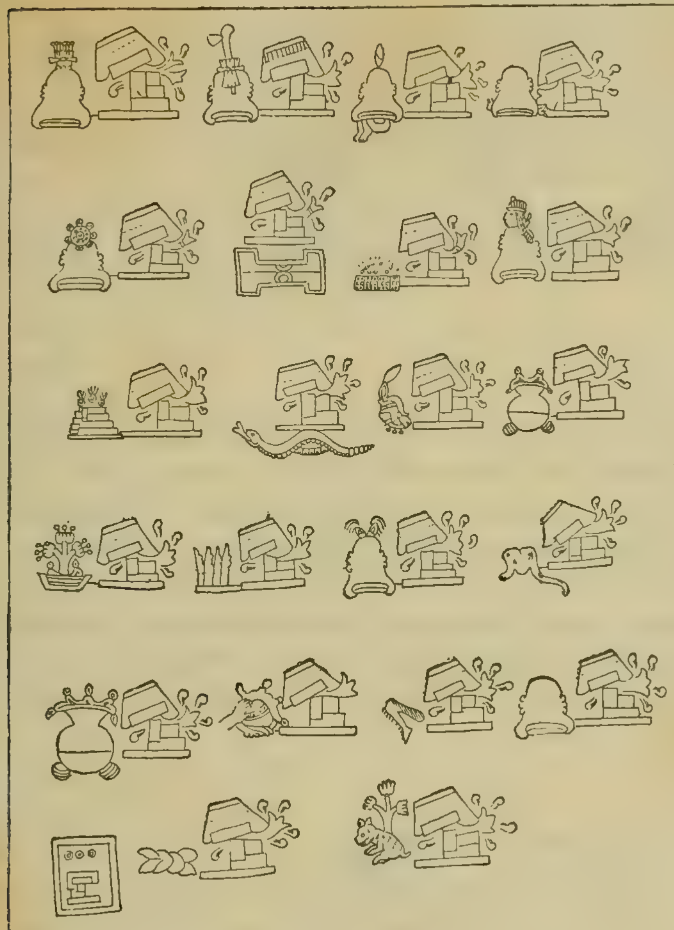
Con motivo de estas calamidades y en honor del dios que de ellas había salvado á la ciudad, estableciése una nueva teofanía. Se creyó que los dioses estaban airados porque no se les hacían sacrificios, y para que jamás les faltaran estableciése la guerra sagrada. Es éste uno de los hechos más curiosos de nuestra historia antigua. Se extendían al oriente del Anáhuac, la república de Tlaxcalla, el país de Huexotzinco y la ciudad sagrada de Cholóllan. Con estos pueblos, débiles relativamente al poder de los emperadores aliados, se hizo el concierto de salir periódicamente á batalla, con el único objeto de hacer prisioneros que destinar al sacrificio; pero sin que jamás, cualquiera que fuese el vencedor, se menoscabase en nada el territorio de los contendientes. Los historiadores tlaxcalteca tomaron de esto motivo para cantar las glorias de la república que, según ellos, jamás pudieron sujetar los mexica. El señor don Diego García de Panes, en el *Teatro de la Nueva España en su gentilidad y conquista,* manuscrito inédito, describe las batallas que durante muchos años tuvieron los tlaxcalteca. Dice que éstos estaban enteramente cercados en su territorio, y aunque cuenta varias de sus victorias, no le llamó la atención el que jamás extendieran su poderío. La verdad es que por el pacto sagrado, si por una parte Tlaxcalla y Cholóllan no podían aumentar su poder ni confundir á los *tecuhtli* de México, por la otra quedaban libres de su dominio estos pueblos que los separaban de la costa de oriente, y los cuales, en un momento dado y acostumbrados ya á hacer la guerra á los mexica, podían unirse á un enemigo poderoso, como lo vino más tarde á justificar la Conquista. Así, impulsados por su fanatismo, debilitaban su poderío los tenochca y preparaban su futura ruina.

Se quiso dar á la guerra sagrada grande esplendor, y se decretaron honras para los que en ella tomaban parte. Al efecto se ordenó que solamente los que en ella se distinguieran podrían usar bezotes, adornos, brazaletes y orejeras de oro y piedras finas, y que sólo á ellos se dieran los penachos de vistosas plumas y los *chimalli* y los *maxtli* ricamente adornados. Prohibióse la venta de estos objetos, que el *tecuhtli* daba á los valientes. En cambio se mandó que los que no fuesen á la guerra usaran de los trajes de los hombres bajos y de poco valor, para que se conociera su cobardía y poco corazón; y se les prohibió usar ropas de algodón y plumas, y en los banquetes no se les daban rosas ni cañas huecas para que torcidas las hojas de tabaco y metidas en la caña lo fumasen. Y aun cuando fuera hermano del *tecuhtli* el que no iba á la guerra, ni se le le hacían reverencias, ni podía comer ni andar con los valientes. Y si los hijos naturales eran más valerosos que los legítimos, servíanles éstos á aquéllos y gozaban de los honores y riquezas de sus padres. No tuvieron jamás los tenochca honores ni títulos hereditarios, y así como no era rey el hijo del rey, sino el que más lo merecía, así también los grados, empleos y distinciones, se conquistaban solamente por el valor y el mérito.

Inútil es relatar las muchas campañas que se hicieron en tiempo de Motecuhzoma. Bastará decir que después de haber dominado los últimos restos de los

descontentos del Anáhuac, de haber llevado su poderío hasta las crestas de las montañas del valle y de subyugar los pueblos tlahuica, que más allá del Axochco se extendían, emprendió la conquista de las ciudades del oriente, y dejando á un lado Tlaxcalla, Cholóllan y Huexotzinco, inviolables por el pacto sagrado, redujo á Tepeaca, y siguiendo la conquista de los pueblos mixteca asoló y sujetó Oaxaca. Aumentó también su poderío en el rumbo de los cuexteca y en el país del antiguo reino de Tóllan, y fueron tantas sus conquistas, que el códice Mendocino trae incendiadas más de treinta poblaciones.

Para nosotros no hay duda de que concurrieron los ejércitos aliados á estas campañas, y el cronista chichimeca habla extensamente de la honra que en la guerra de los cuexteca cupo á los acolhua.



Códice Mendocino. — Continuación de las conquistas de Moteczuma

Con tantas conquistas aumentó no solamente el renombre y la influencia política de los mexica, sino que se enriqueció Tenochtitlán y se convirtió en la ciudad más populosa de estos países, no solamente por la gran inmigración que tuvo, sino por la multitud de extranjeros que á ella venían.

Pensó entonces Motecuhzoma en establecer la organización admin. trativa. Los gobiernos anteriores á Itzcoatl se ocuparon más bien de las necesidades del momento, y lo poco que en la servidumbre pudieron hacer limitóse á adiestrar á los tenochca en los usos de la guerra y á buscar mayores comodidades por medio del comercio y de una industria naciente. Itzcoatl, cuyo carácter histórico se distingue como conquistador, se dedicó naturalmente á la organización militar, arregló el famoso pacto internacional de los tres reinos del Anáhuac y comenzó á establecer la organización administrativa, y hemos visto que bajo su reinado se establecieron las principales dignidades del imperio. No son, sin embargo, los tiempos calamitosos de la guerra, cuando se tiene al enemigo á las puertas de la ciudad, los más á propósito para dedicarse á tareas y reformas administrativas. Cuando nadie ataca á la nación, y si guerra hay es sólo porque ésta quiere hacer conquistas, cuando la paz y la abundancia reinan, entonces únicamente los malos é ineptos gobernantes dejan de poner todo su cuidado en el arreglo de la buena administración.

Dedicó Motecuhzoma todo su esmero á tan laudable fin, y es digno de notarse que para fijar en leyes sabias lo que más convenía á su nación, no obró arbitrariamente, sino que convocó para hacerlas á todos los grandes del imperio y de las provincias. Arreglóse el ceremonial real: el rey no podía salir en público sino en las grandes solemnidades; debía estar oculto y misterioso como un dios; solamente él podía usar el *copilli* de oro, y en la guerra los dignatarios militares que lo representaban. En las casas reales únicamente el *tecuhtli* podía andar con *cactli:* los demás debían presentarse descalzos, á no ser los que mucho se hubiesen distinguido en la guerra, que los podían usar corrientes y ordinarios. Desde el rey hasta los últimos nobles cada uno tenía marcado el adorno y riqueza de su *áyatl* y *maxtli.* Se mandó que el pueblo usase el *áyatl* burdo y que no le bajase de la rodilla, bajo pena de muerte, con excepción de los que en la guerra hubiesen recibido heridas en las piernas, pues para cubrirlas se les permitían, por ser justo que *galardonasen* así tan nobles cicatrices. El pueblo, hijo del dios de la guerra, no podía menos de honrar siempre á los valientes guerreros. Solamente los grandes señores y los valientes jefes militares podían tener casas de alto y sobre ellas *xacalli* á manera de miradores. Sólo ellos podían usar adornos de oro ó de piedra *chalchihuitl;* pero los *tecuhtli* únicamente se podían poner brazaletes de oro y abrazaderas en las piernas. Los valientes soldados, que no eran nobles, usaban plumas de águila en la cabeza y collares de caracoles y piedras comunes.

En el *técpan* había diversas salas destinadas á los diferentes rangos. Allí se establecieron los tribunales, que en diversas jerarquías administraban justicia. Es notable que ningún juez podía dar sentencia de muerte, sino que esto estaba reservado al *Colhuatecuhtli.* No creían los tenochca que un hombre pudiera quitar la vida á otro hombre: esto estaba reservado al emperador, que era la imagen del dios.

Decretáronse también diversas leyes penales, que

en sus jeroglíficos nos ha conservado el códice Mendocino. A los adúlteros se les mataba á pedradas, á los borrachos se les ahorcaba, pues sólo era permitido beber *neuhtli* á los viejos mayores de setenta años; á los ladrones, si el robo era grave, se les mataba también; si era leve, se les vendía por el precio del hurto.

Así mientras por un lado se castigaba de una manera cruelísima, no solamente el crimen, sino aun el vicio, por otra parte se premiaba y honraba el valor.



Estreno del Tonalácatl

Pero no creyó Motecuhzoma que fuera esto bastante para hacer de su pueblo el más temido en la guerra; quiso que desde la educación de la niñez se fueran formando los hombres sufridos é incansables que componían el invencible ejército tenochca. Cuando el niño tenía tres años comenzaba la educación: le daban de comer media tortilla. Cuando tenía cuatro años le daban ya una tortilla, y comenzaban á ocuparlo en los mandados de la casa. De cinco años le daban el mismo alimento: los varones comenzaban á cargar leña y las hembras á hilar. A los seis años la comida era de tortilla y media, y entre otros empleos les daban á los varones el muy curioso de ir á los *tianquiztli* á pepenar el maíz y demás semillas que hallasen en el suelo, para irlos acostumbrando así á ser astutos y á ganar el alimento con su trabajo. A los siete años los enseñaban



Moteczuma hace esculpir su imagen en Chapultepec

á pescar. Y durante los ocho y nueve años los comenzaban á acostumbrar á los sacrificios, metiéndoles puas de *metl,* maguey. El jeroglífico representa á los niños llorando con tales sacrificios. Desde la edad de diez años les era permitido á los padres castigarlos, y á la de once les podían dar como pena *humazos* de chile ó axi, que era un verdadero tormento. A la edad de doce años acostaban á los varones en el suelo con la cara vuelta al sol, para que se volviesen fuertes y resistieran la intemperie y los trabajos de la guerra. Y por fin á los quince años concluía la educación de la familia y el mozo pertenecía al Estado, que acababa de instruirlo en sus deberes, recibiéndole ya en el *calmecac,* casa sacerdotal, ó en el *cuincacalli* ó colegio civil.

No olvidó tampoco la religión Motecuhzoma. El rey que no quiso consagrarse antes de hacer prisioneros, natural era que se dedicase á engrandecer el culto de los dioses. Dió grandes preeminencias y honores á los sacerdotes y á todos los que se dedicasen á los templos, y ya hemos visto que uno de sus primeros actos fué la construcción de un *teocalli* á *Huitzilopochtli.*

Pero junto á todos estos progresos venía el fanatismo á echar un velo de sangre á tanta civilización y tanta gloria, pues no solamente se repetían los sacrificios, sino que se tenía lujo de barbarie en ellos. Parece que entonces por primera vez se hizo en México el horrible sacrificio llamado *Tlacaxipehualiztli.* Había querido Motecuhzoma reunir á la idea religiosa el recuerdo de la guerra de Atzcaputzalco, y para esto mandó labrar una gran rueda redonda de piedra que llamó *Tonalácatl,* en cuyo derredor se esculpieron con jeroglíficos aquellas batallas. Era esta piedra semejante á la que se ve en el Museo, conocida generalmente con el nombre de *piedra de los sacrificios,* y que para perpetuar sus victorias mandó labrar Tizoc. Cuando la *Tonalácatl* estuvo concluída de labrar, púsose en el templo, y los jóvenes del *cuincacalli* comenzaron á ejercitarse en la nueva manera de sacrificio. Al acercarse el mes llamado *Tlacaxipehualiztli* convidaron para la fiesta á los *tecuhtli* y nobles de Texcoco, Tlacópan, Mazahuacán y demás pueblos conquistados ó amigos de los tenochca. Recibióles Motecuhzoma con grandes regalos de lujosos plumeros, *maxtli,* y mantas, bezotes y orejeras. Dióles magníficas comidas, que no recordaban ya la antigua miseria de los tenochca cuando de legumbres y peces del lago se alimentaban; pues abundaban allí las aves y las piezas de caza, cacao, diversas clases de su pan y el espumoso *neuhtli.* Después de la comida se colocaron los convidados en tablados primorosamente adornados de tules y rosas, que en el *Tzompanco* del templo se habían levantado.

Sacaron entonces á los hombres que debían ser sacrificados, los cuales estaban pintados con tiza, y sólo los párpados y la boca con rojo: tenían las cabezas emplumadas y los cabellos atados en la coronilla y adornados con plumas blancas. Se pusieron en hilera y comenzaron á bailar. Salieron después los sacrificadores ricamente vestidos con los trajes de los dioses *Huitzilopochtli, Quetzalcoatl, Toci, Yopi, Opótzin, Totec* é *Itzpapálotl* y otros dos con los de *Cuauhtli* y *Océlotl,* y fueron á tomar asiento al *Zapocalli* bajo de una enramada que se levantaba en lo alto del templo, en el lugar llamado *Yopico.* Llegaba por fin el sumo sacerdote ricamente adornado precedido de los *tecuacuíltin* que iban tocando el *huéhuetl,* bailando y cantando.

Entonces comenzaba el sacrificio gladiatorio, y después del sacrificio desollaban á los muertos y se vestían sus cueros los sacerdotes *Tototéctin,* los cuales armados de rodelas y de palos con sonajas iban pidiendo limosna de casa en casa. A los veinte días se arrancaban esos inmundos pellejos y los arrojaban en el *Yopico.*

Antes de morir Motecuhzoma, quiso perpetuar su memoria y mandó labrar su imagen en las peñas de Chapultepec. La incuria ha destruído ese monumento. Poco tiempo después *enfermó el rey de la enfermedad de la muerte,* como dice el cronista, y acabó sus días á fines de octubre de 1469, tres *calli,* después de veintinueve años de reinado. Dejó Motecuhzoma, según Chimalpain, varias hijas, y sólo un hijo llamado Iquahuacátzin. Una de sus hijas se llamaba Atotoztli, y fué madre de los tres *tecuhtli* Axayácatl, Tizoc y Ahuizotl.

Tanta grandeza y tanta gloria dió á la nación Motecuhzoma, hizo tantos beneficios á su pueblo, que dice el cronista que le respetaban y tenían como á dios. Dejóse, sin embargo, llevar de un supersticioso y cruel fanatismo, que hizo aparecer odioso á su pueblo que vivía sacrificando á los hombres de los otros reinos en aras de sus dioses, y que le hizo cometer un gran error político, dejando libres é inviolables, casi á las puertas de la ciudad, á los pueblos que pactaran la guerra sagrada. Tan cierto es que la superstición es la venda más negra que cubre la luz de la razón.

CAPÍTULO VI

Organización social. — Semejanzas entre los mexica y los romanos. — Organización general del territorio. — Especial del Anáhuac. — Reparto de tributos. — Datos del códice texcocano. — Constancias del mapa Quinátzin. — Extensión del reino acolhua. — Condición del señorío de Teotihuacán. — Los gobernadores y los recaudadores de tributos. — Opúsculos de M. Bandelier. — Diversas especies de sujeción por tributos. — Territorio propio de México. — La construcción de la calzada de Xochimilco. — Reparto de las tierras de Atzcaputzalco, Coyoacán y Xochimilco. — Elementos orgánicos de los pueblos del valle. — Origen de la organización mexica. — Paso de los tenochca á pueblo agricultor. — Su primitiva división en clases. — Pacto del pueblo. — Introducción de la servidumbre. — Confirmación con los sucesos de la época del hambre. — División de los tributos. — Manifestación de la triple alianza en la confirmación del nombramiento del tecuhtli. — Ceremonia de esa confirmación. — La alianza en las cosas de guerra. — Superioridad del tecuhtli de México en el mando de las huestes. — Libertad probable de guerrear por su cuenta. — Falta de consistencia de la liga del Anáhuac.

Los sucesos históricos acaecidos en los gobiernos de Itzcoatl y Motecuhzoma ó Moteczuma Ilhuicamina, vinieron á transformar completamente la condición social de los mexica, tanto por las mismas circunstancias como por la gran facultad de asimilación de la raza. Con ningún otro pueblo podríamos comparar mejor á los tenochca que con los romanos. Grupo de aventureros los azteca, peregrinan sin hallar cabida en parte alguna; no conocen más ley que la de la fuerza ni tienen más idea que fundar una ciudad para dominar un mundo; arrojados de todas partes, tienen que refugiarse en la isla de un lago oculta entre las espadañas como los compañeros de Rómulo en la cuenca de las siete colinas; de ahí, como éstos, salen á merodear é imponerse por el temor; de ahí van á Tenayócan á robar á las mujeres como los romanos á las sabinas; no tienen civilización propia y toman para sí la cultura y los dioses de los otros pueblos; y aquellos dos grupos de hombres desesperados hacen de la misma manera, de Roma la señora del Viejo Mundo, de México la reina del Mundo Nuevo.

Hemos visto ya, pero tenemos que recordarlo, cómo en nuestro territorio había degenerado la organización social, y cómo la idea de nacionalidad y el derecho de propiedad dominantes en la civilización del Sur se habían debilitado por las invasiones de las tribus del Norte, dadas al comunismo y que no conocían más vida pública que la agrupación de familias ó á lo más la ciudad. Al choque de instintos tan encontrados, si bien por la mezcla de razas y la fuerza que ésta naturalmente produce resultaron civilizaciones tan prodigiosas como las de Tóllan, Chichén y Uxmal, relajáronse en cambio los lazos poderosos de las antiguas teocracias; subdividióse en mil fracciones de territorio, y para decirlo de una vez, la ciudad se sustituyó á la patria y la raza á la nacionalidad. Expliquemos esta organización especialísima.

Sobreponíase una ciudad por su mayor fuerza y extendía su dominio por la conquista: ya hemos dicho que la conquista no era la ocupación permanente; reducíase á imponer tributos al pueblo vencido, que así reconocía la superioridad del vencedor. Podemos, pues, decir que en la época de que vamos tratando, estaba dividido nuestro territorio en una gran cantidad de ciudades principales, agrupándose á cada una de ellas cierto número mayor ó menor de pueblos inferiores que no tenían más liga que el tributo.

Desde luego se comprenden las consecuencias de una organización social tan defectuosa. Cada una de estas agrupaciones de pueblos, en vez de tener un interés común que en ellos hiciera nacer el amor de la patria, producía en cada tributario el deseo de sacudir el yugo. Prestábase fácilmente á esto, por una parte la falta de ocupación militar permanente, y por otra la facilidad de hacer alianzas para rebelarse con otros pueblos que estaban en las mismas circunstancias. La ciudad principal tenía, para dominar la rebelión, que hacer una nueva conquista, y si triunfaba quedaba su dominio tan inseguro como lo estaba anteriormente.

Esto producía tres resultados prácticos: el estado social de aquellos pueblos era un estado de guerra

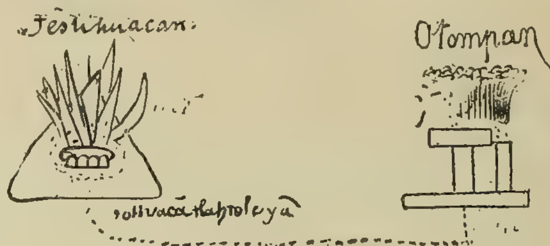
constante que producía odios profundos entre los vecinos y entre los mismos que aparecían sujetos á un señor; la geografía estaba variando sin cesar, lo que hacía que no pudiera desarrollarse el sentimiento de nacionalidad; y como no había más ley natural que la fuerza ni más



Texcoco. — Netzahualcóyotl y Netzahualpilli

derecho que la conquista, el mayor poder y la mayor riqueza estaban reservados á los pueblos más guerreros. Esto explica desde luego la preponderancia que alcanzaron los mexica.

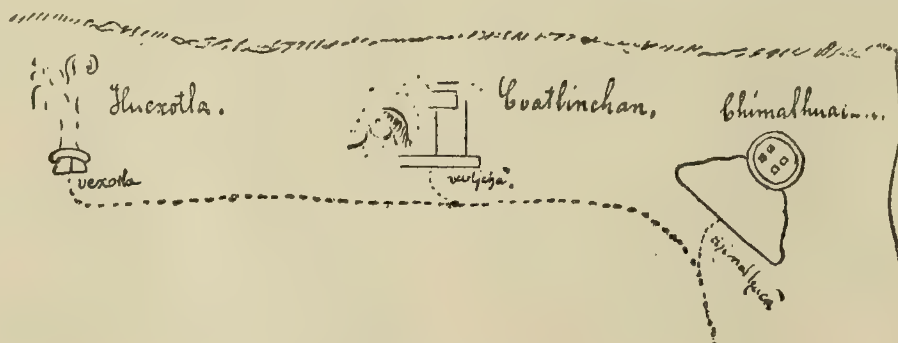
Pero si la organización general era tan defectuosa, no quedó menos la especial del Anáhuac. El dominio de éste estaba repartido entre México, Texcoco y Tlacópan. Recordemos bien las palabras de Zurita: los señores de Texcoco y de Tlacópan estaban sujetos al de México en las cosas de guerra, pero en lo demás eran iguales, y no tenía el uno que hacer en el señorío del otro; y tenían *algunos* pueblos comunes cuyos tributos se repartían. Esto nos hace comprender que cada uno de los tres *tecuhtli* conservaba su completa independencia y tenía sus pueblos y sus recursos propios, pues solamente *algunos* eran comunes: era en realidad el pacto una alianza ofensiva y defensiva, y como una simple cere-



Pueblos pertenecientes á Texcoco

monia se le agregaba la confirmación del electo para cualquiera de los tres tronos vacantes. Se daba el mando de los ejércitos al *tecuhtli* de México; pero esta supremacía era por su naturaleza accidental y se ejercía fuera del territorio propio. El hecho cierto es que los mexica permitieron en su Valle la existencia de un reino poderoso, que en cualquier momento podía tornarse en enemigo; consintiendo además el señorío de Tlacópan, inmediato á la isla y sobre la calzada que daba más fácil acceso á ella. A pesar de la supremacía que se dió en cosas de guerra al *tecuhtli* de México, en cualquier momento en que se rompiera el pacto, su situación podía ser muy difícil, como se acreditó en el tiempo de la Conquista.

Dejando las cosas de guerra para su lugar, veamos

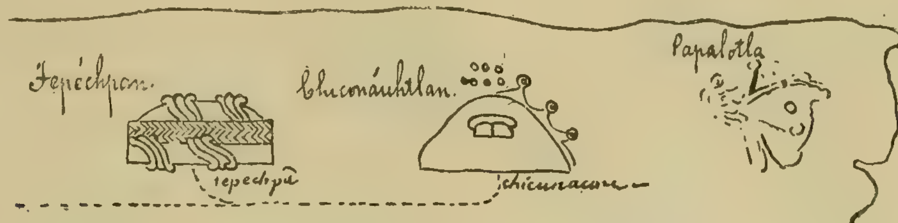


Pueblos pertenecientes á Texcoco

los otros dos puntos de la alianza, el reparto de tributos y la confirmación electoral. Dando de mano en el primer punto á los datos de crónicas é historiadores, recurramos á un documento auténtico de nuestra colección (tomo LIII, número 309). Es un códice escrito en mexicano, interpretación de un jeroglífico en que se consignaban los tributos pagados á los señores de México, Texcoco y Tlacópan en la época de Netzahualpilli y de Moteczuma Xocoyótzin, es decir, hacia el año de 1510.

Lo primero que debemos notar es que los tributos se pagaban cuatro veces al año, dividiendo sus diez y ocho meses en 5-4-4 y 5. Comienza el códice por fijar

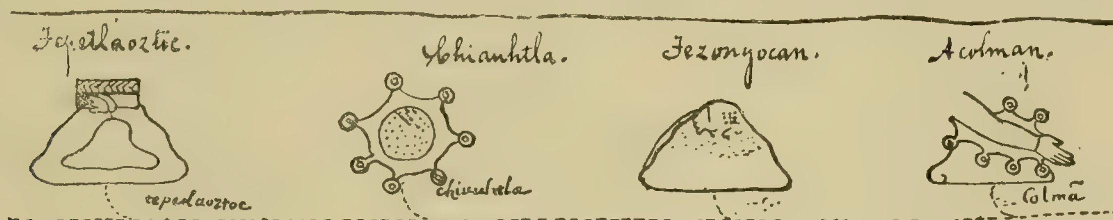
los pueblos que pagaban tributos solamente á Texcoco; de manera que se confirma el dicho de Zurita de que algunos pueblos únicamente tributaban á los tres reinos. Nueve pueblos son los que aparecen sujetos á Texcoco, siendo el principal Cuauhnáhuac, hoy Cuernavaca, lo que acredita que los acolhua habían extendido su dominio por el oriente de nuestro Valle, adelantándose por el sur fuera de él. El tributo consistía principalmente en mantas, *tilma*, enaguas, *cuéyctl*, camisas, *huipilli* y *maxtli*, siendo de labores exquisitas, bordadas de colores, pintadas ó doradas. Pero además trae el códice la lista de cuarenta y dos pueblos que prestaban servicios personales á Texcoco. Estos pueblos estaban dentro del Valle y mandaban á algunos de sus miembros á prestar



Pueblos pertenec'entes á Texcoco

esos servicios. Esta servidumbre personal y la de tributos han hecho que se compare esa organización con la feudal: lejos estamos de decir que era la misma, pero no puede negarse que era parecida en sus resultados económicos.

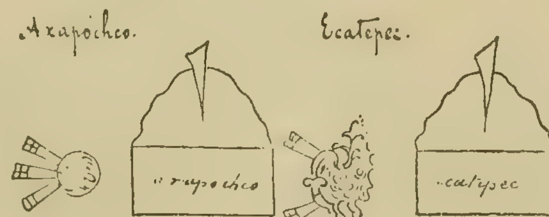
Nos da, además, el códice la lista de los señoríos que pertenecían á Texcoco y formaban su territorio propio. Estos son: Huexotla, Coatlinchán, Chimalhuacán, Otompa, Teotihuacán, Tepetlaoztoc, Cuauhchinanco, Acólman, Tepéchpan, Tezonyócan, Texcoco, Chiautlán, Chiuhnauhtlán, Tollantzinco, Xicotepec y Pantlán. De éstos algunos son inmediatos á Texcoco; pero otros se extienden fuera del Valle en dirección nordeste, aunque sin destruir la solución de continuidad, digámoslo así. En este punto, muy interesante por lo que á la organización social se relaciona, tenemos un documento jero-



Pueblos pertenecientes á Texcoco

glífico, el mapa Quinátzin. Represéntase la corte de Texcoco y en un palacio *técpan*, á Netzahualcóyotl y Netzahualpilli: sobre el signo figurativo del *técpan* está el jeroglífico de la ciudad y de él parten, á manera de orla y alrededor de varias figuras que están en el centro, las diversas ciudades que en la época de esos dos *tecuhtli* componían el reino acolhua. Inmediatamente á la izquierda y de acuerdo con el códice, encontramos Huexotla, Coatlinchán y Chimalhuacán; después, en línea vertical, Tepetlaoztoc, Chiauhtlán, Tezonyócan, Acólman, Tepéchpan, Chiconauhtlán y Papalotla; á la derecha quedan Otómpan y Teotihuacán, y en línea vertical Cuauhtlatzinco, Ehecatepec, Axapochco, Pepepalco, Coyoac, Aztaquemécan y otros dos lugares sin nombre que bien pueden corresponder á Xicotepec y á Pantlán. Resultan de más en el códice, sin duda por mala interpretación de los jeroglíficos, Tollantzinco y Cuauhchinanco, lugares muy distantes de Texcoco. Queda, pues, el Acolhuatlalli reducido á los pueblos inmediatos á Texcoco, saliendo únicamente algunas millas del Valle por el lado oriental inmediato en que se deprimen las montañas hasta Teotihuacán, Axapochco y Otómpan. Esto era lo lógico y lo conforme á la naturaleza del terreno. Réstanos por examinar si la corte administraba directamente todo este territorio, que por lo demás no ocupa una extensión de más de doce leguas.

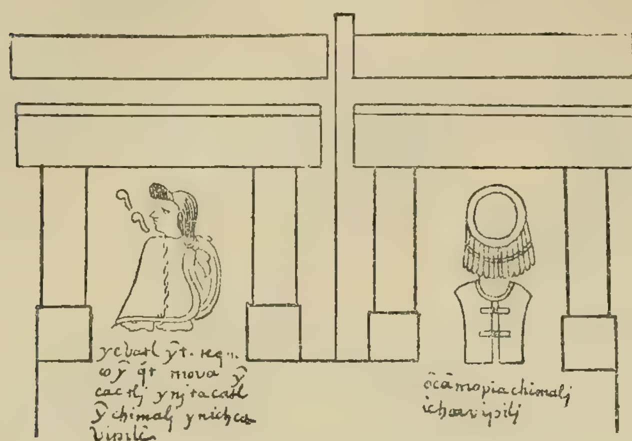
Por lo que hace á Teotihuacán, tenemos datos



Pueblos pertenecientes á Texcoco

precisos en el códice ya citado de aquel señorío. Recordemos que Techotlala le nombró por *tecuhtli* á Huetzín. Muerto éste le sucedió Quetzalmamalítzin, su hijo, y según lo que aparece de los tres manuscritos que sobre Teotihuacán tenemos, lo desposeyó á su triunfo Tezozomoc. Mas cuando Netzahualcóyotl recobró su reino

puso otra vez en Teotihuacán *de gobernador* á Quetzalmamalítzin, según las propias palabras del texto, y lo casó con su hija Tzonquetzalpoxtéctzin, nieta de los señores de México y de Tlacópan. Dióle á su hija el rey acolhua varias tierras en dote y también concedió otras á su yerno; y á más, para que le tributaran, seis



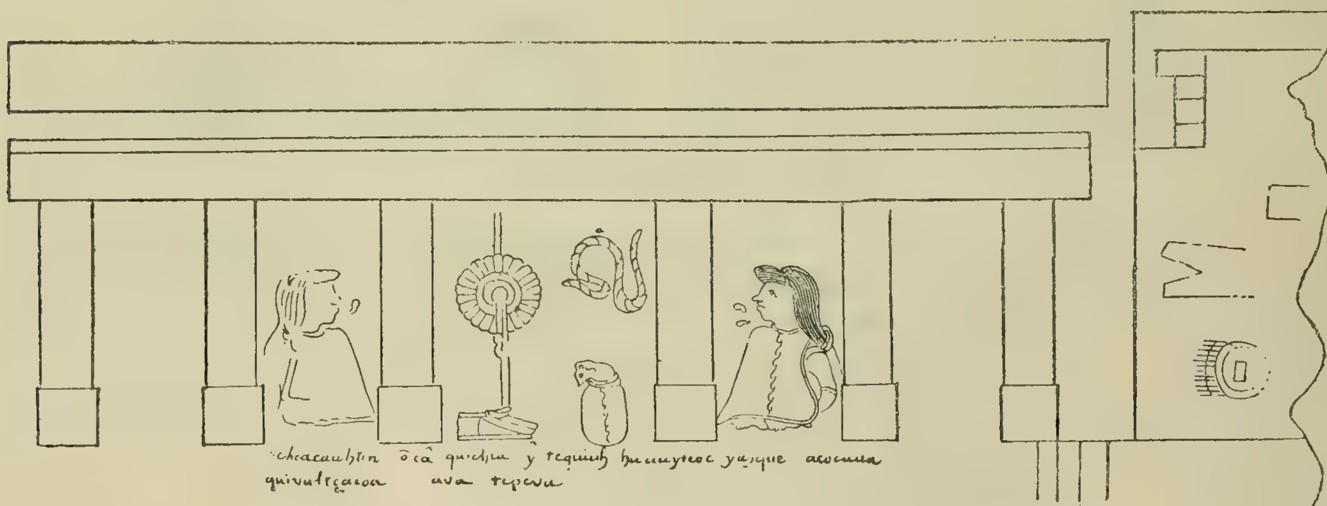
Tributos de *chimalli* é *ichcahuipilli*

pueblos de los que se llamaban conquistados y eran Mazahuacán, Caltecóyan, Ecatzinco, Tlacapehuacán, Ayahualolco y Chalco Cuauhtlálpan. Estos pueblos pagaban á Teotihuacán tributos de mantas bordadas y de pluma, *maxtli,* arcos, flechas, carcajes y hondas, macanas y *chimalli,* plata, cacao, *cuéyetl* y demás objetos del traje, leña de ocote y madera de pino, y las cosechas que se levantaban en la tierra llamada Tlatocatlalli.

Pero á su vez Teotihuacán, que recibía tributos de esos pueblos menores, era tributario de Texcoco; lo que pone de manifiesto esa cadena tributaria que ligaba á los pueblos pequeños con otros mayores y á éstos con otros hasta llegar á la corte conquistadora que así recibía abundantes y periódicos recursos de los pueblos conquistados. Organización especialísima y que se apoyaba en la sumisión de los pueblos lejanos y mal avenidos con el tributo, y que en un momento dado podía desbaratarse como un castillo de naipes.

El códice citado primeramente refiere con minuciosidad los objetos que Teotihuacán entregaba á Texcoco.

Agreguemos, para completar nuestros datos, que en él se dice que á la muerte de Quetzalmamalítzin, dejó repartidos á sus hijos los pueblos que le tributaban; de manera que los tributos eran una propiedad hereditaria. Pero no lo era el cargo de *tecuhtli* de Teotihuacán, que ejercía en nombre de Texcoco, pues el manuscrito dice que á su hijo mayor Cotzatzíntzin, lo puso Netzahualpilli por gobernador de Teotihuacán y lo casó con su hija Cuauhihuítzin. Estos hechos resuelven perfectamente una cuestión debatida por nuestro amigo el sabio americanista M. Bandelier, en la cual aparecen en contradicción los cronistas, y que es de mucha impor-



Tributos de cactli, cuerdas, mosquedores, bolsas de cacao y trajes guerreros

tancia para conocer la verdadera organización de aquellos pueblos. Tres opúsculos ha publicado el señor Bandelier, y uno tiene inédito: *On the art of war and mode of warfare of the ancient mexicans,* 1877; *On the distribution and tenure of lands and the customs with respect to inheritance among the ancient mexicans,* 1878; *On the social organization and mode of government of the ancient mexicans,* 1879; y un estudio extenso sobre Cholula que áun no ha publicado; á más de otros trabajos que en realidad son bibliográficos. Notables en erudición, mucho y muy importante é ideas de verdadera novedad contienen esos estudios, por más que no estemos conformes con ellos en algunos puntos radicales. Bien es verdad que cuando su autor hizo su viaje á México dos años há, convinimos en mudar ciertas apreciaciones en ellos contenidas, y se dignó aceptar otras por nosotros presentadas en el Apéndice á la Crónica del padre Durán. *(Apéndice. Explicación del códice jeroglífico de M. Aubin,* por Alfredo Chavero, secretario perpétuo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1880).

Pues bien, el señor Bandelier promueve la cuestión

importantísima para conocer la verdadera organización social de aquellos pueblos, sobre si el conquistador imponía gobernadores á los pueblos conquistados, lo que en cierto punto los haría dependientes de él, ó si les dejaba su completa autonomía poniéndoles solamente *calpixqui*, es decir, mayordomos ó cobradores de tributos. Ya indicamos que los cronistas no están conformes en este punto, y aun uno solo y muy respetable, Sahagún, se contradice en dos pasajes diferentes de su Historia. Dice el uno, que luego que se conquistaba un pueblo le imponían tributos y le nombraban gobernadores y oficiales que en él presidiesen, no de los naturales del lugar, sino de los que lo habían conquistado. Y en el otro habla de los *calpixqui* que tenía Moteczuma en los pueblos de la costa, y áun nos cuenta que el de Cuextécatl se llamaba Pínotl, y que en su compañía iban Yáotzin que lo era de Mictlancuauhtla y Teozinzócatl de Teociniócan.

Andrés de Tapia por su parte explica más esta materia diciendo, que á los pueblos que se daban de paz no les imponían tributo cierto, sino que ellos llevaban lo que creían oportuno; aunque el señor, si era poco, les mostraba mal rostro: y en éstos no se ponía mayordomo ni recaudador, sino que su señor se era señor.



Tecuhtli de los pueblos pertenecientes á Texcoco

Pero á los pueblos que tomaban de guerra les llamaban *tequítin tlácotl*, que quiere decir tributan como esclavos, y á éstos sí les ponían mayordomos y recaudadores; y aunque sus propios *tecuhtli* los mandasen, era con sujeción al señor que los había conquistado.

Resultan, pues, tres maneras diferentes de organización tributaria: primera, la de los pueblos que se daban de paz, que sólo llevaban su tributo porque conservaban completa su autonomía, sin que en ellos hubiese ni la intervención de los *calpixqui;* segunda, la de aquellos en que se ponían recaudadores, pero que elegían libremente á sus *tecuhtli,* y conservaban completa independencia en su régimen propio; y tercera, la de los que recibían señor por nombramiento de quien los habia conquistado. Éstos, como ya dijimos, eran los que formaban el territorio propio del reino ó señorío conquistador. En cuanto á los segundos, si bien elegían su señor, parece que como homenaje necesitaba éste la confirmación del *tecuhtli* á quien tributaban; pues Mendieta dice expresamente, que los señores de los pueblos que estaban inmediatamente sujetos á México, venían á ser confirmados en sus señorías después que habían sido elegidos en sus lugares; y lo mismo dice respecto de los que dependían de Texcoco y Tlacópan.

Que los reyes ó señores nombraban á los *tecuhtli* de los pueblos de su territorio propio y que éstos también les pagaban tributos, se ve claramente en los jeroglíficos del mapa Quinátzin.

Debajo del símbolo del palacio y corte de Netzahualcóyotl, están los *tecuhtli* de los pueblos que hemos citado como pertenecientes á Texcoco, comenzando por el señor Quetzalmamalítzin de Teotihuacán; y á su alrededor como orla se ven los diversos tributos que entregaban y son: *chimalli, ichcahuipilli, cactli,* abanicos de pluma, sogas de lechuguilla, bolsas de cacao, trajes guerreros, gran cantidad de piedra para construcciones, *macuáhuitl,* esteras, al parecer cortinas para las puertas, *huéhuetl* y mantas. Es de advertir que el *huéhuetl* tiene encima el signo del sonido, y frente á él un guerrero con flores como significando fiesta; y que se ve también y repetido el jeroglífico del canto expresando los himnos que se entonaban en loor de los señores de Texcoco.

Así jeroglíficos y manuscritos concuerdan á confirmar apreciaciones que sobre el estado social de aquellos pueblos hemos hecho.

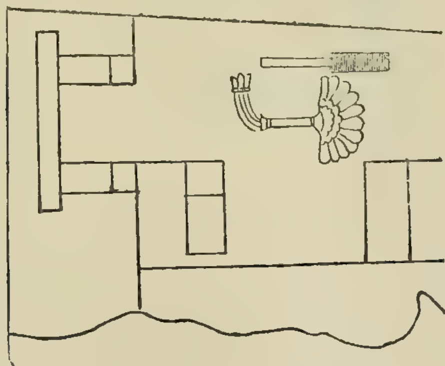
El códice citado trae también los pueblos que servían á México: son nada menos que setenta y dos.

El territorio propio de México también se había extendido; dejando á Texcoco las tierras orientales del



Tributo de grandes cantidades de piedra

Valle, que como ya vimos le pertenecían y estaban más próximas á ella, tomó para sí las de la parte occidental desde Aztcaputzalco hasta Xochimilco, que le eran más próximas y á las cuales estaba ya unida por medio de calzadas. La una, la de Tlacópan, que según vimos fué construída en la época de Chimalpopoca, unía la isla con la tierra firme por el poniente. La otra se construyó en el sur en tiempo de Itzcoatl; llegaba á



Tributo de abanicos y macanas

Xochimilco, y con la anterior formaba un triángulo cuyo vértice era México, y cuyo lado tercero era el antiguo territorio tepaneca. Recordemos la guerra de Xochimilco y cómo sus habitantes fueron vencidos por Itzcoatl: entonces les mandó éste que construyesen la calzada. Cuenta la crónica que para hacerla pidieron ayuda á los coyohuaca, por cuyos terrenos tenía que pasar, y que se las dieron; y que el modo de construirla fué sobre estacas y con mucha cantidad de piedra y tierra sacada de la misma laguna como céspedes.

Ahora bien, el espacio comprendido entre las dos calzadas y las montañas que terminan el Valle, componía los señoríos de Xochimilco, Coyoacán y Atzcaputzalco; era, y es hoy todavía, un conjunto de tierras fertilísimas, de bosques abundantes en maderas de los que se han agotado los cedrales y de riquísimas canteras de piedra de costrucción; había además en Xochimilco los campos flotantes ó *chinampas* en que se siembran flores en abundancia; y en esas tierras, á más de los productos cuantiosos de maíz y el extenso cultivo del maguey, había mucha cacería de venados, liebres, conejos y aves, sin contar las acuáticas y peces de la laguna. Ya hemos dicho que tales tierras fueron repartidas por Itzcoatl á los tenochca.

El padre Durán nos da cuenta minuciosa de este suceso. Refiere primero cómo vencidos los de Atzcaputzalco, Tlacaelel le dijo á Itzcoatl:—Señor, estos señores hermanos tuyos y primos tuyos que con valor, ánimo y esfuerzo han puesto el pecho á la guerra, justo es que sean galardonados; ya sabes que nos prometieron los de Atzcaputzalco tierras en donde pudiésemos hacer nuestras sementeras: no perdamos la coyuntura. Vamos y repartamos la que nos señalaron entre nosotros, pues la ganamos con la fuerza de nuestro braço.—En respuesta hizo Itzcoatl llamar á los que más se distinguieron en la guerra, y fueron Cuauhtlecoatl, Tlacahuépan, Tlatolzaca, Epcoatl y Tzompantli, hermanos del rey;

Tlacaelel, Moteczuma, Huehuezaca, Citlalcoatl, Aztacoatl, Axicoyótzin, Cuauhtzitzímitl y Xiconoc, sus sobrinos é hijos de Huitzilíhuitl. Fueron en seguida á Atzcaputzalco, tomaron posesión de las tierras y se las repartieron entre sí; dando lo primero y mejor y más principal á la corona real, al señorío tenochca, señalándole terrenos del oficio ó cargo; luego dieron *diez suertes* á Tlacaelel, que había sido el caudillo de la guerra y quien más se distinguió en ella; á los demás señores principales les tocaron dos suertes á cada uno y alguna parte á los otros valientes que se distinguieron. En fin, á sus barrios, *calpulli,* diéronle á cada uno una suerte para que su producto se emplease en el culto del dios del barrio, *calpulteotl;* y principalmente en *ámatl, ulli, copalli,* y colores de rojo, azul y amarillo, conque pintaban las mantas y mitras de sus ídolos; y en esto se gastaba lo que producían aquellas suertes de tierra, que se llamaron *Calpulalli.* Quedaron á más los de Atzcaputzalco por perpétuos tributarios del *tecuhtli* de México; y se mandó que no hubiese señor en la antigua corte tepaneca, sino que quedase sujeta á Tenochtitlán, con lo que se ve que desde entonces formó parte de su territorio propio.

Este solo hecho causó modificación tan profunda en el estado de los tenochca, que merece el que nos detengamos á considerarlo. Pero demos razón antes del reparto de las tierras de Coyoacán y Xochimilco.

En la guerra de Coyoacán se refiere que los mexica llevaron de allí gran cantidad de prisioneros esclavos, que no hubo quien no llevase uno ó dos, y después de terminada se procedió al reparto de las tierras. Señaláronse primero tierras al señorío para hacienda y sustento del *tecuhtli* y su familia y para los señores que acudían á la corte, forasteros que iban á negocios, mensajeros y correos, pues era costumbre que todos éstos, durante el tiempo que se detuviesen en la ciudad, fuesen mantenidos en el palacio ó *técpan.* Diéronse en seguida once suertes á Tlacaelel, y conforme á sus merecimientos, tres, dos ó una á los demás principales; y suponemos que se dieron también á los *calpulli,* aunque lo omite el cronista. Quedaron los coyohuaca por tributarios de Tenochtitlán y sus pueblos por territorio de México, aunque suponemos que el rey tenochca les nombraba *tecuhtli,* como vimos que hacía el texcucano en las ciudades que pertenecían al señorío acolhua.

Reparto semejante se hizo en las tierras de Xochimilco: dióse á la dignidad real la mejor parte, la correspondiente consignóse á Tlacaelel, á los principales dos suertes, y una á los soldados de nombradía. Sujetóse el pueblo á tributos; pero no le quitaron su *tecuhtli,* lo que confirma nuestra sospecha respecto del de Coyoacán, sino que Itzcoatl le dejó su señorío, aunque sujeto al de Tenochtitlán, y lo admitió como miembro de su consejo.

En la conquista de Cuitlahuac, como no había terrenos que repartirse, los vencidos se obligaron por tributo á enviar todas sus doncellas siempre que las pidiesen para los bailes y areytos de los dioses y á prestar los servicios personales que se les impusiesen.

Entremos ahora en las consideraciones anunciadas. Vimos que en la civilización del Norte el principio social es la familia ó tribu, que creciendo de la casa redonda á la larga llega á la grande en donde se forma ya una agrupación que puede defenderse y que forma una sociedad semejante á la tribu. La liga de las casas grandes en nada cambia esa organización social; pero al establecimiento de la ciudad, aunque sobre los mismos principios, ya hay modificaciones importantes. No nace el espíritu de nacionalidad, el interés se extiende únicamente á la misma ciudad y á los campos cultivados; pero ya al lado de la tribu primitiva aparecen siervos que para ella trabajan, se desarrolla la industria, se introduce el sacerdocio y la tribu ó tribus señoras forman el poder guerrero. El nuevo estado exigió un jefe; pero las mismas ruinas del Xila y de Chihuahua acreditan que no se abandonó la organización de tribu. Aparecen, sin embargo, divididas las clases, y nótese que no decimos las castas, y se distinguen la sacerdotal, la guerrera y la sierva. Mas queda siempre la vida de comunidad hasta donde era compatible con las modificaciones sociales.

En el Sur, por el contrario, vimos establecido el principio de nacionalidad, el derecho de propiedad como elemento social, el sacerdocio hereditario formando la casta y á su lado la de los guerreros; y de ahí naciendo poderoso el gobierno teocrático. Si bien los meca llevaron allí los elementos de origen nahoa, por virtud de la ley de asimilación prevalecieron los mayas como más perfectos, y sólo encontramos como cambio radical la sustitución del gobierno teocrático por el monárquico. Fueron necesarias nuevas invasiones, guerras civiles y religiosas, y por último la inmigración tolteca y las luchas que fueron su consecuencia para que la organización social de la región del Sur degenerase expresándose su decadencia principalmente por el fraccionamiento del territorio en varios señoríos; mas conservando siempre muchos de los elementos que habían formado su antigua grandeza.

Mezcla de ambas culturas la nonoalca, y sobre todo la tolteca, se nos presentan separadas de la forma de tribu y alcanzando la de nación. En Tóllan vemos alternarse la teocracia y la monarquía, alcanzarse un gran desarrollo en las ciencias y las artes, y debió ser muy poderoso el impulso social ahí producido, pues no solamente pusieron en ella las tradiciones el origen de todo adelantamiento, sino que á su destrucción, grupos de sus pobladores fueron por todas partes á imponer sus ideas, sus creencias y sus costumbres.

Pero destruído el reino tolteca, ocuparon nuestro

Valle pueblos atrasados, pudiéramos decir salvajes, que habían recibido alguna cultura apenas de su antigua vecindad con los nahoas y que traían la vida de tribu. No era posible otra en su existencia troglodita. Fué preciso que pasaran los años, que se asimilaran creencias y costumbres ajenas, que se incrustaran en ellos restos de la raza nahoa, para que llegasen á la vida de ciudad en Texcoco. Pero aun así, prevaleció la división de origen, pues hemos visto que á cada pueblo que llegaba se le cedía distinto lugar ó barrio diferente en la ciudad y que los del mismo territorio permanecieron con gobierno propio: de manera que prevaleció la agrupación de tribus, porque aquella raza no tenía la fuerza ni el espíritu para formar una verdadera nacionalidad. Encontramos, sin embargo, en el pueblo acolhua la propiedad territorial, la vida agrícola y la monarquía hereditaria. No podemos decir que era una nación perfecta, pero ya no era tampoco la tribu primitiva.

En Atzcaputzalco formóse la sociedad de la misma manera: un centro común rodeado por diferentes pueblos cuyos nombres todavía se conservan.

Las circunstancias especiales del lugar en que se fundó México, hicieron que fuese especial también su modo de ser. Los mexica traían su origen de un lugar vecino del Chicomoztoc. Los meca como familia etnográfica, tenían la lengua nahoa. Eran una tribu que peregrinaba al mando de cuatro jefes: Cuauhcóyatl, Apanécatl, Tezcacoatl y Chimalma; ésta era mujer y ella cargaba al dios. Estos cuatro jefes suponen cuatro agrupamientos distintos en la tribu. En su peregrinación llegan á Pátzcuaro, adoptan algunas costumbres de los tarascos, y sin duda lanzados por éstos siguen su camino. Parte de la tribu se queda en Malinalco y el resto peregrina de lugar en lugar sin que nadie le diese cabida, porque era un pueblo inquieto y guerrero con quien todos los demás se avenían mal. Antes de que ocupasen Chapultepec habían unificado su gobierno, pues aparece en los *Anales* el jeroglífico de Tenoch, lo que indica un régimen teocrático. Sin asiento fijo no podían mezclarse con otros pueblos; apenas si habían recibido algunas influencias religiosas; tenían dos dioses, *Huitzilopochtli* y *Cihuacoatl;* habían adoptado el gobierno teocrático, pero por sus propias circunstancias tenían que seguir siendo una tribu guerrera.

Llegados después de viajar cientos de años á Chapultepec, su propia organización exigía un jefe militar, pues no puede darse otro carácter á su primer rey Huitzilíhuitl. Su propia inquietud, la necesidad de vivir del merodeo atrajeron sobre ellos la guerra de los pueblos comarcanos, y vencidos fueron á vivir como tribu en un barrio de Culhuacán. Libres más tarde y siempre perseguidos, no hallan más refugio que un montón de tierra en la laguna escondido entre cañaverales. En otro inmediato, Tlatelolco, se había refugiado un grupo de la tribu desde la derrota de Chapultepec.

Cada vez nos convencemos más de que las rencillas de tenochca y tlatelolca son fábulas que inventaron los primeros para explicar la separación y conquista de los segundos; pero la verdad es que éstos ya vivían en su pedazo de tierra cuando llegaron aquéllos; que tuvieron desde un principio gobierno separado; que lejos de ser enemigos aparecen aliados y luchando juntos con Tezozomoc desde los primeros tiempos, y que aliados también destruyen el poder tepaneca y vencen á Maxtla. El haber dejado sin participación en el triple pacto al señorío de Tlatelolco, dió nacimiento á odios cuyo primer resultado, como hemos visto, fué que muriese ahorcado Cuauhtlatoa.

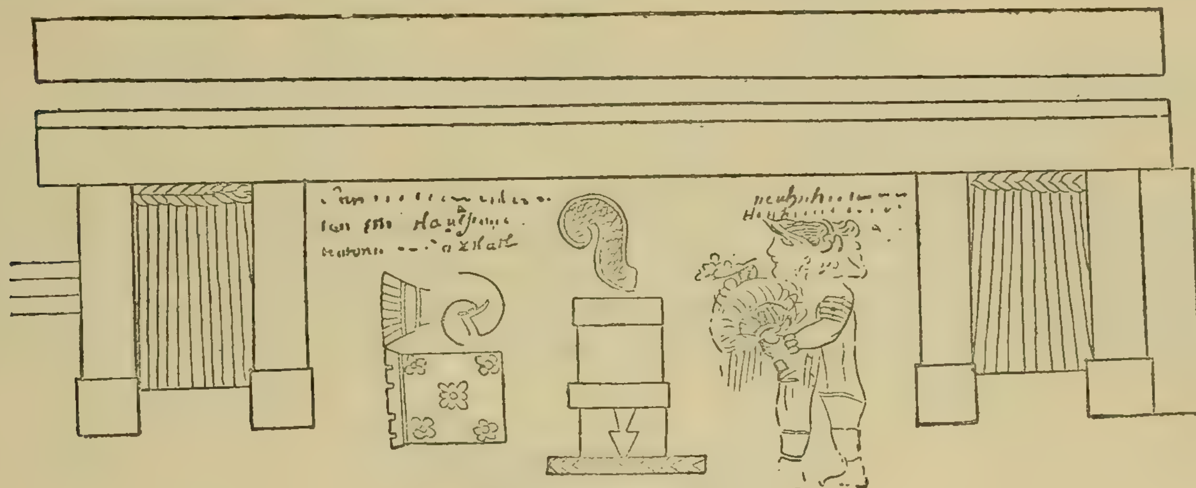
La condición, pues, en que cada uno de los grupos de la tribu tenochca y tlatelolca ocupó su isla, fué la misma. Un terreno demasiado pequeño y que apenas les bastaba para vivir amontonados, los obligó á alimentarse de peces y sabandijas del lago y sólo encontraban alivio y descanso en las incomodidades de la guerra. Unido esto á su instinto propio y nunca desmentido fué la tribu esencialmente guerrera. Pero si esto es verdad no debemos, sin embargo, admitir la consecuencia en nuestro concepto exagerada del señor Bandelier, que da á los mexica la guerra por ocupación habitual. No; desde su establecimiento en la isla, con una constancia admirable, sobre la misma laguna comenzaron á formar su tierra. Labor ímproba que á poco dió á los mexica campos en que hacer sus siembras. Mas por corta que fuese la población, y debió serlo á los principios por lo mucho que había sufrido la tribu, necesitaba mayor terreno para que la agricultura le proporcionase los alimentos necesarios á su subsistencia. Alcanzóse esto con las conquistas de Itzcoatl; repartidas las tierras ganadas en la guerra, la propiedad raíz fué un hecho y aquel pueblo, siguiendo á un mismo tiempo sus instintos de tribu y sus instintos de raza, fué guerrero y agricultor al mismo tiempo.

Cuando llegaron los mexica su organización de tribu era necesaria: eran un grupo de la misma familia, unidos aún más por el estrecho parentesco de la desgracia. Parecía natural que el principio de igualdad reinase en absoluto entre hombres de un mismo origen, de una misma lengua, que habían sufrido juntos los mismos dolores, que tenían todos una misma esperanza. Pero el fanatismo de la tribu exigía la supremacía del sacerdocio: de ahí la nobleza, digámoslo así, de los sacerdotes y la existencia desde entonces de la clase sacerdotal. Agreguemos que el sacerdote era guerrero y que la situación precaria del pueblo naciente daba un gran precio al poder de las armas. Nosotros vemos la existencia de la clase guerrera desde la peregrinación: todos tenían que pelear, pero aquélla se distinguía siempre. En el códice Mendocino, los fundadores de la

ciudad son jefes guerreros, como se ve por su tocado: no son los padres y ancianos de las familias de una tribu, son los principales de la clase guerrera. Esta debió irse robusteciendo en las campañas emprendidas por Tezozomoc, mientras la clase proletaria quedaba en la isla dedicada á la pesca, á la agricultura y á la industria.

Hay un hecho histórico, que ya hemos referido, que no nos deja duda acerca de esta circunstancia importante. Cuando Itzcoatl preparaba la guerra de Atzcaputzalco, el pueblo tenochca estaba acobardado: decidióse contra la voluntad de éste emprender la aventura, y aparece que sólo los guerreros fueron á la campaña y que los hombres del pueblo les dijeron, según las textuales palabras de Durán: «nosotros nos obligamos, si salís con vuestro intento, de os seruir y tributar y ser vuestros terrasgueros y de edificar vuestras casas y de os seruir como á verdaderos señores nuestros, y de os dar nuestras hijas y hermanas y sobrinas para que os siruais dellas, y quando fuéredes á las guerras de os lleuar vuestras cargas y bastimentos y armas á cuestas, y de os seruir por todos los caminos por donde fuéredes; y finalmente, vendemos y subjetamos nuestras personas y bienes en vuestro seruicio para siempre.» Pacto tan expreso del pueblo, prueba claramente la existencia de la clase guerrera. Una nueva se agregó en esas conquistas, los siervos que tomaron los vencedores.

Dejando para después la organización local de Tenochtitlán, encontramos á sus habitantes ya agricultores como los del señorío de Texcoco y teniendo en sus tierras los elementos propios de su vida. Como el desconocimiento de este hecho histórico ha servido de base á un sistema brillantísimo del notable escritor



Fiesta de los tributarios

citado, se nos permitirá que por respeto á él confirmemos nuestra opinión con otro suceso también notable: nos referimos al hambre de la época de Motecuhzoma Ilhuicamina. Como ya en su lugar dijimos, la abundancia de aguas é inundación de la isla primero y después las heladas y pérdida de las cosechas, produjo tan gran calamidad: lo que acredita un pueblo dedicado á la agricultura.

Basta lo que hemos dicho para confirmar que ambas ciudades, México y Texcoco, tenían fuera de ellas un territorio propio que constituía el reino; pero que como la raza no tenía el espíritu de cohesión necesaria para constituir una nacionalidad, quedaban los otros pueblos sujetos por el nombramiento de sus *tecuhtli,* por sus servicios personales y por el pago de tributos; pero si esta organización especialísima no era precisamente lo que llamamos una nación, más lejos estaba de conservar el carácter de tribu.

Mas fuera del territorio propio, dijimos ya que la conquista se reducía á imponer tributos nombrando generalmente un *calpixque* que los recaudase. De su reparto nos da razón el manuscrito citado, nombrándolo: «Distribución del tributo que pagaban y venían de todos los pueblos—*Izcalqui ic xexelihuia in tlacalaquilli nohuian altepetl.*» Son casi iguales los tributos dados á México y los que tocaban á Texcoco, pues no es grande la diferencia en sólo algunos objetos en favor de la primera ciudad. Esos objetos eran: mantas finas, tilmas de labor culebreada, idem de algodón lisas, *cuéyetl* y *huipilli,* otros con orla torcida ó de orilla floreada, *maxtli* finos, esteras encarnadas y pieles, cargas de chile, cargas de algodón, gallinas *(totólin),* conejos, venados, sal en grano, hombres y mujeres siervos para Tenochtitlán y mujeres para Texcoco. La parte de Tlacópan es en general la mitad, aunque menos en algunos efectos. De manera que puede admitirse como regla general la división de Zurita en cinco partes, dos para cada una de las ciudades de México y Texcoco y la quinta para Tlacópan.

Así vemos que en punto á territorio y á tributos la liga federativa del Anáhuac no establecía dominio ni superioridad de gobierno, y que México, Texcoco y Tlacópan conservaban su independencia y autonomía, si bien esta última tenía pequeñísimo territorio.

Pero como quiera que en la paz y en la organización social no producía ningún efecto la triple alianza, buscóse por lo menos una manifestación de su existencia en la ceremonia de la confirmación que se hacía de la suma dignidad en el *tecuhtli* que iba á comenzar á



Cantares entonados en loor de los señores de Texcoco

ejercerla. Cuando debía entrar en el poder un nuevo señor en México, Texcoco ó Tlacópan, los otros dos señores de estas ciudades lo confirmaban en su cargo. Según lo que de jeroglíficos, manuscritos y crónicas se infiere, parece que esta intervención y confirmación consistía en la ceremonia de que uno de los otros dos *tecuhtli* colocaban el *copilli* en la cabeza del que nuevamente entraba en el poder con lo que legítimamente quedaba en él y apoyado por la triple alianza. Así encontramos en el códice de Cuauhtitlán la noticia de que el año seis *calli* tomó posesión Netzahualcóyotl del señorío de Texcoco, *habiéndolo coronado* Itzcoatl. A su vez, si examinamos los jeroglíficos del códice Ramírez, veremos en el correspondiente á la coronación de Motecuhzoma Ilhuicamina, que Netzahualcóyotl es quien le presenta el *copilli* real. El mismo códice Ramírez da mayor intervención á los señores de Texcoco y Tlacópan en el nombramiento de *tecuhtli* de México, pues precisamente en el de Motecuhzoma Ilhuicamina dice que Tlacaelel convocó al efecto á los del consejo supremo y á los señores de Texcoco y Tlacópan, que ya entonces eran de los electores. Pero el señor Orozco y Berra, siguiendo los informes de Zurita, afirma que aquellos *tecuhtli* no tenían más intervención que confirmar la elección de los mexica, y no podía ser de otra manera. Y ya hemos visto que la confirmación se manifestaba por la colocación del *copilli* sobre la frente del nuevo rey.

Pero si en lo que llevamos tratado era ilusoria la triple alianza y consistía más bien en muestras de amistad, hacíase efectiva en las cosas de guerra; pues repitiendo el informe de Zurita, diremos que al señor de México le habían dado la obediencia los de Texcoco y Tlacópan, aunque en lo demás eran iguales. Confirma esto el padre Durán diciendo: «Tambien allo que



Netzahualcóyotl presenta el copilli á Moteczuma

ofreciendose dar guerra á alguna ciudad y provincia, al primero que llamauan (los mexica) y acudian para que apercibiese sus gentes, era al rey de Tezcuco, y como abemos notado en esta ystoria, le hacian venir á México todas las veces que se ofrecia ocasion, loqual no era poca sujecion, dado que tuviese sus preeminencias y libertades de rey y señor de aquella provincia de Aculuacan...»

Así la alianza era una verdad en las cosas de guerra y en ellas tenía el mando el señor de México. Su resultado efectivo para los tres pueblos aliados era la división de tributos, como ya hemos visto, y en ella

permanecían iguales México y Texcoco é inferior Tlacópan. Pero no era tal la superioridad del *tecuhtli* de México, que pudiese decidir las cosas de guerra sin consentimiento de sus aliados. Claramente lo manifiesta el cronista Tezozomoc, cuando al dar cuenta de cómo los huexotzinca habían pedido la paz al *tecuhtli* de México, dijo Cihuacoatl resoluto:—Señor, ¿cómo será esto, si no lo saben tus consejeros de guerra, los reyes de Aculhuacán, Netzahualpilli y el de Tepanecas, Tlaltecátzin? Hágase entero cabildo. Puede deducirse rectamente de este pasaje, que iguales los tres *tecuhtli,* aun en las cosas de guerra, y debiendo hacerse ésta de común acuerdo, la superioridad del señor de México consistía en tener el mando de las operaciones, pues que por su naturaleza exigen unidad de acción.

No sería fácil decidir si los mexica hicieron todas sus innumerables campañas en compañía de sus aliados ó si les era permitido guerrear por propia cuenta: esto último parece cierto, porque Zurita dice que *algunos* pueblos tenían comunes y se repartían entre sí el tributo de ellos, y á más los citados como de reparto en el códice manuscrito son muy inferiores en número, clase y objetos á los que en la nómina jeroglífica del Museo y del códice Mendocino consta que se daban al *tecuhtli* de México.

Sin embargo, el mismo Zurita agrega que toda la tierra que se sujetaban la partían entre sí: lo que es anfibológico, pues no puede comprenderse si tenían que sujetarla unidos ó si se trata sólo de la que de esa manera conquistaban.

Tal era la triple alianza del Anáhuac, alianza efímera y que no ligaba la organización ni los intereses locales de los tres pueblos; alianza que por lo mismo quedaba expuesta á romperse en cualquier momento. Acaso la falta de cohesión social de la raza no pudo producir cosa mejor.

CAPÍTULO VII

Constitución local de Tenochtitlán —Sumaria Relación del oidor Zurita.—Noticias de la obra.—Su impresión en Francia y España — Comparación con el original.—Su importancia para el estudio de la sociología mexica.—Parte tercera del códice Mendocino —División de la ciudad al ser fundada.—Los veinte calpulli menores —Autoridad teocrática de aquellos primeros tiempos —El derecho de propiedad.—Las tierras comunes de los calpulli.—El derecho de heredar.—La agricultura.—Estado social superior al de tribu.—División del pueblo en clases.—La clase sacerdotal y la guerrera.—Educación de los jóvenes de esas clases en el Calmecac.—Presentación del mancebo al Calmecac.—Ocupaciones de los mancebos.—Penitencias y castigos.—Enseñanza del Calmecac.—Aprendizaje de las cosas de guerra.—Espíritu dominante del sacerdocio —Jerarquía sacerdotal —Sumos sacerdotes.—Casta.—Educación de las doncellas.—Los elocuatecomame.—Ocupación y traje de las doncellas —Sus votos.—El Ezápan.—Mancebos y doncellas de Huitzilopochtli.—Rigor conque se les trataba.—Influencia del sacerdocio en la familia.—Ceremonias del nacimiento.—Los tonalpouhque.—Ofrecimiento del recién nacido —El matrimonio.—Consejo de familia.—Rescate del mancebo.—Petición de las cihuatlanque.—Las sacerdotisas cihuacuaquilli. —Ceremonias del matrimonio.—Ceremonias funerarias —Incineración.—Multiplicidad de los dioses.—Gran número de templos y de sacerdotes.—El Teotecuhtli.—Los teopixque.—Diversas dignidades sacerdotales.—El Mexicateohuátzin.—Rentas y tributos á los templos.—Influencia del sacerdocio en la clase guerrera —Desarrollo de los sacrificios.—Supremacía del sacerdocio.

Habiendo tratado de la organización general del Anáhuac, debemos ahora ocuparnos en la constitución especial de Tenochtitlán, ya que plumas maestras de americanistas muy distinguidos se han dedicado en estos tiempos á cuestión tan importante, aunque nuestras ideas no vayan en todo de acuerdo con sus escritos. Si en las crónicas solamente se encuentran noticias aisladas y unas con otras confundidas, no es nuevo el tratar extensamente y con dedicación especial estas materias, pues desde el siglo mismo de la Conquista escribiólas con gran criterio el oidor Zurita, que fué de la Audiencia de México.

Beristain, en su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional,* da de él la siguiente noticia:

«Zurita ó Zorita (D. Alonso), natural de la Antigua España, doctor en leyes, cuyo grado incorporó en la universidad de México el año 1555, siendo rector el Vn. canónigo Juan Gonzalez, y con asistencia del virey D. Luis de Velasco. Fué oidor de la audiencia de México y ministro tan íntegro, como estudioso de las antigüedades é historia de los Indios. Escribió:

»Relacion de los Caciques y Señores principales de las Provincias de la N. E.; Leyes y Costumbres de los Indios y Tributos que pagaban á sus Príncipes.» MS.—Tuvo esta obra en sus manos D. Carlos de *Sigüenza* y Góngora, y la dejó original al colegio de S. Pedro y S. Pablo de México, donde la leyó el jesuita *Clavigero.* Hablan también de ella *Betancur* y *Boturini.* Hoy existe una copia en el archivo de la provincia del Santo Evangelio de S. Francisco de México.»

En la edición de Madrid se dice al fin, como advertencia, que no ha sido posible fijar la fecha en que Zurita escribió su relación, aunque no cabe duda, por varios de sus pasajes, de que fué escrita en la segunda mitad del siglo XVI, y que en cuanto á su autor, la única noticia que se ha hallado en las historias y bibliografías de América, es la que trae Leon Pinelo en su *Biblioteca oriental y occidental náutica y geográfica,* donde lo coloca entre otros varios autores, que «parece escribieron de cosas de Indias; pero sus tratados no los pone fray Agustin Betancur en su *Teatro Mexicano* ni fray Baltazar de Bustamante en sus *Primicias del Perú.*»

Ternaux-Compans publicó una versión francesa de la obra de Zurita: no es fiel como todas sus traducciones, y el haberse valido de ella nuestro buen amigo el señor Bandelier, fué motivo para que hiciese en sus notables estudios ya citados algunas apreciaciones conque no estamos conformes.

Publicóse después en Madrid en el segundo tomo de la *Colección de documentos de Indias,* y en nota se dice que la relación fué primeramente copiada de su original por Boturini, que después se hicieron otras copias y que la que sirvió para la publicación se confrontó con la existente en el tomo XLI de la *Colección* de Muñoz. Hemos comparado minuciosamente este impreso con el original, y hay en él varios errores que se conoce proceden de descuido de los escribientes, y hemos encontrado algunas supresiones de frases que varían notablemente la importancia del texto.

Por fortuna el original es de nuestra propiedad

(tomo XXIX de nuestra colección). Es un manuscrito en folio de ciento veinticuatro fojas, la portada y una nota al fin. Dice la portada:

«Breue y sumaria relacion de los señores y maneras y differencias que auia dellos en la nueva España y en otras prouincias sus comarcanas y de sus leyes vsos y costumbres y de la forma que tenian en destributar sus vasallos en tiempo de su gentilidad y la que despues de conquistados se ha tenido y tiene en los tributos que pagan á su mag.[d] y a otros en su Real nombre y en el ymponerlos y repartirlos y de la orden quē se podria tener para cumplir conel precepto de los diezmos sin que lo tengan (entre renglones: por nueva imposicion y carga) los naturales de aquellas partes. dirigida ala C. R. m.[t] del Rey don Phelipe nro. mor. por el Doctor Alonso de çorita | oydor (entre renglones: q fue) dela Real audiençia q̄ reside enla muy ynsigne y gran çiudad de mexico de la nueua españa.»

Basta comparar esta portada con la edición de Madrid, para ver que desde ella hay ya variantes de sentido.

Al pié de la portada y de la letra de Boturini, dice: «Mui del agrado de Dios seria que se enviara esta relacion al Rei paraque supiera lo mal que se obedecen sus mandatos, y lo que padecen los infelices indios con los malos Ministros que en las Américas tiene.»

A la vuelta de la portada dice: «En el año de 1683 llego amis manos § Pensado;» y al fin tiene la firma «§ Pensado.»

La nota del fin, que es la auténtica del manuscrito, dice:

«—Certifico que el ejemplar que el Sr. Lic. D. Alfredo Chavero me regaló de las Relaciones de Zurita, MS., contiene en la última foja la nota siguiente, copiada al pié de la letra:

«Esta copia saqué Yo Lorenzo Botturini Señor de Hono este mes de Noviembre de 1738 de su Original que está en el Colegio de S.[n] Pedro y San Pablo de la Compañia de Jesus de Mexico en la Libreria de dho Colegio Est. 48 N.° 19 y tiene su Original 124 foxas utiles y una nota en el principio que dize en el año 1683 llegó á mis manos § Pensado—y en el fin tiene esta firma Pensado, y en el Carton tiene este Titulo—Çorita, Relacion de cosas de Indias))) y he advertido que dho Original deue hauer uenido de España aquí, y pareze en el que el mismo autor fue corrigiendo algunas cosas, y añadio otras.

»Nb. Escriuio el mismo Autor otra obra por TituloS uma de los tributos, y se deue buscar porque haze muy al caso, y la cita en este Manuscritto. Item escribio «Relacion de cosas notables de la Nueva »España, que si no está aquí estará cierto y segura»mente en los Archiuos del Consejo Real de Indias y »Archiuos Reales de S. M. ó en poder de sus erederos.»

»Va cierta, segura y confrontada, y para que sirva de auténtica al manuscrito original de mi buen amigo el señor Chavero, á su pedimento le doy la presente en México á 28 de marzo de 1873.—(Firmado) Manuel Orozco y Berra.—»

Hemos querido que se comprenda cuánta importancia tiene la Relación de Zurita, pues es la clave para conocer lo que podríamos llamar sociología mexica. Letrado y oidor de México, conociendo cuanto en aquellos tiempos podían conocerse estas cuestiones, nadie podía estudiarlas y comprenderlas mejor, ya que los primeros cronistas las habían descuidado: descuido natural, pues no estaban al alcance ni en la tendencia de aquellos historiadores primitivos. Quéjase de esto el mismo Zurita, diciendo que de estas cosas poco se sabía y que la causa era la poca cuenta que se tuvo en saberlo, como fuese cosa de que se sacaba poco ó ningún interés. Y para autorizar lo que él escribe, afirma que se ayudó de tres religiosos de San Francisco, sin otros de las otras órdenes, muy antiguos en esta tierra porque vinieron á ella poco después de ganada, y el uno de ellos de los doce primeros, los cuales trataron mucho con los indios y tuvieron siempre gran cuidado de saber y averiguar sus usos y costumbres, porque alcanzaron á los viejos de quien se podían informar, existían aún enteras algunas pinturas, y lo sacaron muy fielmente de ellas ayudados de los viejos principales que se las interpretaron, y que lo confirmaban con lo que habían visto ú oído de sus mayores. Aun cuando no dice el oidor los nombres de los tres frailes, viénensenos á la memoria los de Motolinía, Olmos y Sahagún. Se ve, pues, cuánta fe y cuánta autoridad debemos dar á la Relación de Zurita. Ella será nuestro guía, valiéndonos también y mucho de un documento jeroglífico de gran importancia, la parte tercera del códice Mendocino.

Al fundarse la ciudad de Tenochtitlán, las ideas propias de la raza tuvieron que ser la vida en tribu y el comunismo; pero como quiera que el grupo de mexica que la formaba era todo una misma familia, no tenían que atender, al establecerse, á las diferencias de raza como hemos visto que sucedió en la ciudad de Texcoco. Dice Zurita que en aquellos pueblos cada barrio ó *calpulli* correspondía á lo que los israelitas llamaban tribu; pero entre los tenochca todos eran de una misma tribu, y la división de la ciudad en los cuatro grandes *calpulli* nació, por una parte, de la misma configuración del terreno y por otra sin duda de sus ideas religiosas y del simbolismo del número cuatro. Esto último explica también por qué los cuatro *calpulli*, Cuepópan, Atzacualco, Moyotla y Zoquiápan, se subdividieron en veinte, el otro número simbólico, que fueron:

Tzapotla, Huehuecalco, Tecpancaltitlán, Cihuateocaltitlán, Iopico, Teocaltitlán, Tlaxílpan, Tequicaltitlán, Atlampa, Tlacacomoco, Amanalco, Tepetitlán, Atizápan,

Xiuhtenco, Tequixquílpan, Mecaltitlán, Xoloco, Chichimecápan, Copolco y Texcatzonco.

Sí debe creerse, atendidas las tendencias de raza, que en cada *calpulli* se establecieron los individuos de una misma familia; pero esto no era tan necesario y absoluto, pues el que quería podía mudarse á otro *calpulli*. Mas entre los mexica no podía dominar el espíritu de familia como entre los nahoas, porque en éstos era el único lazo y su jefe era á la vez su sacerdote; mientras que aquéllos vinieron á fundar su ciudad, dominada ya por un culto, y trayendo por caudillo á un sacerdote. Los hombres que se unen solamente por el afecto del parentesco forman la tribu; pero los que se ligan por la religión son ya un pueblo. Por eso hemos visto que los mexica conservaron por señor al sacerdote Tenoch, y que su primer cuidado al fundar la ciudad fué levantar un templo á su dios y hacerle sacrificios. Por eso también, por mandato del dios, se repartieron á los barrios las deidades menores, *calpultete*, y debemos suponer que en aquel principio la informe administración fué puramente teocrática y no hubo más autoridad que la del sacerdote.

Y así como el culto modificó la forma de tribu de los mexica, la escasez y la falta de tierras en que vivieron los primeros años alteró sus ideas de comunismo, viéndose cada cual obligado á vivir de su trabajo personal para alimentarse. Por eso fué que al cambiarse por completo la situación de Tenochtitlán, por virtud de las conquistas de Itzcoatl, se establece el derecho de propiedad, y si se reservan tierras á los *calpulli*, es para mantener el culto de los dioses. Y que el derecho de propiedad se estableció perfecto, lo muestra el que ésta era hereditaria. El precioso códice jeroglífico y manuscrito de Ixhuatepec no es más que la reunión de constancias de esa propiedad derivándola del reparto hecho por Itzcoatl.

Podría creerse que subsistió el comunismo en las tierras propias de los *calpulli*, pero no era así. Se repartían entre los vecinos del barrio para que labrasen, y cada uno pagaba en frutos una renta por ellas; pero si no tenían la propiedad completa, porque á más de la renta no podían enajenarlas y las perdían si se iban á vivir á otro barrio, gozaban de ellas por su vida y pasaban á sus herederos. Solamente que murieran sin sucesión los dueños, volvían al común del *calpulli*, y entonces se daban, bajo las mismas condiciones, á otro del barrio que las hubiese menester. Como estas tierras estaban destinadas á sostener el culto público, si alguno sin causa justa dejaba de labrarlas por dos años, se le hacía un apercibimiento, y si continuaba en su abandono por otro año se la quitaban.

Vemos, pues, como elementos de organización social que los mexica eran agricultores y que conocían el derecho de propiedad hereditaria, lo que les separaba de manera notable de su estado primitivo de tribu.

Confirma lo mismo su división en clases. Según lo que referido tenemos, no queda duda de que existían la clase sacerdotal y la guerrera: los cronistas llaman á los de ésta principales ó nobles. El pueblo se formaba de los macehuales: Molina, tan exacto siempre en sus explicaciones y definiciones, traduce *macehualli* por vasallo, distinguiendo así claramente esta tercera clase de la sociedad. A su tiempo nos ocuparemos de la de los mercaderes.

Distínguese perfectamente la existencia de las dos primeras clases cuando se trata de la educación de los mancebos que á ellas pertenecían; pues eran llevados al *Calmecac* para instruirse, lo que no se hacía con los hijos de la gente menuda.

Trata Sahagún de cómo los señores y principales y gente de tono ofrecían sus hijos á la casa que llamaban *Calmecac*. En la plática que hacía el padre al sacerdote *tlamacazqui* para entregarle su hijo, hay las siguientes frases notables: «Ofrecémosle al señor *Quetzalcoatl*, por otro nombre *Tilpotonqui*, para entrar en la casa del *Calmecac*, que es la casa de penitencia y lágrimas, donde se crían los señores nobles... Desde ahora, pues, le ofrecemos para que llegando á edad convenible, éntre y viva en casa de nuestro señor, donde se crían y doctrinan los señores nobles...» Era, pues, el *Calmecac* para los mancebos de las clases privilegiadas, lo que prueba la existencia de esas clases. Nota el señor Orozco que en el *Calmecac* había dos géneros de educandos, los que seguían la carrera sacerdotal y los que sólo recibían la enseñanza religiosa y civil y salían después para casarse.

En todo lo que se refiere á las costumbres religiosas de los mexica y á su clase sacerdotal, tenemos que recurrir como origen á la civilización del Sur en donde nació el culto, recordando que de Teotihuacán lo recibieron los tolteca, que los *quetzalcoatl* lo reformaron y que de ahí pasó á los pueblos del Anáhuac. No extrañemos, pues, que *Quetzalcoatl* fuera la deidad del *Calmecac*. Así es que cuando los padres llevaban al mancebo, ofrecían *copalli, maxtli*, sartales de oro y plumas ricas y piedras preciosas ante el ídolo del dios, como gente que era principal y pudiente. Recibían al mancebo con músicas y cantares, y luego le teñían rostro y cuerpo de negro con el *ulli* sagrado. La edad para entrar en el *Calmecac* era generalmente á los quince años, aunque Durán se refiere á los diez y ocho.

Los jeroglíficos del códice Mendocino por una parte y por otra Sahagún, nos dan buena cuenta de la educación del *Calmecac* y del espíritu que en ella dominaba.

En el *Calmecac*, casa ó palacio que en Tenochtitlán estaba en el recinto del gran *Teocalli*, habitaban y dormían los *tlamacazque*. Se levantaban antes de la aurora á barrer y limpiar sus templos y casa, en lo que de preferencia se ocupaban los educandos. Salían des-

pués éstos á traer púas de maguey para los sacrificios personales, y los más grandes leña para las hogueras que hacían en la noche. Si había que levantar ó reparar un edificio ó labrar los campos propios del *Calmecac,* íbanse á la obra todos desde el amanecer y quedaban únicamente algunos para cuidar la casa y llevar á los otros la comida. Concluído el trabajo cuando empezaba á caer la tarde, volvían al *Calmecac* á bañarse, y luego se ocupaban del culto y de ejercicios de penitencia. Recogíanse al principio de la noche, pero ya cerca de su mitad se levantaban sacerdotes y educandos, los primeros á bañarse y hacer oración y los segundos para salir á hacer la ofrenda de las púas de maguey: para esto tomaba cada uno su camino á solas, y tañendo un caracol y llevando un *tlemaitl* ó incensario salían á hacer su ofrenda á los dioses; algunos la iban á hacer hasta los montes. Ponían ante su deidad predilecta las púas de maguey hincadas en pelotas de heno, *pachtli,* y tornaban tocando sus caracoles, y se volvían á acostar hasta la hora en que sale en su época por el oriente la estrella de la mañana.

Si era tiempo de ayuno, ayunaban los educandos con los sacerdotes y sólo comían al medio día; y cuando llegaba el ayuno grande, llamado *atamalcualo,* se alimentaban únicamente de maíz molido y agua, que tomaban ó á medio día ó á media noche. La disciplina del *Calmecac* era muy rigurosa; los jeroglíficos nos muestran á los sacerdotes punzando con púas de maguey al educando, para acostumbrarlo al sacrificio personal; otras veces se lo hacen como castigo por haberse


Presentación del mancebo que va á educarse

quedado fuera del templo; si faltaban á la castidad ó eran negligentes, ya los punzaban con estacas de pino, ya los quemaban con ocotes encendidos ó los apaleaban, y era tal el rigor, que Sahagún refiere que en los casos graves llegaba la pena hasta ahorcar, asaetear ó quemar vivo al delincuente. Así la clase sacerdotal condenaba y castigaba á los que le pertenecían.

Pero no se limitaba á esto la educación del *Calmecac.* Enseñábanles á hablar bien y á los usos de la clase á que pertenecían; les hacían aprender los cantares sagrados y las leyendas en que guardaban los recuerdos de su historia, que era la manera eficaz que tenían para transmitirla de generación en generación; adiestrábanlos en la aritmética, cronología y astrología judiciaria, y como complemento los instruían en el manejo de las armas, y cuando eran de edad iban como aprendizaje á la guerra, llevando en la mano la lanza y á la espalda el escudo, arco, flechas y equipaje de su conductor.

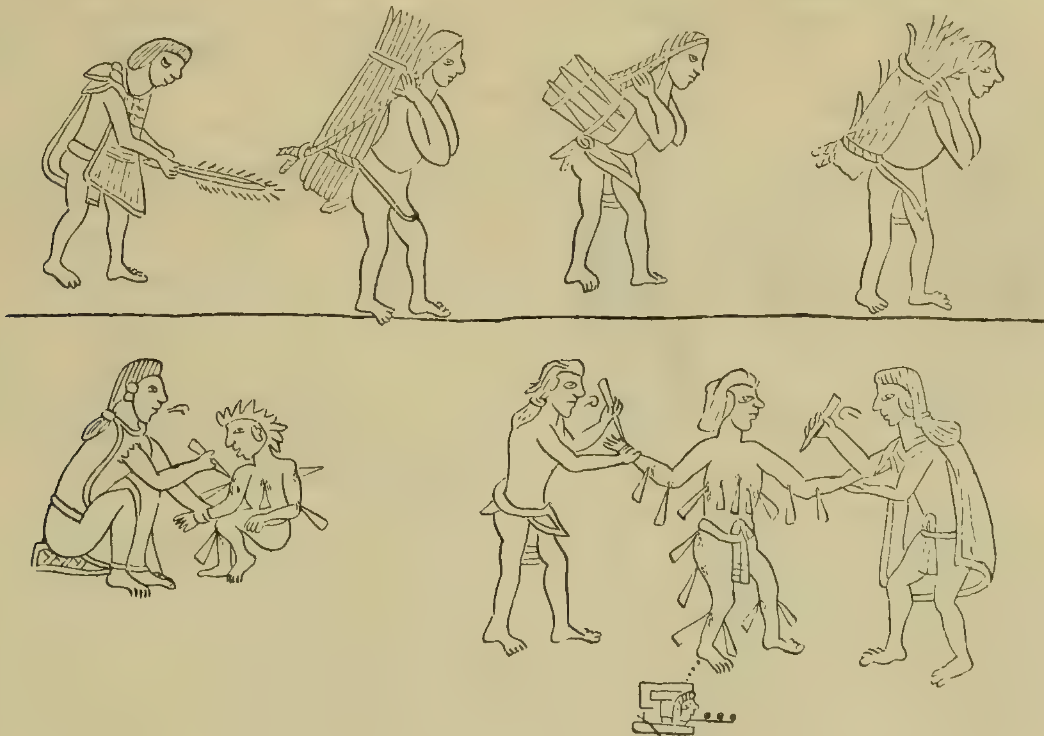
En esta educación se resumía el espíritu del pueblo mexica: *pro aris et focis certare,* pelear por su dios y por su patria.

Esta educación preparaba á la guerra y al sacerdocio: hacer hombres sufridos y acostumbrados á todas las molestias y á todos los dolores; habituarlos á un trabajo rudo y contínuo y á padecer todo sufrimiento y derramar su sangre constantemente por sus dioses; instruirlos en cuanto había alcanzado aquella civilización, y como final destino hacerlos guerreros de la patria.

Esta educación fué parte muy principal de la política del sacerdocio mexica. Vimos como los sucesos

históricos mudaron la teocracia de Tenoch en la monarquía de Acamapichtli: todavía ésta era el sacerdote Cihuacoatl. Pero lo porvenir quedaba incierto, y el sacerdocio comprendió al dejar el poder que para no perderse necesitaba organizarse y que era preciso que aquella sociedad no se le escapara de entre las manos, y así lo hizo.

Lo primero que hubo de establecerse fué la jerarquía sacerdotal. El educando que se dedicaba al sacerdocio iba pasando por los grados de *tlamacazto*, *tlamacazqui* y *tlanamacac*, que era ya sacerdote. Como el *Calmecac* estaba consagrado á *Quetzalcoatl*, vivían los sacerdotes en penitencia y pureza de costumbres, y su jefe tomaba el nombre de aquel dios. También de



Trabajos, penitencias y castigos de los mancebos del Calmecac

este colegio sagrado se nombraban el gran sacerdote *Teotectlamacazqui*, que presidía el culto de *Huitzilopochtli*, y el *Tlaloctlamacazqui*, destinado al de *Tlaloc*. Además, como dice Sahagún, del *Calmecac* salían «los señores, senadores y gente noble, los que poseen los estrados y sillas de la república y los que están en los oficios militares que tienen poder de matar



El mancebo sale al aprendizaje de la guerra

y derramar sangre.» En efecto, los educandos que no quedaban sacerdotes, salían de ahí á los veinte años de edad para casarse, y á ellos les estaban reservados los altos puestos que de esa manera permanecían indirectamente en poder del sacerdocio.

Todo esto revela la existencia de una clase sacerdotal perfectamente organizada y la de una aristocracia civil. Pero la primera, al mismo tiempo que clase ¿era también casta sacerdotal? ¿Podía el sacerdote contraer matrimonio y su cargo era hereditario? Si atendemos á que la organización del sacerdocio se derivó de la civilización del Sur, tendremos que contestar afirmativamente, pues en esa región hemos visto que la suma dignidad del *Ahkin* pasaba á su hijo. Pero no echemos en olvido que esto se modificó en parte entre los tolteca con la reforma del Quetzalcoatl. Los que siguieron el culto del dios-estrella, ni se casaban ni siquiera conocían mujer y vivían en las mayores penalidades y sacrificándose constantemente; pero tenemos datos seguros para decir que en lo general los sacerdotes tenían familia y que por lo mismo se había formado una casta sacerdotal. Así los jeroglíficos nos presentan á la mujer de Tenoch y nos dan su nombre. Conocemos los hijos que tuvieron el sumo sacerdote Moteczuma Xocoyótzin y el gran sacerdote Cihuacoatl Tlacaelel. En cuanto á la sucesión en el cargo, debemos advertir que los mexica combinaron admirablemente las dos ideas de elección y genealogía: por esto si el *tecuhtli* y su consejo elegían para las grandes dignidades sacerdotales, lo hacían en la persona heredera del sacerdote muerto, si era también sacerdote y tenía las calidades indispensables. Tenemos un importante ejemplo de esto: al fallecimiento

de Tlacaelel, gran sacerdote Cihuacoatl, ocupó su lugar su hijo Tlilpotonqui. Esto basta para comprender que había una casta sacerdotal.

De esta manera el poder del sacerdocio era inmenso: ya vimos cómo se había apoderado de la juventud con la educación de los mancebos de la aristocracia en el *Calmecac* y cómo también por este medio era dueño indirectamente de los principales cargos de Tenochtitlán. Mas para hacer más segura su fuerza, necesitaba dominar en la familia: esto lo alcanzaba educando igualmente á las doncellas de las primeras casas.



Los elocuatecomame

Los mancebos del *Calmecac* se llamaban *elocuatecomame*, nombre que significa *caveça lissa como xícara con cerco redondo como maçorca,* porque traían el cabello cortado como corona de fraile hasta media oreja; pero por detrás y como cuatro dedos de ancho lo dejaban crecer y entrenzaban, aunque otros dicen que estaban rapados.



Las doncellas del templo

El recogimiento de las mozas estaba también dentro del patio del gran templo en frente del de los mancebos. Recibían á estas doncellas de edad de doce ó trece años, y allí vivían en castidad y recogimiento destinadas al servicio del dios. Era su ejercicio tener limpio y aderezado el templo y preparar la comida para los sacerdotes. Formaban además, para ofrenda al dios unos panecillos con figura de piés y manos ó retorcidos, y de ellos hacían guisados con chile: los llamaban *macpaltlaxcalli, xopaltlaxcalli* y *cocoltlaxcalli.*

Entraban en el recogimiento rapadas de cabeza; pero ahí se dejaban crecer el cabello. Su traje habitual era blanco y sin labores, y solamente en ciertas festividades se emplumaban las piernas y los brazos y se ponían color en las mejillas. Como los mancebos, se levantaban también á media noche á orar á sus dioses. A más, se ocupaban en el día en labrar y bordar ricas mantas para sus deidades y para los principales sacerdotes. El voto de su dedicación al templo era por un año, y en seguida que salían unas para poder casarse entraban otras, de modo que todas las que llegaban á madres habían ido ahí á recibir la influencia sacerdotal.

Por conservar su hermosura y la belleza de sus formas no se sacrificaban con púas de maguey todo el cuerpo como los mancebos, sino solamente las puntas de las orejas, y la sangre que les salía se la untaban en las mejillas en vez de pintura, y después se bañaban para quitarse esa sangre.

En el templo había una alberca llamada *Ezápan* ó agua del sacrificio. Alguna vez, componiendo el pavimento de la calle del Empedradillo, acercándose al extremo que da á la de Santo Domingo, se descubrió esa alberca.

Según Durán, á semejanza de este cuerpo de doncellas, había también en el templo uno de mancebos, que sólo servían por un año como aquéllas y que igualmente estaban destinados al culto de *Huitzilopochtli.* Unas y otros eran un número fijo, con la particularidad de que no más podían ser de seis de los *calpulli* que no nombra.

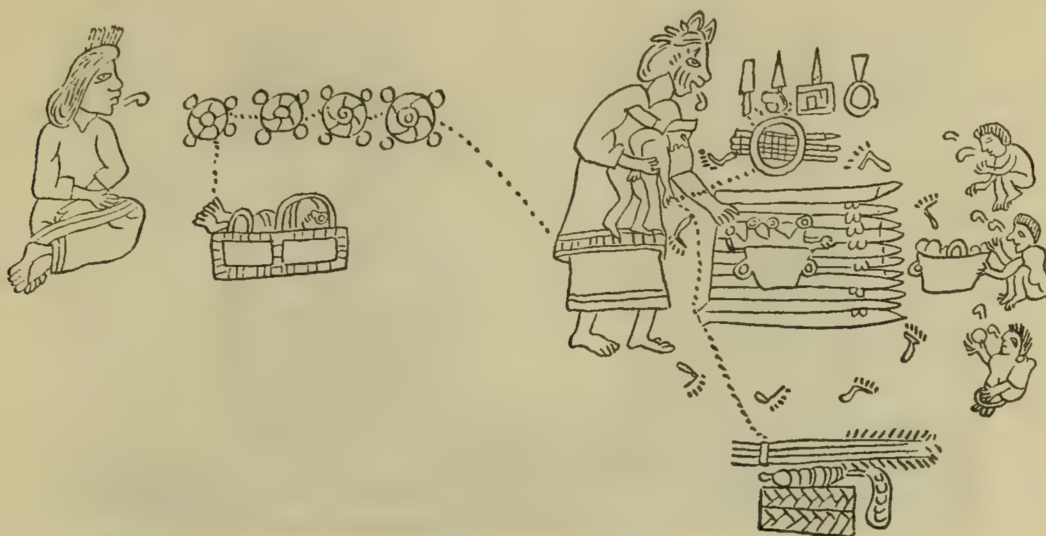
Parece que con éstos había más rigor, pues refiere el mismo cronista que por la menor falta á la honestidad los castigaban con la muerte, y se tenía por grave descuido de unos y otras y por injuria á su dios, la cual llamaban *tetlazolmictiliztli,* el encontrar en el templo un ratón, murciélago ó cualquier sabandija.

Así mancebos y mozas hijos de los señores principales recibían la educación sacerdotal, y éstas adquirían ahí también las galas de su sexo aprendiendo á cantar y á danzar. Aquellos jóvenes, con los cabellos cortados de manera simbólica y aquellas niñas vestidas siempre de blanco, como traje de pureza conque se atavía la hermosura, eran todo el porvenir de la sociedad, y ese porvenir estaba en manos de los sacerdotes. Y eran ellos depositarios de las tradiciones y de los archivos; ellos comprendían los jeroglíficos y explicaban los hechos históricos, y dueños eran de los agüeros que formaban parte muy esencial de las supersticiosas creencias de los mexica. Y no se olvidaron de apoderarse del hombre desde su nacimiento hasta su muerte: toda la vida les pertenecía; solamente el sepulcro podía arrebatarles su presa.

Ya dijimos en su lugar que ni había bautismo ni era el matrimonio institución religiosa, y sin embargo, la influencia del sacerdocio se hizo eficaz en éste y en el nacimiento por medio de la astrología

judiciaria. La pintura cincuenta y ocho del códice Mendocino nos da cuenta de las ceremonias del nacimiento. A ciertos días de nacida la criatura, á los cuatro, según Sahagún y el códice Mendocino, iba la *ticitl* ó partera á lavar al niño. Al efecto se barrían y limpiaban casa y calle y se adornaban las puertas con arcos de tule. En el patio se ponía un *pétlatl* y encima un *apaztli* nuevo con agua. Si se trataba de un varón se colocaban al lado una rodela, un arco y cuatro flechas, todo pequeño, y los instrumentos del oficio del padre, que era el que por regla general seguían los hijos. Así en la pintura del códice Mendocino se ven los símbolos de los cuatro oficios principales, platero, pintor, albañil y maestro de mosaico de pluma. Si se trataba de una niña, se le ponían una escoba, un *malácatl* para tejer y un *pétlatl* para que se sentase á trabajar, como se observa en la misma pintura. Además, al lado de oriente se colocaba una vasija con ciertos panes hechos de frijol cocido y maíz tostado, que se llamaban *ixcue*, y representaban el ombligo del recién nacido. En el centro de estos objetos ardía un brasero, cuyo fuego, formado por leña de *ócotl*, se mantenía desde el nacimiento de la criatura.

La *ticitl* ó partera lavaba varias veces al niño, primero con *octli* ó pulque, y luego con agua, dedicándolo á los dioses, y en particular al sol, si era varón, ó á *Chalchiuhtlicue*, si era hembra. Las armas en el primer caso significaban que el destino del hombre era combatir por su dios y por su patria, y si moría en la guerra ir á la mansión del *Tonatiuh;* en el segundo, los instrumentos de labor expresaban que la vida de la mujer debía ser el trabajo y el recogimiento, y así



Ceremonias del nacimiento

ponían en las manos del recién nacido ó las armas pequeñas ó el *malácatl*.

En seguida la misma *ticitl* ponía nombre á la criatura, tomándolo generalmente del día en que había nacido.

Concluída la ceremonia, los muchachos del *calpulli* entraban á arrebatar los panes *ixcue* y salían comiéndolos y gritando el nombre y el destino de la criatura: también se ven aquéllos en la pintura del códice Mendocino.

Hasta aquí no había intervenido directamente el sacerdocio. Bien es verdad que entre los totonaca presentaban al niño en el templo á los veintiocho días de nacido, para que el sacerdote lo circuncidase sobre una gran piedra lisa. Pero entre los mexica parece que no había más ceremonia que el agujereamiento que se hacía á los niños en las orejas en la fiesta que cada cuatro años se dedicaba á *Xiuhtletl*. Y sin embargo, la intervención sacerdotal indirecta no había faltado desde el principio.

Tan luego como nacía un niño llamaban los padres al sacerdote *tonalpouhqui*, que explicaba los agüeros y el destino futuro del recién nacido. Valíanse por esto del *Tonalámatl*, tomando en cuenta la correspondencia del día del nacimiento con su acompañado y con el signo relativo de una tercera línea de trece figuras, que servían expresamente para la astrología judiciaria, sin olvidar ni la hora del suceso. Como la buena ó mala fortuna del niño tan sólo de los agoreros dependía, pues misterios eran éstos que al pueblo le estaban vedados, temor y espanto infundían en las familias los sacerdotes. Y éstos por cierto que de tal ceremonia, como de todas las del culto, sacaban provecho material; pues al *tonalpouhqui* «le daban á comer y de beber, y algunas mantas y muchas cosas, como gallinas, y una carga de comida.» Además, si el cuarto día después del nacimiento resultaba nefasto, el *tonalpouhqui* señalaba el día en que debía hacerse la ceremonia de la imposición de nombre.

Había igualmente otra ceremonia muy significativa: si el nacido era varón se llevaba á enterrar su ombligo á lugar en que los mexica estuviesen haciendo guerra, y si era hembra el entierro se hacía bajo las piedras

del hogar, expresando así que la mujer estaba destinada á trabajar en la casa y el hombre á pelear en la guerra. También trae el códice Mendocino en sus pinturas otra costumbre: á los veinte días del nacimiento el padre y la madre iban á ofrecer su hijo al *Calmecac* ó al *Telpuchcalli,* para que, según el caso, llegado á la juventud fuese sacerdote ó guerrero; lo que se manifiesta en el jeroglífico poniendo á los dos jefes de esas casas de instrucción. De esta manera tenían ya los sacerdotes en cada nacido un nuevo guerrero de su dios.

Ya hemos dicho cómo después los niños á cierta edad se educaban en el templo y que de ahí salían mancebos y doncellas para casarse: y el códice Mendocino trae en sus jeroglíficos la entrega que hacía de su hijo el padre, ya al *Calmecac,* ya al *Telpuchcalli,* señalando expresamente la edad de quince años. Tampoco en el matrimonio tenían intervención directa los sacerdotes, pero sí indirecta. Las formalidades prévias eran, que el padre del mancebo, pues jamás la doncella ni su familia solicitaban el matrimonio, reunía á los parientes para pedirles consejo; y aceptada la idea del enlace y escogida la joven con quien debía hacerse el casamiento, se llamaba al hijo y se le hacía saber la resolución. Si acaso éste aun estaba en alguna de las casas de educación, se preparaba una comida, y si era en el *Tepuchcalli* se invitaba al *Telpuchtlato,* para lo que se disponían los cañutos con tabaco y una hacha de cobre. Como en todos los actos de la vida eran los



Escultura de una sacerdotisa

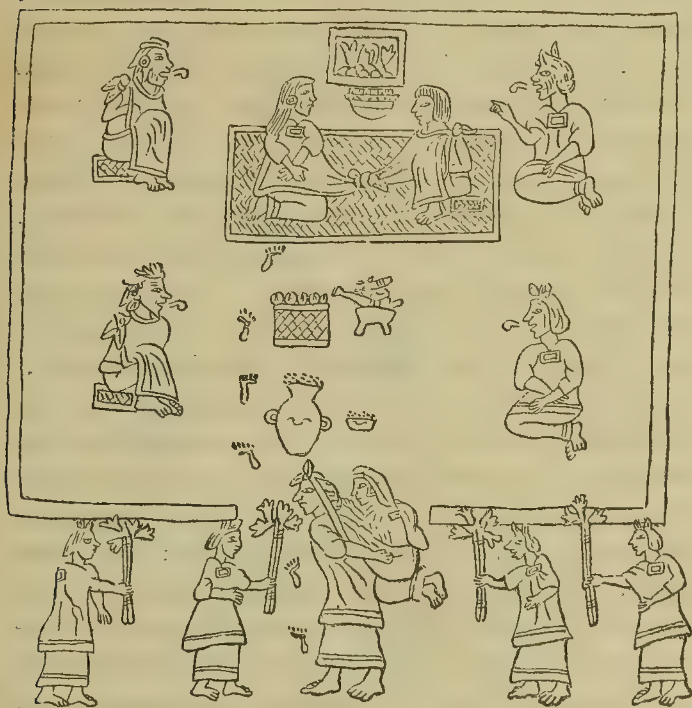
mexica ceremoniosos y dados á discursos, uno de los parientes dirigía la palabra al jefe de los mancebos pidiendo la licencia para el matrimonio. El *Telpuchtlato* tomaba el hacha de cobre y se retiraba, con lo que se entendía su consentimiento y el rescate del joven.

Generalmente la edad para el matrimonio era en la mujer de los quince á los diez y ocho años y en los mancebos de los veinte á los veintidos. Creían tan necesaria los mexica la conservación y aumento de su raza, que si los mancebos á cierta edad no daban paso á casarse, los obligaban; y si aun así se resistían, les quedaba prohibido el tocar á mujer alguna, bajo la pena de infamia. Torquemada refiere que á los mancebos que se negaban á casarse en Tlaxcalla los rapaban por afrenta.

Llamábase en seguida á los *tonalpouhque* para que por los signos del mancebo y de la doncella escogida viesen el agüero del proyectado matrimonio. Si resultaba infausto se abandonaba el proyecto: en el caso contrario, dos parientas ancianas, á las que se daba el nombre de *cihuatlanque*, iban á la casa del padre de la doncella, y con discursos largos y conceptuosos la pedían en matrimonio. Siempre el padre se negaba á consentir en aquella primera entrevista. Volvían á pocos días con su pretensión las *cihuatlanque:* si en esta vez se negaba el padre, no había que pensar más en el enlace; pero si era de su agrado, contestaba que consultaría con la familia. Admitido el proyecto, se comunicaba á las ancianas que á los cuatro días volvían á hacer nueva visita; y el padre de la doncella iba también á comunicarlo al del mancebo. En seguida preparaba una gran comida y se dirigía con la familia al *teocalli* en que estaba su hija: se tendía delante del dios una manta en que se colocaba la comida, y hecha la ofrenda, uno de los parientes pedía el correspondiente permiso para sacar á la doncella. El *Quetzalcoatl* ó *Tecpantcohuátzin,* que era el jefe supremo del *Calmecac,* daba la licencia, y entregaba á la joven la *Tecuacuilti,* que era como sacerdotisa superior. Y era que había sacerdotisas que les servían de maestras, y de las que algunas, no

sólo repetían sus votos por tiempo determinado, sino que los hacían por vida. Las sacerdotisas se llamaban *Cihuacuaquilli* ó *Cihuatlamacazque*, y las superioras *Cuacuacuiltin* por el tocado que usaban. Se decían hermanas, dormían en grandes salas y estaban vigiladas por viejas, mientras que en el exterior del edificio cuidaban ancianos de día y de noche. Como marca del sacerdocio les hacían una incisión en el costado y en el pecho.

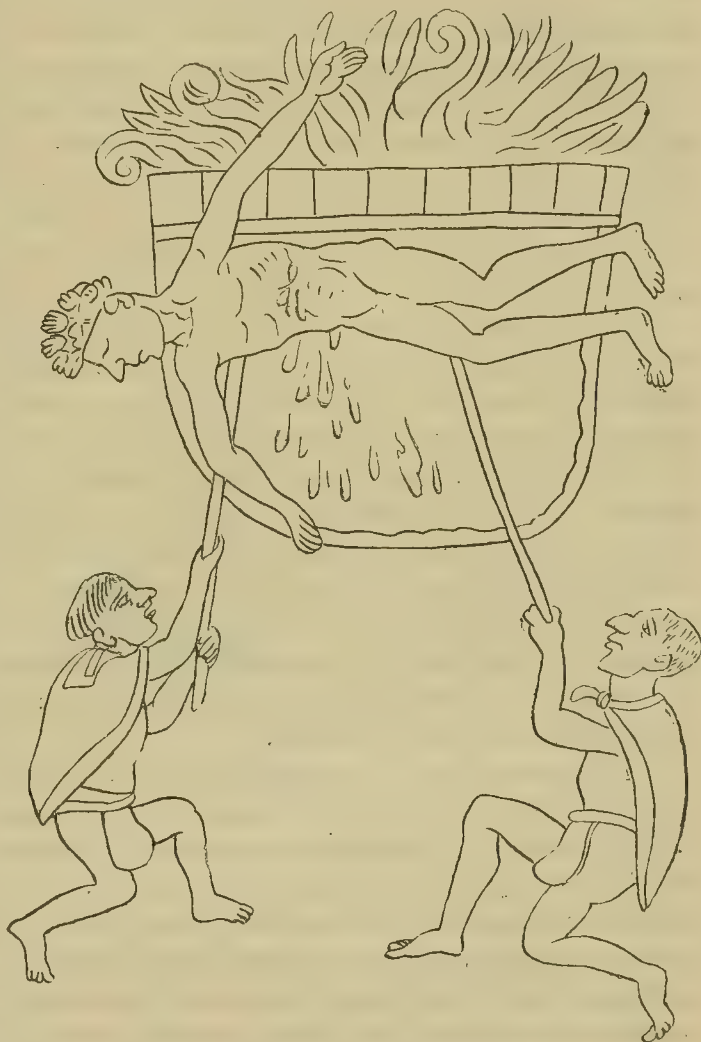
Pues bien, como hemos dicho, concluído el voto de servir al templo podía salir á casarse, y entregaba la *Tecuacuilti* á la prometida. Entonces volvían á intervenir los sacerdotes *tonalpouhque* para señalar por los agüeros día propicio para el matrimonio, escogiéndose



Ceremonias del matrimonio

alguno de los días *ácatl, ozomatli, cipactli, cuauhtli* ó *calli.*

La ceremonia de la boda consistía, según la pintura del códice Mendocino, en que la noche de su celebración una *ticitl* ó médica llevaba á cuestas á la novia á la casa del novio acompañándola cuatro ancianas con teas encendidas. Ya estaba la casa adornada con ramas y flores, y en la pieza principal se colocaba una estera labrada, algunas viandas, y se encendía el hogar, poniendo á su lado un trasto con *copalli.* Salía el novio al encuentro de la novia, y después que mútuamente se sahumaban, sentábanse ambos en la estera, la mujer á la izquierda; y la *ticitl* ataba el *áyatl* del novio con el *huipilli* de la novia, con lo que se significaba que quedaban unidos en el hogar. Seguíase el banquete, en que el marido y mujer se daban en la boca los primeros bocados, y después los parientes y amigos se entregaban á la danza y á la alegría. Se advierte que entre los mexica el matrimonio no era institución del sacerdocio sino de la familia; pero la intervención de aquél se marcaba después de la ceremonia: los recién casados se separaban á hacer oración y penitencia durante cuatro días, y no se unían hasta que los sacerdotes los llevaban al aposento al efecto preparado por ellos, el cual adornaban siguiendo costumbres supersticiosas, como era el poner en la cama, ya una piedra *chalchihuitl* ya un pedazo de piel de tigre. Los desposados, en muestra de agradecimiento, iban al día siguiente al templo á hacer ofrenda de los muebles y mantas de la cámara nupcial.



Códice Vaticano. — Incineración

Ya hemos dado cuenta de las ceremonias fúnebres: en ellas también intervenía el sacerdocio. Cuando los muertos eran personajes importantes, naturalmente las ceremonias eran más complicadas. Cantábanles los sacerdotes oficios funerarios, había banquetes y se daban ropas á todos los que á la ceremonia concurrían; mataban al sacerdote del señor y á sus servidores y enanos para que lo acompañasen y sirviesen en el otro mundo; y porque allá no tuviese pobreza, enterraban con él sus ricas mantas, sus joyas, su oro y su plata. La ceremonia religiosa comenzaba sacando como en procesión al muerto. Acompañábanle sus mujeres, parientes y amigos, todos llorando. Los sacerdotes iban entonando

tristísimos cantares, sin *huéhuetl* ni *teponaxtli*. Recibíalos á la puerta del templo el gran sacerdote; y al pié de las gradas del *teocalli* quemaban el cadáver, aromatizando las llamas con *copalli*. Mientras ardía el fuego se sacrificaba á los que en el otro mundo debían acompañar á su señor. Hacíanse ceremonias dentro de los ochenta días siguientes, y después de año en año hasta el cuarto.

Así el sacerdocio estaba apoderado de la vida toda de los mexica. ¿Qué mucho que éstos, educados en groseras preocupaciones y en absurdo fanatismo, ya ni comprendiesen el sentido de la religión nahoa? Convertida la religión en un cúmulo de preocupaciones, el culto en una serie de ceremonias absurdas y subyugada la conciencia á horóscopos y agüeros que no entendían, en vano miraban los mexica en todos los dioses, en todos los símbolos y aun en los signos de los días, el carácter figurativo de la estrella que recordaba los astros y constelaciones del cielo cuando el firmamento era el gran templo de la raza del Norte.

La perfección religiosa consiste en la unidad del dios: mientras más degenera la religión más se multiplican los dioses. En la creencia primitiva el número era muy limitado, y el dios creador, el *Ometecuhtli*, sobresalía de todos. Los mexica tenían ya innumerables deidades; la sal se convertía en diosa para los mercaderes; los vicios tenían sus ídolos, y había dios de la embriaguez y diosa de la prostitución: una piedra, un reptil, por divinidades se tomaban; y de aquí ese sinnúmero de amuletos, de idolillos y de talismanes. La divinidad se había subdividido hasta lo infinito: el sacerdocio sustituyó á la divinidad.

Fué natural que los templos aumentaran. Llenáronse de ellos las ciudades, los caminos, los montes. Lógico era que el sacerdocio aumentase en proporción de los dioses y de los templos; y así sucedió. Cada dios tenía sus sacerdotes especiales; cada templo su colegio sacerdotal. Y fueron tantos, que Torquemada cuenta que en el templo mayor de México, entre sacerdotes y sirvientes de los dioses, no había menos de cinco mil. Entonces debió llegar á su apogèo la organización del sacerdocio.

Había un sumo sacerdote con poder superior sobre todo el sacerdocio, y tenía por nombre de su dignidad *Teotecuhtli*. El título de *tecuhtli* lo usaban los reyes: hemos visto que cuando la famosa alianza de los tres reinos de Tlacópan, México y Texcoco tomó el señor del primero el título de *Tepanecatecuhtli*, señor de los tepaneca; el de Texcoco tomó el nombre de *Acolhuatecuhtli*, señor de los acolhua chichimeca; y el de México el de *Colhuatecuhtli*, por descender los mexica de los colhua tolteca. Eran los reyes, según sus títulos, los señores de sus súbditos. El gran sacerdote tomó por título *Teotecuhtli*, el señor del dios. No solamente tomó para sí el mismo dictado de los reyes sino que se llamó el señor del dios, publicando así su supremacía; pues los reyes no eran más que señores de hombres sujetos como siervos á la divinidad.

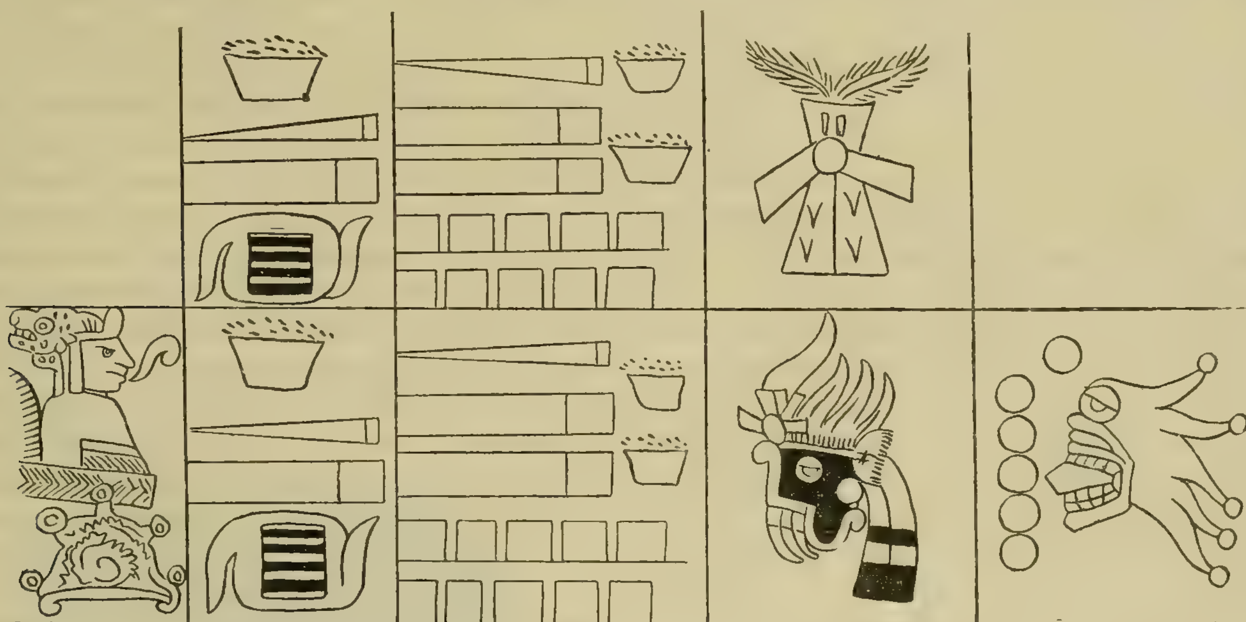
Los sacerdotes se llamaban *teopixque* ó guardas de dios: untábanse en el rostro y en todo el cuerpo un betún de *ulli*, negro y reluciente; usaban túnicas de algodón de rayas blancas y negras, y se dejaban crecer el cabello que más abajo de la cintura les llegaba. El sumo sacerdote distinguíase por una borla que sobre el pecho le colgaba. Tenían los *teopixque* por jefe al *hueiteopixque*, que era como el segundo de *Teotecuhtli*. Recibían los sacerdotes sus dignidades por elección; pero los grandes cargos recaían en los de familias nobles, y para sumo sacerdote se buscaba un miembro de la familia real. Así fué *Teotecuhtli* Motecuhzoma II. En los varios grados de la jerarquía había innumerables títulos. El *tlaquimiloltecuhtli* estaba encargado de la hacienda del templo; el *tlillancálcatl* custodiaba sus riquezas y ornamentos, y mandaba á los *teotlamacazque* ó mozos del templo; el *tlapixcátzin* dirigía los cantos sagrados, y tenía por segundo al *tzapotlateohuátzin*. El *tlamacazcateotl* era el depositario de los archivos jeroglíficos, explicaba su significado, dirigía los colegios del templo y estaba sujeto, así como los colegios y monasterios, á la gran dignidad del *Mexicateohuátzin*.

Este nombre y las atribuciones del sacerdote que lo llevaba, merecen que en ello pongamos alguna atención. La terminación *tzin* era reverencial y se daba á los nobles y señores; pero nunca significaba tanto como la voz *tecuhtli*, rey ó señor: era mucho menos. Estaba, pues, este sacerdote distante de la altura del *Teotecuhtli;* pero su dignidad debía ser de grande importancia, pues su título sacerdotal es el único que encontramos con la terminación reverencial *tzin*. Siguiendo en la interpretación etimológica de su nombre, vemos que se compone de *mexicatl*, que quiere decir mexicano; de *teotl*, que significa dios, y de la partícula *hua* que se usa para expresar propiedad ó posesión: así es que el nombre compuesto, conforme á las reglas gramaticales, se traduce: el señor dueño de los dioses de los mexica. Se ve, pues, que era altísimo en la jerarquía; pero aun bajo el aspecto en que lo hemos examinado, se comprende que era inferior al sumo sacerdote *Teotecuhtli:* éste era el señor del dios, y era señor como rey, y así superior á los reyes mismos: aquel no era señor como rey sino como noble, y depositario tan sólo de los dioses de México. Pero sus funciones eran de altísima importancia para la supremacía del sacerdocio. Si el *tlamacazcateotl* tenía en sus manos la historia y los agüeros de los mexica y de él dependía toda la juventud de aquel pueblo, él á su vez estaba bajo la dependencia del *Mexicateohuátzin*, quien además tenía el poder inmenso de designar, precisamente de entre los que bajo su vigilancia se educaron en el *Calmecac*, á los que debían ocupar las dignidades

del sacerdocio y del imperio. ¿Qué era el poder del rey ante ese sacerdote que le imponía á su antojo á todos los magistrados y funcionarios? Puede decirse, pues, que la dignidad del *Mexicateohuátzin* era la segunda en el sacerdocio, y sólo inferior en jerarquía al *Teotecuhtli:* puede decirse más; que éste era el corazón del sacerdocio, pero aquél el cerebro.

Dignidades de otra jerarquía había también en el sacerdocio: tales eran, el *ometochtli,* gran sacerdote de *Tezcatzóncatl,* dios de la bebida, que presidía á otros cuatrocientos sacerdotes llamados *centzontotóchin;* los sacerdotes de *Centeolt,* la diosa del maíz, que vivían en ayunos y penitencias, vestidos de pieles de fieras, y tenían por misión escribir en jeroglíficos las historias; los *monauhxiuhcauhque,* que pasaban austerísima vida; y había aún, el *meloncoteohua,* los *chiconnahuácatl,* el *atempanteohuátzin,* el *tecanmanteohua,* el *tezcatzoncatlometochtli,* el *ometochtliyauhqueme,* y otros muchos que sería largo enumerar. Si se agregan los servidores de los templos, desde los mozuelos empleados en la limpieza, las vírgenes que en ellos habitaban, guardadas, según la expresión del cronista, no por puertas, sino por severas ancianas por dentro y por viejos cuidadores por fuera, y los innumerables educandos que del sacerdocio dependían, tendremos á éste abarcando bajo su dominio una gran parte de la población.

Pues todavía otra gran parte venía á depender del sacerdocio: los que se dedicaban á su mantenimiento. Ya hemos visto que en toda ceremonia se les hacían ofrendas; pero éstas no bastaban. Los mancebos llevábanles madera y leña de los montes, les construían sus edificios, salían á pedir limosna de comestibles, y aun hay cronista que afirma que cuando nada les daban, tenían derecho de arrancar de los campos las mazorcas de maíz para el sustento de los sacerdotes del templo en que servían. Según Torquemada, los templos tenían gran cantidad de rentas, comenzando por las primicias de los frutos del campo, y teniendo además en propiedad campos y heredades para el sustento y para la fábrica y reparación de los templos. Cuenta que en dichas tierras había gran número de vasallos de dichos templos que las cultivaban; mientras que otros contribuían con vestidos y mantenimientos. Pueblos había dedicados á esto; y le llama la atención al cronista la cantidad de leña que entregaban, según él vió en una pintura, y que era necesaria para tanto brasero y hoguera que perpétuamente ardía á los dioses. Fuera de los templos se construían grandes trojes para guardar las semillas. Los reyes cuidaban de aumentar estas rentas, y en esto se distinguió mucho Motecuhzoma. Creemos que de los pueblos conquistados, una parte quedaba tributaria del templo, como otra parte lo quedaba del rey; y de esto hay indicio en las crónicas. Y para nosotros hay evidencia, pues en la colección de lord Kingsborough existe un códice jeroglífico, del cual ya hemos hablado, y que no es más que el libro de los tributos que se daban al templo. Así como había un libro de los tributos que se pagaban al rey, y en él se detallan los objetos y los pueblos contribuyentes, de la misma manera en el del templo especifícanse, ya el número de vigas ó de puas de maguey para el sacrificio, ya el *copalli* ó las mantas que se daban.



Fragmento del códice de la nómina de tributos que se daban al templo de México

De rentas tan grandes nacía el poder sustentar tantos templos y el hacer en ellos tan suntuosas solemnidades. Y no puede caber duda de que semejante pompa fué parte para cautivar la imaginación del pueblo y subyugarlo más. Las inmensas y vistosas procesiones, los cánticos sagrados, el lóbrego son del *huéhuetl* y del *teponaxtli* en la mitad de la noche; las dila-

tadas y lujosas danzas sagradas; los coros de las vírgenes que como blancas visiones atravesaban los patios á la luz de la luna, menos pura que ellas, y hasta la vida misteriosa y de penitencia de los *teopixque,* que cuidaban, según el códice Ramírez, de clavar sobre las almenas las puas conque se sacrificaban para que el pueblo las viese; y sus abluciones en el *ezápan;* y sus trajes severos; y sus rostros negros y relucientes como la obsidiana; todo debía contribuir á afirmar más y más la supremacía del sacerdocio.

Pero no olvidaron los sacerdotes que el pueblo se les podía escapar de las manos, si no sabían aprovechar su valor indomable: raza esencialmente guerrera, temida por donde quiera y de todos huída con espanto, no podía ser dominada, sino por quien de ese mismo valor hiciera un poderoso instrumento. Es de suponerse que en su estancia en Tóllan, organizaron los azteca de un modo definitivo su gobierno sacerdotal, pues vemos en su peregrinación, ya en el jeroglífico del Museo, ya más claramente en el de M. Aubin, que inmediatamente después de la destrucción de la ciudad tolteca, y en la primera fiesta del fuego nuevo hicieron la guerra para tener víctimas que sacrificar á su dios. Los sacerdotes inventaron esa teofanía que convertía la guerra y explotaba el valor azteca en provecho tan sólo del dios. Por eso era que al nacer el niño le ponían en una mano un pequeño *chimalli,* y en la otra las cuatro flechas del dios *Huitzilopochtli;* por eso era que al llevarlo ya mancebo al *Calmecac,* le deseaban como supremo bien, que saliese de allí ya adiestrado en el manejo de las armas para que fuese á morir en la guerra por su dios, y por eso era, en fin, que á los muertos en la guerra les daban por mansión eterna, no el tenebroso *Mictlán,* sino el espléndido sol, el mismo *Tonatiuh.*

Y para afirmar este dominio, aprovechando grandes calamidades y fingiendo enojos de sus dioses, hicieron celebrar el famoso pacto de la guerra sagrada entre México, Tlaxcalla y Huexotzinco, por el cual periódicamente salían esos pueblos á combate, no para adquirir glorias ni conquistar tierras, sino únicamente para hacer prisioneros que ofrecer á sus dioses y así aplacar sus divinos enojos. De ahí vino, según nos cuentan las crónicas, que se empeñasen los guerreros en las batallas, no en herir y matar á sus contrarios, sino en hacer el mayor número de prisioneros para ofrecerlos á las aras del dios. En el jeroglífico del Museo vemos la sorpresa del rey colhua cuando los azteca le presentaron en *tenates* las orejas que habían cortado á los xochimilca prisioneros. Y era el hacer prisioneros para el dios el modo de ascender en el ejército tenochca y de usar de mayores distintivos. Así, tan sólo el servicio del dios era camino para llegar á los altos puestos de la milicia, como la guerra no tenía otro objeto que la honra y la gloria de la divinidad.

Entonces fué cuando los sacrificios, que eran la ofrenda más propicia, se extendieron en proporción que espanta. Nacía el niño y se le clavaban puas de maguey; los esposos se sacrificaban cuatro días antes de consumar el matrimonio, como el rey antes de subir al trono; en los funerales se mataban enanos y servidores; sacrificábanse en el templo mancebos y vírgenes, ancianos y sacerdotes; y día á día la guerra vomitaba centenares de cautivos sobre los *teocalli,* para que allí se les arrancase el corazón palpitante, dejando rodar su cuerpo ensangrentado por las gradas del *tzacualli.* Y eran tantos los sacrificados, que los sacerdotes ya bañados en sangre, se cansaban, y otros llegaban á ocupar su lugar, y otros y otros hasta que el sol se escondía entre sangrientos vapores.

El señor Ramírez hacía notar un hecho para él extraordinario: que los mexica en sus dos siglos de existencia jamás se rebelaron contra sus señores. ¿Y cómo, si la rebelión es la aspiración de un pueblo á la libertad, al progreso, á la conquista de las ideas, y los sacerdotes se habían apoderado de todo lo que el pueblo tenía, no dejándole más ambición que derramar la sangre ajena y su sangre propia por el dios y para el sacerdocio?

México era una laguna de sangre, en donde se ahogaban la familia, la sociedad, las magistraturas y los reyes, y en la cual solamente sobrenadaba lúgubre y espantosa la figura negra del *Teotecuhtli,* del señor del dios!

CAPÍTULO VIII

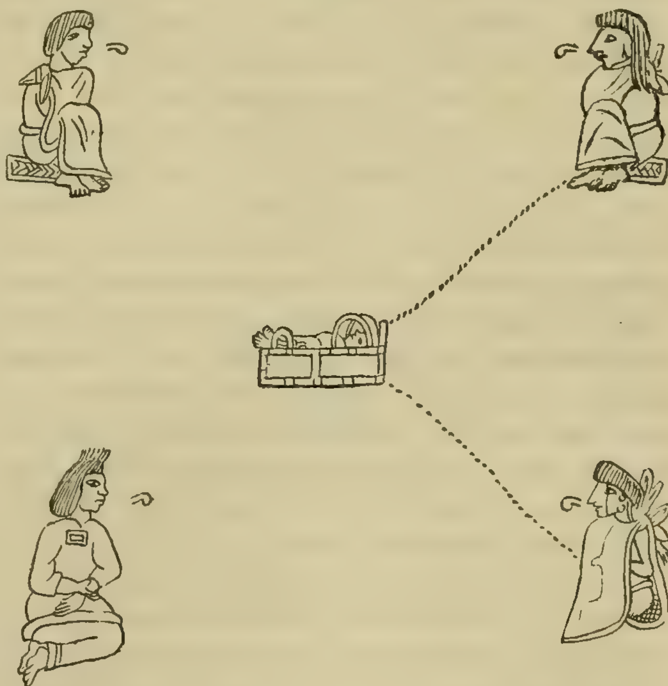
Clase guerrera. — Los yaoquizque. — Pinturas relativas del códice Mendocino. — El Telpuchcalli. — Diferencias con el Calmecac. — Objeto del Telpuchcalli. — Su número. — Educación que en ellos se daba — Castigos. — Emancipación. — Instrucción militar. — Honores que alcanzaban en la guerra. — Ejercicios guerreros. — Ascenso de los mancebos del Telpuchcalli. — Cargos á que podían llegar — Honores y grados á que llegaban los mancebos del Calmecac. — Los tecuhtli. — Ceremonias para hacerse tecuhtli. — Su simbolismo. — Clase guerrera de los cuauhtli y los océlotl. — Era esencialmente aristocrática. — Diferencia jerárquica de las habitaciones de los señores y principales. — Despotismo que en esto se revela — El Cuauhtli-Océlotl. — Su teponaxtli — Dedicación de esta clase guerrera al sol. — Fiestas del Nahui-Ollin. — Su templo. — Sacrificio del mensajero del sol. — El cuauhxicalli. — El huéhuetl de Malinalco. — Fiestas después del sacrificio. — El banquete antropófago. — El areyto de los señores. — Confusión en esta festividad de las ideas é intereses guerreros y teocráticos. — Deidades tigres. — Vasos cinerarios destinados á los océlotl. — Los tequihua. — Los quachic. — Los yaoyizque pardos. — Los calpixque.

Pasemos ahora de la clase sacerdotal á la guerrera. Dos razones se han dado para negar que los guerreros formasen una clase: la primera que todos los tenochca tenían por precisión que ser guerreros y vivir de la guerra, pues ésta constituía su ocupación habitual y contínua; la segunda, que todo niño, al nacer, era ofrecido al dios *Huitzilopochtli*, y por eso se colocaban en su mano el pequeño arco y la pequeña rodela.



Huitzilopochtli

Eran los mexica, en efecto, pueblo esencialmente guerrero. Comencemos porque su deidad principal era *Huitzilopochtli*, dios de la guerra: así es que lo representaban cubierto con el *ichcahuipilli*, y empuñando una poderosa lanza que tiene por regatón una cabeza de víbora. Para ellos era la guerra tan necesaria, que refiere Tezozomoc, que habiendo pasado algunos años en paz, le dijo Motecuhzoma á Tlacaelel:—Paréceme que há muchos días que estamos muy ociosos.—Para ellos no batallar era la ociosidad, era no cumplir con su destino. Pero no es cierto que sólo viviesen de los despojos del enemigo y de los tributos, pues ya hemos visto cómo los tenochca eran también un pueblo agricultor. Si vivían en contínuas guerras y procuraban aumentar su riqueza pública con los tributos, buscaban



Ofrecimiento del recién nacido

principalmente el aumento de su poder y conseguir prisioneros que sacrificar á sus dioses. Todos los actos de la vida pública y privada de los mexica estaban íntimamente ligados con su fanatismo religioso: por eso hemos visto que Motecuhzoma Ilhuicamina antes de coronarse hizo la guerra á los chalca para tomar víctimas que sacrificar en esa solemnidad, y por eso igualmente se estableció la guerra sagrada con Tlaxcalla y Huexotzinco. Los tenochca eran un pueblo guerrero, pero no guerrero solamente, sino que eran además agricultores, y como á su tiempo veremos, dados á la industria y al comercio, y muy adelantados en ciertas artes. La circunstancia de que se pusieran un arco y una flecha pequeños á todo niño al nacer, era muestra de que todo tenochca tenía la obligación de morir por su dios; pero esto no excluía la existencia de la clase guerrera. El pacto que los macehuales hicieron con ella cuando la campaña de Atzcaputzalco es buena prueba de ello.

Recordemos una vez más que por ese pacto se obligaron los macehuales á llevar á la guerra las cargas de los *yaoquizque;* y en efecto, como veremos adelante, se necesitaba una gran cantidad de gente para ese objeto. De tal manera la misma organización de los ejércitos tenochca exigía que los *macehualle* ó vasallos no fuesen *yaoquizque* ó guerreros. Si á esto añadimos las tradiciones recibidas de las dos civilizaciones del Norte y del Sur, nos daremos cuenta de por qué dice Clavigero que el hijo del guerrero era guerrero. Según vayamos ocupándonos en esta materia iremos viendo que existía una clase de *yaoquizque,* y dentro de ella una casta; sin que obste el que solamente se atendiese al mérito para dar los altos puestos del ejército, porque ni esto excluye la existencia de la clase, ni debemos echar en olvido que precisamente de los mancebos educados en el *Calmecac*, es decir, de los hijos de las personas principales de las de determinada clase, salían, según las palabras de Sahagún, «los que están en los oficios militares que tienen poder de matar y derramar sangre;» y agreguemos que el *Mexicateohuátzin* era quien para los altos puestos les designaba. Todo esto acusa la clase y aún la casta, y está muy lejos de ideas democráticas incompatibles con la época y con el medio social en que los tenochca vivían.

Por fortuna de todo lo relativo á la guerra, desde la educación de los mancebos á ella destinados hasta la designación ascendente de la jerarquía *yaoquizque,* tenemos un extenso y precioso tratado jeroglífico en el códice Mendocino: valiéndonos de él y ayudados de noticias muy claras y muy precisas que nos conservaron los antiguos cronistas, vamos á tratar la materia. Debemos repetir como homenaje á nuestro amigo el señor Bandelier, que su estudio sobre el arte de la guerra de los antiguos mexicanos, es de grandísimo interés y revela laboriosidad y conocimientos poco comunes, si bien en varios puntos seguimos nosotros diverso camino.

Empecemos por la dedicación que del niño hacían sus padres para que abrazase la carrera de las armas. En la pintura del códice están á un lado el padre y la madre, en el centro el niño en su *cazolli* ó cuna, y en frente el sacerdote del *Calmecac* y el *Telpuchtlato* ó jefe del *Telpuchcalli.* Las cuatro figuras grandes llevan el signo de la palabra, significando el ofrecimiento y la aceptación.

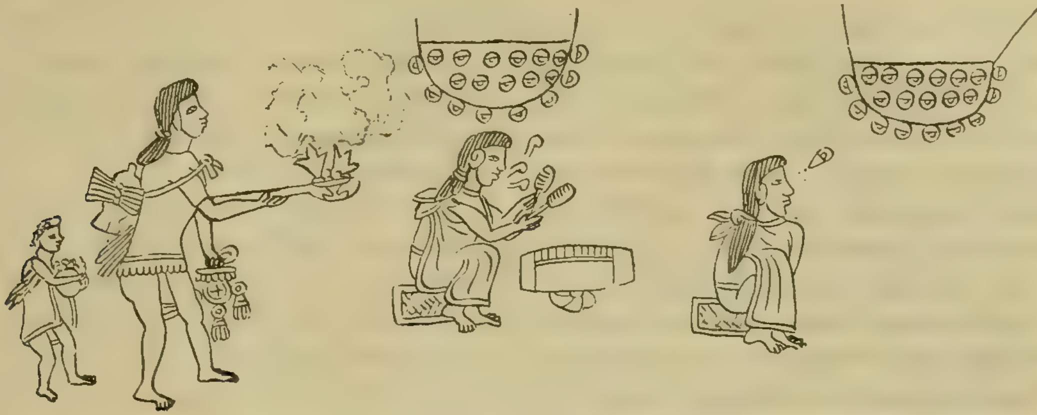
No se han deslindado bien las diferencias del *Calmecac* y del *Telpuchcalli,* y para nosotros es esencial aclarar este punto. El *Calmecac* era uno solo y estaba en el templo mayor: los sacerdotes daban en él la educación, y sus mancebos se sujetaban á la jurisdicción del sacerdocio que podía condenarlos aún á muerte. Enseñábanse ahí las ciencias, que eran patrimonio exclusivo del templo; su objeto principal era formar ministros de sus dioses; pero tanto por la conexión íntima que había entre el sacerdocio y el poder guerrero, cuanto porque los *teopixque* eran por su naturaleza *yaoyizque* é iban á la guerra en las grandes ocasiones, se daba como accesoria la instrucción militar. Pero á más de los mancebos al sacerdocio destinados, educaban ahí los hijos de los *yaoyizque* que ocupaban los primeros puestos en el ejército, para que éstos quedaran en ellos, supuesto que para obtenerlos necesitaban haber sido mancebos del *Calmecac:* y por eso hacían todavía como educandos sus primeras pruebas en la guerra. Durán da cuenta de que tanto los mancebos como las doncellas del *Calmecac* eran un número determinado é igual; lo que, combinado con la obligación de designar precisamente á aquellos mancebos para los grandes cargos, producía en definitiva la existencia de una casta dentro de la clase guerrera.

El *Telpuchcalli,* por el contrario, estaba abierto á todos los hijos de los *yaoyizque* y tenía por objeto principal la instrucción en las cosas de guerra, aunque por la conexión referida se hacían también ejercicios religiosos. Esta diferencia se manifiesta en las pinturas poniendo negros el cuerpo y el rostro de los mancebos del *Calmecac,* y únicamente el cuerpo de los del *Telpuchcalli.*

El mayor número necesario de mancebos hizo que fuese mayor también el de los *Telpuchcalli* mandados cada uno por un jefe *yaoyizque*, que se llamaba *Telpuchtlato. Telpuchcalli* significa casa de los mancebos, y *Telpuchtlato* instructor de los mancebos. En cada uno de los cuatro *calpulli* mayores había un *Telpuchcalli,* según el señor Bandelier; pero siguiendo las indicaciones de Sahagún y otras noticias, juzgamos que cada *calpulli* menor tenía uno y que por lo tanto eran veinte.

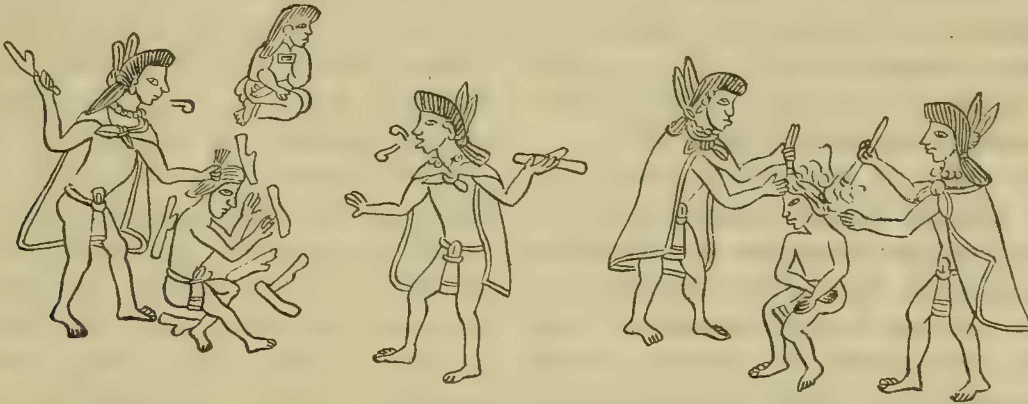
La edad para entrar en el *Telpuchcalli* era la de quince años. Tan luego como entraba un mancebo, dábanle cargo de barrer, limpiar la casa, poner lumbre y hacer los servicios de penitencia á que se obligaba.

Iba además al monte por leña. Llevaban una vida áspera; dormían poco y separados; iban juntos á trabajar en obras del *Telpuchcalli* y creemos que en públicas; y una vez concluída la labor del día, antes de que el sol se pusiese, se bañaban y se untaban de negro el cuerpo, pero no la cara. Se iban después á un lugar llamado *Cuicacalco* ó casa de la danza, en donde bailaban y cantaban todas las noches: y en seguida se recogían al



Ceremonias religiosas del Telpuchcalli

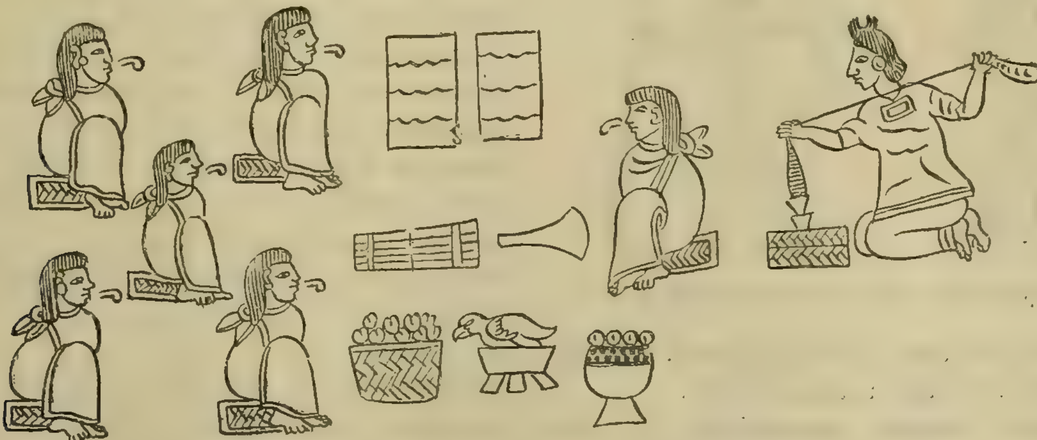
Telpuchcalli. Según el códice Mendocino cumplían también á la media noche esos mancebos con algunas ceremonias religiosas. Se ve á uno, de cuyo ojo parte una línea de puntos, observando al cielo para saber la hora que es: otro toca el *teponaxtli* y entona cantares á los dioses debajo del mismo símbolo de la media



Castigos del Telpuchcalli

noche, y un tercero sigue al *Telpuchtlato* que va á hacer su ofrenda de ramas y *copalli.*

De la severidad de aquella educación nos dan cuenta las mismas pinturas. Nadie tomaba *octli* ó pulque, y si alguno se embriagaba le mataban á palos, si era macehual, y si era de familia *yaoyizque* le ahor-



Banquete y regalos que da el mancebo que se casa, para separarse del Telpuchcalli

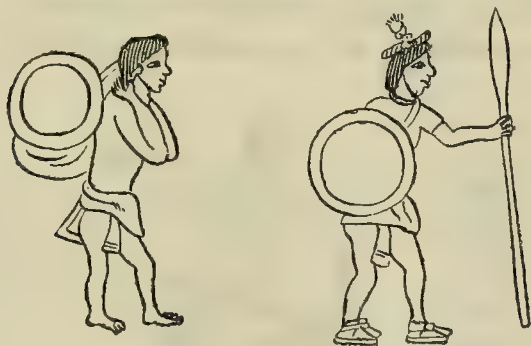
caban en secreto. También lo castigaban dándole palos, cuando lo encontraban con alguna mujer. La simple negligencia en el trabajo era origen de un duro castigo, pues el *Telpuchtlato* y el *Tiachcauh* le quemaban el cabello con ocotes ardiendo.

Mas si el mancebo llegaba á lo que podemos decir

mayor de edad, esto es, á los veinte ó veintidos años, podía emanciparse de esa servidumbre y contraer matrimonio ó tener mancebas; para lo cual hacía á sus maestros un regalo de mantas grandes que llamaban *quachtli.*

La educación militar consistía primero en enseñar á los mancebos el uso de las armas; les daba esta instrucción su *Telpuchtlato,* el cual se distingue en los jeroglíficos porque en vez de cubrirse con manta lo hace con una red á manera de pescador. Para esta enseñanza esgrimían sus armas contra un poste que figuraban ser el enemigo; y para el ejercicio del arco y la flecha salían á cazar, ya á los montes, ya en canoas por el lago. A cierta edad, además, acompañaban á la guerra á los *yaoyizque* para irse adiestrando en los peligros y los combates. Para esto, cuando el mancebo llegaba á los veinte años, sus padres daban un convite á los *yaoyizque* viejos, le regalaban mantas y *maxtli* labrados, y les rogaban que tuviesen cuidado de su hijo en la guerra enseñándole á pelear y amparándole de los enemigos. Tenían los *yaoyizque* mucho cuidado de él, instruyéndolo en todo lo necesario para su defensa y para el ataque del enemigo: en trabándose la batalla no le perdían de vista y atendían á mostrarle los grandes hechos de los guerreros para que los imitase, y especialmente la manera conque hacían prisioneros.

El mancebo valiente al volver de la guerra podía usar sartas de caracoles marinos llamados *chipolli* y gargantilla de oro; en lugar de peinarse se escarrapazaba los cabellos hacia arriba para parecer espantable, se pintaba el rostro con rayas de tinta y margagita, en las orejas se ponía *xiuhnacochtli* de turquesas, plumas blancas como penachos en la cabeza y mantas á manera de red hechas de hilo de maguey que llamaban *chalca áyatl.* A éstos les permitían llevar á sus mancebas al



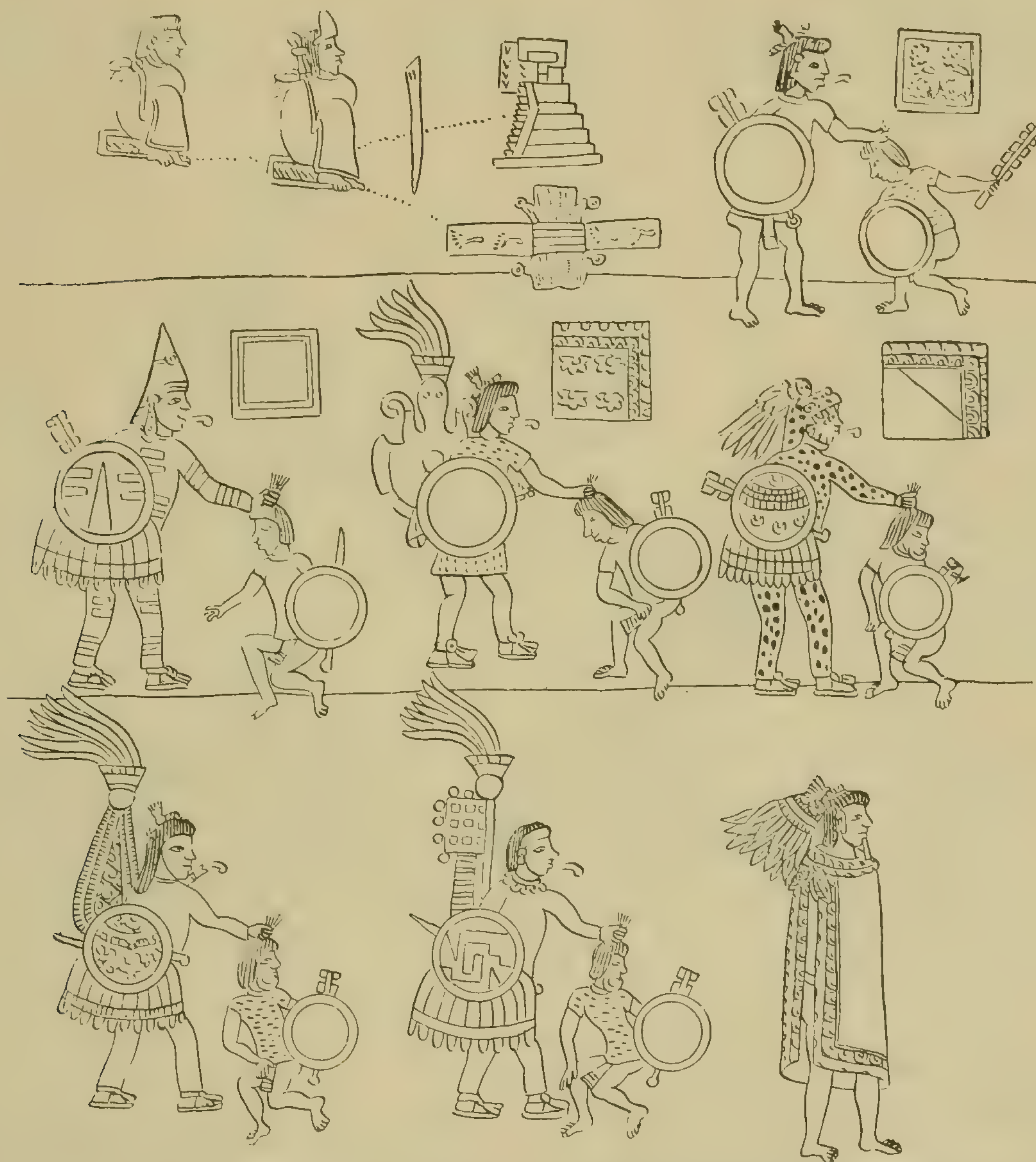
Va el telpuchtli á la guerra con el Telpuchtlato

Cuicacalco é irse con ellas después del baile. Como ya no eran mancebos, les decían *tlapaliuhcati.*

Los mancebos seguían perteneciendo al cuerpo guerrero de su *Telpuchcalli:* eran los soldados de él. Estos cuerpos, al mando de su *Telpuchtlato,* hacían ejercicios militares y alardes en ciertas festividades religiosas: Torquemada, al hablar de la fiesta *Toxcatl,* refiere que en ella se hacían esos alardes y escaramuzas por todos los hombres de guerra, procurando cada cual aventajarse á los otros y mostrarse muy valiente y esforzado, de donde nacía señalarse muchos y aventurarse á casos muy peligrosos. Agreguemos que los tenochca habían recibido de los nahoas el ejercitarse y adiestrarse en las cacerías. El estudio, pues, del *Telpuchcalli* y estos ejercicios formaban la instrucción guerrera. Veamos ahora cómo los mancebos iban ascendiendo en su carrera, para que estudiemos la jerarquía y organización del ejército.

Debemos de paso advertir que estos mancebos jamás podían llegar á las altas dignidades, como expresamente lo afirma Sahagún, pues estaban reservadas á los del *Calmecac;* lo que sería bastante para acreditar la diferencia de clases y cuán ilusorio es considerar como una democracia la organización mexica. La manera de alcanzar los honores y distinguirse en la guerra, era según el número de prisioneros que hacía el *yaoyizque.* Conforme á las pinturas del códice Mendocino, el que hacía un prisionero podía usar manta con la divisa cuadrada y flores en señal de valentía. Desde entonces se cortaba la *mocuexpaltia* ó guedeja que desde los diez años le habían dejado crecer. Le llamaban *Telpuchtlitaquitlamani,* que quiere decir mancebo guerrero y cautivador, y se podía teñir el cuerpo de color amarillo así como las sienes y el rostro de rojo, y el *tecuhtli* le regalaba mantas y *maxtli* labrados. El valiente que había cautivado á dos enemigos, usaba el *ichcahuipilli* rayado, su *macuáhuitl,* su *chimalli* rayado, á semejanza del traje, un gorro terminado en punta sin plumas y una manta con cenefa sencilla de rayas. El que había cautivado á tres enemigos usaba el peinado rojo y con plumas, y su manta era bordada. El que cautivaba á cuatro enemigos se ponía manta listada de negro y rojo con cenefa, y se cubría con un *ichcahuipilli* rojo y casco de tigre, por lo que se llamaba *ocelotecuhtli* ó caballero tigre, que era ya *yaoquizque* muy distinguido. Había también caballeros del águila, *cuauhtli,* que formaban su casco y armadura con la cabeza y cuerpo de una águila. El que cautivaba cinco enemigos tomaba el nombre de *otómitl,* y se distinguía por un estandarte con plumas que llevaba á la espalda, pero que no tenía forma de bandera; su traje era verde. En fin, el que había cautivado á seis enemigos se llamaba *quachic,* que los cronistas traducen por príncipe, y llevaba un traje amarillo y verdadero *pantli* ó bandera á la espalda. Entonces había llegado el mancebo del *Telpuchcalli* á las mayores hazañas. Estas no le conducían á los grandes cargos de Tenochtitlán, que estaban reservados á la clase superior que en el *Calmecac* se educaba, pero sí lo disponían á ocupar ciertos puestos ó mandos. No eran, pues, los nombres antedichos grados ó ascensos; pero sí clases jerárquicas en el ejército de las que se tomaban los que podremos llamar oficiales y jefes. Esto se indica bien en la pintura por una particularidad; el

que ha cautivado uno ó dos prisioneros no tiene más distintivo que su traje; pero el que tomaba á tres usa ya una especie de estandarte á la espalda como señal de mando. Por otros datos creemos que de éstos se tomaban á los *Achcacauhtin* ó *Tiachcauh* que mandaban las escuadras de veinte hombres y eran como ayudantes en el *Telpuchcalli*. Si observamos al *océlolt* que ha aprisionado á cuatro, veremos que no tiene la insignia de mando, porque esos *yaoyizque* formaban con los *cuauhtli* una clase separada, un cuerpo escogido de que después nos ocuparemos. Pero el *otómitl* y el *quáchic* sí llevan la señal de mando, porque el primero guiaba á los flecheros y el segundo podía ser nombrado *Tecoyahuácatl, Tizoyahuácatl* ó *Tlatlacuihcalca*, pues con los tres nombres los encontraremos, que era ya un empleo como de general y que llevaba una bandera cuyo



Dignidades á que llegaban los mancebos del Telpuchcalli

cuadrete superior, sembrado de pequeños círculos, era morado, y las bandas de la parte inferior de verde, rojo, amarillo y azul alternados, formándose el remate con un penacho de plumas verdes de *quetzalli* ingerido en un botón de pluma azul con golilla y filetes rojos y amarillos. Pero á más podía llegar el mancebo del *Telpuchcalli* á otra dignidad de mando, que era también como de general, á *Tlacatécatl*, y usaba riquísima manta roja, y en su tocado el *tlalpiloni*, que era un doble penacho de plumas de quetzal caído hacia atrás. Así por su valentía en la guerra y por el número de prisioneros hechos para ofrecer á su dios, iban ascendiendo los guerreros tenochca. Y vemos confirmándose los jeroglíficos del códice Mendocino y el relato de Sahagún, que dice expresamente: «De estos mancebos no se elegían los senadores que regían los pueblos sino otros oficiales más bajos en la república que se llamaban *Tlatlacateca, Tlatlacuihcalca* y *Achcacauhti;* los cuales son los mismos nombres que hemos citado puestos en su forma plural.

A continuación el códice trae los grados y honores que en la guerra alcanzaban los mancebos del *Calmecac*,

es decir, los de las clases privilegiadas que podían llegar á los más altos puestos. Distínguense, como de costumbre, por tener el cuerpo y rostro negros. Debemos hacer algunas observaciones. El primero lleva el traje de simple *yaoyizque*, su *ichcahuipilli* con piernas y brazos desnudos, pero no se levanta el peinado hacia arriba. El que ha cautivado á dos usa traje completo de algodón y un estandarte que expresa mando. El que tomaba tres viste traje verde y usa una bandera de listas rojas y blancas con penacho de quetzal. Al que alcanzaba esta victoria se le autorizaba para ser *Telpuchtlato;* y de tales guerreros salía el *Huitznáhuatl,* gran dignidad que, á la vez que tenía mando superior en el ejército, ejercía funciones civiles de importancia en la corte. Poníasele á su bandera dos travesaños de pluma de quetzal. El que cautivaba cuatro enemigos era caballero de la serpiente, no ejercía mando sino que pertenecía á un cuerpo distinguido, y su traje imitaba la piel de la *coatl.* El que hacía cinco prisioneros llegaba á caballero del águila, su traje era rojo, usaba gran penacho de plumas rojas y podía llevar por casco la cabeza del águila, y en su *chimalli* ponía una garra del ave real. Constituían también los *cuauhtli* clase especial, y si el educando del *Calmecac* cautivaba á



Jerarquía de los guerreros del Calmecac

seis enemigos llegaba á la altísima dignidad de guerreros leon ó *miztli;* su traje era una piel y su casco una cabeza de ese animal, se ponía el *tlalpiloni,* y su *chimalli* tenía medias lunas de oro. De estos guerreros salían el *Tlacochcálcatl* y el *Tlacatecuhtli.* Desde que el *yaoyizque* cautivaba cuatro enemigos podía ya sentarse en *icpalli* y usar los adornos distintivos de los altos puestos, y le cortaban los cabellos como á jefe. Mas para llegar á ellos era preciso que préviamente el *yaoyizque* se hiciese *tecuhtli.* Nadie nos da como Mendieta una relación tan minuciosa de la ceremonia, que á la par que recuerda las costumbres de la caballería, tiene un sello profundo de ritualidad religiosa. Compara Mendieta esta dignidad con la de caballero, y cuenta que el padre del mancebo que la pretendía, juntaba durante largo tiempo gran cantidad de mantas y joyas para las ofrendas. Conseguido esto, señalaba el *tonalpouhqui* día propicio para la ceremonia, y llegado, iba el mancebo al templo acompañado de los señores y principales, parientes y amigos. Subía al *teocalli,* hacía acatamiento á sus dioses, y así humillado recibía al sumo sacerdote *Teotecuhtli,* que llegaba con una uña de águila y un hueso de tigre delgado como punzón á horadarle encima de las ventanas de la nariz, donde le ponía unas pedrezuelas de azabache, las que después de la ceremonia mudaba por otras de turquesa ó esmeralda ó por granos de oro. El horadarle con una uña de águila y un hueso de tigre, era simbolismo de que en la guerra había de ser ligero como la primera para alcanzar á los enemigos, y fuerte como el segundo para vencerlos. Ya hemos visto que estos *yaoyizque* eran *cuauhtli* y *ocelotl.*

Después, para probar su paciencia, virtud necesaria para los altos puestos, ultrajábanle de palabra y de hecho, y le tiraban del vestido hasta dejarlo sólo con el *maxtli*. Así desnudo se iba á hacer penitencia por un año en el *tlamacazcalco*. Pasaba el día en oración, incensando á los dioses y sacrificándose con puas de maguey, y á más se pintaba todo de negro como los sacerdotes. Le acompañaban para enseñarle las ceremonias tres hombres diestros en la guerra que se llamaban *yaotequihuaque*. En los cuatro primeros días no dormía, y si quedaba vencido por el sueño punzábanle con puntas de maguey para significarle que tenía obligación de velar por los que estuviesen bajo su mando. Ayunaba los cuatro días, tomando solamente un ligero alimento á la media noche, en que iba á incensar á los dioses, y algunos no tomaban nada en ese tiempo. Después se iba á concluir su penitencia en el *teocalli* de su *calpulli*.

Terminado el año de prueba y señalado día propicio para la fiesta, iba con gran acompañamiento de señores, parientes y amigos, entre danzas y cantos, al gran *teocalli;* lo subía para incensar á *Huitzilopochtli,* dios de la guerra, y desnudándose del traje común que llevaba, le ataban los cabellos con una correa colorada, colgábanle el *tlalpiloni* y le vestían de *ichcahuipilli, áyatl* y *maxtli* riquísimos, que á su nueva dignidad correspondían, y le daban las armas de su estado. Después de esto seguíanse las danzas y convites, y grandes regalos á todos los presentes.

De tal manera el grado de *tecuhtli* ennoblecía, digámoslo así con los cronistas, y aun los mancebos del *Telpuchcalli* podían llegar á la elevada categoría de *tlacatécatl,* si bien, como ya se ha dicho, no les quedaban abiertas otras grandes dignidades civiles y guerreras, reservadas solamente para los que del *Calmecac* salían.

Hemos visto que los guerreros *cuauhtli* y los *océlotl* formaban un cuerpo especial, y no encontramos que pasase lo mismo con los *coatl* y los *miztli*. Era el jefe de ese cuerpo ó clase el mismo *Tlacatecuhtli;* y por eso dice Sahagún que lo era de los ejércitos el *Cuauhtli-océlotl,* nombre que tomaba en esa ocasión.

El padre Durán nos da sobre este cuerpo guerrero noticias muy interesantes. Refiere cómo los señores de México premiaban las grandes hazañas de los *yaoyizque,* dándoles el mando de pueblos, oro, joyas y ricas piedras, plumas y divisas de mucho valor y precio y trajes riquísimos; nada más que á los que no eran de linaje, los diferenciaban de los nacidos de principales, dándoles particulares divisas y armas para que fuesen reconocidos como señores *privados pardos* y diferenciados de los demás; pues hasta en esto cuidaban de la separación de las clases y aun de las castas, y observábase esta diferencia también en la colocación que se les daba en los palacios y templos, pues en ellos había lugares y aposentos en que se recibían diferentes calidades de personas, *para que los unos no estuviesen mezclados con los otros ni se igualasen los de buena sangre con los de baja gente,* según las palabras del cronista.

Acentuaban esa división, profundamente aristocrática y que revela un arraigado despotismo, las habitaciones y los palacios de los señores, pues se construían las de los primeros y principales junto á los templos, é inmediatas á éstas las de los que en jerarquía les seguían; de manera que grandes sacerdotes, grandes dignatarios, guerreros distinguidos, todos tenían las suyas con señales que las diferenciaban, sin que pudieran equivocarse ni confundirse; y en esto eran los mexica tan despóticos, que tenía pena de muerte el *macehualli* ú hombre del pueblo que osaba entrar en ellos, pues aun para el servicio de agua y leña había puertas falsas para que por ellas se comunicasen los servidores. Llamábanse á esos edificios *teccalli* ó casas de señores: y exageraban tanto el respetarlas, que si el *tecuhtli* llegaba á la suya acompañado de personas de menor jerarquía, le dejaban hasta la puerta sin atreverse á penetrar en ella.

Seguían en categoría menor los *pilcalli* ó casas de los principales que no habían llegado á *tecuhtli,* pues esta dignidad, por su propia naturaleza y por los muchos gastos que había que erogar por conseguirla, teníanla pocos. Los cronistas traducen *pilli* por *caballero* ó *noble persona,* y dan con ello bastante idea de lo que eran.

Seguíanse luego los *cuauhcalli* ó casas de los guerreros águilas: éstos eran los *cuauhtli* y los *océlotl:* eran muy distinguidos de los señores, y en las cosas de guerra formaban el consejo, y lo que ellos disponían se confirmaba y hacía cumplir por el *tecuhtli* de México, sin que él mismo osase á contradecirlo. Ya dijimos que el *tecuhtli* de Tenochtitlán era su jefe, era el *Cuauhtli-océlotl:* en ninguna pintura habíamos encontrado la representación de esta dignidad hasta que vino en nuestro poder un pequeño *teponaxtli,* que según el señor Orozco pudo ser el mismo que colgado usaba



Teponaxtli del Cuauhtli-Océlotl

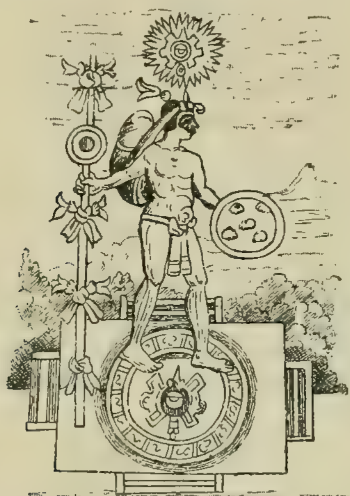
el *Tlacatecuhtli* para dar las señales de la batalla; en uno de sus lados está esculpida una águila entrelazada con un león, lo que da la lectura *Cuauhtli-océlotl.*

Hemos dicho ya que los *cuauhtli* tenían que salir del *Calmecac,* mientras que los *océlotl* procedían del *Telpuchcalli;* pero para esto tenían que ser de las

familias principales, pues Durán tiene cuidado de notar que los que profesaban y entraban en esta compañía eran gente ilustre y de valor, todos hijos de caballeros y señores, sin admitir á los de baja suerte por más valientes que fuesen.

Los *cuauhtli* y los *océlotl* estaban dedicados especialmente al sol, por lo que el cronista los llama caballeros del sol: y tenemos confirmado esto en un barro de nuestra colección, procedente de Tabasco ó sea el Potonchán, que á más del casco de águila tiene como resplandor un *Tonatiuh*. Lo que también confirma la idea que atrás emitimos de que tales distinciones guerreras tuvieron su origen en la civilización del Sur.

Por esta dedicación á deidad especial celebraban fiesta cada vez que llegaba el signo *Nahui-Ollin*, es decir, dos veces al año. Hay que advertir que esta clase de guerreros *cuauhtli* y *océlolt*, á la cual no muy



El mensajero del sol

descaminadamente comparan los primeros cronistas con las órdenes de caballería, tenían su templo y palacio particular curiosamente labrado, con muchas salas y aposentos donde se recogían y servían á la imagen del sol. En él moraban sus jefes y sacerdotes, y según Durán, algunos mancebos que se instruían y adiestraban en todo género de combate para poder llegar algún día á tan envidiada dignidad. Estos nobles *yaoyizque*, cuando iban á la guerra, llevaban un sol por divisa, y hacían juramento de morir en la guerra y de que aunque saliesen contra cada uno en el campo diez ni doce contrarios, no les volverían el rostro ni las espaldas, ni echarían pié atrás.

El templo del sol se llamaba por excelencia *Cuacuauhtinchan* ó casa de las águilas, y estaba en el lugar que ahora ocupa el atrio de la catedral. Era, como los otros *teocalli*, una construcción piramidal truncada con una escalera de cuarenta gradas, y en lo alto había una pieza mediana junto á un patio de siete á ocho brazas, muy bien encalado, en cuyo centro había una gran piedra redonda y labrada destinada á los sacrificios y que se llamaba *Cuauhxicalli* ó jícara de las águilas; en la pieza estaba colgada una manta y pintada en ella una imagen del sol en figura de mariposa, y alrededor un cerco de oro con muchos rayos y resplandores, estando todo lo demás de la pieza muy aderezado y galano. No olvidemos que las construcciones de nuestros indios eran policromas y que las pintaban con los colores más vivos y variados y con labores caprichosísimas, dominando en todo y como fondo el rojo.

En este templo se hacían diariamente las ceremonias comunes á los otros dioses, como era mostrar la figura del sol cuatro veces entre día y noche, y hacer las acostumbradas ofrendas y sacrificios, para lo cual había

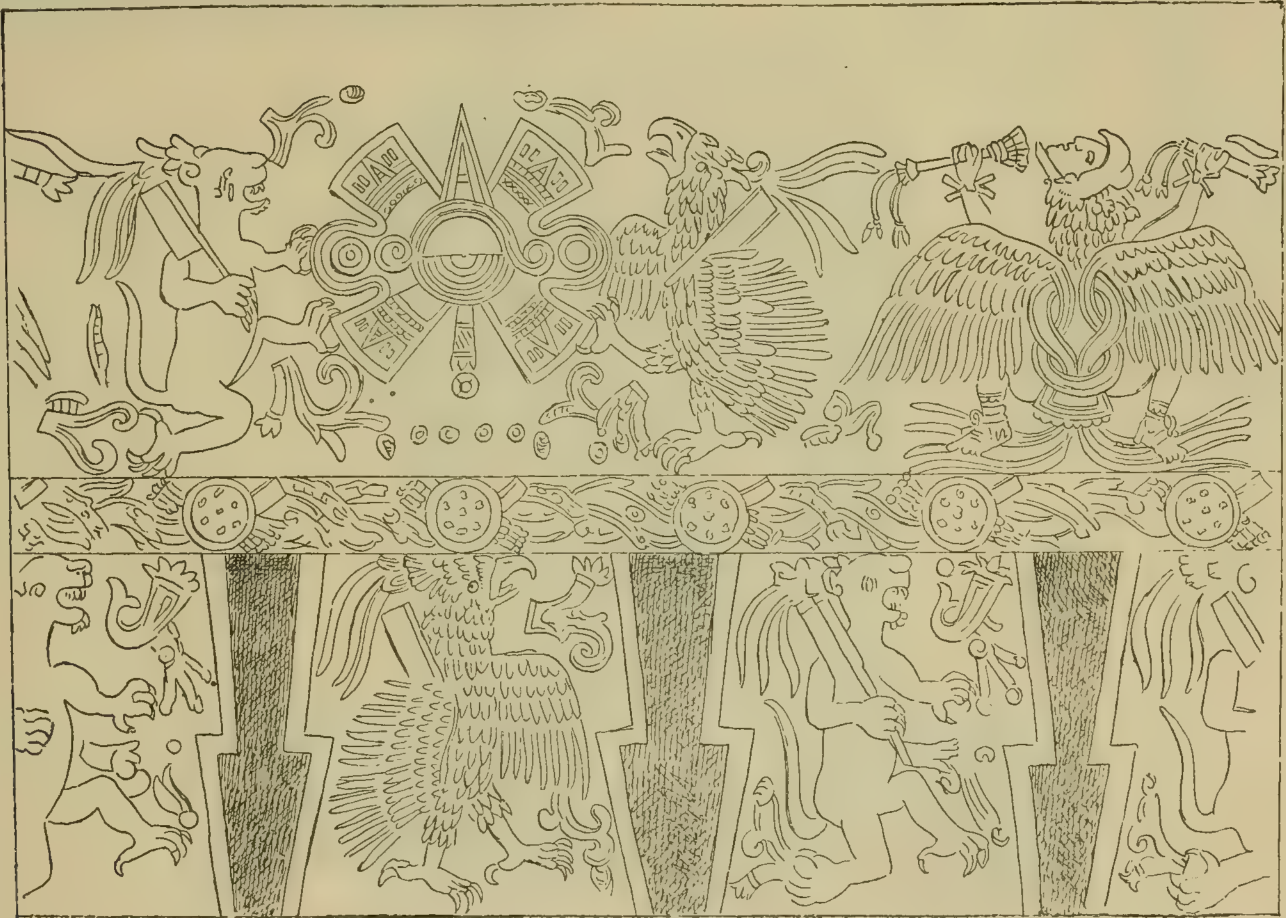


Huéhuetl

en él los correspondientes sacerdotes. La gran fiesta comenzaba por un ayuno general en la ciudad, pues ni los niños ni los enfermos podían tomar alimento hasta el medio día. Cerca de él, los sacerdotes llamaban al pueblo con sus bocinas y caracoles, y una vez reunido, al son de los instrumentos sacaban á un cautivo de guerra cercado de gentes valerosas é ilustres: tenía las piernas embijadas con rayas blancas, media cara de rojo y pegado á los cabellos un plumaje blanco; en una mano un báculo con lazos de cuero y adornos de pluma, y en la otra una rodela con cinco copos de algodón; á las espaldas llevaba una carguilla con plumas de águila, pedazos de almagre y tiza, brea y unos papeles rayados con resina de hule. Ponían al cautivo al pié de las gradas y allí le encargaban que fuese á ver al dios-sol, y le dijese que sus hijos y guerreros le rogaban que de

ellos se acordase y los favoreciese, y que le entregase el báculo *para conque camine* y la rodela para su defensa, con todo lo demás que iba en la carguilla. Concluída la embajada, el mensajero del sol comenzaba á subir despacio las gradas del templo, deteniéndose en cada escalón. La subida por la escalera y la detención en cada grada, expresaban la marcha del sol. Luego que llegaba al patio se subía sobre el *cuauhxicalli*, y dirigiéndose, ya á la imagen del sol que estaba en el templo, ya á ratos al mismo astro, le decía su embajada. Se hacía todo esto de manera que en ese instante fuese el medio día en punto, y entonces subían los sacrificadores sobre la piedra, y tendiendo al mensajero, después de quitarle el báculo, la rodela y la carguilla, le degollaban mandándole fuese con su mensaje al verdadero sol á la otra vida. La sangre del mensajero henchía la pileta del centro, toda la figura del sol, y se escurría por la canal, y cuando había acabado de desangrarse, le sacaban el corazón y se lo presentaban al sol.

Según este relato, no puede dudarse de que la tal piedra, que servía para el sacrificio del sol en la fiesta del *Nahui-Ollin*, es la que existe en el centro del patio del Museo, que algunos equivocadamente llaman de los gladiadores, y que conocemos con el nombre de *Cuauhxicalli* de Tizoc. En su parte superior se ve la imagen



Fiesta del Nahui-Ollin esculpida en el huéhuetl de Malinalco

del sol, en su centro la pileta, y de ella sale la canal por donde se escurría la sangre. Era la piedra del sacrificio en el templo de los *yaoyizque* valerosos del sol. Y este relato resuelve también la debatida cuestión de si la canal fué hecha por los mexica ó es de época posterior. Ya no puede dudarse; si bien parece que después se amplió acaso para limpiarle la sangre.

Bien claro se ve, por la relación de la fiesta, que estaba dedicada al curso del sol en sus cuatro períodos principales del día y en sus cuatro grandes períodos del año, y que el *Nahui-Ollin* era el signo que lo representaba. En su brillante imaginación figurábanse los mexica, que era el sol un viajero que jamás debía detenerse en su camino; y por eso le enviaban la carguilla que en sus viajes usan todavía los indios, el *chimalli* para su defensa y el báculo para que en él se apoyase y no se cansara.

Está representada la fiesta de los guerreros del sol en un *huéhuetl* ó tambor, que pertenece al pueblo de Malinalco, distrito de Tenancingo (Tenantzinco), del Estado de México. Este instrumento es la antigua tambora de los mexica, de madera, cilíndrico y hueco, y cubierto en su parte superior por una piel curtida y extendida que con los dedos se tocaba. El que nos ocupa tiene 0^{m}97 de altura por 0^{m}42 de diámetro en la parte superior y 0^{m}52 en el centro; el espesor de la madera es de 0^{m}04. El *huéhuetl* está todo esculpido primorosamente en el bajo-relieve, y divide en su

centro los dibujos una faja compuesta de escudos ó *chimalli* combinados con flechas y macanas, lo que es símbolo de la guerra, *yaóyotl*. La mitad del instrumento inferior á dicha faja tiene tres aberturas para hacerlo más armónico, con forma de flechas, que significan las tres *ácatl* del sol. Esto produce tres espacios esculpidos, en los cuales hay dos tigres, *océlotl*, y una águila, *cuauhtli;* de sus bocas sale el signo del canto, simbolizando la fiesta á que se refiere el instrumento. Que ésta se hacía al sol en sus cuatro movimientos, está expresado en la mitad superior en que se ve el *Nahui-Ollin*, y á su lado una águila y un tigre también cantando. Para significar más la fiesta cada una de las figuras citadas lleva una bandera. En fin, al lado del grupo superior está un guerrero, *cuauhtli*, con ramos de rosas en las manos, como señal de ofrenda y de festividad.

Este precioso *huehuetl*, destinado evidentemente á la ceremonia guerrero-religiosa, de que hemos hablado antes, es el único que conocemos esculpido: en el Museo Nacional hay otros dos sin adornos.

En el *teponaxtli* del *Cuauhtli-Océlotl*, á que nos hemos referido poco há, en el lado opuesto al ya descrito, se representa también el curso del sol: se ve el *Tonatiuh* y en el centro el mensajero sacrificado; y á los lados, en el uno los guerreros que acompañan al astro desde el amanecer al medio día y en el otro las *cihuapipiltin* ó mujeres muertas en el parto, que de ahí lo conducen á su ocaso. Estos guerreros y estas mujeres eran los que habitaban en la región del sol, porque para los mexica el más grande mérito era morir por la patria en la guerra ó morir dando hijos para la patria.

Continuando la materia de la fiesta que se hacía



Parte posterior del teponaxtli del Cuauhtli-Océlotl

al sol en su símbolo del *Nahui-Ollin*, diremos que después del sacrificio del mensajero, los ministros del templo tocaban las bocinas y caracoles en señal de que ya podían todos comer, pues hasta esa hora ayunaban rigurosamente, so pena de incurrir en la ira del sol y en grandes pronósticos y agüeros de desgracias. Los sacerdotes entonces colgaban junto á la imagen del sol como trofeo el báculo, el *chimalli* y la carguilla del mensajero sacrificado, y entregaban el cuerpo de



Danza de los cuauhtli y los océlotl

éste á quien lo había hecho prisionero en la guerra y por lo tanto era su dueño. Este hacía gran festín con su carne, pues tenían la de los sacrificados por bendita y consagrada. Terminado el festín antropófago volvían los ilustres guerreros al templo, tocaban sus bocinas y caracoles los sacerdotes y acudía el pueblo. En estando lleno el templo, los mancebos guerreros se sentaban en hileras, y atravesándose el molledo del brazo izquierdo con unas pequeñas navajas de obsidiana pasaban por la herida unas varillas delgadas, una á una, y según salían sangrientas las arrojaban como ofrenda delante de la imagen del sol, siendo vanagloria el pasar el mayor número de ellas. Bañábanse después, y seguía gran danza y canto al son de los *huéhuetl*, para lo cual sin duda sirvió el que hemos descrito; y en el baile ó areyto sólo tomaban parte los señores y principales, y no los macehuales; vistiendo riquísimos trajes con collares de oro y vistosos adornos de piedras y plumas de brillantes colores, especialmente los *cuauhtli* y los *océlotl*, que llevaban sus bizarros vestidos de águilas y

tigres, y en sus escudos ó *chimalli* la imagen del *Nahui-Ollin* de oro ó de primoroso mosaico de pluma. Así se fundía la clase guerrera en la teocracia por el culto de los astros, base de su religión.

Creemos que de esa mezcla de ideas guerreras y religiosas, que desde la civilización del Sur trajo su origen y acaso como recuerdo de la vieja zoolatría, nacieron deidades con forma de tigre cuyos ídolos no es extraño encontrar. Ya hemos hecho mención de la cabeza colosal de *océlotl* que nos trajeron de Mitla, la cual tiene la lengua de fuera, por lo que el señor Orozco la tenía por representación del sol. Era natural que los tigres, soldados del sol, figuraran también tigre á su dios. Otro ídolo, también de Mitla, lo confirma. Es un *océlotl* de rostro feroz y de mirada penetrante, sentado á la manera oriental y con las manos sobre las piernas, ornado de rico *maxtli* y de grandes orejeras redondas; y para expresar su relación con la clase guerrera tiene un magnífico tocado de plumas á la manera de los que usaban los principales *yaoyizque*. No es por demás advertir la influencia del poder guerrero en la misma teogonía.

Igual observación nos proporcionan las urnas cinerarias. Si tomamos la que encerró las cenizas de un sacerdote, como por ejemplo, una muy notable sacada de los sepulcros de Tlacolula, observaremos que representa al dios *Quetzalcoatl*. La figura está sentada á la oriental con las manos sobre las piernas y lleva el acostumbrado *maxtli;* en su tocado, como mitra con bandas, se ve el *ce ácatl,* otro de los nombres de la deidad; sale de sus labios la lengua bífida, y por adorno tiene sobre el pecho el medio sol, símbolo de la estrella de la tarde; pero en sus ojos cerrados indica la muerte. Por el contrario, en otro vaso cinerario de Xochixtlahuaca, observamos la cara de un tigre feroz, cuyo tocado semeja el del *cuauhtli* con sus adornos, tiene las garras levantadas y dispuestas á hacer presa, y en los ojos una vida extraordinaria, porque los guerreros muertos en campaña iban á vivir á la mansión de luz y llamas del astro del día.



Dios océlotl de Mitla

La victoria del pueblo y la victoria de los dioses eran un solo triunfo, y de aquí tuvo origen esa organización que tanto tenía de guerrera como de teocrática.

Pero no era el último grado de la honra y del valor el de los *cuauhtli* y los *océlotl,* pues todavía podían llegar al de *tequihua* y al de *quáchic*. Cuando uno de estos *yaoyizque* escogidos hacía una señalada hazaña en la guerra, al volver, el señor de México le nombraba *tequihua* y le mandaba poner las insignias correspondientes, que eran tomarle los cabellos de la coronilla medio á medio de la cabeza y se les ataban con una trenza roja, y con la misma un plumaje de plumas verdes, azules y encarnadas, y de la lazada salía un cordón que colgaba á las espaldas y al cabo de él una borla roja; y esto era señal de que había hecho una hazaña, pues en haciendo dos le ponían otra. El

mismo señor le daba un *ichcahuipilli* de plumas muy galanas, un *chimalli* con ciertos adornos y un casco



Vaso cinerario de Tlacolula

especial, y joyas, collares, orejeras y bezotes; lo libraba de todo tributo y lo autorizaba para que él y sus hijos pudiesen usar algodón en sus trajes y *cactli* en los piés, y tener las mujeres que pudiese sustentar, y desde aquel día podía entrar y sentarse en el *técpan*. Los *tequihuaque* venían á formar nueva clase, á la que estaba encomendado lo que podemos llamar el derecho internacional ó de guerra de aquellos pueblos, y tenían en campaña misiones muy delicadas, de que después hablaremos.

De los *tequihuaque* que más se señalaban por sus servicios, valentía y hazañas, escogíanse veinte y se les llamaba *quáchic* porque les rapaban la cabeza, dejándoles á un lado sobre la oreja izquierda (en algunas pinturas es sobre la derecha) un pegujón de cabellos tan grueso como el dedo pulgar, el cual entrenzaban con una cinta roja, y les pintaban media cabeza de azul y media de rojo ó amarillo, dándoles por único abrigo un *maxtli* muy galano, pues andaban siempre desnudos y cubiertos sólo por una red de henequen de mallas grandes; así es que en las pinturas se distinguen de los pescadores únicamente por los colores del rostro. Como se ve, Durán en este relato no va de acuerdo con el intérprete del códice Mendocino; pero lo confirma plenamente el del Vaticano, quien agrega que estos valientes iban á la guerra sin armas por bastarles la fuerza de sus brazos y su indomable osadía. Por su parte el cronista dominicano agrega que los *quáchic* estaban siempre en la retaguardia de los ejércitos, para que si éstos retrocedían salir ellos de refresco; pues era tanta su osadía y tan grande su ánimo, que ahuyentaban y desbarataban á las huestes enemigas, matando



Urna océlotl de Xochixtlahuaca

y prendiendo á muchos contrarios; sin que huyeran nunca, pues era ley de su institución que no habían de retroceder ni ante veinte enemigos; y sucedió no pocas veces que en fijando el pié no bastaban cien

hombres á mover de su sitio á un *quáchic*, y acontecía que dos ó tres de ellos fuesen causa de desbaratar un ejército. Por exagerado que supongamos el relato del cronista, vemos en esos *yaoyizque* á hombres formidables en la guerra y que eran tan estimados que el *tecuhtli* de México les llamaba las niñas de sus ojos.

Por todo lo que hemos dicho, se observa que en aquella sociedad esencialmente aristocrática y despótica, pero en la cual las hazañas guerreras eran motivo de gran estima, luchaban encontrados dos elementos, el linaje y el valor propio. Bien se nota cuando Durán



Tequihua — Quáchic

nos habla de los guerreros que llama *caballeros pardos*. Estos no eran de la casta *yaoyizque*, mas por su ánimo y valentía llegaban á pertenecer á la clase de los *cuauhtli-océlotl*, y á ser *tequihuaque*, que significaba conquistadores. Pero se les honraba de diferente manera que á los de linaje, pues al que se distinguía por sus hazañas presentábanlo al *tecuhtli* al volver de la guerra, y éste le mandaba cortar el cabello por encima de las orejas, le daba un *ichcahuipilli* de piel de tigre, que le caía no más hasta la cintura, un *maxtli* galano, que le cubría los muslos, le ponía orejeras y bezote, le armaba con un *chimalli* blanco con cinco copos de algodón y le permitía usar *cactli* ó sandalias, comer carne de hombres, beber el licor *neuhtli* y tener dos ó tres mancebas. Quedaba libre de tributos, le daban tierras en propiedad, podía bailar en los areytos y empezaba en él su linaje, gozando sus hijos de sus privilegios. Así por el valor se alcanzaba lo que los cronistas llaman nobleza; pero distinguiéndose siempre la casta y los linajes. Y esto nos explica la diferencia que había entre los *océlotl* y los *cuauhtli* y por qué el códice Mendocino coloca á los primeros entre los *yaoyizque* que salían del *Telpuchcalli*, y á los segundos entre los que procedían del *Calmecac*.

Es que tan arraigada estaba la diferencia de clases, que cuando eran premiados los hombres bajos los vestían de pieles para diferenciarlos de los de linaje que usaban trajes con pluma; y era tal el rigor de estas diferencias, que los macehuales no podían vestirse de algodón, sino de henequen; ni menos podían beber cacao, *xocolatl* ó chocolate, que era sólo bebida de las personas principales; ni podían calzarse los piés en la ciudad, únicamente en camino con *cactli* de esparto y no de cuero; de modo que es difícil, después de tanto desprecio para el pueblo y de tanta honra para los grandes, atreverse á hablar de democracia entre los mexica, por más que sea idea de un americanista muy sabio, con quien nos une una sincera consideración y una amistad no desmentida.

Los mismos grandes, los que podían usar cotaras galanas de cuero, tenían que quitárselas, no sólo ante sus dioses en los templos, sino ante su señor, el *tecuhtli* de México.

Todavía tenemos que hablar de otros funcionarios de los ejércitos, los *calpixque*. Estos atendían en la ciudad á la parte oficial de la provisión del ejército, y además, cuando se declaraba una guerra, mandaba el Consejo que se avisase á los pueblos por donde pasaba el ejército para que tuviesen bastimentos y provisiones de armas y limpios y abiertos los caminos, y pusiesen centinelas que avisasen su llegada, á fin de que lo recibieran dignamente. Los *calpixque* de México comunicaban esas órdenes á los de los pueblos inmediatos, y de éstos se iban transmitiendo de lugar en lugar por sus respectivos *calpixque*. Podemos decir que el conjunto de estos funcionarios formaba el cuerpo de administración guerrera de los mexica.

Hasta aquí hemos presentado las diversas personas que constituían el ejército, dando cuenta de la clase guerrera y cómo se componía; vamos ahora á tratar de una tercera clase privilegiada, la de los mercaderes, que en algunos puntos importantes se relaciona con las cosas de guerra, para ocuparnos después en el armamento, organización, jefes y táctica ofensiva y defensiva de los mexica, comprendiendo lo que podríamos llamar su derecho internacional.

CAPITULO IX

Los mercaderes. — Su origen en Tlatelolco. — Los dos jefes pochteca. — Progresos del comercio. — Distintivos. — Costumbres de los mercaderes en sus viajes. — Preparativos — Orden de marcha. — Camino hasta Tochtepec. — Marcha desde ahí en orden de guerra. — Su separación para el Xicalanco y el Anáhuac Ayótlan. — Recibimiento en el yaotlalli. — Los nahualóztemeca. — Vuelta de la expedición. — Los scaffolds burials. — La clase pochtécatl. — Su jurisdicción propia. — Sus relaciones con la clase guerrera — Sus oficios en la guerra. — Los tequihua. — Su misión en las caravanas. — Inspección nocturna de los pueblos. — El Quappeyahuátzin. — Derecho internacional. — Ataque á los mercaderes. — Declaración de guerra. — Los embajadores — Diversas ceremonias que se usaban. — El derecho internacional del Anáhuac. — Guarniciones permanentes. — Inviolabilidad de los embajadores. — Intervención del sacerdocio en la clase pochtécatl. — Sus fiestas religiosas. — La comun ó menor. — La llamada Panquetzaliztli. — El tlaaltíltzin. — Convites preparatorios. — Sacrificio del esclavo que representaba á Quetzalcoatl — Comida de su cuerpo. — Intervención del dios Paynal. — Verdadero carácter y representación de esta deidad. — El Teoqualo. — El Ypayna Huitzilopochtli — Los esclavos. — Mercados en que se vendían. — Esclavitud hereditaria. — División de los macehuales por trabajos. — Constitución despótica de México.

Encontramos entre los mexica otra clase, los *pochteca* ó mercaderes, que por la organización bizarra de aquella sociedad llegaron á combinar sus intereses con los de la clase guerrera. Acaso por no deslindar bien hasta dónde llegaban unos y otros, se produjo una confusión natural en los primeros cronistas; pero también en este punto vienen en nuestra ayuda las pinturas del códice Mendocino, y tenemos numerosos datos que aprovechar en los inapreciables escritos de Sahagún.

Por lo mismo que las isletas en que se fundaron Tlatelolco y Tenochtitlán no eran suficientes para producir los elementos de subsistencia que las tribus necesitaban, se vieron precisadas desde un principio á ir á buscarlas en las orillas del lago. Los tenochca comenzaron á trocar por esos objetos peces y patos que tomaban en la laguna, y los tlatelolca, con más espíritu mercantil, emprendieron viajes más lejanos, formando por su propia seguridad caravanas organizadas al mando de *pochteca* adiestrados; lo que al mismo tiempo que les permitía defender sus personas y mercaderías, iba formando la clase y como consecuencia sus fueros, por la gran utilidad que proporcionaban al pueblo. Así desde la época del primer *tecuhtli* Quaquapizáhuac, había ya dos principales tratantes tlatelolca, llamados Itzcoátzin y Tzintehuátzin. Estos traían plumas de papagayo, verdes de quetzal, azules llamadas *cuitlatexotli* y rojas como grana nombradas *chamulli*. Este primer comercio revela el principio del lujo en los trajes guerreros, y nos hace comprender que para ir seguros los mercaderes á las regiones apartadas de donde podían traer tales plumas, necesitaban asociarse con *yaoyizque* valerosos. Bajo el segundo *tecuhtli*, Tlacateotl, las mercaderías aumentan y ya se traen las turquesas *xíhuitl*, y las piedras verdes, *chalchíhuitl*, y á más mantas y *maxtli* de algodón; de modo que las comodidades producidas por el comercio alcanzaban ya á todos los habitantes pudientes, que comenzaron á sustituir por esos trajes cómodos los antiguos de henequen de los hombres y de *ixtli* de las mujeres. También entonces aparecen dos mercaderes principales, Cozmátzin y Tzompántzin.

Como en lo sucesivo siempre continúan al frente de la clase dos jefes *pochteca*, debemos creer que esto formaba parte de su organización, tanto más cuanto en sus nombres se observa el reverencial *itzin*, pues hubieron de ser personas distinguidas y muy probablemente los guerreros que dirigían las expediciones. No podríamos decir si uno de estos jefes marchaba y otro quedaba en la ciudad ó si era el uno el tlatelolca y el otro el tenochca, pues se reunían los *pochteca* de ambas islas para hacer las expediciones, reconociendo como centro á Tlatelolco, sin duda por haber nacido ahí la institución: pensamos que ambas cosas pudieron suceder.

Del comercio se hizo una verdadera ocupación, una carrera como decimos hoy. En tiempo de Cuauhtlatoa, extendióse el tráfico al cambio de cuentas, anillos y barbotes de oro, piedras azules y verdes labradas, grandes quetzales y otras plumas ricas de diversos colores y pieles de tigres y otras fieras. Los dos jefes *pochteca* fueron entonces Tollamimíchtzin y Micxotziyáuhtzin. Aumentó el comercio en el gobierno de Moquihuix, y se trataban mantas ricas y labradas, *maxtli* anchos y bordados, trajes lujosos de mujeres, y

las *cuachtli* de ocho brazas de largo tejidas de hilo torcido. Los jefes mercaderes fueron Popoyótzin y Tlacochítzin. El comercio había tomado gran incremento, los *pochteca* iban á regiones lejanas á traer objetos de gran precio, á trueque de los que á su vez llevaban. Naturalmente fueron los mercaderes aumentando en número é importancia.

El códice Mendocino nos trae en sus pinturas primeramente al mercader común, que se distingue



Mercader

solamente por el gran bastón, que para el camino le sirve, y por el abanico, que es su distintivo propio. A su lado un padre sentado habla con su hijo y le aconseja que se dedique al trabajo. Más adelante representa á los mercaderes cuando van á partir. Cuando tenían este intento comenzaban por señalar día que tuviese signo favorable, y desde la víspera se rapaban y bañaban, pues durante el viaje se dejaban crecer el cabello y sólo podían lavarse el cuello. A la media noche de la

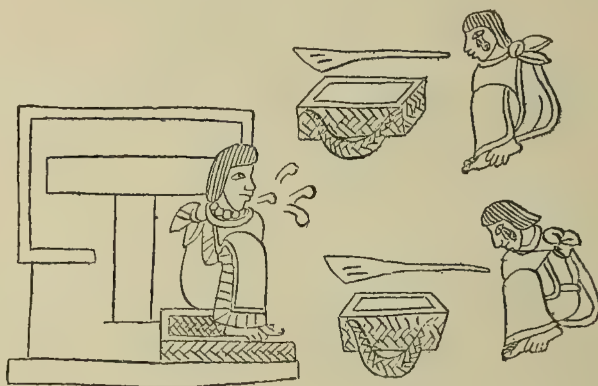


Un padre da consejos á su hijo que se dedica al comercio

víspera hacían ofrendas y sacrificios personales á los dioses *Xiuhtecuhtli*, *Tlaltecuhtli* y *Yiatecuhtli*, el que guía, que era su deidad especial, á la que también llamaban *Yacoliuqui* el de la nariz aguileña; y después los hacían á *Cecoatlutlimelaoatl*, que era uno de los signos del arte adivinatoria, y á *Zacatzontli* y *Tlacótzontl*, dioses de los caminos. Adornaban sus báculos *xonecuilli*, que eran así la representación de *Yiatecuhtli*.

A la mañana siguiente se daba convite en casa de uno de los mercaderes principales que se llamaban *pochtecatlatoque*. Era ceremonia lavarse manos y boca antes y después de comer, y después el viejo *pochteca* les deseaba felicidades en su expedición, exhortándolos á que muriesen antes que volver atrás de su viaje, porque esto les daba deshonra.

Llegada la noche partían. Al partir no habían de volver la cara hacia atrás por ningún motivo, pues esto se tomaba por gran falta y pésimo agüero. Llevaban en una mano su *xonecuilli* y en la otra el *tzacuilhuaztli*, gran abanico de papel, madera delgada ó plumas. Formaban dos largas hileras, una á cada lado del camino, y los que no eran principales llevaban á cuestas las cargas de las mercaderías. Cuando llegaban á país extraño con el cual no tenían amistad, marchaban militarmente á fin de poder defenderse si eran atacados; y si llevaban mercadería de esclavos cubríanlos porque no se los matasen con *ichcahuipilli* y *chimalli*. Como tenían ya establecido su comercio de manera ordenada y fijado el rumbo de sus caravanas,



Pochtecatlatoa arengando á los mercaderes

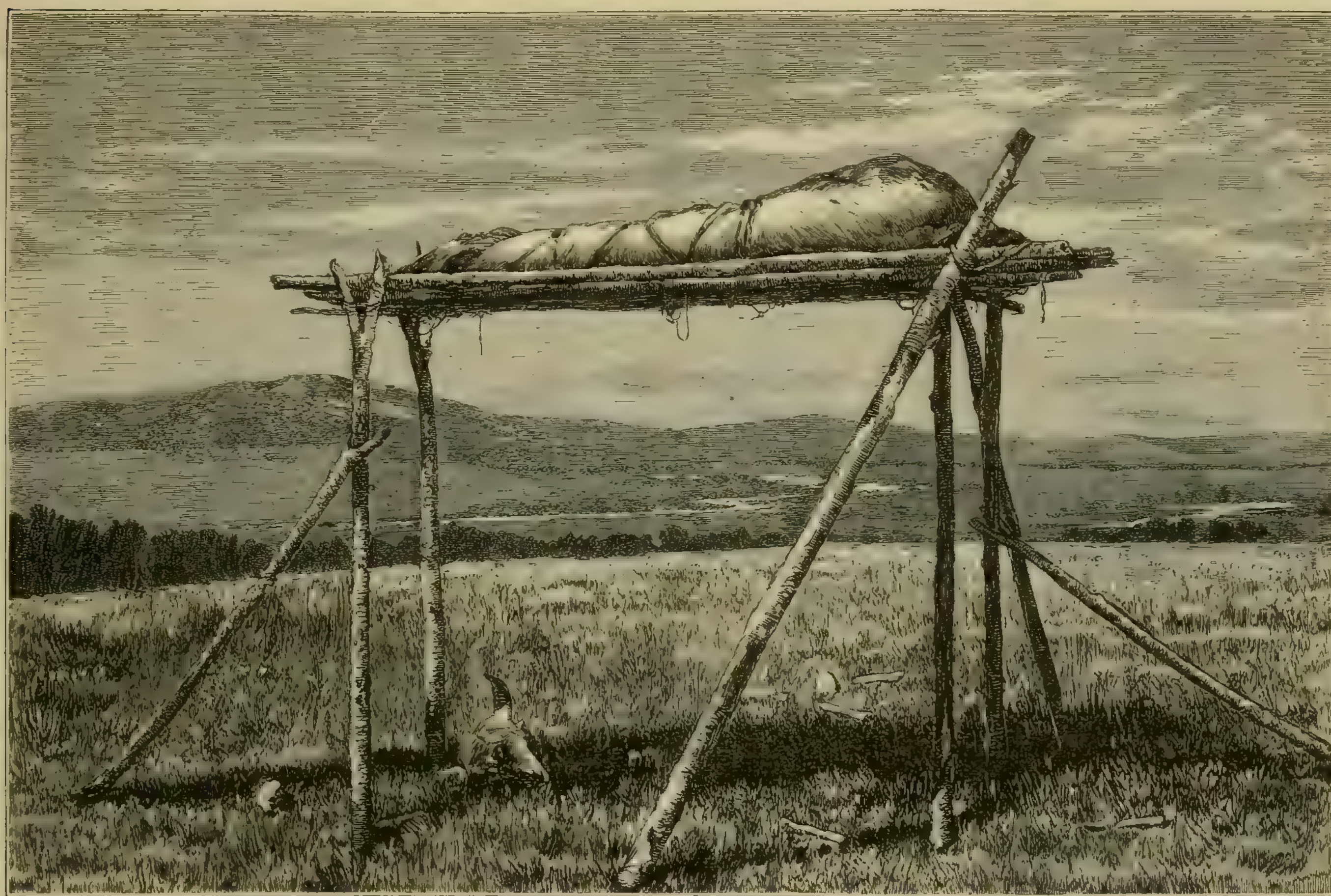
habían formado en los caminos, en lugares á propósito para rendir sus jornadas, grandes galeras en que se abrigaban para pasar la noche. Tan luego como á ellas llegaban, reunían y ataban sus báculos y les hacían ceremonias y sacrificios de sangre. Si entraban en país desconocido enviaban mensajeros que avisasen su llegada para que los recibiesen de paz, y entonces por precaución caminaban de noche y acampaban de día.

Parece que los mexica no hacían expediciones mercantiles al norte, aunque hay datos de que comerciaban con los tarascos; pero de preferencia se dirigían al sur, en donde estaban los pueblos más ricos en los productos que ellos necesitaban. El camino de las caravanas estaba indicado por el mismo centro de comercio de la civilización del Sur. Este centro era el Xicalanco. Allí llegaban las mercaderías mayas, ya por tierra ya en embarcaciones; era el punto de salida de los numerosos productos de la antigua región quiché, y el Xicalanco se comunicaba con el centro de nuestro territorio por Tochtepec, hoy Tuxtepec, sirviendo para ello el río de Quiotepec, que después toma el nombre de Papaloápan, y desemboca en el Golfo. Tochtepec, por su posición, venía á ser también el centro de los productos de las tierras de los tzapoteca y los mixteca, y en su camino se recogían los de los totonaca y pueblos

adyacentes. Así es que ese era el punto de destino de las caravanas de los mercaderes mexica. El camino está claramente indicado. Salían en canoas de la ciudad para excusar algo de cansancio, y buscaban la ribera opuesta del lago á fin de salir del Valle por el camino de Teotihuacán, encontrando así numerosos pueblos amigos en donde hacer parada; rodeando el territorio de Tlaxcalla marchaban á Tehuacán y de allí á Teotitlán para llegar en fin á Tochtepec. Llevaban principalmente navajas de obsidiana, pedernales, cascabeles, agujas y objetos de la industria mexica, y allí los trocaban por cacao, plumas, pieles y piedras preciosas.

Mas no se detuvieron en sus viajes en Tochtepec, sino que avanzaban al Xicalanco y se extendían por la costa que Sahagún llama Anáhuac, nombre apropiado, pues ya hemos visto que significa *junto al agua*. Para no encontrar impedimento á su comercio daban á los *tecuhtli* de los pueblos por donde pasaban, y en nombre del de México, mantas ricas, enaguas y camisas preciosas de mujeres. A su vez los *tecuhtli* enviaban al de México plumas ricas de diversos colores.

Al salir de Tochtepec se dividían en dos caravanas los mercaderes de Tlatelolco y en otras dos los de Tenochtitlán, partiéndose con ellos los que iban de Huitzilopochco, Atzcaputzalco y Cuauhtitlán, pues no recibían á los de otros pueblos, y formándose en orden



Dakota Scaffold Burial

de guerra con sus armas y banderas, unos se dirigían á Anáhuac Ayótlan y los otros á Anáhuac Xicalanco. Llevaban joyas de oro y piedras, *copilli* de oro para los *tecuhtli*, vasos pequeños de oro para hilar con el *malácatl*, orejeras de oro, cristal y obsidiana, cascabeles, grana, piel de conejo, *tochómitl*, y hierbas olorosas como el *tlacopatli* y el *xochipatli*. Los mercaderes de esclavos eran muy estimados y se llamaban *Tealtianitecoanianie*.

Como los *pochteca* iban ya en orden de guerra, salían también de la misma manera á recibirlos los *tecuhtli* de los pueblos, y los esperaban en el *yaotlalli*, y de ahí marchaban juntos y llevaban á aposentar á aquellos y cambiaban los regalos acostumbrados.

Pero tanto la ambición de lucro como los intereses guerreros hacían que no se detuviesen los mercaderes en los pueblos que de paz los recibían; así es que penetraban en lugares enemigos y llegaban á regiones lejanas. Para evitar el peligro escogíanse á los conocedores de las lenguas de aquellos países y vestían los trajes en ellos usados. A éstos los llamaban *Nahualoztemeca*, y si eran conocidos los mataban. De ellos se sabe que llegaban hasta Tzinacatlán, de donde traían el ámbar para los *tencolli* ó bezotes.

Vueltos los de la expedición á Tochtepec, ya todos con sus trajes comunes y con las nuevas mercaderías que habían trocado, se volvían de la misma manera que se habían ido. Cuidaban en el camino de negar que

fuesen suyas las cosas que llevaban y de ir haciendo ofrendas y sacrificios en todos los pueblos que encontraban hasta llegar á Itzócan. Este lugar hace presumir que se volvían por distinto camino del que habían ido y que venían á salir al lago de Chalco. Cubrían perfectamente en las canoas sus mercaderías y desembarcaban de noche para que no los viesen. No paraban en sus casas, sino en la de algún pariente, y no confesaban que fuesen suyas las mercancías, pues aseguraban que eran de los *pochtecatlatoque*. Esta astucia y estos engaños eran propios de la raza y se conservan entre sus descendientes. Iban después á dar cuenta á sus jefes y se seguían banquetes y fiestas por el feliz término de la expedición.

Si un *pochtécatl* perecía peleando contra los enemigos, hacían su estatua de rajas de *ócotl* y le prendían fuego por considerarlo *yaoyizque*. Mas si moría de enfermedad no lo enterraban, sino que lo ponían en un *cacaxtli*, le pintaban los ojos de negro y alrededor de la boca de rojo; le ponían bandas blancas por todo el cuerpo y una especie de estola y subían el *cacaxtli* sobre un palo hasta que se consumiese el cadáver, y decían que el mercader iba á habitar en la región del sol.

Es curioso que este procedimiento que los escritores americanos llaman *Scaffold burial*, ha sido usado por varias tribus de los Estados Unidos, que han hecho de los árboles sus cementerios.

Basta lo dicho para comprender cómo alejándose á largas distancias los *pochteca* y siendo su profesión origen de grandes lucros, lo que producía necesariamente una arraigada comunidad de intereses, hubieron de constituirse desde el principio en una clase separada. Conócese la clase, no sólo en los honores y preeminencias que en abundancia se les daban por los grandes beneficios que con el comercio proporcionaban



El tecuhtli de México envía á los tequihua á inspeccionar otros pueblos

á México, sino principalmente en que tenían fuero propio y estaban sujetos á jurisdicción especial y sólo á sus jefes. Cuando se unieron Tenochtitlán y Tlatelolco fueron éstos cinco y se han conservado los nombres de Cuauhpozahuáltzin, Nentlamatítzin, Huetzcatocátzin, Canáltzin y Hueycomátzin. Tenían su *técpan* ó palacio en Tlatelolco, y ahí juzgaban á los mercaderes, pudiendo hasta condenarlos á muerte y ejecutar la sentencia. Regían el *tianquiztli* ó mercado y fijaban el precio de las mercancías castigando á los que cometían faltas ó delitos. Sabemos que sentenciaban á muerte al que en la expedición forzaba á una mujer.

Sin duda que desde que se constituyó regularmente la sociedad tenochca, es decir, durante los últimos años del gobierno de Itzcoatl y los del de Motecuhzoma Ilhuicamina, buscaron los *tecuhtli* de México la manera de utilizar para sus conquistas á esa clase poderosa y atrevida que se lanzaba á grandes distancias y penetraba en las más remotas poblaciones. Mezcláronlos con guerreros y guerreros fueron sus jefes, por lo que Sahagún llama á los principales mercaderes capitanes disimulados. Y de esta manera servían los *pochteca* para traer á los *tecuhtli* de México todas las noticias que necesitaban de los pueblos y regiones que habían de conquistar. Hablando de la de Anáhuac, dice Sahagún que primero la pasearon y vieron que estaba toda llena de riquezas, y esto secretamente como espías que eran disimulados como mercaderes.

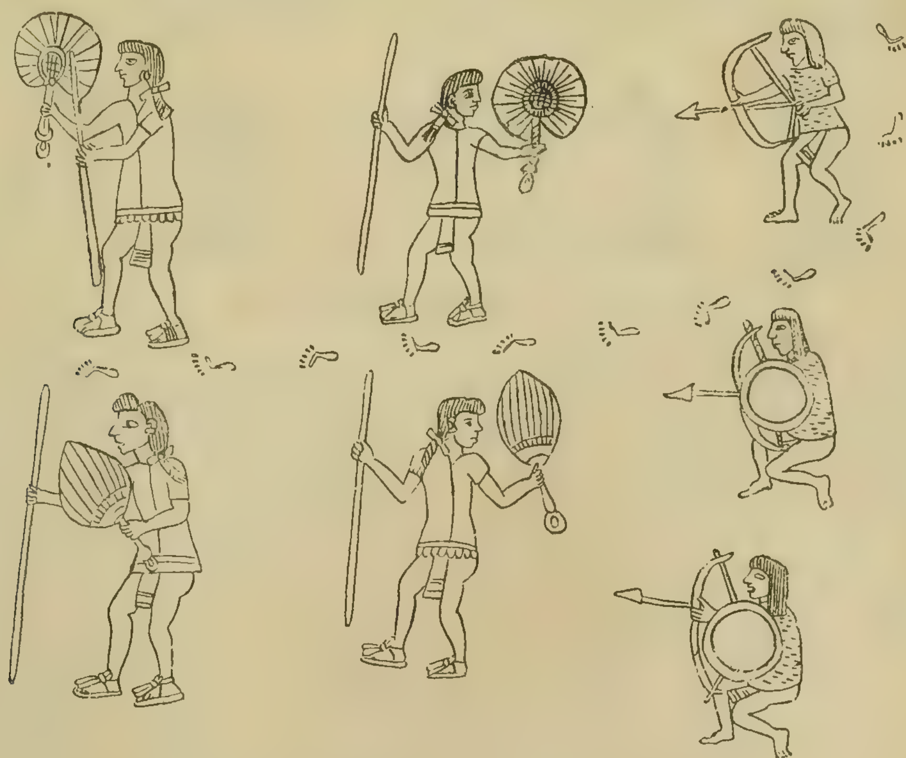
El códice Mendocino nos da á conocer en sus pinturas quiénes eran los *yaoyizque* destinados á empresas tan peligrosas y atrevidas: los vemos con el abanico en la diestra y la lanza en la mano izquierda que parten por orden del *tecuhtli* de México; son los *tequihua*, que por su traje parecen mercaderes, pero que revelan que son guerreros en su tocado amarrado hacia arriba por una correa; el símbolo de la guerra, que los acompaña, manifiesta también su destino. Ahora ya sabemos que los jefes de los mercaderes y de sus expediciones eran *tequihuaque*, que llevaban á sus órdenes *yaoyizque* mezclados con los *pochteca* y disfrazados con su traje. No iban en son de guerra, pero cuidaban á las caravanas y las dirigían, y en un momento dado las formaban para su defensa y resistían al enemigo. Ellos eran los *nahualoztemeca* que inspeccionaban en

secreto los países enemigos. Ellos, cuando llegaban á un pueblo, salían en la noche, cuando no fueran sentidos, á recorrerlo é inspeccionarlo para saber por dónde podía ser atacado en caso necesario, cuáles eran sus obras de defensa y cuáles sus puntos débiles. Así en la pintura del códice Mendocino los vemos primeramente



Tequihua inspeccionando un pueblo en la noche

llegar al pueblo por sus dos caminos: entran erguidos por no dar en que temer, y llevan el abanico, atributo de los mercaderes, y van calzados con *cactli*. Pero después se ven sin calzado para no hacer ruido é incli-



Tequihua atacados por los guerreros de otro pueblo

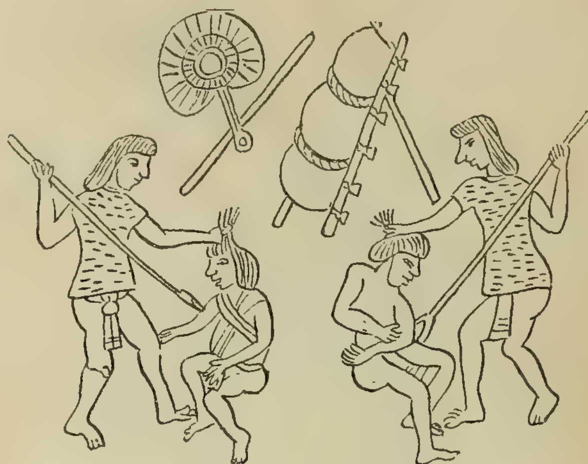
nados como quien anda despacio en la oscuridad y no quiere tropezar; ya no van por el camino, sino que penetran por todo el pueblo, y examinan el *tianquiztli*, el *técpan* y el *teocalli*, y atraviesan el río, las encrucijadas y las calles; no llevan los abanicos de mercaderes, pero sí sus lanzas de guerreros, y uno de ellos

el caracol que les servía de bocina para dar la señal de alarma en caso de que fuesen descubiertos, y juntarse todos los *pochteca* y defenderse.

Conocedores ya de la localidad por este medio, en caso de guerra iban estos *tequihua* con el ejército, y parece que los acompañaban mercaderes conocedores del terreno, pues Sahagún dice que sus jefes elegían para ese efecto algunos que iban de capitanes y oficiales, á los cuales daban las instrucciones necesarias y les nombraban un jefe que tenía que ser de los principales, al cual llamaban *Cuappoyahuáltzin*.

Esta institución de los mercaderes estaba ligada con el derecho internacional de los mexica. Hacían éstos alarde de respetar á los otros pueblos, y así asegura Durán que nunca emprendieron una campaña sin justicia y sin que antes fuesen atacados; pero la historia nos dice, por el contrario, que llevaron sus conquistas á pueblos muy lejanos con quienes no tenían ningunas relaciones ni motivos ni posibilidad de querellas. Mas para dar ocasión á la contienda buscábanlas los *pochteca* según las instrucciones que llevaban, lo que obligaba á los pueblos á atacarlos y perseguirlos. El mismo códice Mendocino nos presenta á los *pochteca* huyendo de un pueblo y á los enemigos flechándolos. Esto era bastante agravio para México, pues los mercaderes llevaban siempre el carácter de embajadores, y por eso presentaban á los *tecuhtli* regalos de parte del mexícatl. Así es que en otra pintura del mismo códice se ve á los enemigos matando á los mercaderes, y su carga, báculos y abanicos tirados, é inmediatamente después está la declaración de guerra al *tecuhtli* del pueblo que había cometido el atentado.

Llegado el caso de guerra, se reunían los *tecuhtli* de México, Texcoco y Tlacópan con el Consejo, y siempre en la isla por la superioridad que el primero tenía en estas cosas, y una vez decidida se enviaba



Matanza de los mercaderes

á unos embajadores mexica llamados *Cuacuauhnóchtzin*, que iban al pueblo enemigo y le intimaban que obligase á su *tecuhtli* á enmendar la falta, para lo cual les daban un plazo de veinte días; pues de no hacerlo les llevarían la guerra, y porque no se quejasen de que estaban desprevenidos les hacían regalos de macanas y *chimalli*. Si en ese término satisfacían á los mexica y consentían en permitirles libremente el tráfico, dando además cierto presente de oro, piedras, plumas y



Pueblo que se entrega de paz al Cuauhnochtli

mantas, el pueblo era perdonado y admitido como amigo. Esto se expresa en el códice Mendocino poniendo á tres individuos del pueblo que en su nombre ofrecen lo antedicho delante del embajador mexica; y para significar que éste los recibe de paz están sus armas y símbolo de la guerra detrás de él.

Pero si cumplidos los veinte días nada se había alcanzado, llegaban á esa sazón otros embajadores, que eran de la ciudad de Texcoco y se llamaban *Achcacáuhtzin*, y éstos decían su embajada directamente al *tecuhtli* del pueblo, apercibiéndole que si dentro de otros veinte días no se daba de paz y por tributario de la confederación del Anáhuac, serían muertos él y los principales, machacada la cabeza con una porra, si no morían en batalla ó eran hechos prisioneros, y sacrificados á los dioses. Si cedía el pueblo requerido, no le bastaba ya para librarse hacer un rico presente como en el primer caso, sino que tenía que darse por tributario, aunque entonces el tributo era corto; mas si el *tecuhtli* se negaba á dar satisfacción, le ungían los embajadores el brazo derecho y la cabeza con negro *ulli*, y le ponían en ésta un penacho de plumería llamado *tecpilotl* atado con una correa colorada y le hacían presente de muchos *chimalli*, macanas y otros objetos de guerra, con lo cual lo preparaban y ungían para que, prisionero en la batalla, fuese sacrificado. Esta era ya la declaración, y en el códice Mendocino están los dos embajadores *Achcacáuhtzin*, presentando el uno al *tecuhtli* un riquísimo *chimalli*, mientras el otro le pone el *tecpilotl* y se dispone á untarle el rostro: el signo de las huellas y su dirección indica la llegada de los embajadores.

Pues todavía, si el pueblo no se daba de paz, iba una tercera embajada que entonces era de dignatarios tepaneca. La primera vimos que se dirigía á la gente del pueblo, especialmente á los viejos y viejas; la segunda al *tecuhtli* y á los principales, podríamos decir al gobierno, y esta tercera daba su mensaje, según las palabras de Ixtlilxóchitl, *á todos los capitanes, soldados y otros hombres de milicia,* es decir, á la clase guerrera. Si en el término de veinte días se rendían, sólo castigaban al *tecuhtli,* y el tributo del pueblo se pagaba de los bienes de aquél; mas si aceptaban la guerra, se retiraban todos los embajadores dándoles grandes regalos de armas y emplazándolos á dar la batalla en el *yaotlalli* dentro de los otros veinte días siguientes.

Estas ceremonias, que constituían el derecho de gentes de los mexica y en las cuales intervienen los embajadores de las tres naciones aliadas del Anáhuac, modifican la idea emitida antes por nosotros, de que alguna vez pelearon sólo por su cuenta los señores de México.



Ceremonia de la declaración de guerra

Dada la batalla y triunfando los aliados, se dejaba al pueblo vencido su gobierno interior y por señor al que legítimamente le tocaba; pero quedaba sujeto al pago periódico de tributos, para cuya recaudación se le ponía un *calpixqui* mexica, y á los prisioneros hechos en la campaña se les sacrificaba á los dioses ó se les reducía á esclavitud. Muchas veces, cuando entraban en un pueblo por la fuerza, arrasaban gran parte de él y mataban á sus guerreros y á buena cantidad de sus pobladores. Parece que en algunos casos, por la importancia de los pueblos conquistados ó de su posición geográfica, se dejaba en ellos una guarnición permanente: Bandelier lo niega; pero á más de que lo afirma Ixtlilxóchitl, Landa habla de la guarnición mexica del Xicalanco, y ambos tratan de la historia de pueblos muy diferentes, sin que hubiera entre sus personas ni entre aquellos pueblos la menor relación.

Debemos agregar que también formaba parte de aquel derecho internacional la inviolabilidad de los embajadores. Se cita en contra los peligros que corrió Motecuhzoma cuando fué á declarar la guerra á Maxtla; pero ni éste era modelo de guardar las leyes internacionales ni otras cualesquiera, ni era probable que en aquellos primeros tiempos de la historia del Anáhuac se hubiese fijado aún el derecho de guerra.

Por supuesto que el sacerdocio hubo de intervenir en clase tan poderosa como la de los mercaderes: se observa esto en las mismas pinturas, pues algunos de los *tequihua pochteca* tienen cuerpo y rostro negros y abanicos redondos, á diferencia de otros que llevan la cara de su color propio y abanicos de forma oval, lo que prueba que los primeros eran sacerdotes ó á lo menos salidos del *Calmecac.* A más llenaron los sacerdotes á los mercaderes de supersticiones que de los *tonalpouhque* dependían, revelándose su influencia en las suntuosas fiestas religiosas de los *pochteca* de que daremos una idea somera.

De dos clases de fiesta nos dan razón las crónicas: la una era la común, que daba el *pochtécatl* cuando quería hacer gala de las riquezas que en el comercio había adquirido. Comenzaba por ofrendas á *Huitzilopochtli;* se seguía danza de guerreros, en la que salía primero el *Tlacatécatl,* y luego tras él los *quaquachicti,* los *otomí* y los *tequihuaque,* es decir, los *yaoyizque* más distinguidos, por la estrecha unión que entre ambas clases había. Los *pochteca* no tomaban parte en la danza, sino que estaban obsequiando con ramos de flores á sus convidados. Por supuesto que á la fiesta acompañaban ciertas ceremonias religiosas, como era que el sacerdote, puesto frente al *huéhuetl,* quemase *copalli* en el *temaitl* cuatro veces en dirección del oriente y otras tantas en la del occidente, sur y norte. Después de la danza seguíase la comida, en la cual eran manjar predilecto ciertos hongos llamados *nanácatl,* que tienen la virtud de producir alucinaciones. Entregábanse á ellas los del convite hasta la media noche, en que repetían las ofrendas, siguiendo el baile y tomando durante él jícaras de espumoso cacao hasta que aparecía en el oriente la estrella de la mañana. El dueño de la casa enterraba entonces en medio del patio las cenizas de la ofrenda que había hecho, y decían que habían plantado *huitztliyietl* y que de ahí nacería la comida y bebida de sus hijos y nietos, dando á entender que por esa ofrenda los dioses protegerían y harían rica su descendencia, y con danzas, convites y ceremonias semejantes continuaba la fiesta por otros dos días.

La otra á que nos hemos referido, que era la solemne, tenía lugar una vez al año en la festividad llamada *Panquetzaliztli.* Para ella compraban los mercaderes entre todos un esclavo que nombraban *tlaaltilzin,* que quiere decir lavado, porque para purificarlo

de la servidumbre lo bañaban dos veces con el agua de los dioses á fin de que pudiese representar á *Quetzalcoatl,* deidad principal de los *pochteca.* El esclavo debía ser sano y hermoso de rostro y cuerpo; y una vez lavado, cuarenta días antes de la fiesta, le vestían con el traje del dios, poniéndole la mitra, una máscara de



El Tlaaltílzin

pico de pájaro con dientes, el joyel, los zarcillos de oro, los *cactli,* el *maxtli,* el báculo y el *chimalli* propios de la deidad; y durante ese tiempo lo reverenciaban como si fuese el mismo *Quetzalcoatl,* y lo llevaban con guarda y mucha gente que le hacía compañía. En la noche le enjaulaban porque no se huyese, y en la mañana le daban de comer muy bien, y poniéndole rosas



Sacrificio del Tlaaltílzin

en las manos y collares de flores al cuello, salían con él, que iba cantando y bailando, por toda la ciudad. Nueve días antes iban dos viejos sacerdotes á notificarle el día de su muerte, por lo que llamaban á esta ceremonia *neyolmaxiltiliztli,* que significa apercibimiento. Si tal noticia le causaba tristeza, como esto fuera de mal agüero, le daban una jícara de chocolate batido con las navajas del sacrificio, pues pensaban que con esta bebida *itzpacálatl* se embrujaba y le tornaba la alegría.

Para el día de la fiesta invitaban á los mercaderes principales nombrados *pochtecatiailotlac,* y á los *nahualoztomeca,* y á los *teyahualohuani,* que eran los que trataban en esclavos. Iban además á Tochtepec á convidar á los comerciantes tlatelolca que allí residían, y se reunían también los otros mercaderes *yiaque, tecanime* y *tealtiani.* Pasábase el día en convites y danzas, y á la media noche, después de hacer al esclavo mucha honra de *copalli* y música, sacrificábanlo en lo alto del *teocalli* arrancándole el corazón y ofreciéndolo á la luna *Tezcatlipoca:* recuerdo que quedaba de la lucha astronómica con *Quetzalcoatl,* á quien el esclavo sacrificado representaba. Lanzaban en seguida el cuerpo muerto por las gradas y bajaba rodando hasta el *apetlac* ó patio del *teocalli.* De ahí lo levantaban é iban á guisar para comerlo en el banquete á que asistían todos los mercaderes, y mientras amanecía y se guisaba el sacrificado, danzaban los *pochteca* alrededor de una gran lumbrada que en el mismo templo se encendía.

Según el relato de Sahagún, había algunas variantes en esta ceremonia, siendo las principales el que se sacrificaba á varios esclavos hombres y mujeres; que el sacrificio se efectuaba de día, y que mientras se llevaba al templo las víctimas, un sacerdote con el traje del dios *Paynalton,* salía corriendo de Tenochtitlán á Tlatelolco, de ahí, pasando por Nonoalco y Popotla, iba á Macatzintamalco, Chapultepec y Macatlán, y volviendo por el camino derecho á Xoloc, entraba en México. Esta intervención del dios *Paynal* es importante, y nos explica al fin cuál era su carácter en la teogonía mexica.

Sahagún dice, con el lenguaje propio de su época, que este dios era como *sota-capitán* de *Huitzilopochtli,* dios de la guerra; y que servía cuando repentinamente había que salir al encuentro de los enemigos, porque entonces este *Paynal* movía á la gente de guerra para que fuese apresuradamente al combate. Por eso en la fiesta uno de los sacerdotes tomaba la imagen de este dios, compuesto con ricos ornamentos, é iba corriendo y todos los que le seguían. En la opinión de Sahagún, esto representaba la prisa que se necesita para resistir á los enemigos que atacan por sorpresa haciendo celadas. Y Torquemada agrega, que cuando apellidaban el nombre de *Paynal,* que quiere decir veloz, ligero y apresurado, toda la gente de guerra salía con gran prisa porque era seguro el peligro; de modo que su nombre servía de voz de alarma. Y para esto sacaban también los sacerdotes al dios con unas andas, y á todo correr lo llevaban seguidos con la misma carrera por todo el pueblo; deteniéndose en los límites de cada *calpulli* para ofrecerle sacrificios de codornices y á veces de hombres.

Respecto de la festividad *Panquetzaliztli,* habla

también Torquemada de la procesión del dios *Paynal,* agregando que su estatua era de madera, que el sacerdote que la cargaba iba vestido con el traje de *Quetzalcoatl*, y que por delante se llevaba como estandarte una gran culebra llamada *Ezpánitl,* que significa bandera del sacrificio. Como el dios principal á quien la festividad estaba dedicada era *Huitzilopochtli,* desde la víspera formaban su imagen del tamaño natural con semilla de bledos, y hacían de la misma manera la de su compañero *Tlacahuepancuexcútzin.* Una vez formadas, poníanlas con grandes ceremonias en su altar y las velaban toda la noche los sacerdotes. Al caer de la tarde comenzábase en el patio del templo un gran baile de hombres y mujeres que duraba hasta entrada la noche. Estos bailes y cantares se habían repetido por veinte días. En el de la víspera de la fiesta la forma de la danza era especial, pues los que en ella tomaban parte formaban una cadena que iba culebreando haciendo muchos y muy concertados movimientos diferentes de los usados en los otros bailes. El día de la festividad tenía lugar procesión, sacrificio y banquete que ya hemos referido, con algunas ceremonias más que varían en los cronistas, concluyéndose todo á la puesta del sol. De estas ceremonias eran las más notables el sacrificio que se hacía de cuatro cautivos en el *Teutlachco* ó juego de pelota, y la solemne escaramuza de los guerreros que no se hacía en otra fiesta y en la cual se arremetían de tal manera en el patio del templo que morían algunos de ellos.

Mas al día siguiente había otra ceremonia importantísima. Tan luego como se había colocado en el altar la estatua del dios *Huitzilopochtli,* ya nadie osaba tocarla, y sólo entraba en su santuario el *Teotecuhtli.* Pero al día siguiente de la fiesta bajaban la estatua á una sala especial y entraban en ella el sacerdote *Quetzalcoatl,* jefe del *Calmecac,* que era quien había cargado en la procesión al dios *Paynal,* el *tecuhtli* de México, un sacerdote especial de *Huitzilopochtli* llamado *Tehua,* otros cuatro sacerdotes y cuatro *telpochtla-*



El Teoqualo

toque: de modo que estaban representados el poder civil, el sacerdotal y el guerrero en sus diversas clases. Tomaba entonces el *Quetzalcoatl* un dardo ó *tlacóchitl,* y arrojándolo al ídolo le atravesaba el pecho, con lo cual caía. Entraban en seguida todos los sacerdotes y uno tomaba el corazón de la deidad y lo daba al *tecuhtli,* y los otros repartían el cuerpo á los *calpulli,* en donde por migajas lo comían los hombres, especialmente los guerreros. Llamaban á esto *Teoqualo,* que significa dios es comido. Lo mismo hacían con la otra estatua de *Tlacahuépan.*





El Ypayna Huitzilopochtli

Quedaríamos, sin embargo, sin conocer el verdadero carácter del dios *Paynal* y el papel que representaba en la festividad *Panquetzaliztli,* si Durán no nos completara su descripción con un dato muy importante. Y es que en la procesión y corrida que hacía *Paynal* llevaban también en andas la imagen de *Huitzilopochtli,* á la cual seguía á toda prisa el pueblo; por lo que á esta ceremonia la llamaban *Ypayna Huitzilo-*

pochtli, que quiere decir la corrida de *Huitzilopochtli.* Y en efecto, en una de las pinturas de un precioso códice que posee en París M. Aubin, y que se refiere á las festividades y veintenas ó meses del año, se ve á *Paynal* corriendo por delante y tocando un caracol ó bocina, y detrás á los sacerdotes que corriendo también llevan en andas á *Huitzilopochtli,* que está lujosamente ataviado con todos sus atributos.

Ya ahora sabemos que *Paynal* precede á *Huitzilopochtli;* y fijémonos en que la traducción literal del nombre de aquel es *el que corre con ligereza.* Pues bien, los mercaderes acostumbraban andar por el camino corriendo, costumbre que usan todavía nuestros indios; y ya vimos que los *pochteca* precedían siempre á los *yaoyizque* en la guerra, y que iban antes que ellos á provocarla y á inspeccionar los pueblos que debían ser invadidos. Así es que ya podemos decir, que si *Huitzilopochtli* era el dios que representaba á la clase guerrera, *Paynal* era el representante de los mercaderes, de la clase *pochtécatl.*

Mas se habrá observado que al tratar de la referida festividad se habla de mercados de esclavos, y que en la intimación que se hacía á los guerreros enemigos se les amenazaba conque á los que cayesen prisioneros, á unos se les sacrificaría y á otros se les reduciría á la esclavitud. Generalmente se cree que el número de esclavos era muy corto en México, y así lo dice el mismo señor Orozco; pero si reflexionamos en que las continuas guerras de los mexica producían sin interrupción buen contingente de esclavos, tendremos que modificar esa idea. Agreguemos los que por tributo se pagaban, de los cuales ya hemos hecho mención.

Parece, sin embargo, que si bien se utilizaba el trabajo de los esclavos, en lo general se les consideraba como mercancía. Ya hemos visto cómo los *pochteca* llevaban esclavos en sus expediciones para trocarlos por objetos de la región del Sur, y que eran muy estimados los que á esa trata se dedicaban. A más había mercados especiales para venderlos: eran dos, el de Atzcaputzalco inmediato á México, y el de Itzócan del otro lado de las montañas del Valle en el camino de las caravanas que iban á Tochtepec. En ninguna otra parte se permitía su venta.

Para vender á los esclavos aderezábanlos sus dueños con buenos atavíos; ponían á los hombres mantas y *maxtli* lujosos, y *cactli* muy buenos; adornábanlos con bezotes de piedras preciosas y con hermosas orejeras de cuero; les cortaban los cabellos á la usanza de los principales *yaoyizque;* colgábanles sartas de flores al cuello, y les daban *chimalli* vistosos y cañas de perfumes que andaban chupando, y de esta manera compuestos iban cantando y bailando. A las mujeres les ponían *huipilli* y *cuéyetl* lujosísimos, y era costumbre cortarles los cabellos por debajo de las orejas como una mano alrededor. Alquilaban sus dueños músicos que cantasen y tañesen el *teponaxtli* para que bailaran los esclavos en la plaza donde los vendían, y cada tratante ponía aparte la danza de los suyos.

Los que iban á comprarlos los examinaban cuando estaban bailando, pues apreciaban no sólo sus formas y la buena disposición de su cuerpo, sino el que cantasen y bailasen sentidamente y á compás. Así es que si en lo general valía un esclavo treinta *cuachtle* ó mantas, daban hasta cuarenta por los que se distinguían en las danzas. En la venta no entraban los trajes; así es que el comprador tenía que llevar preparados suyos para vestirlos.

La esclavitud de los hombres tomados en la guerra no era hereditaria; tampoco lo era la de aquellos que por pena caían en servidumbre; pero cuando tenía por origen la propia voluntad, era, según los casos, unas veces hereditaria y otras no. Así los jugadores y las mujeres públicas se vendían con la condición de que por cierto tiempo quedaran libres para gozar del precio de su libertad, y después entraban en la servidumbre que no era hereditaria. Los padres que tenían más de cuatro hijos podían vender uno, y con consentimiento del señor podían á cierto tiempo mudarlo por uno de sus hermanos. Pero había muchos pobres, hombres y mujeres, que en época de hambre se vendían y á sus hijos y descendientes, y entonces la esclavitud era hereditaria. A éstos les llamaban esclavos de *cetochtli,* en memoria de la grande hambre que hubo en ese año.

De todos modos resulta que la esclavitud existía en no pequeña escala en México y constituía clase, siendo en no pocos casos hereditaria.

Pues aun en los mismos macehuales ó pueblo había distinciones en su trabajo, que constituían algo semejante á los gremios. Los cronistas están conformes en que el hijo tenía libertad para abrazar la profesión que quisiera; pero agregan que generalmente adoptaba la de los padres. Todavía hoy las costumbres de los indios son un reflejo de las que antes tuvieron: y es constante en los pueblos que en cada barrio tengan una industria especial que va pasando en las familias del *calpulli* de generación en generación. Así en Atzcaputzalco hay veinticinco barrios, y, por ejemplo, los del de Quauhxilco que hacen cajetes no fabrican cazuelas, porque esto pertenece al de Ahuizotla. Además, veremos adelante que las pinturas jeroglíficas confirman esta tradición de un trabajo determinado de padres á hijos; de modo que entre los mismos macehuales ó proletarios formábanse clases que se distinguían por el género de trabajo á que se dedicaban.

Esclavitud, trabajo determinado en el pueblo; clase *pochteca* con jurisdicción propia; clase guerrera con grados aristocráticos dentro de ella misma, y clase sacerdotal que encerraba una casta, eran los componentes de la sociedad mexica, que por tal virtud se alejaba inmensamente de la libertad y de la igualdad de la tribu, y constituía un verdadero despotismo, que el señor Orozco compara al de las antiguas naciones orientales.

CAPÍTULO X

Ejército mexica. — Número de hombres que lo componían. — Número de hombres del ejército unido de la confederación del Anáhuac. — División del ejército tenochca en escuadrones que correspondían á sus veinte calpulli — Número de hombres del escuadrón. — Su jefe ó Telpuchtlato. — Distintivo de éste. — Banderas de los calpulli. — Escuadras de á veinte hombres. — Los oficiales ó Achcacáuhtin. — Trajes de diversos colores que usaban los escuadrones para distinguirse. — Armas ofensivas y defensivas. — Infantería ligera. — Hondas. — Flechas. — Flecheros. — Guerreros auxiliares que los cubrían con sus chimalli. — El tlacochtli. — El átlatl. — Armas de los escuadrones. — La lanza. — La maza. — La macana. — Armas defensivas. — Los cascos. — El ichcahuipilli. — El chimalli. — Esgrima de las armas. — Jefes superiores. — Los jefes de los cuatro calpulli mayores. — El Tlacatecuhtli. — Jefes con mando general. — Jefes de divisiones. — Organización completa del ejército. — Supremacía en el mando. — Atribuciones de los jefes superiores. — El Tlacatécatl. — El Tlacochcálcatl. — Los almacenes de armas. — Construcción de armas. — Armas recibidas por tributo. — Gran acopio en el Tlacochcalco. — Otras casas de armas. — Provisión de armas á las fortalezas y á los teocalli. — Objeto general del Tlacochcalco. — Su ubicación. — Administración del ejército. — Funciones administrativas del Tlacochcálcalt. — El Tecoyahuálcatl — Almacenes de víveres. — Los calpixque. — El Petlacálcatl. — Los tameme. — Reparto de víveres. — Yaoquizcapatiotl ó paga. — Conducción de víveres, armas y tiendas. — Las soldaderas. — Sistema económico. — El Huitznáhuatl. — Oración á Tezcatlipoca. — Los otros jefes. — Funciones del Cuauhnochtli. — Ejecución de un tecuhtli rebelde por el Huitznáhuatl. — Música guerrera. — Bandera de México. — Banderas de las cabeceras de Tlaxcalla. — Estandartes de los cuatro grandes calpulli de México.

Conocidos ya los elementos conque se formaba el ejército mexica, vamos á proceder á su reconstrucción, digámoslo así. Comencemos por la formación de lo que podríamos llamar un cuerpo ó escuadrón, según le dicen los cronistas. Sabemos ya que cada *calpulli* menor, conforme á su población, daba un escuadrón de doscientos ó cuatrocientos hombres. Suponiendo fundadamente que los barrios de Tenochtitlán unos tuvieron dos y otros cuatro mil habitantes, resulta que no todos los hombres del *calpulli* eran guerreros, sino que solamente un diez por ciento de sus habitantes pertenecía al ejército. Este se compondría entonces de seis mil hombres repartidos en veinte escuadrones, unos de á cuatrocientos y otros de á doscientos guerreros. Su número debe aumentarse con los *yaoyizque* de Atzcaputzalco, Coyoacán y Xochimilco, que estaban sujetos á México, á lo que hay que agregar los aliados que unían á su ejército; pues por los datos de la historia se ve que los pueblos sujetos é inmediatos al lugar á que se llevaba la guerra, contribuían á ella también con su contingente de hombres. Podemos agregar á los seis mil hombres de infantería organizada de México, los flecheros que formaban la ligera y en las campañas de los lagos los que montaban las canoas; pero en todo caso no podríamos hacer subir el ejército mexica á más de ocho mil hombres. Debemos creer que el del señorío de Texcoco sería poco más ó menos igual, y no debemos suponer más de dos mil al de Tlacópan. De modo que el ejército de la confederación del Anáhuac se componía de unos diez y seis mil guerreros. Tenemos un dato que puede servir de confirmación; cuando llevaron la guerra al Michuacán, con los pueblos aliados y todo, el ejército llegó solamente á veinte mil hombres. La sola fuerza de diez y seis mil era suficiente para que el Anáhuac se impusiese por todas partes y se considerase como la primera potencia guerrera, supuesto que las antiguas nacionalidades estaban destruídas y desmembradas en sinnúmero de señoríos, cada uno de por sí limitado y débil.

Como dijimos, los seis mil hombres que formaban la infantería organizada de Tenochtitlán se repartían en veinte escuadrones, unos de doscientos y otros de á cuatrocientos hombres. Cada escuadrón tenía un jefe: éste era el *Telpuchtlato*. Parece que los guerreros de cada *calpulli* elegían á su *Telpuchtlato,* porque Sahagún dice que á los *yaoyizque* del *Calmecac* que hacían tres prisioneros, les daba el *tecuhtli* autoridad para tener cargo de otros en la guerra y para que fuesen elegidos maestros de los mancebos del *Telpuchcalli.* Pero como se ve, la elección no era enteramente libre, pues había que escogerlos precisamente entre los *yaoyizque* del *Calmecac* que habían alcanzado esa autoridad. Se distinguía el *Telpuchtlato* en campaña, porque llevaba á la espalda la bandera de su *calpulli.*

La historia nos da razón del origen y objeto de las banderas de los *calpulli.* Hablando Durán de la guerra emprendida contra los cuexteca en tiempo de Moteczuma Ilhuicamina, cuenta que los capitanes dijeron á sus cuadrillas: «Si estando revueltos con nuestros enemigos alguno errase en el tino de su escuadrón, para esto

manda *Tlacaelel* que se lleve una bandera de cada barrio, alta, con las armas del mesmo barrio, y que tengan todos cuenta de acudir allí tras aquella bandera y señal, y vayan apellidando el barrio de donde es para que sean conocidos.» Tenían por lo mismo que ser diferentes las banderas de los veinte *calpulli*, aun cuando no nos ha quedado descripción ni pintura de ellas.

Cada uno de estos escuadrones se dividía en escuadras de á veinte hombres. Los jefes de los escuadrones llamábanse también *Yaoquizcayacanqui* ó *Yaoquizcatepacho*, y los de las escuadras *Yaotachcau, Tichcauh* ó *Achcacauhtin* en la forma plural. El *yaoyizque* del *Calmecac*, que había cautivado dos enemigos, y el del *Telpuchcalli*, que había aprisionado á tres, podían ser nombrados *Achcacauhtin*. Ya aquí no se necesita que el guerrero sea del *Calmecac;* pero á éste, para tal grado, se le exige un prisionero menos que al del *Telpuchcalli*. Unos y otros usaban á la espalda la especie de estandarte, de que ya hemos hablado, y que no tenía forma de bandera, el cual servía para que reconocieran y siguiesen á su oficial los veinte hombres de la escuadra. El conquistador anónimo, hablando de este estandarte del *Achcauhtl*, á quien llama alférez, dice que lo llevaba atado á la espalda, que no le molestaba nada para pelear ni para hacer todo cuanto quisiera, y lo llevaba tan bien ligado al cuerpo, que sin hacerlo pedazos no se lo podían desatar ni quitar de modo alguno.

Pero no sólo se distinguían los *yaoyizque* de los *calpulli* por sus respectivas banderas ó *pantli*, sino que además se cubrían los *ichcahuipilli* de plumas de diversos colores para diferenciarse; de modo que si los de un escuadrón las usaban blancas y encarnadas, los de otro las tenían azules y amarillas ó de otras diversas maneras. Hacían esto los jefes y oficiales; pero los



Pintura jeroglífica de una batalla, en que se ve el uso de la honda, de la macana, de la maza, de la lanza y el escudo

soldados los imitaban pintándose el cuerpo, aun cuando el rostro generalmente se lo embijaban de rojo para parecer fieros á los enemigos, como dice Torquemada.

Creemos conveniente tratar de las armas ofensivas y defensivas que usaban los *yaoyizque* antes de seguir adelante en la organización del ejército. Debemos advertir que á más de la infantería pesada, de que hemos hablado, había una ligera que era la de los flecheros ó arqueros, que dirigían los *Otómitl*, y también se ponían á las órdenes de los mismos *Otómitl*, de los *Tequihua* y de los *Quáchic*, grupos de cinco soldados jóvenes que á la vanguardia peleaban en guerrillas, y que por lo mismo formaban parte de esa infantería ligera.

Las armas de la infantería ligera eran: la honda conque se arrojaban piedras, el arco y la flecha, el dardo, *tlacochtli* ó *tlatzontectli*, y el *átlatl*. Ya hemos hablado de estas armas, y solamente agregaremos algunas ligeras observaciones. La honda era un tejido de fuerte pita, y todavía ahora se usa en el campo. En una de las batallas representadas en los jeroglíficos de Durán, se ve al *Otómitl* con una honda en actitud de arrojar una piedra, lo cubre su traje especial con su *maxtli* y se defiende con su escudo ó *chimalli*. Respecto al arco, los de los mexica eran más cortos que los de otros pueblos. El flechero llevaba á la espalda un carcaj en que guardaba las flechas. Las puntas de éstas eran entre los mexica pequeñas y de obsidiana. En las excavaciones de Tlatelolco se ha encontrado innumerable multitud de ellas, que ahí quedaron desde la época de la defensa de la ciudad cuando Cortés la tomó, y todas tienen la misma forma y no hay de otro material que no sea de obsidiana. Es importante decir que los mexica no envenenaban sus flechas ni otras armas; tanto más cuanto que en la guerra, más que matar á sus enemigos, buscaban el hacerlos prisioneros para sacrificarlos á sus dioses. Los arqueros no usaban escudo, sino que otros hombres los cubrían con los suyos. M. Bandelier cita á este propósito dos pasajes: uno de Mendieta, que dice que tras de los golpes de

macana y *chimalli* iban arrodelados los de arco y flecha, y otro más terminante de Durán, quien refiere que en la batalla de Tecuitlatenco llevaban los mexica hombres para defensa de los flecheros, los cuales estaban tan diestros en desviar flechas con las rodelas, que era espanto, porque en viendo venir una luego la daban con la rodela que la echaban á través. Duda el señor Bandelier, sin embargo, porque dice que esto hubiera necesariamente exigido entre los mexica un progreso militar mayor que el que se les puede conceder. Pero ese progreso militar lo alcanzaron en muchos puntos, como veremos; además los textos son terminantes y de autoridades de primer orden, y no debemos echar en olvido que los mexica, por su gran facultad de asimilación, eran herederos de las tradiciones de todas las culturas que les habían precedido, y vimos que en los pueblos del Norte, en la marcha guerrera, las mujeres llevaban los escudos para proteger la columna de flecheros. Creemos que aun cuando se empleaban éstos en toda campaña, de preferencia y en mayor número se utilizaban, montados en canoas, en las batallas navales.

El dardo, *tlacochtli*, era arma muy usada por los mexica. Llevaban un puñado en la mano izquierda, sin que esto les estorbara para el uso del *chimalli* y de la macana, y antes de usar de ésta y de llegar cuerpo



Jeroglífico del códice Ramírez en que se ve el modo de llevar y lanzar los dardos

á cuerpo, arrojaban aquellos al enemigo. A veces la punta del *tlacochtli* estaba cortada en tres partes aguzadas, lo que producía tres heridas.

Mas para dar mayor fuerza al dardo, inventaron los mexica, durante su peregrinación, un aparato de madera conque los lanzaban y que llamaron *átlatl;* por lo cual los cronistas dicen que era á manera de ballesta. Esta arma debió ser especial de la infantería ligera. El señor Bandelier duda de su existencia, y la sustituye con una cuerda amarrada al brazo, á que se ataba el dardo á fin de recogerlo después del tiro. Pero la verdad es que las tradiciones están contestes en su existencia y en que fué inventada en Atlacuihuáyan, hoy Tacubaya, que de ella tomó su nombre. Además los jeroglíficos nos dan su forma más ó menos perfecta. Podemos citar los jeroglíficos de la peregrinación azteca de la tira del Museo y del códice de M. Aubin y dos hermosas pinturas de guerreros del Vaticano, que en su diestra empuñan el *átlatl.* El intérprete de este códice dice terminantemente que lo que llevan en la diestra son unos trozos de madera con los cuales lanzaban dardos con mucha fuerza. El dibujo del códice de M. Aubin nos permite formarnos idea de su estructura: era un madero con una canal en el centro, en el cual jugaba como resorte un pequeño palo atravesado en que se ponía el dardo; soltado el resorte lo lanzaba con fuerza, tomando el dardo dirección por la canal.

Pasemos á las armas de la infantería organizada en escuadrones, que como ya dijimos usaba también el dardo ó *tlacochtli,* y advirtamos desde luego que los

mexica no usaron de las hachas en las guerras. La lanza, *tepuztopilli,* como su nombre lo indica, tenía



Guerrero armado de átlatl

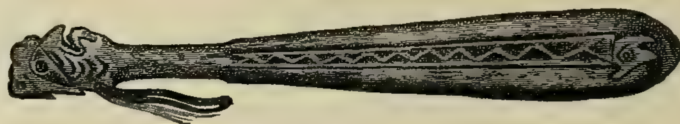
la punta de cobre; lo que no impedía que hubiese de pedernal y de obsidiana. En las pinturas solamente los *telpuchtlato*, los *tequihuaque* y los grandes digna-



Guerrero armado de porra, cuauhololli

tarios del ejército llevan lanza; de modo que sólo éstos la usaban como señal de mando. Era poco más grande que un hombre, y en lo general debajo de la punta tenía algunas cuchillas á manera de macana, de modo que se usaba también como arma de corte. Las lanzas de los *tequihuaque* eran de obsidiana, lo mismo que las de los *telpuchtlato;* las de los jefes principales tenían puntas de cobre también á veces con cuchillas y por las pinturas parece que las de los cuatro grandes generales eran de oro. También hemos visto lanzas con puntas dentadas por un lado.

La maza ó porra se llamaba *cuauhololli;* por lo común era un trozo de madera redondeado, más grueso hacia su mitad, algo esférico en su extremo y alargado en el mango para que pudiera tomársele con comodidad y estaba erizado de puntas de pedernal, obsidiana ó cobre.



Porra de madera

En el Museo hay una porra de madera sola que tiende en su forma á la de la espada, y otra de basalto labrado de modo que hace una serie de nudos para dar más efecto á los golpes. Se manejaba el *cuauhololli* usando el *chimalli* ó escudo. Pero á más de que los escritores convienen en que era poco usada esta arma por los mexica, en las diversas pinturas de combates la encontramos empuñada precisamente por sus contrarios y no por ellos. Tenían, sin embargo, otra arma que participaba del hacha, de la macana y de la porra. Solamente tenemos noticia de ella por una pintura del



Porra de basalto

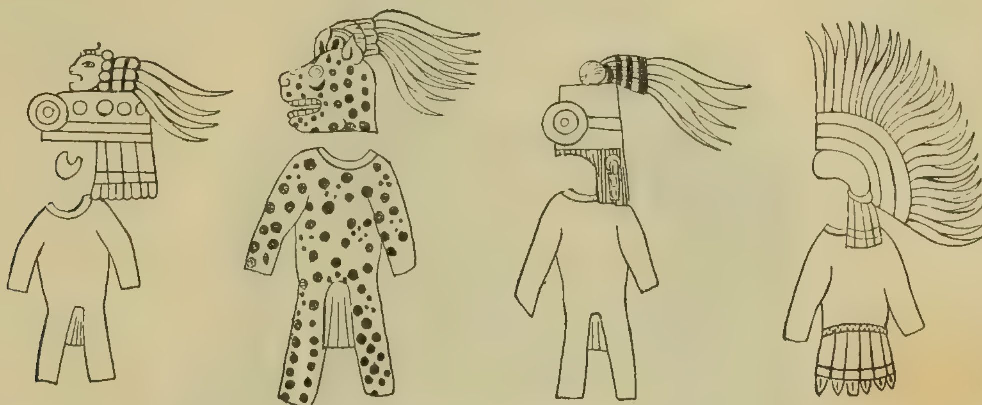
códice Vaticano y por la explicación que da el intérprete. Dice que era una como maza llena de navajas de piedra muy agudas, con la cual combatían á dos manos y con mucha fuerza y valor los capitanes de guerra. Según Molina, el *yaotequihua* era el capitán de guerra, y el traje de la pintura le corresponde. Podemos decir que esta arma era una macana muy grande como para manejarse con dos manos.

Por fin, tenemos la macana, arma comunmente usada por los *yaoyizque* mexica, y nada tendríamos que agregar á lo que atrás hemos dicho respecto á su figura, y al modo de usarla asegurada por un lazo á la muñeca, manejándola siempre de corte y en combinación con el *chimalli* ó escudo; pero nuestro amigo, el sabio americanista M. Bandelier, cree que los pedernales estaban unidos formando filos continuados. Esta idea tiene en contra innumerables pinturas, aun la mayor parte de las de Durán, y sobre todo las macanas pintadas especialmente como muestra de sus armas por los mismos indios en el lienzo de Tlaxcalla.

Tampoco tendremos que añadir gran cosa respecto de las armas defensivas: ya hemos hablado de los cascos de madera que representaban cabezas de serpientes, tigres, águilas, leones ó lobos con sus quijadas y cubiertos con las pieles ó plumas del mismo animal. Quedaba como en la boca de éste y cual si la devorase la cabeza del guerrero. Estaban los cascos cubiertos con grandes plumeros y con joyas de oro y ricas piedras. Ya sabemos que los usaban los jefes y ciertos *yaoyizque* distinguidos.

En cuanto al *ichcahuipilli,* sayo ó armadura, como le dicen los cronistas, sabemos que era de tejido de algodón tan fuerte que las flechas y los dardos no lo pasaban. Generalmente no tenían mangas sino los de los señores y jefes, que eran de diversos colores y cubiertos de pluma y de adornos de oro. Ya hemos dado cuenta del distinto traje que en los diversos grados ó clases de los *yaoyizque* se usaba. Los guerreros que formaban la tropa del ejército y que no tenían ningún grado ni distinción, peleaban desnudos cubiertos sólo por el *maxtli* y por una manta ó *áyatl* sencilla y corta. Los trajes comenzaban á usarse por premio y de la manera que hemos ya explicado. Pero debemos creer que el *ichcahuipilli* de los mexica, si bien menos pesado, era inferior en resistencia al de los mayas, pues recordaremos que éstos rellenaban los suyos de sal; más propios los segundos para pueblos que hacían de preferencia la guerra defensiva, eran los primeros más á propósito por su ligereza para los mexica que emprendían guerras á largas distancias y tomando la ofensiva.

De los *chimalli* ó escudos hemos dicho también lo necesario. Un pasaje del conquistador anónimo ha hecho pensar que los ricos adornos de joyas y plumas se usaban solamente en las fiestas de la ciudad, y en campaña otros burdos y resistentes; pero las pinturas nos muestran que aun éstos estaban lujosamente aderezados, según la dignidad de la persona á quien pertenecían.



Ichcahuipilli y cascos

Natural era que al organizarse de manera tan notable el ejército y cada *yaoyizque* ó escuadrón, se ejercitaran los mexica en el manejo de las armas é hicieran ejercicios guerreros. Ya hemos visto que así pasaba, y dice el conquistador anónimo que era una de las cosas más bellas del mundo verlos en la guerra por sus escuadrones, porque iban con maravilloso orden y muy galanos. Además la lengua de los mexica es en este caso buen indicador de sus costumbres, pues encontramos la palabra *yaomachtia,* que significa esgrimir ó ensayarse para la guerra.

Conocemos ya la organización de cada cuerpo ó escuadrón, las diversas clases de guerreros, la subdivisión de los grupos y las armas; veamos ahora, para comprender cómo se formaba y dividía el conjunto, cuáles eran los principales jefes del ejército. También en esto vienen en nuestro auxilio las pinturas del códice Mendocino.

Vimos ya que estas dignidades fueron establecidas en la época de Itzcoatl, y Durán trae los nombres de veintiuna, faltándole evidentemente el *Tecoyahuácatl,* lo que nos da veintidos. Aunque con variantes en algunos nombres y omitiendo la misma dignidad, Tezozomoc trae una lista semejante, pero expresando que el *Tlacohcálcatl,* el *Tlacatécatl,* el *Ezhuahuácatl* y el *Tlillancalqui* eran los jefes principales. Como Tezozomoc dice que había cuatro caudillos de los cuatro barrios mayores, es de suponer que lo eran los jefes citados. El señor Bandelier cambía á *Tlillancalqui* por *Cuauhnochtli,* y cree que aquél tenía una dignidad unida con el sacerdocio.

El códice Mendocino trae ocho jefes, de los que los cuatro primeros se conoce por su traje que eran inferiores á los cuatro segundos. Son:

Cuauhnochtli, Tlillancalqui, Atenpanécatl, Ezhuahuácatl.

Tlacohcálcatl, Tezcacoácatl, Tecoyahuácatl, Tocuiltécatl.

De éstos no están el *Tecoyahuácatl* y el *Cuauhnochtli* en las listas de Tezozomoc y Durán, y bien pudieron ser dignidades creadas después del gobierno

de Itzcoatl. Como quedan aún otros quince jefes en la nómina de esos autores, no puede dudarse que eran los de las divisiones que se formaban con los escuadrones de los *calpulli* menores, y que estos ocho representados en la pintura tenían mando general.

Mas otra pintura del mismo códice nos da las figuras y trajes especiales de los jefes de los cuatro grandes *calpulli* de la ciudad, siendo aquéllos según el intérprete:

Tlacatécatl, Tlacochcalco, Huitznáhuatl, Tecoyahuácatl.

Estos cuatro jefes eran doctos por el consejo y se escogían en la familia real.

Tenemos un jeroglífico que forma parte del códice



Yaoyizque con chimalli y macana

de Ixhuatepec y que quita toda duda respecto del mando de los cuatro jefes. Representa la ciudad dividida en sus cuatro grandes *calpulli*. En el de Cuepópan, es decir, al noroeste, está el *Tlacochcalco* ó casa de los dardos, y por lo mismo el jefe de él era el *Tlacochcálcatl*. Sigue al sudoeste el de Moyotla, en el cual se ve un edificio adornado con *tecómitl*, que era el de *Tecoyahualco*, lo que indica que su jefe era el de *Tecoyahuácatl*. Al sudeste queda el conocido edificio llamado *Huitznáhuac*, en el *calpulli* de *Zoquiápan*, que se distingue por los símbolos del sacrificio, y por lo mismo estaba al mando del *Huitznáhuatl*. En fin, en el *calpulli* noreste de Atzacualco se ve el *técpan* ó palacio con su bandera, y lo man-

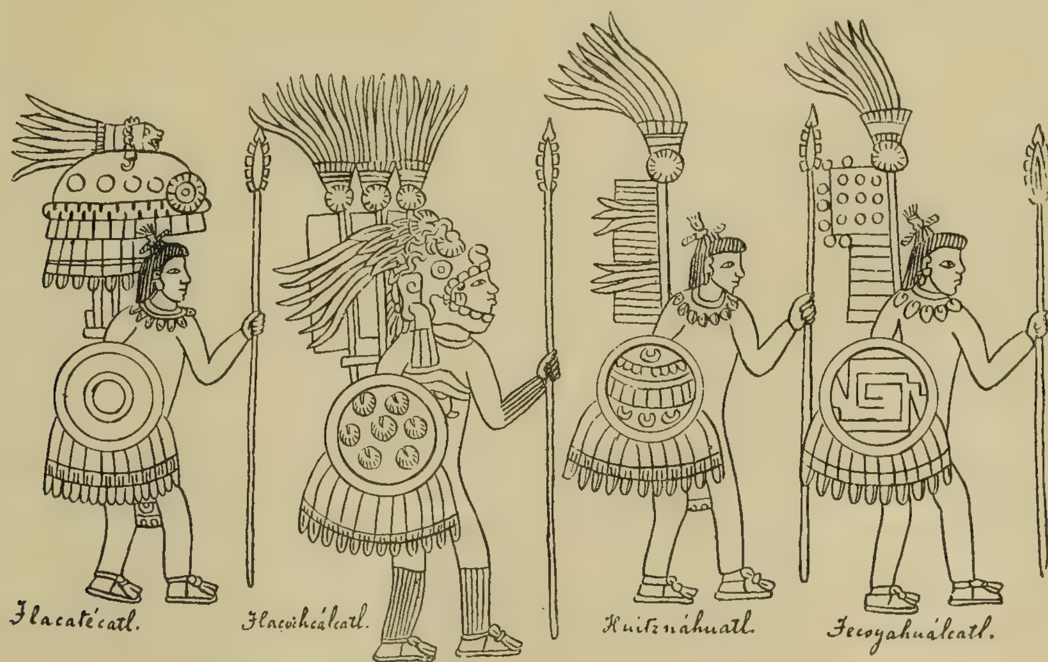
daba el *Tlacatécatl* como título principal, pues el mismo señor de México tenía como título guerrero el de *Tlacatecuhtli*, es decir, *Tecuhtli Tlacatécatl*.

El título de *Tlacatécatl* era el del general por excelencia, y así para mandar á los pueblos aliados se les nombraba un *tlacatécatl*.



Jefes del ejército de México

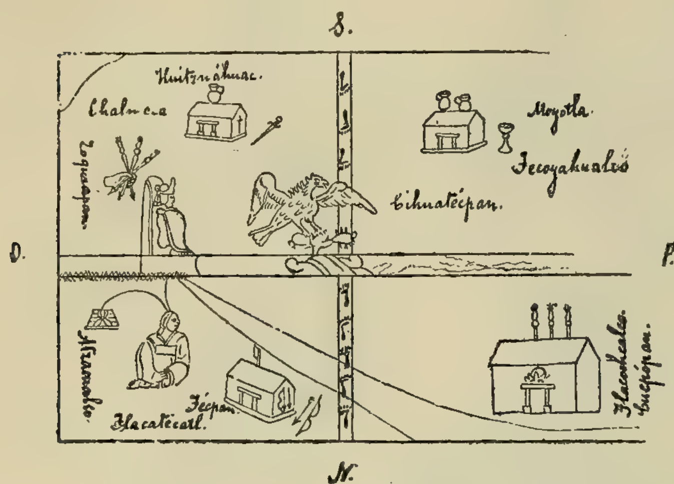
Quedaba, pues, el ejército mexica organizado de la siguiente manera: jefe supremo, el *Tlacatecuhtli*, que lo era también de todas las fuerzas de la Confederación del Anáhuac y de las de los pueblos aliados; jefes



Jefes principales del ejército y de los cuatro grandes calpulli

de los cuatro grandes cuerpos guerreros que formaban los cuatro grandes *calpulli*, el *Tlacatécatl*, el *Tlacochcálcatl*, el *Huitznáhuatl* y el *Tecoyahuácatl*; jefes con mando general en las diversas necesidades del servicio de guerra, el *Tezcacoácatl*, el *Tocuiltécatl*, el *Cuauhnochtli*, el *Tlillancalqui*, el *Atenpanécatl*

y el *Ezhuahuácatl;* jefes de las divisiones en que se repartía la fuerza de cada *calpulli* mayor y de los pueblos del territorio *mexícatl*, el *Acolnahuácatl*, el *Hueytecuhtli*, el *Temillótzin*, el *Tecpanécatl*, el *Calmihuilólcatl*, el *Mexicatecuhtli*, el *Tepanecatecuhtli*, el *Quetzalcoatl*, el *Tecuhtlamacazqui*, el *Tlapaltécatl*, el *Cuauhyahuácatl*, el *Coatécatl*, el *Pantécatl* y el *Huecamécatl*, de modo que cada uno venía á mandar unos ochocientos ó mil hombres; jefes de cada



Códice de Ixhuatepec. — Plano de Tenochtitlán

escuadrón, los *Telpuchtlatoque*, y oficiales de cada escuadra los *Achcacáuhtin*. Agreguemos los *Tequihuaque*, que iban á la vanguardia con cuadrillas de á cinco hombres cada uno, los *Otómitl (Otonca)* con los flecheros, también á la vanguardia y cubriendo los flancos; el cuerpo distinguido de los *Cuauhtli* y los *Océlotl*, que peleaba con el *Tlacatecuthli*, y los *Quáchic*, que quedaban á la retaguardia con los jóvenes *yaoyizque*. Y ya con esto nos formaremos idea cabal de la completa y magnífica organización del ejército de los mexica.

Unos escritores dicen que el *Tlacochcálcatl* era el superior de los cuatro jefes principales y otros que el *Tlacatécal*, y hay también opinión de que podía darse el mando del ejército á cualquiera de los diversos jefes citados. Los ejemplos pudieran autorizar esto, pero hay que explicarlo. Hemos visto que en la guerra de Chalco mandaba la expedición el *Ezhuahuácatl*, que tan gloriosamente se sacrificó; pero fácil es suponer que para tal guerra bastaba una parte del ejército de los tenochca, que por lo mismo podía ir á las órdenes de un general secundario. Mas los cuatro jefes eran enteramente iguales y estaban á las órdenes sólo del *Tlacatecuhtli:* como éste no siempre salía á la guerra, necesitaba delegar su mando en uno de ellos, y por su gran mérito guerrero y por el respeto que se le tenía, era el escogido Tlacaelel; y como quiera que fuese el *Tlacochcálcatl*, de ahí ha venido el creer que esta dignidad era superior á las otras. Y no fué ese el único error que han producido las circunstancias especiales de su persona, porque como era también gran sacerdote *Cihuacoatl*, se ha creído que este nombre era una dignidad militar, cuando tal puesto de por sí únicamente encerraba funciones civiles, como después veremos, lo que nos explica por qué el *Cihuacoatl* no aparece en las pinturas que minuciosamente designan los grados y dignidades de los *yaoyizque*.

Tenían también los cuatro grandes jefes funciones especiales en el ejército, propias de la dignidad de cada cual é independientes del mando que ejercían en campaña. El *Tlacatécatl*, como su nombre lo dice, y dando de mano la absurda etimología que lo llama cortador de gentes, era el jefe de los hombres, el que cuidaba de la organización personal, digámoslo así, de las tropas. El armamento estaba reservado al *Tlacochcálcatl*, y esto merece mayores explicaciones.

Comencemos por decir que había una industria especial para la fabricación de armas, y hombres dedicados á ella. El armero se llamaba *yaotlatquichichiuhqui* y la fabricación ó industria *yaotlatquichichihua:* las armas tomaban el nombre de *yaotlátquitl*. Hemos visto ya que se recibían armas por tributo, lo mismo que los trajes de guerrero, entre ellos los muy lujosos que los señores de México daban á los *yaoyizque* distinguidos. Formaba todo esto un gran acopio de armamento, y para guardarlo había un edificio especial, que ya hemos nombrado, el *Tlacochcalco*, que significa donde está la casa de los dardos; por lo que en el jeroglífico se la expresa con el signo *calli* y encima los dardos ó *tlacochtli*. Recordemos que en la expedición del Petén se encontró un *tlacochcalli*. Aun cuando en México había un edificio principal para ese objeto, el *Tlacochcalco*, que podemos decir que era la ciudadela donde se guardaba el gran depósito de armas, los escritores hablan de varios; y Gomara dice expresamente que los templos, á más de que servían de casas de oración, eran las fortalezas en que en tiempo de guerra principalmente se defendían y tenían en ellos la munición y almacén. Torquemada refiere que en el gran *teocalli* de México á cada parte y puerta de las cuatro por donde al patio del templo se entraba, había una muy grande sala y pegados con ella muchos aposentos y retretes, así altos como bajos, los cuales servían de casas de armas, donde las guardaban con toda su munición, porque como tenían los templos por lo más seguro y fuerte y era el lugar en que se recogían cuando eran atacados, guardaban en ellos como en fortaleza todas las armas y cosas necesarias de su defensa. También en este caso viene la lengua en nuestro auxilio; pues encontramos las palabras *yaocalli*, fortaleza; *yaocalcencahua*, proveer la fortaleza de lo necesario; *yaocallapixqui*, el que la guarda á manera de alcaide.

Pero no creemos que de nada de esto pueda deducirse que había un *tlacochcalco* en cada *calpulli* menor. Evidentemente que debieron haber armas en los *telpuchcalli* y tenían que estar armados sus *yaoyizque;*

pero depósitos únicamente podía haberlos en los fuertes y en los templos que de fortalezas servían, habiendo un solo gran arsenal, que era el *Tlacochcalco,* de donde se proveían fortalezas y ejército, y cuya ubicación única conocemos. Aunque el señor Orozco lo pone hacia Tlatelolco, no es de suponer que lo tuvieran los mexica tan lejos del centro de su ciudad y de su gran *teocalli,* que era su principal punto de defensa. Esto, y las indicaciones del plano del códice de Ixhuatepec, nos hace suponer que se hallaba poco más ó menos en donde hoy es el valle de Donceles ó la Canoa. Comprenderemos mejor el objeto del *Tlacochcalco* si lo comparamos con nuestra ciudadela, en que está el gran depósito de armas y proyectiles: en cada cuartel hay sólo las armas y municiones precisas para el servicio; pero en cualquiera eventualidad reciben de aquella cuanto necesitan.

Bajo este aspecto el *Tlacochcálcatl,* á más de ser uno de los principales jefes del ejército, era también el jefe de la administración guerrera en lo que al armamento se refería. Otro jefe era el *Tecoyahuácatl.* Bien indica su jeroglífico, lo mismo que los atributos del *Tecoyahualco,* que también se llamaba *Cihuatécpan* y estaba hacia donde es ahora la plaza de San Juan, que al cargo de esa dignidad estaban las vituallas del ejército y los depósitos de víveres, siendo lugar á propósito el *calpulli* de Moyotla, adonde llegaban igualmente las canoas del territorio de Texcoco, del propio de México y del lago de Chalco.

Pero ambas dignidades, que ejercían el mando en jefe ó la superintendencia de esos dos ramos de la administración guerrera, tenían á sus órdenes otros empleados subalternos que la hacían práctica. Eran los *calpixque.* La palabra *calpixque* tenía la significación general de mayordomo, así es que los había de muy diferentes clases. Ya hemos hablado de los que recogían los tributos y preparaban en los pueblos amigos los víveres para el ejército de México que por ahí pasaba. También hemos mencionado á los *yaocallapixque,* que eran como alcaides de las fortalezas. Veremos después que había otros *calpixque* que desempeñaban en la ciudad funciones análogas á las de los ediles de Roma. Los que nos ocupan ahora eran los encargados de reunir, guardar y distribuir el *yaoitácatl* ó vituallas para la guerra. Tenían éstos un jefe inmediato que era el *Petlacálcatl,* cuyo nombre venía de *petlacalli,* que significa petaca á manera de arca de cañas tejidas que servía para llevar las ropas, los víveres y aun las armas, especialmente flechas y dardos, que bien pudiéramos llamar municiones. Pero todos los *calpixque* tenían una casa ó centro, como claramente lo dice Durán, y por jefe superior al *Tecoyahuácatl,* recibiendo en su casa órdenes del *Tlacochcálcatl.*

Mas como los mexica no tenían bestias de carga, era preciso que llevasen á cuestas las municiones de guerra y boca ciertos hombres que se llamaban *tameme* y que eran de los macehuales, de la gente que no pertenecía á la clase guerrera.

Era costumbre que cada guerrero llevase á la espalda un *itácatl* con su particular comida que al salir de México le preparaba su mujer y que le daban en el camino los *calpixque* de los pueblos por donde pasaba. Sobre el *itácatl* llevaba su macana y su *chimalli.* Pero además el *tecuhtli* los mandaba proveer de los graneros del *Tecoyahualco.* Refiere Tezozomoc que cuando se emprendió la guerra de Ahuilizápan, los *calpixque* dieron á sus *calpulli* maíz para hacer ciertos bizcochos llamados *tlaxcaltotopochtli,* que eran tortillas tostadas que hoy se conocen con el nombre de *totopo,* pínole, chile molido, chía, frijol y todo lo necesario para el viaje. Llevaron además los *calpixque* gran provisión de alimentos para el camino, todo de los graneros de Moteczuma, formando minuciosa cuenta y razón de lo gastado.

Estos víveres y los trajes que se daban á los *yaoyizque* en servicio, venían á ser su soldada. Que había costumbre de darles esta paga, lo acredita la lengua de los mexica con la palabra *yaoquitzcapatiotl,* que es paga de guerreros. También llevaban los *calpixque* para darles, mantas blancas y delgadas de pita buenas para el sol y camino llamadas *tonalcáyatl,* cotaras ó *cactli,* buena cantidad de esteras y tiendas ó *yaoxacalli.* Las de los jefes y principales eran de tule, *quiyotlacuextli* y de cueros de venado; y para el mismo objeto ú otros que pudieran ofrecerse tenían buena cantidad de mantas grandes y gruesas que los españoles llamaron toldillos. Por su cuenta y razón conducían muchas armas, y riquísimos *chimalli* y buen acopio de macanas, y naturalmente de dardos y flechas, que eran las municiones.

Como quiera que además llevaban toda clase de instrumentos para preparar las vituallas, vasos, jícaras, tecomates, metates, ollas, comales, molcajetes y tezolotes, sería de suponer que ellos preparaban el rancho diario para la tropa. Mas siendo ésta tan numerosa no hubiera sido fácil, y como en un pasaje de Durán se dice que las mujeres preparaban el *itácatl* de sus maridos, suponemos que los acompañaban á la guerra con ese objeto. Dos razones tenemos en que apoyarnos. La primera, que las costumbres de nuestro pueblo son todavía reflejo de las de aquellos tiempos; y es constante que en nuestros ejércitos van las mujeres de los soldados y ellas les preparan los alimentos. Las soldaderas, que así las llamamos, son una verdadera providencia en campaña; adelántanse á las columnas en marcha, y cuando éstas rinden su jornada, ya aquéllas tienen dispuesta la comida para el marido fatigado. Por seguirlo abandonan su casa, su familia y hasta sus hijos, para exponerse á todas las incomodidades y peligros del camino. A la hora de la batalla quedan á la retaguardia,

y no se les oye ni un grito, ni una queja, ni un sollozo que pudiera acobardar al soldado: si alguna ve caer á su marido ó á su hijo, llora en silencio. Pues bien, la segunda razón que tenemos, es un jeroglífico que parece representar á esa mujer del *yaoyizque*. Recordemos otra vez que en los pueblos del Norte las mujeres acompañaban á sus maridos llevando el escudo. En la pintura referida la mujer lleva el carcaj con flechas y el arco; y como las mujeres no batallaban, sólo podemos creer que fuese la soldadera de aquellos tiempos.



Mujer llevando las armas de su marido

Agreguemos únicamente que los *calpixque* al volver de la guerra tenían que dar cuenta y razón de todo lo que habían gastado. De modo que si atendemos á la época, debemos confesar que los mexica tenían una administración admirable en sus ejércitos. Para proveerlos, como ya hemos dicho, eran los tributos que pagaban los pueblos vencidos; y si recorremos la nómina de tributos, veremos que de todos esos objetos que llevaban los *calpixque*, se entregaban grandes cantidades, lo mismo de los trajes y adornos guerreros, que de semillas para los alimentos: así es que los mexica seguían el gran principio económico de sacar de la guerra los elementos para hacer la guerra.

Reservando para su lugar otras funciones que en campaña ejercían el *Tlacochcálcatl* y el *Tecoyahuácatl*, pasemos á las del *Huitznáhuatl*. El señor Ramírez nos dice solamente que á más de ser uno de los generales de ejército, tenía ciertas funciones civiles en el palacio ó *técpan;* pero la circunstancia de que su *pantli* ó bandera es semejante á las de los *Telpuchtlato*, aunque con más adornos por su superioridad, nos hace pensar que su misión especial era sobre todo de inspección en los *Telpuchcalli*. Su nombre indica además funciones sacerdotales; y como la religión estaba estrechamente unida á todos los actos de la clase guerrera y en los *Telpuchcalli* se hacían diariamente actos de culto, no sería ilógico creer que el *Huitznáhuatl* los dirigía y vigilaba en campaña.

Sahagún nos ha conservado la oración que se hacía al dios *Tezcatlipoca Yaotlnecociautlmonenequi* en tiempo de guerra, demandándole favor contra los enemigos; y ella patentiza cuánto el espíritu religioso de aquellos pueblos influía en su indómito valor y en sus hazañas. Los dioses de antemano veían ya quiénes habían de ser los vencedores y quiénes los vencidos. «El dios de la tierra, dice la oración, abre la boca con hambre de tragar la sangre de muchos que morirán en esta lucha; parece que se quieren regocijar el sol y el dios de la tierra, llamado *Tlaltecuhtli;* quieren dar de comer á los dioses del cielo y del infierno, haciéndoles convite con sangre y carne de los hombres que han de morir en esta guerra.» Los mexica sabían que iban á la muerte, pero de antemano la aceptaban, pues le decían á su dios: «Porque á la verdad no os engañáis en lo que hacéis, conviene á saber; en querer que mueran en la guerra, porque ciertamente para esto los enviasteis en este mundo, para que con su carne y con su sangre den de comer al sol y á la tierra.» El ir á la mansión del sol era su premio, y ese tan deseado premio sólo lo recibían con la muerte. «¡Oh señor humildísimo, continúa la oración, señor de las batallas, emperador de todos cuyo nombre es *Tezcatlipuca*, invisible é impalpable! suplícoos que aquel ó aquellos que permitiéredes morir en esta guerra sean recibidos en la casa del sol en el cielo, con amor y honra, y sean colocados y aposentados entre los valientes y famosos que han muerto en la guerra.» Pedíase protección al dios para el *Tlacatécatl* y el *Tlacochcálcatl*. «Dadles habilidad, le decían, para que sean padres y madres de la gente de guerra, que andan por los campos y por los montes, y suben los riscos, y descienden á las barrancas, y en su mano ha de estar el sentenciar á muerte á los enemigos y criminosos; y también el distribuir vuestras dignidades, que son los oficios y las armas de la guerra, como privilegiar á los que han de traer barbotes y bollas en la cabeza, y orejeras, pinjantes, brazaletes y cueros amarillos atados á las gargantas de los piés, y que han de privilegiar y declarar la manera de maxtles y mantas que á cada uno conviene traer. Estos mismos han de dar licencia á los que han de usar y traer piedras preciosas, como son *chalchivites* y *turquesas*, y plumas ricas en los areytos, y quien ha de usar collares y joyas de oro, todo lo cual son dones delicados y preciosos, que salen de vuestras riquezas, hacen merced á los que hacen hazañas y valentías en la guerra. Ruego asimismo á V. M. hagáis mercedes de vuestra largueza á los demás soldados bajos; dadlos algún abrigo y una buena posada en este mundo; hacedlos esforzados y osados, y quitad toda cobardía de su corazón, para que con alegría, no solamente reciban la muerte, sino que la deseen, y la

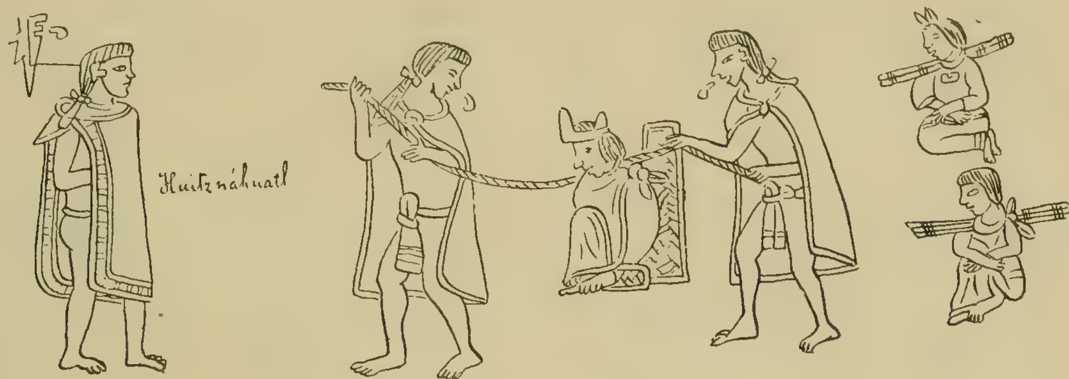
tengan por suave y dulce; y que no teman las espadas ni las saetas, sino que las tengan por cosa suave y dulce como á flores y manjares suaves; ni teman ni se espanten de la grita y alaridos de sus enemigos.» Así todo era del dios y para el dios, lo mismo las armas que las personas y las vidas; y él era quien daba el valor y la victoria. «Y por cuanto es V. M. señor de las batallas, le decían, y de cuya voluntad depende la victoria, y á quien queréis ayudáis, y á quien queréis desamparáis, y no tenéis necesidad de que nadie os dé consejo; y pues que esto es así, suplico á V. M. que desatinéis y emborrachéis á nuestros enemigos para que se arrojen en nuestras manos, y sin hacernos daño caigan todos en las de nuestros soldados y peleadores.»

Hemos querido citar el texto mismo de estos trozos de tan elocuente oración, porque nada podía dar idea más exacta de la influencia é intervención del fanatismo en la clase guerrera, la cual por lo mismo no podía desatender los deberes del culto á que nos referimos al hablar del *Huitznáhuatl.*

No tenemos indicios de las funciones particulares del *Tezcacoácatl* y del *Tocuitécatl,* y sólo sabemos que eran generales del ejército. Pero los intérpretes del códice Mendocino llaman ejecutores al *Cuauhnochtli,* al *Tlillancalqui,* al *Atenpanécatl* y al *Ezhuahuácatl.*

Del *Cuauhnochtli* ya sabemos que era el embajador que iba á declarar la guerra en nombre de México, y según el relato de Ixtlilxóchitl se creería que había varios, porque usa de la forma plural al hablar de los individuos de la embajada; pero era solamente el jefe de ésta.

El códice Mendocino trae una pintura importante que á estos ejecutores refieren los intérpretes. Habiéndose rebelado un *tecuhtli,* le están ahorcando, y están presos su mujer é hijos para traerlos cautivos á México. Es de notar que los ejecutores son sacerdotes, y que preside la ejecución el *Huitznáhuatl,* nombre que significa el señor del sacrificio, lo mismo que nahoa del Sur, de donde se deriva la costumbre de sacrificar; el cual está significado en su jeroglífico por una espina



Castigo de un tecuhtli rebelde.

huitztli y el símbolo de la palabra *náhuatl;* y á más se ve que es un sacerdote en su rostro y cuerpo negros, lo que confirma lo que respecto á su carácter y funciones hemos indicado.

Tambien era sacerdote el *Tlillancalqui* ó señor de la casa de la negrura y el *Ezhuahuácatl* ó señor de los sacrificadores. A éste le suponemos funciones análogas á las del *Huitznáhuatl.* Y como el *Tlillancalqui* se llamaba también un edificio que estaba como avanzada del gran *teocalli,* y la dignidad de ese nombre era un sacerdote, y en el templo se daba la instrucción guerrera en el *Calmecac* y ahí estaba la casa de los *cuauhtli* y los *océlotl,* y los *yaoyizque coatl* y *miztli,* debemos asignar al *Tlillancalqui* el mando de las fuerzas del *teocalli.*

Nos resta sólo el *Atenpanécatl,* señor de los puentes en las orillas del agua, jefe acaso que cuidaba de las fortalezas que defendían la isla, y probablemente también de las escuadras de canoas que se enseñoreaban de los lagos.

El instrumento de guerra para comunicar las órdenes era el caracol marino, de espantoso sonido; el toque de alarma en la ciudad se daba con el pavoroso *huéhuetl* del gran *teocalli;* la señal del combate se comunicaba por el *Tlacatecuhtli* con un pequeño tambor de oro que á la espalda llevaba; y para comunicar las órdenes llevaban tamborcillos igualmente los otros jefes; y también se transmitían por banderas. El *teponaxtli* del *Cuahtli-Ocelotl* tiene dos agujeros que indican que de ellos por una correa se colgaba al cuello, y hay que advertir que están muy gastadas por el uso sus dos lenguas de madera en que se tocaba. En el Museo hay otro *teponaxtli* también de pequeñas dimensiones é igualmente esculpido con primor. ¿Tenía la ciudad de México una bandera general para su ejército? Según Clavigero tenía por insignia una águila en actitud de arrojarse sobre un tigre. Según los señores Ramírez y Orozco, las armas de México fueron desde sus primeros tiempos el águila sobre el nopal. Pero en ningún jeroglífico hemos visto estas armas en estandarte ó bandera. Bernal Díaz, al hablar de la batalla de Otumba, se refiere á un estandarte de México; dice que por haberlo

perdido se desbandaron los mexica como tenían de costumbre cuando les quitaban su bandera. Pero M. Bandelier observa que tal hecho no tiene más apoyo que el dicho de Bernal Díaz, sin que se refiera por otro cronista; así es que no le da crédito. Nosotros hacemos más; podemos decir que no había una bandera de México, sino las cuatro de los *calpulli* mayores, como en *Tlaxcalla* había cuatro de sus cabeceras. De otro modo, en los diversos jeroglíficos sobre batallas que conocemos habríamos encontrado el estandarte de México; como no se encuentra tampoco el pretendido de Tlaxcalla, pues es un error decir que está en el *Lienzo,* y que era águila, avestruz ó garza. Los estandartes de sus cabeceras tenían: el de Ocotelolco un pájaro verde sobre una roca; el de Tizatlán una garza sobre una peña; el de Tepeticpac un lobo con flechas en la garra, y el de Quahuiztlán un parasol de plumas verdes. Se dice que no son conocidos los de los cuatro *calpulli* de México; pero pueden verse á la espalda de los cuatro jefes que los mandaban. El de Atzacualco era esa especie de gran parasol de plumas amarillo de oro que llevaba el *Tlacatécatl;* el de Cuepópan tres banderas blancas, *aztapámitl,* unidas y con penachos de quetzal que pertenecían al *Tlacochcálcatl,* y los de Moyotla y Zoquiápan los que ya hemos descrito del *Tecoyahuácatl* y el *Huitznáhuatl.*

CAPÍTULO XI

El ejército en tiempo de paz. — Guarnición de los telpuchcalli. — Fuerza armada de los templos. — Construcción de los teocalli. — Guarda de las fortificaciones y almacenes de guerra. — Guardia del Técpan. — Resolución del Consejo para hacer la guerra. — Proclamación en los calpulli y en los pueblos aliados. — Preparativos. — Lugar de reunión de las tropas. — Distribución del mando del ejército. — Marcha. — Campamento. — Centinelas. — Fortificación pasajera. — Espías y avanzadas. — Preparativos para el combate. — Formación del ejército. — Maestres de campo. — Ayudantes. — Órden de formación. — Táctica de ataque. — Señal del combate. — Batalla. — Reserva y refuerzos. — Ataque de flanco y á retaguardia. — Costumbre de envolver al enemigo para hacer prisioneros. — Retirada. — Estrategia de emboscadas y sorpresas. — Albazos y ataques nocturnos — Fosos cubiertos. — Ardides de los mexica. — Fortificación permanente. — Diversos modelos de fortificaciones en las ruinas de la Quemada. — Paso de los ríos. — La cerca ó tenámitl. — Su objeto, forma y modo de defenderla — Medios de atacarla abriendo brecha. — El asalto. — Terraplenes y pirámides. — Escalamiento — Cercos y sitios. — Toma de los teocalli. — Entrada á sangre y fuego en la ciudad vencida — Prisioneros. — Táctica defensiva. — Sitio y defensa de los mercaderes en Cuauhtenanco. — Cuenta y razón que daban los calpixque después de la campaña. — Imposición de tributos á los pueblos vencidos. — Castigo de los calpixque convencidos de mal manejo — Resultados de las conquistas de los mexica. — Aviso de la victoria. — Correos. — Señales que daban á conocer las noticias que llevaba el paynani. — Los tequihuatitlantli. — La vuelta del ejército. — Entrada triunfal. — Disciplina — Jurisdicción militar — Juicios en los telpuchcalli. — Los tribunales Tequihuacacalli y Tecpilcalli. — Premios. — Ceremonias conque se entregaban. — Vuelta del ejército en derrota. — Exequias á los difuntos.

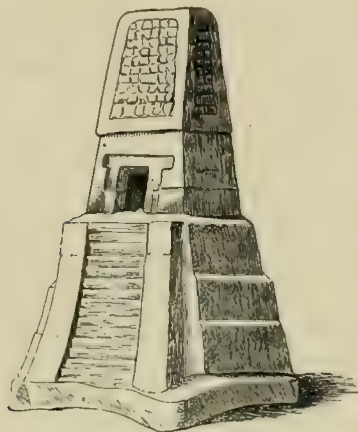
Primeramente debemos considerar al ejército de los mexica en tiempo de paz, si bien por sus aficiones bélicas podría llamarse habitual en ellos el estado de guerra. Cuando en ésta no se hallaban empeñados, no estaban sobre las armas ni en servicio activo todos los *yaoyizque*. Sí debemos creer por los antecedentes citados, que periódicamente y en ciertas ocasiones se reunían para hacer ejercicios militares. Los guerreros conservaban entonces sus armas en sus habitaciones y se dedicaban á las labores de que recibían la subsistencia. Pero no quiere decir esto que en lo absoluto quedara desguarnecida la ciudad. Tenemos primeramente los veinte *telpuchcalli,* que podemos llamar colegios militares y en los cuales había depósitos de armas y municiones, que por su propia organización era preciso que tuviesen un agrupamiento de guerreros, á los que se agregaban los mancebos que ahí estudiaban el arte de la guerra. Lo mismo debemos decir respecto del *Calmecac* que estaba en el recinto del gran *teocalli;* á lo que hay que añadir la consideración de que en ese recinto había salas de armas bien provistas, que en él estaba igualmente la casa de los *cuauhtli* y de los *océlotl,* y que el *teocalli* era la principal fortaleza de la ciudad.

Ya lo hemos dicho; pero tenemos que repetir que los mexica, lo mismo que los demás pueblos de nuestro Valle, adoptaron la táctica defensiva de la raza del Sur, la cual, según recordaremos, consistía principalmente en presentar frentes numerosos de guerreros en las diversas gradas ó pisos de las pirámides. Por eso los pueblos del Anáhuac levantaron sus templos sobre construcciones piramidales de gradas ó pisos, que si no alcanzaban la altura y grandiosidad de aquéllas, dominaban al menos el pueblo ó ciudad que defendían.

Motolinía, hablando de la construcción de los *teocalli,* dice que en lo mejor de un pueblo hacían sus habitantes un gran patio cuadrado, que en los mayores tenía de esquina á esquina un tiro de ballesta; cercaban de paredes este patio y muchos de ellos eran almenados; miraban sus puertas á las calles y caminos principales, y generalmente sacaban desde ahí los caminos á cordel una y dos leguas. En lo más eminente de este patio había una gran cepa cuadrada y esquinada, la del pueblo mediano de Tenayócan, que midió fray Toribio, tenía cuarenta brazas de esquina á esquina; la pared de la cepa era de piedra, y por dentro la henchían toda de piedra, ó de barro y adobe, ó de tierra bien tapiada; y según iba subiendo la obra, íbanse metiendo adentro para darle la forma piramidal, y de braza y media ó de dos brazas en alto iban haciendo unos relejes ó pisos, porque no labraban á nivel; y por más firme iban enangostando la construcción, de manera que cuando iban en lo alto del *teocalli,* tanto por la inclinación como por los relejes, se habían metido siete y ocho brazas de cada parte, y quedaba en lo alto una planicie de treinta y cuatro á treinta y cinco brazas. Para subir á la parte superior ponían siempre escaleras con el número de gradas correspondiente á la altura.

No sólo en el gran *teocalli* sino en otros principales que en México había, era necesaria una guardia que los cuidase. Existían además otras obras de fortificación permanente, entre ellas el fuerte de Xoloc, y no es creible que las tuvieran abandonadas sin que una fuerza competente las guardase. Ya hemos dicho que estaban bien provistas, y que no habría bastado para su custodia el solo *yaocallapixqui*.

Agreguemos los almacenes de armas y víveres, el *Tlacochcalco* y el *Tecoyahualco*, que no podían estar



Modelo en barro de un teocalli

abandonados, y el *Técpan* ó palacio que no debía carecer de una guardia.

Además de que esto es lógico y necesario en una sociedad organizada y sobre todo en una sociedad guerrera, tenemos dos datos de valor en que apoyarnos. El primer dato es el dicho de Bernal Díaz, testigo presencial y mayor de toda excepción, que fué al palacio de Moteczuma acompañando á Cortés en la primera visita que hizo al señor de México; y dice expresamente que tenía éste sobre doscientos principales de su guarda. Gomara, autoridad también muy respetable, dice terminantemente, que cada día iban seiscientos señores á hacer guardia á Moteczuma, y cada uno llevaba tres ó cuatro criados con armas, y alguno veinte ó más según era y lo que tenía, y así resultan tres mil hombres ó más los que estaban guardando el palacio del rey. Aunque se suponga exageración en esto, siempre tendremos dos testimonios irrecusables de la existencia de la guardia más ó menos numerosa. Y á éstos podemos añadir el de Torquemada, que no sólo habla de la guardia del rey, sino que dice que estaba mandada por uno de los *achcáuhtin*.

Pero hemos dicho que tenemos otro dato de importancia, y es la lengua. En el mexicano ó nahoa encontramos las siguientes palabras:

Tlapixqui, la persona que guarda.
Teopantlapía, guardar templo.
Ixpia, guardar á alguno.
Centlamátin yaoquizque, guarnición de guerreros.
Ni yaoteca, guarnecer gente para la guerra.
Ichichiuhca, guarnición.
Tlachiani, atalaya ó centinela.

Esta última palabra, que por sí sola bastaría para resolver la cuestión, tiene la particularidad de que refiriéndose á la guerra toma la forma compuesta *Yaotlachiani* ó *Yaotlachixqui*.

Desde el momento que la misma lengua nos da las voces que corresponden á guarnición, guarda y centinela, y que en confirmación tenemos el dicho de cronistas respetables, todo lo cual se apoya en la constitución misma de aquella sociedad, tenemos que sostener que en tiempo de paz estaba la ciudad de México guarnecida, si bien la fuerza sobre las armas podía ser corta, y si bien los guerreros que no pertenecían á ella no andaban armados por no estar en servicio activo. Sin duda que á los que de facción estaban, les darían el *yaoquizcapatiotl* ó paga.

Veamos ahora cómo mudaban las cosas para la guerra. Si llegaba el caso de que tuviera que hacerse ésta por alguno de los motivos atrás indicados, reunía el *tecuhtli* al Consejo, del cual nos ocuparemos extensamente más adelante, y éste decidía que se llevase á cabo. Ya dijimos que en esta ocasión formaban parte integrante de dicho Consejo los señores de Texcoco y Tlacópan. A más, por varios pasajes de los cronistas, se viene en conocimiento de que á veces se llamaba á los *yaoyizque* viejos y principales para oir su opinión; y no echemos en olvido que era muy respetable la del cuerpo de los *cuauhtli* y los *océlotl*. Una vez resuelta la guerra se publicaba en los cuatro *calpulli* de Tenochtitlán, é iban embajadores escogidos entre los jefes á proclamarla, primero á Texcoco y después á los otros pueblos aliados que debían acompañar á los mexica en su prosecución. En todos ellos comenzábase en seguida á apercibir la gente, armas y vituallas necesarias; y los mexica en todos los *calpulli* aderezaban sus *chimalli*, macanas y otras armas, y fabricaban gran número de flechas, dardos y hondas para arrojar piedras como pelotas, y hacían muchos ejercicios para tener listos sus cuerpos ó escuadrones. Mandábase avisar á los *calpixque* de los pueblos por donde había de pasar el ejército, que tuviesen listo el auxilio necesario, ya de gentes y armas, ya de víveres. Y los de México arreglaban sus provisiones y todo lo necesario para municionar el ejército, llevando muchas mantas y lo conveniente para levantar las tiendas en los campamentos. Hecha la provisión de los *yaoyizque*, partía al fin el ejército de México.

De antemano se fijaba lugar y día para la reunión de las fuerzas aliadas, y una vez verificada la concentración, marchaban todos en son de guerra y en orden regular, para lo cual se repartían por divisiones señalando á cada una su jefe y cierto número de escuadrones, y asignando el mando de determinado número de divisiones á cada uno de los cuatro grandes jefes, los cuales

á su vez estaban sujetos al *Tlacatecuhtli* ó á quien iba en su lugar y hacía sus veces.

Sería de ver el ejército cuando galanamente formado por columnas encumbraba un lomerío; á la cabeza sus jefes cubiertos de riquísimos trajes ornados de oro y vistosa plumería, los *ocêlotl* y los *cuauhtli* con sus pieles de tigre ó sus plumajes de águila cubierta la cabeza por cascos con el rostro de esos animales; cada escuadrón con diferentes colores, ya en el traje ó en el cuerpo embijado de los guerreros; los rostros rojos como fuego, ó negros como la noche si eran de sacerdotes ó de dignidades del *Calmecac*, ó variados de diversos colores; y el relucir de las armas y de los *chimalli*, ya ornados de oro, ya de espejos deslumbradores de pirita; y los mil adornos de oro y piedras brillantes de los guerreros principales; y como campo ondulante y cubierto de flores, la multitud de penachos de plumas de todos colores, sobresaliendo sobre ellos las mil banderas y enseñas como inmenso iris que fluctuaba al viento. Y detrás cientos de hombres con las cargas, cerrando el horizonte con las mujeres de trajes bizarros y vistosos. Figurémonos así un ejército de veinte mil hombres que con su acompañamiento podía llegar á doble número; y la imaginación más poderosa no podrá sobrepujar á la realidad de ese ensueño de luz y colores desplegándose bajo el azul poderoso de nuestro cielo.

No sólo conocían los mexica la formación en marcha perfectamente organizada, que les daba seguridad de no ser sorprendidos ni atacados en su camino, sino que de la misma manera y por igual motivo, sabían al terminar sus jornadas formarse en campamento, y especialmente lo practicaban luego que habían llegado á términos del pueblo ó señorío que iban á combatir. Buscaban para asentar su real lugar elevado y de donde pudieran ver al enemigo que se les acercara; alzaban en él las tiendas, siendo la mayor parte de carrizos y ramas; pero haciéndolas también muy ricas de mantas y pieles para los *yaoyizque* principales; y levantaban además en lo más seguro una gran galera que se decía *yaotanalalco*, y que era el almacen de las armas y los víveres que llevaban los *calpixque*. Este depósito se renovaba constantemente por nuevos envíos que se hacían de México ó de los pueblos aliados: de modo que jamás podía faltar lo necesario. Iguales envíos se hacían continuadamente de armas y gente de refresco. Así es que podemos llamar perfecta la organización administrativa del ejército de los mexica, sobre todo si atendemos á la cultura y demás circunstancias de aquellos tiempos y aquellos pueblos.

Naturalmente cuidaban sus campamentos con avanzadas y centinelas, y al acto de atalayarlos le llamaban *yaotlachializtli*. Para evitar que en ellos fuesen batidos acostumbraban fortalecerlos, pues usaban y conocían la fortificación pasajera. Tezozomoc refiere que luego que asentaban su real procedían á *fortalecerse fuertemente*. Estas fortificaciones consistían principalmente en trincheras con cuya tierra hacían ligeros parapetos ó albarradas, mezclando á veces piedras sueltas, y reforzándolos con palizadas. Y sucedió no pocas veces, que rechazados los mexica y perseguidos por el enemigo, encontraron su salvación en los campamentos fortificados pasajeramente por ellos.

De antemano, según hemos referido, habían ido los *tequihua* á espiar y reconocer bien el pueblo ó señorío que se trataba de conquistar, y también dijimos que con ellos iban cierto número de *pochteca* buenos conocedores del terreno. Así es que éstos constituían las avanzadas y espías cuando se preparaba la batalla. Explicaremos la táctica de los mexica en sus diversas fases comenzando por el combate campal.

Antes de salir para la guerra, siguiendo siempre sus costumbres religiosas, acostumbraban los mexica hacer sacrificios personales punzándose con espinas de



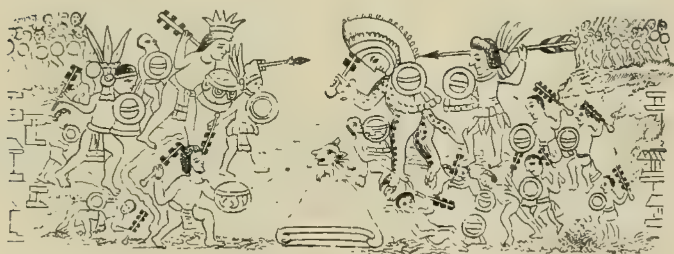
Sacrificios personales

maguey y celebrando otros actos de su culto; pero ya en campaña tales sacrificios habrían debilitado sus fuerzas. Así es que el día del combate se procuraba por el contrario robustecerlas. Al efecto, después que habían arreglado sus armas y se habían embijado, cada uno según su arma y escuadrón, les daban de comer, y repartían los *calpixque* á cada guerrero una ración como de una libra de *tlaxcaltotopochtli*, y un buen puñado de *pinolli* que mezclado con agua los refrescaba grandemente en el ardor del combate. Y siguiendo siempre sus ideas religiosas, luego que habían comido y estaban listos para entrar en pelea, los exhortaban á que peleasen con valor en honra del dios *Huitzilopochtli*, ponderándoles la gloria que tendrían de morir en la guerra, con lo que conseguirían por premio ir á habitar en la mansión del sol.

Procedíase en seguida á formar las falanjes y columnas, y á organizar las tropas ligeras y la reserva. Aquí nos encontramos verdaderamente asombrados con lo que podemos llamar un cuerpo de estado mayor: y porque no se nos tache de ilusos vamos á copiar textualmente las palabras relativas de Durán. «Luego, dice, salieron los viejos que tenían oficios de ordenar la gente de guerra, *que eran como maestres de campo*, con sus

bastones en las manos y unas cintas apretadas á la caueça y unas orejeras de concha, largas, y unos besotes en los lauios, muy bien armados, y empeçaron á componer la gente.» Por su descripción se ve en seguida que eran los *tequihuaque;* pero como además en diversas relaciones de batallas se habla de órdenes mandadas comunicar por el *Tlacatécatl,* y en las pinturas vemos siempre á su lado á los *cuauhtli* y los *ocêlotl,* es de suponer que éstos servían para ese objeto. Eran, pues, como edecanes, así como los *tequihua* maestres de campo.

La común organización era formar primeramente guerrillas de honderos, compuestas de un *tequihua* y cinco guerreros cada una, y de un *otómitl* y un grupo de flecheros: seguíanse las grandes divisiones mandadas por los jefes principales, que por sus componentes tomaban la forma de columnas paralelas; cada columna, con su jefe especial, se componía de subdivisiones de varios escuadrones, mandadas también por un jefe determinado; y cada escuadrón llevaba á su cabeza su *Telpuchtlato* con la bandera que debía seguir, y cada escuadra de ese escuadrón su *achcauh* con su estandarte para el mismo objeto, por lo cual los cronistas les dan también el nombre de alférez, que traduce Molina por *yaocquachpanitquic,* es decir, el que lleva en la guerra el *quachpámitl* ó bandera que sirve de cabeza; cada guerrero de estos escuadrones llevaba su macana colgada de la diestra y en la mano izquierda un puñado de dardos, embrazando el *chimalli;* los jefes tenían sus lanzas ó bien *átlatl,* que también llevaban algunas guerrillas: cubriéndose con los escuadrones y formando sus flancos iban también flecheros; y cerraban la retaguardia los valerosos *quáchic* con la tropa nueva y los mancebos que iban á aprender el arte de guerrear. Este orden sufría modificaciones según las circunstancias, y así se mandó en la campaña contra los cuexteca, que se



Batalla en columnas

mezclasen los mancebos con los soldados viejos para que éstos adiestrasen y cuidasen á los bisoños.

En esta formación la táctica de los mexica tenía por objeto romper la línea enemiga, destruirla y envolverla; á lo que llamaban *petlaticalaqui.* No faltan pinturas, en que, á pesar de la pobreza de figuras inherente á los jeroglíficos, se ven llegar á lo fuerte de la batalla las columnas de *yaoyizque.*

Formado ya el ejército frente al enemigo, daba el *Tlacatecuhtli* ó quien hacía sus veces la señal del combate, tocando en el *huéhuetl* de oro; comunicaban la orden rápidamente los otros jefes con sus atambores y caracoles, indicando las evoluciones con sus banderas; inmenso griterío se alzaba entre los *yaoyizque,* apellidando México Tenochtitlán ó el pueblo á que pertenecían; y entre alaridos que ponían espanto en el ánimo é imprecaciones y befas á sus contrarios, empezaban la refriega lanzando lluvia de piedras sobre ellos con las hondas, y granizada de flechas y de dardos con el poderoso *átlatl.* Las columnas de escuadrones se precipitaban en seguida al encuentro del enemigo, arrojando dardos, y cuando estaban cuerpo á cuerpo rompían sobre él usando de la macana y defendiéndose con el *chimalli,* atacando con el mayor furor é ímpetu que podían, llevando de encuentro al batallón que menos fuerte era, según las palabras del cronista Muñoz Camargo. Cubiertos por ellos y cubriendo á su vez los flancos, los arqueros hacían gran destrozo con sus proyectiles en las filas contrarias. Si se veía que los escuadrones flaqueaban, se les mandaban otros de la reserva á apoyarlos y auxiliarlos. Ya hemos visto en las campañas de Itzcoatl, que los tenochca conocían el ataque de flanco y por retaguardia, y así en lo más crudo del combate, las columnas mexica dispuestas á este propósito flanqueaban al enemigo, ó por retaguardia sorprendían el pueblo que querían ocupar, ó caían sobre sus contrarios envolviéndolos. Rotos y vencidos los enemigos, destrozados y envueltos, dábase el grito de victoria, que por todo el campo se repetía, y se seguía la persecución y alcance de los derrotados, entrando á ello todas las fuerzas y los mismos mancebos, procurando como principal botín y mayor gloria hacer el mayor número de prisioneros para sacrificarlos á sus dioses. El aprehensor era dueño del cautivo, y relatan las crónicas cómo se dividía el prisionero cuando se hacía entre varios. Generalmente al ganar la batalla, precipitábase el ejército sobre la ciudad contraria, y la entraba á sangre y fuego.

Más por curiosidad que por interés, diremos que al campamento le llamaban *yaoyizque yntlatequiliz,* á ordenar los escuadrones para dar la batalla *yaotequilía,* á ponerse á punto para acometer *yaotlalía,* á dar el grito de guerra *yaotzatzi,* á las señales para hacer las evoluciones *yaomachiyonecaliliztli,* á cercar á los enemigos *yaoyahualoa* y á retirarse *yaoeniloti.* Así la lengua viene á comprobar cuanto hemos dicho y á más que los mexica conocían el ataque en retirada.

Mas si por lo general, según nos refiere también Muñoz Camargo, se usaba la batalla campal; y por eso puede decirse que eran invencibles los mexica, pues á su valor indomable y á lo numeroso de su ejército, reunían una magnífica organización y una superioridad notoria en su táctica y en el conocimiento del arte de la guerra, usaban también, sin embargo, de estratagemas para sorprender al enemigo. Estrategia heredada de los

antiguos nahoas era el caer sobre el campo contrario á las primeras luces de la aurora, y despedazarlo cuando no estaba preparado para la defensa: ya hemos dicho que estos ataques se llaman *albazos* entre nuestros guerrilleros, y Muñoz Camargo habla de asaltos de noche y á deshora. También por diversos relatos de batallas que en las crónicas encontramos, especialmente en las de Durán y Tezozomoc, sabemos que otras veces armaban grandes emboscadas para atraer á ellas al enemigo, y allí cercarlo y destruirlo. Ya hemos visto un ejemplo de esto en la batalla que presentaron los itzaes en la laguna del Petén, y que sus combates en agua estaban sujetos á táctica semejante. En las emboscadas hacían, según Muñoz Camargo, grandes fosos poniendo en ellos estacas puntiagudas; escogían para ello lugares de paso preciso, y cuidaban de cubrirlas con ramas. Simulaban una desbandada, á fin de que el enemigo los persiguiese creyéndoles en derrota, y cuando salían bien de su intento y caían en la trampa los contrarios, les causaban muchas muertes. En esto había un recuerdo de las estacas hundidas en tierra que ponían los nahoas en los caminos.

En otras ocasiones, y siempre siguiendo la táctica de hacer una huída falsa para atraer al enemigo, hacían caer á éste en emboscadas, de modo que los envolvían en el lugar escogido de antemano con fuerzas que tenían ocultas á los flancos. En la misma guerra contra los cuexteca, que tanto hemos citado, se valieron los tenochca de uno de estos ardides. Cuenta la crónica, que los maestres de campo tomaron á los valerosos *quáchic,* los hicieron echar en tierra, tendidos todos en el suelo con sus rodelas y macanas en las manos, y los cubrieron con paja, que parecía que no había allí un solo hombre, cuando eran unos dos mil. Trabada la refriega, fingieron ceder los tenochca, y se fueron retrayendo hacia donde estaba la emboscada de los *quáchic,* perseguidos por los cuexteca que iban en su seguimiento; y cuando ya tuvieron á éstos bien adentro, salieron los que estaban debajo de la paja, y tomándolos en medio dieron con tanta furia en ellos, que ninguno de preso ó muerto escapó.

Como quiera que en no pocas descripciones de encuentros se mencionan tales estratagemas, es claro que formaban parte muy principal de la táctica de los astutos mexica.

Pero no sucedía siempre que los contrarios presentasen batalla campal, sino que fiaban más bien su salvación á las poderosas fortalezas inmediatas á sus ciudades ó á las fortificaciones en éstas levantadas. Entonces los mexica tenían que mudar su táctica y emplear el asalto, y el cerco ó el sitio. En muchas ocasiones nos hemos referido á los conocimientos que los antiguos pueblos tenían de la fortificación permanente; y aquí nos toca solamente resumir lo ya dicho sin que tratemos de las obras fuertes levantadas en la ciudad de México, porque nos parece lugar más á proposito para ello cuando lleguemos á su ataque por las fuerzas de Cortés.

Para dar una idea general sobre la fortificación permanente, tomaremos como modelo las ruinas de la Quemada en territorio de los zacateca, ya porque pertenecieron á una civilización no muy avanzada, y por lo mismo están más en consonancia con la época de decadencia del tiempo de los mexica, ya porque nos presentan las diversas maneras de defensa de aquellos pueblos.

Ya hemos visto que la base de la fortificación era la superestructura; la albarrada, el terraplén, la pirámide. Esto apoyado á veces en defensas que proporcionaba la misma Naturaleza, ya levantando las fortalezas



Peñón de Mitla

sobre cerros como la de Xochicalco, ya en peñas aisladas como la de Mitla, ya á orillas de un río como la de Copán.

Digamos de una vez que los mexica supieron vencer el obstáculo de los ríos. En una de las campañas más famosas, la de Tototepec, era gran defensa de la ciudad y mayor peligro para los mexica, el río Quetzálatl, el cual iba crecido y furioso y entraba en el mar con mucha fuerza: los guerreros de México hicieron muchas balsas y puentes de raíces de árboles y de carrizos, que en nahoa se llaman *acatlapechtli,* las que propiamente eran redes de una raíz nombrada *cuauhmátlatl,* que á su vez significa red de árbol; y hechas las balsas durante el día, botáronlas al agua por la noche; y habiendo pasado en ellas el ejército cayó por sorpresa sobre la ciudad. Estos puentes de balsas, formados de

bejucos, y el paso de los ríos frente al enemigo, acusan no sólo audacia sino gran inteligencia en el arte de la guerra.

Hemos dicho que el primer elemento de la fortificación permanente eran las albarradas ó murallas; éstas formaban un recinto cercado que quedaba así defendido por todos sus lados. Las ruinas de la Quemada nos dan una buena muestra. Existe todavía en ellas la muralla que guardaba el recinto. La descripción de la citada campaña de Tototepec nos suministra datos para apreciar cómo podían utilizarse esos muros y cómo se formaban para defensa de las ciudades; pues se refiere que se hicieron en la ciudad cinco cercas, las más fuertes que podían hacerse, todas de piedra y tierra muy apisonada y de maderas grandes y de todo género de fagina, en las cuales pusieron sus guardas y centinelas, y á más obstruyeron el camino con muchos trozos de madera, piedras, espinas y abrojos. Estas cercas se llamaban *tenámitl*, que significa piedra que rechaza las flechas: así



Cerca de la Quemada

es que su principal objeto era poder colocar detrás de ellas á los guerreros, al abrigo de los proyectiles del enemigo. Como éstos no tenían fuerza para derribar ni muros delgados, el *tenámitl* no tenía que ser de mucho espesor, ni de gran consistencia, ni de exagerada elevación: bastaba que cubriese bien al guerrero que ahí se amparaba. Por eso vemos que los muros del cerco de la Quemada ni son de gran altura ni de grueso exagerado, y que están formados solamente de lajas sobrepuestas y unidas con barro. Refiérense á veces los cronistas á troneras hechas en los muros para los flecheros; pero lo que nosotros hemos encontrado varias veces en las pinturas jeroglíficas son muros con almenas para parapetarse mejor. Podemos decir que el *tenámitl* siempre se representa con esas almenas, como puede verse en los jeroglíficos de Tenayócan y Tenanco, y recordemos que acostumbraban reforzar las salidas de estos muros con otras líneas que las cerraban, y que construían caminos cubiertos para librarse de los tiros del enemigo.

Repetimos que atendida la poca fuerza de los proyectiles de las armas mexica, esos muros eran poderosísima defensa; pero encontramos en la misma descripción de la campaña referida, que los *yaoyizque* de México sabían abrir brecha inutilizando la ventaja de esas fortificaciones. Dice el cronista, que después que los mexica pasaron el río, cayeron tan de improviso sobre la cerca, que aunque los centinelas tocaron alarma, ya tenían aquellos hechos sus portillos por donde entraron en la ciudad. No nos cuentan de qué medios se valían para abrir la brecha, ni sabemos si al efecto tenían



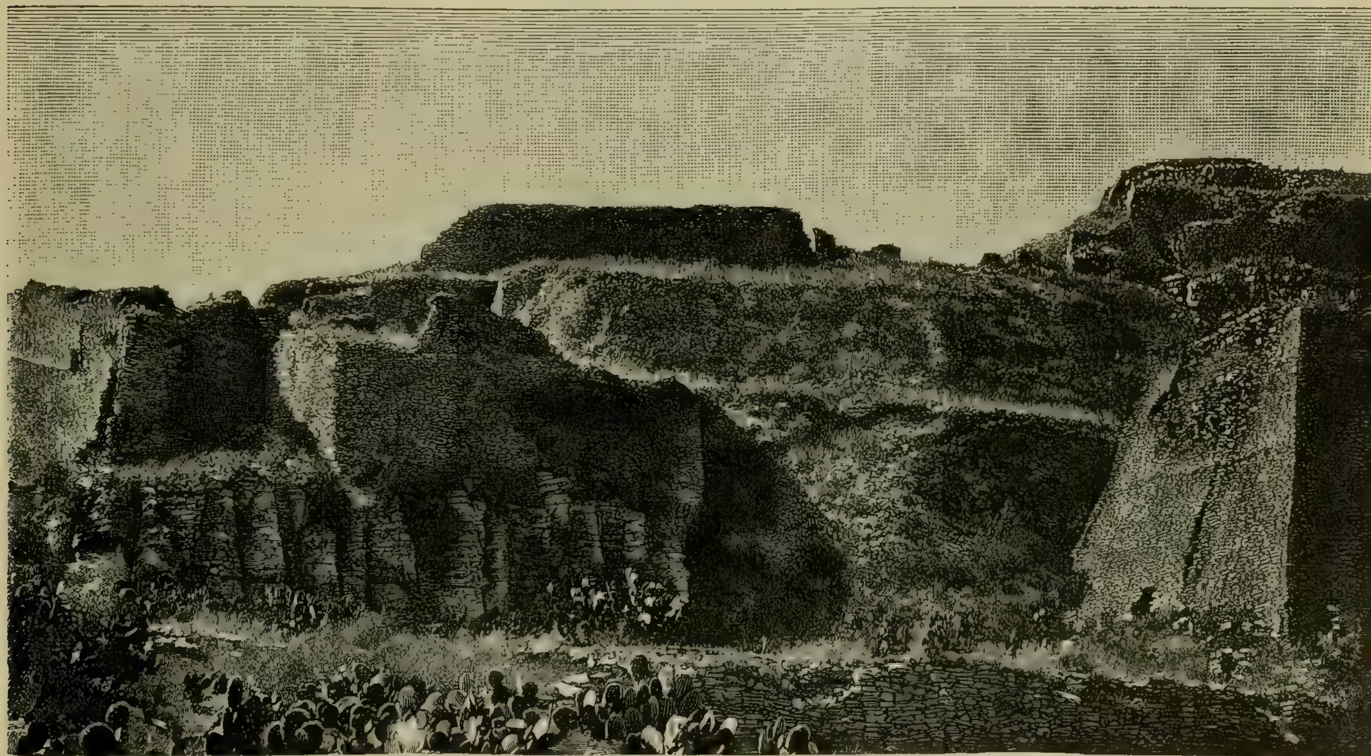
Trozo de muro en la Quemada

máquinas especiales de guerra; pero es necesario suponer que por lo menos usaron de grandes vigas que numerosos *yaoyizque* impelían contra el muro para romperlo ó

derrumbarlo. El cronista dice que á este efecto se hicieron gran número de coas de palo para cavar las tapias y deshacer las albarradas; pero instrumento tan débil, aunque pudo ser de grande utilidad, nos parece insuficiente. Diremos, pues, que el primer medio empleado por los mexica para tomar una plaza era el asalto; pero aun en éste buscaban la sorpresa, siguiendo siempre su táctica de ardides y astucias.

Mas no se limitaban los muros á albarradas ó *tenámitl,* pues los había ámplios y á veces unidos en escalones para batir desde lo alto al enemigo, presentándole gran número de combatientes y exponiéndole por lo mismo á recibir mayor cantidad de proyectiles, que era la táctica defensiva de los pueblos de la civilización del Sur. Recordemos que hemos descrito muros semejantes en las mismas fortificaciones de la Quemada, y por lo que de ellos queda puede inferirse que buscaban el cruzar sus tiros sobre el asaltante.

En este caso era preciso agregar al asalto el escalamiento. El manuscrito de Muñoz Camargo dice expresamente que usaban las escalas; y Durán, refiriéndose al asalto de Quetzaltepec, cuenta que se habían cubierto las murallas con gran número de hombres, piedras y palos arrojadizos, y que al acercarse á ellas recibieron gran daño los mexica; pero de antemano habían construído gran número de escalas, y arrimándolas á los muros, y otros como gatos, subieron denodadamente y tomaron la fortificación. Así es que, unas veces cavando las murallas y otras escalándolas, llegaron los mexica á vencer toda resistencia.



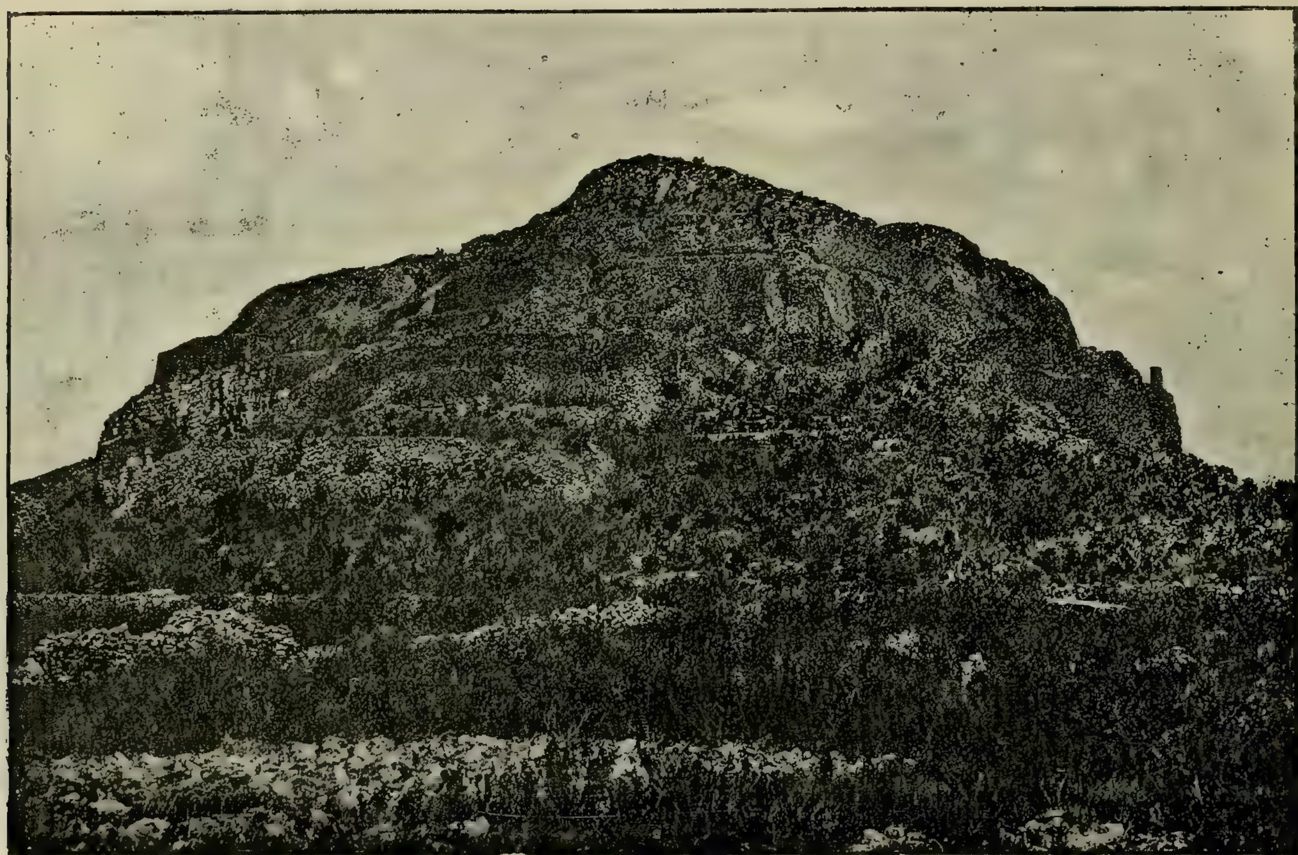
Muros escalonados de la Quemada

Mayor tenía que ser en los cerros fortificados con albarradas y terraplenes colocados á la redonda y á trechos de su altura. Así vimos que estaba Xochicalco, y así estaba igualmente el cerro de la Quemada, especialmente en la parte que mira al norte. Varios asaltos y escalamientos se requerían para tomar semejantes posiciones, supuesto que tomada una línea, el enemigo quedaba posesionado de las superiores, sin que hubiese más comunicación que la rampa ó escalera común, obstruída y defendida con mayor tenacidad; pues si en algunos lugares, como en Xochicalco, parece que el terraplén subía en espira, debe creerse que esto es debido á los derrumbes, pues semejante forma habría destruído mucho aquella manera especial de defensa.

En menor escala pasaba lo mismo con la pirámide y todavía en menor con el *teocalli.* Presentaban dificultades especiales los fuertes hechos en peñas inaccesibles ó las pirámides de las paredes iguales y sin gradas. De éstas es la de la Quemada; acaso más bien lugar de señales y puesto de observación, podía, sin embargo, quedar como último punto de refugio. Construída, como el resto de las fortificaciones, de pequeña laja, presenta paredes inaccesibles. En caso semejante, y siempre que no era fácil asaltar ó escalar muros, pirámides, templos ó cerros fortificados, se hacía necesario usar de otros medios para tomarlos, y éstos fueron el cerco y el sitio. Llama la atención el que se haya negado que los mexica empleasen tales procedimientos, pues son instintivos y usados por las tribus más bárbaras y atrasadas. Verdad es que el valor y arrojo de los mexica no cuadraban con esas dilaciones; y como no cuidaban de la vida de sus soldados, pues mérito era en sus creencias el morir en

la guerra para alcanzar el premio de ir á la mansión del sol, preferían naturalmente arriesgarse á una aventura á esperar resultados ajenos á su carácter. Pero la razón que para dicha negativa se da no tiene fundamento, pues consiste en decir que los mexica no llevaban elementos suficientes para estar largo tiempo fuera de su territorio. Las guerras que á larguísimas distancias llevaron acreditan lo contrario; y ya dijimos que constantemente recibían auxilios de víveres, armas y hombres de refresco de México ó de los pueblos aliados. Precisamente en la campaña tantas veces citada se habla de cerco de la ciudad atacada; y en lo que de la historia del Anáhuac llevamos escrito, hemos tratado ya del sitio de Atzcaputzalco, que fué de muy larga duración, y del de Texcoco por Tezozomoc, que fué dilatado y concluyó por la ocupación de la ciudad y después por la trágica muerte del desventurado rey Ixtlilxóchitl.

Vencidos los obstáculos por el sitio, el asalto ó el escalamiento, sobre todo en estos casos era indispensable tomar el *teocalli,* último punto de defensa, en que ésta y el ataque correspondían á la forma piramidal de los templos. Entrada la ciudad era de ley quemar el templo como señal de victoria, y desbandados los mexica y los aliados por la ciudad vencida, da espanto leer en las crónicas cómo se entregaban al pillaje y á la matanza, no perdonando en ocasiones ni á mujeres ni á niños, y



Fortificaciones del lado norte del cerro de la Quemada

trayendo gran cantidad de prisioneros en colleras, de ellos heridos, de ellos sanos, de ellos medio muertos, tratándolos con tanta crueldad que era compasión.

Como ya sabían los enemigos de los mexica que buscaban éstos más el hacerlos prisioneros que el matarlos y que su destino era entonces ó morir en el sacrificio ó vivir en la esclavitud, de ahí venía el que peleaban desesperadamente, buscando la muerte cuando no podían encontrar el triunfo, y huyendo y desamparando la ciudad tomada. Acordémonos de que en la toma de la isla del Petén, quedó despoblada, y que los que de la ciudad no pudieron huir en canoas, se arrojaron al agua por no caer prisioneros, ahogándose muchos en las lagunas, sin que quedase guerrero, anciano, mujer ni niño en el pueblo vencido.

Mas si por lo general los mexica eran siempre los invasores y por lo mismo su táctica tenía el carácter de ofensiva, y en ella, como se ha visto, hicieron grandes adelantos, no les faltaron ocasiones de tener que recurrir á la defensiva, ya cuando después de ser rechazados tenían que abrigarse á las fortificaciones de su campo, hasta donde eran perseguidos por los contrarios, ya cuando éstos hacían salidas de la ciudad cercada, de lo que no faltan ejemplos en las crónicas; y aun los hay de que en algunas veces y en regiones apartadas mudaron su papel y se convirtieron en atacados, teniendo para salvarse que desplegar todos los recursos de un sistema defensivo.

Refiérese como caso especial de esto y acción heróica, cuando los naturales de Ayótlan y Anáhuac no

dejaron salir á los mercaderes que habían ido á tratar con ellos. Los *pochteca* para salvar la vida se hicieron fuertes en el pueblo de Cuauhtenanco, que significa murallas de madera, sin duda por las fortificaciones improvisadas que tuvieron que hacer sus defensores. Sitiáronlos ahí los de Tehuantepec, Izhuatlán, Xochitlán, Amaxtécatl, Cuauhzontla, Atlán, Omitlán y Mapachtécatl. Duró el cerco cuatro años; y los mexica no sólo supieron resistir y sostenerlo, sino que en audaces salidas cautivaron á mucha gente principal de los sitiadores, llegando al fin á enseñorearse de la región. Y así volvieron triunfantes los mercaderes, llevando sus báculos, *xahuactopilli,* y sus abanicos, barbotes de ámbar, orejeras llamadas *quetzalcoyolnacochtli,* mantas ricas y *maxtli* preciados, que desde entonces fueron sus distintivos; y á más llegaron con el cabello hasta la cintura, pues en esos cuatro años jamás se lo habían cortado.

Terminada la campaña ó declarada la victoria, se entregaban los primeros prisioneros tomados para que los sacrificasen á los dioses; y ahí mismo los *teopixque* que del ejército formaban parte, les arrancaban el corazón en su templo humeante aún. Los *calpixque* contaban los cautivos contrarios y los muertos propios,



Pirámide de la Quemada

y hacían cuenta del despojo adquirido, y razón de las hazañas hechas, para que de todo tuviese noticia exacta el *tecuhtli* de México. Si había discusión sobre la propiedad de un prisionero, dirimían la contienda, y en caso de que no pudiesen decidirla, lo aplicaban á un *calpulli* para que fuese sacrificado. Guardaban á los prisioneros que al señor pertenecían, á los cuales ponían en México en una casa llamada *Malcalli,* donde tenían gran cuidado y cuenta de ellos, dándoles de comer y beber. Imponían después tributos á los pueblos conquistados, consistentes en los productos de la región, y les nombraban los *calpixque* que habían de recaudarlos. Dice Sahagún, además, que les elegían gobernadores y oficiales que los presidiesen, no de sus naturales sino de los que los habían conquistado; pero ya hemos advertido que generalmente se les dejaba sus señores propios. De tal manera, al levantarse el campo para volver á México, los *calpixque* llevaban ya minuciosa cuenta y razón de todo lo ocurrido, de todo lo gastado y de todo lo adquirido. Y si en esto ó en la recaudación de los tributos había mal manejo en el *calpixque,* se le reducía á prisión y echaban de su casa á sus mujeres é hijos, se aplicaba su hacienda al señor y se condenaba á muerte al culpable.

Quedaban al fin vencidos y humillados los enemigos de México; sobre ellos se echaba la carga de cuantiosos

tributos, con éstos se enriquecía la ciudad vencedora y en ella aumentaban las comodidades y el lujo y la pompa; multitud de cautivos sacrificados hacían más solemnes las suntuosas fiestas del culto y más propicios á los dioses sanguinarios; pero tras tanta fatiga, tanta muerte y tanta victoria, ¿qué habían conseguido los mexica para lo porvenir? Les faltaba el instinto de la nacionalidad y de aquellos pueblos no hacían parte de su territorio; no mezclaban las razas vencedora y vencida para hacer una nueva que tuviese iguales aspiraciones y una misma patria; no confundían los intereses de ambas para crear un interés común; por el contrario, hacían más profunda la división, lo que antes era indiferencia ó desvío entre dos pueblos tornábase odio y rencor; iban á largas distancias á buscar regiones para ellos desco-



Toma de un teocalli

nocidas, y sólo les dejaban un recuerdo de sangre y servidumbre, y cuando al fin creían los mexica que habían dominado centenares de ciudades, únicamente habían conquistado millones de enemigos con hambre de venganza y sed de esterminio.

Naturalmente, tan luego como se conseguía la victoria, se despachaba aviso rápido á México. Era costumbre tener correos, aun en tiempo de paz, en los caminos más frecuentados; pero especialmente en ocasión de guerra se establecían para recibir prontas noticias. Los correos se llamaban *paynani,* que quiere decir el que corre ligeramente, porque de esta manera llevaban las noticias. Les decían también *yciuhca titlantli,* que significa mensajero que va de prisa. Había al efecto ciertas estaciones comunes y otras extraordinarias que se ponían hasta el campo de la guerra, las cuales se llamaban *techialóyan* ó lugar donde se aguardan, en que vivían corredores muy ligeros y ejercitados y conocedores de las veredas y caminos más cortos. Enviado un correo del ejército, corría sin descanso hasta el primer *techialóyan,* y comunicaba su mensaje á uno de los correos, que estaban siempre listos, el cual partía á carrera inmediatamente á otra estación, y así, como de posta en posta, volaba la noticia sin que fuese interrumpida un solo momento hasta llegar á la ciudad de México. De esta manera el correo hacía cien leguas diarias sin que nunca fuesen detenidos los *titlantli,* pues eran respetados como embajadores aun en los pueblos extraños.

Según la noticia que llevaba el *paynani* así eran su porte y traje, y era esto ya tan conocido que bastaba verlo para que luego se supiese la calidad de la noticia que llevaba. Si llegaba con su manta atada al cuerpo y el cabello ceñido, las noticias eran de poca importancia. En caso de desastre entraba en el *técpan* silencioso y con el pelo suelto sobre el rostro. Pero si era nuncio de victoria, aparecía con el *chimalli* al brazo, blandiendo el *macuáhuitl,* trenzado el cabello, ceñido un lienzo blanco y haciendo gentilezas.

A estos mensajeros les llama Sahagún los *tequipantitlanti;* pero evidentemente está equivocada la ortografía como la mayor parte de las palabras mexica de la impresión de su historia, porque esa voz significaría mensajero afligido. Debe ser *tequihuatitlantli,* que quiere decir embajador *tequihua,* porque para llevar tan faustas nuevas debían escogerse guerreros principales. Oída la noticia por el *tecuhtli,* no le daba ascenso desde luego, y hacía guardar á los mensajeros, que recibían por castigo la muerte si aquélla resultaba falsa. Mas después que se habían contado los cautivos y podían enviarse los pormenores de la campaña, se mandaban nuevos *tequihuatitlantli,* que en este caso ya dice el mismo Sahagún que eran capitanes y se daba libertad á los primeros.

La vuelta del ejército victorioso era naturalmente una série de regocijos por todo el camino. Se llenaba la calzada por donde debían entrar en la ciudad de enramadas y vistosos arcos de tules y flores, formando también de tules numerosas cortinas colgantes que semejan grandes flecos. Salían en procesión muy solemne para recibir á los vencedores los grandes sacerdotes con sus trajes de las ceremonias, y los demás ministros de los templos, é igualmente todos los que desempeñaban las primeras dignidades civiles y los *yaoyizque* distinguidos que no habían ido á campaña, todos vestidos con sus atavíos más lujosos y bizarros. Henchíase el camino de los macehuales de México, hombres, mujeres y niños, y de los habitantes de los pueblos vecinos que iban á contemplar admirados á los vencedores. Los sacerdotes iban quemando copal en los braseros sagrados y tañendo los caracoles y bocinas de los templos, formando hilera en uno de los lados de la calzada, y por el otro lado, en hilera también, los principales y los *yaoyizque.* Luego que encontraban al ejército, después de incensarlo y hacer otras ceremonias, volvíanse delante de él, llenando el fondo de tan vistoso cuadro millares de canoas enramadas que venían siguiéndolos por el agua, porque los mexica contemplasen mejor á sus guerreros victoriosos.

Concluiremos esta materia, en que de propósito nos hemos extendido atraídos por los importantes estudios de nuestro amigo el señor Bandelier, y porque tratando estamos de un pueblo esencialmente guerrero; hablando

de la disciplina y jurisdicción militares, si bien con muy pocos datos, pues en este punto fueron más descuidados los cronistas.

Debió ser muy rigurosa la disciplina del ejército y castigarse con energía las menores faltas, siendo imperdonable la cobardía, si atendemos al espíritu despótico



Sacerdote quemando copal

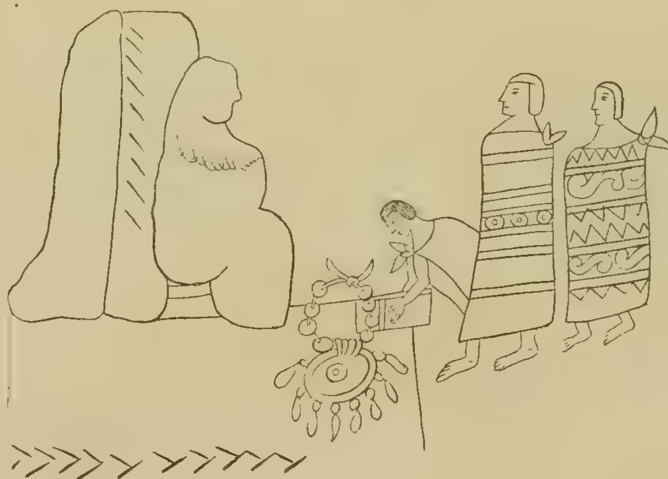
de los mexica, á la crueldad de su educación y castigos en el *Calmecac* y los *telpuchcalli,* y al mismo sentido de la oración citada anteriormente, que en tiempo de guerra se dirigía á Tezcatlipoca. Bien indica el rigor de esa disciplina la vigilancia incesante que se tenía de poner centinelas en la ciudad de día y de noche para que en ella y sus términos cuidasen que no entraran enemigos sin sentirlos ni conocerlos. Así los sacerdotes atalayaban los *teocalli* mudando las centinelas en los espacios de la noche y velaban también los *teachcauh* por intervalos. El mismo *Tlacatecuhtli* velaba muchas veces y salía disimuladamente á observar si estaban en su puesto los vigilantes, y cuando se dormían ó embriagaban los castigaba duramente. Cuando algún pueblo ó nación amenazaba de guerra á los mexica, se tenían centinelas y avanzadas en sus términos, para lo que se empleaba á los valerosos *tequihua,* y éstos cuidaban de día y de noche para ver si los contrarios se aparejaban á la guerra, y prender á sus espías, á los cuales daban muerte lo mismo que á aquellos en cuyas casas se aposentaban. Había también centinelas en los *telpuchcalli,* que estaban cantando en la noche para no dormirse y para que supieran que estaban dispuestos y velando, y como voz de alerta tocaban los *teopixque* sus bocinas en los *teocalli* y les respondían todas las centinelas, y en los *telpuchcalli*, sonando sus caracoles, los *huéhuetl* y los *teponaxtli.* Y en fin, para evitar los peligros de la oscuridad de la noche, jamás se apagaba el fuego en los *teocalli* ni en los *técpan,* ni en los *telpuchcalli* ni en el *Calmecac.*

En cuanto á la jurisdicción militar, por lo que hemos visto, parece que en cada *telpuchcalli* correspondía al *telpuchtlato,* siendo los ejecutores los *achcacáuhtin* ó *teachcauh,* y pudiendo llegar la pena hasta la de muerte. Mas Sahagún dice que cuando alguno se emborrachaba, amancebaba ó cometía adulterio, el *tecuhtli* lo mandaba prender y le daban garrote, ó le mataban á pedradas ó á palos delante de toda la gente para que tomasen miedo de no atreverse á hacer cosa semejante. Como los mexica usaban el procedimiento por instancias, es de creer que en estos casos eran jueces sucesivos el *telpuchtlato* y el *Tlacatecuhtli.*

Pero la jurisdicción general sobre los *yaoyizque,* según claramente se desprende de la oración á *Tezcatlipoca* y según además afirma Sahagún, la tenían el *Tlacochcálcatl* y el *Tlacatécatl.* Llama el cronista á estos juicios consejos de guerra, y dice que el tribunal estaba en un aposento del *técpan,* y que se llamaba *Tequihuacacalli* y por otro nombre *Cuauhcalli.*

Se exceptuaban, sin embargo, de esta jurisdicción los guerreros principales, que eran juzgados directamente por el *Tlacatecuhtli* en un tribunal llamado *Tecpilcalli;* y no era por cierto débil con ellos la justicia, pues si alguno cometía adulterio, por más noble y principal que fuese, le sentenciaban á muerte y le mataban á pedradas. En tiempo de Moteczuma fué sentenciado un gran principal que se llamaba Huitznahuatlecamalacotl, el cual había cometido adulterio, y le mataron á pedradas delante de toda la gente.

Pero así como había para los *yaoyizque* extremado rigor en los castigos, había también esplendidez en los premios que por sus hazañas se les concedían, de los



Ceremonia en las exequias

cuales hemos hablado extensamente, así es que excusaremos repeticiones; sólo diremos que para dar mayor mérito á la recompensa la hacían solemnemente. Al volver el ejército triunfante á la ciudad, llevábase directamente al *técpan* ó palacio del señor á los *yaoyizque* que habían merecido tales gracias. Al entrar en el patio quemábanse en su honra muchos perfumes en los mismos braseros ó en los *tlemaitl* destinados á los dioses. Puestos en presencia del *tecuhtli* alardeaban de sus

proezas, presentando los cautivos que habían hecho en la guerra y demás trofeos de su victoria; y el señor, después de hacerles concesión de grados y ricos presentes, les hacía sentar y pronunciaba un pomposo elogio de su valor y sus virtudes.

Mas en las pocas veces que los mexica sufrieron reveses en la guerra, entraban los *yaoyizque* en la ciudad silenciosos y tristes, y en vez de cantos de triunfo escuchábase sólo el gemir de las mujeres por sus hijos y esposos muertos, sin que hubiera más solemnidad que la general de las exequias de que en otra ocasión hemos tratado ya.

CAPÍTULO XII

Gobierno civil de México.—Oscuridad y contradicciones de los cronistas.—Jefe de calpulli.—Mando propio de los tecuhtli.—Su jurisdicción sobre los pueblos tributarios.—Servicios que se les prestaban.—Sus rentas y exenciones.—Sus palacios ó teccalli.—Los chinancálcatl ó merinos de los veinte calpulli menores.—Su elección y atribuciones.—La autoridad municipal de los calpixque.—Recompensa de los servicios del Chinancálcatl.—El Colhuatecubtli.—El Tlatócan ó Consejo.—Su origen.—Su formación con miembros de la familia real.—Cargo vitalicio de los tlatoque.—Su nombramiento.—Los doce consejeros que componían el Tlatócan de México.—Su división en cinco cámaras de á cuatro miembros.—Los cuatro grandes electores.—Sus rentas.—Reglas para la elección.—Asamblea que se formaba según el relato de Sahagún.—Datos históricos sobre el nombramiento de los señores de México.—Dinastía real.—Carácter de designación que tenía el acto electoral.—Sucesión dinástica.—Falsedad de las reglas dadas comunmente por los historiadores.—Reglas comunes de la dinastía hereditaria.—Su aplicación con una sola variante.—La mujer legítima del tecuhtli ó sea la reina.—Sucesión de los señores mexica conforme á esas reglas.—Carácter político del tecuhtli de México.—Su consagración.—Pláticas que le hacían el gran sacerdote y los tecuhtli menores.—Carácter divino que tomaba por la consagración.—Superioridad que tenía sobre las otras dignidades del reino.—Razón de los cronistas en llamarlo rey ó emperador.—Cámara judicial.—El poder legislativo en manos del tecuhtli.—Carácter administrativo del Tlatócan.—Sus elementos constituyentes.—Partición de ellos entre las clases guerrera y sacerdotal con exclusión del pueblo.—El Tlatócan no podía destituir al señor de México.—Rentas del rey.—El Cihuacoatl.—Intervención del gran sacerdote en los gobiernos de la civilización del Sur.—La diosa Cihuacoatl, Coatlicue ó Cihuacoatlicue.—Leyenda sobre el nacimiento de Huitzilopochtli.—Fiesta de Coatepec.—La diosa Cihuacoatlicue.—Su supremacía.—Su templo ó el Tlillan.—La estatua de la deidad.—El panteón de los dioses mexica.—El fuego perpétuo.—Los sacerdotes Tecuaquiltlin.—Culto sanguinario.—La comida de carne humana de la diosa.—Sacrificio de niños.—La gran fiesta Hueytecuhólhuitl.—La cautiva Xilómen.—Simbolismo astronómico de Huitzilopochtli.—Significación de su nombre como estrella de la mañana.—El sacrificio del Xilómen.—El sacrificio de los cuatro cautivos en el teotlecuilli ó brasero del fuego divino.—Baile á su derredor de los sacerdotes de los veinte calpulli.—Danza de los guerreros.—El asalto de las rosas.—Banquetes á los yaoyizque.—El gran sacerdote Cihuacoatl.—Tlacaelel.—Su carácter sacerdotal.—Su carácter guerrero como Tlacochcálcatl.—Moteczuma establece la dignidad civil de Cihuacoatl.—No era igual á la del rey.—Diversas opiniones y su discusión.

Ningún punto es, en nuestro concepto, más difícil de aclarar que la verdadera constitución del gobierno de los mexica: los mismos señores Orozco y Bandelier no la alcanzaron, á pesar de que el trabajo especial del segundo es un modelo de estudio y erudición; y si registramos historias y crónicas las encontraremos deficientes en esta materia, embrolladas y oscuras. Descubrimos que ha habido para ello dos causas: es la primera, que los cronistas inmediatos á la Conquista no comprendieron ni podían comprender una organización tan especial y tan distinta de la para ellos conocida en su patria, y natural fué que explicaran confusamente lo que mal entendían; es la segunda, que como había diferencias radicales entre las costumbres que en estos asuntos seguían los diversos señoríos, por generalizar las confundieron, de donde tomaron origen las oscuridades y contradicciones. Particularmente pasó esto con los dos señoríos de México y de Texcoco, ambos inmediatos, unidos en estrecha alianza y muy parecidos en varias circunstancias de su vida social, lo que era parte para que en todo los tuviesen por iguales.

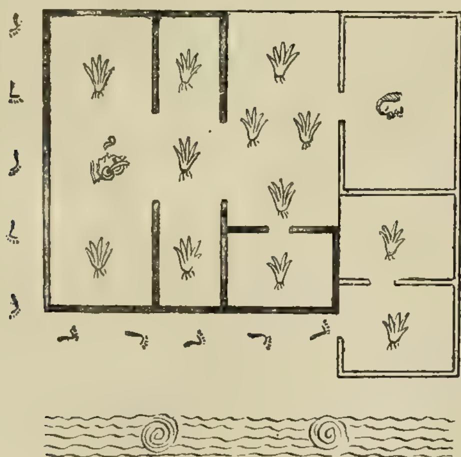
No es poco árdua la empresa de deshacer equivocaciones que ya han pasado en autoridad de cosa juzgada; pero la emprenderemos siguiendo lo que nos indican las pinturas jeroglíficas y lo que lógicamente corresponde á la conformación política de aquellos pueblos, á la tendencia natural é histórica de esas razas y á las tradiciones que habían recibido de naciones anteriores, cuyas ideas ya eran como suyas propias por virtud de la facultad de asimilación bien reconocida en los mexica.

La división de la isla de Tenochtitlán en veinte *calpulli*, debió producir desde un principio una organización determinada para cada uno de ellos; mas contrariaba el que se organizasen con cierta independencia, su pequeña extensión; el que estaban unidos en una isla corta y aislada, y el que en la misma isla residía el gobierno supremo de aquel pueblo. La autoridad, pues, que cada *calpulli* se eligiese, debía tener más bien un carácter familiar ó de jefe de tribu sin significación política, y que cuidase únicamente de los intereses privados de ese *calpulli*.

Sin embargo, el señor Orozco, Vetancourt y otros historiadores, dicen que para cada *calpulli* se nombraba un *tecuhtli*, y le dan atribuciones importantes en su gobierno, suponiéndole de elección anual y concediéndole además ciertas atribuciones judiciales. Pero si se estudia

con cuidado lo que Zurita y otros autores de nota dicen sobre los *tecuhtli*, ó *tetéctin* ó *tectecúhtcin* en su forma plural, se advertirá que no se trata de ninguna manera de los *calpulli* sino de los señoríos anexos al territorio. Esto tenía que suceder principalmente en el reino de Texcoco, pues ya hemos dicho que tenía en su territorio varios señoríos para los cuales nombraba *tecuhtli* el rey ó señor *acólhuatl*. Pensamos que éste ha sido el principal motivo de confusión. Sin duda que en los pueblos del territorio *mexícatl*, que de Xochimilco á Atzcaputzalco se extendía, nombraba también á los *tecuhtli* el señor de México, porque tal era la organización especial de esa manera de nacionalidades, y ya hemos visto cómo quedó en el señorío de Xochimilco su *tecuhtli* por voluntad expresa de Itzcoatl; pero esto no era de ninguna manera aplicable á los *calpulli*, que estaban en circunstancias muy diferentes.

Desde luego debemos notar que sólo podían nombrarse para tal puesto aquellos que hubiesen adquirido la dignidad de *tecuhtli*, conforme á las ceremonias que ya hemos explicado, y que el cargo lo tenían por nombramiento del rey ó señor á cuyo territorio pertenecía el pueblo que iban á gobernar. El cargo era vitalicio pero no hereditario; mas si el *tecuhtli* tenía un hijo que lo mereciese, se le nombraba, y era costumbre que sólo á falta de descendientes se pasase á un extraño. Bien lo acredita lo que hemos referido sobre los *tecuhtli* de Teotihuacán. Además del ejercicio de su dignidad, se les daba servicio para su casa y leña y agua por los del pueblo que mandaban, y por su orden le labraban sus sementeras; quedaban ellos relevados del servicio del señor supremo y de ir á sus labranzas; pero tenían



Sistema gráfico para expresar la división de las tierras de un calpulli

(Del códice de Ixhuatepec)

obligación de acudirle con los tributos del pueblo, y con los hombres de armas y sus personas en caso de guerra. Estos *tecuhtli* asistían como contínuos en la casa del rey y tenían obligación de mirar y hablar por la gente que estaba á su cargo, amparándola y defendiéndola. De aquí les venía el nombre de *tlatoques*, del verbo *tlatoa*, que quiere decir hablar. Para distinguirlos más de los reyes ó señores supremos, no se llamaban sus palacios *técpan* como los de éstos, sino *teccalli*.

Pero si los *calpulli* de México no tenían *tecuhtli*, cada uno elegía un *chinancalli* para su gobierno especial.



Manera conque consignaban los chinancalli los nombres de las tierras y los de sus dueños

(Fragmento del códice de Ixhuatepec)

Chinancalli propiamente quiere decir cerco ó agrupamiento de casas, ó sea un espacio determinado de la ciudad. Se adquiría este cargo por elección del *calpulli*; pero este elemento doméstico estaba limitado de dos maneras: la elección no podía recaer en cualquiera persona, sino que el candidato, á más de ser vecino del mismo *calpulli*, tenía que escogerse entre los principales, es decir, entre las clases privilegiadas; y era además el cargo vitalicio é indirectamente hereditario, supuesto que á su muerte elegían á su hijo, si era apto, y solamente que no tuviese parientes nombraban á un extraño.

La dignidad del *chinancalli* no era política; sus funciones se reducían á mirar por las tierras del *calpulli* y defenderlas, para lo cual tenían pintados sus planos y linderos, y quien las labraba, cuáles tenían dueño y cuáles estaban vacías. Ellos daban éstas á los que no tenían ó eran pocas para el sustento de su familia. Amparaban á los habitantes del *calpulli* y hablaban por ellos ante los jueces y otras dignidades, y en todo aquello que era de interés común y en lo relativo á sus fiestas reunían en su casa junta de los del *calpulli* para tratarlo, dando en ellas verdaderos banquetes á los asistentes. No se extendía su autoridad á los negocios del culto que de los sacerdotes dependían; no tenían que ver con la clase guerrera, que estaba sujeta al

telpuchtlato; no ejercían jurisdicción y sólo iban á hablar ante los jueces en defensa de los vecinos de su *calpulli,* y ni siquiera llenaban las funciones municipales. Quedaban reservadas éstas á los *calpixque,* á quienes Durán llama merinos y mandoncillos de los barrios; todavía en algunos pueblos se llaman merinos. Tenían los *calpixque* á su cargo abrir los caminos, limpiar las calles y acequias y cobrar el tributo. Eran nombrados por el señor supremo y formaban un cuerpo bajo el mando del *Hueycalpixqui,* como ya dijimos antes.

De tal manera, el papel de los *chinancalli* era de poquísima importancia y puramente económico, sin que produjese ninguna influencia democrática en la organización constitutiva de México.

Naturalmente sus servicios tenían alguna recompensa. Los habitantes del *calpulli,* que por su dignidad ú oficio no estaban exceptuados de tributos, le labraban una sementera al *chinancalli* y le daban servicio conforme á la gente que había en el barrio. Originábase esto de la costumbre, y tenía por objeto compensar los servicios del *chinancálcatl* y los muchos gastos que irrogaba en las repetidas juntas que hacía en el año; lo que también acusa la necesidad de elegir para el puesto á persona muy principal y que pudiese hacer esos cuantiosos gastos. Y es de advertir que los servicios que se prestaban al *chinancálcatl* eran sin perjuicio del tributo que se daba al señor supremo.

Supuesto esto, en vano buscaríamos en el gobierno de México un origen popular. El gobierno residía en el *Colhuatecuhtli,* rey ó emperador como le llaman los cronistas, quien gobernaba con el Consejo, ó Senado como algunos le dicen. La institución de este Consejo debemos referirla al reinado de Itzcoatl, en que ya tomó forma definitiva el gobierno de Tenochtitlán. En los primeros tiempos se revela por los hechos la existencia de juntas verdaderamente populares; después se truecan por asambleas de principales, y por fin se circunscribe el poder á la sola reunión del Consejo. No tuvo éste un origen popular ni en su fundación ni en el nombramiento de sus miembros. Fundólo Itzcoatl por propia autoridad, y señaló á las personas que debían componerlo, escogiéndolos en la familia real: así sabemos que á Tlacaelel lo nombró *Tlacochcálcatl,* á Moteczuma Ilhuicamina *Tlacatécatl,* y que todas las otras dignidades estaban siempre repartidas entre los hermanos, primos y sobrinos del rey, según se ve claramente en muchos pasajes de las crónicas.

Aun cuando haya podido sufrir la institución algunas reformas ó aumentos en los reinos posteriores, debieron ser de poca importancia, pues no las conocemos, y únicamente las deducimos de dos ó tres nombres nuevos de dignidades que no encontramos en la lista de Itzcoatl.

Debemos, pues, referir á éste la fundación del Consejo y el primer nombramiento de los consejeros, cuyo cargo era vitalicio. Cuando alguno moría, el mismo Consejo, compuesto de miembros de la familia real, lo sustituía con otro pariente. Por los datos que pueden tomarse de las crónicas, se escogía en ese caso al hijo del difunto, lo que de hecho convertía tales puestos en hereditarios. Así es que verdaderamente el gobierno estaba en manos de la familia dinástica.

Hay diversidad de opiniones entre los autores sobre el número de miembros que tenía el Consejo, y en esto vemos con claridad que sus diferencias provienen de haber usado diversos datos de pueblos distintos; pero Durán expresamente dice hablando de México que los grandes señores eran hasta doce. Llamábanse genéricamente *tlatoani,* y se sentaban en sillas especiales dichas *tlatocaicpalli.* El Consejo tomaba el nombre de *Tlatócan,* y en él estaban sus miembros con *copilli* en la cabeza como el mismo *tecuhtli.*



El Tlatócan

Este número doce nos parece además lógico, pues unidos los *tlatoani* con el *tecuhtli* formaban el gobierno y eran trece, número simbólico de los mexica. Además en este caso también vienen en ayuda nuestra las pinturas, y en el códice Mendocino hallamos las doce siguientes dignidades:

1. *Tlacatécatl.*
2. *Tlacochcálcatl.*
3. *Huitznáhuatl.*
4. *Tecoyahuácatl.*
5. *Tezcacoatl.*
6. *Tocuiltécatl.*

7. *Atenpanécatl.*
8. *Tlillancalqui.*
9. *Cuauhnochtli.*
10. *Ezhuahuácatl.*
11. *Acayacapanécatl.*
12. *Tequixquinahuácatl.*

El Consejo con el rey ó emperador ejercía el supremo mando; pero aun cuando no era posible que aquel pueblo comprendiese la división de poderes que en la misma Europa no era conocida, sin embargo, habían dividido el *Tlatócan* en varias cámaras de á cuatro miembros para el ejercicio de sus diversas funciones: así es que los poderes quedaban confundidos, pero hasta cierto punto se ejercían separadamente por cada una de esas cámaras.

Hemos dicho que cada una de ellas se componía de cuatro miembros, número simbólico, y tenemos conocimiento de cinco cámaras, número simbólico también: lo que formaba veinte diversas dignidades, número simbólico perfecto. Las cámaras eran:

Los cuatro grandes electores:—*Tlacatécatl, Tlacochcálcatl, Tlillancalqui* y *Ezhuahuácatl.*

Los jefes de los cuatro grandes *calpulli:*—*Tlacatécatl, Tlacochcálcatl, Huitznáhuatl* y *Tecoyahuácatl.*



Los cuatro grandes jueces

Los grandes jefes guerreros:—*Tlacochcálcatl, Tezcacoácatl, Tecoyahuácatl* y *Tocuiltécatl.*

Los grandes ejecutores ó ministros:—*Cuauhnochtli, Tlillancalqui, Atenpanécatl* y *Ezhuahuácatl.*

Los cuatro grandes jefes:—*Tecoyahuácatl, Ezhuahuácatl, Acayacapanécatl* y *Tequixquinahuácatl.*

Ya hemos tratado extensamente de los cuatro grandes jefes guerreros, de los grandes ejecutores ó ministros y de los jefes de los cuatro grandes *calpulli;* réstanos hablar de los cuatro electores y de los cuatro jueces.

De los primeros refiere Durán, que eran de los hijos ó hermanos del rey á los cuales daban dictados de príncipes, y de ellos habían de elegir rey y no de otros. A estos cuatro señores los nombraban del Consejo supremo, sin parecer de los cuales nada podía hacerse. Y como de entre ellos se había de designar el rey, electo éste, nombraba el Consejo quien había de sustituirlo en su cargo anterior. Los cuatro electores tenían por dignidad de su oficio, pueblos que les tributaban, y estancias y terrazgueros que les daban todo género de mantenimiento y ropa.

Creemos que no se ha entendido bien la manera conque estos electores ejercían su oficio, ni cómo en realidad se elegía el rey ó *Tlacatecuhtli,* y menos aun las reglas precisas que en el caso se observaban. Vieron los cronistas tan sólo la parte exterior de los hechos, sin profundizar la razón de ellos, y de ahí sacaron sus teorías generalizándolas. Después los historiadores se han copiado los unos á los otros sin hacer nuevas observaciones, y tiempo es ya de que ensayemos restituir las cosas á su verdadero estado.

Conformes están todas las crónicas en que el rey se nombraba por elección en México; sabemos ya que sólo podía ser electo entre las cuatro dignidades citadas; y Sahagún nos refiere que concurrían al acto electoral, los *tecuhtlatoque* ó miembros del Consejo, los grandes sacerdotes, *tlamacazque* ó *papahuaque,* los jefes guerreros, *yahuiquihuaque,* y los viejos del pueblo, *achcacáuhtin;* pero tiene cuidado de expresar que no se hacía la elección por votos. De manera que esta reunión no era electoral, sino que tenía por objeto dar mayor solemnidad al acto.

Antes de decidir la cuestión y para tener datos suficientes, conviene que examinemos lo que pasó en cada una de las elecciones de los señores de México. Tomemos por base el relato del códice Ramírez, que es el más genuino. En la primera elección, en la de Acamapichtli, dice textualmente: «Los principales como los demás determinaron de elegir por rey á un mancebo llamado Acamapichtli.» La elección aparece popular, aunque ya se observa la distinción entre los principales y los demás. El segundo rey fué Huitzilíhuitl, hijo del primero. Para elegirlo «hizieron su cabildo y junta los señores y mucha de la gente común;» pero como después se agrega que el pueblo estaba *todo junto afuera* esperando quien les cabría en suerte, debemos decir que la segunda elección perdió el carácter popular y fué hecha por las clases privilegiadas, y á lo más por una parte del común. El tercer rey fué Chimalpopoca, hijo del segundo, y sólo dice el códice que los mexica tuvieron su *consejo* para elegirlo. Ya aquí no solamente falta la elección del pueblo, sino que descubrimos un cuerpo

electoral. El cuarto rey fué Itzcoatl, tío del tercero é hijo del primero; y dice el códice que para nombrarlo hicieron los mexica *su junta* y congregación. Con estas palabras nada de nuevo adelantamos. Pero á la elección del quinto rey, que fué Moteczuma Ilhuicamina, sobrino del cuarto y hermano del tercero, como ya estaba organizado el gobierno de Tenochtitlán, desaparece toda intervención del pueblo, y nos dice el códice que Tlacaelel juntó á los del Consejo supremo para que eligiesen al nuevo rey, y ya aparecen los señores de Texcoco y Tlacópan confirmando la elección.

Podemos, pues, decir que la elección del *tecuhtli* ó emperador de México no tenía carácter popular ó democrático, se hacía sólo por el Consejo que se componía de miembros de la familia dinástica y precisamente entre las cuatro principales de ella. Que tenían los mexica una dinastía real se prueba con sólo decir, que su primer rey fué Acamapichtli, y que fueron sin excepción sus descendientes los otros diez que tuvieron hasta que se consumó la Conquista.

En las elecciones siguientes habla el códice del nombramiento hecho por los electores, lo que confirma la opinión de Clavigero que dice se hacía por las cuatro dignidades electorales. La existencia de éstas, su gran carácter, puesto que de entre ellas mismas se había de nombrar el nuevo rey, nos hacen admitir á los cuatro grandes electores, los cuales hacían su designación en la numerosa y escogida junta á que Sahagún se refiere, por darle más solemnidad al acto.

Hemos dicho designación, porque esto era más bien que elección, pues no solamente estaba limitada activa y pasivamente en las personas de los cuatro grandes electores, sino que era preciso seguir reglas dinásticas fijas que en nuestro concepto hasta hoy no se han estudiado bien. Ya las comprendió Olmos, uno de los primeros y más estudiosos cronistas cuyas obras se han perdido, pero que en parte conserva en su texto Mendieta, pues éste dice: «visto y determinado cual era á quien el señorío pertenecía;» palabras que confirman nuestra idea de que no era arbitraria la sucesión.

Las reglas que dan los historiadores, y con las que no estamos de acuerdo, se consignan por el señor Orozco como verdadera ley en las siguientes palabras de Torquemada: «que esta fué costumbre de estos Mexicanos, en las Elecciones, que fuesen Reinando sucesivamente, los Hermanos, vnos despues de otros, y acabando de Reinar el último entraba en su lugar, el Hijo del Hermano Maior, que primero avia Reinado, que era sobrino de los otros Reies, que á su Padre avian sucedido.» Esta regla tan generalmente admitida es falsa. Si examinamos las genealogías de los otros reyes de la misma raza, vemos que siempre los hijos suceden á los padres; no tomaremos en consideración más que las dinastías de Texcoco y Tlatelolco, como próximas á la de México. En Texcoco á Xólotl sucede su hijo Tlótzin, á éste su hijo Quinátzin, á éste su hijo Techotlala, á éste su hijo Ixtlilxóchitl, á éste su hijo Netzahualcóyotl, y veremos que á Netzahualcóyotl le sucedió su legítimo heredero Netzahualpilli. En Tlatelolco fué el primer rey Cuacuauhpitzáhuac, el segundo su hijo Tlacateotl, el tercero el hijo de éste Cuauhtlatoa y el último el hijo de éste Moquihuix, como veremos después. ¿Pues no es lógico preguntar, qué razón podía haber para que los mexica variasen la regla general de la raza? Las dos circunstancias de haber comenzado su gobierno por la teocracia de Tenoch y por lo mismo haber tenido que elegir á su primer rey Acamapichtli, y el hecho de que éste no dejó un heredero legítimo por lo que fué preciso nombrar á su hijo Huitzilíhuitl, fueron sin duda parte muy principal para establecer el sistema de elección; pero repetimos que ésta era más bien designación de á quién correspondía el señorío conforme á las reglas de la sucesión dinástica.

Fijemos estas reglas para probar el hecho, y veremos que eran muy semejantes á las de las dinastías actuales. Como aquellos reyes acostumbraron la poligamia, lo primero que debemos fijar es cómo se formaba la familia real. Luego que el rey era proclamado tomaba expresamente una esposa para hacerla reina, y los hijos de ésta eran los únicos que se consideraban legítimos para la sucesión en el trono. Dicen los cronistas que en Texcoco y los otros pueblos se escogía para reina á la esposa que era de la familia real de México, y que en los que de Texcoco dependían se consideraba esposa legítima del *tecuhtli* á la que pertenecía á la familia real *acólhuatl*.

Esto supuesto, el heredero era el hijo mayor legítimo aunque fuese menor que otros hijos tenidos en mujeres que no eran la designada para reina. A falta del hijo mayor legítimo sucedían los otros legítimos por su orden, y solamente que no hubiera éstos entraban los que no lo eran. Si el señor moría sin hijos sucedían los hermanos, y si tampoco tenía hermanos entraban los tíos. En algunos pueblos heredaban las mujeres el señorío; pero esto no sucedió en los reinos *tepanécatl, acólhuatl* ni *mexícatl;* en México menos que en otro punto podía acaecer, supuesto el carácter guerrero de la nación y el hecho de que su jefe tenía que ser el jefe del ejército, el *Tlacatecuhtli*.

Hasta aquí las reglas dinásticas son perfectas; pero en las naciones de Europa si el heredero es menor y no capaz todavía de llevar las riendas del gobierno, se nombra una regencia que dura hasta que aquél llega á la mayor edad y entra á desempeñar su cargo. Los mexica seguían otro sistema: llamaban en caso de incapacidad del heredero al que lo hubiera sido á su falta, y era rey el segundo por su vida, volviendo á su muerte el trono al primero.

Estas reglas se separan completamente de lo que en las crónicas se dice; pero si las aplicamos á la

dinastía *mexicatl,* veremos que no fallan una sola vez.

El primer rey Acamapichtli no tuvo hijos legítimos, y por eso le sucedió su hijo ilegítimo Huitzilíhuitl. Este tomó por mujer y para reina á Ayanhcíhuatl, hija de Tezozomoc, y tuvo de ella dos hijos legítimos que fueron Chimalpopoca y Acolnahuácatl, y además tuvo de Miahuaxóchitl, hija de Tezcacoatl, señor de Cuauhuáhuac, á Moteczuma Ilhuicamina. Naturalmente, muerto



Origen de la dinastía de Tlatelolco.

Huitzilíhuitl, heredó el reino su hijo mayor legítimo Chimalpopoca. Muerto éste, no quedaba heredero legítimo, porque no tuvo hijos y Maxtla había dado muerte á su hermano Acolnahuácatl, aunque algunos cronistas quieren que fuera su hijo, lo que daría el mismo resultado: por eso decía Chimalpopoca cuando iba á morir:—*Caoonya inach,* se ha ido mi raza. Correspondía, pues, el reino á su hermano ilegítimo Moteczuma; pero como éste era todavía joven para las circunstancias apremiantísimas en que se encontraba en tales momentos la ciudad, entró en el gobierno Itzcoatl. Mas á su muerte pasó á Moteczuma Ilhuicamina, como era debido conforme á las reglas dinásticas. ¿No es verdad que ya con estos hechos podemos decir que lo que se ha llamado elección no era otra cosa que la designación de *á quien el señorío pertenecía,* según dice el texto de Mendieta? La sucesión de los señores posteriores de México, de que nos iremos ocupando en su lugar, veremos que confirma en todas sus partes esta regla. Algunos autores que sostienen el derecho hereditario de los hermanos, dicen que Chimalpopoca lo era de Huitzilíhuitl; pero después de la publicación del códice Ramírez, de la Historia de Durán y de la Crónica de Tezozomoc, tal error es insostenible, pues esos libros son la fuente más genuina de la verdad acerca de los sucesos pasados en la ciudad que fundó Tenoch.

Es importante el examinar ahora cuál era el carácter preciso del *tecuhtli* de México, pues sólo sabemos que gobernaba con el Consejo. Inútil es repetir las ceremonias de su consagración; pero este acto solemnísimo, reservado á él solo y que no era extensivo á ninguno de los *tecuhtlatoque,* manifiesta ya superioridad sobre ellos y sobre el mismo *Tlatócan* ó Consejo.

En ninguna parte está más indicado el carácter que asumía el rey, emperador ó *tecuhtli,* que en la plática que le hacía el sumo sacerdote después de la consagración, y en otra que le dirigía un *tecuhtli* inferior y que desgraciadamente se reproduce truncada en su parte más interesante, en la edición de Madrid de la Relación de Zurita; pero nosotros la completaremos siguiendo el texto del manuscrito original.

Dice la primera: «Señor mio Mira como os an honrado vuestros basallos y pues ya sois señor confirmado aveis de tener mucho cuidado dellos y de mirarlos como á hijos y mirar que no sean agrauiados ni los menores maltratados de los mayores ya beis como los señores de vuestra tierra vuestros vasallos todos están aquí con su gente cuyo padre y madre sois bos e como tal los aueis de amparar y defender y tener en justicia porque los ojos de todos están puestos en bos y bos sois El que los abeis de Regir e dar orden aueis de tener gran cuidado de las cosas de la guerra y abeis de belar y procurar de castigar los delincuentes así señores como los demás y corregir y enmendar los ynobidientes Aveis de tener muy especial cuidado del Seruicio de dios y de su templo e que no aga falta en todo lo necesario para los sacrificios porque desta manera todas vuestras cosas ternan buen subceso y dios terna cuidado de vos.»

Dice la segunda: «Señor mio esteis buenora El tiempo que estubieredes al lado y Mano yzquierda de dios en el señorío y mando que teneis y *sois Coadjutor suyo* y estais en su lugar y abeis de myrar Mucho lo que hazeis sois ojo horeja e pies e manos para mirar e oyr e procurar lo que a todos conbiene e las palabras que salen vr̃a boca os las pone dios en el corazón para que declareis alos otros lo que deben hacer.—delante bos teneis por espejo El cielo y la tierra en que como en pintura podeis ber lo q̃ no tiene fin y lo que lo tiene—Aveis de tener memoria de vuestros pasados Para ymitar los que fueron buenos Aos dado dios pies y manos y alas donde se amparen los vuestros Aos señalado El señor que os crio *En daros Autoridad* para Regir vuestro señorío y si bien lo considerais teneis *su justicia* para castigar los malos e ayudar á los que poco pueden dios á todos ayuda y conserba E ante él el malo teme y el inoçente tiene contento.»

Después agrega las siguientes frases: «esforçad pues y no desmayeis que bos sois señor y padre y madre de todos y no ay *quien sea vr̃o yguál.....* bos dais á cada vno horden de bibir y los onrrais segun sus meritos y como crecē enellos les avmentais la onrra..... gran merced os hizo dios emponeros en su lugar Mira por su onrra y seruiçio Es força e no desmayeis que aquel Alto señor que os dió carga tan pesada os ayudara y dara corona de onrra sino os dexais bençer de lo malo En esto que dios os puso podeis mereçer Mucho no haziendo cosa mala.»

En la primera plática se ven los tres grandes objetos del gobierno del rey de México: las cosas de la guerra, el cuidado de sus vasallos y el esplendor del

culto con abundancia de sacrificios. El sacerdocio iba siempre á su fin. Pero ya se ve la superioridad del señor cuando se le encarga que castigue los delitos, así de los bajos como de los señores. Mas esta superioridad resalta en la segunda oración: el rey consagrado ya no es rey por la elección, es el dios quien lo ha colocado en el trono, es su coadjutor y está en su lugar; las palabras que de su boca salen las pone el dios en su corazón; es ya el representante de la divinidad, es rey por derecho divino. Por eso el dios le da su autoridad y su justicia, y no había quien al *tecuhtli* fuese igual.

Es tan grande y tan notoria esta superioridad que para los mexica su señor era su mismo dios, y así no osaban por temor y respeto mirarle jamás al rostro. Así es que, á pesar de la intervención del Consejo en su gobierno, hacen bien los cronistas é historiadores, desde Motolinía hasta el señor Orozco, en llamarle rey ó emperador, que son las palabras que dan idea más aproximada de su grandeza y de su poder.

Además, si se examinan bien las funciones del *Tlatócan*, se advierte que eran más bien administrativas; y aunque encontramos en una de sus cámaras y en alguno de sus miembros atribuciones judiciales, es siempre con sujeción al *tecuhtli*. Este guarda en cambio incólume el poder legislativo; el señor Orozco sólo á él le concede la facultad de hacer leyes; y si se leen con atención las crónicas y se penetra bien en el sentido de su relato, se observa que, no obstante el respeto conque oye el rey las opiniones de su Consejo, él es siempre quien manda.

No se puede, sin embargo, desconocer la importancia del *Tlatócan*, sobre todo porque habiendo sido muy buenos gobernantes los señores de México, pesó siempre en su ánimo la opinión del Consejo. Así es que vale la pena de que estudiemos los elementos constitutivos de éste. El primer elemento que en él domina es la familia real, como ya hemos dicho. Si luego observamos á los cuatro electores en particular, nos hallamos con dos guerreros, el *Tlacatécatl* y el *Tlacochcálcatl*, y con dos sacerdotes, el *Tlillancalqui* y el *Ezhuahuácatl:* de modo que en ese caso se dividían el poder por igual la clase guerrera y la sacerdotal. En la representación de los cuatro *calpulli* encontramos las dos mismas dignidades guerreras y dos sacerdotales, el *Huitznáhuatl* y el *Tecoyahuácatl*. Entre los cuatro ministros ó ejecutores hay dos sacerdotes, el *Tlillancalqui* y el *Huitznáhuatl*, y dos guerreros, el *Cuauhnochtli* y el *Atenpanécatl*. En la cámara de justicia son sacerdotes el *Tecoyahuácatl* y el *Ezhuahuácatl;* y entre los jefes del ejército, guerrero el *Tlacochcálcatl* y sacerdote el *Tecoyahuácatl:* sin que sepamos qué eran el *Tezcacoatl*, el *Tocuiltécatl*, el *Acayacapanécatl* y el *Tequixquinahuácatl*. Pero de todas maneras resulta que de las ocho dignidades del Tlatócan cuyo carácter conocemos, cuatro eran guerreras y cuatro sacerdotales; de manera que se dividían el poder supremo las dos clases privilegiadas con exclusión del pueblo. Y si á esto agregamos que muchas veces en las personas que desempeñaban esas dignidades se confundían los dos caracteres, el sacerdotal y el guerrero, se verá con cuanta razón podemos decir que en realidad el gobierno de México era una teocracia militar.

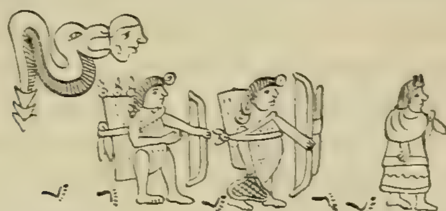
Se ha indicado por un respetable escritor que el *Tlatócan* podía destituir al rey. Desde que éste representaba á la divinidad, era el dios mismo, no era lógico que el Consejo tuviese tal autoridad. El hecho que cita el referido escritor no es exacto, ha incurrido involuntariamente en un error, y á su tiempo lo explicaremos. Por el contrario, ya hemos visto que cuando se trató de Chimalpopoca, que por menguado no podía continuar en el señorío de Tenochtitlán, precisamente porque nadie podía destituirlo, fué preciso matarlo en el silencio de la noche.

Si hemos visto que á los *chinancalli*, á los *tecuhtli* y á los *tlatoque* les tributaban, y estos tributos venían á ser como paga ó remuneración de sus servicios, natural era que hiciesen lo mismo con los señores supremos y que fuesen cuantiosos los bienes destinados al sostenimiento del emperador de México, cuyos productos venían á constituir lo que hoy se llama lista civil. Pero como además estos señores eran de por sí personas muy principales y tenían numerosos bienes propios, Zurita distingue perfectamente estos bienes patrimoniales, de que el señor podía disponer y repartir por herencia, de los señalados á su cargo y que andaban con el señorío y que pasaban del rey á su sucesor en el *Tlacaicpalli* ó trono; mas se confunde esta materia con los tributos que constituían la hacienda pública, y nos reservamos para deslindarla bien al tratar de ésta.

Vamos ahora á tratar otra cuestión que ha tomado mayor interés por haberse discutido bastante en los últimos tiempos, por más que no sea nueva y la encontremos extensamente tratada en una crónica manuscrita del siglo XVII. Nos referimos á la personalidad del *Cihuacoatl*, que tanto llama la atención y que pretenden presentarnos como una autoridad igual al rey y sin cuyo consentimiento éste no podía disponer ni hacer nada en el gobierno. Por cierto que tal idea no sería contraria á las costumbres que tuvieron varios de aquellos pueblos, especialmente en la región del Sur. Ya hemos visto que los sacerdotes al perder el poder supremo, para conservar su influencia, establecieron entre los mayas una autoridad que de hecho partía el poder con el rey. Sin los consejos del gran sacerdote *Ahkin* nada podía hacer el *ahau* ó soberano. A igual idea correspondía el *nacón*, general sacerdote, jefe guerrero y gran sacrificador á la vez, cuyo asentimiento se necesitaba en todas las cosas de la guerra. Pasaba lo mismo en el Petén de los itzaes con el *Canek* y el *Kincanek*. De manera que bien pudieron tener una

institución semejante los mexica, que tanto se asimilaron de la civilización del Sur. Pero dada la intervención que tenía ya el sacerdocio en el *Tlatocan*, y supuesta la supremacía del señor de México, ¿era posible que partiese su poder con el *Cihuacoatl* y que lo considerase como otro igual? Examinemos este punto.

Comencemos por fijar qué era el *Cihuacoatl* independientemente de la intervención que en el gobierno civil pudiera tener. Aquí debemos repetir que si se pone atención á las deidades que trajeron los azteca en su peregrinación, sólo se encuentran dos, *Huitzilopochtli* y *Cihuacoatl*, pues la teofanía de *Toci* pertenece ya al fin de ese viaje. En el códice Aubin encontramos á la diosa *Cihuacoatl* desde el principio de la peregrinación azteca. *Cihuacoatl*, por otro nombre *Coatlicue* ó *Cihuacoatlicue*, como le dice Tezozomoc uniendo las dos palabras, era la madre de *Huitzilopochtli*, y ambos las deidades principales de los mexica. Nos hemos referido también á la leyenda de que siendo *Coatlicue* sacerdotisa del templo de Coatepec y barriéndolo un día se encontró un ovillo de plumas que guardó en el ceñidor. Cuando lo buscó no lo encontró ya, y á poco resultó en cinta. Celosos sus hijos determinaron matarla; pero antes de que los *Centzonhuitznahua* pusieran en ejecución su intento, oyó *Coatlicue* una voz interior que le dijo: «Madre, no temas, que yo te libraré para gloria de ambos.» Acercábanse ya armados los hijos parricidas capitaneados por su hermana *Coyolxauhqui*, cuando nació *Huitzilopochtli* con una rodela en la mano izquierda, que llamaban *Tehuehuelli*, en la diestra una lanza azul, el rostro pintado del mismo color, así como los muslos y brazos, y con la pierna izquierda vistosamente emplumada. Mandó á *Tochancalqui* que encendiese la tea culebra, *xiuhcoatl*, y que saliera con ella al encuentro de los hijos de *Coatlicue*. *Tochancalqui* abrazó con ella á *Coyolxauhqui*, mientras que *Huitzilopochtli* mató á sus demás hermanos. En memoria de estos hechos celebraban fiesta á la diosa *Cihuacoatlicue* en Coatepec, cerca de Tollan.



La diosa Cihuacoalt en la peregrinación azteca
(Códice Aubin.)



Fiesta que se hacía á Cihuacoatl en Coatepec.

Esta supremacía de la diosa *Cihuacoatlicue*, en que no se han fijado los historiadores á pesar de que su estatua, que en el Museo Nacional se conserva, es la escultura más hermosa que de los antiguos mexica nos queda, se confirma con otro hecho notable. Cuando Itzcoatl pudo decir que por sus victorias se había constituído ya el imperio mexicano, levantó templos á *Huitzilopochtli* y á *Cihuacoatl*, las dos deidades que en el orden de la religión simbolizaban á la patria.

Pues todavía insistiremos en tratar de diosa tan importante y tan descuidada en las historias, porque su culto nos proporciona datos claros para conocer mejor el carácter y las tendencias de los mexica.



La diosa Cihuacoatl.

Se comprende también la importancia de esta diosa en que su templo estaba al lado del *Huitzilopochtli*, y por algunas noticias que hemos podido recoger diremos que quedaba entre el de este dios y el muy principal también de *Tezcatlipoca*. El templo con el edificio que le correspondía tomaba el nombre de *Tlillan*, y al hacerse la Conquista púsole el vulgo *casa del diablo*.

La estatua de *Cihuacoatl* que en ese templo había, á la cual festejaban en toda la tierra y tenían en gran veneración, era de piedra, con una boca muy grande abierta y mostrando los dientes en actitud de devorar, con la cabellera destrenzada y larga y traje de mujer todo blanco de camisa, enaguas y manto. Levantábase el *Tlillan* sobre una pirámide, y era una gran pieza de sesenta piés de largo por treinta de ancho, toda muy aderezada; estaba la diosa puesta en un altar no menos aderezado que lo demás. La sala estaba enteramente oscura y se entraba en ella por una puerta muy baja, pues no se podía penetrar de pié sino á gatas, y además estaba tapada con una antepuerta. Nadie veía á la

diosa ni entraba en su santuario sino sólo los sacerdotes que la servían, los cuales tenían que ser ancianos.

Dentro de la misma sala en que estaba la diosa estaban colocados alrededor de las paredes todos los dioses de la tierra, á los cuales llamaban *Tecuaquiltlin:* era un verdadero panteón de donde se sacaba á cada deidad el día en que se celebraba su fiesta particular. Así aparecía *Cihuacoatl* como la madre y señora de los dioses. Por atrio del santuario había otra sala en que estaban siempre dos sacerdotes, mudándose de día y de noche para conservar el fuego perpétuo; y al lado estaba la habitación del cuerpo sacerdotal de la diosa. Estos sacerdotes estaban como todos, siempre embijados de negro, pero no se punzaban ni sacrificaban.

El culto de esta feroz deidad era el más sangriento de los mexica. De ocho en ocho días iban los sacerdotes á decir al rey que la diosa tenía hambre é inmediatamente les daba un cautivo de guerra para que la diosa comiese. Los sacerdotes lo introducían en el santuario y lo sacrificaban ofreciendo el corazón á la deidad, y luego arrojaban uno de sus muslos por las gradas del templo avisando que la diosa ya había comido. Entregaban en seguida el cuerpo del sacrificado al guerrero ó guerreros que lo habían cautivado y se hacía con él el banquete de costumbre. Otras veces sacrificaban niños todavía en la lactancia.

Lo mismo que á los dioses llamaban *Tecuaquiltlin* á estos sacerdotes, y á más de estar cuidando el fuego perpétuo estaban recibiendo las ofrendas que constantemente iban á llevar las mujeres mexica. Las doncellas del *Calmecac* preparaban diariamente la comida de la diosa, con la cual se sustentaban los sacerdotes. A este propósito dice con gracia Durán que no había habido gente en el mundo que más y mejor comiese á costa ajena. Hay que advertir que Tezozomoc llama *Cihuateocalli* al templo y casa de las doncellas y sacerdotisas *Tlamaceuhque Cihuapipiltin.*

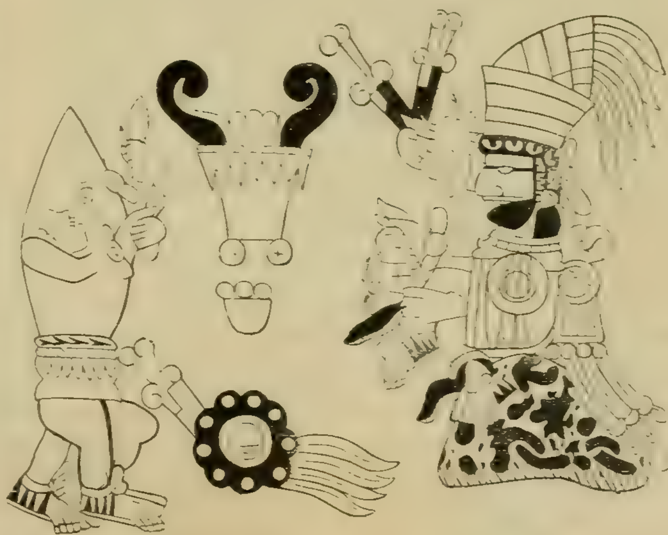
La gran solemnidad de esta diosa se hacía en la fiesta de *Hueytecuhilhuitl* ó de los antiguos señores ó *tecuhtli,* una de las que con más pompa celebraban los mexica. Veinte días antes compraban una esclava, la purificaban y la vestían con el traje de la diosa. Figurábanse que era la misma *Cihuacoatl* y como á tal la honraban, llevándola de boda en boda y de banquete en banquete, paseándola por los mercados y proporcionándole todos los géneros de contento y regocijo que podían. Porque no se entristeciese embriagábanla de contínuo y le hacían tomar hierbas que producían alucinaciones, y en la noche la encerraban porque no se huyese. Tomaba la esclava otro de los nombres de la diosa tierra, el de *Xilómen,* simbólico de las mazorcas de maíz y del poder fecundante de los campos.

Ya hemos indicado que *Huitzilopochtli* había llegado á convertirse en la teogonía astronómica en la estrella de la mañana. Esta es también la opinión del señor Mendoza. Ya entonces nos explicamos la leyenda de que *Cihuacoatl* había sido la primera mujer y que había tenido gemelos: eran *Quetzalcoatl* y *Huitzilopochtli;* era la tierra que se tornaba en madre de la estrella de la tarde y del lucero de la mañana. Y acaso



Xilómen

esto nos dará por primera vez el verdadero significado del nombre de *Huitzilopochtli:* literalmente quiere decir *colibrí zurdo,* así lo dice el códice Ramírez; pero esto nada expresa. El ave *huitzitzilin,* lo mismo que el *quetzalli,* simbolizaban lo precioso. Mientras sólo hubo un dios para la estrella, como ésta aparecía en la tarde ó en la mañana y era como dos, se le llamó *el gemelo hermoso* ó la estrella hermosa, que es dos gemelos, *Quetzalcoatl;* pero los mexica quisieron dar nombre distinto á estos dos gemelos, y dejando el de *Quetzalcoatl* á la estrella de la tarde, que era el suyo propio y que ya existía, formaron por contraposición el *hermoso izquierdo,* el hermoso del lado opuesto, la estrella que salía por el oriente en oposición á *Quetzalcoatl,* que aparecía en el ocaso. Por lo mismo que esta idea es nueva y por primera vez tenemos la audacia de emitirla, aunque en ella hemos pensado muchos años, hemos buscado su confirmación en los jeroglíficos y creemos haberla encontrado plena en la última hoja del



Huitzilopochtli como estrella de la mañana

Tonalámatl. Dice Gama, explicándola, que las deidades que presiden esa veintena son *Tetzauhteotl Huitzilopochtli* acompañado del signo *Teotécpatl*. Comencemos porque en el fondo está el vaso sagrado de la estrella, que tiene por piés los dos círculos con cruces del *Opanóllin;* después tenemos debajo el signo de la estrella; agreguemos que el *Técpatl* simboliza la luz del mismo astro y que empuña un *técpatl* más pequeño en la diestra y otro en la siniestra para expresar con el primero á *Quetzalcoatl* y con el segundo al dios *opochtli* ó siniestro, que es su traducción literal, á *Huitzilopochtli,* y en fin, que en la figura de éste se ve con claridad la cruz de la estrella.

De esta manera nos explicamos perfectamente el gran sacrificio de *Xilómen,* que se hacía una hora antes que amaneciese, cuando salía á brillar la estrella de la mañana. Comenzábase la gran fiesta por matar primero á cuatro presos, y echándolos tendidos en el suelo, pegados muy juntos unos con otros, acostaban á *Xilómen* encima de ellos y la degollaban cogiendo la sangre



El fuego perpétuo

en un lebrillo; después le sacaban el corazón y lo arrojaban á la diosa, y la rociaban con la sangre, lo mismo que toda la sala y los ídolos que en ella había.

El sacrificio de los cuatro cautivos de que hemos hablado, se hacía con gran crueldad en la pieza en que estaba el fuego perpétuo, que por eso se llamaba *teotlecuilli* ó brasero divino. Era de piedras muy labradas, y cuatro días antes de la fiesta cuidaban de aumentarle el fuego y de estarlo atizando constantemente. Llegada la hora de la ceremonia colocaban frente al fogón á la india *Xilómen* como á diosa, y sacaban á los cuatro cautivos. Tomábanlos los ministros uno á uno, dos de las manos y dos de los piés, y columpiándolos cuatro veces en el aire arrojaban al cautivo en aquella gran brasa, y antes de que acabase de morir lo sacaban y hacían con él el sacrificio ordinario arrancándole el corazón. Después se seguía la muerte de *Xilómen* que ya hemos dicho.

Continuaba por ceremonia de la misma fiesta que llegaban los sacerdotes de los veinte *calpulli*, y ponían alrededor del fuego los dioses de los barrios. Colocábase cada uno junto á su dios, desnudo de toda ropa y en cuclillas, como era su costumbre, con dos hachas de copal en las manos que encendían en el fuego sagrado: caíales escurriendo el caliente *copalli* por los brazos, el cuerpo y las piernas, y recibían las quemaduras á modo de sacrificio. Acabadas las hachas se despejaban el



Sacrificio del fuego

copal y lo echaban en la lumbrada, y mientras estaba humeando bailaban y cantaban alrededor del brasero.

Concluída la ceremonia de los sacerdotes seguía la de los guerreros. Salían muy aderezados y galanos con rosas en las manos, al cuello y en la cabeza, y juntamente con ellos sus mujeres y mancebas, con el cabello suelto y cortado por delante encima de las orejas y sobre él guirnaldas de la flor amarilla llamada *cempoalxóchitl,* vestidas lujosamente, los brazos cubiertos de vistosas plumas, con zarcillos de oro y rosas también en las manos. Y así bailaban todo el día entretejidas con los guerreros con gran concierto y mesura. Acabado el baile tomaban sus guirnaldas y los collares de rosas de los hombres y subían á ofrecerlas todas al dios *Huitzilopochtli:* llamaban á esta ceremonia *xochipayna* ó *xochicalaquia.* Entonces los mancebos del *Calmecac* se lanzaban á porfía á escalar el templo para tomar las rosas, y con esta contienda y regocijo concluía



Símbolo de la fiesta de Hueytecuhílhuitl

la fiesta, proclamándose vencedores á los cuatro primeros mancebos que tomaban las rosas.

Pintaban esta fiesta en sus jeroglíficos poniendo un hombre con mazorcas en la mano y otra mano haciendo tortillas, y en el cielo pintaban un *copilli* y una piedra *chalchíhuitl:* expresaban con lo primero la fecundidad de la diosa tierra *Cihuacoatl,* y por eso celebraban la fiesta cuando las milpas comenzaban á dar fruto, y con lo segundo significaban que era solemnidad de los prin-

cipales, que tenian á aquélla por diosa, á causa de ser madre de *Huitzilopochtli*, deidad de la guerra.

Y por eso también en los diez dias siguientes estaban obligados los pueblos del territorio de México á dar grandes banquetes á los señores y guerreros, alternándose aquéllos é invitando un dia á los *tecuhtlitoque*, otro á los *cuauhtli* y á los *ocelotl*, el siguiente á los *tequihuaque*, en seguida á los *quachic* y así sucesivamente á los demás.

Supuesta la grandeza de la diosa, ya se comprenderá cuán respetable debia ser su principal sacerdote, que según costumbre tomaba el mismo nombre de *Cihuacoatl*. Notamos en las crónicas que las que hablan del *Cihuacoatl* no se ocupan del *Mexicatlteohuatzin*, y que las que tratan de éste no mencionan á aquél, si no es la obra de Torquemada que es recopilación de todas las que hasta su tiempo se habian escrito. Esto nos induce á creer que eran una misma dignidad, y nos lo confirma que *Mexicatlteohuatzin* significa el que tiene los dioses de México, y hemos visto que todos ellos estaban como en panteón en el *Tlillan* de *Cihuacoatl*.

Desde luego se ve que ya no hay necesidad de andar en busca de la etimología de *Cihuacoatl*, sistema que siempre expone á errores: el nombre no significa sino que el que lo llevaba era gran sacerdote de la diosa y se llamaba así porque así se llamaba también la deidad á quien servia.

Viniendo ya á la verdadera cuestión que hemos iniciado, diremos que desde el tiempo de Itzcoatl aparece como *Cihuacoatl* el valeroso *Tlacaelel*. De propósito no habíamos hablado de él sino muy incidentalmente, porque Torquemada niega su existencia y la mayor parte de las historias y crónicas ni siquiera lo mencionan. Verdad es que mucho tratan de él el códice Ramírez, Tezozomoc y Durán; pero como las obras de éstos tienen por base á aquél, nos resulta una sola autoridad. Por fortuna hemos encontrado otras y nos bastará citar el códice nahoa de Atzcaputzalco, manuscrito en mexicano de nuestra colección, y también de ella la crónica manuscrita que á Chimalpain se atribuye y que es donde hemos hallado escrito con más extensión todo lo que al *Cihuacoatl* se refiere.

Era Tlacaelel hijo ilegítimo de Huitzilíhuitl, hermano de Moteczuma y sobrino de Itzcoatl. Mancebo de valor extraordinario y de talento superior, creyente fanático como Moteczuma y como él ambicioso de que su dios y su patria dominasen por donde quiera, habia heredado el título de *Cihuacoatl* de su abuelo Acamapichtli. Hasta hoy no se habia llamado la atención sobre que Tlacaelel fuese sacerdote; pero á más de su título hay un pasaje de Tezozomoc que lo acredita. Al tratar de la coronación de *Ahuitzotl* y al dirigirse Tlacaelel á los *tlamacazque*, sacerdotes, los llama hermanos. En otro lugar de la misma crónica de Tezozomoc, el *Quetzalcoatl* le dice á Tlacaelel: vuestros hermanos los sacerdotes; y es que en efecto era el gran sacerdote *Cihuacoatl*; pero al mismo tiempo fué desde sus mocedades audaz é inteligente guerrero. Esto se representa de modo expresivo en un códice jeroglífico que á la vista tenemos y cuyas figuras se han aplicado alguna vez al primer Huitzilíhuitl, no sabemos por qué, pues la leyenda que tienen en mexicano se refiere á Tlacaelel. Aparece primero la diosa bajo el nombre jeroglífico de *Cempoalxochitl*, que es otro de los que se daban á *Cihuacoatl* y *Xilonen* y que se celebraba en la fiesta referida con la ofrenda y disputa de esas flores. Después se ve á la *Cihuacoatl* mandando á la guerra al mancebo Tlacaelel, que con el arco y la flecha va á hacer sus primeras armas.



Tlacaelel sale á la guerra

Guerrero y sacerdote y joven aún, tomó ya parte con Itzcoatl y Moteczuma en la muerte de Chimalpopoca para salvar á la patria, y su carácter sacerdotal nos da la razón de por qué el rey tributario fué muerto en el *Cuauhxicalco* por los *tepoyoque*. Elevado Itzcoatl al trono, Tlacaelel y Moteczuma brillan como guerreros en la campaña de Atzcaputzalco, y en las siguientes aquél aparece como el caudillo conquistador. De tal manera sobresale como guerrero, que cuando Itzcoatl estableció las dignidades del ejército, lo nombró *Tlacochcalcatl*, dándole el primer puesto en la guerra. Era ya *Tlacochcalcatl* y *Cihuacoatl* el primer guerrero y el gran sacerdote. Por eso en la pintura jeroglífica se le ve armado de *yoyotzin* con su *macuauhuitl* y su *chimalli*, y á la *Cihuacoatl* en el aire como conduciéndolo á la victoria.

Este doble carácter ha hecho creer equivocadamente

que era función del *Cihuacoatl* ir á la guerra mandando el ejército cuando el rey ó *Tlacatecuhtli* se quedaba en México. En efecto, en ese caso Tlacaelel dirigía la guerra; pero no porque fuese *Cihuacoatl,* sino porque era *Tlacochcálcatl.* El *Cihuacoatl* no era dignidad



Tlacaelel guiado á la victoria por Cihuacoatl

militar y no está en los jeroglíficos, tan minuciosos en esta materia.

Muerto Itzcoatl, subió al trono Moteczuma Ilhuicamina, y era tanto el amor y tan grande la admiración que por su hermano tenía, que decidió establecer y darle un nuevo cargo civil con el nombre mismo de la dignidad *Cihuacoatl,* que ya tenía. M. Bandelier cree que el *Cihuacoatl* existía desde el tiempo de los tolteca porque en su peregrinación, según Ixtlilxóchitl, tuvieron un jefe, *Zuihcohuatl:* independientemente de que la palabra es diferente, ésta fué trastornada por algún copista, pues es *Xiuhcóhuatl,* que significa culebra azul. (Véase la edición de Ixtlilxóchitl que estamos publicando como parte de la *Biblioteca histórica mexicana,* mandada formar por el Ministerio de Fomento, tomo I, página 15). Pero no puede caber duda de que tal dignidad fué instituída por Moteczuma y que él nombró para desempeñarla á Tlacaelel. Durán, llamando *Cihuacoatl* á Tlacaelel, dice expresamente que Moteczuma *le auia puesto por renombre y grandeça aquel nuevo ditado.* La *Chrónica Mexicana* atribuída á Chimalpain, dice hablando del principio del reinado de Moteczuma Ilhuicamina: «y comenzando á administrar y gobernar el imperio, él tomó y señaló por compañero igual suyo en él á Tlacaeleltzin, su hermano mayor, y estos dos hermanos fueron los primeros que en México Tenuchtitlán imperaron juntos y con igual poder.» Dejando á un lado que el cronista hace á Tlacaelel, hermano mayor de Moteczuma, cuestión de muy poca monta, pues nada importaba ni significa que haya sido ó no menor, vemos que desde el año de 1626, en que esto se escribió, se hablaba ya de la existencia de los dos gobernantes de México, cuestión que ahora se ha presentado como importantísima. Pero las pinturas nada nos dicen á este respecto y no lo hubieran callado, y el cronista tiene cuidado de agregar después que Tlacaelel «era presidente y juez mayor del rey, su hermano viejo Moteczuma, y *segunda persona en su reino;*» y después agrega que no quiso llamarse rey ó emperador en el sentido de señor y que no quiso llamar rey sino á su hermano menor Huehuemuteczuma Ilhuicamina.

De manera que el *Cihuacoatl* era personaje importantísimo, el segundo del rey si se quiere, el virey, como dicen los cronistas; pero que el *Tlacatecuhtli* de México no compartía el poder con él.

Parece hallar apoyo la opinión contraria en algunos textos de Tezozomoc y Durán, hasta se ponen en boca de Moteczuma las siguientes palabras: «porque es verdad que soy señor, pero no lo puedo mandar yo todo, porque tan señor sois vos *Cihuacoatl* como yo, y ambos hemos de regir y gobernar esta República Mexicana.»

Pero además de que las obras de Tezozomoc y Durán tienen un mismo origen y constituyen una sola autoridad, están en contra hechos indiscutibles. Sólo á uno le tocaba ser rey y su dinastía se separaba de la del *Cihuacoatl;* sólo á aquél se le elegía por los cuatro electores y entre ellos; sólo á él se le consagraba y era la persona del mismo dios. Y esto se confirma con examinar las atribuciones determinadas del *Cihuacoatl,* que nos van á dar su verdadero carácter político.

Mas antes advirtamos que estudiando cuidadosamente los pasajes relativos de Tezozomoc y Durán, se observa que las muestras de respeto se dirigen á la misma persona de Tlacaelel y que desaparecen cuando ya su hijo era el *Cihuacoatl.* Así el mismo Tezozomoc, ya en tiempo de Moteczuma *Xocoyótzin,* le llama *segunda persona del rey,* y lo presenta al *Tlatócan* diciéndole lo que *mandaba* el *Tlacatecuhtli.* Más adelante lo designa como *lugarteniente* de Moteczuma. En otro pasaje dice que Moteczuma *mandó* á *Cihuacoatl* que enviase á recibir á los mexica que volvían de la guerra de Huexotzinco.

Por lo tanto debemos decir que si el *Cihuacoatl* era una personalidad de suma importancia en México, no era igual al *tecuhtli* ó emperador, y que éste era el solo dueño del supremo poder.

CAPÍTULO XIII

Funciones del Cihuacoatl. — Sustitución del tecuhtli. — Atribuciones administrativas. — Su representación de la influencia sacerdotal. — La lápida de Chicomecihuacoatl. — Fiesta de la diosa Chicomecoatl. — El Cihuacoatl como administrador de las rentas públicas. — Moneda. — El cacao. — Las mantas cuachtli. — El oro. — Los tlachco. — Uso del bronce. — El disco de Ohio. — Objetos usados como moneda por los maya. — En realidad no tenían moneda aquellos pueblos. — División del tributo — Servicios personales. — Tierras de la corona ó tlatocamilli. — Nómina de tributos y su percepción — Tributo de los mercaderes y de los maestros de oficio. — Exención de los servidores de los templos. — Otras exenciones — Los mayehues. — Recepción de los tributos. — El Petlacálcatl. — La hacienda pública. — Reglas para la distribución de lo recaudado. — Facultades del Cihuacoatl. — Progreso administrativo que revelan estos hechos. — El Cihuacoatl como gran juez — Poder judicial de los mexica. — Ideas del señor Bandelier. — Anfibología de la palabra teachcauh. — No es exacto que el Tlatócan se formara popularmente ni que constase de veinte miembros. — Los dos jueces que se nombraban en cada señorío y su estancia en el técpan — El tlayacanqui, el tequitlato y los topille. — Los cuatro jueces de México.— Tribunal colegiado. — El procedimiento. — Apelaciones — Jueces de apelación. — El período napohualatolli. — El pregonero tecpóyolt. — Policía — Jueces de Texcoco. — Despacho de los negocios. — Sueldo ó remuneración. — Leyes y costumbres. — Derecho civil. —Personas — Constancias del estado civil. — Cuadro genealógico. — La familia. — El matrimonio. — Hijos legítimos — Impedimentos. — Mancebas. — Hijos naturales. —Mayor edad. — Tutela legítima. — Divorcio — Viudez. — Patria potestad. — Venta del hijo. — Propiedad. — Posesión. — Bienes muebles é inmuebles. — Jeroglíficos que servían de escritura. — Los esclavos de collera. — El Petlacalli. — Medios de concluir la esclavitud. — Contratos. — Derecho hereditario — Derecho mercantil. — Derecho penal.—La embriaguez.

Las funciones del *Cihuacoatl* eran de dos clases, administrativas y judiciales, pues repetimos que ejercía las guerreras accidentalmente porque era á la vez uno de los principales *yaoyizque*. De las primeras era la principal tomar el mando de la ciudad cuando el *tecuhtli* iba á campaña; pero como entonces acompañaban á éste la mayor parte de los jefes guerreros, quedaba el *Tlatócan* en receso, y las funciones del *Cihuacoatl* eran de simple administración. Desde luego ocurre indagar si por razón de su oficio tenía un puesto en el Consejo. Por los diversos relatos de las crónicas vemos que el *Cihuacoatl* habla en el *Tlatócan* en nombre del rey; es su consejero en todos los casos importantes; pero aparece comunicando sus órdenes y como su misma persona; así es que podemos decir que no era miembro del *Tlatócan*, sino que asistía á él como persona inmediata al rey. Por eso los cronistas le dicen su *coadjutor*, y creemos que de ninguna manera nos podremos formar idea más exacta de su carácter que si lo comparamos con un ministro universal. Por tal razón, en el códice á que antes nos hemos referido, se pone á Tlacaelel sentado en *tlatocaicpalli* ó trono, con *copilli* ó corona en la frente como á los consejeros y grandes dignidades de México, y teniendo por tapete una águila real.

Pero atribuciones más profundas y más importantes vemos en el *Cihuacoatl*, si es como pensamos el mismo *Mexicateohuátzin*. Siendo el encargado de designar para los altos puestos á los miembros del *Calmecac*, era el instrumento del sacerdocio para que éste tuviese siempre en sus manos todo el poder público. Menos visible esta autoridad que el *Ahkin* maya y el *Kincanek* itzá, era más trascendental por lo mismo que era indirecta aunque decisiva su influencia. Así nadie podía aspirar á cargo ó empleo de importancia, si en alma y cuerpo no pertenecía al sacerdocio; y así la clase sacerdotal invadía todo y era dueña del mismo inquebrantable poder de los guerreros mexica con los jefes *yaoyizque* y del mismo emperador aprisionado con una cadena de sacerdotes.

La representación de tal influencia era la deidad *Cihuacoatl*, y de pronto sorprende que no traten de ella los cronistas con la extensión que era de esperarse y que no aparezca representada en muchos ídolos como otras deidades. Acaso quiso velarse con el misterio este poder oculto; y sin embargo, la más hermosa deidad del Templo Mayor era la diosa bajo su forma *Coatlicue*, y á él pertenecía un relieve que está en el Museo y que al mismo tiempo nos da la *Cihuacoatl* y la *Chicomecohuatl*, que era otro de sus nombres. Del modo que en Tezozomoc hemos visto la deidad compuesta, por decirlo así, *Cihuacoatlicue*, ahora encontramos en la lápida á *Chicomecihuacoatl*, formas compuestas de diversos nombres de la misma divinidad tierra.

En la lápida del relieve que el señor Ramírez

califica de indescifrable, se ve la culebra con la cara de mujer en la boca y siete puntos á los lados: todo lo cual nos da fonéticamente el referido nombre de *Chicomecihuacoatl.* El monumento es de basalto poroso



Chicomecihuacoatl

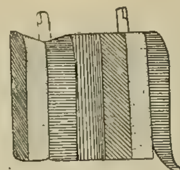
negro, algo pesado, de trece pulgadas y media de largo por doce y media de ancho. La diosa tierra bajo la manifestación de *Chicomecoatl* era la productora de los mantenimientos. Celebrábanle gran fiesta con ayuno general, asistencia del pueblo de todos los *calpulli* al templo, degollación de una india sobre mazorcas de maíz y danzas y regocijos. Quitaban la piel á la india sacrificada y se la vestía su sacerdote, y concluía la fiesta con asaetear á varios cautivos.

Otra de las funciones muy importantes del *Cihuacoatl* era la administración de la hacienda pública. Es curioso el estudio de este punto porque no se comprende bien cómo, no existiendo una verdadera moneda, podía distribuirse entre los contribuyentes el pago de las rentas públicas, ni cómo podían éstas percibirse, ni qué método habría para emplearlas en los gastos nacionales. Desde el momento que existe una moneda, sea la contribución personal, sea sobre el valor de efectos, tierras ú otros bienes, hay una base fija de que partir, que es la misma moneda que marca la contribución ó el valor; pero faltando esa señal determinada de precio, puede decirse que tal valor, como hoy lo comprendemos, no existe; las cosas se adquieren por su feria; falta el elemento que norme las operaciones económicas, y la economía política y hacendaria tenían que tomar formas especialísimas.

Y no podían servir para este efecto ni los objetos que entre los mexica llenaron en muy pequeña parte las funciones de la moneda. De cuatro clases distintas tenemos noticia. Era la primera los granos de cacao de superior calidad. No tenemos más dato para calcular su valor que el de que una mercancía de gran precio se daba por veinticuatro mil granos. Esto es muy oscuro y debemos creer de muy poco precio al grano, y útil solamente para comprar al menudeo los comestibles ú otros objetos de primera necesidad. Algunos pueblos tributaban grandes cantidades de cacao no como moneda sino como producto de su suelo; pero en México se reservaba parte para las compras, y los españoles encontraron de él muchas cargas en el palacio de Axayácatl. Con igual objeto que el cacao se usaba la almendra llamada *patlachtli.* Según el señor Orozco, el cacao siguió usándose como moneda supletoria durante los tres siglos de la dominación española y algunos años después de la independencia.

Para las compras de mayor precio, y ya lo hemos visto al tratar de la venta de esclavos, se usaba de





Mantas

mantas, *cuachtli* ó *patolcuachtli,* que los cronistas llaman toldillos. También en la nómina de tributos se hace constar grandes entregas de ellas por varios pueblos. Se ven siempre en las pinturas dobladas, y según los colores y los dibujos se distingue su mejor ó inferior clase, lo que hace suponer que representaban diferentes precios. Cuando salían las expediciones de los *pochteca,* el rey de México les daba mil seiscientas *cuachtli* para que adquiriesen las mercaderías que á su expedición llevaban. Esto evidentemente da á las mantas cierta representación de precio, pero de ninguna manera puede decirse que llenaban las funciones económicas de la moneda.

Empleábanse con igual destino cañones transparentes de pluma llenos de polvo de oro, y el señor Orozco se refiere á tejuelos del mismo metal que servían también á manera de moneda. Útil el oro solamente para adquirir las cosas de alto precio y no pudiendo estar en manos de la generalidad, no llenaba tampoco las circunstancias necesarias de la verdadera moneda.

Pero parece descubrirse la existencia de ésta ó algo que más se aproximaba en unas piececillas que por de cobre se han tenido. Cortés afirma que buscando estaño encontró en Tlachco ciertas piecezuelas á modo de moneda muy delgada, y que averiguó que en esa región y en otras se trataba por moneda. También Torquemada habla de las piezas de cobre de hechura de tau. Sin embargo, el señor Orozco no se encuentra inclinado á admitirlas como moneda, pues dice que ni su figura ni su tamaño para ello se prestaban. A pesar de su respetable opinión, creemos que anduvo equivocado confundiendo las referidas piezas de Tlachco con las tajaderas tzapoteca que hay en el Museo. Tenemos por razón para admitir esa especie de moneda, no sólo el dicho respetable del Conquistador, sino el no menos valioso del obispo Landa, quien dice que los mayas usaron de esas hachuelas de cobre que de la región de México llevaban. A más repetiremos, que la palabra *tlaco,* conque se ha designado nuestra moneda de cobre, no es otra cosa que la corrupción de *tlachco* conque los

indios antes de la Conquista designaban la suya, lo que es una prueba de su existencia. Pero ni aun así llenaba todas las exigencias de la moneda ni era ese objeto tan numeroso ni de uso tan general que pudiese suplirla cumplidamente.

Acaso no sea lugar poco á propósito para dilucidar si esas hachuelas y otros objetos fundidos eran realmente de cobre puro, como los forjados de la primera época de la civilización del Sur, ó si los mexica y los pueblos sincrónicos alcanzaron el conocimiento del bronce. La solución es fácil, pues por los análisis que se han hecho en el Museo de los diversos objetos fundidos que en él existen, se ha visto que todos son de una mezcla de cobre, estaño y plata, lo que constituye un bronce. Se advierte que la liga es siempre la misma sin excepción; y el señor Troncoso ha observado que la hacían hasta alcanzar su densidad máxima, lo que supone que practicaban varias pruebas, y que hasta que el metal estaba á ese punto no formaban sus piezas. Por lo tanto muchas de éstas, que en nuestro continente referimos á la edad del cobre, debemos aplicarlas á la del bronce, distinguiéndolas de los objetos verdaderamente de cobre hechos á martillo y de los que se han encontrado ejemplares en los *mounds*. Citaremos un disco de Ohio que pertenece al Museo de Historia



Disco de cobre de Ohio

Natural de Nueva York. Mide ocho pulgadas de diámetro, es delgado y ha sufrido mucho por la corrosión. Hay cortada en su centro una cruz simétrica, cuyos brazos son de cinco pulgadas, y grabados dos círculos, uno cerca de su orilla y otro tocando los extremos de la cruz.

No osaríamos decir que los mexica y otros pueblos de su época entraron de lleno en una edad de bronce. Usaron poco de él y conservaron la piedra, principalmente en sus armas. Conocieron el bronce, pero no formaron un período característico y distintivo.

También los mayas, á más de los *tlachco*, usaron los granos de cacao para sus tratos, y siendo esta planta propia de su región, hay probabilidad de que ellos introdujeran tal costumbre, y que de ahí la recibieran los mexica. El padre Landa nos da noticia de que usaban con igual objeto de piedras de valor y de ciertas conchas encarnadas de que hacían sartas.

Pero nada de todo esto podía llenar por completo las funciones económicas de la moneda; servían tales cosas únicamente para convenios especiales y conservaba el comercio su carácter de feria, sin que pudiera llamarse al contrato compra venta, si no era por accidente y en determinadas ocasiones. Esto nos obliga á decir que en realidad los mexica no tenían moneda: lo que fué causa de que recurrieran al sistema de tributos para el pago de lo que constituía la hacienda pública.

El tributo se dividía en entrega de objetos determinados y en servicios personales. Toda la gente distinguida, los sacerdotes y los guerreros de cierta categoría, estaban exceptuados del servicio personal, que consistía en labrar las tierras de los señores, cortarles madera, ser criados de sus casas y hacer otros oficios análogos. El servicio personal sólo existía dentro



Tributos

del mismo territorio. Los *tecuhtli* de los pueblos y los *chinancalli* de los barrios disponían el número necesario de hombres para hacerlo. Por lo que toca á la labranza la hacían de los campos propios del rey, que formaban su patrimonio y de que podía disponer libremente; la hacían también de las tierras pertenecientes á la corona, llamadas *tlatocamilli*, cuyo producto estaba asignado al señor supremo sin que tuviese derecho de enagenarlas, porque eran bienes unidos al cargo; y finalmente de las de los *calpulli* destinadas al tributo de cada barrio. En cuanto al tributo que daban los pueblos del territorio, era del producto de tierras determinadas ó de cierto número de objetos ya señalados, cuya percepción disponía á su parecer el *tecuhtli* del lugar.

Más sencilla era la percepción de los tributos de pueblos extraños. En la nómina se fijaba á cada uno las cosas y cantidades de ellas que habían de tributar, y cada ochenta días se entregaban al *calpixqui* de México que cuidaba de remitirlas. En esta nómina constan los nombres jeroglíficos de cada pueblo, é inmediatos á ellos los signos figurativos de los objetos que se habían de entregar, señalando su monto con los caracteres numéricos conocidos. Llevaban, pues, una cuenta exactísima de las entradas de la hacienda pública.

Los mercaderes y los maestros de oficio también tributaban mercancías ó artefactos; pero estaban libres de servicio personal, si no era en caso de grave necesidad pública. Los que servían á los templos ó estaban destinados para el culto de los dioses, en ningún tiempo se ocupaban más que en lo tocante á este servicio.

Exceptuábase también del tributo á los que estaban aún debajo del poderío de sus padres y á los huérfanos, á las viudas, á los lisiados y á los impedidos para trabajar aunque tuviesen tierras, á los mendigos y á los *tlalmaite* ó *mayehues*. Vamos á explicar lo que eran estos mayehues, pues los encontramos semejantes á los siervos de la tierra en la Edad Media. No hay que confundir al mayehue con el rentero ó arrendador de tierras ajenas. El arrendador no adquiría derechos ni excusaba obligaciones por tal arrendamiento; tributaba según le correspondía, y su contrato le daba facultad de labrar el fundo arrendado por uno ó más años, según el convenio, dando el precio estipulado al propietario. El mayehue era solariego; formaba, por decirlo así, parte de la propiedad de la tierra; el dueño de ésta tenía el dominio directo y aquél la trabajaba, dándole una parte de su producto. El mayehue no podía abandonar la tierra á que pertenecía, y pasaba con ella á un nuevo dueño por contrato ó por herencia. Además el mayehue prestaba ciertos servicios de leña y agua para la casa de su señor.

Como los mayehues se consideraban parte de la propiedad de los dueños directos, éstos daban el tributo que á toda su propiedad correspondía, y aquéllos no tributaban si no era al dueño de las tierras, como se ha dicho, ni acudían á las sementeras que se hacían en común, á no ser en tiempo de guerra en que todos los mexica estaban obligados á prestar los servicios que les correspondían. Debemos advertir, que aunque el mayehue se consideraba como parte de la tierra, no estaba sujeto á la jurisdicción de su dueño, sino á la común civil y criminal.

Los tributos producían al año inmensas cantidades de todos los productos y artefactos del territorio conquistado, que cada ochenta días se recaudaban y remitían á México. Almacenábanse aquí por los *calpixque,* que estaban al mando del *Petlacálcatl,* señor de la casa de los tercios, ó administrador de los almacenes, cuya representación nos ha conservado el códice Mendocino.

Estos tributos constituían la hacienda pública y se daban para la sustentación del gobierno y para las guerras que eran ordinarias; de ellos tomábase la remuneración ó paga para los dignatarios y jueces, para los principales y jefes guerreros, y para la provisión en campaña. Además las personas de distinción comían generalmente en el *técpan* ó palacio. El rey tenía su parte señalada, y con ella y sus propias rentas y los productos de los bienes de su señorío, *tlatocamilli,* hacía los cuantiosos gastos anexos á su cargo, pues era costumbre que todo lo que se cobrase de los bienes del señorío se gastara en comida, porque no sólo acudían á ella los principales sino los pasajeros y los pobres.

Se recibían por tributo todos los objetos, armas, trajes, plumas y adornos conque se premiaba á los guerreros, y en eso se empleaban, y cada cosa en su destino propio, sin que estuviese en manos del señor supremo el disponer á su arbitrio de los tributos, pues se debían dedicar precisamente á lo que de antemano y por bien público estaba determinado. El *Cihuacoatl,* como ya hemos dicho, tenía la dirección de esta abundantísima hacienda pública, y cuidaba de su distribución y buen empleo. Esta autoridad propia y el que no quedase al arbitrio del rey el manejo de los caudales de la nación, acusan un gran progreso administrativo para aquellos tiempos y aquellas circunstancias, y revelan la alta importancia de la dignidad del *Cihuacoatl.*

El *Cihuacoatl* tenía también grandes atribuciones judiciales, y bajo este aspecto lo designan los cronistas con el nombre de Justicia Mayor. Esto nos trae á tratar de los jueces de México y de sus atribuciones, materia en que notamos confusión en las crónicas y aun en los mismos historiadores, debida á la mezcla de noticias de diversos pueblos diferentemente organizados. En deslindarla se ocupa el señor Bandelier, y su trabajo tiene por lo menos el gran mérito de haber llamado la atención sobre cuestiones tan interesantes y un gran acopio ordenado de datos que manifiestan cuidadoso estudio; pero se valió de la traducción francesa de la Relación de Zurita hecha por Ternaux-Compans, y no pudo apreciar el verdadero sentido de las frases castellanas del oidor, lo que fué parte muy principal para sus errores. Pero como quiera que el señor Bandelier es una autoridad respetable, por si nosotros estamos equivocados, vamos á exponer sus ideas.

Admite en cada barrio las elecciones anuales de un *chinancalli* ó *calpullec* y de un *teachcauh,* aunque parece que á veces hace dos oficios diferentes de los de los primeros. Los supone jueces, y después atribuye tales funciones al *calpullec,* dejando el mando militar al *teachcauh.* Cree que como el nombre de éste significa hermano mayor, era el genuino representante de la tribu. Se encarga de la diferencia del *calpullec* y del *teachcauch,* comprendiendo que el primero no puede ser juez y al mismo tiempo defensor de los intereses del *calpulli;* pero les da á ambos jurisdicción penal, aun cuando después reduce sus funciones á prender á los delincuentes y consignarlos al tribunal respectivo. Confunde á esos dos funcionarios con el *tlayacanqui* y el *tequitlatoa* de que habla Vetancourt, y como éste añade un tercero con el nombre de *topilli,* parece que lo admite aplicándolo al bastón de mando más bien que á una persona. En fin, hace del *Tlatócan* un tribunal supremo formado por veinte representantes de los veinte

calpulli, sin que se perciba bien en la idea del señor Bandelier si estos *tlatoani* procedían de nuevo nombramiento ó eran de los mismos *calpullec* ó *achcacáuhtin.*

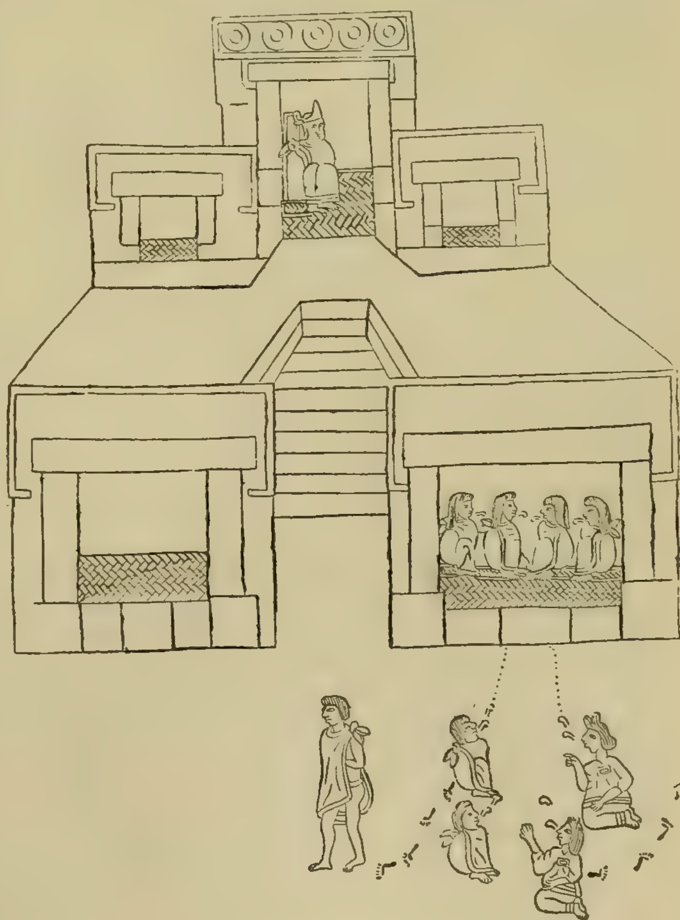
Advirtamos primero que el nombre *teachcauh* se presta á anfibologías, porque á más de hermano mayor significa todo lo que es mejor ó más aventajado, como dice Molina. Por lo tanto, se daba á la palabra en sus aplicaciones mayor ó menor extensión. Así entre los mexica los *achcacáuhtin* eran los oficiales del ejército, y debemos suponer que tenían más categoría en Texcoco, porque iban de embajadores á hacer la declaración de guerra.

Pero de todos modos ya hemos visto que el Consejo no se componía de *achcacáuhtin*, ni de miembros elegidos por los *calpulli,* ni de veinte sino de doce, y que en vez de formar una corporación democrática, era por el contrario aristocrática y podemos decir dinástica. Tales confusiones nos obligan á estudiar la materia, y entramos en ella no por contradecir á nuestro sabio amigo el señor Bandelier, á quien mucho respetamos, sino porque ese mismo respeto nos impone el deber de tomar en cuenta las opiniones autorizadas como es la suya.

Comencemos por los señoríos sujetos á México ó á Texcoco, estableciendo las diferencias relativas á uno y á otro. Dice Zurita que de cada uno de estos señoríos había dos jueces que residían en la ciudad, que podemos llamar capital, y que se escogían hombres de buen juicio y generalmente parientes del *tecuhtli.* No refiere que se eligieran por el pueblo. En el *técpan* ó palacio de la capital había salas levantadas del suelo siete y ocho gradas, y en ellas residían los jueces, que eran muchos, y los de cada ciudad, pueblo ó barrio estaban en su parte, y allí acudían los de cada lugar á los suyos. De este texto dedujo el señor Bandelier la existencia de los dos jueces en cada barrio, despachando en el *técpan* de su correspondiente *calpulli.* El pasaje dice claramente en castellano que asistían en salas de las casas del señor, cada uno en su parte, es decir, en su lugar determinado, y no en su pueblo ó barrio como entendió en la traducción francesa el señor Bandelier. Agrega Zurita después, que en los pueblos había jueces ordinarios que tenían jurisdicción limitada para sentenciar pleitos de poca calidad, que podían prender á los delincuentes y examinar y expedientar los pleitos árduos, pero reservando su sentencia para la reunión de los jueces que con el señor supremo había cada ochenta días. Añadamos á esto lo que dice Vetancourt, que á más del *tecuhtli* había en cada pueblo ó barrio un *tlayacanqui* y un *tequitlatoa* que eran á manera de alcaldes, y para ejecutores unos alguaciles llamados *topilli.*

Pues bien, todos esos pasajes que parecen confusos, son muy claros si se examinan con cuidado. El segundo de Zurita, en que dice los que en pueblos y provincias había jueces, y que éstos reservaban las sentencias de los negocios árduos para las juntas generales que con el señor tenían, se refiere claramente á pueblos extraños que no formaban parte del territorio de México ó Texcoco y que estaban organizados por sí mismos y separadamente, y por eso dice pueblos ó provincias. El primer texto de Zurita y el de Vetancourt, hacen ambos relación á pueblos que tenían *tecuhtli* propio, y como esto no pasaba con los *calpulli,* claro es que tratan de los señoríos agregados y que formaban parte del territorio. Por lo que toca á México, eran los comprendidos entre Xochimilco y Atzcaputzalco.

Como reconocimiento á la supremacía de Tenochtitlán venían aquí á hacer justicia los dos jueces del pueblo; oficiaban en su respectiva sala y á ella acudían los habitantes de su lugar. Como no se concibe la dualidad en la judicatura, y constantemente se habla en las crónicas de jueces y ejecutores, tendremos en México por cada pueblo un juez y un ejecutor. El primero daba las determinaciones y el segundo las comunicaba y hacía cumplir. Para esto venían á servir el *tlayacanqui* y el *tequitlatoa* del pueblo, lo mismo que los *topille.* El primer nombre lo traduce Sahagún por



Tribunales de México

cuadrillero; era por lo mismo el encargado de hacer las prisiones y conducir á los reos ante el juzgado, y se comprende que pudiera tener atribuciones correccionales. El segundo, el *tequitlato,* mandón ó merino como lo traduce Molina, cuidaba de repartir el tributo ó trabajo

á los macehuales: no le encontramos carácter judicial, sino á lo más disciplinario. Los *topille* sí eran unos verdaderos alguaciles y usaban varas. Existen aún en varios pueblos.

Pero en la ciudad de México no existían ni había necesidad de esos jueces especiales para cada barrio, y las pinturas nos dan buena cuenta de cómo había un tribunal compuesto de cuatro jueces miembros del Consejo, que ejercía la jurisdicción civil y criminal, con excepción en ésta de lo relativo á las clases privilegiadas, que tenían jueces especiales, como ya hemos referido. Por los jeroglíficos de la pintura sabemos que los jueces de México eran el *Tecoyahuácatl*, el *Ezhuahuácatl*, el *Acayacapanécatl* y el *Tequixquinahuácatl*. Verdad es que el señor Orozco cree encontrar en el primero el nombre de *Tlailotlac;* pero basta ver que en el jeroglífico hay varias huellas en redondo, lo que expresa andar alrededor, *yahualoa*, para convencerse de que es *Tecoyahuácatl*. En la pintura delante de los jueces están los litigantes, y detrás de ellos los cuatro ejecutores.

Podría quedarnos la duda de si estos cuatro jueces oficiaban como tribunal colegiado, ó si cada uno tenía jurisdicción en diverso *calpulli* de los cuatro mayores de la ciudad. Afortunadamente existe en el mismo códice Mendocino otra pintura que simboliza el palacio del rey, y representa el acto de un juicio ó audiencia. Se ve á los litigantes que de su casa han venido al juzgado, sentados frente á frente dos mujeres y dos hombres, lo que hace presumir que se trata de juicios de divorcio, discutiendo acaloradamente, lo que se expresa con la actitud de los personajes, sobre todo de los primeros, y poniéndoles á todos el signo de la palabra, á fin de manifestar que disputan y hablan á un tiempo. En la primera pintura el *Ezhuáhuatl* habla interrogando al hombre y á la mujer que litigan, y las figuras calladas son los testigos que se llevan á declarar. En esta segunda, un hombre se aleja del juzgado: es el ejecutor que va á cumplir las órdenes de los jueces. Éstos, en número de cuatro siempre, están en la pieza del tribunal sentados en taburetes, dándose el rostro y con el signo de la palabra todos, manifestando que discuten la sentencia: lo que prueba que obraban como tribunal colegiado.

Hemos visto que detrás de los jueces hay cuatro ejecutores, y por lo dicho se habrá observado que cada juez tenía un ejecutor con cierta dignidad tan respetable como la de los primeros, pues, como á ellos, se les pinta con *copilli* en la frente. Esto es muy fácil de explicar. Como no conocían los mexica una escritura perfecta, era preciso que diesen y se comunicasen sus órdenes verbalmente, y para darles fe se necesitaba que el conducto fuera persona de respetabilidad. Los ejecutores transmitían para su cumplimiento las órdenes á los alguaciles, que en México no eran *topille*, sino los mismos *achcacáuhtin*. De modo que estos oficiales, á más de sus funciones guerreras, tenían otras civiles, y las correccionales por pequeños robos y delitos de menor importancia, que podían castigar hasta con la pena de azotes.

Naturalmente el procedimiento era verbal; pero en los casos posibles se presentaban pruebas jeroglíficas escritas; y en los tribunales había pintores diestros á manera de escribanos que con sus caracteres ponían las personas que pleiteaban, el objeto de la demanda, los testigos y lo que se determinaba ó sentenciaba. Los pleitos duraban á lo más ochenta días, término señalado para concluirlos. No usaban los litigantes de abogados ni cosa parecida, y además de la prueba testimonial y la jeroglífica, empleaban el juramento y eran verídicos en sus dichos. No eran entonces afectos á pleitear como ahora, vicio que según el oidor Zurita aprendieron de los españoles, y en las causas criminales generalmente confesaban sus delitos sin mentir.

No concluía la organización judicial en la primera instancia, pues usaban del recurso de apelación ante autoridad superior. También en este punto encontramos contradicción en los textos. Zurita habla expresamente de un tribunal de doce jueces, que eran de las apelaciones, y que tenían doce, que eran como alguaciles mayores, para prender personas principales, y que iban á los otros pueblos á prender á quien el señor y los jueces les mandaban. Pero varios autores, entre ellos el señor Orozco, conceden al *Cihuacoatl* facultad de decidir en apelación las causas criminales sin ulterior recurso, y de entre la confusión de textos puede sacarse que el rey decidía las apelaciones de las civiles muy graves.

Para explicar estas contradicciones debemos distinguir los negocios de los habitantes de los pueblos, de los juicios de los de Tenochtitlán. Los primeros, sentenciados por su juez, se revisaban por doce miembros del *Tlatócan;* y claramente dice Zurita que los ejecutores iban á los pueblos á cumplir los mandamientos judiciales. Pero en México, donde la primera instancia se seguía ante los cuatro grandes jueces, no podía llevarse la segunda al *Tlatócan*, porque esos jueces eran de los doce miembros del Consejo. Así es que si se trataba de negocios criminales conocía el *Cihuacoatl* de la apelación, si de negocios civiles graves el mismo rey ó *Tlacatecuhtli*, y en los menores bastaba la sentencia de primera instancia. La superioridad judicial del rey en sus casos, se expresa en la pintura jeroglífica del códice Mendocino, poniendo dos pleitos entre esposos ante el tribunal de los cuatro jueces, y en una sala más alta, á la cual se sube por varios escalones, el *tecuhtli*, que en lugar más elevado significa también lo más elevado de su autoridad. Y nótese que en este caso está solo y sin su Consejo, mientras que en la otra pintura, que representa un juicio común, por lo que los cuatro jueces no discuten como en los negocios de importancia, no se les pone superior. Acaso nos separamos de las opiniones

generalmente recibidas; pero seguimos fielmente lo que nos dicen las pinturas jeroglíficas.

Al plazo de ochenta días en que debían terminarse los pleitos, llamábanle *napohualatolli*, y *tecpóyotl* al pregonero que publicaba las sentencias. Encontramos también á otras autoridades subalternas que ejercían funciones de policía, los *centectlapixque*, elegidos por los vecinos del *calpulli*, y que tenían cargo de vigilar á cierto número de familias y dar cuenta de sus acciones á los jueces.

En Texcoco había una sala con dos jueces para conocer los pleitos de menor cuantía, y de sus determinaciones se apelaba ante otra sala de dos jueces también, quienes no sentenciaban sin acuerdo del rey. Esta segunda sala conocía de los negocios graves cuya determinación pertenecía al rey. Ambas salas estaban en el palacio. Como de Texcoco dependía un gran número de señoríos, en seis ciudades del reino de Acolhuacán se establecieron tribunales superiores y uno de veinticuatro magistrados en la capital para apelaciones graves.

El despacho de los juzgados se hacía desde la mañana hasta el medio día, suspendiéndose mientras tomaban los jueces la comida que de palacio les mandaban, y seguía hasta la puesta del sol. Los jueces administraban justicia rectamente, y si no cumplían con sus deberes, se embriagaban ó recibían cohecho, si no era grave el caso, los amonestaban sus compañeros, y si reincidían se les privaba del cargo y se les trasquilaba, lo que era gran afrenta; pero si la falta era importante, desde la primera el rey los destituía, y si cometían una gran injusticia, mandaba darles muerte.

Por remuneración ó como paga les daba el rey ó *tecuhtli* cierta cantidad de efectos y comestibles, y tenían tierras afectas al oficio que desempeñaban, donde sembraban y cogían los mantenimientos necesarios para sustentar una familia. En ellas había mayehues que las cultivaban y les daban servicio, y agua y leña para sus casas. Pero de estas tierras no podían disponer los jueces, sino que pasaban al que los sucedía en el oficio, porque estaban aplicadas para esto con la gente que había en ellas para beneficiarlas.

Oportuno es tratar aquí del derecho civil de aquellos pueblos. El derecho supone una colección de leyes, de manera que por todos sean conocidas, y la falta de escritura no permitía que hubiese un cuerpo de legislación. Natural era por lo mismo que la costumbre hiciera los oficios de la ley en lo general, y aun las mismas leyes, conservadas sólo en la memoria del pueblo, á poco tomaban el carácter de costumbres. Por lo mismo no debía legislarse mucho: y tan era así, que en México se seguían las leyes dadas por Netzahualcóyotl en Texcoco; y aun pretende Zurita que se mandaban á esa ciudad muchos pleitos para que ahí se determinasen, lo que no creemos atendido el orgullo de los mexica.

Pero leyes ó costumbres formaban un cuerpo de doctrina jurídica que regía los actos de los mexica y que guiaba las sentencias de los jueces, la que debemos examinar para conocer el carácter de aquella sociedad.

Comencemos por las personas. Distinguíanse los mexica de los extranjeros y se reconocía el domicilio en cada *calpulli*, lo que daba ciertos derechos, de que ya hemos hablado. Si no era posible que hiciesen constar el estado civil de las personas por carecer de verdadera escritura, lo suplían en parte con el empadronamiento de los casados, y en sus figuras jeroglíficas, no sólo hacían constar el nombre de cada cuál, sino su profesión ú oficio, ya con diversos colores, con diferentes trajes ó tocados, ya con atributos especiales. Hacían constar además la ascendencia ó descendencia, y en general toda



Cuadro genealógico

clase de parentesco, por cuadros genealógicos. El señor Gondra hace á propósito de uno de los que en el Museo se conservan, algunas observaciones de importancia. Tales cuadros genealógicos revelan adelanto en la cultura de aquel pueblo y representaban el afecto de la familia ó el interés hereditario. En ellos se seguía un sistema opuesto al de los árboles genealógicos europeos. Estos comienzan en la raíz, siguiendo el tronco y terminando en las ramas, de manera que forman un orden de genealogía de ascensión. En los cuadros mexica, por el contrario, el origen de la familia ocupa el punto más elevado, y de él van bajando, ya en línea recta ya en transversal, las personas todas que forman la descendencia, ligándose á sus parientes inmediatos por líneas ó huellas que marcan el camino de la familia. En la línea primera, empezando por arriba, se ponen en el centro y primer lugar al padre y á la madre de toda la familia, teniendo á su espalda á los abuelos. Cada figura lleva su nombre jeroglífico. De la primera línea parten otras transversales que van á dar á las figuras de los hijos, y si éstos eran casados se ponían las de sus mujeres. A su vez de cada hijo ó hija salían otras líneas hasta las figuras de los nietos, y así se seguía con los biznietos y demás descendencia.

Estos cuadros, al mismo tiempo que son constancias

seguras de las genealogías, acusan la existencia organizada y legal de la familia. Examinemos hasta dónde se extendía. Partiendo de un individuo á su ascendencia tenemos primeramente:

Padre, *tatli;* madre, *nantli.*

Abuelo, *tecul;* abuela, *citli.*

Bisabuelo, *achtontli;* bisabuela, *piptontli.*

Tío, hermano de padre ó de madre, *tlatli, tletla.*

Tía, hermana de padre ó madre, *áhuitl, teahui.*

Tío, hermano de abuelo ó abuela, *colli, tecol.*

Tía, hermana de abuelo ó abuela, *cihtli, teci.*

Como se ve, el parentesco ascendente es completo, pues llega hasta el bisabuelo, que rara será la persona que lo tenga en vida. Pasemos á la descendencia, en la que encontramos:

Hijo, *tepíltzin, tetelpuch;* la madre también le dice *noconeuh.*

Hija, *teichpuch, tepíltzin;* la madre también le dice *teconeuh.*

Hijos é hijas en general *tepílhuan.*

Hijo ó hija mayor, *tiyacápan, yacapántli.*

Hijo segundo ó la hija segunda, *tlacoyehua, tetlamamallo.*

Hijo tercero ó hija tercera y los demás, *tlacoteyeu.*

Hijo ó hija menor ó postrero, *xocóyotl, texocoyouh.*

Nieto y nieta, *yxuiuhtli, teixuiuh.*

Biznieto y biznieta, *yeutontli, teicuton.*

Tataranieto, tataranieta, *mintontli, teminton.*

Los descendientes que siguen, *tepílhuan, teixuihuán.*

La descendencia, pues, era perfecta. Pasemos á los parientes colaterales. Ya hablamos de los tíos. Además tenemos:

Primo y prima, hijos de hermano del padre ó madre, *teixuiuh, yxuiuhtli.*

Sobrino ó sobrina, hijos de hermano ó hermana, *machtli, temach.*

Pero las mujeres decían á los sobrinos, *nopilo.*

En los colaterales hay varias observaciones que hacer. Sólo los hermanos de los padres, las madres, abuelos y abuelas se consideran como tíos. Unicamente son primos los hijos de hermanos ó hermanas del padre ó la madre, y nada más se tienen por sobrinos á los hijos de hermanos ó hermanas. El parentesco colateral era más limitado que el nuestro, pero suficiente para la constitución de la familia.

Pasemos á los parientes por afinidad. Tenemos ahora:

Suegro, padre de la mujer, *montatli.*

Suegra, madre de la mujer, *monnantli.*

Madre de los suegros, *moncolli, moncitli.*

Cuñado de hombre, *textli;* cuñada de hombre, *huepulli.*

Cuñado de mujer, *huepulli;* cuñada de mujer, *huezhuatli.*

Yerno, marido de hija, *montli;* marido de nieta, *yxuiuhmontli.*

Nuera, mujer del hijo, *cihuamontli.*

Hay además:

Padrastro, *tlacpatatli,* madrastra, *chahuanantli.*

Resulta, pues, que el parentesco por consanguineidad es completo en la línea ascendente y descendente y que no se extiende en la colateral á los tíos, primos y sobrinos segundos; en lo que creemos que no iban descaminados los mexica. Hay que observar que el hombre y la mujer entran como elementos constitutivos iguales en la familia consanguínea, que es el primer carácter perfecto de esa institución, base de la sociedad; y se completa este conjunto por el reconocimiento del padrastro y la madrastra, siendo notable la minuciosa distinción de los nombres de los diversos hijos.

Pero el parentesco de afinidad no podía ser tan perfecto supuesta la existencia de la poligamia. En este caso es natural que el elemento mujer domine, y sin embargo, se considera á los cuñados del hombre y de la mujer, al yerno y á la nuera, á los suegros de ambas partes, porque aunque sólo hay palabras especiales para los padres de la mujer, la nuera presupone también á los del hombre, y únicamente como excepción encontramos á la madre de los suegros, parentesco que nosotros no conocemos. Pero la afinidad no pasa á los hijos de los cuñados, lo que juzgamos racional.

Así es que la familia existía entre los mexica, no sólo la familia natural y propia de la tribu, sino la familia legal, base de una sociedad organizada.

Se formaba la familia por el matrimonio. Hé aquí un punto en que también andan confusos los cronistas, pues no manifiestan con claridad si la poligamia era permitida en todos los casos y si la mancebía estaba autorizada. Un pasaje de Durán y la referencia á las nahoas nos han dado la explicación de las diversas costumbres, que por no separarse forman el embrollo de esta materia. Recordemos que entre los nahoas era consentida la poligamia siempre que el marido cultivase un campo por cada mujer que tuviera, y entre los mexica, á los *yaoyizque* que alcanzaban á distinguirse en la guerra los autorizaba el señor para que tuvieran las mujeres que pudiesen sustentar. De modo que la base de la poligamia era siempre la posibilidad en el marido de sustentar á sus mujeres, y en México era además premio de las hazañas guerreras: de donde se deduce rectamente que el pueblo no practicaba la poligamia.

Pero sí lo hacían los guerreros distinguidos y grandes dignatarios, y especialmente los reyes tenían muchas mujeres. Viene inmediatamente la cuestión de la legitimidad de los hijos, y creemos que no se ha explicado bien. Supuesto que la ley reconocía la poligamia, era consecuencia natural que los hijos de todas las mujeres fuesen legítimos; pero los que ejercían ciertas digni-

dades tenían que escoger y designar una esposa para tener en ella los sucesores de su puesto, y estos hijos eran los que para el objeto se consideraban legítimos, y sólo bajo ese aspecto se llama ilegítimos á los otros. Así el rey ó emperador de México tenía tantas mujeres, que el señor Orozco compara su palacio á un harém guardado por enanos y corcobados; pero al ser designado para ocupar el trono tomaba una mujer para que fuese reina, y sólo los hijos de ésta se consideraban legítimos para que pudiesen sustituirlo en el señorío, y en lo demás lo eran los de todas sus esposas.

Bajo pena de muerte estaba prohibido el matrimonio entre ascendientes y descendientes, hermanos, suegros y yernos, padrastros y entenados; y por los grados de parentesco que se reconocían, creemos que tampoco se consentía, aunque no con pena tan severa, con la madre de la suegra, cuñados, tíos, primos y sobrinos primeros. Cuidaban, pues, los mexica de la pública honestidad y de que no degenerase la raza por uniones dentro de la misma familia.

La costumbre autorizaba la mancebía de una manera verdaderamente rara y especial. Un mancebo principal pedía á una doncella, dirigiéndose generalmente á la madre, no para casarse con ella, sino para tener hijos: vivía con ella en vida marital, y la llamaban *tlacallalcahuilli,* persona dejada. Tan luego como de esa unión nacía un hijo, el mancebo estaba obligado á casarse con la mujer ó á devolverla sin poder acercarse más á ella. Si el joven no había pedido el permiso correspondiente, la mujer tomaba el nombre de *temecauh,* manceba, y sus hijos eran naturales. La mujer casada tomaba el nombre de *cihuatlanti* y el marido el de *tlapalihui.* Pero si se trataba de la familia real, únicamente la reina tomaba el primer nombre y las demás esposas se llamaban *cihuapilli.*

Como el matrimonio, puede decirse obligatorio, coincidía con la edad de veinte años, hay que creer que á ella salían los hijos de la potestad del padre y se consideraban mayores. Sabemos solamente que si eran huérfanos iban á vivir con algún pariente, lo que supone la tutela legítima de la madre, los abuelos y los tíos próximos.

El divorcio, según el señor Orozco, era consentido, pero no autorizado; mas nosotros encontramos juicios de divorcio en las pinturas, y Zurita dice que eran raros y que los jueces procuraban conformar á los esposos y reprendían ásperamente al culpado; de donde deducimos que tanto el marido como la mujer podían pedir el divorcio y que se autorizaba por sentencia judicial. No sabemos si era absoluto ni qué pasaba con los hijos; pero por lo que hemos visto que en otros pueblos sucedía, podemos suponer que los divorciados quedaban libres para casarse otra vez, que los hijos varones vivían con el padre y las hembras con la madre.

También reconocían los mexica el estado de viudez, llamaban *yenocihuatl* á la viuda y al viudo *yenooquichtli, cihuamicqui* ó *cihuamic;* pero como tal estado se consideraba de preferencia en la mujer por causa de la poligamia, á la viudez le decían *yenocihuayotl.*

La patria potestad sólo residía en el padre y era absoluta durante la menor edad del hijo, al grado que ya hemos visto que el padre podía darse por esclavo con su descendencia. Además, si un padre tenía varios hijos y uno de ellos era incorregible, con licencia de los jueces podía venderlo. Autorizaban la venta, lo mismo que la de los otros esclavos, cuatro ancianos testigos por cada parte, quienes fijaban el precio y las condiciones del pacto.

Por lo que hace á la propiedad, conocían como base de ésta la posesión que tomaban por actos manifiestos, como arrojar flechas en los terrenos. Distinguían los bienes muebles de los inmuebles, y la propiedad de éstos se conseguía por concesión real, por contrato ó herencia, sin que sepamos que conociesen la prescripción. Para hacer constar la propiedad pintaban planos que les servían de escrituras, en los cuales tomaban como punto de partida un cerro ú otra señal, y se observa que los terrenos se trazaban en cuadriláteros iguales, señalando á los propietarios con sus signos jeroglíficos.

Entre los bienes muebles se consideraba á los esclavos, supuesto que sobre ellos se tenía el derecho de propiedad, si bien su condición era tolerable, pues vivían en las tierras de sus amos labrándolas para ellos y para sí, prestaban servicios personales en la casa, formaban peculio propio, podían casarse y á su vez comprar esclavos que les sirvieran á ellos. El señor no podía vender al esclavo sin su consentimiento; pero si era perezoso, de malas costumbres é incorregible, le ponía collera y lo vendía libremente. La collera era un aparato de madera puesto al cuello y con una vara atravesada que le impedía huir entre la gente ó por los pasos estrechos. El esclavo de collera que había sido vendido cuatro veces y seguía incorregible podía comprarse para los sacrificios.

La prisión para los esclavos destinados al sacrificio era una gran galera con una abertura en la parte superior, por donde se les bajaba, y que cerrada los dejaba en completa seguridad. Se llamaba *Petlacalli* y estaba en el lugar que ocupa ahora el hospital de San Hipólito. En esta galera había en una y otra parte unas jaulas de maderos gruesos donde los ponían, así como á los delincuentes, por lo cual llamaban también al edificio *cuauhcalli* ó casa de madera.

Recobraban la libertad los esclavos de varias maneras: si el esclavo volvía el precio de su venta; si el esclavo se fugaba del mercado y se presentaba á los jueces. En este caso, si alguno que no fuese el amo ó

sus hijos detenía al esclavo, quedaba por ese hecho en servidumbre y en lugar del esclavo, que recobraba su libertad. Si el amo tenía amores con la esclava ó el esclavo con la ama y tenían hijos ó de otra manera se probaba, quedaban libres y los amos los casaban y les daban tierras para su sustento. El esclavo de collera que entraba en el palacio del rey quedaba libre también. Había, en fin, la manumisión por la voluntad del amo, lo que generalmente tenía lugar á la muerte de éste por orden expresa á sus herederos y tratándose de los siervos que le habían servido bien.

Los contratos usados por los mexica eran: la compra venta en los casos en que podía considerarse que había intervención de moneda, y en lo general la permuta; el arrendamiento de bienes inmuebles y la locación de obras; el préstamo, sin rédito, según Zurita; la sociedad, pues tal era la labranza de tierras por los *mayehue;* el censo, que se comprendía en la propiedad de los terrenos del común del *calpulli,* y la donación. Suponemos que conocían la prenda y las servidumbres como necesarias en los campos. El mandato existía por lo menos legal en el *calpullec.*

El derecho hereditario tenía que ser muy sencillo entre los mexica, y claro es que no podía haber testamentos supuesta la falta de escritura; pero sí disposiciones testamentarias ó expresión de la última voluntad ante los herederos ó testigos. El derecho hereditario es el complemento de las dos ideas, familia y propiedad, y llenas están las crónicas de hechos que acreditan su existencia. Tezozomoc reparte sus bienes y sus señoríos entre sus hijos. La última voluntad de Tlötzin es que Techotlala sea su sucesor. Ahora bien, si á las dos ideas enunciadas agregamos la inmensa extensión de la patria potestad, podríamos deducir que la última voluntad, sin contrariar en lo absoluto los derechos naturales del principio de familia, hubo de ser discrecional, lo que encuentra apoyo también en relatos de los cronistas. Mas en la sucesión intestamentaria debieron seguirse las reglas de igualdad entre los hijos que daba la constitución de la familia.

En este punto tenemos que contrariar aún á nuestro buen amigo el señor Bandelier, quien preocupado con el estado de tribu que supone á los mexica, niega el derecho hereditario de la mujer y únicamente lo concede al hijo mayor. Su principal fundamento es un texto de Torquemada, en que dice terminantemente que no heredaban las hijas. Mas aquí se trata de la herencia del señorío, cosa que ya sabemos, y explica Torquemada que hacían esto por interés público, teniendo por cierto *que Ierno podía desmembrar el Estado.* Y al contrario, agrega después que *dejaban á las Hijas, Casas, y tierras muy cumplidamente, y otras Haciendas, para que de ellas viviesen, y se sustentasen, y tuviesen descanso.* En efecto, muchos casos podríamos citar en que los bienes se repartían entre los hijos sin distinción de sexo. Pero sucedía que no siempre era repartible la hacienda del padre ó que quedaban hijos menores que no podían manejar la parte que les correspondía, y entonces dice Motolinía que el mayor entraba en posesión de los bienes hereditarios y tenía cuidado de sus hermanos y hermanas, y yendo los hermanos creciendo y casándose, el hermano mayor partía con ellos según tenía; pero si ninguno de los hijos era casado tomaban posesión de la herencia los hermanos del difunto y de ella mantenían á sus sobrinos. A más teníanse en cuenta las dotes para las herencias; de manera que no sólo encontramos un derecho hereditario perfecto bajo la base de sucesión por familias, sino la tutela legal y el albazeazgo.

Suficientes son estas pocas noticias que en las crónicas puede rastrearse para afirmar que los mexica tenían un derecho civil como correspondía á una sociedad organizada. Mas debe llamar la atención la existencia entre ellos de un derecho mercantil que tuvo que nacer al organizarse de manera tan especial é importante la clase de los *pochteca.*

En cuanto á las personas, los mexica reconocían que podían ser comerciantes las mujeres y los menores de edad: de éstos sabemos que necesitaban la licencia del padre, en cuya potestad estaban, y supuesto el estado de sujeción de las mujeres, hay que creer que el marido les daba el permiso correspondiente. No puede dudarse de que llevaban contabilidad en sus tratos, pues á ello se prestaba su escritura jeroglífica. Ya hemos dicho que en las ventas intervenían ancianos á manera de corredores. En cuanto á los contratos, hallamos claramente la compra venta, la permuta y el préstamo; tenían además el porte, que se hacía con *tlamama* ó indios cargados, la comisión y la sociedad, aunque generalmente ésta se reducía á negocios en participación, porque los viejos *pochtecatlatoque* y las mujeres tratantes entregaban sus mercaderías á los que iban de viaje, y después partían con ellos la ganancia á su vuelta. Mas la caravana en sí misma tenía muchos de los caracteres de una sociedad mercantil organizada. La falta en el cumplimiento de los contratos se resolvía generalmente por la vía penal. Al efecto tenían un tribunal en Tlatelolco, y creemos que en los últimos tiempos se formaba de los cuatro jefes *pochteca,* de que ya hemos hablado. Había algunas leyes sobre la materia que más se relacionan con las costumbres usadas en los mercados, por lo que las reservamos para cuando tratemos de éstos.

En cuanto al derecho penal, tenía que ser cruel atendídas las costumbres. Agregábase que por la falta de moneda no podía usarse la pena pecuniaria y tampoco existía la prisión como pena, pues los mexica no comprendían la existencia de un hombre inútil á la sociedad. Las penas eran azotes ú otros malos tratamientos del cuerpo, esclavitud y muerte. Los delitos se dividían en

leves y graves; los leves se castigaban correccionalmente, por lo general con azotes ó golpes de palos, y los graves eran contra las personas, ataques á la propiedad, al orden público ó á la moral y la desobediencia



Jeroglífico del vicioso y criminal

á ciertas leyes preceptivas. Existen muchas disposiciones sobre la materia recopiladas en un códice manuscrito que pertenece al señor Icazbalceta, las cuales fueron publicadas por el señor Orozco en su Historia; pero no corresponde su reproducción á nuestro intento y bastará que nos refiramos á los delitos más notables y á sus penas.

Hemos hablado antes de que había una prisión llamada *cuauhcalli,* y según el señor Orozco servía para los sentenciados á muerte, distinguiéndose de la



Cuauhcalli

teilpilóyan, que era para los presos de penas leves; pero Molina no hace distinción y Mendieta afirma que servía la cárcel para los grandes delincuentes como los que sufrían pena de muerte, y que ahí los trataban muy mal, y que para los demás bastaba que el ministro de justicia pusiese al preso en un rincón con unos palos delante. La prisión duraba mientras se sentenciaba el juicio ó se cumplía la pena corporal.

Respecto á los delitos contra las personas, el homicidio se castigaba con la muerte, y si se hacía con veneno morían el homicida y quien dió el veneno. La mujer que tomaba conque abortar, moría y también la curandera que le había dado el brebaje. El marido que mataba á la adúltera moría porque usurpaba las funciones de la justicia. Generalmente les daban á éstos la muerte ahorcándolos. Si el homicidio era de hombre que tuviese mujer é hijos podía trocarse la muerte si la esposa del occiso lo perdonaba, y entonces quedaba por esclavo de ésta.

De los delitos contra el orden de las familias, la moral pública ó las buenas costumbres, el que más castigaban era el adulterio. Si tomaban infraganti á los adúlteros y había testigos, los prendían, y si era necesario les daban tormento, y confesado el delito los condenaban á muerte. Según una pintura del códice Mendocino, los mataban á pedradas. Si eran princi-



Lapidación de los adúlteros

pales los ahorcaban y después les emplumaban las cabezas y los quemaban por consideración á su jerarquía. Eran tan rígidos en esto, que el señor de Texcoco mandó matar á un hijo suyo porque tuvo acceso con una de sus mujeres y también á ella. Otro mandó matar por justicia á cuatro hijos suyos y á las mujeres con ellos. Netzahualpilli hizo que muriese su propia hija por adúltera, á pesar de que el marido la perdonó.

El que forzaba á una doncella tenía pena de muerte si era en el campo ó en casa de su padre. La tenían también el padrastro que estaba con su entenada y la madrastra que estaba con su entenado, y en general todo el que cometía incesto con parientes por consanguineidad ó afinidad, con excepción de los cuñados, pues, por el contrario, era común que muerto el marido, otro de sus hermanos tomase á su mujer ó mujeres. A las terceras les chamuscaban la cabeza en público con una tea encendida, y si eran de personas principales las mataban. Netzahualpilli mandó quitar la vida á una que introdujo en su palacio en una petaca á un mancebo señor de Tecoyócan que se había enamorado de una de sus hijas. Cualquiera que entraba donde se criaban recogidas las doncellas tenía pena de muerte y lo mismo la que lo metía. Sucedió que un principal saltó las tapias del aposento en que estaban las hijas del rey de Texcoco; habló con ellas un poco y en pié y no hubo más; pues como no pudo ser habido el delin-



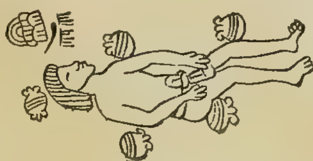
El ladrón

cuente, el rey mandó ahogar á la más querida de sus hijas. Por honestidad se daba muerte al hombre que andaba vestido de mujer ó á la mujer que se vestía de

hombre y á los que cometían el pecado nefando que les era tan repugnante, que periódicamente hacían inquisición de los culpables para matarlos.

Se buscaba la publicidad en las penas para que de escarmiento sirviese. Así Netzahualpilli, en los castigos que hemos referido, mandó juntar á las doncellas y mujeres de su palacio para que los presenciasen y se guardaran de cometer semejantes delitos. Los otros crímenes se castigaban en la plaza pública, y cuando de lapidar se trataba cada concurrente arrojaba su piedra.

De los delitos contra la propiedad, el robo de cosa notable, especialmente en los *teocalli* ó en los *técpan*, ó si era con violencia, se castigaba la primera vez con la esclavitud y la segunda con la muerte. Representaban en sus pinturas á la ociosidad como origen del robo. El hurto que no se pagaba producía la esclavitud, lo mismo que la deuda á plazo que no se cubría. El tahur que jugaba bajo su palabra y no pagaba era vendido para saldar la deuda con su precio. Si el robo se hacía en el mercado y era importante ó siendo pequeño el ladrón lo repetía con frecuencia, al tal ahorcábanlo por el hurto y por las circunstancias del lugar. El robo en cuadrilla, si se juntaban varios para robar un granero, al que subía á la parte superior á sacar las mazorcas lo hacían esclavo y á los otros les imponían penas menores. Consideraban la embriaguez como vicio que inclinaba al robo y así lo representaban en sus pinturas, sin que jamás se considerase como circunstancia atenuante.



Pena de muerte al ladrón



Representación de que la embriaguez inclina al robo

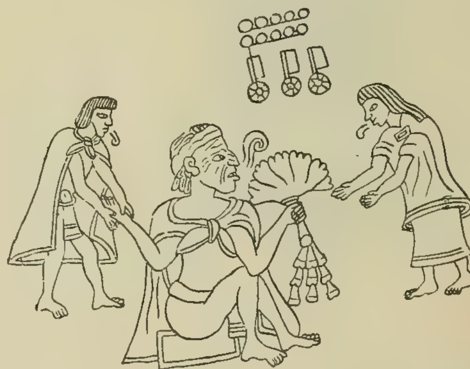
Los delitos contra el orden público, ya que los culpables conspirasen ó tratasen traición contra el señor ó lo quisiesen privar de su señorío, eran castigados con pena de muerte. Al que era traidor avisando á los enemigos en la guerra, lo despedazaban, se confiscaban sus bienes y se hacía esclavos á todos sus parientes. Y como encontramos también la pérdida de bienes para el que usase las armas ó divisas de los reyes, resulta como pena usada la confiscación. También se daba muerte á los que eran causa de un tumulto, en especial en los mercados y lugares públicos.

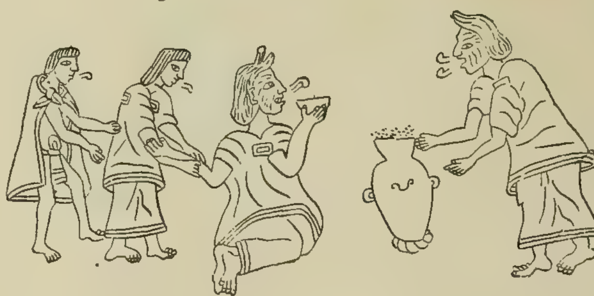
Sin duda que consideraban los delitos de injuria y difamación, pues en el códice Mendocino está pintado el vicioso de mala lengua y chismoso, y lo representaban con dos grandes orejas sobre la cabeza, para significar que andaba oyendo las vidas ajenas para contarlas; y á los que eran viciosos en mentir les hendían el labio para que fuesen conocidos.



El chismoso calumniador

La embriaguez, en fin, se consideraba como grave delito. El licor principal de los mexica era el pulque y no podían tomarlo sin permiso de los señores ó de los jueces y no lo daban sino á los enfermos mayores de setenta años, según la pintura del códice Mendocino. Ahí se ve al viejo con un ramo ó *xóchitl* en la mano, atendido por su hijo y su hija y cantando por efecto de la embriaguez. La manera conque los numerales están puestos hace suponer que á la mujer se le permitía tomar pulque desde los sesenta años, á fin de que se le calentara la sangre, como en relato igual dicen Zurita y Mendieta, sin duda siguiendo á Olmos. A la





Ancianos que tienen permiso de embriagarse

anciana se la ve también embriagada, delante de la cántara de pulque, apoyada por sus hijos. A los ancianos les daban tres ó cuatro tazas. Las paridas lo podían beber los primeros días, y los médicos muchas veces daban sus medicinas en una taza de pulque. En las bodas y fiestas había licencia general para que los que pasaran de treinta años tomasen dos tazas, y lo mismo se concedía á los que acarreaban madera y piedras grandes para que resistiesen al trabajo.

Los señores principales y gente de guerra tenían por pundonor el no tomar pulque; pero ya hemos visto que á ciertos *yaoyizque* se les permitía; que en algunas fiestas era costumbre beberlo, y que Durán dice que en su casa todos lo tomaban y que la prohibición era de hacerlo en público. De aquí deducimos que lo que se castigaba era la embriaguez y el escándalo que producía, y así á los borrachos y á los que comenzaban á cantar y á dar voces por el calor de la bebida los trasquilaban afrentosamente en la plaza, y si tenían la embriaguez por vicio, les derribaban sus casas porque eran indignos de contarse entre los vecinos; los privaban de los oficios públicos que tenían y quedaban inhábiles para tenerlos en adelante.

Según las pinturas del códice Mendocino, tenían pena de muerte el mancebo del *Calmecac*, el sacerdote y la mujer moza que se embriagaban.

A pesar de las bizarrías extrañas á la civilización del Viejo Mundo, pero naturales y conformes á los elementos sociales en que México se desarrollaba, debemos confesar que los antiguos azteca estaban ya muy lejos de su vida primera de tribu: si los mexica no habían sabido extender su territorio á todos los pueblos



Mujer muerta por delito de embriaguez

adonde llevaban sus conquistas y no comprendieron que uniendo los intereses de todos ellos en un solo interés habrían formado un imperio poderosísimo, no puede negarse, sin embargo, que en el pequeño territorio que





Sacerdote y mancebo del Calmecac muertos por delito de embriaguez

tenían dentro del Anáhuac, en nuestro Valle, eran una nación organizada, y que la isla, cabeza de su pequeño imperio, era para ellos la más grande que para un pueblo puede haber, la patria.

CAPÍTULO XIV

Netzahualcóyotl. — Perdón general á sus enemigos — Fija los límites de su reino — El monte de Tlaloc. — La Chalchiuhtlicue de Coatlinchán. — Comparación con las cariátides del templo de la Cruz. — La fiesta Etzalcualiztli. — Figura común de Chalchicueye. — El etzacualli. — Signo de la fiesta. — Los instrumentos de labranza. —Baño general. — Apizteotl, dios del hambre. — Baile de los señores. — Fin de la fiesta — La defensa de las ofrendas. — Ceremonia de Tota. — Muerte de Cuaquáuhtzin — Matrimonio de Netzahualcóyotl con Tonacacihuátzin. — Sus hijos. — Fin trágico de los tres primeros. — Guerra de Chalco — Nacimiento de Netzahualpilli. — Construcción de la torre de nueve pisos. — Verdadero juicio sobre Netzahualcóyotl. — Teocalli de Texcoco. — La campana tetzilácatl — Fragmentos del ídolo Mixcoatl. — Relieve de Mixcoatl. — Reloj solar. — Muestras de reverencia —Leyes de Netzahualcóyotl — Organización política. — El Consejo — El tribunal del dios y el del rey. — Los otros tribunales. — Los catorce señores. — Sus señoríos — Elementos que representaban en el gobierno. — Política de Netzahualcóyotl. — Comparación con México. — Supuestas academias. — Verdadero progreso de Texcoco. — Protección á las artes. — Mejoras materiales. — El cerro de Texcutzinco. —Trabajo del señor García Cubas. — Situación de Texcutzinco. — El terraplén. — Los jardines. — El acueducto. — Calzadas de circunvalación. — Pavimento. — Baños. — Escaleras y rampas. — Reclinatorios. — Palacio. — Nicho. — Ruinas.

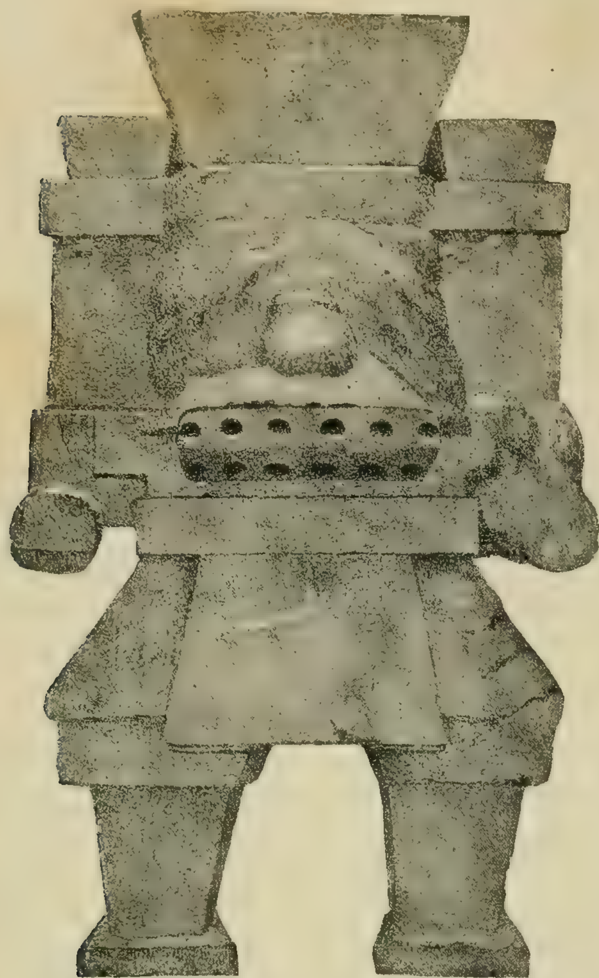
Al mismo tiempo que el imperio de los mexica se desarrollaba poderosamente bajo el reinado de Moteczuma Ilhuicamina, la corte de Acolhuacán crecía en cultura con el gobierno de Netzahualcóyotl, la figura más poética de nuestra historia antigua. Su vida, desde el aciago día en que oculto en las ramas de un árbol presenció la muerte de su padre, el rey Ixtlilxóchitl, hasta que volvió triunfante á ocupar el trono de Texcoco, más que á la historia pertenece á la leyenda. Durante ese tiempo templó su alma en el yunque más potente, en el dolor; en sus viajes, observando diversos pueblos y diversas costumbres, enriqueció su inteligencia, y en el camino de sus penas aprendió la más difícil de las ciencias, á conocer á los hombres. Acaso cuando huía abandonado por veredas y montañas brotó en su corazón el raudal de la poesía, que bien la forman soledad y lágrimas, y al volver al palacio de sus abuelos, sentóse en el *tlatocaicpalli* para gobernar á sus pueblos, un rey poeta.

El primer acto de Netzahualcóyotl, después de que por la fuerza de las armas hubo recobrado su señorío, fué un perdón general, rasgo que pinta elocuentemente su carácter. Muchos de los señores rebeldes, avergonzados de su traición, no se atrevieron á volver y se contentaron con mandar á sus hijos; pero más tarde, confiados en la bondad del rey, tomaron posesión de sus señoríos, comenzando así una era de paz y prosperidad para Texcoco.

Cuidó también Netzahualcóyotl de fijar con Itzcoatl los límites de ambos reinos, y aunque ya de esto hemos tratado, agregaremos que fué señal de la división el cerro de Quexáhuatl, siguiendo hasta el de Tlaloc, que majestuoso se levanta al oriente de nuestro Valle. Llamábase Tlaloc porque sobre él se ponen las nubes que generalmente vienen á llover sobre la ciudad de México en la estación de aguas: así es que suponían que en él residía el dios de las lluvias y que de ahí mandaba á los *tlaloques* para que derramasen el agua fecundamente y refrescadora sobre México. Añadamos que la de sus vertientes baja en arroyos á fecundar las tierras del antiguo reino de Acolhuacán, y por acueductos se llevaba al cerro de Texcutzinco, lugar de placer de los reyes acolhua, de que después hablaremos.

Simbolizóse esto en Coatlinchán levantando en la cañada del agua, que se forma por dos altas montañas entre las cuales corre la que baja de los altos montes que por ese lado rodean el Valle, siendo el principal el de Tlaloc, y que dirige su curso al lago de Texcoco, una estatua colosal de *Chalchiuhtlicue* de 7 metros de altura, 3'80 de ancho y 1'50 de espesor, que es el *ídolo* antiguo más grande que conocemos. Desgraciadamente tiene destruídas las manos y estropeado el rostro, y yace tirada en la barranca, maltratada por las mismas aguas de que en otro tiempo fué deidad. Tiene el tocado que de costumbre se pone á la diosa, y que el señor Butler compara á la *calantica* de algunas estatuas egipcias, pero cuyo origen entre nosotros debe tomarse de los dos monolitos que sostenían la plataforma del templo de la Cruz: lo que confirma la significación de ésta como deidad de las lluvias. La parte superior del adorno de la cabeza presenta una excavación en forma de tina de unos 50 centímetros de profundidad, que servía para depositar las aguas pluviales, como la taza superior del Tajín de Papantla. Tiene además

el inmenso monolito en las manos un instrumento, que parece debía sonar soplando en él, y semejante á la estatua de Palemke. Lleva *maxtli* sencillo, mientras



Chalchiuhtlicue colosal de Coatlinchán

que la palemkana presenta en su *ex* un instrumento que en su figura acusa un empleo para medir profundidades y que da idea del Nilómetro.

Los mexica, siguiendo las antiguas tradiciones, tenían gran culto por *Chalchiuhtlicue* y por *Tlaloc*, y



Chalchicueye

en esto los seguían los acolhua. A la primera dedicaban la fiesta *Etzecualiztli*, que era cuando las aguas eran ya entradas y las sementeras crecidas y con mazorcas. En aquel día los sacerdotes iban á las tierras de los *calpulli* y quebraban algunas cañas de maíz por debajo de las mazorcas y las hincaban en las encrucijadas de las calles, dejando en medio un humilladero que llamaban *momoztli*. Las mujeres ponían por ofrendas tortillas de *xílotl*, que son mazorcas de maíz antes que cuaje, y concluía la fiesta con comidas, bailes y cantos de mucho regocijo. Esta diosa tenía también sus sacerdotes y sacrificios, y en su honor llevaban á una niña vestida de azul metida en un pabellón entonando cantares al agua, y la degollaban en la laguna de Texcoco.

Generalmente se distingue *Chalchicueye* en pinturas y esculturas, que son numerosas, por dos á manera de chapetones sobre las sienes, de los cuales cuelgan cintas ó gotas de agua.

Por ser el agua elemento tan necesario para las siembras y causa muy principal de las buenas cosechas, tenían á la diosa por madre de los alimentos; y por eso le hacían la fiesta *etzecualiztli*, que significa fiesta del *etzacualli* ó puchas de frijol con maíz cocido entero dentro. El origen de esta comida era que el pueblo pobre no podía comer maíz y frijol á un tiempo; comía el uno ó el otro; pero si llegada esta fiesta, que era al comenzar las lluvias, se presentaba bueno el año, bajaba naturalmente el precio de los mantenimientos y ya se permitía al pueblo comer el *etzacualli* denotando abundancia.



Signo del Etzecualiztli

Por la misma razón pintaban el signo de la fiesta muy ufano y gallardo con una caña de maíz en la mano, como muestra de fertilidad, y metido en el agua, que era dar á entender el buen tiempo que hacía, acudiendo las lluvias á su tiempo, y en la otra mano una olla con el *etzacualli*.

Era costumbre también en esa fiesta que los instrumentos de labranza, como eran las coas y palos agudos conque sembraban, las palas para cavar la tierra, los *mecapáltin* para cargar y los *cacaxtle*, que eran unas pequeñas tablas atravesadas metidas en unos palos en donde ataban la carga, el cordel conque la llevaban á cuestas y los cestos para recoger la cosecha, todo lo ponían en un estradillo, cada indio en su casa, y le hacían reverencia y ofrendas, adornando de flores y ramas los instrumentos. Algo de estas costumbres existen todavía en los campos.

Después para huir de las iras de *Apizteotl*, dios del hambre, iban todos los principales ó *macehualli* á bañarse en los ríos y las fuentes, siguiéndose baile de los señores en los templos y los mercados, cada cual

con su caña de maíz en la mano y en la otra una olla de *etzacualli*. Entre tanto la gente baja poníase unos á modo de anteojos formados con las ramas del templo y con báculos en las manos y unas ollas andaban de casa en casa pidiendo que les diesen *etzacualli*.

En cuanto á *Tlaloc* teníanle en tan gran veneración, que no sólo era dios general de la tierra, sino que su templo estaba en México al lado del de *Huitzilopochtli* y ambos sobre el gran *teocalli*. Estábale especialmente dedicado el cerro de *Tlaloc* ó *Tlalócan*, de que hemos hablado. En su cumbre había un templo con una gran cerca cuadrada y almenada que de muy lejos se veía. En el patio estaba una pieza mediana cubierta de madera con su azotea, toda encalada por dentro y por fuera y con un pretil galano y vistoso. En medio estaba el dios *Tlaloc*, de piedra, sentado en un estradillo y alrededor gran multitud de ídolos pequeños que representaban los cerros y quebraduras que rodean á la montaña, que todos tienen su nombre especial.

La fiesta de este dios y de esta montaña era acaso la más solemne del Anáhuac, y concurría con la llamada *Hueytozostli*, que tenía por objeto pedir buen año, á causa de que ya el maíz que habían sembrado estaba todo nacido. Celebrábase en la misma montaña; acudía el rey Netzahualcóyotl con todos los grandes de su reino á recibir á los señores invitados; iba el emperador de México con todos los principales y el rey de Tlacópan y el señor de Xochimilco y de la otra parte los *tecuhtli* de Tlaxcalla y Huexotzinco, y en fin, todos los grandes de las tierras que á los dos lados de la montaña se extendían. Hacían alrededor del templo, para que se abrigasen, vistosas chozas y enramadas á los reyes y señores, separadamente á los de cada nación y señorío. Al amanecer salían todos los reyes y señores con toda la demás gente; tomaban un niño de seis á siete años, que metían en una litera cubierto por todas partes para que nadie lo viese; lo cargaban en hombros los principales; iban en procesión hasta un lugar llamado *tetzacualco*, y allí, delante de la imagen de *Tlaloc*, mataban al niño dentro de la litera los sacerdotes del dios al son de muchas bocinas, caracoles y flautas.

Después el señor de México llegaba con todos sus grandes y gente principal, y sacando un rico traje para el dios entraban donde estaba, y el mismo rey con su propia mano le ponía una corona de plumas ricas en la cabeza y luego lo cubría con una manta, lo más costosa que podía haber, de muchas labores de plumas y figuras de culebras en ella, y le ceñían un ancho *maxtli* tan galano como la manta y le echaban al cuello sartas de piedras de mucho valor y joyeles de oro, le ponían ajorcas de oro y piedras y adornos en las gargantas de los piés, é igualmente vestía á los otros idolillos. Seguían riquísimas ofrendas de los otros reyes y señores, y después por igual orden traían la comida del

dios y luego entraban los sacerdotes y lo rociaban todo con la sangre del niño sacrificado, untando con la sobrante al *Tlaloc*. Dejaban por guardia de las ofrendas cien *yaoyizque*, pues era costumbre que los de Tlaxcalla y Huexotzinco intentaran robarla, lo que conseguido era gran afrenta para México, y no pocas veces se originaron de esto sangrientas peleas en el templo de *Tlaloc*.

Entre tanto en la ciudad de México se hacía otra notable ceremonia en honor de la misma deidad, bajo el nombre de *Tota* ó nuestro padre. Formábase en el



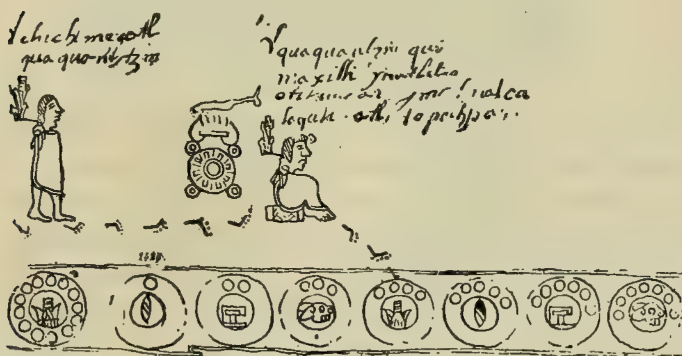
La fiesta de Tota

gran templo y frente al oratorio de *Tlaloc* un bosque pequeño con muchas ramas, matorrales, montes y peñasquillos, que parecía cosa natural y no fingida: en medio levantaban un grande y coposo árbol, el mayor que había en el cerro de Culhuacán, y alrededor otros cuatro pequeños; de éstos al mayor, que llamaban *Tota*, ponían sogas de esparto adornadas con muchas borlas igualmente de esparto, á las cuales sogas decían *netzahualmécatl* ó cordeles de penitencia. Hecho ya el bosquecillo, los grandes sacerdotes, con sus trajes de ceremonia, sacaban á una niña de siete á ocho años metida en un pabellón de modo que nadie la viese; iba vestida de azul y representaba á la laguna de Texcoco, y por tocado le ponían una correa encarnada y al remate una borla azul de plumas. Así cubierta la colocaban debajo del árbol grande, y sin bailar, al son de los *teponaxtli*, le entonaban muchos y diversos cantares.

Duraba el canto hasta que llegaba noticia de que los reyes habían hecho su ofrenda en el cerro de *Tlaloc* y que ya bajaban á embarcarse. Tomaban entonces á la niña, siempre oculta en su pabellón, metíanla en una canoa y quitaban el árbol grande liándole las ramas y poniéndolo en una balsa, y sin cesar de tañer y cantar, acompañados de innumerables canoas llenas de hombres, mujeres y niños que iban á ver la ceremonia, la llevaban al medio de la laguna con toda la prisa posible, á fin de que llegasen los de México al mismo tiempo que los reyes y señores que habían salido de Texcoco; ahí junto á un resumidero que tenía el lago y que se

llamaba Pantitlán, en donde las aguas hacían remolino, plantaban el árbol *Tota,* desatándole las ramas, y al acoparse luego tomaban á la niña dentro de su pabellón y con una fisga de matar patos la degollaban y escurrían su sangre en el agua, y en seguida arrojaban el cuerpo muerto en el resumidero que se lo tragaba. Luego los señores y principales echaban en la vorágine gran cantidad de joyas de oro y piedras que ahí desaparecían y todos tornaban en silencio á su ciudad por fin de la fiesta.

Volviendo al gobierno de Netzahualcóyotl, encontró el país destruído cuando lo reconquistó y desmantelada y sin orden la ciudad de Texcoco. Tuvo ante todo que organizar su ejército, para ocurrir á las guerras de México, y cumplió bien en todas las campañas emprendidas en la época de Moteczuma Ilhuicamina. En esas guerras hay un episodio que mancha el nombre de Netzahualcóyotl. Yendo el rey al señorío de Tepéchpan, cuyo *tecuhtli* era á la sazón Quaquáuhtzin, el cual en el mapa jeroglífico aparece que obtuvo el señorío en el año *nahui ácatl,* 1431, se hospedó en el *técpan* de



Quaquáuhtzin

éste, y Quaquáuhtzin, por hacerle más honor, dispuso que le sirviese la mesa su prometida Tonacacihuátzin, prima del rey é hija de Temíctzin, uno de los principales de la familia real de México. Prendóse de ella Netzahualcóyotl, y sin descubrir su pasión dió orden de quitar la vida á Quaquáuhtzin, enviándolo á la guerra de Tlaxcalla por cautivos para el sacrificio de sus dioses y mandando decir en secreto á los señores tlaxcalteca que lo matasen. Encargó á sus capitanes de confianza que lo pusiesen en el lugar de mayor peligro, en donde murió. El jeroglífico de Tepéchpan conserva el recuerdo de estos hechos, y pone el matrimonio ó promesa de él, de Tonacacihuátzin con Quaquáuhtzin, en el año trece *técpatl,* 1440, y su muerte en la guerra en el tres *ácatl,* 1443. Por más ocultar su crimen, fingió Netzahualcóyotl un encuentro casual con Tonacacihua, que en el jeroglífico tiene el nombre de Xóchitl, con la cual se había ya concertado, y casándose con ella la designó por reina. De ella tuvo á Tecauhpiltzíntli, á quien mandó matar por violación de las leyes, otros dos hijos que murieron también desventuradamente y á Netzahualpilli, que le sucedió en el trono y que según los Anales de Cuauhtitlán nació en el año once *técpatl,* 1464.

Merece referirse la trágica muerte de Moxiuhtla-



Muerte de Quaquáuhtzin

cuíltzin y su hermano. Habían ido de caza con otros señores por términos de Chalco, y el *tecuhtli* de este pueblo los mandó matar. Embalsamaron sus cadáveres, y puestos en pié en la sala de su Consejo los tenía el *tecuhtli* de día como guardianes y de noche como candelabros, encendiendo en sus yertas manos las teas de *ócotl.* El ejército aliado destruyó á Chalco y asoló el señorío, repartiéndose las tierras de Tlalmanalco, Amaquemécan, Tenanco, Chimalhuacán, Tecuanípan y Mamalhuazócan, cuyos habitantes huyeron del otro lado de las montañas, volviendo solamente, y no todos, por desgracia del vencedor.

Refieren las crónicas estos sucesos, mezclándolos con agüeros y prodigios y con el vaticinio del nacimiento de Netzahualpilli, que había de ser un rey prudente y sabio.

Terminada la guerra de Chalco dedicóse Netzahualcóyotl á hermosear su ciudad de Texcoco. En la parte en que tenía los templos de sus dioses, que era dentro de unos grandes palacios que edificó, los mayores que hubo en el Anáhuac, levantó una torre de nueve pisos en representación de los nueve cielos, agregándole un décimo oscuro y estrellado por la parte de afuera y engastado con oro, piedras preciosas y plumas ricas por la de adentro. Ahí, según Ixtlilxóchitl, adoraba al dios desconocido, en cuya alabanza compuso más de sesenta cantares.

Generalmente se ha querido hacer de Netzahualcóyotl un tipo de perfección, un hombre superior á todos los de su época, y con alma tan elevada que había llegado á comprender la existencia de un Dios único. Sin que le neguemos su superioridad y confesando que era poeta, aunque son apócrifos los cantares que por suyos corren, á fuer de historiadores imparciales debemos decir que fué menos grande de lo que pretendió hacerlo su descendiente el cronista Ixtlilxóchitl. Su

acción infame mandando dar muerte á Quaquáuhtzin para casarse con Tonacacihua; su corazón de hiena arrancando la vida á su propio hijo Tecauhpiltzintli, acúsanle de cruel y desleal. En vano se quiere decir que odiaba los sacrificios humanos: la crónica relata que los hizo para pedir á los dioses la victoria en la guerra contra los chalca, y hemos visto que asistía á la horrorosa muerte del niño en el monte Tlaloc y á la de la niña en el resumidero de Pantitlán. Se dice, sin ninguna prueba, que adoraba al dios desconocido; pero en el gran *teocalli* de Texcoco, el mayor de estas tierras, levantó por dioses á los de los mexica *Huitzilopochtli* y *Tlaloc,* y por especial deidad al dios Mixcoatl de los chichimeca; y no era posible de otra manera, que el hombre se desarrolla según el medio en que vive.

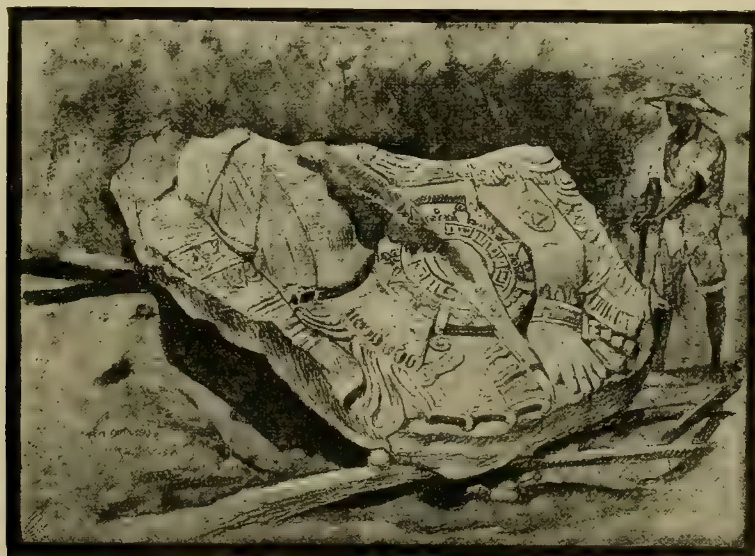
Juan Bautista Pomar, en un manuscrito de nuestra colección, describe el gran *teocalli* de Texcoco, que era mayor y más alto que el de México, diciendo que era de barro y piedra y solamente las haces de cal y canto; que tenía por lado del cuadro ochenta brazas largas y de alto veintisiete, y para subir á él dos escaleras de á ciento sesenta escalones por la parte del poniente: tenía cuatro cuerpos, y en la plataforma superior había dos aposentos grandes; en el mayor, á la parte del sur, estaba el *Huitzilopochtli,* y en el menor, á la del norte, *Tlaloc,* mirando ambos hacia la ciudad de México. Delante de los oratorios había un patio prolongado de norte á sur muy llano y estucado, tan capaz que cabían en él quinientos hombres. Delante de la pieza de *Huitzilopochtli* estaba el *téchcatl* ó piedra para los sacrificios. Los dos oratorios tenían tres pisos; en el interior estaban sentados los dos dioses y en los superiores, que se comunicaban con el primero por escaleras movedizas de madera, había repuesto de todo género de armas, especialmente de macanas, rodelas, arcos, flechas, lanzas y guijarros y



Teocalli

todo género de vestimentas y arreos de guerra; pues no debemos echar en olvido que el *teocalli* era la principal fortaleza.

Una de las pinturas del padre Durán nos da buena idea de ese *teocalli.* Todavía existen sus ruinas en Texcoco, que cada día se destruyen más y que pronto desaparecerán, porque se saca constantemente piedra de ellas para venir á venderla á México. Anatematizamos á los primeros frailes que por una piedad extraviada



Fragmento del Mixcoatl de Texcoco

destruyeron nuestros antiguos monumentos y nosotros continuamos esa destrucción por vil lucro sin que haya nadie que lo impida.

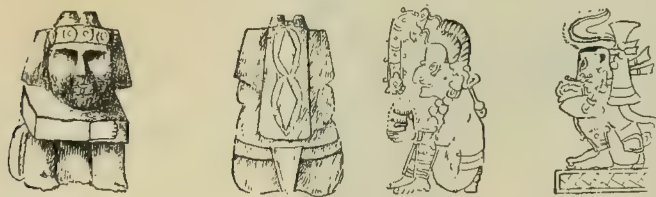
Frente á este *teocalli* estaba la torre de nueve pisos y en el noveno un instrumento, que llamaban *chililitli,* de donde tomó nombre el edificio, y además varios instrumentos músicos, como cornetas, flautas, caracoles y un artesón de metal que llamaban *tetzilácatl,* que se tañía con un martillo también de metal, y daba un sonido como de campana. Todos estos instrumentos se tocaban al amanecer, al medio día, al anochecer y á la media noche, que eran las veces que

Netzahualcóyotl oraba. El *tetzilácatl* era de cobre ó bronce, y se usaba también más pequeño para hacer acompañamiento en las danzas.

De la imagen de *Mixcoatl* de Texcoco nos queda un fragmento que está en el Museo. Era el dios propio de la raza y estaba labrado en relieve en un monolito circular de unas dos varas de diámetro. Por lo que de él resta se nota que el dios estaba medio acostado como en un baño, lo que confirma la identidad de *Xiuhtletl* y *Mixcoatl,* identidad que encuentra también confirmación en el siguiente pasaje de los Anales manuscritos de Cuauhtitlán: «los mexicanos se llevaron al dios Mixcoatl y éste era el que estaba *acostado* en Tenochtitlán en el paraje nombrado Mixcoatepec.»

Se ven en el fragmento el centro del cuerpo con el *maxtli,* la pierna con preciosa ajorca labrada y con colgajos y la cinta entretejida, que sostenía el *cactli* ó sandalia, algunos adornos del cuello y parte de un penacho de plumas y un brazo con la mano apoyada en el suelo con rica pulsera, y en él labrado el signo especial que en el mismo brazo da el nombre de Acolhuacán. Pero acaso lo más notable del relieve es un sol ó *Tonatiuh* que tiene bajo el brazo la figura, del cual sale el *xiuhmolpilli,* y que tiene en su centro un estilo ó gnomón que no deja duda de que aquellos pueblos usaron el reloj solar. El fragmento del monolito que existe mide de largo ocho piés ingleses, seis piés y nueve pulgadas de ancho y doce pulgadas de grueso.

Delante de estas deidades y otras muchas, consumaba sus sacrificios el pueblo de Netzahualcóyotl; ante ellas hacía su reverencia, usada también ante personas principales, que consistía en doblar el cuerpo, tocar la



Esculturas y pinturas en actitud de reverencia

tierra con el dedo de en medio de la mano derecha y llevar el polvo á la boca, lo que, según Durán, era especial acatamiento á la diosa tierra; y en su presencia, en fin, poníanse en cuclillas, que era la postura que sustituía en ellos á arrodillarse ante los dioses y los superiores.

Netzahualcóyotl se distinguió también como legislador; dió, según Ixtlilxóchitl, ochenta notables leyes que fueron aceptadas en todo el Anáhuac. Ya nos hemos referido á ellas y hemos visto un fondo de crueldad en sus penas. Disculpamos al rey de Texcoco, pues bien sabemos que se debe juzgar á cada hombre según su época, y precisamente por eso nos hemos opuesto á que de él se forme una personalidad superior en mucho á lo que lógicamente podía ser; pero tenemos obligación de señalar sus defectos y hasta sus crímenes, porque si admitiéramos como principio que no los hombres sino el tiempo en que vivieron hacen los males, la severa Historia se tornaría en una condescendiente maestra de inmoralidades.

Como hubiese encontrado Netzahualcóyotl el reino desorganizado por la dominación de los tepaneca, cuidó desde luego de constituir su gobierno. Instituyó también un Consejo ó *Tlatócan,* y aunque Ixtlilxóchitl dice que se componía de diez y nueve miembros, el Mapa Quinátzin sólo nos da catorce, que eran los *tecuhtli* de los señoríos sujetos á Texcoco. Presidíalo Netzahualcóyotl, y había en él dos estrados á ambas partes y en medio, según el jeroglífico, dos fogones que siempre tenían fuego. El estrado de la derecha era más alto, mejor y de más grave ornato, y se llamaba *Teotlatócan* ó tribunal del dios; en él había un sitial que tenía una calavera y encima una esmeralda piramidal. Cubría el estrado un pabellón de plumería rica y costosa nombrado *tecílotl.* Servía de cetro en este lugar al rey una flecha de oro con punta de esmeralda, y había ahí tres *copilli* ó coronas, una de plumería, otra de piedras engastadas en oro, y la tercera de un tejido de varios colores de pelo de conejo y algodón. En este tribunal se sentaba el rey cuando se ofrecían asuntos graves y cuando se sentenciaba á alguno á muerte. Del lado izquierdo estaba un estrado menor, que llamaban *Tecuhtlatócan* ó tribunal del rey, en donde estaba y asistía de ordinario.

Da también razón el cronista de que había en Texcoco un consejo para las causas civiles, al cual asistían cinco señores fieles amigos del rey, á más de sus miembros natos. Otro juzgaba de las causas criminales y lo presidían dos hermanos del rey. El consejo de guerra se componía de los más famosos capitanes acolhua, entre los cuales tenía el primer lugar el *tecuhtli* de Teotihuacán, yerno de Netzahualcóyotl y uno de los catorce magnates del reino, y no trece como equivocadamente dice Ixtlilxóchitl en otro lugar.

Sus nombres en el Mapa Quinátzin son:

1. *Quecholtecpátzin.*
2. *Quetzalmamalitzin.*
3. *Matlatocume.*
4. *Tencoyótzin.*
5. *Tezozomótzin.*
6. *Tlalollítzin.*
7. *Nauhcátzin.*
8. *Tlazolyáotzin.*
9. *Motoliniácan.*
10. *Tezcapoctli.*
11. *Cocopítzin.*
12. *Cuauhtlazahuillolli.*
13. *Techotlalátzin.*
14. *Quetzalpáintzin.*

El consejo de Hacienda se formaba de los *calpixque* y de los principales *pochteca* de la ciudad, habiendo

tres principales de los primeros que especialmente cuidaban de los tributos y demás rentas reales. En

Tencoyótzin.

lo demás la organización social era semejante á la de México.

Pero era esencial diferencia en nuestro concepto la formación del *Tlatócan:* en México se componía de miembros de la familia real, mitad sacerdotes y mitad guerreros, que eran elementos precisos de tiranía, sin intervención de influencia extraña; en Texcoco se formaba de los *tecuhtli* de los señoríos, lo que daba cierta idea de confederación y alguna esperanza de

Introducción de las artes en Texcoco

libertad. De los catorce *tlatoani* citados tenemos noticia de que Quetzalmamalítzin era el *tecuhtli* de Teotihuacán; Tlazolyáotzin, hijo del rebelde Itlacauh, recibió el señorío de Huexotla; en Chimalhuacán puso el rey á Tezcapochtli; á Coatlinchán llamó al desterrado Motoliniátzin; en Tepetlaztoc quedó Cocopítzin; en Acólman

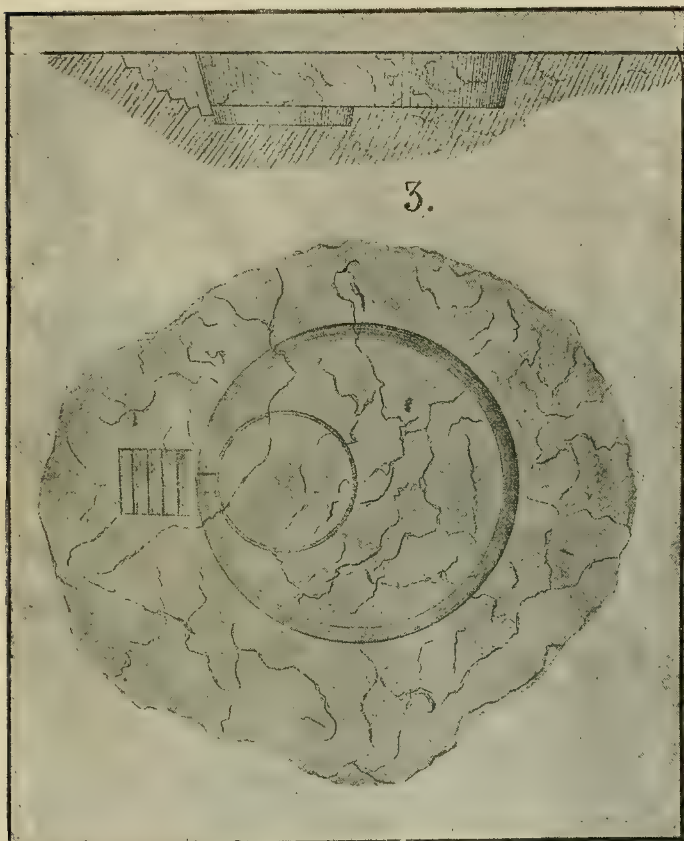
Plano del cerro y ruinas de Texcutzinco

Matlatocume ó Motlatocatzomátzin, como lo llama Ixtlilxóchitl; en Chiconáuhtlan Tezozomótzin; en Tezonyócan Techotlalátzin; en Otómpan Quecholtecpátzin; en Chiauhtla Cuauhtlazahuillótzin; y en Tepéchpan, en el lugar de su desgraciada víctima, colocó á Tencoyótzin. En los señoríos de Tollantzinco, Cuauhchinanco y Xicotepec, que no formaban parte del territorio acolhua, pero que eran pueblos aliados y tributarios suyos, siguieron los *tecuhtli* Tlalollítzin, Nauhcátzin y Quetzalpáintzin.

En esto fué superior la política de Netzahualcóyotl

á la de los señores mexica, porque sin perder nada de su poder real dió entrada en su gobierno á los elementos locales. Para la hacienda real reservó los pueblos de Cohuatepec, Iztapalócan, Xaltócan, Tepepulco, Cenpohuállan, Aztaquemécan, Ahuatepec, Axapochco, Oztoticpac, Tizayócan y otros: y para cobrar los tributos de los catorce señoríos designó á ocho *calpixque*.

También fué superior la política de Netzahualcóyotl al dejar á los señores mexica el mando en las cosas de guerra. Más feliz su pueblo, porque tenía vastísimas tierras de donde sacar sus mantenimientos, menos fanático, y por lo tanto no tan dado á sacrificios humanos, obtenía de las guerras tanta gloria y tantas ventajas

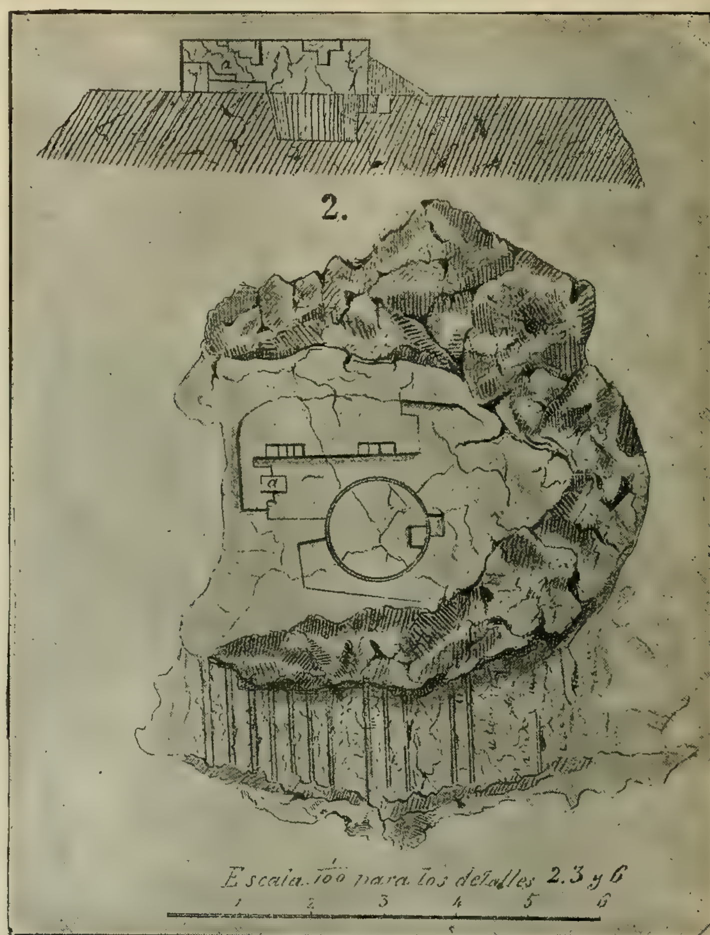


Baño mayor

como los mexica, y declinaba en éstos el odio y la venganza de los pueblos vencidos.

Refieren los cronistas que Netzahualcóyotl cuidó mucho de la cultura y bienestar de su pueblo, y aun cuentan que muchas veces iba al mercado y compraba los objetos que no se habían podido vender, para favorecer á los mercaderes pobres. Se dice que llamó á su corte á los hombres más sabios; que estableció entre ellos conferencias científicas; fundó escuelas y juntas á guisa de academias para el cultivo de la poesía, la astronomía, la música, la historia, la pintura y el arte adivinatoria. Perdónenos el texcucano Ixtlilxóchitl, pero tenemos motivo para no creerle sus exageraciones. Ni el sacerdocio podía consentir en que se popularizasen las ciencias ocultas y en sus santuarios reservadas, ni los hechos acreditan tamaño adelanto. Verdad es que los acolhua se esmeraron en la dulce pronunciación del nahoa, mudando la *o* en *u* y la *x* en *tz*, de manera que decían Tetzcuco en vez de Texcoco; pero hay dos hechos que destruyen esas supuestas academias y ese exagerado progreso: en el calendario quedaron más atrasados que los mexica, y fueron inferiores en la escritura jeroglífica, lo que se percibe fácilmente comparando los mapas Tlótzin y Quinátzin con los códices Mendocino, Vaticano y Borgiano.

Sí es cierto que Netzahualcóyotl protegió las artes mecánicas, y para el ejercicio de cada una de ellas

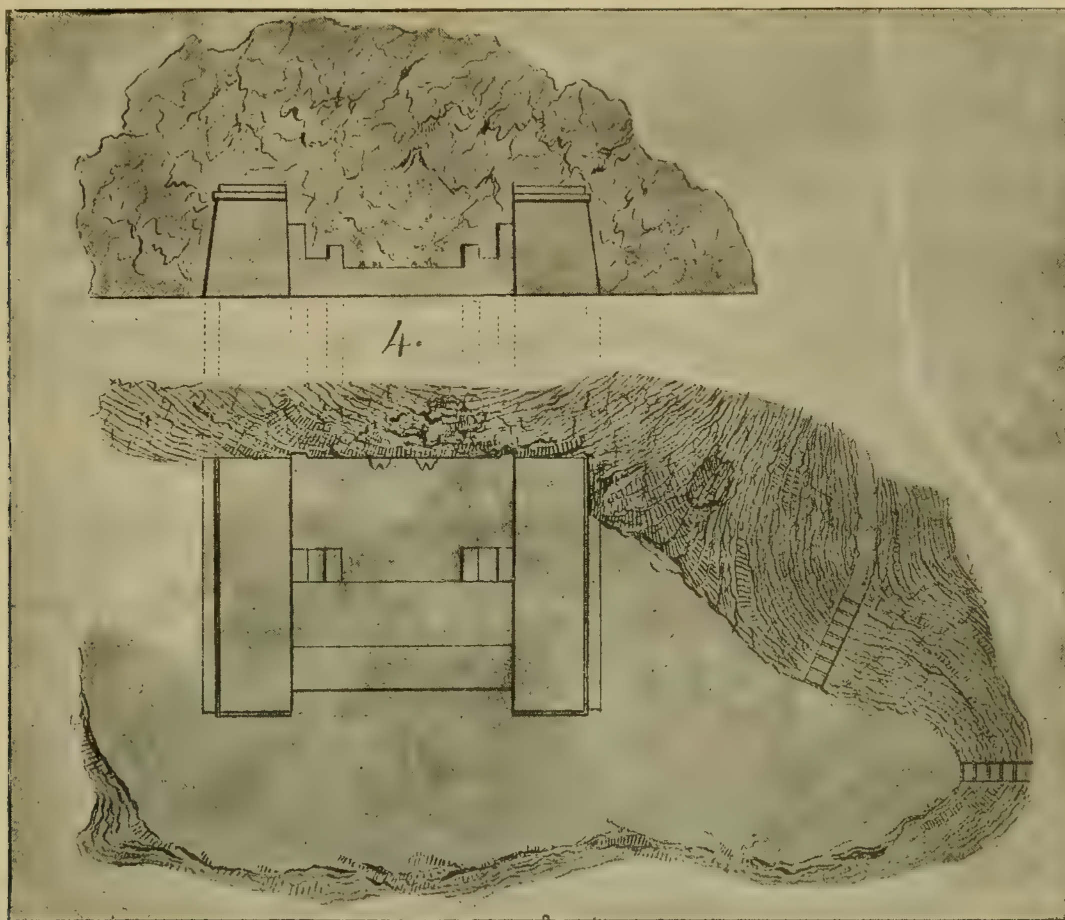


Baño

designó cada uno de los treinta *calpulli* en que dividió la ciudad; de manera que en uno estaban los plateros, en otro los carpinteros, en otro los tejedores y así de los demás. En el mapa Tlótzin se consigna la llegada á Texcoco de los artífices y el establecimiento de las artes bajo el reinado de Netzahualcóyotl. Ahí se ve al pintor, al tejedor, al platero, al fundidor con su mufla y su soplete, al fabricante de esteras, al carpintero y al que hace labores de pluma.

Ciertamente no puede negarse que Netzahualcóyotl hizo progresar mucho el reino de los acolhua; lo convirtió en rico y poderoso imperio; llenó la ciudad de Texcoco de templos magníficos y palacios suntuosos y tornó en un verdadero edén los jardines de Texcutzinco,

sitio real de recreo. Ahí, en las rocas de pórfido rojo, hizo labrar de alto relieve y gigantesca su propia estatua, de la que ya puede decirse que ni restos quedan; y trayendo desde el Tlaloc el agua por caños estucados labró sus prodigiosos baños. Basta ver estas ruinas para comprender cuánta cantidad de inteligencia y qué



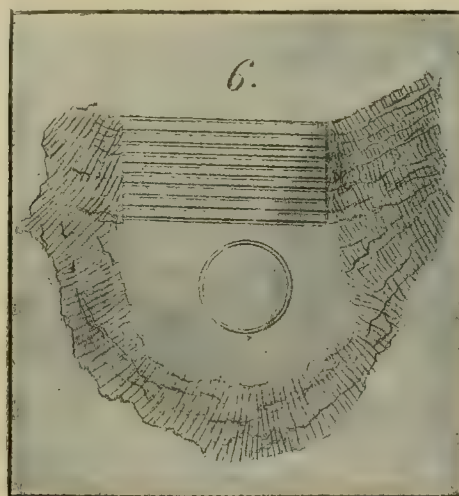
Ruinas de un edificio con escaleras

inmensa suma de trabajo se empleó en obra tan colosal, no superada por otra alguna; lo que al mismo tiempo revela el inmenso poder de aquel monarca.

Mas como quiera que nuestro amigo, el señor don Antonio García Cubas, ha hecho un estudio de aquellos lugares, que con sumo cuidado inspeccionó, y tuvo la bondad de dedicarnos su trabajo hasta ahora inédito, y el cual acompaña con planos importantísimos por él mismo levantados, á honra tenemos el cederle la pluma. Dice así su descripción:

«Al pié de la cordillera oriental del hermoso y fértil valle de Texcoco, á siete kilómetros al este de la antigua capital del reino de Acolhuacán se levanta el cerro de Texcutzinco, sitio de recreo del rey Netzahualcóyotl. Una sucesión de eminencias, que dan principio con el mencionado cerro y terminan con las elevadas cumbres del Ixtacíhuatl y Popocatepetl, constituye la masa de montañas porfídicas que por esta parte limitan el espacioso valle de México, que en su seno recibe las aguas torrenciales que de aquéllas se desprenden, contribuyendo, como en el molino de Flores cerca de Texcoco, á la amenidad de los paisajes.

»El cerro de Texcutzinco tiene su pendiente suave y extensa al sur y su contrapendiente extremadamente fragosa al norte, siendo difícil por esta parte el ascenso á la cumbre, en la cual se desarrollan á la vista del



Fuente

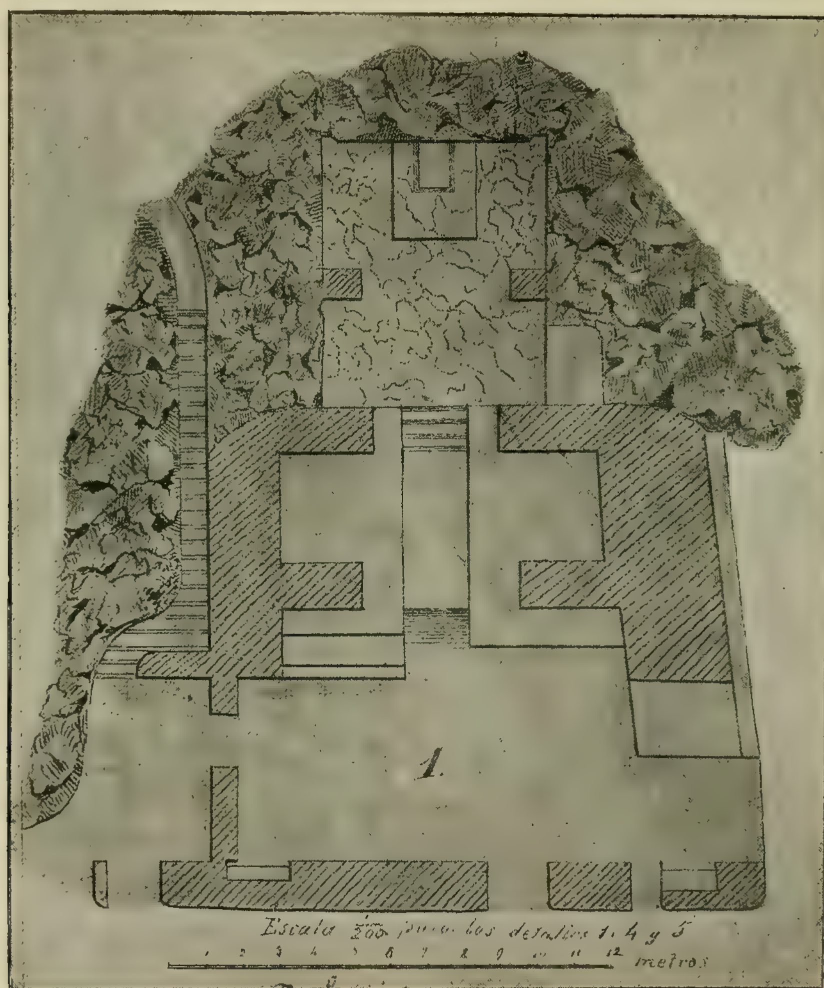
espectador los más variados cuadros; desde los rústicos paisajes que presentan al pié de la eminencia los pueblecillos indígenas, á los que afluyen en medio de los

esmaltados campos las sinuosas veredas, hasta el grandioso y dilatado panorama de todo el valle, con sus lagos y ciudades, sus campos y colinas, sus lomas surcadas de enormes grietas abiertas por el ímpetu de las avenidas, y sus cordilleras que proyectan en el cielo onduladas crestas coronadas por las coníferas.

»Entre el cerro de Texcutzinco y el que sigue al oriente se encuentra una fuerte depresión del terreno, limitada al norte por el collado AA, que liga ambas eminencias, y sobre el cual existe un elevado terraplén BB, obra digna por la perseverancia que hubo de seguirse en su ejecución, de los constructores de las célebres pirámides de Teotihuacán y de Cholóllan. Ese terraplén que la vegetación ha revestido se conserva intacto, y aparece al subir la montaña como una obra natural.

»En la hondonada existían, en otros tiempos, el parque y los jardines reales, cuyas arboledas han desaparecido no tanto por efecto del tiempo cuanto por la acción destructiva del hombre, la cual no ha alcanzado aún al hermoso y cercano monte de Chapingo.

»El elevado terraplén que hizo desaparecer la garganta de la montaña, y que aún subsiste á pesar de los



Palacio

años, fué construído con el fin de facilitar el paso de las aguas, que naciendo en la espesura de la vecina eminencia, habían de circular en Texcutzinco, siguiendo próximamente la dirección de una curva de nivel, de la cual apenas se separa lo necesario para no entorpecer la corriente que había de alimentar los baños, ó caer en lluvia sobre los jardines al despeñarse por las acantiladas rocas de un desfiladero.

»Para llevar á efecto la grande obra del terraplén, así como la de los acueductos en las vertientes de los otros cerros, han de haberse ejecutado trabajos de nivelación muy dignos de ser considerados, tanto más cuanto que ni el método, ni los instrumentos que sin duda sirvieron para el objeto, pudieron ser de la importancia de los que hoy tiene la ciencia en el progreso en que se encuentra.

»Además de estas obras existen otras importantes, que tampoco han sido destruídas por la acción del tiempo, como son las calzadas de circunvolución en las faldas de los cerros, las escaleras construídas en la roca viva, los receptáculos abiertos en los mismos pórfidos y algunas construcciones cuyos detalles se expresan en seguida.

»Siguiéndose del 1 al 3 (véase el plano), con ligeras diferencias de nivel, se halla formada una calzada por cuyo lado interior corre el caño que surtía de agua los



BAÑO DE NETZAHUALCÓYOTL

Cuadro de don José M. Velasco

baños 2 y 3. La calzada formada por rebajos y desatierres del mismo cerro, tiene su pavimento terso, como que está formado por argamasa cubierta de una capa de cal muy delgada, endurecida y bruñida, según el sistema que de los antiguos indígenas se observa, particularmente en Teotihuacán, Metlatoyúcan y en otras muchas construcciones, incluyendo en éstas la del gran *teocalli* de México.

»Poco antes del baño marcado con el número 3, dicha calzada toma otra dirección ascendente hacia la cumbre en la que se encuentran las ruinas de un edificio que, según Ixtlilxóchitl, son las de *unas casas á manera de torre con su remate y capitel de cantería en forma de maceta, de la cual salían unos penachos y plumeros, que eran la etimología del nombre del bosque.*

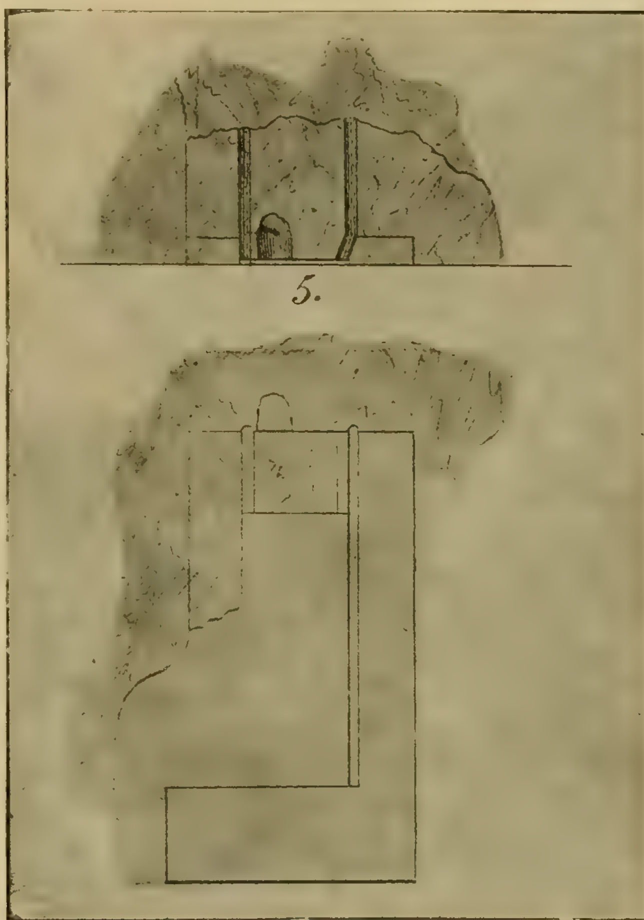
»El baño número 2, fielmente representado en la pintura de Velazco, está abierto en un trozo enorme de pórfido de tan saliente posición que parece que de un momento á otro se desprende para rodar al fondo del precipicio. La horadación circular de la roca, de dureza extraordinaria, la especie de reclinatorio *a*, tallado en la misma, así como las escaleras que de dicho baño en diferentes direcciones y alternando con rampas descienden á los lugares ocupados en otro tiempo por los jardines, todo es de un trabajo admirable, y más teniendo en cuenta el desconocimiento de los antiguos mexicanos respecto de los instrumentos de hierro.

»El baño número 3, de mayores dimensiones que el anterior, ofrece la particularidad de que su reclinatorio daba frente á la capital del imperio azteca.

»La construcción número 4 con sus pequeñas escaleras era tal vez una habitación, así como la del número 6 una fuente sobre una meseta, á la que se desciende por una escalinata.

»Las ruinas marcadas con el número 1 corresponden evidentemente á un palacio, pudiendo observar por ellas varios departamentos determinados por pilastras y muros más ó menos salientes, tres pisos á distinto nivel, entrecortado el centro por una calle, á la que se asciende por una rampa y permite la subida después por medio de escalera á la galería superior, en cuyo fondo se alza sobre una plataforma una gradería destinada sin duda para el trono del monarca. Una extensa escalera, al costado del edificio, se halla practicada como las demás en la roca viva. Es muy notable el nicho número 5 que sirvió sin duda para colocar la estatua de algún dios.

»De esos parques y jardines de plantas tropicales, de ese ameno sitio de recreo del rey poeta y filósofo



Ruinas con nicho

Netzahualcóyotl en su época fastuosa, de ese lugar de refugio del mismo rey en sus días de persecución, no queda más que la memoria de su grandeza: en la hondonada pastos y maleza; en la eminencia algunas ruinas, arbustos, flores y plantas olorosas, entre las cuales por la parte septentrional se descubren unas rocas acantiladas, con claros vestigios de esculturas colosales como las de las montañas del antiguo Egipto.»

CAPÍTULO XV

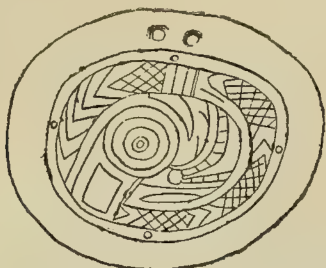
Ultima reforma del calendario. — Falta de datos en las crónicas. — Documentos jeroglíficos. — Formas primeras del calendario. — Las correcciones de Huehuetlapállan y Tóllan. — Introducción del año nahoa en la región de los mounds. — Conchas grabadas que lo acreditan. — Primer calendario de los azteca. — Aceptan el ciclo de 52 años. — Vuelven después de la destrucción de Tóllan á principiar por ácalt su período cronológico. — Instituyen la fiesta del fuego nuevo. — Comienza el quinto sol. — Ceremonia del fuego nuevo entre los mexica. — Creencia del pueblo en la destrucción del mundo. — Destrucción de los dioses y objetos de uso. — Procesión sacerdotal al cerro de Huizachtlán — Producción del fuego — Se lleva rápidamente á los pueblos. — Gran alegría en México. — Sacrificios. — Culminación de las Pléyades — Orden y nombre de las veintenas ó meses. — Las trece fiestas del tonalámatl. — Extensión de sus nombres á las veintenas del calendario tolteca. — Nombres conque quedaron en el mexica. — Atraso del año mexica por no computar el bisiesto. — Causas que motivaron la corrección. — Destruyen el error de la fecha de la junta de Huehuetlapállan. — Resulta el ce tochtli para principio del ciclo. — Piedra conmemorativa que lo acredita. — Traslación del xiuhmolpilli al año ome ácatl, y del principio del año al mes Atlacahualco y al día correspondiente á nuestro primero de marzo. — Monumento conmemorativo del Museo. — Atadura de los treinta y tres ciclos. — El ome ácatl. — Colocación de este signo en la diadema de Tonatiuh — Corrección y principio del año de los acolhua. — Reforma semejante y anterior á la gregoriana. — Comprobación en las dos caras del monumento cilíndrico. — Expresan la fecha de la corrección. — Queda cipactli como día inicial. — Consignación en el monumento de Xochicalco. — Principio del ciclo. — Métodos adoptados para hacer la corrección en lo de adelante. — Sistema de Gama. — Explicación de Fábrega. — Opinión de Humboldt. — Método del Sr. Orozco. — Verdadero sistema consignado en el códice de Borgiano para la corrección del calendario astronómico. — Corrección del códice de Bolonia para el calendario civil. — Principio del año. — Diversas opiniones. — Explicación para conformarlas. — El sistema del señor Orozco. — Sus datos confirman nuestras ideas.

Hemos explicado las variaciones que tuvo el calendario nahoa en épocas anteriores á los mexica, fundándonos en las pinturas jeroglíficas y fijando su forma en cada período histórico, á fin de deslindar las confusiones de los cronistas: y como ninguno de ellos explica de qué manera se hizo la última corrección, ni cuándo, ni lo qué la produjo; y en qué consistió, vamos nosotros á emprenderlo por ver si aunque suscinta podemos dar exacta noticia de cómo quedó finalmente arreglado el asombroso calendario de México. Hemos escogido esta ocasión para tratar punto de tal importancia, porque la reforma se hizo en tiempo de Moteczuma Ilhuicamina, y fué sin duda uno de los hechos más interesantes de su reinado. No está por demás repetir que en materia tan grave é importante son deficientes los escritos de los cronistas y naturalmente los de los historiadores que después los han seguido; sin que sea extraño en los primeros escritores contradecir en una parte lo que en otra habían asentado. Si el calendario del *Libro de oro* es de Motolinía, corrige por completo el de su crónica; del de Sahagún se ha encontrado últimamente en la Biblioteca Nacional un códice manuscrito que varía el de su historia, especialmente en su punto de partida: de Torquemada no hay que decir una vez más que se contradice de página á página. En esta oposición de escritores entre sí y de un mismo escritor en sus diferentes trabajos tenemos que seguir nuestras propias inspiraciones, apoyados en monumentos y pinturas jeroglíficas y aceptando íntegra la responsabilidad de nuestras ideas.

Recordaremos para mayor claridad que el calendario había tenido tres formas antes de la fundación de México. La primera fué la primitiva nahoa; el año era de 365 días completos, comenzaba en el solsticio de invierno, el ciclo por el año *ce ácatl* y el año por el día del mismo signo. Este año era sideral, semejante al *sóthico* egipcio, y se necesitaba el transcurso de 1461 años para que su principio volviera al solsticio. Por virtud de haber notado esta diferencia con el año solar, los sabios de Huehuetlapállan introdujeron el uso del día intercalar cada cuatro años, que nosotros llamamos bisiesto, y pasaron el principio al solsticio de verano. Los pueblos meca, y entre ellos los azteca, habían recibido de tiempos muy atrás el primer calendario; el segundo pasó á los pueblos mixtos que peregrinaron al Sur, y por eso lo hemos encontrado entre los mayas.

Aunque sea digresión, como no es inoportuna en nuestro concepto, diremos que este calendario pasó por los pueblos de raza maya hasta la región de los *mounds*. Últimamente se han encontrado en ella algunas conchas labradas que no dejan duda de lo que asentamos. Hay entre ellas una que tiene grabado el *coatl*, de la misma figura que el del jarro de Cuauhnáhuac. La Sociedad Antropológica de Washington ha estudiado estos amuletos, y

clasifica de culebra *(snake)* el labrado de que tratamos. Sabido es que una de las tribus que encontraron los primeros descubridores fué la de los natches, y que éstos adoraban al sol; y también sabemos que por su lengua tenían parentesco con los mayas. Otro amuleto



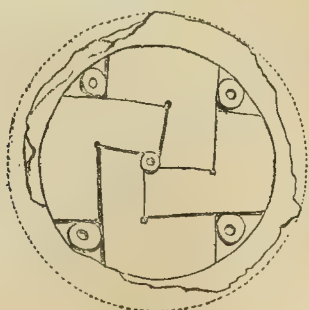
Concha labrada con el signo Coatl

presenta claramente el *Tzontemoc*, de figura parecida al de Túxpan, que ya hemos descrito. Se ve por esto el camino natural que se siguió para la introducción del calendario en las tierras de los *mounds*. Pasó de la península al Tamoanchán, y de ahí, como las primeras



Concha labrada con Tzontemoc

emigraciones y la antigua cultura, penetró en el valle del Mississipí. Al observar sobre todo discos con cruces, alguno con los cuatro puntos del *Nahui Ollin*, comprendió nuestro colega, el profesor Holmes, que eran amuletos cronológicos: nosotros podemos afirmarlo,



Concha labrada con Ollin

porque entre ellos hemos encontrado el período sagrado de los mayas de que á poco vamos á tratar.

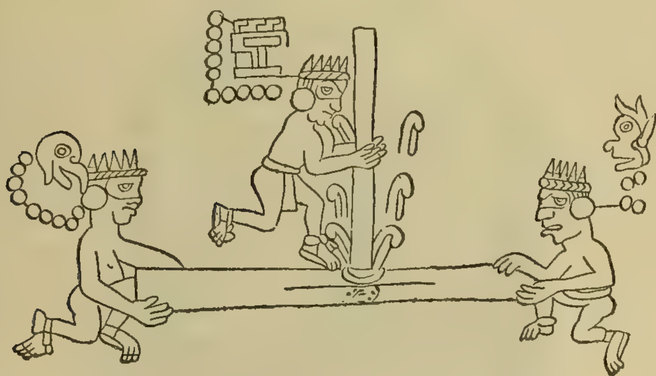
Continuando con las reformas del calendario, á la de Huehuetlapállan se sigue la tolteca. Su primer distintivo fué pasar el principio del ciclo al año *técpatl*, que empezaba por *ce técpatl*, y el primer día del año al equinoccio de primavera, todo en honor de su dios *Quetzalcoatl*. Esta reforma en nada trastornó la cronología general: en todas partes era año *ácatl, técpatl, calli* ó *tochtli* al mismo tiempo, solamente que los otros pueblos al llegar el primero comenzaban su período cíclico, mientras que los tolteca esperaban á que llegase el segundo; y así en cualquier caso, conocida la relación, el cómputo cronológico salía igual. No causó trastorno tampoco el cambio del principio del año, porque se puso en el mes que desde antes correspondía al equinoccio de primavera; y no lo hubo por empezar con el día *ce técpatl*, porque correspondía por inicial á ese año.

Lo más fundamental de la reforma tolteca fué cambiar el antiguo período cíclico por el nuevo de cincuenta y dos años, formado por virtud de la combinación del año solar con el ritual de doscientos sesenta días. Sabemos que las épocas anteriores se arreglaron á este nuevo cómputo por Hueman, de manera que la cronología no padeció nada con su adopción.

Pero los azteca eran una tribu casi bárbara que vivía en Aztlán lejos de toda influencia y toda reforma; así es que en su peregrinación traía el año primitivo nahoa de trescientos sesenta y cinco días completo, teniendo el *ácatl* por primer inicial. Pero al contacto de los tolteca adoptaron el período cíclico de cincuenta y dos años, y naturalmente el principio en el equinoccio de primavera. No había pasado un ciclo completo cuando al llegar el año *ce ácatl* volvieron á él; pero ya con la modificación importante de la adopción del período de cincuenta y dos años. Como naturalmente en ese año caía por inicial el signo *ácatl*, siguieron su viejo calendario sin intercalación de bisiesto, y continuaron sin error su antigua cuenta cronológica. Comprueba esto la institución de la fiesta del fuego nuevo, que precisamente correspondía á la culminación de las Pléyades y el rojo *Yohualtecuhtli*, lo que exige un año de trescientos sesenta y cinco días completos sin ninguna intercalación. Se ha negado esta correspondencia de la ceremonia del fuego nuevo con la culminación de las Pléyades, porque no se ha distinguido el tiempo en que tenía lugar. Debemos advertir que el viejo calendario comenzaba por la veintena *Itzcalli*, que significa *casa de luz*, porque era el principio del año. De modo que los azteca empezaban su ciclo por el día *ce ácatl* del mes *Itzcalli* del año *ce ácatl*.

Veamos en qué consistió la institución de la fiesta del fuego nuevo. Los azteca habían dado por concluído el cuarto sol con la destrucción de Tóllan el año 1116, y empezaron un quinto sólo de ellos. Como todo sol tenía que terminar por una gran desgracia que pusiese en peligro la existencia de la humanidad, creían que llegaría vez en que al fin de uno de sus ciclos de cincuenta y dos años no tornaría el sol á salir, pereciendo por tal causa la especie humana. Para con-

jurar el peligro hacían fiesta el último día de cada ciclo al fuego que era su dios creador y padre del sol; y ya hemos visto cómo desde la peregrinación se hacía guerra en esa época para tener víctimas que ofrecer en el sacrificio. Dieron mayores solemnidades á la ceremonia los mexica, y preocupación y fiesta se fueron extendiendo por el territorio. Para describirla seguiremos los relatos de Torquemada y Sahagún. Dice el primero, que llegado el último día del ciclo, todos los del reino estaban con grandísimos temores y miedo esperando lo



Predicación del fuego nuevo con la frotación de los maderos

que aconteciera, porque tenían creído que si no se sacaba fuego se acabaría el mundo y habría fin el linaje humano, y que aquella noche y aquellas tinieblas serían perpétuas, y que el sol no tornaría á nacer ni parecer por el oriente, y que de arriba vendrían y descenderían los *tzitzimime*, que eran á manera de demonios feísimos y muy terribles, y que se comerían á los hombres. Con tales ideas se instituyó la ceremonia del fuego nuevo. De ella dice Sahagún, que acabada la rueda de los años del ciclo, hacían los de México y toda la comarca una fiesta ó ceremonia grande, que llamaban *toxiuhmolpilli* ó *toxiuhmolpía*, que significa *atadura de los años*, y que se hacía de cincuenta y dos en cincuenta y dos. Llamábase también á la fiesta *xiuhtzitzquilo*, que quiere decir *se toma el año nuevo*, y en señal de ello cada uno tocaba las hierbas. Cuando se acercaba el día señalado para sacar el fuego nuevo, cada vecino de México arrojaba al agua de las acequias ó la laguna los dioses que tenía en su casa, las piedras del hogar y los *texólotl* para moler, y limpiaban muy bien las casas y mataban todas las lumbres. Había lugar señalado donde se hacía la dicha nueva lumbre, y era encima de una sierra que se llama Huixachtlán, que está en términos de los pueblos de Iztapalápan y Culhuacán, á dos leguas de México, y se hacía la dicha lumbre á media noche, y el palo de donde se sacaba el fuego estaba sobre el pecho de un cautivo tomado en la guerra; sacaban la lumbre de un palo bien seco con otro palillo largo y delgado como asta; y cuando acertaban á sacarla y estaba ya hecha, inmediatamente abrían las entrañas del cautivo, le arrancaban el corazón y lo arrojaban en el fuego atizándolo con él, y todo el cuerpo se consumía en la lumbre. El sacar lumbre nueva era función de los sacerdotes, especialmente del *tlamacazqui* del *capulli* de Copolco, quien lo tenía por oficio.

La víspera de la fiesta, ya puesto el sol, se aparejaban los sacerdotes de los ídolos y se vestían y componían con los ornamentos de sus dioses, así es que parecían ser los mismos, y al principio de la noche comenzaban á caminar poco á poco, muy despacio y con mucha gravedad y silencio, y por esto les decían *teunenemi*, que significa *caminan como dioses*. Partíanse de México, y llegaban á la dicha sierra casi á la media noche, y el dicho sacerdote de Copolco, cuyo oficio era sacar lumbre nueva, llevaba en sus manos los instrumentos para el efecto; y desde México y por todo el camino iba probando la manera conque fácilmente se pudiera hacer lumbre. En aquella noche todos tenían muy grande miedo, y estaban esperando con gran temor lo que acontecería, porque pensaban que no pudiéndose sacar la lumbre habría fin el linaje humano, que aquella noche y aquellas tinieblas serían perpétuas, que el sol no tornaría á nacer ó salir, que descenderían las *tzitzimime*, que eran unas figuras feísimas y terribles, y que comerían á los hombres y mujeres; por lo cual todos se subían á las azoteas y allí se juntaban los que eran de cada casa, y ninguno osaba estar abajo.

Todas las gentes no entendían en otra cosa sino en mirar hacia aquella parte en donde se debía ver la lumbre, y con gran cuidado estaban esperando el momento en que había de aparecer el fuego. Luego que se sacaba la lumbre, hacíase una hoguera muy grande para que se pudiese ver desde lejos, y todos, vista aquella luz, se cortaban las orejas con navajas y tomaban la sangre que salía y la esparcían hacia aquella parte en que salía la lumbre; todos estaban obligados á hacerlo, y hasta á los niños que estaban en sus cunas les cortaban las orejas.

Hecha la hoguera grande, en seguida los sacerdotes que habían ido de México y de otros pueblos, tomaban fuego de ella, y dando las teas á corredores muy ligeros que ahí estaban esperando, corrían todos á gran prisa y á porfía á llevar presto la lumbre á las diversas poblaciones. Los de México llevaban las teas de pino al templo de *Huitzilopochtli*, y las ponían en un candelero de cal y canto colocado delante el dios y echaban en él mucho copal. De ahí tomaban fuego los sacerdotes para los otros templos y para sus aposentos, y después todos los vecinos de la ciudad; y era de ver aquella multitud de gente que iba por la lumbre, y cómo hacían hogueras grandes y muchas en cada barrio, y cómo hacían también muy grandes regocijos.

Después de hecha la lumbre nueva de la manera que se ha referido, luego los vecinos de cada pueblo en cada casa renovaban sus alhajas, y los hombres y mujeres se vestían de vestidos nuevos y ponían en el suelo nuevos petates; de modo que todas las cosas que eran

menester en las casas eran nuevas, en señal del ciclo que comenzaba, por lo cual todos se alegraban y hacían grandes fiestas, diciendo que ya había pasado la pestilencia y hambre, y echaban en el fuego mucho incienso, y cortaban cabezas de codornices y con las cucharas de barro ofrecían incienso á sus dioses. Siendo ya medio día comenzaban á sacrificar y matar á hombres cautivos.

El relato de Sahagún basta por sí solo para dar idea completa de la importancia que para los mexica tenía el primer sol que se levantaba tras la fiesta del fuego nuevo. Todo el año anterior habían estado inquietos y desasosegados, esperando de un momento á otro cualquier desgracia; y no era un individuo solo, ni siquiera una familia numerosa, era todo un pueblo, una gran ciudad, desde el rey hasta el sacerdote, desde el guerrero valeroso hasta el humilde siervo; aun más, eran los pueblos comarcanos del imperio, los más distantes que le rendían vasallaje; y todo ese imperio y todos esos pueblos, y sus mil ciudades y sus millones de hombres, se sobrecogían de pavor al llegar la noche terrible. Cuando en la postrera tarde se hundía el sol detrás de la muralla circular de las montañas que guarda nuestro Valle, ¡qué espanto en la ciudad, qué terror en los campos! ¿Volvería á salir al siguiente día el sol esplendoroso, escalando las cimas de nieve del Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, ó se hundiría para siempre en la mansión de los muertos, en el *mictlán* tenebroso? Preparábase la ciudad á la muerte. Apagábase en todas partes el fuego. ¿De qué podría servir ya la lumbre de los hombres, si la lumbre del dios acaso no volvería á incendiar el mundo con sus rayos de oro? Rompíanse las piedras del hogar: ¿cómo hubiera podido vivir ya la familia, ahogada entre las negras olas de un lóbrego mar de lúgubres tinieblas? Llegaba el pavor hasta desesperar de los propios dioses, que en las lagunas se arrojaban: ¿para qué querían esos miles de hombres condenados á muerte más dios que el tenebroso *tecuhtli* del averno? Por eso en lo alto de las casas, sobre los cedros del lomerío y en las vertientes de las montañas, en medio de las sombras de la noche dibujábanse sombras más espesas, los grupos de las familias que se oprimían entre sí á la hora probable de la catástrofe, la esposa contra el seno del esposo, la cándida virgen en los brazos del amante padre, el esclavo junto á su compañero de infortunio; y todos sin hablar, temblorosos y fríos; oyéndose solamente la inquieta respiración de millares de fantasmas, que al repercutirse por los ámbitos del Valle debía formar como estruendo lejano de huracán. Y entre tanto, por el camino que conducía al cerro de Huitzachtlán, marchaba hilera sombría de sombríos sacerdotes, con sus mantas de rayas blancas y negras, y con sus rostros untados de *ulli* más negros que la noche misma: y también marchaban por el camino del cielo, encumbrándose por las sierras del oriente, las luminosas Pléyades. Ambas procesiones llegaban al mismo tiempo: la brillante de astros á lo alto de los cielos; la negra de sacerdotes á lo alto de la montaña. Era la hora de que brotara del negro caos el fuego nuevo; se iba á repetir el *fiat lux;* los ojos inquietos de todos los habitantes del Valle estaban fijos en un solo punto: y brillaba el fuego lejano, pequeño como luz de estrella, y crecía como hoguera, y se propagaba como incendio; y toda la cuenca era inmensa lumbrada que subía hasta los picos de las montañas y que se multiplicaba en el espejo de los lagos; y gritos de alegría formaban concierto de felicidad y esperanza; y luego brotaba al fin entre nubes de púrpura, ofreciendo otra vez la vida al mundo, el nuevo sol, ¡el sol de la mañana del nuevo período cronológico! La esperanza era una realidad, la vida se presentaba hermosa como los primeros rayos de ese sol; y por eso era el renovar utensilios, trajes y dioses: la humanidad se vestía de gala para nacer á la nueva vida, y por eso eran las oraciones y los sacrificios: el hombre daba gracias al cielo porque le volvía el mayor de los bienes ¡la luz!



Conmemoración de la reforma del calendario

Como de ninguna manera creían los azteca ser más propicios á sus dioses que ofreciéndoles víctimas humanas, desde su peregrinación lo hicieron en esta fiesta; y ya hemos visto cómo fué causa de sus guerras y á veces de sus desastres. Establecidos en México, la fiesta fué cada día más solemne y mayores los sacrificios.

El año de 1454, en que se inició la corrección del calendario, comenzó á 27 de diciembre, y hacia esa fecha culminaron las Pléyades. Hay que advertir que la media noche de los mexica no correspondía exactamente á nuestras doce; el *yohualnepantla* se fijaba con el paso de ciertas estrellas en el zenit; y por los cálculos que se han hecho se confirma la coincidencia

hasta la fecha citada, de la ceremonia del fuego nuevo y del paso zenital de las Pléyades, aceptando siempre su declinación natural.

Para explicar ahora la última corrección, tenemos que fijar además el orden y nombre de las veintenas ó meses. En ambas cosas discrepan los autores, no solamente por referirse á calendarios diferentes, sino por una nueva circunstancia: los nahoas tuvieron que poner nombres á sus veintenas para distinguir los días, los sacerdotes no lo necesitaron en las del *tonalámatl* por su combinación trecenal; pero como en cada veintena celebraban una gran fiesta, los nombres de estas fiestas



Epoca en que se hizo la corrección pasando la atadura de los años al ome ácatl

sirvieron á los tolteca para hacer nuevos á las veintenas. De aquí nace la diferencia de nombre de un mismo mes ó veintena, que se observa de autor á autor.

La nueva nomenclatura de los meses nacida de las fiestas del *tonalámatl,* se percibe fácilmente. Las trece fiestas eran:

1. *Atemoztli* ó fiesta de los dioses.
2. *Xochílhuitl* ó fiesta de las flores.
3. *Cihuaílhuitl* ó fiesta de las mujeres.
4. *Cohuaílhuitl* ó fiesta de la culebra.
5. *Tozoliztli* ó fiesta del ayuno.
6. *Tepopochhuiliztli* ó fiesta de los sahumerios.
7. *Etzacualiztli* ó fiesta de los alimentos.
8. *Tecuhílhuitl* ó fiesta de los señores.
9. *Micaílhuitl* ó fiesta de los muertos.
10. *Ochpaniztli* ó fiesta de los templos.
11. *Tepeílhuitl* ó fiesta de los montes.
12. *Quecholli* ó fiesta de las aves.
13. *Panquetzaliztli* ó fiesta de las banderas.

El aumento de los cinco meses se nota en sus mismos nombres, y se ve por ellos cómo fueron intercalados. De *Xochílhuitl* hicieron *Itzcalli Xochílhuitl* y agregaron *Títitl Itzcalli.* De *Tozoliztli* formaron *Tozoztontli* ó pequeño ayuno, y *Huey Tozoztli* ó gran ayuno. *Tecuhílhuitl* se tornó en *Tecuhilhuitontli* ó fiesta pequeña de los señores, y *Huey Tecuhílhuitl* ó fiesta grande de los mismos. *Micaílhuitl* quedó de *Huey Micaílhuitl* ó gran fiesta de los muertos, y se agregó *Micailhuitontli* ó la pequeña fiesta. En fin, de *Tepeílhuitl,* que también se llama *Pachtli* ó heno, hicieron *Hueypachtli* y *Pachtli.*

Quedaron, pues, con los siguientes nombres las 18 veintenas:

1. *Atemoztli.*
2. *Títitl Itzcalli.*
3. *Itzcalli Xochílhuitl.*
4. *Cihuaítlhuitl.*
5. *Cohuaílhuitl.*
6. *Tozoztontli.*
7. *Hueytozoztli.*
8. *Tepopochhuiliztli.*
9. *Etzacualiztli.*
10. *Tecuhilhuitontli.*
11. *Hueytecuhílhuitl.*
12. *Micailhuitontli.*
13. *Hueymicaíhuitl.*
14. *Ochpaniztli.*
15. *Pactli* ó *Pachtontli.*
16. *Hueypachtli* ó *Tepeílhuitl.*
17. *Quecholli.*
18. *Panquetzaliztli.*

Este es el orden de los meses en el calendario de Gama, y fué el formado por la combinación del año solar y del *tonalámatl,* dejando todavía el principio en el solsticio de invierno. Encontramos otros nombres para los meses, que fueron sin duda del calendario nahoa, y algunos de los mexica; se refieren en lo general á la agricultura, y á veces á los dioses.

Así *Tititl Itzcalli,* vientre y casa de la luz, ó primer mes en que comienza el año y sol nuevo, creemos que era nombre nahoa. Para *Cihuaílhuitl* encontramos los nombres *Xilomanaliztli, Atlacahualco* y *Cuahuitlehua. Xilomanaliztli* es ofrenda del maíz tierno, y *Cuahuitlehua* quemazón de los montes. El primero parece el primitivo, y el segundo se daba fuera de México por los tlaxcalteca y otros pueblos de lugares montuosos. *Atlcahualco* ó *Atlacahualco* significa *detención de las aguas,* y refiriéndose á las de los lagos se introdujo por los mexica. *Cohuaílhuitl* se llama también *Tlacaxipehualiztli,* y éste fué el nombre que subsistió. En vez de *Tepopochhuilliztli,* quedó *Tóxcatl,* que según Gama quiere decir *sarta de maíz tostado,* y que por primitivo tenemos. El *Micailhuitontli* lo convirtieron los mexica en *Tlaxochimaco,* cuando se cogen las flores, y el *Hueymicaílhuitl* en *Xocohuetzi,* cuando madura la fruta. Para *Ochpaniztli* hallamos también el nombre *Tenahuatiliztli. Pachtli* entre los mexica se llamaba *Teotleco* ó bajada de los dioses, y el *Hueypachtli* quedó de *Tepeílhuitl.*

De esto se deduce que el orden y nombres de los meses que trae Gama, comenzando por *Atemoztli* y acabando por *Panquetzaliztli,* es el de los tolteca; y los nombres de Sahagún eran los de los mexica. Pero cuando éstos pasaron por Tóllan tomaron el orden

tolteca; así es que al fijar de nuevo su cronología, después de la destrucción de la ciudad, comenzaron su ciclo por el año *ce ácalt*, en el día *ce ácatl* del mes *Atemoztli*. Ahora bien, desde 1116, siguiendo el sistema tolteca, habían puesto el principio del año en el equinoccio de primavera que se computaba en el día correspondiente á nuestro 21 de marzo; pero como no usaron el bisiesto, ese principio iba retrocediendo un día cada cuatro años: de modo que en 1454 en que se hizo la corrección, como habían transcurrido trescientos treinta y ocho, se había atrasado el principio del año ochenta y cuatro días, es decir, que de 21 de marzo estaba en 28 de diciembre.

Veamos ahora las causas que determinaron la corrección. Fué la primera la instrucción astronómica que iba adquiriendo con el tiempo el sacerdocio mexica. Si durante la peregrinación y en los primeros años de su establecimiento en la ciudad, no tuvieron conocimientos cronológicos tan importantes como los tolteca, recibiéronlos después; y según iba creciendo en importancia el reino, por razón natural aumentaba el saber de la clase sacerdotal, que era la depositaria de las ciencias. Debió aprender no poco en un período de cerca de siglo y medio, transcurrido desde la fundación de Tenochtitlán hasta el año en que se decidió corregir el calendario. La misma religión, el mismo culto que obligaba á los sacerdotes á la constante observación de los astros, debieron aumentar sus conocimientos y agregar nuevos á los que de otros pueblos habían recibido. De esta manera pudieron observar que su cronología estaba equivocada, lo que hacía indispensable su corrección. Era también causa para tal empresa, la necesidad y la conveniencia de que los períodos del año concierten con las estaciones para normar así de manera segura las siembras y demás trabajos del campo. Añadíase el hambre, en aquella sazón plaga de los mexica, atribuída tal vez á la irregularidad cronológica y disgusto de los dioses, males ambos fáciles de atajar con la corrección del tiempo. Y así el sacerdocio la decidió en momento tan grave é impulsado por causas tan importantes, poniendo á contribución la ciencia vieja y la nuevamente adquirida por él.

Recibía por datos precisos las épocas ó soles fijados en Huehuetlapállan; pero si no podía meter mano en ellos y por buenos debían tenerse como fijados en una notable junta de astrónomos, corrigió al menos la tradición errada que atribuía el año *ce ácatl* á la fecha de aquella corrección. Siendo un hecho aceptado que el año de la creación ó principio de la raza fué *ce ácatl*, como de entonces á la corrección de Huehuetlapállan transcurrieron tres mil seiscientos veintiocho, no pudo tener lugar ni en otro *ce ácatl*, como querían los nahoas, ni en *ce técpatl*, como pretendieron los tolteca. El año fué necesariamente *tochtli*, y aplicando á ese gran período la división en ciclos de á cincuenta y dos años para uniformar la cronología, resultaba *ce tochtli*. Dos correcciones nacían de aquí: la primera fijar en trece años antes de la fecha admitida la junta de Huehuetlapállan, es decir, en el 262 anterior á nuestra era, lo que da tres mil ochocientos noventa años entonces para la creación ú origen de la raza, y hasta hoy cinco mil setecientos setenta y cuatro; la segunda pasar el principio del ciclo al año *ce tochtli*, tomando como punto de partida la fecha de aquella junta. Pues bien, desde ese año 262 al 1454, que nos ocupa, habían pasado mil setecientos diez y seis ó sean treinta y tres ciclos completos de á cincuenta y dos años, y la piedra de la Concepción consigna en ese año la traslación del principio del ciclo al año *ce tochtli*. Dijimos á su tiempo que tal piedra no sólo era conmemorativa del hambre de México en tiempo de Moteczuma Ilhuicamina, sino que también se refería á la reforma del calendario. En efecto, el conejo ó *tochtli* con la *xihuitl* ó hierba significa la traslación del principio del ciclo á ese signo cronográfico, lo manifiesta también el *ce xiuhmolpilli* ó atadura de años que baja del sol, y en éste se ven treinta y tres puntos ó los ciclos transcurridos de la junta de Huehuetlapállan á la reforma mexica.

Tenemos, pues, como primera corrección, que comenzar el ciclo por *ce tochtli*.

Hecha ésta, por no haber usado el intercalar ó bisiesto en ese período de mil setecientos diez y seis años, resultaba el principio del año atrasado en cuatrocientos veintinueve días ó sea un año, tres veintenas ó meses y cuatro días. Para obviar el mal sin trastorno del orden regularizado de los ciclos, discurrieron dejar por principio el *ce tochtli*, y pasar la fiesta del fuego nuevo, como punto de partida cronológico, á un año, tres veintenas y cuatro días después. Por virtud del año se pasó el *xiuhmolpilli* al *ome ácatl*, y así lo muestran los jeroglíficos; para computar las tres veintenas se trasladó el principio del año al mes *Atlacahualco*, y como había que calcular la corrección de sesenta y cuatro días y en aquella ocasión el año comenzaba en 28 de diciembre, según hemos visto, quedó en lo de adelante como principio el primero de marzo. El día, pues, correspondiente al primero de marzo era el primero del año mexica, fecha verdadera dada por el padre Durán, aunque sin explicar su origen, la cual termina las muchas disputas habidas sobre esta materia.

Existe en el Museo un monumento conmemorativo de esta reforma. Aunque no quisiéramos, nos separamos en lo esencial de la explicación dada por el sabio don Fernando Ramírez. Es un cilindro de basalto labrado en forma de un haz de cañas, *ácatl*, atadas por dos cordeles igualmente tallados en la piedra. En la parte superior hay debajo de ellos dos taladros, que servían sin duda para colgar el monumento de una cuerda verdadera.

Las treinta y tres cañas atadas representan los

treinta y tres ciclos transcurridos desde la junta de Huehuetlapállan, y para expresar la mudanza del *xiuhmolpilli* se labró en el centro del cilindro el *ácatl* con dos puntos numerales á los lados que hacen el *ome ácatl;* púsose el *ácatl* sobre el signo del fuego para manifestar que entonces se encendía, y todo en una especie de taza con nueve estrellas y una media luna, que bien pueden referirse á las Pléyades y al estado del cielo en aquella noche. Así quedó conmemorada la traslación de la



Cilindro de basalto conmemorativo de la corrección

ceremonia del fuego nuevo y el nuevo sistema de comenzar el período cronológico en el año *ome ácatl,* lo que también se hizo poniendo desde entonces en la diadema del *Tonatiuh* el signo de esa fecha.

En cuanto á los meses, por virtud de la corrección, quedaron en el orden consignado por Sahagún, empezando por *Atlacahualco,* cuyo principio correspondía al primero de marzo. Los acolhua admitieron en parte la reforma; pero deseando seguir el sistema tolteca de comenzar el año en el equinoccio de primavera, pusieron



El signo ome ácatl en la frente de Tonatiuh

su principio en la veintena *Tlacaxipehualiztli,* y este es el calendario de Boturini. Siguieron además con el año *ácatl,* como principio de su ciclo, y con el mismo signo como día inicial. En realidad eran el mismo mes y el mismo año á un tiempo para los acolhua y los mexica, aunque había que hacer la relación de cómputos; cosa en nuestro concepto descuidada por Ixtlilxóchitl y origen de muchos errores de los cronistas. Pero además no siguieron los acolhua otra corrección semejante á la gregoriana, y de la cual creemos que se originó ésta más de cien años después; de tal modo los acolhua quedaron respecto de los mexica como hoy los rusos en relación á los otros pueblos adelantados de Europa, y por lo mismo no debe descuidarse esta consideración en el cómputo de las fechas.

No sólo comprendieron los astrónomos mexica la necesidad de intercalar el bisiesto, sino que conocieron que representando éste 0'25 de un día por cada año, no había perfecta exactitud en la cuenta, pues esa fracción es, en realidad, de 0'242,264. Así por sus cálculos llegaron al conocimiento, pasmoso para quienes no tenían los instrumentos adecuados, de que en el cómputo de la corrección en los referidos mil setecientos diez y seis años habían puesto trece días de más. Para corregir el error hicieron lo mismo que después los europeos cuando la corrección gregoriana, suprimir los días sobrantes: éstos quitaron diez días al año 1582 y los mexica trece al 1454.

Consta en las dos caras laterales del cilindro y vamos á explicarlo. En ambas hay un mismo signo ideográfico compuesto de dos ojos redondos metidos dentro de unas líneas curvas, que en su prolongación



Caras laterales del cilindro

forman por una parte la nariz y por la otra unos como mechones: debajo de los ojos se nota una especie de cinta atravesando la cara y uno como embozo que cubre la parte inferior del rostro. El señor Ramírez advirtió que esas formas extravagantes corresponden exactamente á la descripción hecha por los padres Sahagún y Torquemada, de los arreos conque los sacerdotes mexica engalanaban ó más bien desfiguraban al dios del fuego en los días de sus grandes fiestas, y siendo la principal y más solemne la del fuego nuevo, nada más natural que esculpir su imagen en el monumento que nos ocupa.

Pero además del signo del fuego nuevo, en una de las caras está debajo de él el día *ce miquiztli* y en otra el *ce quiáhuitl.* Hemos pensado que el verse repetido el signo del fuego sobre ambas figuras, significa que la fiesta que en el primero debía celebrarse se verificó en el segundo. En efecto, como tenía que hacerse una corrección de sesenta y cuatro días en el año *ome ácatl,* el fin del *ce tochtli* y la ceremonia del fuego nuevo quedaban trasladados al día 5, *óllin,* de la sexta trecena; pero precisamente una trecena había que suprimir y esa quedaba ya empezada; prefirieron quitar completa la séptima, que comenzaba por *ce miquiztli,*

símbolo de muerte, y pasar á la octava, cuyo primer día era *ce quiáhuitl,* signo de las lluvias que acababan de salvar á los mexica de la terrible calamidad del hambre. Ese es el significado de las dos caras, y por eso también en la piedra de la Concepción sale del centro del sol el agua y se ve abajo el día *quiáhuitl* con el numeral *ce.*

Mas para no trastornar el orden cronológico, se retrotrajo la corrección de los trece días al año *ce tochtli,* principio del ciclo, lo que produjo para inicial de la primera trecena y primer mes el *ce cipactli,* día que se encuentra quitando trece á partir de *ce tochtli,* y con lo cual quedó perfecta y sin trastorno la corrección.

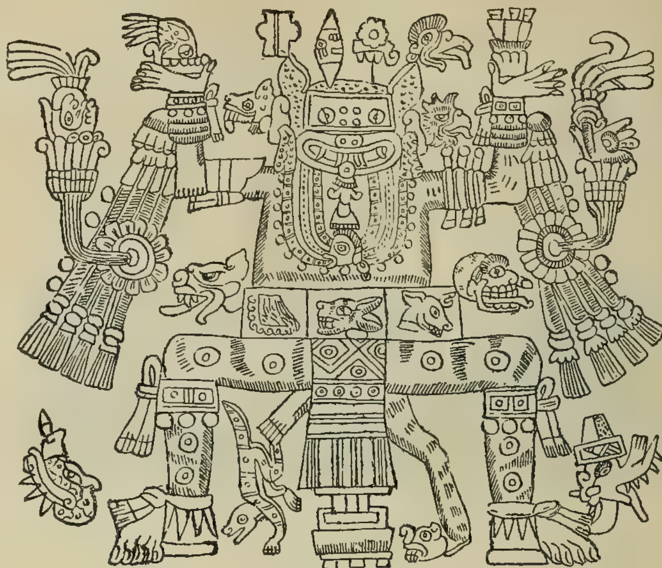
También de esto queda memoria en el monumento de Xochicalco. Al hablar de este monumento dijimos que los relieves del lado del poniente no eran obra de los constructores, sino de época posterior. En efecto, viendo los mexica consignada la vieja cronología en los labrados de aquel templo, quisieron que constara también su corrección en una de sus caras. En la faja superior de los relieves llama primeramente la atención una figura repetida y sentada á estilo oriental; cada una de ellas tiene delante el círculo con cruz de *Quetzalcoatl* y en la mano otra á manera de cruz formada de rayos luminosos, la cual hemos visto en otra piedra



Quetzalcoalt en su forma de estrella

cronológica acompañada del *temaitl* conque se incensaba al dios. Es, pues, la estrella significando que sus dos movimientos, ó sea el viejo calendario, continuaban siendo la base de la cronología. Ambas figuras están en cuadrados distintos separados por un ornato. Sobre la primera se observa al conejo *tochtli* con el signo especial á manera de hierbecilla delante de su rostro, para expresar, como sabemos ya, que ese año era principio de un período cronológico; pero en el segundo cuadro se ve al mismo conejo con el signo detrás, lo cual significa que la atadura de los años se pasó al fin de ese año. En la parte central de la cara del monumento está representado el resultado todo de la operación cronológica. Hay un conejo, año *tochtli,* principio del ciclo; el *cipactli* con el numeral uno, inicial del año, y el signo del mes *Xilomaniliztli,* que es el mismo *Atlacahualco* de los mexica, como primero de las diez y ocho veintenas.

Resumiendo todo lo dicho, encontramos perfecta la corrección cronológica, mediante las siguientes operaciones:



El signo cronográfico tochtli principio del ciclo mexica

I. Comenzar el ciclo con el año *ce tochtli.*

II. Empezar el año por el mes *Atlacahualco,* retrasando cuatro días su principio, á fin de que correspondiera á nuestro primero de marzo.

III. Poner de día inicial y primero del primer mes del primer año del ciclo á *ce cipactli.*

IV. Pasar el *xiuhmolpilli* y fiesta del fuego nuevo á la noche que mediaba entre el fin del año *ce tochtli* y el principio del año *ome ácatl,* atando en éste los años.

El señor Orozco hace coincidir el inicial *ce cipactli* con el año *ome ácatl,* preocupado porque en él se ataban los años; mas esto sólo tenía el objeto de arreglar la cuenta cronológica sin que obligase á trastornar el orden regular del calendario. Las razones expuestas desde antes por nosotros y la opinión conforme de todos los autores, confirman que el ciclo empezaba por el año *ce tochtli* con el día inicial *ce cipactli.* Apóyanlo los jeroglíficos, y ya citaremos únicamente la primera pintura del ritual Vaticano, donde como año principal se pone el *tochtli* rodeado de los veinte signos de los días.

Encontrado el verdadero tiempo y hecha la corrección, resta saber cómo se dispuso hacerla en lo de adelante para no volver á incurrir en error. Gama nos da el sistema, según él aprendido en el manuscrito de Cristóbal del Castillo, de intercalar únicamente veinticinco días en el *cehuehueliztli* ó edad de ciento cuatro años, agregando trece en el primer ciclo y doce en el segundo ó bien doce días y medio cada uno. El señor Orozco rebate perfectamente esta falsa teoría, la cual no tiene por otra parte apoyo en los jeroglíficos.

Después de Gama tenemos la respetabilísima opinión de Fábrega en su interpretación del códice Borgiano. El primero que dió cuenta de ella fué Humboldt. Dice que en el período de mil cuarenta años, represen-

tado en el códice, se nota el signo *cozcacuauhtli* inmediatamente después del *tochtli*, lo cual suprime los siete signos intermedios; que de esto infiere el padre Fábrega que los mexica conocieron la verdadera duración del año trópico y que esa omisión se refiere á una reforma periódica de la intercalación, supuesto que la supresión de ocho días al fin de un período de mil cuarenta años, por un método ingenioso convierte un año de $365^d,250$ en otro de $365^d,243$, que sólo es mayor que el verdadero en $0^d,0010$ ó sean 1'26". Duda, sin embargo, Humboldt, duda que combate victoriosamente el señor Orozco, agregando que este cálculo astronómico era mucho más perfecto en el Nuevo que en el Antiguo Mundo.

El señor Orozco admite, pues, con sobrada razón, el sistema del códice Borgiano, el cual consiste en intercalar 1,040 años 252 días en vez de 260. Hace á ese propósito el siguiente cálculo: los días en el gran ciclo de 1,040 años, más los 252 intercalares, suman 379,852; el tiempo verdadero cuenta $379,851^d,954,560$; la resta $0^d,045,440$ ó 1" 5^m 2^s, 6,016, expresa la diferencia que al fin de 1,040 años existía entre el verdadero valor del año trópico y el adoptado por los sacerdotes astrónomos de México. Deberían transcurrir mucho más de 23,000 años para componer un día. ¡Con justicia exclama el señor Orozco que maravilla tan grande perfección! Hoy mismo no la han alcanzado en su cronología los pueblos más adelantados de Europa.

Pero el señor Orozco, preocupado por la supuesta intercalación de trece días en cada ciclo, forma un sistema propio, y dice que los cuatro períodos de á doscientos sesenta años, componentes del gran ciclo de mil cuarenta, quedaron iguales con la intercalación en la siguiente forma:

13	13	13	13
12	12	12	12
13	13	13	13
12	12	12	12
13	13	13	13
63	63	63	63

Evidentemente cuatro veces 63 nos da 252, el cálculo resulta exacto, y este método inventado por el señor Orozco hace honor á su instrucción y á su talento; pero no fué el seguido por los mexica y en sus jeroglíficos consignado.

El códice Borgiano trae en sus pinturas clara y terminantemente la intercalación de sesenta y cinco días en cada período de doscientos sesenta años y en el cuarto, que completa el gran ciclo de mil cuarenta, está expresa la supresión de ocho días.

El cuadro jeroglífico es muy notable y tiene gran conexión con la cruz de Palemke, confirmando así el juicio que sobre ella hemos formado. Tenemos, en primer lugar, un árbol cruciforme y sobre él un pájaro quetzal; á las extremidades de los brazos del árbol forman ángulo como en aquélla ramas, aquí con frutos, para manifestar que es el árbol que nos alimenta el dios de las lluvias; adoran á la cruz también dos deidades, la de la derecha es *Xiuhtletl* como carácter nocturno, *Tzontemoc,* el mismo sol, y la de la izquierda *Quetzalcoatl,* bien manifestado por la estrella de su tocado; abajo de la cruz está el *ome técpatl,* el *opanóllin,* las dos luces, los dos períodos de la estrella, cuya combinación forma la base del calendario: así es que esta cruz, como la de Palemke, representa el gran ciclo, el mayor período cronológico. Pues bien, debajo de ella, al fin de este período, está la corrección de ocho días:



Corrección del calendario en el gran ciclo de 1040 años

se representa por el *tochtli* con la vírgula, manifestando así que al empezar el nuevo ciclo y el año *ce tochtli* se suprimían ocho días y se pasaba al nueve *cozcacuauhtli,* cuyo signo se ve al lado con la vírgula en sentido inverso. Por este método el día último de ese año se encendía el fuego nuevo exactamente en el día relativo del año trópico y en el símbolo correspondiente al fin de todo año *ce tochtli*, empezándose el *ome ácatl* y haciéndose la atadura de los años sin error de ninguna clase.

Mas esto estaba bien para el año astronómico, y si algo hizo dudar á Humboldt fué precisamente la consideración de que no era probable que una nación emplease reformas que necesitaban para hacerse efectivas de un período tan largo como mil cuarenta años. La misma consideración influyó en el señor Orozco para la forma-

ción de su sistema. Pero los mexica, dejando el método citado para su calendario astronómico, hallaron otro exactísimo para el vulgar y civil, que está consignado en el códice de Bolonia, dato precioso que también debemos á Fábrega. Consiste en dividir el ciclo de mil cuarenta años en ocho períodos de á ciento treinta, y en cada uno de éstos ir agregando en todos los cuatrenios el intercalar menos en el último. De este modo la intercalación se hace de cuatro en cuatro años y la supresión cada ciento treinta, lo que da el mismo resultado de la supresión de ocho días y la intercalación de doscientos cincuenta y dos en el gran ciclo de mil cuarenta años: combinación si se quiere más admirable que la anterior. En esa pintura se marca el año en que debe agregarse el día intercalar con una señal que se suprime cada ciento treinta cuando ha de hacerse la corrección.

Esto nos trae á la cuestión del principio del año, aunque creemos haber demostrado que comenzaba en el día correspondiente á nuestro 1.° de marzo. Tal es también la respetable doctrina de Durán y Valades, á quienes podemos agregar á Motolinía, quien sin fijar fecha señala el principio de marzo. Grave es, sin embargo, á primera vista la opinión de Sahagún, la cual siguen Vetancourt, fray Martín de Leon y Veytia, pues coloca ese principio á dos de febrero. Torquemada señala también el uno ó dos de ese mes. Dice Sahagún que para fijar el principio del año reunió en Tlatelolco muchos viejos, los más discretos que pudo haber, y juntamente con los más hábiles de los colegiales se altercó esta materia por muchos días, y todos ellos concluyeron asignando al principio del año el segundo día de febrero. Bien manifiesta ese altercado de muchos días la diversidad de opiniones, nacida sin duda de la aplicación de diversos cómputos y distintos calendarios, así como el olvido en que habían caído ya esas materias; pero prevaleció el cálculo del calendario astronómico, en el cual no se hacía corrección antes del período de doscientos sesenta años ni se había hecho desde 1454. En este caso cada cuatro años iba retrocediendo un día el principio del año mexica, y como la junta de Tlatelolco se celebró en 1561, que es la fecha del tercer trabajo de Sahagún, el transcurso de ciento siete años daba un atraso de veintisiete días, de manera que el principio del año había ido pasando desde 1.° de marzo hasta 2 de febrero. Así la autoridad de Sahagún, aparentemente contraria, confirma el sistema.

Lo mismo creemos que resultaría haciendo los cálculos respectivos con las de Acosta y Clavigero, quienes opinan por el 26 de febrero, las de los intérpretes de los códices Vaticano y Telleriano que designan el 24 y las de Gama y Humboldt que prefieren el 9 del mismo mes, si supiéramos la fecha del cómputo hecho por las autoridades en donde se inspiraron. Ixtlilxóchitl fija el 20 de marzo, pues trata de Texcoco y ahí comenzaba el año por el *Tlacaxipehualiztli*, y era el 21 y no el 20. La fecha de 10 de abril consignada por Gemelli Carreri es inaceptable. El calendario que creemos de Olmos y otro manuscrito de Sahagún perteneciente á la Biblioteca Nacional, comienzan por 1.° de enero, pero es para explicar más claramente el sistema y sin que esto produzca nueva opinión.

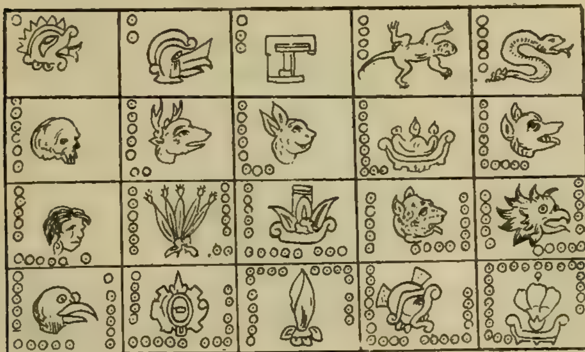
Mayor dificultad nos presenta el nuevo sistema del señor Orozco, ya por la grande y merecida respetabilidad de su nombre, ya porque al parecer es una conclusión lógica de un hecho conocido y una fecha cierta. Se apoya en los siguientes textos de Gama y de Sahagún. Dice el primero: «En todas las historias escritas por ellos (los indios), así de los autores conocidos como de los anónimos, se refiere esta data (el 13 de agosto de 1521, fecha de la rendición de México á Cortés), con el símbolo y carácter numérico ce Cohuatl. Unos hacen mención también del mes Tlaxochimaco.» Refiere el segundo: «Rindiéronse los mexicanos, y departióse la guerra en la cuenta de los años que se dice *tres casas*, y en la cuenta de los días en el signo que se llama *ce Coatl.*» Los datos son precisos, conformes é indiscutibles: el 13 de agosto de 1521 correspondió al día *ce coatl* del mes *Tlaxochimaco* del año *yei calli*. Partiendo de este dato forma su año el señor Orozco; pero en nuestro concepto comete dos errores: el primero poner el día *ce cohuatl* en el 12 de agosto, cuando Sahagún lo refiere expresamente al 13; el segundo empezar el año por el mes *Itzcalli* y no por el *Atlacahualco,* como debía ser. Haciendo estas rectificaciones, hemos formado el año *yei calli* del calendario civil usado sin duda para las fechas históricas, y resulta el día *ome cipactli* como primero de *Atlacahualco* y *ce cóhuatl* como quinto de *Tlaxochimaco*. Si contamos los días que hay entre ambas fechas nos da la operación ciento sesenta y cinco, y ciento sesenta y cinco también hay de 1.° de marzo á 13 de agosto; de manera que la fecha citada en vez de contrariar confirma el principio que hemos señalado al año.

CAPÍTULO XVI

Calendario de los mexica. — Orden de los días. — Períodos mínimos de á cinco días. — Períodos de á nueve y de á siete y nueva combinación de los acompañados. — Períodos trecenales. — Veintenas. — Los diez y ocho meses ó veintenas y su correspondencia. — Atlacahualco. — Sus diversos nombres. — Su fiesta. — Sus representaciones jeroglíficas. — Tlacaxipehualiztli. — Su dedicación á Totec. — Representación del conjunto de los cuatro astros en el códice Oxford. — Ceremonia del desollamiento. — Símbolos de esta veintena. — Tozoztontli. — Su significado. — Ayuno y sacrificio personal de los niños. — Corte de las rosas. — Bendición de las sementeras. — Símbolos de la veintena. — Hueytozoztli. — Su fiesta y símbolos. — Tóxcatl. — Su verdadero significado — Tezcatlipoca. — Preeminencia sucesiva de los tres astros. — La luna. — Oraciones que se refieren á Tezcatlipoca bajo su carácter astronómico. — Tradiciones y costumbres del mismo origen. — Confesión. — Diferencias esenciales con la de los cristianos. — El ídolo de Tezcatlipoca. — Su templo. — Ceremonia nocturna de la víspera de la fiesta. — La fiesta de Tóxcatl. — Representaciones jeroglíficas de la veintena. — Etzalcualiztli. — Su jeroglífico. — Tecuhilhuitontli. — Su fiesta — Símbolos de la veintena. — Hueytecuhilhuitl. — Fiestas. — Ceremonia que hacían médicas y parteras. — Signo de la veintena. — Tlaxochimaco. — El madero Xócotl — Signo de la veintena. — Xocohuetzi. — La solemnidad religiosa. — El sacrificio del fuego. — La danza sagrada. — El asalto al Xócotl — Sus trozos y astillas tomados como reliquias. — Embriaguez general. — Grandes convites de cuerpos humanos. — Signos de la veintena. — Ochpaniztli. — La veintena Ochpaniztli. — La limpieza de las casas, de los caminos, ríos y templos. — Baño general. — La fiesta de la diosa Toci. — Su templo. — El sacrificio de la mujer que representaba á la deidad. — El simulacro de la batalla moyohualicalli — El sacrificio del tablado. — La pelea hasta el templo de la diosa. — La efigie de paja. — Signo del mes. — La diosa Xochiquetzal. — Fiesta de la despedida de las rosas. — Su confusión con la inmediata de Teotleco. — Danza de los artífices. — Purificación general. — Verdadero carácter de la confesión de los mexica. — La veintena Pachtontli. — Su signo. — Hueypachtli. — Fiesta de los montes. — La diosa Ixtacíhuatl. — Sacrificios que le hacían. — Ceremonias dedicadas al Popocatepetl. — La primera ascensión hecha á su cráter en tiempo de Moteczuma. — Signo de la veintena.

Procedamos ahora á formar el calendario propio de los mexica bajo las bases ya explicadas.

Los días quedaron en el siguiente orden:



Los veinte días del mes mexica

1. *Cipactli.*
2. *Ehécatl.*
3. *Calli.*
4. *Cuetzpállin.*
5. *Cóhuatl.*
6. *Miquiztli.*
7. *Mázatl.*
8. *Tochtli.*
9. *Atl.*
10. *Itzcuintli.*
11. *Ozomatli.*
12. *Malinalli.*
13. *Acatl.*
14. *Océlotl.*
15. *Cuauhtli.*
16. *Cozcacuauhtli.*
17. *Ollin.*
18. *Técpatl.*
19. *Quiáhuitl.*
20. *Xóchitl.*

Estos veinte días en el uso civil se combinaban de cinco en cinco, dedicando el quinto para mercado ó *tianquiztli*. Como los cinco *nemontemi* eran inútiles, resultaban en el año setenta y dos días de mercado, que eran de descanso ó de fiesta, como hoy decimos, y doscientos ochenta y ocho de trabajo. Esta división tan sencilla del año en períodos mínimos de cinco días era muy útil y estaba al alcance de la gente más indocta; les enseñaba que cada cinco días había mercado; que al cuarto mercado acababa el mes y al día siguiente tocaba fiesta religiosa de la veintena inmediata, no suspendiéndose el mercado sino en los días *nemontemi* por ser fatales.

La segunda división de los días era relativa á los nueve acompañados. En esto también encontramos una

reforma en el calendario civil de los mexica. Agregando sucesivamente los nueve acompañados, venían á hacer su evolución completa en los cincuenta y dos años, lo que era una confusión para el vulgo; además, como el calendario civil estaba basado en el ritual de doscientos sesenta días, no correspondían exactamente á éste los nueve acompañados, y así en la tabla de días del códice Borgiano encontramos primeramente los acompañados de 9 en 9 y nueve veces y después de 7 en 7 y siete veces, lo cual da $9 \times 9 = 81$ y $7 \times 7 = 49$; sumando tenemos $81 + 49 = 130$; dos veces 130 producen 269; y por este método sencillo los acompañados concurren con los días en el período ritual y terminan con él. Esta explicación consta en las pinturas y tiene además en su apoyo la autoridad de Fábrega, aunque éste cree que pertenece tal sistema al calendario astronómico. Es del civil: los mexica prescindieron del cómputo de los *nemontemi;* no les ponían signo como los tolteca; pasaban sin nombre por ser días inútiles, y entonces, con el antiguo cómputo de los acompañados, resultaba su repetición exacta en todos los años en las mismas fechas. Esto se obvió por el nuevo método, pues producía la diferencia de acompañados lo mismo que la de días en todos los trece años del *tlalpilli*.

Mas para conseguirlo era preciso conservar la división en trecenas de los veinte días en todo el curso de



Primera trecena

los trescientos sesenta días útiles del año. Así la primera trecena quedó de la siguiente manera:

1. *Cipactli.*
2. *Ehécatl.*
3. *Calli.*
4. *Cuetzpállin.*
5. *Cóhuatl.*
6. *Miquiztli.*
7. *Mázatl.*
8. *Tochtli.*
9. *Atl.*
10. *Itzcuintli.*
11. *Ozomatli.*
12. *Malinalli.*
13. *Acatl.*

Los otros siete días volvieron á comenzar la numeración, y quedaron así:

1. *Océlotl.*
2. *Cuauhtli.*
3. *Cozcacuauhtli.*
4. *Ollin.*
5. *Técpatl.*
6. *Quiáhuitl.*
7. *Xóchitl.*

Continuando la numeración de trece en trece y los meses de veinte en veinte días se formaba la combinación del calendario civil.

Tenemos como último período de los días el mes de



á veinte, por lo tanto en los trescientos sesenta días útiles del año había diez y ocho meses ó veintenas. Entre los mexica eran los siguientes, á los cuales agregamos el día conque empezaban y la fecha correspondiente de nuestro calendario.

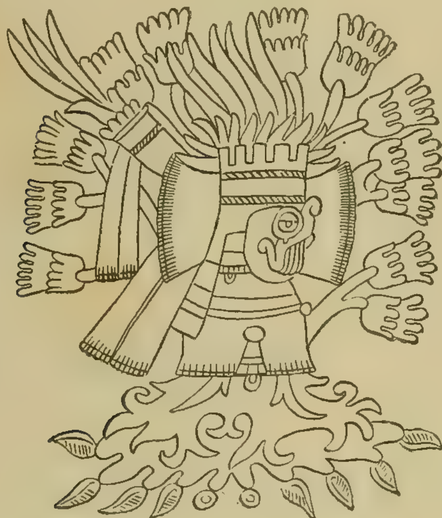
1. *Atlacahualco.* . . .	I *cipactli.*	1.° de marzo.
2. *Tlacaxipehualiztli.*	VIII *cipactli.*	21 de marzo.
3. *Tozoztontli.*.	II *cipactli.*	10 de abril.
4. *Hueytozoztli.*. . . .	IX *cipactli.*	30 de abril.
5. *Tóxcatl.*.	III *cipactli.*	20 de mayo.
6. *Etzacualiztli.*. . . .	X *cipactli.*	9 de junio.
7. *Tecuhilhuitontli.*. .	IV *cipactli.*	29 de junio.
8. *Hueytecuhílhuitl.* .	XI *cipactli.*	19 de julio.
9. *Tlaxochimaco.* . . .	V *cipactli.*	8 de agosto.
10. *Xocohuetzi.*	XII *cipactli.*	28 de agosto.
11. *Ochpaniztli.*.	VI *cipactli.*	17 de setiembre.
12. *Teotleco.*.	XIII *cipactli.*	7 de octubre.
13. *Tecpeílhuitl.*	VII *cipactli.*	27 de octubre.
14. *Quecholli.*	I *cipactli.*	16 de noviembre.
15. *Panquetzaliztli.* . .	VIII *cipactli.*	6 de diciembre.
16. *Atemoztli.*.	II *cipactli.*	26 de diciembre.
17. *Títilt.*	IX *cipactli.*	15 de enero.
18. *Itzcalli.*	III *cipactli.*	4 de febrero.

Principio de los *nemontemi*, 24 de febrero.

Fin de los *nemontemi* y del año, 28 de febrero.

El primer mes ó veintena llamado *Atlacahualco* significa *en donde se detienen ó bajan las aguas.* Venía este nombre de que en esa época comenzaba á bajar la laguna. Crecía mucho con las lluvias de junio á octubre; la menor evaporación y las aguas de invierno conservaban su alto nivel; pero de marzo á fin de mayo rara vez llueve, y el muy fuerte calor hace que se evapore gran cantidad de agua, con lo que bajan mucho

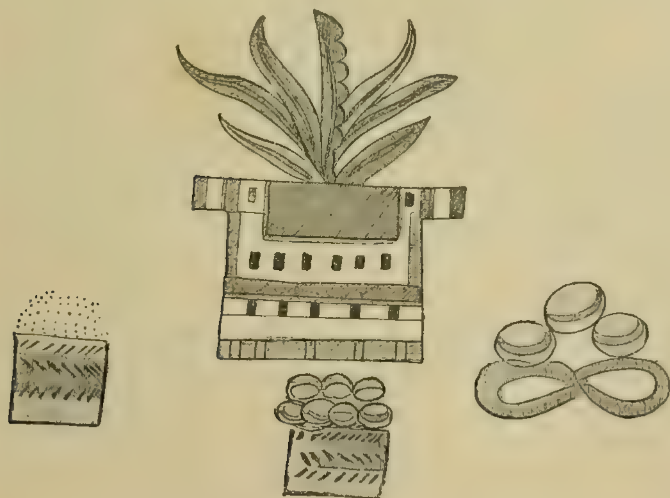
los lagos del Valle. Durán, explicando el nombre *Atlmotzacuaya* dado al mismo mes, lo refiere á que entonces se cortaba el agua de los terrenos de regadío, en los cuales ya había mazorcas tiernas, por lo cual se le llamaba también *Xilomaniliztli*. Tenía también el



Signo del mes Atlacahualco

nombre de *Xochtzitzquilo* ó tomar un ramo en la mano, pues consideraban que el año era de muchos meses y días como el ramo de mucbas ramas y hojas: así tomar el año en la mano significa empezar el año. En significación de esto salían los mexica por los campos y todos tocaban con la mano las hierbas y ramos nacidos, y arrancando algunas entraban con ellas en la mano en el templo. Por eso se representaba este mes con un hombre arrancando hierbas.

Era igualmente nombre de este mes *Quahuitlehua*,



Ofrendas que se hacían en la veintena Atlacahualco

que quiere decir empezar á caminar los árboles ó empezar los árboles á levantarse, para significar que habían estado tristes y caídos por el frío del invierno y ya volvían á cubrirse de hojas con la primavera. Bajo este aspecto el símbolo del mes era el dios *Tlaloc* sobre el agua rodeado de ramas con hojas verdes.

Era esta veintena notable por tres ceremonias que en ella se hacían. El día décimo séptimo caía el signo *ollin* con el numeral cuatro, y en él se celebraba la fiesta de los guerreros *cuauhtli* y *océlotl*, la cual hemos descrito antes minuciosamente. El primer día de la veintena, después del ofrecimiento de los ramos, los padres y las madres estiraban todos los miembros de sus hijos pequeños, las manos, los dedos, los brazos, las piernas, los piés, los cuellos, las narices y las orejas, pues creían que de no hacerlo no crecerían los niños. Además en este día hacían particular ofrenda á los dioses, así de comidas como de plumas, joyas y otras cosas, para pedirles año fértil y bueno, y tomaban asimismo comidas nuevas y diferentes, pues era de su rito diferenciar manjares y tomar en cada fiesta uno distinto.

El segundo mes ó veintena, llamado *Tlacaxipehualiztli*, comenzaba á 21 de marzo.

Dado á la astronomía el pueblo mexica y teniendo por base de su religión los cuatro astros sol, tierra, estrella de la tarde y luna, celebraba el equinoccio de primavera dedicando esta veintena á *Totec*. Este dios era, digámoslo así, el conjunto de estos astros, la personificación de ellos, dominando y teniendo lugar preferente el sol que en su período cíclico los encerraba á todos. La mejor manera de comprender esto es ver la pintura relativa del códice Oxford, donde se condensan las ideas cronológicas de la raza. Representa una figura humana, cuyo rostro es el sol con sus grandes orejeras redondas, rodeada de multitud de rayos: en la parte inferior está la doble figura del dios rojo sobre el símbolo del agua, porque el fuego reposa en ella, es el creador de los astros y fundamento de todo su sistema. A los lados se ven dos *océlotl*, significando á la estrella en el oriente y en el poniente en la mañana y en la tarde; en la parte superior hay una faja, la mitad con *técpatl* ó luz de la estrella y la otra mitad con el signo del humo de la luna. En el centro de la figura está la tierra *Cozcacuauhtli*, como para expresar que á su derredor se mueven los astros, y lo atraviesan formando cruz una línea de *técpatl*, trayecto de la estrella, y otra de signos de humo, camino de la luna. Entre los rayos de luz se ve á cada lado un *cipactli*, y por una parte hay signos de humo y por la opuesta *técpatl*. Abajo tiene por fecha el día 5, *coatl*, del año 10, *calli*, fecha del calendario astronómico, cuyo cálculo daría sin duda mucha luz.

Pues bien, *Totec* representaba este conjunto y era por excelencia el sol mismo; de aquí venía el dedicarle la veintena en que el astro comienza á dar más calor y en que sus días van siendo más largos. Mas como también representa á la estrella y á la luna, celebrábase su fiesta con el sacrificio gladiatorio, simbolismo de la lucha astronómica de esos dos astros.

En este día desollaban á los sacrificados, lo cual era la verdadera solemnidad de *Xipe*, desollado, y se

ponían sus pieles ciertos hombres expresamente para ello designados. Salían así á pedir limosna y á asustar á los muchachos, y andaban bailando de puerta en puerta hasta que se rompían los cueros. Comían en este fiesta *cocolli* ó pan retorcido y en todos sus asientos ponían hojas de zapote blanco.



El sol y los otros tres astros

Conocemos varios símbolos de esta veintena; *Totec* armado en son de guerra; una piel humana y sobre ella



Signo de la veintena Tlacaxipchualiztli

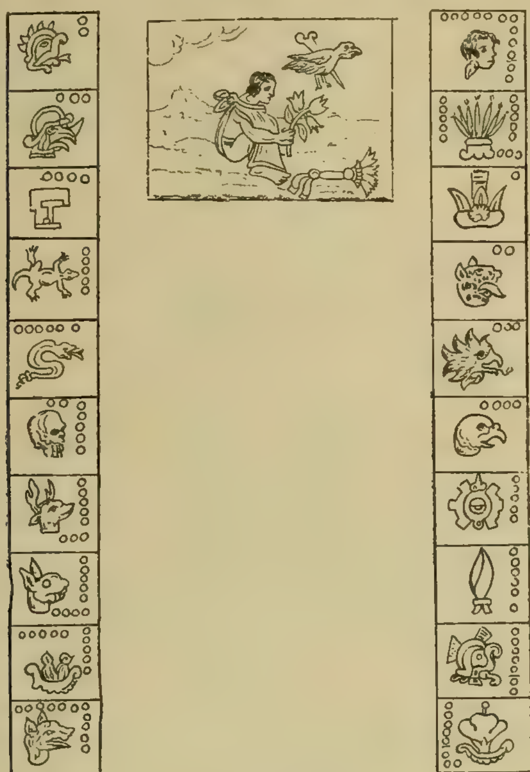
una *macuáhuitl*, un *pantli* y un *chimalli;* otras veces media figura del mismo *Totec*, y al mismo con el cetro de *Xiuhtletl* sentado en *icpalli* de conchas y canillas de muerto. *Tlacaxipehualiztli* quiere decir la fiesta de los desollados.

El mes *Tozoztontli* comenzaba á 10 de abril. Su nombre viene de *tozoa*, velar, con el diminutivo *tontli*, vela ó vigilia pequeña, porque en esa veintena velaban y ayunaban los muchachos. Durán dice que significa punzadura pequeña y que los muchachos de doce años abajo no sólo ayunaban, sino también se sacrificaban punzándose con espinas de maguey, y refiere cómo agoreros embaucadores andaban de casa en casa viendo si los muchachos habían cumplido y premiándolos con hilos de colores que les ataban al cuello.

Era también fiesta colgar sobre los milpas y de árbol á árbol unos cordeles con muchos idolillos y cortar las rosas del campo formando ramos de ellas. En el símbolo de este mes se ve á un hombre haciéndolo, y encima, atravesado por un hueso, al pájaro *tozoztli*, según el señor Orozco pasajero en el Valle, y que por aquella época llegaba.

En este día también bendecían las sementeras los labradores, las recorrían con braseros en las manos quemando incienso, é iban á los lugares en donde estaban los dioses de sus campos á ofrecerles sahumerios, comida y pulque. Todo el día andaban con rosas, celebrando con ellas mil regocijos. Por ser la fiesta de las primicias de la agricultura, también se representaba esta

veintena con *Centeotl,* la diosa del maíz, acompañada de un hombre que lleva rosas en las manos.



El mes Tozoztontli

La cuarta veintena era *Hueytozoztli,* vela y ayuno grande, porque velaban y ayunaban el rey y los principales. Como este mes principiaba á 30 de abril y por entonces comienza á haber algunas lluvias en el Valle y el excesivo calor hace que se deseen y se necesiten para los campos, se hacía en esa época la solemne



La diosa Centeotl, como símbolo de la veintena Tozoztontli

fiesta en el cerro *Tlaloc,* que ya hemos descrito, y se simbolizaba con las figuras del dios *Tlalocatecuhtli* y de *Chalchicueye,* el primero empuñando una caña de maíz, sobre la cual caen gotas de lluvia, y la segunda con una corriente azul de agua en la mano izquierda y un *chimalli* en la derecha con el signo de las tempestades.

La quinta veintena, *Tóxcatl,* empezaba á 20 de mayo. A pesar de las diversas significaciones dadas á este nombre y no obstante la opinión de Gama, quien lo traduce por soga gruesa torcida de sartales de maíz tostado, preferimos la de Durán, esto es, sequedad y falta de agua, pues indudablemente el sustantivo y parte principal del nombre *Tóxcatl* es *atl,* agua, y *toxahua* quiere decir derramar ó echar maíz; de manera que celebraban esta fiesta para pedir agua que hiciese producir los campos.

La fiesta *Tóxcatl* era una de las más solemnes y estaba dedicada á *Tezcatlipoca.* Por virtud de las evoluciones religiosas ya referidas, si *Huitzilopochtli*



Símbolo de la veintena Hueytozoztli

era el primer dios en la vida social de los mexica, quedó *Tezcatlipoca* por principal en la religiosa.

Se le ponía como deidad prominente presidiendo la segunda trecena del *Tonalámatl,* y ahí se le pintaba con su figura propia de luna. *Tezcatlipoca* llegó á ser el dios por excelencia, en él se concentró la idea de la divinidad y alcanzó á adquirir para aquellos pueblos la facultad más sublime de un dios, la invisibilidad. Curioso es ver cómo los pueblos primitivos, para fijar sus ideas religiosas, las personifican, y cómo en su desarrollo á la perfección teogónica, convierten á esas personas materiales en seres sin materia, en ideas abstractas. Ejemplo respecto á *Tezcatlipoca* nos dan las oraciones de los mexica. Curioso es también que de los tres astros del culto nahoa, sin contar la tierra, en la época verdaderamente *náhuatl,* el sol tiene la supremacía; el *Tonacatecuhtli* domina aquel cielo. En la segunda época, en la tolteca, se sobrepone el culto de *Quetzalcoatl,* de la estrella de la tarde. Y en la última, en la mexica, toca su turno de preeminencia á la luna y el dios principal es *Tezcatlipoca.* Cada uno de los tres astros tiene su reinado sucesivo, y al concluir el último desaparecen para siempre la religión y la autonomía de la raza.

Veamos las oraciones á que nos referíamos. La

idea abstracta de la divinidad invisible está patente en la oración de los sacerdotes en tiempo de peste. Decíanle á *Tezcatlipoca:* «¡Oh valeroso señor nuestro, debajo de cuyas alas nos amparamos, defendemos y hallamos abrigo! tú eres invisible y no palpable, bien así como la noche y el aire.» Mas notemos que los mexica, al mismo tiempo que de su dios formaban un sér ideal, no ponían en olvido sus circunstancias materiales. *Tezcatlipoca* es invisible; pero lo es como la noche y el aire, pues la luna parece caminar sobre el viento nocturno. Así es que refiriéndose á las cualidades físicas del astro, según las concebían los mexica, le dicen en la misma oración: «acábese ya, señor, este *humo* y esta *niebla* de vuestro enojo, y apáguese también el fuego quemante y abrasador de vuestra ira: venga la serenidad y claridad, comiencen ya las avecillas de vuestro pueblo á cantar y á escollarse al *sol:* dadles tiempo sereno, en que os llamen y en que hagan oración y os conozcan.» Y es que para los mexica la noche era el vientre de todo mal y toda desgracia y la luz del sol manantial de bienes y alegrías: figurábanse, pues, causa de la peste el humo y la niebla del astro que camina en el viento nocturno. En otra oración lo llaman *Yaolliehécatl,* viento de la noche, y le demandan socorro contra la pobreza como antes se lo habían pedido contra la peste. En estas preces hay frases de ternura y de poesía admirables y algunas muy significativas para nuestro intento. Le dicen al dios: «En conclusión, suplícoos, señor humanísimo y beneficentísimo, que tengáis por bien dar á gustar á este pueblo las riquezas y haciendas que vos soléis dar y de vos suelen salir, que son dulces y suaves, y que dan contento y regalo, aunque no sean sino por breve tiempo y como sueño que pasa.» ¡Qué manera más hermosa de adunar la imagen de los rayos de la luna, *dulces y suaves y que por breve tiempo dan contento y regalo,* con la idea de los bienes de este mundo, que apenas se gustan cuando ya pasaron! Más adelante le dicen al dios: «buscáis entre las montañas á los que son vuestros servidores,» y preséntasenos á la imaginación la luna deslizando sus rayos de plata por entre las quiebras y los barrancos de nuestras serranías. En la misma oración en que los mexica pedían á *Tezcatlipoca* la victoria y el premio de los valientes guerreros, le hacían preces por la conclusión de la guerra. Era entonces *Tezcatlipoca* dios de paz, bajo la condición de que triunfara el ejército que lo imploraba; de otra manera, era también dios de guerra. El verdadero dios de las batallas era el sol; *Tezcatlipoca* venía después con misión de paz á premiar á los muertos. Es que durante el día combaten los ejércitos, y en la noche se reposan y dan tregua á la pelea. Los mexica no paraban el sol como Josué para continuar la matanza; invocaban la luz dulcísima de la luna para que se extendiera como blanco sudario sobre los muertos gloriosos.

La personalidad de *Tezcatlipoca* y de la luna en él, se ve con claridad en cuanto del dios se refería. Cuando como aparición se presentaba, hablaba tomando forma humana, y sabía y alcanzaba los secretos que en la noche se ocultan: entonces le llamaban *Telpuchtli,* porque aparecía como hermoso mancebo. Poníanle en los caminos, encrucijadas y divisiones de las calles ricos *icpalli* donde nadie osaba sentarse; formábanlos de piedra y se llamaban *momoztli* ó *ichialoca:* eran para que descansase el astro en su curso. Pero para la multitud eran verdadero descanso de la persona del mismo dios, y por eso se los enramaban de cinco en cinco días.

Como la noche es propicia para los pecados y los crímenes y la luna los ve y los observa, hacían confesión de ellos á *Tezcatlipoca.* Gran argumento se ha hecho de la confesión para sostener que en época remota fué predicado el cristianismo á los indios; pero bastará ver las diferencias esenciales de su intención y efectos respecto de la de los cristianos para convencerse de lo falso de aquella opinión. Comencemos por qué se apoyaba en el fatalismo y negación del libre albedrío profesados en el libro nahoa, lo cual se manifiesta claramente en la oración del sacerdote cuando alguno confesaba sus pecados. El penitente se le acercaba y le decía: «Señor, querríame llegar á Dios todopoderoso y que es amparador de todos (el cual se llama *Yaolliehecatltloz-teeztezcatlipoca),* querría hablar en secreto mis pecados.» Entonces el sacerdote miraba los agüeros del *Tonalámatl* y le señalaba día en que reinase *buen signo.* Llegado, hacía su confesión, no para librarse de las penas de la otra vida, sino de los males de la presente. Por eso el sacerdote en su oración, dice del penitente: «él mismo ha merecido ser ciego, tullido y que se le pudran los miembros, y que sea pobre y mísero... ha incurrido en su perdición y en el abreviamiento de sus días.» De manera que para los mexica el pecado tenía su castigo en los sufrimientos de la tierra. Pero aun así, disculpábalo el sacerdote cuando decía que el penitente no pecó con libertad entera del libre albedrío, porque fué ayudado é inclinado de la condición natural del signo en que nació. ¿Qué objeto, pues, podía tener entonces la confesión? Desde luego un interés material para el sacerdocio: el confeso debía hacer penitencia trabajando un año ó más en el templo y dar ofrendas de *ámatl* y *copalli.* Pero el objeto principal de la confesión no era el arrepentimiento de las culpas; la confesión se hacía una sola vez en la vida; los pecados posteriores á ella no tenían remedio, y sólo confesaban los viejos por graves faltas, como adulterios, para librarse de la pena temporal que les estaba señalada á los que en ellas caían; por librarse de recibir pena de muerte y que no les machucasen la cabeza ó se la aplastasen entre dos grandes piedras. Refiere Sahagún que en el principio, después de la

Conquista, los indios no comprendían la confesión cristiana, y equiparándola á la suya, cuando cometían un crimen iban á confesarlo creyéndose así libres del castigo de la ley.

Poderoso *Tezcatlipoca* para todo, según se ha visto, á él dedicaban la gran fiesta *Tóxcatl.* Su imagen



Tezcatlipoca

en México era de negra obsidiana, con orejeras de oro, y en el labio inferior bezote de cristal de roca, en el cual ponían una pluma á veces azul y otras verde. En la cabeza tenía una cinta de oro con una oreja y unos signos del humo; de entre la oreja y la cinta salían unas garzotas y al cuello llevaba colgado un joyel de oro tan grande que le cubría todo el pecho. En los brazos tenía brazaletes de oro, en el ombligo una rica

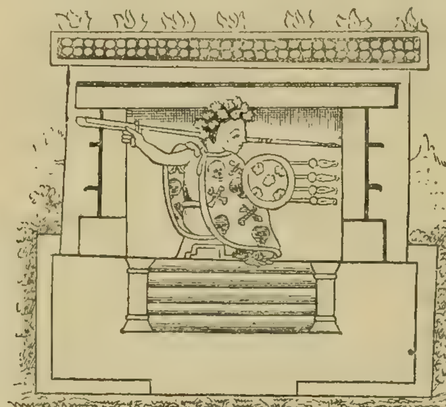


La luna Tezcatlipoca

esmeralda, en la mano izquierda un abanico de plumas preciosas, azules, verdes y amarillas, las cuales salían de una chapa redonda de oro bruñida á manera de espejo, llamada *ytlachiáyan.* En la mano derecha empuñaba cuatro dardos. En las gargantas de los piés le ponían veinte cascabeles de oro y en el derecho una pata de venado. Le cubrían el cuerpo con una manta de red primorosamente tejida, negra y blanca y con orla de rosas blancas, negras y rojas, muy adornadas de plumas. En los piés tenía los acostumbrados *cactli.*

Muy principal templo debía ser el de dios tan principal: era, en efecto, alto y hermosamente edificado; de forma piramidal siempre, se subía á él por ochenta gradas ámplias, al cabo de las cuales había un remanso de doce á catorce piés de ancho y junto á él un aposento ancho y largo. Estaba tapizado este salón con mantas galanas tejidas de labores y colores diversos y de brillantes plumas. Su puerta quedaba cubierta siempre con una cortina de muchas labores, así es que el santuario permanecía oscuro y el ídolo oculto, sin que nadie en él se atreviese á penetrar, si no eran los sacerdotes destinados al culto del dios. En frente de la puerta había un altar del alto de un hombre y en él de pié el ídolo. Era el altar de forma semejante al de las iglesias cristianas, todo cubierto de riquísimas mantas, y sobre el ídolo había un magnífico dosel de plumería, adornado vistosamente con banderas de variados colores, armas y divisas. Las vigas del techo estaban pintadas de relucientes colores.

La fiesta de *Tezcatlipoca* se celebraba el primer día de la veintena *Tóxcatl,* es decir, á veinte de mayo,



Templo de Tezcatlipoca

según nuestro calendario. La víspera los señores llevaban á los sacerdotes un vestido nuevo y lujosísimo que ponían al dios, y guardaban éstos el puesto en unas petacas destinadas á ese objeto en las cuales tenían los ornamentos y joyería del ídolo. Adornaban además el santuario con multitud de banderas y quitasoles de pluma. Al dios le ponían sus más ricas joyas. Después de terminado el adorno quitaban la cortina de la puerta para que todos pudiesen ver el ídolo, y salía el sacerdote *Titlacahuán* vestido con un traje igual al del dios y con un ramo de rosas en la mano, y tocaba una flautilla de agudo sonido, vuelto al oriente, y después al occidente, al norte y al sur. Los presentes al ver al sacerdote y los ausentes al oir el silbido de la flauta, todos se postraban, y tocando la tierra con el dedo lo llevaban á sus labios y todos lloraban implorando la protección del dios, los unos por sus pecados para que no les sobreviniesen enfermedades y los otros por sus delitos para que no fuesen descubiertos; mientras que los valerosos *yaoyizque* pedían victoria contra sus enemigos y fuerzas para prender muchos cautivos en la guerra al mismo *Tezcatlipoca,* á *Quetzalcoatl,* á *Huitzilopochtli* y á *Cihuacoatl,* deidades principales de los mexica.

Esta solemnidad se hacía en la noche porque en ella es la luna reina de los cielos.

Al día siguiente vestían los sacerdotes á un cautivo

con un traje igual al del dios y lo ponían en unas andas muy adornadas; sacaban los mancebos y doncellas del *Calmecac* una soga gruesa y torcida hecha de maíz tostado, la cual llamaban también *tóxcatl,* rodeaban con ella las andas echándola al cuello del ídolo y de lo mismo le ponían una guirnalda en la cabeza. Los sacerdotes estaban todos embijados de negro con sus cabelleras largas trenzadas á la mitad; los mancebos también embijados con sus mantas de red y soga y



La fiesta de Tóxcatl

guirnaldas de *tóxcatl,* y las doncellas vestidas con nuevos trajes y aderezos, con sus sartales de maíz tostado, y en la cabeza tocados hechos de varillas con el mismo maíz, pintado el rostro de colores y los brazos y las piernas emplumados. Mancebos y doncellas llevaban en las manos ramos de rosas.

Hacíase procesión con el dios por el patio del templo, cuyas almenas estaban cubiertas de rosas y cuyo piso estaba regado de pencas de maguey. Seguíanse después las ofrendas acostumbradas de joyas, mantas y comidas, y al medio día salían todas las doncellas en hilera con un cerco negro pintado en la boca llevando la comida del dios: las presidía un sacerdote especial de *Tezcatlipoca,* vestido con una especie de sobrepelliz que le daba á las pantorrillas, blanca y con muchos rapacejos por orla; encima tenía un jubón sin mangas de cuero rojo, y en el lugar de las mangas traía unas como alas de las que salían unas cintas anchas para detener en la espalda del sacerdote un calabazo lleno de agujeros y en ellos rosas, y por dentro de tizne y colores. Este calabazo se llamaba *iyetecón.* Una vez dejada en el templo la comida del dios, la llevaban á los *calmeca tecúctin* ó dignidades del dios, quienes habían ayunado desde cinco días antes para que la comiesen.

En seguida sacrificaban en lo alto del templo al cautivo, quien durante un año había representado al dios, vestido y reverenciado como él, y una vez que le arrancaban el corazón arrojaban su cuerpo por las gradas. Procedíase después á la danza sagrada en un lugar llamado *yxtihuacán;* salían los mancebos y las doncellas y las dignidades del templo con tiaras en las cabezas como las mozas, y los señores y guerreros, y todos cantaban y bailaban alrededor del *huéhuetl.* Decían á las tiaras *tzatzaztli* y las usaban ese día todos los principales, y á la danza *toxcanetotiliztli.*

Cada cuatro años, á más del cautivo citado, sacrificaban á otros que llamaban *imalacualhuán.*

En este día y en honra de la fiesta era costumbre que todos comiesen maíz tostado.

Representaban á este mes en los jeroglíficos ó con



Símbolo de la veintena Tóxcatl

la simple imagen del dios *Tezcatlipoca* ó con una cabeza coronada por una guirnalda ó con un sartal de maíces y una hacha; pero la representación más genuina es el dios con el sartal *tóxcatl.*

La sexta veintena, llamada *Etzalcualiztli,* comenzaba á 9 de junio. Ya hemos hecho relación de esta fiesta. El jeroglífico del mes era el dios *Tlaloc* con cañas



Símbolo de la veintena Etzalcualiztli

de maíz en las manos y una olla de *etzacualli.* En algunas pinturas rodea al dios una lluvia de gotas de agua, porque en esa veintena había comenzado ya á llover con fuerza.

La séptima veintena, *Tecuhilhuitontli,* ó fiesta

pequeña de los señores, comenzaba á 29 de junio. No era ciertamente una solemnidad civil ni religiosa, ni en ella había sacrificios ni esplendores del culto. La ceremonia se reducía á darse rosas los unos á los otros, á regar de rosas los estrados y á que en ese día les era permitido salir á las muchas mujeres de los señores polígamos, las cuales se juntaban y andaban por la calle con guirnaldas en las cabezas y trajes lujosos y aderezos galanos, recibiendo festejos y requiebros de los jóvenes y señores principales, si bien guardadas por



Signo de Tecuhilhuitontli

la vigilancia de ayos corcobados y amas ancianas y cuidadoras. Si pudiéramos hacer una comparación con esa fiesta, diríamos que era á modo de inocente carnaval sin disfraz.

Los símbolos del mes son ó *Huixtocíhuatl*, diosa de la sal, ó un hombre sentado con una rama con flores en la mano.

La octava veintena era *Hueytecuhilhuitl* ó fiesta grande de los señores. En ella se hacían dos solemnidades, que ya hemos descrito: la del cautivo, que representaba á *Quetzalcoatl,* y era sacrificado por la noche en el templo de *Tezcatlipoca,* en conmemoración del triunfo astronómico é histórico de éste en la lucha tradicional de ambos dioses y la solemne de *Cihuacoatl.* A ésta le hacían también fiesta entonces las parteras y médicas de la ciudad. Consistía en que tomaban á una moza bien engalanada y salían todas con ella llevándola á lo alto del cerro de Chapultepec. Una vez allí le decían:—Hija mía, daos priesa en volver al lugar de donde salimos.—Daba entonces á correr la moza y tras ella todas las viejas; bajaba el cerro, atravesaba la calzada de Tlacópan, se entraba en el templo y subía ya casi ahogada y sin aliento por las gradas. Hacíanle allí las crueles médicas cantar y bailar, embriagándola para que no sintiese tristeza, y después la entregaban á los sacerdotes para que la sacrificasen.

La comida ritual de esta fiesta eran los *quiltamalli* ó bizcochos de legumbres para significar que éstas se habían producido ya por el beneficio de las lluvias bien entradas en aquella época.

El signo del mes es un señor principal con una flor por tocado, y en la mano un disco semejante al símbolo de Chalco.

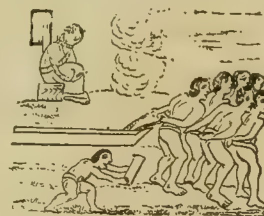
El noveno mes ó veintena era *Tlaxochimaco,* y caía á 8 de agosto. Significa estera de flores ó tierra florida, porque entonces los campos y los árboles están llenos de ellas. Dedicaban la fiesta á los niños muertos y se consideraba como la principal de los tepaneca. Era á más como preparación de la siguiente veintena; y al efecto cortaban en el monte uno de los mayores y más gruesos maderos, le quitaban la corteza y lo alisaban, y arrastrándolo entre muchos lo traían á la puerta de la



Símbolo de Hueytecuhilhuitl

ciudad, en donde lo recibían los sacerdotes con bocinas, cantos y bailes, y el pueblo con ofrendas y sahumerios. Llamábanle *Xócotl,* y lo dejaban ahí tirado todos los veinte días del mes; pero celebrándolo cada día con inciensos y danzas y sacrificios personales de punzaduras y azotes.

Esta fiesta se llamaba *Micaílhuitontli* entre los tlaxcalteca, y quiere decir fiesta pequeña de los muertos.



Signo de Tlaxochimaco

El signo del mes es un cadáver amortajado y unos hombres arrastrando el madero *Xócotl.*

La décima veintena era *Xocohuezti,* y empezaba á 28 de agosto; significa cuando madura la fruta, y se seguía al anterior como los frutos siguen á las flores en los árboles. Era la fiesta de este mes solemnísima. Los sacerdotes todos vestían sus trajes de ceremonia más suntuosos, y se hacían sacrificios de muchos hombres y grandes comidas con los cuerpos de los sacrificados. Comenzaba porque antes que amaneciese los sacerdotes levantaban con gran solemnidad y reverencia el madero *Xócotl* y lo enhestaban en el patio del templo. Para los sacrificios ofrecían de antemano los mercaderes cinco cautivos, cuatro hombres y una mujer, á los cuales llamaban *Yacatecuhtli, Chiconquiáhuitl, Cuauhtlaxayauh, Coitlinahual* y *Chachalmecacíhuatl,* nombres de cinco deidades que adoraban; de las cuales eran representación durante los veinte días anteriores, y como á ellas se les reverenciaba y honraba.

Ponían sobre el madero un gran pájaro hecho de

masa de bledos, *tzoalli,* haciéndole su cabeza con pico dorado y las alas y cola con plumas verdes muy galanas, y á su rededor cuatro piñas muy pintadas de la misma masa. Delante del *Xócotl* encendían después una gran hoguera, la cual sin descanso estaban alimentando con leña. Venida la mañana vestían muchos cautivos con los



Fiesta del madero Xócotl

trajes de todos sus dioses principales y los ponían en hilera junto á la lumbrada. Salía en seguida un sacerdote, llamado el luchador, y uno á uno les iba atando las manos; después salían otros cinco, y el primero nombrado *tlehua* barría alrededor de la lumbre; é inmediatamente tomaban á los cautivos y los iban arrojando en el fuego, y á medio asar y antes de que muriesen los sacaban y sacrificaban arrancándoles el corazón. Tras cada uno de estos cautivos, representantes de los dioses, sacrificaban á cuatro ó cinco esclavos: así á poco aquel patio estaba tan lleno de muertos que era cosa de espanto; por lo cual también designaban esta fiesta con



El director de la danza Xócotl

el nombre de *Hueymicailhuitl,* ó fiesta grande de los muertos. Todo el pueblo estaba adorando el *Xócotl,* en cuclillas y con los brazos cruzados sobre el pecho, y entregaban luego sus acostumbradas ofrendas.

Seguíase después la danza sagrada: formaban la rueda interior los mancebos y doncellas del *Calmecac,* y la exterior los señores y principales; los mancebos, con plumas en la cabeza, orejeras y bezotes fingidos, todos con ricas plumas en las manos y brazaletes de oro; las doncellas vestidas con trajes nuevos, pintados de color los rostros, y los brazos y piés emplumados; y los señores muy galanos y bien aderezados, cubiertos con mantas de red blancas y negras, con plumajes blancos en la cabeza y entre ellos algunas plumas negras, y llevando en las manos unos idolillos y ramos de masa. Por corifeo del baile salía un sacerdote vestido de pájaro con alas y cresta de riquísimas plumas, y cascabeles de oro en las muñecas y gargantas de los piés, haciendo gran ruido con unas sonajas que llevaba en las manos, el cual acompañaba con gritos desordenados como sus pasos, sin sujetarse al compás de la danza.

Terminada ésta una hora antes de ponerse el sol, lanzábanse los mancebos á subir al palo *Xócotl,* estorbando los unos, cayendo los otros, hasta que el primero llegaba á lo alto y arrancaba la cabeza del pájaro, y el segundo y el tercero las alas, y el cuarto la cola. Aquellos cuatro mancebos se tenían por vencedores. En seguida el pueblo derribaba el madero, y todos se lanzaban sobre él á arrancarle un pedazo ó astilla que como reliquia guardaban, teniéndose por muy feliz el que había alcanzado á tomar una pequeñísima parte de la masa del cuerpo del pájaro ó de las piñas.



Símbolo de la veintena Xocohuetzi

Había además en este día licencia general para beber pulque, excepto los mancebos y mozas; así es que concluía la fiesta con grandes alegrías en la ciudad y con escandalosas borracheras. Se celebraban también muchos convites entre los principales, guerreros y mercaderes, para comer la carne del gran número de esclavos sacrificados en ese día.

Eran signos del mes un muerto amortajado, ó la representación de la misma fiesta de *Xócotl,* viéndose á lo lejos á aquél como símbolo principal.

La undécima veintena se llamaba *Ochpaniztli* y comenzaba á 17 de setiembre. El nombre significa la acción de barrer y metafóricamente se toma por escoba,

pues entonces se barrían los templos, se arreglaban los ornamentos de los dioses y se componían los caminos; por lo que también se llamaba á este mes *Tenahualiztli.* Por esto se le representa muchas veces por una escoba. En el primer día de esta veintena celebraban los mexica la fiesta de sus signos y ceremonias de sus ritos.

Lo primero que hacían era barrer muy temprano sus casas y limpiar todos sus muebles. Antes que amaneciese barrían también perfectamente todas las calles de la ciudad. Con especial cuidado lavaban los baños, limpiaban las acequias, los ríos y las fuentes y todos procuraban bañarse en ellos. Aderezaban los caminos, principalmente la calzada de Coyoacán; en fin, era día de general limpieza.

La fiesta estaba dedicada á la diosa *Toci,* nombre que significa *nuestra madre,* y se tenía por la de los otros dioses. Recordemos que la invención de esta deidad fué una terrible teofanía en la peregrinación de los mexica, y que para ellos había sido prenda de venganza y promesa de triunfo, y así nos explicaremos el gran culto conque la honraban. En la teogonía astronómica representaba á la tierra, por lo cual la llamaban también su corazón y la creían causa de los terremotos.

Saliendo de México por la calzada de Coyoacán, es decir, por lo que hoy se llama San Antonio Abad, en el sur de la ciudad, había un templo nombrado *Cihuateocalli.* Frente á él había hincados cuatro maderos de más de veinticinco brazas de alto y de tanto grueso que dos hombres no los podían abrazar; sobre los cuatro maderos estaba hecho un andamio cubierto con paja; le llamaban *Tocititlán,* que quiere decir lugar junto á la diosa *Toci.* Dentro del *Cihuateocalli* ó templo de la mujer, estaba un ídolo de palo en figura de anciana, con la cara blanca de las narices para arriba y negra de las narices para abajo; tenía una cabellera natural de mujer, y una corona de matas de algodón adornada con husos ó *malácatl* con el algodón hilado. En una mano llevaba una rodela y en la otra una escoba. Estaba


Fiesta y signo de Ochpaniztli

vestida de blanco, y su camisa era corta con una orla de algodón sin hilar. En este pequeño templo no había guardias ni sacerdotes.

Cuarenta días antes de la fiesta ofrecían una esclava de unos cuarenta y cinco años de edad, á la cual purificaban y ponían el nombre de la diosa *Toci,* guardándola como de costumbre en el *Cuauhcalli.* A los veinte días la sacaban, y vistiéndola como á la diosa, la hacían bailar delante del pueblo y la adoraban como á la misma deidad. Todos los días la sacaban, y se repetía el baile y la adoración hasta siete días antes de la fiesta. Entregábanla entonces á siete viejas médicas ó parteras, *tici,* las cuales la cuidaban y servían con esmero, entreteniéndola con decirle cuentos y consejas para hacerla reir y tenerla alegre. Dábanle pita para que estos días hilase una tela, y por ceremonia la llevaban un rato al templo, y ahí mientras hacía su trabajo le estaban bailando los mancebos y mozas del *Calmecac,* quienes danzaban tomados de las manos al son que les hacían unos sacerdotes viejos vestidos con trajes largos y blancos y con sus calabazos á la espalda colgados de una correa roja.

La víspera llevaban á la esclava al *tianquiztli* ó mercado á fingir por ceremonia que iba á vender el *huipilli* y el *cuéyetl* que había tejido. La acompañaban como servidores unos indios vestidos de cuexteca; llevaba el *huipilli* uno llamado *Iztactlamacazcauh* ó sacerdote blanco, y el *cuéyetl* otro á quien decían *Itlilpotoncauh* ó el emplumado de plumas negras.

El día de la fiesta, antes de amanecer, un sacerdote sacaba á la india y cargándola á las espaldas, de modo que quedase boca arriba, la llevaba al templo, y al llegar ahí otro sacerdote la sacrificaba tomándola con una mano por los cabellos y degollándola con la otra, de suerte que el que la tenía se bañaba todo en sangre. Desollaban á la víctima de la mitad de los muslos para arriba y hasta los codos, y vestían con su cuero á un indio que para ese objeto tenían señalado, poniéndole encima la camisa y enagua de pita que la sacrificada había tejido, y la corona de copos de algodón y malacates de la diosa. Quedaba así en el lugar de ésta, y lo sacaban al público los cuexteca y sus demás servidores todos aderezados á punto de guerra. No bien salían de los aposentos, cuando por la puerta del patio entraban los principales guerreros de la ciudad formados en escuadrones, bien armados y lujosamente vestidos; y descendiendo unos del templo y otros atacándolo, teniendo los primeros por capitán al indio que representaba á la diosa, fingían un combate, al cual llamaban *moyohualicalli* ó albazo. Seguíase baile, que presidía el indio del cuero, al compás de cantares dichos en su honor. Sacaban después á los que debían ser sacrificados, y el sacrificio se hacía de una manera especial.

Ponían en el templo también un tablado sobre cuatro maderos altísimos con escaleras para subir á él. Subían primero los dos sacerdotes ejecutores del sacrificio, con sus mitras en la cabeza, embijados de yeso los ojos, los labios, los molledos y los muslos, y puestas

unas banderas de lo mismo por todo el cuerpo, y para no caer se ataban unas sogas al cuerpo afianzándolas en los mismos maderos; tomaban después cuatro guerreros al que habían de sacrificar, al cual ponían una coroza de *ámatl* en la cabeza, y lo acompañaban á subir por la escalera: si por acaso se detenía, lo punzaban con puas de maguey: una vez llegados á lo alto, se apartaban los guerreros, y los sacerdotes empujaban y arrojaban abajo á la víctima. Al caer lo degollaban otros sacerdotes y recogían su sangre en un lebrillo. Así continuaban sacrificando á todos los que para ello estaban destinados ese día.

Continuaban otras ceremonias, entre ellas la de tomar tierra con el dedo, la cual se llamaba *nitizapaloa;* y luego un guerrero, el más audaz, hacía lo mismo con la sangre del lebrillo, y en viéndolo se lanzaban sobre él unos, y otros se ponían de su lado para defenderle; y haciendo rostro á veces y á veces huyendo, seguía la pelea desde el gran *teocalli* hasta el templo de *Toci,* en las afueras de la ciudad, con no pocas desgracias de lastimados y aun de muertos. Una vez llegados á él cesaba la pelea, el indio que venía vestido de *Toci* subía al andamio, y desnudándose vestía con su traje el bulto de paja que había encima, el cual quedaba por ídolo de la diosa. Bajábase en seguida, y se retiraban los palos que de escala servían, para que ninguno pudiese subir adonde la diosa estaba.

El signo de esta veintena era la misma diosa *Toci.*

El día último de esta veintena, es decir, á nuestro 6 de octubre, se hacía fiesta á la diosa *Xochiquetzal.* Era esta ceremonia la despedida de las rosas, y por tal motivo estaba dedicada á la diosa que tenía por nombre *flor preciosa.* Era gran placer para los mexica el olor de las rosas, y así las llevaban oliéndolas por calles y



La diosa Xochiquetzal

caminos, y en las comidas las repartían á sus convidados para darles mayor contento. En esta fiesta, como la proximidad de los fríos iba á quitarles tan gran delicia, despedíanse solemnemente de las rosas. Enramaban y componían con flores sus personas, sus casas, sus templos y las calles, y hacían bailes, regocijos y farsas cómicas de mucha alegría. Llamábase la solemnidad *xochilhuitl* ó fiesta de las flores, y éstas eran en ese día el único adorno de hombres y mujeres.

La diosa *Xochiquetzal* era la patrona de los plateros, pintores, tejedores de plumas y en general de todas las artes agradables: era para los mexica la representación de la belleza. Su ídolo era de madera, y figuraba á una hermosa joven con cabello cortado sobre la frente y á las espaldas, con zarcillos de oro y un joyel también de oro colgando de las narices; en la cabeza tenía por diadema una trenza de cuero rojo, de la cual salían hacia arriba dos hermosos penachos de plumas verdes de quetzal; su camisa era muy labrada, azul con flores tejidas y plumería y una falda de muchos colores; en las manos llevaba dos bellos ramos de flores. El templo de esta diosa estaba dentro del Mayor, y aunque pequeño era muy galano, tapizado de mantas y plumería, y lleno de aderezos y ornatos de oro. No había en él sacerdotes especiales, sino que los servían los *teopixque* de *Huitzilopochtli.*

El día de la fiesta, que venía á reunirse con la de *Teotleco,* los pintores, plateros, labranderas y tejedoras, llevaban al templo una india vestida con el traje de *Xochiquetzal* para que la sacrificasen, y desollándola después uno de ellos se ponía su cuero y el vestido de la diosa; sentábanlo en seguida en las gradas del templo y le ponían un telar en las manos. Mientras él fingía tejer, bailaban todos los oficiales de los oficios citados con disfraces de monos, gatos, perros, zorros, leones y tigres; era su danza muy alegre, y cada uno llevaba los instrumentos de su oficio. Dedicaban también esta fiesta al perdón de las culpas, y ella nos da bastante luz sobre lo que era en realidad la confesión de los mexica. Primero purificaban sus culpas con un baño, pues era de ordenanza que se lavasen todos chicos y grandes, con lo cual quedaban libres de las culpas menores. Mas los grandes pecadores y delincuentes no se purificaban con sólo el baño, tenían para ello necesidad de confesar sus culpas exteriormente, pero no en especie; se reconocían culpados, mas no expresaban cuáles eran sus faltas, contentándose con pasar por su lengua agujereada tantas pajas de á palmo cuantos eran sus pecados graves. Concluído el sacrificio, los sacerdotes recogían las pajas ensangrentadas y las arrojaban en la hoguera divina, con lo cual quedaban borradas las culpas. Esto modifica la idea que se tiene sobre la confesión antigua de los indios y destruye el error de los que con la cristiana la confunden. Y por eso el padre Durán afirma terminantemente que esta era la confesión que los indios tenían, y no vocal como algunos han querido decir.



Sacrificio de la lengua

La duodécima veintena se llamaba *Pachtontli* ó *Teotleco,* y comenzaba á 7 de octubre. *Pachtontli* es diminutivo de *pachtli,* heno, y *Teotleco* significa la bajada del dios. Por eso la solemnidad consistía en



Signo de Pachtontli

colocar una jícara con masa desde el anochecer en lo alto del templo y estar velando hasta que aparecía en ella la marca de un pié de niño. Tocaban entonces bocinas y caracoles y hacían grandes muestras de regocijo, porque era señal de la vuelta del dios *Huitzilopochtli.* Celebrábala el pueblo con terribles sacrificios personales, entre ellos el atravesarse la lengua pasando por ella cordeles y cañas con lo que en sangre se bañaban, como expresamente se ve en las pinturas jeroglíficas. La comida de esa fiesta era una masa semejante á la sagrada de la jícara. El signo de la veintena era un dios niño y una rama de heno en el cielo.

El décimotercero mes era el fin del *Tonalámatl* y se llamaba *Hueypactli* ó heno grande, y comenzaba á 27 de octubre. Se llamaba también *Coaíhuitl* ó fiesta de la culebra, la cual era general en toda la tierra, y *Tepeílhuitl* ó fiesta de los montes.

Para explicarla debemos decir, que sorprendidos sin duda por la inmensa grandiosidad de las montañas de eterna nieve llamadas *Ixtacíhuatl* y *Popocatepetl,* en dioses las tornaron los mexica.

Ixtacíhuatl significa mujer blanca. Tenía templos en varios lugares y especialmente en una cueva de la misma montaña. En el mayor de México era su imagen

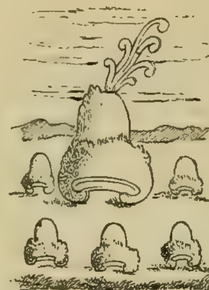


Ixtacíhuatl

de palo, vestida de azul, y en la cabeza una tiara de papel blanco pintado de negro; tenía atrás una medalla de plata de la cual salían unas plumas blancas y negras, cayéndole por las espaldas varias tiras pintadas de negro. La estatua tenía el rostro de moza con color en los carrillos, y cabellera de hembra cortada en la frente y junto á los hombros, y estaba sobre un altar en pieza especial con las paredes cubiertas de lujosas mantas y ricos adornos, en donde la servían de día y de noche las dignidades del templo.

Sacrificaban á esta diosa una esclava vestida de verde con tiara blanca, para significar que la montaña está verde con las arboledas, pero su cima blanca con las nieves eternas. Le sacrificaban además en la misma montaña dos niños y dos niñas.

Pero la fiesta principal de la veintena se hacía al *Popocatepetl* ó cerro que humea. La ceremonia del día era hacer cerritos de masa de bledos, y cada uno en su



Fiesta del Popocatepetl

casa los ponía, colocando en medio uno más grande, que era el volcán. A estos cerritos les hacían caras con ojos y les ponían diversos adornos; á más hacían arbolillos de los cuales colgaban heno y los colgaban también por todas las cercas. Arrojaban después maíz á los cuatro vientos, de cuatro colores, negro, blanco, amarillo y entreverado; y concluía la fiesta con solemnísima danza, en que todos iban vestidos con traje talar blanco y en él pintados corazones y manos abiertas, significando que pedían buena cosecha porque ya era tiempo; y así andaban con bateas de palo y jícaras grandes como pidiendo limosna á sus dioses. Llevaban en la danza á dos esclavas, hermanas jóvenes, las cuales tenían pintadas en la falda unas tripas retuertas, significando la una el hambre y la otra la hartura, y á ambas las sacrificaban.



Signo de Hueypachtli

Aunque sea digresión, queremos decir que Moteczuma, viendo salir humo del volcán, quiso saber de dónde procedía, y al efecto mandó á diez hombres subir á la cumbre. Murieron ocho en la subida, y los dos que tornaron refirieron al rey que por donde aquel humo salía no era boca grande, sino como una reja de

grandes hendiduras con duros peñascos. Así sabemos que los mexica fueron los primeros que subieron hasta el cráter del Popocatepetl, y cuál era entonces su forma.

El signo de esta veintena es un cerro con la imagen de *Tlaloc* ó una culebra con un puñado de heno en el cielo.

CAPÍTULO XVII

El Tonalámatl. — Su objeto religioso. — Su relación con la agricultura. — Formación del Tonalámatl. — Tabla de los días trecenales — Deidades de las trecenas — Quetzalcoatl y Huitzilopochtli como principio y fin de ellas — Los tonalámatl de los códices Vaticano y Telleriano. — Su subdivisión. — Principian por el mito de Quetzalcoatl creando al sol. — Su explicación natural. — Los acompañados. — Nombres que les dan Boturini y Gama — Explicación de las deidades que representan y su relación con la noche. — Confirmación del nuevo sistema de los mexica en la referencia de los acompañados. — Las veinte trecenas con los días y sus acompañados respectivos, según los tonalámatl de M. Aubin y de la Biblioteca de París. — Relación de ios acompañados con los cuatro astros. — Astrología judiciaria. — Su influencia trascendental. — El fatalismo de los mexica. — Continuación de las veintenas. — Quecholli — Origen del nombre. — Dedicación á Camaxtli. — Fiesta en México. — Los amiztlatoque y amiztequihuaque. — Gran festividad en Tlaxcalla y Huexotzinco. — Gran templo de Camaxtli. — Su ídolo. — Solemnidad del dios. — El Mixcoateocalli — La cacería sagrada. — El banquete. — La segunda fiesta y sacrificio de Ioztlamiyáhuatl y Mixcoatontli. — Símbolo de la veintena Quecholli. — Preocupaciones relativas á la caza. — Oraciones, ceremonias y ofrendas. — Supersticiones anotadas en el Calendario de la Biblioteca de París. — Símbolos que hay en él. — Caza general para el templo. — La veintena Panquetzaliztli — Gran fiesta á Huitzilopochtli. — Su colocación en esta veintena por tomar en cuenta el período de doscientos ochenta días de la estrella de la tarde, y comenzar el de Huitzilopochtli como estrella de la mañana. — Ayuno netehuatzaliztli. — Adornos de banderas. — Símbolo de la veintena Panquetzaliztli — La veintena Atemoztli. — Diversas traducciones de su nombre — La verdadera interpretación. — Vuelta del sol del solsticio de invierno. — Jeroglífico de la parte inferior de la cabeza colosal de Totec. — La velada ixtozoztli. — Signo de la veintena. — Títitl. — Diversas traducciones. — Verdadera significación. — La dualidad teogónica. — Símbolo de la veintena. — Fiestas — Los papas. — Verdadero nombre y su etimología. — Embriaguez sagrada de los sacerdotes. — La diosa Miáhuatl. — La veintena Itzcalli. — Opiniones y verdadera traducción de su nombre. — Fiesta de la montaña Matlalcueye. — Fiesta de los niños. — Símbolo de la veintena. — Los nemontemi. — Su signo jeroglífico. — Ayunos y penitencias. — Día intercalar ó bisiesto.

Con las trece veintenas de que hemos tratado se completaban los doscientos sesenta días del *Tonalámatl* ó calendario religioso, el cual continuaba siendo la base de la combinación cronológica de los mexica. Así hemos visto cómo en las trece fiestas celebraban á sus principales deidades: *Tonatiuh, Totec, Centeotl, Tlaloc, Chalchiuhtlicue, Tezcatlipoca, Quetzalcoatl, Huitzilopochtli, Cihuacoatl, Xiuhtletl, Toci, Xilómen, Xochiquetzalli* é *Ixtacíhuatl.* Era además agrícola este período, pues en él se tenía cuenta con las lluvias y sus efectos en los campos y en las sementeras, comenzando á 1.° de marzo, época de la siembra del maíz, y terminando á 15 de noviembre cuando ya se ha levantado la cosecha. Los mexica tenían un gran interés por la agricultura, lo que elocuentemente manifestaban con poner en el *teocalli,* al lado de *Huitzilopochtli,* el primero de sus dioses, á *Tlaloc,* señor de las lluvias y fecundador de los campos. Así empezaba el año ritual solemnizando el nacimiento de las rosas y el reverdecer de los árboles, y terminaba con la despedida de las flores y con celebrar el canoso heno, que cuelga como añosa cabellera de los ahuehuetes ó viejos del agua, y las montañas cubiertas de eterna nieve, símbolo de la ancianidad de la tierra y del invierno, terror de los campos, que se aproximaba.

Y aquí nos parece oportuno tratar de la organización propia del *Tonalámatl.*

Sabemos ya que se componía de los veinte días repetidos trece veces; pero los días no se contaban todos con su numeración progresiva de uno á veinte, sino por trecenas de uno á trece, lo cual producía veinte trecenas; que un mismo signo no se repitiera con el mismo numeral en los doscientos sesenta días, y que cada uno de los veinte formara alternativamente principio de trecena. Esto y lo primero producían una fiesta religiosa al principio de cada trecena, y que tocase á cada signo la suya en todo el período del *Tonalámatl.* Lo segundo daba por resultado el que durante los doscientos sesenta días no se repitiese un signo con el mismo numeral; de este modo, dado cualquier día, se encontraba inmediatamente á qué veintena tocaba.

Para esto bastaba recordar que los trece primeros días tenían los trece numerales sucesivos en la primera trecena, y los otros siete los de la segunda; y que cada

signo recorría una série que comenzando en su numeral propio alternaba el orden de 1 á 7 con el de 8 á 13.

Así se forma en las veinte trecenas la

TABLA DE LOS DÍAS TRECENALES

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII
Cipactli	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Ehécatl	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Calli	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Cuetzpállin	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Cóhuatl	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Miquiztli	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Mázatl	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13
Tochtli	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1
Atl	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2
Itzcuintli	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3
Ozomatli	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4
Malinalli	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5
Acatl	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6
Océlotl	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Cuauhtli	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Cozcacuauhtli	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Ollin	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Técpatl	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Quiáhuitl	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Xóchitl	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13

La formación de esta tabla es muy sencilla: una vez escrita la primera série, se van poniendo debajo los números inmediatos.

Así, dado el día 6 *ácatl*, sabemos en seguida que pertenecía á la décimatercera veintena ó sea el mes *Hueypachtli*.

Cada una de las trecenas, como hemos dicho, estaba dedicada á deidades especiales que la presidían. El



Los cuatro primeros días de una trecena del Tonalámatl con sus acompañados y agüeros

Tonalámatl trae estas deidades en el cuadro superior de la izquierda en cada una de sus veinte hojas ó trecenas. El otro cuadro superior lo ocupan hacia la derecha los cuatro primeros signos de la trecena en casillas cuadradas, en seguida en otras casillas los cuatro acompañados, después otros cuatro signos y cuatro aves que servían para los agüeros, formando todo un cuadrado con diez y seis casillas. Los otros nueve signos están en la parte inferior de la página en sus casillas, y sobre ellos otras tres hileras de éstas con sus acompañados y agüeros.

Las deidades de las trecenas son:

I. *Quetzalcoatl* y *Chalchiuhtlicue.*
II. *Tezcatlipoca* en su forma de luna y en figura de Titlahuacán.
III. El mismo *Tezcatlipoca* con *Tlatocaocélotl* ó *Teotlamacazqui.*
IV. *Macuilxóchitl.*
V. *Chalchicueye* con *Tlazolteotl.*
VI. *Piltzintecuhtli* é *Ixcozauhqui* ó *Tezauhteotl.*
VII. *Hueytlaloc* y *Chalchiuhtlicue* ó *Xopancallihueytlaloc.*
VIII. *Ometochtli* y *Xochimeichpochtli,* dioses del pulque.
IX. *Quetzalcoatl* y *Quetzalma.*
X. *Mictlantecuhtli* y *Teotlamacazqui.*
XI. *Tonatiuh* con *Tlatocaocélotl* y *Tlatocaxólotl.*
XII. *Teonexquimilli Tlazolteotl* con *Tlaltecuhtli.*
XIII. *Teoiztactlachpanqui* y *Quetzalhuexolocuauhtli.*
XIV. *Nahui Ollin, Chicuey Malinalli* y *Piltzintecuhtli.*
XV. *Teoyaotlatohua Huitzilopochtli* y *Teoyaomiqui.*
XVI. *Ollin Tonatiuh, Tlaloc Ollinemeztli* y *Citlalcueye.*
XVII. *Ahuilteotl* y *Quetzalhuexocuauhtli.*
XVIII. *Piltzintecuhtli, Tlazolteotl* y *Xochiquetzalli.*
XIX. *Tlatocaocélotl* y *Xochiquetzalli.*
XX. *Tezauhteotl Huitzilopochtli* con el signo *Teotécpatl.*

Sin entrar en mayores disquisiciones, haremos notar solamente, que habiendo tenido origen el *Tonalámatl*



Quetzalcoatl en la primera trecena

en el curso de la estrella, la primera de las deidades es *Quetzalcoatl* y la última *Huitzilopochtli,* las dos manifestaciones vespertina y matutina del astro.

En el *Tonalámatl* de los códices Vaticano y Telleriano encontramos una subdivisión en las trecenas, correspondiente sin duda á los ritos religiosos, y acaso, lo mismo que en el de M. Aubin y de la Biblioteca de París, á combinaciones astronómicas cuyo estudio no es propio de este lugar. En aquellos hay la particularidad de que cada trecena está dividida en dos partes, una de cinco días con sus acompañados y otra de ocho con sus acompañados también: en ésta hay una línea superior con cinco signos, y los otros tres en otra que baja haciendo ángulo recto con la primera. Cada parte tiene una deidad: á veces las dos de la trecena corresponden á las referidas del *Tonalámatl* común, á veces son semejantes en la idea, y algunas se relacionan con las fiestas ya relatadas.

Nos limitaremos á tratar de los dioses de la primera trecena y de la última. En aquélla son el *Ometecuhtli* creando al *Cipactli*, representación lógica del principio del año como principio del tiempo, y *Quetzalcoatl* teniendo de los cabellos á un niño. Este mito tiene un significado análogo al primero: recordemos que *Quetzalcoatl* arrojó á su hijo en una hoguera y *salió fecho sol.* Así se expresaba la idea de que el *Tonalámatl* ó período de la estrella era la base de la construcción del calendario. Por eso también en la última trecena dominan el dios del fuego *Xiuhtletl*, el dios viejo creador de los astros, y la deidad *Iztopaltotec*, combinación del movimiento de esos astros, pero en la cual domina el *técpatl* de *Quetzalcoatl*, que forma el rostro del dios múltiple.

Creemos bastantes estos datos para dar idea de la combinación del *Tonalámatl*, y ya solamente explicaremos otro de sus elementos, los señores acompañados de la noche. No son sólo, como los veinte días, significaciones repetidas de los cuatro astros, son nueve expresiones de la noche misma. Según Gama y el señor Orozco son:

1. *Xiuhtecutli Tletl.*
2. *Técpatl.*
3. *Xóchitl.*
4. *Centeotl.*
5. *Miquiztli.*
6. *Atl.*
7. *Tlazolteotl.*
8. *Tepeyolotli.*
9. *Tlaloc Quiáhuitl.*

Boturini les da otros nombres que corresponden á las mismas ideas.

1. *Xiuhtehueyohua*, ó *Xiuhtecuhyohua* como debe ser. *Tecuhyohua* quiere decir señor de la noche, y *Xiuh* representa la raíz de *Xiuhtletl.*
2. *Itztecuhyohua. Itztli* es la obsidiana y sustituye aquí á *técpatl*, pedernal.
3. *Piltzintecuhyohua*, dios de los niños.
4. *Cintecuhyohua.*
5. *Mictlantecuhyohua* en vez de *Miquiztli*, es decir, el dios de los muertos en lugar de la muerte misma.
6. *Chalchihuitlicueyohua* ó *Chalchiuhtlicue* en vez de *Atl*, la diosa del agua en lugar del agua misma.
7. *Tlazolyohua.*
8. *Tepeyoloyohua.*
9. *Quiauhteucyohua* ó *Quiauhtecuhyohua* más bien.

Ya hemos visto el primer signo, al cual llamaremos simplemente *Xiuhtletl* ó *Tletl*, según lo reduce Gama, como símbolo nocturno. Del fuego nace el sol como de la noche sale el día; y así bajo este aspecto fuego y sol representan ideas opuestas: si el sol es el gran signo diurno, *Xiuhtletl* es el primer símbolo nocturno.

El segundo es *técpatl*, la luz de la estrella de la tarde, el crepúsculo principio de la noche.

El tercero es *xóchitl*, último día del *Tonalámatl*, por lo que representaba la muerte y la noche, y así lo hemos visto como símbolo en el *Mictlán.*

El cuarto es *Centeotl*, diosa del maíz. Teníanla por deidad nocturna que andaba gimiendo por las calles, y de ahí viene la leyenda popular de la llorona. Se nos figura que representaba para los mexica el viento de la noche resonando entre los maizales.

El quinto es *miquiztli* ó *Mictlantecuhtli*, y bajo esta forma está en los códices Vaticano y Telleriano. La muerte, noche de la vida, era expresivo símbolo nocturno.

El sexto es *atl*, el agua en que reposa el fuego y de donde sale el día.

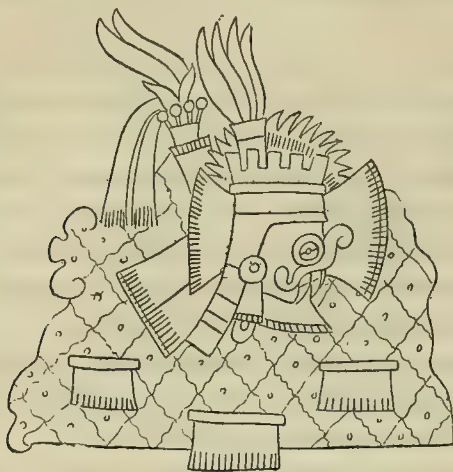
El séptimo es *Tlazolteotl*, deidad de los amores impuros, cuyo nombre significa literalmente *el dios de la inmundicia.* La noche es á propósito para la deshonestidad, y esa diosa era por lo mismo símbolo nocturno. Llamábanla también *Tlaelquani* ó comedora de cosas sucias, é *Ixcuina*, porque suponían que eran cuatro hermanas: la primera se llamaba *Tiacápan*, la segunda *Teicu*, la tercera *Tlaco* y la cuarta *Xucótzin.* Tenían á esta diosa por protectora de los amores ocultos, con poder para provocarlos y virtud para perdonarlos.

El octavo acompañado es *Tepeyolotli*, que literalmente significa corazón de las montañas. Sin duda las creían llenas de agua, porque de ellas brotan los manantiales y nacen los ríos, y así ponían en su centro una imagen de *Tlaloc* para representar el *Tepeyolotli.* Pero aquí tiene otra significación que nos da el intérprete del códice Vaticano; *Tepeyolotli* era el eco: en el silencio nocturno los sonidos se repercuten, y así podemos decir que ese signo expresaba la voz de la noche.

El último acompañado es *Tlaloc* y *Quiáhuitl* y se representaba con el símbolo del primero. *Tlaloc, Quiáhuitl* y la luna se confunden, y este signo era significación del astro de la noche.

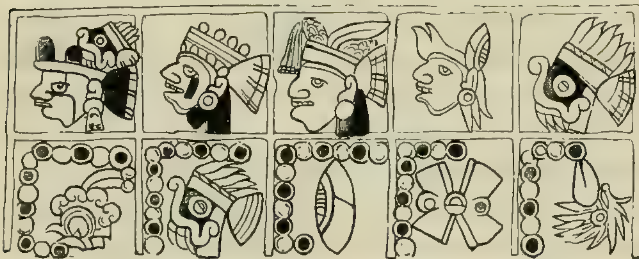
Así los nueve acompañados no expresaban otra idea que la noche misma. Su primer objeto fué, según recor-

daremos, que al repetirse en el año de trescientos sesenta y cinco días los del *Tonalámatl* de doscientos sesenta, no se confundiesen y se distinguieran por sus diferentes acompañados. Pero como quiera que esto trajese un trastorno en los *tlalpilli*, *xiuhtlalpilli* y período máximo del calendario astronómico, porque los



Tepeyolotli

nueve acompañados no hacían ciclo, se prescindió de aquella ventaja por el mayor mal que causaba; y ya hemos visto como en el códice Borgiano se computan primero de nueve en nueve y después de siete en siete para terminar su evolución en los doscientos sesenta días del *Tonalámatl*. Como esta idea difiere de la emitida por los historiadores y aun el señor Orozco pone una tabla de correspondencia de los acompañados según el sistema antiguo, no nos habría bastado el dato del códice Borgiano aunque es de por sí respetabilísimo; pero hemos encontrado la confirmación de la idea en los *tonalámatl* de M. Aubin y de la Biblioteca de París. Corren los acompañados en su orden veintiseis veces, es



Los últimos días del Tonalámatl con sus acompañados

decir, por doscientos treinta y cuatro días ó sea diez y ocho trecenas; si así continuaran sobraría un acompañado al cabo de los doscientos sesenta; pero se siguen sólo cinco y en orden trastornado: *Centeotl, Xóchitl, Técpalt, Tletl* y *Quiáhuitl;* luego *Tepeyolotli;* en seguida siete también trastornados; á continuación los nueve en desorden; y finalmente *Técpatl, Centeotl, Atl*, y en una misma casilla juntos *Tepeyolotli* y *Quiáhuitl*. El sistema es diverso pero el resultado es idéntico; terminar el *Tonalámatl* con el último acompañado, y comenzar de nuevo su cuenta con el siguiente período de doscientos sesenta días de igual manera que éstos. Ya con datos tan precisos y siguiendo la pintura de M. Aubin, podemos formar acertadamente el *Tonalámatl* ó año de doscientos sesenta días, dividiéndolo en sus veinte trecenas.

PRIMERA TRECENA

1. Cipactli, Xiuhtecuhtli Tletl.
2. Ehécatl, Técpatl.
3. Calli, Xóchitl.
4. Cuetzpallin, Centeotl.
5. Cóhuatl, Miquiztli.
6. Miquiztli, Atl.
7. Mázatl, Tlazolteotl.
8. Tochtli, Tepeyolotli.
9. Atl, Quiáhuitl.
10. Izcuintli, Tletl.
11. Ozomatli, Técpatl.
12. Malinalli, Xóchitl.
13. Acatl, Centeotl.

SEGUNDA TRECENA

1. Océlotl, Miquiztli.
2. Cuauhtli, Atl.
3. Cozcacuauhtli, Tlazolteotl.
4. Ollin, Tepeyolotli.
5. Técpatl, Quiáhuitl.
6. Quiáhuitl, Tletl.
7. Xóchitl, Técpatl.
8. Cipactli, Xóchitl.
9. Ehécatl, Centeotl.
10. Calli, Miquiztli.
11. Cuetzpállin, Atl.
12. Cóhuatl, Tlazolteotl.
13. Miquiztli, Tepeyolotli.

TERCERA TRECENA

1. Mázatl, Quiáhuitl.
2. Tochtli, Tletl.
3. Atl, Técpatl.
4. Itzcuintli, Xóchitl.
5. Ozomatli, Centeotl.
6. Malinalli, Miquiztli.
7. Acatl, Atl.
8. Océlotl, Tlazolteotl.
9. Cuauhtli, Tepeyolotli.
10. Cozcacuauhtli, Quiáhuitl.
11. Ollin, Tletl.
12. Técpatl, Técpatl.
13. Quiáhuitl, Xóchitl.

CUARTA TRECENA

1. Xóchitl, Centeotl.
2. Cipactli, Miquiztli.
3. Ehécatl, Atl.

4. Calli, Tlazolteotl.
5. Cuetzpállin, Tepeyolotli.
6. Cóhuatl, Quiáhuitl.
7. Miquiztli, Tletl.
8. Mázatl, Técpatl.
9. Tochtli, Xóchitl.
10. Atl, Centeotl.
11. Itzcuintli, Miquiztli.
12. Ozomatli, Atl.
13. Malinalli, Tlazolteotl.

QUINTA TRECENA

1. Acatl, Tepeyolotli.
2. Océlotl, Quiáhuitl.
3. Cuauhtli, Tletl.
4. Cozcacuauhtli, Técpatl.
5. Ollin, Xóchitl.
6. Técpatl, Centeotl.
7. Quiáhuitl, Miquiztli.
8. Xóchitl, Atl.
9. Cipactli, Tlazolteotl.
10. Ehécatl, Tepeyolotli.
11. Calli, Quiáhuitl.
12. Cuetzpállin, Tletl.
13. Cóhuatl, Técpatl.

SEXTA TRECENA

1. Miquiztli, Xóchitl.
2. Mázatl, Centeotl.
3. Tochtli, Miquiztli.
4. Atl, Atl.
5. Itzcuintli, Tlazolteotl.
6. Ozomatli, Tepeyolotli.
7. Malinalli, Quiáhuitl.
8. Acatl, Tletl.
9. Océlotl, Técpatl.
10. Cuauhtli, Xóchitl.
11. Cozcacuauhtli, Centeotl.
12. Ollin, Miquiztli.
13. Técpatl, Alt.

SÉPTIMA TRECENA

1. Quiáhuitl, Tlazolteotl.
2. Xóchitl, Tepeyolotli.
3. Cipactli, Quiáhuitl.
4. Ehécatl, Tletl.
5. Calli, Técpatl.
6. Quetzpállin, Xóchitl.
7. Cóhuatl, Centeotl.
8. Miquiztli, Miquiztli.
9. Mázatl, Atl.
10. Tochtli, Tlazolteotl.
11. Atl, Tepeyolotli.
12. Itzcuintli, Quiáhuitl.
13. Ozomatli, Tletl.

OCTAVA TRECENA

1. Malinalli, Técpatl.
2. Acatl, Xóchitl.
3. Océlotl, Centeotl.
4. Cuauhtli, Miquiztli.
5. Cozcacuauhtli, Atl.
6. Ollin, Tlazolteotl.
7. Técpatl, Tepeyolotli.
8. Quiáhuitl, Quiáhuitl.
9. Xóchitl, Tletl.
10. Cipactli, Técpatl.
11. Ehécatl, Xóchitl.
12. Calli, Centeotl.
13. Cuetzpállin, Miquiztli.

NOVENA TRECENA

1. Cóhuatl, Atl.
2. Miquiztli, Tlazolteotl.
3. Mázatl, Tepeyolotli.
4. Tochtli, Quiáhuitl.
5. Atl, Tletl.
6. Itzcuintli, Técpatl.
7. Ozomatli, Xóchitl.
8. Malinalli, Centeotl.
9. Acatl, Miquiztli.
10. Océlotl, Atl.
11. Cuauhtli, Tlazolteotl.
12. Cozcacuauhtli, Tepeyolotli.
13. Ollin, Quiáhuitl.

DÉCIMA TRECENA

1. Técpatl, Tletl.
2. Quiáhuitl, Técpatl.
3. Xóchitl, Xochitl.
4. Cipactli, Centeotl.
5. Ehécatl, Miquiztli.
6. Calli, Atl.
7. Cuetzpállin, Tlazolteotl.
8. Cóhuatl, Tepeyolotli.
9. Miquiztli, Quiáhuitl.
10. Mázatl, Tletl.
11. Tochtli, Técpatl.
12. Atl, Xóchitl.
13. Itzcuintli, Centeotl.

UNDÉCIMA TRECENA

1. Ozomatli, Miquiztli.
2. Malinalli, Atl.
3. Acatl, Tlazolteotl.
4. Océlotl, Tepeyolotli.
5. Cuauhtli, Quiáhuitl.
6. Cozcacuauhtli, Tletl.
7. Ollin, Técpatl.

8. Técpatl, Xóchitl.
9. Quiáhuitl, Centeotl.
10. Xóchitl, Miquiztli.
11. Cipactli, Atl.
12. Ehécatl, Tlazolteotl.
13. Calli, Tepeyolotli.

DUODÉCIMA TRECENA

1. Cuetzpállin, Quiáhuitl.
2. Cóhuatl, Tletl.
3. Miquiztli, Técpatl.
4. Mázatl, Xóchitl.
5. Tochtli, Centeotl.
6. Atl, Miquiztli.
7. Itzcuintli, Atl.
8. Ozomatli, Tlazolteotl.
9. Malinalli, Tepeyolotli.
10. Acatl, Quiáhuitl.
11. Océlotl, Tletl.
12. Cuauhtli, Técpactl.
13. Cozcacuauhtli, Xóchitl.

DÉCIMATERCERA TRECENA

1. Ollin, Centeotl.
2. Técpatl, Miquiztli.
3. Quiáhuitl, Atl.
4. Xóchitl, Tlazolteotl.
5. Cipactli, Tepeyolotli.
6. Ehécatl, Quiáhuitl.
7. Calli–Tletl.
8. Cuetzpállin, Técpatl.
9. Cóhuatl, Xóchitl.
10. Miquiztli, Centeotl.
11. Mázatl, Miquiztli.
12. Tochtli, Alt.
13. Atl, Tlazolteotl.

DÉCIMACUARTA TRECENA

1. Itzcuintli, Tepeyolotli.
2. Ozomatli, Quiáhuitl.
3. Malinalli, Tletl.
4. Acatl, Técpatl.
5. Océlotl, Xóchitl.
6. Cuauhtli, Centeotl.
7. Cozcacuauhtli, Miquiztli.
8. Ollin, Atl.
9. Técpatl, Tlazolteotl.
10. Quiáhuitl, Tepoyolotli.
11. Xóchitl, Quiáhuitl.
12. Cipactli Tletl.
13. Ehécatl, Técpatl.

DÉCIMAQUINTA TRECENA

1. Calli, Xóchitl.
2. Cuetzpállin, Centeotl.
3. Cóhuatl, Miquiztli.
4. Miquiztli, Atl.
5. Mázatl, Tlazolteotl.
6. Tochtli, Tepeyolotli.
7. Atl, Quiáhuitl.
8. Itzcuintli, Tletl.
9. Ozomatli, Técpatl.
10. Malinalli, Xóchitl.
11. Acatl, Centeotl.
12. Océlotl, Miquiztli.
13. Cuauhtli, Atl.

DÉCIMASEXTA TRECENA

1. Cozcacuauhtli, Tlazolteotl.
. Ollin, Tepeyolotli.
3. Técpatl, Quiáhuitl.
4. Quiáhuitl, Tletl.
5. Xóchitl, Técpatl.
6. Cipactli, Xóchitl.
7. Ehécatl, Centeotl.
8. Calli, Miquiztli.
9. Cuetzpállin, Atl.
10. Cóhuatl, Tlazolteotl.
11. Miquiztli, Tepeyolotli.
12. Mázatl, Quiáhuitl.
13. Tochtli, Tletl.

DÉCIMASEPTIMA TRECENA

1. Atl, Técpatl.
2. Itzcuintli, Xóchitl.
3. Ozomatli, Centeotl.
4. Malinalli, Miquiztli.
5. Acatl, Atl.
6. Océlotl, Tlazolteotl.
7. Cuauhtli, Tepeyolotli.
8. Cozacuauhtli, Quiáhuitl.
9. Ollin, Tletl.
10. Técpatl, Técpatl.
11. Quiáhuitl, Xóchitl.
12. Xóchitl, Centeotl.
13. Cipactli, Miquiztli.

DÉCIMAOCTAVA TRECENA

1. Ehécatl, Atl.
2. Calli, Tlazolteotl.
3. Cuetzpállin, Tepeyolotli.
4. Cóhuatl, Quiáhuitl.
5. Miquiztli, Tletl.
6. Mázatl, Técpatl.
7. Tochtli, Xóchitl.
8. Atl, Centeotl.
9. Itzcuintli, Miquiztli.
10. Ozomatli, Atl.
11. Malinalli, Tlazolteolt.

12. Acatl, Tepeyolotli.
13. Océlotl, Quiáhuitl.

DÉCIMANONA TRECENA

1. Cuauhtli, Centeotl.
2. Cozcacuauhtli, Xóchitl.
3. Ollin, Técpatl.
4. Técpatl, Tletl.
5. Quiáhuitl, Quiáhuitl.
6. Xóchitl, Tepeyolotli.
7. Cipactli, Atl.
8. Ehécatl, Miquiztli.
9. Calli, Centeotl.
10. Cuetzpállin, Xóchitl.
11. Cóhuatl, Técpatl.
12. Miquiztli, Tletl.
13. Mázatl, Tepoyolotli.

VIGÉSIMA TRECENA

1. Tochtli, Miquiztli.
2. Atl, Tlazolteotl.
3. Itzcuintli, Xóchitl.
4. Ozomatli, Tepeyolotli.
5. Malinalli, Tletl.
6. Acatl, Miquiztli.
7. Océlotl, Atl.
8. Cuauhtli, Tlazolteotl.
9. Cozcacuauhtli, Quiáhuitl.
10. Ollin, Técpatl.
11. Técpatl, Centeotl.
12. Quiáhuitl, Atl.
13. Xóchitl, Tepeyolotli y Quiáhuitl.

Si bien reflexionamos, además de su representación general de símbolos nocturnos, tenían referencia los acompañados á los cuatro astros de la siguiente manera y de dos en dos:

Sol, *Tletl* y *Atl.*
Estrella de la tarde, *Técpatl* y *Miquiztli.*
Luna, *Tepoyolotli* y *Quiáhuitl.*
Tierra, *Xóchitl* y *Centeotl.*

Sobra un acompañado, que es *Tlazolteotl,* y ya sabemos cómo es lo mismo que *Teonexquimilli,* la negra noche, la noche misma.

Sin objeto ya los acompañados para distinguir los días, quedaron de gran utilidad para los agüeros. La astrología judiciaria era importantísima para los mexica: cada día tenía su agüero especial; las crónicas tratan de ellos, algunas con extensión; ciertos agüeros eran bien conocidos del pueblo, todos sabían el horóscopo de ciertos signos; pero éstos se combinaban entre sí, nuevas complicaciones tenían por sus acompañados, los terceros símbolos y las aves producían efectos diferentes, á lo cual se agregaban como factores importantísimos las deidades que influían en la trecena. Cálculo tan complexo no podía estar al alcance del vulgo, era ciencia reservada á los sacerdotes, *tonalpouhque,* y el libro de esa ciencia era el *Tonalámatl.*

Institución del sacerdocio la astrología judiciaria y medio eficaz en sus manos para dominar al pueblo ignorante, había producido consecuencias trascendentales. Formó una multitud preocupada y fanática, entregada por completo al capricho de la fortuna; y por natural contagio pasó esa enfermedad del alma á los grandes y á los mismos sacerdotes, sin duda por la tendencia á la admiración de lo desconocido, tan fácil de desarrollar en nuestro espíritu, y la cual no es más que la manifestación de lo débil é inferior del sér humano. Así podemos decir, y queremos fijarlo por sus efectos trascendentales, que los mexica eran esencialmente fatalistas, y para todos ellos, grandes y pequeños, el poder supremo, superior á sus mismos dioses, era el hado caprichoso.

Explicado ya cuánto importaba el período de doscientos sesenta días formado por las trece primeras veintenas, expliquemos las otras cinco en las cuales comenzaba á desarrollarse de nuevo aquel período, continuando en mútua combinación el del *Tonalámatl* y el del año solar hasta que ambos llegaban al mismo tiempo á un período cíclico común.

La décimacuarta veintena se llamaba *Quecholli* y comenzaba á 16 de noviembre. Mucho se ha disputado sobre el significado del nombre *quecholli:* según Durán significa flecha arrojadiza; Veytia dice que es el pavo real; Torquemada que el francolín ó flamenco, y lo sigue Clavigero; pero el señor Sánchez, actual director del Museo, ha hecho la observación de que el *tlauhquechol* es la espátula color de rosa *(Platalea aiaia* de Linneo), y que pasa todos los años en el mes de noviembre, de los países septentrionales al Valle de México. En efecto, en este mes, terminados ya los trabajos del campo, se dedicaban los mexica á la caza de aves en el lago, donde abundan especialmente los patos en ese tiempo. En el


Camaxtli

mismo había también en las montañas gran cacería, sobre todo de venados. Así era natural que este mes ó veintena estuviese dedicado á *Camaxtli,* dios de la caza.

Hacíanle gran fiesta, mas no le sacrificaban hombres sino caza, y á los que habían ido á cazar los honraban y vestían de nuevas ropas y aderezos, y les hacían un camino desde el monte hasta la ciudad, por el cual pasaban únicamente los que habían prendido alguna pieza de cacería; este camino estaba lleno de paja del monte en lugar de juncia, y sobre ella iban en procesión aquellos venturosos cazadores, unos tras otros, muy puestos en orden y muy contentos y alegres.

Les ponían á estos cazadores cercos de tizne en los ojos y en torno de la boca, y unos plumajes de águila en las cabezas y las orejas, y les embijaban las piernas con



Cazador en la fiesta de Camaxtli

yeso blanco, con lo cual estaban tan ufanos que no concebían mayor honra de la de grandes cazadores.

Había en aquel día gran fiesta en los montes y numerosas ofrendas al dios de la caza, con oraciones supersticiosas, hechizos, conjuros, cercos y suertes: invocaban á las nubes, los aires, la tierra, el agua, los cielos, el sol, la luna, las estrellas, los árboles, plantas y matorrales, los montes y quebradas, cerros y llanos, culebras, lagartos, tigres y leones, para que les diesen buena caza, pues los que tomaban más alcanzaban los honrosos nombres de *amiztlatoque* y *amiztequihuaque*, jefes y capitanes de las cacerías.

Se ve por esto que no había en esta veintena verdadera fiesta religiosa en México; y era que los mexica



Símbolo del mes Quecholli

no tenían en su templo al dios *Camaxtli*. Era deidad especial de los huexotzinca y tlaxcalteca, por más que fuese el mismo *Mixcoatl*. Los huexotzinca, que por virtud de la guerra sagrada estaban siempre en contienda con los mexica, jamás les quisieron entregar su ídolo; y aun se cuenta cómo Moteczuma envió comisionados para robarlo, los cuales estaban ya dispuestos y aposentados en las casas reales; pero los de Huexotzinco descubrieron su intento y dieron sobre ellos para matarlos. Los mexica para salvarse se subieron á los techos por las chimeneas, y cuando los huexotzinca entraron en sus aposentos, saltaron á la calle y pusiéronse en huída.

En Tlaxcalla y Huexotzinco tenía el dios *Camaxtli* esta gran fiesta principal del mes *Quecholli*, y una menor cada ochenta días; todas con muchos sacrificios de cautivos, sin que en las menores llegasen al número principal. La efigie del dios de la caza era de palo y representaba á un indio con cabellera muy larga, la frente y ojos negros, en la cabeza una corona de plumas, en las narices atravesada una piedra transparente, en los molledos brazaletes á manera de ataduras con tres flechas atravesadas, debajo del brazo unos cueros de conejos como por almaizal, en la mano derecha una especie de canasta para llevar la comida al monte, y en la izquierda su arco y flechas; tenía además un *maxtli* muy galano, *cactli* en los piés, y el cuerpo todo rayado de arriba abajo con unas rayas blancas. El templo en que estaba el dios *Camaxtli* era hermosísimo, de cien gradas en alto, y mayor y mejor labrado que el gran *teocalli* de México. Su forma era como siempre piramidal, y en la plataforma tenía una pieza en la cual estaba el ídolo: era la pieza redonda con una cubierta figurando paja tan admirablemente labrada que parecía natural, y la cual remataba en una larga punta en cuya extremidad había un *ozomatli* de barro. Por dentro estaba el templo muy entapizado de ricas mantas, plumas y joyas y otros ricos aderezos. El ídolo estaba en un altar, y á sus piés había una arquilla redonda y tapada, como de una vara de alto, donde tenían los instrumentos de sacar lumbre, y plumas de diversos y brillantes colores. Estaba cubierta constantemente esta arca y la adoraban como al mismo dios. En Coatepec no tenían el dios, solamente el arca. Nos explicaremos fácilmente esto si recordamos que *Camaxtli* era el mismo dios del fuego, aunque especialmente era la deidad de la caza.

La gran fiesta que se le hacía era muy característica. Se escogía ochenta días antes y se ponía á ayuno riguroso á un viejo sacerdote, y la víspera de la festividad se le pintaba y vestía como al dios: en la noche los mancebos de los recogimientos al son de bocinas y atambores, acompañados de todos los sacerdotes, lo subían en procesión á lo alto del templo. Puesto allí antes de amanecer, los mancebos se vestían de cazadores con sus arcos y flechas en las manos, y formados en escuadrón con gran alarido y grita arremetían al viejo macilento, tirándole mucha cantidad de flechas muy altas

de manera que no le hiciesen daño. En seguida las dignidades del templo tomaban del brazo y con mucha reverencia al viejo, y formados todos en procesión se dirigían al monte. Una vez llegados se preparaba la cacería, para lo cual se habían nombrado ciertos jefes llamados *huitztequilmaque* y *almiztlatoque*. Iban los cazadores con el circuito de la boca y los ojos embijados de negro, emplumada la cabeza y las orejas con plumas rojas, se ataban los cabellos en el colodrillo con una correa de cuero encarnado de la cual pendían á la espalda unas plumas de águila, y se pintaban el cuerpo con rayas blancas, yendo desnudos con excepción del *maxtli*. Ya en el monte, tomaban al viejo que representaba á *Quecholli*, y lo llevaban á una enramada muy vistosa formada de antemano y muy curiosamente aderezada de rosas, plumas y mantas, á la cual llamaban *Mixcoateocalli* ó templo de *Mixcoatl*, pues ya hemos dicho que éste y *Camaxtli* eran la misma deidad. Dábase después la señal de la cacería; los cazadores que habían rodeado la falda del cerro donde estaba la enramada, subían corriendo con grande gritería y estruendosos alaridos, y en tan buen orden y tan apretados que era imposible se les escapase una sola pieza de caza. Así iban subiendo también todos los animales del cerro y pugnando por salir de aquel cerco; y ahí era de ver cómo entre el bullicio y la algazara mataban y flechaban y tomaban á mano venados, liebres, conejos, leones, comadrejas, ardillas, culebras, y en fin, toda clase de caza; á la que con su estruendo y arremetida iban empujando hasta la coronilla del cerro. Acabada de hacer la caza, la llevaban toda delante del ídolo que estaba debajo del ramaje y ahí la sacrificaban. Bajábanse después al llano á un lugar en que se dividiesen dos caminos, y ahí tendían mucha paja y todos se sentaban: llamaban á este lugar *Zacápan*, que quiere decir sobre el zacate ó hierba. En seguida los sacerdotes encendían lumbre nueva, y con varias ceremonias asaban la caza, haciendo con ella solemne convite los circunstantes y comiéndola con pan de *tzoalli*.

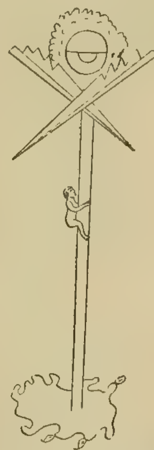
Al día siguiente, después de nueva cacería y nueva comida, volvían á la ciudad en procesión con el ídolo; y durante ocho días había particulares regocijos con danzas y banquetes.

Pasados los primeros diez días de la veintena, es decir, á su mitad, se hacía una segunda fiesta. Para ella vestían de diosa á una india y la llamaban *Yoztlamiyahual*, que era diosa de las cacerías, y á un indio le ponían el traje de *Camaxtli* y por nombre *Mixcoatontli* ó el pequeño *Mixcoatl*. Los mancebos salían vestidos como este ídolo y representaban á sus vasallos, por lo cual los llamaban *nuinixcoa*. Una vez reunidos tomaban á la india y daban con ella cuatro golpes contra una gran olla de piedra, el *teocómitl*, y antes de que acabase de morir, así aturdida por los golpes, le cortaban la garganta de modo que la sangre cayera en la olla, y acabada de morir le cortaban la cabeza y se la llevaban al *Mixcoatontli*. Tomábale éste por los cabellos y con los *nuinixcoa* daba cuatro vueltas por el templo, hablando á los concurrentes y amonestándoles á la práctica del culto. Concluídos procesión y sermones, lo subían al templo y ahí lo sacrificaban de la manera común, arrojando su cuerpo por las gradas.

El símbolo religioso de esta veintena es el *quecholli* ó un manojo de plumas; en algunas pinturas es el mismo *Mixcoatl* ó *Camaxtli*.

Por supuesto, no podían faltar á los mexica las naturales preocupaciones religiosas en lo relativo á la caza. Los sacerdotes les enseñaban conjuros para que los animales no huyesen, y para que cayeran en los lazos y redes. Antes de salir á cazar hacían sacrificios al fuego, y al llegar á los montes los saludaban con oraciones y les hacían ofrendas y promesas. Saludaban á las barrancas, á los arroyos, á las hierbas, á los matorrales, á los árboles y á las culebras, y tenían una invocación general á todas las cosas del monte, haciendo promesa al fuego de asar en él por manera de sacrificio la gordura de la caza que prendiesen.

Para comprender adónde llegaban todas estas supersticiones de los mexica, basta ver las acotaciones del Calendario de la Biblioteca de París, obra manuscrita sin duda de algún indio inteligente que sobrevivió á la Conquista. Ahí vemos, por ejemplo, en la tercera trecena la creencia de que los nacidos en el signo *ce mázatl*, con el acompañado *quiáhuitl*, tenían que ser valientes hombres; los nacidos en la quinta en el signo *ce ácatl*, con el acompañado *tepeyolotli*, no podían tener hijos; los que nacían en la inmediata, en el día *ce miquiztli*, con el nocturno *xóchitl*, eran valerosos; pero no podían prender cautivos; los de la séptima, venidos al mundo en los signos *ce quiáhuitl* y *xóchitl*, habían de ser ricos; los de la octava, en los símbolos *ce malinalli* y *técpatl*, acababan por borrachos; en la novena los nacidos llegaban á principales *achcáuhtin*, y los de la décima no podían ser aborrecidos de nadie.

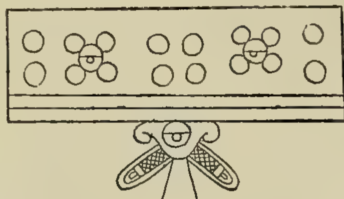


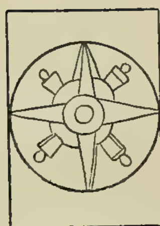
Signo de la décima trecena. (Calendario de París)

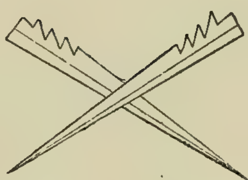
En esta trecena encontramos un signo muy curioso, el símbolo del agua, sobre él un largo madero por donde

sube un hombre y encima un astro con su atmósfera de luz y dos grandes espinas atravesadas en cruz.

Siguiendo los agüeros encontramos en la undécima trecena á los nacidos en *ce ozomatli,* con el acompañado *miquiztli,* los cuales habían de morir en la guerra; en la duodécima á los que por mentirosos tenían que ser muertos; en la décimatercia á los que morían siendo mancebillos, en la décimacuarta á los que nacían para ser ricos, y en la décimaquinta á los que naciendo ricos acababan pobres.



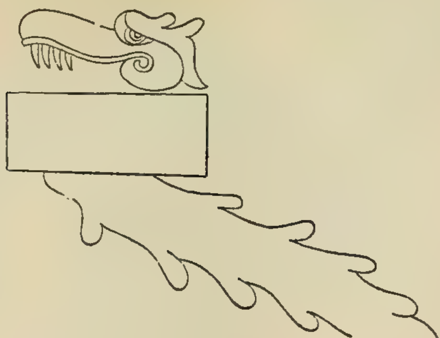




Signo de la décimasexta trecena. (Calendario de París)

La décimasexta era de mal agüero, se representaba con el símbolo del firmamento y debajo dos espinas en cruz, y los que nacían en *ce cozcacuauhtli,* con el acompañado *tlazolteotl,* se vendían ellos mismos. Los de la décimaseptima habían de ser pobres; los de la décima-octava habían de tener que comer; los de la décimanona, por influencia de los signos *ce cuauhtli* y *tletl,* salían jugadores, y en fin, los de la vigésima, por la protección de *ce toctli* y *miquiztli,* llegaban á viejos y ricos.

En el Calendario de París el signo de la vigésima-primera trecena, la cual comienza el mes *Quecholli,* es



Símbolo de la vigésimaprimera trecena. (Calendario de París)

un *Cipactli* con un cuadrado y debajo de él el símbolo del agua, sin duda porque vuelve á empezarse la cuenta por ese signo. Y también encontramos un dato curioso en ese manuscrito: había un día de caza general para el templo.

La décimaquinta veintena se llamaba *Panquetzaliztli* ó fiesta de las banderas; comenzaba á 6 de diciembre y estaba dedicada á *Huitzilopochtli,* á quien entonces se hacía la gran solemnidad que al tratar de este dios extensamente describimos. Desde luego viene la observación de cómo, siendo *Huitzilopochtli* la



Colación en el ayuno del mes Panquetzaliztli

principal deidad de los mexica, no se comprendía su fiesta en los primeros doscientos sesenta días que formaban el año ritual ó *Tonalámatl.* En vano buscaríamos la explicación de esta extrañeza; pero nosotros sabemos ya que *Huitzilopochtli* era la estrella de la mañana en la teogonía astronómica, y esto nos explica la colocación de su fiesta.

El año ritual de doscientos sesenta días se formó considerando el tiempo en que la estrella de la tarde está perfectamente visible, y adunando á eso la combi-



Símbolo de la veintena Panquetzaliztli

nación de los números simbólicos superiores 13 y 20. Pero los mexica observaron que doscientos sesenta días no era el período exacto de la estrella de la tarde; los astrónomos modernos le dan cuarenta semanas ó doscientos ochenta días; pues bien, los mexica, bajo el mismo cálculo, dejaron catorce veintenas ó sean esos doscientos ochenta días para la estrella de la tarde, y pusieron en la décimaquinta la fiesta de la de la mañana.

Era fiesta tan solemne, que cuatro días antes había ayuno, en el cual se tomaban solamente á media noche unos *tzoalli* con miel y un poco de agua. Llamábase este ayuno *netehuatzaliztli.* Y como signo también de la festividad, el día de ella ponían banderas pequeñas

en todos los árboles frutales y plantas. Sobre el templo se enarbolaba el gran estandarte del dios.

El símbolo de la veintena es una bandera ó *Huitzilopochtli* armado en guerra.

La décimasexta veintena se llamaba *Atemoztli* y empezaba á 26 de diciembre. Hé aquí un nombre cuyo significado no se ha explicado debidamente. Boturini lo interpreta por altar del dios; los intérpretes de los códices Vaticano y Telleriano por abajamiento de las aguas, y conmemoración del abajamiento de las del



Signo de Atemoztli

diluvio; y el señor Orozco, admitiendo la misma interpretación, la refiere á que en esa época baja sensiblemente el nivel de los lagos. Esto no es enteramente exacto, pues el mayor descenso se nota al fin del invierno, y á más el jeroglífico del mes nos presenta una figura de hombre que baja entre nubes de un cielo rodeado de estrellas. Literalmente el nombre significa *agua que baja*, pues se compone de *atl*, agua, y *temo*, descender; pero en la figura no desciende el agua, ni ésta baja del cielo en que están las estrellas; de modo que el *atl* debe tomarse en sentido figurado. Así sucede en efecto: *atl* es una de las significaciones del sol, como extensamente lo hemos explicado en nuestro último



Relieve inferior de la cabeza colosal de Totec

estudio sobre la Piedra del Sol que publicamos en los *Anales del Museo;* y precisamente los dos signos solares *atl* y *coatl* combinados forman la cronología, según se ve en la parte inferior de la cabeza colosal de *Totec*, donde están entrelazados y como confundiéndose para formar un todo.

Así *atl* es el sol, y *atemoztli* significa la bajada del sol. ¿Qué pasa con este astro hacia el 26 de diciembre? Que habiéndose alejado de nosotros hasta llegar al solsticio de invierno, baja de nuevo y vuelve á nosotros. No significan más jeroglífico y nombre de la veintena.

No había en esta fiesta sacrificios de hombres, y á más de los personales que consistían en pasarse puas, pajas y cordeles por las lenguas, brazos, piernas, orejas y miembros viriles, reuníase el pueblo en los patios de los templos y aguardaban la vuelta del dios velando alrededor de lumbradas, y á esta vela la llamaban *ixtozoztli*.

Durán encuentra relación entre esta fiesta y la de *Teotleco*, que se celebraba ochenta días antes por la llegada de *Huitzilopochtli* y los otros dioses, los cuales se habían ausentado en la veintena anterior *Ochpaniztli* para que barriesen y compusiesen los templos. Nosotros no hallamos esa relación.

La veintena décimaseptima se llamaba *Títitl* y



Signo de la veintena Títitl

empezaba á 15 de enero. También este nombre se ha interpretado de diversas maneras sin dar explicación de él. Según Durán significa estiradura, y por eso en su jeroglífico pintaban entre nubes á dos niños estirándose de los brazos. Dice que en la fiesta de esta veintena había bailes de mujeres y hombres asidos de las manos, que comían el pan llamado *xocotamalli;* y hacían ese día los mancebos del *Calmecac* y de los *Telpulcalli* un combate poniéndose en dos bandas y pegándose con unas pelotas de hojas de caña que llevaban al cabo de un cordel. Sahagún refiere que los hombres del pueblo llevaban atadas á los cordeles bolsas llenas de cosas blandas, y que con ellas daban de talegazos á todas las mujeres que encontraban por la calle.

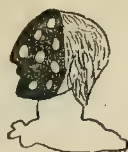
Torquemada traduce el nombre *Títitl* por tiempo apretado; Boturini por nuestro vientre, y Gama lo contradice dando por traducción rebuscar después de la cosecha. El señor Orozco da á la palabra por origen la fiesta *Ilamatecuhtli*, señora vieja, llamada también *Tona*, nuestra madre, y *Cozcamiauh*. La verdadera interpretación de *Títitl* es vientre, y vamos á explicarla por el símbolo religioso de la veintena y de las ideas teogónicas de los mexica. Recordemos que reposaban en la dualidad, y no sólo en la de dos seres diversos ó diferentes, sino también en la de dos distintos que en realidad eran una misma persona. Así tenemos las dualidades diferentes *Tlaloc* y *Chalchicueye*, *Cipactli* y *Oxomoco*, *Mictlantecuhtli* y *Mictlancihuatl* y *Tona*-

catecuhtli y *Tonacacíhuatl;* pero en éstas se forman las dualidades distintas *Tonacatecuhtli* y *Mictlantecuhtli,* porque ambos dioses son el sol de día y de noche, y *Tonacacíhuatl* y *Mictlancíhuatl,* que son la misma tierra. Pero la dualidad por distinción opuesta á la



Tititl

dualidad por diferencia se percibe principalmente en el *Ometecuhtli* ó señor dos, que es uno y dos al mismo tiempo, y que como mujer es *Omecíhuatl.* Esta tiene necesariamente todos los atributos de aquél, porque, como él, es el principio creador. Aquél como fuego es el dios viejo, ésta es *Ilamatecuhtli,* la señora vieja; aquél es el padre de los dioses, ésta es *Tona,* nuestra madre; á aquél se le pone con el adorno especial de *Xiuhtletl,* que hemos visto también en *Kinich Kakmó,* y á ésta se le representa con el mismo. Por oposición aquél es dios de la vida, y á ésta se le coloca por cabeza una calavera; aquél crea, y ésta lleva el escudo con las tempestades y empuña el agua destructora. Ambos son uno



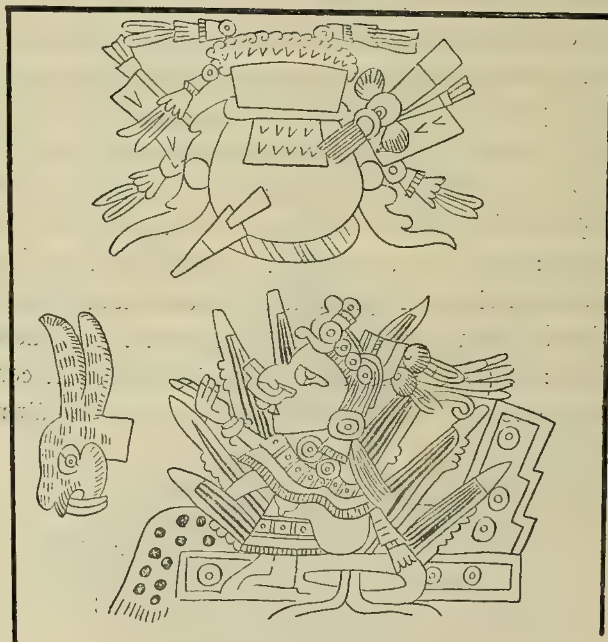
Los papahuaque

porque el Sér Supremo crea y destruye, y ésta especialmente es la productora tierra de donde nacimos y adónde vamos á parar, es *Tititl,* nuestro vientre; es *Omecíhuatl,* porque los mexica quisieron dedicar sus últimas veintenas al Señor uno y dos; y por eso en su figura femenil es símbolo de la décimaseptima, y en algunas pinturas la unión de *Mixcoatl* y *Xochiquetzalli* que da la misma idea.

Por eso el intérprete del códice Telleriano llama á la deidad de la veintena *la Mixcoatl,* haciendo femenino á este dios, y por eso se ven en el ciclo del jeroglífico de Durán dos figuras, las cuales no son niños que se estiran, sino la *deidad dos,* el *Ometecuhtli.*

Natural era que en esta veintena se hiciesen también cacerías en honor del fuego *Camaxtli,* y le sacrificaban un cautivo bajo la advocación y nuevo nombre de *Yemaxtli.* También las tejedoras y labradoras hacían fiesta entonces á la diosa *Ichpuihtl,* deidad del algodón.

El Calendario de París trae en esta veintena dos datos curiosos relativos al sacerdocio. Pone una cabeza con una máscara negra, y tiene la siguiente anotación: «Estos estan dedicados a el ydolo para Papas, son los segundos hijos de los Señores.» A más del hecho que se relaciona con la dedicación al templo del sacerdocio de los hijos segundos de los principales de México, encontramos á los sacerdotes con el nombre de papas, y esto merece explicación. Los primeros cronistas usan mucho de esa palabra, y también ha sido argumento para sostener la predicación del Evangelio á los antiguos indios. El señor Orozco cree encontrar en esto relación con los papas irlandeses que antiguamente aportaron al



La diosa Miáhuatl

norte de nuestro continente; pero á más de lo poco lógico de sacar argumentos de la semejanza de una palabra, la verdadera no era papa sino *papahuaque* corrompida en aquella por los cronistas, y por cierto es palabra de explicación sencillísima.

Sabemos que los sacerdotes se untaban la cabellera con la sangre de las víctimas, y así era un conjunto de sucias y gruesas greñas. Para encontrar nombre á esos pegujones de pelo los compararon acertadamente con el heno, *pachtli;* esta voz en su forma plural *papachtli* quedó significando guedeja, y de ahí se derivó *papahuaque,* guedejudo, según puede verse en el vocabulario de Molina. Gran distancia hay por cierto de cosa tan sencilla á hipótesis tan aventuradas.

La otra noticia del Calendario de París es que en

esta veintena celebraban gran fiesta y borrachera los papas del Cú. La *Omecíhuatl* se representaba también por los productos de la tierra: como caña de maíz era la diosa *Cozcamiauh,* y como planta de maguey era la misma diosa *Miáhuatl* y en esa planta se la ve sentada en uno de los jeroglíficos del códice Borgiano, en donde está con su carácter de *Omecíhuatl,* creando á la tierra *Tochtli.* En esa pintura debemos notar que la diosa tiene en la frente el *cipactli* como el *Ometecuhtli,* y que en la parte superior está como símbolo la olla del sol atravesada por una flecha *ácatl.*

Llegamos á la décimaoctava y última veintena



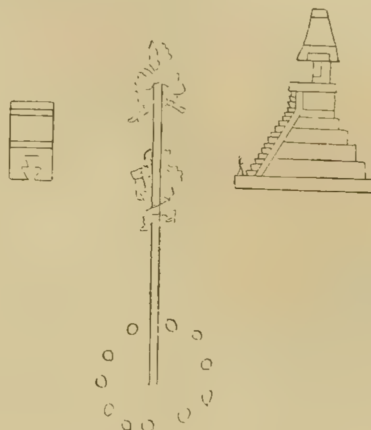
Símbolo de la veintena Itzcalli

llamada *Izcalli* ó *Itzcalli,* la cual empezaba á 4 de febrero. Tampoco este nombre ha tenido explicación satisfactoria. Veytia lo traduce por retoñar la hierba; Durán por criarse, del verbo *mozcaltia;* Clavigero por hé aquí la casa; los intérpretes de los códices Vaticano y Telleriano por viveza y habilidad, y llaman á la fiesta



Ceremonia del mes Itzcalli

de la veintena *Pilquixtia* ó solemnidad de regalo de los niños. Pero otra es la verdad: así como el *Ometecuhtli* en su carácter de tierra es *Tititl,* nuestro vientre, como sol y cielo es *Itzcalli,* la casa de la luz. Por eso el símbolo de la veintena es el dios del fuego y el mismo *Ometecuhtli.* Los de Tlaxcalla hacían en este mes fiesta y sacrificio de niños á la montaña Matlalcueye, que hoy se llama la Malinche. En México hincaban unas varas con sus ramas en los sacrificaderos de los barrios, y lo hacían el último día de la veintena para significar que venía el año nuevo. El Calendario de París nos da el dibujo de la fiesta de los niños que se hacía á los tres



Fiesta de los niños

dioses, del agua, de la semilla y de la caña. Se ve el *teocalli,* un *huéhuetl* para acompañar la danza de sacerdotes, y en medio de la danza un madero alto lleno de juguetes que subían á coger los niños.

Concluídas las diez y ocho veintenas, para completar los trescientos sesenta y cinco días del año, se agregaban cinco *nemontemi* ó inútiles: éstos no tenían



El fin del año

nombre ni signo de día en el calendario civil. Los pasaban ayunando y haciendo grandes penitencias, azotándose, sangrándose y apartándose de sus mujeres. Si el año era bisiesto agregaban un *nemontemi,* que está sobre una peña, como quienes esperan con ansia el principio del año nuevo, el cual está representado en el cielo por un árbol, signo del primer mes que luego va á empezar.

CAPÍTULO XVIII

Resumen respecto á la formación del año civil. — Todas las veintenas y todos los años comienzan por el signo Cipactli. — Variaciones del numeral de este signo. — Período perfecto de la combinación de los días en un tlalpilli de trece años. — Formación del calendario perpétuo. — Veintiseis tablas del calendario perpétuo civil de los mexica. — Explicaciones. — Los tlalpilli mexica. — Manera de usar las tablas. — Correspondencia con las fechas del calendario europeo. — Ejemplo del día en que Cortés tomó la ciudad de México. — Relación de los años mexica y los europeos. — Tabla general de esa referencia desde el primero de nuestra era hasta el 1852. — Resolución de algunas dificultades. — Manera de evitar la confusión de los días que podía causarse por la supresión de los acompañados. — Medios para evitar la confusión de los años de los xiuhmolpilli en el gran ciclo de 1040 años. — Determinación del año en que se agregaba el intercalar. — Rara coincidencia entre el principio y bisiesto del año romano y el mexica. — Ligera variación en el año en que se añadía el intercalar. — Ruedas cronológicas. — La rueda de años. — La de caracol. — Modo de usarla. — Produce las combinaciones del período de cincuenta y dos años en los dos sistemas tolteca y mexica. — La que conocemos es acolhua y prueba que en Texcoco se seguía el sistema tolteca. — Superioridad de la cronología de los mexica.

Resumiendo lo dicho sobre el año mexica, resulta que los veinte signos de los días corren con numeración de 1 á 13 por los trescientos sesenta días que forman las diez y ocho veintenas, y que los cinco días restantes ó *nemontemi* no llevan signo. Como en los trescientos sesenta días caben exactamente diez y ocho veces los veinte símbolos diurnos, necesariamente todos los meses ó veintenas y todos los años del calendario civil deben comenzar por *cipactli*. Pero como los días llevan numeración trecenal y ésta no cabe exactamente ni en los veinte días del mes ni en los trescientos sesenta del año, el numeral de *cipactli* irá variando en el principio de las veintenas y de los años, y solamente lo encontraremos con el numeral 1 cada trece veintenas y cada trece años. De modo que entre los mexica el *tlalpilli* de trece años vino á ser el período perfecto de la combinación de los días, y en él entraban completos diez y ocho *tonalámatl* de á doscientos sesenta días. Ahora bien, como en los *tlalpilli* los cuatro signos cronográficos de los años llevan la numeración de 1 á 13, en cada *tlalpilli* resultará precisamente la misma combinación de días: así es que formando el calendario de esos trece años, alcanzaremos todas las combinaciones posibles de la cronología civil, y formaremos el Calendario perpétuo de los mexica, según las tablas siguientes:

AÑO CON EL NUMERAL UNO

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl	Julio.	Tlaxochimaco.	Agosto.
Cipactli	I 1	1	8	21	2	10	9	30	3	20	10	9	4	29	11	19	5	8
Ehécatl	2	2	9	22	3	11	10	Mayo 1	4	21	11	10	5	30	12	20	6	9
Calli	3	3	10	23	4	12	11	2	5	22	12	11	6	Julio 1	13	21	7	10
Cuetzpállin	4	4	11	24	5	13	12	3	6	23	13	12	7	2	XII 1	22	8	11
Cóhuatl	5	5	12	25	6	14	13	4	7	24	IX 1	13	8	3	2	23	9	12
Miquiztli	6	6	13	26	7	15	VI 1	5	8	25	2	14	9	4	3	24	10	13
Mázatl	7	7	III 1	27	8	16	2	6	9	26	3	15	10	5	4	25	11	14
Tochtli	8	8	2	28	9	17	3	7	10	27	4	16	11	6	5	26	12	15
Atl	9	9	3	29	10	18	4	8	11	28	5	17	12	7	6	27	13	16
Itzcuintli	10	10	4	30	11	19	5	9	12	29	6	18	13	8	7	28	XIV 1	17
Ozomatli	11	11	5	31	12	20	6	10	13	30	7	19	XI 1	9	8	29	2	18
Malinalli	12	12	6	Abril 1	13	21	7	11	VIII 1	31	8	20	2	10	9	30	3	19
Acatl	13	13	7	2	V 1	22	8	12	2	Junio 1	9	21	3	11	10	31	4	20
Océlotl	II 1	14	8	3	2	23	9	13	3	2	10	22	4	12	11	Agosto 1	5	21
Cuauhtli	2	15	9	4	3	24	10	14	4	3	11	23	5	13	12	2	6	22
Cozcacuauhtli	3	16	10	5	4	25	11	15	5	4	12	24	7	14	13	3	7	23
Ollin	4	17	11	6	5	26	12	16	6	5	13	25	7	15	XIII 1	4	8	24
Tecpatl	5	18	12	7	6	27	13	17	7	6	X 1	26	8	16	2	5	9	25
Quiáhuitl	6	19	13	8	7	28	VII 1	18	8	7	2	27	9	17	3	6	10	26
Xóchitl	7	20	IV 1	9	8	29	2	19	9	8	3	28	10	18	4	7	11	27

AÑO CON EL NUMERAL UNO

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli	12	28	6	17	13	7	7	27	1	16	8	6	2	26	9	15	3	4	Febro. 24
Ehécatl	13	29	7	18	XVIII 1	8	8	28	2	17	9	7	3	27	10	16	4	5	25
Calli	XV 1	30	8	19	2	9	9	29	3	18	10	8	4	28	11	17	5	6	26
Cuetzpállin	2	31	9	20	3	10	10	30	4	19	11	9	5	29	12	18	6	7	27
Cóhuatl	3	Set. 1	10	21	4	11	11	31	5	20	12	10	6	30	13	19	7	8	28
Miquiztli	4	2	11	22	5	12	12	Nov. 1	6	21	13	11	7	31	VI 1	20	8	9	
Mázatl	5	3	12	23	6	13	13	2	7	22	III 1	12	8	Enero 1	2	21	9	10	
Tochtli	6	4	13	24	7	14	XX 1	3	8	23	2	13	9	2	3	22	10	11	
Atl	7	5	XVII 1	25	8	15	2	4	9	24	3	14	10	3	4	23	11	12	
Itzcuintli	8	6	2	26	9	16	3	5	10	25	4	15	11	4	5	24	12	13	
Ozomatli	9	7	3	27	10	17	4	6	11	26	5	16	12	5	6	25	13	14	
Malinalli	10	8	4	28	11	18	5	7	12	27	6	17	13	6	7	26	VIII 1	15	
Acatl	11	9	5	29	12	19	6	8	13	28	7	18	V 1	7	8	27	2	16	
Océlotl	12	10	6	30	13	20	7	9	II 1	29	8	19	2	8	9	28	3	17	
Cuauhtli	13	11	7	Oct. 1	XIX 1	21	8	10	2	30	9	20	3	9	10	29	4	18	
Cozcacuauhtli	XVI 1	12	8	2	2	22	9	11	3	Dic. 1	10	21	4	10	11	30	5	19	
Ollin	2	13	9	3	3	23	10	12	4	2	11	22	5	11	12	31	6	20	
Tecpatl	3	14	10	4	4	24	11	13	5	3	12	23	6	12	13	Febro. 1	7	21	
Quiáhuitl	4	15	11	5	5	25	12	14	6	4	13	24	7	13	VII 1	2	8	22	
Xóchitl	5	16	12	6	6	26	13	15	7	5	IV 1	25	8	14	2	3	9	23	

AÑO CON EL NUMERAL DOS

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl.	Julio.	Tlaxochimaco.	Agosto.
Cipactli	10	1	4	21	11	10	5	30	12	20	6	9	13	29	7	19	I 1	8
Ehécatl	11	2	5	22	12	11	6	Mayo 1	13	21	7	10	XVIII 1	30	8	20	2	9
Calli	12	3	6	23	13	12	7	2	XV 1	22	8	11	2	Julio 1	9	21	3	10
Cuetzpallin	13	4	7	24	XII 1	13	8	3	2	23	9	12	3	2	10	22	4	11
Cóhuatl	IX 1	5	8	25	2	14	9	4	3	24	10	13	4	3	11	23	5	12
Miquiztli	2	6	9	26	3	15	10	5	4	25	11	14	5	4	12	24	6	13
Mazatl	3	7	10	27	4	16	11	6	5	26	12	15	6	5	13	25	7	14
Tóchtli	4	8	11	28	5	17	12	7	6	27	13	16	7	6	XX 1	26	8	15
Atl	5	9	12	29	6	18	13	8	7	28	XVII 1	17	8	7	2	27	9	16
Itzcuintli	6	10	13	30	7	19	XIV 1	9	8	29	2	18	9	8	3	29	10	17
Ozomatli	7	11	XI 1	31	8	20	2	10	9	30	3	19	10	9	4	29	11	18
Malinalli	8	12	2	Abril 1	9	21	3	11	10	31	4	20	11	10	5	30	12	19
Acatl	9	13	3	2	18	22	4	12	11	Junio 1	5	21	12	11	6	31	13	20
Océlotl	10	14	4	3	11	23	5	13	12	2	6	22	13	12	7	Agosto 1	II 1	21
Cuauhtli	11	15	5	4	12	24	6	14	13	3	7	23	XIX 1	13	8	2	2	22
Cozcacuauhtli	12	16	6	5	13	25	7	15	XVI 1	4	8	24	2	14	9	3	3	23
Ollin	13	17	7	6	XIII 1	26	8	16	2	5	9	25	3	15	10	4	4	24
Técpatl	X 1	18	8	7	2	27	9	17	3	6	10	26	4	16	11	5	5	25
Quiáhuitl	2	19	9	8	3	28	10	18	4	7	11	27	5	17	12	6	6	26
Xóchitl	3	20	10	9	4	29	11	19	5	8	12	28	6	18	13	7	7	27

AÑO CON EL NUMERAL DOS

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli	8	28	2	17	9	7	3	27	10	16	4	6	11	26	5	15	12	4	Febro. 24
Ehécatl	9	29	3	18	10	8	4	28	11	17	5	7	12	27	6	16	13	5	25
Calli	10	30	4	19	11	9	5	29	12	18	6	8	13	28	7	17	XV 1	6	26
Cuetzpállin	11	31	5	20	12	10	6	30	13	19	7	9	XII 1	29	8	18	2	7	27
Cóhuatl	12	Set. 1	6	21	13	11	7	31	IX 1	20	8	10	2	30	9	19	3	8	28
Miquiztli	13	2	7	22	VI 1	12	8	Nov. 1	2	21	9	11	3	31	10	20	4	9	
Mazatl	III 1	3	8	23	2	13	9	2	3	22	10	12	4	Enero 1	11	21	5	10	
Tochtli	2	4	9	24	3	14	10	3	4	23	11	13	5	2	12	22	6	11	
Atl	3	5	10	25	4	15	11	4	5	24	12	14	6	3	13	23	7	12	
Itzcuintli	4	6	11	26	3	16	12	5	6	25	13	15	7	4	XIV 1	24	8	13	
Ozomatli	5	7	12	27	6	17	13	6	7	26	XI 1	16	8	5	2	25	9	14	
Malinalli	6	8	13	28	7	18	VIII 1	7	8	27	2	17	9	6	3	26	10	15	
Acatl	7	9	V 1	29	8	19	2	8	9	28	3	18	10	7	4	27	11	16	
Ocelotl	8	10	2	30	9	20	3	9	10	29	4	19	11	8	5	28	12	17	
Cuauhtli	8	11	3	Oct 1	10	21	4	10	11	30	5	20	12	9	6	29	13	18	
Cozcacuauhtli	10	12	4	2	11	22	5	11	12	Dic. 1	6	21	13	10	7	30	XVI 1	19	
Ollin	11	13	5	3	12	23	6	12	13	2	7	22	XIII 1	11	8	31	2	20	
Tecpatl	12	14	6	4	13	24	7	13	X 1	3	8	23	2	12	9	Febro. 1	3	21	
Quiáhuitl	13	15	7	5	VII 1	25	8	14	2	4	9	24	3	13	10	2	4	22	
Xochitl	IV 1	16	8	6	2	26	9	15	3	5	10	25	4	14	11	3	5	23	

AÑO CON EL NUMERAL TRES

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehua-liztli	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhui-tontli.	Junio.	Hueytecuhil-huitl.	Julio.	Tlaxochima-co.	Agosto.
Cipactli	6	1	13	21	7	10	I 1	30	8	20	2	9	9	29	3	19	10	8
Ehécatl	7	2	XVIII 1	22	8	11	2	Mayo 1	9	21	3	10	10	30	4	20	11	9
Calli	8	3	2	23	9	12	3	2	10	22	4	11	11	Julio 1	5	21	12	10
Cuetzpállin	9	4	3	24	10	13	4	3	11	23	5	12	12	2	6	22	13	11
Cóhuatl	10	5	4	25	11	14	5	4	12	24	6	13	13	3	7	23	IX 1	12
Miquiztli	11	6	5	26	12	15	6	5	13	25	7	14	VI 1	4	8	24	2	13
Mázatl	12	7	6	27	13	16	7	6	III 1	26	8	15	2	5	9	25	3	14
Tochtli	13	8	7	28	XX 1	17	8	7	2	27	9	16	3	6	10	26	4	15
Atl	XVII 1	9	8	29	2	18	9	8	3	28	10	17	4	7	11	27	5	16
Itzcuintli	2	10	9	30	3	19	10	9	4	29	11	18	5	8	12	28	6	17
Ozomatli	2	11	10	31	4	20	11	10	5	30	12	19	6	9	13	29	7	18
Malinalli	4	12	11	Abril 1	2	21	12	11	6	31	13	20	7	10	VIII 1	30	8	19
Acatl	5	13	12	2	6	22	13	12	7	Junio 1	V 1	21	8	11	2	31	9	20
Ocelotl	5	14	13	3	7	23	II 1	13	8	2	2	22	9	12	3	Agosto 1	10	21
Cuauhtli	7	15	XIX 1	4	8	24	2	14	9	3	3	23	10	13	4	2	11	22
Cozcacuauhtli	8	16	2	5	9	25	3	15	10	4	4	24	11	14	5	3	12	23
Ollin	9	17	3	6	10	26	4	16	11	5	5	25	12	15	6	4	13	24
Técpatl	10	18	4	7	11	27	5	17	12	6	6	26	13	16	7	5	X 1	25
Quiáhuitl	11	19	5	8	12	28	6	18	13	7	7	27	VII 1	17	8	6	2	26
Xóchitl	12	20	6	9	13	29	7	19	IV 1	8	8	28	2	18	9	7	3	27

AÑO CON EL NUMERAL TRES

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliz-tli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli	4	28	11	17	5	7	12	27	6	16	13	6	7	26	I 1	15	8	4	Febro 24
Ehécatl	5	29	12	18	6	8	13	28	7	17	XVIII 1	7	8	27	2	16	9	5	25
Calli	6	30	13	19	7	9	XV 1	29	8	18	2	8	9	28	3	17	10	6	26
Cuetzpállin	7	31	XII 1	20	8	10	2	30	9	19	3	9	10	29	4	18	11	7	27
Cóhuatl	8	Set. 1	2	21	9	11	3	31	10	20	4	10	11	30	5	19	12	8	28
Miquiztli	9	2	3	22	10	12	4	Nov. 1	11	21	5	11	12	31	6	20	13	9	
Mázatl	10	3	4	23	11	13	5	2	12	22	6	12	13	Enero 1	7	21	III 1	10	
Tochtli	11	4	5	24	12	14	6	3	13	23	7	13	XX 1	2	8	22	2	11	
Atl	12	5	6	25	13	15	7	4	XVII 1	24	8	14	2	3	9	23	3	12	
Itzcuintli	13	6	7	26	XIV 1	16	8	5	2	25	9	15	3	4	10	24	4	13	
Ozomatli	XI 1	7	8	27	2	17	9	6	3	26	10	16	4	5	11	25	5	14	
Malinalli	2	8	9	28	3	18	10	7	4	27	11	17	5	6	12	26	6	15	
Acatl	3	9	10	29	4	19	11	8	5	28	12	18	6	7	13	27	7	16	
Océlotl	4	10	11	30	5	20	12	9	6	29	13	19	7	8	II 1	28	8	17	
Cuauhtli	5	11	12	Oct. 1	6	21	13	10	7	30	XIX 1	20	8	9	2	29	9	18	
Cozcacuauhtli	6	12	12	2	7	22	XVI 1	11	8	Dic. 1	2	21	9	10	3	30	10	19	
Ollin	7	13	XIII 1	3	8	23	2	12	9	2	3	22	10	11	4	31	11	20	
Técpatl	8	14	2	4	9	24	3	13	10	3	4	23	11	12	5	Febro. 1	12	21	
Quiáhuitl	9	15	3	5	10	25	4	14	11	4	5	24	12	13	6	2	13	22	
Xochitl	10	16	4	6	11	26	5	15	1	5	6	25	13	14	7	3	IV 1	23	

AÑO CON EL NUMERAL CUATRO

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehua-liztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuilhuiton-tli.	Junio.	Hueytecuhil-huitl.	Julio.	Tlaxochima-co.	Agosto.
Cipactli	2	1	9	21	3	10	10	30	4	20	11	9	5	29	12	19	6	8
Ehécatl	3	2	10	22	4	11	11	Mayo 1	5	21	12	10	6	30	13	20	7	9
Calli	4	3	11	23	5	12	12	2	6	22	13	11	7	Julio 1	XV 1	21	8	10
Cuetzpállin	5	4	12	24	6	13	13	3	7	23	XII 1	12	8	2	2	22	9	11
Cóhuatl	6	5	13	25	7	14	IX 1	4	8	24	2	13	9	3	3	23	10	12
Miquiztli	7	5	VI 1	26	8	15	2	5	9	25	3	14	10	4	4	24	11	13
Mázatl	8	7	2	27	9	16	3	6	10	26	4	15	11	5	5	25	12	14
Tochtli	9	8	3	28	10	17	4	7	11	27	5	16	12	6	6	26	13	15
Atl	10	9	4	29	11	18	5	8	12	28	6	17	13	7	7	27	XVII 1	16
Itzcuintli	11	10	5	30	12	19	6	9	13	29	7	18	XIV 1	8	8	28	2	17
Ozomatli	12	11	6	31	13	20	7	10	XI 1	30	8	19	2	9	9	29	3	18
Malinalli	13	12	7	Abril 1	VIII 1	21	8	11	2	31	9	20	3	10	10	30	4	19
Acatl	V 1	13	8	2	2	22	9	12	3	Junio 1	10	21	4	11	11	31	5	20
Océlotl	2	14	9	3	3	23	10	13	4	2	11	22	5	12	12	Agosto 1	6	21
Cuauhtli	3	15	10	4	4	24	11	14	5	3	12	23	6	13	13	2	7	22
Cozcacuauhtli	4	16	11	5	5	25	12	15	6	4	13	24	7	14	XVI 1	3	8	23
Ollin	5	17	12	6	6	26	13	16	7	5	XIII 1	25	8	15	2	4	9	24
Técpatl	6	18	13	7	7	27	X 1	17	8	6	2	26	9	16	3	5	10	25
Quiahuitl	7	19	VII 1	8	8	28	2	18	9	7	3	27	10	17	4	[illegible]	11	26
Xóchitl	8	20	2	9	9	29	3	19	10	8	4	28	11	18	5	7	12	27

AÑO CON EL NUMERAL CUATRO

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teoleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	13	28	7	17	I 1	7	8	27	2	16	9	6	3	26	10	15	4	4	Febro. 24
Ehécatl.	XVIII 1	29	8	18	2	8	9	28	3	17	10	7	4	27	11	16	5	5	25
Calli.	2	30	9	19	3	9	10	29	4	18	11	8	5	28	12	17	6	6	26
Cuetzpállin. . .	3	31	10	20	4	10	11	30	5	19	12	9	6	29	13	18	7	7	27
Cóhuatl.	4	Set. 1	11	21	5	11	12	31	6	20	13	10	7	30	IX 1	19	8	8	28
Miquiztli.. . . .	5	2	12	22	6	12	13	Nov. 1	7	21	VI 1	11	8	31	2	20	9	9	
Mázatl.	6	3	13	23	7	13	III 1	2	8	22	2	12	9	Enero 1	3	21	10	10	
Tochtli	7	4	XX 1	24	8	14	2	3	9	23	3	13	10	2	4	22	11	11	
Atl.	8	5	2	25	9	15	3	4	10	24	4	14	11	3	5	23	12	12	
Itzcuintli.. . . .	9	6	3	26	10	16	4	5	11	25	5	15	12	4	6	24	13	13	
Ozomatli	10	7	4	27	11	17	5	6	12	26	6	16	13	5	7	25	XI 1	14	
Malinalli.. . . .	11	8	5	28	12	18	6	7	13	27	7	17	VIII 1	6	8	26	2	15	
Acatl.	12	9	6	29	13	19	7	8	V 1	28	8	18	2	7	9	27	3	16	
Océlotl	13	10	7	30	II 1	20	8	9	2	29	9	19	3	8	10	28	4	17	
Cuauhtli	XIX 1	11	8	Oct. 1	2	21	9	10	3	30	10	20	4	9	11	29	5	18	
Cozcacuauhtli.	2	12	9	2	3	22	10	11	4	Dic. 1	11	21	5	10	12	30	6	19	
Ollin.	3	13	10	3	4	23	11	12	5	2	12	22	6	11	13	31	7	20	
Técpatl.	4	14	11	4	5	24	12	13	6	3	13	23	7	12	X 1	Febro. 1	8	21	
Quiáhuitl. . . .	5	15	12	5	6	25	13	14	7	4	VII 1	24	8	13	2	2	9	22	
Xochitl..	6	16	13	6	7	26	IV 1	15	8	5	2	25	9	14	3	3	10	23	

AÑO CON EL NUMERAL CINCO

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl.	Julio.	Tlaxochimaco.	Agosto.
Cipactli.	11	1	5	21	12	10	6	30	13	20	7	9	I 1	29	8	19	2	8
Ehécatl. . . .	12	2	6	22	13	11	7	Mayo 1	XVIII 1	21	8	10	2	30	9	20	3	9
Calli.	13	3	7	23	XV 1	12	8	2	2	22	9	11	3	Julio 1	10	21	4	10
Cuetzpállin. . .	XII 1	4	8	24	2	13	9	3	3	23	10	12	4	2	11	22	5	11
Cóhuatl.	2	5	9	25	3	14	10	4	4	24	11	13	5	3	12	23	6	12
Miquiztli.. . . .	3	6	10	26	4	15	11	5	5	25	12	14	6	4	13	24	7	13
Mázatl.	4	7	11	27	5	16	12	6	6	26	13	15	7	5	III 1	25	8	14
Tochtli	5	8	12	28	6	17	13	7	7	27	XX 1	16	8	6	2	26	9	15
Atl.	6	9	13	29	7	18	XVII 1	8	8	28	2	17	9	7	3	27	10	16
Itzcuintli.. . . .	7	10	XIV 1	30	8	19	2	9	9	29	3	18	10	8	4	28	11	17
Ozomatli.. . . .	8	11	2	31	9	20	3	10	10	30	4	19	11	9	5	29	12	18
Malinalli.. . . .	9	12	3	Abril 1	10	21	4	11	11	31	5	20	12	10	6	30	13	19
Acatl.	10	13	4	2	11	22	5	12	12	Junio 1	6	21	13	11	7	31	V 1	20
Océlotl	11	14	5	3	12	23	6	13	13	2	7	22	II 1	12	8	Agosto 1	2	21
Cuauhtli.	12	15	6	4	13	24	7	14	XIX 1	3	8	23	3	13	9	2	3	22
Cozcacuauhtli.	13	16	7	5	XVI 1	25	8	15	2	4	9	24	3	14	10	3	4	23
Ollin.	XIII 1	17	8	6	2	26	9	16	3	5	10	25	4	15	11	4	5	24
Técpatl	2	18	9	7	3	27	10	17	4	6	11	26	5	16	12	5	6	25
Quiáhuitl. . . .	3	19	10	8	4	28	11	18	5	7	12	27	6	17	13	6	7	26
Xóchitl..	4	20	11	9	5	29	12	19	6	8	13	28	7	18	IV 1	7	8	27

AÑO CON EL NUMERAL CINCO

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Titil.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	9	28	3	17	10	7	4	27	11	16	5	6	12	26	6	15	13	4	Febro. 24
Ehécatl.	10	29	4	18	11	8	5	28	12	17	6	7	13	27	7	16	XVIII 1	5	25
Calli..	11	30	5	19	12	9	6	29	13	18	7	8	XV 1	28	8	17	2	6	26
Cuetzpállin. . .	12	31	6	20	13	10	7	30	XII 1	19	8	9	2	29	9	18	3	7	27
Cóhuatl. . . .	13	Set. 1	7	21	IX 1	11	8	31	2	20	9	10	3	30	10	19	4	8	28
Miquiztli.. . . .	VI 1	2	8	22	2	12	9	Nov. 1	3	21	10	11	4	31	11	20	5	9	
Mázatl.	2	3	9	23	3	13	10	2	4	22	11	12	5	Enero 1	12	21	6	10	
Tochtli..	3	4	10	24	4	14	11	3	5	23	12	13	6	2	13	22	7	11	
Atl.	4	5	11	25	5	15	12	4	6	24	13	14	7	3	XVII 1	23	8	12	
Itzcuintli.. . . .	5	6	12	26	6	16	13	5	7	25	XIV 1	15	8	4	2	24	9	13	
Ozomatli.. . .	6	7	13	27	7	17	XI 1	6	8	26	2	16	9	5	3	25	10	14	
Malinalli.. . . .	7	8	VIII 1	28	8	18	2	7	9	27	3	17	10	6	4	26	11	15	
Acatl.	8	9	2	29	9	18	3	8	10	28	4	18	11	7	5	27	12	16	
Océlotl.	9	10	3	30	10	20	4	9	11	29	5	19	12	8	6	28	13	17	
Cuauhtli . . .	10	11	4	Oct. 1	11	21	5	10	12	30	6	20	13	9	7	29	XIX 1	18	
Cozcacuauhtli.	11	12	5	2	12	22	6	11	13	Dic. 1	7	21	XVI 1	10	8	30	2	19	
Ollin.	12	13	6	3	13	23	7	12	XIII 1	2	8	22	2	11	9	31	3	20	
Técpatl	13	14	7	4	X 1	24	8	13	2	3	9	22	3	12	10	Febro. 1	4	21	
Quiáhuitl. . . .	VII 1	15	8	5	2	25	9	14	3	4	10	24	4	13	11	2	5	22	
Xochitl..	2	16	9	6	3	26	10	15	4	5	11	25	5	14	12	3	6	23	

AÑO CON EL NUMERAL SEIS

PRIMERA MITAD

	Atlacauhalco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl.	Julio.	Tlachochimaco.	Agosto.
Cipactli	7	1	I 1	21	8	10	2	30	9	20	3	9	10	29	4	19	11	8
Ehécatl	8	2	2	22	9	11	3	Mayo 1	10	21	4	10	11	30	5	20	12	9
Calli	9	3	3	23	10	12	4	2	11	22	5	11	12	Julio 1	6	21	13	10
Cuetzpállin	10	4	4	24	11	13	5	3	12	23	6	12	13	2	7	22	XII 1	11
Cóhuatl	11	5	5	25	12	14	6	4	13	24	7	13	IX 1	3	8	23	2	12
Miquiztli	12	6	6	26	13	15	7	5	VI 1	25	8	14	2	4	9	24	3	13
Mázatl	13	7	7	27	III 1	16	8	6	2	26	9	15	3	5	10	25	4	14
Tochtli	XX 1	8	8	28	2	17	9	7	3	27	10	16	4	6	11	26	5	15
Atl	2	9	9	29	3	18	10	8	4	28	11	17	5	7	12	27	6	16
Itzcuintli	3	10	10	30	4	19	11	9	5	29	12	18	6	8	13	28	7	17
Ozomatli	4	11	11	31	5	20	12	10	6	30	13	19	7	9	XI 1	29	8	18
Malinalli	5	12	12	Abril 1	6	21	13	11	7	31	VIII 1	20	8	10	2	30	9	19
Acatl	6	13	13	2	7	22	V 1	12	8	Junio 1	2	21	9	11	3	31	10	20
Océlotl	7	14	II 1	3	8	23	2	13	9	2	3	22	10	12	4	Agosto 1	11	21
Cuauhtli	8	15	2	4	9	24	3	14	10	3	4	23	11	13	5	2	12	22
Cozcacuauhtli	9	16	3	5	10	25	4	15	11	4	5	24	12	14	6	3	13	23
Ollin	10	17	4	6	11	26	5	16	12	5	6	25	13	15	7	4	XIII 1	24
Técpatl	11	18	5	7	12	27	6	17	13	6	7	26	X 1	16	8	5	2	25
Quiáhuitl	12	19	6	8	13	28	7	18	VII 1	7	8	27	2	17	9	6	3	26
Xóchitl	13	20	7	9	IV 1	29	8	19	2	8	9	28	3	18	10	7	4	27

AÑO CON EL NUMERAL SEIS

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli	5	28	12	17	6	7	13	27	7	16	I 1	6	8	26	2	15	9	4	Febro. 24
Ehécatl	6	29	13	18	7	8	XVIII 1	28	8	17	2	7	9	27	3	16	10	5	25
Calli	7	30	XV 1	19	8	9	2	29	9	18	3	8	10	28	4	17	11	6	26
Cuetzpállin	8	31	2	20	9	10	3	30	10	19	4	9	11	29	5	18	12	7	27
Cóhuatl	9	Set. 1	3	21	10	11	4	31	11	20	5	10	12	30	6	19	13	8	28
Miquiztli	10	2	4	22	11	12	5	Nov. 1	12	21	6	11	13	31	7	20	VI 1	9	
Mázatl	11	3	5	23	12	13	6	2	13	22	7	12	III 1	Enero 1	8	21	2	10	
Tochtli	12	4	6	24	13	14	7	3	XX 1	23	8	13	2	2	9	22	3	11	
Atl	13	5	7	25	XVII 1	15	8	4	2	24	9	14	3	3	10	23	4	12	
Itzcuintli	XIV 1	6	8	26	2	16	9	5	3	25	10	15	4	4	11	24	5	13	
Ozomatli	2	7	9	27	3	17	10	6	4	26	11	16	5	5	12	25	6	14	
Malinalli	3	8	10	28	4	18	11	7	5	27	12	17	6	6	13	26	7	15	
Acatl	4	9	11	29	5	19	12	8	6	28	13	18	7	7	V 1	27	8	16	
Océlotl	5	10	12	30	6	20	13	9	7	29	II 1	19	8	8	2	28	9	17	
Cuauhtli	6	11	13	Oct. 1	7	21	XIX 1	10	8	30	2	20	9	9	3	29	10	18	
Cozcacuauhtli	7	12	XVI 1	2	8	22	2	11	9	Dic. 1	3	21	10	10	4	30	11	19	
Ollin	8	13	2	3	9	23	3	12	10	2	4	22	11	11	5	31	12	20	
Técpatl	9	14	3	4	10	24	4	13	11	3	5	23	12	12	6	Febro. 1	13	21	
Quiahuitl	10	15	4	5	11	25	5	14	12	4	6	24	13	13	7	2	VII 1	22	
Xóchitl	11	16	5	6	12	26	6	15	13	5	7	25	IV 1	14	8	3	2	23	

AÑO CON EL NUMERAL SIETE

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl.	Julio.	Tlaxochimaco.	Agosto.
Cipactli	3	1	10	21	4	10	11	30	5	20	12	9	6	29	13	19	7	8
Ehécatl	4	2	11	22	5	11	12	Mayo 1	6	21	13	10	7	30	XVIII 1	20	8	9
Calli	5	3	12	23	6	12	13	2	7	22	XV 1	11	8	Julio 1	2	21	9	10
Cuetzpállin	6	4	13	24	7	13	XII 1	3	8	23	2	12	9	2	3	22	10	11
Cóhuatl	7	5	IX 1	25	8	14	2	4	9	24	3	13	10	3	4	23	11	12
Miquiztli	8	6	2	26	9	15	3	5	10	25	4	14	11	4	5	24	12	13
Mázatl	9	7	3	27	10	16	4	6	11	26	5	15	12	5	6	25	13	14
Tochtli	10	8	4	28	11	17	5	7	12	27	6	16	13	6	7	26	XX 1	15
Atl	11	9	5	29	12	18	6	8	13	28	7	17	XVII 1	7	8	27	2	16
Itzcuintli	12	10	6	30	13	19	7	9	XIV 1	29	8	18	2	8	9	28	3	17
Ozomatli	13	11	7	31	XI 1	20	8	10	2	30	9	19	3	9	10	29	4	18
Malinalli	VIII 1	12	8	Abril 1	2	21	9	11	3	31	10	20	4	10	11	30	5	19
Acatl	2	13	9	2	3	22	10	12	4	Junio 1	11	21	5	11	12	31	6	20
Ocelotl	3	14	10	3	4	23	11	13	5	2	12	22	6	12	13	Agosto 1	7	21
Cuauhtli	4	15	11	4	5	24	12	14	6	3	13	23	7	13	XIX 1	2	8	22
Cozcacuauhtli	5	16	12	5	6	25	13	15	7	4	XVI 1	24	8	14	2	3	9	23
Ollin	6	17	13	6	7	26	XIII 1	16	8	5	2	25	9	15	3	4	10	24
Técpatl	7	18	X 1	7	8	27	2	17	9	6	3	26	10	16	4	5	11	25
Quiáhuitl	8	19	2	8	9	28	3	18	10	7	4	27	11	17	5	6	12	26
Xochitl	9	20	3	9	10	29	4	19	11	8	5	28	12	18	6	7	13	27

AÑO CON EL NUMERAL SIETE

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	I 1	28	8	17	2	7	9	27	3	16	10	6	4	26	11	15	5	4	Febro. 24
Ehécatl.	2	29	9	18	3	8	10	28	4	17	11	7	5	27	12	16	6	5	25
Calli.	3	30	10	19	4	9	11	29	5	18	12	8	6	28	13	17	7	6	26
Cuetzpállin. . .	4	31	11	20	5	10	12	30	6	19	13	9	7	29	XII 1	18	8	7	27
Cóhuatl.	5	Set. 1	12	21	6	11	13	31	7	20	IX 1	10	8	30	2	19	9	8	28
Miquiztli.. . . .	6	2	13	22	7	12	VI 1	Nov. 1	8	21	2	11	9	31	3	20	10	9	
Mázatl.	7	3	III 1	23	8	13	2	2	9	22	3	12	10	Enero 1	4	21	11	10	
Tochtli..	8	4	2	24	9	14	3	3	10	23	4	13	11	2	5	22	12	12	
Atl.	9	5	3	25	10	15	4	4	11	24	5	14	12	3	6	23	13	12	
Itzcuintli.. . . .	10	6	4	26	11	16	5	5	12	25	6	15	13	4	7	24	XIV 1	13	
Ozomotli.. . . .	11	7	5	27	12	17	6	6	13	26	7	16	XI 1	5	8	25	2	14	
Malinalli	12	8	6	28	13	18	7	7	VIII 1	27	8	17	2	6	9	26	3	15	
Acatl.	13	9	7	29	V 1	19	8	8	3	28	9	18	3	7	10	27	4	16	
Ocelotl..	II 1	10	8	30	2	20	9	9	3	29	10	19	4	8	11	28	5	17	
Cuauhtli.. . . .	2	11	9	Oct. 1	3	21	10	10	4	30	11	20	5	9	12	29	6	18	
Cozcacuauhtli.	3	12	10	2	4	22	11	11	5	Dic. 1	12	21	6	10	13	30	7	19	
Ollin.	4	13	11	3	5	23	12	12	6	2	13	22	7	11	XIII 1	31	8	20	
Técpatl	5	14	12	4	6	24	13	13	7	3	X 1	23	8	12	2	Febro. 1	9	21	
Quiáhuitl. . . .	6	15	13	5	7	25	VII 1	14	8	4	2	24	9	13	3	2	10	22	
Xochitl..	7	16	IV 1	6	8	26	2	15	9	5	3	25	10	14	4	3	11	23	

AÑO CON EL NUMERAL OCHO

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl.	Julio.	Tlaxochimaco.	Agosto.
Cipactli.	12	1	6	24	13	10	7	30	I 1	20	8	9	2	29	9	19	3	8
Ehécatl.	13	2	7	22	XVIII 1	11	8	Mayo 1	2	21	9	10	3	30	10	20	4	9
Calli.	XV 1	3	8	23	2	12	9	2	3	22	10	11	4	Julio 1	11	21	5	10
Cuetzpállin. . .	2	4	9	24	3	13	10	3	4	23	11	12	5	2	12	22	6	11
Cohuatl.	3	5	10	25	4	14	11	4	5	24	12	13	6	3	13	23	7	12
Miquiztli.. . . .	4	6	11	26	5	15	12	5	6	25	13	14	7	4	VI 1	24	8	13
Mázatl.	5	7	12	27	6	16	13	6	7	26	III 1	15	8	5	2	25	9	14
Tochtli..	6	8	13	28	7	17	XX 1	7	8	27	2	16	9	6	3	26	10	15
Atl.	7	9	XVII 1	29	8	18	2	8	9	28	3	17	10	7	4	27	11	16
Itzcuintli.. . . .	8	10	2	30	9	19	3	9	10	29	4	18	11	8	5	28	12	17
Ozomatli	9	11	3	31	10	20	4	10	11	30	5	19	12	9	6	29	13	18
Malinalli	10	12	4	Abril 1	11	21	5	11	12	31	6	20	13	10	7	30	VIII 1	19
Acatl..	11	13	5	2	12	22	6	12	13	Junio 1	7	21	V 1	11	8	31	2	20
Ocelotl..	12	14	6	3	13	23	7	13	II 1	2	8	22	2	12	9	Agosto 1	3	21
Cuauhtli.. . . .	13	15	7	4	XIX 1	24	8	14	2	3	9	23	3	13	10	2	4	22
Cozcacuauhtli.	XVI 1	16	8	5	2	25	9	15	3	4	10	24	4	14	11	3	5	23
Ollin.	2	17	9	6	3	26	10	16	4	5	11	25	5	15	12	4	6	24
Técpatl	3	18	10	7	4	27	11	17	5	6	12	26	6	16	13	5	7	25
Quiáhuitl. . . .	4	19	11	8	5	28	12	18	6	7	13	27	7	17	VII 1	6	8	26
Xóchitl..	5	20	12	9	6	29	13	19	7	8	IV 1	28	8	18	2	7	9	27

AÑO CON EL NUMERAL OCHO

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	10	28	4	17	11	7	5	27	12	16	6	6	13	26	7	15	I 1	4	Febro. 24
Ehécatl.	11	29	5	18	12	8	6	28	13	17	7	7	XVIII 1	27	8	16	2	5	25
Calli.	12	30	6	19	13	9	7	29	XV 1	18	8	8	2	28	9	17	3	6	26
Cuetzpállin. . .	13	31	7	20	XII 1	10	8	30	2	19	9	9	3	29	10	18	4	7	27
Cohuatl.	IX 1	Set. 1	8	21	2	11	9	31	3	20	10	10	4	30	11	19	5	8	28
Miquiztli.. . . .	3	2	9	22	3	12	10	Nov. 1	4	21	11	11	5	31	12	20	6	9	
Mázatl.	3	3	10	23	4	13	11	2	5	22	12	12	6	Enero 1	13	21	7	10	
Tochtli.	4	4	11	24	5	14	12	3	6	23	13	13	7	2	XX 1	22	8	11	
Atl.	5	5	12	25	6	15	13	4	7	24	XVII 1	14	8	3	2	23	9	12	
Itzcuintli.. . . .	6	6	13	26	7	16	XIV 1	5	8	25	2	15	9	4	3	24	10	13	
Ozomatli.. . . .	7	7	XI 1	27	8	17	2	6	9	26	3	16	10	5	4	25	11	14	
Malinalli	8	8	2	28	9	18	3	7	10	27	4	17	11	6	5	26	12	15	
Acatl.	9	9	3	29	10	19	4	8	11	28	5	18	12	7	6	27	13	16	
Océlotl.	10	10	4	30	11	20	5	9	12	29	6	19	13	8	7	28	II 1	17	
Cuauhtli.. . . .	11	11	5	Oct. 1	12	21	6	10	13	30	7	20	XIX 1	9	8	29	2	18	
Cozcacuauhtli.	12	12	6	2	13	22	7	11	XVI 1	Dic. 1	8	21	2	10	9	20	3	19	
Ollin.	13	13	7	3	XIII 1	23	8	12	2	2	9	22	3	11	10	31	4	20	
Técpatl..	X 1	14	8	4	2	24	9	13	3	3	10	23	4	12	11	Febro. 1	5	21	
Quiáhuitl. . . .	2	15	9	5	3	25	10	14	4	4	11	24	5	13	12	2	6	22	
Xochitl..	3	16	10	6	4	26	11	15	5	5	12	25	6	14	13	3	7	23	

AÑO CON EL NUMERAL NUEVE

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl.	Julio.	Tlaxochimaco.	Agosto.
Cipactli.	8	1	2	21	9	10	3	30	10	20	4	9	11	29	5	19	12	8
Ehécatl.	9	2	3	22	10	11	4	Mayo. 1	11	21	5	10	12	30	6	20	13	9
Calli.	10	3	4	23	11	12	5	2	12	22	6	11	13	julio 1	7	21	XV 1	10
Cuetzpállin. . .	11	4	5	24	12	13	6	3	13	23	7	12	XII 1	2	8	22	2	11
Cohuatl.	12	5	6	25	13	14	7	4	IX 1	24	8	13	2	3	9	23	3	12
Miquiztli.. . . .	13	6	7	26	VI 1	15	8	5	3	15	9	14	3	5	10	24	4	13
Mazatl.	III 1	7	8	27	2	16	9	6	3	26	10	15	4	4	11	25	5	14
Tochtli..	2	8	9	28	3	17	10	7	4	27	11	16	5	6	12	26	6	15
Atl.	3	9	10	29	4	18	11	8	5	28	12	17	6	7	13	27	7	16
Itzcuintli.. . . .	4	10	11	30	5	19	12	9	6	29	13	18	7	8	XIV 1	28	8	17
Ozomatli.. . . .	5	11	12	31	6	20	13	10	7	30	XI 1	19	8	9	2	29	9	18
Malinalli. . . .	6	12	13	Abril 1	7	21	VIII 1	11	8	31	2	20	9	10	3	30	10	19
Acatl..	7	13	V 1	2	8	22	2	12	9	Junio 1	3	21	10	11	4	31	11	20
Océlotl..	8	14	2	3	9	23	3	13	10	2	4	22	11	12	5	Agosto 1	12	21
Cuauhtli.. . . .	9	15	3	4	10	24	4	15	11	3	5	23	12	13	6	2	13	22
Cozcacuauhtli.	10	16	4	5	11	25	5	15	12	4	6	24	13	14	7	3	XVI 1	23
Ollin.	11	17	5	6	12	26	6	16	13	5	7	25	XIII 1	15	8	4	2	24
Técpatl.	12	18	6	7	13	27	7	17	X 1	6	8	26	2	16	9	5	3	25
Quiáhuitl. . . .	13	19	7	8	VII 1	28	8	18	2	7	9	27	3	17	10	6	4	26
Xóchitl..	IV 1	20	8	9	2	29	9	19	3	8	10	28	4	18	11	7	5	27

AÑO CON EL NUMERAL NUEVE

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	6	28	13	17	7	7	I 1	27	8	16	2	6	9	26	3	15	10	4	Febro. 24
Ehécatl.	7	29	XVIII 1	18	8	8	2	28	9	17	3	7	10	27	4	16	11	5	25
Calli.	8	30	2	19	9	9	3	29	10	18	4	8	11	28	5	17	12	6	26
Tochtli.	9	31	3	20	10	10	4	30	11	19	5	9	12	29	6	18	13	7	27
Cohuatl.	10	Set. 1	4	21	11	11	5	31	12	20	6	10	13	30	7	19	IX 1	8	28
Miquiztli.. . . .	11	2	5	22	12	12	6	Nov. 1	13	21	7	11	VI 1	31	8	20	2	9	
Mázatl.	12	3	6	23	13	13	7	2	III 1	22	8	12	2	Enero 1	9	21	3	10	
Tochtli..	13	4	7	24	XX 1	14	8	3	2	23	9	13	3	2	10	22	4	11	
Atl.	XVII 1	5	8	25	2	15	9	4	3	24	10	14	4	3	11	23	5	12	
Itzcuintli.. . . .	2	6	9	26	3	16	10	5	4	25	11	15	5	4	12	24	6	13	
Ozomatli.. . . .	3	7	10	27	4	17	11	6	5	26	12	16	6	5	13	25	7	14	
Malinalli. . . .	4	8	11	28	5	18	12	7	6	27	13	17	7	6	VIII 1	26	8	15	
Acatl..	5	9	12	29	6	19	13	8	7	28	V 1	18	8	7	2	27	9	16	
Océlotl..	6	10	13	30	7	20	II 1	9	8	29	2	19	9	8	3	28	10	17	
Cuauhtli.. . . .	7	11	XIX 1	Oct. 1	8	21	2	10	9	30	3	20	10	9	4	29	11	18	
Cozcacuauhtli.	8	12	2	2	9	22	3	11	10	Dic. 1	4	21	11	10	5	30	12	19	
Ollin.	9	13	3	4	10	23	4	12	11	2	5	22	12	11	6	31	13	20	
Técpatl.	10	14	4	4	11	24	5	13	12	3	6	23	13	12	7	Febro 1	X 1	21	
Quiáhuitl. . . .	11	15	5	5	12	25	6	14	13	4	7	24	VII 1	13	8	2	2	22	
Xóchitl..	12	16	6	6	13	26	7	15	IV 1	5	8	25	2	14	9	3	3	23	

AÑO CON EL NUMERAL DIEZ

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl.	Julio.	Tlaxochimaco.	Agosto.
Cipactli.	4	1	11	21	5	10	12	30	6	20	13	9	7	29	I 1	19	8	8
Ehécatl.	5	2	12	22	6	11	13	Mayo 1	7	21	XVIII 1	10	8	30	2	20	9	9
Calli.	6	3	13	23	7	12	XV 1	2	8	22	2	11	9	julio 1	3	21	10	10
Cuetzpállin. . .	7	4	XII 1	24	8	13	2	3	9	23	3	12	10	2	4	22	11	11
Cóhuatl.	8	5	2	25	9	14	3	4	10	24	4	13	11	3	5	23	12	12
Miquiztli.. . . .	9	6	3	26	10	15	4	5	11	25	5	14	12	4	6	24	13	13
Mázatl.	10	7	4	27	11	16	5	6	12	26	6	15	13	5	7	25	III 1	14
Tochtli..	11	8	5	28	12	17	6	7	13	27	7	16	XX 1	6	8	26	2	15
Atl.	12	9	6	29	13	18	7	8	XVII 1	28	8	17	2	7	9	27	3	16
Itzcuintli,. . . .	13	10	7	30	XIV 1	19	8	9	2	29	9	18	3	8	10	28	4	17
Ozomatli.. . . .	XI 1	11	8	31	2	20	9	10	3	30	10	19	4	9	11	29	5	18
Malinalli. . . .	2	12	9	Abril 1	3	21	10	11	4	31	11	20	5	10	12	30	6	19
Acatl.	3	13	10	2	4	22	11	12	5	junio 1	12	21	6	11	13	31	7	20
Océlotl..	4	14	11	3	5	23	12	13	6	2	13	22	7	12	II 1	Agosto 1	8	21
Cuauhtli.	5	15	12	4	6	24	13	14	7	3	XIX 1	23	8	13	2	2	9	22
Cozcacuauhtli.	6	16	13	5	7	25	XVI 1	15	8	4	2	24	9	14	3	3	10	23
Ollin	7	17	XIII 1	6	8	26	2	16	9	5	3	25	10	15	4	4	11	24
Técpatl.	8	18	2	7	9	27	3	17	10	6	4	26	11	16	5	5	12	25
Quiahuitl. . . .	9	19	3	8	10	28	4	18	11	7	5	27	12	17	6	6	13	26
Xóchitl..	10	20	4	9	11	29	5	19	12	8	6	28	13	18	7	7	IV 1	27

AÑO CON EL NUMERAL DIEZ

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	2	28	9	17	3	7	10	27	4	16	11	6	5	26	12	15	6	4	Febro. 24
Ehécatl.	3	29	10	18	4	8	11	28	5	17	12	7	6	27	13	16	7	5	25
Calli.	4	30	11	19	5	9	12	29	6	18	13	8	7	28	XV 1	17	8	6	26
Cuetzpállin. . .	5	31	12	20	6	10	13	30	7	19	XII 1	9	8	29	2	18	9	7	27
Cohuatl.	6	Set. 1	13	21	7	11	IX 1	31	8	20	2	10	9	30	3	19	10	8	28
Miquiztli.. . . .	7	2	VI 1	22	8	12	2	Nov. 1	9	21	3	11	10	31	4	20	11	9	
Mázatl.	8	3	2	23	9	13	3	2	10	22	4	12	11	Enero 1	5	21	12	10	
Tochtli.	9	4	3	24	10	14	4	3	11	23	5	13	12	2	6	22	13	11	
Atl.	10	5	4	25	11	15	5	4	12	24	6	14	13	3	7	23	XVII 1	12	
Itzcuintli. . . .	11	6	5	26	12	16	6	5	13	25	7	15	XIV 1	4	8	24	2	13	
Ozomatli.. . . .	12	7	6	27	13	17	7	6	XI 1	26	8	16	2	5	9	25	3	14	
Malinalli. . . .	13	8	7	28	VIII 1	18	8	7	2	27	9	17	3	6	10	26	4	15	
Acatl..	V 1	9	8	29	2	19	9	8	3	28	10	18	4	7	11	27	5	16	
Océlotl	2	10	9	30	3	20	10	9	4	29	11	19	5	8	12	28	6	17	
Cuauhtli.. . . .	3	11	10	Oct. 1	4	21	11	10	5	30	12	20	6	9	13	29	7	18	
Cozcacuauhtli.	4	12	11	2	5	22	12	11	6	Dic. 1	13	21	7	10	XVI 1	30	8	19	
Ollin.	5	13	12	3	6	23	13	12	7	2	XIII 1	22	8	11	2	31	9	20	
Técpatl.	6	14	13	4	7	24	X 1	13	8	3	2	23	9	12	3	F.bro. 1	10	21	
Quiáhuitl. . . .	7	15	VII 1	5	8	25	2	14	9	4	3	24	10	13	4	2	11	22	
Xochitl..	8	16	2	6	9	26	3	15	10	5	4	25	11	14	5	3	12	23	

AÑO CON EL NUMERAL ONCE

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehualiztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhuitontli.	Junio.	Hueytecuhilhuitl.	Julio.	Tlaxochimaco.	Agosto.
Cipactli.	13	1	7	21	I 1	10	8	30	2	20	9	9	3	29	10	19	4	8
Ehécatl.	XVIII 1	2	8	22	2	11	9	Mayo 1	3	21	10	10	4	30	11	20	5	9
Calli.	2	3	9	23	3	12	10	2	4	22	11	11	5	julio 1	12	21	6	10
Cuetzpallin. . .	3	4	10	24	4	13	11	3	5	23	12	12	6	2	13	22	7	11
Cóhuatl.	4	5	11	25	5	14	12	4	6	24	13	13	7	3	IX 1	23	8	12
Miquiztli.. . . .	5	6	12	26	6	15	13	5	7	25	VI 1	14	8	4	2	24	9	13
Mazatl.	6	7	13	27	7	16	III 1	6	8	26	2	15	9	5	3	25	10	14
Tochtli..	7	8	XX 1	28	8	17	2	7	9	27	3	16	10	6	4	26	11	15
Atl.	8	9	2	29	9	18	3	8	10	28	4	17	11	7	5	27	12	16
Itzcuintli. . . .	9	10	3	30	10	19	4	9	11	29	5	18	12	8	6	28	13	17
Ozomatli.. . . .	10	11	4	31	11	20	5	10	12	30	6	19	13	9	7	29	XI 1	18
Malinalli. . . .	11	12	5	Abril 1	12	21	6	11	13	31	7	20	VIII 1	10	8	30	2	19
Acatl..	12	13	6	2	13	22	7	12	V 1	junio 1	8	21	2	11	9	31	3	20
Océlotl..	13	14	7	3	II 1	23	8	13	2	2	9	22	3	12	10	Agosto 1	4	21
Cuauhtli.. . . .	XIX 1	15	8	4	2	24	9	14	3	3	10	23	4	13	11	2	5	22
Cozcacuauhtli.	2	16	9	5	3	25	10	15	4	4	11	24	5	14	12	3	6	23
Ollin.	3	17	10	6	4	26	11	16	5	5	12	25	6	15	13	4	7	24
Técpatl..	4	18	11	7	5	27	12	17	6	6	13	26	7	16	X 1	5	8	25
Quiáhuitl. . . .	5	19	12	8	6	28	13	18	7	7	VII 1	27	8	17	2	6	9	26
Xóchitl	6	20	13	9	7	29	IV 1	19	8	8	2	28	9	18	3	7	10	27

AÑO CON EL NUMERAL ONCE

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	11	28	5	17	12	7	6	27	13	16	7	6	I 1	26	8	15	2	4	Febro. 24
Ehécatl.	12	29	6	18	13	8	7	28	XVIII 1	17	8	7	2	27	9	16	3	5	25
Calli.	13	30	7	19	XV 1	9	8	29	2	18	9	8	3	28	10	17	4	6	26
Cuetzpállin. . .	XII 1	31	8	20	2	10	9	30	3	19	10	9	4	29	11	18	5	7	27
Cóhuatl.	2	Set. 1	9	21	3	11	10	31	4	20	11	10	5	30	12	19	6	8	28
Miquiztli.. . . .	3	2	10	22	4	12	11	Nov. 1	5	21	12	11	6	31	13	20	7	9	
Mázatl.	4	3	11	23	5	13	12	2	6	22	13	12	7	Enero 1	III 1	21	8	10	
Tochtli..	5	4	12	24	6	14	13	3	7	23	XX 1	13	8	2	2	22	9	11	
Atl.	6	5	13	25	7	15	XVII 1	4	8	24	2	14	9	3	3	23	10	12	
Itzcuintli. . . .	7	6	XIV 1	26	8	16	2	5	9	25	3	15	10	4	4	24	11	13	
Ozomatli.. . . .	8	7	2	27	9	17	3	6	10	26	4	16	11	5	5	25	12	14	
Malinalli. . . .	9	8	3	28	10	18	4	7	11	27	5	17	12	6	6	26	13	15	
Acatl.	10	9	4	29	11	19	5	8	12	28	6	18	13	7	7	27	V 1	16	
Océlotl..	11	10	5	30	12	20	6	9	13	29	7	19	II 1	8	8	28	2	17	
Cuauhtli.. . . .	12	11	6	Oct. 1	13	21	7	19	XIX 1	30	8	20	2	9	9	29	3	18	
Cozcacuauhtli.	13	12	7	2	XVI 1	22	8	11	2	Dic. 1	9	21	3	10	10	30	4	19	
Ollin.	XIII 1	13	8	3	2	23	9	12	3	2	10	22	4	11	11	31	5	20	
Técpatl.	2	14	9	4	3	24	10	13	4	3	11	23	5	12	12	Febro. 1	6	21	
Quiáhuitl. . . .	3	15	10	5	4	25	11	14	5	4	12	24	6	13	13	2	7	22	
Xóchitl	4	16	11	6	5	26	12	15	6	5	13	25	7	14	IV 1	3	8	23	

AÑO CON EL NUMERAL DOCE

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehua-liztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhui-tontli.	Junio.	Hueytecuhil-huitl.	Julio.	Tlaxochima-co.	Agosto.
Cipactli.	9	1	3	21	10	10	4	30	11	20	5	9	12	29	6	19	13	8
Ehécatl. . . .	10	2	4	22	11	11	5	Mayo 1	12	21	6	10	13	30	7	20	XVIII 1	9
Calli.	11	3	5	23	12	12	6	2	13	22	7	11	XV 1	Julio 1	8	21	2	10
Cuetzpállin . .	12	4	6	24	13	13	7	3	XII 1	23	8	12	2	2	9	22	3	11
Cóhuatl. . . .	13	5	7	25	IX 1	14	8	4	2	24	9	13	3	3	10	23	4	12
Miquiztli.. . .	VI 1	6	8	26	2	15	9	5	3	25	10	14	4	4	11	24	5	13
Mázatl.	2	7	9	27	3	16	10	6	4	26	11	15	5	5	12	25	6	14
Tochtli.	3	8	10	28	4	17	11	7	5	27	12	16	6	6	13	26	7	15
Atl.	4	9	11	29	5	18	12	8	6	28	13	17	7	7	XVII 1	27	8	16
Itzcuintli.. . . .	5	10	12	30	6	19	13	9	7	29	XIV 1	18	8	8	2	28	9	17
Ozomatli.. . .	6	11	13	31	7	20	XI 1	10	8	30	2	19	9	9	3	29	10	18
Malinalli.. . . .	7	12	VIII 1	Abril 1	8	21	2	11	9	31	3	20	10	10	4	30	11	19
Acatl.	8	13	2	2	9	22	3	12	10	Junio 1	4	21	11	11	5	31	12	20
Océlotl.. . . .	9	14	3	3	10	23	4	13	11	2	5	22	12	12	6	Agosto 1	13	21
Cuauhtli . . .	10	15	4	4	11	24	5	14	12	3	6	23	13	13	7	2	XIX 1	22
Cozcacuauhtli.	11	16	5	5	12	25	6	15	13	4	7	24	XVI 1	14	8	3	2	23
Ollin.	12	17	6	6	13	26	7	16	XIII 1	5	8	25	2	15	9	4	3	24
Técpatl..	13	18	7	7	X 1	27	8	17	2	6	9	26	3	16	10	5	4	25
Quiáhuitl. . . .	VII 1	19	8	8	2	28	9	18	3	7	10	27	4	17	11	6	5	26
Xóchitl.. . . .	2	20	9	9	3	29	10	19	4	8	11	28	5	18	12	7	6	7

AÑO CON EL NUMERAL DOCE

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzi.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliz-tli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	7	28	I 1	17	8	7	2	27	9	16	3	6	10	26	4	15	11	4	Febro. 24
Ehécatl. . . .	8	29	2	18	9	8	3	28	10	17	4	7	11	27	5	16	12	5	25
Calli.	9	30	3	19	10	9	4	29	11	18	5	8	12	28	6	17	13	6	26
Cuetzpállin. . .	10	31	4	20	11	10	5	30	12	19	6	9	13	29	7	18	XII 1	7	27
Cóhuatl.	11	Set. 1	5	21	12	11	6	31	13	20	7	10	IX 1	30	8	19	2	8	28
Miquiztli.. . . .	12	2	6	22	13	12	7	Nov. 1	VI 1	21	8	11	2	31	9	20	3	9	
Mázatl.	13	3	7	23	III 1	13	8	2	2	22	9	12	3	Enero 1	10	21	4	10	
Tochtli	XX 1	4	8	24	2	14	9	3	3	23	10	13	4	2	11	22	5	11	
Atl.	2	5	9	25	3	15	10	4	4	24	11	14	5	3	12	23	6	12	
Itzcuintli.. . . .	3	6	10	26	4	16	11	5	5	25	12	15	6	4	13	24	7	13	
Ozomatli. . . .	4	7	11	27	5	17	12	6	6	26	13	16	7	5	XI 1	25	8	14	
Malinalli.. . . .	5	8	12	28	6	18	13	7	7	27	VIII 1	17	8	6	2	26	9	15	
Acatl..	6	9	13	29	7	19	V 1	8	8	28	2	18	9	7	3	27	10	16	
Océlotl..	7	10	II 1	30	8	20	2	9	9	29	3	19	10	8	4	28	11	17	
Cuauhtli	8	11	2	Oct. 1	9	21	3	10	10	30	4	20	11	9	5	29	12	18	
Cozcacuauhtli.	9	12	3	2	10	22	4	11	11	Dic. 1	5	21	12	10	6	30	13	19	
Ollin.	10	13	4	3	11	23	5	12	12	2	6	22	13	11	7	31	XIII 1	20	
Técpatl	11	14	5	4	12	24	6	13	13	3	7	23	X 1	12	8	Febro. 1	2	21	
Quiáhuitl. . . .	12	15	6	5	13	25	7	14	VII 1	4	8	24	2	13	9	2	3	22	
Xóchitl..	13	16	7	6	IV 1	26	8	15	2	5	9	25	3	14	10	3	4	23	

AÑO CON EL NUMERAL TRECE

PRIMERA MITAD

	Atlacahualco.	Marzo.	Tlacaxipehua-liztli.	Marzo.	Tozoztontli.	Abril.	Hueytozoztli.	Abril.	Tóxcatl.	Mayo.	Etzacualiztli.	Junio.	Tecuhilhui-tontli.	Junio.	Hueytecuhil-huitl.	Julio.	Tlaxochima-co.	Agosto.
Cipactli.	5	1	12	21	6	10	13	30	7	20	I 1	9	8	29	2	19	9	8
Ehécatl.	6	2	13	22	7	11	XVIII 1	Mayo 1	8	21	2	10	9	30	3	20	10	9
Calli.	7	3	XV 1	23	8	12	2	2	9	22	3	11	10	Julio 1	4	21	11	10
Cuetzpállin. . .	8	4	2	24	9	13	3	3	10	23	4	12	11	2	5	22	12	11
Cóhuatl.	9	5	3	25	10	14	4	4	11	24	5	13	12	3	6	23	13	12
Miquiztli.. . . .	10	6	4	26	11	15	5	5	12	25	6	14	13	4	7	24	VI 1	13
Mázatl.	11	7	5	27	12	16	6	6	13	26	7	15	III 1	5	8	25	2	14
Tochtli..	12	8	6	28	13	17	7	7	XX 1	27	8	16	2	6	9	26	3	15
Atl.	13	9	7	29	XVII 1	18	8	8	2	28	9	17	3	7	10	27	4	16
Itzcuintli.. . . .	XIV 1	10	8	30	2	19	9	9	3	29	10	18	4	8	11	28	5	17
Ozomatli.. . . .	2	11	9	31	3	20	10	10	4	30	11	19	5	9	12	29	6	18
Malinalli . . .	3	12	10	Abril 1	4	21	11	11	5	31	12	20	6	10	13	30	7	19
Acatl..	4	13	11	2	5	22	12	12	6	Junio 1	13	21	7	11	V 1	31	8	20
Océlotl..	5	14	12	3	6	23	13	13	7	2	II 1	22	8	12	2	Agosto 1	9	21
Cuauhtli.. . . .	6	15	13	4	7	24	XIX 1	14	8	3	2	23	9	13	3	2	10	22
Cozcacuauhtli.	7	16	XVI 1	5	8	25	2	15	9	4	3	24	10	14	4	3	11	23
Ollin.	8	17	2	6	9	26	3	16	10	5	4	25	11	15	5	4	12	24
Técpatl	9	18	3	7	10	27	4	17	11	6	5	26	12	16	6	5	13	25
Quiáhuitl. . . .	10	19	4	8	11	28	5	18	12	7	6	27	13	17	7	6	VII 1	26
Xóchitl..	11	20	5	9	12	29	6	19	13	8	7	28	IV 1	18	8	7	2	27

AÑO CON EL NUMERAL TRECE

SEGUNDA MITAD

	Xocohuetzl.	Agosto.	Ochpaniztli.	Setiembre.	Teotleco.	Octubre.	Tepeilhuitl.	Octubre.	Quecholli.	Noviembre.	Panquetzaliztli.	Diciembre.	Atemoztli.	Diciembre.	Tititl.	Enero.	Itzcalli.	Febrero.	Nemontemi.
Cipactli.	3	28	10	17	4	7	11	27	5	16	12	6	6	26	13	15	7	4	Febro. 24
Ehécatl.	4	29	11	18	5	8	12	28	6	17	13	7	7	27	XVIII 1	16	8	5	25
Calli.	5	30	12	19	6	9	13	29	7	18	XV 1	8	8	28	2	17	9	6	26
Cuetzpállin. . .	6	31	13	20	7	10	XII 1	30	8	19	2	9	9	29	3	18	10	7	27
Cóhuatl.	7	Set. 1	IX 1	21	8	11	2	31	9	20	3	10	10	30	4	19	11	8	28
Miquiztli.. . . .	8	2	2	22	9	12	3	Nov. 1	10	21	4	11	11	31	5	20	12	9	
Mázatl.	9	3	3	23	10	13	4	2	11	22	5	12	12	Enero 1	6	21	13	10	
Tochtli..	10	4	4	24	11	14	5	3	12	23	6	13	13	2	7	22	XX 1	11	
Atl.	11	5	5	25	12	15	6	4	13	24	7	14	XVII 1	3	8	23	2	12	
Itzcuintli.. . . .	12	6	6	26	13	16	7	5	XIV 1	25	8	15	2	4	9	24	3	13	
Ozomatli	13	7	7	27	XI 1	17	8	6	2	26	9	16	3	5	10	25	4	14	
Malinalli.. . . .	VIII 1	8	8	28	2	18	9	7	3	27	10	17	4	6	11	26	5	15	
Acatl.	2	9	9	29	3	19	10	8	4	28	11	18	5	7	12	27	6	16	
Océlotl..	3	10	10	30	4	20	11	9	5	29	12	19	6	8	13	28	7	17	
Cuauhtli.. . . .	4	11	11	Oct. 1	5	21	12	11	6	30	13	20	7	9	XIX 1	29	8	18	
Cozcacuauhtli.	5	12	12	2	6	22	13	12	7	Dic. 1	XVI 1	21	8	10	2	30	9	19	
Ollin.	6	13	13	3	7	23	XIII 1	13	8	2	2	22	9	11	3	31	10	20	
Técpatl. . . .	7	14	X 1	4	8	24	2	14	9	3	3	23	10	12	4	Febro. 1	11	21	
Quiáhuit. . . .	8	15	2	5	9	25	3	15	10	4	4	24	11	13	5	2	12	22	
Xóchitl..	9	16	3	6	10	26	4	10	11	5	5	25	12	14	6	3	13	23	

Para usar bien las anteriores tablas, necesitamos dar algunas explicaciones. Primeramente, en el ciclo de cincuenta y dos años, como se divide en cuatro *tlalpilli*, todo año tiene un numeral que está comprendido en las cifras de 1 á 13. En el ciclo mexica los *tlalpilli* son:

1.er TLALPILLI.	2.° TLALPILLI.	3.er TLALPILLI.	4.° TLALPILLI.
1. Tochtli.	1. Acatl.	1. Técpatl.	1. Calli.
2. Acatl.	2. Técpatl.	2. Calli.	2. Tochtli
3. Técpatl.	3. Calli.	3. Tochtli.	3. Acatl.
4. Calli.	4. Tochtli.	4. Acatl.	4. Técpatl.
5. Tochtli.	5. Acatl.	5. Técpatl.	5. Calli.
6. Acatl.	6. Técpatl.	6. Calli.	6. Tochtli.
7. Técpatl.	7. Calli.	7. Tochtli.	7. Acatl.
8. Calli.	8. Tochtli.	8. Acatl	8. Técpatl.
9. Tochtli.	9. Acatl.	9. Técpatl.	9. Calli.
10. Acatl. .	10. Técpatl.	10. Calli	10. Tochtli.
11. Técpatl.	11. Calli.	11. Tochtli.	11. Acatl.
12. Calli.	12. Tochtli.	12. Acatl.	12. Técpatl.
13. Tochtli.	13. Acatl	13. Técpatl.	13. Calli.

Dada, pues, una fecha cualquiera, lo primero es buscar la tabla correspondiente al numeral del año. Supongamos el *yei* ó tres *calli*, entonces tomamos la tabla del *año con el numeral tres*. Supongamos además que es el día *ce coatl*, buscamos el signo *coatl* ó *cóhuatl* en la columna primera ó de los días, y lo encontramos en el quinto lugar; luego seguimos la línea horizontal de los números de las trecenas hasta encontrar el numeral 1. Lo hallamos como principio de la novena trecena y quinto día del mes *Tlaxochimaco*. De tal manera, dado un día determinado con su numeral de un año cualquiera con su numeral también, sabemos inmediatamente á cuál trecena pertenece y qué lugar ocupa en ella, en qué mes ó veintena está y cuál es ahí su número de orden y cuántos días han transcurrido desde el principio del año. Así en este caso han pasado ocho veintenas y estamos en el quinto día de la novena; luego el día *ce coatl* es el ciento sesenta y cinco de ese año. Ahora si queremos saber á qué fecha del calendario europeo corresponde ese día ú otro cualquiera, se encuentra desde luego en la columna siguiente en cuya parte superior está el mes relativo. El *ce coatl* en este caso sería el 13 de agosto, y como el año *yei calli* en la época de la Conquista fué el 1521, queda para el día *ce coatl* del año *yei calli* la fecha de la toma de México por Cortés, de acuerdo con las autoridades citadas antes.

Por el mismo procedimiento, dada una fecha del calendario europeo, se encuentra la correspondiente de los mexica. Nos falta sólo formar la tabla de correspondencia de los años. Para hacerlo basta partir de la fecha conocida *yei calli*, la cual sabemos ya que cayó en 1521, y hacer dos columnas, una partiendo hacia atrás de los años europeos y otra en el mismo sentido de los *tlalpilli* mexica. Este trabajo, completamente necesario para no equivocarse en la relación de los años, fué hecho por Veytia, cuyo original poseemos en nuestra colección, y confirmado por el señor Orozco. Él nos da desde el primer año de nuestra era hasta 1582, que se encuentra en algunos códices jeroglíficos referentes á sucesos ya de la dominación española, la siguiente

TABLA CRONOLÓGICA GENERAL DE LOS AÑOS MEXICA Y SU CORRESPONDENCIA CON LOS EUROPEOS

Años de Jesucristo

4 calli 1.	3 calli 13.	2 calli 25.
5 tochtli 2.	4 tochtli 14.	3 tochtli 26.
6 ácatl 3.	5 ácatl 15.	4 ácatl 27.
7 técpatl 4.	6 Técpatl 16.	5 técpatl 28.
8 calli 5.	7 calli 17.	6 calli 29.
9 tochtli 6.	8 tochtli 18.	7 tochtli 30.
10 ácatl 7.	9 ácatl 19.	8 ácatl 31.
11 técpatl 8.	10 técpatl 20.	9 técpatl 32.
12 calli 9.	11 calli 21.	10 calli 33.
13 tochtli 10.	12 tochtli 22.	11 tochtli 34.
1 ácatl 11.	13 ácatl 23.	12 ácatl 35.
2 técpatl 12.	1 Técpatl 24.	13 técpatl 36.

1 Calli 37.
2 tochtli 38.
3 ácatl 39.
4 técpatl 40.
5 calli 41.
6 tochtli 42.
7 ácatl 43.
8 técpatl 44.
9 calli 45.
10 tochtli 46.
11 ácatl 47.
12 técpatl 48.
13 calli 49.
1 Tochtli 50.
2 ácatl 51.
3 técpatl 52.
4 calli 53.
5 tochtli 54.
6 ácatl 55.
7 técpatl 56.
8 calli 57.
9 tochtli 58.
10 ácatl 59.
11 técpatl 60.
12 calli 61.
13 tochtli 62.
1 Acatl 63.
2 técpatl 64.
3 calli 65.
4 tochtli 66.
5 ácatl 67.
6 técpatl 68.
7 calli 69.
8 tochtli 70.
9 ácatl 71.
10 técpatl 72.
11 calli 73.
12 tochtli 74.
13 ácatl 75.
1 Técpatl 76.
2 calli 77.
3 tochtli 78.
4 ácatl 79.
5 técpatl 80.
6 calli 81.
7 tochtli 82.
8 ácatl 83.
9 técpatl 84.
10 calli 85.
11 tochtli 86.
12 ácatl 87.
13 técpatl 88.
1 Calli 89.
2 tochtli 90.
3 ácatl 91.
4 técpatl 92.
5 calli 93.
6 tochtli 94.
7 ácatl 95.
8 técpatl 96.
9 calli 97.
10 tochtli 98.
11 ácatl 99.
12 técpatl 100.
13 calli 101.
1 Tochtli 102.
2 ácatl 103.
3 técpatl 104.
4 calli 105.
5 tochtli 106.
6 ácatl 107.
7 técpatl 108.
8 calli 109.
9 tochtli 110.
10 ácatl 111.
11 técpal 112.
12 calli 113.
13 tochtli 114.
1 Acatl 115.
2 técpatl 116.
3 calli 117.
4 tochtli 118.
5 ácatl 119.
6 técpatl 120.
7 calli 121.
8 tochtli 122.
9 ácatl 123.
10 técpatl 124.
11 calli 125.
12 tochtli 126.
13 ácatl 127.
1 Técpatl 128.
2 calli 129.
3 tochtli 130.
4 ácatl 131.
5 técpatl 132.
6 calli 133.
7 tochtli 134.
8 ácatl 135.
9 técpatl 136.
10 calli 137.
11 tochtli 138.
12 ácatl 139.
13 técpatl 140.
1 Calli 141.
2 tochtli 142.
3 ácatl 143.
4 técpatl 144.
5 calli 145.
6 tochtli 146.
7 ácatl 147.
8 técpatl 148.
9 calli 149.
10 tochtli 150.
11 ácatl 151.
12 técpatl 152.
13 calli 153.
1 Tochtli 154.
2 ácatl 155.
3 técpatl 156.
4 calli 157.
5 tochtli 158.
6 ácatl 159.
7 técpatl 160.
8 calli 161.
9 tochtli 162.
10 ácatl 163.
11 técpatl 164.
12 calli 165.
13 tochtli 166.
1 Acatl 167.
2 técpatl 168.
3 calli 169.
4 tochtli 170.
5 ácatl 171.
6 técpatl 172.
7 calli 173.
8 tochtli 174.
9 ácatl 175.
10 técpatl 176.
11 calli 177.
12 tochtli 178.
13 ácatl 179.
1 Técpatl 180.
2 calli 181.
3 tochtli 182.
4 ácatl 183.
5 técpatl 184.
6 calli 185.
7 tochtli 186.
8 ácatl 187.
9 técpatl 188.
10 calli 189.
11 tochtli 190.
12 ácatl 191.
13 técpatl 192.
1 Calli 193.
2 tochtli 194.
3 ácatl 195.
4 técpatl 196.
5 calli 197.
6 tochtli 198.
7 ácatl 199.
8 técpatl 200.
9 calli 201.
10 tochtli 202.
11 ácatl 203.
12 técpatl 204.
13 calli 205.
1 Tochtli 206.
2 ácatl 207.
3 técpatl 208.
4 calli 209.
5 tochtli 210.
6 ácatl 211.
7 técpatl 212.
8 calli 213.
9 tochtli 214.
10 ácatl 215 .
11 técpatl 216.
12 calli 217.
13 tochtli 218.
1 Acatl 219.
2 técpatl 220.
3 calli 221.
4 tochtli 222.
5 ácatl 223.
6 técpatl 224.
7 calli 225.
8 tochtli 226
9 ácatl 227.
10 técpatl 228.
11 calli 229.
12 tochtli 230.
13 ácatl 231.
1 Técpatl 232.
2 calli 233.
3 tochtli 234.
4 ácatl 235.
5 técpatl 236.
6 calli 237.
7 tochtli 238.
8 ácatl 239.
9 técpatl 240.
10 calli 241.
11 tochtli 242.
12 ácatl 243.
13 técpatl 244.
1 Calli 245.
2 tochtli 246.
3 ácatl 247.
4 técpatl 248.
5 calli 249.
6 tochtli 250.
7 ácatl 251.
8 técpatl 252.
9 calli 253.
10 tochtli 254.
11 ácatl 255.
12 técpatl 256.
13 calli 257.
1 Tochtli 258.
2 ácatl 259.
3 técpatl 260.
4 calli 261.
5 tochtli 262.
6 ácatl 263.
7 técpatl 264.
8 calli 265.
9 tochtli 266.
10 ácatl 267.
11 técpatl 268.
12 calli 269.
13 tochtli 270.
1 Acatl 271.
2 técpatl 272.
3 calli 273.
4 tochtli 274.
5 ácatl 275.
6 técpatl 276.
7 calli 277.
8 tochtli 278.
9 ácatl 279.
10 técpatl 280.
11 calli 281.
12 tochtli 282.
13 ácatl 283
1 Técpatl 284.
2 calli 285.
3 tochtli 286.
4 ácatl 287.
5 técpatl 288.
6 calli 289.
7 tochtli 290.
8 ácatl 291.
9 técpatl 292.
10 calli 293.
11 tochtli 294.
12 ácatl 295.
13 técpatl 296.
1 Calli 297.
2 tochtli 298.
3 ácatl 299
4 técpatl 300.
5 calli 301.
6 tochtli 302.
7 ácatl 303.
8 técpatl 304.
9 calli 305.
10 tochtli 306.
11 ácatl 307.
12 técpatl 308.
13 calli 309.
1 Tochtli 310
2 ácatl 311.
3 técpatl 312.
4 calli 313.
5 tochtli 314.
6 ácatl 315.
7 técpatl 316.
8 calli 317.
9 tochtli 318.
10 ácatl 319.
11 técpatl 320.
12 calli 321.
13 tochtli 322.
1 Acatl 323.
2 técpatl 324.
3 calli 325.
4 tochtli 326.
5 ácatl 327.
6 técpatl 328.
7 calli 329.
8 tochtli 330.
9 ácatl 331.
10 técpatl 332.
11 calli 333.
12 tochtli 334.
13 ácatl 335.
1 Técpatl 336.
2 calli 337
3 tochtli 338.
4 ácatl 339.
5 técpatl 340.
6 calli 341.
7 tochtli 342.
8 ácatl 343.
9 técpatl 344.
10 calli 345.
11 tochtli 346.
12 ácatl 347.
13 técpatl 348.
1 Calli 349.
2 tochtli 350.
3 ácatl 351.
4 técpatl 352.
5 calli 353.
6 tochtli 354.
7 ácatl 355.
8 técpatl 356.
9 calli 357.
10 tochtli 358.
11 ácatl 359.
12 técpatl 360.
13 calli 361.
1 Tochtli 362.
2 ácatl 363.
3 técpatl 364.
4 calli 365.
5 tochtli 366.
6 ácatl 367.
7 técpatl 368.
8 calli 369.
9 tochtli 370.
10 ácatl 371.
11 técpatl 372.
12 calli 373.
13 tochtli 374.
1 Acatl 375.
2 técpatl 376.
3 calli 377.
4 tochtli 378.
5 acatl 379.
6 técpatl 380.
7 calli 381.
8 tochtli 382.
9 ácatl 383.
10 técpatl 384.
11 calli 385.
12 tochtli 386.
13 ácatl 387.
1 Técpatl 388.
2 calli 389.
3 tochtli 390.
4 ácatl 391.
5 técpatl 392.
6 calli 393.
7 tochtli 394.
8 ácatl 395.
9 técpatl 396.
10 calli 397.
11 tochtli 398.
12 ácatl 399.
13 técpatl 400.
1 Calli 401.
2 tochtli 402.
3 ácatl 403.
4 técpatl 404.
5 calli 405.
6 tochtli 406.
7 ácatl 407.
8 técpatl 408.
9 calli 409.
10 tochtli 410.
11 ácatl 411.
12 técpatl 412.
13 calli 413.
1 Tochtli 414.
2 ácatl 415.
3 técpatl 416.
4 calli 417.
5 tochtli 418.
6 ácatl 419.
7 técpatl 420.
8 calli 421.
9 tochtli 422.
10 ácatl 423.
11 técpatl 424.
12 calli 425.
13 tochtli 426.
1 Acatl 427.
2 técpatl 428.
3 calli 429.
4 tochtli 430.
5 ácatl 431.
6 técpatl 432.
7 calli 433.
8 tochtli 434.
9 ácatl 435.
10 técpatl 436.
11 calli 437.
12 tochtli 438.
13 ácatl 439.
1 Técpatl 440.
2 calli 441.
3 tochtli 442.
4 ácatl 443.
5 técpatl 444.
6 calli 445.
7 tochtli 446.
8 ácatl 447.
9 técpatl 448.
10 calli 449
11 tochtli 450.
12 ácatl 451.
13 técpatl 452.
1 Calli 453.
2 tochtli 454.
3 ácatl 455.
4 técpatl 456.
5 calli 457
6 tochtli 458.
7 acatl 459.
8 técpatl 460.
9 calli 461
10 tochtli 462.
11 acatl 463.
12 técpatl 464.
13 calli 465.
1 Tochtli 466.
2 ácatl 467.
3 técpatl 468.
4 calli 469.
5 tochtli 470.
6 ácatl 471.
7 técpatl 472.
8 calli 473.
9 tochtli 474.
10 ácatl 475.
11 técpatl 476.
12 calli 477.
13 tochtli 478.
1 Acatl 479.
2 técpatl 480.
3 calli 481.
4 tochtli 482.
5 ácatl 483.
6 técpatl 484.
7 calli 485.
8 tochtli 486.
9 ácatl 487.
10 técpatl 488.
11 calli 489.
12 tochtli 490.
13 ácatl 491.
1 Técpatl 492.
2 calli 493.
3 tochtli 494.
4 ácatl 495.
5 técpatl 496.
6 calli 497.
7 tochtli 498.
8 ácatl 499.
9 técpatl 500.
10 calli 501.
11 tochtli 502.
12 ácatl 503.
13 técpatl 504.
1 Calli 505.
2 tochtli 506
3 ácatl 507.
4 técpatl 508.
5 calli 509.
6 tochtli 510.
7 ácatl 511.
8 técpatl 512.
9 calli 513.
10 tochtli 514.
11 ácatl 515
12 técpatl 516.
13 calli 517.
1 Tochtli 518.
2 ácatl 519.
3 técpatl 520.
4 calli 521.
5 tochtli 522
6 ácatl 523.
7 técpatl 524.
8 calli 525.
9 tochtli 526.
10 ácatl 527.
11 técpatl 528.
12 calli 529.
13 tochtli 530.
1 Acatl 531.
2 técpatl 532.
3 calli 533.
4 tochtli 534.
5 ácatl 535.
6 técpatl 536.
7 calli 537.
8 tochtli 538.
9 ácatl 539.
10 técpatl 540.

11 calli 541.
12 tochtli 542.
13 ácatl 543.
1 Técpatl 544.
2 calli 545.
3 tochtli 546.
4 ácatl 547.
5 técpatl 548.
6 calli 549.
7 tochtli 550.
8 ácatl 551.
9 técpatl 552.
10 calli 553.
11 tochtli 554.
12 ácatl 555.
13 técpatl 556.
1 Calli 557.
2 tochtli 558.
3 ácatl 559.
4 técpatl 560.
5 calli 561.
6 tochtli 562.
7 ácatl 563.
8 técpatl 564.
9 calli 565.
10 tochtli 566
11 ácatl 567.
12 técpatl 568
13 calli 569.
1 Tochtli 570.
2 ácatl 571.
3 técpatl 572
4 calli 573.
5 tochtli 574.
6 ácatl 575.
7 técpatl 576.
8 calli 577.
9 tochtli 578.
10 ácatl 579.
11 técpatl 580.
12 calli 581.
13 tochtli 582.
1 Acatl 583.
2 técpatl 584.
3 calli 585.
4 tochtli 586.
5 ácatl 587.
6 técpatl 588.
7 calli 589.
8 tochtli 590.
9 ácatl 591.
10 técpatl 592.
11 calli 593.
12 tochtli 594.
13 ácatl 595.
1 Técpatl 596.
2 calli 597.
3 tochtli 598.
4 ácatl 599.
5 técpatl 600.
6 calli 601.
7 tochtli 602.
8 ácatl 603.
9 técpatl 604.
10 calli 605.
11 tochtli 606.
12 ácatl 607.
13 técpatl 608.
1 Calli 609.
2 tochtli 610.
3 ácatl 611
4 técpatl 612.
5 calli 613.
6 tochtli 614.
7 ácatl 615.
8 técpatl 616.
9 calli 617.
10 tochtli 618.
11 ácatl 619.
12 técpatl 620.
13 calli 621.
1 Tochtli 622.
2 ácatl 623.
3 técpatl 624.
4 calli 625.
5 tochtli 626.
6 ácatl 627.
7 técpatl 628.
8 calli 629.
9 tochtli 630.
10 ácatl 631.
11 técpatl 632.
12 calli 633.
13 tochtli 634.
1 Acatl 635.
2 técpatl 636.
3 calli 637.
4 tochtli 638.
5 ácatl 639.
6 técpatl 640.
7 calli 641.
8 tochtli 642.
9 ácatl 643.
10 técpatl 644.
11 calli 645.
12 tochtli 646.
13 ácatl 647.
1 Técpatl 648.
2 calli 649.
3 tochtli 650.
4 ácatl 651.
5 técpatl 652.
6 calli 653.
7 tochtli 654.
8 ácatl 655.
9 técpatl 656
10 calli 657.
11 tochtli 658.
12 ácatl 659.
13 técpatl 660.
1 Calli 661.
2 tochtli 662.
3 ácatl 663.
4 técpatl 664.
5 calli 665.
6 tochtli 666.
7 ácatl 667.
8 técpatl 668.
9 calli 669.
10 tochtli 670.
11 ácatl 671.
12 técpatl 672.
13 calli 673.
1 Tochtli 674.
2 ácatl 675.
3 técpatl 676.
4 calli 677.
5 tochtli 678.
6 ácatl 679.
7 técpatl 680.
8 calli 681.
9 tochtli 682.
10 ácatl 683.
11 técpatl 684.
12 calli 685.
13 tochtli 686.
1 Acatl 687.
2 técpatl 688.
3 calli 689.
4 tochtli 690.
5 ácatl 691.
6 técpatl 692.
7 calli 693.
8 tochtli 694.
9 ácatl 695
10 técpatl 696.
11 calli 697.
12 tochtli 698.
13 ácatl 699.
1 Técpatl 700.
2 calli 701.
3 tochtli 702.
4 ácatl 703.
5 técpatl 704.
6 calli 705.
7 tochtli 706.
8 ácatl 707.
9 técpatl 708.
10 calli 709.
11 tochtli 710.
12 ácatl 711.
13 técpatl 712.
1 Calli 713.
2 tochtli 714.
3 ácatl 715.
4 técpatl 716.
5 calli 717.
6 tochtli 718.
7 ácatl 719.
8 técpatl 720.
9 calli 721.
10 tochtil 722.
11 ácatl 723.
12 técpatl 724.
13 calli 725.
1 Tochtli 726.
2 ácatl 727.
3 técpatl 728.
4 calli 729.
5 tochtli 730.
6 ácatl 731.
7 técpatl 732.
8 calli 733.
9 tochtli 734.
10 ácatl 735.
11 técpatl 736.
12 calli 737.
13 tochtli 738.
1 Acatl 739.
2 técpatl 740.
3 calli 741.
4 tochtli 742.
5 ácatl 743.
6 técpatl 744.
7 calli 745.
8 tochtli 746.
9 ácatl 747
10 técpatl 748.
11 calli 749.
12 tochtli 750.
13 ácatl 751.
1 Técpatl 752.
2 calli 753.
3 tochtli 754.
4 ácatl 755
5 técpatl 756
6 calli 757.
7 tochtli 758
8 ácatl 759.
9 técpatl 760.
10 calli 761.
11 tochtli 762.
12 ácatl 763.
13 técpatl 764.
1 Calli 765.
2 tochtli 766.
3 ácatl 767.
4 técpatl 768.
5 calli 769.
6 tochtli 770.
7 ácatl 771.
8 técpatl 772.
9 calli 773.
10 tochtli 774.
11 ácatl 775.
12 técpatl 776.
13 calli 777.
1 Tochtli 778.
2 ácatl 779.
3 técpatl 780.
4 calli 781.
5 tochtli 782.
6 ácatl 783.
7 técpatl 784.
8 calli 785.
9 tochtli 786.
10 ácatl 787.
11 técpatl 788
12 calli 789.
13 tochtli 790.
1 Acatl 791.
2 técpatl 792.
3 calli 793.
4 tochtli 794.
5 ácatl 795.
6 técpatl 796.
7 calli 797.
8 tochtli 798.
9 ácatl 799.
10 técpatl 800.
11 calli 801.
12 tochtli 802.
13 ácatl 803.
1 Técpatl 804.
2 calli 805.
3 tochtli 806.
4 ácatl 807.
5 técpatl 808.
6 calli 809.
7 tochtli 810.
8 ácatl 811.
9 técpatl 812.
10 calli 813.
11 tochtli 814.
12 ácatl 815.
13 técpatl 816
1 Calli 817
2 tochtli 818.
3 ácatl 819.
4 técpatl 820.
5 calli 821.
6 tochtli 822.
7 ácatl 823.
8 técpatl 824.
9 calli 825.
10 tochtli 826.
11 ácatl 827.
12 técpatl 828.
13 calli 829.
1 Tochtli 830.
2 ácatl 831.
3 técpatl 832.
4 calli 833.
5 tochtli 834.
6 ácatl 835.
7 técpatl 836.
8 calli 837.
9 tochtli 838.
10 ácatl 839.
11 técpatl 840.
12 calli 841.
13 tochtli 842.
1 Acatl 843.
2 técpatl 844.
3 calli 845.
4 tochtli 846.
5 ácatl 847.
6 técpatl 848.
7 calli 849.
8 tochtli 850.
9 ácatl 851.
10 técpatl 852.
11 calli 853.
12 tochtli 854.
13 ácatl 855.
1 Técpatl 856.
2 calli 857.
3 tochtli 858.
4 ácatl 859.
5 técpatl 860.
6 calli 861.
7 tochtli 862.
8 ácatl 863.
9 técpatl 864.
10 calli 865
11 tochtli 866.
12 ácatl 867.
13 técpatl 868.
1 Calli 869.
2 tochtli 870.
3 ácatl 871.
4 técpatl 872.
5 calli 873.
6 tochtli 874.
7 ácatl 875.
8 técpatl 876.
9 calli 877
10 tochtli 878.
11 calli 879.
12 técpatl 880.
13 calli 881.
1 Tochtli 882.
2 ácatl 883.
3 técpatl 884.
4 calli 885.
5 tochtli 886.
6 ácatl 887.
7 técpatl 888.
8 calli 889.
9 tochtli 890.
10 ácatl 891.
11 técpatl 892.
12 calli 893.
13 tochtli 894.
1 Acatl 895.
2 técpatl 896.
3 calli 897.
4 tochtli 898.
5 ácatl 899.
6 técpatl 900.
7 calli 901.
8 tochtli 902.
9 ácatl 903.
10 técpatl 904.
11 calli 905.
12 tochtli 906.
13 ácatl 907.
1 Técpatl 908.
2 calli 909.
3 tochtli 910.
4 ácatl 911.
5 técpatl 912.
6 calli 913.
7 tochtli 914.
8 ácatl 915.
9 técpatl 616.
10 calli 917.
11 tochtli 918.
12 ácatl 919.
13 técpatl 920.
1 Calli 921.
2 tochtli 922.
3 ácatl 923.
4 técpatl 924.
5 calli 925.
6 tochtli 926.
7 ácatl 927.
8 técpatl 928.
9 calli 929.
10 tochtli 930.
11 ácatl 931.
12 técpatl 932.
13 calli 933.
1 Tochtli 934.
2 ácatl 935.
3 técpatl 936.
4 calli 937.
5 tochtli 938.
6 ácatl 939.
7 técpatl 940
8 calli 941.
9 tochtli 942.
10 ácatl 943.
11 técpatl 944.
12 calli 945.
13 tochtli 946.
1 Acatl 947.
2 técpatl 948.
3 calli 949.
4 tochtli 950.
5 ácatl 951.
6 técpatl 952.
7 calli 953.
8 tochtli 954.
9 ácatl 955.
10 técpatl 956.
11 calli 957.
12 tochtli 958.
13 ácatl 959.
1 Técpatl 960.
2 calli 961.
3 tochtli 962.
4 ácatl 963.
5 técpatl 964.
6 calli 965.
7 tochtli 966.
8 ácatl 967.
9 técpatl 868.
10 calli 969.
11 tochtli 970.
12 ácatl 971.
13 técpatl 972.
1 Calli 973.
2 tochtli 974.
3 ácatl 975.
4 técpatl 976.
5 calli 977.
6 tochtli 978.
7 ácatl 979.
8 técpatl 980.
9 calli 981.
10 tochtli 982.
11 ácatl 983
12 técpatl 984.
13 calli 985.
1 Tochtli 986
2 ácatl 987.
3 técpatl 988.
4 calli 989.
5 tochtli 990.
6 ácatl 991.
7 técpatl 992.
8 calli 993.
9 tochtli 994.
10 ácatl 995.
11 técpatl 996.
12 calli 997.
13 tochtli 998.
1 Acatl 999.
2 técpatl 1000.
3 calli 1001.
4 tochtli 1002.
5 ácatl 1003.
6 técpatl 1004.
7 calli 1005.
8 tochtli 1006.
9 ácatl 1007.
10 técpatl 1008.
11 calli 1009.
12 tochtli 1010.
13 ácatl 1011.
1 Técpatl 1012.
2 calli 1013.
3 tochtli 1014.
4 ácatl 1015.
5 técpatl 1016.
6 calli 1017.
7 tochtli 1018.
8 ácatl 1019.
9 técpatl 1020.
10 calli 1021.
11 tochtli 1022.
12 ácatl 1023.
13 técpatl 1024.
1 Calli 1025
2 tochtli 1026.
3 ácatl 1027.
4 técpatl 1028.
5 calli 1029.
6 tochtli 1030.
7 ácatl 1031.
8 técpatl 1032.
9 calli 1033.
10 tochtli 1034.
11 ácatl 1035.
12 técpatl 1036.
13 calli 1037.
1 Tochtli 1038.
2 ácatl 1039.
3 técpatl 1040.
4 calli 1041.
5 tochtli 1042.
6 ácatl 1043.
7 técpatl 1044.

8 calli 1045.
9 tochtli 1046.
10 ácatl 1047.
11 técpatl 1048.
12 calli 1049.
13 tochtli 1050.
1 Acatl 1051.
2 técpatl 1052.
3 calli 1053.
4 tochtli 1054.
5 ácatl 1055.
6 técpatl 1056.
7 calli 1057.
8 tochtli 1058
9 ácatl 1059.
10 técpatl 1060.
11 calli 1061.
12 tochtli 1062.
13 ácatl 1063.
1 Técpatl 1064.
2 calli 1065.
3 tochtli 1066.
4 ácatl 1067.
5 técpatl 1068.
6 calli 1069.
7 tochtli 1070.
8 ácatl 1071.
9 técpatl 1072.
10 calli 1073.
11 tochtli 1074.
12 ácatl 1075.
13 técpatl 1076.
1 Calli 1077.
2 tochtli 1078.
3 ácatl 1079.
4 técpatl 1080.
5 calli 1081.
6 tochtli 1082.
7 ácatl 1083.
8 técpatl 1084.
9 calli 1085.
10 tochtli 1086.
11 ácatl 1087.
12 técpatl 1088
13 calli 1089.
1 Tochtli 1090.
2 ácatl 1091.
3 técpatl 1092.
4 calli 1093.
5 tochtli 1094.
6 ácatl 1095.
7 técpatl 1096.
8 calli 1097.
9 tochtli 1098.
10 ácatl 1099.
11 técpatl 1100.
12 calli 1101.
13 tochtli 1102.
1 Acatl 1103.
2 técpatl 1104.
3 calli 1105.
4 tochtli 1106.
5 ácatl 1107.
6 técpatl 1108.
7 calli 1109.
8 tochtli 1110
9 ácatl 1111.
10 técpatl 1112.
11 calli 1113.
12 tochtli 1114.
13 ácatl 1115.
1 Técpatl 1116.
2 calli 1117.
3 tochtli 1118.
4 ácatl 1119.
5 técpatl 1120.
6 calli 1121.
7 tochtli 1122.
8 ácatl 1123.
9 técpatl 1124.
10 calli 1125.
11 tochtli 1126.
12 ácatl 1127.
13 técpatl 1128.
1 Calli 1129.
2 tochtli 1130.
3 ácatl 1131.
4 técpatl 1132.
5 calli 1133.
6 tochtli 1134.
7 ácatl 1135.
8 técpatl 1136.
9 calli 1137.
10 tochtli 1138.
11 ácatl 1139.
12 técpatl 1140.
13 calli 1141.
1 Tochtli 1142.
2 ácatl 1143.
3 técpatl 1144.
4 calli 1145.
5 tochtli 1146.
6 ácatl 1147.
7 técpatl 1148.
8 calli 1149.
9 tochtli 1150.
10 ácatl 1151.
11 técpatl 1152.
12 calli 1153.
13 tochtli 1154.
1 Acatl 1155.
2 técpatl 1156.
3 calli 1157.
4 tochtli 1158.
5 ácatl 1159.
6 técpatl 1160.
7 calli 1161.
8 tochtli 1162.
9 ácatl 1163.
10 técpatl 1164.
11 calli 1165.
12 tochtli 1166.
13 ácatl 1167.
1 Técpatl 1168.
2 calli 1169.
3 tochtli 1170.
4 ácatl 1171.
5 técpatl 1172.
6 calli 1173.
7 tochtli 1174.
8 ácatl 1175.
9 técpatl 1176.
10 calli 1177.
11 tochtli 1178.
12 ácatl 1179.
13 técpatl 1180.
1 Calli 1181.
2 tochtli 1182.
3 ácatl 1183.
4 técpatl 1184.
5 calli 1185.
6 tochtli 1186.
7 ácatl 1187.
8 técpatl 1188.
9 calli 1189.
10 tochtli 1190.
11 ácatl 1191.
12 técpatl 1192.
13 calli 1193.
1 Tochtli 1194.
2 ácatl 1195.
3 técpatl 1196.
4 calli 1197.
5 tochtli 1198.
6 ácatl 1199.
7 técpatl 1200.
8 calli 1201.
9 tochtli 1202.
10 ácatl 1203.
11 técpatl 1204.
12 calli 1205.
13 tochtli 1206.
1 Acatl 1207.
2 técpatl 1208.
3 calli 1209.
4 tochtli 1210.
5 ácatl 1211.
6 técpatl 1212.
7 calli 1213.
8 tochtli 1214.
9 ácatl 1215.
10 técpatl 1216.
11 calli 1217.
12 tochtli 1218.
13 ácatl 1219.
1 Técpatl 1220.
2 calli 1221.
3 tochtli 1222.
4 ácatl 1223
5 técpatl 1224.
6 calli 1225.
7 tochtli 1226.
8 ácatl 1227.
9 técpatl 1228.
10 calli 1229.
11 tochtli 1230.
12 ácatl 1231.
13 técpatl 1232.
1 Calli 1233.
2 tochtli 1234.
3 ácatl 1235
4 técpatl 1236.
5 calli 1237.
6 tochtli 1238.
7 ácatl 1239
8 técpatl 1240.
9 calli 1241.
10 tochtli 1242.
11 ácatl 1243
12 técpatl 1244.
13 calli 1245.
1 Tochtli 1246.
2 ácatl 1247.
3 técpatl 1248.
4 calli 1249.
5 tochtli 1250.
6 ácatl 1251.
7 técpatl 1252.
8 calli 1253.
9 tochtli 1254.
10 ácatl 1255.
11 técpatl 1256.
12 calli 1257.
13 tochtli 1258.
1 Acatl 1259.
2 técpatl 1260
3 calli 1261.
4 tochtli 1262.
5 ácatl 1263.
6 técpatl 1264.
7 calli 1265.
8 tochtli 1266.
9 ácatl 1267.
10 técpatl 1268.
11 calli 1269.
12 tochtli 1270.
13 ácatl 1271.
1 Técpatl 1272
2 calli 1273.
3 tochtli 1274.
4 ácatl 1275.
5 técpatl 1276.
6 calli 1277.
7 tochtli 1278.
8 ácatl 1279.
9 técpatl 1280.
10 calli 1281.
11 tochtli 1282.
12 ácatl 1283.
13 técpatl 1284.
1 Calli 1285.
2 tochtli 1286.
3 ácatl 1287
4 técpatl 1288.
5 calli 1289.
6 tochtli 1290.
7 ácatl 1291.
8 técpatl 1292.
9 calli 1293.
10 tochtli 1294.
11 ácatl 1295.
12 técpatl 1296.
13 calli 1297.
1 Tochtli 1298.
2 ácatl 1299.
3 técpatl 1300.
4 calli 1301
5 tochtli 1302.
6 ácatl 1303
7 técpatl 1304.
8 calli 1305.
9 tochtli 1306.
10 ácatl 1307.
11 técpatl 1308.
12 calli 1309
13 tochtli 1310.
1 Acatl 1311.
2 técpatl 1312.
3 calli 1313.
4 tochtli 1314.
5 ácatl 1315.
6 técpatl 2316.
7 calli 1317.
8 tochtli 1318.
9 ácatl 1319.
10 técpatl 1320.
11 calli 1321.
12 tochtli 1322.
13 ácatl 1323.
1 Técpatl 1324.
2 calli 1325.
3 tochtli 1326.
4 ácatl 1327.
5 técpatl 1328.
6 calli 1329.
7 tochtli 1330.
8 ácatl 1331.
9 técpatl 1332.
10 calli 1333.
11 tochtli 1334.
12 ácatl 1335.
13 técpatl 1336.
1 Calli 1337.
2 tochtli 1338.
3 ácatl 1339.
4 técpatl 1340.
5 calli 1341.
6 tochtli 1342.
7 ácatl 1343.
8 técpatl 1344.
9 calli 1345.
10 tochtli 1346.
11 ácatl 1347.
12 técpatl 1348.
13 calli 1349.
1 Tochtli 1350.
2 ácatl 1351.
3 técpatl 1352.
4 calli 1353.
5 tochtli 1354
6 ácatl 1355.
7 técpatl 1356.
8 calli 1357.
9 tochtli 1358.
10 ácatl 1359.
11 técpatl 1360.
12 calli 1361.
13 tochtli 1362.
1 Acatl 1363.
2 técpatl 1364.
3 calli 1365.
4 tochtli 1366.
5 ácatl 1367.
6 técpatl 1368.
7 calli 1369.
8 tochtli 1370.
9 ácatl 1371.
10 técpatl 1372.
11 calli 1373.
12 tochtli 1374.
13 ácatl 1375.
1 Técpatl 1376.
2 calli 1377.
3 tochtli 1378.
4 ácatl 1379.
5 técpatl 1380.
6 calli 1381.
7 tochtli 1382.
8 ácatl 1383.
9 técpatl 1384.
10 calli 1385.
11 tochtli 1386.
12 ácatl 1387.
13 técpatl 1388.
1 Calli 1389.
2 tochtli 1390.
3 acatl 1391
4 técpatl 1392.
5 calli 1393
6 tochtli 1394.
7 acatl 1395.
8 técpatl 1396.
9 calli 1397.
10 tochtli 1398.
11 acatl 1399.
12 técpatl 1400.
13 calli 1401.
1 Tochtli 1402.
2 ácatl 1403.
3 técpatl 1404.
4 calli 1405.
5 tochtli 1406.
6 ácatl 1407
7 técpatl 1408.
8 calli 1409.
9 tochtli 1410.
10 ácatl 1411.
11 técpatl 1412.
12 calli 1413.
13 tochtli 1414.
1 Acatl 1415.
2 técpatl 1416.
3 calli 1417.
4 tochtli 1418.
5 ácatl 1419
6 técpatl 1420.
7 calli 1421.
8 tochtli 1422.
9 ácatl 1423.
10 técpatl 1424.
11 calli 1425.
12 tochtli 1426.
13 ácatl 1427.
1 Técpatl 1428.
2 calli 1429.
3 tochtli 1430.
4 ácatl 1431.
5 técpatl 1432.
6 calli 1433.
7 tochtli 1434.
9 ácatl 1435.
9 técpatl 1436.
10 calli 1437.
11 tochtli 1438.
12 ácatl 1439.
13 técpatl 1440.
1 Calli 1441.
2 tochtli 1442.
3 ácatl 1443.
4 técpatl 1444.
5 calli 1445.
6 tochtli 1446.
7 ácatl 1447.
8 técpatl 1448.
9 calli 1449.
10 tochtli 1450.
11 ácatl 1451.
12 técpatl 1452.
13 calli 1453.
1 Tochtli 1454.
2 ácatl 1455.
3 técpatl 1456.
4 calli 1457.
5 tochtli 1458.
6 ácatl 1459.
7 técpatl 1460.
8 calli 1461.
9 tochtli 1462.
10 ácatl 1463.
11 técpatl 1464.
12 calli 1465.
13 tochtli 14f6.
1 Acatl 1467.
2 técpatl 1468.
3 calli 1469
4 tochtli 1470.
5 acatl 1471.
6 técpatl 1472.
7 calli 1473.
8 tochtli 1474.
9 ácatl 1475.
10 técpatl 1476.
11 calli 1477.
12 tochtli 1478.
13 ácatl 1479.
1 Técpatl 1480.
2 calli 1481.
3 tochtli 1482.
4 ácatl 1483.
5 técpatl 1484.
6 calli 1485.
7 tochtli 1486.
8 ácatl 1487.
9 técpatl 1488.
10 calli 1489.
11 tochtli 1490.
12 ácatl 1491.
13 técpatl 1492.
1 Calli 1493.
2 tochtli 1494.
3 ácatl 1495.
4 técpatl 1496.
5 calli 1497.
6 tochtli 1498
7 ácatl 1499.
8 técpatl 1500.
9 calli 1501.
10 tochtli 1502.
11 ácatl 1503.
12 técpatl 1504.
13 ácalli 1505.
1 Tochtli 1506
2 ácatl 1507.
3 técpatl 1508.
4 calli 1509.
5 tochtli 1510.
6 ácatl 1511.
7 técpatl 1512.
8 calli 1513.
9 tochtli 1514.
10 ácatl 1515.
11 técpatl 1516.
12 calli 1517
13 tochtli 1518.
1 Acatl 1519.
2 técpatl 1520.
3 calli 1521.
4 tochtli 1522.
5 ácatl 1523.
6 técpatl 1524.
7 calli 1525.
8 tochtli 1526
9 ácatl 1527.
10 técpatl 1528.
11 calli 1529.
12 tochtli 1530.
13 ácatl 1531.
1 Técpatl 1532.
2 calli 1533.
3 tochtli 1534.
4 ácatl 1535.
5 técpatl 1536.
6 calli 1537.
7 tochtli 1538.
8 ácatl 1539.
9 técpatl 1540.
10 calli 1541.
11 tochtli 1542.
12 ácatl 1543.
13 técpatl 1544.
1 Calli 1545.
2 tochtli 1546.
3 ácatl 1547.
4 técpatl 1548.

5 calli 1549.
6 tochtli 1550.
7 ácatl 1551.
8 técpatl 1552.
9 calli 1553.
10 tochtli 1554.
11 ácatl 1555.
12 técpatl 1556.
13 calli 1557.
1 Tochtli 1558.
2 ácatl 1559.
3 técpatl 1560.
4 calli 1561.
5 tochtli 1562.
6 ácatl 1563.
7 técpatl 1564.
8 calli 1565.
9 tochtli 1566.
10 ácatl 1567.
11 técpatl 1568.
12 calli 1569.
13 tochtli 1570.
1 Acatl 1571.
2 técpatl 1572.
3 calli 1573.
4 tochtli 1574.
5 ácatl 1575.
6 técpatl 1576.
7 calli 1577.
8 tochtli 1578.
9 ácatl 1579.
10 técpal 1580.
11 calli 1581.
12 tochtli 1582.

Pues todavía debemos resolver algunas dificultades que podrían producir equivocaciones.

Se habrá notado en las tablas de los años la ausencia completa de los acompañados; los mexica los suprimieron en la cita de fechas para simplificar su calendario. Muchas fechas encontramos, ya en pinturas jeroglíficas, ya en esculturas cronológicas, y nunca se ven en ellas acompañados. Como en cada año los cien últimos días tienen los mismos signos que los cien primeros, el objeto de los acompañados era anteriormente evitar esa confusión. ¿Cómo pudo conseguirse suprimido el uso de éstos? Desde luego, en los primeros doscientos sesenta días del año no era posible la equivocación, y en los cien siguientes bastaba agregar el signo del mes respectivo. Encontramos empleado este método, por



Rueda de los meses y sus signos

ejemplo, en las tres primeras pinturas de los soles y en el relieve del lado occidental del monumento de Xochicalco.



Rueda de los años

Era, además, más cómodo el uso de los signos de las veintenas, porque habían hecho de ellos símbolos ideográficos que pudieran llamarse cursivos, mientras que los de los acompañados eran rostros de deidades, difíci-

les de pintar y fáciles de confundir en el uso común. Encontramos dos muestras diferentes de los signos ideográficos de las veintenas ó meses, y en ambas son sencillos y fáciles de pintar. Es la una la rueda que agregó Veytia á su Historia; y aunque en ella se ve que ha procurado perfeccionarse el dibujo, se nota bien el carácter de los signos. Lo mismo debemos decir de la otra que publicó Clavigero.

Pero los mexica encontraron un método más sencillo que no necesitaba del uso del signo del mes. Como de esto no hablan los autores, hemos tenido que recurrir á los monumentos originales, y de ahí sacamos la siguiente regla que evita toda equivocación; si el día es de los primeros doscientos sesenta, se pone primero su signo y después el del año, y si es de los cien últimos, se pone primero el del año y después el del día. Los ejemplos de esto son, sin embargo, raros, y sin duda debió preferirse y es más seguro el método de usar el signo de la veintena.

Podía también haber equivocaciones en los signos de los años, supuesto que se repetía el mismo cada cincuenta y dos. Hasta ahora ha parecido insoluble esta dificultad, y generalmente se salvaba en los jeroglíficos históricos poniendo la cronología año por año, como en los códices Mendocino, Vaticano, Telleriano y de M. Aubin y en las tiras del Museo y de Tepéchpan ó



Rueda de los días

señalando por lo menos los ciclos sucesivos de á cincuenta y dos años con el símbolo del *xiuhmolpilli*,

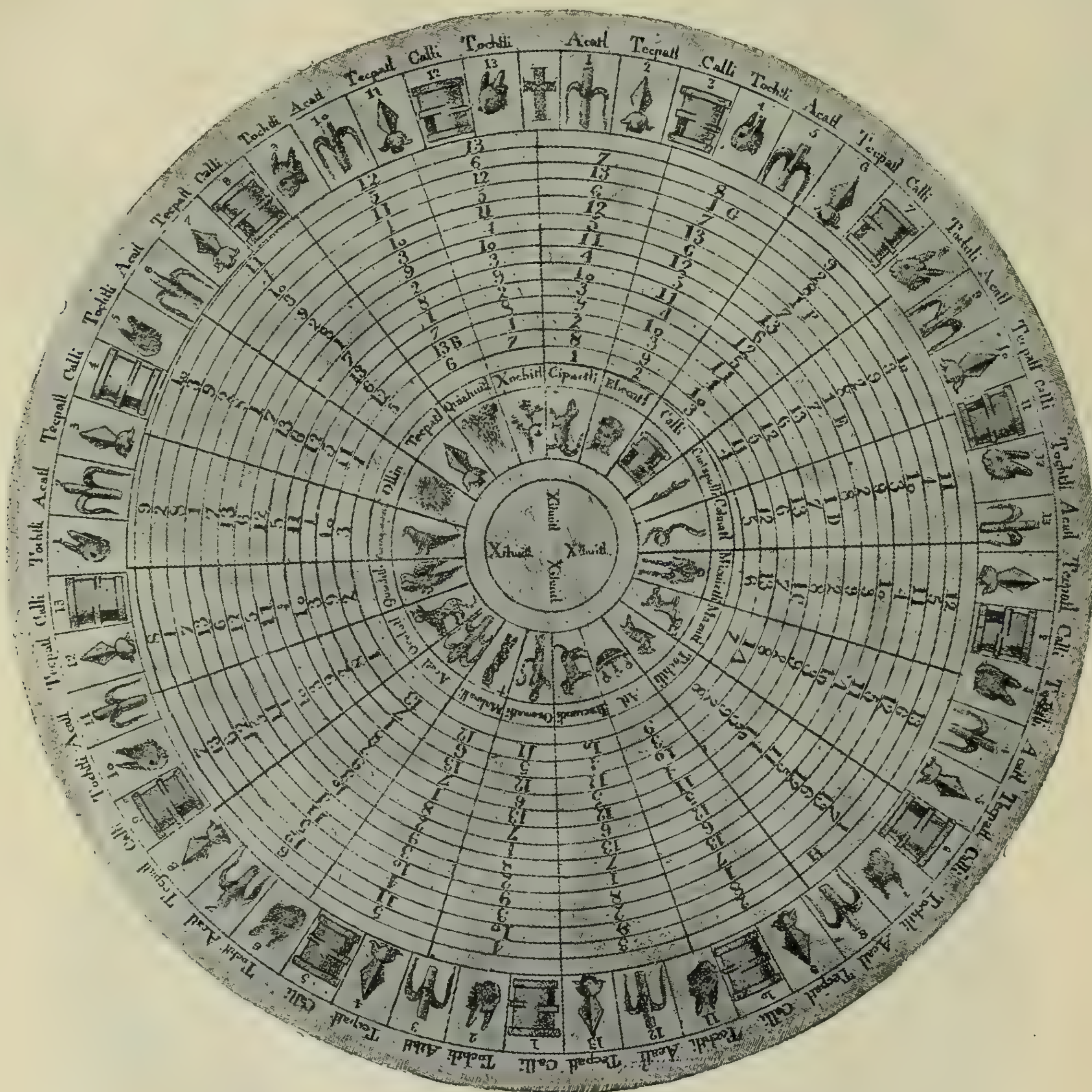


Rueda de días y años

como en el cuadro de la peregrinación azteca. Así, conocida la fecha de un hecho importante y contando desde ella los años ó *xiuhmolpilli* transcurridos, se puede fijar perfectamente la cronología de esas pinturas.

De esta manera y sirviéndose de ellas, han determinado los historiadores las fechas de los principales sucesos de la historia de los mexica, y ya se ha visto cómo las hemos utilizado.

Pero en los monumentos se ven aisladas fechas esculpidas, las cuales, por no poderse relacionar con otras, inducen á equivocaciones. Creemos haber encontrado el método que las fijaba. Si en el códice Borgiano se observan las pinturas relativas al gran ciclo de 1,040 años, se notará que en su parte superior corren los signos de los días empezando por *ácatl*. Ahora bien, éstos son veinte como veinte son los ciclos de á cincuenta y dos años que hay en un gran período de 1,040. ¿No sería que para distinguir cada ciclo menor se le agregaba un signo diurno empezando por *ácatl?* Parece confirmarlo el hecho de que monumentos esculpidos en el primer ciclo después de la corrección, de 1455 á 1507, todos tienen fecha de año *ácatl*. Esto no puede ser casual, y se observa en la Piedra del Sol, en la relativa á la dedicación del Templo, en la escultura colosal de *Coatlicue* y otros. Si esto se confirmara, tendríamos el método seguro civil para que no se confundieran los años en el gran período de 1,040.



Rueda de caracol

Nos resta tratar otro punto referente al día intercalar ó bisiesto. ¿En qué año se hacía la intercalación en el calendario civil? Supuesto que correspondía cada cuatro años y la cuenta del *xiuhmolpilli* comienza por *ome ácatl*, debería hacerse al fin de los años *tochtli*. Pero en contra de esto tenemos que la corrección de ocho días en el gran ciclo astronómico se hace precisamente en el año *ce tochtli*, porque se han intercalado doscientos sesenta días, lo que supone necesariamente que la intercalación en el calendario civil se hacía en los años *calli*. Así era, en efecto, á pesar de que la cuenta comenzaba por el *ome ácatl*. Todavía más: esto completó y perfeccionó la reforma cronológica. Con la supresión de trece días se había despreciado una fracción de 0,20, y con retrotraer la cuenta del intercalar á que cayese en *calli* se habia compensado con el resíduo de un año *tochtli*, ó sea 0,25 poco menos. Así el error en 1,716 años se reducía á menos de 0,05.

Queremos notar la rara coincidencia de que, por virtud de las diversas reformas del calendario, resultó

que el año mexica comenzaba en el mismo día que el año romano, y que el intercalar se agregaba en la fecha correspondiente al bisiesto. Pero había la diferencia de que los años bisiestos tocaban en los *técpatl*, y los intercalares mexica eran los *calli*. Así es que la intercalación se hacía entre los mexica al año siguiente de aquel en que la hacían los europeos.

Concluiremos lo relativo al año civil con las ruedas que hacían los mexica para expresar la cuenta del tiempo. Estas ruedas las recibieron de los tolteca, pues hemos visto dos de barro negro sacadas de las excavaciones de Tóllan. Tenemos la rueda de días, la de meses, la de años, la de días y años y la de meses y años. Entre éstas es notable por su ejecución el barro policromo de la cuenta de años, siendo de notar que en él se sigue el sistema tolteca de comenzar por *técpatl*. Después de leer este signo, se sigue por los primeros numerales de los otros tres cuadros, luego por los segundos de los cuatro, en seguida por los terceros hasta llegar á trece; se continúa con el segundo signo de la misma manera y por el tercero y cuarto hasta completar los cincuenta y dos años del ciclo.

Pero la rueda verdaderamente útil y la combinación ingeniosa y completa es la de caracol. Están en círculo alrededor del centro los veinte caracteres de los días, y del primero parte una espiral dividida en casillas numeradas que corresponden á los símbolos. La numeración es de 1 á 13, y por lo mismo cada signo con el numeral 1 nos da una trecena. Además cada vez que se llega á *cipactli* nos da una veintena ó mes y el numeral correspondiente á ese signo. Como la rueda producía sólo doscientos sesenta días, había que comenzar de nuevo hasta el sexto *cipactli* para el segundo año, el cual tiene el numeral 10, y después agregando otras cinco casillas al 11 con el numeral 6, y así sucesivamente de cinco en cinco casillas del *cipactli* tendremos el principio de los años. Estos se van contando arriba á partir de *tochtli*, según el calendario de los mexica; aunque el de caracol que existe y que creemos es el de Olmos, empieza por *ácatl*, lo cual indica origen acolhua. Así en este caracol, con sólo seguirlo en su orden, repitiéndolo cuantas veces fuese necesario para recorrer la rueda exterior de los años, se producían todas las combinaciones de los días en las trecenas, veintenas, años, *tlalpilli* y *xiuhmolpilli*, formándose el período perfecto ó ciclo de cincuenta y dos años.

Verdaderamente el caracol que conocemos, si se atiende á la descripción manuscrita, sea de Olmos ó Motolinía, corresponde al sistema tolteca en que se ponían signos á los *nemontemi*, pues dice que los días no hacían ciclo hasta los cincuenta y dos años y que todas las veintenas de un año comenzaban por su mismo signo. Esto y el que aparece en la rueda exterior como primer año el *ácatl*, nos confirman en la idea de que el caracol es acolhua, y en la creencia de que en el reino de Texcoco no se aceptó la reforma mexica y se continuó usando el sistema tolteca con la sola diferencia de comenzar por *ácatl* el ciclo.

Podemos, pues, decir que los mexica fueron el pueblo que mayor adelanto alcanzó en la cronología.

CAPÍTULO XIX

El calendario astronómico. — Reformas que recibió cuando la corrección mexica. — Períodos de á doscientos sesenta días que se van desarrollando en el gran ciclo astronómico. — Períodos de á doscientos sesenta años. — Signos de los veinte días empleados para marcar los años del calendario astronómico. — Calendario perpétuo astronómico. — Explicación de los cuatro cuadros del ritual Vaticano. — Acompañados astronómicos. — Signos iniciales del calendario astronómico mexica. — Tabla de correspondencia de los años con los signos iniciales. — Relación constante con los cuatro astros. — Métodos para distinguir los cuatro períodos del gran ciclo. — Intercalación de sesenta y cinco días cada doscientos sesenta años. — Cambio de orden de los iniciales. — Otro método de intercalación agregando al fin del gran ciclo un año de doscientos sesenta días. — Árboles cruciformes que servían para distinguir los cuatro períodos del gran ciclo. — Corrección — Períodos mayores á que se refiere Fábrega. — Monumento relativo al período astronómico perfecto de 1040 años — Su explicación. — Nueva división del año consignada en el vaso sagrado de Cholula. — Determinación del paso del sol por el meridiano de México. — División agrícola del año. — El calendario rural. — El ritual ó sagrado. — Su origen de la combinación de los nueve acompañados. — Gran ciclo sagrado de trescientos doce años. — Combinaciones que resultan. — Ciclo de veinticuatros años. — Período lunar de setenta y dos años. — Monumento primitivo con los tres diferentes períodos cronológicos. — Formación tolteca del ciclo sagrado. — Su introducción entre los mayas — El ciclo de ahaus. — Su traslación al territorio de los mounds. — Conchas grabadas. — Sello de Tlatelolco. — Fiestas movibles — Fiestas de los períodos.

El calendario astronómico casi había alcanzado su perfección desde la época tolteca, y puede decirse que la obtuvo con la reforma mexica. Dos variaciones le produjo ésta: que se comenzase á contar el principio del año trópico en el primer día del mes *Atlacahualco* ó sea en 1.° de marzo, y que por lo mismo el día inicial del gran ciclo de 1040 años fuese *ce cipactli*, y que al cabo de ese período se hiciese la supresión de los ocho días para corregir el exceso de intercalación.

En el calendario astronómico en realidad no se tenía cuenta de veintenas ni de *nemontemi*, sino que los años de doscientos sesenta días se iban sucediendo sin interrupción hasta que hacían ciclo, lo que tomando en cuenta la intercalación no sucedía al fin de un año trópico hasta que habían transcurrido 1461 de aquéllos ó sean 1040 solares. Es curioso que el número de años rituales resulte aquí igual al de los comunes del año sóthico.

Este período de 1040 años solares se dividía para la intercalación en cuatro menores de á doscientos sesenta. Aquí nos resulta otro dato también curioso: en cada uno de esos períodos menores cabían trescientos sesenta y cinco años rituales, es decir, el mismo número de los días del año solar.

La intercalación se hacía, como ya se ha dicho, de sesenta y cinco días al fin de cada período de doscientos sesenta años, y pasado el cuarto se procedía á la corrección en el inmediato *ce tochtli* del calendario civil. Por lo mismo el primer año del gran ciclo astronómico mexica comenzó á contarse por virtud de la corrección en el día *ce cipactli* del año *ce tochtli*, que correspondió al nuestro de 1454: así es que hoy no habría terminado aún, supuesto que su fin alcanzaba al año 2494.

El calendario astronómico se diferenciaba del civil en la manera de consignar los años. No lo hacía con los signos cronográficos *ácatl*, *técpatl*, *calli* y *tochtli*, pues éstos en todas sus combinaciones posibles con los numerales del 1 al 13 sólo dan 52 años. Usaba de los veinte signos de los días que en su combinación producen doscientos sesenta. Pero no los empleaba con numerales porque entonces se habrían confundido con los días. Así cuando encontramos *ce cipactli* sabemos que es el primer día del gran ciclo; pero el primer año astronómico solamente *cipactli*.

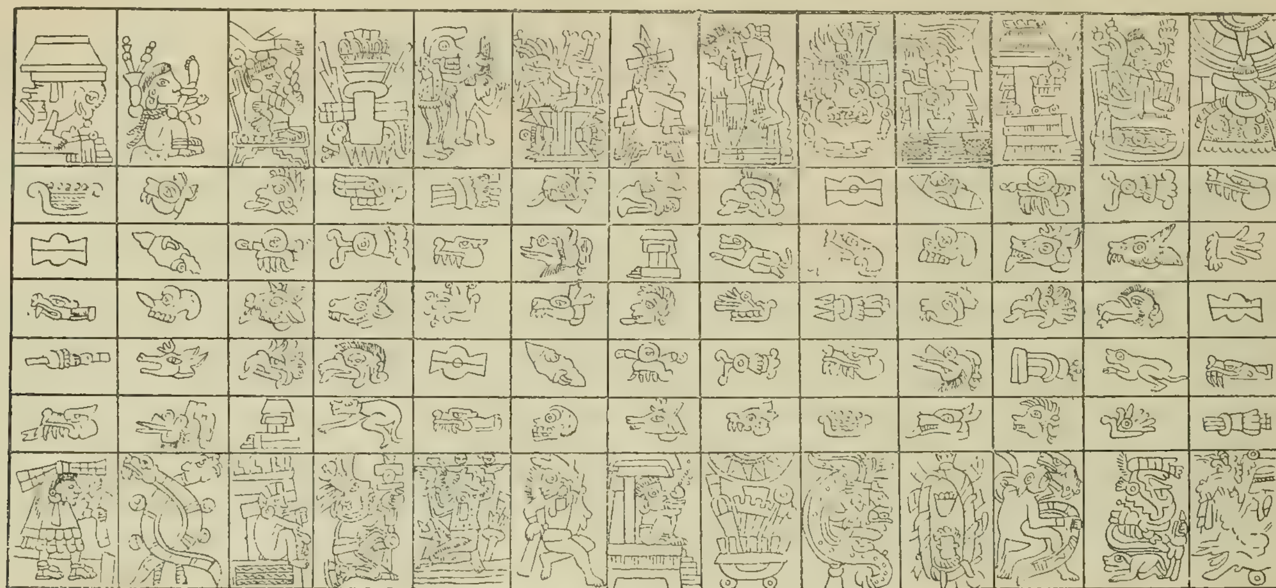
Mas la falta de numerales traería necesariamente la confusión porque el mismo signo se repite trece veces en el período de doscientos sesenta años, y es necesario buscar la manera que para distinguirlos usaron los astrónomos mexica.

Por fortuna se conservan tres calendarios astronómicos con este período sucesivo de doscientos sesenta años, uno en el códice Borgiano, otro en el de Bolonia y el tercero en el ritual Vaticano. Como los tres corresponden al mismo sistema, nos contentaremos con hacer la descripción del último.

En el Kingsborough está dividido en cuatro cuadros ó pinturas, los cuales corresponden á lo que podríamos llamar páginas dobles del original; pero como éste es una tira que va doblándose á manera de biombo entre

dos tablillas, puede decirse que es una sola pintura: le dejaremos, sin embargo, dividido en los cuatro cuadros como está en la impresión, pues ésta es la que en todas partes puede consultarse.

Cada cuadro se compone de siete líneas horizontales de figuras: éstas son trece en cada línea colocadas en cuadretes separados. La línea superior y la inferior no contienen signos de días, sino símbolos astronómicos, cuyo objeto explicaremos después. En las cinco líneas intermedias corren los signos de los días. Para seguirlos en su orden es preciso juntar los cuatro cuadros y comenzar por la línea inferior de izquierda á derecha, volver al principio de la segunda y seguir hasta el fin de la quinta, lo cual produce doscientos sesenta signos divi-



Calendario perpétuo astronómico. — Cuadro primero

didos en cinco líneas de á cincuenta y dos, ó sea un período de doscientos sesenta años y sus cinco ciclos de á cincuenta y dos años.

Estos cuatro cuadros así reunidos vienen á constituir un verdadero calendario astronómico perpétuo, y vamos á explicarlo. Empezando por el año, nos da los doscientos sesenta días del ritual; si seguimos los otros ciento cinco para completar el solar, hallamos que el principio del segundo año cae en el mismo signo de la sexta casilla de la primera línea: así es que si el



Calendario perpétuo astronómico. — Cuadro segundo

primer año del gran ciclo comienza por *cipactli*, el segundo lo hace por *miquiztli*. Por idéntica operación hallamos el inicial del tercer año en el signo undécimo de la primera línea inferior, el cual es *ozomatli*, y el del cuarto año en el décimosexto, que es *cozcacuauhtli*. Continuando la operación en el período de doscientos sesenta años se repiten sucesivamente los mismos iniciales y se observa que los años *Cipactli, Miquiztli, Ozomatli* y *Cozcacuauhtli* comienzan por un día que lleva su mismo signo. Hagamos más perceptibles este sistema por la siguiente tabla:

Comienzan por el día *cipactli*. . . . . los años. . . . . *Cipactli.*
Cóhuatl.
Atl.
Acatl.
Ollin.

Comienzan por el día *miquiztli*. . . . los años. . . . . *Ehécatl.*
Miquiztli.
Itzcuintli.
Océlotl.
Técpatl.

Comienzan por el día *ozomatli*. . . . . los años. . . . . *Calli.*
Mázatl.
Ozomatli.
Cuauhtli.
Quiáhuitl.

Comienzan por el día *cozcacuauhtli*. los años. . . . . *Cuetzpállin.*
Tochtli.
Malinalli.
Cozcacuauhtli
Xóchitl.



Calendario perpétuo astronómico. — Cuadro tercero

Varias reflexiones nos sugiere la anterior tabla. Por virtud de la reforma mexica quedaron como iniciales, siempre correspondiendo á los cuatro astros, los signos

Cipactli, sol.
Miquiztli, estrella de la mañana.
Ozomatli, luna.
Cozcacuauhtli, tierra.

Resulta también el primer día por inicial de todos los años, cuyo signo es referente al sol, el segundo



Calendario perpétuo astronómico. — Cuadro cuarto

de los relativos á la estrella, el tercero de los pertenecientes á la luna y el cuarto de los que corresponden á la tierra. Ya se comprenderá ahora la razón de por qué en los jeroglíficos se representa de preferencia á los cuatro astros con esos cuatro signos.

Ahora bien, cada vez que transcurría un año solar, se pasaba en el calendario astronómico al signo inmediato, y cuando se habían pasado los cincuenta y dos signos de la primera línea se había repetido setenta y tres veces la cuenta de los doscientos sesenta días de todo el cuadro. La misma operación tenía lugar con las otras cuatro líneas, y así cuando terminaba el período

de doscientos sesenta años solares, habían transcurrido trescientos sesenta y cinco años rituales.

Aquí viene la observación de cómo se distinguían los doscientos sesenta años para no confundirse, puesto que se expresaban con sólo veinte signos sin numeración que los determinase. Para esto servían las líneas de acompañados astronómicos que se ven en lo alto y en la parte baja de los cuadros. Los acompañados son cincuenta y dos que van por su orden con los años de la primera línea inferior que comienza por *cipactli:* así los años de esa línea no pueden confundirse porque aquéllos los distinguen. Y como los cincuenta y dos acompañados continúan en el mismo orden, comenzando con los otros signos del sol, *ácatl, cóhuatl, óllin* y *atl,* resultan cinco combinaciones diferentes que nos dan $5 \times 52 = 260$ años que no pueden equivocarse uno con otro.

Desde luego ocurre que si en la combinación del período de doscientos sesenta años la equivocación no era posible, sí tendría lugar en los cuatro del gran ciclo de 1040 años, porque en ellos tenían que repetirse los mismos signos; pero había dos medios de evitar la confusión. El primero era el cambio necesario de los días iniciales por motivo de la intercalación. El primer signo de cada línea en los cuatro cuadros, siguiendo su lectura como si estuvieran juntos, nos da los veinte principios de todas las trecenas y asimismo los veinte principios de los *tlalpilli* de años; los cinco iniciales del primer cuadro, que lo son al mismo tiempo de todas las cinco líneas horizontales unidas, son el principio de los cinco ciclos de á cincuenta y dos años; pero al cabo de los doscientos sesenta hay que intercalar sesenta y cinco días; por lo cual el nuevo período comienza por el día inicial de la segunda línea del



Arboles cruciformes que servían de signos á los cuatro períodos de á 260 años

segundo cuadro; el tercero por el día inicial de la tercera línea del tercer cuadro, y el cuarto por el inicial de la cuarta línea del cuarto cuadro.

Así los cuatro iniciales van cambiando en los cuatro períodos de á doscientos sesenta años de la siguiente manera:

Primer período: *cipactli, miquiztli, ozomatli, cozcacuauhtli.*

Segundo período: *miquiztli, ozomatli, cozcacuauhtli, cipactli.*

Tercer período: *ozomatli, cozcacuauhtli, cipactli, miquiztli.*

Cuarto período: *cozcacuauhtli, cipactli, miquiztli, ozomatli.*

Para volver á empezar á los 1040 años por *cipactli.*

Esta diferencia de iniciales evitaba la confusión; pero el sistema citado de intercalación es del códice Borgiano, y no parece que sea del ritual Vaticano: en éste debió seguirse el método iniciado por Fábrega, de contar los cuatro períodos de á doscientos sesenta años sin intercalación ninguna é intercalar al fin del cuarto un año ritual entero de doscientos sesenta días, lo que daba exactamente el mismo resultado. En este caso los cuatro períodos de doscientos sesenta años tenían los mismos iniciales; pero cada período se marcaba y distinguía por un árbol cruciforme que le era propio, y en el mismo ritual pueden verse las figuras diversas de los cuatro árboles, y sobre ellos, en otros cuadretes, cuatro deidades con el mismo objeto y representación; debajo de los cuadros corre una línea dividida en cuatro partes, la primera con los cinco signos iniciales del primer cuadro del calendario perpétuo, la segunda con los del segundo, la tercera con los del tercero y la cuarta con los del cuarto.

Pasados los 1040 años se hacía la corrección ya explicada de ocho días, y seguíanse desarrollando los grandes ciclos del calendario astronómico, sin que llegase á haber el error de un día sino después de más de 23,000 años, como ya se ha dicho.

El gran ciclo de 1040 años era el período perfecto astronómico, aunque Fábrega nos habla de otros mayo-

res, que no encontramos justificados como método cronológico. El período de doscientos sesenta años y el gran ciclo de 1040 se hallan, por el contrario, no sólo en las pinturas, sino en un monumento esculpido. Cuando por primera vez llegó su dibujo á nuestras manos sin antecedente ni indicación, nos sorprendió, no menos que al señor Orozco, un sol con cinco rayos,



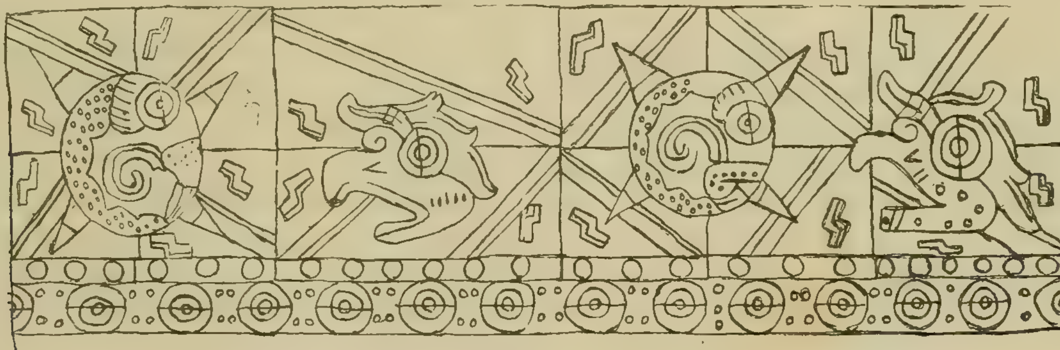
Relieve del gran ciclo

y al fin convinimos en que no era posible explicar esa figura; y hasta ahora en nuestro estudio de esta materia no hemos venido á caer en la cuenta de lo que significa. Los cinco rayos con sus puntos son los cinco ciclos de á cincuenta y dos años que forman el período de á doscientos sesenta, los veinte glifos de las aspas nos dan veinte *xiuhmolpilli* ó sea el gran ciclo de 1040 años, formado también por los cinco rayos con sus cinco puntos y las cinco aspas con los suyos. En este monumento hay la particularidad de que comienza en uno de sus lados con la estrella de la tarde en su forma de astro, y concluye en el otro con la misma, aunque de distinta figura, como para significar que al fin de dichos 1040 años hacen ciclo los años solares y los de doscientos sesenta días. Pero hay además en ese



Costado del relieve

último lado un cuadrete, el cual merece explicarse. Tiene alrededor veinte numerales y en el centro un conejo, *tochtli*, con un numeral á su espalda y tres á su rostro. Si leemos primero veinte veces *ce tochtli*, equivaldrá á veinte períodos de á cincuenta y dos años ó sea el de 1040; pero si leemos cuatro *tochtli*, tendremos que explicárnoslo por la referencia de los signos de los días á los ciclos y daría el mismo resultado ó



Pinturas del vaso sagrado de Cholula relativas á la división del año

por la relativa á cuatro períodos de á doscientos sesenta años representados por el *tochtli*, lo cual da también igual producto.

No concluiríamos si quisiéramos explicar todas las combinaciones prodigiosas del calendario astronómico ocultas aún bajo el velo de los jeroglíficos y que apenas podrán empezarse á conocer con muchos años de estudios; pero para concluir esta materia daremos cuenta de una nueva división del año en cuatro partes, lo cual no tiene por origen la común de las cuatro estaciones, sino una especial consignada en las pinturas de un vaso sagrado de Cholula.

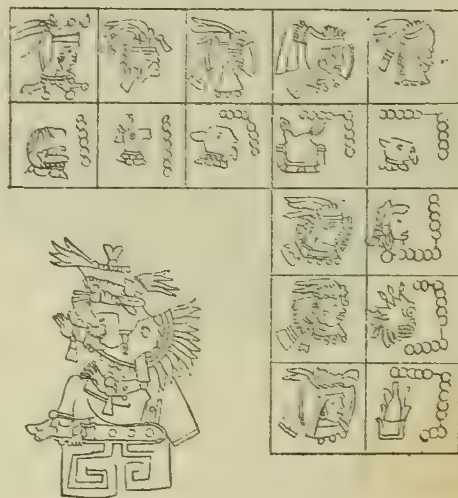
Si extendemos en un plano las figuras del vaso resultan dos grupos del sol y de *cozcacuauhtli*, la tierra: la dirección de las figuras y de las líneas que las unen, indican perfectamente en su variación que se trata de representar las diferentes posiciones de ambos astros. Si tomando primero el grupo segundo observamos la figura del sol, notaremos que la estrella del *coatl* contenido en su círculo, está sobre la línea meridiana, indicando la llegada del astro al meridiano: en esta casilla están marcadas cuatro veintenas. Procuremos explicárnosla. Desde 1.° de marzo al 17 de mayo, en que por primera vez el sol pasa por el meridiano,

hay cuatro veintenas menos tres días, y como en el vaso la anotación es sólo por veintenas y medias veintenas, están anotadas cuatro. El segundo cuadrete, en que está *cozcacuauhtli*, tiene tres y media veintenas ó sean setenta días. En efecto, á los setenta días del 17 de mayo vuelve á pasar el sol por el meridiano el 25 de julio; pero como antes se habían contado cuatro veintenas completas, llega la nueva cuenta hasta el ocho *ozomatli*, y como los mexica computaban el primer paso en el día *ce quiáhuitl* ó 18 de mayo, ya se comprenderá por qué ambas fechas están en la Piedra del Sol. En el otro grupo la estrella del sol está sobre la línea solsticial, porque las seis y media veintenas marcadas en su cuadrete llegan hasta el 6 de diciembre en el mes *Panquetzaliztli* cerca del solsticio. No fué éste, sin embargo, el objeto del nuevo período, sino completar los doscientos ochenta días del de la estrella de la tarde y marcar el principio del de la mañana. Finalmente, el último cuadrete tiene cuatro veintenas para terminar el año. $4 + 3\frac{1}{2} + 6\frac{1}{2} + 4 = 18$ veintenas. Así los mexica dividían su año en cuatro períodos: primero, del principio, correspondiente á nuestro 1.° de marzo, al primer paso del sol por el meridiano de la ciudad; segundo, del primero al segundo paso por el meridiano; tercero, de entonces al día correspondiente á nuestro 6 de diciembre, época en que se completaba el período verdadero de doscientos ochenta días de la estrella y se terminaba el año agrícola, quedando como cuarta parte del año el tiempo de fríos, que en México abraza los meses de diciembre, enero y febrero, correspondientes á las cuatro veintenas de esa última parte.

Aun cuando esta división se apoya en una base astronómica, parece que más bien tiene un objeto rural, pues verdaderamente forma dos partes: una del principio del año al del tiempo de fríos, dentro de la cual se hacen todas las operaciones de la agricultura, y otra que forma el invierno, inútil para los trabajos agrícolas de los mexica. Acaso éste sería el cuarto calendario de que nos habla Boturini, conforme al cual *los labradores podrán gobernarse*. La verdad es que ya hemos explicado cómo las fiestas religiosas de los mexica en las veintenas correspondían á las diversas labores y al diferente estado del campo en el año natural, y hemos dicho que el manuscrito Troano no es más que un calendario rural referente de preferencia al cultivo del tabaco.

Réstanos ahora tratar del calendario ritual. De pronto parece que nada tenemos que agregar, supuesto que corre de doscientos sesenta en doscientos sesenta días sin preocuparse más que de las fiestas religiosas. Pero por lo mismo que no debían cuidarse de ningún otro período civil ó astronómico corrían en él los días y los acompañados sin interrupción y sin sujetarse, como en el año civil, al mismo período de doscientos sesenta días. Si observamos la última trecena del *tonalámatl* del códice Vaticano, como no se refiere al año civil ni al astronómico sino al ritual y por eso marca minuciosamente las fiestas de las trecenas y las intermedias, veremos que no trae la combinación de los acompañados de manera que terminen con los días en el período de doscientos sesenta como en aquellos años; por el contrario, en el último octiduo corren los ocho primeros acompañados, quedando pendiente el noveno para el siguiente *tonalámatl*.

¿De qué manera se formará entonces el ciclo ritual? Cuando los acompañados hayan hecho su evolución, es



Último octiduo del año ritual

decir, cada nueve *tonalámatl*. Pero éstos no hacen ciclo en el período solar. Si tomamos el *tlalpilli* de trece años dan 4,745 días, y en ellos no caben exactamente los 2,340 del ciclo de los acompañados. Si computamos un ciclo de cincuenta y dos años, tampoco hay correspondencia exacta ni el número de días es divisible por nueve, pues debemos tomar en consideración los intercalares. Bajo estas condiciones ¿cuándo, pues, se forma ciclo de los acompañados? A los ciento cincuenta y seis años y á los trescientos doce; pero se prefería la segunda cifra porque encerraba tres *huehueliztli* completos. En efecto, este período sagrado tiene 113,958 días, cifra exactamente divisible por nueve. Veamos qué nos dice este gran ciclo ritual que ahora encontramos.

Resultan las siguientes combinaciones:

3 *Huehueliztli* de á 104 años.

6 *Xiuhmolpilli* de á 52 años.

24 *Tlalpilli* de á 13 años.

312 años solares.

438 años del *Tonalámatl* con los 78 intercalares correspondientes.

5,694 veintenas ó meses, más los intercalares.

8,766 trecenas.

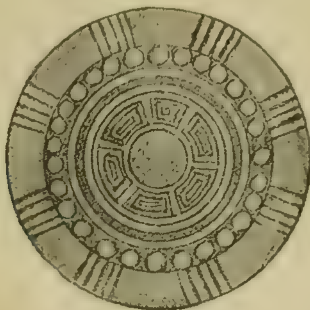
113,958 días.

12,662 veces los 9 acompañados.

Combinaciones semejantes nos resultan del sólo ciclo de los acompañados sin tomar en consideración el

ciclo del *Tonalámatl.* Los acompañados no hacen ciclo en un año, porque teniendo éste trescientos sesenta y cinco días sobran cinco. No lo hacen en el *Tlalpilli* de trece años, porque los sesenta y cinco *nemontemi* dan siete veces los acompañados y sobran dos más cuatro de los intercalares. El ciclo se hace á los veinticuatro años en que contando todos sus días, inclusos los intercalares, tendremos 8,766, en los cuales corren exactamente los acompañados novecientas setenta y cuatro veces.

Si comparamos este ciclo de veinticuatro años con el período de Saros de los caldeos, el cual era de diez y ocho años, correspondientes á doscientas veintitrés lunaciones, al cabo de los cuales se encuentran el sol y la luna en la misma posición, observaremos que



Piedra del Museo Nacional que representa el gran ciclo sagrado

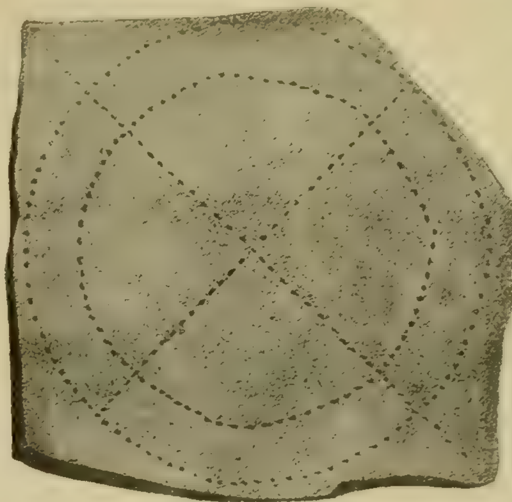
cuatro ciclos lunares nos dan setenta y dos años, lo mismo que tres ciclos de los acompañados.

$$18 \times 4 = 24 \times 3$$

Ciertamente hay el error de unos pocos días en el período de Saros; pero debió ser imperceptible en los cálculos primitivos de aquellos pueblos. De todos modos nos sirve para dar con el elemento lunar que entraba como componente en el calendario nahoa: en su expresión más sencilla lo formaban los nueve acompañados, en su combinación mayor el período de setenta y dos años, y como cifra de unidad el ciclo de veinticuatro años de los mismos acompañados.

Este período de setenta y dos años debió formarse desde tiempo muy atrás, pues en las ruinas de nuestra frontera del Norte existe una gran losa de más de veintiocho varas cuadradas, en la cual, por medio de dos círculos concéntricos, un diámetro y una tangente en ángulo recto con el diámetro, todo marcado con grupos ó puntos, se señalan los períodos cronológicos. Primeramente, en el círculo interior hay ochenta puntos, no contando naturalmente los de los diámetros, los cuales dan los ochenta años del ciclo nahoa. En segundo lugar los ciento cuatro puntos de la circunferencia exterior producen la edad ó *huehueliztli* tolteca. Y finalmente, los grupos del diámetro y la tangente, sin contar naturalmente los que ya se contaron en la circunferencia exterior, forman los setenta y dos años del ciclo lunar y de los acompañados.

Pero el ciclo de veinticuatro años no correspondía exactamente al de cincuenta y dos, y al tomar éste por tipo los tolteca, combinando ambas cifras, hicieron el



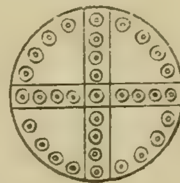
Gran losa con la combinación de los períodos cronológicos

gran ciclo sagrado multiplicando 24 por el número simbólico 13, lo que dió 312 años.

$$24 \times 13 = 52 \times 6$$

Dividido este gran ciclo sagrado en cuatro partes, da el período de setenta y ocho años que corresponde aproximadamente al ciclo lunar ó de oro del astrónomo griego Meton. Las diferencias de exactitud de los cálculos de estos períodos lunares, nos están demostrando que su origen corresponde á las épocas primitivas. Por eso después el período de trescientos doce años quedó ya sin objeto cronológico, y únicamente como ciclo sagrado.

Supuesto que los autores no han hablado de él, veamos si encontramos sus trazas en la historia. Desde luego se nos presentan entre los mayas los *ahau* de á veinticuatro años del señor Pío Pérez, los cuales con-



Concha grabada con puntos cronológicos

fundió con los Katunes de á veinte, y que también le daban el gran ciclo de á trescientos doce años.

Hoy podemos decir que este período sagrado dominó en el sacerdocio maya, porque lo vamos á encontrar transportado por las emigraciones al territorio de los *mounds.* Entre las conchas grabadas encontradas en los *mounds,* tenemos primeramente un círculo atravesado por dos diámetros que forman la cruz del *ollin;* en cada diámetro hay nueve puntos y en la circunferencia veinte, y contando los de tres brazos de la cruz tenemos trece: de manera que hay en el grabado las

cifras 9, 13 y 20, que forman las combinaciones del calendario ritual y su ciclo.

El origen maya de estas ideas y la teogonía solar en la región de los *mounds* se confirman con las figuras esculpidas en otra concha encontrada en el sur de Missouri. En nuestro concepto representa la operación de sacar el fuego con el *mamalhuaztli,* y el jeroglífico posterior es el signo ideográfico de ese elemento. Las dos figuras con su lengua fuera lo confirman, y el



Concha grabada con la imagen del dios del fuego

tocado, la máscara sagrada y el traje con el *maxtli* ó *ex,* así como la ornamentación y carácter, todo es semejante al estilo maya.

Pero como si no fueran suficientes estos datos y los *mounds* se empeñaran en revelar los secretos que por siglos habían ocultado, se ha descubierto otra concha grabada en Nashville, Tennessee. La concha es



Concha grabada con el gran ciclo sagrado

de la especie *Busycon perversum,* es decir, de las que se encuentran en el Golfo de México. Fué hallada por el profesor Powell cerca de la cabeza de un esqueleto, lo cual hace suponer que la tenía puesta el cadáver como amuleto. El carácter de amuletos de estas conchas está bien reconocido por los profesores americanos, y el profesor Holmes comprende que deben tener relación con la cronología, fundándose en que el culto del sol se encontró en los natches. Nosotros podemos decir con más seguridad que esa concha representa el gran ciclo sagrado en sus tres combinaciones.

La parte central se compone de tres hojas que se unen en la estrella y dan la primera combinación:

3 *huehueliztli,* $3 \times 104 = 312$

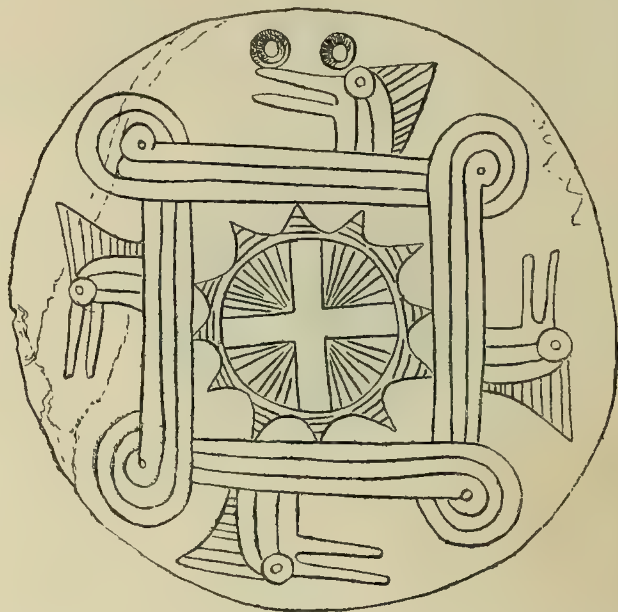
En el círculo inmediato hay seis grandes puntos ó círculos que dan la segunda combinación:

6 *xiuhmolpilli,* $6 \times 52 = 312$

Y finalmente, en la parte exterior tenemos trece círculos más grandes que dan la tercera combinación:

$$13 \times 24 = 312$$

Todavía citaremos otra concha mayor y grabada de mano maestra, perteneciente á la región del Mississipí, en la cual vemos un cuadrado con una cabeza de ave,



Concha grabada con los períodos cronológicos de los acompañados

al parecer garza, en cada lado, y dentro un círculo con la cruz del *óllin* rodeado de doce rayos. Advertiremos que otra concha con un grabado igual, encontrada cerca del río Cumberland, tiene no más ocho rayos. De todos modos, estos números 8 y 12 se presentan como extraños á las combinaciones cronológicas hasta hoy estudiadas, pero no al período ritual de veinticuatro años.

Gran extrañeza nos causó este cuadrado con las cuatro aves, y ciertamente no hubiéramos podido venir al cabo de su explicación, si en las excavaciones últimamente hechas en Tlatelolco no se hubiese encontrado un sello semejante.

Este curiosísimo dibujo tiene, en efecto, las cuatro cabezas de ave en las extremidades del cuadro; en el centro la cruz del *óllin;* después tres líneas circulares que dan los tres *huehueliztli* ó trescientos doce años; en seguida un círculo de diez y ocho puntos, en los cuales vemos las veintenas y dos veces los acompañados; luego cinco círculos que multiplicados por el ciclo de cincuenta y dos años producen el período de doscientos sesenta, y finalmente, setenta rayos. Si éstos se suman con los seis que están abajo al lado de la otra cruz, resultarán setenta y seis ó cuatro veces el ciclo

de oro de á diez y nueve años. Si sumamos todos los rayos, círculos, puntos y cruces, tendremos:

Cruces. . . .	2
Círculos. . .	8
Puntos. . . .	18
Rayos.. . . .	76
	104 ó sea la edad *huehueliztli.*

Por último, los seis rayos gruesos de abajo á los lados de la cruz producen seis ciclos de á cincuenta y dos años ó sea el período sagrado de trescientos doce.



Sello cronológico de Tlatelolco

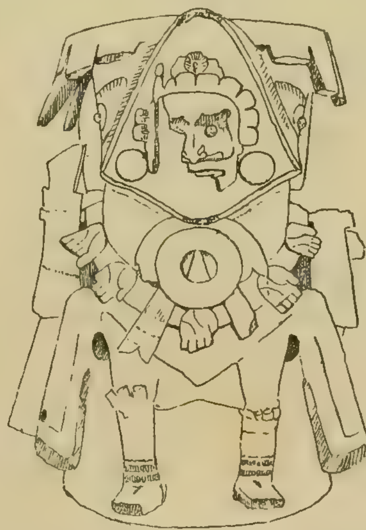
Pero notemos que esas seis líneas están divididas en dos partes de á tres cada una: la razón es porque los acompañados solos, sin relación á los veinte días, hacen ciclo á los ciento cincuenta y seis años, tomando en cuenta los intercalares, después que ha hecho ciclo el *Tonalámatl.* Esto nos explica la gargantilla de seis cuentas que se pone siempre al sol *Tonatiuh*, dividida en dos partes por la lengua del astro. Es la representación del gran ciclo ritual ó sagrado de trescientos doce años.

Como consecuencia natural el calendario ritual producía las fiestas movibles del civil, si bien éstas por el espíritu del pueblo mexica siempre eran de carácter religioso. Sahagún nos da cuenta de catorce fiestas movibles, de las cuales trece correspondían á signos determinados de días cada vez que tornaban, y una es la ya descrita en honra del sol y en el signo *nahui óllin.* Como estos signos eran del año ritual y su correspondencia con los días del civil variaba en cada uno de los trece del *tlalpilli*, de ahí venía lo movible de sus fiestas. En todas ellas se hacían diferentes ceremonias especiales, ya de oraciones, ofrendas y ayunos, ya de sacrificios personales, de codornices y cautivos, haciéndose cuando había lugar danzas y banquetes.

Por no hacerse cada año, Sahagún considera también movible la que de cuatro en cuatro se dedicaba al sol, pues este período menor era base de los tres calendarios civil, ritual y astronómico.

De la misma manera considera otra fiesta que se celebraba cada ocho años, período que no entra en combinación en los calendarios civil y astronómico, y es exclusivo del ritual. Ocho es la tercera parte del ciclo de veinticuatro años de los acompañados, y multiplicado por éstos, $8 \times 9 = 72$, produce el ciclo lunar.

La fiesta que se celebraba cada ocho años se llamaba *Atamalqualiztli* ó ayuno á pan y agua. Por virtud del retroceso que en el principio del año tenían los calendarios ritual y astronómico, caía unas veces en el mes *Quecholli* y otras en el *Tepeilhuitl.* Tenían una ceremonia llamada *Inextihua* ó buscar fortuna, y en ella fingían que bailaban todos los dioses, y así es que en la danza se ataviaban de diversos trajes, unos de animales, como *tzinácan* ó murciélagos, como mariposas, moscas ó escarabajos; otros llevaban á cuestas un hombre durmiendo y decían que era el sueño; algunos bailaban adornados con sartas de tamales ó figurando que cargaban leña ó verdura, y otros, en fin, se fingían bubosos. En medio de la danza estaba la imagen de *Tlaloc* y delante del dios una gran balsa de agua con culebras y ranas: ciertos danzantes llamados *mazateca* tomaban con las bocas á las ranas y á las culebras, y bailando se las tragaban. Otros hacían la danza alrededor del *teocalli*, y cada vez que pasaban delante de unos cestos que allí había y se llamaban *tonacacuexcómatl*, les daban tamales hechos de sólo maíz sin sal, ni cal, ni otra mezcla. Hacían el ayuno para dar descanso al mantenimiento, y al día siguiente se llamaba *molpololo*, que significa comer otras cosas, porque ya se había hecho penitencia por el mantenimiento. En esta fiesta lloraban las viejas mirando la danza, porque pensaban que habían de morir antes que se repitiese.



Brasero del Fuego nuevo, que se conserva en el Museo Nacional

La deidad principal y todos los símbolos eran referentes á la luna y á la noche, como fiesta correspondiente á los acompañados nocturnos.

En fin, la última fiesta periódica y más solemne era la del fuego nuevo que se celebraba cada cincuenta y dos años, y extensamente hemos descrito ya. Se dedicaba, como ya hemos dicho, á *Xiuhtletl*, padre de los dioses y elemento creador, base de la cosmogonía y deidad protectora que ofreciendo y dando vida al poderoso imperio de los mexica, se ostentaba majestuosa en el brasero sagrado del Huixachtlán.

LIBRO QUINTO

GRANDEZA Y RUINA DE MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO

Principio del engrandecimiento de México. — Nombramiento de Axayácatl. — Introducción del agua de Chapultepec. — Netzahualcóyolt hace reconocer por su heredero á Netzahualpilli y le nombra por tutor y regente á Acapipóltzin. — Muerte de Netzahualcóyotl. — Guerras supuestas en el principio del reinado de Axayácatl. — Los tlatelolca se preparan á la guerra contra Tenochtitlán. — Buscan inútilmente aliados. — Teconal — Axayácatl se prepara en secreto á la defensa. — Situación de Tenochtitlán y Tlatelolco. — Edad de Axayácatl. — Ataque nocturno de los tlatelolca. — Tlazolyáoyotl. — Triunfo de los tenochca. — Embajada de paz que mandó Axayácatl. — Ataque y toma de Tlatelolco. — Ecatzintzímitl. — Muerte de Moquihuix — Aliados que tenían los tenochca en Tlatelolco. — Destrucción de Tlatelolco y castigo de sus habitantes. — Establecimiento definitivo del imperio de México. — Victoria de Matlatzinco. — Piedras de sacrificio labradas en tiempo de Axayácatl. — La Piedra del Sol. — Su historia. — Su solemne estreno y consagración. — Su magnitud y peso. — Su prodigioso relieve. — Explicación de todas las figuras en ella labradas. — Sus combinaciones cronológicas. — Las dos culebras que la rodean. — Representaciones astronómicas. — Verdadera posición de la Piedra. — Su carácter de cuauhxicalli. — Lugar en que estaba colocada y sacrificios que en ella se hacían. — Errores del profesor Valentino y del señor Molera. — Colocación que equivocadamente le daba Gama. — Suposición de que en ella se colocaban gnomones con hilos. — Resultados que darían para marcar los equinoccios, los solsticios y los pasos del sol por el zenit de México. — La otra piedra labrada en tiempo de Axayácatl. — Piedras primitivas del sacrificio. — Las mesas ó téchcatl. — El Temalácatl ó piedra del sacrificio gladiatorio de la época de Moteczuma Ilhuicamina. — Descripción de las solemnidades de ese sacrificio. — Lujosa concurrencia. — La pelea. — Sacrificio en el cuauhxicalli. — Los sacerdotes chachalmeca. — Diversas piedras de sacrificio de que se tienen noticias. — Los cuauhxicalli de Moteczuma Ilhuicamina y Axayácatl. — El cuauhxicalli de los corazones. — Su descripción. — El tajón ó téchcatl. — Forma de este sacrificio. — El téchcatl del Museo. — Los yugos. — Vasos para los sacrificios. — El vaso del sol. — Vaso de Cholula. — Estado social que revelan las piedras descritas.

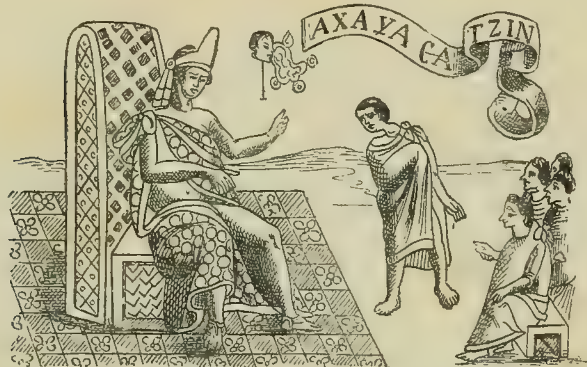
Itzcoatl había asegurado la autonomía de Tenochtitlán y creado su poder guerrero, Moteczuma Ilhuicamina organizó la nacionalidad, constituyó la monarquía, y de entonces debía partir el engrandecimiento de aquel pueblo que, pobre y fugitivo, llegó á esconder su desgracia entre las cañas del lago, y que ya se enseñoreaba del Anáhuac, llevando sus armas victoriosas más allá de las montañas del Valle. Todavía era obstáculo la existencia del reino de Tlatelolco; todavía isla y ciudad no se podían llamar la gran México. Pero en los reinados sucesivos iba al fin á alcanzarse el soñado engrandecimiento; y tanto, que los demás pueblos se borran en la historia ante el esplendor y superioridad de México.

Muerto Moteczuma Ilhuicamina, como sólo dejó una hija legítima y las mujeres no podían gobernar y de sus nietos era el mayor Axayácatl, mancebo aun de unos quince años, debía entrar en el poder Tlacaelétzin, hermano del rey difunto, y así fué designado y electo para sucederle. Pero viejo ya y exento de ambiciones, no quiso aceptar el *copilli* real é instó para que se proclamase al mancebo Axayácatl señor de México. Así se hizo con el consentimiento de los señores de Tlacópan y Texcoco, celebrándose suntuosas fiestas en la coronación.

Tocaba entonces Netzahualcóyotl al fin de su vida, y se distinguió en los obsequios que hizo al nuevo rey tenochca, él que tanta parte había tenido en la libertad y desarrollo de la ciudad de Moteczuma. A este propósito encontramos en los anales manuscritos en mexicano que habiéndose comenzado en el año doce *calli*, 1465, el acueducto para traer el agua de Chapultepec, llegó ésta á la ciudad en el siguiente año trece *tochtli*, 1466, apadrinando el acto Netzahualcóyotl.

Sintiendo este rey que la muerte se le acercaba, ya por seguir el ejemplo de su padre, ya por asegurar más el trono á su hijo Netzahualpilli, quiso que se le reconociese por su heredero y sucesor. Debió pasar esto, según nuestra cuenta, en el año cinco *ácatl,* 1471, pues Netzahualpilli tenía á la sazón siete años. Tomólo el rey en sus brazos, y le cubrió con el traje real que él mismo llevaba puesto; hizo entrar á los embajadores de los señores de México y Tlacópan y á sus hijos naturales Ichantlatátzin, Acapipióltzin, Ahuexiquetzáltzin y Hecauhuétzin, los cuales eran presidentes de los consejos, y allí lo proclamó é hizo reconocer, nombrando por su tutor y regente á Acapipióltzin. Debió pasar esto hacia el fin del año, porque á poco murió Netzahualcóyotl en el seis *técpatl,* 1472.

Algunos historiadores nos pintan á Axayácatl saliendo á guerras lejanas antes de su consagración y cumpliendo no sabemos cuántas hazañas en los primeros años de su reinado. Esto no era lógico: Netzahualcóyotl, cercano á la muerte; Tlacaelel, viejo ya, y el rey, mancebo aun, no eran por cierto elementos propios para guerrear. Y en efecto, ni Durán, ni Tezozomoc, ni las pinturas del códice Mendocino nos hablan de esas primeras batallas. Por el contrario, á la muerte de Netzahualcóyotl, con el advenimiento al trono acolhua del niño Netzahualpilli, quedaba más débil todavía la confederación del Anáhuac: y tanto era así, que los tlatelolca creyeron propicia la ocasión para vengar antiguos agravios, y su rey Moquihuix tiempo á propósito para castigar la muerte de su padre.



Axayácatl

Según el códice tepaneca manuscrito, inmediatamente que fué coronado Axayácatl, lo retó personalmente Moquihuix. Lo cierto es que Moquihuix comenzó á prepararse fabricando armas y adiestrando día y noche á sus guerreros. Empezó además á enviar embajadas solicitando la alianza de los pueblos que tenían enemistad con los mexica, redoblando sus esfuerzos á la muerte del rey de Texcoco. Así los tlatelolca enviaron mensajeros á Tlaxcalla y Huexotzinco; pero estos dos señoríos no quisieron aliarse á ellos. Enviáronlos también á Tóllan, Apazco, Xillatzinco, Chiápan y Cuahuacán, y especialmente á Ayáctin, señor de Cuauhtitlán; pero éste no sólo rechazó la alianza, sino que dió aviso de tales maquinaciones á Axayácatl.

No se desanimaron los valerosos tlatelolca. Uno de los principales, llamado Teconal, dijo al rey.—¿Acaso nos han de asombrar las flechas y dardos de los tenochca? ¿no somos tan valerosos como ellos? enséñese á los mancebos tlatelolca que tan poderoso es nuestro brazo como el de los tenochca.—Juntóse por virtud de tal consejo á toda la juventud de veinte años arriba, y los mancebos se dieron tal maña en aprender, que muy pronto estuvieron listos para guerrear. Ya á punto para la guerra, decidieron los tlatelolca disimular aún á fin de que los tenochca estuviesen descuidados, y así atacarlos por sorpresa; y entre tanto, para mayor seguridad, según los datos del códice manuscrito tepaneca, solicitaron y consiguieron el auxilio de los pueblos de Acolnáhuac, Xochicalco, Popótlan, Coatlayauhcán y otros, con lo que por fin señalaron día para el ataque, determinando caer sobre los tenochca en el momento en que estuviesen distraídos celebrando las fiestas de *Tecuhílhuitl.* Por fortuna para Axayácatl, Moquihuix estaba casado con una hermana suya, y ésta naturalmente veía todos los preparativos y pudo saber el plan de su marido y comunicarlo á su hermano. Según unas crónicas huyó á Tenochtitlán á contarlo todo á su hermano; según los manuscritos, se quedó en Tlatelolco, y sabedor Moquihuix de que estaba en inteligencias con su hermano, la maltrató mucho dejándola desnuda.

Sea de esto lo que fuere, Axayácatl, conociendo ya el plan de sus enemigos, fingióse descuidado, preparando en secreto á sus guerreros y á los de Cuauhtitlán, que habían venido á auxiliarlo, y mandando gente armada por la calzada de Chapultepec á la de Nonoalco, á fin de cortar por ahí á los tlatelolca. Con lo cual se puso á celebrar la fiesta, tanto que los espías enviados por Moquihuix para cerciorarse de si era ocasión oportuna para el ataque, le fueron á comunicar que el rey tenochca estaba descuidado jugando á la pelota.

Entre las diversas relaciones de esta guerra, todas diferentes, debemos escoger lo más lógico y más probable. Para comprenderla mejor recordemos que la isla de México se dividía por un canal ó zanjón en dos partes, una al norte, la cual era Tlatelolco, y la otra al sur, que era Tenochtitlán: ambas se unían al terreno firme comprendido entre Chapultepec y Atzcaputzalco al poniente de la isla, por dos calzadas; Tenochtitlán por la de Tlacópan, y Tlatelolco por la de Nonoalco, casi paralela á la primera.

Pasaba esto en el año siete *calli,* 1473, y como todavía entonces se nombra mancebo á Axayácatl, lo debemos suponer á lo más de diez y nueve años; y así resultaría de quince cuando subió al trono bajo la tutela y regencia de Axayácatl. Esto es lógico, porque Moteczuma reinó veintinueve años; su heredero debía ser el

hijo de la mujer que á su coronación tomó para reina; pero como le nació una hija, quiso sin duda casarla pronto para tener de ella un heredero varón: y así contando los años nos resulta, uno para el nacimiento de su hija, doce para poder casarla, otro para que naciese Axayácatl, con lo cual éste á lo más podría tener quince años á la muerte de su abuelo Moteczuma. Se notará también que los acolhua no tomaron parte en esta guerra, lo que se comprende considerando que sólo tenía ocho años su rey Netzahualpilli.

Dispuesto todo para la sorpresa y ataque de Tenochtitlán, como íbamos diciendo, Teconal, que había



Reinado y victorias de Axayácatl — Códice Mendocino

tomado el mando del ejército tlatelolca, hizo con la mitad de su gente una celada junto á los términos de ambas ciudades, y con la otra mitad cubrió las albarradas y tomó todos los caminos y sendas por donde los tenochca podían huir. Las avanzadas de Axayácatl habían sentido el movimiento y sus tropas estaban apercibidas esperando el ataque. A la media noche dióse la señal en Tlatelolco, y sus guerreros penetraron en Tenochtitlán rápidamente y con gran alboroto y vocería; pero los tenochca estaban listos, y saliendo sobre ellos los tomaron en medio por muchas partes de la ciudad, y aunque murió mucha gente de ambas partes, los de Tlatelolco fueron vencidos, pudiendo apenas escapar los restos de su ejército, y teniendo que salvarse muchos á nado por la laguna ó escondiéndose en los carrizales.

Llamóse á esta batalla *Tlazolyáoyotl* ó guerra sucia, sin duda porque los tlatelolca no habían usado de las solemnidades que para declararla exigía el derecho de gentes de aquellos pueblos.

Debemos creer que los tenochca no confiaban en su fuerza y temían á los tlatelolca, pues antes de vengar la injuria mandó Axayácatl por embajador á Cueyátzin para que propusiera la paz. Moquihuix, mal aconsejado por la ira, contestó con palabras de venganza, por lo que se volvió á mandar á Cueyátzin para que hiciese la declaración de guerra con las ritualidades de costumbre, y estando en la ceremonia, sin respeto á la inmunidad de su carácter, llegó Teconal, y de un tajo de su *macáhuitl* le cortó la cabeza y la arrojó al lado de Tenochtitlán

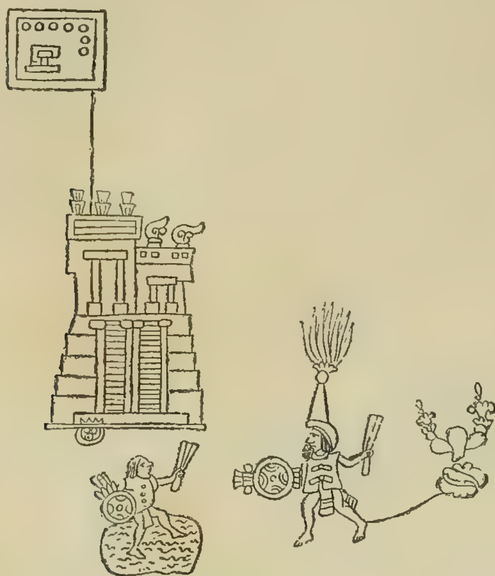
No se necesitaba más para que el ejército tenochca se alistase á la pelea, poniéndose á su frente su *Tlacatecuhtli* Axayácatl. Púsose en lo alto del *teocalli* Tlacaelel para dar la señal de la arremetida, y á su vez se prepararon á esperarla los tlatelolca con Moquihuix y Teconal á la cabeza. Alzó, en fin, Tlacaelel en alto su *chimalli,* y atacaron con tal furia los tenochca, que pronto, ganando terreno, redujeron á los tlatelolca al *tianquiztli* y el *teocalli.* La resistencia de éstos era desesperada y cejaban los tenochca: entonces Tlacaelel para darles ánimo mandó tocar los *huéhuetl,* los *teponaxtli,* caracoles, bocinas y pitos de silbos agudísimos, con lo cual arremetieron ocupando el *tianquiztli,* sin que tuviesen más remedio Moquihuix y Teconal que refugiarse en la pirámide del templo, siempre último lugar de defensa. Salieron en esa sazón al encuentro de los tenochca las mujeres desnudas y los niños desnudos también, embijados de la cara y emplumadas las cabezas; pero Axayácatl, sin hacer caso de esa rara tropa, mandó que los aprehendiesen sin hacerles daño y emprendió el asalto del *teocalli.* Según unos cronistas, al ocuparlo despeñó de lo alto y por su propia mano á Teconal y á Moquihuix; según otros, éste se arrojó viéndose perdido, para morir antes que caer en las manos del odioso tenochca.

En ese momento, al alzarse Axayácatl sobre el *teocalli* incendiado de Tlatelolco, era ya el emperador de México: había incluído la división de la isla en tenochca y tlatelolca, era ya solamente la ciudad de los mexica, cuya grandeza se afianzaba con esa victoria.

Llamóse á ese triunfo *Ecatzintzímitl,* y en él tuvo también parte la política, pues en el manuscrito de Tlatelolco aparecen en combinaciones secretas con los tenochca y como causa de la derrota, el tenochca Tecoatl, que vivía en el barrio de Amaxac, Tepollo, Calmécatl, Conohui, del *calpulli* de Tecpantzinco, en donde está hoy Peralvillo, y sobre todo Ecatzintzímitl, principal traidor, cuyo nombre se dió á la batalla,

quien entregó el barrio de Yacacolco, hoy Santa Ana.

La venganza de Axayácatl fué terrible: persiguieron á los vencidos sin darles merced, escapando solamente los que huyeron por la calzada de Nonoalco ó los



Guerra de Tlatelolco

que se escondieron en las zanjas, donde los vencedores por escarnio los hicieron cantar. Todo fué destruído, saqueado ó incendiado; se llevaron al dios *Huitzilopochtli* del templo para que no quedase más en Tlatelolco; se repartieron los terrenos y hasta los lugares del mercado, y á aquel infeliz pueblo lo hicieron tributario y *tlamama* ó cargador de bastimentos en la guerra, sin que pudiesen los hombres ser *yaoyizque* ni usar sus antiguos trajes, y aun hay cronista que refiere que los obligaron á usar vestidos de mujer.

Vióse por aquella ocasión que era valeroso y apto



Batalla de Matlatzinco

para guerrear el mozo Axayácatl, y con la victoria creció, como sucede siempre, la reputación de los mexica, y los otros pueblos buscaron en seguida su amistad. Había á la sazón rencillas graves entre Tezozomoc, *tecuhtli* de Tenantzinco, y los señores Chalchiuhquiauh de Matlatzinco y Chimaltecuhtli de Tolócan, señoríos que se extendían detrás de las montañas del poniente de nuestro Valle, límite por ahí del territorio mexica. Como fuera por lo mismo conveniente la sumisión de pueblos vecinos cuyo poder era peligroso, y por otra parte el señor de Tenantzinco solicitó la alianza de Axayácatl, aprestóse á la conquista el ejército del Anáhuac, compuesto de mexica, acolhua y tepaneca, á los cuales se agregaron los aliados de Culhuacán, Iztapalápan, Mexicaltzinco y Huitzilopochco, y dióse tan buena traza el joven rey de México, que no tardó en volver victorioso, aunque herido, trayendo por presa al dios *Coltzin* de los vencidos con todos sus sacerdotes é innumerables cautivos y grandes riquezas. Solemnísima fué la entrada de Axayácatl, á quien entre arcos conducían en andas dándole sombra con grandes quitasoles de vistosas plumas, recibido por sacerdotes y guerreros vestidos con sus más ricos trajes y por un pueblo que embriagado por el triunfo lo vitoreaba con locura, y llevando delante de sí á multitud de cautivos adornados con sus más lujosas vestiduras, mientras el ejército que desde el lomerío se movía á la ciudad, con los mil colores de su embije y la variedad extraordinaria de sus brillantes plumas, parecía arco iris robado al cielo.

Inútil es seguir á Axayácatl en la conquista de los diversos pueblos que sujetó: quien tenga curiosidad de estas cosas, puede ver sus jeroglíficos en las pinturas respectivas del códice Mendocino.

Más importante nos parece, para conocer el carácter de ese pueblo bizarro, tratar de las dos piedras de sacrificios labradas en tiempo de Axayácatl.

Es la una la Piedra del Sol, y por la misma fecha en ella grabada (T) fijamos su construcción en el año trece *ácatl* correspondiente á 1479 [1], aunque su inauguración fué dos años después en el dos *calli*, 1481.

La Piedra del Sol está en la actualidad adherida verticalmente al lado occidental del cubo de una de las torres de la catedral de México. Al componer el empedrado de la plaza Mayor, el año 1790, fué encontrada y colocada en el sitio que aun ocupa, mientras se traslada al Museo Nacional, en cuyo gran salón está ya preparado el zócalo en donde debe colocarse. Don Antonio de Leon y Gama la describió y explicó en 1792, y creyéndola un calendario azteca le impuso ese nombre. Después de la destrucción de la antigua México quedó tirada en la plaza Grande, junto á la acequia que pasaba frente al portal de las Flores, y la mandó enterrar el arzobispo don fray Alonso de Montúfar, por los grandes delitos que sobre ella se habían cometido de muertes. En ese mismo sitio fué encontrado, á media vara de profundidad, á ochenta al poniente de la segunda puerta de palacio y treinta y siete al norte del portal de las

[1] Véase nuestro *Ensayo arqueológico*, 1876, segunda edición; nuestro segundo estudio publicado en el tomo primero de los *Anales del Museo*, y el muy extenso que aun estamos dando á luz en la misma publicación. Puede verse también el *Vortrag über den Mexicanischen Calender-Stein* del profesor Valentini, que sigue en todo nuestras ideas.



LA PIEDRA DEL SOL

Flores. Según las noticias de Gama, cuando se descubrió, la pidieron al virey los señores doctor y maestro don Joseph Uribe, canónigo penitenciario, y prebendado doctor don Juan Joseph Gamba, comisarios de la fábrica de la Santa Iglesia Catedral, y sin decreto de donación se hizo entrega de ella, de orden verbal del virey, á dichos comisarios, bajo la calidad de que se pusiese en parte pública donde se conservase siempre como un apreciable monumento de la antigüedad indiana. El lugar elegido á la intemperie, el mal trato que el pueblo le ha dado y nuestro descuido, han sido causas del deterioro actual del monumento.

Fijando las fechas podemos decir que fué construído en 1479 y erigido en 1481, bajo el reinado de Axayácatl, derrumbado junto á la acequia en 1521, cuando la toma y destrucción de la ciudad, enterrado entre 1551 y 1569, que gobernó la mitra el arzobispo Montúfar, y encontrado en 1790 y colocado en el lugar que hoy ocupa.

Esta piedra se colocó á su erección en medio de un asiento de veinte brazas en redondo, de manera que quedaba acostada horizontalmente. Aun cuando las ceremonias de su consagración fueron posteriores á la desgraciada guerra de Michuacán, dejamos ésta para después por no dividir la unidad de la materia.

Invitóse para el acto á los *tecuhtli* de los pueblos amigos y principales, entre ellos á los de Huexotzinco, Chololllan, Tlaxcalla y Metztitlán. Reunidos todos y aderezada la Piedra, así como Axayácatl, Tlacaelel y los que representaban á los dioses *Quetzalcoatl, Tlaloc, Opochtli, Izpapálotl, Yohualahua, Apantecuhtli, Huitzilopochtli, Toci, Cihuacoatl, Izquitécatl, Yenopilli, Mixcoatl* y *Tepuztécatl*, los cuales, como se ve, eran trece, número simbólico cronológico, subiéronse todos sobre la Piedra, antes que amaneciese, armados de sus cuchillos para el sacrificio. A los setecientos cautivos traídos de la guerra de Tliliuhtepec, los habían colocado junto al *Tzompantli*, embijados con yeso, las cabezas emplumadas y con unos bezotes largos de pluma. A la salida del sol un sacerdote, empuñando el *xiuhcoatl* ó hacha de incienso á manera de culebra, dió cuatro vueltas alrededor de la Piedra, y echó después encima de ella el hacha para que ahí se consumiese. En seguida Axayácatl estuvo sacrificando cautivos arrancándoles el corazón sobre la Piedra hasta cansarse; continuó Tlacaelel, y luego los representantes de los dioses sucesivamente. Tendieron los cadáveres junto al *Tzompantli*, y quedó el patio del templo todo ensangrentado, que era cosa de gran espanto, como dice el cronista.

Maravilla en esta Piedra, no sólo su admirable relieve, sino su magnitud y las dificultades vencidas para traerla á México. Tiene cuatro varas y media en su mayor largo, algo más de ancho y una de grueso, y es de traquita: su peso está calculado en unos quinientos quintales.

Demos ahora sucintamente la explicación de las diversas figuras de tan sorprendente monumento, el cual de la misma manera revela prodigiosos monumentos en escultura y en geometría.

La cara central, con la máscara sagrada, las orejeras redondas y la lengua de fuera, es representación ya bien conocida para nosotros, del astro sol *Tonatiuh*. El signo *ome ácatl*, que tiene sobre la frente, lo refiere al principio de la cuenta de los años ó *xiuhmolpilli*, esto es, al sol del primer día siguiente á la noche en que se encendía el fuego nuevo. Y como por gargantilla lleva las seis cuentas del ciclo sagrado, se le considera también como su principio. Las cuatro aspas A, B, C, D, que lo rodean con sus cuatro puntos numerales, forman el *Nahui Ollin* atravesado por la flecha de la meridiana I. Las aspas, al mismo tiempo que dan los puntos solsticiales, contienen los signos de los cuatro soles, como ya se ha explicado; significándose que el de la Piedra es el quinto con el otro punto puesto debajo de la flecha, y expresando además dichas cuatro aspas los cuatro vientos ó cardinales. De manera que el sol en medio de ellos y con las garras laterales, queda cerniéndose en el zénit, y por eso están esculpidas debajo de él las fechas *ce quiáhuitl* y 8 *ozomatli*, días en que el sol pasaba por el meridiano de México, En las garras y en el cabo de la flecha hay cinco glifos, expresión de los quintíduos. En cada garra los cinco glifos y los puntos dan los nueve acompañados, así como las dos garras las diez y ocho veintenas del año. Los cuatro puntos inmediatos á las garras producen $4 \times 18 = 72$, período lunar de los acompañados, y los cinco glifos del cabo de la flecha inmediatos á los dos cuadretes con quintíduos expresan los *nemontemi*, simbolizando también el punto inferior el día intercalar. Si sumamos todos los puntos y glifos que hay en la figura central nos dan también el numeral sagrado 72, el cual es á su vez el número de *tonalámatl* ó años de á doscientos sesenta días que corrían en un ciclo de cincuenta y dos años solares. En fin, á los lados de la punta de la flecha se ven el signo *ce técpatl* y el acompañado *tletl*, los cuales caían al principio de la décima trecena del *Tonalámatl*, correspondiendo al 26 de junio, día en que los mexica celebraban el solsticio de verano como época de mayor calor y más grande poder del sol, sacrificando la corta diferencia que hubiese con el verdadero solsticio para acomodar la fiesta con el principio de una trecena cuyos signos eran *técpatl* ó la estrella de la tarde, y *tletl*, el fuego, el sol mismo.

Pasando de la figura central al círculo inmediato, encontramos en él veinte casillas con los signos de los días, los cuales se leen comenzando por la casilla superior de la izquierda en donde está *cipactli*, y siguiendo también por la izquierda el círculo hasta llegar á la última casilla en donde está *xóchitl*. En la lámina están las casillas en su orden señaladas con los números de 1 á 20.

Rodean á este círculo una orla de cuadretes, cada uno con cinco puntos, símbolo de los quintíduos, una orla de glifos y después otra de los mismos con punta angular J, y de entre las orlas salen ocho rayos R, expresando las divisiones del día, y ocho aspas L, las de la noche.

Los puntos y los glifos nos dan, además, las siguientes combinaciones:

Treinta y ocho cuadretes del círculo con cinco puntos cada uno.	190
Dos cuadretes del cabo de la flecha con cinco puntos. . .	10
Ocho aspas con cinco puntos cada una.	40
Los veinte días del círculo interior.	20
Suma.	260 días

del año del *Tonalámatl*.

Si ahora tomamos en consideración los glifos, resulta:

En la orla seis fracciones de á diez entre los rayos R. . .	60
En las dos terminales X y Z de la orla exterior.	10
En seis ráfagas, 6 × 3	18
En otras dos ráfagas.	2
En el cabo de la flecha	5
En la parte interior de las figuras circulares, que están al lado del *óllin*	10
Suma.	105

Si unimos estos ciento cinco á los doscientos sesenta de la cuenta anterior, tendremos los trescientos sesenta y cinco días del año solar.

Los terminales pentágonos son cincuenta, y añadiéndoles el año *ome ácatl* de la figura central y el trece *ácatl* del cuadrete T, resultan los cincuenta y dos años del *xiuhmolpilli*.

Después de las orlas descritas, hay alrededor doce figuras de *cipactli* V, expresando la atmósfera de luz del sol, y finalmente, otra orla de cuadretes con el signo *ácatl* rodeado de puntos. Esta orla está dividida en dos partes; cada cual forma un cuerpo de culebra bimana que se une á una de las dos cabezas labradas en la parte baja del relieve, y termina en una cola puntiaguda en la parte superior. En cada punta hay trece numerales que forman la trecena y el *tlalpilli*. Las cuatro ataduras P simbolizan los cuatro *tlalpilli* ó sea el ciclo de cincuenta y dos años, formando las de las dos culebras la edad *huehueliztli* de ciento cuatro años. Los glifos y los puntos que hay en las colas dan veinticuatro años, período cíclico de los acompañados.

Los puntos exteriores alrededor de cada culebra son sesenta y tres, y en las dos	126
El *ácatl* superior tiene diez y ocho, las dos.	36
Los otros diez *ácatl* diez, y así en las dos culebras. . . .	200
En el borde.	155
En el cuadrete T	13
Seis puntos inmediatos á las cabezas.	6
Los veinticuatro números de la cola, ya referidos. . . .	24
Suma.	560

ó sean dos períodos exactos de la estrella en la tarde y en la mañana, es decir, el verdadero *Opanóllin*.

En los cuadros y colas de las culebras y en las dos curvas superiores se notan unos cuadritos formados de cuatro rayas cada uno: sumándolos resultan cincuenta y dos por lado ó sea un *xiuhmolpilli*, y ciento cuatro en toda la Piedra ó sea el *huehueliztli*. Estos cuadritos con cuatro rayas son signos cronológicos que se encuentran en varios monumentos, entre otros en una caja de piedra que hay en el Museo. Contando las rayas resul-



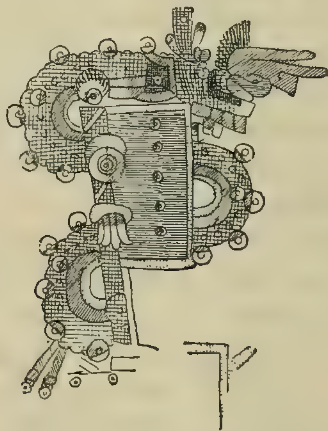
Caja cronológica de piedra, del Museo

tan cuatrocientos diez y seis, período en que cabe el sagrado de trescientos doce años y una edad de ciento cuatro; habiendo la particularidad de que en el gran ciclo de 1040 años caben tres ciclos sagrados y una edad también de ciento cuatro años.

El gran ciclo de 1040 años se forma en la Piedra varias veces en sus diversas combinaciones.

Las dos caras de la parte inferior que salen de las bocas de las culebras y están coronadas por penachos de estrellas, y las cuales tienen la lengua de fuera, la de la izquierda es el sol *Tonatiuh* y la de la derecha es la estrella *Quetzalcoatl* bien determinada por su signo de astro, y cuyos movimientos forman, como extensamente hemos explicado, las combinaciones cronológicas de los mexica. Así esas dos culebras son *Coatl* y *Quetzalcoatl*.

En cuanto á los penachos con estrellas no nos



La estrella de la tarde en la vía láctea

atreveríamos á decir si representaban á la vía láctea, *Citlalcueye*, y advirtamos que hay un jeroglífico que marca el paso de *Quetzalcoatl* por ella, ó si son por sus siete estrellas, las Osas mayor y menor, las Pléyades, la constelación *xunecuilli* ó la *mamalhuaztli*, de que nos habla Sahagún, ó el *quecholli* á que se refiere Durán, pues la verdad es que hasta ahora nada se ha descubierto de la astronomía mexica.

Como la piedra estaba embutida horizontalmente en

su zócalo y cubierto de estuco en la parte lisa porque no se viese la irregularidad natural de la roca, quedaba fuera el cilindro esculpido, el cual lo está por su borde con una série de figuras á manera de medios astros y rayos, símbolo del firmamento *ilhuícatl,* en cuyo éter brilla el sol, como se comprueba comparándolas con el ciclo jeroglífico de Moteczuma Ilhuicamina.



Símbolo del firmamento

Esta Piedra, al mismo tiempo que era un monumento al sol bajo sus múltiples manifestaciones, era *cuauhxicalli* para sacrificios y estaba en el templo Mayor en el lugar llamado *Cuauhxicalco.* En la relación de las setenta y ocho partes del gran *teocalli* que da Nieremberg, encontramos diversos lugares con el mismo nombre; pero siendo principalmente esta Piedra una manifestación de los movimientos del astro y sobre todo de los cuatro del *óllin,* se hallaba sin duda en la octava casa ó parte llamada por Nieremberg *Quauhxilco,* en la cual el rey hacía penitencia y celebraba el ayuno *Netonatiuh Cahualco,* que durante cuatro días hacía en honor del sol. Allí se mataban los cuatro cautivos, dos en semejanza del sol y la luna y dos llamados *Chachame.*

Aquí damos por primera vez la descripción y explicación completas de tan prodigioso monumento, que creemos el más importante de la antigüedad americana, ya porque encierra los más grandes misterios de la raza nahoa, ya por su admirable trabajo de relieve, tanto en su ejecución como en su división geométrica y en su dibujo bizarro, armonioso y estético.

No sería completo ese estudio si dejásemos de tomar en consideración algunas ideas emitidas por otros escritores, con los cuales no estamos de acuerdo. El profesor Valentini, aunque siguió por completo nuestro sistema en su obra *The Mexican Calendar Stone,* cometió algunos errores que en otro trabajo hemos desvanecido; pero no podemos dejar desapercibida su opinión sobre el sentido que debe darse á los diversos *ácatl* de cada una de las culebras y á los dos grupos de ligaduras que tienen en las colas. De éstas dice que cada una representa cincuenta y dos años, y por lo tanto cuatrocientos diez y seis las ocho, y que quitándolos de 1479, fecha del monumento, quedan 1063, que lo es de la destrucción de Tóllan. Bien sabido es que las cuatro ligaduras representan los cuatro *tlalpilli,* y así se ven en diversas esculturas y especialmente en el *Xiuhtletl* y en el *Kinich Kakmó,* y además la destrucción de Tóllan no fué en 1063, sino en 1116, ni en aquella fecha hubo ningún suceso notable. De la fecha 13 *ácatl* saca la del establecimiento de la monarquía y elección de Acamapichtli: tampoco es exacto, fué el año siguiente. Aplica el *ce técpatl* de la figura central, cuyo objeto ya conocemos bien, al año 29 antes de nuestra era, en que dice se hizo la corrección del calendario; pero ni fué en esa fecha ni en *ce técpatl.* En fin, á los *ácatl* de las culebras que rodean el círculo les da rarísimas aplicaciones; cuando sabiendo que el *ácatl* simboliza los rayos del sol, se comprende perfectamente cómo se ha querido significar que los rayos brotan de todos los puntos del rededor del astro.

Ultimamente el señor Molera, en un trabajo intitulado *The Mexican Calendar or Solar Stone,* si bien admite nuestras ideas, sostiene la rara opinión de que es un monumento sin concluir esta Piedra, cuando los cronistas no sólo la dan por terminada, como en efecto lo está, sino que hablan de su colocación y consagración cuando quedó concluída.

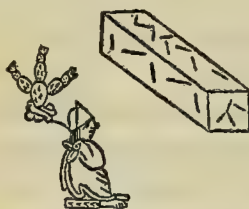
Esa misma colocación horizontal destruye la idea de Gama, quien la suponía levantada verticalmente, como está ahora, y creía, sin prueba ninguna, que debían ser dos las piedras, sin que se haya encontrado la otra ni nadie haya hablado de ella, pues, por el contrario, los cronistas hablan de una sola.

Gama, además, explica que en ocho agujeros alrededor del disco P, Q, X, Z, P, Q, Y, S, había gnomones y entre ellos hilos para fijar los equinoccios, los solsticios y los pasos del sol por el meridiano. Desde que el sistema de Gama se basaba en la colocación vertical de la Piedra, y esto no era exacto, claro es que en todas sus consecuencias es falso. Además, examinando dichos agujeros, creimos que no eran bastantes para sostener estilos y que sólo habían servido para el trazo de las figuras geométricas de la Piedra. Pero como por fortuna jamás nos casamos con nuestras ideas y siempre estamos dispuestos á creer mejores las de autoridades respetables, hemos pensado que aun en la posición horizontal de la piedra y siendo única pudieron existir los gnomones, si bien la combinación es diferente. Expliquémosla.

Desde luego observaremos que los agujeros sólo son cuatro, los marcados con las letras P y Q, pues los señalados con las X, Z, S é Y no existen. Ahora bien, colocada la Piedra en la misma dirección que tenía el *teocalli,* de modo que la punta I de la flecha se dirigiese al sur, y puesta en una construcción elevada para que recibiese los rayos del sol desde su salida hasta su ocaso, los cuatro estilos nos darían el siguiente resultado. Nótese antes que los puntos P y Q no están á igual distancia del centro de la Piedra. El centro corresponde á la latitud de México, la línea Q, Q al trópico del norte, y por esto está más cerca que la P, P del trópico del sur. Ahora bien, en el solsticio de verano la sombra del estilo Q oriental llegaba al centro

del *Tonatiuh* al salir el sol, y al ponerse la del otro estilo Q. Lo mismo pasaba con los estilos P, P en el solsticio de invierno. Tendidos, además, unos hilos de P á P y de Q á Q, en esos días su sombra atravesaba la línea que va de la punta del rayo R, que está á la derecha de la figura central, á la punta del que está á la izquierda. Así se fijaban perfectamente los solsticios. En los equinoccios la sombra de un estilo P llegaba al otro estilo P y la de uno Q al otro Q exactamente debajo del hilo. Para fijar los pasos del sol por el zénit de la ciudad bastaba poner otros hilos de los gnomones P á los Q, del norte á sur, pues la sombra de los dos caía al medio día dentro de la Piedra y los cuatro estilos no daban sombra.

Hé aquí cuánto alcanzamos de las curiosas combinaciones de la Piedra del Sol.



Téchcatl del tiempo de Tenoch

Concluyamos diciendo que la Piedra estaba pintada de rojo, de que aun quedan huellas.

Por lo que hace á la otra piedra estrenada en tiempo de Axayácatl, diremos que hay confusión en el relato de Durán, y mayor la ha habido en los cronistas de segunda mano é historiadores modernos por no deslindar cuántas y cuándo se labraron y las diversas maneras de sacrificar.

La primera manera consistía en tender al cautivo en grandes piedras lisas, y á esa corresponden las



Sacrificio gladiatorio

camas de piedra de Palemke, las mesas de Taytzá y los trozos de roca ovalados y algo cóncavos últimamente descubiertos en Michuacán; tendida la víctima se le arrancaba el corazón. Este era el *téchcatl* de los mexica empleado por Tenoch, como se ve en los jeroglíficos del códice Aubin. Otra manera de sacrificar, que también creemos antigua, por lo menos de la época de los tolteca, es el sacrificio gladiatorio. Conformes están los autores en que consistía en atar al cautivo de un pié por medio de una cuerda al centro de la piedra de sacrificios. La primera de que tenemos noticia es el *temalácatl* labrado en tiempo de Moteczuma Ilhuicamina, en la cual estaban pintadas las victorias alcanzadas contra los tepaneca. Aunque por el nombre parece que era redonda, y así lo creen los autores hasta el señor Orozco, y Durán lo dice, él mismo habla de que tenía braza y media de ancho y la llama mesa, lo cual supone una forma cuadrada. La pintura jeroglífica así la representa, con sus cuatro escaleras para subir á ella, porque estaba á la altura de un hombre. Creemos combinar ambas figuras explicando que la piedra era redonda, pero embutida en una construcción cuadrada, y así parece percibirse en la misma pintura.

Una vez atado por el pié el cautivo, embijado de yeso, con la cabeza emplumada y unas plumas blancas atadas al cabello de la coronilla y tiznado alrededor de los párpados y los labios, le daban unas pelotas, un escudo ó *chimalli* y una macana de palo con plumas en vez de pedernales. Estaba desnudo de cuerpo, con sólo un *maxtli* de *ámatl* pintado.

Colocaban para esta ceremonia á los cautivos como siempre en la empalizada de las calaveras llamada *Tzompantli*, y á los sacrificadores también en lo alto del *teocalli* en el lugar nombrado *Yopico*. De los sacrificadores, uno vestía el traje de *Huitzilopochtli*, el segundo el de *Quetzalcoatl*, el tercero el de *Toci*, el cuarto el de *Yopi*, el quinto el de *Opóchtzin*, el sexto el de *Totec* y el séptimo el de *Itzpapálotl;* había,



Cuchillo para el sacrificio

además, un guerrero tigre, un guerrero águila y un guerrero leon: todos ricamente vestidos, con plumas y joyeles y armados de escudo durísimo y cortante, *macuáhuitl*. Sentábanse en asientos de madera de *tzápotl* bajo una enramada hecha de rosas y ramas del mismo *tzápotl*, adornada con las insignias de los dioses, á la cual llamaban *Tzapotlcalli*. El sumo sacerdote se colocaba en lugar reservado sólo para él, vestido con el suntuoso traje de las grandes ceremonias, con plumas altas en la mitra, anchos brazaletes de oro, de los cuales salían resplandecientes plumas azules y verdes, y llevando en la diestra un cuchillo de obsidiana llamado *itzcuahuac*. El sumo sacerdote tomaba ese día los nombres de *Yohualahua* y *Totec*, el primero en representación del firmamento y el segundo en la de la combinación cronológica de los cuatro astros. Bajaba solemnemente las gradas del templo, daba dos vueltas á la piedra del sacrificio y la bendecía, y era él quien ataba al cautivo, volviéndose al trono. Uno de los viejos sacerdotes que de leon andaba vestido, era quien le daba las cuatro pelotas de *ócotl* y á beber el licor de los dioses para que tuviese ánimo. Antes de la pelea



PARTE SUPERIOR DE LA PIEDRA POLICROMA
DEL SACRIFICIO GLADIATORIO

bailaban y cantaban al son del *teponaxtli* y el *huéhuetl* los viejos músicos *tecuacuiltin*.

Bajaba luego el sacrificador que había de combatir bailando y cantando, y rodeaba dos ó tres veces la piedra haciendo movimientos con el *chimalli* y el *macuáhuitl*. En lo general era un guerrero tigre, según se ve en los jeroglíficos, y comunmente los cuatro combatientes sacrificadores dos eran tigres y dos águilas, y leon el que ataba al cautivo. Este contestaba á los movimientos del sacrificador dando estruendosas voces y silbos y grandes saltos y palmadas en los muslos, y levantando manos y rostro al cielo se bajaba después, tomaba sus armas, las mostraba en ofrecimiento al sol y se preparaba al combate.

Como el sacrificio gladiatorio era fiesta tan principal, no sólo asistía el pueblo al patio del templo para contemplarlo y el sacerdocio lo miraba de lo alto del *teocalli*, sino que el *tecuhtli*, todos los principales y los *yaoyizque* concurrían á la fiesta é invitaban á los *tecuhtli* de otros pueblos. Así se hizo en tiempo de Axayácatl y para el sacrificio de los prisioneros matlatzinca, con Tlehuitzíllin, señor de Cempualla, y Quetzaláyotl, señor de Quiahuiztlán. Disponíaseles para que presenciasen la ceremonia uno á manera de mirador muy curiosamente aderezado de rosas y ramos, con los cuales estaban hechas muchas labores y cenefas de vistosos colores. Estaban los señores vestidos de lujosas mantas, con guirnaldas de oro en la cabeza y hermosos plumajes á las sienes, brazaletes, bezotes, orejeras y nariceras de oro y piedras, con ramos de variadas y olorosas flores, sentados en altos sitiales forrados de cueros de tigre y sombreados por amoscadores de grandes y vistosísimas plumas, con los cuales les hacían aire esclavos lujosamente ataviados.

Dada la señal del combate, dirigíase á la piedra el sacrificador, y el cautivo comenzaba por lanzarle las pelotas de palo de *ócotl*, que aquél se quitaba con la rodela. Seguíase la lucha, el sacrificador con su arma cortante, ya acercándose ya alejándose, atacando por todos lados al cautivo; mientras que el arma de éste era de madera sola y más hecha para defenderse, y atado por un pié, no podía pasar de cierto radio ni perseguir á su combatiente. Y sin embargo, había algunos tan diestros que cansaban á dos y tres contrarios antes de que los venciesen. Pero no bien estaba herido el cautivo en cualquiera parte del cuerpo, salían cuatro sacerdotes embijados de negro, con las cabelleras largas y trenzadas y vestidas unas como casullas, y llevando á la víctima al *cuauhxicalli* le sacaban el corazón.

Los ministros del sacrificio eran generalmente seis, cinco llamados *chachalmeca*, de los cuales dos tomaban á la víctima por los piés, dos por los brazos y uno le ponía el yugo, y el sumo sacerdote que le abría el pecho y le arrancaba el corazón; pero en las grandes solemnidades el rey y los señores principales eran también sacrificadores.

Tenemos, pues, que el primer *temalácatl* ó piedra del sacrificio gladiatorio de que hay noticia, la cual tenía un agujero en medio por donde pasaba la cuerda para atar al cautivo, se labró en tiempo de Moteczuma Ilhuicamina. El señor Orozco supone que labró otra Axayácatl, lo que no es exacto; pero evidentemente aquélla, por su descripción, no es la misma usada después y de la cual trataremos á su tiempo. Creemos, según las noticias del manuscrito de fray Bernardino, que fué ésta la que dice se quemó y quebró cuando entraron los españoles.

Pero á más de la *temalácatl* ó piedra del sacrificio gladiatorio nos encontramos ahora con el *cuauhxicalli*, donde se arrancaba el corazón, no sólo á los gladiadores, sino que en ella se hacían muchos sacrificios directos, digámoslo así. También la primera que se labró pertenece á Moteczuma Ilhuicamina. Era grande y redonda, en la parte superior tenía la figura del sol y en medio de ella una pileta redonda para recoger la sangre de los sacrificados y alrededor de ella por cenefa se labraron las victorias alcanzadas por los tenochca. La piedra estaba pintada de diversos colores, y fué estrenada con gran solemnidad por Moteczuma y Tlacaelel Cihuacoatl, según se ve en los jeroglíficos.

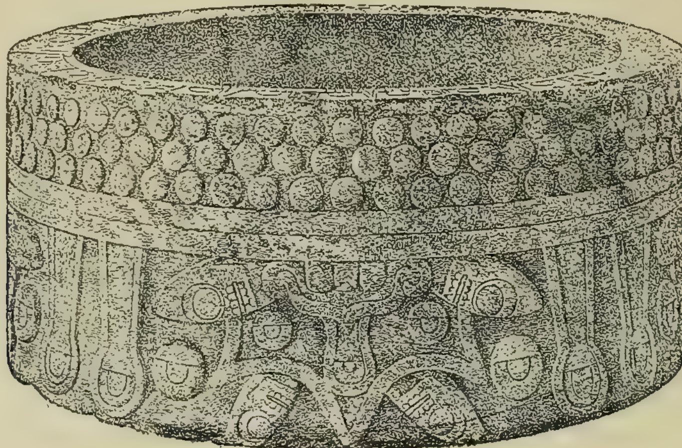
El segundo *cuauhxicalli* de que nos hablan las crónicas fué el de Axayácatl; así la llama Durán, y Tezozomoc también le dice *temalácatl*, lo que confirma la confusión de palabras y nuestra idea sobre la forma de la piedra del sacrificio gladiatorio.

Para labrar el *cuauhxicalli* mandó Axayácatl traer una gran piedra de Ayotzinco; pero al pasar el puente de Xóloc se hundió, y como no volviera á aparecer decían los mexica que se la había tragado *Huitzilopochtli*. Mandóse entonces por otra al Ajusco, Axochco, y para ello se juntaron, según Tezozomoc, unos cincuenta mil indios de Atzcaputzalco, Tlacópan, Coyohuacán, Culhuacán Mizquic, Chalco, Texcoco y Huatitlán, y la trajeron tirando de ella con gruesos cordeles y sobre vigas con ruedas. Cuenta Durán que tenía labrada la imagen del sol alrededor de la pileta y en la parte exterior del cilindro guerras y victorias, y Tezozomoc dice que se puso en el *teocalli* en el lugar de la de Moteczuma, poniendo ésta abajo muy bien encalada. Suponemos destruída en las diversas construcciones esa primera, pues de ella no se sabe, si bien fray Bernardino dice que se colocó una sobre otra y que Rodrigo Gómez sacó una que estaba enterrada á la puerta de su casa: ésta fué sin duda la de Axayácatl, y está hoy debajo de la pila de bautizar del Sagrario. Agreguemos, por lo dicho, que la piedra del sacrificio gladiatorio no estaba en el templo sino en el patio.

Pues todavía Tezozomoc nos habla de otro *cuauhxicalli* construído en tiempo de Axayácatl, no para

sacrificar en él, sino para recibir la sangre de los degollados. Más adelante el mismo cronista, hablando de las ceremonias de la dedicación del Templo en el reinado de Ahuizotl, refiere que sacado el corazón de las víctimas lo daban á los sacerdotes y ellos á todo correr los iban echando en el agujero de la piedra que llamaban *cuauhxicalli*, la cual estaba agujereada de una vara en redondo. El señor Sánchez, actual director

F'G. 1.ª—*Diám. 1.m 04*



Vaso de piedra (*Cuauhxicalli*) destinado para contener los corazones humanos de las víctimas sacrificadas en las grandes solemnidades de los azteca

del Museo, la ha identificado con un monumento que ahí existe. Es un cilindro de piedra de un diámetro de $1^{m}04$ por $0^{m}50$ de altura: la base, al exterior, representa en sus finas y complicadas labores á *Tzontemoc* ó el sol, que se hunde en la tarde, en actitud de descender, y con un *técpatl* en lugar de su lengua

FIG. 2.ª—*Diám. 1.m 04*



Base del vaso de piedra

propia, para manifestar que entonces brilla la estrella de la tarde: como el sol al entrar debajo de la tierra se convierte en *Mictlantecuhtli* ó señor de los muertos, se ve la figura adornada de cráneos y rodeada de varios animales nocturnos, entre los cuales se distinguen buhos, cientopiés, arañas y un ratón. La superficie convexa del cilindro tiene otros relieves que pueden considerarse en dos zonas ó fajas: la superior de puntos relativa á la cuenta del tiempo, y la inferior, símbolo del firmamento, compuesto de la media figura que significa el fuego, y á su lado los dos *momolhuaztli*, expresión de los maderos conque se encendía. Todo el interior de la piedra está excavado y el borde, de algunos centímetros de grueso, conserva todavía visibles unos rayos del sol *Tonatiuh*.

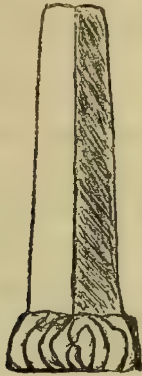
De lo referido sacamos tres clases de piedras de sacrificios en uso entre los mexica: el *téchcatl* ó mesa



Sacrificio ordinario

lisa, ya entonces abandonado; el *temalácatl*, cuyo nombre derivamos de los movimientos que hacía á manera de huso el cautivo atado en él, y del agujero por donde pasaba la cuerda para atarlo y que estaba en el centro de la piedra, la cual era cuadrada, y el *cuauhxicalli*, piedra grande redonda, con la imagen del sol en la parte superior y una pileta ú hoquedad en medio de ella. Al *téchcatl* primitivo y con el mismo nombre se sustituyó el tajón, en el cual buscaron los sacerdotes una manera más cómoda de sacrificar. Era éste una piedra puntiaguda que estaba frente á la sala del dios; en el *teocalli* había dos, una frente á *Tlaloc*

y otra frente á *Huitzilopochtli*, ambas cerca de las escaleras para echar á rodar fácilmente por ellas los cuerpos de las víctimas. Cuatro *chachalmeca* embijados de negro, con las cabelleras revueltas, ceñidas las cabezas con unas vendas de cuero y sobre la frente unos pequeños *chimalli* de diversos colores y con



Téchcatl en forma de cactus

trajes blancos bordados de negro, llamados *papaloquachtli*, tomaban á la víctima por los piés y las manos y la echaban de espaldas sobre el pequeño plano formado por la punta del *téchcatl*, con lo cual le quedaba levantado el pecho y se hacía más fácil el abrirlo y arrancar el corazón; el quinto *chalmécatl* con igual traje, ponía en el cuello del sacrificado el yugo, cuyo peso hacía levantar más el pecho, y produciendo la asfixia disminuía los sufrimientos de la víctima. En esta postura sobre el tajón, que tenía como un metro de alto, era tan fácil el sacrificio, que Durán dice que



Yugo

en dejando caer el cuchillo encima del pecho, con mucha facilidad se abría un hombre por medio como una granada. El sexto sacrificador era reverenciado como sumo sacerdote, y su nombre y traje variaba según las solemnidades: su vestido era generalmente una manta roja

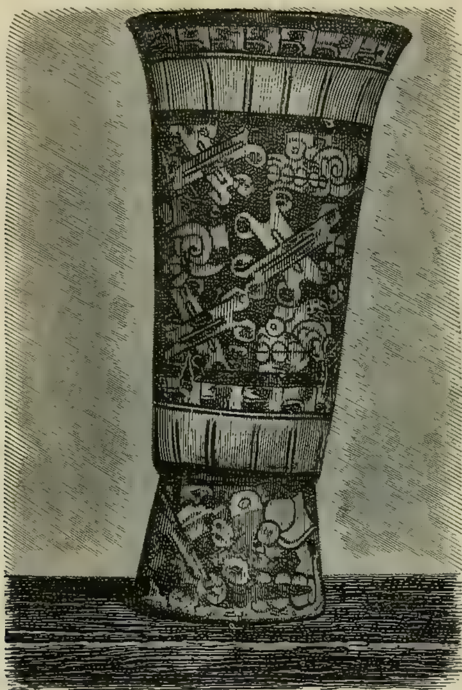


Vaso del Sol

á manera de dalmática con fleco verde por orla, una corona con ricas plumas verdes y amarillas en la cabeza, orejeras de oro con esmeraldas y bezote de piedra azul. Este sexto sacerdote era quien con el cuchillo de pedernal abría el pecho á la víctima, y arrancándole el corazón con ambas manos, lo levantaba con la diestra ofreciéndole el baho al sol, y después en lo general se le arrojaba al dios á quien se hacía el sacrificio, si bien otras veces se llevaban los corazones al *cuauhxicalli*, según hemos visto, y á ocasiones los comían los sacerdotes.

Este era el sacrificio común, y sin duda fueron destruídos de preferencia los *técpatl* cuando la Conquista, pues sólo hemos conocido uno que fué de nuestra propiedad y regalamos al Museo Nacional. Desenterrado cerca de los límites de Tlatelolco, tiene la particulari-

dad de semejar la forma del cactus llamado órgano: esto y lo probable, según el lugar de su hallazgo, de que perteneciese á algún tiempo limítrofe de las dos ciudades de la isla, hizo creer al señor Orozco que su



Vaso de Cholula

forma y materia combinadas le daban una significación jeroglífica. En efecto, la piedra, pues, es de basalto, da *tetl,* y la forma, por decirse *mochtli,* el cactus, produce con la anterior palabra Tenochtitlán.

En cuanto á los yugos, de los cuales posee una buena colección el Museo, los hay de diferentes piedras, generalmente finas y muy pesadas y con diversos labrados, referentes á las deidades á quienes se dedicaba el sacrificio.

Por lo que respecta á vasos para recibir la sangre de los sacrificados hay una gran variedad, siendo algunos muy finos y primorosamente labrados de *tecalli* ó de obsidiana.

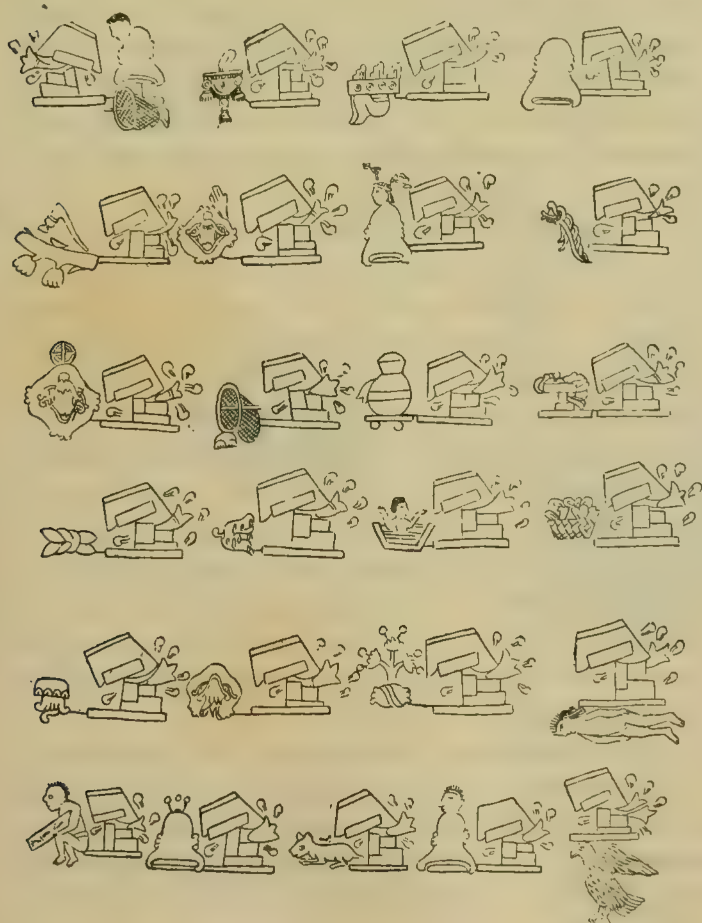
Citaremos dos solamente. El uno, traído no há mucho de Cuernavaca, ha sido designado con el nombre de Vaso del Sol por el director del Museo. Es un cilindro de traquita de 0m33 de diámetro por 0m24 de altura, muy semejante al *cuauhxicalli* descrito para echar los corazones, pues tiene en su parte superior la figura del sol *Tonatiuh* y en su parte convexa los numerales cronológicos, los símbolos del fuego y los *momolhuaztli.* El otro vaso, y advertimos que son dos iguales, es de Cholula y de barro cocido con colores: su forma es de copa y sus dibujos representan calaveras y canillas en cruz. Estos vasos de Cholula son de lo más bello que en cerámica hay en el Museo.

Como se ve por todo lo que respecto á sacrificios hemos dicho, el fanatismo religioso, que en la época de Moteczuma Ilhuicamina se enseñoreó de Tenochtitlán, aumentaba bajo Axayácatl, y era ya elemento tal en la sociología de aquellos pueblos, que en cuenta debemos tenerlo en el desarrollo de los sucesos posteriores.

CAPÍTULO II

Invasión y conquista de los pueblos totonaca. — Extensión y tradiciones. — Significación del nombre. — La lengua y el calendario. — Relaciones de la lengua con el maya y el nahoa — El ciclo de ochenta años. — Genealogía de los reyes totonaca. — Conquista de Ocuilla. — Eclipse de sol. — Monumento que acredita como conocían que la luna intervenía en los eclipses. — Los tarascos. — Su historia — El relato del gran sacerdote Petamuti. — Los zizambanacha. — Bajada de los chichimeca. — El dios Curicaberi. — Su ídolo. — Alianza por el matrimonio de Hire Ticatame. — Nacimiento de Sicuirancha. — Expulsión de los invasores. — Su nuevo triunfo y ocupación de las orillas del lago. — Unión de invasores é isleños. — Fundación de Pátzcuaro. — Tariacuri. — Triunfo de los meca y su establecimiento en Tzintzúntzan. — División del reino — Su unificación bajo Zizispandúcuare — Formación y elementos de la nueva nacionalidad — La religión, Curicaberi y Xaratanga. — El sacerdocio. — La fiesta Sicuíndaro. — La diosa Cueravaperi. — Sacrificios. — Idolos. — El cazonci. — Dignatarios. — Servicio del palacio — La reina y el serrallo del cazonci. — Muerte del cazonci. — Su sucesión. — Coronación de su sucesor. — Procesión solemne. — El cortejo real. — La vela y ceremonia de la guerra. — Los cautivos de la coronación. — El cazonci tomaba las esposas del rey muerto. — Nombramiento de los señores de los pueblos. — Preparativos para la guerra. — Armas ofensivas y defensivas. — Espías. — Organización del ejército. — Celadas. — Ataque de los pueblos enemigos. — Saqueo é incendio. — Sacrificio antropófago de los heridos, viejos y niños. — Carácter sagrado de las guerras. — Cruel matanza de millares de prisioneros.

Aun cuando nos parece inútil seguir á Axayácatl una por una en todas las batallas que dió después de



Ultimas campañas de Axayácatl. — Códice Mendocino

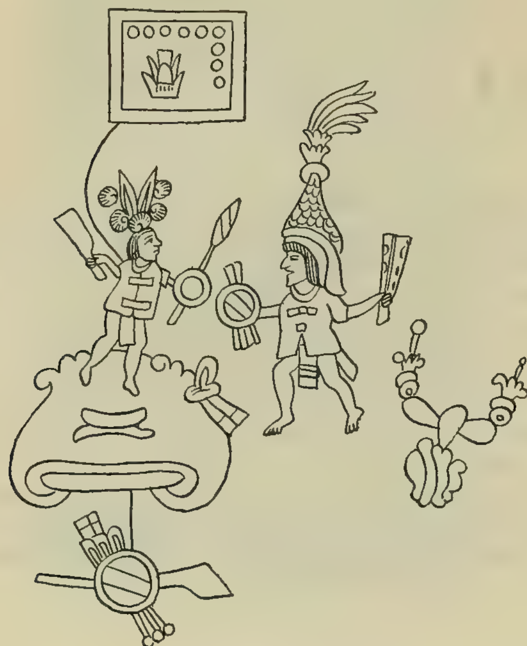
la guerra del valle de Tolócan y su campaña contra los matlatzinca, y todas ellas están minuciosamente enumeradas en pintura especial del códice Mendocino, sí nos parece conveniente hacer constar que después de llevar la conquista á los pueblos inmediatos al poniente del valle de México, los ejércitos del Anáhuac, cambiando de dirección, invadieron las ciudades totonaca colocadas al oriente hasta el Golfo. Así encontramos entre los pueblos conquistados Cuextláxtlan, Ocuilla, Ahuilizápan, hoy Orizaba, y Tóchpan, hoy Túxpan. Según los datos que suministran los códices Telleriano y Vaticano, tuvo lugar esta campaña en los años nueve *ácatl* y diez *técpatl* ó sean 1475 y 1476.

Aquí nos encontramos con los totonaca y vamos á dar razón de ellos.

La historia de los totonaca se confunde también, si no se distinguen sus diversas épocas. Basta considerar que su país se extendía en el norte de lo que es ahora Estado de Puebla y Estado de Veracruz, confinando con los huaxteca y el Golfo de México desde la barra de Túxpan hasta la de Chacalaca, para conocer que fué una parte del Tamoanchán, y así se comprenden perfectamente sus tradiciones de haber poblado el país antes que los chichimeca, ser anteriores á los mismos ulmeca y llamarse constructores de las pirámides de Teotihuacán. Como se ve, todos los hechos van confirmando el sistema de emigraciones, de que hemos hablado. Según el mismo, la primera invasión que debió sufrirse en el Tamoanchán hubo de ser de los meca, manifestándose por dos elementos, la lengua y el calendario nahoa, y formando por la división de aquél el nuevo país totonaca. En esta invasión, según sus tradiciones, fueron

empujados de Teotihuacán á Atenamitic, y de ahí á los lugares que ocupan todavía.

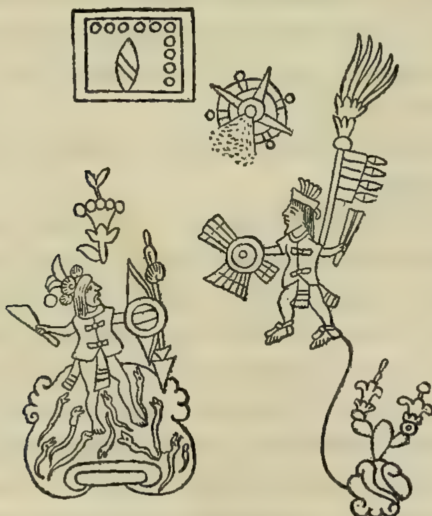
Sin duda desde entonces recibieron el nombre de totonaca, el cual equivocadamente se ha creído impuesto por los mexica: en efecto, totonaca significa, en su propia lengua, tres corazones, y advirtamos que esta



Conquista de Cuetláxtlan

significación debe ser simbólica, pues parece que entre ellos lo era el número 3, según se deduce de la fiesta solemne que hacían cada tres años sacrificando á tres niños.

A la invasión de las razas del Norte se refería la tradición de que llegaron del Chicomoztoc juntamente



Conquista de Ocuilla

con los *xalpaneca* y que fueron veinte familias, aunque divididas en su situación y gobierno, todas de la misma lengua y raza. Por virtud de la invasión de Atenamitic, que era donde ahora está Zacatlán, se pasaron á las serranías extendiéndose hasta el mar, comprendiendo Cempoalla y Quimichtlán sobre la costa del Golfo, adonde primero llegaron los españoles. Esta extensión se refiere al terreno que los invasores iban ocupando al formar de la mezcla de ambas razas la nueva nacionalidad totonaca. Su capital fué Micquihuacán ó Micquitlán.

Se marca la invasión por la lengua y por el calendario. El totonaca es un idioma mezclado de maya y nahoa. Como el maya era la lengua primitiva y el nahoa la de los invasores victoriosos, domina éste en el totonaca. Los nombres de familia, de las partes del cuerpo, de los animales y objetos domésticos se derivan de la nahoa; los objetos de lugar, los animales de la región y los nombres de familia más primitivos se relacionan al maya. El calendario nos da el dato curioso de la introducción del ciclo nahoa de ochenta años. En efecto, así como por preferencia al ciclo de cincuenta y dos años dice la tradición convencional que los reyes tolteca sólo gobernaban ese tiempo, la totonaca pone el ciclo de ochenta años para la duración del reinado de sus señores.

Con las emigraciones del siglo VI bajaron sin duda los invasores que de aquel país se enseñorearon, según nos resulta de la cuenta de sus señores, combinándola con esos reinados de á ochenta años. El primero de esos reyes fué Omeácatl, nombre nahoa, quien los puso en paz y gran adelanto, aunque en su tiempo hubo una peste, la cual duró cuatro años y casi despobló el país. Á los ochenta años de su gobierno, estando en un baño, *temaxcalli*, desapareció, por lo cual contaban que no había muerto. Siguieron de señores, por sucesión hereditaria de padres á hijos, Xatontán, Tenitztli, Panin, Nahuácatl, Itzhualtzintecuhtli, Tlaixchuatenixtli y Catóxtan. A la muerte de éste sucedieron en el gobierno sus dos hijos Nahuácatl é Ixcáhuitl; mas los dos hermanos se hicieron la guerra de tal manera, que dividido el pueblo en bandos quedó de hecho destruída la nacionalidad, y aprovechándose de tal situación los chichimeca dieron sobre ellos y los vencieron, poniéndoles por señor á Xihuitlpopoca. De este Xihuitlpopoca contaban muchas brujerías, que había nacido sin padre y que cambiaba de forma á su antojo. Decían también que le ofrecían por tributo corazones de hombre, los cuales tenía por su ordinaria comida, que era profeta y predijo la venida de los españoles, y que no murió sino desapareció. Sucedióle el chichimeca Motecuhzoma y á este Cuauhtlacuana, bajo cuyo gobierno los mexica conquistaron á los totonaca.

Naturalmente el país totonaca había adquirido la forma semifeudal de aquellos pueblos, de que tantas veces hemos hablado, y la conquista, como de costumbre, no les quitó sus señores, dejándolos solamente por tributarios.

El primitivo esplendor de los totonaca se revela por las prodigiosas fortalezas y pirámides de que hemos tratado, y ya sabemos que fué suntuosa su religión y

numeroso é inteligente su sacerdocio, que sobresalió en la pintura jeroglífica. El culto nahoa prevaleció, y conocemos ya los notables relieves de Túxpan.

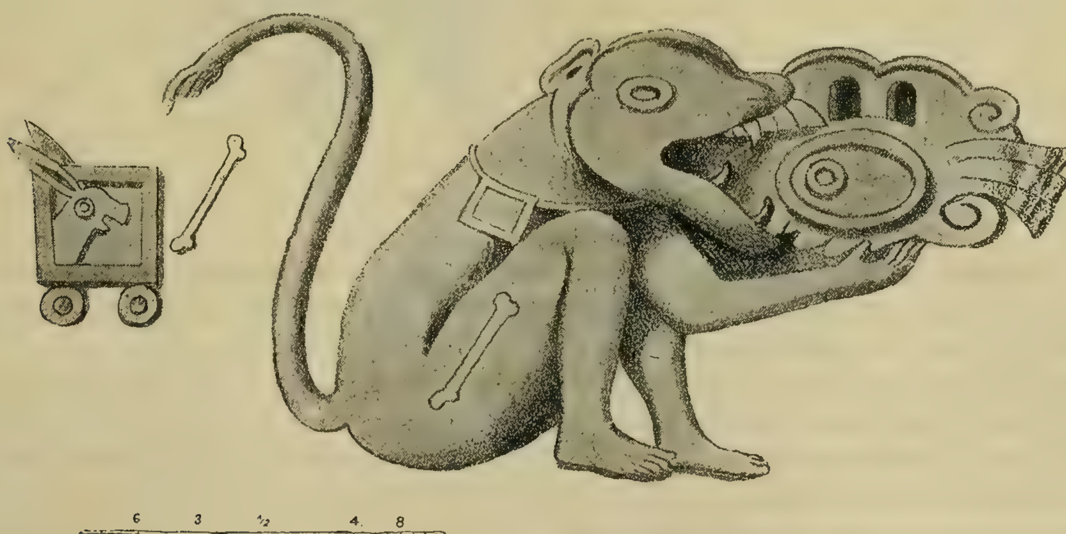
A este propósito vamos á hablar de una roca esculpida que hay en Escamela, de la cual hizo un dibujo Dupaix, y últimamente ha traído otro de Orizaba el señor Bartier. La roca tiene treinta y una varas veintisiete pulgadas de circunferencia por diez y media varas en la parte más ancha de su plano y cuarenta pulgadas de espesor. La parte esculpida representa una



Relieves de la roca esculpida de Escamela

figura gigantesca de hombre con los brazos abiertos; á un lado tiene un conejo con diez numerales y al otro un pescado con el numeral uno. Sin duda el pescado corresponde á *cipactli,* y entonces el monumento nos daría la fecha *ce cipactli* del año 10 *tochtli,* que bien podríamos referir al año 1398, y en él á la invasión y conquista de los chichimeca.

Sahagún nos da cuenta de los totonaca, diciendo que tenían la cara larga y las cabezas chatas, vestían los hombres buenas ropas y *maxtli,* andaban calzados

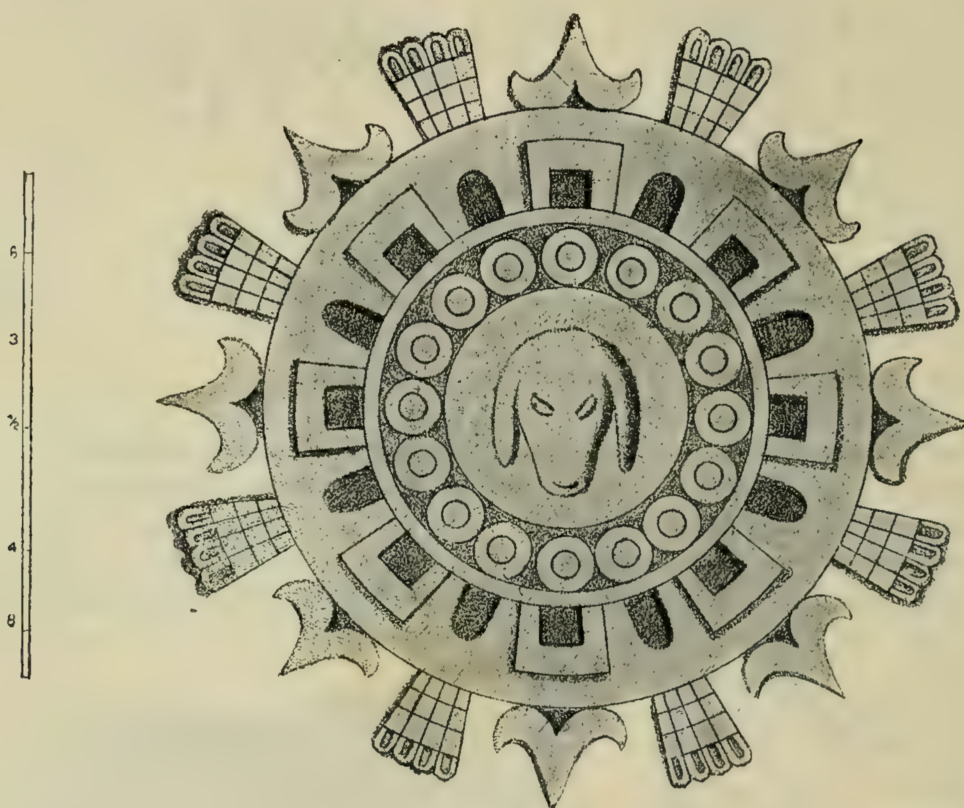


Representación jeroglífica de un eclipse de sol

y usaban joyas, sartales al cuello y otros dijes, se ponían plumajes y de ellos hacían abanicos y se miraban en espejos: las mujeres tenían galanos *huipilli* y *cuéyetl* de colores vistosos, y á veces sus camisas eran como de finísima red llamadas *cámitl.* Las mujeres del pueblo usaban la enagua ametalada de azul y blanco y de diversos colores y torcidas con plumas las trenzaderas conque tocaban sus cabellos. Para ir al mercado se ponían muy galanas y eran grandes tejedoras de labores. Hombres y mujeres eran claros de color, de buen rostro y también buenos bailadores. Sobresalían los totonaca como arquitectos y escultores. En fin, todo revela

que fueron pueblo muy adelantado, el cual decayó por las guerras civiles y después por la servidumbre. Aunque usaban crueles sacrificios de hombres, como particularidad debemos citar que en una alta montaña tenían un templo dedicado á la diosa del maíz, á la cual sólo sacrificaban animales.

En el año de la conquista de Ocuilla se advierte marcado en el jeroglífico un eclipse de sol. Es curioso que los mexica anotasen en sus jeroglíficos los eclipses. Quien quiera saber cuanto se ha alcanzado sobre su astronomía, lea el magnífico estudio que sobre los cuatro signos cronográficos publicó en el segundo tomo de los *Anales del Museo* nuestro sabio colega el señor don Francisco del Paso y Troncoso. No puede asegurarse que los mexica predijesen los eclipses, pero sí que conocieron sus causas, sobre todo la intervención de la luna en los del sol. En efecto, decían cuando había eclipse, (y todavía es expresión vulgar del pueblo bajo é ignorante), que la luna se comía al sol. El señor Troncoso ha encontrado la confirmación de esta idea en una piedra labrada que estaba en el cerro de Tenanco. En sus relieves tenemos á la izquierda dentro de un cuadrado el año del suceso, *ome tochtli*. Junto se ve un fémur, *metztli*, que tiene el mismo nombre que la luna. Junto está un animal sentado, de figura extraña, con piés y manos de hombre, y cola y cabeza como de perro, y en su muslo grabado el fémur, *metztli*, lo cual no deja duda de que representa á la luna; dicho animal se está



Monumento cronológico inmediato á Tenanco

comiendo una figura bien clasificada del sol por el señor Troncoso. Lo comprueba con los rayos en forma de arco, pues éstos se ven en otro monumento encontrado en el cerro de San Joaquín, cercano á Tenanco. En éste domina el numeral 8: los ocho rayos y las ocho aspas nos explican las divisiones del día y la noche; pero en la parte interior los volvemos á encontrar; además los puntos centrales son únicamente diez y seis, los glifos de las aspas son treinta y dos y sus divisiones en cuadrados noventa y seis. Los cuadrados nos dan cuatros períodos de veinticuatro años, como dos los glifos con las aspas, dando los demás las subdivisiones de ocho años; de manera que el monumento trata del período de los acompañados, lo que parece confirmado con la figura central parecida á la cabeza de la luna que en el otro relieve se come al sol.

De todas maneras basta el monumento para confirmar que los mexica sabían que los eclipses eran debidos á la interposición de otro astro.

Pero volvamos á las campañas de Axayácatl y debemos suponerlo alentado y emprendedor con tanta victoria. Al mismo tiempo las anteriores conquistas de los pueblos matlatzinca debieron alarmar á los tarascos sus vecinos, y acaso aquellos pidieron el auxilio de éstos para librarse del yugo de los mexica, si bien la crónica sólo nos dice que se emprendió la guerra de Michuacán, dándole por pretexto el buscar víctimas para el estreno de la Piedra del Sol.

Y antes de hablar de esa desgraciada campaña examinemos la situación de los tarascos [1].

[1] A pesar de ser encontradas las opiniones que sobre algunos asuntos relativos á la historia antigua de Michoacán emiten los

¿Cuál habría sido su pasada historia? En la fiesta llamada *Eguatacónscuaro* ó de las flechas, en que se asaeteaba á los condenados á muerte, el gran sacerdote *Petamuti* se vestía la negra túnica *ucatatarareheke*, se colgaba al cuello unas tenacillas de oro, se ponía en la cabeza una guirnalda de hilo con un trenzado como de mujer y un plumaje y á la espalda un calabazo engastado de turquesas y una lanza al hombro. En el patio del palacio estaban el *Angatacuri* ó gobernador, los señores ó principales, los delincuentes y los quejosos. El *Petamuti* sentenciaba ahí de la mañana al medio día, y después, empuñando su báculo, refería á los concurrentes la historia de sus antepasados.

Los señores de la vieja raza se llamaban *Zizambanacha* y tenían su corte en Naranján en la laguna de Pátzcuaro: el último rey de aquella primera época era *Zircinziracamaro*. Ya entonces se había organizado con los elementos que apenas hemos podido indicar anteriormente, la nacionalidad tarasca, y debemos creer que ya entonces era poderosa, aunque más tarde por invasiones sucesivas al territorio ocupado por la raza primitiva se extendió del Michuacán á buena parte de Guanajuato y Querétaro. Bajaron del Norte los pueblos hijos del dios *Tirepeme Curicaberi*, llamados *Encami* y *Cacafuhireti*, cuyos reyes eran los *Vanacace*. Era una tribu cazadora, la cual traía por jefe á *Hire Ticatame*, y que se asentó en el monte Huirucuarapexo cerca de Zacapotacanendán. Hire Ticatame exigió la sujeción á los de Naranján, pidiéndoles leña para los fogones del dios *Curicaberi*. Los invasores se disponían al combate encendiendo hogueras, haciendo las ceremonias de la guerra é invocando á los dioses de los montes, llamados *Angamucaracha*. Los invasores flechaban venados para dar de comer al sol, á los dioses celestes de las cuatro partes del mundo y á la madre *Cueravaperi*. Luego se comprende que los invasores eran los meca cazadores que llegaban con la religión astronómica nahoa y que *Curicaberi* era el fuego Mixcoatl, el mismo sol, y la tierra *Cueravaperi*.

De *Curicaberi* existe el ídolo encontrado en el cerro de Tzirate, municipalidad de Quiroga, antiguo Cocupáo. Es de barro cocido, está sentado con las piernas cruzadas, y en esa actitud mide diez centímetros de altura. Sus dientes y sus dos grandes colmillos, la máscara sagrada con grandes ojos redondos, las orejeras circulares, la cabellera figurada con llamas, el collar con seis cuentas, los brazaletes también de cuentas, todo lo identifica con el dios del fuego, con la deidad principal de los chichimeca, con el mismo *Táras* que dió nombre á la raza.



Curicaberi

Parece que la invasión era poderosa, pues los Zizanbanecha buscaron la paz y mandaron una hermana suya á Hire Ticatame para que casase con ella. De la unión nació Sicuirancha. Mas debieron pretender los invasores mayores licencias de las que se les daban, pues fueron batidos y tuvieron que retirarse á Querécuaro y Zicaaxúcuaro, yéndose Hire Ticatame con su mujer y su hijo Sicuirancha, llevando el primero al dios *Curicaberi* y la segunda á la deidad *Huasoricuare*. Sin duda crecían en poder, como en edad y valor Sicuirancha, porque los de Naranján buscaron la alianza de Oresta, señor de Cumachén, para atacar á Ticatame. Venciéronle, le dieron muerte y se llevaron al dios *Curicaberi*; pero Sicuirancha los batió, recobró la deidad y se estableció con su pueblo en Huayaméo. Allí Sicuirancha organizó el sacerdocio, levantó un templo á *Curicaberi*, donde se le encendía constantemente el fuego sagrado, y formó una ciudad. Cuando murió le enterraron al pié del templo y le sucedió su hijo Pahuacume; á éste lo heredó su hijo Huapeani, y á él su hijo Curatame. Bajo estos cuatro reyes aumentó el territorio. Al último sucedieron en Huayaméo sus dos hijos Urehuapeani y Pahuanume.

señores Chavero y Riva Palacio, hemos tenido empeño en que ambos los publiquen aunque en cierto modo sólo correspondiesen á la *primera época*, para que nuestros señores suscritores tengan más datos para apreciar aquellos remotos sucesos, porque, como se verá, el señor Chavero se apoya en sus propios y buenos conocimientos y en las crónicas antiguas, y el señor Riva Palacio, no conforme en ciertos casos con esas crónicas, presenta el fruto de sus personales estudios y observaciones durante el tiempo que ha vivido entre los tarascos.

Nos proponemos observar igual conducta siempre que se trate de apreciaciones científicas, especialmente de hechos remotos; pues deseamos que nuestra obra contenga el mayor número de datos y discusiones que no afecten los grandes sucesos históricos en que por sus ideas, por su estudio y su ilustración están conformes los autores de esta obra.

Al seguir esta conducta obedecemos á nuestras propias ideas y al convencimiento de que, como nosotros, han de opinar los hombres verdaderamente interesados en el estudio de la Historia.— NOTA DE LOS EDITORES.

En aquel tiempo los chichimeca huanacaze de Huayaméo invadieron el reino de Tariyarán, señor del pueblo aborígene, según de la leyenda se desprende; pues vemos que Tarapechachanshori con su gente y su dios *Undebecuabécara* se situó en Curíncuaro achurin, Ipinchuani llevó su dios *Tirepemexagapeti* á Pechátaro, Tarepupancuarán el suyo *Tirepeme Turupten* á Ilamucuo, Mahicari se trasladó á Pareo con su dios *Tirepeme Tuheri,* los sacerdotes Cuinpuri y Huataanacuéren tomaron á la diosa *Xaratanga* de los vencidos, y después de llevarla por diferentes partes la colocaron definitivamente en Horocotin. Todos estos dioses eran de la misma religión, y les decían hermanos de *Curicaberi.* En esto se revela un triunfo completo de la invasión, pues los huacaze se situaron á orillas del lago de Pátzcuaro, y los vencidos se refugiaron en la isla Xarácuaro.

Resulta de la leyenda que por alianzas de familia se unieron los meca con los isleños, y puede decirse que se apoderaron del lago, importantísimo, pues mide unas catorce leguas de circunferencia y tiene seis islas. Los isleños, como de la raza invadida que traía su origen de la civilización del Sur, según ya hemos dicho, practicaban los sacrificios humanos y nombraron á Pahuacame sacrificador de Xarácuaro y á Urchuapeani de Cuacarixangatien. Los huacanaze se establecieron entonces en Turimichúndiro, Pahuacame casó con la hija de un pescador y tuvo un hijo á quien pusieron Tariacún.

Pero Tarapechachanshori, señor de Curíncuaro, exigió de Curicatén que despidiese de la isla á los chichimeca. Estos cambiaron entonces su asiento y se establecieron en Pátzcuaro, en las peñas llamadas *petazecua* y levantaron en ellas templos en que ardían fuegos perpétuos á sus deidades *Ziritacherenke, Huacuxecha, Tingarata* y *Mihuecaraxchua.* Mas no contentos con esto los de Curíncuaro, batieron á los huacanaze y mataron á sus dos señores. Los sacerdotes quemaron sus cuerpos según usanza de la civilización del Norte, á que pertenecían.

Quedó por rey Tariacuri, hijo de Pahuacame, y tras muchas guerras y episodios que la crónica refiere, los chichimeca quedaron vencedores y fueron apoderándose de los diversos señoríos de Michuacán. Entonces fué cuando Hiripán y Tangaxoán, sobrinos de Tariacuri, se dieron á poblar y sembrar las orillas del lago, y fundaron Tzintzúntzan, levantando un templo á *Curicaberi.*

Iban ya muy adelantadas las conquistas del territorio, cuando murió Tariacuri, y entonces el reino se dividió en tres fracciones: la primera tuvo por cabecera á Pátzcuaro y fué su rey Higuangaje, hijo de Tariacuri, y allí hicieron un templo llamado Querétaro ó juego de pelota; de la segunda fué señor Tangaxoán y fué su capital Tzintzúntzan, y de la tercera fué Hiripán, quien se estableció en Cuyacán. En los pueblos conquistados fueron estableciendo señores y organizándose así de la manera común la nacionalidad tarasca.

Hiripán tenía en su corte al dios *Curicaberi;* á su muerte le sucedió su hijo Ticatame; Higuangaje tuvo un hijo del mismo nombre á quien deificaron por haberlo matado un rayo, y Tangaxoán tuvo á Zizizpandúcuare, quien al parecer, á la muerte de aquél, se apoderó de su reino y del de Ticatame, se estableció en Tzintzúntzan, se llevó allí al dios *Curicaberi* y en ella fundó su corte.

Quedó bajo Zizizpandúcuare unificada la monarquía tarasca, extendiéndose hasta el territorio de los tlahuica, hoy Guerrero y Morelos, en el sur; hasta el de los matlatzinca, hoy Estado de México, y hasta Querétaro y buena parte de Guanajuato en el oriente, hasta el actual Estado de Jalisco por el norte, y por el poniente al Océano, pues este rey llevó sus conquistas á Colima y Zacatóllan.

Basta el relato anterior para comprender que cuando en época muy remota los elementos de la civilización del Sur fueron á mezclarse á las tribus autóctonas del territorio que los mexica llamaron Michuacán, débiles por la lejanía de su centro de partida, no fueron bastantes á formar una sola nacionalidad, sino muchos pequeños señoríos de carácter teocrático. Valladar por su valor y por la diferencia de cultura á las primeras invasiones del Norte, formóse con el transcurso de los siglos una raza diferente, en la cual había gérmenes antiguos nahoas y autóctonos, pero modificados radicalmente por la influencia de la invasión del Sur. La vida de aislamiento en que la nueva raza estuvo por largas centurias, le dió tipo especial hasta en su lengua, cuyo parentesco apenas puede conocerse por las conexiones gramaticales. Pero la poderosa invasión meca con las ideas del Norte vino á trastornar aquella existencia tradicional y sin innovaciones, y sin duda en esa época estuvieron allí los mexica.

Si la conquista de los invasores hubiera sido fácil, una civilización se habría sobrepuesto á la otra; pero la lucha fué muy larga y en ella se sucedieron varias generaciones, lo que hizo que se mezclaran costumbres é ideas, dioses y creencias, y que al realizarse la unión nacional quedara todavía con carácter suyo y determinado y lengua nueva pero siempre especial. Allí, más que en ninguna parte, por las circunstancias de la guerra, debió tomar el reino la forma semifeudal de que tanto hemos hablado.

Veamos qué nueva civilización se formó, qué costumbres y cuáles ideas la constituyeron.

La religión tenía por deidades principales á *Curicaberi* y *Xaratanga,* el dios de los vencedores y la diosa de los vencidos. El sacerdocio era numeroso. Había el sumo sacerdote *Petamuti,* al cual tenían en gran reverencia, y que hemos visto ejercía la suprema justicia criminal. En cada señorío había un sacerdote

superior y otro en cada templo, y se llamaban *cura*. Los que predicaban la religión de pueblo en pueblo se decían *curitiecha;* los incensadores que cuidaban del culto eran los *curicitacha* ó *curipecha;* los que llevaban á la guerra los dioses á cuestas eran los *tininiecha;* los *axaniecha* ó sacrificadores eran tenidos en mucho y de ellos eran el rey y los principales; los *chachalmeca* mexica allá se llamaban *opitiecha* y tenían un jefe, y había además los *pasariecha* para guardar los templos y los *hiripacha* para hacer las oraciones y conjuros.

Existía una casta sacerdotal, los sacerdotes eran casados y los grandes cargos del sacerdocio por lo menos pasaban de padres á hijos.

La fiesta religiosa más notable se llamaba *Sicuindiro*. Cinco días antes llegaban al gran templo los sacerdotes de los pueblos con sus dioses, y los dos *hauripicipecha* con los danzantes *cercuarecha,* y todos ayunaban hasta el día de la fiesta. La víspera señalaban los sacerdotes á dos esclavos delincuentes que debían ser sacrificados, y el día de la fiesta bailaban primero los danzantes y con ellos dos sacerdotes representantes de las nubes, con rodelas de plata á las espaldas y lunetas de oro al cuello, los cuales se vestían ya de negro, ya de blanco, amarillo ó encarnado, según el color de las nubes que representaban, y les hacían también compañía en la danza otros cuatro sacerdotes como imagen de los cuatro dioses que estaban con la diosa *Cueravaperi*. Seguíase el sacrificar á los esclavos y arrancarles los corazones, los cuales, calientes como estaban, los llevaban desde Zinapécuaro hasta Araro y los echaban en una fuente termal pequeña tapándola con tablas, y en las otras fuentes del pueblo echaban sangre de los sacrificados. Como esas fuentes termales producen vapores, decían que de ahí salían las nubes y que las enviaba del oriente donde estaba la diosa *Cueravaperi,* de modo que esta deidad correspondía al *Tlaloc* nahoa.

Después del sacrificio los sacerdotes *hauripicipecha,* que quiere decir cortadores de cabellos, cortábanlos á los concurrentes, y mezclándolos con sangre de los sacrificados los arrojaban al fuego. Al siguiente día se vestían los pellejos de las víctimas y andaban bailando con ellos, y después había embriaguez sagrada por cinco días.

La misma diosa tenía otras fiestas: en el mes *charapuzapi* le llevaban ofrendas; le hacían una festividad llamada *caheriba panzcuaro* en que los danzantes bailaban con cañas de maíz á las espaldas; la llevaban á Tzintzúntzan en las festividades *cuingo* y *corindaro,* y le sacrificaban dos esclavos. Algunos por fanatismo se ofrecían en sacrificio á la diosa y se iban á entregar á su templo que estaba en Zinapécuaro, y cuando se reunían varios se hacía el sacrificio. La tenían por madre de los dioses, causa de las hambres é inventora de las mieses y la agricultura. Era en realidad la lluvia.

No puede cabernos duda del culto de la priapea entre los tarascos; lo ha confirmado últimamente el hallazgo de dos idolillos de barro, hombre y mujer, encontrados en un cerro próximo á Apatzingán: el del hombre mide treinta y siete centímetros y veintiseis el de la mujer. Estos idolillos, la actitud en que estaban, lo que representan y la especie de sombrero que tiene uno de ellos, nos recuerdan, como otras particularidades de los tarascos, algo del Perú.



Idolos tarascos

No hablaremos de las ceremonias fúnebres porque es punto que ya hemos tratado; y pasaremos á la organización civil, que corresponde en mucho á la nahoa que los meca les habían llevado.

El título real en opinión del señor Orozco era *Cazonci*. El *cazonci* era rey absoluto y sólo sujeto en ciertos casos al sacerdocio. Sin embargo, el que hubiese precisamente un gobernador y un guerrero, jefe necesario de los ejércitos, acusa una limitación de poder en cierto sentido. Había cuatro señores principales en cuatro fronteras del reino, y éste se dividía en cuatro partes, y tenía el *cazonci* un jefe en cada señorío, quien le acudía con el tributo de sus pueblos y con los hombres necesarios en caso de guerra: estos jefes se llamaban *carachacapacha,* y casi siempre estaban en la corte del *cazonci*, aunque había los llamados *acharcha,* cuyo oficio era acompañarlo contínuamente. El oficio de los *calpixque* mexica, lo hacían los *ocambecha* y el *pirohuaque huandari;* y además el *tareta huaxatati* que cuidaba las siembras reales.

El palacio se servía por mujeres principales, quienes además acompañaban al *cazonci* en las danzas sagradas, y cuidaban del dios *Curicaberi,* pues eran

consideradas como sus esposas. Vivían esas mujeres bajo la guarda de un anciano y formaban el serrallo del rey á quien servían desnudas de la cintura arriba. El *cazonci* escogía una para reina, y se llamaba *ireri;* la *chuperipati* le guardaba sus joyas; la *atari* le escanciaba el licor, la *iyamati* le guisaba, la *siguapuuri* le cuidaba sus trajes, y la *pecapenme* guardaba las esclavas, cuidando de las mantas de los dioses la *guapimecua*: la *guataperi* era la principal que vigilaba á la servidumbre. Tenía el *cazonci* enanos, corcovados y bufones que le divertían, llamados *huandonzicuarecha.* Tenía muchos esclavos, ya de los que se vendían, ó de los cautivados en la guerra, pues de éstos, unos eran sacrificados y comidos, y otros quedaban al servicio del *cazonci* y de los principales y se llamaban *terupacuabaecha.*

Si enfermaba el *cazonci* le curaban sus muchos médicos y mandaban por los mejores del reino, y acudían á la corte todos los jefes y principales. Toda esa multitud de grandes permanecía en silencio en el portal del palacio, en donde estaba la silla del rey cuya muerte se esperaba, alzando gran gritería al saberla.

Cuando el *cazonci* envejecía, ponía de compañero en su gobierno á uno de sus hijos, que le sucedía á su muerte, y si no lo había hecho, designaba á su sucesor antes de morir.

Al día siguiente de sepultado el *cazonci* se reunían los principales, gobernadores, guerreros y sacerdotes, para simular, según explica el señor Orozco, la elección de su sucesor, pues siempre declaraban electo al heredero legítimo. Esto confirma nuestras ideas sobre que tal acto no era elección sino designación. Después de hecha la declaración, dirigíase á la casa del nuevo *cazonci* el gran sacerdote con toda la nobleza, y saludándole con el nombre de *guanga* ó valiente, le manifestaba que iban por él para llevarlo al palacio de su padre. Poníase el nuevo *cazonci* una guirnalda de cuero de tigre en la cabeza, carcaj con flechas, pulsera de cuero de cuatro dedos de ancho, manillas de cuero de venado en el pelo y unas uñas de venado en las piernas, pues éstas eran insignas de señor, y todos los señores las usaban: en ellas vemos la manifestación del señorío y triunfo de la raza meca. Se formaba una procesión en la cual iba por delante el sumo sacerdote *Petamuti* con diez de los otros grandes sacerdotes, detrás el *cazonci* y en seguida todos los grandes del reino. Abría el pueblo calle al cortejo saludando al *cazonci* con entusiastas aclamaciones, y una vez llegados al patio del palacio, sentábase aquél en el trono colocado bajo el portal, y los sacerdotes lo proclamaban *guanguapagua*, que equivale á majestad. A continuación el sumo sacerdote declaraba en conceptuoso discurso que el *cazonci* era ya la misma persona del dios *Curicaberi,* y tras otras alocuciones terminaba la ceremonia con un gran banquete.

No está por demás decir que todos estos datos curiosos y característicos los sacamos de la Relación de Mechuacán hecha al virey Mendoza, la cual se conservaba manuscrita en la Biblioteca del Escorial, y fué publicada en la *Colección de documentos para la historia de España.*

El *cazonci* iba en la noche de su primer día de gobierno á velar con los sacerdotes de *Curicaberi;* á la media noche hacían la ceremonia de la guerra, y al amanecer iba aquél con gran séquito de sacerdotes y dignatarios á traer leña para el fuego sagrado. Vuelto al palacio y sentado en su trono, recibía los regalos de los gobernadores de los pueblos en señal de tributo y como pleito homenaje, y después de nuevo banquete éstos se repartían á los lugares de su mando á llevar la feliz nueva. Algunos días después, los *curitiecha* salían por el reino á pedir leña para el fuego sagrado, y una vez reunida, á los diez días, volvía á velar el *cazonci,* y el *hiripati* hacía la ceremonia de la guerra. Al tercer día salían á guerrear los águilas *huacuaxecha,* y dos días después el mismo *cazonci*, dirigiéndose á la frontera de Cuinacho para hacer ciento veinte cautivos, los cuales sacrificaban á la diosa *Cueravaperi,* á los dioses celestes de las cuatro partes del mundo, al de la mansión de los muertos, á *Curicaberi* y sus hermanos, á la diosa *Xaratanga* y á los dioses *Nirabanecha.* Quedaba ya entonces por *cazonci* y representante de *Curicaberi,* y después daba recompensas á los guerreros que le habían acompañado y se habían distinguido en hacer prisioneros para el sacrificio.

Como cosa notable agregaremos que tomaba por esposas á las viudas de su padre, á las cuales agregaba después otras, hijas de los principales de su reino.

Si moría algún señor de un pueblo, sus hermanos y parientes se presentaban al *cazonci* llevando el bezote de oro del difunto, sus brazaletes, collares y orejeras de turquesas, que eran insignias del mando, y le pedían le nombrase sucesor. Escogía el *cazonci* á quien más á propósito le parecía, y lo mandaba con uno de los sacerdotes *curitiecha* á que le diese posesión del señorío. De este modo, si bien se conservaba el sistema general de todos los reinos del territorio, el poder del *canzonci* era más absoluto, y puede decirse que en el Michuacán había mayor unidad nacional.

No emprendía aquel pueblo campaña alguna sin hacer antes la ceremonia sagrada de la guerra. En la fiesta de *Anziñasenoro* mandaba el *cazonci* que pusiesen grandes rimeros de leña en el templo. El gran sacerdote *Kiripati*, cinco sacrificadores y cinco *curitiecha* hacían unas pelotas de hierbas aromáticas llamadas *andaningua*, y metiéndolas en los calabazos de los sacerdotes las ponían á las puertas de sus casas. A la media noche observaban una estrella, que suponemos era Aldebarán por su color rojo, y encendían un

gran fuego. El *Kiripati* arrojaba en él las pelotas, llamándolo el del *rostro bermejo* é invocando á *Uredecuabécara, dios del lucero,* que correspondía á *Quetzalcoatl.* Nombraban en seguida á los enemigos del reino empezando por México; y los sacerdotes *cuiripecha* pedían á los dioses del quinto cielo toda clase de males para sus contrarios. Después de que el *Kiripati* hacía la ceremonia en Tzintzúntzan, repetíanla en los pueblos los *hiripacha.* Llegada la fiesta de *Anzinásculiaro,* mandaba el *cazonci* á los *baxanocha* á pedir á los señoríos la gente de guerra correspondiente. Cada señor reunía á sus guerreros, en la noche hacía á su vez la ceremonia de la guerra, y salía al día siguiente con sus fuerzas y los sacerdotes *tinimiecha* que cargaban á los dioses del pueblo. Cada una de esas fuerzas llevaba provisión suficiente de armas y víveres, y no se permitía que en ellas fuese ninguna mujer.

Las armas de los guerreros eran hondas, arcos y flechas, varas recias con ganchos en las puntas para hacer prisioneros, y porras de madera con clavos puntiagudos de cobre. Todas las armas y cuchillos que se han descubierto son de cobre, y sólo las puntas de las flechas de *zinapo* ú obsidiana. Se defendían con recios escudos adornados de plumas blancas de garza dedicadas á *Curicaberi,* ó de plumas rojas de papagayo ó de otros pájaros de colores, según la categoría del guerrero. Los soldados se cubrían el cuerpo con jubones tejidos de pita de maguey, siendo los de los señores y principales de algodón, adornados de plumas y joyas según su importancia. Sus pendones y estandartes eran labrados con mucho primor de plumas hermosísimas. Los guerreros se pintaban el rostro y el cuerpo de rojo, negro ó amarillo. Usaban por música, caracoles, bocinas é instrumentos de barro que la crónica llama trompetas.

En el Lienzo de Tlaxcalla hay una pintura que representa una batalla dada por los españoles y tlaxcalteca al mando de Nuño de Guzmán contra los tarascos de Michuacán: como obra de los mismos indios nos merece entera fe en sus pormenores. Mientras los tlaxcalteca están cubiertos con ricos *ichcahuipilli* y llevan hermosos *chimalli*, macanas y soberbios plumeros, entre ellos la garza que el señor Orozco cree que representaba las armas de Tlaxcalla, los michuaca visten una gran camisa burda, tienen un cerco de plumas levantadas en la cabeza, usan toscos escudos y tiran flechas, si bien se ve á uno con piel de tigre, y á otro con una macana, lo que prueba que por lo menos algunos usaban esa arma.

El jefe guerrero usaba en la cabeza un gran plumaje verde, una rodela muy grande de plata á la espalda, carcaj de cuero de tigre, orejeras y brazaletes de oro, jubón rojo de algodón, un mástil arpado de cuero por los lomos, cascabeles de oro en las piernas, y un cuero de tigre en la muñeca izquierda para resistir el golpe de la cuerda del arco, que empuñaba éste como signo de mando.

Antes del ataque mandaban espías á los pueblos que querían conquistar; los espías los recorrían, dejando escondidas, cerca del templo del pueblo que habían de atacar, unas pelotas sagradas, unas plumas de águila y dos flechas ensangrentadas, como conjuro de victoria; y al volver daban los correspondientes informes haciendo con rayas en el suelo el plano del pueblo, sus caminos y entradas.



Guerreros michuaca
(Tomado del Lienzo de Tlaxcalla).

Ignoramos cuál era la organización de los guerreros michuaca, pero suponemos que debió ser parecida á la de los mexica; y á que la tuvieron, y que no peleaban en masa, como cree el señor Orozco, nos persuade el que la crónica refiere, cómo al frente se colocaban todos los valientes de Tzintzúntzan, detrás los sacerdotes que llevaban á los dioses *Curicaberi* y *Xaratanga* con los otros dioses mayores formando dos procesiones, una á cada lado, y después columnas de seis escuadrones con sus dioses y banderas, yendo en medio de ellas un escuadrón de cuatrocientos hombres en el centro, con un dios, de los corredores ó infantería ligera llamada *pugarancha.*

Iban á la guerra los michuaca, y los chichimeca, otonca, matlatzinca, huetamacha y chontales, lo mismo que los de Tóchpan, Tamazulla y Tzapotlán, pues todos estos pueblos limítrofes de los tarascos les estaban sujetos por tributo.

La manera de pelear era que de cada columna hacían una emboscada inmediata al pueblo que querían atacar. El escuadrón ligero de cuatrocientos hombres avanzaba al pueblo con sus arcos y flechas y ponía fuego á las casas, y fingía una retirada rápida y desordenada, con lo cual los atacados, viéndolos huir y que eran pocos salían tras ellos; y mientras caían en medio de las celadas y ahí los destrozaban y hacían prisioneros, los que estaban delante penetraban en el pueblo, lo quemaban y saqueaban, tomaban á los heridos, viejos y niños, y ahí mismo los sacrificaban y se los comían cocidos; á los muchachos los guardaban para esclavos, y á los demás cautivos se los llevaban para sacrificarlos á *Curicaberi*, *Xaratanga*, y á los otros dioses de Tzintzúntzan y los pueblos. El cronista hace subir estas hecatombes al sacrificio de ocho y diez y seis mil prisioneros. Como se ve, la guerra de los michuaca tenía el carácter de sagrada, y eran más crueles, sangrientos y antropófagos que los mexica.

CAPITULO III

El pueblo. — Las clases. — Los gremios. — Antigüedad de la división del trabajo en Michuacán. — Leyes penales. — Jurisdicción. — Matrimonio. — Poligamía. — Divorcio. — Inferioridad de la cultura michuacana respecto á la mexica. — Falta de escritura jeroglífica. — Industria. — Supremacía en varios ramos. — Minería. — Fundición de metales. — Lengua. — Bailes y farsas. — Aritmética — Calendario. — Los matlatzinca — Superioridad de la organización nacional de los michuaca. — Nueva invasión de Matlatzinco. — Conquista de Xiquipilco. — Axayácatl, Netzahualpilli y Totoquihuaztli con los pueblos aliados se preparan á la campaña de Michuacán. — Levantan un ejército de veinticuatro mil hombres. — Grandes esperanzas de triunfo. — Parten las fuerzas aliadas á reunirse en términos del reino tarasco. — Se asienta el campo á inmediaciones del lago de Tzipécuaro. — La tienda de Axayácatl. — Se mandan espías á observar al enemigo. — Razón de lo que vieron. — El campo tarasco se componía de cuarenta mil hombres. — Cómo estaban armados. — Axayácatl aconseja prudentemente la retirada. — Los guerreros principales se oponen y el ejército avanza al combate. — Aspecto que presentaban las huestes tarasca. — Atacan los mexica, y tras un día de combate son rechazados. — Se reponen en la noche, vuelven al día siguiente á la pelea y son desbaratados. — El ejército del Anáhuac pierde veinte mil hombres. — Vuelve Axayácatl á México con sólo doscientos yaoyizque. — Honras á los muertos — Cae enfermo Axayácatl después de la consagración de la Piedra del Sol. — Hace esculpir su efigie en Chapultepec. — Va á verla y á la vuelta muere en el camino. — Sucesión de Axayácatl. — Sus exequias. — Da cuenta Tlacaelel de la muerte del rey á los principales de México. — Se da parte á los señores aliados — Ofrendas y oraciones fúnebres de Netzahualpilli y Totoquihuaztli. — Llegan los señores de Chalco, Cuauhnáhuac, Tlaxcalla, Cholula, Huexotzinco y demás aliados y tributarios. — Sus ofrendas. — Grandes banquetes que les dan en México. — Vestiduras que ponen al cadáver. — La comida que le preparan las viudas. — Cantos funerales. — Incineración del cadáver. — Sacrificios de los esclavos, enanos y corcobados — Fin de la ceremonia.

Por virtud de la larga duración del vencimiento de los antiguos tarascos por los meca huacanaze, debió irse formando poco á poco un pueblo de ambos elementos, pueblo agricultor é industrial en el cual vencidos y vencedores no debieron tener de manera determinada los puestos respectivos de siervos y señores. Más bien podemos decir que el nuevo pueblo era siervo de los nuevos señores, quienes ocupaban las altas jerarquías ó por alianzas de raza á raza ó por haberse distinguido en las guerras.

De todos modos la división de clases existía arraigada profundamente. El sacerdocio era una casta y á ella pertenecían el *cazonci* y los principales del reino; á su sombra y como su complemento se desarrollaba la clase guerrera, y todavía, además del pueblo, tenemos que considerar la gran multitud de esclavos llevados de las conquistas.

Es curioso ver cómo por gremios ó género de trabajos se dividían los individuos del pueblo michuaca. Por la abundancia de pescado de aquella región, llamáronla los méxica Michuacán, por lo cual nosotros seguiremos llamando michuaca á sus habitantes, especialmente á los residentes en Tzintzúntzan y demás pueblos del litoral é islas del lago de Pátzcuaro, centro de aquella extensa monarquía.

Nos refiere el cronista que había un jefe llamado *cacari*, de los canteros y pedreros, los cuales tenían además otros mandoncillos entre sí. El *guavicoti* ó cazador mayor gobernaba á todos los de su oficio, y éstos llevaban venados, conejos y pájaros al *cazonci*. El *curuhapindi* era el jefe de los cazadores de patos y codornices, y era el que recogía la parte de esa caza destinada á los sacrificios de la diosa *Xaratanga*, caza



Ídolo que se cree de la diosa Xaratanga

que comían después el *cazonci* y los señores. El *huaruri* y el *tarama* recogían el pescado tomado á red ó anzuelo, el cual era todo para el *cazonci* y los señores. El *uxguarecuri* era jefe de los plumajeros ó labradores de atavíos de pluma. Y así encontramos los de los carpinteros, olleros, fabricadores de jarros, etc., de modo que el trabajo estaba perfectamente dividido, y los que pertenecían á una clase ó gremio solamente en él trabajaban.

Así se ve también cómo fué esa costumbre muy

antigua en los michuaca, y no obra como se ha creído del respetable y benéfico don Vasco de Quiroga.

Poco sabemos de las leyes de aquel pueblo, pero las penales que conocemos eran muy crueles. El adulterio con una de las mujeres del *cazonci* se castigaba con la muerte de toda la familia del adúltero y confiscación de sus bienes. Por pequeños delitos degradaban y desterraban á los señores principales y desnudaban á sus mujeres. El hermano ó hijo del *cazonci* que llevaba mala vida, era muerto con su servidumbre y sus bienes confiscados. Al forzador de mujer le rompían la boca hasta las orejas, y después lo empalaban. Al hechicero le rompían también la boca, le arrastraban vivo y lo mataban á pedradas. El primer robo se perdonaba; pero al segundo se despeñaba al criminal, dejando que su cuerpo fuese comido por las aves.



Ídolos de piedra negra encontrados en Tzintzúntzan

Con excepción de la fiesta *Eguatacónscuaro,* en la cual hacía justicia el sumo sacerdote *Petamuti,* este derecho estaba reservado al *cazonci.* Si el delincuente pertenecía á algún señorío, averiguado el delito, lo remitía el señor, y el gran sacerdote lo presentaba al *cazonci* para que pronunciase la sentencia.

Los michuaca practicaban la poligamia: el *cazonci* tenía innumerables mujeres; los señores veinte y más; y á los guerreros por cada hazaña les daban como premio una mujer. El *cazonci* disponía á su voluntad el matrimonio de los señores; pero éstos se casaban siempre con sus parientas, no tomando jamás mujer que no fuera de su linaje. Los sacerdotes intervenían en estos enlaces, nada más como consejeros, pero no como celebrantes. En los del pueblo no intervenían. Los que se unían por amores se concertaban entre sí sin dar aviso á sus padres. El hermano tomaba por mujer á su cuñada viuda. Sólo estaba prohibido el matrimonio entre padres é hijos, á los hermanos entre sí y al sobrino con la tía.

Las quejas del matrimonio se presentaban al gran sacerdote *Petamuti.* Las tres primeras veces los amonestaba reprendiendo al culpable, á la cuarta decretaba el divorcio. Si la culpa era de la esposa seguía, sin embargo, viviendo en la casa marital; á no ser en el caso de adulterio en que entregada al *Petamuti* la mandaba matar. Si la culpa era del varón, recogían á la mujer sus parientes y la casaban con otro. No se permitía un segundo divorcio.

Por lo dicho se ve que los michuaca eran inferiores en cultura, en organización social y en comodidades de la vida á los mexica; no sobresalieron en la arquitectura ni en la estatuaria, como lo acreditan los ídolos de piedra há poco encontrados en un sepulcro de Tzintzúntzan; no usaron escritura; pero eran bien formados, valerosos, diestros en el manejo del arco, y dados á lujosos atavíos de plumas de oro, y de turquesas. En cambio sobresalieron en diversas industrias. Hacían preciosas esteras para estrados, alfombras y camas; curtían cueros, y pintándolos hacían ricas cotaras; hacían instrumentos de piedra y de bronce, con los cuales y arena labraban la cantería y aun piedras preciosas; hacían jícaras y bateas dándoles un barniz



Curioso botellón con la imagen de Cueravaperi
(De fotografía directa)

tan primoroso que compite con las lacas chinas; hacían tejidos y mosaicos de pluma verdaderamente asombrosos; y no dudamos de que sobresalieron en la minería y como plateros. Testigo ocular nos ha contado que los descendientes del último *cazonci* conservan un pescado de plata hecho de escamas, que tomado por la cola se mueve por la disposición de las mismas escamas, y una culebra de obsidiana enroscada y taladrada de modo que se le echa un arbejón por la boca y sale por la cola. En últimas excavaciones se han encontrado pitos con rostro de mujer que llevan por tocado una á manera de mitra bien labrada, pipas de barro y jarras y botellones. Son verdaderamente notables los objetos de alfarería tarasca, conocidos y reproducidos últimamente por la fotografía.

Que practicaban el laboreo de metales no puede cabernos duda, pues no sólo usaban instrumentos de cobre y bronce, sino que la crónica habla repetidas veces de adornos de plata y oro. El cobre es abundantísimo en Coalcomán: en la misma región, cerca del río Chacalapa, hay grandes tajos que llaman Tabernillas, acaso por corrupción de Cavernillas, cuya tierra tenía oro que sacaban á fuego, lo cual nos hace pensar en los teluros. La mayor parte del oro que había en México venía de Michuacán. Tenían, además, crisoles para la fundición y moldes para sus artefactos.

Por lo demás, los michuaca eran de poderosa imaginación; su lengua, sonora y armoniosa, es un verdadero tipo de la clase aglutinante; todo lo cual debió hacerlos dados á danzas y cantares, representaciones y farsas. Sabemos de un baile llamado *paracatabaracua*, y del



Utensilios tarasca



Alfarería tarasca



Comal y ollas de los tarasca

curinguri, que hacía los atambores y atabales para sus danzas; y á más tenemos en nuestra colección una máscara de madera con cara de viejo y dientes naturales, traída de Michuacán, la cual acusa claramente aquellas farsas.

La numeración de los michuaca seguía el sistema nahoa. Los 20 números de la primera serie eran:

1. *Ma.*—2. *Tziman.*—3. *Tanimu.*—4. *Tamu.*—5. *Yumu.*
6. *Cuimu.* — 7. *Yuntziman.* — 8. *Yuntanimu.* — 9. *Yuntamu.*—10. *Temben.*
11. *Temben ma.* —12. *Tembentziman.* — 13. *Tenbentanimu.* — 14. *Tembentamu.* — 15. *Tenbenyumu.*
16. *Tenbencuimu.*—17. *Tenbenyuntziman.*—18. *Tenbenyuntanimu.*—19. *Tenbenyuntamu.*—20. *Maccuatze* ó *Makatarhi.*
20. *Maecuatze.*—400. *Mayrepeta.*—8000. *Mazutupu.*

En cuanto á calendario, usaban también los michuaca el sistema de la raza nahoa. No lo conocemos, sin embargo, por completo, sino sólo por un manuscrito que perteneció al Museo de Boturini, y llevaba las siguientes marcas: 79-N.° 22 del L° 5.°-Inv. 6.°-5 fs. Boturini lo atribuía á los chochos, el señor Ramírez á los matlatzinca, y el señor Orozco, en nuestro concepto con razón, dice que también era de los michuaca. De su estudio sacamos las siguientes observaciones.

Los matlatzinca en realidad pertenecían á la civilización de los michuaca, eran sus estrechos aliados, y podríamos decir que les estaban unidos. Los vemos en el jeroglífico de la peregrinación, pero no eran de lengua nahoa; lo que sólo se explica porque salieron del Michuacán cuando los mexica: no siguieron adelante y se quedaron en las fronteras. Casi no tenemos noticias de ese pueblo, sino que habitaba el valle de Toluca, y que parte estaba establecido en Michuacán, desde que fueron á auxiliar á su rey en la guerra que tuvo con los tochos y los temexes. Se sabe que tenían cinco distintos nombres: el de *matlatzinca,* que les daban los mexica por las redes que construían para pescar en sus lagunas; el de *nentambati,* de su propio idioma, que quiere decir *los de en medio del valle,*

por la posición de su ciudad Toluca; el de *nepintatuhui, los de la tierra del maíz,* porque ese valle es uno de los que más lo producen; el de *pirindas,* que les dieron en Michuacán, porque fueron á habitar en la mitad del reino; y el de *charenses*, que también allí recibieron, por tener su principal ciudad en Charo, la cual todavía existe á unas cuatro ó cinco leguas de Morelia. Encontramos estos datos importantes en el Prólogo manuscrito de la lengua matlatzinca del padre fray Diego Basalenque, respetable benemérito de la historia de Michuacán.

Pues bien, en ese calendario hallamos primeramente los cuatro signos iniciales:

Chon, Thihui, Don, Bani.

Chon significa conejo, *thihui*, caña, *don*, pedernal, y *bani*, casa: por lo mismo corresponden á *tochtli, ácatl, técpatl* y *calli:* de donde deducimos que seguían el orden mexica, y que con esos cuatro signos combinaban sus períodos de trece años y sus ciclos de cincuenta y dos.

Los nombres de los días de la veintena son:

1. *Inxichari.*
2. *Inchini.*
3. *Inrini.*
4. *Inpari.*
5. In chon.
6. *Intahui.*
7. *Intzini.*
8. *Intzonyabi.*
9. *Intzinbi.*
10. In thihui.
11. *Inixotzini.*
12. *Inichini.*
13. *Inyabi.*
14. *Inthaniri.*
15. Ino don.
16. *Inyelbi.*
17. *Inettuni.*
18. *Inbeori.*
19. *Inithaâti.*
20. In bani.

De las diez y ocho veintenas sabemos el nombre de catorce, pues el calendario no está completo. Son esas veintenas:

1. *In thagari.*
2. *In dehuni.*
3. *In thezamoni.*
4. *In tturimehui.*
5. *In thameuhi.*
6. *Inis cätholohui.*
7. *Ima tatohui.*
8. *Itz bachaa.*
9. *In thoxijui.*
10. *In thaxijui.*
11. *In thechaqui.*
12. *In thechotahui.*
13. *In teyabiitzin.*
14. *In thaxitohui.*

Los *nemontemi* se llamaban *In tasyabire,* y no llevaban nombres ni signos de días.

El manuscrito tiene la correspondencia de las fechas de nuestro calendario y de algunas fiestas cristianas; pero de 1.° de enero á 1.° de abril en que comienzan los *nemontemi* no tiene los días indios.

Comenzaba, pues, el año michuaca á 6 de abril. Ponemos á continuación tan curioso calendario tal como está en el manuscrito.

Enero

A	1		11
b	2		12
c	3.		13
d	4.		14
e	5.	⊛	15
f	6.		16
g	7.		17
A	8.		18
b	9.		19
c	10.	⊛	20
d	11	※	**1**
e	12.		2
f	13.		3
g	14.		4
A	15.	⊛	5
b	16.		6
c	17.		7
d	18.		8
e	19.		9
f	20.	⊛	10
g	21.		11
A	22.		12
b	23.		13
c	24.		14
d	25	⊛	15
e	26.		16
f	27		17
g	28.		18
A	29.		19
b	30.	⊛	20
c	31	※	**1**

Febrero

d	1.		2
e	2.		3
f	3.		4
g	4.	⊛	5
A	5.		6
b	6.		7
c	7.		8
d	8.		9
e	9.	⊛	10
f	10.		11
g	11.		12
A	12.		13
b	13.		14
c	14.	⊛	15
d	15.		16
e	16.		17
f	17.		18
g	18.		19
A	19.	⊛	20
b	20	※	**1**
c	21.		2
d	22.		3
e	23.		4
f	24.	⊛	5
g	25.		6
A	26.		7
b	27.		8
c	28.		9

Marzo

d	1.	⊛	10
e	2.		11
f	3.		12
g	4.		13
A	5.		14
b	6.	⊛	15
c	7.		16
d	8.		17
e	9.		18
f	10.		19
g	11.	⊛	20
A	12	※	**1**
b	13.		2
c	14.		3
d	15		4
e	16.	⊛	5
f	17.		6
g	18.		7
A	19.		8
b	20.		9
c	21.	⊛	10
D.	22.		ynixotzini.
E.	23		ynichini.
F.	24.		yn ya Bi.
G.	25.	Anuntiatio B M æ	yn thaniri.
A.	26.		*Y no Don*

B. 27.		yn ye ebi.
C. 28.		yn ettuni.
D 29.		yn beori.
E. 30.		yni tha âti.
F. 31.		*yn Bani.*

D. April xxx

G. 1.	*yn tasyabire.*	☼
A. 2.		☼
B. 3.		☼
C 4.		☼
D. 5.		☼
E. 6.	*yn thagari.*	yn xichari.
F. 7.		yn chini.
G. 8.		yn rini.
A. 9.		yn pari.
B. 10.		*yn chon.*
C. 11.		yn thahui.
D. 12.		yn tzini.
E. 13.		yn tzonyabi.
F. 14.		yn tzinbi.
G. 15.		*yn thihui.*
A. 16.		ynixotzini.
B. 17.		ynichini.
C. 18.		yn yabi.
D. 19.		yn thaniri.
E. 20.		*yno Don.*
F. 21.		ynyelbi.
G. 22.		yn ettuni.
A. 23.		yn beori.
B. 24.		yni tha âti.
C. 25.	Marci Evangelista.	*yn Bani*
D. 26.	*yn Dehuni.*	yn xichari.
E. 27.		yn chini.
F. 28.		yn rini.
G. 29.		yn pāri.
A. 30.		*yn chon.*

D. Maius xxxi

B. 1.	Philippi et Jacobi Apost.	yn thahui.
C. 2.		yn tzini.
D. 3.	Inventio S.ta Crucis.	yn tzonyabi.
E 4.		yn tzimbi.
F. 5.		*yn thihui.*
G 6.		ynixotzini.
A. 7.		ynichini.
B. 8.		ynya Bi.
C 9.		ynthaniri.
D. 10.		*yno Don.*
E. 11.		ynyelbin.
F. 12.		ynettuni.
G. 13.		yn beori.
A. 14.		yn tha âti.
B. 15.		*yn bani.*
C. 16	*yn theçamoni.*	yn xichari.
D. 17.		yn chini.
E. 18.		yn rini.
F. 19.		yn pāri.
G. 20.		*yn chon.*
A. 21.		yn thahui
B. 22.		yn tzini.
C. 23.		yn tzonyabi.
D. 24.		yn tzinbi.
E. 25.		*yn thihui.*
F. 26.		ynixotzini.
G. 27.		ynichini.
A. 28.		ynyabin.
B. 29.		yn thaniri.
C. 30.		*yno Don.*
D. 31.		ynyelbin.

De Junius xxx

E. 1.		ynettuni.
F. 2.		yn beori.
G. 3.		yni tha âti.
A. 4.		*yn Bani.*
B. 5.	*yn tturimehui.*	yn xichari.
C. 6.		yn chini.
D. 7.		yn rini.
E. 8.		yn pari.
F. 9.		*yn chon.*
G 10		yn thahui.
A. 11.		yn tzini.
B 12.		yn tzonyabi.
C. 13.		yn tzinbi.
D. 14.		*yn thihui.*
E. 15.		ynixotzini.
F. 16.		ynichini.
G. 17.		ynyabin.
A. 18.		yn thaniri.
B. 19.		*yno Don.*
C. 20.		yn yelbi.
D. 21.		ynettuni.
E. 22.		yn beori.
F. 23.	Vigilia.	yni tha âtin.
G. 24.	Nativit. S. Joan Bap.	*yn Bani.*
A. 25.	*yn thamehui.*	yn xichari.
B. 26.		yn chini.
C. 27.		yn rini.
D. 28.	Vigilia.	yn pāri.
E. 29.	Pet. et Paul. Apost.	*yno Don.*
F. 30.		yn thahui.

D. Julius xxxi

G. 1.		yn tzini.
A. 2.		yn tzoyabi.
B. 3.		yn tzinbi.
C. 4.		*yn thihui.*
D. 5.		ynixotzini.
E. 6.		ynichini.
F. 7.		ynyabin.
G. 8.		yn thaniri.
A. 9.		*yno Don.*
B. 10.		ynyelbi.
C. 11		ynettuni.
D. 12.		yn beori.
E. 13.		yni tha âti.
F. 14		*yn Bani.*
G. 15.	*ynis cãtholohui.*	ynxichari.
A. 16.		yn chini.
B. 17.		yn rini.
C 18.		yn pari.
D. 19.		*yn chon.*
E 20.		yn thahui.
F. 21.		yn tzini.
G. 22.	M.ª Magdalena.	yn tzonyabi.
A. 23.		yn tzinbin.
B. 24.	Vigilia.	*yn thihui.*
C. 25.	Santiago Apost.	ynixotzini.
D 26	Sant Ana.	ynichini.
E. 27.		ynyabin.
F 28.		yn thaniri.
G. 29.		*yno Don.*
A. 30.		ynyelbin.
B. 31.		ynettuni.

Augustus xxxi

C. 1.		yn beori.
D. 2.		yn tha âti.
E. 3.		*yn bani.*
F. 4.	*ymatatohui.*	yn xichari.
G. 5.		yn chini.
A 6.	traficanracion (Lic.) Dñi.	yn rini.
B. 7.		yn pari.
C. 8.		*yn chon.*
D 9.	Vigilia.	yn thahui.
E. 10.	Laurenti mart.	yn tzini.
F. 11.		yn tzoyabi.
G. 12.	S.ta Clara Vírgen.	yn tzinbi.
A. 13.		*yn thihui.*
B. 14.	Vigilia.	ynixotzini.
C. 15.	Asonption Lic.) B. M.	ynichini.
D. 16.	San Roque Confes.	ynyabin.
E. 17.		yn thaniri.
F. 18.		*yno Don.*
G. 19.	San Luys Obispo.	yn yelbin.
A. 20.	S. Bernardo Abbad.	ynettuni.
B. 21.		yn beori.

C. 22. . . . . yni tha âti.
D. 23. Vigilia. . . . . *yn bani.*
E. 24 *Itzbachaa* . . . . yn xichari.
F. 25. Luys Rey de Francia. . . . yn chini.
G. 26. . . . . yn rini.
A. 27. . . . . yn pari.
B. 28. Augustini obis. conf. . . . *yn chon.*
C. 29. . . . . yn thahui.
D. 30. . . . . yn tzini.
E. 31. . . . . yn tzoyabin.

D. Setiembre xxx

F. 1. . . . . yn tzinbi.
G. 2. San Antonio martyr. . . . *yn thihui.*
A. 3. . . . . ynixotzini.
B. 4. S. Mose Confesor. . . . . yni chini.
C. 5. . . . . ynyabin.
D. 6. . . . . yn thaniri.
E. 7. . . . . *yno Don.*
F. 8. Natibitas B. M. . . . . . yn yelbin.
G. 9. San Gregorio martir. . . . ynettuni.
A. 10. Nicolai de Tolentino. . . . yn beori.
B. 11. . . . . yni tha âtio.
C. 12. S. Maximiniano Obispo. . . *yn bani.*
D. 13. *yn toxijuhi.* . . . . ynxichari.
E. 14. Exaltacion de la S.ta ✠ . . ynchini.
F. 15. . . . . yn rini.
G 16. . . . . yn pari.
A. 17. . . . . *yn chon.*
B. 18. . . . . yn thahui.
C. 19. . . . . yn tzini.
D. 20 Vigilia. . . . . yn tzonyabi.
E. 21. Mathei Apost.. . . . . . yn tzinbi.
F. 22. . . . . *yn thihui.*
G. 23. . . . . ynixotzini.
A. 24. . . . . ynichini.
B. 25. . . . . ynyabin.
C. 26. S. Cipriano y Justina. . . . yn thaniri.
D. 27. S. Exuperio Arzb.º de Tolos. *yno Don.*
E. 28. SS. Cosme y Damian . . . yn yelbin
F. 29. Michaelis Arcangeli. . . . ynettuni.
G. 30 Hieronymi.. . . . . yn beori.

Octobre xxxi

A. 1. . . . . yni tha âti.
B. 2. . . . . *yn bani.*
C. 3. *yn thaxijui.* . . . . . . yn xichari.
D. 4. Francisci Confesuris. (Lic.) . yn chini.
E. 5. . . . . yn ri ni.
F. 6. . . . . yn pari.
G. 7. . . . . *yn chon.*
A. 8. . . . . yn thahui.
B. 9. . . . . yn tzinin
C. 10. . . . . yn tzoyabi.
D. 11. . . . . yn tzinbi.
E. 12. . . . . *yn thihui.*
F. 13. . . . . yni xotzini.
G. 14. . . . . yni chini.
A. 15. . . . . yn yabin.
B. 16. . . . . yn thaniri.
C. 17. . . . . *ynohtho.*
D. 18. Luce Evangelista. . . . . yn yebin.
E. 19. . . . . ynettuni.
F. 20. . . . . yn beoori.
G. 21. . . . . yni tha âti.
A. 22. . . . . *yn bani.*
B. 23. *yn thechaqui.* . . . . . yn xichari.
C. 24. . . . . yn chi ni.
D. 25. . . . . yn ri ni
E. 26. . . . . yn pari.
F. 27. Vigilia. . . . . *yn chon.*
G. 28. Gimonis (Lic.) et Jude.. . . yn thahui.
A. 29. . . . . yn tzini.
B. 30. . . . . yn tzonyabi.
C. 31. Vigilia. . . . . yn tzinbin.

Noviembre xxx

D. 1. S. festo omnium SS.oran. . *yn thihui.*
E. 2. . . . . yni xotzini.
F. 3. . . . . yni chini.
G. 4. . . . . yn yabin.
A. 5. . . . . yn thaniri.
B. 6. . . . . *ynohtho.*
C. 7. . . . . ynyeebi.
D. 8. . . . . ynettuni.
E. 9. . . . . yn beoori.
F. 10 . . . . yn tha âti.
G 11. Martini Ep. confes. de. . . *yn bani.*
A. 12. S.ª Disgon *yn thechotahui.* yn xichari.
B. 13. . . . . yn chini
C. 14. . . . . yn rini
D. 15. . . . . yn pari.
E. 16. . . . . *yn chon.*
F. 17. . . . . yn thahui.
G. 18. . . . . yn tzini.
A. 19. . . . . yn tzonyabi.
B. 20. . . . . yn tzinbi.
C. 21. . . . . *yn thihui.*
D. 22. . . . . ynixotzinni.
E. 23. . . . . yn chini.
F. 24. . . . . yn yabin.
G. 25. Catherine virg. et mar . . yn thaniri.
A. 26. . . . . *ynohtho.*
B. 27. . . . . ynye ūbin.
C. 28. . . . . ynettuni.
D. 29. Vigilia. . . . . yn beoori.
E. 30. Andrei Apost.. . . . . . yn tha âthi.

Diciembre xxxi

F. 1. . . . . *yn bani.*
G. 2. *ynteyabihitzin.* . . . . . yn xichari.
A. 3. . . . . yn chini.
B. 4. . . . . yn rini.
C. 5. . . . . yn pari.
D. 6. . . . . *yn chon.*
E. 7. . . . . yn thahui.
F. 8. Conceptio B. M. . . . . . yn tzini.
G. 9. . . . . yn tzonyabi
A 10. . . . . yn tzinbin.
B. 11. . . . . *yn thihui.*
C. 12. . . . . ynixotzini.
D. 13. Lucie Virg et mar.. . . ynichinin.
E. 14. . . . . ynyabin.
F. 15 . . . . yn thaniri.
G 16. . . . . *ynohtho.*
A. 17. . . . . ynyabin.
B. 18. Expectation. . . . . . . ynattuni.
C. 19. . . . . yn beoori.
D. 20. Vigilia. . . . . yni tha âthi.
E 21. Tome Apost. . . . . *yn bani.*
F. 22 *yn Thaxitohui.* . . . . . yn xichari.
G. 23. . . . . yn chini.
A. 24. Vigilia. . . . . yn rini.
B. 25. Nativitas Dni. mi. . . . yn pari.
C. 26. Sancte Stephani.. . . . . *yn chon.*
D. 27. Juanis Apost . . . . . . yn thahui.
E. 28. SS. Innocenciom . . . . yn tzini.
F. 29. . . . . yn tzonyabin.
G. 30. . . . . yn tzinbin.
A. 31. Silbestri . . . . *yn thihui*

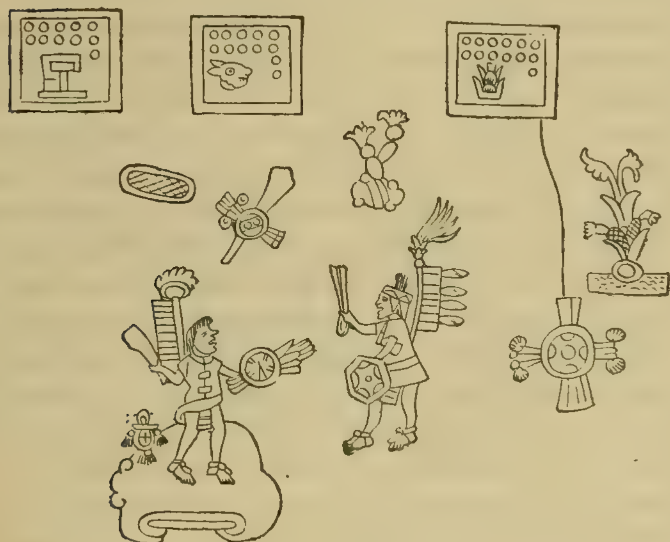
FINIS

Tal era el pueblo que Axayácatl, mal aconsejado, después de las grandes conquistas que había hecho y sin duda alentado por ellas, iba á atacar sin comprender la fuerza de la unión nacional, el poder producido por los elementos de un territorio compacto y extenso y el valor indomable de los hombres cuando defienden una patria. El Michuacán no era una série de señoríos como los que estaban acostumbrados á barrer en su camino los mexica, señoríos aislados las más veces, enemigos entre sí no pocas; era una verdadera nación, acaso demasiado joven, pero por lo mismo más vigorosa;

y porque era más extensa y más poblada podía oponer fuerzas mayores á la invasión de los mexica.

Parece que éstos comenzaron por invadir de nuevo el Matlatzinco, pues en las pinturas del códice Vaticano así se expresa, y se pone la conquista de Xiquipilco en el año 13 *ácatl*, 1479. Por lo tanto, debemos referir al siguiente *ce técpatl*, 1480, la continuación de la guerra á Michuacán.

Bien comprendieron los mexica la importancia y



Batalla de Xiquipilco

dificultades de esa campaña, pues los señores del Anáhuac, Axayácatl, Netzahualpilli y Totoquihuaztli de Tlacópan, prepararon el mayor ejército hasta entonces levantado en el Valle. Era de veinticuatro mil hombres, compuesto de mexica, acolhua, tepaneca, otomíes, chalca, xochimilca, de los otros pueblos de los lagos y de los conquistados en la tierra caliente. Y con fuerza tan numerosa andaban de tal manera alborozados los mexica, que ya pensaban en los innumerables prisioneros que iban á hacer para la fiesta del estreno de la Piedra del Sol.

Dispúsose que las fuerzas marchasen separadas con sus jefes, á reunirse en términos de Matlatzinco y Taximaroa, junto á una laguna inmediata á Tzipécuaro: acamparon, pues, en territorio tarasco. Asentóse el real con muchas tiendas y casas de esteras en número bastante para abrigar á tan numeroso ejército, y para Axayácatl especialmente armóse una muy lujosa entapizada de vistosas mantas y galanes asientos para los señores de su compañía, pues por costumbre todos los grandes de la ciudad y de los reinos aliados iban con el *tecuhtli* de México.

Comenzó prudente Axayácatl por enviar espías al campo enemigo, los cuales ya cerca de él hicieron un socavón desde donde pudieron observar todo; y volvieron á dar cuenta de su comisión.

El ejército tarasco se componía de cuarenta mil hombres, armados de hondas, varas tostadas y arrojadizas, arcos y flechas, macanas con cuchillos de obsidiana, y porras claveteadas de bronce, con muchas y muy galanas rodelas y banderas adornadas de oro y plumería.

Creyó Axayácatl que había gran riesgo en dar la batalla y propuso una retirada; mas opusiéronse sus guerreros principales, recordándole que los mexica jamás huían el rostro á las armas de sus enemigos. Decidióse el combate. Avanzó en orden el ejército, los *cuauhuéhuetl* ó viejos águilas iban como maestros de campo componiendo la gente, y pusieron delante á los valerosos y aguerridos *cuáchic*. Descubrieron á la gente tarasca muy en orden y lucida con todos los señores delante, tan llenos de joyas y plumas, tan resplandecientes y deslumbrantes de oro, con tan lujosos brazaletes, sandalias, orejeras, bezotes y diademas en la cabeza también de oro, que cuenta el cronista cómo á la salida del sol, hora en que los descubrieron, con el resplandor quitaban la vista. Exhortóse al ejército según costumbre, lanzóse á la pelea, se le reforzaba con nuevos hombres y se le refrescaba con la bebida *yolatl*, y después de luchar hasta la puesta del sol, los guerreros del rey michuaca Zizispandácuare habían rechazado á las fuerzas del Anáhuac. Pasóse la noche en rehacer el maltrecho ejército, y al día siguiente fué tan desastroso el combate, que no solamente mataron los michuaca á los más valerosos *cuáchic* y *otonca*, sino que destruyeron más de veinte mil hombres, volviéndose Axayácatl con doscientos mexica únicamente.

Cuenta la crónica que Tlacaelel al saber la noticia lloró de rabia al verse viejo é impotente; el león de la victoria rugía sintiéndose con las fauces y las garras desarmadas.

Siguiéronse pomposas exequias á los muertos, y



Campaña de Michuacán y exequias de los muertos

después la consagración de la Piedra del Sol. Como hubiera Axayácatl hecho por su mano tantos sacrificios en esta ceremonia, cayó malo del cansancio y del olor de la sangre, y acaso también del dolor de su pasada derrota. Sintiéndose enfermo quiso que se esculpiese su retrato en una peña de Chapultepec junto al de Moteczuma; luego que estuvo concluído se hizo llevar á

verlo, ahí se despidió de los señores de su reino, y al volver murió en el camino en las andas donde lo traían, en el año 2 *calli*, 1481.

Respecto de la sucesión de Axayácatl hay que dudar de los exagerados relatos que le atribuyen hasta ciento cincuenta hijos naturales, pues según nuestros cálculos murió entre los veintisiete y veintiocho años de edad. Axayácatl había tomado por esposa y para reina á Azcaxóchitl, hija de Netzahualcóyotl y de ella dejó dos hijos y una hija, aunque tuvo otros nueve, muertos en la lactancia, habiendo nacido tres en un solo alumbramiento y dos en otro. Los hijos fueron Moteczuma, Xocoyótzin y Cuitlahuac, y la hija Tlilalcápatl, madre de Cuauhtemoc.

Suntuosas fueron las exequias de Axayácatl, y las referiremos como muestra de aquellas solemnes ceremonias, siguiendo el relato de Tezozomoc y Durán. Dió el *cihuacoatl* Tlacaelel cuenta primeramente de la muerte del *Tlacatecuhtli* á los electores, al consejo *Tlalócan* y á los jefes y principales guerreros. Enuméranse en la crónica los principales *Tlacatécatl*, *Tlacohcálcatl*, que lo era el mismo Tlacaelel, *Tecoyahuácatl*, *Tlilancalqui*, *Ezhuahuácatl*, *Tezcacoatl*, *Tecuiltécatl*, *Cuauhnochtli*, *Acolnahuácatl*, *Tecuhtlamacazqui*, *Huitznahuatlailotlac*, *Chalchivhtepehua*, *Temilócatl*, *Hueytecuhtli* y *Mexicatecuhtli:* éstos eran los grandes dignatarios del reino. Los jefes y guerreros llamados con ellos, fueron los *Tecuhtli*, los *Achcáuhtzin*, los *cuáchic* y los *otómitl*. Llamóse en seguida á los valientes *tequihuaque*, á los sacerdotes *tlamacazque*, á los que cuidaban el fuego *tlenamacazque* y á los mancebos del *Calmecác*. Mandáronse después embajadores á participarlo al rey de Texcoco Netzahualpilli, al de Tlacópan y á los de los otros señoríos amigos. Dijo delante de los principales y guerreros Tlacaelel sentidísima oración fúnebre en honra de Axayácatl. Entró en seguida Netzahualpilli, quien se había apresurado á venir á México al saber la triste nueva, y ofreció al cuerpo muerto cuatro esclavos, dos mujeres y dos hombres, y un bezote, unas orejeras, una naricera y una corona, todo de oro, dos brazaletes y dos sandalias de oro también, un arco muy galano con sus flechas con hermosas plumas verdes, un plumaje de águila, una rica manta y un precioso *maxtli*, y un suntuoso collar de piedras finas con colgajo de oro; y puesto á su lado, dirigió sentidas frases al difunto. Entró después Totoquihuaztli, y tras de hacer sus ofrendas mortuorias, recuerda la crónica que dijo plática tan sentida y brotada de lo profundo de su corazón, que dejó atónitos á los mexica. A continuación penetraron en la estancia mortuoria los señores de Chalco, dijeron el correspondiente elogio fúnebre, y pusieron al cadáver ricas joyas de esmeralda y cadenas de oro. Siguiéronse con pláticas semejantes y más ó menos cuantiosos regalos, los señores de Cuauhnáhuac, Yauhtepec, Huaxtepec, Acapichtlán y Tepuztlán, todos de la tierra caliente, y entre sus ofrendas dieron cuatro esclavos, á los cuales llamaban *tepantlacáltin* ó *teixpanmiquiztenicáltin*, que significa los que van tras el muerto á acompañarle. Todavía llegaron después los señores de Xochimilco, Tepeaca y Cuetláxtlan, y al fin los de Tlaxcalla, Cholula y Huexotzinco.

Dispuso Tlacaelel se hiciese gran comida para los señores llegados y su servidumbre, dando al efecto orden de ello al *Petlacálcatl;* y se refiere cómo se gastaron seiscientos *huexólotl*, guajolotes, mucha caza y aves monteses, guisando las mujeres chinampeca y de Xochimilco. A los tres días fuéronse los señores, menos los de Texcoco y Tlacópan, y diéronles los mexica ricos regalos de mantas y armas, distinguiéndose los *chimalli* dorados y *macuáhuitl* conque obsequiaron á los *tecuhtli* de Tlaxcalla, Cholula y Huexotzinco.

Luego que aquellos señores habían partido, procedieron los mexica á la incineración de Axayácatl. Habían hecho una gran ramada llamada *tlacochcalli* ó casa de los dardos, y en ella pusieron el cadáver vistiéndolo con la ropa *ocotentéhuitl* ó manta encendida alumbradora, embijáronle el rostro, le emplumaron la cabeza y le pusieron en la mano izquierda una rosa pintada *ichcaxóchitl* ó flor de algodón, y un plumaje delgado y sutil de madera teñida *malacaquetzalli*, y en el pecho un peto de ricas plumas, cubriéndolo con la manta *netlaquentiloni*, con todo lo cual representaba al dios *Huitzilopochtli*. Encima le pusieron otro vestido con otro plumaje llamado *aztatzontli*, el cual era de plumas blancas de garza mezcladas con otras verdes, y flores de un maizal nombrado *miahuatochtli;* el vestido era *ayauhxicolli;* y á más armábanle el brazo izquierdo con un *chimalli* de plumas, y en la diestra le colocaban un palo rojo labrado á manera de relámpago, *tlapetlanilcuáhuitl;* con lo que quedaba igual al dios *Tlaloc* en este segundo traje. El tercer vestido que le pusieron fué de *Yohualaua* ó *Yohualahua*, con un vistoso plumaje rojo en la cabeza, *tlauhquecholtzontli*, y le colocaron en el puño un hueso de venado aserrado, que llamaban *omichicahuax*, como si quisiera cantar con él.

Los cronistas toman el *omichicahuax* por una sonaja; pero este instrumento músico, como observa muy bien el señor Orozco, era un hueso de venado con incisiones perpendiculares á su longitud, de lo cual resultaban partes sucesivas entrantes y salientes; y esta parte desigual se raspaba con otro hueso ó con un caracol. Era en realidad un *güiro*. Tenemos en nuestra colección una costilla fósil de elefante convertida en este instrumento, muy semejante á uno que usan los negros de África.

El último vestido que pusieron al cuerpo muerto fué el del dios *Quetzalcoatl*. Cubriéronle el rostro con una máscara de tigre con pico largo de pájaro, y como

á dios del aire le vistieron una ropa á manera de alas, redonda por abajo, y una manta que llamaban de mariposa.

No eran arbitrarios estos vestidos, sino representación de los astros de la noche como símbolo de la muerte. *Huitzilopochtli* y *Quetzalcoatl* lo eran de la estrella en la mañana y en la tarde, *Tlaloc* significaba á la luna, y *Yohualahua* era el redondo firmamento estrellado.

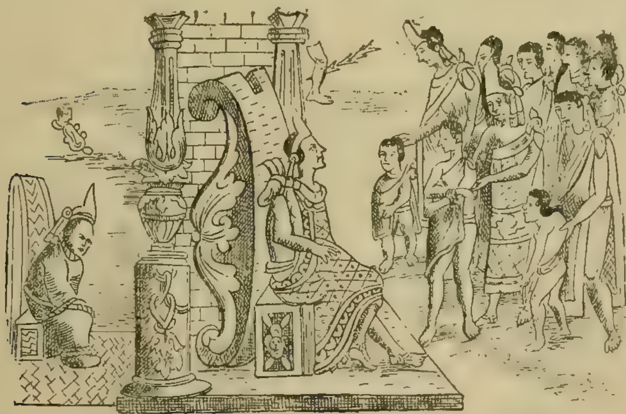
Acabado de adornar el cuerpo del rey, empezaron los cantores á entonar los cantos funerales *miccacúicatl*. Salieron sus veinte mujeres, pues tantas tenía, trayendo los manjares que habían hecho para el muerto y jícaras de cacao. Los señores principales se pusieron en orden con rosas y perfumadores, *yetl*, fingiendo que daban de comer al rey; le encendían las hojas arrolladas de tabaco, y luego lo incensaron. En seguida sacaron á los esclavos que habían sido de Axayácatl, hombres y mujeres vestidos lujosamente, lo mismo que sus enanos y corcobados: traían los trajes que usaba el rey, su *matemécatl* con sus armas y su cerbatana para cazar. Pusiéronle vasos de licor *iztacoctli*, los cuales se bebían después los cantores, y mientras éstos entonaban el canto funeral, los demás concurrentes lloraban y gemían.

Al fin tomaron los sacerdotes el cuerpo de Axayácatl, y llevándolo delante del ídolo *Huitzilopoctli*, quemáronlo allí en una gran hoguera hasta que se redujo á cenizas. Después sacaron los sacerdotes también una gran batea llena de rosas de suaves olores y la del agua *xoquiacxoyaatl*, y con jícaras verdes y unos hisopos de ramas de laurel rociaron tres veces las cenizas á las mujeres é hijos del difunto, á los señores y principales guerreros. Concluyó la ceremonia con sacrificar á los esclavos, enanos y corcobados sobre un *teponaxtli* puesto en el *cuauhxicalli*, para que fuesen á servir á su señor en el camino de los muertos. Y así decían que Axayácatl estaba ya en *Ximoáyan*, en la profunda oscuridad; en *opochhuayócan*, en el camino torcido; en *atlecalocanchicnauhmictlan* ó nueve ríos de la mansión de los muertos.

CAPÍTULO IV

Elección de Tizoc. — Campaña de Metztitlán. — Consagración del rey — Emprende Tizoc la construcción de un nuevo teocalli. — Templos anteriores de Huitzilopochtli. — Escultura que fija la fecha del principio de la construcción del nuevo templo. — El cuauhxicalli. — Opiniones de Gama, Humboldt, el señor Ramírez, el señor Orozco y el señor Sánchez. — Los relieves. — Mujeres en dos de los grupos. — Relación del sacrificio del fuego en los cuadrienios — Explicación de los relieves. — Representación de las victorias de Tizoc — Los relieves expresan también el sacrificio á Xiuhtletl — Fecha en que se construyó y dedicó el Cuauhxicalli. — Pintura relativa de los códices Telleriano y Vaticano. — Lugar en que estaba el cuauhxicalli y se hacía la fiesta cuadrienal. — Explicación de la cara superior y de las cenefas de la parte convexa de la piedra. — Insurrección de los pueblos conquistados. — Tizoc los sujeta. — Nuevas conquistas de Tizoc. — Muere envenenado. — Su descendencia. — Juventud de Netzahualpilli — Cómo se ocupaba en el ejercicio de las armas. — Intrigas de sus hermanos — Su primera batalla en que vence á Huehuétzin. — Reconstruye el teocalli y levanta nuevos palacios — Sus matrimonios. — Sus concubinas. — Su descendencia — Nombramiento de Cotzátzin para señor de Teotihuacán. — Elección de Ahuizotl. — Lo adornan con los atributos reales. — Emprende la campaña del Mazahuacán para traer cautivos que sacrificar en el mocxicapaz ó fiesta de su consagración. — El rey Zuangua de Michuacán — Campaña del Huaxtecápan. — Nuevas conquistas — Estreno del gran teocalli. — Verificóse el año 8 ácatl, 1487. — Ordenes dadas al Petlacálcatl para que los calpixque reuniesen lo necesario para recibir á los señores invitados. — Van embajadores á hacer las invitaciones, y vienen los señores con numerosas víctimas para el sacrificio. — Se les aloja y obsequia. — Preparativos de los sacerdotes — Disposiciones sobre los lugares de sacrificio y trajes de los sacrificadores. — Vestidos de Ahuizotl y Tlacaelel. — Colocación de los cautivos. — División de los sacrificadores en cuatro grupos. — Inmenso número de espectadores. — Músicas sagradas al amanecer — Ceremonia de embijar y emplumar á las víctimas — El sacrificio — Miradores en que estaban los reyes invitados — Grandes regalos hechos por Ahuizotl á los concurrentes principales — Número de víctimas. — La pintura jeroglífica fija veinte mil. — Explicaciones de esa pintura y fecha del año en que se hizo el estreno. — Lápida conmemorativa del Museo y su interpretación. — Nuevas opiniones en contra del canibalismo y sobre exageración en el relato de los sacrificios. — Autoridades indiscutibles que prueban su existencia.

Muerto Axayácatl y siendo aún niños sus hijos, tocábale el trono á su hermano Tizoc, quien fué en efecto elegido rey ó emperador de México después de ocho días de vacante, en el mismo año 2 *calli* ó 1481,



Elección de Tizoc

y en el día correspondiente al 30 de octubre según el cómputo de Sigüenza. No hablaremos de ceremonias, pues bastante idea hemos dado de ellas, siendo semejantes y con pocas variaciones; y sólo diremos que Netzahualpilli le presentó el *copilli* real de oro con esmeraldas en compañía de los otros señores aliados y tributarios.

Quiso Tizoc, á imitación de su abuelo Moteczuma, hacer cautivos en la guerra para sacrificarlos en su consagración. Por tal motivo emprendió el ejército del Anáhuac la campaña de Metztitlán, señorío situado en el territorio actual del Estado de Hidalgo, é inmediato á los antiguos cuexteca, á cuya región llamaban Huaxtecápan los mexica. Sentó sus reales el ejército en Atotonilco y emprendió la campaña; pero los de Metztitlán, aliados á los huaxteca, desbarataron á los mexica, y apenas si los mancebos, entrados los últimos en el combate, pudieron hacer unos cuarenta prisioneros, obligando á los contrarios á repasar el río Quetzalatl. Aunque más que victoria fué derrota, los mexica recibieron á Tizoc con los honores del triunfo. Siguiéronse la consagración del rey y las suntuosas fiestas de costumbre.

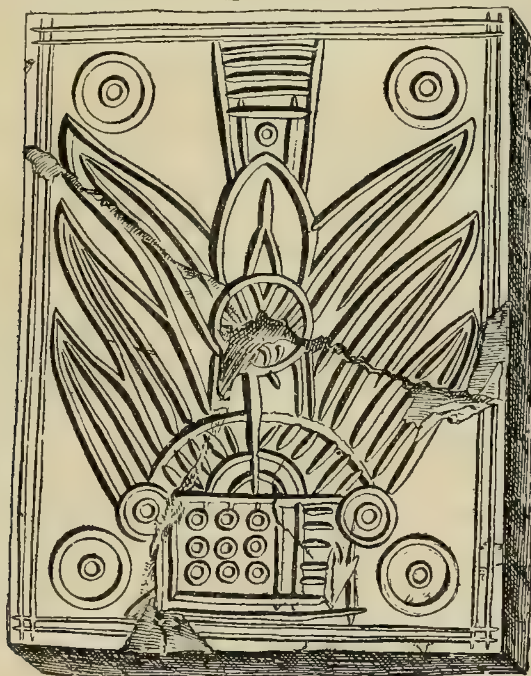
El mal éxito sucesivo de las campañas de Michuacán y Metztitlán, debieron retraer á los mexica de nuevas guerras por de pronto: y sin duda para atraerse la protección de los dioses, determinó Tizoc reconstruir el *teocalli* de *Huitzilopochtli*, y hacer otras obras

análogas, como el *cuauhxicalli* que estaba en el templo de los guerreros *cuauhtli* y *océlotl* y ahora en el patio del Museo Nacional.



Batalla de Metztitlán

Respecto del templo de *Huitzilopochtli* sabemos que los tenochca al fundar su ciudad levantaron á su dios uno humildísimo. Itzcoal, después de la victoria de Atzcaputzalco, construyó nuevo *teocalli* para él y otro para *Cihuacoatl.* Mas debió ser todavía humilde, porque Moteczuma Ilhuicamina emprendió nueva construcción; y en efecto, él mismo decía que no era casa digna de los merecimientos del dios. Debemos creer que aquel templo había quedado á medio hacer y provisional, pues la crónica nos dice que Tizoc mandó acabar de edificarlo porque le faltaba un gran pedazo. Mas por otra parte, en los jeroglíficos aparece como



Relieve en obsidiana conmemorativo del principio de la construcción del teocalli

iniciador de la obra, lo que nos persuade á pensar que se hizo *teocalli* nuevo. Según los anales tepaneca la nueva construcción se debió á haberse caído el templo antiguo en el año 3 *tochtli,* 1482. Hay una curiosa escultura en obsidiana, la cual da bastante luz en este punto.

Es una tablilla cuadrangular de veintiún centímetros de largo por diez y seis de ancho y cinco de grueso. En ella está labrada un gran signo *ácatl* con cuatro numerales, lo que nos da el año *nahui ácatl* ó 1483, en el cual se comenzó el nuevo templo buscando año de *ácatl* por ser signo del primer ciclo después de la corrección. En el centro de la figura hay un círculo terminando hacia abajo en una larga espina, símbolo de Tizoc, y en la parte inferior hay una bandera con nueve puntos, lo cual nos da la fecha del noveno día del mes *Panquetzaliztli,* fecha en que se hacía fiesta fija en *Huitzilopochtli;* de modo que podemos decir que se comenzó la construcción del nuevo *teocalli* el día noveno de la veintena *Panquetzaliztli* del año *nahui ácatl.* También en los *Anales de Cuauhtitlán* consta que se comenzó el templo en el año *nahui ácatl,* 1483.



Uno de los grupos esculpidos en la piedra de Tizoc

Motivo ha sido de largas discusiones el *cuauhxicalli* de Tizoc. En 17 de diciembre de 1791, abriendo una zanja para atarjea, se encontró cerca de la esquina sudoeste del cementerio ó atrio de la catedral, colocado en posición inversa. Otras grandes piedras se encontraron también, y fueron despedazadas para utilizarlas en el empedrado. Advirtamos de paso, que desde principios del siglo XVII había mandado picar y desfigurar otras varias piedras de nuestra antigüedad el arzobispo don fray García de Santa María Mendoza, que gobernó la mitra de 1600 á 1606. Es un gran monolito de traquita, cilíndrico, con tres varas una pulgada y cuatro y media líneas de diámetro, y una vara y una pulgada de alto. En la parte superior tiene labrada en



CUAUHXICALLI DE TIZOC

relieve la figura del sol alrededor de la pileta central, y en la parte convexa diversas figuras, causa principal de la discusión. Según Gama representan danzantes. Humboldt la tomó por el *temalácatl* ó piedra del sacrificio gladiatorio, y opinó que los relieves representaban conquistas. El señor Ramírez juzgó que era un simple monumento votivo al sol, en el cual se conmemoraban las victorias de Tizoc; y que los relieves no son danzantes sino grupos de vencedores y vencidos, dispuestos de dos en dos, y llevando el primero asido del cabello al segundo, teniendo éste un haz de flechas con las puntas hacia abajo en la mano izquierda, y presentando en la derecha una arma en señal de sumisión, á la manera que se ve en los relieves egipcios y asirios. A esto agregaba la circunstancia importante de que cada grupo lleva el jeroglífico de un pueblo sometido; concluyendo conque no era piedra de sacrificios, y que la canal que tiene es obra destructiva posterior, y que el monumento debió labrarse entre los años 1481 y 1486, en los cuales reinó Tizoc.

El señor Orozco juzga con exactitud que es un *cuauhxicalli* perteneciente á los *cuacuáuhtin* ó guerreros del sol, y que la cavidad y canal son propias y determinativas de esas piedras. En cuanto á los relieves, los descifra y ve en ellos las victorias de Tizoc; si bien cree que no se labraron en tiempo de ese rey sino posteriormente.

El señor Sánchez, actual director del Museo y cuya opinión es muy respetable en estas materias, lo cree un monumento votivo al sol, al fuego creador, el cual representa, no victorias de Tizoc, sino los danzantes que llevan á sus cautivos tomados por los cabellos para sacrificarlos al fuego en la fiesta que cada cuatro años se le hacía. Las razones que da son: primera, que Tizoc no fué un rey conquistador, y que, por el contrario, las mejores autoridades lo tratan de pusilánime; segunda, que en dos de los grupos se ve una figura de mujer, y como las mujeres no eran guerreras no podían representar ni vencimiento ni victoria; y tercera, que las figuras de relieve corresponden exactamente á la descripción que hace Sahagún de la fiesta cuadrienal dedicada al dios del fuego.

Examinemos la cuestión. Los relieves pueden muy bien representar la ceremonia á que se refiere el señor Sánchez, y al mismo tiempo las victorias de Tizoc, como quiere el señor Orozco, y ni lo uno ni lo otro se oponen á que la piedra sea un *cuauhxicalli,* pues el mismo Sahagún, al referir la fiesta dedicada al fuego, habla de *cuauhxicalli.* La pileta central no se discute ni puede discutirse; pero el señor Sánchez niega que sea original el caño. Para nosotros la canal corresponde naturalmente á la pileta; pero no creemos importante esa discusión. Nos basta que la piedra sea un *cuauhxicalli* donde se hacían sacrificios.

En cuanto á los relieves, que es la principal cuestión, no puede negarse la existencia de mujeres en dos grupos. Examinemos uno: el marcado con el jeroglífico de Xochimilco. La figura de la izquierda es un guerrero; pero al mismo tiempo es el dios del fuego con los atributos de *Totec.* Mucho ha llamado la atención el calzado del pié izquierdo: á Humboldt le pareció una arma ofensiva; el señor Orozco lo toma por un distintivo de los *cuacuáuhtin* para diferenciarlos de los *cuáchic;* y el señor Sánchez lo cree alusión á *Huitzilopochtli,* á quien, según Torquemada, se ponía á veces con la pierna izquierda delgada y cubierta de plumas. Pero no es más que la pierna de *Xiuhtletl,* como puede verse comparándola con la que tiene en su representación de dios del año. Que la otra figura es de mujer no puede dudarse, pues tiene claros los senos y la enagua, y en la mano izquierda el *chochopaxtli* para tejer. La calavera que tiene detrás expresa que la mujer estaba destinada al sacrificio. Así este grupo da razón á las ideas del señor Sánchez.

Mas antes de examinar los otros, veamos el relato de Sahagún en el cual apoya sus opiniones. Hablando de la fiesta y sacrificio del fuego, que hemos visto ya se llamaba *Xocohuetzi,* cuenta cómo después de enhiestado el madero en la mitad del patio del *teocalli,* luego salían los dueños de los cautivos que habían de quemar, llevando una rodela con piernas de tigre ó águila pintadas de propósito, la cual se llamaba *chimalteteponlli.* Cada uno de los guerreros iba pareado con su cautivo, y ambos danzando á la par. El baile cesaba á la puesta del sol. Los guerreros velaban con los cautivos, y á la media noche cada dueño cortaba al suyo delante del fuego los cabellos de la coronilla de la cabeza á raíz del casco, guardándolos como trofeo. Al amanecer colocaban en orden á los cautivos delante del *Tzompantli,* y luego un sacerdote les quitaba unas banderitas que llevaban en las manos, significando así que iban á ser muertos. Les quitaban también sus adornos y aderezos, y todo lo quemaban en el *cuauhxicalli.* Después, para hacer el sacrificio, cada guerrero tomaba á su cautivo por los cabellos y lo llevaba al lugar *apetlac;* tras lo cual se seguía el sacrificio del fuego. El mismo Sahagún, hablando en otra parte de la fiesta que se hacía cada cuatro años á *Xiuhtletl,* menciona *las mujeres que habían de morir.*

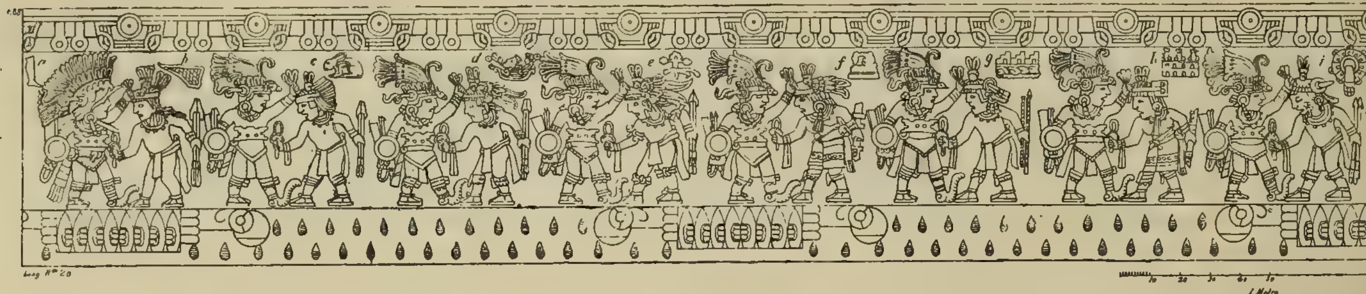
Basta esto para dar la razón al señor Sánchez; y podemos agregar que de todos los pormenores se deduce que la fiesta se hacía en el templo de los guerreros del sol; y como estaba en donde ahora la catedral, ya nos explicaremos como este *cuauhxicalli* se encontró cerca de ella, pues por su gran peso no era fácil de ser transportada, y quedó en el lugar en que la derrumbaron.

Pero repetimos que lo dicho no se opone á que la piedra fuese un *cuauhxicalli* para los sacrificios, ni que representase también las victorias de Tizoc como vamos á verlo examinando los relieves.

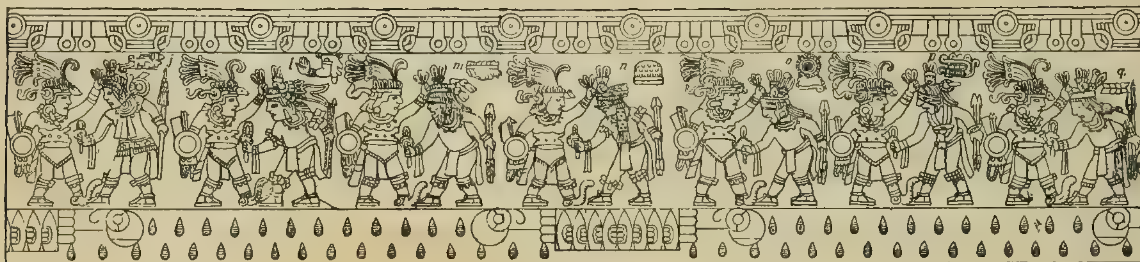
Advirtamos que la figura del guerrero es la misma en todos los grupos, y sólo la primera tiene tocado distinto y detrás la pierna, jeroglífico de Tizoc; y agreguemos que á la fiesta referida asistía, según los cronistas, *el mismo emperador;* lo cual nos aclara además que en ella los guerreros vestían todos el traje de *Totec.*

Ahora bien, en el primer grupo vemos la pierna referida, *a*, y el jeroglífico de Matlatzinco, *b*. En el segundo un conejo, *c*, que el señor Orozco interpreta Tochtla y que bien pudiera ser Tóchpan. En el tercero está el jeroglífico, *d*, bien conocido de Ahuilizápan, hoy Orizaba. En el cuarto el signo *e*, de Ahuexotla. En el quinto el símbolo también muy conocido, *f*, de

Núm.º 1 Núm.º 2 Núm.º 3



Núm.º 4 Núm.º 5



Relieves del cuauhxicalli de Tizoc

Culhuacán: la víctima es mujer. En el sexto el jeroglífico, *g*, de Tenanco. En el séptimo, el ya explicado, *h*, de Xochimilco: la víctima es una mujer, como ya hemos dicho. En el octavo el jeroglífico *i* es, según el señor Orozco, Tozxiuhco; pero nos parece más bien el de Chalco. En el noveno el signo *j* es, en opinión del señor Orozco, Tamazolápan, y en la nuestra el símbolo que ya hemos visto de Xaltócan. En el décimo, el jeroglífico *l* de Acólman. En el undécimo el signo *m*, es, según el señor Orozco, Tecaxic; pero para nosotros no cabe duda de que significa Atezcahuacán. En este grupo debemos notar que la víctima está barbada, y tiene sobre los ojos la línea que expresa determinadamente el muerto ó condenado al sacrificio. Parece ser un jefe determinado, vencido en campaña y sacrificado en México. El duodécimo grupo tiene el signo *n*, interpretado Yancuitlán por el señor; también aparece el cautivo como en el anterior con la raya especial en el rostro, la cual no se ve en todos. El décimotercero lleva el signo *o* de Tonalliymoquetzáyan. El décimocuarto tiene el jeroglífico *p* de Ehecatlihuapéchan, y en fin, el décimoquinto el signo *q* de Cuetlaxtla.

No puede negarse que hay en los relieves los jeroglíficos de cinco pueblos que pertenecen á las victorias de Tizoc, según la pintura del códice Mendocino, y son: Matlatzinco (Toluca), Atezcahuacán, Yancuitlán, Tonalliymoquetzáyan y Ehecatlihuapéchan. En el primero hay la particularidad de que el mismo Tizoc toma al prisionero, y en los otros cuatro los cautivos tienen la raya especial sobre los ojos. Es preciso por lo mismo convenir en que se conmemoran victorias de Tizoc en esta piedra, y bajo este aspecto damos la razón al señor Orozco; pero el objeto principal de los relieves es expresar los sacrificios de la fiesta cuadrienal, y así ha acertado el señor Sánchez en su juiciosa opinión.

La piedra, pues, nos da los siguientes datos. En la fiesta cuadrienal se sacrificaba un esclavo de los pueblos Tóchpan, Ahuilizápan, Ahuexotla, Tenanco, Chalco, Xaltócan, Acólman y Cuetlaxtla; y una mujer de Culhuacán y otra de Xochimilco. Además en la fiesta del estreno del monumento se sacrificaron un prisionero hecho por Tizoc en la guerra de Toluca, el *tecuhtli* de Atezcahuacán, y los cautivos hechos en la conquista de Yancuitlán, Tonalliymoquetzáyan y Ehecatlihuapéchan.

Los relieves, pues, representan á Tizoc y sus principales guerreros, conduciendo á las víctimas al sacrificio en la fiesta que cada cuatro años se hacía al dios del fuego *Xiuhtletl.*

Veamos si esto nos puede dar la fecha en que se construyó el monumento y se hizo su dedicación. Debemos buscarla en el período cuadrienal que tocó en la época de Tizoc. Puesto que la atadura de los años se hacía en el año *ome ácatl*, de ahí debemos partir para

fijar los cuadrienios. Así es que, habiendo comenzado el reinado de Tizoc en el año *ome calli* 1481, correspondió la fiesta cuadrienal del dios del fuego al año 5 *técpatl*, 1484. Por fortuna tenemos en los códices Telleriano y Vaticano una pintura que lo confirma plenamente. En el año 4 *ácatl* está representado



Principio de la construcción del templo, y fiesta al dios del fuego celebrada al año siguiente

el principio de la construcción del templo; se ven sus muros comenzados á levantar, el símbolo del mes *Panquetzaliztli*, en que se dió principio á la obra, y dos espinas como signo de los sacrificios personales hechos con esa ocasión. En el año siguiente 5 *técpatl* ya la pirámide está levantada, pero no concluído el templo, y á su lado se hace el sacrificio del fuego, y se ve á una mujer en las llamas y á un guerrero con el escudo de *Totec* sacrificándola ó arrojándola en la hoguera.

Ya sabemos cómo á medio quemar se sacaba á las víctimas y se las acababa de sacrificar en el *cuauhxicalli*, y ahora venimos en conocimiento de que era en el de Tizoc, y que el sacrificio se hacía en el templo de los *cuacuáuhtin* ó guerreros águilas y tigres, donde estaba colocado dicho *cuauhxicalli*.

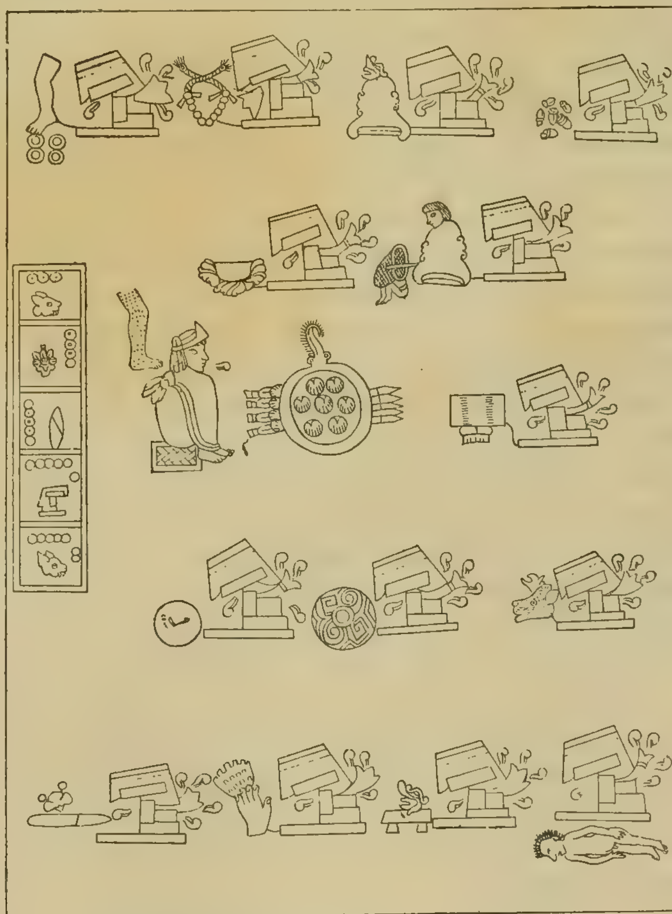
Como su estreno se hizo en año *técpatl* y con prisioneros de guerra, la cenefa inferior de la parte convexa está adornada de puntas de flecha y de *técpatl*. Estos están en grupos de á ocho, cuatro hacia un lado y cuatro hacia otro, con cuatro glifos de cada lado, notándose ocho estrellas y cuatro grupos, todo simbólico del período cuadrienal. Por la misma razón en el sol de la parte superior del *cuauhxicalli* vemos tres círculos de numerales, uno de diez y seis, otro de cuarenta y el tercero de cuarenta y ocho, que unidos dan la edad de ciento cuatro años; pero que están así dispuestos por relación á los cuadrienios. Igual relación encontramos en los tres círculos que hay en cada una de las ocho aspas, los cuales dan también el ciclo de veinticuatro años de los acompañados.

La cenefa superior de la parte convexa es el símbolo del firmamento con los medios signos del fuego y los *momolhuaztli* ó *mamahuaztli*.

Mas este monumento nos da victorias de Tizoc, y lo hemos visto acusado de cobardía: procuraremos encontrar la verdad.

Desalentados estaban los mexica á la muerte de Axayácatl, habiendo perdido sus mejores guerreros en la campaña de Michuacán; natural fué el mal éxito de la de Metztitlán y causa de mayor desaliento. Los pueblos sujetos, creyendo débil á México, debieron intentar el sustraerse al tributo, y Tizoc se vió obligado á emprender su nueva conquista. Así lo vemos volver en persona sobre los matlatzinca de Toluca y traer numerosos prisioneros para el sacrificio, é ir más tarde á Micquihuacán á sujetar á los totonaca que se habían alzado. Además, con el ejército del Anáhuac, invadió la región del Sur, conquistando Tlapa, Atezcahuacán y Mazatla, y penetrando hasta Yancuitlán en la Mixteca. Basta esto para decir que Tizoc no fué un rey cobarde. Tampoco es cierto que los mexica lo envenenaran por tal causa.

Es cierto que en el año 7 *tochtli*, 1486, murió envenenado; pero el señor Orozco acepta, en nuestro concepto con razón, el relato de Torquemada, quien atribuye el envenenamiento á Techotlala, señor de Itzta-



Reinado y campañas de Tizoc—Códice Mendocino

palápan, y aun da cuenta de que fueron muertos en México los envenenadores. Se hace cómplice de este envenenamiento á Maxtlatón, señor de Tlachco.

Dejó Tizoc muchos hijos, principalmente dos que fueron Tepehuátzin Tlacohcálcatl y Tezcatlpucátzin.

Parece que no tuvo herederos legítimos para la ucesión del trono.

Mientras esto pasaba en México, en Texcoco había llegado Netzahualpilli á la mayor edad y había empuñado las riendas del gobierno. De tal manera unidos estaban los dos pueblos y su historia, que apenas podremos agregar algunos hechos locales ó relativos á la persona del rey acolhua. Desde el principio de su reinado elogíase en él la prudencia conque calmó las pretensiones de sus hermanos; si bien, niño aún, esa sabia política más bien debió pertenecer á su tutor Acapipiótzin. Preparábase el rey niño á ser guerrero, acostumbrándose á toda clase de fatigas y privaciones. Hizo sus primeras armas en la guerra sagrada, peleando contra los huexotzinca á la muerte de Axayácatl. Según nuestra cuenta, era mancebo aún, pues apenas contaba unos diez y ocho años; mas hízolo porque los guerreros acolhua le acusaban de cobardía, aconsejados por los hermanos naturales del rey que ambicionaban el trono. Había, además, un horóscopo que predecía el vencimiento de Netzahualpilli por el *tecuhtli* huexotzinca Huehuétzin, quien era hombre valerosísimo y de gran fama; pero que por el primero había de quedar la victoria. Además habían dado á éste noticia los hermanos del rey acolhua de cómo iría vestido y en dónde estaría, para que personalmente lo atacara y le arrancase la vida. Pero Netzahualpilli, sabedor de la traición, cambió sus arreos con uno de sus generales, sobre el cual se lanzaron los huexotzinca hasta despedazarlo.

Entre tanto el joven rey acolhua buscó á Huehuétzin en medio de la pelea, y al encontrarlo se lanzó sobre él, trabándose singular combate entre los dos *tecuhtli*. Ya cejaban los guerreros de Texcoco cuando supieron que el huexotzinca tenía á su señor afianzado y herido para llevarlo al sacrificio; con lo cual volvieron con ímpetu tal, que pronto desbarataron á los contrarios, cautivando Netzahualpilli á Huehuétzin. Grande fué la victoria y se recibió en Texcoco al rey mancebo con los honores del triunfo. Netzahualpilli, en memoria de su primera hazaña, mandó construir junto á su palacio el lago de las aves, con un gran cercado de la misma extensión del campo de batalla.

Emprendió también entonces Netzahualpilli la reconstrucción del *teocalli* de *Huitzilopochtli*, haciendo el más suntuoso y grande del Anáhuac; y en su estreno sacrificó á todos los cautivos de las guerras anteriores. Construyó también nuevos palacios, si no tan grandes como los de Netzahualcóyotl, más notables por su gusto y arquitectura, y en fin, ordenó el ceremonial de su corte, y sus gastos, que eran cuantiosísimos, como de monarca de reino tan rico y poderoso.

Como quiera que bajo el reinado de Tizoc llegara Netzahualpilli á la mayor edad, le pidió mujer para hacerla su esposa y reina; y el señor de México le dió á su sobrina hija de Xoxocátzin de la casa de Atzacualco y señor de Aticpac, habida en Teycúhtzin hija de Temíctzin y de una hermana de la reina Azcaxóchitl; de modo que era sobrina de Netzahualpilli, y no prima, como equivocadamente dice Ixtlilxóchitl. Celebráronse las bodas con gran pompa, y á ellas asistió Xocotzincátzin, hermana de la reina; prendóse de ella el rey acolhua, y la pidió y obtuvo por esposa, haciendo nuevas bodas más solemnes. En medio de la confusión de nombres y noticias, creemos poder decir que la reina se llamaba Xilómen. Fué ésta la madre de Cacamátzin; y la otra tuvo á Huexotzincátzin, Cohuanacohtzin é Ixtlilxóchitl y cuatro mujeres.

Pero también tuvo Netzahualpilli, según el cronista, más de dos mil mancebos, aunque sólo cuarenta le dieron descendencia, teniendo ciento cuarenta y cuatro hijos.

No hablaremos de los pequeños señoríos del Valle, pues lo tenemos por inútil y de ninguna importancia para la historia, y solamente diremos respecto del de Teotihuacán, por el interés que esa ciudad inspira, que á la muerte de Quetzalmamalítzin entró de *tecuhtli* su hijo Cotzátzin, á quien designó para el puesto Netzahualpilli, casándolo con su hija Cuauhihuítzin. Esto supone que el nombramiento tuvo lugar hacia el año de 1500, y en efecto, dice la crónica manuscrita que Quetzalmamalátzin murió de edad muy avanzada.

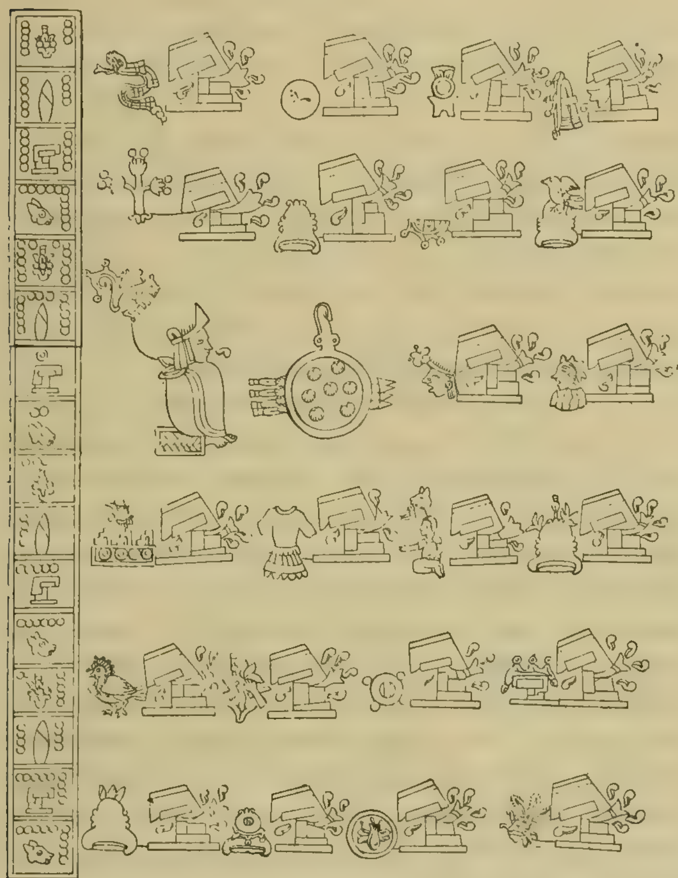
Mancebo el heredero de Axayácatl y niño aún el de Tizoc, en caso de que hubiese tenido hijo de reina, correspondía el trono de México á su hermano Ahuizotl, quien fué designado para tan alta dignidad el mismo año 7 *tochtli*, 1486, en el día correspondiente á nuestro 13 de abril, según el cómputo de Sigüenza, y



Elección de Ahuizotl

después de trece días de vacante. Hubo, como de costumbre, la ceremonia de las felicitaciones y obsequios de los reyes aliados, y le pusieron al nuevo rey la corona de oro con turquesas llamada *xiuhtzolli*, le horadaron la ternilla de la nariz para colocarle la piedra de los dioses, *teoxiuhcapitzalli;* le dieron la especie de guante, *matzopetztli*; le colocaron en la garganta del pié izquierdo el adorno de cuero rojo, *yexitecuecuextli;* las sandalias azules, *xiuhcactli;* el *máxtlatl* fino y una manta de red azul sembrada de piedras preciosas. Mientras llegaba

el día *cipactli*, principio de todo mes ó veintena, único en el cual podía verificarse el ungimiento de nuevo rey, se decidió hacer la campaña del Mazahuacán para tomar cautivos que sacrificar en la ceremonia. Daba ocasión el poco empeño de los pueblos de esa región para pagar el tributo; y así se emprendió la guerra, tomándose sucesivamente las ciudades de Xiquipilco, Xocotitlán, Cuacuauhcán y Cillan, y después las de otomíes Chiapa ó Chapa y Xilotepec, todas en el territorio del actual Estado de México; con lo cual trajo el ejército de



Reinado y primeras conquistas de Ahuizotl. —Códice Mendocino

Ahuizotl gran cantidad de cautivos y numeroso botín. Fueron convidados á la ceremonia, que se llamaba *mocxicapaz*, todos los grandes señores y aun reyes enemigos; y sólo rehusó venir el de Michuacán, al cual los cronistas llaman Camacoyahua; pero su verdadero nombre era Zuangua. Era hijo de Zizispandáguare, el que derrotó á los mexica. Como éstos en aquella expedición habían destruído la ciudad de Taximaroa, la reconstruyó y pobló de nuevo, y aun hizo entradas hacia Toluca y Xocotitlán; pero él á su vez en dos campañas perdió diez y seis mil hombres. Esto nos explica por qué ni tarasca ni mexica emprendían guerras en esa dirección más allá de cierto límite. Zuangua, sin embargo, ensanchó mucho su señorío en otras direcciones.

Como la construcción del *teocalli* adelantaba mucho, pues en ella se empleaban millares de hombres, buscóse cualquier pretexto para nueva guerra, siendo el verdadero fin aumentar el número de cautivos que habían de sacrificarse en el estreno del templo. Dirigióse el ejército del Anáhuac al Huaxtecápan; reuniéndose en Cuauhchinanco, donde fué recibido por su señor *Xochitecuhtli;* y sucesivamente conquistó á Tutzápan, Xiuhcoac y Tamapachco. En el mismo año se conquistaron los pueblos de Cozcacuauhtenanco, Tlapa y Mictlancuauhtla; con todo lo cual se reunieron innumerables cautivos.

Llegamos ahora á uno de los hechos más notables y característicos de la historia de los mexica, el estreno del gran *teocalli*. Siguiendo la idea constante de aquel ciclo, buscóse el hacerlo en año *ácatl*, y así habiéndolo comenzado Tizoc en el año 4 *ácatl*, 1483, lo terminó y consagró Ahuizotl en el 7 *ácatl*, 1487. Cuenta la crónica que el *Tlacatecuhtli* de México ordenó á su *Petlacálcatl* dispusiese que todos los *calpixque* reunieran en los pueblos tributarios mantas y todo lo necesario de tributos, lo cual ejecutaron cumplidamente. Llamó luego á los canteros para que hiciesen las obras de ornato y esculturas del templo, entre ellas el *téchcatl* puntiagudo para sacrificar junto á él la figura de una diosa llamada *Coyolxauh*, y en las esquinas dos figuras con dos mangas como de cruz, todas de ricas plumas; pusieron otros bastiones, que llamaron *tzitzimite*, y en fin, hicieron cuanto tenían de hacer para dejar concluída y perfeccionada la obra. Mandó el rey entonces sus embajadores á los señores de los pueblos sujetos á México, para que asistiesen á la fiesta y trajesen el tributo de esclavos para el sacrificio á que estaban obligados. Fué primero la embajada á Tepeyacac ó Tepeaca, ciudad á la cual estaban sujetos los señoríos de Cuauhtichán, Tecalli, Acatzinco y Oztoticpac, en lo que es hoy el Estado de Puebla, y concurrieron sus señores con muchos cautivos que tenían naturales de Tlaxcalla y Cholóllan. Fué después en la misma región la embajada á Tecamachalco, á Quecholac, á Cuauhquechollа, que tenía bajo su dominio las seis ciudades Acapetlahuacán, Atzitzihuacán, Yaotehuacán, Hueyápan, Tetéllan y Tlamilúlpan. Estos pueblos trajeron los primeros cautivos de Tecoac, Cholóllan y Tlaxcalla, y los segundos, esclavos con colleras de Atlixco y Huexotzinco, con quienes estaban siempre en guerra. De allí vino la embajada á Chalco, y volviendo á salir del Valle por el sur fué á Atlatláuhcan, de cuyo señorío eran siete ciudades, entre ellas Tlayacápan y Totolápan; volvió al Valle y vió á los señores de Xochimilco, Cuitlahuac, Mizquic, Culhuacán, Itztapalápan, Mexicatzinco y Huitzilopochco, y todos los señores concurrieron con sus esclavos. En seguida la embajada, saliendo por el poniente, fué á Toluca ó Tolócan, Matlatzinco, Callimaya, Tepemaxalco, Tlacotepec, Teotenanco, Metepec, Capoloac, Xochiácan, Zoquitzinco, Tenantzinco, Malinalco y Ocuílan. Otra embajada fué por el mismo

rumbo á Mazahuacán, Xiquipilco, Xocotitlán, Cuauhuacán, Cilan, Chiápan y Xilotepec. Todos los señores de estos pueblos vinieron con sus esclavos para el sacrificio.

Vino en seguida Netzahualpilli con los señores de Huexotla, Coatlinchán, Coatepec, Chimalhuacán, Itztapalúcan, Tepetlaztoc, Papalotla, Totoltzinco, Teccitlán, Tepéchpan, Acólma, Chiconauhtla, Zacatzontitlán, Oztoyócan, Tecoac, Calpulálpan, Tlatzcayócan, Apantepepulco, Tlalanápan, Tezoyócan, Otómpan, Acbichilacachócan, Tzacuállan, Cempoállan, Huitzíllan, Epazoyócan, Tollantzinco, Tlaquílpan, Tezontepec y Ucitihuacán, y de los demás pueblos del señorío de Texcoco ó á él sujetos, siendo muchos de los anteriores de la parte norte del Valle: todos los señores vinieron trayendo esclavos para el sacrificio.

Llegó después el rey de Tlacópan con todos sus principales y señores, que también eran muchos, cada cual con sus cautivos para el sacrificio. Ahuizotl aposentó, obsequió y regaló suntuosamente á todos, colocando en su propio palacio, como de costumbre, á los reyes acolhua y tepaneca. Convinieron Ahuizotl y Tlacaelel en invitar al señor de Metztitlán y al rey de Michuacán, esperando que esta vez aceptarían, y nombraron tres valerosos guerreros que fuesen á convidar á los señores de Cholula, Tlaxcalla, Huexotzinco, Tecoac, Tiliuhquitepec y Zacatlán, pueblos con los cuales tenían constantemente la guerra sagrada, y que por lo mismo los veían como enemigos. Todos aceptaron bajo la fe de Ahuizotl y llegaron en secreto, siendo aposentados de la misma manera y guardados por un escuadrón de doscientos guerreros.

Dos ó tres días antes de la fiesta se dió aviso á los sacerdotes *tlamacazque* de lo que habían de hacer y para que dispusieran todo lo necesario para el sacrificio de las víctimas, al cual sacrificio llamaban *tlahuahuanaloz*. Avisados, fueron á la casa de los *calpixque* á recoger los grandes cuchillos de pedernal y mandaron hacer dos mil perfumadores pintados, dorados y galanos; además encargaron muchos braserillos para sahumar, y á los *amanteca* ó labradores de pluma multitud de mosqueadores y parasoles con oro y riquísima plumería, así como escudos dorados, banderas y divisas para los señores y guerreros.

Todo á punto, y tras las pláticas y pomposas oraciones de los reyes, pues eran muy dados á ellas, dispuso Tlacaelel que Ahuizotl fuera el primero que hiciese el sacrificio subido encima del *Coatépetl*, suponemos que el cronista quiso decir *Coapantli*, para que fuese visto de todos, y que untase la sangre del muerto á *Tetzáhuitl Huitzilopochtli*, y que él acabaría de dar muerte á la víctima en el *cuauhxicalli*. Dispuso también que Netzahualpilli hiciese el sacrificio en el lugar llamado *Yopico*, y el rey de Tlacópan en el *teocalli* de *Huitznahua Ayauhcatitlán*. Los sacerdotes se dispusieron también para sacrificar vistiéndose los trajes de los dioses mexica: el sumo sacerdote vistióse de *Huitzilopochtli*, otro de los mayores de *Quetzalcoatl*, otro de *Tezcatlipoca*, otro de *Tlaloc*, y los demás de *Yohualcihua, Chalchiuhtlicue, Izquitécatl, Mamátzin, Apantecuhtli, Mictlantecuhtli, Itzpapálotl, Opochtli, Chicnauhahuécatl, Cihuacoatlicue* y *Toci*.

El rey Ahuizotl vistió traje lujosísimo con la corona de oro *xiuhtzolli* cubierta de pedrería, la piedra relumbrante delgada *yacaxihuitl* en la nariz, la rica banda *matemécatl* en el hombro izquierdo toda dorada y esmaltada de piedras finas que llamaban *teocuitlacozéhuatl*, en el pié derecho una ajorca de oro con esmeraldas, una manta de red de pita teñida de azul con pedrería en los nudos, *máxtlatl* ó ceñidor azul y labrado y en las caídas muchas piedras finas: vistióse con igual traje Tlacaelel, y ambos con los *cactli* ó sandalias dorados y con pedrería y armadas las manos de sendos navajones teñidos, que llamaban *nixcuahuacytzmatl*. Ambos antes de empezar el sacrificio almorzaron con los reyes de Texcoco y Tlacópan, los cuales estaban igualmente vestidos con gran lujo.

En la noche habían colocado á los cautivos poniéndoles en cuatro hileras: una desde las gradas del *teocalli*, que miraba al sur, podemos decir aproximadamente desde la actual esquina del Seminario hasta entrar en la calzada de Coyoacán y Xochimilco, hoy de San Antonio Abad, teniendo esa hilera de cautivos casi una legua; otra no menos larga desde la espalda del templo al norte, pasando por Tlatelolco y entrando en el dique que iba á Tepeyac, hoy Villa de Guadalupe; otra igual por el poniente siguiendo por la calzada de Tlacópan ó Tacuba, y la cuarta por el oriente hasta la orilla de la laguna. El *teocalli* estaba todo de arriba abajo enramado y lleno de muchas rosas y flores de todo género, lo mismo que las trescientas sesenta gradas que había en él.

Dividiéronse los sacrificadores en cuatro grupos que debían sacrificar en cuatro diferentes lugares. En el *téchcatl* y delante del *Huitzilopochtli*, Ahuizotl, ayudado de los sacerdotes que habían tomado los trajes de *Tlaloc, Quetzalcoatl, Opochtli* é *Itzpapálotl;* en el *cuauhxicalli* Tlacaelel acompañado de los sacerdotes vestidos de *Toci, Ixquitécatl* y *Chicnauhahácatl;* Netzahualpilli en *Yopico*, con el sacerdote aderezado de *Yohualahua*, y *Totoquihuaztli* en *Huitznahuac* con el sacerdote que tenía el traje de *Cihuacoatlicue*. El que había tomado el de *Huitzilopochtli* se subió en lo más alto del templo. El número de espectadores era inmenso, pues ya por curiosidad de espectáculo tan nuevo, ya por temor á Ahuizotl, el cual había mandado que bajo pena de la vida asistiesen todos sus súbditos, acudió tanta gente que era cosa espantosa, pues no cabía en las calles ni en las plazas, ni en los mercados, ni en las casas, que parecían más que hormigas en hormiguero, como dice Durán.

Todo dispuesto, al amanecer los sacerdotes tocaron los instrumentos sagrados, el *tecziztli*, caracol grande ó bocina de hueso blanco que atemorizaba las carnes á quien lo oía, el atambor grande llamado *tlapanhuéhuetl*, las sonajas *ayacachtli*, los tortugones *áyotl* y los cuernos de venado aserrados como dientes, *chicahuaztli*, instrumentos que se raspaban y producían ruidos extraños, y sonaron esos instrumentos en todos los templos en que iban á hacer los sacrificios, en Coatlán, Tzonmolco, Apantecuhtlán, Yopico, Moyoco, Chililico, Xochicalco, Huitznáhuac, Tlamatzinco, Naténpan, Tezcacoac, Ixquitlán, Tecpantzinco, Cuauhquiáhuac y Acatliacápan.

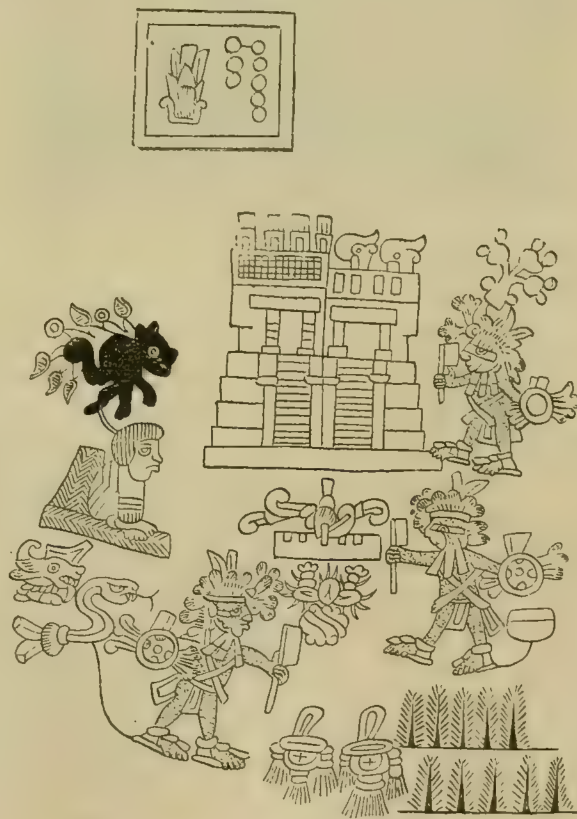
Luego que salió el sol comenzaron á embijar á los que habían de morir, untándolos de blanco, *tízatl* y emplumándoles las cabezas, y á subirlos á lo alto de los templos, y primero al de *Huitzilopochtli*. Los sacerdotes que los conducían estaban ahumados de negro con humo de *ócotl* y con las manos pintadas de rojo almagre. Empezó la matanza. El *téchcatl* tenía labrada una figura con la cabeza inclinada, y el rey estaba de pié en sus espaldas. Llegaron los sacerdotes con el primer cautivo y lo tendieron de espaldas á los piés del rey. Ahuizotl tomó con el dedo tierra y la llevó á los labios en señal de humillación mirando á las cuatro partes del horizonte, y después, dejando caer el navajón sobre el pecho levantado de la víctima, se lo abrió hasta verle el corazón, y arrancándoselo de un solo golpe con las manos, lo mostró todavía palpitante á los cuatro vientos. Y así siguió arrancando corazones. Tomábanlos los *tlamacazque*, y á todo correr los iban á echar al *cuauhxicalli* á manera de cuba, que ya hemos descrito, y también los sacerdotes mientras llevaban los corazones iban salpicando de sangre todavía caliente las cuatro partes de la tierra.

Cansóse Ahuizotl de sacrificar, y tomó su lugar el sacerdote vestido de *Huitzilopochtli*, y cansado éste el que á *Tlaloc* representaba, y en seguida *Quetzalcoatl*, que fué quien arrancó más corazones, y al fin el *Opochtli*. Lo mismo pasaba en los otros templos en que se estaban haciendo sacrificios. Y todos tenían los brazos, pechos, piernas y rostros tintos en sangre, y los templos todos rojos también de sangre, y les untaron á los ídolos con sangre las bocas y las manos, y fueron á untarla igualmente á las paredes del *Cihuateocalli*, donde estaban las sacerdotisas *Cihuatlamacazeuhque*. Sin duda que al ponerse el sol el vapor de la sangre se confundió con las nubes de púrpura del ocaso.

Cuatro días duró esta carnicería, que ya la ciudad apestaba con tanta sangre y tantos cuerpos muertos y tantos corazones podridos, los cuales fueron á tirar en el resumidero de la laguna llamado Pantitlán.

Los señores invitados estaban viendo la matanza en lucidos miradores y los enemigos escondidos en uno más galano puesto en lo alto del templo de *Cihuacoatl*, que llamaban *Cihuatécpan*. Concluída la fiesta Ahuizotl dió grandes y costosos obsequios á los reyes y señores y á los principales guerreros y sacerdotes, no olvidando á los mismos *calpixque*, con lo que se retiraron los invitados con espanto en el alma y mayor odio á los mexica.

Asombra calcular el número de hombres sacrificados en esos cuatro días de sangre y muerte. Hay diferentes versiones; pero nosotros nos atenemos á la cifra consignada en la pintura del códice Telleriano. Debieron ser millares de víctimas, si atendemos á los muchos prisioneros que para esta fiesta fué á hacer Ahuizotl y á los numerosos cautivos traídos por el gran número de señores y reyes convidados, y además el largo tiempo de cuatro días que duró la matanza en diversos lugares de sacrificios, así como el largo espacio ocupado por las hileras de las mismas víctimas. En efecto, la pintura trae su número representado con dos bolsas, *xiquipilli*, y diez plumas, *tzontli*. Cada *xiquipilli* nos da 8,000 y cada *tzontli* 400, y sumado todo 20,000, número de las víctimas. En la misma pintura está el *teocalli* nuevo con las gradas rojas de sangre, y á su lado la figura de Ahuizotl con su corres-



Estreno del teocalli

pondiente jeroglífico. Se ven tres figuras del símbolo de *Panquetzaliztli*, lo que nos persuade de que el estreno se hizo en la fiesta de esa veintena, cosa natural por estar dedicada especialmente á *Huitzilopochtli*. A los símbolos de la veintena están unidos unos signos jeroglíficos que bien pudieran significar á las víctimas mazateca y huaxteca y á las de Tlapa

y Xiuhcoac. Adviértase también el signo del fuego nuevo, significando en nuestro concepto que se hizo la fiesta cuadrienal á *Xiuhtletl,* como se había hecho cuatro años antes al empezar el *teocalli.*

Todo esto se confirma en uno de los monumentos más preciosos del Museo Nacional. Es una lápida de



Lápida conmemorativa de la dedicación del gran teocalli

serpentina perfectamente pulida y grabada en bajo-relieve. En la parte inferior tiene la fecha 8 *ácatl* del año del estreno del *teocalli,* y en la superior 7 *ácatl* que da el día de ese año, en el cual se hizo la ceremonia. Separa ambas partes una cenefa con flechas y estrellas que simbolizan el firmamento. En la misma parte superior se ven dos figuras de reyes; una es Tizoc, como se desprende de su jeroglífico, una pierna, y la otra es Ahuizotl, por su símbolo, el animal llamado *ahuizotl,* especie de perro, con el signo del agua. Representa al rey que comenzó el templo y al que lo acabó. Ambos con espinas se sacan por sacrificio sangre que cae en chorros sobre el signo central del fuego. Ya el señor Ramírez explicó cómo la especie de cimbria, *caliolotli,* hecha de palitos, de la cual salen dos á manera de plumeros inclinados, es uno de los símbolos del dios del fuego, *Xiuhtletl,* conforme á la descripción de Sahagún. Agreguemos que en ese signo hay además varias espinas del sacrificio y una hacha y abajo dos *tlemaitl* en forma de culebra para quemar el *copalli* sagrado.

A este propósito debemos tratar de una nueva opinión que se va formando y que pretende negar el canibalismo y la multitud de sacrificios de los antiguos indios, atribuyendo los relatos á ese respecto, no á sincera narración de la verdad, sino al empeño de los primeros cronistas frailes de exagerar la crueldad de los indios para justificar la Conquista y el triunfo del Evangelio. Comencemos por decir que aquellos frailes no tenían necesidad de emplear exageraciones; para justificar su causa bastaba, según sus ideas, el paganismo de los conquistados. Además, desconocer la veracidad de hombres como Motolinía y Sahagún nos parece una blasfemia histórica. Sahagún era tan amante de la verdad, que su *Historia de la Conquista* desagradó á los conquistadores. ¿Quién de nosotros hoy mismo se atrevería á arrostrar por los indios todas las iras que desde lo alto de su alma gigantesca despreció sereno el insigne Bartolomé de Las Casas? Pues el mismo exclama en su *Apologética historia*, capítulo CLXVI: «Bendito sea Dios que me ha librado de tan profundo piélago de sacrificios como aquellos gentiles que ignoraron tanto tiempo el verdadero sacrificio, navegaron sin tiento.» Y buscando el disculparlos, no pudo negar el hecho, contentándose con decir: «que los indios que hacían y hoy hacen sacrificios de hombres no era ni es de voluntad, sino por el miedo grande que tienen al demonio por las amenazas que les hace.» Durán no era español, atribuye la muerte de Moteczuma á Cortés, y sin embargo, da cuenta muy extensa de los sacrificios. Acaso nadie los pinta tan característicamente como Tezozomoc, quien no era fraile, y sí indio hijo del gran emperador mexica Cuitlahuac. Él da razón minuciosa de la multitud de sacrificios y de cómo se comían los cuerpos de los sacrificados. Pero ¿á qué buscamos más autoridades que los mismos jeroglíficos y tanto monumento, ya piedras de sacrificios, ya esculturas representándolos, ya inmensas ciudades como Uxmal, testigos mudos de esa vida en que se vivía de la muerte! No es amor á la patria negar lo que negarse no puede. Acaso lo que aquí asentamos disgustará á no pocos; pero cuando se escribe la historia hay que decir la verdad.

CAPÍTULO V

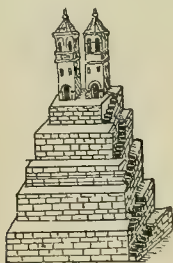
El gran teocalli. — No se ha fijado su verdadera forma ni el lugar cierto de su ubicación. — Falta de datos en los primeros escritores. — Planos publicados más tarde. — Errores de los historiadores. — Resultado de nuestras disquisiciones. — Templo de Huitzilopochtli. — Su situación en el cruzamiento de las cuatro calzadas de México. — Extensión y forma del teocalli. — La pirámide. — La plataforma. — Las escaleras. — El plano superior. — Las capillas de Huitzilopochtli y Tlaloc. — Calaveras incrustadas en las paredes exteriores de la primera. — Dimension de las capillas. — El Indio Triste. — Los Tzitzimite. — Opinión de Gama sobre uno de estos monolitos. — Su nuevo hallazgo. — Nuestra opinión. — El teocalli era un gran observatorio astronómico. — Los planetas. — Lugar en que estaba el cuauhxicalli. — El téchcatl, el teocuauhxicalli y los braseros del fuego sagrado. — La estatua de Huitzilopochtli. — Las habitaciones de los sacerdotes que servían á este dios. — Su colocación en la parte posterior de la base ó plataforma. — El patio anterior del teocalli. — El coatepantli. — Las cabezas de culebras. — Su hallazgo como bases de las columnas de la primera catedral. — Descripción de la que encontró Gama. — Las del Museo. — Elementos cronológicos que representaban. — Colocación en el centro del Coatepantli de la piedra del sacrificio gladiatorio. — Su descripción y explicación. — Fiestas del sol. — Períodos cronológicos grabados en esta piedra. — El Tzompantli. — Su ubicación. — Su descripción. — Su objeto. — Su número. — Inmensa cantidad de calaveras que en ellos había. — Acreditan un número extraordinario de víctimas. — Significado de Tzompantli. — Para qué servía ese local en los sacrificios. — La guardia sagrada. — Edificios del recinto sagrado. — Templo de Tezcatlipoca. — El Tlillan. — Ubicación é inmediación de estos edificios. — Yopico. — El Epcoatl. — Poyauhtla. — El Cuacuauhtlinchán. — El Ilhuicatitlán. — El teatro. — Representaciones. — Las casas del Calmecac. — La muralla y los tlacochcalco. — Los edificios pequeños ó dependencias. — Los juegos de pelota. — Ubicación del Teotlachco y el Tezcatlachco. — Los edificios y templos de la parte meridional del recinto sagrado. — Extensión de éste. — Conclusión sobre nuestros estudios.

Dos cosas tenían gran importancia y han sido después motivo de curiosidad y de varias disquisiciones; la forma y división de la ciudad de México y la forma y ubicación del gran *teocalli*. Los escritores contemporáneos de la Conquista, los testigos oculares que pudieran darnos razón de esto, lo descuidaron contentándose con decir generalidades en las cuales no siempre van de acuerdo. Cuestión que hubiese sido sencillísima sólo con haber levantado un plano informe de ciudad y templo, tornóse intrincada y oscura. Si alguna descripción tenemos, como la de Sahagún, repetida por Hernández y Nieremberg, es la de las partes aisladas, de diferentes edificios y objetos que formaban un conjunto con el gran *teocalli*, sin darnos idea de la ubicación, tamaño ni relación de ellos, lo cual hace que la confusión aumente y saquemos poco provecho de esos datos.

No faltaron más tarde planos de la ciudad y del templo; Ramusio los dió á luz, pero parto de la imaginación y no copia de la verdad, en vez de provecho causaron nuevos errores, y llegóse á ignorar hasta la forma material del *teocalli*, aumentando el error por haberlo aceptado Clavigero en su autorizada obra. La publicación de la colección de Kingsborough, en donde varios jeroglíficos nos dan la verdadera forma del templo y el hallazgo más tarde del manuscrito de Durán y de los códices de Aubin, vinieron á desvanecer errores inveterados, y parece que sobre esto había emprendido estudios serios el señor Ramírez, según indica el señor Orozco, si bien no estamos conformes con la ubicación que á los edificios había dado. El señor Orozco trató muy de paso estos puntos, y en nuestro concepto mezcló relaciones de diversos lugares, con lo cual incurrió en equivocaciones respecto á forma y dirección, siguiendo los errores de extensión y lugar del señor Ramírez. Nosotros, aprovechando los buenos datos de ambos escritores, pues siempre el que viene después algo adelanta, hemos podido aclarar algunas dudas, aunque muchas quedan por resolver. Verdaderamente cada punto es motivo de una seria disquisición histórica: mas no emplearemos aquí ese método por parecernos impropio de este lugar y nos contentaremos con poner de manifiesto el resultado de nuestros trabajos.

El gran *teocalli* no era el templo de *Huitzilopochtli* únicamente, era una reunión de edificios comprendidos dentro de una cerca ó muro que los rodeaba. Como el templo de *Huitzilopochtli* era el centro de ese conjunto, debemos comenzar por inquirir su verdadera ubicación. Para nosotros es precioso el dato de Motolinía repetido por Mendieta, quienes refieren cómo por regla general cercaban de paredes almenadas los patios ó recintos de los *teocalli* y cómo sus puertas

miraban á los caminos principales, los cuales sacaban muy derechos por cordel, de una y dos leguas, que era cosa harto de ver desde lo alto del principal templo, cómo venían de todos los templos menores y barrios los caminos muy derechos é iban á dar al patio de los *teocalli*. Pues bien, las calzadas de México eran: la de Coyuacán é Iztapalápan, al sur, que hoy se llama de San Antonio Abad; al norte su prolongación hasta unirse con el dique que iba al Tepeyac; advirtamos que la calzada de Iztapalápan correspondía á las actuales calles del Rastro, Jesús y Flamencos, las cuales tenían entonces el ancho y amplitud de la misma calzada; por el poniente tenía la ciudad la calzada de Tlacópan, que salía á la actual calle de Tacuba, algo más ámplia, y por el oriente seguía su continuación hasta el embarcadero, el cual ocupaba el lugar en que están las ruinas de San Lázaro y algo más al norte. La calzada de Iztapalápan al desembocar en la plaza tenía la anchura de la calle de Flamencos y lo que va de la esquina al principio del Portal de las Flores, como lo indica la existencia del mismo portal y del ancón, pues en la ciudad nueva quedan huellas de la antigua. En ese lugar la plaza estaba limitada por un canal que ocupaba la actual calle de la Acequia, el frente del Portal de las Flores y Diputación, y seguía por el Refugio y Coliseo Viejo, canal que vieron todavía algunas personas que viven.



Forma apócrifa atribuída al teocalli de México en el Conquistador Anónimo

Pues bien, el templo de *Huitzilopochtli* debía estar en el cruzamiento de la prolongación de las calzadas: esto es tan lógico, que no comprendemos cómo ha podido dudarse de lugar tan preciso. Por lo mismo el centro del *teocalli* debía estar algo al poniente de la bocacalle de las Escalerillas , abrazando el terreno de las acequias de Santa Teresa y Seminario, Santa Teresa y el Relox, y mayor parte del Relox y Escalerillas y Escalerillas y Seminario. Y ahí estaba, en efecto, pues Tezozomoc dice que ocupaba en cuadro el lugar de las casas de Alonso de Ávila, Luis de Castilla y Antonio de la Mota. Nadie ignora que la casa de los desdichados Ávilas estaba en la esquina de Santa Teresa y el Relox. Así el frente del *teocalli* correspondía á lo que es hoy plaza del Seminario y á su continuación hasta llegar á lo que es hoy edificio del ex-arzobispado, en donde estaba el templo de *Tezcatlipoca,* según lo declara expresamente Durán.

Veamos ahora su extensión y forma. Era como la de todos los *teocalli* la de una pirámide de pisos truncada. Había primero una ámplia plataforma, á la cual se subía por algunas gradas, y encima se levantaba la pirámide de cuatro pisos. Su cara principal daba al sur. La base era cuadrada y de trescientos sesenta piés ó ciento veinte varas de esquina á esquina. Así es que se extendía desde cerca del fin norte de la primera calle del Relox hasta cerca del fin sur de la del Seminario, y del sitio en que empieza el arzobispado al correspondiente al centro del Sagrario de oriente á poniente. Era, pues, un inmenso macizo de mampostería bien revocado y estucado, encalado y bruñido, presentando una vista muy hermosa. El primer piso tenía unas seis varas de altura; de modo que los cuatro, dándoles la misma, tendrían con plataforma y todo unas treinta varas, medida de acuerdo con el número de escalones, pues eran ciento veinte de á un pié, lo cual da un plano inclinado de cuarenta varas. Por el relato de Tezozomoc venimos en cuenta de que la base era más ancha de norte á sur; de modo que la plataforma se extendía por el sur hasta la línea que forma ahora el arzobispado, dejando en este lado un espacio, el cual calculamos de unas diez varas, y por el norte hasta el fin del recinto en una extensión aproximada de cuarenta por ciento veinte varas.

La escalera era de cantería labrada y ocupaba gran parte del frente; estaba continuada y sin descansos y tenía dos pretiles en los extremos y uno en medio que la dividía en dos. A la espalda tenía otra escalera semejante. Existe una pintura jeroglífica que lo acredita. Pero como Tezozomoc al hablar del estreno del templo dice que se adornaron sus trescientos sesenta escalones y estas dos escaleras sólo nos dan doscientos cuarenta, debemos suponer que había una tercera, aunque menos ámplia en algunos de los lados, probablemente al oriente, para comunicarse con los templos de *Tezcatlipoca* y *Cihuacoatl,* lo cual no pasa de una simple suposición. La mesa superior de la pirámide era amplísima: cuando la Conquista, á pesar de los edificios en ella construídos, se fortificaron ahí quinientos de los principales guerreros para defenderse, según dicho del mismo Cortés.

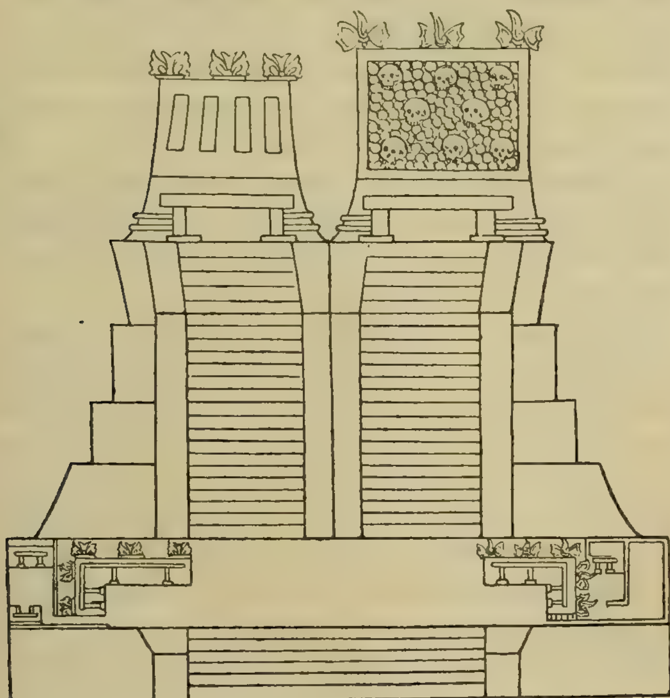
En el plano superior de la pirámide había dos piezas cercanas á su espalda y dejando una plaza en el frente; en la del lado de oriente, que era más alta, estaba el ídolo de *Huitzilopochtli,* y en la del poniente *Tlaloc.* Esas piezas ó capillas no eran en este templo de tres pisos como algunos han dicho: las pinturas de los códices son muy claras y sólo presentan uno. Así era, en efecto. Cada pieza tenía todo el frente descubierto y cerrados los otros tres lados; encima lucía un pretil muy galano revocado de blanco y rojo é incrustado con pequeñas piedras de obsidiana negra y reluciente que daba una extraña y hermosa vista, y sobre

el pretil unas almenas á manera de caracoles. Las dos piezas estaban muy bien labradas, de figuras de talla y bastiones de diversas formas esculpidos en grandes piedras monolíticas. Ambos ídolos estaban vestidos y



Verdadera forma del teocalli de México. (Jeroglífico de Durán)

aderezados y puestos en altares, y sus piezas por dentro tapizadas las paredes de mantas labradas, plumeros de bellísimos colores, rodelas de lo más hermoso que en aquellos pueblos se hacía, joyas y aderezos de



Espalda del teocalli

oro: el lado abierto se cubría comunmente con una rica cortina para más reverencia y veneración. Como la cara principal de la pirámide daba al sur, los dioses veían al mismo lado que los mexica llamaban *Mictlampa*, como explica Tezozomoc. Según este historiador las tres paredes interiores del templo de *Huitzilopochtli* estaban cubiertas con calaveras de los que nacían albinos, con la cabeza partida ó con dos cabezas, á los cuales llamaban *tlacaixtalli yontecuezcomayo*, y ahogaban en Pantitlán cuando había hambre ó no llovía; pero por la pintura vemos que las calaveras se embutían en las paredes exteriores de la pieza en que estaba *Huitzilopochtli*.

No hay datos para fijar las dimensiones de las dos piezas ó templos; pero creemos que no debían bajar de unas veinte varas de altura por quince de ancho cada una, aunque debemos recordar que el de *Tlaloc* era

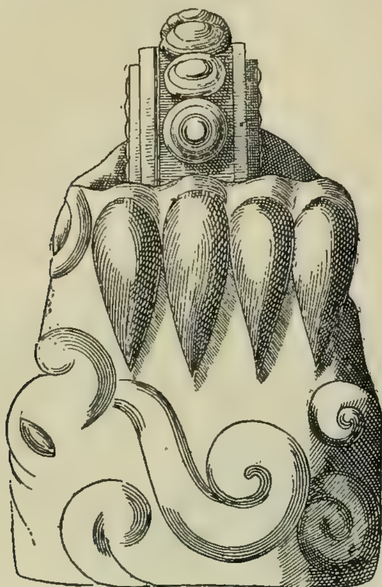


El Indio triste

más bajo, y por los relatos suponemos que tenían una pieza interior por lo menos, donde guardaban los aderezos del dios y estaban los sacerdotes que lo cuidaban.

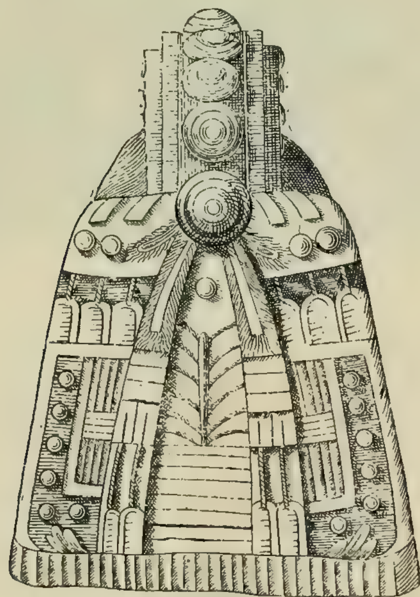
A las dos esquinas de las capillas en cada una había una escultura monolítica, indicada en la pintura de Durán, representando á un indio en actitud de adoración, con las manos unidas sobre las piernas y dejando un hueco para sostener una asta de madera que remataba en un hermoso plumero. Por fortuna existe una de las estatuas en el Museo y hemos podido identificarla: es de basalto y tiene como un metro de altura. Su posición y el sentimiento de adoración respetuosa, que quiso imprimirle el artífice, le dan cierta severidad. Caída del *teocalli* pusiéronle por su aspecto el *Indio triste*, y dió nombre á las calles inmediatas al lugar en que se encontraba.

Alrededor de la mesa superior del *teocalli* y sirviéndole como de bastiones ó almenas, estaban los monolitos de basalto esculpidos que Durán llama *Tzitzimite.* También ha querido la fortuna que se haya encontrado uno de ellos. Hízose el hallazgo en 14 de



Tzitzímitl. (Espalda)

enero de 1792: lo vió Gama y sacó el dibujo de sus caras, que si bien no es completamente exacto, da buena idea de la escultura. Lo creyó Gama una almena de la capilla de *Huitzilopochtli,* por encontrar en sus relieves relación con los atributos de este dios y



Tzitzímitl. (Frente)

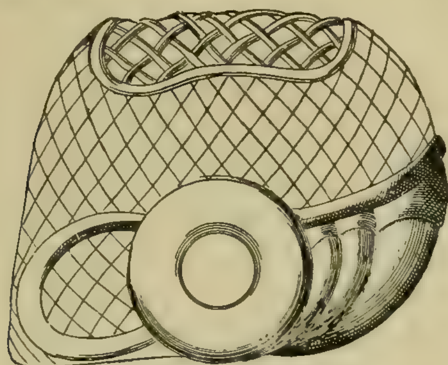
con los de su compañero *Tlacahuepancuexcótzin,* que estaba con él en la misma capilla. Refiere Gama que tenía de altura como tres varas castellanas y el grueso correspondiente á sus labores, y que por su mucho peso y tamaño determinaron los directores del empedrado hacerlo pedazos dándole cohete. Pero no fué destruído por completo. En el año de 1873 volvió á descubrirse en el atrio de la Catedral, inmediato á la cruz que da frente á Palacio, aun cuando bien puede ser otro de aquellos adornos de la plataforma superior del *teocalli.* Volvióse á enterrar la piedra en el mismo lugar, y vamos á dar nuestra opinión sobre ella. Basta ver uno de los lados de la piedra para observar en él los dientes de *Tlaloc,* pero como no es el mismo *Tlaloc* que estaba en una de las capillas del *teocalli,* pudiera deducirse que estos grandes monolitos colocados á su derredor eran los *tlaloque,* los cuales acompañaban á aquel dios. Mas si observamos que las bolas del remate y todos los adornos de la otra cara son signos cronológicos, dando la razón á una idea del señor Troncoso, quien cree que el gran *teocalli* era al mismo tiempo un gran observatorio astronómico, comprenderemos que esos monolitos, no sólo eran grandiosos adornos, sino instrumentos para la ciencia de los sacerdotes. Hay más: Durán los llama *tzitzimite,* y el señor Troncoso encuentra que los *tzitzimite* eran los planetas y aun entra en curiosas combinaciones cronológicas entre el período del *Tonalámatl* y los de Mercurio, Marte, Júpiter y Saturno. Esto traería una revolución completa en las ideas anteriores y resultaría que la cronología nahoa era resultado de un sistema complexo del cómputo de los siete astros observados por los antiguos, y estando en las capillas *Tlaloc,* representante de la luna, y *Huitzilopochtli,* que correspondía á Vénus, lógico era que estuviesen en los cuatro extremos los *tzitzimite* relativos á Mercurio, Marte, Júpiter y Saturno. Pero, además, los extremos superiores de los monolitos bien pudieron servir como gnomones y utilizar su sombra, ya para fijar los solsticios, ya para determinar las horas.

Fáltanos, sin embargo, el sol en este templo; pero en la base ó plataforma inferior estaba, en el centro, el *cuauhxicalli* ostentando en su parte superior el *Tonatiuh,* los rayos de flecha del astro del día.

Aun tenemos que hablar del *téchcatl* ó piedra puntiaguda donde se hacían los sacrificios; estaba en lo alto y cerca de las gradas para poder arrojar los cadáveres. Eran dos, uno frente á *Tlaloc* y el otro frente á *Huitzilopochtli:* de éste ya dijimos que tenía la forma de una deidad con la cabeza inclinada, de modo que el sacrificio se hacía sobre su espalda, y que tenía la figura de la diosa *Coyolxauh.* Todavía podemos agregar delante de las capillas los braseros donde se encendía el fuego y el *teocuauhxicalli* para arrojar los corazones.

La estatua de *Huitzilopochtli* era riquísima, de madera entallada á la figura de un hombre sentado en un escaño azul á manera de andas, de las cuales salía en cada esquina una cabeza de culebra; el ídolo tenía la frente azul y por encima de la nariz una venda también azul que le tomaba de oreja á oreja; sobre la

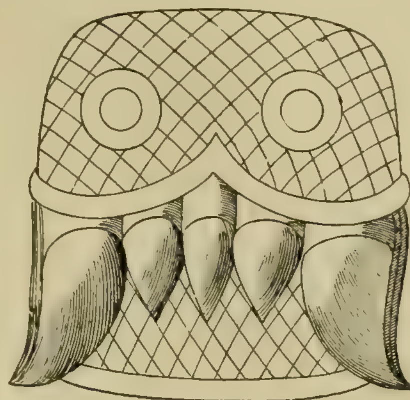
cabeza ostentaba un rico penacho á la hechura del pájaro *huitzitzillin,* todo de plumas verdes de pavo real y el pico de oro muy bruñido; en el cuerpo llevaba un traje verde conque estaba cubierto, y en el cuello un manto de ricas plumas igualmente verdes guarnecidas de oro, que como estaba sentado le cubría hasta los piés; en la mano izquierda empuñaba una rodela blanca con cinco motas de plumas blancas puestas en cruz, de las cuales colgaban plumas amarillas; de lo alto de la rodela salía una pequeña bandera de oro y por los lados unas flechas; en la mano derecha tenía un báculo labrado en forma de culebra azul y ondeada; á las espaldas un estandarte de oro bruñido; en las muñecas brazaletes de oro, y en los piés sandalias azules.



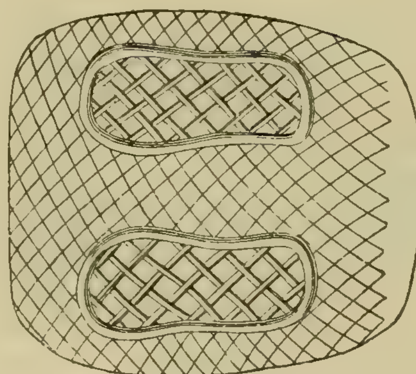
Culebra del Coatepantli

Dan á entender las crónicas que en esta pirámide había habitaciones para los sacerdotes; mas no podíamos comprender cómo era esto posible cuando quedaba gran espacio delante de las dos capillas de los ídolos. Vino á sacarnos de dudas la pintura de la espalda del *teocalli.* Así como en la parte anterior de la base ó zócalo sobre que se levantaba la pirámide estaba puesto el *cuauhxicalli,* dejando ahí una amplia plazoleta levantada, ya para las ceremonias del culto, ya para colocar enramadas para los espectadores de los sacrificios, en la parte posterior se habían construído habitaciones para el sumo sacerdote, los grandes *tlamacazque* y demás *teopixque* que servían á *Huitzilopochtli.* Abrazaban por lo mismo esas habitaciones la parte posterior del *teocalli* en toda su anchura, penetrando, en nuestro concepto, en la acera norte de las calles de Cordobanes y Montealegre, pues en la primera, en la casa del señor Guzmán, se encontró uno de los sapos de piedra pertenecientes al muro que cerraba el recinto, el cual limitaba por ese lado las habitaciones del templo. Estas, pues, eran muy amplias y ocupaban extensión bastante para alojar bien á los *papahuaque* del *teocalli.*

Siguiendo al sur, de la pirámide se desprendía una cerca que le formaba un gran patio particular: creemos que partía por un lado del lugar en que ahora comienza el Arzobispado y del otro del centro del Sagrario, cerrándose á la altura ó poco más de la que es hoy puerta principal de Palacio: de modo que era un amplio cuadrado de unas veinticuatro mil varas ó acaso mayor. Así se comprende que en él se hiciesen danzas en que tomaban parte ocho mil personas. El patio estaba cubierto de hormigón y perfectamente estucado encima, no habiendo en él más que la piedra del sacrificio gladiatorio, el *Temalácatl,* que ocupaba el centro.

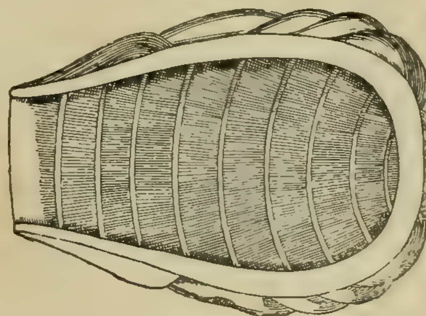


Frente de la culebra



Parte superior de la culebra

La cerca llamábase *Coatepantli* porque tenía encima todo alrededor unas cabezas gigantescas de culebras asidas las unas á las otras. Por suerte se conservan algunas. Los españoles emplearon los materiales del templo en la construcción de las catedrales. Las gradas revisten el atrio y forman las escalinatas, y las culebras se emplearon como pedestales y asientos de la primera, relabrando algunas en todo ó en parte.



Parte inferior de la culebra

Al descubrirse poco tiempo há esa primera catedral se sacaron en buen estado tres ó cuatro y una que tiene cara como de pescado con escamas: pueden verse en el Museo y en el jardín del atrio. Son grandes monolitos perfectamente labrados. Gama vió una que se sacó el 18 de junio de 1792. Cada cabeza de culebra separada tiene cerca de dos varas de largo, vara y media de ancho y de vara á vara y tercia de alto. En el frente tiene dos ojos redondos, tres dientes y dos colmillos, en la parte superior á manera de rejas; toda ella está labrada de escamas, y la parte inferior semeja un paladar. Las culebras en las escamas y en el fondo de los enrejados estaban pintadas de rojo y las rejas de verde muy fino. En una de ellas se ven huellas de azul. Como el pretil ó zócalo en que descansaban las cabezas de culebra debió ser de poca altura, podemos dar de dos á tres varas á la del *Coatepantli*, calculando que el número de aquéllas, por el espacio que cerraban, no podía bajar de doscientas.

La descripción de Gama corresponde á una de las del Museo. La otra del Museo está más bien determinada y en mejor estado de conservación: tiene muy claros los colmillos, la lengua bífida y la mandíbula inferior, y está cubierta de plumas labradas que la identifican con *Quetzalcoatl*. Así en el *Coatepantli* se iban entrelazando las cabezas simbólicas de *Coatl* y *Quetzalcoatl*, que representan los elementos cronológicos del ciclo mexica.

En el centro del *Coatepantli* y del patio estaba colocada la piedra del sacrificio gladiatorio. Por su gran peso no era fácil de removerse, y así quedó en su mismo lugar, y todavía está enterrada frente á la puerta norte de Palacio. Cuando fué descubierta, el señor Gondra mandó sacar copia de sus relieves con los colores que tienen, pues es de las pintadas ó policromas. La forma de la parte labrada nos da la razón y confirma la figura cuadrada que en los jeroglíficos tienen las piedras del sacrificio gladiatorio. Asentada en un zócalo en el centro del patio, tenía en los lados pequeñas escaleras para subir á ella. Larga sería la explicación minuciosa de esta piedra; contentémonos con decir que, según noticias, tiene unos tres metros de largo y que los colores de que está pintada son carmesí, rojo, amarillo, blanco, verde y negro. Tiene en el centro un círculo de cincuenta y un puntos y una cabeza de conejo, lo cual, al mismo tiempo que nos da el ciclo de cincuenta y dos años, nos indica que comenzaba por *ce tochtli*. Dentro del círculo se ve el signo *ce cipactli*, primer día del ciclo, y dos figuras que en nuestro concepto son el *Ometecuhtli* creando al mismo *cipactli*. Están de pié sobre uno como altar, el cual á su vez reposa en un símbolo estrellado del firmamento. En las cuatro esquinas de la piedra hay cuatro grupos: el primero representa claramente á *Tonacatecuhtli* y *Quetzalcoatl*, y tiene marcado el día *ce óllin;* el segundo á *Tezcatlipoca* y *Xiuhtletl* con el signo *ce mázatl;* el tercero á *Huitzilopochtli* y *Totec* con el signo *cálli*, y el cuarto á *Tlaloc* y *Cihuacoatl* con el signo *ce cozcacuauhtli*. A un lado se ve el signo *Itzcuintli* y del otro *Xóchitl* con cinco numerales.

Estas fechas son de las fiestas que se hacían al sol. En efecto, tenía fiesta fija en todo día *ce cipactli*, y la tenía también como *Nahui Ollin* en *ce océlotl, ce itzcuintli, ce cozcacuauhtli* y cinco *xóchitl*, y como *Tonatiuh* en *ce ozomatli*. Como los signos *ce mázatl* y *calli* son referentes á la luna, bien pudieran ser fiestas de *Tezcatlipoca*. Los puntos del cuadrado exterior son doscientos ocho, que unidos á los cincuenta y dos del círculo, dan doscientos sesenta días del período del *Tonalámatl* y años del gran período cíclico.

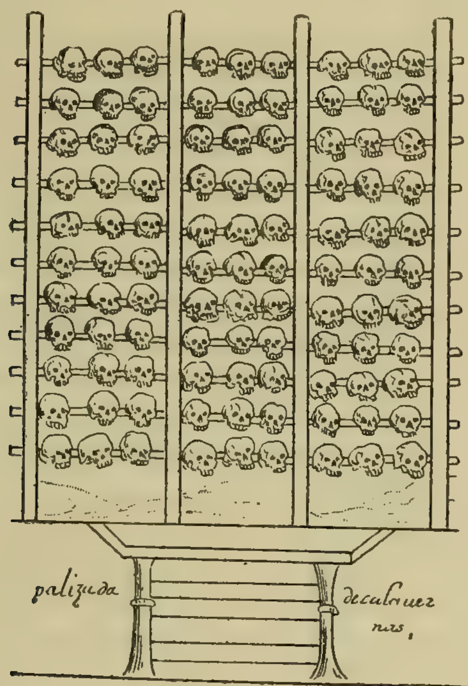
Bien comprendemos que en todo lo dicho nos apartamos de lo que otros autores han escrito, y hasta de lo que afirman en sus disquisiciones históricas personas tan respetables como los señores Ramírez, Orozco é Icazbalceta, con quienes no vamos conformes ni en el lugar preciso en donde el *teocalli* se levantaba; pero para satisfacción nuestra hemos comunicado nuestras nuevas ideas al señor Icazbalceta, cuya autoridad en estas materias es hoy la más respetable, y encuentra que no vamos fuera de camino.

Frente al patio del *Coatepantli* y en el espacio que mediaba entre su puerta ó entrada y la del muro exterior inmediato á la acequia, se alzaba el *tzompantli*, poco más ó menos en la línea de la puerta de honor del actual palacio. Componíase de una plataforma ó zócalo de mampostería de sesenta varas de frente por diez de fondo, al cual se subía por treinta gradas labradas todo á lo largo de él; de modo que el tal zócalo tenía aproximadamente unas doce varas de altura. En el centro de esa construcción, á lo largo, había hincados en hilera unos maderos bien pulidos de la altura de un gran árbol, habiendo de uno á otro una distancia como de dos varas. Cada uno de esos gruesos maderos tenía de arriba á abajo una sérïe de agujeros á distancia de media vara uno de otro. De palo á palo, por los agujeros, metían horizontalmente unas barras delgadas, en las cuales ensartaban por las sienes las calaveras de los sacrificados; cada barra tenía veinte calaveras y llegaban estas hileras hasta lo alto de los maderos. La costumbre era que, después de comerse á la víctima y también la carne de la cabeza, se pusiera en el *Tzompantli* sólo su calavera, aunque á veces se le dejaba el cabello; los huesos del cuerpo quedaban en poder del dueño del sacrificado, quien por trofeo los colocaba en el patio de su casa. Hay cronista que supone más de cien mil calaveras en esta palizada: nosotros calculamos veinticuatro mil, si bien hay que tomar en cuenta los otros *tzompantli* existentes en el recinto frente á otros templos; Sahagún da razón de cinco *tzompantli*.

Esto bastaría para darnos cuenta del gran número de sacrificios que en México se hacían. Agreguemos que Ahuizotl mandó renovar los *tzompantli* cuando se estrenó el *teocalli*, que muchas calaveras se destruían, otras se rompían al ensartar las nuevas, y no pocas veces se quebraban las varas que las sostenían. Los miles de calaveras que vieron los conquistadores en 1519, ¡apenas correspondían á las víctimas de treinta y tres años!

Por su forma ó por ser trofeo, llamaban á las palizadas de cabezas *Tzompantli*, que significa *bandera de cabezas*.

En los sacrificios desempeñaba papel importante el *Tzompantli*. Ahí ponían á las víctimas al pié de la palizada en lo alto de las gradas, bien guardados por

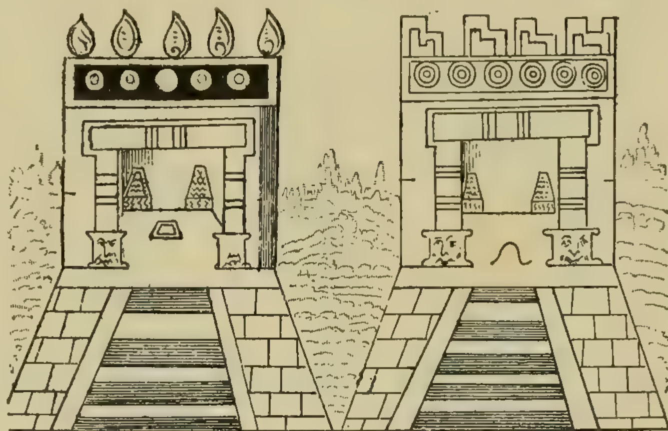


El tzompantli

guerreros del templo. Un sacerdote vestido de túnica corta llena de rapacejos por abajo á manera de orla, descendía de lo alto del *teocalli* llevando un ídolo hecho de la masa *tzoalli*, con los ojos de cuentas verdes y los dientes de granos de maíz: bajaba á toda prisa las gradas de la pirámide, atravesaba por encima del *Temalácatl*, colocado en mitad del patio ó *Coatepantli*, mostraba el ídolo uno á uno á los que habían de ser sacrificados, y con esto se volvía al lugar del sacrificio, yéndose todos aquellos tras de él.

Aquí nos encontramos citada con precisión por Durán la guardia que custodiaba á los cautivos. Esto confirma nuestras anteriores ideas sobre la existencia de un cuerpo guerrero del templo. No podía menos de ser así, constituyendo éste una verdadera fortaleza con sus *tlacochcalli* y sus murallas. Bastante lo indica el hecho histórico de que Tlacaelel al saber la derrota de Axayácatl en Michuacán, puso en pié de guerra y defensa el *teocalli* y la ciudad. En efecto, era el *Tlillancalqui* el jefe de la cohorte sagrada; componíanla principalmente los guerreros *miztli* y *coatl* ó leones y culebras: formábanla también los guerreros y mancebos del *Calmecác;* y acaso en parte los *océlotl* y los *cuauhtli*, pues sabemos que tenían ahí su templo particular. No puede caber duda, porque era necesariamente lógico, de que esa guardia vigilaba constantemente el recinto sagrado, como custodiaba á las víctimas y tomaba parte en las grandes danzas y en las solemnes ceremonias del culto.

En el recinto sagrado, que todo él se designa por los historiadores con el nombre de *teocalli* ó gran templo, había muchos otros edificios. Sabemos ya que el templo de *Tezcatlipoca* estaba en el lugar que ahora ocupa el ex-arzobispado. Ya lo hemos descrito, y sólo diremos que su frente daba al sur. Inmediato á él y también al gran *teocalli*, quedaba el *Tlíllan* ó templo de *Cihuacoatl*, donde se guardaban todos los dioses de



Templos menores

los mexica, ocupando el terreno comprendido entre el Arzobispado y la calle de Santa Teresa, y dando á este rumbo su frente. Todas estas construcciones eran piramidales é inmediatas las unas á las otras, como bien lo expresa la pintura de Durán.

Del otro lado de la que es hoy calle de Santa Teresa, sin duda más amplia en otro tiempo, estaba el templo llamado *Yopico*, cuya deidad era la cabeza colosal de diorita de *Totec*, existente ahora en el Museo Nacional. En él, según relato de Sahagún, había también un *tzompantli* donde espetaban las cabezas de los que morían en la fiesta *Tlacaxipehualiztli*. En él se guardaban, además, los pellejos de las víctimas. Detrás, y llegando al fin del recinto por ese lado, estaba el *Yopico Calmecác*, donde habitaban los sacerdotes de *Totec* y *Tlaloc*, por lo cual creemos que ahí también estaba el *Epcoatl* dedicado á los *Tlaloque* y el *Poyauhtla*, en donde ayunaban y hacían penitencia cuatro días en la fiesta *Etzacualiztli* los grandes sacerdotes *Totectlamacazqui* y *Tlalocantlenamacac*.

Del otro lado del gran *teocalli*, es decir, en el poniente, había primeramente el *Cuacuauhtlinchán*,

templo de los guerreros, águilas y tigres, en el cual estaba el *Cuauhxicalli* de Tizoc. Ya lo hemos descrito, y hemos dicho cómo ocupaba parte del lugar que hoy la catedral, esto es, el sitio comprendido entre el punto correspondiente á la línea de la callejuela y el extremo del *teocalli*, y por fondo la mitad del terreno que de ahí había á la calzada de Tlacópan ó calle de las Escalerillas de ahora. El frente del *Cuacuauhtlinchán* daba al sur en la misma dirección del gran *teocalli.*

En el sitio comprendido entre el *Cuacuauhtlinchán* y la actual calle de las Escalerillas, elevábase el templo de *Quetzalcoatl.* Estaba sobre una pirámide de un solo cuerpo á la cual se subía por gradas, y era un edificio redondo cubierto con un chapitel labrado á manera de techo de paja, con puerta estrecha y que figuraba la boca de una serpiente feroz, con sus ojos, dientes y colmillos, poniendo espanto en el corazón de quienes se acercaban. El poco cuidado de comparar los diferentes textos ha hecho que no se comprenda la identidad de este templo de *Quetzalcoatl* con el *Ilhuicatitlán* de Sahagún, el cual se ha tomado por una verdadera columna, porque el cronista, á causa de su forma cilíndrica, lo llama una columna gruesa y alta, donde estaba pintada la estrella ó lucero de la mañana, y sobre la columna un chapitel hecho de paja. Agrega Sahagún que delante de esta columna y esta estrella, mataban cautivos cada año al tiempo que aparecía aquel planeta.

Este templo daba su frente hacia las Escalerillas, y tenía un patio mediano donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes y regocijos; y muy graciosas farsas y representaciones, para lo cual, en medio de aquel patio, había un pequeño teatro de treinta piés en cuadro, muy encalado y que en las fiestas enramaban y aderezaban galanamente, cercándolo de arcos vistosos de toda clase de rosas y rica plumería, colgando á trechos muchos y diferentes pájaros y conejos y otras cosas agradables á la vista: ahí, después de que alrededor de aquel teatro bailaban los señores con sus más vistosos y bizarros atavíos, salían los representantes; y la crónica nos conserva el recuerdo de la farsa de un buboso que se fingía muy enfermo, mezclando muchas graciosas palabras y dichos conque hacía mover la gente á risa; y otra de dos ciegos y dos lagañosos que tenían una muy chistosa contienda, motejándose con muy donosos dichos. Había también la farsa del acatarrado, quien fingía fortísimas toses con ademanes exagerados; y la del moscón y el escarabajo, saliendo los representantes vestidos al natural de estos animales, el uno haciendo zumbido como mosca y diciendo mil gracias, y el escarabajo metiéndose en la basura. Todo lo cual entre los mexica era de mucha risa y contento.

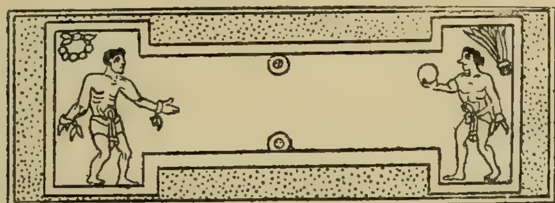
Desde el otro lado de la calzada ó calle de las Escalerillas hasta el recinto seguían los edificios del *Calmecác,* donde se instruían mancebos y doncellas, y donde habitaba el sacerdote *Quetzalcoatl* y buen número de *teopixque.* La línea norte del recinto sagrado era, pues, de habitaciones en toda su extensión, y no debemos olvidar que en él vivían más de seis mil servidores de los dioses. Cerraba el recinto una fuerte muralla almenada y adornada con esculturas, entre ellas sapos y escarabajos; un sapo que está en el Museo tiene debajo el jeroglífico de Chalco. En la parte norte penetraba esta muralla en las manzanas de Cordobanes y Montealegre y segunda calle del Reloj, y había entre ella y los edificios una calle para el paso: en su centro tenía una puerta, á cuyo lado estaba el correspondiente *tlacochcalco* ó depósito de armas. Al oriente bajaba el muro en la dirección de la calle cerrada de Santa Teresa, atravesaba por el espacio que separa las construcciones anteriores de Palacio de las posteriores, y terminaba en el canal frente á la que es ahora calle de la Universidad; pues repetimos que en la nueva ciudad han quedado huellas de la antigua. En ese lado entre el muro y los edificios hasta el fin del templo de *Tezcatlipoca*, había también una calle, y en la parte correspondiente á la de Santa Teresa otra puerta con su *tlacochcalco.* Por el sur la muralla seguía el canal, teniendo su puerta y su *tlacochcalco* en dirección de la calzada de Itztapalápan. Por el poniente subía el muro desde frente á la callejuela hasta unirse al del norte. Desde esta esquina hasta el fin del *Cuacuauhtlinchán* había una calle, y sobre la calzada de Tlacópan otra puerta con su *tlacochcalco.*

En el espacio ocupado por el gran *teocalli* y los edificios que estaban á su derecha é izquierda, había algunas dependencias ó monumentos que Sahagún clasifica también de edificios, aunque en realidad no lo eran.

Tales son en nuestro concepto el *Macuilquiáhuitl,* en que desmembraban á los espías cortándoles miembro por miembro; el *Tecuxcalli,* adornado de muchos ídolos, en donde se recogía el *tecuhtli* de México á ayunar cuatro días en las grandes fiestas; el *Tlilápan* ó alberca donde se bañaban los sacerdotes; el *Mexicocalmecác,* que no era más que parte de las habitaciones, destinada á los *teopixque* de *Tlaloc;* el *Cuauhcalli,* enrejado á manera de cárcel para guardar los dioses prisioneros quitados á los enemigos; los diversos *Cuauhxicalco,* que no eran sino los lugares que ocupaban los diferentes *Cuauhxicalli;* el *Tetlcalco,* que era el sitio donde estaba el brasero *Teotleco* en el *Tlillán;* el *Huitztepehualco,* cercado de cuatro paredes para arrojar las púas y cañas ensangrentadas empleadas en el sacrificio personal; otra alberca llamada *Tezcaápan,* para los que hacían voto de servir un año en el templo; el *Metlatiloia*, el cual estaba en el *Yopico* y era una cueva donde escondían los pellejos de los desollados; el *Mecatlán,* donde los sacerdotes aprendían á tocar los instrumentos sagrados; el *Tozpalatl,* fuente en que el pueblo bebía en la fiesta de

Huitzilopochtli; el *Xilócan,* donde hacían la masa de *tzoalli;* el *Itepeyoc,* en que de esa masa hacían el *Huitzilopochtli;* el *Aténpan,* donde ponían á los niños y leprosos que ahogaban en la laguna, y otras dependencias para hacer sacrificios, ofrendas y actos del culto donde habitaban determinados sacerdotes.

Pero sí merecen llamar nuestra atención los dos juegos de pelota. Ya sabemos que el *tlactli* donde se jugaba era una representación de los movimientos del sol ó de la luna. Conocemos ya su forma y la manera



Juego de pelota

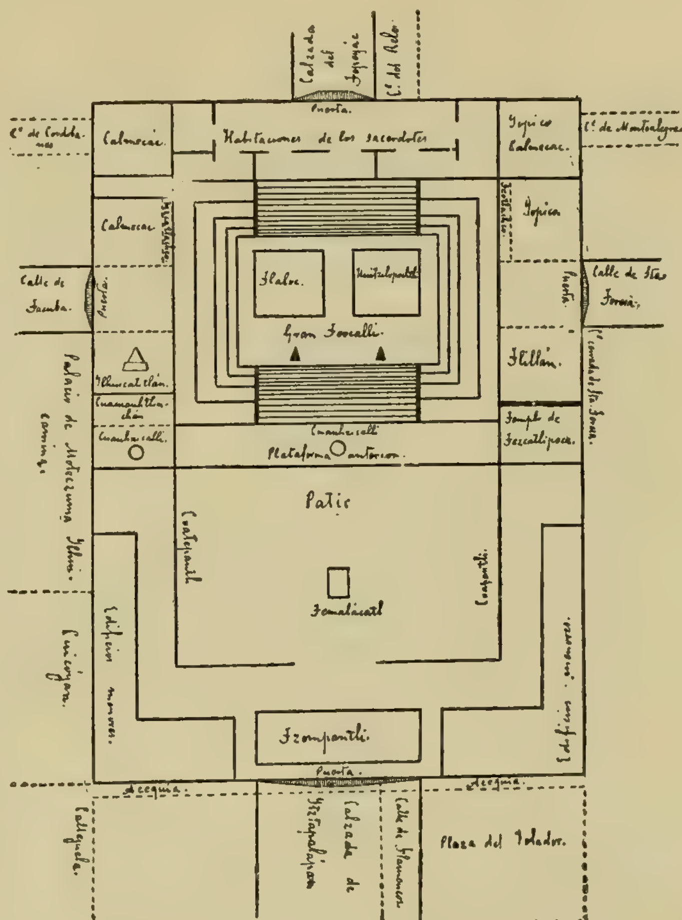
de jugar, y únicamente agregaremos que tenían de largo unos cien piés por treinta de ancho, siéndolo más en los dos extremos donde los jugadores se ponían. Eran dos en el templo mayor de México, el uno se llamaba *Teotlacho* y simbolizaba los movimientos del sol, y el otro *Tezcatlacho* con referencia á los de la luna; el primero quedaba, según se infiere de lo que vagamente dice Sahagún, entre el gran *teocalli* y *Yopico;* y el segundo al lado opuesto é inmediato al *Calmecác.* En ambos lugares, á más de jugarse á la pelota, se hacían sacrificios especiales: en el primero, en la fiesta *Panquetzaliztli,* mataban á los cautivos llamados *Amapanme,* y en el segundo sacrificaban á otros cuando caía el signo *ome ácatl.*

En el espacio que quedaba entre los edificios descritos y la parte sur de la cerca á la muralla, había alrededor de estas habitaciones y delante de ellas otros templos, quedando entre éstos, el *Coatepantli* y el *Cuacuauhtitlán,* por el poniente un patio, y entre los mismos y el *teocalli* de *Tezcatlipoca* otro al oriente.

Las habitaciones que había alrededor de la cerca eran pequeñas; unas se llamaban *calpulli* y servían para alojar á los señores que ayunaban ó hacían penitencia, y otras tomaban el nombre de *Calmecác,* porque ahí residían los sacerdotes del templo que en frente les quedaba. Veamos si sobre esto podremos dar algunas noticias.

Partiendo de la puerta de Itztapalápan al poniente, estaba la habitación llamada *Cuauhxilco* ó *Cuauhxicalco,* donde el rey se recogía á hacer penitencia cuando llegaba el ayuno llamado *netonatiuhcáhuatl,* el cual se hacía durante cuatro días en honra del sol: tenía lugar de doscientos en doscientos tres días, y mataban los cuatro cautivos llamados *chachame,* otros dos como imagen del sol y la luna, y después otros muchos. Delante quedaba la construcción en que estaba embutida la Piedra del Sol, y sobre ella se hacían estos sacrificios. El lugar donde se encontró la Piedra confirma la ubicación.

Parece que á esta construcción seguía un *teocalli* de gradas llamado *Teochinco,* donde cada año se sacrificaba á un cautivo vestido como el dios de la embriaguez *Ometochtli,* cuando tocaba este signo. Seguíase el *Teotlálpan,* el cual era un huertecillo cercado, con riscos hechos á mano, y en ellos magueyes y arbustos que nacen en tierra fragosa. En la fiesta *Quecholli,* de



Recinto sagrado del Gran Teocalli de México

ahí partía la procesión para ir á cazar en la sierra Cacatepec. También creemos que en esa dirección estaba el *Cintéopan,* y en él la diosa *Chicomecoatl* ó *Coatlicue,* cuya hermosa estatua se ve en el Museo.

Del lado opuesto debió estar el templo de *Mixcoatl,* y el *Mixcoapantetzonpantli,* en que ponían las calaveras de los sacrificados á ese dios, el *Tlamatzinco* con el *Calmecác* de los sacerdotes del dios *Tlamatzíncatl;* el templo y *Calmecác* de la diosa *Chantico,* llamado *Tetlánman;* y el *Tlalxico,* en donde el sacerdote *Tlillantlenamacác* sacrificaba un cautivo á *Mictlantecuhtli* en la fiesta *Títitl.*

En los lados, y en todo esto caminamos por suposiciones, estaba el templo de la diosa *Ixtacíhuatl,* el *Tezcacalco,* el *Macuilcipactli* hecho en honra del signo *Cipactli,* el *Iztaccinteotlitéopan* levantado á la diosa *Centeotl* y donde sacrificaban á los cautivos leprosos, el *Centzontotochtininténpan* dedicado también á los

dioses de las bebidas embriagantes, el *Xiacatecuhtli-téopan* ó templo de los mercaderes, el *Huitzillincuatec*, el *Aticpac*, de las diosas *Cihuapipiltin*, el templo del dios *Nappatecuhtli*, el *Tezonmolco*, dedicado al dios del fuego, el *Coatlán*, de los dioses *Centzonhuitznahua*, el *Xochicalco* de la diosa *Atlatónan*, y el *Ehuacalco*, donde se aposentaban los señores que venían de lejos á visitar el templo.

Calculamos que aproximadamente tenía el recinto sagrado unas doscientas varas de oriente á poniente por cuatrocientas de norte á sur. No creemos haber hecho una descripción perfectamente exacta del gran *teocalli*; pero válganos el que es la primera que se hace, y que hemos consultado todos los datos existentes, aunque bien vemos que no son bastantes.

CAPÍTULO VI

El Cuicóyan. — Su situación. — La escuela de baile. — Reunión en ella de los mozos y las mozas de México. — Recato y honestidad de esos estudios. — Bailes de las mujeres desenvueltas. — Manera de bailar. — Ensayos de los grandes bailes. — Diversidad de danzas. — El baile pequeño. — El baile grande. — La danza de las rosas y otras muy usadas. — Representaciones dramáticas. — Los areytos. — La poesía. — Los cuicapicque. — Utilidad de los cantares para la historia. — Carácter de la música. — Melodías de los Güegüenches. — Los cantos de los mayos y yaquis. — Los instrumentos músicos. — El Teohuéhuetl. — La deidad de la música — Los teponaxtli del Museo. — Instrumento raro formado de barro, madera y concha de tortuga. — Pito con cascabeles. — Pitos con notas — Conocimiento que tenían los mexica de algunos sonidos determinados. — Concierto de los instrumentos músicos con los cantares y danzas. — Juegos. — El volador. — Su simbolismo cronológico. — Explicación inédita de Boturini. — Afición de los mexica á las apuestas del juego. — Ometochtli como dios del juego. — Exageracion del vicio y cómo se jugaban por esclavos. — Varias clases de juegos. — El patolli — La deidad Macuilxóchitl — Luchas y ejercicios gimnásticos. — Forma definitiva de la ciudad. — Planos antiguos inexactos ó apócrifos. — Verdadera división de la ciudad. — Subdivisiones indicadas en la tira de Tepéchpan. — Habitaciones. — Calles y acueductos. — Casas del pueblo. — Xacalli. — Materiales de las casas. — Muebles. — Trajes. — Alimentos. — Bebidas. — Artes y oficios. — Los amanteca. — Tejedores. — Tejidos de pelo de conejo. — Carpinteros, alfareros y otros oficios menores. — El ámatl. — Su fabricación. — Los plateros. — Sus admirables trabajos. — Los lapidarios. — Piedras opacas y semitransparentes. — Su pulimento y sus taladros — Piedras preciosas y transparentes. — Conchas y perlas. — Collar de caracoles. — Pintores. — Pinturas jeroglíficas. — Ornamentación policroma. — Arquitectura y escultura. — Medicina. — No la usaron los meca. — Entre los mexica no fué patrimonio del sacerdocio. — Era profesión hereditaria. — Cirugía — Anestesia — Médicos. — Baños. — Las clases acomodadas y principales. — Traje de los hombres — Traje de las mujeres. — Comidas de esas clases — Sus casas y muebles. — Alumbrado. — Cortinas. — Canoas. — Banquetes. — Flores y tabaco. — Educación. — Vida doméstica. — Las mujeres desenvueltas. — Las Cihuapipíltin. — Combate simbólico en su enterramiento — Mercados. — El desembarcadero. — El tianquiztli. — Deidades protectoras de los mercados. — Tianquiztli de Tlatelolco. — Su gran concurrencia. — Su teatro. — Objetos que en él se vendían. — Orden y policía de los mercaderes. — Ferias especiales.

Inmediatos al recinto sagrado estaban el *Cuicóyan* y la plaza del Volador, y como quiera que ambos lugares tenían relación con las ideas religiosas de los mexica, vamos á tratar de ellos y como consecuencia del baile y juegos que aquéllos usaban. Debemos considerar la danza entre los mexica más que como entretenimiento como ritualidad del culto. Para adiestrarse en el baile se había fundado el *Cuicóyan,* espacioso edificio con grandes aposentos alrededor del patio en donde los bailes se ejecutaban. Estaba inmediato al recinto sagrado, ocupando al poniente el espacio comprendido entre el canal y el palacio de Moteczuma Ilhuicamina, de modo que abrazaba la manzana en que está el portal de Mercaderes.

Ya hemos dicho cómo los mancebos del *Calmecác* y de los *Telpuchcalli* tenían obligación de concurrir á aprender las danzas. Poco antes de que el sol se pusiese salían ciertos viejos y viejas en eso empleados y recogían á los mozos y mozas; ponían á los primeros en unos aposentos y á las segundas en otros diferentes, y cuando todos estaban reunidos los maestros de danza y canto colocaban sus instrumentos en medio del patio. Salían entonces los mozos y las mozas, y los mancebos de cada *calpulli* tomaban de la mano á las jóvenes del mismo y comenzaban á bailar en rueda alrededor de los músicos. Enseñábanles los maestros á hacer los pasos más complicados á compás y á cantar con buena entonación los himnos conque acompañaban la danza. En este estudio estaban hasta bien entrada la noche, y en concluyendo, los viejos y viejas cuidadores llevaban á mozos y á mozas á entregarlos en sus casas. Cuidábase mucho de la honestidad en estos bailes y en esos estudios; por lo tanto, no es justa la opinión de que solamente las mujeres públicas se dedicaban á la danza en México. Las había y traían de otros pueblos mujeres desenvueltas para ciertos bailes; pero en lo general la danza, como ceremonia del culto, no imponía vergüenza á quienes la ejercitaban.

Por el contrario, preciábanse mucho los mozos de saber bailar bien, de cantar con perfección y de ser guías de los demás en las danzas; pues era difícil llevar los piés á compás y acudir á su tiempo con la voz y con el cuerpo á los meneos que usaban, porque su baile se regía no sólo por el son de los instrumentos, sino

también por los altos y bajos que el canto hacía cantando y bailando juntamente, para los cuales cantares había entre ellos poetas que los componían, dando á cada canto y baile diferente ritmo.

Así en las grandes solemnidades los señores entonaban cantares serios y pausados bailando reposadamente, mientras que en las danzas de los mancebos el



Danza de los mexica

baile era más rápido y los cantares alegres y de amores. Y teníanlos también deshonestos y propios para mujerzuelas, llenos de meneos y visajes, y en los cuales á veces bailaban hombres vestidos de mujeres.

Como en cada fiesta había bailes diferentes y diversos cantares dedicados á la deidad que se solemnizaba, antes de ella se hacían grandes ensayos de cantos y bailes para aquel día, y según era el cantar sacaban



Músico.—(Códice Mendocino)

distintos trajes y atavíos de mantas, y plumas, y cabelleras y máscaras, vistiéndose, según ya hemos visto, unas veces como águilas ó tigres, otras como guerreros, otras como huaxteca y otras como salvajes, monos, perros y otros mil disfraces.

Naturalmente en los diversos bailes la manera de bailar variaba: ya danzaban alrededor en círculos ya en filas; en unos bailes danzaban sólo hombres, en otros hombres y mujeres y los había exclusivos de determinados guerreros ó sacerdotes. Clavigero pone como música de estos bailes en el centro el *teponaxtli*, de sonido melancólico, y el *huéhuetl*, cilindro de madera alto de tres piés, hueco y cubierto en su parte superior con una piel de ciervo bien restirada que se tendía ó aflojaba para hacer más agudo ó más grave el sonido, y da á los bailadores el *ayacaxtli* ó sonaja que sacudían con la diestra al danzar, instrumento generalmente de barro y lleno de pedrezuelas para hacerle sonar.

En estas danzas había el baile pequeño que se hacía en los palacios de los señores ó en las fiestas de boda ó por diversión particular ó con motivo de alguna ceremonia religiosa privada: éste era de una sola rueda ó de dos á lo más, y los danzantes bailaban ó dando el rostro á una de las extremidades de su línea, ó viendo á la persona que tenían en frente en la otra rueda ó introduciéndose los de una rueda en la otra, ó bailando solos ciertos pasos entre las dos líneas que entonces suspendían su movimiento.

El baile grande se hacía en el patio del *Coatepantli*, y es verdaderamente el que los cronistas llaman areyto. En éste se formaban dos ó más ruedas concéntricas de los señores y sacerdotes de edad, y dejando después un cierto espacio seguían varias ruedas de jóvenes: como cada rueda tenía que hacer su evolución en el mismo tiempo de la música, los danzantes de las interiores bailaban lenta y gravemente, mientras que la velocidad iba aumentando en las exteriores hasta alcanzar una rapidez vertiginosa. Ya hemos dicho que se hacían danzas hasta de ocho mil bailadores.

Pero, según Durán, el baile de que más gustaban los mexica era el que con aderezos de rosas se hacía coronándose con ellas, para el cual levantaban en el *teocalli* una casa de rosas y formaban á mano unos árboles llenos de olorosas flores; colocaban en esa casa ó enramada á su diosa *Xochiquetzalli*, y mientras bailaban descendían unos muchachos vestidos como pájaros y otros como mariposas, muy bien aderezados de ricas plumas verdes y azules, rojas y amarillas, y subíanse por esos árboles y andaban de rama en rama fingiendo que chupaban el rocío de aquellas rosas. Luego salían unos danzantes vestidos con los trajes de los dioses, y con sus cerbatanas simulaban tirar á los pájaros fingidos que andaban por los árboles. La mujer disfrazada de *Xochiquetzalli* salía á recibirlos, y llevándolos á sentar junto á ella en la enramada les daba rosas y hojas de tabaco para que fumasen.

Otro baile había en el cual los danzantes se disfrazaban de viejos corcobados, y dice el cronista que no era poco donoso sino de mucha risa. Había también un baile y canto de truhanes, y en él introducían un bobo que fingía entender al revés lo que su amo le mandaba, trastocándole las palabras. A esta danza agregaban á veces el baile de la tranca con los piés.

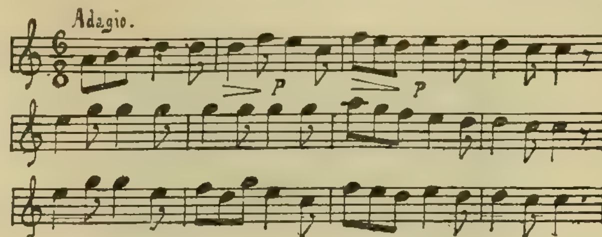
Como se ve, algunas danzas se convertían en

representaciones dramáticas; pantomímicas en su principio, debieron combinarse después con el relato de un solo actor, digámoslo así, que con el nombre de loa conocemos. La combinación de la música, del baile y de la poesía, debió producir verdaderas obras cómicas, y desgraciadamente no se conservaron las de los mexica, si bien se salvó el drama *Ollanta* del Perú y el *Rabinal Achi* de los quichés. Quien quiera formarse idea de la comedia jocosa de aquellos pueblos, lea *El baile de los Güegüenches ó del macho ratón*, que tal como se introdujo en Nicaragua ha sido publicado por M. Brinton.

En el areyto, palabra que viene del verbo arawack *aririn*, recitar, entraban con el baile como elementos la poesía y la música, y de ambas artes diremos algunas palabras.

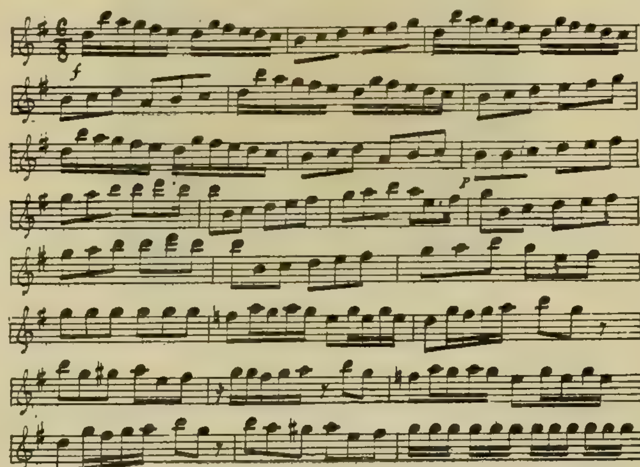
Dulce y melodiosa la lengua de los mexica prestábase singularmente para la poesía, y hubieron de encontrar en ella los nahoas desde tiempo atrás el ritmo métrico. Pero si de esto tenemos noticias fidedignas, y no puede ponerse en duda, la verdad es también que no conocemos muestras de aquella poesía, pues las que andan impresas ó en manuscritos son obras posteriores á la Conquista. Mas sí sabemos que los reyes tenían sus cantores, acaso músicos y poetas á la vez, que les componían cantares de las grandezas de sus antepasados y suyas especialmente, de sus victorias y linajes y de sus extrañas riquezas. Había otros que componían cantares divinos en alabanza de sus dioses: éstos residían y eran pagados en los templos y se llamaban *cuycapicque*. Elocuentes, conceptuosos y metafóricos en el decir los mexica, y especialmente en sus piezas oratorias, lo eran más en sus cantares llenos de admirables sentencias. Tales cantos sirvieron mucho para conservar la historia, para dar á conocer el espíritu de la religión de aquellos pueblos y no pocos pormenores que no se podían hacer constar en los jeroglíficos.

Idea nos podemos formar de esa música por algunos cantos conservados, si bien han debido sufrir alteraciones por el transcurso del tiempo. De carácter melancólico por lo general, se buscaba en ella más que el ritmo melódico la expresión espontánea del sentimiento: era en realidad un conjunto de sonidos que servían como de sombra para hacer resaltar más la intención del cantar; la música se subordinaba por completo á la poesía. Acaso parecerán monótonas esas composiciones aisladamente; pero no eran más que una nota del concierto armonioso que formaba la poesía con sus brillantes metáforas, las bizarras ruedas de bailadores con sus trajes de plumas deslumbrantes y de oro resplandeciente, y sus templos de colores vistosos y su cielo tropical de turquesa. Como muestra de esa música podemos citar algunas melodías de los Güegüenches y el canto de la Malinche en la misma obra. En su música se reflejaba la índole inquieta, guerrera y turbulenta de algunos pueblos, y á veces



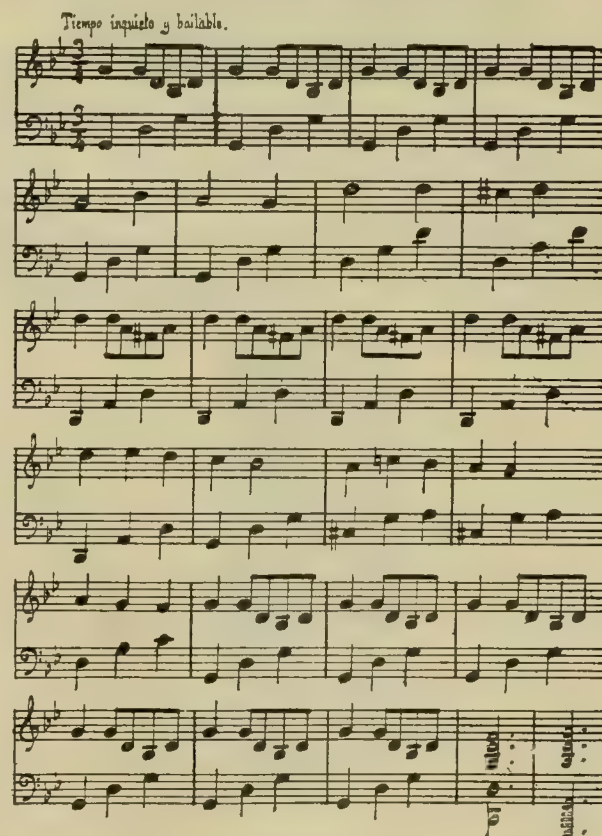
Canto de la Malinche

era como lluvia de lágrimas en los cantares de la muerte. De los pueblos nahoas del Norte podemos citar



Los Güegüenches

también la música de un baile, que es reflejo de la que antiguamente tuvieron: el Pascola.



El Pascola

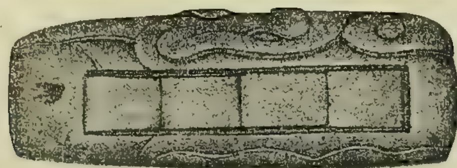
Poco tendremos ya que decir respecto de los instrumentos músicos, pues accidentalmente hemos hablado

de muchos de ellos. Parece que los mexica tenían por mayores y sagrados el *huéhuetl* y el *teponaxtli*. El



Deidad de la música

gran *teohuéhuetl* era el terrible instrumento del *teocalli*, era la voz de alarma y el grito de guerra, el rugido espantoso de la ciudad de los águilas y los



Parte superior del teponaxtli

tigres. Respecto del *teponaxtli*, la única deidad de la música que conocemos en los pueblos de raza nahoa, semeja estarlo tocando. Es un pequeño bajo-relieve



Huéhuetl del Museo

labrado en verde serpentina que existe en el Museo Nacional; además, en el mismo hay varios *teponaxtli* de preciosísima talla que acusan la predilección por ese instrumento. En uno de ellos está esculpido un rostro de deidad con brazos por un lado, mientras en el otro



Teponaxtli del Museo

extremo tiene una cabeza de culebra. Otro primorosamente labrado, con una cabeza adornada de conchas y



Teponaxtli del Museo

ricas plumas, tiene después esculpidas una mandíbula y una hacha y termina en una culebra arrollada.





Instrumentos músicos

Podemos citar también un instrumento bastante raro encontrado en la antigua calzada de Tlacópan.

Está construído de tres materias bastante disímbolas, barro, madera y concha de tortuga. La parte superior es una culebra arrollada con tres vueltas, mordiendo la cabeza de una tortuga. La culebra es de barro. La tortuga es de madera y tiene en relieve los piés y manos sobre la concha. La base del instrumento es una plancha plana hecha del carpacho de una tortuga. Tiene todo una tercia de alto, una cuarta de largo y poco menos de ancho. El cuello de la culebra sirve de asa, y en la tortuga hay unos agujeros que servían,

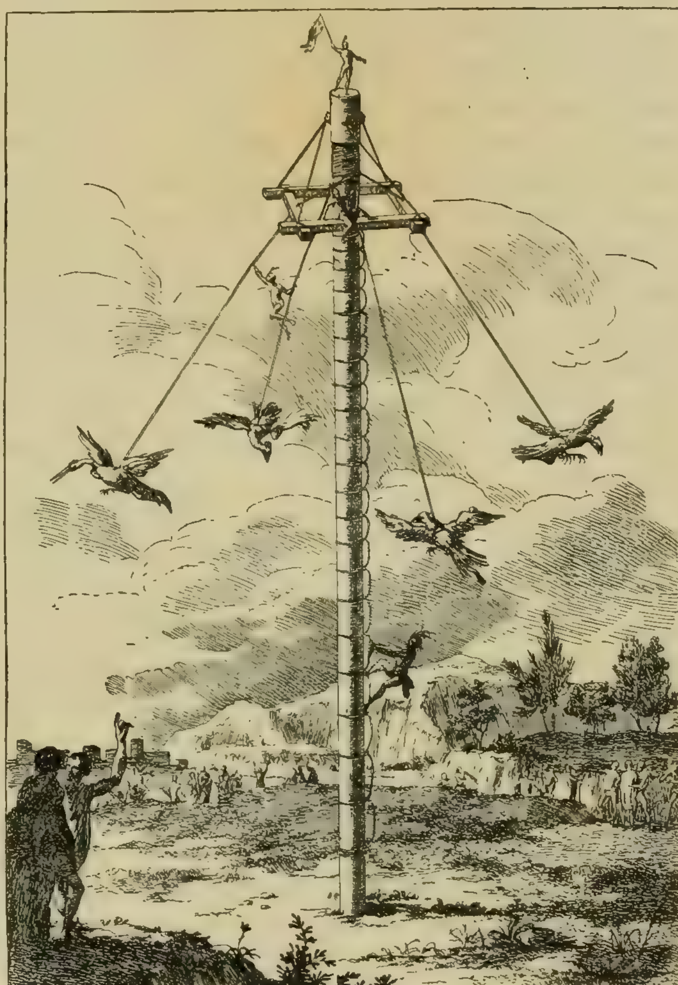


Pitos y sonaja

cubriéndolos ó dejándolos libres, para variar los sonidos. Podemos referirnos á un pito sostenido por tres cabezas huecas de barro que sirven de cascabeles. Hay pitos de barro cuya embocadura está dividida en dos, de manera que podían darse dos notas á la vez ó cada una separadamente. En fin, tenían pitos que pudiéramos llamar clarinetes por su forma, con agujeros para variar las notas.

Así podemos decir que la música de los mexica, si se componía de muchos ruidos, tenía también sonidos verdaderos; de tal suerte, entre la estruendosa armonía de sus instrumentos podían modular melodías con notas precisas, ya de ellos conocidas, y para cuya emisión se hacían instrumentos precisos; música que unida á los cantares y las danzas debía producir un concierto extraño y grandioso.

Pasemos ahora á los juegos, y ya que mucho hemos hablado del de pelota tratemos del volador, el cual, como ya dijimos, estaba inmediato al templo. Era el volador un palo alto y grueso levantado en medio de la plaza: en la parte superior tenía una pieza cilíndrica movible de la cual salían cuatro largas y muy fuertes sogas, y pasaban por unos agujeros hechos en un bastidor cuadrado puesto cerca de la extremidad del madero. Los jugadores subían á lo alto por cuerdas atadas en el palo que presentaban lazadas para servir de escala: trepaban muy compuestos con sonajas y otros instrumentos músicos, y bailaban, cantaban ó decían gracias donosas en el bastidor cuadrado, colocándose uno en la altísima extremidad del madero, y mientras se deslizaban por las cuerdas cuatro hombres vestidos de pájaros ó monas, y con su peso producían la rotación de toda la máquina superior con los individuos en ella colocados; lo que á su vez, ayudado de la fuerza centrífuga, hacía que las cuerdas se tendiesen y que los cuatro hombres afianzados á sus extremos parecieran materialmente volar. El mecanismo del aparato estaba dispuesto de tal manera, que con ese vuelo se iban desarrollando las cuerdas del madero, sin que una quedase sobre la otra, y de modo que al dar trece vueltas cada volador quedaban desprendidas, tendiéndose más y más hacia la dirección horizontal por el aumento de velocidad, hasta que cuerda, bastidor, remate, voladores y danzantes eran arrebatados en ese círculo sin



Juego del volador

fin con rapidez vertiginosa. La inmensa altura del volador y los juegos que en él se hacían en medio de ese torbellino, sorprenden por su peligro y donosura. Hoy el pueblo lo usa; mas es un palidísimo reflejo.

El juego tenía una significación cronológica: los cuatro voladores representaban los cuatro símbolos de los años, y con las trece vueltas de cada uno formaban los cuatro *tlalpilli* del ciclo de cincuenta y dos años.

En un manuscrito que se conserva en la Biblioteca de la Academia de la Historia en Madrid con la siguiente portada: «Historia general de la América Septentrional —Tomo primero—De la Cronología de sus principales naciones—Le dedica al católico y poderosísimo Monarca Don Fernando VI. Rey de las Españas y Emperador de las Indias Nuestro Señor—El Caballero Lorenzo

Boturini Benaduci Señor de la Torre y de Hono, Cronista Real de Indias—,» en ese manuscrito, repetimos, hay una explicación del juego del volador, que por nueva é inédita reproducimos aquí:

«Hacían, dice, este regocijo en honra de *Xiuhtecuhtli*, Dios del fuego; y como atribuían á la misma deidad el dominio y guía de los tiempos, llamábanle *Señor del año*, ó por otro nombre *Nauhyotecuhtli*, que quiere decir *cuatro veces Señor*, por los cuatro caracteres de los años que le acompañaban: así por la rueda donde se asían los voladores daban á entender que cada año de los 52 del ciclo cumplía el Sol su círculo máximo de la Eclíptica, y por los cuatro rayos significaban los cuatro puntos cardinales del Zodiaco, esto es, ambos equinoccios y solsticios. También en los cuatro indios que estaban asidos cada uno de su cuerda, representaban los cuatro caracteres de los años, *Tochtli*, etc.; por lo cual el primer indio volador que hacía la figura de *Tochtli*, daba principio á las vueltas, seguíale el segundo, que representaba *Acatl*, después el tercero *Técpatl*, y luego el cuarto que hacía la función de *Calli;* volvía después *Tochtli* dando la quinta vuelta, y continuaban los otros hasta completar la trecena.

»Deshechos los enlaces y restituídos á su lugar con las cuerdas vueltas los cuatro indios, entraba el segundo que representaba el carácter *Acatl*, empezando la segunda triadecatérida de años, la que se hacía y deshacía del mismo modo que la primera con otras trece vueltas. Así se proseguía con los otros dos caracteres.

»En la solemnidad mayor para entretener al pueblo se mezclaban entre vuelo y vuelo diferentes habilidades, como el subir á la rueda mayor y descolgarse de arriba abajo por otras maromas. Y aun se continuaban más vuelos que tenían entonces relación á las triadecatéridas de los días del año; y así, si después de los cuatro vuelos trecenarios del ciclo se hacían otros veinte, entonces simbolizaban las veintenas triadecatéridas ó los 260 días que se incluían en el medio de la rueda del ciclo: si llegaban á 28 los vuelos era cuenta alusiva á otras tantas semanas trecenarias que tenía el año.»

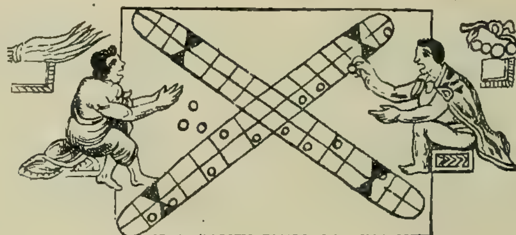
Durán pinta á los mexica como muy aficionados á los juegos y á las apuestas, y uniendo el juego con la embriaguez, dice que los jugadores ponían jarros de licor á su lado y que tenían por dios á *Ometochtli*. A los que por costumbre tenían ese vicio los despreciaban y huían su compañía, y llegaban á tal extremo esos jugadores, que cuando ya nada podían apostar por haberlo perdido todo, jugábanse á sí mismos por cierto precio, con condición de que si dentro de un tiempo determinado no se podían rescatar, quedaban por esclavos perpétuos del que los ganaba.

En cuanto á los juegos tenían uno semejante al de las damas, en el cual usaban piedrecillas blancas y negras que se mataban como en el tablero. Durán cita también un juego de cañuelas; pero da por más común el *patolli*, que era de origen nahoa según recordaremos. Compáranlo con los dados porque se jugaba con



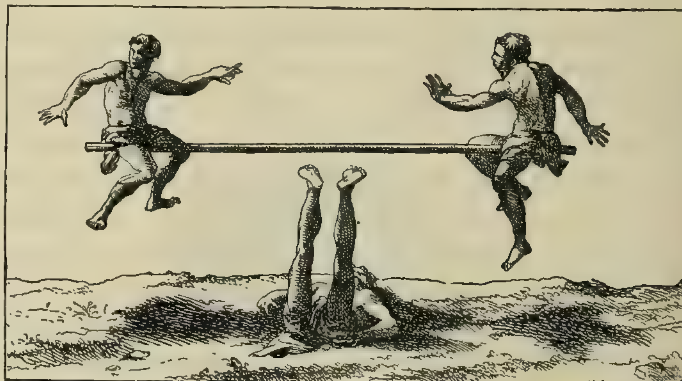
Ometochtli

unos frijoles que tenían pintados unos puntos para marcar los números que se ganaban, y le dicen también de la estera ó *petlatl*, petate, porque en él tenían pintado un *óllin* con rayas donde se iba apuntando la ganancia de cada partido, para lo cual uno empleaba cinco colorines que daban nombre al juego y el otro



Juego del Patolli

cinco piedrecitas azules. Este juego, como lo manifiesta su forma, estaba combinado como los períodos cronológicos. Los jugadores de profesión andaban cargando su estera debajo del brazo y con los *patolli* atados en un lienzo; antes de empezar el juego hacían oración y pedían fortuna á los frijolillos y al petate como si fueran



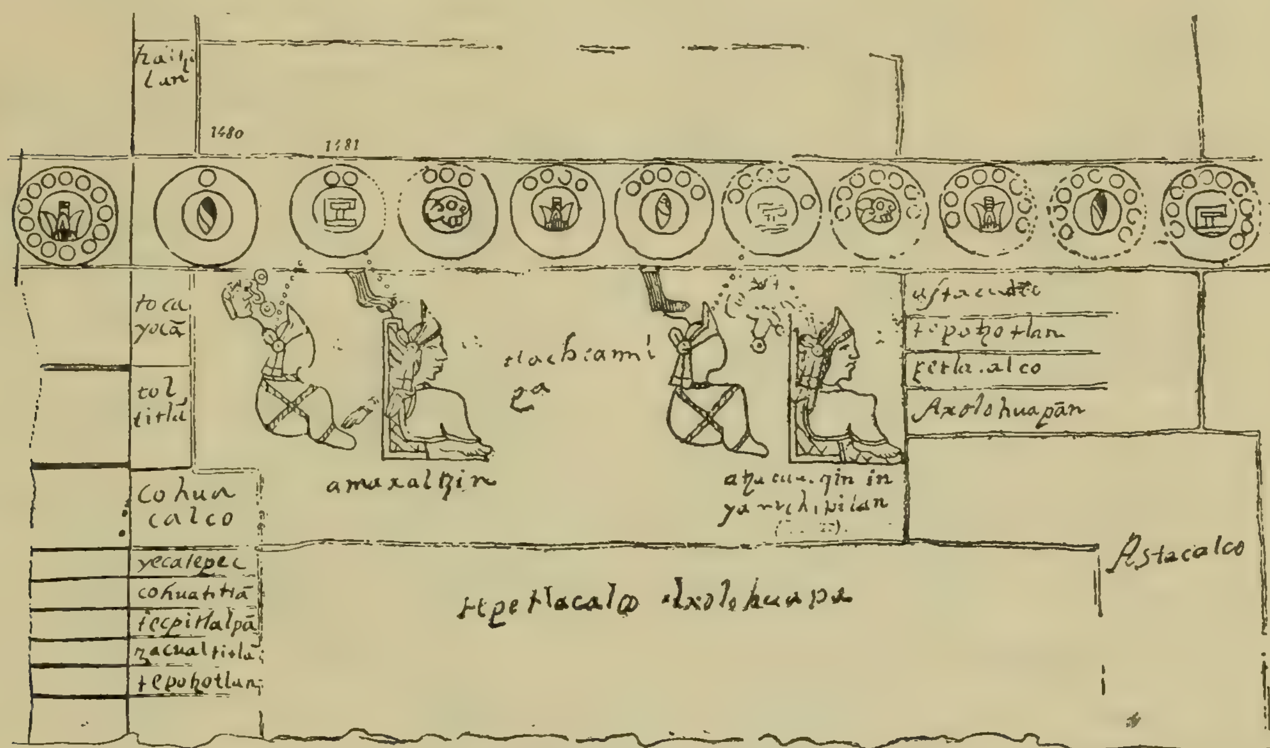
Baile de la tranca

dioses, y cuando jugaban juntábase alrededor gran gentío de apostadores y curiosos. Y para arrojar los *patolli* restregábanlos primero entre las manos y los arrojaban sobre el *óllin* del petate invocando á la deidad *Macuilxóchitl* ó cinco flores, protectora especial de ese juego. Bernal Díaz habla, además, de otro juego

llamado *totoloc,* que servía de distracción á Moctezuma cuando estaba preso.

Había también por juegos luchas de hombres y aun, según Torquemada, con fieras, pues cuenta que en la coronación de Techotlala los guerreros lidiaron con tigres y leones. Tenían por diversiones las carreras y las cacerías y ejercicios gimnásticos, pues sabemos que algunos bailaban en zancos altísimos; otras veces tres hombres subidos uno sobre otro danzando el primero en el suelo y el segundo y tercero en los hombros que los sostenían ó el último en la cabeza del segundo, y en fin, dos bailadores se ponían del hombro del uno al del otro un palo en ángulo sobre cuyo vértice se subía un tercero bailando todos al mismo tiempo. Y no olvidemos al bailador de tranca que la jugaba con los piés, sentado un hombre en cada punta del madero.

Sin duda que en tiempo de Ahuizotl la ciudad había tomado ya su forma definitiva: una parte de la tira de Tepéchpan así lo indica, poniendo un plano informe de aquélla y en su centro á Axayácatl, Tizoc y Ahuizotl, como para significar que bajo el reinado de los tres hermanos México había quedado perfectamente organizado. No hablaremos por ahora de sus edificios ni otros pormenores, pues será más á propósito hacerlo después; pero sí nos ocuparemos de lo que pudiéramos llamar su división topográfica. No han dejado de publicarse en crónicas antiguas algunos planos; mas debemos declarar desde luego que no merecen fe. Citaremos únicamente



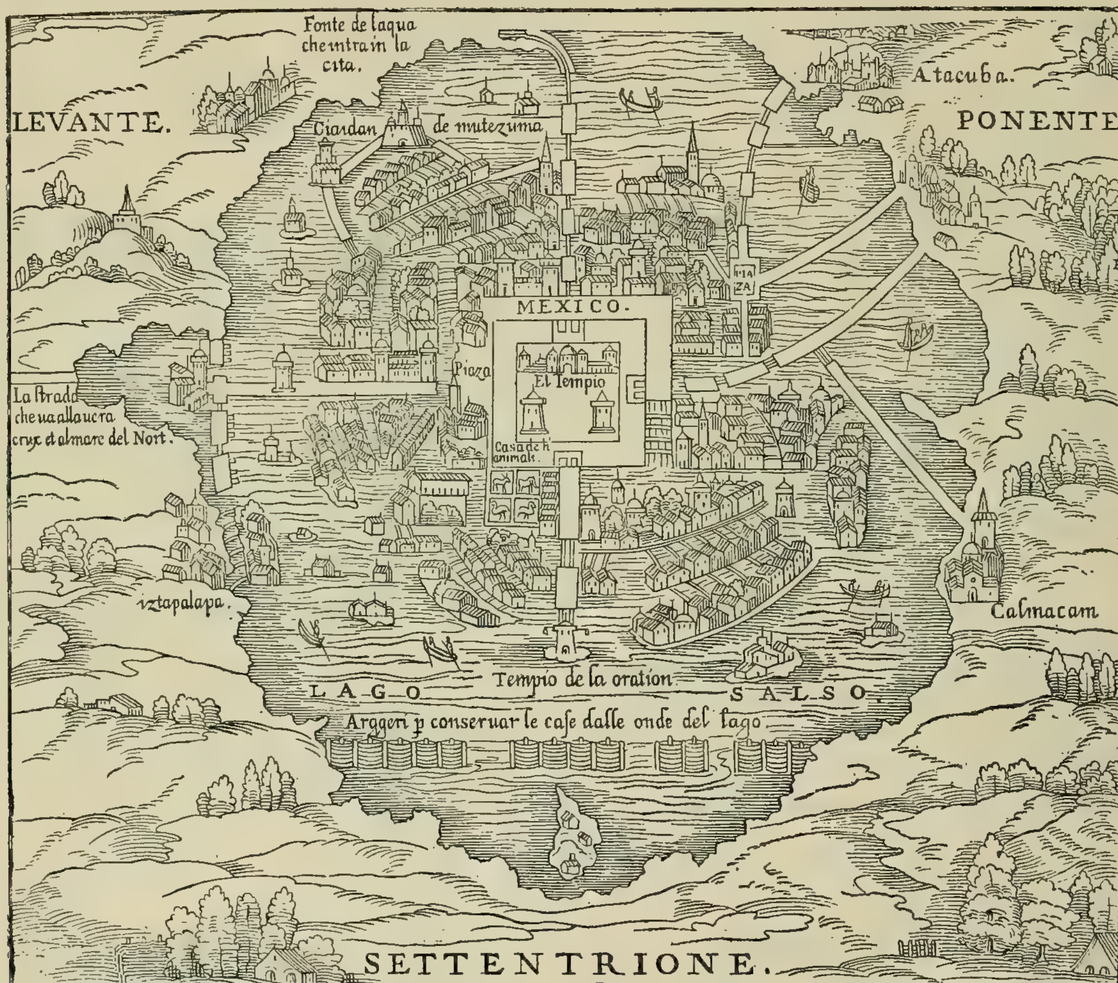
México.—Tira de Tepéchpan

como ejemplo el comprendido en la carta de los lagos agregada al Conquistador Anónimo. En vano querría uno formarse con él una idea verdadera de la ciudad de Tenoch. En los tiempos modernos el señor Orozco hizo uno, el cual corre en el Atlas de su Historia; pero en él sigue diferente plan que nosotros. No conocemos ninguno anterior á la Conquista. El que se publicó en la edición de Prescott, hecha por el señor García Torres y que se decía regalo de Moteczuma á Cortés, es notoriamente apócrifo. Veamos nuestras ideas propias.

Con el tiempo y con las construcciones sobre el agua, las dos islas de Tlatelolco y Tenochtitlán se habían extendido formando una sola, aunque la antigua división se marcaba por un canal de oriente á poniente. Resto de ese canal era la zanja últimamente tapada, que iba del puente del Clérigo al de Tezontlale. Como ya hemos visto, desde el reinado de Axayácatl había quedado Tlatelolco como un nuevo *calpulli* de la ciudad. Los cuatro mayores y los veinte menores de la antigua Tenochtitlán se formaban por las calzadas y los canales. La calzada de Iztapalápan, al sur, y su continuación al norte, y la de Tlacópan, al poniente, y su continuación á oriente, se cruzaban, teniendo en su centro el gran *teocalli,* y dividiendo la ciudad en los cuatro *calpulli* mayores, Zoquiápan, Atzacualco, Cuepópan y Moyotla. Para formar los menores se hicieron canales paralelos á las líneas de las calzadas; de norte á sur dos, uno al poniente, que pasaba por la actual calzada de Santa María y continuaba por Santa Isabel, San Juan de Letrán y calles de San Juan hasta el lago, cuya antigua existencia se revela con los nombres de los puentes del Zacate, de la Mariscala, de San Francisco, Quebrado y de Peredo, y otro al oriente, del cual existe buena parte en la acequia que va del puente de la Leña al

canal de la Viga; y de oriente á poniente tres, uno al norte, que pasaba detrás del actual Santo Domingo, como lo acusan los puentes de Santo Domingo, Leguisamo, San Pedro y San Pablo y el del Cuervo; otro en el centro de la ciudad, que pasaba por la calle de la Acequia, frente de la Diputación y calles del Refugio y Coliseo, el cual alcanzaron algunos de los que viven todavía, y el último al sur, pasando adelante del *teocalli* llamado *Huitznáhuac*, que estaba donde ahora es la iglesia de Jesús, y el cual se manifiesta por los nombres de puente del Fierro, de Jesús, de San Dimas ó Venero y de la Aduana Vieja.

Así con las dos calzadas de Itztapalápan y Tlacópan y sus prolongaciones, y con los cinco canales que podemos llamar del Oriente, del Poniente, del Norte, del Centro y del Sur, se formaban los veinte *calpulli* menores. Suponiendo la isla de forma regular y trazando las calzadas y los canales con líneas paralelas, nos formaremos una idea perfecta de su división, sin que por esto sostengamos que tenía tal forma regular, pues era más angosta en el norte que en el sur, ni podamos afirmar que los canales seguían líneas exactamente paralelas. Agreguemos que había otros canales secundarios de poca importancia para nuestro intento.



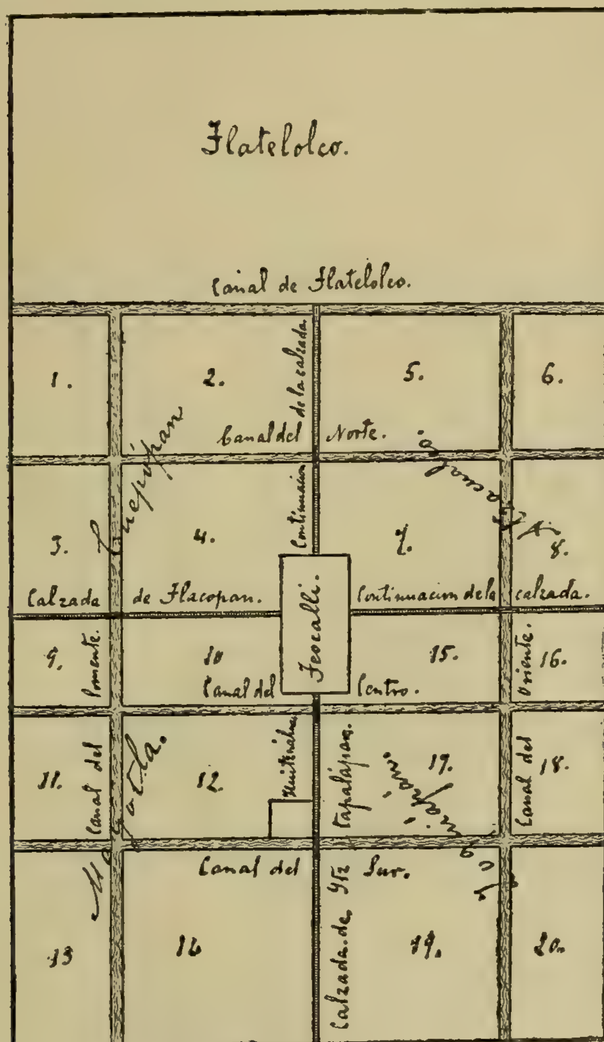
Plano de la antigua ciudad de México en el Conquistador Anónimo

Advirtamos solamente que el intérprete de la tira de Tepéchpan nos da á conocer algunas subdivisiones, aunque desgraciadamente no son completas. Así vemos en el rumbo del poniente Aztacalco, Tepotzotlán, Petlacalco y Axolohuápan, lo cual va conforme con la situación que ya conocemos del Petlacalco, donde está ahora San Hipólito, y en el rumbo del oriente, extendiéndose á norte y á sur, hallamos los nombres de Tzaitzíllan, Tocayócan, Tochtitlán, Cohuacalco, Yecatepec, Cohuatitlán, Tecpitlálpan, Zacualtitlán y Tepotzotlán.

Respecto de las habitaciones que en la ciudad había debemos distinguir los grandes palacios, de que trataremos en el reinado de Moteczuma Xocoyótzin, las casas de los principales y las del pueblo. Y no olvidemos que el mismo Conquistador, al describir la ciudad, habla de calles muy anchas y muy derechas, las más de las principales mitad de tierra y mitad de agua, por donde andaban los mexica en canoas, y puentes sobre el agua de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y se refiere también á dos caños de argamasa anchos como dos pasos cada uno y tan altos casi como un estado, por donde venía el agua de Chapultepec siguiendo la calzada de Tlacópan. Tomábase el agua del acueducto y se andaba vendiendo por las calles en canoas. Igualmente llegaba á Tlatelolco otro acueducto que vimos descubierto en una

excavación y que traía el agua de la alberca de Zancopinco.

A las diversas calles, ya sólo de agua, de tierra ó de tierra y agua, tenían salida las casas de la ciudad. Eran las de los principales muy buenas, muy grandes y muchas, pues no sólo las tenían los grandes mexica, sino los que cierta parte del año residían en la corte. Ya hemos dicho que estaban construídas en alto, con muchos aposentos y jardines: las más eran de un solo piso, aunque había algunas de dos, y únicamente los grandes podían tener piezas superiores á manera de torres. Al derredor de los patios tenían grandes salones para recibir, y algunas, como señal de grandeza, un alto y puntiagudo mirador en medio del patio.



Plano para formarse idea de la división de la ciudad de México, sus canales, sus cuatro grandes barrios y los veinte menores

Las casas del común se diferenciaban de las de los grandes: no se ha sabido explicar su construcción, pero todavía en nuestros barrios lejanos pueden verse algunas. Un patio común y alrededor cuartos húmedos, estrechos y mal ventilados: cada cuarto sirve de pieza de dormir, de comedor y cocina, y allí habita toda una familia, durmiendo todos en esa atmósfera envenenada.

Todavía á los extremos de esa ciudad las habitaciones eran más miserables, jacales, *xacalli* de carrizos ó paja sin abrigo contra la intemperie ó á lo más paredes de lodo ó adobe con techos de tejamanil.

Las casas, según su importancia, eran de adobes revocados con cal ó de *tezontli* estucado y pintado de diversos colores. Las buenas casas tenían azoteas planas. Las casas de los artesanos y lo que pudiera llamarse clase media, si bien conservaban la forma de casas de vecindad, eran más levantadas y cómodas que las del pueblo.

Naturalmente el ajuar de las habitaciones correspondía á la clase de éstas y de los que en ellas vivían. Componíase en las del pueblo de petates para dormir y comer, el metate para hacer las tortillas de maíz, algunos trastos de barro para guisar y guardar el agua y acaso alguna pequeña deidad protectora de la familia. Una mala estera servía acaso de puerta y era ligero abrigo á la intemperie. Casi desnudos los hombres con el *maxtli* y el *áyatl* ó *tilmatli,* manta, las mujeres se cubrían con el *cuéyetl* de la cintura abajo, y si no todas tenían una camisa ó *huilpilli,* poníanse al menos el *quixquemil* para taparse el cuerpo, cuidando siempre de trenzar sus cabellos. Agraciadas en sus movimientos, de piés pequeños como sus manos y de ojos negros y vivos, no eran de mal parecer las mujeres; así como los hombres eran fuertes, desarrollados y de aspecto varonil, siendo raro encontrar contrahechos en México. El señor Orozco afirma que entre los mexica ya no se practicaba la deformación del cráneo. El pueblo no usaba *cactli* ó sandalias, y las piezas de su traje únicamente podían ser de pita de maguey, de fibra de palma ó de algodón basto. La comida del pueblo se reducía á maíz, chile, frijoles, calabazas, pescados de la laguna y ranas, y por feliz accidente patos ú otras aves acuáticas. Todos sus guisos los hacían con pimiento ó *chilli.* Verdad que comían otros alimentos peores aun, como quelites, *quílitl,* hierbas del campo, raíces, hojas tiernas de nopal, el *xolotzontli* ó cabellos de las mazorcas, el *metzolli,* raspaduras del maguey. A veces como festín tomaban tunas, chayotes y otras frutas, el *michhuauhtli,* de que hacían tamales, cebollas, *xonácatl, xitómatl, itzmiquílitl, epátzotl* y otras especias y verduras. Sus bebidas fermentadas eran el *octli* de maguey, la *chicha* hecha del maíz y licor de palmas. Como sacaban azúcar de la caña del maíz y parece que de otra especial, hacían bebidas fermentadas con dulce como el colonche, ya citado, el tepache y otras. En la clase baja del pueblo no había educación y por lo mismo tampoco desarrollo intelectual. Enseñaban únicamente á los niños al trabajo, y como no tenían bestias de carga en ellas se convertía el indio. Cargando á las espaldas el huacal lleno de trastos ó el pesadísimo madero, la frente se inclinaba al suelo como la de las bestias, y cuando la mirada no sube al cielo, el alma no llega á ese otro cielo de la civilización y del progreso. Podemos, pues, decir que

el pueblo mexica era un pueblo desgraciado, por más que ya tuviese el hábito de la desgracia.

El artesano ó artífice mejoraba su condición en habitación, traje y comodidades, y cuidaba de pasar este mejor estado á sus hijos: se ha sostenido con empeño que éstos no tenían obligación de seguir el oficio del padre, pero si la ley no lo mandaba, lo hacía la conveniencia. En las pinturas del códice Mendocino encontramos al carpintero, al lapidario, al pintor, al platero y al maestro de guarnecer plumas, y todos están enseñando á sus hijos.

Los guarnecedores de plumas se llamaban *amanteca.*



Amantécatl

Los tolteca usaron ya riquísimas plumas, pues aun cuando se dice que únicamente tenían plumajes negros y blancos formados de plumas de ánades y garzas, los encontramos en los relieves con grandes plumeros, costumbre recibida del Sur, en cuya región la abundancia de los *quetzalli* y de otras aves de bellísimos colores había hecho nacer el hábito del adorno. En México se introdujo en gran escala en tiempo de Ahuizotl por los mercaderes llamados *tecunenenque.* Los *amanteca* formaban un gremio agregado al de los *pochteca:* adoraban siete deidades, entre ellas dos diosas, siendo su dios principal *Coyotlináhuac.* Hacían dos fiestas solemnes con sacrificios de esclavos en las veintenas *Panquetzaliztli* y *Tlaxochimaco.* Empleaban las plumas pequeñas para señores, sacerdotes y dioses, y las grandes en petos, escudos, mitras, mosqueadores y riquísimas mantas. Los *amanteca* que se dedicaban al mosaico de plumas labraban hermosas figuras de bello perfil, con sus colores y sombras como si fuesen pinturas. Se repartían las diversas partes del trabajo entre varios artistas, y luego las reunían sobre una lámina de cobre ó tabla bien pulida. Los que vieron sus trabajos los admiraron grandemente. Hoy todavía se hacen muy notables en Michuacán, aunque ya no constituyen la gran industria de otros tiempos.

Notable llegó á ser también el oficio de los tejedores. Ya no sólo labraban finas telas de algodón y bordadas de colores, sino que les entretejían plumas y pelo de conejo. Hablando de éste cuenta el Conquistador Anónimo que lo tomaban del vientre de las liebres y conejos y lo hilaban tiñéndolo en greña de varios colores, cuyos tintes daban con tanta perfección que nunca perdía el color. Con ese hilo hacían tan lindas labores como en Europa con la seda, y las telas tejidas con él eran de larga duración. El mismo Cortés, tratando de los regalos que le hizo Moteczuma, dice de los tejidos que, aunque eran de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otros tales, ni de tantos y tan diversos y naturales colores ni labores, en que había ropas de hombres y mujeres muy maravillosas, y había paramentos para camas que hechos de seda no se podían comparar, y había otros paños como de tapicería que servían en salas y templos, y colchas y cobertores de cama, así de pluma como de algodón, de diversos colores, asimismo muy maravillosos. A España se mandaron muchos de esos admirables tejidos que con el tiempo se han destruído. Podemos citar, ya en malísimo estado de conservación, el escudo de Moteczuma, de mosaico de pluma, enviado por Cortés á Carlos V, y que después de tres siglos y medio se restituyó á México y hoy existe en nuestro Museo Nacional. Igualmente hemos visto un magnífico frontal hecho para la iglesia de Tlaxcalla poco después de la Conquista, con las armas de Austria labradas y grandes guirnaldas de flores tejidas de pelo de conejo, tan brillantes y vivas de color que muchas personas por obras de seda las tomaban.

De los carpinteros y los alfareros diremos que hacían obras también notables. Ya bastante debe haberse conocido su mérito en las muchas que hemos descrito, y sólo agregaremos que los mexica conocían



Carpintero

el uso del torno. Los zapateros fabricaban sandalias ó *cactli* de pita, forrados de algodón para los principales y pintados y dorados los muy finos en la parte del talón. Los curtidores adobaban cueros de tigre, de ciervo y otros, dándoles la blandura de la tela. Los preparaban, además, lo mismo que el *ámatl* ó papel hecho de fibras de maguey, para pintar en ellos sus jeroglíficos. Había, en fin, los fabricantes de petates, algunos de tejidos finísimos; los que hacían jícaras, *xicalli,* con barnices y dorados muy hermosos, y otros que labraban diversos objetos, de que ya hemos dado razón.

El *ámatl* ó papiro mexica merece que de su fabricación digamos algo. Se hacía del maguey, macerando algún tiempo en agua las pencas y machacándolas después para separar de los filamentos la parte carnosa; se extendían aquéllos por capas, untándolas de goma y sujetándolas á una fuerte presión para que quedasen bien unidas. Se hacía también el papiro de la corteza de un árbol llamado *amacuáhuitl,* de algodón, de fibras de la palma, *iczotl,* y de otros textiles. El nombre de

ámatl quedó común para el papiro, para la materia de que se hacía y para los libros. Se empleaba no sólo para pintar los jeroglíficos, sino para diversos adornos y objetos del culto. Se le daba más ó menos grueso y se hacía más ó menos fino: tenemos algunos ejemplares toscos y burdos y otros delgados y lustrosos como lienzo de seda. Concluyamos diciendo que había fábricas de ese papel, y todavía después de la Conquista podemos citar una en Tepoxtlán, de que habla Hernández, y otra en Culhuacán, á que hace relación el corregidor Gallego.

Pasemos á los plateros y lapidarios, oficios distin-



Platero

guidísimos. Los mexica usaban el oro, la plata, el cobre, el plomo, el estaño y el bronce. El trabajo de los plateros era admirable; sabemos que usaban el crisol y las pinturas nos muestran que empleaban la mufla y el soplete. Para acreditar su habilidad nos basta el testimonio del mismo Cortés. Al hablarle á Carlos V de las joyas ofrecidas por los mexica y que fueron evaluadas en 162,000 pesos, le dice que á más de su valor eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza no tenían precio, ni las habían tenido iguales los otros príncipes del mundo. Agrega que hacían de plata y oro cuantos objetos producía la naturaleza: así fundían un pájaro que se le movía la cabeza, la lengua y las alas, ó un mono todo de movimiento con sonajas en las manos, ó una pieza mitad de oro y mitad de plata, como un pescado fundido con una escama de oro y otra de plata. Aquellos secretos de la platería se han perdido y sólo la filigrana se trabaja como en la antigüedad. Debemos remontar el gran adelanto de ese arte hasta los tolteca. En efecto, se llamaba *tolteca* por excelencia á los *tlatlaliani*, que quiere decir los que asientan el oro ó alguna cosa en él ó en la plata. El señor Orozco observa con razón, que supuesto que en el nahoa había diversos nombres para los que labraban plata, oro, anillos, vasos y joyas, esto indica que el arte de la platería estaba dividido en diversos ramos practicado cada uno por particulares artistas.

Combinaban su trabajo con los plateros los lapidarios. Hemos visto que los tolteca sabían ya labrar las piedras finas, y creemos que recibieron ese arte de la civilización del Sur. Son muy comunes los amuletos y cuentas ó colgajos de collares hechos de piedras opacas y semitransparentes. Según las clasificaciones del señor Bárcena se encuentran dioritas, ágatas, ópalos, heliotropos, clorita, litomarga, feldespato y otras. No solamente es notable su pulimento, sino los taladros que

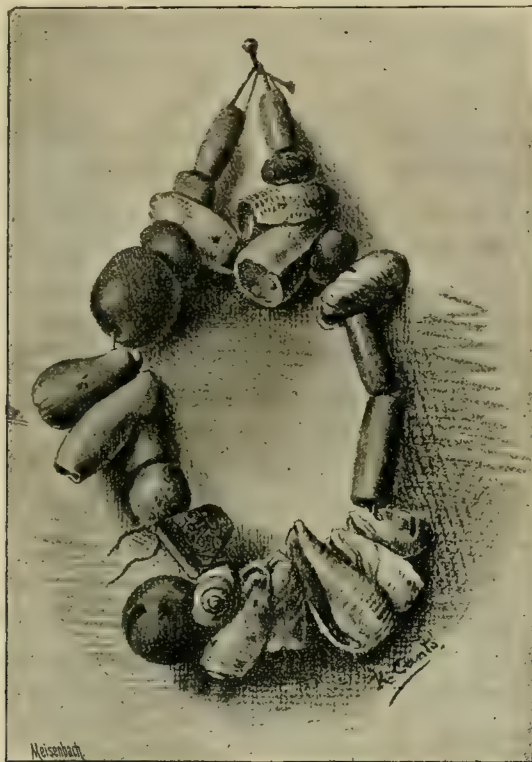


Lapidario

para colgarlas les hacían. Dícese que los taladros curvos en piedras duras de los mexica no pueden hacerse hoy. El señor Orozco, para dar cuenta de ese trabajo, cita una calavera de cristal de roca de nuestra colección, en el siguiente párrafo que reproducimos. «Tenemos á la vista para juzgar, de la colección Chavero, un cráneo pequeño de cristal de roca, perfectamente pulido, líneas firmes y correctas, toques maestros y valientes. El horado emprendido verticalmente no llegó á ser terminado, aunque el artífice lo emprendió por ambos lados opuestos; es cilíndrico, de unos dos milímetros de diámetro, las paredes sin despostilladuras, aunque no lisas, la base plana. Todo ello indica un instrumento de bronce, sin punta, introducido á golpes sucesivos y dando vueltas al mismo tiempo al perforador, ayudado tal vez por el agua y alguna arena fina y resistente.»

Sahagún nos da cuenta de las piedras que consideraban preciosas y de cómo los mexica tenían sus señales para descubrirlas: las sacaban rompiendo las rocas que contenían las cristalizaciones. Podemos citar el *chalchíhuitl* de los mexica empleado en forma de cuentas ó tubos para collares y pulseras, los cuales no podía usar la gente del pueblo: verde, poco transparente y con manchas blancas *(flourina)*. El muy verde, transparente y sin manchas se llamaba *quetzalchalchíhuitl*, y el verde con vetas negras *tliyalotic*. El señor Orozco llama la atención sobre que los pueblos que daban sartales de estas cuentas eran Tepecuacuilco, Coaixtlahuácan, Tochtepec, Xoconochco, Cuetláxtlan y Tóchpan. Las esmeraldas se llamaban *quetzaliztli*, que literalmente significa piedra preciosa: en la región del centro se sacaban de Tejupilco. Las turquesas estaban destinadas á los dioses, por lo que se llamaban *teoxíhuitl:* en el Museo hay una diosa *Coatlicue* con las mejillas cubiertas de turquesas. Las redondas se decían *xiuhtomatli* y las planas *xixíhuitl*. Quiauhteópan tributaba una cazuela de pequeñas turquesas y Yaoltepec diez mascaritas de turquesas y una grande labrada. Tenían el rubí *tlapalteoxíhuitl* y las piedras ya citadas, *tehuílotl*, cristal de roca, y *quetzalitzepiollotli* ú ópalo y ámbar claro. El *xiuhmatlalitztli*, el zafiro, según el señor Orozco, el *eztletl*, la piedra de sangre, y el *mixtecatetl*, una piedra manchada de colores. Agreguemos, finalmente, el mármol, *aitztli*, y

el tecali, *iztacchalchihuitl*. Pulían las piedras primero con polvo de pedernal y después con la arena fina de unas pedrezuelas rojas que traían del Anáhuac, del mar y de Tototepec. Usaban también conchas del mar, *eptli;* caracoles, *cilin;* coral, *tapachtli;* concha nácar, *eptatapálcatl,* y perlas, *epiollotli.* Tenemos un collar



Collar con caracoles

de caracoles marinos con un cascabel de bronce: aquéllos están cortados verticalmente al eje faltándoles el remate de la espiral; fueron encontrados en un sepulcro en Tejupilco.

El pintor se llamaba *tlacuilo;* éste era quien hacía las pinturas jeroglíficas, y como el oficio exigía conocimientos especiales, se transmitía de padres á hijos.



Pintor

Eran los *tlacuilo* muy considerados por reyes y señores, y á manera de paleógrafos ellos traducían y explicaban las pinturas. Se decía *tlatollotl* la historia pintada, y si era de un hecho aislado *tlacuilolli* ó *tlacuiloliztli.* El pintor de historias era *xiuhtlacuilo,* que más bien significa cronista por años, á causa de la manera conque consignaban sus sucesos cronológicamente. Estas crónicas eran *cexiuhtlacuilolli* ó *cexiuhámatl.* Ya sabemos que en estas pinturas se seguían diversos métodos y que eran más ó menos bien pintadas y con colores más ó menos bellos, distinguiéndose principalmente las mixteca.

Pero si estos pintores eran los principales, no debemos echar en olvido que monumentos, edificios, piedras y aun muchos trastos estaban pintados de colores, las más veces con figuras simbólicas que exigían grandes conocimientos en el artífice, pues hasta los mismos colores empleados tenían su especial significación. Podemos decir que era general la ornamentación policroma: hay en ella bellísimas grecas, dibujos fantásticos, combinaciones sorprendentes de líneas, todo lo cual revela un gusto característico pero estético, y un pueblo de imaginación tropical, amante de los colores limpios y vivos como su cielo y sus montañas.

Se comprende que la grandeza de México atrajera á los principales artífices de los otros pueblos. La vida de esta clase trabajadora debía alcanzar, como era lógico, mayor bienestar que la del pueblo, sobre todo en habitaciones, alimentos y trajes. Y todavía más en los individuos de las que podemos llamar profesiones científicas, como la escultura, la arquitectura y la medicina. Tanto hemos hablado de las dos primeras y de los múltiples conocimientos que revelan, que ocioso es repetirnos; pero diremos algo de los médicos.

Ya hemos visto como los sacerdotes practicaban la medicina; pero las razas meca no la usaban: si el enfermo de dolencia grave no sanaba pronto, se reunían sus parientes y de acuerdo lo mataban atravesándole una flecha en la garganta. Sahagún refiere que á los que eran muy viejos los mataban con flechas y los enterraban con mucho regocijo, durando las fiestas del entierro dos ó tres días con gran baile y canto. Por eso sin duda, entre los mexica, al recibir la medicina de los restos de la civilización tolteca, no la hicieron patrimonio del sacerdocio. Ciencia experimental, y no pudiendo conservarla por escrito, se transmitía de padres á hijos, y con ella el ejercicio de la profesión. En México, Texcoco, Tlaxcalla y Cholóllan había hospitales. Fundábase principalmente la medicina en la aplicación de vegetales, de los cuales no pocos fueron después introducidos en la ciencia europea. Esto exigía conocimientos botánicos; y quien quiera profundizar esta materia, lea el magnífico trabajo del señor Troncoso. Naturalmente, á la medicina mezclaban la superstición y los agüeros.

Ejercían, además, los mexica la cirugía, y el misterioso Gregorio López nos ha conservado el dato curioso, de que para hacer sus operaciones, siglos antes de la invención del cloroformo, le procuraban al enfermo una anestesia que duraba hasta cuatro horas, dándole á beber el zumo de una hierba, que él dice ser la mandrágora.

Había también médicas: unos dicen que eran sólo parteras, otros que curaban todas las enfermedades de las mujeres, y los médicos las de los hombres. Pero



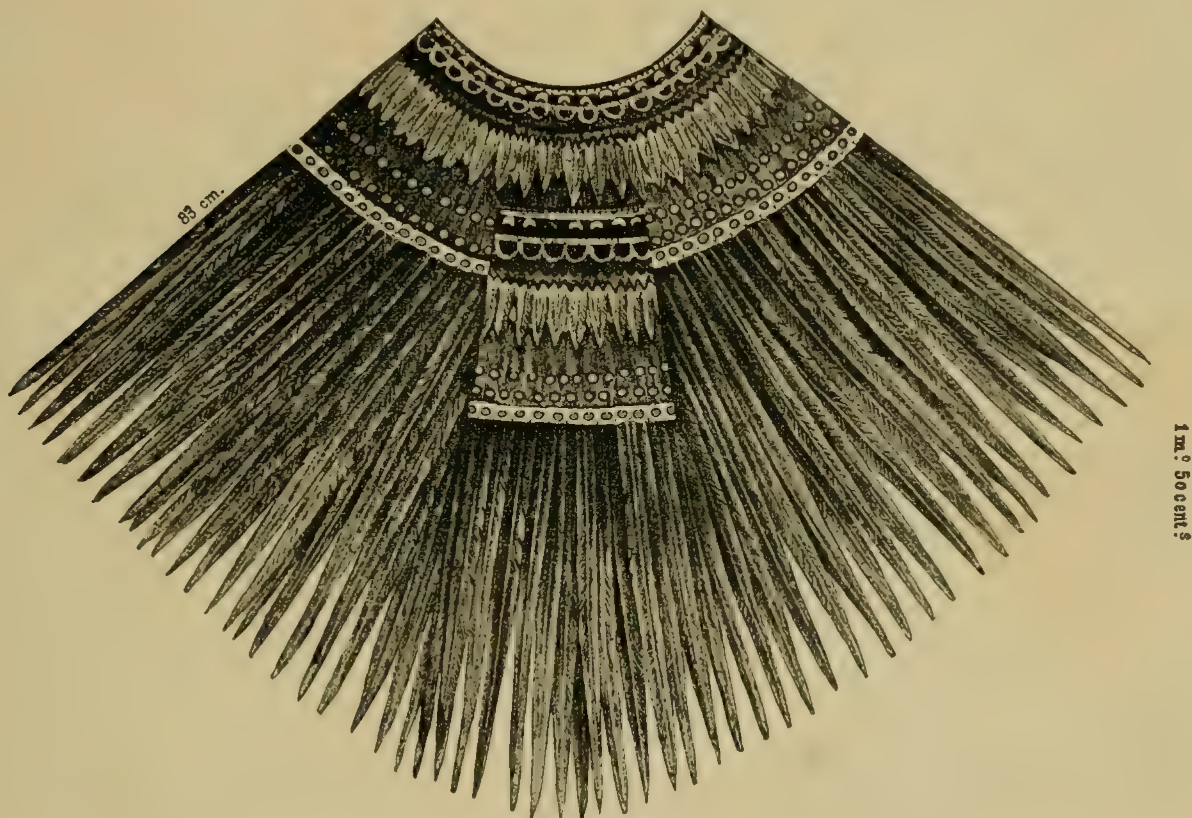
Tipo-litª de Espasa y Cª

MODELOS DE ORNAMENTACIÓN POLICROMA

todavía hay curanderas que son preferidas por las gentes de ambos sexos del pueblo á los profesores en medicina, y aun se atreven á ejercer de manera mortífera la cirugía: esto acusa que entre los antiguos mexica las mujeres practicaban la medicina.

Como uno de los remedios más comunes eran los baños, queremos hablar aquí de una rara superstición de aquellas gentes: jamás se bañaban hombres solos ni mujeres solas, sino que habían de estar mezclados los dos sexos, pues de otra manera lo tenían por mal agüero, y el baño medicinal se tornaba en causa de enfermedades y desgracias.

Los hombres dedicados á esas artes y profesiones, y sus auxiliares, como fundidores, albañiles, canteros, etc., los cuales debieron ser muchos en aquella corte suntuosa, hubieron por una parte de tener posición más cómoda, y mayor suma de felicidad que el pueblo, y contribuir por otra al bienestar de las clases ricas y elevadas. Los poderosos mercaderes *pochteca*, los distinguidos guerreros, los dignatarios del imperio llevaban vida suntuosa. En sus trajes usaban los hombres, según el Conquistador Anónimo, mantas de algodón labradas de lindos dibujos, y con sus franjas ú orlas; cada uno con dos ó tres mantas anudadas las puntas sobre el pecho. En invierno se cubrían con una especie de zamarros hechos de pluma muy fina carmesí, de un tejido semejante al de los sombreros de pelo; y los tenían también negros, blancos, pardos y amarillos.



Riquísima manta de plumas con adornos de oro

Sus *maxtli* eran lujosísimos de varios colores y adornados de diferentes maneras. Sus sandalias finas y con los talones muy adornados. En la cabeza no usaban nada, si no era en la guerra, en sus fiestas y bailes. Llevaban los cabellos largos y atados de varios modos.

Las mujeres gastaban camisas de algodón sin mangas, y con mangas también, pues así las vemos en los jeroglíficos; largas y anchas, llenas de muy bellas labores y con galanas franjas. Se ponían dos, tres ó cuatro camisas de éstas, todas distintas y unas más largas que otras, para que asomasen debajo como zagalejos. Usaban además, de la cintura abajo, una enagua de puro algodón que les llegaba á los tobillos, igualmente muy lucida y bien labrada. El gentilhombre de Cortés las encontraba muy bien con ese vestido y sus cabellos largos y lustrosos, negros ó tirando á castaño. Usaban á veces y para los lugares calientes, unos velos de redecilla de color leonado.

Se ve que los trajes acusan una cierta comodidad de la vida, diferente del mal pasar que se ha querido atribuir á los mexica. Y la revelaban también en sus alimentos, pues los señores se alimentaban con gran variedad de viandas, salsas y menestras, tortas y pasteles de todos los animales que tenían, y verduras y pescados que en abundancia había. La caza les daba venados, liebres y conejos; la volatería aves de muchísimas especies; y aun hay la tradición, de que por correos repartidos en postas y á todo correr, traían pescados frescos del mar. Sentábanse á comer en taburetes delante de hermosas esteras, y les servían los alimentos en platos y escudillas, dándoles una toalla de blanco algodón para que se limpiasen manos y boca:

todo lo cual les servían mayordomos y diversos criados. Tomaban diversas clases de licores y sendas jícaras de chocolate. Es curioso saber cómo lo preparaban. Tomaban granos pequeños de cacao, los machacaban para reducirlo á polvo, y lo ponían en una vasija con pico. Luego le echaban agua caliente, y lo estaban revolviendo con el instrumento especial que llamamos molinillo; y después de batido muy bien, lo pasaban á la jícara de manera que hiciese espuma. Hemos visto de esas vasijas chocolateras algunas finísimas y aun de tecali, y en cuanto á las jícaras las había bellísimas de barnices y de dorados, y Cortés las encontró de oro en el palacio de Axayácatl. Los mexica, para beber el chocolate, volvían á batirlo según el testigo presencial que nombramos, Conquistador Anónimo, con unas cucharitas de oro, de plata ó de madera. Por lo tanto, usaban á lo menos el cuchillo y la cuchara.

Naturalmente las habitaciones de los grandes correspondían á estas comodidades y á estos goces de su vida. Dice el cronista, que había muy hermosas y muy buenas casas de señores tan grandes y con tantas estancias, aposentos y jardines, arriba y abajo, que era cosa maravillosa de ver: tanto, que entró cuatro veces en la casa del señor principal sin más fin que el de verla, y andando hasta cansarse nunca llegó á verla toda. A la entrada de las casas de los señores había grandísimas salas y estancias alrededor de un gran patio; y en la del rey de México era tan grande, que cabían más de tres mil personas, y en el piso de arriba había un terrado donde treinta hombres á caballo pudieran correr cañas como en una plaza. En toda gran casa había además un *temaxcalli* ó baño, y un adoratorio para los dioses de la familia.

Los hombres no se pintaban sino en las fiestas ó al ir á la guerra para espantar al enemigo; pero las mujeres lo hacían por afeite, aunque de los textos se deduce que únicamente lo practicaban en las ceremonias religiosas.

A tanta comodidad y tanto lujo no podía corresponder el miserable mueblaje que algunos historiadores dan á los mexica. Sabemos que sus piezas estaban alfombradas de esteras de vistosas labores; las pinturas jeroglíficas nos presentan ricos *icpalli* ó sillones cubiertos de hermosas telas, y por tapetes para los piés, pieles de tigre ó blandas de pluma de águila, ó las paredes estaban pintadas de colores brillantes ó tapizadas con las ricas mantas que menciona Cortés; doseles de pluma ornaban los salones; había mosqueadores finísimos para dar aire cuando hacía calor, y braseros para quitar el frío. No había cama en la forma de las nuestras, según testimonio de Bernal Díaz; pero se formaban de muchas esteras puestas unas sobre otras, y encima varias mantas, habiendo colchas para cubrirse, algunas muy ricas como el mismo Cortés refiere. Sabemos que las grandes casas estaban alumbradas toda la noche, y del alumbrado se dice que era de rajas de ocote; pero si esto podía ser en las casas del pueblo donde no importaba que se ahumasen con la combustión de esa madera resinosa, no creemos en su empleo para las suntuosas habitaciones. Tenemos dos razones además: se han encontrado verdaderos candeleros, entre ellos algunos de piedra *chalchihuitl;* y ya hemos hablado de las teas de copal que los sacerdotes quemaban en el Tlillán. Para nosotros usaban por alumbrado teas ó velas de esa especie de cera llamada *copalli.* Se cuenta que aquellas casas no tenían puertas de madera, sino grandes cortinas ó tapices con pesos en las extremidades para que el aire no las moviese, y unos cascabeles para que se oyera cuando las levantaban. Las hemos visto en los jeroglíficos del mapa Quinátzin. Mas nos ocurre, que en sus ventanas, no conociendo el vidrio, emplearon láminas delgadas de transparente tecali, pues las había en los primeros conventos de frailes construídos inmediatamente después de la Conquista; y nosotros recordamos los de las ventanas de los claustros de San Francisco de México.

Para aumentar la comodidad de la vida de las personas principales, y para que no tuviesen necesidad de andar á pié, sus casas tenían salida sobre alguna de las innumerables acequias que en todas direcciones cruzaban la ciudad, comunicándose con los canales; de modo que caminaban por todas partes en sus canoas como en sus góndolas las damas y los señores de Venecia. Refiere la crónica cómo en sus barcas salían de paseo los mexica. Estaba la ciudad en el lago salado que se comunicaba con el dulce ó de Chalco; los lomeríos del Valle aparecían cubiertos de gigantescos cedros, los cuales se mudaban por picudos pinos y enhiestos ocotes en lo alto de las montañas; éstas, azules como el zafiro, encerraban las lagunas, las tierras cubiertas de flores, y los campos flotantes, las chinampas, canastillas de tierra formadas artificialmente en los lagos, y cubiertas de rosas y verdura; el clima era aún más apacible que ahora por la exuberancia de la vegetación, y por la defensa que contra los vientos prestaban los grandes arbolados; el cielo espléndido; así es que en medio de esa naturaleza lujuriosa, comprendemos los paseos en barcas enramadas, perdiéndose entre las ondas azules á la luz de la luna, en una de esas noches tibias que sólo en México hay.

Y como éste es el vergel de las rosas, en sus banquetes tapizaban con ellas sus salones, y repartían al terminar el festín ramos olorosos de flores y cañas de tabaco. Tabaco es nombre de las islas, introducido aquí por los españoles: los mexica le llamaban *yetl,* cuando era de hoja larga, *picietl,* al de hoja pequeña, y *cuauhyetl,* al menos fino y cimarrón. Fumábanlo de dos modos los mexica, ó arrollando las hojas sobre sí mismas, y entonces le decían *pocyetl,* ó desmenuzado y metido en unas cañas mezclado con otras hierbas

olorosas como el liquidámbar *xochicocozolli*, á las cuales llamaban *acayetl*. Tomábanlo también en polvo por la nariz. El tabaco después de la comida les conciliaba un sueño voluptuoso. El pueblo, que no podía tener esos lujos, buscaba esa embriaguez en el *péyotl* ya citado, en la semilla *ololiuhqui*, que les producía alucinaciones, ó en los hongos, *teonanácatl*, mezclados con miel de abejas.

Es evidente que si la vida del pueblo pobre de México era muy desgraciada, por el contrario, se nos presenta feliz y llena de goces la de las clases elevadas. Para éstas sí había educación y estaba reglamentada la vida doméstica. Los *telpuchcalli* y el *Calmecác* les abrían sus puertas, y bajo este aspecto podemos decir, que en México había instrucción oficial.

La vida doméstica era severa en las casas de los señores: las mujeres tenían aposentos separados, y no salían fuera de la puerta ni bajaban sin guardas á los jardines. No les permitían alzar los ojos ni volver la cara atrás, y las instruían desde niñas en las labores de su sexo. Mayor rigor se tenía con las hijas de los reyes. Cuando el padre quería verlas, iban como en procesión, y ante él eran tan respetuosas que apenas le hablaban para saludarle y despedirse.

Hay dos rasgos en las costumbres de los mexica, los cuales indican bien cómo sabían respetar la virtud y avergonzarse del vicio. Las mujeres desenvueltas vivían bajo la vigilancia de matronas; á ellas se las pedían los guerreros, á quienes por sus hazañas era permitido; pero de noche las llevaban y de noche las recogían. Si se hacía públicamente, el guerrero era castigado, se le quitaban las armas y se le despedía del ejército. Por el contrario, á la mujer honrada que moría en el parto dando un hijo á la patria, la llamaban *macihuaquizqui* ó hembra valerosa, y la colocaban entre las divinidades *Cihuapipiltin*. Como iban á morar á *Cihuatlampa* ó cielo de occidente, y ahí recibía al sol en lo más alto de su curso diurno, en el *nepantlatonatiuh*, donde se lo entregaban los guerreros muertos en la batalla, equiparábanlas á éstas en la estimación pública. Para los mexica sólo merecían vivir en la mansión del sol los guerreros que morían por la patria ó las mujeres que perdían la vida dando hijos á la patria. Por eso á la muerte de la madre lavaban el cadáver, lo vestían con sus mejores ropas y le dejaban el cabello suelto y tendido, y á la puesta del sol lo cargaba á las espaldas el marido para llevarlo á enterrar, rodeándolo las *tici* armadas de *macuáhuitl* y *chimalli*, y voceando en son de guerra: los guerreros noveles *telpupúchtin* acometían al cortejo por cortar el dedo mayor de la mano izquierda ó los cabellos del cadáver, pues eran talismanes de victoria y encantamientos. Y no sólo entonces se trababa pelea por alcanzar esas prendas, sino que ya hecho el enterramiento, el marido y sus amigos guardaban cuatro días el sepulcro, porque en ellos podían ir los mancebos á hacer la mutilación, ó á hurtar el cuerpo para cortarle el brazo los hechiceros *tomamacpalitotique*.

Para surtir á la ciudad de todos los objetos de que hemos hablado, á más de sus industriales, empleábanse numerosos mercaderes, los cuales emprendían lejanas expediciones, y multitud de canoas y chalupas le traían diariamente frutos, verduras y flores. El movimiento principal tenía lugar en el desembarcadero ó muelle colocado sobre el lago al extremo de la prolongación oriental de la calzada de Tlacópan, es decir, donde está ahora el edificio del antiguo San Lázaro. Pero la actividad mercantil se desplegaba en el mercado *tianquiztli* que había cada cinco días, teniéndose como de fiesta para los mexica; aunque todos los demás se abrían, asistiendo á hacer sus compras gran número de personas. El mercado principal de México estaba en Tlatelolco. Los mercados estaban siempre bajo la protección de su deidad, y en ellos y en los caminos inmediatos, había para ese intento piedras redondas como del tamaño de una rodela, labradas con la imágen del sol con puntos á la redonda. De esas piedras deben ser las dos encontradas en el hospital de San Andrés, que ahora están en el Museo. El enojo de estas deidades era grande si los pueblos comarcanos no acudían al *macuiltianquiztli* ó mercado de cada cinco días; pero no sólo este temor sino el gusto hacía que concurriese gran cantidad, pues ese paseo era uno de los mayores goces de aquellos pueblos. Los mercados eran siempre cerrados por paredes é inmediatos á los templos, y en el altar en que estaba la piedra de su dios, se hacían ofrendas de los comestibles que en él se vendían, las cuales en la noche recogían los sacerdotes. Era además ley que únicamente se pudiesen hacer ventas en los mercados, causa de su numerosa concurrencia.

En México había varias plazas de mercado, según el Conquistador Anónimo; pero la mayor era la de Tlatelolco, y se le seguía la del Tecoyahualco en donde está ahora la de San Juan. La de Tlatelolco quedaba al lado oriental del *teocalli* en el sitio ocupado hoy por la plaza: era tan grande que un día no bastaba para verla toda: estaba cercada de portales y tiendas, teniendo además el tribunal de los *pochteca*. Había en él de contínuo tanta gente, que el ruido hecho por mercaderes y tratantes se oía á más de una legua. Refiere Sahagún, que acudían á él gentes desde los lejanos países de Xalixco y Cuauhtemalla. En el centro del *tianquiztli* había un teatro hecho de cal y canto, cuadrado de altura de dos estados y medio, y como de treinta pasos de esquina á esquina: en él se hacían fiestas, juegos y farsas que veían los espectadores puestos alrededor, y desde encima de los portales.

Nadie describe las ventas que en ese mercado se hacían como el mismo Cortés, quien cuenta cómo había todo género de mercaderías y de todo el territorio, así

de mantenimientos como de vituallas, joyas de diversos metales, de piedras, de huesos, de conchas, de cara-



El mercado

coles y de plumas; piedra labrada y por labrar, adobes y madera. Refiere que había en él una calle destinada á vender únicamente todo linaje de caza, de aves y de venados, conejos, liebres y perros pequeños: otra calle de herbolarios donde se vendía toda especie de hierbas y raíces; otra en que estaban los ungüentos emplastos y demás medicinas. Menciona, además, dentro del mismo mercado, casas como de barberos para lavar y rapar las cabezas, y fondas donde daban de comer y beber por paga. Se ocupa de muchos hombres que ahí había para llevar cargas; y describe extensamente las mercaderías. Agrega que cada género de ellas se vendía en su calle propia, sin que ahí pudiera ponerse otra; y que todo lo trataban por cuenta y medida. Habla, en fin, de los oficiales públicos que andaban constantemente en los mercados vigilando las ventas y las medidas usadas, y dice que vió quebrar alguna que estaba falsa.

Concluyamos diciendo que en diversos lugares estaban establecidos mercados de objetos determinados, como el de Chotóllan para las joyas de piedras preciosas; el de Texcoco para ropas y jícaras finísimas; el de Acólman para los perrillos *techichi,* y los ya referidos de Atzcaputzalco é Itzócan para esclavos.

CAPITULO VII

Muerte de Tlacaelel. — Sus hijos. — Queda Tlilpotoncátzin de Cihuacoatl. — Guerras de Ahuizotl. — Envía colonias á repoblar Totoloápan, Oztomán y Alahuiztlán. — Importancia política de esa medida. — Los reyes de Tlacópan. — Campaña de Tecuantepec. — Vuelven victoriosos los reyes del Anáhuac. — Reyes tzapoteca y mixteca. — Entrada triunfal. — Visita de Ahuizotl á los templos de los dioses. — Campaña de Xoconochco. — Espantoso crimen de Chalchiuhnenétzin y su terrible castigo. — Ejecución de Tzutzuma. — Construcción del acueducto de Acuecuéxcatl. — Ceremonias conque se recibió el agua en México. — Inundación de la ciudad. — Remedios que se pusieron. — Nacimiento de Ixtlilxóchitl. — Muerte de Ahuizotl. — Su descendencia. — Su hijo Cuauhtemoc. — Exequias de Ahuizotl. — Hallazgo y descripción de su urna cineraria. — Le sucede Moteczuma Xocoyótzin. — Explicación de este segundo nombre. — Carácter de Moteczuma. — Cambia todos los anteriores dignatarios. — Establece definitivamente la división de clases. — Decreta el ceremonial y la etiqueta de la corte. — Campaña de Nopalla é Icpactepec. — Fiestas de su entrada triunfal y su consagración. — Campaña de la Mixteca — Los señores mixteca. — Episodios de la guerra sagrada. — Estreno del Tlíllan. — Nuevo ciclo y fiesta del fuego nuevo. — Juicio de los actos de Moteczuma hasta esa época. — Suntuosidad de sus palacios. — Ubicación del palacio de Moteczuma Ilhuicamina. — Su descripción. — Palacio de Axayácatl. — Relación que de él hace Cortés. — Errores admitidos sobre el lugar donde estaba ese palacio. — Origen de esos errores. — Su verdadera ubicación. — Nuevo palacio de Moteczuma Xocoyótzin. — Opiniones sobre su extensión y terreno que ocupaba. — Verdaderos linderos que tenía. — Casa de las aves y lugar en donde estaba — Su descripción. — Casa de las fieras y relación de ella. — Otros diversos palacios de Moteczuma. — Plazas frente al teocalli — Palacio del Tlillancalqui y su ubicación. — Teocalli de Huitznáhuac y su ubicación. — Muerte de Xóloc. — Combinación de estos edificios para la defensa de la ciudad. — Los otros templos y edificios de la ciudad y sus inmediaciones. — Combinación con las calzadas. — Calzadas y diques. — Su historia y su situación. — Comunicaciones. — Extensión de la isla. — Diversas opiniones sobre el número de sus habitantes. — Cifra más probable.

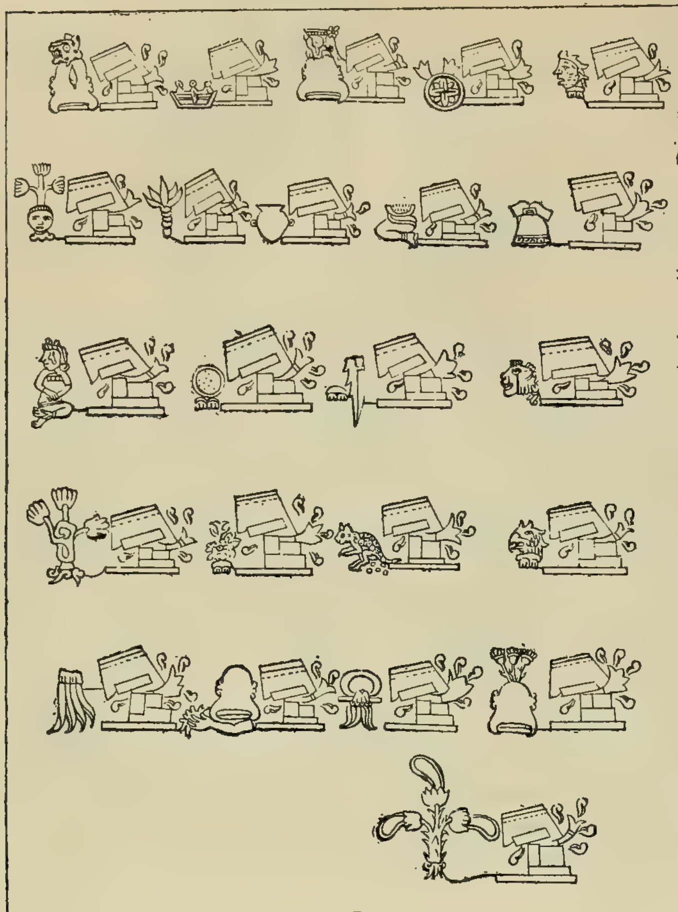
México había llegado á su mayor grandeza y era de todos respetada bajo el mando del valeroso Ahuizotl, tan temido que desde entonces su nombre quedó como sinónimo de victorioso y abrumador. Y sin embargo, el autor de esa grandeza había sido Tlacaelel, brazo de Itzcoatl, cerebro de Moteczuma Ilhuicamina y alma de los tres hermanos Axayácatl, Tizoc y Ahuizotl. Más feliz que otros creadores de pueblos, vió coronada su obra por la dedicación del gran *teocalli* de *Huitzilopochtli*, y en ese mismo año de tan fausto y tan terrible acontecimiento murió el héroe octogenario. Escogemos esta fecha del manuscrito atribuído á Chimalpain, porque en él encontramos las noticias más precisas del *Cihuacoatl*, de quien dice que le hicieron exequias tan solemnes como si fuera rey ó emperador, porque se le debía casi toda la gloria del imperio mexicano. Dejó Tlacaelel muchos hijos é hijas, y de su principal esposa tres, el mayor Cacamátzin, quien ya desempeñaba en su lugar el puesto de *Tlacochcálcatl*, *Toyaótzin* y *Tlilpotoncátzin*, el más valeroso guerrero de los mexica, el cual le sucedió en el cargo de *Cihuacoatl*. Cuenta la crónica que al acercarse la última hora de Tlacaelel, presentes estaban el rey, el consejo y los grandes, y que ahí mismo fué designado su hijo para el cargo importantísimo que quedaba vacante.

Ahuizotl siguió naturalmente la vida acostumbrada de batallas y victorias de los mexica. Empezó por marchar al Sur y conquistar á Teloloápan, y después envió nueve mil familias del Valle á los pueblos destruídos de Teloloápan, Oztomán y Alahuiztlán para que colonizaran y conservasen ahí el importante cultivo del algodón. Ahuizotl por estas colonias, que mucho progresaron después, iniciaba la formación de la unidad nacional, idea brillante que ya no tuvo tiempo de fructificar.

En el intermedio de estos sucesos aparece Chimalpopoca como rey de Tlacópan, y le sucede por su muerte Totoquihuátzin, segundo de ese nombre.

Pueden verse las diversas guerras de Ahuizotl en los jeroglíficos del códice Mendocino; pero entre ellas hubo una importantísima porque agrandaba el campo de las operaciones de los mexica. Sucedió que por los pueblos de Tecuantepec fueron muertos los mercaderes de México, razón bastante para que los tres reyes aliados marchasen á vengar la afrenta, venciendo y sujetando á tributo á los de Tecuantepec, Xuchtlán, Amaxtlán, Izhuatlán, Miahuatlán y Xolotlán. Algunos de los historiadores dan por vencidos á los mexica en esa campaña, pero el relato de Tezozomoc tiene tal sello de verdad en sus pormenores que no dudamos en

aceptarlo por bueno. Pasaba en el año 7 *calli,* 1497, y fué numeroso el ejército aliado, pues en México quedaron casi solas las mujeres con los niños.



Continuación de las guerras de Ahuizotl.—(Códice Mendocino)

Refieren los cronistas cómo al volver victorioso Ahuizotl salían á recibirle con grandes regocijos por todos los pueblos, levantando á su paso hermosas enramadas de rocas y flores, y entre los principales

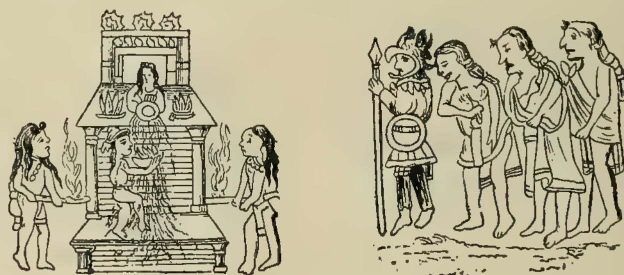


Campaña de Tecuantepec

que salieron á tal recibimiento se cita á los señores tzapoteca. Después de las extensas noticias que sobre tzapoteca y mixteca hemos dado, diremos que no se conocen los hechos de sus historias; pero sí se han conservado los nombres de varios de sus reyes ó señores. Así sabemos que después de los grandes sacerdotes de Mitla, por la evolución natural de los gobiernos, al poder teocrático se sustituyó el real: proclamóse rey en 1386 Zaachilla I, trasladando su corte á la ciudad de su nombre, y gobernó hasta 1415. Sucedióle Zaachilla II, quien reinó hasta 1454; siguió Zaachilla III hasta 1487, y en la época de Ahuizotl era rey de los tzapoteca Cosijoeza. Entre los mixteca encontramos por rey de Coixtlahuaca á Cetécpatl, quien había subido al trono en 1484, teniendo por antecesores á Atonáltzin, que reinó de 1433 á 1455, y á Cuauhxóchitl, el cual aparece gobernando de 1465 á 1478. En Tlaxiaco era rey Taxacán desde 1480; en Sosola lo era Nahuixóchitl desde 1485, y desde la misma fecha Cozcacuauhtli en Huauhtla.

El recibimiento que algunos señores tzapoteca pudieron hacer á su paso á los reyes del Anáhuac, debió ser simplemente por cortesía.

El ejército mexica entró victorioso en la ciudad y Ahuizotl fué recibido con los honores del triunfo. Dirigióse primero á sacrificarse ante *Huitzilopochtli,* y después de descansar de las fatigas de tan penoso y dilatado viaje, quiso en acción de gracias visitar los templos de los dioses. Formáronse los sacerdotes en dos alas desde el palacio al patio del *teocalli,* con sus trajes, insignias é incensarios destinados á las entradas triunfales. Ataviado Ahuizotl con sus más preciosos distintivos reales y precedido por los guerreros y señores principales, marchaba sin armas y con un bordón en la mano, seguido de sus enanos y corcovados que llevaban las joyas y adornos destinados al dios. Los sacerdotes incensaban al rey á su paso, y al llegar al *Coatepantli* resonaron los *huéhuetl* y caracoles de la música sagrada, hasta que Ahuizotl llegó á lo alto del *teocalli.* Ahí, después de sacrificarse, vistió á *Huitzilopochtli* el vestido y los arreos que llevaban los corcovados y los enanos, y le hizo ofrenda de las joyas, plumas y preseas traídas de Tecuantepec, con lo cual la procesión tornó con la misma ceremonia al palacio.



Visita de Ahuizotl á los templos en acción de gracias

Visitó de la misma manera uno á uno los *teocalli* de la ciudad, y emprendió romerías á los más afamados de las inmediaciones, como el de Tlapitzahuáyan, consagrado á *Tezcatlipoca,* y los de Itztapalápan, Mexicatzinco y Huitzilopochco. Después repartió las recompensas á los guerreros que en la campaña se habían distinguido.

Naturalmente, el triunfo de Tecuantepec avivó la ambición de los mexica y pensaron en extender sus conquistas más al sur, por lo cual, valiéndose del pretexto de que los Xoconochco inquietaban á sus aliados y tributarios, emprendió Ahuizotl nueva campaña

hacia ese rumbo. El cronista hace subir el ejército aliado á doscientos mil hombres; pero por los datos ya expuestos, nos contentaremos con concederle unos treinta mil á lo sumo. Ahuizotl quiso verlo desfilar, y para ello se adelantó á Chalco, y como notase la ausencia de Netzahualpilli y Totoquihuátzin, mandóles un regalo de armas para indicarles su deber, con lo que el primero acudió á ponerse al frente de sus guerreros, excusándose el segundo. Reñida fué la campaña; mas las huestes del Anáhuac triunfaron, y con los episodios consiguientes de pasar á cuchillo á los guerreros y saquear los pueblos, huyendo las mujeres y los niños á las montañas, se fueron apoderando los vencedores de Chiltepec, Xolotla, Ayotla y demás lugares intermedios hasta Xoconochco, cuyos habitantes, viéndose ya sin remedio, se dieron de paz.

A aquella época refiere Ixtlilxóchitl un suceso verdaderamente dramático que pasó en la corte de Texcoco. Una de las mujeres de Netzahualpilli era Chalchiuhnenétzin, hija de Axayácatl; ayudada por Chalqui, mancebo de su servidumbre, entregóse á una vida licenciosa en el apartado palacio en que vivía. Allí recibía por amantes á los galanes de su agrado y después mandaba darles muerte; en seguida colocaba en un gran salón la estatua de la víctima vestida con el traje que el infeliz llevaba. ¡Tantas eran ya las estatuas que ocupaban á la redonda las paredes de la gran sala! Descubierta tamaña infamia por Netzahualpilli, fueron juzgados los criminales y sus cómplices, resultando complicadas más de dos mil personas entre criados, terceros, asesinos, mercaderes y menestrales. Pronunciada la sentencia de muerte, quiso el señor de Texcoco que se ejecutara con gran publicidad, por lo cual fueron ahorcados todos en la plaza y en presencia de los reyes aliados y *tecuhtli* amigos y de todo el pueblo, pues se dió orden de que todos los habitantes de Texcoco concurrieran con sus mujeres y sus hijas, aun las de más tierna edad.

Poderoso Ahuizotl por sus victorias, procuraba hermosear más y más la ciudad. No bastaba ya el agua de Chapultepec, porque el Tlilpotonqui había mandado hacer grandes sembrados de semillas y plantío de árboles, en cuyo riego aquélla se consumía. Así es que se determinó traer á México el agua del manantial Acuecuéxcatl, inmediato á Huitzilopochco, y entonces abundantísimo, uniéndole la de otros dos manantiales inmediatos llamados Xochcaatl y Tlilatl. Diéronse las correspondientes órdenes á Tzutzuma, señor de Coyoacán, y éste creyó oportuno advertir que á veces rebosaba el agua con furia, lo cual le hacía temer que traída á la ciudad la inundase. Esa ligera y fundada oposición bastó para que Ahuizotl, desplegando todo el poder de su tiranía, mandase al *Tlillancalqui,* al *Tlacochcálcatl* y al *Cuauhnochtli* que fuesen á ahorcar al irrespetuoso señor. Partieron aquéllos con algunos *tequihua;* pero cuenta la crónica que Tzutzuma era encantador, y que cuando los ejecutores entraron en la sala de su palacio se tornó en una águila feroz que puso en ellos espanto. Volvieron los mensajeros, y entonces se les presentó como tigre enfurecido, amenazándolos



Encantamientos y ejecucion de Tzutzuma

con los dientes y las garras. Fueron por tercera vez los mensajeros, y sólo hallaron una gran serpiente enroscada con la cabeza sobre el lomo. Acometiéronla los guerreros, y ella empezó á arrojar fuego por la boca, con lo cual dieron á huir. Entonces Ahuizotl mandó á los coyohuaca le entregasen á su señor, pues de no hacerlo los tendría por rebeldes y acabaría con ellos. Tzutzuma se presentó para evitar la destrucción de su pueblo y fué ahorcado; pero al morir predijo que muy pronto la inundación de México lo vengaría. Inmediatamente Ahuizotl, con muchos obreros mexica y multitud de enviados por los señores de Texcoco y Tlacópan, hizo construir el acueducto que á muy corto tiempo quedó listo.

Para dar gran solemnidad á la entrada del agua, el día fijado á la ceremonia vistióse un sacerdote con las insignias de *Chalchiuhtlicue,* diosa de las aguas, con el rostro negro y la frente y cuerpo azules, con mitra de plumas blancas de garza, *huipilli* azul sem-



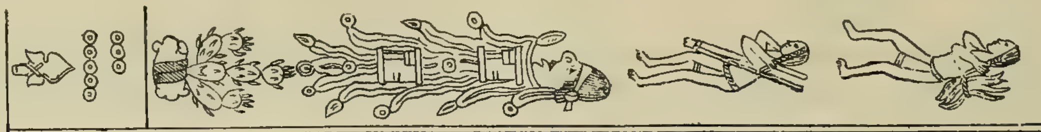
Procesión sagrada y sacrificios en la introducción del agua del Acuecuéxcatl

brado de piedras azules también y verdes, pendientes, ajorcas y pulseras de las mismas, y *cactli* azules igualmente. En la mano llevaba el hueso-instrumento á manera de güiro, *omichicahuaztli,* y una talega con polvo de maíz azul. Los demás sacerdotes llevaban el rostro negro y el cuerpo azul, con coronas y *maxtli* de papel *ámatl,* y los instrumentos de la música sagrada. Otros iban con ofrendas de codornices y sahumerios, y los *tlalocacuicanime* marchaban tocando

el *teponaxtli* y el *tlapanhuéhuetl*, entonando cantares y bailando regocijadamente.

Soltaron el agua poco á poco, de manera que su corriente viniese despacio: seguíanla los sacerdotes acompañándola con la música, y el principal de trecho en trecho la bebía con la mano. Le iban sacrificando codornices y arrojándole ofrendas de *ulli* y de copal, y los ancianos de la ciudad salieron á su encuentro echando en ella peces, culebras y sabandijas de la laguna. Cuatro niños de seis años, hijos de señores principales y vestidos como el gran sacerdote, estaban dispuestos para el sacrificio: el primero fué muerto al llegar el agua á Acachinanco en la mitad de la calzada, y su sangre y su corazón arrojados en la corriente; el segundo lo fué en Xoloc al entrar el agua en la ciudad; el tercero frente al templo de Huitznáhuac, y el cuarto cuando llegó al Gran *teocalli*, en el canal del Centro, que se llamaba Pahuacán. Ahí estaba esperándola Ahuizotl, quien le hizo grandes sacrificios y ofrendas.

Mas sucedió que el agua llegaba en tan gran can-


Inundación de México

tidad, que sus derrames fueron poco á poco llenando el lago salado, y al año siguiente, ocho *técpatl*, 1500, desbordóse éste sobre la ciudad, inundándola y destruyendo casi todas las casas, al grado que la familia real tuvo que ir á vivir á lo alto del *teocalli* y los mexica en treinta y dos mil canoas y balsas mandadas construir al efecto á los pueblos de Culhuacán, Chalco, Xochimilco y Coyoacán. El mismo emperador de México fué víctima de esa inundación, pues habiendo entrado el agua en su aposento y saliendo precipitadamente por salvarse, se dió contra una puerta baja tan terrible golpe en la cabeza que sus resultados fueron la causa de su muerte.

Para remediar el mal hiciéronse conjuros y grandes ceremonias religiosas y se fabricó un dique hasta Iztapalápan, cegándose los manantiales, tras de lo cual hizo Ahuizotl que sus tributarios reedificasen la ciudad, usándose entonces en ella por primera vez el *tetzontli*.

Existe un jeroglífico que no deja duda de la fecha asignada á este suceso: en la parte superior se ven dos hombres representando á los trabajadores enviados por los reyes de Texcoco y Tlacópan para la construcción del acueducto; debajo está la diosa del agua arrebatando las casas en su corriente, sobre el símbolo de Tenochtitlán, para expresar que esta ciudad fué la inundada, y finalmente, está el año 8 *técpatl*, en el cual aconteció la catástrofe.

En ese mismo año nació Ixtlilxóchitl, hijo de Netzahualpilli, y al siguiente, ya levantada la ciudad, volvieron los guerreros del Anáhuac á sus acostumbradas conquistas. Mas el golpe recibido por Ahuizotl le causó incurable enfermedad, y su cuerpo se fué enflaqueciendo tanto y tan sin remedio, que los mexica creían que lo habían envenenado ó hechizado. Sintiendo la muerte cercana se hizo esculpir en Chapultepec en figura del dios *Totec*, y murió en el año 10 *tochtli*, 1502.

Ahuizotl dejó varios hijos; sabemos los nombres de Matlalxíhuitl, Atlíxcatl y Macuilmalinalli; pero de la reina Tlillalcápatl, hija de Axayácatl, sólo tuvo á Cuauhtemoc. Como Tlillalcápatl fué la hija menor de Axayácatl, no pudo consumarse su matrimonio con Ahuizotl sino hacia la mitad del reinado de éste; así es que á su muerte Cuauhtemoc debía ser un niño de unos seis á ocho años de edad.

Hiciéronle á Ahuizotl las suntuosas exequias con los emperadores de México acostumbradas, y después de quemado su cuerpo ante el dios *Huitzilopochtli*,


Exequias de Ahuizotl

enterraron sus cenizas al lado del *Cuauhxicalli*. Creemos haber encontrado la urna cineraria de tan grande y poderoso monarca. Era poseedor de una labrada en basalto nuestro amigo el señor general don Vicente Riva Palacio; mas aun cuando alguna vez en su gabinete la vimos, no hubo ocasión de estudiarla. Regalóla el dueño al Museo, y el doctor Peñafiel nos comunicó que entre los relieves no destruídos estaba el jeroglífico Ahuizotl y que en su opinión era un *tecáxitl* ó caja para guardar la sangre del sacrificio personal. Como de una media vara por lado y unas doce pulgadas de altura, corresponde á la forma cuadrada de otras cajas cinerarias que conocemos, confirmando nuestra idea el significado claro de los relieves. Uno de ellos representa evidentemente á Ahuizotl, haciéndose el sacrificio de la oreja para mostrar que era un rey piadoso y adorador de sus dioses; á un lado tiene los símbolos de *Totec*, de quien era especialmente devoto, según se desprende de

haberse hecho esculpir con los arreos de ese dios, y del otro está claro su signo jeroglífico bien conocido. Otros dos relieves, semejantes y con pocas diferencias,



Urna cineraria de Ahuizotl

son símbolo de *Xiuhtletl,* tal como lo vemos en la piedra conmemorativa de la dedicación del Gran *teocalli,* y como Ahuizotl fué el constructor del templo, venían bien en la urna que guardara sus cenizas esas dos



Relieve en la urna cineraria de Ahuizotl

figuras semejantes y paralelas. La última, que ocupa el fondo de la caja, es para nosotros la más importante: se ve la figura muy conocida del dios *Tlaloc,* pero aquí está coronada de estrellas. Para explicarla recor-



Relieve en la urna cineraria de Ahuizotl

demos que las víctimas del agua eran propicias á esa deidad, y á su muerte iban á habitar en el *Tlalócan,* lugar al cual, según las creencias de los mexica, debía ir Ahuizotl, porque la inundación fué causa de su muerte; de modo que ese *Tlaloc,* coronado de astros para significar que está en el firmamento, es el *Tlalócan,* mansión de delicias donde de las fatigas de la vida descansaba Ahuizotl, mientras sus cenizas reposaban en la caja sagrada que hemos descrito.



El Tlalócan, esculpido en el fondo de la urna cineraria de Ahuizotl

Muerto Ahuizotl, correspondía el trono á Moteczuma Xocoyótzin, hijo mayor de Axayácatl, pues ya era de edad para gobernar. Su hermano Cuitlahuác era ya *tecuhtli* de Itztapalápan. Vemos muy repetido el error de que Cuitlahuác era el mayor, y no encontramos más fundamento posible que el sobrenombre de Xocoyótzin dado á Moteczuma; pero aquí se le aplica en contraposición al otro Moteczuma y para distinguirlo de él. A Ilhuicamina se le decía Huehue Moteczuma, no por viejo, sino por primero, y á éste Moteczuma Xocoyótzin, no por hijo menor, sino por segundo rey del mismo nombre. *Huehue* allá equivale al *priscus* romano, como aquí xocoyotl al *junior.* Tampoco estamos conformes con la edad que en esa época se da á Moteczuma; Tezozomoc lo hace de treinta y cuatro años: mas por los antecedentes ya referidos no pudo nacer antes del año 1475, y por lo mismo debía tener unos veintisiete años; Cuitlahuác de veintitrés á veinticinco, y Tlillalcápatl de veintiuno á veintitrés, siendo en ese año de 1502 su hijo Cuauhtemoc de seis á ocho años, como hemos dicho.

Educado en el Calmecác era Moteczuma creyente, dado al culto, fanático y supersticioso. Había ido á la guerra y se distinguió por su valor en la campaña de Cuauhtla en Cuextlán. Como guerrero había llegado al alto puesto de *Tlacochcálcatl,* sin duda por muerte del hijo de Tlacaelel que lo tenía: como sacerdote había alcanzado el sumo poder de *Teotecuhtli.* Estos dos elementos debían formar su carácter: como guerrero debía ser absoluto en el mandar y no admitir contradicción, y como sacerdote severo é inflexible con los hombres y débil y humilde ante lo que él tomara por

voluntad de los dioses. Vivía recogido en su habitación del *teocalli* de *Huitzilopochtli;* aunque miembro del *Tlalócan* no asistió á su elección y recibió la noticia de su exaltación al trono ahí en el templo, donde los *tlatoani* le encontraron barriendo humildemente la pieza donde vivía. Era creencia del pueblo que *Huitzilo-*



Coronación de Moteczuma Xocoyótzin

pochtli hablaba con él y le decía sus voluntades. Confundidos en una sola persona el supremo poder civil y el sumo sacerdocio, Moteczuma fué para los mexica más que un emperador, fué casi un dios. Esto debía producir un gran cambio en aquella organización.

Comenzó Moteczuma por quitar á todos los *tecuhtli* y empleados de la época de Ahuizotl, dando por razón que, acostumbrados al mando de éste, llevarían á mal sus nuevas disposiciones, y aun á algunos los hizo



Presentación á Moteczuma de la nueva servidumbre del palacio

matar. Quiso, además, que sólo desempeñasen los altos puestos los nobles, pues Moteczuma estableció ya claramente las jerarquías sociales, distinguiéndose el sacerdocio y las familias de la nobleza de la clase del pueblo. Quedó éste humillado y establecida la tiranía y con ella el despotismo; tanto que se prohibió á los que no fuesen nobles alzar el rostro á ver al rey, bajo pena de la vida. Y refiere Durán que los mexica no daban cuenta de cómo era Moteczuma, porque nunca se habían atrevido á mirarle.

Con el despotismo nacieron el ceremonial y la etiqueta de la corte. El *Cihuacoatl* tenía una vara de cuyo tamaño habían de ser los individuos de la servidumbre real. Y se dieron disposiciones terminantes para el servicio, cuyo descuido se castigaba con la muerte.

Para la ceremonia de su consagración dispuso Moteczuma la campaña de Nopalla é Icpactepec en tierra de otomíes. Moteczuma peleó al frente del ejército, y en el asalto tocaba su atambor de oro sobre el muro de la fortaleza enemiga. Volvió á México victorioso con cinco mil prisioneros y cuantioso botín. Recibiósele con grandes honores de triunfo: habiendo



Batalla de Nopalla é Ictactepec

salido por Chalco se embarcó en una canoa remada por nobles y penetró en la ciudad sobre ricas andas, precedido de los cautivos que iban entonando cantares tristes de su tierra.

Cuatro días duraron las iluminaciones, bailes y banquetes preparados para la fiesta de su consagración, y al cuarto fué ungido y sacrificados los prisioneros otonca. Dispuso en seguida la guerra sagrada contra Atlixco, y salió vencedor realizando notables proezas. Alentado por sus triunfos, quiso llevar sus conquistas á la Mixteca, mandó pedir á Malinal, señor de Tlaxiaco, ó Tlachquiauhco, como le decían los mexica, un árbol de lindas flores llamado *tlapalizquixóchitl* que en sus jardines tenía. Habiéndolo rehusado aquél, emprendió Moteczuma la campaña y sujetó también el reino de Achiutla. Por las crónicas tzapoteca esa conquista no debió tener lugar hasta el año de 1506, pues encontramos en Tlaxiaco de rey á Tlilxóchitl de 1502 á 1504, y á Malinalli en 1505 y 1506. En esa misma campaña y en la misma fecha se extendió sin duda á Coixtlahuaca, pues Cetécpatl, que reinaba desde 1484, deja de ser rey también en 1506, sustituyéndolo seguramente como tributario de Moteczuma, Cozcacuauhtli, quien era rey de Huautla desde 1485 y siguió siéndolo de Coixtlahuaca hasta la Conquista. Sólo permanece de aquellos señores Nahuixóchitl, rey de Sosola desde 1485 hasta la llegada de los españoles. Todo revela el triunfo de Moteczuma en buena parte de la Mixteca. Sabemos, además, que Cuitlahuác mandaba el ejército del Anáhuac y que Cetécpatl y Malinalli fueron traídos prisioneros á México y sacrificados á los dioses.

Se cuenta que poco antes de esto, Moteczuma había intentado destruir el pacto de la guerra sagrada, *xochiyáoyotl* ó guerra florida, que era valladar á su grandeza. La gran imprevisión de Moctezuma Ilhuicamina, al establecerla, consistió en formar al oriente del Valle una línea de pueblos enemigos, que al mismo tiempo que podían cortar toda comunicación en ese rumbo, debían crecer y progresar muy inmediatos á México, porque esa guerra, asegurándoles la integridad de su territorio, tenía para ellos todas las ventajas de la paz, sin que ésta debilitara su poder guerrero, pues, por el contrario, se les presentaban constantes ocasiones de adiestrarse en el ejercicio de las armas y templar más y más su valor. Y advirtamos que no era solamente Tlaxcalla el señorío que peleaba en esa guerra sagrada, y por lo mismo estaba libre de la conquista de los mexica, sino Cholóllan y Huexotzinco, como ya se ha dicho, y además Tepeaca, Tecalli, Calpa, Cuauhtlinchán, Acatzinco, Cuauhquechóllan y Atlixco. Una vez señalado el día de la batalla con alguno ó algunos de esos pueblos, se daba en los llanos de Tepepulco.

Torquemada da una relación por la cual resulta que Moteczuma hizo primero pelear por su cuenta á los



Batalla de Quetzaltepec

de Cholóllan y Huexotzinco contra Tlaxcalla, y que después mandó en su auxilio á su hermano Tlacahuépan, quien fué derrotado y muerto por los tlaxcalteca, y que para vengar su muerte envió á sus mejores guerreros, los cuales volvieron maltrechos á México. El señor Orozco coloca estos sucesos antes de la campaña de la Mixteca; mas como no los veamos confirmados en mejores fuentes y sean contrarios á las costumbres establecidas, dudamos de ellos: creemos que tales campañas no fueron más que la guerra sagrada con sus diversos accidentes, y en efecto, así resulta del relato de Durán; pero después de otra campaña, en la cual el ejército aliado llevó sus armas hasta Quetzaltepec y Tototepec, más allá de las anteriores conquistas, todavía podemos citar una nueva campaña contra los mixteca insurreccionados, que concluyó con la toma de Yancuitlán.

Después de esto se construyó y estrenó con sacrificios el *Tlíllan*, donde estaban todos los dioses de México, el cual era el *Cihuateocalli* de que ya hemos hablado.

Había llegado en todo esto el año *ce tochtli*, 1506, principio del nuevo ciclo, y habiéndose encendido á su fin el fuego nuevo, comenzaba otro *xiuhmolpilli* en el año *ome ácatl*, 1507.

Hasta ahora, y en estos cinco años de reinado, en medio de las noticias confusas de las crónicas, descubrimos en Moteczuma el mismo espíritu emprendedor de



Guerra sagrada con Huexotzinco

conquistas que en sus antecesores; asegurada la de los pueblos inmediatos á México, al norte y al poniente; al sur la de los pueblos tlahuica, y al oriente la de los totonaca, había ensanchado su poder en la Mixteca, y buscaba el apoderarse del territorio de ese rumbo en dirección de los quichés. Sin duda tenía la idea de formar con los pueblos tributarios una extensión compacta de mar á mar. A su vez, la repetición continuada de la guerra florida para tener prisioneros que sacrificar á los dioses, la construcción del *Coateocalli* y la solemnidad conque se celebró la fiesta del fuego nuevo, revelan



Dedicación del Coateocalli

cuánto cuidado tenía del culto el rey supersticioso y fanático.

Pero al mismo tiempo su despotismo había cuidado de la suntuosidad de sus palacios y de la severidad del ceremonial y costumbres de la corte.

Uno de los puntos más debatidos es la ubicación de los palacios. Del construído por Moteczuma Ilhuicamina no se duda: estaba entre el recinto del *teocalli*, el *Cuicóyan* y la calzada ó calle de Tlacópan; es decir, en lo que abrazan Empedradillo, Tacuba, San José el Real y calles de Plateros. Creemos que á este palacio

se refiere el Conquistador Anónimo. Entre su fachada principal y el recinto sagrado había una plaza, que fué más tarde la del Marqués. A esta plaza y á las calles que lo rodeaban daban sus veinte puertas; además tenía tres patios grandes, en uno de ellos una ámplia fuente para repartir el agua por todo el edificio, muchas salas extensas y cien baños. Las paredes estaban revestidas de mármol, jaspe, pórfido, piedra negra y tecalis transparentes y veteados de diversos colores; los techos eran de madera de cedro, pino, palma y ciprés, ricamente entallados con figuras y labores; las cámaras estaban esteradas muchas, y entapizadas las mejores con finas y ricas telas de algodón, pelo de conejo y pluma. A la puerta principal, á manera de armas que también usaba en sus banderas Moteczuma, se veía un águila haciendo presa con las garras en un tigre.

El segundo palacio fué construído por Axayácatl: aunque bajo y de un solo piso, excepto en el centro donde tenía dos, era espacioso; y Cortés refiere que sus aposentos eran tan grandes que podían contener cómodamente á un príncipe con seiscientas personas de su servicio. Debía ser extenso, pues españoles y aliados en él se refugiaron. Como en el de Ilhuicamina, los aposentos estaban tapizados de ricas telas, y tenía bancos de madera de una pieza y primorosamente labrados, camas de esteras y mantas, y cielos de algodón. Cortés, al hablar de este palacio, se refiere á una muy gran sala con estrados muy ricos.

La ubicación de este palacio ha sido muy dudosa. El señor don Fernando Ramírez lo coloca en la esquina de Santa Teresa é Indio Triste; los señores Orozco é Icazbalceta lo han seguido, y aun yo participé de esa opinión. Clavigero, á quien sigue Prescott, pone ese palacio frente á la puerta occidental del atrio que rodeaba el *teocalli*. He buscado de donde pueden haber venido el error y la contradicción; y sólo encuentro que Humboldt, por no recordar bien las calles de México, lo situó en la esquina de las de Tacuba é Indio Triste. Como esas dos calles no hacen esquina, desde luego debió comprenderse la equivocación. El señor Ramírez aceptó la del Indio Triste y le agregó su inmediata de Santa Teresa; pero si ahí hubiese estado el palacio de Axayácatl, que más tarde fué cuartel de los españoles, éstos no habrían podido salir la Noche Triste por la calzada de Tlacópan, pues se hubieran encontrado detenidos por la mole del *teocalli*. Luego debemos aceptar la calle de Tacuba, en lo que hay conformidad con Clavigero; y decir que el palacio de Axayácatl tenía por fondo la actual calle de Tacuba, y por frente la de Santo Domingo hasta la línea donde llegaba el recinto sagrado. Al norte de este palacio estaba el *Tlacochcalco* ó almacén de armas, que era residencia del *Tlacochcálcatl*.

Pero Moteczuma Xocoyótzin quiso hacer palacio suyo y muy suntuoso; y al efecto, estando ocupado todo el lado occidental inmediato al templo, por el *Cuicóyan* y las casas de Ilhuicamina y Axayácatl, dispuso hacerlo en el lado oriental. Su ubicación en ese viento no se disputa; pero en nuestro concepto, se equivocaron en sus límites el señor Alamán y quienes lo han seguido. Se dice que aquel edificio comprendía todo el terreno ocupado por el actual Palacio Nacional, la manzana de la Universidad y la plaza del Volador. Desde luego resultaba el absurdo de que la gran casa de Moteczuma estuviese dividida en dos por el canal del Centro. Además, los palacios de los reyes se ponían inmediatos á los templos, y esa parte de la Universidad y el Volador no lo habrían estado. Agreguemos que la plaza del Volador existía desde entonces, y por lo mismo no podía haber en ella palacio, y que una parte del terreno que el actual ocupa, pertenecía al recinto sagrado del templo. En nuestro concepto, el error viene de no haber comprendido bien los términos de la real cédula de Barcelona, de 6 de julio de 1529, en que se dió á Cortés la propiedad de la casa de Moteczuma, comprendiéndose en esa merced la plaza frontera á ella. La plaza era el espacio que antes ocupó el recinto sagrado; luego, si parte de ella se dió á Cortés y ahí se construyó su palacio, claro es que el de Moteczuma quedaba más atrás. Como también se hizo concesión á Cortés de la plaza del Volador y de la manzana en que está la Universidad, porque Moteczuma tenía varias casas, entre ellas la destinada á sus mujeres, que en nuestra opinión ahí estaba, se pusieron por límites al poniente la calle de Itztapalápan y la plaza Mayor en la parte que no se le concedía. En la escritura de 29 de enero de 1562 se fija más claramente la extensión de ese terreno, pues por el norte se le da la calle que dicen del Arzobispo, por el sur la acequia, y por el oriente la calle Real que viene del hospital de bubas, que á la esquina y remate de la calle están las casas de Juan Guerrero. Nos explicamos esos linderos de la siguiente manera: El palacio nuevo de Moteczuma tenía su fachada al poniente y quedaba frontero del recinto sagrado del templo: esa fachada comenzaba en la línea que separa el edificio del correo del que ocupa el Museo Nacional, y terminaba en la acequia. Por el norte ocupaba esa calle del Arzobispo y la de Santa Inés, donde estaban las casas de Juan Guerrero; por el oriente, la calle actual de la Academia y la de Chiquis, cuya existencia aislada demuestra ese límite, y al sur tenía el canal.

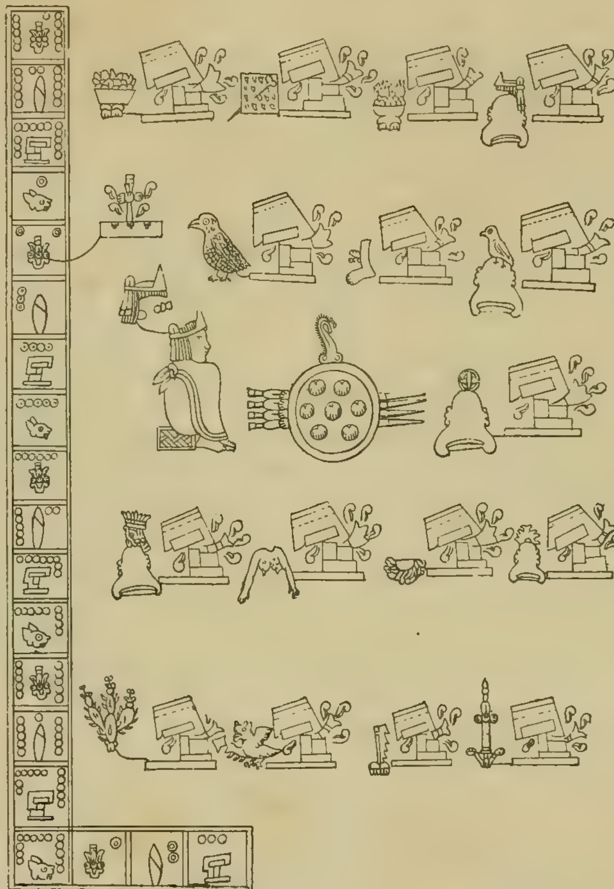
El callejón de Santa Inés, á su vez, está marcando los linderos de la casa de las aves, que llegaba hasta la continuación de la calzada de Tlacópan, es decir, hasta parte de las calles de Santa Teresa y Hospicio de San Nicolás. En realidad, la casa de las aves era el jardín del palacio. De la casa de las aves, dice Cortés que tenía un hermoso jardín con miradores sobre él, cuyas losas, muy bien labradas, eran de mármoles y jaspe; que en esta casa había aposentos suficientes para dos

grandes príncipes con toda su servidumbre; que tenía diez estanques con todo linaje de aves acuáticas, y que para las que se crían en la mar eran los estanques de agua salada, y para las de ríos y lagunas de agua dulce; la cual vaciaban por limpieza de tiempo en tiempo y la tornaban á henchir por sus caños; que á cada ave le daban su mantenimiento propio, de modo, que á las que comían pescado se lo daban, y á las que gusanos, maíz ú otras semillas más menudas, les daban lo que acostumbraban; que solamente de pescado se gastaban diez arrobas cada día; y que había trescientos hombres dedicados á su cuidado, y otros para curarlas cuando enfermaban. Allí había, además, una colección de albinos hombres y mujeres.

De la casa de las fieras se dice que estaba donde después se construyó el convento de San Francisco: el mismo lugar da Vetancourt á la casa de las aves, y aun por el plano de Ramusio se ve su error. Por más que consideremos esta cuestión de muy poca importancia, sí diremos que esa casa era muy hermosa, con un gran patio de losas blancas y negras á manera de tablero de ajedrez. Alrededor estaban las jaulas hondas de estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra; la mitad de cada una de estas jaulas estaba cubierta con losas, y la otra mitad tenía una red de madera muy bien labrada; y en cada jaula una ave de rapiña, entre ellas hermosas águilas. Otras jaulas había, grandes y de muy gruesos maderos, con leones, tigres, lobos y demás fieras. Trescientos hombres las servían y alimentaban. No era extraño en aquellos reyes el tener casas de fieras, pues también en la servidumbre del cazonci de Michuacán encontramos á los guardas de las águilas reales, las que eran más de ochenta, y á los de los leones, adives, y un tigre y un lobo que tenía. Se refiere también Cortés á otra casa en que había enanos, corcovados, contrahechos y hombres y mujeres monstruos; y á las muchas casas de placer que Moteczuma tenía dentro y fuera de la ciudad; diciendo de su palacio que era tan maravilloso, que en España no había uno semejante.

Quedaban, pues, los palacios á uno y otro lado del templo, dejando entre ellos y el recinto sagrado, ámplio espacio para el tránsito. Este conjunto de templo y palacios constituía el centro fuerte de la ciudad; pero á su vez, para llegar á éstos por la calzada de Itztapalápan, se necesitaba un paso que no obligase á atravesar el recinto sagrado. Por el oriente ese paso era la misma plaza del Volador, la cual quedaba cerrada y defendida por el pequeño palacio correspondiente á la manzana de la Universidad. De la misma manera debió haber existido con el mismo objeto plaza en el poniente donde hoy está el Portal de las Flores, y tener á su lado otro edificio que la cerrase y le sirviera de defensa por su flanco. Así era en efecto: en donde hoy la Diputación, estaba nada menos que el palacio del *Tlillancalqui*, del jefe de las fuerzas sagradas, palacio que habitó Tlacaelel.

Los demás edificios públicos respondían naturalmente á este sistema de defensa. Así sobre la ancha avenida que del templo conducía á la calzada de Itztapalápan, estaba la construcción fuerte y piramidal del *teocalli* de Huitznáhuac, en el terreno ocupado ahora por la iglesia de Jesús, sirviéndole de mayor defensa el canal del Sur; y á unas mil varas del cuerpo de la ciudad, donde ahora está la garita de San Antonio Abad, estaba el fuerte de Xoloc, del cual dice Cortés



Reinado de Moteczuma Xocoyótzin. — (Códice Mendocino)

que era un muy fuerte baluarte con dos torres, es decir, pirámides, cercado de muro de dos estados con su pretil almenado por toda la cerca, y con sólo dos puertas, una para entrar y otra para salir. Agreguemos que como las calzadas servían de diques, había en ellas cortaduras para el paso de las aguas que se cerraban con compuertas en caso necesario, y sobre esas cortaduras puentes que se quitaban, lo cual constituía una nueva defensa. Así Cortés cuenta que detrás del fuerte y ya junto á la ciudad había una cortadura con su puente de diez pasos de anchura, hecho de vigas muy luengas que quitaban y ponían á discreción. El señor Orozco creía que bien pudo ser esa cortadura Acachinanco, pero ésta estaba ya en el camino de Coyoacán.

Aumentaban la fortaleza de la ciudad los cuatro *telpuchcalli*, verdaderos cuarteles en los cuatro grandes barrios, y los numerosos templos piramidales que en

ella había: podemos citar los de Tlacatécpan, Tlamatzinco, Aténpan, Coatlán, Mauhyoco, Tzonmulco, Izquitlán, Tezcacoac, Apantecuhtlán, Chililico, Naténpan, Cuauhquiáhuac, Tezontlalamacóyan, donde ahora está la iglesia de Santa Catarina, y Ayauhcultitlán, hoy plaza de San Pablo. Además, como fuertes avanzados, había en la calzada de Tlacópan, en lo que es ribera de San Cosme, el templo de Mazatzintamalco, y en donde se cruzaba con la que iba á Chapultepec el de Ayauhcalco: y más allá del fuerte de Xôloc, primeramente el Cihuateocalli ó templo de *Toci*, y después Acachinanco entre México y Huitzilopochco ó Churubusco. Por los estudios del señor Orozco y nuestros manuscritos podemos fijar también algunos puntos fuertes de la parte de Tlatelolco ó en su dirección. El templo de Atzacualco estaba donde hoy San Sebastián; Xacaculco, en el lugar que ocupa Santa Ana, junto al cual había un *Tlacochcalco* que daba nombre al barrio; Xocotitla, correspondiente á la iglesia de Tepito; Coyonacazco, donde estuvo después la ermita de Santa Lucía que ya no existe; Tetenantitech en el barrio Tetenámitl y Momozco. Agreguemos el gran *teocalli* de Tlatelolco, el *tianquiztli*, y el *Técpan* que estaba al otro lado.

Todas estas obras se combinaban con las calzadas, las cuales tenían varias cortaduras cuyos puentes podían levantarse, lo mismo que los de los canales. El punto relativo á las calzadas tampoco se ha aclarado bien. La primera calzada que en nuestro concepto se construyó fué la de Nonoalco: hijo el rey de Tlatelolco del de Atzcaputzalco, era natural que procurase unir los dos reinos. Hemos notado ya varias referencias á ella; pero el señor Orozco no la trae: bien pudo suceder que cuando la toma de Tlatelolco la destruyeran los mexica. Sin embargo, la vemos en el mapa del Conquistador Anónimo, paralela á la de Tlacópan. Esta fué la primera que tuvo Tenochtitlán, agregándosele después el ramal que la une á Chapultepec. Así, pues, al poniente quedaban las calzadas de Tlacópan y Nonoalco. Estas no se hicieron con el objeto de que sirviesen de diques, sino para unir la isla á la tierra firme y traer á ella las aguas de Chapultepec y Zancopinco. Itzcoatl mandó hacer la de Coyoacán y Xochimilco, para comunicarse directamente con los pueblos que había conquistado. Esta calzada está al sur en línea recta de México. Cuando la inundación en tiempo de Moteczuma, recordaremos que se hizo un dique que partiendo del Tepeyác venía á la isla, y se extendía cubriendo su lado oriental: este dique fué la calzada del norte, unido á Tlatelolco; sobre él llegaba el muelle del embarcadero; y continuando hasta la Coyuya contenía las aguas del lago salado. Pero vimos también que en tiempo de Ahuizotl las del lago dulce inundaron á su vez la ciudad, y entonces fué preciso extender el albarradón ó dique desde la Coyuya hasta Itztapalápan, uniéndolo por una calzada á la de Coyoacán. El albarradón existe todavía, y la calzada es la que de la Viga va á San Antonio Abad. De manera que las dos calzadas del sur, la de Itztapalápan y la de Coyoacán, se encontraban casi en ángulo recto, y al llegar al cuerpo de la ciudad eran una sola.

México no perdió por estas calzadas su calidad de isla; estaba rodeada de agua por todas partes, lo que, según el dicho de Bernal Díaz, la hacía fortísima ciudad, la más fuerte que los conquistadores encontraron. La disposición de sus canales hacía fáciles las comunicaciones á todas esas partes de agua contenidas entre las calzadas.

La ciudad, según dicho del Conquistador Anónimo, tenía unas tres leguas de circunferencia. En cuanto al número de sus habitantes ha habido opiniones muy diversas: la más aceptada es de trescientos mil, fundándose en que el Conquistador Anónimo habla de sesenta mil y deben tenerse por familias. No comprendemos la razón de esta rara consecuencia. El texto es terminante, pues dice: «sessanta mila *habitatori,* et piu tosto piu che meno.» Habíamos dado á Tenochtitlán cuarenta mil habitantes, que con veinte ó treinta mil del Tlatelolco, resultan para toda la isla de México sesenta á setenta mil habitantes. Y no podía ser de otro modo: la isla era más pequeña que la actual ciudad, las casas casi todas de un piso, y gran parte del terreno estaba ocupado por el recinto sagrado del Gran *teocalli,* los otros muchos templos citados, los palacios, edificios públicos y plazas. Nos parece, en vista de todos estos datos, muy razonable la cifra de sesenta y cinco mil habitantes para la ciudad de los Moteczuma.

CAPÍTULO VIII

Cambio en la organización pública. — Moteczuma se hace servir por nobles.— Costumbres palaciegas.— Ceremonial de la comida de Moteczuma. — Audiencia. — Música. — Paseos. — Guerra con Chololllan. — Los tlatelolca. — Nueva guerra de Tututepec. — Restauración de Tlatelolco. — Los jefes que había tenido — Guerra con Tlaxcalla. — Prisión y muerte de Tlalhuicole. — Los tzapoteca. — Su alianza con los mixteca. — Desastres de los mexica en Tecuantepec. — Su alianza con los tzapoteca. — Cosijópii. — Extensión del imperio de Moteczuma. — Primeras noticias de los españoles — Netzahualpilli lo participa á Moteczuma. — Influencia del fanatismo de esos sucesos. — Los huexotzinca incendian el templo de Toci. — Venganza de los mexica. — Represalias de los huexotzinca. — El cometa de 1516. — Lo observa Moteczuma. — Manda matar á los astrólogos. — Consulta á Netzahualpilli. — Fatales agüeros. — Muerte de Netzahualpilli. — Cacama ocupa el trono de Texcoco. — Últimas campañas de Moteczuma. — La piedra de Aculco. — Moteczuma manda esculpir su efigie en Chapultepec. — Huye á Tlachtonco. — Velázquez — Hernández de Córdoba. — Arribo de los españoles á Yucatán. — Primer combate. — Descubrimientos posteriores. — Expedición de Grijalva. — Cozumel. — La primera misa. — Batalla de Coan Pech. — Río Grijalva. — Alvarado penetra en el Papaloápan. — Isla de Sacrificios. — Ulúa. — Desembarque y rescates. — Vuelta de la armada. — Prepara Velázquez nueva expedición. — Leyenda de la embajada del Teotlamacazqui. — Hernán Cortés. — Viene á la Española. — Le nombran escribano de Azua. — Pasa de secretario de Velázquez á Cuba. — Su prisión y libertad. — Encompadra con Velázquez. — Le nombra éste capitán de la nueva armada — Instrucciones que le da. — Recluta para la expedición. — Sale ésta y da Velázquez órdenes para detenerla. — Parte la armada definitivamente de la isla. — Las naves y sus capitanes. — Número de los hombres de la armada, su clase y armas. — Caballería y artillería. — Organización del pequeño ejército. — La armada en Cozumel. — Jerónimo de Aguilar. — Batalla de Tabzcoob. — Cortés toma posesión de la tierra por el rey de España. — Caballos que traían los españoles. — Táctica y armas de los españoles. — Batalla de Centla. — Se celebra la paz. — Presente de mujeres hecho á los españoles. — Marina. — Prosigue la armada su camino. — Desembarca en Chalchiuhcuécan. — Embajada de Moteczuma. — Descontento en el campo español. — Se funda la Villa Rica de la Vera Cruz. — Objeto político de Cortés. — Se traslada el ejértito al nuevo asiento de la Villa. — El cacique de Cempuállan. — Alianza con los totonaca. — Nueva embajada mexica. — Se decide enviar carta del ayuntamiento á Carlos V. — Nuevos disgustos entre los españoles. — Destrucción de las naves y partida de los comisionados. — Emprende Cortés la marcha para México. — Ejército aliado de guerreros totonaca. — Lista de los conquistadores que vinieron con Hernán Cortés.

Naturalmente las costumbres de la corte y toda aquella organización bizarra se modificaron por la voluntad despótica de Moteczuma. Ya había ordenado á Tlilpotonqui que recogiese á los hijos de los señores de México, Texcoco y Tlacópan que no fuesen bastardos, pues los nacidos de mujer baja siempre tendrían resabios de bajeza, y había dispuesto que ellos sirvieran los cargos públicos, expresando que quería ser servido á su voluntad y gusto, establecer las cosas de su reino como más le cuadrase y llevar los negocios de su gobierno por la vía que á él le diese más contento. Esto era la destrucción de los antiguos poderes públicos, el aniquilamiento del consejo ó *Tlatócan*, y Tlilpotonqui, al obedecer, abdicaba las prerogativas de su alto cargo, lo que prueba una vez más que el *Cihuacoatl* no era de por sí esa segunda majestad que se ha pretendido.

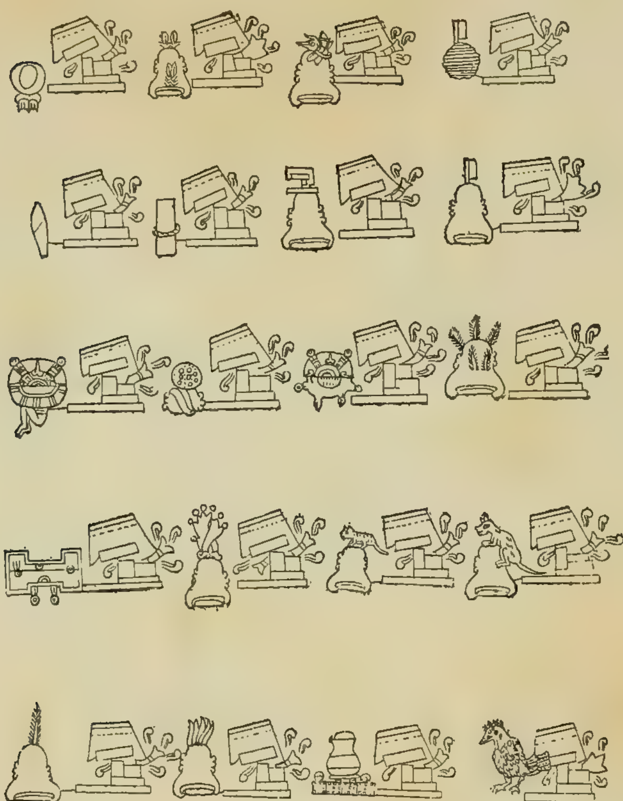
Llegó á tanto el orgullo de Moteczuma, que quiso ser servido sólo por señores de sangre real, para que sus mandatos y palabras fuesen comunicados por bocas de magnates como en vasos de grandeza y pronunciados con aliento ilustre y excelente, y mandó que sus pajes, camareros, maestresalas, mayordomos y ujieres, todos los que sirviesen en sus palacios y anduviesen en su presencia y hasta los encargados de barrer los aposentos y encender lumbre en ellos, fuesen hijos de grandes.

Esta multitud de nobles que estaba á su servicio habitaba en el palacio, y además cada mañana entraban en él seiscientos señores tributarios y nobles para hacerle la corte. Pasaban el día en las antecámaras adonde no podía llegar la servidumbre, sin alzar la voz y esperando las órdenes del monarca. Estos personajes llevaban su servidumbre, y era tanta que no cabiendo en los tres patios del palacio, buena parte quedaba en la calle. Ya hemos dicho que tenía Moteczuma palacio para sus mujeres, y creemos que estaba donde es ahora la manzana de la Universidad. Había ahí gran cantidad entre señoras, criadas y esclavas, cuidadas por matronas que las celaban. De ellas tomaba para sí Moteczuma las que eran de su agrado, y con las otras premiaba los servicios de sus súbditos. Se cuenta que á la vez tenía amores con ciento cincuenta de sus mujeres. Todos los señores tributarios debían residir en la corte en alguna época del año, y cuando se

ausentaban dejaban á sus hijos ó hermanos como rehenes de su fidelidad.

Nadie podía entrar calzado en el palacio ni presentarse engalanado al emperador, sino con traje ordinario en señal de humildad y respeto. Los que eran recibidos por el monarca no debían alzar los ojos á verle, y antes de hablarle habían de hacer tres reverencias, diciendo *tlatoani* en la primera, *notlatocátzin* en la segunda, *hueytlatoani* en la tercera. Hablaban en voz baja y recibían la respuesta por medio de un secretario, con lo cual se retiraban sin volver la espalda.

Según Clavigero, comía Moteczuma en la misma sala de la audiencia, sentado en un taburete y sirviéndole de mesa un gran almohadón cubierto de mantel



Conquistas de Moteczuma —(Códice Mendocino)

blanco de algodón finísimo. La vajilla era de barro de Cholóllan, y ninguno de los utensilios le servía dos veces, pues los daba inmediatamente á los nobles de su servidumbre. Las jícaras en que tomaba el chocolate eran de oro ó de hermosas conchas de mar, y en el templo y en ciertas solemnidades usaba platos de oro también. Los manjares eran tantos y tan varios, que llenaban el pavimento de una gran sala, y se presentaban á Moteczuma fuentes de toda clase de volatería y caza, peces, frutas y legumbres. Antes de que se sentase llevaban la comida cuatrocientos mancebos é inmediatamente se retiraban, dejando un braserillo debajo de cada plato para que no se enfriase. Moteczuma señalaba con una vara los platos de que quería comer y los demás se repartían á los señores que estaban en las antecámaras. Al ir á sentarse le ofrecían agua para lavarse las manos cuatro de sus más hermosas mujeres, las cuales permanecían de pié á su lado durante la comida, así como los grandes dignatarios y el *Petlacálcatl*. Dejaba éste caer el tapiz de la puerta para que no viesen comer al emperador, y él y las cuatro mujeres le servían sin hablar sino para contestarle. Divertíase durante la comida con oir los instrumentos músicos que le tocaban y los dichos de sus bufones, en cuyas burlas á ocasiones encontraba buenos consejos. Después de la comida fumaba en un *acayetl* preciosamente barnizado, rico tabaco mezclado con ámbar, lo cual le conciliaba el sueño. Al despertar daba audiencia, y á ésta se seguía un rato de música, pues gustaba de oir cantar las acciones ilustres de sus antepasados. Otras veces se divertía jugando ó viendo jugar. Cuando salía le llevaban cuatro grandes señores en andas riquísimas y otros le cubrían con un palio de preciosa plumería, yendo con el gran séquito de cortesanos y haciéndole aire con mosqueadores de primorosas plumas. El monarca salía con traje espléndido y con *cactli* de suelas de oro ornadas de rica pedrería. Al aproximarse todos se detenían y cerraban los ojos. Cuando bajaba para andar, se apoyaba en los cuatro magnates, que eran sobrinos suyos, quienes únicamente podían alzar la vista á él, pues los demás la llevaban baja. Otros magnates lo iban cubriendo con el palio: muchos grandes señores caminaban delante de él barriendo el suelo y tendiéndole mantas porque no pisase la tierra.

Tanta suntuosidad y tanto despotismo apenas pueden imaginarse en los grandes imperios del antiguo Oriente. A este propósito ha escrito el señor Orozco el siguiente pensamiento admirable: «Igualado el monarca con las divinidades, los súbditos habían descendido hasta parias: al ensancharse la distancia intermedia entre ambos, se abrió el abismo inmenso en que todos perecieron.»

Un suceso acaecido con los tlatelolca por aquel tiempo, había venido á cambiar su condición especial é influir en la de México. Recordaremos que á los tlatelolca, desde que fueron conquistados por Axayácatl, les quedó prohibido ser guerreros y ni usaban armas ni iban á campaña con los ejércitos del Anáhuac. Parece que tal prohibición había sido levantada ya por Moteczuma cuando los chololteca invitaron á los mexica á la guerra sagrada, sin duda por necesitar víctimas para alguna de las solemnísimas fiestas de la metrópoli sacerdotal. La batalla duró todo un día, y al volver los ejércitos á sus ciudades, si los chololteca llevaban muchos muertos, los mexica habían quedado mal parados y perdido algunos de sus mejores jefes. En la confusión de unos mismos sucesos en las diversas crónicas debemos buscar camino; Torquemada lleva equivocado su orden cronológico, y si de Ixtlilxóchitl hay que desconfiar siempre, más debemos hacerlo cuando trata de los últimos sucesos de los mexica y en especial de Motec-

zuma; así seguimos el relato de Tezozomoc y Durán por más lógico y más verosímil. Nos parece por lo mismo falsa la complicación de Moteczuma en la muerte de Macuilmalinátzin en esta ú otra de aquellas batallas, y menos cuando el cronista hace hermanos á ambos. Como quiera que sea, en ella no pelearon los tlatelolca, lo que enojó de tal manera al emperador de México, que por recobrar su gracia se decidieron á hacer proezas

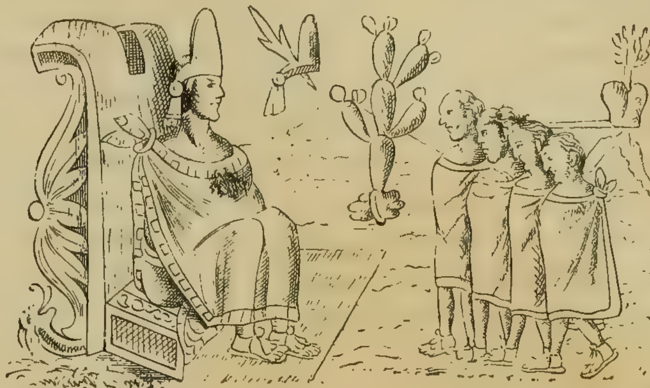


Batalla de Tututepec

en la nueva campaña que se preparó contra Tututepec, pueblo alzado contra Moteczuma y nuevamente fortificado más de lo que antes estaba. Distinguiéronse mucho los tlatelolca, y volvieron con dos mil prisioneros, lo cual fué causa de que el emperador no sólo les retirara su enojo, sino que volviera á Tlatelolco á la vida política de que estaba privado.

Este suceso tiene más importancia de la que á primera vista pudiera parecer, pues venía al fin á unificar los intereses sociales de todos los habitantes de la isla. Si debiéramos creer el relato del manuscrito de Tlatelolco tendríamos que poner más tarde ese acontecimiento. Refiérenlo esos anales al año *ce ácatl*, 1519, diciendo que en él tomó el mando de Tlatelolco el joven Cuauhtemoc *Tlacatécatl*, y entonces se volvió á unificar la capital del mismo Tlatelolco. Esto desde luego se explica mejor, pues el peligro de toda México por la aparición de los españoles hacía olvidar los antiguos rencores de sus dos partes. El mismo manuscrito nos da razón de los gobernantes que hubo en Tlatelolco hasta entonces desde la muerte de Moquihuix. El primero fué Chiuhchítzin *Tlacatécatl;* siguió á su muerte Tzintlacatécatl, después Tlacochcálcatl, y en seguida sucesivamente Tozacátzin *Tlacatécatl*, Tlacochcálcatl, Tzincuáuhtzin, Teyococoáltzin *Tlacatécatl* y Tlacochcálcatl. Se ve, por lo tanto, que siempre gobernaba en Tlatelolco uno de los jefes guerreros.

Coyuntura se le presentó en esos tiempos á Moteczuma para desbaratar el pacto sagrado: sucedió que los tlaxcalteca entraron en son de guerra por terrenos de Huexotzinco, y que *Teayéhuatl*, uno de los jefes de este señorío, pidió auxilio á México. Marcharon los mexica á vengar la afrenta; pero ya los tlaxcalteca habían aumentado su poder y sus alianzas y tenían por jefe guerrero á Tlalhuicole. Preciso fué mandar nuevos escuadrones de Texcoco y Tlacópan, y tras más de veinte días de batallas fueron arrojados los tlaxcalteca de las tierras de los huexotzinca, dejando prisioneros en



Los huexotzinca piden auxilio á Moteczuma contra los tlaxcalteca

poder de los mexica y entre ellos al valeroso Tlalhuicole. Moteczuma, admirador de su fortaleza, mandólo aposentar, vestir y armar como á rey. Pero el águila de la guerra no podía vivir feliz en esa quieta servidumbre, y entristecióse su alma y su semblante se entristeció. Por ser esto de mal agüero y por juzgarlo Moteczuma pusilanimidad, mandó retirarle las guardas, diciéndole que lo ponía en libertad como á hombre de poco valer y cobarde. Desesperado Tlalhuicole, subió al templo de Tlatelolco y se despeñó dándose la muerte. Según otra versión, Moteczuma quiso emplearlo en su reino y no aceptó, aunque nos lo presentan después mandando un ejército contra los tarascos: conforme á esa misma versión jamás quiso aceptar la libertad por parecerle deshonrosa, y pidió morir en el sacrificio gladiatorio. Accedióse al fin á su súplica, y atado en el *Temalácatl*, con sola su *macuáhuitl* de madera, mató á ocho combatientes é hirió á más de veinte, hasta que, herido á su vez, lo tomaron los sacerdotes y lo sacrificaron ante *Huitzilopochtli*. Esta versión es más bella, pero confesemos que la otra es más verosímil.

De nada sirvió á los mexica esa victoria, pues expulsados los tlaxcalteca del territorio de los huexotzinca, volvieron éstos á su ciudad y después á sus antiguas alianzas por influencia del sacerdocio de Cholóllan. Era ya tarde para destruir la poderosa liga que el fanatismo y la imprevisión de los mexica había dejado desarrollarse gigante del otro lado de las montañas de eterna nieve, señoras del Valle.

Mas antes de pasar adelante debemos dirigir nuestra vista á los sucesos acaecidos por entonces en el señorío de los tzapoteca. Hemos visto cómo las fuerzas de México se dirigieron á esos rumbos desde el tiempo de Ahuizotl y cómo bajo el de Moteczuma llegaron hasta Xoconochco y dominaron la Mixteca, conquistando en uno y otro caso los pueblos del istmo de Tecuantepec. Los cronistas de aquellos pueblos refieren que Motec-

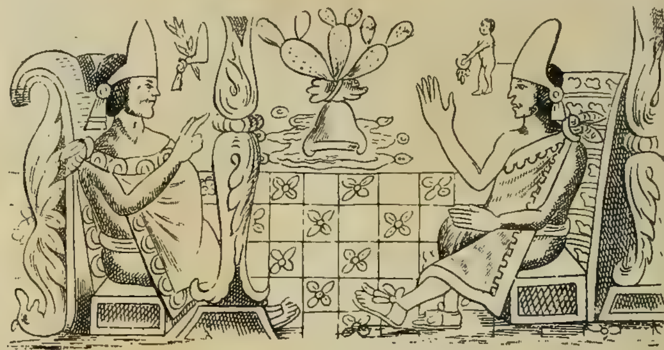
zuma tuvo intento de conquistar á la nación tzapoteca y que su rey resistió ó á ello se dispuso en Cuauhxolotitlán cuando la Mixteca fué invadida, por lo cual los mexica, cambiando de rumbo, intentaron penetrar por Tehuacán, disponiéndose entonces los tzapoteca á la resistencia en Huijazóo, estableciendo una línea de guerreros desde Cuauhxolotitlán hasta Teococuilco. Los mexica pasaron de frente sin atacar á los tzapoteca, y como los huabes se les sujetaron voluntariamente, penetraron hasta Huehuetán y Xoconochco. Mas el rey tzapoteca comprendió el peligro en que ponían á su reino los avances de los mexica, y coligándose con el mixteco marchó sobre Tecuantepec, batió á los huabes y á los mexica, ocupó el territorio, fortaleció las ciudades, hizo gran acopio de víveres y en un gran cerro que corre como muralla del río de Tecuantepec frente á Xalápan hasta una legua adelante, mandó formar de lajas y peñas un muro y contramuro y un gran jagüey que llenó de agua y pescados, y allí se situó con numeroso ejército armado de flechas envenenadas. Los mexica que volvieron á recobrar Tecuantepec no osaron atacarlos y acamparon á alguna distancia, y ahí tzapoteca y mixteca, haciendo salidas nocturnas, les destruyeron más de la mitad de su ejército. Inútil fué que Moteczuma enviase dos y tres socorros, pues nada adelantaron los guerreros del Anáhuac en siete meses que duró el cerco.

Tuvo al fin Moteczuma que buscar la paz y la alianza de Cosijoeza, siendo principal lazo de unión una hija del primero que dió al segundo por esposa, llamada Copo de Algodón, Ichcaxóchitl, y muy celebrada por su belleza. Salió gran embajada por ella, y fué recibida en Teotzapotlán con grandes honores y regocijos. Se agrega que Moteczuma la incitó á hacer traición á su esposo; pero que ella fué fiel. Aliados ya Cosijoeza y Moteczuma, pasaban las fuerzas de éste custodiados por los tzapoteca hasta más allá de Tecuantepec. Del matrimonio referido nació un hijo llamado Cosijópii, que significa *rayo del aire*, quien fué rey de Tecuantepec en el año 1594.

Desde luego se ve que hay mucho de falsedad en este relato, pues no caben todos sus sucesos dentro de los años del reinado de Moteczuma. Lo verosímil es que éste, tomando en cuenta el poder de los tzapoteca, buscase su alianza y que como aliado se le sujetase Cosijoeza, dándose á su hijo Cosijópii el señorío de Tecuantepec. Lo deducimos así de dos hechos: en la *Matrícula de Tributos* aparecen muchos pueblos tzapoteca, y los nombres nahoas que les fueron impuestos acusan sumisión ya que no vencimiento.

Así podemos decir que el dominio de Moteczuma, irregular y de forma tributaria, se extendía por el norte y el poniente hasta el reino de los tarascos, y abrazando á los tlahuica al sur corría desde el Totonacápan en el Golfo hasta el Océano, hoy llamado Pacífico, penetrando en Xoconochco y acaso en Cuauhtemállan, como algunos quieren.

En tal estado de cosas llegaron noticias vagas á México de hombres extraños que habían aparecido por el mar y que venían de oriente. Era que Colón había descubierto el Nuevo Mundo y que los españoles ocupaban ya las islas. Desde 1506 Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón habían descubierto la península maya; pero hasta 1511 no llegaron allí los náufragos del banco de las Víboras, de los cuales sobrevivieron Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar. Sin duda



Netzahualpilli participa á Moteczuma la venida de los españoles

los mercaderes *pochteca* trajeron la extraña nueva á Texcoco, pues *Netzahualpilli* pasó á México á hablar con Moteczuma y á predecirle la destrucción de sus reinos.

La leyenda astronómica de *Quetzalcoatl*, que en histórica se había tornado y que ya era verdad indiscutible, sobre todo para los creyentes y fanáticos como Moteczuma, auguraba el triunfo de los hombres que vinieran por oriente y decidía del destino de aquellos pueblos. De aquí que tal creencia convirtiera en predicciones, profecías y señales celestes muchos sucesos comunes desapercibidos en cualquiera otra ocasión, como temblores y enfermedades, y que las crónicas estén llenas de leyendas á ese propósito.

Desgraciadamente para aquellos pueblos el fanatismo era ya su único consejero. Así es que á los temores de Netzahualpilli contestó Moteczuma decretando la guerra sagrada, y como quiera que en ella hicieran muchos cautivos tlaxcalteca y huexotzinca, hubo gran regocijo en la ciudad y en los templos, mucho son de atambores y bocinas y caracoles y de todos los demás instrumentos y muchas y solemnes fiestas en la ciudad.

Mas eso no bastaba en tal momento de temores y de dudas para tener propicios á los dioses, y como se acercaba la fiesta de *Toci* se dispuso singular y muy cruel sacrificio. En el Gran *teocalli* sacrificóse una parte sacando á las víctimas el corazón como de ordinario, á otros se les arrojó en el fuego del brasero divino y á los restantes los llevaron al templo de la diosa, los asparon en unos maderos y los asaetearon

á todos. Al saber los de Huexotzinco tan espantosa matanza, emprendieron camino de secreto, y llegando por la noche al templo de la diosa, lo quemaron así como los maderos y el tablado con la imagen de *Toci,* que estaba frontero de él. Esta sorpresa era fácil porque, según recordaremos, ese templo estaba fuera de la ciudad, algo más allá del fuerte de Xoloc. Tanto el señor Ramírez como el señor Orozco, interpretando



Los huexotzinca queman el templo de Toci

un texto de Sahagún, ponen el templo de *Toci* en el cerro del Tepeyác: ese era otro, no el de los mexica.

Gran ira causó el suceso á Moteczuma, y comenzó por castigar á los sacerdotes descuidados mandando que fuesen encerrados en jaulas pequeñas con el piso lleno de pedazos de cortante obsidiana y que les diesen muy poco de comer á fin de que fuesen muriendo lentamente en tan doloroso suplicio. Puede tanto el fanatismo, que el cronista cuenta que aquellos desventurados, convencidos de que habían ofendido á la diosa con su descuido, recibieron aquel castigo espantoso con humildad y paciencia.

Mandó Moteczuma inmediatamente hacer nuevo templo á *Toci* con tablado y maderos más altos que los anteriores, y para tener cautivos de los mismos culpables que sacrificar en el estreno, decretó la guerra sagrada con Huexotzinco. Dada la batalla en los llanos de Atlixco y tomados cautivos muchos huexotzinca, procedióse al estreno y al sacrificio: de los prisioneros, á una parte de ellos desollaron, medio vivos ó vivos, y sus cueros sirvieron cuarenta días para pedir limosna por las puertas, hasta que los que los traían vestidos no los podían sufrir de hedor; á otros quemaron vivos, y á los restantes los asaetearon. Y para que nadie se atreviese á profanar nuevamente el templo de la diosa, mandó que en él hubiese constantemente sacerdotes y guerreros de guardia. Los huexotzinca á su vez hicieron fiesta al dios *Camaxtli,* y en ella sacrificáronse los prisioneros mexica, desollándolos, quemándolos vivos y asaeteándolos. Así el fanatismo de Moteczuma, en los momentos en que se acercaba el peligro común, dividía más y más á México de los pueblos del otro lado del Valle, y convertía en rencor profundo el odio que poco á poco había crecido en las guerras sagradas.

De tal manera habían llegado los acontecimientos al año de 1516, y en él á todas las predicciones y malos agüeros debía agregarse la aparición de un cometa, cosa espantable para los mexica y señal de desgracias sin cuento. Cuenta la historia que en cada templo había un indio vestido con el traje del dios, que lo representaba y era reverenciado como él: estos indios hacían penitencia y guardaban castidad durante un año y se llamaban *Mocexiuhcauhque.* El del *teocalli* de *Huitzilopochtli* en esa vez era el mancebo Tzocoztli, y habiéndose levantado por acaso á la media noche vió por el lado del oriente un poderoso cometa de larguísima y resplandeciente cauda. Atemorizado despertó á los sacerdotes y á los guardias, y todos lo estuvieron viendo hasta el amanecer que quedaba encima de la ciudad de México. Al llegar la mañana borróse entre los resplandores del sol, y el mancebo con todos los que lo habían visto se fué á palacio y dió á Moteczuma noticia de su aparición. El emperador quiso verlo por sí mismo, y por la noche se subió á un mirador de su palacio, y desde ahí lo contempló atónito y atemorizado. Mandó Moteczuma llamar á sus astrólogos, agoreros, adivinos, hechiceros y encantadores para que le explicasen el prodigio; pero éstos contestaron que no lo habían visto, con lo cual montó el emperador en tanta



Moteczuma observa el cometa de 1516

cólera que mandó los enjaulasen y ahí los dejaron morir de hambre. El fatalismo era la base de la filosofía y de las creencias de los mexica; Moteczuma tuvo gran pavor de los designios del lado desconocido, y nada hay tan cruel como el miedo.

Moteczuma consultó entonces á Netzahualpilli, á quien todos tenían por muy sabio, y éste, siguiendo naturalmente las creencias comunes, tomó por señal de desgracias y de ruina de la nación la presencia del cometa. No se necesitaba más para que decayese profundamente el ánimo del emperador supersticioso, y como para vengarse del destino, mandó matar á todos los astrólogos, hechiceros, adivinos y encantadores que hubiese, saquear sus casas y destruirlas y dar por esclavos á sus hijos y mujeres. Mandó buscar otros

astrólogos y todos predecían desgracias. Y como en todos los pueblos se veía el cometa, cundió por donde quiera el espanto, y al amanecer se oían en todos ellos clamores y gritos que sus habitantes daban al cielo.



Moteczuma consulta á los astrólogos y encantadores de México

En Netzahualpilli no fué menor la impresión causada por el cometa; retiróse á su palacio de Texcotzinco, y sintiendo allí la muerte cercana, volvió á Texcoco, muriendo el mismo año y encargando se ocul-



Muerte de Netzahualpilli

tase su muerte. Esto y no haber hecho jurar por sucesor á su hijo, hizo creer á aquellos pueblos que había desaparecido, pero no muerto. Celebráronse, sin embargo, con gran pompa sus exequias, y fué

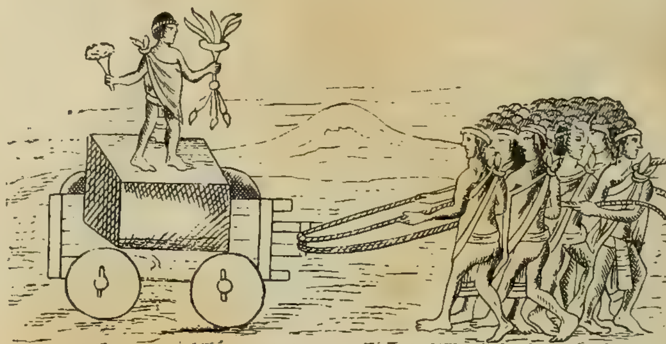


Los de Tlaxiaco matan á los pochteca

nombrado Cacama *tecuhtli* de Texcoco. Debemos dar de mano el relato de Ixtlilxóchitl sobre no tocarle á él el reino, lo mismo que los episodios que á este propósito trae, pues brotaron de su pluma á impulsos del interés personal.

Según los astrólogos europeos el cometa de 1516 anunció la muerte de Fernando el Católico en España, y según los mexica la de Netzahualpilli en Texcoco.

Todavía después de esto encontramos algunas batallas en los jeroglíficos y sabemos de una nueva destrucción de Tlaxiaco y del sacrificio de los prisioneros en la fiesta *Tlacaxipehualiztli;* pero no debemos tomarlas por campañas formales, sino por expediciones aisladas



Conducción de la gran piedra de Aculco

para hacer efectivo el tributo, pues el ánimo de Moteczuma no estaba ya para conquistas.

Entre los prodigios de aquella época se cuenta que Moteczuma mandó traer una gran piedra de Aculco para construir un nuevo *Temalácatl,* y cuando tras muchos trabajos pasaba por el puente de Xoloc, se hundió y desapareció, volviéndosela á encontrar en el lejano lugar de donde la habían arrancado. Creyó Moteczuma su muerte cercana, y siguiendo la costumbre de sus antepasados hizo esculpir su efigie en Chapultepec.



Moteczuma huye para Tlachtonco

Hacemos merced á los lectores, por no cuadrar á nuestro intento, de los muchos prodigios de la leyenda y de los sobresaltos de Moteczuma; sólo diremos que acobardado éste huyó una noche de la ciudad y en una canoa se fué con sus corcovados y enanos á esconder á Tlachtonco: el *tepixtla* del *teocalli* fué en su seguimiento, é increpándole su temor lo hizo volver oculto á la ciudad. Leyenda ó historia, esto pinta el estado de ánimo de Moteczuma, y como cedía su fatalismo á la voluntad de los dioses. Era que ya tenía noticias ciertas del arribo de los españoles y creía firmemente

llegada la época del cumplimiento de las profecías de *Quetzalcoatl.*

En efecto, desde 1511 Diego Velázquez había conquistado ó más bien ocupado la isla de Cuba, y acabada la conquista había sido nombrado su gobernador; y en 1517, habiéndose hecho á la vela con tres barcos Hernández de Córdoba para una expedición á las Lucayas, empujado por los vientos había llegado á la península maya, nombrada Yucatán desde entonces, y había tocado en el cabo Catoche y en la isla que llamaron de Mujeres. En el cabo fueron invitados á acercarse por los mayas, quienes les decían *conex c otoch,* «venid á nuestras casas,» y de ahí formaron los españoles el nombre del lugar. Bajaron, aunque con precauciones, que no fueron inútiles, porque batidos por los mayas tuvieron que retirarse á sus navíos llevando dos prisioneros, los cuales bautizados tomaron los nombres de Julián y Melchor. Durante la pelea el clérigo González tomó los ídolos y objetos de oro que en un templo cercano había. Esto pasaba á 5 de marzo del referido año de 1517. Según Las Casas la expedición á Yucatán no fué casual sino directa.



Don Diego Velázquez de Cuellar

Los descubridores siguieron la costa occidental de la península y llegaron al pueblo de Campeche, Can Pech; aunque fueron bien recibidos, al ver grandes escuadrones de indios se retiraron á sus navíos. Navegaron seis días, cuatro de fuerte tempestad, y las corrientes los llevaron á Potonchán. Bajaron á hacer agua, y los indios los batieron; perdieron los españoles cincuenta soldados que quedaron muertos en el campo, á Alonso Bote y á un portugués viejo que cayeron vivos en poder del enemigo, y todos los demás fueron heridos menos uno, contando el capitán Francisco Hernández de Córdoba doce flechazos y tres Bernal Díaz, que con él iba, uno peligroso en el costado izquierdo. Al cabo de otros tres días saltaron á tierra para tomar agua, de que carecían, en un lugar de la Laguna de Términos, que llamaron Estero de los Lagartos, y tras otros trabajos se volvieron á Cuba desembarcando en el puerto de Carenas, llamado hoy Habana.

Dispuso Velázquez nueva expedición á su costa, entusiasmado por los relatos de los descubridores, por saber que había ciudades con casas de cal y canto, y además por la vista de Julián y Melchor, de los ídolos y objetos de oro. Armó una escuadrilla de cuatro navíos, llevando por pilotos á Antón de Alaminos, Camacho de Triana y Juan Álvarez el Manquillo de Huelva, sin que sepamos el nombre del cuarto. Nom-

bróse por capitán á Juan Grijalva, natural de Cuellar y deudo de Velázquez, y fueron además como capitanes Francisco de Ávila, Pedro de Alvarado y Francisco de Montejo. Las instrucciones dadas á Grijalva se reducían á rescatar oro y plata sin poblar en parte alguna. Las tres carabelas con la nao se hicieron á la mar con más de doscientos hombres entre soldados y marineros, habiendo dejado el puerto de Carenas el 23 de abril y el cabo de San Antón el sábado 1.° de mayo. El lunes 3, descubrieron la isla de Cozumel, y por ser día de la Santa Cruz púsole Grijalva este nombre. Martes 4, desembarcó Grijalva sirviéndole de intérprete el maya Julián, y tomó posesión de la isla en nombre de la reina doña Juana y su hijo don Carlos y en el de Diego Velázquez. El jueves 6 saltó á tierra Grijalva colocando en lo alto del *Kú* maya el estandarte real, y dijo el presbítero Juan Díaz la primera misa que se celebró en nuestro territorio. Del 7 al 9 expedicionaron á la península y el 11 se alejaron definitivamente de Cozumel. Costeando la península llegaron á Campeche el martes 25, y el 26 desembarcaron doscientos hombres y tres piezas de artillería. El jueves 17 los



Juan de Grijalva y Cuellar

atacaron los indios que fueron rechazados; pero salieron varios españoles heridos y uno muerto, y Grijalva con dos flechazos y dos dientes de menos. El viernes 28 partieron; vieron á lo lejos Potonchán, y el lunes 31 arribaron á una laguna donde hallaron agua, que mucho necesitaban, por lo cual pusieron al lugar Puerto Deseado. Estuvieron ahí hasta el 5 de junio, y el 7 dieron con un gran río donde quisieron y no pudieron por la barra entrar todos los navíos, sino sólo las dos menores carabelas. A ambas orillas vieron muchas gentes armadas, y entendiéndose por medio de Julián, les rescataron varios objetos de oro á cambio de fruslerías. Aquél fué el río de Tabasco llamado de Grijalva por su descubridor. Según el señor Orozco, el nombre de Tabasco era corrupción de Tabzcoob. Su lengua era la maya, una de sus principales ciudades Comalcalco, y á *Kukulcán* le llamaban *Mukú-lch-chám.* Dejaron el río el viernes 11 de junio y siguieron costeando, y en el camino Alvarado descubrió y se entró por el río Papaloápan hasta Tlacotálpan, por lo cual esa barra lleva su nombre. El viernes 18 de junio arribó la escuadrilla á una isla cercana á la costa, y como allí encontraron un templo, calaveras é instrumentos de sacrificio, pusiéronle Isla de Sacrificios, nombre que aun conserva. Ese mismo día se acercó Francisco de Montejo á la costa en una barca y rescató

algunas mantas ricas, y al siguiente desembarcó Grijalva, tomó posesión de Continente, que lo era según Antón de Alaminos, y la llamó de San Juan, dando de ello testimonio el escribano. Rescataron algunos objetos de oro y otros, y el domingo 20 saltaron de nuevo á tierra y se dijo misa. Los españoles se habían pasado de la isla de Sacrificios á otra donde tenía un templo *Tezcatlipoca,* y como á sus preguntas contestara un indio *olúa, olúa,* Grijalva le puso San Juan de Ulúa. Rescataron oro por valor de más de mil ducados hasta el día 23; el jueves 24 zarpó Alvarado para Cuba con la nao *San Sebastián,* y Grijalva con el resto de la flota siguió buscando la costa. El lugar en que esto pasó se llamaba Chalchiuhcuécan, y ahí está ahora la ciudad de Veracruz. El arribo de Alvarado á Cuba con su rico cargamento entusiasmó á Velázquez y le hizo preparar expedición más seria: solicitó el permiso de los frailes jerónimos que gobernaban las cosas de Indias en Santo Domingo, mandó á España á su capellán con la parte de oro que al rey tocaba y noticias de lo sucedido, y antes de recibir respuesta comenzó á armar la expedición.

Cuenta la crónica mexica que en aquella sazón se le presentó á Moteczuma un indio extraño, y le dijo que yendo por la costa había visto un cerro redondo que andaba en el agua. Moteczuma, á esta nueva, mandó al gran sacerdote *Teotlamacazqui*, que acompañado del esclavo Cuitlalpitoc, fuese al mar á ver si tal noticia era cierta; y en efecto, llegaron á la playa, y desde ella vieron el monte redondo en el agua y que de él salían hombres á pescar en bateles. Contólo el *Teotlamacazqui* á Moteczuma, y éste le dió muchas joyas para que las llevase á los hombres blancos y barbados é indagase de ellos si venía *Quetzalcoatl* á recobrar el reino de estas regiones. Viéronlo todo los mensajeros y también partir los navíos, lo cual al saberlo consoló mucho á Moteczuma. Como no hubo tiempo para esas embajadas cuando el desembarco de Grijalva, y en ese relato se hace figurar á una intérprete que recuerda á Marina, debemos tomarlo por una leyenda en que se confundieron varios acontecimientos, y contentarnos con creer que la noticia de los navíos llegó á Moteczuma, con lo cual aumentó su espanto y la firme seguridad de que había llegado el tiempo en que había de volver *Quetzalcoatl.* Leyenda también es la de los pintores que hicieron la imagen de los españoles y sus navíos por el relato del *Teotlamacazqui.*

Llega ya la ocasión de que hablemos de Hernán Cortés. Nació en Medellín, (Extremadura), en 1485; fué hijo de don Martín Cortés y de doña Catalina Pizarro, ambos pobres y de sangre hidalga. Muy enfermizo de niño, á los catorce años le mandó su padre á estudiar á Salamanca: estudió dos años, aprendió latín, y en 1501 dejó las aulas salmantinas. Quiso seguir la carrera de las armas y alistarse primero con el Gran Capitán y después con el comendador Ovando para pasar á Indias. Frustróse este intento por una caída que dió escalando un muro por cuestión de amores. Un cronista lo pinta diciendo que era bajo de cuerpo, bravo y dado á mujeres.

Por fin, en 1504, pudo realizar su proyecto y venir á la Isla Española. Allí se ocupó en galanteos y en buscar riquezas, hasta que al lado de Diego Velázquez tomó parte en la pacificación de la isla, distinguiéndose por su valor. Por tal motivo y como sabía



Los enviados de Moteczuma observan las naves de Grijalva

latín, le dió Ovando la escribanía de la nueva villa de Azua y ciertos indios de Daiguáo. Pasó haciendo granjerías hasta 1511, que fué á la conquista de Cuba como uno de los secretarios de Diego Velázquez. No tardaron en desavenirse gobernador y secretario, y Cortés fué preso en la fortaleza de la ciudad; logró fugarse y tomar asilo; pero aprehendido de nuevo por el alguacil Juan Escudero lo llevaron á una nave y de allí también se fugó. Volvieron á prenderle, pero como muchos rogasen por él á Velázquez, púsolo libre, y entonces casó con Catalina Xuárez. Andaba Cortés humilde buscando la amistad de Velázquez, y como éste fundó por entonces varias villas, lo avecindó en Santiago, le dió indios y lo hizo alcalde ordinario. Para asegurar más la amistad, invitó Cortés á don Diego para que fuese padrino de bautismo de un hijo que le había nacido. Compadres ya, no es extraño que Velázquez nombrase á Cortés capitán de la nueva expedición, la cual tenía por primer objeto ir en busca de Grijalva, pues éste no volvió hasta el 4 de octubre. Tampoco había vuelto un barco conque salió en su busca Cristóbal de Olid. Mal recibido Grijalva por el gobernador, no podía ser estorbo al nombramiento de Cortés, y más si es cierto que por interés lo apoyaban Amador de Lares y Andrés del Duero. Las instrucciones dadas á Cortés tienen fecha de 23 de octubre de 1518, y como ya las naos de Grijalva y el barco de Cristóbal de Olid habían vuelto, prácticamente se reducían á explorar la costa y hacer rescate de oro y mercaderías, sin que se tratase de ningún establecimiento permanente y menos de conquista.

Diéronse Velázquez y Cortés á activar los aprestos de la armada: éste cambió de porte cual convenía á su

nueva posición, y alzó banderas para la recluta. La bandera de Cortés era de unos fuegos blancos y azules, con una cruz roja en medio y el siguiente lema: *Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus vere in hoc signo vincemus.*

Difícil es resolver entre encontradas opiniones quién hizo los gastos de la armada; pero de esas mismas contradicciones sacamos que Cortés gastó cuanto tenía, aunque no era mucho, según dicho de Las Casas, y que Velázquez hizo por lo tanto la mayor parte del gasto. Los vecinos de las islas, á la noticia de la expedición á un país tan abundante de oro, apresuráronse á engancharse en la armada; y así se juntaron en Santiago hasta trescientos hombres, entre ellos Diego de Ordáz, mayordomo mayor de Velázquez.

Tampoco es fácil decidir entre las opiniones contrarias, cómo partió de allí Cortés; despidiéndose con abrazos del gobernador, como dice Bernal Díaz, ó fugándose, como quiere Las Casas. Nosotros creemos que Velázquez se arrepintió de su nombramiento, y que sospechó de él, y que Cortés, comprendiéndolo, apresuró su marcha. Pero no puede admitirse una fuga y un alzamiento desde entonces, pues hubiera sido necesario que en el complot estuviesen los otros capitanes de los barcos y el mismo Diego de Ordáz. Una vez partidos, ya tenían un interés común y le sería fácil á Cortés contar con ellos.



Cristóbal de Olid

La armada se dirigió á Macaca, y ahí estuvo ocho días haciendo víveres; de ahí se fué á Trinidad, donde alzó bandera solicitando quiénes se enganchasen para la expedición. Ahí se les reunieron muchos de los soldados de Grijalva, los hermanos de Alvarado y Cristóbal de Olid: y de Santiespíritus vinieron otros muchos con Alonso Hernández Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Rodrigo Rangel y los hermanos Jimena, á quienes Cortés recibió con salvas de artillería. Además de Matanzas, Carenas y otros lugares fueron como hasta doscientos hombres. En fin, allí Cortés completó y provisionó su armada. Ya á ese punto las cosas, llegaron á Trinidad cartas de Diego Velázquez, mandando á su cuñado Francisco Verdugo, alcalde mayor de la villa, que detuviese la salida de la armada porque había destituído á Cortés; pero el interés común se había ya formado, convencieron á Verdugo de que no hiciese nada, Cortés escribió afectuosamente á Velázquez protestándole su lealtad y quejándose de su desconfianza, y apresuró la partida, que fué á principios de 1519. Marchando unos por tierra y otros por mar llegaron á la villa de San Cristóbal de la Habana, y haciendo nuevos enganches se unieron á Cortés Francisco de Montejo y otros buenos hidalgos. Parece que no anduvo Cortés muy escrupuloso en los

medios que empleó para terminar el equipo y pertrecho de sus naves, pues más tarde él mismo contaba riendo, que había andado por allí como un gentil corsario.

Nuevo esfuerzo hizo Velázquez para detener la armada, y aun mandó á Pero Barba y á otros sus amigos que prendiesen á Cortés; pero el interés común se había ya formado, como hemos dicho, y precipitando la marcha, escribió Cortés á Velázquez con nuevas protestas de lealtad, participándole que al día siguiente se daba á la vela.

En efecto, salió Pedro de Alvarado con el *San Sebastián*, dióse orden á Ordáz para que con su navío esperase en el cabo de San Antón, y Cortés salió de la Habana con los nueve barcos restantes el 10 de febrero. Reunidos todos en San Antón y recogidos cien hombres de la estancia de Velázquez, después de oir misa para implorar la celeste protección, dióse al fin á la vela la armada, rumbo á Yucatán el 18 de febrero de 1519, de hecho alzada contra Diego Velázquez, y yendo por propia cuenta á empresas desconocidas.

Compuesta estaba la armada de once navíos. El que mandaba Pedro de Alvarado se había ido antes y llegó primero á Cozumel: en él iba Bernal Díaz. El mayor de los otros diez medía cien toneles, servía de capitana y lo montaba Cortés con la compañía que se había reservado, yendo por piloto principal Antón de Alaminos. Los otros eran tres de sesenta toneles á ochenta,



Cozumel

los demás pequeños y sin cubiertas y bergantines, y el más pequeño venía á cargo de Ginés Nortes. Montábanlos por capitanes Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Avila, Diego de Ordáz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Saucedo, Juan de Escalante, Juan Velázquez de León y Cristóbal de Olid. Dividióse por compañías en las once carabelas la gente, que se componía de quinientos ocho soldados, treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, con diez y seis caballos ó yeguas; ciento nueve marineros, maestres y pilotos, y unos doscientos entre indios, indias y negros, destinados para carga y servicio. Para las armas llevaban buen acopio de saetas, casquillos, nueces y cuerdas, pólvora y pelotas ó balas: y constaba la artillería de diez piezas de bronce y cuatro falconetes. Esto nos da un total de seiscientos setenta y tres españoles útiles para la guerra. De éstos deben deducirse los hombres que, como veremos adelante, se volvieron en una nave.

Por lo visto, el pequeño ejército estaba organizado, dividiéndose en infantería, caballería y artillería. La infantería se componía de soldados armados de arma blanca, espada y rodela, y repartidos en once tercios, de una compañía de ballesteros, y de una menor de escopeteros ó arcabuceros. La caballería la formaban los once capitanes y otros cinco jinetes: éstos, según refiere el señor Orozco, estaban pesadamente armados con armaduras y cascos de hierro; generalmente se adelantaban en la marcha y formaban la descubierta, y en la batalla peleaban en pelotones de dos ó tres hombres, con la lanza enristrada á la altura del rostro de los enemigos y sin dar botes, pues, más que matar, buscaban atropellar y desordenar los cuerpos contrarios. Cada compañía tenía su capitán y un alférez que

llevaba el estandarte. Las diez bombardas de algún calibre, y los cuatro falconetes ó culebrinas de dos y media libras de calibre formaban la artillería, de la cual era capitán Francisco de Orozco. Las balas eran piedras rodadas de los ríos, y las piezas se conducían tiradas por los mismos soldados. El general era Cortés, y el maestre de campo Cristóbal de Olid.

Embarcada esa gente, y habiendo zarpado las naves bajo la protección de san Pedro, patrón especial de Cortés, encargóseles que siguieran á la capitana, que se distinguiría por un gran farol, pero en la noche se levantó un fuerte nordeste que las separó, y aun estuvo en peligro la de Morla; mejorado el tiempo fueron llegando todas á Cozumel, en donde estaba ya la de Alvarado. Cortés reprendió á éste, puso en libertad á unos indios que había cogido y preso al piloto Camacho. Informóse Cortés de los españoles que había en Yucatán, y mandó en su busca á Ordáz con dos bergantines montados por veinte ballesteros y escopeteros, esperando su vuelta ocho días inútilmente. Cortés entre tanto se informaba del país, tuvo ocasión de destruir los ídolos de un templo, colocar en él una imagen de la



Mapa del imperio mexicano y señoríos tributarios, con los reinos de Acolhuacán y de Michuacán

Virgen y mandar hacer la famosa cruz de Cozumel, delante de la cual dijo misa el clérigo Juan Díaz. Vuelto Ordáz sin resultado y con enojo de Cortés, el 5 de marzo hizo rumbo la armada á la isla de Mujeres, y al día siguiente, que fué Carnestolendas, tomaron tierra y oyeron misa. El mismo día se embarcaron; mas á poco comenzó á hacer mucha agua la nave de Escalante, y para repararla fué preciso que todos volvieran á Cozumel.

El primer domingo de Cuaresma, 13 de marzo, después de oir misa y de comer, cuando ya se disponía á partir la flota, llegó en una canoa Jerónimo de Aguilar, ordenado de Evangelio, quien había vivido entre los mayas en unión de su compañero Gonzalo Guerrero; pero éste, ya casado y con hijos, vestía y andaba pintado como los mayas y no quiso unirse á los españoles. Aguilar, á pesar de que diariamente rezaba unas horas, había perdido la cuenta del tiempo y creía que era miércoles. Gran fortuna fué su hallazgo para Cortés, pues había aprendido la lengua del país y le sirvió de intérprete. El pobre diácono llegó desnudo, cubierto sólo con el *ex*, atados los cabellos atrás y con su arco y flechas en la mano.

Siguió su rumbo la armada pasando frente á Champotón y la laguna de Términos, y á 22 de marzo llegó al río Tabzcoob ó Grijalva. La expedición con las

pequeñas naves y los bateles desembarcó en la Punta de Palmares, á media legua de la población india que estaba á la orilla del río; y como viese Cortés el pueblo fortalecido y lleno de guerreros y en el río muchas canoas en son de combate, mandó artillar los bateles, dispuso el real y mandó tres soldados á explorar en la noche la vereda que conducía á la ciudad. Al día siguiente, miércoles 23 de marzo, bajaron algunas canoas con indios é intimaron á Cortés que dejara la tierra; contestóles por medio del escribano Diego de Godoy requiriéndoles que se diesen por vasallos del rey de España. A las diez Cortés subió el río con los bateles y bergantines hasta frente la población y mandó á Alonso de Avila por la vereda con doscientos infantes y diez ballesteros, y encontrando á los indios dispuestos á pelear se les repitió el requirimiento, á lo cual aquéllos respondieron con grandes sonidos de atambores y caracoles á que acudieron muchas canoas llenas de guerreros. Pronto la artillería barrió las débiles embarcaciones *tahucup* de los indios; pero como éstos hiciesen valerosa defensa en la orilla del río, fué preciso asaltar metiéndose en agua y lodo, donde Cortés perdió el calzado de un pié, y seguir después sobre las albarradas del pueblo en que se refugiaron, y abierto un portillo continuar la pelea en las mismas calles, hasta que Alonso de Avila cayó con sus peones sobre la retaguardia de los defensores: entonces se retiraron éstos, pero batiéndose y sin volver las espaldas. Cesó el combate y Cortés se aposentó en el patio del templo, tomando posesión de la tierra por el rey de España, con lo que poniendo guardas al real se recogió la gente.

Pasóse el siguiente día en enviar gente á buscar víveres y tener algunas escaramuzas, y traídos unos prisioneros se supo que Melchor, fugado del campo español, incitaba á los indios á atacarlos y que á ello se disponían. Cortés dispúsose al día siguiente, 25 de marzo, á salir al encuentro del enemigo: temprano se armó el ejército y oyó misa. Desembarcóse alguna artillería y se puso al mando de Mesa, se formaron tres capitanías de á cien peones cada una, poniéndolas á las órdenes de Ordáz, con el alférez Antonio de Villaroel, sostenidas por otra capitanía de cien hombres que formaba la retaguardia. A la vanguardia iba la caballería mandada por Cortés, quien montaba su caballo zaino que después se le murió en Ulúa: la componían Cristóbal de Olid en su caballo oscuro harto bueno; Pedro de Alvarado en su yegua castaña muy buena de juego y de carrera; Portocarrero en su yegua rucia de buena carrera, que después vendió á Cortés por unas lazadas de oro; Juan Escalante en un tresalbo castaño oscuro no muy bueno; Francisco de Montejo en un alazán tostado de poco valor; Alonso de Avila acaso en el *Arriero* de Ortiz el músico; Juan Velázquez de Leon en la *Rabona*, yegua rucia y muy poderosa; Francisco de Morla en su magnífico castaño oscuro; Lares el buen jinete, en otro castaño algo claro y muy bueno; Morón en un overo labrado de las manos; Pedro González de Trujillo en un perfecto castaño y Gonzalo Domínguez en su castaño oscuro muy bueno y muy gran corredor. Ordáz montaba su yegua rucia machorra, y quedaron sin emplearse el overo de Baena, que no salió bueno, y la yegua de Sedeño, que parió en el navío.

Aquí conviene explicar cómo marchaban y combatían los españoles. Si los estudios del señor Orozco en todo nos han sido de gran utilidad, en esta sazón se deben tener por importantísimos. En marcha la descubierta se formaba con la caballería y con los peones más ligeros; seguía el cuerpo principal, compuesto de la vanguardia en que iba la artillería apoyada á ambos flancos por los infantes, del centro, en donde iban los indios que cargaban el bagaje, donde los ponían para que no pudiesen huir con la carga, y de la retaguardia, que era una compañía de peones. En la batalla los rodeleros apoyaban á los ballesteros y á los arcabuceros, y los peones se mantenían unidos en la línea sin dejarse separar por el empuje del enemigo, recibiendo el ataque á pié firme hasta que convenía avanzar. Siendo pocas las municiones, los arcabuceros y ballesteros no tiraban sino cuando hacían blanco. En el combate usaban los españoles de la formación en caracol, evolución de la época semejante al cuadro moderno y á la cual los obligaba su reducido número. La señal de acometer era el grito de: ¡Santiago, cierra España! Hemos dicho que los pocos jinetes estaban armados de punta en





Ultimas guerras de Moteczuma. (Códice Mendocino)

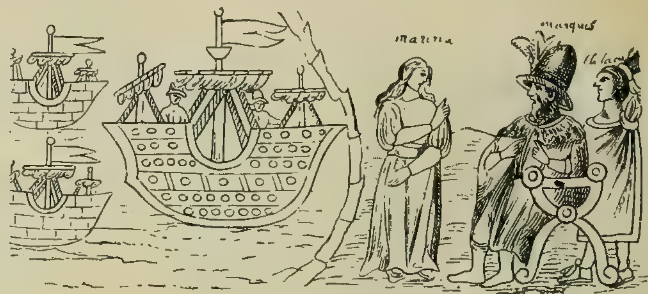
blanco: no así los infantes; acaso algunos tenían coseletes y menos aun cascos. Peleando con sus espadas y rodelas tenían desventaja ante los hábiles flecheros indios, hasta que más tarde adoptaron el *ichcahuipilli* ó sayo de algodón de los mexica, en el cual se embotaban las flechas. La superioridad de los españoles consistía en su artillería, que á distancia destrozaba á los indios, espantándoles con el estampido y el fogonazo; en el fuego de sus arcabuces y en el muro de hierro de su caballería, seres sobrenaturales y para los indios desconocidos, que desbarataban impunemente sus líneas de batalla y hacían en ellos horrible matanza en el alcance.

Puesto en marcha el ejército de Cortés para ir al encuentro del enemigo, se acercaron á otro pueblo que estaba como á una legua de su campo y se llamaba Centla; mas antes de llegar dieron con ellos en una llanura cortada por buena cantidad de acequias y zanjas. Trabóse el combate, y mayas y zoques pusieron en apuro á la vanguardia, pero auxiliada por la retaguardia lograron los españoles rechazarlos y salir á terreno unido. A pesar del estrago que arcabuces y artillería les causaba, volvieron los indios sobre los españoles, que ya tenían sesenta heridos, y tanto los apretaron que tuvieron que pelear espalda con espalda. Mas á ese tiempo llegó Cortés con la caballería, que se había detenido por los obstáculos del terreno, saliendo heridos cinco caballeros y ocho caballos, y lanzándose sobre los indios los monstruos hombre y animal, que ellos creían de una sola pieza, los desbarataron, y rehaciéndose los peones completaron la derrota hasta meter al enemigo en el monte. Hay quien, como Andrés de Tapia, diga que eran cuarenta y ocho mil los contrarios; pero conocemos bien su organización social y guerrera y mucho sería que fuesen cuatro ó cinco mil. Tapia habla de un auxiliar misterioso que apareció por tres veces en un caballo rucio picado, y Gomara dice que era Santiago, aunque Cortés más quería que fuese san Pedro; pero el verídico Bernal Díaz hace la reflexión de que bien pudieron ser los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro y que como pecador no fuese digno de verlos; pero que á quien vió y conoció fué á Francisco de Morla que iba en su caballo castaño.

Siguiéronse varias embajadas de indios con regalos de aves, mantas y oro, hasta concertarse la paz, y se cuenta que Melchor fué sacrificado por el mal éxito de la batalla. Repoblóse el pueblo, el mercedario fray Bartolomé de Olmedo por boca de Aguilar predicó á los indios la excelencia del cristianismo, se construyeron una cruz y un altar donde se puso á la Virgen con el niño y díjose misa. Se puso á Centla por nombre Santa María de la Victoria, se construyó una cruz en una gran ceiba, y se determinó hacer función el domingo de Ramos, 17 de abril, con asistencia de los indios caciques, sus familias y vasallos. Oficiaron Olmedo y el clérigo Juan Díaz, hicieron los españoles la procesión de las palmas y la adoración de la cruz, y con los ramos en las manos se embarcaron en sus bateles y en canoas prevenidos por los indios, y recogiéndose en la flota levaron anclas al siguiente día, lunes 18 de abril.

Entre los obsequios que el cacique Tabzcoob hizo á Cortés, no fué el menos importante el de veinte esclavas, entre las cuales estaba la célebre Marina, conocida vulgarmente por la Malinche.

Parece imposible que tratándose de un personaje histórico tan importante en la conquista de México, casi nada se sepa de Marina. Se discute el lugar de su nacimiento y se disputa su nacionalidad; se duda del origen de su nombre; se equivoca el papel que desempeñó al lado del Conquistador; poco se sabe de su vida y se ignora dónde reposó su cadáver. La mayor parte de los cronistas la suponen natural de Jalisco; pero esto no nos debe hacer fuerza, porque generalmente se copiaban los unos á los otros, y no es fácil explicar cómo de lugar tan distante había ido á Tabasco no existiendo relaciones entre los dos países. Bustamante dice que era de Xáltipan, y todavía hoy enseñan ahí una casa como suya; mas las casas de ese pueblo son de construcción posterior. Bernal Díaz, que trató mucho á Marina y residió en el Istmo, cuenta que era de Painalla, en la región de Coatzacualco, es decir, en la parte norte de dicho istmo de Tecuantepec. Si bien Bernal Díaz nombra Painalla al lugar del nacimiento



Arribo de la armada de Cortés

de Marina, la verdad es que tal lugar no existe ni de él se tiene memoria. Muñoz Camargo, confundiéndose, refiere que era de Huilotla, en Xalisco, y en Coatzacualco hay un pueblo llamado Oluta, y se conserva la tradición de haber nacido en él Marina. Oluta puede ser corrupción de Huilotla ó este nombre la forma mexica de aquél. Oluta fué, pues, el lugar donde nació Malíntzin.

Es opinión general que recibió el nombre de Marina con el bautismo, de donde los mexica, agregando el reverencial *tzin,* hicieron Malíntzin, que por corrupción se tornó Malinche. Pero el señor don Fernando Ramírez, siguiendo al intérprete del códice Telleriano, opina que la cosa pasó de manera contraria; que se llamaba Malinalli, y que por semejanza á su nombre le pusieron los españoles Marina. Según esta versión, llamábase la india Malinalli Tenépal: el segundo acaso nombre de familia ó el que, como era costumbre, agregó después, y el primero el del día en que nació. Más tarde se le agregó el reverencial.

Era hija del cacique de Oluta, y niña aun quedó sin padre. Casó la madre segunda vez, y habiendo tenido un hijo de su nuevo marido, para que heredase el cacicazgo determinaron deshacerse de la desgraciada niña, y haciéndola pasar por muerta la dieron á unos mercaderes del Xicalanco, quienes la vendieron á otros de Potonchán. La hija del cacique creció desde

niña esclava, y como esclava infeliz. En su país se hablaba el nahoa, y en el lugar á que la llevaron la lengua más general era la maya; así es que sabía ambos idiomas, lo que fué parte muy principal para su destino futuro y para el papel que debía desempeñar en la Conquista. Creció hermosa, tanto, que á una diosa la compararon los enviados de Moteczuma.

Al recibirla Cortés entre las veinte esclavas que le dieron para que arreglasen la comida de su ejército, la dió á Portocarrero por encontrarla de buen parecer y entrometida y desenvuelta. Es de suponer que antes del embarque la cristianaron, pues Gomara refiere que las veinte esclavas fueron las primeras bautizadas en estas tierras, y ya la llamaban Marina cuando Cortés fundó la villa rica de la Vera Cruz.

Ya en ruta la armada siguieron sin detenerse hasta anclar en Ulúa el Jueves Santo, 21 de abril, después de medio día. Alaminos les dió fondeadero, y la capitana izó el estandarte real.

Moteczuma creía ciegamente que en las naves de Grijalva había venido el mismo *Quetzalcoatl* á recobrar su reino, y así cuando desaparecieron encargó á los *tecuhtli* de la costa, y en especial al de Cuetláxtlan, vigilasen su vuelta y diesen todo lo necesario á los que él creía dioses. Como llegaran á México noticias de



Manera jeroglífica conque en la Tira de Tepéchpan se marca el arribo de los españoles

que los españoles habían vuelto á aparecer, acaso por su desembarque en Tabasco, nombró Moteczuma cinco embajadores, que fueron Yallizchán, Tepuztécatl, Tizaoa, Huehuetécatl y Hueycanezcatécatl, para que les llevaran



Cortés recibe la embajada de Moteczuma
Tomado de una pintura del siglo de la Conquista, que existe en el Museo Nacional

un rico presente de piezas de oro, piedras preciosas, joyas, plumajes vistosos y las insignias de los dioses *Quetzalcoatl*, *Tezcatlipoca* y *Tlaloc*. Así es que cuando Cortés ancló en Ulúa salieron los enviados en dos canoas de Chalchiuhcuécan y se dirigieron á la capitana. Desde las canoas dieron su embajada, y entendidos por señas y comunicado á Cortés que lo tenían por un dios, comprendiendo cuánta ventaja podía sacar de ese engaño, vistióse con sus mejores atavíos y se sentó en un trono que le aderezaron en el alcázar de popa. Recibió allí la embajada y los presentes, y alojó á los huéspedes en el castillo de proa. Al día siguiente hizo disparar la artillería, con lo cual se fueron amedrentados los embajadores, y tomaron de prisa el camino de México para dar cuenta á su señor.

Al día siguiente del arribo, Viernes Santo 22 de abril, desembarcaron los españoles en la costa arenosa de Chalchiuhcuécan, y formaron su real asestando la

artillería en lugar conveniente para defenderlo. Pasóse el día siguiente en rescatar objetos de oro por cuentas de vidrio y otras fruslerías, y el Domingo de Pascua, 24 de abril, llegó el *tecuhtli* de Cuetláxtlan, llamado Teuhtlilli, con Cuitlalpitoc, que ya había ido, según la crónica, cuando Grijalva, y con ellos muchos principales y gran número de *tamene* cargados. Ya desde el día anterior habían visto que Marina se entendía con los indios de esa región. Cortés hasta entonces se había comunicado con los indígenas por medio de Jerónimo Aguilar, porque éste y aquéllos hablaban la lengua maya; pero una vez en el país cempoalteca, los pueblos de su camino desde allí hasta Tenochtitlán hablaban el nahoa; de manera que Cortés se encontró sin medio de entenderse con ellos, y ya inútil Aguilar para intérprete. Mas como si la fortuna se empeñase en remover cualquier obstáculo que pudiera detener en su camino al audaz capitán, sucedió que los soldados notaron que Marina se comunicaba perfectamente con los indios de la región, y de ello dieron presurosos parte á Cortés. Tal era la suerte de éste, que había encontrado intérprete en una de las esclavas que los mismos indios le regalaron. Verdad es que Marina no comprendía el castellano, pero se entendía en maya con Aguilar. Formóse así una interpretación combinada: Cortés hablaba en castellano con Aguilar, éste en maya con Marina y Marina en mexicano con los indios; recibía de ellos la respuesta y la daba á Aguilar, quien la ponía en conocimiento de Cortés. Se dice que Marina aprendió pronto y á la perfección la lengua de los españoles; pero lo dudamos, porque todavía cuando la toma de México asistieron juntos á la presentación de Cuauhtemoc los dos intérpretes Aguilar y Marina. Cuenta Gomara que Cortés le ofreció á Marina porque le sirviese, más que la libertad. Lo cierto es que ella era la única persona que en esas circunstancias podía sacarlo de las más graves dificultades.



Fray Bartolomé de Olmedo

Recibió Cortés cariñosamente á Teuhtlilli y sus acompañantes; díjose misa por Olmedo ayudado de Díaz, y después comieron todos en la tienda del primero. Allí Cortés les dijo que era vasallo del rey más poderoso de la tierra, quien quería entablar buenas relaciones con el señor de estas comarcas, y que por lo tanto desearía verle y hablarle. Dióle Teuhtlilli el rico presente que llevaba, el cual le pagó Cortés con diamantes de vidrio, una silla pintada, una gorra con una medalla de San Jorge y otras miserias, y le encargó que mandase á sus pueblos que fuesen á trocar oro por las cuentas que traía. Y para hacer más impresión en los embajadores mandó Cortés que los caballeros

escaramucearan con sus caballos é hiciese fuego la artillería, lo cual acabó de convencer á los indios de que los españoles eran dioses y con ellos venía *Quetzalcoatl*. Algunos diestros pintores indígenas copiaron ese cuadro, para ellos extraordinario, representando todo hasta á los negros, á los cuales también tomaron por dioses llamándolos *teocacatzactli*.

Dejando gran cantidad de indios que hiciesen alimentos y sirvieran á los extranjeros, partió Teuhtlilli para México á dar cuenta de todo á Moteczuma. Éste, creyendo que venían los dioses extranjeros, ya había dado orden á Tlillancalqui, según la crónica, de que se les preparasen aposentos y todo lo necesario por los caminos. Pero al recibir las nuevas noticias reunió el *Tlatócan* y citó en él á los reyes Cacama y Totoquihuátzin. Acobardados todos ante lo que suponían voluntad de los dioses, acordaron recibir de paz á los españoles. Solamente Cuitlahuac dijo con entereza á Moteczuma: Mi parecer es, gran señor, que no metas en tu casa á quien de ella te eche.

Por esta época se cita todavía en algunas crónicas á Tlilpotonqui *Cihuacoatl;* pero por el manuscrito de Chimalpain, sabemos que había muerto desde 1515 y que dejó muchos hijos é hijas, señaladamente una llamada Cihuaxochítzin, la cual fué una de las mujeres de Moteczuma y madre de las dos hijas de este emperador, que en el bautismo tomaron los nombres de doña Leonor y doña María. Entró de *Cihuacoatl* entonces Tlacaelel Xocoyótzin, nieto de Tlacaelel el viejo é hijo de Cacamátzin Tlacochcálcatl.

A principios de mayo volvió Teuhtlilli al campamento español con grandes presentes de oro en grano y labrado y otros objetos preciosos, y dijo á Cortés de parte de Moteczuma que mucho se holgaba de su llegada y del deseo que de verle tenía; pero que ni él podía bajar á la costa ni les era cómodo á los españoles subir á México. Moteczuma temblaba ante la voluntad de los dioses; mas procuraba alejar á los extranjeros. Cortés, con mayor astucia, respondió que era de tal importancia la misión del rey de España, que vencería todos los obstáculos; y con esto despidió á Teuhtlilli, dándole para Moteczuma una copa de cristal de Florencia labrada y dorada con muchas arboledas y monterías y á más tres camisas de holanda y otras cosas.

Mientras esto pasaba, Cortés se informaba del país y pudo conocer aproximadamente su organización y su estado, y cómo muchos pueblos deseaban sacudir el yugo de Moteczuma. Confirmáronlo en sus ideas los emisarios de Ixtlilxóchitl, quien ambicionaba el trono de Texcoco y se le ofrecía por amigo, y después Tlamapanátzin y Atonalétzin, señores de Axapochco y Tepeyahualco, que se ofrecieron por aliados á cambio de promesas de tierras, y dieron razón minuciosa á Cortés del estado del país y de la leyenda profética de *Quetzalcoatl*. Habían venido éstos agregándose al paso á la nueva embajada de Teuhtlilli, quien llevaba gran presente, pero la resolución de Moteczuma de negarse á toda entrevista; con lo cual se retiró, y al día siguiente todos los indios, dejando abandonado el campo español.

Era preciso ya tomar una resolución definitiva, y nos explicamos fácilmente el estado de ánimo de Cortés. Había venido á rescatar oro y se encontraba con un rico imperio fácil de conquistar. Se le tenía por una deidad con derecho á esa conquista por las supersticiosas creencias de los naturales que por *Quetzalcoatl* lo tomaban. En cuanto á los elementos para llevar á cabo tan árdua empresa, ya había probado en la batalla de Centla que sus soldados podían triunfar de gran número de guerreros indígenas; ya había visto cómo los aterraban y destrozaban la caballería y la artillería. Además, los enemigos de Moteczuma habían comenzado á ofrecérsele por aliados; sabía que los pueblos querían sacudir la tiranía de aquel monarca y que aquel extenso imperio no era más que la reunión de elementos heterogéneos que tendían á separarse del centro, un castillo de naipes que se desharía al menor soplo del viento; elementos que en vez de apoyar á México podían utilizarse en su contra, y en fin, que inmediatos al valle de Anáhuac y en su camino encontraría señoríos poderosos que estaban en guerra constante con los mexica y que podían tornarse auxiliares de su empresa. Era indispensable abandonar el miserable empleo de mercader de rescates y convertirse en poderoso conquistador. Sin duda que le aguijoneaban su vanidad y su inclinación á la grandeza: ya desde su partida de Cuba se había formado una servidumbre especial como si fuera magnate. Derecho para hacer la conquista encontrábalo en la bula de Alejandro VI que desde 4 de mayo de 1493 había dado á los reyes de España el dominio de las tierras é islas que se descubrieran en el Nuevo Mundo más allá de cierto meridiano. México estaba comprendido en la concesión, podía conquistarla para los reyes de España y esto le haría poderoso é inmortal. Pero él venía con poder de Velázquez, y para éste sería el provecho: era preciso romper ese lazo aun á costa de la lealtad. Acordóse Cortés de sus mañas de escribano y encontró el medio. Hasta entonces su autoridad le venía del poder de Velázquez; fundando una ciudad con su ayuntamiento se establecía el dominio real y desaparecía el del gobernador de Cuba, y de ese ayuntamiento podía Cortés recibir una nueva investidura que necesariamente lo libraba de la dependencia de su compadre: ya no quedarían de tal manera y por virtud de la ley más que dos autoridades en el país, la virtual del rey de España y la efectiva del Conquistador.

El plan era bueno, y decidióse Cortés á realizarlo. Al efecto había mandado á Montejo de antemano por el mar á que buscase sitio á propósito, y ya lo había encontrado al norte y como á unas ocho leguas, en un sitio llamado Quiahuiztla, en tierra de totonaca. Se dió

al ejército orden de marchar para ese punto; pero el interés común estaba dividido ya y estalló el descontento en el campo. Los unos se contentaban con el rescate hecho, otros no querían aventurarse á mayores empresas y no pocos procuraban ser leales á Velázquez. Insistir en la orden habría causado un rompimiento definitivo, y así Cortés, fingiendo someterse, mandó pregonar el embarque y la vuelta á Cuba para el siguiente día. Aprovecharon la noche sus parciales para ponerse de acuerdo y ganar adeptos, y á la mañana siguiente, dándose por fundada la ciudad en el sitio mismo del campamento, para lo cual se levantaron algunas enramadas por casas, una picota en la plaza y una horca fuera de la puebla, se eligieron alcaldes ordinarios á Portocarrero y Montejo y regidores á Alonso de Avila, á los dos Alvarados y á Sandoval, alguacil mayor á Juan de Escalante, capitán de entradas á Pedro de Alvarado, maestre de campo á Olid, alférez real á Corral, procurador á Alvarez Chico, tesorero á Gonzalo Mejía, contador á Alonso de Avila, alguaciles del real á Ochoa y Romero y escribano á Diego Godoy. Pusieron por nombre á la puebla la Villa Rica de la Veracruz, en memoria de haber desembarcado el Viernes Santo. Nadie se alzó contra los hechos



Diego de Ordáz

consumados, y quedó por única autoridad en el territorio la del rey de España.

Pero era preciso dársela á Cortés y continuó la comedia: mandóle el ayuntamiento que presentase los poderes que tenía de Velázquez, y examinados que fueron, declaró el Cabildo que habían cesado, por lo cual se procedió á nombrar en representación del rey un capitán del ejército y justicia mayor, quedando designado para el puesto el mismo Cortés. Aceptó éste el cargo, después de fingir rehusarlo, é hizo donación á la nueva villa de los bastimentos que había en las naves. Mandando á los parciales de Velázquez á expedicionar y poniendo á otros presos en la capitana para hacerlos después con dádivas sus amigos, como sucedió con Velázquez de Leon y Ordáz, logró Cortés terminar las diferencias del ejército y pudo emprender camino rumbo á Quiahuiztla. Iba él por tierra con cuatrocientos hombres con dos falconetes, cuando recibió una embajada del cacique de Cempualla, quien lo invitaba á pasar á su pueblo. Aceptó, siguiendo su marcha en orden de guerra por precaución: así llegó al *teocalli* adonde salió á recibirlo el cacique gordo del lugar y donde como dioses fueron alojados los españoles. Recordaremos que los totonaca constantemente habían procurado sacudir el yugo de los mexica; así es que Cortés halló desde luego un aliado importante en aquel cacique, señor de una ciudad bien construída, con más de 25,000 habitantes y más de treinta pueblos de su jurisdicción.

Al día siguiente partió el ejército español, y el otro, á las diez de la mañana, llegó á Quiahuiztla. De pronto huyeron los habitantes espantados, mas hubieron de volver, y al otro día, cuando Cortés, el señor del lugar y el de Cempualla, que había llegado también, hablaban de la tiranía de Moteczuma, presentóse al capitán español ocasión favorable de afianzar la importante alianza de los totonaca. Estaban los tres en la plaza, cuando llegaron unos indios á avisar que se acercaban los recaudadores de Moteczuma. Espantados se precipitaron á recibirlos los dos *tecuhtli* abandonando á Cortés: los *calpixque* habían llegado antes á Cempualla, y por eso se había ido á Quiahuiztla el cacique gordo. Ahí reprendieron á los *tecuhtli* porque habían recibido á los extranjeros; pero enteróse Cortés del caso, mandó á los totonaca que prendiesen á los enviados mexica y les ofreció su apoyo. El miedo anterior tornóse en osadía, apresaron á los *calpixque* y aun quisieron darles muerte. Cortés los salvó y los hizo escapar por mar, fingiéndose con ellos amigo de Moteczuma. Todo el Totonacápan, al saber que los extranjeros libraban á los pueblos del tributo y de la tiranía de México, alzóse por aliado de los españoles, y aun hay cronista que dice que los totonaca ofrecieron á Cortés levantar un auxiliar de cien mil hombres.

Entre tanto Moteczuma nada hacía, y solamente encontramos en nuestros manuscritos, como dato curioso, los nombres de los *tecuhtli* de los principales señoríos en esa sazón. Hélos aquí:

Acuechótzin en Tecamachalco.
Ixcozauhqui en Tepeyacac (Tepeaca).
Calcozámatl en Cuauhquechóllan.
Nahuiácatl en Itzócan.
Tlacayáotzin en Tenanco.
Cacamátzin en Amequemécan.
Itzcahuátzin en Chalco.
Tizapapalótzin en Huaxtepec.
Yaomahuítzin en Cuauhuáhuac.
Chalcayaótzin en Mizquic.
Tlatolcátzin en Xochimilco.
Atenchicálcan en Cuitlahuác.
Mayahuátzin en Ixtacalco.
Atlpopocátzin en Tizoc.
Ixtotomahuátzin en Teopancálcan.
Cempoalxóchitl en Técpan.
Cuitlahuác en Ixtapalápan.
Tochihuítzin en Mexicaltzinco.
Tezozomoc en Culhuacán.
Huitzillátzin en Huitzilopochco.
Coapopocátzin en Coyoacán.
Totoquihuátzin en el reino de Tlacópan (Tacuba).
Tecuhtlehuacátzin en Atzcaputzalco.
Motecuhzomátzin en Tenayocan.
Panítzin en Ehecatepec.
Mazacoyótzin en Matlatzinco.
Tlacochcálcatl en Cempohuállan. (Este es el cacique gordo que después se llamó don Pedro).
Coapopoca en Náuhtlan.
Teuhtlilli en Cuetláxtlan.
Xicoténcatl en Tlaxcalla. (Era uno de los cuatro señores).
Temétzin en Cholóllan.
Quecehuatl en Huexotzinco.
Teohuac en Cálpan.
Tlaltécatl en Chiconauhtla.
Coyótzin en Acólman.
Teyaoyahualohuátzin en Tepéchpan.



Teyaoyahualohuátzin, último señor de Tepéchpan

Quetzamamalítzin Huétzin en Teotihuacán, quien en el año que vinieron los españoles heredó el señorío de su padre Xiuhtotótzin; pero como era niño, gobernaba su tutor Mamahuátzin.

Tlamapátzin en Axapochco.
Atonalétzin en Tepeyahualco.
Cuechimáltzin en Otómpan (Otumba).
Tzontemóctzin en Huexotla.
Xaquintecuhtli en Coatlinchán.
Citlalcoatl en Tultitlán.
Ayocoátzin en Tepexic (Tepeji).
Quinátzin en Tepotzotlán.
Matlillihuítzin en Apazco.
Tzotzóltzin en Xippacóyan Tóllan.
Mexayacátzin en Xilotepec.
Acxóyotl en Chiapa.
Ocollótzin en Xocotitlán.
Cozcacuauhtli en la Mixteca.
Condoy en Totontepec.
Cosijoeza en Zachilla.
Cosijopii en Tecuantepec.
Aztatzóntzin en Cuauhtitlán.

Zuangua en Michuacán, quien á poco murió, heredándole su hijo Zinzicha.

Cacama en Texcoco.

Moteczuma Xocoyótzin en México.

Cuauhtemoc, como jefe especial de Tlatelolco, y los que ya hemos citado en el Onohualco y península maya y el Canek del Petén.

Siguióse en el campo de Cortés la fundación de la villa en unos llanos abundosos de agua y cerca de unas salinas, á media legua de Quiahuiztla, y otra media del puerto encontrado por Montejo, que nombraron Bernal, y donde anclaron las naves. Trazóse iglesia, fortaleza, casa de regimiento, atarazanas, plaza, casa de munición y se señalaron solares para los vecinos. Al pueblo de Quiahuiztla le llamaron Archidona.

Moteczuma, cuando llegaron sus *calpixque,* mitad quejosos por su mal trato y mitad agradecidos por la libertad que les había dado Cortés, le envió nueva embajada. Escogió para ella á dos jóvenes sobrinos suyos y á cuatro ancianos *tlatoani* ó consejeros: presentáronle á Cortés mantas, plumas, joyas y un casco lleno de pepitas de oro, y se quejaron de cómo los



Símbolo de la Conquista en el códice Ramírez

totonaca se resistían á pagar el tributo. Regalólos Cortés con cuentas de vidrio y bujerías, y les contestó que los totonaca ya sólo podían tributar al rey de España. Esparcióse rápidamente por el Totonacápan la noticia de que Cortés los libraba de pagar tributo á Moteczuma, y esto afirmó su alianza con los extranjeros. Moteczuma con sus embajadas ponía cada vez de peor estado su causa, pues tanto presente de oro aguijoneaba la ambición del Conquistador.

Presentósele á éste oportunidad de probar las fuerzas de sus aliados. Los indios de Tizapantzinco habían entrado en tierras de Cempuállan, y el cacique pidió auxilio á Cortés. Éste se lo dió de buena gana, y salió con cuatrocientos peones, catorce caballos y una bombarda, á los cuales se unieron en Cempuállan dos mil totonaca. Pero en el camino, indagando que los cempualteca no tenían justicia, hizo ajustar las paces, á lo que todos se avinieron. Vuelto á Cempuállan creyó su autoridad bastante firme para empezar á destruir los ídolos de los indios, y aunque éstos resistieron y se amotinaron, venció el motín apoderándose de los principales; los ídolos fueron derribados y en su lugar se levantó altar á la Virgen; dijo misa Olmedo y se bautizaron ocho hijas de caciques que habían sido regaladas á los españoles.

Vuelto el ejército á la puebla, aquel mismo día fondeó en Bernal una nave mandada por Francisco Salcedo, en la cual llegaban sesenta soldados y diez caballos. Mas en cambio traía la noticia de que Velázquez había sido nombrado adelantado, con facultad de rescatar y poblar en las tierras que descubriese.

Volvía á ponerse en peligro la autoridad de Cortés y á encontrar apoyo los descontentos. Para asegurar aquélla se decidió que escribieran una carta relación al rey de España el regimiento de la villa y los vecinos pidiéndole aprobase todo lo hecho y que se le enviase de regalo todo el tesoro ya adquirido. Así se hizo, nombrando procuradores al efecto á Portocarrero y Montejo. La carta del regimiento de la Villa Rica de la Veracruz tiene fecha de 10 de julio de 1519. Antes de darse á la vela los procuradores se formó un complot para apoderarse de un bergantín é ir á dar parte á Velázquez de la nao y del tesoro que llevaba; pero denunciado por Coria, Cortés, como justicia mayor, juzgó á los culpables: Pedro Escudero y Diego Cermeño fueron ahorcados; á Gonzalo de Umbría le cortaron los piés, y á cada uno de los hermanos Pañete dieron doscientos azotes y el clérigo Juan Díaz fué severamente amonestado.

El complot, que estuvo á punto de tener buen éxito, convenció á Cortés de que era preciso marchar sobre México y quitar á sus soldados toda esperanza de volver á Cuba. Ya sus parciales le habían aconsejado que destruyese las naves, y creyendo oportuno el momento, marchó á Cempuállan con todos los caballos y doscientos peones y mandó que ahí se le reuniese la fuerza conque andaba expedicionando Pedro de Alvarado. Cortés por entonces había perdido su caballo y había adquirido el famoso *Arriero* del músico Domínguez. Para aparentar legalidad hizo que los maestros le dieran un informe de que las naves estaban en muy mal estado, y en su virtud mandó al alguacil mayor, Juan de Escalante, recogiese cables, anclas, velas y cuanto contenían las embarcaciones, y con excepcion de los bateles destinados á la pesca diese con ellas á través. Todas fueron varadas y no quemadas, como vulgar-

mente se dice, menos la capitana, en que partieron los procuradores llevando por pilotos á Antón de Alaminos y á Camacho. Zarparon el 16 de julio después de que dijo misa el padre Olmedo encomendándolos al Espíritu Santo.

Con lo salvado podían volverse á construir las naves, mas de pronto estaba cortada la retirada á los descontentos ó tímidos; así es que Cortés, dejando á Escalante por capitán de la puebla y con él ciento cincuenta hombres de los menos útiles, salió con el ejército para Cempuállan, á la que se puso Nueva Sevilla: allí el cacique gordo les dió un cuerpo auxiliar de totonaca, doscientos *tlamame* para cargar el fardaje y tirar de la artillería y en rehenes y para servir de guías cincuenta de los principales guerreros. Antes de partir Cortés arregló que de todo lo que se rescatase ó adquiriese en las entradas, después del quinto del rey se le diese otro quinto á él.

El ejército de Cortés había tenido bajas, entre ellas diez y siete muertos y los que habían partido en la capitana; pero en cambio había tenido de alzas á Salcedo con su gente y con diez caballos, cosa importantísima, y pocos días antes de partir hubo de apoderarse de cuatro hombres de un buque de Garay que iba al Pánuco y de dos marineros que desembarcaron.

Cortés salió de Cempuállan para México el 16 de agosto con cuatrocientos peones, diez y seis caballos, seis piezas de artillería y mil trescientos totonaca al mando de Teuch, Mamexi y Tamalli.

El señor Orozco formó la lista de los conquistadores de México, y por no haberla incluído en su *Historia* damos aquí la lista de los

CONQUISTADORES QUE VINIERON CON CORTÉS

Abrego, Gonzalo.
Acevedo, Francisco.
Acevedo, Luis.
Aguilar, Alonso de, dueño de la venta de Aguilar entre Veracruz y Puebla; se hizo rico, y en seguida profesó como religioso dominico.
Alamilla, vecino del Pánuco.
Alaminos, Antón de, piloto, descubridor de las costas occidentales de Yucatán.
Alaminos, Antón de, piloto é hijo del anterior.
Alaminos, Gonzalo, paje de Cortés.
Alamos, Jerónimo.
Albaida, Antón de.
Alberza; le mataron los indios.
Alburquerque, Domingo.
Alcántara, Pedro.
Aldama Juan, de Carmona.
Almonte, Pedro.
Almodóvar, Alvaro.
Almodóvar, Alonso, hijo de Juan el Viejo.
Almodóvar, hermano de Alvaro, y ambos sobrinos de Juan el Viejo; uno de ellos murió á manos de los indios.
Alonso, Alvaro, de Jerez.
Alonso, Luis ó Juan Luis, tenía por sobrenombre el Niño, por ser muy alto de cuerpo; le mataron los indios.
Alonso, Martín, de Sevilla.
Alonso, Martín, de Jerez de la Frontera.
Alonso, Luis, maestre jinete y diestro en la espada.
Alpedrino, Martín de, portugués, ya anciano.
Altamirano, Diego, murió religioso franciscano.
Altamirano, Francisco, deudo de Cortés.
Alvarado, Juan, hermano bastardo de los cuatro de su apellido, Pedro, Gómez, Gonzalo y Jorge; murió en la mar yendo á comprar caballos á Cuba.
Alvarado, Pablo.
Alvarado, Hernando.
Alvarez Chico, Juan; le mataron los indios en Colima.
Alvarez, Melchor, de Teruel.
Alvarez Chico, Francisco, hermano del anterior, procurador mayor de la Villa Rica; murió en la isla de Santo Domingo.
Alvarez Rubazo, Juan, portugués.
Alvarez Vivano, Juan.
Alvaro, marinero, en obra de tres años tuvo treinta hijos en las indias; le mataron en Hibueras.
Amaya, vecino de Oajaca.
Amaya, Pedro.
Angulo; murió á manos de los indios.
Antón, Martín, de Huelva.
Aparicio, Martín, ballestero.
Aragón, Juan, vecino de Guatemala.
Arbenga, levantisco, artillero.
Arbolanche, buen soldado; murió á manos de los indios.
Arévalo, Luis.
Arguello; le cogieron vivo los indios que desbarataron á Escalante en 1519.
Argueta, Hernando de.
Arnega, artillero.
Arroyuelo, ballestero; murió á manos de los indios.
Astorga, anciano, vecino de Oajaca.
Asturiano, Francisco.
Avila, Alonso, capitán, el primer contador puesto por Cortés en la Nueva España; fué por procurador á la Española.
Avila, Sancho; murió á manos de los indios.
Avila, Luis, paje de Cortés; pobló en Michoacán.
Baldivia; le mataron los indios en 1519.
Baldovinos, Cristóbal; le mataron los indios.
Balnor; murió á manos de los indios.
Barrientos, Alonso, buen soldado.
Barrientos, Hernando, el de las granjerías.
Barrios, Andrés de, buen jinete, señor de la mitad de Metztitlán.
Barro, Juan, primer marido de doña Leonor de Solís, ballestero.
Bartolomé Martín, de Palos.
Bautista, criado de Jorge de Alvarado.
Bautista de la Purificación.
Benavídez, Nicolás.
Benítez, Juan, maestro de aderezar ballestas.
Berganciano, Juan.
Berrio, Pedro.
Benito, escopetero.
Blasco, Pedro, de quien fué la casa de Juan Velázquez de Leon, donde se edificó el convento de Santo Domingo, y es la antigua Inquisición y hoy la Escuela de Medicina.
Bonal, Francisco.
Botello, Blas, el Nigromántico; murió en la Noche Triste.
Brica, Juan, sastre.
Briones, Gonzalo, buen jinete.
Bueno, Tomás.
Burgos, Rodrigo.
Burguillos, Gaspar, paje de Cortés, rico; se metió á novicio y dejó el convento; volvió después y murió religioso franciscano.
Cáceres Delgado, Juan, señor de Maravatío.
Cáceres, Manuel, pobló en Colima.
Caicedo, Antonio, fué hombre rico.
Camacho de Triana, piloto.
Camargo, Toribio.
Cancino, Pedro.
Canillas, atambor en Italia y en México; murió en poder de indios.
Cano, Alonso.
Canto, Andrés del.
Carabaza, maestre de una nao.
Carmona, Juan, de Casalta, hermano del soldado del mismo nombre.
Carrasco, Gonzalo, compadre de Cortés.
Carrillo, Juan.
Carrión, Rodrigo de.
Cartagena, Juan de.
Carvajal Turrencaos, Antonio; murió en la toma del templo de Tlaltelolco.
Casas, Francisco de Las, primo de Cortés.
Castellar, Pedro del.
Castellanos, Pedro, vivió en Veracruz.
Castillo, Antonio del.
Castro, Pedro.
Catalán, Alonso, buen soldado; murió á manos de los indios.
Catalán, Juan, artillero.
Cazanori Gutierre.
Cermeño, Juan, piloto, hermano del soldado del mismo nombre; Cortés le mandó ahorcar en la Villa Rica el año de 1519 porque se quería volver á Cuba. En algunas partes se le llama Diego.
Celos, Bartolomé; se le encuentra también con el apellido de *Celi*.
Cervantes, el Loco, chocarrero y truhán de Diego Velázquez; murió á manos de los indios.
Cevallos, Alonso de.
Clemente, aserrador.
Cieza, tirador de barra; le mataron los indios.
Cifuentes, Francisco.
Cordero, Antón.
Colmenero, Juan Esteban.
Coronado; murió á manos de los indios en Tepeaca, año 1520.

Correa, Diego, marinero.
Correa, Juan.
Coria, Bernardino de; descubrió á los que se querían volver á Cuba.
Coria, Diego de, vecino de México.
Cortés, don Hernando, general del ejército, gobernador y capitán general de la Nueva España, marqués del Valle; murió en España.
Cortés de Zúñiga, Alonso.
Cortés, Juan, esclavo negro de don Hernando.
Cortés, Juan, cocinero de don Hernando; pudiera ser el mismo esclavo negro, aunque aparece como diverso.
Cortés, Francisco, pariente de don Hernando.
Cristóbal Gil.
Cubillas, Juan.
Cuellar, Bartolomé, el de la Huerta.
Cuellar, Francisco, vecino de México.
Cuenca, Simón de, mayordomo de Cortés, regidor de la Vera-Cruz y en cuya casa estuvo preso Narváez; matáronle los indios en Xicalanca con otros diez soldados.
Cuesta, Alonso de la.
Cuevas, Juan, señor de Xiquilpan.
Cuvieta, Sebastián de.
Chacón, Gonzalo, paje de Cortés y señor de Oxitlán.
Chavez, hombre de gran fuerza.
Chiclana, Antón de.
Dazco, Francisco.
Delgado, Alonso, buen escopetero.
Díaz, Bartolomé.
Díaz de la Reguera, Alonso.
Díaz, Gaspar; fué rico, abandonó sus indios y se metió á ermitaño en los pinares de Huexotzinco, atrayendo á otros que allí se pusieron á pasar la misma vida.
Díaz, Miguel, el Viejo.
Díaz, Domingo.
Díaz de Sotomayor, Pedro, bachiller.
Díaz del Castillo, Bernal, el Galán, buen soldado y el historiador más sincero de la Conquista.
Durán, Alonso, algo viejo; ayudaba de sacristán y se metió á religioso mercenario.
Ecijoles, Tomás, italiano, intérprete y marido de Beatriz Hernández.
Ecija, Andrés de.
Enamorado, Juan.
Enrique; murió sofocado por el calor de las armas.
Escalante, Juan, capitán, primer alguacil mayor de la Villa Rica; murió á manos de los indios en la batalla de Almería, con otros siete soldados.
Escalante, Pedro, rico y galanteador, fué buen religioso franciscano.
Escalona, Juan, capitán, murió en el cerco de México.
Escacena, Antonio, el Colérico.
Escobar, Alonso de, paje de Diego Velázquez; le mataron los indios.
Escobar, el Bachiller, médico, cirujano y boticario; murió loco.
Escobar, Juan, buen soldado; murió ahorcado por haber hecho fuerza á una casada.
Escudero, Pedro; fué ahorcado en la Villa Rica, de orden de Cortés, el año 1519, porque se quería volver á Cuba: también le llaman Diego.
Escudero, Juan.
Espíndola, Juan de.
Espinosa, vizcaino; murió en poder de los indios.
Espinosa, el de la Bendición.
Espinosa, natural de Espinosa de los Monteros; murió á manos de los indios.
Esquivel, Alonso.
Esteban, Martín, de Huelva.
Esteban, Miguel.
Estrada, Alonso, capitán.
Farfán, Luis; le mataron los indios.
Fernández, Juan, alférez de Francisco Verdugo.
Fernández, Juan, descubridor de Michoacán.
Fernández, Juan, el Fraile
Florines.
Florines, hermanos; les mataron los indios.
Francisco, indio mexicano, intérprete.
Franco, Pedro.
Fuenterrabia, Juanes de.
Galdín, piloto.
Galeote, Antonio.
Galindo, Juan, buen jinete, señor de Nextlálpan.
Gálvez, Melchor, vecino de Oaxaca.
Gallardo, Antonio.
Gallego, Pedro; le sacrificaron los indios.
Gallego, Bartolomé.
Gallego, Gonzalo, galafate.
Gallego, Alvaro, vecino de México.
Gámez, Alonso.
García, Bartolomé, minero en Cuba; éste y su compañero Ortiz pasaron el mejor caballo, que después compró Cortés.
García Holguín, don Juan, capitán de uno de los bergantines; prendió al rey Cuauhtemoc.
García, Esteban, marinero.
García, Ginés.
García, Juan, vivió en Veracruz.
García, Juan, de Lepe.
García, Julián.
García, Luis.
García Casavi, Pedro
Garnica, Gaspar.
Garrido, Pedro.
Ginovés, Lorenzo, piloto, vecino de Oaxaca.
Godoy, Diego, escribano.
Gómez, Andrés, ballestero.
Gómez, Alonso, de Trigueros.
Gómez, Francisco, marinero.
Gómez de Herrera, Juan.
Gómez de Guevara, Juan.
González de Nájera, Francisco, padre de Pero ó Pedro: murió en Guatemala.
González, Diego, sacristán
González Dávila, Gil, capitán, que mató á Cristóbal de Olid en Hibueras.
González, Hernando, fundador en Oaxaca.
González de Leon, Juan, marido de Francisca de Ordáz.
González Reales, Juan.
González, Juan, casado.
González, Nuño.
González, Pedro, de Trujillo.
Grado, Alonso de, tesorero del ejército y visitador general de indios, «y era hombre más para entender en negocios que guerra, y éste, con importunaciones que tuvo con Cortés, le casó con doña Isabel, hija de Montezuma.»
Granado, Alonso Martín.
Granado, Francisco.
Griego, Juan.
Grijalva, Alonso.
Grijalva, Francisco.
Guía, Hernando.
Guía, Juan, de Palencia.
Guillén, Juan.
Guisado, Alonso.
Gutiérrez, Antonio, marinero.
Gutiérrez, Francisco; murió á manos de los indios.
Gutiérrez, Antonio, de Almodóvar, señor de Mizquihuala.
Gutiérrez, Diego, señor de Coscatlán.
Gutiérrez, Diego, encomendero de Huatulco.
Gutiérrez Durán, Juan.
Guzmán, Juan ó Esteban, camarero de Cortés.
Guzmán, Pedro, el ballestero, maestre de aderezar ballestas.
Guzmán, Gabriel.
Heredia, el viejo, vizcaino.
Hermosilla, Juan.
Hernández, Santos, el Buen viejo, jinete batidor, natural de Soria.
Hernández Portocarrero, Alonso, de la casa del conde de Palma, natural de Ecija, capitán, primer alcalde ordinario de la Villa Rica; fué á España como procurador de Cortés.
Hernández de Palo, Alonso, viejo.
Hernández, Alonso, sobrino del anterior, ballestero; murió á manos de los indios.
Hernández, hermano del anterior.
Hernández, Diego, aserrador; trabajó en la construcción de los bergantines.
Hernández Maya, Alonso.
Hernández, Bartolomé, de la guardia de Cortés.
Hernández Pérez, Francisco.
Hernández, Francisco, de la guardia de Cortés.
Hernández, Francisco, escribano real ante quien renunció Cortés el cargo de general que traía de Diego Velázquez
Hernández de Herrera Garú, el Filósofo.
Hernández de Mosquera, Gonzalo.
Hernández Bejarano, Gonzalo; lo sacrificaron los indios en Tetzcoco.
Hernández de Alaniz, Gonzalo, soldado valiente.
Hernández, Gonzalo, de Palos, señor de la mitad del Pueblo Morisco; vivió en Puebla.
Hernández Montemayor, Gonzalo.
Hernández Tavira, Juan.
Hernández, Pedro, de Extremadura; no tenía la barba.
Hernández, Pedro, el Mozo.
Hernández de Córdoba, Rodrigo.
Hernández, Santos, herrero.
Hernández de Córdoba, Cristóbal.
Hernán, Martín, herrero, casado con Catalina Márquez, dicha la Bermuda.
Hernando, Martín, de Palos.
Hernando, Alonso, herrero: según las noticias de Panes, «fué natural del condado de Niebla; quemáronle en México por judaizante en 1528; está su sambenito en esta catedral; fué marido de Beatriz Ordáz.»
Herrera, Alonso, capitán en los zapotecas; murió en el Marañón.
Herrera, Pedro.
Hoyos, Gómez de, vecino de Colima.
Hoyos, Gonzalo de.
Huemes, Miguel.
Hurones, Gonzalo.
Hurtado, Hernando.
Illan, Diego, encomendero de Oulotepec.
Illan, Luis.
Inhiesta, Juan de, ballestero.
Ircio, Martín; vivió en Tepeaca.
Izquierdo; se avecindó en Guatemala.
Jaca, Alonso Martín.
Jaen, Cristóbal de.
Jaen, Gonzalo.
Jaramillo, Cristóbal, tío de Juan.
Jerez, Cristóbal.
Jiménez, Gonzalo; pobló en Oaxaca.
Jiménez, Hernando, de Sevilla.
Juan Martín, de Villanueva.
Juan Martín; le mataron á pedradas los indios de Tlatelolco.
Juan, genovés.
Juan Aparicio.
Juárez, Juan, cuñado de Cortés.
Julián, Francisco.
Juliano, Juan.
Lares, buen jinete; murió en la Noche Triste.
Lares, ballestero; murió en la Noche Triste.
Láriz, Luis, de quien fué el famoso caballo de Cortés llamado *Molinero*.
Lazo, Pedro.
Lázaro, herrero.
Ledesma, Francisco.
Lencero, sobrenombre de un soldado que fué

dueño de la venta de *Lencero* (hoy el Encero), entre Veracruz y Puebla; se metió á religioso mercedario.
Leon, Alvaro, cetrero de Cortés.
Lerma, parece ser diverso del capitán Hernando; aburrido de Cortés se metió entre los indios y no se volvió á saber de él.
Lepuzcano, Rodrigo, vecino de Colima.
Lezama, Hernando, capitán.
Limpias Carvajal, Juan de, capitán de uno de los bergantines; ensordeció en la guerra de México.
López de Jimena, Gonzalo; murió á manos de los indios.
López de Jimena, Juan, alcalde mayor de la Vera-Cruz.
López, Román; perdió un ojo y murió en Oaxaca.
López de Avila, Hernán, tenedor de los bienes de difuntos; se fué rico á España.
López, Alvaro, carpintero, vecino de Puebla.
Lopez, Jerónimo; vivió en Tetzcoco.
López, Diego, ballestero.
López Morales, Francisco, de Sevilla.
López Sánchez.
López Alcántara, Pedro.
López, Pedro, ballestero, diverso de otro del mismo nombre y ejercicio; murió en la Española.
López, Bartolomé, vecino de la Villa Rica.
López Cano, Rodrigo.
López, Román, alférez de Andrés de Tapia; pobló en Oaxaca.
López, Cristóbal.
López, Iñigo.
Luco, Alonso, de Peñaranda y señor de Chiautla.
Lugo, Luis del, el Chismoso.
Luis Martín.
Llerena, García de.
Madrid, el Corcovado, buen soldado; murió en Colima ó Zacatula.
Magallanes, Juan, portugués, buen soldado, y bien suelto peon; murió en el cerco de México.
Maldonado, Alvaro, el Fiero
Maldonado, Manuel, el Bravo, señor de Jicotepec.
Maldonado, Pedro; vivió en Veracruz.
Mallorquín, Antón.
Mallorquín, Gabriel.
Manusco, Rodrigo, maestresala de Cortés.
Manzanilla, Pedro, indio de Cuba y hermano de Juan; murió á manos de los indios.
Márquez, Juan, capitán de los indios que iban contra Narváez.
Márquez, Juan, gallego.
Martín, Juan, por sobrenombre Narices; murió á manos de los indios.
Martín el bachiller, que dijo en México la primera misa.
Martínez, Hernando, y
Martínez, su hermano, murieron á manos de los indios en la costa del Sur.
Martínez Villeras, Juan, fué á la conquista de los zapotecas.
Maya, Antonio.
Mazariegos, Diego de, conquistador de Chiapas.
Medel, Francisco.
Medina, Francisco, capitán en una entrada, natural de Aracena; le mataron los indios en Xicalanco, con otros quince soldados.
Medina, Juan, repostero de Cortés.
Mejía, Diego.
Mejía, Gonzalo, tesorero.
Mejía, Francisco, artillero mayor, señor de Iguala.
Melchorejo, indio de Yucatán que servía de intérprete y se huyó en Tabasco
Montes de Alcántara, Juan.
Meneses, Pedro, paje de Cortés.
Mérida, Antonio de.
Mesa, artillero; murió ahogado en un río.

Mesta, Alonso de la; murió en poder de indios.
Mezquita, Diego de la; vivió en Oaxaca.
Mezquita, Martín de la.
Miguel Esteban, camarero de Cortés.
Milla, Francisco.
Millán, Juan.
Miranda, Francisco.
Monjaraz, Gregorio, hermano del capitán Andrés, ensordeció en la guerra de México; buen soldado.
Monjaraz, Martín, tío del anterior.
Monjaraz, Pedro, paje de Cortés.
Monroy, Alonso, se mudó el apellido en Salamanca; le mataron los indios.
Montañés, Pedro.
Monte, Hernando de.
Montejo, don Francisco de, adelantado y conquistador de Yucatán; murió en Castilla
Montero, Francisco.
Monterroso, Blas.
Montesinos, Juan.
Montes, Pedro de.
Mora; murió en los peñoles de Guatemala.
Morales; anciano, cojo, alcalde ordinario de la Villa Rica.
Morales, Cristóbal, de la compañía de Tapia.
Morante, Cristóbal.
Moreno Medrano, Pedro, vecino y alcalde ordinario de la Vera-Cruz; se pasó á vivir á Puebla.
Moreno, Isidro.
Morillas; le mataron los indios.
Morla, Francisco de, capitán, buen jinete; murió en la Noche Triste.
Morcillo, Alvaro; vivió en Guatemala.
Morcillo, Francisco, señor de Indaparapeo.
Morón, Alonso, músico.
Morón, Pedro.
Mosco, Sebastián.
Motrico, Alonso de.
Motrico, Diego, marinero.
Nájara Juan (diverso), el Sordo.
Nájara, el Corcovado, muy valiente; murió en Colima ó en Zacatula.
Nao, Rodrigo de la.
Napolitano, Luis; vivió en Tetzcoco.
Narváez, Gonzalo.
Navarrete, vecino del Pánuco.
Niebla, Hernando.
Niño, Domingo.
Nortes, Ginés; murió á manos de los indios de Yucatán.
Núñez de Mercado, Juan; cegó y se avecindó en Puebla: hay otros conquistadores del mismo nombre y apellido con quienes puede confundirse.
Núñez Mercado, Juan, paje de Cortés; fundó en Oajaca.
Núñez, Andrés, capitán de uno de los bergantines.
Núñez Sedeño, Juan, pobló en Oajaca.
Ocampo, Diego.
Ocaña, Alonso.
Ocaña, Francisco.
Ochoa, paje mozo de don Hernando.
Olea, Hernando, criado de Cortés.
Olea, Cristóbal, esforzado; salvó la vida de Cortés en Xochimilco, saliendo mal herido; al salvarle por segunda vez en las calzadas de México, pereció en la demanda.
Oliver, Antonio.
Olivera, Diego.
Oña, Pedro de.
Orduña, Pedro de.
Orteguilla, anciano y padre de
Orteguilla, «paje que fué del gran Montezuma:» le mataron los indios.
Ortega, Juan, paje de Cortés.
Ortiz, tocador de vihuela y enseñaba á danzar.
Osorio, de Castilla la Vieja, buen soldado; murió en la Vera-Cruz

Ovando, Diego.
Páez, Francisco Bernal.
Palomares, Nicolás de.
Paniagua, Gómez de.
Paredes, Bernardino.
Paz, Pedro, primo de Cortés.
Paz, Rodrigo de, primo y mayordomo de Cortés.
Pedro, Martín, de Coria.
Pedro, Francisco.
Peinado, Antonio.
Peña, Pablo, por sobrenombre Peñita el pulido, encomendero de Tetela.
Peñaflor, Alonso.
Peñalosa, Diego.
Peñalosa, Francisco, ballestero, señor de la mitad de Malinalco.
Peñate, Alonso, marinero.
Peñate, marinero, hermano del anterior.
Pérez, Juan, capitán; quedó por Cortés en Tlaxcala.
Pérez Maite, Alonso; le mataron los indios.
Pérez Pareja, Alonso.
Pérez, Hernán.
Pérez de Arteaga, Juan, intérprete; los indios le decían Malinche.
Pérez, Alonso, de Béjar.
Pérez Cardo, Francisco.
Pérez García.
Pérez de la Higuera, Juan.
Pérez, Martín, de Badajoz.
Peton de Toledo, Pedro.
Pinedo, Cristóbal, criado de Diego Velázquez y buen soldado; huía de México para pasarse al campo de Narváez, y los indios le mataron de orden de Cortés.
Pizarro, Diego, pariente de Cortés, «capitán que fué en entradas;» murió á manos de los indios.
Pizarro, Pablo; murió en la Noche Triste.
Plazuela, sobrenombre.
Polanco, natural de Avila y vecino de Guatemala.
Ponce, Diego; le mataron los indios.
Porras Holguín, Diego de.
Portillo, Carlos, soldado de la guardia de Cortés; murió religioso franciscano.
Portillo, Francisco.
Prado, Alonso
Prado, Juan de.
Proaño, Diego Hernández de.
Quemado, Bartolomé.
Quesada, Bernardino.
Quesada, Rodrigo.
Quesada, Cristóbal.
Quevedo, Francisco.
Quintana, Francisco.
Quintero, Juan; se hizo rico con sus encomiendas de indios, y después se metió á religioso franciscano.
Rabanal, montañés; murió en poder de los indios.
Ramírez, el Viejo.
Ramírez, Gregorio.
Ramos, Martín.
Ramos de Lares, Martín.
Ramos López, Juan.
Rangino; matáronle los indios.
Rapalo, Batista, vecino de Colima.
Redondela, Francisco de la.
Reguera, Alonso de la.
Reina; pobló en Colima.
Remo, Juan, escopetero.
Retamales, Pablo; murió á manos de los indios en Tabasco.
Reyes, Diego.
Ribadeo, á quien decían por sobrenombre Beberreo, por ser borracho; le mataron los indios.
Rico Valiente, Juan.
Rico de Alanís, Juan (diverso).
Río, Antonio.
Río, Juan del; se volvió á Castilla.
Río, Pedro del.

Rivas, Gregorio de.
Rivera, Juan Martín de.
Rodríguez Magarino, Francisco, capitán de uno de los bergantines.
Rodríguez, Gonzalo, portugués, vecino de Puebla.
Rodríguez, Alonso, minero en Cuba; le mataron en los Peñoles.
Rodríguez, Alonso, casado.
Rodríguez, Alonso, archero de Cortés.
Rodríguez Bejarano, Juan.
Rodríguez Hernando, de Palos.
Rodríguez Donaire, Juan.
Rojas, Antonio.
Rojas, Andrés.
Román, Rodrigo.
Romano, Pedro.
Romero, Bartolomé.
Rosas, Andrés, buen jinete del campo de Alvarado.
Ruano, Juan, soldado valiente; murió en la Noche Triste.
Ruiz, Alonso, de Badajoz.
Ruiz, Marcos, de Sevilla.
Ruiz de Monjaraz, Pedro.
Ruiz Requena, Pedro; vivió en Zacatula.
Ruiz, Cristóbal, ballestero.
Saavedra, Pedro.
Saavedra Cerón, Andrés, primo de Cortés.
Sagredo.
Saldaña; murió en Tabasco sin llegar á México.
Salazar, Juan, paje de Cortés; murió en la Noche Triste.
Salcedo, Francisco, el Pulido.
Salinas, García
Salvatierra, Francisco.
Salvatierra, Pedro.
Sánchez, Benito, ballestero.
Sánchez, Esteban.
Sánchez García, de Fregenal.
Sánchez, Gaspar.
Sánchez Colmenares, Gil.
Sánchez, Gonzalo.
Sánchez, Juan, de Huelva.
Sánchez, Luis; pobló en Tetzcoco.
Sánchez Farfán, Pedro, capitán.
Sandoval, Gonzalo de, valiente capitán y amigo de Cortés.
Santa Clara, vecino de la Habana; murió á manos de los indios.
Santiesteban, Pedro, ballestero.
San Juan, el Entonado, por ser muy presuntuoso; murió en poder de indios.
San Juan, de Vichilla, gallego.
Santa Cruz, Burgales.
San Pedro, Diego.
Santa Cruz, Diego; gobernó el estado de Cortés en ausencia de éste.
San Lúcar, Gaspar de.
Santiago, Gregorio de, criado de Rangel.
San Sebastián, Juan de.
Saucedo, Francisco, «natural de Medina de Rioseco, y porque era muy pulido le llamábamos el Galán;» murió en la Noche Triste.
Sedeño, Juan.
Sedeño, Juan; eran tres en el ejército.
Segura, Rodrigo; vivió en Puebla, donde murió de 120 años.
Serna, Alonso de la; tenía una cuchillada en la cara.
Serrano de Cardona, Antonio, regidor de México.
Serrano, Pedro, ballestero; le mataron los indios.
Sindos de Portillo, natural de Portillo; tuvo buenos indios en encomienda y en seguida se metió á religioso; en Durango dejó buena memoria bajo el nombre de fray Cintos. Se le dice Candos ó Cindos.
Solís, Diego, paje de Antonio de Quiñones; vivió en Guadalajara.
Solís Barraza, Pedro, señor de Oculma.
Sopuerta, Diego Sánchez de.
Sotelo, Antonio, capitán de uno de los bergantines.
Soto, Pedro de.
Suárez, Diego.
Suárez, Lorenzo, portugués, por sobrenombre el Viejo; mató á su mujer y murió fraile.
Suegra, Juan de.
Taborda, Diego de.
Talavera, Alonso de; murió en poder de los indios.
Tapia, Andrés de, capitán de cuenta.
Tapia, Pedro; murió tullido
Tarifa, Hernando.
Tarifa, Francisco. Tres Tarifas vinieron con Cortés, según Bernal Díaz; uno consta adelante y estos dos: de ellos uno fué vecino de Oajaca; al otro llamaban *el de los Servicios*, y al último *el de las Manos blancas*, porque no fué para la guerra.
Tavira, Bartolomé.
Téllez, Francisco, el Tuerto, padre de la Pachuca.
Terrazas, Francisco, mayordomo y capitán de la guardia de Cortés.
Tirado, Juan, marido de Andrea Ramírez.
Tirado, Juan; á su costa hizo edificar la ermita de los mártires entre San Hipólito y San Diego.
Tirado, de la Puebla.
Tobar, Martín.
Torre, Alonso de la.
Torre, Juan.
Torres, Diego, de la probanza de Garnica.
Torres de Córdoba, Juan, viejo y cojo; se quedó en Zempoala cuidando la imagen que allí pusieron los españoles.
Torres, Juan, soldado viejo de Italia.
Torres, Juan, de Almodóvar.
Torrecicas, criado de Cortés; le mataron en la Noche Triste y perdió una yegua cargada de oro.
Tostado, Miguel.
Tostado, hermano del anterior.
Toro, Juan de.
Trejo, Rafael de.
Trejo, Alonso Martín de, vecino de Colima
Tuvilla, Andrés, cojo; murió en la Noche Triste.
Umbría, Gonzalo, piloto y buen soldado; Cortés le mandó cortar los dedos de los piés en 1519, porque se quería volver á Cuba.
Utrera, Pedro de.
Urbeta, Pedro de.
Usagre, Bartolomé, artillero.
Valdovinos, Cristóbal.
Vallejo, Pero de.
Vallecillo, capitán.
Valenciano, Pedro; de cuero de tambor hizo naipes para el juego de los soldados, durante la primera entrada en México.
Vandada.
Vandada, hermanos y ya viejos; murieron en poder de los indios.
Varela, buen soldado.
Varela Valladolid, Juan.
Vargas, Hernando, paje de don Luis de Velasco el primero.
Varillas, fray Juan de, religioso mercedario.
Vázquez, Alonso.
Vázquez, Martín.
Vázquez, Martín, repostero del tesorero Estrada.
Veintemilla, Mateo de, vecino de Colima.
Velasco, Melchor.
Velázquez de Leon, Juan, capitán; murió en la Noche Triste.
Velázquez, Alonso Martín, albañil.
Vello, Juan, botiller de Cortés.
Vélez, Juan
Vendabal, Francisco Martín de; vivo le llevaron los indios á sacrificar.
Vera, Miguel.
Vera, Basco.
Veraza, Miguel.
Verdugo, Francisco, capitán de uno de los bergantines
Villalobos, Gregorio.
Villacorta, Melchor.
Villadiego.
Villarreal, Antonio de, marido de Isabel de Ojeda; se mudó el nombre en Antonio Serrano de Cardona; fué regidor de México.
Villandrando.
Villanueva, Bernardino.
Villanueva, Alonso Hernando; le mancó de una lanzada Alonso de Avila.
Villafuerte, casado con una parienta de la primera esposa de Cortés.
Villasinda, Rodrigo; se metió á religioso franciscano.
Xiuja, Pedro.
Yáñez, Alonso, albañil.
Yáñez, Alonso, carpintero.
Zafra, Cristóbal Martín de.
Zamora, Alonso.
Zamorano, Nicolás, señor de Ocuila.
Zavallos, Francisco.
Zaragoza, anciano.
Zuazo, Alonso de.

MUJERES

Doña Marina, intérprete, llamada la Malitzin ó Malinche.
Hernández, Beatriz.
Vera, María de.
Hernández, Elvira.
Hernández, Beatriz, hija de la anterior.
Rodrigo, Isabel.
Márquez, Catarina.
Ordáz, Beatriz.
Ordáz, Francisca.



OBJETOS DE LA ÉPOCA DE LA CONQUISTA

1. Estandarte de Hernán-Cortés.—2. Escudo de Moteczuma.—3 y 4. Casco y coraza de Pedro de Alvarado.— 5 y 6. Arco y flechas de los antiguos mexicanos. —7. Espada de Bernal Diaz del Castillo.—8. Espada de Hernán-Cortés

Los objetos marcados con los números de 1 á 6 existen en el Museo de Mexico, y los marcados con los números 7 y 8 se hallan en la Armería Real de Madrid

CAPÍTULO IX

Itinerario de Cortés. — El marcado por el señor Orozco. — Embajada de Motelchiuh. — Pérfido intento de Coatlpopoca — Cortés manda embajadores á Tlaxcalla. — Jeroglíficos de Tlaxcalla y de sus cuatro señoríos. — Los cuatro señores. — Su discusión sobre la embajada de Cortés. — Penetra Cortés en tierras de Tlaxcalla. — La muralla. — Batalla de Tecoac. — Batalla de Tzompantzinco. — Los tlaxcalteca cercan el campo de Cortés. — Se decide la paz. — Xicoténcatl, el joven. — Cortés entra en Tlaxcalla. — La ciudad. — Conducta política y guerrera de Cortés. — Torpezas de Moteczuma. — Medidas prudentes respecto á religión. — Bautismo de cinco doncellas principales. — Pinturas del lienzo de Tlaxcalla. — Nuevos aliados de Cortés — La marcha á Cholóllan. — Su alianza con México. — Diversas versiones sobre su actitud. — Sospechas de Cortés. — Recibe noticias del intento de destruir á los españoles. — Se resuelve en consejo de capitanes tomar la ofensiva. — Matanza de Cholóllan. — Nueva embajada de Moteczuma. — Se vuelven los cempoalteca. — Sale Cortés para México. — Cálpan. — Amaquemécan. — Tlalmanalco. — Ayotzinco. — Itztapalápan. — Día de la entrada de Cortés en México. — Conducta de Moteczuma. — Marcha del ejército de Cortés. — Sale Moteczuma á encontrarlo. — Verdadero lugar del encuentro. — Entrada en México. — Alojamiento de los españoles. — Sumisión atribuída á Moteczuma. — Cortés manda hacer en la noche salvas de artillería. — Inicia sin resultado la cuestión religiosa. — Retrato de Moteczuma. — Cortés visita el Tlatelolco — Hacen altar en su alojamiento los españoles. — Descubrimiento del tesoro de Axayácatl. — Cuauhpopoca. — Muerte de Escalante. — Situación difícil del ejército español. — Se resuelve prender al monarca de México — Prisión de Moteczuma. — Conserva en su alojamiento su carácter real. — Sus enviados traen á Cuauhpopoca y otros señores. — Cortés los manda quemar vivos. — Pone grillos á Moteczuma, y á poco se los quita. — Nuevas autoridades en la Villa Rica. — Cortés procura recoger grandes cantidades de oro. — Toman los españoles el tesoro de Netzahualcóyotl. — Expediciones á las regiones auríferas. — Construcción y estreno en el lago de los dos bergantines. — Establecimiento militar en Coatzacoalco. — Prisión de Cacama, Totoquihuátzin y otros grandes. — Se recoge de los pueblos tributarios nuevo tesoro. — Pedro de Alvarado en Texcoco. — Fundición del oro recogido y reparto injusto. — Quejas de los soldados españoles. — Familia de Moteczuma — Cortés destruye los ídolos de un templo y pone en él unas imágenes de la Virgen y San Cristóbal. — Causa esto gran excitación y Moteczuma le aconseja que deje la ciudad. — Llegan noticias del arribo de una nueva armada. — Velázquez prepara la expedición de Narváez. — Intervención de la Audiencia de Santo Domingo. — El oidor Ayllón. — Sale la armada. — Desembarca Narváez. — Embajada de Moteczuma. — Conquistadores que vinieron con Narváez. — Otras noticias sobre conquistadores.

Cortés no decidió marchar directamente á México porque su base de operaciones en el Totonacápan quedaba muy lejos: pensó buscar la alianza de Tlaxcalla, pues allí quedaba inmediato al Anáhuac; así es que á esa región se dirigió. Alentábale, además, saber que los tlaxcalteca eran enemigos de los mexica, y que por lo



Mapa del país por donde pasaron los españoles en su marcha á México

mismo con habilidad podía hacer de ellos utilísimos aliados. Publicado existe un plano del camino que siguió Cortés, y aunque no determina los diversos lugares por donde pasó, da buena idea de la región y de cómo se hizo el viaje por los terrenos situados entre el Citlaltépetl y el Poyauhtécatl ó sean el Pico de Orizaba y el Cofre de Perote. Ese camino montañoso era el indicado por dos razones: la primera, porque

siendo época de las lluvias más fuertes era el más practicable, y la segunda, porque seguía por tierras de sus aliados los totonaca ó inmediatas á ellas.

El itinerario marcado por el señor Orozco en vista de los mejores datos, es de Cempuállan á Xalápan, de ahí á Xicochimilco, en seguida á Ixhuacán y después, bajando de las sierras al Valle, á Xocotla, lugar fuerte y poblado cercano á la frontera de Tlaxcalla. En todo el tránsito, por medio de Aguilar y Marina, se hacía saber á los pueblos que estaban libres del tributo que pagaban á Moteczuma, y se les elogiaba la grandeza



Marcha de Cortés. — Jeroglíficos de Durán

del rey de España y las excelencias del cristianismo: en algunos lugares se dejaron cruces, mas no se derrocaban los ídolos, pues hubiera sido imprudente hacerse enemigos al paso.

Durán refiere que Moteczuma, sabiendo que emprendía viaje Cortés, le mandó de embajador, y para que lo guiase, al *Huitznáhuatl* llamado Motelchiuh; pero que aunque aquél se lo agradeció, le mandó volver á México, pues ya tenía quién de guía le sirviese. Cuenta también



Embajada que manda Cortés á los cuatro señores de Tlaxcalla
Lienzo de Tlaxcalla

que en Náuhtlan se le ofreció á guiarle el mismo señor del pueblo llamado Coatlpopoca, quien con mala intención lo llevó por desbarrancaderos para que pereciesen los caballos. Creemos que hay confusión en Durán.

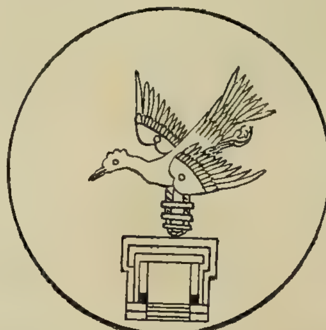
Ya cerca de Tlaxcalla, creyó conveniente Cortés mandar á ese señorío una embajada en forma, compuesta de cuatro de los principales cempoalteca, quienes llevaban por presente un sombrero vedijudo rojo de Flandes, una ballesta y una espada, y á más una carta, pues aunque no se ocultaba á Cortés que no la entenderían, le pareció fórmula necesaria. Presentóse la embajada á los cuatro señores de Tlaxcalla, y aunque generalmente se dice que con ella iba Marina, no lo creemos porque era difícil que Cortés se desprendiese de su intérprete y porque en el lienzo está pintado el pasaje, los cuatro



Jeroglífico de Tlaxcalla

señores tlaxcalteca y el embajador entregando la carta, y no pusieron á Marina como en otros lugares donde estuvo. Mientras volvía la embajada pasóse Cortés á Ixtacmaxtitlán.

Recordaremos que cuatro señores gobernaban siempre en Tlaxcalla, unidos en los asuntos comunes y cada uno supremo en su señorío. En los jeroglíficos el



Ocotelolco



Tizatlán



Tepecticpác



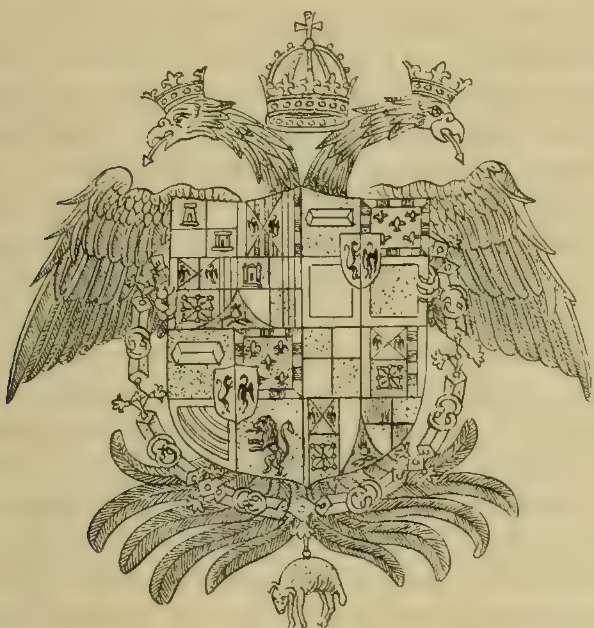
Quiahuiztlán

Armas de los cuatro señoríos de Tlaxcalla.—Lienzo de Tlaxcalla

conjunto de los cuatro señoríos ó sea Tlaxcalla, se representa por dos manos sobre un cerro teniendo una tortilla de maíz; el señorío de Tizatlán, por una garza; el de Ocotelolco, por una ave volando; el de Tepeticpác, por una preciosa ave parada con riquísimo plumaje, y

el de Quiahuiztlán, con un soberbio tocado de guerrero. Estos eran los verdaderos jeroglíficos que tenían en sus pinturas y en sus estandartes, según los hemos visto originales, y no los que generalmente se refieren.

En aquella sazón los cuatro señores eran: Maxixcátzin, de Ocotelolco y jefe del ejército; Xicoténcatl, de Tizatlán, anciano y casi ciego; Tlehuexolótzin, de Tepeticpác, y Citlalpopocátzin, de Quiahuiztlán. De los diversos relatos, entre los cuales se distinguen los de Herrera y Muñoz Camargo, resulta que recibidos los embajadores, por ser cempoalteca, tributarios de Moteczuma, y por lo mismo considerados enemigos de Tlaxcalla, lo primero que se pensó fué darles muerte; mas considerando que venían por Cortés, abandonóse la idea para discutir el asunto principal. Maxixcátzin opinó por



Armas de España que traía Cortés.—Lienzo de Tlaxcalla

recibir á los extranjeros, porque eran enemigos de Moteczuma y ofrecían ayudar á los tlaxcalteca contra los mexica; pero el anciano Xicoténcatl lo contradijo, exponiendo los peligros de recibir á esos hombres extraños que monstruos parecían, y recordando el deber de morir por la patria y por los dioses; Tlehuexolótzin buscaba términos medios y nada se decidía, y entretanto se hacían crueles sacrificios á las deidades, el mismo pueblo se dividía en encontradas opiniones y los embajadores no eran despachados.

Impaciente Cortés de que no volvían sus enviados, salió á los tres días de Iztacmaxtitlán reforzado con trescientos guerreros del lugar, y marchó á tierras de Tlaxcalla. Encontróse abandonada la muralla que por ese lado cerraba el señorío tlaxcalteca y que era una gran cerca de piedra seca, alta como estado y medio, ancha como veinte piés, y que atravesaba todo el Valle de sierra á sierra, con un pretil para pelear desde encima y una sola entrada como de diez pasos y en esta entrada doblada la una cerca sobre la otra dejando un espacio de cuarenta pasos. Atravesóla el ejército á 31 de agosto, formado en orden de guerra: Cortés, con quince caballeros de descubierta, media legua adelante; por vanguardia una partida de peones ligeros apoyados por los ballesteros y los arcabuceros; formando el centro la artillería y el grueso de los de espada y rodela, y á la retaguardia el fardaje con unos mil quinientos guerreros aliados.

Algunos cempoalteca que se habían adelantado á buscar víveres y alojamiento fueron mal recibidos por Tocpacxochihuilli, señor de Tecoac, quien al punto apercibió á sus guerreros para combatir á los invasores. Era Tecoac región otomí perteneciente á Tlaxcalla, de gente fiera y belicosa, valiente y ejercitada en las cosas de la guerra. Habría hecho el ejército de Cortés cuatro leguas cuando la descubierta se encontró con unos quince otomíes: trabóse la lucha, mataron de un tajo de *macuáhuitl* un caballo cortándole á cercén el cuello, desjarretaron á otro, que murió también, é hirieron á otros tres caballos y á dos caballeros, quedando cinco otomíes en el campo. Un jinete corrió á rienda suelta á mandar que avanzase el grueso. Salieron de una emboscada tres mil guerreros, y Cortés les hizo rostro con ocho caballeros, mientras llegaron artillería é infantería, con lo cual dieron cuenta de los contrarios, haciéndoles diez y siete muertos y gran número de heridos. En el lienzo de Tlaxcalla no aparece la batalla



Recibimiento hecho á Cortés en Iliyócan.—Lienzo de Tlaxcalla

de Tecoac, sino un recibimiento amistoso, y antes de él otro en Iliyócan. Durán habla de mayor mortandad de indios, y Sahagún dice que mataron á todos los que hubieron á las manos. Los españoles tuvieron cuatro heridos. Como se ve, por más que á este combate quiera dársele las proporciones de una gran batalla, no pasó de un encuentro, lo cual se conoce por el número de muertos y heridos y por el tiempo que duró, pues con todos sus incidentes fueron dos horas. Y no podía ser de otra manera, porque ni Cortés sabía que iba á encontrar de pronto á los enemigos otomíes, ni éstos habían tenido más tiempo que para salir de prisa á atajar el paso á los españoles.

Estamos en un momento muy oscuro en los cronis-

tas y lleno de contradicciones. Los tlaxcalteca, por haberse aliado después á los españoles, quisieron borrar esos combates, y por eso no constan en el lienzo ni habla de ellos Muñoz Camargo; los mexica no tuvieron noticias muy exactas de todo, y en sus relatos hay confusión, y los españoles cuentan de los sucesos la parte que les era favorable. De aquí viene que escritores modernos muy respetables no se han dado razón de la verdad de los hechos; y sin embargo, creemos que por sí mismos se explican sencillamente.

El no haber vuelto la embajada de Cortés demuestra las vacilaciones de los tlaxcalteca y cómo se habían formado dos partidos, uno por la paz apoyado en que con la alianza de los españoles Tlaxcalla se sobrepondría á México, y otro por la guerra formado de hombres cautos como el viejo Xicoténcatl, que temían los peligros de recibir al extranjero, y de guerreros como Xicoténcatl, el joven, que preferían morir por la patria á dejarla profanar. En tales dudas, la impaciencia de Cortés, el combate de Tecoac y la noticia de que los



Cortés en Tecoac. — Lienzo de Tlaxcalla

españoles habían atacado á fuerzas de Tlaxcalla, produjeron el triunfo por el momento del partido de la guerra. Esto era lógico: dispúsose que el ejército tlaxcalteca saliese á cerrar el paso á Cortés, y á su frente marchó el valeroso Xicoténcatl. Confirma lo dicho la circunstancia de que dos de los embajadores cempoalteca se presentaron al ejército español diciendo que los habían preso para sacrificarlos; pero que se habían podido escapar y que habían oído que pensaban sacrificar á todos los blancos. Por eso ponemos este encuentro, no el día 1.° de setiembre, como el señor Orozco, sino hasta el día 2, como dice Bernal Díaz; pues tiempo se necesitó para que llegase á Tlaxcalla la noticia de lo de Tecoac, se decidiese la guerra y se dispusiese la salida del ejército.

El 31 de agosto Cortés pernoctó sobre las armas, curando á sus heridos con el unto de un indio gordo que habían matado: reorganizado el 1.° de setiembre, el 2 avanzó de madrugada en buen orden de combate. Un perro del ejército descubrió la presencia del enemigo, y Lares, que iba avanzado en su caballo magnífico, comenzó el ataque. Presentáronse poco más adelante dos escuadrones de indios, con trajes vistosos, llenos de plumería, con sus penachos y bizarros estandartes, sonando estrepitosos caracoles y bocinas y alzando espantosa gritería. Cortés, que era el hombre de las fórmulas, mandó al escribano Diego Godoy que les hiciese el requerimiento de ley, que no entendieron, y en seguida arremetió sobre ellos. No conocía aún el capitán español aquella táctica extraña, y pronto, atraído entre las hondonadas por tlaxcalteca y otomíes que se retraían, se vió rodeado por todo el ejército contrario, en medio de cuya multitud se distinguían las divisas blancas y rojas de la capitanía del bravo mozo Xicoténcatl. El remedio de Cortés estuvo en formar un grupo compacto del cual alejaba al enemigo el alcance de los arcabuces y de la artillería. Los caballos, no pudiendo maniobrar, se replegaron también formando una muralla de hierro; y aun así un grupo de otomíes logró apoderarse de la lanza de Pedro de Morón, herirle y matarle la yegua. En esta formación y batiéndose sin cesar fué avanzando el cuerpo español hasta ganar la llanura, durando la batalla hasta que el sol se puso, y refugiándose los españoles en una altura coronada por un *teocalli* llamada Tzonpantzinco. Por más que Cortés diga que en todo ese día de combate hizo mucho daño á los enemigos y no recibió de ellos ninguno más del trabajo y cansancio de pelear y la hambre, no es de creerse, y Bernal Díaz habla de un muerto y quince heridos, sin que entren en la cuenta los cempoalteca. La verdad es que los españoles tuvieron esta batalla por victoria y que por victoria también la celebraron los tlaxcalteca poniendo á su dios *Camaxtli* el chapeao velludo enviado por Cortés. Varía el número de indios que dieron la batalla, según los diversos relatos: Bernal Díaz pone cuarenta mil. En todas las crónicas se exagera mucho el número de los enemigos, y ya comprendemos por la organización guerrera de aquellos pueblos y por la extensión de territorio que ocupaban, cómo no podía alcanzar tan elevada cifra el ejército de Tlaxcalla. Lo mismo debemos decir del nuevo ejército de cincuenta mil hombres, que según Bernal Díaz se estaba preparando para atacar el campo español, noticia que les hizo temer la muerte y que los más confesasen sus culpas con el mercedario Olmedo y el clérigo Díaz, pasándose en esas confesiones y rezos toda la noche.

Aquí nos encontramos en los cronistas con algo inexplicable. Al día siguiente dejó Cortés en el cerro á Pedro de Alvarado, y con el grueso de las tropas cayó sobre algunos pueblecillos para proporcionarse víveres, y á más mandó á dos prisioneros principales con una carta á Tlaxcalla, asegurando que no quería hacer mal al señorío, sino pasar solamente para México. Siguiéronse varios ataques, y entre ellos uno por la noche, que, sentido á tiempo por los españoles, se convirtió en derrota para los tlaxcalteca. En el real era tanto el apuro, que muchos murmuraban y aconsejaban á Cortés volverse á

la costa. Y sin embargo, á poco se presentan los tlaxcalteca á hacer la paz, sin que se dé más razón que una nueva embajada con nuevos presentes mandada por Moteczuma á Cortés. Esto es ilógico, y en Durán encontramos un hecho que nos indica el camino de mejor explicación.

Refiere Durán que los españoles se hicieron fuertes en el cerrillo adonde se habían retirado después de la batalla y que los indios los cercaron y les daban diariamente batería, la cual duró por diez ó doce días. En efecto, Cortés en una altura y con su artillería recobraba la superioridad y hacía inexpugnable el lugar para las armas de los indios. Salidas repentinas ó nocturnas apoyadas por la caballería, ponían miedo en el enemigo y le proporcionaban víveres. Barriendo la llanura desde su real, todos los asaltos de Xicoténcatl debían fracasar: el ataque nocturno había sido rechazado. La lucha era constante; Cortés estaba enfermo de calenturas. Los tlaxcalteca no estaban acostumbrados á esa resistencia; sus guerras con los pueblos comarcanos concluían pronto; la sagrada á que estaban habituados terminaba en un día. La prolongación de la lucha habría sido su triunfo; pero desesperaban al ver que no podían destruir á un puñado de hombres. Estaban, además, solos: los torpes mexica los abandonaban y mandaban embajadores á Cortés; los huexotzinca se habían retraído de pelear en un combate. Además, Cortés enviaba constantes embajadas á Tlaxcalla con protestas de amistad. Fué resultado natural que el partido de la paz se sobrepusiese: enviáronse en consecuencia órdenes á Xicoténcatl para que suspendiese la guerra; al principio las resistió valeroso é indignado, pero al fin tuvo que ceder al mandato de la autoridad, y llevando sus mantas rojas y blancas, divisa de su casa, y las insignias de su mando, presentóse con cincuenta guerreros principales en el campo español para ajustar las paces. Era Xicoténcatl alto de cuerpo, de grande espalda y bien hecho, de cara larga, hoyosa y robusta, hasta de treinta y cinco años y grave de su persona. Sentólo Cortés á su lado, quedando todos los demás de pié, y dándose por agraviado porque de guerra lo habían recibido, aceptó la paz.

La noticia causó grande contento en Tlaxcalla; levantáronse enramadas, hízose suntuosa danza de todos los guerreros y fiestas á los dioses con sacrificio de esclavos. Cortés había ocultado sus muertos y heridos para que los contrarios tuviesen á los españoles por inmortales, y acaso por darse tiempo de curar á los lastimados ó por no mostrar precipitación, permaneció algunos días en su campamento. Vinieron á él los cuatro señores para invitarlo á que pasase á Tlaxcalla, y contestó astuto que no lo había hecho por no tener indios que llevasen su artillería. Todo se le proporcionó, y siempre en orden de guerra, emprendió la marcha pasando por Atlihuetzyán y Tizutla. En el lienzo de Tlaxcalla, en Atlihuetzyán, se ve á Cortés á caballo, á Marina á su lado, á pié, á dos señores que le presentan ramos y en el suelo varios comestibles. En otra pintura se ve igual recibimiento cuando llegaba ya á Tlaxcalla: ahí tras de Cortés va un negro con su lanza.



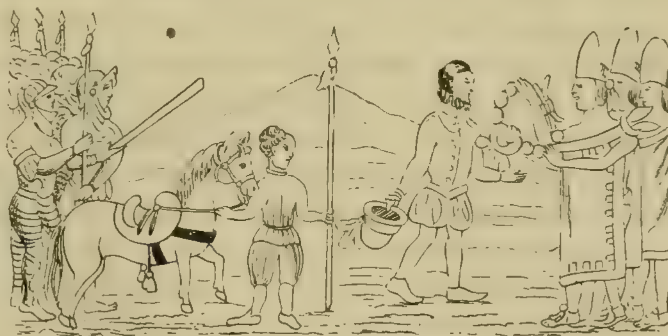
Entrada de Cortés en Atlihuetzyán.—Lienzo de Tlaxcalla

Al entrar en la ciudad calles y azoteas estaban henchidas de pueblo, y los cuatro señores con sus *copilli* en la cabeza, acompañados de los principales,



Cortés llega á Tluxcalla.—Jeroglíficos de Durán

con sus mantas de nequen con el color de su parcialidad y de los sacerdotes con sus lúgubres vestiduras y con braserillos con *copalli*, se adelantaron á recibir á



Los señores de Tlaxcalla salen á recibir á Cortés
Jeroglíficos de Durán

Cortés. Éste se apeó del caballo, y como los señores se acercaban á abrazarle, por precaución les aseguraba la muñeca derecha dejándose tomar sólo con el brazo izquierdo. Alojóse Cortés, según generalmente se dice, en el palacio de Xicoténcatl, los soldados españoles en un lugar próximo y los aliados en las cuadras del

teocalli principal; los embajadores mexica se aposentaron con Cortés. La entrada en Tlaxcalla tuvo lugar el domingo 18 de setiembre. Según Andrés de Tapia, Cortés se alojó con su ejército en el *teocalli*, y por ser éste la fortaleza, lo creemos más probable. Agrega que mandó á sus soldados que no se alejasen sin su licencia y que la pedían para ir á un arroyo á un tiro de piedra de allí.

Dice Cortés de Tlaxcalla que era ciudad tan grande y de tanta admiración, que era mayor que Granada y mucho más fuerte, de muy buenos edificios y de mayor población que aquélla al tiempo que se ganó y muy abastecida de maíz, aves, caza, pescado de los ríos y otras cosas muy buenas de mantenimientos. Cuenta que al mercado principal, sin contar los menores, concurrían diariamente unas treinta mil personas, y que en él había toda suerte de víveres, vestidos y calzados, joyas de oro, plata y piedras finas, plumas hermosas, loza muy buena, leña, carbón y medicinas, barberías y baños. Refiere, en fin, que era tierra de muchos señores é innumerables vasallos con grandes y ricos campos de labranza.

Más agradable debió parecerle la ciudad á Cortés por las muestras de amistad que le daban los tlaxcalteca: no se contentaron con los presentes comunes de joyas y ropas, sino que le dieron trescientas hermosas jóvenes para sus soldados, y el viejo Xicoténcatl le dió para él á su propia hija. No debe extrañarse esto, pues estaba en las costumbres de aquellos pueblos.

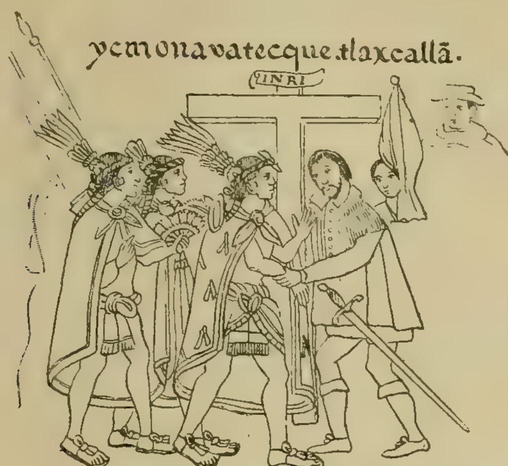
Examinemos la conducta de Cortés hasta aquí, viéndolo tanto como guerrero cuanto como político. Un solo error había cometido en el principio: dar la batalla de Tabasco sin necesidad y sin objeto práctico. Pero desde que fundó la Vera Cruz su buen juicio caminó á la par de su fortuna. Su alianza con los totonaca quitó recursos á Moteczuma, le proporcionó buenos amigos por el interés de verse libres del tributo y le abrió camino seguro desde la costa hasta el territorio tlaxcalteca. Ahí tenía dos caminos que escoger: seguir directamente sobre México ó entrar antes en Tlaxcalla. El cempoalteca Teuch le aconsejaba el primero: si lo hubiera seguido, se habría presentado ante Moteczuma con reducido ejército y sin recursos; hubiera quedado muy lejos de su base de operaciones y cortado por pueblos poderosos que no eran sus amigos. Verdad es que Moteczuma le mandaba embajadas; pero insistía, como el mismo Cortés dice, en que no fuese á su tierra. Con la paz y amistad de Tlaxcalla, aunque conseguidas á costa de combates y penalidades, el cuadro cambiaba por completo, pues traía su base de operaciones al centro del territorio, apenas del otro lado de las montañas que cierran el Valle de México, y conseguía toda clase de recursos y un nuevo ejército aliado, numeroso, aguerrido y enemigo de los mexica.

A tanta habilidad había opuesto Moteczuma una torpeza increible. Hemos visto que era valeroso, y al saber el arribo de los españoles su fanatismo lo acobardó. Los tomó por los dioses que debían volver, y les salió al encuentro, no con ejércitos que los destruyeran, sino con embajadas y presentes que los alentaban. En vez de ir á castigar con rigor á los insurrectos totonaca, se quejaba á Cortés, y así aprendían los otros pueblos tributarios que podían insurreccionarse impunemente. Cediendo al fatalismo de sus creencias, dejó internar á los españoles, y se contentaba con rogarles que no fuesen á México. Pero el mayor de sus errores consistió en enviar á Cortés una embajada cuando lo vió en aprietos con los tlaxcalteca, y no un ejército auxiliar á éstos: si lo hubiera hecho, habrían destruído al enemigo común para después dirimir sus contiendas particulares: no haciéndolo, unía necesariamente á los españoles con los guerreros de Tlaxcalla. Este fué, en efecto, el resultado, y sin duda se lo comunicaron sus embajadores. Los tlaxcalteca daban toda clase de muestras de amistad al Conquistador. No lo podían llamar por su nombre, y le decían Malíntzin por verle siempre en compañía de ésta, y en su honor desde entonces, la soberbia montaña Matlalcueye apellídase la Malinche.

Tarde pensó Moteczuma en rebelarse contra el destino: la imperfecta organización social de su imperio hizo que se viese solo; los pueblos tributarios, sin interés que á él los ligase, sacudían su yugo, felices de no contribuir ya con su sudor y con su sangre; el Anáhuac quedaba aislado, y entonces el poco antes poderoso emperador de México pidió auxilio á los chololteca.

Entre tanto Cortés en Tlaxcalla aseguraba la amistad de los indios, y arreglaba que levantasen un respetable ejército auxiliar y preparasen toda clase de bastimentos para ir sobre México. Aunque en su carta á Carlos V le dice que los tlaxcalteca querían ser vasallos del rey de España, más que de sumisión debió hablar con ellos de amistad y alianza. Con igual prudencia trató las cuestiones de religión. La predicación del Cristianismo era difícil no conociendo la lengua del país; por lo cual, valiéndose de Aguilar y Marina, se contentó con explicar á los señores sus excelencias; pero ni éstos ni el pueblo quisieron por entonces aceptar las nuevas creencias. Así es que Cortés, bien aconsejado por el padre Olmedo, Alvarado, Velázquez de Leon y Lugo, se redujo á hacer un oratorio para los españoles en el palacio de Xicoténcatl, á colocar una gran cruz en el sitio en que lo recibieron los señores y una imagen de la Virgen en un *teocalli* recién construído, donde fueron bautizadas cinco de las doncellas principales que les habían dado: la hija de Xicoténcatl se llamó doña Luisa y quedó con el Conquistador, la entregada por Maxixcátzin doña Elvira y se dió á Velázquez de Leon y las otras se dieron á otros tres

capitanes. El lienzo de Tlaxcalla tiene una pintura que representa la colocación de la cruz grande, otra con la conversación de uno de los señores y Cortés, una



Cortés coloca la gran cruz en Tlaxcalla.—Lienzo de Tlaxcalla

tercera donde se hace el presente de las doncellas y de varios objetos preciosos, y en fin, una cuarta, que es el interior del *teocalli* en que se colocó la Virgen y



Presentes hechos á Cortés. — Lienzo de Tlaxcalla

donde el clérigo Díaz está bautizando á las doncellas y á los cuatro señores, hecho falso respecto de éstos, pero que la piedad posterior de los tlaxcalteca quiso



Regalo de mujeres hecho á los españoles. — Lienzo de Tlaxcalla

referir á esa época. Cortés está sentado con un crucifijo en la mano.

Pues Cortés aparecía victorioso, natural era que no le faltasen nuevos amigos y aliados: el señorío de Huexotzinco se le unió, é Ixtlilxóchitl, creyendo obtener de esa manera el reino de Texcoco que ambicionaba, se ponía nuevamente á su disposición. Completó en aquella sazón el asombro que inspiraban los hombres blancos, barbados y cubiertos de hierro, la ascensión que hizo al volcán de Popocatepetl, entonces en alguna actividad, el capitán Diego de Ordáz con algunos españoles é



Bautismo de tlaxcalteca. — Lienzo de Tlaxcalla

indios, si bien éstos quedaron á la mitad de la subida y sólo aquél llegó á la cima.

La marcha de Cortés para México estaba indicada por Cholóllan, ciudad fuerte que no debía dejar por enemiga á sus espaldas; y sin embargo, él mismo dice que fué á ella por instancias de los embajadores de Moteczuma y que los tlaxcalteca procuraron disuadirle recelando traiciones. Creemos que tal dicho tenía por objeto explicar su posterior conducta. La verdad es que mandó una embajada á Cholóllan con el consabido requerimiento por escrito y que muchos principales fueron á verlo y á asegurarle su amistad, con lo cual, después de haber estado en Tlaxcalla más de veinte días, hacia el 12 de octubre salió para Cholóllan con su ejército reforzado con unos seis mil guerreros tlaxcalteca.

Habíase operado ya en el ánimo de los indios una reacción natural en sus creencias respecto de los españoles. Si al principio los tuvieron por dioses, por *teules*, como dicen las crónicas, pronto se convencieron de que eran hombres mortales sujetos, como todos, á las necesidades de la vida y vulnerables al golpe del *macuáhuitl;* ya no eran los arcabuces y las lombardas rayos y truenos del cielo, sino armas nuevas y mortíferas, *tepuztli*, como les llamaban; ya no creían que caballo y caballero eran un monstruo de una sola pieza, ni llevaban pavos á las cabalgaduras para que como sus amos se alimentasen, y no teniendo en su lengua nombre para designarlos les decían *mázatl*, venados, con lo cual daban bien á entender que habían conocido su naturaleza. Cortés, en fin, ya no era *Quetzalcoatl*, sino, por el contrario, un extraño que venía á derrocar á los dioses, incluso el mismo *Quetzalcoatl*, para susti-

tuirlos por otros extraños. Los hombres blancos y barbados no eran más que una raza enemiga, que llegaba á apoderarse de sus bienes, de sus casas, de sus campos, de su patria.

En Cholóllan, más que en otra parte, debieron despertarse estos sentimientos, porque era la ciudad teocrática por excelencia. Ya hemos dicho que su gobierno era teocrático: la autoridad estaba en manos de los sacerdotes, quienes todo lo decidían. El sacerdocio tenía á su vez dos jefes: el *Tlaquiach* ó sumo sacerdote y el *Tlachiach* ó señor del pueblo. El ejército tenía jefe especial, sacerdote y guerrero á la vez. El gobierno civil se ejercía por un consejo de seis miembros, guerreros ó sacerdotes, ó más bien sacerdotes y guerreros á un tiempo. Cholóllan no podía llamarse una potencia guerrera: á pesar de que Cortés exagera su extensión, era sólo una ciudad con treinta mil habitantes, si bien ocupaban mucho lugar su gran *teocalli* y los menores que eran tantos, que Cortés asegura á Carlos V que contó más de cuatrocientos. Pueblo dado á la labranza, cultivaba con esmero la tierra, y eran, además, los chololteca grandes mercaderes, buenos hilanderos y tejedores, plateros y fabricantes de loza de la mejor calidad. En el vestir y en sus habitaciones sobrepujaban á los tlaxcalteca. Se les tenía por desleales y tornadizos, defectos propios de las teocracias. Siglos había existido la ciudad sagrada, debido á su carácter religioso, más bien que á la guerra florida en que tomaba poca parte. Los fanáticos mexica siempre la habían protegido y apoyado. Natural era que aquel sacerdocio desease la destrucción de los españoles, y que no teniendo fuerza material que oponerles recurriese á la astucia y se ligase con Moteczuma en causa común.

Como esto es lógico, entre las dos encontradas opiniones de los que afirman que había intento en acabar con los españoles y que al efecto se había acercado un ejército mexica emboscándose en los alrededores de la ciudad, y de los que lo niegan suponiendo que fué un pretexto de Cortés para imponerse y aterrar á los indios, aceptamos la primera versión.

Cierto es que fué recibido el ejército español con muestras de entusiasmo y gran cantidad de pueblo salió á su encuentro con los sacerdotes; pero el camino real estaba cerrado y abierto otro con hoyos y trampas, algunas calles se veían tapiadas, y había muchas piedras arrojadizas en las azoteas. Nueva embajada de Moteczuma llegó á Cholóllan diciendo que sólo iba á informarse de la anterior, é inmediatamente se volvió á México llevándose al principal de los embajadores antiguos. Cortés había sido aposentado en amplias cuadras con sus soldados y con los guerreros cempoalteca y de Iztacmaxtitlán, pero no se había dejado entrar á los tlaxcalteca que acamparon fuera de la ciudad. Ni sacerdotes ni principales iban al alojamiento de los españoles, y cada día llevaban los indios menos provisiones. Llamados los principales sacerdotes y señores, fueron con dificultad. Si la mala voluntad de los chololteca y los temores inspirados á Cortés eran calumnia, todos estos hechos parecían confirmarla.

A los tres días de estar en la ciudad, los cempoalteca avisaron á Cortés que en las calles se hacían trampas y reparos; llegaron después los tlaxcalteca á decirle que se habían hecho sacrificios al dios de la guerra, y en fin, un sacerdote traidor le denunció el intento de matar á los blancos y cómo cerca estaba apercibido un ejército de Moteczuma.

Hay otra versión que dice que una vieja se lo contó á Marina para salvarla, aconsejándole que se alejase de los españoles porque iban á acabar con ellos. Esta versión es inverosímil. ¿Qué interés podía tener esa vieja por una india que no era de su raza y venía con los enemigos para descubrirle así los secretos? No falta quien por esto culpe y mucho á Marina. Ya dijimos que se ha equivocado su papel en la Conquista: no tuvo ninguna influencia en ella; fué sólo una intérprete. Niña vendida por su propia madre, esclava en el nuevo país donde la llevaron, regalada allí á los conquistadores y dada como un mueble de lujo á Portocarrero, no podía tener afecciones por nada ni por nadie: creemos que entonces ni manceba era aún de Cortés, pues se refiere que tuvo una hija de Aguilar con quien de continuo andaba. Verdad es que algunos lo niegan porque Aguilar era diácono; pero en el precioso manuscrito de Dorantes, en el cual como testigo ocular trata de los hijos de los conquistadores, expresamente habla de la descendencia de aquél. Marina estaba considerada porque era útil; más tarde porque fué madre de un hijo de Cortés; pero su papel histórico no pasó del de simple intérprete.

Si los hechos eran ciertos, el caso podía ser grave: Cortés reunió consejo de capitanes, y en él se decidió tomar la ofensiva y sorprender á los chololteca á la alborada. Se dió orden á los tlaxcalteca de que al primer arcabuzazo cargasen sobre la ciudad; se pertrechó la artillería y se vigiló toda la noche el alojamiento. Por la común versión debía llegar á la mañana gran cantidad de chololteca para acompañar á Cortés y llevar sus cargas, y una vez entrados en el patio tomaron los españoles las puertas y cargaron sobre ellos matándolos: los tlaxcalteca, al oir el arcabuzazo, penetraron en la ciudad, dando muerte á todo el que encontraban, saqueando y quemando. En dos horas, según el dicho de Cortés, habían dado muerte á tres mil chololteca.

Nuestra opinión particular es contraria á lo que refieren las crónicas, puesto que otras callan: para nosotros, tomada la resolución de atacar, salieron al alba los españoles de su cuartel y penetraron los tlax-

calteca en la ciudad, destruyendo unos y otros cuanto á su paso encontraban. La ciudad estaba en esos momentos tranquila y sin aprestos de guerra, y fué sorprendida por la invasión de los enemigos. El ejército de Moteczuma no estaba á punto de penetrar. Apenas los más audaces y los sacerdotes se subieron á los templos y al gran *teocalli;* pero fueron asaltados y en ellos perecieron combatiendo. Llegó nuevo ejército de Tlaxcalla con el bravo Xicoténcatl, y dos días duró la matanza y dos días ardió la ciudad sagrada. Gran



Matanza de Cholula. — Lienzo de Tlaxcalla

parte de la población huyó á los campos, y quedaron muertos más de seis mil chololteca. Al fin presentáronse los sacerdotes á pedir misericordia; Cortés mandó cesar la matanza y que volviesen los habitantes á Cholóllan. Increpó á los embajadores de Moteczuma, quejándose de la participación que á su amo se atribuía y encargándoles le dijesen que pronto pasaría á México. El señor Orozco dice que la matanza de Cholóllan fué más inhumanidad que valentía.

Partió uno solo de los embajadores, y á los seis días volvió en compañía del principal: Moteczuma negaba su complicidad en los intentos de los chololteca é insistía en que Cortés no fuese á México. Nueva embajada con ricos presentes de oro y nueva insistencia no mudaron el ánimo del capitán español. Tres embajadores partieron á avisarlo á Moteczuma, y tres se quedaron para servir de guías. Buena parte de los cempoalteca se volvió de ahí á sus ciudades con cartas para Escalante, en las cuales los recomendaba y á más le encargaba mucho reforzase la villa y conservase la paz con los totonaca. Otros mil tlaxcalteca se agregaron á Cortés para llevar la artillería y el fardaje, y el 1.° de noviembre salió con su ejército para México.

Pernoctó en Cálpan, y siguió el camino entre el Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, por donde acostumbraban los *pochteca* volver á México con sus mercaderías y por donde los mexica iban á los campos de Atlixco cuando hacían la guerra sagrada por ese rumbo. El ejército encumbró la serranía é hizo alto en una mesa llamada el patio, donde había espaciosos edificios destinados al descanso de los mercaderes. Presentóse ahí nueva embajada, pretendiendo siempre que no siguiesen adelante los españoles y que Moteczuma daría lo que quisiesen y mandaría cada año cuanto se le pidiera hasta el mar ó lugar que se le señalase. Dió Cortés á los embajadores cuentas de vidrio, y contestó que por mandato de su rey debía ir á México, y que si después de verle Moteczuma no le quería tener en su compañía se volvería. Cuenta la crónica que en la embajada se presentó como Moteczuma un mexica muy parecido á él, astucia del rey de México para ver si Cortés tenía intención de matarlo; pero que éste descubrió el engaño y lo reprendió duramente. Esto no pasa de una fábula. Cortés, cuidadoso, vigiló toda la noche el campo, y si cuando hacía la ronda no grita á tiempo: — ¡Ah de la vela! le da muerte Martín López, que ya le había encarado su ballesta.

El 3 de noviembre llegó el ejército á Amaquemécan, y el señor del lugar hizo gran presente á Cortés de oro, joyas y plumajes. Él y los señores de Tlamanalco y Chalco tuvieron ocasión de quejarse de los agravios de Moteczuma: Cortés les ofreció su protección, con lo cual se hizo de amigos á las mismas puertas de México. También ahí recibió á algunos principales mexica enviados para cumplimentarle y proveerle de cuanto hubiese menester.

El 6 de noviembre salió el ejército de Amaquemécan, pasó por Tlalmanalco y rindió la jornada en Ayotzinco, inmediato á Chalco. Al día siguiente al ponerse en camino, llegó Cacama en unas andas en



Paso de Cortés por Chalco. — Lienzo de Tlaxcalla

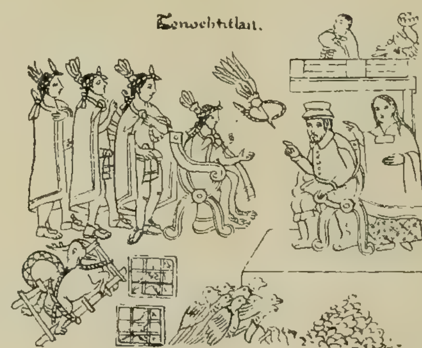
hombros de la nobleza, y dijo á Cortés, de parte de Moteczuma, que lo esperaba en México; pero que le aconsejaba no fuese, porque la ciudad era pobre y pasaría muchos trabajos y dificultades. Cortés insistió, y casi tras los embajadores salió el ejército; siguió por el dique, dejando á un lado Mizquic; llegaron los españoles á Cuitlahuac, que les pareció muy hermosa ciudad, continuaron por la orilla del lago de Texcoco hasta Iztapalápan, y ahí fueron recibidos y aposentados por Cuitlahuac. Mucho elogían Cortés y Bernal Díaz los edificios y jardines de esa ciudad.

Al día siguiente, martes, 8 de noviembre, debía entrar en México el ejército español. Cortés fija la fecha: uno de nuestros manuscritos mexica dice que fué diez días antes de la fiesta *Quecholli*, y entonces habría sido el 6 de noviembre. Si Cortés en su relato no cuenta el mismo día de la entrada, según parece, y si en el manuscrito entra el día de la fiesta en los diez referidos, quedarían de acuerdo en el día 7, y resultaría el 5 para la salida de Amaquemécan y el 6 para la entrada en Iztapalápan. Así nos decidimos por el lunes 7 de noviembre. Cortés está ya á las puertas de la ciudad de México.

Acaso espantado por la matanza de Cholóllan, en vez de rabia en el corazón, sintió Moteczuma la más triste de las cobardías, entregar á su patria, y consintió al fin en recibir á Cortés. Tenía en medio de la laguna una ciudad fuerte, la más fuerte del territorio según Bernal Díaz; un ejército aguerrido de mexica, que cuando no podían vencer sabían morir, contaba aún con todo el Anáhuac, y en él con abundantes recursos; y sin embargo, sólo le ocurrió oponerse á los españoles con embajadas, presentes y engaños pueriles, con sortilegios y actos supersticiosos y con intentar la sorpresa de Cholóllan, sin ponerse valeroso al frente de sus guerreros, y concluyó por abrir inerme á los extraños la nunca profanada ciudad de Tenoch.

Acercábase el ejército admirando valle y cielo, hombres y ciudades; los habitantes del Anáhuac llenaban los caminos para ver á esos guerreros extraños que del mar habían salido: al ponerse en presencia se asombraban una de otra las civilizaciones del Antiguo y Nuevo Mundo, como elocuentemente dice el señor Orozco. Componíase el ejército de cuatrocientos españoles y siete mil aliados. Los mexica se quejaron á Cortés de que quisiese meter en su ciudad á número tan considerable de sus enemigos más encarnizados; pero él les contestó que no los llevaba como guerreros, sino como *tlamame* para conducir la artillería y el bagaje. A fuer de imparciales debemos decir que Sahagún refiere que ni por los caminos parecía persona, como protesta muda contra la invasión. Según Durán, venía Cortés acompañado de grandes señores mexica, tlaxcalteca, xochimilca, tepaneca y chalca, con otra mucha gente de principales y del pueblo, que iba por gozar del recibimiento. Era ciertamente una entrada triunfal, y sin embargo, Cortés, siempre precavido, salió de Iztapalápan con su ejército en orden de guerra: la caballería en la descubierta, las capitanías de arcabuceros y ballesteros á la vanguardia, el bagaje en el centro custodiado por aliados, y después los soldados de rodela y espada con la artillería, cubriendo el resto de aliados la retaguardia: llevaban las banderas desplegadas, y marchaban tocando los atambores con gran sorna y aparato para poner miedo á todos los que lo veían.

Atravesó el ejército la calzada de Iztapalápan, larga de dos leguas, por cuyos lados caminaban contemplándolo millares de indios en multitud de canoas que surcaban el lago. La calzada de Iztapalápan, á más del ramal, digámoslo así, que la unía al fuerte de Xóloc, se comunicaba con la de Coyoacán por un dique más al sur, en el lugar donde se levantaba el *Cihuateocalli* ó templo de la diosa *Toci*. Por ese dique vino el ejército, y en ese templo se encontraron Cortés y Moteczuma. Generalmente se dice que el encuentro tuvo lugar en la calle que queda frente á la iglesia de Jesús: pudo venir el error de los términos vagos de la relación del Conquistador; pero Durán es terminante y claro en este punto. Refiere que Moteczuma, como supiese la aproximación del ejército español, salió con los reyes y grandes señores que con él estaban en México, entre ellos Cacama, llevado en lujosas andas, cubiertas de ricas y preciadas mantas por cuatro grandes señores, acompañándole los demás del reino con mucho aparato de rosas, con otros presentes y riquezas para presentar á los españoles. Llegados á Tocititlán, donde estaba el templo de *Toci*, esperaron á Cortés, y al presentarse éste, Moteczuma bajó de las andas y se adelantó á su encuentro, cubriéndolo los cuatro señores con un palio riquísimo á maravilla y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras *chalchíhuitl* que colgaban de unas como bordaduras, según refiere Bernal Díaz. Al mirar á Moteczuma, á su vez Cortés se apeó del caballo, y cuenta él



Entrevista de Cortés y Moteczuma. — Lienzo de Tlaxcalla.

mismo que queriendo abrazarlo se lo impidieron los otros señores, pues lo tenían por divinidad á la cual nadie podía tocar. Contentóse entonces con ponerle al cuello un gran collar de piedras de vidrio margajitas. Moteczuma le mandó dar dos de caracoles rojos con ocho camarones de oro cada uno largos como un jeme, y le puso en la mano un galano y curioso plumaje labrado á manera de rosa. Confirman el lugar del encuentro Bernal Díaz y Sahagún. Durán añade, que en el templo de *Toci* tuvieron su primera conversación Moteczuma y Cortés, y que allí los reyes de Texcoco y Tlacópan y los demás grandes señores le ofrecieron collares y rosas: lo mismo aparece en las pinturas del lienzo de Tlaxcalla; pero el Conquistador dice que

hablaron después en el alojamiento, y que entró en la ciudad apoyado en el brazo de uno de los hermanos del rey, y éste también apoyado en otro y yendo poco más adelante. Penetraron en la ciudad, con bailes, danzas y otros muchos regocijos que delante de ellos iban, y salieron á su encuentro los sacerdotes con incensarios, bocinas y caracoles, todos embijados y con sus trajes de ceremonia, y los guerreros *cuauhtli* y *océlotl* con sus extrañas armaduras y sus *macuáhuitl* y *chimalli*.

Siguió la comitiva por las calles rectas de la calzada de Itztapalápan, y tomando á un lado del recinto del *teocalli*, entró el ejército á alojarse en el palacio de Axayácatl, escogiendo Moteczuma para su propia habitación el de su antepasado del mismo nombre; de manera que solamente quedaban separados Cortés y él por la calle que hoy es de Tacuba. Alojados ya españoles y aliados volvió Moteczuma, y llevando á Cortés á sentarse en el estrado del gran salón del palacio, colocóse á su lado y le dijo, que por las profecías de su religión sabía cómo habían de venir hombres del oriente súbditos de *Quetzalcoatl*, y que él, cediendo á la voluntad de los dioses, se le sometía, y al rey de



Retrato atribuído á Moteczuma

España su señor, según dice el mismo Cortés. Era la última protesta de Moteczuma contra su suerte y la completa sumisión á sus supersticiones y al fatalismo de sus creencias. El pueblo valeroso veía á su rey como una divinidad, y calló ante su voluntad débil y enfermiza; pues se nos antoja que el cerebro de Moteczuma, trabajado por su fanatismo, no estaba sano del todo. Cortés tomó grandes precauciones en su alojamiento, repartió convenientemente las tropas por el edificio, y abocó la artillería en las puertas de entrada: con la cual hizo salva en la noche para aterrar á los mexica, quienes quedaron asombrados con el estruendo, el fuego y el olor de la pólvora.

Pagó Cortés la visita acompañado de sus capitanes, y si bien inició la cuestión religiosa fué sin resultado; recibiendo él y los suyos, al despedirse, buenos presentes de oro, joyas y ropa fina. Era Moteczuma, según Bernal Díaz, de edad hasta de cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, enceño y de pocas carnes, de color no muy moreno, con los cabellos largos hasta cubrirle las orejas, con pocas barbas, negras y bien puestas, rostro algo largo y afable, y en el mirar mostraba dulzura y gravedad. Era muy limpio y diariamente se bañaba. Agregaremos que, según nuestra cuenta, tenía entonces Moteczuma cuarenta y cuatro años.

Por más que cronistas, historiadores y el mismo

Conquistador, nos hablen de la sumisión de Moteczuma, es lo cierto que Cortés vivía en constante cuidado, que no le faltaban noticias alarmantes, y que aun para visitar la ciudad le fué preciso pedir licencia al rey y salir en cierto orden de guerra. Mucho le interesaba conocer la localidad: iba Cortés á caballo con todos sus jinetes y la mayor parte de sus peones; visitó el mercado de Tlatelolco y en seguida el *teocalli* inmediato, donde salió á recibirlo Moteczuma diciéndole que estaría cansado de la subida; pero él le contestó arrogante que los españoles nunca se cansaban. Se cuenta que ahí quiso Cortés tratar nuevamente la cuestión religiosa; pero que Moteczuma no le consintió el desacato de hablar mal de sus dioses. Tuvo que contentarse el capitán español con pedir licencia al monarca *mexicatl* para hacer un altar en una sala del alojamiento; y ahí se dijo misa á los españoles hasta que se acabó el vino. Parece ser que al construir ese altar se descubrió una puerta tapiada y que por ella dieron con el tesoro de Axayácatl, y que era tan abundante de piezas de oro, que Bernal Díaz dice que no había visto en su vida riquezas como aquellas.

Mas con tal situación Cortés nada adelantaba. Un nuevo suceso podía darle pretexto para encontrar una solución. Cuauhpopoca, señor de Náuhtlan y tributario de Moteczuma, había penetrado en guerra por el Totonacápan, y Escalante se vió obligado á salir de la Villa Rica con algunos soldados españoles para atacarlo; en la refriega salió herido y de resultas de las heridas murió. Aun cuando Cortés había recibido la noticia antes de entrar en México, entonces era la sazón de aprovecharla. Llevaba ya seis días en la ciudad, y reunió en consejo á los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Velázquez de Leon y Diego de Ordáz, y á doce soldados distinguidos y de confianza, entre ellos Bernal Díaz. La situación de los españoles se hacía difícil: se habían metido en una isla cuyas calzadas se podían cortar fácilmente; en ella no tenían más víveres que los que les daban los mismos mexica, y Durán habla de que escaseaban y fué preciso quejarse á Moteczuma; en un momento dado acolhua, tepaneca, y todos los guerreros del Valle que reconocían aún el dominio de la liga del Anáhuac, podían auxiliar á los mexica y caer sobre el reducido ejército de Cortés. Las alianzas de éste eran inútiles para ese caso; los tlaxcalteca podían ser detenidos fácilmente en su camino, los señores de Chalco y Tlalmanalco habían reducido su adhesión á quejarse de la tiranía de Moteczuma, y el mismo Ixtlilxóchitl, mancebo inexperto de diez y nueve años, no podía por entonces ofrecer más que su inútil traición. Hacer una matanza como la de Cholóllan era punto menos que imposible: los chololteca no eran guerreros y ahí el auxilio de Tlaxcalla estaba á corta distancia. Sólo un medio de salvación se encontró, prender á Moteczuma. Para esto había ciertas facilidades: la entrada en su palacio no tenía inconveniente, pues confiaba incauto en las repetidas protestas de amistad de Cortés; solamente lo ancho de una calle separaba ese palacio del que servía de cuartel á los españoles, circunstancia favorable para un golpe de mano; la guardia mexica, aun cuando fuese de seiscientos hombres, no era obstáculo serio, pues podía ser arrollada en un momento por el ejército muy superior que estaba á un paso. Decidióse, pues, la prisión del monarca de México de una manera ó de otra ó morir todos sobre ello. Pero Cortés era amigo de las fórmulas, y gustaba de justificar sus injusticias, y aconsejó la astucia aunque en ella hubiesen sorpresa y engaño.

Procedióse desde luego á poner el ejército sobre las armas, listos los caballos y á punto la artillería. Mandó Cortés pedir audiencia á Moteczuma, y se dirigió á su palacio con los capitanes Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de Leon, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Ávila y Francisco de Lugo, todos armados de punta en blanco. En las encrucijadas de las calles se apostaron con disimulo pelotones de peones; y entraron en el palacio como paseantes curiosos, soldados de espada que se fueron colocando de dos en dos y tres en tres en las puertas, patios y pasillos que conducían á las habitaciones de Moteczuma. Hacerlo era sencillo, pues los españoles entraban libremente en el palacio: el Conquistador Anónimo da cuenta de haber entrado varias veces por visitarlo.

Introducido Cortés con sus capitanes y sus intérpretes, lo recibió Moteczuma en el salón de audiencias solo como siempre, pues nadie sospechaba los intentos de aquél. Empezó Cortés por quejarse de la conducta de Cuauhpopoca y culpar á Moteczuma; pero éste protestó que era extraño á los sucesos de Náuhtlan, y para mayor satisfacción llamó á ciertos grandes de su servidumbre, y dándoles el sello con la imagen de *Huitzilopochtli*, que tenía atado en su brazo, les mandó ir á traer, en donde quiera que estuviese, á Cuauhpopoca para castigarlo. No era eso bastante para el intento de Cortés; así le dijo á Moteczuma que creía preciso, mientras se aclarase la verdad y fuesen castigados los culpables, que le acompañase al alojamiento de los españoles. El rey respondió indignado, que no era persona la suya para estar presa, ni los suyos lo consentirían. Díjole Cortés que no iba preso, sino con toda su libertad y sin que se le pusiera impedimento en su mando y señorío. Velázquez de Leon, impaciente, propuso dar de estocadas de una vez á Moteczuma, si se resistía más. Marina le hizo saber esta resolución. Moteczuma estaba solo en medio de los decididos capitanes, sus guardias mismas no podían defenderlo de la irrupción del ejército español que cercano estaba; se le ofrecía, además, respetar su mando y señorío, lo cual era su preocupación constante; pensó

en su propia vida antes que en la patria, y consintió. Mandó traer sus andas, y los nobles lo condujeron silenciosos al cuartel español: á su lado marchaban los capitanes españoles. Cundió rápida la noticia por la ciudad, era la mitad de la tarde y el pueblo comenzó á alborotarse. Moteczuma mandó que se sosegase.

Pusieron á Moteczuma en un departamento inmediato al de Cortés, adornándolo con el lujo que tenía en su palacio: trasladáronse con él sus mujeres é hijos y los grandes de su servidumbre; siguió recibiendo embajadas y despachando los negocios de su reino; y el infeliz se creía todavía emperador de México. Parece que los mexica hicieron algunas intentonas para salvarlo; pero Andrés de Monjaráz velaba delante del palacio con sesenta peones, y con otros tantos por la espalda Rodrigo Alvarez Chico. Los mexica seguían con sus costumbres, y debemos suponer que con todas las ceremonias de su culto, pues el Conquistador Anónimo habla de haber visto el sacrificio gladiatorio.

A principios de diciembre los enviados de Moteczuma trajeron á Cuauhpopoca, á su hijo y á otros quince guerreros principales. El cumplimiento de la palabra real parecióle nueva sumisión á Cortés, y alentado, mandó quemar á los presos frente al *teocalli;* y haciendo culpable á Moteczuma de los hechos de Cuauhpopoca, no obstante que éste negó toda participación del rey de México, mandó ponerle grillos. Moteczuma lloraba y con él los más grandes de su reino, quienes metían por los anillos mantas delgadas porque no lastimasen á su señor. Después de la espantosa ejecución de Cuauhpopoca, Cortés en persona quitó los grillos á Moteczuma llamándole su hermano, sin que creamos por inverosímiles otros detalles.

Cuidó Cortés de nombrar por la muerte de Escalante, capitán de la Villa Rica, y designó para tal puesto á Alonso de Grado; mas como fuese mala su conducta, lo sustituyó por Gonzalo de Sandoval, quien remitió preso á su antecesor, y cumpliendo otras instrucciones, envió algunos útiles que se destinaban para hacer dos bergantines y enseñorearse del lago.

No estando á punto de mayores audacias, le preocupaba á Cortés recoger la mayor cantidad de oro. Refiere él mismo que rogó á Moteczuma le indicase las minas de dónde se sacaba. Un suceso acaecido hacia fines de diciembre había excitado más su codicia. Quisieron algunos españoles visitar la ciudad de Texcoco y Cacama, por más honrarlos, dispuso que los acompañasen los dos príncipes acolhua Netzahualquéntzin y Tetlahuehuezquitítzin. Llegaban al embarcadero cuando un enviado de Moteczuma los alcanzó para recomendar al primero que tratasen bien á los españoles y les diesen oro, pues acaso así contento Cortés devolvería la libertad al rey de México. El soldado que iba por capitán de los peones, como no entendió lo que hablaban, tomólo por traición, y sin averiguar más dió de palos á Netzahualquéntzin y lo envió á Cortés. Este, que buscaba todas las ocasiones de imponerse, lo hizo ahorcar desde luego. Admira que Cacama sufriese esa muerte y enviara á su otro hermano Tecpacxochítzin á acompañar á los veinte españoles. Estos, comprendiendo que ya podían hacer cuanto quisiesen, visitaron toda la ciudad de Texcoco, recogieron el tesoro de Netzahualcóyotl, llenaron de oro una caja de dos brazas de largo, una de ancho y un estado de alto, y no contentos aún, mandaron á los señores acolhua les llevasen más oro, con lo cual volvieron bien cargados á México.

Despachó entonces Cortés varios comisionados á las regiones auríferas, acompañados de mexica que le proporcionó Moteczuma. Gonzalo de Umbría fué á Zozolla y Tamazolápan, donde vió sacar granos de oro de tres diferentes ríos. Pizarro fué á Chinantla y trajo buenas muestras del oro de sus ríos. Mandóse otra comisión á explorar los dos de Tochtepéc, y á ruego de Cortés, mandó Moteczuma construir allí cuatro buenas casas y un estanque, con cría de patos y aves de corral, y grandes siembras para que sirviesen de estancia á los españoles.

Cuidaba entre tanto Cortés de construir y armar dos bergantines para enseñorearse de las aguas del lago, como se ha dicho, y tener con ellos fácil salida de la isla en caso necesario. Como trataba aún de hacer creer á los mexica que Moteczuma no estaba preso, sino sólo en su compañía por orden de *Huitzilopochtli,* le había permitido á veces salir de paseo y aun ir al *teocalli,* siempre acompañado de peones seguros y escogidos capitanes españoles, quienes aparentaban ser guardias de honor, y en realidad eran custodios del prisionero: así es que aprovechó el estreno de los bergantines para llevarlo de caza por el lago al peñón de Tepepolco, donde tenía una estancia en la cual no podían penetrar ni los más grandes mexica. El asombro de ver la velocidad conque cruzaban el lago los bergantines, como volando con las alas de sus velas; el sentirse por algunos momentos libre, y oir á su vuelta que le recibían con salvas de artillería que para sí tomó, todo esto hizo creer al mismo Moteczuma que todavía era rey. Hizo con tal motivo grandes regalos á los españoles, pues era por naturaleza dadivoso, y ya los obsequiaba con trajes ricos, con joyas, con armas ó con doncellas.

Cortés, entre tanto, procuraba ganar terreno por todas partes, y auxiliado por el mismo Moteczuma, arregló dos expediciones, una á Coatzacoalco y otra al Pánuco: la primera le proporcionó la alianza de Tochintecuhtli, señor de esa región, y que se levantara una fortaleza que debía ir á guarnecer Velázquez de Leon con ciento cincuenta españoles; y la segunda la amistad del señor del Huaxtecápan, y que le diese noticia de las nuevas naves de Francisco Garay, quien, como ya hemos visto, andaba en descubrimientos por el Pánuco.

Creyó Cortés llegado el momento de dar un paso más en el dominio del Anáhuac, prendiendo á Cacama, rey de Texcoco, y á Totoquihuátzin, rey de Tlacópan. Los relatos sobre este suceso son completamente inverosímiles, y pugnan abiertamente con la organización y costumbres de aquellos pueblos. Parece lo cierto, que considerando arriesgado emplear la fuerza para esas prisiones, se recurrió al engaño y á la traición. Varias veces se había ofrecido Ixtlilxóchitl, y con él existían otros muchos descontentos en Texcoco. Se decidió aprovechar la estancia del rey en su palacio de Tepetzinco, pues quedaba á la orilla del lago y tenía un canal que penetraba debajo de las habitaciones: reunidos los conjurados se apoderaron del rey acolhua y de cinco de sus grandes, y metiéndolos en una canoa con toldo, á fuerza de remos, llegaron pronto á México, y los pusieron *en la cadena grande,* lo mismo que á Totoquihuátzin, preso á pocos días por medios semejantes. Por gobernante se puso en Texcoco á Cuicuitzcátzin, mas no como rey, pues Cacama vivía, y por eso no está en el mapa Tlótzin. Cortés mandó prender, además, á otros muchos principales de México y de los señoríos



Gonzalo de Sandoval

del Valle, entre ellos al *Cihuacoatl* Tlacaelel Xocoyótzin.

Cortés coloca en estas circunstancias la sumisión de Moteczuma, cuando ya lo había hecho en su primera entrevista, y trata del rico tesoro que se reunió para el rey de España, yendo á los pueblos tributarios los *calpixque* de México en unión de soldados españoles. Que Moteczuma por recobrar su libertad diese todas las riquezas que en su mano estuviera dar, es seguro; pero que renunciase á su dignidad real, entregándose por vasallo de otro rey, era imposible.

Pero el tesoro se recogió, y se agregó á las muchas dádivas de Moteczuma, al descubierto en el palacio de Axayácatl y al de Netzahualcóyotl traído de Texcoco. Saqueáronse, además, los palacios, y Cortés mandó á Pedro de Alvarado que fuese á Texcoco á pedir oro nuevamente y hacer la colecta para el rey de Castilla. Cuicuitzcátzin le entregó oro por valor de nueve á diez mil castellanos, y como no pudiese darle más, Alvarado lo ató á un palo de piés y manos y le quemó la barriga con brea derretida. Consta el hecho en el Proceso de Alvarado, de la declaración de Bernardino Vázquez de Tapia, que con Rodrigo Rangel llegó en esos momentos en un bergantín, con orden de Cortés para llevar el oro recogido en Texcoco.

Los plateros de Atzcaputzalco fundieron todo el

oro recogido, formando unas barras de tres dedos de ancho; se sacó el quinto del rey, y se sellaron con las armas reales. Del resto, dice el señor Orozco, que hizo Cortés el reparto del leon. Se sacó el otro quinto ofrecido á Cortés; luego los gastos que hizo en Cuba para proveer la armada, provisiones que había regalado á la Villa Rica; en seguida el precio de las naves de Diego Velázquez echadas al través; el gasto de los procuradores enviados á España; lo que correspondía á los soldados de guarnición en la Villa Rica; el valor del caballo que se murió á Cortés y de la yegua que mataron á Sedeño; dobles partes para Olmedo, Díaz, los capitanes, los caballeros, ballesteros y arcabuceros, «e otras socaliñas,» como dice Bernal Díaz. A cada soldado tocaron nada más cien pesos de oro; y aunque con dádivas ó promesas se calmaron las murmuraciones y las quejas, siempre se decía en el ejército y Bernal Díaz lo escribe, que «uno en papo y otro en saco e otro so el sobaco, y allá vá todo donde quiere Cortés y estos nuestros capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan.» El señor Orozco admite tres millones y medio de nuestros pesos por valor de los metales fundidos y quintados del tesoro que había reunido Cortés: su total lo calcula Robertson en once millones y medio, y Prescott en más de seis millones. Todavía Velázquez de Leon, quien no había salido aún para Coatzacoalco, acusado de ocultar barras para que no se sacase el quinto real, fué desterrado á Chololllan para pedir oro, y volvió sin pena y con buena cantidad, pues Cortés, so color de hacer justicia, era con grandes mañas, como á este propósito dice Bernal Díaz.

Algo debemos hablar de la familia de Moteczuma, pues con él vivía, sin que se entendiese el monarca en su trato familiar más que algunas veces con Marina, y con el paje Orteguilla, quien, muy listo, había aprendido bastante el nahoa ó mexicano y servía de espía á Cortés. Este vivía buenamente con dos hijas de Moteczuma, que bautizadas habían tomado los nombres de doña Ana y doña Inés, y con una hermana de Cacama, llamada ya doña Francisca. La mujer escogida por Moteczuma para reina era Teotlachco, hija del rey de Tlacópan, en la cual había tenido una hija llamada Teucichpoch, nacida en julio de 1510, y que por lo mismo iba pronto á tener diez años de edad, pues los sucesos nos han traído hasta abril de 1520. Hemos hablado ya de otras dos hijas del monarca de distinta madre; podemos agregar un hijo, que después se llamó don Pedro, y otro muerto en la Noche Triste. A nuestro intento basta saber que la heredera real de Moctezuma era Teucichpoch.

Creyó sin duda Cortés de sazón las circunstancias para hacer otra manifestación de su poder, derrocando los ídolos y sustituyéndolos por la cruz cristiana. Aunque desacordes entre sí las relaciones, sacamos en limpio que entró como por paseo en el recinto sagrado con algunos españoles, y guardándose de tocar el *teocalli* de *Huitzilopochtli,* subió á otro, que creemos era el *Tlíllan,* donde encontró muchos ídolos, y dando sobre ellos con una barra de hierro comenzó á destruirlos, arrancando á uno una máscara de oro que tenía, y diciendo: «á algo nos hemos de poner por Dios.» Llegó rápida la noticia á Moteczuma, y mandó pedir á Cortés licencia para ir donde estaba; y llegado con buen recaudo de gente, convino en que en aquel templo pusiese Cortés una Virgen y un retablo de san Cristóbal, pero que le entregasen sus dioses. Transigía el emperador de México, mas no cedía en sus ideas religiosas.

Fuera verdad que este hecho comenzaba á sublevar el ánimo de los mexica, ó pretexto empleado por Moteczuma, éste aconsejaba á Cortés que saliese de la ciudad con su ejército para evitar el peligro. Cortés le contestó que había destruído sus naves, y sacó el provecho de que le diese obreros que marcharon á la costa á construir tres navíos dirigidos por los carpinteros de ribera Martín López y Andrés Núñez. Ocho días llevarían de salidos los carpinteros; Velázquez de Leon había marchado con sus soldados para Coatzacoalco; Rangel con una partida para Chinantla, y otros españoles andaban en la recolección de tributos, lo cual tenía muy mermado y lleno de zozobra al ejército, cuando Moteczuma participó á Cortés la noticia de que habían arribado á la costa varios navíos con españoles. La primera impresión en el cuartel fué de alegría, creyéndolos refuerzo conseguido por los procuradores. Veamos cuál era la verdad.

Aun cuando Velázquez trató de apresar la nave en que iban los procuradores de Cortés no lo había conseguido; pero sabiendo, si no todo, parte de lo que había pasado, el deseo de vengarse y la avaricia lo incitaron á alzar una nueva armada para venir á tomar posesión de lo que juzgaba suyo y le había defraudado Cortés. No entraremos en pormenores de lo que en España pasaba con los procuradores y los agentes de Velázquez, pues sólo interesan á nuestra historia los hechos pasados en México ó directamente relacionados con ellos. Nos bastará decir que lista la armada, comprendió la audiencia de Santo Domingo, única establecida hasta entonces y que se creía con jurisdicción en todo lo descubierto, las graves consecuencias que la determinación de Velázquez podía traer; por lo cual se nombró al oidor Lucas Vázquez de Ayllón para que fuese á Cuba con amplios poderes é instrucciones. Sus gestiones no dieron más resultado que el que saliese la armada, no al mando de Velázquez, sino al de Pánfilo de Narváez, y se concertase requerir pacíficamente á Cortés, y en caso de resistencia fuesen los barcos á poblar tierras nuevas. Para mayor seguridad se vino con la armada el mismo oidor Ayllón.

La armada constaba de diez y nueve naves entre

barcos y bergantines, mil cuatrocientos soldados, de los cuales ochenta eran de á caballo, noventa ballesteros, setenta arcabuceros, veinte piezas de artillería y mil indios de Cuba para el servicio. A principios de marzo salió la armada del puerto de Guaniguanico; tocó en Cozumel, siguió el río Grijalva para tomar agua y víveres; en camino para Ulúa se perdió una nave con cincuenta españoles, y al fin llegó la expedición á principios de abril, al mismo lugar donde un año antes había desembarcado Cortés. Las naves eran diez y ocho, y al día siguiente del arribo, pretextando Narváez que estaban en mal estado, á pesar de la oposición de Ayllón, desembarcó á su gente y dió por fundada una villa, nombrando alcaldes ordinarios á Francisco Verdugo, cuñado de Velázquez, y á Juan Yuste, mayordomo del mismo, y regidores á Diego y Domingo Velázquez, sus sobrinos, á Gonzalo Martín de Salvatierra y á Juan de Gamarra. Ahí mismo se presentó á Ayllón un español que le dió noticia de la situación de México, y á poco llegaron de Chinantla, Cervantes, Escalona y Hernández Carretero, quienes se unieron á Narváez y le sirvieron de intérpretes. Moteczuma, antes de avisar tal arribo á Cortés, envió embajada con presentes á Narváez, y como éste contestara que venía á castigar á los españoles que en México estaban, cobró esperanzas y mandó que de todo se abasteciese á los nuevamente venidos.

Ponemos á continuación la lista de los conquistadores que llegaron con Narváez y noticias de otros, que aunque incompletas, fué cuanto pudo reunir el laborioso señor Orozco; y lo hacemos sobre todo para que se conserve trabajo de tanto mérito, pues no sabemos por qué causa no se incluyó en su *Historia*.

CONQUISTADORES QUE VINIERON CON NARVAEZ

Abarca, Pedro de.
Acedo, Bartolomé.
Agandes, Diego.
Aguado, Juan Martín.
Aguilar de Campo, Juan.
Alanís, Gonzalo, escribano
Alfaro, Elías ó Martín, soldado
Alvarez Santaren, Juan.
Alva, Lorenzo.
Antón, Martín, el Tuerto.
Aparicio, Martín, ballestero.
Aponte, Esteban de.
Arévalo, Alonso.
Arévalo, Melchor.
Arévalo, Pedro.
Arriaga, Antonio de.
Armenta, Pedro, aserrador.
Avalos, Melchor.
Avilés, camarero de Narváez.
Avilica.
Aznar, Antonio.
Astorga, Bartolomé.
Ballesteros, Rodrigo.
Bandoy, Juan.
Barba, Pedro, capitán de uno de los bergantines.
Bautista, genovés.
Becerril, Santiago.
Benavides, Alonso.
Benítez, Alonso.
Berlanga, Diego García de.
Berrio, Francisco.
Berrio, Pedro.
Bermúdez, Baltasar, casado con doña Iseo Velázquez de Cuellar, sobrina de Diego Velázquez.
Bermúdez, Agustín, alguacil mayor de Narváez
Bernal, Juan; pobló en Oaxaca.
Bonilla, Alonso de.
Borgoña, Esteban de.
Borja, Antonio de.
Briones, Pedro, capitán de uno de los bergantines.
Briones, Francisco.
Bustamante, Luis.
Calero, Diego; pobló en Michoacán.
Cano, Juan, marido de doña Isabel Moctezuma y priogenitor de la casa de Cano-Moctezuma.
Cantillana, Francisco.
Cantillana, Hernando, por quien se dijo el refrán: *el diablo está en Cantillana.*
Cañamero, Juan.
Cansono, Diego; le mataron los indios en Oaxaca.
Cardonel, Alonso
Carrascosa, Juan.
Carrillo, Jorge; pobló en Tetzcoco.
Carrión, Hipólito de.
Castaño, Juan.
Castillo, Diego del.
Castillo, Pedro. De estos Castillos á uno le decían por mote *el de los pensamientos*, y al otro *el de lo pensado.*
Cerezo, Gonzalo, paje de Cortés.
Cisneros, Juan, (a) Bigotes.
Cimancas, Pedro, vecino de Colima.
Corbera, Asencio.
Cordero, Gregorio.
Collazos, Pedro de.
Coronel, Juan.
Corral, Juan.
Cuadros, Pedro de.
Cuadros, Francisco.
Cuellar Vélez, Juan.
Chavarrín, Bartolomé, vecino de Colima.
Chavelas, Francisco.
Chávez, Hernando.
Dávila, Rodrigo.
Díaz de Medina, Bernardino.
Díaz Peon, Diego.
Díaz de Alcalá, Diego.
Díaz Galafate, Francisco.
Díaz de Azpeitia, Juan.
Díaz de Peñalosa, Rui.
Domingo, genovés.
Domínguez Arias, Francisco.
Duero, Andrés de.
Ebora, Sebastián de, mulato
Escalona, Francisco, el Mozo.
Escalona, Pedro.
Escóbar, Pedro, marido de Beatriz Palacios.
Espinosa, Rodrigo de.
Esteban, genovés.
Evia, Rodrigo de, vecino de Colima.
Fernández, Juan, vecino de Colima.
Fernández de Ocampo, Juan.
Flandes, Juan de.
Flores, Francisco, señor de Iguala.
Fuente, Hernando.
Fuentes, alférez de Narváez; murió en el combate de Cempoallan.
Fuentes, Diego; pobló en el Pánuco.
Galán, Juan.
Galeote, Gonzalo.
Gallego, Alvaro, sastre.
Gallego, Andrés.
Gallegos de Andrada, Juan, casó con doña Isabel Moctezuma, y del matrimonio provienen los Andrada-Moctezuma.
Gallo, Gómez.
Gamarra.
García, Alonso, albañil.
García, Diego.
García, Domingo.
García, Antón, pregonero.
García de Alburquerque, Domingo.
García de Beaz, Juan.
Garrido, Diego, vecino de Colima.
Garrido, Juan, negro, el primero que en México sembró y cogió trigo.
Garro, Pedro, capitán.
Garzón, Francisco.
Gerónimo, Martín.
Ginés, Martín.
Godoy, Gabriel.
Goleste, Antonio.
Goleste, Alonso.
Gollorín, Francisco.
Gómez, Alonso; vivió en Teopantlán.
Gómez, Pero, vecino de Colima.
Gómez de Jerez, Hernán, buen jinete.
Gómez de Almazán, Juan.
Gómez, Juan, barbero.
Gómez, Rodrigo.
González de Portugal, Alonso.
González, Bartolomé, herrero.
González, Rui, regidor de México.
González de Heredia, Juan.
González de Trujillo, Pedro.
González, Diego, poblador de Tasco.
González de Nájera, Hernando.
González, Juan, de Cádiz.
Grande, Francisco.
Guía, Juan, de Piedrahita.
Guía, Juan, negro de Narváez que introdujo las viruelas en México.
Guerra, Martín.
Guidela, negro truhán de Narváez.
Gutiérrez, Alvaro, de Almodóvar.
Gutiérrez de Salamanca, Hernán.

Gutiérrez, Diego, señor de la mitad de Tequixquiac.
Gutiérrez, Pedro,, de Segovia.
Gutiérrez, Francisco, herrero.
Gutiérrez, Pedro, de Valdelomar.
Guzmán, Luis.
Hernández de Alanís, Gonzalo.
Hernández, Pero.
Hernández Carretero, Alonso.
Hernández, Blas.
Hernández Niño, Diego.
Hernández Balsa, Francisco.
Hernández, Gonzalo, de Zamora.
Hernández Rendón, Gonzalo.
Hernández, Gonzalo, de Fregenal.
Hernández Hermoso, Gonzalo.
Hernández, Juan.
Hernández, Martín, de Benalcázar.
Hernández Roldán, Pedro.
Hernández, Pedro, sastre.
Hernández, Cristóbal, alguacil.
Hernández, Cristóbal, portugués.
Herrera, Bartolomé.
Hurtado, Alonso, espía de Narváez.
Irejo, Alonso Martín.
Jara, Cristóbal, señor de la mitad de Axuluapa.
Jerez, Pedro de.
Jiménez, Alonso, de Sevilla.
Jiménez de Herrera, Alonso.
Jiménez, Francisco, escopetero.
Jiménez, Juan; murió en la Noche Triste.
Jiménez, Juan, de Trujillo.
Juan, vizcaino.
Juan, molinero.
Juan, paje.
Lara, Juan.
Lázaro, Martín.
Ledesma, Juan.
Leon, Juan, clérigo.
Leon, Andrés de.
Leon, Diego.
Leon, Gonzalo.
Lerma, Lope.
Lezcano
Limpias Carvajal, Juan.
Limón, Juan.
Lobo de Sotomayor, Rui, señor de Acanapécora en Michoacán.
López, Alonso, poblador en Jalisco.
López, Alonso, de Baena.
López, Andrés, de Sevilla.
López, Antón, vecino de Colima.
López, Francisco, de Luguerra.
López, Garcí, clérigo.
López de Avila, Hernando, señor de Cuicatlán.
López, Francisco; vivió en Guatemala.
López, Juan, de Ronda.
López, Pedro, de Palma.
Lorenzo, genovés.
Lozano, Pedro.
Lozano, Francisco.
Lozano, Juan.
Loza, Pedro de.
Lozana, Pedro de.
Lugo, Alonso del.
Lugón, Pablo de, vecino de Colima.
Luis, genovés.
Madrid, Francisco.
Maestre, Juan Br., jinete.
Maldonado, Francisco Pedro.
Marmolejo, Antonio.
Márquez, Juan, ballestero.
Marta, Pedro de.
Martín, sastre.
Martínez, Valenciano.
Martínez Gallego, Juan.
Martínez, Zebrián.
Mata, Alonso de, ballestero de Cortés y regidor de Puebla.
Mata, Alonso, escribano de Narváez, quien notificó la venida de éste á Cortés, y por ello fué puesto preso.
Mayorga, Baltasar de.
Mazas, Cristóbal.
Medel, Hernando.
Medina, Francisco.
Medina, Juan Tello de.
Mejía, Aparicio.
Melgarejo, Marcos, clérigo.
Méndez de Sotomayor, Hernando.
Méndez de Sotomayor, Juan, buen ballestero.
Miguel de Santiago.
Miguel, Francisco de, el Chismoso.
Mino, Rodrigo, artillero.
Monge, Martín, vecino de Colima.
Montalvo, Alonso; vivió en Puebla.
Montero, Diego de.
Morcillo, Andrés.
Morico, Pedro.
Mora Jiménez, Juan.
Morales, Cristóbal
Morales, Esteban.
Morales, Juan.
Morales, Miguel.
Najára Leiva, Juan.
Najára Moreno, Pedro, zapatero.
Navarro, Felipe.
Nieto, Gómez.
Niño de Escobar, Alonso, señor de Otumba un día, y al siguiente le ahorcó el factor Salazar.
Nortes, Ginés.
Noburias, Francisco.
Núñez, Juan, vecino de Colima.
Núñez Trejo, Diego, de Sevilla.
Núñez de Guzmán, Diego.
Núñez de San Miguel, Diego, vecino de Tepeaca.
Núñez, Juan, de Sevilla.
Núñez de Cuesta, Juan.
Oblanco, Gonzalo.
Ocampo, Andrés.
Ocampo, Alvaro.
Ochoa de Verazu.
Ojeda, Cristóbal.
Olmos, Francisco, marido de Beatriz Bermúdez de Velasco.
Ordaña, Francisco.
Orozco Melgar, Juan.
Ortiz de Zúñiga, Alonso, capitán de ballesteros.
Ortiz, Esteban.
Osorio, Juan.
Ovalle, Juan.
Ozma, Hernando.
Padilla, Hernando.
Palma, Miguel de la.
Pantoja, Juan, capitán de ballesteros y señor de Ixtlahuaca
Pardo, Bartolomé.
Pardo, Rodrigo.
Payo, Lorenzo.
Papelero, Antón
Pedraza, Maese Diego.
Pedro, Martín.
Pedro, Pablo
Peña Vallejo, Juan de la, señor de Teticpac y factor por 1529.
Peña, Francisco de la, aserrador.
Peñaranda, Alonso.
Pérez, Hernán.
Pérez, Francisco, el Sordo.
Pérez, Francisco, de Sevilla, sastre.
Pérez, Hernando, piloto.
Pérez de Gama, Juan, señor de la mitad de Tacuba.
Pérez, Juan, sastre.
Pérez, Juan, intérprete.
Peral, Pedro.
Pineda, Diego.
Pinto, Nuño.
Pinzón, Juan.
Polanco, Gaspar.
Porras, Francisco.
Porras, Pedro Martín.
Portillo Salado, Juan.
Portillo, Pedro Alonso de.
Portillo, Vasco de.
Portocarrero, Pedro.
Prieto, Sebastián.
Quijada, Diego.
Quintero, Alonso, vecino de Colima.
Ramírez, Pedro, marinero.
Rascón, Alonso.
Retés, Gonzalo.
Robles, Juan.
Robles, Pedro.
Rodas, Nicolás de.
Rodeta, Francisco Santos de la.
Rodríguez, Alonso, de Jamaica.
Rodríguez Cano, Gonzalo, alguacil mayor del campo de Narváez, encomendero de Xochimilco y caballerizo mayor de Cortés.
Rodríguez de la Magdalena, Gonzalo; vivió en Puebla.
Rojas, Diego, alférez de Narváez; murió de capitán en Guatemala.
Romero, Francisco.
Romero, padre del primer dean de Puebla.
Romo, Juan.
Ronda, Antón de, vecino de Colima.
Rosas, Juan, el cazador.
Ruiz de Guevara, Juan, clérigo.
Ruiz de Alanís, Juan.
Salamanca, Gaspar.
Salas, Bartolomé.
Saldaña, Alonso.
Saldaña, Pedro de.
Salderan, Gómez de.
Salcedo, Diego.
Salcedo, Juan, el Romo.
Salces, Bartolomé.
Sánchez Farfán, Pedro, marido de María Estrada, con quien pobló en Toluca.
Sánchez, Diego, de Sevilla.
Sánchez de Ortega, Diego.
Sánchez, Francisco, tambor.
Sánchez Ortigosa, Hernán.
Sánchez, Gaspar, de Cuellar.
Sánchez, Gaspar, de Salamanca.
Sánchez, Leon de Tregenas, marinero.
Sánchez Garzón, Miguel.
Sánchez, Cristóbal, maestre de una de las naos.
Sancho, asturiano.
Sandoval, Alvaro.
Santa Clara, Bernardino de, tesorero.
Santos, Francisco, vecino de Colima.
Santa Ana, Antón, vecino de Colima.
Santo Domingo, Miguel de.
Santiago, vizcaino, marinero.
Santaren, Jorge.
Sebastián del Campanario.
Sifontes, Francisco de, vecino de Colima.
Soto, Cristóbal, vivió en Puebla.
Soto, Sebastián de.
Suárez, Mendo.
Tablada, Hernando.
Tapia, atabalero.
Tapia, Luis.
Tavira, Andrés de.
Tejada, Alonso de
Terrazas de Mayorga.
Terraeta, Antón.
Tirado, Juan, el Airado.
Tobar, el comendador
Torres de Córdoba, Juan.
Tostado, Juan.
Tostado, Pedro.
Tovilla, Andrés de la.
Trujillo, Rodrigo de.
Trujillo, natural de Leon.
Utrera, Alonso de
Vadillo, Rodrigo de.
Valdés, Luis.
Valdovinos, Juan.
Valenciano, Pedro.
Valiente, Alonso, secretario de Cortés.
Valverde, Francisco.

Vanegas, Cristóbal.
Vázquez de Monterey, Gonzalo.
Vázquez, Juan, ballestero.
Veintemilla, Sebastián.
Velázquez, Diego, sobrino del gobernador de Cuba del mismo nombre.
Velázquez de Lara, Francisco.
Velázquez Mudarra.
Velázquez de Valhuerta.
Vera, Juan de.
Vergara, Alonso de.
Villandrando, Rodrigo.
Villafeliz, Leonardo.
Villagran, clérigo que murió luego que se ganó México.
Villafuerte, Juan de.
Villafaña, Antonio; conspiró contra Cortés, y fué ahorcado en Texcoco.
Victoria, Alonso de.
Victoria, Cristóbal de.
Yuste, Juan, capitán; le mataron los indios.
Yerraeta, Antonio.
Zamora, Diego.
Zamora, Alvaro, intérprete.
Zamora, Francisco.
Zaragoza, Miguel de.
Zárate, Bartolomé.
Zentino.

MUJERES

Estrada, María de.
Bermúdez de Velasco, Beatriz.
Palacios, Beatriz, parda.
Juana Martín.

REFUERZOS

(Garay. — Salcedo. — Ponce de Leon. — Alderete. — Dudosos)

Soldados de Garay

Loa, Guillén de la, escribano.
Maestre, Pedro, el de la arpa.
Núñez, Andrés, carpintero de ribera.
Camargo, Diego de, comandante de una de las naos de Garay; llegó á Veracruz el año 1520 con unos sesenta hombres flacos, amarillos y dolientes, por lo cual les llamaron los *panzaverdetes*.
Díaz de Auz, Miguel, capitán de otra de las naos de Garay; fondeó en Veracruz el año 1520, poco después del anterior, con más de cincuenta hombres bien acondicionados, á quienes llamaron *los de los lomos recios*.
Ramírez, el Viejo, tercer capitán de Garay; llegó á Veracruz en 1520, con unos cuarenta soldados, á los que les pusieron *los de las albardillas*. Los soldados de estas diversas partidas que encuentro mencionados, son:
Alonso, Martín, portugués.
Alvarez, Alonso.
Anguiano, Antonio, encomendero de Pungarabato.
Arcos, Gonzalo de, pregonero.
Arcos, Hernando.
Avila, Alonso, encomendero de Malacatipu.
Azamir, Diego; murió en Goatzacoalcos.
Bacaráez, Pedro de.
Becerra, Andrés.
Berra, Pedro de.
Bola, Martín.
Bueno, Alonso.
Carbajal, Hernando.
Castillo, Francisco, marinero.
Castro, Andrés.
Chico, Pedro.
Delgado, Juan.
Escalona, Pedro de.
Francisco, Martín, el hortelano.
García Bravo, Alonso.
Guisado, Francisco.
Hernández Morallos, Francisco.
Hernández de Zahorí, Gonzalo.
Hernández Puebles, Alonso.
Herrera del Lago, Alonso.
Hidalgo, Alonso.
Huelamo, Alonso.
Inhiesta, Juan de.
Leon, Diego.
López, Pedro, portugués.
Macías, Alonso.
Madrid, Alonso de.
Mallorquín, Juan.
Martínez, Rodrigo, artillero de Camargo.
Márquez, Juan, el fundador.
Motrico, Francisco.
Niño, Juan.
Ocampo, Bartolomé.
Ochoa, Juan.
Olvera, Martín, piloto.
Orduña, Alonso.
Pérez, Bartolomé.
Plaza, Juan de la, de Valencia.
Rodríguez, Francisco, de Guelva, marinero.
Rodríguez, Ginés, marinero.
Ruiz, Juan, de Salamanca.
Sánchez Agraz, Lorenzo.
Usagre, Bartolomé, y su hermano.
Usagre, Diego, artillero de Camargo.
Velasco, Pedro de.
Veintemilla, Antonio.
Yerraeta, Antonio.

Soldados de Salcedo

Morejón de Lobera, Rodrigo, trajo ocho soldados enviados por Diego Velázquez en socorro de Pánfilo de Narváez, y después fué capitán de uno de los bergantines. Las noticias de Panes dicen que trajo un refuerzo con Salcedo, y se conservan de aquellos aventureros los nombres siguientes:
Alonso, Rui, marinero
Angulo, Juan.
Arteaga, Domingo.
Bejarano, Diego
Berganciano, Pedro.
Cabezón, Cristóbal, vecino de Colima.
Floriano, Jerónimo.
García de Rivera, Francisco.
Gallego, Pedro, aserrador.
Godoy, Bernardino.
Juan, Lorenzo.
Orduña, Francisco
Paradinas, Sebastián.
Pérez, Juan, el Mozo.
Ponce, Pedro
Ramírez, Gonzalo.
Rodríguez, Gonzalo, de Sevilla.
Ruiz, Gil Alonso.
Salvatierra, Rodrigo de.
Sánchez, Antonio, vizcaino.
Sánchez, Martín, de Murcia.
Tirado, Juan.
Tobar, Juan, criado de Cortés.
Tomás, genovés.
Vargas, Alonso.
Villanueva, Pedro; vivió en Puebla.

Soldados de Ponce de Leon

Ponce de Leon, Juan, adelantado de la Florida, trajo á la Conquista socorro de armas y soldados Así se expresan las noticias de Panes, y mencionan los nombres siguientes:
Aguilar, Juan, vecino de Colima.
Alanís, Alonso.
Campo, Blas de.
Conillen, Francisco, calcetero.
Encina, Juan de la.
Hernández, Luis, de Sevilla.
Izquierdo, Martín.
Milles, Juan.
Mora, Alonso de.
Núñez, Antón.
Rodríguez, Francisco, (a) Pablo sabio.
Rustiñán, Juan de.
Santa María, Jerónimo de.
Villacinda, Rodrigo de.
Zambrano, Alonso.

Soldados de Alderete

Alderete, Julián, camarero del obispo de Burgos don Juan de Fonseca, presidente del Consejo de Indias; vino con tres navíos y doscientos hombres, llegando al puerto el 22 de febrero de 1521: fué el primer tesorero real. De sus soldados se conservan los nombres siguientes:
Altamirano, Lic. Juan, primo de Cortés.
Añasco, Rodrigo de.
Arias, Antonio.
Bartolomé, Martín.
Bejarano, Sebastián.
Bonones; le ahorcaron por amotinador en Guatemala.
Cabra, Juan.
Carvajal, Antonio, ya viejo, capitán de uno de los bergantines.
Díaz de la Reguera, Alonso, vecino de Guatemala.
Espinosa, Martín.
Franco, Alonso; pobló en Zapotecas.
Gallego, Diego, de Vigo.
Gallego, Lope.
Gómez de Miguel, Pedro.
Gutiérrez, Francisco, de Madrid, sacristán.
Lope, Jerónimo, comisario de las bulas.
Lucas, genovés, piloto.
Marmolejo, Luis.
Melgarejo, de Urrea, fray Pedro, religioso franciscano. Bernal Díaz dice que era natural de Sevilla, «y trajo unas bulas del señor san Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Castilla.» Fué, pues, el primer comisario de bulas, y como tal las trajo á Tetzcoco; fray Bartolomé de Olmedo le dió de cintarazos por ciertas palabras que había dicho en un sermón, como lo testificaba Mota.
Moreno, Blas.
Ochoa, Gonzalo, paje de Cortés.
Orduña, el Viejo, vecino de Puebla; después de la toma de México trajo tres ó cuatro hijos que casó bien.
Páez, Lorenzo.
Prisa, Martín de la.
Ruiz de la Mota, Jerónimo, de Burgos, capitán de uno de los bergantines.
Ruiz, Marcos, de Moguer.
Sedeño Goltero, Juan.
Talavera, Juan de.
Talavera, Pedro.
Ubidez, Pedro de.

Soldados de quienes no se sabe á punto fijo con quién vinieron

Azamir, Diego; murió en Coatzacoalcos.
Caballero, Pedro.
Hernández, Diego, de la probanza de Magarino.
Huerto, Juan del, vino con Calahorra.
Hojeda, doctor Cristóbal, curó de sus quemaduras á Cuauhtemoc.
Rivera, Diego; vino con Mota.
Valdivieso, Juan, tronco de la casa de San Miguel, de Aguayo; vino con Mota.

CONQUISTADORES QUE FIRMARON LA CARTA DE 1520

(Las letras que van después del nombre indican: la *c* Cortés; la *n* Narváez; la *g* Garay; la *p* Ponce; la *ca* Camargo; la *s* Salcedo, y la *a* Alderete).

Abarca, Pedro de. *c*.
Abascal, Pedro de. *n*.
Aguilar, Jerónimo de, intérprete. *c*.
Aguilar, García de. *c*.
Aguilar, Hernando de. *g*.
Aguilar, Francisco; murió religioso dominico. *c*.
Aguilera, Juan de. *n*.
Alanís, Pedro de. *c*.
Alburquerque, Francisco de. *c*.
Alcántara, Juan de. *c*.
Alduines, Alonso de.
Alemán, Gaspar. *n*.
Almodóvar, Juan de, el viejo. *c*.
Alonso, Andrés, de Málaga. *p*.
Alonso, Andrés, (*diverso*) *n*.
Alonso, (*en blanco el apellido*).
Alonso, (*en blanco el apellido*).
Alvarado, Pedro de, capitán en México, comendador de Santiago, conquistador de Guatemala; murió en Jalisco. *c*.
Alvarado, Gómez de. *c*.
Alvarado, Gonzalo de. *c*.
Alvarado, Jorge de, capitán en el campo de Tlacópan, y en Guatemala teniente de capitán general: los cuatro eran hermanos. *c*.
Alvarado, Francisco de. *c*.
Alvarez Chico, Rodrigo, veedor en el ejército. *c*.
Alvarez, Alonso. *n*.
Alvarez, Juan, el Marquillo de Huelva. *c*.
Alvarez, Pedro, marinero, de Sevilla. *c*.
Alvarez, Juan. *n*.
Alvarez Galeote, Juan; comiéronle los indios. *n*.
Aparicio, Juan de. *c*.
Arcos Cervera, Gonzalo de. *n*.
Arévalo, Francisco de. *c*.
Arnés de Sopuerta, Pedro del. *c*.
Arriaga, Juan de. *n*.
Arizavalo, Antonio de. *n*.
Asturias, Pedro de las. *c*.
Avalano, Juan.
Avesalla, Hernando de, escribano de S. M.
Avila, Lope de. *n*.
Avila, Juan de, señor de Chilhuatla. *n*.
Avila, Juan de, (*diverso*) *n*.
Avila, Rodrigo de. *n*.
Avila, Gaspar, buen jinete; vivió en Tasco. *n*.
Avo, Juan de.
Axeces, Juan de.
Ayamonte, Diego de. *c*.
Badajoz, Gutierre de, capitán en el sitio de México. *n*.
Badales, Diego. *n*.
Báez, Pedro. *c*.
Ballesteros, Juan. *c*.
Ballesteros, Francisco. *n*.
Bamba, Cabeza de Vaca, Pedro. *n*.
Balderrama, Gómez de. *c*.
Barahona, Sancho de. *c*.
Barahona, Martín. *n*.
Barco, Francisco del. *c*.
Barco, Pedro del. *n*.
Bartolomé, fray; la firma no lleva el apellido de Olmedo: era religioso mercedario. *c*.
Basurto, Alonso. *n*.
Becerra, Alvaro. *c*.
Bellido, Juan. *n*.
Bello, Alonso. *n*.
Benavente, Pedro de. *n*.
Benítez, Sebastián. *c*.
Bermúdez, Diego, piloto de Narváez.
Bernal, Francisco. *n*.
Bernal, Francisco de. *n*.
Bibriesca, García de. *n*.
Blanes, Pedro. *n*
Bono, Juan *c*.
Bono de Quexo, Juan. *n*.
Bravo, Antón. *c*.
Bueno, Juan. *n*.
Burgueño, Hernando. *p*.
Cabello, Alonso.
Cabra, Juan de. *c*.
Cabrero, Hernando. *c*.
Cáceres, Juan de. *c*.
Calvo, Pedro. *g*.
Calvo, Pedro, (*diverso*). *n*.
Campos, Andrés. *n*.
Campos, Bartolomé de. *n*.
Cárdenas, Luis, el Hablador. *c*.
Cárdenas, Juan de. *c*.
Cárdenas, Alonso de. *n*.
Carmona, Juan de. *c*.
Carmona, Esteban de, hermano del anterior. *c*.
Caro Gutiérrez, Garcí, ballestero. *c*.
Casas, Martín de las. *c*.
Casanova, Francisco de. *n*.
Castañeda, Rodrigo de, intérprete, alférez real nombrado por la primera audiencia. *c*.
Castellano, Diego. *c*.
Castillo, Alonso de. *n*.
Castro, Francisco de. *n*.
Ceciliano, Juan. *c*.
Centeno, Pedro. *n*.
Cermeño, Juan.
Cervantes, Leonel de, comendador de Santiago, estuvo en el principio de la Conquista, se fué á España y regresó á México en 1524 trayendo á sus seis hijas; la mayor, doña Isabel de Lara, casó con el capitán don Alonso Aguilar y Córdoba; doña Ana Cervantes, casó con el alférez real Alonso de Villanueva; doña Catalina, con el capitán Julio de Villaseñor Orozco; doña Beatriz Andrada, con don Francisco de Velasco, caballero del orden de Santiago; doña María, con el capitán Pedro de Ircio; doña Luisa de Lara, con el factor Julio Cervantes Casanuz: de estos matrimonios vienen muchas de las principales familias de México. *c*.
Cisneros, Alberto de. *n*.
Colmenero, Esteban. *c*.
Contreras, Alonso de. *c*.
Corral, Cristóbal del, primer alférez que hubo en México; murió en Castilla. *c*.
Cortés de Mérida, Gonzalo Hernando. *c*.
Cuellar, Juan de, buen jinete, casó con doña Ana, hija del rey de Tetzcoco *c*.
Cuellar, Juan (*diverso*), vecino de México. *n*.
Cueva, Simón de. *n*.
Chávez, Martín de. *n*.
Dava, Lorenzo.
Cristóbal Martín, el Tuerto. *c*.
Cristóbal Martín, el de Huelva. *c*.
Cristóbal Martín, de Sevilla, marinero. *n*.
Cruz, Martín de la. *n*.
Dávila, Alonso de, hermano de Gil González, quien mató á Olid en Hibueras; fué por procurador á España, á nombre de Cortés. *c*.
Daza de Alconchel, Francisco. *c*.
Díaz, Diego. *n*.
Díaz, Juan, clérigo. *c*.
Díaz, Cristóbal, buen ballestero. *n*.
Díaz, Juan, tenía una nube en un ojo, y estaba encargado del rescate y de las vituallas de Cortés; le mataron los indios. *c*.
Díaz, Francisco. *n*.
Diego, (*el apellido en blanco*).
Diego, Martín, ballestero de Ubeda. *c*.
Diego, Martín, (*diverso*) *n*.
Dircio (*ó de Ircio*), Martín; vivió en Tepeaca, llamado por los españoles Segura de la Frontera. *c*.
Dolanos, Francisco. *n*.
Doli (*ó de Olid*), Cristóbal, capitán y maestre de campo, se rebeló contra Cortés en Hibueras, y murió degollado en Naco. *c*.
Domingo, Martín. *c*.
Domínguez, Gonzalo, buen jinete; murió á manos de los indios. *c*.
Domínguez, Pedro. *n*.
Dorantes, Martín. *c*.
Dozma (*ó de Ozma*), Hernando. *n*.
Duero, Sebastián de. *n*.
Durán, Juan. *n*.
Durán, Juan. *n*.
Durán, Juan, (*diverso*), sacristán. *n*.
Eibar, Andrés de. *n*.
Escalona, Lucas de. *n*.
Escobedo, Francisco de. *n*.
Espíndola, García de. *n*.
Espinar, Juan de. *n*.
Espinosa, Juan de, vizcaino. *c*.
Esteban, Can (*en blanco*).
Estrada, Francisco de. *n*.
Esturiano, Alonso. *n*.
Evía, Francisco de. *n*.
Farfán, Andrés. *n*.
Farfán, Cristóbal. *n*.
Fernández, Diego. *n*.
Fernández, Rodrigo. *n*.
Fernández Macías, Juan. *n*.
Fernández, Alonso. *n*.
Fernández, Pedro, secretario de Cortés en 1519. *c*.
Fernández, Martín *n*.
Fernández, Pedro. *n*.
Fernández, Alonso (*diverso*). *n*.
Fernández, Alonso (*diverso*). *n*.
Fernández Pablos, Alonso. *n*.
Fernández, García. *n*.
Flamenco, Juan. *c*.
Flores, Cristóbal, capitán de uno de los bergantines. *c*.
Flores, Francisco, vecino de Oaxaca. *c*.
Francisco, Martín, despensero de Cortés. *c*.
Francisco de (*el apellido en blanco*).
Francisco de (*el apellido en blanco*).
Fraile, Juan. *n*.
Franco, Bartolomé. *n*.
Frías, Luis de. *c*.
Frías, Hernando de. *n*.
Fonseca, Diego de. *a*.
Gabarro, Antón. *c*.
Galeote García, Alonso. *c*.
Gallardo, Pedro, marinero de Salcedo.
Gallardo, Pedro (*diverso*). *n*.
Gallego, Francisco, carpintero. *ca*.
Gallego, Cristóbal. *c*.
Gallego, Francisco (*diverso*), maestre de una de las naos de Cortés. *c*.
Gallego, Benito, vecino de Colima. *ca*.
Gamboa Cristóbal, Martín de, caballerizo de Cortés. *c*.
Gaona, Tomás de. *c*.
García, Martín, archero de Cortés. *c*.
García, Martín (*diverso*); murió en Hibueras. *n*.
García Méndez, Juan. *n*.
García, Francisco, teniente. *c*.
García, Francisco, espadero. *n*.
García, Andrés, de la Oliva. *c*.
García, Pedro, de Jaen. *n*.
García, Alonso, de Algarrovillas. *n*.
García, Juan, herrero. *n*.
García Camacho, Juan. *n*.
García Gonzalo. *n*.
García Juan, de Béjar. *c*.
García, Francisco (*diverso*). *n*.
García (*no se entiende*).
Garrido, Cristóbal. *n*.
Gentil Rey, Nuño. *n*.
Giblaltar, Alonso de. *n*.
Gil, Francisco de. *n*.
Ginovés, Bautista. *n*.
Ginovés, Ramón. *c*.
Ginovés, Marcos. *n*.
Ginovés, Domingo. *n*.
Gómez, Nicolás. *c*.
Gómez, Pedro, de Jerez. *n*.
Gómez, Miguel. *n*.

Gómez, Juan, de Lepe. *c.*
Gómez Cornejo, Diego. *n.*
Gómez, Juan, de Béjar. *n.*
Gómez, Domingo. *n*
González, Alonso, de Galicia. *c.*
González, Alvaro. *n.*
González, Alvaro (*diverso*). *n.*
González de Harinas, Alcázar, Pedro. *n.*
González, Rodrigo. *n.*
González, Lorenzo. *n.*
González Sabote, Pedro. *c.*
González Nájara, Pedro. *c.*
Gonzalo, Martín. *n.*
Gordillo, Gonzalo. *n.*
Grijalva, Sebastián de, alguacil. *n.*
Grijalva, Juan de. *n.*
Gutiérrez, Hernán. *n.*
Gutiérrez, Gómez. *n.*
Gutiérrez, Gonzalo. *c.*
Gutiérrez de Valdelomar, Pedro. *n.*
Gutiérrez, Pedro, de Sevilla. *c.*
Gutiérrez, Gaspar. *n.*
Gutiérrez Nájera, Alonso. *n.*
Guzmán, Cristóbal de. *c.*
Guzmán, Pedro de, pasó al Perú. *c.*
Hallaus, Hernando.
Hernández, Blasco. *n.*
Hernández, Pedro, de Niebla. *c.*
Hernández, Cristóbal, carpintero. *c.*
Hernán, Martín. *n.*
Herrera, Alonso, de Jerez; murió en Marañón. *c.*
Hidalgo, Alonso. *g.*
Hoces, Andrés de. *n.*
Holguín, Diego. *n.*
Illescas, Hernando de *n.*
Ircio, Pedro de, capitán. *c.*
Jaen, Martín de *n.*
Jaramillo, Juan, capitán de uno de los bergantines, y marido de doña Marina ó la Malitzin. *c.*
Jerez, Hernando. *n.*
Jerez, Alonso de. *c.*
Jerez, Juan de: vivió en Veracruz. *c.*
Jibaja, Pedro de.
Jiménez, Miguel, artillero de Cortés.
Jiménez, Juan, hermano del anterior; uno de ellos murió á manos de los indios. *c.*
Juan, Bautista, indio de Cuba. *c.*
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juárez, Mendo. *n.*
Juárez, Diego. *n.*
Juárez, Hernando. *n.*
Lagos, Gonzalo de; murió en poder de indios. *n.*
Larios, Juan. *n.*
Ledesma, Alonso de *n.*
Leiva, Juan de. *n.*
Leon, Juan de, vecino de la Veracruz; no estuvo en la guerra. *c.*
Lerma, Hernando de, capitán, ya anciano. *c.*
Lobato, Cristóbal. *n.*
López Lucas, Juan. *n.*
López, Juan, ballestero, de Zaragoza. *c.*
López, Juan (*diverso*), de Sevilla. *c.*
López, Francisco, correo de á pié entre México y Veracruz. *c.*
López, Pedro, ballestero.
López, Francisco (*diverso*), de Marchena. *c*
López, Bartolomé, archero de Cortés. *c.*
López, Gonzalo. *n.*
López, Martín, el que puso fuego al aposento en que se defendía Narváez en Cempoala: sirvió de maestro para la construcción de los bergantines. *c*
López Gabriel, Simón. *n.*
Lorca, Sebastián de. *n.*
Lores Baena, Alonso.
Lozano, Hernando. *n.*
Luis (*el apellido en blanco*).
Lugo, Francisco de, capitán. *c.*
Llanimpinto, Hernando de.
Llanos, Hernán. *n.*
Llerena, Diego de.
Maldonado, Francisco, el ancho *n.*
Maestre, Juan, cirujano de Narváez.
Maestre, Pedro, el de la arpa. *c.*
Maluendo, Pedro de, mayordomo de Narváez
Madrigal, Juan de. *c.*
Mancilla, Juan de, regidor de México y encomendero de Tetela. *n.*
Manzanilla, Juan de, indio de Cuba y vecino de Puebla. *c.*
Marín, Luis, capitán en el sitio de México. *c.*
Márquez, Francisco. *n.*
Marroquí, Francisco. *n.*
Maya, Juan de *n*
Mayor, Juan. *n.*
Medina, Gonzalo de, botiller de Cortés; murió religioso franciscano. *c.*
Melgarejo, Juan. *n.*
Mejía, Gonzalo, por sobrenombre el Rapapelo, porque decía que era nieto de un Mejía que andaba á robar en tiempo del rey don Juan. *c.*
Méndez, Juan. *n.*
Mendía, Pedro de. *n.*
Mendoza, Alonso de. *c.*
Moguer, Rodrigo de. *ca.*
Moguer, Juan de. *n.*
Mola, Diego de. *n.*
Mola, Andrés de, levantisco. *n.*
Molina, Antón de. *n.*
Montañés, Lucas.
Montañés, Juan.
Montaño, Francisco, alférez de Pedro de Alvarado en el sitio de México. *n.*
Montero, Diego, cocinero de Cortés.
Monjaráz, Andrés de, capitán; estaba buboso. *c.*
Morales, Alonso de. *c.*
Morales, Juan de. *ca.*
Morales, Martín de. *n.*
Morales, Francisco. *n.*
Moralesnestros, Francisco.
Montes, Alonso. *n.*
Morcillo, Alonso. *n.*
Moreno, Diego. *n.*
Moreno, Pedro, de Aragón; pobló en la Puebla. *n.*
Moreno, Juan, de Lepe. *p.*
Moro, Alonso. *n.*
Muda, Julián de la. *c.*
Muñoz, Gregorio *n.*
Muñoz, Juan. *n.*
Muñoz, Hernán. *n.*
Naipes, Diego. *c.*
Nájara, Rodrigo de. *c.*
Nájara, Juan de, buen soldado, ballestero. *c.*
Napolitano, Felipe. *n.*
Nasciel, Alonso de.
Navarrete, Alonso, buen soldado, señor de Coyuca, paje de Cortés; murió religioso agustino.
Navarro, Juan. *n.*
Nieto, Pedro. *n.*
Nortes, Alonso. *n.*
Núñez, Andrés. *c.*
Núñez, Alonso. *n.*
Ocaña, Pedro de. *n.*
Ochoa de Elexalde, Juan. *n*
Ochoa de Azúa. *n.*
Ojeda, Luis de *s.*
Ojeda, Alonso de, de Badajoz. *c.*
Olanos, Sebastián. *n.*
Oliveros, Francisco, cetrero de Cortés.
Ordáz, Diego de, capitán de los soldados de espada y rodela, comendador de Santiago; murió en el Marañón. *c.*
Orozco, Francisco de, capitán de la artillería. *c.*
Ortiz, Cristóbal. *c.*
Ortiz, Juan. *n.*
Ortiz, Alonso *n.*
Oviedo, Martín de. *n.*
Oviedo, Bernardino de. *n.*
Pacheco, Cristóbal, vecino de México. *c.*
Palacios, Nicolás.
Palma, Pedro de. *c.*
Paredes, Bartolomé de. *n.*
Pardo, Bartolomé; murió en poder de indios. *c.*
Pastrana, Alonso de. *p.*
Payno, Lorenzo. *n.*
Paz, Martín. *n.*
Paz, García. *n.*
Pedro de (*el apellido en blanco*).
Pedro de S. (*el apellido en blanco*).
Peña, Rodrigo de. *c.*
Pérez el Bachiller, Alonso. *n.*
Pérez el Bachiller, Alonso (*diverso*). *n.*
Pérez, Agustino. *n.*
Pérez, Juan *n*
Pérez de *Aquitiano*, Juan *c.*
Pérez, Juan (*diverso*); mató á su mujer que se decía la hija de la Vaquera.
Pérez, Alonso. *n.*
Pérez, Alvaro. *n.*
Pérez Cuenca, Benito. *n.*
Pilar, García del, intérprete. *n.*
Pinzón, Ginés. *c.*
Pinzón, Juan. *c.*
Placencia, Juan de. *n.*
Ponte, Esteban de. *n.*
Porcallo, Vasco. *n.*
Porego, Hernando. *n.*
Porras, Diego de. *c.*
Porras, Hernando de, cantor *c.*
Porras, Diego de (*otro*). *n.*
Porras, Sebastián de. *c.*
Porras, Bartolomé de. *n.*
Portillo, Andrés de. *n.*
Portillo, Alonso de. *n.*
Puebla, Bartolomé Alonso de la. *n.*
Puente, Alonso de la. *c.*
Puerto, Juan del, marinero. *c.*
Puerto, Martín del. *n.*
Quemada, Antón de. *c.*
Quintero, Alonso; trajo á Cortés en su buque á Santo Domingo y después vino con él á la Conquista.
Quintero, Francisco. *c.*
Quiñones de Herrera, Alonso. *n.*
Quiñones, Antonio, capitán de la guardia de Cortés. *c*
Ramírez, Rodrigo *n.*
Ramos de Torres, Juan. *n.*
Resiño, Juan Antón. *n.*
Rellero, Gonzalo. *n.*
Rengel, Rodrigo, capitán y señor de Cholula; fué para nada y murió de bubas. *c.*
Rico de Alanís, Juan, buen soldado; le mataron los indios. *c.*
Rico, Juan *n.*
Rieros, Alonso. *a*
Río, Alonso del, de Sevilla. *n.*
Rixoles, Tomás de. *c.*
Rivera, Juan de *c*
Rivera, Hernando de. *n.*
Robles, Hernando de. *s.*
Robles, Gonzalo de. *n.*
Rodas, Pedro de *n.*
Rodas, Antón de. *n.*
Rodríguez de Villafuerte, Juan, capitán de uno de los bergantines: según las noticias de Panes, «fué desbaratado en el pueblo de las Troxes, que es en los Molines; fundó el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, por mandato de Cortés.» *c.*
Rodríguez de Escobar, Pedro, señor de Ixmiquilpan. *c.*
Rodríguez, Juan, de Sevilla. *a.*
Rodríguez, Cristóbal, trompeta. *c.*
Rodríguez, Carmona, Pedro.
Rodríguez, Juan (*otro*), ballestero de Narváez.
Rodríguez, Francisco. *n.*
Rodríguez, Nicolás. *n.*

Rodríguez, Francisco (*otro*), carpintero. *c.*
Rodríguez, Pedro. *n.*
Rodríguez, Juan (*otro*). *n.*
Rodríguez de Prado, Hernando. *n.*
Rodríguez, Sebastián, señor de la mitad de Malinalco, ballestero. *c.*
Rojas, Hernando de. *n.*
Rojo, Tomás. *n.*
Román, Bartolomé. *p.*
Romero, Alonso, vecino de la Vera Cruz. *c.*
Romero, Pedro. *c.*
Romero, Pedro (*otro*). *n.*
Romero, Pedro (*otro*). *n.*
Rubio, Juan. *n.*
Rubio, Diego. *n.*
Ruiz, Pedro, de Guadalcázar. *c.*
Ruiz de Viana, Juan. *n.*
Ruiz de *Yaseres*, Diego.
Sabiote, Pedro. *c.*
Salamanca, Juan de; se portó briosamente en la batalla de Otumba. *n.*
Salamanca, Alonso de. *g.*
Salamanca, Diego de. *n.*
Salamanca, Francisco Miguel. *n.*
Salamanca, Alonso de (*otro*). *n.*
Salazar, Rodrigo de. *c.*
Salazar, Francisco de. *n.*
Salcedo, Sancho de. *n.*
Saldaña, Antonio de. *n.*
Salgado, Juan. *n.*
Salinas, Jerónimo. *n.*
Salvatierra, Alonso de. *a.*
Samos, Gutierre de. *n.*
Sanabria, Diego. *n.*
Sánchez, Pero.
Sánchez, Gonzalo, portugués, valiente soldado. *c.*
Sánchez, Bartolomé, encomendero de Coyotepec, en Oaxaca. *c.*
Sánchez de Montejo, Alonso. *n.*
Sandoval, Gonzalo de, capitán, alguacil mayor y aun gobernador de la Nueva España; murió en Palos al ir á España *c.*
San Martín, Francisco de. *n.*
San Miguel. Melchor de, repostero de Cortés.
Santana, Juan de. *n.*
Santa Cruz, Francisco de. *n.*
San Remón, Juan Carlos de. *p*
Santiago, Diego de *n.*
Santiago, Bernardino de. *g.*
Santiesteban, Andrés, viejo, ballestero, vecino de Chiapa. *c.*
Sedeño, Juan, natural de Arévalo; trajo un un navío suyo, una yegua, un negro y muchas vituallas.
Sedeño, Gregorio. *n.*
Segura, Martín de. *n.*
Sepúlveda, Pedro de. *n.*
Silva, Antonio de. *n.*
Sobrino, Gonzalo. *s.*
Solís, Francisco de, capitán de artillería, alcaide de las Atarazanas y señor de Tamazulapa. *c.*
Solís, Gonzalo de. *c.*
Solís, Pedro de, por sobrenombre Tras-de-la puerta. Ignoro si serán los mismos; pero Bernal Díaz menciona además á Solís el de la huerta ó sayo de seda, Solís el anciano, Solís casquete. *c.*
Solís, Francisco, repostero de plata de Cortés
Solórzano, Juan de. *n.*
Soldado, Martín *n.*
Soto el de Toro, Diego de, mayordomo de Cortés.
Tamayo, Bartolomé *n.*
Tapia, Andrés de, capitán. *c.*
Tapia, Hernando de. *n.*
Tapia, Juan. *n.*
Tarifa, Gaspar de. *c.*
Tebiano, Jerónimo *n.*
Terrón, Juanes. *n.*
Tillalo, Guillén.
Tomboria, Juan.
Toledo, Alonso de. *s.*
Toral, Hernando de. *n.*
Torres, Hernando de. *c.*
Torres, Alonso de. *n.*
Trevejo, Juan de. *c*
Trujillo, Alonso de. *a.*
Trujillo, Hernán de *n.*
Trujillo, Andrés de. *s.*
Trujillo, Pedro de. *s.*
Uriola, Gonzalo de. *n.*
Utrera Núñez, Francisco de. *n.*
Valdenebro, Diego de, encomendero de Capula. *c.*
Valencia, Pedro *n.*
Valiente, Andrés. *c*
Valladolid, Rodrigo de, el Gordo; murió á manos de los indios. *c.*
Valladolid, Juan de, murió á manos de los indios. *c.*
Valladolid, Juan de (*otro*). *n.*
Valte, Gonzalo de
Valle, Juan del, soldado valiente, por lo que el emperador le concedió armas. *c.*
Vargas, Francisco de *c.*
Vázquez de Tapia, Bernardino, capitán. *c.*
Vázquez, Francisco. *c.*
Vázquez, Francisco (*otro*). *n.*
Vega, Francisco de, boticario. *c.*
Veintemilla, Antón de. *c.*
Vejer, Benito de, atambor en Italia y en México. *c.*
Velázquez, Francisco, el Corcovado. *c.*
Velázquez, Luis; murió en Hibueras. *c.*
Velázquez, Francisco (*otro*). *n.*
Vélez, Martín. *n.*
Vélez de Avella, Juan. *n.*
Vergara, Juan de. *p.*
Vergara, Martín de. *n.*
Villafranca, Antonio de. *n.*
Villacorta, Juan de. *g.*
Villalobos, Pedro de; se fué rico á España. *c.*
Villanueva, Bartolomé de. *c.*
Villanueva, Alonso de, secretario de Cortés y primogenitor de la casa de los Villanueva Cervantes *c.*
Villanueva, Alonso. *n.*
Villar, Pedro de. *n.*
Villaroel, Antón de, ayo de don Hernando. *c.*
Villareal, Diego de. *n.*
Villasanta, Miguel de. *n.*
Villaverde, Pedro de. *n.*
Villoría, Pedro de. *n.*
Vizcaino, Pedro. *c.*
Vizcaino, Juan. *n*
Vizcaino, el.
Volante, Juan. *n.*
Xanuto, Bartolomé. *c.*
Xorista, Pedro de. *n.*
Yajestas, Juan de.
Yerena, Alonso de. *n.*
Zamorano, Pedro. *a.*
Zamudio, Juan, señor de Piaxtla. *c.*
Zamudio, Juan (*otro*), señor de Michmaloyan. *n.*

CAPÍTULO X

Situación respectiva de Moteczuma, Cortés y Narváez. — Torpezas de éste. — Embajada de Guevara. — Manera extraña conque Sandoval envía á México á los comisionados de Narváez. — Disposiciones de Cortés. — Va Olmedo al campo enemigo. — Emplea la seducción. — Seduce Cortés á Guevara y á sus compañeros. — Vuelven sus parciales al campamento de Narváez. — Embarque de Ayllón. — Cortés deja á Alvarado en México y sale sobre Narváez. — Se le reunen Velázquez de Leon y Rangel en Cholóllan. — Ejército auxiliar de tlaxcalteca. — Sigue el camino de la llanura. — Su encuentro con Olmedo. — Prende al escribano Mota. — Nuevo requerimiento á Narváez. — Se le incorpora Gonzalo de Sandoval — Llega Tevilla con los chinanteca armados de lanza. — Arregla con Duero la entrega del campo de Narváez. — Marcha sobre él. — Asalto nocturno. — Derrota y prisión de Narváez. — El lienzo de Tlaxcalla. — Unión de los dos ejércitos. — Cortés se apodera de las naves. — Cambio favorable de situación — Recibe Cortés noticias de los trastornos de México. — Situación de Alvarado. — La fiesta Tóxcatl — Matanza que hace Alvarado en los guerreros y sacerdotes de México. — Se alzan los mexica y atacan el cuartel español. — Moteczuma les manda que se retiren. — Cortés emprende la vuelta. — Entra en México con su ejército — Alzamiento general de los mexica. — Cuitlahuac y Cuauhtemoc se ponen á su cabeza. — Ordáz y Cortés son rechazados. — Ataque al cuartel español. — Salida general del 26 de junio. — Los españoles se replegan con grandes pérdidas. — Bravura de los mexica. — El libro de Mr. Thiersant — Cortés construye máquinas ó ingenios para sus ataques. — Moteczumo arenga á los mexica. — Cuauhtemoc lo hiere con una pedrada. — Los mexica desbaratan las máquinas de Cortés. — Asalto al teocalli — Cortés decide la salida. — Manda matar á Moteczuma. — Elección de Cuitlahuac. — Cortés gana y ciega las cortaduras de la calzada de Tlacópan. — Consideraciones sobre los hechos militares de esas jornadas. — Error de Cortés. — Cuitlahuac y Cuauhtemoc. — Nuevo asalto. — Se determina la salida en la noche. — Reparto del oro. — Muerte de los presos. — Orden de la marcha. — La ciudad se levanta en armas. — Desorden de la marcha. — Primer ataque en la cortadura de Tecpantzinco. — Matanza entre las otras cortaduras. — La zanja de Toltecaalotlípan. — La pasan Alvarado y los restos del ejército. — Llegan á Tlacópan. — La Noche Triste. — Retirada á Quauhximálpan. — Pérdidas de las fuerzas de Cortés. — El supuesto llanto de Cortés. — Los españoles refugiados en el cuartel. — Suerte que tuvieron. — Disquisición sobre la muerte de Moteczuma y de los señores presos. — El cadáver de Moteczuma.

Veamos la situación respectiva de los tres elementos de poder que jugaban en tal sazón el destino de nuestro territorio. Moteczuma y los mexica recobraban la esperanza de verse libres de Cortés, y si aquél le había dado noticia á éste del arribo de Narváez, no fué por favorecerlo, sino impulsándolo á irse, supuesto que ya había en la costa buques en que pudiese partir. Cortés á todas sus dificultades agregaba la ausencia de Velázquez de Leon y de Rangel con parte de sus tropas, y se encontraba en una ciudad enemiga, sin fuerzas para dominarla y al mismo tiempo batir á las más poderosas de Narváez que sobre él podían caer. Narváez, al contrario, podía ser recibido como un salvador, y todo se le facilitaría en su camino. Su éxito habría consistido en marchar inmediatamente sobre México; no hubiera encontrado ningún obstáculo serio, y seguro era que ya en el Valle lo auxiliarían todos los pueblos del Anáhuac: entonces la Conquista habría tomado rumbo muy diferente. Pero perdió el tiempo, dirigiéndose primero á su cuñado Velázquez de Leon, quien fiel á Cortés retrocedió hacia México con sus peones, y después, descuidando tomar por las armas la Villa Rica, se contentó con intimar obediencia á Sandoval, mandándole una embajada compuesta del presbítero Juan Ruiz de Guevara, del escribano Alonso de Vergara, del hidalgo Pero de Amaya y otros tres españoles que iban de testigos. Pero Sandoval, en vez de oir la embajada, trató de ruín clérigo á Guevara, no permitió que se le hiciese notificación alguna, y apoderándose de los mensajeros mandó á México á Guevara, Vergara y Amaya, metidos en hamacas de red, á espalda de indios y custodiados por el alguacil Pedro de Solís y veinte soldados españoles. Marcharon los infelices como carga cuatro días sin descanso aun por la noche, hasta llegar á orillas de la ciudad de México.

Cortés había comenzado á recibir noticias más positivas; habían llegado algunos indios de la costa; había recibido una carta de Cervantes, pero éste le hablaba de un solo navío, sin duda el primero en que llegó Ayllón; para tener mayor seguridad de lo cierto había mandado ya cinco soldados á que viesen lo que pasaba, correos á Velázquez de Leon y Rangel para que se replegasen á México y á Andrés de Tapia con instrucciones á la Villa Rica. Además disponía se fabricase buena cantidad de lanzas y picas.

Como pasasen quince días sin otras nuevas, decidió enviar al campo de Narváez al mercedario Olmedo con una carta suya y otra de los regidores de la Villa Rica,

que en México estaban, requiriéndoles dijesen quiénes eran y á qué venían, y apercibiéndolos de que si no se retiraban, saldría con españoles é indios á arrojar á los extranjeros entrometidos en las tierras y señoríos del rey de Castilla. Llevaba también Olmedo buena cantidad de oro, pues Cortés sabía que ese metal era más poderoso que el mucho plomo y mucho acero de sus contrarios.

Cinco días después llegaron los prisioneros de la Villa Rica; Cortés los hizo entrar á caballo, y los trató tan bien y anduvo tan franco en dádivas, que á poco donde venían tan bravos leones volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores, según las palabras de Bernal Díaz. Tanto pudieron los tejuelos de oro, que á más de dar á Cortés cuantas noticias necesitaba, le entregaron todas las cartas que traían y volvieron al campo sus partidarios, llevando el virus de la aurífera corrupción y una carta para Narváez muy amistosa, en la cual le pedía enviase, para obedecerlas, sus provisiones reales, provisiones que por Guevara sabía que no existían. Llevaban también carta para Ayllón, quien no la recibió porque ya había zarpado para Cuba; otra para el secretario Andrés de Duero; buena cantidad de joyas de oro y mayor de promesas. Había sucedido con Ayllón que disgustado Narváez de que le intimase mudara su puebla y no requiriese á Cortés, pues él mandaría persona que le notificara las resoluciones de la Audiencia, lo había hecho embarcar junto con el secretario Pedro Ledesma y su alguacil mayor. Puesto el primero en una nao y en otra estos dos, ya desde fines de abril habían zarpado ambas.

Entre tanto Narváez había perdido un mes, yéndose á situar á Cempuállan, por lo que Sandoval y Tapia abandonaron la Villa Rica y se internaron en la montaña. La torpe conducta de Narváez con Ayllón causó disgusto en el campamento, y Pedro de Villalobos y otros ocho soldados se pasaron á Sandoval. A ese tiempo llegaba Olmedo y á poco Guevara: ambos predicaban la paz, que rechazaba Narváez; ambos hablaban bien de Cortés y llevaban buenas dádivas; Narváez maltrató de palabra y en público al fraile y cogió mala voluntad al clérigo, con lo cual ambos trabajaron con más empeño en dividir el campamento. El señor Orozco hace notar que con el mercedario iba un Usagre, artillero de Cortés, hermano de uno de los artilleros de Narváez.

Cortés, viendo la torpeza de su contrario y teniendo sin duda noticias de que ya estaba minado su ejército, decidió marchar sobre él. Dejó una parte de sus soldados en México, á las órdenes de Pedro de Alvarado, á quien por rubio y por compararlo al sol llamaban los mexica *Tonatiuh*. A los españoles que se quedaban les tomó juramento sobre un misal de que no abandonarían á Alvarado y lo obedecerían en cuanto les mandase. La principal consigna á éste era no dejar escapar á Moteczuma y demás presos. Todos los soldados fueron fieles menos el ballestero Cristóbal Pinelo, que desertó para irse con Narváez. A Moteczuma le encargó cuidase de los españoles y de que no les faltasen víveres y respetase la capilla formada en el *teocalli*.



Cortés se pone en marcha con su ejército para atacar á Narváez
Lienzo de Tlaxcalla

Salió Cortés por la calzada de Iztapalápan con sólo ochenta peones escogidos, y Moteczuma en sus andas y bien custodiado por Pedro de Alvarado y sus soldados lo acompañó hasta la orilla de la ciudad. A marchas largas y tomando el camino por donde á México había venido, llegó á Cholóllan, donde ya estaban Velázquez de Leon y Rangel con sus fuerzas: enviados los soldados inútiles, quedaban unos trescientos hombres escogidos. A pesar de las aseveraciones en contrario, no podemos dudar de que se le reunieron aliados indios, no sólo los cuatrocientos huexotzinca que llevó González de Trujillo, sino un auxilio respetable de tlaxcalteca, pues así lo vemos en el lienzo de Tlaxcalla, donde, además de los guerreros que están á ambos lados, se ven tres grandes jefes.

Para ir á Cempuállan no tomó Cortés el camino del Totonacápan sino la llanura por Tepeyacác ó Tepeaca. A quince leguas de Cholóllan encontró al mercedario Olmedo, quien volvía con carta de Narváez, en la cual le intimaba fuese á Cempuállan á obedecer y cumplir las provisiones de Diego Velázquez. En Quecholac dió con el escribano Alonso de Mota, quien se le presentó con Bernardino de Quesada y dos testigos para notificarle las provisiones de Narváez; pero no bien comenzaba á leer, cuando Cortés le pidió el título de escribano del rey, y como no lo llevase, mandó al alcalde Rodrigo Rangel prendiese al supuesto escribano y á sus compañeros. Si Cortés como capitán era superior á sus contrarios, también como escribano sabía más que sus colegas. Así es que llegado á Ahuilitzápan, (Orizaba), donde las lluvias lo detuvieron dos días, mandó á su vez al escribano Pero Hernández con Rodrigo Alvarez Chico á requerir de obediencia á Narváez. Siguiendo por veredas, donde la caballería contraria no pudiese causarle daño, llegó á Cuauhtochco, (Huatusco), y allí se le presentaron Guevara, Juan de Leon y el secretario

Andrés de Duero con proposiciones de Narváez para que dejase la tierra, permitiendo sacar á él y á los suyos cuanto hubiesen adquirido: Cortés contestaba siempre que se le exhibiesen las provisiones reales, y aunque admitió una conferencia con Narváez, no concurrió á ella. Aprovechaba todas estas negociaciones para irse acercando sin peligro á su contrario y para ir ganando parciales, lo que por medio de dádivas consiguió con Leon y Duero, afianzando más la amistad de Guevara.

Así había llegado Cortés con su ejército á un lugar llamado Tampanequita, donde se le reunió Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, y de ahí mandó nueva carta á Narváez con nuevos requerimientos y emplazándolo para dentro de tercer día, firmada por los capitanes y principales soldados. Mandó con ella á Olmedo con el artillero Usagre y le dió otras cartas secretas y buena provisión de oro. El astuto fraile, mientras daba á entender á Narváez y á sus amigos que muchos de los soldados de Cortés querían entregarse, repartía en secreto oro y cartas y ganaba partidarios, entre ellos á Rodrigo Mino y á Usagre, encargados de la artillería, y á Agustín Bermúdez, capitán y alguacil mayor del real.

Cortés aprovechó esta dilación para adelantarse á Mictlancuauhtla, donde se le reunió Tevilla, que llevaba trescientas picas de cobre templado hechas en Chinantla y destinadas á contener á la caballería. Dispuesto ya todo, se hizo alarde del ejército, y resultaron unos trescientos veinte peones, contados atambor y pífano, cinco de á caballo, dos artilleros, y entre ballesteros y arcabuceros unos treinta y cinco, y á más los indios aliados, de los cuales se da poca cuenta. Más que con estas fuerzas contaba Cortés con las inteligencias que tenía en el campo enemigo, y sobre todo con Andrés de Duero; pero queriendo éste asegurar su recompensa, pasó al de Cortés con el artillero Usagre, el sábado 26 de mayo, á pretexto de hablar con Velázquez de Leon. Allí todo se acordó, y al volverse Duero el siguiente día, domingo de Pascua del Espíritu Santo, Cortés le cargó de oro los dos indios que llevaba. Para distraer á Narváez mandó á Velázquez de Leon fuese á Cempuállan, pues aquél quería hablarle, y dos horas después de su partida puso en marcha el ejército, llegando á acampar á orillas del río Chachalaca, cerca de Cempuállan, al caer la tarde del lunes 28 de mayo. En la marcha lo encontraron Velázquez de Leon, el fraile Olmedo y Juan del Río, quienes volvían expulsados por reyertas del primero. Traían naturalmente carta de Narváez; pero además una de Duero, sin duda con buenas noticias, pues Cortés siguió su camino adelante con el ejército.

Avisado Narváez por los indios, había salido de Cempuállan y escogido punto para dar la batalla; permaneció en espera bajo una fuerte lluvia y sobre un suelo anegado, sin que el enemigo apareciese. Se dice generalmente que se retiró en la noche á Cempuállan. Entre tanto el ejército de Cortés se entregaba al sueño después de que su capitán lo hubo arengado. Mas ya muy entrada la noche llegó del campo de Narváez un soldado llamado Galleguillo, enviado por Duero, y Cortés, sin ruido de atambor, hizo levantar á su gente y tomó sus disposiciones para el ataque. Pizarro con sesenta peones caería sobre la artillería, marchando en seguida sobre el *teocalli*, donde se aposentaba Narváez; Gonzalo de Sandoval, con ochenta soldados escogidos, debía hacer tan importante captura como alguacil mayor y por e mandamiento escrito que se le había dado; Juan Velázquez de Leon, con sesenta hombres, atacaría el cuartel de Diego Velázquez, y Cortés con el resto de la gente acudiría donde fuese menester. Duero había cuidado de darle parte con Galleguillo de la posición de las fuerzas de Narváez en esa noche. Se pregonó un premio de tres mil pesos para quien prendiese á Narváez. A la sordina y llevando por contraseña Espíritu Santo, marchó el ejército: llovía aún y la noche era muy oscura. Los cuarenta jinetes encargados de defender el camino al mando de Duero y Bermúdez no estaban en su puesto, y Cortés pudo penetrar en el campo enemigo al toque de carga del atambor. Los centinelas dieron la alarma; pero Pizarro, cumpliendo la consigna, se apoderó de la artillería, pues los oídos de las piezas estaban tapados y la mayor parte de los hombres que las servían ausentes: sólo hubo cuatro disparos y únicamente uno útil. Usagre había cumplido. Diego Velázquez defendía briosamente el cuartel contra su pariente Velázquez de Leon. Sandoval marchó sobre el *teocalli*, tomó sin dificultad unos cañones que tenían tapado el oído, y apoyado por Pizarro, tras rudo asalto, se apoderó del punto. Narváez estaba con un ojo quebrado y preso por Pero Sánchez Farfán. La caballería se



Derrota y prisión de Narváez.—Lienzo de Tlaxcalla.

había desbandado. Diego Velázquez, viendo inútil la resistencia, se entregó con los suyos. Cortés había acudido con sus peones adonde quiera que su presencia era necesaria. Al amanecer volvieron Duero y Bermúdez entregándose con la caballería. La victoria del martes 29 de mayo había sido completa. Se dice que

no entraron en campaña más indios que los chinanteca con sus lanzas, interpolado entre cada dos un flechero. Veamos qué nos dice el lienzo de Tlaxcalla.

Vimos ya que iba con Cortés un cuerpo auxiliar de tlaxcalteca y que después llegaron los chinanteca con sus lanzas de punta de bronce: en la pintura se ven á un español y á un indio prendiendo á Narváez, el indio á su espalda y el español delante atándolo para significar el hecho; pero como combatiente sólo aparece Cortés á caballo y con una lanza atacando el *teocalli*, lo que parece indicar que poca parte tuvieron los indios en la refriega, cosa natural en la clase de asalto y sorpresa dado al campo de Narváez. A la espalda de Cortés y en último término llega un indio con un mensaje, lo cual explicaremos después. El *teocalli* asaltado era el templo de *Quetzalcoatl*, como se ve en la pintura, y en ella se expresa que el lugar del combate se llamaba Huitzilápan. No fué, pues, en el mismo Cempuállan, sino en sus inmediaciones ó en uno de los pueblos ó *calpulli*, que como sabemos rodeaban á las poblaciones mayores. Que alguna contienda hubo con indios, se infiere de que salió herido el cacique gordo, y que había un cuerpo aliado se confirma porque después Bernal Díaz cuenta más de seis mil hombres de ejército.

Incorporó Cortés á sus fuerzas á los vencidos, y mandó que les entregasen los objetos de su pertenencia tomados por los vencedores, y aunque esto causó algún disgusto, con dádivas y promesas se apaciguó, lográndose por ellas que entre unos y otros se formara un interés común para proseguir juntos la empresa. Por supuesto, Cortés cuidó desde luego de apoderarse de las diez y ocho naos, las cuales fueron trasladadas á la Villa Rica, sacándoles, por más seguridad, las velas, agujas y timones.

Sin duda le pareció á Cortés aquel momento el más feliz de su expedición, pues si mucho había hecho con el puñado de hombres traído á México, todo lo podría con un ejército tres veces mayor que sus mismos enemigos habían cuidado de proporcionarle. Como las pérdidas por ambas partes habían sido insignificantes, los dos ejércitos reunidos, con la caballería, artillería y material de guerra traídos por Narváez, agregando la circunstancia importantísima de tener diez y ocho naves, eran bastantes á consumar la Conquista. La verdad es que hasta entonces ésta no pasaba de un buen deseo. Los soldados de Cortés estaban en México; pero la Conquista debía determinarse por dos manifestaciones positivas, la sumisión al rey de España y la adopción del cristianismo. En cuanto á lo primero, la sumisión del Totonacápan era ilusoria; los tlaxcalteca hasta entonces eran aliados, no súbditos, y el mismo Moteczuma, preso y todo, conservaba su carácter de rey, ejercía sus atribuciones, y los mexica no reconocían otra autoridad. En cuanto á la cuestión religiosa, estaba más atrasada aún: algunos ídolos rotos á los totonaca, una cruz levantada en Tlaxcalla y una Virgen y un san Cristóbal puestos en un pequeño templo; pero en pié los grandes *teocalli* con los dioses indios y en práctica el culto sanguinario.

Pero la perspectiva cambiaba de pronto á los ojos de Cortés; todo le iba á ser posible con su nuevo ejército. Hasta entonces el rey de España no tenía en realidad más que la Villa Rica de la Vera Cruz, y sin duda por esto cuidó Cortés de mandar inmediatamente á Diego de Ordáz con doscientos hombres á ocupar la fortaleza de Coatzacoalco, pues eso aumentaría positivamente el territorio español, y para hacer efectiva la colonia dos naos irían á Jamaica por caballos, becerros, puercos y ovejas. Dispuso, además, que Rangel quedase de guarnición en la Villa Rica y al cuidado de las naves con otros doscientos hombres, y en fin, Velázquez de Leon salió con dos naos y peones bastantes para reconocer la costa del Pánuco y disputar su conquista á Garay.

Pero hemos visto que en el lienzo de Tlaxcalla aparece un indio que llega con un mensaje: era una embajada de Moteczuma quejándose de los desmanes de Alvarado, desmanes que al fin habían producido la insurrección de los mexica. A más, había llegado carta de Alvarado en la cual pedía socorro: los mexica habían quemado los bergantines, quitado los víveres á los españoles, y alzados en guerra atacaban el cuartel. Veamos qué había pasado en México.

Desde la salida de Cortés nada particular había ocurrido, si no era la dureza conque Alvarado trataba á Moteczuma, cosa no de extrañar por el carácter de aquél, cuando llegó la fiesta *Tóxcatl*, solemnísima para los mexica, y que caía á 20 de mayo. Comunmente se cometen dos errores á este propósito: el primero decir que los mexica habían prescindido de sus sacrificios, cuando Andrés de Tapia refiere cómo Cortés encontró cuatro víctimas en su visita al *teocalli*, haciendo que no las había visto; el segundo suponer que Alvarado instigó á Moteczuma para que se celebrase solemnemente la fiesta *Tóxcatl*, siendo así que lo contrario aparece de la declaración de Bernardino Vázquez de Tapia: bastante culpa resulta á Alvarado para que se la agrave con la premeditación.

Nosotros nos explicamos los hechos de la manera más natural. Alvarado había quedado con una pequeña guarnición: si bien con numerosos tlaxcalteca, tan sólo con ciento treinta españoles, según el mismo Tapia. Recelaba, y con razón, cualquier levantamiento de los mexica, y su recelo aumentaba á la proximidad de las fiestas, ocasión propicia para un alboroto. Los tlaxcalteca desconfiaban también, y con su temor aumentaban los de Alvarado. Como sucede siempre en esos casos, las sospechas se iban tornando afirmaciones, y los recelos creíanse peligros. Ya con tales ideas Alvarado

fué al *teocalli* antes que la fiesta diese principio, y vió á los sacerdotes ocupados en aderezar los templos, á tres ídolos en andas como si fuesen á sacarlos en procesión, y junto á ellos tres víctimas destinadas al sacrificio. Alvarado mandó llevar á las víctimas al cuartel, cosa que no debió alarmar á los sacerdotes, pues no ignoraban que los españoles condenaban los sacrificios humanos. A los tres desgraciados les adelantó su destino, sujetándolos á tormento. Al primero le pusieron unos leños encendidos sobre la barriga para que declarase cuándo había de ser el alzamiento, y murió sin decir nada. Siguió el tormento con los otros dos y con dos mancebos de la familia de Moteczuma, y éstos dijeron cuánto quiso Alvarado, y lo que callaron lo dijo por ellos el intérprete Francisco, indio de Cuetláxtlan. Aparece, pues, cierto, que no había tal alzamiento, pero que los temores de Alvarado aumentaron, y que por ellos más que por codicia procedió á lo que vamos á referir.

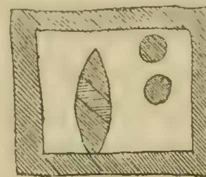
Los mexica habían comenzado las ceremonias de su fiesta, y estaban bailando unos cuatrocientos señores, asidos de las manos y sin armas según costumbre, y como tres mil mexica sentados viéndolos. Hay quien haga subir á ocho mil los danzantes; mas lo tomamos por exageración. Dejó Alvarado la mitad de la fuerza en el cuartel para que guardase á Moteczuma, y con la otra mitad pasó al *teocalli*. No llamó la atención la presencia de los españoles, y mientras seguía la danza colocó diez peones á cada lado de la cerca del *Coatepantli* cubriendo las puertas del recinto sagrado. Los mexica bailaban alrededor del *huéhuetl* y el *teponaxtli* entonando sus cantos religiosos y haciendo punta el mancebo Tezácatl en compañía de Colnahuácatl Coatlazol. De pronto lanzáronse los españoles espada en mano



Matanza del templo. — Jeroglíficos de Durán

sobre ellos; hirieron primero en las narices á Tezácatl y en las manos á Aténpan, que tocaba el *huéhuetl*. Siguió la matanza de los mexica inermes. Los que querían escapar por las puertas encontraban las picas de los españoles; los que se atrevían á escalar la cerca eran muertos por los ballesteros y por las flechas de los tlaxcalteca. Morían lo mismo guerreros desarmados que mujeres y niños, nadie escapaba aunque se ocultase en los diversos templos; los más animosos con los sacerdotes ocuparon el *teocalli*, pero estaban sin armas y fueron muertos. Sahagún y Durán dicen que el patio estaba inundado de sangre, y que tal cantidad de muertos ponía espanto. Alvarado no niega la matanza en su proceso. Después de ella tuvo cuidado de recoger las joyas de oro que los danzantes llevaban.

Pero no tuvo tiempo para más: Tlenamacác dió la voz de alarma en la ciudad, gritando:—¡Mexica, arriba, arriba! ¿quiénes son los que tienen en su poder el escudo?—Tan luego como vieron el *Acxoyacuáhuitl*, lanzáronse sobre los españoles hasta encerrarlos en su





Asalto de Alvarado al teocalli y muerte de los sacerdotes
Códice Telleriano

cuartel. Alvarado tenía la cabeza rota de una pedrada, un soldado muerto y algunos heridos. Los españoles tuvieron que fortalecerse á toda prisa, rechazando á los asaltantes con sus ballestas y los tiros de sus arcabuces y piezas de artillería, con las flechas de los tlaxcalteca y hasta con piedras que por las azoteas arrojaban. Rechazados los mexica por la superioridad de las armas, dedicáronse al siguiente día á hacer los funerales de sus muertos, que eran lo más selecto de las clases guerrera y sacerdotal; pero terminada la ceremonia, volvieron al asalto logrando incendiar el cuartel por varios puntos y derribar una pared, lo cual puso en tales aprietos á españoles y tlaxcalteca, que fué preciso subir á Moteczuma á la azotea, y ahí, por

conducto de Itzcáuhtzin, uno de los grandes de Tlatelolco, excitó á los mexica á la paz. Los mexica no habían perdido el respeto por su rey; cesaron en el asalto, que en cerco convirtieron, y aunque se impidió al cuartel la entrada de agua y víveres, éstos aun no escaseaban y aquélla se consiguió abriendo un pozo. Moteczuma mandó entonces su embajada á Cortés y Alvarado la noticia de su situación; mas como llegase á México la de la derrota de Narváez, se aflojó el cerco y los alzados mexica fueron retirándose. Antes habían quemado los bergantines. Estaba ya entrado el mes de junio cuando Cortés recibió las nuevas del alzamiento de los mexica. Con la prontitud que el caso exigía, dispuso la marcha á México; mandó preso á Narváez á la Villa Rica, dejó en Cempuállan la riqueza que le había quitado, y envió correos á Velázquez de Leon y á Ordáz para que retrocediesen y se uniesen con él en Tlaxcalla. Cortés llegó á esta ciudad el domingo 17 de junio siendo muy bien recibido por la señoría y aposentado en el palacio de Maxicátzin. Poco á poco fueron llegando las fuerzas, y resultaron mil trescientos peones, noventa y seis caballos, ochenta ballesteros, ochenta arcabuceros y bastante artillería, y á más el ejército aliado de tlaxcalteca, con todo lo cual serían unos seis mil hombres. El 19 de junio salió Cortés, mas no tomó el antiguo camino sino el de los llanos de Apanapan, y así llegó con su ejército á Texcoco el 22. Olmedo se adelantó á participar su llegada. La ciudad estaba casi desierta, y nadie se presentó á recibir á Cortés. En una canoa llegaron Santa Clara y Hernández enviados de Alvarado y un embajador de Moteczuma, y supo cuanto había pasado y que los españoles vivían aún.

Al día siguiente, 23 de junio, salió el ejército de Texcoco en dirección á Tepeyac, y acampó á tres leguas de México. El domingo 24, á medio día, atravesando la calzada de Tepeyac y entrando por Tlatelolco, llegó Cortés al cuartel con su ejército: ahí lo recibió Alvarado. Las calles estaban desiertas y nadie salió á cumplimentarlo. Parecía que se había levantado el cerco tan sólo para que entrasen confiados todos los españoles y acabar con ellos.

Al día siguiente 25 amanecieron las calles cortadas por acequias y llenas de pozos y los puentes levantados. Los mexica no acudieron con víveres al cuartel, y el *tianquiztli* estaba vacío y los mercaderes ausentes. Cortés ordenó á Moteczuma que mandase abrir el mercado: éste contestó que necesitaba ir con la orden su hermano Cuitlahuac para que fuese obedecido: Cuitlahuac estaba preso como los otros grandes de México; Cortés cometió la torpeza de darle la libertad, y á poco tenían los mexica un caudillo. Antonio del Río salía á caballo para la Villa Rica con carta de Cortés en la cual participaba su feliz arribo, cuando al llegar á Tlatelolco fué asaltado, descalabrado y herido, y tuvo que volver huyendo al cuartel. Los mexica se habían alzado con el *tecuhtli* de Tlatelolco, el joven *tlacatécatl* Cuauhtemoc, y ya venía al frente de ellos el *tlacochcálcatl* Cuitlahuac. En un instante aparecieron por las avenidas de las calles los guerreros mexica, coronáronse de flecheros las azoteas, alzóse inmenso alarido, y al ronco són de los caracoles comenzó la pelea. A detener á la multitud que se lanzaba sobre el cuartel por las que ahora son calles de Santo Domingo,



Los mexica atacan á Alvarado en el cuartel. — Jeroglíficos de Durán

salió Ordáz con cuatrocientos peones bien arrodelados, casi todos los arcabuceros y ballesteros, y algunos jinetes cubiertos de hierro y llevando los caballos al cuello sendos cascabeles. No llegaron á medio camino sin ser embestidos por los escuadrones mexica, que lanzaron sobre ellos una lluvia de dardos y flechas, mientras que de las azoteas les caía granizada de piedras. Con todo su empuje los españoles no pudieron avanzar un palmo de terreno: por el contrario, el ímpetu de los mexica fué tal, que Ordáz tuvo que retirarse herido con ocho hombres muertos y otros muchos heridos también. Pero la retirada fué difícil, porque atacada la hueste por la retaguardia, se vió envuelta en su marcha y tuvo que abrirse paso lentamente y peleando. Cortés, que personalmente salió á apoyar el movimiento, fué rechazado donde quiera que se presentó, y herido, así como algunos de los suyos, se salvó en el cuartel. En su salida quemó varias casas para desalojar de las azoteas á los flecheros mexica; pero éstos reaparecían en otras peleando sin tregua.

Replegados los españoles, los mexica se lanzaron sobre el cuartel. Inútil era que la artillería los barriese y que cada tiro de arcabuz ó ballesta hiciese una víctima; los claros se llenaban incesantemente, y rechazados una vez volvían otra al ataque. En varias ocasiones trataron de abrir brecha; y como lograran prender fuego á unos cobertizos de madera, y los soldados españoles tuvieran que derribar parte del muro para apagarlo, entráronse por el portillo, y fué preciso desalojarlos cargándoles casi toda la artillería, arcabuceros y ballestas. Cesó el ataque al llegar la noche. Los españoles tenían ochenta heridos, muchos portillos que cerrar y muchos lugares débiles que fortalecer. Constantemente el silbo de flechas y piedras y gritos

lanzados cerca del cuartel les advertían que el enemigo estaba dispuesto. Los mexica habían probado que podían vencer, y los españoles comprendían que estaban perdidos. El temor y la fatiga eran grandes, sobre todo



Asalto y defensa del alojamiento de Cortés.—Lienzo de Tlaxcalla

en los soldados de Narváez, poco acostumbrados á tales trabajos.

Cortés comprendió que quedar en la inacción era perderse, y dispuso una salida general para la alborada siguiente. Dejando competente guarnición en el cuartel, al amanecer el 26 salieron los españoles en diversas direcciones; pero en todas encontraron á los mexica sobre las armas, y en todas pelearon con tal denuedo, que Cortés dice que los artilleros no tenían necesidad de puntería sino asestar á los escuadrones de los indios, y que aun cuando la artillería les causaba mucho mal, y jugaban además trece arcabuces y las escopetas y ballestas, parecía que no lo sentían, y donde llevaba el tiro diez ó doce hombres, se cerraba luego la gente, que no parecía que hacía daño alguno: y Bernal Díaz agrega que peleaban tan enteros y con mayor vigor que al principio, y que si algunas veces perdían parte de calle y hacían que se retraían, era para apartar á los españoles del cuartel y dar sobre ellos, con lo cual les hicieron mucho daño. Duró la pelea todo el día, y los españoles sólo consiguieron volver á su cuartel con doce muertos y multitud de heridos. Los mexica los persiguieron hasta encerrarlos, insultándolos de gesto y de palabra.

Cuando leemos la descripción de estos combates escrita por soldados tan valerosos como Cortés y Bernal Díaz, no podemos menos de protestar contra la obra há poco publicada por el diplomático francés Mr. P. Dabry de Thiersant, con el título de *Origen de los indios del Nuevo Mundo y de su civilización*. Este escritor, que pertenece á la nueva escuela ya tan generalizada de los inventores de nuestra historia antigua, escuela en la cual se emplea el procedimiento fácil de escribir sin estudiar, este escritor, repetimos, dice con desenfado que los indios se defendieron como esclavos. Si no es error de imprenta, en el cual pusieron esclavos por poner héroes, hay que confesar que Mr. Thiersant no ha leído siquiera las Cartas de Cortés.

Para hacer más eficaces sus ataques, ideó Cortés constituir unas máquinas formadas de un armazón de madera con ruedas, las cuales pudiesen contener veinte ó veinticinco hombres resguardados por troneras, y fáciles de mover. En efecto, la formación especial de la ciudad neutralizaba en gran parte las ventajas del armamento y táctica de los españoles. Muchas calles eran sólo de agua, en otras, junto á la tierra, corría la acequia; por donde quiera había puentes alzados y multitud de cortaduras hechas nuevamente; por lo mismo no podía transportarse la artillería de una parte á otra, y las cargas de la caballería eran burladas por los mexica con sólo meterse en las acequias, desde donde hacían gran daño impunemente á los jinetes. Era preciso que los españoles prescindiesen de ataques á cuerpo descubierto. Así es que, dedicándose á la fábrica de aquellas máquinas, no salieron el 27; toda la noche habían estado trabajando. Pero los mexica dieron los acostumbrados asaltos, y rechazados unos escuadrones, volvían otros de refresco á la pelea: era ésta tan sin descanso, y llegó á apretar tanto, que Cortés se creyó perdido y mandó rogar á Moteczuma que arengase á los asaltantes. Trataba á éste con supremo desdén y casi con odio desde su vuelta, sin duda por creerlo complicado con los mexica, y sin embargo, tuvo que recurrir á él. Moteczuma, siempre débil, accedió; vistióse sus



Moteczuma arenga á los mexica y lo hieren de una pedrada
Lienzo de Tlaxcalla

insignias, subió á la azotea y se acercó al pretil: dos rodeleros lo resguardaban y Marina lo acompañaba para oir la plática. Al aparecer el monarca se suspendió el ataque, y él les dijo que se retirasen, pues no estaba preso sino por su voluntad, y que los españoles estaban dispuestos á dejar la ciudad. Cortés fué hábil al aconsejar esas palabras; los mexica, cuando se acercaban al cuartel, sólo exigían á los españoles que se fuesen de México: así es que pensaba que tal promesa debería calmarlos, sin que lo comprometiera, pues no la hacía él sino Moteczuma. Pero, contra lo que era de esperarse y faltando por primera vez al respeto tradicional á los reyes mexica, el joven y valeroso Cuauhtemoc excitó á los guerreros á no obedecer á Moteczuma, y

llamándolo con soberbio desprecio manceba de los españoles, le tiró tal pedrada que lo derribó bañado en sangre. Fué retirado Moteczuma: la herida no era grave. El asalto siguió. A su vez salió Cortés á hablar con los asaltantes; pero éstos no tenían más que una respuesta: que se fuera con los españoles y que les dejase la tierra. La pelea duró todo el día.

Al siguiente 28, como estuviesen terminadas las máquinas ó ingenios, según les dice Cortés, sacáronse por la calle de Tlacópan, seguidas de cuatro cañones, mucha gente de ballesteros y rodeleros y tres mil tlaxcalteca. Llegados los ingenios á una cortadura de donde no podían pasar, los arrimaron á las casas y acercaron escalas para subir á las azoteas; pero era tanta la gente que en ellos había y arrojaban tantas y tan grandes piedras, que descompusieron los ingenios, mataron á un español é hirieron á muchos de los asaltantes; y como no pudieran ganar un paso, después de pelear desde la mañana hasta el medio día, volvióse Cortés con harta tristeza al cuartel. En cada una de estas salidas procuraban, sobre todo españoles y tlaxcalteca, incendiar el mayor número de casas para disminuir los lugares de abrigo de los mexica.

Estos se alentaron mucho con la derrota de los ingenios, y se lanzaron nuevamente sobre el cuartel. Entonces comprendió Cortés que era preciso jugar el todo por el todo, y atacar el gran *teocalli* desde cuyas alturas hacían mucho daño los mexica. Ya estos guerreros habían aprendido á burlar la artillería tirándose á tierra al ver el fogonazo; pero en los *teocalli*, su forma y la táctica de pelear en ellos presentando gran frente al enemigo, los hacía inferiores y débiles al ataque de los españoles. Debió conocerlo Cortés, y buscando recuperar la moral perdida en tanto desastre, dejó bien guarnecido el cuartel y lanzó de pronto sobre el *teocalli* peones y caballos y buen número de tlaxcalteca, los



Cortés ataca el templo de Huitzilopochtli. — Lienzo de Tlaxcalla

cuales penetraron de improviso en el recinto sagrado por la puerta que á muy corta distancia quedaba del alojamiento. Como poco ganaban los asaltantes, salió él mismo, á pesar de tener herida la mano izquierda, haciendo que le liaran la rodela en el brazo. La caballería resbalaba en el estuco del piso; los mexica empleaban contra ella grandes lanzas con puntas de pedernal con las cuales herían á los caballos desde las acequias, y en el templo desde las gradas de los *teocalli*. Los tlaxcalteca sostenían la batalla abajo, mientras mil españoles se arrojaban á subir las gradas de la pirámide de *Huitzilopochtli*. Quinientos mexica, sacerdotes y guerreros principales, bien provistos de víveres y armas, estaban allí en su defensa. Inútil era el poderoso esfuerzo de los asaltantes; de arriba recibían millares de piedras y rodaban sobre ellos grandes vigas que los arrastraban en su caída: estaban los más chorreando sangre y llenos de heridas y más de cuarenta soldados muertos. La presencia del valeroso Cortés los alentó, y ganando al fin con denuedo y en lucha constante los ciento veinte escalones del *teocalli*, desbarataron á sus defensores y pusieron fuego al santuario de *Huitzilopochtli*. Los defensores que no murieron se salvaron bajando á los otros cuerpos de la pirámide. Mas entre tanto había acudido gran cantidad de mexica y desalojaron del *teocalli* á Cortés. Bernal Díaz dice que eran muchos sacerdotes y de tres á cuatro mil indios principales, y que era de ver, cuando bajaban los españoles, como los mexica los hacían rodar seis y diez escalones. Y como en los pretiles de la pirámide aparecieron muchos escuadrones de mexica arrojando gran cantidad de dardos y flechas, refiere el mismo Bernal Díaz que los españoles no podían hacer cara ni sustentarse, y que con mucho trabajo y riesgo tuvieron que retirarse al cuartel con cuarenta y seis muertos. En estas pérdidas nunca se cuentan las de los tlaxcalteca. Durante esa refriega, que al fin se convirtió en derrota para Cortés, y en la cual no debió obtener ventaja seria, pues sólo llevó dos sacerdotes prisioneros, los asaltantes del cuartel habían apretado tanto que ya tenían tiradas unas paredes para entrar; mas al replegarse Cortés suspendieron el ataque, pero no de manera que dejasen de tirar flechas y piedras en lo restante del día y buena parte de la noche.

Cortés se convenció de que no había más salvación que abandonar la ciudad. Sus soldados habían perdido la moral, los de Narvaez maldecían de haber venido en busca de la muerte, muchos aliados habían perecido, escaseaban los víveres y el agua y faltaba pastura para los caballos. En uno de nuestros manuscritos se dice que el último día de la veintena *Etzacualiztli*, es decir, el 28 de junio, Moteczuma avisó á los mexica que hacía dos días que los caballos no tenían que comer. Sin duda desde esa noche se acordó por Cortés y sus capitanes la salida, pues las maniobras del día siguiente tuvieron claramente por objeto el prepararla. En la noche se compusieron al efecto las máquinas ó ingenios.

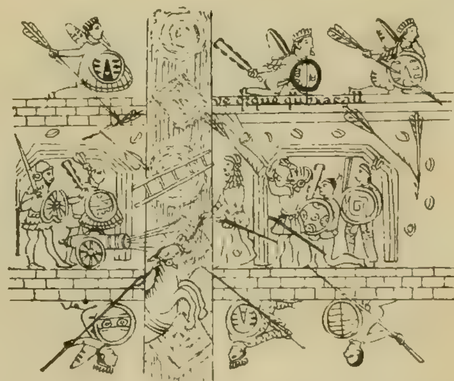
El día siguiente era 29 de junio, primero de la veintena *Tecuhilhuitontli*, y como Cortés quería obtener un respiro para preparar bien su salida, pensando que los mexica se dedicarían de preferencia á los fune-

rales de su rey, mandó matarlo y entregárselos cubierto con sus vestiduras reales, diciendo que había muerto de resultas de la pedrada. Consiguió en parte Cortés su objeto, pues muerto Moteczuma tenían los mexica que designar su sucesor. Siempre conforme á las reglas que hemos establecido, correspondía la corona á Cuitlahuac. Moteczuma no tenía más que una hija de la reina, y por mujer y niña de diez años no podía ocupar el trono. Algunos le dan también un hijo de Teotlachco, muerto según una opinión la Noche Triste, y según otros mandado matar por Cuauhtemoc, á causa de que era afecto á los españoles. Como Tecuichpoch, más tarde doña Isabel, jamás habló de él, no creemos en tal hijo; pero admitiendo su existencia, no podría tener en 1520 más de diez y siete años, y por lo mismo no podía ser rey. Correspondíale, pues, á Cuitlahuac, hermano de Moteczuma y hombre á la sazón de unos cuarenta y cuatro años, quien además en esos días de combate se había distinguido mucho como *Tlacochcálcatl* de los ejércitos mexica, no sólo por su valor sino por la táctica que desplegó para neutralizar la superioridad del ataque y armas de los españoles. Pues bien, mientras los mexica hacían en favor de Cuitlahuac la declaración de *Tlacatecuhtli*, pudo Cortés con sus máquinas ó ingenios ya reparados, salir por la calle de Tlacópan, é ir ganando cuatro fosos ó cortaduras y cegarlos con el material de las albarradas y de las casas destruídas. Aunque no fué mucha la resistencia que encontró, tuvo, sin embargo, que emplear todo el día en ese trabajo; y en las cortaduras cegadas dejó guarnición suficiente para no perderlas en la noche. Ciertamente le importaba mucho esto, pues la única salida posible era por la calzada de Tlacópan, en cuya prolongación dentro de la ciudad estaba la fortaleza ó cuartel de los españoles.

Amaneció el sábado, 30 de junio, y en él aumentaron los deseos de dejar la ciudad, pues á todas las causas, agravadas de momento en momento, se añadía el dicho del astrólogo Botello, quien aseguraba que la salvación dependía de salir esa noche. Así es que Cortés dispuso ir á cegar las cuatro cortaduras de la calzada. Como los mexica continuasen ocupados en las ceremonias del nombramiento de su rey, pudo, llevando gran fuerza de españoles y aliados, tomar y cegar aquellas cortaduras y aun arrancar de los maizales bastimento para los caballos.

En ese momento la salida estaba expedita, y el error de Cortés fué no hacerla inmediatamente, aun cuando hubiese sido con precipitación y abandonando algo de sus riquezas. Hasta entonces se había mostrado buen político y sabio capitán: su conducta en el Totonacápan, sus guerras y su alianza con los tlaxcalteca, su audacia de entrar en la ciudad de México y prender á Moteczuma, y sobre todo su feliz y arriesgada campaña contra Narváez, todo lo acreditaba; y no había sido menor su pericia en los combates que se sucedieron en aquellos días. En efecto, no perdió un instante ni una oportunidad; al saber el levantamiento de Tlatelolco, á la mañana inmediata de su entrada en México y cuando ni él ni los suyos habían tenido tiempo de descansar, desde luego mandó á Ordáz á contenerlo, y viendo su ímpetu salió personalmente á combatir. Las salidas de los días siguientes y la defensa del cuartel en los diversos ataques son hechos notables; y si no hizo más fué porque la forma especial de la ciudad, sus muchos canales y los fosos abiertos por todas partes, inutilizaban sus fuerzas, pudiendo sólo quemar las casas abrigo de los contrarios, cosa de poco provecho, según Bernal Díaz, pues como estaban aisladas y eran de azoteas, duraba en quemarse una todo el día. Pugnaba, además, con gran número de combatientes, y con guerreros como Cuitlahuac y Cuauhtemoc; éste sin duda el más digno de elogio en aquella insurrección. Jefe de los tlatelolca, acaso por muy joven no lo creyó temible y no lo apresó Cortés; y ahí fué preparando no sólo el levantamiento de los mexica sino el de todo el Anáhuac, y á la mañana siguiente de la entrada de Cortés se desbordaban sobre la fortaleza española, á más de todos los habitantes de México que podían empuñar una arma, los acolhua y los tepaneca y cuantos guerreros había en la extensión del Valle. Al salir Cuitlahuac para Tlatelolco encontró ya un ejército en marcha levantado por Cuauhtemoc, y, como *Tlacochcálcatl*, se puso á su cabeza. No creemos exagerar diciendo que en esta ocasión combatieron á los españoles unos cuarenta mil hombres.

Pues bien, todavía Cortés como valeroso y diestro capitán buscó remedio en la construcción de las máquinas y atacando el *teocalli*. A este propósito, debemos decir que del relato de Bernal Díaz se deduce algo diferente de lo que Cortés refiere: parece que las máquinas se acercaron la primera vez á las casas del Calmecác, que



Combate en las calles con las máquinas ó ingenios
Lienzo de Tlaxcalla

quedaban frente al cuartel de los españoles y de donde les hacían mucho daño, y ahí fueron desbaratadas; y que dejándolas Cortés se entró en el templo, y asaltó y quemó, no el gran *teocalli* sino el menor, donde había

puesto la Virgen, y de donde se comunicó algo el fuego á los de *Huitzilopochtli* y *Tezcatlipoca,* los cuales, como recordaremos, estaban inmediatos al *Tlillán.*

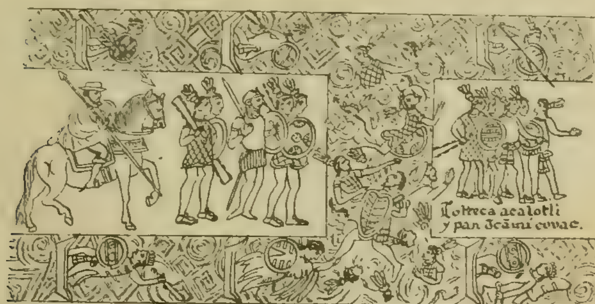
Si Cortés había sufrido desastres, era porque humanamente no podía pasar otra cosa; pero una vez expedita la calzada, perder tiempo era perderse. Salir en esos momentos á la luz del día, sin obstáculos en el camino, barriendo con la artillería á todo el que por el agua lo combatiese, y conteniendo con la caballería cualquier ataque á retaguardia, hubiera sido de éxito seguro. Pero Cortés, tan suspicaz, atendió de preferencia á un engaño de los mexica. Los que cercaban el cuartel ofrecían la paz, y pedían se les entregara al sumo sacerdote, á quien necesitaban para la consagración de Cuitlahuac. Pero alcanzado el objeto, volvieron al ataque cargando de preferencia sobre las cortaduras: comenzaba á comer Cortés cuando recibió el aviso, y montando á caballo inmediatamente se lanzó al lugar del combate con los jinetes que quisieron seguirle; y aunque encontró maltrechos á los peones, los rehizo y siguió por la calzada sobre el enemigo. Mas Cuitlahuac cayó por su retaguardia sobre las cortaduras abriéndolas de nuevo, con lo cual al regresar Cortés encontró á los de á caballo que con él habían salido, caídos en el zanjón y un caballo suelto; y peleando de nuevo hasta que los caballeros pudieron salir y pasar del otro lado, tuvo él que salvar de un bote de su caballo una zanja de cerca de dos varas de ancho. Los españoles conservaron cegadas las cuatro cortaduras que quedaban de lo que hoy es Puente de la Mariscala para el cuartel, y perdieron las otras cuatro. En el lienzo de Tlaxcalla se ven dos máquinas separadas por la cortadura nuevamente abierta; los mexica las baten desde las azoteas; en una de las máquinas llevan los españoles un cañón, y de otra hacen fuego de arcabuz; sobre la cortadura hay una escalera para pasar, y en el agua está un caballo caído que el jinete trata de sacar.

Llegó la noche y la situación apuraba: en junta de capitanes se determinó salir durante la oscuridad para ocultar los movimientos y sorprender al enemigo. Para pasar las cortaduras abiertas se fabricó un gran puente de madera, y todo se dispuso para la salida. Cortés entregó el oro del quinto real á los oficiales Alonso de Avila y Gonzalo Mejía, y para cargarlo les dió siete caballos de los heridos y cojos. Su propio oro lo cargó en una yegua morcilla y el resto del tesoro, que llegaría á setecientos mil pesos, se repartió entre los soldados; y algunos de tal manera llenaron sus alforjas, arrojando los objetos más necesarios, que agobiados por el peso se incorporaron en las filas. Era la media noche, los guerreros mexica dormían, el cielo estaba oscuro y llovía con fuerza. Creyeron los españoles que nadie podía sentirlos: los presos no los denunciarían, pues antes de partir les dieron muerte á todos. Salió el ejército silencioso; el lodo impedía el ruido y la oscuridad apagaba el brillo de las armas. A la vanguardia iba Gonzalo de Sandoval con los capitanes Antonio de Quiñones, Diego de Ordáz, Francisco de Lugo, Francisco de Acevedo, Andrés de Tapia y otros de Narváez, todos á caballo y bien armados, y con doscientos peones y veinte jinetes. Tras ellos marchaban cuatrocientos tlaxcalteca llevando el puente y al cuidado de defenderlo, con cincuenta rodeleros al mando del capitán Magarino. Mandaba el centro Cortés, con Alonso de Avila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia; y allí iba la artillería tirada por doscientos cincuenta aliados y apoyada por cuarenta rodeleros, el fardaje cargado por los *tlamame,* los caballos con el oro del rey y la yegua con el de Cortés, las mujeres y entre ellas la mujer é hijas de Moteczuma defendidas por trescientos aliados y treinta españoles, los prisioneros que por haber mostrado su adhesión no habían sido muertos y unos tres mil tlaxcalteca. Cerraban la retaguardia Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de Leon con el resto de peones y jinetes, los más de los de Narváez, y otra fuerte sección de tlaxcalteca. Sería un total de unos ocho mil hombres.

Atravesaron por las calles hoy de Santa Clara y San Andrés, de cuyas cortaduras estaban posesionados, recogiendo á los peones que las guardaban, y así llegaron á la de Tecpantzinco, propiamente no cortadura sino parte del canal occidental y por lo mismo ancha y profunda, la cual quedaba donde comienza hoy la Mariscala. Se dice vulgarmente que una india vieja los descubrió y dió la alarma; pero Cortés refiere que la dieron los centinelas enemigos. Por muy pronto que acudieran los contrarios, hubo tiempo de que Magarino colocase el puente y pasaran vanguardia y centro. Pero el alarma de los centinelas llegó al gran *teocalli* y el sacerdote que estaba de vela tocó el *teohuéhuetl,* cuyo ronco son como grito desesperado de guerra despertó á la ciudad. De todos los *teocalli* contestaron los sacerdotes con *huéhuetl* y bocinas que atronaron el aire; los jefes guerreros rugieron ataque con sus espantosos caracoles, y el ejército mexica se precipitó sobre el de Cortés, alcanzando todavía á la retaguardia en Tecpantzinco. Los mexica se apoderaron del puente, una pequeña parte de la retaguardia con Alvarado pudo pasar, muchos murieron y el resto, viéndose cortado, rompió por entre los enemigos y volvió al cuartel.

Se queja Bernal Díaz de que no había orden en la marcha, la vanguardia y especialmente la caballería iban de prisa separándose del centro, y como podían salvaban las cortaduras. Cortés, con cien peones y cinco de á caballo, metiéndose en el agua de las zanjas, había hecho lo mismo. Más allá de Tecpantzinco, hacia Petlacalco, comenzaba la calzada rodeada de agua á ambos lados; á ella se lanzó ya en desorden el centro y lo salvado de la retaguardia. En el empuje se

llenaron las cortaduras con los muertos y ahogados; ahí fué la mayor matanza; por tierra arremetían escuadrones mexica, de las azoteas les arrojaban flechas, dardos y piedras, por la parte de la laguna los atacaban en canoas á uno y otro lado y saltaban á tierra los guerreros y con unas lanzas muy largas hechas con las espadas tomadas á los españoles les mataban los caballos; nada valieron la artillería, que no podía maniobrar, ni los arcabuces; un hijo y dos hijas de Moteczuma murieron; Cuauhtemoc salvó á Teotlachco y á Tecuichpoch; todas las riquezas se hundieron en el agua y muchos cañones. Los que habían escapado dieron en la última cortadura llamada Toltecaacalotlípan: Bernal Díaz con cincuenta peones la pasó, así como otros grupos de soldados animosos, y después Pedro de Alvarado, quien llegó desmontado y herido peleando y la cruzó por una viga subiendo por el otro lado á las ancas del caballo de Gamboa, caballerizo de Cortés, según él mismo declara en su proceso, y no saltándola con la lanza, como el vulgo refiere, y lo cual dió origen á que se pusiese á la calle donde estaba la cortadura el nombre de Puente de Alvarado. Otros muchos fugitivos llenaron con sus cuerpos la fatal cortadura, salvándose aún no pocos que sobre ellos pasaron. Todavía Cortés volvió sobre la calzada con Sandoval, Olid, Ávila, Morla, Domínguez, otros jinetes y algunos peones; pero encontró á Alvarado con siete soldados y ocho tlaxcalteca, todos heridos, y como aquél le dijese



La Noche Triste. — Lienzo de Tlaxcalla

que nadie quedaba para salvar, se volvió. Los mexica persiguieron á los españoles desde sus canoas hasta que pasaron la calzada y entraron en Tlacópan. Así se ve en las pinturas del lienzo de Tlaxcalla. Aquella noche terrible se llama en la historia *la Noche Triste*. Velázquez de Leon había muerto en la primera cortadura: algunos soldados españoles acusaban á Alvarado de que lo abandonó en el peligro. No pudieron tomar descanso los españoles en Tlacópan, pues atacados por los del lugar y los de Atzcaputzalco, tuvieron que romper de frente hasta llegar á un cerro donde había un *teocalli* y se hicieron fuertes. Pudo, sin embargo, Cortés, antes de que los tepaneca tomasen las azoteas y formalizaran su ataque, organizar los restos de su ejército y emprender una marcha arreglada hacia el cerro referido, el cual, según se dice generalmente, es el mismo donde está situado el Santuario de los Remedios; pero en el lienzo de Tlaxcalla está con el nombre de Quauhximálpan, y es otro no muy lejos de aquél.

Aquí debemos tratar de varios detalles inherentes á los sucesos que acabamos de referir, como son las pérdidas del ejército de Cortés y la anécdota del ahuehuete de Popotla, la suerte que cupo á los refugiados en el cuartel y algunas noticias sobre la muerte de Moteczuma y su cadáver, así como respecto á la de los otros dos reyes y demás grandes presos con ellos.

Mucha discrepancia hay sobre las pérdidas del ejército español, aun entre los relatos de los testigos presenciales ó de los que de ellos recibieron directamente las noticias. Para poder guiarnos debemos calcular que el ejército, reunidos los soldados de Alvarado y los traídos por Cortés, contando los suyos y los de Narváez, se componía de mil seiscientos españoles y unos siete mil indios. Debemos considerar tres clases de pérdidas: primero, las anteriores á la Noche Triste en los diversos combates y asaltos, de algunas hemos dado razón y no creemos que bajaran de doscientos soldados y dos mil aliados, porque fueron seis días de constante y dura refriega; en segundo lugar, la retaguardia, que viéndose cortada se refugió en el cuartel, y en la cual iba la mayor parte de la caballería de Narváez y gran cantidad de peones, de tal modo que no es exagerado calcularlos en unos cuatrocientos hombres, sin computar á los tlaxcalteca, pues era difícil que se volvieran adentro de la ciudad su enemiga; y en fin, los muertos en la refriega, suficientes para llenar las cortaduras y cegar la calzada con sus cadáveres y que por lo mismo no pudieron bajar de otros cuatrocientos españoles y dos mil indios. Esto nos daría una pérdida de unos mil españoles, cuatro ó cinco mil indios, unos ochenta caballos, la artillería y mucho oro, pues únicamente se salvó el que llevaban los soldados que escaparon. Marina y Aguilar salváronse también y doña Luisa, la hija de Xicoténcatl; y en efecto, en el lienzo se ve á Cortés con dos mujeres. El cálculo anterior concuerda con los datos de Durán, quien computa en seiscientos españoles los salvados con Cortés, y podemos agregar unos tres mil indios. Cuenta Durán que los españoles quedaron muy cansados y afligidos, y tan maltratados, que muchos de ellos, habiendo dejado los zapatos en el camino, llevaban los piés por el suelo corriendo sangre, y otros las cabezas descubiertas, y otros muy mal heridos de las piedras y varas que les habían arrojado los enemigos. La mayor parte de los españoles que perecieron eran de los de Narváez, tanto porque los pusieron á la retaguardia cuanto porque eran los menos aguerridos y no estaban hechos á combatir con los mexica. De los capitanes ya hemos dicho que murió en la primera cortadura peleando bravamente Vázquez de Leon, el más importante después de Alva-

rado y Sandoval; murió también Salcedo, y Morla cayó al lado de Cortés cuando volvieron á la calzada. El famoso jinete Lares pereció en aquella noche y también el astrólogo Botello; pero se salvó Martín López, el constructor de los bergantines. Unicamente le quedaron á Cortés veinticuatro caballos y algunos arcabuces y ballestas.

A propósito de tal desastre se cuenta que Cortés, recostado en el ahuehuete de Popotla y viendo pasar los restos desbaratados de su ejército, lloró de rabia y de dolor, y por esto se llama ese ahuehuete el *Arbol de la Noche Triste*. Mas tal suceso no pasa de una



Continuación del combate hasta Popotla. — Lienzo de Tlaxcalla

leyenda popular; Popotla quedaba aún dentro de la laguna, y hasta allí llegaron los indios en canoas batiendo á los españoles, como se ve en el lienzo de Tlaxcalla, donde se marca el lugar precisamente con el árbol. El señor Orozco cambia el lugar de la escena; dice que Cortés descabalgó de su caballo ya en Tlacópan, sentándose abatido en las gradas del *teocalli* en espera de los últimos rezagados, que pasaron todavía, aunque pocos, despedazadas las armas, maltratados, sosteniéndose á duras penas contra el cansancio y las heridas, y que al recuerdo de cuantas desgracias le



Cortés pasa por Tlacópan con los restos de su ejército
Lienzo de Tlaxcalla

habían acontecido aquella infausta noche, no pudo menos de conmoverse y derramó algunas lágrimas.

Nosotros creemos buenamente que no lloró Cortés. Apenas llegado á Tlacópan, como los mexica siguieron la persecución y vió alborotados á los tepaneca, antes de que tomasen éstos las azoteas ordenó á los suyos y los sacó á unos maizales, sosteniendo él, siempre á caballo y sin descanso, la refriega. Al amanecer marchó con su hueste al cerro y *teocalli* de Cuauhximálpan, cerro que actualmente pertenece á la Hacienda de Leon y está



Cortés se refugia en Cuauhximálpan. — Lienzo de Tlaxcalla

delante de Tacuba, y durante el camino y en el cerro por todo el día sostuvo el combate. La verdad es que peleando sin descanso Cortés no tuvo en esa ocasión tiempo de llorar.

Pero si muchas fuerzas siguieron hasta ese *teocalli* sobre su destrozado ejército, salvároulo en ese día y los siguientes, mientras se pudo alejar de México, los españoles de la rezaga vueltos á refugiar en el cuartel. En los primeros momentos sin duda debió ocuparse en recoger despojos y riquezas el ejército de Cuitlahuac, y éste no pudo marchar sobre Cortés porque era necesario antes acabar con los refugiados en el cuartel, que eran en número suficiente para no dejarles cobrar fuerzas. Refiere Durán que se defendieron valerosamente algunos días; pero al fin fueron cogidos, y los mexica hicieron fiesta con ellos y su carne sacrificándolos á *Huitzilopochtli*. Hemos visto una pintura muy antigua, donde aparece que sacrificaron también á los caballos en el *Cuauhxicalli*.

Hemos querido dejar para el fin de este capítulo el tratar separadamente de la muerte de Moteczuma y demás señores presos, porque, á pesar de las respetabilísimas é indiscutibles disquisiciones de los señores Ramírez y Orozco, hemos leído no há mucho un escrito de un digno académico de la Historia, en el cual afirma que tales ideas son hijas de cierta escuela y no de la verdad. Ante todo creemos que nadie nos tachará de parciales en nuestros juicios, y como prueba presentamos nuestras opiniones sobre Tezozomoc y Netzahualcóyotl: el primero, zaherido por todos y por nosotros levantado, y el segundo, coronado unánimamente por una aureola de fabulosa grandeza y por nosotros reducido á un hombre de su raza y de su tiempo.

Fué natural que Cortés atribuyese la muerte de Moteczuma á la pedrada dirigida á él por los mismos mexica: quien manda matar de esa manera, no lo dice. Natural era también que los cronistas españoles, claramente partidarios de aquél, sostuviesen tal idea. Bernal



ARBOL LLAMADO DE «LA NOCHE TRISTE,» EN EL PUEBLO DE POPOTLA

(ESTADO ACTUAL)

Díaz dice que cuando menos lo esperaba se dió la noticia de la muerte de Moteczuma: estas palabras ya hacen sospechar del dicho de Cortés. Sahagún, quien por su respetable carácter, por ser español y fraile, no da motivo á desconfianzas, asegura que los españoles mataron á Moteczuma y á los grandes señores presos. No citamos el códice Ramírez porque es de origen indio. Ixtlilxóchitl, más español que los mismos españoles, confirma el hecho en su historia chichimeca. Y lo sostiene Durán, fraile, amigo de España, y cuyo respeto por Cortés se descubre en cada línea de su obra.

Para nosotros no es dudoso el hecho ni la causa, y ya la hemos dicho. Para descomponer los planes de los mexica, distraerlos con los funerales de su rey y preparar con más desahogo su salida, mandó dar muerte á Moteczuma y entregarlo á los mexica. Nada tenía que esperar de él, porque en medio de todas sus debilidades, el monarca indio nunca quiso abjurar de sus dioses ni abdicar de su poder real.

Durán dice expresamente que cuando los mexica tomaron el cuartel, encontraron á los principales y señores en la cadena grande, *todos muertos á puñaladas, los cuales mataron á la salida que salieron de los aposentos*. Y añade las siguientes sinceras palabras: «lo cual si esta historia no me lo dixera, ni viera la pintura que lo certificaba, me hiciera dificultoso de



Cacama, rey de Texcoco — M. Tlótzin

creer.» Por lo demás no podemos comprender, como la pedrada tirada á Moteczuma, matara también á Cacama rey de Texcoco y á Totoquihuátzin rey de Tlacópan. Cortés dice que los presos murieron en la batalla de la Noche Triste; pero es raro que murieran todos y se salvaran Marina, la tlaxcalteca doña Luisa, manceba de Cortés, Cuicuitzcátzin el acolhua su amigo y un descendiente de Tezozomoc llamado Huitzilihuitl, cuyos herederos tomaron el apellido de Austria Montesuma, y á mediados del siglo XVIII formaron un expediente pretendiendo descender de Moteczuma y de Cuauhtemoc, hechos incompatibles, y fundándose en algunos documentos, notoriamente falsos, en los cuales se equivoca hasta el nombre que tomó en el bautismo el último rey de México; en otros que tratan de diferente persona, y en una genealogía en parte publicada en el tercer tomo de la edición mexicana de la *Conquista* de Prescott, la cual, á más de ser posterior á la época antigua y revelar desde luego grandes errores históricos, para nada trata de Cuauhtemoc ni en parte alguna trae su jeroglífico, sino el del Huitzilihuitl amigo de Cortés. Es seguro que la mayor parte de los soldados españoles ignoraron la manera de muerte de Moteczuma; y si el hecho fué conocido por todos los mexica, no así sus pormenores: creemos que para el intento se empleó el medio consignado en el relato del códice Ramírez.

Prescott ignoraba todavía lo que hicieron los mexica con el cadáver de Moteczuma. El señor Orozco lo publicó, y nosotros lo repetiremos, tomándolo también de uno de los manuscritos de nuestra colección. Entregaron



Conducción del cadáver de Moteczuma

el cuerpo muerto á Apanécatl, quien lo condujo primeramente á Huitzíllan; arrojado de allí con malos tratamientos, lo llevó á Necatitlán de donde lo expulsaron á flechazos; lo mismo pasó en Tecpantzinco, hasta que en Acatliyacápan lo recibieron y lo quemaron ó escondieron, pues el texto mexica está oscuro y puede interpretarse de las dos maneras. Existe una pintura jeroglífica que representa esa triste peregrinación del cadáver de Moteczuma.

Los cadáveres de los otros grandes señores muertos en el cuartel recibieron los honores fúnebres acostumbrados; y especialmente sabemos que para hacerlos al de Itzcuáuhtzin lo condujeron en una canoa á Tlatelolco.

CAPÍTULO XI

Combate en Cuauhximálpan. — Paso á Teocalhueyácan. — Dirección de la retirada — Tepotzotlán. — Aychcualco. — Aztaquemécan. — Tonaníxpan.— Batalla de Otumba. — Muerte de Matlatzincátzin. — Derrota de los indios. — Verdadero nombre de la batalla de Temalacatitlán. — Penetra Cortés en tierras de Tlaxcalla. — Recibimiento que le hicieron en Xaltelolco y Hueyotlípan. — Entrada en Tlaxcalla. — Estado del ejército español — Muerte de Yuste y su comitiva, de Alcántara y otros españoles. — Se conserva la tranquilidad en el Totonacápan y en la Villa Rica. — Coronación de Cuitlahuac. — Contiendas civiles. — Reposición de la ciudad. — Reorganización del gobierno — Nuevos reyes de Texcoco y Tlacópan. — Renovación de la liga del Anáhuac. — Embajada á Tlaxcalla — Opinión sobre la conducta de los tlaxcalteca. — Cortés recibe refuerzos. — Situación de Cortés y su ejército. — Conquista de Tepeyacac — Se funda la villa de Segura de la Frontera. — Objeto político del Conquistador. — Aumenta su ejército con refuerzos llegados nuevamente. — Campañas de Cuauhquechóllan é Itzócan. — Vuelta á Tlaxcalla. — Muerte de Cuitlahuac. — Nombramiento de Cuauhtemoc — Descripción de su persona. — Disensiones en México. — Construcción de los bergantines. — Bautismo del hijo de Maxixcátzin y de Xicoténcatl el viejo. — Alarde de las fuerzas españolas. — Ordenanzas de Cortés y política que revelan. — Alarde del ejército aliado. — Marcha sobre México. — Camino de la montaña. — Entrada en Texcoco. — Coanacóchtzin se retira á México. —Ataque según el lienzo de Tlaxcalla y defensa del paso de Matlatzinco. — Trabajos emprendidos por Cuauhtemoc. — Embajada al cazonci Zuangua. — Muerte de Zuangua y coronación de Zinzicha. — Niega éste el auxilio á México y manda sacrificar á los embajadores de Cuauhtemoc.

Sigamos á Cortés en su retirada, y en medio de tanta noticia confusa sírvanos de guía el lienzo de Tlaxcalla. En Cuauhximálpan habían podido descansar algo los españoles á pesar de la refriega de todo el día: de un pueblo cercano de otomíes les habían llevado alimentos; curaron á los lastimados vendándoles con



mantas las heridas, y como al llegar la noche cesó el ataque, lograron reposar los más entregándose al sueño, si bien se remudaban constantemente las velas. A media noche Cortés levantó á sus soldados, y encendiendo grandes lumbradas para hacer creer á los contrarios que aun permanecían allí, emprendieron la marcha guiados por un tlaxcalteca conocedor del terreno. Pero fueron sentidos, y los indios comenzaron á batirlos hasta de día. Era el 2 de julio y lo pasaron combatiendo, hasta que al caer la tarde pudieron ganar otro cerro con otro templo, llamado Teocalhueyácan, donde se hicieron fuertes y donde, según la pintura, los siguieron atacando. Este sí es el cerro en el cual se



levantó el santuario de los Remedios. Como se ve, poco había avanzado el ejército. Recogióse, sin embargo, en aquel lugar fuerte y logró tomar descanso hasta la mitad del día siguiente. Su camino estaba bien indicado, seguir los lomeríos del poniente del Valle en dirección del norte para alejarse lo más posible de México y ganar el rumbo de Tlaxcalla.

Siempre en orden de guerra y peleando constantemente con huestes indias que por todas partes los atacaban, sin comer más que maíz tostado y cocido y hierbas del camino, y llevando á los heridos á las ancas de los caballos, hicieron los españoles y tlaxcalteca el día 3 jornada hasta Tepotzolán, en donde tuvieron que entrar combatiendo. La marcha fué de más de siete leguas; pero ya estaba el ejército del otro lado de la laguna de Tzompanco, y en un pueblo abundante de provisiones, por lo cual descansó ahí todo el miércoles 4.

El 5 de julio y siempre combatidos en su marcha y siguiendo ya de poniente á oriente, llegaron las



tropas de Cortés á Aychcualco. La pintura representa expresivamente á los españoles y á las mujeres durmiendo fatigados por el cansancio del camino y á un jinete y varios tlaxcalteca velando. Habían tenido por



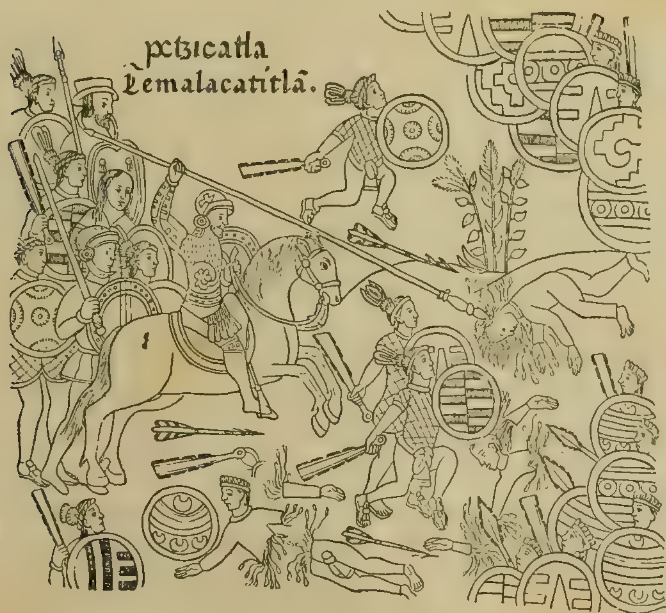
más seguridad que encumbrar en su marcha por cerros y pedreñales. El 6 de julio, no bien había emprendido su marcha el ejército, cuando comenzaron á atacarlo por la retaguardia, por lo cual se refugió á las dos leguas en un pueblo llamado Aztaquemécan, y habiendo salido Cortés á pelear con los contrarios que en gran número se presentaban detrás de un cerro, tuvo cinco españoles heridos y otros tantos caballos, y un caballo muerto que descuartizaron, como se ve en la pintura, y el cual dice Cortés fué la primera carne que comieron desde su salida de México. No creyéndose seguro en aquel pueblo porque estaba en la llanura, el ejército fué



á pernoctar en el lomerío en un lugar llamado Tonaníxpan. Había salido ya del Valle.

A la mañana siguiente, sábado 7 de julio, como Cortés tenía que bajar de las laderas que corren por el norte del valle de Otómpan y atravesar la llanura para tomar el camino de Tlaxcalla, y cada día aumentaba la gente enemiga y más reciamente lo combatía, dispuso que la marcha se hiciera más compacta y que ya no fuesen los heridos á la grupa de los caballos. Legua y media había andado el ejército y comenzaba á penetrar en el llano, cuando se halló con grandes escuadrones de indios tendidos por aquellos campos, dando espantosos alaridos y voces y saltos, blandiendo las macanas y arrojando muchas varas y piedras. En un momento quedaron rodeados y envueltos los soldados de Cortés por aquella multitud de contrarios. La pequeña hueste parecía, según la bella imagen de Sahagún, una goleta en el mar combatida de las olas por todas partes. Aquel numeroso ejército de indios se componía de los mexica y tepaneca que habían seguido la persecución de los españoles y de los aliados de Tlalnepantla, Cuauhtitlán, Tóllan, Tenayócan, Otómpan y todo el Cuauhtlálpan, y para reforzarlo marchaban ya escuadrones más numerosos de mexica y tepaneca, chalca, xochimilca y acolhua. En tal aprieto la táctica de Cortés fué marchar en grupo compacto abriéndose paso con avances de la caballería, procurando más defenderse que hacer daño. Varias veces los indios habían hecho replegar los jinetes al abrigo de los peones: el mal que las espadas españolas les causaba era de poca importancia, y cualquiera

pérdida se cubría por mayor cantidad de guerreros que entraban en combate. Duraba ya la brega cuatro horas, y para fortuna de Cortés aquella multitud era un conjunto desorganizado y no llegaba el ejército aguerrido y ordenado que de México enviaba Cuitlahuac. Sin embargo, con el cansancio del combate y con ver tal número de enemigos, los españoles comenzaban á desmayar: creyó Cortés necesario hacer un esfuerzo supremo, y como viese en un cerrillo á un guerrero que empuñaba un estandarte, el cual estaba cargado en andas por principales y rodeado de numerosa guardia y aparecía como jefe y centro de la batalla, mandó cargar sobre él. Según el señor Orozco era el *Cihuacoatl* que empuñaba el *tlahuizmatlaxopilli* ó gran estandarte, compuesto de una asta de cuya punta superior colgaba una red de oro. Nosotros encontramos en el manuscrito de Chimalpain que Cuitlahuac había nombrado *Cihuacoatl* á Matlatzincátzin, y como el jeroglífico de éste debía tener necesariamente una red, creemos que al leer las pinturas se tomó su nombre por bandera. Este Matlatzincátzin aparece en el manuscrito como hermano de Cuitlahuac. Sea lo que fuere, Cortés, montando en un recio potro que traía un soldado ó Juan Salamanca, como quiere Bernal Díaz, con Sandoval, Olid, Ávila y Domínguez, cayó sobre aquel jefe guerrero, y con el encuentro del caballo lo derribó de las andas y ahí le arrancaron la vida. Desconcertó de tal manera á los indios la muerte de su jefe, que comenzaron á desamparar el campo y á huir. Cortés mandó entonces cargar á la caballería, y con esto á poco había obtenido la victoria. La nueva llegó al ejército que enviaba Cuitlahuac, y con ella se volvió y desbarató. Se cuenta que en esa batalla perecieron



Batalla de Otumba

casi todos los tlaxcalteca, distinguiéndose por su valor Calmecahua, hermano de Maxixcátzin. De los españoles quedaron cuatrocientos cuarenta peones, veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros. Como se ve, grandes fueron las pérdidas y reñido el combate: se exagera mucho el número de los contrarios y sus muertos. Generalmente se llama esta batalla de Otumba; pero el lienzo de Tlaxcalla nos da el verdadero nombre del lugar donde se verificó, y es Temalacatitlán.

Cortés estaba salvado, pero por mayor seguridad continuó la marcha y fué á pernoctar en unos campos, en los cuales se levantaba una casa que de abrigo le sirvió, y desde donde ya se veía la hermosa sierra de Matlalcueye. Aunque todavía perseguida de lejos, el siguiente día, domingo 8 de julio, penetró al fin la hueste española en tierras de Tlaxcalla, y se vió libre de contrarios. Según



el lienzo llegó Cortés á un lugar llamado Xaltelolco, y su *tecuhtli* Citlalpopoca le hizo gran recibimiento, dando á los españoles y aliados víveres en abundancia. Bien lo necesitaban, y la pintura lo representa expresivamente, no sólo con los víveres, sino con los caballos comiendo abundante pastura. Debemos creer que siguieron á rendir la jornada en Hueyotlípan, pues así lo dice Cortés, llamando al pueblo Gualipán. En la pintura se ven los mantenimientos en grandísima cantidad y á los señores del lugar saliendo á recibir á los españoles. Después de tres días de descanso, entró el ejército en Tlaxcalla, donde fué muy bien recibido, y especialmente Cortés por Maxixcátzin, que lo alojó en su palacio, alojando Xicoténcatl en el suyo á Alvarado.

Los españoles llegaban tan maltrechos, que fué preciso dedicar varios días á curarse: las heridas de Cortés se habían empeorado mucho, en especial las de la cabeza y de la mano izquierda, y aunque aquéllas sanaron, quedó manco de dos dedos de ésta. Cuatro soldados murieron y otros quedaron mancos y cojos y estropeados. Se aumentó la pena de Cortés con saber que Yuste con los heridos y enfermos que había dejado en Tlaxcalla en guarda del tesoro de Cempuállan y de

lo recogido por Velázquez de Leon en Tochtepec, con cinco jinetes y cuarenta y cinco peones, haciendo un total de setenta y dos españoles, cinco mujeres castellanas y un hijo de Maxixcátzin, habían tomado el camino de México no sabiendo su derrota, y habían sido muertos. También lo fueron Juan de Alcántara y tres vecinos de la Villa Rica que iban por sus porciones del tesoro y no pocos que andaban dispersos por los caminos. En



cambio supo Cortés por los emisarios que inmediatamente mandó á la Vera Cruz, que la guarnición no tenía novedad y que el Totonacápan estaba tranquilo.

Dejemos al capitán español en Tlaxcalla y volvamos á México. Vimos que á la muerte de Moteczuma se designó por su sucesor á Cuitlahuac y que el gran



Vuelta de Cortés á Tlaxcalla

sacerdote lo consagró; pero no pudieron hacerse desde luego las fiestas de su coronación. Tuvo primero que atender á combatir á los españoles refugiados en el cuartel y á mandar fuerzas que batiesen á Cortés en su retirada, y después de la batalla de Otumba se suscitó la discordia intestina dentro de la misma México. Los fieles quisieron castigar á los que habían auxiliado á los españoles, y como éstos fueran muchos se alzaron en armas: no duró poco la contienda, y en ella fueron vencidos los partidarios de la paz con Cortés, entre ellos Cihuacohuátzin, Cihuapopocátzin, Cipocatli y Tencuecuenótzin, hijos unos y hermanos otros de Moteczuma. Procedióse entonces á reparar la ciudad y especialmente el gran *teocalli*. Se reorganizó el gobierno, se nombraron los grandes dignatarios y entre ellos *Cihuacoatl* al valeroso Atlacótzin, nieto de Tlacaelel, á quien correspondía tal puesto. Cuauhtemoc, educado en el Calmecac, fué nombrado sumo sacerdote ó *Teotecuhtli*. Ocupó el trono de Tlacópan Tetlepanquetzáltzin, y el de Texcoco, por ser aún muy niño Yohyóntzin, hijo de Netzahualpilli, se dió á Coanacóchtzin.

En todo esto habían pasado las veintenas ó meses *Tecuhilhuitontli*, *Hueytecuílhuitl*, *Tlaxochimaco* y *Xocohuetzi*, y en *Ochpaniztli* se verificaron las fiestas de coronación y se celebró la restauración de la liga del Anahuac. En ellas se hicieron numerosos sacrificios, contándose los de los prisioneros españoles y los caballos, cuyas cabezas se pusieron en el gran *Tzompantli*, una de un español y una de un caballo, *porque los caballos viesen allí las cabezas de los otros caballos.*

Mientras las tres grandes señorías del Anahuac fortalecían sus ciudades y reorganizaban sus ejércitos, una buena política les aconsejó enviar embajadas para hacerse de aliados; pero aquellos pueblos se consideraban felices con verse libres del yugo mexica, y los enviados de Cuitlahuac no volvieron con respuestas favorables.

Decidióse entonces enviar embajada á Tlaxcalla y proponer perpetua y firme alianza y olvido de los pasa-

dos agravios, á condición de unirse todos para expulsar á los españoles. Los señores de Tlaxcalla oyeron á los embajadores mexica y después los hicieron salir para deliberar. Cortés, á su vuelta, había cuidado de ajustar en toda forma alianza con los cuatro señores Maxixcátzin, Xicoténcatl, Tzihuacoácatl y Tlahuexolótzin. Las bases del convenio eran: que le diesen socorro y ayuda de gente, armas y comida para hacer la guerra de México y que él les prometía, en nombre del rey de España, darles Chohólan con sus pueblos, partir con ellos todo lo que se conquistase y ganase, que ellos y sus sucesores quedarían para siempre libres de todo tributo y entregarles la fortaleza que en México se levantara. Natural era por lo mismo que los señores de Tlaxcalla rechazasen la alianza de los mexica, á pesar de que la defendió valerosamente el joven Xicoténcatl Axayacátzin, quien asistía al Consejo como jefe guerrero de los ejércitos del señorío. Por este motivo es general costumbre acusar á los tlaxcalteca de traidores. El error ha consistido en tomar por una sola patria la extensión que forma hoy nuestro actual territorio. En esa tierra había muchas nacionalidades, si así pueden llamarse, de razas diferentes y sin ningún punto de contacto entre sí, y en gran número otras, que aunque procedían de un origen común, constituían gobiernos separados y no pocas veces enemigos. Tlaxcalla no solamente era una nación completamente diversa de México, sino contraria constante é incansable de los pueblos del Anahuac. Llamar á su alianza con los españoles traición, sería lo mismo que decir traidora á España porque se ligó con los ingleses para combatir á las huestes de Napoleón, que eran como ella de la



Traen á Cortés de la Vera Cruz cañones y armas

misma raza latina. Confesaremos sí que hubo gran torpeza; los tlaxcalteca debieron comprender que á la pérdida de los mexica era segura la suya y que las promesas de Cortés se desvanecerían como el humo, cuando triunfante conquistador no necesitara ya de ellos: bajo este concepto debemos dar la razón á Xicoténcatl el mozo.

Hecho y afirmado el concierto con los tlaxcalteca, Cortés debía pensar en salir de la ciudad. Ya desde su llegada había pedido refuerzos á la Villa Rica, y aunque se dice que sólo le llegaron siete peones con el capitán Lencero, no debemos olvidar que en ella había dejado doscientos peones, otros tantos marineros y algunos caballos y cañones. Refiere, además, Sahagún que en aquella sazón desembarcó un capitán español llamado Francisco Hernández, y se fué luego á Tlaxcalla con toda su gente y munición de artillería y copia de caballos. Sea lo que fuere, auxilio de este capitán ó de la Villa Rica, en el lienzo de Tlaxcalla encontramos en este lugar que los indios trajeron cañones por la montaña, en la pintura se cuentan tres, y muchas cargas de material de guerra, según de suponer es, pues de otra clase no hacía falta á los españoles. El camino de la montaña indica que huyendo de los llanos para evitar peligros, siguieron el Totonacápan. También cargan anclas que la previsión de Cortés había pedido. El nombre marcado en la pintura es Chalchicueyécan, lo cual es lo mismo que Chalchiuhcuécan ó sea el puerto frente á Ulúa; se ven algunos ahogados al pasar un río, á un español llevado á cuestas por un indio y una casa con una cruz simbolizando el nombre del español Santa Cruz, quien apalea á un indio, episodio que no conocemos. De todos modos resulta que Cortés recibió refuerzo de hombres, caballos y cañones.

Después de estar veinte días en Tlaxcalla, Cortés salió al empezar agosto, y lo movieron á ello varias razones. Los soldados de Narváez que habían sobre-

vivido, y entre ellos el mismo Duero, pretendían abandonar la conquista y volverse á la Villa Rica; comprendió que no era conveniente que su ejército viviese sobre Tlaxcalla, sino sobre país enemigo; quería, además, hacer efectivo su pacto con los tlaxcalteca, llevándolos á triunfos y conquistas para afianzarlo más. Pero principalmente vemos en su conducta un gran pensamiento político y otro estratégico no menos importante. Estaba unido á la costa y á la Villa Rica por las montañas del Totonacápan; necesitaba estarlo también por la llanura, sujetando los importantes pueblos en ella esparcidos. De esta manera, además, formaba una especie de señorío propio, que lo hacía superior á los tlaxcalteca dentro de su mismo territorio y le proporcionaba nueva y amplísima base de operaciones, consiguiendo también cortar á los mexica en toda esa línea y privarlos de todo auxilio que quisiera llegarles por el oriente del Valle. Por el norte estaba el Huaxtecápan, país que no era amigo de México; por el poniente apenas podía contar con algunos pueblos no muy fieles del Matlatzinco, teniendo en ese rumbo por enemigo al Michuacán, y por el sur de poco provecho le sería Cuauhuahuac y algunos señoríos tlahuica. Con ese hábil movimiento Cortés verdaderamente aislaba el Anahuac.

Pretextando venganza de algunos daños hechos en la frontera y dejando cierta cantidad de españoles en Tlaxcalla con la artillería y los arcabuces, salió Cortés con cuatrocientos veinte peones, entre ellos seis ballesteros y diez y siete caballos, y á más cinco mil guerreros tlaxcalteca que llevaban por jefe á Tianquiztatoátzin. En Tzompantzinco acampó el ejército el primer día, y se le reunieron los contingentes de Cholóllan y Huexotzinco, y aunque se exagera mucho su cifra, pensamos que no pasarían de unos tres mil hombres. A pesar de los graves cuidados de Cuitlahuac, y no obstante que



México estaba padeciendo gran peste de viruelas llevada por los soldados de Narváez que de las islas la habían traído, había puesto cuidadoso un cuerpo de ejército en la frontera en observación de los movimientos de Cortés, el cual, sintiendo la marcha de españoles y tlaxcalteca cuando salieron de Tzompantzinco, se situó sobre su camino en Zacatepec, emboscándose en unos maizales. La sorpresa fué grande, y aunque el ejército de Cortés hizo mucho daño en los mexica, también lo sufrió y quedó cortado; pues fué necesario que Alonso de Ojeda



tomara un edificio lejano del campo y encima enarbolara un estandarte para que, guiándose por él Cortés, se reuniera con los suyos ya al caer la tarde. Llevaba gran número de prisioneros, y como diga el cronista real Herrera que tuvieron los indios amigos aquella



noche buena cena de brazos y piernas, comprenderemos que Cortés, usando de prudencia, no trataba por entonces cuestiones religiosas, se hacía ciego á los sacrificios humanos y toleraba el canibalismo. El hecho consta bien comprobado en la residencia de Cortés.

El ejército dió al día siguiente sobre Quecholác y siguió después sobre Acatzinco, quemando en el tránsito los pueblos de la comarca. Tomada la ciudad, que sus habitantes abandonaron después de salir á pelear al

campo y ser ahí vencidos, se alojó en ella Cortés por cinco días, durante los cuales mandó partidas á merodear. Su principal mira era apoderarse de Tepeyacac, (Tepeaca), centro de aquellas llanuras que forman hoy parte del Estado de Puebla, y siguiendo su costumbre de requerimientos y embajadas intimó á sus habitantes se le sujetasen, y que de lo contrario los batiría y tomaría por esclavos, por rebeldes al rey de España, por matar á los españoles y comer carne humana. Como los de Tepeyacac contestaran resueltamente que no se rendirían, se dió al día siguiente cruda batalla en unos campos de maíz y magueyales, quedando derro-



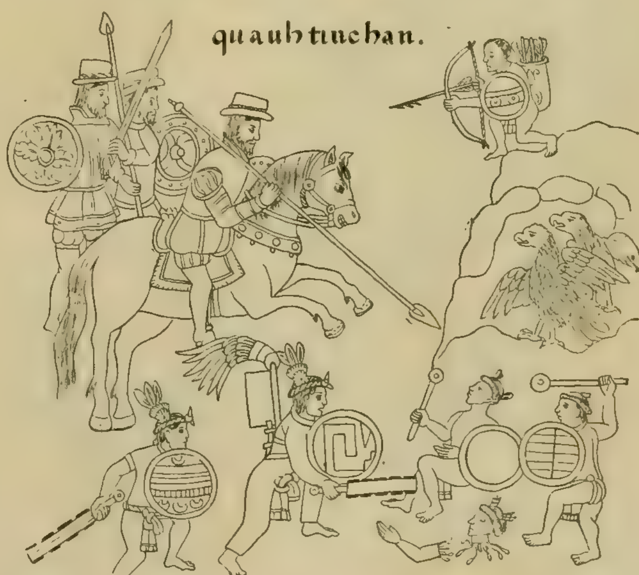
tados aquéllos y el auxilio mexica que les había llegado. Los españoles tuvieron doce heridos, un caballo muerto y otro lastimado. Entrando en el pueblo los vencedores lo saquearon; de los muchos cautivos se llevaron los tlaxcalteca á los hombres, y quedaron á los españoles las mujeres y niños. Tan rico botín alegró á los de la ciudad de Tlaxcalla y afirmó su alianza con Cortés.

Era Tepeyacac el centro de los caminos de la costa y de los que iban á México, y como no estaba lejos de Tlaxcalla, fundando allí una villa conseguía Cortés enseñorearse de la comarca: así es que procedió á su fundación nombrando alcaldes á Pedro Ircio y Luis Marín, regidores á Cristóbal Corral, Francisco de Orozco, Francisco de Solís y Cristóbal Ruiz de Gamboa y escribano á Alonso de Villanueva. Dióse pregón á 4 de setiembre de 1520 para poblar la villa que se denominó Segura de la Frontera, y se estableció en el llano, al pié de la indígena, que quedaba en las vecinas alturas, y se construyó una fortaleza y el rollo que existe todavía, construcción octogonal de unos cinco metros de altura para servir de picota. Allí se herraron por primera vez á los indios por esclavos con una G, que quería decir guerra. Y allí también, á 30 de octubre, escribió Cortés su carta á Carlos V.

Su buena fortuna hizo que por entonces le llegaran varios refuerzos, muy importantes en aquellas circunstancias. Primero fueron Pedro Barba y trece soldados con un caballo y una yegua, los cuales habían venido en una nao con cartas de Velázquez para Narváez, mandándole remitiese á Cortés, pues ya lo creía preso. Pedro Barba y los suyos, que llegaron á Tepeyacac presos por los de la Villa Rica, hiciéronse amigos de Cortés por el buen trato de éste, y el primero quedó de capitán de ballesteros. Ocho días después llegaron,



fueron igualmente presos y remitidos á Tepeyacac, y bien tratados se tornaron amigos de Cortés, Rodrigo Morejón de Lobera y ocho soldados con seis ballestas, mucho hilo para cuerdas y una yegua. Llegaron también algunos soldados de Garay derrotados en el Pánuco. En octubre llegó al puerto una carabela, igualmente de Garay, con Miguel Díaz de Auz, cincuenta peones y

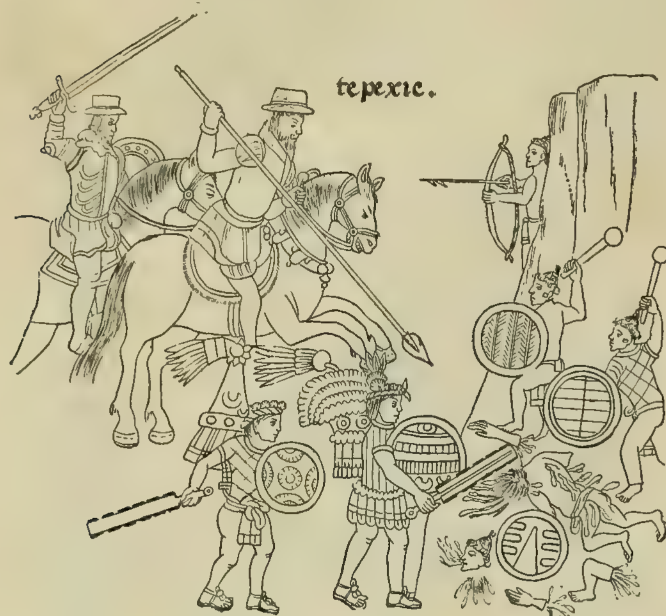


siete caballos, los cuales se pusieron á las órdenes de Cortés, y llegó, en fin, otra carabela con un Ramírez y ciento veinte peones; todo lo cual aumentó oportunamente el ejército de Cortés.

Con esos refuerzos y para enseñorearse por completo de la comarca, salieron varias expediciones sobre

los pueblos más importantes: se tomaron por la fuerza los de Tecamachalco, Cuauhtinchán y Tepexic, siendo el jefe de los españoles y tlaxcalteca Cristóbal de Olid.

Para redondear, digámoslo así, el territorio que



debía depender de Segura de la Frontera y completar el aislamiento de los pueblos del Anahuac, era necesario ocupar las poblaciones de Cuauhquechóllan é Itzócan. En la primera expedición de Cortés, desde su desembarque hasta la Noche Triste, se nos presenta audaz é impaciente; todo lo dejaba á su propio valor y á su buena fortuna, y veleidosa ésta destruyó en un momento el edificio sin base levantado por el atre-



vido conquistador; pero desde su retirada y en esta segunda campaña, aparece Cortés paciente y juicioso y sustituyendo á la impremeditada audacia un cálculo firme y bien combinado. Antes había sido el aventurero osado, siempre con rasgos de buen guerrero y buen político; después fué ya el gran capitán y el diestro gobernante, sin que por eso le faltasen ni aventuras ni osadías.

Si debiéramos creer al pié de la letra lo que dicen las crónicas, los mismos habitantes de Cuauhquechóllan habrían mandado emisarios á Cortés quejándose de un ejército de treinta mil mexica enviados para oprimirlos y despojarlos é impedir su sujeción á los españoles, por lo cual salieron á batir á ese ejército intruso Ordáz y Ávila con trece jinetes, doscientos peones y treinta mil aliados. Reduzcamos la cifra de mexica y tlaxcalteca á tres mil por cada parte, y aceptemos que los primeros estaban en Cuauhquechóllan para oponerse á los avances de Cortés y que éste había entrado en convenios con los habitantes del lugar. La ciudad era fuerte, pues á más de estar arrimada á una altura áspera y cercada por dos ríos de lechos profundos y pasos difíciles, la guardaba un muro de cal y canto á la raíz del suelo por dentro, pero de cuatro estados de alto á la parte exterior con un pretil para pelear y con sólo cuatro entradas angostas y fáciles de defender. Los capitanes de la fuerza, por temor de traiciones ó de lo fuerte del punto, retrocedieron á Cholóllan; pero Cortés marchó á ponerse al frente de la expedición. Había ya combinado de antemano con los habitantes del pueblo, que mientras él atacaba caerían ellos sobre los mexica, y poco antes de llegar le avisaron unos mensajeros de la prisión de los espías puestos en el camino y de las centinelas del *teocalli*, lo cual había pasado sin ser advertido por los mexica. Con esto se adelantó rápidamente sobre la ciudad, mientras sus habitantes, tomando las armas, caían de improviso sobre los guerreros dispersos en las calles: penetraron los españoles en medio de ese combate, dando por resultado la muerte de toda la guarnición mexica, pues nadie quiso rendirse, y sólo pudo tomarse prisionero á un jefe casi muerto. Los mexica acampados fuera de la ciudad acudieron en auxilio de los suyos, y lograron penetrar en el pueblo, poniendo fuego á algunas casas y dando muerte á sus moradores; pero Cortés les salió al encuentro, y rechazándolos los persiguió hasta su campamento desalojándolos de él. Esta victoria produjo, además, la sumisión del pueblo de Ocuituco, situado al pié del Popocatépetl.

De ahí marchó el ejército para Itzócan, hoy Izúcar, cuyo *tecuhtli* era pariente de Cuitlahuac, y donde también había guarnición mexica. Seguían á la hueste millares de merodeadores al husmo de los despojos. La guarnición se componía de unos seis mil guerreros; pero les fueron tomadas sucesivamente la entrada, las calles donde se defendieron, y las alturas de los *teocalli*, y fueron aún perseguidos los fugitivos por más de legua y media. La ciudad fué entrada á saco, quemados sus muchos templos, y sus habitantes quedaron por esclavos.

Cortés era diestro en su conducta: en la batalla lanzaba á los indios aliados á pelear con los indios enemigos, y él decidía la victoria con sus soldados, los cuales, por lo mismo, eran los que menos sufrían. Los pueblos contrarios eran destruídos, saqueados, y esclavizados sus moradores: esto por una parte estaba

en las costumbres de aquellas regiones y halagaba por el cuantioso botín á los aliados, y por otra retraía á muchas poblaciones de ser enemigas de los españoles, por temor de correr igual suerte. Así se sujetaron después de la toma de Itzócan, Cuauhxotzinco y ocho pueblos de la región de Coaixtlahuacan, cercanos á

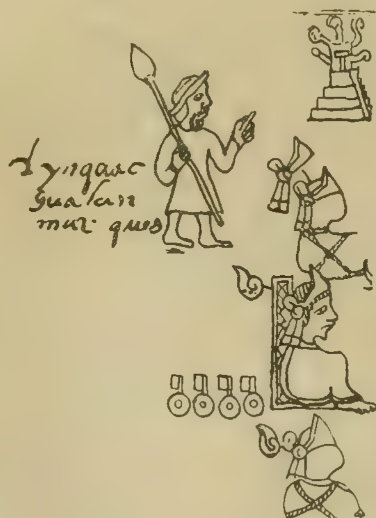


Zozolla y Tamazóllan, reconocidos ya como productores de oro. Como tales pueblos pertenecían al Mixtecápan, Cortés había logrado al fin aislar á los mexica. Todas las conquistas las conservaban sus aliados, y él dominaba desde la villa española de Segura de la Frontera, haciéndose superior á su amiga la señoría de Tlaxcalla, y conservando por suya la tierra hasta la costa.

Cortés desde la Noche Triste había empleado unos once ó doce días en llegar á Tlaxcalla, donde entró hacia el 12 de julio; salió á sus expediciones á principios de agosto, y á mediados ocupó Tepeyacac; empleó el resto del mes en fundar la villa de Segura de la Frontera, y á principios de setiembre se estableció en ella, y este mes y el siguiente de octubre los dedicó á hacer las conquistas relatadas. Encontrábase su ejército rico de botín, de esclavos y de provisiones que de todas partes le llevaban; y sobre todo de esperanzas que renacían con el atractivo de volver á México. Por eso Cortés, creyendo ya segura la conquista, puso á la tierra en aquella sazón por nombre Nueva España, y escribió su relación á Carlos V; carta que llevó Alonso de Mendoza, quien no salió hasta el 5 de marzo de 1521, porque vientos contrarios echaron á pique las tres naves aparejadas al intento; razón por la cual tampoco salieron para las islas los comisionados que se habían destinado á traer socorros.

No pudo, sin embargo, Cortés marchar por entonces á Tlaxcalla para salir sobre México, porque quiso dejar asegurados los pueblos de la costa; tanto más que los dos importantes de Xocotla y Xalatzinco, que quedaban en uno de los caminos para la Villa Rica, se habían alzado. No es de creer que se hubiesen presentado en ellos fuerzas mexica como dice Cortés, pues ya entonces, cortadas como estaban las comunicaciones del Valle, no habrían podido llegar hasta allí. Debióse tal levantamiento sin duda á la alarma causada en las poblaciones de ese rumbo por la expedición salida á las órdenes de Salcedo para Tochtepec. Siendo esta ciudad un gran centro mercantil, no puede ocultarse la importancia de ocuparla; á más del buen tributo que podía dar, y de su posición geográfica, pues completaba el cuadro del territorio de la costa á los llanos de Tlaxcalla é Itzócan. Salcedo fué derrotado y muertos todos los españoles que con él iban. Salieron en seguida Ordáz y Ávila con algunos caballos, doscientos peones y buen número de aliados, y tras de fuerte resistencia entraron en Tochtepec, y volvieron con gran botín de oro, ropas y esclavos. A su vez Gonzalo de Sandoval salió con veinte jinetes, doscientos peones y numerosos aliados sobre Xocotla y Xalatzinco, y volvió victorioso con mucho oro y bastantes esclavos. Todavía podemos agregar la toma de Tecalco.

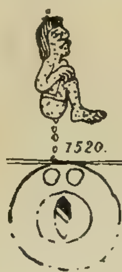
En todo esto pasaron los meses de noviembre y diciembre, pues Sandoval volvió á Tlaxcalla el 22 de este último; pero ya Cortés se había venido á esa ciudad mediando el mes, dejando en la villa de Segura un capitán con sesenta soldados españoles. Antes de salir de la villa había mandado Cortés que los soldados presentaran el oro y los esclavos que tenían, asegurándoles que de aquél les daría la tercera parte, y que quería á éstos para herrarlos y sacar su quinto y el del rey. El oro no se entregó; pero en el herrar los esclavos hubo tan mala fe, que no sólo se alzaron murmuraciones, sino que los soldados hicieron vehementes reproches á Cortés. Hacia esa época creemos que se entablaron las relaciones amorosas de éste y de Marina.



Reinado de Cuitlahuac.—Mapa de Tepéchpan

Veamos lo que entre tanto había pasado en México. Cuitlahuac, como ya hemos dicho, había vencido á los

españoles refugiados en el cuartel, mandado fuerzas en persecución de Cortés, triunfado de las disensiones civiles, restaurado la ciudad y reorganizado el gobierno y la triple alianza del Anahuac. Inútiles habían sido sus esfuerzos para atraerse aliados, y sus embajadas no dieron resultado, como tampoco lo dieron y fueron igualmente inútiles los refuerzos enviados á las ciudades amigas del otro lado de las montañas del Valle, pues hemos visto que fueron batidas sucesivamente por el ejército de Cortés. Para aumentar las desgracias se había desarrollado en el Valle una gran peste de viruelas, traídas de las islas por los soldados de Narváez: y



Símbolo de peste de viruelas

de la terrible enfermedad, llamada por los mexica *teozahuatl* ó grano de dios, murieron no sólo muchos guerreros viejos y señores principales, sino que la muerte alcanzó al mismo rey Cuitlahuac. Murió al terminar el mes *Quecholli*, es decir, á principios de diciembre; pero como su solemne coronación no tuvo lugar hasta la veintena *Ochpaniztli*, los jeroglíficos sólo le computan ochenta días de reinado. Murió de cuarenta y cuatro años, de uno menos que su hermano Moteczuma. Al coronarse tomó para reina á Tecuichpoch, más bien como prometida que como mujer, pues la niña sólo tenía diez años; y por lo mismo no dejó descendencia real, aunque sí otros varios hijos. Antes había muerto, de resultas de heridas que recibió en la confusión de la refriega de la Noche Triste, Teotlachco, la viuda de Moteczuma y madre de Tecuichpoch.

A la muerte de Cuitlahuac se hizo la declaración de *Tlacatecuhtli* en favor de Cuauhtemoc, lo cual comprueba el sistema hereditario de los mexica sostenido por nosotros: para convencerse de su verdad basta formar la genealogía de los reyes de México, y ella nos explicaría también, cómo habiéndose sucedido por las mismas leyes genealógicas en algunos casos los hermanos, por no tener el señor difunto hijos herederos ó por tenerlos aún en la menor edad, dió esto lugar al sistema erróneo generalmente admitido.

Es curioso y creyérase dispuesto por el destino, que Cuauhtemoc subiera al trono al comenzar el mes *Panquetzaliztli*, cuando se celebraba la fiesta particular de *Huitzilopochtli*, la deidad esencialmente mexica, el dios de la guerra, como es rara coincidencia que el valeroso monarca que debía caer y perderse con su pueblo, se llamase Cuauhtemoc, nombre que significa *el águila que cayó;* y en efecto, su jeroglífico es una cabeza de águila con el pico hacia abajo, cual si se quisiera expresar que de la mayor altura se


Cuauhtemoc

precipita en el abismo. Era el electo el *Teotecuhtli* ó jefe del sacerdocio, y según nuestra cuenta joven de unos veinticinco años. Lo confirma Bernal Díaz, quien mucho lo conoció, y dice que era mancebo de hasta veinticinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél. Poseemos un pequeño retrato del héroe mexica, copiado del que tenía á principios del siglo pasado el fraile francisco Carlos Diéguez y Sardo, y que pasaba por original tomado del mismo personaje poco después de la Conquista. Está con su traje sacerdotal, que nunca abandonó, su tocado no está recogido hacia atrás como el general de los guerreros, pues es una como diadema de cuero rojo sobre la cual cae en la sien izquierda un mechón de cabellos, á usanza de los que eran guerreros y sacerdotes á la vez: su perfil pronunciado y sus pómulos y barba salientes revelan una voluntad inquebrantable, su frente levantada inteligencia, y su mirada fija, triste y melancólica, resolución tranquila en el cumplimiento del deber y desprecio sereno y profundo del destino. Sacerdote, acataría la voluntad de los dioses; y guerrero, pelearía hasta el último momento, hasta que no hubiese un palmo de terreno donde poner el pié para blandir la macana. Era la conclusión de Tenoch; pero ¡cosa rara! éste era un anciano expresión viva de un pueblo naciente; y Cuautemoc era un mancebo que sólo abrigaba en el alma la más grande de las esperanzas, porque en ella no hay nada que esperar, hundirse con su pueblo sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro. México y su rey eran dignos el uno del otro. Cuauhtemoc escogió también para reina á la niña Tecuichpoch, cuyo dulce nombre significaba *copo real de algodón*, y que fué siempre el amor de sus amores.

Vimos que Cuitlahuac tardó cuatro veintenas en celebrar la ceremonia de su coronación, y con Cuauhtemoc se repite el caso: nombrado rey en el mes *Panquetzaliztli*, pasan éste, *Atemoztli*, *Tititl* é *Itzcalli*, y según el intérprete mexica del códice Aubin, se coronó

en los días *nemontemi;* pero como eran aciagos, y sabemos que esa ceremonia debía hacerse precisamente en signo *cipactli,* podemos fijar la fecha de la consagración solemne de Cuauhtemoc, undécimo rey y último emperador de los mexica, en el día 6 *cipactli* del mes *Atlacahualco,* principio del año *yei Calli,* que correspondió al 1.° de marzo de 1521.

¿Qué razón tuvo Cuauhtemoc para retardar ochenta días la ceremonia de su coronación? Que pasara igual tiempo para la de Cuitlahuac, nos hace suponer la existencia de alguna ley religiosa por entonces establecida. Acaso los agüeros designaron por nefasto el año *ome técpatl,* y se quiso esperar el principio del siguiente para tan fausto suceso. Tal vez lo estorbaron algunas rencillas civiles, pues así se deduce de que, según Juan Cano lo comunicó á Oviedo, se mandase dar muerte á Axopacátzin, único hijo de Moteczuma que sobrevivía, por ser inepto y porque no sirviera de estorbo. Cortés habla de dos hijos, loco el uno y el otro perlático; pero alguno de ellos había muerto en la Noche Triste. En otra parte se dice que Cuauhtemoc lo mató por partidario de los españoles, y porque expresaba sin embozo su opinión de hacer las paces con Cortés. No es extraño que éste trabajara para hacerse de prosélitos entre los mexica, y que en México se formase un partido afecto á él, que buscara por jefe á un hijo de Moteczuma, á quien por amigo de los españoles habían tenido todos. En vencer esos obstáculos y purgar la ciudad de traidores, debió gastar los primeros días de su reinado Cuauhtemoc. A poco, más graves preocupaciones debieron embargar su tiempo y su actividad, pues nombrado rey á los principios de diciembre, ya por entonces se preparaba Cortés á marchar sobre México.



Cuauhtemoc

El capitán español de antemano, como ya lo hemos visto en el Lienzo, había mandado traer de la Vera Cruz la tablazón de un bergantín; y en Tlaxcalla los indios, bajo la dirección de Martín López, ayudado de Ramírez el Viejo y Andrés Núñez, daban priesa á los trabajos en el barrio de Aténpan, imitando á maravilla todas las piezas. Santa Cruz con mil indios había ido á la Villa Rica por hierro, clavazón, áncoras, velas, jarcia, estopa y cuanto era menester; un Aguilar, llamado el Majahierro, se distinguió en los trabajos de herrería, y cuatro marineros sacaron la brea de los pinares de Huexotzinco. A activarlo todo venía Cortés á Tlaxcalla: recibido con arcos y enramadas en Cholóllan, hasta ahí fueron á recibirlo los señores tlaxcalteca. Faltaba Maxixcátzin que había muerto de las viruelas. Se asegura que antes de morir se bautizó; Cortés no lo dice, sino solamente que dejaba un hijo de doce á trece años, á quien hizo dar el señorío de su padre. Para honrar al nuevo señor lo hizo bautizar bajo el nombre de don Lorenzo Maxixcátzin y lo armó caballero á uso de España. A su vez el viejo Xicoténcatl pidió cristianarse, y fué bautizado con gran solemnidad por fray Bartolomé de Olmedo, poniéndole don Lorenzo de Vargas. En esos días llegó noticia de la Villa Rica, de haber anclado procedente de España una nave cargada de ballestas, escopetas, pólvora, hilo para cuerdas, otras armas y tres caballos: todo lo compró Cortés, inclusa la nave, y vinieron á incorporársele el dueño Juan de Burgos, el maestro Francisco Medel y trece soldados.

El miércoles 26 de diciembre se hizo alarde de las fuerzas en la plaza del *teocalli* mayor de Tlaxcalla:

Cortés estaba á caballo con una ropeta de terciopelo sobre la armadura y una azagaya en la mano: pasaron primero los ballesteros, y sin rumor armaron las ballestas y las dispararon en alto, haciendo en seguida el saludo militar; presentáronse después los rodeleros, los cuales poniendo mano á la espada hicieron su acometimiento, y envainando luego hicieron reverencia; llegaron detrás los piqueros, quienes calaron á un tiempo las picas cerrando con ellas unidos y apretados; pasaron á continuación los escopeteros haciendo salva con los arcabuces; siguiéronse los nueve tiros de campo; y al fin, de dos en dos, los cuarenta caballeros, corriendo parejas y escaramuceando. El total del ejército era de quinientos cincuenta peones, entrando los piqueros y ochenta entre ballesteros y arcabuceros, cuarenta caballos y nueve piezas de artillería: de modo que contando los artilleros toda la gente apenas pasaba de seiscientos hombres. Los peones se dividieron en nueve capitanías de á sesenta hombres, y los caballos en cuatro cuadrillas de á diez.

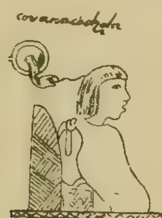
Después del alarde Cortés arengó á sus soldados, y mandó dar lectura á unas ordenanzas que con fecha 22 había formado como capitán general y justicia mayor de la Nueva España; lo cual se hizo por ante el escribano Juan de Rivera y voz del pregonero Antón García, presentes Gonzalo de Sandoval alguacil mayor, Alonso de Prado contador, y Rodrigo Alvarez Chico veedor. Es la primera vez que se presenta Cortés dando reglas para el logro de su empresa y sustituyéndolas á la aventura, y en ellas lo vamos á ver bajo una nueva faz y caminando decidido al fin que traía. Las disposiciones militares eran: que cada soldado perteneciese á una capitanía y cada capitán tuviese tambor y bandera; que oído el toque cada cual se incorporase en su compañía sin meterse nunca en el fardaje; que ningún español riñera con otro ni los de una compañía murmurasen ó se burlasen de los de otra, y que no se desmandaran al acometer ni se separaran de sus compañías. En cuanto á la cuestión económica se dió la importante disposición de que nadie entrase á saco antes de conseguido el fin de la victoria, y que todo el oro, plata, perlas, piedras, plumajes, ropa, esclavos y otras cosas que tomasen en cualquiera manera y en cualquiera parte, lo entregasen inmediatamente para poder tomar el quinto del rey y hacer justo reparto, bajo pena de muerte ó perdimiento de todos los bienes. Pero lo más importante de las ordenanzas es que en ellas se habla ya expresamente de la Conquista: hasta entonces Cortés había buscado el medio de pactos y amistades para conseguir sus fines; pero una vez seguro de su propia fuerza, con dos villas en el territorio escalonadas convenientemente, y con influencia tal en Tlaxcalla que podía decirse dueño de la mitad del señorío por el bautismo de Xicoténcatl y la adhesión del hijo de Maxixcátzin, podía ya cambiar su procedimiento y proclamar la Conquista. Esto lo obligaba á la sujeción de los pueblos al rey de España, y tenía facultad para ello como capitán y justicia mayor nombrado por el ayuntamiento de la Villa Rica; pero á su vez el derecho de Carlos V venía de la bula de Alejandro VI, y era necesario imponer el cristianismo. Por eso lo expresan así las ordenanzas; y hablan de la conquista que se iba á emprender, haciendo punto omiso de Tlaxcalla, por lo cual los tlaxcalteca no hubieron de alarmarse, y sí cobrar aliento al cebo del próximo botín y de la destrucción de sus enemigos los mexica. El plan estaba bien determinado, é inmediatamente se procedió á ejecutarlo.

En efecto, al siguiente jueves, 27 de diciembre, hizo alarde también la fuerza aliada, que para recibir una instrucción militar de acuerdo con la española, estaba á cargo de Alonso de Ojeda y de Juan Márquez: pasaron las músicas tocando bocinas, caracoles y otros instrumentos guerreros; en seguida los cuatro jefes de las señorías con sus estandartes de plumas y piedras preciosas á la espalda, armados de macana y *chimalli,* con ricas cotaras, y diademas, bezotes y orejeras de oro; después cuatro á manera de escuderos con las banderas de las señorías; luego sesenta mil flecheros, de veinte en veinte, y de trecho en trecho el capitán de cada escuadrón con su respectivo estandarte; al pasar inclinaban las banderas y disparaban sus flechas delante de Cortés, quien les devolvía el saludo tocándose la gorra; siguiéronse cuarenta mil guerreros de escudo y macana y diez mil piqueros, y todos hicieron su reverencia. Como se ve, el ejército aliado era de ciento diez mil hombres, pues se formaba no sólo de los guerreros de Tlaxcalla, sino de los de Cholóllan y Huexotzinco, de la parte conquistada del Mexticápan, de los pueblos del Totonacápan, y de las numerosas señorías sujetas desde ahí á la costa. Pero solamente ochenta mil partían, quedando los otros treinta á escoltar los bergantines, para cuando estuviesen terminados y Cortés pidiese su envío.

Dos caminos conocía Cortés: el que había seguido para ir á México por entre el Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, y el de los llanos de Apan, por donde se retiró después de la Noche Triste. Este camino le presentaba muchos enemigos á su paso; el otro salía lejos de México sobre el lago dulce. Decidió atravesar la montaña y caer directamente sobre Texcoco, lo cual le proporcionaba dos ventajas de gran precio: entrar en un territorio que era continuación del de Tlaxcalla, pues sólo los separaban los montes, y quedar á orillas del lago salado frente á México, lago que dominaría por completo con sus bergantines. Además esa marcha daría los resultados de una verdadera sorpresa, á lo cual se agregaba que Cortés tenía indudablemente inteligencias entre los acolhua, pues recordaremos que Ixtlilxóchitl, él sí traidor á su patria, á su hermano y á su rey,

se le había ofrecido desde su desembarco, y bien clara se muestra en el relato del anónimo del códice Ramírez la existencia en Texcoco de un partido favorable á los españoles. Y no debemos olvidar el resultado importante é inmediato que traía la ocupación de Texcoco, pues destruía la triple alianza del Anahuac, y quitaba la mitad de sus elementos á México.

Salió el ejército el viernes 28 de diciembre y pernoctó en Texmelúcan. Al siguiente, sábado 29, se atravesó la montaña por las faldas del Telapón, el sendero más fragoso pero más seguro, pues nadie podía esperar



Coanacóchtzin

que se tomase tal camino: así es que ninguno se interpuso á disputar el paso. En el lugar llamado Tlepehuacán se presentó Ixtlilxóchitl á consumar su traición. El domingo 30 bajaron las fuerzas al llano, y ordenándose en su marcha forzaron una hueste no muy numerosa que á su frente salió, y fueron á dormir á Coatepec. El lunes 31, ya en marcha, encontraron á Cortés unos mensajeros acolhua que le manifestaron como los texcucanos no eran sus enemigos y que lo recibirían de paz. En efecto, Cortés entró sin resistencia en Texcoco; pero



las calles estaban desiertas y no se le presentaron los señores; y á poco supo que Coanacóchtzin y gran número de los habitantes habían huído en canoas para México. Con tal motivo, y como por venganza, autorizó el saqueo de la ciudad, mandando tomar por esclavos á las mujeres y muchachos. Todo fué entregado á saco, inclusos los palacios que fueron incendiados, y los tlaxcalteca pusieron fuego á los grandes archivos jeroglíficos, cuya quema se ha atribuído después al obispo Zumárraga. Cortés quería también vengar el desprecio conque Coanacóchtzin recibió una embajada de paz que le envió desde Tepeyacac, y la ofensa que le había hecho dando muerte á su enviado Cuicuitzcátzin, el mismo puesto por él de rey de Acolhuacán en lugar de Cacama. Sorprende de pronto que Coanacóchtzin no defendiera su reino; pero la verdad es que no era defendible por el lado



de la montaña y menos por el camino que hábilmente había seguido Cortés, y sobre todo, no contaba aquel rey con su pueblo, dividido por los trabajos de Ixtlilxóchitl. Por las pinturas del lienzo de Tlaxcalla se modifican algo estas noticias generales en las crónicas:



Dijes de los michuaca
(De fotografía)

aparece que quisieron los acolhua cerrar el paso á Cortés en un lugar llamado Matlatzinco, y que hubo combate al entrar en Texcoco: se ve ahí á Ixtlilxóchitl auxiliando la entrada, y para expresar la toma y saqueo, se pone un caballo en el *teocalli* como en desprecio

de los dioses acolhua. Los sucesos de esta manera nos parecen más lógicos.



Pipas de Michuacán
(De fotografía)

No había cesado Cuauhtemoc por una parte de fortalecer su ciudad, y por otra de enviar constantes embajadas en busca de aliados. Y como estuviesen ya cortadas sus comunicaciones por el oriente, pensando con razón que los tarasca eran un pueblo aguerrido y que tenía numeroso ejército, con cuyo auxilio podía contrarestar el de los tlaxcalteca, á pesar de las antiguas enemistades de Michuacán y México, decidió enviar embajada á solicitar su alianza. Fueron de ella diez mensajeros, quienes llegaron á Taximaroa manifestando que llevaban una comisión para el anciano Zuangua. Llevados á Tzintzúntzan y presentados al *cazonci*, fueron obsequiados con turquesas, plumajes, rodelas con cercos de oro, mantas ricas y *maxtli*, espejos grandes y pipas con tabaco para fumar. En seguida, y presente el intérprete Nuritán, dijeron los mexica que los españoles habían penetrado en México por sorpresa en tiempo de Moteczuma, pero que los habían arrojado matándoles muchos guerreros vestidos de hierro y que traían una cosa que tronaba como las nubes, y muchos animales como venados en los cuales montaban para pelear; que ya habían vuelto con los de Tlaxcalla y los de Texcoco para cercarles su ciudad de México; y que les pedían su ayuda, recordándoles que mexica y michuaca venían de un mismo origen. Zuangua los aposentó y regaló cumplidamente, y á su vez envió mensajeros con grandes regalos á



Lienzo del reino de Michuacán
De fotografía)

Cuauhtemoc, para que les explicase su plan y viesen quiénes eran esos extranjeros. Vieron todo por sí los enviados de Zuangua, y se les explicó cómo, atacando por una parte los michuaca y por otra los mexica,

acabarían con los españoles. Instruído de todo el *cazonci*, dijo á los mensajeros de México que decidía no auxiliar á Cuauhtemoc; que cada pueblo pelease en sus tierras, y que los michuaca defenderían la suya cuando fuesen atacados. Con esto quedó México sin tan importante auxilio. Y como por entonces llegó á Michuacán la peste de viruelas, murió de ellas el viejo Zuangua, y en su lugar entró á reinar su hijo mayor Tangaxoán, por otro nombre Zinzicha, que fué el último *cazonci*. En esa sazón llegaron otros diez mensajeros de México, y el nuevo *cazonci* los mandó sacrificar, para que fueran á la mansión de los muertos á dar el mensaje á su padre.

CAPÍTULO XII

Elección de Tecocóltzin para rey de Texcoco. — Sale Ixtlilxóchitl á sujetar los pueblos acolhua. — Emprende Cortés su marcha sobre Itztapalápan. — Batalla. — Los mexica rompen el dique para inundar el ejército contrario. — Retirada á Texcoco. — Expedición á Chalco. — El supuesto rey Ahuaxpitzáctzin. — Batalla de Huexotla. — Refuerzo á los chalca. — Conclusión de los bergantines. — Conducción á Texcoco. — Disposiciones de Cuauhtemoc en México. — Posiciones relativas de Cuauhtemoc y Cortés. — Expedición á Tlacópan. — Diversos episodios y ningún resultado de la aventura. — Error de Cuauhtemoc. — Expedición de Sandoval á Huastepec. — Los mexica atacan á los chalca. — Llegada de Alderete — Las bulas de composición. — Nueva expedición de Cortés sobre los tlahuica. — Asalto de Tlayacápan. — Ataque de Cuauhnáhuac. — Cortés penetra en el territorio mexica. — Batalla y toma de Xochimilco. — Gran peligro que corrió Cortés. — Combates sucesivos. — Marcha el ejército á Coyoacán. — Reconocimiento de la calzada. — Vuelta á Tlacópan. — Regreso á Texcoco. — Noticias de Velázquez. — Conspiración de Villafaña. — Su ejecución. — Refuerzos. — Se botan al agua los bergantines. — Gran regocijo. — Alarde del ejército. — Número de españoles y aliados. — Se dispone el cerco. — Distribución de las fuerzas. — Ejecución de Xicoténcatl. — Marcha de Alvarado y Olid. — Toma de Chapultepec y destrucción del acueducto. — Sale Sandoval sobre Itztapalápan. — Cortés parte con la flota. — Toma del peñón de Tepopolco. — Los bergantines destrozan quinientas canoas mexica. — Toma de Itztapalápan. — Cortés toma el fuerte de Xóloc. — Se sitúa en el templo de la diosa Toci. — Situación de Cuauhtemoc. — Los mexica deciden no entregarse. — Se adopta una táctica defensiva — Medidas que se toman para la defensa. — Oportunidad de las disposiciones de Cortés en el cerco y de su situación para el ataque — El lienzo de Tlaxcalla. — Ataques de los mexica al fuerte. — Entrada de Cortés en la ciudad. — Lo rechazan. — Reparto de los bergantines. — Avances de Alvarado. — Ataques nocturnos. — Los mexica varan dos bergantines. — Nuevos ataques. — Se empieza la destrucción de la ciudad. — Los mexica se retiran á Tlatelolco. — Combates de Alvarado y Sandoval. — Gana Alvarado la tierra firme. — Salida de los mexica. — Alvarado es envuelto y derrotado. — Desembarcos desgraciados de Sandoval. — Los mexica sacrifican á los numerosos prisioneros para celebrar la fiesta Tecuhilhuitontli. — Avances de Alvarado — Comienzan la falta de víveres y las enfermedades en el ejército mexica. — Sumisión de los pueblos del Valle. — Cortés dispone un nuevo ataque general. — Orden del ataque. — Alderete es envuelto. — Derrota de Cortés. — El Tlacatécatl Ecatzíntzin. — Alvarado y Sandoval son rechazados igualmente. — Pérdidas de la jornada. — Situación difícil de Cortés. — Ventajas que conservaba. — Ixtlilxóchitl. — Repone Cortés su ejército. — Campaña de Malinalco y Matlatzinco. — Llegan refuerzos y vuelven los aliados. — Las mujeres españolas. — Devastación de la ciudad. — Prisión de Coanacóchtzin. — Se comunica Cortés con el campo de Alvarado. — Relato del manuscrito de Tlatelolco. — Toma del gran teocalli — Asalto al mercado. — Se establece Alvarado en él. — Se completa el cerco. — Situación de los sitiados. — El trabuco. — Asalto y destrucción de un barrio. — Horrible matanza hecha por los aliados. — Requerimiento de paz. — Agüeros. — Cuauhtemoc no se presta á conferenciar. — Nuevo y terrible asalto. — Espantosa situación de los mexica — El último día. — El último combate. — Fuga de Cuauhtemoc. — Lo alcanza en el lago Holguín y lo hace prisionero. — Presentación á Cortés. — Palabras conque sucumbió para siempre el Imperio de México.

Al día inmediato á su entrada en Texcoco, es decir, el primero del año de 1521, Cortés reunió á los nobles y sacerdotes que en la ciudad habían quedado, para que eligiesen rey, supuesta la fuga de Coanacóchtzin. Designaron á Tecocóltzin, hijo de Netzahualpilli, pero no de la reina, y así se vieron nuevamente defraudadas las esperanzas de Ixtlilxóchitl, quien ya podía ser *tecuhtli* por haber pasado de los veinte años. En compensación se le dió el mando de las fuerzas acolhua, y marchó á sujetar todo el territorio hasta Otómpan, cosa no muy difícil, pues aquellos pueblos veían en Tecocóltzin un rey suyo á quien obedecer. Al mismo tiempo en todo el reino de Texcoco se levantaba nuevo y numeroso ejército aliado para Cortés. Este, por no necesitar ya tanto tlaxcalteca, ó como satisfacción de no ser responsable de los destrozos que sus aliados hicieron, mandó volver á buena parte de ellos, con pretexto de que fuesen por el material de los bergantines.

Descansó ocho días el ejército fortaleciendo la ciudad y acopiando víveres, y siendo el intento de Cortés rodear á México, hasta aislar la isla para ponerle estrecho cerco, hizo sus primeros movimientos de norte á sur á fin de ocupar toda la parte occidental del Valle. Como ya tenía la correspondiente al lago salado, emprendió sus operaciones sobre la del dulce, dirigiéndose como primer punto á Itztapalápan. Lugar perteneciente á los mexica y unido á la ciudad por una calzada, habían cuidado de fortalecerlo y guarnecerlo competentemente. La expedición que sobre ese lugar organizó Cortés iba á su propio mando, y llevaba consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, diez y ocho de á caballo, treinta ballesteros, diez arcabuceros, doscientos peones, gran número de tlaxcalteca y veinte capitanías de acolhua al mando de Tecocóltzin. Antes de llegar á Itztapalápan se presentó el enemigo, compuesto, á más de los habitantes del lugar, de ocho mil guerreros

mexica, y tanto por tierra como en canoas por el agua, trataron de cerrar el paso á españoles y aliados. Cargó sobre ellos la caballería, y fingiendo retirarse metieron tras de sí á sus contrarios en la ciudad, y abandonando las casas de tierra firme se refugiaron en las construídas en el agua defendiéndolas valerosamente. Cortés y los suyos habían caído en la celada: la ciudad estaba construída en el lago, y mientras los que se creían vencedores mataban á sus habitantes, la entraban á saco y le prendían fuego, los mexica trabajaron sin descanso en romper el dique para inundarla y hacer que aquellos perecieran en las aguas. A tiempo vió el peligro Cortés y dió la orden de salirse al campo, y aun así se pudo alcanzar la tierra firme con gran dificultad, ahogados



muchos aliados, perdido el despojo y mojada la pólvora. Fué preciso quedarse la noche en el campo, y á la alborada cayó encima tal cantidad de guerreros contrarios, que tuvieron los soldados de Cortés que batirse en retirada hacia Texcoco, adonde llegaron con dos españoles y un caballo muertos y muchos heridos, y gran número de indios aliados fuera de combate.

Destruída Itztapalápan Cortés organizó otra expedición al mando de Gonzalo de Sandoval, con veinte caballos, doscientos peones y buen número de aliados, que avanzase á Chalco y Mizquic, tanto para proteger á estos pueblos que se daban por amigos, como para dejar expedito el camino á Itzócan y extender su línea de ocupación paralelamente al territorio conquistado del otro lado de las montañas. Tras algunas refriegas con los mexica, fué ocupado Chalco y la ribera occidental del lago dulce; y como aquéllos hicieran diversas irrupciones en las tierras chalca, refiere Cortés que tenía

que estar mandando constantes auxilios á sus nuevos aliados.

Suponen algunos que en uno de esos encuentros



Tecocóltzin

murió Tecocóltzin y que fué nombrado Ahuaxpitzáctzin señor de Texcoco; pero los jeroglíficos, segura guía en medio de tanto embrollo de los cronistas, no consignan el hecho, y creemos que ha habido error por confusión de nombres.

Mientras pasaba en esto todo el mes de enero, se sujetaba por completo el territorio acolhua y se concluían los bergantines, Cortés bastante qué hacer tenía



Construcción de los bergantines. — Jeroglíficos de Durán

con conservar el lado occidental del Valle y defenderlo de las continuas entradas de los mexica. La más seria de éstas fué una expedición organizada por el incansable Cuauhtemoc sobre las tierras de Coatlinchán y Huexotla, para cortar la comunicación entre las riberas de ambos lagos. Fué de tal gravedad esa invasión, que Cortés temió ser atacado en Texcoco y pasó en vela la noche y sobre las armas todo el siguiente día; mas como supiera que los mexica no avanzaban y se hacían fuertes en las orillas del lago, salió sobre ellos á la mañana inmediata con doce de á caballo, dos cañones y doscientos peones, y competente refuerzo de aliados. Destrozados los mexica tuvieron que retirarse en sus canoas. Urgía la construcción de los bergantines para evitar esos desembarcos del enemigo. A fin de proteger contra ellos á los chalca, había mandado Cortés que bajasen á reforzarlos los de Huexotzinco y Quecholac, sus antiguos enemigos.

Al fin se tuvo noticia de que los bergantines estaban terminados. Para probarlos se había represado el río Zahuápan, y como resultaron buenos y útiles los trece construídos, se desarmaron para transportarlos á Texcoco; y al efecto salieron con ellos Martín López, Alonso de Ojeda, Márquez, González, otros dos españoles, y gran cantidad de tlaxcalteca para su conducción y defensa. Ya Sandoval había marchado por ellos con quince caballos, doscientos peones y algunos miles de aliados, y aun había llegado á Calpulálpan, llamado Pueblo Morisco por los españoles, donde vengó la muerte de Yuste y sus compañeros con gran matanza, haciendo multitud de esclavos y quemando el lugar. En Hueyotlípan se unieron ambas expediciones, y volvieron en el siguiente orden: ocho de á caballo á la vanguardia, cien peones y diez mil aliados; ocho mil indios cargando la tablazón y piezas de los bergantines, remudándose en el trabajo, y con ellos los *tlamame* que conducían las velas, clavazón, jarcia y demás accesorios; dos mil con víveres; cubriendo los flancos Ayotécatl y Tecuhtepil con diez mil guerreros cada uno, y cerrando la retaguardia el resto de peones y caballos con otros diez mil tlaxcalteca. Tres días duró esa marcha asombrosa en que se robaba su poder al mar, sin que los pueblos del paso se atrevieran á atacar tan poderoso convoy, y al cuarto entraron en Texcoco. Cortés con españoles y acolhua vestidos de fiesta salió á recibirlo y á vitorearlo. En todo esto iba concluyendo el mes de febrero.

Se había empezado á construir de antemano un canal hondo para armar y poner á flote los bergantines, y en él se dieron á trabajar sin descanso multitud de indios bajo la dirección de Martín López. Los mexica intentaron en repetidas sorpresas quemar el astillero; en una de ellas se hicieron algunos prisioneros, de quienes supo Cortés lo que en México pasaba. El primer día del año mexica y 1.° de marzo se había coronado solemnemente Cuauhtemoc, y estaba decidido á no cejar en la contienda. En México se reunía la mayor cantidad posible de valerosos guerreros de los pueblos amigos, sin otra esperanza que vencer ó morir; se aumentaban sin cesar las obras de defensa, y se fabricaban armas constantemente, adiestrándose todos los que podían empuñarlas, y se hacían diariamente oraciones y grandes sacrificios á los dioses, pidiéndoles victoria contra los españoles y contra los demás enemigos.

Mas si la posesión del lado occidental del Valle era de suma importancia y constituía una magnífica base de operaciones para Cortés, esto no le daba aún verdadera supremacía sobre México. Cuauhtemoc conservaba la isla unida á todo el territorio mexica que le pertenecía, desde Xochimilco, en el lago dulce, hasta Atzcaputzalco, en el extremo occidental del salado; y á más de ese terreno extenso que le proporcionaba gran número de guerreros y cuantiosos víveres, podía contar aún por el sur con el auxilio de los tlahuica de Cuauhnáhuac, por

el poniente con los matlatzinca, y por el norte con los habitantes del Cuauhtlálpan, los mismos que persiguieron á los españolés en su retirada y que fueron siempre fieles á México, y hasta entonces era también el único dueño de las aguas de los lagos. Sin duda, tomando la ofensiva, era inferior á los españoles por la superioridad de las armas de éstos, pues no podían los mexica resistir con éxito á la artillería y á la caballería; y esto explica que no hicieran un ataque serio sobre Texcoco y Chalco; en las batallas á campo raso tenían que ser inferiores por las mismas causas; pero defendiéndose, podían recobrar la ventaja, á pesar de los millares de aliados que Cortés lanzara sobre ellos. Su táctica debía ser defensiva, y la prudencia aconsejaba á los españoles no agredir mientras no pudieran dominar las aguas de los lagos.

Pero los bergantines no estaban terminados, y volviendo Cortés á sus impaciencias, ó por tener en actividad las numerosas fuerzas de sus aliados, decidió mientras se armaban aquéllos emprender una campaña por el norte del Valle. Prescott la toma por reconocimiento; mas como fué en el rumbo seguido en la retirada después de la Noche Triste, no podemos darle ese carácter. Con gran reserva y secreto salió Cortés de Texcoco con veinticinco de á caballo, trescientos peones, cincuenta ballesteros, seis cañones y numerosos aliados: todavía en terrenos del reino acolhua, ya al caer la tarde, se le presentaron fuerzas mexica á batirlo cerca de Chiconáuhtlan. Fácilmente las desbarató y siguió al siguiente día sobre la ciudad é isla de Xaltócan, situada en el lago del mismo nombre. La atacó con grandes riesgos, molestias y pérdidas, y después de saquearla é incendiarla, salió de ella á pernoctar á unas caserías no lejanas. Al otro día, sin encontrar enemigo y pasando por Atzcaputzalco, llegó el ejército á Tlacópan, en donde tuvo que entrar tras de reñido combate que sostuvieron los mexica hasta entrar la noche. Al amanecer se saqueó é incendió la ciudad. Siguiéronse seis días de combate por constantes salidas de los mexica. Se refiere que éstos insultaban de preferencia á los tlaxcalteca desafiándolos, de lo cual se siguieron numerosos encuentros parciales. Cortés hizo también algunas entradas hacia México, y quemó el pueblo de Popotla. En una de ellas los mexica fingieron retirarse, y como los siguiera por la calzada, á poco lo rodearon por tierra y agua, teniendo grandes dificultades para volver á tierra firme, y con pérdida de cinco españoles y muchos heridos. El alférez Volante cayó al agua con la bandera, y ya preso por los mexica, pudo volver á la calzada y escapar. Cortés dice que hizo esa expedición por conseguir una entrevista con Cuauhtemoc y reducirlo á la paz; pero como no lo alcanzara, se volvió con el ejército á Texcoco, no sin que le molestaran seriamente en su camino los contrarios.

Esta aventura, en la cual empleó Cortés unos doce días con gran molestia, riesgo y pérdidas de sus fuerzas, sin alcanzar otro resultado que algún botín, y exponiéndose en ataques inútiles é innecesarios como el de Xaltócan, fué un error inexplicable. No necesitaba de esa marcha para buscar una conferencia con Cuauhtemoc, quien en varias ocasiones había manifestado su resolución de no cejar en la contienda, ni sus aprestos indicaban intenciones de paz. Dividió su ejército, exponiéndose á ser atacado cuando no tenía el conjunto de sus fuerzas, y el resto no podía auxiliarlo de pronto; y tan cierto es esto, que lo temió Sandoval, y á su vuelta lo encontró á mitad de camino, yendo ya en su busca. Pero á su vez Cuauhtemoc cometió el error de no lanzar sobre Cortés todos los elementos de que podía disponer: situado éste en Tlacópan, y atacado de frente por los mexica en una poderosa salida, difícil le habría sido salvarse si al mismo tiempo le caen y le envuelven las numerosas huestes tepaneca del poniente y los millares de guerreros del Cuauhtlálpan del norte del Valle. Pero Cuauhtemoc creyó sin duda que iban á atacar la ciudad, y sólo pensó en defenderla, con lo cual se salvó Cortés.

No bien había llegado éste á Texcoco, cuando tuvo que mandar la otra mitad de su ejército con Sandoval á atacar á los tlahuica de las montañas del sur del Valle que hacían constantes irrupciones en el señorío de Chalco. Pronto dió la hueste con los mexica, que con numerosos escuadrones salieron á la defensa de sus aliados. Pero tras rudos combates y con no pocas pérdidas, al fin triunfó Sandoval y ocupó la hermosa ciudad de Huaxtepec, afamada por sus jardines encantadores. Tras ligero descanso de dos días siguió el ejército sobre Yacapixtla, fortaleza poderosa colocada en la cima de un cerro. Fué terrible la lucha para escalar ese nido de águilas. Sandoval, ya herido, lo consiguió al fin; y los defensores, antes que entregarse, se despeñaron al río tiñendo en sangre su corriente. Regresó el ejército á Texcoco con gran botín, en especial de indias escogidas: mas no bien había llegado, cuando los chalca dieron aviso de que nueva expedición de veinte mil mexica se preparaba á desembarcar en su señorío. Cortés, á la noticia, sin escuchar á Sandoval que en esos momentos iba á darle cuenta de su expedición, lo mandó volver á Chalco; mas cuando llegó, los chalca, auxiliados por los huexotzinca y otros guerreros de la región, ya habían desbaratado á los mexica, cogiendo muchos prisioneros y entre ellos á quince jefes. Tornó Sandoval á Texcoco con los despojos de la victoria, y no se presentó á Cortés, lastimado por la manera conque lo había hecho partir; pero aquél supo después contentarlo.

Cortés pretendió dar cumplimiento á sus ordenanzas, exigiendo que se le presentase el oro recogido en las expediciones: esto disgustó principalmente á los tlaxcalteca y comenzaron á ausentarse del campamento, por lo cual Cortés tuvo que prescindir de su rigor. Pero en cambio se llevó á cabo la presentación de esclavos para herrar-

los, y en esto se hicieron más fraudes que en Tepeaca, sobre todo de indias hermosas.

Por ese tiempo pasó un suceso que es muy característico de la época. Llegó de España una nave con Julián de Alderete, tesorero nombrado por el rey, y con él buena cantidad de hidalgos, quienes desde luego tomaron parte en la Conquista, y un fraile andaluz llamado Melgarejo de Urrea, bien provisto de bulas de composición. Como los soldados no tenían muy tranquila la conciencia de todas sus fechorías, hizo buen negocio el fraile con sus bulas de San Pedro, y se volvió rico y compuesto á España.

Como se preparaban numerosos pueblos tlahuica á invadir nuevamente el territorio de Chalco y no estuviesen todavía terminados los bergantines, decidió Cortés ir en persona á castigarlos; y dejando en Texcoco veinte caballos y trescientos peones al mando de Sandoval, salió él con treinta de á caballo, trescientos peones, veinte ballesteros, quince escopeteros, veinte mil acolhua y mayor número de tlaxcalteca. Iban con él los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, y los recién venidos Alderete y Melgarejo. La salida de tan respetable ejército fué el 5 de abril; el 6 permaneció en Chalco; y el domingo 7, después de oir misa los españoles, marchó hacia los desfiladeros de la montaña. Llegó frente á Tlayacápan y fué preciso escalar rocas escarpadas y que se dijeran inaccesibles para apoderarse del punto, y al día siguiente, lunes 8, se repitió la misma trabajosa tarea para tomar otra fortaleza levantada en otro peñol. El miércoles 10 siguió el ejército para Huaxtepec donde entró sin resistencia, y el jueves 11 pasó por Yautepec, y llegando á Xiuhtepec permaneció allí el viernes 12. Previos el saqueo é incendio respectivos, siguió el sábado 13 sobre Cuauhnáhuac, hoy Cuernavaca. Su *tecuhtli* Yoátzin se dispuso á la defensa: rica y fuerte la ciudad, estaba rodeada de profundas barrancas y pasos difíciles. El ejército se detuvo ante la barranca sin poder pasar, recibiendo entre atronadora gritería descargas incesantes de flechas enemigas; mas á poco uno de los aliados avisó á Cortés que á alguna distancia había encontrado una senda que podían atravesar los caballos, con lo cual fueron mandados en su dirección algunos jinetes; pero entre tanto un tlaxcalteca, viendo un árbol inclinado cuyas ramas alcanzaban á la orilla opuesta de la barranca, atravesó por él; siguiéronle Bernal Díaz y otros treinta españoles y muchos aliados, que de improviso se vieron así dentro de la ciudad, y atacaron por la espalda á sus defensores. En eso llegaron por el flanco los de á caballo con Alvarado, Olid y Tapia, con lo cual se desorganizaron los tlahuica y dieron á huir, destrozándolos Cortés que con el resto de la caballería siguió su persecución. Después del triunfo las casas de la ciudad fueron puestas á saco é incendiadas, haciéndose gran presa de mujeres y muchachos. Cortés había alcanzado un gran resultado destruyendo á los tlahuica, poderosos auxiliares de Cuauhtemoc; y éste desperdició la ausencia de su contrario y más de la mitad de su ejército, cuando en esa sazón debía haber caído con todos los mexica y sus aliados sobre el reino acolhua, arrasarlo, y si era posible tomar Texcoco y quemar los bergantines.

Cortés, á su vez, en lugar de alejarse de su base de operaciones debió volver á ellas; pero su genio necesitaba actividad, y volteando por las faldas del Axochco penetró en el territorio mexica. El domingo 14 pernoctó en Cuauhxomulco, y el siguiente, lunes 15, á las ocho de la mañana se presentó con su ejército frente á Xochimilco. Sin duda fué una sorpresa; pero la construcción de la ciudad, en su mayor parte dentro del lago, permitió la defensa hasta la tarde, que llegó en su auxilio un ejército mexica, el cual acometió con tanto brío que se vieron en aprieto los españoles, pues eran hombres tan valientes sus contrarios, que con la sola macana y escudo osaban esperar el choque de la caballería. Durante el ataque cayó el caballo de Cortés; mas éste siguió en pié combatiendo con su lanza. Herido en la cabeza y rodeado por los mexica, ya lo llevaban á México, conservándole la vida para sacrificarlo, cuando un tlaxcalteca llegó en su auxilio y detuvo á los contrarios, dando tiempo á que llegasen unos soldados españoles y salvasen á Cortés. No descansó el bravo capitán; cabalgó de nuevo é hizo frente al enemigo hasta lograr con los suyos guarecerse en Xochimilco. La noche se pasó en completa vigilancia, con lo cual se evitó el desembarco de otro ejército mexica, no sin que se llevaran algunos españoles vivos para sacrificarlos á sus dioses. Concluída la pólvora se armaron de ballestas con puntas de cobre ó bronce hechas por los indios, de que se llevaba buen repuesto. Se refiere que al día siguiente buscó Cortés al bravo tlaxcalteca que lo había salvado y que no pareció, por lo cual se creyó en el campo que el salvador había sido el mismo Santiago ó San Pedro. A cada paso se encuentran pasajes parecidos en las crónicas; y aun en las pinturas de Durán, la última representa uno de estos auxilios sobrenaturales, y en ella se ve al apóstol á caballo y de punta en blanco, decidiendo en el centro la victoria.



Santiago dando el triunfo á los españoles —Jeroglíficos de Durán

El día siguiente, martes 16, fué terrible. Cuauhtemoc comprendió que aislado Cortés con la mitad de su ejército, le daba ocasión favorable de concluir con él. Dispúsose un gran ejército de tierra, y otro no menos numeroso que en canoas atacase por el lago. El ejército se presentó alzando estruendosa gritería, como un mar ondulante de vistosas plumas, cubriendo la llanura con el son estrepitoso de instrumentos guerreros, y con sus jefes á la cabeza, armados de espadas de acero quitadas á los españoles. No pudieron, sin embargo, resistir en el llano al empuje de Cortés con veinte de á caballo y un gran cuerpo de tlaxcalteca, y tuvieron que retirarse después de tres horas de combate, dejando entre otros trofeos dos espadas de acero. Pero mientras Cortés peleaba en tierra, los guerreros de las canoas asaltaron las calles, y solamente con grandes esfuerzos pudieron rechazarlos. No habían tomado aliento aun españoles y aliados, cuando un nuevo cuerpo de mexica llegó á atacarlos; pero á su vez fué desbaratado. Pasáronse tarde y noche en descanso; la ciudad de Xochimilco, con excepción de las casas donde el ejército estaba alojado, se entregó á las llamas; y no hubo más suceso que algunos merodeos á los pueblos vecinos, de los cuales volvieron los soldados bien cargados de oro y mantas. El miércoles 17 se pasó el día peleando contra fuerzas de tierra y gran número de canoas que se presentaban por el lago; así es que Cortés emprendió el jueves 18 la marcha para Coyoacán en dirección de Tlacópan, siendo atacado sin cesar hasta llegar á la ciudad que encontró abandonada. Empleóse el día en curar heridos y armar saetas para las ballestas. Cortés lo aprovechó en hacer un reconocimiento sobre la calzada



Campañas alrededor de México

que iba á México, reconocimiento que después le fué muy útil. Salió de Coyoacán el sábado 20, inquietada su marcha por continuos ataques y por emboscadas en donde estuvo en gran riesgo, teniendo en una que abandonar á sus mozos de espuela Martín Vendabal y Pero Gallego, quienes fueron llevados vivos á México y sacrificados á *Huitzilopochtli*. Llegado el ejército á Tlacópan descansó dos horas y continuó su camino, siempre molestado por los contrarios, hasta ir á rendir la jornada á la ciudad abandonada de Cuauhtitlán. Dos días después, el lunes 22, el ejército entró en Texcoco.

Pudo apreciar Cortés por sus pérdidas y por el cansancio de sus tropas lo poco útil de sus expediciones; y cómo, aunque de ellas traían los soldados cuantioso botín, veían en cambio muy lejano el logro de la principal empresa, la toma de México. Esto y acaso malas noticias que los compañeros de Alderete habían traído á Texcoco, pues por entonces triunfaba en España la causa de Velázquez, hicieron nacer una conspiración contra la vida de Cortés. Velázquez se había acercado con nueva armada á las costas; pero no se atrevió á desembarcar. Ya por entonces se había nombrado á Cristóbal de Tapia gobernador de la Nueva España; mas no se podía aún tener la noticia. Por supuesto, entre los disgustados estaban principalmente los soldados de Narváez. El alma de la conspiración era un simple soldado llamado Antonio de Villafaña. El plan era presentarse á Cortés con un paquete de cartas, diciéndole que habían llegado de España, y mientras se entretenía en abrirlo darle muerte y matar en seguida á sus capitanes principales. La ejecución estaba fijada para el día 26; mas la víspera uno de los conjurados la denunció. Marchó en el acto Cortés al alojamiento de Villafaña, con Alvarado, Olid, Sandoval, Tapia, Lugo y los alcaldes Marín é Ircio y lo prendió, sacándole del pecho el memorial donde constaban las firmas de los conjurados. No pudiendo castigar á tantos, hizo creer que Villafaña se había tragado el papel, y á éste, tras breve proceso, lo hizo ahorcar en una ventana de su aposento.

Adiestrado por los sucesos, ya no emprendió Cortés nuevas aventuras, curó y dió descanso á sus soldados; prepaláronse más de cincuenta mil saetas de ballesta, dispusiéronse bien los caballos, se mandó traer á la Villa Rica gran cantidad de pólvora, cañones, y sobre todo tres piezas gruesas de hierro llegadas de Jamaica; y se recogieron todos los españoles que no eran indispensables para guardar las dos villas. Los bergantines estaban ya listos y concluído el canal para botarlos, canal en que diariamente habían trabajado ocho mil hombres, y el cual tenía media legua de largo, con estacadas en las márgenes y pretil de piedra en los bordos.

El domingo, 28 de abril, después que los españoles oyeron misa y comulgaron, formado el ejército á la orilla del lago, fray Bartolomé de Olmedo bendijo las naves: uno á uno salieron los bergantines desplegando las velas y haciendo salva con el cañón que cada cual tenía, y la contestó la artillería de tierra y las músicas y

aclamaciones de españoles y aliados. Siguióse *Te-Deum*, y luego alarde de la gente, resultando por los refuerzos recibidos, ochenta y seis de á caballo, ciento diez y ocho ballesteros y arcabuceros, setecientos y más peones de espada y rodela, tres cañones de hierro y quince menores de bronce, diez quintales de pólvora y suficiente pertrecho para las ballestas. Los aliados eran ciento ochenta mil á las órdenes de Alonso de Ojeda.

Tardóse más de quince días en organizar las fuerzas, y el lunes 20 de mayo se dispuso que Alvarado se situase en Tlacópan con treinta de á caballo, diez y ocho ballesteros y arcabuceros, ciento cincuenta peones divididos en tres compañías al mando de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutiérrez de Badajoz y Andrés de Monjarrás, y más de veinticinco mil aliados; que Cristóbal de Olid se colocase en Coyoacán con treinta y tres de á caballo, diez y ocho ballesteros y arcabuceros, ciento sesenta peones en tres compañías al mando de los capitanes Andrés de Tapia, Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y veinte mil aliados; y que Sandoval acampase en Itztapalápan con veinticuatro de á caballo, cuatro arcabuceros, trece ballesteros, ciento cincuenta peones divididos en tres compañías al mando de los capitanes Luis Marín, Hernando de Lerma y Pedro de Ircio, y treinta mil aliados de Huexotzinco, Cholóllan y Chalco. Cortés se reservó el mando especial de los trece bergantines, aunque uno no salió útil, y del resto del ejército. Al día siguiente debían empezar la marcha los tlaxcalteca, y entonces se notó la ausencia de Xicoténcatl y se supo que regresaba á Tlaxcalla. Mandó Cortés



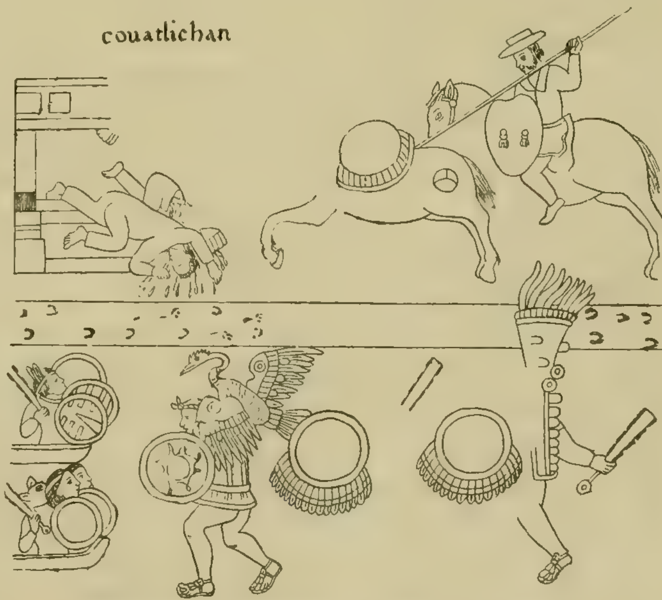
Prisión de Xicoténcatl

á Ojeda que lo alcanzase y que lo ahorcara como desertor. Así se ejecutó, dando parte á los señores tlaxcalteca, que lo aprobaron. El valeroso Xicoténcatl nunca fué amigo de los españoles, y Cortés aprovechó la ocasión de saldar cuentas con él.

Alvarado y Olid salieron juntos el 22 de mayo; y por cierto que en el camino tuvieron una reyerta, que aunque se apaciguó, enfrió para siempre sus amistades. El 23 pernoctaron en Citlaltepec, el 24 en Cuauhtitlán y el 25 entraron en Tlacópan. El 26 marcharon á Chapultepec para cortar el agua á la ciudad: tras reñido combate lograron romper el acueducto, y peleando sin cesar en la calzada, se retiraron á Tlacópan con un caballo y ocho hombres muertos, cincuenta heridos y gran pérdida de aliados. El 27 marchó Olid á Coyoacán. El 31 salió Sandoval para Itztapalápan, y Cortés fué á auxiliarlo con la flota en la toma de esa ciudad. Al pasar junto al peñón de Tepopolco, la guarnición atacó los bergantines; por lo cual desembarcó Cortés con ciento cincuenta españoles; y á pesar de lo difícil de la subida y de estar bien fortificado y guarnecido, tomó el cerro y pasó á cuchillo á todos sus defensores, sacando él veinticinco españoles heridos.

En esa sazón una flotilla de quinientas canoas salió sobre los bergantines; y como al acercarse empezara á soplar viento, las naves de Cortés marcharon sobre las débiles canoas despedazándolas á su choque. Apenas si á fuerza de remo se salvaron las más veloces en los canales de la ciudad.

Entre tanto Sandoval, á pesar de la brava resistencia de las huestes mexica, había entrado en Itztapalápan



Desembarco de los mexica en el territorio de Texcoco

y prendió fuego á la ciudad. Entonces Cortés viró hacia el fuerte Xóloc, que como recordaremos estaba en la unión de las calzadas de Itztapalápan y Coyoacán. La sorpresa de su llegada y el fuego de sus cañones que á mansalva barría los parapetos y pirámides del punto hizo fácil el desembarco y toma del fuerte. A su vez Cristóbal de Olid, por propia inspiración y al ver la flota, como dicen algunos, ó llamado por Cortés, como otros quieren, salió de Coyoacán y llegó á Xóloc. Quisieron, sin embargo, los mexica recobrar el fuerte; pero Cortés hizo sacar los tres grandes cañones de

hierro, y asestando uno sobre la calzada que todavía por un cuarto de legua iba hasta la ciudad, los hizo retroceder ayudado del fuego de flanco de la artillería de los bergantines. Cortés se situó en el cercano *teocalli* de la diosa *Toci*. Ese día empezó el sitio.

Veamos la posición de Cuauhtemoc y lo que nos dice el lienzo de Tlaxcalla. El caudillo de México, cuando vió á los españoles en el Valle y comprendió que sería inútil cualquier nuevo esfuerzo para conseguir aliados, se redujo á una actitud defensiva, si bien aprovechaba las ocasiones para agredir parcialmente á sus contrarios. Solamente en Xochimilco, teniendo una buena oportunidad, lo hemos visto lanzar sobre Cortés numerosas fuerzas por tierra y agua con la esperanza de vencerlo. En las marchas del ejército español hacía que constantemente lo persiguiesen y molestasen, buscando por este medio cansarlo é irlo destruyendo poco á poco. En esta actitud debemos buscar las disposiciones de Cuauhtemoc para defender su ciudad; y encontraremos que si el ataque del ejército de Cortés es glorioso, la resistencia del caudillo de México es heróica. Ante todo, y al ver llegados los momentos de la lucha, Cuauhtemoc, que conoció que más que rey era la personificación de su pueblo, sujetó á la voluntad del *Tlatócan* la elección de la paz ó la guerra. Los mexica resolvieron que querían más morir que hacerse esclavos de los españoles, y *assi quedó concluido que era mejor morir*. Ya con esta resolución inquebrantable todo se dispuso para hacer vigorosa la resistencia de la ciudad. Sacáronse de ella, hasta donde era posible, las personas inútiles, y se hizo cuantioso abasto de víveres. Si no resultó suficiente fué porque nadie habría calculado duración tan larga en el sitio: y por eso dice Dorantes en su manuscrito, que si Cuauhtemoc hubiera cuidado de llenar la ciudad de víveres como la llenó de guerreros, no se la habrían tomado. Llenóse, en efecto, de guerreros, pues tomaron las armas todos los hombres de México capaces de empuñarlas. Borráronse entonces las diferencias de clases, y lo mismo el macehual que el sacerdote, todos peleaban unidos por la patria. Por mucho que quisiéramos exagerar la cifra de los guerreros mexica, no podríamos dar á su ejército más de quince mil hombres. Pero á éstos se agregaron los tepaneca y los aliados de Cuauhtlálpan que se reconcentraron en la ciudad, y con ellos podemos aumentar otros veinticinco mil. Así es que la cifra más verosímil del ejército que defendía á México es de unos cuarenta mil hombres. No debe preocuparnos el que algunos escritores cuenten los guerreros por cientos de miles, porque también hemos visto que después de hablarnos de un ejército tlaxcalteca de ciento diez mil hombres, y de un total de de ciento ochenta mil aliados puestos á las órdenes de Ojeda, resultan en la distribución del cerco sólo setenta y cinco mil auxiliares. Por supuesto se habían construído en cantidad más que suficiente armas ofensivas y defensivas para los cuarenta mil hombres que guarnecían á México. En este armamento entraban en bastante número las lanzas grandes para atacar á la caballería desde las zanjas y canales. Mas donde se hizo notable la defensa fué en la parte de fortificación, mudándose por completo el sistema antiguo, en vista de las armas y táctica de los españoles.

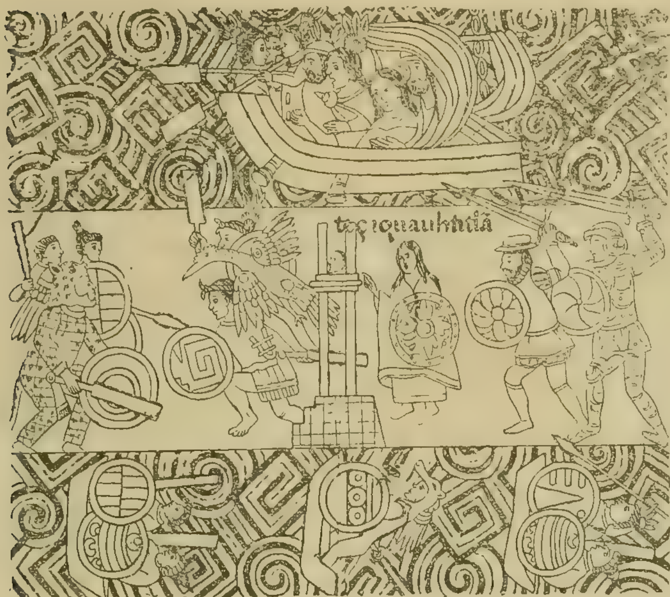
Como el lugar que iba á defenderse era una isla unida á la tierra firme por calzadas, se comenzó por cortar las inútiles y peligrosas. Punto es este en el cual no se han fijado los modernos historiadores, y por eso aparecen inexplicables algunas operaciones del sitio, aun en el mismo Prescott. Ya hemos referido que se rompió la calzada-dique que por el lado oriental iba de México á Itztapalápan, y cómo se inundó esta ciudad y estuvo á punto de perecer Cortés con su gente. Por el norte cortóse también el dique en su unión con Tlatelolco, lo que más tarde, en 1526, produjo la inundación del lugar; y como ya tenemos dicho que se había destruído la calzada de Nonoalco desde la muerte de Moquihuix, quedó enteramente rodeado de agua el Tlatelolco. Solamente dejaron los mexica dos calzadas: la de Tlacópan que unía la parte de Tenochtitlán á la tierra firme por el poniente, y la que por el sur la ligaba á Coyoacán. Pero ambas quedaban dentro del agua y podían ser protegidas ó atacadas por numerosas canoas; y á más para su defensa se hicieron en ellas muchas y profundas cortaduras. Aumentaban esta defensa exterior millares de canoas, á las cuales se habían agregado una especie de bandas para proteger de la arcabucería á los guerreros que las montaban; y á más se pusieron alrededor de la isla, en los puntos adonde se podían acercar los bergantines, grandes estacadas debajo del agua para hacerlos varar.

En el interior de la ciudad se abandonó la defensa en las gradas de los *teocalli*, enteramente nulificada por la artillería; y se sustituyó por cortaduras en las calles con parapetos sostenidos por las casas inmediatas, cuyas azoteas estaban llenas de guerreros con multitud de piedras y flechas. Esto se hizo en las calles principales; pero en las de los lados la defensa se aumentó abriendo zanjas á lo largo de ellas, de modo que mientras la caballería española no podía penetrar, las canoas de los mexica, por el contrario, llegaban fácilmente á atacar los flancos. Veremos cómo aprovechando este sistema, lo supieron combinar con el especial de su táctica.

A su vez el capitán español había estado oportuno en la situación de sus fuerzas, y sobre todo en el punto que eligió para base del ataque. Colocadas aquéllas en Coyoacán y Tlacópan, y comunicadas constantemente por partidas de caballería, no solamente podían auxiliarse en caso necesario, sino que cortaban á la ciudad por completo los víveres en esa dirección, como ya le habían cortado el agua potable de Chapultepec. Para perfec-

cionar el cerco y ligar esas fuerzas con las de Texcoco, mandó Cortés á Sandoval que abandonara Iztapalápan, por no ser ya necesaria esa posición, y fuera á situarse en el Tepeyac. Además los bergantines cuidarían de que no introdujesen auxilios ni víveres las canoas mexica.

Pero donde manifestó más habilidad Cortés, fué en la ocupación del fuerte de Xóloc: su marcha estratégica



Toma del fuerte Xóloc

con los bergantines fué de tal manera bien calculada que no dió tiempo á su defensa; y una vez situado en él, á poca distancia del cuerpo de la ciudad, tenía la llave de ella, con la circunstancia muy favorable de que había intermedio un trozo de calzada barrido fácilmente por la artillería, y sin que en ese punto pudiera ser envuelto ni siquiera atacado con éxito en canoas, gracias á los cañones de los bergantines que batían victoriosamente el flanco. En este caso el lienzo de Tlaxcalla nos presenta á españoles y tlaxcalteca apoderándose del Tocicuauhtitlán; los indios en canoas los atacan por un lado de la calzada mientras los bergantines con sus cañones los apoyan en el opuesto. Esto aclara, además, que Cortés se situó en el templo de *Toci,* y que su pirámide y la inmediata del fuerte Xóloc, son las dos torres de que habla aquél en sus cartas.

Calculó Cortés que los mexica, conociendo toda la importancia del punto, harían al día siguiente esfuerzos supremos para recobrarlo. Así al amanecer llegaron en su refuerzo de Coyoacán quince ballesteros y arcabuceros, cincuenta peones y ocho caballos. Ya los mexica estaban combatiendo formidablemente el punto; pero fueron rechazados y les tomaron un puente, y como las canoas que estaban del otro lado de la calzada molestaran continuamente, se rompió ésta para que pasasen cuatro bergantines. Ya cubiertos los flancos, pudieron resistir fácilmente los españoles á los continuados ataques de los mexica que duraron todo ese día, 1.° de junio. Siguieron los combates hasta el 7 de junio, en que convencidos los mexica de que era imposible quitar el fuerte á los españoles, volvieron á su táctica defensiva. Entonces creyó Cortés llegado el momento de emprender á su vez el ataque, y lo dispuso para el domingo 9 de junio.

Reforzóse al efecto la guarnición de Xóloc con las tropas de Coyoacán, dejando en este lugar solamente algunos españoles y unos dos ó tres mil aliados, y disponiendo que diez de á caballo rondaran la calzada. Alvarado, reforzado por Sandoval, debía atacar simultáneamente la de Tlacópan, para dividir las fuerzas de los mexica. Al amanecer del día 9, advirtamos que seguimos las fechas del señor Orozco, marchó Cortés con españoles y aliados resueltamente sobre la primera cortadura de la calzada, apoyando su avance con el fuego de los bergantines. Los mexica la defendieron con brío, pero tuvieron que retirarse. Siguieron sobre la segunda, que estaba á la entrada de la ciudad, y defendida por un parapeto apoyado en el *teocalli* llamado Xoluco, el cual se levantaba donde después se construyó la iglesia de San Antonio Abad. Se tomó también con auxilio de los fuegos de los bergantines; pero éstos no podían seguir adelante, y se desembarcó parte de su fuerza para reforzar la columna. Hacia donde está ahora la calle del Rastro había una tercera cortadura con su parapeto, y también se ganó sin gran dificultad porque no tenía agua el foso. Con la columna iba el aserrador Diego Hernández y buena cantidad de indios cegando las cortaduras con los escombros de los parapetos y casas vecinas; pues mientras los españoles tomaban los primeros, los aliados desalojaban de las segundas á sus defensores y les prendían fuego.

La cuarta cortadura no fué tan sencilla de tomar, porque era el canal del sur, defendido por un grueso parapeto, apoyado en la pirámide del templo de Huitznáhuac, el cual estaba á la entrada de la actual calle del Hospital de Jesús. A fuerza de empuje y tiros de ballesta y arcabuz, y arreciando el fuego de dos piezas grandes de hierro, se desalojó del *teocalli* á los mexica, y pasando entre el agua del foso algunos soldados, se pudo asaltar y ganar el parapeto. Mientras los de atrás procuraban cegar el canal del sur en esa parte, Cortés siguió adelante y encontró sin destruir el puente del canal del centro, que daba entrada al recinto del gran *teocalli.* Olvidándose de lo que en otra ocasión le había pasado y de la táctica especial de los mexica, metióse dentro llegando hasta lo alto del templo de *Huitzilopochtli.* En ese momento aparecieron por todas partes escuadrones mexica, y arremetieron con furia sobre españoles y aliados, haciéndolos retroceder con pérdida de un cañón y muchos hombres. La llegada oportuna de la caballería contuvo el desastre, pero á su vez llegaron en canoas los guerreros águilas, y desembarcando tomaron por el

flanco á sus contrarios. Se introdujo el desorden, y tuvo Cortés que tocar retirada, la que hizo hasta Xóloc, siempre combatiendo y salvándose, gracias á la caballería que quedó á retaguardia, y con frecuentes arremetidas pudo contener á los mexica. Por su parte Alvarado y Sandoval nada habían logrado en su ataque. Principalmente se debió á que en la calzada eran batidos en sus flancos por las canoas de los indios. Por esta razón dispuso Cortés repartir los bergantines: quedó con seis



Ataque al gran teocalli

distribuídos á ambos lados de Xóloc; envió cuatro á Alvarado, que se dispusieron dos á cada parte de la calzada de Tlacópan; y dos mandó á Sandoval al Tepeyac; el otro bergantín ya dijimos que estaba poco útil y se mandó retirar.

Con la lección, Cortés decidió no emprender desde luego nuevo asalto, sino fortalecer su ejército y curar á los heridos. Le vino bien la sumisión de Xochimilco, pues le proporcionó nuevos guerreros y regular número de canoas. Pero Alvarado tenía que acercarse á la ciudad, y ya apoyado por los bergantines emprendió varios ataques y se fué apoderando de diversas cortaduras de la calzada, que cegaba desde luego y velaba de noche para que no las volviesen á abrir los mexica, con lo cual logró llegar á un trozo de tierra más amplio donde había un *teocalli*, y allí acampó con los españoles que tenía. Este lugar estaba hacia donde ahora está San Cosme, y como la tierra firme de la isla llegaba á Petlacalco, hoy San Hipólito, quedaba en una situación semejante á la de Cortés. En sus avances había encontrado varias casas construídas en el agua, y después de tomarlas las había destruído.

Por su parte Cuauhtemoc no descansó esos días, y emprendió contra la costumbre india repetidos asaltos nocturnos, que si no daban un resultado favorable, traían inquietas y cansadas á las fuerzas de Cortés. También puso en práctica su modo especial de combatir, aplicándolo á los bergantines: hizo poner en lugar determinado una gran palizada debajo del agua, y presentando batalla con numerosas canoas, huyeron éstas atrayendo á los bergantines á la trampa, y logrando varar dos y hacer buen destrozo en su tripulación. Fueron desde entonces más cautos los marineros españoles, si bien en los diversos ataques habían destruído millares de canoas, y ya éstas no aparecían por el lago.

Para el domingo, 16 de junio, dispuso Cortés atacar nuevamente la ciudad, no para apoderarse de ella, sino para atemorizar á los mexica y ver si con esto se rendían, é ir arrasando y cegando casa por casa y calle por calle, único medio que encontraba para no ser envuelto y ocupar al fin aquélla. Después de misa se dió el ataque, semejante al anterior, pues los defensores de la ciudad habían vuelto á abrir las cortaduras y á levantar los parapetos; pero esta vez cuidó mucho Cortés de ir cubriendo bien sus flancos, de que se cegasen fosos y acequias y se derribaran cuantas casas fuese posible. Ocupáronse con precauciones el gran *teocalli* y los palacios de Moteczuma; y como Alvarado no apareciese por el rumbo de la calzada de Tlacópan, pues poco había podido avanzar, mandó Cortés prender fuego á templos y palacios y á las casas aun en pié, y en medio de las llamas se retiró á su campo, perseguido con furia por los mexica. Siguiéronse por varios días los asaltos y la destrucción, hasta obligar á los sitiados á abandonar la parte sur de la ciudad y retirarse á la de Tlatelolco. Como era el tiempo de las fuertes lluvias, mucho padecían también los españoles; mas los indios auxiliares les habían levantado casas y tiendas á los lados de la ancha calzada de Coyoacán.

Entre tanto Alvarado y Gonzalo de Sandoval habían combatido con sus huestes en varias ocasiones con diversa fortuna. Cumpliendo el primero con las órdenes de Cortés, de ir adelantando poco á poco, destruyendo las casas y cegando las zanjas, había ganado ya toda la calzada de Tlacópan y los *teocalli* en ella construídos. Ayudábanle eficazmente, tanto en el avance como en la destrucción, gran cantidad de canoas de indios aliados que penetraban fácilmente por las acequias sostenidas por los fuegos de los bergantines. Mas por no separarse del apoyo de éstos, luego que Alvarado ganó Petlacalco, no siguió sobre el centro de la ciudad, sino que avanzó sobre Tlatelolco por la ribera occidental, hasta que se vió detenido por el ancho canal que separaba aquella parte de la ciudad, en el cual por mayor defensa habían hecho hoyos en el fondo y en su margen parapetos, poniendo en sitios convenientes estacadas para cerrar el paso á los bergantines, y escondiendo cerca muchas canoas con buenos guerreros. No había conseguido todavía Alvarado pasar al lado opuesto, á lo que hoy es barrio de Santa María, cuando el domingo, 23 de junio, lo atacaron los mexica viéndolo solo y bastante internado. Mientras dos cuerpos numerosos atacaban sus

posiciones por el frente y por el flanco, un tercero se lanzó á la calzada para ocuparla y cortar á Alvarado. Pero los soldados de éste se mantuvieron vigorosamente en los *teocalli,* mientras caballería y tlaxcalteca llegaron sobre los asaltantes. Como éstos cejasen y se retrajesen, Alvarado marchó denodadamente sobre ellos; y como tras corta resistencia le abandonaran el canal del norte, lanzóse incauto por una calle que al frente se abría, sin cuidar de cubrir ó asegurar de otra manera el paso del canal. De repente se vió envuelto y atacado por todas partes, recibiendo gran daño de los proyectiles que de las azoteas laterales le arrojaban. Tuvo que emprender la retirada, y se hizo más duro el combate en el canal, que estaba cubierto de guerreros en canoas, dejando únicamente libre el paso en que estaban los hoyos, y por el cual, como pudieron, se salvaron españoles y aliados, dejando vivos á cinco de los primeros y á muchos de los segundos y gran cantidad de muertos. La costumbre que tenían los mexica de procurar llevar vivos á sus prisioneros, más bien que matarlos, salvó muchas veces á los españoles, y en aquella ocasión á Bernal Díaz, quien ya había caído en su poder, y luchando pudo librarse aunque malherido. A los prisioneros españoles y tlaxcalteca los sacrificaron esa tarde en el gran *teocalli* de Tlatelolco, arrancándoles los corazones ante la imagen de *Huitzilopochtli,* en medio de danzas y cantares y locas muestras de regocijo. Cortés, que siguiendo su obra de destrucción había hecho ese día una entrada en la ciudad, supo la derrota al volver en la tarde á Xóloc, y como se debiera á desobediencia de sus órdenes expresas, marchó al día siguiente á Tlacópan; pero viendo lo mucho que Alvarado estaba metido en la ciudad, y las cortaduras y malos pasos que había ganado, no se atrevió á reconvenirle, y se contentó con disponer lo que en adelante debiera hacerse.

Gonzalo de Sandoval, por su parte, había atacado con cinco bergantines en el lugar de Nonoalco, en la ribera noroeste de Tlatelolco, desembarcando á sus españoles. Los tlatelolca no los atacaron, cediendo la gloria al guerrero *otómitl,* llamado Tzilacátzin, hombre hercúleo que vistosamente ataviado llevaba por solas armas tres grandes piedras. Con ellas derribó á tres contrarios, y como en ese momento llegaran en su auxilio grandes escuadras de mexica, los españoles tuvieron que reembarcarse. En un segundo desembarco de españoles y numerosos aliados duró la pelea todo el día, muriendo los bravos guerreros tlatelolca, Tzoyótzin y Tenátzin; pero Sandoval tuvo que abandonar el campo dejando diez y ocho españoles prisioneros, los cuales fueron llevados á Cuauhtemoc, que tenía su real en el Tlacochcalco, donde ahora está la iglesia de Santa Ana, y sacrificados en el templo de Amaxác adonde se habían llevado los mexica la imagen de *Huitzilopochtli* que estaba en el gran *teocalli.* Para vengar su muerte metióse Sandoval con un bergantín en el barrio de Xocotitla; pero rechazados los españoles en su desembarco, se dirigieron á Amaxác teniendo la misma mala suerte, y estando á punto de perecer Rodrigo de Castelleda, á quien los mexica llamaban Xicoténcatl. Insistió Sandoval en desembarcar de nuevo, y fué con tan mala fortuna, que un guerrero tlatelolca, llamado Tlapanécatl, mató á su alférez y le quitó la bandera; y los mexica cautivaron cincuenta y tres españoles y gran número de aliados, todos los cuales fueron mandados sacrificar por Cuauhtemoc, repartiéndolos al efecto en los diversos *teocalli* que aun conservaba.

Bien vinieron esas víctimas á los mexica, tanto para celebrar la fiesta *Tecuhilhuitontli,* que entraba en ese día, 29 de junio, día que era además aniversario de la muerte de Moteczuma, cuanto por tener de comida carne en abundancia. Era, en efecto, apretada ya la posición de Cuauhtemoc, y más cuando en los últimos días había tomado Alvarado el canal del norte, y había llegado á la unión del de Tlatelolco y el del poniente, de manera que ya ocupaba buen espacio de tierra sobre la isla.

En efecto, al comenzar el sitio, ni sitiados ni sitiadores podían calcular su larga duración, y ya desde entonces había pasado un mes. Cuauhtemoc proveyó la ciudad de víveres; pero no fueron bastantes para el numeroso ejército que tenía y para tantos días. Contaba con los que diariamente debían proporcionarle en canoas los pueblos amigos, pues si los bergantines comenzaron á perseguirlas, podía burlarse su vigilancia en la noche. Mas esos pueblos no los auxiliaban ya, estaban sometidos á Cortés, y por el contrario, hostilizaban á los mexica con sus canoas. También debemos considerar que buena cantidad de víveres se había perdido con el incendio y destrucción de las casas. Comenzaban, pues, á escasear, y agregando á esto la falta del agua de Chapultepec, y el tener que tomar la de pozos salobres, comprenderemos que comenzaba á asomar el hambre entre los mexica, y que numerosas enfermedades ya habían empezado á agobiarlos.

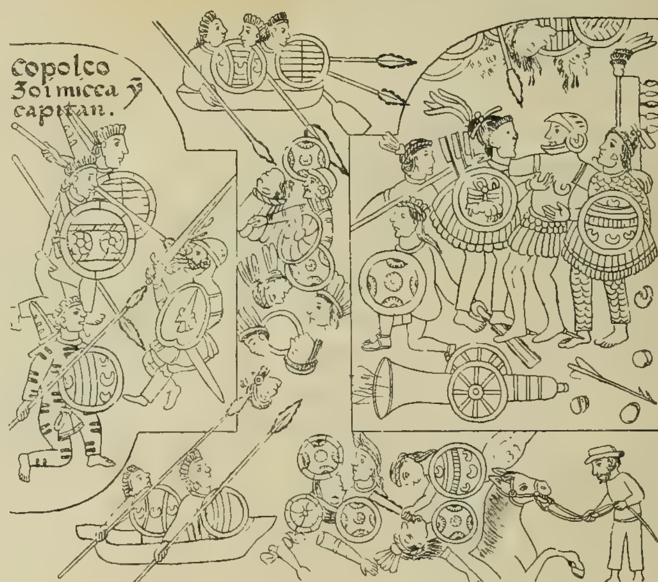
Explícase generalmente la sumisión de los pueblos del Valle, como deslealtad á México y deseo de seguir las banderas del vencedor; pero nosotros le hallamos otra causa determinante. Los numerosos aliados vivían del merodeo, y el contínuo botín no era el menor atractivo que los retenía con Cortés; podían hacerlo impunemente en los pueblos enemigos, y éstos, para librarse, tornábanse amigos, y á su vez seguían la misma conducta de sus contrarios de la víspera.

Sin duda consideró Cortés todas estas circunstancias, y creyó propicio el momento para dar un nuevo ataque general el domingo 30 de junio. Escogió mal día, pues era el aniversario de la Noche Triste; y acaso con la esperanza de vengarla, le pareció bien. Además debía considerar muy mermado, tal vez á su mitad, al ejército

mexica con tan continuados combates; mientras el de sus aliados reponía constantemente sus pérdidas con nuevos refuerzos.

Comenzóse la jornada por oir misa; en seguida salieron de Xóloc por el lago siete bergantines y más de tres mil canoas de los aliados; y Cortés penetró en la ciudad con veinticinco jinetes, todos los peones de su campo, la artillería y los escuadrones auxiliares. Como estaba allanado el terreno hasta el gran *teocalli*, allí se dividió la fuerza en tres secciones que paralelamente debían avanzar. Alderete con sesenta peones y veinte mil aliados, cubriéndole la retaguardia ocho caballos, marchó por las calles que ahora son de Santo Domingo; llevaba gran cantidad de gente que debía ir cubriendo los fosos y destruir cualquiera obra que en caso necesario estorbase la retirada. Por la calle inmediata, es decir, metiéndose por las que hoy son de Manrique, Esclavo y Pila Seca, entraron Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado con ochenta peones y más de diez mil indios, dejando al principio de aquel camino ocho de á caballo y dos cañones para contener cualquiera salida hecha por los mexica de la parte occidental de la ciudad, y que pretendiese cortarles la retaguardia y envolverlos. Esta columna tenía por principal objeto cuidar el flanco de la de Alderete, y llevaba también orden terminante de ir cegando fosos y destruyendo obstáculos. Cortés siguió por la calle que partía del templo mayor, y era, por decirlo así, continuación de la calzada de Iztapalápan, llevando cien peones, veinticinco ballesteros y escopeteros, el gran resto de aliados, y ocho caballos que dejó apostados para cubrirle la retaguardia. El espacio entre esta vía y la orilla oriental de la isla había sido destruído y en buena parte, y lo barrían los cañones de los bergantines, debiendo penetrar en él las canoas aliadas. Al mismo tiempo debía Alvarado atacar Tlatelolco reforzado por Sandoval.

Cortés siguió de frente con buen éxito; llegó al canal del norte, y lo tomó apoyado por el fuego de una pequeña pieza y por los ballesteros y arcabuceros. De ahí torció por una angosta calzada que iba al centro de Tlatelolco, buscando unirse con Alderete. Venció dos cortaduras, mientras los aliados se apoderaban de las casas y azoteas inmediatas y les ponían fuego. Llegaba al gran canal de Tlatelolco, que tenía unos doce pasos de ancho y que la vanguardia había ya cubierto con maderos y carrizos flotantes, y comenzado á pasar, cuando escuchó estrépito de combate, contestando al ronco y terrible sonido del caracol de Cuauhtemoc. Resonó en seguida el *Teohuéhuetl* que los españoles no habían vuelto á oir desde la Noche Triste, y respondieron mil instrumentos, y espantosa gritería y atronadores alaridos. Era que Alderete había sido envuelto, y que había descuidado cegar bien los fosos que á retaguardia dejaba. Todas sus fuerzas, españoles y aliados, se pusieron en fuga, y se precipitaron sobre el endeble puente que habían hecho los de Cortés, sin que éste pudiera contenerlos. Hundióse el puente y cayeron los fugitivos por centenares al agua; precipitáronse sobre ellos muchas canoas con guerreros, quienes más que matarlos procuraban cogerlos vivos para sacrificarlos. Cortés no quiso retirarse abandonándolos; y á poco era apresado por cuatro vigorosos tlatelolca que gritando:—¡Malintzin, Malintzin!—procuraban llevarlo á una canoa para irlo á sacrificar á *Huitzilopochtli;* mas á tiempo llegó el bravo jinete Cristóbal de Olea, y de un tajo cortó las manos al guerrero que lo tenía asido, al mismo tiempo que una vieja pretendía ahogarlo; Olea y su caballo cayeron muertos: á ese tiempo acuden el tlaxcalteca Teamacátzin, Lerma, que quedó mal herido, el camarero Cristóbal de Guzmán, que fué llevado vivo, y en fin, Antonio de Quiñones, capitán de la guardia que se había puesto á Cortés desde la conjuración de Villafaña, quien, asiéndolo de los brazos, lo arrancó á los mexica, y le obligó á retirarse montándolo luego á



Derrota de Cortés en Copolco

caballo. Por el lienzo de Tlaxcalla sabemos que el lugar de la derrota se llamaba Copolco. Cortés empuñó de nuevo su terrible espada, y haciendo pié en la plaza inmediata al *teocalli*, sosteniéndose con los cañones que se habían dejado en la calle de Tlacópan, y dando frente con la caballería, protegió la retirada de los suyos, la de los que se salvaron de Alderete y la de los de Andrés de Tapia, que también había tenido buenas pérdidas. Los mexica los persiguieron hasta el fuerte de Xóloc, mostrándoles unas cabezas de españoles, y diciéndoles:—¡Tonatiuh, Sandoval!—A los aliados les gritaban *mancebas de los extranjeros;* y fué tal el empuje, que tuvieron que salir á resistirlo Olid y los españoles, aun los heridos. Por su parte, Alvarado y Sandoval también habían sido rechazados. La derrota fué tan completa, con tantas muertes de españoles y aliados, que Cortés cayó en profundo abatimiento. Según el

manuscrito de Tlatelolco, dió esta batalla el *Tlacatécatl* Ecatzitzin, quien volvió victorioso con una bandera quitada á los españoles. Como también á los del campo de Alvarado y Sandoval, les mostraban los tlatelolca una cabeza diciendo: —¡Malintzin!—y dando á entender que era la de Cortés, vino el segundo á Xóloc. Allí Cortés se disculpó de la derrota echando la culpa á Alderete. Por su parte había mandado también á Andrés de Tapia con tres jinetes á saber de Alvarado y Sandoval. Y cuando al caer la tarde se contaban unos y otros sus aventuras, vieron subir entre danzas y cantos de triunfo por las gradas del *teocalli* de Tlatelolco á sus infelices compañeros; y miraron cómo los tendieron en el *téchcatl* y cómo les arrancaron el corazón y arrojaron por las escaleras sus cuerpos ensangrentados. En cuanto á los bergantines, el de Briones fué tomado por los mexica, pero recobrado con auxilio del de Jaramillo, y quedó varado el de Carvajal. Las pérdidas de la jornada fueron dos cañones, más de sesenta españoles, ocho caballos, muchas armas y multitud de aliados.

Con esa derrota la situación de Cortés tornóse dificilísima, pues los mexica volvieron á ocupar la parte de ciudad que les había ganado; abrieron de nuevo cortaduras y levantaron parapetos y se establecieron en las ruinas; los guerreros, alentados con su triunfo, avanzaban hasta el fuerte á retar á españoles y aliados, levantando en alto las espadas y puñales que habían ganado en el campo, y disparando las ballestas conquistadas. Agregóse á esto que hábiles los sacerdotes de México, enviaron embajadores á los aliados, á decirles que ya habían visto la derrota de los españoles en la Noche Triste y en su aniversario; y que su dios *Huitzilopochtli* les había revelado que pronto concluirían con ellos, y para la fiesta *Hueytecuhilhuitl* los sacrificarían á todos. Supersticiosos aquellos pueblos y viendo su derrota, al amanecer del 1.° de julio alzó el campo en silencio la mayor parte de los aliados, quedando fieles únicamente los acolhua y los tlaxcalteca, que al mando de Chichimecatecuhtli estaban con Alvarado. Cortés tuvo la buena inspiración de mandarles decir que se detuvieran en su camino, y que esperaran el día señalado por el dios de México, y así lo hicieron.

Cortés conservaba, sin embargo, ciertas ventajas muy importantes: el fuerte Xóloc, defendido por los cañones de hierro y apoyado por los bergantines, era inexpugnable y nada podían contra él los continuados ataques de los mexica. Alvarado, no solamente conservaba la calzada de Tlacópan, sino que fué ganando terreno, y apoderándose al fin del extremo del canal de Tlatelolco ocupó toda la parte de la isla desde el canal occidental al lago, extendiéndose al sur hasta la prolongación de la misma calzada de Tlacópan, es decir, hasta la actual calle de la Mariscala. En esa posición estaba seguro y bien fortificado, defendido y provisto de víveres por los bergantines y bien abrigado su ejército en las casas que había tomado, circunstancia muy importante por ser aquél el tiempo de las lluvias más fuertes. Había sido feliz en varios encuentros, y en uno de ellos Chichimecatecuhtli, sólo con sus tlaxcalteca, había hecho caer en una emboscada á los mexica, haciendo buen destrozo en ellos. Sucedía también que los defensores de la ciudad habían disminuído mucho con tan continuos combates, y no tenían medio de reponer sus pérdidas, y á más el hambre y las enfermedades aumentaban: mientras Cortés sustituyó á los aliados que lo abandonaban, con nuevo ejército de acolhua traído en



Iztlilxóchitl

su auxilio por Ixtlilxóchitl. Ya éste había conseguido el premio de su traición, y por la muerte de Tecocóltzin en un combate, hubo de subir por fin al trono de Texcoco. Su descendiente, el historiador, se empeña en presentarlo desde el principio del sitio al lado de Cortés, y haciendo tales hazañas, que poca gloria le deja al capitán español; mas ya sabemos qué fe merece el cronista texcucano cuando escribe guiado por los intereses de familia.

Empleó Cortés los diez y ocho días primeros de julio, que era necesario pasasen para probar lo falso del horóscopo de los sacerdotes de *Huitzilopochtli*, en rechazar ataques, que ya no le inquietaban mucho, en curar á sus heridos y reponer las fuerzas de su ejército. Y como hubiera algún trastorno del otro lado de las montañas, ó por dar nuevo botín á sus soldados y auxiliares, y con esto afirmar sus servicios, y que viendo vencedoras á sus fuerzas se conservasen sujetos los pueblos del Valle, lo cierto es que en ese tiempo se hicieron con éxito entradas en Malinalco y Matlatzinco. Y fué tan buena la fortuna de Cortés que llegó un barco de los de Ponce de León con gente y municiones, y los de la Villa Rica le mandaron prontamente á los hombres con buena remesa de pólvora y ballestas. Y como los días pasaban y no se cumplía la profecía de los mexica, fueron volviendo los aliados, y á más llegó un gran convoy de víveres de Tlaxcalla con Márquez y Ojeda, y se interceptó en el campo de Sandoval otro que se iba á introducir en Tlatelolco.

Dice Cortés que no quería acabar de destruir tan hermosa ciudad y que volvió á ofrecer la paz á Cuauh-

temoc, quien nuevamente la rehusó. Así es que decidió la devastación de la ciudad. Había llegado el viernes 19 de julio, y con él la fiesta *Hueytecuhílhuitl,* y como no se cumpliera la amenaza del dios *Huitzilopochtli,* dispusiéronse los aliados á auxiliar á los españoles en su obra de destrucción. Se elogia la fortaleza de las mujeres españolas en los aciagos días que habían pasado, y la historia conserva los nombre de María Estrada, Beatriz Palacios, Juana Martín, Isabel Rodríguez y la valerosa Beatriz Bermúdez, quien, armada de casco, espada y rodela, combatió al lado de Olmos su marido.

El sábado, 20 de julio, penetró Cortés en la ciudad por la calle recta de Iztapalápan, ganando fácilmente los obstáculos hasta penetrar en el gran *teocalli.* Se comenzó la devastación en toda forma empleando cien mil aliados y ayudada por los bergantines y gran número de canoas. Se tomaba una casa, la quemaban y la derribaban, y con los escombros se cegaban zanjas y fosos. A los hombres que cogían los mataban y cautivaban á las mujeres y los niños. Cada casa se defendía hasta el último extremo con dardos y saetas, y hasta los niños y mujeres arrojaban piedras, y los heridos disponían armas. Al día siguiente continuó la devastación, no sin que atacaran los mexica y aun pusieran en derrota á la caballería. Al tercer día, á más de seguir la destrucción, puso Cortés una celada á los mexica, y cuando se retiraba al fuerte y como de costumbre le seguían atacando su retaguardia, salió la caballería é hizo tal destrozo de ellos, que desde aquel día no volvieron á aventurarse en la plaza. A esa jornada debemos referir la prisión del rey Coanacóchtzin por su hermano el traidor Ixtlilxóchitl, quien lo entregó á Cortés en el real, donde lo pusieron con grillos y guardas. Al cuarto día, miércoles 24 de julio, llegó la destrucción hasta la calle de Tlacópan, con lo cual se comunicó Cortés con el campo de Alvarado, y se siguió la devastación hasta el canal de Tlatelolco. Tenochtitlán había desaparecido, y por característico ponemos el siguiente relato del manuscrito tlatelolca: «en Tenochtitlán estaban ardiendo las casas, y por tal motivo huyeron de ellas y se retiraron á Tlatelolco para libertarse de tan gran mal muchísimas mujeres, formando grupos debajo de los tejados Atenantitech, y diciendo á los tlatelolca: *aquí están nuestras rodelas, esforzaos y salid al encuentro del enemigo común;* y entregando las armas al anciano y noble *Tlacatécatl* Coyohuétzin y otros tlatelolca, dijeron por último: *no podemos ya los tenochca, nos han destruído; por lo tanto tomad aliento, pues sois vosotros los valientes tlatelolca.*»

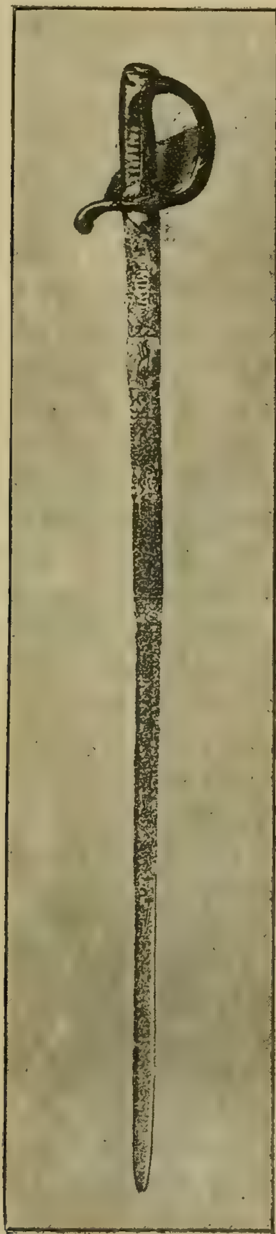
Por su parte Alvarado había avanzado cuanto podía, y á su vez Sandoval tenía ocupada la orilla oriental de Tlatelolco. Cortés escogió ese lado para sus nuevos avances, tanto para no exponerse á ser envuelto si penetraba en el centro de Tlatelolco, cuanto para caminar apoyado por sus bergantines. En los días 25 y 26 ganó el paso del gran canal, que separaba las dos partes de la isla, y tomó un *teocalli* en donde había algunas cabezas de españoles. En esa dirección quedaba el campo de Sandoval.

Ganada toda la parte oriental de Tlatelolco, se disponía Cortés el siguiente sábado 27 á marchar sobre el mercado, cuando á las nueve de la mañana vió salir humo del gran *teocalli:* era que Alvarado había forzado al fin el paso del canal del Poniente, y con la capitanía de Gutiérrez de Badajoz, apoyada por las otras dos y los tlaxcalteca, tras larga resistencia de los sacerdotes, tomó por asalto la pirámide y puso fuego á los templos, no sin que el combate durase todo el día. Las fuerzas de Cortés lo emplearon en allanar obstáculos para unirse con los del otro campo. Volvieron á la empresa la mañana del domingo 28, Alvarado y Cortés cada uno por su parte, y mientras aquél ocupaba nuevamente el *teocalli* y tomaba los templos inmediatos, éste, siempre destruyendo y cegando con método y sin precipitación, ganó una cortadura y se lanzó sobre el *momoztli* del mercado. Puede decirse que en ese momento se dió una batalla general entre españoles y aliados de los dos campos, que al fin se unían, y todas las fuerzas mexica, las cuales vencidas, se retrajeron al centro de Tlatelolco. Gracias al manuscrito de este lugar, podemos decir que los sitiadores ocuparon el barrio de Tlahuamacóyan, ó sea la parte norte de la isla, donde estaban el mercado, templo y palacio, que mandó valientemente la defensa Temilótzin; que al saber la derrota los del pueblo no la querían creer y se dirigieron en grupos á la plaza, y después se fueron retirando á Yacacalco, hoy Santa Ana, en donde decidieron no abandonar su ciudad y defenderla de sus enemigos con valor, rodelas, remos y lanzas. Esto explica el relato confuso de Cortés, y como de estos últimos sucesos hay versiones muy diferentes, de una vez decimos que de ellos tomaremos lo que nos parezca más lógico. Como se retiraran en la noche las fuerzas á sus reales, parece que el martes 30 se encontraron ocupado el mercado y hubo por eso reñida batalla, ganándose al fin el punto y decidiéndose que las tropas de Alvarado lo ocupasen permanentemente.

Con esto quedaron cercados por completo los mexica, y dice el Conquistador que los sitiados estaban reducidos á una octava parte de la isla, y viendo que no era posible que en aquella angostura y en casas tan pequeñas, puestas muchas en el agua, cupiese tanto número de gente de los enemigos, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, pues los españoles habían encontrado en las calles roídas las raíces y cortezas de los árboles, decidió suspender las hostilidades, y varias veces les ofreció la paz, aunque siempre contestaban que uno solo que quedase había de morir peleando.

Figurémonos, en efecto, á aquella multitud hacinada en tan corto espacio. Prescott, por no conocer la localidad, no se da cuenta del lugar que ocupaban; el

señor Orozco dice que era Tenantitech, hoy Tepito; pero ya hemos visto por el manuscrito que se refugiaron al centro de lo que es hoy Santa Ana: ocupaban de norte á sur el terreno comprendido en lo que ahora es Santa Ana y Santa Catarina, y de oriente á poniente la extensión que va del Carmen á la calzada de Santa María, entonces canal. Allí se habían hacinado todos los habitantes de la ciudad y la mitad que sobrevivía de



Espada que usó Cortés en el ataque y toma de México *
(De fotografía)

sus defensores, es decir, unas sesenta mil personas. No bastando las casas, muchas gentes vivían en las calles y en las acequias sobre canoas, y en ese tiempo el sol quema de día y generalmente en la noche caen copiosas lluvias. Agregando á esto el hambre, cada día mayor, ya comprenderemos que las enfermedades se habían convertido en peste asoladora, la cual aumentaba con sus mismas víctimas, pues no había lugar para enterrarlas ni tiempo para quemarlas, y así permanecían los cadáveres amontonados en las calles, y muchas veces tenían que pelear sobre ellos los mexica. Algunas veces se habían encontrado en los sitios tomados, á mujeres macilentas con niños enjutos que procuraban caminar para huir de la isla; pero en general todos los habitantes se habían concentrado para seguir peleando, aunque sólo tuvieran que alimentarse con sabandijas y musgo de las acequias y bebiendo inmunda agua de los charcos que las lluvias formaban. Las mujeres y los muchachos ocupaban las azoteas para defenderlas con piedras arrojadizas, y ahí pusieron también á los hombres ancianos ó lastimados que no podían combatir para arrojar piedras sobre los sitiadores. Los guerreros fuertes quedaron para pelear con macanas y largas lanzas. Revela lo terrible de aquellos combates la innumerable cantidad de puntas de obsidiana encontradas últimamente en ese rumbo, donde quiera que se han abierto cimientos para casas.

Los días 29, 30 y 31 de julio y del 1.° al 6 de agosto pasáronse en un descanso relativo y en probar una máquina ó trabuco que de antemano estaba construyendo un llamado Sotelo, soldado del Gran Capitán en Italia, y con la cual deberían lanzarse enormes piedras para la destrucción de la ciudad, supliendo así la pólvora, que ya hacía falta. Armóse el aparato sobre el teatro del mercado, y en efecto lanzó al aire una enorme piedra; pero subió verticalmente, y al bajar despedazó la misma máquina que la había arrojado. Y lo que debió ser causa de terror y espanto para los sitiados tornóse en causa de risa y burlas para los sitiadores.

Creyérase que en todos esos días habían estado los mexica esperando impasibles la muerte, y como no dieran señales de rendirse, los requirió Cortés nuevamente por medio de escribano y testigos para que se diesen de paz. Como no produjese esto resultado, se dispuso batir el barrio donde está el Carmen, para así apretarles el cerco. Alvarado y Cortés dieron el asalto, y se empeñó un combate desesperado en que los mexica, sin fuerzas para pelear, se lanzaban á morir en las armas de los contrarios: los aliados en cada casa que tomaban hacían una matanza horrible, sin perdonar ni á mujeres ni á niños, ni á heridos ni á moribundos. Refiere Cortés que murieron más de doce mil mexica; pero en medio de los gritos del combate y cuando el barrio ardía ya devorado por las llamas, siempre se oía pavoroso el ronco sonido del caracol de Cuauhtemoc rugiendo guerra. Su tenacidad parecía increíble á Cortés: ya le había mandado como embajador de paz á uno de sus dignatarios hecho prisionero, y la respuesta fué mandar sacrificarlo. Con ese asalto, que fué el miércoles 7, los españoles se acercaron mucho al centro de los sitiados; así es que el siguiente día 8 creyó Cortés que iban á rendirse, cuando vió á unos guerreros,

* Esta espada se conservaba en el Museo Nacional, de donde fué extraída en la época de la Intervención y el Imperio. El puño es mexicano y moderno. La cifra romana grabada en la hoja es CIƆMDVI.

al parecer principales, que con insistencia lo llamaban; mas fué sólo para decirle:—Si eres hijo del sol que nace y muere en un solo día, ¿por qué tardas tanto en matarnos? tenemos ya deseos de morir para ir á descansar con *Huitzilopochtli*.

El viernes 9 vieron los sitiadores con asombro á un guerrero, quien armado con las armas de Ahuizotl, que como reliquias se conservaban, se presentó solo en una azotea, y á pesar de que lo combatieron, bajándose con cuatro capitanes tomó tres prisioneros, que como señal de buen agüero sacrificaron los mexica á sus dioses. Pero si habían hecho esto como una esperanza y un último recurso que sus preocupaciones les inspiraban, su situación en cambio les fingía horóscopos terribles, y una nube roja que vieron en el cielo fué para ellos torbellino de fuego y señal segura de su destrucción.

Ya no tenían fuerzas para combatir, y ya Cortés no quería atacarlos esperando de un momento á otro su rendición. Pero llegó el sábado 10 y los mexica no se rendían: Cortés se adelantó á caballo á un parapeto, y á unos guerreros principales que en él había volvió á ofrecerles la paz, y á encargarles dijesen á su señor que se diese y todos serían muy bien recibidos y tratados. Volvieron los mensajeros diciendo que al siguiente día hablaría Cuauhtemoc con Cortés en el mercado. El domingo 11 aderezóse un buen estrado en el teatro donde estuvo el trabuco; pero no fué Cuauhtemoc sino sus mensajeros, con quienes se excusaba de no asistir porque estaba enfermo, y á quienes podía decir el capitán español lo que de él quería. Cortés, después de darles de comer y mandar con ellos algunos víveres á Cuauhtemoc, los despidió encargándoles dijesen á su vez que lo esperaba al otro día, pues era necesaria su presencia para lo que habían de conferenciar. Acaso no veía en la conducta de Cuauhtemoc más que tenacidad.

Pero al siguiente lunes, 12 de agosto, temprano se presentaron los mensajeros en el real de Cortés á excusar nuevamente á su señor, lo cual irritó tanto á aquél, que dispuso nuevo asalto general con sus fuerzas y con la hueste entera de Alvarado, mandando que Sandoval entrase con sus bergantines por una laguna que se formaba entre unas casas donde estaban recogidas las canoas de los mexica. Dióse el asalto: los mexica ya no tenían flechas ni piedras, combatían con la macana sin fuerzas, pero con brío, y caían cadáveres sobre los montones de restos ya en putrefacción: las casas eran fácilmente asaltadas, tomadas é incendiadas; mujeres y niños caían en la laguna y en las zanjas lanzando gritos de muerte y desesperación, mientras los aliados aullaban con alaridos de victoria. En ese día se habría arrasado todo, si Cortés no hubiese mandado retirar á sus tropas, por no aguantarse la pestilencia de tanto cuerpo muerto. La mortandad de los mexica había sido terrible en ese asalto.

Los mexica habían quedado reducidos al pequeño espacio que hay de Santa Ana donde estaba el Tlacochcalco, á la calzada de Santa María. La laguna, que ya entonces se había formado por las abundantes lluvias, ocupaba el terreno comprendido entre la plaza de Tlatelolco, Peralvillo y Amaxac. En la parte que penetraba en lo que es hoy Santa Ana, estaban las canoas de los mexica. En una de ellas andaba constantemente Cuauhtemoc, quien sin duda quería acostumbrar á los españoles y á los suyos á que lo viesen de esa manera. En fin, para figurarnos la situación de los sitiados en esos momentos, copiemos las siguientes palabras del manuscrito de Tlatelolco: «un llanto que no se puede describir y un torrente de lágrimas causa la hediondez; las calles eran ríos de sangre; multitud de gusanos andaban á lo largo uno tras otro; el manantial que antes era el depósito sagrado donde saciaba su sed la gente pacífica, estaba lleno de rodelas, cabellos y muertos; las nobles mujeres daban lastimeros gritos y juntaban su llanto con el de sus inocentes hijos que traían en los brazos por todas partes, y sin encontrar ya ningún asilo; los tristes jacales de paja comenzaron á desmelenarse; cuanto en ellos había se encontraba arrojado en medio de los patios; las ricas plumas y grandes tesoros de los tlatelolca, que con su sudor y gran trabajo habían adquirido y con lo cual auxiliaban á su gran ciudad, todo se encontraba ya en poder del enemigo.»

Llegó, por fin, el último día, el *ce coatl* de la veintena *Tlaxochimaco* del año *yei Calli* de los mexica, y martes 13 de agosto de 1521, día de san Hipólito de los españoles. Se completaban en él setenta y cinco días de sitio, aunque los manuscritos mexica cuentan ochenta, sin duda por comprender también los que mediaron entre la llegada al cerco de Alvarado y Olid y la de Cortés.

Al amanecer marchó Sandoval con los bergantines á ocupar la laguneta; Alvarado debía avanzar del mercado y Cortés salió de su real con los tres cañones de hierro, seguro de que sus tiros obligarían á rendirse á los sitiados y les harían menos mal que la furia de los aliados. En su marcha encontró muchos hombres moribundos, mujeres macilentas y niños enflaquecidos que se dirigían al campo español: algunas de estas míseras gentes, por salir de su campo, se habían arrojado al agua de los canales ó en ellos habían caído empujadas por otras, y no pocas se ahogaron. Cortés mandó que no les hiciesen mal; pero los aliados las robaron y dieron muerte á más de quince mil personas. Los sacerdotes y los fuertes guerreros estaban impasibles, flacos del hambre y el trabajo, armados de todas sus armas é insignias, esperando el combate en lo alto de los templos, sobre las azoteas ó de pié en sus canoas. Cortés á su vez se subió en una azotea inmediata á la lagunilla para presenciar las operaciones. Allí volvió á ofrecer la paz á los de las canoas y á insistir en que pasara á

hablar con él Cuauhtemoc. Prestáronse á ir dos principales, y á cabo de mucho tiempo volvió con ellos el *Cihuacoatl* á decirle que su rey no quería hablar de paz. Habían pasado en esto unas cinco horas, y Cortés mandó romper el fuego de los cañones. Serían las tres de la tarde cuando se oyó por última vez el caracol de Cuauhtemoc: los mexica se precipitaron por el oriente y por el sur sobre sus contrarios y las canoas se lanzaron sobre los bergantines.

Era que Cuauhtemoc, no pudiendo ya humanamente resistir, emprendía la fuga antes que rendirse, y para conseguirlo distraía la atención de sus contrarios. Mientras éstos atendían al combate y destrozando á los mexica penetraban en su último refugio por el sur y el oriente y Sandoval se empleaba en destruir la flota de canoas, Cuauhtemoc con Tecuichpoch y los principales dignatarios salía en canoas del Tlacochcalco por una zanja que creemos existe aún detrás de Santa Ana, é iba al canal de Occidente, por donde á todo remo ganó el lago dirigiéndose á la orilla opuesta para de ahí buscar refugio en el Cuauhtlálpan.

Mas observó García Holguín las canoas de los fugitivos, y tendiendo las velas de su bergantín púsose en su alcance: ya los tenía á tiro, y ballesteros y arcabuceros iban á disparar por la proa, cuando Cuauhtemoc se puso en pié y les dijo:—No tiréis, soy el rey de México; tomadme y llevadme á Malintzin, pero que nadie toque á la reina.—Con Cuauhtemoc iban Tetlepanquetzáltzin, rey de Tlacópan, el *Cihuacoatl* Atlacótzin, el *Tlillancalqui* Petláuhtzin, el *Huitznáhuatl* Motelchiúhtzin, el *Mexicatecuhtli*, el *Tecuhtlamacazqui*, Huanítzin, Acamapich, Oquíztzin, Cohuátzin, Tlátlati y Tlazolyaotl, únicos dignatarios, grandes sacerdotes y principales que habían sobrevivido. Todos fueron trasbordados al bergantín, que viró de bordo para la isla. En el camino se encontró con el montado por Sandoval, y éste, como jefe de la armada, exigía que se le entregase el real prisionero, y como se resistiera Holguín, emprendióse larga y enojosa disputa entre ambos. Sabedor de todo Cortés por otro bergantín que se adelantó á pedir albricias, despachó á los capitanes Luis Marín y Francisco de Lugo para que sin más demoras le trajesen á Cuauhtemoc, ofreciendo dirimir después en justicia la contienda.

Cortés, como hemos dicho, estaba en la azotea de una casa en el barrio de Amaxác, casa que era de un principal llamado Aztacoátzin. Hízola aderezar con mantas y esteras de hermosos colores para recibir al imperial cautivo. A su lado estaban Marina y Aguilar, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid. Llegaron los prisioneros conducidos por Sandoval y Holguín. Levantóse Cortés, y con noble respeto del vencedor al héroe



Prisión de Cuauhtemoc y su presentación á Cortés

desgraciado, abrazó con ternura á Cuauhtemoc. Llenáronsele á éste de lágrimas los ojos, y poniendo la mano en el mango del puñal del Conquistador, le dijo las siguientes palabras, con las cuales sucumbía un rey con su raza, con su patria y con sus dioses:—«Malintzin, pues he hecho cuanto cumplía en defensa de mi ciudad y de mi pueblo, y vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego este puñal y mátame con él.»

Moría ya la tarde, prometiendo tormenta, y entre nubes rojas como sangre se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto sol de los mexica.

CONCLUSIÓN

He terminado mi tarea, y si he tenido que hacerla con la precipitación natural, tan sólo en veinte meses, usando únicamente de mis elementos propios y sin auxilio de otras personas, válgame al menos que es resultado de diez y seis años de constantes estudios, habiendo consultado cuantas obras importantes se han publicado sobre la materia, aun los libros más raros, y multitud de manuscritos y jeroglíficos, de ellos no pocos desconocidos. Esta ha sido la principal causa que me movió á escribir, pues si nuevos hallazgos van mudando de continuo la historia, piérdense en cambio algunos de los materiales ya adquiridos, y siquiera por haber conservado los hoy existentes no debo arrepentirme de mi labor. He procurado acompañar al texto ilustración auténtica que diese idea perfecta y complementaria del relato, prefiriendo siempre los jeroglíficos y fotografías de objetos y monumentos y desechando cuanto haya sido obra de la imaginación ó del engaño. He abandonado la costumbre de hacer citaciones en notas, porque ni he querido alardear de erudito ni fatigar la atención de los lectores. Pero repito que cuanto en este libro hay pertenece á los cronistas é historiadores que me han precedido, y si algo he puesto de mi caudal he cuidado de expresarlo claramente; pues ni gusto de apropiarme el trabajo ajeno ni quiero hacer responsables á los demás de mis propias opiniones. He procurado ser imparcial, intentando con empeño seguir el camino de la verdad. Sé lo difícil que esto es, y me llenaré de gozo si otros más felices que yo logran alcanzarlo. Estoy muy lejos de creer que he hecho una obra perfecta: he escrito cuanto sé, sin pretensiones de haber acertado. Y si en ella, por acaso, hubiere algo bueno, recíbalo como humilde homenaje mi patria.

Alfredo Chavero.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO

LIBRO PRIMERO

TIEMPOS PREHISTÓRICOS

LIBRO SEGUNDO

LOS MECA

LIBRO TERCERO

LOS TOLTECA

LIBRO CUARTO

LOS MEXICA

LIBRO QUINTO

GRANDEZA Y RUINA DE MÉXICO

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

DEL TOMO PRIMERO

—
es. — Bau
el viejo. —
le C

